LS.C
B.5823

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

COLECCION FORMADA É ILUSTRADA

POR EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.

MADRID,

M. RIVADENEYRA—IMPRESOR—EDITOR,

CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1869

PQ
6171
A2B5
t.61

20490

BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO

DE

LA POESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

Decadencia política de España al terminar la dinastía austriaca.—Postracion artística é intelectual.—Corrupcion de la poesía lírica.—Carácter análogo que toman los extravíos literarios en las decadencias nacionales.—Sor Juana Ines de la Cruz.—Montoro.

Cárlos II espiró el dia 1.° de Noviembre de 1700.

Por una coincidencia harto rara, caminaron esta vez rigorosamente enlazadas la historia y sus divisiones cronológicas. Al fenecer el siglo XVII arrastró consigo ante el tribunal de la posteridad á la casa de Austria, que pasó sobre España como espléndido meteoro, que empieza deslumbrando, y acaba destruyendo y aniquilando. Ambiciosa y grande primero; despues grande, pero recelosa y sombría; más adelante irreflexiva y frívola; y al cabo indolente y supersticiosa, formó, en no largo espacio, una imágen cabal de la grandeza y de la postracion de los estados.

Tal vez no haya ejemplo, en la historia de las decadencias nacionales, de un cuadro más desventurado que el que presenta España en los últimos años del siglo XVII y en los primeros del XVIII. No hay nacion alguna que haya expiado tan recia y apresuradamente los engreimientos de su pueblo y los yerros de sus monarcas. La casa de Austria, ciega y desalumbrada con los triunfos de su primer período, y enredada en su dominacion, tan vasta como heterogénea, condujo la monarquía española, como por una fatal pendiente, al más lastimoso paradero. En todo el siglo XVII, y singularmente en el reinado de Cárlos II, la sociedad española se iba disolviendo lentamente, y desmoronándose piedra á piedra el magnífico edificio de su grandeza en el glorioso siglo XVI. *Dios*, *el Rey*, *el honor*, las tres palancas poderosas que removian y levantaban los ánimos en aquella nacion de soldados, de caballeros y de poetas, perdian su fuerza ó torcian y desnaturalizaban su impulso. Hasta la fe no era ya la luz divina que tan pura y vigorosa habian llevado nuestros conquistadores á las inexploradas regiones de América y de Asia: se habia anublado algun tanto con escrúpulos supersticiosos, de esos que ofuscan el entendimiento y turban la conciencia.

Desviada la nacion de la senda política y administrativa que, en el movimiento general de la civilizacion europea, le señalaban sus peculiares circunstancias, no perdió su vitalidad nativa, porque ésta no muere fácilmente en razas de tan robusto temple; pero quedó en aquel tiempo como embargada y adormecida.

La historia literaria, que, entónces como siempre, caminaba al lado y al impulso de la historia política, no presenta un aspecto ménos lamentable y vergonzoso. La esterilidad intelectual ha de reinar irremediablemente allí donde la sociedad entera ve cegadas las fuentes de su actividad y de su gloria. Las letras, pobres y desnaturalizadas como la nacion que las produ-

cia, habian caido en un abismo verdadero de afectacion y de artificio, y como no podia dejar de suceder, las ciencias y las artes habian venido á parar al mismo lastimoso estado de agonía en que se hallaba, herida de una decrepitud precoz y acelerada, la lozana y esplendorosa monarquía de Isabel la Católica, de Cárlos V y de Felipe II. La poesía lírica, flor delicada de épocas tranquilas y risueñas, ó centella ardiente de tiempos borrascosos, ¿cómo habia de prosperar en una atmósfera sin luz, sin vida y sin calor? No canta ya los sentimientos, las ideas, los recuerdos y las ilusiones nacionales. Habia quedado reducida á un enredado y monótono laberinto de ridículos conceptos, de narraciones chocarreras, de monstruosas hipérboles, de agudezas sin intencion ni alcance moral, de alambicamientos peregrinos, expresados en frase más peregrina todavía. Hasta la poesía religiosa, que no vive sino con la dignidad del pensamiento, con la sencillez de la expresion, con la magnificencia de las imágenes, se hallaba pervertida y ahogada en aquel raudal de retruécanos y de trivialidades. De ello dan claro testimonio el cúmulo de villancicos chabacanos, y alguna vez indecorosos, que inundaban la nacion entera, y las poesías sagradas familiares de Montoro y de tantos otros, que lastiman la majestad de la religion y la veneracion que se debe á las cosas del cielo.

Las épocas de verdadera grandeza y espontaneidad literaria son raras y efímeras en la historia de todas las naciones. Nuestra alta poesía nacional, esencialmente épica y dramática, pasó con los romanceros y con el opulento y magnífico teatro español del siglo de oro. La musa estrictamente lírica, salvas escasas excepciones, no tuvo nunca, ni áun en sus más brillantes períodos, el sello de la creacion nativa, el brioso y absoluto desembarazo que acompañan siempre á la literatura profundamente original. La antigüedad pagana, Provenza y Cataluña, Italia, Francia en épocas posteriores, asoman, en más ó ménos embozada manera, en casi toda nuestra poesía lírica, y hasta en aquellas composiciones que, inoculado, por decirlo así, el gusto extranjero en el ánimo del poeta, están revestidas de formas tan fáciles y naturales, que parecen á los inadvertidos emanacion genuina del estro castellano.

Si bien con agravantes alteraciones, reinaba cual nunca en las letras españolas el depravado gusto de los *conceptistas* y de los *cultos*, que tanto habian contribuido á arraigar en nuestro suelo Ledesma, Gracian, Góngora y otros deliberadamente, y grandes ingenios, como Lope de Vega (1), Calderon y Quevedo, que, al paso que condenaban por reflexion é instinto tales extravíos, se rendian de cuando en cuando, y como á pesar suyo, á la influencia invasora del contagio.

Importante sería para la historia literaria de nuestro país desentrañar las causas más ó ménos visibles é inmediatas de aquel desvío del buen gusto y del recto sentido; desvío que trascendió con seduccion irresistible á la poesía, á la historia, al púlpito, á la sociedad entera.

No cuadra á nuestro especial objeto entrar ámpliamente en este interesante exámen relativo á épocas anteriores. No podemos ménos, sin embargo, de hacer notar cuán mal comprendida fué en las contiendas críticas del siglo XVIII el verdadero orígen y la índole peculiar de aquella corrupcion literaria, cuya eficacia dejó en las letras españolas rastros tan profundos, que tal vez duran todavía. Al recordar las ruidosas polémicas sustentadas en Italia acerca del *cultismo* por Bettinelli, Tiraboschi, los abates Andres y Lampillas, y otros literatos esclarecidos, los hombres de la edad presente nos sorprendemos del fervor exorbitante que se empleaba en tales controversias, á par que de los argumentos, especiosos ó mal asentados, que tomaban el carácter sofístico y los ímpetus de la pasion.

Errando el camino de la verdadera crítica filosófica, y olvidando la grave y severa sencillez que habian manifestado en felices tiempos los principales escritores españoles, achacaban los italianos á España la corrupcion del buen gusto en las letras europeas, desde la antigüedad

(1) Son curiosos documentos, para la inteligencia de esta cuestion, la *Censura de Lope de Vega Carpio*, impresa en su *Filomena* (1621), sobre la poesía culta, y *Respuesta del Licenciado Diego de Colmenares*, de Segovia, 13 de Noviembre de 1624; con la réplica de *Lope* impresa en *La Circe*, año de 1624, y la contestacion de aquél, 23 de Abril del mismo año de 1624.

romana; y presentaban esta corrupcion como una dolencia crónica, inherente al suelo y al clima de España, que habia inficionado á Italia en la época de su dominacion. Voluminosos libros se escribieron con tan estéril y enfadoso designio. Réplicas igualmente briosas y eruditas se escribieron asimismo, mereciendo la palma entre ellas las del abate Andres y del jesuita catalan don Francisco Javier Lampillas. Pero ni las acriminaciones intempestivas, ni las doctas investigaciones, alcanzaron á iluminar con luz clara y cabal el objeto de la reñida controversia. Los italianos se empeñaban sin tino en atribuir meramente á tendencias nacionales lo que sólo podia y debia explicarse por las leyes fatales de las decadencias literarias. Por aquellos mismos tiempos en que tan preponderante se hallaba en España la perversa manía del *gongorismo*, la Inglaterra, cuyas influencias de raza, de clima y de costumbres difieren tan esencialmente de las influencias análogas de España, se hallaba inundada por el torrente del *eufuismo*, gerigonza simbólica, compuesta de metáforas y conceptos, que podia disputar á los *conceptistas* italianos y españoles la palma de la extravagancia. Escasos hubieron de ser á la sazon el roce y la comunicacion recíproca de las literaturas inglesa y castellana, y sin embargo, llama la atencion la semejanza de los extravíos en que ambas cayeron, caminando, al parecer, por distinto rumbo. El famoso John Lilly fué en Inglaterra el legislador del estilo metafísico y figurado, como lo fué Gracian en España, como lo fué en Italia el Conde Manuel Thesauro en su *Anteojo Aristotélico*. El pedantesco libro de Lilly *Euphues and his England* (1), si bien con forma diferente, es digno compañero de *Agudeza y Arte de ingenio* y otros códigos del estilo *culto*.

A causas generales, que se ven patentes en ciertos períodos de la historia literaria de todas las naciones, y no á influencias determinadas y locales, hay que atribuir los grandes vicios que, en tiempos infelices, alteran y depravan las letras.

Entre los desvaríos tenebrosos de Licofron, el Góngora de la córte de los Tolomeos; las afectadas metáforas de los poetas de Bizancio, que cultivaban los *acrósticos*, y otros juegos de forma que habrian figurado dignamente en la *Poética* de Rengifo; el lenguaje alambicado de Marcial, las declamaciones de Juvenal, el aparato ostentoso de imágenes y de relumbrantes palabras de Lucano (2); el *eufuismo* de Inglatera, el *conceptismo* de Ledesma, el *culteranismo* de Góngora, las primorosas y cortesanas sutilezas del caballero Marini, la afectacion de la *pléyade* francesa del tiempo de Luis XIII; y por último, el *bel-esprit* de las *précieuses* del Hôtel de Rambouillet y de la refinada córte de Sceaux, hay afinidades incontestables, lazos visibles, que los hermanan y confunden. Son consecuencias, más ó ménos semejantes, de una de dos causas: ó una civilizacion literaria en embrion, ó una cultura intelectual degenerada. La hinchazon y el simbolismo á la usanza oriental asoman en las letras griegas cuando pierden éstas su espontaneidad y su fuerza. Del mismo modo la literatura enfática é hiperbólica de los árabes deja en las naciones occidentales un rastro tradicional tan hondo y tan tenaz, que no sólo reina en largos é importantes períodos del renacimiento y de la era moderna, sino que, cuando parece borrado irrevocablemente por el gusto y el buen sentido, renace de improviso en la lira de Víctor Hugo y de otros poetas de imaginacion exuberante.

Cárlos II, juguete de ambiciosos cortesanos, caminando en todo sin norte y sin constancia, indeciso, obcecado, moribundo, fué lamentable emblema de su propio reinado. En esta época de transicion y de marasmo no hay que buscar poesía que merezca tal nombre. El pensamiento no vuela á los espacios sublimes del idealismo; no entiende ni analiza los impulsos generales de la humanidad, ni los privativos de la patria; no se concentra en la emocion individual, de donde brotan el placer, el éxtasis, el llanto; no sabe siquiera describir con sinceridad, pintar la naturaleza con los colores vigorosos que reflejan la admiracion y el entusias-

(1) Walter-Scott da clara idea de las extravagancias del *eufuismo* en su novela *El Monasterio*.

(2) Ces *contorsions littéraires* qu'on appelait la poésie de l'époque. (D. Nisard, *Les poètes latins de la décadence.*)

mo. ¿Qué ha de ser, pues, una poesía donde no hay ni pasion, ni verdad, ni fantasía; donde no palpita la vida humana ni en sus manifestaciones abiertas y expansivas, ni en su movimiento íntimo y personal? Ha de convertirse necesariamente en evoluciones complicadas, de falso ingenio y de enredada forma, en juegos mecánicos semejantes á primores de taracea. En una palabra, no es la poesía de las imágenes nobles y verdaderas, de los arranques del corazon, de los sentimientos briosos y levantados; es la poesía de los *laberintos*, de los *acrósticos*, de los *ecos*, de las *paranomasias*, de los *retrógrados*, y de otros ruines entretenimientos de literaturas estragadas (1). Las literaturas nacientes adolecen á veces de esta aficion á los juegos pueriles de la forma. Testimonio dan de ello las canciones de los trovadores provenzales y las filigranas métricas de Baena, de Villasandino y de otros poetas castellanos de los siglos XIV y XV (2). ¡¡Triste semejanza tienen en la poesía española la infancia y la decrepitud!

La aficion al lenguaje metafórico, que en los tiempos prósperos del *cultismo* avasallaba á la Europa literaria, habia nacido acaso tambien, en gran parte, de los afectados refinamientos de la sociedad cortesana, animada por la galantería caballeresca, que el renacimiento habia creado con las formas exageradas, propias de una civilizacion nueva, que pugna por romper apresuradamente las cadenas de la barbarie. El *culteranismo* y el *conceptismo*, ántes de convertirse en escuelas literarias, estaban ya en su esencia en los libros de caballería, y Cervántes, al ridiculizar los delirios y el lenguaje enfático de aquellos libros singulares, ayudaba grandemente á la sana crítica literaria.

Pero aquellas hipérboles extravagantes, aquellas adulaciones novelescas, aquellas frases hinchadas y campanudas halagaban la imaginacion de la gente cortesana, así en la Inglaterra de Isabel como en la España de los monarcas austriacos. El estilo figurado era como blason de personas cultas ó encumbradas, y éstas, no contentas con metáforas manoseadas, como las de *volcan*, *lumbres*, *ébano*, para expresar el corazon, los ojos, los cabellos, se afanaban por dar tormento á las palabras y á las ideas, á trueque de pasar por elegantes y discretas. Llamar las cosas por su nombre, usar frases limpias y llanas, llegó á parecer vulgaridad. Los poetas, que nunca se sustraen completamente á las influencias políticas y sociales, se rindieron fácilmente á las seducciones de la moda aristocrática, y hasta los de más sano instinto pagaron tributo, á pesar suyo, á aquella dominacion bastarda. A la forma sencilla y pura de la *verdad* y de la *belleza* se sustituyeron, primero con el ejemplo, y despues con autoridad dogmática, voces peregrinas, circunloquios pomposos, intrincados conceptos. Góngora y Gracian creian reformar la literatura, engrandecer el campo de las ideas, ennoblecer el idioma patrio; el caballero Marini (3) miraba con lástima al severo y cuerdo Malherbe; y lo más extraño es, que todos se juzgaban innovadores, cuando en realidad no hacian más que retroceder á épocas más ó ménos remotas. Naciones habia, que blasonaban de ser inventoras del malhadado estilo *culto*. Portugal entre ellas. Manuel de Faria y Souza, el comentador del Camoens, atribuia esta triste gloria nada ménos que al Rey don Sebastian (4). Los es-

(1) En la poesía griega y latina de las épocas de decadencia hay ejemplos increibles de esta extravagante manía. Símmias, de Ródas, escribe á *la zampoña*, y cifra todo su conato en que los versos escritos representen la figura de este instrumento pastoril. Los poetas latinos escriben versos *anacíclicos*, esto es, versos cuyas letras dicen lo mismo leidas por la izquierda que por la derecha, como éste:

Roma tibi subito motibus ibit amor.

Más adelante se hicieron versos tan ridículos como el siguiente:

Lex, rex, sol, dux, fors, lux, mors, spes, pax, petra, Christus,

cuyo extraño mérito consiste sólo en que con sus palabras pueden hacerse 3.628.800 combinaciones.

Podria formarse una lista interminable con ejemplos de extravagancias semejantes.—(Véase á César Cantú, *Documentos de filosofía y literatura.—Poemas difíciles.*)

(2) Véase el *Cancionero de Baena.*

(3) De Marini decia el abate don Juan Andrés: «No podrá leer seguidamente *L'Adone* quien no tenga pervertidos el gusto y el corazon.»

(4) «El Rey don Sebastian fué el primero que escribió en el estilo que hoy llaman culto, como consta de algunas composiciones suyas en prosa *difícil.*»

tragos del mal gusto en el suelo castellano fueron rápidos é irreparables. La violencia del sentido en las frases, la puerilidad de los retruécanos, lo enmarañado y sutil de los circunloquios, habian llevado, al parecer, la poesía á los límites extremos de la depravacion. Y sin embargo, ¡quién lo imaginára! áun cabia mayor degeneracion en aquel lamentable estado.

En los últimos tiempos del siglo XVII, una nueva decadencia vino á corromper y precipitar más, si era posible, la decadencia misma. El *culteranismo* se trasformó. Ya no era la secta extraviada, pero ardiente é ingeniosa, que aspiraba á realzar la literatura con esfuerzos y con artificios, como la mujer que, poco confiada en sus verdaderas perfecciones, intenta acrecentarlas con afeites y complicados atavíos. Era una musa envejecida, que ha perdido la belleza y el donaire, y quiere reemplazar la una con repugnantes cosméticos, y el otro con equívocos y descaro.

Cáncer, *Leon Marchante*, *Montoro*, *Sor Juana Ines de la Cruz* son, al terminar el siglo XVII, los más célebres representantes de esta musa degradada, que canta porque se divierte, y no porque siente ó porque admira. La monja de Méjico es, entre estos poetas, la que recibió del cielo estro más puro y sensibilidad más delicada. En época para las letras venturosa, habria tal vez legado á la posteridad nobles frutos de su ingenio y de su corazon. Ahogado su númen en aquella atmósfera corrompida, sólo ha dejado en el cúmulo de sus versos algunos destellos de fantasía, algunos rasgos de esa agudeza femenil á que nunca alcanza el númen de los hombres (1).

La chocarrería y la trivialidad de los asuntos que solian ser objeto de los cantos líricos de aquel tiempo, fueron extremadas, y sólo comparables á la vulgaridad del estilo. En los tiempos de la decadencia romana, los asuntos ridículos, triviales, monstruosos ú obscenos fueron tambien claras señales de la extravagancia y la abyeccion á que habian llegado las letras. Olvidando la noble verdad y la ática sencillez que resplandecen en los poemas del siglo de Augusto, los poetas del siglo de Neron gastan todo el calor natural de la fantasía en frívolos ó vergonzosos pasatiempos de ingenio, de adulacion ó de procacidad. Felicitaciones lisonjeras, epitalamios amanerados, insulsas ofrendas poéticas en las saturnales, epigramas eróticos, descripciones de recetas médicas, de historia natural, de festines, de geografía; estos y otros asuntos semejantes constituian el fárrago de poesía artificial que inundaba á Roma cuando la llama de su civilizacion prepotente se ahogaba en las convulsiones del Imperio degenerado. Los poetas españoles, recien pasado el siglo de oro, seguian fatalmente, y sin sospecharlo, las tristes huellas de la poesía romana decadente y envilecida.

Montoro (2), más *conceptista* y *equivoquista* que *culto*, ingenio mediano y hombre cuerdo y sincero, demuestra con su ejemplo adónde van á parar las letras nacionales en el descenso de su gloria. Un tomo entero de sus obras está consagrado á la lírica sagrada. Todo denota en sus versos corazon limpio y fe sincera, y sin embargo, el sentido grave de la religion, sus inefables misterios, su edificante historia, no le inspiran sino agudezas y discreteo. Dirige á los santos sutilezas festivas, dedica chocarrerías conceptuosas á la conversion de un hereje, y, lo que es más extraño, no le ocurre, para cantar el orígen del cristianismo, esto es, la imponente *pasion* del Hombre-Dios, una forma más alta y adecuada que la de unas *jácaras* chabacanas. Dice en ellas, hablando del Señor:

Sosegó á Pedro, y le dijo:
«Amigo, vamos á espacio;
Que yo sé que ántes de mucho
Te ha de cantar otro gallo.»

No se burla *Montoro* de la *Pasion*, y sin embargo, el mal gusto literario y el trastorno

(1) En el tomo XLII de la BIBLIOTECA pueden verse muestras de la poesía *discreta* de esta mujer extraordinaria.

(2) Don José Perez de Montoro nació en San Felipe de Játiva, el año de 1627. Murió en Diciembre de 1694.

de los tiempos le hacen incurrir involuntariamente en una verdadera profanacion. ¡Jesucristo diciendo chistes y equívocos á san Pedro en el momento solemne del más augusto y sublime de los sacrificios! ¡Cuánto han debido descaminarse las inspiraciones de la fe desde las meditaciones majestuosas de fray Luis de Granada y los arrobamientos celestiales de fray Luis de Leon!

En las obras que *Montoro* titula *líricas humanas* es algo ménos vulgar la inspiracion (1). Los asuntos no son en general tan sandios y triviales como en otros poetas, pero algunas veces desciende á la más vil esfera á que puede llegar el pensamiento del poeta (2). Escribió algunos versos heróicos de ampuloso linaje, y muchas poesías lisonjeras y cortesanas dirigidas á Felipe IV, á la Reina Madre, á Cárlos II y á varios magnates de la córte; pero, arrastrado por el impulso general, consagró principalmente su musa á *una dama que se sangró*, á otra *que se sacó una muela*, á otra *que se durmió despues de cantar*, á *un zapato*, á *cuatro damas que quisieron hacerse brujas*, á *la Tarasca*, á *los rigores del abanino*, y á otras fruslerías semejantes. Suelen encontrarse en sus obras bellos versos y trozos de entonacion robusta; pero todo lo desluce el afan de desplegar ingenio á todo trance; pudiendo con razon aplicarse á este poeta, como á todos los de esta desventurada escuela, aquel célebre verso, que contiene una gran verdad crítica:

L'esprit qu'on veut avoir, gâte celui qu'on a.

CAPÍTULO II.

Advenimiento de la casa de Borbon.—Felipe V quiere, sin conseguirlo, identificarse con la nacion española.—En artes y letras prevalece en la córte el espíritu extranjero.— Influencia de la cultura del reinado de Luis XIV.—No llega por entónces al pueblo español.—Agonía del númen lírico.—Destellos de la entonacion antigua, perdidos entre los delirios del mal gusto reinante.—Enciso.—Bernaldo de Quirós.—Decadencia en la decadencia: últimos límites.—Poesía rastrera y familiar.—Salazar y Hontiveros.

A tan lamentable estado habian llegado las musas castellanas cuando subió al trono español, con el nombre de *Felipe V*, el príncipe frances Duque de Anjou. Preñada á la sazon la atmósfera política de Europa de disturbios, de recelos y de ambiciones, no presentaba á Es-

(1) Como este poeta está ya olvidado, juzgamos oportuno publicar los siguientes versos, copiados de un manuscrito, como muestra de su ingenio, de su entonacion firme y de su estilo hiperbólico y conceptuoso:

Á LAS RUINAS DEL COLOSO DE RÓDAS.

Yaces, ¡oh maravilla de los siglos!
Mas tan sublime en tus ruïnas yaces,
Que por las bocas que te abrió el estrago,
Desmientes lo abatido con lo grande.
Causando al mundo universal asombro,
Fuiste del sol estatua venerable,
Y hoy, reducido á lástima el respeto,
Sólo del escarmiento eres imágen.
Cuanto elevó el primor de muchos años,
Precipitó la injuria de un instante,
A cuyo golpe estremecida el Asia,
Dió de sorda inquietud claras señales...
Acaso para mérito á tus triunfos
Deshizo el tiempo tu altivez gigante;
El tiempo, aquel cuya ambicion hambrienta
Los bronces come y los escollos lame.
Mas no; que si prodigio te erigieron,
Sólo por tu excelencia peligraste;
Que, áun sin malicia de las horas, siempre
Adoleció de breve lo admirable;
Y asi errado presume el poderoso
En su fortuna duracion constante,
Pues lo que más le constituye excelso,
Es asimismo lo que le hace frágil.
No de otra suerte en pródigo terreno
Árbol fecundo á quien de frutos graves
La abundancia feliz que le enriquece,
Es carga lisonjera que le abate.
¡Ay mil veces de ti! Postrado asombro
Verán siempre en tus ruinas las edades,
Porque es maligna condicion del tiempo
Hacer eterno lo que juzga infame.

(2) Hay un soneto, cuyo asunto no nos permiten expresar el pudor y el buen gusto. Raya en los últimos límites de la obscenidad y de la chocarrería, y sin embargo, ¡singular candor de aquel tiempo! las aprobaciones oficiales del libro declaran que no se halla en él cosa alguna *opuesta á la modestia cristiana.*

Una repugnante composicion de Montoro está inspirada por una dolencia hemorroidal que padecia. Más adelante Tafalla se complacia en describir una purga. Así se habia envilecido la poesía.

paña una perspectiva de sosiego y de engrandecimiento el esclarecido vástago de Borbon. La nueva dinastía no traia en verdad á la nacion ni el esplendor del poder, ni el íris de la paz; pero venía con ella la luz de la esperanza. Hay en la vida de las naciones épocas de tanta esterilidad y desventura, que es forzoso salir de ellas á cualquiera costa y por cualquier camino. La mayoría del pueblo español sentia instintivamente la imperiosa necesidad, y recibió al nuevo rey con lealtad profunda y júbilo sincero, como una solucion feliz á la enmarañada y aflictiva situacion en que habia quedado la monarquía al fallecimiento de Cárlos II (1).—No es de este lugar recordar detalladamente las azarosas visicitudes de aquel reinado borrascoso. La guerra de sucesion puso á prueba, así el sufrimiento de los españoles como la entereza del Monarca. Devorada España por la guerra civil, combatida por casi toda la Europa, desmembrados sus estados, y auxiliada en su propio seno por armas extranjeras, lo cual es siempre una calamidad, no decayó jamas el ánimo constante de esta nacion guerrera y esforzada.

No merece Felipe V el desmedido rigor con que le han juzgado varios escritores extranjeros, y señaladamente algunos de su propia nacion (2). La posteridad no puede conceder á este rey la condescendiente admiracion que le tributaron sin tasa muchos escritores contemporáneos; pero sería injusto desconocer que, á vueltas de sus accesos de indolencia y de hipocondría, y á pesar de no ser transcendental el alcance de su entendimiento, encerraba su alma prendas de alta valía. Su denuedo en los combates, su noble constancia en las horas de infortunio, la pureza de sus costumbres, y su sana intencion en favor de sus pueblos, son títulos gloriosos, de que la historia no debe prescindir. Pasados los tiempos borrascosos de la guerra de sucesion, intentó hacer penetrar en España aquella cultura artística y literaria que en su mocedad habia visto resplandecer con tan radiosa lumbre en la atildada córte de Versalles. Él creó la *Academia Española* y la *Academia de la Historia;* él fomentó, con el real sitio de San Ildefonso, las artes de la elegancia y del buen gusto.

Pero, con todos estos laudables esfuerzos, las letras, que viven con la vida de la inspiracion y del libre impulso nacional, no pudieron florecer en el reinado de Felipe V. Este monarca, sin embargo de su firme propósito de identificarse con la nacion española, traia involuntariamente consigo un vicio mortífero para la poesía: el espíritu extranjero, que, por la virtud misma de las cosas y de los sucesos, hubo de ingerirse gradualmente en el corazon de las clases cultas y aristocráticas. El roce contínuo con los ejércitos franceses poco ó nada alteraba la índole peculiar del pueblo español, guardador obstinado de sus hábitos y de sus ideas. Pero, eclipsada por una parte, á los ojos de la crítica victoriosa entónces, la civilizacion religiosa y literaria de nuestro siglo de oro, y admitida con favor por la córte la influencia de la cultura pomposa y deslumbradora del reinado de Luis XIV, que toda la Europa acataba y remedaba entónces, no podia dejar de abrirse, si bien con lucha y embarazo, un nuevo camino á la actividad intelectual de los españoles. Pocas afinidades tenía en verdad esta civilizacion, esencialmente artificial y acompasada, con el espíritu gallardo, espontáneo y algun tanto indisciplinado que habia sido alma nativa y vigorosa de la literatura castellana. Felipe V asoció con noble y sincera voluntad á la nacion española su gloria, su porvenir y hasta su existencia. Pero era nieto de Luis XIV y alumno de su córte, y mal podia perder su ánimo los recuerdos y dejos seductores de la edad temprana, y asimilarse en cabal manera á una atmósfera intelectual de tan diferente y por entónces tan inferior linaje.

Luis XIV, que, en el engreimiento natural de su poder y de su gloria, no veia en la corona de España sino un elemento auxiliar de la suya, ayudaba activamente con su política y sus consejos á la conservacion de las influencias de exótico orígen que preponderaban en la córte española. «No os olvideis de que sois príncipe frances», fué la primera advertencia que el

(1) En América, donde era ménos conocida la incapacidad de Cárlos II, fué muy deplorada su muerte

(2) Monsieur Villemain, de ordinario tan imparcial y tan moderado, habla de Felipe V con esta desdeñosa y áspera concision: *Un petit fils de Louis XIV, un élève de Fénélon, avait sommeillé sur le trône, entre d'insipides frivolités et de bizarres manies, sans souci de rien d'honorable.*

gran monarca dirigió en tono solemne al nuevo rey en presencia del Embajador de España (1). A ser dable y adecuada al carácter dominador de Luis XIV, una advertencia en contrario sentido, habria sido más cuerda y más conforme á la razon de estado. Todavía duraban en la memoria de los españoles los procederes, ya violentos, ya tortuosos, ya altivos, que Luis XIV habia empleado contra España desde aquella desdichada guerra á que puso término la paz de Nimega, más deplorable para nosotros que la guerra misma. Áun humeaban, por decirlo así, Barcelona y Alicante, bombardeadas por las armas francesas (2). Recientes, inmediatos estaban los famosos convenios de El-Haya y de Lóndres (3), que la posteridad calificó de *infames*, en los cuales, bajo la influencia de Luis XIV, y sin la menor anuencia de España, se repartia caprichosamente su corona como vil mercancía. Si la postracion de ánimo, y el estupor mismo que producian tan repetidos y extraordinarios golpes, embotaban, al parecer, la sensibilidad de la nacion, no apagaban las centellas del ódio intenso que en aquellos dias profesaban los españoles á la nacion francesa. Las apremiantes necesidades de la existencia política de los estados, que con insuperable fuerza imponen el remedio, fueron la causa verdedera de que los españoles recibieran con ánimo franco á la casa de Borbon. Razones de naturaleza política, hermanadas con sanas prendas geniales del Monarca, fueron parte igualmente para que Felipe V mirase con interes y afecto por el comun provecho del noble pueblo que se habia echado tan confiadamente en sus brazos; pero el apego á las ideas y á las costumbres, que se infunden en el alma con la atmósfera en que se nace, así como la involuntaria antipatía que inspira cuanto de ellas se aparta, ni se desvanecieron en el ánimo del príncipe extranjero, ni se entibiaron por entónces en el espíritu del pueblo castellano.

Mozo inexperto, mal dotado por la Providencia del instinto de observacion y de la entereza necesarios á los hombres de estado, y rendido, muchas veces á pesar suyo, á la abrumadora proteccion de su ilustre abuelo, no pudo Felipe V evitar que interviniesen en la direccion de los negocios del Estado manos extranjeras, con mengua de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria. Oscuros extranjeros, levantados con escándalo al puesto de consejeros de la corona (4); los altos cargos de la casa real otorgados á personas, francesas ó españolas, designadas por Luis XIV; los honores más elevados y de índole nacional histórica concedidos, sin reciprocidad siquiera, á clases enteras de la nacion francesa (5); la mal embozada predileccion del monarca español á los franceses (6); la admision pública y oficial en los consejos de la corona de los embajadores franceses, que solian creerse verdaderos gobernadores de la monarquía: todo esto constituia una de las tutelas internacionales más tristes y más vergonzosas en que ha llegado á caer nacion alguna. La Francia, sin pensarlo, y llevada por el torrente de los tiempos y de las trasformaciones históricas, tomaba ahora ámplio desagravio de aquella era en que España regía en Francia los Estados Generales por conducto de sus embajadores.

(1) Este consejo fué repetido en las primeras instrucciones escritas que dió Luis XIV á Felipe V; instrucciones, por muchos admiradas, donde, al lado de cuerdas y elevadas lecciones, campean otras por demas extrañas ó triviales.

(2) Campañas de 1691, 1694, 1697.

(3) 11 de Octubre de 1698, 3 de Marzo de 1700.

(4) Orri, Alberoni, Riperdá, etc.

(5) La medida de esta clase que lastimó más hondamente el orgullo de los españoles fué la que alzó á la jerarquía de Grandes de España á todos los Pares de Francia. La historia no ha olvidado la enérgica protesta del Duque de Arcos, la cual le acarreó la severidad del Soberano y el alejamiento de su córte.

(6) Llegó á tal punto, que el mismo Luis XIV creyó indispensable poner coto á este abuso, que, con su anterior política, habia él mismo provocado. Así decia: «Aparta el rey Felipe de su servicio á los españoles, á causa de una preferencia sobrado manifiesta á los franceses. Diríase que sus súbditos le son insoportables... Es necesario que ponga el Rey de España todo su conato en ganar la voluntad de sus vasallos. Si estima poco á los españoles, fuerza es que lo oculte cuidadosamente... Su amistad á Francia debe inspirarle el deseo de que vivan en la más estrecha union españoles y franceses. Si prefiere á éstos, se aumentará el ódio de aquéllos, y harto viva es ya, por desgracia, la antipatía.» (*Instrucciones de Luis XIV á su embajador en España, el cardenal d'Estrées.*)

La influencia francesa, si bien se entronizaba con cierta violencia política en la córte española, no se infundia aún en el alma de la nacion, no obstante el carácter atractivo y simpático de la civilizacion peculiar de la córte francesa á principios del siglo último.

La Grandeza protestaba á cada paso contra aquella invasion de allegadizos elementos de exótico orígen, que apartaban de su natural asiento y camino el sér moral de la nacion, y el pueblo, aunque su voz era entónces inconsistente y flaco contrapeso á la accion gubernativa de la corona, protestaba tambien en vulgares sátiras, y á veces en más autorizados documentos, contra aquella preponderancia extranjera, que repugnaba á sus instintos de independencia y á sus gloriosas tradiciones.

Despues de este somero cuadro, ocioso es decir que la literatura patria, y en especial la poesía, á la sazon gastada y corrompida, no podia renacer ahora con las nuevas influencias que traia la casa de Borbon. El revuelto período de la guerra de sucesion no era tampoco tiempo de cantar; era tiempo de combatir. El pueblo habia olvidado pulsar la lira, pero no manejar las armas; y las memorables batallas de Villaviciosa y de Almansa, y la creacion casi repentina de vigorosas falanges allí donde parecian agotados todos los medios de resistencia, demostraron, entónces como siempre, que la raza española está dotada para la guerra de una vitalidad poderosa, que ni el tiempo gasta, ni los reveses amortiguan.

Pero la decadencia pública, los desastres de la guerra civil, el estruendo de las armas extranjeras dentro del reino, y las influencias francesas de la córte, no podian dar vida á la inspiracion literaria y al gusto depurado que sabe hermanar lo sencillo con lo grande. Las artes de inspiracion son plantas delicadas, que rara vez despliegan toda su esplendorosa lozanía si no las mecen las auras de la paz, si no las calienta el sol de la patria. La poesía lírica, en vez de robustecerse y acrisolarse, descendió entónces al más pobre y abyecto estado. Puede decirse que murió enteramente, pues algunos rasgos de ingenio, como al azar sembrados en un cáos de conceptos vulgares y de juegos pueriles de forma, no llegan á constituir nunca aquel armonioso conjunto de altas ideas, de emociones sinceras, de formas puras y concisas, que son la esencia del verdadero númen lírico. Muchos cultivaban la poesía; algunos demostraban ingenio claro y desembarazado y fecundo; el torrente del mal gusto, unido á la falta de nobles estímulos, ahogaba sus prendas naturales, y ni uno solo llevó á sazon los frútos de su talento (1).

La poesía castellana, en sus felices tiempos, tenía hechizo y galas cuando no tenía inspiracion. Ahora ya habia perdido inspiracion y galas. Sin embargo, ántes de pasar de esta época de absoluta degeneracion á la época doctrinal, en la cual nuevas tendencias de carácter poco español iban á enseñorearse de las letras, algo del espíritu nacional se conservaba todavía en los romances de carácter popular. Véase, por ejemplo, el romance á los triunfos de Felipe V, que empieza así:

Invicto Alcídes hispano,
En cuyo valiente acero
La fama imprime victorias,
Y la justicia escarmientos...

Si de Alejandro y de César
Volúmenes guarda el tiempo,
Para tus triunfos parece
Que son los siglos estrechos.

Este y otros romances, como todo cuanto se escribia entónces, están llenos de afectadas metáforas y de alambicadas frases, pero no puede negarse que resuena en ellos de cuando en

(1) Luzan hace del padre maestro Perez de los Agonizantes el siguiente elogio: *A principios de este siglo* (XVIII) *escribia con elegancia y gusto, y es lástima que sus versos no se hayan dado á la estampa.* En balde, aunque con suma diligencia, hemos buscado las poesías manuscritas del padre maestro Perez de los Agonizantes. Grande es la autoridad de Luzan para juzgar aquel triste período, que, en su tarea de reformador, hubo de mirar con prevencion severa; pero sin embargo, sin conocer las celebradas poesías, no nos atrevemos á admitir esta excepcion al fallo consignado en la presente Introduccion. *Elegancia* y *gusto* en la poesía española, á principios del siglo XVIII, serian un fenómeno singular de historia literaria.

cuando como un eco lejano de la gallarda entonacion de Góngora y de Calderon. Hasta en poetas insignificantes, preciados de cultivar la lírica elevada, se advierten nobles rasgos, perdidos en un fárrago de ridículas metáforas. Uno de ellos, *don Juan Enciso*, que llega al colmo de la pedantería llamando á la prematura muerte de Cárlos II *inmaturo ocaso*, demuestra, áun en su estilo enfático y alambicado, que tenía prendas, cuando ménos, de versificador numeroso. De otro tanto da indicios *don Francisco Bernaldo de Quirós*, en un canto al advenimiento al trono del rey Felipe V. Cree presagio feliz el nombre de *Quinto*, y saca á plaza una larga serie de *Quintos* esclarecidos: *Quinto Fulvio*, *Quinto Fabio*, *Quinto Metelo*, *Alfonso V* de España, *Alfonso V* de Portugal, *Enrique V* de Inglaterra, *Boleslao V* de Polonia, *Eurico V* de Dinamarca, *Cárlos V* de Francia, y otros varios *Quintos*, monarcas y papas, entre los cuales olvida á *Pio V*, tal vez porque este santo pontífice no habia sido todavía canonizado á la sazon en que *Bernaldo de Quirós* escribia.

Al lado de insufrible afectacion en el pensamiento y en el estilo, campea en los versos de este poeta cierto ambicioso vuelo, que denota que su imaginacion no era de índole vulgar. Véase, por ejemplo, esta octava, que dirige al recien coronado monarca, que no habia salido de la adolescencia todavía:

De Jove y jóven han de ser tus prendas;
Que acierto y juventud no están reñidos:
El genio, y no la edad, es bien que entiendas
Constituye los héroes aplaudidos.
Las de los años son vulgares sendas;
En su oriente los soles son lucidos;
Los Hércules que mandan la fortuna,
Doman los monstruos en la misma cuna.

Este discreteo, en que se combinan el alambicamiento y la elevacion, no podia desagradar á unas gentes que todavía admiraban los delirios grandilocuentes de Góngora. *Don Pedro Scoti de Agóiz*, cronista y autor dramático de aquella era, escribió, en alabanza de las octavas de *Bernaldo de Quirós*, un soneto, en el cual, al traves del falso barniz de tan relumbrante poesía, asoma algun vigor de idea y de entonacion, cosa rarísima en aquellos infelices dias. Así dice de la inspiracion, en el primer terceto:

Que dar alma al pincel, bulto al acento,
Es un milagro á que sin alto influjo
Llegar pudo jamas humano aliento...

Tales fueron, en fin, el envilecimiento del gusto y el desenfado de los poetas, que habia algunos de éstos que dedicaban sus versos á asuntos, no sólo familiares y rastreros, no sólo repugnantes, sino de aquellos que en las naciones cultas no es lícito dar á la estampa. Entre infinitos ejemplos, merece mencionarse la especie de trova ó parodia, que escribió *don Juan José de Salazar y Hontiveros*, de las célebres décimas de *La Vida es sueño*, con motivo de haber adolecido un amigo suyo de una enfermedad vergonzosa. *Salazar*, un sacerdote respetable, muy estimado en la córte de Felipe V, y admitido en la intimidad familiar del Príncipe de Astúrias (despues Fernando VI) y de su hermano el infante don Cárlos (despues Cárlos III), se atreve candorosamente á imprimir esta composicion escandalosa, en la cual, no sólo se llama por su nombre á las cosas más feas é indecorosas, sino que ¡cosa singular en aquel tiempo! escoge á un fraile como uno de los tipos de gente libertina que mejor cuadran al extraño asunto de su inmunda poesía (1). Las letras, pervertidas, servian como de abrigo á

(1) Estos tipos son un fraile, un alguacil y un paje. Hé aquí la tercera décima de esta chocarrera parodia:

Nace un fraile, que no naco
Para padre, y con la bulla,
Apénas de la cogulla
El santo temor deshace,
Cuando á todas partes hace
Hipócritas mogigangas,
Y, en fin, logra pegar mangas,
Sin pegársele un desastre;
Y yo, con ser tan gran sastre,
No puedo hablar bien de gangas.

este trastorno moral, que á favor de ellas pasaba inadvertido ante una córte morigerada y en una sociedad escrupulosa.

Se ha repetido que en aquel período habian muerto las letras castellanas. Las letras dignas de este nombre, es verdad, habian muerto. Pero no ha de entenderse por esto que no se cultivaba la literatura en España. Para una *Justa poética* celebrada en Murcia, el año de 1727, en honor de san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, escribieron cinco poetisas y más de ciento cincuenta poetas, entre ellos los célebres cura de Fruime, don Agustin de Montiano y Luyando, el padre Isla y el Marqués de la Olmeda, vencidos, por cierto, todos cuatro, en el certámen, por poetas oscuros, áun peores que ellos. Brotaban como plaga en todas partes versificadores y copleros, cual suele acontecer en las decadencias literarias. No faltaban poetas; lo que faltaba era poesía.

CAPÍTULO III.

Recuerdos del estilo encrespado y oscuro de Góngora. — Manifiéstanle aficion las clases ilustradas. — Leon y Mansilla. — La catedral de Salamanca. — Prevalece la poesía conceptuosa chabacana. — Otros poetas de la extrema decadencia lírica. — Zamora. — Cañizares. — Bánces y Candamo. — Álvarez de Toledo (don Ignacio). Enriquez Arana. — Benegasi y Lujan (don Francisco). — Mística poética. — Sor Gregoria de Santa Teresa. — Sor María del Cielo. — Prosadores poetas. — Torres. — Feijóo. — La poesía en las Indias. — Méjico. — El Perú. — El Virey Marqués de Castell-dos-Rius. — Monforte. — Peralta Barnuevo. — El Conde de la Granja.

«Pecaron los *cultos*, decia Forner (1), por demasiado poetas... Luégo cayó la ambicion de la fantasía, y pecó por vil y ruin, como ántes pecaba por encopetada y escabrosa.»

Hasta el sesudo Forner, hombre de severo y alto criterio, llamando *demasiado poetas* á los poetas extraviados, denota la fácil indulgencia con que suelen ver los españoles todo empleo, siquiera sea exorbitante y descaminado, de la imaginacion.

Degradada la poesía cuanto cabe estarlo, á principios del siglo anterior, áun se encontraban en España personas ilustradas que, en vez de caer en la chocarrería familiar que dominaba entónces, intentasen enaltecer la poesía; como lo habian hecho los *cultos*, tomando por elevado lo oscuro, por elegante lo ampuloso, y lo extravagante por sublime. Segun ya hemos indicado, Góngora deslumbraba todavía con su gloria y con su ambicioso y exuberante estilo, y no faltó quien con ciega temeridad se juzgase capaz de imitarle y de seguir sus huellas. Un oscuro poeta cordobés, *don José de Leon y Mansilla*, creyendo completar las *Soledades* de Góngora, escribió la *Soledad tercera* (2). Aunque versificador numeroso, faltaba á *Leon* el fuego sagrado que habia encendido la fantasía de su modelo, y no acertó á ponerse al nivel de éste, ni en el brío de la entonacion, ni en el color descriptivo, ni siquiera en el ímpetu de sus delirios.

Verdaderos sabios, tales como el famoso dean *Martí*, imitaban igualmente en lo censurable al gran lírico cordobes. Corporaciones enteras, de las más respetables que encerraba España, se manifestaban entusiastas del relumbrante y metafórico estilo. Un curioso ejemplo demostrará hasta qué punto puede avasallar el mal gusto á las clases más ilustradas, y cuán difícil es sobreponerse á los resabios y errores que son tenidos por galas y aciertos en las literaturas decadentes. El Cabildo de la catedral de Salamanca, deseoso de celebrar la colocacion del Santísimo Sacramento en aquella insigne iglesia, formó varios asuntos, para que fuesen cantados por los más famosos poetas de la época. Cinco de estos asuntos fueron encomendados á *Gerardo Lobo*, de quien más adelante hablarémos. El primero de ellos, la descripcion

(1) Carta al Duque de Montellano.

(2) *Soledad tercera;* siguiendo las dos que dejó escritas el príncipe de los poetas líricos de España, don Luis de Góngora, etc. — Córdoba, 1718.

del magnífico templo, era oportuno y poético, y pudo inspirar dignamente al poeta las cuarenta y seis octavas que escribió, algo conceptuosas, pero no exentas de estro y de grandeza. En el segundo asunto no dejaron los comisarios del Cabildo campo abierto al gusto y á la inspiracion particular del poeta. Arrogándose fueros de autoridad doctrinal que tenian su basa en la poética del tiempo, imponen como asunto á *Gerardo Lobo* una serie de metáforas. Éstas son las propias palabras del Cabildo:

«De esta nuestra fábrica (la catedral) se pudiera decir que forma con sus piedras un panegírico visible de su autor, el Cabildo de la Santa Iglesia, imaginando las figuras del mármol como figuras de retórica, hipérboles de bulto, alegorías, prosopopeyas, etc.»

¡Y esto lo imaginaba y escribia el alto clero de la ciudad donde áun duraba el eco de los sublimes y sencillos cantos de fray Luis de Leon! El poeta, siempre codiciador de fama y aplauso, ¿cómo habia de sobreponerse al imperio de la doctrina literaria que con tanta autoridad se le presentaba? La metáfora es una de las formas del pensamiento que requieren mayor cordura y gusto más acendrado. San Agustin pudo decir con elocuencia verdadera, en los arranques de su mística admiracion, que *la fábrica del mundo es un poema del supremo Artífice.* Pero Gerardo Lobo, á quien trazan de antemano el rumbo artificial que debe seguir su entusiasmo, ¿qué ha de escribir, sino monstruosas metáforas, cuyo éxito habia de estar en razon directa de su ridiculez y de su violencia? Despues de decir que el templo es *orador de sí mismo*, y que *se lleva la cátedra de la agudeza retórica con sus tropos, sus frases y sus figuras*, llama á la cúpula *prosopopeya*, y á la iglesia entera *sinécdoque del arte* y

Catácresis marmóreo de la gloria;

y no contento con ver

Un Demóstenes suyo en cada peña,

quiere lucir los artificios del equívoco, y asegura que el sagrado monumento

. . . . . forma con espanto
Un cántico de Dios en cada canto (1).

¡Lamentables desbarros del ingenio, que no estaban en la índole de la inspiracion llana y sincera de Gerardo Lobo, y que no sólo el sentido estético, sino hasta la sana razon condena!

Sin embargo de estos conatos de falso engrandecimiento poético, prevaleció por completo la escuela conceptuosa chabacana. Tres poetas dramáticos, *don Antonio de Zamora*, *don Francisco de Bánces y Candamo*, y *don José de Cañizares*, últimas glorias de nuestro gran teatro nacional, escribieron algunas poesías líricas. Pero éstas son tales, que todas ellas, inclusas las de Bánces y Candamo, único que tenía estro lírico, pueden ser contadas entre los testimonios más patentes, que ofrece aquel tiempo, de la extrema decadencia poética.

Zamora, que á veces imita gallardamente á Calderon, y que en *El Hechizado por fuerza*, en *El Convidado de piedra* y en otras comedias manifiesta á veces tan notables prendas de lenguaje, de versificacion y de estilo, no es tolerable siquiera en sus composiciones líricas. Las más son de carácter oficial y cortesano. Su *Fúnebre numerosa descripcion de las exequias de Cárlos II*, su *Romance*, de arte mayor, para el certámen de san Juan de Dios celebrado en Madrid (1691), sus composiciones para otro certámen en honor de san Juan de Mata (1722), y en general todas sus obras líricas son lamentables abortos de una poesía insulsa ó pedantesca.

El mismo desfavorable juicio puede formarse de las poesías sueltas de Cañizares. El presente *Bosquejo*, especialmente consagrado al exámen de la poesía lírica en el siglo XVIII, no ofrece ocasion para tasar detenidamente el mérito de *Cañizares* como poeta dramático. Juzgar á *Zamora* y á *Cañizares* como poetas líricos, sin recordar que no es éste el campo natural de su vocacion y de su fama, sería hacerles descender de su glorioso pedestal. Imi-

(1) *Canto*, en la acepcion de *piedra*.

tador feliz de Lope de Vega y de Calderon, agudo y fácil en el diálogo, poeta ingenioso, flexible y abundante, y no escaso de inventiva, aunque á menudo tomaba sus fábulas, sin escrúpulo ni disimulo, de los grandes maestros de la dramática española, fué *Cañizares* el que mantuvo por más tiempo y con mejor fortuna la palma de los inmortales creadores del teatro español, y esto en una época en que estaba moribundo el espíritu antiguo que habia dado vida y pábulo á aquel peregrino teatro. La escena española, por su carácter popular, se defendió con más exito y vigor contra los mortales elementos de la general decadencia. La lírica elevada habia muerto del todo, y los pocos versos líricos que se conservan de *Cañizares*, demuestran, como los de *Zamora*, que ni el ingenio más privilegiado bastaba ya á sacar la poesía del abismo en que se hallaba sepultada. En las pocas poesías sueltas de *Cañizares* que han llegado á nuestros dias, se ve patente cuánto habia ganado el contagio de la afectacion y del retruécano al celebrado autor de *El Dómine Lúcas*. Á su escaso mérito como poeta lírico alude probablemente Jorge Pitillas en estos versos:

El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados,
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Cuando llegó á enseñorearse de nuestra escena la escuela dramática francesa, *Zamora*, *Candamo* y *Cañizares* fueron tratados con injusticia y hasta con menosprecio. De *Cañizares*, el más ilustre y aventajado de los tres, habla así el canónigo Huarte en su poema *La Dulciada*:

Allí vi á *Cañizares*, remendando
Las comedias de Lope manuscritas,
Que despues fué á su nombre publicando
Con mil faltas groseras y malditas...

No era *Cañizares* un mero y vil plagiario, como podria inferirse de estos versos. No se imita como él imitaba, acercándose tanto á los grandes modelos, sin ingenio propio, fecundo y poderoso; y en muchas de sus obras campean, espontáneos y originales, la fuerza cómica y el instinto teatral. Á haber nacido un siglo ántes, acaso hubiera llegado *Cañizares* á colocarse en la línea de los primeros dramáticos de la libre escuela española. Hasta del torrente de la moda *culta*, hiperbólica y alambicada, que en aquellos tiempos todo lo corrompe y lo afea, se salva á veces *Cañizares* por ese mismo impulso, imitador de sus ilustres antecesores, que no era acaso más que el noble instinto que le inducia á admirar y á retratar el antiguo espíritu nacional, elevado y caballeresco, del cual habian sido brillantes ecos los Tirsos y los Moretos, los Lopes y los Calderones. Diálogos hay en las obras de *Cañizares* que son dechados de elocucion dramática, rápida, propia y expresiva, digna, en fin, de la edad dorada del teatro español. Moratin y Lista, á pesar de las prevenciones de la reaccion doctrinal, hacen justicia á *Cañizares*. Éste le llama *calderoniano;* aquél aplaude su lenguaje, y califica su estilo, en las comedias no heroicas, de «festivo, epigramático y *chisposo*.»

Olvidemos, pues, los versos líricos de *Zamora* y de *Cañizares* para no empañar la gloria de estos dos simpáticos ingenios.

Bánces y Candamo, caballero asturiano, educado en Sevilla, cobró allí aficion á la poesía lírica, que cultivó despues en Madrid, con no comun aplauso, si bien inferior al que le granjeó la poesía dramática.

Fuí ruiseñor en el Bétis,
Y en el Manzanares cisne,

decia *Candamo* en su donairoso estilo. Galan, agudo, valiente, desprendido, de dulce trato y de airoso porte, ganaba fácilmente la voluntad de todos. Se inclinaba á la sociedad de las clases elevadas ó literarias, y trabó amistad cordial y duradera con el Duque de Alba, el Almirante de Castilla, el Duque de Alburquerque, los poetas La Hoz, Zamora, Cañizares y otros varones de cuenta, ya en alcurnia, ya en letras. Gravemente herido en el pecho en

un encuentro, cuya causa, de amor ó de honra, quedó escondida en el misterio, el rey Cárlos II demostró tan vivo interes por la vida y la salud del poeta, que, no satisfecho con enviarle sus mejores médicos, mandó atajar la calle de Alcalá, donde vivia el enfermo, para que no le molestase el ruido. La alta nobleza imitó la conducta del Rey, manifestándose muy deseosa de la curacion del brillante y simpático mozo, y visitando solícita su casa con este motivo. Sabido es, asimismo, que, imprudente á causa de sus pocos años, ó desvanecido con el favor de la córte y de la aristocracia, provocó contra sí el encono de poderosos magnates, con alusiones satírico-políticas, en su aplaudida comedia *El Esclavo en grillos de oro*, y que con este motivo tuvo que defender denodadamente su vida con la espada, contra hombres enviados para asesinarle. La atrevida ó impremeditada conducta del poeta dramático le acarreó amarguras sin cuento; pero al propio tiempo formó en esta dura escuela su experiencia del movimiento de la vida humana en situaciones escabrosas, y de ahí nace acaso su aficion á dar color filosófico ó satírico á las ideas, y cierta elevacion de caractéres y de sentimientos, que antepone, por lo comun, al donaire cómico.

En la poesía lírica carece, por lo general, de inspiraciones de alta ley; pero, cuando no vicia su estilo la manía de la *altisonancia* y del *concepto*, es fácil, ingenioso y ameno. Á veces, siguiendo su natural tendencia, escribia trozos de lenguaje limpio, noble y sencillo. La idea de la nobleza heredada le era simpática, y al recuerdo de ella levantaba el espíritu y la entonacion, como cuando dice en su romance *Al primer Ministro:*

Yo me incliné al Almirante,
No al que dicen que es valido;
Lo que podeis amen otros,
Que yo lo que sois estimo.
. . . . . .
Mi nobleza sólo basta
A vivir de ella impedido;
Ni pobre parezco honrado,
Ni honrado puedo ser rico.
Noble cuna me dió Astúrias,
En el solar primitivo
Donde á vuestros ascendientes
Hicieron reyes los mios.

A veces hace gala de espíritu filosófico, como cuando dice:

Océanos de Dios son estas ciencias;
Dios, que en profundidades infinitas,
Siempre dentro de sí, por más que gire,
Se vierte en onda eterna y sucesiva.

Otras, con vanidoso desenfado, entre burlas y véras, declara la ventajosa opinion que abriga de sí mismo:

Mi consuelo es que de mí
No ha de sacarme la suerte;
El Rey puede hacer hidalgos,
Pero Candamos no puede.

A fuer de hombre culto y fervorosamente cristiano, era acérrimo enemigo de las corridas de toros, que desde la incomparable reina Isabel la Católica han tenido siempre en España graves y autorizados antagonistas (1). Parecian á *Candamo* estos sangrientos espectáculos vestigios de la ferocidad de la plebe romana, y es curioso verle invocar con elocuente acento los nombres de doctores que escribieron contra los espectáculos de la gentilidad, para que la

(1) Conocida es la carta de la reina Isabel á su confesor fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, en que le manifiesta la profunda aversion que le causan las corridas de toros, y su deseo de que cesen en España. Conocida es tambien la súplica de las Córtes de Valladolid (1555) para la abolicion de las corridas de toros, *de que se seguian, muchas veces muertes de hombres é otros muchos inconvenientes.* De escritores particulares que han condenado estas bárbaras fiestas, podria formarse un largo catálogo.

comparacion sea escarnio y escándalo de la civilizacion cristiana, que tan duras costumbres autoriza y aplaude. Hé aquí algunos de los versos consagrados á este asunto:

Así los españoles, con romano
Pecho aplaudiendo bárbaros arrojos,
Tienen por regocijo cortesano
De sangre humana y bruta hartar los ojos.
¡Oh Lactancio! ¡oh Crisóstomo! ¡oh Cipriano!
¿Qué dijérais al ver cuán sin enojos,
En estas fiestas de homicidios feos,
El aplauso y la vista se hacen reos?
¿Qué dijérais al ver que tan infando
Espectáculo todos aplaudiendo,
Del bruto están la saña deseando,
Y el riesgo de su prójimo riendo;
Al ver lo poco que se alteran cuando
Comete el bruto el homicidio horrendo,
Y que prosiguen ¡ah, dolor prolijo!
Con ánimo sereno el regocijo?
Tratable se hace así la misma muerte,
Haciéndola espectáculo festivo;
El horror se le pierde, y de esta suerte
Huye la compasion del pecho altivo..., etc. (1).

Estos versos, que honrarian á cualquier poeta por su espíritu y su entonacion, pueden dar alguna idea del estilo diserto y razonador del malogrado *Candamo* en los asuntos graves (2).

Con ménos títulos gozaban concepto de poetas algunos escritores de poca monta, cuyo recuerdo vamos á consignar, sólo por respeto á la historia.

Era uno de ellos *don Ignacio Álvarez de Toledo*, caballero de la Órden de Santiago, hermano mayor del ilustre *don Gabriel*, de quien harémos el honroso juicio que merece. Compuso *don Ignacio* un libro titulado *Ocios poéticos*, que contiene, ademas de una zarzuela, una loa y dos bailes, muchas poesías líricas, obra de las mocedades del autor; poesías que contrastan grandemente, por la frivolidad de los asuntos y de la entonacion, con el carácter elevado y grave de las *Poesías póstumas* de *don Gabriel*.

En sus versos refiere *don Ignacio* algunas circunstancias de su azarosa vida. Recordarémos una de ellas. Durante un viaje que hizo á Flándes con objeto de servir al Rey, corrió una tormenta en el canal de la Mancha, de la cual escribió más adelante una descripcion en octavas. De éstas sólo merece conservarse la siguiente, que pinta los afanes de aquel conflicto bajo un aspecto poético y generoso:

Cuál del padre recuerda la ternura,
Cuál de la madre el cariñoso anhelo,
Cuál de la amada prenda la hermosura,
Cuál de la vida el mísero desvelo;
Cuál su pobre caudal salvar procura,
Cuál busca en lo que fué más desconsuelo,
Y del airado mar en los abismos
Á los demas recuerdan, no á sí mismos.

Se advierte en algunas de estas poesías de *don Ignacio* el intento de imitar á don Gabriel, cuya grande autoridad literaria respetaba. Adopta á veces sus asuntos poéticos, pero se queda siempre á mucha distancia de su hermano, y se nota fácilmente que no tenía fantasía para volar á las regiones místicas, donde éste se espaciaba y se complacia. Sólo en una cosa le aventaja: es ménos conceptuoso que don Gabriel, no porque estuviese dotado de mejor instinto, sino acaso porque su imaginacion era de suyo humilde y llana.

(1) El César Africano; *Guerra púnica española.* Poema épico, canto primero.

(2) Murió, á los cuarenta y dos años de edad, de una enfermedad violenta y repentina, que fué atribuida á envenenamiento. Así era juzgado *Candamo* en los últimos años del siglo XVII: «Interrumpió mi lectura un anciano (Bánces Candamo), vestido á la española antigua, que ví salir de una de aquellas cuevas. Su aspecto era venerable, y en medio de sus canas, prolongada barba y arrugado rostro, demostraba en la viveza de sus ojos y boca risueña, alma juvenil... Me llevó junto á un fresco arroyo, donde, sentados, me habló en estas razones: Por dejarme llevar del torrente del mal gusto de mi siglo, me veo privado para siempre de entrar en el Parnaso. Dichoso tú, que áun puedes tener esperanzas, pues te han dado tiempo para la enmienda... Viví en los tiempos del señor Cárlos II, en que el Gobierno y la poesía estaban en su mayor decadencia, y aunque yo tenía disposicion para ser bueno, no obstante, me dejé arrastrar del concepto agudo y falso, del equívoco, del culteranismo y de los demas vicios que entónces prevalecian. Escribí várias obras, en las que se descubre mi buen ingenio, fantasía y robusta elocucion, en medio de los muchos defectos de que están llenas.» (*Viaje burlesco al Parnaso;* MS. atribuido á don Juan Pablo Forner.)

Vivia por entónces en Montilla, patria del *Gran Capitan*, un poeta, *don Gonzalo Enríquez Arana*, enfermo siempre, hasta el punto de tener constantemente embargado el uso de las piernas y de las manos. Buscaba resignacion y alivio á su desgracia en la religion y en las letras. Escribió una copiosa coleccion de poesías (1). Todas ellas demuestran soltura y abundancia; pero son por extremo triviales y conceptuosas. Á tan perversa y lamentable situacion habia llegado el gusto, que las poesías de *Enriquez Arana*, con ser tan malas, no eran de las peores que andaban en auge por aquellos tiempos. La plaga de malos poetas que habia entónces, despierta su ira poética, y escribe contra ellos, sin caer en que sus propios versos no son en realidad sino una parte de aquella plaga que tan molesta le parecia. Alguna vez, cuando recuerda su doliente estado, acierta con acentos naturales, que expresan con sinceridad las amarguras de su infortunio. Así, por ejemplo, en un poema *Á la Infancia del hombre*, que no se refiere en realidad sino á la suya propia, exclama:

Apénas nace el hombre cuando llora,
Anuncio cierto de su amarga vida...,

y asoma á cada paso el hondo pesar con que arrastra su desventurada existencia.

Otro poeta, digno de honrosa, si bien somera mencion, es *don Francisco Benegasi y Lujan*, caballero del hábito de Calatrava y regidor perpétuo de la ciudad de Loja. Era uno de los nobles españoles que, en aquel como en todos tiempos, tenian á honra el cultivo de las letras amenas. Tercer nieto del caballero Vivaldo Benegasi, embajador de la república de Génova en la córte de Felipe II, habia conservado en su casa las costumbres elegantes, cultas y dispendiosas de sus aristocráticos abuelos. Su excelente hijo don José hace su elogio en estas palabras:

«Fué discreto sin afectacion, chistoso sin bufonada, galan sin presuncion, cortesano sin artificio. Manejaba un caballo con singular destreza. Fué tan diestro en el arpa, que le confesaban excesos en la habilidad áun los que vivian de este instrumento. Logró tambien singularísimos aciertos en el marcial ejercicio de la caza. Fué liberal, y tanto, que no fué liberal. El pródigo puede consolarse..., pero el avaro no. Finalmente, fué tan prudente y tan inalterable en los varios contratiempos que le causaron sus émulos, que pudo librarse de médicos hasta los ochenta y seis años» (2).

Á aquellas nobles aficiones juntaba *don Francisco Benegasi* otra, que no menciona su hijo, pero que consigna el Marqués de la Olmeda: la de reunir en su casa los más aventajados poetas de Madrid, para entregarse con ellos al dulcísimo solaz de las letras.

«Conocí (dice el Marqués) al autor, á quien hacian muy distinguido sus prendas; pues, ademas de su notoria nobleza, tenía todas aquellas habilidades que hacen á un caballero perfecto cortesano. Le quise mucho, y así soy parte muy apasionada... En la casa del autor habia dos veces en la semana academia, donde concurrian las más conocidas habilidades de la córte» (3).

De las prodigalidades de *don Francisco Benegasi* hay un testimonio en sus propias obras, que no queremos pasar por alto, porque es un curioso recuerdo de las costumbres de nuestros mayores y de la galante bizarría de este poeta. Hay en sus *Obras líricas* unas seguidillas que, segun el epígrafe, fueron enviadas á una dama, con un «regalo que llamaban *del zapato*, compuesto de un reloj de diamantes, una frasquera de plata, un castillo de lo mis-

(1) Consérvanse muchas de ellas en un códice abultado, que posee el señor don Pascual de Gayángos.

(2) Prólogo á los *Sainetes y bailes* de don Francisco Benegasi y Lujan.

(3) Aprobacion de don Ignacio de Loyola, marqués de la Olmeda, de las *Obras líricas joco-sérias* de don Francisco Benegasi y Lujan (20 de Agosto de 1745).

mo, una caja de tabaco y una bandeja de filigrana.» Pues bien, parecia mezquino á *Benegasi* este regalo espléndido, y creyó necesario disculparse por ello:

Perdona, bella Anarda,
Mi corto obsequio;
Que el ser hoy miserable
Lo hago de intento.

Con razon don José Benegasi llama *pródigo* á su padre; si bien es de advertir que, aunque vivió pobre á causa de aquel rumbo y de aquellas larguezas, el hijo, tierno y desinteresado, empleó aquella palabra en tono de alabanza, y no en el de queja ó de censura.

Á pesar de los hábitos aristocráticos de *don Francisco Benegasi*, no usó de un título de Castilla de que le hizo merced el Rey, y perteneció, como poeta, á la escuela libre y popular de Gerardo Lobo y del doctor Torres. Sus poesías líricas, ménos ingeniosas que las de estos sus famosos contemporáneos, están escritas con no menor desembarazo y con mayor naturalidad y lisura. No merecen, sin embargo, vivir en la posteridad. No así sus obras dramáticas (entremeses y bailes), que pueden ofrecer interes á la historia literaria y áun á la historia de la civilizacion. Curioso es ver á *Benegasi* combatir, en forma amena, las preocupaciones populares, unido, sin sospecharlo, á la falange reformadora de los Feijóos y de los Martinez. En el entremes *El Zahorí*, da este carácter á un bellaco embaucador, que intenta cometer un robo abusando de la credulidad de unos lugareños:

ALCALDE.
¿Qué es zahorí?
ZAHORÍ.
El ver á ojos cerrados,
Debajo de la tierra siete estados;
Con que voy registrando por el mundo
Cuanto encierra en su cóncavo profundo.
ALCALDE.
Mas no quiero creer tal gracia ó ciencia.
ZAHORÍ.
Pues, si gustais, hagamos la experiencia...
Un tesoro he de daros esta noche.
ALCALDE.
¿Y, solo, he de lograrle?
ZAHORÍ. (*Ap.*)
¡Qué bien cayó este pez! El desdichado
A poco cebo se miró clavado.
¡Un tesoro, Jesus! De risa lloro,
¡Animal! Pues si hubiera tal tesoro,
Dártelo á tí, ¿no fuera barbarismo?
¿La caridad no nace de sí mismo?

No ménos malicia y donaire despliega *Benegasi* en sus *bailes*. En ellos suelen hallarse rasgos cuyo carácter lírico se trasluce y siente, á pesar del tono cómico ó burlesco de estas amenas obras. En *La Familia de amor*, por ejemplo, un portugues, arrogante y enamorado, se irrita de que los españoles no sepan definir el amor, y les dirige en lenguaje chapurrado este gracioso apóstrofe:

Callad, patifes, callad,
Que de oiros me avergonzo,
Y á pancadas he de hacer
En vosotros tal destrozo,
Que los átomos del viento
Los imiteis, hechos polvo.
¿Qué sabeis quién es amor?
Los castesáus modorros,
¿Qué saben querer? ¿qué saben
Sus misterios prodigiosos?
Amor es una conserva
De un almíbar tan sabroso,
Que la boca se hace agua;
Pero tragado, es rescoldo.
Es dulzura que alimenta,
Es confitiñu de Oporto,
Que á muchos ha dado vida,
Pero á muchos mais ha morto.

Como contraste y afrenta del carácter material y rastrero que habia tomado la poesía, se presentaban de cuando en cuando ejemplos de la mística poética que con tanta vehemencia como esplendor habian cultivado san Juan de la Cruz y la incomparable madre santa Teresa de Jesus. En imaginaciones femeniles prendia fácilmente aquel sagrado fuego, que, si bien envuelto en formas metafísicas, servia á un tiempo de pábulo y desahogo á los arranques de amor divino que abrasaba su alma. Aunque ya desmayada y tibia, todavía llegaba á encenderse aquella luz ardiente en la vida contemplativa y mística del claustro. Inmediatas su-

cesoras del estro apasionado, á par que discreto, de sor Juana Ines de la Cruz, fueron sor Gregoria de Santa Teresa, esclarecida sevillana, *gran maestra de la virtud*, segun la expresion de su biógrafo el doctor Torres, y la ilustre poetisa portuguesa sor María del Cielo, que escribió en castellano una parte de sus poesías. La primera de estas dos insignes religiosas se distingue por la exaltacion mística. Todas las impresiones de la vida cobran en su ánimo un carácter intenso de espiritualidad y amor divino. Una tarde, por ejemplo, estaba contemplando el cielo; ve volar un pájaro que se remontaba muy alto; se exalta su imaginacion; vuela hácia lo invisible y lo etéreo, y escribe el romance que empieza:

Celos me da un pajarillo,

donde, al traves de las tendencias conceptuosas del estilo, resalta la sinceridad de su anhelo por salir de la esfera terrestre, donde siente el alma encadenada. Y lo singular es que su afan de morir, aunque vivo y profundo, nada tiene de amargo y de sombrío. No emana del desaliento de la vida, ni de los tormentos del desengaño; es el ánsia de subir á la mansion beatífica de los justos, de gozar de la presencia de Dios sin velo y sin distancia. El amor al Esposo divino, esencialmente angélico y sagrado, tomaba en el estilo de estas monjas extáticas las formas del amor profano. Así habla á Dios la madre *Gregoria de Santa Teresa* en unos versos, especie de letanía poética, en que se refleja la paciente serenidad de las oraciones del claustro:

Jesus amoroso,
Amante divino,
Objeto del alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Pastor soberano,
Mi dueño, rey mio,
Esposo suave;
No desprecies, Señor, mis suspiros.

Vuélveme tu rostro,
Lleno de cariño;
Que vivo muriendo;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Adorada prenda,
Vida por quien vivo,
Alma de mi alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros; etc.

En casi todos los versos de la madre *Gregoria de Santa Teresa* se advierte la misma tendencia (1). Hasta en las metáforas, de que tanto se abusaba entónces, resplandecen su ternura mística y su confianza religiosa. Véanse en prueba estas redondillas:

Quiero en el golfo de amar
Anegarme, cual barquilla
Que, apartada de la orilla,
Se aventura en alta mar.
En él me quiero perder;
Que es lisonja de un amante
Rendir la vida, constante,
Sacrificando su sér.

Con dulce tranquilidad
Mi pobre barca navega,
Con una obediencia ciega,
Sin temor de tempestad;
Que aunque falten vela y remo,
Segura es la barca mia,
Pues siendo Jesus mi guía,
Nada falta y nada temo.

No manifiesta ménos sincera ni ménos íntima aspiracion á romper los lazos terrestres y confundirse en la esencia divina, la célebre poetisa portuguesa *sor María del Cielo*. Con alma ménos apasionada, pero con imaginacion más viva y fecunda que la abadesa sevillana, la monja de Lisboa lleva su misticismo por muy diferente camino. La forma alegórica prepondera en casi todos sus escritos. En algunos de sus *autos alegóricos* despliega originalidad y brío, especialmente en uno, en su tiempo muy celebrado, *Las Lágrimas de Roma*. Otra de sus obras que mayor éxito alcanzaron es una especie de leyenda moral y filosófica, en prosa y verso, en la cual el alma, simbolizada en una *peregrina*, seducida por unas cazadoras ga-

(1) Entre las obras poéticas de esta esclarecida señora, las más todavía inéditas, se distingue un *Coloquio espiritual*, sembrado de rasgos delicadísimos de sensibilidad y de expresion. A más del doctor Torres, han escrito acerca de la ilustre poetisa, en el último siglo don Justino Matute y Gaviria, y en nuestros dias el estudioso jóven don Antonio Sanchez de Moguel y nuestro ilustrado amigo monsieur Antoine de Latour.

llardas (emblema de las pasiones mundanas), va adorando sucesivamente los ídolos de la tierra: *nobleza*, *hermosura*, *discrecion humana*, *esperanza del mundo*, *riqueza*, *amor propio;* hasta que, desengañada y corregida, entra en la senda de las asperezas. Allí encuentra á una mujer de rara hermosura (santa Pelagia), que la induce á despojarse de los mundanos atavíos hablándole de esta manera:

«Yo, ántes que pastora, fuí cortesana, y tan vana, que en mi adorno apuraba todas las flores para las sedas, todas las luces para el oro, todo el aire para las plumas, todo el mar para las perlas, todas las minas para las joyas. En lo mejor ó lo peor de este tiempo me enamoré, y entónces empecé á vivir, porque entónces empecé á amar. Era mi amante muy celoso, porque era amante, y cuanto amaba en mi natural belleza, tanto se disgustaba con sus artificiales aliños. Yo, que le adiviné el sinsabor, porque quien ama tiene obligacion de adivinar, mandé encender en la plaza una grande hoguera, y dí en ella al fuego cuanto habia dado ántes al viento, sin quedarme más gala que mi resolucion, ni más diamante que mi amor.»

Trueca en sayal sus galas, y con esta leccion metafórica del arrepentimiento, y asida á un hilo de oro (la doctrina santa), que le da san Francisco, adelanta la *peregrina* en el áspero camino.

Á pocos pasos oyó unas descompasadas voces que decian:

¡Ahí va la loca!
Todos á ella.
Digámosle injurias,
Tirémosle piedras.

Miró asustada, y vió que del camino contrario salian muchos de los que ella conoció en el bosque (el mundo), que con vocería, risotadas y gritos la venian siguiendo. Decian unos: «¡Mirad qué airosa va con el nuevo vestido!» Otros: «¡Qué aseada va, toda llena de lodo!» Otros: «Va en busca de un Dios, porque es hipócrita.» Otros: «Huye de nosotros porque es liviana.» Y todos repetian:

¡Ahí va la loca! etc.

Despues de este fiel recuerdo del trato que suele dar el mundo á la virtud, conduce la autora á la *peregrina* al *lago de las tribulaciones*, y al fin la lleva al *vergel* (la gloria) *del pastor* (Jesus), que es el amante á quien buscaba.

Esta especie de novela simbólica, extraña por su forma, y contagiada del gusto metafórico de aquella edad, es una de las más notables producciones de *sor María del Cielo*, y está escrita, en verdad, con no escaso caudal de inventiva y de ingenio.

Sus versos tienen á veces cierto sabor de poesía popular, y gusta de combinaciones métricas complicadas. En muchas de sus poesías se trasluce, á pesar de su forma sencilla, que la poetisa está familiarizada con el *Apocalípsis* y con los cánticos sagrados.

Hombres especialmente inclinados al estudio de las ciencias, y más prosadores que poetas, pero al propio tiempo fervorosos cultivadores de la poesía, no pueden ser olvidados en esta conmemoracion histórica de los ingenios líricos del siglo XVIII. Es acaso el más digno de este recuerdo el doctor *Don Diego de Torres y Villaroel.* Tiene lugar señalado y alta significacion en la historia de la civilizacion española durante la primera mitad del siglo XVIII. Pertenece á aquel grupo de espíritus reformadores, tales como *Feijóo*, *Martinez*, *Salafranca*, *Isla* y otros muchos, que no podian vivir en la densa atmósfera de preocupaciones y de ignorancia que se habia formado en los últimos tiempos de la dinastía austriaca. Sin traspasar nunca los límites de la rectitud y de la sumision á las leyes, era un ánimo inquieto y por demas independiente. Aunque nacido en modesta cuna y casi siempre menesteroso, nunca antepuso su propio interes á la verdad, á la justicia, á la dignidad moral. Al paso que, por educacion y por instinto, respetaba las formas con que se revisten de legítimo y conveniente prestigio las instituciones humanas, se mostraba implacable con los artificios, engaños y al-

haracas que explotan los perversos y los audaces. Un noble de corazon y estirpe, un hombre austero y justo, un sabio verdadero, le infundian veneracion y simpatía; un advenedizo arrogante al par que ruin, un docto aparente, un vicioso hipócrita, le causaban aversion ó desprecio. Con ménos talento que don Francisco de Quevedo, á quien intentaba imitar, pero no con menor ahinco, pugnaba por arrancar á todo trance estas máscaras de la corrupcion, de la intriga y de la vanidad, que tan hábilmente se emplean en la *comedia humana.* En uno de sus *Sueños morales* se le aparece Quevedo, á quien llama *padre de la verdad* y *prudente despreciador del mundo.* En el singular diálogo que con él entabla *Torres*, así como Petrarca á la vision de Laura en el *Trionfo della morte*, dirige á Quevedo várias preguntas relativas á la otra vida, y ésta entre ellas: «¿Padeciste mucho purgatorio por tus sátiras?» Quevedo, con la lisura y gravedad que cuadra bien á un aparecido, le contesta estas sencillas palabras: «El purgatorio lo pasé en la tierra, porque viví desterrado muchos meses, preso muchos años, pobre y enfermo toda mi vida. Á mi estilo calificaron los necios con el infame nombre de mordacidad; siendo así que mis invectivas nunca tuvieron particular destino: sólo las enderecé á la general correccion de los desórdenes y abusos. Yo describí con invencion festiva, en el *Sueño de las calaveras*, el dia del juicio final, y en *El Entremetido*, *La Dueña* y *El Soplon* pinté el infierno y los pecados que allá os arrastran; si lo hubiera copiado con la pluma que pide el argumento, horrorizaria con la imágen.»

Quevedo desea *registrar la córte* y *descubrir la alteracion de las cosas de su siglo*, é invisible para todos, excepto para el doctor *Torres*, recorre con él, y examina, y moteja, y satiriza todas las clases y profesiones en que advierte nuevos abusos. Para la historia de las costumbres es interesantísima esta, unas veces festiva y otras acerba, revista de la faramalla y de los desvaríos mundanos en la época de Felipe V; y fuera ademas muy sabrosa lectura, así por la riqueza y movimiento de los cuadros, como por el hábil manejo del idioma, si el afan de las antítesis y de los donaires, y el remedo harto patente del gran modelo que el autor tiene á la vista, no deslustráran y entorpecieran la narracion.

En las letras la aglomeracion no es riqueza, y *Torres*, más sobrio y contenido en el curso de su abundante vena, habria podido ser un prosador de alta valía. Su *Historia de historias*, imitacion del *Cuento de cuentos*, de Quevedo; su *Barca de Aqueronte*, su *Correo del otro mundo*, y en general todas sus obras satíricas, adolecen de los mismos defectos. En las demas el estilo suele ser sencillo y natural. El doctor *Torres* era extremado en su ambicion de ciencia, pero su índole inquieta le impidió consagrarse á un ramo especial del saber humano. En varios de ellos demostró sagacidad suma y no escasas nociones para la época en que vivia (1). Su principal conato fué combatir errores vulgares y desenmascarar á la ignorancia entronizada. En sus obras se advierte con dificultad el amor á *lo bello*, pero resplandece en todas partes el amor á lo *verdadero.* El estudio de la astronomía, á que tuvo aficion particular, le sugirió la idea de escribir *almanaques*, *pronósticos* y *lunarios*, que hasta entónces venian de Italia, y corrian con gran aceptacion entre los españoles. *Torres* explotó por su propia cuenta la credulidad popular y el embeleso que causan siempre al vulgo las predicciones maravillosas. Pero, enemigo de supercherías, se burla á cada paso en sus obras de sus horóscopos y de sus astrológicos augurios. El *Gran Piscator de Salamanca* (2) llegó á adquirir extensa

(1) El desden que inspiraban á *Torres* las glorias mundanas, y la pobreza que le aquejó en las várias situaciones de su vida, fueron causas decisivas de la precipitacion con que estudiaba y escribia. Él conocia bien los principales flacos de sus obras, y así lo declara, sin asomo de falsa modestia, en estas palabras escritas en sus últimos años:

«Todas mis obras están escritas sin gusto, con poco asiento, con algun enfado y con precipitacion desaliñada. Yo bien sé que alcanzo más y discurro mejor que lo que dejo escrito, y que si mi genio hubiera tenido más estimacion á la fama, ó lo que se dice aura popular, y mi pobreza no hubiera sido tan porfiada, serian mis papeles más limpios, más doctrinales y más ingeniosos. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete á la imprenta, y jamas corregí pliego alguno de los que me volvian los impresores.»

(2) Por aquellos tiempos andaban en boga los libros proféticos con el título de *Piscator.* En Córdo-

fama y á ser manantial de inesperada granjería. Sinsabores acarreó tambien al doctor *Torres* el acierto y penetrante sagacidad de algunas de sus predicciones. Fundando, sin duda, su prevision en más ó ménos aventuradas observaciones de la ciencia médica, cometió la imprudencia de anunciar en el *Pronóstico para el año* 1724 la muerte del rey Luis I, que se verificó efectivamente en el mismo año. Esta audacia, si bien encubierta con reverentes formas, desencadenó contra *Torres* un cúmulo de escritos hostiles, en los cuales se le atribuian dañadas intenciones. No faltó quien dijese que la prediccion *se habia alcanzado por arte del demonio.* Entre estos enemigos habia uno en verdad formidable: el sabio doctor, tambien poeta, *don Martin Martinez.* Publicó con este motivo un acre y punzante libelo, titulado *Juicio final de la astrología.* No se arredró *Torres* ante la autoridad imponente del docto Examinador del Real Proto-Medicato, y cobrando fuerzas en su sana conciencia y en su inofensiva voluntad, replicó á Martinez en el *Entierro del Juicio final*, sincerándose de un modo enérgico y victorioso.

Su prediccion de la revolucion francesa, en la cual no hizo alto su época, es uno de los testimonios más extraordinarios que pueden presentarse del discernimiento profético del doctor *Torres* y del profundo conocimiento que llegó á adquirir del estado político y moral de la nacion francesa. Áun admitiendo desde luégo que el haber acertado aproximadamente con la fecha (1790) no pase de una coincidencia casual, la prediccion del derrumbamiento del trono frances dentro del siglo XVIII raya verdaderamente en maravillosa intuicion (1).

Uno de los libros más curiosos de *Torres*, y el que hace comprender con mayor claridad las costumbres de aquella época, es su autobiografía, escrita en el último período de su vida; especie de *confesiones*, ménos cínicas, pero no ménos sinceras que las que J. J. Rousseau escribió algunos años despues. *Torres* no se adula, por cierto, á sí propio, y descubre á las claras, así sus defectos y sus buenas prendas, como las extravagancias de su índole versátil é incomprensible. Liviano y descontentadizo en su mocedad, dió sobrada rienda á los ímpetus de su genio aventurero, y cayó en desvaríos que le granjearon poco lisonjero renombre. «Paso, dice él mismo, entre los que me conocen y me ignoran, me abominan y me saludan, por un Guzman de Alfarache, un Gregorio Guadaña y un Lázaro de Tórmes.» No les faltaba razon si se atiende á la falta contínua de concierto y juicio que afeó la conducta de *Torres* en los tiempos de su juventud. Sin embargo, complace el recordarlo, tal era el fondo de su rectitud nativa y la fuerza de los sanos principios que habia atesorado su alma en el puro y honrado hogar de su infancia, que no llegó á pervertirse su corazon: sus yerros fueron gravísimas travesuras, pero nunca malas acciones.

En el *Colegio trilingüe de Salamanca*, su claro talento sorprendia, pero su desmandada condicion se hacia intolerable. Al cabo de cinco años salió de aquella clausura, de la cual era á un tiempo gala y escándalo (2), para volver al seno de su familia; pero, dejándose arrebatar de las ilusiones de un albedrío impaciente y mal gobernado, se fugó de la casa paterna, donde era amado con la más indulgente ternura, sin más móvil ni razon que los devaneos

ba escribia don Gonzalo Antonio Serrano *El Piscator andaluz.* En Madrid se publicaba *El Piscator de Sarrabal. Torres* convertia en asunto de entretenimiento hasta las investigaciones científicas, como en el opúsculo que publicó con este título: *Noticias alegres y festivas de las ráfagas de luz que se vieron en la noche del dia* 15 *de Diciembre de* 1737; en verso y prosa.

(1) La prediccion está contenida en la siguiente perversa décima, publicada en 1756 en uno de los *Almanaques* de *Torres:*

Cuando los mil contarás
Con los trescientos doblados,
Y cincuenta duplicados
Con los nueve dieces más,
Entónces, tú lo verás,
Mísera Francia, te espera
Tu calamidad postrera
Con tu rey y tu delfin,
Y tendrá entónces su fin
Tu mayor gloria primera.

(2) «Era grave delito romper de noche la clausura, y todas las noches y los dias quebrantaba el precepto. Mi cuarto más parecia garito de ladron que aposento de estudiante, porque en él no habia más que sogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos y estacones. En las vidas de Domingo Cartujo, Pedro Ponce y otros ahorcados no se cuentan ardides ni mañas tan extravagantes como las que inventaba mi malicia.» (*El doctor Torres.*)

de un espíritu aventurero (1). En Portugal, adonde le llevó el azar, fué sucesivamente santero, químico, maestro de baile, médico, soldado, desertor y torero. Nada resiste á las ásperas lecciones del tiempo, y aquel temple indisciplinado y vigoroso llegó á quedar quebrantado por los vaivenes de la vida y las amarguras del desengaño. Apaciguado el ardor juvenil, vuelve á su patria y á la casa de sus padres, eterno centro de amor y de indulgencia, y allí se reproduce la escena del *Hijo pródigo* arrepentido. Aquel mozo *medianamente loco*, aquel *perdulario incorregible* (2) se consagra con afan al estudio; vive cuerdo y retirado, y acaba por conquistar legítima nombradía y por ser de todos respetado, si bien de muchos, más que respetado, temido por su vena sarcástica y por el desenfado de sus censuras.

Su primera aficion literaria fué, como su carácter, aventurera y antojadiza. Dió en el extraño delirio de estudiar las peregrinas artes alquímicas de otras edades (3).

Cualquier estudio infunde luz en entendimientos sanos, y *Torres* pasó involuntariamente de las falsas ciencias á las ciencias verdaderas. Se dedicó con ahinco al estudio de las matemáticas y de la astronomía. Ésta fué la verdadera regeneracion del estudiante estrafalario.

Sólo leyendo los lances de vária fortuna que el mismo *Torres* refiere y juzga en su autobiografía, puede formarse cabal concepto de este hombre singular. Ya se le ve en Madrid presentarse con decoro entre la gente de vida holgada, escondiendo despues su miseria extremada en una casa de la calle de la Paloma; ya lavar por sí mismo su escasa ropa blanca; ya, hambriento y extenuado, huir, por orgullo, de las casas donde le convidaban á comer, y pasar dias enteros sin más alimento que la jícara de chocolate que, segun la costumbre de entónces, le ofrecian en una tertulia. No es ménos entretenida la extraña aventura de los pavorosos ruidos de la calle de Fuencarral, cuyo misterio procuraron en balde aclarar el doctor *Torres* y el agudo y perspicaz Gerardo Lobo, que hacia mofa del duende, sin acertar á encontrarle ni á comprenderle. Una vez temió *Torres* habérselas con la Inquisicion; pero su fe cristiana era sincera y fervorosa, y una mera explicacion de su parte bastó para conjurar el riesgo y volver la serenidad á su espíritu (4).

Sería dilatarse demasiado seguir los azares de la vida de *Torres*, que unas veces tiene trazas de un Gil Blas, otras de un Cagliostro, y no pocas de un hombre digno de respeto por su saber, su ingenio, su modestia y su instinto moral. Su popularidad llegó á ser extraordinaria. Cuando, ansioso de trocar el mote del *Piscator* por el noble título de catedrático de la universidad de Salamanca, hizo oposicion á la cátedra de matemáticas, muchos doctores le fueron contrarios. Temian, no sin fundamento, que el carácter inquieto y mal contenido de *Torres* turbase la pacífica union del claustro. Pero tal era ya la fama de *Torres*, que se arre-

(1) «Tomé una camisa, el pan que pudo caber debajo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones del dia siguiente, y sin pensar en paradero, vereda ni destino, me entregué á la necedad de la que llaman buena ventura.» (*El doctor Torres.*)

(2) Calificaciones que se aplica el mismo *Torres*. Así explica la opinion en que algunos le tenian:

«La pobreza, la mocedad, mis almanaques, mis coplas y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un escolar extravagante, entre brujo y astrólogo, con visos de diablo y perspectivas de hechicero.»

(3) «Arrastrado de esta manía, buscaba en las librerías más viejas de las comunidades los autores rancios de la *filosofía natural*, la *crisopeya*, la *magia*, la *transmutatoria*, la *separatoria*», etc. (*El doctor Torres.*)

(4) «Yo entraba á cumplir con el precepto de la misa en una de las iglesias de Madrid, y cuando quise doblar la reverencia y postracion que se acostumbra, me arrebataron la accion y los oidos las voces de un predicador que desde el púlpito estaba leyendo en un edicto del Santo Tribunal la condenacion de muchos libros y papeles. Mi desgracia me llevó al mismo instante que gritaba mi nombre y apellido, y mil abominaciones contra un cuaderno mio, intitulado *Vida natural y católica*. Atemorizado y poseido de un rubor espantoso, me retiré desde el centro de la iglesia, donde me cogió este nublado, á buscar el ángulo más oscuro del templo, y desde él vi la misa con ninguna meditacion, porque estaba sobrecogido mi espíritu de un susto extraordinario y de unas tristísimas cavilaciones. Buscando las callejas más desoladas me retiré á mi casa; parecíame que las pocas gentes que me miraban eran ya noticiosas de mi desventura y me maldecian desde su interior.» (*Torres.*)

draron los opositores rivales, y fueron tan brillantes los ejercicios de aquél, que impuso, por decirlo así, su triunfo áun á los ánimos más hostilmente prevenidos (1). Los doctores de Salamanca habian concebido cierta aversion á *Torres*, porque, donde quiera y sin rebozo alguno, hacia resaltar la decadencia lamentable á que habia llegado la en otro tiempo sábia y esclarecida universidad, y no satisfecho con este fundado juicio histórico, habia zaherido sin piedad, y hasta con injusticia, á los mismos doctores (2). Ya entre ellos, se esforzó *Torres* por ganar la voluntad de sus compañeros; su genio claro y satírico hizo estéril el sano propósito, y fué siempre implacable el desabrimiento que les habia inspirado (3). En cambio, el pueblo de Salamanca y los estudiantes de la universidad amaban al hombre llano, célebre y algo descarado, que se mofaba de la severidad que afectaban unos, de la presuncion con que vivian otros, y «de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen» (4).

Es de notar que *Torres* habla siempre de sus poesías con marcado desden, llamándolas generalmente *coplas*, y considerándolas como desahogos juveniles y devaneos sin alcance y sin valor. Su discernimiento crítico era grande, y no le faltaba razon para preferir su prosa á su poesía (5). Era, en verdad, más discreto y observador que místico y sublime; pero sus versos, por la espontaneidad, por el donaire, y á veces por la naturalidad y el ingenio, merecen un recuerdo de la posteridad, y no dejan de despedir alguna luz en aquel *Parnaso* de afectacion y de tinieblas. Aunque no poeta de númen elevado, *Torres* era poeta. Cuando, segun su propia expresion, *profesó de jácaro*, y anduvo con toreros y con gente de vida airada, representaba pasos y sainetes, por él compuestos, y llenos de originalidad y de zumba. Sus *pasmarotas* satíricas de los *lunarios* no carecen de gracia y de intencion. Todo esto no

(1) De setenta y tres doctores que asistieron al claustro pleno, setenta y uno votaron en favor de *Torres*.

(2) Sirva de ejemplo el soneto *A los doctores de la universidad de Salamanca*, cuyas dos primeras cuartetas son como sigue:

Sabios sólo de gestos y visajes,
Estudiante ninguno, mil togados,
Y con las vanidades de graduados
Los que tienen ya plaza de salvajes.
La necedad se abriga con los trajes
Que ántes honraban doctos licenciados,
Y andan todos los vicios arropados
Con fúnebres y místicos ropajes...

(3) La universidad de Salamanca hizo á *Torres*, ya jubilado y viejo, el desaire de no suscribirse á la publicacion de sus obras, que las demas universidades, la familia Real, várias comunidades religiosas, y los principales sabios y magnates del reino habian apadrinado con su nombre. Este calculado desvío llegó al alma á *Torres*. De él se queja amargamente en sus obras.

(4) Palabras de *Torres*.

La ovacion tributada á *don Diego de Torres* con motivo de su admision como catedrático de la universidad, no tenía ejemplo en Salamanca. Gentes de todas las clases de la sociedad acudieron afanosas á los ejercicios de oposicion. Llegaba el gentío hasta las puertas que salen á la catedral. El auditorio se acercaba á cuatro mil personas; otras tantas esperaban ansiosas donde no podian presenciar el acto. Luégo que el secretario de la universidad hubo declarado la resolucion favorable, repicaron las campanas de las parroquias inmediatas, los estudiantes dispararon muchos tiros y cohetes, un tropel numeroso de gentes de todas esferas acompañó hasta su casa al nuevo catedrático, victoreándole con entusiasmo. Á la noche siguiente salió á caballo un escuadron de estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera un tarjeton, en que iba escrito con letras de oro, sobre campo azul, el nombre del triunfador. Pusieron luminarias hasta los vecinos más miserables, y en los miradores de las monjas no faltaron luces, pañuelos y aclamaciones. Se extendió la alegría á todos los barrios, y en todos hubo música, durante la noche.

(5) Conocia bien el lastimoso estado de las letras en su época. En los *Sueños morales* dice á la sombra de Quevedo: «Eso de poetas grandes no es fruta de este siglo. En lo lírico se ha perdido ya la elegante cultura y hermosa locucion de Góngora... En este miserable siglo, poetas grandes, doncellas honestas y jueces desinteresados son las paradojas del fénix... En las tiendas de los libreros verás la incultura y negligencia de las almas de esta infeliz edad... Hoy es moda el ignorar, es uso la barbarie, y las señas de caballero son escribir mal y discurrir peor. Más vale un tonto adulador y un salvaje forrado en charlatan que veinte Moretos y Villayzanes. El latin será, dentro de pocos años, más raro que el griego, y será forzoso que venga otro Antonio de Nebrija, que fué el Pelayo de la latinidad. Eso de retórica no se usa, porque dicen que nada tiene fuerza de persuadir sino el dinero. De la divina poesía se perdieron los moldes.»

es alta poesía, pero siempre inspirará interes á quien desee conocer los ecos, poco despues perdidos, de la musa genuina de los españoles.

Otros doctos é insignes prosadores que cultivaron la poesía señalariamos en este lugar, á consentirlo los límites del presente *Bosquejo;* pero no debemos omitir, por la influencia crítica y moral que ejerció en las letras, en las ciencias y en las ideas, al sabio benedictino *fray Benito Jerónimo Feijóo.* Dechado de pureza en las costumbres, sincero é inquebrantable en la fe, austero en las convicciones de la moral, amigo de la paz del claustro, una pasion sola tuvo en su vida: la pasion del estudio. Y esta pasion nació de otra áun más elevada: la pasion de la verdad. En su juventud, la ignorancia embotaba el entendimiento en todas las clases de la sociedad española, y las preocupaciones vulgares adquirian cada dia mayor arraigo y crecimiento. Movido por su instinto y por su caridad, y ansioso de contribuir á ennoblecer la naturaleza del hombre, que la ignorancia enerva y degrada, se empeñó en la ardua y arriesgada tarea de combatir los errores populares con el ímpetu heroico de los antiguos campeones y hasta con la impasible constancia de los mártires. El espíritu enciclopédico y la gloriosa ambicion de cultura que reinaba entre los sabios benedictinos, llevaron desde luégo á *Feijóo* á estudiar los grandes maestros de la civilizacion moderna. Luis Vives, á quien Erasmo admiraba, y el canciller Bacon, que, despues de Vives, y por nuevos y muy elevados caminos, buscó los medios de dar ensanche y perfeccion al saber humano, fueron las vivas lumbreras que guiaron y fortalecieron á *Feijóo* en su noble y meritoria empresa. Los tratados del sabio español, *De corruptione artium et scientiarum* y *De tradendis disciplinis,* y los tratados del filósofo inglés, *De dignitate et augmentis scientiarum* y *Novum Organum*, dieron asiento, luz y vigor á los grandes instintos del ilustre benedictino, y á esta preparacion intelectual, tan pura y tan fecunda, debieron acaso, así *Feijóo* como su amigo el célebre doctor don Martin Martinez, médico del rey Felipe V, el ser los dos hombres más ilustrados de España en aquel triste período de paralizacion científica y de corrupcion literaria. Como ambos eran tan superiores á su tiempo, ambos fueron perseguidos con encarnizamiento por la envidia y por la ignorancia. Audaces adversarios, uno y otro, de la rutina y del sofisma, ¿cómo no habia su noble arrojo de suscitarles ásperos y encarnizados impugnadores en un tiempo en que la rutina y la sofistería eran el alma de las escuelas? Lo recio é injurioso de los ataques de que fué blanco aceleró la muerte de Martinez (1). *Feijóo* desplegó en la lucha una entereza incontrastable. Él mismo escribia: «Si Martinez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha» (2).

El *Teatro crítico universal*, que el padre *Feijóo* empezó á publicar á los cincuenta años (3), suscitó, como era natural, una turba de impugnadores. Dia hubo en que salieron á luz tres escritos contra *Feijóo.* Las naciones, como los individuos, se resienten, á pesar suyo, contra aquellas personas que, armadas de un discernimiento superior y de un temple inflexible, se afanan por presentar de bulto, como sacándola á la vergüenza, la pesada y humillante balumba de sus preocupaciones, de sus vicios y de su ignorancia. Pero la gloria premia y enaltece á estos varones de ánimo recto y esforzado, que se ahogan en la atmósfera del error, y son en la tierra mártires de la verdad. *Feijóo*, ilustrado con vasta lectura y sostenido por su razon serena, fué un adalid inexorable y poderoso de la civilizacion. Cualquiera que sea el valor absoluto que hoy pueda atribuirse á sus obras, nadie se atreve á negarle aquel lauro eminente. Lista dijo que *la posteridad debe erigir á Feijóo una estatua, y quemar sus obras al pié de ella;* sentencia ingeniosa, que, bien examinada, tiene tanto de injusta como de aguda. Obras hay de *Feijóo*, cuya lectura es y será siempre sabrosa é instructiva; y aunque en realidad todo su mérito fuera estrictamente relativo, la posteridad no puede nunca mirar con indiferencia ó desvío esas obras, que son monumentos de la historia moral de las nacio-

(1) *Feijóo*, carta 23, tomo II.
(2) *Feijóo.*
(3) El 3 de Setiembre de 1726. El último tomo de las *Cartas eruditas* salió á luz en 1760. Habia cumplido *Feijóo* ochenta y cuatro años. Murió el 26 de Setiembre de 1764.

nes, ni esos vestigios de la gloriosa y ardua lucha en que pugnan por un lado los errores comunes del pueblo, siempre tenaces y extremados, y por otro la luz de la verdad y la noble entereza de una intencion robusta y acendrada.

El lenguaje de *Feijóo* es ameno y flúido y como de quien escribe más afanoso de demostrar verdades que de embelesar con primores retóricos (1). Aunque en la prosa es por lo comun tan claro y tan sencillo, rindió culto en sus versos al gusto conceptuoso, que todos consideraban entónces como la esencia de la poesía (2). Testimonio de ello son sus celebradas décimas metafóricas *Á la conciencia*, sus *Liras á una despedida*, que escribió haciendo alarde de naturalidad (3), y otras composiciones, las cuales prueban, al propio tiempo, que no carecia de vena poética el cuerdo é implacable perseguidor de supersticiones y vanas creencias.

Feijóo recibió especiales muestras de aprecio del papa Benedicto XIV, del sabio cardenal Querini, bibliotecario del Vaticano, y de otros eminentes varones. El rey Fernando VI le concedió honores de consejero, y Cárlos III lo colmó de alabanzas al regalarle las *Antigüedades de Herculano*. Pero el más solemne y significativo testimonio de aprecio que recibió de su soberano, fué la prohibicion pública y oficial de que en lo sucesivo fueran impugnadas sus obras (4). Esta intervencion de la Corona para poner á *Feijóo* al abrigo de la crítica, ha parecido á algunos digna á un tiempo de vituperio y de alabanza. Cierto que la medida en sí misma tiene trazas de arbitraria y opresiva; pero la verdad es que fué dictada, no para ahogar la libertad científica, filosófica y literaria, sino para darle favor y patrocinio. Necesario es, para comprender el verdadero carácter de este hecho, recordar el espíritu intolerante y agresivo que reinaba en España, durante el siglo XVIII, contra aquellos escritores que se atrevian á sustentar los principios de la crítica moderna. El famoso *Diario de los literatos* (1737), revista avanzadísima para aquella época, no pudo resistir al embate de los literatos vulgares heridos por aquella doctrina nueva y severa, á pesar de la proteccion decidida que le dispensaron Felipe V y los magnates de la córte. La polémica contra *Feijóo* habia tomado un carácter enconado y tenaz; por docenas se contaban las impugnaciones impresas; acerbas invectivas, y hasta suposiciones calumniosas, se habian empleado, en vez de argumentos doctrinales; la contienda producia ántes escándalo que provecho para la pública ilustracion. La extraña disposicion del Monarca fué en aquella sazon homenaje á la dignidad del carácter, desagravio á la justicia, amparo á la libertad del entendimiento.

No terminarémos este capítulo sin hacer siquiera mencion del estado de la poesía en las Indias Occidentales. El gusto reinante en la metrópoli habia pasado, por lo general, á los reinos españoles de América con sus vicisitudes sucesivas.

En Méjico, donde en el último tercio del siglo XVI habia nacido y estudiado Alarcon, el poeta dramático español de más filosófico instinto, y el que usó un estilo más sencillo, más claro y más adecuado á la intencion moral del drama, resonaba, un siglo más adelante, en el palacio del elegante é ilustrado virey Marqués de Mancera, el discreteo ingenioso á par que alambicado de la afamada monja mejicana *sor Juana Ines de la Cruz*. Sus imitadores no la igualaron, y cayó sobre sus nombres el velo del olvido.

En el reino del Perú tambien se habian cultivado con aficion las letras amenas. Á principios del siglo XVIII el gusto conceptuoso ejercia allí su contagioso imperio. Por los años de 1709 y 1710, el *Marqués de Castell-dos-Rius*, grande de España, virey del Perú, antiguo

(1) Mayans, que no era favorable al sabio benedictino, lo juzga de este modo: *Oratio ejus perspicua, sed peregrinis vocibus fœdata. A multis est impetitus; sed, ut debiles adversarios nactus est, eorum impetus irridet, nescius forte, quantum à potenti adversario pati posset, si critico stilo res esset decernenda.*

(2) Puede verse el catálogo de las obras poéticas de *Feijóo* en la excelente coleccion de sus *Obras escogidas*, publicadas en el tomo LVI de la presente BIBLIOTECA.

(3) Hé aquí el título completo de esta composicion: *Liras á una despedida, compuestas en este género de metro para demostrar que en cuantos usa la poesía española cabe naturalidad y ternura.*

(4) 23 de Junio de 1750.

embajador en París y en Lisboa, hombre ilustradísimo y amante sincero de las letras y de las artes, celebraba brillantes y animadas tertulias literarias en su palacio de Lima. La casualidad habia reunido en torno suyo algunos cultivadores de las letras, capaces de dar, por su instruccion y por su ingenio, pábulo y lustre á las reuniones del Virey (1). Algunos de ellos, como *don Jerónimo de Monforte*, el doctor *don Pedro de Peralta Barnuevo* y *el Conde de la Granja*, imprimieron várias de sus obras y alcanzaron fama en España (2). El mal gusto de la época rebosa en esta abundante coleccion de versos artificiales y conceptuosos. No puede olvidarse que ésta era la triste gloria de las letras en aquella época de corrupcion intelectual. Pero, acaso por el aislamiento en que vivian los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo* ni subió allí á las nebulosas alturas de los Góngoras, ni descendió á la ruin y repugnante esfera de los Montoros. Los asuntos académicos son unas veces nobles y naturales, como, por ejemplo, á la victoria alcanzada por Felipe V en la batalla de Luzzara; otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. Ya expresan el rendimiento de amor á una dama en redondillas, con la obligacion de acabar cada una de ellas con un título de comedia (3); ya discurren sobre lo que bordaba Penélope en su famosa tela, ó sobre cuál es

(1) Consérvanse sus nombres y sus versos en un códice titulado *Flor de academias*, que posee nuestro amigo el señor don Pascual de Gayángos. Los principales ingenios que asistian á estas tertulias poéticas y recitaban versos en ellas eran:

Don Miguel Saenz Cascante. presbítero.

El padre maestro fray Agustin Sanz, calificador del Santo Oficio, confesor y consultor del Virey.

El Marqués de Brenes (don Juan Eustaquio Vicentelo y Toledo), caballero de Santiago. Habia sido gobernador y capitan general del reino de Tierra-Firme.

Don Pedro José Bermudez de la Torre y Solier, doctor en ambos derechos, alguacil mayor de la Real audiencia de Lima.

Don Juan Manuel de Rojas y Solórzano, caballero de Santiago, secretario de Su Majestad y del Virey.

El doctor don Pedro de Peralta Barnuevo y Rocha, contador de cuentas y particiones de la Real audiencia de Lima, catedrático de prima de matemáticas en la universidad de la misma ciudad, cosmógrafo é ingeniero mayor del reino del Perú.

Don Jerónimo de Monforte y Vera.

Don Matías Anglés de Meca, gentilhombre de cámara del palacio del Virey.

El Marqués del Villar del Tajo (don Antonio de Samunio de las Infantas), caballero de Santiago, general del mar del Sur.

El Conde de la Granja (don Luis Antonio de Oviedo y Herrera), caballero de Santiago, regidor perpétuo de la ciudad de Salamanca, gobernador de la provincia del Potosí.

(2) *Monforte* era poeta festivo. Escribió sainetes, y en las academias de América se distinguió por su aficion á la poesía burlesca. Así lo da á entender el prólogo del códice ya citado, *Flor de academias.*

Peralta Barnuevo, hombre muy erudito, imprimió su largo poema *Lima fundada* y otras várias obras, entre ellas el primer tomo de su *Historia de España vindicada.*

Véase el artículo *Peralta* en nuestro *Catálogo de poemas castellanos del siglo* XVIII, y lo que dice de ambos poetas don Cayetano Alberto de la Barrera en su *Catálogo del teatro antiguo español.*

El Conde de la Granja, natural de Madrid, amigo de Zamora y de Cañizares, era ya por este tiempo un anciano de setenta y tres años. Habia escrito dos poemas, entónces bastante estimados: *Vida de santa Rosa de Lima* y *La Pasion.* Véase el artículo que le consagra Álvarez y Baena en su diccionario *Hijos de Madrid.*

(3) En este asunto, como en la pintura joco-séria de *Narciso* y en algunos otros, anduvieron muy felices los ingenios de la academia. Sirvan de muestra algunas redondillas de las muchas improvisadas en aquella ocasion por el doctor Bermudez, que era un verdadero repentista, y se hallaba muy familiarizado con el discreteo del teatro español:

No te quisiera explicar,
Bella ingrata, lo que siento,
Porque en un amor atento
No hay cosa como callar.
Y así, con ánsia, veloz
Viene obediente el respeto
Á que corrija el secreto
La desdicha de la voz.
Aunque contra esa desdicha
Apelaré á tus piedades;
Que si la oyen las deidades,
Tambien por la voz hay dicha.
Porque en sus violencias dudo
Que, obediente á su destino,
Pueda ser el amor fino
Cuando es *el amante mudo.*
Pero otra vez te prometo
El silencio, y mi atencion
Te ofrece en mi corazon
El alcázar del secreto.
Que en este confuso abismo
De mi amante desaliento,
Quiere ser mi pensamiento
El alcaide de sí mismo.
. . . . . .
Soñaba amor en mi empeño
Que vida el favor le daba,

defecto más tolerable en la mujer propia, la necedad ó la fealdad (1); ya pintan á una dama en un romance con la precision de haber de constar cada copla de un título de comedia, de otro de un libro, del nombre de una calle de Madrid ó Lima y de un refran (2); ya, en fin, escriben romances que son al mismo tiempo latinos y españoles. En medio de estas y otras extravagancias semejantes, asoma á menudo la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados. El Virey tenía en su palacio un salon dispuesto para representaciones dramáticas. En algunas ocasiones se improvisaban comedias. Las reuniones empezaban con música, y el magnate mismo no se desdeñaba de tocar la guitarra delante de aquellos poetas, amigos suyos predilectos, que, si bien libres, traviesos y conceptuosos, no son en sus versos ni licenciosos ni chocarreros. En aquella edad sabian los hombres hermanar fácilmente la familiaridad y el respeto.

Escribió el *Marqués de Castell-dos-Rius*, ademas de algunos versos líricos, várias loas, mencionadas en el códice *Flor de academias*. Tenía el Marqués perverso gusto poético. Él es quien ponia á los asuntos *académicos*, en sus tertulias literarias, tantas pueriles dificultades métricas, indignas de la verdadera poesía, y se trasluce en la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias* que el culto y elegante Virey blasonaba de que en sus academias «se habian hecho usuales los primores más difíciles», y que continuamente se componian allí poesías, «ya *retrógradas*, ya con *ecos*, *paranomasias* y otras delicadas armonías y artificiosas elegancias.» ¡Así extravia el mal gusto la razon y ciega las fuentes eternas de la belleza!

El lúnes 24 de Marzo de 1710 se celebró academia poética en el palacio del Virey, y éste leyó en ella un soneto *Á la oscuridad del cielo en la muerte de Cristo*. Fué su último solaz literario. Un mes despues puntualmente (el 24 de Abril), habia dejado de existir. Todavía se reunieron una vez sus amigos para celebrar una academia literaria. Pero ésta fué triste y dolorosa, como exclusivamente consagrada á la memoria de aquel hombre ilustre y querido. Todos los poetas de la academia, y algunos otros que á ellos se agregaron en esta triste ocasion, rindieron la ofrenda de su corazon y de su talento, no ante el esplendor del prócer encumbrado y poderoso, sino ante el sepulcro del amigo y del honrador de las letras (3).

Y es, sin duda, que soñaba,
Pues siempre *la vida es sueño.*
Vencerte *no puede ser*,
Pensarlo es temeridad,
Pues eres, por tu beldad,
Angel, milagro y mujer.
. . . . . .
. . . . . .

(1) Casi todos los poetas se deciden en favor de la necia hermosa. Don Juan de Rojas da, entre otras, las siguientes razones burlescas:

. . . . . .
Si hubiera solicitado
Preferir á lo discreto,
Yo confieso mi pecado,
Que hoy me verian casado
Con Calderon ó Moreto.
Siempre cuestan estas cosas
Al gusto muchos afanes;
Pero en mí no son penosas;
Que el querer más las hermosas
Es vicio en todos los Juanes.
. . . . . .
De la linda y la entendida
La utilidad es notada,
Porque son toda la vida
La docta más aplaudida,
Y la hermosa más buscada.
La que suele, á su pesar,
Porque más claro se vea,
De ambos males enfermar,
De tonta podrá sanar,
Mas no sanará de fea...
Á la necia mis sentidos
Quiero rendir por despojos,
Pues aunque haya mil maridos
Que hagan ojos los oidos,
Yo haré oidos de los ojos.
Y si alguno á reprender
Se atreve mi necedad,
Diré que es un bachiller;
Que no ha de ser mi mujer
Doctor de universidad.

(2) Nada apuraba á estos desenfadados poetas. Se complacian, al parecer, en esta gimnasia del ingenio. Todos arrostraban con jugueton desembarazo los estorbos que inventaba el Marqués. Así empieza su romance don Jerónimo de Monforte:

Marica, en tu *Calepino*
Trampa adelante no quiero;
Que *el que las sabe las tañe*,
Y es tu calle *del Espejo.*
No puede ser, pues *no caben*
En un saco honra y provecho,
Que vivas tú *para todos*,
Y yo en la calle del *Cuerno.*
. . . . . .
. . . . . .

(3) Véanse los artículos *Castell-dos-Rius* y *Rojas y Solórzano*, en nuestra *Reseña de varios poetas líricos del siglo* XVIII.

CAPÍTULO IV.

Poetas malogrados.—Álvarez de Toledo (D. Gabriel).—Gerardo Lobo.—Tafalla y Negrete.—Marqués de Lazan.

Lamentable es siempre ver decaer rápidamente en poder, en artes y en letras á una nacion grande y generosa; pero el triste sentimiento se exacerba y crece cuando, en medio de la depravacion del gusto y del abatimiento de las ideas, asoma por ventura algun noble carácter, algun entendimiento superior, que pugna en balde por desasirse de las cadenas morales é intelectuales que embargan y esterilizan su fuerza y su índole nativa.

En la primera mitad del siglo XVIII presentan esta imágen desconsoladora algunos ingenios de notable valía, entre los cuales merecen ser citados en lugar preferente *don Gabriel Álvarez de Toledo* y *don Eugenio Gerardo Lobo.* En ambos resplandecen prendas eminentes de poeta, y si sus obras no llegaron á los puros espacios del arte, es porque sofocaba y pervertia su inspiracion la corrompida atmósfera literaria que los circundaba y comprimia. En la aurora de las civilizaciones, cuando se presenta abierto y sin nubes el horizonte de las ideas, nada turba ni enfrena el vuelo de esos genios singulares que la Providencia envia de cuando en cuando para derramar la luz y trazar el camino. Homero, Dante, Shakspeare, no hallan carriles trillados, ni engreimientos literarios, ni trabas doctrinales, ni falsos primores convencionales: su creador impulso avasalla á las gentes por la virtud misma de su espontaneidad poderosa; son númenes gigantes, que abarcan la humanidad entera..... Tambien á veces piensan y escriben con desembarazo y propia fuerza, aunque en más reducido campo, aquellos ingenios elevados que son ecos involuntarios y sublimes de las glorias ó de las trasformaciones nacionales. Así Virgilio; así el Tasso; así el Ariosto; así Camoens; así Lope de Vega; así Calderon; así Milton; así Goethe; así Voltaire; así Schiller; así Quintana; así Lord Byron, y algunos otros ingenios eminentes. Pero, en las épocas de transicion, la civilizacion gastada estraga el gusto, impone sus refinamientos, ofusca los ojos del espíritu, y logra sólo aparentar una lozanía que es en realidad un grosero barniz. Deslumbra y reina, como la cortesana decadente que disimula los estragos de la hermosura con el velo engañoso, y por desgracia seductor, de afeites y cosméticos, y con el relumbron de falsas joyas. Nadie se libra entónces del contagio: la atmósfera carece completamente de luz y de pureza, y el ingenio más claro y poderoso no puede desplegar sus alas sin limpio cielo y sin sol de nacional grandeza.

Don Gabriel Álvarez de Toledo es uno de los poetas más importantes y ménos conocidos del primer tercio del siglo XVIII. Aunque el mal gusto entónces reinante ahogó casi siempre su privilegiado ingenio, la historia literaria no puede ni debe olvidar al escritor que levantaba su fantasía á las sublimes esferas de la filosofía histórica y de la idealidad poética, en un tiempo en que todo en la poesía era vil y rastrero.

Su talento claro y brillante, su condicion alegre y simpática, y la gallardía de su persona, contribuyeron á granjearle la voluntad de las damas andaluzas, y esto ayudó sin duda á desvanecer algun tanto su corazon de mozo y de poeta (1). Nunca llegaron á ser licenciosas sus costumbres, ántes bien se advertia en sus amores y en sus versos cierto carácter de espiritualidad y de platonismo, que ya anunciaba las tendencias místicas de su alma. Sin embargo, era tenido por sobradamente frívolo y engreido entre la gente austera de su tiempo. Los escasos datos biográficos que hemos hallado de *don Gabriel Álvarez de Toledo* no nos permiten formar con cabal fundamento conjeturas acerca de los motivos que produjeron el cambio to

(1) «Empezaron á ser bien vistos sus versos, y las damas de Sevilla á dar en celebrar sus donaires, su ingenio y sus modestas cortesanías..... Saboreábase don Gabriel, con inocencia inadvertida, con las alabanzas y satisfacciones, y tropezó en la vanida Platónicamente enamorado, pasó algunos años oyen do sus aplausos y regodeándose con las alabanzas (*El doctor don Diego de Torres.*)

tal de hábitos y de ideas que se advirtió en este hombre ilustre á los treinta años de su edad (1). El doctor *Torres* afirma que el poeta pasó algunos años *platónicamente enamorado*, y nada dice despues de que *Álvarez de Toledo* contrajese matrimonio en época alguna de su vida, ni se ve rastro en las obras de éste que pueda hacer presumir que satisfizo en esta parte los sentimientos de su corazon. Acaso insuperables trabas ó amargos desengaños dejaron en su alma un hondo y desconsolador vacío, que sólo alcanzaron á llenar las inefables esperanzas de la religion, las ilusiones del hombre de Estado, los afanes sabrosos del entendimiento cultivado.

Se consagró con incansable ahinco al estudio de las ciencias filosóficas, de la historia y de las lenguas antiguas y modernas (2), y fué, en verdad, uno de aquellos ingenios malogrados por causa de la época desventurada en que nacieron. Su númen, embargado y vencido por la abrumadora decadencia de las letras, no produjo sazonados frutos : fué como fanal en noche oscura, que no alcanza á sobreponerse á las nieblas que lo rodean. Velazquez, Quintana y otros historiadores de la poesía, lo han desconocido ó desdeñado. Acaso juzgaron que la lumbre amortiguada de la gloria de este poeta debia morir del todo, y no intentaron examinar de cerca si aquella luz opaca habia despedido algun destello esplendoroso de aquellos que no es justo, ni áun posible, condenar al olvido. Hasta el indulgente Arana de Varflora (el padre Valderrama) omite el nombre de este insigne español entre los *Hijos de Sevilla.*

Ya es tiempo, sin embargo, de que la historia literaria, sin prevenciones de época ni de escuela, aquilate y clasifique los títulos y el carácter verdadero de los poetas de cada edad. La poesía es el eco de las naciones, y si faltasen otros monumentos de la vida y del estado de los pueblos, ella sola bastaria á poner de manifiesto la índole y el alcance de su cultura, su movimiento íntimo, sus tendencias; en una palabra, toda su fisonomía moral.

Don Gabriel Álvarez de Toledo encumbraba demasiado los arranques de su fantasía para ser poeta popular en una edad en que la vulgaridad del pensamiento y la trivial complicacion de la forma constituian la única poesía que realzaba á los autores y embelesaba al público. Tal y tan poderosa llegó á ser la fascinacion del estilo culto y conceptuoso, que hasta aquellos doctos que con mayor saña miraban los extravíos del gusto, daban de lleno en el *culteranismo*, cuando creian escribir en el lenguaje á la par noble y llano del siglo de oro. El estilo de *Álvarez de Toledo* es casi siempre conceptuoso hasta rayar en incomprensible, y no obstante, su admirador el padre fray Juan de la Concepcion, hombre de saber y doctrina, le tributa especiales alabanzas por su claridad y sencillez. «Más de una vez he informado al público, exclama el sabio carmelita, de mi aborrecimiento al estilo oscuro. El de *don Gabriel* es verdaderamente poético;..... pero es casi preciso parezca mal en una era donde todo estilo es extremado, ó por lo neciamente culto, ó por lo villanamente bajo.» No hay que dejarse cautivar por la sensatez de estas palabras; el sabio *fray Juan de la Concepcion* era hombre de su tiempo, y tenía aficion á los enredados raciocinios escolásticos de *Álvarez de Toledo*, y á las

(1) Véase la noticia biográfica de don Gabriel Álvarez de Toledo, al frente de sus poesías, publicadas en el presente tomo.

(2) Algunos versos escribió en frances, idioma entónces tan en boga en la córte de España. Sirva de muestra el siguiente soneto conceptuoso, que prueba más la adhesion de Álvarez de Toledo á Felipe V, y su admiracion á Luis IV, que su dominio de la versificacion francesa :

A SA MAJESTÉ LE ROI PHILIPPE V.

Héros en qui le ciel a fait un assemblage
Des avantages vrais des héros fabuleux,
Pour donner à l'Espagne en ce jour bienheureux
D'un monarque parfait le difficile ouvrage;
Mercure en ta parole apparait toujours sage;
Mars se voit foudroyant en l'aspect belliqueux;
Jupiter dominant en ton regard serieux;
Apollon dans l'attrait de l'éclatant visage.....
Mais ce noble recueil de brillantes fictions
Ne serait de ta gloire un portrait suffisant,
Si le grand roi Louis n'y ajoutait perfections.
Ainsi de ses vertus dans le bûcher luisant,
Héritier immortel d'immortelles actions,
Seras nouveau phénix de ce phénix vivant.

Es imposible leer estos versos sin traer á la memoria, á causa del estilo, el soneto *marinesco* que pone Molière en boca de Oronte en el *Misanthrope.* El severo *Alceste* habria dicho probablemente á Alvarez de Toledo, como al *bel-esprit* de la comedia :

Ce style figuré, dont on fait vanité,
Sort du bon caractère et de la vérité;
Ce n'est que jeu de mots, qu'affectation pure,
Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

tenebrosas metáforas del *Polifemo* y de las *Soledades*, de Góngora, que él, por lo visto, entendia y descifraba con sagacidad peregrina (1).

A pesar de la inspiracion elevada que resplandece casi siempre en las *Obras póstumas* de *Álvarez de Toledo*, la lectura de la mayor parte de estas poesías causa disgusto y fatiga por la oscura afectacion de su lenguaje. Entre ellas se cuentan *Tifeo fulminado en Flegra*, y *Sócrates ántes de beber la cicuta*, dos composiciones llenas de altos pensamientos, pero casi intolerables por el artificio del estilo. Tributo, y grande, paga el poeta á los extravíos literarios de la época, pero á veces le preserva su noble instinto, y trozos hay en sus obras, y áun composiciones enteras, en que el tono, la versificacion, el lenguaje y la idea suben de consuno al más alto nivel de la poesía. Las endechas *á su pensamiento*, en que pinta los vaivenes y las vanidades del pensamiento humano, endechas superiores sin duda á las tan celebradas de Solís *á la conversion de san Francisco de Borja*, son, á pesar del estilo algo conceptuoso, inevitable entónces, una joya de poesía y de espiritualismo, por cierto extraordinaria y admirable en aquel período de copleros chabacanos é insulsos. Respira en esta composicion, tan implacable y sincero despego de las terrestres ilusiones, resalta asimismo en ella tan firme y tan severa la luz de los desengaños humanos, que es imposible no considerar esta poesía mística como una excepcion luminosa en aquel cáos de vulgaridad y de materialismo. El poeta siente en su corazon, móvil é insaciable, que el pensamiento del hombre no ha de aquietarse en la imperfecta y limitada esfera del mundo visible; y siguiendo y explicando el sublime y misterioso impulso que encamina nuestra alma hácia Dios, centro de las verdades y de los consuelos infinitos, termina su bello y místico análisis con esta sencilla exhortacion, en que habla de Dios al pensamiento:

Búscale, pues te busca;
Óyele, pues te llama;
Que descansar no puedes
Si en su divino centro no descansas.

El romance *al martirio de san Lorenzo* está sembrado de pensamientos alambicados; pero lo está igualmente de ideas vigorosas, que descubren al pensador profundo y al verdadero poeta. ¿En qué otro escritor de aquellos tiempos podrian encontrarse reflexiones de tan alto sentido histórico como las que expresan con briosa concision los siguientes versos, relativos á la formacion de las creencias gentiles de Roma?

La Emperatriz temida de las gentes,
Roma, cabeza universal del orbe,
Cuando de todos en las leyes manda,
De todos obedece á los errores.

Cuando al carro soberbio de sus triunfos
Rinden el cuello bárbaras naciones,
Del altar de sus ídolos odiosos
Es basa humilde su diadema noble.

Con no ménos elevado concepto explica la incontrastable constancia del mártir, que no puede, á despecho de los tormentos, quebrantar una fe que está sellada en su alma por la mano divina. Hé aquí sus versos:

No al hierro ni á la llama se permito
Que los arcanos de la mente violen
Donde el dedo de Dios omnipotente,
Único, escribe su sagrado nombre.

Los versos metafóricos en que asegura los tesoros del cielo á quien en la tierra da á los pobres el oro de su caridad, son dignos de copiarse aquí como muestra del talento poético de *Álvarez de Toledo*, y asimismo del espíritu conceptuoso de que no alcanzaban á preservarse

(1) «Estoy persuadido á que ningun discreto dejó de entender las obras de nuestro insigne Góngora, hasta que no sé quién infundió á dos ó á tres el zizañoso espíritu de comentarle.» (*Fray Juan de la Concepcion.*)

ni áun los ingenios de más noble temple y naturaleza. Así habla al tirano, aludiendo al sublime heroismo con que san Lorenzo, tesorero de la Iglesia en tiempo del papa Sixto II, arrostró el martirio del fuego, por haber repartido el tesoro entre los pobres, en vez de entregarlo á los agentes del emperador Valeriano:

Los tesoros que anhela tu codicia
Ya están seguros en erario adonde
Ni tenebrosa insidia los usurpa,
Ni peste asoladora los corrompe.
El pálido metal que debió vida
Del profano carácter á los moldes,
En el sello viviente del Cordero
Mejora el precio y diviniza el nombre.

Ya le atesora próvida codicia
Entre las manos de los ricos pobres,
Que de gloria inmortal en santa usura,
Recibiendo nos hacen sus deudores.
Campo es feliz la mano del mendigo,
Y el áureo grano que su seno esconde,
Miés, que burlando la segur tirana,
Colma fecundo las empíreas trojes.

Es innegable que estos versos carecen de la sencillez inseparable del gusto depurado, y que la exuberancia de las metáforas enreda y turba el pensamiento y anubla algun tanto el esplendor de las imágenes. Pero, á pesar de todo, ¡cuánta distancia media entre estos versos armoniosos y grandilocuentes, y la trivial y desmayada poesía que á la sazon se empleaba sin tregua en asuntos viles, indignos del arte!

Los fragmentos que se conservan de su poema burlesco, titulado *La Burromaquia*, demuestran asimismo cuán aventajado lugar habria ocupado *Álvarez de Toledo* entre los poetas castellanos si, por dicha, hubiese nacido en más afortunada edad. Octavas hay en este poema que habria podido prohijar el mismo Lope de Vega, por el chiste satírico, por la versificacion espléndida y segura, y hasta por el color y la naturalidad narrativa de las descripciones. Este poeta, lo repetimos, no ha debido ser tan completamente olvidado, sobre todo en una nacion en que áun recuerdan gentes instruidas versos de Montoro, de Salas y de Benegasi.

Si despues de conocer al autor, hubiéramos de estudiar al hombre, encontraríamos en él fácilmente prendas de valor muy subido, que lo recomiendan á la memoria de la posteridad. Como hemos visto, de ilustre familia, y dotado de alegre y viva fantasía, vivió durante la primera mitad de su vida compartiendo las horas entre la lectura de amenos libros y los pasatiempos de la sociedad aristocrática, y enardeciendo su corazon con ilusiones místicas. Vivió, en una palabra, una vida, no exenta en un principio de vanidoso engreimiento y de ociosos devaneos, pero noble y pura, como suelen vivir los que nacen en cuna cercada de honradez y de generosas tradiciones. Pero era *Álvarez de Toledo* lo que en el lenguaje de nuestros dias se llama un *espiritualista*, y á pesar de la índole anti-ideal de la época y de las seducciones del ejemplo, prevaleció en sus escritos aquella noble y divina tendencia. Esta circunstancia esencial de su carácter ayuda á explicar la trasformacion completa que se advirtió en su modo de vivir; trasformacion que el doctor Torres atribuye á «la melancolía provechosa» que le infundieron «los tremendos avisos de unas misiones que oyó en Sevilla.»

Pasado el primer período de su vida, alternativamente frívola, brillante, apasionada y venturosa, cobró *don Gabriel* aversion decidida á los esparcimientos mundanos. La religion, el estudio y el desempeño de sus deberes oficiales absorbieron su alma del todo y para siempre. Llegó á juzgar incompatible con la austeridad de su retiro el recuerdo de las ociosas tareas de tiempos más risueños, y quemó cuantos papeles habia escrito hasta entónces. «Sólo se escondieron á su devota furia, dice *Torres*, los pocos que contiene este tomo.» (*Poesías póstumas.*)

En un espíritu tan laborioso y en un entendimiento tan claro no podia dejar de ser fructuosa y fecunda aquella vida de meditacion y de investigaciones (1). La obra de *Álvarez de*

(1) Acerca de su erudicion, dice el doctor Torres lo siguiente: «Dedicóse á los sistemas antiguos y recientes de la filosofía, y dejó en sus obras exquisitas demostraciones de la gran inteligencia que de ellos tuvo. En la historia eclesiástica fué sabio consumado, y en la profana enteramente docto. Los teólogos

Toledo que alcanzó mayor crédito en su tiempo, fué la que publicó con el título de *Historia de la Iglesia y del Mundo, que contiene los sucesos desde su creacion hasta el diluvio.* Indicaciones generales de alto sentido escritas por San Agustin en *La Ciudad de Dios*, y muy especialmente la *Historia del género humano*, obra de objeto análogo que dejó incompleta Arias Montano, fueron los despertadores del ambicioso propósito que concibió *Álvarez de Toledo* de llevar á cabo aquella temeraria ó, mejor dicho, imposible empresa. Un tomo en fólio publicó únicamente. Tambien la muerte le impidió, como á Arias Montano, dar á su obra todo el ensanche que habia proyectado. El doctor Torres da á entender el grande aprecio que se hacia de esta que llama *Historia antidiluviana.* Un hombre, sin embargo, de no tan alto respeto y alcance intelectual como *Álvarez de Toledo*, pero en extremo notable por su maravillosa laboriosidad, por su erudicion y por el favor extraordinario que le dispensaban la córte y los magnates, impugnó malamente, en particular con respecto al estilo, la *Historia de la Iglesia y del Mundo* en un opúsculo, sin nombre de autor, titulado *Carta del Maestro de Niños.* Era este hombre el caballero de Calatrava don Luis de Salazar y Castro, ayuda de cámara de Cárlos II, bibliotecario de la Casa Real y cronista de Castilla y de Indias, que dejó centenares de volúmenes escritos de su mano, y publicó varios libros históricos, en algunos de los cuales censura y enmienda errores de don José Pellicer y de don Juan Ferreras (1). Engreido Salazar con su saber y con el favor de que gozaba, llevó muy á mal no haber logrado formar parte de la *Academia Española*, instituida por aquellos dias. Fácilmente se columbra en la *Carta del Maestro de Niños* que el autor tiene ojeriza al docto cuerpo recien creado. La *Historia de la Iglesia y del Mundo* fué briosamente defendida por un escritor, que escondió su nombre bajo el seudónimo de *Ericio Anastasio Heliopolitano*, en una apología titulada *El Palacio de Momo*, que se publicó, como impresa en Leon de Francia, en 1714, esto es, el mismo año en que falleció *Alvarez de Toledo* (2). Igualmente fué defendida aquella historia por un autor anónimo en un opúsculo titulado *Apuntaciones á la Carta del Maestro de Niños.* A ambas obras replicó extensamente Salazar en un tomo en 4.°, con este título : *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá*, etc. (Zaragoza, 1714). Aquí ya quitó la máscara á su malévolo designio. *Alvarez de Toledo* habia fallecido muchos meses ántes. La acrimoniosa crítica no iba pues encaminada á su persona. Salazar zahiere con motes á los Académicos, y atribuye á la Academia desacertados intentos que no abriga. Están patentes su malquerer y su resentimiento contra el cuerpo entero. Con razon le habia dicho el Marqués de San Felipe : «Imitas al perro, que aulla y ladra mordiendo las puertas de la casa donde no puede entrar.»

Vivió *Álvarez de Toledo* en estrechísima conexion con el Duque de Montellano y con su hijo primogénito, el Conde de Saldueña, distinguido poeta de entónces. Hizo sobresalir sus brillantes prendas, ya como secretario de la Cámara de Castilla, ya como oficial mayor de la

de las universidades se pasmaban de ver á un hombre del siglo, rodeado de negocios de gravísima entidad, tan metafísicamente instruido en la teología, ciencia que aprenden pocos y con suma fatiga. Finalmente, no ignoró nada de cuanto se supo hasta su tiempo.»

(1) *Advertencias históricas.....* Madrid, por Mateo de Llanos, 1788; en 4.°—*Desagravios de la vergüenza* (contra Ferreras). Salamanca, 1729.—Reparos históricos sobre los doce primeros años del tomo VII de la *Historia de España*, del *doctor don Juan de Ferreras.* Alcalá, 1723; en 4.°—*Crísis Ferrérica sobre el* VI *tomo*, etc. 1720; en 4.°—*Anti-defensa y continuacion de la crísis.* 1720; en 4.°—*Coleccion de epitáfios y memorias sepulcrales de España.* Un tomo en fólio.—*Coleccion de cartas originales de reyes de Castilla y Aragon y de varios príncipes eclesiásticos y seculares.* Noventa y un tomos en fólio, ect., etc.

Nació don Luis de Salazar en Valladolid, el 24 de Agosto de 1658. Murió en Madrid, el 9 de Febrero de 1734. Hay ámplias noticias de su vida y escritos en la *Biblioteca genealógica*, de Franckenau, y en las *Memorias* publicadas al frente de su obra póstuma, *Exámen castellano de la crísis griega*, etc. Madrid, Imprenta Real, 1736; en 4.°

(2) Segun nuestras investigaciones, el autor de *El Palacio de Momo* fué el famoso *Marqués de San Felipe*, grande amigo de *Álvarez de Toledo*, é individuo de la Academia Española desde el 23 de Noviembre de 1713, año en que fué creada la Academia.

Secretaría de Estado, ya como primer bibliotecario del Rey, ya como uno de los fundadores de la Academia Española, y llegó á ser persona de grande autoridad y consejo, así en letras como en materias de Estado (1).

La muerte prematura de *Álvarez de Toledo* (á los cincuenta años) fué atribuida al exceso de sus estudiosas vigilias y á la insana inmovilidad de su vida contemplativa (2).

Con ménos saber, aunque no escaso, y con ménos ambiciosa fantasía, otro poeta alcanzó mayor renombre y éxito que *don Gabriel Álvarez de Toledo.* Fué este poeta *don Eugenio Gerardo Lobo*, tan popular y simpático en su tiempo, y tan despreciado y escarnecido más adelante, cuando llegó á entronizarse en las letras españolas la escuela seudo-clásica francesa, y con ella un gusto ménos nacional y espontáneo, si bien más exigente y más depurado.

Precoz (3), claro y fértil fué su ingenio (4); y si no ha legado á la posteridad obras dignas de estudio y de alta fama, fué acaso culpa del tiempo, de los incesantes afanes de su vida militar, y de su modestia extremada, que le hizo mirar siempre sus versos como frívolos devaneos, indignos de la imprenta. Fué universalmente querido y respetado, y mantuvo cordial y amistosa correspondencia con esclarecidos personajes extranjeros, tales como el Duque de Noailles, y los poetas Maffei (5) y el Conde de Calamandro.

Á pesar de que las fatigas de la guerra y las obligaciones militares absorbian casi la vida entera de *Gerardo Lobo*, llegó á ser hombre notablemente instruido. Poseia el latin y hablaba varios idiomas modernos. Escribia con facilidad versos italianos (6).

Despues de su muerte, que fué sinceramente sentida en todas las clases de la sociedad, escribieron versos en alabanza suya varios poetas célebres entónces, entre ellos don Miguel de la Reina Cevallos, de la Real Academia Española, autor del curioso poema *La Elocuencia del Silencio*, y el Marqués de la Olmeda, que entusiasmado por extremo con los versos de su amigo, dedicaba á *Gerardo Lobo* exuberantes alabanzas. Así decia, pidiendo inspiracion á su musa:

Divinízame la mente,
Porque pueda en caso tal
Alabar gloriosamente

(1) «Tuvo mucha parte su dictámen en las máximas y resoluciones de la monarquía en los primeros años del reinado de su majestad el señor don Felipe V, que Dios guarde.» (*El doctor don Diego de Torres.*)

(2) El doctor Torres dice: «Sólo pasaba la calle cuando era tránsito para comunicar á su confesor. Su ejercicio y diversiones los reducia á su cuarto. En leer y en orar empleaba las más horas del dia y de la noche.»

Villarroel dijo de don Gabriel, aludiendo igualmente á su vasto saber y á su sedentaria vida:

En alta comprension trueca
Su ejercicio necesario;
Fué del Rey bibliotecario,
Y del reino biblioteca.

(*Poesías inéditas de don José de Villarroel. Códice perteneciente al señor don Pascual de Gayángos.*)

(3) Ya á los doce años componia versos, y lo que es más, corrian con aplauso por las tertulias. Así lo dice el mismo Gerardo Lobo en el festivo soneto que empieza:

De dos lustros y medio no cabales,
Ya, del monte Parnaso en los vergeles,
Me sentaba entre mirtos y laureles
Á mondar soneticos garrafales.....

y acaba de este modo:

Á la escuela pasé de los fusiles,
Donde estudio en sufrir riesgos y soles.

(4) Escribió tambien para el teatro. Dos comedias suyas se han impreso sueltas: *El tejedor Palomeque y mártires de Toledo; El más justo rey de Grecia.*

(5) No, como han creido algunos, el célebre autor de la tragedia *Mérope*, imitada por Voltaire, sino un sabio jesuita que el autor conoció en Pistoya, el cual escribió en elogio de nuestro poeta elegantes versos latinos.

(6) Sirva de ejemplo el siguiente soneto que escribió en Pistoya para una dama que se ofendia cuando la llamaban inconstante:

Tutte le stelle ruotano, signora,
Sulla celeste sfera; Cinosura
Gira all Artico in torno, benche giura
Stare immobile al rombo d'alta prora.
Senza perenne cambiamento fora
Priva d'eterna lode la natura;
Or là pone gli affani, or quà sua cura
Cibele scaltra, è festeggiante Flora.
Adorna Cintia di triforme aspetto,
Cuale a lei piace più prende sembianza,
E nulla in se ritien d'uguale affetto.....
Sarà dunque indiscreta la speranza
Che amore fisso cerchi nel tuo petto,
Cuando è tanto perfetta l'inconstanza.

Al soldado más cabal
Y al ingenio más valiente.....
¡Válgate Dios por Eugenios!
Pues con nombre tan cabal
Hace inmortales los genios;
Si el uno es gran general (1),
Otro es príncipe de ingenios.

Pero nada podria dar tan completa idea de la exagerada admiracion que despertaban los versos de *Gerardo Lobo* en el ánimo de sus contemporáneos, como las siguientes décimas intercaladas en un festivo romance del agudo jesuita el padre Luis de Losada, escrito con el designio de ensalzar las prendas de entendimiento y de carácter que adornaban al popular poeta :

Roba á Homero la afluencia,
Roba á Estacio la arrogancia,
Roba á Horacio la elegancia,
Y á Lucano la elocuencia.
Roba á Claudiano cadencia,
Á Terencio propiedad,
Á Plauto jocosidad,
Á Marcial chiste y sazon,
Á Ovidio imaginacion,
Y á Virgilio majestad.

Á Garcilaso dulzura,
Á Lope fecunda vena,
Roba lo erudito á Mena,
Y á Camoens heroica altura.
Roba á Salazar cultura,
Inventiva á Calderon,
Roba á Solís discrecion,
A Zárate gentileza,
Roba á Quevedo agudeza,
Y á Góngora elevacion.

La poetisa doña Ana de Fuentes, con no ménos hiperbólico entusiasmo, decia de *Gerardo Lobo*, en un soneto á su muerte :

¡Sólo en su nombre su alabanza cabe!

Juzguemos ahora la índole literaria de este poeta.

La poesía de *Gerardo Lobo* está sin duda pervertida por la decadencia, que todo lo avasallaba y corrompia; está ademas encadenada al suelo por la frivolidad y la indiferencia; pero reina en ella todavía el libre espíritu de la musa castellana, y entre los enmarañados retruécanos y los artificios de la moda conceptuosa, asoman y deleitan de cuando en cuando trozos de limpio y terso lenguaje, y pensamientos de alta ley.

El cultivo de la poesía no fué para *Gerardo Lobo* ni alarde literario, ni siquiera esparcimiento de hombre culto que se complace en dar ensanche y pábulo á su educacion y á su entendimiento. Fué en la esencia una efusion involuntaria de su espíritu desembarazado y ameno, un instinto que empleaba las formas artísticas de la versificacion á guisa de vil y obediente materia (2). Jamas existió otro poeta que se preciase ménos de serlo, y que buscase ménos en la publicidad los timbres de la gloria ó los halagos del amor propio.

Pocas son producciones del cuidado,
Muchas, sí, de improviso devaneo,

dice él mismo de sus versos; y sólo en edad avanzada, y movido por un sentimiento religioso, pudo decidirse á consentir en la impresion de sus obras (3).

(1) Alude al *Príncipe Eugenio*, vencedor del mariscal de Villars en la batalla de Malplaquet, y, en otras diferentes batallas, de los mariscales Catinat, Villeroi y Tallart.

(2) No busco los consonantes;
Ellos son los que me eligen;
Porque en la naturaleza
Se ha de fundar lo sublime.

(*Romance de don Eugenio Gerardo Lobo á su erudito amigo don Juan de la Cueva.*)

Fué gran improvisador, como lo prueban las décimas que acaban en títulos de comedias, y no sabía enmendar sus versos.

Él mismo lo dice con donaire :

Muy pocas veces traslado,
Pues si mi pluma corrige,
Adonde estaba una Vénus
Suele poner una Esfinge.

(3) El producto de la edicion fué destinado al culto de la imágen de Nuestra Señora *de la Peña Sa-*

Su vocacion de poeta se despertó en edad muy temprana. No habia cumplido catorce años, cuando escribió en honor de la Vírgen María la loa titulada *El Triunfo de las mujeres.* Si no hubiera dejado muestras más sazonadas de su ingenio, bastaria esta primera prueba de sus fuerzas intelectuales para comprender que *Gerardo Lobo* nació dotado por la mano divina de una imaginacion en alto grado desembarazada y poética. La especie de competencia en que coloca á las mujeres famosas de la antigüedad, presentadas en jactanciosa revista por los pueblos *hebreo*, *gentil*, *idólatra* y *cristiano*, para hacer resaltar despues la incomparable figura de María, y darle la corona de flores que *la Primavera* ofrece á la más perfecta de las mujeres, es un pensamiento lleno de elevacion y de gentileza, que anuncia el vuelo que en más felices tiempos habria podido tomar el poeta. *El pueblo cristiano*, advirtiendo que *la Primavera* se manifiesta inclinada á dar el premio á las diosas del *pueblo idólatra*, se presenta en la escena, y despues de ensalzar á las santas, mártires ó penitentes, del mundo cristiano, que sobran para eclipsar á las Cenobias, á las Tomíris y á las Semíramis, ofrece la imágen de

La incomparable, divina,
Pura, sacra, intacta siempre,
María, *llena de gracia*,
La cual, dichosa, á ser viene
De las mujeres corona.....

Si la buscais recatada,
Mirad á su sacro albergue,
Y veréis que de la pura
Presencia de un ángel teme.....

Por sencillos que parezcan estos versos, asalta un sentimiento de sorpresa al pensar que el poeta que los escribia habia salido apénas de los albores de la infancia.

Flexible y vário era por demas el talento poético de *Gerardo Lobo;* no le arredraba género alguno; teatro, poesía épica, poesía lírica, poesía satírica, poesía sagrada, todo lo abarcaba sin timidez ni escrúpulo; pero todo asimismo sin la detencion y el ahinco del entusiasmo verdadero, y como por fácil desahogo y superficial pasatiempo. Sus composiciones festivas son las que le granjearon mayor y más fundada nombradía. Aquí se encontraba como en su natural asiento su estro epigramático y movedizo. La carta á don Luis de Narvaez, en que hace una descripcion burlesca de los infelices lugarejos de Bondonal y Elechosa; el elogio irónico del soldado indisciplinado; las décimas que pintan las ilusiones de los que iban á las Indias á probar fortuna, y otras poesías semejantes, viven todavía en la memoria de algunas gentes aficionadas siempre á los donaires hiperbólicos. Críticos de incontestable y merecida autoridad, é imparciales admiradores de la vena festiva de *Gerardo Lobo*, afirman que *todos* sus versos largos son *detestables* (1). Esta dura sentencia no carece enteramente de fundamento; pero peca por exorbitante y absoluta; dañando acaso al poeta, en la opinion moderna, su sobrenombre, algo arbitrario, de *coplero*. Versos largos, notablemente bellos y hasta sorprendentes para su época, pueden encontrarse en las poesías de *Gerardo Lobo.* Los versos de la *Carta pastoril á un condiscípulo* distan mucho de ser despreciables, y estrofas hay en ella, singularmente en la imprecacion final, que provoca en el pastor enamorado el alegre rumor de

era, venerada en el real de Manzanares. La Congregacion encargada de este sagrado culto encarece de este modo la condescendencia de *Gerardo Lobo:*

«Termínase con fundamento que el autor no conviniera en lo que se le pedia, y que continuase en la resistencia de que se publicáran sus obras; pues es notorio que habiendo solicitado muchas veces várias personas que se las diese para que se imprimieran, siempre se habia negado, mostrando que le servia de no poca mortificacion el que lo que escribió, ó para su entretenimiento y diversion, ó para satisfacer al gusto, insinuacion ó precepto de aquellos á quienes debia complacer, sin pasarle por la imaginacion que llegase el caso de imprimirse, lo hayan publicado sin su consentimiento tantas veces, cuantas han sido las impresiones que los libreros han hecho, llevados del interes que aseguraban en el buen despacho. Pero apénas percibió el piadoso intento de esta humilde Congregacion, cuando francamente dió su consentimiento, y ofreció los borradores que tuviese.»

(1) El señor don Antonio Alcalá Galiano, crítico agudo y erudito, dice estas palabras, hablando de *Gerardo Lobo:* «Compuso algunos versos largos, que verdaderamente son todos ellos detestables.» (*Lecciones sobre la historia de la literatura española, francesa é inglesa en el siglo* XVIII.)

las bodas de su rival triunfante, que no habrian desdeñado los poetas de los mejores tiempos. Sonetos hay tambien en sus obras, que así por la gallarda versificacion, como por la lozanía del pensamiento, merecen no caer en el eterno olvido de que amenazados estaban (1).

Hasta en sus cantos épicos á los sitios de Lérida y Campomayor, y á la conquista de Orán, que son á todas luces muestras de la más perversa poesía que se conoce en castellano, hay robustas octavas y pensamientos nobles, vigorosamente expresados, que brotan, como las flores en el cieno, entre los alambicamientos de la idea y los intrincamientos de la frase.

¿Quién no cree escuchar un eco de la entonacion rotunda y atrevida de Lope de Vega, al leer el apóstrofe que, entre sorprendido y airado, dirige Neptuno al Monarca castellano, cuando mira invadido su imperio por una escuadra de más de seiscientos bajeles?

Nunca en la inquieta mar la algosa frente
Desarrugó Neptuno tan pasmado,
Porque el reino jamas de su tridente
A tanta carga resistió agobiado:
A los vientos apela, ya impaciente
Sus rigores mitiga, ya irritado
A que rompan les mueve el duro centro
De aquel peñasco donde braman dentro.
¿Qué es esto, dice, Júpiter hispano? (2);
¿La quietud tantas veces de mi imperio
Altera el cetro de tu augusta mano?
¿Es tuyo acaso el lóbrego hemisferio?
Sin duda que absoluto soberano
Intentas reducirme á cautiverio;
Si no es que en fe de tu valor presumas
Ocultar con tus naves mis espumas.
Aunque el último fin de tus empeños
En los arcanos de la mente escondas,
No podrán á mis fondos y mis ceños
Prender tus anclas y medir tus sondas;
Bien que al gravámen de robustos leños
El hombro inclinen las cansadas ondas,
Sin ser puerto bastante á tantas quillas
La inmensa longitud de mis orillas.....

Muchas otras octavas podrian citarse como muestra de elevada y noble y poesía. Nos limitarémos á recordar aquella tan celebrada, relativa á la artillería destinada al sitio de Campomayor:

Llegan á impulso de los tardos bueyes,
Sobre fuertes cureñas sustentadas,
Las últimas razones de los reyes,
En el seno del Etna fabricadas:
Horroroso comento de las leyes,
Tribunal de potencias agraviadas;
Que en el orbe, teatro de malicia,
Nada vale sin fuerza la justicia.

Y esta otra, inspirada por la triste necesidad, segun el arte de la guerra, de arrasar los olivares que circundaban la plaza. Al traves de la antítesis y de la metáfora de la guerra y de la oliva, resplandece un alto pensamiento:

¡Oh contagio del mundo, cuyo arte,
Primera escuela del primer tirano,
Ofrece en aras del sanguíneo Marte
La hermosa insignia de apacible Jano!
Pero cuando en el hombre se reparte
Castigo justo por la eterna mano,
En todo paga, porque en todo yerra,
Y es la paz instrumento de la guerra.

Y ¿cómo no recordar tambien aquellas octavas en que, despues de haber pintado la fatiga, el hambre y la sed que arrostraban las sufridas huestes españolas en la abrasada tierra de África, defiende con tierna efusion á los soldados contra las comunes murmuraciones de la plebe de las ciudades?

(1) Sirva de confirmacion el soneto siguiente:

Á LA DIFICULTAD DE LA ENMIENDA EN LA VEJEZ, ALUDIENDO Á SU PROPIA VIDA.

Soneto.

Gusté la infancia, sin haber gozado
El dulcísimo néctar que bebia;
Pasé la adolescencia en la porfía
De áspero estudio, mal aprovechado.
La juventud se llevan Marte airado,
Amor voluble, rústica Talía,
Sin acordarme que vendrá algun dia
La corva ancianidad con pié callado.
Y cuando llegue, que será temprana,
¿Qué empresa entónces seguiré contento?
¿La de triunfar de mí?..... ¡Ceguera insana!
¡Esperar el más arduo vencimiento
Quien el dia perdió, con su mañana,
En la noche infeliz del desaliento!

(2) Felipe V.

Y tú, grosero, miserable urbano,
Que murmuras, cual carga y desperdicio,
Que dispense á la tropa el Soberano
El socorro, el amor, el beneficio;
Si en campaña le vieses ya cercano,
Con sed, hambre y cansancio, al sacrificio;
¿Qué no cediera allí tu mano escasa
Por el dulce sosiego de tu casa?

Pues hambre, sed, cansancio, cada instante
En la hueste española es homicida;
Siendo el hierro y el plomo fulminante
El peligro menor contra su vida.
Gozar tus bienes, disfrutar amante
El amor de tu esposa tan querida,
Á esos debes que tanto vituperas.....
Tú los amáras como tú los vieras.

Á la insustancialidad privativa de la poesía que preponderaba en aquella época, y juntamente á la índole inconsistente y versátil de la imaginacion de *Gerardo Lobo*, puede atribuirse el malogramiento de este nada vulgar ingenio.

Impresionable y expansivo, cedia, sin fe y sin esperanza de gloria, al imperio de su vocacion: el cuerpo de guardia, el campamento, el sórdido alojamiento de una aldea, eran igualmente para él centro y objeto de inspiracion. La poesía era una necesidad intelectual de su vida, y á pesar de este genial impulso, no hallaba en sí, ni fuera de sí mismo, la misteriosa fuerza que el alma requiere para remontarse á los arrobamientos del mundo ideal, ó para encenderse con el fuego de la pasion. No alcanzaba, como podria decirse, empleando una frase vulgar pero expresiva, á tomar la poesía *por lo serio.* Si buscando pretexto en la exótica moda del *chichisveo* (1), intentaba definir la noble y etérea esencia del amor místico, se enredaba en escolásticas abstracciones; si queria pintar en tono heroico las hazañas de las armas españolas, se perdia en el laberinto prosaico de minuciosos pormenores; si satirizaba los extravíos de su tiempo, en vez de palabras de indignacion ó de incisiva y delicada ironía, se engolfaba en un mar de alambicados chistes y de hiperbólicos devaneos.

Y sin embargo, es imposible no deleitarse con el desenfado jugueton de su númen. Ya imita el necio y sutil amor de los petrarquistas (2), ya el afecto limpio y sencillo de los pastores de Garcilaso (3), ya la implacable y descarada burla de Quevedo. Con Góngora se muestra su vena poética todavía más inquieta: unas veces le remeda, le admira y le apellida *Horacio cordobes*, otras se mofa de la algarabía de su estilo.

Aunque por lo comun se muestra aficionado al donaire familiar, cultiva á veces el discreteo delicado y metafísico de los poetas del siglo XVI. Puede servir de ejemplo aquel soneto (4) en que contesta al ingeniosísimo de don Hernando de Acuña que empieza:

Digame quien lo sabe cómo es hecha
La red de amor. . . . . .

Acuña contesta de tres maneras á su propio soneto (5); pero *Gerardo Lobo*, imitándole, le aventaja en la gracia y sutileza propias de aquel género de poesía artificial.

Durante la invasion de Portugal escribió *Gerardo Lobo* una carta en tono muy chancero á un religioso amigo suyo. En ella alude, como suele, á los sinsabores de la vida del soldado

(1) *Chichisveo*, obsequio asiduo de un caballero á una dama con afectadas pretensiones de culto extático y desinteresado. El nombre y la ridícula costumbre que significa, pasaron á España y á Francia de Italia, país fértil en estos amorosos refinamientos, como lo prueban los tres matices de la misma idea, *cavaliere servente*, *sigisbeo* y *patito.* — En España el *chichisveo* tuvo ardientes sectarios y enérgicos impugnadores. *Gerardo Lobo* sustuvo una porfiada polémica sobre este punto, en la cual tomaron parte varios poetas, y entre ellos, con habilidad escasa, el célebre Cañizares. El aspecto moral de la cuestion llamó la atencion del clero, y hemos leido graves disertaciones, impresas, de insignes teólogos, encaminadas á señalar los peligros de tan hipócrita invencion.

(2) Cancion *á Margarita.*

(3) Soneto que empieza:

¡Oh dulce prenda! testimonio un dia....,

la *Carta pastoril*, etc.

(4) Número XI de nuestra coleccion; pág. 23 del presente tomo.

(5) *Obras poéticas.* Salamanca, 1591; en 4.°

en campaña, y dice irónicos chistes, expresados en tan natural y claro estilo como el siguiente:

¿Hay para un hombre de gusto
Conveniencia más loable
Que salir de donde ama,
Y marchar donde le maten?

Pero le ocurre hacer gala del estilo *culto*, y despues de escribir algunas cuartetas ininteligibles, sorprendido él mismo de lo tenebroso y enmarañado de la frase, corta de repente el período y exclama:

. . . . . ¿Qué es esto?
Yo llego á *engongorizarme.*

La verdad es que no pocas veces se *engongorizaba* con fruicion sincera, y probablemente sin advertirlo. Así hubo de suceder en los dos largos romances que escribió en forma de leyenda, *Al Martirio de Nicétas*, y *Al Martirio de san Lorenzo;* en la *Paráfrasis de la carta Ovidiana de Enone á Enéas*, en el romance endecasílabo *Al suntuoso templo de la Rotunda, en Roma*, y en otras várias composiciones. Y de notar es que, con todo eso, cuando á impulsos de su sano instinto escribia con naturalidad, los adoradores del concepto y de la hipérbole le acusaban de no levantar la entonacion poética á la altura del gusto dominante. Él mismo lo declara así:

Que escribo versos en prosa,
Muchos amigos me dicen,
Como si el ponerlo fácil
No fuera empeño difícil.

En suma, rebosa el ingenio en la poesía estragada de *Gerardo Lobo;* pero ademas del gusto acrisolado, sin el cual viven mal las obras del arte, carece de la cuerda de sensibilidad, la más vibradora y simpática que encierra el corazon humano. Tal vez no faltaba en el alma del poeta, pero falta en su lira; por eso razona, discretea, describe, satiriza, pero no acierta á sentir ni á cantar.

Cuando se reflexiona en la extraordinaria popularidad que alcanzaron las poesías de *don Eugenio Gerardo Lobo*, en las várias ediciones que de ellas, ya separadas, ya reunidas, se hicieron en el siglo último, en la índole simpática de sus donosos versos familiares, que todavía recuerdan con gusto algunas personas, y en la jerarquía elevada á que llegó en la carrera militar este hombre, por diversos títulos insigne, parece en verdad cosa harto singular que se hayan conservado tan escasas noticias de su vida pública y privada.

Todo el mundo sabe, porque tradicion murmuradora lo asegura, que el rey Felipe V le llamaba el *capitan coplero*, á consecuencia del enojo que hubo de causar al príncipe frances aquella conocida cuarteta:

Dos cerdudos (*cerdos*) al entrar
Me dieron la enhorabuena;
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

El enojo, si existió, pasó fugaz en el ánimo noble y generoso del monarca, de quien recibió *Gerardo Lobo* altas distinciones y mercedes (1).

Las merecia, en verdad. No era el *capitan coplero*, como algunos imaginan, un oficial ato-

(1) La circunstancia de haber encargado várias veces á *Gerardo Lobo* el Príncipe de Astúrias (despues Luis I) versos relativos á la ternura que este príncipe profesaba á su augusta esposa, es claro indicio de la feliz armonía que reinaba entre el poeta y la córte de Felipe V.—Esta circunstancia está consignada en las obras del mismo *Lobo*. El Rey lo llevó consigo á la guerra de Italia.

londrado y estrafalario, que escribia con especial predileccion agudezas osadas é imprudentes; era atildado y circunspecto en palabras y acciones (1), respetuoso con todo lo que hay respetable en el cielo y la tierra; modesto, cual solian serlo los españoles de aquellos tiempos, y lo que puede parecer inverosímil en un militar avezado á los trastornos y desórdenes de la guerra, era hombre de conciencia mística y timorata. ¿Quién creeria que una de las principales composiciones del alegre y marcial poeta, que se imprimió en Sevilla, siendo todavía capitan de caballos-corazas, fué un exámen severo de sus faltas pasadas, con este título sombrío: *Reo convicto, en el tribunal de su conciencia?*

Hasta la desgraciada muerte de *Gerardo Lobo*, de la caida de un caballo, siendo teniente general y gobernador militar y político de Barcelona, contribuyó á hacer simpática su memoria.

Á los dos poetas cuyo carácter acabamos de bosquejar, pudieran acaso agregarse, como poetas malogrados de aquella era, *Tafalla y Negrete*, y *Rebolledo de Palafox, marqués de Lazan.* De ellos ha apartado completamente los ojos la posteridad, nunca indulgente con las obras políticas, filosóficas ó literarias de las épocas de transicion. Como quiera que sea, la crítica histórica no debe olvidar que así estos escritores, como Candamo, el doctor Torres, Gerardo Lobo y otros, son los últimos representantes genuinos del libre espíritu literario de nuestra patria, sin mezcla ni restricciones de extraño orígen, y que su inspiracion, si bien decadente y viciada, era absolutamente española.

El doctor, abogado de los Reales Consejos de Aragon, *don José Tafalla y Negrete*, cuya época floreciente pertenece á los últimos años del siglo XVII, pero cuya vida llegó á alcanzar al XVIII, es uno de los dechados más cabales, y por consiguiente más lastimosos, de la poesía familiar, y por decirlo así, *casera*, que sustituyó malamente á aquella poesía de intencion segura, de arrobamiento místico, de majestuoso arranque, que habia resonado en la lira de los Argensolas, de los Leones y de los Herreras. Y no era, por cierto, *Tafalla* de los poetas más rastreros y desaliñados de su tiempo. Su estilo es claro, su lenguaje suele ser castizo y propio, y si rinde culto á la moda de los conceptos, se echa de ver al propio tiempo que es costumbre y alarde, no tendencia natural de su ingenio. En 1678, su amigo, el Marqués de Alcañices, lo llevó desde Zaragoza á Madrid, donde lució sus dotes de improvisador en las academias y justas poéticas tan en boga en aquellos dias, y, al decir de sus contemporáneos, mereció el sobrenombre de *el divino Aragonés*, lo cual puede significar meramente que aventajaba á los más en el género de agudeza y discrecion que producia entónces tanto embeleso. El hecho es que, por su facilidad en versificar, y por el donaire y galanura de su discreteo, fué en Zaragoza blanco de la admiracion general, y en Madrid logró los principales premios en las mencionadas academias. Se han perdido los versos que escribió en Madrid, ya en la madurez de la vida y del entendimiento. Sólo podemos juzgarle por las insignificantes poesías que sus amigos publicaron en Zaragoza, en 1706; y estas poesías, fruto de los primeros años de su juventud, no bastan, por cierto, á justificar aquel sobrenombre lisonjero. En las poesías sagradas, á semejanza de Montoro, dirige á los santos insípidos conceptos. Santa Teresa y santa Isabel no le inspiran más que frívolas *chambergas.* Pero en algunos de sus romances hay trozos que recuerdan el discreteo vivo, diserto é ingenioso de Moreto y de Calderon. Son como destellos moribundos de la antigua musa española. En la edicion de 1706 está caracterizada con acierto esta poesía, escrita siempre *por encargo*, y exhausta de inspiracion y de alcance moral. Son de notar el tino y la sensatez con que, á pesar del gusto dominante, juzgaba el editor de las obras de *Tafalla* aquella literatura bastarda, que no pasaba de trivial recreo. «Este modo de escribir mandado, dice el editor, es muy violen-

(1) Sus versos, aunque á veces familiares, nunca fueron chabacanos ni obscenos. Algunos juzgó demasiado libres, y ésos los rasgó siendo todavía mozo, *para que no pesáran en la conciencia.* Así lo dice el poeta mismo en un soneto.

to, áun para el númen más obediente; y son muy pocos los que entienden las diferencias que se notan entre los poemas que nacen de impulso propio y los que son puramente compuestos por obediencia. Casi todas las poesías de este *Ramillete Poético* (título de la Coleccion), ó bien épicas, ó bien líricas, ya en asuntos amorosos, ya heróicos, ya sacros, se conoce que eran para ajenos desempeños y tiempos precisos, donde, quitando la libertad al furor poético, lo reducian á escribir aunque nunca estuviese inspirado. Éste es un modo de componer sin espíritu y sin fervor, donde obra como esclava la dulzura y como atareada la facilidad.»

Segun se ve, un editor tenía más sano y atinado sentido crítico que los literatos y poetas de su tiempo.

El *Marqués de Lazan*, tambien poeta aragonés, fué otro de los ingenios malogrados que por aquellos dias rindieron culto á la tradicion, aunque viciada, de las letras castellanas. Escribió, ademas de otras obras de menor importancia, un poema en veintidos cantos, titulado *Métrica historia, sagrada, profana y general del mundo; sus tres primeras edades, sobre el libro del Génesis* (1). Es uno más entre aquella copia inmensa de poemas narrativos bíblicos, místicos ó profanos, como *La Creacion del Mundo*, de Acevedo, ó el *David*, del doctor Uziel, que habia producido el siglo anterior; pero, á vueltas de la balumba de erudicion que encierra el poema, y de la afectacion y el alambicamiento, que eran galas literarias del tiempo, asoma á cada paso el ingenio vivo y de buena ley de que la naturaleza habia dotado al poeta. Con ser su obra un centon de hechos y noticias de la historia bíblica y de la historia fabulosa, nunca es el poema rastrero ni desmayado, y las hermosas imágenes y robustas octavas que en él se encuentran de cuando en cuando, hacen presumir que, á nacer un siglo ántes, el *Marqués de Lazan* habria figurado dignamente al lado de los Hojedas y de los Valdivielsos.

Su estilo es, por lo general, conceptuoso, y no en corto grado. Pero era tal la costumbre de las encrespadas metáforas y del lenguaje enmarañado, que el Marqués cree sinceramente que escribe con naturalidad, y hasta se disculpa con humildad por ello. «Ofrezco esta Historia (dice), no con expresiones levantadas, soberbia vanidad de las plumas, gloriosa ostentacion de los ingenios; no con hondos conceptos y alusiones profundas; sino con un estilo llano y natural, en que he solicitado la propiedad y la limpieza, la claridad y la expresion....., siguiendo mi inclinacion, ó porque me falta aliento para lo sublime, ó porque aborrezco la oscuridad.»

Hé aquí algunas muestras de su estilo. Así pinta las flores agradecidas en el momento de la creacion:

Toda púrpura allí, la fervorosa
Rosa se enciende, ardiente más que vana,
Adorando la mano poderosa
Con bellos labios de carmin y grana.
La azucena, ya cándida, ya hermosa,
Emulando el albor de la mañana,
No con ménos respeto ni decoro,
Alaba al Crïador con lenguas de oro.

Nieve el jazmin y la mosqueta grata,
Tesoro la retama y el junquillo;
Flores todas, las unas blanca plata,
Y las otras feliz oro amarillo;
El azahar, que en fragancias se desata,
Y el tulipan con su matiz sencillo,
Por tributo al Señor rinden felices
Plata y oro, fragancias y matices.....

Continúa describiendo los hechizos de la creacion:

Corta el cristal el pez, que no respira,
Y se desliza por las aguas mudo;
El pájaro parlero el aire gira
Con dulce idioma ó con lenguaje rudo.
Roto á pedazos, en el mar se mira
Entre escamas el sol; y, no desnudo,
El viento vano con adornos graves
Se viste de las plumas de las aves.....

Eva formada, pues, decir se puede
Que en sí se epilogó toda hermosura;
La de su cuerpo solamente cede
Á aquella que atesora su alma pura.
Digna esposa de Adan, se le concede
Dominio sobre toda crïatura
Material, y agraciada así y contenta,
El mismo Dios á Adan se la presenta.

(1) Impreso en Zaragoza, por Juan Malo, 1734, en 4.°

Así habla Lucifer cuando intenta inducir al pecado al primer hombre:

Será mi esclavo: sellarán su frente
De su culpa los hierros; arrogante
El drecho de gozar eternamente
De Dios ha de perder en un instante.
Del Empíreo el Señor omnipotente
Cerrará los candados de diamante.....
Y yo abriré, para castigo eterno,
De par en par las puertas del infierno.....

Al hablar de la primera culpa:

Eva en culpa, de Adan en la que intenta,
Á encontrar su disculpa se apercibe,
La fruta le persuade y le presenta,
Y que no morirá, pues ella vive.
Come Adan, y en su ruina con afrenta
Esclavo del demonio se suscribe
Todo el linaje humano..... ¡Pudo tanto
El ejemplo, el amor, el ruego, el llanto!

Al describir el diluvio, entre otras ingeniosas imágenes, le ocurre el ave acuática, que no pudiendo descansar en la tierra, tiene que rendirse al cabo á la fatiga y morir en el agua. La pinta así:

El pájaro veloz se atropellaba,
Buscando en balde por descanso el suelo,
Y en cuanto el giro y vista dilataba,
Sólo alcanzaba el agua, sólo el cielo.
Sus extendidas alas fatigaba,
Y ya rindiendo su constante vuelo,
En el agua, que fué su primer cuna,
Tumba encontró su mísera fortuna.

En los discursos no le faltan soltura é ingenio. Así habla Nemrod á los Caldeos, para que, seducidos con falaces promesas y esperanzas de ventura pública, lo elijan rey:

Aquí, pues, como hermanos vivirémos,
Al interes y á la ambicion negados;
Como á fin principal atenderémos
Del Señor al servicio destinados.
Para más sociedad levantarémos
Edificios de muros circundados,
Como ley observando sin malicia
La paz, la religion y la justicia.
Para esto, pues, obedecer es justo
Todos á un rey, poniendo soberano
Purpúreo manto sobre su hombro augusto,
Corona y cetro en su cabeza y mano.
Hechura nuestra, hechura á nuestro gusto,
No su dominio fundará tirano;
Que obligado á mandar de nuestra ciencia,
Aun el mismo mandar será obediencia.....

Más adelante, despues de bosquejar con brioso pincel á Semíramis, dice de ella:

Y volviendo á Semíramis hermosa,
De su conciencia y mérito acusada,
Si en la campaña vive cuidadosa,
No en la córte se muestra descuidada.
Tirana en todas partes y celosa,
La corona en sus sienes mal clavada,
Mira el potente cetro con recelo,
Con más temor del mundo que del cielo.

Véase, por último, con cuánta gallardía describe al cazador Ismael:

Ni bruto, ni ave, pájaro, ni fiera,
Ni el gavilan, ni el tigre remendado,
Ni el fiero leon, ni el águila guerrera
Se exime de Ismael, del arco armado.
Embraza el arco, aplica la ligera
Flecha á la cuerda, el nervio retirado;
Y cuando á el punto atenta vista opone,
Donde pone la vista el hierro pone.....

Tal vez hemos citado demasiado. Nos ha cautivado la gallardía de la expresion. No citarémos más, porque sería interminable tarea. Acaso no hay una sola octava perfecta entre las dos mil doscientas noventa de que consta el poema; pero en las que hemos citado, y en otras innumerables, se encuentran á cada paso destellos de viva fantasía. Quien así versifica, pinta y razona en la época más infeliz que han conocido las letras españolas, puede no tener gusto, ni sobriedad, ni pureza, ni elegancia; pero abriga indudablemente en su entendimiento muchas de las prendas nativas del poeta.

CAPÍTULO V.

Poetas con tendencias políticas.—El padre Butron.—Benegasi (don José Joaquin).—Fray Juan de la Concepcion.

Sin intencion bien determinada, pero involuntariamente movidos por el espíritu de exámen filosófico y político que empezaba á despertarse por aquellos tiempos, muchos poetas de la escuela popular escribian sátiras políticas de circunstancias, empleando la poesía como medio inofensivo para decir verdades que en otra forma hubieran parecido censurable osadía. Unos, como *don Alonso de Anaya*, se valian del teatro; otros escribian coplas y romances vulgares; los más se contentaban con intercalar alusiones satíricas en sus composiciones familiares.

Estos poetas eran innumerables. Nos limitarémos á recordar tres de ellos, porque fueron hombres de fama literaria en su época.

Pasaba por poeta agudo y conceptuoso el padre *José Antonio Butron*, autor de un poema, *Harmónica Vida de Santa Teresa*, escrito en confuso y estrafalario estilo, y de muchos versos líricos, cuyos principales caractéres son audacia política y grotesco desenfado en la expresion y en las ideas (1). Más insolente que satírico, escribió en tono de chabacanería popular contra los frailes, contra la Princesa de los Ursinos, contra Macanaz, contra el Duque de Berry, contra el confesor del Rey, y contra otras cosas y personas de cuenta. Era de aquellos que, animados de espíritu descontentadizo y recalcitrante, no transigian, ni áun en favor de las luces, con el influjo de la civilizacion francesa, que habia traido á España la casa de Borbon. Empleaba la poesía, del propio modo que otros muchos copleros de su tiempo, como arma de oposicion política, semejante á la imprenta periódica de nuestros dias. Amaba á Felipe V por sus nobles prendas de carácter; pero le habia sido tan odiosa la prepotencia militar y política de la Francia en España durante la guerra de sucesion, que, haciéndose eco de las prevenciones más vulgares, daba en la injusticia de acusar á la Francia misma de fomentar la rebelion de los catalanes, llegada ya la paz de Utrecht (2).

Cuando escoge para sus versos asuntos elevados de historia ó de arte, como la *muerte de la reina doña Luisa de Borbon;* la *estatua de san Bruno*, del escultor Gregorio Fernandez; el *paralelo entre Marcial y Juan Owen;* la *heroica accion del Duque de Béjar*, que en

(1) Tenemos á la vista tres códices con poesías del padre *Butron*, dos de la coleccion de manuscritos del señor don Pascual de Gayángos, otro de la coleccion del señor Sancho Rayon.

(2) Hé aquí un soneto curioso de *Butron*, que da idea de su espíritu y de su estilo:

Á LA FRANCIA, POR LAS COSAS QUE PASABAN EL AÑO DE 1713.

Soneto.

Corrió Francia á la paz un arambel,
Ni oyen á *Osuna* ni áun á *Monteleon* (*a*);
No abogará por Francia *Lexington* (*b*);
Mas la *Vieja* (*c*) y *Ronquillo* (*d*) hacen papel.
Engañando con visos de oropel,
No evacua humor frances la evacuacion (*e*);
Francia ya dice *oui*, ya dice *non;*
Que siempre fué su genio cascabel.
No conquista Castilla al portugues,
Y el catalan se está siempre tenaz,
Por irle á Francia en ello su interes.
Castilla por Felipe pertinaz,
Y Francia lo hace todo del reves,
Haciéndole más guerra con su paz.

(*a*) El Duque de Osuna y el Marqués de Monteleon, enviados á Utrech para negociar y firmar los tratados de paz. (*Nota del Colector.*)

(*b*) Lord Lexington, plenipotenciario de la reina Ana, que firmó en Madrid, con el Marqués de Bedmar, el tratado de comercio celebrado entre España y la Gran Bretaña el 13 de Julio de 1713. (*Idem.*)

(*c*) La *Vieja:* la Princesa de los Ursinos, que tenia á la sazon setenta años. (*Idem.*)

(*d*) Don Francisco Ronquillo, gobernador del Consejo de Castilla. (*Idem.*)

(*e*) Alude á la salida de las tropas francesas del territorio español. (*Idem.*)

En otro soneto de *Butron*, raya en furor su encono contra la Francia. Lo publicamos como curiosidad histórica:

¡Que un gallo que de viejo es ya capon (*)
Pueda así al gallinero alborotar!
¡Que ponga en confusion la tierra y mar
Este grande gusano revolton!
¡Que haga así de lo ajeno particion,
Para mejor lo propio conservar!
¡Y qué! ¿la pobre España ha de pagar
Todo lo que ha pecado su ambicion?
¡Que por oro nos trueque el oropel,
Y la jerga nos venda por tisú!
Y ¿por qué, cuando amigo es más infiel,
Nos lleva las riquezas del Perú?
¡Oh Felipe! ¿qué haceis? ¡Oh España fiel!
¡Oh Francia vil! ¡Oh tú, tirana, oh tú.....!
. . . . . .

(*) Luis XIV.

el bombardeo de Audenarda, en Flándes, apartó con sus manos las brasas que habian caido sobre unos barriles de pólvora; la gloriosa muerte del mismo Duque en Buda, y otros semejantes, *Butron* tiene arranques propios de su carácter fogoso; pero el alambicamiento de idea y de frase desluce todas sus poesías de intencion lírica, y no hay una sola entre ellas que merezca vivir en la posteridad. Una de las más curiosas es la cancion real *al caballo de bronce del Retiro* (1). Hé aquí una muestra de esta poesía ingeniosa, pero *gongorina*, de que todavía quedaban tan profundos rastros. Habla de Felipe IV gobernando el caballo:

Mándale que se aquiete
El Rey, y salpicando el freno en vano,
Obedece al monarca soberano,
Aun más que por lo rey, por lo jinete.
No podrá el cetro hacer que se sujete
A estrechar su ardimiento
En la region del viento:
Si la espuela hácia el céfiro le llama,
Garza será en las plumas de la fama...
Fuego celeste acaso
Derritió el metal duro, porque luégo
Que las dos manos libertó del fuego,
A la esfera del fuego encumbró el paso.
No el Bucéfalo triunfe, no el Pegaso
Blasone osadamente
Imitarle lo ardiente;
Que á entrambos vence en ímpetu volante
Este del sol espíritu elegante.
Viva parece, con osado aliento,
Aquella mano que levanta al viento;
Que, al labrarle el artífice toscano,
Sintió el dolor, y levantó la mano...
Acaba ya: la atmósfera cortando,
Conozca el aire leve
Que áun el bronce se mueve.
Pero no, no te muevas, y tu planta
Aten lazos de obsequio reverente
Por tanto rey y por grandeza tanta.
No corras, aunque aspires á viviente
Para envidia de Fídias y Lisipo:
Estáte en pié, pues sirves á Filipo.

Esta poesía es en extremo hiperbólica y alambicada; pero no puede escribirse sin ingenio. No hay duda: aquel gusto falso y pervertido esterilizaba las facultades espontáneas y naturales de los que, en mejores tiempos, hubieran llegado acaso á la verdadera poesía.

No era *Butron* indulgente ni áun con los países en que vivia. Residió algun tiempo en Soria y en Galicia, y escribió descripciones, más que burlescas, injuriosas, de aquellas tierras. Ambas tuvieron en su tiempo un éxito extraordinario, y corrian las copias de mano en mano, como las famosas descripciones de alojamiento de *Gerardo Lobo*. La descripcion de Soria está escrita en décimas. La segunda dice así:

Ciudad, terror de Romanos,
Que Scipion, al pelear,
Jamas la quiso tomar
Por no ensuciarse las manos.
Como fénix ó gusanos,
Se labraron tumba honrada;
La vega quedó abrasada,
El pueblo quedó encendido,
Porque Soria siempre ha sido
Muy buena para quemada.

No trata con mayor blandura al hermoso suelo de Galicia. Así dice, á poco de empezar, en malos versos pareados:

Baña el mar sus contornos por lavarle,
Pero lo sucio no podrá quitarle.
Lóbrega estancia es, en donde el cielo
Cubre de pardas nubes siempre un velo...

Los versos de *Butron*, que tanto se aplaudian al empezar el siglo XVIII, ya olvidadas á fines del mismo siglo las circunstancias que daban interes á sus sátiras chabacanas, y transformado el gusto literario, sólo servian de escarnio á críticos y poetas. El erudito jesuita *don Francisco Javier Alegre*, aludiendo á la musa desmandada del brusco y altisonante coplero,

(1) Es la célebre estatua ecuestre, obra del escultor florentin Pedro Tacca, que hoy se halla en la plaza de Oriente.

le llama *el desaforado Butron.* El canónigo *Huarte*, despues de mofarse, en *La Dulciada*, del poeta *Benegasi*, dice así:

Seguíale *Butron*, envanecido
Al ver que su elocuencia nos ha dado
Un poema hasta ahora no entendido.

Hoy dia, las obras de los poetas de la estofa del padre *Butron* no tienen más valor que el interes histórico que encierran esas manifestaciones libres y naturales que brotan de los sentimientos y de las pasiones del vulgo.

Todavía inferiores á los poetas mencionados, y al lado de los *Montianos* y de los *Nasarres*, que se afanaban por disciplinar y encarrilar el gusto del público, áun á costa de la inspiracion española, habia una falange de copleros, tales como *Bolea*, *Marujan*, *Olmeda* y otros, que, siguiendo las huellas de los poetas de índole popular, no sabian ni querian resignarse á entrar por la senda extranjera que les señalaban aquellos flamantes reformadores. Eran como la última protesta del espíritu literario español moribundo. ¡Protesta estéril y tardía! Los tiempos de la inspiracion nacional habian pasado, y estos ecos infelices de la musa española degenerada no contribuian sino á dar la razon á los críticos de la nueva escuela.

Uno de aquellos poetas de ínfima laya, muy acreditado en su tiempo entre la gente del gusto vulgar, fué *frey don José Joaquin Benegasi y Lujan*, señor de los Terreros, canónigo reglar de san Agustin. Tenía gran facilidad para versificar; su ingenio era vivo y fácil, pero de corto alcance; su númen, rastrero y familiar, no se levantaba nunca á la esfera de la poesía sublime. Así pinta él mismo su talento poético con notable acierto, y con la modestia y sinceridad propias de su carácter, en estas fáciles quintillas, que pueden dar idea de su estilo:

Que mi estilo no es gallardo,
Elevado ni especial,
Es verdad: no soy Gerardo (1);
Pero tampoco es bastardo,
Ántes es muy natural.
Dióme Apolo mi destino
Para lo festivo sólo;
Oponerme es desatino,
Basta ser gusto de Apolo;
Yo me voy por mi camino.

El medir las fuerzas es
Quitarse la pesadumbre
De padecer un reves;
Pues muchos van á la cumbre,
Y dan de hocicos despues.
¿Yo seguir, yo remedar
Al que es por *culto* aplaudido?
No lo tienen que esperar,
Porque jamas he seguido
Lo que no puedo alcanzar.

Gran sensatez demuestra Benegasi en estos versos. Algunas aunque muy raras veces le ocurre escribir poesías á asuntos elevados, por ejemplo, á *Santa Teresa*, á la *Toma del Parmesano*, al *Asesino que hirió á su majestad cristianísima* (*Luis XV*); pero la lira de los grandes poetas no produce en sus manos sino sonidos monótonos y vulgares. En una ocasion intenta remontarse á las elucubraciones de la filosofía cristiana, y escribe un largo y desaliñado romance, así titulado: *Lo que es el mundo, la hermosura, la nobleza y el aplauso.* No acuden á su pensamiento más que conceptos vulgares, más ó ménos ingeniosos, expresados con la entonacion chabacana de los romances del vulgo. La definicion que da del mundo es ingeniosa:

¿Es acaso más que un
Bien pintado coliseo,
Todo luces por afuera,
Y confusion por adentro?

Y ¿qué emocion podia producir el recuerdo de las hazañas históricas, fuente legítima de la verdadera aristocracia del nacimiento, en quien define la nobleza con el criterio limitado y materialista del populacho?

(1) Alude á *Gerardo Lobo.*

¿Qué es nobleza? Continuada
Riqueza, y esto supuesto,
La más ó ménos nobleza
Es más ó ménos dinero.

Benegasi, nacido en hidalga cuna, ataca á la nobleza, no sólo así de pasada y en forma de reflexion filosófica, sino, lo que es más extraño, en la forma trascendental de los papeles populares anónimos, vendidos por los ciegos en las calles de Madrid. Así publicó y propagó, ocultando su nombre, várias sátiras, y entre ellas una en redondillas, contra la nobleza, que empezaba de este modo:

El que quiera ser marqués,
Conde, duque ó caballero,
Ha de observar lo primero
Hacerlo todo al reves...
No quede pícaro á quien
No alcance su proteccion,
Y no le dé ni atencion
Á ningun hombre de bien...
Trate á todos con desvío,
Haga esperar á cualquiera,
Como si el que aguarda fuera
De casta de algun judío...

Así hablaba el honrado *Benegasi*, benévolo é inofensivo, embelesado siempre con el culto trato de las más ilustres familias de España, que le dispensaban franca amistad y cordial estimacion. Aun no habian corrido por España los perniciosos escritos de Voltaire, que tenía pocos años más que Benegasi; áun duraba en nuestro suelo la arraigada fe de los españoles en religion, costumbres, clases é instituciones; y sin embargo, el padre *fray Juan de la Concepcion*, *Benegasi* y tantos otros ánimos puros y creyentes, empiezan, sin sospecharlo, á minar el edificio antiguo de la civilizacion española. De estos, que parecen fenómenos del mundo moral, pueden señalarse muchos en la primera mitad del siglo XVIII. Comenzaba una era de transformacion. Apénas tenian fuerza, luz y calor aquellas chispas de un fuego latente y progresivo, que, andando el tiempo, habia de deslumbrar y conmover hondamente á las generaciones inmediatas.

Tenía *Benegasi* la modestia del orgullo, y lo que es más, del orgullo democrático.

Cuando le hablan de admitir el título de conde que el Monarca habia ofrecido á su padre, y que á él igualmente le ofrecia, contesta, cual si le hicieran un agravio:

¿Yo conde, señor? ¿Yo conde?
¡Cosa que tanto aborrezco,
Que es para mí un titulado
Poco ménos que un veneno!...
¿Yo aventurarme, por pobre,
A ser la mofa del pueblo?
Pues no hay mogiganga como
Un título sin dinero.
¿Yo admitir un oropel,
Que le discurro tan léjos
De ser merced, que ántes bien
Me deja sin la que tengo?
¿Yo entrarme en el infinito
Número de los molestos,
Soberbios, vanos, negados,
Señores de medio pelo?...
Hartos títulos miramos,
Hartos estamos con ellos;
Que en Madrid se miran hartos,
Pero nunca satisfechos.
No hay monte, flor, apellido,
Mar, ni rio, ni riachuelo,
Que no haya servido para
Los títulos que tenemos.....
¡Ira de Dios! Y ¡qué plaga!.....
. . . . . .
. . . . . .

De notar es que en la lucha suscitada, muchos de los que por nacional instinto seguian el gusto libre y original que dió tanta vida á las letras españolas en los dos primeros tercios del siglo XVII, reconocian la conveniencia del freno académico que empezaba á imponerse; pero llevados del impulso antiguo, que era el verdaderamente español, miraban siempre y como á pesar suyo, cual rémora y escollo del ingenio, ese mismo freno, esa direccion preceptiva, cuya saludable influencia no se atrevian á negar. Les parecian como inconciliables el estro y la sujecion de las poéticas, y esta idea asoma por lo comun en los aplausos que tri-

butaban á las obras ajustadas á las reglas de los preceptistas. *Benegasi* elogia así á un autor dramático (1):

¡Oh qué bien, oh qué bien, Velasco, parte
Tu númen, siempre al arte reducido!
Logrando los aciertos de entendido
Con naturalidad, pero con arte...

Bien se trasluce que miraba como una maravilla que pudiesen andar juntos lo de *entendido*, esto es, discreto y espontáneo, con lo de observador del *arte*.

La poesía fué la pasion dominante de su vida entera; poesía sin vigor y sin entusiasmo; que otra no cabia en aquel alma apacible y casi indiferente á las emociones del corazon ó de la fantasía. En alguna ocasion reconoce, como á despecho, el imperio de una nueva crítica (2); otras veces ensalza á Montiano, á Luzan, á Sarmiento, á Mayans y á otros escritores de la escuela de los preceptistas. Dice que los admira, pero no los sigue. Su estilo, sus asuntos, su espíritu satírico, la índole de sus chistes, todo es vulgar. *Benegasi* nada tiene de poeta; no es más que un coplero, en el sentido ínfimo de esta palabra. Bien da á entender él mismo cuánto embarazo causan á su musa indisciplinada los preceptos de los maestros, en estos versos, escritos en un momento de ingenuidad:

No quiero á Nebrija,
Ni jamas le quise;
¡De ingenios por arte
Apolo me libre!

Tan poco respeto le inspiraba lo que las lumbreras de la época doctrinal llamaban la *trompa épica*, que no titubeó en escribir la *Vida de san Dámaso* en redondillas, y la *Vida de san Benito de Palermo* en seguidillas (3).

No faltaban ejemplos de poemas épico-religiosos compuestos en metros poco adecuados á asuntos graves. La Pasion de nuestro Señor Jesucristo fué escrita en quintillas por *don Alonso Giron de Rebolledo* (4), á quien elogia Cervántes en la *Galatea*, y en décimas por el maestro *Juan Dávila* (5). ¿Qué mucho que *Benegasi* escribiese en metros ligeros poemas narrativos, si hasta hubo quien intentase explicar en seguidillas las doctrinas abstrusas de la filosofía? (6).

Con menor agudeza, pero con mayor fecundidad y audacia que su padre *don Francisco Benegasi*, siguió *frey don José* las huellas de éste, así en sus obras dramáticas como en las líricas. De esclarecido linaje, introducido en la sociedad aristocrática, y en amistosas conexiones con las personas más encumbradas de su tiempo, tales como el Marqués de la Ensenada, los Duques de Arcos, la Marquesa del Carpio, el Marqués de Valparaíso, y otras de igual jerarquía, deplora la confusion de clases que visiblemente iba creciendo de dia en dia. Así dice en una carta poética al Marqués de Villena:

(1) Don José de Velasco, que envió á don José *Benegasi* una comedia suya.

(2) Hablando de la comedia *La razon contra la moda*, traducida por Luzan, dice:

Las *unidades* que el objeto son
De la crítica que hoy la ley nos da,
Y que, si no *se pára*, correrá...

El equívoco *se pára* (separa) indica bastante la poca conviccion de *Benegasi*.

(3) Así habla de *Benegasi* el canónigo *Huarte* en *La Dulciada*:

Tambien estaba *Benegasi* haciendo
De inventor de una nueva poesía;
Lloraba triste y suspiraba viendo
Que nadie lo imitaba ni seguia.
Benegasi es aquel númen tremendo,
Cuyo arte y reglas fué su fantasía,
É hizo un poema entero en redondillas,
Y puso la epopeya en seguidillas.

(4) Impresa en Valencia, por Juan Mey, 1563.

(5) Impresa en Leon de Francia, 1661.

(6) *Tratado filosofi-poético escótico*, compuesto en seguidillas por doña María Camporedondo. En la oficina de Miguel Escribano. Sin año de impresion. La licencia es de 1757.

¡Oh siglo fatal en todo,
Pues distinguir no se puede,
Ni si es plebe la nobleza
Ni si la nobleza es plebe!

Y sin embargo, se entregaba, como llevado de su instinto, al torrente de las ideas y de las costumbres, se mezclaba con la plebe, como casi todos los nobles de su tiempo, y cultivaba gustoso la poesía del vulgo, humilde y llana; si bien, con serlo tanto, no llegó nunca al desmayado estilo, al insufrible prosaismo de la mayor parte de los poetas de la escuela doctrinal.

Cuando se recorren los copiosos tomos de poesías que publicaron *Benegasi* y otros varios poetas, sin encontrar en ellos, con rarísimas excepciones, asuntos elevados, acentos íntimos del alma, ecos de los grandes intereses de la humanidad ó de la patria, ó devaneos sublimes del espíritu, se comprende el abismo en que habia caido la poesía. La decadencia no estaba sólo en las ridiculeces de la forma; estaba principalmente en la esencia. Ni una idea filosófica, ni un movimiento del entusiasmo ó de la pasion. Los asuntos de *Benegasi*, que tanto recreaban en su tiempo, dan idea de la pobre esfera á que habia descendido aquella poesía insustancial. Si llovia con abundancia, si nevaba, si le atropellaban unos asnos, si le aplicaban sanguijuelas, si un amigo despedia con facilidad á los criados, si otro perdia una mula, si se emborrachaba su barbero, si picaba una chinche á su criada, si habia estornudado una señora, si habia goteras en su casa, *Benegasi* se inspiraba con estos y otros hechos igualmente triviales. Complacíase especialmente en la descripcion de sus enfermedades, áun las más repugnantes (1). Y con tales creaciones de una musa asquerosa y casera, formaba voluminosas colecciones, y se atrevia á darlas á la estampa. Así hacian otros igualmente, ¡y el público compraba estos centones de sandeces y fruslerías!

Benegasi fué, pues, un poeta digno de su época. Como hombre fué un dechado de honradez, de modestia y de candorosa bondad. Como escritor, aparte de su mal aprovechada laboriosidad y de cierto gracejo de escasa trascendencia, que sólo sus allegados podian apreciar, no tuvo más que un mérito verdadero: el haberse preservado casi completamente, por la llaneza de su carácter y la sinceridad de su instinto, del estilo falso y ampuloso que reinaba en su tiempo. Dando consejos á un amigo, le dice con grotesco donaire:

De lo *culto* te aparta;
Mira que es droga
Necesiten linternas
Para tus obras.

Has de hablar castellano
Como tu abuelo:
La morcilla, morcilla,
Y el cuerno, cuerno.

La misma naturalidad de su lenguaje le inspira algunas aunque muy pocas veces versos felices, como cuando dice de una viuda desconsolada que habia mortificado grandemente á su marido:

Vivo le hizo llorar, muerto le llora;

y cuando, aludiendo á las poesías satíricas de *Gerardo Lobo*, más descriptivas que injuriosas, concentra su idea en este enérgico pensamiento:

Pincel, y no puñal, tuvo por pluma.

En la poesía familiar narrativa tiene algunas descripciones felices, como la siguiente, en que pinta, en un chistoso rasgo, la arrogancia científica del médico que le asistia:

(1) Entre otras, una fluxion, la sarna, un reumatismo, las almorranas. Á este último asunto habia escrito ya *Montoro*, á quien admiraba mucho *Benegasi*.

Entró de peluca blonda,
Y regentando el baston,
Como diciendo: la tropa
De tus males mando yo.

Juzgando las poesías de don Gabriel Álvarez de Toledo, dice lo siguiente, en tono de alabanza: «Los *conceptos* son elevadísimos, los *equívocos* no comunes...» No alcanzaba á más el discernimiento crítico de *Benegasi*. Todo el deplorable y copioso caudal de sus obras demuestra que este ingenio, vulgar y ambicioso, no habia nacido para la poesía. Y sin embargo, fué grandemente celebrado en su tiempo, y el hechizo que hallaban sus contemporáneos en sus triviales y despreciables versos, prueba hasta qué punto son engañosos é inseguros para la fama verdadera los aplausos de una sociedad extraviada en el camino de la cultura literaria. La celebridad no es la gloria.

Carecia *Benegasi* de las dos facultades principales que dan al alma movimiento y elevacion: la sensibilidad y la fantasía. De ésta, con lo dicho puede formarse cabal juicio. De su escasa sensibilidad hay un triste y claro testimonio en sus propias obras. Sus prendas de carácter eran altas y nobles. Lo prueban sus cartas, ó más bien memoriales, al Marqués de la Ensenada y á otros magnates poderosos. La necesidad le obliga á pedir proteccion; si elogia alguna vez, lo hace de buena fe; pero no sabe descender á la indignidad de la lisonja. Á la Reina misma se dirige una vez, y termina así su romance:

Tan desnudo de intereses,
Tan léjos de adulaciones,
Que sólo aspiro, Señora,
Al perdon de mis errores.

Pero su ánimo, ó por lo extremadamente sereno, ó por lo desmedidamente inclinado á ver las cosas del mundo por el lado festivo, no se turba, ni se martiriza con las desgracias de la vida. La composicion más tierna que escribió fué á la muerte de su esposa Vicenta. Se conoce que la amaba cuanto él podia amar; y sin embargo, esta poesía es una relacion prolija, entre conceptuosa y casera, de pormenores insulsos y triviales. Dos composiciones consagró á la muerte de dos hijos suyos. La una es un soneto á *Francisco José*, que, ya mancebo, murió repentinamente al volver de un entierro, el dia mismo en que habia confesado y comulgado. El soneto está escrito con una entonacion por demas sosegada para un padre, pero que al cabo puede explicarse por la fuerza de la resignacion cristiana. La otra es una décima á *Ramon*, que murió «á pocos dias de haber vuelto, casi desnudo, de la escuela, por vestir á un niño pobre, quitándose hasta las medias para dárselas.» Este noble y patético asunto no inspiró al corazon de un padre más que la siguiente décima jocosa, chocarrera en el tono, é impropia y repugnante por el insípido y vulgar donaire:

Niño que se desnudaba
Por el pobre con tal celo,
Se estaba calzando el cielo
Desde que se descalzaba.
Dios, que su piedad miraba,
Me le quiso asegurar;
Y así, al verle desnudar,
Que le diria cotejo:
Vén acá, que si te dejo,
Te me puedes resfriar.

¿Puede sentir y comprender la poesía, que no es sino la expresion noble de grandes sentimientos, quien en tal ocasion se atreve á emplear tan insulso é intempestivo gracejo, y estilo tan ridículo y chabacano? (1).

(1) Don José *Benegasi* habia acaso heredado de su padre esta insensibilidad nativa, que arrastra á ciertos hombres á anteponer la vanagloria de un chiste á la expresion sencilla de los sentimientos na-

Si era sereno y frio para los sentimientos, no lo era ménos para los intereses; pero aquí la frialdad era honrosa, como indicio de noble temple. En momentos de gran conflicto pecuniario, embargan una de sus casas «por el derecho de la décima que tenía el Rey en los réditos atrasados de los censos.» En vez de entristecerse con este grave contratiempo, lo recibe impasible y lleva el estoicismo hasta la risa. En aquellos momentos mismos escribe á un amigo suyo esta graciosa

DÉCIMA.

Llegó la Justicia, y
Tambien mi susto llegó.
Ella la casa embargó,
Y el susto me embargó á mí.
Décima piden; y así,
Pues nuestro Rey interesa
Solo en ella (y no me pesa,
Porque sé su gran piedad),
Digan á su Majestad
Que se contente con ésa.

Este hombre no tomaba por lo serio las cosas de la tierra; sólo las del cielo le llegaban al alma. El mismo expresa en un romance esta tendencia genial de su alma:

Todo el mundo es mogiganga,
Es tramoya y es comedia;
Pues, donde estamos de burlas,
¿Cómo puedo estar de véras?

Nos hemos detenido algun tanto en examinar el carácter de la poesía de *Benegasi* y la índole del hombre, no sólo porque este poeta fué famoso en su tiempo, sino ademas porque es como el prototipo de los poetas populares del reinado de Fernando VI. Toda su poesía se reduce á estas circunstancias: facilidad, vulgaridad, frialdad, trivial donaire, cierta audacia satírica, pero sin entusiasmo ni elevacion moral.

En los últimos años del reinado de Felipe V y durante la primera mitad de Fernando VI, alcanzó gran fama de poeta, y no escaso concepto de crítico entre los escritores de instinto popular, *fray Juan de la Concepcion*, carmelita descalzo, varon de vasto saber, igualmente aventajado en la cátedra y en el púlpito. Como poeta se distinguió por su facilidad extremada. Con su rápida comprension y sus medios nada comunes de expresion espontánea y brillante, fascinaba á sus contemporáneos. Contábanse de él maravillas de ingenio, de memoria y de discernimiento penetrante y seguro. Conservó durante el siglo último tal fama de sabio y de repentista, que, cerca de cuarenta años despues de su muerte, Álvarez y Baena, tan frio por lo comun, se entusiasma con la gloria del carmelita, y habla de él en estos términos, exagerados acaso, pero dictados por el espíritu de sinceridad que resplandece constantemente en los juicios y noticias del encomiador de los *Hijos de Madrid:*

«Las alabanzas (dice) que merece este sabio matritense no cabrian en muchos pliegos. Fué uno de los mayores entendimientos de este siglo. Su elegancia en la prosa y en el verso, y su memoria no han tenido igual. Tomaba un tomo en fólio, pasaba la vista por una llana, y bastaba para referirla sin faltar letra. Para su correspondencia y despacho de lo que se le encargaba, ya de los tribunales ó ya de su religion, tenía siempre cinco ó seis amanuenses, á quienes dictaba á un tiempo, sin embarazo, diferentes asuntos. Esto de dictar á cinco, seis ó siete á un tiempo, y á cada uno en distinta especie de verso y diferente asunto, lo hacia frecuentemente en las casas de los Grandes, que le dispensaban mil honores, y

urales. En las obras de don Francisco Benegasi se encuentran este epígrafe y estos versos:

En el mismo dia en que su majestad mandó dar un coche al autor, se le murió á éste una hija de poco tiempo; y pidiendo al tesorero para el entierro, le envió esta

DÉCIMA.

Murió la niña. Importante
Será enterrarla esta noche,
Porque si sabe que hay coche,
Resucitará al instante...
. . . . . .

Esto no necesita comentarios. El alma del padre era áun más glacial que la del hijo.

particularmente en la de Medina-Sidonia, ante los Duques, y en las de otros sujetos literatos, de que tengo algunos versos que hizo en tales ocasiones.»

Segun dice *Villarroel*, en estos nada armónicos versos, escritos poco despues del fallecimiento del ilustre religioso,

De repente una relacion decia
Y al mismo tiempo que la recitaba,
La pluma en otro asunto ejercitaba,
Y en diferente metro lo escribia.

Don Diego Rejon de Silva, en un pedantesco romance, dirigido á *Benegasi*, dice del peregrino talento de fray Juan:

Aquel ingenio famoso,
Con quien son, al compararse,
Roncas urracas los cisnes,
Y pigmeos los gigantes...;
Aquel que miró al Pegaso,
Por dócil al manejarle,
Inmóvil monte á su rienda,
Veloz rayo á su acicate...;
Aquel que dictaba á un tiempo
De amanuenses á dos pares...

Álvarez y Baena añade que «mereció el nombre que se le daba de *Monstruo de sabiduría y elocuencia.*» Que así era llamado es la verdad, y de ello da testimonio su amigo y fervoroso admirador *don José Benegasi* en estos versos:

Doctísimo fray Juan, monstruo en la ciencia,
Maravilla y asombro del Parnaso,
Segundo Lope, nuevo Garcilaso,
Á quien el mismo Apolo reverencia..

El candoroso *Benegasi*, cuya admiracion rayaba en ardiente entusiasmo, escribió un poema en octavas para honrar la memoria del celebrado carmelita (1).

¿Mereció real y verdaderamente *fray Juan de la Concepcion* tanto renombre y tanta autoridad? Rara vez hay prendas intelectuales de alto temple y de trascendental alcance en estos hombres que son prodigios de gimnasia intelectual. Que no era hombre de vulgar y rastrera laya lo patentizan sus propias obras teológicas y literarias, por más que afee grandemente á estas últimas el estilo conceptuoso, que fué acaso en su tiempo uno de los más eficaces títulos de su fama. Su historia demuestra que habia en su carácter cierto ambicioso desasosiego y cierta audacia, de aquellas que atraen la atencion pública; y en estos impulsos, que su carácter sagrado no alcanzaba á enfrenar, hay que buscar principalmente su accion y su fuerza entre los hombres de su época.

La Academia Española le abrió sus puertas en 1744, y rompiendo fray Juan con la práctica establecida, pronunció en verso su *oracion gratulatoria* ó discurso de entrada, causando no poca extrañeza, segun confiesa su mismo encomiador *Benegasi*. Gentes poco aficionadas á innovaciones censuraron al nuevo académico, juzgando la forma poética poco adecuada á la naturaleza de aquel acto y á la gravedad de formas propia de las solemnidades del docto é ilustre instituto.

Publicó una revista crítica, titulada *Resurreccion del Diario de Madrid, ó nuevo cordon crítico general de España* (1748). La crítica era por entónces escabrosa tarea, y el travieso censor se ocultó sucesivamente con cuatro nombres supuestos.

Pero donde se ve más patente la índole inquieta y resuelta del sabio carmelita, es en su tendencia á tomar parte en el movimiento político de su tiempo, haciéndose eco de los clamores populares. Empleaba para esto la poesía en el tono y forma del pueblo, y ocultando, por supuesto, su nombre, pues otra cosa no consentia el sagrado carácter de que se hallaba

(1) *Fama póstuma del reverendísimo padre fray Juan de la Concepcion*, etc. Madrid, imprenta del *Mercurio*, 1754.

revestido. En dos de sus papeles, titulados, el uno *El Patan de Carabanchel*, y el otro *El Poeta oculto*, impresos poco despues del advenimiento al trono de Fernando VI, entre consejos, súplicas, quejas y felicitaciones, dice útiles verdades y expone ideas atrevidas para aquel tiempo.

Esto tiene escasa importancia para la historia literaria, pero la tiene muy grande para la historia política de la nacion. El tiempo no caminaba en balde. Quien así anticipaba, por medio de cantos populares, la accion política de la opinion, ejercida más adelante por la imprenta periódica, era esta vez ¿quién lo diria? un sabio religioso, tan respetable como respetado; un consultor del Infante-Cardenal don Luis, y, lo que es más singular, un calificador de la Suprema Inquisicion.

Fray Juan de la Concepcion puede ser considerado como uno de los indicios más palpables de la trasformacion moral que, así en España como en los demas países de Europa, asomaba ya, con más ó ménos claridad, á mediados del siglo XVIII.

Maduras las ideas nacientes, y formado el gusto literario, el fecundo y laborioso carmelita habria sido acaso un aventajado escritor y un insigne poeta. Escritas en aquella época de confusion y de mal gusto, sus obras literarias se resienten de ligereza, de afectacion y de la manía conceptuosa, que todo lo afeaba y deslucia. La posteridad no ha consagrado la gloria del *Monstruo de la sabiduría*, que no fué, como otras muchas glorias, más que un eco pasajero de las impresiones contemporáneas. *Fray Juan* fué uno de aquellos muchos que, condenando severamente los vicios de la escuela conceptuosa, incurrian á sus anchas en los deplorables extravíos. Estaba tan dominado por el estragado gusto de su época, que lo seguia sin advertirlo, cabalmente en el momento mismo en que lo censuraba. Aplaudiendo la naturalidad de estilo de su amigo *don José Benegasi*, dice así:

«Está mal con los que hablan crepúsculos y escriben lobregueces. Hace bien. No sé por qué no ha de condenar la elocuencia la secta de los *anochecidos*, como la Iglesia la de los *alumbrados*... El Corinto de España ha sido Córdoba; y como si fuera para todos ir á Corinto, el anhelo de remedar al superior ingenio cordobes, á muchos españoles los ha hecho *griegos*.»

Incorregible era, sin duda, quien, al recomendar la sencillez y la claridad, da ejemplo de este lenguaje alambicado y presuntuoso. ¿Quién hubiera dicho al celebrado carmelita que, con todo su ingenio, habia de quedar, en la triste historia de la poesía de su tiempo, tal vez más bajo que el humilde y modesto *Benegasi*, objeto de tantas burlas en la era de Cárlos III?

CAPÍTULO VI.

Síntomas claros de cambio en el gusto literario.—Época doctrinal.—*Diario de los Literatos*.—*Poética* de Luzan.—Iriarte (don Juan).—Artigas.—Sátira de *Jorge Pitillas*.—Índole francesa de su inspiracion.—Aclaracion del seudónimo.

No pocos indicios anunciaban ya en los primeros años del siglo XVIII la transformacion del gusto literario, que habia de llevarse á cabo por medio de reglas é institutos de orígen frances. Entre ellos pueden señalarse tres, claramente significativos: la creacion, en 1713, de la *Academia Española*, encargada de «proponer reglas de buen gusto, así en el pensar como en el escribir» (1); la publicacion, en el mismo año 1713, del *Cinna* de Corneille, traducido por don Francisco Pizarro, marqués de San Juan; y la imitacion de la *Ifigenia*, de Racine, publicada por Cañizares, ántes del año 1716. Veinte años despues, los indicios de la introduccion en España del gusto extranjero se convierten en patentes é incontestables testimonios. Los más calificados que pueden citarse son tres igualmente, como estos indicios cuya importancia acabamos de señalar: la *Poética* de Luzan; el *Diario de los Literatos;* la sátira

(1) Estatutos primitivos.

de *Jorge Pitillas*. Todavía el vulgo mira con aversion novedades literarias que, por lo estrechas y melindrosas, cuadran mal con su índole y con su tradicional espíritu, y moteja de afrancesados á sus introductores; pero ya la lucha es recia y vigorosa. Los nuevos campeones están muy distantes de la crítica profunda y luminosa que algunos años adelante ha de brotar en la docta y sesuda Alemania; carecen del genio que deslumbra y arrastra con fascinadores ejemplos; pero no pueden ménos de triunfar, porque lleva su bandera el victorioso lema del *sentido comun*, del cual las letras castellanas se iban apartando por completo.

En el punto á que habian llegado el trastorno y la depravacion del gusto literario, forzoso era que la principal reforma emanase, no del prestigio del ejemplo, no del estro de grandes poetas, sino del recto sentido de las gentes. Con el advenimiento de la Casa de Borbon iba naciendo un nuevo espíritu de cultura, que embarazaba la carrera de aquel torrente de dislates, de retruécanos y de conceptos. La primera reforma que requeria el funesto estado de las letras habia llegado á ser, ante todo, como ántes hemos indicado, una cuestion de sentido comun. Hacer recobrar á éste su imperio, fué en aquellos tiempos el glorioso afan de Feijóo, de Martinez, del padre Isla y de otros sabios varones, cuyo entendimiento sereno y bien encaminado se hallaba como comprimido y sofocado en aquella atmósfera de afectacion y de preocupaciones.

La inspiracion alta, sencilla y espontánea no cabia en la poesía de aquella época. Era necesario, para que alumbrase el sol del estro verdadero, disipar de antemano las nubes del mal gusto que cerraban tenazmente el paso al calor del corazon, á la luz de la fantasía. Ésta fué la ardua empresa que acometieron algunos hombres de noble instinto y firme pensamiento. Conquistaron entre ellos uno de los lugares más altos y gloriosos los ilustradísimos sacerdotes *don Juan Martinez Salafranca* y *don Leopoldo Jerónimo Puig*, fundando y sosteniendo, durante algun tiempo, una revista trimestral, titulada *Diario de los Literatos de España* (1), que forma época en los anales de la historia literaria del siglo XVIII. Habian comprendido que era llegado uno de aquellos períodos de transformacion intelectual, en que sólo la crítica inexorable y justiciera puede enfrenar abusos arraigados, y abrir camino á la razon atropellada. No era época de creacion literaria; era época de exámen doctrinal. El *Diario de los Literatos* cumplió su objeto de una manera memorable. Á manera de aquellos adalides que en los *juicios de Dios* peleaban á todo trance, sin más mira ni más impulso que el entusiasmo que inspira la conviccion de la buena causa; así los llamados *Diaristas* emprendieron su escabrosa tarea. En cualquier tiempo es la crítica imparcial y rigorosa amargo y difícil empeño. Para el *Diario de los Literatos* fué una verdadera contienda. Filosofía, ciencias, filología, historia, amenas letras; todo lo abarcaba el grande espíritu de aquellos hombres denodados, cuyo único anhelo se cifraba en hacer triunfar la verdad; y la verdad en aquellos tiempos era un misterio que pocos comprendian, y cuya luz á casi todos ofuscaba y heria. En balde se emplearon, durante dos años, para triunfar de aquel censor implacable, las armas del insulto, de la calumnia, de la intriga y de la amenaza. *Salafranca* y *Puig* no entibiaron ni un momento, miéntras existió el *Diario*, su noble é irrevocable propósito. Pero es áspero y á veces incontrastable el empuje de la ignorancia desenmascarada, y la situacion de aquellos nobles campeones de la cultura llegó á hacerse insostenible. El aplauso de los doctos y el apoyo sincero y eficaz del mismo rey Felipe V, no bastaron al cabo á impedir la muerte prematura de aquella ilustrada revista (2). Esta obra reformadora, en verdad sorprendente para aquel tiempo, por la

(1) Comenzó á publicarse por Enero de 1737. Tomaron parte en las tareas del *Diario*, don Juan de Iriarte, *Jorge Pitillas* y otros notables literatos, animados del espíritu reformador.

(2) Al generoso é ilustrado espíritu de don José del Campillo, secretario del Despacho Universal de Hacienda, debió el *Diario de los Literatos* la proteccion de Felipe V. A propuesta de su Ministro, mandó este soberano que el *Diario* continuase publicándose á sus expensas. Campillo no desmayó en su apoyo, siguiendo sin tregua el sano consejo, que le dieron Salafranca y Puig, de armarse *de resolucion para despreciar toda especie de contemplaciones perjudiciales al bien público y deshonorables á quien las tie-*

erudicion, por la imparcialidad y hasta por el idioma, vivirá siempre en nuestra historia literaria como un padron glorioso de sensatez y de energía.

Acallada estaba aquella protesta vigorosa contra el error y el mal gusto. Pero los gérmenes de la verdad cundian y fermentaban ya en todas partes, y fué estéril empeño ahogar una voz reformadora. Cuando llega la hora de los adelantamientos intelectuales, á una voz que muere, responde otra voz fraternal y simpática. En el mismo año 1737, en que el *Diario de los Literatos* dió principio á su carrera de luminoso meteoro, se publicó en Zaragoza la *Poética* de *Luzan.*

Esta *Poética* fué, en verdad, un fenómeno intelectual lanzado de improviso en medio del cáos tenebroso en que se habian hundido las letras españolas. *Luzan* tenía muchas de las prendas que constituyen á los críticos de primer órden, y si su libro extraordinario ha perdido una parte de su interes, sólo puede esto atribuirse al ensanche que han dado á los principios literarios la filosofía moderna, y muy singularmente los escritores de la docta Alemania. La importancia relativa de la *Poética* de *Luzan* fué inmensa, y áun hoy dia su importancia absoluta es no pequeña, y de cierto mucho mayor de lo que generalmente se imagina. Hay doctrinas que nunca envejecen. De ellas está sembrada esta *Poética*, y por eso su lectura causa y causará siempre á las personas ilustradas fruicion verdadera y cierta impresion de agradable sorpresa. Principios reinan hoy dia en la literatura, tenidos por reciente conquista de la crítica filosófica que inauguraron Lessing y otros no ménos insignes compatriotas suyos, que ya se encuentran expuestos y como adivinados en la obra de *Luzan.* Habia éste educado y nutrido su entendimiento con vastísima y muy sazonada lectura; sus ideas no son reflejo exclusivo de ajenas observaciones; llevan sello de vida propia, y se advierte desde luégo que han nacido de la impresion recibida en grandes fuentes literarias, antiguas y modernas, y de un instinto crítico espontáneo y seguro.

Se ha querido algunas veces presentar á *Luzan* como mero iniciador de la escuela francesa del siglo de Luis XIV (1). Esto es desconocer el alcance de sus ideas y el carácter relativamente libre de su doctrina. Habia pasado su juventud en Italia, engolfado en el estudio de la antigüedad y de los grandes escritores italianos (2), y esta educacion especial habia dado á sus principios críticos mayor amplitud que la que cabia en los dogmas de los preceptistas franceses, consignados con tanta elocuencia en el *Arte Poética* de Boileau. Este insigne poeta satírico, que podria llamarse el legislador de la sensatez literaria, se dejó llevar demasiado del hechizo que ejercieron en su tiempo las obras de gusto acrisolado que produjo en Francia aquel siglo de altísima cultura. Pero haciendo exclusiva su admiracion, y extremando sus artificiales tendencias, incurrió en el error en que caen siempre aquellos que erigen una doctrina invariable con las impresiones contemporáneas. Boileau cifra una gran parte de la perfeccion poética en ciertos principios convencionales, y toma á veces por belleza eterna lo que no es más que una especie de etiqueta literaria, reflejo pasajero de costumbres ceremoniosas y de refinamientos cortesanos. No está *Luzan* al abrigo de esta censura, porque el amaneramiento y el espíritu de imitacion eran resabios de escuela, que constituian en no pequeña parte

ne. (*Carta de los señores Salafranca y Puig al ministro don José del Campillo.*)

La noble proteccion de la córte no bastó á dar larga y sosegada vida al *Diario.* No pudo resistir más que dos años escasos al *furor vengativo de sus enemigos*, que se *complacian en las persecuciones y adversidades* de sus redactores.

La pugna en que éstos vivian con sus detractores, puede juzgarse por sus propias palabras : *Tanto trabajamos para la defensa como para la misma obra. La comenzamos y continuamos, como los muros de Jerusalen en tiempo de Nehemías, con la espada en una mano y los instrumentos en otra.* (*Prólogo al tomo* VII *del* Diario de los Literatos.)

(1) Véase, entre otros, á Ticknor, *Historia de la Literatura española*, tomo IV, cap. II.

(2) Vivió *Luzan* unos diez y siete años en Génova, en Milan, en Palermo y en Nápoles. En esta última ciudad, al lado de su hermano el Conde de Luzan, gobernador del castillo de San Telmo, tuvo ocasion de sobresalir entre los primeros literatos, como habia ya sobresalido en Palermo en la academia llamada *del Buen Gusto* y en la del Príncipe de Santa Flavia.

las máximas generales de aquella edad. Pero conocia y admiraba á los poetas más insignes de Grecia, de España y de Italia, y ellos le habian infundido cierto espíritu de independencia, á cuya luz discernia claramente el error de algunas doctrinas inspiradas por la rutina.

Con muchos ejemplos podriamos comprobar esta observacion; pero á fin de evitar digresiones aquí intempestivas, nos limitarémos á hacer notar el antagonismo de opiniones que resalta, entre *Luzan* y Boileau, en un punto en que de tal manera se han aferrado la costumbre y los preceptistas, que áun hoy dia no falta quien sustente con el ejemplo la doctrina derrocada en el presente siglo por los mejores críticos y poetas.

Boileau, arrastrado imperiosamente por la fuerza de la tradicion pagana, de que estaba impregnada toda la civilizacion literaria de su época, antepone á la verdad sencilla de la naturaleza, á las emociones directas del alma, al idealismo cristiano, el hechizo artístico de las alegorías mitológicas. Segun él, la poesía

Se soutient par la Fable, et vit de fiction,

y con este solo verso, explanado despues en un largo período de dialéctica persuasiva, ha hecho más daño á la verdadera poesía, que Dante, Shakspeare y el Ariosto con la ruda y por demas natural desnudez de muchas de sus ideas y de sus palabras.

Entusiasmado con los artificios de los emblemas materiales, casi prescinde del mundo moral, y no comprende ni el mar sin tritones, ni la pintura poética de la justicia y del tiempo, sin las imágenes tangibles de la balanza y del reloj de arena. ¿Qué otra cosa significan los siguientes versos?

De n'oser de la Fable employer la figure,
De chasser les tritons de l'empire des caux,
D'ôter à Pan sa flûte, aux Parques leurs ciseaux;
C'est d'un scrupule vain s'alarmer sottement,
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrément.
(*L'Art Poétique*, canto 3.º)

Tanto se aficiona Boileau á la *ficcion* poética, que llega á creer sinceramente que sólo de ella dependen los movimientos íntimos del alma y hasta la sensibilidad misma. Así lo manifiesta claramente en estos versos:

Que Neptune en courroux s'élevant sur la mer,
D'un mot calme les flots, mette la paix dans l'air,
Délivre les vaisseaux, des syrtes les arrache;
C'est là ce qui surprend, frappe, saisit, attache.

¡Cómo habia de sospechar Boileau que llegaria una edad en que la intervencion de Neptuno sería suficiente para quitar á la tempestad y á la calma su conmovedor prestigio, y que la tormenta descrita en el *Don Juan* de Byron, calcada sobre relaciones de naufragios históricos, habia de tener más fuerza de emocion verdadera que los magníficos cuadros de tempestad de la *Eneida*, en que al poder de la naturaleza se sustituye la influencia mitológica de Juno, de Eolo y de Neptuno!

Cautivan á Boileau tan poderosamente las ficciones de la poesía de los antiguos, que al presentarlas como único modelo, su imaginacion se templa y se colora, y escribe el pasaje más bello que hay acaso en todo el poema. Despues de recomendar la mitología griega como fuente imprescindible de belleza poética, continúa así:

Là pour nous enchanter tout est mis en usage:
Tout prend un corps, une âme, un esprit, un visage.
Chaque vertu devient une divinité;
Minerve est la Prudence et Venus la Beauté.
Ce n'est plus la vapeur qui produit le tonnerre;
C'est Jupiter armé pour effrayer la terre,

Un orage terrible aux yeux des matelots
C'est Neptune en courroux qui gourmande les flots.
Écho n'est plus un son qui dans l'air retentisse;
C'est une nymphe en pleurs qui se plaint de Narcisse.

Por más seduccion que encierren estos elegantes versos, el consejo de Boileau no es el camino de la verdadera inspiracion. La pintura fiel y sencilla del más leve murmullo de las brisas de la primavera, de cualquiera ola del mar que se rompe gimiendo en la playa, del canto más insignificante de un ave perdida en la espesura, trae al alma de los modernos más deleite y más emocion que todas las rancias alegorías de *Narciso*, de *Neptuno* y de *Filomela*.

Hombre de clarísimo ingenio y de gusto acendrado, pero poeta sin arranque lírico y sin fantasía mística, Boileau llevó la estrechez de sus teorías doctrinales hasta el extremo de proscribir de la poesía á Dios, á los santos y á los profetas (1). No sólo prefiere lo que llama *les mille agrémens de la Fable* á la expresion natural de las imágenes y de los afectos, sino que juzga que sin aquellos la poesía desmaya y muere (2). Para Boileau, pues, toda la fascinacion poética consiste en primores convencionales, y no caben en el férreo círculo de su poética ni los cantos populares, ni los fantásticos devaneos de la espiritualidad cristiana. Ni ve en el Evangelio más que un manantial triste y sombrío de penitencia y de castigo (3), ni sospecha, al parecer, que el Cristianismo ha traido al mundo un órden nuevo y completo de sentimientos y de ideas. En una palabra, segun la doctrina de Boileau, erraron gravemente, al componer sus magníficos poemas, Dante, Tasso (4), Milton, Klopstock, Valdivielso, Hojeda, Acevedo y todos aquellos poetas que han buscado su inspiracion en las emociones, en las imágenes, en los arrobamientos místicos del cielo cristiano.

Luzan comprendia con su claro sentido crítico que la poesía de mayores quilates es la que emana de la inspiracion directa y sincera, y que son su mayor fuerza y su lumbre más pura las verdades del cielo y las verdades de la tierra. Tenía instruccion y aliento para volar con alas propias; y, léjos de ser un mero propagador de ideas francesas, se apartaba mucho en ciertos casos de Boileau, y manifiestamente le superaba en el sano y filosófico espíritu de las doctrinas (5).

No lleva *Luzan*, como lo hace Boileau, las meticulosas restricciones de escuela hasta juzgar que un nombre poco eufónico hace *bárbaro* ó *burlesco* un poema entero, y á no consentir que el poeta elija por asunto de sus obras á un héroe cuyo nombre parezca insonoro (6). El

(1) *C'est donc bien vainement que nos auteurs déçus,*
Bannissant de leurs vers ces ornemens reçus,
Pensent faire agir Dieu, ses Saints et ses Prophètes
Comme ces Dieux éclos du cerveau des poètes...
De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornemens égayés ne sont point susceptibles.
(*L'Art Poétique*, canto 3.°)

(2) *Sans tous ces ornemens le vers tombe en langueur,*
La poésie est morte, ou rampe sans vigueur.
(*Idem.*)

(3) *L'Evangile à l'esprit n'offre de tous côtés,*
Que pénitence à faire et tourmens mérités.
(*Idem.*)

(4) Boileau se burla abiertamente de este gran poeta por haber presentado á su héroe como adalid cristiano. Hé aquí sus versos:

Il n'eut point de son livre illustré l'Italie,
Si son sage héros, toujours en oraison,
N'eut fait que mettre enfin Satan à la raison, etc.

(5) En el estilo era imposible. *Luzan* es un escritor vigoroso y ameno; pero Boileau es un modelo consumado de estilo claro, conciso y sentencioso. Casi no es dable ir más allá.

Luzan conocia á los preceptistas franceses y españoles, y los cita alguna vez; pero los italianos y los antiguos habian dado especialmente pábulo á sus estudios críticos. A cada paso cita en su libro á Muratori, á Orsi, á Bonamici, á Gravina, á Benio, á Minturno, á Quadrio, á Monsignani, al cardenal Pallavicino, y á otros ya olvidados.

(6) Causó enfado á Boileau el nombre de *Hildebrando*, héroe de un poema titulado *Les sarrasins chassés de France*, y esta impresion de antipatía sugirió al poeta la exagerada sentencia:

D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poème entier, ou burlesque ou barbare.

A vueltas de este desmedido refinamiento, Boileau juzga cadenciosos y poéticos todos los nombres de la mitología griega:

La Fable offre à l'esprit mille agrémens divers;
Là tous les noms heureux semblent nés pour les vers.

¡Pueril predileccion, que caracteriza fielmente la caprichosa estrechez de la escuela clásica francesa!

deseo de satirizar á escritores medianos de su tiempo hizo llegar, como se ve, alguna vez á Boileau al colmo de la preocupacion y de la intolerancia. ¿Qué habria pensado de los nombres de extraño sonido que tanto abundan en la poesía popular de los pueblos germánicos y escandinavos, y que nos parecen hasta agradables porque en ellos creemos advertir el sello de su orígen?

Luzan profesa más ancha y flexible doctrina. Admite la poesía genuina de los pueblos, y reconoce las diferencias de espíritu que hay y debe haber en cada uno de ellos. «El clima, dice, las costumbres, los estudios, los genios, influyen de ordinario en los escritos, y diversifican las obras y el estilo de una nacion de los de otra.»

Con respecto al empleo de la religion cristiana como elemento poético, *Luzan* no titubea siquiera. Á pesar de las doctrinas rígidas de Boileau, á pesar de los ilustres ejemplos que confirman estas doctrinas, á pesar del gusto preponderante que en su tiempo y mucho despues mantuvo con singular predileccion el uso de los emblemas mitológicos, el crítico español proscribe estos emblemas, y no admite que en las naciones cristianas puedan ser sustituidos á la presencia, á la accion, á la grandeza del Sér Supremo. *Luzan*, con su privilegiado discernimiento, comprende y explica perfectamente que la poesía, como todo, camina y cambia con los tiempos, y que éstos imprimen en las obras del entendimiento diferencias esenciales y bellezas relativas, de que no puede desentenderse la crítica justa y elevada. Advierte que el sello privativo de las costumbres y de las ideas de cada siglo no daña á la belleza verdadera; que es propio y natural que los personajes de la *Eneida*, escrita en una era de mayor cultura, sean más cultos que los de la *Iliada*, sin embargo de pertenecer todos ellos á la misma época histórica; y que no ha de desmerecer la poesía de la Escritura porque sus patriarcas y sus príncipes apacientan ganado y sus hijas van por agua á la fuente; ni tampoco «perder el concepto de Homero al ver que sus primeros personajes hacen ya de cocineros, ya de trinchantes, ya de cocheros; que hasta los porquerizos y mayorales de ganado llevan el glorioso renombre de héroes, y que las princesas, como Nausicaa, van sin melindre alguno á lavar su ropa al rio.»

Quien así juzga de la influencia de las costumbres en las letras, ¿cómo no habia de admitir la religion contemporánea, y especialmente la religion sublime de Jesucristo, como una poderosa palanca de emocion verdadera? Así expresa *Luzan* sus sanas doctrinas:

«La diferencia entre los poetas griegos y latinos podrá servir tambien para discernir otra semejante diversidad que hay entre los poetas antiguos y modernos... Habiendo la divina luz del Evangelio desterrado las ciegas tinieblas de la idolatría, no era menester explicar los atributos del verdadero Dios por medio de fábulas, como hicieron los antiguos; pues conocida ya una vez por el vulgo la falsedad de todas aquellas deidades, el introducirlas sería lo mismo que dar por el pié á toda la verosimilitud que se requiere para que sea provechosa la poesía. Por esto los poetas cristianos, en lugar de Pluton, rey del abismo; de Mercurio, embajador de Júpiter; de dioses, de semidioses y de ninfas, introdujeron, con razon, en la epopeya ángeles buenos y malos, que en el ya mudado sistema de la religion eran más creibles... Por eso me parece reparable en las *Lusiadas* de Luis Camoens la introduccion de Júpiter, Vénus, Baco, etc.; no por las impiedades que injustamente le imputaban, sino por lo inverosímil de semejantes falsas deidades en un poema de tal asunto y escrito para leerse entre cristianos.»

No hay para qué encarecer la distancia que media entre los principios críticos de Boileau y los de *Luzan*. Aquél se encierra en la elegancia aristocrática de la forma, en la imitacion exclusiva de ciertos modelos, en los atildamientos de la frase. Para él la poesía sin la lima académica no es poesía. Éste no consigue desprenderse completamente de las perfecciones calculadas de escuela; pero su crítica no es, como la de Boileau, exclusivamente preceptiva *à posteriori:* abre más dilatados espacios á la fantasía humana, y tiene más en cuenta el imperio de los sentimientos morales.

El exámen crítico de la *Poética* de *Luzan*, que publicó el *Diario de los Literatos* poco despues de impresa por primera vez (1737), es sin duda uno de los juicios mejor fundados y más imparciales que se han escrito acerca de aquella importante obra. El entendimiento sano de Salafranca y de don Juan de Iriarte (1) descansaba y se complacia con aquella cuerda doctrina; pero ambos sentian y saboreaban mejor que *Luzan*, demasiado impregnado en la literatura extranjera, la poesía nacional española; y á pesar de la aversion que les inspiraban los extravíos gongorinos, y de la conviccion con que censuraban la libertad desordenada que advertian en el teatro, defienden á Góngora y á Lope de Vega de injustas críticas de *Luzan*, y demuestran que el cuerdo preceptista no ha comprendido suficientemente el espíritu de aquella poesía, que en sus bellezas y en sus defectos refleja el sér moral de la nacion. El discernimiento crítico de Iriarte sube muy alto al apreciar la influencia del impulso nacional en las letras, y sorprende en verdad ver á un filólogo de la escuela clásica francesa anticipar, en la primera mitad del último siglo, principios esenciales de la moderna crítica. Juzga rectamente el carácter dramático de Lope y da á entender á *Luzan* cuán grave error comete olvidando el *despotismo democrático* que en aquellas edades ejercia el pueblo en nuestro teatro (2).

Es de notar que la crítica del *Diario de los Literatos* es más libre, más filosófica y más conforme á los sanos principios que han llegado á prevalecer en Europa, que la que sustentaron los *Luzanes*, los *Montianos* y los *Moratines*, obstinadamente apegados á la escuela francesa, que anteponia la forma convencional al fondo y al espíritu del teatro. ¡Cuánto aventaja á la crítica estrecha de Boileau, en materia de teatro, el claro instinto con que *Iriarte* defiende la escena española, recordando dramas de autores griegos y romanos en que andan mezclados personajes ilustres y vulgares, así como sucesos serios y festivos! *Iriarte* se lamenta, por otra parte, del rigor con que los preceptistas quieren añadir á la comedia, sobre las tres unidades, la *unidad de especie*, siendo así que los romanos tuvieron tantas especies diferentes de comedias, unas *pretextatas*, otras *togatas*, otras *atelanas*, otras *tabernarias*, etc., segun la diversa clase y calidad de asuntos y personas.

¡Cuánto más que las restricciones arbitrarias de escuela, que prevalecieron más adelante, se acerca á la sana crítica moderna la siguiente luminosa reflexion de *Iriarte!*

«Pudiera demostrarse que muchas de la máximas que los preceptistas establecen por leyes generales de la razon en punto de *dramática*, no son más que fueros particulares del genio y gusto de cada siglo y de cada nacion, como lo acredita la historia del teatro antiguo y moderno.»

Luzan acusa á Lope de Vega de haber compuesto un libro (el *Arte nuevo de hacer comedias*) «cuyos fundamentos y principios se oponen directamente á la razon y á las reglas de Aristóteles.» *Iriarte* no puede ni quiere sustentar los errores de Lope; pero lo defiende hábilmente, encareciendo el imperio del gusto popular en el teatro, que se impone siempre, más ó ménos, en el ánimo de los poetas y hasta en la direccion doctrinal literaria.

«Su intento (dice Iriarte) fué escribir un arte de hacer comedias ajustado al estilo del vulgo, que no entiende de razones ni de reglas; condescendiendo en esto á las instancias de la *Academia Matritense*, como él mismo lo declara hablando con ella:

Mándanme ingenios nobles, flor de España,
. . . . . .
Que un arte de comedias os escriba
Que al estilo del vulgo se reciba.

(1) El notable artículo del *Diario* fué escrito hasta la página 62 por Salafranca; de allí en adelante por don Juan de Iriarte. Este insigne filólogo, más adelante individuo de la Academia Española, fué quien juzgó el libro cuarto y último de la *Poética.*

(2) Como prueba de ello, recuerda Iriarte que los poetas de aquel siglo llegaron á verse «precisados á solicitar la amistad y favor de cierto zapatero de viejo, llamado *Sanchez*, caudillo de los *mosqueteros* y formidable juez de los corrales» (teatros). (*Diario de los Literatos*, tomo IV, pág. 84.)

»Tan léjos está Lope de establecer por reglas y principios verdaderos los usos de la nueva comedia, que si se atiende al sentido y expresiones con que discurre en esta materia, se ve claramente que quiso, haciendo con ingeniosa traza de la violencia libertad, valerse del cumplimiento del referido precepto para reprender la irregularidad y extravagancia que reinaba en el teatro de su siglo, y que su obra, en realidad, más es *Arte nuevo* de criticar comedias que de hacerlas.»

Pero donde se manifiesta más patente cuánto cuesta á las naciones aceptar cambios de cualquier linaje que lastimen su espíritu y su pasada gloria, es en la defensa que hace el sensato *Iriarte* de la poesía de Góngora. No puede hacérsele llevadero que *Luzan*, como desentendiéndose del alto númen de Góngora, se maraville de que los *monstruos* y *fantasmas* de este poeta le hayan *adquirido el glorioso dictado de Príncipe de los poetas líricos.* No se limita, pues, á sostener, contra el preceptista, algunas metáforas admisibles usadas por Góngora, sino que se aventura á explicar, como cosas llanas y perceptibles, imágenes embrolladas y confusas, capaces de dejar chasqueada la sagacidad más penetrante y despejada.

Los tercetos del soneto que compuso Góngora en alabanza de la tercera parte de la *Historia pontifical*, del doctor Babia, ofrecen ocasion para conocer la diferente exageracion que nacia en el juicio de *Luzan* y de *Iriarte* de sus prevenciones respectivas. Hé aquí los tercetos:

Pluma, pues, que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos, y no pluma.
Ella á sus nombres puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria,
Que sombras sella en túmulos de espuma.

Luzan habia llegado sin duda á mirar con tanto ceño las revesadas é ininteligibles metáforas de Góngora, que rechaza y condena con intolerancia hasta aquellas que son no sólo admisibles, sino elegantes y conformes al espíritu castellano, no poco inclinado á la hipérbole y al emblema. *Luzan* exclama airado, hablando del primer terceto: «Llamar *claveros celestiales* á los papas, *bronces* á los escritos de una historia, y *llave de los tiempos* á la pluma, son excesos de una fantasía que delira, sin miramiento ni acuerdo. Pero especialmente los *bronces de la historia* son insufribles.» *Iriarte* demuestra con excelentes razones y muy autorizados ejemplos que llamar *claveros celestiales* á los papas es emplear una locucion evangélica y una metáfora clarísima, usada por el mismo Cristo y por muchos poetas cristianos y autores eclesiásticos, y que para decir *bronces de la historia*, para dar á entender la inmortalidad de eminentes escritos, y llamar á una pluma histórica elocuente *llave de los tiempos*, no hay que recurrir á una imaginacion frenética, y son cosas que caben en la razon y en las libertades legítimas de un estilo elegante.

En cuanto al segundo terceto, es cosa muy diferente. Creemos, como *Luzan*, que es *un embolismo de imágenes monstruosas.* Y ¿cómo no ha de serlo, cuando dos hombres tan discretos y tan perspicaces como *Iriarte* y *Luzan* se muestran tan discordes para descifrar la significacion verdadera de los *túmulos de espuma? Luzan* entiende que son el papel en que se escribe ó imprime. Iriarte, siguiendo la opinion del comentador de Góngora don García Coronel, cree descubrir una alusion á la fabulosa caida de Ícaro en el mar, y afirma que la frase *en túmulos de espuma* quiere decir evidentemente *en las honduras del mar*, donde quedó sepultado Ícaro.

Nosotros juzgamos tan fuera de sazon la alusion á la caida de Ícaro, que no podemos admitirla, como tampoco admitimos la interpretacion de *Luzan*, que sería un contrasentido en el soneto de Góngora, atendida la índole perecedera del papel. Confesamos humildemente que no se nos alcanza el recóndito sentido de la *memoria caduca*,

Que sombras sella en túmulos de espuma,

y que no podemos sino anatematizar de todo corazon una literatura tan extravagante y tenebrosa.

Luzan, quisquilloso y muy preciado de su obra, la defendió de los reparos de *Iriarte* con el áspero tono de la invectiva y no siempre con razon (1). No puede negarse que en su *Poética* hay mezcla de impulsos contradictorios, de buenos y malos principios, de timidez y de entereza crítica, y que *Luzan*, á pesar suyo, aunque más desembarazado que Boileau, no toma á la naturaleza por guía y maestra principal de las leyes poéticas y oratorias, sino á las innumerables poéticas que habia leido para prepararse á su tarea. Por eso este libro, si bien ménos que otros, adolece del defecto general de todos los de su especie, que consiste en dar sobrada importancia á las reglas de escuela, de donde resulta que la belleza eterna queda como pospuesta y subordinada á una belleza relativa, pasajera y convencional.

Para tasar debidamente la importancia absoluta, y especialmente el valor relativo, de la *Poética* de *Luzan*, conviene recordar que en España las teorías doctrinales se hallaban á principios del siglo XVIII en tan baja esfera como la poesía misma. No reinaban ya ni la *Filosofía antigua poética* de Pinciano, ni las *Tablas poéticas* de Cascales, ni siquiera la *Agudeza* y *arte* de ingenio de Gracian, el principal dogmatizador de la escuela gongorina. En vez de crítica, buena ó mala, la poética de aquel tiempo se reducia á enredos de forma y á aglomeracion de figuras. El mismo Rengifo, que en medio de sus *laberintos*, de sus *ecos* y de sus *glosas*, demuestra en sus ejemplos cierta aficion instintiva á los buenos poetas, era ya demasiado notable para el estado de la poesía. El preceptista que guarda proporcion completa con la decadencia sin límites de principios del siglo XVIII, es *don Francisco Artigas*. En su *Epítome de la elocuencia española*, obra escrita en romances (más de doce mil versos), llega á su apogeo el candor de la ignorancia en materia de gusto literario (2).

Luzan intentó confirmar con el ejemplo la doctrina, y escribió muchos versos originales y algunas felices traducciones del griego (3), del latin y del italiano. Pero este escritor, tan expresivo y animado en la prosa, es glacial en sus versos. Sus canciones á la conquista y defensa de Oran, que Quintana, llevado del amor de escuela, llama *exhalaciones hermosas*, no pueden leerse sin fatiga y hastío, y su desmayada traduccion del himno *Pange lingua*, donde no hay un solo acento de la fervorosa entonacion y de la noble sencillez propias de los cantares sagrados, bastan para comprender que *Luzan* no era poeta. Si alguna vez halla en su imaginacion el grave diplomático y el riguroso preceptista algo que tenga trazas de poesía lozana y

(1) *Discurso apologético de don Iñigo de Lanuza* (en parte anagrama del nombre de *Luzan*). Impreso en Pamplona, 1741.

Don Bartolomé José Gallardo, en algunas observaciones de las que al correr de la pluma solia hacer en sus notas bibliográficas, dice, entre otras cosas, lo siguiente acerca de este *Discurso:*

«En el párrafo X, sobre si se pueden escribir comedias en prosa como en verso, Luzan se defiende desairadamente..... Los *Diaristas* notan, y notan bien, que aquí Luzan anduvo *perplejo*. Luzan se defiende de la nota de perplejidad (como puede), y deja en pié el principal cargo, que es el de la inconsecuencia. El pasaje del *Diario de los Literatos* donde se toca este punto está escrito con admirable pulso y discrecion. Hay mucha diferencia de Luzan á don Juan de Iriarte.....»

«Tampoco anduvo feliz Luzan en la defensa de su opinion contra la *tragicomedia*. Iriarte hace reflexiones muy preciosas á favor de este género de dramas, concluyendo así: *Y si en el teatro de la vida humana pasan y suceden verdaderas tragicomedias, ¿por qué razon no las podrá haber fingidas ó imitadas en el teatro de la poesía, suponiendo que en su representacion se observen las condiciones y leyes del decoro y de la propiedad?* Luzan contesta á estas razones con autoridades, citando á *Cascales*, *Cervántes* (en su *Persiles*, lib. II, cap. II), *J.-B. Vico*, *Dacier*, *Scaligero*, *Pablo Benio*, etc., y por toda razon da *que en la poesía dramática se debe preferir lo verosímil, aunque imposible ó falso, á lo verdadero inverosímil* (pág. 104). ¡Cómo si lo que sucede diariamente pudiera ser inverosímil!» Sevilla, 30 Junio 1825.—G. (*Apunte autógrafo de Gallardo.*)

(2) Sirva de muestra la definicion que da del *retruécano*, entre las figuras de palabras:

Es muy vistosa y muy fácil,
Pues que toda su agudeza
Es ver si, trocando el órden,
Algun concepto se encuentra.

(3) Estudió la lengua griega con el afamado profesor jesuita el padre Jerónimo Giustiniani, y llegó á ser profundo helenista. Véase como muestra su traduccion de la famosa oda de Safo; traduccion más acomodada al texto y al espíritu del original, que la tan celebrada de Boileau, que empieza:

Heureux qui près de toi, pour toi seule soupire, etc.

espontánea, no es en los asuntos y metros serios y encumbrados, á que era singularmente aficionado, sino en el *Juicio de Páris* y en otros romances ligeros y festivos, en los cuales rendia culto impensadamente á aquella musa castellana, desenfadada y juguetona, que en sus horas de preceptista encopetado juzgaba acaso profanadora del *Parnaso*. No alcanzan la correccion del lenguaje ni la cordura de los pensamientos á sustituir en la poesía el fuego de la imaginacion. El canónigo don Juan de Luzan, hijo del eminente crítico, dice acerca de las poesías de su padre estas sencillas palabras: *En ellas hay más arte que númen.* Nada es dable añadir á este acertado juicio.

Los contemporáneos de *Luzan* no veian en él sino una viva representacion del gusto y del espíritu literario de la nacion francesa, y de ello da testimonio el romance que, para celebrar su entrada en la *Academia del Buen Gusto*, leyó en ella el festivo D. José Villarroel, y empieza de este modo:

Famosísimo Luzan,
Cuya comprension sutil
Pudo muy bien vender Francias
Al mismísimo París...

Muy bien venido seais
A esta Academia feliz,
Donde vuestro pulcro hablar
Será cuanto hay que decir...

Pero si fué error comun tener á *Luzan* por un preceptista exclusiva y absolutamente adherido á la escuela francesa, lo fué tambien creer que *Jorge Pitillas*, otro de los reformadores vigorosos de aquella época, es un poeta satírico independiente del impulso frances, movido por la sola virtud de su sensatez y de su energía, y aleccionado especialmente por las máximas que habia aprendido en los autores del siglo de Augusto. Algunos críticos han hecho notar que aquellos versos de la celebrada sátira contra los malos escritores:

Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña,

son imitacion manifiesta de aquellos otros, tan sabidos, de Boileau:

Je ne puis rien nommer, si ce n'est par son nom:
J'appèle un chat un chat, et Rolet *un fripon;*

pero al ver en la sátira tantas reminiscencias de los autores latinos de la antigüedad, esos mismos críticos han creido que *Jorge Pitillas* se inspiró principalmente en ellos. Ticknor llega hasta señalar á Persio y á Juvenal como los verdaderos modelos. Se ha parado singularmente la atencion, como muy visibles, en las imitaciones con que principia y acaba la sátira.

El *No más, no más callar*, con que empieza, es el

Semper ego auditor tantum? nunquamne reponam,
Vexatus toties?...

con que comienza igualmente la primera sátira de Juvenal. El final,

Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos,

es una simple traduccion del verso 79 de la misma sátira de Juvenal:

Si natura negat, facit indignatio versum.

Á más de estos recuerdos de la poesía romana, pueden señalarse otros muchos de que está abundantemente sembrada la sátira de *Jorge Pitillas*. Pero no se crea por eso que tuvo que acudir, para inspirarse, á las fuentes latinas. Prescindiendo de que algunas de estas reminiscencias eran y habian sido cosa corriente entre los literatos españoles, como lo manifiesta el verso de Cervántes,

Suele la indignacion componer versos (1),

(1) *Viaje del Parnaso*, capítulo IV.
Tambien en Boileau pudo ver *Jorge Pitillas* reproducido el pensamiento de Juvenal:
La colère suffit, et vaut un Apollon,

basta leer la edicion príncipe de las obras de Boileau, en la cual están apuntados los modelos latinos de donde sacó muchas de sus ideas el gran preceptista frances, para convencerse de que éste es el verdadero y casi exclusivo manantial de la famosa sátira española. Una inocente superchería de *Jorge Pitillas*, harto comun en los literatos de no muy austera conciencia, ha dado principalmente motivo al engaño de Ticknor y de tantos otros. La *Sátira contra los malos escritores* vió por primera vez la luz pública en la segunda edicion del tomo VII del *Diario de los Literatos de España* (1742). El autor, que estaba completamente familiarizado con las sátiras de Boileau, en cuya doctrina habia bebido real y verdaderamente toda su inspiracion, no cita una sola vez al eminente escritor frances, y en cambio, no omite, en las notas, uno solo de los pasajes de los poetas de la antigüedad, en donde quiere aparentar haber encontrado las ideas cardinales de la sátira. Pero ¡qué extraña coincidencia! Boileau se habia inspirado cabalmente con los mismos pasajes, que están puntualmente reproducidos de las obras latinas en la mencionada edicion. La comparacion del texto español con el texto de las sátiras francesas pondria de manifiesto que esta coincidencia no era sino el resultado del estudio que *Jorge Pitillas* habia hecho en las obras magistrales de Boileau. Mas para no hacer harto prolija esta demostracion, prescindirémos de los muchos ejemplos que ofrece esta comparacion, y nos limitarémos á patentizar con otros más curiosos, en que nadie ha hecho alto, que *Jorge Pitillas* tomó directamente de Boileau sus ideas, y no sólo de sus *Sátiras* y de su *Poética*, sino tambien de sus escritos doctrinales en prosa. Hé aquí convertidos en versos castellanos los pensamientos consignados por Boileau en su *Discours sur la satire:*

BOILEAU.

Et pour commencer par Lucilius, quelle licence ne s'est il point donnée dans ses ouvrages? Ce n'était pas seulement des auteurs qu'il attaquait; c'était des gens de la première qualité de Rome, c'était des personnes Consulaires. Cependant, Scipion et Lelius ne jugèrent pas ce poète indigne de leur amitié. Ils ne s'avisèrent point de prendre le parti de Lupus et de Metellus, qu'il avait joués dans ses satires...

Pendant, dit Horace, que ce poète enflé d'Alpinus, égorge Memnon dans son poème, et s'embourbe dans la description du Rhin, je me joue en ces satires... Perse ne raille pas simplement les ouvrages des poètes de son temps; il attaque les vers de Néron même...

Demandez à Juvenal ce qui l'oblige de prendre la plume. C'est qu'il est las d'entendre et la Théséide *de Codrus, et l'*Oreste *de celui-ci et le* Télèphe *de cet autre.*

JORGE PITILLAS.

En sus versos Lucilio no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
Ni Lelio adusto, ni Escipion severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
Á Metelo y á Lupo en su mortero.
. . . . . .

Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;
El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo Cañizares.
Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza
Á ser escarnecidos y afrentados.
Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No sólo la *Tesaida* le es muy dura;
Á *Télefo* y á *Oreste* espiritado
Tambien á puros golpes los madura.

¿Á qué citar más? Es evidente que *Jorge Pitillas* copiaba á Boileau, afectando copiar á los poetas latinos. Su mérito absoluto y relativo es, no obstante, eminente, y merecido su renombre. Para satirizar como él satiriza, era necesario un brío de ánimo y de expresion que muy pocos tenian entónces. En aquel tiempo de alambicamiento y de afectacion, *Jorge Pitillas*, consumado hablista, escribe con una sencillez sin igual, y dotado ademas del desembarazo y de la facilidad de los grandes versificadores, nadie más hondamente que él estampa en la imitacion el cuño de la originalidad.

Y ¿quién era *Jorge Pitillas?*

Increible parece que haya llegado á ser problema de historia literaria el verdadero nom-

bre de un escritor que tuvo el privilegio de llamar la atencion pública, así en su tiempo como en edades posteriores. Poco más de una composicion se ha conservado del satírico poeta; pero esta composicion forma época en la historia del gusto literario en España.

Los redactores principales del *Diario de los Literatos* guardaron completo sigilo con respecto al nombre del autor de la célebre sátira. *Salafranca* y *Puig* afirman que llegó á sus manos el dia 15 de Mayo de 1741, añadiendo que ni *áun sospechan* el verdadero nombre de *Jorge Pitillas*. Es pura afectacion. Conocian al autor, y éste habia publicado ya en el *Diario* algunos artículos críticos, encubriendo su nombre con el anagrama *don Hugo Herrera de Jaspedós*. El severo sigilo que se observaba con respecto á este escritor satírico, nacia del noble intento de preservarlo de los ásperos sinsabores que acarreaban las luchas literarias. Pero raya casi en lo imposible que el velo del seudónimo no se trasparente ó se rasgue por algun lado, y el famoso misterio de las *Cartas de Junius* ha sido siempre considerado como pasmoso ejemplo de la reserva de los hombres (1). No faltó quien descubriera el arcano de la sátira española, y no pocas personas hubieron de conocer el verdadero nombre del sañudo crítico que, ya en prosa, ya en verso, ya encubriéndose con el estrafalario nombre de *Jorge Pitillas*, ya con el de *don Hugo Herrera de Jaspedós*, acosaba y heria sin miramiento ni indulgencia á los malos escritores de su tiempo. Así está consignado en una carta del sabio *Martinez Salafranca*, escrita ocho años despues de la muerte de *Jorge Pitillas* (2). Y sin embargo, ¡cosa singular! pasado algun tiempo, olvídase el nombre verdadero del escritor famoso, y vuelve á ser misterio histórico, que da ocasion á supercherías de libreros (3). Posteriormente, todas las personas versadas en la historia de las letras castellanas, Quintana entre ellas, han admitido, descansando en la tradicion, la general creencia de que el verdadero nombre de *Jorge Pitillas*, ó lo que es lo mismo, *don Hugo Herrera de Jaspedós*, es *don José Gerardo de Hervás*.

La circunstancia, muy atendible, de ser el segundo de los seudónimos anagrama, si bien no perfecto, del último nombre, ha servido de fundamento, y no leve, á la expresada creencia. Con razones de notable fuerza y autoridad pudo esta opinion ser sustentada; pero al cabo no era ella punto histórico con evidencia absoluta demostrado, y no dejó de dar que pensar el tono decisivo con que afirmó don Eugenio de Tapia, en su *Historia de la Civilizacion española*, que el verdadero nombre de *Jorge Pitillas* es *don José Cobo de la Torre* (4).

(1) Se han hecho en Inglaterra grandes esfuerzos de investigacion para descubrir el nombre del autor de estas *Cartas políticas*, escritas desde 1769 á 1772 contra el gabinete dirigido por lord North. Diligencia, ahinco, perseverancia, todo ha sido en balde. Á once diferentes personas han sido atribuidas las cartas, y en especial á sir Philip Francis, miembro del Parlamento, pero nada se sabe con certeza. Las conjeturas, por lo várias y lo abundantes, se dañan.

(2) Don Juan Martinez Salafranca dice lo siguiente á su amigo el erudito don José de Ceballos, en carta de 16 de Octubre de 1750:

«El papel de la *Derrota* (¿*de los Alanos*, por el padre Isla?) le presté á un amigo, y sabiéndolo un comisario del Santo Oficio, envió por él; y aunque tengo licencia de leer lo prohibido, se le remití.

»El de *Ribera* (¿?) tambien llegó por el correo. Es pluma de mejor aire y gala, y de genio capaz de mayores empresas. Ya habrá reparado usted que descubre el misterio que yo observé en el *Diario* (*de los Literatos*) para que quedase oculto nuestro famoso correspondiente *don Hugo de Herrera;* cuya crítica, por su gran delicadeza y por la fertilidad de las sales con que supo disfrazar una oportuna y bien seguida ironía, se hizo preciso que la conservásemos oculta por entónces, para que la envidia y la ignorancia no tuviesen objeto en que cebarse.

»Fuera de que don Hugo no quiso tampoco exponer su persona á los insultos que nosotros (los redactores del *Diario de los Literatos*) padecimos; ni era justo hacerlo, en atencion á su *carácter é instituto.*» (*Cartas várias de los autores del* Diario de los Literatos, *en la biblioteca de Osuna.*)

(3) En el *Rebusco de las obras literarias*, del padre Isla (1790), se reimprimió la *Sátira* de Jorge Pitillas, dando por averiguado y manifiesto que era produccion de aquel escritor. Falsedad evidente.

(4) Éstas son las palabras de Tapia:

«En el *Diario de los Literatos* se publicó la graciosa sátira conocida generalmente bajo el supuesto nombre de *Jorge Pitillas*, y cuyo verdadero autor fué *don José Cobo de la Torre*, abuelo del malogrado orador y buen legista don Ramon Cobo, diputado que fué en las anteriores Córtes.» (*Historia de la Civilizacion española*, 1840, tomo IV, pág. 266.)

Por desgracia, Tapia habla en este punto de pasada y con prisa, y no se detiene, como era natural hacerlo, á presentar un hecho, un raciocinio siquiera, en que fundar su positiva afirmacion; y como los principales escritores del siglo pasado y del presente han repetido constantemente que *Jorge Pitillas* es *don José Gerardo de Hervás*, esta opinion ha continuado prevaleciendo entre los cultivadores de la historia literaria española.

Cuesta trabajo imaginar que don Eugenio de Tapia, hombre cuerdo y laborioso, se aventurase sin algun sólido fundamento á contrariar una creencia tan constante y autorizada. Todo induce á creer que Tapia vió y no interpretó acertadamente una carta de *Hervás* á su amigo y primo don José Cobo de la Torre (1), en la cual, sin duda para no exponer el misterio á los azares del correo, le habla de la célebre sátira, sin descubrir claramente el nombre de su autor. Tenemos á la vista esta interesante carta autógrafa (2), de la cual vamos á trascribir la parte adecuada al objeto, no sólo por dar á éste toda la luz posible, sino tambien porque no carece de interes para la historia literaria:

Madrid y Julio 24 *de* 1721.— Amigo y pariente: .....Supuesta tan verdadera como legítima disculpa, entro desde luégo en materia con el párrafo de la literatura. Ésta se ve aquí cada dia más perdida, y aunque se ha mitigado algo el furor de escribir, no obstante se publican bastantes libros, pero todos á cual peor, con grande desconsuelo de los que siquiera conocemos un buen libro y gustamos de leerle. Los *Diaristas* (Salafranca y Puig), que habian muy á propósito salido á procurar el remedio de tan sensible corrupcion, han aflojado muy mucho en el seguimiento de su instituto, hostigados sin duda de no ver otro premio de su fatiga que los aplausos de los racionales y bien intencionados, que son los ménos. Entre éstos se cuenta tu paisano don José Campillo (3), que por el manejo grande que tiene en el gobierno de la monarquía es hoy el móvil de todo, en quien han encontrado una muy favorable acogida en diferentes y largas conferencias que con él han tenido, y les ha ofrecido seriamente su proteccion y apoyo para el logro de sus pretensiones respectivas al *Diario*, y su honroso y proficuo establecimiento. Alentados con esta esperanza, se trata con calor de publicar el sétimo tomo, en que tambien saldrá á luz la sátira 1.ª contra los malos escritores, de tu amigo *Jorge Pitillas*, quien para este efecto la ha entregado al brazo seglar de los *Diaristas*, y éstos, con su permiso, la han leido á uno ú otro sujeto inteligente, y entre ellos al mismo señor Campillo (que se precia de serlo), y de todos recibió singulares aplausos, en tanto grado, que al último se le antojó el saber su verdadero autor, y fué preciso decírselo en confianza.

En suma, vuelvo á decir que hay poco uso de la racionalidad, y no obstante la poca que le ha tocado al buen *Mañer*, es incansable en vomitar libros de su mano y pluma, y no se pasa mes sin nueva produccion. Ahora está escribiendo sobre el Anti-Christo y el juicio final, más para hacer morir á los vivos que para resucitar á los muertos...— Tu primo y buen amigo, HERVÁS.

El estilo de esta carta, que recuerda, por su natural y ameno desembarazo, la que el mismo Hervás escribió á la comedianta Petronila Xibaja (4); la forma familiar del misterio relativo al verdadero nombre de *Jorge Pitillas;* el amargo espíritu con que lamenta y censura el estado de las letras, que corresponde al de la sátira; y hasta la burlesca saña con que habla de *Mañer*, escarnecido en la misma sátira, y que era, segun puede colegirse, una de sus pesadillas literarias; todo está revelando á las claras que *Hervás* y *Pitillas* son una misma é idéntica persona.

Hay ademas, para creerlo así, el poderoso testimonio del erudito y grave bibliotecario Pellicer, que en sus primeros años pudo conocer al mismo Hervás. En su *Historia del histrionismo en España*, publicada á nombre de su hijo Casiano, dice en el artículo *Petronila Xibaja*, con el tono de quien abriga certidumbre absoluta, estas terminantes palabras:

Uno de los amartelados admiradores de esta célebre actriz fué don José Gerardo de Hervás. Este Hervás es aquel *Jorge Pitillas* y aquel otro *don Hugo Herrera de Jaspedós*, que disfrazado con estos nom-

(1) Se infiere de otras dos cartas autógrafas de *Hervás*, que *Cobo de la Torre* era hombre instruido. Habla *Hervás* de una obra de este su primo que Mayans habia devuelto y juzgado con cierta frialdad, y á él (Hervás) le parecia *sólida*, *convincente y erudita.*

(2) Nos ha sido generosamente franqueada por la bondadosa familia descendiente de don José Cobo de la Torre.

(3) Ilustrado ministro de Felipe V.

(4) Esta carta fué publicada por Pellicer en su *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia y del histrionismo en España* (1804).

bres, publicó en el *Diario de los Literatos de España* la sátira contra los malos escritores, y el extracto del *Poema de san Anton Abad*, por don Pedro Ocejo, en que manifestó tanto caudal de ingenio festivo, de ironía delicada y de estilo castizo castellano. Este ingenio murió, en la flor de su edad, el año de 1742.

Pone el colmo á la conviccion la circunstancia de hallarse esta fecha del fallecimiento de *Hervás* confirmada por una carta de 26 de Abril de 1745, que se conservaba en la Biblioteca Nacional (1). Su autor, don Leopoldo Jerónimo Puig, uno de los redactores del *Diario de los Literatos*, y más adelante individuo de la Academia Española, da á entender que *Hervás* era clérigo, aunque abogado (2). Dice así:

Vuestra reverencia no recibió la carta en que le avisaba la muerte de mi querida madre, que murió el dia 15 de Junio de 1742...

Pocos dias despues murió un grande amigo mio, abogado, á quien vuestra merced trató algunas veces, que se llamaba don José Hervás. Vestia hábitos largos y hablaba un poco frances... (3).

Á estas pruebas podemos añadir un indicio de no escaso valor. La letra del original de la sátira de *Jorge Pitillas*, que se halla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, es de la misma mano que las cartas de *Hervás* que tenemos en nuestro poder. Así lo han comprobado los señores Hartzenbusch, Rosell y otras personas de criterio y autoridad.

Una variante del texto de la sátira confirma los anteriores testimonios: esta variante está consignada en una nota escrita de mano de *Hervás* al pié del original que se conserva en la Biblioteca Nacional, y dice así:

«Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que en *Groelandia* las zorras son malditas,
Segun refiere *Wanderlarhck* el romo;

»Con otras mil noticias exquisitas
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar las *Memorias eruditas.*

»Estos dos tercetos se concibieron y escribieron primeramente así, y despues se reformaron segun se lee en el cuerpo de la sátira, por las supervenientes atenciones de amistad y comercio estrecho entre *Pitillas* y el autor de las *Memorias eruditas*, y porque ante todas cosas es justo respetar *illud amicitiæ sanctum ac venerabile nomen.*

»Madrid y Mayo 8 de 1741.»—(Rubricado.)

La sátira hubo de ser escrita, segun puede conjeturarse por las cartas de *Hervás*, el año de 1741. En ella se ridiculizaba la obra periódica titulada *Memorias eruditas.* Pero *Jorge Pitillas* traba casualmente amistad con el autor de aquella revista, y movido por un miramiento amistoso, perdona á las *Memorias eruditas* y traslada sus burlas á otra obra periódica semejante, *El Mercurio Literario.* ¿Cómo habia de acontecer todo esto á *don José Cobo de la Torre*, el cual, segun consta en los papeles de su familia y en las cartas de Hervás, residia por aquel tiempo y desde algunos años en Hesles, pueblo del valle de Cayon, en la provincia de Santander, adonde Hervás le dirigia sus cartas?

(1) Manuscrito (T. 108).

(2) La situacion de *Hervás*, como abogado en Madrid, no era venturosa. En las cartas á su primo Cobo de la Torre le dice: «Mis empeños en la córte, si no pasan, llegan á lo ménos á treinta doblones..... Estoy reducido á la última calamidad.»

Habia sido catedrático en Salamanca, segun se ve por el siguiente título de una traduccion suya que se conserva en la Biblioteca Nacional:

La Conversacion Civil. | Escrita en Italiano por el Señor | Esteban Guazzo Gentil-hombre | del Montferrato | Traducida de vna Copia Francesa | al idioma Castellano | Por | D. Joseph Gerardo de Hervàs | Profesor de derechos | en la Universidad | de Salamanca.

Manuscrito en 4.º, encuadernado en pergamino, letra del siglo XVIII, 236 fólios, sin la Tabla de las cosas más memorables.

(3) Don Bartolomé José Gallardo atribuye esta carta anónima á Salafranca, en el apunte autógrafo que publicamos en este tomo al frente de las poesías de *Jorge Pitillas.* Pero hemos adquirido la certeza, por las noticias auténticas que con la mayor bondad nos ha comunicado el señor Rector del hospital de los Franceses de Madrid, que la carta es de Puig. El mismo Gallardo dice que el autor «era administrador del hospital de la nacion francesa en Madrid.»—Salafranca no lo fué en ningun tiempo. Lo fué su amigo don Leopoldo Jerónimo Puig desde 1739 hasta el 14 de Julio de 1763, dia de su fallecimiento.

Repetimos que es verosímil que Tapia, que afirma sin alegar prueba alguna, y que al parecer estuvo léjos de profundizar el exámen de la cuestion, no comprendió el verdadero sentido de la forma misteriosa que *Hervás* emplea, en la carta ántes copiada, al hablar del autor de la sátira. Está, á nuestros ojos, fuera de toda duda que *don José Gerardo de Hervás y Cobo de la Torre* es el verdadero autor de la *Sátira de Jorge Pitillas*. La sana crítica, los testimonios históricos y las conjeturas racionales confirman de consuno esta opinion.

Al enviar *Jorge Pitillas* la sátira á los redactores del *Diario de los Literatos*, les ofreció escribir y publicar otras várias, encaminadas al mismo fin de poner freno á la corrupcion de las letras. ¡Lástima que la muerte del vigoroso satírico, ocurrida en el mismo año en que se publicó la *Sátira primera*, haya privado á la literatura patria de obras acaso dignas de eterna fama!

CAPÍTULO VII.

Influencia de la *Poética* de Luzan.—Últimos esfuerzos de la moda conceptuosa.—Los reformadores mismos mezclan involuntariamente el gusto nuevo con el antiguo.—Porcél.—Exámen crítico de *El Adónis*.— Interian de Ayala.—Ferreras.—Quirós.—Velez de Leon.

La influencia de la *Poética* de *Luzan* no fué, en los años inmediatos á su publicacion, tan poderosa como en realidad merecia serlo; esto es, no fué ni podia ser de repente, para la mayoría de los literatos y de los poetas, un código de buen gusto preponderante ó exclusivo. Los más vieron en la *Poética* como una condenacion de las letras genuinas de la patria; y es lo singular que esta opinion fué profesada, no sólo en la primera, sino tambien en la segunda mitad del último siglo, y hasta expresada en acerbo tono por algunos de los humanistas que aceptaron la escuela francesa y contribuyeron á su triunfo. El erudito fray Francisco Javier Alegre dice así: «Luzan quiso parecer un gran crítico, deprimiendo á su propia nacion, cuyo mérito él ciertamente no conocia en esta parte» (1). Á principios del presente siglo, Quintana, que aplaude el intento, el órden de composicion, la doctrina y el claro y firme estilo de Luzan, apénas se atreve á unir su opinion á la de aquellos que habian tachado en la *Poética* el rigor excesivo con que juzga á algunos ilustres poetas españoles; pero acusa sin razon el tono del libro de *seco* y *desabrido*, y afirma que fué poco leido y que «por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fué corto, ó más bien nulo.» El insigne escritor Fernando Wolf (á quien el que esto escribe tuvo el gusto de conocer y tratar en Viena) hace suyas las severas palabras de Quintana, hasta el punto de copiarlas sin citar la fuente de donde las toma, y añade que la *Poética* no se leia ya en 1760 (2); pero al propio tiempo pone de manifiesto el entusiasmo que le inspiran las doctrinas de *Luzan*, diciendo que éste «habia bebido la purísima agua del Parnaso frances», y apellidando á la misma *Poética* «faro que, despues de tantas borrascas románticas, habia de guiar á los españoles náufragos en el seguro puerto del clasicismo.» ¡Extraño lenguaje por cierto en un compatriota de Lessing, de Goethe, de Schiller, de Wieland y de Schlegel; en un hombre que trabajó con tanto afan como fortuna en la depuracion del texto de antiguos romances castellanos!

Marchena, que, como adorador del gusto frances, juzga á *Luzan* con una indulgencia en él desusada, sostiene que su *Poética* ejerció en las letras de su tiempo saludable y eficaz influencia.

(1) Nota á la traduccion del *Arte poética* de Boileau, por fray Francisco Javier Alegre. (*Códice del siglo* XVIII, *perteneciente al señor don Aureliano Fernandez-Guerra.*)

(2) Esto mismo, y con idénticas palabras, habia ya dicho don Leandro Fernandez de Moratin en la *Vida* de su padre.

La verdad es que la obra de *Luzan*, si bien por su carácter y tendencias no pudo ser popular en la época de su publicacion, es un libro harto notable para que fuese estéril en un tiempo en que hacian falta fuentes de autorizada y severa doctrina. Como una lumbrera de las nuevas ideas lo miraron siempre los hombres doctos de la falange reformadora. En cuanto á los poetas de estro nacional, no podian avenirse con reglas convencionales, que enfrenaban el vuelo de su libertad tradicional, y todos pensaban como *Gerardo Lobo*, el cual, un año despues de la publicacion de la *Poética* de *Luzan*, define así, con el donairoso desembarazo de los antiguos poetas castellanos, su propia y mal disciplinada *Poética:*

Tal ó cual vez me divierto,
Sin que me altere y fatigue
Lo que Aristóteles clama
O lo que Horacio prescribe.

Quebrantar la ley divina
Del Decálogo me aflige;
Mas no romper los preceptos
De los antojos gentiles.

El carácter de autoridad que tomaba insensiblemente la nueva doctrina de los reformadores, iba levantando una valla robusta, en donde se estrellaban las tentativas del depravado gusto de los conceptistas. Pero esta revolucion saludable adolecia de graves achaques, que entorpecian su marcha y alejaban el triunfo. El nuevo gusto literario, que venía á España inoculado, por decirlo así, en nuevas ideas, nuevos usos y nuevas costumbres, traia consigo una circunstancia impopular, funesta siempre á la poesía: su orígen extranjero. El imperio de las reglas en un país donde, segun la expresion feliz de *Luzan*, *la antigua poesía jamas tuvo poética*, hubo de parecer y áun de ser verdaderamente un yugo por demas antipático. No habia, como un siglo ántes, poetas que arrollasen los dogmas aristotélicos y horacianos, erigiendo como nuevo dogma su libre y popular espíritu; pero los apóstoles de la cuerda enseñanza que habia de poner término á los delirios de la decadencia, tampoco encontraban en su seno, ni fuera de él, quien lograse acreditar desde luégo con el ejemplo las ventajas poéticas de la reforma didáctica. En balde *Luzan*, *Montiano*, *don Juan de Iriarte*, *Nasarre* y algunos otros se esforzaban por escribir con pureza y con naturalidad, hermanando, en cuanto les era dable, la disciplina doctrinal con los recuerdos de la poesía castellana de la edad de oro; en balde el recíproco apoyo de aquella falange de doctos y estimables filólogos daba cierta fuerza y autoridad á la trasformacion que se iba efectuando en las letras españolas; en balde tambien la córte y el gobierno prestaban con su proteccion á los innovadores cierto áulico realce; la nacion española no sentia palpitar su índole, sus tendencias y sus recuerdos en aquella poesía sin vida y sin color. Si se encontraba entre los reformadores algun destello de verdadero ingenio, era ¡quién lo diria! en los versos conceptuosos del *padre Feijóo*, de quien ya hemos hablado; en los ensayos de antigua poesía hechos por el granadino *Porcél* y por *don Nicolas Fernandez Moratin;* esto es, en los versos de aquellos que, ya á pesar suyo, ya con deliberado intento, seguian las huellas de la antigua musa castellana. *Feijóo*, por ejemplo, no se preciaba de poeta, y sin embargo, en sus versos resplandecen ingenio agudo y espíritu analizador y profundo. ¡Poder de la moda hasta en los ánimos más prevenidos contra ella! El grave Feijóo, tan llano y natural en la prosa, labra en sus poesías un tejido interminable de conceptos. Pero estos conceptos no son los enredos laboriosos de los poetas vulgares. En sus décimas *á la conciencia*, *siguiendo la metáfora del reloj*, andan unidos los tres elementos principales de la corrupcion literaria: *sutileza*, *superabundancia metafórica*, *equívoco;* y sin embargo, tal es la fuerza prestigiosa del verdadero talento, que se olvida el abuso ante la fascinacion del ingenio. Sirva de ejemplo la siguiente décima, en que habla al reloj:

Noche y dia, sin parar,
Tu agitacion misteriosa
Un momento no reposa,
Ni me deja reposar.
¿Cómo no he de reparar

Tu contínua pulsacion,
Ó cómo á la distraccion
Lugar alguno le queda,
Si los *dientes* de tu *rueda*
Me muerden el corazon?

¡Mezcla singular de afectacion en el pensamiento y de naturalidad en la expresion! Asoma

en ella el *gongorismo*, con muchos de sus vicios capitales; pero es el gongorismo, á veces seductor, de Calderon y de Víctor Hugo.

Don José Antonio Porcél es uno de los poetas más dignos de renombre entre los de aquella era de transformacion literaria. Ejemplo señalado de los azares de la fama y del descuido de la posteridad, sus obras más celebradas no se han impreso nunca (1). Sin las encomiásticas menciones que de él hacen Velazquez y Rodriguez de Castro, vivificadas por Quintana, probablemente nadie pensaria ya en el nombre de aquel canónigo *Porcél*, amigo íntimo del *Conde de Torrepalma*, colegial insigne del Sacro-Monte de Granada, é individuo de la Academia Española, que tanto lustre y tan alta autoridad llegó á granjearse entre los doctos de su tiempo.

Al leer ahora, pasado un siglo entero, las obras de este varon tan admirado, no es fácil decidir si, atendido su mérito absoluto, habria ó no convenido más á la gloria del escritor dejarla reducida, como lo estaba, á una aureola misteriosa, á un eco de la admiracion contemporánea. Alzado el velo, se desvanece la ilusion. Ahora salen á luz por primera vez las famosas *Eglogas venatorias*, que se juzgaban perdidas, y, sea alteracion del gusto, sea justicia de la crítica moderna, ó, lo que es más probable, ambas cosas aunadas, la verdad es que estas églogas, notables por diferentes aspectos, añaden escasa y áun dudosa riqueza á las letras de nuestra patria (2).

Algunos cuadros relativa y áun absolutamente bellos, varios trozos de versificacion limpia y lozana, y cierta entonacion levantada, que demuestra que el ingenio del poeta no carecia de nobles prendas, no alcanzan á dar vida á una narracion fria y enredada, ni á hacer del todo llevadera la desagradable impresion que produce ver un estilo instintivamente feliz manchado á cada paso por inversiones violentas y vanos artificios, y una imaginacion de noble índole, lastimosamente perdida en un laberinto de insulsas y ociosas descripciones.

Porcél no habia cumplido veinticinco años cuando escribió *El Adónis*, y esta circunstancia ha de tenerse muy en cuenta para explicar cómo tan ferviente admirador é imitador de algunos de los extravíos de Góngora pudo pasar despues por uno de los más rigorosos reformadores del gusto.

«He procurado imitar, dice *Porcél* (3), á Garcilaso, y en especial al incomparable cordobés don Luis de Góngora (delicias de los entendimientos no vulgares), de quien confieso se hallarán algunos rasgos de luz que ilustren las sombras de mi poema.»

¡Qué confusion en las ideas estéticas de aquel tiempo! Los *rasgos de luz* que *Porcél* imita ó reproduce de Góngora, no son las inspiraciones nobles y sencillas que constituyen la verdadera gloria de este gran poeta; son los rasgos de afectada cultura con que estragó su númen peregrino.

En cuanto á Garcilaso, tambien creyó *Velazquez* que *Porcél* podia ser contado entre los émulos de aquel inimitable poeta (4), dando motivo á sospechar, con esta opinion exagerada, que era limitada y poco certera su perspicacia crítica. Á ser *Porcél* contemporáneo de Garcilaso, habria escrito probablemente églogas de limpio estilo y tal vez de arranque dramático; pero sus pastores no habrian llorado de cierto como Salicio y Nemoroso, ni su *dulce lamentar* habria sido nunca aquel eco del corazon, aquel *parlar che nell'anima si sente*, aquel inefable embeleso de la poesía verdadera, que no hay talento que por sí solo alcance, ni Poética que defina y con sus reglas despierte y avasalle.

El *Adónis* de *Porcél* no da indicio alguno de que el poeta se hallase dotado de esa sensi-

(1) En la Biblioteca Nacional hay una obra de don José Antonio Porcél y Salablanca, titulada *Gozo y corona de Granada en la proclamacion del Rey Don Cárlos III*. Granada, Imprenta Real, 1760; en 4.°

(2) Véase nuestra *Noticia biográfica* de Porcél, impresa al frente de sus poesías, en el presente tomo.

(3) Prólogo á *El Adónis*.

(4) «Tambien merecen una particular estimacion las *églogas venatorias* del Adónis, de don José Porcél, en que hay pedazos excelentes, y tan buenos como los mejores de Garcilaso.» (*Orígenes de la poesía castellana*, por don Luis José Velazquez.)

bilidad delicada que en Garcilaso se mezcla y sobrepone al género convencional que con predileccion cultiva.

El asunto de *El Adónis*, impuesto á *Porcél* por la aficion, que todavía reinaba, á las leyendas mitológicas, no ofrecia novedad (1). Para dar mayor dificultad y realce al desempeño, la academia granadina llamada *del Trípode*, establecida en casa del ilustre poeta *Conde de Torrepalma*, impuso á *Porcél* la obligacion de escribir el poema en *églogas venatorias*, linaje de poesía que pareció, así al autor como á su amigo el erudito *Velazquez*, completamente nuevo (2).

El respeto á las arbitrarias clasificaciones de la poética erudita fué una de las más pesadas cadenas que embargaban el vuelo de la fantasía. *Porcél*, temeroso de que su estilo sea tachado de altisonante, y por tanto de inverosímil é impropio en una égloga, donde todo ha de ser pastoril y sencillo, tiene buen cuidado de advertir al lector que si la narracion de *El Adónis* está llena de frases figuradas y de *algunas elevaciones del númen*, es porque sus personajes no son *pastores*, sino *cazadores*, los cuales pueden ser *reyes, príncipes y otras personas instruidas* (3). Triste y pueril efecto de la crítica extraviada, que toma los retruécanos, las oscuras hipérboles y las metáforas extravagantes por *elevaciones del númen.*

En un asunto inspirado por las impresiones contemporáneas ó por los afectos eternos del alma, tal vez *Porcél* habria hallado acentos elocuentes é imágenes conmovedoras. La tendencia trágica y la entonacion tierna ó elegante que asoma á veces en su poema, obligan á pensar que, con más sanos impulsos literarios, habria llegado á dar con el camino verdadero de la belleza y de la pasion. Es gracioso y delicado el cuadro de la infancia de Adónis, ya jugando con un pajarillo atado á un hilo, ya cuando, al verle llorando, despues de acariciarlo dulcemente, le presentan un carcax pequeño, hurtado á Cupido, que le enviaba Vénus,

Y con traerlo aprisa,
Se alegró Adónis tanto,
Que interrumpió su llanto
Con inocente risa.

Gallardo y brioso es el alarde de imperio sobrenatural que hace la ninfa maga, en la égloga tercera, para encarecer el fuego de amor que la abrasa :

Es mi imperio violento...
Y si clamo furiosa,
Con roncos silbos me responde el viento;
Confúndese la selva pavorosa,
Tiemblan los montes, y la dura tierra
Me arroja los cadáveres que encierra·
Pero con poder tanto,
¡Oh Adónis generoso!
Es ¡ay! tu bello encanto
Más que todos los mios poderoso.

El amor es generalmente en toda la obra un amor metafísico, que no es amor, sino un enfático desahogo de ingenio; pero la pasion de Vénus por Adónis, único afecto caloroso y sin-

(1) Sin contar la comedia de Lope de Vega, *Adónis y Vénus*, ni el poema *Venus and Adonis*, de Shakspeare, publicado en 1593, ni *Les Amours de Vénus et d'Adonis*, obra dramática de monsieur Devise, representada en París en 1685, pueden citarse muchos poemas inspirados por el mito pagano de Adónis, entre otros, la *Fábula de Adónis y Vénus*, del poeta madrileño Alfonso de Batres; el *Adónis*, de don Diego Hurtado de Mendoza; *L'Adone*, del caballero Marini; *La mort d'Adonis*, de Lafontaine; etcétera, etc. La historia de *Adónis* fué *asunto académico* en várias ocasiones. Puede verse una de ellas en los *Ocios poéticos*, de don Ignacio Alvarez de Toledo, pág. 21.

(2) Porcél dice : «Hube de penetrar un camino hasta ahora de otro no inculcado.»

Velazquez escribe, en sus *Orígenes de la poesía castellana :* «Las églogas venatorias de *El Adónis*, de don José Porcél, son buenas; á que se añade la circunstancia de ser las primeras églogas venatorias que se han escrito en castellano.»

Ambos se equivocan. El género era raro, pero no tan nuevo. Ya en 1582 habia publicado Herrera su égloga venatoria, que empieza :

De aljaba y arco, tú, Diana, armada...

(3) Véase el prólogo de *El Adónis.*

cero que hay en el poema, toma alguna vez un carácter humano y simpático. La diosa se hace mujer, y mujer apasionada, cuando dice á su terrestre amador:

Huyo ese dios guerrero,
Por sañudo, por fiero;
Solo á Adónis adoro:
Por tí me dejo las estrellas de oro
Y las eternas risas;
Que es mi cielo la tierra que tú pisas!

Las bellas dotes que estos rasgos denotan, no podian desarrollarse y campear en la cárcel de ficciones mitológicas en que se encierra la musa de *Porcél*. Esta herencia de la lucha intelectual del renacimiento permanecia intacta en aquella edad. Las risueñas quimeras mitológicas de la poesía griega habian ahuyentado el bello pero algo sombrío espiritualismo de la edad media. El emblema era preferido á la verdad, y el emblema mata casi siempre la enérgica expresion de los sentimientos morales. No se comprendia entónces que imitar á los escritores de la antigüedad, tomando á la mitología pagana por fuente de inspiracion poética, era imitarlos de una manera falsa y desacordada, porque al cabo en la antigüedad los dioses del Olimpo griego eran los tipos míticos de sus creencias religiosas, y el arte y la poesía encontraban en ellas un impulso directo y una significacion profunda. En la literatura de las naciones cristianas aquella mitología no podia ser más que un artificio alegórico convenido, un medio práctico, por decirlo así, de expresion artística; y tan así era en nuestra España creyente y fervorosa, que muchos poetas, léjos de tomar por lo serio la representacion simbólica de las deidades de la fábula, buscaban en ellas pábulo á su espíritu festivo y zumbon (1). *Porcél*, aunque no se burla de la mitología griega, la respeta muy poco, pues se atreve á aumentarla inventando fábulas paganas (2). Toda la obra (son sus palabras) *se dirige á persuadir que*

No hay amor en las selvas con ventura,

y *Porcél* afirma candorosamente que esta trivial paradoja es el velo que encubre altas *verdades morales y áun teológicas*, y especialmente *una gran sentencia de san Gregorio* (3). ¡Peregrino modo, en verdad, de propagar la doctrina de los Padres de la Iglesia, ahogándola en un mar de ficciones paganas, y entre ellas las leyendas sensuales de Acteon y de Pigmalion, y los amores incestuosos de Mirra!

El estilo de *El Adónis*, vigoroso y puro algunas veces, es las más alambicado, confuso y desleido. Lleva en su desigualdad misma el sello de la inexperiencia, así como el de un privilegiado talento literario en pugna con la corrupcion. De cuando en cuando recuerda *El Adónis* la poesía de los mejores tiempos; ya dulce y fluida, como en esta estrofa, con que empieza la égloga segunda:

Amor, ya he conocido
¡Oh tardo desengaño!
El mal do me ha traido
Tu lisonjero engaño:
Canté tus flechas de oro,
Canté tus triunfos, y tus triunfos lloro;

(1) Son innumerables los poemas burlescos españoles fundados sobre asuntos mitológicos. Uno de los más notables es *La Proserpina*, escrita en octavas por don Pedro Silvestre del Campo, contemporáneo de Porcél.

(2) «Sirven como de argumento todas las fábulas; las más que me sirve la mitología, otras que yo invento ó aplico, como la *Pirene*, la del *Sátiro convertido en piedra*, la *Fuente del Desengaño*...» (*Prólogo de* El Adónis.)

(3) Véase el prólogo de *El Adónis*.

ya sentenciosa, como en estos versos:

Por eso á manos mueren
De sus mismos errores
Los que su antojo á la razon prefieren;

ó en éstos, en que, empleando el lenguaje antitético á la sazon en moda, deplora Vénus su inmortalidad, ante el cadáver de Adónis:

¡Infelices los dioses soberanos,
Á cuya dura suerte
No pondrá dulce fin la amarga muerte!

ya, en fin, narrativa, gráfica y desembarazada, como en el siguiente episodio de caza, en que se pinta una zorra perseguida por un perro:

Huye al monte, él la sigue, y ya la asiera,
Si ella con giro incierto al prado verde
Segunda vez no hiciese su carrera.
Ya la erizada cola el can le muerde
Tres veces, pero veces tres lo engaña,
Y tres veces la alcanza, y tres la pierde.
Ladra el can generoso, pues su saña
Mal sufre que en las fuerzas no le iguale,
Y burle la astutísima alimaña.
Así el valor que á la contienda sale,
Juntar lo heroico con lo astuto debe,
Pues donde no el valor, la astucia vale.
Cansada yo de la vulpeja aleve,
Doy una flecha al nervio retorcido,
Y el nervio al aire, que veloz la lleve...

Quien tan gallardamente escribe y versifica, habia nacido, sin duda, para figurar al lado de los Balbuenas y de los Figueroas. ¿Quién creeria que este mismo poeta, á veces tan natural y tan sencillo, llamase á los olmos *verdes jayanes del soto*, á los brazos de Vénus estrechando á Adónis, *pámpanos de cristal*, *lástimas sonoras* al arrullo melancólico de la tórtola, y á una ninfa que canta,

Hermosa lira de marfil viviente?

La posteridad ha sido en verdad harto indiferente para con el célebre *Porcél*. Consagraba cierto respeto tradicional su nombre, mas nadie se tomaba el cuidado de buscar sus obras. El decantado *Adónis* yacia olvidado en los estantes de bibliotecas particulares (1), en tanto que los literatos, que por la mayor parte no lo conocian sino de fama, y que nada hacian para descubrirlo y publicarlo, lamentaban con dolientes frases que no llegára á darse á luz una obra que habia sido tenida por dechado de belleza y de perfeccion. Quintana, uno de ellos, doliéndose de no haber podido haber á las manos las celebradas *églogas venatorias*, dice así:

«Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas» (2).

Los esfuerzos de Quintana no debieron de ser muy grandes; siendo más de aplaudir en esta ocasion el buen deseo que la diligencia del ilustre historiador-crítico. Acaso era rémora de su actividad un presentimiento desfavorable, nacido de su gran instinto.

Aquella negligencia de la posteridad era acaso la salvaguardia de la alta aunque poco difundida fama de *Porcél*. Los críticos modernos, movidos por su espíritu investigador, no quieren admirar por fe, sino ver con sus propios ojos y juzgar con su propia conciencia. Acaso desenterrando ahora estas famosas *églogas venatorias* cometemos una profanacion. Aquel poema, al morir, tenía la belleza de su época. El tiempo ha consumido aquellas perfecciones relativas, y como quiera que las perfecciones absolutas, de esas que viven siempre, abundan

(1) Tres copias antiguas hemos visto de este poema.
(2) *Introduccion á la poesía castellana del siglo* XVIII.

poco en el poema, es imposible no sentir con su lectura, recordando los extremados encomios de los contemporáneos de *Porcél*, cierta desagradable sorpresa, que se asemeja al sinsabor de un desengaño. Quintana llegó á encontrar *El Adónis*, y recibió con su lectura la misma triste impresion que á nosotros nos ha causado (1).

¿Quién pudiera pensar que en aquel poema *El Adónis*, tan admirado por el cuerdo y delicado *Velazquez*, habrian de encontrar los lectores de otra edad trivial y manoseado el asunto, pobre el plan, confuso y enredado el estilo? Algunos arranques de poesía, perdidos en tan estéril y enmarañada trama, no alcanzan á compensar la falta de unidad, de elevacion, de claridad, de sencillez; en una palabra, de estro verdadero.

Mejor fuera sin duda para la gloria de *Porcél* no volver la vida á su olvidado poema. Pero la historia literaria impone á la crítica imperiosos deberes. La fama misma del poema le da derecho á la luz pública.

No hemos de negársela, por más que, al tocar de cerca la obra, hayan de quedar con esta resurreccion algun tanto lastimadas las ilusiones de lo pasado. Á pesar del estilo prolijo y gongorino de este poema, que, con ser tan pobre su asunto, tiene más de 4.500 versos, y á pesar tambien de su singular estructura, la publicacion de *El Adónis* es importante para la historia de las letras y de la lengua, porque *Porcél* caracteriza mejor que otros muchos la época de transicion en que vivia. Pasó sus mocedades fuera de Madrid, y no se educó bajo la influencia creciente de la literatura francesa; así es que sus beliezas y sus defectos son de índole puramente española. Si algunas veces imita el estilo crespo y retumbante de Góngora, otras, por desgracia las ménos, recuerda el estilo dulce y natural de otros felices escritores. En medio de intempestivas y enredadas metáforas, tributo imprescindible á la afectacion reinante, ¡cuántas veces asoman en los versos de *Porcél* destellos de aquel hechizo de expresion peculiar de los poetas de la edad dorada! Hasta en el discreteo sabe ser diserto y lírico juntamente, como los poetas esclarecidos del siglo XVII. ¿Quién, al leer los siguientes versos de la fábula de *Alfeo y Aretusa*, no siente el halago que causan el lozano estilo de los idilios de Villegas ó de Espinosa?

Si piensas, ninfa bella, que no dura
Un instantáneo amor, y excusas, fiera,
El bien que me promete esta ventura,
Para crecer, amor tiempos no espera.
Si el ver y el adorar una hermosura
Son dos cosas, ninguna es la primera;
Yo te vi, yo te amé, y otros amantes
No te adoraron más, te amaron ántes.
. . . . . .

Dueño soy, si soy tuyo, ¡qué fortuna!
De cuanto engendra la ribera amena;
Mil arroyuelos desde su alta cuna
Bajan su planta á mi dorada arena;
Contémplase en mí el sol, la errante luna
Áun no se mueve en mi quietud serena;
Mas, ¿para qué numéro bienes tales,
Si ya sólo soy dueño de mis males?

Á veces, especialmente en los versos cortos, demuestra *Porcél* tan notable desembarazo y tal firmeza de estilo, que dan motivo á creer que en mejores tiempos habria podido llegar á

(1) Hé aquí la interesante noticia que á este propósito nos ha comunicado nuestro excelente amigo y compañero el señor Hartzenbusch:

«Pasé al Puerto de Santa María en el mes de Febrero de 1849, con el encargo de reconocer la librería del difunto don Juan Nicolas Böhl de Faber, que el señor don Manuel Breton de los Herreros, director de la Biblioteca Nacional, trataba de adquirir para ésta. Registrada la librería, teniendo á la vista el catálogo que presentaron los herederos de Böhl, eché ménos algunas obras; y aquéllos me ofrecieron en compensacion varios manuscritos que no figuraban en el catálogo. Escogí los que me parecieron más estimables, y uno de ellos fué *El Adónis*, fábula venatoria en várias églogas, que, sin llegar á publicarse, habia obtenido gran celebridad en el siglo pasado. Comprada la librería de Böhl de Faber, y traida á la Biblioteca Nacional, el excelentísimo señor don Manuel José Quintana llegó á saber que se hallaba en Madrid el manuscrito de *El Adónis*, poema que habia deseado mucho ver, al formar su coleccion de poesías selectas castellanas, y le habia sido imposible alcanzarlo. Satisfecha al fin, por mi cuidado, su antigua curiosidad, me dijo, al devolver el códice, que la tal curiosidad y deseo habian sido en realidad excesivos, porque no merecia tanto la obra.—*Juan Eugenio Hartzenbusch.*»

ser un escritor de órden elevado. Sus contemporáneos comprendian que no era comun el valor de las prendas intelectuales de este poeta, y le miraban con afecto y respeto hasta las personas más encumbradas. El *Conde de Torrepalma*, singularmente, le distinguió con la más estrecha amistad, y áun le hospedó en su casa, como puede inferirse de estos versos de la festiva carta familiar que le escribió *Porcél* para distraerlo de la pesadumbre que sentia por la muerte de su hijo primogénito:

Tenga en tu casa un rincon,
Ocios, libros, mesa y cama.
Muérase el mundo, y que viva
El Conde de Torrepalma.

Poco, en verdad, sabemos con certeza acerca del carácter y de las prendas morales de *Porcél*. Al verle tan considerado por las aristocracias nobiliaria é intelectual de su época, no es lícito formar sino conjeturas muy favorables. Puede, no obstante, sospecharse que era desmedido su engreimiento, al verle declarar abiertamente á su siglo incapaz de comprender sus obras (1).

Entre los fundadores de la Academia Española, hombres dados á estudios graves, habia algunos cultivadores de la poesía. Ademas de *Alvarez de Toledo*, de quien ya hemos dado noticia, *fray Juan Interian de Ayala*, profundo teólogo y orientalista, erudito crítico del arte cristiano (2) y elocuente orador sagrado, se dedicaba con aficion á escribir versos latinos y castellanos (3). Á su muerte, ocurrida el 20 de Octubre de 1730, amigos y compañeros suyos de la misma Academia escribieron romances en alabanza del sabio mercenario (4). Á pesar del propósito del ilustre instituto, de átajar el torrente conceptuoso, estos romances están sembrados de pensamientos alambicados, aunque algunos no sin ingenio y gala, como el siguiente:

No eches ménos en la tumba
Obeliscos, pues que salen
De las hojas de tus libros
Tantas lenguas que te aclamen.

Hasta el frio y prolijo analista *don Juan Ferreras* cultivaba las Musas, intentando acreditar con el ejemplo la doctrina de la Academia. Pero era hombre de su época, y aunque académico y reformador, pagaba, sin caer en ello, copioso tributo á la moda conceptuosa. Escribió várias poesías líricas castellanas, y un auto titulado *La Paz de Augusto*. Dos años no cabales despues de instalada la Academia Española, leyó en ella con aplauso una composicion bastante correcta, que demuestra, sin embargo, cuán indulgente y contentadiza era la crítica literaria de aquellos tiempos (5). Su importante obra, *Sinopsis histórica cronológica de España* (diez y seis tomos), le granjeó grande y duradera fama. No es posible recordar sin veneracion y simpatía aquel austero carácter, aquella condicion modesta y sencilla. Llevó á la sepultura tres mitras á los piés, como testimonio de haber renunciado otros tantos obispados.

Apénas quedan otros nombres, despues de los ya mencionados, que merezcan tener cabida en esta somera conmemoracion del triste período lírico que corresponde al reinado de Felipe V,

(1) «Sólo resta, lector, advertirte que el callar mi nombre no lo tengas por mera modestia. ¡Siglo fuera en que tuviera vanidad en publicarlo!» (*Prólogo de* El Adónis.)

(2) *Pictor Christianus eruditus*, etc.; un tomo en fólio.

(3) *Opuscula poetica*, Madrid, 1729, en 8.° — Varios elogios en prosa y verso. (MS.)

(4) MS. de la Academia Española.

(5) Fué leida el 16 de Mayo de 1715. La Academia declaró que el estilo de la composicion era *conforme á su instituto*.

Está escrita en octavas, y se titula así: *El Príncipe, nuestro señor, da vida y libertad á una paloma que volando cayó á los piés de la Reina, nuestra señora*. (MS. de la Academia Española.) Véase esta poesía en uno de los tomos siguientes de la presente coleccion.

como no sean los de *don Bernardo de Quirós* y *don Juan Velez de Leon.* Era aquel un caballero asturiano, poeta de vena fácil y festiva, que murió en la flor de su edad, en la batalla de Zaragoza, durante la guerra de sucesion, siendo teniente-coronel del regimiento de Astúrias. El *Marqués de Santa Cruz de Marcenado* y el *maestro Feijóo*, jueces ambos calificados y severos, lo presentan como insigne poeta. *Feijóo*, principalmente, le tributa encarecidas alabanzas. Para tasar ahora su mérito con la imparcialidad propia de quien juzga de cosas remotas, bastará decir que, si bien aplaudido por varones de cuenta, *Quirós*, áun en su tiempo, era tenido por poeta inferior á *Gerardo Lobo*, á quien se asemejaba tanto, que llegaron á confundirse los versos de ambos (1). *Don Juan Velez de Leon* pasó muchos años en Francia, Alemania é Italia, ya con el Conde de Benazuza, embajador en Venecia, Francia y Alemania; ya como secretario de cámara del Marqués del Carpio, embajador en Roma y virey de Nápoles; ya como gobernador de Puzol, ya como secretario de justicia en Nápoles. Era hombre de gran despejo y capacidad, y de ingenio festivo y agudo, tambien por el estilo de Gerardo Lobo (2). Miéntras residió en Roma, formó parte de la academia ó tertulia literaria de la reina Cristina de Suecia. En 1688 leyó, en presencia de esta señora y de órden suya, un chusco dictámen «sobre si una dama que tenga hermosa dentadura, debe desear tener la boca chica ó grande.» ¡Extraño asunto para escogido por la célebre hija de Gustavo-Adolfo, á la edad de sesenta y dos años, en la cual, como hija del Norte, tendria probablemente su propia dentadura en desastroso estado!

Algunos escritores, movidos por la envidia, ó mal avenidos con la disciplina literaria introducida en España á la usanza de la córte francesa, atacaron á la Academia Española en los años inmediatos á su fundacion. Contra ellos se creyó obligado *Interian de Ayala* á echar todo el peso de su autoridad, aprovechando, para defenderla en el púlpito, la ocasion de pronunciar la oracion fúnebre en las exequias del primer director y principal fundador de la Academia, el esclarecido Marqués de Villena. Entre estos escritores puede contarse á *Velez de Leon*, que compuso versos zahiriendo duramente á la Academia y á los académicos, en especial á *Nasarre.* Verdad es que *Velez de Leon* era de aquellos que se burlan de todo, hasta de sí mismos. Hé aquí, como muestra de su estilo, un soneto en que hace una descripcion burlesca de su propia persona:

MI RETRATO.

Soy un hombre pequeño, tosco y gordo;
Fuí de cabello negro y pié ligero,
De humor alegre, en lo esencial severo,
Semblante adusto, y á las veces sordo.
En todo pico, como suele el tordo,
Ménos en la maldad de lisonjero;
Pero tengo, entre otros, cierto pero,
De emprender todo, cuando á nada abordo.
Poeta, historiador y secretario,
Todo he llegado á ser, mas duré poco,
De númen pobre y genio perdulario.
Éste es, pues, mi retrato, en que os provoco
Á risa viendo humilde á un temerario,
Que si fuese pintado, sería un loco (3).

(1) El canónigo *don Cárlos Gonzalez de Posada*, amigo de *Jovellanos*, y fidedigno escritor asturiano, dice que algunos de los romances publicados como de *Gerardo Lobo* eran de *don Bernardo de Quirós.* Cita entre ellos, no sabemos si con bastante fundamento, uno que empieza *Oyes tú*, *¿cómo te llamas?* y el *Soliloquio amoroso.*

(2) El lectoral Trianes, de Cádiz, tenía en su copiosa librería un códice con várias obras en prosa y verso de *Velez de Leon.* Manuscrito en fólio, 256 fojas.—Don Bartolomé José Gallardo examinó este manuscrito. Llamó en él su atencion un estudio en prosa, titulado *Principio y progreso de la comedia española*, y copió de su puño algunos versos de *Velez de Leon*, que tenemos á la vista.— Alvarez y Baena dice en su *Diccionario histórico de los Hijos de Madrid*, que poseia un grueso tomo autógrafo con versos de *Velez de Leon*, y cita ademas otro códice en fólio de poesías del mismo autor, titulado *El mal humor de las Musas.*

(3) Papeles sueltos de la biblioteca de Osuna.

CAPÍTULO VIII.

Época de Fernando VI.— Gana terreno la reforma doctrinal.—Torrepalma.— *El Deucalion.*— *El Juicio final.*— Sor Ana de San Jerónimo.—Paralizacion del espíritu poético.—Montiano.— Nasarre.—Academias corruptoras del gusto.—Academia *de los Arcades.*— Academias provechosas á la civilizacion literaria.—Academia *del Buen Gusto.*

Al empezar el memorable reinado de Fernando VI, que fué como la preparacion de la grande época de Cárlos III, áun duraba, y habia de durar todavía mucho tiempo, en las letras, el estado de lucha que habian traido las innovaciones doctrinales del anterior reinado. Pero iban éstas madurando, y caminaban rápidamente á su triunfo completo.

Uno de los pocos escritores que tuvieron la fortuna de dar algun fruto sazonado de ingenio, en medio de esta confusion literaria, fué *don Alfonso Verdugo y Castilla, conde de Torrepalma.* Del silencio absoluto que guarda Quintana en el *Tesoro del Parnaso español* acerca de la vida de este poeta, en quien reconoce «talento eminente para versificar y describir», puede colegirse que, sancionado ya con la autoridad de esclarecidos escritores el imperio de las ideas seudo-clásicas francesas en las letras castellanas, llegó á ser, si no escarnecido, casi olvidado el insigne autor del *Deucalion* en el último tercio del siglo XVIII. En verdad, no hay por qué maravillarse de este desdeñoso desvío de parte de unos hombres que cifraban su gloria en ser filólogos reformadores ántes que poetas, si se considera que el *Conde de Torrepalma* era todavía uno de los más genuinos representantes de la poesía *culta*, de aquel *ingenioso desatinar* (1), que el tiempo, la razon y el prosaismo dominante iban desterrando en aquella época. ¡Cuál sería su significacion de poeta recóndito y alambicado, de aquellos que *transformaron las musas castellanas en sibilas cumeas* (2), cuando su entrañable amigo Porcél, el autor de las ampulosas y confusas églogas venatorias de *El Adónis*, le juzga en la *Academia del Buen Gusto* con estas palabras, que pone en boca de Fernando de Herrera! :

«Nombre más propio que el de este académico no le ha usado alguno de sus compañeros. Llámase *el Difícil* (3), y con la misma justa razon se podria llamar *el Duro, el Confuso, el Misterioso*, y otros epítetos más propios de un habitador de la cueva de Trofonio (4) que de las amenidades del Parnaso... Cuando escriba heróico ó lírico, será

Imitador undoso
De las oscuras aguas del Leteo» (5).

Porcél, temiendo sin duda haberse mostrado por demas severo en su burlesca censura, hace que salga *Góngora* á la defensa de *Torrepalma*, y hablando, como en causa propia, de las prendas poéticas del Conde, no hace sino confirmar el achaque de enfático y de *gongorino* que le atribuian las gentes de su tiempo. Y lo más peregrino es que *Porcél* hace recaer la responsabilidad del *gongorismo* sobre el *os magna sonaturum* del príncipe de los preceptistas latinos.

«Más parece (dice Góngora) que Herrera me ha impugnado á mí que al *Difícil*... Yo antepongo sus poemas á otros cualesquiera que sólo tengan dulzura y fluidez. Ni me oponga él mal entendido precepto de Horacio:

Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunto;

(1) Expresion de Moratin.

(2) Expresion burlesca de don José Antonio Porcél.

(3) Nombre que adoptó el Conde de Torrepalma en la academia de la Marquesa de Sarria, la cual presidia accidentalmente el Conde cuando Porcél le dirigia estas palabras.

(4) Uno de los oráculos más célebres de los gentiles.

(5) Góngora, *El Polifemo*, octava 5.ª

porque le opondré yo la definicion del poeta, verdaderamente tal, que él mismo nos da en estos términos... *Ingenio feliz, mente divina, magnilocuencia, énfasis, cultura:*

. . . . . *Neque enim concludere versum*
Dixeris esse satis; neque, si quis scribat, uti nos,
Sermoni propiora, putes hunc esse poetam.
Ingenium cui sit, cui mens divinior, atque os
Magna sonaturum, des nominis hujus honorem.
(Sát. IV, lib. I.)

A este carácter aspiré yo; éste es el de nuestro *Difícil* y de todo poeta digno de tal nombre» (1).

No merece en verdad *Torrepalma*, ni la indiferencia de la generacion que siguió inmediatamente á la suya, ni el tono desdeñoso con que de él han hablado Ticknor y algunos otros escritores. Su *Deucalion* no pasa de una imitacion ovidiana, impregnada en muchas partes del mal gusto que todavía reinaba en su tiempo; pero es una imitacion valiente y luminosa, que no es dable desatender. Rasgos hay en ella de primorosa concision y de altísimo vigor descriptivo, en que aventaja al latino el poeta castellano. Y no hay exageracion alguna en esto que decimos.

Para convencerse de ello basta comparar el *Deucalion* con los pocos versos del primer libro de *Las Metamorfósis*, que han dado impulso á la imaginacion del *Conde de Torrepalma*. El *Deucalion* no puede llamarse con propiedad, ni copia, ni perífrasis. Está sembrado el poema español de imágenes delicadas, de cuadros vigorosos, que no ocurrieron al poeta romano. Éste se contenta con trazar en veintiocho versos, magníficos en verdad, un rápido bosquejo de los desastres materiales del diluvio. *Torrepalma* no malogra la ocasion de conmover, presentando imágenes nacidas de las angustias del corazon en aquel espantoso trance. No hay que buscar en Ovidio aquella familia que, acosada por las revueltas aguas, arroja las riquezas que intentaba salvar en las alturas; ni aquel hijo que acompaña á su padre anciano, y, en el horrible vértigo,

. . . . . huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando;

ni aquel que corre al templo, invoca postrado la clemencia del ídolo, y lo profana luégo, encaramándose, para guarecerse, sobre la estatua gigantesca; ni el hombre que al tender los brazos para colocar á su esposa á las ancas de su caballo, ve el lugar ocupado por su enemigo, y traba con él ardua contienda, hasta que

. . . . . al dudoso
Trance que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende;

ni, por último, aquella madre que, refugiada en una roca, coloca en sus hombros al tierno infante, y al cabo, arrebatada por las aguas, ya en la ansiosa agonía de la muerte,

Va el hijo entre las ondas levantando.

Para dar idea de la imitacion de *Torrepalma*, tan sin razon llamada *perífrasis*, bastan los siguientes ejemplos.

Ovidio pinta así la impetuosa creciente de los rios y los contrastes repentinos de la tierra anegada:

..... *Aperite domos, ac, mole remota,*
Fluminibus vestris totas immittite habenas.
. . . . . .
..... *Ducit remos illic, ubi nuper ararat.*
..... *Hic summa piscem deprendit in ulmo.*
Figitur in viridi, si fors tulit, ancora prato.

(1) Don José Antonio Porcél, *Juicio lunático*, etc. (MS.)

Así describe Torrepalma los mismos efectos:

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascosos cauces impacientes
Rompen, y el campo borran inundado.
Los viejos rios las mojadas frentes
Levantan con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, áun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.
. . . . . .
Vuelve el pino á sus montes; ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero;
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburon roquero;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero;
El risco ya es escollo, y ya la piedra
Cubren las algas, que vistió la hiedra.
El piloto, que al fin de su jornada
Desde léjos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada,
Las faenas duplica y el anhelo;
En tanto, de las ondas superada
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.
. . . . . .

Éstas no son explanaciones palabreras; son las ricas imágenes de una inspiracion robusta y abundante: y *el risco ya es escollo*, no es expresion ménos feliz que el *omnia pontus erant*, con que tan briosamente pinta Ovidio la invasion total de las aguas.

No ha llegado á nosotros el poema de *Torrepalma* sobre la *Libertad del pueblo de Israel*, ni la mayor parte de sus versos líricos; pero tenemos un indicio poco favorable de su sensibilidad poética, en una carta en verso, dirigida á su amigo *Porcél* desde Ciempozuelos, adonde se habia retirado por algunos dias con el triste motivo de la pérdida de su hijo primogénito, á quien, al decir de sus contemporáneos, amaba tiernamente. *Porcél*, para distraer al Conde, con el cual le unian estrechos vínculos de amistad y agradecimiento, le escribe una carta llena de donairoso desenfado, y le da somera noticia de una de las juntas de la *Academia del Buen Gusto*, que era en Madrid su más sabroso esparcimiento. *Torrepalma*, no sólo halla aliento para contestar en verso, hablando de su muy grave y reciente infortunio en forma artificial, sino que discurre con afectadas frases y enmarañados conceptos, que se avienen mal con la expresion sencilla, única que cuadra al dolor verdadero. Así empieza su carta:

Desde el desierto, y áun desde
Aquella encendida zarza
De no embotadas espinas,
De no amortecidas llamas,
Que así pungente, que así
Voraz la memoria guarda
De una aguda ardiente pena
La incombusta pertinacia.....

Los amigos del Conde admiraron estos afectadísimos versos. «¡Felicísima ocurrencia y combinacion singular! (exclaman). ¡Describir en sólo dos coplas el *sitio* desde donde escribe, la *tarea* en que se ocupa del poema de *Moisés*, y el *estado* de su pena!»

¿Quién no columbra en estas palabras el alucinamiento de la amistad y la costumbre de la manía alegórica? ¿Cómo *Porcél*, autor de las palabras citadas, que en el estilo suelto y natural de su carta (1) habia dado sano ejemplo á *Torrepalma*, no advierte que aquellos versos, que aplaude, no son más que un galimatías metafórico, donde no hay sagacidad que alcance á descubrir ni el pueblo de Ciempozuelos, ni el poema de *Moisés*, ni siquiera el dolor de un padre acongojado que recuerda la muerte de su hijo? No queremos suscitar dudas acerca de la ternura paternal del Conde, que se patentizó por várias maneras; sólo aspiramos á hacer notar adónde lleva en las letras la seduccion del artificio en las edades de corrupcion y de pedantería.

Como quiera que sea, no nos parece aventurado afirmar que las escasas muestras de poesía lírica que áun se conservan del Conde de Torrepalma, todas inferiores á las magníficas octavas de *El Deucalion*, no permiten considerarle como un escritor dotado de sensibilidad verdadera, de esa que, áun á los Gracianes y á los Góngoras, arranca á cada paso, y entre la

(1) Véase esta carta en las poesías de Porcél.

balumba del ornato metafórico, acentos íntimos del alma. *Torrepalma* era, ante todo, hombre de alto espíritu, de noble temple, de pintoresca fantasía. Los asuntos encumbrados lo cautivan. No le basta haber pintado, en *El Deucalion*, la destruccion del linaje humano por medio del agua. Intenta cantar la destruccion del mundo por el fuego, y escribe *El Juicio final*. De este poema sólo llegó á formar *Torrepalma* como un bosquejo, que se imprime ahora por primera vez (1). Aunque obra desigual é incompleta, contiene *El Juicio final* algunas octavas dignas de campear al lado de las más robustas de *El Deucalion*. Hé aquí cómo pinta á los monarcas y á los conquistadores ante el tremendo tribunal del Juez supremo:

¡Oh, las que tiemblan, coronadas testas!
¡Oh, las sacras tiaras que allí gimen!
Las púrpuras al hombro son molestas;
Las diademas no ajustan, sino oprimen.
Ya, la soberbia y majestad depuestas,
Los ánimos reales se comprimen;
Ya siente Hostilio que su tosca lana
Se viese en el imperio augusta grana.
Confúndese Alejandro en sus victorias,
Y *el Grande* nombre lo publica injusto;
Pompeyo gime sus pasadas glorias,
Y César llora su laurel adusto;
Los Scipiones desprecian sus memorias,
A Octaviano desdórale lo *augusto*,
Decio infama á su saña las porfías,
Y el bárbaro Neron sus tiranías.
. . . . . .
. . . . . .

La virtud sola, con la faz serena,
Sin miedo asiste al tribunal sagrado;
No revuelve en su pecho mortal pena,
Ni la consume, tácito, el cuidado.
El Juez la mira, de sus gracias llena,
Con vista amante, con benigno agrado;
Convídala á su diestra, y ella sube
En rico trono de dorada nube.
. . . . . .
. . . . . .
Al que inútil cubrió tosco vestido,
Rica gala ya adorna, honor luciente;
Todo el sol lleva, en partes dividido,
La preciosa diadema de su frente.
En sus propios diamantes va encendido
El collar de su cuello trasparente,
Y en la mano, que luces multiplica,
Gloriosa palma la victoria indica.

Estas octavas, y otras várias del poema, denotan un númen de grande aliento y un ingenio muy cultivado. Pero ¿qué mucho? El conde *don Pedro Verdugo*, persona de vasto saber, poeta distinguido (2) é individuo de la Academia Española, trasmitió á sus hijos don Alfonso y doña Ana su noble espíritu y su aficion á las letras. Doña Ana llegó á ser aquella poetisa *sor Ana de San Jerónimo*, religiosa profesa del convento del Ángel (Franciscas Descalzas de Granada), que llenó de admiracion á cuantos la conocieron, por sus acendradas virtudes, por su ingenio clarísimo y por su erudicion extraordinaria.

Los ilustrados monarcas Fernando VI y Cárlos III reconocieron y utilizaron en favor de la patria las elevadas prendas que atesoraba el alma del *Conde de Torrepalma* (don Alfonso), y éste subió con gloria á los más altos puestos del Estado (3). Mozo todavía, instituyó en su casa de Granada la célebre academia llamada *del Trípode*, cuyo objeto principal era contribuir con el estudio y el ejemplo á acrisolar el idioma castellano. Más adelante las tres Academias Reales, *Española*, *de la Historia* y *de las Nobles Artes*, le admitieron gozosas en su seno. Para los hombres sobresalientes de su tiempo, el *Conde de Torrepalma* fué, no sólo un Mecénas literario, sino un amigo cordial y generoso.

Al paso que *Porcél*, *Torrepalma* y otros poetas de ingenio, que se habian alistado en la nueva escuela desde el primer período de la reforma doctrinal, fueron en breve mirados por los críticos con indiferencia ó desvío, porque no representaban de un modo cabal la doctrina clá-

(1) Nos ha sido comunicado por nuestro bondadoso amigo, el señor duque de Gor, descendiente del ilustre poeta. Era desconocida esta preciosa, aunque incompleta, obra de Torrepalma.

Eduardo Young, el célebre poeta inglés, autor de *Las Noches*, habiá publicado pocos años ántes un poema titulado *El Juicio final*. Pero ninguna conexion tiene con esta obra la del *Conde de Torrepalma*.

(2) Autor de un poema titulado *La Oliva*.

(3) Véase la noticia biográfica de Torrepalma, al frente de sus poesías.

sica francesa, *Montiano*, que entró más hondamente en ella, adquirió desde luégo, y gozó durante el siglo XVIII, cierta autoridad y no pequeña nombradía. «Velazquez, dice Sempere, solamente encontró en su tiempo, esto es, por el año 1754, dos autores dignos de poner en la lista de los buenos poetas castellanos: *don Ignacio de Luzan* y *don Agustin de Montiano.*»

Dotado de entendimiento claro, de cordura y de sano corazon, pero sin estro alguno poético, *Montiano* se distinguió ante todo en los arduos negocios de la Primera Secretaría de Estado, que tuvo á su cargo (1). En las letras, que pugnaba por apartar de la senda extraviada que entónces seguian, la crítica fué el campo natural de sus tareas. Escribia en prosa con desembarazo y correccion, estaba muy versado en las letras griegas, latinas, italianas y francesas, y no habia género de poesía que no quisiera analizar, explicar y metodizar. Era uno de esos hombres apasionados de la regularidad y del órden, que juzgan que todo, sin excluir el mundo ideal, puede y debe subordinarse á la doctrina y á las reglas, y que el acierto en artes y letras depende únicamente de la observancia severa de los preceptos de la razon. La oda, la égloga, la tragedia, la sátira, fueron objeto especial de sus estudios doctrinales, y en todos estos géneros probó sus fuerzas é intentó sustentar con el ejemplo la doctrina. ¡Estéril propósito! Las Musas son siempre de índole indisciplinada y antojadiza; y, rebeldes al llamamiento del filólogo frio y acompasado, demostraron entónces, como siempre, que, sin estar en pugna con la razon, viven y respiran especialmente en los campos risueños, fantásticos ó borrascosos de la imaginacion.

Las *Notas para el uso de la sátira* son uno de los estudios más curiosos y más característicos de *Montiano.* El crítico casi desaparece ante el varon timorato, indulgente y cristiano. La sátira de los gentiles le parece *un monstruo de perniciosas calidades.* Empieza diciendo que en su juventud gustaba de la sátira, «hasta que la edad y la experiencia le enseñaron á mirarla cauteloso y áun con indiferencia, que degeneró en tedio y desvío.» — ¡Excelente *Montiano!* Despues de esto, ¿cómo ha de ser él legislador de un género que aborrece, sin desnaturalizarlo con escrúpulos y restricciones exageradas?

El hombre que con ínfulas de reformador combate el teatro libre, dando leyes á la tragedia, y escribe en seguida la *Virginia* y el *Ataulfo*, que es imposible leer de corrida sin un esfuerzo poderoso de voluntad, deja harto probado que Dios no habia encendido su mente con la llama de los poetas. Sus églogas y sus canciones son casi tan desmayadas como sus tragedias. Alguna vez quiere remontar el vuelo poético en la oda (2), y si encuentra, como por acaso, algun destello de entusiasmo ó alguna frase de entonacion elevada, pronto vuelve á su natural esfera insípida y prosaica.

En su tiempo fué *Montiano* muy admirado. Y ¿cómo no habia de serlo quien, á sus elevadas prendas de carácter, unia verdadero talento de prosador firme y acrisolado, quien en su lenguaje supo huir hábilmente de los escollos que ofrecian al idioma patrio, en aquella época de trasformacion, por una parte los resabios existentes, y por otra los elementos exóticos que iba ya entronizando el cultivo preponderante de la literatura francesa? En la *Academia del Buen Gusto*, donde se reunian los poetas más autorizados del reinado de Fernando VI, *Montiano*, que fué secretario de la Academia, leyó algunas poesías suyas, y ademas la tragedia *Virginia*, la cual fué recibida, si no con aplauso, con reverente aprecio por aquel grupo de estimables humanistas que se juzgaban restauradores de la poesía española.

En el *Juicio lunático* de las obras leidas en aquella memorable academia, escrito por *don José Porcel*, varon de grande autoridad en aquellos tiempos, pone éste oportuna-

(1) Véase la noticia biográfica que se publicará, en uno de los tomos siguientes, al frente de las poesías de *Montiano.*

(2) Sirva de ejemplo la oda *A las Artes*, que leyó en la Academia de San Fernando, el dia 3 de Junio de 1763, y empieza así:

¿Cómo furor sagrado.....

mente una curiosa crítica de la *Virginia* en boca del antiguo poeta *Francisco Lopez de Zárate*, celebrado por Lope, escritor árido como *Montiano*, y que, como él, un siglo ántes, se habia empeñado en observar rígidamente en su *Hércules Furente* los preceptos clásicos.

Con estas enfáticas alabanzas termina *Lopez Zárate* su juicio del autor de la *Virginia:* «Licurgo colocó la estatua de Eurípides entre las de los demas griegos famosos. Entre ellas debemos exaltar la de nuestro *Humilde* (nombre académico de *Montiano*), con igual mérito que á la de Sófocles, pues no desdicen ambos coturnos. Entre tanto felicitemos á la nacion de que éste, su defensor generoso, se empeñe con tanto celo y con tanto logro en vindicarla de la nota con que las extranjeras la insultan, y de que su ejemplo anime la pereza de los ingenios de España, procurando restablecer el teatro. El único fin y heroico deseo de nuestro *Humilde*, cuando no fuera tan sobresaliente el mérito de la obra, le hace acreedor á los más altos elogios.»

Tal era el imperio del conceptismo, que hasta *Montiano*, el glacial y sensato *Montiano*, rinde culto alguna vez, impensadamente, al gusto sutil y enmarañado de su tiempo. De ello hay muestras en un romance endecasílabo suyo que encontramos como perdido en una *Justa poética* celebrada en 1727. Era uno de los asuntos dados á los competidores, la muerte de san Luis Gonzaga, ocasionada por el afan de su caridad en asistir á los enfermos de un hospital.

Hé aquí algunos versos, los ménos conceptuosos de este romance:

. . . . . .
¿Será que en los espacios fervorosos
Donde la heroica caridad se ensalza,
Enseñado á vencer, vuestro ardimiento
Supo no hallar instante sin hazaña?.....
Á la hoguera que el celo diviniza,
Pábulo soberano la dilata,
Y acrisolando el mérito la ofrenda,
Quemó la vida en las excelsas brasas.
La corona que orlando vuestras sienes,
Índice fué de la gloriosa fama,
Fausta constelacion de eterno influjo,
Se fijó entre los timbres de la patria.

Hemos copiado estos versos, que escribió *Montiano* cuando no habia llegado á los treinta años, porque sugieren una reflexion importante de historia literaria. Prescindiendo del espíritu conceptuoso, hay en ellos una altura de entonacion, un calor y una armonía, de que no se encuentra ni un destello en las obras poéticas que *Montiano* escribió en la cabal madurez de su vida literaria. ¿Será que el poeta perdió su inspiracion cuando, al entrar en la senda de la sensatez crítica francesa, abjuró, por decirlo así, de la poesía genuina de su patria? Puede hasta cierto punto sospecharse. Pero, ¿cómo culparle por ello? Era hasta una necesidad histórica poner coto á aquel torrente de mal gusto, que torcia el recto sentido de los españoles, y afrentaba á la civilizacion intelectual de la nacion. *Montiano*, que en aquel momento de lucha entre dos impulsos literarios, no podia alcanzar una conciliacion ecléctica, que sólo ha llegado á ver claramente la Europa más de un siglo despues, no titubeó entre la fria razon y la imaginacion extraviada. Se decidió por la sensatez, que era grande en *Montiano*, aunque no tan grande, que llegase á ver que ella sola no podia constituir una literatura nacional bella y vigorosa. El crítico reformador no fué tan imparcial como lo requeria la fama de sensato que le dieron los hombres de su siglo. Le cautivó de tal manera la escuela francesa, que se tornó incapaz de sentir, y por consiguiente, de juzgar el espíritu y las bellezas esenciales de las letras castellanas del siglo de oro. Á no ser así, ¿cómo habria podido dar la preferencia á la supuesta segunda parte del *Quijote*, de Avellaneda, sobre la misma parte genuina de Cervántes? (1).

Llegó á perder *Montiano* á tal punto el sentimiento poético, que no se limita á extremar la

(1) Aprobacion de la edicion del *Quijote* de Avellaneda, hecha en 1732.—«No creo, dice Montiano, que ningun hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervántes, si compara una parte con otra.»

llaneza del estilo en sus versos. Los asuntos que escoge, dan claro indicio alguna vez de su falta completa de facultades estéticas. Unas *liras* leyó en la *Academia del Buen Gusto* en honor del ilustre *Nasarre*, á quien afligia á la sazon la enfermedad de la gota. Un verdadero poeta habria cantado al hombre sabio, al esclarecido académico. *Montiano* toma por asunto *la gota*, y apura todos los recursos de su ingenio para definir poéticamente esta prosaica enfermedad.

Hé aquí un ejemplo de esa poesía, que, en el lenguaje flamante de ahora, podria llamarse de grosero *realismo:*

Tú, de humor engendrada,
Ácido venenoso,
La parte insultas ménos defendida.....
Hasta los piés te abates
Con máscara traidora
Del que intentas poner en tus cadenas;
Mas cuando le combates
Con mano vencedora
Los delicados nervios y las venas,
Con tal rigor y penas
Le ligas, que no atina
Á desatarlos, no, la medicina.

Esto es degradar la poesía, y en cuanto al prosaismo de estos versos, no se encuentra igual en todo el siglo XVIII, hasta que se llega á dar con las poesías de *Montengon*, de *Olavide* ó de *don Pedro de Silva.*

Segun ántes hemos indicado, la fama de *Montiano* no quedó encerrada en los límites de su patria. Lessing no lo admira, pero lo menciona con aprecio. Academias extranjeras se honraron con su nombre, y fué amigo de varios sabios europeos, con los cuales mantuvo activa correspondencia, especialmente con el caballero portugues Conde da Ericeira y con los escritores franceses Louis Racine, hijo del famoso autor dramático Jean Racine, y monsieur D'Hermilly, traductor y anotador de la *Historia de España*, de Ferreras (1), y traductor tambien de los dos famosos discursos de *Montiano* sobre las tragedias españolas.

En suma, *Montiano* resplandeció en las letras como prosista castizo y severo; y si no es dable presentar sus versos ni como dechados de los diferentes géneros á que pertenecen, ni tampoco como sabrosa ó brillante poesía, no pueden ménos de ofrecer interes en nuestra historia literaria como muestras de las vicisitudes del idioma castellano, y de la trasformacion casi repentina que experimentó la poesía en manos de los primeros filólogos que combatieron con autoridad y con entereza los delirios del gusto poético de aquella era. *Nasarre*, *Luzan*, *don Juan de Iriarte* y *Montiano* representan, mejor que otros escritores, aquel período doctrinal en que la poesía, de extravagante y conceptuosa, se tornó difusa, glacial y amanerada.

El sentido comun triunfó, sin duda; la poesía ganó muy poco.

Don Blas Antonio Nasarre fué uno de los individuos más sobresalientes que tuvo en sus años primeros la *Academia Española.* Gran latino; teólogo, jurisconsulto; humanista insigne. Atacó el teatro antiguo español, en su prólogo á las *Comedias* de Cervántes (edicion de 1749), de un modo extravagante, que le acarreó violentas impugnaciones. Su crítica fué, en general, pobre y antifilosófica, y los pocos versos que escribió no son superiores á su crítica. Pero este severo juicio, que formamos más de un siglo despues de su muerte, no debe amenguar la gloria relativa de este ilustre académico. Su lucha constante contra los extravíos literarios de su época es ya de suyo un timbre honrosísimo para su nombre. Su autoridad como hablista fué grande y provechosa. En esta parte le consideraron como verdadero maestro los literatos más afamados de su tiempo. *Montiano*, en su *Elogio histórico de Nasarre*, leido en la *Academia Española* el año de 1751, dice así:

«Para el metro vulgar fué tan dueño de la majestad de nuestro idioma..., que esconden, avaros, sus escritos los aficionados al buen gusto de las musas castellanas.»

Don Luis José Velazquez, el célebre autor de los *Orígenes de la Poesía castellana*, en una

(1) Apuntes de don Eugenio Llaguno, que existen en la biblioteca del Duque de Osuña.

oda consagrada á ensalzar la memoria de *Nasarre* (1), dice, hablando de una obra de éste:

Que si llegan á oirla,
Querrán hablar los dioses
La lengua de Castilla.

La produccion poética más importante que presentó *Nasarre* á la *Academia del Buen Gusto*, fué una prolija é interminable glosa ó explanacion parafrástica del *Padre Nuestro* en liras, romances, canciones, redondillas, octavas y décimas. Casi toda esta glosa es prosaica, trivial, desmayada, y, lo que es todavía peor, harto conceptuosa para un hombre que se preciaba grandemente de reformador del mal gusto. Véanse, por ejemplo, las dos siguientes décimas, tomadas al azar en el fárrago de esta glosa:

Hombre, ¿qué médico ves,
Visitándote en la cama,
Que si el achaque le llama,
No le lleve el interes?
¿Cuál tan compasivo es,
Que del enfermo no cóbre?
¿Quién hay que en la cura obre
Comprando á su costa el medio?
O ¿quién aplica el remedio,
Primero que al rico, al pobre?

Sólo aquel Doctor divino,
Que viendo necesitado
Al hombre, sin ser llamado,
Para redimirle vino.
Las medicinas previno,
Siendo de tanta virtud,
Que, sin temor ó inquietud
Del que viene á visitar,
Él se sangra para dar
Al enfermo la salud.

¡Qué vil metáfora! ¡Qué impropia entonacion! ¡Comparar á una sangría el augusto y sublime sacrificio del Redentor de la humanidad! Nadie sale enteramente de su tiempo, y *Nasarre*, con toda su cordura, entraba, sin advertirlo, en la atmósfera turbia y contagiada que él pugnaba por depurar y esclarecer.

En la misma Academia leyó *Nasarre*, dándola por suya, la *Fábula del Genil*, de Pedro de Espinosa. Atendido su carácter llano y circunspecto, sólo puede atribuirse esta supercheria á una humorada literaria. El hecho es que los doctos académicos dieron en el engaño, y el erudito *Porcél*, reconociendo en el bello poema el tono y el encanto de los mejores tiempos, no vió en esta circunstancia sino un mérito especial de *Nasarre* (2), y tan persuadido estuvo por algun tiempo de que éste era autor de la *Fábula del Genil*, que así lo escribió al *Conde de Torrepalma*, en la citada carta poética:

Tan dulcemente *El Amuso*
Cantó del Genil las aguas,
Que lo pensé Garcilaso,
Viendo que en su vega canta.

(1) Esta oda, escrita en pobre y afectado estilo, fué leida en la *Academia del Buen Gusto* en 1751, esto es, el año mismo de la muerte de *Nasarre*. (*Actas de la Academia*. Coleccion de manuscritos de nuestro ilustrado amigo el señor don Pascual de Gayángos.)

(2) «La *Fábula del Genil*, cuyo autor se disfraza llamándose *El Amuso* (nombre académico de *Nasarre*), descubre la discreta hipocresía del disfraz. Tan bello poema solamente dictan las Musas á sus enamorados..... El estilo de esta obra, el modo de manejar los pensamientos, la prodigiosa fecundidad y viveza en las expresiones y pinturas no me parecen de este siglo, sino de los principios del pasado. Pero esto resultaria más en su alabanza; y así voy á tal cual reparo. En el verso

De bellas ninfas de desnudos pechos,

y algunos otros no ménos vivos, no puede estar más fuera de la tabla la licenciosa imágen», etc., etc.

Porcél, en su *Juicio lunático*, pone en boca de Jáuregui estas palabras que acabamos de transcribir. Mas adelante dice el obispo Bernardo de Balbuena, contestando á Jáuregui:

«Quien conoce la vastísima erudicion de *El Amuso*, corifeo en este siglo de la literatura española; quien sabe su ingenio y su delicada crítica, no puede extrañar que escriba con el primer de nuestros dorados siglos..... Todo esto es una bizarría de ingenio muy maestro.»

Andando el tiempo, *Porcél* hubo de caer en la cuenta de la inocente supercheria de *Nasarre*. En una copia del *Juicio lunático*, copia que perteneció al mismo *Porcél*, hay una nota marginal de su mano, que dice así, al lado de las palabras puestas en boca de Jáuregui: «Con efecto, era obra de un autor del principio del siglo pasado.»

Referimos esta anécdota, como indicio de lo poco buscados y leidos que eran, durante el reinado de Fernando VI, algunos de los mejores poetas líricos del siglo de oro.

Hemos mencionado, y mencionarémos todavía várias veces, la *Academia del Buen Gusto*, y es conveniente dar alguna idea de esta célebre tertulia literaria, que, así por su objeto, por la importancia y fama de las personas que la componian, y hasta por su aristocrático carácter, contribuyó al triunfo de la escuela de los preceptistas. Todos saben que estas academias ó saraos literarios, de que se encuentran muchos ejemplos en la antigua Roma (1), fueron en Europa, áun ántes del Renacimiento, uno de los medios más activos para promover y fomentar el amor á las letras. El halago de las pláticas literarias entre gente culta é ilustrada, y los estímulos de la noble emulacion de la gloria fueron siempre poderosos incentivos en las naciones civilizadas. ¿Quién no trae á la memoria las poéticas academias que con tanto lustre celebraban los moros de Córdoba y Granada, la célebre Academia de Oxford, fundada por Alfredo-el-Grande, y la no ménos famosa de los *Juegos Florales*, creada por la inmortal Clemencia Isaura? Los certámenes y las justas poéticas empeñaron siempre el ánimo de los españoles. En el *Cancionero de Baena* hay muchos ejemplos de esta aficion á las competencias literarias, y es de notar que una justa poética fué el segundo libro que se imprimió en España (2). Academias hubo dañosas á las letras, porque daban pábulo al gusto sutil ó altisonante, que todo el mundo aplaudia, haciendo subir de punto los alardes de lucimiento y bizarría de ingenio que hacian los académicos para sobrepujarse unos á otros. El más alambicado ó el más nebuloso solia llevar la palma de la discrecion ó de la sublimidad, y todos se esmeraban á porfía en aumentar, sin saberlo, la corrupcion reinante. Los extraños y pedantescos títulos que adoptaban las academias, expresan las tendencias de afectacion que preponderaban en ellas. En Palermo hubo la Academia *de los Encendidos;* en Roma, la *de los Fuertes;* en Bolonia, la *de los Inescrutables;* en Barcelona, la *de los Desconfiados;* en Setúbal, la *de los Problemáticos;* en Valencia, la memorable *de los Nocturnos* (1591), en la cual cada académico tomaba un nombre poético alusivo á la noche, y así uno se llamaba *Sombra*, otro *Silencio*, otro *Vigilia*, otro *Sereno*, otro *Reposo*, otro *Tiniebla*, y por el mismo estilo los demas, hasta el número de cuarenta y cinco personas que constituian la academia. *Palestra conceptuosa* se llamó en Madrid una justa poética en 1722. La aficion á las ideas emblemáticas, achaque de aquellos tiempos, que se habia ido introduciendo en las letras como prenda de elegancia y cultura, tomó en algunas academias el carácter bucólico y pastoral, una de las más sándias afectaciones que produjo la literatura extraviada. La *Academia de los Árcades*, formalmente constituida en 1790 por Crescimbeni, poeta con razon olvidado, pero en realidad creada ántes, en el palacio Corsini de Roma, por Cristina de Suecia, aquella reina esclarecida que, ansiosa de civilizacion, llevó á su lado á Descartes y á Grocio, y rindió sin tregua culto sincero á las conquistas de las ciencias y á los hechizos de las letras y de las artes, caracteriza la decadencia del verdadero sentimiento poético. Esta academia *de los Árcades*, la más famosa de Italia *por mérito y por desprecio* (3), tuvo por objeto poner coto á los extravíos del gusto *marinesco*. Mas no hizo, en verdad, sino trocar el delirio por el fastidio, y desarrollar ridículamente la moda pastoral, que, hija degenerada de la imaginacion de Sannazaro, que habia dado á la Arcadia griega una forma ideal, produjo tanta insulsez y amaneramiento en la poesía. Doce hombres insignes fueron escogidos para la formacion de las leyes académicas de los *Árcades*, entre ellos el sabio dean de Alicante, don Manuel Martí (4). Todos ellos se reunian en el *Bosco Parrasio* del Monte Janículo, donde emblemas, usos académicos y tareas poéticas:

(1) Las más célebres son las de Neron, en que el mismo Neron y Lucano leian versos.

(2) Certámen poético celebrado en Valencia el 25 de Marzo de 1474. *Obres é trobes*, etc. Fué impreso el mismo año. (Fuster, tomo I, pág. 52; Velazquez, página 51.) Ya en 1468 se habia impreso en Barcelona el *Opúsculo gramático* de Bartolomé Mates.

(3) Expresion de César Cantú.

(4) Jimeno, *Escritores del reino de Valencia.*

todo tenía un carácter por demas risible y candoroso. Estaban contagiados del espíritu de afectacion y de artificio que habia corrompido las letras, y da de ello manifiesto testimonio la pueril prescripcion de designar á los *Árcades* con nombres más ó ménos griegos, á veces en sumo grado extravagantes, con lo cual se daban por alistados entre los pastores de la Arcadia. Desde el de *Alfesibeo*, que adoptó Crescimbeni, hasta los que usa todavía esta hoy anacrónica academia, ¡qué lista tan singular de exóticos nombres, tan extraños á veces por su sonido, y siempre por la ficticia transformacion personal que suponen! ¡Prelados, cardenales, y hasta pontífices, transformados en pastores de Arcadia, siempre tan amartelados, tan disertos y tan insípidos! El éxito maravilloso de esta academia fué la consagracion de aquella plaga de poetas pastoriles que se inspiraban en su gabinete, sin ver más cielo ni más campo que la pared ó el tejado de la casa vecina, y de aquella moda irrisoria que convertia entre nosotros al respetable *Jovellanos* en *el mayoral Jovino*, al rígido magistrado *Forner* en *el zagal Fornerio*, al severo canónigo Porcél en *el caballero de los Jabalíes*, y al grave don Jaime Villanueva en *el pastor Jamelio.*

A veces tropezaron estas academias con insuperables obstáculos. Una de ellas, la *Academia Imitatoria*, establecida en Madrid á imitacion de las famosísimas de Italia (1586), en la cual tomó Lupercio de Argensola el nombre de *Bárbaro*, por alusion á la hermosa jóven doña Bárbara de Albion, con quien se casó al año siguiente, empezó sus tareas con felicísimos auspicios. «Multitud de personas eminentes le servian de columnas. Oyentes calificados, grandes, títulos y ministros del Rey iban á oir con aplauso y atencion» (1). Y sin embargo, no duró un año esta sociedad literaria. Blanco sin duda de los tiros de la malevolencia, la opinion llegó á serle contraria. Así lo da á entender el mismo Argensola:

Y si del ocio huyendo, por recreo
Busca la discrecion de la academia,
Que ser humilde tiene por trofeo,
Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.

Tambien aconteció que algunas de estas academias acabasen, como familiarmente se dice, á capazos, siendo necesario mandarlas disolver, por haber convertido sus individuos la provechosa emulacion en contiendas desaforadas del amor propio y de la envidia. Aludiendo á los magnates, dice Cristóbal de Mesa:

Si alguno de ellos hace una academia,
Hay saetas, competencias y porfías
Mas que en Ingalaterra ó en Bohemia.

«Nacieron (dice Cristóbal Suarez de Figueroa) de las censuras, fiscalías y emulaciones no pocas voces y diferencias, pasando tan adelante las presunciones, arrogancias y arrojamientos, que por instantes, no sólo ocasionaron menosprecios y demasías, sino tambien peligrosos enojos y pendencias; siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad» (2).

Tambien en épocas posteriores reinaba en estas tertulias literarias, segun la condicion de las gentes, cierto espíritu vulgar y grotesco. «Se entretejian los saraos, dice el doctor don Manuel Perez Valderrábano, echando relaciones, pasos de comedia, cantando al fandango jácaras de valentones, y se recitaban poesías ó sermones burlescos. Todo esto cesó de cuarenta años á esta parte (1786); y más vale que no se restituya, si no fuese con mejor cultura y mejor influjo para las costumbres» (3).

Pero otras innumerables academias particulares fueron, por el contrario, en alto grado provechosas á las letras y á la civilizacion. Imágen de ellas son la que celebran en la segunda

(1) Juan Rufo, *Apotegmas;* 1596.
(2) *Plaza universal de todas las ciencias y artes;* 1615.
(3) Prefacio á la *Angelomaquia*, ó *Caida de Luzbel*, poema. Palencia, 1786.

jornada de *La Moza de cántaro* de Lope de Vega, don Juan, el Conde su primo y doña Ana, la cual con lógico rigor censura el epíteto *serenos* aplicado á los ojos, alegando que en ellos la inmovilidad no es gran mérito; y asimismo la academia sevillana que retrata y no satiriza Velez de Guevara en el *tranco* IX de *El Diablo cojuelo*, en la cual leian versos el poeta cómico granadino don Álvaro Cubillo de Aragon, secretario de ella, y doña Ana de Caro, *décima musa sevillana*. De los certámenes y academias que sirvieron de estímulo y fomento á la cultura intelectual, podriamos citar un crecido número. Nos limitarémos á recordar la academia que tuvo en Madrid Hernan Cortés, á la cual asistian el cardenal Poggio y otros varones de cuenta; la llamada *Selvaje*, por haberse instituido, en Madrid (1612), en casa de don Francisco de *Silva*, á quien Cervántes y Espinel elogian con encarecimiento (1); la justa poética de Zaragoza, en que fué premiado Cervántes (1595); las celebradas públicamente en Madrid con gran pompa, con motivo de la beatificacion de san Isidro Labrador, en un tablado construido al frente de la iglesia de San Andres, en las cuales fueron competidores los más esclarecidos ingenios, Lope de Vega, Calderon, Guillen de Castro, Jáuregui, Espinel, Zárate, Silveira, Montalvan, Castillo Solórzano, Pantaleon de Rivera (1620-1622); y la insigne academia de Madrid denominada Castellana, de la que fué secretario don Jerónimo de Cáncer. Las academias y las justas poéticas se hicieron tan frecuentes y se vulgarizaron de tal modo, que no tardaron en provocar las burlas de los mismos poetas, como puede verse en el ridículo certámen que Salas Barbadillo introduce en su comedia *El Cortesano descortés* (2). La aficion á escribir versos degeneró en manía, y certámen hubo en que llegaron á cinco mil las composiciones presentadas (3).

Entre las academias provechosas merecen especialmente ser señaladas la llamada *della Crusca*, cuyo célebre vocabulario (1612) es siempre la primera autoridad para la lengua italiana, y algunas establecidas en España con objetos especiales de enseñanza; entre ellas la *Academia Valenciana*, creada en 1742 con el designio de fomentar los estudios históricos, la cual publicó las *Obras cronológicas* del Marqués de Mondéjar; la que en 1690 se fundó igualmente en Valencia, en casa del Conde de la Alcudia, para el cultivo y enseñanza de las ciencias; y otras que, siguiendo la tradicion de la *Academia de Nostra Senyora de la Sapiencia* (1606), se instituyeron en la misma ciudad, figurando en ellas los insignes matemáticos y astrónomos Tosca, Corachan, Zaragoza, maestro de Cárlos II, y otros precursores del esclarecido Jorge Juan (4). A estas academias, gloria imperecedera de Valencia, se debe en gran parte que, á principios del siglo XVIII, cuando en muchas ciudades de España habian caido las ciencias y las letras en el más lamentable abandono, ardiesen en esta ciudad ánsia noble del saber y amor vehemente á los deleites de la inteligencia.

En los últimos años del reinado de Felipe V iba ya en decaimiento la aficion á las academias literarias, que tan en auge habian estado en los dos siglos anteriores. Prueba de ello es la que se estableció en Madrid por aquel tiempo con el título de *Academia Poética Matritense*. Formaban parte de ella el célebre *Cañizares*, *Quadros*, *Palacios*, *el Marqués de la Olmeda*, *don José Benegasi*, *don Agustin Cordero* (secretario), y otros poetas inclinados á la escuela popular. Pero les faltó el fervor ó la buena armonía, y la academia se deshizo por sí misma (5).

(1) Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. II.—Vicente Espinel dice de Silva, en *El Escudero Marcos de Obregon*: «Pocos dias há, sirviendo á su rey, murió como valentísimo soldado.»

(2) Comedia en prosa. Impresa en Madrid, por la viuda de Cosmo Delgado, año de 1621.

(3) *El Pasajero*; advertencias utilísimas á la vida humana, por el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa. Madrid, 1617.

(4) Véanse *Jimeno* y *Fuster*; contienen noticias exactas y copiosas de estas ilustres academias.

(5) Dan de ello testimonio dos sonetos burlescos de Benegasi. El Presidente no asistia, y los demas académicos acabaron por hacer lo mismo. Así empieza uno de los sonetos:

Ilustre Academia, ¿qué se hizo
La gran aplicacion con que empezaste?
¿Qué se hizo el presidente que buscaste?
. . . . . .

Menester era que hubiese estímulos extraordinarios para que, en una época en que la organizacion oficial iba sustituyendo en muchas cosas á la accion espontánea de los particulares, subsistiese por cierto tiempo una academia de esta especie. Estos estímulos extraordinarios, á saber: riqueza, prestigio cortesano, conjunto de eminencias intelectuales, imitacion de las costumbres elegantes de la córte francesa, se reunieron en la academia poética que, con el nombre *del Buen Gusto*, ya usado por otra de Palermo, se instituyó en Madrid, en casa de la insigne señora doña Josefa de Zúñiga y Castro, condesa viuda de Lémos, despues marquesa de Sarria, que habitaba un hermoso palacio en la calle del Turco.

Mezcla de las academias poéticas, tan florecientes en los siglos XVI y XVII, y de las tertulias literarias de las damas de la aristocracia francesa, que tuvieron su apogeo en el *Hôtel de Rambouillet* y en la córte de Sceaux, la *Academia del Buen Gusto*, que debe contarse entre las útiles á las letras, forma época en la historia poética del siglo último, así porque fué la última importante de su género, como igualmente porque contribuyó á dar fuerza y autoridad á la reforma doctrinal.

Jóven, hermosa, ilustre, rica, discreta é instruida, la Condesa de Lémos cautivaba fácilmente la voluntad, y atraia á su sociedad á las personas más distinguidas de la Córte en nacimiento y letras. Era aquí como un reflejo de la seductora *Julie d'Angennes*, del Hôtel de Rambouillet. Hermana del Duque de Béjar, y acostumbrada desde su infancia á los refinamientos del lujo, dió á sus tertulias literarias un carácter elegante y aristocrático, que cuadraba á aquella literatura, que era un recreo de gabinete, y no un desahogo del espíritu popular. El festivo *Villarroel*, uno de los académicos, habla así de la Academia en un *Vejámen* muy chistoso:

Aquí estoy en Madrid, que no en la Alcarria,
Y en la casa tambien de la de Sarria,
Marquesa hermosa, dulce presidenta,
Que no sólo preside, mas sustenta,
Con dulce y chocolate,
Al caballero, al clérigo, al abate,
Que traen papelillos tan bizarros,
Que era mejor gastarlos en cigarros (1).

Allí se reunian Montiano, Luzan, Nasarre, el Conde de Saldueña, el Marqués de la Olmeda, el Conde de Torrepalma, Porcél, Velazquez, el Duque de Béjar y otros poetas que constituian la aristocracia literaria de aquella época, que, así en España como en Francia é Italia, se hermanaba fácilmente con la aristocracia nobiliaria.

Fueron los fundadores de la *Academia del Buen Gusto:*

El Conde de Saldueña, primogénito del Duque de Montellano, con el nombre académico (2) de. . . . . *El Justo desconfiado.*
El Conde de Torrepalma, embajador, individuo de las academias Española y de la Historia, con el de. . . . . *El Difícil.*
Don Agustin de Montiano y Luyando, del Consejo de su Majestad, su secretario en la Cámara de Justicia y Estado de Castilla, individuo de la Academia Española y director perpétuo de la Academia de la Historia, con el de. . . . . *El Humilde.*
El Duque de Béjar, caballero del Toison de Oro, con el de. . . . . *El sátiro Marsias.*
El Duque de Medina-Sidonia, de la Academia Española.
El Duque de Arcos.

El otro soneto es como sigue:

Se duda de Palacios, si os dejó;
Del segundo buscado, si querrá;
Con que así la Academia se estará
En los mismos pañales que empezó.
Si al Marqués de la Olmeda se admitió,
Y á Cañizares, ¿por qué nunca va?
¿Qué hacen, dime, los dos? Y ¿qué hacen ya
Quadros y Benegasi? *R.* ¿Qué sé yo?
¿Qué determina el Conde? ¿Qué el Marqués?
¿Qué se hacen tantos individuos? di.
R. Se deshacen, por ir todo al reves,
Y la Academia (vaya de tí á mí),
¿Es dable que se pierda? *R.* No lo es.
Luego ¿estaba perdida? *R.* Señor, sí.

(1) Actas de la *Academia del Buen Gusto.* (MS.)

(2) Ademas de los nombres académicos aquí citados, usaron otros individuos de la Academia los siguientes: *el Ícaro*, *el Remiso*, *el Incógnito*, *el Aburrido*, *el Amigo del Amuso.* En la Academia firmaban siempre con estos extraños seudónimos. Los señores Gayángos y Vedia pusieron en claro los ver-

Agregarónse despues á la Academia:

Don Francisco Scotti Fernandez de Córdoba, caballero de Santiago, caballerizo de campo del Rey; autor dramático.
El Marqués de Casasola.
El Marqués de Montehermoso. (Fué más adelante individuo de la Academia Española.)
El Marqués de la Olmeda, comendador de Santiago.
Don Blas Antonio Nasarre y Ferriz, de la Academia Española, con el nombre académico de. . . . . *El Amuso.*
Don Alonso Santos de Leon.
Don José Villarroel, presbítero, con el de. . . . . *El Zángano.*
Don Francisco de Zamora.
Don José Antonio Porcél y Salablanca. En 1789 era canónigo de la catedral de Granada, con el de. . . . . *El Aventurero.*
Don Ignacio de Luzan, con el de. . . . . *El Peregrino.*
Don Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores, con el de. . . . . *El Marítimo.*

El canónigo don Juan de Luzan, en una nota á las *Memorias* que escribió acerca de la vida de su esclarecido padre, cita todos estos nombres; pero tenemos fundamento para creer que esta lista de los académicos *del Buen Gusto* no es completa, y que algunas otras personas señaladas en las letras asistieron á las juntas de la academia y tomaron parte en sus tareas. No nos parece, por ejemplo, muy aventurado conjeturar que el famoso *fray Juan de la Concepcion*, poeta agudo y repentista, amigo de los Duques de Béjar y de Medina-Sidonia, y honrado ademas con el aprecio de la Duquesa de Arcos y de la misma Condesa de Lémos, que se complacian en verle lucir su fácil ingenio, perteneciese á la brillante sociedad poética (1).

La *Academia del Buen Gusto* hizo ruido en la Córte, y de ella decia con donaire *don Juan de Iriarte*, aludiendo á que aquel grupo de poetas estaba presidido por una mujer, que esta academia era *un Parnaso al reves* (2). Esta circunstancia no quitaba á las juntas académicas el órden y la regularidad que requieren, y el concienzudo secretario, *don Agustin de Montiano*, extendia las actas, en forma fria y grave como su autor, y las dejaba escritas de su puño y firmadas con su nombre académico, acompañadas de las poesías, por lo comun autógrafas, que se leian en la academia (3). A ella asistian de vez en cuando la *Condesa de Ablitas*, la *Duquesa de Santistéban*, la *Marquesa de Estepa*, que escribia versos, y otras ilustres damas; pero las que no solian faltar á las sesiones eran la *Condesa de Lémos*, presidenta, y la *Duquesa viuda de Arcos*, aficionadísimas al cultivo de las amenas letras. A ambas se refiere *Porcél*, cuando escribe al *Conde de Torrepalma.....* :

daderos nombres de *el Peregrino*, *el Aventurero*, *el Humilde*, *el Marítimo* y *el Difícil.* (Traduccion de la *Historia de la Literatura Española*, por Ticknor. Nota, página 400.) Nosotros hemos descubierto los de *el Justo desconfiado*, *el Sátiro*, *el Amuso* y *el Zángano.* No hemos dado todavía con los demas. Sospechamos, por claros indicios que hallamos en un códice de don José Porcél, que algunos académicos no usaron más nombre que el suyo verdadero.

(1) De esta misma opinion es el cuerdo y perspicaz escritor don Cayetano Alberto de la Barrera. Véase su *Catálogo del Teatro antiguo español*, página 99.

(2) Obras de don Juan de Iriarte. *Epigramas latinos y castellanos.*

(3) Tenemos á la vista la coleccion de las actas originales. Copiamos á continuacion, como recuerdo histórico, aquella en que está consignada la entrada de Luzan en la academia.

ACADEMIA DEL 16 DE JULIO DE 1750.

La excelentísima señora Presidenta.
El Difícil.
El Aventurero.
El Humilde.
El Amuso.
El Zángano.
El Sátiro.
El Peregrino.

Concurrió á esta junta la excelentísima señora Presidenta, con los académicos que van al márgen; aumentando su número, con general satisfaccion, el señor don Ignacio Luzan, que se denominó *el Peregrino.*

Leyéronse los papeles que se presentaron, y conferidas, segun es costumbre, las especies y reparos que resultaban de ellos, se disolvió esta junta, que firmé,

EL HUMILDE.

Tuvimos nuestra academia
Esta semana pasada,
Asistiendo ambas dos luces,
Que no consumen, y abrasan.

Durante la existencia de la academia, esto es, desde el 3 de Enero de 1749 hasta el 15 de Setiembre de 1751, se casó en segundas nupcias la *Condesa de Lémos*, cambiando entónces este título por el de *Marquesa de Sarria.* Con este motivo se aumentó el esplendor de las fiestas que en su casa se celebraban. Segun parece, eran en verdad notables el gusto y la elegancia de la casa de la *Condesa de Lémos.* Con pretexto de pintar una academia imaginaria, describe así *Porcél* el salon donde se celebraban las sesiones de la *Academia del Buen Gusto:*

Quedé absorto al ver lo régio y espacioso de la magnífica galería, cuyas doradas rejas daban vista á los jardines. Sus grandes paredes vestian primorosas pinturas, unas mitológicas y otras simbólicas, que explicaban todos los géneros de la poética. A trechos, las estatuas de las Musas con sus respectivas insignias, y en el testero Apolo coronado de rayos y pulsando la dorada lira. Desde esta pieza se dejaba registrar en parte otra, no ménos régia, que servia de biblioteca, la cual constaba de todas las obras poéticas de los españoles; siendo más y mejor lo manuscrito é inédito que lo que habia fatigado las prensas (1).

Tenía la *Marquesa de Sarria* talento y gracia para el arte de la declamacion, y representaba, con gran contento de sus amigos, en el elegante teatro que habia en su propio palacio. Una de las obras en que la aristocrática actriz desplegó con mayor gala sus brillantes dotes, fué la comedia de Zamora, *Castigando premia amor. Villarroel* no malogró la ocasion de escribir, en celebridad de la fiesta, uno de sus innumerables romances, siempre fáciles, conceptuosos y chabacanos, pero algunas veces ingeniosos y agudos. Hé aquí algunos versos, que dan idea del estilo de este clérigo alegre y chancero:

Excelentísima siempre
Y dulcísima señora,
Que por tan dulce, es milagro
Que los pajes no te coman.....
¿Qué diré de tu comedia?
Pues hasta que tu persona
En ella se presentó,
No era comedia famosa.....
Tú le diste toda el alma,
Y hasta, con el alma toda,
Le diste el entendimiento,
Y áun voluntad y memoria.....
Zamora, que de Dios goce,
Ó que ya á este tiempo goza,
Al verte á tí en su comedia,
Diria: «Solo esto es gloria.....»
Saliste, pues, al tablado,
Y luégo que el pié lo toca,
Le salieron, de vergüenza,
Los colores á la alfombra.....
Saliste, y áun sin hablar,
Al ostentar la pomposa
Belleza del coramvobis,
Tú te llevaste la loa.
Mas ¿qué mucho, si traias,
Noblemente fanfarrona,
Por manos dos azucenas
Y por ojos dos antorchas?
A mí me pareció que era
Á un tiempo tu voz sonora
Archilaud, arpa, clave,
Violin, cítara y tiorba.....
Con lo dulce del acento
Lucia la accion airosa,
Tan á compas, que la mano
Haciendo estaba la solfa;
Logrando, con elegante
Equivocacion garbosa,
Que los oidos te vean
Y que los ojos te oigan;
Pues estaba allí el concurso
En una duda curiosa
De si con las manos hablas
Ó con los labios accionas.....
El teatro estaba hermoso,
La compañía vistosa,
Los galanes como soles
Y las damas como solas.....
Yo, por lo ménos, no he visto
Fiesta igual en toda Europa,
Y hasta en ser fiesta sin fraile
La tengo por milagrosa (2).

Una sola figura estaba allí como fuera de su centro, este estrafalario *Villarroel*, cuya musa indisciplinada ni se doblegaba á preceptos que habrian embargado su vuelo irregular, ni se

(1) *Juicio lunático.* (MS.)
(2) *Dictámen que forma don José Villarroel de la comedia en que representó mi señora la Marquesa de Sarria, ejecutada en la casa de su excelencia.* (MS.

arredraba ante los atildamientos de aquella esfera elegante y encumbrada. Su inalterable llaneza, su simpática condicion, su carácter sacerdotal, y principalmente su humor festivo, le granjeaban el aprecio de todos. A él le era lícito decir cosas contrarias al instituto y nombre de la academia, que en los labios de otro cualquiera habrian sido insolencia y descortesía. Al abrigo de su jovial y bondadosa índole habia llegado á conquistar la impunidad de los juglares de otros tiempos. Siempre era aplaudido con entusiasmo, y nadie caia en la tentacion de tomar por lo serio ni sus extravagancias literarias ni sus escabrosas agudezas (1). Acaso el mismo *Villarroel* no se decidió nunca tampoco á tomar por lo serio ni sus propios versos ni los ajenos. Comprendia que su época no era tiempo de poesía, y así lo expresaba claramente, diciendo:

Bien sé que el laurel de Apolo,
Hoy, más que corona, afrenta.....

CAPÍTULO IX.

Poetas indisciplinables. — Villarroel. — Nieto Molina. — Marujan.

Á pesar del imperio que iban adquiriendo en las letras las prescripciones doctrinales de las *Poéticas*, y á pesar tambien de la autoridad que habia ya cobrado el espíritu *académico*, en el nuevo sentido que empezaba á darse á esta palabra, no faltaban todavía poetas que, sin atreverse á negar la entónces decantada excelencia de las doctrinas clásicas, siguiesen, por hábito y por instinto, la senda que les señalaba su índole poética, indisciplinable y española. Tres de estos poetas, *Villarroel*, de quien acabamos de hablar, *Nieto Molina*, y *Marujan* merecen, si bien por diferentes títulos, mencion especial en la historia de la transformacion del gusto literario en el siglo último.

Ingenioso, pero vulgar, sin altas cualidades de poeta, y absolutamente contagiado de la corrupcion literaria, fué, sin embargo, *Villarroel* un escritor muy popular y estimado en el segundo tercio del siglo XVIII. Tuvo el privilegio singular de ser mirado sin saña y hasta con aficion y simpatía por los reformadores de su época, *Luzan*, *Nasarre*, *Montiano*, *Velazquez*, y otros, que sin duda perdonaban su mal gusto en gracia de su donaire y su alegría (2).

Chancero por inclinacion, y aficionado á la poesía chabacana, daba á veces en la manía de imitar á Calderon, no imitando en realidad sino aquello que es digno de censura, y levantando el númen con hiperbólicos artificios á costa del buen gusto y de la razon. ¿Qué gesto pondria *Luzan*, tan amigo del estilo llano y natural, al oir á *Villarroel*, en la Academia de la *Marquesa de Sarria*, pintar la aparicion de *Santiago en Clavijo* con estas fantásticas y exuberantes imágenes?

(1) Una de las poesías que más hubieron de complacer á la Academia fué el *Romance de enhorabuena á la Condesa de Lémos, por el contrato esponsalicio con el excelentísimo señor don Nicolas de Carvajal y Lancastre, coronel de Guardias de su Majestad.* Tiene trozos escritos con soltura y donaire; pero al acabar se desmanda, como suele, haciendo alusiones de atrevido y perverso gusto.

(2) Ya reconocian los individuos de la *Academia del Buen Gusto* la indisciplina poética de *Villarroel.* Así dice *Porcél*, aludiendo al éxito de sus chocarreros donaires, en el seno mismo de la Academia:

«¿Para qué nos están quebrando la cabeza los severos *poesi-peritos* (dice el famoso Molière), embarazando á los ignorantes y vendiéndoles como misterios del Trípode las leyes de la poética? La regla de todas las reglas ¿no es el dar gusto? ¿Qué mayor prueba de cuán vanas son las decantadas reglas del arte, que ver á un poeta que no quiere usarlas, sin más que llevarse de su genial chiste, ganarse la admiracion y la complacencia de los mismos graves legisladores?»

Fiando á su diestra todo
Su tren potente el Empíreo,
Desde la gola á la greva
Robustamente guarnido;
Topacio el arnés lustroso,
Diamante el yelmo bruñido,
Y diluvios el estoque
Reverberando fulmíneos;
Al céfiro tremolando
Luciente bandera, en que hizo
Enigmático misterio
Rubro esmalte en campo níveo;
En bucéfalo volante,
Que cuajó la esfera á armiños,
Fuego el alma, horror la vista,
Rayo el pié, trueno el relincho;
Estrellas por herraduras,
Rienda el Sol, jaez los signos,
Alpe el labio, aliento el Bóreas,
Roca el cuerpo, íris el giro;
Fogoso escaramuzando
En escarceos y brincos,
Por las campañas del aire,
El rutilante hipogrifo..... (1).

De esta entonacion desmesurada no ha de inferirse que el instinto poético de *Villarroel* fuese propenso á levantarse hasta las nubes donde Góngora encumbraba, perdia ó embozaba sus pensamientos. En el ostentoso y elegante estrado de la *Condesa de Sarria*, ante aquellos graves y melindrosos reformadores del gusto, *Villarroel*, á quien todo se consentia en gracia de su donaire y de su despejo, se atrevia á dirigir á la Marquesa de Sarria y á la Duquesa de Arcos, diosas de aquel Parnaso aristocrático, versos tan chabacanos, que nuestra pluma se resiste á trascribirlos (2). Y cuenta que *Villarroel* habia ya mejorado algun tanto su gusto literario, como se echa de ver desde luégo comparando sus poesías impresas con las que áun se conservan manuscritas, las cuales corresponden sin duda á época anterior (3). Ni la prestigiosa influencia de aquellas encumbradas señoras, ni la autoridad de los primeros críticos de la nacion, ni siquiera los miramientos propios del sacerdote, eran parte para inspirar al poeta la conveniente circunspeccion. Su índole burlesca era incorregible, y á tal punto llegaba á desmandarse, que la censura, por demas negligente y blanda por aquellos dias en materia de urbanidad y decencia, al autorizar la impresion de las poesías de *Villarroel*, se vió en la necesidad de *reservar algunos pasajes*, que probablemente frisaban con la obscenidad. Era audaz hasta en el manejo de la lengua. Sin respetar el uso, árbitro de los idiomas, forma plurales á su antojo, y con cualquier nombre crea un verbo, por más extravagante que resulte (4).

En suma, su desenfado era su númen, y su musa, rebelde á las reglas de orígen exótico de los preceptistas de su tiempo, ni se convertia á la nueva ortodoxia poética, ni ésta le quitaba tampoco cierto sabor rancio de la patria, que, en medio de sus extravíos, era acaso la razon principal del contento con que le escuchaban en aquella atildada asamblea de la *Academia del Buen Gusto*, donde su poesía insolente y chocarrera debia sonar como un extraño contraste y hasta como un anacronismo. *Porcél*, en el *Juicio lunático*, que leyó en aquella célebre *Academia*, llama á Villarroel *un gracioso Barrios* (5), *un Marcial castellano*, y más ade-

(1) El romance á que pertenecen estos versos fué sin duda escrito en la mocedad del autor. Se halla ya en el códice que posee el señor don Pascual de Gayángos, y contiene las poesías tempranas de Villarroel.

(2) Véase el romance escrito para la *Academia del Buen-Gusto* por encargo de la Duquesa de Arcos y la Marquesa de Sarria. — *Poesías sagradas* y *profanas de don José Villarroel.* Madrid, por Andres Ortega, 1761, en 4.°, pág. 188.

(3) Consérvanse estas poesías en el citado códice perteneciente á la coleccion de manuscritos del señor don Pascual de Gayángos.

(4) Sirvan de comprobacion los siguientes ejemplos:

1.°

Así dice Holoférnes, cenando con Judit:

Por la boca y por los ojos
Néctar y veneno bebe,
Y de licor y belleza
Se rinde á dos *embriagueces.*
Bebe, y quiere beber más,
Agitado de dos fiebres,
Que áun no apagáran, helados,
Dos mares á sus dos *sedes.*

2.°

A lo que él hizo nobleza,
¿Quién lo tornó villanía?
Ni ¿qué borron lobreguece
Plana que Dios *candidiza?*

3.°

Tu lengua tiene una punta
Que pasará por encaje,
Y en el más sabio congreso
Puede *plenipotenciarse.*

(*Poesías de don José Villarroel.*)

(5) Alude al judío Miguel de Barrios, poeta del siglo XVII.

lante, en el juicio que pone en boca de *Jacinto Polo*, de un romance del mismo *Villarroel*, hace notar la incoherente y extraña manera con que procede en sus versos el festivo poeta (1). Traslúcese en ellos la prisa y espontaneidad con que versificaba, y sin embargo, se mofaba de los repentistas y blasonaba burlescamente de tardo y flemático en la composicion de sus poesías.

. . . . . .
. . . . . .
Así siempre cantaré:
A subitanea, difusa
Et ab improvisa musa,
Liberanos, Dominé.
No admito velocidad
En quien de Aganipe bebe;
Que esto de despachar breve
Le toca á su Santidad.
Rapidez: rapacidad,
No madurez, me señala,
Y á flor efímera iguala
Que de duracion se aleja,
Porque muy poca alma deja
Espíritu que se exhala.
Para una cuarteta, iréis
Advirtiendo en mis poesías,
Que he menester cinco dias;
Para una quintilla seis;
Para una octava veréis,
Aunque me punce y me pince,
Que nueve; y cuando más lince
Pueda penetrar á un bronce,
Para una décima once,
Y para un soneto quince (2).

Un mérito tenía, y no pequeño: su índole castellana no transigia con el espíritu extranjero, y protestaba, siempre que hallaba ocasion para ello, contra la invasion de ideas francesas, que ya iban cundiendo aceleradamente por todos los ámbitos de España. Así escribia á un ministro de Fernando VI (3):

Castellana es esta musa,
Y mucho más le valiera
Que ser musa castellana,
Ser una musa francesa;
Pues dicen que nada es bueno
Como de París no sea,
Y hasta la misma herejía,
Si es de París, será acepta.
¿Cuándo ha de llegar el dia,
Incauta España, en que entiendas
Que áun afilan contra tí
Los cuchillos en tus piedras?
¿Cuándo has de desengañarte
De que, astuta, Francia intenta
Introducirte los *usos*
Para ponerte las *ruecas?*

Tanto era el éxito de los chistes y agudezas de *Villarroel*, que *Porcél*, no satisfecho con haberlo comparado á *Marcial*, coloca al clérigo chocarrero al lado de *Quevedo*, en la carta festiva que escribió al *Conde de Torrepalma* para distraerle de sus pesares:

Mas ¡ah! que en vano porfio
En adobarte las chanzas,
Tú sin gusto para oirlas,
Yo sin genio para hablarlas.
¡Quién para ahora tuviera
La sal de todas las salsas!
¡Quién se *Quevedoizase!*
¡Quién se *Villarroelára!* (4).

En tiempo de la guerra de sucesion ya era conocido como poeta, y escribió un romance *A una dama prisionera de las armas del señor Archiduque.* Puede conjeturarse que era hombre de avanzada edad cuando leia sus festivos versos en la *Academia del Buen Gusto.*

Dos colecciones de poesías conocemos de este escritor. Una muy copiosa, que conserva en un antiguo códice el señor don Pascual de Gayángos, y otra impresa en Madrid, por Andres Ortega, el año de 1761. Aquélla, de época anterior, está dedicada al Marqués de Cuéllar, ésta al Marqués de Estepa. En la coleccion manuscrita hay un chistoso romance (dedicado á un caballero de Ciudad-Rodrigo), en el cual *Villarroel* refiere su vida; pero es tal la exor-

(1) «El autor de este romance (que se llama el *Zángano*) dijo, con razon, que experimentaria la risa y el ceño de los lectores. Es tan cierto, como que no sabré yo decir si he extrañado ó he reido más una retahila de coplas por tan no esperados caminos y de tan raras combinaciones, que ni se han visto ni verán.» (Porcél, *Juicio lunático.*)

(2) Poesías manuscritas de don José Villarroel; códice del señor don Pascual de Gayángos.

(3) El Marqués de la Ensenada.

(4) Véanse en este tomo las poesías de *Porcél.*

bitancia de zumba, equívocos y conceptos del romance, que nada puede sacarse en claro. Esta coleccion no parece destinada á la estampa, sino exclusivamente al recreo y solaz del Marqués de Cuéllar. Así le dice en la dedicatoria:

Plácido admite el obsequio
De este libro; musa nueva,
Que á la luz de lo que alumbras,
Sale desde sus tinieblas.....

Siguen á la dedicatoria treinta y dos décimas, *Censuras burlescas de los sujetos más famosos del mundo*, á saber: el *Dios Momo;* el *Rey Perico;* el *Rey que rabió; Ticio* y *Sempronio; Merlin;* el *Pasquin de Roma;* el *Archipámpano de Sevilla;* el *Sastre del Campillo; Juan de Espera-en-Dios;* el *Alma de Garibay;* el *Otro;* el *Padre Manero;* el *Padre Gargallo;* el *Maestro de atar escobas;* el *Licenciado Ablanda-Brebas;* el *Estudiante Pío-Pío;* la *Madre Celestina;* la *Dueña Quintañona; Calainos;* el *Bobo de Coria; Agrages;* el *Colegio de los Doctrinos de Salamanca;* los *Sesmeros de su tierra;* la *Casa de locos de Valladolid; cuantos aran y cavan; Pedro-Grullo; Pedro-Botero; Pedro Urdemalas; Pedro Entre-ellas; Pedro por demas; Perico el de los Palotes; Petrus in cunctis.* No se agotaba fácilmente la vena chancera de *Villarroel.* El afan de apurar las ideas la hacia degenerar en prolija y cansada.

Como hemos visto, era *Villarroel* en la *Academia del Buen Gusto* sinceramente querido y admirado; pero á veces le hacian blanco, pagándole en la misma moneda que él usaba, de burlas familiares extremadas. Una de ellas fué el siguiente soneto burlesco, que hallamos entre los papeles de aquella academia, escrito de mano de *Porcél:*

DIÁLOGO ENTRE VILLARROEL Y LA MARQUESA DE SARRIA, HABIENDO ÉSTA REGRESADO DEL CAMPO.

V. — Vuecelencia aquí sea bien venida.
M. — Villarroel, usted sea bien hallado.
V. — ¿Cómo en la Moraleja se ha pasado?
M. — Haciendo allí la solitaria vida.
V. — ¿Ha estado vuecelencia divertida?
M. — Divertida no he estado, pero he estado.
V. — ¿Para darse un buen verde allí hay un prado?
M. — La yerba, de un poeta hallé pacida.
V. — Yo no pude ir á ver á vuecelencia.
M. — Pues ¿tuvo usted algun impedimento?
V. — Un escrúpulo fué de mi conciencia.
M. — ¿Escrúpulo? ¡Jesus! mucho lo siento.
V. — Temí no hallar cebada en conveniencia.
M. — Paja bastaba para tal jumento.

Sin elevacion en el númen, ignorado de la república literaria, pero lleno de soltura y de meridional gracejo, escribia por entónces versos festivos un ingenio gaditano, *don Francisco Nieto Molina. Moratin* lo clasifica, sin suficiente razon, entre los que llama *poetas tabernarios;* pero no es ménos cierto que por la naturalidad del lenguaje, por el libre espíritu de la inspiracion y por algunos destellos verdaderamente poéticos y agudos que de cuando en cuando se descubren en sus obras, hace recordar épocas más afortunadas para las letras castellanas. Nacido en ellas, habria sido acaso un poeta de índole más noble y más alta. Habia cultivado la poesía de Góngora, de Quevedo y de otros ingenios señalados del siglo XVII, y se habia de tal manera identificado con su estilo, á la par llano y conceptuoso, que sus versos parecen del siglo anterior, con sus resabios de gusto pervertido, pero al propio tiempo con su hablar fácil, rico y numeroso. Sólo en las obras de este poeta, en algunos versos de *Torres* y *Gerardo Lobo*, en algunas comedias de *Cañizares*, *Zamora* y *Candamo*, y en ciertas poesías populares, se encuentra todavía, ya entrado el siglo XVIII, aquel sabor de espontáneo y nacional lenguaje, que el siglo XVII, en medio de los extravíos de su decadencia, no habia per-

dido todavía. En *La Perromaquia* y en *El Fabulero* resplandece esta preciosa cualidad; pero, forzoso es confesarlo, en estas obras burlescas, en que todo se sacrifica al afan de ostentar donaire, falta el embeleso de la verdadera poesía. Apénas se advierte en ellas sino el desembarazo del hombre de ingenio y las agudezas del andaluz (1).

Don Juan Marujan fué un activo literato y poeta ínfimo de la era de Fernando VI y de Cárlos III, muy dado á controversias literarias. Tomaba parte en ellas en tono agresivo y jactancioso, y no solia el triunfo coronar sus briosos esfuerzos. Para defender su traduccion de la *Dido* de Metastasio, atacó sañudamente al *Marqués de Méritos*. Éste empleó alternativamente las armas de la razon y las de la sátira, y puso de su parte á *Campománes*, á *Montiano*, á *Velazquez* y á otros varones sesudos de la república de las letras.

Pero, entre las gentes que conservaban todavía el gusto, aunque viciado, de la literatura de carácter nacional, *Marujan* pasaba por luchador diestro y vigoroso, especialmente en las duras polémicas que por aquel tiempo se suscitaron acerca del teatro. Aunque se apellida á sí propio, alguna vez, *Juan Pedro, el desvergonzado*, teníase *Marujan* por censor justo y comedido, y hasta le ofendia que le tachasen de *satírico*, comparándose, para defenderse, con los grandes controversistas cristianos; mas la verdad es, que lo era en la forma familiar grotesca que en su tiempo se usaba, y que su estilo mordaz y vanidoso le acarreó sinsabores y, segun parece, hasta gravísimas persecuciones, que él atribuyó siempre á la envidia de sus enemigos literarios (2). Cuatro años pasó desterrado en África por sentencia de un tribunal. Así lo dice él mismo al Gobernador del Consejo de Castilla, por cuya mediacion alcanzó del rey Fernando VI indulto completo, pero sin expresar la causa de tanto rigor. La franqueza y lisura con que habla del asunto al Prelado-Gobernador dan motivo para conjeturar que *Marujan* no era reo de algun delito vergonzoso, sino víctima de insidias de enemigos, favorecidas por la imprevision ó la imprudencia del arriscado poeta.

Cuando escribia á personas cuya posicion oficial ó social no le imponia ciertos respetos, se entregaba fácilmente á su genial desenfado, y entónces pone de manifiesto á cada paso su índole reñidora y ardiente, que él mismo caracteriza de este modo:

Yo tengo un númen marcial,
Cuya propension inquieta,
Muy malquista con la paz,
Anda siempre tras la guerra.....

Sirva de prueba el siguiente ejemplo que consta en sus obras manuscritas. Unos oficiales de marina de Cartagena «habian dado á entender que era insufrible la vanidad del númen de *Marujan* hablando de sí mismo» (3). Súpolo *Marujan*, y escribió á los oficiales un romance festivo, en que, al traves del donaire, se trasluce el sincero deseo de defenderse de aquella acusacion. Pero ¡cómo lo hace! dando rienda, á pesar suyo, tanto como otras veces, á su altivo engreimiento (4). Aludiendo á los ataques que le dirigian, y á los triunfos que, segun él, habia alcanzado, dice con jovial desembarazo:

(1) *Don Francisco Nieto Molina* publicó, ademas de las obras citadas, un escrito festivo, titulado: *Inventiva rara; definicion de la poesía, contra los poetas equivoquistas; papel cómico.* Madrid, Pantaleon Aznar, 1767, en 8.°

Véase lo que acerca de este escritor dice acertadamente el señor don Adolfo de Castro, en el tomo XLII de esta BIBLIOTECA.

(2) Mas esto, de ser sátira tan léjos
Está, que lo hemos visto practicado
En Tomases, Escotos, Agustinos,
Crisóstomos, Ambrosios y Epifanios.....
Genios avasallados de mi númen,
É ingenios por el mio degradados,
Y los secuaces suyos son y fueron
Siempre los que á mi ruina conspiraron.
Estos la vida inquieta me han traido,
Que viva en dulce paz siempre estorbando,
Sin dejarme morar en pueblo alguno,
Y haciéndome vivir prófugo y vago.

(*Carta de Marujan á su protector don Francisco Diaz Santos Bulton, obispo de Sigüenza, gobernador del Consejo de Castilla.* MS.)

(3) *Obras poéticas de Marujan* (códice núm. 1).

(4) En una defensa de sus traducciones de Metastasio, impresa en Cádiz, el año de 1762, en la imprenta Real de Marina, *Marujan* blasona de haber corregido, al traducirle, al célebre poeta italiano,

No se dió ingenio que piense
Serlo á tuertas ó á derechas,
Dándose tan infinitos
Que, sin serlo, serlo piensan,
Que no haya puesto la mira
En mí, blanco de sus flechas;
Quedando todos heridos,
Sin que ninguno me hiera;
Y hechos rendidos trofeos
Del furor de mis saetas,
Tantas glorias me regalan
Como lides me presentan.
La vanidad catalana,
La altivez aragonesa,
La murciana terquedad,
La valenciana entereza,
La indomitez andaluza,
La quijotada extremeña,
La blandura castellana
Y la navarra dureza,
De su parte han puesto todos
Cuantos medios poner puedan,
Para someterme á mí,
Y que yo no los someta.....
Ídolos Madrid tenía,
Que lo fueron, y lo fueran,
Á no haberse á mis altares
Trasladado sus ofrendas.....

Demencia del orgullo, ó alarde jugueton de un ánimo chancero, era necesariamente este tan singular lenguaje. Pero la persistencia de *Marujan* en hablar siempre de este modo, hasta en obras en las cuales le convenia ostentar modestia, no deja duda de que su infatuacion era extremada é irremediable.

Aunque hombre docto y laborioso, *Marujan*, como poeta, sólo merece la indiferencia de la posteridad. Pero la historia literaria debe mencionar su nombre como recuerdo de la resistencia que hasta hombres instruidos opusieron, en la primera mitad del siglo XVIII, á la introduccion del gusto frances en las letras españolas.

Fueron principalmente blanco de sus iras *Nasarre* y *Cañizares*. *Nasarre* era uno de los más apasionados y vigorosos sostenedores de la escuela francesa, que empezaba á abrirse camino; y como su sentido crítico era pobre, y las doctrinas de su tiempo estrechas, el docto bibliotecario hablaba en sus obras del teatro antiguo español con aquella intolerancia de que suelen estar poseidos los propagadores de todo nuevo dogma. Cuando en su prólogo, estampado en la edicion hecha por él, en 1749, de las comedias de Cervántes, intentó probar, atacando el teatro antiguo, la extravagante é insostenible tésis de que aquel grande hombre las habia escrito con el fin de burlarse de las obras dramáticas de Lope de Vega, el buen sentido nacional, sublevado contra tan ridícula paradoja, levantó contra el osado crítico de la flamante escuela una cruzada de impugnadores (1), que, si no juzgaban siempre movidos por doctrinas sanas y elevadas, sentian por instinto que aquellos detractores del teatro antiguo herian en lo vivo las más altas glorias de la nacion.

Marujan, poco delicado en las formas y nada contenido en los sentimientos, vuelve tambien por el decoro ajado de la literatura dramática popular, no demostrando al crítico dogmáticamente la sinrazon de sus teorías, sino zahiriendo y denostando al hombre. Un largo romance escribió con motivo del famoso prólogo de *Nasarre*. Muy escaso es su mérito literario, pero muy significativa su tendencia antifrancesa, y, como tal, un curioso vestigio de aquella contienda entre el principio literario libre y español, y el impulso nuevo, exótico y encadenado. Encubriendo con el imperfecto anagrama *Arenas* el nombre de Nasarre, se cree *Marujan* dispensado de guardarle miramiento alguno. Hé aquí algunos pasajes de esta sátira tan resuelta como chabacana:

El gran licenciado *Arenas*,
Dios le guarde muchos siglos
Para pavear á todos
Sus lejanos y contiguos,
Echa á volar por el mundo
Un cartel de desafío

(1) Los escritos más conocidos de estos adversarios de *Nasarre* son: *La sinrazon impugnada y beata de Lavapiés; Coloquio crítico, apuntado al disparatado prólogo que sirve de delantal (segun nos dice su autor) á las Comedias de Miguel de Cervántes*, compuesto por don José Carrillo; Madrid, 1750, en 4.°

Discurso crítico sobre el orígen, calidad y estado presente de las comedias de España, contra el dictámen que las supone corrompidas, etc., por un ingenio de esta córte (Don Tomas Zabaleta, abogado); Madrid, 1750, en 4.°

Por lo que monta una paja,
Echando por esos trigos.....
No tomó con tanto encono,
En su ofensa, Colatino,
Dejar vengada á Lucrecia
Con la muerte de Tarquino,
Como sale espada en mano
Arenas, diciendo á gritos:
«Viva Cervántes, y mueran
Cuantos viven y han vivido.
»No hay comedias en el mundo,
Ni las hay ni las ha habido,
Como las que no lo son,
Ni lo serán ni lo han sido..... (1).
»Mirad qué coplas tan bellas,
Mirad qué versos tan lindos,
Que no parecen, por cierto,
De Cervántes, sino mios.....
»No deis por el principado
De Calderon dos cominos,
Ni por la soberanía
De Lope de Vega un pito.
»Principados quito y pongo,
Y á elecciones de mi arbitrio,
Soy el Todopoderoso,
Que coronas pongo y quito.....
»Si el teatro se mudáre,
En siguiendo otro partido,
Mañana daré á los güelfos
Lo que hoy á los gibelinos.....
»No hay cosa como la Francia,
Españoles aturdidos;
¿Cuándo mereceréis, necios,
Tener tan sabios vecinos?
»Advertid que las comedias
De autores á quien maldigo,
Las tradujeron, humildes,
Sus escritores altivos.
»Advertid en esta parte
Cuánto procedo sencillo,
Pues, sin mirar lo que hablo,
Cuanto digo contradigo.....»
Esto en su prólogo *Arenas*
Dice, no así proferido,
Sino haciendo á lo expresado,
Más rumboso lo expresivo.....
Con todas las circunstancias
Y forzosos requisitos
De á la latina cortado,
Y á punto frances cosido.....
No tiene la culpa él,
Sino quien ha consentido
En maestro á un aprendiz,
Y en doctor á un monaguillo.....
Quién es este caballero
Sepamos, por Jesucristo;
Porque yo no lo conozco,
Ni sé cuál es su apellido.
Lo *Arenas* creo anagrama;
Y pues tiene otros distintos,
Propios de sus propiedades,
Por ellos buscarle elijo.
Arenas, tierra sin fruto;
Que, en clima caliente ó frio,
Infructífero y estéril
Se construye lo arenisco.....
Esto de la poësía
Lo trae al pobre aburrido;
En pensando en el Pegaso
Montar, pierde los estribos.....
Y en fin, ¿para qué se cansa
Arenas en instruirnos
En un arte de que él puede
Usar allá á su albedrío?
Si son malas las comedias
Que por buenas aplaudimos,
En viendo una mejor suya,
Quedarémos convencidos.
Pero esto es tan fácil como
Llevar un peral membrillos,
Correr la posta en cuclillas,
Ó retroceder un rio.....
De naturaleza y arte
En lides, por hecho fijo,
Siempre á la naturaleza
Se da el arte por vencido.....
Pretende el señor *Arenas*,
Ú otro de su aliento y brío,
Hacer vïaje al Parnaso
Sin pasaporte del Pindo.
La erudicion pöesía
Hacer, piensa que es lo mismo
Que hacer natural el númen
Donde hay tan sólo artificio.
Toma el asunto, ya dado,
No electo por su capricho,
Y empieza á desalojar
De los estantes los libros.....
Ve lo que hay dicho en el caso,
Y entre remiendo y zurcido,
De muchos cabos atados,
Hace la obra un ovillo.
Por fin, de entre mil renglones
Salen cuatro rengloncitos,
Escríbense cinco absurdos
Y se borran veinticinco.
Secundum mister Camueso
Y segun monsiur Perito,
Como lo dijo Cerezo
Y como lo dice Guindo.
Por allí corre un Plutarco,
Por allá salta un Ovidio,
Por aquí brinca un Homero,
Acá danza un Tito-Livio.
Las sílabas se midieron
A la ley de lo medido,
Aquí meto y allí saco,
Aquí asierro y allá limo.
Por fin, se logró el aborto
Del concepto concebido,

(1) Alude *Marujan* á las comedias de Cervántes.

Forzando á naturaleza
La fuerza del abortivo.
Salió la obra, y salieron
Unos versos tan ariscos
Como gatos de desvanes,
Arañando los oidos.....

Si Dios les negó la gracia,
Dándola á quien darla quiso,
Contra divinos decretos,
En lo humano no hay arbitrios.
El que no nació poeta,
Pensar en serlo es delirio.....

Es tan vivo el enojo que infunde en el ánimo de *Marujan* ver á *Nasarre* atacar las comedias de Lope de Vega y de Calderon, y ensalzar las de Cervántes, que áun admirando el genio de este grande hombre, se hace eco, contra el *Quijote*, de la vulgar opinion que suponia el sentido de esta obra inmortal mengua del espíritu caballeresco de los españoles. Así dice, hablando del teatro de Cervántes:

Que quiso imitar á Lope
Se ve por muchos indicios;
Hizo todo cuanto pudo,
Mas no pudo lo que quiso.
Lo que le dijo el librero
Fué un evangelio chiquito:
Su prosa de usted es buena,
Mas sus versos son malditos.....
El fuerte fué de Cervántes
Aquel andante designio,
En que dió golpe tan fuerte,
Que á todos nos dejó heridos.
Aplaudió España la obra,
No advirtiendo, inadvertidos,
Que era del honor de España,
Su autor, verdugo y cuchillo;
Constando allí vilipendios
De la nacion repetidos,
De ridículo marcando
De España el valor temido.....
El volúmen remitiendo
Á los reinos convecinos,
Hicieron de España burla
Sus amigos y enemigos.
Y ésta es la causa por que
Fueron tan bien recibidos
Estos libros en la Europa,
Reimpresos y traducidos,
Y en láminas dibujados
Y en los tapices tejidos,
En estatuas abultados
Y en las piedras esculpidos.
Nos los vuelven á la cara,
Como diciendo: «Bobillos,
Miraos en ese espejo;
Eso sois y eso habeis sido.....»
Y éste es el que sale ahora,
Con sus ocho de *ab initio* (1),
Á vender comedias, muerto,
Que no pudo vender vivo.
. . . . . .
Si Lope y Calderon fueren
De Francia mal recibidos,
Con paciencia será fuerza
Llevar estos trabajillos.
Tampoco aplauden allá
Los cánones tridentinos,
Y no por esta razon
Son de acá mal admitidos.
Calderon y Lope son
Héroes de la escena invictos,
Luminares de sus cielos,
Atlantes de sus Olimpos.
Son fuertes que, en gloria nuestra,
Dios inexpugnables hizo,
Y á sus alturas no alcanzan
Las balas de ningun tiro.
Sólo de tu atrevimiento
Eximirse no han podido,
Pues todo labio ha besado
Lo que tú solo has mordido.

Que *Marujan* era inconsiderado y díscolo, se ve patente en sus propios escritos. Uno de sus enemigos fué, segun puede conjeturarse, el insigne *Conde de Torrepalma*. Y ¿qué mucho que lo fuera, si el desenfadado coplero se burla de él en sus versos, y en contra suya, con chismoso espíritu, se hace eco de las murmuraciones de la gente frívola y ociosa? (2). De notar es que *Torrepalma* era amigo de *Nasarre* y sectario de la nueva escuela doctrinal.

(1) Alude á las ocho comedias de Cervántes.

(2) Entre los manuscritos de *Marujan* hay un romance con el siguiente epígrafe:

«Habiendo venido á la córte cierto caballero andaluz....., de rara altanería y extravagancia, excediéndose hasta publicar, en Andalucía, era su viaje á la córte á cubrirse y casar con hija de Grande; por cuyo motivo ha experimentado algunos desaires en la Grandeza.»

El romance empieza así:

Gran *Señor de Gor* (cuidado,
Musa, que estamos en tiempo
En que á todo *gran* le miran
Todos los grandes con tedio).....

Marujan, poco aficionado á las formas aristocráticas, así en la sociedad como en las letras, se burla aquí del *Conde de Torrepalma* porque firmaba á veces *Señor de Gor*.

Tambien dió *Marujan* rienda á su saña contra el famoso poeta dramático *Cañizares*, tal vez por sus tentativas de imitacion del teatro frances. Y en verdad que, si tal era, como puede creerse, el impulso que movia contra el célebre escritor dramático el ánimo de *Marujan*, no podia ser este impulso más injusto y ménos fundado. Si *Cañizares*, siguiendo el ejemplo de *don Francisco Pizarro, marqués de San Juan*, prolijo traductor del *Cinna* de Corneille, se inclinó á la escuela dramática francesa é italiana, lo hizo de tal manera, en el *Sacrificio de Ifigenia*, en el *Temístocles* y en otros ensayos semejantes de imitacion extranjera, que no pudo quedar duda de que la índole de aquel ingenio era profundamente popular y española, y que no sabía ni podia imitar sino á los grandes dramáticos españoles, cuyas fábulas explotaba con tan poco escrúpulo como innegable acierto.

Marujan, en pugna literaria con *Cañizares*, contestó á una sátira suya en términos destemplados y personales. Le acusa de estar en inteligencia amorosa con la comedianta Rosa la Gallega, le echa en cara sus plagios, y hasta le zahiere por el desmedido tamaño de sus narices. Tal era el tono rudo y descortés de las polémicas de aquel tiempo.

Esta diatriba, titulada *Ovillo en que se devanan las quebradizas especies*, etc., está contenida en un códice *Obras poéticas de Marujan*. Todo indica que es obra suya, si bien se aparenta que es otro quien defiende y ensalza al mismo *Marujan*. El autor, movido, al parecer, por el ardor de la contienda literaria, por la ira ó por la envidia, desconoce que *Cañizares* es, en la decadencia del teatro, el último representante de aquellos brillantes y nacionales ingenios que él mismo con tanto calor defiende y preconiza; olvida que, al lado de la risible al par que diestra imitacion de *Lope de Vega*, *Calderon*, *Montalvan*, *Tirso* y otros, resplandecen prendas propias de *Cañizares*, como la animada viveza del diálogo y la agudeza epigramática, en las cuales pocos le aventajan; y sólo busca medios de zaherirlo y ofenderlo (1)

(1) He aquí una muestra de la diatriba, que no tiene más valor que el ser un testimonio curioso de la historia del teatro en aquellos tiempos:

Pues ¿áun hay Cañizares en el mundo?
Dijo Clio afligida.....
¡Cómo! ¡Qué es eso! dije yo, admirado,
¿Que Cañizares vive, es ignorado
En el Parnaso? Vive, y muy vivido,
Cada dia su bando más seguido.....
¿Qué númen sacro su furor conmueve?
El númen del demonio que lo lleve.
Polimnia dijo: «Pues ¿se juzga acaso
Que él haya visto cosa del Parnaso?
Pues ¿no se ve en su duro y en su tierno,
Que el influjo que tiene es del infierno?
Porque solo Luzbel y sus secuaces
De influir en sus obras son capaces,
Siendo incursas, por ley y privilegio,
Todas ellas en hurto y sacrilegio.
Dios les perdone á varios escritores
El no sacar á luz sus borradores;
Que si ellos á la vista parecieran,
Por suyas en Madrid no se vendieran
Tantas obras hurtadas,
De sus originales trasladadas.
Aunque en cuenta su rueca tuerza el huso,
Está patente el huevo y quien lo puso;
Castigo de miseria, las *Espinas*,
Dómine Lucas, *Actas Agustinas*,
Montañés en la Córte, y mil trovadas,
De la tela de Lope están cortadas.....
El Niño de la Guardia, y *Cárlos Quinto*
Sobre Túnez, el númen más sucinto
Se ve que las cogió, para sus fines,
De don Juan de la Hoz en los jardines.
El falso Nuncio, que por de él se ha dado,
Es de un excelso ingenio celebrado (*a*).
Eurotas, tan famosa y decantada (*b*),
Fué de otro escaparate arrebatada.
Acis y Galatea tienen amo
En no ménos sujeto que en Candamo.
El Príncipe don Cárlos, claro y liso,
Es trasplantado del plantel de Enciso;
Hasta el paso de *El Hacha*, trastejado,
Para el tiempo presente acomodado;
Y en fin toda su cómica vendimia,
En que alternan el oro y el alquimia,
Zurcida, remendada y contrahecha,
De ajenas heredades es cosecha.....
¿Qué ha dicho Cañizares, que no sea
Concepcion, feto y parto de otra idea?
Siendo en su falso teatral enredo
Un ave de rapiña á todo ruedo,
Pues que ninguno ignora
Lo que pasaba en tiempo de Zamora,
Que á toda copla suya, ardiente ó fria,
En público el *concuerda* se ponia;
Mas él vengaba bien tales tragedias,
Pues, contra el alto tren de sus comedias,
Con un *Conejo*, un *Mono* y una *Zorra*,
Volvia sus aplausos en camorra.....» (*c*).
Dijo Erato: «Si mal no lo he entendido,
¿No es ése el Cañizares aturdido
De quien se rien *Diablo*, *Carne* y *Mundo*
Por el atrevimiento sin segundo

(a) Del Almirante. (*Nota del códice.*)
Hay dos comedias del asunto y título de *El Nuncio falso de Portugal*: una *de tres Ingenios*, cuyos nombres no constan, incluida en la *Parte treinta y seis. Comedias escritas por los mejores Ingenios de España*..... (*Madrid*, 1671), y otra de impresion suelta y repetidas ediciones (una de ellas, que tengo á la vista, hecha en *Valencia*, 1764, que aparece como produccion *de un Ingenio*, y ha sido por algunos atribuida á *don José de Cañizares.—Del Almirante de Castilla, don Juan Gaspar Alonso Enriquez de Cabrera*, que nació en Madrid, año 1625, y murió en 1691, únicamente conocíamos la coleccion de poesías que tituló *Fragmentos del ocio*, á cuyo final van dos *Representaciones* á Felipe IV y unas *Reglas para torear*, y que se publicó anónima en Nápoles, 1683. (*Nota del señor don Cayetano Alberto de la Barrera.*)

(b) Del mismo. (*Nota del códice.*)
Eurotas y Diana es segundo título de una zarzuela en dos jornadas, que lleva el nombre de *Cañizares*, y tiene por primero el de *Amando bien, no se ofenderá un desden*. (*Nota del señor don Cayetano Alberto de la Barrera.*)

(c) Madrid aplaudió más los sainetes *El Conejo*, *El Mono* y *La Zorra*, que dió á luz Cañizares, que las comedias que al propio tiempo se representaban de don Antonio de Zamora. (*Nota del códice.*)

Es difícil determinar, por los datos vagos y escasos que nos quedan de *Marujan*, cuál era en la sociedad de su tiempo el verdadero concepto moral de que disfrutaba este controversista estrafalario. Por una parte aparece odiado y hasta judicialmente perseguido; por otra se ve atendido y amparado por hombres de cuenta, entre ellos el Gobernador del Consejo de Castilla, los Marqueses de Estepa (1) y los Marqueses de Espinardo, y hasta mirado con benevolencia por Fernando VI. Lo que no deja duda alguna es que sus versos le granjearon fama de poeta en aquella era de copleros familiares, chabacanos y descarados. En Granada, el Presidente de la Real Chancillería, don Manuel de Carmona, y otras personas de alto respeto se valieron de él, teniéndolo en mucho como poeta, para que escribiese convocatorias en verso á los ingenios granadinos, con objeto de ensalzar á Fernando VI y á su ministro Carvajal, ora por las mercedes y privilegios otorgados á la Real Compañía de Comercio de Granada, ora por la fundacion del hospicio de la misma ciudad. *Marujan* no habia nacido para la poesía elevada, y las dos composiciones, en romance heroico, que escribió con tales motivos, no son más que un tejido de falsos conceptos, expresados en estilo hinchado y ampuloso (2).

Hemos presentado, acaso con excesiva abundancia, las citas de *Marujan*, no por lo que ellas en sí valen, sino porque, con su carácter personal, su aversion á la literatura artificial de la Francia, y su entusiasmo por el antiguo teatro español, este mal poeta es un ejemplo muy caracterizado de los polemistas copleros de aquella época de transformacion. Y ¿cómo sorprenderse de que así piense y escriba un poeta de naturaleza desmandada, cuando un hombre tan docto y mesurado como *Porcél*, tan autorizado entre los adoradores de las *Poéticas* restrictivas de Francia, decia en el seno de la *Academia del Buen Gusto*, creada cabalmente para honrar las *Poéticas*, estas palabras, dignas de los mejores tiempos de la crítica?

(*Habla Garcilaso.*) Confirmo el juicio que entre los mortales hice, que la poética no es más que opinion. La poesía es genial, y á excepcion de algunas reglas generales y de la sindéresis universal que tiene todo hombre sensato, el poeta no debe adoptar otra ley que la de su genio. Se ha de precipitar como libre el espíritu de los poetas; por eso nos pintan al Pegaso con alas, y no con freno; y si éste se le pone, como intenta el que modernamente ha erigido el Parnaso frances, es desatino..... En vano se cansan los maestros del arte en señalar estas ni las otras particulares reglas, porque esto no es otra cosa que tiranizar el libre pensar del hombre, que en cada uno se diferencia, segun la fuerza de su genio, el valor de su idioma, la doctrina en que desde sus primeros años lo impusieron, las pasiones que lo dominan, y otras muchas cosas.

¿Qué pensarian de la libre y desembarazada doctrina de estas palabras *Luzan*, *Montiano* y *Nasarre*, en cuya presencia las leyó *Porcél*?

Interes, y no escaso, encierran, para la historia de la crítica, esas protestas del gusto nacional contra la esclavitud del ingenio, esa glorificacion de la libertad poética sin freno doctrinal extranjero. Simpatía merece aquel impulso nacional que, sin más dogma ni razon que el instinto y el entusiasmo, pugnaba, así en Inglaterra como en España, por sostener el pedestal de gloria de los Shakspeare y de los Calderones, consolidado para siempre por la crítica firme y filosófica de los tiempos modernos.

De quitar y poner versos y pasos,
Con ilusos frenéticos atrasos,
De Calderon en *autos*, cuyas huellas
Aun miran con respeto las estrellas?» (*a*).
. . . . . .
Dijo Apolo: «Es así; pero no creo
Lo que se dice en cuanto á hacer empleo
De público comercio, puesto en venta,
Los versos que arrebata ó que fomenta,
Haciéndolos caudal de sus codicias.»
—Ustedes están cortos de noticias,
Dije; ¿ahora salimos ignorando
Lo que públicamente está pasando?
Sólo con coplas su caudal granjea;
Las vende, las ajusta y regatea,
Aunque ya el regateo está cortado,
Pues tiene su arancel puesto y clavado.....; etc. (*b*).

(1) La Marquesa de Estepa escribió versos en honor de *Marujan*.

(2) Uno de estos romances fué impreso en Granada, por José de la Puerta, en 4.° El otro está en los códices que poseemos de las *Obras poéticas de Marujan*.

(*a*) Enmendó Cañizares, y quitó y puso pasos en los autos de Calderon. (*Idem.*)

(*b*) Vendió Cañizares siempre sus obras á precios señalados: la comedia con sainete á treinta y cinco doblones, y las demas obras á prorata. (*Idem.*)

CAPÍTULO X.

Reinado de Cárlos III.— Continúa la resistencia instintiva del gusto nacional.— El cambio doctrinal triunfa al cabo.—Poetastros célebres.—Dos curas de Fruime.—Nifo.—Primeros frutos sazonados de la reforma.—Moratin (don Nicolas).— Cadalso.— Escuela poética salmantina.— Fray Diego Gonzalez.— Huerta.— *La Raquel.*— Iglesias.

Fuera de aquellos momentos felices en que el estro de la patria arde con fuego propio y se abre paso entre estorbos de orígen extranjero, la poesía, como otras fuerzas morales, camina de imitacion en imitacion. En España, prescindiendo de los romances y del teatro, en los cuales se retrata á sí propio el espíritu nacional con fieles y espléndidos colores, la poesía erudita y académica va casi siempre á la rastra de inspiracion extraña. Primero reina en ella el elemento *provenzal*, en seguida el *italiano*, casi al mismo tiempo el *latino*, más adelante el *frances*.—Torrepalma, Porcél y algunos otros, aunque pugnaron como reformadores, no penetraron bastante en el gusto de la escuela francesa. Por eso fueron tan fugaces en aquella era doctrinal su gloria y su influencia. No eran bastante franceses para una época en que, como dice muy acertadamente Quintana, *comiamos, vestiamos, bailábamos y pensábamos á la francesa* (1). Entrada ya en sazon la doctrina sana, pero estrecha, que nos daba en sensatez y en atildado gusto cuanto nos quitaba en riqueza, en hechizo y en libertad; mal avenida, por otra parte, la imaginacion de los españoles con la poesía desmayada y glacial de *Montiano*, de *don Juan de Iriarte*, de *don Pedro de Silva*, del *padre Benavente* y del mismo *Luzan*, que, si escribian con bastante correccion, no hacian sentir en sus versos una sola vibracion del alma, era forzoso que llegasen á connaturalizarse algun tanto con el espíritu nacional las formas de la nueva civilizacion literaria, que, llevada, como anteriormente hemos indicado, en alas de la gloria de los escritores inmortales del siglo de Luis XIV, subyugaba con el rigor de la forma, con la majestad del pensamiento, con la limpieza del estilo, las letras de todas las naciones cultas, áun de aquellas donde habian derramado luz tan esplendorosa Shakspeare, Ariosto y Calderon.

En manos de la medianía, la amalgama, producida por la lucha misma, de dos escuelas de tan diversa esencia y entre sí tan poco conciliables, fué una verdadera calamidad literaria. De los infelices poetas que cultivaron esta híbrida y falsa inspiracion, algunos alcanzaron renombre, en verdad poco merecido. Dos de ellos son dignos de un honroso recuerdo. Es el uno *don Diego Antonio Cernadas de Castro*, natural de Santiago de Galicia, famosísimo en su tiempo, como poeta, con el nombre de *el Cura de Fruime*. Y por cierto que es inexplicable su fama extraordinaria. *Cernadas*, párroco admirable por su dulce, paternal y caritativa condicion, no escribió libro alguno de esos que provocan la admiracion y suscitan la gloria. Dotado de una modestia evangélica sin igual, pasó la vida entera, por gusto suyo, en la pobre y solitaria aldea de San Martin de Fruime. Y, sin embargo, su nombre resonaba en toda España, y todo por unos insignificantes versos, en que no hay ni hechizo, ni emocion, ni grandeza. Su aficion al estudio y su correspondencia con doctos amigos de Madrid no le infundieron el fuego de la inspiracion, pero le preservaron hasta cierto punto de la insufrible afectacion que afeaba la literatura de su tiempo. Acaso su misma sencillez le hizo simpático. Sus versos eran leidos en todas las clases de la sociedad (2). ¡Caprichos de

(1) *Introduccion á la poesía castellana del siglo* XVIII.

(2) Murió en Fruime, el año de 1777. Pondrémos aquí una breve muestra de su estilo. Un poeta castellano hizo esta punzante descripcion burlesca del reino de Galicia y de sus gentes:

Reino infeliz, país desventurado,
De España muladar, rincon del mundo,

la suerte! Otro cura de Fruime, *don Antonio Francisco de Castro*, cabalmente el inmediato sucesor de *Cernadas*, fué tambien poeta, y mejor poeta que éste, aunque mediano. Pero su nombre quedó ignorado, así como sus obras, que por primera vez han salido á luz há algunos años (1).

El otro poeta á que nos hemos referido es *don Francisco Mariano Nifo.*

Semejante á *Mañer* en su aficion á propagar en obras periódicas el conocimiento de los adelantamientos europeos (2), traductor infatigable como él, tambien se le asemeja en su escasa aptitud para la poesía elevada, si bien le sobrepuja en fecundidad y soltura. En 1746 publicó unos endecasílabos á la coronacion de Fernando VI. A la muerte de este soberano publicó otra composicion endecasílaba, titulada *Voces llenas de amor*, etc. En ambas poesías resaltan á un tiempo el alambicamiento y el prosaismo. Celebró en sus versos á la reina madre doña Isabel Farnesio y á las célebres comediantas María Bermejo y María Lavenant (3). Esta última habia representado el papel principal en el drama heroico de Metastasio, traducido por *Nifo*, titulado *Hypsipile*, *princesa de Lémnos.* Andando el tiempo se corrigió algun tanto este escritor, en sus comedias y en sus poesías líricas, del artificioso estilo tan comun en la época de su mocedad, mas sin adquirir por eso fuerza ni elevacion. Si pudo pasar en tiempo de Fernando VI por un mozo aplicado, que daba esperanzas de adelantar en la poesía, ya entrado el reinado de Cárlos III no fué tenido sino en lo que realmente era: un versificador vulgar, sin sentimiento poético, sin gusto y sin inspiracion.

Fué muy apreciado por su incansable actividad y por sus prendas morales. Estuvo preso algun tiempo por disensiones graves de familia, y, á pesar de su actividad extraordinaria, no llegó á alcanzar la prosperidad que ambicionaba. Así puede inferirse de lo que él mismo declara en algunas de sus obras, y singularmente en el romance dirigido á su mujer, que empieza:

Amada consorte mia..... (4).

Entre tinieblas siempre sepultado;
Áspero, rudo clima, temple airado;
Infiel, bárbaro trato, sitio inmundo;
Gente sin sociedad, campo infecundo.
En el nombre de Dios santo y eterno,
Con cuanta fuerza tiene el exorcismo.
Te conjuro y apremio, triste averno,
Para que me declares por tí mismo
Si eres en realidad el propio infierno,
O si eres el retrato del abismo.

Ofendido *Cernadas* al ver tan maltratada á su querida tierra natal, limitó su desagravio á glosar el primer verso en estos términos:

Es hermosa mi huerta y fértil; pero
Viene la oruga, cómela y la afea:
Por bien abastecido que lo vea,
Viene el raton, y estrágame el grancro:
Muy poblada mi viña considero;
Viene el marrano vil, y la estropea:
Gallinas y sustancia hay en mi aldea;
Viene y las rapa el zorro trapacero.
Oruga el asturiano en su codicia,
Raton el castellano desdichado,
Marrano el andaluz en su inmundicia,
Y zorro el montañés disimulado,
Éstos la comen, y hacen á Galicia
Reino infeliz, país desventurado.

(1) En Orense, 1841.

(2) Publicó, ademas de otros muchos periódicos, el *Correo general de España*, bajo los auspicios de la Real Junta de Comercio de Madrid. El Consejo de Castilla protegió esta publicacion, y expidió una circular para que de todo el reino se remitiesen á *Nifo* las noticias que él mismo pedia en un interrogatorio.

(3) *María Lavenant y Quirante* fué una actriz dotada de extraordinario talento y hechizo. A pesar de haber brillado corto tiempo en la escena, quedó grabado en la memoria del público el embeleso que causaba en varios papeles, ya patéticos, ya festivos. Muchos años despues de su muerte se recordaba todavía con deleite el entusiasmo que infundia en sus oyentes cuando cantaba aquella famosa copla:

Es en glorias pasadas
El pensamiento,
Unas veces verdugo,
Y otras consuelo.....

Preciábase de elegante y esplendorosa en el vestir, y se cuenta que dejó más de noventa vestidos de lujo.

Murió de un modo edificante, el dia 1.º de Abril de 1767, á la edad de veinticuatro años.

(4) Algunos años despues de la muerte de *Nifo*, un hermano suyo dió á la estampa (1805) sus principales obras líricas y dramáticas. Entre éstas, la comedia titulada *Matilde*, y *La casta Amante de Teruel*, *doña Isabel de Segura*, que *Nifo* llama *escena patética*, y que es en realidad de lo más lánguido y palabrero que se ha escrito en castellano.— En vida

Don Nicolas Fernandez de Moratin se habia esforzado por amoldarse á las severas prescripciones de los preceptistas y de los gramáticos; pero era demasiado poeta para rendirse servilmente al yugo de la imitacion. Cuando estro sincero encendia su imaginacion, brotaban en sus versos aquellos acentos de la patria que le habian arrullado en la cuna, sacudia por instinto, como en la inimitable *Fiesta de toros en Madrid* y en los *romances moriscos*, las cadenas que voluntariamente se imponia, daba libre rienda á su estilo brioso y desembarazado, y al ardiente espíritu nacional que enardecia su alma, y era un poeta de castizo y noble linaje. Ticknor dice que *don Nicolas Moratin* fué «el sucesor y, hasta cierto punto, el heredero de las opiniones de *Luzan.*» Tal vez el mismo *Moratin* lo creeria así cuando, en reemplazo de su amigo el poeta trágico Ayala, desempeñaba, hablando con gran respeto de Boileau, la cátedra de poética en el Colegio Imperial, ó cuando en sus composiciones amorosas imitaba al Petrarca. Pero, en verdad, no hallamos título alguno de sucesion entre *Luzan* y *Moratin*, como no sea la casualidad de haber nacido éste el año mismo en que salió á luz la *Poética* de aquél. Pocas veces se encuentran en las letras dos hombres de tan diferente naturaleza. El uno todo cordura, imitacion, esmero; el otro todo arranque, imaginacion y sentimiento: el uno vive con la reflexion y con los preceptos; el otro vuela con el ímpetu irreflexivo de los poetas, y ahoga sus prendas privilegiadas cuando se juzga obligado á seguir humildemente la senda trazada de antemano por los principios convencionales. *Don Nicolas Moratin* era demasiado español para encadenar sin tregua las alas de su fantasía. Acepta los preceptos de la escuela francesa, pero vive su númen en involuntaria y constante pugna con ellos. ¿No veis cómo vuela su espíritu á cada momento hácia las tradiciones poéticas de la patria? ¿No os admira el ingenio con que quiere disculpar las corridas de toros? Se atreve á cantar *á Pedro Romero, torero insigne*, y lo hace, no en un romance popular, sino en una oda de grande elevacion lírica, como cantaba Píndaro á los atletas de Olimpia y de Nemea. Para él la barbarie de las corridas, que no puede negar, desaparece ante el arrojo y la elegante gallardía de los lidiadores españoles, como se olvida la osada desnudez de las estatuas griegas ante el mágico hechizo del arte. Él, ademas, con su fogosa imaginacion española, no ve en aquellas fiestas sangrientas sino la intrepidez de su raza. Así dice de Pedro Romero:

Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos, su altivez mostrando;
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando.
Le va apénas ornando
El bozo el labio superior, y el brío
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío,
¡Con cuánto señorío!
¡Qué ademan varonil! ¡qué gentileza!.....
Tu anciano padre, el gladiador ibero,
Que á Grecia España opone.....
No puede serenarse
Hasta que mira, al golpe poderoso,
El bruto impetüoso
Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que, por nativo brío,
Solamente no es bárbara en España.
. . . . . .
¿Cómo vencer á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si éstos sus juegos son y su alegría?
¡Oh, no conozca España que varones
Tan invencibles cria!.....

de *Nifo* se burlaba de él Moratin (Leandro) en estos versos familiares:

Nifo, ¡oh pestilente *Nifo!*
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas:
Tan sólo el diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y, por divertirse, hacerte
Escritor de callejuela.....
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba *Huerta;*
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿He de escribir miéntras *Nifo*
Escribe que se las pela?

Tambien Forner hace mofa de *Nifo*, designándole con el nombre de *Lupino*, en su sátira contra los malos escritores:

Ves al triste Lupino, etc.

Quien así, con el sentimiento nacional, lo realza y ennoblece todo, no era, no podia ser el continuador de helados preceptistas como *Luzan;* ardia en su mente la llama del poeta.

Era, ademas, *don Nicolas Moratin* hombre instruido, puro y fácil hablista, armonioso versificador y, más que todo, promovedor de los adelantamientos literarios. A él se debió la creacion de la célebre tertulia de la *Fonda de San Sebastian*, compuesta de hombres insignes, tales como *Ayala*, autor de la tragedia *Numancia destruida; Muñoz*, historiador del Nuevo-Mundo; *Cerdá*, bibliógrafo y anticuario; *Pizzi*, orientalista; *Signorelli*, historiador del teatro; *Ortega*, botánico; *Conti*, *Cadalso*, *Iriarte* (*don Tomas*), *Bernascone*, y otros hombres de alta ilustracion (1). Esta tertulia fué como una reproduccion, con más avanzados elementos y en forma más adecuada á las nuevas costumbres, de la memorable *Academia del Buen Gusto.* Aunque las damas no tenian cabida en la tertulia literaria de la *Fonda de San Sebastian*, no por eso era su instituto árido y sombrío. Estaba prohibido conversar sobre asuntos políticos, materia entónces para ellos escabrosa y acerba. Habíase formado la tertulia despues de la caida del Conde de Aranda, favorecedor incansable de todos los que se señalaban en ciencias y letras, y especialmente de los que componian aquella sociedad; y este recuerdo, que podia explotar la envidia en contra suya, les obligaba á proceder con circunspeccion y cautela. Sólo se permitia hablar «de teatro, de toros, de amores y de versos» (2). Con este risueño programa, y animados todos de espíritu modesto y fraternal, nada comun entre sabios, críticos y poetas, pasaban allí alegres horas, ocupados en sabrosas pláticas y lecturas, con las cuales se depuraba el gusto y se ensanchaban las ideas. La famosa tertulia de la *Fonda de San Sebastian* ejerció indudablemente poderosa influencia en el movimiento literario del reinado de Cárlos III, y en dar asiento y madurez á las doctrinas de imitacion y compostura de los maestros seudo-clásicos franceses é italianos (3).

Don José Cadalso fué el primero que entró de lleno en la nueva senda, y cultivó sin lucha, sin violencia y sin contradicciones de estilo las letras amaneradas de la escuela francesa. ¡Qué mucho, si se habia educado en París, y volvió á España á los veinte años, hablando diferentes lenguas, y prendado, como era consiguiente, de Racine y de Voltaire, de Diderot y de Montesquieu! Los primeros deleites que embelesan el entendimiento en edad temprana, dejan huellas profundas, que difícilmente se borran. *Cadalso*, por más que imita á Villegas, á Quevedo y á Góngora; por más que acrisola y fortalece el acendrado amor que profesó siempre á su patria, vuelve á cada paso involuntariamente los ojos á aquel cielo intelectual de donde recibió la luz primera de la poesía. Quiere probar sus fuerzas en la tragedia, escogiendo un asunto eminentemente castellano (Sancho García), y no sólo se ata con las cadenas de Boileau, sino que se complace en adoptar los versos pareados del teatro frances, sin echar de ver que habia de ser intolerable á oidos españoles el monótono martilleo. Quiere pintar uno de los delirios amorosos de su vida, y la fruicion amarga que habia experimentado haciendo desenterrar clandestinamente, en la iglesia de San Sebastian, el cadáver de la mujer que amaba (*Noches lúgubres*), y Young, poeta de la época de la reina Ana, esto es, poeta inglés á la francesa, es el modelo que le ofrece cuadro adecuado para desplegar enfáticamente el fúnebre dolor que le abruma (4).

De ingenio ameno, simpático y flexible, todos sus versos fueron recibidos con aplauso.

(1) *Vida de don Nicolas Fernandez de Moratin*, escrita por su hijo don Leandro al frente de las *Obras póstumas* de aquél. Barcelona, 1821.

(2) Don Leandro de Moratin.

(3) No nos detenemos más en el juicio de *don Nicolas de Moratin* como poeta lírico, porque de este ilustre escritor se ha dado completa idea en el tomo II de esta BIBLIOTECA.

(4) Todos los contemporáneos de *Cadalso*, Moratin entre ellos, dan testimonio de la pasion que inspiró al tierno poeta María Ignacia Ibañez, actriz jóven, modesta y hermosa. A la muerte prematura de esta mujer adorada, subió de punto la exaltacion de *Cadalso*, hasta parar en la extravagancia de desenterrar el cadáver, con mil riesgos y dificultades. Éste es el asunto real de las *Noches lúgubres.* (Véase la curiosa carta, impresa en el presente tomo, á continuacion de la noticia biográfica de *Cadalso.*)

Muchos de ellos se leen todavía con gusto, especialmente los cortos y festivos, donde campean soltura, gracia y vena satírica; y no podrán morir en la historia de las letras, porque, si no es muy alto su valor absoluto, tienen el incontestable mérito de ser acaso el ejemplo trascendental de donde arranca aquella poesía de los primeros tiempos de Cárlos III, no conmovedora ni sublime, pero noble, correcta, que habla ya un idioma claro y seguro, y que acaba por producir á Melendez, á Moratin y á Quintana.

El talento poético de *Cadalso* no carece de facilidad y de halago; pero en ningun género es eminente. ¿Cómo comprender, pues, la accion poderosa que ejerció en el desarrollo poético de su tiempo? Tres causas encontramos, sin embargo, para explicar esta influencia eficaz de *Cadalso*: su educacion literaria; su época, preparada para recibir favorablemente una literatura superficial y acicalada; y ante todo, el atractivo personal del simpático poeta, á quien todos amaban, y cuyo entusiasmo se infundia dulcemente en el ánimo de sus amigos. La erudicion de *Cadalso* no era ni muy ámplia ni muy profunda, y podria decirse que, sin caer en ello, se satirizó á sí propio en los *Eruditos á la violeta*. Pero esta erudicion escasa era de buena ley y grandemente acomodada para ayudar al impulso de filológica reforma que cada dia tomaba mayor vuelo y ensanche. Ya en Madrid, en la tertulia literaria de la Fonda de San Sebastian; ya en el tráfago de la vida militar, cambiando de guarnicion á cada momento; ya en Alcalá de Henares, donde conoció á *Jovellanos*, colegial entónces de San Ildefonso; ya entre los hombres estudiosos de la universidad de Salamanca; ya en la celda apacible y solitaria de *fray Diego Gonzalez;* siempre es *Cadalso* el mismo; siempre impone, sin intentarlo, el dulce ascendiente de su alma, que á nadie ofende y que á todos estimula y alienta. Hombres á él muy superiores rinden á su talento admiracion respetuosa: *don Nicolas de Moratin* y *fray Diego* le ensalzan en sus versos; *Melendez* le reconoce por director y por modelo; *Jovellanos* dice que le hizo *trepar al Parnaso con el aguijon de su ejemplo*. Hasta *Huerta*, que con su índole áspera y descontentadiza alejaba de sí á todos sus amigos, mantiene con *Cadalso* cordiales y constantes vínculos de respeto y de afecto. ¿Y quién es este Mecénas, que así cautiva las voluntades y así fomenta las luces? Un simple capitan, que carece totalmente de riqueza y poder, pero que tiene, en cambio, fe y entusiasmo; y nadie rechaza sus advertencias, porque están dictadas, en tiempo de acerbas hostilidades literarias, sin amor propio, sin malevolencia, sin envidia y sin intolerancia.

En la carrera militar halló igual correspondencia de parte de sus compañeros y de sus jefes. El ilustre *Conde de Aranda* se declaró protector suyo, y le dió amparo en momentos de apuro (1). Siendo ya coronel, y considerado como uno de los oficiales más brillantes y entendidos de nuestro ejército, murió prematura y gloriosamente en el sitio de Gibraltar. Su muerte fué universalmente lamentada, y hasta el gobernador de aquella plaza y muchos oficiales ingleses, que le conocian y apreciaban, honraron su memoria dando muestras públicas de duelo por la muerte de un militar tan valiente y tan instruido (2).

(1) Para salvarlo de los embarazos judiciales que le acarreó la tentativa de exhumacion del cadáver de María Ignacia Ibañez, el Conde de Aranda desterró á *Cadalso* de la córte.

(2) Mandaba una batería avanzada, y en la noche del 27 de Febrero de 1782, un casco de granada le hirió en la sien derecha y le llevó parte de la frente.

«Fué ocasion de su muerte el haber aquel dia él entrado de servicio en lugar de un amigo suyo, Caraqueño, hermano de la Marquesa de Cuerpo-Santo; el cual, muerto *Cadalso* por hacerle á él el obsequio de reemplazarle, de pesar, luégo se entró capuchino en Sevilla, donde le llamaban el padre *Caracas.*» (Apunte autógrafo de don Bartolomé José Gallardo; al cual añade lo siguiente: «Me han dado esta noticia en Cádiz (1843) los parientes de *Cadalso.*»)

Como no habia despertado en nadie los resentimientos de la envidia, su pérdida causó verdadera pesadumbre á todos los poetas. Hé aquí la interesante y sentida carta que en esta ocasion escribia *Melendez* á uno de sus amigos:

«Mi querido Mena: ¿Cómo ha recibido Vm. la desgracia del infeliz *Cadalso?* Vm. no le conocia; pero un hombre como él es una pérdida comun para todas las almas sensibles. La mia maldice mil veces la guerra, esta guerra que me ha privado de

Se ha atribuido algunas veces á *Cadalso* la honra de haber creado en Salamanca aquel movimiento literario, precursor de la nueva era poética del reinado de Cárlos III, con impropiedad llamada *renacimiento de las letras españolas*, sin advertir que nada verdaderamente nacional renacia, y que la civilizacion de aquel memorable reinado presentaba en todo caractéres nuevos, más europeos que españoles, más artificiales que espontáneos. *Cadalso*, que sólo residió en Salamanca por la movilidad contínua de la vida marcial, alentó en gran manera, como hemos visto, con su entusiasmo y con su ejemplo, el cultivo de la poesía en aquella ciudad esclarecida; pero no fué, ni pudo ser, el iniciador exclusivo de la efervescencia intelectual, tan gloriosa como afortunada, que llegó á decorarse con el nombre un tanto pomposo de *escuela salmantina*, y que, despues de un largo período de oscuridad y decadencia, fué tenido sin razon bastante por una verdadera restauracion del siglo de oro.

Aquella efervescencia literaria era consecuencia natural de los adelantos que, aunque lentamente, iba haciendo España desde el advenimiento de la casa de Borbon, como tambien de los elementos activos que el nuevo estado de Europa traia sin tregua á la civilizacion española. Artes, ciencias, industria, espíritu de investigacion y de exámen, crítica, institutos literarios, todo iba cobrando vida, y *Cadalso* encontró ya los gérmenes de la nueva cultura poética, así en los claustros como en las escuelas de Salamanca. Más adelante creció el impulso, y tanto allí como en otras partes llegaron á formarse centros de luz y actividad poética. Pero á Salamanca, recobrándose aceleradamente de su dilatada postracion, cupo entónces la gloria de adelantarse á las demas ciudades, y formar en su seno un foco de poesía más puro, más extenso y más trascendental. En cuanto al dictado de *escuela salmantina*, que se aplica al conjunto de poetas que allí dieron lustre á las letras castellanas en la segunda mitad del siglo XVIII (1), no puede considerarse más que como una designacion sonora, nacida acaso de engreimiento local; designacion que más adelante se propagó á Sevilla, y áun á Granada. Poco importaria en sí mismo el nombre, que la rutina ha consagrado, si no representase una idea errónea, que la crítica moderna reprueba, y que más daña que favorece al renombre de aquellos poetas. La palabra *escuela*, en filosofía, en política y en algunas ciencias, puede tener una significacion clara, saludable y concreta; es un centro donde reinan principios fijos, donde se respeta un sistema, donde todo deriva de una disciplina doctrinal prévia y rigorosamente establecida. Pero con referencia á la poesía, la palabra *escuela* es aventuradísima, y puede ser hasta un contrasentido, si se tiene en cuenta el campo inmenso y desembarazado que requieren para su libre é ilimitado desarrollo las artes de la imaginacion. Ciertas prescripciones convencionales de forma, por grande que se suponga su importancia, no son ni pueden ser la esencia de la creacion poética; y *escuela*, esto es *sistema*, y *poesía* son dos

un amigo tan bueno, y á quien seré toda mi vida obligado con el reconocimiento más íntimo. Sin él, yo no sería hoy nada. Mi gusto, mi aficion á los buenos libros, mi talento poético, mi tal cual literatura, todo es suyo. Él me cogió en el segundo año de mis estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y de lo bueno, me formó el juicio; hizo conmigo todos los oficios que un buen padre con su hijo más querido. Yo me proponia, acabado este maldito campo (el cerco de Gibraltar), convidarle á esta ciudad, á que viera su obra y la acabára; instarle, importunarle, y tener el gusto de verme otra vez á su lado. ¡Cuántos motivos para llorar su desdichada falta! Tengo empezada una cancion fúnebre, que si puede salir segun mis ideas, lo será con toda propiedad. Vea Vm. las dos primeras estancias:

» Silencio augusto, bosques pavorosos, etc. (a).

. . . . . .

» Yo quisiera imprimirla despues, y consagrar á la santa amistad esta memoria. Tengo tambien algunos versos suyos inéditos, mejores, sin comparacion, que los publicados por él, como cosa de setecientos. Quisiera tambien darlos á luz.» (Carta autógrafa de *don Juan Melendez Valdés* á su amigo el *padre Mena*, escrita en Salamanca, el 16 de Marzo de 1782. — Coleccion de manuscritos del señor Marqués de Pidal.)

«Con motivo de la muerte de Cadalso, ocurrida al lado del Conde de Noroña, escribió éste una *elegía*, y á más una oda en alabanza del mismo.» (Fuster, tomo II, pág. 381.)

(1) Quintana, Ticknor y otros muchos.

(a) Véase esta cancion en las poesías de *Melendez*.

palabras que traban mal sus significaciones divergentes y repulsivas. Por fortuna de las letras de Salamanca, sobresalieron en aquella era brillante poetas cuya diversa índole aleja la idea de uniformidad y de senda trillada que despierta la palabra *escuela*. ¿En qué se asemejan el candoroso *fray Diego Gonzalez* y el sarcástico *Forner*, el delicado *Melendez* y el epigramático *Iglesias?* La idea de *escuela* no nació de los mismos que la componian. Uno de ellos, *fray Diego Gonzalez*, siguiendo el estilo del tiempo, designa propiamente con el nombre de *Parnaso salmantino* aquella reunion de ingenios de Salamanca, que, segun él, no pasaban de cinco (1), pero en la cual debe contarse por entónces alguno más, y que más adelante se aumentó con otros hombres de incontestable mérito.

Es *fray Diego Gonzalez* uno de los poetas de que con razon se envanece Salamanca, uno de los caractéres más simpáticos y más puros que han dado lustre al claustro y á las letras. La poesía le era en tal modo connatural, que escribia versos, como otros buscan juegos é insustanciales pasatiempos, cuando su edad frisaba apénas con la adolescencia. Su númen no era ni enérgico ni levantado. No se prestaba á ambiciosos vuelos. Vivia su espíritu en una esfera mística, tan apacible y tan serena, que no podian entrar en ella estímulos mundanos, y mucho ménos aquellos que reciben su fuerza de la vanidad. Ni áun la vanagloria literaria, en su expresion más inocente y más inofensiva, podia caber en un alma enteramente subyugada por la mansedumbre y la modestia. Imitaba á fray Luis de Leon, no sólo por predileccion literaria, sino por las afinidades de instinto que los unian. Era una de ellas la aficion al campo, grande y sincera en el ánimo de fray Diego Gonzalez. Deleitábale, sobre todo, pasar algunos dias en *La Flecha*, pueblo cercano á Salamanca, á orillas del Tórmes, porque despertaba en su ánimo el recuerdo venerable y querido de fray Luis de Leon. Así lo expresa en una carta á fray Miguel de Miras, del 15 de Abril de 1777.

«Mañana (le dice) salgo á pasar tres ó cuatro dias en *mi* Flecha, que está de aquí, rio arriba, legua y media. Tenemos allí unas haceñas, un hermoso soto y prado, y lo que es más que todo, aquella huerta que en el principio de su *Dialógo de los Nombres de Cristo* describe con tanta belleza nuestro insigne Leon, y donde aquel Marcelo enseñó á sus compañeros tan divinas doctrinas. Éste es el huerto que, en la cancion de la vida solitaria, llama *plantado por su mano, del monte en la ladera*, y la *fontana pura*, que

Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Hasta llegar corriendo se apresura, etc.;

que tú lo sabes todo de memoria y á la letra, como tan aficionado á fray Luis.....»

«Estas memorias me harán dulcísima la estancia» (2).

Su corazon tierno y delicado habia nacido únicamente para amar, para amarlo todo. Dios, la mujer, la humanidad, se disputaban su alma. Dios triunfó de todos los impulsos humanos; pero, como éstos eran de tan noble y encumbrada naturaleza, triunfó, no combatiendo aquellos purísimos sentimientos, sino combinándose con ellos, como emanados de la divina esencia. Amó á las mujeres, y las amó con tan vehemente arrobamiento, que al referir poé-

(1) Así escribia á un amigo suyo de Sevilla (probablemente *fray Miguel de Miras*), el 11 de Noviembre de 1775:

«Este *Parnaso salmantino* se compone de cinco poetas que se tratan con familiaridad y mutuamente se estiman. Los tres, *Liseno* (el padre Fernandez), *Delio* (el mismo fray Diego Gonzalez) y *Andronio* (?) son de casa (esto es, religiosos agustinos)..... Los otros dos poetas son jóvenes seglares, profesores de jurisprudencia, en que van haciendo singulares progresos. Uno y otro han compuesto mucho, cada cual por su término.....»

¿Quiénes eran estos dos poetas? Uno de ellos sin duda *Melendez;* el otro probablemente *Forner*. (Cartas autógrafas de *fray Diego Gonzalez*.—Coleccion de manuscritos del señor Marqués de Pidal.)

(2) Cartas autógrafas. (Coleccion del señor Marqués de Pidal.)

ticamente su vida á *Jovellanos*, vibraba todavía su alma al recuerdo de la extática ternura de su edad juvenil :

El ánima, rendida,
Amaba tiernamente,
Amaba sin medida;
Amaba, en fin, de modo,
Que áun ahora, al recordarlo, tiemblo todo.

Su espíritu estaba tan lleno de Dios, que escogió gozozo la vida del claustro; pero, mozo todavía, no es de admirar que la ilusion del amor le turbase y conmoviese algunas veces con sus fantasmas seductores. Con estas delicadas y fervorosas palabras pinta él mismo aquellas luchas íntimas del corazon:

¡Oh, si no se entibiára
En el pecho mezquino
El alto fuego de que fué inflamado!
Quizá mi voz sonára
En cántico divino
Sobre el Tabor ó el Gólgota sentado.
Pero, aunque á són sagrado
De la cítara mia
Las cuerdas arreglaba,
Amores solamente respondia..... (1).

Melisa y *Mirta* no fueron meras creaciones ideales del poeta. Fueron dos bellísimas doncellas, de rostro y alma angelical, que varios amigos de *fray Diego* conocieron y admiraron en Sevilla y en Cádiz (2). *Melisa* fué su primer amor, y en realidad pudiera afirmarse que fué su único amor verdadero. En la linda poesía titulada *Sueños*, confesion de los devaneos juveniles, bien claro dice el mozo enamorado que su dorado ensueño era entónces hacer de *Melisa* la compañera de su vida. Finge que dormido se le aparece la mujer que adora, y le dice estas dulces palabras, que encierran la imágen cabal de la ventura serena que soñaba:

En uno juntarémos los ganados
Que con bienes doblados
Y con paz juntamente,
Pasarémos la vida dulcemente;
Tendrémos ya los dos comun el techo,
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.....

Mirta es otra ilusion de su espíritu; pero de tan casta y, por decirlo así, tan etérea naturaleza, que no lastima en lo más mínimo ni su pureza de austero moralista, ni su autoridad de ejemplarísimo sacerdote. Sabe que

No le fué concedido
El amoroso pecho
Para centro de amores terrenales,

y admira á *Mirta* como creacion sublime de la mano divina y nada más (3). Por eso, á pesar

(1) Historia de *Delio*. Á Jovino. (Poesías de fray Diego Gonzalez.)

(2) Tal vez la residencia de estas señoras influyó en el anhelo que manifestaba *fray Diego Gonzalez* por vivir en aquellas ciudades.

«¿Has vuelto ya de la feria de Mairena.....?

».....Sevilla y Cádiz, Cádiz y Sevilla serian orbe suficiente para mi felicidad. Paciencia, pues el cielo dispone lo contrario.» (Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* á *fray Miguel de Miras*, escrita en Salamanca, el 7 de Mayo de 1776.—Coleccion del señor Marqués de Pidal.)

(3) La belleza exterior de *Mirta*, aunque notable, al decir de los que la conocieron en Cádiz, distaba todavía de la perfeccion estatuaria. Así lo reconoce el mismo *fray Diego*, quien anteponia siempre las prendas del alma á las perfecciones corporales.

«Siento (escribe á *Jovellanos* en 1778) que Vm no viese en Cádiz á la fiel *Mirta*. Ciertamente no hubiera Vm. visto una *Vénus*, sin embargo de que nada tiene de despreciable su figura; pero al ménos hallaria un alma digna de ser amada, encerrada en un cuerpo lleno de modestia y compostura; prendas que le granjearon todo el amor de *Delio*, quien aborrece toda mujer que no se recomienda á sus ojos por medio de tales prendas.»

de su genio tímido y de su escrupulosa conciencia (1), no temió interpretaciones aventuradas dando á *Mirta*, en la célebre invectiva del *Murciélago alevoso*, un risueño testimonio de la galantería mística y delicada que no habia de empañar su carácter sagrado. Los años no entibiaron en el alma del *maestro Gonzalez* la admiracion y el respetuoso cariño que le habia inspirado constantemente aquella *Mirta bella*, señora de muy notables prendas, que vivia en Cádiz algo olvidada del *pastor Delio*. Las cartas de *Mirta* eran solaz dulcísimo para el poeta, que vivia cumpliendo afanoso las arduas obligaciones de su alto ministerio; pero *Mirta*, entretenida con los deberes de la familia ó con los alegres recreos de Cádiz, dejó de escribirle, y el *maestro Gonzalez* sintió por ello profunda pena, con ciertos asomos de despecho (2).

Dos causas fueron rémora probablemente al cabal desarrollo del talento poético de *fray Diego Gonzalez*. La una, su estado religioso, que, con su conciencia imperiosa y timorata, lo sujetaba y comprimia; la otra, la preponderancia literaria que ejerció *Jovellanos* en su ánimo modesto y apocado.

No le faltaban ciertamente vocacion ni fortaleza para llevar la carga de sus grandes obligaciones religiosas, y fué sin tregua un modelo de sacerdotes. Pero el rigor de la vida monástica hubo de hacérsele duro en algunos momentos, en que se espaciaba su fantasía por más risueños campos. *¡Qué vida tan deliciosa habiamos de pasar viviendo juntos y libres!* escribe un dia á *fray Miguel de Miras* (3). Bien cierto es que estos movimientos de su alma poética no llegaban nunca á quebrantar su resignacion, ni á alterar su dulzura evangélica. Sólo se atrevia á confiarlos á algun amigo íntimo que le conocia á fondo y no habia de juzgarle con torcido criterio. Por otra parte, aunque el estilo llano y candoroso de *fray Luis de Leon* se inoculó, por decirlo así, en el suyo, y la traduccion que hizo de algunos capítulos de *Job*, para completar la de aquél, no desdice de la primera; y aunque no han faltado críticos, por demas benévolos, que han subido á *fray Diego Gonzalez* á un nivel cercano al de aquel eminente poeta (4), es lo cierto que *fray Diego*, en sus versos originales, no manifiesta nunca el estro intenso y arrebatado con que *fray Luis de Leon* exhala los sentimientos de la filosofía cristiana, ni aquella fuerza de contemplacion extática con que éste se remonta á la idealidad religiosa y se desprende de los vínculos de la tierra. La fantasía de *fray Diego Gonzalez* era viva y amena, pero no trascendental ni vigorosa.

Por esta razon puede conjeturarse, sin viso alguno de paradoja, que los consejos de *Jovellanos* contribuyeron á poner embarazos, ántes que á abrir campo, al vuelo de su númen. *Jovellanos*, movido por su espíritu austero y grave, dió en no juzgar dignos de la poesía sino aquellos asuntos que se prestasen al ensalzamiento de las glorias históricas y á la defensa y explanacion de altas verdades filosóficas ó morales. La singular epístola de *Jovino á sus ami-*

(1) Al morir, quiso quemar sus versos, sin embargo de la inocencia que respira en ellos. Los salvó del fuego y del olvido su excelente amigo *el padre Fernandez*, en cuyos brazos espiró *fray Diego*. Véase la interesante noticia biográfica de nuestro poeta, escrita por el mismo *padre Fernandez*.

(2) Así puede inferirse de lo que el mismo *fray Diego* escribia á *Jovellanos*.

«¿Creerá Vm. que aquella *Mirta* que *Delio* apellidaba *fidelísima* ha abandonado mi correspondencia y olvidado mi cariño? Pues así me lo aseguran, y así lo muestra su extraño silencio. Vale Dios que, como el amor que *Delio* la tenía nada tenía de interesal ni desordenado, no ha causado en su pecho aquellos grandes sentimientos que fueran regulares en otra providencia (situacion). *Delio* la amará, sin tratarla, del mismo modo y en el mismo grado que cuando la trataba, porque no cabe en él otra cosa; es natural á él no dejar de amar lo que una vez amó.» (Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca, el 8 de Agosto de 1778.—Coleccion del señor Marqués de Pidal.)

(3) Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* al *padre fray Miguel de Miras*, que á la sazon vivia en Sevilla en la intimidad de *Jovellanos* (Mayo de 1776).

(4) *Quintana* entre ellos. Éstas son sus palabras: «Fué apasionado del estilo de *fray Luis de Leon*, y le imitó tan hábilmente, que sus versos se confunden á veces con los de aquel gran poeta.»

Ticknor juzga con igual indulgencia:

«El *maestro Gonzalez* (dice) imitó á *fray Luis de Leon* con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oir aún la solemne entonacion de su gran maestro.»

gos de Salamanca (*Melendez*, *fray Diego Gonzalez*, *el padre Fernandez*) (1), leccion que degenera en apóstrofe, y que está escrita con pomposo magisterio, causó honda impresion en el ánimo humilde del *maestro Gonzalez*. *Jovellanos* pinta la poesía amorosa como indigna de eterna fama, y aconseja á *fray Diego* que dedique sus cantos á *la filosofía moral* (2), y á *Melendez* que abandone la inspiracion campestre, y consagre su musa á los triunfos de la guerra y al *sangriento furor de Marte*, cantando á Aníbal, á Pelayo, á Guzman-el-Bueno y á Hernan-Cortés (3). De índole esforzada y generosa era sin duda el consejo de *Jovellanos*; pero demuestra bien á las claras cuánto desconocia este varon insigne las condiciones esenciales de la inspiracion verdadera. Á cada hombre traza un camino intelectual su peculiar naturaleza, y no hay yerro más grave que imponerle por motivos artificiales un rumbo inadecuado. Ni el númen suave y ligero de *fray Diego Gonzalez* podia correr libre y ardiente en las asperezas del dogmatismo severo que le prescribia *Jovellanos*, ni al blando temple de *Melendez* cuadraban las broncas imágenes que andan unidas *al sangriento furor de Marte*. *Jovellanos* en cartas familiares esforzaba la imperiosa doctrina, y los dos poetas, que le consideraban como á un oráculo, cedieron sin titubear al ascendiente poderoso de aquel hombre, que por su instruccion, su entendimiento y su carácter se habia granjeado tan alto concepto. Ambos se desviaron de la senda de su vocacion verdadera: *Melendez*, que tan en su esfera se encontraba pintando amorosos juegos y cuadros de la naturaleza, se da á consideraciones metafísicas, donde sólo raya á mediana altura; *fray Diego* no se contenta con variar de estilo: le asalta como un remordimiento el recuerdo de sus versos pasados, y con infantil docilidad promete no cantar en adelante sino materias graves (4). *Jovellanos*, con laudable intencion, quiere ayudarle en sus propósitos, y no sólo le encarece le excelencia de un asunto de moral filosófica, fundado en el estudio del hombre, sino que forma por sí mismo el plan del poema didáctico *Las Edades*, cuya primera parte, *La Niñez*, llegó á escribir el candoroso agustino (5). La musa de *fray Diego*, llevada como con andadores por *Jovellanos*, en vez

(1) Obras de *Jovellanos*, tomo XLVI de la BIBLIOTECA, pág. 37.

(2)
¡Ay *Batilo!* ¡ay *Liseno!* ¡ay caro *Delio!*
¡Ay! ¡ay, que os han las magas salmantinas
Con sus gorginerias (hechicerias) adormido!
. . . . . siempre
Dará el amor materia á nuestros cantos?.....
No, amigos, no; guiados por la suerte
Á más nobles objetos, recorramos
En el afan poético materias
Dignas de una memoria perdurable.....
Dejadme al ménos, en tan noble intento,
La gloria de guiar por la ardua senda
Que va á la eterna fama, vuestros pasos.
Ea, facundo *Delio*, tú, á quien siempre
Minerva asiste al lado, sús, asocia
Tu musa á la moral filosofía.....
(*Jovino* á sus amigos de Salamanca.)

(3)
Y tú, ardiente *Batilo*, del meonio
Cantor émulo insigne, arroja á un lado
El caramillo pastoril, y aplica
Á tus dorados labios la sonante
Trompa para entonar ilustres hechos.
Sean tu objeto los héroes españoles,
Las guerras, las victorias y el sangriento
Furor de Marte. . . . . .
. . . . . suban
Por tu verso á la esfera cristalina
Los triunfos de Pelayo.....; etc.
(*Jovino* á sus amigos de Salamanca.)

(4) «La epístola didáctica de V. S. ha causado en *Batilo* y *Delio* aquel efecto que tuvo por motivo su autor para tomarse la fatiga de escribirla. *Delio* al ménos, da una firme palabra de, ó no cantar jamas, ó emplear su canto en alguna de las graves materias que V. S. se sirve poner á su cuidado, haciéndole el honor de creerle capaz del desempeño. El coturno es mucha altura para una cabeza tan débil como la de *Delio*.» (Carta de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca, el 28 de Setiembre de 1776.)

(5) «Recibo la de V. S. con el *Pope*, que leeré tantas veces cuantas basten para tomarlo de memoria, meditar mucho sus bellezas, seguirle el genio y revestirme de su espíritu. El correo pasado recibí de mano de *Batilo* el plan del poema de *Las Edades*..... No sólo me gusta y enamora, como todo cuanto sale de la pluma de V. S., sino que tambien me incita poderosamente á poner desde luégo en ejecucion el designio..... Aunque presumo que V. S. será de parecer de que el verso que se haya de usar en el poema debe ser libre y exento de toda rima, espero su expreso parecer en el asunto.» (Carta de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*. — Salamanca, 3 de Noviembre de 1776.)

Tambien *Melendez* se rindió á la tutela literaria que ejercia *Jovellanos* con los poetas de Salamanca. De *Jovellanos* es el plan de *Las bodas de Camacho*, de cuyo éxito debió de quedar *Melendez* poco satisfecho. Como se ve en la siguiente carta, ayudó á

de caminar más firme y más segura, vacila y decae. El instinto popular repara y corrige el error cometido por el espíritu doctrinal exagerado y apremiante, y miéntras poquísimos leen las elevadas meditaciones del *maestro Gonzalez* sobre la primera edad del hombre, se hacen innumerables ediciones de *El Murciélago alevoso*, que *Quintana* excluye del *Tesoro del Parnaso español*, y el público aprende de memoria la donosa invectiva.

El ánimo rígido y levantado de *Jovellanos* se complacia de tal manera en las cosas de elevado carácter, que desatendia importantes condiciones estéticas, en las cuales estriba la espontaneidad literaria. Sin facultades internas especiales nadie alcanza á la poesía sublime. El jesuita *Montengon*, sin más fuerzas poéticas que su intencion honrosa, quiere cantar los hechos y los nombres más esclarecidos de la patria: Pelayo, el Cid, San Fernando, Gonzalo de Córdoba, el cardenal Jimenez, Diego García de Paredes, Cárlos V, Colon, don Juan de Austria; y la trompa heróica no produce en sus labios sino acentos discordantes ó lánguidos (1). *Quintana* fué, más adelante, el poeta pindárico que *Jovellanos* soñó en *Melendez*, sin comprender que los cantos enérgicos de Simónides y de Tirteo no podian brotar de la lira tierna y un tanto epicúrea del poeta extremeño, á quien se atreve á llamar:

Émulo insigne del cantor meonio (2).

Fuera de esto, no hay afecto humano cuya expresion limpia y encendida no pueda llegar á la sublimidad del arte. *Jovellanos*, que juzga las poesías amorosas *indignas de una memoria perdurable*, olvida que *Petrarca* vive con gloria inmortal en el mundo de las letras por su misticismo amoroso, y *Anacreonte* por algo ménos que la expresion del amor verdadero.

Otro de los escritores más famosos que pertenecen al grupo salmantino, es *don Vicente*

fray Diego en la preparacion literaria que requeria el poema *Las Edades:*

«Nuestro *Delio* leyó con gusto el plan de la *primera edad;* y aunque al principio se me resistió alguna cosa, cuasi acabé de persuadirle á que emprendiese esta obra, digna, por cierto, de su estado, su profesion, sus años, su literatura y delicadísimo gusto.»

«Tratamos despues de los libros que pueden conducir al plan de V. S., y, en la poca noticia que tengo de estas cosas, le apunté de los mios:

»*Los Caractéres*, de Theofrasto.

»*Los Caractéres de nuestro siglo;* de Labruyère.

»*Los Pensamientos*, de Pascal. Esta obra me parece un tejido bellísimo de pensamientos, que describen maravillosamente al hombre. Tienen grandeza, y semejanza con las

»*Noches*, de Young. Sus máximas son dignas de que tengan lugar en el poema de *Las Edades.*

»*Malebranche* y *Locke* me parecen bastantes para indagar las causas de los errores.

»*Séneca.* No debe dejarse de la mano. Con todos estos, y con la asidua meditacion del hombre mismo, de sus vicios, de sus virtudes y sus inclinaciones, se puede recogér un caudal suficiente de máximas, que, vestidas y ataviadas por la musa de *Delio*, merezcan la aprobacion y el aplauso de los entendidos. Las verdades morales á mí me parece que se estudian mejor por la meditacion del hombre y la frecuente observacion de todos los estados, que por los libros. Nuestro *Delio* es del mismo sentir, y creo que, si lo toma con el empeño que la obra merece, haga alguna cosa de provecho.» (Carta autografa de *Melendez Valdés á Jovellanos*, escrita de Noviembre de 1766.)

Hasta al *padre Fernandez* dirigia y ayudaba *Jovellanos* en sus tareas literarias. Se infiere claramente del siguiente párrafo de una carta dirigida por *fray Diego* á *Jovellanos*, en 8 de Febrero de 1777:

«Acuérdome que V. S. me ha dicho que tenía formado el plan de una comedia, con el fin de que la escribiese *Liseno.* Éste, noticioso de ello, me importuna y clama en sus cartas por él. Estimaré que, si en ello no tiene inconveniente, me lo envie para satisfacer los deseos de aquel jóven, de cuyo talento se puede esperar que la formalice á satisfaccion.» (Coleccion de cartas autógrafas perteneciente al señor Marqués de Pidal.)

Jovellanos envió el plan de la comedia en Abril del año siguiente. *Fray Diego* da á entender en sus cartas que era el plan de carácter festivo y pastoril.

(1) Tan léjos estaba Montengon de la alta inspiracion lírica, que sólo es tolerable cuando, en vez de cantar á los héroes, canta á los pastores en *El Mirtilo.*

(2) Homero. *Meonia* era, en la antigüedad, el nombre poético de la Lidia, donde se creia que habia nacido el gran poeta.

García de la Huerta (1). Promovedor activo de las letras, y autor trágico con mucha razon celebrado, no merece aquí, sin embargo, sino un lugar harto secundario. Es poeta lírico de mediano alcance, y sólo bajo un aspecto relativo merece en esta parte la admiracion de la posteridad (2). Conocidas son sus contiendas literarias y su intolerancia, así como su desmedido orgullo. A pesar de su clarísimo entendimiento y de sus no escasas prendas poéticas, no llegó á alcanzar la autoridad literaria, por la cual tan vigorosamente pugnaba (3). Su verdadero, casi su único título de gloria, es la *Raquel*, tragedia que junta á un magnífico asunto, inspirado por *La judía de Toledo*, de Diamante, nobles pensamientos, versos casi siempre sonoros, y cierto sabor de heroismo y de antigua lealtad castellana, que seduce y hechiza. ¡Cosa singular! Huerta, que suele ser versificador rotundo y numeroso en sus obras dramáticas, raras veces acierta en las líricas con la entonacion elevada y con la armonía verdadera. Él, que no transige con el *prosaismo* de Iriarte, escribe muchos versos en que llega á su colmo el rastrero carácter de la mayor parte de la poesía lírica de aquel tiempo (4); él, que, por haber oido un verso poco eufónico, arrolla con áspera impaciencia los miramientos debidos á la amistad y al talento (5), no echa de ver que en las obras de Iriarte no hay acaso tantos versos insonoros como en las suyas propias (6).

A pesar de su desigualdad y de su tibieza en la mayor parte de sus versos líricos; á pesar de su espíritu perturbador y de sus estériles contiendas, el nombre de *Huerta* vivirá, y vivirá con gloria, porque va unido á *La Raquel*. ¿Qué son, para su fama, sus fogosas y algun tanto desatentadas defensas del espíritu antiguo, que sólo á medias comprendia é imitaba? ¿qué sus enredados cantos líricos, sin inspiracion y sin tersura? Pasó el prestigio fugaz de sus poesías; se extinguió el eco de sus polémicas, á veces temerarias; las célebres diatribas de sus impugnadores perdieron su veneno. Todo esto es de naturaleza efímera, y se desliza entre las palmas de la gloria. Pero *La Raquel* es de esas obras que sobreviven así á la censura de una crítica estrecha como á los dicterios del encono. En esa tragedia, cuyas imperfecciones se han complacido tantos en descubrir y en ponderar, se encierra copioso caudal de la

(1) Tanto *Huerta* como *Forner* y *Melendez*, aunque los tres extremeños, pertenecen literariamente á Salamanca. Allí recibieron su educacion intelectual y el estímulo que despertó su númen poético.

(2) Atinado nos parece el juicio de Ticknor acerca de las poesías de *Huerta*.

«Ardiente, dice, aunque desigual adversario de las innovaciones francesas, imprimió en 1778 un tomo de poesías, escritas casi enteramente en el gusto antiguo; pero su obra estaba demasiado impregnada del mal gusto dominante en el siglo anterior para poder, á pesar del aplauso pasajero que mereció su autor, arrastrar secuaces de alguna nota en una senda que ya se iba abandonando casi del todo.»

(3) «Burlábanse de él, dice *Quintana*, como de un ignorante ó de un loco.» Son testimonio de ello, entre otros muchos, la sátira de *Jovellanos* titulada *Relacion del caballero Antioro de Arcadia*, las *Reflexiones de Tomé Cecial* (Forner), la *Huerteida*, poema satírico de *Moratin*, y el siguiente epitafio epigramático compuesto por *Iriarte:*

De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,
Aquí Huerta el audaz descanso goza:
Deja un puesto vacante en el Parnaso,
Y una jaula vacía en Zaragoza.

(4) Ejemplos:

Forma el ataque: distribuye, regla
Con oportunidad la más exacta,
Sin sujecion á inciertas teorías,
Movimientos, lugares y distancias.
. . . . . .
(*Al bombardeo de Argel*, por don Antonio Barceló.)

La vez primera
Será que hayais honrado aquesta orilla,
Defiriendo á mis justas peticiones.
(*Cancion á las bodas del Príncipe de Astúrias.*)

Que cuantos veo, cuantos hablo y trato,
Me gradúan de necio y de insensato.
(*Quejas de un ausente.*)

En cuanto á prosaismo, no hay más allá; y *Huerta* no tenía, en verdad, derecho para tachar de *prosaicos* á los demas.

(5) Recuérdese la anécdota, referida por *Quintana*, del rompimiento de *Huerta* con *Iriarte* por haberse negado aquél á escuchar el poema de *La Música*, á causa del malhadado verso con que empieza:

Las maravillas de aquel arte canto.

(6) Sirvan de ejemplo los siguientes:

Tuve, señor, en las aclamaciones.....
Reduzco á muchos, que de la fatiga.....
Más agradable le es, cuanto es más ardua.....
Para que así al agricultor causase.....
Llenad el orbe de las alabanzas.....
Gustosa mira desde su carroza.....

índole tradicional del pueblo castellano, y éste es un tesoro de alta valía, que acaso no encontró en igual grado ninguno de los insignes adversarios del controversista tenaz y agresivo. En *La Raquel* está el verdadero lirismo de *Huerta*, unido á aquella parte de grandeza histórica que áun podia caber en la sociedad española, tan hondamente trasformada. El pueblo español se entusiasmaba con *La Raquel*. Áun sentia la noble emocion de la grandeza histórica. En el ánimo de los literatos las prevenciones de rivalidad y de escuela ahogaban aquel sentimiento (1). La verdadera entonacion poética de *Huerta* no se encuentra sino en sus obras dramáticas. Allí tiene vigor y vuelo y armonía. *Quintana* recordaba con gusto el magnífico efecto que en los labios de Maiquez producia aquel bello final del acto tercero de la *Jaira* (traduccion de la *Zaïre* de Voltaire) :

El sexo que amenaza
Con su blandura avasallar el mundo,
Mande en Europa y obedezca en Asia.

Nosotros recordamos tambien, como embeleso de la niñez, cuán rotundas resonaban en nuestros oidos y vibraban en nuestra alma algunas cláusulas de *La Raquel*, por su enérgica armonía, por su noble sentido. Estas cláusulas tienen un encanto que no muere con los vaivenes de los tiempos, porque sale del corazon del poeta. ¿Cómo no admirar, por ejemplo, la austera lealtad de Hernan García, cuando, respetuoso, pero inexorable, recuerda á Alfonso VIII el abismo á que le arrastra el olvido de sus deberes?

Pero ¿cómo han de estar, sino marchitos,
Campos á quienes niega el sol sus rayos,
Jardines que descuida el jardinero,
Flor que no riega diligente mano?.....
Raquel..... Permite, Alfonso, que la nombre;
Y si te pareciere desacato
Que quejas de Raquel se te repitan,
Pague mi cuello culpas de mi labio.
. . . . . .
Ya no conquista Alfonso, ya no vence;
Ya no es Alfonso rey; aprisionado
Le tiene entre sus brazos una hebrea;
Pues ¿cómo ha de ser rey el que es esclavo?

¡Qué mezcla simpática de gala, de pena y de entereza! Aquí es *Huerta* un verdadero poeta; y cuenta que de rasgos semejantes está sembrada la tragedia entera (2).

Otro poeta salmantino digno de alto aprecio, aunque juzgado á veces con sobrada injusticia, es *don José Iglesias de la Casa*. Algunos escritores de Sevilla, ofuscados acaso por rivalidad de escuela ó de espíritu provincial, le tuvieron por poeta de muy secundario valer. Mármol, tan inferior á él, y tan escaso de sentimiento poético, dice con tono desdeñoso: «*Iglesias* pertenece á los poetas de inferior clase» (3). Lista, en su poema *El Imperio de la estupidez*, despues de ridiculizar la poesía de *Iglesias*, habla así, irónicamente, en una nota: «Es admirable la habilidad con que *Iglesias* ha sabido convertir tres octavas de *Balbuena* en estancias para dos odas.» Algo más habia que decir de aquel simpático é ingenioso poeta. Verdad es que, al parecer, alguna vez explotaba *Iglesias* sin pudor los versos ajenos; pero cuando su musa se encuentra en su esfera propia, que es la de la gracia y la ironía, no es plagiario ni imitador siquiera; y, aunque por otros caminos, y tal vez con mayor intencion y malicia, sabe llegar al nivel adonde llegaron Baltasar de Alcázar y Polo de Medina. En los versos cortos epigramáticos, el tono, la expresion, el sabor castellano, la admirable concision descriptiva, todo le ayuda para dar agrado y chiste á sus letrillas y á sus epigramas, muchos de los cuales viven y vivirán en la memoria de las gentes, porque tienen el carácter sencillo y penetrante de los proverbios populares. *Forner*, gran juez, por cierto, en materia de lite-

(1) Véase en la carta 7.ª de *Melendez* (tomo siguiente) con cuán apocada crítica juzga este poeta la popular tragedia.

(2) Don José March y Borrás, autor del poema jocoso *La Rani-Ratigurra*, y contemporáneo de Huerta, escribió tambien una tragedia titulada *Raquel*. (Véase Fuster, *Biblioteca valenciana*, tomo II, pág. 171.)

(3) Prólogo del *Romancero del doctor don Manuel María del Mármol;* Sevilla, 1834.

ratura incisiva, da á entender en estas palabras, al traves de su tono chancero, cuán persuadido está de la fuerza satírica de los versos de *Iglesias:*

Muy satisfecho (dice) estaba yo con mi epigrama, y muy satisfecho de que me habia vengado con él á todo mi sabor, cuando héte aquí á mi amigo *Arcadio* (*Iglesias*), antiguo conmiliton mio en la universidad, socarron de primer órden, y hombre que diria una pulla en verso al mismo Apolo en sus doradísimas barbas (1).

Algunas poesías villanescas de carácter á la vez candoroso y agudo, como *La esposa aldeana;* otras tiernas y lozanas, como la *Rosa de Abril*, la *salida de Amarílis al Zurguen*, la *zagala que vuelve del campo;* ú otras de carácter irónico, como *La lira de Medellin*, se leen con gusto todavía, porque están escritas todas con tersura y viveza, y algunas con sensibilidad, no ardiente é impetuosa, porque esto no cuadraba á la condicion del poeta, sino graciosa y delicada.

Acontecia á *Iglesias* lo que á *Molière* y á muchos otros ingenios festivos. Hacen reir á los demas miéntras su corazon está devorando lágrimas de amargura. Parece en sus versos epigramáticos el apóstol de la alegría, y pasa su breve y malograda vida casi siempre enfermo, pobre, oscuro y olvidado en miserables aldeas del obispado de Salamanca, y lo que es más, acosado en sus últimos años por los escrupulosos remordimientos y las dudas sutiles de un alma buena, pero débil y lacerada. En las cartas que ántes de recibir la órden sacerdotal escribió á *Forner*, su antiguo condiscípulo, cuyo firme carácter respetaba, se advierten ya claras señales de una conciencia inquieta y atormentada por imaginarios recelos (2). En una de ellas le pregunta cómo pueden conciliarse las satisfacciones de amor, la codicia de gloria literaria y el interes mundano con el «deseo de lograr su último fin»; en otras se trasluce que la dolencia crónica que le llevó al sepulcro en 1791, á los cuarenta y dos años, era parte muy activa en sus cavilaciones infantiles y en el tedio que por momentos le devoraba. Así lo dice en una de ellas:

Amado mio *Aminta* (Forner): Guerra es la vida del hombre sobre la faz de la tierra, dice Job; y así, por más que cualquiera se halle favorecido de la fortuna, de la salud y de la filosofía, con todo no le faltan pasiones con que pelear, como son el amor, la ambicion, la envidia, etc. Yo, empero, de los bienes dichos solo puedo decir que me da cuidado el de la salud, y si bien esta falta anda mucho para mitigar aquellas pasiones altaneras, con todo la enfermedad me llena de tristeza, me desanima y me hace despreciar los negocios temporales, magüer que honoríficos sean.....

El empleo que han conferido á nuestro *Dalmiro* (Cadalso) es el de sargento mayor de su regimiento. Se me queja de que no le escribo..... Quiero noticiarte qué obras poéticas traigo entre manos. La principal, ó la más dilatada, es una *Filosofía moral*, la que no concluiré en mucho tiempo. Allende de esto, he compuesto várias églogas, epigramas, letrillas, anacreónticas, etc., de las que creo te haya remitido algunas el señor Caseda..... Para otro correo te enviaré el principio de la *Filosofía moral*..... Há muchos dias que miro con desidia la poesía, y en el presente año no he leido ni he compuesto un solo verso..... Te ama de todo corazon tu amigo, *Arcadio*.—Salamanca, Abril de 1776 (3).

La inquietud de ánimo en que en los tiempos de su mocedad vivia *Iglesias*, acaso la desigualdad de humor que suele nacer en las naturalezas enfermizas, no hacia siempre su trato tan dulce y afectuoso como pudiera imaginarse. En las muchas cartas que se conservan de los poetas salmantinos á *Forner*, se encuentran abundantes indicios de que el cielo poético de aquel

(1) Don Juan Pablo Forner, *Exequias de la lengua castellana.* (MS.)

(2) Se ordenó de presbítero (en Madrid) el año de 1783, esto es, unos ocho años ántes de su fallecimiento. Véase en el presente tomo la excelente biografía de *Iglesias* por el escritor salmantino don Manuel Villar y Macías. Es superior, por la novedad y exactitud de las noticias, á cuantas de aquel poeta se han publicado anteriormente.

(3) Tenemos á la vista esta y otras cartas autógrafas de *Iglesias*. Están contenidas en un volúmen de *Cartas de varios literatos á Forner*, que con bondad suma nos ha franqueado nuestro ilustrado amigo el señor don Luis Villanueva. Hay en este volúmen interesantes cartas, todas autógrafas, de *Estala*, *Florian*, *Trigueros*, *Quintana*, *Arjona*, *Arroyal*, *Navarrete*, *Campománes*, *Llaguno*, *Moratin* (Leandro), *Marchena* y otros.

Parnaso nada tenía á veces de apacible y sereno. Un poeta harto escaso de inspiracion, *don Ramon Caseda*, grande amigo y respetuoso admirador de *Forner*, á quien contaba sus cuitas y referia en sus cartas la chismografía literaria de Salamanca, víctima acaso de la vena sarcástica de *Iglesias*, se queja de él amargamente, y le atribuye avieso carácter, y áun prendas morales muy vituperables. Esta chismografía íntima de los literatos del siglo XVIII tiene hoy dia interes histórico, porque nada explica tanto el espíritu de los escritores, como el conocimiento de su carácter. Dejando aparte las prevenciones personales del severo *Caseda*, á quien acaso su inferioridad literaria ó su cavilosa imaginacion hacian receloso y descontentadizo, lo que dice en várias cartas, no desmentido por *Forner*, indica, no que *Iglesias* fuese *pérfido* y *falso*, como con exageracion evidente dice *Caseda*, sino que con juvenil irreflexion, y acaso por hacer gala de agudeza, zaheria y mortificaba á sus amigos (1). Por lo demas, *Caseda* era de aquellos ánimos impresionables y apasionados que nada perdonan y todo lo abultan. Tambien censura á *Melendez* y á otros (2). Sólo tiene admiracion, respeto y cariño para la austeridad de *Forner* y para la bondad incomparable de *Cadalso*. Sea como quiera, lo que de *Iglesias* dicen *Caseda* y algunos otros de sus contemporáneos, y lo que él mismo explica de sus aficiones y de su carácter, da á conocer muy á las claras que una naturaleza como la suya, sensitiva y burlona, no podia hallar su centro sino en el tumulto mundano. ¿Cómo no habia de

(1) En una carta, escrita en Salamanca, el 1.º de Agosto de 1775, dice *Caseda* á *Forner*, que á la sazon se hallaba, segun parece, en Toledo:

«Cada dia voy sintiendo más haber conocido á *Iglesias*, pues por éste sin duda he perdido mucho en el concepto de *Cadalso*, á quien amo tiernísimamente. Vea Vmd. esas dulcísimas composiciones escritas de su puño; y con todo, se las quiere apostar *Iglesias*. ¡Qué malo es éste y qué afortunado! ¡Y qué bueno es *Cadalso!*»

En otra carta (Enero 10 de 1775) le dice:

«*Arroyal*, *Carbonell*, y... iba á decir *Cadalso*, viven dominados de la perfidia y charlatanería del hijo de la castañera (no quiero decir que sean pérfidos, sino que *Iglesias* los tiene engañados con su perfidia), el cual, no favoreciendo nada con su mordaz y necia crítica á mi mayor amigo (*Forner*), determiné yo, para su mayor castigo, dorar cuanto pude la enemistad de Vmd. con su persona, diciéndole que Vmd. sólo deseaba su correspondencia; y así, que le escribiese á Vmd. dándole satisfaccion de su proceder y crítica.....»

En otra:

«Habia hecho ánimo de no devolver á *Iglesias* la carta de Vmd., ya por el desprecio que habia hecho de ella hablando con Melendez, como por todas sus calidades, que Vmd. bien conoce; y todo esto no obstante, se la devolví, no por temor de su mala lengua, sino porque nadie piense que soy envidioso. He sabido que ha escrito á Vmd. una epístola muy amorosa y muy moral, y yo me he alegrado, porque al fin se distraerá Vmd., pues él, aunque falso, es divertido.»

Forner hubo de reprenderle su excesiva severidad para con Iglesias, y *Caseda* le contesta, arrepentido:

«Salamanca, Mayo, no sé á cuántos de 1776.

»*Aminta* mio: He llorado de gozo habiendo leido la de Vmd., y no obstante la turbacion que ha ocasionado á mi alegría, digo que no solamente quiero que Vmd. se comunique con *Arcadio*, sino que tambien deseo de todo mi corazon que le haga muchos favores de mi parte; porque, aunque él es un *mal político* (descortés), yo soy un *mal cristiano;* y de esta manera él aprenderá á ser hombre de bien, y yo á vencerme á mí mismo.»

(2) Esto dice contra *Melendez:*

«*Batilo* prosigue viento en popa; amigo sólo de su interes, esclavo de su ambicion, é idólatra de sus propias prendas.»

Iglesias, en una de sus cartas á *Forner*, da idea del violento y rígido carácter de *Caseda* en estos términos:

«Ayer tarde fuí de paseo con *Caseda*, hablando de la mística, que he elegido por consuelo en mis pesares, para lo que yo decia que me era obstáculo la mucha afabilidad con que trato á muchos, y tratándolos, se destruye toda la recoleccion (*recogimiento y concentracion del alma en las cosas divinas*) que dicha mística pide. A lo que *Caseda* replicaba que me armase de una sequedad, altivez ó fanatismo con que despreciar á los sujetos que no juzgase de carácter, y que con esto lograria que no estorbasen los vulgares mi carrera.»

«Mas á esto digo que no puedo avenir por mi genio humilde y blando, y que *Caseda* lo dicta segun el suyo altivo é inflexible.»

«Esto, como he dicho, fué esta tarde el asunto de nuestra conversacion, y viniendo yo á casa, y leyendo la tuya, me eché á reir viendo lo que don Ramon (*Caseda*) se queja tan indirectamente por tu pluma. A la verdad, el caso que dice es éste: Prestó un tal Villafañe un libro á *Caseda*, éste á *Melendez*, y *Melendez* hízose prenda de él, porque *Caseda* le destruyó una *Celestina*, que tampoco era de *Melendez*, sino del *maestro Alba*. *Caseda* desafió á *Melendez* porque no le daba el libro, y *Melendez* por fin se lo dió á *Caseda*», etc.

afligirse y ahogarse aquel espíritu activo y observador, encerrado durante algunos años en los pobres curatos de las aldeas y pueblecillos de Guijuelo, Larodrigo, Carabias, Santa Marta y Carbajosa de la Sagrada?

Y, sin embargo, ya sacerdote y párroco, se convirtió en hombre ejemplar y timorato el estudiante travieso y un tanto mordaz. Le asaltaron escrúpulos de conciencia por haber dado tan fácil rienda á su desenfado satírico; y, como para acallar aquel remordimiento, abandonó la poesía epigramática, y escribió poemas sin vida, que la posteridad no lee (1). Dios le habrá tenido sin duda en cuenta aquel santo y cristiano propósito. Pero la verdad es, que sin su vena satírica, tan natural, tan llana, y al propio tiempo tan chistosa y tan incisiva, *Iglesias*, con sus églogas, con sus odas y con sus poemas, habria sido en su época ménos famoso, y estaria hoy dia enteramente olvidado. En los versos largos, la mayor parte de la poesía de *Iglesias* ha envejecido y parece hoy insulsa y desmayada. Sus epigramas y letrillas satíricas serán siempre *jóvenes*. Deben sin duda este gran privilegio al hechizo particular de aquella sencillez maliciosa, en que *Iglesias* es inimitable.

En las cartas autógrafas del padre *Estala* á *Forner* hallamos el más cabal y autorizado elogio que se ha hecho de las nobles prendas de *Iglesias*. *Estala*, uno de los más insignes literatos de su tiempo, se juzgaba muy desventurado (2). Vió á *Iglesias* engolfado en la vida

(1) *La Niñez laureada*, en loor de don Juan Picornell, de edad de tres años seis meses y veinticuatro dias, examinado en la universidad de Salamanca, el 3 de Abril de 1785.—Este poema, harto prosaico y palabrero, y á veces versificado con notable descuido, se imprimió en Salamanca (1785), pero no fué incluido en edicion alguna del célebre poeta.

La Teología; Salamanca, 1791.—Este poema, en nueve *discursos*, en el cual el autor emplea más bien los raciocinios de un disertador dogmático que los arranques de un poeta, adolece de la frialdad comun á las obras didácticas; pero está escrito con fervor cristiano, y este mismo fervor inspira á *Iglesias* versos en que sobresale el sentimiento poético. Hé aquí, como muestra de su estilo, un trozo notable, que no ha podido escribirse sin entusiasmo religioso. Está tomado del *Discurso I*, que trata *de la existencia de Dios*:

De lo que fué en los siglos eternales,
¿Quién, sino Dios, lo vió? ¿Quién lo ha sabido?
¿Quién las cimbras trazó? ¿Quién dió el modelo
Al enarcar las bóvedas del cielo?
¿De qué veta salió la pedreria
De astros celestes? ¿Quién su luz dorada
Vistió al sol? ¿De qué concha nació el dia?
¿De qué pasta de nácar fué amasada
La fresca aurora? ¿Qué sutil aliento
De sí produjo al saludable viento?
¿De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
De esta inmortal lazada la hermosura,
Quién la dió, diga el impío, si lo sabe.
Diga qué duracion al tiempo queda,
O cuántas vueltas faltan á su rueda.....
Pregunte, si le place, al vapor leve,
Al frio hielo, al áspero granizo,
Al fuego asolador y mansa nieve,
Si le osarán negar á quien los hizo.
Pues cuando allá en el cielo airado mueve
Su carro Dios, y el rayo fulminante
Al incrédulo coge de sorpresa,
Preguntadle, si á Dios áun no confiesa,
¿Por qué tiembla con pálido semblante?
. . . . . .
¿Quién á las grullas dice y las cornejas
De los tiempos las súbitas mudanzas?
Y al valle que florece más temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?
No otro, no, que el recíproco lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Autor, en señal de vasallaje,
Con inmortales cánticos predica.....
La copia, en fin, le enseñará sin duda
De várias formas y de especies tantas;
Pues, para hablar de Dios, la tierra muda
Lenguas hará las hojas de sus plantas.

(2) Traductor é ilustrador del *Edipo rey*, de Sófocles, del *Pluto*, de Aristófanes, y de otras obras Formó la célebre coleccion de poesías castellanas impresa en Madrid á fines del último siglo, á la cual, en vez del suyo propio, puso el nombre de *don Ramon Fernandez*, que era el de su barbero. En esta coleccion, al frente del tomo XVI, publicó *Quintana*, sin su nombre, su discurso sobre los *Romances antiguos castellanos;* obra llena de aciertos y de errores, muy notable para el estado de la crítica en aquel tiempo, y que demuestra los grandes y felices instintos literarios de Quintana, que se sobrepone sin saberlo á muchas de las preocupaciones de la escuela seudo-clásica. (No fué incluido este discurso en las *Obras completas de Quintana*, tomo XIX de la presente BIBLIOTECA.)

Estala no fué dichoso. Abrigaba sanos principios, pero habia equivocado su vocacion. Lo devoraba el desaliento. Infiérese esto claramente de sus cartas familiares á *Forner*. En una de ellas le dice:

Si tu estás fastidiado de tu empleo, yo lo estoy de la vida. Estoy sano, gordo, nada me falta para una decente subsistencia; pero ¿de qué sirve esto, si falta el placer, que hace apetecible la vida? Voy arrastrando una fastidiosa existencia, en que no hallo más que una monotonía maquinal de operaciones periódicas. Si me pongo á pensar, el pensamiento es mi verdugo. Me representa el estado miserable en que me hallo, solo, aislado, sin un amigo; y esto me basta para ser infeliz. Cuando quiero huir de estas dolorosas consideraciones con la disipacion, en medio de las diversiones me asalta la maldita reflexion, y me hace amargos los mayores placeres. Ni áun tengo gusto para leer.....

pura, sencilla y útil de sus santos deberes, y quedó cautivado ante aquel envidiable cuadro. La inquietud del antiguo estudiante y la resignacion del novel sacerdote se habian convertido en evangélico sosiego y en serena armonía. Así escribia *Estala*, desde Salamanca, en 12 de Agosto de 1799:

¡Dichoso *Arcadio!* Él goza de una renta más que suficiente; filosofa y poetiza á su sabor, sin zozobra ni cuidado; goza del incomparable placer de hacer bien á los que lo merecen, que son los pueblos infelices que están á su cuidado. Su casa es el refugio de todos los pobres. Con ellos reparte su renta, les da consejos y documentos admirables para disminuir sus trabajos y miserias. Compone todos los pleitos, ó, cuando es indispensable, toma á su cargo la defensa de la inocencia y de la justicia oprimida. Disipa los errores y preocupaciones perjudiciales, para que su sencilla credulidad no sea tributaria de la hipocresía y de la supersticion. Hé aquí verdadera filosofía. Él no dogmatiza, ni sentencia como nosotros, *varones doctísimos;* pero sabe gozar de la vida y estar contento con su suerte. Te aseguro que, á pesar de la corrupcion de mi ánimo, efecto del trato cortesano y de la lectura, envidio su suerte.

Batilo está disponiendo su marcha. Quiere que hagamos primero un viaje á las Batuecas, do diz que tiene hecha una singular promesa. Irémos, porque creo ha de ser la romería un poco poética. Está recogiendo sus escritos para dejarlos en poder de *Jovino* para la impresion.....

Un título especial tiene este poeta á la consideracion de la posteridad, y singularmente á la de nuestro tiempo, en que la lengua castellana anda tan mal parada. Es el último de los poetas españoles que habla, sin hacer alto en ello, la lengua pura y genuina del pueblo de Castilla. Diccion, lenguaje, modismos, sabor peculiar, forma del pensamiento, todo es exclusivamente castellano.

Tiene seguridad completa en el manejo del idioma, y no la estudiada del filólogo, sino la espontánea de quien no ha alterado el lenguaje que oyó desde la cuna, con el cultivo contínuo de lenguas extranjeras. Sólo con *fray Diego Gonzalez* puede compartir *Iglesias* la gloria de haber sido, en la era de Cárlos III, verdadero representante de la tradicion fiel del habla castellana. En la mocedad de *Iglesias* no abundaban, por cierto, en Salamanca los libros franceses, y este poeta nada aprendió en ellos (1). *Melendez*, *Forner*, *Cienfuegos*, y los demas que se educaron leyendo obras francesas, no sólo del siglo de Luis XIV, sino tambien de la época *enciclopedista*, son escritores castellanos, pero más ó ménos afrancesados.

Balbuena, Quevedo y otros escritores antiguos inspiraban á *Iglesias*. ¿Quién ha de leer la cantilena X, que empieza:

Un colorin hermoso,

sin traer á la memoria la cantilena de Villegas, *A un pajarillo?*

Otras veces no imita, sino roba. En el idilio *Al desfallecimiento*, por ejemplo, hay seguidos siete versos conocidísimos de Balbuena. En las odas *Al dia* y *A la noche* hay tambien versos tomados de *El Bernardo*. Pero tal descaro en quien abriga fuerza propia para componer bellos versos, indica sobradamente que esto no era sino un estudio, como han imaginado algunos, ó ántes bien, como nosotros sospechamos, un caprichoso alarde de la musa juguetona de *Iglesias*. A pesar de estas imitaciones y de estos hurtos poéticos, nadie puede negarle que tiene originalidad completa, hasta el punto de estampar un sello peculiar en sus obras, siempre que da rienda á la travesura juvenil de su vena. ¿Quién ha de leer sin risa sus trovas ó parodias picarescas de algunas poesías delicadas de la edad de oro de las letras castellanas? ¿Quién no esparce el ánimo al ver al mancebo zumbon complacerse en despojar de su idealidad al lindísimo madrigal de *Luis Martin*, convirtiendo en *una redonda chinche*, *gruesa y lisa*, la *abeja escondida en una rosa*, que pica la *flor de los labios* de la ninfa del antiguo poeta?

Iglesias quiso probar sus fuerzas, siendo muy jóven todavía, en la poesía heróica académi-

(1) Por los años en que falleció *Iglesias*, abrió en Salamanca Alegría y Clemente su librería de libros exclusivamente franceses.

ca, llamada entónces *épica*, y escribió un canto en octavas para tomar parte en el certámen de *Las naves de Cortés*, abierto en 1778 por la Academia Española. No teniamos noticia alguna de este poema, nunca impreso, hasta que leimos el siguiente párrafo de una carta escrita por *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*, el 10 de Febrero de 1778:

En confianza me ha mostrado *Arcadio* (Iglesias), el autor de aquellas letrillas, un canto que ha compuesto al asunto propuesto por la Academia Española. En medio de varios defectos que le he notado y advertido, no deja de tener muy buenas cosas; y si tiene la fortuna de que no escriban los *Batilos* (Melendez), *Dalmiros* (Cadalso), *Amintas* (Forner) y otros que le exceden en talento, tal vez llevará el premio. Me asegura este mozo (*Iglesias* tenía á la sazon veinte y cuatro años) que *Batilo* ha desistido de este empeño, y que de Salamanca no irá más poema que el suyo (1).

Fácilmente dimos con el poema, examinando los papeles de la Academia. Entre los catorce poemas que este ilustre cuerpo señaló como únicos dignos de exámen detenido, hay uno que, así por su peculiar estilo, como por sus alusiones á las musas de Salamanca, da fundado motivo para presumir que es fruto de la pluma del festivo poeta. Bastaria la siguiente octava, que es la duodécima del poema, para adivinar al autor. Recuerda en ella á los poetas salmantinos más notables de su tiempo, con la única excepcion del mismo *Iglesias*, á quien por modestia no era dable preconizar su propio nombre:

¿Tú, por dicha, á *Dalmiro* (2) no escuchaste
En dulce lira el lamentar sonoro?
¿Al trágico *Flumisbo* (3) no admiraste
Alzar el canto en el coturno de oro?
¿Tú con el nuevo *Laso* (4) no cantaste,
Con *Delio* (5), *Aminta* (6) y con *Liseno* (7) á un coro?
Pues estos cisnes que á cantar se mueven,
Serán los que el dorado siglo innueven.

Fray Diego Gonzalez, que, como se ha visto, no quedó muy cautivado con la lectura de esta obra, se manifiesta todavía demasiado indulgente. *Iglesias* no habia nacido para la poesía heróica. Su poema es inferior, no sólo á los justamente celebrados de *Vaca de Guzman* y de *don Nicolas de Moratin*, sino á la *Pironéa de Cortés*, del padre *Báguena*, y á algunos otros poemas harto medianos de los cincuenta y tres presentados al concurso. La inexperiencia del poeta novel se trasluce en todo el canto de *Iglesias*, y sólo en algunas octavas asoma el calor de la frase ó el vuelo poético de la idea (8).

(1) Coleccion de autógrafos perteneciente al señor Marqués de Pidal.
(2) Cadalso.
(3) Don Nicolas Fernandez de Moratin.
(4) Melendez.
(5) Fray Diego Gonzalez.
(6) Forner.
(7) El padre Fernandez.
(8) Puso por divisa al poema estos cuatro versos de la octava 37 de *La casa de la Memoria*, de Vicente Espinel:

Hernan Cortés del encubierto mundo
Descubre el paso y las riberas halla:
Los bajeles barrena y da al profundo,
En su ardid confiando, esfuerzo y malla.

Por ser de *Iglesias*, publicamos aquí, como muestra, estas cuatro octavas, que son acaso las ménos imperfectas de todo el poema:

OCTAVA 1.ª

Si á mi voz sacro númen concediera
Del cerco de luceros la armonía,
Con tanta novedad que envidia diera
Al soberano Apolo, rey del dia;
Magüer que altos asuntos me ofreciera
Del vasto mundo la ancha monarquía,
Sólo cantára bélicas hazañas
De los héroes sin par de las Españas.

El *amor de la patria* aparece al poeta en forma de vision sobrenatural, y así le habla:

OCTAVA 8.ª

«Yo soy (me dijo el Dios), doncel amado,
Aquel que en una paz, una fe, un celo,
Una amistad y un vínculo he ayuntado
Cuantos pueblos sostiene el ancho suelo.
Sólo en el hondo abismo no he morado;
Tengo lugar en el empíreo cielo;
No hay virtud ni deidad que á mí me exceda
Del globo octavo en la sublime rueda.»

OCTAVA 16.ª

Las armas de un clarísimo soldado
En extraña region, con rumbo incierto,
De sol y mar y viento malparado,

CAPÍTULO XI.

Continuacion del reinado de Cárlos III. — Velazquez. — Trigueros. — Su superchería poética. — Su *Riada*. — Sus parciales é impugnadores. — Jesuitas poetas. — Lasala. — Alegre. — Isla. — Diaz. — Ceris. — Montengon. — Muñoz.

Uno de los escritores que más en cuenta han de tenerse para comprender la época de transicion que corresponde al reinado de Fernando VI, y aquilatar el carácter que tomó la crítica doctrinal en la época de Cárlos III, es *don José Luis Velazquez*, *marqués de Valdeflores*. No era grande en verdad su ingenio poético; pero sí extenso su alcance crítico, seguro su buen gusto, tal como el buen gusto se entendia entónces, y ejemplar su constancia en las desabridas tareas de erudito y de investigador de antiguos monumentos históricos. Harto breve é incompleta es sin duda su obra *Orígenes de la poesía española*, publicada por primera vez en 1754; pero hay en ella asomos de un sentido crítico sano y elevado, poco comun en aquellos tiempos, y tal cual es este bosquejo histórico, honra en alto grado el discernimiento de su autor, y demuestra cuánto camino habian andado y cuánta fuerza habian adquirido las doctrinas exóticas que diez y siete años ántes habia sostenido en forma dogmática *don Ignacio de Luzan*.

Pero es de notar que miéntras más se acercaban al triunfo, mayor estrechez y rigor iban cobrando estas doctrinas. *Velazquez* leyó en la academia del *Buen Gusto* dos estudios críticos: el uno es un elogio desmedido de la tragedia, y en especial de la *Virginia* de Montiano; el otro un exámen de las dotes y circunstancias que constituyen la poesía (1). Las ideas sobre la tragedia en general, contenidas en el primero de estos estudios, son las mismas, rígidas y absolutamente convencionales, que los preceptistas franceses é italianos creian encontrar en Aristóteles; por donde la sana crítica teatral, léjos de progresar, como lo imaginaba *Velazquez*, retrocedia no poco del punto en que la habia dejado *don Juan de Iriarte* en el *Diario de los literatos* (2). Las doctrinas del segundo estudio sobre la índole de la poesía se resienten igualmente del espíritu artificial que animaba, ó, por mejor decir, subyugaba toda la literatura seudo-clásica. Cosas bastante cuerdas é ingeniosas dice *Velazquez* acerca del estilo poético y de la dificultad de conciliar los preceptos de las *Poéticas* con la inspiracion desembarazada, con el *est Deus in nobis*, de los verdaderos poetas.

Los poetas más grandes (dice) han peligrado infelizmente en este escollo. Unos, por ajustarse exactamente á las reglas, han dejado lánguida y exánime su poesía. Otros, por dejarse arrebatar demasiado de la fuerza de su fantasía, han sacado las cosas de quicio..... Ni las reglas propias de este arte, ni todas las grandes luces que se adquieren por el estudio de las demas ciencias y facultades, son capaces de hacer un poeta mediano. Ésta es una obra que el cielo se ha reservado para sí.

De polvo y sangre y de sudor cubierto,
Á aherrojar grandes reyes enseñado,
En hallar mundos que vencer experto.....
Pero ¿quién será, musas, varon tanto,
En cuyo elogio así animais mi canto?

OCTAVA 19.ª

Por Motezuma, emperador famoso,
Era este vasto término regido,
El más sublime acaso y venturoso
Que en sus antecesores habia habido.
Pero ¡guay dél! que cuando más glorioso
Se halló este imperio, entónces fué perdido;
Que si el Señor sobre un lugar no vela,
Guárdalo en vano humana centinela.

(1) Tenemos á la vista estos estudios. (Autógrafos literarios de la coleccion del señor de Gayángos.)

(2) *Velazquez* llama *muestra de todas las perfecciones* á la soporífera *Virginia*, de *Montiano*. Parecíale la tragedia clásica, tal como entónces se entendia, el colmo de la sublimidad del arte. «El poema (dice) más excelente, y asimismo el más arduo, es la tragedia. Por eso Aristóteles, habiendo de escribir su *Poética*, la redujo casi toda al artificio del poema trágico..... España, que desde el principio del siglo XVI habia conocido y cultivado la tragedia en su misma lengua original, con un arte y un ingenio maravilloso, de repente perdió este gusto con la introduccion de las tragicomedias.....»

Y este mismo crítico, que ve en la poesía el impulso libre y natural de las facultades celestiales de que Dios dotó al alma humana, en el propio escrito en que así piensa, pone límite y embarazo á la expansion de los sentimientos, declarando que sólo «las alabanzas de los dioses, las grandes acciones de los héroes, las virtudes de los sabios, la armonía de los cielos, el curso y movimiento de las estrellas, las maravillas de la naturaleza, y en general *lo grande y lo magnífico que sucede en el mundo*, es materia propia para ejercitar el ingenio y el númen del poeta.» Esta noblemente intencionada, pero estrecha é infecunda teoría, excluye los afectos tiernos y delicados del corazon, las sensaciones suaves y risueñas del alma, y reduce la poesía á una epopeya falsa y amanerada ó á un lirismo forzosamente encopetado y ambicioso. ¿No se ve aquí el anuncio de aquella preocupacion de escuela que movia á *Jovellanos* á aconsejar á sus amigos de Salamanca que renunciáran á los cantares del amor?

El alto é incontestable mérito de *Velazquez*, su posicion social, el valimiento que le dispensaba el célebre ministro Marqués de la Ensenada, y hasta su natural arrogancia, le granjearon grande autoridad y no pocos enemigos. En sus cartas íntimas á su amigo *don Agustin de Montiano* se echa de ver la aversion que le inspiraba el respetable *padre Florez*. Zaheríale con cierta fruicion malévola, llamando *pepitoria sagrada* á la *España Sagrada*. No es dable creer que impulsos de vanidad ó envidia llevasen por extraviada senda la pluma de un hombre de tan noble índole (1). Como testimonio de ella, no podemos dejar de recordar con

(1) Creemos oportuno publicar aquí el siguiente curioso apunte que para este objeto nos entregó el sabio Marqués de Pidal, rápidamente escrito con ocasion de examinar un códice, perteneciente al señor de Gayángos, que contiene la correspondencia íntima que por los años de 1753 y 1754 medió entre *Velazquez* y *Montiano*.

APUNTE SOBRE DON LUIS VELAZQUEZ, MARQUÉS DE VALDEFLORES.

Su vida interesante como hombre de letras, y como comprendido en la causa del motin de Esquilache, que produjo la expulsion de los jesuitas. Fué protegido del Marqués de la Ensenada, que le confió la comision de viajar por España con el objeto de recoger antigüedades, etc.—En un tomo MS. de sus cartas originales á don Agustin Montiano, su amigo íntimo, ademas de las noticias literarias, se hallan algunas especies que pintan al hombre y dan idea de las interioridades de aquella época.

Arrogante y pagado de sí mismo, despreciaba al padre Florez.—*Extractos de sus cartas:* «Como no digan que mi *Ensayo* se parece á la *España Sagrada*, con cualquier crítica me contento.» (Enero de 1753.)—«Dejemos á Florez; que él tendrá cuidado de desacreditarse con sus libros.»—«Como soy mozo, atribuirian á insolencia mia el atreverme á criticar sus obras.» (15 Febrero de 1753.)—Á la *España Sagrada* la llamaba *pepitoria sagrada*, librote, etc.—«Digole á usted que si los jesuitas de Trévoux han hecho la sangrienta crítica que publica P. (Panel), los estropearé con la misma facilidad que á él, y usted esté seguro que el que se metiese en público conmigo lo pasaria mal.» (23 de Agosto de 1753.)—«Estaba tentado á escribir en derechura al General de San Francisco participándole la picardía (del Guardian de Mérida, con quien tenía una disputa) para que la castigase, y lo ejecutaré si el fraile no se modera. Esto me servirá á mí de escarmiento para no volverme á clarear con semejante canalla.» (11 Diciembre de 1753.)—«¿Qué quieren esos mamarrachos? ¿que gustemos todavía de las tonterías del siglo pasado?» (26 Febrero de 1754.)—«Con la noticia que usted me da de la desgracia del M. (Marqués de la Ensenada) quedo como usted puede pensar. Avíseme usted lo que vaya aconteciendo, con la seguridad de que, despues de leidas, quemaré sus cartas y con nadie me daré por entendido de estos asuntos. Me estaré quieto en mi casa hasta ver lo que resuelven de mi comision.» (30 Julio de 1754.)

Se queja de que le quitase el nuevo ministro la comision, y queria seguirla á costa de la Academia, ó á costa suya y de sus amigos.—«¿Qué me dice usted de la córte? ¿Cayó ya el penacho del autor de la *pepitoria sagrada?* Para que ni áun ese pequeño y mezquino asilo tuviesen las letras. No obstante, bien merecido se lo tenía el buen P. C. (Padre Confesor)» (¿Era Rávago?). (28 Octubre de 1755.)—«Gracias á Dios que salimos del Padre C.» (19 Octubre de 1755.)—«Mi padre ha renunciado en mí, por via de alimentos y para los gastos de mis viajes y libros, los señoríos de Valdeflores y Sierrablanca.»—«Aquí para entre los dos, el vestido de abate se fué con dos mil demonios. Ya me tiene usted con espada en cinta de seis meses á esta parte.» (15 Noviembre de 1755.)

¡Y á este hombre se le metió en la causa contra los jesuitas y sus parciales!

16 de Julio de 1754.—Montiano al Marqués.—Respondida en 23, contándole el suceso de Ensena-

verdadera complacencia la entereza con que, á fuer de consecuente y agradecido, resistió á las amistosas sugestiones de *Montiano*, que, con el fin de sacarle á salvo de la borrasca que preveia, le aconsejaba que dedicase los *Orígenes de la poesía castellana*, no á Ensenada, sino al entónces poderoso Duque de Huéscar.

Me avergonzaria yo (le contesta Velazquez) de que un ejemplar llegase á manos del Marqués de la Ensenada..... Cuanto me pudiere dar la fortuna, lo estimo en poco, en comparacion de la satisfaccion que á mí me deberá resultar de saber que obro como debo, y que en cualquier acontecimiento de fortuna, soy agradecido á los que me favorecen.

Estas dignas palabras, escritas en momentos de adversidad, dan cabal idea del alto temple del corazon de Velazquez. La historia, cubierta en esta parte de un misterioso velo, no explica cómo un hombre de pensamiento tan libre, tan brioso y tan despreocupado pudo ser envuelto en la causa del motin de Esquilache, y en la que se formó contra los jesuitas y sus parciales (1). Como quiera que sea, la posteridad debe honor y gloria á un escritor tan laborioso é ilustrado, y no puede recordar sin horror que, víctima de su constante amistad á Ensenada, y de las pasiones políticas de aquel tiempo, fué arrastrado á los castillos de Alicante y Alhucemas, de donde, despues de seis años de encarcelamiento, salió casi sin vida, para ir á morir de allí á poco en los brazos de su madre, en el solitario retiro de una casa de campo.

Harto mayor que su mérito fué la fama del beneficiado de Carmona *don Cándido María Trigueros*. Con mediano talento, pero dotado de índole muy activa y laboriosa, alcanzó, en la segunda mitad del siglo XVIII, cierta gloria, más aparente que verdadera, y con ella, el honor de ser combatido por escritores de valía. Su inspiracion poética era tan escasa, como desmedida su ambicion literaria.

Representa en España, sin salir de la esfera de la medianía, aquel espíritu europeo, que siguiendo la moda y el impulso innovador del tiempo, se afanaba por examinarlo todo á la luz de la filosofía: filosofía de circunstancias, muchas veces trivial y *acomodaticia*, que solia

da; previniéndole que se esté quieto en Málaga; «que calle y que espere mis avisos.»— En la márgen de la del 23 dice Montiano: «Recibida en 30. Que se esté quieto, que calle, que luégo que haya oportunidad presentaré la representacion sobre su defendido.» — Á estas dos de Montiano es la respuesta que se copió más arriba, del 30 de Julio.

Velazquez, agradecido á Ensenada, queria dedicarle sus *Orígenes*. Montiano se lo disuadia, y queria lo hiciese al Duque de Huéscar por razones de política, etc. En 27 Agosto de 1754 decia: «Despues de haber batallado conmigo mucho tiempo para reducirme á dedicar los *Orígenes* al Duque, no me he podido resolver, porque me parece la cosa más ajena de mi modo de pensar. Convengo en las reflexiones que usted hace; pero esto sería bueno para usted y otros que sabrian mis intenciones; pero otros muchísimos lo murmurarian, y me avergonzaria yo de que un ejemplar llegase á manos del Marqués (Ensenada). Á mí no me queda hoy ya otro modo de darle á entender mi buena ley sino éste, y cuanto me pudiere dar la fortuna lo estimo en poco en comparacion de la satisfaccion que á mí me deberá resultar de saber que obro como debo, y que en cualquiera acontecimiento de fortuna soy agradecido á los que me favorecen.»

En 10 de Setiembre de 1754 le noticia Montiano el *córte de su comision*. Contesta el 16: — «Nada de cuanto usted me dice me coge de susto; ya me lo tenía yo previsto, pues era regular que mi comision cayese con todas las demas, siendo tantas.»

Supongo que su amistad por Ensenada, y su desafecto á los que le sucedieron, fué la ocasion de sus prisiones y de haberle envuelto con los jesuitas en lo del motin de Madrid. — Nada resultó contra él en aquel juicio misterioso y secreto (segun el fiscal Huerta), y sin embargo, fué condenado; y cuando le dieron libertad, le arrojaron al mundo, quebrantado y muerto. Murió al poco tiempo, perdiéndose las esperanzas que habian hecho concebir su saber, buen gusto y laboriosidad. — P. J. PIDAL.

(1) Algunos escritores conjeturan que la obra satírica de *Velazquez*, titulada *Coleccion de diferentes escritos relativos al cortejo*, perjudicó mucho á su autor. No se limitaba *Velazquez* á señalar la ridiculez que lleva consigo lo que llamaban *cortejo;* satirizaba igualmente costumbres y abusos del poder. Sempere dice: «Esto probablemente dió motivo á las persecuciones que padeció despues, por habérsele creido reo de los papeles sediciosos que se esparcieron cuando sucedió el motin del año de 1766.»

tomar por verdades absolutas, preocupaciones y tendencias especiales, que tenian, cuando más, una verdad relativa, y por consiguiente transitoria y deleznable.

En *El Poeta filósofo*, publicado en 1774 (1), creyó *Trigueros* haber removido é iluminado todos los problemas morales en que descansan la sociedad y la conciencia. En Francia tuvo el poema admiradores sinceros, y subió de punto el engreimiento del autor al verse calorosamente aplaudido por Florian, ingenio de no mayor fuerza que Trigueros, que gozaba entónces en Francia de un renombre brillante, que la posteridad ha acabado por reducir á muy exiguos límites. Hoy dia nadie lee ni tiene aliento para leer *El Poeta filósofo*, y sería enojosa y estéril tarea analizar un poema difuso y acompasado, en donde, á vueltas de algunos pensamientos cuerdos y verdaderos, hay otros falsos ó aventurados, y nunca la emocion, el entusiasmo y la elocuencia que son la magia de las obras de la imaginacion.

Hasta el metro es monótono y cansado. Está escrito el poema en versos de catorce sílabas, que *Trigueros*, poco versado en la versificacion antigua de Castilla, juzgó haber inventado, y presentó como una innovacion. El erudito *Bayer* le hizo notar su inadvertencia en el concepto histórico, y habria podido ademas demostrarle que se equivocaba igualmente creyendo haber trasladado con exactitud el pentámetro latino á la versificacion castellana (2).

El alucinamiento de la soberbia literaria indujo á *Trigueros* á imaginar que llegaria á imitar con tal perfeccion el tono y galas de los antiguos poetas españoles, que podrian sus versos confundirse con los del siglo de oro. Para poner á prueba su infantil antojo, publicó en Sevilla (1776) un tomo con este título: *Poesías de Melchor Diaz de Toledo, poeta del siglo* XVI, *hasta ahora no conocido.* ¡Ridículo empeño, que no podia dejar de acarrear un desengaño al desvanecido poeta! Los entendidos columbraron desde luégo la inocente superchería. En los versos de *Melchor Diaz* trasciende la poesía insulsa y amanerada del siglo XVIII, y lo que es peor, la poesía *poco poética* de Trigueros. ¿Dónde aquella hechicera naturalidad del lenguaje, aquel *quid divinum* del idioma poético del siglo XVI? *Trigueros* ganó poco en su fama de poeta, y su deslucida tentativa no fué sino una confirmacion del emblema satírico que encierra la fábula de *El Asno vestido de leon.*

En su *Viaje al cielo*, poema en tres libros, destinado á encomiar á Cárlos III, no acierta tampoco á remontarse á la esfera ideal que sirve de teatro al poema. Su fantasía no sube *al cielo*, aunque tal dice haber logrado, en el libro segundo; ni un destello siquiera de estro verdadero llega á romper las prosaicas cadenas que le tienen amarrado á la tierra.

Sus poemas *San Felipe Neri* y *La Riada* causaron á *Trigueros* amargos sinsabores. La doctrina de un sermon, que pone en boca del Santo, no pareció ortodoxa á una parte del clero español. Escribiéronle cartas injuriosas, y no faltó quien intentára mancharle con la nota de hereje. En *La Riada* puso de manifiesto, más que en la mayor parte de sus demas obras, la escasez de su númen y su falta absoluta de gusto poético. ¿Quién creeria que el espectáculo imponente de una avenida del Guadalquivir, y los esfuerzos del insigne asistente de Sevilla don Pedro Lopez de Lerena para prevenir ó reparar terribles desastres, no alcanzaron á arrancar al poeta uno solo de esos acentos conmovedores que brotan de aquellas almas que, á falta de imaginacion, tienen siquiera las dos fuerzas poéticas del entusiasmo y de la compasion? ¡Deplorable extravío de las preocupaciones de escuela! La realidad del infortunio, los cuadros del desastre, los esfuerzos del deber y de la caridad no parecen al poeta asunto

(1) Es una coleccion de poemas, titulados *El Hombre; La Desesperacion; La Esperanza; La Moderacion; La Ternura; El Odio; El Libertinismo, ó la falsa libertad; El Deseo; El Remordimiento; La Reflexion; La Alegría; La Tristeza; La Mujer.*

(2) En una carta que precede al poema *La Moderacion*, que lleva el número IV en la serie de poemas que constituyen la coleccion titulada *El Poeta filósofo*, reconoce *Trigueros* su equivocacion, y recuerda que Gonzalo de Berceo, don Alonso el Sabio, el infante don Manuel, el Arcipreste de Hita, Pero Lopez de Ayala, escribieron versos de catorce sílabas, que él llama *pentámetros castellanos.*

suficiente para emplear los tesoros de la fantasía y despertar las emociones del corazon. Se aparta de estas fuentes legítimas de inspiracion, y juzga más poético, más elevado, más *épico*, fundar el argumento en una conjuracion fraguada por *Juno*, que, celosa de la ninfa *Hispalis* (númen que preside á Sevilla), atrae á *Bétis* á su partido y le induce á destruir con su poder la ciudad famosa. El asistente Lerena advierte el riesgo á la ninfa, la cual con sus ruegos decide á Júpiter á que proteja la ciudad. Probablemente creyó *Trigueros* que los celos de Juno, la intervencion de Neptuno y de Minerva, y otras circunstancias semejantes á las de la *Ilíada*, habian de realzar su obra y traer al pensamiento de los lectores las bellezas de Homero. ¡Cuánto se engañaba! Lerena, mezclado ridículamente con las divinidades olímpicas, es una de las ocurrencias más insulsas y más irrisorias que ofrece la poética falsa y artificial de aquellos tiempos.

Forner, que fué constante azote de *Trigueros* (1), desagravió al buen gusto, publicando una sátira, titulada *Carta de don Antonio Varas al autor de La Riada.* La crítica de *Forner*, segun la costumbre de entónces, recaia ménos en la esencia que en los pormenores. Poco mesurado en los ataques, *Forner* envolvió en sus diatribas, no sólo á varios autores, sino á la Academia Española, y se vió obligado, por disposicion del Rey, á dar satisfaccion á este ilustre cuerpo literario; pero, á pesar de todo esto, el público dió razon á *Forner* contra *Trigueros.*

De estas amarguras consolaron algun tanto al autor satirizado las cartas de un oficial frances, retirado en San German, gran admirador de sus obras (2), y especialmente otra carta que en 15 de Febrero de 1785 le escribió el célebre *Florian*, aplaudiendo el gusto, la elegancia, y lo que es más, la extremada *sensibilidad*, que, segun él, resaltan en *La Riada*, y excitándole en tono pedantesco á menospreciar á sus detractores:

Je vous exhorte (dice) *de tout mon cœur à mépriser tous ces vils satyriques qui vous font la guerre... Depuis* Zoïle *jusqu' à* Forner, *le Parnasse a été sali par les corbeaux et les hiboux, qui font la guerre aux rossignols.*

Florian mimaba literariamente á *Trigueros.*

Apénas puede comprenderse que las obras poéticas de éste despertasen en aquel ingenio tanta admiracion. Miéntras en España era la comedia *Los Menestrales* objeto de sátiras y fundadas críticas, *Florian* escribia en loor de esta obra desmayada una oda enfática y campanuda, á la cual se atreve á llamar Sempere *un monumento literario.* Aun fué mayor la audacia de *Florian* cuando, aludiendo á *El Poeta filósofo*, no titubeó en posponer el esclarecido *Pope* á *Trigueros:*

Et dans ses vers moraux déplaçant de son trône
Le poète penseur que l'Angleterre prône.

Forner, cual es fácil presumir, no llevó á bien el agresivo lenguaje del *bel-esprit* frances, y las honrosas aclaraciones que alcanzó de la buena fe de *Florian* dejaron muy mal parado á *Trigueros* (3).

(1) Entre los borradores de *Forner*, que tenemos á la vista, hemos hallado este trozo de un poema burlesco contra *Trigueros*:

Dice, fallando cual en negro trono,
Que *Trigerion* (a) (la gracia
Tal era de mi Aquiles), profanando
La sacra herencia del cantor de Tracia,
Del Bétis atronó la verde orilla,
Antes que de Castilla,
Con su canto inhumano, desterrára
Las Musas halagüeñas;
Daba de rana puntiales señas,
Y era cangrejo, porque á largo paso,
Creyendo caminar hácia el Parnaso,
Más y más se alejaba del gran monte,

(a) Trigueros.

(2) Monsieur Raulin d'Essars. Habia ya en 1783 escrito á un librero de Sevilla, expresando con entusiasmo la admiracion que le causaba *El Poeta filósofo.* Ahora (Agosto de 1784) escribia al mismo *Trigueros*, dándole á entender, con motivo de *La Riada*, que preferia su estilo al de Lope y Quevedo.

(3) Véase la carta de *Florian* á *Forner*, en quo aquél desagravia á éste con la más franca y noble lealtad. Fué publicada por *Forner* en un opúsculo titulado: *Suplemento al artículo* Trigueros, *del Ensayo de una Biblioteca* por el *doctor don Juan Sempere y Guarinos.*

Forner era duro en sus críticas y diatribas; pero, hombre de noble carácter, ni áun en provecho de sus ideas podia tolerar falsedades y supercherías. Aconteció que un enemigo de *Trigueros* publicó contra éste una injuriosa carta en el *Diario de Madrid*, firmándola, sin duda para darle mayor fuerza en la opinion, con las iniciales de *Forner* (J. P. F.). Indignado el recto magistrado, escribió una carta á *Trigueros*, á pesar de la enemistad que entre ambos reinaba, para declararle que no era autor de aquel escrito. La contestacion autógrafa de *Trigueros* se conserva entre los papeles de *Forner* (1). Es una larga carta, en que rebosa la amargura. Copiarémos de ella algunos renglones, ya como recuerdo de las ásperas costumbres literarias del siglo último, ya tambien como ejemplo del dolor que causan en almas delicadas los ataques críticos, cuando son personales, desmesurados y violentos:

Madrid, 1.º de Marzo de 1791.

He recibido con notable complacencia la carta de usted de 22 del próximo pasado Febrero, porque tengo especial gusto en que una carta como la que en el *Diario de Madrid* de 9 del mismo se publicó en defensa de un plagiario, no fuese escrita por un honrado ministro de Su Majestad... Por lo mismo celebro sobremanera que intente usted con vigor la correspondiente accion para que se descubra y se castigue el impostor, que, por insultar contra toda razon á un hombre aplicado que con nadie se mete, ha tomado, con las iniciales de su nombre de usted, sus expresiones, su estilo y su antiguo y notorio sistema de tratarme...

Yo, viendo venir contra mí sin disimulo una granizada de palos, la procuré evitar, sin más personalidad que las que insinúa la misma carta agresora, con sus alusiones á los papeles que usted, *inter delicta juventutis suæ*, imprimió y publicó contra mí, sin otro motivo que haber tenido la bondad de graduarme por un pedante muy inferior á su talento y á su instruccion, y la ingenuidad de juzgar que son dogmas infalibles de literatura las bellas cosas que contra mí ha esparcido, enderezadas á quitarme el crédito, el honor y el comer, pues yo vivo de profesion literaria, mal ó bien sostenida, segun he podido entablarla con el trabajo de toda mi vida... Usted me ha tratado en público de vano, presumido, soberbio, embustero, de hombre de mal ejemplo, de viejo verde, de publicador de cartas ajenas, y de otras mil gracias como éstas, que ni son verdaderas, ni asuntos literarios. Meta usted la mano en su pecho, y verá que ni merezco, ni he merecido jamas, el modo con que me ha tratado, y me trata aún en la carta que recibo hoy...

Mis circunstancias, y las actuales de usted, exigen de nosotros distintos procederes de los que pudieran disimularse á muchachos y escolares. Es tiempo de que piense usted más en alentar á sus contemporáneos que en exasperarlos... Nadie está más descontento con mis escritos que yo mismo. Haga usted lo mismo, y aprovechando, como puede, el talento que Dios le ha dado, conseguirá el nombre que le deseo, edificando, y no destruyendo. Como soy un viejo, doy á usted, que es un mozo, este consejo, por pagarle como cristiano...

Repito que hará usted bien en descubrir al impostor; pero añado que hará usted mejor en perdonarle, como yo le perdono... Si somos literatos, buenos ó malos, seamos hombres y cristianos. Usted puede mandarme, y experimentará la honradez con que se precia de ser amigo de todos su servidor, q. s. m. b.—CÁNDIDO MARÍA TRIGUEROS.

Cuando *Trigueros* daba á *Forner* esta leccion moral, tenía cincuenta y cuatro años; *Forner* treinta y cuatro.

Las obras épicas, líricas y dramáticas de *Trigueros*, sus refundiciones de *El Anzuelo de Fenisa*, de *La Estrella de Sevilla* y otras, y muy especialmente el poema *La Riada* y la comedia *Los Menestrales*, acarrearon al buen arcediano zumbas y críticas, ménos acerbas que las de *Forner*, porque eran ménos personales, de parte de *Iriarte*, de *Moratin* (Leandro), de *Huerta*, de *Melendez* y de *Vargas-Ponce*. Hasta el afan de saber y la incansable laboriosidad de *Trigueros* se volvian en contra suya. *Moratin* le llama, en tono burlon, «erudito, moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico», y ademas le persigue en sus sátiras (2).

(1) Cartas de varios literatos á *Forner*. (Códice perteneciente al señor don Luis Villanueva.)

(2) *Moratin* dice en un romance satírico:

Así tambien, ademas
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro más enfadoso,
Más insolente y perrera.
Éste es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias...

Sólo dos poetas españoles de cuenta aplauden las obras poéticas de Trigueros. El uno era la personificacion de la bondad y de la indulgencia, *fray Diego Gonzalez* (1); el otro, uno de los más gallardos y generosos caractéres que produjo el reinado de Cárlos III, *don Gaspar Melchor de Jovellanos.* Este hombre excelente cobraba aficion á todas aquellas personas en quienes descubria laboriosidad y honradez. Por tales prendas estimaba de véras á *Trigueros*, y no sólo le perdonaba su candoroso engreimiento literario, sino que llevaba hasta el alucinamiento la indulgencia. En una carta, que debió de hacer pasar felices momentos á *Trigueros*, no sólo le dice que *se saborea* con *La Riada*, sino que le participa reservadamente que *Los Menestrales* es uno de los dos dramas premiados entre los cincuenta y cinco que fueron presentados al concurso propuesto por la villa de Madrid. ¡Y en qué términos tan lisonjeros le da la agradable noticia! Esta comedia *Los Menestrales*, objeto despues de las zumbas de *Iriarte* y de tantos otros, es para *Jovellanos*

una pieza de las mejores que se han producido para nuestro teatro, la más acomodada á nuestro genio y costumbres, y la más proporcionada al objeto y á las ideas del dia..... Las obras premiadas (*Los Menestrales* y *Las bodas de Camacho*, de Melendez), añade *Jovellanos*, acreditarán por sí mismas á los ojos del mundo literario, que las ha de juzgar, que son lo mejor que ha producido nuestro siglo (2).

Unos dos meses despues escribe *Jovellanos á Trigueros:*

La suerte de ambas comedias en el teatro no ha podido ser peor..... No se puede dar una representacion más fria.....

Y en otra carta:

El juicio de la república literaria decidirá del mérito de *Los Menestrales*..... El mejor modo de vencer á los envidiosos, es seguir trabajando y ganando gloria (3).

Tres meses más adelante, el mismo *Jovellanos* le envia la *Carta de don Antonio Varas* (Forner) contra *La Riada*, diciéndole:

No está (la carta) mal escrita, ni me parece despreciable su doctrina. ¡Así fuera tolerable por el encono literario con que se escribió!

Huella debieron dejar en el ánimo de *Jovellanos* los clamores críticos y satíricos de *Forner* y de otros contra la poesía de *Trigueros*, cuando, olvidando sin duda las bondadosas alabanzas con que habia alentado sus tareas poéticas, añade inesperadamente estas desanimadoras palabras:

Tómelo usted con cachaza, *déjese de hacer poesías*, y trabaje en las obras proyectadas (*Memorias para la historia del comercio de la Bética*, etc.), en las cuales tendrá usted ménos envidiosos, porque acaso no habrá quien presuma de sus fuerzas la capacidad de competirle. Esto sí que ofrece una posesion de gloria más colmada y tranquila (4).

No aprovechó *Trigueros* el amistoso consejo de *Jovellanos.* Despues de esta época, escribió otros poemas, y entre ellos el titulado *Las Majas*, que, aunque publicado con un seudónimo para sustraerse á la malevolencia de sus enemigos, le acarreó nuevos desabrimientos.

Por él *Zavala*, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante *Trigueros*
Aborta sus epopeyas...
Miéntras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho incienza,
Y á *Trigueros* le despacha
El título de poeta,
¿Yo he de escribir?...

(1) «La bella elegía (de Trigueros) *Á la muerte de Filis* ha parecido á todos estos pastores obra de excelente gusto,.... Sólo han puesto algun reparo en la versificacion, que (por ser ellos algo nimios en esta parte, especialmente *Batilo*, cuyos sáficos nada deben en fluidez á los latinos) les ha parecido algo dura.» (Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* al *padre Miras*, escrita en Febrero de 1776.)

(2) Carta de *Jovellanos* á *Trigueros*, fecha en Madrid, el 20 de Mayo de 1784. (*Obras de Jovellanos*, tomo L de esta BIBLIOTECA, páginas 163 y 164.)

(3) Madrid, 10 de Julio y 10 de Agosto de 1784.

(4) Madrid, 9 de Noviembre de 1784.

Dejó en prosa escritos apreciables, cuya larga lista da glorioso testimonio de su inextinguible amor á las letras (1).

Pasemos ahora, porque así lo requiere el órden histórico, á la conmemoracion de varios jesuitas ilustres, que cultivaron la poesía castellana en la segunda mitad del siglo XVIII.

El jesuita valenciano *don Manuel Lasala* fué uno de los más esclarecidos entre aquellos insignes varones, que, violentamente lanzados de España por el ímpetu de las nuevas ideas, llevaron á Italia el precioso tesoro del estado intelectual de España, mucho más brillante de lo que la Europa sospechaba (2), y cuya luz gloriosa reflejó sobre la patria, que, como á encarnizados enemigos, así extrañaba de su seno, por razon de estado, á muchos de sus mejores hijos.

Pudo ser juzgada entónces como estorbo político la institucion admirable á que aquellos varones pertenecian; pero, considerados éstos individualmente, no quedan en el crisol de la justicia sino como ejemplos ilustres de virtud y saber. *El padre Isla*, *el abate Andres*, *Lasala*, *Arteaga*, *Burriel*, *Cerdá*, *Colomés*, *Montengon*, *Aymerich*, *Terreros*, *Serrano*, *Eximeno*, *García*, *Nuix*, *Lampillas*, *Masdeu*, etc., etc.

¡Cuántos nombres venerables y famosos! ¡Cuánto con ellos, pasado el vértigo filosófico, se envaneció esta misma España, que los habia arrojado á tierras extranjeras! (3).

Por más que ardientes encomiadores, paisanos suyos, hayan querido levantar á las nubes el estro poético del *abate Lasala*, no es ménos cierto que como poeta lírico no rayó nunca á grande altura. No le faltan á veces ni facilidad, ni abundancia, ni brío; pero la entonacion de sus versos suele ser monótona y amanerada, y como versificador castellano está muy léjos de poder servir de modelo. Treinta años de residencia en Italia le habian hecho olvidar algun tanto la modulacion rítmica de nuestro idioma, é incurria, por otra parte, si bien ménos que Montengon y algunos otros compañeros suyos, en *italianismos* inadmisibles, sin dejar por eso de manejar el habla de la patria, aunque sin pureza, con enérgico desembarazo. Su vocacion dominante fué el teatro. Allí encontró un campo de verdadera gloria. La Italia se admiraba con razon de que un extranjero hubiese llegado á manejar la lengua del Tasso con tanta maestría y elegancia (4).

Entre estos jesuitas expulsados, *don Francisco Javier Alegre*, natural de Vera-Cruz, lati-

(1) Véase esta lista en uno de los tomos siguientes, al frente de sus poesías.

(2) Dan muy ventajosa idea de la actividad literaria de los jesuitas españoles del último siglo los dos libros siguientes:

Operum Scriptorum olim è Societate Jesu in Italiam deportatorum Index. Su autor, el abate don Onofre Prat de Sabá, jesuita catalan, que falleció en 1810, y publicó su obra con el seudónimo alegórico de *Josepho Fontio à Valle Ausetano.* Fué impreso en Roma, 1803.

Bibliothecæ Scriptorum Societatis Jesu Supplementa, por Diosdado Caballero. Fué impresa esta obra en el tomo IV de la *Racolta Ferrarese d'Opusculi scientifici e letterari*, etc.

(3) «Los jesuitas (dice Sempere), ó por las particulares constituciones de su gobierno, ó porque, estando encargados de la enseñanza de los jóvenes seglares, conocieron la necesidad de conformarse en ella al método que se seguia ya en los colegios más acreditados de Europa, al tiempo de su expulsion tenian ya en su Compañía buenos humanistas, anticuarios y matemáticos. Ya he puesto en otra parte el distinguido elogio que hizo de ellos el escritor *Monti*, atribuyéndoles en mucha parte los progresos de las letras en Italia.»

(4) Sus principales obras dramáticas son las tragedias *Giovani Blancas*, *Ormisinda*, *Sancho Garcia*, *Roberto*, *Iphigenia in Aulide*, *Lucia Miranda*, *Berenice;* las comedias *La verginità trionfante*, *Il Filosofo moderno*, y las escenas líricas *Agostino* y *Margherita di Cortona.* Puede formarse juicio del éxito de las obras de este esclarecido escritor por las siguientes palabras del abate *don Juan Andres*, en su importante obra *Dell'origine*, *progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (tomo II):

Ma sopra tutti (gli spagnoli venuti in Italia) il Lassala et il Colomés hanno ottenute lodi distinte e fatto risonare dal suo nome i teatri d'Italia.

El padre Bernardo García, establecido en Venecia despues de la expulsion, fué uno de los jesuitas españoles que conquistaron laureles en la poesía dramática. «Admiró á la Italia (dice Fuster) con sus composiciones dramáticas, que fueron representadas con grande aplauso.»

nista y helenista consumado, si bien de escaso renombre en España, era uno de los literatos más instruidos y de más acrisolado gusto literario de Europa, segun el estado de la crítica en aquella era doctrinal. No podemos ménos de hacer aquí de él mencion honrosa. Tradujo en verso latino *La Iliada*, y escribió ademas un poema latino *La Alejandriada* (1). Pero lo que nos mueve principalmente á conmemorar los merecimientos literarios de este aventajado *humanista*, es la notable traduccion en verso que hizo del *Arte poética* de Boileau (2). Esta version libre, escrita por lo general en gallardo estilo, como de hombre que está familiarizado con las leyes del idioma y de la versificacion, no llegó á darse á la estampa, aunque en realidad harto más lo merece que la traduccion del mismo Boileau por Madramany y otras obras de semejante índole, que lograron en aquellos y en posteriores tiempos los honores de la publicidad. Las eruditas y á veces luminosas notas de *Alegre* á la *Poética* dan clara idea así de su feliz instinto crítico como del estado del gusto en aquel tiempo, en que por completo dominaban ya entre nosotros las doctrinas de los preceptistas extranjeros. La gran sensatez que reina en la mayor parte de los dogmas de Boileau le cautiva, porque cuadran grandemente estos dogmas á su razon, llevada por el estrecho carril de la educacion literaria que habia recibido. Las letras castellanas del siglo de oro le deleitan. La libertad indisciplinada de nuestro teatro le sorprende, y embaraza su sentido crítico. Se trasluce que su instinto, inclinado á lo grande y á lo bello, le hace amar aquello mismo que las reglas convencionales le obligan á condenar. Así es que no perdona á *Luzan* que deprima á veces á los escritores españoles, que, á su juicio, no llegó á comprender; y cuando se ve en la necesidad de ser, como traductor, eco de la acusacion satírica que hace Boileau á Lope de Vega en aquellos conocidos versos:

Un rimeur sans péril, de là les Pyrénées,
Sur la scène en un jour renferme des années.
Là souvent le héros d'un spectacle grossier,
Enfant au premier acte, est barbon au dernier;

por más que esto no sea sino traducion de lo mismo que Cervántes habia dicho un siglo ántes (3), no puede ménos *Alegre* de salir á la defensa del *Fénix de los ingenios*, disculpando con los versos mismos del *Arte de hacer comedias* el desvío de la forma clásica.

(1) El *padre Alegre* escribió un curso completo de teología. Fué este escritor muy admirado en Italia. Su traduccion de Homero y su poema *Alexandriados, sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone*, se publicaron en 1776.—Dos años despues decia el célebre periódico *Efemeridi letterarie di Roma* (28 de Noviembre de 1778):

*Succede alla versione dell'*Illiade *l'*Alessandriade, *ovverò la* Espugnazione di Tyro fatta d'Alessandro Magno, *poema giovanile del nostro autore* (*Alegre*), *diviso in quatro libri. In esso non solo campegia l'estro poetico familiare all'autore, e senza del quale in vano avrebbe tentato di condurre si egregiamente a fine la versione della Illiade* (*giachè per traslatare degnamente Omero, vi vuole più abbondevole vena di poesia che altri non pensa*); *ma vi si scorge eziandio un giudizio assai fino per ben guidare una poetica azione:*

Grazie, che a pochi il ciel largo destina.

. . . . . .

*Chiudiamo il presente estratto, augurando all'illustre autore per le sue virtuose fatiche, e massime per la traduzione dell'*Illiade, *quei premi che in secoli più felici abbrevero ottenuto i Poliziani et i Filelfi.*

(2) Esta traduccion autógrafa forma parte de la coleccion de manuscritos literarios de nuestro ilustrado amigo el señor don Aureliano Fernandez-Guerra. Fué regalada á su padre por don Ángel Sanchez, autor de *La Titiada* y de otras muchas obras, amigo de Alegre, y, como él, sacerdote de la Compañía de Jesus.

Empieza así:

Á la frondosa cima de Helicona
Un temerario autor aspira en vano,
Y en vano la corona
Ceñir pretende de laurel lozano,
Si benigno planeta
Con misterioso influjo
No lo formó, desde el nacer, poeta.....

(3) «¿Qué mayor disparate puede ser que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?» (*Don Quijote*, parte I, cap. XLVIII.)

Hablando del gongorismo, lo juzga con un solo rasgo, en este bello y exacto pensamiento:

«El entusiasmo poético no ha de ser trastorno, sino elevacion de la fantasía.»

Aunque fiel sectario de la doctrina de Boileau, no se ciñe *Alegre* á una mera y escrupulosa traduccion. «Añade, quita y muda», segun lo declara él mismo, y por lo comun sustituye á los ejemplos franceses de Boileau alusiones y ejemplos sacados de autores españoles. Éste es el principal interes que ofrece esta obra, más notable aún por las notas que por el texto, y muy adecuada, entre las de su tiempo, para comprender la transformacion histórica de las letras castellanas en aquella época.

No nos detendrémos á hablar del *padre Isla*, poeta rastrero, que satirizó en verso los poemas narrativos castellanos, y singularmente los consagrados á vidas de santos, como habia satirizado en prosa los malos sermones (1). Tampoco hablarémos detenidamente del *padre José Diaz*, que escribió *Tragedias sagradas* y murió en Ferrara, en 1793; ni de *don Pedro Ceris y Gilabert*, que, por su gracia y facilidad en componer versos españoles é italianos, lució notablemente en el grupo numeroso de sabios jesuitas, de España, de Italia y de otras naciones, que se reunió en Ferrara despues de la expulsion (2).

Algo más dirémos del ilustre jesuita alicantino *don Pedro Montengon*. Por su instruccion, por el sentido moral de sus escritos y por su afanosa laboriosidad, merece mencion honrosísima en la historia literaria del siglo último. En Génova y en Ferrara le conoció y trató el famoso *abate Andres*, al mismo tiempo que á otros jesuitas distinguidos en ciencias y letras, y conservó de él recuerdos especiales de estimacion y afecto (3). Su aliento literario era grande, y sus fines encumbrados y provechosos. Con sus novelas aspiraba á difundir sanos sentimientos morales, y con sus versos á vigorizar la llama moribunda de las antiguas glorias españolas. Su largo destierro no entibió nunca su ardiente patriotismo, pero quitó á su lenguaje el sabor castizo y natural de los hablistas castellanos. Sus obras están plagadas de italianismos y de arcaismos extraños y mal traidos, que dan á su estilo cierto carácter artificial y trabajoso. Él mismo desconfiaba de haber manejado con pureza el habla castellana en *El Eusebio*, despues de diez y ocho años de residencia en Italia, y rogó á sus amigos que depurasen la diccion y el lenguaje ántes de la impresion. Don Antonio Sancha se encargó de ésta, pero no confió á buenas manos la correccion que el modesto jesuita deseaba, y quedaron en la obra innumerables voces y locuciones extravagantes ó impuras (4).

En la poesía adolece *Montengon*, áun más que en la prosa, de este defecto, que tanto des-

(1) El *padre Isla* ha sido ya juzgado con amplitud y acierto en el tomo XV de la presente BIBLIOTECA. La obra á que aquí aludimos es *El Ciceron*, poema satírico, en diez y seis cantos, cuyo autógrafo se conserva en el Ateneo de Bóston (Estados-Unidos).

Para comprender la razon con que el *padre Isla* ridiculiza aquella plaga de malos poemas, entre los cuales debe contarse el suyo, véase, en uno de los tomos siguientes, nuestro *Catálogo de poemas castellanos del siglo* XVIII.

(2) Era el *abate Ceris* muy aficionado á ciertas combinaciones métricas, y alguna vez las formaba con gusto y soltura, como puede verse en la siguiente estrofa de su oda *Á la primavera:*

Oh ninfas, venid al prado,
Matizado
De blancas y azules flores;
Oh ninfas, oid los trinos
Matutinos
De los dulces ruiseñores.

Entre sus versos italianos, fueron muy celebrados los que compuso *Al árbol de la Cruz*. Murió en Ferrara, en 1795.

(3) *Cartas familiares del abate don Juan Andres á su hermano don Cárlos, dándole noticia del viaje que hizo á várias ciudades de Italia.* Véase especialmente la carta escrita en Mantua, el 16 de Mayo de 1786, y aquella en que refiere su visita á Génova (1791). Dice en ésta: «Lo apartado de la casa de *don Pedro Montengon* no le detuvo para hacer várias veces un incómodo viaje y favorecerme con su compañía.»

(4) Sempere nota las siguientes: *plegarse á las circunstancias; maneras*, por modales; *relaja* de ánimo; *jubilar*, por alegrarse; *profundir;* y otras, como *fantasear* y *parar mientes*. Estas dos últimas las censura sin razon. Otras, que no cita Sempere, son igualmente reparables, como *vigorea* por vigoriza, *mormurio* por murmullo, etc.

luce sus escritos. Las canciones, anacreónticas, endechas y églogas de *El Mirtilo* son por extremo insípidas y amaneradas. Su aficion á la vida campestre, nacida del artificial entusiasmo de quien la admira desde su gabinete, no le inspira por lo comun sino ideas falsas y exageradas, como cuando dice, en un tono por cierto más agradable del que suele emplear en sus versos:

Un cayado y un hato de corderos,
Con un sayo, aunque pobre, son bastantes
Para unir los afectos más sinceros,
Y hacer así dichosos dos amantes.

Su amor á Dios y á la naturaleza le inspiran á veces, si no pensamientos nuevos y sublimes, dignos de la alta lírica, al ménos ideas elevadas, propias de un corazon sensible y cristiano (1).

En las odas, que es el género que *Montengon* cultivó con más empeño y con ménos fortuna, hay una sola cosa que admirar: los títulos de ellas, esto es, los nobles y encumbrados asuntos que bullian en la mente del poeta. ¿Quién no recuerda con grima y hastío los objetos triviales, chabacanos y áun viles á que dedicaban sus versos los escritores de la decadencia en la primera mitad del siglo? Honor merecen aquellos contados poetas que, abandonando la trillada senda de la poesía familiar ó de las insulseces bucólicas, levantaron la poesía á los altos espacios donde ella tiene su natural esfera. Cuando, en 1776, Jovellanos aconsejaba, no del todo con sana crítica, pero con grave y elocuente acento, á *sus amigos de Salamanca* que dieran tregua á los cantos de amor, y empleáran su lira en ensalzar la fe, la virtud, las glorias bélicas de la patria, y este consejo fué escuchado y acatado en la escuela salmantina como una novedad doctrinal, ya el patrio instinto habia señalado esta laudable senda á dos poetas oscuros. Un abogado, *don José Muñoz*, con el designio de desterrar los romances de *guapos*, bandidos y otros héroes populares de perversa ralea, habia publicado algunos romances, que tituló *militares*, consagrados á cantar hazañas de famosos soldados españoles. *Montengon*, apénas conocido entónces, escribia por aquellos tiempos en Ferrara una copiosa coleccion de odas, que imprimió despues en la misma ciudad, con el seudónimo de *Filopatro*. No hay asunto noble, santo, útil, grande ó heróico que no tratase *Montengon*. El *trabajo*, la *navegacion*, el *comercio*, la *supresion de la trata*, la *educacion*, el *patriotismo*, *Guzman el Bueno*, *Pelayo*, el *Gran-Capitan*, el *Cid*, *Diego García de Paredes*, el *cardenal Jimenez de Cisneros*, la *muerte de Garcilaso*, el *descubrimiento de América*, los *Andes*, el *Potosí*, la *victoria de Otumba*, las *artes*, la *virtud*, *Hernan-Cortés*, los *canales de navegacion*, *San Fernando*, *Cárlos V*, *Cárlos III*, *Campománes*, *Jorge Juan*, las *batallas de las Navas* y *de Clavijo;* estos y otros muchos elevados objetos resuenan en la lira del jesuita expatriado. Hasta se atreve, á pesar de su índole modesta, á rivalizar con *Fernando de Herrera*, escribiendo una oda *A la victoria de Lepanto*. No hay que decir si salió vencido en la insensata competencia (2). Por desgracia, era impotente el ambicioso aliento de la musa de *Montengon*. Sus poesías no corresponden ni con mucho á la nobleza de su intencion. Falto en sumo grado de sentimiento poético, intentaba imitar á *Herrera* y á *fray Luis de Leon*, dos poetas de índole diferente y hasta contraria, ambos inimitables. El estilo de *Montengon*, así como su lenguaje, monótono, embotado, por decirlo así, por una erudicion pedantesca y por extravagantes frases, giros y palabras, y ademas poco acrisolado, produce en el ánimo de los lectores insufrible cansancio. Hay destellos felices en muchas de sus composiciones, mas ni una sola, acabada, que deje verdadero embeleso en el entendimiento y en el oido.

(1) Como muestra de esta poesía, sana, aunque poco inspirada, puede citarse la cancion de *El Mirtilo* que empieza:

¡Oh! cuánto me enamora, etc.

(2) La oda de *Montengon* empieza así:

Sobre tu pueblo santo
Tu ojo eterno, Señor, no está dormido...

Cuando aconseja humanidad á los gobernadores de las Indias; cuando presenta á Hernan-Cortés, conmovido ante el sepulcro de la india doña Marina, atribuyendo á su amor y á su lealtad la gloria de la conquista de Méjico; cuando levanta su voz contra la esclavitud de los negros; cuando maldice las riquezas del Potosí, como adormecedoras de la actividad española; cuando dice que en el Perú

Amor exhala el deleitoso suelo,

y que las minas de oro y plata de Caravaya y de Arequipa no valen lo que el amor desinteresado de una limeña; cuando se pasma ante la grandeza del Chimborazo y del encendido Cotopaxi; cuando ensalza el ímpetu de los héroes castellanos, los útiles afanes de los sabios y la cordura de los hombres de Estado, *Montengon* entra sin duda en el camino por donde van los grandes poetas de la civilizacion y de la gloria. Pero no sabe andar por él. Como el caminante extraviado, que ve una luz lejana en las tinieblas de la noche, y no acierta á llegar á ella, *Montengon* divisa las maravillas del mundo material y las grandezas del alma humana; las siente acaso en su entendimiento y en su corazon; pero no tiene color, ni luz, ni tino, ni fuerza para describirlas. Ve la belleza y no sabe cantarla. Es escritor de noble espíritu y de meritoria intencion. No es bastante: le falta la llama divina del poeta. La posteridad debe recordar su nombre con respeto, pero puede olvidar sus obras.

CAPÍTULO XII.

Continuacion del reinado de Cárlos III.—Sazon completa de la nueva era literaria.—Cuatro magistrados poetas.—Melendez Valdés.—Jovellanos.—Forner.—Vaca de Guzman.

No sin razon hizo época en los anales literarios de España la publicacion de las primeras poesías líricas de *don Juan Melendez Valdés* (1785). Era éste un poeta verdadero, no de númen sublime y pindárico, como han repetido tantas veces sus maestros, sus amigos y sus alumnos; pero sí de índole fácil, abundante y amena. *Cadalso*, *Huerta*, *fray Diego Gonzalez*, cuantos le habian precedido, sin excluir á *don Nicolas Fernandez de Moratin*, le son inferiores bajo muchos y muy esenciales aspectos. Las obras de aquellos escritores no pueden parecer, en rigor, á la posteridad sino ensayos y esfuerzos más ó ménos firmes y luminosos de una era literaria que áun no se hallaba fija y definitivamente asentada. *Melendez*, con todos sus defectos, que no son insignificantes, fué, no sólo el poeta principal de su tiempo, sino el que dió con sus brillantes obras sancion y autoridad á la nueva poesía, al nuevo lenguaje, al nuevo carácter literario, que se habian ido formando en España desde el advenimiento al trono de la dinastía de Borbon. Habia en su talento poético circunstancias de diverso y áun contradictorio linaje, que, entre sí combinadas, constituian su peculiar carácter. Carecia de fuerza creadora y de originalidad vigorosa; y sin embargo, descuellan en sus versos espontaneidad y soltura. Pero no hay que dejarse alucinar por esta seductora apariencia. Poseia *Melendez* en alto grado un instinto imitativo, no vulgar ni rastrero, que podriamos llamar facultad de asimilacion. Detras del *epicurismo* risueño, que es para *Melendez* inagotable vena, se trasluce á las claras el espíritu de *Anacreonte*, la gracia de *Villegas*, algo del primor galante de los madrigales franceses, y hasta el voluptuoso descaro, mal disfrazado con la dulzura de la forma, del poeta holandés *Juan Segundo* (1). El anhelo de graves refor-

(1) Fué secretario del Arzobispo de Toledo, acompañó á Cárlos V en la jornada de Túnez, y murió, á los veinte y cinco años de edad, en 1536, el mismo año que *Garcilaso*. Escribió muchas poesías latinas,

mas y de renovacion y adelantamiento moral, que conmovia los ánimos en el reinado de Cárlos III, lleva como á remolque el estro de *Melendez* al campo de las meditaciones profundas, ora sociales, ora filosóficas. *Jovellanos* le presentó la poesía amorosa como un devaneo insustancial, que no granjeaba alto renombre (1), y acabó por hacerle mirar con rubor los cantos de amores, y arrojar el *caramillo pastoril*, que era al cabo la verdadera lira de *Melendez*.

Lo paso muy mal (escribia á *Jovellanos*), con un gravísimo dolor de cabeza, que no me deja vivir seis dias há. Ni he dormido las noches, ni descanso los dias... Desde el año pasado, que caí malo y arrojé alguna sangre, me ha quedado una destemplanza lenta... ¡Si V. S., amigo, pudiera con sus plegarias librarme de esto, como me ha convertido con sus amonestaciones de escribir amores y ternuras!

Salamanca, 14 de Setiembre de 1776 (2).

En Julio de 1779 envió á *Jovellanos* la primera composicion filosófica que habia escrito, siguiendo las advertencias de su amigo, á saber: la oda titulada *La Noche y la Soledad*, que empieza:

Vén, dulce soledad, y el alma mia...

Curioso es el juicio que en su carta forma el mismo *Melendez* de esta composicion, confesando que habia tenido que inspirarse con la lectura de *Las Noches*, de *Young*, y que en la fatiga del desempeño no habia alcanzado á dar al pensamiento enlace y armonía. Hé aquí la carta:

Mi más venerado amigo: Remito á V. S. esa cancion, cuyas primeras estrofas me dictó el mal humor y la melancolía, y la amistad que siguió, las demas... No busque V. S. en ella órden ni plan, porque no he tenido otro que el de la imaginacion, que, ya ardiente, ya más templada, me presentaba los objetos y me los hacia exprimir con la fuerza y calor porporcionados á sus situaciones. Al principio creí no saliese tan larga; pero el tiempo y la meditacion me fueron ministrando nuevas ideas y pensamientos, y acaso por esto no tendrán algunas estrofas aquel lugar determinado que debieran tener. A mí me ha sido despues casi imposible volverlas á fundir, y he querido más dejarlas en aquel ménos importuno y desordenado, que trastornarlas de nuevo, creyendo, como creo, que el desórden no desdice tanto en estas obras, como la marcha seguida y lenta; porque la imaginacion, aunque regular, no es mecánica ni compasada.

No busque V. S. tampoco el estilo magnífico y terrible del inimitable *Young*, ni la fuerza divina de sus sentencias. Sus años, sus doctrinas, su situacion, y más que todo, su genio, son infinitamente superiores, para querer yo presumir tan atrevidamente. Mi cancion, al lado de sus *Noches*, es una composicion lánguida, sin moral, débil: mis pensamientos vulgares, mis pinturas poco vivas, y mis arrebatamientos frios. Las musas castellanas son capaces de todo, pero la humilde musa de *Batilo* no puede tanto. Hallará V. S. algunos pensamientos tomados de la *noche* décima, que es del mismo asunto; pero confieso llanamente que no han sido hurtos. Yo he leido muchísimo *Las Noches*, me he quedado con mucho, y aunque en esta composicion no quise verlas de propósito, temiéndome lo que me ha sucedido, hallé, concluida mi obra y cotejándola con la *noche* que he dicho, algunos pensamientos ya ocupados por él, y que yo me creia originales; aunque no son tantos, á mi ver, que puedan por este lado desacreditarme...

Este género de composiciones no es familiar entre nosotros. La moral puede en ellas elevarse y tomar toda la pompa y ornato que merece. Nuestras musas pueden cultivar este género nuevo, y emplear útilmente sus cánticos divinos.—Salamanca, 17 de Julio de 1779.

Jovellanos, al contestarle, le manifestó con lisura la falta de cohesion y conjunto que se advierte desde luégo en la oda. Así se infiere de la réplica de *Melendez*:

que llamaron la atencion general por la gracia y facilidad del lenguaje.

Herrera las cita en su comentario á las obras de *Garcilaso*. Las diez y nueve composiciones, conocidas con el nombre de *Besos de Juan Segundo*, en las cuales raya en escándalo la expresion sencilla y vehemente de los impulsos amorosos de un mancebo de veinte años, le granjearon grande y justa celebridad, por la inspiracion poética que sobresale en ellas. *Melendez*, en algunas de sus anacreónticas, imita estas poesías eróticas, especialmente los *besos* 4, 11 y 19.

(1) Véase la epístola de *Jovellanos*, titulada *Jovino á sus amigos de Salamanca*, escrita en Sevilla, en 1776.

(2) Ésta y las demas cartas que se citan en el presente capítulo, existen autógrafas en la coleccion del señor Marqués de Pidal.

Convengo en la censura de la cancion. ¿No le decia yo á V. S. que no iba igual, y que iba con muchas añadiduras?... No extrañe V. S. el que ande vagando ahora, sin fijarme en nada. Este género moral me gusta muchísimo, aunque me conozco sin caudal suficiente para él. Pero el deseo de tener algo, que no fuese amores, que poder mostrar á personas á quienes no deben manifestarse bagatelas, me hizo querer probar si podia algo en este género.—Salamanca, 14 de Agosto de 1779.

Ya en la esfera filosófica, el númen flexible de *Melendez* se identifica con las tendencias de la época, y aunque con alas prestadas (1), vuela á su manera, con gala, con desembarazo y sin fatiga, en espacios no muy altos ni desconocidos, pero en los cuales se respira aire de pureza, de justicia y de libertad. Á veces, cansado de emplear el tono de análisis moral de que hallaba ejemplo en los poetas de la secta *enciclopedista*, se atiene á la filosofía de consuelo y de resignacion, á la vez racional y cristiana, que se avenia mejor con su musa dulce y apacible, é imita á *Rioja*, quedando á mucha distancia del modelo. Puede servir de ejemplo la elegía *Mis combates*, en que el autor discurre y discretea sobre los vaivenes de la vida, sin llegar á entristecerse de véras. En los siguientes versos de *Melendez*, ¿quién no ve el reflejo de otros de *Rioja?*

DE RIOJA.

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Ó el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quién así lo entiende, cuánto yerra!
. . . . . .
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpétuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve dia,
Do apénas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
. . . . . .

DE MELENDEZ.

El eterno Saber no nos dió vida
Para el cielo medir, ó el mar salado,
Sino para á Él labrarnos la subida.
. . . . . .
¿Dicen acaso al hombre que fué hecho
Para este suelo humilde, deleznable,
Do apénas se halla el bruto satisfecho?
. . . . . .
Perecen los imperios; grave siente
El peso del arado el ancho suelo
Do la gran Troya se asentó potente.
Desierto triste la ciudad de Belo,
De fieras es guarida; en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.
¿Dó blason tanto y célebre victoria?
¿Dó se han hundido? ¡Oh suerte miserable
Del sér humano! ¡Oh frágil, fugaz gloria!
. . . . . .
¿Dó están los años de la edad florida?
¿Dónde el reir, el embeleso insano
De los placeres? ¡ilusion mentida!
. . . . . .

Tambien intentó *Melendez* imitar la entonacion de *Herrera*, como se ve en la oda titulada *El paso del Mar-Rojo*, que empieza así:

Cantemos al Señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido,
Y al mar lanzó caballo y caballero.
. . . . . .
Apareció el Señor como un guerrero.
El potente es nombrado.
De Faraon los carros y escuadrones
Ha en el mar derrocado.
. . . . . .
Abismos los cubrieron,
Y al profundo cual piedra descendieron.
. . . . . .
El enemigo dijo: «Seguirélos,
Partiré sus despojos, cogerélos.»

¡Cuán léjos están estos versos de la majestad, que es la cualidad distintiva de *Herrera!* *Melendez* no habia nacido para pulsar el arpa de los profetas.

Otras veces intenta seguir el rumbo místico en que *Petrarca* sueña y sutiliza el amor me-

(1) Se columbra fácilmente en sus obras que está muy familiarizado con Thomson, Young, Milton, Pope, etc. Véanse sus poesías *Al Invierno*, *La presencia de Dios*, *La Noche y la Soledad*, *La Creacion*, *La caida de Luzbel*, etc.

tafísico, y en esa esfera falsa y nebulosa se confunde y desmaya. El amor suave, ingenioso, alegre y casi siempre voluptuoso; el amor que recrea y que no da al alma sinsabor ni afliccion, ése es el campo natural de *Melendez*, donde su musa vaga y juguetea como ninfa antojadiza y ligera, que corre de flor en flor, sin pasion y por mero deleite, sin cuidarse mucho de encubrir con las santas galas del pudor su desnudez y su frivolidad.

Algunas veces olvida *Melendez* demasiado el idealismo en las imágenes del amor, y traspasa el límite que el decoro y el buen gusto prescriben. Acaso reconociendo esto mismo, suprimió el poeta en la impresion de sus obras la cancion *El Palomillo*, que envió á *Jovellanos fray Diego Gonzalez*. El desenfado de *Melendez* en las descripciones amorosas fué notado, áun en aquel tiempo, en que se le juzgaba con ilimitada indulgencia. Hablando de estas descripciones, dice una poetisa, hermana de *Jovellanos*:

Otras pinturas hace,
Que encienden al más tibio,
Ruboran al modesto
Y auxilian al maligno.

Sin sensibilidad verdadera y profunda, sin fantasía arrebatada y vigorosa, sin espíritu de observacion trascendental, sin alcance filosófico, sin elevacion mística, ¿cuál es, pues, el mérito de *Melendez*, cuál el secreto de su hechizo y de su influencia? No una sola; várias son sus facultades seductoras, á saber: la amenidad misma de su imaginacion movediza; la cultura de su lenguaje; la facilidad de la versificacion; la soltura artística, que entretiene y halaga, y más que todo, el primor descriptivo, donde todo es color, abundancia y gentileza. No es ésta la facultad de más alta ley de que puede hallarse dotada el alma de un poeta; pero es siempre de valor muy alto, y tan grande el poder de su encanto, que esconde y disimula la falta de otras prendas más raras y de más preciosos quilates. La fuerza descriptiva es tan genial y espontánea en este poeta, que cuando quiere soñar, disertar ó sentir, describe á pesar suyo: para ello nunca le faltan pensamientos ni palabras, y le acontece con frecuencia enervar y embarazar las reflexiones morales ó la efusion de los sentimientos con imágenes pintorescas. Por eso la poesía campestre, que suele pintar más que sentir, cuadraba á su peculiar ingenio; por eso con la égloga *Batilo, en alabanza de la vida del campo*, que *olia toda á tomillo*, segun la expresion ingeniosa del obispo y académico *Tavira*, vivificó por un momento un género que habian llegado á hacer lánguido y enfadoso los que, por mera rutina y sin salir de su prosáica estancia, afectaban deleitarse con amorosas y sándias pláticas de pastores imposibles y con soñadas sensaciones en florestas que jamas habian pisado; por eso, en fin, al escribir *Las Bodas de Camacho*, cuyo plan habia para él formado su amigo y maestro, *don Gaspar Melchor de Jovellanos*, no acertando con la pasion ni con los caractéres que son el alma del teatro, hizo una especie de égloga cuando intentaba hacer una comedia.

Por esta comedia, premiada y representada en 1784, fué *Melendez* muy zaherido, á pesar de los bellos trozos líricos que contiene aquella obra pastoral. En una sátira manuscrita de aquellos tiempos, perteneciente á los papeles literarios de *Jovellanos*, leemos los siguientes versos:

De ser lánguido y frio habed empacho;
Que un tono mismo y pesadez no envuelva,
Como envuelven *Las Bodas de Camacho*.
Pinte su autor ovejas en la selva,
Pazcan, ó no, la yerba aljofarada,
Y su musa al teatro nunca vuelva.

Se alude en este último terceto á la célebre égloga de *Melendez*, titutada *Batilo*, que fué premiada en 1780 por la Academia Española. Empieza con estos dos versos:

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada...

y sabido es que los críticos zumbones de aquel tiempo se burlaron de esta idea, como impropia de quien afecta amar y conocer la vida pastoral, porque la yerba *aljofarada*, esto es, *cargada de rocío*, es dañosa para el ganado.

A pesar de su indulgencia para con *Melendez*, *don Leandro de Moratin* no puede ménos de hacer notar la falta de calor, de órden y de armonía que se advierte en la estructura, en los caractéres y en el estilo de *Las Bodas de Camacho*, y toda la alabanza que puede tributarle se limita á decir que la comedia está escrita «en suaves versos, con pura diccion castellana», y que está «llena de excelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Tasso y Gesner» (1). Este último elogio, tratándose de un autor dramático, es de aquellos que más dañan que favorecen (2).

No hay que dudarlo. *Melendez*, en una civilizacion literaria que vivia más de reflejo que de luz propia, fué y debió ser recibido con admiracion y hasta con sorpresa. Sus perfecciones relativas, y hasta su mérito absoluto, eran grandemente adecuados para cautivar entónces la atencion pública. «Hombres y mujeres (dice *Quintana*), jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban sus poesías de las manos, todos aprendian sus versos, todos los aplaudian á porfía.» Antes de este triunfo, y cuando *Melendez* estaba todavía en los albores de la juventud, *Cadalso*, *fray Diego Gonzalez* y *Jovellanos* habian presagiado su gloria y su importancia en las letras españolas. No es posible recordar sin sentir cierto enternecimiento, el solícito afan que los dos últimos manifestaban por la salud y el adelantamiento del aventajado mozo, y la seguridad profética con que *Jovellanos* le consideraba como una gloria futura de la nacion, cuando el poeta se hallaba todavía en una situacion oscura y no poco menesterosa.

Fray Diego Gonzalez, al enviar, en Marzo de 1776, á su amigo el padre *Miras* (3) una cancion de *Melendez*, el cual acababa de cumplir veinte y dos años y era todavía desconocido en la república literaria, describe así al interesante poeta:

Este *Batilo* es un jóven extremeño, bachiller en leyes, muy aplicado á todo género de estudios, muy dulce de condicion y hermoso de cuerpo y alma, á quien *Dalmiro* (Cadalso) ama mucho, y áun ha compuesto en su elogio una hermosa cancion, en que muestra el mucho aprecio que le han merecido las producciones de este dulcísimo jóven, que son muchas, y entre ellas hay algunas excelentes.

En la correspondencia del maestro *Gonzalez* con *Jovellanos* se advierte el vivísimo interes que inspiró á todos aquel poeta, que se presentaba con tan altas dotes en la palestra literaria.

El semblante de *Melendez* denotaba, en su primera juventud, complexion endeble: cayó enfermo, y muchos temieron, al verle tan decaido y macilento, que una tísis terminase en breve su vida. *Fray Diego Gonzalez* daba continuamente noticia á *Jovellanos* del estado del enfermo.

En 8 de Octubre de 1776 le decia:

Recibí la muy apreciable de V. S. á la sazon en que estaba conversando dulcemente en mi estudio con el buen *Batilo*... Uno y otro damos á V. S. repetidas gracias por la remesa de las poesías filosóficas (4)... *Batilo* está muy amonestado por mí para que no piense en otra cosa que en su perfecto restablecimiento. Actualmente está tomando leche de burras, y así en su juicio como en el mio, se halla notablemente mejorado. Con toda frecuencia voy á sacarle de su posada y llevármele á gozar del campo. Habia comenzado á contestar á la epístola didáctica, y yo le he mandado con todo imperio que no prosiga por ahora, so pena de incurrir en el desagrado de V. S., á quien doy nuevas gracias por la singular fineza con que

(1) Discurso de *Moratin* sobre el teatro español del siglo XVIII.

(2) El año mismo en que escribió Melendez *Las Bodas de Camacho*, se publicó en Salamanca la comedia *El amor hace milagros*, del bachiller *don Pedro Benito Gomez Labrador*.— Imprenta de Villagordo, 1784.

Esta comedia sigue casi al pié de la letra la novela de *Las Bodas de Camacho*, segun la refiere Cervántes en el cap. XX del lib. II del *Quijote*.

(3) *Fray Miguel de Miras*, predicador acreditado y prior en un convento de religiosos agustinos de Sevilla.

(4) Los poemas filosóficos de *Trigueros*.

desea y solicita la salud de este amable jóven. Yo, en calidad de apoderado de V. S. para este efecto, no dejaré de maniobrar hasta conseguir su restauracion. Quisiera estar de parte de noche á su lado... Si él fuera tan desidioso como *Delio*, con ménos motivo y sin tan superior precepto, observaria una perfecta dieta literaria; pero *Batilo* es muy incontinente en punto á libros, y el demasiado estudio que hizo el año pasado para el grado de bachiller, ha sido, en mi juicio, la única causa de su enfermedad. Tuvo una funcion muy lucida, que yo presencié con mucha complacencia; pero ahora está penando el exceso. En fin, gracias á Dios, va mejorando.

Apénas recibió *Jovellanos* (en Sevilla) esta carta de *fray Diego Gonzalez*, la envió á *fray Miguel de Miras*, con este billete de su mano:

Mireo mio: Vea Vm. esa carta de nuestro *Delio*, y consuélese por las buenas noticias que trae de *Batilo*, cuya salud tanto nos interesa. Gracias á Dios, el mal no es tanto como temíamos, y con algun cuidado podrá repararse la quebrantada salud de un jóven en cuya conservacion *tambien se interesa la causa pública*...

No quise escribir á Vm. ayer, por si venía algo de Salamanca. Ya va todo, y con ello, el corazon de su tierno amigo.—*Jovino.*

Más adelante volvió á inspirar algun cuidado la salud de *Melendez*, y nunca se desmintió el interes solícito y casi paternal de *fray Diego Gonzalez* y de *Jovellanos*. De ello puede formarse idea por este párrafo de otra carta del maestro *Gonzalez* á su amigo:

Batilo anda al presente algo malillo y desmejorado. Creo que son resultas de haber trasnochado en los últimos dias del Carnaval, en que este corregidor permitió baile de máscaras en la casa de la Marquesa de Almarza, y al buen *Batilo* se le ofreció el vestir de abate italiano, y concurrir á sazonar la funcion con várias gracias que decia á cuantos le preguntaban algo. No sirva esto de acusacion. Ello es que *Batilo* trasnochó y se agitó más de lo que permite su delicada complexion.

Si lo consintiera el carácter del presente estudio, tal vez sería ésta ocasion favorable para hacer resaltar, como verdad ideológica, el íntimo enlace que hay siempre entre el carácter del hombre y las cualidades literarias del poeta. No podemos, sin embargo, dejar de señalar, de pasada, las coincidencias que tan patentes se presentan, en las obras de *Melendez*, entre sus prendas morales y sus prendas poéticas.

Si bien apacible en su trato como en sus sentimientos, recto magistrado, hombre de familia puro y sencillo, carecia de la consistencia de temple y de convicciones que constituye los caractéres que no se contentan caminando en pos de ideas ajenas, sino imponiendo las propias con iniciativa, con arranque y con perseverancia. Sin fortaleza en los reveses, ni seguridad en los propósitos, dió el triste ejemplo de fluctuaciones graves de conducta política, siempre con intencion purísima, y siempre arrastrado, con grande amargura de su parte, por el torrente de los azares privados y de las desventuras públicas.

La inconsistencia del carácter de *Melendez* se refleja en sus obras poéticas. ¿Quién diria que el mismo hombre que siguió al partido frances y escribió versos laudatorios á los franceses (1), fuese autor de los dos romances impresos en Valencia con el título de *Alarma española*, que empiezan:

Al arma, al arma, españoles;
Que nuestro buen rey Fernando,
Víctima de una perfidia,
En Francia suspira esclavo.....;

y más adelante, á la entrada del Rey en Madrid, abolido en 1814 el gobierno representativo, de una cantata, entónces célebre, que empieza:

(1) En la *Gaceta de Madrid*, correspondiente al dia 3 de Mayo de 1810, plana última, columnas 1.ª y 2.ª, se halla una composicion del *consejero de Estado, don Juan Melendez Valdés*, en alabanza de José Napoleon, con motivo de un acto caritativo de éste. La composicion vale poco, pero en ella expresa Melendez con vehemencia su adhesion al monarca intruso. Así dice una estrofa:

Más os amé, y más juro
Amaros cada dia;
Que en ternura comun el alma mía
Se estrecha á vos con el amor más puro,

Cayó el loco bando.
Ya fausto en Madrid
Gobierna Fernando.
¡Que viva decid!.....?

Estas composiciones, más que á la historia literaria, pertenecen á la historia del hombre y á la de los vaivenes políticos de su tiempo. *Melendez* era honradísimo, y lo que es más, amaba con vehemencia á su patria; pero era débil, y esto lo explica todo. *Quintana*, que profesó siempre afecto y veneracion á *Melendez*, intenta disculpar sus errores:

Tal vez, dice, faltaba á su carácter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido elegido por la razon..... Seria mejor que los que reciben del cielo el dón divino de pintar la naturaleza en bellos versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginacion ajena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que agitan á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta no debiera ser más que poeta..... La suerte preparaba á *Melendez* el cáliz de la afliccion, que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos dias que les concede de glorias y alegrías.

En estas frases elocuentes se refleja la viva simpatía que despertó *Melendez* en el ánimo de sus contemporáneos. No ha de ser la posteridad más severa que el severo *Quintana*. Y ¿quién no olvida los yerros del hombre ante la gloria del poeta?

En sus afectos particulares no demostraba mayor firmeza y energía, y al exceso de su blandura y condescendencia han atribuido muchos de sus amigos y admiradores las contradicciones de opinion y de proceder, que le suscitaron persecuciones y acerbos sinsabores. La influencia exorbitante de su esposa, ejercida en cosas en que el hombre debe sólo tomar consejo de la dignidad y de la razon, contribuyó á acarrear á *Melendez* gravísimos conflictos. No es nuestro ánimo acriminar á este escritor excelente y honrado, sino dar á conocer al hombre para explicar mejor al poeta. El ascendiente femenil debia hacer estragos por varios modos en aquella alma dulce y poética. Su más viva inspiracion fué el amor. Á *Cipáris* dedicó sus primeras ilusiones poéticas. Por las cartas de *fray Diego Gonzalez* sabemos que *Cipáris* no fué una creacion ideal, sino una señorita de Salamanca, perteneciente á una familia distinguida.

Cuando adoleció *Melendez* de una enfermedad de pecho, en 1776, la familia á que aquí se alude demostró el más afectuoso interes al simpático poeta, y le convidó al campo para ayudar por este medio á su restablecimiento. Así lo indica *fray Diego Gonzalez* en una carta, en que da noticia á *Jovellanos* de la salud de *Melendez:*

Batilo (dice) ha llegado esta tarde (19 de Octubre de 1776), de vuelta de una aldea, adonde le llevaron *Cipáris* y su padre para que se divirtiese en la vendimia de las viñas que tienen allí estos señores.

Tambien habla de ella *fray Diego*, y con especial elogio de sus prendas morales, en otra carta (de 10 de Febrero de 1778).

Los amigos de *Melendez*, incluso *Jovellanos*, tenian noticia de la tierna aficion del poeta. El mismo *Jovellanos* lo manifiesta claramente en la anacreóntica á *Batilo* que empieza:

Miéntras *Batilo* canta
Con alto y dulce acento
Los años de *Cipáris;* etc.

Más adelante *Fílis* eclipsó á *Cipáris;* pero amigos de *Melendez* afirmaban que *Fílis* se manifestó desdeñosa á pesar del culto de que fué objeto, y no quiso unir su vida á la del ilustre poeta. Era éste más impresionable que apasionado y perseverante, y cansado de los desvíos de *Fílis*, acabó por casarse con una virtuosa señorita, que, semejante á la *Gemma* del Dante, mortificó al poeta con su carácter voluntarioso y dominante. El ilustre *Quintana*, que ha escrito la vida de *Melendez Valdés* con claridad, con generoso espíritu y hasta con elocuencia, se hallaba demasiado ligado á su maestro por los miramientos de la amistad y de

la gratitud, para hablar sin rebozo de la flaqueza de su carácter y de las circunstancias íntimas que la agravaban, con mengua de su prosperidad y de su sosiego. *Quintana* ha consignado algunas indicaciones acerca de este punto, expresando los efectos y guardando circunspecta reserva acerca de las causas. Pero la pluma independiente y veraz de *don José Somoza*, el cual penetró en la intimidad de *Melendez*, ha levantado completamente el velo echado por *Quintana* sobre la influencia, inocente, aunque perniciosa, de la desabrida matrona; tributando al mismo tiempo cumplida justicia á su virtud sin tacha, á la pureza de sus intenciones, y á la adhesion acrisolada y tenaz que demostró sin tregua al esposo tierno y sumiso, á quien simultáneamente mortificaba y adoraba (1).

Quintana, en su *Introduccion á la poesía del siglo* XVIII, juzgó á *Melendez* con crítica ménos indulgente que en la *Noticia histórica y literaria* de este poeta. Tacha su estilo, en algunas ocasiones, de vago, difuso y declamatorio, y le niega con rigor absoluto toda aptitud para la poesía filosófica.

Nunca (dice) debió arrojarse á tratar asuntos que no estaban ni en su cuerda ni en su carácter, y la *caida de Luzbel*, el *sistema del universo*, la *inmensidad de la naturaleza*, y otros argumentos de igual clase, prueban, con la infelicidad de su desempeño, que si el objeto y el conjunto de las ideas cabian en los principios y en el saber del autor, no se avenian de modo alguno con los medios poéticos que poseia.

Quintana exagera algun tanto su justa censura. *Melendez* no sabe sostener ni aprovechar el arranque de sus propias ideas; pero á veces levanta el vuelo á grande altura, como lo hace en las odas *Al Fanatismo*, *A la Gloria*, *A las Artes*, y en otras várias. Esa misma oda *A la*

(1) Habia yo tomado miedo y aversion al matrimonio, porque tenía presente el de mi maestro *Melendez*, enlazado con una mujer de las que el público no puede juzgar malas, y son, á pesar de esto, intolerables. Y vaya otra digresion sobre esta hembra singular, que dominó á aquel célebre escritor, y causó sus errores y desgracias.

Doña María Andrea de Coca fué de la noble familia de los Maldonados de Salamanca. Tuvo hermosura, y áun gracia hubiera tambien tenido si hubiera estado dotada de mejor carácter. Las mujeres de mal genio necesitan belleza duplicada para no parecer monstruos.

El dia en que *Melendez* pidió consejo sobre esta boda al festivo *Iglesias*, al enérgico *Cienfuegos* y á otros amigos suyos, no hubo uno de ellos que la aprobase, y cada cual hizo de la futura una descripcion en diverso estilo, y á cual ménos favorable; pero *Melendez* les tapó la boca confesándoles que estaba ya casado. de secreto. En efecto, era un enlace bien extravagante el del dulce *Melendez* con aquel energúmeno. Demonio encarnado la llamaba su padre, don José de Coca.

¡Y créanme mis jóvenes lectores! de lo que constituye la virtud en su sexo, nada habia que tachar; pero ¡qué virtud, Dios mio! altiva, intratable, hostil, como la de algunas damas de *Calderon ó Moreto*, á cuya lectura ella era muy aficionada. Es probable que jamas se atrevió ningun mortal á decirla un requiebro; mas, si lo hubiera osado alguno, no se hubiera librado de una bofetada. Su talento é instruccion los pervertia un juicio estrafalario, y eran tan extremadas sus pasiones, que trasformaban en vicios várias de sus buenas prendas. Por economía, ruin; por pundonor, ambiciosa; y por amor conyugal, intolerante y verdugo implacable del pobre hombre, y celosa de cuantos le estimaban, sin distincion de sexo. En vano discurrian los amigos trazas de hablar con *Melendez* sin ser perturbados por este demonio íncubo. En vano era elegir horas, en vano subir de puntillas la escalera de su estudio. Decia que su *Monsiurito* era sólo para ella; que sus versos amorosos, para ella los habia escrito, y que ella era la mujer del primer hombre de España, el cual debia ser primer ministro. Y lo gracioso del caso era que el buen *Monsiurito* no la desmentia á fe, ni de palabra ni en obras. Pero esta mujer, que fué la única causa de las debilidades de *Melendez*, tenía cierta elevacion de alma que le hacia honor. Siempre que en la última época se le hacian reflexiones contrarias á sus planes de ambicion, decia que en un apuro sabria poner una tienda de aceite y vinagre para que su marido en el cuarto de arriba viviese y escribiese para su ingrata patria. Todo el mundo sabe que despues de viuda sólo pensó en la gloria de su esposo. Que logró á duras penas que el Gobierno costease la edicion de sus obras. Y yo la he visto morir sobre un jergon, en casa de su lacayo, año de 1822, pensando todavía ahorrar para hacer venir á España el cuerpo de su marido, con ánimo, por supuesto, de sepultarse con él, y que fuese el epitafio:

MELENDEZ Y SU MUJER.»

(*Una mirada en redondo á los* sesenta y dos *años*, por don José Somoza.—Salamanca, 1843.)

inmensidad de la naturaleza, que menciona *Quintana* como ejemplo de imperfeccion, contiene no pocas bellezas, y, lo que es más notable todavía, algunos de los rasgos líricos de alta ley que han granjeado á *Quintana* tan merecida gloria, y fueron visiblemente inspirados por los versos del imitador de *Anacreonte.*

Sirva de ejemplo el siguiente:

DE MELENDEZ.

El gran Newton, subido
Á la mansion lumbrosa,
Cual genio alado, tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atraccion revela.

DE QUINTANA.

. . . . . .
Los astros rutilantes; mas, lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

La idea es la misma, pero ¡qué diferencia! *Melendez* la indica; *Quintana* la ilumina con el fuego de su entusiasmo.

La poesía de *Melendez* trae, sin gran motivo, á la imaginacion de *Jovellanos* la grandiosa imágen de Homero:

Y tú, ardiente *Batilo*, del *meonio*
Cantor émulo insigne, arroja á un lado
El caramillo pastoril.....

El mismo *Melendez* reconoce que su inspiracion se halla muy distante del lirismo sublime de la poesía griega. Así escribia, el 18 de Mayo de 1776, á *Jovellanos*, cuando éste, arrastrado por su indulgente admiracion, creia ver poesía pindárica en los versos del aventajado mozo, que áun no habia cumplido veintidos años:

Puedo hacer á V. S. el mismo cargo por los elogios excesivos que verdaderamente desperdicia con mi cancion, pues yo no hallo en ella otro mérito que el de la digna eleccion del objeto. Quise ver á *Píndaro*, por ver si acaso, y sin yo pensarlo, como sucede muchas veces, habia seguido en algo sus huellas; pero desengañéme bien presto, y avergoncéme de mi vanidad. Es inimitable este lírico, y sus ideas magníficas están muy léjos de las que nosotros podemos concebir, quizá por la diferente educacion.

Los escritores no salen nunca de la esfera moral é intelectual en que viven su imaginacion, sus tendencias, su fe, su ambicion, sus afectos. Conocidos la índole y el temple de *Melendez*, fácil es tasar la fuerza y el carácter de su fantasía, y comprender que su númen, más risueño y activo que austero y vigoroso, no desciende hasta el fondo del corazon, ni remueve las pasiones con entusiasmo verdadero. No canta nunca el himno de admiracion profunda que para las sublimidades del cielo y de la tierra guardan en su corazon los grandes poetas. Ni un verso suyo hace estremecer de ternura ó de indignacion, porque su musa no tiene vehemencia ni sensibilidad bastante para agitar el alma al eco de la gloria, del infortunio ó del amor. *Melendez* pinta los sentimientos humanos como quien toma escasa parte en ellos. Parece que ve á distancia el espectáculo de la humanidad; y no fué, ni pudo ser, como alguna vez lo soñaron *Quintana* y *Jovellanos*, ni el *alumno de Píndaro* ni el *émulo de Homero.*

Algunos hombres especialmente consagrados á estudios áridos y graves se dedicaban á la poesía, áun sin estar dotados, como *Melendez*, de verdadera vocacion poética. Era esparcimiento de ánimos cultivados, moda literaria del tiempo, manifestacion amena del talento, y, como tal, un medio más de sobresalir en el mundo. Entre estos hombres se señalaron muy notablemente *Forner* y *Jovellanos.* Ninguno de los dos era poeta de afectos suaves ni de místicos arrobamientos. Austeros ambos, é inclinados ademas, por índole y por costumbre, ántes á analizar las cosas con la razon, que á sentirlas por instinto, ó á idealizarlas con los sueños de la fantasía, fueron buenos poetas, como pueden serlo los hombres de entendimiento y de sensibilidad que no han nacido poetas. *Forner* y *Jovellanos* resplandecieron principalmente en la sátira, que es la poesía de los que, á fuer de pensadores, se atreven á ejercer la censura pública de las costumbres y las letras extraviadas. *Jovellanos* ha sido ya juzgado de un modo

luminoso y cabal en los varios aspectos que ofrece su múltiple y vigoroso talento (1). Sólo nos toca recordar aquí su no escaso mérito como poeta, haciendo notar al propio tiempo que su índole peculiar le llevaba á ser, á la manera de los Argensolas, aunque inferior á ellos, no un poeta de inspiracion rica, fogosa y espontánea, sino un poeta elevado, reflexivo y severo, que no dice las cosas porque brotan, en impetuoso é involuntario arranque, del corazon ó de la fantasía, sino porque las crean y las modelan un noble instinto y una razon segura. Pero *Jovellanos* tenía sensibilidad delicada, como lo demuestra su drama *El Delincuente honrado*, y fe acrisolada y profunda; y las raras veces que su musa toma estos simpáticos caminos, sube muy alto, y llega á los espacios de la verdadera poesía. ¿Quién no siente su alma conmoverse y levantarse al leer sus magníficas epístolas al *Duque de Veragua*, *desde El Paular*, y á *Cean Bermudez*, sobre los vanos deseos y estudios de los hombres? En ambas composiciones se muestra *Jovellanos* á un tiempo filósofo y poeta. La primera es un bellísimo contraste entre los hechizos de la naturaleza en la soledad y las angustias incurables del alma; la segunda, una de las lecciones más elocuentes y robustas que ha dado jamas el sentimiento religioso al orgullo de la razon humana. ¿Quién no admira estos versos, que son un anatema del panteismo y como el resúmen de las trascendentales reflexiones de la epístola?

. . . . . .
Otro, del cielo descuidado, lee
En el humilde polvo y le analiza.
Su microscopio empuña; ármale y cae
Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
Si allí le ofrece el mágico instrumento
Leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidrio
Lo que antevió su ilusa fantasía,
Cede al engaño, y da á la vil materia
La omnipotencia que al gran Sér rehusa.
Así delira ingrato; miéntras otro
Pretende escudriñar la íntima esencia
De este sublime espirtu que le anima.
¡Oh, cuál le anatomiza!.....
. . . . . .
Medita, observa, estudia; y sólo alcanza
Que cuanto más aprende, más ignora.
Materia, forma, espirtu, movimiento,
Y estos instantes que incesantes huyen,
Y del espacio el piélago sin fondo,
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
Nada comprende. Ni su orígen halla,
Ni su término, y todo lo ve, absorto,
De eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez saliendo dél más deslumbrado,
Se arroja á alzar el temerario vuelo
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso,
Con débil luz escudriñar pretende
Lo que es inescrutable. Sondeando
De la divina Esencia el golfo inmenso,
Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
Y las propone y las disputa, y piensa
Que la ignorancia, que excitarlas supo,
Resolverlas sabrá. ¿Viste, oh Bermudo,
Intento más audaz? ¡Qué! ¿sin más lumbre
Que su razon, un átomo podria
Lo incomprensible comprender, linderos
En lo inmenso encontrar, y en lo infinito
Principio, medio ó fin? ¡Oh Sér eterno!
¿Has dado parte al hombre en tus consejos,
Ó en el santuario, á su razon cerrado,
Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
Que á su débil espíritu fiaste?
No, no es ésta, Bermudo. Conocerle
Y adorarle en sus obras; derretirse
En gratitud y amor por tantos bienes
Como, benigno, en tu mansion derrama;
Cantar su gloria y bendecir su nombre:
Hé aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
Y de tu sér y tu razon la dicha.....

Como versificador no es un modelo *Jovellanos*. Abusa de las licencias poéticas; lucha sin tregua con los acentos, con las cesuras, con las sinalefas, y no siempre sale vencedor. En cambio es un hablista de primer órden; no siempre puro, castizo y fácil, á la manera de los escritores del último tercio del siglo XVI y del primero del XVII, pero claro, firme y abundante.

Como crítico no rayó *Jovellanos* á grande altura. Sus facultades en esta parte no eran tan poderosas, que pudiera sobreponerse á las doctrinas triunfantes en aquella época. Era el apogeo de las *Poéticas*, y sólo un instinto estético como el de *Lessing* habria podido sacu-

(1) Por el señor don Cándido Nocedal. Tomos XLVI y L de la presente BIBLIOTECA.

dir su yugo. En las reglas se cifraba toda perfeccion literaria. Ya hemos visto que el magisterio doctrinal que *Jovellanos* ejercia sobre sus amigos de Salamanca propendia á estrechar el campo de la inspiracion. La crítica literaria no tenía aprecio, ni indulgencia siquiera, para las letras nacidas del espíritu nacional, como no estuviesen puntualmente ajustadas á las trabas y á los atildamientos convencionales. *Melendez*, que habia nacido poeta y podia volar con alas propias, buscando directamente la belleza en la naturaleza misma, se hace un poeta imitador porque sueña con las *Poéticas*, y no conoce otra crítica que los preceptos que ellas encierran (1).

Un amigo y paisano de *Jovellanos*, *don Cárlos Gonzalez de Posada*, le envia un afectado, insulso y mal versificado romance endecasílabo en alabanza de algunos poetas asturianos. *Jovellanos*, inclinado á la indulgencia por la tierna amistad que le profesa, y acaso por espíritu de paisanaje, le contesta colmándole de elogios. ¡Quiere animarlo y dirigirlo en el cultivo de la poesía, y no le habla de la naturaleza, ni le ocurre otro consejo sino recomendarle el particular estudio de nada ménos que diez *Poéticas!* (2).

Obras eminentes de la antigüedad no causaban á hombres insignes la admiracion que por sus grandes bellezas merecen, porque la apocada crítica del tiempo les impedia desprenderse de ciertas prevenciones. *Jovellanos* y *fray Diego Gonzalez* no gustaban de *Lucrecio*, y ciertamente que hombres tales no habrian dejado de recrearse con la lectura de tan gran poeta, si las ideas convencionales que los dominaban no hubieran embotado en ellos algun tanto el sentimiento de lo bello (3).

Don Juan Pablo Forner era poeta de índole análoga á la de *Jovellanos*, pero de ménos vigor y de más limitado vuelo. Su fantasía, viva y ardiente, no era poética. El campo de su gloria fué el campo del exámen y de la discusion. Era ante todo un gran polemista, ó como hoy decimos, un gran discutidor. Le falta el *quid divinum*, pero lo suple como puede, con su brioso desembarazo de hablista y de escritor. El profesor de jurisprudencia de Salamanca asoma, embozado con el velo literario, en todas sus obras, así en prosa como en verso. En su célebre *Oracion apologética*, en sus *Exequias de la lengua castellana*, en sus impugnaciones y controversias críticas, y hasta en sus sátiras, se trasluce el abogado, no alucinador y palabrero, sino severo, convencido y ardiente hasta pecar de bronco y agresivo. Su comedia *El Filósofo enamorado* carece por completo de color poético. Á su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía*, premiada en 1782 por la Academia Española, le falta tambien la poesía que cabe en este género, esto es, el donaire satírico, la sal que suaviza el áspero sabor de la censura. Es, sin embargo, una sátira ingeniosa, en que el autor se muestra razonador gallardo y hombre de gusto depurado; una obra de diccion correcta y esmerada, y de versificacion llena y robusta, si bien no de aquella que brota espontáneamente y sin esfuerzo del pensamiento mismo.

(1) «Yo habia pensado hacer una comparacion de las cuatro poéticas principales, de Aristóteles, Horacio, Vida y Despréaux, metiéndome tambien con el *Ensayo sobre la crítica* de Pope, y nuestro *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva; comparando las reglas de todos con las del filósofo (Aristóteles) y entre sí, y haciendo un exámen crítico de ellas, distinguiendo las fundamentales é invariables de las arbitrarias ó de convencion.» — (Carta autógrafa de *Melendez Valdés* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca, el 14 de Setiembre de 1778.)

(2) «Hallo en el romance mil gracias, muchos pensamientos sublimes y brillantes, muchos versos correctos y armoniosos, algunas ideas originales..... Seguramente usted podrá hacer grandes cosas en poesía si se aplicase particularmente á este ramo, estudiándola por principios en *Aristóteles*, *Horacio*, *Scalígero*, *Cascales*, *el Pinciano*, *el Brocense*, *Marmontel*, *Boileau*, *Castelvetro* y otros maestros, entre cuyas obras creo que no desconocerá usted las hermosas *Instituciones poéticas* del *padre Juvencio*, que andan al fin de la *Retórica* del *padre Colonia*, y son la cosa mejor que yo he leido.» — (*Obras de Jovellanos*, tomo L, pág. 167, en la presente BIBLIOTECA.)

(3) «El gusto de V. S. congenia mucho con el mio. Tampoco yo hallo gusto alguno en leer á *Lucrecio*, siendo así que la lectura de los otros poetas latinos me causa especialísimo deleite.» — (Carta de *fray Diego* á *Jovellanos*, escrita en 1777.)

Su *Oracion apologética por la España y su mérito literario*, ampliacion luminosa de la célebre defensa de España contra los injustos ataques de la *Nouvelle Encyclopédie*, leida en la academia de Berlin por el abate Denina, si bien no tan detenida y circunstanciada como pudiera ser, está llena de vigorosa crítica, y no pocas veces de ardorosa elocuencia, y demuestra lo que *Forner* era capaz de hacer.

Profesaba aversion á la filosofía francesa del siglo XVIII, cuyas doctrinas juzgaba en su mayor parte perturbadoras del órden moral y político, y la revolucion de 1793, que

Puebla de horror los ámbitos del mundo (1),

era á sus ojos un trastorno monstruoso é injustificable de la sociedad humana.

La crítica histórica y la crítica literaria eran las vocaciones especiales de *Forner*. La poesía satírica, que tiene cierta afinidad con la facultad crítica, y que no es verdadera poesía en la acepcion pura de esta palabra, cuadraba, como hemos indicado, á su temple severo. En sus *Discursos filosóficos* y en sus sátiras imita visiblemente el estilo de los *Argensolas*, pero nunca llega á la lisura, al nervio y á la natural concision de éstos. La poesía tierna, fantástica ó risueña es para él un campo sobrado halagüeño. Su musa austera y belicosa, amante del tráfago mundano, se deleitaba poco con las praderas y los bosques. Su composicion lírica más notable es su *Canto á la paz*. Intentó imitar en este poema la entonacion y el estilo del *Bernardo*, de *Balbuena*.

Se hubo en esta empresa (dice *Lista*) como hábil maestro... *Balbuena* elige seres de la naturaleza que fácilmente se prestan al pincel delicado que los colora; *Forner* describe objetos filosóficos, más difíciles de embellecer, y la habilidad con que ha sabido formar de ellos cuadros animados y pintorescos, sin enervar, como otros hacen á fuerza de adornos, la primitiva robustez de sus pensamientos, constituye todo el mérito del *Canto de la paz*.

Hé aquí una de las octavas de este canto que más cautivaban á *Lista*:

Y así en guerras eternas fluctüando,
La pompa del poder, incierta y vaga,
De nacion en nacion va trasmigrando,
Y aquí ilumina cuando allí se apaga.

Teñido en sangre el suspirado mando,
Si con glorias efímeras halaga,
Cual rayo abrasador las córtes gira,
Y sólo deja el rastro de su ira.

Es incontestable: en esta octava resplandece el talento. Pero ¿dónde están en ella y en las demas del poema aquella riqueza y propiedad de diccion, aquella naturalidad de estilo, aquel íntimo sentimiento de la hermosura de la naturaleza que campean en las obras de Balbuena? Éste sentia más, sutilizaba ménos, y no habria empleado la impropia frase de *teñir en sangre el mando*. *Forner* era más filósofo; *Balbuena* más poeta. Aquél no busca sino principios y sentencias morales; éste no se paga sino de las imágenes de la fantasía, de la emocion poética que producen los seres de la naturaleza. Imitar el estilo de los demas es insensato y estéril propósito. *Forner* no es poeta sino cuando, olvidado de la imitacion, piensa y escribe como *Forner*, esto es, llevado de su propio instinto.

Tambien cultivó la poesía dramática. En 1796, un año ántes de su prematura muerte, siendo todavía fiscal de la audiencia de Sevilla, imprimió en Madrid su comedia *La Escuela de la amistad, ó el Filósofo enamorado*. El asunto es muy adecuado á la índole literaria de *Forner*. Lisonjero fué el éxito en el teatro de Cádiz, donde se representó primero, y no lo fué ménos en uno de los de Madrid, á juzgar por lo que escribieron al autor dos de sus amigos (2).

(1) Soneto de *Forner*.

(2) Esta carta y otras muchas de las *Cartas á Forner*, cuyos originales autógrafos tenemos á la vista, están llenas de noticias íntimas, muy interesantes para la historia literaria del siglo último. Todas debieran publicarse. Aquí no podemos sino transcribir de cuando en cuando algunos párrafos de ellas, que contienen noticias curiosas, enlazadas con nuestro asunto. Hé aquí la carta á que aludimos:

«Querido Fiscal: Llegó la hora de que le diese á Vm. una buena nueva. Antes de ayer se representó *El Filósofo* con mucho aplauso; tanto, y áun pue-

Varios periódicos atacaron con encarnizamiento la comedia, lo cual causó gran desabrimiento en el ánimo del poeta; pero nada lo mortificó tanto como creer que el *padre Estala*, su mayor amigo y crítico de grande autoridad, desaprobaba igualmente la obra. Le llegó tan al alma esta creencia, que hasta dudó de la amistad de aquel hombre excelente y sincero,

do decir más que *El Viejo y la Niña*. Todo el pueblo entendió bien las pullas; y lo que más ha alborotado ha sido el tercer acto, por lo de los jueces y las reflexiones del Filósofo. No puedo encarecer más lo que ha gustado, en diciendo que habian cortado unos cuantos versos los cómicos, y sin embargo de ser bien larga la comedia, los han vuelto á habilitar al ver la doctrina que cada dia se descubre en ella, y el gusto que el público muestra en oirla. El señor Corregidor fué el primer dia, y ha hecho cuanto ha estado de su parte para el mayor lucimiento de la comedia. La entrada del primer dia ha sido de 5.700 reales, la segunda 6.480, y la tercera, que ha sido una tarde hermosa, 5.800 reales. Al segundo dia se corrió por Madrid que se iba, de órden de la sala, á reformar la tercera jornada, lo que ha contribuido á su mayor celebridad.

»Amigo, muchos pasos me ha costado el lograr su representacion, pero los doy por bien empleados al ver son completamente recompensados por los aplausos que el pueblo, culto y grosero, tributa á un verdadero amigo. Sin embargo que el pobre *Torre* no ha hecho la comedia, por haber fallecido el sábado anterior, no ha dejado de darla su valor *Luna*. Todos generalmente la han ejecutado perfectamente. *Cubas*, *Querol*, *Polonia*, *Rita*, la *Gabriela*, la *Porta* y *Manuel*, todos han puesto sus conatos para el mayor lucimiento. Son acreedores á que envie Vm. una carta para leérsela en el vestuario.

»Es preciso me envie Vm. un famoso prólogo, tirando buenos tajos, pero que no carezca de doctrina por eso, pues quiero imprimirla... *Estala* dice la corregirá varios defectillos, sobre lo que escribirá á Vm. largamente...

»Madrid, 30 de Enero de 1796.»

(Sin firma. Hay una rúbrica.)

Algunos dias despues escribió *Estala* á *Forner*, sin fecha, como solia, esta carta familiar, interesante en sí misma por su valor histórico, porque completa las noticias de la anterior, y ademas por ser de pluma tan célebre y autorizada:

«Hombre, yo tenía dispuesta una larga epístola para enviártela, sobre el suceso de *El Filósofo*, que ha excedido á mis esperanzas, aunque siempre creí que agradaria..... La comedia ha agradado infinito, como lo indican las entradas, que han ido subiendo de dia en dia, su duracion por doce ó trece dias, y haberse dejado con más de 5.000 reales. Éste es un argumento fuerte del mérito de una comedia que ni tiene batallas, ni desafíos, ni es de mágica ó de *maquinaria*, como las ha bautizado nuevamente tu amigo don Santos, á quien no ha agradado *El Filósofo*, prueba evidente de su bondad. La han ejecutado perfectamente los tres ó cuatro que se sujetaron á mis advertencias, como *Querol*, la *Polonia*, la *Porta*, *Cubas;* pero los padres maestros, *García* y la *Rita*, que nada quisieron hacer en el ensayo, lo han hecho muy friamente. Debes dar las gracias á *Querol*, porque ha echado el resto.

»Entran ahora mis reparos. El esconderse la moza con Fernando en el acto primero hace muy mal efecto. El pueblo gruñó un rato cuando lo vió la primera vez, y temí una desgracia. Despues, en las demas representaciones, siempre noté la misma murmuracion. Por otra parte, aquel encierro no produce todo su efecto, y estos medios no se deben emplear sino para producirlo grande. Si la precipitacion con que estos diablos de cómicos dispusieron la cosa, no me hubiera impedido el mandarles hacer un ensayo formal en el teatro, lo hubiera notado y corregido fácilmente.

»Dependiendo el progreso de la accion de que don Silvestre entienda que el Filósofo pretende á su hija, este gran proyecto no está bien preparado, y parece un efecto de la casualidad el que don Roque se lo diga, metiéndose á esta oficiosidad sin habérselo encargado. Yo suplí esto muy fácilmente con un par de versos en boca de don Felipe, en que, al empezar el acto segundo, le dice á su criado que esté alerta para hablar al viejo sobre lo que le han instruido ántes, si halla ocasion.

»Igual libertad me tomé en preparar el gran golpe del arresto y embargo del Filósofo, pues la venida del escribano parece por máquina, y el espectador, no alcanzando á presumir de dónde viene el golpe, cree es un recurso mezquino, como el que ve todos los dias en los sainetes. Yo le preparé el lance, esforzando con un par de versos las amenazas del Marqués al marcharse.

»En la órden que lee el escribano, han reparado algunos, y principalmente Romero, que no está muy arreglada á la práctica legal, y me ha encargado que te lo escriba. Yo de esto no entiendo; es preciso que lo mires con mucho cuidado, porque el que te llamen mal poeta es chico pecado, pero ¡mal letrado un señor fiscal!

»Viniendo ahora al proyecto de imprimirla, te conjuro por nuestra amistad que no lo hagas, porque tus enemigos han dado la más maligna interpretacion á lo que se dice sobre la prision, á las exclamaciones del Filósofo, á las palabras y conducta del alcalde de córte, etc., asegurando que, aunque la comedia es mala en cuanto al arte, es detestable por sus principios sediciosos. Otros, tomando el extremo opuesto, dicen que es excelente por estar escrita con todo el espíritu de un jacobino. Esta calumnia tomará más cuerpo si se imprime en las presentes circunstancias, sin acordarse de

Estala, con el familiar desenfado que cabia en la estrechísima amistad que los ligaba, le desagravia en estos términos:

Eres el cuadrúpedo más brutal que hay sobre la tierra. ¿Quién te ha dicho que yo me entibio en tu amistad? Y ¿cómo has podido soñar que el que tu comedia fuese mala ó buena podia influir en mi estimacion para contigo? *Moratin* ha hecho excelentes comedias, y yo le detesto de todo mi corazon. La tuya pudiera ser peor que las de todos los *Comellas*, y no por eso se disminuiria un punto mi amistad. Anda, que eres un jumento (1).

Estos cariñosos insultos en un hombre tan grave y circunspecto como *Estala*, denotan el grande aprecio en que tenía á *Forner*. No es de creer que *Estala*, crítico de gran sentido, admirase con extremo la comedia *El Filósofo enamorado*, un tanto fria y declamatoria; y sin embargo, tan sinceramente amaba al autor, que no sólo la defendió, en los periódicos, de las malignas impugnaciones de los descontentadizos y de los envidiosos, sino que corrigió en ella, sin consultar á *Forner*, algunas cosas que juzgaba imperfectas ó peligrosas (2), impidiendo ademas la publicacion de algunos ataques harto desmandados (3).

Llevado siempre *Forner* de su noble y patriótico deseo de combatir las insanas doctrinas que venian entónces de Francia, escribió una comedia titulada *El Ateista*. *Estala* dudó con razon que el Gobierno permitiese su representacion en aquellas circunstancias (4).

Entre los autógrafos de *Forner* hay fragmentos de dos tragedias y dos comedias. Los títulos de éstas son: *La Cautiva* y *La vanidad castigada;* los de aquéllas, *Motezuma* y *Francisco Pizarro*.

En las *Ilustraciones* al segundo de sus *Discursos filosóficos sobre el hombre*, copia *Forner* la primera escena del tercer acto de su tragedia *Las Vestales*, que, segun dice, escribió «á la entrada de su juventud.» Tambien dejó escrita una comedia titulada *Los falsos filósofos*.

Muchas obras de *Forner* quedaron inéditas; entre ellas, *Los gramáticos, ó historia chinesca*, escrita contra Iriarte y sus admiradores, y *Exequias de la lengua castellana*, que fueron tenidas por uno de sus más ingeniosos escritos. Así como al distinguido humanista el *padre Navarrete*, de la escuela Pía, amigo de *Estala*, y á otros varios notables escritores del último tercio del siglo XVIII, que publicaron estimables obras, la posteridad no ha podido juzgar á *Forner* sino de una manera incompleta. Si hubiéramos de aquilatar sus altos merecimientos como filósofo, como historiador, como filólogo, como sustentador tenaz de las glorias de la civilizacion española, prolijo y delicado sería nuestro exámen. No basta este somero bosquejo, especialmente consagrado á avalorar la índole y cualidades de los poetas, para

que la comedia se compuso seis años há..... El mentecato Picornell se halla preso, y dicen que es por hablar y propagar las malditas máximas de los franceses..... Ha mudado de modo de pensar, y conociendo á fondo el mio, tan contrario y enemigo de todos los horrores de la Francia y de sus perversas doctrinas, acudiria á buscar otros de su pandilla. En esta inteligencia, ya ves cuánto te perjudicaria el que se creyese que tú eras capaz de apoyar semejantes máximas..... Créeme, remito la impresion para otra ocasion, y entónces, examinando de nuevo la comedia, te diré con mi acostumbrada ingenuidad lo que puede mejorarse en ella.» (Cartas autógrafas á *Forner*.)

(1) Carta de *Estala* á *Forner*. No tiene fecha, porque *Estala* olvidaba casi siempre el ponerla.

(2) «... Ya sabrás por Bernabeu que borré en el prólogo aquella pulla contra los moralistas, porque si éstos levantaban el grito, segun están las cosas, toda tu golilla (era *Forner* fiscal en Sevilla) no te libraria de un mal rato. Tambien borré cuatro versos en que hablabas demasiado claro contra los matrimonios que se usan; materia sumamente delicada, y que basta insinuarlo como lo haces en aquel mismo lugar. Si llevas á mal estas correcciones, no me importa; yo, de cuya amistad sospechas, miro más por tu honor y tranquilidad que tú mismo.» (Carta autógrafa de *Estala*.)

(3) «He procurado que no se ponga en el *Diario* la tal carta de *El Ingenuo*, porque no prueba nada, y está llena de desvergüenzas, que sería necesario castigar á garrotazos.» (Carta autógrafa de *Estala*.)

(4) «Sobre la comedia *El Ateista* te advierto que no sé si podrás lograr que se represente, porque estas gentes se han empeñado en que no se ha de hablar ni bien ni mal de estas materias.» (Carta autógrafa de *Estala*.)

tasar de una manera acertada y cabal un entendimiento como el de *Forner*, firme, austero y de trascendental alcance.

En las obras de todo escritor profundo y sincero se reflejan siempre las prendas del carácter del hombre; pero en ninguna con mayor claridad que en las de *Forner*. Era por naturaleza crítico y analizador, y no soñador ni espiritualista. Su ingenio es sin duda desembarazado y agudo; pero más con la agudeza que penetra y que hiere, que con aquella que deleita y regocija. No prepondera en sus versos el estro celestial del poeta, y en vez del hechizo inefable que emana de una imaginacion llevada en alas de la idealidad ó enardecida por el entusiasmo, se siente el ánimo dominado involuntariamente por la sensatez del filósofo y por la amargura del censor. El talento es incontestable, pero casi siempre se asemeja más al talento razonador y reflexivo del jurisconsulto que al fuego inspirador del verdadero poeta (1).

En la sátira, en la investigacion y en la controversia es, segun ya hemos indicado, donde campea brioso y desembarazado el entendimiento de *Forner*. Sea rigidez genial, sea ódio instintivo á la medianía entronizada, sea, en fin, achaque de aquella era, en que pugnaban con impulsos nuevos elementos inveterados, es lo cierto que *Forner*, agresivo, obstinado, implacable cuando se empeñaba en arrancar la máscara al charlatanismo triunfante ó á la vanidad glorificada, ejerció evidente influencia en sus contemporáneos. Nadie fué más belicoso que *Forner;* nadie usó más nombres de batalla. Ya *Tomé Cecial*, ya *Pablo Segarra*, ya *don Antonio Varas*, ya *Bartolo*, ya *Pablo Ignocausto*, ya *el bachiller Regañadientes*, ya *Silvio Liberio*, siempre se descubre el escritor firme y austero, pero intolerante y descontentadizo. Y no se limitaba su saña crítica á combatir y ridiculizar los extravíos de los hombres famosos de su tiempo. No malograba ocasion alguna para fulminar con el sarcasmo y con la ira á los copleros audaces ó vergonzantes que profanaban el sagrado del arte. El bombardeo de Argel por el general de la armada don Antonio Barceló (Agosto de 1783); el tratado de paz entre España é Inglaterra (3 de Setiembre de 1783), y el nacimiento de los dos infantes gemelos don Cárlos y don Felipe (5 de Setiembre de 1783); tres acontecimientos venturosos, casi simultáneos, que conmovieron grandemente el sentimiento patriótico de los españoles, desencadenaron la musa trivial de los copleros. La poesía *de circunstancias* ha sido siempre escollo de la inspiracion, y en aquel momento, lanzada, contra la voluntad de Dios, á la palestra literaria una turba insolente de insulsos versificadores, el turbion de cantos heróicos, odas, églogas y romances llegó á ser una verdadera calamidad poética, que retrajo de escribir versos en celebridad de aquellos faustos sucesos á los poetas acreditados, con la excepcion, acaso única, de *Huerta*. El irascible *Forner*, exasperado, exclamaba: «¡A qué términos ha traido á los copleros la execrable hambre de sacar dinero á costa de los augustos niños y de esta paz, que ha suscitado una guerra más cruel al buen gusto y á la sabiduría! ¡Pobre Barceló! ¿Quién diria que habian de encarnizarse primero en tí los copleros que los argelinos?» (2).

Vargas y *Ponce*, *Trigueros*, *Sempere* y *Guarinos*, *Huerta*, el erudito *Sanchez* y otros, fueron, con más ó ménos razon, blanco de sus acerbas invectivas, pero ninguno tanto como *Iriarte*, á quien imitó alguna vez el mismo *Forner*, que tan duramente lo zaheria (3). *Jovellanos* admiraba el talento de *Forner*, pero le disgustaban las abstracciones filosóficas de los

(1) En la presente coleccion se publican por primera vez las poesías líricas completas de *Forner*. Las debemos á la bondad del ilustrado caballero don Luis Villanueva, que ya dió á la estampa algunas de ellas en 1844. Han venido afortunadamente á sus manos los manuscritos autógrafos que conservaba la familia del ilustre escritor extremeño, y estos manuscritos, que se hallan actualmente en nuestro poder, son los que ahora publicamos con satisfaccion verdadera.

(2) *Carta del Tonto de la Duquesa de Alba* (Forner) *á un amigo suyo de América.* (Papeles de *Forner.*)

(3) Véase el soneto de Forner, *Definicion de un petimetre*, que empieza:

Yo visto, ya ve usted, perfectamente...

imitacion visible de aquel tan celebrado de Iriarte, que principia así:

Levántome á las mil, como quien soy...

primeros escritos del estudiante salmantino. Al apacible *Melendez*, que veia y sentia las cosas de un modo más somero pero más poético que *Forner*, le eran antipáticos, así el carácter como los versos de este escritor. Infiérese esto claramente de los siguientes párrafos de dos cartas que en 1777 escribió á *Jovellanos fray Diego Gonzalez*, que tanto se interesaba en los adelantos literarios de los alumnos de la escuela de Salamanca (1):

Remito á V. S. el adjunto papel al mismo modo que los dias pasados. Me lo dirigió *don Juan Forner*, autor de aquella epístola que ya vió V. S. Á *Batilo* no le congenian las producciones de *Aminta* (Forner); parécenle duras y desabridas á su dulce ánimo. *Delio* (fray Diego), aunque no deja de admirar en ellas várias bondades, se desagrada de la mucha oscuridad que en todas afecta su autor; le enfadan las cosas que no se dejan entender en fuerza de una simple lectura, y aborrece los negros escritores que escriben y trabajan para no ser entendidos. Creo que *Jovino*, en medio de su gran facilidad en comprender, se ha de parar más de dos veces á conjeturar el sentido de algunos pasajes de la presente composicion de *Aminta*.

Salamanca, 6 de Mayo de 1777.

En otra carta al mismo *Jovellanos*, de 7 de Junio de 1777, dice *fray Diego*:

Me congenia el juicio que V. S. ha formado de las composiciones de *Forner*, notándolas de *nimiamente confusas*, en medio de las muchas bellezas que uno y otro advertimos en ellas. *Batilo* es más severo con ellas; pero lo atribuyo á la genial oposicion que tiene al autor.

De ánimo rebelde á la autoridad literaria de los demas, y amohinado con la reprimenda oficial que recibió á consecuencia del escándalo de sus reyertas satíricas y de las diatribas que dirigió á la *Academia Española*, *Forner* hubo de conservar cierta ojeriza á este esclarecido cuerpo literario. Esta ojeriza se columbra á primera vista en una especie de estatutos que formó para una academia particular que llegó á reunirse, y en los cuales mezcló desenfadadamente el espíritu organizador con la invectiva y con la sátira (2).

(1) Cartas de *fray Diego Gonzalez*. Coleccion de autógrafos del Marqués de Pidal.

(2) Tenemos á la vista el borrador autógrafo de estos estatutos. Como curiosidad literaria, copiamos á continuacion este singular documento:

«Nuestro código deberá constar de una introduccion y cuatro capítulos. En la introduccion se expondrá el objeto ú objetos de la academia, su título, sello, empresa ó distintivo, etc.

»El primer capítulo tratará de las calidades de los académicos.

»El segundo, de los oficios.

»El tercero, de los trabajos literarios.

»El cuarto, premios y penas.

»Capítulo primero. La academia se compondrá de académicos de número y académicos correspondientes. Aquéllos de asistencia necesaria; y éstos, que podrán remitir las obras y trabajos para que los juzgue la Academia.

»No serán admitidos abogados ramplones, teólogos de machamartillo, médicos sistemáticos ni filósofos petimetres. La academia ha de ser demasiado humilde para que pueda honrarse con tan ilustres individuos. Bastará admitir buenos poetas, buenos oradores, buenos críticos, buenos humanistas. Es muy conveniente que este género de profesores hallen acogida y premio en alguna parte, ya que no le han hallado hasta ahora en ninguna.

»Á la academia no le ha de importar maldita la cosa el saber si sus individuos son cristianos viejos ó lampiños, rancios ó frescos, verdes ó pasados. Un descendiente de Mustafá deberá ser preferido á uno de Pelayo, si éste es un salvaje, y el otro un varon docto. Así, las pruebas é informes que se harán para la admision de algun individuo recaerán sobre su doctrina, y nada más; en la firme inteligencia de que es una ridiculez predicar á los protestantes y gentiles para que se conviertan, y tratarlos despues de infames, atribuyendo á la religion de Jesucristo una infamia que no causa ninguna otra religion.

»El juramento único que se tomará á todo individuo será el de detestar la secta semigálica, y defender á sangre y fuego el verdadero buen gusto castellano, así en prosa como en verso. Y por lo mismo deberá obligarse á promover la aficion á nuestros buenos escritores de los dos siglos XVI y XVII, que serán su único norte y guía.

»Si, por desgracia de la academia, pretendiesen ser admitidos algunos Iriartes, Olmedas, Valladares, etc., de quienes consta que son de un gusto estrafalario y perverso; sin tener cuenta con la opinion que ellos tienen de sí, se les hará entender que han de entrar á aprender y ser juzgados ínterin pierden los resabios de su primer estilo. Sin esta condicion precisa, no serán admitidos.

»No será admitido ninguno de quien conste que ha de formar relacion de méritos.

»Capítulo II. En la academia, por ahora, no habrá más que un secretario, que se elegirá á pluralidad de votos; á cuyo cargo estén los papeles que

Si bien las cualidades dominantes de su carácter, la independencia y la austeridad, tomaban á menudo formas desapacibles y sarcásticas, se rendia *Forner* á sentimientos delicados cuando le impulsaban á ello móviles generosos.

Los fueros de la gratitud, en un alma apasionada como la suya, explican y disculpan las extremadas hipérboles lisonjeras que dirige á su protector, el Príncipe de la Paz, en el prólogo del poema *La Paz*. Allí reclama para el inhábil y apocado ministro español las bendiciones de la tierra, y le apellida «bienhechor universal del género humano.» Pero, lo repetimos, no ha de inferirse de aquí que *Forner*, aunque entusiasmado con la paz ajustada con la república francesa en 1795, y profundamente agradecido á los favores del Ministro, que le habia nombrado fiscal del Consejo de Castilla, fuese capaz de doblegar el fiero temple de su alma hasta caer en la adulacion cortesana. Su verdadero carácter está fielmente retratado en los siguientes versos de una de sus sátiras:

¡Oh, qué dura experiencia!...
(Dices, si á Aristo en antesala impía
Ves negociar con la paciencia un puesto);
¿Yo adular al poder? ¿Yo su indigesto
Ceño sufrir, los dones humillando
De la esencia inmortal que en mí se hospeda,
Á un necio venturoso, que burlando
Puso en alto la pérfida fortuna?
. . . . . .

Algunas veces, á pesar de su orgullosa condicion y del sentimiento íntimo de su valor intelectual, su entusiasmo literario desmayaba, y un desaliento amargo alejaba de su ánimo la hechicera ilusion de la gloria. En tal situacion se hallaba sin duda su alma cuando escribia estos dos bellos versos, con que empieza un soneto que no llegó á terminar:

Sacro laurel, tu rama vividora
No adornará jamas mi humilde frente.....

No obstante la aspereza de su condicion, que hasta sus propios amigos reconocian y lamentaban, *Forner* estaba dotado de sensibilidad profunda, y alguna vez dió señales manifiestas de la humildad de quien yerra y reconoce el yerro; noble humildad, que sólo cabe en almas firmes y elevadas. No podemos dejar de citar un ejemplo, del cual hallamos pruebas en los propios escritos de *Forner*. Uno de sus borradores autógrafos que tenemos á la vista, contiene una epístola titulada *Aminta á Arcadio*, ó lo que es lo mismo, sustituyendo los nombres verdaderos á los nombres poéticos, *Forner á Iglesias* (1). Al fin de este borrador hay otro de una

dejen los académicos, la ordenacion de ellos, etc.

»En lo demas, todos los individuos serán fiscales, presidentes y censores; porque, como los sueldos de esta academia son ningunos, no hay necesidad de introducir estas distinciones para enriquecer á tres ó cuatro, con perjuicio de la libertad de los demas.

»CAPÍTULO III. Los trabajos literarios de la academia versarán principalísimamente sobre la poesía y la crítica castellanas; facultades ambas que andan descarriadas, y que por lo mismo necesitan acogida y abrigo para que no se pierdan.

»Los trabajos se podrán dividir, ya trabajando todos sobre una misma cosa, ya cada uno sobre una sola, á arbitrio de la academia. El primer modo convendrá en las obras menores de verso. El segundo en obras de crítica.

»Como el fin de la academia debe ser adelantar, y no ostentar; refinar el gusto, y no aspirar á pasar por doctos; las obras de los individuos se juzgarán con un rigor rigidísimo por todo el congreso, sin que sea lícito á ninguno creer que es incapaz de errar. Nuestra academia no se compondrá de *infalibles*, ó de los que juzguen que lo son. Esta gente nos deslumbraria con sus grandes luces.—Dia de la Vírgen, primera junta.—ALFESIBEO, *secretario*.—DAMON (Estala).—MIRTILO (Navarrete).—AMINTA (Forner).»

(1) No publicamos esta epístola entre los versos de *Forner*, porque carece totalmente de inspiracion poética, y reune todos los defectos que suelen acompañar á la inexperiencia literaria. Cuando *Forner* la escribió no habia cumplido veinte años. El indulgente *fray Diego Gonzalez* envió una copia de la epístola á *Jovellanos*, para que formase idea de los adelantos que iban haciendo en la poesía algunos jóvenes de Salamanca. Empieza así:

Salud cumplida con favor divino,
De parte de su amigo, dirás, musa,
De nuestro siglo al vate salmantino;
Y si por suerte recibir excusa
Letras del que fué un tiempo su contrario,
Y acciones mias, enojado, acusa,....

carta que debia ir acompañada de los versos. Esta carta expresa claramente que la epístola fué dictada por el deseo que tenía *Forner* de reconciliarse con *Iglesias*. Algun arrebato de *Forner* habia ocasionado un rompimiento entre los dos amigos y compañeros de universidad; luchaba *Forner* entre su orgullo y su arrepentimiento; pero la genial rectitud triunfó al cabo de la altivez del mozo. No creyó humillarse confesando su falta. Escribió á *Iglesias* la citada carta, en que andan mezcladas de un modo estrafalario la llana ingenuidad del hombre honrado con la pedantería del escolar, y la amistad de ambos quedó recíprocamente afianzada, cual convenia á dos corazones sanos y afectuosos (1).

Sólo un hombre dotado de altos sentimientos morales puede inspirar amistad profunda y acendrada. *Forner*, el implacable controversista, el batallador desabrido, austero y agresivo, tuvo por amigos tiernos y perseverantes á hombres tales como *Fernandez-Navarrete*, *Campománes*, *Iglesias*, *Arjona*, *Arroyal* y *Estala*. En las más de las cartas á *Forner* que se conservan de estos insignes varones, rebosa ese fervoroso sentimiento de amistad verdadera que sólo brota y arraiga en el corazon de los buenos. Murió *Forner* jóven todavía, cuando apénas empezaba la madurez de la vida (2). Probablemente llevó consigo al sepulcro los mejores frutos de su claro talento y de su vasta y sana instruccion. Basta lo que escribió para que nadie pueda negarle la gloria de haber sido un magistrado sabio y vigoroso, un defensor diligente y ardoroso de la patria, un hablista rigoroso y correcto, y un campeon animoso de la civilizacion literaria. Si como poeta no subió á muy alto nivel, culpa fué del recio temple de su alma, que le impedia extasiarse en las esferas místicas de la ilusion, donde vive la poesía verdadera. *Lista* ha juzgado admirablemente á *Forner* en estas breves y sencillas palabras: «Estaba dotado de una imaginacion más fácil para concebir las verdades que las bellezas.»

Otro poeta que, áun sin rayar á grande altura, no debe ser olvidado al bosquejar la era poética de Cárlos III, es *don José María Vaca de Guzman*, doctor en ambos derechos, ministro del crímen de la audiencia de Cataluña, de quien se gloría la universidad de Alcalá, á cuyo gremio pertenecia.

Los premios de la Academia Española, sucesivamente por él alcanzados en 1778 y 1779, sacaron su nombre de la oscuridad en que probablemente habria permanecido. El canto de *Las naves de Cortés* y el romance de *Granada rendida*, no sólo son las dos mejores composiciones poéticas de su autor, sino que dejan á bastante distancia á todas las demas que compuso. El romance está escrito en tono narrativo, fácil y animado, y á menudo noble y vigoroso (3). Escaso de gusto y de cordura en la disposicion del plan, y embargado por el espíritu imitador y emblemático, que le impedia comprender y sentir el carácter de sencillez y de grandeza que hay en aquel magnífico asunto (4), *Vaca de Guzman* no llega ni con mucho en

(1) Hé aquí algunos períodos de la carta:

«Fuí no há muchos dias, amigo Pepe, puerco de la manada de Epicuro, y como tal me hallé metido en el cieno de las pasiones. Hoy, gracias á mi desengaño, tengo la cabeza llena de humos estoicos..... En mis versos verás del modo que he sabido desprenderme de algunas pasiones..... No es la menor la enemistad que ha habido cerca de un año entre los dos. Si deseas, como es justo, que te tengan por hombre de buen juicio, no rehusarás renovar nuestra amistad, cuando el mismo que erradamente la rompió vuelve á ella. Á mí se me hace no poco dificultoso dar satisfacciones; mas hago esto ahora para que veas, sobre el conocimiento que tienes de mí, cuán fácilmente me allego á la verdad siempre que la conozco..... Dios nos dé salud y vida para que segunda vez nos veamos encerrados, al anochecer, en el corral del Colegio del Rey de esa ciudad.»

(2) En 1797, á los cuarenta y un años de edad.

(3) Sin embargo, no mereció la aprobacion de *Melendez Valdés*:

«Batilo me dice que no le han gustado las obras premiadas este año.» (Carta de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*, escrita en la Coruña, en Agosto de 1779.—Coleccion de autógrafos del Marqués de Pidal.)

(4) Hasta de la *Eneida* se acuerda, cuando sólo debia acordarse de la verdad popular y española de la conquista de Granada. Así empieza á hablar *el Valor* á Juno:

Pues el dolor, oh Reina, inexplicable
Me mandas renovar...

Alguna vez hasta traduce á Virgilio, como cuando exclama:

. . . . . ¡Caben acaso
Tantas iras en ánimos divinos!

el romance á la altura épica que aquél requiere; pero es imposible negar que la obra está escrita con alma ardiente y conmovida, y que contiene rasgos, descripciones y versos llenos de vida y de inspiracion. *Vaca de Guzman* tenía fuego poético, y de este fuego nace el gallardo estilo y la noble armonía de algunos períodos. Tiene arranques felices, como aquel en que llama á los moros *torpes hijos del ocio*, y hay pasajes en que, si no la idea, cobra el tono la noble sencillez que es propia de la poesía épica. Así, por ejemplo, habla el rio Genil al rey don Fernando el Católico:

Suenan las aguas con el golpe, y mueven
De tersa espuma blancos remolinos,
En tanto que Genil sacó la frente,
Ceñida de amarantos y carrizos.
Puso los piés en la cerúlea concha,
Que le sirvió de asiento, y conocido
El gran monarca que su márgen pisa,
Alzó al cielo las manos, y así dijo:
¿Veniste, en fin, conquistador famoso?
¡Oh causa digna del anhelo mio!
¿Veniste ya á vencer? ¿A tí triunfante
He de ver, y al alárabe rendido?
Sí, Fernando, sí, Rey; así lo ordena
El cielo santo; que su voz lo ha dicho.
Yo la oí que en mis tierras resonaba
Y en las cuevas tambien de mi retiro.
No más, no más que mis arenas puras
Manche la torpe huella; no el impío
Descendiente de Agar lave su cuerpo
En el cristal que te consagro limpio...

Don Leandro de Moratin, competidor de *Vaca de Guzman*, le aventajó en la correccion del lenguaje; pero quedó muy inferior á él en estro, en gala, en vigor; esto es, en las principales prendas poéticas.

El canto *Las naves de Cortés*, por su lozanía, por su entonacion desembarazada y poética, por la armonía de los versos, y singularmente por el entusiasmo patrio que en él rebosa, cautiva el ánimo y embelesa el oido. Saavedra Guzman, en *El Peregrino indiano* (1599); don Francisco Ruiz de Leon, en *La Hernandia* (1755), y otros poetas, habian cantado el heroismo de Hernan Cortés y áun la quema de sus naves. Muchos rivales tuvo asimismo *Vaca de Guzman* en el certámen académico. Cuarenta y cinco fueron los poemas enviados á la Academia Española para disputar el premio, y entre ellos, segun ya hemos dicho, uno de *Iglesias*. Si alguna de estas obras narra la accion de un modo más directo y detenido, ninguna puede competir con el poema premiado en el fuego de la inspiracion lírica, que es la que más especialmente cuadra al hecho prodigioso de aquel grande hombre. El *canto épico*, con tanta razon celebrado, de *don Nicolas de Moratin*, no fué presentado á la Academia. Aventaja, sin duda, al poema de *Vaca de Guzman* en robuztez y en fuerza descriptiva; pero tanta descripcion, aunque bella y caudalosa, le daña, y le hace parecer, más bien que una obra completa y acabada, un canto de un poema más extenso. *Vaca de Guzman*, por un instinto que contrasta con las ideas de aquel tiempo, se guarda bien de llamar *épico* á su canto, y escribe en realidad una fantasía lírica, que, si bien inferior á lo que merece la sublime hazaña del héroe extremeño, no carece ni de estro, ni de gala, ni de emocion, ni de grandeza. ¿Quién no recuerda el patriótico deleite que sintió en sus años juveniles al leer estas briosas octavas? Cortés, despues de ensalzar el denuedo de los antiguos españoles, dice así á sus soldados:

Ellos, como vosotros, oprimieron
La espalda de ese monstruo cristalino;
De la Europa tambien se desprendieron,
Al Africa llevando el blanco lino;
A Orán ganaron, al Peñon rindieron;
Tembló de su poder el argelino,
Y tributaria se postró á su amago,
La altiva sucesora de Cartago.
Así venzamos los que así nacimos;
Nuestro es ya su valor, nuestro su acero;
La tierra hollamos que á vencer venimos;
Perezca, pues, el leño lisonjero.
No á transportar tesoros le trajimos;
El grande Cárlos, Cárlos el Primero,
Despreciador del oro y la riqueza,
En sus héroes coloca su grandeza.
Los hombres que malogra la milicia,
Miéntras cuidan el débil armamento,
Triunfos son que el monarca desperdicia,
Reprimido en sí mismo su ardimiento.
Bisoños son; la militar pericia
No les dictó su vário movimiento;
Ni hollaron nieves, ni sufrieron soles,
Pero tienen valor, son españoles.

No vuelve *Vaca de Guzman* á encontrar la gallarda y calorosa entonacion de *Las Naves*, aunque casi siempre es versificador valiente y numeroso. En las églogas decae notablemente, y se torna prosaico como los más de los poetas de su tiempo. Este género de poesía artificial y acompasada cuadraba mal á su imaginacion viva y espontánea. Los asuntos heróicos le inspiraban, y adquiria con ellos lozana expresion y altos pensamientos. En los versos cortos campea siempre el desembarazo del versificador. Suele ser desigual, y no pocas veces atrevido y desacertado en la eleccion de las palabras y de las frases; pero casi nunca le faltan ingenio y arranque. Véase, por ejemplo, la graciosa cantilena *La muerte de la rosa*. Al paso que cae en la extravagancia de llamar á la aurora *del sol embajatriz*, escribe estos fáciles versos, en que hay algo del sabor de la poesía antigua castellana:

Llegó ¡penosa suerte!
La primavera en fin,
Florida para todos
Y seca para mí.
¡Ay Mayo fementido,
Detesto tu matiz!
No le tejais, oh plantas,
Guirnaldas del jardin;
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril.
Abrió una tierna rosa,
Reina jurarla vi.....
. . . . . .
. . . . . .
¡Ay fragancia exhalada!
¡Ay púrpura infeliz!
¡Ay cómo equivocasteis
El nacer y el morir!
Fué entre la cuna y tumba
La línea tan sutil,
Que no sé distinguirla,
Aunque la sé sentir,
Al ver que ha hollado el Mayo
La pompa del Abril.

Su númen flexible era á veces vivo y ameno, como se ve en el romance que empieza:

¡Hola! espera, serranilla,
La del faldellin de flores.
. . . . . .

La coleccion de vidas brevísimas de santos, que él llama *Himnodia* ó *Fastos del Cristianismo*, es una mezcla singular de faltas y de aciertos. Caminan juntos el prosaismo y el conceptismo, la audacia innovadora y los vicios de la rutina, la admiracion fervorosa de las heróicas virtudes de los santos y la monstruosa amalgama de recuerdos mitológicos y cristianos; y al lado de todo esto y de no pocas locuciones extravagantes y de graves resabios de mal gusto, asoma el movimiento poético de una imaginacion que se enardece con facilidad, pero que se contenta con la expresion irreflexiva de su arrebato, y no sabe ó no quiere detenerse á completar y acrisolar sus obras.

Quintana no fué indulgente ni justo con *Vaca de Guzman*, omitiendo desdeñosamente hasta su nombre en el *Tesoro del Parnaso español* y en el bello estudio crítico que escribió acerca de la poesía castellana del siglo XVIII. *Vaca de Guzman*, con todos sus defectos, es más poeta que el *Conde de Noroña* y algun otro que de buen grado admitió *Quintana* en su coleccion.

CAPÍTULO XIII.

Fabulistas.—Carácter poco poético del apólogo.—Impropiedad de su aplicacion á la enseñanza de la juventud.—Samaniego.—Iriarte.—Su poema de *La Música*.—Su prosaismo.—Su incontestable mérito.—Plaga de fábulas.—Rentería.—Pison.

En aquellas épocas en que la poesía, fruto exclusivo de la civilizacion, es más reflexiva que inspirada, nacen fácilmente escritores que cultivan la fábula y el apólogo con predileccion y con éxito.

Cuando se considera por una parte lo que fué el apólogo en la antigüedad asiática, donde

tuvo su cuna, y, por otra, que la versificacion no es, en la fábula, sino una envoltura graciosa y pintoresca de un pensamiento ante todo simbólico, sensato y filosófico, cuesta trabajo convencerse de que deba ser tenida por un género sinceramente *poético*, en la acepcion propia y elevada de esta palabra. La fábula es cuento, emblema, leccion, sátira; es todo ménos verdadera poesía. Por eso Lamartine profesa á las fábulas tan enconada aversion, que, arrostrando el torrente de la opinion tradicional del pueblo frances, se atreve á atacar implacablemente, no sólo las fábulas de Lafontaine, que son sin duda las primeras de los tiempos modernos, sino hasta la persona misma del autor. No queremos resistir á la tentacion de reproducir aquí algunos renglones de la elocuente censura que inspira á Lamartine su indignacion contra las fábulas:

Era yo un espejo vivo (habla de su adolescencia), que el polvo del mundo no habia empañado, y en el cual reverberaban las obras de Dios... Me hacian aprender de memoria fábulas de Lafontaine... Grima me daban aquellas historias de animales que hablan, que se dan lecciones, que se burlan unos de otros, que son egoistas, zumbones, avaros; que no sienten lástima ni amistad; que son en verdad más malos que nosotros. Las fábulas de Lafontaine son más bien la filosofía dura, fria y egoista de un anciano, que la filosofía cariñosa, ingenua, generosa y sana de un niño; es hiel, y no la leche que conviene á labios y á corazones de tan temprana edad. Me repugnaba el libro, y no sabía por qué. Más adelante he llegado á saberlo. El libro no es bueno; y ¿cómo pudiera serlo, si el autor no lo era? No parece sino que le han apellidado por burla *el buen Lafontaine*. Era un filósofo de mucho ingenio, pero un filósofo cínico. Y ¿qué pensar de una nacion que da principio á la educacion de sus hijos con las lecciones de un cínico? Este hombre, que no conocia á su hijo, que vivia sin familia, que con mengua de sus canas escribia cuentos obscenos para enardecer las pasiones de la juventud...; este hombre, á quien nunca mencionan ni *Racine*, ni *Corneille*, ni *Boileau*, ni *Fénelon*, ni *Bossuet*, no era un varon cuerdo, ni respetable, ni sencillo. Doce versos sonoros, sublimes, religiosos de *Atalía* desvanecian en mi oido todas las cigarras, todos los cuervos y todas las zorras de aquella pueril casa de fieras. Nada ha podido aplacar desde entónces mi antipatía á las fábulas.

Por más que se resienta algun tanto de intolerancia este vehemente y austero juicio, es incontestable que hay en las razones de Lamartine fuerza incisiva y poderosa; y no es difícil comprender la ira contra un género tan artificialmente intencionado, en un hombre que, como poeta, no sabía vivir sino en la celestial esfera de su lirismo místico.

Como quiera que sea, no es dable negar que insignes escritores, como *Samaniego* é *Iriarte*, pueden ser grandes fabulistas sin ser grandes poetas. El apólogo, no obstante, poético ó no, adecuado, ó no, á la educacion de los niños, es un género literario que requiere, si no encumbrado númen, gran delicadeza de ingenio, de intencion y de moral sentido; género harto difícil, con apariencias de llano y de trivial, en el cual muy pocos sobresalen. Innumerables fabulistas hay en España; sólo *Samaniego* é *Iriarte* son consumados maestros. *Samaniego* fué el primero que dió á las fábulas, entre nosotros, la rapidez, la naturalidad expresiva, la gracia peculiar que requieren. Imitó á Esopo, á Fedro, á Lafontaine y á Gay, estampando el sello castellano en los asuntos de estos famosos escritores; pero las que hizo de su propia invencion, como la admirable de *El jóven filósofo y sus compañeros*, en nada desdicen, en cuanto á la profundidad de la idea, de las más celebradas de sus ilustres antecesores, y quizá las aventajan en la concision, en la candorosa malicia, en la claridad narrativa, en el hechicero abandono de la expresion. Estas fábulas, como todas las del mundo, no son sólo lecciones de virtud; lo son tambien, hasta cierto punto, de artificio, de astucia y de mundano desenfado; pero hay al propio tiempo en ellas cierta sencillez de intencion, cierta inocente lisura de estilo, no impropia de los niños, que las habria hecho acaso llevaderas y áun agradables al descontentadizo Lamartine.

Quintana y otros, engañados por este pasaje de *Samaniego:*

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo...,

han creido que el fabulista de Vergara «siguió las huellas» del fabulista madrileño. No fué así, por fortuna. *Samaniego* se refiere en general á los versos de *Iriarte*, que por entónces ad-

miraba. No era éste su rival todavía. Las *Fábulas literarias* fueron publicadas cuatro años despues de las *Fábulas morales* de *Samaniego* (1). Y hemos dicho *por fortuna*, porque, á haber imitado *Samaniego* las fábulas de *Iriarte*, su estilo habria sido más terso y atildado, pero habria perdido probablemente en espontaneidad y en despejo.

Samaniego habia pasado en Francia algunos años de su primera juventud. Las ideas que allí á la sazon preponderaban, habian amenguado en su ánimo el santo tesoro de las tradiciones morales de la patria. Se hizo hombre despreocupado á la manera de aquellos tiempos de turbacion. Sus poesías líricas se resienten de esta tendencia, paralizadora de la inspiracion alta y fervorosa. Se hizo cínico al estilo de Lafontaine, á quien con predileccion habia estudiado, y escribió tambien cuentos obscenos, sembrados de epigramáticas agudezas, pero de tan escabrosa índole, que ha sido imposible darlos á la estampa.

Iriarte es el único competidor verdadero que ha tenido *Samaniego*. Yo no haré comparacion, como la han hecho tantos otros, entre las fábulas de los dos autores. Siempre nos han parecido ociosos y áun perjudiciales estos paralelos entre dos cosas admiradas y admirables; en los cuales, del ingenioso análisis resultan siempre ambas algo lastimadas.

Las *Fábulas literarias* se imprimieron por primera vez, en la Imprenta Real, el año de 1782. El ser la primera coleccion de fábulas todas originales; su objeto, exclusivamente encaminado á ridiculizar los vicios de las letras; la pureza del lenguaje; la gracia del estilo; la fecundidad de la invencion; la soltura de la versificacion, y hasta la variedad de los metros; todo contribuyó á llamar sobre esta obra la admiracion del público, esto es, el aplauso de los imparciales y los ataques de los envidiosos.

Pero juzguemos bajo otros aspectos el talento lírico de *Iriarte*.

En 1780 imprimió en la Imprenta Real, con bellísimos caractéres y con seis primorosas láminas, su poema de *La Música*, así dividido:

Canto I.—Elementos del arte: *sonido* y *tiempo*.
Canto II.—Expresion de afectos.
Canto III.—Cuatro clases de música: en el templo; en el teatro; en la sociedad; en el retiro.
Canto IV.—Música teatral.

Se necesitaba todo el imperio que llegan á alcanzar en épocas de disciplina doctrinal, modas literarias y géneros convencionales, para que un hombre tal como *Iriarte*, dotado de clarísimo entendimiento y de todo el buen gusto encadenado y relativo que cabia entónces en un distinguido *humanista*, emprendiera la escabrosa tarea de poner en verso las reglas minuciosas y complicadas de la música. Causa lástima verle enredado en explicar afanosamente el análisis y la division de las escalas *diatónica* y *cromática*. Dice así, por ejemplo, hablando de la primera:

Distribuida así, la escala forma
El modo que *mayor* se denomina;
Pero para el *menor* se la destina
Diversa progresion, diversa norma.
Entónces ya es preciso que aquel grado
De un semitono, que al subir contaba,
Entre tercera y cuarta colocado,
Medie entre la segunda y la tercera,
Y el otro, de la séptima á la octava,
Entre la quinta y sexta se transfiera...

Y ¿puede esto llamarse poesía?

Casi todo el poema está escrito en semejante estilo, y apénas asoma en algun pasaje, no el entusiasmo poético, que éste no hay que buscarlo en esta obra de *Iriarte*, mas ni siquiera un eco del embeleso que indudablemente causaba la música en su ánimo. Tocaba *Iriarte* con mediana habilidad el violin y la viola, y en una de sus epístolas familiares se complace en recordar que una orquesta de aficionados ejecutaba en su casa obras suyas. Él mismo lo dice en estos versos:

(1) Véase lo que al frente de las *Poesías de Samaniego*, publicadas en Vitoria, dice acerca de este punto el señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete.

Y áun con benignidad los circunstantes
Oyen mis sinfonías concertantes...;

versos que de propósito reproducimos en este lugar, como muestra del ínfimo punto á que llegaba á descender alguna vez la entonacion poética de *Iriarte.*

En el poema intenta de cuando en cuando iluminar con algun rasgo lírico el cáos prosáico de las explicaciones técnicas; pero no acierta nunca con los colores, las imágenes y las emociones que son fruto espontáneo y exclusivo de la inspiracion.

En suma, todo el órden, toda la claridad de estilo, todo el desembarazo descriptivo, todo el hechizo de un lenguaje castizo y acendrado, prendas admirables de *Iriarte*, no alcanzan á impedir que se lea sin esfuerzo y sin fatiga su enfadoso poema. A pesar de las alabanzas de Metastasio y de otras autoridades literarias (1), esta obra no añadió un quilate siquiera á la gloria de *Iriarte;* ántes bien le acarreó diatribas, y con ellas sinsabores sin cuento, miéntras que la posteridad justiciera, condenando á desdeñoso olvido el poema de *La Música*, no ha hecho más que confirmar en esta parte el fallo de los contemporáneos de *Iriarte.*

Una sola vez, conmovido al recuerdo de las peregrinas inspiraciones de Haydn, da *Iriarte* con el sentimiento poético de la música, y expresa su admiracion con el entusiasmo lírico de un verdadero poeta, que canta con fuerza y espontaneidad lo que siente. Pero ¡cosa singular! esto no le sucede nunca en el poema didáctico, donde apura todo su esmero y toda su ciencia musical. Este arranque sincero de emocion artística le asalta en un bellísimo romance llano y familiar, escrito sin pretension alguna, pero lleno de ingenio y gallardía. Hé aquí algunos versos:

Haydn, músico aleman,
Compositor peregrino,
Con dulces ecos se lleva
Gran parte de mi cariño.
Su música, aunque le falte
De voz humana el auxilio,
Habla, expresa las pasiones,
Mueve el ánimo á su arbitrio.
Es pantomima sin gestos,
Pintura sin colorido,
Pöesía sin palabras (2)
Y retórica con ritmo;
Que el instrumento á quien Haydn
Comunica su artificio,
Declama, recita, pinta,
Tiene alma, idea y sentido.
Si las diferentes voces
Corren por tonos distintos,
Si se alternan, si se imitan,
Si á un tiempo cantan lo mismo,
Si callan de golpe todas,
Si entran todas de improviso,
Si débiles van muriendo,
Si resucitan con brío,
Solas, juntas, prontas, tardas,
Todas por varios caminos
Excitan un mismo afecto,
Llevan un mismo designio.
Ó expresan gritos de furia,
Ó de amor tiernos suspiros,
Ó el llanto de la tristeza,
Ó el clamor del regocijo.
Su poderosa armonía,
Ya llama el sueño tranquilo,
Ya alienta el valor marcial,
Ya incita al baile festivo.

(1) El poema de *La Música* fué muy celebrado dentro y fuera de España. El *Journal de la Littérature* (1780) dijo, entre otras cosas: *Il serait difficile de refuser à son auteur un talent réel pour la poésie, et en même temps il n'est guère possible de lire un poème didactique plus complet et plus sagement composé.*

Otros periódicos de París, de Roma, de Viena, de Parma, de Florencia y otras ciudades colmaron de alabanzas á *Iriarte;* pero lo que más halagó su amor propio, por la alta autoridad poética de que procedia, fué una carta muy amistosa y laudatoria que le escribió Metastasio. Decíale, entre otras cosas:

L'armoniosa, vivace e nobile facilità del suo stile, che mette d'accordo à maraviglia con gli allettamenti del Parnasso l'ordinata e rigida esattezza della catedra, ed il vasto tesoro di pellegrine cognizioni, delle quali, in età così florida (tenia Iriarte veinte y nueve años), *a già saputo fornirci, debbono esigere à buona equità l'ammirazione del pubblico; ma quel* sapere *Orazziano, ciò è, il* buon giudizio, *che così spesso si desidera nei più venerati scrittori, e che constantemente regna nei di lei raziocini, mi scuopre tutto il vigore del suo ingegno, ed in quel che già donna, tutto quel che promette..... Sarei più diffuso, anzi la pregherei di soffrirmi in un regolatto commercio di lettere, se l'età che mi va defraudando le fisiche facoltà, e particolarmente dello scrivere, non si opponesse al mio desiderio; ma sia certa in tanto V. S. Illma. ch'io sinceramente l'ommiro.....* — PIETRO METASTASIO.—*Viena*, 25 *Aprile* 1780.

(2) Es singular la coincidencia de la manera de expresar en este verso el sentido imitativo de la música con la empleada mucho despues por Mendelsohn, *Canciones sin palabras* (*Lieder ohne worthe*), para dar nombre á algunas de sus admirables melodías.

No afecta su melodía
Estudiados gorgoritos,
Difíciles menudencias,
Todos adornos postizos
Con que se finge grandioso
El canto pobre y mezquino,
Que olvida llegar al alma
Por engañar el oido.

La verdadera gloria literaria de *Iriarte* se cifra en sus dos excelentes comedias *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, y singularmente en sus inimitables *Fábulas literarias*, donde campean en grado eminente el órden, la claridad, la intencion, la gracia, la concision y la propiedad descriptiva. En balde Florian, que sinceramente las admiraba, quiso imitarlas. Pudo aprovechar los pensamientos, pero, ingenio artificial y afectado, no le fué dado seguir la encantadora y delicada naturalidad de estilo del poeta español.

Por alguno que otro verso de imperfecta estructura, y singularmente por aquel tan célebre por su falta de cadencia armónica,

Las maravillas de aquel arte canto,

llegó á acreditarse la idea de que *Iriarte* era perverso versificador. Nada más injusto. Por lo comun versifica con gala y lozanía, y en las fábulas y en algunos de sus fáciles y amenos sonetos raya á menudo en la perfeccion la estructura métrica.

Todavía hay quien niegue á *Iriarte* todo linaje de instinto poético. Este juicio es tambien injusto, como suelen serlo los juicios extremados. Cierto que carecia del sentimiento poético de la naturaleza; esto lo demuestra su insulsa y desmayada égloga *La felicidad de la vida del campo*, donde no hay vida, ni entusiasmo, ni entonacion; donde á veces el prosaismo llega á ser tan rastrero y tan irrisorio, que cree el lector tener ante los ojos alguna composicion candorosa de don Gregorio Francisco de Salas (1). Pero en cambio rebosa el ingenio en muchas de sus obras poéticas, que son las ménos conocidas. No era *Iriarte* poeta *soñador*, ni sabía volar su imaginacion por los espacios sublimes de la idealidad. Era ante todo hombre de sociabilidad y de cultura. No hay que pedirle arrobamientos místicos, ni afectos profundos, ni arranques de elevacion lírica. Hay que contentarse con juzgar al poeta tal como Dios le hizo, con admirar la claridad y limpieza de su lenguaje, el desembarazo de su entendimiento, su sana instruccion, su correcta soltura, su donaire satírico.

Ha sido muy censurado *Iriarte* por el engreimiento de su carácter, que tan á las claras se descubre en sus reyertas literarias con *Huerta*, con *Sedano*, con *Melendez* y con *Forner*. Flaqueza fué sin duda en *Iriarte* caer en la tentacion de atacar la égloga *Batilo*, premiada por la Academia Española, con el propósito de hacer resaltar la soñada injusticia de haber sido antepuesta en el certámen la égloga de *Melendez* á la suya, tan evidentemente inferior á aquélla. Los literatos de más nota aplaudieron el acertado fallo de la Academia. *Berguizas*, por ejemplo, el insigne traductor de Píndaro, uno de los pocos críticos españoles del último siglo que tenian juicio propio, y no se dejaban arrastrar á ciegas por la autoridad de los preceptistas franceses, da abiertamente la preferencia á la égloga de Melendez (2).

En cuanto á las luchas de *Iriarte* con los demas escritores, la posteridad no puede olvi-

(1) Sirvan de testimonio estos versos:

Aunque ése, á la verdad, es mi proyecto,
Tan pronto no podré llevarle á efecto.....
. . . . . .
Aqui, sin las nocivas distracciones,
Á las ocupaciones
Te puedes aplicar de la labranza.....

El prosaismo no puede ir más allá. Esto, en verso, es más prosaico que la prosa misma.

(2) «Los grandes líricos (dice en su *Discurso sobre el carácter de Píndaro*) no hablan al entendimiento en derechura, sino por medio de la imaginacion exaltada. Todos los razonamientos van disfrazados y encubiertos bajo el agradable velo de las imágenes, las figuras, las expresiones poéticas. La poesía antigua jamas tiene visos de disertacion filosófica, como la moderna. Por eso es aquélla siempre amena, y ésta frecuentemente árida. Esta sola reflexion da á la égloga premiada, *Batilo*, una superioridad declarada sobre su competidora. Los Horacios, y mucho más los Píndaros, no miraban los objetos tan á compas y sangre fria como los Batteux y los Condillac, que los analizan.»

dar, para disculparlo, que reinaba por aquel tiempo un espíritu extraordinariamente belicoso en la república de las letras, y que *Sedano, Huerta* y *Forner* no eran ni ménos agresivos ni ménos preciados que *Iriarte*. El hecho es, sin embargo, que hombres de ánimo imparcial y templado, como *fray Diego Gonzalez*, desaprobaban el orgullo de *Iriarte*, que le inducia á hablar con menosprecio de aquellos escritores que le habian precedido en la misma senda, ó que habian demostrado diferente espíritu literario (1).

Grandes sinsabores le acarrearon las recias acometidas de sus enemigos literarios. Ninguna le llegó tan al alma como las de *Forner*. Conservó hasta su muerte la impresion que le habian producido *El Asno erudito* y *Los Filósofos chinos*. Á los agudos dolores de la gota, enfermedad que le llevó al sepulcro un dia ántes de cumplir cuarenta y un años, se unia, para hacer más amargas sus últimas horas, el dolor moral que le causaban la injusticia, la envidia y la intolerancia de sus compatriotas. *Iriarte* atribuye en parte á aquellos sinsabores el decaimiento físico que agotaba su vida. Así lo da á entender en este melancólico verso:

¡El libro vive, y el autor perece!

de un soneto que dictó desde el lecho, pocos dias ántes de su muerte, y fué el último parto de su ingenio (2).

La fama de *Iriarte* no ha disminuido con el trascurso de los años, como la de tantos otros que resplandecieron con falsa luz en el último siglo. La edad presente no puede olvidar, ni sus fábulas, ni sus ingeniosos sonetos, ni algunas de sus comedias; y, si no le concede la palma de los grandes poetas, le tiene, con fundamento, por un gran hablista y por un ingenio simpático y esclarecido.

La moda de las fábulas, sancionada por el triunfo brillante y merecido que habian alcanzado *Samaniego* é *Iriarte*, llegó á ser una especie de invasion literaria. Un año ántes de que *Samaniego* diese á luz sus *Fábulas*, publicaba en Bolonia el sabio jesuita *Lasala* una traduccion en versos latinos de las *Fábulas de Locman*, hecha directamente del texto árabe. Cuatro años despues (1784) un latinista, don Miguel García Asensio, daba á la estampa, en Madrid, una traduccion castellana de las mismas *Fábulas*, para la cual habia tomado por texto la version de *Lasala*. En los años inmediatos se imprimieron traducciones de las *Fábulas de Lafontaine*, sobresaliendo entre ellas la que publicó en 1785 *don Bernardo María de Calzada*, tra-

(1) Así lo expresa el *maestro Gonzalez* en el siguiente párrafo de una carta que escribió á *Jovellanos*, el 2 de Setiembre de 1777:

«He leido con singular complacencia el *Anti-Lucrecio* (poema del Cardenal de Polignac). Acaso la mucha intencion con que lo leí en un tiempo demasiadamente caluroso, ha sido la única causa de lo mucho que he padecido. Tambien he leido una parte de la traduccion del *Arte poética* de Horacio hecha por *don Tomas de Iriarte*. Me ha desagradado mucho el discurso preliminar, en que tan sin piedad trata á *Espinel* y *Morell*, aunque no dejo de conocer que en algunos reparos no deja de tener razon *Iriarte*. Pero tambien soy de parecer que á la traduccion de éste se pudieran poner muchos más reparos, y acaso más sustanciales, que los que él hace en las otras. No puedo llevar en paciencia la inteligencia que da al *Sectantem levia nervi deficiunt;* ni el que reprenda á los otros de haber metido algun ripio en sus versos, cuando él en los suyos los mete á carretadas. No dejo por eso de confesar que su traduccion es buena por lo regular; pero este mérito debia él concederlo á los otros traductores, y no haberlos ultrajado tanto..... *Liseno* (el padre Fernandez), que me envió este impreso, y le leyó con mucho espacio, me escribe muy irritado contra el nuevo traductor, y le nota más faltas que él á *Espinel* y *Morell*.» — (Coleccion de autógrafos del señor Marqués de Pidal.)

(2) Hé aquí el soneto de *Iriarte*, que hemos encontrado, manuscrito, entre los papeles de *Forner:*

Lamiendo reconoce el beneficio,
El can más fiero, al hombre que le halaga;
Yo, escritor, me desvelo por quien paga
Ó tarde ó mal ó nunca el buen servicio.
La envidia, la calumnia, el artificio,
Cuya influencia vil todo lo estraga,
Con más rabiosos dientes abren llaga
En quien abraza el literario oficio.
Asi la fuerza corporal padece,
Falta paciencia, el ánimo decae,
Poca es la gloria, mucha la molestia.
¡El libro vive, y el autor perece!
¿Y amar la ciencia tal provecho trae?—
Pues doy gusto á *Forner*, y hágome bestia (*a*).

(*a*) Alude á *El Asno erudito*.

ductor, entónces muy conocido, de várias obras dramáticas francesas. Por aquellos tiempos llegó á desencadenarse la vena apológica de los españoles. *Arriaza*, cuyo humor chancero no perdonaba cosa alguna, decia á fines del siglo (1796): «Reina en la córte una plaga de fábulas, como la pudiera haber de tercianas.»

No se requiere, para cultivar con fruto este género literario, ardorosa y alta fantasía; bastan vivo ingenio, sencillo estilo, intencion moral. No adornaban, por cierto, estas prendas á la mayor parte de los que, así en Madrid como en las provincias, atestaban los periódicos de aquel tiempo de triviales é insulsas fábulas. Uno de los fabulistas ménos enfadosos de aquella era es sin duda *don José Agustin Ibañez de la Rentería*. Soltura en la versificacion, naturalidad de estilo, en verdad prosaica, y cierta intencion política, tan contenida y disfrazada cual lo exigia el sistema gubernativo de Cárlos III, son las únicas circunstancias dignas de atencion en las fábulas originales de *Rentería*. Aquellas cuyos argumentos tomó de otros autores, están por lo general escritas sin espontaneidad y sin gracia, y no fué en él poca osadía escoger algunos asuntos tratados ya magistralmente por *Samaniego*. Era, no obstante, *Rentería* hombre verdaderamente modesto, y escribió las fábulas, no para ganar nombre, sino por mero pasatiempo. *Samaniego*, cordial amigo suyo, corrigió estas fábulas, é indujo al autor á darlas á luz (1).

El Raposo, una de las dos fábulas que con este título escribió *Rentería* (2), fué tenida en 1788 por una sátira política contra Floridablanca, escrita y propagada por la parcialidad del Conde de Aranda. Corrian las copias de mano en mano hasta entre las damas de la alta aristocracia. El honrado ministro, ó por cautela, ó mortificado con el emblema del raposo, intentó poner en claro si la fábula era en efecto un manejo político de sus enemigos. El Superintendente general de Policía, y hasta el Consejo de Castilla, intervinieron en la aclaracion; pero las dudas no se desvanecieron hasta que *Samaniego*, á quien se habia achacado la fábula, escribió, desde Vergara, que era obra de un mozo muy aventajado y muy amigo suyo, residente en Bilbao, «quien lo decia públicamente y muy tranquilo, por no envolver aquello malicia ni arcano» (3).

La supuesta sátira perdió el aplauso al perder la malicia, y quedó reducida á lo que es en sí: una inocente fábula, poco merecedora de éxito tan ruidoso.

No inferior en mérito á *Rentería*, y harto semejante á éste en defectos y cualidades, merece ser citado otro fabulista de aquella época, *don Ramon de Pison*, ministro togado del Real y Supremo Consejo de la Guerra, que, con el transparente anagrama *Roman de Pinos*, imprimió, á fines del último siglo, muchas fábulas en los periódicos de Salamanca y de Madrid (4). Pero nada más dirémos de este escritor; ni mencionarémos siquiera otros varios fabulistas que, con ménos prendas todavía que *Rentería* y *Pison*, cultivaron el apólogo sin donaire, sin elevacion, sin originalidad, sin hechizo alguno.

(1) Á ruego tuyo, y tal vez en mi daño,
Mis versos publiqué.....

(*Fábulas en verso castellano*, por don José Agustin Ibañez de la Rentería.—APOLO Y LOS POETAS. *El autor á su amigo don Félix María de Samaniego.*—Fábula 1.ª, libro II, tomo II. Imprenta de Villalpando. 1797.)

(2) Es la que empieza así:

De un leon poderoso,
Ministro principal era un raposo,
Por lo sagaz y astuto;
Orgullo como el hombre tiene el bruto.....

Fué publicada por primera vez en el *Diario de Madrid* del 4 de Agosto de 1788. Al año siguiente se reimprimió en la coleccion de *Fábulas en verso castellano*, por don José Agustin Ibañez de la Rentería. Imprenta de Aznar, 1789, pág. 109.

(3) *Historia del reinado de Cárlos III*, por don Antonio Ferrer del Rio.

(4) Las más de ellas se publicaron despues en coleccion. Madrid, imprenta de Ibarra, 1819.

CAPÍTULO XIV.

Consecuencias antipoéticas de la reforma doctrinal.—Prosperidad del prosaismo.—Olavide.—Salas.—Silva Bazan.—Merás.—Olmeda.—Pichó y Rius.—Imperio de la égloga.—Artificio de la poesía campestre.—Su desnaturalizacion.—Abuso de las clasificaciones doctrinales.—Poesía didáctica.—Rejon de Silva.—Moreno de Tejada.—Enciso.—Perez de Célis.—El padre Vanière.—Poesía fruslera.—El bachiller Dueñas.—El Marqués de Ureña.—El Marqués de Méritos.—Regimiento de la *Posma*.

La reforma doctrinal, ejercida por una crítica estrecha y meticulosa, á fuerza de encarecer la llaneza y la claridad, y de hacer estribar una parte muy principal del valor poético en el respeto á amaneradas formas y á clasificaciones arbitrarias, acarreó á la poesía la mayor de las desventuras : el prosaismo ; pero un prosaismo cual no se habia visto jamas. *Montiano*, los padres *Burriel*, *Benavente*, *Isla*, *Montengon* y otros poetas precursores del prosaismo de *Iriarte*, procuraban, aunque las más veces sin fruto, dar á su estilo, cada uno segun su fuerza y su índole, cierto color de ingenio. Ahora, temerosos de que el ingenio parezca como un denunciador de gongorismo, despojan sin escrúpulo á la poesía de su fuego y sus galas. Y claro es que haciendo descender el *quid divinum* á esta esfera humilde y rastrera, todo aquel que manejaba mediana y áun malamente la prosa, se atrevió á subir al *Parnaso* creado por los preceptistas, que de otro modo habria sido para ellos inaccesible.

El carácter histórico del presente estudio nos impone la triste tarea de recordar algunos de aquellos poetas infelices. Interminable sería el catálogo; pero nos limitarémos á ciertos nombres que alcanzaron extensa fama.

Uno de ellos es *don Pablo Olavide*, el célebre autor de *El Evangelio en triunfo*. En su version castellana de los *Salmos de David* y de los *Cánticos de Moisés*, y principalmente en *Los Poemas cristianos*, es la poesía de este escritor uno de los ejemplos más señalados del límite inverosímil adonde puede llegar la llaneza prosáica y desmayada de aquellos que carecen completamente del sagrado fuego de las artes.

Olavide era hombre de imaginacion impresionable y de ánimo activo y emprendedor. El tiempo que pasó en París en compañía del *Conde de Aranda* ensanchó el campo de sus ideas, naturalmente inclinadas á la civilizacion y á las mejoras públicas, al paso que contagió no poco su espíritu con las doctrinas escépticas y atropelladamente innovadoras que á la sazon fermentaban en la nacion vecina. Imprudente en sus conversaciones y tildado por sus opiniones poco ortodoxas en materia de religion, fué perseguido por la Inquisicion, y preso en 1776, siendo asistente de Sevilla y director y gobernador de las nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. Al oir que era declarado *hereje* en la sentencia leida por el fiscal, en un *autillo* celebrado el 24 de Noviembre de 1778, en el tribunal de Córte, á puerta cerrada, pero ante sesenta personas de cuenta, no pudo sobreponerse á la amarga impresion de vergüenza y acaso de remordimiento, y cayó desmayado del banquillo donde estaba sentado como reo, con una vela verde en la mano (1). Esta terrible humillacion de un hombre grave y encumbrado, que habia prestado grandes servicios al Estado, hubo de parecer repugnante espectáculo á fines del reinado de Cárlos III, cuando la Inquisicion habia ya perdido su antiguo rigor y su desmedido poder, y tales procedimientos iban cobrando trazas de anacronismo. Nadie dudaba de que *Olavide*, llevado de la amistad que le unia con Voltaire, Rousseau y otros filósofos franceses, y arrastrado por su imaginacion aventurera, ha-

(1) Tenemos á la vista una relacion circunstanciada de este autillo, perteneciente á los papeles del obispo *Tavira*. «Presenciaron (dice) este lastimoso espectáculo los duques de Granada, Híjar y Abrántes; los condes de Mora y de Coruña; tres consejeros de Castilla; dos de Hacienda; de Indias, Órdenes y Guerra, uno de cada uno; tres oficiales de Guardias, etc... Salió sin la insignia del hábito de Santiago.»

bia sido ganado en parte por la secta incrédula de aquellos tiempos. Pero no tenía, en verdad, ni el ímpetu, ni la conviccion, ni la obstinacion implacable de los verdaderos revolucionarios. *Nunca he perdido la fe*, dijo muy conmovido ante el tribunal de la Inquisicion, y su conducta desde aquel momento patentizó que el viento del escepticismo no habia llegado á arrancar de su corazon las sanas semillas religiosas que recibió en el hogar de sus padres. Expatriado durante muchos años, y vuelto sin duda á su sér ordinario por la recia voz del pasado escarmiento, escribió en París y en Venecia *El Evangelio en triunfo, ó el Filósofo convertido*, cuyo éxito en España fué inmenso (1), abriéndole en 1798 las puertas de la patria, donde le esperaba la más honrosa y lisonjera acogida de parte de la córte y de la nacion. Ya indiferente al favor mundano, quiso sepultarse, por decirlo así, en un pueblo de Andalucía, donde pasó, ejemplar y olvidado, los últimos años de su vida.

Mucho tiempo ántes, como si quisiera consagrarse al afanoso desvelo de una voluntaria expiacion, habia concentrado su ánimo en el santo cuidado de la salvacion eterna y en la exaltacion de las verdades de la religion. Este impulso místico y elevado no fué bastante á hacer brotar la poesía de un alma donde Dios no la habia creado. En 1799 publicó en Madrid sus *Poemas cristianos. El Alma; la Providencia; el Mundo; la Fe; la Confianza en Dios; el Escándalo; la Conciencia; la Caridad; la Paz del Alma; la Esperanza; la Muerte:* éstos y otros semejantes son los magníficos asuntos que canta la helada musa de *Olavide*. No habia éste nacido poeta, y en balde se presentaban á su imaginacion esos sublimes sentimientos, esos inefables misterios del cielo y de la tierra. En los veinte y cuatro *poemas cristianos*, esto es, en cerca de nueve mil versos (casi todos pareados), no hay un destello siquiera de alta y noble poesía. Tienen la fe y la claridad del Catecismo; pero nunca el color y el embeleso de la inspiracion. El prosaismo de *Olavide* tiene un poder avasallador. Hasta los *Salmos de David* y los *Canticos de Moisés* pierden, bajo la pluma de *Olavide*, su encanto, su elevacion y su grandeza (2).

Mas ¿por qué admirarse? *Olavide* se proponia deliberadamente escribir versos incorrectos y descoloridos. Él mismo lo dice sin rebozo en estas palabras: «No ha sido mi designio hacer versos correctos y brillantes, y por eso no he pedido á la poesía me prestase sus hermosos colores y sus imágenes atrevidas. Estos adornos serian extraños y nada oportunos para decorar grandes verdades» (3). ¡Y esto lo dice un traductor de los cánticos sagrados de la *Biblia!* Si así piensa, ¿por qué no escribe en prosa? ¡Singular poética la que proscribe de la poesía sagrada las *imágenes* y los *colores;* la que, en una palabra, intenta despojar de poesía á la poesía misma.

No ménos famoso que *Olavide*, si bien por más modesto camino, llegó á ser el popular poeta *Salas*.

Si levantar el pensamiento á los espacios ideales, dando con el fuego de la fantasía luz, ímpetu y color al mundo de la materia y al mundo del espíritu, constituye la magia divina y seductora del poeta, nadie es ménos merecedor de este noble dictado que el excelente y virtuoso capellan mayor de la real casa de Recogidas de Madrid, *don Francisco Gregorio de Salas*.

Amaba apasionadamente á la naturaleza, la buscó en el campo con deleite, é intentó cantarla toda su vida, pero siempre con desdichado éxito. *Moratin* dice que *Salas copió á la naturaleza, pero no supo hermosearla.* ¡Lenguaje y preocupacion de los *humanistas* del siglo último! *Salas* no vió, en verdad, de la naturaleza sino la parte trivial y prosáica. Si hubie-

(1) En ménos de dos años se hicieron ocho ediciones de esta obra.

(2) Véase un ejemplo, tomado, abriendo el libro al azar, del *Salterio español* de Olavide:

Todos me miran como á vaso roto,
Como un inútil vaso, y han tenido
El valor de decírmelo en mi cara,
Pues no hay injuria que no me hayan dicho.
(Salmo XXX.)

(3) *Poemas cristianos.* Madrid, imprenta de Doblado; 1799. Véase el prólogo.

ran existido en su alma, siquiera en cantidad escasa, las facultades ideales del verdadero poeta, no hubiera tenido que *hermosear* la naturaleza; le habria bastado con comprenderla y retratarla.

El Observatorio rústico, del cual se hicieron diez ediciones, principal título de la fama de *Salas*, es un monumento singular de vulgaridad y de pesadez. En vez de sensaciones delicadas, de imágenes brillantes, de emociones de admiracion y de entusiasmo, no hay en aquella larga y fatigosa égloga sino meras descripciones. Y ¡qué descripciones! Incapaz de discernir lo bello, lo grande y lo ideal, *Salas* lo acepta todo como fuente de deleite poético, y afanoso é imperturbable, se limita á formar una serie interminable, no siempre bien trabada, de impresiones, no sólo triviales ó rastreras, sino á veces de la más ruin naturaleza. El rebuzno del burro, el excremento de las vacas, la asquerosa tarea del escarabajo, un cerdo en el hozadero, una ensalada, un fraile arreando una mula; todas estas imágenes y otras muchas, repugnantes, ridículas ó insignificantes, que el verdadero poeta aparta instintiva y apresuradamente de la imaginacion, son á los ojos de *Salas* otros tantos atractivos que constituyen el hechizo de la vida del campo (1).

El título de *Observatorio rústico* da indicio del espíritu con que fué escrita esta obra candorosa. Puede inferirse que el poeta no iba á cantar la sensacion intensa ó inesperada que mueve el corazon ó levanta la fantasía. Su propósito era *observar*. Así es que, en vez de sentir y cantar, describe y copia, sin omitir impresion alguna, por vil, prosáica ó desagradable que fuese. Diríase que buscaba el autor, en sus versos, ántes que el entusiasmo de un poema, la exactitud de un inventario.

Corrigióse algun tanto de su chabacana llaneza en la égloga titulada *Dalmiro y Silvano*. *Salas* es siempre en ella el hablista castizo, el versificador abundante, que siente poco y describe por demas; pero hay á veces en las descripciones mismas ternura, cándida sencillez y cierta gracia y facilidad que cautivan. En la poesía de carácter burlesco y familiar es donde *Salas* despliega más su ingenio, que, á decir verdad, nunca raya muy alto, ni se muestra emprendedor ni ambicioso. En suma, las poesías de *Salas* tienen valor muy escaso, y sólo puede explicarse la grande fama del poeta por las nobles y simpáticas prendas del hombre.

Sin embargo, el prosaismo podia ir más allá. Uno de los que lo llevaron á su último límite fué el ilustre caballero *don Pedro de Silva Bazan*, bizarro militar que se hubo como cuadraba á su nombre en la malograda expedicion de Argel, y fué despues patriarca de las Indias é individuo de la Junta Central. Este varon, digno y estimable por innumerables títulos, amaba apasionadamente las letras, y profesaba á la poesía la más estéril y desventurada aficion. Á tal punto le habia negado la Providencia el precioso dón del sentimiento poético, que puede decirse, sin asomo de paradoja, que sus versos son más prosáicos que la prosa misma.

Puede dar de ello testimonio la égloga que leyó en la academia de San Fernando, siendo

(1) Podrian acusarnos de exagerados si no probásemos lo que aquí decimos. Véanse los siguientes ejemplos, que, hasta por su tono de aleluyas de muchachos, parecen una parodia de la poesía campestre:

Despierto con descuido
Al inocente ruido
Del desvelado canto de algun gallo,
Animoso relincho de un caballo,
Rebuzno de algun burro,
Al gorjeo y susurro
Del gorrion, vencejo y golondrina,
Y al golpe con que cierne una vecina.
. . . . . .
El pastor en la cumbre
Busca, para la lumbre,
Las más secas boñigas,
Carcomidas de insectos y de hormigas.
. . . . . .
El borrico rebuzna, ladra el perro,
Y algun guarda vocea desde un cerro.
. . . . . .
El feo escarabajo, reculando,
Bolas que fabricó lleva rodando.
. . . . . .
Hoza el cerdo en el lodo,
Se baña en él y se humedece todo.
. . . . . .
Las verduras y frescas ensaladas
Por mi mano plantadas,
Que por las tardes tomo,
Y bien aderezadas me las como.
. . . . . .
Cuál arrea la mula de una noria,
Cuál á su tiempo busca la achicoria,

exento de la compañía española de Guardias de Corps. Hé aquí cómo empieza á hablar uno de los pastores de la égloga:

Salicio, no me es lícito quedarme;
Pues, en un año que dejé mi aldea,
Nada sé de mi madre
Ni de mi anciano padre,
Y esta noche es preciso que los vea,
Que ya sin duda deben aguardarme;
Porque yo, al ausentarme,
Les dije que á la siega volveria;
Y aunque no es culpa mia,
Las espigas doradas
Estarán en la era ya trilladas.....

La carta más descolorida no suele llegar, en su estilo, á este grado de insulsez y frialdad. Esto deja atras á la desmayada frase de *Salas*, de *Olavide* y de *Montiano*, que tambien leyó una égloga semejante en la misma academia de San Fernando, el año de 1754.

«La música (dicen las actas de la Academia) preparó la atencion para oir con mayor deleite la égloga de don Pedro de Silva.» El éxito fué completo, y tal el entusiasmo del concurso y de la Academia, que ésta nombró al poeta, en el acto y por aclamacion, académico de honor.

Éste es uno de los muchos ejemplos que ofrece la historia literaria del imperio de la moda, y de los errores estéticos de cada edad. Ridícula era, ciertamente, la moda conceptuosa; pero al cabo en ella, si bien descaminado, se traslucia á veces el ingenio, en tanto que en el prosaismo extremado de aquellos tiempos no cabian ni color, ni emocion, ni vuelo, ni imágenes, ni el menor reflejo, en fin, de lo que constituye la belleza poética.

Sólo comparable, en falta de númen, con su contemporáneo y paisano el Conde de Toreno, autor de *La muerte de Abel*, de *Doña Blanca de Borbon* y otros perversos poemas, *don Ignacio de Merás*, ayuda de cámara del rey Cárlos IV, cultivaba la poesía con un inexplicable engreimiento, que contribuyó á que su nombre sonára, aunque sin gloria, entre los poetas de fines del último siglo (1). Este caballero asturiano, que escribió una oda contra *la vanidad*, y que se creia modesto, no dudó nunca, sin embargo, de que Dios le habia concedido la llama de la inspiracion y de que su nombre estaba destinado á la inmortalidad.

Tineo me dió el sér; filosofía,
Desengaños y honores debo á Mantua,
Y á mi trabajo eterna nombradía:

éste es el orgulloso epígrafe que estampó *Merás* al frente de sus *Obras poéticas*, provocando de este modo la risa de sus contemporáneos. Así empieza una composicion que escribió en celebridad de los desposorios de los Infantes de España y Portugal:

Mi plectro humilde, que dichosamente
Logró la proteccion, logró el amparo
Del tutelar y padre prodigioso
De las nueve lumbreras del Parnaso.....

Bastan estos cuatro versos para dar idea de lo que era *Merás* como poeta y como versificador, y asimismo de la incorregible manía de infatuarse con un inocente descaro, de que hay pocos ejemplos en la historia literaria, donde han quedado tan abundantes rastros de desvanecimiento y soberbia. Escribió *Merás* obras dramáticas, odas, poemas heróicos; en todo es siempre rastrero y vulgar hasta lo sumo. Dió alguna vez en escribir versos á la muerte de personas queridas ó admiradas. Compuso infelices sonetos, que llamó *Sonetos fúnebres*, á Federico II, á Catalina II, á Feijóo, al general Ricardos, á don Ventura Rodriguez, al impresor Ibarra y á otros célebres personajes. Pero ¡qué mucho! Escribió versos á la muerte de tres de sus hijos y de su esposa, que áun no habia cumplido veinticuatro años, y no se encuentra en ellos ni un acento conmovedor, ni un rayo de verdadera luz. La índole intelec-

(1) Hubo en la familia de *Merás* otros poetas, entre ellos un ciego.

tual de *Merás*, como la de otros escritores de la escuela prosáica, es de carácter repulsivo para la poesía. Ni la gloria enciende su mente, ni la ternura hace palpitar su corazon.

Una composicion de *Merás*, tan poco feliz como todas las suyas, tuvo, entre la gente indocta, cierto éxito pasajero, por referirse *al uso de las cotillas*, moda de aquel tiempo, extravagante por lo extremada, pero no más extraña ni censurable que algunas otras de nuestros dias. Es una anacreóntica de más de doscientos versos, en la cual describe *Merás* las zozobras y molestias que ocasionaba á las señoras el violento ajustador llamado *cotilla*.

El público no advirtió ni la insipidez de la invectiva, ni la extravagancia del poeta, que satirizaba ahora en *anacreónticas*, como ya lo habia hecho en *odas*. Aplaudió entónces, porque sólo vió en *Merás* el censor de una costumbre de que el pueblo se reia y que la ciencia condenaba (1).

Don José de la Olmeda es otro de los que se atrevian á escribir versos porque imaginaban que la poesía consistia en la sensatez y en la llaneza. Tenía sin duda al vigor y al entusiasmo por cosas arriesgadas en las letras; así es que sus obras causan hastío y fatiga en vez de emocion ó deleite. Hay entre las poesías de *Olmeda* un romance endecasílabo, de más de quinientos versos, sembrado en verdad de ideas nobles, religiosas y patrióticas (2). Pero ¡qué desmayado estilo! La cordura sola no basta á animar los escritos, y el calor de la idea se desvanece con el hielo de la expresion. Así habla *Olmeda* para ensalzar la industria española:

Ya puede competir Guadalajara
Con la fábrica inglesa de Lancáster,
Y las de Talavera, Leon, Toledo
Se aumentan con vistosas variedades.....

Y ¿era esto *pulsar la lira*, segun el lenguaje convencional de aquel tiempo? Esto es una usurpacion de la prosa, es parodiarla; porque la asonancia y la medida no sirven aquí sino para hacer más visible la pobreza de la expresion y la desnudez de la frase.

Pongamos término á esta poco gloriosa reseña con el nombre del doctor *don Pedro Pichó y Rius*, profesor de ciencias matemáticas en el Real Seminario de Nobles educandos de Valencia. Su prosaismo supera al de los más desmayados versificadores, y llega en esta parte al último punto que puede concebir la imaginacion. Inspiróle su extraviado gusto la idea singular de traducir en verso la *Introduccion á la sabiduría*, breve tratado de moral, de educacion y de higiene, que escribió en latin el insigne varon *Juan Luis Vives* (3). Esta es una de aquellas obras recomendables por su sana moral, pero esencialmente reñidas con la poesía. *Francisco Cervántes Salazar* y *Diego de Astudillo* la habian traducido en prosa. *Pichó y Rius* imagina que, convertido aquel modesto y sencillo tratado en un poema, cobrarian mayor realce y valor las máximas de sana moral y cristiana virtud que contiene:

He elegido (dice) la especie de verso comunmente llamada *silva;* metro dulce, corriente, armonioso, lleno al mismo tiempo de *majestad* y *grandeza.*

Majestad y grandeza hay en algunas máximas morales y filosóficas de *Vives;* pero por desgracia pierden lo uno y lo otro con la entonacion trivial y helada de los versos de *Pichó.* Deja éste atras el prosaismo de *Montengon*, de *Silva* y de *Olavide.* Hé aquí una muestra del punto á que se atreve á descender *Pichó* en la entonacion poética, que él intenta hacer *grande* y *majestuosa:*

(1) Un profesor de medicina y cirugía, *don Mariano Martinez Galinsoga*, escribió una obra, encaminada á probar que la «compresion ocasionada por las *cotillas* pone en tormento las entrañas del vientre inferior, las extrangula, las hace perder el sitio y mudar de figura, y que así las operaciones de dichos órganos deben ser precisamente imperfectas y dolorosas, por cuya causa sobrevienen enfermedades», etc.

(2) En elogio de las discípulas de las cuatro escuelas patrióticas (1782).

(3) Esta traduccion se publicó en Valencia, el año de 1791.

Las manos, pues, y rostro tú procura
Lavar con agua fresca
Y enjugar con toalla blanca y pura.
Y tambien la cabeza,
Los oidos, nariz, ojos, sobacos,
Por do escoria despides,
De limpiar á menudo no te olvides.
Ten de lavar los piés igual cuidado,
Y mantenerlos con calor templado.
. . . . . .

Ejemplos de tan increible ineptitud poética podrian presentarse á millares. Pongamos el último. Así empieza un poema descriptivo, en octavas, á la proclamacion de Cárlos IV en Toledo (1789):

Sabida la real órden de que el dia
Diez y siete de Enero se aclamára
Á nuestro soberano, tu alegría
En tus disposiciones se declara.....

¡Para cuándo dejan la prosa estos profanadores de la poesía!

Á esta prosperidad del prosaismo en el último tercio del siglo XVIII corresponde el ahinco con que los malos poetas cultivaban, sin tregua ni concierto, varios géneros de poesía artificial, prescritos en las poéticas con caractéres determinados. *Boileau*, comparando ingeniosamente el idilio y la égloga á una pastora que en los dias de fiesta se engalana con flores, y no con rubíes ni diamantes, habia aconsejado el estilo humilde en la poesía campestre (1). ¡Qué cómodo asidero para los copleros que no se sentian con aliento para subir á los espacios del estilo sublime! La poesía cayó bajo el imperio de la égloga, y se hizo de todo punto falsa y ridícula; pues lo extraño es que estos amigos de las clasificaciones doctrinales las desnaturalizaban á su sabor. La *anacreóntica*, por ejemplo, destinada por los preceptistas á cantar la dulce alegría del amor y de los placeres, es empleada por el *padre Báguena* para disertar sobre *El hombre con relacion á la sociedad.* La moda de las églogas, especialmente, indujo hasta á los hombres de más claro talento á caer en impropiedades monstruosas. Para cantar las glorias de las artes, en la distribucion de premios de la academia de San Fernando, de 1754, escoge *Montiano* una égloga. ¡Qué ceguedad crítica la de aquel tiempo! *Montiano*, que se afana por hacer recobrar á las letras la cordura perdida, no ve cuán insensato es que rudos pastores se entretengan con sábias y elevadas pláticas, en que rivalizan la erudicion y el tono elevado. Hay en esta égloga un pastor *Menálcas*, diserto y erudito, que habla de las artes de Roma, Aténas y Palmira, y deja atras en magisterio estético á los mismos académicos de San Fernando.

Huerta quiere celebrar asimismo la distribucion de premios de la academia de San Fernando (2), y tampoco le ocurre forma más adecuada para este objeto que una égloga. Humildes pescadores, aterrados por una tempestad que ha destrozado la barquilla de uno de ellos, serenados de improviso y llenos de intempestivo gozo, empiezan á cantar en primoroso estilo, acompañados del caracol marino, no las emociones del mar ni los hechizos de la ribera, sino ¡quién lo diria! las excelencias de las nobles artes y los títulos de Cárlos III á los aplausos de la historia. Aquellos toscos pescadores hablan de Trajano y discurren doctamente sobre la arquitectura, el grabado, la pintura y la escultura, como quienes se hallan familiarizados con sus procedimientos mecánicos, con su trascendencia histórica, con su objeto útil ó glorioso. ¡Pobre literatura la que trastorna ridículamente las ideas, la que desconoce la sana inspiracion de la verdad, la que llega hasta lo absurdo, subyugada por el poder de la rutina!

Como el tono *humilde* de la égloga y su llanísima estructura ponian la poesía al alcance de todo el mundo, resultó de aquí que cualquiera se metia á poeta, y que todo se cantaba en

(1) . . . . . .
Telle, aimable en son air, mais humble dans son style,
Doit éclater sans pompe une élégante idylle.
Son tour simple et naïf n'a rien de fastueux,
Et n'aime point l'orgueil d'un vers présomptueux.
(*L'Art poétique*, canto II.)

(2) Actas de la academia (1760).

églogas, hasta las cosas más apartadas del campo y de sus apacibles y risueños deleites. Las bellas artes, un casamiento aristocrático (1), la muerte (2), la guerra (3), ¿qué cosa no se creyó entónces adecuada á la poesía campestre? Verdad es que de la impropiedad de pastores cultos, sabios y disertos, Virgilio mismo les habia dado ejemplo. En la égloga IV, *Polion*, levanta el tono hasta la profecía histórica; la égloga V, *Dáfnis*, es una apoteósis figurada de César; la égloga VI, *Sileno*, es un cuadro bellísimo de la filosofía de Epicuro. ¡Qué asuntos para la candorosa ignorancia de los rabadanes y de los pastores! Y por cierto que el poeta latino dice, al principio de la última égloga citada, que, al ir á cantar reyes y combates, Apolo le tiró de la oreja, diciéndole: «Tíiro, cuadra al pastor apacentar rollizas ovejas y recitar sencillos versos.» Y ¿de qué manera atiende Virgilio la advertencia del dios? componiendo una de las églogas de más exquisita estructura, de más recóndito sentido, de versificacion más esmerada, y, por decirlo así, más *académica*, que ha producido literatura alguna. Boileau no advertia sin duda que recomendar, como lo hizo, por una parte, las bellas églogas de Virgilio como el gran modelo de la poesía campestre, y prescribir, por otra, en ellas el estilo *llano*, *humilde* y *candoroso*, era incurrir en una contradiccion de doctrina. Pero no debe extrañarse mucho que los poetas del siglo XVIII, cuyo dogma de la imitacion en las artes venía á parar en que imitaban, ántes que á la naturaleza, á los modelos consagrados del arte mismo, adoptasen la égloga como un medio fácil, aunque impropio, de cantar cuanto venía á sus mientes.

En lo que ni Virgilio, ni Boileau podian servirles de escudo ó de disculpa es en esa insulsa metafísica de amor que emplean los amartelados zagales de las églogas italianas, francesas y españolas. *Garcilaso*, por un privilegio del cielo, sabía hermanar ó, mejor dicho, amalgamar, con habilidad peregrina en sus églogas el artificio de visibles imitaciones de la poesía latina é italiana con los deliciosos y sencillos acentos de la ternura verdadera, miéntras que los poetas bucólicos del siglo XVIII no aciertan á cantar sino los *frios ardores* de un amor falso, prolijo y enmarañado, que no tiene ni sensibilidad ni gracia.

Más aceptables son, como más verdaderas, las groseras imágenes, hijas de una civilizacion materialista, que constituyen los requiebros que los pastores dicen á las zagalas en las églogas del paganismo. En las obras de Teócrito, de Virgilio y de otros poetas bucólicos de la antigüedad, las *Galateas* y las *Amarílis* son más dulces que el tomillo hibleo, más blancas que la leche y el queso, más hermosas que la hiedra blanca, más delicadas que un cordero, más altivas que una ternera, y sus carnes más lisas y apretadas que el agraz. No pudiendo un galan moderno decir piropos de esta laya á falsas pastoras, que se pagaban más de un madrigal que de un elogio natural y sencillo, forzoso era apelar al ingenio, ponerlo en prensa, y decir cosas extravagantes y alambicadas. El mismo *Boileau*, en uno de esos felices instantes, que solia hallar en la sátira, en que no ofuscaban su elevado talento las preocupaciones seudo-clásicas del preceptista, se burla con sal ática de las églogas cortesanas y de su bucólica ternura:

Viendrai-je en une églogue, entouré de troupeaux,
Au milieu de Paris enfler mes chalumeaux,
Et dans mon cabinet, assis au pied des hêtres,
Faire dire aux échos des sottises champêtres?
Faudra-t-il de sang-froid, et sans être amoureux,

(1) *Manzanares.* Égloga epitalámica, con motivo de los desposorios de doña María del Pilar Silva y Palafox, hija del Duque de Híjar, con el Conde de Aranda; por don Miguel García Asensio.

(2) *Los Pastores de Macharavialla.* Égloga á la muerte del excelentísimo señor Marqués de la Sonora; por don José García de Segovia.

El Albino. Égloga á la muerte del Duque de Alba, por don Pedro de Salanova.

(3) *Tíiro.* Égloga epinicia ó poema triunfal en elogio del bombardeo ejecutado contra Argel por el excelentísimo señor don Antonio Barceló, teniente general de la real armada, en 1783; por don Pedro de Salanova.

Pour quelque Iris *en l'air, faire le langoureux,*
Lui prodiguer les noms de Soleil *et d'*Aurore,
Et toujours bien mangeant, mourir par métaphore? (1).

No bastaban estas lecciones. La moda era más poderosa que el buen sentido. Continuaban gimiendo con místico primor, en las églogas, los enamorados zagales, dando á los lectores tentacion de exclamar, como el cura de Cervántes al topar con *el pastor de Filida* en el *donoso escrutinio:* «No es ése pastor, sino muy discreto cortesano.»

Las clasificaciones doctrinales han sido por lo comun manantial de poesía enfadosa y amanerada, y es triste ver á un *Quintana*, que no quiso poner nombre á sus magníficas composiciones líricas, enredado en estudiar si hay ó no diferencia entre la égloga y el idilio (2). Uno de los géneros de poesía más autorizados por ilustres ejemplos, y ménos defendibles ante la razon y el buen gusto, como contrario á la índole de la verdadera poesía, es el género didáctico. *Pintar, sentir, soñar:* ésa es la poesía; pero *¡enseñar!* Nada hay en el mundo más laudable y meritorio; mas al propio tiempo nada de más prosáico y enfadoso linaje. Lucrecio, tan admirable y vigoroso, desciende á la tierra, del cielo poético en que vive, cuando analiza y explica con el minucioso, inflexible, descarado y hasta repugnante *realismo*, como se dice ahora, las causas y fenómenos de la reproduccion de las razas (3). Aquí la poesía está subordinada á la ciencia, y la poesía se degrada cuando, desmintiendo su noble esencia, llega á ser un mero arreo con que la prosa se encubre y se engalana. *Virgilio* mismo, en sus incomparables *Geórgicas*, no es más que un versificador brillante y esmerado cuando habla de la cría caballar, de las enfermedades de los animales y de otras cosas útiles, pero de carácter absolutamente rastrero. Y si *Lucrecio* y *Virgilio* son poetas de alta ley en sus obras didácticas, es porque á cada paso sus versos dejan de ser *didácticos* y adquieren el arranque lírico, la conmocion moral que les inspira la contemplacion de las bellezas de la naturaleza, sus misteriosas leyes, su inefable armonía. Cuando mueve su espíritu la hermosura de algun objeto, no describen como sabios; pintan como poetas. Recuérdese, por ejemplo, la viva y valiente descripcion que hace *Virgilio* del caballo (4), parafraseada con tanta elegancia y gallardía por *Pablo de Céspedes* en su poema de *La Pintura.*

Pero ¿qué es la poesía didáctica en manos de aquellos que carecen del númen soberano, que se sobrepone involuntariamente á las prescripciones de las poéticas? Ya lo hemos visto en el poema de *La Música*, de *Iriarte.*

Éste á la sazon ruidoso ejemplo alentó á escribir enfadosos poemas didácticos á hombres que ni siquiera tenian la facilidad, la cultura, la instruccion y el ingenio de aquel ilustre fabulista.

Don Diego Rejon de Silva, caballero murciano, oficial de la primera Secretaría de Estado, hombre estimable y laborioso, cultivador perseverante de las artes y de las letras, dió á luz, en 1786, *La Pintura*, poema didáctico, de aquellos que ni enseñan ni deleitan (5). La poesía y la pintura constituian el recreo de su vida. Dos años ántes habia publicado en la Imprenta Real una traduccion anotada del *Tratado de la Pintura*, por Leonardo de Vinci, y de los tres libros que sobre el mismo arte escribió Leon Bautista Alberti.—En 1788 dió á luz en Segovia un *Diccionario de las Nobles Artes*, obra enteramente original y de no escasa importancia, por hallarse autorizadas las voces técnicas con textos españoles.

Ménos desmayada que el poema *La Pintura* es su fábula *Céfalo y Prócris*, en octavas jocosérias, escrita en las mocedades del autor (1763); obra desaliñada y conceptuosa, pero no exenta de desenvoltura y donaire. No es de presumir que intentase *Rejon de Silva* emular en

(1) Sátira IX.

(2) *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, tomo tercero; Madrid, 1804.

(3) *De rerum natura*, libro IV.

(4) *Geórgicas*, libro III.

(5) Llegó á ser *Rejon de Silva* individuo de la Academia Española. Murió en 1796. Habia publicado *Aventuras de Juan Luis, historia divertida*, etc. Ibarra (1781).

su *fábula*, ni la célebre comedia burlesca de Calderon, *Céfalo y Prócris*, ni el poema que con el mismo título publicó en 1639, entre sus *Rimas várias*, el licenciado de Antequera Jerónimo de Porras. La fábula escrita por *Rejon de Silva*, aunque amena, no es más que el desahogo de la musa atrevida y juguetona de un mancebo, y no merece que la posteridad pare su atencion en esta obra, que sólo tiene mérito escaso y relativo.

Una de las señales más patentes del gran impulso civilizador que recibió la nacion española en el reinado de Cárlos III, es el ardor y el espíritu analítico con que se cultivaron entónces la pintura, la escultura y la arquitectura. No bastaba la crítica elevada de los *Mengs*, de los *Pons*, de los *Cean* y de los *Jovellanos;* la poesía aspiraba á tomar parte en la propaganda doctrinal de las artes, y si bien rendia con ello á estas mismas artes un homenaje de admiracion y de entusiasmo, caia en un error poético fundamental.

Don Juan Moreno de Tejada, grabador de cámara, otro poeta que se hallaba todavía más distante que *Rejon de Silva* del vigoroso sentimiento poético de las artes, que habia animado las hermosas octavas de *Pablo de Céspedes*, en vez de emplear su voz cantando en versos líricos las maravillas de la pintura, se dejó llevar de la general manía de las composiciones didácticas, y escribió un poema erudito, pero glacial, *Excelencias del pincel y del buril*, con el cual nada ganaron el arte y la poesía (1).

Toda la ambicion de estos poetas sin poesía se cifraba en imitar á *Iriarte*, tomando por dechado una de sus obras ménos afortunadas. Pero ninguno blasonó de ello con tanta claridad como *don Félix Enciso*, autor del poema didáctico *La Poesía*. «La música, exclama, ha tenido un *Iriarte*. ¿Por qué su hermana, la poesía, no logrará igual suerte?» Miéntras más noble y poético era el asunto, más triste era el fruto que de él sacaban estos menguados versificadores. ¡No fué esta vez la mala suerte de la *poesía* no encontrar un *Iriarte*, sino dar con un *Enciso!*

Otro poema de aquellos tiempos, tan lleno de presuncion como falto del númen lírico que anima á veces estas obras didácticas, es la *Filosofía de las costumbres*, del *padre Perez de Celis*, especie de tratado de moral, en veinte silvas, con más de diez mil quinientos versos, escritos en el más trivial y rastrero estilo. Pero ¿á qué cansarnos en una enumeracion que sería interminable? Ni *Los Aires fijos*, del arcediano *Viera y Clavijo;* ni *Las Termas de Archena*, *poema físico* de *Ayala;* ni ninguno de los poemas de esta especie, inspirados por espíritu de rutinaria imitacion, pertenecen en verdad á la poesía que sabe idealizar las impresiones de la naturaleza.

El género didáctico, lo repetimos, si alguna vez, á pesar de su prosáica índole, ha producido bellezas de pormenor, como acontece, por ejemplo, en las *Geórgicas portuguesas* de Luis da Silva Mozinho d'Albuquerque, fácilmente degenera en monstruosidad poética cuando cae en manos de la medianía. Aquellos que no saben comprender ni sentir la noble y espiritual esencia de la poesía, atropellan, sin caer en ello, las leyes eternas del buen gusto, escudados con los fueros de la didáctica. ¿Qué mayor prueba que el carácter irremediablemente antipoético de los asuntos de muchos poemas didácticos? *El arte de preservar la salud* (2); *El Ajedrez; El Gusano de seda* (3); *El Anfiteatro médico* (4); *Las Aguas minerales* (5); *Los veinte concilios generales* (6); *El Arte de confitar* (7) : estas y otras materias de prosáica enseñanza han sido vanamente vestidas con los atavíos exteriores de la poesía. Si *Virgilio* mismo tiene que descender de su divina esfera para explicar en verso circunstancias vulgares de la vida rústica, ¿cuánto no ha de repugnarnos el jesuita frances *Jacques Vanière* detallando en su poema

(1) Publicó tambien una composicion poética *Al mérito de Alfonso Giraldo y Bergaz*, escultor de cámara de S. M. y director de la academia de San Fernando.

(2) De *Amstrong*.

(3) Estos dos poemas son del célebre preceptista *Marco Jerónimo Vida*.

(4) De *Le Camus*.

(5) De *Ségault*.

(6) De *Salanova*.

(7) De *Lebrun*.

La Casa de campo, especie de cartilla agraria, admirada en el último siglo casi al igual de las *Geórgicas* del poeta romano, los requisitos de los estercoleros, y el modo de salar el tocino y de curar los tumores y la sarna de los bueyes y de los cerdos? (1). Esto es hacer agravio á la poesía verdadera, y á tales desvíos del sentimiento poético conduce el abuso de las clasificaciones.

Todavía cabe descender en la escala de la poesía. Estos desmayados poemas didascálicos llevaban al cabo un fin provechoso. Pero hubo algunos hombres de ingenio que, sin elevacion de miras, sin estro y sin entusiasmo, escribian fútiles versos, que, aunque desprovistos de intencion, de gala y de fuego, eran aplaudidos por una parte de la sociedad, indiferente ó frívola. Á esta literatura pueril y chusca, que podria llamarse literatura de la fruslería, pertenecen algunos de los escritos de *Nieto Molina*, de quien ya hemos hablado, y del *bachiller Alejo de Dueñas*. Fué el nombre completo de este semiencubierto poeta, *don Juan Manuel Alejo Manzano, Trigueros, Dueñas y Lujan*. Nació en Madrid, por los años de 1740. Estudió gramática y retórica en el colegio de jesuitas de Ocaña, filosofía en Sigüenza, leyes y cánones en Alcalá de Henares, donde se graduó de bachiller. Vivia en 1790. Residió en Madrid, dedicándose exclusivamente á la literatura, con el auxilio de la excelente librería que le dejó su padre don Manuel, curioso en esto, como en reunir pinturas y otros objetos preciosos. Encubierto con esta especie de seudónimo, compuesto de su tercer nombre y de su tercer apellido, gozó de cierta fama. Pocas obras sérias conocemos de este festivo poeta, y éstas nos parecen amaneradas y triviales. En la poesía burlesca y satírica demostró facilidad y cierto donaire. Publicó várias poesías sueltas en las revistas y periódicos de su época (2). Un cuento suyo, escrito con gracia y naturalidad, y con la pretension de imitar á Lope de Vega, se insertó en el *Memorial Literario* (3).

La obra del *bachiller Dueñas* que alcanzó mayor éxito, es el poema *Dánae, ó la crianza mujeril al uso*. Lo publicó en Pamplona, el año de 1787, llamándose *semipoeta*, lo cual cayó al público en gracia. Su objeto es moral, y se columbra que intentó imitar el estilo de las obras jocosas de *Quevedo*.

Con mayor razon que estos dos ingeniosos escritores que acabamos de mencionar, merecen ser contados entre los poetas frusleros, por el poco trascendental sentido de sus versos, otros dos hombres de valía: el *Marqués de Ureña* y el *Marqués de Méritos*.

Ilustradísimo, respetable y simpático, distinguíase notablemente por aquellos tiempos el de *Ureña*. No habia nacido poeta, pero escribia versos, porque estaba dotado de uno de esos entendimientos flexibles é incansables que todo lo abarcan y comprenden, y que no pueden vivir sin tomar parte en todas las manifestaciones del progreso humano. Pintor, poeta, músico, astrónomo, físico, arquitecto, mecánico, hombre industrioso en grado eminente, con igual diligencia y acierto se ocupaba en disecar legumbres y pastillas de carne para la navegacion, en dirigir la construccion de un edificio público, ó en labrar un órgano con sus pro-

(1) Véanse los libros II, III y IV del *Prædium rusticum*, del *padre Vanière*, que murió en 1739. Este pesadísimo poema latino, en diez y seis libros, fué traducido al castellano y á otras lenguas modernas.

(2) Ademas, *Rasgo épico en obsequio del excelentísimo señor don Bernardo Galvez, por la conquista de Panzacola.— Elegía en obsequio del excelentísimo señor don Martin de Galvez, presidente de Goatemala, por la conquista de Roatan*. Madrid, 1783; en 4.° (*Alvarez* y *Baena*, tomo III, pág. 323.)

(3) Marzo de 1788. No reimprimimos este cuento en la BIBLIOTECA, porque no lo consiente lo poco limpio del asunto.

Hé aquí una muestra de la poesía del *bachiller Dueñas:*

Á LA FORTUNA.

Soneto.

AMO. — CRIADO.

A.— Lésmes, ¿no oyes llamar? ¿Estás difunto?
Mira quién es, que así nos importuna.
C.— ¡Válgame Dios! señor, doña Fortuna.
A.— ¡Su excelencia en mi casa! Que éntre al punto;
Pero aguarda un poquito; que barrunto
Que nos viene á engañar sin duda alguna;
Pues poner en los cuernos de la luna
Á un pícaro y soltero es mucho asunto
C.— No señor; que trae mandos, dignidades,
Empleos, bodas, brillantez y gala.
A.—Dila si trae quietud, si trae verdades.
C.— Me ha dicho que de balde no regala;
Que con las dichas trae penalidades.
A.—Pues vaya su excelencia enhoramala.

pias manos (1), que en pintar un cuadro, ó en componer una sinfonía ó un poema. A falta de númen puro y elevado, de que en verdad no le habia dotado la Providencia, servia á *Ureña* de inspiracion el genial desembarazo y donaire de los andaluces. Sus poemas impresos son de índole burlesca y no poco rastrera, y si la posteridad los recuerda, no es como obras dignas, por título alguno, de aplauso y de renombre, sino meramente como curiosidades literarias, que caracterizan al poeta y á su época. Uno de estos poemas festivos del *Marqués de Ureña* fué publicado en Sevilla, en 1784, encubriéndose el autor con el supuesto nombre de *don Severino Amaro.* Está escrito en los versos llamados alejandrinos. El título es por demas peregrino y extravagante: *El Imperio del piojo recuperado.* El desenfado poco ático del asunto y de las ideas, y lo premioso y monótono de la versificacion, no alcanzan á ahogar del todo en este singular poema el ingenio vivo y satírico del *Marqués de Ureña.*

El otro poema es *La Posmodia, en cuatro cantos, por uno que lo escribió.* Es una composicion burlesca, en que siguiendo la chanza literaria del *Regimiento de la Posma*, que inventó el *Marqués de Méritos*, coronel de este regimiento imaginario (2), hace un elogio satírico de la gente cachazuda y perezosa. En la portada hay, á manera de empresa, un elefante enjaulado, con este mote: *No sea que vuele.* El poema vale muy poco, y diríase que el poeta ha seguido al pié de la letra el propósito, que en tono zumbon expresa en el prólogo, de no enardecer su fantasía á fin de que el asunto y el estilo caminen de consuno. «Si tal vez, dice, me acometia un asomo de lo que llaman calor poético, me santiguaba, como si fuera tentacion, soltaba la pluma, y me abanicaba un tanto cuanto.»

La *Posmodia* está dedicada al citado *Marqués de Méritos*, como *coronel de la Posma*, en un soneto que termina de este modo:

Bien se encrespen del mar las bravas hondas,
Ó ya tiemble la tierra, ó ya por luengas
Grietas de fuego arroje hediondas lavas,
Estos mis votos son, sin más arengas:
Tú mantente lo mismo que te estabas;
Coronel, ni te vayas ni te vengas.

En un manuscrito, que tenemos á la vista, de este mismo poema, la dedicatoria está escrita en prosa. En ella apellida *Ureña* al *Marqués de Méritos* «serenísimo y tranquilísimo señor.»

En cuanto á poesía grave y elevada, poco conocemos del *Marqués de Ureña.* Á juzgar por las prosáicas *Estancias* que leyó en la academia de San Fernando, con motivo de la distribucion de premios celebrada en 1787, no habia nacido el Marqués para cantar asuntos que requieren vuelo y entonacion. En las estancias se trasluce el hombre sensato y erudito, pero no el poeta. ¡Cuán pálidas hubieron de parecer en aquel acto solemne, en el cual con sorpresa y admiracion fué leida la célebre composicion de *Melendez* que empieza:

Dón grande es la alta fama.....,

y en el cual asimismo, para que la ocasion fuese más memorable, se presentó *Quintana*, de edad de quince años, á leer una oda, primicias de su noble ingenio!

Paisano y amigo del de *Ureña*, y como él, músico aventajado, fué el *Marques de Méritos* uno de los hombres más dignos é ilustrados de su tiempo (3). Llegó á ser notable hablista,

(1) *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, por don Nicolas María de Cambiaso.

(2) «El *Marqués de Méritos*, para acreditar la legitimidad del título de *coronel del regimiento de la Posma*, ideó hacer un viaje de Cádiz á Sevilla, invirtiendo en él un año, pues se iba deteniendo en el tránsito cuanto podia; hoy en la hacienda de un amigo, mañana en una poblacion, etc., etc.»—(*Nota del señor don Adolfo de Castro.*)

(3) Nació en Cádiz, en el seno de la prosperidad, el 15 de Noviembre de 1735. Perlático, casi ciego, viviendo de oculto para esquivar las pesquisas de la policía francesa, que le perseguia, y privado de sus rentas, murió en Madrid, el 9 de Junio de 1811. Fué enterrado pobrísimamente, y quedó confundido su cadáver entre otros muchos, en el cementerio público.

Mantuvo larga correspondencia epistolar con el célebre compositor aleman José Haydn.

pero apénas merece ser citado entre los poetas, pues escribió pocos versos originales. Tampoco puede darse su nombre al olvido, porque contribuyó, con su amor á las letras y con su sano criterio, á desterrar de la poesía la oscuridad y el amaneramiento. En su viaje á Italia aprendió con tal perfeccion el italiano, que acabó por versificar en este idioma con la misma facilidad que en castellano. Así lo demuestra la traduccion italiana que, á ruegos de la Duquesa de Alba, hizo del poema de Arriaza, *La Compasion.* Su ingenio era pronto y agudo, y tal vez se habria dedicado el Marqués con mayor gloria al cultivo de la poesía, á no hallarse engolfado de contínuo en polémicas científicas y literarias, que absorbian y recreaban su ánimo. El *Marqués de Méritos* fué quien hizo aquella natural y feliz traduccion del famoso epitafio burlesco:

Ci git Pyron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.
Aquí yace Piron, que nada era,
Ni académico siquiera.

Y lo recordamos aquí, no por el valor de obra tan insignificante, sino porque fué muy celebrada, y atribuida equivocadamente á Vargas Ponce.

La anécdota siguiente, referida por Cambiaso, puede dar alguna idea del ingenio vivo y desembarazado del *Marqués de Méritos:*

«En 1787 se dignaron los Príncipes de Astúrias indicarle el deseo de que asistiese á las lecciones de su hija la señora Infanta doña Carlota. Finalizados unos exámenes que delante de toda la córte y del cuerpo diplomático sufrió la Infanta, se hicieron unos juegos de prendas, y Méritos se halló, por sentencia dada contra él, en el duro caso de decir un favor y un disfavor á la Princesa de Astúrias, y de repente dijo:

Cuando habla Vuestra Alteza,
Tiene una falta,
Que aunque sensible á todos,
No la reparan.
¿Qué falta es ésa?
Es que acaba más presto
Que ellos quisieran.»

La Princesa, muy satisfecha, y queriendo sin duda poner en apuro el ingenio de *Méritos*, le mandó cumplir la sentencia tres veces más. *Méritos*, léjos de arredrarse, siguió diciendo, sin detenerse:

Tienes, yo lo confieso,
Mucho agasajo;
Mas con él esclavizas
Á los vasallos;
¡Cosa es de hechizo
Hacer de tantos libres
Tantos cautivos!

Que se guarde justicia
Quieres, señora,
Y luégo con gran gracia
Tú á todos robas:
Robas afectos,
Atenciones..... y arrobas
Á todos ellos.

De disponer de haciendas
Y áun de las vidas,
Con arreglo á las leyes,
Eres muy digna;
Mas ¡de albedríos.....!
Señora, eso ya pasa
De despotismo.

Se dejaba arrastrar por el espíritu controversista de la época, malgastando en insustanciales contiendas la fuerza y el calor de un entendimiento elevado. Yerros de *don Juan Marujan* en su traduccion de la *Dido* de Metastasio (1); una traduccion del conocido soneto, compuesto para una iluminacion de Luca, que empieza:

Era di notte, e non ci si vedea,

(1) Esta controversia fué sostenida en Cádiz por el *Marqués de Méritos*, disfrazándose con el seudónimo de *don Eugenio Sarmiento.* Publicó con este motivo dos opúsculos en verso, titulados, el uno *Im-*

y el singular problema de si comieron ó no carne los hombres ante-diluvianos, fueron tres cuestiones vigorosamente empeñadas y debatidas por *Méritos*, que llegaron á llamar la atencion del público, y que pueden dar idea de la candorosa vehemencia con que en el siglo último fueron cultivadas las ciencias y las letras.

El *Marqués de Méritos* era hombre de humor festivo y muy dado á las bromas andaluzas. Así puede inferirse del imaginario *regimiento de la Posma*, de que se declaró coronel, para satirizar libremente la apatía y cachaza de algunas personas que, como el mismo *Méritos* dice, con la cantinela perpétua de *Mañana verémos*, pasan los meses y los años en *procrastinaciones* contínuas, sin llegar nunca al término que apetecen. Por fútil que parezca esta especie de juego literario, merece ser recordado cuando se trata de desentrañar la vida intelectual del siglo XVIII, por el éxito singular é inesperado que tuvo la chanza del *Marqués de Méritos;* chanza que duró más de medio siglo, que tuvo eco hasta en el palacio de los monarcas españoles, y en la cual tomaron parte personajes graves del Estado. Fué uno de ellos el capitan general de los reales ejércitos don Antonio Ricardos. Cuando se hallaba éste al frente del ejército español que invadió el Rosellon, despues de declarada la guerra á la república francesa, el *Marqués de Méritos*, siempre jovial y chancero, ofreció á Ricardos un refuerzo de las pesadas tropas de la *Posma.* Cayó de tal modo en gracia esta humorada al esclarecido y agudo general, que contestó á *Méritos* enviándole unas instrucciones chistosísimas para el servicio de los soldados auxiliares, parodiando las reales Ordenanzas, como era indispensable para adaptarlas á la índole peculiar de la *Posma.*

Entre los papeles de *Jovellanos* (1) hemos visto una festiva carta del *Marqués de Méritos*, en la cual copia un soneto italiano *en cuatro versos*, obra de don Nicolas Puccini, cadete de Guardias de Corps, y se regocija con la *poderosa* razon que da este digno prosélito de la institucion de la *Posma* para que su soneto no conste de mayor número de versos.

Hé aquí el soneto:

Santa poltroneria, nume gradito,
Degl'uomini piacer, gioja e diletto,
Io ti consacro questo mio sonetto,
Che per poltroneria non ho finito.....

CAPÍTULO XV.

El prosaismo desciende de su apogeo.—El canónigo Huarte.—Rodriguez de Arellano.—Don Ramon de la Cruz.—Gonzalez del Castillo.—Poesía enfática.—Noroña.—Sanchez Barbero.—Cienfuegos.—Moratin (Leandro).—Quintana.

Ya cercano á su término el siglo XVIII, aquella calamidad del *prosaismo*, que no fué ménos implacable enemiga de la buena poesía que lo habia sido en otros tiempos su antítesis, el *gongorismo*, empezó á descender del apogeo en que se habia encontrado en los últimos años del reinado de Cárlos III y en los primeros del de Cárlos IV. La crítica no se hizo más libre y desembarazada, pero sí más severa y exigente. Entónces, como siempre, la audacia hacia escribir poesías á muchos que no habian recibido del cielo mision tan delicada; pero ya no se granjeaban fácilmente celebridad gloriosa sino aquellos que estaban dotados cuando ménos

pugnacion á don Juan Marujan, y el otro *Vindicacion del célebre poeta Metastasio, y Apología de la Impugnacion;* Cádiz, 1762. La ira con que sostuvo *Marujan* sus opiniones llegó á hacer ruidosa esta pugna. Tomaron parte en ella, en favor de *Méritos*, muchos literatos insignes, entre ellos *don Diego de Torres*, *don Pedro Rodriguez de Campománes*, *don Agustin de Montiano* y *don Luis José Velazquez.*

(1) Manuscritos de la coleccion del señor Marqués de Pidal.

de ingenio ó de buen gusto. Algunos, aunque están léjos de ser grandes líricos, merecen recordacion honrosa.

Distinguióse por aquellos tiempos, como prosador y como poeta, *don Cayetano María de Huarte*, canónigo penitenciario de la catedral de Cádiz. Le señalaron especialmente á la atencion pública las cartas satíricas que escribió sobre la comedia *Sancho Ortiz de las Roelas*, en las cuales demostró, cuando no sentido crítico profundo y vigoroso, viva perspicacia y no vulgar agudeza. Sus sermones fueron muy admirados. Algunos tenemos á la vista, escritos con fervoroso estilo y con espíritu evangélico. Era *Huarte* mejor prosador que poeta. Sus versos, que damos ahora á la estampa por primera vez, si bien con frecuencia insonoros y lánguidos, denotan á veces intencion poética y desembarazado ingenio.

Fué *Huarte* maestro de nuestro difunto amigo, el insigne académico don José Joaquin de Mora, el cual recordaba con especial complacencia algunas poesías de aquel ilustrado sacerdote, y entre ellas la paráfrasis de un salmo escrita para implorar el favor del cielo con motivo de la salida de la bahía de Cádiz de la escuadra que fué á combatir al cabo de San Vicente.

La Dulciada, poema burlesco, juguete inspirado por la edad juvenil, es una obra agradable, pero harto escasa de intencion y de galas poéticas. Alcanzó en vida de *Huarte* bastante aceptacion, á pesar del extremado desaliño con que está versificada, y mereció que el *Marqués de Méritos* la diera á la estampa, un año despues del fallecimiento del autor (1).

Tambien resplandecia entónces en la esfera de las letras, si bien con la luz tenue y fugaz de un fuego fatuo, *don Vicente Rodriguez de Arellano*. Escribió muchas comedias y algunos versos líricos. En todo fué mediano. Brillante entónces y olvidado ahora, la historia literaria debe un recuerdo á su nombre, sin detenerse á examinar sus obras. Otros poetas poco inspirados, del mismo siglo, cuya gloria resuena todavía, no le aventajan ni en la entonacion ni en el ingenio. Las celebradas décimas de su *Memorial burlesco*, en las cuales el tono chancero disculpa el alambicamiento de las ideas, no son verdadera poesía, pero son poesía ingeniosa, y tan aguda, aunque chabacana, que no la habria ciertamente desdeñado el mismo *Arriaza*, consumado maestro en la poesía familiar festiva.

Rodriguez de Arellano es uno de esos poetas que, como Mor de Fuentes, Beña, Narganes y otros poco afortunados, dejan un eco casi perdido de su nombre á la posteridad. Se advierte desde luégo, en las composiciones de elevado estilo de *Rodriguez de Arellano*, que mueven su pluma costumbre y facilidad nativa, más bien que entusiasmo é inspiracion. Algunas veces en los versos cortos no carece enteramente de gracia y de dulzura. Vivia en época en que las gentes se prendaban más de la agudeza que de la sensibilidad ó de la elevacion. Por eso tuvieron tanto éxito sus décimas del *Memorial burlesco*.—Se hicieron copias innumerables, y aquella chistosa pero trivial poesía corria de mano en mano con inusitado aplauso.—La pobre imitacion de la célebre cancion de Mira de Amescua prueba cuán léjos estaba *Rodriguez de Arellano* de aquel dulce y hechicero hablar que tanto embelesa en las obras de nuestros antiguos poetas. Entre sus escritos en prosa merece recordarse, por su fácil estilo narrativo, *El Decameron español*, *ó Coleccion de hechos históricos*, *raros y divertidos*.

Dos sainetistas famosos, *don Ramon de la Cruz* y *Juan Ignacio Gonzalez del Castillo*, deben ser aquí honrosamente conmemorados, pues si bien se dedicaron especialmente al teatro, al cual les llamaba su principal vocacion, no carecian el uno ni el otro de cierto númen lírico.

(1) Don Bartolomé José Gallardo dice en una lista de los manuscritos de Huarte, escrita de su puño, que *La Dulciada* fué compuesta «para don Jerónimo de Luque, maestrescuela de Cádiz, golosísimo.» Más creible es lo que se afirma en una nota impresa con el poema, esto es, que «dió motivo á *La Dulciada* doña María Amoroso.» A esta señora alude el mismo Huarte en estos versos de la octava VIII del canto primero:

> Allí hallarás un númen soberano,
> Una diosa de todos venerada
> Por su carácter dulce y *amoroso;*
> Ésta es la que preside en lo goloso.

Como autor de sainetes, zarzuelas y otras obras dramáticas, fué *don Ramon de la Cruz* el poeta más popular del último tercio del siglo XVIII. Era asimismo, acaso, el que más lo merecia, porque era quien retrataba más fielmente las costumbres, y quien con más chiste y en forma más amena y ligera satirizaba los abusos y los errores de su tiempo. Sólo es comparable con el fecundo, florido y agudo ingenio el *Licenciado Luis de Benavente*, el más famoso y popular de los entremesistas del siglo XVII. *Somoza* ha dicho con razon: «Si quereis conocer á fondo el pueblo español del siglo XVIII, estudiad los cuadros de Goya y los sainetes de *don Ramon de la Cruz.*» El lenguaje de este célebre escritor no resplandecia siempre por lo acendrado y lo elegante, pero era, en cambio, fácil, natural y animado; su invencion fecunda, pero de limitado alcance. Los vicios de la sociedad en que vivia, especialmente los de la clase media, le daban inagotable asunto para sus fábulas dramáticas, mas nunca se detenia á analizarlos y á formar con la pintura de los caractéres y de los sentimientos morales un cuadro profundo y acabado. Le arredraban sin duda el desarrollo sucesivo, el enlace lógico de una trama escénica de cierta extension, y se limitaba por instinto á hacer bosquejos, y no cuadros. Acaso en este defecto de su imaginacion esté en alguna parte el secreto de su popularidad. Observador agudo y perspicaz, si no profundo y analizador, presentaba á la sociedad el espejo de sus ridiculeces y de sus extravíos, esto es, una imágen briosa y verdadera, pero en forma festiva y fugaz, que provocaba más la risa que la reflexion. En representaciones que no duraban media hora, donde no se exponian los vicios sociales con rigoroso encadenamiento, como acontece en las obras de los poetas filósofos, las clases satirizadas, embebecidas con la prisa, con la verdad y con el donaire, no tenian tiempo ni voluntad para sentir la amargura de la leccion moral.

No hay que decir que un ingenio de esta índole no estaba en su natural esfera cuando cultivaba la poesía lírica elevada. Así es que escribió pocas poesías sueltas, y por lo comun en tono festivo y familiar. Quiso, sin embargo, entrar en la academia de los *Árcades*, en la cual tomó el nombre de *Larisio.*

Castillo, apuntador del teatro de Cádiz, fué, como sainetista, ménos fecundo y espontáneo, pero no ménos observador de las costumbres de su época, ni ménos donairoso que *don Ramon de la Cruz.* Como poeta lírico le aventaja, porque tenía acaso más ardorosa el alma. Los sangrientos horrores de la Francia de su época le causaron indecible aversion, y la indignacion política le inspiró una *Elegía* á la muerte de la reina María Antonieta, esposa de Luis XVI; imprecacion vehemente contra los asesinos de la revolucion francesa. Con qué sencilla y noble entonacion exclama:

Si; porque de otro modo, ¿cómo hubieran
Puesto esos monstruos sus nefarias manos
En su reina infeliz? ¿Cómo pudieran
Marchitar ¡oh gran Dios! esos tiranos
Aquella rosa, honor del galo suelo,
Aquella estrella de su antiguo cielo?...
. . . . . .
¡Qué pueblo, santo Dios! ¿A quién no asusta
Ese grupo de fieras que rodea
El suplicio fatal?. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .¡La real matrona
En el alto cadalso! Almas crüeles,
¿Es ésa á quien ceñisteis la corona?
¿A esos piés ofrecisteis los laureles?
. . . . . .
¿Quién hizo á una gavilla de asesinos
Árbitros de la ley, jueces del trono?
¿Quién formó un tribunal de libertinos,
Do vota la impiedad, dicta el encono?

En esta obra, de estilo desigual y alguna vez declamatorio, hay algo que denota el impulso y la pasion elocuente que arrebata el ánimo de los verdaderos poetas. Tal vez habria escrito *Castillo* obras de encendido y vigoroso aliento; pero le sorprendió la muerte á los 37 años (1800), cabalmente á los principios de la madurez de su talento.

Algunos poetas, no sólo se apartaron de la escuela prosáica, sino que dieron en aficionarse á un estilo por demas artificial y encopetado. *El Conde de Noroña* fué uno de los principales cultivadores de esta poesía, que solia pecar de enfática, y de la cual llegó á ser *Cienfuegos* tipo muy señalado. Criado al arrimo de la córte de Cárlos III, soldado muy distinguido por su

arrojo y su ilustracion, general vencedor de los franceses en el combate del puente de San Payo, llegó *Noroña* á muy elevada jerarquía en la milicia y en la diplomacia. Pero ni los afanes de la guerra ni el cuidado de las negociaciones llegaron á entibiar el amor á las letras, que acarició su ánimo constantemente.

El mismo errado espíritu literario que produjo en el siglo XVIII tantos perversos poemas épicos, y que habia inspirado á *Escoiquiz* su insípido y fatigoso *Méjico conquistado*, indujo al *Conde de Noroña* á componer la *Ommiada*, poema destinado á cantar la separacion de la monarquía árabe española del dominio de los califas de Oriente. No hay en el dia voluntad bastante obstinada para leer de seguida veinticuatro cantos interminables, en que nada cautiva, ni la entonacion, ni los afectos, ni la variedad, ni la armonía. Pocas cosas hay ménos épicas que esos fárragos de relaciones amaneradas y monótonas, en que el poeta no cuenta lo que siente y conoce, sino lo que le sugieren las prescripciones de falsas poéticas. Algunos trozos descriptivos, agradables, no salvarán nunca á la *Ommiada* del olvido en que yace en el polvo de las bibliotecas. La *Quicaida*, poema frívolo y festivo, puede leerse todavía sin fatiga, por la soltura de la narracion y á veces por la facilidad y el donaire de los versos. El poema *La Muerte* está escrito con los alardes filosóficos que constituian una de las especies de afectacion propias de aquella era.

En las anacreónticas, si bien á veces describe con propiedad, como en la que titula *Un borracho*, otras es insulso y vulgar, como en *Á una mosca*, y carece por lo comun de originalidad, de gentileza y de ternura. Una de sus mejores composiciones es la cancion *Dichas soñadas*. Hay en ella gala, fluidez y cierto agradable sabor castellano. La deslucen, no obstante, el amaneramiento clásico y el licencioso espíritu de la poesía pagana. Campea su principal talento poético en los asuntos graves y elevados. En ellos, singularmente en su *Oda á la paz* de 1795, se encuentran los pocos acentos de alto númen que sus contemporáneos admiraban tanto en sus versos. Si la poesía del *Conde de Noroña* es á menudo hinchada y ampulosa; si carece por lo comun de halago y de ternura, no puede negarse que á veces encierra elevacion y entusiasmo, y que por su estilo, ya natural, ya brioso, se distingue de la poesía desmayada y trivial que habia reinado en el Parnaso del siglo XVIII.

Como en el reinado de Cárlos IV la poesía era una de las manifestaciones más importantes y reconocidas de la cultura intelectual, algunos hombres de superior talento privilegiado, que en otras épocas se habrian consagrado exclusivamente á estudios graves y profundos, se dedicaban á escribir versos, y si no llegaban á los triunfos espléndidos y duraderos que sólo alcanzan la inspiracion y el genio, demostraban en sus obras que eran al ménos entendimientos privilegiados. Uno de estos hombres, y por cierto de los más insignes, fué el célebre *don Francisco Sanchez Barbero*, una de las más brillantes lumbreras de la moderna Salamanca. Su fama principal fué la de poeta. Hoy, que se han desvanecido los prestigios y las ilusiones peculiares de aquel tiempo, es forzoso reconocer que la gloria principal de *Sanchez Barbero* no estriba en su númen poético, sino en sus profundos conocimientos filológicos. Escribia versos latinos con más gusto, primor y abundancia que versos españoles, y esto, que era objeto de justa admiracion en aquella época en que se estudiaba de véras, es al propio tiempo claro indicio de que en *Sanchez Barbero* el humanista eclipsaba al poeta. Y no es esto decir que carecia de talento poético. Ya muy pocos recuerdan su oda *Á la expedicion de Colon*, que admiraba *Quintana;* sus tres largas composiciones *Al combate de Trafalgar* (1),

(1) La oda de *Quintana* al mismo asunto contribuyó tal vez á que el estilo de las de *Sanchez* pareciese más difuso y exagerado de lo que es en realidad. El público estaba cansado, por otra parte, de las infinitas poesías que se escribieron á la batalla naval del veinte y uno de Octubre de 1805. Un periódico crítico acreditado de aquel tiempo, *Minerva ó el Revisor*, dijo, al dar noticia de las *composiciones de Sanchez* (1806):

«Ha caido estos dias sobre todos nosotros tal lluvia de odas y canciones (al combate de Trafalgar), que, por buenas que ellas sean, ya deben de ir cau-

su oda *Á Wellington, cuando llegó á Cádiz la noticia de la victoria de Arapiles;* su oda patriótica *Á la apertura de la cátedra de Constitucion en* 1814, inspirada por el ardor político de la época, y otras poesías de altos asuntos, que, en sentido favorable ó adverso, causaron notable impresion en el tiempo en que fueron publicadas. Aun son ménos los que conocen los versos, ya serios, ya tiernos, ya festivos, que compuso en los últimos años de su vida, y que van á ser en la presente coleccion publicados por vez primera. Leidas ahora estas poesías, á tanta distancia de aquellos tiempos, en que, ya las ilusiones patrióticas, ya la simpatía que inspiraba el infortunio del autor, ya el gusto literario que reinaba entónces, daban un interes particular á las obras de *Sanchez Barbero*, es imposible sentir la emocion que causan las bellezas líricas de carácter sublime y universal que sólo brotan del corazon ó de la fantasía de los grandes poetas. Tiene *Sanchez Barbero* lenguaje limpio y claro, frase desembarazada, y en algunos momentos cierto calor de afectos; pero suele ser su estilo desigual y prolijo, y le faltan imágenes nuevas y atrevidas, y esa expresion rápida y concentrada, pintoresca ó vigorosa, que subyuga el alma de los lectores y provoca su admiracion y su entusiasmo. Verdad es que son muy contados en todas las naciones los poetas que tienen la facultad intuitiva de descubrir dentro de su alma y fuera de ella ese poder mágico de la verdadera belleza, que sobrevive á las transformaciones históricas de los sentimientos y de las ideas.

Era *Sanchez* muy dado á la poesía elevada, y ademas del drama lírico *Saul* y de la tragedia *Coriolano*, escribió siete tragedias, una comedia y un poema, *Las cuatro edades del hombre*, que, segun él mismo refiere, perdió huyendo de los franceses desde Pamplona á Cádiz. Pero donde descuellan sus mejores prendas poéticas es en los asuntos alegres y satíricos. Bajo este aspecto es *Sanchez Barbero* apénas conocido. Para convencerse de la exactitud de esta observacion, basta leer su diálogo satírico *Los Viajerillos* (1). Es una burla chistosísima y magistral de ciertos frívolos viajeros, que vuelven á su patria llenos de orgullo y pedantería, admirando sin discernimiento usos y costumbres de países extranjeros, y desconociendo ó desdeñando los propios. Nada ha escrito *Sanchez* con más donaire, con mayor soltura, con más aguda intencion.

La vida de *Sanchez* fué casi siempre inquieta y azarosa. Dotado de un carácter honrado y fogoso, no le era dable mirar con indiferencia las desventuras públicas, y no podia ménos de tomar parte en el movimiento innovador que iba desquiciando la sociedad antigua, inclinándose por naturaleza á lo más ardiente y á lo más arriesgado. Otro de los indicios de su impresionable temperamento es el dolor que le causaban las heridas del amor propio. Sabida es la aversion que tomó á su segundo apellido *Barbero*, que no volvió á usar en sus escritos, á consecuencia del soneto burlesco de *Arriaza* contra la tragedia *Coriolano*, el cual, aludiendo al desenlace sangriento de la obra, termina así, con un equívoco que llegó al alma al quisquilloso poeta:

Se hace junto á la tienda una sangría,
Y ésta sí que es tragedia de *barbero*.

Desventurada fué en extremo la suerte de este humanista insigne. En la cárcel de Córte, donde pasó cerca de dos años por motivos políticos, escribió su *Gramática latina*. En el presidio de Melilla, adonde fué conducido en Diciembre de 1814, compuso sus mejores poesías latinas y castellanas. Cinco años despues, ya cercano al momento de recobrar la libertad, no pudiendo sobrellevar el tedio y las penalidades de aquella vida, espiró, en Octubre de 1819,

sando fastidio..... Abrí este cuadernito por entretenimiento, y felizmente me hallé con la siguiente estrofa, no del todo mala:

Del piélago profundo
El sol con majestad su hermosa frente
Va poco á poco alzando.....

»Pero á poco vi unos *cadáveres que se andaban meciendo en una márgen espumosa, y doce mil muertes dando el brazo á doce mil orfandades;* con lo cual bastó para que, atemorizado yo de tantos endriagos y vestiglos, dejase, apresurado, el libro.

(1) Lo publicamos en la presente coleccion.

á los cincuenta y cinco años de edad; realizándose el triste vaticinio que él mismo formó, al entrar en presidio, en este bello dístico latino:

Hic ego sum clausus. Pro te tibi natus oportet
Oh patria! ut peream? Victima cæsa cadam.

En el mismo año que nació *Sanchez Barbero* (1764), habia nacido otro poeta de más fogoso aliento, *don Nicasio Álvarez de Cienfuegos.*

Señalo de léjos con mis obras la senda que deben seguir un *don Leandro Moratin*, un *don Nicasio Cienfuegos*, un *don Manuel Quintana* y otros pocos jóvenes, que serán la gloria de nuestro Parnaso y el encanto de toda la nacion..... He concurrido con mis avisos y exhortaciones á formar los dos últimos.

Esto escribia *don Juan Melendez Valdés* en 1797. Y en verdad que pocas veces ha sido ménos confirmada por el resultado esta ilusion de maestro y de amigo. Acaso no sea dable hallar en los anales literarios de España dos naturalezas poéticas ménos semejantes á la del dulce *Melendez* que las de *Cienfuegos* y *Quintana.* En aquél todo es blandura, halago y flexibilidad; en éstos, incapaces ambos de transacciones morales y literarias, todo es ímpetu, rigidez y energía.

De *Cienfuegos* se ha dicho, como donaire, pero no sin razon, que su índole está definida en su nombre. La vehemencia de su carácter entero y levantado, de que dió tan nobles muestras en su vida, se refleja en sus versos. Cuanto sujeta y reprime es molesto á su ánimo libre é impetuoso. Aunque individuo de la Academia Española, hasta el idioma le embaraza, y rompe á menudo con las leyes de la elocucion castiza y propia, inventa frases y palabras, y habla, en fin, una lengua atrevida y extraña, exclusivamente suya. Pudo decir *Marchena* con graciosa exageracion: «El castellano de *Cienfuegos* más se asemeja á la *lengua franca* de los arraeces de Argel que al idioma de los Argensolas y Riojas.» Han podido ser tachadas de algunos defectos la disposicion del plan y la propiedad de los caractéres de sus tragedias (1); han podido censurarse igualmente el sentimentalismo enfático y declamatorio que en él brotaba naturalmente del generoso y exaltado espíritu de sus filosóficas ilusiones; la falta de discernimiento crítico, que le hacia colocar á un nivel nobles imágenes y otras monstruosas ó pueriles; pero lo que nadie puede negarle es que habia nacido poeta, que le animaba el fuego de un sentimiento arrebatado, que en sus detractores no se infundia; y que los más de sus defectos nacieron del afan que ponia en forzar su sensibilidad, que era grande, y su fantasía, que no era poderosa; de la lucha de su ingenio libre y ardoroso con las trabas del gusto reinante, y de la falta de madurez y de direccion clara y segura, que, en las épocas de transicion, es el escollo donde se estrellan las más nobles fuerzas del entendimiento. *Jovellanos*, *Lista* y *Quintana*, ya porque llegaba á su alma la llama de aquel fuego, ya porque comprendian la elevacion de instinto que movia la pluma de *Cienfuegos*, lo aprecian y lo aplauden. *Quintana* principalmente, que, con mayor talento, tenía mucho de su enérgico temple, lo defiende con calor y elocuencia del encarnizamiento de los *humanistas.*

El valor verdadero de *Cienfuegos* consiste en que, en medio de aquella glacial atmósfera de amaneramiento y de artificio que habian creado los poetas reformadores, escribe lo que siente, y siente con ímpetu y firmeza. Sus tragedias *La Zoraida* y *La Condesa de Castilla* están sembradas de magníficos rasgos, no exclusivamente líricos, como generalmente se ha dicho, sino llenos tambien de vigor dramático. Tal carácter tiene, por ejemplo, aquella réplica ge-

(1) Véase un ejemplo de la diversidad que se advierte entre los juicios que se formaron de las tragedias de *Cienfuegos. El abate Marchena* dice: «El *Idomeneo* es una desatinada mescolanza de máximas filosóficas, de escenas de pantomima, de disparates del protagonista, que por remate sacrifica á los dioses á su hijo, y se va por los mares sin decir adónde; acaso á la Tebaida, á hacer penitencia por haber dado pié á tal hato de desvaríos del poeta moderno.»

Quintana dice: «El *Idomeneo* presenta un conjunto grande y majestuoso.»

nerosa de Rodrigo en *La Condesa de Castilla*, cuando dice, defendiendo á sus parciales:

Levantad al instante tres cadalsos,
Y yo tambien pereceré con ellos.

En la poesía lírica de *Cienfuegos*, donde campea con mayor desembarazo su independiente musa, trozos se encuentran á cada paso, en los cuales, unas veces enérgico, otras delicado y afectuoso, da muestras de alma sincera y conmovida; y este mérito, en cualquier tiempo de valor muy subido, es mayor todavía cuando la poesía vive subyugada por formas y espíritu convencionales. En sus composiciones *La escuela del sepulcro*, *Á Bonaparte*, *Á un carpintero*, *Al Otoño*, *Á la Primavera*, *Á un amante al partir su amada*, llenas de bellezas y de extravagancias confusamente amalgamadas; en sus epístolas morales y en algunas otras poesías, hay, ya varonil aliento, ya falsas é ilusorias ideas, sofismas de una imaginacion que se acalora con violencia, ya dulce y verdadera melancolía; siempre admiracion á la humanidad generosa ó brillante, siempre amor profundo á la humanidad menesterosa. Asuntos, formas poéticas, locuciones, palabras, todo lo toma arrojadamente á su antojo, si juzga que conviene á la expresion de los sentimientos que enardecen su alma. Á veces se equivoca, y no sabe hermanar la libertad con el buen gusto; pero así y todo, ¡cuán distante se halla de aquellos melindrosos *pastores* de la escuela seudo-clásica, que, en medio de su bucólica llaneza, no se atreven á llamar las cosas por su nombre! La imaginacion de *Cienfuegos*, así como la de *Vaca de Guzman*, era de aquellas que propenden á desmandarse. En otro siglo, ambos habrian sido poetas francamente *románticos*. El imperio que en su tiempo ejercia la disciplina doctrinal embargó sin provecho alguno el vuelo de su fantasía.

Cuando las vicisitudes de la nacion pusieron á prueba el alma de *Cienfuegos*, se vió bien claro hasta qué punto era su temple noble y robusto. Reconvenido ásperamente por Murat porque no ayudaba al triunfo de la dominacion francesa, le contestó con la heróica entereza de quien antepone á todo su lealtad y su patriotismo. El 4 de Mayo de 1808, esto es, en momentos en que hasta la tibieza para con los franceses era un crímen, hizo dimision de su empleo de oficial de la primera Secretaría de Estado, en un oficio dirigido á la Junta de Gobierno, escrito con suma valentía. En él declara que «no continuaria sirviendo aunque hubiera de costarle la vida» (1). Condenado despues á muerte, estuvo á pique de ser fusilado, y se negó á hacer gestion alguna para conjurar el peligro. Sus amigos le salvaron del suplicio, pero no de la deportacion. Muy enfermo, y con el corazon abrasado por la indignacion y la pena, fué llevado á Francia. Murió á pocos dias de su llegada á Ortez (1809),

Donde la ninfa del Adur vencido
Quiere aplacar con ruegos
La inexorable sombra de Cienfuegos (2).

A continuacion de *Cienfuegos*, y tambien por via de contraste, mencionarémos el nombre de *don Leandro Fernandez de Moratin*. No cabe hallar dos escritores insignes de más opuesta y divergente naturaleza. *Cienfuegos* todo pasion, audacia y arrebato; *Moratin* todo mesura, serenidad y atildamiento; aquél censurable por la extravagancia y la impureza de la diccion y por el artificio del estilo; éste admirable por la pureza, por la propiedad, por el esmero. Como poeta lírico, tiene *Cienfuegos* más alma y más alcance. Pero las poesías de *Moratin*, un tanto frias por lo general, suelen ser modelos de elegancia, de claridad, de limpio y terso estilo, y muy á menudo de intencion moral. Cuando son sus versos de índole satírica, suelen encerrar el espíritu observador y la penetrante censura que son propios del poeta cómico. A veces toma esta censura el recio carácter del anatema filosófico, como cuando exclama:

Yo vi del polvo levantarse audaces,
A dominar y perecer, tiranos,

(1) Expediente personal de *Cienfuegos*, en el archivo del ministerio de Estado.
(2) *Lista*.

Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos...

Nada hace presumir, al estudiar la vida de *Moratin* (1), que no estuviese dotado de sensibilidad verdadera; pero el hecho es que de esta preciosa cualidad da pocas señales en sus poesías líricas, como tampoco las da muy claras en sus obras dramáticas. Tal vez procedia esto, en parte, del apremio que *Moratin* ejercia sobre sus facultades naturales por el afan de no desviarse un ápice de la estrecha senda de regularidad y de cordura que imperiosamente le trazaban los preceptistas romanos y los franceses de la escuela del siglo de Luis XIV. *Moratin* comprimia sin saberlo su sensibilidad, así como *Cienfuegos* sacaba de quicio la suya, falseando ambos en sentido inverso las prendas reales y positivas de su alma. Tenemos de ello un testimonio inequívoco en la oda que escribió *Moratin* á la memoria de su padre. En todas las obras en prosa de *don Leandro*, en que tuvo ocasion de hablar de su padre, singularmente en la *Vida* que de él escribió, resplandecen los sentimientos de respeto, de ternura, de admiracion. Y sin embargo, cuando quiere cantar su gloria, le ocurre una *oda anacreóntica*, en que no hay un acento del alma, en que todo es trivial, y lo que es más, pagano:

Llora, Vénus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde...
Ninfas, la queja es vana
Si dió la Parca el golpe.
No vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.
Alzad un monumento
Con mirtos de Dïone,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones...

¿Es éste el tono digno, sincero y elevado que conviene á la expresion de dolor filial? La cordura *clásica* no era siempre cordura, y *Moratin*, por evitar yerros de la musa libre, caia en otros, no ménos reparables, en que incurre la musa encadenada.

Moratin, como poeta, carece de fantasía, de inventiva, de pasion intensa, de arrebato lírico. Sus imágenes no son valientes, ó inesperadas como las de los grandes poetas. Apénas se encuentra en sus versos, como en los Lopes, en los Leones y en los Góngoras, un período de esos que fascinan por el vigor de la expresion ó por el hechizo misterioso del sentimiento poético. Y sin embargo, las poesías de *Moratin* se leen con cierto deleite, con aquel que causan siempre la firmeza del pensamiento, la pureza de la diccion, la propiedad del estilo, la versificacion llena y correcta, y el fácil manejo del idioma.

En estas dos últimas cualidades nadie aventaja, entre los modernos, á *Moratin*. Permítasenos reproducir aquí, como ameno recuerdo de su estilo íntimo y familiar, la carta que escribió á *don Juan Pablo Forner*, dándole noticia de la primera representacion de *La Comedia Nueva*, ó *El Café;* carta interesante en sí misma, y mucho, ademas, para la historia del teatro español.

Ahí te envio esa comedia para que, si quieres, la leas, y si quieres tambien, me digas lo bueno y lo malo que hallas en ella. Yo la tenía concluida dos meses há, pero no pensaba en dar paso alguno para que la representasen, persuadido de que no era posible que los cómicos se atreviesen á echarla; cuando, cátate que las trompetas de mi fama, los Loches, los Texajas, etc., etc., comienzan á trompetear y á decir por esas esquinas que yo habia compuesto la comedia más exorbitante que jamas se ha visto, y vieras venir á porfía los Queroles, los Garcigüelas, los Valleses, los Riberas y las dulces Juanas, pidiéndome comedia, de finojos y desmelenado el cabello. Leísela, y quedaron despatarrados; la estudiaron con ánsia; los molí á ensayos, y saqué de ellos todo el partido que sacarse puede.

Tu cliente Comella, luégo que supo que se trataba de echarla, empezó á tramar y alborotar como un desesperado, diciendo que la comedia era un libelo infamatorio contra él y su mujer y su hija la tuerta, y que yo merecia azotes, presidios y galeras. Presentó un pedimento al Presidente, otro al Corregidor, otro al Juez de imprentas y otro al Vicario, para estorbar la representacion é impresion de ella; pidiendo se

(1) Véase la excelente *Vida de don Leandro Fernandez de Moratin*, por don Manuel Silvela, la más fidedigna y, por decirlo así, la más *íntima* de cuantas se han escrito del insigne poeta cómico.

me castigase con todo el rigor de las leyes, por ser justicia, y para ello, etc. El Presidente cometió el encargo al Corregidor, y éste nombró por censores á don Santos y á don Miguel de Manuel; ambos dieron sus informes separadamente, y segun ellos, era menester canonizarme; al mismo tiempo el Consejo envió la comedia á Valbuena, que tambien la aprobó redondamente; y entre tanto el Vicario, mi señor (mal informado de escribientes y pajezuelos ganados por Comella), se obstinó en no dar el pase y detenerla, no obstante que era ya precisamente la víspera del dia en que debia representarse. No es posible decirte cuánto me hicieron rechinar estas picardías; pero, en fin,

El dia se vió distinto,
Y al fin triunfó Cárlos Quinto
Del poder de Barbarroja.

El Corregidor la despachó bien, el Vicario se vió precisado á soltarla, el Consejo permitió la impresion, y se representó el dia 7 (Febrero de 1792, en el *Teatro del Príncipe*).

La turba multa de los *chorizos* (1), los pedantes, los críticos de esquina, los autorcillos famélicos y sus partidarios ocuparon una gran parte del patio y los extremos de las gradas. Todo fué bien; el público no perdió golpe ninguno, y aplaudió donde era menester; pero cuando en el segundo acto habla don Serapio de los pimientos en vinagre, fué tal la conmocion de la plebe *choriza* y el rumor que empezó á levantarse, que yo temí que daban con la comedia y conmigo en los infiernos. Pero los que no comen pimientos los hicieron callar y sufrir, y se acabó la representacion con un aplauso general, que bastó á vengarme de los trabajos padecidos.

No obstante, como se desató tanto demonio por calles y rincones diciendo pestes de ella, quedó incierto su crédito en el primer dia; pero el éxito del segundo, como el de los siete que duró, fué tan completo, que excedió á las esperanzas que todos teniamos, y fué superior sin duda al que tuvo don Roque (2).

La ejecucion fué bastante buena; y la Juana, la frigidísima y yerta Juana, hizo maravillas; admiró en su papel á cuantos la oyeron, y á cada instante la interrumpian con aplausos (3).

Esto es cuanto hay que decir acerca de la tal comedia, puesto que los delirios y vaciedades que se oyen por ahí en boca del pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zavala y la demas garulla de insensatos, son buenos para oidos, pero fastidiosos de escribirse. Lo restante del público la ha recibido con mucho entusiasmo, la gente bien intencionada piensa que una obra como ésta debia causar la reforma del teatro; pero yo creo que seguirá como hasta aquí, y que Comella gozará en paz de su corona dramática.

Ayer fuí á un baile que tuvo la madre Mariana. *Arbuxec* fué bastonero: estuvo don Agustinito, Cordero, los Mayorgas, *Vinagrillo*, etc., etc., toda la canalla *polaca*, y me divertí hasta las once, que viendo que no estabais tú ni Bernabeu, sentí la falta y me vine á dormir.

Pásalo bien; no ahorques á nadie, y haz hijos, que es lo mejor que puede hacer un fiscal. Adios.

Hoy 22 (Febrero de 1792).—LEANDRO (4).

A *Cienfuegos* corresponde la gloria de haber abierto el camino á la briosa y elevada poesía de *Quintana*, que por la majestad de la entonacion, por la energía de los sentimientos y por la grandeza moral, no tenía ejemplo entre nosotros. No entrarémos aquí en el exámen de este eminente poeta, cuyas obras se han publicado ya en un tomo de la presente BIBLIOTECA. Hemos tenido honrosa ocasion de consignar ampliamente nuestro juicio sobre *Quintana* en un

(1) Sabido es que en el siglo último los entusiastas del *corral* ó *Teatro del Príncipe* se llamaban CHORIZOS, y se distinguian con una cinta color de oro en el sombrero; los del *Teatro de la Cruz* POLACOS, y llevaban una cinta azul celeste. A aquella denominacion dieron orígen, en 1742, unos chorizos que comia en un entremes un gracioso de la compañía de Manuel Palomino; á ésta un fraile trinitario descalzo, el padre Polaco, incansable y furibundo voceador, que acaudillaba la parcialidad enemiga del *Corral del Príncipe*. Estos bandos se hacian encarnizada guerra, y Huerta, que los defiende de las acusaciones de Signorelli (*Storia critica dei teatri*) dice de ellos candorosamente: «De esto no ha resultado nunca más perjuicio que el de haberse dado alternativamente algunas puñadas tal cual vez.»

Los partidarios del *Teatro de los Caños* se llamaron PANDUROS.

(2) Alude á la comedia *El Viejo y la Niña*, representada el 22 de Mayo de 1790, que fué la primera que Moratin dió al teatro.

(3) Esta Juana, á quien llama Moratin *frigidísima*, y que desempeñó con tanto acierto el papel de *doña Mariquita*, es Juana García, que, á pesar de su falta de animacion, gustaba al público por su juventud, por su belleza, por su simpática entonacion y por la nobleza y compostura de sus modales. Los demas papeles fueron desempeñados: el de *doña Agustina*, por Polonia Rochel; el de *don Eleuterio*, por Manuel García Parra; el de *don Hermógenes*, por Mariano Querol; el de *don Pedro*, por Manuel Torres.

(4) Esta carta está fielmente copiada del autógrafo que se conserva entre los papeles de *Forner*. No ha sido incluida en las *Obras Póstumas* de Moratin, recientemente publicadas de órden y á expensas del Gobierno.

escrito á él especialmente consagrado (1). Bástenos decir aquí que el autor de la oda *Á la invencion de la Imprenta*, que eclipsa á todos los cantos de los poetas europeos al mismo asunto; el cantor de la *propagacion de la vacuna*, del *armamento de las provincias españolas*, del *combate de Trafalgar* y de otros objetos grandes y poéticos, ocupa el primer lugar en la lírica elevada de España. Y ¿quién pudiera disputárselo? *Herrera* tiene sin duda entonacion grandilocuente; pero es su estilo uniforme y encopetado, y harto visible el artificio de sus líricos arrebatos; en tanto que el entusiasmo de *Quintana* es más vário, más sincero, más conmovedor y más simpático.

Quintana tiene ademas la gloria de representar en la historia de las letras de su tiempo cierta relajacion del rigor de las formas y de las rutinas seudo-clásicas, que su educacion literaria habia imbuido en su ánimo. Escribe doctrinalmente acerca de las églogas, pero jamas las cultiva. Eran contrarias á su brioso instinto poético. Ni áun quiere llamar *odas* á sus magníficos cantos. ¿Qué le importa el nombre? No cuadran á su índole las clasificaciones que comprometen y embarazan. Sus cantos son los ecos de su alma. ¿Qué más necesita? Juzgábase, no obstante, fiel sectario de la escuela *clásica*, y áun de ello blasona, y por eso escoge con tan meticuloso espíritu los modelos de su *Tesoro del Parnaso español*. Pero era *clásico* al modo de *André Chénier*, que, llevado por el impulso irresistible de su inspiracion sincera y vigorosa, más que á las artificiales lumbreras del Parnaso frances, se asemeja á los grandes poetas de la antigua Grecia. A *Quintana* puede aplicarse lo que decia de Alfieri madame de Staël: *C'est un homme transplanté de l'antiquité dans les temps modernes.*

No pudiendo copiar aquí, completo, nuestro extenso exámen de las brillantes prendas poéticas de *Quintana*, creemos oportuno publicar una parte de la carta literaria que, acerca de aquel estudio, tuvo la bondad de dirigirnos el ilustre escritor *Marqués de Pidal*. Esta carta contiene un juicio del esclarecido poeta; juicio lleno de alta imparcialidad y sano criterio, que hasta por haber sido escrito con la rapidez y lisura de quien no se dirige al público, ofrece especial interes, como obra de aquella docta, honrada y competente pluma:

Roma, 17 *de Abril de* 1858.

. . . . . .

Leí su Discurso de V. con grandísima satisfaccion... V. ha juzgado á *Quintana* como yo le he juzgado siempre, y por lo mismo es natural que el juicio de V. me haya parecido muy acertado. En cuanto á la forma, á la elocucion, al estilo de *Quintana*, tendrá, si se quiere, todos los defectos que sus impugnadores le achacan, pero en cambio nadie negará que tiene un aliento, un calor, un ímpetu que arrastra y arrebata con tanta rapidez el ánimo, que no deja percibir siquiera estos defectos. Por eso es el poeta de la juventud; por eso, cuando yo formaba parte de ella, sabía todos sus versos de memoria, y reconciliaba con las Musas á los enemigos de la poesía con sólo leerles ó recitarles algunas de sus composiciones. Pero V. tiene completa razon. *Quintana* era el eco del entusiasmo, de las ilusiones y hasta de los rencores que inspiraban la filosofía y el sentimentalismo del siglo pasado. Yo alcancé esa época de ilusiones de buena fe, de esos odios patrióticos, de esas apreciaciones históricas absurdas; y aunque ya debilitadas aquellas ideas por otras que comenzaban á difundirse, y que han prevalecido despues, reconozco ahora que si yo hubiera sido entónces poeta, hubiera escrito como *Quintana*. Fuí injusto con él en algunas cosas que escribí en contra suya, no haciéndome cargo de que, si yo pude, como jóven, abrir mi corazon y mi cabeza á otras afecciones, á otras ideas, él era demasiado viejo ya para renunciar á lo que habia sido el alma de sus sentimientos y el principio de sus relaciones como hombre de partido; á lo que le habia hecho sufrir, á lo que habia formado el principio de su gloria. Fuimos, á lo último, amigos, como pueden serlo dos personas que sobre el fondo de las cosas pensaban de tan distinto modo, y vi entónces que *Quintana* no era ni podia ser otra cosa que lo que ha sido; porque aquellas ideas, y las formas mismas en que las expresaba, eran su carne y sangre.

¡Qué lástima que el cantor de Juan de Padilla y de los misterios que encierra el Escorial no hubiera pensado de otro modo, no hubiera juzgado de otra manera acerca de nuestros grandes hombres, acerca de nuestra mision civilizadora en una gran parte del mundo antiguo y moderno, y conservadora en Europa contra la invasion de los turcos y contra la anarquía moral y destructora que llevaban en su seno las sec-

(1) El autor del presente *Bosquejo histórico* escogió para asunto de su Discurso de entrada en la Academia Española, el Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.

tas protestantes! ¡Cuánto no hubiera contribuido á restaurar nuestra gloria nacional, tan oscurecida hoy por los escritores de su escuela, nacionales y extranjeros, y tan vilipendiada por el mismo *Quintana* en algunos de sus versos! ¿Cómo, decia yo en la impugnacion á que he aludido arriba, pueden amar á su patria los que se la representan como el *vivero* de *hombres feroces*, *colosos para el mal*, y no ven más hombres dignos de alabanza en su patria que al *solo* Padilla...?

En fin, su Discurso académico de V. sobre las obras de *Quintana*, pasa á ser algo más que un discurso de crítica literaria. V. tiene razon en su juicio, y ha sido una buena accion el osar decirlo públicamente en el tiempo de la pasion que hácia sus ya algo olvidados versos ha vuelto á renacer en esta sociedad, que ya no se entusiasma por nada.

Aproveche V. el buen tiempo para irse á Viena, etc... (1).

Juzgamos deber reproducir ahora algunos párrafos de nuestro juicio sobre *Quintana*, que tan alto se levanta entre las medianías, más ó ménos estimables, de los últimos años del siglo XVIII:

«La imágen de la libertad política, cebo natural de imaginaciones ardorosas y juveniles, perseguia á *Quintana* como un fantasma seductor. Una especie de apoteósis *Á Juan de Padilla* fué el primer canto de su musa patriótica. Muy censuradas han sido en esta composicion las tendencias irreflexivas, la falta de sentido histórico y las exageraciones pomposas contra tiranías en no escasa parte imaginarias. Verdad es que cuando *Quintana* escribia su magnífico canto, ciego y desalumbrado con la pasion que le inspiraba, ponia más alto el nombre de Padilla que la augusta fama de Cárlos V, á quien no titubea en agregar

Al odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal.....;

añadiendo despues:

¡Y sus nombres áun viven! y su frente
Pudo orlar, impudente,
La vil posteridad con lauros de oro!

»Ya veis cuán amargamente deplora que la fama haya llegado á iluminar con sus gloriosos resplandores la memoria de Cárlos V y de otros grandes hombres.

»Intolerancia sería de parte de la crítica ensañarse contra estos extravíos poéticos de una imaginacion acalorada é inexperta. Trasportaos, señores, mentalmente á los últimos años del siglo XVIII; tened en cuenta la influencia dominadora de las nuevas ideas, que á la sazon estremecian y trasformaban el mundo moral; el humillante cuadro que ofrecia entónces el Gobierno de España; y los arrebatos, los delirios, las quimeras de un corazon de veinticinco años, ansioso de renovacion y de libertad, y comprenderéis, y disculparéis, y acaso en voz baja aplaudiréis bajo el aspecto poético, el generoso espíritu que dictaba á *Quintana* la glorificacion de Padilla, triste recuerdo y emblema de contiendas civiles.

»Y ¿cómo no admirar las prendas literarias que resplandecen en el canto á Padilla? Desde los tiempos dorados de nuestra literatura no habia sonado la lira castellana con majestad tan alta, con tan noble soltura, con entonacion tan robusta. Á la trivialidad de los asuntos, á la languidez de las formas, han sucedido animada elegancia, sentimientos de fuego, arrebatos de indignacion. Ved cómo habla á los castellanos la sombra de Padilla:

Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia, arder el Sena
En discordias se vió; la África esclava;
El bátavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.
¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar; de horror cubierto,
Nuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.

(1) El Marqués de Pidal, cuando esto escribia, se hallaba en Roma de embajador. Pasados algunos años volvió á leer su carta en Madrid, y nos autorizó á publicarla cuando hubiese ocasion para ello.

»¡Cuán bellos versos! ¡Cuánta seduccion sabe dar el poeta á esa inconsiderada filantropía, que está á punto de tomar por iniquidades el sobrehumano descubrimiento de Colon y las portentosas proezas de los civilizadores de América! Bien mirada, esa inocencia de América, que *Quintana* no cesó de proclamar despues, y que consignó especialmente en aquel tan aplaudido verso:

Vírgen del mundo, América inocente.....,

no pasa de ser una ilusion obstinada de poeta y un deslumbramiento de filósofo. América no era aquella fantástica isla de Pancaya, de que nos habla Diodoro, prodigiosa mansion de inocencia, de paz y de ventura. Las mejores razas americanas se hallaban poco distantes del estado salvaje, y no eran en verdad dechados de inocencia los caribes antropófagos con quienes tropezó muy luégo el descubridor del Nuevo Mundo.

»*Quintana*, y sea dicho sin mengua de su gloria, llevaba, como todos los grandes poetas, el raudal de su inspiracion por el cauce genuino y privativo de su alma, más inclinada á los sentimientos enérgicos y varoniles que á las meditaciones místicas y á las blandas emociones de la melancolía y de la ternura. El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazon de *Quintana*..... Habia templado harto reciamente sus ideas en el confuso torbellino de errores y verdades desencadenado por el impulso de las revoluciones, que, semejante al torbellino del mundo físico, arrasa y trastorna más que despeja y purifica..... *Quintana* se conmueve ante la imágen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresion y de la injusticia. Dios estaba en el fondo de su corazon. Pero ¡cosa extraña! ¡singular poder de las preocupaciones! una sola vez, y como por acaso, suena en la poesía lírica de *Quintana* el nombre de Dios; y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoracion, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.....

»Como se ve, la musa de *Quintana* no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita; es la matrona grave é inexorable, que sólo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroismo, la ciencia, la patria, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignacion, himnos de gloria; pero no le pidais dulces engaños, ni ilusiones doradas.

»El amor á la humanidad es uno de los más puros y nobles manantiales de la poesía de *Quintana*..... Á este linaje de emocion moral pertenece, si bien mezclada con la emocion política, la admirable oda *Á la invencion de la Imprenta*. En casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabido hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. Á la luz del progreso humano, la mente de *Quintana* se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

»Deslustran alguna vez el eminente canto *Á la invencion de la Imprenta* y la poética fantasía *El panteon del Escorial*, preocupaciones y arrebatos inspirados por la especie de frenesí que infundieron, á fines del siglo último, en imaginaciones vehementes las doctrinas escépticas..... El noble horror de *Quintana* al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresion, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados y hasta á calumniar los caractéres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Cárlos V en un conquistador arrepentido..... El príncipe don Cárlos, llamando *hipócrita*, *supersticioso* y *fanático* á su padre en un diálogo lleno de rencorosas acriminaciones, es un cuadro repugnante al buen gusto y al sentido moral, que no alcanzan á hacer simpático todo el encanto y toda la fuerza poética de la imaginacion de *Quintana*..... Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanto mejor voluntad, cuanto que

la filosofía de Quintana, *crímen fué de su tiempo*, y no suyo. Aquellos versos, tan censurados porque encierran un duro ataque á la veneranda Iglesia católica,

»¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente,
Sobre el despedazado Capitolio,
Á devorar el mundo impunemente,
Osó fundar su abominable solio?
»Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.....,

son reflejo de algunas palabras del rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfadada, esos declamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la religion, son achaque inevitable y universal de las grandes turbaciones sociales, que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crísis pasan al cabo, como las tormentas de los mares; los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma prevalecen sobre las discordias y deleznables creencias que en su seno atesoran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.....

»La patria, la gloria, la libertad: aquí está *Quintana* en su esfera propia y nativa; aquí explaya libremente los tesoros de su elocuencia y el fuego de su fantasía; aquí se presenta clara y resplandeciente la individualidad del autor, sin la cual no son las artes más que pálidos reflejos de las inspiraciones ajenas. *Guzman el Bueno* y el *Combate de Trafalgar* despiertan en la imaginacion del poeta la espléndida imágen del heroismo de los españoles, y su alma se templa y se levanta al nivel de las grandes acciones que describe.

»En las odas *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, y *Á España, despues de la revolucion de Marzo*, sube la inspiracion á las regiones más altas y más encendidas del entusiasmo patrio. El cuadro de la antigua grandeza nacional con que empieza esta última obra, amargo contraste del esplendor pasado y de la decadencia presente, es uno de los períodos más elocuentes que se han escrito en verso castellano. Vibran en el corazon de *Quintana* las cuerdas de su impetuoso patriotismo al ver ruinoso y desdorado el magnífico edificio del poder y de la gloria de la nacion. ¡Con qué varonil entusiasmo, con qué estóica entereza exalta, concitando á la guerra, la fiera independencia de los españoles!.....

»Para encontrar acentos tan vigorosos tenemos que acudir á la musa libre y denodada de la Grecia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pintaba con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesenia; no cantaba Simónides con estro más arrebatado el sublime desastre de las Termópilas y las hazañas de Maraton, de Salamina y de Artemisio; no ensalzaba Píndaro con más independencia ni con más entusiasmo á los héroes de Olimpia, de Nemea y de Corinto. La musa lírica latina no nos ofrece nada que en elevacion, en majestad y en brío pueda compararse con las fogosas inspiraciones de *Quintana*. Horacio es sin duda más correcto, más conciso, más puro, y por decirlo así, más atildado; pero, no lo dudeis, no tiene ni su fuego, ni su espontaneidad, ni su fuerza. Horacio reflejaba la sociedad epicúrea en que vivia; seguia en sus versos la filosofía superficial y condescendiente que cuadraba á su vida alegre y regalada, y cantaba la fortaleza estóica (*Justum ac tenacem*) al són de los halagos de Mecénas, como Ciceron escribia su paradoja sobre la economía en una mesa que le habia costado doscientos mil sestercios.

»Todo esto dista mucho de la musa austera de *Quintana*, que, si no tiene, para volar al cielo, las alas de Klopstock ó de Lamartine, ni hace brotar del alma delicadas flores de ternura al influjo de una mirada, de una lágrima ó de un suspiro, tiene afrentas para los sentimientos viles, anatemas para la opresion, palmas para las acciones nobles ó heróicas, coronas de gloria para las virtudes de la patria. A este entusiasmo por la belleza moral, que hace subir el pensamiento á Dios, centro de donde viene y adonde va toda belleza, allega *Quintana* el culto de la forma hasta el punto de competir con los modelos más nobles de la poesía del gentilismo. Para convencerse de ello basta leer su canto *Á la Danza*, tan lleno de imágenes, de lozanas galas, de elegantes giros, de amor á la hermosura plástica. No os hablo de su admi-

rable canto *Al Mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna. En él ha hecho *Quintana* lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animacion y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu: hermanar el cielo con la tierra, modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

» *Quintana*, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevacion y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y ha dejado estampada en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá miéntras viva el habla castellana, miéntras alienten corazones españoles que sepan palpitar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria.»

CAPÍTULO XVI.

Copleros andaluces.—Muñoz de Leon.—Lopez de Palma.—Gonzalez de Leon.—Repiso Hurtado.—Jaen.—Escuela poética sevillana.—Su carácter meticuloso é imitador.—Su gran mérito relativo.—Miembros distinguidos de la escuela.—Pléyade poética.—Nuñez.—Castro.—Roldan.—Arjona.—Reinoso.—Lista.—Matute.—Mármol.—Escuela granadina.—Alonso.—Escuela valenciana.—Martinez Colomer.

Sevilla, la patria de los *Herreras*, de los *Riojas* y de los *Arguijos*, es decir, uno de los centros más gloriosos de noble, limpia y elevada poesía, habia caido, en el siglo XVIII, en un abismo de vulgaridad y de afectacion literaria, que dejaba atras, si cabe, los delirios *cultos* y *conceptuosos* y las insulseces *prosáicas* de Madrid, de Zaragoza, de Valencia y de Salamanca. El contagio del estragado gusto de los *Montoros* y de los *Benegasis*, que allí tambien eran mirados como lumbreras del Parnaso, no sólo fué grande en las ciudades literarias de Andalucía, sino que acabó por paralizar toda inspiracion y hasta el amor á la poesía, que habia sido en todos tiempos cualidad peculiar de la imaginacion amena de los pueblos meridionales de España. Ni un *Gerardo Lobo* siquiera se presentó á alumbrar con tibia luz aquel anublado cielo del estro antiguo de Andalucía. La conmocion civilizadora que produjeron en la nacion entera los reinados de Fernando VI y Cárlos III dió algun impulso á los adelantamientos intelectuales. En 1751 se fundó la *Academia Sevillana de Buenas Letras;* pero este instituto se consagró principalmente á estudios arqueológicos y á otras graves investigaciones científicas, y las letras amenas continuaron inertes ó envilecidas por el mal gusto y por la pública indiferencia. Coplas chocarreras, sembradas de equívocos y de chuscadas de ruin linaje, en que salian por lo comun tan mal parados el gusto como la decencia, constituian la poesía andaluza.

Uno de los poetas sevillanos ménos conocidos, y no de los peores de la extrema decadencia á que llegó la poesía andaluza durante el siglo XVIII, es *don Luis José Muñoz de Leon y Ocaña.* Habia escrito en sus juveniles años várias vidas de santos en verso, alguna en octavas, las más en romance endecasílabo, y tales eran su aficion á la poesía y su religioso espíritu, que todavía en 1771, á los setenta y cinco años de su edad, «baldado de un brazo, trémulo de cuerpo y casi ciego», escribió un prolijo poema *Á Santa Catalina de Sena* (1).

(1) El autor mismo lo refiere en el prólogo del poema. Tiene éste el siguiente título: *Rasgo aónio y poema heróico en que se describe la vida de la serúfica vírgen Santa Catalina de Sena* (códice en 4.º, 355 fojas). Este poema y las demas obras poéticas de Muñoz de Leon se hallan manuscritas en la biblioteca provincial de Cádiz. Debemos el conocimiento de este poeta á la bondad y diligencia de nuestro amigo el señor don Adolfo de Castro.

Estas obras, y otras puramente líricas, de *Muñoz de Leon* se resienten por lo comun del discreteo, del equívoco, del alambicamiento, que estragaban las letras en aquel triste período de transicion. La ménos incorrecta de sus poesías es una paráfrasis del salmo L de David, en ciento cincuenta estrofas. Algunas de ellas hay que, aunque poco esmeradas en la diccion y no del todo limpias de los resabios de la época, se acercan algo á la noble sencillez que debe reinar en la poesía sagrada. Sirvan de muestra las siguientes del exordio:

Pan de lágrimas sea
El contínuo alimento que yo use,
Porque en su gusto vea
Á qué sabe el dolor, no lo rehuse;
Que aunque lo amargo abarca,
Alimento tambien fué de un monarca.
. . . . . .
Del dolor la vehemencia
Rompa mi corazon, y en este giro,
Con tu sacra asistencia,
Tambien rompa el silencio mi suspiro;
Y puesto que á vos llego,
Lo que os pide, Señor, logre mi ruego.
. . . . . .
Y pues la voz sonora
Que amorosa expresó tu labio amanto
A aquella pecadora
Magdalena, contrita, fué bastante
A eximirla de agravios,
Oiga yo la voz misma de tus labios...

Otro de los ménos insulsos, entre aquellos copleros, fué el médico sevillano *don Antonio Lopez de Palma*, muy dado al estudio de las *humanidades;* hombre de agudo ingenio, pero que siguió la corriente de su tiempo y de su país, y malogró, como tantos otros, sus prendas naturales (1). Compuso varios escritos satíricos, entre ellos dos que cautivaron la atencion pública por el desenfado y la intencion de sus chistes: *Romances contra los tomistas*, y *Pantomimáquia patética, ó Títeres fantásticos.* Publicó esta última sátira en Málaga, con el seudónimo de *don Anónimo Chacota.* El instinto satírico de *Lopez de Palma* era grande. *Lista*, adolescente todavía, conoció á este popular poeta, y nunca olvidó su desembarazo y su donaire. *Matute* lo coloca entre los hijos insignes de Sevilla. *Gallardo* dice de él que «sin exageracion puede afirmarse que fué el *Isla sevillano*» (2). *Gallardo* exagera. *Lopez de Palma*, aunque zumbon y agudo, no tiene ni la abundancia, ni el alcance, ni el rico lenguaje, ni la intensa ironía del jesuita leonés.

Merece igualmente ser mencionado en este histórico bosquejo otro coplero sevillano, que tambien conmemora *Matute* y alaban *Lista* y *Gallardo: don Antonio Gonzalez de Leon*, que desempeñó, entre otros cargos, el de oficial del Archivo general de Indias, y fué individuo de la Academia de Buenas Letras de Sevilla. Este escritor es una verdadera antítesis de su contemporáneo y paisano *Lopez de Palma.* Éste, dado á la sátira vulgar y chocarrera, se consagraba con ahinco y respeto á las humanidades; *Gonzalez de Leon*, que con predileccion cultivaba la lírica, desdeñaba el estudio de las humanidades y «no perdia ocasion alguna de ridiculizarlo» (3). Como se ve, habia algo anómalo y singular en la índole poética de ambos escritores. *Gonzalez de Leon* leyó en la Academia de Buenas Letras un estudio titulado *Reflexiones sobre las obras de ingenio y de elocuencia.* Era hombre de pensamientos levantados, y habria podido acaso ser buen poeta en mejores tiempos y en esfera más literaria (4). Tambien

(1) Murió en Abril de 1792.

(2) Apuntes autógrafos de *don Bartolomé José Gallardo.*

(3) Palabras de *Lista.*

(4) Creemos conveniente poner aquí algun ejemplo del estilo poético de *Gonzalez de Leon*, para que se forme idea de lo que eran los mejores poetas de Sevilla en el reinado de Cárlos III. Tomamos el ejemplo de un drama alegórico relativo á este reinado:

LA SABIDURÍA.

(Recuerda el restablecimiento de la universidad de Sevilla por Cárlos III, y caracteriza las ciencias, las artes y la industria.)

Tú, grande *Teología*, santo estudio,
Que la ciencia de Dios tratas y enseñas,
Y su dogma y misterios revelados
Prestas á la observancia y la creencia;
Tú, oh *Ciencia del Derecho*, que derivas
Tu justicia del que es Justicia eterna,
De cuya potestad las potestades
Han el poder de que usan en la tierra;
Tú, *Medicina*, criada del muy Alto
Para ocurrir del hombre á las dolencias;
Filosofía, que al conocimiento
De la Causa de causas, fiel nos llevas;
Tú, oh gran *Matesis* (a), que los senos hondos
De la madre comun nos manifiestas,
Y en proporcion, en número y medida,
Á ejemplo del gran Dios, fijas tus reglas;
Vos, *Nobles Artes*, que imitais las obras
Del Hacedor de la naturaleza;

(a) Matemática.

escribió versos festivos, entre ellos, *Romances descriptivos de la vida de Olivares* (MS.), y obras ligeras para el teatro, como la zarzuela *El hijo de Ulíses* (impresa en 1768), y los sainetes *El poeta cómico* (1768), sátira contra los vicios del teatro, así de autores como de comediantes, y *El frances por devocion* (MS.), sátira contra los jóvenes infatuados con las ideas y costumbres francesas; pensamiento burlesco, que más adelante reprodujeron, en diferente forma, doña Rosa Galvez en la comedia *Un loco hace ciento*, y Sanchez Barbero en la sátira *Los viajerillos.*

Al terminar el reinado de Cárlos III, el presbítero *don Francisco Buendía y Ponce*, de escasísimo númen, compartia la gloria poética con *Gonzalez de Leon*, y ambos pasaban en Sevilla por los mejores representantes de los inmortales poetas que en venturosos tiempos habia inspirado el privilegiado cielo de Andalucía. Ambos fueron designados por aquella ciudad ilustre para celebrar el advenimiento al trono de Cárlos IV (1).

Un presbítero ilustrado y laborioso, *don Luis Repiso Hurtado*, cura beneficiado de Lucena, individuo tambien, aunque honorario, de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, y grande amigo del Conde de Noroña, gozaba en Córdoba de cierta nombradía de poeta en la segunda mitad del siglo XVIII. Escribió obras líricas y dramáticas. Pero era temerario su empeño. No hay en sus versos, impresos ó inéditos, destello alguno del arrebato de los verdaderos poetas. Sus poesías son triviales é insulsas, y con razon la posteridad las ha olvidado para siempre (2).

En Cádiz habia logrado asimismo cierta fama, y tenía por Mecénas al esclarecido Marqués de la Victoria, *don Alonso Jaen y Castillo*, zurcidor de cantos épicos de la más perversa índole que puede imaginarse. A los vicios literarios de la época, unia *Jaen* falta de imaginacion y sentido poético, y falta mayor todavía de sentido armónico. Así acaba una de las octavas del *poema heróico* que escribió *Á la vida y virtudes de la reina doña María Amalia de Sajonia, esposa de Cárlos III:*

Y el que teme insulto ó el que juzga amago,
Lo siente golpe y lo llora estrago...

¡Qué idea tendria este descaminado versificador del acento y de la cesura en los versos endecasílabos! y lo más peregrino es que el poeta que tan absolutamente ignoraba las circunstancias elementales de la métrica, era ¡quién podria presumirlo! *profesor de bellas letras* en la ciudad de Cádiz.

Ocioso sería añadir nuevos testimonios al deplorable cuadro de la poesía andaluza en el período de la decadencia. Hombres verdaderamente ilustrados, y todos ellos poetas más ó ménos aventajados, pero libres ya del vulgar ó pedantesco espíritu que allí subyugaba las letras, hicieron cuanto estuvo á su alcance por introducir en Sevilla la reforma del gusto, que tan rápidos progresos habia hecho en Salamanca y en Madrid. *Trigueros*, *Olavide*, *Jovellanos*, el padre *Miras*, *Vaca de Guzman*, *Forner:* éstos fueron, ya con el ejemplo, ya con la doctrina, los más activos promovedores de la depuracion de las letras en aquella tierra privilegiada de la gracia y de la inspiracion. *Don Pablo de Olavide*, asistente de Sevilla, no se contentaba con satisfacer para sí propio su ferviente aficion á las ciencias graves y á las letras ame-

Y tú, *Industria*, bosquejo, sombra, indicio
De la sábia y sublime Providencia;
Vosotras todas vuestro ensalzamiento
Debeis á los Borbones...

La *Jurisprudencia*, despues de manifestar sus altos oficios de conservar en paz y justicia los estados y velar sobre las costumbres, exclama:

¡Oh dulce humanidad, cuán más segura
Estás en esta edad que no en aquella
De confusion, de estrépito y desórden,
En que acalló á la ley la prepotencia,
El bando y el partido!... ¡Siglos tristes
De la desolacion y la miseria
Del humano linaje!...

(1) El padre Manuel Gil levanta á las nubes el estro de estos infelices poetas.—*Relacion de la proclamacion del rey don Cárlos IV, y fiestas con que la celebró la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.*—Madrid, imprenta de Ibarra, 1790; en fólio.

(2) Véase el artículo *Repiso Hurtado* en nuestra *Reseña de varios poetas líricos del siglo* XVIII.

nas. Reunia en su palacio á los hombres más doctos y brillantes que encerraba Sevilla, y todos tenian por dulce solaz rendir culto, con el ejemplo y la doctrina, á las letras útiles ó amenas que civilizan y ennoblecen los estados. *Jovellanos*, el religioso murciano *fray Miguel de Miras*, y más adelante *Forner*, fueron allí los primeros propagadores de las poesías de *fray Diego Gonzalez*, y los que dieron á conocer las sabrosas primicias del ingenio poético de *Melendez*, de *Iglesias* y de otros poetas de Salamanca, ciudad á la cual cupo la gloria de anticiparse á todas las demas en la restauracion de la sensatez literaria (1).

Estos laudables esfuerzos parecian estériles. La nueva doctrina no cundia. Sólo la encomiaba y aplicaba un limitado grupo de personas doctas, que, en su aislamiento, tenian trazas de antiguos sacerdotes iniciados en un misterio que habia de quedar fuera del alcance popular. Las reglas doctrinales no eran simpáticas, porque allí, áun más que en otras provincias, parecian cadenas del ingenio. Los reformadores escarnecian en sus sátiras á los copleros, y los copleros se burlaban á su sabor de los reformadores. Forzoso es confesarlo: el campo quedó, en los primeros tiempos, por las coplas desenfadadas, por los chistes vulgares, por el gusto popular desencadenado y pervertido. Pero éste era el triunfo pasajero del atraso y de la rutina. La sociedad española habia entrado en un período histórico de transformacion y de adelantamiento, y aquellas semillas de buen gusto, que ántes parecian infructíferas, calladamente habian fermentado en el entendimiento de la generacion naciente, á quien el porvenir pertenecia.

Ya cercano el término del siglo, unos cuantos estudiantes, oscuros sí, pero animosos y sedientos de gloria, realizaron casi de repente lo que no habian podido llevar á cabo los *Olavides* y los *Jovellanos*. No hablarémos aquí de la *Academia Horaciana*, establecida por *Arjona* y *Matute*, efímero ensayo de una asociacion literaria que pusiese coto en Sevilla á los delirios del mal gusto. Este laudable intento, frustrado en manos de aquellos dos mozos sin autoridad y sin influencia, tomó poco despues vida y consistencia con la creacion de la *Academia particular de Letras Humanas*. Tropiezos y amarguras tuvo alguna vez esta academia, á causa de la envidia que despertaba en los ignorantes ó en los apegados á las ideas antiguas.

(1) El malogrado caballero don Eustaquio Fernandez de Navarrete oyó referir, en su mocedad, á su sabio abuelo don Martin la anécdota del orígen de las relaciones literarias entabladas, por los años de 1775 y 1776, entre Jovellanos y los poetas salmantinos fray Diego Gonzalez y Melendez Valdés. El señor Navarrete nos la trasmitió por escrito en los términos siguientes:

«Amigo siempre Jovellanos de todo lo que valia, miéntras estuvo de oidor en Sevilla trataba mucho á fray Miguel de Miras, cuyas poesías no conozco, aunque se sabe por Melendez y fray Diego Gonzalez que celebraba en verso una belleza imaginaria ó real con el nombre de *Trudina*. Hablando un dia este religioso con don Gaspar, le dijo, no sin alguna presuncion: «Yo tengo un fraile allá en Castilla que deja chiquitos á todos los poetas de nuestro tiempo.»—Aludia á fray Diego Gonzalez, á quien el padre Miras habia conocido cuando aquél estuvo de visitador en la provincia de Andalucía, y con el cual habia trabado amistad estrecha. Jovellanos, manifestando incredulidad, le pidió muestra de sus versos, y el padre Miras escribió á Gonzalez rogándole que enviase algunos, los cuales sorprendieron agradablemente á Jovellanos, y con razon, pues si la poesía del padre Gonzalez no es de las más ricas, tiene siempre una pureza de estilo y una elegancia de lenguaje que no era fácil hallar entónces. Deseó, pues, Jovellanos entrar en correspondencia con el excelente poeta, y así lo hizo. El padre Gonzalez, cuyo nombre poético era *Delio*, le contestó que no era él solo quien cultivaba las Musas en Salamanca, y le envió copia de los ensayos poéticos de Melendez (*Batilo*) y del padre Juan Fernandez de Rojas (*Liscno*), hombre de ameno ingenio, como lo demuestran la égloga y cancion á la muerte de *Delio*, únicas obras poéticas que conozco del padre Fernandez, y su *Crotalogía, ó ciencia nueva de tocar las castañuelas*, en que se burla de la pedantería científica de los modernos.

»Con este motivo dirigió Jovellanos su epístola ó idilio á los salmantinos, pidiéndoles noticias de su vida y estudios; á que contestaron Melendez con su pobrísima oda:

»La historia de Jovino
Y el aurífero verso y tan sonoro, etc.;

y el padre Gonzalez con la hermosa y castiza composicion que empieza:

»Jovino, descendido
De claros y altos reyes, etc.

»Ni Jovellanos ni Melendez eran capaces entónces de hacer versos como los de esta composicion.»

E. F. DE N.

Pero, primero la proteccion de *Forner*, que era poderosa y resuelta, y más adelante el ascendiente mismo que iban cobrando en la opinion los académicos, por su talento, su saber, su entusiasmo y su perseverancia, hicieron triunfar á la academia de todos los obstáculos, y en pocos años llegó á constituir lo que se ha llamado la *moderna escuela poética sevillana*. Dos insignes escritores andaluces, *Lista* y *Galiano*, han consignado en sus obras la historia y el juicio crítico de esta academia. *Lista*, uno de los creadores de ella, al referir las vicisitudes, los principios doctrinales, el órden de tareas, y hasta las impresiones íntimas y amistosas de aquella interesante sociedad, da á su narracion el color simpático de los recuerdos de la juventud, el sello precioso y animado de la verdad y de la emocion (1). Pero juzga en causa propia; le embaraza el exorbitante y meticuloso amor á las formas, propio y peculiar de las doctrinas que profesó en su juventud, de las cuales, á pesar de su agudo criterio, no acierta á desprenderse, y viene á ser por ello, para tasar el valor absoluto de la escuela poética sevillana, un juez ménos abonado, ménos imparcial, ménos libre que *don Antonio Alcalá Galiano*. Imbuido éste, más profundamente que *Lista*, en la literatura general de Europa, y con especialidad en la inglesa; más convencido asimismo de la superioridad de la moderna crítica, que, dando alta importancia á la nitidez y á la correccion de la forma, antepone lo espontáneo y lo grande á lo convencional y á lo atildado; y dotado, por último, de una perspicacia analítica de primer órden, *Galiano* tenía en el presente caso una competencia eminente. Su juicio relativo no llega, ni en movimiento, ni en fuerza, al juicio de *Lista*, que recorre amorosamente las interesantes vicisitudes históricas de aquella meritoria escuela. Pero su juicio absoluto es, en cambio, magistral y decisivo. Sustituirlo con el nuestro propio, fuera vana arrogancia y estéril propósito. Copiar aquí algunos breves pasajes en que *Galiano* encierra la esencia de sus opiniones, es lo que dictan ahora el buen gusto y el buen sentido:

Casi con la llegada de *Forner* á Sevilla coincidió el formarse allí una asociacion literaria con el título de *Academia de Buenas Letras* (que hubo de ser hácia 1793), y los que la componian, dedicados especialmente á la poesía, y apénas á la prosa, salvo en lo referente á la composicion poética, ó á la crítica sobre esta misma, desde luégo aparecieron con el carácter de lo que es comun llamar *escuela*, esto es, una congregacion de hombres que, si difieren, como es forzoso que suceda, en calidades intelectuales, tienen una doctrina comun para guía en sus trabajos y para regla en el juicio de los ajenos, y hasta cierta uniformidad de estilo...

Los principales de aquella academia, ó del gremio literario que en torno de ella se formó en la capital de Andalucía, han desaparecido ya todos del teatro del mundo, en el cual han llegado algunos, en época de la nuestra muy poco distante, á representar importantísimos papeles. Si con el trascurso de los años variaron un tanto su estilo, siempre conservaron entre sí alguna y no corta semejanza. Verdad es que posteriores y graves sucesos de naturaleza política, de los que tanto han influido en la suerte de nuestros literatos en el presente siglo, vinieron á ligar á varios de ellos con un lazo más sobre los que ántes los unia; lazo que apretó la desgracia, no llevada, doloroso es decirlo, con la debida firmeza y dignidad... La escuela sevillana, en los últimos dias de los que de ella fueron lumbreras, vino á ser la de los apodados *afrancesados*, por haber servido con la pluma á los franceses, enemigos de su patria; porque dos de los miembros más distinguidos de aquel antiguo y ya acabado cuerpo, juntos con algun otro literato de la misma ciudad y época, llegaron á ser los corifeos y casi los únicos cultivadores de la literatura española en tiempo en que un gobierno duro, y por las circunstancias perseguidor de los más de los escritores de otras escuelas que le habian sido contrarios, les dió, no sólo amparo, sino patrocinio declarado, lo cual equivalia á darles un monopolio de poder é influjo...

El intento del que esto escribe, es dar á conocer la naturaleza de la escuela literaria de Andalucía de fines del siglo último y de los primeros años del presente, y á los literatos más notables que de ella y de la ciudad donde se formó, y tambien de toda España, fueron ornamento; hombres no ciertamente eminentí-

(1) *De la moderna escuela sevillana de literatura.* Artículo publicado por don Alberto Lista en el tomo primero de la *Revista de Madrid* (1838). Puede juzgarse del entusiasmo con que recordaba Lista, en la ancianidad, las nobles tareas y las desinteresadas amistades de la edad temprana, por estas palabras del citado artículo:

Muchos años y revoluciones han pasado desde aquella época; pero en cualesquiera partes donde áun existen individuos de la *Academia de Letras Humanas*, saben que son amigos, y sin necesidad de juramentos ni de ceremonias misteriosas, cuentan con un vínculo que sólo romperá la muerte. ¡Venturosa época de la vida, que no volverá!

simos, pero que sobresalian bastante en el, por desdicha, poco alto nivel de la ilustracion española...

Los sevillanos aspiraban á reproducir, á fines del siglo XVIII, la poesía del XVI y años primeros del siguiente, y á reproducirla casi tal cual era, y sobre todo, á renovar la diccion de Fernando de Herrera, su ídolo, y de los que del, á su entender, tan perfecto modelo habian sido principales secuaces é imitadores. De ello se desprende haber sido la nueva escuela sevillana tan artificial cuanto serlo cabe. La añeja costumbre de figurarse los poetas pastores, fué puntualmente por ellos seguida... Los sevillanos, al pintarse apacentando ovejas cuando, si ya no estaban ejerciendo su santo ministerio en el altar ó en el púlpito, trabajaban con la pluma en un aposento bien techado, tomaron nombres de los que eran llamados poéticos en aquella época, en que el nombre propio parecia digno sólo de la humilde prosa. *Blanco*, latinizándose el apellido para trasmutarle despues en nombre pastoril, pasó á ser *Albino; Reinoso*, de su nombre de pila Félix, sacó el de *Fileno; Lista*, de Alberto se volvió *Anfriso*, y con este nombre tomó el supuesto oficio de pescador, aunque hubo tambien de ser *Licio*, por su apellido... Los argumentos de las poesías solian corresponder al disfraz de los poetas. Siendo casi todos ellos eclesiásticos, no por esto dejaban de componer y publicar versos amatorios, sin escrúpulo ni recelo de faltar al decoro; en lo cual se repara aquí, no para reprender en ellos una conducta impropia del carácter de que estaban revestidos, pues sin duda no hubo de pasarles por la imaginacion hacer gala de faltar á lo que era una de sus primeras obligaciones, sino para mostrar que el arte con reglas engañosas, y no la naturaleza, los inspiraba, siendo fingidos sus amores, y no disimulándose la ficcion, pues los enamorados pastores *Albino*, *Fileno* y *Licio* eran quienes declaraban sus tiernos y apasionados afectos á las imaginarias *Dorilas*, *Clóris* ó *Filis*, sin que de tales galanteos y amoríos pudiese resultar tacha á los presbíteros Blanco, Reinoso ó Lista. De aquí se seguia ser fingidas las pasiones que expresaban, y que, como figuradas y no sentidas, apareciesen artificiosas, tibias ó vagas y comunes, en lugar de ser vehementes ó intensas; mero producto de las reglas de su doctrina, que les mandaban tener amores y cantarlos, indudablemente porque, como de los andantes decia el caballero de la Mancha, su famoso imitador, pensaban de los pastores imaginados que uno sin amores era «árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.» Pero á una con las poesías amatorias, las escribian los nuevos poetas sevillanos de las llamadas sagradas, ó digamos sobre asuntos religiosos, propio argumento para hombres de su santa profesion, y tal, que no sólo les consentia expresarse en obediencia á una inspiracion espontánea y genuina, sino que parecia en ellos natural desahogo de sus almas la concepcion y expresion de tales pensamientos. Sin embargo, las mismas poesías sagradas de aquellos ingenios, ciertamente no faltos ni de imaginacion ni de pasion, se resentian en gran manera del vicio radical de la fe literaria que habian abrazado. En vez de entregarse á los naturales ímpetus de una devocion sencilla, sincera y bien sentida, como aquella que inspiraba á fray Luis de Leon los magníficos trozos de su *Noche serena* ó el bellísimo principio y fin de la oda *Á la Ascension*, los sevillanos del siglo XVIII, sin duda piadosos, seguramente doctos, contenian su piedad para darle direccion; ó, lo que es lo mismo, ántes de dar natural suelta á sus afectos, buscaban en los libros ó en la memoria los términos en que debian expresarlos. Contribuia á este modo de pensar y proceder la idea que se habian formado del lenguaje poético, que llegaron á considerar como la parte principal en la poesía. Ahora, pues, áun cuando en los escritos, así en verso como en prosa, y tal vez más en la composicion en verso, sea de grandísima importancia la belleza de la forma, conviene considerar que, buscándola por remedo ó mero estudio, suele desatenderse la inspiracion que lleva á encontrarla, y tambien que la belleza de la forma, léjos de estar reñida con la sencillez y naturalidad, la quiere por consorte, sin lo cual se cae en lo que llaman los pintores amaneramiento; defecto que existe tanto cuanto en los productos artísticos, en los literarios. Que en poesía pueden y deben usarse algunos vocablos y giros que no consiente la prosa, ni áun la más entonada, es muy cierto, y tiene en su favor la respetable autoridad del príncipe de los oradores romanos, grande escritor, ademas, en prosa, y mediano en verso; el cual, comparando con el orador al poeta, declaró á este último *verborum licentia liberior;* pero, en la pasion ciega al lenguaje poético, es comun tropezar con más de un escollo, siendo de éstos uno tomar lo extravagante por lo bello y exquisito, y otro, si no mayor, más peligroso, figurarse que con el uso de frases y voces rebuscadas y peregrinas un pensamiento trivial adquiere el valor más subido. En este último yerro, y áun en parte en el primero, incurrieron los poetas de que este artículo trata, ya al producir sus obras, ya al juzgar las ajenas...

De lo hasta ahora dicho en este artículo sobre la escuela novel sevillana, posible es, y áun probable, que se suponga que quien le escribe, es de ella enteramente contrario. Pero, en verdad, si lo es, lo es sólo hasta cierto punto y mirándola bajo un aspecto, miéntras, considerándola por otro, se le declara completamente favorable. Al lado de la poesía natural, espontánea, inventora, sencilla, debe ponerse, aunque en lugar inferior, la poesía artificial, correcta, imitadora, elegante. Buscando eminencia en la primera, cuando faltan las condiciones necesarias para acertar, es comun caer en lo humilde, en lo extravagante, en lo insulso, hasta en lo pueril muchas veces. Dedicándose á la segunda, no puede haber fundada esperanza de llegar á grande elevacion; pero hay ménos peligro de caidas, y cuando éstas suceden, no son muy graves. Mucho hay que admirar en la poesía latina, y, con todo, la poesía latina es de la clase artificial, con algunas raras excepciones. La escuela sevillana conservaba ó renovaba buenas tradiciones en buenos ejemplos. No era de la poesía más alta, pero lo era de una elegante y pura, y los que de la misma escuela fue-

r n principal ornamento merecen ser calificados, si sólo de medianos poetas, de más que medianos escritores. Aun su crítica era de lo mejor para su época: no exenta por cierto de preocupaciones, enteramente externa, de reglas aplicables igualmente á todos los tiempos, y mal enterada del espíritu de algunos períodos de la historia del entendimiento humano y de las sociedades pasadas; pero en general, sana, clásica, segun se entendia á la sazon lo clásico, y estaba apoyada en una buena y bastante extensa erudicion, que abrazaba desde las letras griegas interpretadas á la latina, hasta la literatura moderna de los pueblos más ilustrados; crítica parecida á la de *La Harpe* ó á la de *Blair*, y á la cual daba realce el buen estilo y diccion correcta, y bastante, si no del todo, castiza de los escritores. En suma, la escuela sevillana, puesta en cotejo con la salmantina y la que vino á formarse en la capital de España, no aparecia desairada, y ademas tenía el mérito de no ser á ellas completamente semejante, pues mostraba ciertas diferencias que en gran parte la caracterizaban (1).

Este exámen magistral de la moderna escuela poética sevillana, cuya reproduccion nos agradecerán sin duda los lectores del presente estudio histórico-crítico, nos dispensa de manifestar detenidamente nuestro propio juicio acerca de la misma escuela, que no sería, de cierto, ni tan luminoso ni tan autorizado como el del señor Alcalá Galiano. La opinion de este insigne crítico acerca de la estrechez convencional de los poetas reformadores sevillanos del último siglo es fundadísima; pero hay que tener en cuenta que el disfraz pastoril, los emblemas mitológicos, y otras afectaciones y trabas de la rutina seudo-clásica, eran en aquellos dias achaque general de la España entera, si bien los poetas sevillanos, áun los más ingeniosos y delicados, no tenian, como Quintana y algun otro, instinto poético bastante poderoso para salir, sin extraviarse, del carril trillado y convenido. El pecado grave de la escuela sevillana, en que no habia incurrido la de Salamanca, fué el ser demasiado *escuela*, extremando la tendencia imitadora, funesta condicion del clasicismo mal entendido, y dando á la entonacion y á las formas del lenguaje cierta uniformidad palabrera y monótona. En la *Academia de Letras Humanas* se leyó con aplauso un discurso donde se clasifican los poetas por escuelas; y *Lista*, acaso el crítico de más sano instinto entre todos los académicos, tacha á Lope de Vega, en otro discurso leido igualmente en la misma academia, por haberse abandonado á la facilidad de su ingenio, y declara *malos, malísimos sus versos por la mayor parte* (2). ¡A tal punto cegaban á *Lista*, en su mocedad, las preocupaciones de la escuela de que era firme sustentador! Anteponia entónces á todo, en la poesía, la forma artificial y estudiada. Fervoroso admirador de Herrera, decia de él que habia cultivado la *poesía de diccion.* A la luz de la crítica del tiempo presente, *poesía de diccion* suena como una paradoja, ó como el error de quien toma la vestidura y el ornato por la esencia de la belleza. Algo más que diccion limpia y lenguaje entonado, robusto y peregrino, hay en el lirismo elevado de Herrera. Y es lo singular que el mismo *Lista*, que acusa á Lope de *no trabajar y corregir* sus versos, de dejarse llevar de su *imaginacion fecunda y de su admirable facilidad*, y de *no buscar modelos que imitar*, juzga que *acertó Balbuena en no haber sacrificado su abundante y noble facilidad* al trabajo y artificio de los herreristas, *que es incompatible con la soltura y la amenidad* (3). No hay que admirarse de esta contradiccion. La crítica de aquella época era imperiosa, á par que insegura. *Lista* estaba dotado de gran discernimiento, y pugnaban necesariamente en su ánimo su noble instinto y la fe de su escuela. Andando el tiempo, comprendió que Lope de Vega era tan consumado maestro en la versificacion como en el idioma, y que si se hubiese dado á *buscar modelos que imitar*, en vez de abandonarse á la impetuosa é inagotable vena de su ingenio, no habria sido Lope de Vega, esto es, el poeta más espontáneo, más sincero, más español que ha producido nuestra patria.

(1) Artículo del señor don Antonio Alcalá Galiano (*Crónica de Ambos Mundos*).

(2) Exámen de *El Bernardo*, de Balbuena. Estudio crítico leido por *Lista* en la Academia de Letras Humanas, el 15 de Setiembre de 1799. Aunque escrito bajo el influjo de las preocupaciones doctrinales de la época, es una obra notable, llena de excelentes y agudas reflexiones.

(3) Exámen de *El Bernardo.*

Pero si del juicio absoluto pasamos al juicio relativo de la escuela sevillana, fuerza es reconocer el eminente valor intelectual de aquellos hombres animosos y entusiasmados, que arrostrando innumerables obstáculos y contrariedades, acometieron con éxito la empresa de dar lustre, elevacion y pureza á las letras andaluzas, que tan desmayadas y envilecidas se hallaban en manos de gentes de gusto estragado y baladí. En esta parte los gloriosos esfuerzos de los reformadores sevillanos fueron más meritorios que los de los poetas de la escuela salmantina. Éstos encontraron la opinion favorablemente dispuesta, y más inmediatamente preparado el terreno por un *Cadalso* y por un *don Nicolas de Moratin*. Los literatos andaluces tropezaron con un espíritu público, chabacano é incorregible, que combatia con ruidosas manifestaciones la introduccion del buen gusto. De este deplorable estado de la civilizacion literaria de Sevilla en los últimos años del siglo XVIII, nos ha dejado un autorizado testimonio el célebre *Blanco*, testigo presencial, y uno de los más ilustres individuos de la escuela sevillana.

Yo me acuerdo (dice) que en mi juventud se miraba como cosa ridícula el atreverse á publicar obras de esta clase (de amenidad), y que una *Academia de poesía* que se trató de establecer, cosa de treinta años há (1794), en la biblioteca pública de San Acasio de Sevilla, dió motivo de diversion y burla á la ciudad entera, y atrajo bandadas de estudiantes que con silbos y alborotos impedian la lectura, y áun seguian á los académicos por la calle con insultos.

No arredró tanta y tan desmandada impopularidad á los campeones del gusto nuevo y depurado. Habia sonado en Sevilla, como en el resto de la nacion, la hora de la transformacion intelectual, y en breve la superioridad de la doctrina acalló el vulgar clamoreo, y el triunfo coronó la perseverancia y el noble y civilizador intento de aquellos jóvenes ilustrados. El eco de las primeras glorias de la escuela de Salamanca y de Madrid fué uno de los despertadores del genio poético de los andaluces. *Lista* dice que «la escuela sevillana no hizo más que imitar el espíritu de las de Cadalso y de Luzan», y que los jóvenes académicos descubrieron en el primer tomo de las *Poesías de Melendez* «las centellas del genio que animára á los Horacios, Tibulos y Herreras.» Y por cierto que esta amalgama de poetas entre sí tan diferentes, y tan diferentes tambien de Melendez, denota la confusa ilusion con que veian los poetas reformadores de Sevilla el carácter de la nueva poesía. La escuela moderna sevillana no logró, á pesar de las quiméricas creencias de algunos de sus individuos, el objeto que se propuso, que fué, segun afirma *Lista*, «resucitar la antigua de los Herreras, Riojas y Jáureguis.» Esto era aspirar á un imposible. La poesía verdadera no resucita nunca el espíritu genuino, ni siquiera el lenguaje espontáneo de las civilizaciones pasadas. Pero no por eso su gloria es ménos grande. En su efímera vida, puso en lugar muy alto la cultura literaria de Andalucía, y con el ejemplo y la doctrina hizo recobrar á la poesía sevillana su dignidad perdida y alguna parte de su esplendor antiguo.

A los cursantes de teología, que en un principio constituyeron por la mayor parte la escuela sevillana, se agregaron otros jóvenes aventajados pertenecientes á diversas profesiones literarias; entre ellos, *don Joaquin María Sotelo*, jurisconsulto distinguido; el médico *Matute*, más investigador que poeta, director del *Correo literario de Sevilla*, órgano de la nueva escuela; *don Santiago Key*, uno de los filósofos de la propia escuela; *don José Manuel Vadillo*, erudito, prosador poco ameno, ministro en 1822 y 1823; *don Manuel Lopez Cepero*, diputado á Córtes en dos distintas épocas, entendidísimo en materia de pintura, especialmente de la escuela andaluza. Hombres de autoridad ya sancionada por la posicion social ó por la fama, entraron tambien gustosos en aquel gremio juvenil. Fué uno de ellos el señor Álvarez Santullano, que habia sido rector de la universidad. El que más halagó y favoreció á la *Academia de Letras Humanas* fué don Juan Pablo Forner, fiscal á la sazon de la audiencia de Sevilla, al cual confió la academia el honroso cargo de *juez* de los certámenes.

Pero quien dió mayor lustre y vida á la escuela sevillana fué la *pléyade poética*, esto es, la reunion de siete poetas, que aunque con diverso númen y fortuna, y á manera de la fa-

mosa pléyade británica, contemporánea, de los *Lakistas*, que caminaba por muy diferente senda y con mayor arrojo, cautivó desde luégo la atencion general. Fueron estos siete poetas: *Arjona*, *Blanco*, *Reinoso*, *Lista*, *Roldan*, *Castro*, *Nuñez*. De este último, que desesperaba á los académicos por el incorregible desaliño de su elocucion, así como los sorprendia por las imágenes nuevas y atrevidas de sus poesías, decia *Lista*, con evidente exageracion: que en él «hubiera tenido España el Píndaro del Cristianismo, si su genio sublime y vehemente hubiese podido sujetarse al fastidioso, pero necesario trabajo de la correccion» (1). *Roldan* y *Castro* se distinguieron en la academia por algunas poesías estimables, de artificial, pero elegante estilo, de diccion bastante pura, de inspiracion escasa y harto trabajada, especialmente en la expresion de los afectos. Ambos aspiraban á la sublimidad, pero sin dar con ella. No hallando imágenes nuevas y atrevidas, oscurecian la frase cuando intentaban remontarse á mayor altura que aquella que consentia su númen. La atencion de los literatos se fijó por un momento, de un modo especial, en *Roldan*, con motivo de su óda *Á la Resurreccion del Señor*, que dió ocasion á que en la misma Sevilla fuese atacada la escuela sevillana, no ya, como ántes, por el espíritu de vulgaridad y de rutina, sino por la crítica, no mal encaminada, de un hablista de primer órden, de un literato consumado, *don Tomas Gonzalez Carrajal*, el célebre traductor de los salmos. Apasionado admirador de la noble y fervorosa sencillez de fray Luis de Leon, no le era simpática la afectacion elegante de la nueva escuela andaluza. Censuró la pretension de escribir *á lo Herrera*, y no le faltaron, para fundar su censura, razones de sano criterio. Pero no tuvo en cuenta que si remedar á Herrera era intento desacordado, no lo era ménos el que él abrigaba de imitar á fray Luis de Leon. Imitar á los poetas esclarecidos es siempre yerro; éste se agrava cuando los poetas son, por ejemplo, Garcilaso, Rioja ó Leon. Hallar la poesía intensa, sublime y animada en frase completamente natural y sencilla, es privilegio de los verdaderos poetas. Los que, como *Carrajal*, no llegan ni con mucho á ese inefable sentimiento poético, cuando quieren seguir las huellas de los grandes modelos, escriben, en vez de poesía, prosa versificada. La entonacion levantada y artificial de Herrera se imita mal; la sencillez poética de fray Luis de Leon no se imita nunca: brota del alma, y ni se cultiva ni se aprende.

Reinoso, uno de los más briosos escritores de la flamante escuela, defendió á *Roldan*, y por consiguiente, el espíritu y la doctrina que constituian el alma, por decirlo así, de la Academia de Letras Humanas. Esta controversia, sostenida por ambas partes con fuego y con ingenio, no dió más resultado que el comun de estas contiendas críticas; cada uno quedó más tenazmente aferrado á sus opiniones, y siguió escribiendo segun el tono y el estilo que preconizaba (2).

El más glorioso timbre poético de *Roldan*, en sentir de sus compañeros de academia, fué un poema titulado *Danilo*. *Lista*, principalmente, hacia de esta obra los más encarecidos elogios (3).

Entre los siete escritores de la pléyade poética, resaltaban notablemente los cuatro primeros que hemos nombrado. A decir verdad, sólo dos de estos cuatro, *Arjona* y *Lista*, eran poetas, esto es, poetas espontáneos, en quienes la naturaleza y el arte se mostraban unidos, ayudándose mutuamente en igual proporcion. *Reinoso* y *Blanco* eran poetas de estudio más

(1) *De la moderna escuela sevillana de literatura.*

(2) Alcalá Galiano, *De la escuela literaria formada en Sevilla á fines del siglo próximo pasado.*

(3) El original de este poema estuvo, muchos años há, en el archivo de la *Academia de Letras Humanas*. Pasó despues sucesivamente á manos de los señores Reinoso, don Juan Gualberto Gonzalez, don José Perez de Anaya y don José del Castillo y Ayensa. A la muerte de este último se ha extraviado el manuscrito. En Sevilla, adonde fueron á parar los papeles del señor Castillo, han sido buscados con empeño por nuestros amigos los distinguidos literatos señores Martin Villa, Fernandez Espino, Bueno, y de Gabriel, así este poema como otro titulado *La Belleza*, obra de Blanco, tambien muy encomiada, que corrió las mismas vicisitudes que el *Danilo*. Todo infructuosamente. Hemos perdido la esperanza de leer estos celebrados poemas,

que de inspiracion, y el arte sobrepujaba en ellos visiblemente á la naturaleza. De *Blanco* hablarémos en el capítulo siguiente, consagrado á recordar algunos poetas en cuyas creencias y sentimientos dejó profunda huella la conmocion moral y política que recibió el mundo por aquellos dias. Dedicarémos ahora algunos renglones á calificar someramente, cual conviene al presente estudio, el valor poético de *Arjona*, de *Reinoso* y de *Lista*.

Don Manuel María de Arjona, aunque muy aficionado al cultivo de las letras amenas, lo era mucho más á los estudios graves, que requieren meditacion y prolijas investigaciones. No le arredraba la fatigosa exploracion de archivos y de bibliotecas, y dejó varios escritos sobre la historia eclesiástica, especialmente una *Historia de la Iglesia bética*, y una defensa é ilustracion latina del Concilio Iliberitano. En union con otros estudiosos jóvenes, logró, venciendo estorbos poderosos, establecer en Sevilla una academia de historia eclesiástica (1). Fué ademas consumado helenista; pero, como todos los helenistas de aquel tiempo, á excepcion de los alemanes, no vió la literatura griega sino al traves del prisma romano, que la desnaturalizaba con su propia fuerza, y no comprendió el espontáneo y desembarazado espíritu que la animaba. Su viaje á Roma, en 1797, hecho en compañía del arzobispo de Sevilla, don Antonio Despuig, contribuyó á dar mayor ensanche y madurez á sus ideas literarias. Sus afanosas tareas de historia eclesiástica y de derecho canónico no embotaron en su entendimiento la facultad poética, pero dieron á sus versos cierto carácter sentencioso, que no desdice de la poesía austera y elevada. Era, entre sus compañeros de la escuela sevillana, el que tenía estro más fácil y espontáneo. Ellos mismos reconocian y proclamaban el talento poético de *Arjona*. Muchos años despues, *Blanco*, evocando en Lóndres los sabrosos recuerdos de la mocedad, escribia estas palabras: «Por desgracia de sus amigos y de la literatura española, ha fallecido *don Manuel María de Arjona*, poeta de tan fecundo y elegante ingenio, que ninguno le excedia en aquella época.» *Lista* admiraba á *Arjona* no ménos que *Blanco*, y solia decir, cuando de él hablaba, que «sus poesías eran tan delicadas como las más célebres de Grecia.»

Prescindiendo de estos exorbitantes juicios, inspirados en no pequeña parte por la justicia, y en mayor parte todavía por el entusiasmo de la amistad apasionada, no es dable negar que el famoso canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba estaba dotado de no comun instinto poético. Pero, así como todos aquellos que rindieron culto á las escuelas imitadoras, embargaba su númen por no apartarse un punto de la sujecion doctrinal, y enredaba y comprimia con frecuencia su estilo bajo el peso de la balumba mitológica. El númen de *Arjona*, si bien firme y encumbrado, no se prestaba fácilmente á la entonacion rígida y solemne de Herrera, ídolo de la pléyade sevillana. Las formas espléndidas cautivan á las escuelas literarias, que se pagan siempre sobradamente del artificio artístico, y no es maravilla que el bíblico cantor de la batalla de Lepanto fuese preferido como dechado á otros poetas de más llano y natural estilo. Nos parece, sin embargo, que á la índole de *Arjona*, como á la de los demas insignes poetas de la escuela sevillana, con la única excepcion acaso de *Reinoso*, el más artificial de todos ellos, habria cuadrado mejor un estilo juntamente noble y sencillo, semejante al de Leon y al de Rioja. Se advierte esto claramente en las poesías de *Arjona*, áun en las inspiradas por asuntos elevados, como *Las ruinas de Roma*, una de las más celebradas. Ignoramos si quiso imitar la poesía de carácter artificial, de mister Dyer, titulada *The ruins of Rome*, obra muy aplaudida en tiempo de *Arjona*. La composicion española

(1) *Sotelo* escribia desde Sevilla á *don Martin Fernandez Navarrete*, el 22 de Marzo de 1794, lo siguiente:

«*Arjona* y yo no hacemos en el dia más que revolver concilios y padres, para fomentar una academia de historia eclesiástica que hemos establecido en el colegio, y que creemos florecerá, á pesar de los increibles esfuerzos que ha hecho, para impedirla, el sabio claustro de esta universidad literaria. Ambos hemos abandonado á las Musas.» (Carta autógrafa de Sotelo.—Papeles de Forner.)

es, á decir verdad, bastante inferior en claridad, en fuerza, en fantasía histórica, á la poesía del escritor inglés; pero tiene trozos de alto sentido, de inspiracion severa, y el estilo, aunque amanerado, como estilo de escuela poética, tiene nobleza y energía, sin acercarse en nada á la frase insólita, al subido tono, tambien amanerado, de Fernando de Herrera.

Cuando *Arjona* no habla el lenguaje convencional aprendido, sino el lenguaje de la naturaleza; cuando no se vale de rodeos emblemáticos para expresar afectos é ideas, sino del estilo llano, directo y noble que brota del corazon mismo, entónces su poesía es mucho más simpática, y por decirlo así, más *poética*. La cancion *El Desengaño*, por ejemplo, tan sencilla, tan modesta en su forma y lenguaje, vale, á pesar del descuido con que está escrita, más que la mayor parte de las composiciones elevadas y *doctas* de Arjona. ¡Cuánta verdad y cuánta sensibilidad hay en esta estrofa!

Gozando vuestros halagos,
Á mí mismo me decia:
Ya no soy de aquella impía;
Ya está libre mi razon.

Ésta, sí, es amante dulce....
Pero Dorila no es ésta,
Era toda la respuesta
Que me daba el corazon.

En una carta que desde Roma escribió á un amigo suyo, dice *Arjona:* «Tú me dices y encargas que escriba canciones y sonetos en alabanza de reyes y de roques, y yo no soy capaz de formar un verso si algun particular motivo ó afecto no me estimula á hacerlo con un verdadero é íntimo sentimiento del corazon.» Cuando *Arjona* seguia, en efecto, esta sana y sincera tendencia, que era la natural de su númen, escribia, si no con viva fantasía, con ingenio y á veces con vigor y profundidad. La diccion en sus poesías es poco acendrada, y á menudo desaliñada la versificacion. Pero algunas de sus obras se leen con gusto todavía, porque las anima la sinceridad de los sentimientos ó la fuerza de la intencion moral (1).

De *don Félix José Reinoso*, tan notable como escritor en prosa, no hay en verdad, como poeta, mucho que decir en el presente estudio. Su poesía no es ni abundante, ni fácil, ni natural, ni inspirada. Es demasiado docta, demasiado reflexiva, demasiado hábilmente concertada, acaso demasiado elegante. Todas estas nobles prendas son insuficientes en la poesía, si no andan hermanadas con la espontaneidad, la viveza, el fuego que brotan por natural impulso del estro verdaderamente poético. La poesía de *Reinoso* es la que se forma diestramente con el talento y el estudio. Por lo visible y lo extremado de sus prendas artificiales, puede de ella decirse, como se dice de algunas personas, que tiene los defectos de sus cualidades. El arte, en las obras de imaginacion, no basta por sí solo á producir verdadero hechizo; y ademas, el arte no es perfecto y poderoso sino cuando sabe esconderse á sí mismo. Un solo acento espontáneo del alma vale más que todos los primores de la correccion y de la ciencia. Desgraciadamente estas centellas del alma no se encuentran en las obras poéticas de *Reinoso*. Por eso sus brillantes odas *Á las artes* y *Á la creacion*, á pesar del entendimiento que resplandece en ellas, están hoy olvidadas. Una de sus obras más admiradas fué la *Oda á la muerte de Cean-Bermudez*. No puede negarse que está esmeradamente concebida y escrita, y se lee con gusto por la firmeza del estilo y la nobleza de la entonacion. Pero ¿dónde está la novedad de imágenes, la frase conmovida, la fuerza de sentimiento que el asunto requiere? El descontentadizo *Gallardo* se burló ásperamente de esta oda, en general con poco acierto y justicia. Pero tiene razon cuando dice: «La afectacion de sensibilidad es la más fastidiosa de todas las afectaciones. Éste no es el idioma del dolor; el dolor no se explica con tan filatera retrechería» (2).

(1) La familia de *Arjona* ha tenido la bondad de franquearnos las poesías autógrafas de este ilustre escritor, que en balde han buscado, con el objeto de darlas á la estampa, sus admiradores de Córdoba y Sevilla. Hay entre estos papeles, largos trozos de la traduccion que hizo *Arjona*, en asonante endecasílabo, de la *Andrómaca* de Racine.

(2) *El Criticon*, número 2, 1835.

Tambien se burla *Gallardo* de la pretendida perfeccion métrica de *Reinoso*, citando las siguientes

Gallardo, que nada perdona, censura fundadamente, como insonoro, el siguiente verso de *Reinoso:*

Eterno vive do no agravia el hado;

pero, á pesar de este desliz métrico y de algunos otros muy contados, puede afirmarse que los versos de *Reinoso*, si escasos de encanto rítmico, como nacidos de inspiracion forzada, son casi siempre llenos y numerosos. Prueba de ello son las octavas de *La Inocencia perdida*, que es la obra principal que dió á su autor fama de poeta. Con el entusiasmo propio de neófitos de la naciente escuela, dieron los literatos sevillanos á este poema desmedida importancia. El renombre de *Reinoso* la acrecentó despues durante algun tiempo. Juzgando hoy con la imparcialidad severa que á la posteridad corresponde para avalorar las obras humanas, forzoso es reconocer que *La Inocencia perdida*, sin embargo de algunas incontestables prendas que en ella resaltan, no pasa de una estimable medianía entre las producciones poéticas de cierta extension y de elevado objeto. Temeridad, disculpable sólo por la inexperiencia literaria, fué sin duda, en la Academia de Letras Humanas, dar por argumento de un certámen «la caida de nuestros primeros padres», habiéndose de reducir la obra á las dimensiones de un poemita. El asunto, harto ambicioso y grande para el exiguo espacio á que se le sujetaba; la falta de grandiosa sencillez, que era como dogma implícito de aquella atildada escuela, y hasta la competencia insensata que el argumento imponia de suyo con la obra inmortal de Milton, *El Paraíso perdido*, eran graves y escabrosos obstáculos, con los cuales habian de tropezar necesariamente los poetas competidores. *Reinoso* y *Lista*, rivales en tan arduo empeño, dieron señales patentes, de vigor y elegancia el uno, de fluidez y facilidad descriptiva, algo desmayada, el otro. Ninguno de los dos pudo ni supo elevarse á la grandeza bíblica, ni crear caractéres semejantes al *Satanas* y á la *Eva* de Milton, ni infundir á la fantasía el arranque fantástico adecuado al peregrino cuadro, ni hallar siquiera la entonacion que el asunto requiere. La academia no pedia tanto, y por consiguiente, con razon admiró y premió *La Inocencia perdida*, de *Reinoso*, poema más robusto y mejor concertado que el de *Lista*, y en el cual hay hermosas octavas, si bien labradas todas, por decirlo así, con cincel rígido y cuidadosamente guiado (1). *Galiano* ha pintado el artificial estilo de *Reinoso* con esta imágen donosa y expresiva: «No es aquella poesía un raudal, que con ímpetu brota, copioso, fresco y cristalino, de las entrañas de la tierra; es el juego de aguas artificioso de una fuente, á que da salida el fontanero, y no sin conocerse que la llave del conducto está un tanto premiosa.»

Quintana censuró el argumento elegido por la academia, pero no por razones de sana crítica, sino reproduciendo la errada doctrina de Boileau de que los asuntos de la religion cristiana no son propios para la poesía. Su juicio sobre *La Inocencia perdida* está inspirado por el más benévolo espíritu, colma el poema de alabanzas, y sin embargo, advierte con harta razon que la parte dramática es inferior á la descriptiva. Otra observacion de gran sentido hace Quintana, comparando *La Inocencia perdida* con *El Paraíso perdido*, que no podemos ménos de reproducir, así porque contribuye á tasar debidamente el valor absoluto del poema

estrofas, que copiamos aquí como muestra del estilo poético de este escritor:

Vuelve á mis manos, olvidada lira;
Y si al fugaz contento
Ya no responde tu cansado acento,
Sosten mi flaca voz cuando suspira:
Ministra un tiempo del alegre canto,
Hora templa mi llanto;
Llanto debido á la virtud severa,
Debido á la fe pura,
Y á los talentos que en la tumba oscura
Con *Bermudo* lanzó la parca fiera.
¡Ay! llanto inútil para dar la vida
A la sombra querida.....

Aludiendo á estos versos, dice Gallardo: «Tras este flauteado de rimas, que van en escalerilla, como cuando se teclean, para probarle, los registros de un órgano nuevo, de la primera á la segunda estrofa, *ira-ira*, *era-era*, *ura-ura*, *ento-ento*, *anto-anto*, nos anda el cantor en discantes sobre si el discreto muere ó no muere como el necio, y el bueno como el malo: que sí, que no.»

(1) Fué adjudicado el premio en junta pública, el 8 de Diciembre de 1799.

de *Reinoso*, como porque da idea de la perspicacia crítica del gran lírico moderno. Descubre éste una especie de contrasentido respecto del carácter de Eva, y lo explica de esta manera:

La serpiente en Milton llama la atencion de Eva, no por su terribilidad, sino por lo bello y vistoso de sus formas y de sus colores. La atencion se convierte luégo en maravilla al oirla articular palabras, ¡y qué palabras! Eva en ellas es la soberana del universo, la imágen más noble del Criador, digna de mandar á los ángeles..... ¿Cómo es que habla? se pregunta Eva; y el tentador le responde que el fruto delicioso de un árbol le ha dado la palabra y una inteligencia divina..... A la vista del árbol prohibido resiste á la tentacion; pero las sugestiones pérfidas del seductor, la vista hermosa del árbol, el aroma que despide el fruto; todo parece que naturalmente la conduce á vacilar y á caer..... En la obra del poeta español la serpiente es horrible, no vistosa; sus palabras, en vez de ser de insinuacion y artificio, son de blasfemia y de indignacion; y es claro que este lenguaje, en vez de persuadir á Eva, debia, al contrario, repugnarle y horrorizarle (1).

Quintana señala varios versos, como éste:

Airado sacudió el rayo primero,

que, por la violencia de las sinalefas, carecen completamente de cadencia armónica. Censura asimismo el uso de voces nuevas ú olvidadas, como *podrecida*, *frutecida*, *nudo* (por desnudo), *pavorida*, *en paga* (por en pago), y otras, porque no ofrecen en su empleo «aquella razon de necesidad ó de energía con que se disculpen ó se autoricen.» No perdona tampoco frases viciosas como ésta:

Salen ¡ay! *la mansion* de la alegría,
Donde ¡infelice yo! nacer debia.

Todas estas extrañas audacias de diccion en un hombre que es dominador de su lengua y de su estilo, denotan únicamente la dificultad con que *Reinoso* componia sus versos. Varon de grande entendimiento, pero de escasa fantasía poética, falta por completo á sus poesías el espontáneo desembarazo que acompaña á la verdadera creacion literaria. Carece *Reinoso* de originalidad vigorosa, y hasta aquel notable verso

El intentarlo sólo es heroismo,

que ha sido tantas veces repetido como una sentencia proverbial, tiene su original en este otro verso de Gerardo Lobo:

Que ya es hazaña desde que es intento (2).

El campo de verdadera gloria literaria para *Reinoso* no fué la poesía. Fué el exámen crítico de las artes, de las letras y de la política. Muy distantes estamos nosotros de aplaudir la doctrina que constituye el fondo lógico del *Exámen sobre los delitos de infidelidad á la patria;* libro por muchos mirado como un escándalo patriótico, en la época de su publicacion, y al cual llamaron despues, unos burlescamente *el Alcoran de los afrancesados* (3); otros, con rigor excesivo, *Defensa de la traicion á la patria* (4). El libro, como alegato político, no es, en verdad, sino un elocuente sofisma, como que la esencia del pensamiento general estriba en confundir la conquista consumada con la conquista resistida; pero la obra, por el calor de las acusaciones, por la vehemencia de los raciocinios, por la artificial elegancia y rigidez misma del estilo, vivirá como un señalado testimonio histórico de las pasiones y de los caractéres políticos de aquellos azarosos tiempos. En el *Curso filosófico de literatura;* en el *Discurso inaugural sobre la influencia de las bellas letras;* en varios artículos sobre bellas-artes; en otros de filología y crítica, escritos con motivo de la traduccion de la *Historia de la literatura española*, de Boutterveck; en el *Estudio sobre la belleza;* en el *Juicio crítico de la Gra-*

(1) *Variedades de ciencias, literatura y artes*, tomo III; 1804.

(2) *Canto épico al sitio de Campo-Mayor.*

(3) Don Juan Nicasio Gallego.

(4) Don Antonio Alcalá Galiano.

mática general, de Hermosilla, y en otras obras, dió *Reinoso* luminosas muestras de vária y profunda instruccion y de elevado discernimiento crítico (1). Son muy dignos de aplauso el tino y la sagacidad con que *Reinoso* explica el sentido de la poesía castellana de los buenos tiempos, para defenderla de errados juicios. Recordamos, por ejemplo, la ingeniosa y acertada defensa que hace, contra Martinez de la Rosa, de aquel final de un célebre soneto:

. . . . . ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

y asimismo del último verso de otro soneto de Lupercio de Argensola, igualmente famoso, que dice de este modo:

Y déjalo al amor sus glorias ciertas;

demostrando que no son fundados los reparos del insigne poeta granadino, porque no interpretó correctamente el sentido de las ideas y de las palabras de Argensola.

Procuremos medir ahora con exactitud, en breves palabras, el talento poético de *don Alberto Lista*, el más ameno, el más variado, el más flexible, el más simpático de los poetas modernos sevillanos. Para los que, como nosotros, han conocido á este varon esclarecido, la imparcialidad, áun para los más rígidos, es difícil. *Lista* cautivaba para siempre la voluntad. Sus dulces prendas de carácter, su apacible trato, su conversacion viva é ingeniosa dejaban en el ánimo indelebles recuerdos. Su índole intelectual era, por decirlo así, enciclopédica. Tenía poderosas facultades, no sólo diferentes, sino de aquellas que se contradicen y se combaten. Ser á la vez matemático y poeta, y serlo en línea muy alta, es privilegio singular concedido á muy pocos. Por esta misma flexibilidad, era dado á su númen abarcar géneros de diverso carácter. Tenía notables prendas de poeta, y como tal, traspasa bastante el límite de la medianía. Pero no llegó nunca á los espacios más altos del arte. Faltábale para ello la originalidad impetuosa, el arranque lírico, la magia peregrina que constituye el estro de los grandes poetas. Sabe expresar pensamientos é imágenes comunes con más gala, facilidad y limpieza que sus compañeros de Sevilla; imita con elegancia y gallardía, y á veces parece que quiere romper las trabas convencionales que embarazan su númen. Pero la educacion y el gusto doctrinal reinante habian encadenado irremediablemente aquel ingenio, nacido para volar con las alas de su feliz instinto. Su facilidad misma se convirtió en el principal enemigo de su lozana musa, pues llegó de tal modo á connaturalizarse con el lenguaje artificial, que es á menudo difuso y palabrero, por seguir en demasía el espíritu de imitacion, la elocucion estudiada y el arsenal mitológico, resabios de su escuela. Sin duda por buscar ese malhadado *estilo poético*, tan mal comprendido cuando se le hace consistir en las imágenes de convencion y en la compostura de la frase, empieza *Lista* una de sus odas en esta forma trivial y enfadosa:

Doctas pimpléas, que las verdes faldas
Morais, alegres, del feliz Parnaso,
Donde Castalia su inspirante onda
Vierte suave.

¿No es lamentable que el ilustre poeta, ya anciano, esto es, cuando la crítica literaria europea, firme y acrisolada, habia condenado la mitología griega, como elemento falso y ridí-

(1) Algunas de estas obras, y otras que aquí no se mencionan, permanecen inéditas. Las demas se han publicado, total ó parcialmente, ya por separado, como el *Discurso inaugural;* ya en varios periódicos, como *El Censor*, la *Revista de Madrid*, la *Gaceta de Madrid* y la *Gaceta de Bayona*.

Nuestro difunto amigo, don Francisco Perez de Anaya, ilustrado biógrafo de *Reinoso*, poseia ejemplares ó copias de casi todas las obras de este ilustre escritor.

culo en la poesía cristiana, dirija á don Ventura de la Vega, su discípulo predilecto, los siguientes versos?

Cuando tu lira, que templó Dïone,
Cánticos dulces de amistad resuena,
Y el nombre humilde de tu caro Anfriso
Robas al Orco.....
.....Oh jóven, á quien dieran
Su blando beso Melpomene y Clio,
Canta, y las rosas que el Parnaso riega,
Ciñe á tu lira.
. . . . . .
No olvides ántes visitar las aras
Y el templo austero de la gran Minerva,
Y en vez de mirto, roble misterioso
Ciñe á tus sienes.

En este mismo tono está escrita la oda entera. ¿Y á qué ese enredado artificio de frases triviales y de manoseadas alegorías? ¿A qué esa extravagante imágen de las Musas besando al poeta? Todo para decir á Vega cosas cariñosas y sencillas. ¿Qué poesía es ésa que, perdida en pobres y afectados rodeos, no sabe hablar el idioma limpio y directo de los afectos verdaderos, y para cuya completa inteligencia es forzoso tener á mano un Diccionario de la Fábula? Esos versos, que se alimentan exclusivamente con la afectacion y el emblema, ni el docto los aprecia, ni el pueblo los entiende.

Cuando, por la índole histórica, familiar ó sagrada del asunto, sacude *Lista* la molesta carga de ficciones insulsas, y prescinde del *estilo poético* amanerado, campea entónces, ingeniosa, tierna, elegante, y algunas veces inspirada, la poesía del poeta sevillano. En algunos bellísimos sonetos, en varios romances del pescador Anfriso, en ciertas composiciones ligeras, *Lista* es *Lista*, y no el sectario de su escuela. En las odas profanas le faltan por lo comun vida, entusiasmo, verdad y movimiento. En las poesías sagradas resalta la fervorosa fe del creyente sincero; pero se ve patente el laborioso estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia; nunca el amor divino de san Juan de la Cruz, la fantasía mística, la naturalidad sublime de santa Teresa y de fray Luis de Leon. Un escritor ha dicho que *Lista* fué sublime *una vez*, en su oda *Á Cristo* (1). La oda es magnífica en efecto; pero la sublimidad no pertenece sino en parte á *Lista*, el cual usa en esta composicion un lenguaje noble, ferviente y concentrado. Las principales imágenes é ideas de las poesías religiosas de *Lista* están sacadas, oportuna y hábilmente, de san Anselmo, de san Buenaventura y de otros escritores sagrados. La Academia misma de Letras Humanas señaló á *Lista*, en 1800, el *Apocalípsis* como manantial de inspiracion para la composicion de su oda *Á la Concepcion de nuestra Señora*. El poeta salió con gran lucimiento del difícil empeño. El recóndito espíritu del *Apocalípsis* no se imita y apénas se comprende; pero la sublime lectura dió al estro de *Lista* un insólito vuelo, y sus imágenes, sus descripciones y su estilo tienen gran fuerza y natural desembarazo. La poesía de la escuela salmantina ejerció visible influencia en el desarrollo de la escuela sevillana, y *Lista* imita alguna vez las poesías filosóficas de Melendez, especialmente en su oda *Á la Providencia* (2).

En los asuntos profanos, que requieren vigor y entusiasmo, la musa de *Lista* decae, y de donosa, viva y elegante, se torna ampulosa y violenta, y por lo tanto afectada y poco simpática. Por eso su oda *Á la victoria de Bailén* es glacial cuando quiere parecer vehemente y encendida. Una esfera de apacible luz, donde el poeta puede sentir sin arrebato y pintar sin ostentacion, es la que conviene á *Lista*. En ella encuentra acentos llenos de gala y á veces de ternura, en que la expresion, á más de noble, es rica y espontánea. ¿Quién no olvida los artificios académicos que tanto ataban el númen de *Lista*, al leer versos tan elegantes y sencillos como éstos de la oda *Á la Beneficencia*?

Dulce ilusion, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,

(1) Monsieur Antoine de Latour.

(2) Véase la oda de Melendez que empieza:

En medio de su gloria así decia
El pecador: «En vano.....

Huye veloz, como la luna herida
Del triunfante esplendor de la mañana.

Una de las composiciones más celebradas y con más lozanía escritas y versificadas, es *La Vida humana.* Aunque está considerada como poesía filosófica, es obra de puro ingenio, y más de poeta que de filósofo. La filosofía es harto superficial, y se reduce á una simple metáfora, á la vulgarizada comparacion de las vicisitudes comunes del hombre con las transformaciones progresivas de una fuente. Hay en esta composicion octavas tan bellas como la siguiente, en que pinta al arroyo convertido ya en rio impetuoso:

Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras;
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apénas llenaba sus riberas.
Bate, si crece, el torreon alzado;
Los troncos vuelca, inunda las praderas:
No hay ley, no hay freno que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imágen.

Aquí el tono poético, la frase despejada, propia y cadenciosa son prendas de valor muy subido; pero al cabo es poesía alegórica, y las alegorías y los emblemas, adorno y lustre del estilo si están oportuna y sobriamente empleadas, no constituyen por sí mismas toda la poesía, que, cuando es en alto grado espontánea é inspirada, sale directa, sencilla y desembarazadamente del alma. Esto acontece á la musa de *Lista* en la oda al sueño, titulada *El himno del desgraciado.* Tuvimos el gusto de oir la historia de esta preciosa composicion de los labios mismos del ilustre anciano. Vuelto *Lista* de la emigracion en 1817, vivió algun tiempo en Pamplona, en casa de los marqueses de Besolla, sus amigos y protectores. Atribulado su espíritu con la situacion falsa y desvalida en que se encontraba, á consecuencia de las vicisitudes á que le habian arrastrado tristes é imperiosas circunstancias, se hallaba en uno de esos momentos en que devoran la vida el desaliento, la incertidumbre y la angustia del corazon. Melancólicas cavilaciones le robaban el sueño. No lograba dormirse hasta despues de rayar el alba, y por consiguiente no era madrugador. No asistia con puntualidad á la hora del almuerzo, y la Marquesa solia interpelarle por ello, acusándole de dormilon en tono cariñoso y festivo. *Lista* le contestaba que el sueño es el único alivio de los desdichados que ven nebuloso y cerrado el horizonte de su porvenir, y una mañana, despues del almuerzo, escribió rápidamente *El himno del desgraciado.* Esta poesía es una joya literaria. En balde empieza invocando á Morfeo y recordando el *estilo poético* de la escuela sevillana. Era un momento de verdadera inspiracion, y *Lista* continúa escribiendo, sin saberlo, con el estilo poético de la naturaleza. Las palabras y las frases no pueden ser más naturales ni más llanas; la poesía del estilo está en el sentimiento sincero, en el misterioso impulso del alma, que mueve al poeta. Hé aquí una muestra de aquellas bellas y concisas estrofas:

¿De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo,
Sólo despierto yo para la pena?
El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿Qué son ¡ay! para el triste, que ha perdido,
Ultimo bien del hombre, la esperanza?
Corta el hilo á mi acerba desventura,
Oh tú, sueño piadoso;
Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.
Ignorada de sí yazga mi mente,
Y muerto mi sentido,
Empapa el ramo para herir mi frente
En las tranquilas aguas del olvido...
Vén, termina la mísera querella
De un pecho acongojado;
¡Imágen de la muerte! despues de ella
Eres el bien mayor del desgraciado.

Del carácter de *Lista* dirémos solamente, por la relacion que la índole del hombre tiene siempre con las cualidades del escritor, que carecia de enérgico temple, y que, defendiendo causas políticas opuestas, dió motivo á que se le tachase en épocas distintas de inconsistente

é inseguro en sus principios (1). Sólo podemos decir en favor de *Lista* que esto no era en él, ni la infidelidad del apóstata, ni la indiferencia del cínico; era meramente la debilidad del menesteroso. *Lista*, con índole más entera y con más ardoroso espíritu, habria sido un crítico ménos apegado á las doctrinas rutinarias, y un poeta más arrojado y vigoroso. Sea como quiera, su bondad inalterable, su asidua y cariñosa voluntad para la enseñanza, y otras excelentes prendas privadas, hicieron olvidar sus yerros políticos, y su nombre ha quedado rodeado de una aureola luminosa de afecto y de gloria.

Al lado de la pléyade giraban, en órbita más estrecha, poetas de inferior talento y resplandor (2). Sólo mencionarémos dos de ellos, *Matute* y *Mármol*. Ambos tienen títulos especiales, que los hacen merecedores de un recuerdo, por la fe y la constancia con que ayudaron á la prosperidad y al buen nombre de la escuela sevillana.

Don Justino Matute y Gavidia, sevillano insigne, se distinguió por su fervorosa aficion á las letras, por su erudicion y por el vivo amor que profesaba á su ciudad natal. No sólo se consagraba animoso al estudio de las letras amenas, sino que se afanaba por infundir su entusiasmo en el ánimo de los demas. Con la publicacion del *Correo literario de Sevilla* logró, para gloria suya, tan noble propósito. Allí escribieron los principales restauradores del gusto literario en Andalucía, Castro, Roldan, Blanco, Nuñez, Reinoso y otros varones de saber y fama. Su *Bosquejo de Itálica*, su *Historia de Triana*, sus estudios sobre los *Anales de Sevilla*, como continuador de Ortiz de Zúñiga, y sus *Hijos de Sevilla señalados en santidad, armas y letras*, son honrosos testimonios de su laboriosidad, de su buen gusto y de su patriotismo (3). Prosador claro y castizo, es digno de no poco aprecio *don Justino Matute*. Como poeta no merece más alabanza que aquella, de suyo limitada, que no debe negarse á quien abriga en sus versos sana y elevada intencion moral. Pero esta intencion no basta para merecer la inmarcesible corona del poeta. *Matute* carecia de inspiracion, de naturalidad, de vigor poético, de gracia, de soltura, y muy especialmente de cadencia y de encanto rítmico. Por ningun lado era poeta.

El doctor *don Manuel María del Mármol*, con quien nos unieron amistosas conexiones en nuestra primera juventud, para la poesía lírica elevada no tenía estro alguno. En el romance narrativo no le faltan ni gala ni desembarazo. Su principal título al aprecio de sus contemporáneos y al respeto de la posteridad es la perseverante ternura con que consagró todas las facultades de su alma á la enseñanza de sus discípulos. Durante medio siglo se le vió afanarse por ellos sin tregua ni descanso, no como un maestro solícito, sino como un padre cariñoso.

Con ménos trascendencia y fama que en Salamanca y en Sevilla, habíanse formado en Granada y en Valencia centros literarios, compuestos de hombres de instruccion y de ingenio. La poesía era grandemente cultivada; y si no produjo obras inmortales, privilegio divino de raros tiempos y de muy pocos hombres, contribuyó á dar vida y fomento á la accion civilizadora que ejercen las letras en la sociedad humana.

Granada daba por aquel tiempo plausibles señales de movimiento literario. El canónigo *don José Antero Nuñez*, que se ocultaba con el seudónimo de *Amato Benedicto; don José*

(1) «*Lista*, despues de haber celebrado la victoria de Bailén, de haber escrito la bella proclama, más poética que la oda al mismo suceso, con que anunció el triunfo á España y al mundo la Junta de Sevilla, y de haber cooperado á *El Semanario patriótico* y á *El Espectador sevillano*, pasó á ser gacetero del gobierno intruso, y á vilipendiar la causa que habia ántes abrazado y defendido; de lo cual le vino estar desterrado algunos años, hasta que, vuelto á España, trabajó, más que como poeta, como escritor político, poniéndose al servicio de gobiernos de várias y encontradas opiniones; sustentando un dia lo que el anterior habia impugnado.» (*Antonio Alcalá Galiano.*)

(2) *Minora sidera*, los llamaba Galiano.

(3) Los *Hijos de Sevilla*, cinco volúmenes en 4.º Esta y otras obras de *Matute* están todavía inéditas Mengua es de nuestro tiempo tal indiferencia para con las glorias pasadas.

Vicente Alonso, *don Mariano Perez Bueno*, *el padre Domingo Quirós*, trinitario descalzo; *don Pedro Juez Sarmiento*, y otros ingenios, por la mayor parte festivos y de no muy acendrado gusto, fomentaron con sus poesías el amor á las letras amenas, y contribuyeron de este modo á la cultura general del país, formando una especie de *escuela*, segun llamaban entónces á estos centros de actividad literaria, de la cual salieron más adelante Martinez de la Rosa, don José Fernandez Guerra, don Mariano José Sicilia, don Nicolas Peñalver Lopez, don Juan Bautista Salazar, y otros, que se distinguieron notablemente, ya por su erudicion, ya por su buen gusto, ya por la viveza de su ingenio.

Alonso, autor del famoso sainete *Pancho y Mendrugo*, fué uno de los poetas granadinos, formados á fines del último siglo, que se granjearon mayor nombre y popularidad. Su poesía, pastoril, amorosa ó sentimental, es por lo comun verbosa y desaliñada. No faltan en ella, sin embargo, versos felices y algunos movimientos de sincera sensibilidad. Pero se trasluce que el poeta no está en el campo natural de su inspiracion. Donde resplandece su ingenio es en la poesía festiva. Su desenfado es tal, en pensamiento y frase, que várias de sus obras, escritas sin duda para íntimo solaz y pasatiempo, no pueden ser dadas á la estampa. Una de estas composiciones es *La horrible Venganza*. El asunto es una mutilacion sangrienta, ejecutada por una mujer celosa, que causa la muerte de su amante; acto horrible, que algunos creen histórico. Hay en este poema rasgos notables de verdad descriptiva, viveza en la expresion, entre desalmada y picaresca, y cierto calor de afectos. Hé aquí algunas octavas, como muestra de facilidad narrativa:

Hácia el confin de la Sirgana sierra,
Entre breñas y montes escondido,
De veinte casas de grosera tierra,
Hay un lugar de pocos conocido.
Del alma á las pasiones hace guerra,
De su misma pobreza defendido;
Pues no hay en Lúcar donde el diente encarne
Ni el mundo, ni el demonio, ni la carne.

Pero donde el demonio no se atreve,
Se mete astuto el hijo de Vulcano;
El corazon de la ballena mueve,
Como el del miserable y vil gusano.
Hace que el sabio su influencia pruebe,
Y sienta el necio el peso de su mano.
Vuela en fin, por decreto de Ericina (1),
Desde el augusto trono á la cocina.

En Valencia, *Colomés*, *Lasala*, *Martinez-Colomer* y otros publicaron apreciables poesías. No rebosa en ellas, por desgracia, el estro arrebatado de los poetas de primer órden; pero reina por lo comun en las obras de aquellos escritores, alto sentido moral, adecuado al espíritu íntimo y tradicional de la nacion española. *Martinez-Colomer*, que intentó imitar la novela *Persiles y Sigismunda*, de Cervántes, en la suya *Trabajos de Narciso y Filomela*, merece en esta parte especial mencion. En sus *Novelas ejemplares*, en *El Impío por vanidad*, en el *Valdemaro*, y en otras obras, cifró todo su afan, como el jesuita *Montengon*, en robustecer y propagar sanos principios, dignos de la civilizacion y del patriotismo bien entendido. Apartado del mundo por sus contínuas dolencias y por su carácter retraido, prevalecieron, como era natural, en su ánimo, sobre todos los demas, los sentimientos de la religion y de la patria. Su inspiracion es, en general, tibia y amanerada; pero á veces, en su sencillo estilo, expresa ideas que llevan el sello de un alma sincera y creyente; por ejemplo, en una composicion, *La España vencedora*, escrita contra Napoleon en 1809, hay estos inspirados versos:

¿Dó está tu fe? me dijo en voz terrible;
¿Has olvidado ya, ó acaso ignoras
Que cuando un pueblo fiel en Dios espera,
Y en fe constante su piedad implora,
En hondo horror temblando el enemigo,
Su audaz y altiva frente al suelo postra?

Exceso de un temor que á Dios ofende,
Es el temor impío que te agobia.
Do falta la esperanza, el amor falta,
Y falta así la fe; son tres antorchas,
Que sus luces se prestan mutuamente,
Y no puede brillar ninguna á solas.

(1) Vénus.

CAPÍTULO XVII.

Último período del siglo XVIII.—Efectos de la transformacion política y moral en la literatura.—El padre Fernandez.—La política absorbe la atencion pública, y daña á la cultura literaria.—Arroyal.—Extravíos de la pasion política en algunos poetas.—Marchena.—Blanco.—Otros, aunque arrastrados por el impulso de las ideas de la revolucion francesa, conservan intacto el amor de la patria.—Villanueva.—Vargas Ponce.—Jérica.—Beña.—Mor de Fuentes.

«Desde los últimos años de Cárlos III, la actividad literaria se ha ido amortiguando cada vez más, y en el caso de explicar las causas, tendriamos que buscar una buena parte de ellas en casa de nuestros vecinos (los franceses).» Esto escribia *Quintana* en 1804 (1). Su gran instinto le decia que las nuevas doctrinas propaladas por la revolucion francesa habian empezado á quebrantar las ideas y los sentimientos tradicionales del pueblo español, y que esta turbacion moral habia influido gravemente en la literatura nacional. El mismo *Quintana* confiesa, en otra parte, que el fondo de los impulsos exaltados de *Cienfuegos* «está tomado de la filosofía francesa.» Forzoso era que esta influencia exótica de ideas de renovacion y de libertad, inciertas y confusas, pero activas y agitadoras, produjera en el ánimo de algunos, tales como *Cienfuegos*, pensamientos generosos, mezclados con errores é ilusiones; en el ánimo de otros, tendencias de indisciplina, que amenguaban la fe y el patriotismo. Ya, en la era de Cárlos III, cuando empezaban á sentirse los primeros efectos de la transformacion política, las almas timoratas se alarmaban al ver desvanecerse sucesivamente el espíritu antiguo, y llamaban impíos á aquellos que, ya por el estudio de libros extranjeros, ya por genial desenfado, se iban empapando en el espíritu desmandado que cundia por la Europa entera. *Caseda*, por ejemplo, de quien ya hemos hablado, hombre de sano espíritu, pero un tanto maldiciente, y del todo intolerante con las flaquezas, como con las innovaciones humanas, escribe de este modo á *Forner*, dándole cuenta, cual solia hacerlo, del estado de las letras en Salamanca:

Quiero dar razon á Vmd. del estado en que hoy se halla la academia *Cadálsica*. Ya dije á Vmd. el rompimiento de *Batilo* (Melendez), de quien nada puedo decir con seguridad; sólo que, si no ha mudado de conducta, hará infelices á cuantos trate.

Arcadio (Iglesias) está muy bien hallado con su alma corva. Dice que á nadie ha de dar cuartel miéntras no mude de naturaleza.

Arroyal es digno de compasion; pero no lo son sus asociados, pues en él no caben las máximas de impiedad que en los dos primeros.

Este mismo tono acerbo y apasionado, que se empleaba para caracterizar á los que daban el más leve indicio de apartarse del rancio espíritu castellano, contribuye á hacer comprender la profunda conmocion intelectual que hubo de producir en España la invasion casi repentina de los principios de la filosofía escéptica francesa. Era acaso imprescindible ley histórica que entónces penetrase entre nosotros aquel espíritu de duda y de indisciplina, que desnaturalizaba el castizo sér moral de los españoles, no incompatible con la parte sana que podia haber en el fondo de aquellas doctrinas innovadoras, que el tiempo habria introducido sin violencia y con mayor eficacia y verdad en nuestras ideas y en nuestras costumbres. Pero cupo á la escuela salmantina el triste honor de ser la primera que introdujese aquel alterador espíritu de extranjera ralea. Ella inoculó en nuestro idioma el tinte afrancesado que todavía conserva, y conservará hasta que vuelva para España uno de aquellos gloriosos períodos en que las naciones viven, piensan y hablan con costumbres genuinas, con propias ideas, con nacional idioma; de ella salieron los hombres que más se señalaron entre nosotros como sectarios de los enciclopedistas y de los jansenistas.

Fray Diego Gonzalez fué el último de los escritores salmantinos que conservaron acendra-

(1) *Variedades de ciencias, literatura y artes*, tomo III.

da é incólume, así en el pensar como en el decir, la savia que habia dado tan gloriosa vitalidad intelectual y guerrera á los españoles de otros tiempos. Cualquier desvío de la castiza senda repugnaba á su noble naturaleza (1). Del propio modo le disgustaba cualquiera injusticia cometida con hombres de perniciosas doctrinas, aunque ellos fuesen tan señalados como el mismo Voltaire (2). La generacion que le siguió, se presentó ya en la palestra literaria contagiada del nuevo espíritu que habian traido á España los libros de los filósofos franceses. Al lado mismo de *fray Diego*, y en su propio convento, germinaba el impulso escéptico. Testimonio de ello es *fray Juan Fernandez*. Á pesar de la diferencia de edad que entre ellos mediaba, unió á *fray Diego* una amistad verdaderamente fraternal con el *padre Fernandez*, en cuyos brazos espiró. De los muchos versos que compuso, se ha perdido la mayor parte. Suya es la égloga á la muerte del maestro Gonzalez, publicada al fin de las poesías de éste. Adoptó el nombre poético de *Liseno*. *Jovellanos* le demostró siempre afecto y aprecio. *Fray Diego*, que le amaba de véras, compuso una oda en honor suyo. Fué profesor de filosofía en Toledo. Escribió el célebre libro satírico titulado *La Crotalogía, ó ciencia de las castañuelas* contra la moderna pedantería científica. Se conservan várias poesías manuscritas del *padre Fernandez* (3). Todas ellas son frias é infelices. Sólo merece conservarse, á pesar de su escasísimo valor literario, el siguiente epigrama. Por mucha amplitud que quiera atribuirse á los fueros de la poesía satírica y festiva, no deja de ser un indicio de la audacia moral que habia penetrado en la España de Cárlos III, el desenfado con que el respetable *padre Fernandez* habla de cosas que debian inspirarle veneracion profunda:

Trabajos tiene el mundo
Muy extraños y atroces:
El rey desasosiegos,
El príncipe embaidores,
El privado lisonjas,
El ministro traiciones,
El papa su conciencia,
El cardenal amores,
El obispo sus pajes,
El cura sus pasiones,
El mercader naufragios,
El soldado los choques,
El labrador mal tiempo,
El ciudadano el porte,
El pobre su pobreza,
El rico sus doblones;
Y áun tengo yo más penas
Que todos estos hombres.....
¿Me preguntas qué tengo?
Soy cuerdo, fraile y jóven.

Desde que *El Censor* (1785), primer periódico verdaderamente político del reinado de Cárlos III, manifestó, segun el lenguaje de Sempere, «miras arduas y arriesgadas», hablando de los vicios de la legislacion española, de los abusos introducidos con pretexto de la religion, y de los errores políticos (4), no fué ya fácil poner coto al arrojo en el pensar; cosa de que hacian gala algunos escritores de la falange innovadora. La crítica se empleaba apasionadamente contra libros autorizados. Un fraile extremeño, *fray Pedro Centeno*, autor de la re-

(1) Todo escrito de gusto depravado y de doctrina heterodoxa causaba amarga impresion en el ánimo de *fray Diego*. Hé aquí, por ejemplo, lo que escribia al padre Miras en Abril de 1777:

«Incluyo un ejemplar de la *Pensatriz salmantina* para que veais cómo *piensan* aquí los tontos que afrentan este suelo de Minerva. Lo más gracioso es que hay certeza, segun los más, de que *La Pensatriz* es produccion del mismo aprobante censor..... Es predicador de su colegio, y muy místico. ¡Quién lo creyera!»

(2) Así escribia *fray Diego* á Jovellanos:

«Hé leido con sumo gusto el juicio de Vmd. sobre las luces y las tinieblas del autor de la *Henriada*, harto más justo que el que he leido en el *Diccionario de los tres siglos*, cuyo autor, con mucha pena suya, reconoce un cortísimo mérito en aquel gran genio, y destroza lastimosamente su *Henriada;* lo que no pudo, en mi juicio, hacerse sin grandísima injusticia. Es propio carácter de los hijos de la luz el hacer siempre honor á la verdad, aplaudir el mérito donde quiera que se halle, y venerar los dones de Dios, áun cuando los divisen en los hijos de las tinieblas. Salamanca, 7 de Abril de 1778.» (Cartas autógrafas de *fray Diego* á Jovellanos. Coleccion del Marqués de Pidal.)

(3) Papeles de Jovellanos. Coleccion del Marqués de Pidal.

(4) El discurso 79 dió motivo á la suspension de esta obra periódica.

vista crítica *El Apologista universal*, sostiene con vehemencia, en una carta dirigida al regente de una escuela de niñas (7 de Agosto de 1789), que los catecismos de *Ripalda* y *Astete* están llenos de patrañas y herejías (1).

Por los años de 1795 y 1796, el sacudimiento moral de la revolucion francesa tenía conmovida á España de tal suerte, que, contra la costumbre de épocas anteriores, todas las clases del pueblo español vivian con cierta curiosa ansiedad, que paralizaba, cual suele acontecer en épocas semejantes, el natural movimiento de la vida industrial é intelectual. En las cartas del *padre Estala* á *Forner* hallamos de ello un testimonio tanto más claro y expresivo, cuanto más íntimo es el lenguaje que emplea el ilustrado sacerdote. Copiamos aquí el siguiente párrafo, por el interes histórico que encierra :

Cuando vengas (*Forner* se hallaba en Sevilla), no conocerás este mundillo. Pasó el siglo de la literatura. Yo he hecho un ensayo de esta verdad en el *Diario*, poniendo una carta á favor del teatro, y despues impugnándome á mí mismo. La misma sensacion ha hecho el pro que el contra. Todos se han metido de hoz y de coz á políticos. Todo es hablar de noticias, de reformas, de arbitrios, etc. Vénte, pues, con literaturas á esa gentecilla, y ya no entenderán tu lenguaje. Hasta los mozos de esquina compran la *Gaceta*. En las tabernas y en los altos estrados, junto á *Mariblanca* (2) y en el café, no se oye más que batallas, revolucion, convencion, representacion nacional, libertad, igualdad. Hasta las..... (mujeres perdidas) te preguntan por Robespierre y Barrère, y es preciso llevar una buena dósis de patrañas gacetales para complacer á la moza que se corteja. ¿Crees recargado este retrato? Pues vén acá, y verás lo que es bueno (3).

Esta imágen de una sociedad inquieta y afanosa por las novedades políticas, que parece como un reflejo anticipado de la sociedad española del tiempo presente; hasta el desenfado con que se explica el respetable *padre Estala*, de las Escuelas Pías, escribiendo al no ménos austero fiscal de la audiencia de Sevilla, son las demostraciones más patentes del profundo cambio que habian experimentado en pocos años las ideas y las costumbres de la nacion, poco há tan circunspecta y sosegada. El afan político llegó á dominar la sociedad entera, y cuando esto sucede, ¡adios el entusiasmo de las artes, adios los puros y nobles deleites de las letras!

Consagramos ahora un somero exámen al mérito de algunos poetas, en cuyas obras ejerció más ó ménos directo y eficaz influjo el desmedido y no bien encaminado espíritu político de aquel período de violenta transicion.

Al grupo de literatos de que formaban parte principal los dos escolapios el padre Estala y el padre Navarrete, don Leandro de Moratin, don Juan Antonio Melon, y otros jóvenes estudiosos, pertenecia igualmente el poeta *don Leon de Arroyal*, imitador de Cadalso, Villegas y otros. Era uno de aquellos mozos aventajados al acabar sus estudios de escuela, que, sin vocacion intensa y verdadera, y sólo por casualidad, por engreimiento ó por moda, entran desatentadamente en la carrera de las letras. Como carecia de alma poética, y ésta no podia señalarle con íntimo y poderoso impulso la senda de la inspiracion, *Arroyal* cultivaba á un tiempo géneros de contraria índole, la oda y el epigrama, que requieren facultades geniales privativas, casi nunca hermanadas en el entendimiento de aquellos que nacen poetas.

El gusto y el estilo de *Arroyal* son pobres y vulgares, y mal definidas en todo sus tendencias y doctrinas. Comprende tan mal el espíritu de los géneros literarios, cuya clasificacion respeta y sigue, que da algunas veces á la poesía anacreóntica, juguetona y risueña entre todas, cierto color histórico ó filosófico. Lo mismo escribe odas anacreónticas *A Cárlos V* ó *A la Muerte*, que *A la Noche-buena* ó *A las bodas de Lísida*. Aunque laborioso é instruido, es tal la inseguridad de su gusto literario, que no repara en la impropiedad que comete mezclando, en sus odas, costumbres y nombres del paganismo griego y del cristianismo contemporáneo. Así, por ejemplo, no teme decir :

(1) Se conserva autógrafa entre los papeles de *Forner*.

(2) La antigua fuente de la Puerta del Sol.

(3) Carta autógrafa de *Estala* (1795). Papeles de *Forner*.

Aristómenes (1) baile
Con la muchacha *Petra*,
Y cómanse castañas
Y apúrense botellas.

Unas veces austero en las ideas morales, otras laxo y despreocupado, demuestra que se halla en uno de esos períodos de inquietud y de renovacion, en que se quebrantan los principios antiguos, léjos todavía del triunfo y afianzamiento de las doctrinas invasoras. El traductor fervoroso del *Oficio parvo* y del *Oficio de los difuntos* moteja continuamente al clero, se burla del matrimonio, y se ensaña con los nobles, que era moda atacar por aquellos dias. La amortizacion eclesiástica, los mayorazgos, el gran número de iglesias, hasta las academias le enfadan. En la severidad del censor asoma algo del escéptico volteriano, y como el estro epigramático de *Arroyal* es escaso, no sabe disimular con el donaire la amargura de la leccion, y cae en los errores vulgares ó en las declamaciones insensatas de los tribunos de café. Así dice, por ejemplo, en un epigrama contra el lujo:

Cuando miro tus galas ostentosas,
Juan; cuando véo tus soberbios coches,
Con razon me horrorizo, pues conozco
Que todo ello es sangre de los pobres.

La idea de la corrupcion de la nobleza habia tomado en el ánimo de *Arroyal* el carácter de una ridícula manía. No se contenta con tildar á los nobles de ignorantes; los llama *perversos* y *malvados;* y sin embargo, tiene que confesar la gloriosa parte que toman en la defensa de la patria, y cuando la ocasion le parece buena, no se descuida en blasonar de hidalgo orígen.

La mayor parte de sus epigramas están escritos en chocarrero y descarado lenguaje, y cuando se refieren á instituciones ó costumbres que no aprueba, ó que no cuadran con las flamantes preocupaciones liberales, con cínica y brutal dureza, bien distante por cierto de la delicada ironía, que es el arma lícita y poderosa de los verdaderos epigramatistas (2). Debió, no obstante, á sus epigramas la limitada y pasajera gloria que alcanzó durante su vida. Wolf elogia la sencillez de *Arroyal.* Nosotros no podemos hacer otro tanto. La sencillez de *Arroyal* no es la naturalidad noble, embelesadora é inefable de almas poéticas como la de Garcilaso y fray Luis de Leon. Es la llaneza trivial y prosáica de los que carecen de estro y de entonacion.

Hay dos hombres que llevaron hasta el frenesí, hasta la apostasía, hasta el olvido de los sentimientos de la patria, el trastorno que produjo en su alma la seduccion de las doctrinas revolucionarias francesas: *Marchena* y *Blanco.* Ambos, si bien caminando por distinta senda, dan completa idea de la violencia de aquel sacudimiento moral, y del terrible estrago que produjo en ánimos impetuosos.

Marchena, nacido y criado en una modesta ciudad de labradores (3), hijo de padres piadosos, que lo destinaban á la carrera del sacerdocio, y educado con los más sanos dogmas de la moral y de la religion, en vez de sentir aversion á las osadas máximas de la revolucion francesa, tan opuestas al espíritu que reinaba en torno suyo, las acoge entusiasmado, llama, á los veintiun años, la atencion de las gentes con el arrebato de sus ideas impías, y se expatria

(1) Llevó este nombre el famoso general griego que suscitó la segunda guerra de Mesenia.

(2) Ejemplos:

CONTRA EL MATRIMONIO.

De comer setas han muerto
En una casa hasta el gato;
¿Dónde las venden, Juanito?
Haré á mi esposa un regalo.

CONTRA LA NOBLEZA.

A un marqués.

Si es la gran semejanza de costumbres
La que forma y estrecha los amigos,
¿Qué me admira, Marqués, que los malvados
Tan bien se encuentren y se estén contigo?

(3) Utrera.

gozoso á Francia *en busca de la libertad.* Allí le reservaba la Providencia los amargos desengaños y las duras lecciones de que le habian hecho merecedor su imprudencia y su desvarío. Fenómeno parece que en un rincon de la España creyente y morigerada pudiera desencadenarse repentinamente ese espíritu desmandado, esa pasion frenética de impiedad y de temerarias innovaciones. El ardor idiosincrático de *Marchena* no basta á explicar este fenómeno aparente. Causas generales, y no individuales, son las que producen estas misteriosas influencias históricas, que, cuando llega el dia de la explosion, aterran y sorprenden.

El espíritu de renovacion y de protesta política y social, cuya primera manifestacion, imponente y clara, si bien todavía cauta y contenida, fué el *Diccionario histórico y crítico de Bayle*, habia cundido tambien en España, aunque con menor ímpetu que en Francia, muy á los principios del siglo XVIII. Allí servian de velo á la amenazadora tormenta el brillo alucinador del fausto y de los placeres cortesanos, y el barniz literario con que se cubria el alambique escéptico por donde pasaban, perdiendo lustre y fuerza, las basas morales de lo presente y los gloriosos prestigios de lo pasado; aquí, en España, servian de velo, y asimismo de saludable rémora, la vigilancia eclesiástica, el sentimiento monárquico y la consistencia de las costumbres. El padre Feijóo, circunspecto y creyente, pero devorado al mismo tiempo por su afanoso anhelo de disipar hasta la última sombra de las preocupaciones populares, era la representacion perfecta del espíritu de exámen crítico-especulativo que precede á los grandes trastornos del mundo moral. Macanaz, Chumacero, Aranda, Campománes, Marina, Cabarrús y muchos otros levantaron este mismo espíritu á la esfera de la accion política. De la negacion hipotética que llevan consigo la duda y el exámen, se habia pasado en Francia á la negacion absoluta, sin escrúpulo y sin rebozo. Los enciclopedistas, con la balumba de su arrogante presuncion científica; Rousseau con la antorcha destructora de su pasion y de su elocuencia, y más que todos ellos, Voltaire, con la fuerza corrosiva de su frio análisis y de su ironía filosófica, habian derrumbado el edificio espléndido donde se abrigaban en otro tiempo la fe, la gloria, el poder y hasta el espíritu popular. Era aquella edad el período más crítico de la transformacion histórica en los últimos tiempos. En balde pugnaron en España las fuerzas reunidas de la tradicion, de las creencias, de los respetos consagrados (1); el torrente demoledor pasó tambien por nuestro suelo, y toda la historia española del siglo XIX no es más que la consecuencia necesaria de aquella latente pero tremenda conmocion.

Una parte de la juventud española recibió con avidez aquellas ideas contagiosas, en cuyo fondo descubria, aunque confusamente, principios de equidad y de moral grandeza. La mocedad no sabe definir, ni tasar en su valor verdadero, aquello que halaga sus instintos de actividad, de renovacion y de audacia. Dejábase arrastrar entónces por el mágico sonido de la palabra *libertad*, cuyo eco seductor no ahogaban todavía los torrentes de sangre que en nombre suyo derramaron los tiranos de la revolucion francesa.

Ejemplo insigne de este alucinamiento fué entre nosotros el jóven *don José Marchena.* La apacible influencia de los estudios propios de la carrera eclesiástica, en la cual no pasó de las órdenes menores, no alcanzó á moderar sus ímpetus irreflexivos. El soplo de la revolucion francesa inflamó su temeraria fantasía; las nuevas ideas fueron para él, más que una doctrina, una impresion. Su índole desmandada y su condicion impetuosa le impedian comprender la terrible responsabilidad que implica el desquiciamiento repentino del asiento moral en que descansa toda sociedad organizada, cualesquiera que sean sus condiciones constitutivas. Mal avenido con las trabas orgánicas de todo linaje, una de las doctrinas canónicas que sirvieron de blanco á sus ataques fué el celibato de los sacerdotes católicos. En edad harto temprana para deliberar con la cordura y la madurez necesarias acerca de doctrinas tan enlazadas con pasiones mundanas, escribió á su maestro, á quien respetaba todavía, una

(1) Como recuerdos de esta lucha, pueden citarse *La falsa filosofía* y otros libros del siglo pasado.

larga carta relativa á aquella escabrosa materia. Esta carta, impregnada de espíritu protestante, es un curioso documento de la pasion revolucionaria y seudo-filosófica, que tan fácilmente brotaba en aquel período de agitacion moral (1). Sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin tino y sin exactitud, teorías doctrinales sugeridas por el espíritu rebelde, que se entronizaba en la region, ántes serena, de nuestras creencias y de nuestros sentimientos morales; sentimentalismo filosófico á la francesa; arranques de poesía novelesca; todas las armas de frágil temple, pero de brillante apariencia, que suelen emplear las imaginaciones extraviadas, fueron prodigadas á manos llenas por el jóven *Marchena* para combatir el principio canónico del celibato sacerdotal, que otros defendian con fervoroso ahinco, y principalmente para dar libre rienda á la rencorosa aversion que sentia contra los institutos monacales (2). Y lo más singular es que, al escribir esta osada y vehemente invectiva, no tuvo *Marchena* más propósito que el de sincerarse con su maestro, el cual tachaba de heterodoxas las doctrinas del descaminado mancebo (3).

Lanzado *Marchena* á todo trance en un camino avieso y peligroso, no quiso habérselas con la Inquisicion alarmada; y así, le vemos, sin sorpresa, engolfado más adelante en las turbaciones desastrosas y en los azares de la revolucion francesa. Monsieur Thiers dice de *Marchena* que *habia ido á Francia en busca de la libertad* (4). Tristes lecciones hubo de recibir en su patria adoptiva aquel mozo entusiasta, que habia ido á tierra extraña en pos de la soñada realidad de sus quiméricas ilusiones. Largo y duro encarcelamiento (5), proscripcion del territorio frances, persecuciones que le obligaron á vagar disfrazado de soldado, con riesgo

(1) Entre las obras que por aquellos dias se habian publicado para sostener la doctrina del celibato eclesiástico, como la más pura y la más conforme á la vida mística y contemplativa, merece citarse especialmente la que, en 1783, imprimió en Bolonia el jesuita expulsado don Manuel Antonio Meliá y Ribelles, la cual más adelante tradujo el mismo en castellano:

Excelencias de la virginidad evangélica, en tres libros, con una breve apología del cristiano celibato, contra los filósofos de nuestros dias. Madrid, por don Benito Cano, 1790; en 8.°

Esta obra fué muy alabada por las *Efemérides literarias de Roma* (1784) y por el célebre Tiraboschi.

(2) Ya en la primera mitad del siglo se advierten síntomas claros de antipatía á los frailes en los escritos de hombres muy ilustrados de aquel tiempo, como don Luis José Velazquez.

(3) Así empieza la carta de *Marchena:* «Confesaré á usted que me ha sorprendido su respuesta sobremanera. Ciertamente, si viniera de un hombre oscuro, no me incomodaria mucho; pero ¡un literato estimable, un catedrático de Sagrada Escritura, que califica mis máximas de *perversas*, de *opuestas al espíritu del Evangelio!*..... esto debe alterar á un hombre que no sólo *se dice*, sino que es realmente discípulo de Cristo, y se precia de tal. Todos estamos obligados á confesar nuestra fe delante de los hombres cuando se duda de ella. Si no fuera por esta sagrada obligacion, no me tomaria el trabajo de escribir una contestacion de teología, ciencia tan distante de mis estudios. No tenga usted, por tanto, esta carta por de esa especie, sino más bien por una profesion de fe, dirigida á un sabio que ha dudado de la pureza de mi creencia.»

En seguida, con claras muestras de asentimiento, pone en boca de un *teólogo protestante* un razonamiento declamatorio en favor del matrimonio de los clérigos. ¡Extraña *profesion de fe* para un estudiante español, que intenta justificar sus principios religiosos ante un teólogo católico!

Tenemos á la vista la carta autógrafa de *Marchena.* Diez y siete páginas extensas. Don Joaquin María Sotelo, que poseia esta carta, puso al pié de ella una nota, por demas severa, acerca de la capacidad de su autor. Sotelo, inflamado por su rectitud y por su austeridad religiosa, llevó su opinion hasta la injusticia. La carta de *Marchena* es la obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores; pero en medio de la obcecacion, tiene trozos llenos de color y de brio. (Esta carta forma parte de los autógrafos de escritores ilustres que dejó entre sus papeles *don Juan Pablo Forner.*)

(4) *Barbaroux*, *Pétion*, *Salles*, *Louvet*, *Meilhan*, *Guadet*, *Kervélégan*, *Gorsas*, *Girey-Dupré*, Marchena, *jeune espagnol, qui était venu chercher la liberté en France; Riouffe*, *jeune homme attaché par enthousiasme aux girondins*, *composaient cette troupe d'illustres fugitifs*, *poursuivis comme traîtres à la patrie.* (Monsieur A. Thiers, *Histoire de la révolution française*, chapître XXIV.)

(5) Tallien mandó encarcelar en Burdeos á los girondinos, entre los cuales se hallaba afiliado *Marchena* (Octubre de 1794). Despues los envió á los calabozos de la *Conserjería* de París, donde permanecieron hasta la caida de Robespierre.

contínuo de la vida, por la Bretaña y la Normandía; la miseria casi siempre: hé aquí la libertad que encontró el desventurado *Marchena* en la nacion adonde le habia conducido la engañosa luz de sus esperanzas. Riouffe, su compañero de persecucion y de cárcel, dice así de *Marchena:* «Perseguido por la inquisicion religiosa de su país, vino á Francia á buscar la libertad, y cayó en manos de la inquisicion política de los comités revolucionarios» (1).

Su carácter era en sumo grado independiente, y á tal punto, que rayaba su independencia en desabrimiento y extravagancia. Rompia tan fácilmente con las leyes que imponen los hábitos de la sociedad culta, como con las leyes del mundo moral. Cuéntase, entre sus rarezas, la de haber domesticado un jabalí, que permanecia constantemente en su propio cuarto, y hasta dormia en su propia alcoba (2). Un dia, por descuido acaso de una jóven que vivia en casa de *Marchena*, se precipitó el jabalí por la escalera y murió perniquebrado. *Marchena*, muy condolido, escribió una elegía en honra del jabalí. A su genial extravagancia, á su desvío de las formas comunes de la vida y á su incurable mordacidad, puede, en gran parte, atribuirse la glacial acogida que, despues de su extrañamiento de Francia, encontró en Suiza, en la brillante y célebre quinta de Coppet, por parte de madame de Staël, que en París le habia tratado anteriormente con amistosa cordialidad.

La exaltacion de los sentimientos de *Marchena*, cuando violentas circunstancias ponian á prueba las fuerzas de su alma, tocaba en el último límite á que puede llegar la pasion política. Cuando, preso en la *Conserjería*, veia salir continuamente para la guillotina á sus compañeros de infortunio, se resentia profundamente de que su turno no llegase. Ambicionó la gloria de subir al cadalso, y acalorado el ánimo por la impaciencia y el orgullo, escribió á Robespierre estas memorables palabras: *Tirano, me has olvidado. Marchena* se hallaba asaltado en este momento por esa demencia sublime, que produce los héroes y los mártires.

Como todo era extremado en aquella alma impetuosa, la impiedad de *Marchena* tomó el carácter de un alarde violento y monstruoso. Hemos oido referir á personas que lo conocieron en París, que tuvo la audacia de poner sobre su puerta este letrero: *Ici l'on enseigne l'athéisme par principes.* No es imposible que tal hiciera el hombre que, encarcelado en la *Conserjería*, dió la siguiente prueba de fanatismo impío. Entre los presos habia un monje benedictino. A las amarguras del penoso cautiverio se agregaba la, para él más insufrible todavía, de hallarse rodeado de aquel grupo de descreidos. Las blasfemias de éstos exaltaban la fe ardorosa y pura del venerable anciano, el cual, solo, impasible, con el corazon en Dios y el *Breviario* en la mano, hacia continuos é infructuosos esfuerzos para convertir á aquellos incrédulos recalcitrantes. Éstos hacian escarnio de la religion cristiana, y para llevar al colmo la sacrílega mofa y desesperar al admirable benedictino, inventaron un dios, un culto y una liturgia. Pusieron á aquel dios irrisorio el nombre de *Ibrascha*, y compusieron en su honor himnos y cánticos sagrados. Cayó *Marchena* tan gravemente enfermo por aquellos dias, que se desconfió de salvar su vida. Al verle casi en la agonía, el benedictino, perseverante en su santo propósito, creyó que en aquel trance extremo, olvidadas las pasiones mundanas, hallaria eco en el corazon de *Marchena* la doctrina del Redentor del mundo, la memoria de sus ancianos padres. Todo en balde: el moribundo, haciendo un esfuerzo, responde á las evangélicas exhortaciones del monje, gritando: ¡Viva *Ibrascha!* (3). Tal vez *Marchena*, apartado de aquella sociedad excitadora de girondinos revolucionarios, habria sentido la influencia de las sanas y consoladoras palabras de la religion cristiana; pero las facultades de imaginacion eran en el mancebo andaluz más poderosas que las facultades de razon; se hallaba ademas en un momento de vértigo político, y la soberbia ahogó los impulsos naturales del alma. Este hombre, que así hacia gala del ateismo, no era ateo. Habia quedado como escondido en el fondo de su corazon algo de las creencias de su infancia y de su patria. En esa misma *Conserjería*, donde

(1) Riouffe, *Mémoires*, etc.
(2) Véase la carta de don José de Lira, en la noticia biográfica del abate *Marchena*.
(3) *Memorias* de Riouffe.

blasonaba de tan implacable impiedad, leia *Marchena* ¡quién podria imaginarlo! la *Guía de pecadores*, de fray Luis de Granada. Él mismo lo confesó muchos años despues, diciendo al propio tiempo: «Es un libro que no puedo leer ni dejar de leer» (1).

Pasada la edad de las tendencias irreflexivas, aleccionado el entendimiento y escarmentado el corazon con los desengaños y los pesares, *Marchena* apaciguó el ímpetu de sus ideas y de sus pasiones. La transformacion fué grande. El republicano intolerante se convierte en servidor del rey José; el que renegó de España, haciéndose frances, vuelve á su patria, ansioso de morir en ella; y el adorador del dios imaginario *Ibrascha* muere, en efecto, en Madrid (1821), en el gremio de la fe católica, adorando y pidiendo misericordia al Dios verdadero. Su corazon le dijo al fin, como dice todo corazon sano á las almas serenas:

Oh Dieu de mon berceau, sois le Dieu de ma tombe!

Para que todo sea anómalo en la existencia de este escritor, hasta su fama de poeta lo es algun tanto, pues se funda principalmente en su oda *A Cristo crucificado;* asunto que, al parecer, debió ser el último que despertase la inspiracion del irreligioso *Marchena.* Como literato, es hombre de alto mérito. Poseia completamente el idioma de su patria adoptiva, y así por la audacia tribunicia como por el vehemente talento con que escribia, ya diatribas contra Tallien, Legendre, Fréron, ya folletos poco piadosos, llamó la atencion de Marat, del conde Beugnot, del general Moreau y de otros famosos franceses de aquel tiempo. Habia estudiado profundamente las lenguas sábias, y llegó á enseñorearse á tal punto del latin, que engañó hasta á la docta Alemania, tan difícil de alucinar en tales materias, publicando en Basilea una tirada de versos latinos, que hizo pasar por uno de los trozos perdidos del *Satyricon* de Petronio, que afirmó haber encontrado en un antiguo manuscrito. Bien es verdad que la poesía de Petronio cuadraba á la inspiracion cínica de *Marchena.* Alentado con el triunfo, repitió la traviesa superchería, tomando por modelo á Catulo. Esta vez no engañó á nadie. Demostró de nuevo que era consumado latinista; pero habia presumido demasiado de su instinto poético. *Marchena* no era ni bastante suave ni bastante poeta para llegar, en su imitacion, á la gracia y fluidez de aquel delicado y elegante escritor latino.

Como prosador castellano, su carácter impetuoso y poco flexible se refleja en sus escritos. Esto lo decimos en alabanza suya, porque tiene cualidades esenciales, de que carece siempre la medianía: espontaneidad, vida, color, impulso propio. Su estilo es á veces extraño, pero siempre original y vigoroso. Fué tachado, y no sin razon, de plagar las muchas traducciones que hizo del frances, ora de arcaismos, ora de imperdonables galicismos. Escribia entónces, *para vivir*, con la prisa y la indiferencia del menesteroso, y se habian ademas inoculado, por decirlo así, en su entendimiento las frases, como las ideas de los libros franceses, que habian sido insano alimento de su primera educacion. Con el tiempo llegó á manejar desembarazada, castiza y hábilmente el habla castellana, adquiriendo la perfeccion visiblemente artificial que se advierte en el *Discurso preliminar* que puso al frente de su coleccion titulada *Lecciones de filosofía moral y elocuencia;* discurso que, prescindiendo de las singularidades de frase y de doctrina inseparables del hombre, honra en alto grado al escritor, y merece ser considerado como una muestra luminosa de buen decir y de crítica resuelta y levantada. Los juicios de este célebre estudio no son siempre, sin embargo, imparciales y seguros. *Marchena* escribe de crítica literaria con la misma acerada pluma con que escribia de política en los periódicos *L'Ami du peuple* y *L'Ami des lois.* Lo ve todo desde un punto de vista demasiado rígido y absoluto. Tiene firme y elevado el pensamiento, pero le falta sensibilidad estética, y le cuesta trabajo admirar. Por otra parte, la pasion política y la aspereza republicana habian entibiado

(1) Sobre este y otros hechos de la vida de *Marchena* hay interesantes pormenores en los notables artículos biográficos que de él han publicado nuestros amigos los estimables escritores don Gaspar Bono Serrano y monsieur Antoine de Latour. Este último, en lengua francesa, en la revista mensual de París titulada *Le Correspondant* (25 de Febrero de 1867).

ó torcido en su ánimo los sentimientos de la patria, y carece de sentido histórico para juzgar las antiguas glorias españolas. Es acaso el único español que ha encontrado palabras de aversion y censura para la esclarecida reina Isabel la Católica, uno de los caractéres más grandes, más nobles y más populares que ofrecen los anales de los tiempos modernos.

¡Cosa singular! Este hombre de viva y temeraria fantasía, cuya iniciativa de carácter, de pensamiento y de conducta era desmedida, no tenía, como poeta, ni vuelo ni desembarazo. En la célebre oda *A Cristo crucificado*, en la *Epístola sobre la libertad política*, en la tragedia *Polixena*, y en algunas otras obras poéticas, hay rasgos de esos que sólo emanan del estro verdadero; pero en general la poesía de *Marchena* contrasta con su prosa por la falta de concision, y á veces de cadencia armónica, y por el sello patente de ejecucion premiosa y desleida (1). No es dable negar que Dios depositó en el alma de *Marchena* la accion, la luz y el temple que constituyen la inspiracion de cierto linaje. El soplo del encono político torció el rumbo natural del alma y agostó las flores de aquella inspiracion. El infortunio consumó la obra destructora, y probablemente ni un solo afecto puro y sereno llegó á iluminar con un rayo de dicha verdadera aquella trabajosa y trabajada vida.

Pasemos ya á hablar de *don José María Blanco*, una de las lumbreras de la escuela sevillana, escritor de gran significacion en la historia literaria de su época, por la índole vehemente y movediza de su talento, por sus prendas de corazon y hasta por la triste celebridad que alcanzó su apostasía religiosa. La actual generacion, demasiado cercana á los tiempos de *Blanco-White*, no puede acaso juzgar con imparcialidad completa una vida tan desventurada y escabrosa.

El padre de *Blanco*, el caballero irlandés Guillermo White, extremaba hasta la pasion el fervor católico. Tuvo dos hijas, y ambas se hicieron monjas. Obligó á *José* á abrazar la carrera eclesiástica, para la cual no tenía vocacion verdadera. Ésta, que se ha supuesto presion desmedida del hogar paterno, y motivo fundamental de la conducta de *Blanco*, no pudo serlo en realidad. Ni ha quedado memoria de que la accion moral doméstica del padre y de la dulce y discreta madre de *Blanco* fuese opresiva, ni lo denota tampoco la conducta de éste en los primeros años de su vida. Consagrado con fervoroso ahinco á estudios de teología y devocion, predicador distinguido, vencedor, á los veintiseis años, en la oposicion que hizo á la canongía magistral de la capilla real de San Fernando de Sevilla, halagado con la naciente gloria literaria que le granjeaban sus poesías, todo indica que *Blanco* en aquel período, el más plausible, sano y dichoso de su vida, obraba con espontaneidad y contento.

De improviso huyeron del alma de *Blanco* el sosiego y la fe. Y que este cambio fué violento y repentino, lo dijo él mismo en esos momentos de expansion en que brota la verdad de las almas sinceras. Detenidas explicaciones dogmático-políticas dió *Blanco* de la transformacion de sus ideas y opiniones, en varios escritos (2); pero en ninguno hace una confesion más categórica, más concisa y más amarga que en su *Despedida á los hispano-americanos*, escrita en 1825 (3). Oigamos sus propias palabras autobiográficas:

No habia pasado un año, cuando..... me ocurrieron las dudas más vehementes sobre la religion católica..... Mi fe vino á tierra..... Hasta el nombre de *religion* se me hizo odioso..... Leia sin cesar cuantos libros ha producido la Francia en defensa del *deismo* y *ateismo*.

(1) Aludiendo á la traduccion del *Tartufe*, decia *El Censor* (2 de Junio de 1821):

«El señor *Marchena*, en quien la literatura española acaba de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar español, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y armonía que hemos notado en las composiciones líricas de aquel sabio literato.»

(2) Véase principalmente su obra, escrita en inglés, que tanta fama le dió en Inglaterra, *Letters from Spain by don Leucadio Doblado*. Lóndres, 1822.

(3) *Variedades ó Mensajero de Lóndres*, periódico trimestral, publicado en Lóndres por *Blanco-White*.

Diez años pasé de este modo..... Me avergonzaba de ser *clérigo*, y toda mi ambicion se encerraba en prolongar la *licencia del Rey*, que me permitia vivir en Madrid, donde, por no entrar en ninguna iglesia, no vi las excelentes pinturas que hay en las de aquella córte..... ¡Tan enconado me habia puesto la tiranía!

El viaje de *Blanco* á Madrid, donde hubo de alimentar sus ilusiones liberales en la tertulia de Quintana y con la lectura de libros peligrosos, contribuiria á aumentar la exaltacion de sus ideas. Pero no basta á explicar aquel vacío profundo é irremediable que se formó en el alma del poeta sevillano. Romper impetuosamente con los principios y los sentimientos que se han respirado, por decirlo así, desde la cuna, en la sociedad y en la familia; mirar, no sólo con indiferencia, sino con sañuda intolerancia, las cosas más respetables y respetadas de la sociedad en que vivimos, es un fenómeno moral, que la terrible accion de las épocas de impulso revolucionario no alcanza á explicar por sí sola. Para que se trastornen repentinamente por completo las leyes del corazon y de la conciencia, forzoso es que haya en el alma aviesas é infelices tendencias, de que carece, por fortuna, el comun de los hombres. Entre muchos españoles que, en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del actual, cultivaban su entendimiento con libros de la escuela enciclopedista, la impiedad se hizo moda. Pero sólo *Marchena* y *Blanco* la llevaron hasta los límites de la ira, trocando la fe ciega, que ellos juzgaban pernicioso fanatismo, por otro fanatismo, el de la impiedad y la duda, tan intolerante como los demas, y más dañoso al órden de las sociedades y á la ventura del corazon.

Blanco fué áun más allá que Marchena. Ambos cambiaron de patria; pero *Blanco*, que llegó á dudar de todas las religiones, abandonó tambien la de sus padres. Pasiones de otro linaje contribuyeron á esta resolucion lamentable. No es éste el lugar de consignar pormenores biográficos de *Blanco;* pero, al juzgar un hecho que tanta trascendencia tuvo en su vida, como español y como escritor, la posteridad debe acrisolar la verdad y señalar á los hechos sus causas principales.

Cuando achaca *Blanco* al *encono* que le habia infundido la *tiranía*, su intensa aversion á la religion y á la Iglesia, podria creerse que la pasion política, ciega y desatentada, era la causa única que le habia movido á expatriarse voluntariamente y á renegar de sus creencias, buscando por cualquier camino, bajo el cielo británico, el aire de la libertad. Pero hay que considerar que cuando, ya en la madurez de la vida, se decidió á abandonar para siempre su patria y sus amigos, no ofrecia la situacion política de España el humillante cuadro que *Blanco* habia presenciado en Madrid. Se hallaba éste en Cádiz, cabalmente en momentos de una transformacion histórica, en que asomaba resplandeciente la aurora de la independencia política, á la sazon mezclada con el fuego de generosos impulsos de independencia nacional, y no es difícil columbrar que no el fantasma de la *tiranía*, sino otros móviles más personales fascinaban el entendimiento y avasallaban el corazon de aquel hombre exaltado é irreflexivo (1). El canónigo *Blanco* tenía hijos, y su ternura, su vergüenza, el temor de ser objeto de escándalo á la vista de una nacion creyente y de unos padres timoratos, fueron probablemente las causas decisivas de su conducta (2). Sensible y generoso, si bien vehemente, irascible y tornadizo, *Blanco* carecia de la entereza que se requiere para arrostrar con humildad cristiana, que es al propio tiempo su único remedio, las consecuencias de un extravío. Los que carecen de esta sublime energía, suelen, á pesar suyo, reparar una falta cometiendo otra falta mayor. Dios habrá juzgado la conducta del obcecado sacerdote. A los hombres nos toca sólo compadecer su desventura. Por impenetrables que parezcan los arcanos de la conciencia, puede conjeturarse con fundamento que *Blanco* no halló en Inglaterra ni la dicha ni el sosiego que esperaba. A los treinta y cinco años no se encuentra una nueva patria. Contra España, que le habia colmado de afecto y de aplausos, se ensañó en Lóndres con la violen-

(1) Llegó *Blanco* á Falmouth en Marzo de 1810.

(2) Véase la noticia biográfica de *Blanco*, escrita por don Bartolomé José Gallardo, en uno de los tomos siguientes de la presente coleccion.

ta energía de los débiles. En *El Español*, revista mensual, que empezó á publicar á poco de su llegada á Inglaterra, atacó no solamente á la Junta Central, á la cual profesaba ojeriza porque en Sevilla le habia mandado moderar la violencia de su lenguaje cuando atacaba los actos del Gobierno en *El Semanario patriótico*, sino á la misma nacion española, contra la cual se volvia siempre en todas las cuestiones de interes y de honra que suscitaban, en mengua de España, la Inglaterra ó la América española. Su periódico se hizo órgano y apoyo de la rebelion de Caracas y de Buenos-Aires contra la madre patria, lo cual despertó en el ánimo de los españoles un vivo resentimiento de la ingrata conducta del apóstata de la religion y de la patria (1). «Su aversion, dice Galiano, á todo lo español llegó á hacerse verdadera manía.» Tanto le cegaba su encono, que sostuvo que en España ni existia ni podia existir poesía digna de este nombre. Logró escribir el inglés con facilidad y elegancia (2). Pronto siempre á dañar al catolicismo en cualquiera forma y terreno que se le presentase, combatió con la ira y el vigor que eran inseparables de su estilo, la emancipacion de los católicos. Ayudado á la sazon por la pasion política, se hizo escritor de cuenta y nombradía entre los individuos del bando *tory* que sostenian ardorosamente aquella doctrina. Amansada despues repentinamente, en este punto, la airada pluma de *Blanco*, fué tenido por hombre sin consistencia en sus propósitos y principios, y se trocó en desconcepto y en desvío la antigua estima y admiracion de sus amigos. Su conducta religiosa en Inglaterra no pudo ser tampoco aplaudida. Nadie ignoraba los vaivenes de su alma en esta parte. Católico, primero, despues impío, luégo fervoroso anglicano, y por último *unitario*, esto es, incrédulo de nuevo; porque esta secta, odiosa á los ojos de los más de los ingleses, niega la Trinidad, la divinidad de Jesucristo y otros dogmas de los demas protestantes.

En los tiempos de favor y fortuna fué *Blanco* profesor en la universidad de Oxford y canónigo en la catedral protestante de San Pablo, de Lóndres. Dió carrera en el ejército inglés de la India al hijo único que le quedaba. Pero el vacío de su alma no se llenó jamas. El protestantismo, que habia abrazado sin fe, no consoló su atribulado espíritu. Ya no volvió á hallar en sus versos la inspiracion lozana de los tiempos serenos de su juventud. Los últimos años de su vida fueron una verdadera expiacion. Lo devoraba la tristeza, y la imágen de la patria y de los amigos que habia perdido, se ofrecia á sus ojos con la triste forma del remordimiento. Esquivaba á los españoles, que tanto en su mocedad habia amado: acaso veia en ellos involuntarios acusadores. Poco más de un año ántes de su muerte, ocurrida en 1841, sintió con la vehemencia con que lo sentia todo, el deseo de escribir un libro en

(1) Entre los escritos que se publicaron en España para defender á la nacion y al Gobierno de la malquerencia de *Blanco*, merece citarse, por lo bien razonado, un folleto publicado en Cádiz, el año mismo de su emigracion voluntaria. Hé aquí cómo juzga el proceder de *Blanco*:

Su patriotismo (alude al que manifestaba como redactor de *El Semanario patriótico*) no estaba sino en la punta de su pluma; su filosofía no estaba en el corazon, como estaba en las palabras; la patria era despues que sus menores disgustos. Si; él la abandonó en sus mayores necesidades, él la pospuso á sus incipientes resentimientos, él se ha expatriado á un país desde donde á salvo-conducto siembra las horribles semillas de la discordia entre los pueblos españoles de Oriente y Occidente, con aquel poder retórico que saben hacerlo estos revolucionarios que anhelan gloria y celebridad, aunque sea á costa de hundir y echar por tierra todas las monarquías. Ni las sagradas obligaciones que le competian y obligaban como ciudadano, ni los sentimientos filantrópicos por la humanidad, ni el deseo de las ocasiones de manifestar al mundo sus virtudes y talentos, ni las voces y necesidades de su maltratada patria, pudieron más que sus injustísimos enojos..... Este hombre peligroso, este espurio patricio, este hijo de sus pasiones, que prometia tanto bien, y no hace más que el mal, es un enemigo de la patria.

Cuando declama contra España por la conquista de América, parece que los españoles han sido los únicos en el mundo que han practicado estos actos de poder. ¡Cómo se olvida el señor Blanco de las páginas de la historia para agraviar á su patria!.....

(*Denunciacion de don José Blanco, autor del periódico que se publica en Lóndres con el título de* El Español. Cádiz, en la imprenta Real, año de 1810.)

(2) Como muestra, juzgamos oportuno publicar el siguiente soneto. De él decia el célebre poeta Coleridge que era una de las cosas más delicadas que se habian escrito en lengua inglesa:

Mysterious night! when our first parent knew
Thee from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?
Yet beneath a curtain of translucent dew,
Bathed in the rays of the great setting flame
Hesperus, with the host of heaven came,
And lo! creation widened in man's view.
Who could have thought such darkness lay concealed
Within thy beams, o sun! or who could find
Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed
That to such countless orbs thou madest us blind?
Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?

castellano, y escribió una novela. En ella se ven claros indicios de la reaccion que la proximidad de la muerte habia producido en su alma lacerada. Tacha de ambiciosos y orgullosos á los protestantes por la conducta que observan con los católicos de Irlanda, se complace en llamar *paisanos* á los españoles, y manifiesta á las claras con cuán intenso amor volvia su alma á las memorias del suelo natal (1).

Grandes hubieron de ser las cualidades simpáticas de *Blanco*, cuando, á pesar de sus errores, le profesaron siempre tierna amistad los amigos de su juventud, Arjona, Reinoso, Lista, Gallardo, Quintana, Gallego y otros varones de alta valía. No era ciertamente un hombre vulgar. Su alma impetuosa era de aquellas en que andan en discorde conjunto brillantes prendas y trascendentales defectos. Hijo y juguete de uno de esos terribles períodos históricos en que se estremecen y quebrantan las basas del mundo moral, fué víctima de las pasiones públicas de su tiempo á par que de las suyas propias. No es, por lo tanto, escasa su significacion en la historia literaria de España. Tenía fuerzas intelectuales para haber sido un escritor de más elevado linaje, y aunque las malgastó en gran parte, á causa de la pasion, la inquietud y la desgracia, han dado sobrados frutos para que pueda negársele un puesto encumbrado en las letras de su época.

La lucha política, y no la poesía, fué su verdadera vocacion. Como poeta no raya á grande altura, y pocas de sus obras en verso pueden leerse sin hastío ahora, que está el gusto público tan distante de aquella escuela artificial. Demostró, no obstante, en várias obras poéticas de su primera época, esto es, de su época española, briosos pensamientos, entonacion y armonía. Su mejor produccion poética, segun afirmaba Lista con entusiasmo, es un poema *A la Belleza*, que, á pesar de nuestros esfuerzos, no nos ha sido dable encontrar (2).

Recordemos ahora á varios poetas que, aunque arrastrados, en sus creencias y en sus impulsos morales, por el ímpetu de las ideas francesas de la revolucion, conservaron vivos los sentimientos tradicionales de la nacion, y no arrancaron de su corazon, como *Marchena* y *Blanco*, el amor de la patria.

Resplandecia por aquellos dias el nombre de *don Joaquin Lorenzo Villanueva*, sacerdote de ánimo inquieto y mal disciplinado. Aunque ménos profundo y ménos investigador que su hermano don Jaime, autor del *Viaje literario á las iglesias de España*, era instruido y agudo, y uno de esos removedores de las letras y de la política, que, si no alcanzan á dejar á su país monumentos de verdadera gloria, contribuyen al sacudimiento de las ideas, que, cuando no salen del cauce de la razon, suelen en momentos determinados sacar á las naciones del letargo moral que embarga y tuerce sus facultades naturales. Cultivó la poesía, porque quiso abarcar con ambicioso anhelo todos los ramos de la literatura; pero sus laureles de poeta se marchitaron muy en breve, y la posteridad habria acaso olvidado su nombre sin el rumor de escándalo que llevó tras sí en su azarosa vida, en parte por los vaivenes de su tiempo, en parte tambien por las tendencias descaminadas de su carácter. Primero, calificador del Santo-Oficio de la Inquisicion, despues tachado de jansenista, y más adelante rechazado por la Santa Sede cuando lo nombró el rey Fernando VII ministro plenipotenciario en Roma, fué *Villa-*

(1) «Una ausencia de treinta años casi me ha hecho extranjero en mi patria, y no será difícil conjeturar con qué poca confianza emprendo, enfermo y casi moribundo, la composicion de una obra en español..... Es ley de la condicion humana que á medida que envejecemos, se rejuvenezcan las impresiones de la niñez y de los verdes años..... Me empecé á convencer, algunos años há, que habia entrado en los términos de la vejez, con el perpétuo revivir, que noté en mí, de imágenes y memorias españolas..... La luz de la esperanza no es mia. No; el sepulcro está casi cerrado sobre mí, y aunque no lo estuviese, aunque me hallára en el vigor de mi vida, España no me recibiria sino con condiciones. No diré más..... El deseo de hablar por última vez á los españoles me rebosa en el pecho.....» (Introduccion á la novela *Luisa de Bustamante, ó la huérfana española en Inglaterra.*)

(2) En otro lugar hemos dicho que han sido estériles las investigaciones hechas en Sevilla con suma diligencia por algunos de los más distinguidos literatos de aquella ciudad.

nueva imágen viva de aquellos tiempos de contradicciones y trastornos. Adoptó con vehemencia las ideas innovadoras que iban entónces cundiendo por todos los ámbitos de Europa, y su vida siguió, como era inevitable que aconteciera, las tristes vicisitudes políticas de aquella época de inquietud y de turbacion. Arrastrado por las ilusiones engañosas del espíritu reformista, se lanzó sin restriccion y sin prudencia en la aventurada empresa de enlazar las libertades canónicas con las libertades políticas, y atacó, en no escasa parte, las potestades eclesiásticas. Llevado de su fogosa índole, fué de aquellos, por fortuna raros, sacerdotes que prefieren á la calma de su sagrado ministerio, la agitacion de la vida política. Despues de haber sido dos veces diputado á Córtes, emigró á Inglaterra, donde pasó los últimos años de su vida. Allí publicó, en 1825, una interesante autobiografía, con el título de *Vida literaria de don Joaquin Lorenzo Villanueva.* Aunque llama *literaria* á la historia de su vida, esta obra pertenece, más que á las letras, á las polémicas políticas y religiosas de su época. En esta animada relacion de sucesos contemporáneos se presentan sin disfraz el carácter, el ingenio y las preocupaciones del autor. Es un libro curiosísimo, muy importante para la inteligencia de la historia literaria, eclesiástica y política de España, en la era que siguió á la revolucion francesa.

La audacia de sus opiniones, y el carácter desenfadado ó agresivo de sus escritos, suscitó á *Villanueva* impugnadores y enemigos, que le causaron acerbos sinsabores. El más inflexible y tenaz de estos impugnadores fué el doctor don Antonio Puigblanch, compañero suyo de emigracion, autor de *La Inquisicion sin máscara*, hombre de escaso gusto, si bien de extensa erudicion. En su prolija, pero curiosa obra titulada *Opúsculos gramático-satíricos*, publicados en Lóndres, con pretexto de defenderse de *Villanueva*, ataca reciamente, lastimándolas cuanto puede con las armas de la sátira y de la invectiva, así las obras, como la persona del doctor valenciano.

La saña de los literatos ofendidos no se amansaba ante la fraternidad de la emigracion. Las variaciones de opinion hacian, en verdad, á veces, á *Villanueva* sobrado vulnerable. Por ejemplo, cuando, por los años de 1812, escribia en Cádiz *El Jansenismo, dedicado al filósofo rancio*, ¿quién habria reconocido en su autor á aquel defensor celoso del espíritu nacional, en lo tocante á la religion y á la política, que en 1793 publicaba en la Imprenta Real el entónces famoso *Catecismo del Estado segun los principios de la Religion*, sin más objeto, segun sus propias palabras, que el de preservar á España del contagio de la revolucion francesa?

Estas inconsecuencias no son ni pueden ser raras en épocas de renovacion y trastorno. Abandonadas las doctrinas antiguas, mal definidas las doctrinas nuevas, como que áun no han pasado por el crisol de la experiencia, suele hoy verse un campo de gloria donde ayer se veia un abismo.

Cuando, á los veinticinco años de edad (1783), publicó *Villanueva* su traduccion en verso del *Poema de san Próspero contra los ingratos*, declaró que, á pesar del buen éxito de esta obra, estaba resuelto «á hacer frente á la vocacion de poeta.» Cuerdo anduvo en ello el fácil y abundante prosador, pues carecia de verdadero estro poético. Sin embargo, muchos años despues, confinado al convento de la Salceda por aquel famoso decreto de 15 de Diciembre de 1815, que fulminó las penas de presidio, reclusion y destierro contra Martinez de la Rosa, Argüelles, don Juan Nicasio Gallego y otros ilustres patricios, recobró su amor á las dulces emociones de la poesía. «Entre aquellos peñascos (escribe él mismo en su citada obra) volvió á prender en mi ánimo el fuego poético, que desde mi mocedad habia estado envuelto en cenizas. Con rayar ya entónces en los sesenta años, salieron de mi mano composiciones muy vivas y amenas, de que llegó á formar cuatro volúmenes cierta persona á quien las iba enviando.»

Frisaba *Villanueva* en los setenta años cuando estampaba estas palabras, en que tan desembozado se presenta el engreimiento del poeta anciano. Las poesías, publicadas en Dublin, no carecen de briosa entonacion, de ingenio y de sabor castizo castellano. Era *don Joaquin*

Villanueva, así como su hermano don Jaime, consumado hablista, y con razon le habia admitido en su seno la Academia Española ántes de que cumpliese treinta y cinco años; pero la contínua lectura de antiguos escritores lo habia familiarizado de tal modo con el lenguaje arcáico, que, acaso involuntariamente, atesta sus versos de extrañas voces y extravagantes y anticuados idiotismos. Y ¿qué ha de parecer una poesía, aunque abunde en bellos pensamientos, que no puede leerse sin tener á mano diccionarios y glosarios? Lo que es en realidad: una poesía hija del estudio, y falta, por consiguiente, de naturalidad y de hechizo.

Poco tiempo ántes de su muerte, á pesar de la fortaleza que le infundian siempre las tareas literarias para sobrellevar los sinsabores de la vida, y á pesar tambien de la admiracion que le inspiraba la nacion inglesa, emponzoñaban su ánimo el recuerdo de la patria y las amarguras del aislamiento. «Hállome (escribia en su citada obra) abandonado de mi patria sin crímen, y expuesto á las calamidades de un espontáneo extrañamiento.»

Otro escritor, animado por el espíritu independiente de su época, pero que no amenguó por ello sus sentimientos patrióticos y religiosos, es el poeta gaditano *don José Vargas y Ponce.*

Pocas cosas demuestran tan claramente el carácter inseguro y antojadizo del gusto literario en las épocas de transicion, como la gloria efímera de ciertos escritores. A excepcion de varios críticos y eruditos, ¿quién recuerda hoy dia los versos de algunos poetas, cuyo nombre gozaba, en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del presente, de celebridad honrosa y lisonjera? *Vargas y Ponce*, el distinguido marino y académico, es uno de estos ingenios olvidados. El público de la era presente ignora que este español insigne fué en su tiempo muy estimado y aplaudido, por su laboriosidad, por su patriotismo, por su talento, y hasta por su humor cáustico y festivo. La historia literaria, al paso que debe permanecer insensible á ese lustre y á ese entusiasmo pasajero que ofusca y avasalla á los contemporáneos, cumple su mision útil y gloriosa resucitando, por decirlo así, nombres á veces con notable injusticia olvidados, y aquilatando el valor verdadero, absoluto ó relativo, de las obras del arte ó del ingenio, que casi siempre encierran una significacion moral histórica, que no es dable desatender. Por eso nos complacemos ahora en consagrar un somero estudio al carácter y al talento poético de *Vargas y Ponce*, que sus amigos llamaban simplemente, con intencion familiar y afectuosa, *el poeta Vargas.*

Compartió su vida entre la marina, las letras y la política. Pero las letras fueron siempre su vocacion dominante. En la marina se distinguió como oficial laborioso y brillante, y para la *Biblioteca de marinos ilustres* escribió la *Vida del Marqués de la Victoria* y la de *don Pedro Niño.* En aquellos tiempos caminaban con lentitud las carreras públicas, y *Vargas Ponce*, á pesar de sus grandes merecimientos, subió poco en el distinguido cuerpo á que pertenecia. No pasó de capitan de fragata.

Como diputado, en 1813 se distinguió únicamente por su adhesion á la constitucion política promulgada en el año anterior. Era liberal de sano instinto, y en la inexperiencia política de aquel tiempo, sólo á muy pocos fué dado columbrar los defectos trascendentales que encierra aquel famoso código constitutivo. Vivió oscurecido desde el momento en que fué derrocado el sistema constitucional, hasta el restablecimiento del mismo en 1820. Volvió á Madrid, nuevamente elegido diputado á Córtes. Individuo de las Academias *Española*, de la *Historia* y de la de *Nobles Artes*, querido de todos por su dulce y ameno carácter, y respetado por su saber y por su fama, le esperaba acaso la época más apacible y regalada de su vida. Pero le sorprendió la muerte al comenzar el siguiente año de 1821, el mismo en que murió Marchena. Su último escrito fué la *Vida de Ercilla.*

Pocos han empezado la vida literaria con más venturosos auspicios. Cuando la Academia Española, despues de premiar el *Elogio de don Alfonso el Sabio*, abrió el pliego que contenia el nombre del autor y proclamó que era obra de un guardia-marina, mozo de veinte años, la admiracion fué general. La crítica no era muy vigorosa ni muy profunda; pero el estilo, aunque aliñado y artificial en demasía, era elegante y sentencioso, y el éxito de la obra fué

extremadamente lisonjero. De allí en adelante escribió mucho; porque era infatigable en el trabajo, y las letras fueron para él deleite en la ventura, y consuelo en la adversidad. Mas ya no volvió á lograr un triunfo semejante al que habia alcanzado en los albores de la juventud. Fuera de la oda *Al nacimiento de los infantes gemelos*, obra infeliz de la inexperiencia (1783), de la tragedia *Egilona*, y de alguna otra composicion de asunto grave, las obras poéticas de *Vargas* fueron siempre de carácter festivo y familiar. Las más conocidas eran las sátiras *El Peso-duro* y la *Proclama de un solteron*, que fueron traducidas al frances. Empezó *Vargas El Peso-duro* en Cartagena, ántes de 1790, y no se decidió á continuarlo hasta 1806. Despues de impreso el primer canto de este poema, emprendió la composicion del segundo canto; pero, ó no quiso terminarlo, ó le arredró la indiferencia con que fué recibido el primero; lo cierto es, que no llegó á ver la luz pública.

Vargas, como poeta, fué tratado con áspera, si bien merecida, severidad por sus contemporáneos. Forner, Huerta, Jovellanos, Miñano y otros no le escasearon, ya amistosas advertencias y censuras, ya amargas diatribas y áun violentos ataques. Su laboriosidad (1), sus nobles prendas y su festivo ingenio le granjearon, no obstante, el general aprecio.

No podria formarse cabal idea de la agresiva violencia con que algunos de aquellos literatos se ensañaron con *Vargas*, si no estampáramos aquí muestras de aquellas recias acometidas. Lo hacemos de buen grado, porque estas muestras patentizan la destemplada intolerancia que reinaba por aquellos tiempos en las letras de nuestra patria.

Forner, en su obra *La Corneja sin plumas*, se entretiene en probar, comparando textos, que el enfático libro de *Vargas*, *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*, es en su mayor parte una serie de plagios de Mayans, de Aldrete y del autor del *Diálogo de las lenguas.*

¿Quién (dice) no abominará á Voltaire, que, despues de haber imitado la *Mérope* del gran Maffei, enmascarado ruinmente, criticó con impía ferocidad la misma obra que le habia servido de modelo? ¿Quién no lee con ceño á Aristóteles cuando le ve comentar las doctrinas de su maestro, y despues morderle y roerle las opiniones con sequedad poco ménos que bárbara? Y si esta conducta desagrada tanto en hombres de superior mérito, ¿qué será cuando un pigmeo, un literatillo, cuyo bulto apénas se divisa, ahuecando la voz y pugnando para empinarse, exhala bravatas campanudas, cabecea con ceño hosco, y brota su tufo de colerilla chillona en el tablado de un librote zurcido malamente de retales, tal vez de aquellos mismos é quienes piensa lastimar y ofender? Pues no hay duda: tal es la calidad del librote que á fines de 1793 salió á correr mundo con el título de *Declamacion contra los abusos irtroducidos en el castellano, presentada y no premiada por la Academia Española, año de* 1791. *Síguela una disertacion sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra.*

Esta rara mescolanza de declamacion, diálogo y disertacion; este guisote de bodegon literario; este almodrote, que empieza en conversacion, sigue en mision y remata en gaceta.....; ya en estilo de botarga, ya magnífico y de estampido, ya didáctico y pedantesco; este libro no es libro, ni obra, ni diatriba, ni sintagma (2), ni cosa que se parezca á nada de lo que con algun título se ha escrito hasta aquí; porque en el diálogo es pura habladuría, en la declamacion pura afectacion y remedo de frases ya caducas y rancias, y en la disertacion puro, ó por mejor decir, impuro robo, rapiña patente, pillaje abominable, hurto y usurpacion vergonzosa. Búsquese en los anales de la literatura un monstruo que se parezca en un solo lineamento á esta produccion del memorable siglo XVIII.

En el año de 1820 publicó *Vargas* en Madrid una sátira en verso, con este título, que indica su intencion: *Los ilustres haraganes, ó apología razonada de los mayorazgos.* Juzgando esta obra de circunstancias, dice *El Censor* del 21 de Octubre de aquel año, en una carta de *El Madrileño* (3):

Lo primero que vieron mis ojos fué una octava, que le sirve de epígrafe, tomada de aquel detestable

(1) El lectoral de Cádiz, don Antonio Manuel Trianes, varon doctísimo y amigo de *Vargas*, formó el catálogo de las obras impresas y manuscritas de este escritor. Añadiendo al catálogo algunas que en él faltan, no baja de sesenta y seis el número de los escritos del insigne marino gaditano.

(2) Tratado metódico. *Sintagma* tituló Gassendi una obra suya sobre la filosofía de Epicuro.

(3) *Don Sebastian Miñano.* Solia ocultar su nombre, firmando, ya *El Madrileño*, ya *El Holgazan.*

poema de antaño llamado *El Peso-duro*. Bien conocí desde luégo que quien se atreve á tomar por texto un trozo de la obra más estúpida que han conocido los siglos, no podia ménos de tener los sesos hechos suero..... Todavía hay escritores capaces de competir en lo necio con el mismo autor de *El Peso-duro* y de la *Egilona*.

Aunque por instinto y costumbre, más coplero que verdadero poeta, no merecia *Vargas*, por cierto, tan desmedida acritud y dureza. Era uno de aquellos literatos de vocacion sincera, ingeniosos, perseverantes é instruidos, que por no saber comprender su aptitud especial, abarcan, con ménos fuerza que ambicion, todos los ramos de las letras, y no alcanzan, por lo mismo, á dejar en ninguno de ellos rastros de verdadera luz. Dotado de claro entendimiento y de imaginacion movediza y amena, si no fecunda y creadora, no quiso limitarse á cultivar la prosa, en la cual sobresalió desde edad muy temprana, y no tardó en caer en la tentacion de penetrar en los elevados espacios de la poesía. Pero, aunque lleno de ingenio lozano y zumbon, carecia de verdadero estro poético. Por eso brilló únicamente en el género satírico y festivo, desluciendo no poco sus agudos chistes con los rasgos chocarreros de que están sembradas sus poesías.

Del *Peso-duro*, calificado, como se ha visto, de *obra estúpida* por desabridos críticos, sólo ha llegado á nuestras manos el primer canto (1). No sobresale ciertamente ni por el aticismo poético, ni por la claridad y el órden de la narracion. Sólo pueden ser leidas sin enfado algunas octavas, como aquellas en que recuerda el *Peso-duro* las imprecaciones de una negra de Angola, esclava de un minero del Perú, que ha visto morir á su hijo, víctima de un hundimiento de la montaña, ó algunas dos ó tres más, en que campean el ingenio travieso y á veces mordaz de *Vargas*.

Hé aquí las octavas:

Cabe una gruta de codicia insana,
Cavada por sacar oculto oro,
Sed insaciable de la raza humana,
Alaridos sentí y amargo lloro.
Con rabia mujeril, atroz y vana,
Bramaba, cual herido y fiero toro
Que se azota los cuernos con la cola,
Una atezada hija del Angola.....
. . . . . .
. . . . . .
Un hijo desdichado
Perdió á su vista; con la pena y saña,
Frenética la madre se mordia,
Y así fiera y demente maldecia:
«Mal haya de aquel príncipe tirano
Que en mi nativa Angola me vendiera,
En vez de padre, mercader villano,
No mi defensa, mi verdugo fuera.
La sordidez mal haya del britano,
Que en maldad que conoce, persevera,
Y para despoblar mi triste playa
Huye su esposa y surca el mar: ¡mal haya!
»Y tú, hipócrita vil, que en blandas voces
Mi ánima ciega dices iluminas,
Predicándome un sér que desconoces,
Tu Dios no siendo sino viles minas,
Plegue al destino cuitas tan atroces
En tí se ceben; llores tus ruïnas
Desolado cual yo, sin dulce hijo,
Sin tu patria y tu Dios.» Así maldijo.

Al pasar la Estigia el *Peso duro*, encuentra diferentes vicios de la sociedad humana satíricamente simbolizados:

Por allí á comision grave y secreta,
Mintiendo tocas ó disfraz humano,
Iba el *Embuste* en manto de alcahueta,
La *Trampa* de alguacil, su vara en mano;
El *Temor* como esclavo con su geta,
La *Embriaguez* de cochero simoniano,
La *Insolencia* con aldas de estudiante,
Y la *Inutilidad* como maestrante.

(1) Impreso en Madrid, en 1813, en la imprenta que fué de Fuentenebro.— Hemos buscado el manuscrito del segundo canto en las colecciones de los principales bibliógrafos de Madrid. Hemos escrito con el mismo objeto á nuestros amigos de Sevilla y Cádiz. Todo en balde. Hemos adquirido la conviccion, despues de hablar con personas que intervenian por aquel tiempo en la citada imprenta, que el segundo canto del *Peso-duro* no llegó á darse á la estampa. Fernan Caballero nos ha escrito con este motivo lo siguiente, desde Sevilla:

«No hay biblioteca pública y particular, librería y baratillo en que no se haya buscado el segundo canto; pero nada: todos creemos aquí, como usted, que no fué impreso, pues la parte final del primero no creo seduciria á nadie para leer el segundo.»

La *Soberbia* se puso de golilla,
La *Avaricia* ¡bribona! de sotana,
Ira sin nagnas fuera nao sin quilla,
Lujuria de basquiña gaditana;
La *Gula*, por supuesto, con capilla,
Envidia con refajo de villana;
De puro inerte sin disfraz, ¡oh hallazgo!
La *Pereza* salió de mayorazgo.

La *Discordia* de suegra tomó el as,
La *Ignorancia* de médico el enves,
La *Locura* de músico el compas,
La *Fatuidad* los aires de marqués;
Al *Descaro* el cordon le vino al ras,
De bolero el *Desórden* buscó piés,
El *Chisme* fué muy hueco con monjil,
Y de fraile y mujer vicios cien mil.

Tambien merece citarse aquella octava en que el *Peso-duro*, recordando que el avaro minero de Lima lo sepultó en una talega, exclama:

De mi estrecha prision el tiempo ignoro.
Eterna noche, sin la luz del dia,
Y de un propio color la plata y oro
Me hicieron larga y zonza compañía.

Lo mismo son carbones que tesoro
A sordidez que los soterra impía;
Si en ocultarlo su placer encierra,
¿No estaba más oculto bajo tierra?

Vargas ejercitaba singularmente su ingenio en la activa correspondencia que seguia con sus innumerables amigos aficionados á las letras. Se complacia muy especialmente en esta familiar tarea, que cuadraba del todo á la amenidad de su índole. Muchas cartas suyas se conservan todavía, y en casi todas ellas se advierte la especie de fruicion con que se entregaba sin tasa, y muy á menudo con gusto poco acrisolado, á su carácter expansivo y chancero.

En verso escribió, ademas de las sátiras en afectado estilo, la tragedia titulada *Egilona*, que le acarreó una reprension amigable de Jovellanos, «por malgastar el tiempo en cosas para las cuales no era su ingenio» (1). Tambien compuso abundante copia de poesías fugitivas, inspiradas las más veces por circunstancias de carácter íntimo. El inexorable Huerta llamaba á estas poesías, hijas de geniálidad jovial, y no de inspiracion, *mentecatadas de Vargas* (2). Solia éste intercalar en sus cartas versos festivos y ligeros. De ellos tenemos algunos á la vista, los más de carácter burlesco, escasos de buen gusto y de elegancia, pero no de donaire y de satírico desenfado. Su fama como poeta fué, como debia ser, pasajera. Aunque insigne *humanista*, y hombre de ingenio original y agudo, no supo remontarse nunca en alas del sentimiento y de la fantasía, y no mereció en verdad elevado puesto en los campos gloriosos de la verdadera poesía.

El poema de *Vargas* que no debe quedar sepultado en el olvido, es la sátira titulada *Proclama de un solteron*, única, entre sus obras, digna de sobrevivir al simpático marino en la opinion severa de la posteridad. Don Juan Nicasio Gallego enmendó con su elegante y correcta pluma algunos pasajes, y si, despues de haber pasado por el crisol de las correcciones del ilustre académico y poeta, quedan todavía en la *Proclama* algunos rasgos de gusto sobrado libre y chocarrero, no puede negarse que está escrita con seductor desembarazo, y que rebosa en esta obra la sal de la sátira verdadera.

Otro poeta, el caballero alavés *don Pablo de Jérica*, amigo de Moratin, Gallardo y otros literatos de nota, debió su fama, que la posteridad no ha consagrado, más bien á sus opiniones liberales y á las persecuciones políticas de que fué objeto, que á su talento literario. Pobre imitador de los poetas salmantinos, sólo demostró algun ingenio en fábulas, cuentos jocosos y epigramas, no siempre faltos de agudeza, pero sí de intencion moral, fecunda y elevada. Como constitucional fervoroso, fué, en 1814, desterrado al presidio de Melilla por diez años y un dia. Pudo evitar el golpe emigrando á Francia en compañía de varios deudos y amigos suyos. Ya seguro en tierra extranjera, burlábase de la persecucion en estos versos:

(1) Papeles del señor don Martin Fernandez de Navarrete.
(2) Idem.

Bien pudiera, como Ovidio,
Llorar tambien mi destierro,
Aunque no estoy en Melilla,
Sino en París, salvo y bueno.
Mas, en vez de escribir *tristes*,
Escribiré alegres versos:
Con Demócrito me entierren,
Que á Heráclito le prefiero.....
Y no hay más patria en el mundo
Que vivir libre y contento.

Con un alma poco entera y sufrida, y prendado ademas de la civilizacion francesa, no pudo *Jérica* sobrellevar con paciencia los amargos sinsabores que le acarrearon los trastornos políticos de la nacion. Sus sentimientos de español se entibiaron, y el antiguo patriota acabó por tomar carta de naturaleza en Francia.

El sesudo y laborioso escritor aleman Fernando Wolf daba harto subido valor á las poesías de *Jérica*. Se pagaba demasiado del desenfado y de la soltura de este escritor mediano, al paso que confesaba sin dificultad que carecia de vigor y de originalidad.

Don Cristóbal de Beña, educado con las ideas políticas y literarias de los últimos años del siglo XVIII, era hombre de vivo y clarísimo ingenio. Versificaba con soltura y gala. Don Angel de Saavedra, despues duque de Rivas, le trató íntimamente en Cádiz, por los años de 1812, y de sus labios hemos oido muchas veces los triunfos que allí alcanzó *Beña* como poeta repentista. Tres sonetos suyos, improvisados, conservaba el Duque en la memoria, y por cierto que justifican cumplidamente el éxito que alcanzaban en Cádiz los versos de *Beña*. Hé aquí uno de ellos, notable en verdad por la energía y la sencillez de la expresion, y por la claridad con que en él se refleja el encono que inspiraba en Cádiz la invasion francesa, y la ira que produjo la primera moneda que llegó allí con la efigie de José Bonaparte:

SONETO.

De las Españas y las Indias rey
Se titula en su busto el baladron,
Por llamarse no más Napoleon
Y mandar de asesinos una grey;
Mas quiebra de verdad la eterna ley
En darse ese dictado fanfarron,
Pues no le pertenece ni un terron
De los que arando rompe el tardo buey.
No importa, no, que pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan dél,
Y con la insignia de Aragon fatal:
La patria mia borrará con hiel,
De union tan execrable áun la señal.

Era *Beña* liberal de buena fe, como casi todos los de aquel tiempo, y siguiendo el impulso literario que habia nacido en el reinado de Cárlos III, y duraba todavía, dióse á escribir fábulas, que era uno de los ramos más corrientes de la literatura al uso. Para prestar colorido original á un género tan manoseado, dió á sus fábulas un objeto *político*, como Iriarte habia dado á las suyas un objeto *literario*. Las *fábulas políticas* de *Beña* fueron tasadas por la opinion de la gente ilustrada en más de lo que en realidad valian. Abogaba por ellas el espíritu liberal que las habia inspirado, y á más de su mérito real, resplandecia en las fábulas principalmente el mérito aparente de que reviste fácilmente á las obras de ingenio y arte el entusiasmo pasajero de las circunstancias. Ahora, que han pasado las ilusiones de aquel tiempo, las celebradas fábulas de *Beña* parecen lo que son: obras medianas, en que el fin político se reduce á máximas triviales, que el autor no sabe realzar siquiera con la novedad de los argumentos y la perfeccion de la forma. El lozano versificador ha decaido, y la originalidad es tan escasa, que si bien con aplicacion moral diferente, asoman en el fondo de algunas fábulas los pensamientos de Iriarte y Samaniego. La titulada *El Escoplo, el Mazo y el Carpintero*, recuerda, empobrecida, la idea de *El Pedernal y el Eslabon*, miéntras que *Las Ranas y el Sapo* es una imitacion poco feliz de *Las Ranas pidiendo rey*. Entre las pocas que pertenecen completamente á *Beña*, hay una, *La Escalera de mano y el Farolero*, digna de especial mencion por lo ingenioso y sencillo del pensamiento fundamental.

Beña escribió muchos versos líricos inspirados por el impulso de la libertad (1). Hoy han

(1) Las más de estas poesías se publicaron en Lóndres, con este título: *La Lira de la libertad* (1813).

perdido el transitorio encanto que les dieron las circunstancias históricas del tiempo en que fueron escritas. Su valor literario es cortísimo. Distan mucho de la elocuente energía que sabe dar *Quintana* á la expresion de los grandes sentimientos de la patria.

No debemos olvidar por completo, como la posteridad lo ha olvidado, al honrado patricio y mediano escritor *don José Mor de Fuentes*, cuyo nombre ha sonado en la prensa durante medio siglo, sin que el rumor de la celebridad, que fué grande, llegase á ser nunca, para él, el rumor de la gloria. De ánimo inquieto, emprendedor y laborioso, y empleando en todo su obstinacion aragonesa, abarcaba con laudable pero extraviada ambicion ramos del saber diferentes é inconexos. Historia, política constitucional, filosofía, agricultura, crítica literaria, novela, poesía épica, poética, comedia, sainete, poesía lírica en várias lenguas; estos y otros diferentes géneros científicos y literarios eran otras tantas tentaciones en que caia con sobrada facilidad el incansable *Mor de Fuentes*. En todas sus obras hay rasgos de talento y prendas estimables; pero su gusto no se formó nunca. Ni su carrera de ingeniero de marina, ni su autoridad de escritor, llegaron á sazon verdadera. Aunque hablista abundante, su estilo suele ser afectado, y su lenguaje adolece siempre de desigualdad, y á menudo de extravagancia y artificio (1).

En edad muy avanzada (74 años) publicó en Barcelona una relacion autobiográfica (2), en la cual, al paso que con el más candoroso engreimiento se colma de alabanzas, trata con rigor implacable á muchos personajes esclarecidos de nuestra nacion. Para *Mor de Fuentes*, el ilustre y sesudo hombre de Estado Conde de Floridablanca no fué sino un *hombre en extremo superficial y áun ignorante;* en Cienfuegos, á quien en 1796 habia confiado la correccion de sus poesías ántes de darlas á la estampa, no ve ya más que *desentonos estrambóticos* y *lenguaje ramplon*, *bronco y enigmático;* las comedias de Moratin son, en su juicio, unos *sainetes largos*, *salpicados de dichitos más ó ménos oportunos*, *que solia ir á recoger entre las verduleras;* llama á Salvá *sandio* y *criticastro*, y á su célebre gramática, *un fárrago* y *una valencianada* (3); califica á don Juan Nicasio Gallego de *galleguísimo;* del admirable *Don Álvaro*, del Duque de Rivas, dice que es *un comedion de Pedro Bayalarde;* el estilo de Martinez de la Rosa es, á sus ojos, *el yerto prosaismo del chusco Martinez;* la elevada poesía de Quintana, *altisonante gerigonza*, *alternada con renglones rastreros;* y por último, la inspiracion ideal de Lamartine, *los yertos sollozos del poeta lloron.* Sólo Rosa Galvez y Melendez Valdés hallan gracia ante el tremendo tribunal del inexorable y atrabiliario crítico.

Las prendas y defectos del alma asoman siempre en las obras del arte ó del ingenio. *Mor de Fuentes*, dotado de corazon noble y generoso, empañaba y áun esterilizaba sus estimables cualidades con su desmedida soberbia literaria. La intolerancia y el desabrimiento que se advierten á cada paso en su autobiografía, no eran sólo achaques de la edad cercana al término de la vida, en que se ven las cosas sin el embeleso de la ilusion, que las colora y engrandece; era el amor propio, que cegaba á *Mor de Fuentes* hasta despojar su entendimiento de toda justicia y de toda indulgencia. Su vida literaria está sembrada de rasgos visibles de este deplorable impulso moral (4). En suma, en *Mor de Fuentes*, el hombre valia más que el escritor; y en el escritor, más el narrador que el crítico y el poeta.

(1) Su traduccion del *Werther*, de Goethe, está hecha, directamente del aleman, en el lenguaje más enredado y extraño que imaginarse puede.

Mor de Fuentes se atreve hasta á inventar palabras como *ayertar* por *helar:*

Ora mi triste corazon *ayerta.*

(*Poesías várias;* imprenta Real, 1796.)

(2) *Bosquejillo de la vida y escritos de don José Mor de Fuentes*, delineado por él mismo (1836).

(3) Estaba muy ofendido de estas palabras de Salvá;

«Vargas Ponce y Mor de Fuentes carecen de fluidez, particularmente el segundo, que es de una dureza insoportable.» (Introduccion á la *Gramática.*)

(4) Sirvan de ejemplo los siguientes, entre otros infinitos:

«No quise publicar mi poema *La Abatomaquia*, por no apesadumbrar á Quintana, pues algun pasagonzalo habia de llevar.....»

. . . . . .

«Se me proporcionó leer la *Poética* de Martinez de la Rosa, recien impresa en París. Parecióme el

De poeta, en verdad, tenía muy poco. Nadie, sin embargo, ha abrigado con mayor fuerza y con menor fundamento la ilusion de que Dios le habia dotado con pródiga mano del fuego sagrado de los grandes poetas. Por los años de 1833 á 1836 apremiaba en Barcelona al generoso é ilustrado editor é impresor señor Bergnes para que publicase sus versos, que eran infinitos. *Mor* pasaba allí una vida llena de escaseces y penalidades, y Bergnes, condolido de aquella triste situacion y de aquel tan estéril como inagotable entusiasmo, se prestó á publicar, y lo que es más, á pagar, aquellas poesías, que nadie leia ni compraba. Esta condescendencia hubo de tener término; y *Mor*, acosado por la miseria, se retiró á su pueblo, Monzon, en donde residian parientes suyos acomodados. Pero el buen *Mor*, cuyo genio, excesivamente franco y satírico, se tornó, con los años, brusco, desabrido y sarcástico, se habia hecho antipático á sus deudos y á sus paisanos, á los cuales ridiculizaba y ofendia. Nadie quiso recibirlo, y el pobre anciano tuvo que mendigar un asilo donde esconder su indigencia y su aislamiento. Lo encontró al cabo en casa de un sastre, casi tan pobre como él, que se condolió de tanta desventura; y aquel laborioso escritor, que algunas veces, no sin fruto y celebridad, habia cultivado las letras en el espacio de más de medio siglo, murió, oscurecido y no llorado, sobre un mugriento jergon, en un desvan miserable y desabrigado.

CAPÍTULO XVIII.

Invasion francesa.—Límite moral del siglo XVIII.— Poetas nacidos y educados á fines del mismo siglo, que han escrito en el presente sus principales obras.— Arriaza. — Maury.— Solís.— Gonzalez Carvajal.— El padre Bogiero.— Gallego.— Búrgos.— Silvela.— Perez de Camino.— Somoza.— Navarro.— Hidalgo. — Gallardo. — Tapia.— Poetisas notables.— Poetisa anónima.— Doña Isidra de Guzman, doctora y académica.— Doña María de Hore.— Sor María Helguero.— Doña Rosa Galvez.— Fin del *Bosquejo histórico.*

Los siglos, en su espíritu, carácter é influencia, no terminan cuando, segun las leyes convencionales de la cronología, se completa el periodo numérico de los años. El siglo XVIII, considerado en tal sentido, no acabó en el año de 1799. Sus tendencias y sus fuerzas morales, si bien algun tanto modificadas, viven todavía y vivirán largo tiempo en Europa. Sólo grandes acontecimientos, que alteran gravemente el sér de las naciones, pueden servir de límite moral en los anales de cada una de ellas. En España, la invasion francesa de 1808 produjo un sacudimiento profundo en la vida del pueblo español y en el carácter peculiar de su antigua civilizacion, y puede tomarse prudencialmente por lindero entre los siglos XVIII y XIX. Por eso no juzgaríamos completa la reseña histórico-crítica de los poetas más notables del último siglo, si no agregáramos á los ya mencionados otros varios que han escrito en el presente sus principales obras, pero que, habiendo recibido las nociones fundamentales de su educacion literaria en el siglo XVIII, á él pertenecen todavía por su estilo y por sus principios. Sólo creemos deber excluir á algunos escritores, tales como el Duque de Frias, Rementería, Fernandez Baeza, Martinez de la Rosa, el Duque de Rivas, Gil de Zárate, Mora, Galiano y otros, que aunque formados con las ideas críticas de aquel siglo, entraron despues, con ma-

poema vulgar en la doctrina y friísimo en la ejecucion, con cuyo motivo concluí en cuatro ó cinco semanas otra *Poética* en doce cantos. En ella los preceptos van siempre material y formalmente acompañados del ejemplo.....»

. . . . . .

«Conocia á usted mucho, me dijo Godoy (el Príncipe de la Paz)..... Aunque la persona no venía, añadió con halagüeña sonrisa, me llegaban sus escritos. Y siguió en estos términos, casi requebrándome como á una Dulcinea, por donde inferí que no era Godoy tan irracional como suponíamos.» (*Bosquejillo de la vida y escritos de Mor de Fuentes.*)

yor ó menor amplitud, en la esfera de las nuevas doctrinas literarias y de las tendencias privativas del siglo XIX.

Continuemos, pues, nuestra tarea.

Don Juan Bautista Arriaza es uno de los ejemplos más señalados de la distancia que media entre el ingenio y la poesía. Y no decimos esto en són de menosprecio, ni siquiera de indiferencia, con respecto á las obras de aquel hombre esclarecido. Cuando el ingenio llega á subir á una línea eminente, es imposible no otorgarle el tributo de admiracion que se le debe, y no reconocer cuán varios y diferentes son los caminos que Dios concede al entendimiento para alcanzar las palmas de la gloria.

Arriaza no tiene ardiente fantasía de aquellas que levantan el pensamiento á los espacios ideales; carece de la instruccion rica y variada que abre el campo de las ideas; tampoco tiene sensibilidad ni entusiasmo; no penetra en la esencia íntima de los sentimientos humanos; no se conmueve ante el hechizo de la naturaleza; es sordo al movimiento de la vida pública, al vaiven de las pasiones mundanas, á la imágen de la gloria patria. Es meramente un poeta *objetivo*, que se contenta con ridiculizar ó describir las impresiones superficiales, y que no sabe ó no quiere descender nunca hasta el fondo del alma, ni enardecerse con las grandezas del mundo moral, ni extasiar su mente con las maravillas de la creacion. Sin embargo, grande es y merecida la fama de *Arriaza*, y sus poesías son de aquellas, bien escasas por cierto entre las de su tiempo, que se leen todavía con cierto deleite. ¿Cuál es, pues, su fuerza, cuál el secreto de ese hechizo, de carácter general y duradero, que todavía se siente con la lectura de sus obras? Puede decirse que *Arriaza* no tiene más que una prenda esencial de poeta: el ingenio. Pero ese ingenio es fácil, natural, agudísimo, chispeante, y Dios se lo concedió á manos llenas. Poseia ademas, en grado eminente, cualidades secundarias, pero importantísimas: gracia y soltura en la diccion, destreza suma en el manejo de la rima. Las sátiras que escribia de obras dramáticas de su tiempo están llenas de vivo y natural donaire, y todavía, pasada la oportunidad que las inspiraba, no pueden leerse sin que asome la risa á los labios. Cuando *Arriaza* adivina y remeda con el ingenio los afectos tiernos ó heróicos que no siente, no encuentra imágenes grandes y atrevidas; y si alguna adecuada se le presenta al paso, no sabe hermanar con ella la expresion calorosa que brota espontánea de la inspiracion verdadera. No pasa entónces de un versificador artificial y ameno. Cuando escribe ó improvisa, ya excitado por la alegría de un convite, ya movido por su índole satírica, ó ya por el espíritu de galantería de la elegante sociedad que lo colmaba de alabanzas, entónces está en su campo natural, y despliega todas las galas de su vena festiva y de su gran talento epigramático.

Aunque de índole excelente é inofensiva, *Arriaza*, como todos los que hacen profesion de chistosos, no se paraba mucho en lastimar á sus amigos con chanzas y con diatribas literarias. *Sanchez Barbero* gustaba poco de este su segundo apellido, y siempre procuraba que le llamáran simplemente *Francisco Sanchez*. Flaqueza ó manía, el hecho es, como ya en otro capítulo indicamos, que habia cobrado aversion al apellido *Barbero*, el cual acaso le parecia calificativo de humilde ralea. *Arriaza*, con motivo de la tragedia de Sanchez, titulada *Coriolano*, halló modo de burlarse á un tiempo, en un soneto familiar, así de la tragedia como de la manía de su autor (1). Segun referia *Arriaza* en sus últimos años, Sanchez, por

(1) A causa de la familiaridad harto desnuda y vulgar del lenguaje, hemos titubeado ántes de decidirnos á publicar este soneto, escrito únicamente, como chanza y esparcimiento, para ser leido entre amigos íntimos. Pero, por un lado, la consideracion de que el soneto es parte esencial de la anécdota, y por otro el donaire que campea en el soneto, á pesar de su desenfadado estilo y de referirse á circunstancias é impresiones tan distantes ya de nosotros, han desvanecido nuestros escrúpulos. Hé aquí el soneto:

Á LA TRAGEDIA DE DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO TITULADA *Coriolano*.

Marcio de Roma hácia las tapias Iba,
Como quien va á orinar con disimulo,

demas preciado y quisquilloso, estuvo enfermo algunos dias á consecuencia de la ira y pesadumbre que le causó el soneto burlesco, cuyo autor no tuvo ciertamente intencion de herir tan en lo vivo el ánimo del estimable y aventajadísimo humanista. Zaherirse entre sí los poetas era moneda muy corriente por aquellos tiempos, y el mismo *Arriaza*, temido por su agudeza y por su fama de satírico, fué blanco de los tiros epigramáticos del magistrado fabulista don Ramon Pison, el cual, con el seudónimo que solia usar, *Roman de Pinos*, satirizó el poema de *Arriaza La Compasion*, en un folleto impreso en Madrid (1796), con el título *Carta de un cura de Leganés*. A pesar de estar dotado *Arriaza* de índole más serena y alegre que Sanchez, y de verse halagado por los aplausos de la sociedad y de la córte, hicieron mella en su amor propio las bufonadas del crítico que lo zumbaba y combatia. Para vengarse del ataque, escribió la fábula *La Raposa y los Perros de Roman.*

Una de las personas más ofendidas de las agudísimas burlas de *Arriaza*, era el gran actor Maiquez, á quien el poeta cordialmente detestaba. Exasperado Maiquez por las punzantes alusiones contra él dirigidas en la chistosa sátira de la tragedia *Blanca y Moncasin*, tomó por sí mismo público é insolente desagravio. «En la comedia titulada *El gusto del dia*, salió remedando á *Arriaza* en traje y modos, con fidelidad tal, que dió en rostro á todos» (1).

La naturalidad del estilo de *Arriaza* en sus composiciones familiares tiene un hechizo extraordinario. ¿Quién no ha de complacerse en leer aquella leccion de buen gusto que da á un amigo que le habia pedido dictámen sobre un soneto suyo? Dice el soneto que *casi lloraba* un amante enternecido. *Arriaza* le reprende la impropiedad en estos agudos y fáciles tercetos:

Siguió, pues, la lectura comenzada,
Llegó á aquel *casi llora*, y al instante
Dijo: «Esto no me gusta *casi nada*.....»
Quítale al llanto el *casi* de delante,
Y déjale llorar á rienda suelta,
Que no es impropia cosa en un amante.

Como se ve, hasta de crítica literaria escribia poéticamente *Arriaza* con soltura y donaire. La jocosa sátira contra la tragedia *Blanca ó los Venecianos*, tuvo un éxito extraordinario en su tiempo, y todavía entretiene mucho su lectura. El análisis burlesco de la tragedia, está escrito en tono zumbon y descarado, y se asemeja á las sátiras que en épocas posteriores se han escrito contra los desvaríos *románticos*. ¿Quién no recuerda aquel rápido juicio de los caractéres?

Blanca está lela, Moncasin celoso,
Capelo en babia, y regañando á trio,
Se dicen poco, malo, turbio y frio;

y otros rasgos chistosísimos de que está sembrada la sátira, y que se graban fácilmente en la memoria, como los siguientes:

Tercer acto..... Yo debo estar enfermo,
Porque aquí está lo bueno, y yo me duermo.
. . . . . .

Y cargada de tetas como un mulo (*a*),
Sale *Volumnia* á malgastar saliva.
Un cierto *Tulo*, nombre que me giba (*b*),
Primero es general, y luégo es nulo;
Que es achaque comun de cualquier *tulo* (*c*)
El que le echen por fin la lavativa.
En medio de esto el héroe no paria,
Y entre tanta matrona es trance fiero;
Mas viendo que era tarde, y que venia
Con escalera en mano el farolero (*d*),
Se hace junto á la tienda una sangría (*e*),
Y ésta si que es tragedia de *Barbero*.

(1) Don Antonio Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano;* Madrid, de 1800 á 1807.

(*a*) Era en extremo gruesa y corpulenta la actriz que representaba el papel de Volumnia.

(*b*) El buen gusto ha desterrado de las composiciones poéticas los nombres mal sonantes.

(*c*) Así llaman los niños á cierta parte posterior del cuerpo.

(*d*) En esta tragedia salen varios soldados con escalas, que arriman al muro, y á esto alude el verso.

(*e*) Alude á que Coriolano se da una puñalada en el campamento.

¡Y sólo á Moncasin le dan garrote!
¡Pues qué! el autor ¿no tiene su gañote?

A falta de ternura profunda ó de pasion intensa, tiene *Arriaza*, en los cantos de amor, una gracia y un primor que cautiva. ¿A quién no embelesa la *Despedida de Silvia*, en la cual el delicado artificio de los pensamientos está escondido en la naturalidad de la expresion y en la magia de la versificacion rápida y fluida? No tiene Metastasio, á quien *Arriaza* imita, imágenes más concisas ni con más seduccion presentadas que esta de un naufragio:

Cuando, impelido del noto,
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar,

Y emplee el triste piloto,
En vez de la ciencia, el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar; etc.

Esta segunda estrofa es admirable por la concentracion de la idea, por la lisura y rapidez del estilo, por la gracia de la versificacion. En suma, *Arriaza* es un poeta de vivo y alto ingenio, y aunque le falten cualidades propias de la poesía trascendental, sus versos vivirán sin duda, porque llevan en sumo grado el sello de la espontaneidad, de la gentileza y de la gracia.

Don Juan María Maury, nacido, en Málaga, el mismo año que *Quintana y Reinoso* (1772), contribuyó, con su *Espagne poétique*, á realzar en Francia el nombre español. Es literato y poeta de órden muy elevado. Su dilatada residencia en París le hizo perder mucho del carácter genuino del lenguaje castellano; no ciertamente en la esencia prosódica del idioma español, que conocia y cultivaba sabiamente como muy pocos de sus contemporáneos, sino en cierto abandono, en la franca espontaneidad que en todas las lenguas constituyen uno de los encantos del estilo. Su poema *La Agresion británica*, si bien en general harto redundante en pompa y primores, contiene octavas admirables, que parecen hijas de la musa castellana del siglo de oro. En *Esvero y Almedora*, publicado treinta y cuatro años despues, en medio de una trama enmarañada, defecto grande del poema, hay vuelo y gallardía nada comunes, magistral narracion, afectos vivos, perfeccion métrica; y sin embargo, los antojos del hablista sistemático, el abuso de la elípsis, el empeño de dar novedad á los giros, los córtes rítmicos estudiados; en una palabra, los artificios del poeta y del filólogo, dan á la obra cierta extrañeza, visible afectacion y alguna oscuridad, que amenguan el efecto y privan á la poesía de su principal hechizo. Y no es porque falten á *Maury* las delicadas galas, sin pompa y sin afeite, privilegio de los grandes poetas; á cada paso, en este mismo singular poema *Esvero y Almedora*, da el lector con cuadros y descripciones en que se juntan sin esfuerzo la más viva fantasía á la más sencilla naturalidad, y el más terso lenguaje y la versificacion más acendrada y numerosa á la expresion flexible y espontánea que á par del pensamiento brota del númen abundante y lozano.

Pocas poesías líricas escribió *Maury;* pero esas pocas, como el romance *La Timidez y la Ramilletera ciega*, son de aquellas que no se pueden olvidar. Son dechados de suave y delicada inspiracion. Como muestra de su estilo sobrio y poético, puede citarse la siguiente octava de *Esvero y Almedora:*

Es el amor emanacion divina,
Del sol eterno plácida centella,
Que hácia su orígen celestial inclina,
Y el hombre al ángel se igualó por ella.

Y el alma, así que el rayo la ilumina,
Como atraida por amiga estrella,
Al cielo sube en amoroso vuelo,
Ó baja al alma enamorada el cielo (1).

(1) Esta octava no se imprimió en la edicion que hizo Maury, en París (1840), de su poema *Esvero y Almedora.* La hemos copiado de las adiciones autógrafas que hizo el mismo Maury en un ejemplar preparado para la segunda edicion, y nos fué franqueado por don Ignacio Boix.

Esto no puede escribirlo sino un hombre que ha nacido poeta, y poeta de aquellos que saben remontarse á la esfera ideal de los sentimientos humanos.

La traduccion del cuarto libro de *La Eneida*, que, con un proemio y un epílogo añadidos por *Maury*, forma un canto completo, contiene tambien giros extraños; pero es de notar que el dón precioso de la concision no resplandece ménos en *Maury* que en Virgilio, á pesar de la diferencia de los idiomas latino y castellano. En la parte original de *Maury* hay pensamientos ingeniosos y altamente poéticos. El final del epílogo pertenece á la poesía dantesca. Es verdaderamente magnífica aquella vision vengadora que Dido, ceñuda y silenciosa, señala á Enéas en el Estigio. Al lado de la hoguera donde está la desventurada amante, atravesada con la propia espada del caudillo troyano,

Un guerrero africano, en quien la rica
Armadura denota el alta esfera,
Otros dolores que advertir le indica.
. . . . . .
Respaldando el vengado mausoleo,
En haces forman cuádruple trofeo
Boca-abajo las águilas romanas;
Y encima de estos bélicos despojos
Graba una mano en caractéres rojos:
Tesino, Trebia, Trasimeno y Cánas.

Esta evocacion anticipada de Annibal, y esta humillacion futura de Roma á los ojos de Enéas, es una imágen llena de fuerza y de fantasía. Sólo un poeta sabe levantar así el pensamiento, y buscar en la historia semejantes cuadros.

Don Dionisio Villanueva y Ochoa, conocido por *Solís*, fué, á pesar de su modesta profesion de apuntador de los teatros de Madrid, un escritor de extraordinario mérito. En sus obras dramáticas no sólo hay calor de alma y sano instinto dramático, sino estilo propio y animado, y lenguaje limpio, natural y castizo. Aunque dedicado principalmente al teatro, tambien cultivó con grande aficion la poesía lírica.

El género anacreóntico arrastró, ahogándole en parte, su estro nativo. Este epicurismo sensual, tan impropio de las sociedades cristianas, fué una verdadera calamidad para la poesía del último siglo. Melendez, con su blandura y su gracia descriptiva, puso en auge este género falso y amanerado, que tenía entre nosotros el atractivo de la novedad. Fué una plaga poética en manos de la medianía; plaga de la cual no se libraron ni los ingenios privilegiados. *Solís* se dió con exceso al cultivo de la anacreóntica, malgastando su talento elevado en estos juegos de un paganismo artificial y forzado; cadáver engalanado, para mayor impropiedad, con atavíos modernos.

Solís imita, como todos en su tiempo, á Melendez, á quien admira sin tasa. Si no le alcanza en la dulzura y en la gracia, le iguala en el desembarazo, y le supera á veces en la novedad y en la fuerza de los pensamientos. Pero da de lleno en el escollo del género, que es el carácter *materialista* de la poesía del gentilismo griego. Melendez mismo encubre mal con sus risueñas galas pastoriles la desnudez de sus cuadros de amor anti-ideal, y no es pequeña prueba de ello la ocurrencia que tuvo Iglesias de convertir una de las anacreónticas de Melendez, la que empieza:

Al prado fué por flores
La muchacha Dorila,

en uno de sus picantes epigramas (1). La tendencia sensual de las anacreónticas de *Solís* es todavía ménos contenida y embozada que las de Melendez, y por tanto, no es probable que lleguen á publicarse algunas de ellas. *Solís*, profundamente imbuido en la literatura nada escrupulosa de la antigüedad, expresa el entusiasmo amoroso á la manera de Safo y de Horacio, y la preferencia que da á la *sensacion* sobre el *sentimiento* en la pintura del amor, nace,

(1) El epigrama LXX, que empieza así:

Al bosque fué Ines por rosas.....

sin duda, del intento de dar al género anacreóntico toda la verdad de imitacion clásica que estaba á su alcance (1).

¡Cuánto más alto y más verdadero es el númen de *Solís* cuando, saliendo del carril de la escuela doctrinal, se deja llevar únicamente por el espíritu moral de su tiempo! ¡Cuánto más vale su soneto *Al Sol*, inspirado por un pensamiento grande, noble y cristiano, que todas aquellas ingeniosas evoluciones de amor *anacreóntico*, en que no hay ni un asomo de ternura intensa y verdadera!

Igualmente es poeta sincero y de buena ley cuando escribe poesías de carácter sencillo y popular. ¿Cabe mayor naturalidad, donosura y desembarazo que la que emplea, por ejemplo, en *La pregunta de la niña?* ¿Quién no advierte el sabor del buen tiempo de la musa castellana en esta composicion, en que cuenta la niña á su madre los primeros sobresaltos del amor? Empieza así:

Madre mia, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si, fiada en su prudencia,
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solicito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.

Con esta hechicera naturalidad poética escribia *Solís* siempre que no apretaban demasiado su númen las cadenas de la imitacion. *Moratin* conocia el gran valor intelectual de *Solís*, y siguió constantemente con él una correspondencia íntima, que prueba la grande estima en que lo tenía. *Moratin* vivia, en 1815, triste y como anheloso de hacerse olvidar, en un pueblecito llamado Sarriá, no muy distante de Barcelona. La libertad justa y racional de las ideas es la atmósfera ideal de los pensadores y de los poetas. Reinaba entónces tan opresiva y vigilante la suspicacia política, que *Moratin* no se atrevia á escribir libremente sobre literatura al inofensivo y honrado *Solís!*

No he podido (le decia desde Sarriá, el 20 de Febrero de 1815) componer hasta ahora, con mi mal humor, una carta que proyectaba escribir á Vmd.; y no, en verdad, porque me falten cosas que decirle en ella..... No pudiendo decirlo todo, me ha parecido mejor no hablar: consejo prudentísimo en todas ocasiones, y mucho más en los áureos tiempos de calumnia y chisme (2).

Al fin del mismo año, residia ya *Moratin* en Barcelona, y no se habia desvanecido su desaliento.

Dirá Vmd. al amigo Maiquez (escribia en 2 de Diciembre) que en cuanto á enriquecer la patria escena con nuevas producciones, es comision que no habla conmigo. Dulce cosa es no hacer nada, y mucho más dulce el no haber hecho nada jamas (3).

Enfermo al cabo, y angustiada el alma, se decidió *Moratin* á abandonar para siempre su patria, donde se ahogaba su ingenio y se calumniaba su gloria. En Marzo de 1818 pasó á París *por tercera y última vez* (4). La independencia y el sosiego le volvieron, en parte, la salud y la alegría; pero siempre lo abrumaban los tristes recuerdos de su patria, y muy principalmente le afligia la prohibicion de *El Sí de las niñas*, decretada por el Santo Oficio (5).

(1) El colector de estas poesías no ha juzgado conveniente dar á la estampa las composiciones á que aquí se alude.

(2) Carta autógrafa de *Moratin*. (Papeles de la familia de *don Dionisio Solís*.)

(3) Carta de *Moratin á don Dionisio Solis*.

(4) *París, 2 de Noviembre de* 1818.—Yo me sentia mal mucho en Barcelona el año pasado, y por dictámen de los médicos pasé á tomar los baños de Aix, en Provenza, tan eficaces para los achaques que padecia, que, sin haberlos probado, con sólo acercarme á ellos, me puse mejor. Salí de Barcelona á fines de Agosto; pasé el invierno en Montpellier, y por el mes de Marzo de este año me vine á ver, *por tercera y última vez*, este *lugarcito*. (Carta de *Moratin á don Dionisio Solis*.)

(5) Quisiera que Vmd. me dijese si el Santo Oficio ha prohibido alguna otra comedia mia, ademas de *El Sí*. (La misma carta.)

Viendo empañado el lustre de su gloria, y desvanecidas sus ilusiones de dicha y de sosiego, escribió á *Solís*, cuyas nobles prendas admiraba, una carta alternativamente familiar, irónica y grave, que la historia literaria debe conservar, así por las justas alabanzas que *Moratin* tributa al modesto y oscuro *Solís*, como porque rebosa en ella la amargura de un alma lacerada por el tósigo de los desdenes y de los trastornos políticos de la patria (1).

No hay para qué decir que las ideas de buen gusto, á la manera clásica francesa, relativamente á la literatura dramática, eran idénticas en *Moratin* y en *Solís*. Ambos lamentaban la aficion del público á lances extraordinarios y á situaciones extremas y violentas en la escena, y más deploraban todavía que hubiese autores que fomentasen con sus obras el gusto extraviado del público. Esta comunidad de principios se ve patente en las cartas de *Moratin* á su amigo, y especialmente en una que le escribió en 1815, dándole noticia del estado del teatro en Barcelona; donosa carta, que parece escrita para burlarse del romanticismo de mala ley que los *Ducange* cultivaron en Francia muchos años despues (2).

Don Tomas José Gonzalez Carvajal, nacido un año ántes que *Melendez*, se distinguió notablemente, á fines del siglo, como hablista y áun como poeta. La pureza y el fervor de su fe, así como lo sano y acendrado de sus sentimientos morales, hicieron poeta á don Tomas José Gonzalez Carvajal hasta donde podia serlo, esto es, hasta una esfera donde están la limpieza de los afectos y la vehemencia de los instintos religiosos, pero donde no resplandece ni el verdadero arranque lírico, ni la fuerza de las grandes pasiones del alma. Su númen

(1) Hé aquí la carta, cuyo original autógrafo nos ha sido bondadosamente franqueado por la señora doña Ramona Idigoras, nuera de *Solís:*

París, 18 *de Enero de* 1819.—Mi estimado señor Solís: Recibí su carta de Vmd., de 1.º de Diciembre; pero la lista, ó sea catálogo, que la acompañaba, se quedó en Barcelona.....

Le agradezco las noticias que me da de los teatros; del buen éxito de la *Indulgencia*, que podrá y deberá animar á su autor á seguir adelante con otras. No la he visto, y así ignoro si en lo que dice en el prólogo tendré qué aprender ó qué reir.

¿Con que, se ha retirado Vmd. ya, y no hay ensayos, ni acotaciones, ni atajos, ni cabezadas, ni aviso á los músicos, ni pito, ni cerilla? Sea enhorabuena. Otro más celoso que yo de la gloria literaria de su nacion le diria á Vmd. en este caso: «Amigo Solís, ahora es la ocasion de trabajar con gloria y utilidad. Si hasta aquí sus ocupaciones contínuas no le han dado tiempo ni tranquilidad para el estudio, retirado ya del teatro, puede Vmd. invocar á las Musas, que nunca le han sido ingratas, y enriquecer la escena española, á quien ha debido Vmd. y debe su existencia, con nuevas piezas, ya sean originales ó ya traducidas. Vmd. tiene talento, instruccion y práctica de los efectos de teatro; lo poco que ha escrito Vmd. para él ha sido bien recibido y ha merecido la estimacion de los inteligentes. Nacemos para la patria; cuanto hacemos por ella es una deuda que satisfacemos; no sea Vmd. tramposo, y escriba, y páguela lo que la debe.» Esto diria otro.

Yo le digo á Vmd.: «Amigo Solís, el que se casa, y hace tres hijos, y les da buena educacion, y desempeña las obligaciones de su estado, bastante ha hecho. No escriba Vmd. ni imprima; que bastante se ha escrito y demasiado se ha impreso. La manía de ser escritor, ó nos hace ridículos y despreciables, ó nos hace el objeto de la envidia, de la detraccion, de las injusticias más feroces. Sea influjo del clima, sea efecto de las circunstancias, sea el demonio, que en todo se mete, lo cierto es, que nuestra dulce patria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impunemente, y paga con amarguras los esfuerzos del talento y la aplicacion, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos. Trate Vmd. de vivir feliz con su familia, tranquilo y honestamente divertido; lea y no escriba; conozca el mundo, pero no le pinte; y pase estos pocos instantes que llamamos vida lo más alegre y holgadamente que le sea posible. De eso mismo trato yo por acá. Algo escribo, relativo á la historia de nuestro teatro, para lo cual he recogido abundantísimos materiales, pero sin la esperanza de imprimir nada, tanto porque no tengo prisa de hacerlo, como por el estado poco opulento de mi caudal. La ruina espantosa que ha padecido, me ha dejado lo meramente necesario para existir sin trampas ni mohatras, y mucho será si, cumplido el año, me encuentro con cincuenta ó cien duros de sobra. Pero esta sobra, y la tranquilidad en que vivo, satisfacen toda mi ambicion, y hasta ahora no he sentido el menor estímulo de arrepentimiento por haberme despedido de mi dulce patria, y trocarla por otro suelo,

Où d'être homme d'honneur on ait la liberté.»

. . . . . .

MORATIN.

(2) No titubeamos en imprimir aquí esta carta como documento interesante de historia literaria,

Barcelona, 12 *de Setiembre* 1815.

. . . . . .

Y ¿qué hay de teatro? ¿Qué nuevos ingenios pululan por ahí? no dudo que en la córte de tanto imperio nazcan á docenas cada dia, y hagan sonar la escena con tragedias que no hagan dormir ni exciten el vómito, y con comedias que instruyan y alegren. En este emporio cataláunico asoman la cabeza, bastante á menudo, tres ó cuatro poetas ropavejeros, muy amigos de sepulcros, paletillas, cráneos rotos y tierra húmeda, con cadenita, jarra de agua, media morena (hogaza), y pobrecita mujer embovedada, que llora y gime, hasta que en el quinto acto bajan con hachas y estrépito, y el crudo marido la abraza tiernamente, y la consuela, diciéndola que todo aquello no ha sido más que una equivocacion. El auditorio queda contento, los empresarios ni más ni ménos, los autores dicho se está, y como, por fortuna, las tales piezas no atraviesan ni el Llobregat ni el Bessós, á nadie hacen daño. Mañana echan una, nuevecita, de cinco ahorcados,

Y váyase Terencio noramala
Con Bachis, Menedemo y Antiphila.

. . . . . .

(Carta de *Moratin* á *don Dionisio Solís.*)

era más bien eco de ajenas ideas é impresiones, que despertador espontáneo de las emociones vigorosas del corazon. Por eso su primer título de gloria será siempre su hermosa y sencilla version de los *Salmos*.

Por aquel tiempo era muy celebrado como poeta, en Zaragoza, el *padre Basilio Bogiero*, insigne orador sagrado, maestro de retórica en el colegio de las Escuelas Pías de aquella ciudad, que en 1809 fué fusilado, por mandato del mariscal Lannes, como fomentador del heróico patriotismo de los zaragozanos. Hombre digno de alta alabanza por los afanosos desvelos que consagraba á la educacion pública, no merecia su renombre de poeta. Con tan sano instinto como escasa inspiracion, escoge asuntos nobles y cristianos; pero sus versos son desmayados y á menudo prosáicos. Fué el *padre Bogiero* en Zaragoza lo que más adelante en Sevilla el *doctor Mármol*. Como no le ayudaba el estro, queriendo dar color poético al estilo, incurre el *padre Bogiero* en impropiedades harto singulares.

En una égloga bíblica habla así á Eva la *serpiente* tentadora del Paraíso:

¿Por qué, linda pastora, así te privas
Del fruto que en este árbol colorea,
Más sabroso que el néctar y el almíbar,
Y que la miel que labra abeja hiblea?

¿Cómo contener la risa al oir llamar *linda pastora* á la madre de la raza humana, y hablar á ésta de la miel del monte *Hibla*, poniendo candorosamente en la cuna de la humanidad nombres y clasificaciones geográficas que sólo habian de nacer despues de centenares de siglos? ¡Y el *padre Bogiero* era un maestro de retórica muy acreditado! Tal es la obcecacion que infunden las afectaciones convencionales.

Descansa el ánimo al recordar, despues de la insulsa y desaliñada poesía de *Bogiero*, la elegante y correcta de *don Juan Nicasio Gallego*, que pertenece á la escuela de Salamanca. Aun en las composiciones en que su corazon ha de estar conmovido, ya con los sentimientos del patriotismo (*Elegia al 2 de Mayo*), ya con los recuerdos de la amistad (*A la muerte de la Duquesa de Frias; A la muerte del Duque de Fernandina*), la sensibilidad se esconde demasiado detras del magnífico aparato de las formas artísticas, cuyo secreto poseia como nadie. No es de los poetas que piensan sintiendo, y á pesar suyo sacrifican algun tanto la forma al sentimiento. *Gallego* siente pensando, y dueño siempre de la forma, no consiente á su musa elegante y majestuosa, ni el menor desvío, ni el menor abandono. Aunque criado en el movimiento poco aristocrático de una universidad, nada tiene su musa de la fantasía popular, y es esencialmente encopetada y académica. Por eso sobresale tanto en la poesía cortesana, que canta las venturas ó los infortunios de los príncipes. El artificio se sobrepone siempre á la pena ó á la alegría; pero á veces ¡qué artificio tan diestro y tan fascinador! En la elegía *A la muerte de la reina doña Isabel de Braganza* se hermana de tal manera la naturalidad de la frase con los seductores atavíos del estilo y de la versificacion, que la sensibilidad deliberada del artista llega á tomar las apariencias de la sensibilidad espontánea. Pero no por eso es ménos digno de la admiracion de la posteridad. La belleza de la forma es, en las letras, una perfeccion de valor tan alto, que casi iguala á la fuerza del pensamiento y á la seduccion de los afectos. *Gallego*, con la magia de su majestuosa entonacion, con su diccion purísima, con su versificacion acendrada y robusta, lo ennoblece todo, y demuestra cuán importante es en la poesía rendir culto á las formas con igual fervor que á las ideas y á los sentimientos. El lenguaje de *Gallego* es tambien magistral.

Sólo una vez, en este verso

El espantoso obus *lanzando estragos*,

hemos advertido alguna impropiedad en el uso de las palabras, y esto es meramente, acaso, un leve abuso del estilo figurado, no muy reparable en el animado estilo de la poesía. En suma, *don Juan Nicasio Gallego*, dotado de una imaginacion, si no fecunda, elevada y vi-

gorosa, más apto para las imágenes que para los afectos, gran modelador de la forma poética, hablista consumado, ha dejado en sus obras modelos insignes de armonía, de versificacion esmerada, de acendrado gusto, de expresion noble y grandilocuente. Educado con las doctrinas de la disciplina *clásica*, vió *Gallego* con un sentimiento de antipatía que se comprende fácilmente, la introduccion del *romanticismo* en España. Parecíale una anarquía literaria perturbadora del buen gusto, y juzgaba con cierta saña, si bien llena de chiste y de cordura, las que entónces pasaban por obras maestras de los apóstoles de la nueva escuela (1).

Don Javier de Búrgos, célebre estadista y digno individuo de la Academia Española, era historiador, publicista y crítico ántes que poeta; pero tambien era poeta, como puede serlo un hombre de firme juicio y de clarísimo entendimiento. Tienen sus poesías claridad, robustez y elegancia; pero les faltan el halago y la magia que por virtud involuntaria comunican á sus versos los poetas de instinto. Como versificador fácil y numeroso, suelen ser modelo sus poesías. Hay en sus comedias, principalmente en *La Dama del verde gaban*, diálogos tan espontáneos é ingeniosos, que parecen escritos en los tiempos felices del antiguo teatro español. Su traduccion de Horacio es una obra de admirable estudio, pero que prueba de nuevo lo ya probado tantas veces: que Horacio no se puede traducir en verso. La estricta fidelidad, imprescindible cuando se trata de la version de un poeta de esta especie, quita toda espontaneidad al pensador y al poeta traductor, y sin ella, ¿cómo dar á los versos la

(1) Podrá formarse idea de la impresion que causaban tales producciones en su ánimo, por el somero, pero fundado juicio, de la célebre novela *Notre Dame de Paris*, que consignó el ilustre poeta en la siguiente carta familiar, dirigida al autor del presente *Bosquejo*, há más de treinta y cuatro años:

Madrid, 16 *de Enero de* 1835.—Señor don Leopoldo Augusto de Cueto.—Mi apreciable amigo: . . . . . mis achaques y ocupaciones no me han permitido hasta ahora contestar á su carta de V.—Los primeros han cedido algun tanto (eran una tos inextinguible, como la risa de los dioses de Homero); pero las segundas son tantas y tales, que no me dejan tiempo ni para escribir una carta. . . . . El proyecto literario de V. no puedo ménos de aplaudirlo. El objeto lo merece, y es un buen ensayo para un jóven, en que puede lucir, sin que por su extension le haga decaer de ánimo. En su edad de V., creo que el principal escollo que hay que evitar es el de dar en declamador, aunque tambien hay que huir de la propension á singularizarse en el modo de presentar las ideas, alambicado ó exagerado; vicio propio, más que de la edad, del siglo presente.

Esto debiera conducirme á decir á V. mi opinion sobre *Notre Dame de Paris*, que ciertamente no es la más conforme con la de su cuñado de V., Angelito (el Duque de Rivas), que está endiosado con la obra, con el autor y con el gusto de los que siguen el mismo rumbo. Mas para esto fuera preciso tener la obra y emplear más tiempo del que tengo á mi disposicion. Ántes sería menester ponernos de acuerdo en los principios ó reglas, no arbitrarias, sino dictadas por la razon humana de todos los siglos; de lo contrario no podriamos entendernos. En mi cuento, sea el que quiera, ¿ha de haber, ó no, verosimilitud? En los incidentes y en las costumbres, ¿debe haber propiedad y verdad histórica? En el estilo, ¿ha de haber claridad, naturalidad, soltura? En las pinturas, comparaciones y demas ornatos, ¿ha de haber sobriedad, congruencia, juicio, ó se han de amontonar extravagancias y rarezas propias de un delirante? Si nada de lo dicho influye en el mérito ó demérito de una obra de esta clase, nada tengo que decir.

La heroína de la novela es una muchacha de pocos años, que, siendo bonita como un sol, se conserva pura é inmaculada de alma y cuerpo, viviendo entre la canalla más vil, más viciosa y más repugnante que puede imaginar la fantasía del mismo demonio. ¿Hay en esto la menor verosimilitud? Sin entrar en mil incidentes, de que no me acuerdo, ¿hay cosa más horrible que el paradero de ésta, á quien, sin ton ni són, ahorcan en medio de una plaza pública? ¿Y cómo? El arcediano (personaje de poder y autoridad desconocidos en el mundo en todas épocas) la obliga á seguirle desde un sitio lejano, porque quiere llevarla á la plaza á que la ahorquen, y temiendo que se le escape, no la deja de la mano, llevándola de calle en calle y de plaza en plaza, hasta llegar á la principal, donde, sin saberse por qué, la abandona sin entregarla á los verdugos. Este abandono inconcebible no tiene más objeto que proporcionar su encuentro y peripecia con la emparedada. ¿Es verosímil que la deje el arcediano en el sitio en que se hallaban los verdugos, cuando sólo á ponerla en sus manos habia rodado con ella medio París?

¿Cuándo, en qué tiempo ha habido en esta ciudad un barrio habitado por gentes de tales costumbres, y con autoridad para ahorcar impune y públicamente á quien les diese la gana, como nos lo pinta su autor? ¿No es esto delirar? ¿Es posible leer sin reirse los pasajes en que Cuasimodo toca las campanas con tanta fruicion y cariño, pasando de una en una, dando á ésta un envion, abrazándose con la otra, y volteándolas á todas deliciosamente? ¿No pudiéramos decir que Víctor Hugo ha oido campanas y no sabe dónde? Vaya V. por gusto á la Giralda en un dia de repique, y verá que para voltear ocho campanas son menester una docena de hombres.

No quiero hablar de la pintura de la catedral, es decir, de su descripcion artística, modelo de pesadez y extravagancia, ni del estilo, más alambicado y gongorino que cuanto se escribió entre nosotros en el siglo XVII. Acuérdome que dice de las dos torres de *Notre-Dame* que son *dos flautas de piedra*. ¿No hay más verdad en decir que un pájaro es *flor de pluma ó ramillete con alas*, que en las flautas dichosas? En mi modo de ver, me parece mayor extravagancia que llamar al ama de cría

Lugar-teniente del pezon materno,

de que tanto nos hemos reido. En este verso, á lo ménos, la idea es exacta, lo ridículo es la expresion. En la otra, idea, expresion y todo es un delirio.

No hay duda en que hay en la obra mil y mil cosas que prueban gran talento en su autor, pero se trata de si la obra es buena, que es cosa muy distinta. Veo que de reminiscencia en reminiscencia se me ha ido la pluma hasta faltar poco para que el papel se acabe.....

Mande V. á su amigo, que le aprecia mucho.—J. N. GALLEGO.

gala, la fluidez, la elegante tersura, la incomparable concision del poeta latino? Siempre la poesía del original sale desconocida y calumniada. Con otro desembarazo, con otra naturalidad y agudeza escribe *Búrgos* cuando, en vez de traducir, imita. Sirva de ejemplo, así como de muestra de la lozanía del estilo poético de *Búrgos*, el siguiente trozo de la epístola de Pope á Arbuthnot, libremente traducida en 1822, en la cual, con sátira incisiva, describe el agudo poeta el carácter de Addisson:

De un escritor os hablaré fecundo,
Que ingenio y gracia y sencillez rebosa,
Feliz en versos, elegante en prosa,
Buen pensador, conocedor del mundo.
Ama la gloria y al honor camina,
Es del buen gusto protector ardiente;
Pero, como los reyes del Oriente,
No reina si á su hermano no asesina.
Entrar en concurrencia tiene á ménos,
Y debiendo al ingenio su fortuna,
El brillo del ingenio le importuna,
Y envidia sin cesar triunfos ajenos.
Con cortés apariencia satiriza,
Cobarde hiere, con perfidia halaga,
Con su sonrisa y su amistad amaga,
Con su ceño y sus odios tranquiliza.
Los tiros ruines teme á cada paso
Del necio que le aplaude y le respeta.
En el gobierno muéstrase poeta,
Y muéstrase estadista en el Parnaso.

Entre aquellos varones ilustres se distinguió asimismo *don Manuel Silvela*, por su saber, por la pureza y elevacion de sus doctrinas morales, y por la sencillez patriarcal de sus costumbres de familia. Lanzado de su patria por el huracan de las desgracias públicas, halló, en su laboriosidad y en su talento, amparo contra la adversidad, para sí, para su esposa y para sus hijos. La perseverancia, el acierto, el sano y trascendental espíritu, la delicada solicitud con que dirigió, así en Burdeos como en París, un establecimiento de educacion para la juventud española, son títulos de gloria verdadera para el nombre honrado y honroso de *don Manuel Silvela*. En su casa pasó *Moratin* los últimos años de su vida, mirando como suya propia la interesante familia de su amigo. Aquel insigne escritor exhaló el último suspiro en brazos de *Silvela*, y éste «pagó la deuda del cariño y de la admiracion» erigiendo á su costa, en el cementerio del *Père Lachaise*, un monumento fúnebre al esclarecido poeta cómico, entre Molière y Lafontaine.

En el notable discurso histórico-crítico sobre la literatura española, que publicó *Silvela*, en Burdeos, al frente de su *Biblioteca selecta de la literatura española* (1819), en la *Vida de Moratin*, y en los varios escritos suyos, ya históricos, ya jurídicos, que han sido dados á la estampa, demostró *Silvela* que era docto investigador, hombre de sano criterio y hablista fácil y correcto. La sensatez prepondera sobre la fantasía en sus escritos, y por eso es mejor prosador que poeta. Su sentido crítico era perspicaz y seguro, y es curioso verle empeñado en *eterna y amistosa* polémica con *Moratin* sobre los principios del arte dramática, sosteniendo, contra el inexorable clásico, «que la nimia austeridad de las reglas ha esclavizado el ingenio; que el mismo *Moratin* era prueba de esta verdad....., y que en las letras los pecados verdaderamente irremediables son la frialdad, la insipidez, la falta de accion, de interes» (1). Tal doctrina parece ahora llana y corriente; pero debe recordarse, para gloria de *Silvela*, que esto lo decia á *Moratin* un hombre educado con las ideas clásicas francesas, muchos años ántes de que se hubieran propagado y madurado en Francia y en España los amplios y tolerantes principios críticos de los Lessing y de los Schlegel.

Don Manuel Norberto Perez de Camino, magistrado distinguido, y víctima, como otros muchos contemporáneos suyos, de la turbacion de los tiempos y de los azares de la guerra y de la política, cultivó la poesía como solaz y consuelo en las amarguras de la emigracion. No le faltaron ni el ingenio, ni, en algunas ocasiones, el estro del poeta; pero escribia léjos de su patria. La mayor parte de sus versos quedaron inéditos, y hoy dia su nombre, mé-

(1) *Vida de Moratin. Obras póstumas de don Manuel Silvela*, publicadas, en 1845, por su hijo don Francisco Agustin Silvela.

nos afortunado que el de otros escritores que no le aventajan, no trae consigo eco alguno de gloria literaria. Amigo, y hasta cierto punto discípulo de *Moratin*, imitador de *Melendez*, y acérrimo sustentador de las doctrinas de los preceptistas franceses, su númen se encierra en el carril de la imitacion, y á pesar de su indisputable talento, sus poesías, sembradas de rasgos felices, adolecen á cada paso de los resabios de la escuela y de la rutina seudo-clásica. Porque es moda, escribe anacreónticas, muchas de ellas no inferiores á las de su modelo *Melendez;* pero algunas, así como las de otro imitador de *Melendez*, *don Dionisio Solís*, están en tal grado impregnadas de erótica intencion, que no hemos podido decidirnos á publicarlas. La escuela seudo-clásica creia encubrir las más escabrosas audacias con formas pudibundas y melindrosas. Mal disimulados con el velo harto trasparente de los emblemas mitológicos, presentan estos poetas, y áun el mismo *Melendez*, cuadros sensuales, que, más que á la musa cristiana, pertenecen á la musa descarada de la antigüedad. *La Sorpresa*, *El Trasporte* y otras atrevidas anacreónticas de *Perez de Camino* (1) han nacido, como todas las de este género, de la mal entendida imitacion de la poesía materialista de los griegos y de los romanos. Siguiendo esta epicúrea tendencia en sus años juveniles, tuvo la habilidad de convertir en una linda anacreóntica la célebre oda de Safo, y por cierto que para oidos modernos es más propia y natural la lucha que ofrece la anacreóntica de un mancebo acosado por las hechiceras caricias de una hermosura tentadora, que la bella pero cínica descripcion fisiológica de la conmocion amorosa de una mujer, que á esto se reduce la famosa oda griega.

Es á veces poco correcto en el idioma y en la versificacion, pero da siempre señales de soltura y de ingenio. Para la sátira, á la cual se manifiesta aficionado, le faltan la intencion burlona de Quevedo y la acerba austeridad de los Argensolas. *Camino* se conoce bien á sí mismo cuando dice, en el lenguaje clásico del tiempo:

De suave natural formado he sido,
Más que para decir duras verdades,
Para cantar los hurtos de Cupido.

Nutrido su entendimiento con las máximas literarias del siglo de Luis XIV, *Camino* creia de buena fe que sin rígidos preceptos no hay literatura de alta ley, y que era mengua en una nacion civilizada carecer de una *Poética nacional.* Quiso llenar el que juzgaba afrentoso vacío, y escribió una *Poética* en octavas, que, por el gusto y las doctrinas, nada tiene de *nacional* (2). ¿Y cómo ha de ser nacional un código inflexible en que, por libres y espontáneos, no caben, ni el magnífico teatro español del siglo de oro, ni la poesía de los romanceros, esto es, los dos grandes y gloriosos depósitos de las creencias, de los sentimientos, del esfuerzo, de la fe, del honor del pueblo español? *Luzan*, olvidado por *Camino*, con ser de la escuela *preceptista*, comprende mejor la poesía popular española, y su *Poética*, aunque inspirada por obras italianas y francesas, es ménos *extranjera* que la de *Martinez de la Rosa* y la de *Perez de Camino*, que creia escribir una obra nacional. *Camino*, como él mismo lo declara, tomó por norma las cuatro célebres poéticas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau. Pero Boileau es la verdadera fuente de su doctrina, y á tal punto, que se hace eco de los burlescos ataques del gran legislador del gusto frances, contra el antiguo teatro español.

(1) Estas poesías, y otras del mismo autor, que no tienen cabida en la presente coleccion, se conservan en poder de su familia.

(2) La *Advertencia* impresa al frente de la *Poética* de *Perez de Camino* (Burdeos, 1829) dice así:

Este poema estaba escrito, tal como se publica, siete años ántes que don Francisco Martinez de la Rosa diera á luz su *Poética.*

Más adelante dice *Camino* en el *Prefacio:*

Pesa sobre nosotros la vergüenza de no tener una *Poética* propia. El de lavar esta afrenta, y el de ofrecer á la juventud española un código completo de elementos poéticos, verdaderamente nacional, es lo que me ha movido á componer este poema.

Dice, con paladino y absoluto desprecio de las antiguas comedias, que nuestros padres *usurparon* los laureles que les prodigaron, *deslumbrados, los propios y los extraños*, y que

En un monstruo el poema convirtieron,
Que Menandro y Terencio esclarecieron.

Añade en seguida:

Su loco ardor sin freno, delirante,
Abraza en una pieza el vasto mundo.
Héroe en el primer acto tierno infante,
Te sorprende barbado en el segundo.

¿No es esto traducir aquellos conocidos versos del canto III de la *Poética* de Boileau, dirigidos contra Lope?

Martinez de la Rosa, comprimido tambien por los preceptos de escuela, no va tan adelante como *Perez de Camino*. Pero no hay por qué extrañar esta apasionada y estricta adhesion á las leyes convencionales. La crítica libre y filosófica no habia triunfado todavía en España. La época era de lucha y de sistema, y nadie podia ni queria entender cómo Shakspeare, Lope de Vega, Calderon, Schiller y Lord Byron eran poetas dramáticos grandes y populares sin *Poética*, y rompiendo á sabiendas el freno de las tres unidades consagradas. ¿Qué habria pensado *Camino* de Goethe, que, con su fecunda y poderosa fantasía,

Abraza en una pieza el vasto mundo?

Si pudiéramos olvidar que el gusto literario es esclavo de la opinion, incierta y móvil de suyo, y que el hombre tarda mucho en comprender y sentir las leyes eternas y absolutas de la belleza, caeriamos fácilmente en la tentacion de sorprendernos de que aquello que *Perez de Camino* y otros tenian por delirio y extravío, parezca ahora elevacion y grandeza. Pero la literatura, ya noble y sencilla, ya decadente y viciada, camina con los tiempos, y lleva en sí, como todas las cosas humanas, el sello de la ceguedad, de los antojos, de los vaivenes morales, que enflaquecen, ilustran, tuercen ó vigorizan las ideas.

Perez de Camino, considerado como campeon de su escuela, no merece censura, sino aplauso. Su *Poética*, en octavas, es lo más firme, florido, desembarazado y brioso que salió de su pluma. En esta poesía didáctica, en que la razon tiene mayor parte que el númen, no le aventaja *Martinez de la Rosa*. Su estilo, aunque desigual, es casi siempre limpio, conciso, rotundo y expresivo, y el contínuo estudio de Boileau le inspira alguna vez la entonacion viva y axiomática que constituye, á par de la sensatez crítica, el primer encanto del ilustre preceptista frances. Á cada paso se encuentran en este poema hermosas octavas. Sirvan de ejemplo las siguientes, tomadas al azar:

Otro, amigo del canto estrepitoso,
La voz que no retumba, juzga fria,
Y su poema enfático, pomposo,
Hincha de altisonante algarabía.
En golfo de centellas espumoso (1)
Hunde á un pobre amador, y en su manía,
No empieza por pensar, sino que, ciego,
Voces primero busca, y piensa luégo.
. . . . . .
Si la poesía imita portentosa,
Colorido á su voz y bulto dando,
Sabe imitar tambien artificiosa,
El valor del sonido combinando.
¿Quiere cantar la linfa vagorosa?
Como ella se desliza murmurando;
Y si pintar al cefirillo aspira,
Blanda cual él y plácida suspira.
Cuando abriendo las lóbregas mansiones,
Nos presenta de Sísifo el tormento,
Tarda sílaba escoge, tardos sones,
Y frase de pausado movimiento.
Mas ¡cuál deja las lentas expresiones,
Si, el vigor recobrando, en ella siento
El mar que brama, el aquilon que zumba,
Y el trueno cuando horrísono retumba!
. . . . . .

(1) Ulloa, *La Raquel*.

¿Pides delicia ser de tus lectores?
Con crítico rigor tus obras mira.
El necio, satisfecho en sus errores,
Goza èn ellos y extático se admira.

No perdones vigilias, no sudores;
Vuelve á templar, si discordó, tu lira.
Añade, borra, enmienda, pule, adorna,
Cien veces al ayunque el hierro torna (1).

Sin vivo ardimiento ni grande altura en su inspiracion, no faltan, sin embargo, á *Camino* brío y sensibilidad. Cuando pinta el amor, no con las reminiscencias de la poesía pagana, sino con la voz de su propia alma, su poesía es tierna y animada. Se halla el poeta en su natural esfera. Sus ilusiones no son místicas y etéreas como las de los poetas soñadores; pero son verdaderas. Son las ilusiones del hogar sereno y de la ternura doméstica. Harto y escarmentado de los engañosos deleites de la vida pública y cortesana, su mente descansa y se recrea con la imágen del amor sincero, y exclama conmovido:

Sin su celeste llama, ¿qué es la vida?

El recuerdo de la patria, en las amarguras de la emigracion, le inspira acentos poéticos, pero de índole vária y contradictoria como los sentimientos que abriga su corazon. Unas veces, cuando se presenta á su imaginacion el risueño cuadro de su juventud halagada por la fortuna y animada por los afectos de la familia, España es el ídolo de sus recuerdos y de sus ilusiones. Entónces escribe:

Volvedme al suelo querido,
Que la cruëldad me cierra;
Vea yo la santa tierra
Do mi niñez ha crecido.

Del paterno Manzanares
Dulces vegas, dulces prados,
¿Cuándo me darán los hados
Que consoleis mis pesares?

Otras veces, exaltado por los sinsabores de la emigracion y por la pasion de las ideas liberales, apostrofa duramente á su patria, que juzga vilipendiada cuando no reinan en ella la justicia y la libertad bien entendida. La entrada en España de las huestes francesas, en 1823, al mando del duque de Angulema, puso el colmo á su despecho. Ora se burla del ejército frances por el pobre triunfo del Trocadero, ora anatematiza al trono despótico, ora, en fin, vuelve sus dardos contra la nacion misma, á la cual mira entónces con desdeñosa compasion:

La barbarie cubre á España,
Y á sus tristes moradores
La gloria niega sus lauros,
La prosperidad sus dones.
Desmembrada, envilecida,
Débil, humillada, pobre,

Volcan de intestinos odios
Y de acerbas disensiones.
Lánguida la patria mia
Perece, y en sus dolores,
Sólo guarda la memoria
De sus pasados blasones.....

Tanto mal es obra vuestra, dice en seguida á los franceses, como amedrentado de haber escarnecido sin razon á su patria. Para él no cabia civilizacion donde no reinaba la libertad tal como en sus bien intencionadas ilusiones la entendia. Pero es la verdad que España, por él aplaudida ó vituperada al azar de las impresiones del infortunio, era el sueño incesante de *Perez de Camino*. Sin volver á su patria no podia ser feliz. Se columbra en sus versos que una voz secreta decia al infeliz emigrado que no volveria á pisar la amada tierra, ni sus restos mortales descansarian en ella.

Don José Somoza, escritor muy digno de nota porque no hay en sus obras asomo alguno de afectacion, pertenece á la escuela de Salamanca. Su instinto lo preservó del amaneramiento comun á varios escritores de esta escuela. Fué una de las almas independientes que más se

(1) Ésta es una de las muchas imitaciones de Boileau:

Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage,
Polissez-le sans cesse, et le repolissez:
Ajoutez quelquefois, et souvent effacez.
(*L'Art poétique*, canto I.)

La idea es la misma, pero es forzoso confesar que en esta ocasion el imitador español aventaja grandemente en el desembarazo y en la gracia de la expresion al célebre modelo.

templaron y enardecieron con las ideas filosóficas francesas del siglo último, y que, rezago de los enciclopedistas, que iban desapareciendo á toda prisa, y semejante á otros muchos hombres notables de la obstinada estirpe liberal del año 1812, cifraba una especie de vanagloria en la inmovilidad de sus doctrinas. Los años, las lecciones del tiempo y los progresos de las ciencias políticas no quebrantaron la tenacidad de sus ideas, que en parte no escasa eran verdaderas preocupaciones. Incrédulo por moda y por costumbre, á veces hacia alarde de romper con los principios y los sentimientos comunes de la sociedad española, y en sus obras asoma, de cuando en cuando, esta mal encaminada tendencia. Pero no tenía su ánimo el arranque avieso y borrascoso que habian manifestado *Marchena* y *Blanco* en la generacion precedente. Ardiente de cabeza y manso de corazon, presentaba de contínuo ese contraste moral, frecuente entre nosotros, que esteriliza, cuando no extravia, los impulsos de una índole sana y elevada. Toda su vehemencia de innovador y de escéptico viene al cabo á reducirse, en sus escritos, á un desahogo agudo y patriótico de su vena *humorística*. Era hombre de afectos vivos y constantes, y blasonaba de ellos con justo motivo (1). Pasó la mayor parte de su vida retirado en su casa de Piedrahita, dedicado á fomentar sus tierras y sus ganados. Era poco aficionado á entrar en la esfera de accion política á que hubieran podido llevarle más de lleno sus luces y sus principales tendencias. Sus diatribas y sus arranques no son los embates de una pugna tenaz y sistemática; son el homenaje involuntario que se rinde á doctrinas seductoras, á par que el lujo y el recreo de un entendimiento claro y activo.

Algunas de sus composiciones tienen el color y el limpio lenguaje de los mejores tiempos de la poesía castellana. Es excelente hablista, poeta espontáneo y original, y la más justa alabanza que puede tributársele es que sus versos se distinguen más por la simpática sencillez de los buenos tiempos, que por los estudiados esmeros de los más de los poetas de su época. Sus breves cuadros de costumbres, y sus relaciones en prosa, forman parte de esa literatura, que por lo llana y natural parece fácil y al alcance de todo el mundo. Así son algunas relaciones de Toepffer, de Federica Bremer, de Fernan Caballero. Los que intentan imitarlas comprenden en breve la *difícil facilidad* que hay en encerrar en tan sencillos cuadros tanta verdad, tan dulce estilo, tan delicado é íntimo sentido. Tradujo *Somoza*, en verso, *La Hecyra*, de Terencio, y *El Temístocles*, de Metastasio.

Cercanos ya al término de esta dilatada reseña de poetas líricos, justo es salvar del olvido los nombres de dos distinguidos escritores, nacidos en el siglo XVIII y discípulos ambos de la efímera escuela sevillana, creada á fines de aquel siglo: *don Jacobo Vicente Navarro* y *don Félix María Hidalgo*.

Fácilmente se trasluce en las obras de *Navarro* que, si bien discípulo de *Reinoso*, de *Blanco* y de *Lista*, insignes maestros de dicha escuela, estudiaba con predileccion á los poetas de la escuela salmantina, y que *Cadalso* y *Melendez* eran sus principales dechados. Escaso de imaginacion, y por consiguiente de originalidad, sin vigor en los pensamientos, ni propiedad en el lenguaje, *Navarro* sólo se distingue por cierta entonacion simpática, que hace leer con gusto una parte de sus poesías, y olvidar á veces la falta de las prendas esenciales de los verdaderos poetas. Era tan dado á escribir sonetos, como poco feliz en esta difícil tarea. Y ¿cómo habia de serlo si faltaban á su númen sobriedad y fuerza, que son cabalmente las cualidades principales que requiere el soneto?

Olvidadas estan las poesías de *Hidalgo*, discípulo, amigo y sucesor, en la cátedra de literatura de Sevilla, de los esclarecidos *Reinoso* y *Lista*. Poco más conocemos de este aventajado escritor que sus odas patrióticas contra la invasion de Napoleon, una de ellas premiada en Sevilla, en aquellos tiempos de entusiasmo nacional. No es dable negar que hay en ellas noble entonacion y arranque patriótico; pero no es de extrañar que á nosotros, los que hoy,

(1) Así dedicó á Quintana un tomo de sus obras: Dedico á V. este libro para darme honor á mí, y para dársele á V., haciendo saber al público que dos autores y poetas han sido amigos sinceros y sin interrupcion desde la juventud á la vejez. (1842.)

pasado más de medio siglo, consideramos la batalla de Bailén con la admiracion serena que inspira un gran suceso histórico, nos parezca harto hiperbólica aquella excesiva vehemencia de expresion, que hubo de resonar como un eco natural y simpático en las almas enardecidas de los españoles de 1808. La obra más estimable de *Hidalgo* es sin duda su celebrada version en verso de *Las Bucólicas de Virgilio*, ilustrada con notas eruditas y atinadas observaciones; version no servil, pero fiel (1), que mereció alabanzas de insignes escritores, entre ellos *don Juan Gualberto Gonzalez*, el cual, con más fidelidad y ménos gala, desempeñó igualmente la difícil tarea de traducir las admirables églogas de Virgilio.

Con mayor razon todavía debemos consignar aquí el famoso nombre de *Don Bartolomé José Gallardo*. Hacia versos, como Búrgos, como los hacen todos aquellos que llegan á familiarizarse con las letras amenas y con las circunstancias rítmicas del idioma. Fué filólogo arrojado y antojadizo, y bibliógrafo consumado. Como crítico se resiente de gusto apocado y no muy puro, y del afan de ostentar agudeza y erudicion, olvidando el verdadero exámen estético. El deseo de imitar el lenguaje poético de los escritores de principios del siglo XVII aumenta el carácter artificial de sus poesías. Pero no puede negarse que acierta algunas veces con algo que remeda de un modo agradable el suelto y fácil decir de los antiguos poetas castellanos.

Sólo nos resta hablar, porque ningun otro nombre notable viene á nuestra memoria, del insigne escritor *don Eugenio de Tapia*. Fué uno de los hombres más laboriosos y estimables de su tiempo. La jurisprudencia, la historia, la instruccion pública y la poesía ocuparon alternativa, y á veces simultáneamente, su larga y provechosa vida. Logró, por su instruccion, su talento y sus nobles prendas de carácter, granjearse el aprecio de todos los hombres distinguidos de su tiempo. Entre otros, *Quintana*, *Martinez de la Rosa* y *don Juan Nicasio Gallego* le profesaron siempre acendrada amistad. En union con el último, tradujo algunas obras de amena literatura. Su obra principal, la *Historia de la civilizacion española*, con ser un libro cuerda y ordenadamente concebido, y con sobriedad y elegancia escrito, no pasa de una reseña somera é incompleta de acontecimientos históricos, sin el suficiente exámen y lógico estudio de las causas íntimas y trascendentales que constituyen la esencia de la vida intelectual, religiosa, social, artística y guerrera de España; de los elementos, en fin, siempre activos y entre sí encadenados, de su grandeza y de su decaimiento.

Las obras dramáticas, las novelas y las poesías de *Tapia* no denotan inspiracion ardiente y poderosa, pero sí imaginacion fácil y amena, buen gusto y sano espíritu. Como claro y correcto hablista, su mérito es incontestable, y la Academia Española, abriéndole sus puertas, procedió con tino y con justicia. La opinion no tasó acaso tan alto como merecia el valor de las obras poéticas de *Tapia*. El público, oyendo sonar continuamente el nombre de *Tapia* unido al *Febrero novísimo*, á la *Práctica forense*, á la *Jurisprudencia mercantil* y á otros libros de índole útil y prosáica, miró aquellas obras como pasatiempo sin entidad en un hombre consagrado á tan graves y áridas tareas. La fama del jurisconsulto dañó esta vez á la gloria del poeta.

No debemos dar por terminado el cuadro histórico de la poesía castellana del siglo XVIII, sin recordar que las damas, con su dulce y civilizadora influencia, y no pocas veces con su ejemplo, alentaron las artes y las letras, contribuyendo así al desarrollo de estas fuerzas de la cultura humana.

(1) Hidalgo desconocia, sin embargo, la obligacion que impone la verdad histórica al que se atreve á traducir los libros de la antigüedad pagana, de reproducir sinceramente las costumbres, buenas ó malas, las preocupaciones y todas las ideas, por repugnantes que sean, que se hallan retratadas en aquellos libros. Movido por escrúpulos religiosos, laudables en sí mismos, sustituyó la persona de Aléxis, en la égloga segunda, con la de una pastora, evitando así el horror que inspiran aquellos monstruosos amores. De este modo empieza la égloga traducida:

Se abrasaba en amor por Galatea
El pastor Coridon.....

Ya vimos, al hablar de la *Academia del Buen Gusto*, con cuán fervorosa aficion fomentaron la poesía y la crítica literaria, en el reinado de Fernando VI, la Condesa de Lémos, la Duquesa de Arcos y otras señoras de la alta nobleza. En el mismo reinado escribia poesías, notables para la época, una jóven que más adelante, en 1789, publicó una parte de sus obras, escondiendo su nombre con el dictado de *Una dama de esta córte*. Tradujo, dentro todavía de aquel reinado, tres tragedias francesas, entre ellas, con bastante propiedad y desembarazo, la *Andrómaca*, de Racine. Prendado *don Agustin de Montiano y Luyando* del entendimiento y buen gusto de la interesante escritora, hizo leves correcciones de estilo en su traduccion de la *Andrómaca*, y le escribió una carta lisonjera, que se ha conservado (1). Sectaria de la nueva escuela reformadora, esta señora no escribe en estilo conceptuoso, lo cual no es ya de suyo escaso mérito para la primera mitad del siglo XVIII. Su estilo es desigual, amanerado y no siempre correcto, pero no le faltan ni desembarazo, ni lozanía. Los doctos de su tiempo la admiraban y aplaudian, y recordaban para ensalzarla á la poetisa *Cristobalina*, celebrada en sus versos por Lope de Vega. Pero su fama, encerrada en el gabinete de los literatos, no llegó á hacerse popular. Hoy dia ignoramos su nombre, aunque conocemos sus iniciales (M. H.).

Más adelante, ya en la era de Cárlos III, creció y se propagó entre las damas la aficion al cultivo de la pintura y de las letras graves ó amenas. La *Duquesa de Huéscar* fué nombrada por aclamacion, en vista de sus obras, académica de honor y directora honoraria de la pintura en la *Academia de las tres nobles artes*, con voz, voto y asiento preeminente en ambas clases, y con opcion á todos los empleos académicos (1766). La *Marquesa de Estepa* pintaba con gracia y soltura, y la Academia de San Fernando se honró admitiéndola en su seno (1775), como lo hizo asimismo con doña Mariana Waldstein, *marquesa de Santa Cruz* (1782), y con otras ilustres damas, gentiles cultivadoras de las artes (2). A las letras se dedicaban con igual aficion. La señora aragonesa *doña Josefa Amar y Borbon* mereció universal aplauso traduciendo gallardamente la voluminosa obra del abate Lampillas. La *Marquesa de Espeja* tradujo del italiano la *Filosofía moral*, de Zanotti. La *Condesa-Duquesa de Benavente* leia discursos en la Sociedad Económica Matritense (1786). Cárlos III, despues de empeñadas polémicas, en las cuales tomó parte el ilustradísimo Floridablanca, habia hecho entrar á las mujeres, como elemento civilizador, en las Sociedades Económicas recien creadas. Este espíritu de respeto á la inteligencia de las mujeres despertó en no pocas el entusiasmo literario. Merece citarse entre ellas, aunque no sea más que como curiosidad de historia literaria, *doña Isidra da Guzman y Lacerda*, hija de los condes de Oñate. Esta señorita, poseida de la pasion del saber, se consagró con tan buen éxito al estudio de las letras y de la filosofía, que llamó la atencion general. El rey Cárlos III, movido siempre por el grande impulso que lo animaba, y juzgando acertado dar todo el realce posible á este ejemplo de laboriosidad literaria, recomendó la ilustre y aventajada jóven á la universidad de Alcalá, y dispensando al propio tiempo para aquel caso cualquier estatuto que lo estorbase, la señorita de Guzman recibió en la universidad, con ceremonias muy honoríficas, los grados de maestra y doctora en filosofía y letras humanas, siendo ademas nombrada catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpétua en la facultad de artes (1785). Distincion

(1) Esta carta fué escrita en Madrid, el 16 de Mayo de 1759.

Hé aquí el principal de sus párrafos:

Repito, señora, que estas correcciones no son sustanciales, y que sin ellas merece no corto elogio el acierto con que desempeña la suma dificultad de traducir bien. La lástima es que el genio de la nacion ha de echar ménos el boton gordo y las frialdades del gracioso. No obstante, si llega á representarse, puede ser que las gustosas lágrimas que ha de costar formen algun partido que logre introducir este gusto en España..... Yo seguí algun tiempo la opinion de los franceses, pero abracé despues la inglesa, aunque con várias moderaciones que he juzgado convenir á la verosimilitud y á no perder la ilusion teatral.

Es en verdad curioso ver al sesudo y tímido autor de *Virginia* y de *Ataulfo* acabar por inclinarse, ya en aquellos tiempos, al teatro inglés.

(2) Actas de la Academia de San Fernando.

no ménos grande y desusada habia alcanzado ya la señorita de Guzman, entrando en el seno de la Academia Española; honra que jamas se ha tributado á otra mujer alguna (1) (1784). Con motivo de estos singulares acontecimientos literarios, salieron á relucir, en las obras periódicas del tiempo, peregrinas historias de españolas ilustres en las letras, entre ellas, doña Beatriz Galindo; doña Catalina de Aragon, reina de Inglaterra; doña Luisa Sigea; Francisca de Nebrija, que sustituyó várias veces á su padre, el gran filólogo, en la cátedra de humanidades de la universidad de Alcalá; tres señoras celebradas por Lope de Vega, doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, doña Ana de Castro Egas y doña Bernarda Ferreira de la Cerda; doña Oliva Sabuco de Nántes, natural de Alcaraz, sobresaliente en filosofía y medicina; la novelesca Ortensia de Castro, natural de Villaviciosa, que disfrazada de estudiante, estudió en Coimbra en compañía de dos hermanos, y Juliana Morell, natural de Barcelona, que en Aviñon fué graduada de doctora en leyes, en el palacio del Gobernador (2).

La fama pasajera de la *señorita de Guzman* tuvo eco en las naciones extranjeras. El *Journal encyclopédique de Bouillon* (1785) hizo encarecidos elogios de esta señorita, «que poseia los idiomas griego, latin, frances é italiano»; y en todas partes fué aplaudida la intencion de Cárlos III, que quiso hacer resaltar las prendas extraordinarias de aquella interesante doncella, fomentando así la educacion intelectual de las españolas.

Por ser todavía aquella época, á pesar de los deseos de Cárlos III, poco favorable al progreso literario de las damas que se educaban fuera de la córte ó de los claustros, no podemos ménos de hacer mencion de la ilustre gaditana *doña María de Hore*. Resplandecia tanto por su peregrina hermosura, por su instruccion, por su clarísimo ingenio y por la elegante ostentacion que desplegaba en su persona y casa, que la llamaban en Cádiz *la Hija del Sol*. Cansada de los aplausos mundanos, que habia disfrutado tan colmados, á los treinta y cinco años se retiró á un monasterio con permiso de su esposo; siendo en la Iglesia occidental, segun afirma un escritor, el único ejemplo de casada y monja profesa á un mismo tiempo.

Las pocas poesías que se han conservado de esta mujer singular, á la cual ha consagrado nuestra ilustre amiga *Fernan Caballero* una de sus leyendas fantásticas, no merecen salvarse del olvido, á no ser como testimonio honroso de su gentil entendimiento, que en tiempos más felices para las letras habria producido acaso brillantes y sabrosos frutos. Son estas poesías por demas candorosas é insulsas, y si algo hay digno de notarse en ellas, es que, escribiendo *doña María de Hore* cuando todavía reinaba el contagio del mal gusto, su estilo es claro y natural, con muy pocos resabios de retrucéano y de alambicamiento.

Justo es tambien, por el propio motivo ántes alegado, recordar á *doña María Helguero*, monja de las Huelgas de Búrgos. No le faltaban ni instruccion ni ingenio. Como muchos poetas de su tiempo, se burla del estilo conceptuoso, pero algunas veces se deja llevar involuntariamente de la funesta magia tradicional de aquel estilo; otras escribe con llaneza extremada y en tono popular, y entónces es cuando sus versos, sin llegar nunca á la elevacion de la verdadera poesía, adquieren cierta facilidad y cierto agrado. Para sus poesías sagradas, y especialmente las relativas á la *Pasion*, suele escoger metros poco adecuados; pero el desembarazo y la sencillez vulgar que el metro mismo inspira, no quitan á los versos el fervor sincero que estaba en el alma de la poetisa. Sirvan de ejemplo estas seguidillas:

El tímido Pilátos,
Por libertarte,
A la pena de esclavos
Quiere entregarte.

¡Piedad impía,
Que acrecienta tormentos
Contra tu vida!
Furiosos los verdugos,

(1) Tenemos á la vista la *Oracion* pronunciada por esta señorita en la Academia Española, el 28 de Diciembre de 1784. Igualmente tenemos á la vista el discurso que leyó, el 25 de Febrero de 1786, en la Sociedad de Amigos del País, de Madrid. Ambas obras son notables por la elevacion de las miras y la firmeza de la entonacion.

(2) *Memorial literario* (Junio de 1785).

Golpes descargan
En el yunque precioso
De tus espaldas.
¡Gente iracunda,
Que no le compadece
Ver tu hermosura!
. . . . . .
. . . . . .
El patíbulo abraza,
Como á descanso;
Amor en él te fija
Más que los clavos.
. . . . . .
. . . . . .
De la cruz adorable
Bajan la prenda,
Que ponen en tus brazos,
Sagrada Reina.
¡Oh triste Madre!
¿Habrá dolor que al tuyo
Pueda igualarse?

Esta mezcla de naturalidad y de *concepto*, tan acomodada á la índole peculiar del gusto popular de los españoles, hizo simpáticas las poesías de esta señora, á pesar de su escaso mérito. Tenía más sensibilidad que fantasía. La noticia de la horrorosa muerte de Luis XVI y de María Antonieta llega á sus oidos como el colmo del escándalo y de la depravacion. Se conmueve su alma, y escarnece en sus versos á los verdugos de aquellos regios mártires; pero no hay en sus imprecaciones un solo rasgo de esos que denotan un númen apasionado y vigoroso (1).

Mucho más que las escritoras que acabamos de citar, vale como poetisa *doña María Rosa Galvez*, vehemente amiga y admiradora de *Quintana*. Cultivó la poesía dramática, á fines del siglo último y principios del presente, con mayor éxito y aficion que la lírica. A falta de inspiracion fecunda y elevada, tienen sus poesías noble desembarazo y cierta firmeza de entonacion, poco comun en los versos de las poetisas. Su oda *Al combate de Trafalgar* fué muy celebrada. Ahora parece lánguida y palabrera. Describe y no canta. Le faltaba númen lírico para tan grande asunto.

Aquí ponemos término á la ingrata y prolija tarea de conmemorar y juzgar, aunque tan rápidamente cuanto nos ha sido posible, los poetas líricos castellanos de un siglo que fué para España de decadencia, de transicion, de profundo cambio moral y literario; de un siglo inquieto, investigador y no creador; de un siglo que enflaquece la fe, que amengua el carácter nacional antiguo, y no parece sino la preparacion de otro siglo; de un siglo, en fin, sin ideas propias, sin doctrinas definitivas, sin energía moral, sin entusiasmo y sin poesía. Los austeros pensadores del siglo XVIII, que, como *Forner*, no se pagaban de quiméricas ilusiones, no pintan su época con risueños colores. Así decia *Forner :*

Estamos en un siglo de superficialidad. Oigo llamarle por todas partes siglo de la razon, siglo de luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía. Yo le llamaria mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatan, siglo ostentador.

Forner tiene razon; y sin embargo, en aquella conmocion general, que introducia en la sociedad humana el malestar de la incertidumbre y de la duda, y que, sin darles un nuevo asiento, sacaba de su asiento antiguo á los estados europeos, se escondian nuevas fuerzas, nuevas verdades, y á su lado grandes errores y violentos desvaríos, que ofrecian en discorde conjunto un confuso porvenir de esperanzas y de amenazas. Por lo mismo, el siglo XVIII, tal como fué, tal como lo hicieron las leyes providenciales de la historia, es digno de profundo estudio en todas sus manifestaciones morales, políticas y literarias. Con respecto al sentimiento de lo bello en las letras amenas, que es el punto de vista peculiar del presente estudio, poco lisonjero es el juicio absoluto que puede formarse relativamente á la España del

(1) Se publicaron las poesías de esta religiosa en 1794.

siglo XVIII. Cuando la fe, unida al sentimiento nacional, decae, decae la inspiracion. La duda y el análisis, que son las fuerzas morales del siglo último, pueden producir la poesía reflexiva, ó ingeniosa ó esmerada, del que estudia y medita; no la poesía, arrebatada, tierna ó mística, del que se entusiasma, del que siente, del que cree. La fantasía y el corazon, fuentes de la poesía verdadera, pierden su vigor en aquellas menguadas horas en que las naciones, buscando ávidamente lo desconocido, arrojan el tesoro de las tradiciones y de las creencias que constituian su vitalidad y su gloria. Como quiera que sea, hay tanta enseñanza histórica en los periodos de decadencia y transicion como en las épocas de florecimiento y de grandeza.

La crítica extranjera dominaba en el siglo XVIII las letras españolas, porque éstas habian perdido su propia virtud, pura y genuina. La poesía, apocada y humilde, se contentaba por lo comun con gimnasia de ingenio, ó con la observancia de formas aprendidas, porque la nacion no tenía, como en otro tiempo, íntimos impulsos y grandes sentimientos que despertasen su entusiasmo. Destellos, y nada más que destellos del verdadero espíritu español hay en los versos de *don Nicolas Fernandez de Moratin*, de *Iglesias*, de *fray Diego Gonzalez* y de algun otro. En las tendencias elegantes, primorosas ó filosóficas de *Melendez*, de *Jovellanos*, de *Cienfuegos*, de *Moratin* (Leandro), de *Iriarte*, de *Gallego*, de *Lista* y de los demas poetas imitadores de aquel tiempo, trasciende más el espíritu europeo que el sabor privativo de la tierra española. Hasta que *Quintana* siente enardecida su alma por el entusiasmo sincero de la patria, no produce el siglo XVIII un poeta lírico verdaderamente nacional. Los demas famosos escritores de la segunda mitad del siglo, si no eran cantores de la patria, eran poetas de la civilizacion. Su idioma, que ya no era del todo el habla abundante y purísima de los *Lopes*, de los *Cervántes* y de los *Granadas*, es, aunque todavía más degenerado en nuestro tiempo, el idioma que nosotros hablamos. Su espíritu, igualmente amenguado, tambien vive en nosotros todavía. Respetemos el entendimiento superior de aquellos insignes varones, y sus esclarecidos nombres. La herencia que nos han dejado es todavía grande y gloriosa, si se considera el estado de las letras castellanas en el primer tercio del mismo siglo. Asombroso es el camino que corrieron el buen gusto y la sensatez literaria desde la ilustre fecha del *Diario de los literatos*. Para no hacer extremado el contraste, citando autores extravagantes, nos contentarémos con recordar que en pocos años se pasó de *Gerardo Lobo* á *Melendez*, de *Feijóo* á *Jovellanos*, y de *Cañizares* á *Moratin*

FIN DEL BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO.

POETAS LIRICOS DEL SIGLO XVIII.

DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

I.

Nació don Gabriel Alvarez de Toledo en la ciudad de Sevilla, el dia 15 de Marzo de 1662 (1). Fué de familia ilustre, originaria de Braganza, en el reino de Portugal, que adquirió despues carta de naturaleza en España, avecindándose primero en Aragon, y más adelante en Sevilla. Fué su padre don Francisco Alvarez de Toledo, del hábito de Calatrava y consejero de Hacienda, que al lustre de su apellido juntaba aventajadas prendas y altos merecimientos personales. Su madre fué doña Luisa María Pellicer de Tovar, hija del notable escritor don José Pellicer de Tovar, caballero de Santiago, señor de las Casas de Pellicer y Osau, del Consejo del Rey, su gentil-hombre y su cronista mayor de Aragon.

Dedicóse en sus primeros años al cultivo de las letras amenas, y especialmente de la poesía.

La segunda época de la vida de don Gabriel forma notable contraste con los tiempos de su mocedad, no viciosa ni impura, pero sí empleada, por la mayor parte, en livianos é insustanciales devaneos. El caballero galan y festivo aborrece repentinamente los triunfos mundanos, que le habian hechizado hasta entónces, y se convierte en un verdadero *anacoreta entre las confusiones y estorbos del mundo* (2). En las ciencias y en las letras, en los deberes religiosos, en el ejercicio de altas virtudes, entre las cuales sobresalia la caridad (3), y en el despacho de los arduos negocios públicos que le estaban confiados, concentraba Alvarez de Toledo todas las facultades de su alma. Se dedicó con asombrosa asiduidad al estudio de las lenguas antiguas, llegando á poseer el griego, el latin, el hebreo, el árabe y el caldeo. De los idiomas modernos europeos, hablaba el frances, el aleman y el italiano. Ademas de sus poesias y de su *Historia de la Iglesia y del mundo*, escribió muchas obras, que se han perdido ó duermen olvidadas en el polvo de los archivos y de las bibliotecas (4). Contribuyó activamente, con el Marqués de Villena, con

(1) El autor de estos apuntes ha hecho buscar y sacar en Sevilla la partida de bautismo de este hombre ilustre. Segun este documento, que tiene á la vista, don Gabriel Patricio Alvarez de Toledo y Pellicer nació el 15 de Marzo de 1662, y fué bautizado en la parroquia de San Andres el dia 26 de Abril del mismo año.

(2) Expresion del doctor Torres.

(3) A pesar de su patrimonio, de sus crecidos sueldos y de haber vivido constantemente, en sus últimos años, en casa de su amigo el Duque de Montellano, murió «como un pobre de solemnidad». Cuanto tenia lo daba de limosna.

(4) El doctor Torres dice, refiriéndose á Alvarez de Toledo: «El juicio, los talentos, la universalidad en todas ciencias é idiomas, y el estudio de este venerable autor, se perciben con más ventaja (alude á las poesías) en el libro de su *Historia antediluviana* y en otras obras que guarda la envidiable codicia de sus apasionados.»

En el *Palacio de Momo*, libro destinado á defender la *Historia de la Iglesia y del mundo*, dice su autor (ignorado hasta ahora, pero que es sin duda el célebre Marqués de San Felipe, amigo de Alvarez de Toledo, é individuo de la Academia Española), las siguientes palabras: «Aunque éste es el primer libro que ha impreso mi autor (habla de la citada *Historia*), no es lo primero que ha escrito, pues en prosa y verso se pueden, de sus escritos, hacer muchos tomos.»

Torres encontró en las bibliotecas de los duques de Montellano y de Sotomayor los manuscritos de que se

el historiador don Juan Ferreras, con el sabio orientalista fray Juan Interian de Ayala y con otros varones insignes en doctrina y autoridad, á la fundacion de la Academia Española, y fué el tercero de los académicos inscritos en esta esclarecida corporacion. Caballero de la órden de Santiago (1), oficial mayor de la secretaría de Estado, secretario del Rey y su bibliotecario mayor, secretario de la presidencia del Consejo de Castilla, no le faltaron, como se ve, altos honores y testimonios de confianza de su patria y de su soberano. Fué una de las personas más dignas y más respetadas de su tiempo. Vivió como un asceta, y en Enero de 1714 murió, como un santo, en la casa misma del Duque de Montellano (2).

L. A. DE CUETO.

II.

DEL SEÑOR DON ANTONIO FERRER DEL RIO, DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Revista Española, número 4.°; 18 *de Mayo de* 1862.)

Oriundo este varon ilustre de Portugal, por la línea paterna, y nieto del célebre cronista de Aragon, don José Pellicer de Tovar, por parte de madre, nació el 26 de Abril de 1662 (3), en la ciudad de Sevilla. Huérfano quedó poco despues de acabar las primeras letras; casi abandonado á su voluntad exclusiva, no la tuvo grande para el estudio, y hallóse mozo, con natural estro y en trato familiar con las Musas. A camino le llevaron de perdicion el ocio, la boga que tuvieron sus poesías entre las damas sevillanas, el engreimiento de ser como el galan á la moda; su índole era excelente, por fortuna, y así los devaneos juveniles no pasaron á vicios. Muy cerca andaba de los treinta años cuando se resolvió á mudar de costumbres, tocado en el corazon á consecuencia de asistir á unas santas misiones; y segun datos fidedignos, lo hizo de suerte, que desde entónces no se le vió más el color de los ojos, y se le pudo comparar á un capuchino entre las profanidades del mundo.

Bajo la proteccion y en la casa del Duque de Montellano, se entregó con pasion verdadera á

valió para formar la *Coleccion de las poesías de Alvarez de Toledo*. No menciona siquiera el códice que existe en la Biblioteca Nacional (M, 65) con este título: *Poesías várias de don Gabriel Alvarez de Toledo y Pellicer, bibliotecario mayor de su majestad; recogidas por don Miguel Josef Vanhafil, secretario del excelentísimo señor Duque de Alburquerque;* 1741 (226 páginas).

Este manuscrito y otros que hemos tenido á la vista son ménos copiosos que la coleccion publicada por Torres; pero su texto es, por lo comun, más correcto, y contienen algunas composiciones de escaso mérito, que no entraron en la coleccion impresa.

(1) En 1703, á instancias del Duque de Osuna, se le conmutó el hábito de Santiago en el de la órden de Alcántara.

(2) Don José de Villaroel escribió doce décimas á la muerte de ALVAREZ DE TOLEDO, con este título: *Epitafio al sepulcro de don Gabriel Alvarez de Toledo, varon docto, en siete lenguas perito, historiador ilustre y poeta insigne.* ¡Ciento veinte versos para un epitafio! En aquellos tiempos los poetas arrostraban la impropiedad en formas y en ideas, con tal que hallasen ocasion para hacer gala de originalidad y de agudeza. Las décimas son, cuanto cabe serlo, afectadas y conceptuosas. Copiarémos solamente dos de ellas, que denotan la alta opinion de sabio y de místico de que gozaba ALVAREZ DE TOLEDO. Alude la primera á la general creencia de que habia acelerado su muerte el exceso del estudio y los hábitos sedentarios.

¡Oh noble, insondable abismo
De ciencia!... pero cruél,
Que todos viviesen dél,
Y él muriese de sí mismo!
Dudará el catolicismo,
Al mirar que pudo unir
Ciencia y virtud al vivir,
Y en ambas resplandecer,
Si fué morir por saber,
Ó fué saber por morir.
Aun te excitará al dolor
De esta piedra el resistir,
En quien el mayor sentir
Es no sentir lo mayor.
Tú, peregrino, el fervor
Con palabra y obra inscribe.
Cadáver heroico exhibe
Aquí esta marmórea tabla:
Ve cómo vives, que áun habla;
Mira cómo hablas, que áun vive.

(*Poesías inéditas de don José de Villaroel.*—Coleccion del señor don Pascual de Gayangos.)

(3) No es exacta esta fecha. Nació DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO, segun puede verse en el anterior apunte biográfico, el dia 15 de Marzo.

resarcir los años perdidos, y sin otra guía que su privilegiado talento, perfeccionóse en el latin y lenguas orientales, y en los idiomas frances, aleman é italiano; se impuso en los sistemas filosóficos antiguos y modernos; de historia sagrada y profana supo mucho, y de teología aprendió tanto, que se le tuvo por maestro de nota. Aun llamándole *teólogo de corbata* uno de sus adversarios, y refiriéndose al tiempo en que su protector fué presidente del Consejo de Castilla, y le sirvió de secretario, nos revela que su oficina estaba llena de libros latinos, franceses y alemanes; que los adornos de las paredes eran papeles con caractéres hebreos; que sobre la nueva filosofía de Descártes y el curso de Regis hacia siempre versar las conversaciones, y que así pasaba las horas.

De caballero de Alcántara se cruzó el año de 1705, á pesar de su abstraimiento de las cosas mundanas, y tambien fué bibliotecario mayor de S. M. y oficial de la secretaría de Estado. Al Marqués de Villena se asoció desde el primer dia para la fundacion de la Real Academia Española, á la par que daba á la imprenta un libro notable y titulado *Historia de la Iglesia y del mundo, que contiene los sucesos desde su creacion hasta el diluvio.* Sus aprobadores fueron teólogos eminentes, y lo celebraron con justicia. Impreso está en un tomo en fólio, y dividido en dos libros; de la creacion trata el primero, y por el conato del demonio para perder al hombre, empieza el segundo. Piadosamente dedicólo *Al Rey inmortal de los siglos, Cristo Jesus, principio y fin de todas las cosas.* Por remate puso muy eruditas disertaciones *Sobre el sitio del paraíso; Lengua primitiva; Estacion en que fué criado el mundo; Variedad del cómputo de la Vulgata y de los Setenta.*

Aun recibia el autor los plácemes de las personas doctas, cuando enfermó de peligro y supo que álguien iba á escribir en contra suya; y como se brindase un amigo á hacer la apología de la obra en tal caso, le respondió estas literales palabras: «Si hablan contra la persona, como tendrán razon, no hay defensa; si contra la doctrina, los autores que cito responderán, si los leen; si contra el estilo, me ha parecido convidar al deleite de los tibios, para que bebiesen la moralidad; si contra algunas voces no vulgares, todas las he visto en autores castellanos de buena nota; y así, guarde usted la pluma para emplearla mejor que en mi defensa.»

No le fué dado practicar por sí tal conducta, pues falleció el 17 de Enero de 1714, todavía de buena edad y muy llorado por sus amigos numerosos y por los muchos pobres á quienes socorria caritativamente. Su plaza fué la primera vacante en la Academia Española, para la cual hizo la planta de los Estatutos, y se ocupaba en el exámen de las crónicas de los reyes de Castilla desde san Fernando hasta Fernando V, á fin de autorizar la buena acepcion de las voces.

Calientes estaban aún las cenizas del primer académico difunto, cuando se empezó á difundir la impugnacion anunciada, bajo el título de *Carta del maestro de niños*, y suponiéndola impresa en Zaragoza. Victoriosamente fué rebatida por el que habia empeñado al autor la palabra de salir en apoyo de su libro. Con el pseudónimo de *Encio Anastasio Heliopolitano*, y como impresa en Leon de Francia, dió á luz una *Apología joco-séria por la Historia de la Iglesia y del mundo*, bajo el título de *Palacio de Momo.* A fin de que se comprenda el espíritu del impugnador, malévolo y poco feliz en su censura, me parece oportuno citar uno de sus pasajes, y la réplica á que dió motivo. —*De las dotes y naturaleza de los ángeles*, se titula el capítulo segundo de la obra; lleno de ufanía, se expresó el crítico de esta suerte: «No digo nada de *las dotes*, porque, aunque en castellano es masculino, estará ya resuelto en la Academia mudarle el género, quizá por ser femenino en latin.»—A lo cual respondió el apologista en esta forma: «*Las dotes* es femenino en latin y castellano, aunque éste le dé alguna vez artículo de género impropio, y diga *los dotes.* De una y otra manera se halla escrito en autores de buena nota, y el antiguo refran *Una buena dote ó dos medianas*, le da su propio artículo ántes de la fundacion de la Academia, que tan repetidamente nombras; y *es mucho te saborees con lo que te amarga;* ella te dará reglas á su tiempo, aunque hagas mal gesto, *é imites al perro, que ahulla y ladra, mordiendo las puertas de la casa donde no puede entrar.*» —A la Academia Española iba pues en realidad el tiro, como se ve más de manifiesto en otra crítica de la misma pluma que la antecedente, titulada *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá, ó satisfaccion al Palacio de Momo.* Allí supuso á la Academia el pensamiento de corregir el idioma; con apodos quiso ridiculizar á sus individuos, y hasta esforzóse en procurar que se dieran por ofendidos los castellanos de que los hubiese naturales de Andalucía, de Extremadura, de Galicia, y áun de alguna de las islas

de Italia. Un tomo en 4.° forma cada uno de estos papeles, y todos comenzaron á circular el año mismo de la defuncion de Alvarez de Toledo, en cuyo favor se declararon los varones de más literatura.

Al decir de su apologista, de las obras en prosa y verso de su pluma se podian hacer muchos tomos. Sus *Obras póstumas poéticas* salieron al público en Madrid, y de la imprenta del convento de la Merced, el año de 1744, gracias á la diligencia del conocidísimo doctor don Diego de Torres, y á los duques de Montellano y Sotomayor, que las habian consevado esmeradamente en sus bibliotecas. Místicas son muchas de las poesías, y entre ellas merecen especial mencion los *Afectos de un moribundo hablando con Cristo crucificado*, la *Paráfrasis del Miserere*, y las *Endechas á su pensamiento*, sin duda escritas cuando se propuso mudar de vida.

Cualquiera octava de los *Fragmentos del poema intitulado la Burromaquia* serviria para demostrar su agudeza en el género festivo, de que se valió tambien para felicitar á su protector, el Duque, en ocasion de cumplir años. Sus romances á la muerte de la primera esposa de Cárlos II; consolando á España por la de este príncipe sin ventura; al gentil-hombre despachado por Felipe V con la noticia de la batalla de Luzzara, sobre lo mucho que tardó en la venida, y su soneto á la quema de Játiva, determinan perfectamente que le deleitó la poesía áun despues de sus mocedades.

MÁS NOTICIAS
SOBRE DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO.

Ocho fueron los individuos que á 6 de Julio de 1713 se asociaron privadamente para fundar la Academia Española; tres más asistieron á la junta de 3 de Agosto del mismo año, que es la primera de que se hace mencion puntual en los libros de actas. Por el órden siguiente figuran los once señores: don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena y verdadero fundador de la corporacion ilustre, de quien realmente no consta que escribiera nada, pero sí que sabía mucho; don Juan Ferreras, cura de San Andres, y bien conocido por la *Sinopsis histórica cronológica de España*, en diez y seis tomos; don Gabriel Alvarez de Toledo, á quien se refieren estos apuntes; don Andres Gonzalez de Barcia, abogado célebre por entónces, consejero de Castilla poco más adelante, y entendido colector de varios de nuestros historiadores de Indias; fray Juan Interian de Ayala, religioso de la Real y militar órden de la Merced y Redencion de cautivos, predicador eminente, no contaminado por el mal gusto que á la sazon reinaba en la oratoria, y cuyo libro más notable es, sin duda, *El pintor cristiano y erudito*, no debiéndose tampoco omitir que tradujo el *Catecismo* de Fleuri al castellano; elpadre Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesus y cronista de su instituto, versadísimo en divinas y humanas letras, autor de la *Chrono historia de la Compañía de Jesus en la provincia de Toledo y de sus varones ilustres;* padre José Casani, tambien jesuita, maestro de matemáticas y sobresaliente en literatura, entre cuyas producciones se cuenta la *Escuela militar de fortificacion ofensiva y defensiva, arte de fuegos y de escuadronar*, y el *Tratado de la naturaleza y orígen de los cometas, con la historia de ellos;* don Antonio Dongo Barnuevo, corregidor de Villanueva de la Jara y de Inhiesta, y posteriormente bibliotecario, de quien existe una *Paráfrasis del responsorio de san Antonio de Padua*, en octavas reales; don Francisco Pizarro, marqués de San Juan y distinguidísimo traductor de la tragedia de Corneille titulada *Cinna;* don José de Solís y Gante, marqués de Castelnuovo, en seguida conde de Saldueña, y por último duque de Montellano, autor de un *Romance endecasílabo, detestando la bárbara política de Ptolomeo en la accion de cortar la cabeza á Pompeyo;* y don Vicencio Squarzafigo Centurion y Arriola, señor de la Torre del Pasaje, buen matemático y autor de una *Disertacion, pretendiendo probar que para el más perfecto uso de las voces es conveniente arreglar la ortografía de ellas á sus orígenes.*

Para dar mejor á conocer á don Gabriel Alvarez de Toledo, bueno es citar estos dos cortos pasajes de su apologista: «¡Diabólico llamas á un varon ejemplar, cuya sola presencia edificaba,

á quien prudentemente impedia su padre espiritual los fervorosos excesos de su penitencia, bien escondida en una natural alegría y jocosidad, y de quien no se oyó palabra ofensiva, estudiando lo más perfecto!.....» «Parciales de mi autor eran cuantos le conocian y trataban. Enseñaba sin magisterio ni soberbia. Ocultaba su erudicion cuanto lo permitia la urbanidad del trato civil. Nada despreciaba de lo que oia, y en la amigable y dulce modestia del trato se insinuaba á la benevolencia comun y al aprecio y veneracion de todos.»

POESÍAS.

SONETOS.

I.

La soberbia es el principio de la idolatria

¿A quién doblas la bárbara rodilla,
Necio inventor de simulacros ciento,
Si en religion hipócrita, es tu intento
Máscara vil del culto que se humilla?
Tuya es la estatua que en el sólio brilla,
Pues esclavo su númen de tu aliento,
Cuando abrazas postrado el pavimento,
Parte contigo la soberbia silla.
En la torpe deidad que en mármol mientes,
Sacrílego cincel deja descritos
De tu pecho los monstruos diferentes;
Que el execrable aplauso de tus ritos,
Celebrando deidades delincuentes,
Quiere hacer adorables tus delitos.

II.

La muerte es la vida.

Esto que vive en mí, por quien yo vivo,
Es la mente inmortal de Dios, criada
Para que, en su principio transformada,
Anhele al fin de quien el sér recibo.
Mas del cuerpo mortal al peso esquivo,
El alma en un letargo sepultada,
Es mi sér en esfera limitada,
De vil materia mísero cautivo.
En decreto infalible se prescribe
Que al golpe justo que su lazo hiere,
De la cadena terrenal me prive.
Luégo con fácil conclusion se infiere
Que muere el alma cuando el hombre vive,
Que vive el alma cuando el hombre muere.

III.

A Roma destruida.

Caiste, altiva Roma, en fin caiste,
Tú, que cuando á los cielos te elevaste,
Ser cabeza del orbe despreciaste,
Porque ser todo el orbe pretendiste.
Cuanta soberbia fábrica erigiste,
Con no menor asombro despeñaste,
Pues del mundo en la esfera te estrechaste,
¡Oh Roma! y sólo en tí caber pudiste.
Fundando en lo caduco eterna gloria,
Tu cadáver á polvo reducido,
Padron será inmortal de tu victoria;
Porque siendo tú sola lo que has sido,
Ni gastar puede el tiempo tu memoria,
Ni tu ruina caber en el olvido.

IV.

Al rey nuestro señor don Felipe V, en ocasion de la victoria que han logrado sus armas.

¿Triunfas ó lidias, héroe venturoso?
Pues compitiendo glorias con Alcides,
Aun permitir no quieres á tus lides
El instante infeliz de lo dudoso.
Si vence tu semblante belicoso,
Con la victoria la victoria impides,
Pues dejas, con los rayos que despides,
Todo el furor de la cuchilla ocioso.
Mas ¿qué mucho, si el Rey omnipotente,
De tu causa custodia militante,
Tu derecho asegura permanente,
Haciendo su justicia vigilante,
Pluma de sus decretos diligente
El filo de tu espada fulminante!

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Al martirio de san Lorenzo

Convoca ¡oh Roma! de tu luz antigua
Los astros, que con fúlgidos ardores,
De la atmósfera opaca de diez siglos
Disipan claros la prolija noche.
El que robado á la severa curia
Del fuego sacro en fulminantes orbes,
Al obsequio negó de sus quirites
De su polvo supremo los honores;
El que á enemigas huestes numerosas
Su sin igual esfuerzo sólo opone,
Y hace del Tíber al cristal suspenso
Lámina escasa á contener su nombre;
Aquel que logra en desigual arena,
Rendidos los albanos Geriones,
Que de su acero el insidioso filo
La consanguínea púrpura colore;
El que burlando con ardid valiente
Del gálico Tifeo los furores,
Del yugo infame, que á la patria quita,
Ciñe á su cuello la memoria noble;
El que del ronco pájaro de Juno,
Cuando los gritos vigilantes oye,
Libra, en la noche, el furor de Breno
Del Capitolio las cautivas torres;
El que, depuesta la purpúrea veste
Del patrio suelo en la riqueza pobre,
De laureada reja al noble surco,
Siembra virtudes, y victorias coge;
El que á las negras aras de Megera
Víctima voluntaria se propone,
Porque el marcial oprobio de sus huestes
La ilustre tinta de su sangre borre;
El que purgando en fuego religioso
De su diestra los ínclitos errores,
Fénix eterno de la pira etrusca,
Glorias alcanza, que la fama robe;
El que, domando con prudencia suma
Del caudillo africano los ardores,

Robó á su Livia perezosas ramas,
Que en círculo triunfal sus sienes orlen:
El que, humillando, cual felice Marte,
De Cartago las altas presunciones,
Columna opuso á la cadente patria
En el sosten glorioso de su nombre;
Aquel por quien en Táranto deshechos
De Pirro los lunados batallones,
El animal turrígero del Gánges
Le rinde al Tíber la cerviz indócil;
Corto teatro para grande asunto
Le darás á mi voz, aunque revoques
De la quietud de tu soñado Elisio
La corona triunfal de tus heróes.
Un hombre solo, desarmado, herido,
Desde la liza de inflamado bronce,
Con plácido semblante menosprecia
El armado furor de tus legiones.
No teme, aunque el sacrílego combate
Auxiliares sus águilas convoquen
Los inicuos ejércitos que alista
La antorcha funeral de Tesifone.
No es éste, no, de los varones fuertes,
Que al duro afan de bélicas labores,
En las bruñidas láminas que visten,
Sólidos miembros les prestó Mavorte.
No es de los mercenarios que á tu insignia
Consagrando su furia y sus rencores,
Con rostro alegre las compradas almas
Al juego incierto de la guerra exponen.
No del Rifeo (1) en la silvosa cumbre
Compañero insensible de sus robles,
En fiera hueste el congelado soplo
Arrostró de los recios aquilones.
No los destellos del ardiente sirio
Sufrió en los senos de la Livia, donde
La sangre abrasa y envenena el pecho
La luciente ponzoña de sus soles.
En vez de las defensas aceradas,
Duros testigos del afan del Bronte,
Viste nevado lino, no más puro
Que lo son de su pecho los candores.
Al pueblo religioso que le atiende,
Ministro fiel de anciano sacerdote,
El pasto, que es palabra, le reparte;
La palabra, que es pasto, le propone.
Laurencio : ya su nombre, en fiel presagio,
Es emblema feliz de sus blasones,
Tejiendo la corona de sus triunfos
Los sagrados laureles de su nombre.
Laurencio, que del clima celtibero
Rama fecunda floreció los bosques,
Y hoy trasladada á tus latinos campos,
Sombra sagrada le previene al orbe.
Este burla con santa inobediencia,
Que del poder soberbio el yugo rompe,
Preceptos viles, que su fuerza pierden,
Por ser de ley suprema transgresiones.
Mira cómo, á pesar de los tormentos,
Constancia muestra el desangrado jóven,
Y en la voz inmortal de sus heridas
Del yerto labio los silencios rompe.
De los rasgados miembros fugitiva,
Ya no domina el alma al cuerpo informe,
Y en el fatal asedio, apénas guarda
Del corazon la defendida torre.
Peso felice del mortal ecúleo (2),
Del torno intentan los volubles orbes
Que á la violencia inútil crezca el cuerpo,
Porque el gigante espíritu se acorte.
Ya al duro corazon del juez inicuo
De Alecto agita el viperino azote,
Y rencor infernal corre en su pecho,
Escribiendo en la frente sus furores.
Ya manda, porque el sueño de las Parcas
Selle los ojos del feliz heróe,
Que en la mentida imágen del sosiego
Inauditos martirios le coloquen.

(1) Montaña situada, segun la geografía antigua, al norte de la Escitia, hácia el origen del rio Tanais.
(2) *Ecúleo*, potro para atormentar.

De ardientes barras hórrida palestra
Oculta el triunfo y el tormento expone;
Porque en el oro de su fe quilaten
Del ruginoso lecho los crisoles.
Aspero aliento de rabioso labio
Enardece del fuego los furores,
Y él con fugaces círculos desprecia
Del impío cebo la materia torpe.
A la voraz hoguera no consiente
Que á la inocente víctima devore,
Porque al ímprobo altar de sus enconos
El mundo rinda eternas oblaciones.
Ingeniosa crueldad modera el fuego,
Para que los tormentos que dispone,
De los confines de la vida pasen,
Sin que la línea de la muerte toquen.....
Mas de otro fuego la celeste llama,
Que, sagrado volcan, el pecho esconde,
Con incendios seráficos consume
Del material incendio los ardores.
Escucha cómo el inocente reo,
Fiscal sagrado de su juez enorme,
Con la ardorosa llama de su labio
Más articula rayos que razones :
«En vano con sacrílego coraje,
Ciego cultor de tus soñados dioses,
Intentas que en mi pecho acrisolado
La fe sagrada los suplicios borren.
»Burla fácil serán de mi constancia
Aduncos peines (3) y dentados orbes,
En cuyas puntas hórridas la muerte
Es lo ménos mortal que se propone.
»No al hierro ni á la llama se permite
Que los arcanos de la mente violen,
Donde el dedo de Dios Omnipotente
Único escribe su sagrado nombre.
»El frágil sér no atacas de Laurencio,
Ni la flaqueza mísera del hombre;
Del corvo acero y del fatal ecúleo
Serán ociosas las sangrientas voces.
»Aquel que vive en mí, por quien yo vivo,
Inspirando su aliento en mis temores,
A la cera inconstante de mi pecho
Constancia infunde, que respeta el bronce.
»Tal, despreciando el ceño de Neptuno,
De escollo antiguo la constancia inmóvil,
Rotas las ondas en su altiva frente,
Son de su pié rendidas sumisiones.....
»Los tesoros que anhela tu codicia,
Ya están seguros en erario adonde
Ni tenebrosa insidia los usurpa,
Ni peste asoladora los corrompe.
»El pálido metal, que debió vida
Del profano carácter á los moldes,
En el sello viviente del Cordero
Mejora el precio y diviniza el nombre.
»Ya le atesora próvida codicia
Entre las manos de los ricos pobres,
Que de gloria inmortal en santa usura,
Recibiendo nos hacen sus deudores.
»Campo es feliz la mano del mendigo,
Y el áureo grano que su seno esconde,
Miés que burlando la segur tirana,
Colma fecundo las empíreas trojes.
»Y tú, supremo Autor, á quien mi mente,
Que de su esencia esencia te conoce,
En oblacion eterna se consagra,
Holocausto feliz de ardor más noble.
»Ya, Señor, que al espíritu cautivo
Desatas las orgánicas prisiones,
De los festivos himnos de la patria
Oiga el destierro las alegres voces.
»Suma Deidad, que, eterna, inaccesible,
Los mundos riges en tu trono inmoble,
Siendo el glorioso exceso de tus luces
Sagrado velo que tu sér esconde;
»Tú, que del *siempre* en el feliz *ahora*,
De inmensa soledad inmensa córte,

(3) *Peines aduncos*, peines retorcidos. Instrumentos de puntas aceradas con que los tiranos mandaban atormentar á los santos mártires.

En la esfera infinita de tí mismo
Gozabas tus eternas perfecciones;
»Tú, que del campo estéril de la nada,
Porque del todo las especies brote,
En el principio oscuro de los tiempos
La semilla esparciste de tus voces;
»Tú, que midiendo en luminosos giros
De las esferas el camino acorde,
En el móvil cimiento de los aires
Fundaste firme de la tierra el orbe;
»Tú, de cuya palabra fulgurante,
A los acentos que imperiosos oye,
Radiantes ecos de improvisas luces
En la bóveda etérea corresponden;
»Tú, que con limpias y azuladas aguas
Así el undoso Océano compones,
Que ministro potente de tus iras,
Del mundo antiguo la memoria borre;
»Tú, que al imperio de tu voz creaste,
Para ornar de la tierra el bulto informe,
La verde vestidura de la grama
Y el recamo fragrante de las flores;
»Tú, que les diste á los primeros astros,
Con propios y prestados resplandores,
El radiante diadema de los dias
Y el tenebroso cetro de las noches;
»Tú, que mandaste al húmedo elemento,
Que, con escama ó pluma, aliente y forme
Mudos vivientes que en las ondas naden,
Canoro pueblo que los aires corte.....
»Templo es el universo, en cuyas aras,
Para gloria inmutable de tu nombre,
El vário sér de todo lo criado
Perene sacrificio se propone.
»Del mar soberbio, de la tierra humilde,
Te ofrecen disonancias uniformes
La delicada voz de su armonía
Y el bramido profundo de sus choques.
»De las esferas al eterno giro,
Música silenciosa te componen
Los rayos soñolientos de la luna
Y del sol esplendente los ardores.
»Todo, Señor, alaba tu grandeza;
Sólo rebelde á tu deidad el hombre,
Arma contra tus leyes sacrosantas
El noble imperio que en su mente pones.
»Vanas deidades á su arbitrio finge,
Y la verdad, latiendo en sus errores,
Desmiente aquello mismo que pronuncia
En el soñado título de dioses.....
»Los troncos odoríferos de Arabia,
Al ver que mano idólatra los viole,
Su repugnancia en lágrimas pronuncian,
Y su congoja explican en sudores.....
»La emperatriz temida de las gentes,
Roma, cabeza universal del orbe,
Cuando de todas en las leyes manda,
De todas obedece á los errores.
»Cuando al carro soberbio de sus triunfos
Rinden el cuello bárbaras naciones,
Del altar de sus ídolos odiosos
Es basa humilde su diadema noble.
»Levántese el Señor, y en su presencia
Se deshagan los negros batallones,
Como el ardiente rostro de la llama
Fáciles lazos de la cera rompe.
»Como del sol el rayo matutino
Rasga los senos de la niebla informe,
Como del Bóreas el armado aliento
Disipa el humo y limpia el horizonte;
»Del rayo de tus iras al impulso,
Desvanecida la soberbia mole,
A su nativo polvo restituya
La confusa Babel de impuros dioses.....
»La tierra, con temblores pavorosos,
Los edificios bárbaros desplome,
En que con impía religion los jaspes
Violento yugo á su cerviz imponen.
»Elevando montañas cristalinas,
Sepulte el mar las eminentes torres,
Que aclaman con escándalo en las nubes
El efímero imperio de su Jove.
»Turbando al polo su quietud eterna,
Se desaten los caspios aquilones,
Desvaneciendo las opacas nieblas
Que formaron idólatras errores.»
Así dijo; y el alma desatada,
En instante que tiempo desconoce,
En las sidéreas bóvedas que pisa,
De su voz los divinos ecos oye.....
Ya suena el aleluya sempiterno
De la Salem angélica en los montes,
Y á las voces que nunca se fenecen,
Ecos de gloria eterna corresponden.
Ya del Cadés querúbico las palmas
Llenan la diestra del triunfante jóven,
Y del empíreo Elisio los laureles
Forman guirnalda que su sien corone.
Fénix sagrado de la celeste llama,
Cercado de divinos resplandores,
Es para siempre en el altar del cielo
Levita del eterno Sacerdote.

FRAGMENTOS DEL POEMA INTITULADO
LA BURROMAQUIA.

REBUZNO PRIMERO.

Si vizcainado merecí algun dia
Tu burrámen, Garnica, pardicano,
Concédele á mi cántabra poesía
El ronco acento del mejor paisano:
Émula del relincho tu armonía,
Escuche alegre el espacioso llano,
Y el valle que en sus parvas le alimenta
Filomena cuadrúpeda le sienta.
Cuadrúpeda será, pero canora;
Dígalo cuando al fin de la jornada,
Su olfato aplaude, si su vista ignora,
El anuncio feliz de la cebada;
Dígalo en los destellos de la aurora
La gallicina música emulada,
Haciendo su roznante melodía
Trompa burrátil, que despierta al dia.
Oiga el claro rebuzno de la fiera
Pompa de la Cantabria la corriente
Del Vidaso, que guarda en su ribera
De su huella el carácter elocuente;
De hierro blando más que su mollera
Armada, le oiga la indomable gente,
Porque atruene los términos del mundo
Del roznido canoro el són profundo.
Donde oprime Sandalia victoriosa
Del lívico Neptuno el espinazo,
Para ser en su esfera procelosa
De vagas quillas útil embarazo,
Isla yace el Austro venturosa,
Del gran coturno mínimo retazo,
Que ya del asno á la memoria clara
Debió el ínclito nombre de Asinara.
Si en sus peñascos Itaca escondida,
Al tiempo jacta la duliquia gloria,
Y por ella en el orbe conocida,
Compite á Creta y Chipre la memoria,
A tí, Asinara, deja ennoblecida
Del pardo invicto la inmortal historia,
Por quien felice te formó el destino
Verde lunar del rostro cristalino.
Anciano rey de la region florida
Es asnal paladin, burro africano,
Que á esfuerzos de su espada no vencida,
El cetro ajeno trasladó á su mano;
Borra con su prudencia encanecida
Las notas de su título tirano,
Y arraigados de Dafne los desdenes,
Son verde adorno de sus pardas sienes.
De la reina Burrilda prenda cara
Quedó Archiburro, emulacion de Apolo,
Porque el daño del número vengára,
Creciendo singular, si nació solo;
Pollo real, que de su estirpe clara
Las glorias lleve al contrapuesto polo,

Y artífice feliz de su destino,
Aun ántes de ser pollo, fué pollino.
Apénas la burrátil primavera
Cerdosas flores dispensó al semblante,
Y la luz racional de su mollera
Amaneció el sindéresis asnante,
Cuando en lid blanda y en disputa fiera,
Alternando la lira y el montante,
Con triunfo igual se confesó rendido,
Marte á su coz, Mercurio á su roznido.
Color incierto al ínclito pollino
Del crepúsculo dió la luz dudosa,
De blandas cerdas blanco remolino
Amaneció su frente tenebrosa;
Los zainos ojos con fulgor sanguino
Su majestad aumentan horrorosa,
Y haciendo sombra á las hirsutas cejas,
Se dilatan prolijas las orejas.
Los ámbitos del rostro belicoso
Con la bordada jáquima guarnece,
Y por manto á sus hombros decoroso
La tiria enjalma su estatura crece;
De la herradura el orbe ruginoso
A su sólida planta fortalece,
Y excedidos los céfiros veloces,
Alas les presta, les imprime coces.
Dulcísima lisonja fué del viento
De su voz la canora carraspera,
Y en envidia suave de su acento,
Ecos asnales repitió la esfera;
Ya suspende profundo su concepto,
Ya en agudo roznido le acelera,
Prestando su armonía concertada,
Alma al pesebre, vida á la cebada.
Mal se contiene el ánimo insolente
En el recinto del zafiro undoso,
Y de Céres el vasto continente
Aun estrecha su pecho generoso;
Hasta el pesebre despreció fulgente,
Que al Cancro adorna el seno luminoso,
Donde acuerdan gavillas de los cielos
La memoria inmortal de sus abuelos.
La deidad dueña de plumadas tocas,
Que á chismes de metal el orbe altera,
Con la voz enlutada de cien bocas
De trágico clamor pobló la esfera;
Ya publican los huecos de las rocas
Que al rey de la famosa Formentera,
De un vasallo la industria fementida
Le usurpó el cetro, le quitó la vida.
Grandasno, á quien el mundo veneraba,
Néstor mejor de la pollina gente,
Ya al blando yugo de la ley ligaba
Las cervices del pueblo inobediente;
Cuando en tranquila majestad gozaba
De los aplausos que adquirió prudente,
Fué porque á su ambicion sirvió de estorbo
Víctima del infame Jumentorbo.
Era Grandasno de Burrilda hermano,
Y el pesar de tan lúgubre suceso
En el cariño del monarca anciano,
A no sobrarle, le quitára el seso;
Visten las señas del dolor insano
Del viejo sabio hasta el garzon travieso,
Turbando triste la quietud del polo,
De varios pechos un rebuzno solo.
Triste Babel, de un mísero gemido,
Es de asnal paladin el reino todo;
El Senado, en bayetas escondido,
Vierte y enjuga de su llanto el lodo;
La plebe con dolor embravecido,
Sin que á su pena le prescriba el modo,
Sacudiendo las válidas orejas,
Se arranca sus selváticas cernejas.
Es uso antiguo en la nacion jumenta,
Cuando celebra exequias soberanas,
Que el granado verdor que la sustenta
Ignore su pesebre dos semanas;
Sólo de leve paja se alimenta,
Con que gimen tambien las tripas vanas;
Que negarse al comer de todo punto
Fuera igualar al vivo y al difunto.
De contrarios afectos la tormenta
Del jóven burro el corazon agita,
El soplo del amor su pena aumenta,
Y el mismo soplo su venganza incita;
Ternezas el amor le representa,
Furores el amor le solicita,
Y el ódio en el cariño concebido,
De padre ilustre es hijo mal nacido.
Va coronando la funesta pompa,
Hácia el túmulo régio dirigida,
Donde del pueblo la nativa pompa
Más explica ignorada que entendida;
No permite el dolor que entera rompa
La voz por explicada comprimida,
Y mal cortada de la pena fiera,
El rebuzno hácia dentro y hácia fuera.
De Archiburro los pasos contenia
Capuz prolijo, que sus lomos grava,
Negro penacho en triste lozanía
Con sus largas orejas disputaba;
El volcan del coraje con que ardia,
La tristeza del rostro fomentaba,
Y así llegó á bañar con llanto pío
El asnotafio de su heroico tio.
Los funerales ritos acabados,
A su alcázar el jóven se reduce,
Donde en lucha de afectos encontrados,
Funestos monstruos el pesar produce;
No á que alivie sus miembros fatigados
La noche obliga, ni el silencio induce,
Que del bélico asunto que medita,
El invencible tábano le agita.
Ya cuando las azudas de zafiro
Las soñolientas horas derramaban,
Y del Arturo al perezoso Tiro
Su carro los triones transformaban,
Mal, repugnando al plácido retiro,
Donde nuevas fatigas le aguardaban,
El cuerpo laso derribado bruma
De blanda paja la mullida pluma.
Apénas de Morfeo el cetro blando
Los párpados sellaban soñolientos,
Y el Leteo sus ojos inundando,
Beben dulces olvidos sus tormentos;
No bien dormido descansaba, cuando
Alas hurtando á los nocturnos vientos,
En negro bulto, á quien la sombra crece,
De Grandasno la imágen le aparece.
La régia albarda, en tornos dividida,
Las sangrientas heridas ostentaba;
La piel, del negro polvo confundida,
Su rucia majestad dificultaba;
La panza, de los cuervos carcomida,
Injurias de insepulto publicaba,
Y en los ijares torpe matadura
Gritaba quejas de la parca dura.
«¿Duermes, le dice, jóven generoso?
Mal convienen el sueño y el cuidado;
Tú descansas del lecho en el reposo,
Yo en el campestre cieno revolcado.
Despierta, y el acero belicoso,
Que ofendido se queja de guardado,
Cuando en tu diestra triunfos amanece,
A gloria tuya mi venganza empiece.»
Dando un respingo por el aire vano,
Despareció la sombra macilenta,
Y con rebuzno, que sonó lejano,
El dulce sueño de Archiburro ahuyenta;
Con el impulso del iman paisano,
Aun más que late el corazon, revienta,
Y violento en la esfera de su espacio,
La quietud interrumpe del palacio.
Doraban ya los altos chapiteles
Del sol vecino los infantes rayos,
Y compitiendo vientos y vergeles,
Despliegan plumas, anticipan mayos;
A su propicia luz saludan fieles
Con fragrantes y armónicos ensayos,
Confundiéndose dulces y suaves,
Pintadas flores y canoras aves;
Cuando con voz convoca disonante
La bocina de régio pregonero

Los senadores que el imperio asnante
Mantienen justo y autorizan fiero;
Cuantos visten la ropa rozagante,
Cuantos empuñan el baston guerrero,
Al declinar la lámpara febea,
Concurran á la asnátil asamblea.
De árbol anciano el pabellon hojoso
Es el sitio á las juntas destinado,
Donde á la sombra de dosel frondoso
Se congrega el magnífico Senado;
Renuevo fué feliz, pimpollo hermoso,
Al fecundo terreno trasladado,
Segun antigua fama certifica,
Del fatídico tronco de Garnica.
Ya junto el areopago jumentoso,
Silencio aspira en el ameno llano,
El viento entre los ramos temeroso
Su curso enfrena con obsequio vano;
Todo el bestial congreso respetoso,
Del burro jóven al jumento anciano,
Con serena atencion, con faz modesta,
Del Príncipe esperaba la propuesta.
Archiburro en retórica violenta
La expedicion propone meditada,
Del frumentorio rey la faz sangrienta
Furor imprime á su oracion airada;
De Jumentorbo la cerviz exenta
De sus plantas supone conculcada,
Y en la elocuencia que su gesto abulta,
Fué decision lo que soñó consulta.
Dejó de hablar, y los prudentes viejos
Licencia piden con asnal talante,
Y en la impensada novedad perplejos,
De Anaguirre consultan el semblante;
El cual, norma feliz de los consejos,
Sabio en la guerra y en la paz triunfante,
Por ciencia y experiencia venerado,
Es Caton del cuadrúpedo senado.
Este, con suspensiones ponderadas,
Aumentó las arrugas de la frente,
Preparando en maduras cabezadas
La atencion que le observa diligente:
Hirió la tierra en trémulas patadas,
Lustró al concurso en ademan doliente,
Y acabado el paréntesis prolijo,
Estas razones, rebuznando, dijo:
«Las empresas, señor, que el ódio traza,
Siempre fueron al juicio sospechosas,
Pues la razon sus luces embaraza
Del rencor en las nubes tenebrosas;
En consecuencias trágicas se enlaza
Quien premisas siguió precipitosas;
Que no sale seguro el argumento
Cuando es la voluntad entendimiento.
»El valor de la gente frumentaria,
Indomable en el orbe la acredita,
Dejando en lides de ambicion contraria
Su libertad, con su herradura escrita;
Sufre el cetro parcial, no tributaria,
Con que al poder la autoridad limita,
Y cuando en glorias y exenciones crece,
Más parece que manda que obedece.
»De aquí le viene á la progenie parda
El privilegio, que constante dura,
Pues sólo viste la marcial albarda
En fieros trances de la guerra dura;
No de peso servil seña bastarda
La deforma con torpe matadura,
Ni al espinazo válido le asusta
El palo inicuo, ni la carga injusta.
»De Jumentorbo el férvido coraje
Los rebeldes espíritus fomenta,
Y en libertad mentido el vasallaje,
Superior manda, cuando igual se ostenta;
Cuando al feroz y rudo paisanaje
De vanas exenciones aliment
A su imperio ignorado, mas seguro,
De cada pecho le fabrica un muro
»La piedad de vuestro padre ya cadente
Resguardo persuade, no conquista,
Si en el régio laurel resplandeciente,
Ajena sangre su verdor conquista;
Tranquilidades finge lo aparente,
Y las brasas del muerto antagonista,
Aunque en cautas cenizas sepultadas,
Escondidas están, mas no apagadas.
»Si en distantes empresas empeñado,
Llegáre de su muerte el trance duro,
Abandonas tu intento desairado
O arriesgas el imperio mal seguro;
El dominio aventuras heredado
Por la incierta esperanza de un futuro,
Y segun el refran de nuestra crusca,
Lo propio pierde quien lo ajeno busca.»
Más fué á decir; pero con furia brava,
Desatando en su voz un torbellino,
Al anciano concurso amedrentaba
Tragacardos, indómito pollino,
Habitador antiguo de la Java,
Marcial honor del género asinino,
Que ya sus vastos lomos hurtó fiero
De la opresion violenta de un yesero.
«La helada sangre de tus flojas venas
(Dice iracundo) tu razon ofusca,
Y con fantasmas de verdad ajenas,
En nuestra infamia tu descanso busca;
Trampantojos retóricos ordenas,
Con que el miedo en los pechos se introduzca,
Buscando conveniencias en el ocio:
Que no hay asno que ignore su negocio.
»Si no hubiera peligro en el intento,
¿Dónde el valor heroico se mostrára?
¿Quién, salpicado del coral sangriento,
El laurel á sus sienes enredára?
Vulgar asunto de vulgar aliento
Las tibeas diligencias ocupára;
Pero en empresas de perenne gloria
Es el riesgo escalon de la victoria.
»De voluntario acusas el empeño
Que inexcusable nuestro pecho abraza,
Y profeta infeliz, con rucio ceño,
En el discurso mezclas la amenaza;
Culpas, espantadizo y zahareño,
La noble empresa que Archiburro traza,
Pesando en las balanzas de tu susto,
Delincuente el valor, al miedo justo.
»Aplaudir el valor del enemigo
Es hidalgo primor de quien combate,
No de quien busca tímido un testigo
Que del oprobio su opinion rescate;
Desate furias el tartáreo abrigo,
Con que el triunfo acredite que dilate,
Que no suspenden ímpetus bastardos
El ínclito furor de Tragacardos.
»De internas inquietudes el recelo
Cauto ponderas, misterioso indicas,
Y con injuria del nativo suelo,
Un miedo en otro miedo fortificas;
Ingenioso en tu tímido desvelo,
Temores por temores multiplicas;
¿Dónde tus sustos hallarán abrigo,
Si temes al contrario y al amigo?
»Cualquiera (prosiguió, terciando, airado,
El rojo palio que en sus hombros pende),
Cualquiera que el designio meditado
Con timidez sofística suspende,
Del generoso espíritu olvidado,
A todo el mundo jumental ofende:
Que cuando clama del honor la ofensa,
No es asno quien discurre lo que piensa.»
Con semblante, Archiburro, mesurado
El concláve disuelve turbulento,
Y su marcial designio decretado,
Deja del sólio el superior asiento;
En el ameno bosque retirado,
A consulta llamó su pensamiento,
Con quien suspenso y pensativo encierra
En la paz exterior la interior guerra.
Relaja las pirámides pilosas
Pardo diadema de la vasta frente,
De sus ojos las luces jumentosas
Fijas deja en el prado floreciente;
Inmóviles las plantas belicosas,
Y la nariz armónica silente,

Absorto se quedó, de tal manera,
Que á no ser burro, tronco pareciera.
Revuelve en sus asnales suspensiones
El alto asunto que llenó su idea,
Y en alterado mar de confusiones
Su pensamiento jumental ondea;
¡Qué pastos, qué pesebres, qué regiones
Logrará de su estirpe la tarea!
Tan grave peso le debió á su mente
El noble orígen de la burra gente.
Del bélico discurso arrebatado,
Hiere la tierra su robusta pata,
Donde, de verdes juncias coronado,
Risueño arroyo su caudal desata;
A los impulsos del compas errado,
Que inadvertidamente le maltrata,
Del árbol de Siringa tristes quejas
Llenan de voz y espanto sus orejas.
«¿Por qué, Archiburro, con airada mano
Interrumpes mi trágico reposo,
Cuando fuera el vengarme de un tirano,
Asunto de tus iras decoroso?
¿Por qué quebrantas el verdor lozano,
Que es de mis miembros túmulo piadoso,
Sin advertir que púrpura parienta
Del hueco tronco la virtud fomenta?
»Ya fué tiempo que en jóven primavera
Pació verdor el que en verdor se oculta,
Del hado inexorable ley severa
Desde jumento en tronco me consulta;
Al crudo filo de la Parca fiera
Túmulo vegetable me sepulta,
Y de los prados el verdor nativo
Esconde muerto el que sustenta vivo.
»Burraldo soy, tu primo sin ventura,
Cuya muerte, de todos ignorada,
Hace que nieguen á mi sombra oscura
Aun el consuelo inútil de llorada;
De Jumentorbo la perfidia dura,
Contra tu régia estirpe conjurada,
Me mató, atravesando estos caminos,
Por medio de dos lobos asesinos.
»No retardes la empresa meditada
Que noble abrigas en el pardo seno,
Y del tirano la ambicion armada
Padezca el rayo sin que escuche el trueno;
Con faz benignamente remontada,
La proteccion te guarda de Sileno,
Y el hado, favorable á tu conquista,
En tus banderas la victoria alista.»
Dejó de hablar; y trémulas sus hojas,
Del apacible céfiro movidas,
Eco de sus burrátiles congojas,
Las deja dulcemente repetidas;
Con duras quejas, consonancias flojas,
Alternadas están y confundidas;
Pues con blanda expresion de su lamento,
Tanto como el rebuzno, dijo el viento.
La admiracion del jóven vuelta en ira,
Arde su pecho jumental Megera,
Volcan fumoso su nariz respira,
Con que ardientes roznidos acelera;
Con trote insano por el bosque gira,
Los troncos bate con la testa fiera;
Y quebrantando nísperos y enebros,
Las sandeces compite á Beltenébros.
Más dentro está de sí cuando más fuera;
Que en los extremos de la suerte dura,
Quien los motivos del dolor pondera,
Hace prueba del juicio la locura;
¿Quién resiste al pesar, que no le altera,
En fe de su difícil cornadura?
¿De qué se alaba, si de balde cuerdo,
Quiere pasar por sabio, siendo lerdo?
Ya en la inquieta quietud de su palacio
El grande fin los medios proporciona,
Reduciendo á pequeño cartapacio
Cuanto circunda la burral corona;
Las rentas examina muy despacio,
La paga y los soldados parangona,
Porque seguro sus medidas tome;
Que no hay asno que sirva si no come.
Los aparatos bélicos prepara
Con direccion pausada y diligente;
Que sin estudios, su prudencia rara
Sabe la regla de *Festina lente;*
Los empleos y el mérito compara
Con mano anticipada y providente,
Dejando siempre su eleccion juiciosa,
Ocupado el valor, la queja ociosa.
Extranjeros auxilios solicita
Que al empeño comun concurran fieles;
Que igual á todos la venganza incita,
Como iguales aguardan los laureles.
Desde el jumento livio al asno scita
Prevengan los marciales arambeles,
Porque en subsidio de tan justa guerra,
Recreas del mar inunden á la tierra.
De sábias instrucciones prevenidos,
Parten embajadores diferentes,
Que al noble asunto dejen persuadidos
Los monarcas amigos y parientes;
Con correos madura repetidos
La expedicion de la guerrera gente;
Y supliendo el defecto de los trotes,
Cruzan el golfo asnales paquebotes.
Ya para el alto asunto que imagina,
La juventud previene generosa,
En cuyos lomos sustentar maquina
De su fama la imágen portentosa;
La florecciente multitud pollina
A la empresa prepara sanguinosa,
Porque inspiren sus prósperos sucesos
Con diestros leves, con pesados sesos.
Cuantos en dulce soledad habitan,
Huéspedes libres de florido prado,
Y con planta voluble solicitan
Al Bóreas, de su huella despreciado,
Ya entre fatigas bélicas agitan
Con desherrada diestra el fresno herrado,
Y rebuznando anhélitos marciales,
Aumentan los asnáticos reales.
Cuantos del trigo y la cebada amiga
Dan al robusto lomo carga honrosa,
Y burlando la válida fatiga,
Previenen la bardasca rigurosa,
Ya, sin que el tiempo su galope siga,
Agitan la palestra fervorosa,
Siendo, en noble defensa, transformada,
Su albarda, arnes; su jáquima, celada.
Cuantos de las serviles angarillas
Líquida pesadumbre padecieron,
Y tal vez, impacientes de sufrillas,
Las ánforas sonantes sacudieron,
Ya trazando burrátiles hebillas
Los ataharres bélicos ciñeron,
Siendo el que lidia ménos arrogante
Del quinto dios envidia rebuznante.
Cuantos presos en cárcel movediza
Vuelven la noria con el giro ciego,
Y en círculo que afanes eterniza,
Sufren la injuria del cultor gallego,
Ya en curso que su gloria inmortaliza,
Truecan el agua por el marcio fuego,
Porque su diestra, en bélicos sudores,
Desagüe los vivientes atanores.
Cuantos en los magníficos serones
Van de huertas andantes agravados,
Siendo de rudo esparto paladiones,
De pepinos arjólicos preñados,
Para torres de rígidos cartones
Dan cimiento en los lomos dilatados,
Con que en el uso de la guerra impía
Son elefantes de menor cuantía.
Cuantos, en recua mancheguil atados,
Miden la senda en perezosa fila,
Y de injusta bardasca equilibrados,
Enderezan la carga, que vacila,
Del duro cautiverio rescatados,
Previenen oficiosos la mochila,
Y brincando por valles y por cerros,
Trocaron en corbatas los cencerros.
Cuantos de duros cantos oprimidos,
Atlantes de la esfera lapidosa,

Por ásperos repechos conducidos,
Piedra los graba, y los sepulta losa,
Ya los robustos lomos sacudidos,
Ágiles burlan su opresion odiosa,
Porque en el peso de marciales lides
Fuese de Atlante sostituto Alcides.
Cuantos, atados en servil tahona,
De Ixion imitaron el tormento,
Explicando en su lánguida persona
Del quebrantado grano el molimiento,
Ya ensayando la bélica chacona,
Tejen el prado en caracoles ciento,
Porque puedan, propicia ó importuna,
La rueda gobernar de la fortuna.
Arde la córte en bélicos furores,
Resuena el aire con horror festivo,
Ya es primavera de tejidas flores
El rucio justacor de paño vivo;
Esconden con penachos discolores
De las orejas el airon nativo,
Y hasta la infante crin, que parda crece,
Con vejeces de Chipre se encanece.
Herido el parche con feroz concento,
Los brutales espíritus incita,
Del alegre clarin el són sangriento
Al más pausado corazon irrita;
Festivas luminarias dan al viento
Los resplandores que el fusil vomita,
Sazonando la muerte de manera,
Que el más cuerdo borrico la comiera.
De asnos mancebos multitud lozana
En pacífica guerra se ejercita,
Y en blandas lides de discordia vana
Los bisoños ardores habilita;
Luce gentil la oposicion paisana,
Que su burrátil pundonor incita,
Y fomentados de festivas voces,
Alternan los mordiscos y las coces.
El fusil, ya en el hombro, ya en la mano,
Airado pende y acertado tira,
El pié redondo con compas ufano
Osado carga, cauto se retira;
Ya junto el escuadron estrecha el llano,
Ya disipado sin desórden gira,
Y con lince destreza y furor ciego,
Hacen ensayo de la muerte, al juego.
El breve apresto de la régia flota
De Asnalmarin á la prudencia fia,
Que registró en la esfera más remota
De Tétis la salobre monarquía;
Con peligrosas experiencias nota
Cuanto sagaz su juicio discurria;
Asno que sabe manejar prudente
El baston y la gúmena igualmente.
Del arsenal al puerto conducidas,
Pisan la móvil planta las galeras,
Y de tenaces dientes sostenidas,
La oprimen graves, la desprecian fieras;
Las flámulas, del viento sacudidas,
Dan á la vista vagas primaveras,
Y el lino, ya plegado, ya pendiente,
Leyes impone al húmido tridente.
De pollinos la náutica milicia,
Puebla conoció libre la cubierta;
Cual, ostentando su burral pericia,
Trepa el árbol mayor con planta cierta;
Cual, desfrutando la ocasion propicia,
Ronca tendido con la boca abierta;
Que sin temer las iras del mar fiero,
Hay asno que se aplique á marinero.
Ya dispuesto el marítimo equipaje,
Que armamento llamaban algun dia,
La seña esperan del feliz viaje,
Para dejar contentos la bahía;
Ya los ardores del marcial coraje
Violentos la tardanza comprimia,
Y ya con lento pié llega cansada
Mi musa jumentil á la posada.

REBUZNO SEGUNDO.

En tanto la infelice Formentera
Goza, engañada, su exencion altiva;
Rota la cincha de la ley severa,
Al peso justo su espinazo esquiva;
Los delitos padece que venera,
Y de su propria libertad cautiva,
En injuria funesta de las leyes,
Tantos como atrevidos, tiene reyes.
Pueblan los montes asnos foragidos,
Y en sus duras malezas embreñados,
Asaltan á los burros desvalidos,
Que atraviesan la senda descuidados;
Contra su especie misma embravecidos,
De jumentos en lobos transformados,
Crece brutalidades su ardimiento,
Si hay más bruto que ser, siendo jumento.
El pollinejo que á su madre sigue,
Del hambre y la fatiga espeluznado,
No con sus quejas ablandar consigue
El furor en sus pechos obstinado;
Su mísera inocencia los persigue,
Infesta siempre al ánimo malvado,
Y formando coletos de las pieles,
Comen su carne asnófagos crueles.
No en la quietud tranquila de sus lares
Guarda el patricio su vejez dichosa,
Pues turban los tumultos militares
El pesebre en que plácido reposa;
A coces le quebrantan los ijares,
Dejando en irrision facinerosa,
De la fecunda presa en menoscabo,
Al asno muerto, la cebada al rabo.
Burla insolente del garzon pollino
Es del jumento anciano la pereza,
Y atravesando pronto su camino,
Le introduce maligna ligereza;
Ata sutil al rabo del mezquino
De tejidas aulagas larga pieza,
Que cuando entre las corvas se embaraza,
Le aguija espuela, y le deshonra maza.
El pupilo, que en mísero cercado
Sus jumentiles orfandades llora,
Y en el verdor del alcacer sembrado
Envidiadas herencias atesora,
De zánganos violentos asaltado,
La libertad y el alimento ignora,
Siendo el peso infeliz de las gavillas,
Carga, y no refaccion, de sus costillas.
El furor en el trono colocado,
Triunfa la injuria, la justicia gime,
La maldad es derecho autorizado,
Que hace callar al mísero que oprime;
Tímido el inocente del culpado,
Con disfraz delincuente se redime,
Porque sólo su bárbara violencia
Reputa por delito la inocencia.
Cansada Juno de su asnal malicia,
Providente castigo le prepara,
Y la serena faz de su justicia
Más sañuda mostró cuanto más clara;
La blanca lluvia que vertió propicia,
Niega rebelde ú desparece avara,
Y despreciando de la tierra el grito,
Viste á la pena el traje del delito.
La fértil isla, que ocultaba el suelo
A inundacion de súbitas espigas,
Donde Favonio con fecundo anhelo
Del cultor excusaba las fatigas,
Ya motilando su dorado pelo
Del Austro las tijeras enemigas,
Sin ver en sus terrones una malva,
Más que de estéril, se quejó de calva.
La fragrante república de Flora
Del aire adusto cetro tiraniza,
Y en vez de aljófar líquido, la aurora
La fulmina con férvida ceniza;
Cuanto apacible céfiro colora,
El Euro abrasador esteriliza,
Entregando la plebe floreciente
Lánguido cuello á la segur ardiente.
El verdor primogénito de Vesta
En triste palidez muda la grama,
Y la esmeralda rústica depuesta,
Desmaya Dafne su constante rama;

A todo esfuerzo vegetable opuesta
Del aire adverso la invisible llama,
Aun borra en influencias peregrinas
La estéril produccion de las espinas.
El orígen de súbitos raudales
Niegan del aire las instables fuentes,
Y dejan los perenes manantiales,
Desmentidas al monte sus corrientes;
Del centro fugitivo los cristales
Vuelven al centro en cauces diferentes,
Para negar de Témis el quebranto,
Aun el consuelo mísero del llanto.
Nunca de Juno turban el semblante
Tejidas nieblas, fáciles vapores,
Ni en sus campos, con urna crepitante,
Esparce Acuario líquidos furores;
No al Aries los favonios espirante
Dan la fecunda vida de las flores;
Que de Nemea el animal rugiente
Zodiaco es de Febo permanente.
Del corvo hierro el surco repetido
Sigue en pródigo afan mano cultora,
Y el áureo dón de Céres esparcido,
Esperanzas falaces atesora;
No en el húmedo centro recibido,
Fecunda corrupcion su sér mejora;
Que en su seno la tierra endurecida
Para muerte comun guarda su vida.
Abriendo bocas mísera la tierra,
De sus ardores la congoja explica,
Y exhalado el volcan que el pecho encierra,
Su tormento en su queja multiplica;
Cuanto al ambiente que vecino yerra,
Ansioso el labio por consuelo aplica,
En la invisible llama que le enciende
Bebe la sed que desechar pretende.
Con ambas manos Atropos severa
Los estambres burrátiles cortaba,
Y con la sed y el hambre á su tijera
Los rigurosos córtes afilaba;
No permitió que Cloto feneciera
La madeja que pronta devanaba,
Y hasta la misma tela de la vida
Antes se vió cortada que tejida.
De vivas sombras multitud pollina
Vaga los bosques con remisa planta,
Buscando alivio á su afliccion mezquina
Con lengua ardiente y con voraz garganta;
Alcacer delicioso se imagina
El cardo que sus cuellos atraganta,
Y con ramas de rígidas escobas
Del estómago barren las alcobas.
Rucia ilusion de débil fantasía
El más robusto paladin parece,
En sus ijares triste anatomía
Mengua la panza, y las costillas crece;
Al basto lomo, que canal partia,
Nudosa sierra su espinazo ofrece,
Y la planta que trémula se asienta,
La fantasma derriba, no sustenta.
Aun al triste descanso del gemido
Les dificulta su postrado aliento,
Y en trozos el rebuzno dividido,
Desfigura la voz de su lamento;
Mal de los flacos hombros sostenido,
Derriban el pescuezo macilento,
Sirviendo sólo de explicar sus quejas
El pando ventilar de las orejas.
Cuál en retiros de la opaca sierra
Umbroso refrigerio solicita,
Y las piedades de la enjuta tierra
Con azadon rotundo solicita;
Si el difícil humor que el centro encierra,
Tal vez sus diligencias acredita,
Da su lengua, que ansiosa se adelanta,
Envidia, y no consuelo, á su garganta.
Cuál por humedecer su adusta boca,
Lágrimas pide á los yacentes ojos,
Y al escondido llanto que provoca,
De la Parca propone los despojos;
Mas cuando el pecho, con terneza poca,
Prepara triste alivio á sus enojos,
En suspiros ardientes que despide,
La sed aumenta y el consuelo impide.
De Jumentorbo el ánimo insolente
No cede al peso de comunes daños,
Y contra los castigos impaciente,
Labra de los avisos los engaños;
Esconde ciego la obstinada frente
A la luz de importantes desengaños;
Que el asno que en maldades se hace viejo,
Por guardar la costumbre, da el pellejo.
Remedio busca á la comun dolencia,
Que agrava el mal, porque el delito agrava,
Irritando del hado la paciencia,
Contra quien vanamente conjuraba;
En los arcanos de la negra ciencia
Delincuentes antídotos buscaba,
Por medio del insigne Asnalandrujo,
Jumento de nacion, de secta brujo.
Este, que de Pitágoras la escuela
Cursó primero, burro silencioso,
Y los misterios que en guarismos cela,
Penetró agudo, concibió ingenioso,
Despues en la region de la canela,
Emulo de sus sabios portentoso,
Aficionado de las negras artes,
Se hizo hechicero, no nombrando partes.
Cuantas virtudes la esmeralda bruta
En botica silvestre deposita,
A los imperios de su mano astuta,
En remedios ó en daños ejercita;
Con las ondas del mar el cielo enluta,
Les astros al abismo precipita,
Y hasta el verdor del alcacer ameno
Le traslada á su prado del ajeno.
Ni la fiera, ni el ave, en tierra y viento,
Le recata el gorjeo ni el bramido;
Que intérprete seguro de su acento,
Oye palabra el que escuchó sonido;
Por más que irracional su pensamiento
Salga en bárbaras cifras escondido,
De sus idiomas lo difícil vence,
Y áun hay quien diga que aprendió vascuence.
Su triste habitacion busca el tirano
En los silencios de la noche fria,
Y desnudo del séquito paisano,
Sólo su esfuerzo le hace compañía;
En ignoradas sendas cruza el llano,
Siendo su pena de sus pasos guía;
Y cuando soñoliento el sol despierta,
Pulsa del mago la cerrada puerta.
Yace una gruta ó cóncavo nativo,
Bostezo horrible del averno oscuro,
Al pié de un monte, que gigante altivo,
Soberbio asalta el estrellado muro;
Emulo siempre al resplandor activo,
Impidiendo de Febo el rayo puro,
Da á la cueva su inmensa pesadumbre,
Eterna noche con eterna cumbre.
Aquí de Asnalandrujo la persona
Puebla de soledad el seno triste,
Y con mudos candados aprisiona
El pueblo de fantasmas que le asiste;
Con monjiles de dueña quintañona
Los carcomidos paredones viste,
Y el suelo cubren víboras airadas,
Ménos nocivas, pero más calladas.
Al primer toque de la mano fuerte,
Corrió la puerta el bastidor frondoso,
Y apareció el teatro de la muerte,
Cuanto patente más, más pavoroso;
Los aparatos lúgubres advierte
El tirano, irritado de medroso,
Y cuando el paso adelantar intenta,
Así el negro vestiglo se presenta.
La intonsa barba el pecho le inundaba,
Carácter de su asnal fisonomía,
La blanca crin á trozos enlutaba,
De negros humos fúnebre atauxía;
Vário despojo de pantera brava
Con horrible decoro le cubria,
Y de muerta culebra torpe funda
La viviente coroza le circunda.

Con breve ruego, que soberbia espira,
Su pena Jumentorbo le propone,
Y el mago, que pausado se retira,
Muda obediencia á sus pisadas pone;
Con lenta huella por la estancia gira
Hasta el íntimo seno en que compone
De antorcha funeral la luz oscura,
Funesto dia, en quien la noche dura.
Grueso cordon, de víboras tejido,
Suspende por los piés hambriento lobo,
Cuyo cuello voraz entumecido
Gime suplicio el que amenaza robo;
De su furia gravado y sostenido,
Alternando el despeño y el corcovo,
Corta los aires con rabioso gesto,
De infiel columpio volatin funesto.
Asnalandrujo con ligera planta
Clava en su testa los obtusos dientes,
Trasladando á su férvida garganta
Del bruto los espíritus ardientes;
Y duplicados, con fiereza tanta,
Del pecho los ardores impacientes,
Oscuras voces á gruñir empieza,
Que áun al rebuzno añaden aspereza.
«¡Oh tú, que de los sótanos calientes
(Clama severo) la region habitas,
Rey atezado de las tristes gentes,
Que en suplicios eternos ejercitas;
Tú, que por arcaduces diferentes
Los espíritus sorbes que vomitas,
A quien consagran Atropos y Cloto
La informe tela y el estambre roto!
»Tú, que en ardores del eterno estío,
Comes de cisco sin beber de nieve,
Y con fuego y sin luz, tu reino umbrío
Del crepúsculo ignora el rayo breve;
Tú, que al rigor del testamento impío,
Con pena grave, sin alivio leve,
Contento vives de tu suerte negra,
Sólo por verte libre de tu suegra;
»A la imperiosa voz de mi conjuro,
Deja ¡oh Pluton! la bóveda funesta,
Y huésped repugnante del sol puro,
Preven á mi pregunta tu respuesta;
¿No vienes? ¿No? Pues de mi acento oscuro
Sabrá rendirte la cancion funesta,
Pues ni del diablo la protervia impía
Se librará de un asno que porfía.»
Nadie responde al brujo rabicano
(Que se hace sordo el diablo á quien le ruega),
Por más que estrecha con precepto insano
Los pueblos de la cálida Noruega;
Y mal rendido de su esfuerzo vano,
De vergüenza feroz, con ira ciega,
Abandonó las furias del abismo,
Y por más diablo, se llamó á sí mismo.
Del lobo en las entrañas palpitantes
Oráculo consulta mondonguero,
Dividiendo los miembros espirantes
Con los roñosos filos de un jifero;
De la vida en los senos más distantes
Examina sagaz el rojo agüero,
Y en membranas de injusta pepitoria,
Leyó del pueblo la fatal historia.
De amarillez el hígado teñido,
Con oscuras estrellas se pintaba;
El pulmon, en sus fuelles escondido,
Las teclas del aliento sepultaba;
Del diestro lado el corazon herido,
En cárdeno licor se desangraba,
Pero el siniestro, que robusto hervia,
Con amenazas de carmin latia.
«Nuevo mal, Jumentorbo, nuevo estrago
(Clama despavorido Asnalandrujo),
Ya cumple la tragedia en el amago
De las estrellas el contrario influjo;
Ya pisan libres el tridente vago
Selvas nadantes que la suerte indujo,
Por quien adverso Júpiter destina
Del orbe pollinesco la ruina.
»¡Oh, cuánta sangre á las burrales venas
Sacarán las lancetas militares!
¡Oh, cuánto han de infamarse las arenas
Con los mondados huesos de tus pares!
Ya, Onopoli infelice, tus almenas
Desamparan los dioses tutelares,
Y tus muros, que al cielo se atrevieron,
Serán prision de quien defensa fueron.
»¿Qué furor (¡oh jumentos belicosos!)
Las consanguíneas diestras arrebata,
Y en trances torpemente generosos
Tanta parienta púrpura desata?
¿Por qué aguijais los hados presurosos
Con vil codicia de victoria ingrata,
Para que rompan las costillas duras
De pata igual, iguales herraduras?
»¿Adónde (¡oh Jove!) el mísero gemido
Podrá librarse del rigor del hado,
Si áun contra nuestra especie conmovido,
Su catástrofe tienes decretado?
¿Dónde el mortal, de penas combatido,
Contra tus iras hallará sagrado,
Si no le basta (¡oh Jove riguroso!)
Aun el ser asno para ser dichoso?
»Deja la tierra, insigne Jumentorbo;
Huye á la mar, si el hado lo permite,
Antes que de la Parca el filo corvo
En tu rebelde estambre se ejercite:
No tu valor, con delincuente estorbo,
Las cóleras de Júpiter irrite,
Y huyendo de las plumas del destino,
Nade delfin el que trotó pollino.
»—¿Cómo (responde) al pecho redomado
La ignominiosa fuga le aconsejas,
Si el estruendo del orbe desplomado
No moverá mis sólidas orejas?
Por más que apriete Júpiter airado
Con nuevas cinchas mataduras viejas,
Constante aguardo su furor infesto;
Que no es buen asno el que escarmienta presto
»La saña de las furias infernales
Muerto me podrá ver, mas no vencido,
Ni en mis angustias logrará mortales,
Aun el mísero triunfo del gemido;
Despreciando los bienes y los males,
A la infausta palestra me convido,
Y exento siempre del rigor del hado,
Viviré muerto, pues viví matado.
»Tú, que la tez del golfo sosegada
Soplo de contrabando la introduces,
Apagando con noche anticipada
Del sol purpúreo las infantes luces:
Tú, que á la alberca llenas estrellada
Del mar con los distantes arcaduces,
Y burlando pragmáticas celosas,
Sácias la sed de las enjutas osas;
»Desata en las campañas cristalinas
Los pellejos del griego cauteloso,
Y la enemiga flota que imaginas
Sepulta en el abismo proceloso.
Cuantos á las empresas peregrinas
Elevaron su espíritu medroso,
Padezcan con gravámen importuno
Las vastas aguaderas del Neptuno.»
Su auxilio el mago vacilante ofrece,
Y el tirano, que airado se despide,
Con huella que distancias desparece,
El pedrajoso laberinto mide;
Su obstinacion con su peligro crece,
Y ya en la junta que feroz preside,
Para reglar la prevenida guerra,
Con los rebeldes sátrapas se encierra.
El ardor de los pechos arrogantes
Con afectada persuasion concita,
Viendo la prontitud de sus talantes
Con zainas letras en su gesto escrita;
Los peligros pondera más distantes,
Con torpes miedos su coraje irrita,
Y hostigando los ánimos atroces,
Más que palabras, pronunciaba coces.
Impacientes las bestias generosas
Sus elocuentes pullas escuchaban,
Y alternando las patas bulliciosas,
La inquietud de sus pechos explicaban;

Hinchadas las narices silenciosas,
Balbucientes roznidos murmuraban.
Perdónenme la frase de susurros;
Que no es la miel para los labios burros.
Si trueno fué la persuasion airada,
Rayo fué la respuesta embravecida,
Y al estrago la furia conjurada,
Quedó, por más discorde, más unida;
Guerra suena la playa batanada,
Guerra pronuncia la montaña herida,
Y hasta en la voz que por los aires yerra,
Es el rebuzno del rebuzno *Guerra*.
Ya la indómita plebe frumentaria
Para el certámen bélico se alista,
Y despreciando la invasion contraria,
Burla soberbia su burral conquista;
No el infiel giro de la rueda vária
A su rebelde espíritu contrista,
Pues sus violentos tornos asegura
Con el clavo menor de su herradura.
La fama de regiones peregrinas
Trajo al socorro varios caballeros,
Que de Marte en las duras oficinas
Ilustran sus burrátiles aceros;
Esparcen sus proezas paladinas
De su clarin los labios vocingleros,
Dando noble palestra á sus hazañas,
De la segunda Céres las campañas.
Uno entre todos á la empresa vino,
De zaínos hechos y de zurdo trato,
Que conduciendo el escuadron pollino,
Pisa soberbio el arenal ingrato;
Es el nombre del héroe peregrino
Diracocinto, mulo maragato,
Que diptongo de ambiguo nacimiento,
Ni bien caballo fué, ni mal jumento.
La basta espalda, con pespuntes de oro,
La triangular albarda le cubria,
Cuya figura con marcial decoro
Su maragata especie distinguia;
Los conductos del órgano canoro
Violenta cuchillada le partia,
Por quien pronuncian relinchadas voces,
Justo suplicio de traidoras coces.
. . . . . .
. . . . . .

Ya los corvos relámpagos de acero
Son del campo cometas brilladores,
Donde guardando á la razon sus fueros,
Usa el furor geométricos primores;
Ya por ardid de su coraje fiero,
Es el arte auxiliar de sus rencores,
Y oprimiendo el volcan nevado engaño,
Modera el ódio por lograr el daño.
Archiburro, que en rasgos pachecales
Toda la esfera del valor limita,
En líneas que describe horizontales,
Al enemigo centro solicita;
Jumentorbo, con iras infernales,
Preparando sin arco la sagita,
Cauto, le opone de su oblicua espada
La virtud, por unida, mejorada.
Era zurdo el tremendo Jumentorbo,
Y así el ángulo recto aborrecia,
Y con insidias de su acero corvo
Las enemigas puntas rebatia;
Los tercios gana del fatal estorbo,
Y á conclusion violenta procedia;
Pero le deja su designio vano
Falta de dedos su robusta mano.
Ardiendo el pardo en ira generosa,
Al zurdidiestro impávido acomete,
Y en diagonal injuria fervorosa
Burla defensas de bruñido almete;
El diestro airon de la cimera umbrosa
Borda cortado el flórido tapete,
Y duplicando causas á sus quejas,
Quedó zurdo tambien de las orejas.
No así de Hircania el céfiro manchado
Aumenta en rabias el matiz nativo,
Cuando, de sus cachorros despojado,
Al cazador persigue fugitivo;
No don Sancho de Azpeitia el afamado
Cantabrizó coraje más activo,
Cuando dobló su sólido cogote
La tajante segur de don Quijote;
Como el turno cuadrúpedo, inflamado
En las voraces llamas de Megera,
De sí se olvida por dejar vengado
El honor de su viva cabellera;
Y el asnaquino método olvidado,
Fulminando la bélica espetera,
Abrió en el pecho al émulo valiente
De coral jumentoso noble fuente.
El pardo, que en su púrpura vertida
Más espíritus cobra que derrama
Por la pequeña puerta de la herida,
De sus rencores avivó la llama,
Y en nunca reparada zambullida
Prolongando su fúlgida carama,
Porque pague á la Parca negros censos,
Le descerraja el cofre de los piensos.
Pródiga baña la palestra dura
De la alma roja trágica corriente,
Y la vida, que al tránsito apresura,
Sólo de su coraje está pendiente;
Vacilando la válida estatura,
Aun en los cuatro piés está cadente,
Y en inútil arrimo transformada,
Báculo apénas es la que fué espada.
Sólo á vengarse, no á vivir, aspira
El negro burro, de consejo falto,
Y áun el desmayo, introducido en ira,
Al héroe intima el postrimer asalto;
Todo el nativo guardarnes conspira;
El que tropiezo fué, se admira salto,
Y sobre el pardo, en ímpetus atroces,
Llueve mordiscos y graniza coces.
Archiburro, en compas siempre medido,
Los villanos insultos evitaba,
Y con aguja de puñal buído
La albarda natural le pespuntaba,
Hasta que al fin postrado y no rendido,
Víctima noble de su furia brava,
Cayó con formidable batacazo
El ya cadáver del tremendo asnazo.
Gime con ecos flébiles la tierra,
Oprimida del bárbaro coloso,
Y el alma bruta, que sus miembros yerra,
Mal desampara el pecho generoso;
Mas ya en rebuzno que el abismo atierra,
Huéspeda de su centro tenebroso,
Del Orco, que en su seno áun no la abraza,
A las tartáreas sombras amenaza.
Cortadas, pues, en el certámen crudo
La cabeza mayor del pueblo insano,
Ya de la lanza en el extremo agudo
Ilustra fija la enemiga mano;
De añoso roble viste al tronco rudo
De la cribada piel despojo vano,
Y circundado con adorno feo,
Parece apodo lo que fué trofeo.
La frumentaria hueste disipada
Desampara sus ínclitas banderas,
Y por bosques y grutas sepultada,
La viste su temor plumas ligeras;
No retarda su fuga disparada
El iman gavillado de las eras,
Y el dolor en el miedo contenido,
No se atrevió el rebuzno á ser gemido.
La muralla de Onópoli famosa,
Del temblor temeroso desplomada,
Le dió brecha espontánea y espaciosa,
Del pardo á la malicia concertada;
Ya la burral insignia victoriosa,
Por intrépida diestra enarbolada,
Es, sobre sus almenas tremolando,
Serico juego del favonio blando.
Vive ¡oh feliz! por quien la parda gente,
Símbolo ya de esclavitud obtusa,
En padrones de mármol elocuente
Su gloria por el orbe ve difusa;

Vive, ¡oh! vive, y la fama reverente,
De tus hazañas vocinglera musa,
Cuando tu nombre á los futuros rompa,
De tu rebuzno formará su trompa.

Á MI PENSAMIENTO.

Errante pensamiento,
Que con ligeras alas,
Huésped del orbe todo,
Sólo eres peregrino de tu patria,
Suspende un poco el vuelo,
Y alguna vez, de tantas,
Escúchate á tí proprio,
Si cabe tu delirio en tus palabras.
¿Qué implicacion es ésta,
Que con fatigas vanas,
Es la inquietud tu centro,
Y en tu misma inquietud áun no descansa?
¿Buscas el bien? No hay duda;
Pues tu violencia blanda
Es el iman que inclina
El voluntario fiel de tu balanza.
¿Sabes el bien que buscas?
No. Pues ya no me espanta
Que encuentres al engaño
Cuando llevas por norte la ignorancia.
¿Qué noticias, qué señas
Llevas á empresa tanta,
Si para conseguirla
Sólo el mérito tienes de ignorarla?
No á los sentidos oigas;
Que es pretension errada
Que conozca el sentido
Lo que al entendimiento se recata.
Sus vanos coloridos,
Con perspectivas falsas,
Hechizos de los ojos,
Y llanto son de la razon burlada.
A la sed del deseo
Sirven copas doradas,
Que en mentidas lisonjas,
Brindan dulzuras, y venenos guardan.
Sueño de los despiertos
Son sus necios fantasmas,
Cuya falaz ventura
En el punto se pierde que se alcanza.
Aun la verdad que dicen,
Mentira es disfrazada,
Pues viene á desmentirla
El instante que dura el pronunciarla.
La esfera del sentido,
Cuando empieza, se acaba;
¿Cómo será en los bienes,
Si áun es para los males limitada?
Basten ya tantas horas
Neciamente gastadas,
Solicitando riesgos,
Que primero que adulan, desengañan.
¡Dime si algun instante,
Tu gloria imaginada,
En la paz que fingias,
No te acordó la guerra que negabas!
Los cristales fingidos
De tus fuentes soñadas
A tu sediento labio
Sirvieron fuego, si brindaron agua.
Como á la luz serena
Que esparce la mañana,
Al relámpago sigues,
Que ostenta, más que luces, amenazas.
Al conseguir la dicha
Que anhelaban tus ánsias,
El logro del deseo
Fué suplicio infeliz de la esperanza.
Incauto pajarillo
Busca la verde rama,
Y es prision de sus plumas
Lo que creyó descanso de sus plantas.
Rapaz inadvertido
Oprime aguda espada,
Y halla mortal herida
Donde luz halagüeña imaginaba.
¡Sustos al conseguirla!
¡Fatigas al buscarla!
No es gloria la que aflige,
No ménos conseguida que esperada.
Malogrados los dias,
La razon engañada,
La libertad violenta,
Y todo sin el todo que buscaba.
La contínua tarea
Con que tus hierros labras,
Lástimas de infelice
Malogras con las culpas de obstinada.
Estudia mejor libro;
Que es costosa enseñanza
Aguardar que te enseñe
La necia discrecion de la desgracia.
Conócete á tí mismo,
Y con prudencia cauta,
Desde el mal que te sobra
Pasarás á la dicha que te falta.
Pero si á tí te ignoras,
Es locura obstinada
Anhelar una dicha
Que no sabes si en tí será desgracia.
Esa fuerza invencible
Con que al bien te abalanzas,
Antes de conocerla,
Será tu precipicio ejercitarla.
Cuando el bien cierto sigues
En apariencias falsas,
El vuelo en que le buscas
Es el conato con que dél te apartas.
¿Quién eres y á quién buscas?
¡Oh Providencia sábia,
Que ilustrará, sabida,
La verdad que me alumbra áun ignorada!
¿Qué oculto bien es éste,
Que en criaturas tantas,
En ninguna responde,
Y para que le busque, en todas llama?
Si en la tierra le buscas,
Su firmeza retrata;
Pero no vive exenta
De la inviolable ley de la mudanza.
Si en el mar, por inmenso,
Tus atenciones paras,
Para llorar tu engaño,
Te dará los raudales de sus aguas.
El viento te murmura
Con la voz de sus auras,
Que busques el sosiego
En la esfera fugaz de la inconstancia.
Si el fuego solicitas,
Cual mariposa incauta,
Por gloria de sus luces,
Encuentras el tormento de sus llamas.
Todos el bien procuran,
Y es consecuencia clara
El que en sí no le tienen,
Pues nadie solicita lo que alcanza.
¿Qué dicha es ésta, cielos,
De condicion tan rara,
Que ni puedo adquirirla,
Ni cabe en mi poder el no buscarla?
Si eres bien, ¿cómo afliges?
Si eres mal, ¿cómo arrastras?
¡Oh misterio, que mudo,
Explicas más allá de lo que callas!
¿De qué le sirve al ave
Batir la pluma osada,
Si la pihuela (1) burla
El conato ligero de sus alas?
Ni despreciarla puedes,
Ni á conseguirla bastas;
¿Cómo será esta dicha,
Que ni puedo saberla, ni ignorarla?

(1) Término de cetrería, que significa la correa con que se sujetan los piés de las aves.

Mas ¿qué clamor es éste,
Que en lo interior del alma
Siempre escucho sus voces,
Aunque nunca percibo sus palabras?
Con silencioso acento
Siempre tenaz contrasta
La engañosa dulzura
De la sirena infiel que me arrebata.
Escuchémosle un rato,
Por ver si nos declara
La duda desta dicha,
Que es imposible, siendo necesaria.
Digamos cómo acusa
Tu ilusion obstinada,
Y cómo á sus verdades
Aun las mentiras prestan eficacia.....
Dios es el bien que buscas,
¡Y tu ciega ignorancia
Aquel inmenso todo
Busca en las criaturas, en la nada!
Búscale, pues te busca;
Oycle, pues te llama;
Que descansar no puedes,
Si en su divino centro no descansas.

PARÁFRASIS DEL SALMO 50,
Miserere mei.

Al trono de tus clemencias
Suban, Señor, mis congojas;
Que el permitir que las diga,
Es prenda de que las oigas.
Segun la esfera infinita
De tu piedad, me perdona;
Que á tan enormes delitos
Menor piedad fuera corta.
Número mis culpas tienen,
Mas no tus misericordias;
Disipa, Señor, las unas,
Magnificando las otras.
Lávame más; que aunque al pecho
Con tus promesas confortas,
En errores tan impuros
Aun es mancha la memoria.
Lávame más, y tu gracia
Borre con diestra piadosa,
Con la tinta de sus luces,
El carácter de mis sombras.
Porque conozco mi yerro,
Te pido le desconozcas;
Siendo raudal que le limpie
Las lágrimas que le lloran.
Siempre ante mí está mi culpa,
Cuya imágen horrorosa,
Aunque en el llanto me ciega,
Nunca su vista me estorba.
Duro fiscal de sí misma,
Verdugo atroz de sí propria,
Castigo eterno amenaza
Por duracion transitoria.
Misericordia, Dios, misericordia.
Sólo contra tí pequé;
Pero si tu vista sola
Mira y condena mi culpa,
¿Que otros la ignoren, qué importa?
¿Qué importa que las tinieblas
Mis torpes yerros escondan,
Si á obsequio de tu justicia
Luces las tinieblas brotan?
Confieso y lloro mi culpa,
Y el que la confiesa y llora,
Pide que con él destruyas
El monstruo que sin tí forma.
Tú, Señor, has prometido
Que el que contrito te invoca,
Logre en la voz que le acusa
El eco que la perdona.
Cuando el juicio de los impíos
A examinarte se oponga,
La verdad de tus palabras
Confunda, Señor, sus obras.
Misericordia, Dios, misericordia.
En culpa fuí concebido,
Y su original ponzoña,
Aun siendo mi vida ajena,
Hizo ya la culpa propria.
¿Qué mucho, si á las raíces
Mortal veneno inficiona,
Que de las funestas ramas
Delincuentes frutos rompan?
No es disculpa á mi malicia
Que mi miseria proponga,
Sino añadir á tus luces
Más triunfo con mayor sombra.
Dios, de la verdad amante,
Ya el corazon y la boca,
Cuanto á mi mentira arguyen,
Tanto á tu verdad pregonan.
Tú, que las ocultas sendas
Que el juicio mortal ignora,
A mi pecho revelaste
Las tinieblas luminosas;
Y yo, en más luces más ciego,
Supe hacer más criminosas
Con los beneficios tuyos
Las ingratitudes proprias.
Misericordia, Dios, misericordia.
Aquel celeste rocío
Que al humilde hisopo informa,
Las deformes manchas quite
De mi conciencia leprosa.
En la fuente de tu gracia
Lavando la impura estola,
En candores inocentes
Ambos á la nieve oponga.
Cuando el interior oido
Tus alegres voces oiga,
Reflorezca de mis huesos
La casi marchita pompa.
No el rostro de tu justicia
Sobre mis delitos pongas;
Tu piedad, Señor, los mire,
Que con su vista los borra.
Nuevo corazon te pido;
Que el que mi pecho aprisiona,
Cuanto en latidos alienta,
Tanto en recuerdos sofoca.
Un recto espíritu infunde
En mis entrañas ansiosas,
Que al impulso de tus leyes
Sus movimientos componga.
Misericordia, Dios, misericordia.
No me arrojes de tu vista,
Y la tutela piadosa
De tu espíritu sagrado
Nunca deje mi custodia.
De tu salud suspirada
Vuelvan, Señor, las memorias,
Que en esperanzas felices
Dulces posesiones logran.
Fortalezca mis desmayos
Tu inspiracion poderosa,
Que cuanto frágil derriba,
Tanto benigno conforta.
Yo enseñaré á los inicuos
Con el perdon que me otorgas,
Y mi tiniebla ilustrada
Será de su error antorcha.
Por más que obstinado el impío
Tu sacra luz desconozca,
De tu piedad el reflejo
Amenazará sus sombras.
Misericordia, Dios, misericordia.
Dame valor con que rinda
La hostilidad sediciosa
En que á mi fuerte flaquezca
Sufro, siempre vencedora.
Si para vencer mi sangre
Mi espíritu corroboras,
Yo formaré de mis triunfos
Los himnos de tus victorias.
Desata, Señor, mis labios,
Para que con voz canora
Al futuro siglo anuncie,
Con mis miserias, tus glorias.
Si para aplacar tus iras
Bastasen víctimas solas,
Siempre de su tibia sangre
Tuviera tus aras rojas.
No aceptas, no, el sacrificio
Que impuro fuego devora,
Ni de las manchadas manos
Recibes las limpias hostias.
Del espíritu afligido
Las no explicadas congojas,
Siempre á sacrificios mudos
Encuentran piedad no sorda.
Del corazon humillado
La contricion dolorosa
Tanto en tu aprecio la eleva,
Cuanto en su polvo le postra.
Misericordia, Dios, misericordia.
Vuelve los ojos benignos
A la Sion que te implora,
Porque á su cautivo cuello
El tenaz vínculo rompas.
Tu Salem amada entónces,
Que su antigua paz recobra,
De los renovados muros
Ceñirá triunfal corona.
Entónces los sacrificios
Que la justicia disponga,
Antes que en tu altar pavesas,
Serán en tu sólio antorchas.
Entónces los holocaustos
Darán en gratas aromas
Humos que la llama oculten,
Sin que los votos escondan.
Entónces de puras reses
Las bien elegidas copias
A los religiosos filos
Darán las cervices prontas.
Misericordia, Dios, misericordia.

ROMANCE.

A Cristo crucificado.

De cuatro aceradas puntas
Con cruda violencia roto,
Vierte el divino cadáver
Cuatro sangrientos arroyos.
Bárbara impiedad le ciñe
De espinas diadema tosco,
En que le añade al tormento
Nuevas puntas el oprobrio.
En la esfera de su frente
La infame nube de abrojos
Palideces de su bulto
Inunda en licores rojos.
¡Oh coronas! ¡Oh laureles!
Venid á aprender el modo
De halagar como apreciables,
Hiriendo como injuriosos.
¿Es éste, es éste el semblante
En quien los ángeles todos,
Con temblor reverentes,
Fijan los sedientos ojos?
¿Este, á cuyos sacros rayos
El serafin respetoso
En las abrasadas plumas
Oculta trémulo el rostro?
¿Cómo, gran Sol de justicia,
Sufres que en vuelo afrentoso
Los vapores de la culpa
Suban á empañar tu sólio?
Pero quieres que deshechos
Esos infieles estorbos,
Subiendo á tu luz injuria,
Bajen piedad á mi polvo;
Que mal el velo purpúreo
Cela su oculto tesoro;
Pues si le emboza en afrentas,
Le descubren los embozos.
¿Cómo, á pesar del tormento,
Se ostenta el sagrado rostro

Más divino en lo paciente
Que ántes se mostró en lo hermoso?
Vuelto hácia la tierra espera;
Que al hombre, á sus voces sordo,
Como enamorado busca,
Y busca como piadoso.
La sangre que sobra al pecho
Ofrece inclinado el rostro;
Que al amor sobran piedades,
Si falta crueldad al ódio.
Desnudo el sagrado cuerpo,
Sufre que el rencor rabioso
Con dura irrision le labre
Nuevas cruces de sus ojos.
Ya de la ofrecida tierra
El racimo misterioso,
Exploradores robados,
Muestran de la cruz los hombros.
La cándida vestidura,
Teñida en el sacro mosto,
Se queja de que ha pisado
El duro lagar él solo.
Yo veo que mis errores,
Cuando á decirlos me postro,
A la voz de confesarlos,
Eco responde piadoso.

SALVE, REGINA.

Salve, Emperatriz sagrada,
Que en esa region empírea,
Triunfante ocupas la diestra
Del Rey eterno á la silla;
Tú, á quien la celeste curia
Venera, aplaude y publica
Del Hijo, Espíritu y Padre
Por Esposa, Madre é Hija;
Cuyas vencedoras sienes,
De luz inmortal ceñidas,
Coronando las estrellas,
Se coronan de sí mismas;
En cuya veste las gracias,
Ya infusas y ya adquiridas,
De la caridad el oro
Con vário lustre matizan.
Salve, Regina.
Madre de misericordia,
Alba, en cuya luz benigna
Baña en piedades sus rayos
El claro Sol de justicia.
Paloma, que desplegaste
Aquella triunfante oliva
Cuyas pacíficas ramas
El óleo eterno destilan.
Tú, en cuyos sacros oidos
Responden siempre propicia
Los ecos de la clemencia
A la voz de la fatiga.
Nube, á quien en sacros visos
El íris dulce rubrica,
Que entre Dios y entre los hombres
El piadoso pacto firma.
Tus castos brazos ofrece
Aquella inmensa primicia
Que dió de infinita deuda
Satisfaccion infinita.
Salve, Regina.
Vida en cuyo sacro aliento,
Cuando piadosa le inspiras,
El gran cadáver del orbe
A nuevo ser resucita.
Sol, que á los helados pechos,
A quien blando fuego aplicas,
En las sombras de la muerte
Enciendes luz de la vida.
Judit, que á la patria opresa
Redimes con diestra invicta,
Siendo á tu planta desprecio
Los triunfos de tu cuchilla.
Ester, que al cautivo pueblo
Con tu dulce ruego libras
La macilenta garganta
De la ya segur blandida.
Arca, que guardas segura
Tu religiosa familia,
En el seno de las gracias,
Del diluvio de las iras.
Salve, Regina.
Dulce Reina, dulce Madre,
Que con tu apacible vista
Nuestros amargos sollozos
Conviertes en dulces risas.
Tú, del mortífero pomo
A las violencias nocivas,
Por antídoto y sustento,
Gratos néctares fabricas.
Por tí del leon sagrado
Las irritadas mejillas,
Cuantas rugieron venganzas,
Tantos néctares ministran.
Tú en los castos paladares,
Que endulzas y purificas,
Todos los sabores unes
Y todos los gustos cifras.
Salve, Regina.
Segura esperanza nuestra,
En cuyo cimiento estriba
Los edificios que labra
El horror de las ruinas.
Por tí la mísera nave,
Que grave huracan agita,
Burla los ceños del golfo
En la quietud de la orilla.
Por tí, cuando el Ponto brama,
Por tí, cuando el viento silba,
Plácidas ondas navega
Y auras recibe tranquilas.
Eva, que en venganzas justas
De la Eva primera, pisas,
Con la huella de la gracia,
La cerviz de la malicia.
Salve, Regina.
Sus desamparados hijos,
Del destierro en que caminan,
A la patria que en tí esperan,
Tiernos clamores envian.
Gimen, y el gemido ardiente,
Cuando á tus aras le aplican,
Hacer holocausto intenta
Del pecho la ofrenda indigna.
Lloran, y el amargo llanto,
En sus venas sucesivas,
Con el baño doloroso,
La pobre oblacion expia.
A tí las pesadas frentes,
Del triste yugo oprimidas,
Voces de llanto consagran
Y ecos de sudor dedican.
A tí claman, en tí esperan,
Que sus cervices cautivas
De las cadenas tiranas
Al duro peso redimas.
Labradores de un terreno
Cuyas broncas rebeldías,
A su infelice cultura,
Lágrimas da por espigas;
Donde en ingratas respuestas
De sus tareas perdidas,
Cuanto es sudor en las frentes,
Es en los surcos espinas.
De Babilonia en los valles,
En que cautivos habitan,
De Sion dulces recuerdos
Halagan cuando lastiman.
¡Oh, cuándo, Salem triunfante,
En tus murallas impíreas,
Al cincel de amor labradas,
Piedras servirémos vivas!
Mira, Emperatriz suprema,
Cómo su cansada vista
En tí, como puerta suya,
Con devoto afecto fijan.
A las oscuras corrientes,
Que el terreno esterilizan,
Los raudales de sus ojos
Añaden líquidas iras.
De los infelices sauces
Pendientes las dulces liras,
Al aire de los gemidos
Hacen el llanto armonía.
Salve, Regina.
Ea, pues, dulce Abogada,
Desde el sólio en que dominas,
A la cárcel en que yacen,
Tus blandos ojos inclina.
Vuelve tus ojos benignos,
Cuyas luces compasivas,
De sus duros calabozos
Las tristes nieblas disipan.
Por tí nuestra errante huella,
Dulcemente corregida,
Despues del destierro largo,
La eterna patria repita.
Muéstranos el dulce fruto
Que en tus brazos recopila
La fecundidad gozada
De la tierra prometida.
Aquel racimo precioso,
Cuya púrpura exprimida
A los abrasados pechos
Castas embriagueces brinda.
¡Oh tú clemente, oh piadosa,
Oh tú dulce! Pues se cifran
Piedad, dulzura y clemencia
Sólo en decir: ¡Oh María!
Desplega, oh Vírgen, los labios,
Con cuya purpúrea cinta
La diestra de las venganzas
Con blando vínculo ligas.
A los sempiternos solios
Suba tu oracion benigna,
Confundiendo las distancias
De escuchada y conseguida.
Haz que tu afligida plebe,
Viendo de Jesus cumplidas
Las inefables promesas,
Por tí y en él siempre vivan.
Salve, Regina.

ROMANCE.

A la sombra de Dido, huyendo de Enéas.

Con atropellada fuga,
De Dido la sombra vaga
Burla del piadoso Enéas
Los suspiros y las plantas.
El verde Elíseo fatiga,
Y de su huella la estampa
Con intempestivas flores
Su hermoso rumbo declara;
Que mal el bosque la cela,
Si, á despecho de sus ramas,
Cuanto su pena oscurece,
Tanto su belleza aclara.
Ya del anhelante jóven
En los brazos implicada,
En humo vano resuelve
Su hermosura y su esperanza.
Del aire en que se convierte
Con fulminantes palabras,
Cuanto halagaba la vista,
Tanto el oido amenaza;
¿Adónde, pérfido, adónde,
El infiel curso arrebatas,
Y á quien engañando huyes,
De nuevo fingiendo engañas?
¡Qué bien doradas disculpas
Fementido el labio traza,
Para que segunda ofensa
Burle segunda venganza!
Morir podré, aunque estoy muerta;
Pruebe tu traicion la saña;
Que á filos de ingratitudes,
Serán mortales las almas.
Preceptos de Jove finges;
Que el que un inocente agravia,

Tiembla si no hace á los dioses
Cómplices en sus infamias.
No acreditan tus disculpas
De su rayo las tardanzas;
Que no delitos tan viles
Merecen tan nobles armas.
En tu vida está tu pena;
Que en sus providencias altas,
Obstinacion permitida
Es culpa más castigada.
De Vénus hijo, blasonas
Su desmentida prosapia,
Como si causa del ódio
Fuese del amor la causa.
Puro aborto de los riscos,
A quien la razon fué dada,
Porque hallase en tus cautelas
Peligros mi confianza.
Cándido primer sustento
Tigres te dieron hircanas,
A quien tu labio engañoso
Cambió venenos á rabias.
Helados peñascos fueron
Cuna de tu aleve infancia,
De quien robaste dureza,
Y desmentiste constancias.
Véte, ingrato, véte, en busca
De tu prometida Italia,
Cuyo sólio, en mi ruina
Caduco cimiento labra.
Deja, perjuro, el abismo;
Que en su quietud desdichada
Se malogran fingimientos,
Pues no caben esperanzas.

A cinco cazadores que salieron á un soto, y se volvieron sin hacer caza; anduvieron diez leguas, reventaron cuatro mulas que llevaron el coche, y el señor Marqués de Castelnovo (uno de los cazadores) mató de tres tiros un cabrito.

POESÍA FAMILIAR.

Cierto colegio perito
De cazadores salió
A despoblar el distrito,
Y en solo un dia mató
Cuatro mulas y un cabrito.
Las mulas, desesperadas,
Se lamentan de infelices,
Pues (las fortunas trocadas)
Ven erradas las perdices,
Y á sí se ven desherradas.
Su suerte están maldiciendo,
Porque á las liebres taimadas,
Que el campo van discurriendo,
No las aciertan paradas,
Y á ellas las matan corriendo.
Salió la mosquetería
A la primer luz del alba,
Y con comun alegría,
En lugar de batería,
Todo se redujo á salva.
A salvaguardia convida
Todo el ejército fuerte
A la caza combatida,
Y en cada tiro de muerte
Le dan una fe de vida.
Asestando los cañones,
A gana-pierde disparan
Pacíficas municiones,
Y las perdices se paran
A hablar con los perdigones.
El más tímido conejo
Alegre atraviesa el prado,
Sin mirar por su pellejo,
Y no tiene más cuidado
Que no morirse de viejo.
La liebre más perezosa,
Cuando la cuadrilla junta
Con más conato la acosa,
Vuelto el hocico, pregunta
Si mandan alguna cosa.
Extraños son los primores
Con que el juego de la caza
Entablan estos señores,
Pues con cinco matadores
Apénas hicieron baza.
Un cabrito brincador,
Como no entiende la treta,
Vino á pagar su furor,
Sin saber que hay escopeta
Graduada de asador.
Ya un diestro jóven prepara
El fulminante arcabuz,
Ya se le pone á la cara,
Ya le apunta, ya dispara;
Dió fuego, mas no dió luz.
El cabritillo travieso,
Como en cólera le vió,
Procura ganar un *teso* (1),
Y al punto que disparó,
Le pregunta: «¿Es á mí eso?»
Amargo como una hiel,
El cazador le dispara
Segundo tiro cruel,
Y desta vez le acertára,
A no dar muy léjos dél.
Tercera vez (¡suerte impía!)
Se previene á darle como,
Y él, viendo tanta porfía,
Ya que no pudo del plomo,
Se murió de cortesía.
Mirad si el tiro fué bobo
(Dice), de contento ciego,
El ínclito Castelnovo;
De hoy más mi boca de fuego
La trueco en boca de lobo.
Cierto es que hace maravillas
Mi destreza singular,
Y así quiero proseguillas;
A otra vuelta he de matar
Todas las siete cabrillas.
Dispara ya sin recelo,
Cazador tan afamado;
Pues quien con poco desvelo
Mata un cabrito parado,
Ya matará un buey al vuelo.

(1) La cima de un cerro ó collado.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO.

DON EUGENIO GERARDO LOBO.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

I.

A pesar de la celebridad extensa y duradera de este poeta, son tan escasos los pormenores biográficos que de él se han conservado, que diligentes escritores, que han hecho recientes investigaciones acerca de las circunstancias principales de su vida (1), no dan noticia exacta de los años de su nacimiento y de su muerte, ni del lugar de su naturaleza.

Por fortuna han venido á nuestras manos unos apuntes, que pertenecieron á la coleccion del señor don Bartolomé José Gallardo (2), relativos á la partida de bautismo y al testamento de aquel afamado poeta. Consta en ellos que nació en la villa de *Cuerva* (3), donde fué bautizado, el dia 30 de Setiembre de 1679, y que fueron sus padres don Eugenio Lobo, natural de Toledo, y doña María Rodriguez de la Huerta, natural de la mencionada villa. En edad muy temprana dedicaron á su hijo Eugenio Gerardo á la carrera de las armas; ya en la guerra de sucesion era capitan de caballos-corazas del regimiento viejo de Granada, y con este título se publicaron várias de sus poesías, en Sevilla (imprenta de Leefdael, 1715), en Cádiz (imprenta de Jerónimo Peralta, 1717) y en otras épocas y ciudades. Si el rey Felipe V abrigaba, como se ha repetido tantas veces, cierta animadversion contra el *capitan coplero*, que en alguna ocasion empleó su festiva musa para burlarse de los franceses, esta animadversion hubo de ser generosa, como la única que puede caber en corazones magnánimos, pues todo da indicio de que el valor, la lealtad y los merecimientos militares de don Eugenio Gerardo Lobo fueron tasados por aquel soberano con equidad y sin sombra de encono. Tomó parte en las gloriosas campañas de su tiempo; se halló en los cercos de Lérida y Montemayor y en la conquista de Orán, y pasó á Italia con el mismo Felipe V. En la guerra contra el Austria se distinguió notablemente, y en la brillante y sangrienta batalla de Campo-Santo, junto al Tánaro (8 de Febrero de 1743), recibió cuatro heridas graves, dos de metralla y dos de bala de fusil (4). Tres meses despues estaba todavía curándose de sus heridas en

(1) Los señores don Vicente Barrántes y don Cayetano Alberto de la Barrera.

(2) «Estos apuntes son de puño del señor Basaran, vecino de Toledo, casado con la heredera de Gerardo Lobo (8 de Mayo de 1839). Se conserva el retrato del poeta en la biblioteca arzobispal de Toledo». (*Nota escrita, al pié de los apuntes, por el mismo señor Gallardo.*)

(3) Esta villa, cercana á Toledo y dependiente de la ciudad, sirvió muchas veces de punto de descanso en las cacerías de algunos monarcas españoles.

Gerardo Lobo pasó siempre, áun entre sus contemporáneos, por natural de Toledo. En esta ciudad estuvieron avecindados sus padres durante muchos años, y en ella recibió el poeta su primera educacion. Por eso sin duda la miraba como su verdadera patria, y así lo indicaba en estos versos:

> Del Tajo en las arenas,
> Piadosísima cuna
> De aquel suspiro que arrojé primero.....

(4) «Yo salí de la batalla con cuarenta granaderos ménos, y con cuatro agujeros más en mi cuerpo.» (*Carta de* don Eugenio Gerardo Lobo *al reverendísimo padre maestro fray N., escrita en Bolonia, el* 20 *de Mayo de* 1743.)

Bolonia, reducido á la triste necesidad de sostenerse con muletas. No habia pasado todavía del grado de brigadier, y quejábase entónces de no haber alcanzado en ocasion tan propicia el de general, que á la sazon habia sido concedido á otros brigadieres más protegidos ó más afortunados (1). Poco tardó en quedar satisfecha la legítima ambicion que por aquel tiempo traia resentido y desasosegado el ánimo de Gerardo Lobo. Fué nombrado mariscal de campo y caballero de la órden de Santiago, y más adelante, reinando ya Fernando VI, recibió el cabal galardon que merecian sus altas prendas y sus eminentes servicios. Murió, á consecuencia de haber caido desastrosamente de su caballo, en Agosto de 1750 (2), siendo teniente general del ejército, capitan de guardias de infantería española, y gobernador militar y político de la plaza y ciudad de Barcelona.

L. A. de Cueto.

II.

DEL DOCTOR DON PEDRO GONZALEZ GARCIA, obispo de la Puebla de los Ángeles, secretario y tesorero de la Real Academia Española (contemporáneo del poeta).

He leido con gustosa atencion el libro de várias poesías que escribió el galante ingenio de don Eugenio Gerardo Lobo, cuyo brazo, enseñado á dar el más animoso espíritu á su espada, da igual valentía á su pluma..... La sal discretísima de sus versos los hace dulcísimos y sabrosos..... En nada muestra más el autor su ingenio y su juicio, que en el asunto que llama *chichisveo*, mal recibido de los fervores y delicadeza del celo cristiano. Luce en este juguete su ingenio, haciendo especulativamente probable lo que es tan árduo y difícil en materia la más peligrosa..... Sus obras son nuevo lustre de la poesía y de la lengua española.

III.

DE FRAY ANTONIO VENTURA DE PRADO, de la Real Academia Española, catedrático de teología de la Universidad de Sevilla, predicador del rey, calificador de la inquisicion (contemporáneo del poeta).

Esta siempre plausible vena, sin gastar licencia alguna, se graduó de ortodoxa; porque aquella libertad á que suele precisar la armonía, se mira tan desterrada por su natural facundia, que en lugar de estrechar á don Eugenio la consonancia, parece que la consonancia misma le pide siempre licencia para afortunarse con su obra..... Todas nueve Musas, parece conspiran con igual conato á infundir su número: felicidad galanteada de todos, poseida de muy raros..... Nuestro don Eugenio es en lo serio dulcemente grave, y en lo festivo saladamente apacible; en la lira es sublime; en la elegía, dulce; en la cítara, suave; y con el albogue, el mismo chiste (3).

(1) «Siento que á la sombra de este beneficio de la real gratitud (una pension sobre la encomienda de Daimiel) se desvanezca la esperanza de mi regular ascenso á mariscal de campo, cuando lo han conseguido dos brigadieres en mi regimiento, y muchísimos en el ejército, no sólo más modernos en el grado, pero sin comparacion en los antecedentes empleos; pues ya tenía yo cargado un baul de patentes, y llena la fantasía de campañas, sitios, batallas y particulares funciones, cuando los unos no conocian la luz, ni los otros la profesion.» (*Carta citada de* don Eugenio Gerardo Lobo.)

(2) No por los años de 1756 ó 1757, como han asegurado algunos escritores.

(3) Reproducimos este extravagante juicio únicamente como muestra del estragado gusto de la época; bien es verdad que el padre fray Antonio de Prado fué uno de los hombres más enfáticos y pedantes de su tiempo. Es el mismo que llamó á su poema *San Rafael*, «eutropelia poética, en siete centurias.» (*L. A. de Cueto.*)

IV.

DE DON VICENTE BARRÁNTES.

(Semanario Pintoresco.)

En nuestra humilde opinion, GERARDO LOBO, con más reposado carácter, y con nacer en más clásico siglo, hubiera dado mucha honra á las letras castellanas, porque su númen era inagotable, lozanísima su imaginacion, su facilidad extremada, sus conocimientos no vulgares, y le adornaban, en fin, casi todas las dotes de los grandes poetas.

V.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII.)

Otro poeta florecia en aquel tiempo, el cual hoy está casi olvidado, aunque en mi juventud era todavía leido y gustaba. Pocos de mis oyentes habrán leido á DON EUGENIO GERARDO LOBO, de quien dicen excitó mucho el enojo de Felipe V por cierta burla que hizo de los franceses, cuando dijo, pintando en estilo jocoso el estado de una casa :

Dos cochinos al entrar
Me dieron la enhorabuena;
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

Felipe V creyó que esta alusion al trato con los franceses encerraba una sátira del trato que existia con los franceses desde que él habia venido á reinar en España, y por eso, como saben muchos, trató á GERARDO LOBO con singular despego, y le llamó, segun cuentan, el capitan coplero. LOBO era capitan del regimiento de guardias de infantería española, creado por el mismo Felipe V, y el pertenecer á aquel cuerpo en aquel tiempo era una prueba de ser de una familia de más que mediano lustre. Sin embargo, no creyó que desdecia de su calidad el ser poeta. Compuso algunos versos largos, que verdaderamente son todos ellos detestables y adolecen de los vicios de la escuela malamente llamada gongorina, pues aunque Góngora, en sus *Soledades* y *Polifemo*, dió los peores ejemplos de gusto, no es el único de mal gusto entre los escritores de su tiempo, y muchos le criticaban, que incurrian despues en la mayor parte de las faltas que en él reparaban. Los versos largos de GERARDO LOBO eran de la mala escuela que ántes dominaba; no así sus décimas, las cuales son fáciles, fluidas, graciosas, y recuerdan los mejores tiempos de nuestra literatura; pues aunque se le ha llamado el capitan coplero, y le cuadra bien tal título, es menester confesar que hubo un período, desde que nuestra literatura se afrancesó, en que se despreció demasiado á los copleros, y aunque éstos no deben ser citados como modelos, es preciso tener presente que los copleros empezaron nuestra literatura; que ésta fué de copleros hasta el siglo XV, y en las obras de los copleros se hallaba una parte de la índole del ingenio español en sus mejores dias. ¿Quién no se acuerda de las chistosas y áun famosas décimas de GERARDO LOBO, en que pinta su alojamiento con aquellas hipérboles tan á nuestro gusto, en que dice que halló desierto el lugar, porque todo él habia ido á limpiar una parva de centeno? ¡Qué donosura hay en aquella otra, donde, pintando á su patrona, dice :

De mi patrona el matiz
Al alma causa vaiven;
Trae por frente una sarten,
Cuyo rabo es la nariz;

con otra porcion de rasgos de esta especie! Quien quiera conocer todos los pasos de nuestra lite

ratura, señaladamente la senda de la versificacion y de los versos cortos, y ver cómo se fueron conservando el consonante y el mecanismo de la décima y de la redondilla, para desaparecer casi enteramente á fines del siglo XVIII, y volver á aparecer ahora, como con gusto se nota que ha aparecido con todo su brillo y toda su gracia, no debe despreciar las obras de GERARDO LOBO.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

Sobre que no le ha movido nunca, para el manejo de la pluma y de las armas, otro interes que el de cumplir con su capricho y obligacion.

A tu incierto favor, fortuna airada,
Ni mi discurso ni mi brazo aspira,
Con la dulce lisonja de la lira,
Con el noble instrumento de la espada.
Puso aquella en mi mano, mal templada,
Ocio divino, que furor inspira;
Al filo de ésta la razon conspira
De defensa comun, siempre sagrada.
Poco pierdes conmigo, aunque alevoso
Tu giro alterne sin piedad alguna,
Del libre acento, del valor forzoso;
Pues si próspera fueses y oportuna,
Ni me llamára yo más venturoso,
Ni te tuviera por mayor fortuna.

II.

Amante, que celoso arroja en un rio un diamante que traia por memoria.

¡Oh dulce prenda, testimonio un dia
De la jurada fe de quien, traidora,
El pacto ultraja y la razon desdora
De la noble verdad que me debia!
¡Oh dulce prenda cuando amor queria!
Dulce más que á las flores blanda aurora,
Alegre entónces, como triste ahora:
¡Tan inconstante fué la suerte mia!
Vuelve á tu dueño; pero no: ese errante
Fugitivo cristal selle tu gloria,
Digno sepulcro de tu luz cambiante;
Pues trocada en ofensa mi victoria,
Ni ya puede en su mano ser diamante,
Ni ya puede en mi mano ser memoria.

III.

Á una dama llamada Rosa, en su cumpleaños.

SONETO FESTIVO.

Ya de obsequiantes el concurso vário
Sobre el asunto formará mil glosas,
Entretejiendo en la oracion mas rosas
Que recoge en Abril un boticario.
Te dirán que eres bello relicario
De las saetas del amor dichosas,
Y que el año que cumplen las hermosas
Sólo gasta el papel del Calendario;
Que se marchitan las comunes flores,
Pero rosas cual tú, siempre divinas,
Con el tiempo duplican los primores.
No te dejes llevar de esas doctrinas,
Pues se pasan muy presto los verdores,
Y se quedan punzando las espinas.

IV.

Se prueba que la envidia y el amor ciegan igualmente el entendimiento, con el caso de la tunica de José.

Llevan al padre túnica manchada
Los que, vendiendo, infames, á su hermano,
Se le fingen al pobre triste anciano
Devorado manjar de fiera airada;
No la miente su enojo, impresionada
De dura garra ni de diente insano,
Porque el crédito fian sólo al vano
Accidente exterior de ensangrentada.
Desconocen, turbados, que la fiera,
Cuando rapante con el jóven lidia,
La túnica en pedazos dividiera;
Ni el buen padre repara en la perfidia,
Por más que entre sus manos la ve entera:
¡Así ciega el amor, así la envidia!

V.

Es difícil la enmienda en la vejez.

Gusté la infancia, sin haber gozado
El dulcísimo néctar que bebia;
Pasé la adolescencia en la porfía
De áspero estudio, mal aprovechado:
La juventud se llevan Marte airado,
Amor voluble, rústica Talía,
Sin acordarme que vendrá algun dia
La corva ancianidad con pié callado.
Y cuando llegue, que será temprana,
¿Qué empresa entónces seguiré contento?
¿La de triunfar de mí? ¡Ceguera insana,
Esperar el más arduo vencimiento
Quien el dia perdió, con su mañana,
En la noche infeliz del desaliento!

VI.

Estando los reyes, príncipes é infantes apostados á batida de lobos en el coto de Oñana, sorprendió el puesto de los príncipes un toro, sin que nadie lo percibiese más que sus altezas, y ya muy de cerca, salió el Príncipe al encuentro, algunos pasos fuera del puesto, y disparándole, cayó el toro muerto.

Atrevido cual Júpiter, queria
Lunado bruto de rabiosa saña,
Presumiendo ser coso la campaña
En Europa turbar la luz del dia.
Sale al encuentro, pára su osadía
El real garzon, delicias de la España;
Fulmina el plomo, y con su acierto baña
De sangre al campo, al Bétis de alegría.
¡Oh! dichoso un acaso contingente,
Que ya en suceso, es ejemplar fecundo
De lo heroico, lo amante y lo valiente;
Y, ¡oh felice cadáver sin segundo,
Cuya púrpura es riego permanente
De la esperanza que ha sembrado el mundo!

VII.

Para poner en el túmulo en las honras que celebró el regimiento de Guardias de infantería española, en el convento de padres trinitarios descalzos de la ciudad de Barcelona, al excelentísimo señor Duque de Osuna (que goce de Dios), coronel que fué de dicho regimiento.

No suspendas el paso, caminante;
Prosigue, mira sólo, y considera,
Á los reflejos de esa triste hoguera,
Cuánto pudo la muerte en un instante.
Y miéntras buscas con teson constante
El término feliz á tu carrera,
Una noticia te daré severa,
Que á tolerarla no serás bastante:
Á tu patria verás anochecida,
De su mejor adorno despojada,
Y entre lágrimas tristes sumergida;
Hallarás en congoja dilatada
Honor, riqueza, calidad y vida,
En polvo, en humo, en ilusion, en nada.

VIII.

Remitiendo á un amigo los pocos borradores con que se hallaba de sus obras el autor.

Esas, que el ocio me dictó algun dia,
Con leve aplicacion rimas sonoras,
No en las rosadas ó purpúreas horas,
Como el Horacio cordobés (1) decia;
Sino en aquellas en que yo podia,
Sin cuidado de tardes ó de auroras,
Dedicar á las Musas, mis señoras,
Un pedazo de vana fantasía,
Te remito en los propios borradores
De la pluma fugaz, porque se vea
Cuáles son en su fuente mis errores;
Ya que á conceptos de mayor idea
El capricho de varios impresores
Al público sacó con mi librea.

IX.

Al mismo asunto.

Pocas son producciones del cuidado,
Muchas si de improviso devaneo,
Que en respuesta marchaban del correo,
En simple borrador ó mal traslado.
Otras hice en la mente recatado,
Escribiendo sin pluma algun trofeo,
Por vencer tentaciones de Morfeo,
Y cumplir con mi guardia desvelado:
Rasgué algunas que acaso en la puericia
Compuse fácil, con menor decencia
De la que pide la comun justicia:
Pues si entónces tal vez la inadvertencia
Pudo hacer ménos grave la malicia,
Ya pesáran no poco en la conciencia.

X.

Á la vana esperanza de un loco pensamiento.

Sigue veloz mi loco pensamiento
Á la imágen mental de su esperanza,
Y cuando ya imagina que la alcanza,
Desfallece en los brazos del tormento;
Vuelve en sí, y entre el llanto cobra aliento,
Y otra vez, con la frágil semejanza,
Renace en su ilusion la confianza,
Y otra se burla de su pena el viento.
Siempre repite la infeliz tarea,
Nunca observa la luz del desengaño,
Y en círculo infinito se pasea;
Siendo en las líneas de su rumbo extraño,
Sombra el objeto, la intencion idea,
El bien mentira, y realidad el daño.

(1) Góngora.

XI.

De accidentes, descuidos y atenciones
Cautelosa el amor red eslabona;
Ni la consume el tiempo ni baldona,
Porque sus nudos son las perfecciones.
De la dócil raíz de las pasiones
Labra el arco cruël con que blasona;
Vária especie de afectos ocasiona
El distinto metal de sus arpones.
Ciego y rapaz, gigantes ha vencido,
Porque lidia y apunta con la estrella,
Vista, fuerza y razon del combatido;
Sin usar de las manos, triunfos sella,
Pues la ocasion la red tiende al sentido,
Y aquel la tira que se pone en ella (2).

XII.

Al primor con que la señora Bárbara Stábili recitó, en la ópera de *César en Egipto*, el paso de dar veneno en una copa á Tolomeo.

Aquel veneno, Bárbara, fingido
Es tósigo en la escena verdadero,
Que en tu labio sonoro y lisonjero
Recibe el corazon por el oido:
¿Cómo puede la fuerza del sentido
Resistir su violencia, si primero
Tu semblante, ya grato, ya severo,
Deja el uso del alma suspendido?
Mira el término sumo á que se extiende
La dulce magia de tu voz sonora,
Y si el *bárbaro* nombre te comprende;
Pues con ceño tranquilo y paz traidora,
Finges dar un veneno á quien te ofende,
Y le das verdadero á quien te adora.

XIII.

Á la muerte de Luis Primero, rey de España.

De augusta flor de lis muerte temprana
Llora la España, y con razon lo llora,
Porque la Parca fué siempre traidora,
Mas que con otro, con su rey tirana.
Las esperanzas que gloriosa y vana
Concibió en él, volaron en un hora,
Viendo su noche en medio de su aurora,
Y que su sol se puso en su mañana.
Tres lustros, poco más, se vió florida
En el jardin de España esta flor bella,
Y un año apénas de su accion regida.
Sólo queda un alivio á tal querella,
Y es, que por premio á su inocente vida,
Pasase de ser flor á ser estrella.

XIV.

Tronco de verdes ramas despojado,
Que albergue en otra edad fuiste sombrío,
Y estás hoy al rigor de Enero frio,
Tánto mas seco cuanto más mojado.

(2) Este ingenioso soneto es contestacion á otro, no ménos ingenioso, que fué leido á Gerardo Lobo por una señora. Hé aquí el soneto á que contesta Lobo. Merece conservarse, por la discreta sorna que encierra.

SONETO.

Dígame quien lo sabe, de qué es hecha
La red de amor, que tantas almas prende,
Y como, habiendo tanto que la tiende,
No está del tiempo ya rota y deshecha;
De qué fabrica el arco con que flecha,
De quien valor ni industria se defiende;
Y cómo, cuándo, adónde ó quién le vende,
De oro, de plomo y plata tanta flecha,
Si es rapaz, como dicen, ¿de qué viene
El vencer los gigantes? Y si es ciego,
¿Cómo pone al herir cierta la mira?
Y si, como le pintan, siempre tiene
En una mano el arco, en otra el fuego,
¿Quien le tiende la red y quien la tira?

Dichoso tú, que en ese pobre estado
Aun vives más feliz que yo en el mio;
Infeliz yo, que triste desconfio
Poder ser, como tú, de otro envidiado.
Esa pompa que ahora está marchita,
Por aquella estacion florida espera,
Que aviva flores, troncos resucita.
Forma el año su giro, y lisonjera
La primavera á todos os visita;
Sólo para mi amor no hay primavera,

XV.

Al salir la expedicion de España contra Orán.

Vé, lucido escuadron, vé, fuerte armada,
Del monarca de España empeño augusto,
Y el pendon infeliz del moro adusto
Su luna llore en tí siempre eclipsada.
Véte, y vuelve de triunfos coronada,
Gloria de Dios, y de la patria gusto;
Haga en los moros tanto estrago el susto,
Que quede en ocio la invencible espada.
Contra viles sectarios mahometanos,
¡Ah, Señor! de su causa no te olvides;
Que en tu brazo se fian, no en sus manos.
Vuelve en triunfos, Señor, todas sus lides:
Tiempo es ya de que en leones africanos
La clava esgrima el español Alcides.

XVI.

Sentencia de uno de los siete sabios de Grecia (1).

¿Qué importará que el avariento cobre
Oro á quintales, perlas ciento á ciento,
Si la sed misma que le trae sediento
Le obliga siempre á que ruindades obre?
Más rico que ese rico es aquel pobre,
Que, de ambicion y de codicia exento,
Hace que lo que falta al avariento,
Como no lo apetece, á sí le sóbre.
Las riquezas el uno desestima,
El proprio engaño al otro lisonjea;
Me agrada aquel cuanto éste me lastima.
Pues ¿quién será tan ciego, que no vea,
Que éste es siervo del oro, pues le estima,
Y aquel señor de sí, pues no desea?

XVII.

Á Marsia, llorando (2).

Tanto á tus claros ojos desafia
El tirano dolor que el alma siente,
Que á los diluvios de cristal corriente
Todas sus luces tu beldad les fia.
Vivo el cuidado, mustia la alegría,
Dió sepulcro á tu sol tu mismo oriente;
Y á pesar del ahogo, se consiente,
Más triste sí, no ménos bello, el dia.
Fué de tus luces providencia rara
El que á un afan el llanto las rindiera,
Y en derretido aljófar anegára;
Y á los activos rayos de tu esfera
Fué preciso que el agua los templára,
Porque el mundo á su ardor no se encendiera.

XVIII.

Vuélvese sombra oscura el claro cielo,
Eclipsa el limpio sol sus resplandores,
Viste la luna pálidos horrores,
Rásgase todo del santuario el velo.
El líquido raudal se torna en hielo,
Mustias fallecen del jardin las flores,
Medrosos callan cisnes, ruiseñores,
Monstruos arroja de su centro el suelo,
El aire pavoroso da bramidos,
En sus quicios la tierra se estremece,
El mar sediento los peñascos sorbe.
Rómpense escollos, fieras dan rugidos;
¡Qué confusion! ¡qué horror! ó Dios padece,
Ó se acaba la máquina del orbe (3).

XIX.

Amor firme en la ausencia.

Di, bárbara fortuna: ¿en qué he ofendido
Á tu injusta deidad, tan irritada,
Que, para verte al fin desenojada,
Aun no me basta estar arrepentido?
Ya me miras postrado, ya abatido,
Castigado mi error, y tú vengada;
No me persigas más; que desairada
Tanta violencia está con un rendido.
La patria, los amigos, la riqueza,
La estimacion, la gloria, son despojos
Que en mi daño consigue tu fiereza;
Pues ¿qué más solicitan tus enojos?
¿Que olvide yo de Lísis la belleza?
Nunca ¡oh fortuna! lo verán tus ojos.

XX.

Buscando un amante la causa de su amor en su propria ceguedad.

¿Qué vano intento y ciego desvarío
Es éste de adorarte, Anarda bella,
Si influyen juntos en mi ingrata estrella
Mi tierna adoracion y tu desvío?
¿En qué me fundo, Anarda, en qué me fio,
Si éste conozco, si malogro aquella,
Pues ni puedo eximirte á mi querella,
Ni doblar la cerviz de tu albedrío?
Firme seré, no obstante; y si el trofeo
De tu esquiva altivez mi amor no alcanza,
Á mi culto otro altar no será empleo.
Siempre estaré en la firme confianza
De que el negar laureles al deseo
No cierra el horizonte á la esperanza.

XXI.

Aquel peñasco á quien el mar azota
Por verle en su dureza castigado,
Y sólo encuentra, á fuerza de obstinado,
La espuma en su rigor deshecha y rota;
Aquel á cuya cumbre no alborota
Tanto triste suspiro articulado,
Que en ecos vuelven al opuesto lado,
Porque en su seno la piedad no acota;
Comparando á mi amor su resistencia,
En su inmovilidad querrá decirme
Que es igual su constancia á mi paciencia.
En vano ¡oh peña! intentas persuadirme:
Tan noble amor no admite competencia;
Tú más duro serás, es él más firme.

XXII.

Arder en viva llama, helarme luégo,
Mezclar fúnebre queja y dulce canto,
Equivocar la risa con el llanto,
No saber distinguir nieve ni fuego.
Confianza y temor, ánsia y sosiego,
Aliento del espíritu y quebranto,
Efecto natural, fuerza de encanto,
Ver que estoy viendo y contemplarme ciego;
La razon libre, preso el albedrío,
Querer y no querer á cualquier hora,
Poquísimo valor y mucho brío;
Contrariedad que el alma sabe é ignora,
Es, Marsia soberana, el amor mio.
¿Preguntais quién lo causa? Vos, Señora.

(1) *Quis dives? Qui nihil cupiat. Quis pauper? Avarus.*

(2) Juzgamos conveniente advertir que si nos hemos decidido á publicar este alambicado soneto y otras várias composiciones en que el ingenio está ahogado por el artificio, lo hacemos únicamente por miras de historia literaria, esto es, para dar clara idea del conceptuoso estilo que reinaba en la poesía.

(3) *Aut Deus patitur, aut mundi maquina disolvitur.*

XXIII.

Satisfaccion á quien leyere estos versos.

Cuando leyendo estás ritmo amoroso,
Lasciva flor de mi Parnaso ameno,
No de áspid corazon, torpe veneno,
Esconde entre sus hojas lo dañoso.
No arguye privacion de mi reposo
Este volúmen, de ternuras lleno;
Mia es la pluma, sirvo al gusto ajeno;
Ellos son infelices, yo piadoso.
Sentidas quejas, blandas expresiones,
Ayes amantes, lágrimas á rios,
Efectos del amor y sus arpones,
No fueron de mi fiebre desvaríos,
Sino que afectos de otros corazones,
Supe yo exagerarlos como mios.

XXIV.

Mandó se retratar una dama, y no acertaron los pintores á sacar una copia parecida.

Ten esa mano, artífice, que errado,
Copiar intentas celestial figura;
Sus líneas sujetar á la pintura,
Es perder el respeto á lo sagrado;
Presuma, en su destreza confiado;
No logrará el pincel lo que procura;
Que de tan rara y célebre hermosura
Sólo el lienzo será trasunto helado.
En balde humana y terrenal destreza
Del sublime primor que Dios reparte
Quiere imitar la sin igual belleza.
Cesa, pintor; no tienes que cansarte:
Portento que formó naturaleza,
No se estrecha á los límites del arte.

XXV.

Á Juan V, rey de Portugal, que amansó á un caballo, rebelde á cualquiera otro.

Así domes, señor, del mahometano
Sectario vil el reino dividido,
Como ese altivo bruto ha conocido
El poder invencible de tu mano.
Así del trace, el árabe y persiano
El orgullo á tus piés logres rendido,
Como ese Etonte, en iras encendido,
Resistir quiere, y lo procura en vano.
Así los dos, que habitan sitio adusto,
Negro etiope, pálido agareno,
Te adoren rey, te aclamen dueño augusto.
Así de Tétis al cerúleo seno
Tus bajeles le dén horror y susto,
Como el caballo obedeció tu freno.

XXVI.

Á la muerte del Marqués de Santa Cruz, insigne varon en armas y letras.

Venció la suerte de su mano armada;
¿Quién habrá que escapársele presuma?
Venció la suerte, y con presteza suma
La vida al mejor héroe robó, osada.
Mas no importa; que vive eternizada
En lágrimas que el tiempo no consuma;
Una, que se labró buril su pluma;
Otras, que desbastó cincel su espada.
¡Á despecho del tiempo sus victorias,
Á pesar del olvido sus trofeos,
Firmes son instrumentos de sus glorias.
De su espada y su pluma altos empleos,
Duran, más que en el bronce, en las memorias;
Duran, más que en el jaspe, en los deseos.

XXVII.

Á la estatua del Silencio, primorosa hechura de diestro artífice.

Sabio escultor, tu industria sólo pudo
Acreditar verdad tan mentirosa,
Con unir en estatua milagrosa
Parlero al mármol y al silencio mudo,
Callada la respeto, y luégo dudo
Si es engaño á la vista misteriosa,
Que un mismo dedo la hace silenciosa,
Y de los labios la desata el nudo.
¿Calla ó dice? En razon tan encontrada,
Lo niego todo y todo lo concedo,
Pues dice mucho, áun cuando no habla nada.
¡Oh! sácame, escultor, de tanto enredo;
Y á querer que la estime por callada,
Dale otra mano y quítale aquel dedo.

XXVIII.

Respondiendo á un amigo que se convidó á venir á celebrar los dias de cumpleaños el autor á su casa.

Fabio, de tu amistad quedo dudando
En esta persuasion que estoy leyendo,
Porque me induces á aplaudir riendo
Aquel instante en que naci llorando.
Aquella pobre cuna contemplando,
Lágrimas de dolor estoy vertiendo,
Y en el *cuándo* pasado estoy temiendo
Las amenazas del futuro *cuándo*.
Fúnebre consecuencia, mas precisa,
Que á nuestros vanos pensamientos aja,
Y en el mismo nacer se nos avisa.
¡Ah, cuánto, Fabio, á la razon ultraja
El que consagra cánticos de risa
Al dia que recuerda la mortaja!

XXIX.

Á una dama que no queria ser amada siendo muy hermosa.

Ese cristal, Belisa, que retrata
Á tu rara beldad, sin ser pintura,
En el mismo primor de tu hermosura
Te copia la razon de ser ingrata.
Cuando tu vista en él más se dilata,
Quedas en tus soberbias más segura,
Porque en tu imágen tu intencion apura
Las altiveces con que se recata.
Mas, porque es toda amable esa belleza,
Y porque su beldad no tenga á insulto
El que á otro amor profane su grandeza,
Ama tú sola tu divino vulto;
Que rindiendo tú misma tu entereza,
Sin padecer desaires tendrás culto.

XXX.

Á una dama cruel para los que la querian.

Como en las flores del jardin ameno
Oculto vive el áspid encerrado,
Y en el pié que le pisa descuidado
Su diente clava, escupe su veneno;
Así entre luces de esplendor sereno
Vive, Marsia, tu amor disimulado,
De donde sale el rayo fulminado,
Que produce las ánsias en que peno.
Mi corazon, que en vano se defiende
Del rigor que en tus ojos se atesora,
Mayor crueldad en tí probar pretende.
Vengativo es el áspid, tú traidora,
Pues el áspid maltrata á quien le ofende,
Y tú ofendes, oh Marsia, á quien te adora (1).

XXXI.

Comparacion de un amor con el mar

Bate el mar en la roca que resiste
El duro asalto de soberbia saña,
Y el piloto que surca su campaña,
Á instantes teme su naufragio triste.
Mas mirando en la esfera que le asiste
Astro benigno, cuya luz no engaña,
Corta la espuma, que las gavias baña,
Y al mismo riesgo que recela embiste.

(1) Este último terceto recuerda la idea con que termina el soneto del mismo autor á *Bárbara Stábili.*

Sufrí en el golfo de la vida enojos;
Mas cuando el cielo vi de tu hermosura,
Arrostré de la suerte los antojos;
Y ya no temo la borrasca dura;
Que en mirando las luces de tus ojos,
Todo es tranquilidad, todo es dulzura.

XXXII.

Á un magnate ilustre y sabio que vivia más gustoso en el retiro, ocupado en el cultivo de su jardin y de las letras, que aplicado á los negocios de estado.

Viva en ocio apacible reposado
Quien tuvo arrullos de modesta cuna,
Pero no el que en las astas de la luna
Meció su primer lecho respetado.
El grande no creció tan elevado
Á yacer, sino á estar como coluna,
Que insensible al vaiven de la fortuna,
La máquina sostenga del Estado.
Vos, señor, que mirais vuestra ascendencia
Á la sombra de solios, no de flores,
Y el gran libro sabeis de la experiencia,
Dejad hojas de plantas y de autores,
Y cultive madura la prudencia,
Para el público bien, frutos mejores.

CARTA PASTORIL Á UN CONDISCÍPULO.

Si de simples ovejas
República paciente
Permite á un pobre pastoril desvelo
Que á miserables quejas
De dolor inocente
Piedades busque, que agradezca el cielo,
El noble desconsuelo
Acompaña, oh Belardo,
De aquel pastor tu amigo, aquel Gerardo,
Que en más alegre dia
Tus voces alternaba,
Y en cercano redil introducia
Recíproco ganado,
Despues que fatigaba
Con el silbo, la honda y el cayado,
En caluroso estío,
La falda al monte y la ribera al rio.
Del Tajo en las arenas,
Piadosísima cuna
De aquel suspiro que arrojé primero,
De mis gustos ó penas,
En discorde fortuna,
Parcial te vió la selva y compañero,
Y al curso lisonjero
De arroyo transparente,
Parto fecundo de risueña fuente,
De juncos y espadañas
Coronadas las sienes,
A beneficio de silvestres cañas,
Cantábamos iguales
Los inconstantes bienes,
Las dulces penas, los sabrosos males
De rústicos amores,
Calma del viento, envidia de pastores.
Quedó, al fin, dividido
Este lazo constante
De estrechísima union, por el empeño
De haberte conducido
Á dehesa muy distante,
Allá sobre el Genil, tu rico dueño;
Acuérdome del ceño
Que por turbado oriente
Sacó el sol aquel dia; pues tú ausente,
La selva, el monte, el prado,
Y sierras elevadas,
Lloraron de pesar; lloró el ganado,
Lloraron sus pastores,
Y las Musas sagradas
Con el mio alternaban sus dolores
En endechas distintas;
Lloraba Coridon, lloraba Amintas.
Mas ¿qué mucho, Belardo,
Si el contento de todos
Te llevaste, y tambien quietudes mias?
Tú, con genio gallardo
Y pacíficos modos,
Hiciste alegres los infaustos dias;
Tú siempre componias
Las agrestes contiendas,
Dividiendo los términos y haciendas
De discordes zagales;
Y tu albogue sonoro
Fué consuelo comun para los males,
Sonando de manera,
Entre el rústico coro,
Que si Títtiro acaso le atendiera
Se quedára admirado,
Á la sombra del haya recostado
Faltó á mis ocios luégo
De tus sábias lecciones
La siempre natural dócil doctrina,
Y su invisible fuego
En mis tiernas pasiones
Introdujo el amor, peste divina,
Que por oculta mina
Las médulas abrasa;
Ni pobre choza, ni soberbia casa,
Ni templo se asegura
De sus llamas voraces;
Me abrasé finalmente en la hermosura
De Amarílis, pastora
De quien fueron secuaces
Cuantos zagales, al salir la aurora,
Dulces amantes quejas
Conducian al prado, más que ovejas.
Más que ovejas, deseos
Apacentaba honesta
En su selva feliz y en las vecinas;
Lascivos semideos
Del bosque y la floresta
Entallaron su nombre en las encinas;
Las tágides divinas
Y driadas hermosas,
De junquillos y acantos, oficiosas,
Tejian la guirnalda
A sus rubios cabellos;
Y Pomona tal vez sobre su falda,
De sus frutos mejores
Dejaba los más bellos,
Que arrojaba despues á los pastores;
Y yo una tarde, ufano,
Conseguí una manzana de su mano.
Desde entónces al mudo
Lenguaje de sus ojos
Debí señales de atencion parlera,
Y á su padre sañudo
Ergasto mil enojos,
Que inquietaron á toda la ribera;
De sus rencores era
Mi probreza motivo;
De mis ánsias, no el verle dueño altivo
De mil cabras traviesas,
Que con cargadas ubres
A cabritillos mil y á muchas mesas
Daban grato alimiento;
Ni el ver en los Octubres
A Baco en su lagar siempre contento;
Sólo de mi codicia
Amarílis fué asunto y fué delicia.
Fué mi delicia, y tanto,
Que sólo puse en ella
Los términos honestos de mi gloria;
Al lisonjero encanto
De favorable estrella,
Consentí en los indicios de victoria;
Tan firme en mi memoria
Y en mis rudas canciones,
Que primero las tórtolas y halcones,
Lebreles y venados,
Raposas y polluelos
Se verán juntos en los verdes prados,
Y primero la luna
Girará por los cielos,

Sin leve mutacion ó mancha alguna,
Que Amarílis no sea
Objeto dulce de mi grata idea.
Desde el laurel cercano
Al chozo de retama,
Filomena mis ánsias atendia,
Y del trace tirano,
Sobre la fresca rama,
La tragedia mezcló con mi armonía;
Cuando la entónces mia
Pastora, deliciosa
Más que en el huerto la temprana rosa,
Fingiendo que cortaba
Del romeral florido
Los más tiernos cogollos, escuchaba
En la simple dulzura
Del rústico gemido
Excesos de mi amor y mi ventura,
Causando á los desvelos
De otro amante pastor envidia y celos.
De otro pastor amante,
Uno que de la sierra
Descendió á nuestro valle deleitoso,
De la más abundante
Cabaña de la tierra
Tan rico mayoral como dichoso,
Quien con pellico airoso
Y palabras traidoras
Alteró la quietud de las pastoras,
Regalando del monte
Dulcísimos panales
En tazas del antiguo Alcimedonte,
Ricas pieles manchadas
De varios animales,
Cayados de marfil, ruecas doradas;
Y mi Amarílis era
Del nuevo culto la deidad primera.
Yo, que del buen Corebo,
Anciano padre mio,
Más ejemplos guardaba que rebaños,
Pues por cuenta de Febo
Las ninfas de su rio
Fueron nutrices de mis tiernos años,
Y corderos extraños,
Como sabes, regía,
Mísero apénas tributar podia,
Cuajada en limpia hortera,
En el zurron castañas,
La nuez sabrosa, la arrugada pera,
Y tal vez á mi anhelo
Rindieron las montañas
Blanca paloma, pardo conejuelo
Ó tímido venado,
Que ofrecí, de azucenas coronado.
Mas tocaba yo solo,
De siete desiguales
Leves cicutas, flauta delicada,
Que por órden de Apolo,
En los cañaverales
Del Tajo fabricó musa sagrada,
De muchos envidiada,
De algunos aplaudida,
Y de aquel embeleso de mi vida
Más que de todos; pero
A su padre ambicioso
Las esquilas del rico ganadero
Sonaban más suaves
Que el eco armonioso
De mi zampoña, cuando en versos graves
A Amarílis cantaba,
Y su nombre en las selvas resonaba.
¡Oh cuántas veces, cuántas,
Con celoso desvelo
Abandoné el redil, siguiendo acaso
La huella de sus plantas,
Si por ventura el suelo
Me daba algun indicio, siempre escaso!
¡Cuántas en el ocaso
La luz se sepultaba,
Y detras del vallado yo acechaba
Si entre una ú otra tropa
De zagalas volvia!
Y cuanto entónces con la verde copa
Al carrasco más pobre
El álamo excedia,
Tanto Amarílis descollaba sobre
Las que fueran, sin ella,
El sol ausente, cada cual estrella.
Egón, en fin, tirano
(Así el pastor se llama),
Que despues de tu ausencia, ¡oh nunca fuera!
Desde el monte Mariano
Sus ganados derrama,
Agostando el verdor de la ribera,
Con astucia severa
De recatado empeño
(Ya ménos fuerte de mi injusto dueño
La virtud generosa),
Al codicioso Ergasto
La pidió cautamente por esposa,
Manejando de modo
El infelice fasto,
Que en un sí (¡ay de mí triste!) logró todo
Cuanto pudo, importuna,
Arrancar de mi pecho la fortuna.
Ignorante este dia
De mi destino adverso,
En el tronco de un árbol cortezudo
Por acaso escribia
No sé qué triste verso
Con la punta sutil de hierro agudo;
Cuando un acaso pudo
Decir mi desventura,
Porque suelto el rebaño en la espesura
De no distante cerro,
En fe de mi descuido,
Dormida entónces centinela el perro
La honda abandonada,
Sin piedra ni chasquido,
Degolló la más dócil bien manchada
Bellísima cordera,
Voraz la saña de rapante fiera.
No la pérdida tanto,
Como el fatal agüero,
La quietud alteró de mi ventura,
Pues del perenne llanto
De mi dolor severo
Nuevo líquido arroyo se apresura;
Y así de mi ternura
Desahogaba el tormento:
«¡Oh tú, infeliz entre corderas ciento,
La siempre más amada
Del tímido ganado,
No fueras, como fuiste, desdichada,
Si el brazo, ya cobarde,
Empuñase el cayado,
En tu defensa prevenido tarde!
Pero quede deshecho
En más pedazos que se parte el pecho.»
Tiréle airado y ciego,
Y arrojé juntamente
El sosiego del alma apetecido,
Pues el efecto luégo
Del pasado accidente
En alegre rumor llegó á mi oido,
Cuando en todo el egido
Los instrumentos viles
De panderos y flautas pastoriles
A las chozas y aldeas
Cantaban el trofeo
De Amarílis y Egón; se encienden teas
En la frondosa calle
De Pan y de Himeneo;
Y yo, fuera de mí, fuera del valle
Y fuera de mi vida,
Muerdo los troncos como fiera herida,
Otro motivo entónces
Avivaba la llama
De mi fuego infernal, oculto y fiero,
Porque digno de bronces,
El eco de la fama
Le aplaudia, jamas tan lisonjero.
¡Oh, mal haya el primero
Que dividió en el mundo

Los caudales comunes; y el segundo
Mal haya otras mil veces,
Que de plebe y nobleza
Fundó la distincion, sin solideces,
Cuando sólo se admira
Por timbre la riqueza,
Y la virtud sagrada se retira
A pobre albergue, donde,
Por falta de equidad, su luz esconde!
Y tú, Egón venturoso,
Que nunca así lo fueras
Si la fortuna con su propria mano,
Por el fin caprichoso
De sus altas quimeras,
No te hiciese heredero del anciano
Riquísimo Silvano;
Vive contento, vive,
Y para oprobio de mi fe recibe
Aquel dón; mas ¿qué digo?
Muere primero, muere,
Y el hado, de quien fuiste tan amigo
De modo te aborrezca,
Que allí donde estuviere
Tu mayor interes, luégo perezca;
Y en llegando á ser pobre,
Sólo el fastidio del amor te sóbre.
Al rocío frecuente,
Como infecunda piedra,
La virtud corresponda de tus prados,
Y en canícula ardiente,
El laurel con la hiedra,
El olmo con la vid, mueran quemados.
A tus muchos ganados
Niegue cualquier ribera
El cristalino humor, ó el cielo quiera
Que con vanos rumores
Al arroyo apresure
Sólo el llanto de míseros pastores,
Cuando en los meses fieros
Tanto la nieve dure,
Que fallezcan sin pasto los corderos,
O en su cuello inocente,
Durmiendo el perro, el lobo se ensangriente.
En tu contorno alojes
Las macilentas hambres,
Y nunca á la piedad lleguen los ecos;
Por más polvo que arrojes
A los vagos enjambres,
No bajen á tus corchos ni á los huecos
De tus árboles secos;
Antes bien en sus quiebras,
Con ponzoñoso aliento las culebras
Infeccionen los nidos
De las simples palomas,
Y alternando los cuervos los gemidos
De su infausta mañana,
Taladren las carcomas
Al fecundo frutal; y siempre vana
La fatiga en tus prados,
Sólo sirvan al fuego tus arados.
De las urnas de Jove,
Aquella de los males
Se vierta sobre tí y sobre tu selva,
Y desde el tosco adobe
De los rudos corrales
Hasta el templo de Céres se disuelva;
A tu casa no vuelva,
Una vez desterrada,
La paz tranquila, la verdad amada,
Y desnuda de mieses,
De pámpanos y flores
La estacion variable de los meses,
En trojes y tinajas
Sólo sepulte horrores,
Sin que del chozo á las humildes pajas
Perdone ardiente estío;
Ardan las fuentes y se seque el rio.
Nunca el cielo propicio,
Antes bien irritado,
Corresponda al dolor de tu querella,
Y á cualquier sacrificio
Que le rindas postrado,
Corrompa el genio de maligna estrella.
Y tú, entre todas bella,
Como nadie traidora,
Fija siempre en mi amor, alma pastora,
No pienses que mi pecho
Tu daño solicita
Con la fuerza, la rabia y el despecho
De tantas maldiciones;
Númen silvestre admita
Las que le ofrezco internas oblaciones,
Porque te obsequie grato
Y conserve en su gruta tu retrato.

OCTAVAS FESTIVAS.

Á la derrota de unos pasteles en el Palau (antiguo palacio de Barcelona), en que el autor, por el estorbo de una dama, no tuvo más parte que el precepto de referir el suceso.

Como á Enéas Elisa de Cartago,
Renovar me has mandado un sentimiento,
A cuyo triste lamentable estrago
Se estremece, señora, el pensamiento;
Pero, pues es tu gusto dulce halago,
Que elocuencias infunde al torpe acento,
Las agonías pintaré crueles
De la Troya infeliz de los pasteles.
Ya la húmeda noche desde el cielo
Su carroza fugaz precipitaba,
Cuando escucho un motin, y á su desvelo,
La terrestre region titubeaba.
Era todo el alcázar Mongibelo,
Pues nocturnos relámpagos vibraba,
Por sus bocas flamígeras y ardientes,
La cruël batería de unos dientes.
Acudo al riesgo, pero acudo en vano,
Pues insolente bárbara cuadrilla
Jugaba, diestra de tajante mano,
La ya encorvada natural cuchilla.
Al grave susto del furor cercano
Se suspende mi aliento ó se amancilla,
Viendo que ocupa el trágico combate
El camino cubierto del gaznate.
¡Paladïon de vidrio, fabricado
Á manera de monte por el arte,
Del torpe dios de vides coronado,
Aborta incendios, y furor reparte.
Al tiro bacanal desembrazado
De la sedienta lid, en cada parte,
Resonaron las bóvedas internas,
Y gimieron del susto las tabernas.
¡Deidad gallarda, entónces parecida
Á la noble, bellísima Creusa,
Que usurpó del erario de mi vida
Cuantos alientos concedió á mi musa;
Con rozagante púrpura vestida,
Del duro avance á mi crueldad recusa,
Me suspende el aliento, le desdora;
¡Lo que debe mi hambre á esta señora!
La sed ardiente de lograr despojos,
Impaciencias prestaba á mi osadía;
El dominio imperante de sus ojos
Leyes de hielo al ánima imponía.
Allá me impelen bélicos arrojos,
Aquí me pasma la congoja mia;
Y triste en medio mi pasion apura
Lo que tira el pastel y la hermosura.
¿Viste tal vez, del uno y otro nido,
Bajar de cuervos turba vocinglera
A la verde mansion donde tendido
El cuerpo yace de difunta fiera?
No de otra suerte el ántes dividido
Tropel marcial se junta, donde espera
Que á sus ánsias arroje, descubierto
El vientre del pastel, un gato muerto.
No á la garza se abaten presurosos
Con más violencia rápidos halcones,
Como al triunfo se arrojan animosos
Los insignes, los ínclitos varones.
¡Oh tres y cuatro veces venturosos!
¡Oh afortunada gente! ¡Oh campeones,

Que en el mundo llenasteis de alabanza
Los capaces archivos de la panza!
De la fábrica dulce, delicada,
Apénas queda mísero fragmento,
Desde la grave copa empavesada
Hasta el último pobre pavimento.
No hay pared que no quede derribada,
Ultrajando el furor voraz y hambriento
Alquitraves, cornisas y colunas,
Y yo entre todos me quedé en ayunas.
Mas no tanto, que intrépido y constante
No quisiese mezclarme en el trofeo,
Bien que estorbos me puso cada instante
El dueño hermoso del combate feo.
Ya finalmente, ciego y arrogante,
Desenvaino la espada del deseo,
Y á los cómplices todos de aquel trato
Traspasé con la punta del olfato.
Abandono aquel trágico distrito,
No de cobarde huyendo, de prudente,
Pues á fuerzas de número infinito,
Saberse retirar es ser valiente.
Al Anquíses llevé de mi apetito
Sobre el hombro; reliquias de obediente
Por penates, y sólo entre la ruina
Á los lares dejé de la cocina.
Este es, señora, el lamentable agravio
De la triste, infeliz, trágica historia,
Desairada dos veces de mi labio,
Pero impresa cien mil en mi memoria.
Y éste un recuerdo, que le dice al sabio:
«No al valor le atribuyas la victoria,
Ni en el mérito fundes los laureles;
Porque el hado reparte los pasteles.»

DIÁLOGO MÉTRICO DE PÁRIS Y ELENA

para que cantasen dos señoritas.

INTRODUCCION.

Páris, infiel pirata
Del milagro de Grecia,
El incendio de Troya
Tiene en su nave, porque tiene á Elena.
En la dorada popa,
Que el viento lisonjea,
De esta suerte batalla
En él el ruego, y el agravio en ella.

PÁRIS.

Perdona, halagüeño,
Dulcísimo bien,
La ofensa de quien,
De puro mirar, no supo atender.

(*Recitado.*)

Perdona, y si culpaste
Mi nunca arrepentido atrevimiento,
Tú á robar me enseñaste
Con modo más violento,
Pues yo adoro la presa, y tu cuidado
Al mismo que cautiva ha despreciado.

ELENA. (*Aria.*)

Intentas en vano,
Aleve tirano,
Vencer mi crueldad,
Pues tu cautiverio
No tiene el imperio
De mi libertad.

(*Recitado.*)

¿Cómo tan indiscreto
En repetido agravio,
Injurian mi respeto
Las necias expresiones de tu labio?

PÁRIS. (*Aria.*)

Bellísima Elena,
Pues eres motivo
De toda mi pena,
Permite el dolor,
Que es bárbaro, esquivo,
Injusto rigor,
Decir el tormento,
Callar el amor.

(*Recitado.*)

Y pues ya mi fortuna ha echado el resto,
Venza el ruego á la crueldad.

ELENA.

¡Qué es esto!

(*Coplas.*)

¿Que es esto, loco Páris,
No sabes que es delirio
Querer con una ofensa
Sobornar un cariño?

PÁRIS.

¡Ay, dueño mio!
Que á tus ojos son glorias
Los precipicios.

ELENA.

En aras del decoro
Se pierde el sacrificio,
Cuando es el rendimiento
Disfraz de lo atrevido.

PÁRIS.

¡Ay, dueño mio!
Que no bastan preceptos
Contra el destino.

ELENA. (*Recitado.*)

Vivo yo, que soy sola
El arbitrio capaz de mi fortuna,
Que á tu loca importuna
Porfía irreverente
Despedace primero que se aliente.

(*Aria.*)

Es mi noble respeto
El ara y la deidad,
Y el dón, aunque secreto,
Que rinde lo indiscreto,
Castiga la crueldad.

PÁRIS.

No es un amor ofensa, que es martirio.

ELENA.

Es ofensa un amor cuando es delirio.

PÁRIS.

Castiga á tu hermosura,
Que es toda la razon de mi locura.

ELENA.

No, no hay razon.....

PÁRIS.

Sí, sí hay razon.....

ELENA.

En desear.....

PÁRIS.

En adorar.....

ELENA.

Si es tirana.....

PÁRIS.

Si es hermosa.....

LOS DOS.

La eleccion.

ELENA.

No, no hay razon.

PÁRIS.

Sí, sí hay razon.

ELENA.

No hay razon, infiel Páris,
Que tu aleve traicion
Disfrace alevosías
Con el vano semblante del amor,

PÁRIS.

Sí hay razon, dulce Elena,
Pues tan grande pasion
Con ménos que un estrago
No expresára la fuerza de su ardor.

ELENA.

No hay razon que se atreva,
Delincuente la voz,
Á referir un culto
Donde delito fué la adoracion.

PÁRIS.

Sí hay razon; que en el templo
Al ídolo agravió
Quien recela el peligro,
Pues desdora milagros el temor.

ELENA.

No, no hay razon.

PÁRIS.

Sí, sí hay razon.

(*Recitado.*)

Cuando me precipito,
Eres tú mi descargo y mi delito.

ELENA.

Pues yo seré instrumento
De tu ruina, tu estrago y tu escarmiento

PÁRIS. (*Aria á duo.*)

Mi esperanza.....

ELENA.

Mi venganza.....

PÁRIS.

Lisonjera.....

ELENA.

Siempre fiera.....

LOS DOS.

No podrá retroceder.

PÁRIS.

Pues constante.....

ELENA.

Vengativa.....

PÁRIS.

Fiel amante.....

ELENA.

Siempre esquiva.....

LOS DOS.

Al destino he de vencer.

ORATORIO MÍSTICO Y ALEGÓRICO,

que en el culto de María Santísima del Pilar cantó la capilla de la catedral, en el convento de San Cayetano de la ciudad de Barcelona (1).

LA FE. | LA CARIDAD.
LA ESPERANZA. | JACOB

CORO DE VIRTUDES.

CORO.

Desdoble la idea de mudas señales
Obscuros conceptos, enigmas divinos,
Y en los arcanos de lumbre sagrada
Enciendan las sombras la luz del prodigio.

FE.

¿Qué pretendes, Jacob,
Despues que has conseguido
La bendicion que cuesta
El tormento mental de un sacrificio?

ESPERANZA.

¿Dónde, desde la risa
Del padre desprendido,
Por la causa y el modo,
Te encaminas, dos veces peregrino?

CARIDAD.

¿Dónde, de Bersabé
Dejando el dulce sitio,
Aun más que de las breñas,
De los misterios abres el camino?

LAS TRES.

Las virtudes somos,
Que vamos contigo,
Para los viadores
Fatiga y alivio.

JACOB. (*Recitado.*)

A cumplir obediente
De mi padre la ley, pues él desea
Hacerme dueño de Raquel hermosa,
Aquella que en su idea
Sin duda concibió, por no manchada
De Canaan en la estirpe contagiosa;
Y en fe de preservada,
La tuvo prevenida
Para dulce descanso de mi vida.

(*Aria.*)

Mi fe, mi esperanza,
Mi amor me asegura
Tener su hermosura
Por prenda dichosa
De mi bendicion;
Pues sólo se alcanza,
Llevándoos delante,
La imágen preciosa,
La joya constante
De la perfeccion.
Mi fe, etc.

FE. (*Recitado.*)

Pues ya tu entendimiento
Disposicion previene á aquel suave,
Tranquilo movimiento
De dócil voluntad, que infundir sabe
La noble aficion pía
A creer la verdad del que te envia,
Sin mental evidencia,
En accion me tendrás en tu presencia.

(*Aria.*)

En Raquel te haré lograr
Belleza más singular
Que aquella que has concebido;
Y para llegarla á ver,
Por fuerza me has de tener
Á la puerta del oido.
En Raquel, etc.

ESPERANZA. (*Recitado.*)

Yo asistirte prometo,
Pues aquel superior intelectivo
Apetito te mueve
Al bien más arduo, al bien más excesivo;
Y aunque tu afecto debe
Buscar el gozo de Raquel hermosa,
La tendrás desdeñosa,
Si á tu padre no ves, en su hermosura,
Como causa final de tu ventura.

(*Aria.*)

Con dulces ideas
Sabré consolar
De angosto camino la pena cruel;
Y no me has de hallar
Así que poseas
En ocio tranquilo la luz de Raquel.
Con dulces, etc.

(1) No titubeamos en publicar este Oratorio, á pesar de algunas singularidades de pensamiento que contiene, para poner de manifiesto cuán aventajado era GERARDO LOBO en los primores rítmicos que requiere la poesía destinada al canto.

CARIDAD. (*Recitado.*)

El favor de mi lado
Tu poder natural nunca alcanzára,
A no haberme llamado
La forma habitual que en tí ha esculpido
Quien para tanto asunto te ha elegido;
Y aunque más en el ara
De Raquel tributase tu porfía,
Sin mi presencia, informe quedaria
El holocausto atento,
Porque yo soy de todo el complemento.

(*Aria.*)

Enlazado
Tu cuidado
Con mi agrado,
Te aseguras el favor;
Que en los bienes
Que previenes,
Nada tienes
Sin la prenda del amor
Enlazado, etc.

LAS TRES.

Y pues en tí se afianza
La promesa de que fueron
Guarismos, arenas y astros,
En el mar y el firmamento.....

FE.

Te acompaño hasta el logro
De tus deseos;
Y en sus trofeos,
Tú verás que te alumbro
Cuando te ciego.

ESPERANZA.

Hasta el triunfo te sigo,
Que pretendieres,
Y en sus placeres,
Hallarás que me ganas
Cuando me pierdes.

CARIDAD.

Facilito imposibles
A tus ideas,
Para que veas
Que un hipóstasis hago
De cielo y tierra.

FE.

En mi palabra real.....

ESPERANZA.

En mi promesa fiel.....

CARIDAD.

En mi ánsia inmortal.....

LAS TRES.

Consiste el celestial
Regazo de Raquel.

JACOB. (*Recitado.*)

Sin vuestra compañía,
En vano me atreviera
Á buscar el favor de una hermosura,
A quien ya considera
Mi amante fantasía
Azucena cercada
De punzantes abrojos,
Cuyos hermosos ojos
(Felicísimo agravio
De luces inmortales)
De paloma serán enamorada;
De palma su estatura;
Cendal purpúreo el labio,
Que destile panales;
Ebúrnea torre el cuello,
Que sepa herir de amor con un cabello.

(*Aria.*)

¿Cuándo, cuándo pasará
El invierno congelado
De mis ánsias y temores?
¿Cuándo, cuándo llegará
Aquel tiempo señalado,
En que aparezcan las flores?
¿Cuándo, etc.

CARIDAD.

Concede á tu fatiga
Alguna breve tregua;
Que la calma del justo
No desdora el favor, ántes le alienta.

LAS TRES.

Y en el hábito interno
De tus potencias,
Cuidarémos nosotras
De tus empresas.
Descansa, duerme, sosiega.

JACOB.

Sobre esta piedra inclino,
Gustoso, la cabeza,
Aunque cueste un prodigio,
Que produzca piedades, una piedra.

CORO.

Descansa, duerme, sosiega.

JACOB.

Venga mi objeto amado
Al huerto de mi idea,
Y mezcle sus aromas
Con la mirra insufrible de mis penas.

CORO.

Descansa, duerme, sosiega.

LAS TRES.

Supuesto que enferma
De suaves amores,
Cercadle de flores,
Dejadle que duerma,
Y no le desperteis hasta que él quiera.

CARIDAD. (*Recitado.*)

Deba á nosotras, deba,
Jacob enamorado,
Ponerle con cuidado
Una escala tan nueva,
Que en subiendo á su cumbre,
Si á Raquel no examina
(Que no sé si podrá miéntras camina),
A lo ménos del todo de su lumbre
El más puro reflejo
En enigma verá por el espejo.

(*Aria.*)

Las virtudes cardinales
Instrumentos potenciales
Apliquen al material,
Y noblemente hermanadas,
Vayan formando las gradas
En el taller natural.
Las virtudes, etc.

CORO DE VIRTUDES.

Al precepto obedientes
Estamos, porque veas
Que ya el principio forma
Quien pone la obediencia;
Y haciendo consonancia
La rígida tarea,
Afirme el martillo,
Desbaste la azuela,
Realce el escoplo
Y corte la sierra.

CARIDAD.

De tal suerte ha cumplido
Su encargo la Prudencia,
Que el material labrado
Vendrá donde convenga.

FE.

De modo la Templanza
Consume las cortezas,
Que sólo la medúla
Se ve de la madera,

ESPERANZA.

Tan igual la Justicia
Las mide con su regla,
Que ocupa cada grada
La clase de su esfera.

CARIDAD.

Las enlaza y las une
Tan bien la Fortaleza,
Que elevacion ni viento
Las tuerce ni las quiebra.

LAS TRES VIRTUDES.

Tu mística escala
Ya tienes, Jacob;
El camino es éste
De tu bendicion.

CARIDAD. (*Recitado.*)

Y pues que ya elevada,
Con una y otra punta
Los dos extremos junta
Del todo y de la nada,
Suba, suba por ella
Al cielo de su estrella,
Si es que tiene la mente sosegada.

FE.

Ya ha vencido
El vano ruido
Del sentido
Y las potencias,
Y en las tinieblas del letargo asiste
Luz que no comprendieron las tinieblas.

ESPERANZA.

Ya más quieto,
Va sujeto
Hácia el objeto
Que desea,
Y deponiendo la fineza activa,
Á contemplarle pasa la fineza.

CARIDAD.

Ya su vida,
Enardecida
Con la herida
De mis flechas,
A la esencia del bien tanto se une,
Que casi se equivoca con la esencia.

LAS TRES.

Y de grada en grada,
Se ve, en competencia,
Subir los afectos,
Bajar las finezas.

CARIDAD. (*Recitado.*)

Yo, Jacob, te aseguro
Que el misterioso puesto.....

JACOB. (*Entre sueños.*)

¿Qué es esto, qué es esto.....

CARIDAD. (*Aria.*)

Donde catre seguro
Á la fatiga encuentra tu fervor.....

JACOB.

Dulcísimo amor?

CARIDAD.

Patrimonio ha de ser eternamente
De tanto descendiente.....

JACOB.

¿Tan presto, tan presto.....

CARIDAD.

Como astros encumbra.....

JACOB.

Me ciega, me alumbra.....

CARIDAD.

El dosel del sagrado firmamento
Arenas ciñe la inconstante vega
Del undoso elemento.....

JACOB.

Me engolfa, me anega.....

CARIDAD.

Y logrando las ánsias de tu amor.....

JACOB.

Tu luz, tu favor?

CARIDAD.

El bien que aquí se encierra,
Será bendita en tí toda la tierra.

JACOB. (*Aria.*)

¿Qué es esto, qué es esto,
Dulcísimo amor?
¿Tan presto, tan presto,
Me alumbra, me ciega,
Me engolfa, me anega,
Tu luz, tu favor?
¿Qué es esto, qué es esto,
Dulcísimo amor?

(*Despierta.—Recitado.*)

Aguarda, asombro de mi vida, aguarda;
Permite que en deliquio contrapuesto
Apure rayos y en tus ondas arda;
Mas ¿dónde voy? ¿Qué es esto?

VIRTUDES.

¿Qué es esto, qué es esto, Jacob?

JACOB.

No lo sé.

VIRTUDES.

¿Tan presto, tan presto despiertas.....

JACOB.

Me asombra.....

VIRTUDES.

Del sueño.....

JACOB.

La sombra.....

VIRTUDES.

De amor?

JACOB.

Que miré.

VIRTUDES.

¿Qué es esto, qué es esto, Jacob?
Tan presto despiertas
Del sueño de amor?

JACOB.

No lo sé;
Me asombra
La sombra,
Que miré.

VIRTUDES.

Di, Jacob, de tu sueño
Las especies infusas
Que dejó el cielo.

JACOB.

¿Qué he de decir, si hasta aquí
Con realidad no sabía
Que al sagrado recinto de esta tierra
La deidad de los orbes ilumina?

FE.

Sin su asistencia,
Estuviera cautiva
Tu descendencia;
Que es su potencia
La razon objetiva
Del bien que esperas.

JACOB.

Piedra, escala, Dios encuentro,
Cuando á Raquel atendia;
Un ascenso, una union, toda una gloria,
Temeroso, no sé lo que me explican.

FE.

Aunque sin duda
La verdad de su fuente

Sale desnuda,
Como es tan ruda
La potencia paciente,
La vuelve obscura.

JACOB.

La casa de Dios es ésta,
Del cielo puerta divina,
Imágen de Raquel, pues es tu escala
Á la repromision fácil subida.

FE.

De tu creencia
Material será objeto,
Sueño, apariencia;
La Omnipotencia,
El formal del secreto
Que te revela.

JACOB. (*Recitado.*)

Sea, sea en buen hora
Objeto material de mi creencia
Esa piedra felice; y pues la aurora
Término puso al sueño,
De los sentidos dueño,
Y sentidos de tanta inteligencia,
Pongámosla erigida
En forma de pilar, y consagrada
Con el rito de ungida,
Quede casa de Dios intitulada,
En señal de que es ella
El camino seguro de mi estrella.

(*Aria.*)

Por cifra de mi consuelo
Este sitio logre altar,
Y sea puerta del cielo
El timbre de su pilar.

FE.

Venérese atalaya
De uno y otro horizonte,
Que registre constante,
Cuando desde la cumbre de aquel monte,
Para socorro de sus hijos, vaya
El gallardo gigante
De pasos peregrinos,
Que ha de correr ansioso estos caminos.

(*Aria.*)

Atalaya ha de ser
De los pasos de amor,
Pues supo comprender
Las sendas del favor.
Atalaya, etc.

ESPERANZA.

Conságrese columna,
Jeroglífico santo
De la seguridad de tu fortuna;
Y despues que posea
Raquel un hijo de dolor y llanto,
El bulto de esta idea,
Nube al sol, norte cierto
En las sombras será de otro desierto.

(*Aria.*)

Columna de fuego,
Que sigue al sosiego,
Será en el camino
De patria inmortal;
Y nube que luégo
Del rayo divino
Al fiel peregrino
Resguarde leal.

LAS TRES.

Pilar en fin se erija,
Pronóstico seguro de algun dia,
Cuando aquel tu dichoso descendiente,
De eterna mansedumbre,
Encamine tu pueblo hácia la cumbre
Del prometido oriente,
Y alivie la agonía
De los sedientos males
Con el puro cristal de sus raudales,
Señale la fuente
Del Omnipotente
Augusto pilar;
Y en el cautiverio,
Feliz refrigerio
Sabrá desatar.
Y pues en piedra atalaya,
Columna y pilar se halló,
Llámese puerta del cielo,
Dígase casa de Dios,
Y en esta figura
Venere Jacob
Las virtudes escala más fiel,
Camino seguro, que lleva la union,
Imágen en piedra de hermosa Raquel,
Enigma sagrado de la redencion.

ENDECASÍLABO.

Á las suntuosas columnas del convento de la Cartuja de Roma.

Pirámides de Mémfis, que en el mundo
El renombre gozais de maravillas,
Porque de pardas nubes coronada,
Vuestra eminencia al cielo desafia;
Vos, cuya excelsa fábrica presume
Vencer del tiempo la segur altiva;
Vos, en cuya soberbia arquitectura
Se eternizó la vanidad egipcia;
Vos, que lograis en fúnebres entrañas,
Donde cadáver real se deposita,
Cuanto halló de gentiles la soberbia
Y buscó de mortales la codicia;
Vos, que en tumbas labradas, si funestas,
Fuisteis lisonja á la ignorancia antigua,
Cuando hoy tesoro oculto en vuestras sombras
Rindió supersticiosa idolatría;
Vos, que albergais en escondidos senos,
Entre el oro de Ofir, pobres reliquias,
Como si al resplandor de los metales
Fuese ménos ceniza la ceniza;
Tomad, si puede ser, el movimiento;
Piedras, venced vuestra quietud nativa;
Peregrinad á Roma á ver milagros,
Que mudamente á la atencion convidan.
Allá, donde mansion tiene desierta
Del patriarca Bruno la familia,
Consagrando entre nobles desengaños
Las vastas soledades en que habitan;
Hallaréis por ornato á su Tebaida
Tan hermosas columnas erigidas,
Que encuentra en su estatura agigantada,
Duda el concepto, admiracion la vista.
Pensaréis que son riscos trasladados,
Ó peñas del desierto transferidas;
Pues sólo son columnas, donde excede
Con su primor el arte lo que imita.
Cada obelisco allí que ves gigante,
No forma, como á vos, partes distintas,
Sino que entera máquina compone
De cada Atlante la porcion altiva.
El cincel se cansó de desbastarlos,
Y muestran su rudeza tan pulida,
Que su misma pesada corpulencia
Descuido pareció, y es bizarría.
Llegad; medid las encumbradas moles,
Y alcanzaréis que en su elevada cima
No se atreve el Olimpo á competencias,
Pues contempla su altura allí excedida.
Allí, pues, respetad profundamente,
Si cabe en piedras reverencia pía,
Aun más que el edificio que sustentan,
La misteriosa accion que significan.
Del heroismo de la fe cristiana
Vivos emblemas son, mudos enigmas,
Y en su altura, que al cielo se levanta,
Contemplacion sagrada vive escrita.
Volved ahora, si podeis, á Mémfis;
Dejad estas marmóreas maravillas;
Pero ¿no vais, pirámides? Sin duda
Estáis, de tanto asombro, confundidas.

Á UN ÁGUILA.

Cruza veloz el viento,
De plumas, no de perlas, coronado,
De aire y de luz sediento,
Del cielo de unas cumbres abortado,
Pájaro generoso,
Garra la uña, alfange corvo el pico;
Que vuela venturoso,
Rico de plumas y de estragos rico;
Robador, no de Europa,
Mas del que al mayor dios sirve la co-
Desde el sublime nido, [pa;
Que el cóncavo le dió de alguna peña,
Aprende presumido
El privilegio que á su estirpe enseña,
De contar sin desmayo,
Desde su régia cuna,
Del sol los esplendores rayo á rayo.
Si cruza el bosque que el Favonio pei-
Por mérito ó fortuna, [na,
Todas las aves la coronan reina,
Y ni en árbol, ni en gruta,
El trono y majestad se le disputa;
Cual entre flores rosa,
Ó cual noble leon entre las fieras,
Logra majestuosa
Dominio entre las aves más ligeras;
Su vuelo es tan violento,
Que áun no la iguala borrascoso vien-
Y porque no desdiga [to;
De su ejercicio su feliz corona,
Fiera tal vez castiga,
Noble tal vez perdona,
Y severa ó propicia,
Usa una vez piedad, otra justicia.

ROMANCES.

I.

Envió un regalo de perniles y chorizos al excelentísimo señor Conde de Aguilar (quien fué muy dado á la filosofía moderna).

De la mejor biblioteca
De este país, mi atencion
Remite esos tomos; nadie
Tan sabio como su autor.
Sobre la misma materia
Van, de buen comentador,
Unos chorizos al márgen,
A manera de adicion.
Repásalos poco á poco,
Pues que más se aprovechó
En bucólicas de plato
Que en ideas de Platon.
Deja á Cartesio, á Diveo,
Maygnau, Gasendo y Bacon;
Que aunque todos saben bien,
Un pernil sabe mejor.
¿Qué te importa que sea el todo
Entidad distinta ó no
De sus partes, si lo mismo
Son torreznos que jamon?
Deja que materia y forma
Se distingan en rigor,
Pues que nunca te deshace
El pernil la distincion.
Deja que el contínuo sea
De infinita division,
Como siempre en tu cocina
Sea contínuo el asador.
Que obre *immediatè* ó *mediatè*
La sustancia, ¿qué importó,
Como en tu estómago ejerzan
Las lonjas su operacion?
Que sea entidad separable,
Y no modo, la calor,
Nada importa, como tú
Hagas bien la digestion.
Que la privacion se tenga
Por principio no es error,
Miéntras no haya en los principios
De tu mesa privacion.
No niegues á la materia
Su infinita particion,
Y sacarás más lonjitas
Que los átomos del sol.
¿Qué sirve que el microscopio
Haga al mosquito capon,
Si microscopios no tiene
El paladar ni el sabor?
Sin la costra de alambiques,
Sin fatiga y sin sudor,
Hallarás el *caput mortuum*,
En haciendo un chicharron.
En manos de la disputa
El cielo al mundo dejó;
Bien se le conoce al pobre
La asistencia del tutor.
Aristóteles, Teofrastro,
Pitágoras y Cenon
Jamas pudieron saber
La esencia de un caracol.
Un Jerónimo, Agustino,
Crisóstomo y Besarion
Supieron más; pero en esto
Se burlaba el Hacedor.
En el Océano inmenso
De este escondido primor
No hay que buscar los tamaños;
Toda ballena es raton.
Tambien en tales quimeras
Gastaba algun tiempo yo,
Y en mi vida supe cómo
Se establece un cañamon.
Y así, mudando sistema,
Pasé á sargento mayor,
Y establecí por principio,
Pura potencia, al doblon.
De aquí las formas deduzco
Del vivir mucho mejor,
Porque sin él cualquier cosa
Es un ente de razon.
Esta sí que es crisopeya,
Pues haciendo un tres de un dos,
Se convierten luégo en plata
Los yerros de mi renglon.
No me aventajára Lulio
En manejar el crisol,
A no podrirme los polvos
La santa restitucion.
Y por fin, lleva sabido
Que sin caudal es Caton,
Actus entis in potentia
Prout in potentia. Y adios.

II.

Al tesorero, pidiéndole libre alguna cantidad sobre su sueldo.

Amigo y señor, divierte
El tiempo en mis disparates,
Pues es la tesorería
Hospital de ociosidades.
No ignoras que al Rey mantengo,
Ya con maña, ya con arte,
La invisible compañía
De treinta necesidades.
El *lapsus linguæ* del pré
Ha pagado unos puntales
Que echó á la vida el señor
Carpintero de las carnes.
Tan colicuado le envias,
Que ya el ingenio no vale,
Ni le ha quedado á la industria
Más arbitrio que salvarse.
Los Escotos del baston
Perdieron los memoriales,
Y en el libro de sus cuentas
No hay más que ceros al márgen.
Ni una placilla *ad honorem*
Eucajan los miserables,
Porque extractos alambiques
Nos alquitaran la sangre.
Yo no sé la teología
Del *Merode*, ni otras artes,
Que en leyes de gatomaquia
Estudian los gavilanes.
Si el Rey me lo da, lo cómo;
Si no, me muero de hambre;
Que á no servirle, lo mismo
Me pasára en otra parte.
No blasono mayorazgos;
En Toledo, mi carácter
En casa de un mercader
Importará un par de guantes.
Del real erario he vivido;
Si algo me envian mis padres,
Aun no llega á los excesos
De gastos particulares.
Jamas escupí antesalas,
Sonriéndome con pajes,
Ni al ruido de mis tacones
Dispertaron tus umbrales.
Aborrecí cuidadoso
El estrechar amistades,
Cuando hipócritas finezas
Se rematan en un dame.
Hasta aquí no he conocido
A la miseria el semblante,
Y á fe que tiene una cara
Como treinta catalanes.
Es villana, es contrahecha,
Es espuria, es ignorante,
Sabe á chinches, huele á suegras,
Y se viste de desaires.
El paladar se enmohece,
Por lo poco que se barren,
Con escobas comestibles,
Telarañas guturales.
Honra cómo y honra bebo,
Honra es la tienda y el catre,
Y de todas estas honras
El estómago es cadáver.
Reformacion el vestido
Me pide por todas partes,
E intactas las faltriquera,
Aun conservan los hilvanes.
Limpio le suelo traer,
Porque las manchas le salen,
En virtud de la saliva,
A las cinco de la tarde.
Mi rocin está de suerte,
Que en los riesgos de un avance,
Si le empuño por la cola,
Me puede servir de alfanje.
Con el viento se gobierna,
Y es gusto ver cómo parte,
Con el poniente á mi tienda,
A Calaf con el levante.
Prevencion traigo de fuelles
Para calmas naturales,
Y con espuelas de soplos
Le fatigo los ijares.
Cuando encontrados le mueven
Vientecillos transversales,
Piensan algunos que marcho
Encima de un estandarte.
Y así, pido que me libres
Lo que tengas por más fácil,
En pago de mis corrientes
O á cuenta de mis parantes.
En la Troya de mi suerte
Serás Enéas, que saques
A el Anquises de mi vida
Sobre los hombros de un vale.
Serás César, que derrotes
En la Farsalia de males
Ejércitos pompeyanos
De cien mil necesidades.
En la Roma de mi angustia
Serás Tarquino galante,
Que violes con una firma

Mis bolsillos virginales.
Si no lo hicieres, serás
Tesorero perdurable,
Sin caudal y con libranzas
De trescientos Castelares.
Y en cualquiera providencia
Rogaré que Dios te guarde:
Prats del Rey y Octubre quince (1).
Amicus tuus: Quidam pauper.

III.

Respuesta á una carta en que ásperamente fué calumniado el autor de poco activo en el cange particular de un caballero.

Señora, baste que sea
Mi triste vida juguete
De discursos vandomales
Y empeños estaramberges.
Baste ver á mis costillas
Austeras y penitentes,
Filosofando en terrones,
Cuál es dócil, cuál es fuerte.
Baste vivir receloso
De que en guardias ó piquetes,
Un *item mando* de plomo
Me haga heredero del *requiem.*
O que á mis sesos un golpe
Por codicilo les deje,
En la posesion del cráneo,
Una reliquia de á geme
Baste vivir inquilino
Donde saben tantas veces
Los hisopos de Vizcaya
Menudear los asperges.
Baste temer, cuando llega
El capellan y arremete
Con absolvos de antubion
Y pésames de torrente;
Sin que avancen desde el Ebro,
Por el Cinca y por el Segre,
Tus rigores voluntarios,
Tus enojos miqueletes.
Una carta he recibido,
Tan seca, tan astringente,
Que fué imposible el abrirla
Sin untarla con aceite.
La pluma, que fué en tus dedos
Tal vez garzota del fénix,
Cañon parece, arrancado
De las alas de una sierpe.
No es tinta de alcaparrosa
La que imprimió caractéres,
Sino zumo de cicutas,
Confeccionado con hieles.
Tebaida es todo el papel
De una firma penitente,
Sin postdatas farvalacs
Ni rasguillos pelendengues.
Este suceso sonsaca
De mis íntimos retretes
Media docena de enfados
Que guardaba para un huésped.
Mas ¡ay! que al reñir contigo,
Los rencores se me tuercen,
Se me congelan los ceños,
Se me desmayan los dengues.
¿Tengo yo la culpa acaso
De que los canges te alejen
La esperanza de cobrar
Atrasados y corrientes?
Zúñiga, Córdova, Aponte
Tus ojerizas merecen,
Pues fueron del desajuste
Los tres superintendentes.
Pasaron á Momaneu,
A festejar con banquetes
La salud incorruptible
De las damas abstinentes;
Costándoles poco susto
Que todas desemparienten,
Desemboden, desemprimen
Otro puñado de meses.
Pero yo, que de las Musas
Soy tan inútil sirviente,
Que por no gastar su aliento,
Me soplan con unos fuelles;
Semiracional de aquellos
Que nacimos solamente
A fuer de ayuda de costa
Que Dios envia á la especie;
Del culto de tus altares
Monacillo tan endeble,
Que apénas saqué incensario
En las vísperas solemnes;
Pues arrimado á un rincon
Cuando cantaban las preces
Los demas sacrificantes,
Yo decia los aménes;
Que adoré la estampa *à longè*,
Rendí tributos *libenter*,
Formé suspiros *ad intra*,
Llevé desprecios *externè;*
¿Cómo he podido dar causa
Para que el alfange juegue
El Heródes de tu ceño
En mis ánsias inocentes?
Serena el furor, Señora;
Que si más tiempo le ejerces,
En la parroquia del mundo
No han de quedar feligreses.
Pero no te desenojes;
Que relámpagos celestes
Alumbran lo que amenazan,
Autorizan lo que hieren.
Al mirar mis vanidades,
Víctimas de tus desdenes,
Igualan los envidiosos
El número á los vivientes.
Si tan hermosas crueldades
Los desaciertos merecen,
Se pondrán las transgresiones
En el sólio de las leyes.
Y pues tus dulces castigos
Lo que ultrajan envanecen,
Bien hayan las desventuras
Que me hicieron delincuente.
A fe que la seriedad,
Con el viento que la impele,
Tambien desdobla en tu obsequio
Flámulas y gallardetes.
Y es mucho; que en esta tierra
La discrecion se reviene,
El númen se entelaraña
Y el discurso se enmohece.
Aquí (separo excepciones)
Son las que llaman mujeres,
Hermosas como mis males,
Pulidas como mis bienes.
En las alcobas del cuerpo
Arrellanada entretienen
Un alma que se espereza,
Un corazon que se duerme.
La canícula en su garbo
Engarapiñarse puede,
Y encanicularse á vista
De su chiste los diciembres.
Es el primor de su lengua
Acedía de la mente,
Garraspera del oido
Y taladro de las sienes.
Es cada pié, cuando ménos,
Una grosura perenne,
Un todavía de nervios,
Un item más de juanetes.
Tomando posta los ojos
Muy temprano para verle,
Descansan á media noche
En el meson del Empeine.
Bien hayas tú (tentacion
De equívoco me acomete),
Que siendo soberbia, sabes
En lo poco que te tienes,
Retórica, donde puso
Naturaleza elocuente
Mucha elegancia de fuego
En laconismos de nieve.
Bien hayas tú, desahogo
De los divinos pinceles,
Agua va de discreciones,
Antubion de rosicleres.
Cuyos triunfos se gradúan
Tan sobre todo, que tienen
Inmunidad de italianos
O distincion de irlandeses.
Bien hayas tú, y áun mal hayas,
Si haces que me ensobreceje,
Me enmodorre, hipocondrice,
Me ensaturne y me ennoruegue.
Sin pedir perdon, no es fácil
Que en conciencia te confieses;
Pide, Señora, pues tengo
Natural de hacer mercedes.
Y en el ínterin memorias
Al Marqués y á su adherente,
Y á las cordiales privanzas
Del interior gabinete.
Dios te guarde cuanto gustes;
Prats del Rey, Setiembre veinte,
Mil setecientos y once;
Señora, *tu mequetrefe.*

IV.

Responde, estando en campaña, á una dama que le envió á pedir unos versos.

¿Es posible que me mandes
Escribir versos, Anarda,
Cuando en lugar de las Musas,
Me están soplando las balas?
¿Cuando mullen cuidadosas
Mis estériles espaldas,
Sobre un catre de terrones,
El transportin de una capa?
¿Cuando el sudor, que se ingiere
Entre el polvo que se cuaja,
Me pespuntea el semblante
Con perfiles de argamasa?
¿Cuando enfrente de banderas
Tanto peligro amenaza,
Que sólo puede tu vista
Ser cosa más arriesgada?
¿Cuando temo que me envien,
Con despachos de Vizcaya,
A llevar á toda prisa
Al purgatorio una carta?
Pero, al fin, si cortejando
Tu voluntad me despachan,
Me iré al instante á la gloria,
Derecho como una albarda.
Quisiera no obedecerte;
Mas, ay, que á mis repugnancias,
Si las busco empedernidas,
Las encuentro almibaradas.
Los descargos se me huyen,
Las disculpas se me escapan,
Miéntras se le va cayendo
Al albedrío la baba.
Y pues tu influjo amanece,
Haré que toquen al alba,
En la torre de mi idea,
Conceptillos de campana.
Acusas mi olvido, como
Si entre desventuras tantas,
Al templo de mi memoria
Se atraviesen las desgracias.
Desmoronar nunca pudo
De mi atencion el alcázar,
Ni la ojeriza del tiempo,
Ni el rencor de la distancia.
De la Troya de mi suerte,
El Enéas de mis ánsias,
En los hombros del respeto,
Indemne sacó tu estampa.
¿Qué importa que contra escollos

(1) 1711.

Duro bajel se deshaga,
Si el ídolo se reserva
A cuidados de una tabla?
Guardo en mi memoria aquella
Urbanidad soberana,
De cuyo donaire fueron
Mis presunciones esclavas.
Y áun mi vanidad segura
En la aceptacion se ensalza;
Que en tu garbo se acreditan
Discretas las confianzas.
¡Oh, las veces que he llorado
Que en tí la fortuna ingrata
Coronas, la ojeriza
Con que aborrece á las gracias!
Mas ¿qué importan sus rigores,
Si cuando los desembraza,
Desacredita su impulso
El mármol de tu constancia?
¡Oh, pese! Pero ¿qué digo?
La música va muy alta;
Bajemos el punto, y vuelva
Otra vez la zarabanda.
Dices que estás en clausura,
Y es eleccion acertada;
Que al fin, eres para monja
Como yo para garnacha.
La contemplacion estudias,
Cuando lecciones de santa
No te han de entrar, aunque apures
Muchos quintales de pasas.
Sin agraviar los respetos
De tan nobles circunstancias,
Has de ser canonizable
Cuando Ragotzi sea papa.
Quien, como tú, se corona
Con tanto primor de marca,
No ha menester locutorios
Para burlar esperanzas.
Si de todos sus arpones
A Cupido le degradan,
Puede gastar en mochuelos
La municion de sus armas.
Si apunta sin tus primores,
Aunque se quite la banda,
No ha de herir dos albedríos
En setecientas semanas.
Si ya no es que mañoso,
Del falcistol hace aljaba,
Y un flechazo de maitines
Nos tira por tu garganta.
¿Qué hará sin las rubicundas
Sutiles volantes ascuas,
Que son cabellos de ángel
Para el plato de las almas?
¿Sin el campo, donde mil
Libertades corren cañas,
Y aunque ninguna tropieza,
Todas mil se descalabran?
¿Sin los parénteses rubios,
Donde lo hermoso separa,
De la prosa de las luces,
Dos centellas clausuladas?
¿Sin aquel proporcionado
Pirámide, que levantan
Los triunfos de las facciones,
Por blason de filigrana?
¿Sin los bochornos rasgados,
De cuyos incendios saca
Tabardillo la memoria,
El pensamiento tercianas?
¿Sin las esferas en donde
Envidiosa Vénus planta,
Para producir sonrojos,
Snavísimas bofetadas?
¿Sin la cátedra pequeña,
En que arguyendo la gracia,
Concluye á las hermosuras
Con silogismos de grana?
Mas ¿yo retratos? ¿Qué es esto?
Bien sé que no te pintára
Si el pincel ó los colores
Me costasen dos de plata.
Gracias á Apolo, que tengo
Los materiales en casa,
Y que el sudor de la musa
Es aceite de linaza.
Pero es preciso que sienta
Todo el papel que se gasta;
Que al fin es de mi bolsillo
Un pedazo de sustancia.
No admires galanterías;
Que siempre yo con las damas,
De mis prodigalidades
Desembarazo abundancias.
Si respondes, aseguro
(¡Mucho digo! pero vaya)
Rescatar á toda costa
De la estafeta la carta.
Y en el ínterin, memorias
A las que han sido gallardas,
Del templo de tu hermosura
Finísimas sacristanas.
Dios te guarde cuanto puede;
Octubre, veinte, en campaña
De Prats del Rey, años once;
Quien no come, pero masca.

V.

Carta que escribió el autor á una parienta suya, oidora en Barcelona, en respuesta de otra que ella escribió, quejándose de su descuido en escribirla.

Recibo, parienta mia,
De tu ingenio y de tu puño,
Una carta familiar,
Que ha menester un conjuro.
Me gradúas de veleta
Con estilo campanudo,
Y casi casi has estado
Para decir que soy trullo.
Jamas me escribes gustosa,
Siendo en la cuenta que ajusto,
Tantas las quejas que trago,
Como los portes que escupo.
No cabiendo en tu silencio
Murmuraciones del vulgo,
De los chismes que te cuentan
Haces la pluma cañuto.
Me acumulas más delitos,
Me fomentas más insultos,
Que han revelado en cien plazas
Los calzones del verdugo.
Vive Apolo (que es el dios
De todos los boquirrubios),
Que me causas más bochornos
Que veinte meses de Julio.
En la línea de pariente
Soy el más fino avechucho
De cuantos muerden los hierros
De las jaulas de este mundo.
Si no quieres escribirme,
No puede importarme mucho,
Porque sé de tu salud,
Sólo con tomarme el pulso;
Pues, como tus accidentes
Son la esencia de mis sustos,
Si tú equívoca la gozas,
El lo dice tartamudo.
Cuando el pincel del destino
Copia bienes ó infortunios
Para tu casa, en la mia
Hace primero el dibujo.
En verdad que el conceptillo
Era razonable asunto
Para revolver un poco
Los baules del discurso.
Pero gastar con parientas
Dulces hipérboles cultos,
Es lo mismo que escribir
Tiernos requiebros á turno.
Mas, no obstante, bien conoces
Que tus penas ó tus gustos
Me los trae certificados
La estafeta del influjo.
Cuando el pirata accidente
Te robó el color purpúreo,
Anduve yo en esta vida
Con patente de difunto.
Y cuando convaleciste
Con el semblante algo mustio,
Parecia yo entre todos
Recaudador de sepulcros.
Soy de tus dichas compulsa,
Soy de tus males trasunto,
Gaceta de tus pesares
Y baraja de tus triunfos.
Si tú te alegras, me rio;
Si te entristeces, me enluto;
Si te regalas, me esmebo:
Y si no comes, me enjugo.
Si te enfadas, me envinagro;
Si te suavizas, me endulzo;
Y si riñes, amartillo
En cada dedo un trabuco.
Si te esperezas, me estiro;
Si te frunces, me repulgo;
Y si bostezas, enseño
La canal de los mendrugos.
Si vas deprisa, soy ave;
Si despacio, soy testudo;
Si te duermes, soy liron;
Y si velas, soy lechuzo.
Si estás serena, soy calma;
Si llorosa, soy diluvio;
Si enflaqueces, soy menguante;
Y si engordas, plenilunio.
De tus sueños soy Morfeo,
De tus recados, Mercurio;
De tus ojerizas, Jove;
De tus tristezas, Saturno.
Si estás grave, soy Caton;
Si estás elocuente, Tulio;
Si chistosa, soy Marcial,
Y alguna vez soy Catulo.
Si te confiesas, me embisten
Vocaciones de cartujo;
Pero tú tienes cuidado
De alargarme este disgusto.
Si te levantas temprano,
Antes del alba madrugo,
Y si acaso te resfrias,
Luégo al instante estornudo.
Si haces labor, lo conozco,
Porque este dia me pudro;
Y sé cuando estás en misa
Por lo que parlo y murmuro.
La tarde que te visitan
De la audiencia los Licurgos,
Llamo Ticio al que es Gonzalo,
Y Sempronio al que es Angulo.
Cuando el reloj purpurado
Te se atrasa algun minuto,
A mi estómago al instante
Se le antojan almendrucos.
Cuando en forma de palomo,
Alternando los arrullos,
Caracolea el pariente,
Yo desde acá digo: «Truco.»
Y de estas finezas saco
Tan mala paga, tal fruto,
Como si fuese tu genio
La situacion de mis juros.
Mas yo mudaré de estilo,
Siendo para lo futuro,
De tus cosas trasgo, duende,
Sango, obnoscelio y sucubo.
Azar seré de tus juegos,
De tus quietudes tumulto;
Cuando bebas, mosca muerta;
Cuando comas, pelo sucio.
De tus riñas, tijeretas;
De tus pláticas, absurdo;
De tus ayes, aleluya;
De tus músicas, nocturno.
Seré en tus cintas enredo,

Resbalon en tus coturnos,
En tus vestidos polilla,
Y en tus encajes engrudo.
Raton de tus alhacenas,
Y lo que guardes á hurto,
Te lo tengo de roer,
Aunque sea dia de ayuno.
Al paje más diligente
Te le he de volver un burro,
Que trabuque los recados
Y te dé ciento por uno.
Haré que te corte el sastre
En la gala más del uso,
En vez de mangas, alforjas,
Y en vez de escotes, embudos.
Cuando envidies en la otra
Algun lazo de buen gusto,
Dispondré que no haya tienda
Donde se encuentre segundo.
Cuando salgas en el coche
A la fiesta de más rumbo,
He de romper una rueda
En la mitad del concurso.
Cuando vayas á palacio,
Al salon de los coluros,
A la oreja, como dogo,
Te he de echar un mamaluco,
Que con capa de discreto
Y con camisa de pulpo
Te atormente los oidos
Y te ahorque los discursos.
Y cuando salgas deprisa
(Por lo que al cielo le plugo)
He de barajar los coches,
Porque no se encuentre el tuyo.
Algo más hiciera, pero
Al candil le dan singultos,
Y en muriéndose, se viste
Toda mi casa de luto.
Ya fallece, ya boquea,
Y ya la suerte dispuso
Que pues escribo sin tiento,
Me vaya á acostar á pulso.
Dios te me guarde, Montijo,
Y Noviembre veinte y uno
Del año de diez y ocho;
A tus piés: *Eugenio Lupo.*

VI.

A un amigo, dándole cuenta de un alojamiento.

Si acaso, amigo y señor,
Viviendo alegre en Llerena,
Se te hace cuesta arriba
Acordarte de una sierra,
Reza alguna vez la Salve
(Si es que por descuido rezas),
Y no olvidarás á los
Desterrados hijos de Eva.
Yo lo estoy, por los pecados
Y mi desdicha, en Calera,
Lugar que entre unas carrascas
Escondió naturaleza.
Llegué cuando resucitan,
Al juicio de mi trompeta,
Del sepulcro de sus chozas,
Veinte y dos cuerpos de jerga.
No son más sus moradores,
Y todos juntos me llevan
A una casa, vivo ejemplo
De la mujer que se afeita.
Algo relumbrante el léjos,
Un poco pálido el cerca,
Telarañas por dedentro
Y mucha cal por defuera.
Dos cerdudos (1), al entrar,
Me dieron la enhorabuena;
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.
Recibióme una patrona
Ojiblanca y carinegra;
Patrona, amigo, que puede
Ser patron de las galeras.
Por el balcon de una toca,
Mal tejida y bien deshecha,
Asoma una contextura,
Que ni mi culpa es más fea.
De los bajos del sayal,
En mil deshilados, cuelgan
Unas como campanillas,
Que tocan, pero no tientan.
Entre el montaraz melindre,
Unos piesecitos muestra,
Largos como mi desgracia,
Anchos como tu conciencia.
Al fin, perfilando el cuerpo
Y bajando la cabeza,
Entré á un cuarto, cuyas vigas
Me hicieron ver las estrellas.
Era su interior adorno,
A el poniente una gatera,
Un bufete corcovado
Y una silla patituerta.
Un medio agujero á un lado
Está haciendo penitencia
Por la vanidad que tuvo
De querer ser alhacena.
Sobre un poco de tomiza,
Que entre dos palos se enreda,
Se mira un colchon con ménos
Vellon que mis faltriqueras.
En el techo dos racimos
Iban corriendo parejas
Tras un pero más podrido
Que la sangre de mis venas.
Sobre el vasar de un rincon
Estaba una ratonera,
Un corcho con sal, un cuerno
Y una Santa Magdalena.
Los cuadros son: un San Juan
Con su gorra y su bandera;
Un San Roque de papel,
Acancerada una pierna.
En seis ó siete personas,
A verme vino la aldea,
Alcaldes, concejo, clero,
Niños, mujeres y viejas.
Me daban paternidad,
Señoría y excelencia,
Y yo sólo deseaba
El que me diesen la cena.
Diéronmela, finalmente,
Sobre la gibada mesa,
Más roida que un dichoso,
Más amarga que mis penas.
Sentéme de medio lado,
Con tal hambre, que vendiera
Veinte primogenituras
Por un plato de lentejas.
El subcinericio pan
Que Elías comió en la higuera
Pareciera, junto al mio,
Oriundo de Vallecas.
Galgos mis dedos cazaron,
Despues de andar una legua,
La pechuga de un conejo
En el rincon de una hortera.
Porque la falta del vino
Sabrosa el agua supliera,
Me sirvió de postre aquello
Que al pródigo de merienda.
Y echando la bendicion,
Porque mi patrona huyera,
Se finalizó el convite,
Y comenzó mi tragedia;
Pues mi caballo el Guzman,
Por sólo la impertinencia
De un dolorcillo de tripas,
Se murió como una bestia.
La falta de la botica
Este daño recompensa,
Porque puedo comprar otro
Con lo que ahorré de recetas.
Estas son mis desventuras;
Poulas á sus piés, si llegan
Al templo de las deidades,
Para que el serlo desmientan.
A mis jefes, compañeros
Y amigos, si toman tierra
En el puerto de ese emporio
Del cuartel de las tormentas,
Como antigua, poner puedes
A su arbitrio mi obediencia,
Miéntras para mi epitafio
Se perfecciona esta letra:

Soneto.

Aquí yace en concreto un capitan,
Que en abstracto le dieron la racion;
Un *utensilio*, un *pré* y una *inspeccion*
Fué su cirrio, apostema y zaratan.
Manda, pues, que le entierren en [un pan,
Por si vive en oliendo el migajon;
Y no doblen por él, pues la ocasion
De su muerte fué sólo el ¿dan, dan, [dan?
Muere, en fin, consolado, porque al [fin,
Ya se lleva sabido qué es *gajé*
Y á qué cosa se llama *botiquin*.
Deja tacitas para dar el *té*,
Unas gacetas de la Alsacia y Rin,
Polvos de Chipre y hojas de *café*.

VII.

A una señora que se habia sangrado, aludiendo á la precision de hacerle un regalo.

Me han dicho, Anarda, que es fuerza,
Pues te sangras, regalarte;
Mal haya el médico, amén,
Que ordenó que te sangrases.
¿No es, mirado á buenas luces,
Cortesano disparate
Que hayan de pagar mis bienes
El delito de tus males?
¿Tienen simpatía acaso
Tus venas y mis caudales,
Que ha de salirse mi bolsa,
Porque se vierta tu sangre?
Segun esto, más enfermo
Estoy yo, pues cada instante
Que á tí la vena te apuntan,
A mí el corazon me parten.
Mas, ya que soy un perdido,
Determino el enviarte
Ocho cuartos, porque sepas
Que yo tal vez soy galante.
Bien pudiera á ménos costa
Cumplir; mas quiero que saques
Trajecillo de tisú
Con flueeos y farfalaes.
Recibe el regalo y calla;
Porque no habrá quien se case
Conmigo, al saber que tengo
Tantas prodigalidades.
Recibe tambien el susto
Que tengo al ver que en tu catre
Se atreve alevosa punta
A un jazmin de hueso y carne;
Por cuya cisura breve
(Ahora quiero remontarme)
Se precipitó copiosa
Inundacion de corales;
En cuyo golfo pudiera
Del albedrío la nave
Surcar peligros de nácar
Entre rojas tempestades.
Y así podré desquitar
Mi gasto con embarcarme,
Y en las Indias del barreño
Ir cargado de granates.

(1) Voz anticuada: *cerdo.*

VIII.

Se empeñaron unas señoras con su parienta la oidora para que mandase al autor escribir unas décimas sobre cierto asunto, y encontrando embarazo para la obediencia, respondió en nombre de la intercesora con este romance.

Lograr, amigas, no puedo
Que responda Lobo; indicio
De que vuestras discreciones
Son mordazas de su estilo.
Con máscara de respeto
Autoriza lo remiso,
Para que la repugnancia
Se acredite sacrificio.
Si se lo mando, responde
Que á preceptos peregrinos,
Sólo sabe venerarlos
El que no acierta á cumplirlos.
Si me enojo, dice: «Tantos
El ceño aumenta atractivos,
Que para el bien de los ojos
Es noble usura el delito.»
Si le ruego, se suspende;
Y cuando yo me imagino
Que va á soltar un concepto,
Desaprisiona un suspiro.
En fin, ya tomó la pluma,
Y despues de discursivo,
Para escribir una lira,
Empezó: «Muy señor mio.»
El sin duda está hechizado,
Pues en su almohada se han visto,
Con trescientos alfileres,
Dos sonetos amarillos.
Dejémosle para necio,
Dejémosle para indigno,
Y dejémosle; que es toda
La esencia de su martirio.
No piense que á mí me falta
Habilidad ó artificio
Para zurcir cuatro coplas,
Si empiezo á tomar el hilo.
Plegue á Dios que cuando quiera
Subir la cuesta del Pindo,
Tropiece su númen tanto,
Que se quiebre los hocicos.
Y cuando pida á las Musas
La inspiracion ó el auxilio,
Porque no puedan soplarle,
Las halle con garrotillo.
Plegue al hado que se vean,
Por la mano de asesinos,
Descuartizados sus versos
En las columnas de un libro.
Y cuando alguno traslade
Sus papeles clandestinos,
De donde penda el concepto,
Allí cuelgue un desatino.
Plegue á Dios que cuando piense
Que al mundo tiene aturdido,
Venga un sacristan de monjas
A pedirle un villancico.
Váyase, en fin, noramala,
Pues yo le juro y le afirmo
Que de no hablarnos con-verso,
Se ha de ver arrepentido.

IX.

Quéjase un ofendido del infiel proceder de una deidad.

ROMANCE CÓMICO.

Sabed, rústicos pastores,
La traicion de mi enemiga
Zagala, en quien son iguales
La hermosura y la mentira.
Sabed que aquellos honores,
Que álguien tuvo por caricias,
Fueron contra mi inocencia
Doradas alevosías.
Admitió mis sacrificios
Para ejercitar sus iras,
Vistiendo sus tolerancias
De dulces hipocresías.
Proporcionando al ascenso
El golpe de la caida,
Sobre algunas presunciones
Colocó á mi fantasía.
En mi necia confianza
Aseguró su malicia;
Que tambien en las deidades
Hay sagradas villanías.
Llevóme por el camino
De una lisonja mentida,
Y me disparó una ofensa
Al revolver de una dicha.
¿Quién creyera que en su agrado
Se ocultase la malicia?
Pero, ¿quién no lo creyera,
Sabiendo la suerte mia?
Más incurable se hizo
La falsedad que la herida,
Porque enconó á la paciencia
El modo de dirigirla.
¡Cuánto mejor me estuviera
Adorarla siempre esquiva!
Que al fin, hay mucha distancia
Desde el agravio á la ira.
Desden fuera que á mi obsequio
Desatendiese propicia,
Pero, admitido ultrajarle,
No es desden, que es grosería.
Se conoce delincuente,
Y con mayor ojeriza,
Sin permitirme la queja,
Me concede la justicia.
Me ofrece satisfacciones,
Y las que pido la irritan;
De suerte que en sus engaños,
Aun se confunde á sí misma.
Si la escucho, en su elocuencia
Tanto mi razon peligra,
Que si la arguyo quejoso,
Me satisface ofendida.
Quiere que mis ojos mientan
En lo mismo que examinan,
Y que se abrase en los suyos
La verdad de mis noticias.
Como tiene de su parte
Tanta perfeccion divina,
Naufraga mi entendimiento
En el golfo de su vista.
Pero yo pondré mi estrago
Delante de la porfía,
Y ser podrá que se ahogue
El volcan en mis cenizas.
Ya me he resuelto á no verla.
Ya, pastores, no he de oirla;
Mal haya el suceso infame
Que de tanto bien me priva.
Y pues venganza os he dado
De los celos de algun dia,
Trocad lastimosamente
En piedades las envidias.
Aprended los escarmientos
En el libro de mi vida,
Si contra hermosas traiciones
Haber pudiese doctrinas.
Y tú, como todas falsa,
Como nadie peregrina,
Como mi estrella inconstante,
Como mi fortuna impia;
Tú, que las gracias me pides
De honores que vulgarizas,
Como si entre tantas fuese
Mi obligacion la más digna;
Tú, que me expones al riesgo,
Y el precipicio castigas,
Fundando tus diversiones
En malquistar mi alegría;
Quédate en paz, miéntras noble
Mi desengaño conquista
Del inocente albedrío
La usurpada monarquía.
Quédate en paz, miéntras hago
Violencia á mi fantasía;
Que bien podrá separarla
De mi razon tu injusticia.
Quédate en paz; que te juro
Por todo el fuego en que ardia,
De resistirme, aunque muera,
De no quejarme, aunque viva.

X.

Á una sirvienta arrimona.

Sirvienta de los demonios,
Doncella, y sábelo Dios,
O fregona ó barrendera
De las basuras de amor,
¿No me dirás qué me quieres
Siempre que á tu casa voy?
Pues en echarme tanto ojo,
Los traigo siempre al vizor.
Te llegas siempre que hay modo
De despabilar velon;
Me miras y te sonries,
Y de cuando en cuando hay tos.
El pellizco anda que rabia,
Y lo haces con tal primor,
Que traigo en mis pobres carnes
Señales de tu pasion.
Si me alcanzas con la pata,
Allá va, tenemos coz,
Y el codo tambien se arrima,
Que en tí puede ser codon.
¿De decirte pan por pan,
Que no entiendo enigmas yo,
No es esto que en buen romance
Me tienes inclinacion?
¡Ay desdichado de mí!
Oiga el diablo en lo que dió;
¿Acaso, porque eres Gila,
Juzgaste que soy Anton?
Pero no consiste el caso
En que tú me quieras, no,
Porque, en fin, eso va en gustos,
Y no es esto lo peor.
Lo que á mí me escandaliza,
Y es para ello, por quien soy,
Que me picas, y te escapas
Como chinche que mordió.
Si me arrimo, tú me pegas
Un garrafal rempujon;
Y si á otra voy, no me dejas
Articular una voz.
Ni bien pasiva, ni activa,
Tu réproba condicion,
O no muestre que padece,
O no me impida la accion.
¿Quieres oler á palacios
Con basquiña de meson?
Ha de haber méritos ántes,
Para haber favores post.
¡Qué cocinero donaire
Y qué dengue tan fregon!
¿No ves que soy señorito,
Y te hago mucho favor?
¿Con qué conciencia me ofreces
Unas señas de tizon,
Unos piés llenos de callos,
Y unas manos de sudor?
Admitirte yo sería
Acto de mi indignacion;
¡Si lo supiera mi madre,
Qué azotes llevára yo!
Mira, nadie lo sabrá,
Callo como un confesor;
¿No quieres? ¡Pues vén y pica,
Y verás qué pescozon!
Que una dama como tú
Con un galan como yo,
Ha de ser mio el donaire,
Y tuya la adoracion.

XI.

Á una pretension amorosa, seguida nueve dias.

INTRODUCCION.

Desde ayer hizo ocho dias,
Y en buena cuenta hoy son nueve,
Que pretendo tus favores
Y merezco tus desdenes.
En ciento veinte y seis horas
Van otros tantos papeles,
Que en gerga de enamorados
Suelen llamarse billetes.
De docenas de romances,
Poco más ó ménos, siete;
De décimas y sonetos,
Discurro que quince ó veinte.
Estás, Marfisa, hecha un poste,
Sin hablar ni responderme,
Tan hermosa y más que nunca,
Tan ingrata como siempre.
Tengo botado en poesia
La Aganipe é Hipocrene,
Para purgarte de esquiva,
Y áun no te bastan dos fuentes.
Yo sé que soy de tu gusto;
Pues dime tú qué pretendes,
¿Que me pudra yo en deseos
Unos diez ó doce meses?
Si has de admitirme, despacha,
Míralo bien; mas advierte
Que en cada instante que tardas,
No sabes lo que te pierdes.
Bien haya amor lacayuno,
Que tíquis-míquis no entiende,
Su carcaj dispara coces,
Sos halagos son cachetes.
Y las deidades fregonas,
Sin arrumacos ni dengues,
De estos requiebros se pagan,
A estas baterías ceden.
Pero acá una señorita,
Preciada de impertinente,
Está rabiando y se sufre
Para obstentar altiveces.
Pues ¡qué! ¿quieres que amor viva
En purgatorio perenne,
Sin que le dés un sufragio,
Que alivie lo que padece?
No, señora; que ocho dias
Es espacio suficiente
Para probar la constancia
De un corazon que te quiere.
¿Acaso es mi amor judío,
Orlado de tocas verdes,
Que en sinagoga de ultrajes,
Viva de esperanzas siempre?
Pues voto á tal, señorita,
Que si hoy no se arrepiente,
Se la va amasando un pan
Tan blando como unas nueces.
Y si poco noviciado
Nueve dias le parecen,
No faltará religion
En donde mi amor profese.
Adios, dueña desdeñosa;
Que acabo con que te ruegue
Mucha paz en esta vida,
Y en la otra *zarambeque* (1).

XII.

Disculpa de un amor hijo de superior causa.

Imposible idolatrado,
Con quien obstinada el alma,
Aun mirándote imposible,
No pone freno á sus ánsias,
Oye de un pecho rendido
Quejas mal articuladas,
Que han empezado en sollozos,
Y en impaciencias acaban.
Oye, si acaso el gemido
A un duro escollo quebranta,
O si no es tu resistencia
Más dura que mi eficacia.
Ya sabes que de tus ojos
Las estrellas soberanas,
Si al entendimiento inclinan,
A la voluntad arrastran.
Si obedezco á sus influjos,
¿Cómo culpas de arrogancia
La obstinacion que en quererte,
De obedecerte no pasa?
Vuelve el crédito á tus luces;
Que es tiranía sobrada
Castigar lo que fomentas,
Y despreciar lo que causas.
Si yo pudiera no amarte,
Amarílis, y te amára,
Fuera culpa de mi arbitrio
Querer arder en tu llama.
Mas, si sirvo á tus violencias,
¿Por qué tu altivez tirana
De tan bello y noble orígen
Los privilegios quebranta?
Rayos son tuyos las flechas
Que amor contra tí dispara;
Pues ¿en qué ofende un impulso
Que está sirviendo á su causa?
Pero ¿en quejas repetidas
Para qué mi voz se cansa,
Si en imposibles remedios
Un fino amor se desaira?

XIII.

Quemado por la dama el papel antecedente, va otro.

Segunda vez, Amarílis,
Lleva mi temeridad
Segunda tabla á tu templo,
Nueva víctima á tu altar.
Las tiranías del númen
Nunca pueden estorbar
Que se repitan obsequios
En culto de su deidad.
No se hicieron escarmientos
Para un corazon leal;
Quien huye de los peligros,
¿Será glorioso jamas?
Tus iras mi sacrificio
Llevar al fuego podrán;
Mas no pueden impedirme
La gloria de idolatrar.
Desprecios no atemorizan
A quien no ignora que está
A espaldas de lo tirano
La imágen de la piedad.
¿Qué importa que tus rigores
Me anuncien un fin fatal,
Si sólo el lograr tus iras
Halaga la vanidad?
¡Si sabes que yo te adoro,
Mas que nunca logre hallar
En tu atencion un sollozo,
En tus lástimas un ay!
Sólo me daria susto
Ser ignorado mi afan;
Si sabes que por tí muero,
¿Qué mayor felicidad?
Para este inocente obsequio
Preven incendios allá,
Y apuremos cual más cansa,
Si el escribir ó el quemar.
Una grande diferencia
En nuestros afectos hay:
Yo soy temoso en ser firme,
Tú en ser ingrata tenaz.
Y como arder por lo hermoso
Fué siempre más natural
Que el despreciar lo rendido,
Ve tú quién ha de triunfar.
Mira, Amarílis, que amor
Es travieso y es rapaz;
¿Quieres apostar conmigo
Que al fin las has de pagar?
Haz lo que quieras; que nunca
En mi empeño he de cesar,
Hasta que de mi fatiga
Se avergüence tu crueldad.

XIV.

Á un hombre que decia no haber amor en el mundo.

Quien dice que está seguro
De la violencia de amor,
O presume de insensible,
O desmiente su razon.
El que niega la eficacia
Del más poderoso arpon,
Le roba el calor al fuego,
Y niega la luz al sol.
¿Cómo es posible que un alma
Se libre de su rigor,
Si en ella es naturaleza
La fuerza de esta pasion?
Negar lo amable á lo bello,
Es negarle á la eleccion
Aquel acierto que debe
A un influjo superior.
¿Qué queda que hacer al hombre,
Si áun el bruto más feroz
Sabe sentir un desaire
Como apreciar un favor?
¿No estás oyendo las quejas
Del pájaro gemidor,
Que está llorando en las ramas
El tálamo que perdió?
¿No estás mirando los besos
De aquellas palomas dos,
Que están formando del pico
El cauce del corazon?
Allá se rinde á una vid
Un silencioso amador,
Dando á entender su cariño
En aprovechar su union.
Sigue el acero á su iman,
Las flores buscan al sol,
El fuego sube á su esfera
Y vibra el aire á la voz.
Luego si logra el instinto
Privilegios de razon,
¿Cómo á la razon se niega
Lo que es su prueba mayor?
Con que, Fabio presumido,
Ó tienes amor ó no:
Si no, véndete por mármol;
Si amas, confiesa tu error.

XV.

Historia de Medoro y Zelima (2).

Aquel africano ilustre,
Galan, valiente y bizarro,
Para las delicias jóven,
Para la prudencia cano;
Dulce lisonja del alma,
Y noble cifra de cuantos
Para robar corazones
Produjo el suelo africano;
A rienda suelta le miro
Huyendo de sus contrarios,
Con la una mano en la rienda,
Y el alfange en la otra mano.
«¿Adónde vás, caballero?
Detente, no corras tanto,
Pues, sin tanta priesa, sé
Que te hizo el amor su rayo.

(1) Danza alegre y bulliciosa, entónces muy usada entre los negros.

(2) Este romance fué escrito en las mocedades del autor. Es una gallarda imitacion de Góngora.

»Aguárdate un poco, y mira
Que acá te queda en el campo
Un alma con poco aliento
Y un corazon en pedazos.
»Llegando viene á tu tienda
Duro tropel de cristianos,
Y su caudillo me lleva,
Al par mi dueño y mi esclavo.
»—Feliz el suelo, me dice,
Que liberal ha brotado
Tan mal defendida rosa
Entre abrojos mahometanos.
»Acaso elegí esta tienda
(¡Oh, cuánto debí al acaso!)
Para el saqueo, y me pierdo
En las riquezas que hallo.
»Aljófares y corales,
Ya deshechos, ya cuajados;
Perlas que vierten tus ojos,
Perlas que esconden tus labios.
»Ya que no vea tu risa,
No vea, mora, tu llanto;
¡Cómo triunfarás riendo,
Si puedes triunfar llorando!
»Cese de tus tiernos ojos
El bellísimo quebranto;
Que aunque enemigo, soy noble;
Tambien perdono, aunque mato.
»Libre estás, preso me tienes,
No te asustes de escucharlo;
Que respetar á las damas
Saben pechos castellanos.
»Si quieres salvar la vida,
Monta sobre este caballo,
Lleva tus joyas, y lleva
En un alma la de entrambos.
»En este rayo andaluz
No enfrene el miedo tu paso,
Sube en el corcel y vuela
Con los suspiros que exhalo.
»Dejadla que corra libre,
No la detengais, soldados;
Que corre peligro el triunfo
Si deja verse en el campo.»
Oprimió la espalda al bruto,
Con su noble carga ufano,
Exhalacion de aquel cerro,
De dos bellos soles carro.
«¿Adónde vas? le pregunta
Voz que sale de un peñasco;
Medoro soy, si á Medoro,
Que te huye, vienes buscando.»
Rémora su voz la enfrena,
Arrimo le dan sus brazos,
Su amante deseo albricias,
Y su cansancio desmayo.
«¡Sola me expusiste al riesgo,
La vida en duda, tirano!
¡Qué bien te esconde una peña,
Duro corazon de mármol!
»¡Ingrato sobre medroso!
¿De cuándo acá, dime, ingrato,
Aprendiste á huir cobarde
Y á abandonarme villano?»
Quejas que el amor inspira,
No rompen de amor los lazos:
Los desagravios se admiten,
Porque los oye el agrado.
«Perdidos somos, Medoro;
Huyamos del sitio, huyamos.»
Dijo; y montando los dos,
Veloces salvan el campo.
Pica el acicate, y pica
Al corazon abrasado,
Ya la ingratitud del moro,
Ya la atencion del cristiano.

XVI.

À Lísis, cazando.

Fatigaba el bosque á truenos
De un largo estrecho cañon,
Que fabricó para rayo
La blanca esfera de amor,
Lísis, la Vénus del Tajo,
Ligando con rara union
Lo hermoso con lo valiente,
Lo divino y lo feroz.
Su montaraz hermosura,
Su bellísimo rigor,
Milagro de los tres siglos
De su feliz duracion,
Con iras airosas sigue
La senda que le enseñó
Adusta sed del sabueso,
Cauta industria del ventor.
A su venatorio exámen
La vida no redimió
Manchada tigre ligera,
Blanco pájaro veloz.
Si aciertos logra su audacia
En las vidas que quitó,
¿No hallan más triunfos sus ojos
En un firme corazon?
Si matas, Lísis, las fieras,
¿Por qué los deseos no?
¿Han de morir más felices
Los brutos que mi razon?
Mas ¡ay! que dándoles susto
Y negando mi atencion,
Lísis prosigue en matarlas,
Prosigo en morirme yo.

DÉCIMAS.

Al reverendo padre fray Josef Hebrera, predicador general de la religion seráfica, cronista de la provincia de Aragon, etc., desde el cuartel de Berlanga.

Yo, aquel capitan Gerardo,
De cuya infeliz historia
No tendrá el mundo memoria,
Aunque tome el anacardo;
Que en el más noble gallardo
Concurso particular,
Llegando á sacrificar
El respeto y el temor,
Gasté tal vez buen humor,
Que es cuanto pude gastar;
Yo, aquel que dí con los pliegos
De perdidos borradores,
Vendimia á los impresores
Y mayorazgo á los ciegos;
Gracias á un millon de legos,
Que á los mios añadió
Cuantos errores soñó,
Estando de suerte ya,
Que no los conocerá
La musa que los parió;
A tí (¡oh padre!), á quien celebro
Por grande, por uno solo,
Por mayorazgo de Apolo
Y por dulce honor del Ebro;
Por regalo, este requiebro
Envio; y porque la fuerte
Tenacidad de mi suerte
Quede en algo divertida,
Quiero contarte mi vida,
Para que sepas mi muerte.
Despues que desgracia esquiva
Me arrojó donde pudieran,
Si mil pródigos vinieran,
Engordar su comitiva,
Contra mí la ardiente estiva
Rabia del can apresura
A el aire con peste impura,
La tierra con tabardillo,
Al fuego con garrotillo
Y al agua con calentura.
Tan incomparable ardor
Estas mansiones perciben,
Que pienso que se conciben
En la fragua de mi amor;
Dice la vida en sudor
Que se le enciende la casa;
El polvo al instante pasa
A restañar las fluxiones,
Y se meten las facciones
Entre fundas de argamasa.
El Adónis más bizarro
Envuelve su perfeccion
En túnicas de carbon,
Con sus pespuntes de barro;
Pienso que al délfico carro
Le rige otra vez y altera
La vanidad altanera
De algun faeton desvarío;
Pues lo que en Livia es estío,
Se llama aquí primavera.
Siempre música me dan
Con alternacion bizarra,
Por de dia la cigarra,
Por de noche el alacran;
Si busca el sediento afan
De agua dulce alguna seña,
Zupia bebe, y si se empeña
En procurar refrescarla,
Es menester arrimarla
Al chiste de una extremeña.
Como son de tosca y dura
Calidad los alimentos,
Tambien los entendimientos
Se han convertido en grosura;
Aquí murió la lectura
De Homero sobre su Aquíles;
Pues los genios más sutiles,
Sólo con frases sencillas,
En tomos de algarrobillas
Van comentando perniles.
Yo en Berlanga, lugar chico,
A soledad me condeno;
Que sin duda no soy bueno,
Pues que no me comunico;
A desenlazar me aplico
Del mundo tiranas redes,
Cuyas falibles mercedes,
Porque al desempeño apoyen,
Como me han dicho que oyen,
Se las digo á las paredes.
Las mujeres que he mirado,
De las pieles que trasquilan
Todos los vellones hilan,
Pero ninguno delgado;
Por el gesto y por el grado,
Negras parcas las supongo;
Y así, si á hablarlas me pongo,
La retórica trabuco
En frases de calambuco
Y metáforas de Congo.
Si me acuesto, por instantes
Me cansan, impertinentes,
Los etiopes pungentes,
Vivos átomos saltantes;
Luégo escuadrones volantes
De imperceptible saeta
Y fastidiosa trompeta
Se muestran tan importunos,
Que quisiera, como algunos,
Tener cara de baqueta.
Segun á escozor provoca
La invisible chusma alada,
Llego á discurrir que untada
De celos tiene la boca;
Más me pica, si me toca,
El aguijon diamantino,
Que un as en el revesino;
Pues á su dardo punzante,
Aun no es escudo bastante
El cútis de un vizcaíno.
Luchando con el empeño
De la idea y del quebranto,
A bofetadas espanto
A la canalla y al sueño;

Llega el semblante risueño
De la aurora enternecida,
Y al instante me convida
Chocolate sin espuma,
Tan claro como tu pluma,
Tan malo como mi vida.
Vístome en abreviatura,
Sin espejo y sin cuidado;
Que es mucho para soldado
No cuidar de la hermosura:
Y como alguno asegura
Que en llanto y risa la aurora
Vierte perlas, que atesora,
Salgo á incitarla á las cumbres,
Con gracias, con pesadumbres:
Pero ni rie ni llora.
Veo así que en realidad,
Quien sólo lleva en sus tropos,
Luces, colores, piropos,
Muere de necesidad;
Vária etérea tempestad
De flores llama al Abril,
Canoro alado pensil
Al ave, al vino ambrosía,
Al sol linterna del dia,
Y sol nocturno al candil.
Voy á misa, y no bien digo
La entrada de una oracion,
Cuando la imaginacion
Me saca por un postigo;
En ir, no obstante, prosigo,
Pues esto lo considero
Como aquel que á un charco entero
Con un harnero desagua,
Que ya que no saque agua,
Lleva mojado el harnero.
Vuelvo á casa, y son el plato
De mi almuerzo y de mi alivio,
Con dos décadas de Livio,
Seis emblemas de Alciato;
Suelo escribir algun rato
Cuatro rimas á mi amor,
Sin traslado, que en rigor,
Asuntos de tanta fe
En limpio están miéntras que
No salen del borrador.
Autores aplico varios
A mi profesion honrosa,
Siendo mi leccion curiosa,
De César los comentarios;
Ningunos más necesarios
Que Vegecio y Censorino;
A este equipaje me inclino;
Y así, sólo encuentro en él
Aderezos de papel,
Vajillas de pergamino.
Para murales ardides
Y construcciones de plazas,
Registro en Cresa las trazas,
Grande expositor de Euclídes;
En estas y en otras lides
Las horas vengo á gastar,
Porque no diga el lugar
Del *Exodo* que á comer,
Me siento sólo á beber,
Y me levanto á jugar.
Cómo, en siendo mediodia,
Un pobre puchero yermo,
Que suelen llamar de enfermo,
Y es sólo de economía;
Es principio, es medianía,
Es el todo y el *Laus Deo*,
Porque en el vano recreo
De mi mesa no se alcanza
Más postre que mi esperanza,
Más dulce que mi deseo.
El ir despues es forzoso
(Aunque con gana no mucha)
Al teatro de la lucha,
Que otros llaman del reposo;
Donde salen, como al coso,
Los vagantes clandestinos,
Susurrantes capuchinos
De volátiles coturnos,
Que si ántes fueron nocturnos,
Ya se vuelven vespertinos.
Me levanto fastidiado,
Sin saber si me desvelan,
Más que todos los que vuelan,
Los mosquitos del cuidado;
Del apolíneo collado
Quiero subir la montaña,
Pero de suerte me araña
El influjo, y se rehusa,
Que imagino que la musa
Se me ha vuelto musaraña.
Salgo á ver del superior
Y compañeros la cara,
Y en el intendente pára
La plática y el furor,
Hasta que dice un doctor:
«Sacrílegos maldicientes,
¿No veis que los penitentes,
Cuando en el pesar se emplean,
A Dios le piden que sean
Sus oidos intendentes?»
La justicia de este texto
Me vuelve á casa temprano,
Donde en las horas que gano,
Pierde la paciencia el resto;
A ninguno soy molesto,
A mí proprio me fastidio,
Y sobre el ocio en que lidio
(A várias lecciones pronto)
Marcho á buscar en el Ponto
Melancolías de Ovidio.
Despues los criados mios
Un par de huevos previenen,
Que sólo de frescos tienen
El que suelen llegar frios;
Tal vez son regalos pios
Estos pobres aparatos,
Pues al quitar los ornatos
De las tiernas comisuras,
Trago, en dos embestiduras,
Un par de pollos nonnatos.
Salgo, en fin, con mi pasion,
Al aura buscando fria;
Ser cual Céfalo queria,
Pero soy cual Endimion;
Pues en la vaga region
Sólo encuentro con la luna,
En cuya faz importuna
Va estudiando mi eficacia
Crecientes de mi desgracia,
Menguantes de mi fortuna.
Las constelaciones leo,
Que al campo supremo esmaltan,
Pero en vano, pues me faltan
Esferas de Tolomeo;
Allí supiera el deseo
Las que la dicha me sorben,
Pero es fuerza que me estorben,
No siendo en azul estadio,
Aquel que *descripsit radio*
Totum, qui gentibus orbem.
De esta suerte se pasea
En uno y en otro intento,
Vagamundo el pensamiento,
Por el campo de la idea:
Feliz tú, que en la asamblea
Del más noble consistorio,
Tienes por lustre notorio,
En el Ebro aclamacion,
Crédito en la religion,
Y ainda mais el refectorio.
No olvides mis intereses
Cuando te alumbren los astros
De Azlores, Gurreas, Castros,
De Julves, Martos, Urrieses,
Palafox y las que vieses
Floras del ibero prado,
Norte ya de mi cuidado;
Pero bien se lo merece:
En Berlanga, Julio trece;
Tuyo siempre, *el Desterrado.*

Irónicas instrucciones para ser buen soldado (1).

Será estudio principal
De un soldado verdadero,
El no quitarse el sombrero,
Aunque pase el General;
Desprecie á todo oficial,
Hable con ceño cruel,
Y en metiéndose con él,
Sin que la razon le venza,
Encaje una desvergüenza
Al arcángel san Miguel.
Blasone con arrogancia
De incesante matador,
Advirtiéndole que el valore
Se vincula en la ignorancia;
Y si alguno con instancia
Le dijere que algun dia
Saber quién es Dios podia,
Responda muy confiado
Que para ser gran soldado
No es menester teología.
Si por alguna ocasion,
Del pré le faltase el real,
Al vasallo más leal
Puede quitarle un millon;
Que en esta compensacion
Es su albedrío la tasa,
Y si con boleta pasa,
Lleve siempre por muy cierto
Que se entiende en el cubierto
Cuanto encontráre en la casa.
Si va por paja, ya sabe
Que es circunstancia precisa
Que se traiga la camisa,
La cama, el burro y el ave;
Que desmorone, que cave,
Pues tiene en el nombre régio
Para todo privilegio;
Y si la iglesia está á mano,
Será un grande veterano
Si se engulle un sacrilegio.
Dirija á toda heredad
La ejecucion de su intento;
Que Adan en su testamento
Le ha dejado la mitad;
Con esta seguridad
Agoste, vendimie, pode,
Sin que nadie le incomode;
Que ya el hurto no es pecado,
Despues que se ha bautizado
En la pila del *Merode.*
Siempre que pueda, correr,
Pues si el caballo se muere,
Darán otro, si el Rey quiere
Sus dominios defender;
Echele luégo á pacer
En el trigo más cercano;
Que aunque sea muy temprano
Y haga daño á la salud,
Se granjea la virtud
De aniquilar al paisano.
Si se halla en el paraje
De batalla, ponga lista
La potencia de la vista
Al escuadron del bagaje;
Cierre con el equipaje
Con desórden desmedido,
Sin que nada le haga ruido,
Pues muy poco se abandona

(1) Este papel se compuso á fin de refrenar algunos desórdenes introducidos por la confusion de los principios de la guerra; pero le hizo inútil el tiempo con la exactitud (nunca bien ponderada) y la disciplina de las tropas. (*Nota del mismo* GERARDO LOBO.)

Que el Rey pierda la corona,
Si él consiguiere un vestido.
En siendo oficial, la bata
Compre por autoridad,
Y gaste una eternidad
En ponerse la corbata;
Sea voto de reata
De quien la mano le dé;
Hable sin saber de qué,
Estudie con ánsia toda,
Por las frases de la moda,
La cartilla del gajé.
Tenga á costa de su afan
Al proveedor muy propicio,
Que le importa el beneficio
De la cebada y el pan;
Quéjese de que no dan,
Por más que triunfe y que vista,
Y no complete la lista
De los precisos soldados;
Que es quitar á sus criados
El que pasen la revista.
Olvide en todo la ley,
Pues sin afan ni desvelo
Puede encajarse en el cielo
Con la patente del Rey;
No lea quién fué Muley,
César, Numa, Craso, Emilio,
Marcial, Homero y Virgilio:
Pues nadie sabrá más que él,
Como sepa en el cuartel
La ciencia del utensilio.
Si agua, lumbre, luz y sal
Le debe dar el patron,
Pida por cada racion
A lo ménos un quintal;
Convide á todo mortal
A comer, sin fatigarse,
Para poder ajustarse
En la mayor conveniencia,
Y déjese la conciencia;
Que esto se llama ingeniarse.
Tome, afectando virtud,
Lo que añadan los cuitados,
Porque tenga á los soldados
En el lugar con quietud;
Véndales la rectitud
De su empleo natural;
Que la violencia moral,
Aunque parece espantosa,
No piense que es otra cosa
Que un peccadillo mortal.
En su vida dificulte
Licencia á persona cierta,
Para que la plaza muerta
En su bolsa se sepulte;
A el arrendador consulte
Sobre vender el sustento
Para el militar, exento
De cargas é imposiciones,
Y él, por cobrar los millones,
Partirá su arrendamiento.
Si está el lugar muy cargado,
Ajuste su evacuacion,
Y venda por compasion
A el General su tratado;
Inste, ruegue porfiado,
Aunque le respondan tibio,
Hasta lograr el alivio;
Que con lo que él se enriquece
Cargar al otro, merece
La fama de Tito Livio.
Si ir á la córte desea,
Su ausencia puede ajustar;
Que es bien que pague el lugar
Aquello que él se pasea;
Junte toda la asamblea,
Y proponga al consistorio
Un reformado notorio,
Que está ausente y vendrá presto,
Y ajústelo; que por esto
No ha de ir al purgatorio.
Si marcha, vaya delante,
Por los lugares cercanos,
El Neron de los paisanos,
Verbi gracia, el ayudante;
Absuelva luégo al instante
Al que deje los cuatrines,
Y si se aloja á los fines,
Sus setecientas boletas
Las ha de sacar completas,
Aunque pese á los maitines.
Advierta que los que vienen
A formar su alojamiento,
Le han de dar ciento por ciento
De las plazas que no tienen;
Diga que allí se detienen
Otro dia; y luégo aparte,
Vendrá el cura, quien con arte,
Que se vaya ajustará
Cobre el censo, y marchará
Con la música á otra parte.
Diga á el alcalde cuitado
Que nunca se cobrarán
De la cebada y el pan
Los recibos que ha tomado;
Cómpreselos de contado
Por una inútil porcion,
Despues en la provision
Tendrá ganancia segura;
Que esto no es más que una usura
Con bonísima intencion.
Defienda sin argüir,
Pero no sin porfiar,
Que el soldado puede hurtar
Para comer y vestir;
Que el patron ha de sufrir,
Ya que vasallo se nota,
El mantenerle la bota,
El reloj con la cadena,
Almuerzo, comida, cena,
Vanidad, caballo y sota.
Inflame, en fin, su elocuencia
Con términos de antubion,
Suelte una manutencion,
Aforrada en subsistencia;
Saque á la pobre conciencia
De sus límites estrechos,
Pues no son más estos hechos
Que ingenios, sabidurías,
Arbitrios, economías,
Manos libres y provechos.

A don Luis de Narvaez, su teniente coronel, dándole cuenta de la infelicidad de los lugares de Bondonal y Elechosa, que le tocaron de cuartel, en los montes de Toledo.

Despues, amigo, del dia
Que entre kirie y aleluya,
Te apartaste con la tuya,
Dejando mi compañía;
Despues que de Andalucía
Te dió el viento en las narices,
Por mil sierras infelices
Fatigaron mis trabajos
Los caminos de los grajos,
Las sendas de las perdices.
En busca de mi cuartel
Anduve de cerro en cerro,
Hecho un lobo y hecho un perro,
Porque no daba con él;
El lugar del coronel
Pasé, como fué notorio;
Tambien pasé el refectorio
De Montalvo, de Esporrin,
El Soler, y pasé, en fin,
Las penas del purgatorio.
Con industria artificiosa,
A cualquiera que encontraba,
Como enigma, preguntaba
Por Bodonal y Elechosa;
Oyendo esta cosicosa,
Dijo un Fulano de Tal:
«De Elechosa y Bodonal
Se llevó los habitantes
Un arroyo, mucho ántes
Del diluvio universal.»
Con esto andaba sin fin,
Sin término ó paradero,
No llevando más dinero
Que los cuartos del rocin;
Por uno y otro confin,
Investigando destinos,
Militantes peregrinos,
Me seguian mis soldados,
Los caballos desherrados,
Pero errados los caminos.
Quiso Dios que á puro andar,
Hecho racional huron,
Atisbé la situacion
Adonde estuvo el lugar;
Empecé á brujulear,
Y entre quemadas encinas,
Vi unas casas como ruinas,
Que hicieron catorce en todo,
Pegadas á un cerro, á modo
De nido de golondrinas.
Aquí trepando, se envasa
La tropa mi concolega,
Pero hallaba solariega
A la una y otra casa;
Cuando en este instante pasa
Una mujer por aquí,
Un jabalí por allí,
Y yo no supe qué hacer,
Si tirar á la mujer,
O apuntar al jabalí.
Tan bella fué..... Pero ahora
No la pinto, que es de noche;
Aguarda que desabroche
Cándidos pechos la aurora;
Deja que destile Flora
Aljofarados candores,
Que desenvaine fulgores
El mayorazgo del dia,
Y que enarbole Talía
Tabla, pincel y colores.
Pero ¿dónde lo elocuente
Me lleva? Con dos tizones,
Tirando cuatro borrones,
Se pinta más fácilmente.
«¿Dónde (dije) está la gente
De este villaje tan bueno?»
Y ella con labio sereno
Respondió: «Todo el lugar
Salió esta tarde á limpiar
Una parva de centeno.»
Maldiciendo mi destino,
Hice boletas de balde,
Siendo yo escribano, alcalde,
Alojamiento y vecino;
Para mi casa examino
Una como ratonera,
Que tenía en la cimera,
Con industrias exquisitas,
Muchas cruces de cañitas
Por techo ó por cobertera.
Parecia portalillo
De Belen, pues acumula
Buey cansado, flaca mula,
Y al márgen un jumentillo;
Ella tiembla, y no me humillo
Al miedo; pues considero
Que aunque el techo todo entero
Sobre mí venga á caer,
Lo más que me puede hacer,
Es ensuciarme el sombrero.
Me embutí en un cuarto estrecho,
En cuya tuerta pared
No hay balcon, ventana ó red,
Pero sobran en el techo;
Con vanidades de lecho,
Sobre un corcho requemado,
Hético y extenuado,

Un débil colchon se hilvana,
Que algun tiempo fué por lana,
Y se volvió trasquilado.
Yace de madero burdo,
Mal descostillado, un cofre,
Cuelga un medio San Onofre,
Y un San Jerónimo zurdo;
Al verle empuñar, me aturdo,
De la piedra el chicharron;
Roto tiene el corazon,
No de golpes que se ha dado,
Sino de haberle tirado
Dos pellizcos un raton.
Una silleta de paja
Y un bufetillo se expresa,
Que tiene por sobremesa
Un pedazo de mortaja;
Debajo un galgo se encaja,
Que me regala con roscas;
Y entre telarañas toscas,
Vive medio tarro infiel,
Que era archivo de la miel,
Y ya es reclamo de moscas.
De mi patrona el matiz
Al alma causa vaiven;
Trae por frente una sarten,
Cuyo rabo es la nariz;
Sus ojos (¡cosa infeliz!)
Por niñas tienen dos viejos,
Se descuelgan rapacejos
De la boca á las pechugas,
Y entre el vello y las arrugas
Se pueden cazar conejos.
En dos varas de sayal
La humanidad embanasta,
Y unas como medias gasta
De pelo muy natural;
Uno y otro carcañal
Es de galera espolon,
Y en la circunvalacion,
Patrimonio de girones,
Cirios, borlas y pendones
Caminan en procesion.
En el sobaco derecho
Mete un mico racional,
Envuelto en medio pañal,
Y lo restante deshecho;
Cuando lo enarbola al pecho,
Una, á modo de ala floja
De murciélago, despoja
Por resquicios del jubon,
Y al niño asesta un pezon,
Como tabaco de hoja.
Con su donaire, su aseo
Y su agasajo exquisito,
Se retira el apetito
Dos mil leguas del deseo;
Su antorcha apaga Himeneo,
Y el afecto sensual
Se esconde en un carcañal,
Huyendo la inquisicion;
Que aquí la propagacion
Es un pecado bestial.
Esta es la casa en que vivo
Y la patrona en que muero,
Esta la gloria que espero
Y el galardon que recibo;
Ahora el lugar te describo,
Pues la ociosidad abunda;
Sobre un chinarro se funda,
Sólo un candil le amanece,
Un tomillo le anochece
Y una gotera le inunda.
Su término son cien jaras,
Con seis colmenas, que apénas
Darán miel las seis colmenas
Para lavarse dos caras;
Para el gasto de las aras
Vino no tributa el suelo,
Porque no tiene majuelo,
Guindo, peral ó castaño,
Ni en él se ve más rebaño
Que las cabrillas del cielo.
La tierra más cultivada,
De mejor terruño y linde,
Avena en buen año rinde,
Y la sembraron cebada;
Si está de trigo colmada,
Y la cosecha no yerra,
Centeno el gañan encierra,
Con que al sudor satisface:
¡Mira, amigo, lo que hace
El sembrar en buena tierra!
Encontré por conjetura
La iglesia, donde exquisitas
Lloraban mil candelitas
Sobre triste sepultura;
Jamas tal arquitectura
Hallé en el vocabulario;
De almagre tiene un calvario,
Y allá en el propiciatorio,
Dos almas del purgatorio
Se columpian de un rosario.
Una cesta el dia de fiesta
Pone el cura, y los pobretes
Le van echando zoquetes;
Yo temí entrar en la cesta.
La misa estaba dispuesta,
Y apénas me puse á oilla,
Cuando empieza una cuadrilla
De muchachuelos pelones
A darse de mogicones
Por tocar la campanilla.
A éste pega el sacristan,
Una vieja riñe á esotro,
Miéntras de la cesta el otro
Se engulle al descuido un pan;
Unos devotos están,
Otros rien la contienda,
Hasta que con reverenda
Gravedad y compostura,
La oblacion consume el cura,
Y los muchachos la ofrenda.
Si me paseo, se apura
El ánimo fatigado;
Que es lugar más intrincado
Que lugar de la Escritura;
Tal vez hablo con el cura
De dédalos, de faetontes,
De astrolabios, de horizontes,
De diamantes, de esmeraldas;
Y al fin, porque tienen faldas,
Hablo tal vez con los montes.
Aquí nació la carencia,
Madre de la poquedad;
Parió á la necesidad
En brazos de la abstinencia;
Si de Dios la omnipotencia
Me saca de esta ensenada,
Quedará glorificada
Otra vez; pues es lo mismo
El sacarme de este abismo,
Que el hacerme de la nada.
Aristóteles decia
(Filósofo el más profundo)
Que en los ámbitos del mundo
No se da cosa vacía;
Mas, vive Dios, que mentia
En su sistema ó su chanza;
Porque tengo confianza
Que lo contrario dijera
Si en este tiempo viviera
En mi cuartel ó en mi panza.
De puro sutil me quiebro,
Mis ojos sobresaltados
Tristes están y arrimados
A la pared del celebro;
Allí les dice un requiebro
La amistad del colodrillo,
Y recelo que Ronquillo,
Presidente vigilante,
Mande prender mi semblante,
Porque le traigo amarillo.
Del alma enemigos tres
No dan aquí testimonio,
Porque si viene el demonio,
Se le resbalan los piés;
El mundo busca interes,
Y fué á otra parte por eso,
Y para que en lo travieso
Liviandad ninguna encarne,
Ya no me tienta la carne,
Que sólo me toca el hueso.
Corren haciendo remansos
Las tripas, en sus campañas,
Sortija, estafermo y cañas;
Ojalá corrieran gansos.
Si de burros ó de mansos
Cencerros oyen tal vez,
Presumen que es almirez,
Y hay tripa que se adelanta
A subirse á la garganta,
Donde me come la nuez.
Es tanta mi laxitud,
Que en muriéndome, me obligo
A que una paja de trigo
Me sóbre para ataud;
La necesidad virtud
Hace mi dolor acerbo,
Y dejándola proterbo,
Mis penitencias entablo,
Para imitar á san Pablo;
Pero no me viene el cuervo.
Emboscado en la aspereza,
El hambre conmigo lucha;
Bien sabía que era mucha,
Mas no tanta, mi flaqueza;
La fantasía tropieza
En una y otra vision,
Y á costa de la oracion,
Por comerme todo entero
Al hermano compañero,
Ser quisiera un san Anton.
La memoria es mi caudal;
Esta envian mis desvelos
Para el Conde de Hornachuelos,
Para su hermano y Corral;
En mi estimacion leal
A los Valenzuelas hallo;
Tambien mi amistad no callo
A Pineda, el que por yerro
Me dió un grandísimo perro,
Diciendo: «¡Qué gran caballo!»
Dile que fué picardía
El ajuste, pues pudiera
Haberme dicho que era
Caballo que se moria;
Y pues ya la fantasía
Se cansa, y yo me acobardo,
Con tus preceptos aguardo
Que siglos tu vida goce;
Elechosa y Julio doce.
Tu amigo, *Eugenio Gerardo.*

A un caballero que en una tertulia cometió involuntariamente un desairadísimo desliz, cuando cantaba.

Antimúsico aturdido,
Que me expones al desaire
De echar décimas al aire
Cuando viene corrompido,
Igual atencion te pido
A la que en infausto dia
Presté á nefanda armonía,
Porque el mal se distribuya,
Y resulten en la tuya
Los fastidios de la mia.
Modo, tiempo y prolacion
Para cualquier asonancia
Circunscribe la elegancia
Sonora del diapason;
Pero en aquesta ocasion,
Al tiempo y modo desdices,
Y sus reglas contradices;
Pues de tu treno indecente

La prolacion solamente
Ha llegado á mis narices.
Bien supe yo que esta ciencia
Tal vez admite las falsas
Por sainetes ó por salsas
Del aire de la cadencia;
Pero nunca, en mi conciencia,
Llegué á saber que el ornato
De su métrico aparato
Pudiese haber confundido
La falsedad del sonido
Con las véras del olfato.
Dejaste desde el exordio
A la tertulia aturdida,
Porque nadie vió en la vida
Soplar sobre el clavicordio;
Ni violin, ni monacordio,
Ni dulce flauta suave
Seguir tal término sabe;
Pues del modo que procede,
Sólo la corneta puede
Ser de su tono la clave.
Ni áun el mismo Barrabas,
Con sus tétricas ideas,
Soltára tales corcheas
Sin método ni compas;
Ya sé que astuto dirás
Que tanto asombro fulmina
Una infeliz clandestina
Respiracion trabucada,
Que rodó precipitada
Toda la escala aretina.
Escriben que aquel primero
Inventor sacó los puntos
Del són que formaban juntos
Los martillos del herrero;
Y tu discurso altanero,
Para que en todo descuelle,
Y principios atropelle
De las costumbres ancianas,
Busca otra solfa en las vanas
Respiraciones del fuelle.
No faltan autoridades
De que fuese instituido
El canto para el oido
De las mentidas deidades.
¡Oh cuántas prosperidades
Lograrás allí! Yo pienso
Que fuera tu elogio inmenso
Eternizado en los bronces,
Porque en tí se hallára entónces
La música y el incienso.
Sólo siento que se diga,
Con improporcion tirana,
Que la poesía es hermana
De la música, y amiga;
No tendrá poca fatiga
Quien lo defienda constante,
Si tú concurres delante,
Porque formarás un paso,
Que todo el monte Parnaso
No le encuentre consonante.
El músico Timoteo
(Segun Plutarco) inflamaba
A Alejandro, el que empuñaba
La espada á cualquier gorjeo;
Tú adquieres mayor trofeo,
Pues al oir el tirano
Frigio rumbo tramontano,
Que desembuchas tonante,
Empuña luégo al instante
La nariz todo cristiano.
Dicen, ¡oh influjo celeste!
Que Táles Milesio un dia,
Por medio de la armonía,
De Candía arrojó la peste;
Tu primor, contrario de este
Efecto de heroica hazaña,
De tales efluvios baña
El claustro de mi academia,
Que causar puede epidemia
A todo el reino de España.

Décimas improvisadas en una tertulia, sobre los títulos de comedias que elegian unas señoras.

PARA GALANES.

¿De qué sirve que mi empeño
A tanta deidad célebre,
Si es preciso que se quiebre
Mi adoracion en su ceño?
En vano me finjo dueño
De dicha tan deseada,
Si ha de quedar desairada
Mi ofrenda en su sér divino,
Ya que esto fué en mi destino
Darlo todo y no dar nada.
¡Qué loco, ciego y errante
Es del hado el desvarío,
Pues al demérito mio
Da la dicha más triunfante!
Lo humilde con lo brillante,
Lo excelso con lo profundo
Une en lazo sin segundo,
Porque tanto logro sea
En el bosque de mi idea,
El mayor monstruo del mundo.
Yo, que viví satisfecho
De que no pudo el amor,
Con halago ó con rigor,
Tener dominio en el pecho,
Conozco que mi despecho
No bastó, pues apresura
Contra la fuerza segura
Que en mi corazon previno
Los asaltos del destino,
Las armas de la hermosura.
Para rendir oblacion
Al bien que llego á lograr,
Es insuficiente altar
La pira del corazon;
Sólo en la imaginacion
Podré tributar discreto
Por holocausto el respeto,
Siendo mi idea en su trato,
El castillo del recato,
El alcázar del secreto.
A ingrata esquiva hermosura
Idolatró mi paciencia,
Y ahora la contingencia
Me ofrece beldad segura;
Y pues en aquella dura
La ojeriza y el rigor,
Siga en ésta mi temor
Nuevo estilo, rumbo extraño,
Por saber en este año
Quién es quien premia el amor.
Blasonaba tan exento
Del niño gigante alado,
Que no rendí á su cuidado
Lo frágil de un pensamiento;
Mas ya un interno tormento
Me aflige con tanto ardor,
Que el vaticinio interior
Me dice en el mal que paso:
«No hay chanzas con el acaso,
No hay burlas con el amor.»
Puesto que el cielo propicio
A tal gloria me convida,
Ya no ha de haber en mi vida
Aliento sin sacrificio;
Muera la pasion ó el vicio,
Que á vulgar asunto inflama;
Encienda el suspiro llama
De más decentes agrados;
Que á pesar de los cuidados,
Antes que todo es mi dama.
La fortuna me ha llevado,
Por acaso contingente,
Donde ya mi amor prudente
Me tenía colocado;
La suerte con el cuidado,
Felicemente oportuna,
Con tanto primor se auna,
Que llevándose la palma,
Canta en su silencio el alma
Triunfos de amor y fortuna.
Andaba mi pensamiento
En amar tan vagamundo,
Que desfrutaba en el mundo
A cada paso un contento;
Mas cuando el destino atento
(No sé si por barbarismo)
De tanta dicha un abismo
A mi corazon le da,
Por no ofenderte, será
El alcaide de sí mismo.
Vivia mi presuncion
De amor tan indiferente,
Que sólo al gusto presente
Le tenía por pasion;
Pero en aquesta ocasion,
El niño rey, dios vendado,
Por reo me ha declarado,
Y sufro con pena fuerte
En la plaza de mi suerte
El garrote más bien dado.
Aunque siempre he preferido
La libertad al amor,
Siendo en mi dócil ardor
Lo más fácil, más lucido,
Desde ahora mi sentido
Rinde holocausto mental
A tu hermosura, con tal
Que no has de estar descontenta
Si alguna vez me violenta
La fuerza del natural.
Nunca del amor injusto
Me rindió la infiel violencia,
Porque no hubo en mi advertencia
Otra razon que mi gusto;
Mas, ya que á la ley me ajusto
De este anual pasatiempo,
Tolerando el contratiempo
De servidumbre tan loca,
Sabrá mi pecho y mi boca
Mentir y mudarse á un tiempo.
Pues la suerte lo permite,
No hagas, señora, que trague
Un amor que me empalague
O un desprecio que me irrite;
Será bien que se limite
Tu discrecion de manera,
Que ni de dulzuras muera,
Ni me altere con recelos,
Porque soy, de amor y celos,
El licenciado Vidriera.
Ya sin razon se querella
Del hado mi devanco
Cuando influye á mi deseo
La más favorable estrella;
Consigue mi amor por ella,
En siempre propicia usura,
La más prudente cordura,
La más blanda condicion,
La más noble discrecion,
La más hidalga hermosura.
Aunque al desmerecimiento
De mi persona aborrezcas,
Es justo que favorezcas
La fe de mi rendimiento:
Lo humilde, obsequioso, atento
De mi corazon rendido
Dorará lo deslucido
Con que emprendo tanta gloria,
Para ser en tu memoria
Amado y aborrecido.
Por más que la suerte ciega
Con mis fortunas porfia,
No llegó mi fantasía
Adonde mi triunfo llega;
A mi noble afecto entrega
El más airoso primor
De los dominios de amor,
Porque el orbe considere
Lo que reparte, si quiere,

El acaso y el error.
Pues la fortuna porfia
En darme apacible objeto,
La rendiré mi respeto
De amor ó de cortesía:
Si quisiere, todo el dia
Seré su esclavo mental:
Si no gusta, en caso tal
No sentiré su desvío,
Porque traigo en mi albedrío
La piedra filosofal.
Trapacista lisonjero
De cualquier casualidad,
Siempre tuve por deidad
A la que hallaba primero;
Y pues el hado severo
Me precisa á ser amante,
Ciego, rendido y constante
He de ser en la apariencia,
Porque en toda contingencia,
Fingir y *Trampa adelante.*
De aquesta felicidad
Es tan glorioso el trofeo,
Que parece que al deseo
Siguió la casualidad;
Aspire mi ceguedad
Hasta el orbe de la luna,
Y en dicha tan oportuna,
Será mi amor sin segundo,
El escándalo del mundo,
El monstruo de la fortuna.
El empeño que conspira
Contra mí el hado severo,
En la idea es verdadero,
Y en el asunto mentira;
El festejo sólo mira
A un fingimiento vulgar,
Cuando es cierto mi pesar;
Y así, no llego á entender
Cómo en mi labio ha de ser
A un tiempo fingir y amar.
Cuando triunfo tan propicio
Me conduce la ventura,
Será especie de cordura
El saber perder el juicio;
Arda humilde sacrificio
Toda la razon que pierdo,
Para acreditarme cuerdo,
Pues es, entre lo viviente,
Sin amor, loco el prudente,
Y con él, *El loco cuerdo.*
Soy tan malo para amante,
Que si logro algun consuelo,
Me cuesta el duro recelo
De que no ha de ser constante;
Si me ultrajan, al instante
Tan servilmente me humillo,
Que mi corazon sencillo
Paga hechuras al enfado:
Y así, bien ó mal tratado,
Soy *El sastre del Campillo.*
Mi amor, por mio, aborreces,
Y por ser tuyo, tambien
Adoro siempre el desden
De todas tus esquiveces;
Me consuela muchas veces
Ver que en esto te he vencido,
Pues no es triunfo tan lucido,
Tan noble, tan señalado,
Como un desden adorado,
Un amor aborrecido.
¿Cómo puedo ser amante
Todo un año á la seguida,
Si no he sabido en mi vida
Tener amor un instante?
Mas, pues el destino errante
Quiere que mi rumbo tuerza,
Ya mi cuidado se esfuerza
A ser con dulces enojos,
Del encanto de tus ojos
El hechizado por fuerza.
Nunca pudo en mi ambicion
Caber tanta vanidad,
Y así, más que realidad,
Es mi fortuna ilusion;
Quimera de la razon
Será el bien que logro ansioso,
Pues para hacerme dichoso
Por tan extraño camino,
Me hizo sin duda el destino
El mágico prodigioso.
Con tan favorable efecto
Se ha portado la experiencia,
Que se fué la contingencia
Adonde estaba el afecto:
Suerte de bien tan perfecto
No pudo salir alguna,
Pues con union oportuna
Se abrazan en este paso,
Logros de intento y de acaso,
Lances de amor y fortuna.
Tendrá en mí la suerte mia
Respeto sin alabanza,
Humildad sin confianza,
Temor sin hipocresía;
Siendo fin de mi porfia,
Respeto, humildad, temor,
Porque logre su fervor
Sin celosos desvaríos,
En los tres cuidados mios,
Los tres afectos de amor.
La concurrencia me obliga,
Sin causa ni fundamento,
A hacer del gusto tormento,
Y del gracejo fatiga;
En vano el amor me instiga,
Cuando el pecho no se inflama;
Y así, su impulso me llama,
Por precisa obligacion,
Con agrado y sin pasion,
A ser *El galan sin dama.*
En esta casualidad,
Que mi demérito alcanza,
Más allá de la esperanza
Llega la felicidad;
De mi propria voluntad,
Huyó la suerte oportuna,
Sin que proporcion alguna
Tengan los merecimientos,
Porque son mis pensamientos
Los hijos de la fortuna.
Gracia, prudencia, hermosura,
Que son el lazo más fuerte,
Se vinculan en mi suerte,
Se estrechan en mi ventura;
Tanto logro, tanta usura
Facilita la ocasion,
Porque sepa mi pasion,
Sin desdoro de lo esquivo,
Cuál es mayor atractivo,
Cuál es mayor perfeccion.
Discreto he de anteponer,
Galan he de preferir,
Al logro del conseguir,
La dicha del merecer;
Solamente á padecer
Se dedica mi persona,
Pues cuando el amor blasona
En los imperios del alma,
La servidumbre es la palma,
El mérito es la corona.
Faltando el merecimiento,
En que fundar la esperanza,
Es tormenta la bonanza,
Y es la fortuna tormento;
Pues, como llega violento
Tanto bien á mis sentidos,
Se hallan altos y abatidos,
Cobardes y valerosos,
Infelices y dichosos,
Obligados y ofendidos.
Tendrá esta dicha en mi aprecio
Asegurada la gloria,
Si consigo en tu memoria
La fortuna de un desprecio;
Aunque expresiones de necio
Sólo en mi labio hallarás,
En mi respeto tendrás
Toda la ley del primor,
Porque en la ciencia de amor,
El más necio sabe más.
Con atencion oficiosa
Te daré, si no te alejas,
Ansias, suspiros y quejas,
Porque no tengo otra cosa;
Si jugares melindrosa,
Te recogeré las bazas,
Y si de esto te embarazas,
No inquietaré tus sosiegos,
Porque, ya en véras, ya en juegos,
Hombre pobre todo es trazas.
Si en los amantes empeños
Me desprecia tu hermosura,
No le falta á mi cordura
Bastante caudal de ceños:
En los tratos halagüeños
Soy derretido tambien,
Porque, atento al mal y al bien,
Pago con cierto primor
El amor con el amor,
El desden con el desden.
La oportunidad que el cielo
Ofrece á mi fantasía
En incesante porfía,
Será asunto de mi anhelo;
Cultivará mi desvelo
Sus instantes presurosos
Con afectos amorosos;
Pues si en amantes deslices
Labra el descuido infelices,
La ocasion hace dichosos.
La indócil extravagancia,
Que á la suerte corresponde,
Coloca los bienes donde
Siempre vive la ignorancia;
Mas ya con dulce elegancia,
Mis interiores secretos
Sabrán estudiar respetos,
Pues si por rumbos distantes
Busca la dicha ignorantes,
El amor hace discretos.

PARA DAMAS.

En mi amante extravagancia
Halláran siempre partido,
Aunque me hubieran cabido
Los doce Pares de Francia;
Admito sin repugnancia
Al primero que me atiende,
Y sin saber si me entiende,
Si se eleva ó si se pasma
De cualquier galan fantasma,
Me finjo *La dama duende.*
A un estilo cortesano
Se debe grata atencion,
A una atrevida expresion
El enojo más tirano;
Si ejerce un obsequio ufano,
Logrará mis atenciones;
Mis iras, si habla en pasiones,
Porque sabe mi cuidado,
Con el ceño y el agrado,
Cumplir dos obligaciones.
Sepa cuando á mis enojos
Sacrifica sus fervores,
Que oscurecen mis rigores
Cuanto iluminan mis ojos;
Si suavísimos despojos
Logra en mi vista, tambien
Penas tendrá en mi desden,
Porque pueda su fineza,
En mi ingenio y mi belleza,
Saber del mal y del bien.
En mi labio, en mi semblante,
Logra el más contemplativo,

Tal vez sin causa lo esquivo,
Y tal sin ruego lo amante;
Suelo parecer constante,
Y despues causar recelos,
Afectando otros desvelos,
Porque sea su memoria
Teatro de pena y gloria,
Certámen de amor y celos.
La circunstancia del dia
Requiere un amor atento,
Cuando el aborrecimiento
Es naturaleza mia;
La atencion, la cortesía
Pide decente favor,
Y sólo saña y rigor
En mi natural se hallan;
Y así, en mi pecho batallan
Afectos de ódio y amor.
Entre amorosa inquietud
Y desden de airado ceño,
Puede mediar el empeño
De una noble gratitud;
No implica á la rectitud
Que yo debo practicar,
El oir sin escuchar,
Atender sin admitir,
No ultrajar y despedir,
Agradecer y no amar.
No puede causar quebrantos
A mi neutral devaneo,
Añadir un chichisveo
En el número de tantos;
Admito en buen hora á cuantos
La casualidad propuso,
Porque mi genio difuso,
Andando de ceca en meca,
Deja el desprecio á la rueca,
Y tiene *El amor al uso.*
Siempre el amante más justo
Busca, afectando respeto,
Antes que el bien del objeto,
La lisonja de su gusto;
Si hallára en amor disgusto,
Tuviera por frenesí
La solicitud; y así,
Nunca quiero el interes
De un contrato donde es
Cada uno para sí.
Porque no mudes el trato,
Mi desvelo no se inclina,
Pues el ser la mujer fina
Hace al hombre ser ingrato;
Batalla contra el recato,
Y despues que le venció,
No aprecia el lauro, eso no;
Que en lance tan oportuno,
Siendo preciso que alguno
Triunfe, *Primero soy yo.*
Cuando una fina elegancia
Exagera su tormento,
Oigo el ruido del acento,
Y no escucho la sustancia;
Mi enojo ó mi repugnancia
Nunca ha querido llegar
Al lance del disputar;
Pues para argüir mejor
Contra las leyes de amor,
No hay cosa como callar.
Por más que el destino intente
Sobornar mi corazon,
Sacará de mi razon
Un desaire solamente;
No es justo que me violente
Casualidad importuna
A que por idea alguna
Sufra mi gusto ó mi honor
Sinrazones del amor,
Mudanzas de la fortuna.
Si al gracejo de este dia
Pertenece la eleccion,
A tí ejercer la atencion,
A mí ultrajar tu osadía;
Siendo siempre á la porfía
De amor insensible roca,
Porque cuando se convoca
Tiempo, amor y desden, lleve
Cada uno lo que debe,
Cada cual lo que le toca.
Aunque es vulgar sentimiento
De comun necia doctrina,
Que la fortuna apadrina
Al mayor atrevimiento,
Sepa que en mi tratamiento
No tiene esta ley partido,
Pues si tal vez he querido,
Siempre en mi afecto ha llevado,
El temor del humillado,
La dicha del atrevido.
El más sagaz rendimiento
No le debe á mi cuidado
La lisonja de un agrado,
La vanidad de un acento:
Dejo que se lleve el viento
Las quejas sin respirar,
Porque para despreciar,
Convencer y concluir,
Al siempre necio argüir
Del amor, *Basta callar.*
Si me alegra interiormente
La fineza de un amante,
Manifiesto en el semblante
Un enfado solamente;
Con tal máxima, lo ardiente
No se reduce á tibiezas,
Porque deben las bellezas
Mostrar en las ocasiones,
Despejos contra expresiones,
Industrias contra finezas.
No admito el vano trofeo
Que el acaso me señala,
Pues de la atencion la gala
Es máscara del deseo;
Del dulce amoroso empleo
Sólo ha triunfado el temor,
Porque en batallas de amor
No es esfuerzo la osadía;
Retirarse es valentía,
Vencerse es mayor valor.
Si admito este obsequio ó no,
Cualquier fácil discurrir
Se lo puede presumir,
Pero no lo diré yo;
Lo que la idea engendró,
Guardará el labio discreto,
Pues para tener sujeto
A un galan, siempre dudoso
Entre infeliz ó dichoso,
Nadie fie su secreto.
Supo un discreto decir,
Con airoso comprender,
Que el servir por merecer,
Ni es merecer, ni servir;
Y así, debes prevenir
Tan desnudo el adorar,
Que no le llegue á empeñar
El deseo del favor,
Pues es fineza mayor,
Amar sólo por amar.
Ni para el divertimiento
Mi arbitrio le da esperanza,
Porque tal vez de la chanza
Se sigue el atrevimiento;
Y sepa su rendimiento
Que un desengaño forzoso
Es, por lo pronto y airoso,
Sin esperar á mañana,
La crueldad ménos tirana,
El castigo más piadoso.
Me ofende el acaso injusto
Por meterse en mi eleccion,
Me agravia tu pretension,
Y el amor me da disgusto;
Mas con un desprecio ajusto
Ultrajar las esperanzas
De todas tres confianzas,
Porque saquen mis deseos,
De un desaire, tres trofeos,
De un castigo, tres venganzas.
Soy fiera en la condicion,
Pues me irrita el rendimiento;
Rayo soy, cuyo ardimiento
Fulmina á loca pasion;
Soy piedra, en quien la atencion
O se quebranta ó se arredra;
Sólo con mi genio medra
La furia, el rencor, el daño;
Y así, en mí tiene este año
La fiera, el rayo y la piedra.
Aunque siempre la esquivez
Es costumbre de mi trato,
He de suspender lo ingrato
Siquiera por esta vez;
Expóngase mi altivez
A un airoso contratiempo,
Por ceder en pasatiempo
De tan comun alegría,
Al dia lo que es del dia,
Y para *Dar tiempo al tiempo.*
Señor galan, si me ama,
Ha de saber desde luégo
Encubrir de modo el fuego,
Que no respire la llama;
Saber confundir la fama
De amor, teniendo sus flechas
Ocultas, mas no deshechas;
Y entre otras calidades,
Saber recatar verdades,
Saber desmentir sospechas.
Aunque en el blando exterior
De mi arrogancia escondida,
Te parezca que en mi vida
Quebré algun plato de amor;
Oculto impaciente ardor,
Que me consume y me cansa,
Y si juzgas que descansa
Mi corazon mudo y yerto,
Huye del fuego encubierto,
Guárdate del agua mansa.
Si me idolatras rendido,
No tendrás en mi cuidado
Afecto ni desagrado,
Fácil memoria ni olvido;
Sólo equívoco partido
En mi manejo hallarás,
Sin darte quejas jamas;
Porque en delitos de amor,
El burlarse es lo mejor,
El perdon castiga más.
El hado y mi obstinacion
Se dieron dura batalla,
Y en sus despojos se halla
Cautiva mi presuncion;
Mas nunca mi condicion
Podrá lo esquivo perder,
Para que llegue á entender
Que en su humano combatir,
No está el triunfar en rendir,
No está el matar en vencer.
El amor más fino es
De tan civil jerarquía,
Que envuelve en la cortesía
La usura del interes;
Aspira á su logro, y pues
Esto ofende á la belleza,
No le admite mi entereza,
Pues halla el entendimiento
La ofensa en el rendimiento,
El agravio en la fineza.
Aunque la casualidad
De aqueste accidente ufano
Encuentra ya de antemano
Ajena mi libertad,
No ofende á la realidad
Que al primer objeto tengo,
La atencion que te prevengo,
Cuando en ella no me arraigo;

Pues si con quien caigo, caigo,
Tambien *Con quien vengo, vengo.*

(*Aunque escribió el autor más décimas de esta especie, no se han hallado.*)

Enviando cuatro búcaros en el dia de su cumpleaños á una señora recien vestida de beata y con anuncios de mística.

Quien desea que tu vida
En gloria más dilatada
Pueda quedar engolfada,
Sin riesgos de sumergida,
Y que siempre conducida
De la fortuna en el carro,
Laurel disfrute bizarro,
Que nunca el tiempo marchite,
Por devocion te remite
Esas memorias de barro.
Quien para el merecimiento,
Que ensalzar puede ninguno,
Va regulando uno á uno
Los astros del firmamento,
Y en el número sin cuento
De los guarismos que encierra,
La competencia destierra
De los términos del dia,
Por panegírico envia
Esos elogios de tierra.
Quien para copiar trofeos
De tu trato y tus acciones,
Va pidiendo perfecciones
Al pincel de los deseos,
Y no reconoce empleos,
Que en parte puedan, ó en todo,
La gracia fingir, ó el modo,
De prendas tan singulares,
Deposita en tus altares
Esas reliquias de lodo.
Quien aspira solamente
A lograr en tu memoria,
Con oblacion transitoria,
Los créditos de inocente,
Y supone reverente
A tu atencion empleada
En la primera morada
Para empeño más felice,
En ese obsequio te dice,
Barro, tierra, lodo, nada.

Ilusiones de quien va á las Indias á hacer fortuna.

¡Válgame Dios, el tesoro
Que he de juntar! ¡qué equipaje!
No sé si tendré bagaje
Para los tejos de oro;
De plata, metal sonoro,
Haré trastes de cocina,
Reposteros de la China
Llevarán todos mis machos
Con muchísimos penachos
De aljófar y venturina.
¡Qué mesa labrar espero,
De una arquitectura rara,
Si hallo un zafiro de á vara,
De éstos que llaman tablero!
Asientos de nácar quiero,
Con mucho flueco en la falda;
El ramillete ó guirnalda
De una amatista ha de ser,
Y á sus lados ha de haber
Seis cubiertas de esmeralda.
Bata de oro es baladí;
Bordada tengo de hacerla,
Donde se engaste la perla,
El jacinto y el rubí;
Cargas de canela allí
Daré á la lumbre por cebo,
Fabricando catre nuevo
Del ágata y el coral,
Que tenga en cada puntal
Un topacio como un huevo.
Mis caballos, ¡qué arrogantes
Comerán en el Pirú,
En morrales de tisú,
Celemines de diamantes!
Y si salieren errantes
Los prevenidos sucesos,
¿Hay más que honrar con mis huesos
La hija de un mercader,
Y tomarla por mujer
Con setecientos mil pesos?

Definicion del *chichisveo*, escrita por obedecer á una dama (1).

Es, señora, el chichisveo
Una inmutable atencion,
Donde nace la ambicion
Extranjera del deseo;
Ejercicio sin empleo,
Vagante llama sin lumbre,
Una elevacion sin cumbre,
Un afan sin inquietud,
Que no siendo esclavitud,
Es la mayor servidumbre.
Es un enfático gusto,
Gloriosamente empleado
En fomentar un agrado
Sin las pensiones del susto;
Es un rendimiento augusto
De una humilde vanidad,
Donde la capacidad
Con sus caudales se obliga
A la incesante fatiga
De una eterna ociosidad.
Es un racional tributo,
Que la diversion previene
Sobre un ara, donde tiene
Propiedad sin usufruto;
Un decoroso estatuto,
Del que es suavísimo imperio,
Desahogo de lo serio,
Respiracion del cuidado,
Y es un chiste disfrazado
Con máscara de misterio.
Es un dominio que alcanza
Inmensa jurisdiccion,
Que parece posesion,
Y ni áun toca en la esperanza;
No expone la confianza
A poca seguridad,
Antes bien la voluntad
Exenta vive del daño,
Porque se trata este engaño
Con la mayor realidad.
Es afectado tormento
De un cauteloso albedrío,
Que encamina al desvarío
Por reglas de entendimiento;
Seguro consentimiento
De recíproca llaneza,
Donde parcial la agudeza,
Vende en manos del primor,
Agrado que no es favor,
Afecto que no es fineza.
Es aquella de Platon
Alta idea respetable,
Que hizo al alma separable
De su misma propension;
Sutilísima opinion
De natural repugnancia,
Pues la comun elegancia
De los preceptos que informa,
Sin materia admite forma,
Accidente sin sustancia.
Es una correspondencia
De pensamientos visibles,
Que de algunos imposibles
Hace tal vez apariencia;
Anfibológica ciencia
Del ignorar y saber,
Empeñada en proponer,
Con repugnancias notables,
Los principios demostrables
De lo que no puede ser.
Es, en fin, ficcion hermosa
De autorizada cautela,
Deslumbradora novela
De una verdad mentirosa;
Perspectiva que ingeniosa
Abulta lo que desvia,
Elevada fantasía,
Sin afecto y con fervor,
Y es de las ánsias de amor
La más discreta ironía.
Este es, señora, el retrato
Más legal, más parecido
(Segun lo que he comprendido)
Del señor Chichisveato;
Si á tu ingenio fuere grato,
Será mi mayor hazaña,
Pues no ignoras cuánto empaña
Al dulce primor del arte,
Entre los ceños de Marte,
El polvo de la campaña.

(1) Muchas otras décimas escribió el autor con motivo de la controversia suscitada por el *chichisveo*. En todas abunda el sutil discreteo de la época; en algunas hay ingenio verdadero, como en la siguiente, en que tributa respetuosa admiracion á la mujer:

El hombre debe poner
En la perfeccion su afecto,
Y de todo lo perfecto
Es tesoro la mujer;
Es la armonía del sér,
Es colmo de la grandeza,
Crédito de la nobleza,
De amor sublime dechado,
Y el primor más estudiado
De la gran naturaleza.

DESPOSORIO FELIZ.

VILLANCICO.

Ya entra la triunfante esposa
En el jardin que plantó,
Ciega, aunque santa, la fe;
Ciego, aunque lince, el amor.
Donde yacen, para obsequio
Reverente de los dos,
Esclavo el entendimiento,
La voluntad en prision.
Ya empuña la inextinguible
Clara luz, por quien echó
El óleo la Caridad
En el vaso del fervor.
Ya la reciben prudentes
Las vírgenes, cuya voz,
De innumerables acentos,
Compone la admiracion.
¿Quién es ésta que al huerto
De dulces asperezas,
Cargada de riquezas,
Asciende del desierto,
Labrando con acierto
Llanura de la cuesta?
¿Quién es ésta, quién es ésta?
¿Quién es ésta, que armada
De escudos mil pendientes
(Virtudes diferentes),
Es torre colocada?
Angélica morada
Alterne la respuesta.
¿Quién es ésta, quién es ésta?

LIRAS.

Será sin duda aquella
Hija feliz amada,
Que al verse requebrada,

Hermosa jóven, cándida doncella,
Del pastoral gemido
Oyó el acento é inclinó el oido.
Será la que ambiciosa
De aquel cariño tierno
De padre sempiterno
Y de constante patria prodigiosa,
Olvidó con cuidado
La casa paternal y el pueblo amado.
Será la que enamora
Con el semblante hermoso
Al rey más poderoso,
Y en las hijas del reino donde mora,
Asegura sus dones,
Y de los ricos de él aclamaciones.

DOTE SEGURO.

Tres eslabones de oro
Son la dote y el caudal
Que pulió para Tomasa
El artífice Tomas.
La Fe, de quien es sujeto
Potencia intelectual,
Lleva primera en orígen,
Pero no en la dignidad.
El segundo la Esperanza,
Preludio del ganancial,
Enigma de las virtudes,
Que en lográndola se va.
La Caridad cierra el lazo;
Mas sabe su esposo ya
Que es primera, pues es forma
De la Fe la Caridad.

LETRILLA.

Á una viuda moza y rica, llorando sin consuelo la muerte de su marido

Si el dolor no finges,
Dime, ¿por qué lloras?
Si por perder un marido,
Te vemos, Nise, llorona,
Y no hay materia más facil
De componer que unas bodas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si en tu alegre viudedad
Te hallas tan rica y hermosa,
Sin tener quien te lo vede,
Y teniendo tú qué comas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si era tu marido anciano,
Y quedas tan fresca y moza,
Aunque con algo de ménos,
De más con otras mil cosas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si todas noches te echaba
Tan desentonadas roncas,
Y esta nocturna inquietud
Evitas durmiendo á solas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si su condicion maldita
Contra la bendita esposa
Zurcia cada semana,
Regañaba á todas horas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si en el tiempo de casada,
Á imitacion de las otras,
Le amabas como ninguna,
Y vivias como todas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si en vida de tu marido
No tenías voto en cosa,
Y con su muerte te miras
Hecha primera persona;
Dime, ¿por qué lloras?
Si en este siglo las viudas,
Sin mangas justas ni toca,
Tienen libertad de cintas
Y pueden inventar modas;
Dime, ¿por qué lloras?
Si en lugar suyo te queda
Un premio como unas doblas,
Un confesor como un padre,
Y una tia doncellona;
Dime, ¿por qué lloras?
Si el árbol puede dar frutos,
Y para evitar la nota,
Hay aldea por San Juan,
Otra pila, otra parroquia;
Dime, ¿por qué lloras?
Si al tiempo de arrepentirte
De pasadas vanaglorias,
Cuando quisieres ahorcarte,
Nunca te ha de faltar soga;
Dime, ¿por qué lloras?
Si cuando las garapiñas
Se te vuelven asquerosas,
En vez de naranja ó fresa,
No puede faltarte aloja;
Dime, ¿por qué lloras?
Si el carnero te fastidia,
Y puedes á poca costa
Componer, y áun con ganancia,
Con otras carnes tu olla;
Dime, ¿por qué lloras?
Si puede haber un indiano
Con muchas piezas de sobra,
Y se las puedes jurar,
Pues tambien damas se soplan;
Dime, ¿por qué lloras?
Si tienes la libertad
En parte de fe hugonota,
Y puedes lograr cadena
Sin la sujecion de esposa;
Dime, ¿por qué lloras?
Si Juan reposa en el cielo
(Sabe Dios dónde reposa),
Y tienes quien á Dios pida
Que te conceda su gloria;
Dime, ¿por qué lloras?
Luego, Nise mia,
Ó eres una boba,
Ó si no lo finges,
Dime, ¿por qué lloras?

FIN DE LAS POESÍAS DE DON EUGENIO GERARDO LOBO.

DOCTOR DON DIEGO DE TORRES

Y VILLARROEL.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

I.

Nació don Diego de Torres en la ciudad de Salamanca, en 1696, y fué bautizado en la parroquia de San Isidro y San Pelayo. Su padre, Pedro de Torres, librero de aquella ciudad, fué hijo de un hábil tapicero (1), que habia aprendido el oficio en Flándes, donde sirvió al Rey como soldado raso. Su madre, Manuela de Villarroel, fué hija de un mercader de lienzos, establecido asimismo en la ciudad de Salamanca. Pedro de Torres ejerció durante algunos años su profesion de librero con buena fama y próspera fortuna; pero su numerosa familia (tuvo diez y ocho hijos), y la guerra de sucesion, calamitosa para su comercio, de tal manera llegaron á empobrecerle, que informado el Real Consejo de Castilla de los sacrificios que habia hecho en favor de la causa del Rey durante la guerra con Portugal, mandó á la ciudad que le señalase una pension vitalicia de cuatrocientos ducados anuales, y trescientos doblones de una vez, para que reparase algun tanto sus pérdidas. Aliviada su aflictiva situacion, pudo ya vivir aquella honrada familia, aunque con estrechez, sin apremiante miseria. Pedro de Torres, que, segun refiere su hijo, leia todos los libros de su tienda, llegó á ser hombre notablemente instruido, y advirtiendo que Diego estaba dotado de claro y desembarazado ingenio, empleó cuantos medios estaban á su alcance para darle esmerada y provechosa educacion. Primero en casa del doctor don Juan Gonzalez de Dios, profundo helenista y rígido maestro, y despues en el Colegio Trilingüe, donde vistió una beca que alcanzó su padre de la universidad de Salamanca, adquirió Diego los rudimentos esenciales de una enseñanza fecunda y severa. La disciplina escolástica no amansó, sin embargo, los ímpetus del mozo atolondrado y travieso. Él mismo refiere la loca agitacion que entró en su alma en aquella edad de movimiento y de alegría :

> Las novelas, las comedias y los autores romancistas me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado... Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, diversiones y disparates, y yo empecé con furia implacable á meterme en cuantos desatinos y despropósitos rodean los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí á bailar, á jugar la espada y la pelota, á torear, á hacer versos, y paré todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos para librarme de la reclusion y las tareas en que se deben emplear los buenos colegiales de aquella casa. Abria puertas, falseaba llaves, hendia candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta ni ventana, en donde no pusiese las disposiciones de falsearla, romperla ó escalarla (2).

Claro se ve que para encaminar por buen sendero aquella condicion activa y turbulenta, era forzoso que viniera á guiarle la áspera mano de la experiencia. No tardaron en acibarar su juventud los sinsabores que acarrea siempre el desvío del órden y de la disciplina que la sociedad

(1) Tejedor de tapices.

(2) *Vida del* doctor don Diego de Torres y Villarroel, *escrita por él mismo*. Esta curiosísima autobiografía forma el tomo xv de las Obras de aquel célebre y popular escritor.

impone á todos para provecho y amparo de todos. Huyó desalentadamente del santo y sereno hogar de sus padres, y vivió en Portugal algun tiempo, ocultando su nombre (1), y sujeto á las humillaciones y á las azarosas vicisitudes de la vida del charlatan y del expatriado.

Vuelto á su país, y aleccionado por el infortunio y el desengaño, quedó «medroso de las calamidades que se expone á padecer el que se entrega á los derrumbaderos de su ignorante y antojadiza imaginacion (2).» Entónces vivió retirado y corregido en la modesta casa paterna, y el estudio fué su refugio, su recreo y la curacion de sus desvaríos. Por aquel tiempo empezó á publicar, con el nombre burlesco de *Gran Piscátor de Salamanca*, que le quedó por apodo (3), sus *almanaques* y sus *pronósticos*, y á saborear el dulce deleite de ganar honra y provecho con las producciones del ingenio. Momentos pasó de extremado apuro, en los cuales le aquejó la más desdichada miseria (4). En otras ocasiones vivió, «comiendo á costa ajena, huésped honrado y querido en las primeras casas del reino.» Dos años vivió en Madrid, en casa de la Condesa de los Arcos. Despues pasó tambien algun tiempo en casa del Marqués de Almarza, hasta que, movido por los consejos del señor Herrera, presidente del Consejo de Castilla y obispo de Sigüenza, que se aficionó á sus festivos escritos y deseaba verle empeñado en más provechosos estudios, se opuso á la cátedra de matemáticas de la universidad de Salamanca, que alcanzó y desempeñó con notable gloria. El humor festivo y el desembarazado ingenio de Torres le granjeaba la amistad de muchos encumbrados personajes, que le atraian y agasajaban; pero no los buscaba, y casi á pesar suyo recibia sus favores, pues nunca se vió carácter ménos dócil al yugo de las formas artificiales y de las etiquetas mundanas (5). Despues de su escapatoria de Portugal, ganó en Madrid pobremente su vida, bordando para una tienda portátil de la Puerta del Sol; despues fué visitador del tabaco en Salamanca. Pensó en meterse fraile, pero en breve echó de ver, sin duda, que carecia de la mansedumbre y del reposo que requiere la vida contemplativa del claustro. A punto estuvo de hacerse contrabandista. Nada apaciguó su imaginacion inconstante y cavilosa, hasta que, como hemos dicho, logró ser catedrático y doctor de la universidad de Salamanca. Áun entónces tuvo un grave quebranto, sin la menor culpa de su parte. Acusado de complicidad en una causa formada á su amigo el caballero don Juan de Salazar, que hirió á un sacerdote en un arrebato de ira, se fugó primero á Francia (6), y despues fué extrañado del reino y pasó á Portugal, donde la celebridad de su nombre verdadero le indujo á usar, por vergüenza, el de don Francisco Bermudez, segundo nombre supuesto que adoptaba en aquel país. Despues del largo destierro de tres años, fué reconocida su inocencia y volvió al goce de su cátedra. Entónces sólo le aquejaron los sinsabores comunes de la vida, alguno de los cuales le suscitaban acaso su agresiva franqueza y su sarcástica alegría. Nunca estuvo muy sobrado de bienes de fortuna, pero esto sólo puede achacarse á su generoso é irreflexivo desprendimiento, pues ademas de los rendimientos de su cargo universitario, ganaba, con la publicacion de sus libros y sus folletos, cantidades, para aquel tiempo y áun para cualquiera otro, muy crecidas (7).

Torres escribió muchas poesías líricas y algunas dramáticas. La mayor parte de ellas están impresas en los tomos VII, VIII y IX de la edicion que, en quince volúmenes, se hizo en los años de 1794 á 1799. Son sus escritos de mayor extension los siguientes:

(1) Tomó el nombre de *Gabriel Gilberto* cuando se alistó como soldado en un regimiento portugues.

(2) Palabras del mismo Torres.

(3) Adoptó este nombre, imitando los pronósticos del *Gran Piscátor Sarrabal de Milan*.

(4) «Alquilé media cama, compré un candelero de barro y una vela de sebo, que me duró más de seis meses, porque las más noches me acostaba á oscuras. Padecí unas horribles hambres, tanto, que alguna vez me desmayó la flaqueza.» (*Vida de* Torres. *Segundo viaje á Madrid.*)

(5) «Siempre he conservado un aborrecimiento espantoso á los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias y zalamerías del mundo. La urgencia de mis necesidades, que han sido grandes y repetidas, jamas pudo arrastrarme á las antesalas de los poderosos; sus paredes siempre estuvieron quejosas de mi desvío, pero no de mi veneracion.» (Torres.)

(6) No pasó de Burdeos.

(7) «Pudiera ser rico con mis ahorros; pero siempre andan iguales los gastos y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos y petardistas más de cuarenta mil ducados... En veinte años de escritor he percibido á más de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias á Dios, sin tener á la hora en que esto escribo más repuestos que algunos veinte doblones, que guarda mi madre, que ha sido siempre la tesorera y repartidora de mis trabajos y caudales.» (Torres.)

Anatomía de lo visible é invisible de ambas esferas, y viaje fantástico. Dedicado al rey don Fernando el Sexto.

Sueños morales, visiones y visitas de don Francisco de Quevedo.

Sueños morales; Los desahuciados del mundo y de la gloria.

Tratados físicos, médicos y morales; Vida natural y católica.

El Ermitaño y Torres, en que se trata de la piedra filosofal. Cartilla rústica, eclesiástica y astrológica.

Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa. (Dos tomos.)

Vida del padre don Jerónimo Abarrátegui y Figueroa, fundador del colegio de Padres Cayetanos de Salamanca.

La Cátedra de morir.

El DOCTOR TORRES no era humilde, pero era verdaderamente modesto. Sentia hervir en su mente un entendimiento activo y vigoroso. Pero por lo mismo sus obras le parecieron siempre destituidas de profundidad é hijas de un númen liviano y jugueton. « Yo confieso, decia con donaire, que para mí perdieron el crédito y la estimacion los libros, despues que vi que se vendian y apreciaban los mios.»

Pasó los últimos años de su vida con holgura y serenidad, ocupado en la administracion de los bienes del Duque de Alba y del Conde de Miranda, en honrosas comisiones de la universidad de Salamanca, y en la formacion de nuevos *pronósticos*, *cómputos eclesiásticos* y *cálculos astrológicos;* tarea que fué siempre para él amena y provechosa. Murió despues de 1758.

Así describe el DOCTOR TORRES su persona en la tercera parte de su *Vida :* « Pintaréme como » aparezco hoy (habia cumplido cuarenta y seis años). Tengo dos varas y siete dedos de estatura; » los miembros tienen simetría; la piel del rostro está llena, aunque ya van asomando hácia los » lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso ni pecas. El cabe- » llo todavía es rubio; alguna cana suele salir á acusarme lo viejo. Los ojos son azules y peque- » ños; las cejas y la barba pobladas de un pelambre alazan. La nariz caudalosa y abierta. Los la- » bios frescos y rasgados con rectitud. Los dientes cabales y estrechamente unidos... El cuerpo » se va ya torciendo hácia la tierra... Soy, todo junto, un hombron alto, picante en seco, blan- » co, rubio, con más catadura de aleman que de castellano.»

L. A. DE CUETO.

II.

Son tan breves é insignificantes los juicios que han quedado de este autor, ya olvidado, y desdeñado por la escuela literaria del reinado de Cárlos III, que hemos juzgado oportuno reproducir aquí el juicio más razonado y ménos severo que el DOCTOR TORRES escribió de sus propias obras. Está en uno de los diálogos entre *El Ermitaño y Torres :*

TORRES.

Parece que veo allí mis escritos, y siento que tengas en este huerto de literatura árboles tan silvestres, en que nada se ve sino es hojas.

EL ERMITAÑO.

No hay duda que tus obras tienen necesidad de mucho castigo, porque en muchos pasajes se reconocen delincuentes; tambien es cierto que en las más de ellas reina la libertad, y te puedo asegurar que en estas soledades me produce su lectura un género de deleite que se conforma con mi desengaño. He visto en muchas de ellas el poco caso que haces de las ceremonias y pesadeces del mundo político; he visto la inclinacion que tienes á burlarte de los cuidados que muerden á los hombres ordinariamente; no se me ha escondido la solidez de tus verdades, ni el provecho de tu moral. Tu estilo me agrada, porque es natural y corriente, sin sombra alguna de violencia ó afectacion; tus sales me divierten...

TORRES.

No dudo que mi castellano es ménos enfadoso que el que se observa por lo comun en los escritos modernos. Mi cuidado ha sido sólo hacer patente mi pensamiento con las más claras expresiones, huyendo de hablar el castellano en latin ó en griego; peste que se ha derramado por casi todo el orbe de los escritores de España... La lectura de mis obras tiene alguna cosa de deleitable, no tanto por las sales como por las pimientas. Es cierto

que propongo algunas verdades y sentencias; pero si les faltára esto, ya habria quemado todos mis papeles. Los más de ellos han nacido entre cabriolas y guitarras, y sobre el arcon de la cebada de los mesones, oyendo los gritos, chanzas, desvergüenzas y pullas de los caleseros, mozos de mulas y caminantes, y así están llenos de disparates, como compuestos sin estudio, quietud, advertencia ni meditacion.

A esto puede añadirse que tengo tantos enemigos como la dieta; éstos con sus sátiras me han destemplado el estilo, y en mis defensas he divulgado lo que me ponia en la pluma el resentimiento y no la reflexion... La necesidad ha tenido mucha influencia en algunos de mis papeles, porque yo estaba hambriento y desnudo; con que no trataba de enseñar, sino de comer y de ganar para la decencia y el abrigo; esto lo he publicado muchas veces en mis impresos.

III.

JUICIO DEL DIARIO DE LOS LITERATOS DE ESPAÑA (1737).

(Con motivo de la obra titulada *Los desahuciados del mundo y de la gloria, sueño místico, moral y físico.*)

Don Diego de Torres es tan conocido, que aunque se hubiera publicado esta obra sin su nombre, ella bastaba para descubrirle, habiéndose hecho conocer y distinguir el carácter de su autor por una infinidad de pequeñas producciones que ha dado al público, y en que la uniformidad del lenguaje y cierto particular espíritu de imitacion denotan claramente su orígen, sobrando para determinarlo las otras luces.

El público de España ha recibido con aplauso las travesuras de este ingenio. No solamente los iliteratos han hecho su delicia de la lectura de sus obras; tambien los hombres doctos han descansado de la tarea de estudios más severos, solicitando lograr en ellas algunos festivos intervalos; no se ha usado de más poderoso exorcismo para lanzar el demonio de la melancolía. Este uniforme y casi general consentimiento ú aprobacion del gusto, nos induce á pensar que en los escritos de don Diego se deja oir alguna agradable armonía, con que se deleita el espíritu de sus lectores. Lo que tenemos por cierto es, que ninguno de nuestros nacionales ha llegado tan cerca de Quevedo. No hacemos el cotejo en el fondo y gravedad de las doctrinas; pero nos parece que en estas obras se resucita el mismo género de donaire y desenfado que reina en los discursos y reflexiones de aquel grande español.

Debe don Diego esta propiedad de la imitacion á sus nativas disposiciones, ayudadas de una contínua leccion de aquellos escritos. Algunos han querido persuadir que no contienen los de nuestro autor sino robos preciosos. No dudamos que alguna vez se haya servido de las invenciones de Quevedo como de los originales más célebres, segun la costumbre de los pintores; tampoco negarémos que en unas ú otras pinceladas acuerda con demasiada claridad la valentía del original que copia, deslizándose acaso la pluma insensiblemente, sin noticia de la voluntad, adonde la lleva la memoria, ó ya concurriendo casualmente con el otro escritor en unas mismas frases, de lo cual hay innumerables ejemplos. Pero no es de todos examinar ni calificar de robos los pensamientos, y tiene su particular dificultad no caer en un juicio falso, siendo arriesgado discernir entre el robo y la imitacion, por ser los términos confines y no tan distantes como se cree vulgarmente.

En cuanto á la diccion castellana, no puede negarse que es la ménos impura que se halla en las obras de los españoles modernos, aunque en algunos razonamientos serios se le suelen escapar hispanismos bajos y voces de humilde institucion, lo que contradice á la gravedad de semejantes discursos. El número de sus períodos es desafectado, sin que por esto deje de ser hermoso. Corre la oracion en sus escritos con gracias que no son forasteras del natural. La abundancia en el idioma es maravillosa, y ántes en algunos pasajes llega á ser vicio el exceso de la fecundidad. No se puede, sin ofender su derecho, contradecir que tiene este escritor, para las piezas de elocuencia, todas aquellas felices disposiciones que de parte de la naturaleza se juzgan necesarias, y que se ven en pocos; no pudiéndose adquirir con el más obstinado estudio de la oratoria ni con el más frecuente ejercicio de las declamaciones, pues siempre se observa una palpable diferencia entre el retórico y el elocuente.

Habiéndose propuesto casar el deleite con la instruccion, deleitando y amonestando al lector,

segun el consejo de Horacio y el instituto de los satíricos y cómicos, ha solicitado que concurran estas dos calidades en las más de sus obras, trayendo, con el celo y dulzura de las invenciones y donaires, al provecho de la enseñanza. Pero aunque ha hecho sérias reflexiones para castigar las costumbres, se deja conocer que ha fijado con demasía la atencion en las representaciones festivas, siendo muchas veces vicioso en los apodos y prolijo en las imágenes ó pinturas que nos ofrece, pecando otras de exhorbitante en la calidad y número. Tambien se desazonan los manjares por abundancia de sal, que en siendo mucha, muerde y no sazona.

Algunos de sus enemigos, envidiosos de los aplausos y fortuna de sus obras, han desahogado con sus plumas el fuego de la emulacion. No han faltado otros celosos correctores que le han reprendido algunos yerros y el desenfado de su expresion. Unos y otros han escrito con agrio y destemplanza. A los más les ha respondido nuestro autor sin moderar los incendios de su indignacion, propagándose la rabia de aquellos en éste. La irritacion le ha destemplado hasta publicar, con sentimiento de los juiciosos, proposiciones jactanciosas y ménos arregladas, con desaire de la cordura y poca satisfaccion de la modestia. Pero mucho se le debe perdonar por el derecho de provocado, y más en consideracion de un ardimiento juvenil y de un fogoso temperamento.

IV.

DE DON CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA.

(Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Madrid, 1860.)

..... Dieron principalmente fama y renombre al DOCTOR TORRES sus *Pronósticos ó Almanaques*, publicados desde 1723 á 1755, y sus imitaciones de Quevedo, cuyo estilo supo remedar con especial habilidad. Escribió versos líricos y juguetes dramáticos, no faltos de gracia y donaire. Estas obras y otras várias, científicas, devotas, morales y críticas, que produjo su fecunda pluma, forman quince volúmenes en 8.° en la reimpresion de Madrid, año de 1799. Sufrió un destierro injusto á Francia, por consecuencia de calumniosa acusacion de complicidad en ciertas heridas causadas por su amigo don Juan de Salazar, y tambien le ocasionaron disgustos sus compañeros de universidad. Jubilado en 1751, vivia, siete años despues, desempeñando várias administraciones de sus protectores, el Duque de Alba y el Conde de Miranda, y otras comisiones honrosas, y ocupado incesantemente en sus cómputos, cálculos y pronósticos.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL DOCTOR TORRES.

Juguetes de Talía, entretenimientos del númen; várias poesías líricas y cómicas, que á diferentes asuntos escribió el DOCTOR DON DIEGO DE TORRES VILLAROEL, catedrático de matemáticas en la universidad de Salamanca, dedicadas al excelentísimo señor don Fernando de Silva Álvarez de Toledo..... duque de Güescar, conde de Galvez..... Tomo II.—Impreso en Sevilla, en la imprenta real de don Diego Lopez de Haro, en calle de Génova; 4.°, sin año de impresion (1744).

Dedicatoria del autor: Salamanca, 20 Julio 1744.—Aprobacion, firmada en Salamanca, Enero 1739.—Licencia del Consejo: Madrid, Febrero 1739.—Aprobacion de fray Juan de Nájera, Sevilla, 1744.—Licencia del ordinario: Sevilla, Agosto 1744.—Fe de erratas: Madrid, Julio, 1744. —Suma de la tasa: id., id., id.—Décimas al autor.—Prólogo de éste; declara que el tomo se habia impreso sin su correccion.

Contiene:—*El hospital en que cura amor de amor la locura.* (Comedia jocosa en tres jornadas, con los intermedios siguientes):—Entremes, *De El duende.*—Baile, de *La ronda del uso.*

Síguese:—*Juicio de Páris y robo de Elena.* Zarzuela en dos jornadas, con una *Introduccion.*—Baile y sainete de *Negros* (entre las dos jornadas), y concluye con *Fin de fiesta*, en contradanza.

La armonía en lo insensible, y Enéas en Italia.—Zarzuela compuesta por TORRES y don José Ormaza, en dos jornadas, con *Introduccion.*—*Sainete entremesado.*—*Fin de fiesta.*

Siguen luégo:—*Introduccion.*—*Intermedio*, sin título (para una comedia).—Sainete de *Los Gitanos.*—Sainete de la *Taberna de la puerta de Villamayor.*—Sainete de *El Valenton.*—Sainete de *El Poeta.*—Sainete de *La Peregrina*, para el aria del *Alcalde*, zurumbático.—*Fiesta cómica*, sin título.—Otras *tres* lo mismo. (Todas á los años de varios amigos del poeta.)—*Fiesta cómica*

y música para el dia que cumple años Torres.—*Fin de fiesta* ó baile frances.—*Diálogo entre un sordo médico y un vecino gangoso.—Los figurones ridículos en Salamanca.* (Villancico entre várias personas.)

Piezas sueltas :—Sainete de *El miserable.*— Sainete *Fiesta de gallos, y Estafermo en la aldegüela.*

POESÍAS.

SONETOS.

I.

Ciencia de los cortesanos de este siglo.

Bañarse con harina la melena,
Ir enseñando á todos la camisa,
Espada que no asuste y que dé risa,
Su anillo, su reloj y su cadena ;
Hablar á todos con la faz serena,
Besar los piés á mi sa (1) doña Luisa,
Y asistir como cosa muy precisa
Al pésame, al placer y enhorabuena ;
Estar enamorado de sí mismo,
Mascullar una arieta en italiano,
Y bailar en frances tuerto ó derecho ;
Con esto, y olvidar el catecismo,
Cátate hecho y derecho cortesano,
Mas llevaráte el diablo dicho y hecho.

II.

Confusion y vicios de la córte.

Mulas, médicos, sastres y letrados
Corriendo por las calles á millones,
Duques, lacayos, damas y soplones,
Todos sin distincion arrebujados;
Gran chusma de hidalguillos tolerados,
Cuyo exámen lo hicieron los doblones,
Y un pegujal de diablos comadrones,
Que les tientan la honra á los casados;
Arrendadores mil por excelencia,
Metidos á señores los piojosos,
Todo vicio con nombre de decencia ;
Es burdel de holgazanes y de ociosos,
Donde hay libertad suma de conciencia
Para idiotas, malsines y tramposos.

III.

La casa de un gran señor.

Un rodrigon que siempre está en pelea
Con la de pajes lamerona junta,
Un pobre mayordomo que se unta,
Y un contador maldito que lardea ;
Una señora á quien el ocio asea,
Y otras que siempre están de blanco en punta,
Una dueña arrugada y cejijunta,
Que rellena de chismes la asamblea;
Un comprador que riñe, roba y miente,
Un cocinero de la misma masa,
Gran chusma de libreas insolente ;
Envidia mucha, adulacion sin tasa,
Y el gran señor, que sirve solamente
De testigo del vicio de su casa.

(1) Contraccion de *mi señora.*

IV.

En qué consiste la nobleza de muchos que nacen figura de caballeros.

Pensaba yo (ya sé que fué simpleza)
Que aquestos caballeros que hacen ruido,
Y acá en la córte se labraron nido,
Que eran de superior naturaleza.
Pues charros son, quitada la corteza,
De los que en nuestra tierra habian vivido,
Que añaden cuatro pliegues al vestido,
Y una melena más á la cabeza.
Un montañes nacido en una nasa,
Un gallego que en nabos fué su cría,
Un castellano hecho á pan y masa.
Con que, consiste toda esta hidalguía
En vivir treinta leguas de su casa,
Y en aguantarlo aquí la cortesía.

V.

Los ladrones más famosos no están en los caminos.

Oigo decir á muchos cortesanos :
«Tal oficina tiene tres mil reales,
Pero vale diez mil y muy cabales.»
¡Válgame Dios, y azotan á gitanos!
Aquéstos son rateros chabacanos,
Que pillan una capa, unos pañales,
Un borrico, una mula, y sus caudales
No llegan á seis cuartos segovianos.
Reconocer los montes es quimera ;
Que no son ermitaños los ladrones,
Ni en los jarales buscan su carrera.
Haga aquí la justicia inquisiciones,
Y verá que la córte es madriguera,
Donde están anidados á montones.

VI.

El atractivo de las mujeres no consiste en los adornos del traje.

Sacó Dios la mujer de mi costilla,
Y yo salí de la costilla de ella,
Y se circula en su fantasma bella
La propia sangre que en mis venas brilla.
Póngase luto, gala ó mascarilla ;
Este amor propio, cuando no mi estrella,
Arrastra mis pasiones á querella,
Que no oculta el disfraz su maravilla.
Luégo, aunque nos la vistan de salvaje,
Siempre irán los deseos viento en popa,
Buscando la hermosura, no el ropaje ;
Y si ésta es del deleite dulce sopa,
Enmienden á su cuerpo, no á su traje,
Porque en él está el daño, no en la ropa.

VII.

Habiéndole robado en un meson, dando querella ante la justicia, más importó lo que dejó en poder de ministros que lo robado.

Léjos de mí procesos y abogados,
Párrafos, textos, plazos, peticiones;
Que el sayo, la camisa y los calzones
Dejo en poder de moros ó letrados.

Ya no más judiciales alegados;
Yo alegaré por textos coscorrones,
Pues se zumban malsines y ladrones
De Cujacios, Donelos y Salgados.
Ya que á las leyes la maldad resiste,
Favorézcame el palo de una escoba
Siempre que me despoje el insolente;
Que para condenar á aquel que insiste
En retener la prenda que me roba,
Un alcalde de palo es suficiente.

VIII.

Modo de pretender.

Hagan corregidor á Sancho Panza,
Póngase don Quijote de togado,
Sea Juan de la Encina el celebrado,
Y suba Pedro Grullo á la privanza.
Que se le dé la cátedra á Carranza,
¿Á usted que se le da? ¡Vano cuidado!
Ríase usted de ver el paloteado,
Y dé gracias á Dios que no entra en danza.
Y si quisiere usted lograr el trato
De ser mandon, justicia y aplaudido,
Ni estudie, ni se esconda con recato;
Que logrará lo mismo que ha perdido,
Si se hace zalamero, mogigato,
Adulador, soplon y entrometido.

IX.

Motivo de no seguir las pretensiones.

Si despues que la cátedra consigo,
Dejo la piel en esta ruin milicia,
Bravo chasco se lleva mi codicia,
Y miserable presa mi enemigo.
Búrlese de otro el diablo, no conmigo;
Que ya está satisfecha mi avaricia
Con comer y vestir lo que es justicia,
Y mirando al nacer me sobra abrigo.
Si yo fuera inmortal, ya pretendiera
Ser rico y venerado por discreto;
Pero si he de morir, todo es quimera.
Locura es provocar vano respeto,
Si puede ser que de repente muera
Aun ántes de acabar este soneto.

X.

Pago que da el mundo á los poetas.

Dícese de Quevedo que fué claro,
Y que en algunas coplas está obsceno;
Góngora puede ser que fuese bueno,
Pero ya sus comentos le hacen raro.
El Calderon, que nos lo venden caro,
Sólo de lo amatorio fué muy lleno,
Y nos dejó en la cómica un veneno,
Que nos hemos bebido sin reparo.
La idea de Juan Perez fué abatida,
De Solís intrincada, ¡infeliz suerte!
¡Oh ciencia pobre! ¡Facultad perdida!
¡Mundo borracho, que al varon más fuerte,
Despues de ajarlo, miserable, en vida,
Predicas estas honras en su muerte!

XI.

Aconseja á su hermana, doña Josefa de Torres, que no se dé al estudio de la poesía.

Mi padre hace sonetos lindamente,
Octavas nuestro abuelo las hacia,
Y bien poco há que se murió una tia
Por hacer seguidillas de repente.
Villarroel (que se daba por pariente)
Fué muy favorecido de Talía,
Y yo hago tal cual copla, Pepa mia,
Por no negar la casta solamente.
Del loco mayorazgo estáis exentos
Los que naceis segundos, y no trates
De revolver papeles ni instrumentos;
Pero si escribes métricos dislates,
No te podré negar los alimentos,
Mas te pondré la letra en los orates.

XII.

Describe su vida en la córte, satisfaciendo á un amigo, que le dijo que en su país se decia que andaba perdido.

Dan las doce del dia, y yo me paro
Á escoger entre veinte y áun más ollas
El mejor perdigon, mejores pollas,
Y esto es, Antonio, que me vendo caro.
Me quieren mil amigos, y en su amparo
Fundo (sin ser pegote) estas bambollas;
Gasto sus coches, gozo de sus follas,
Sin que nadie me ponga algun reparo.
Debo á mis almanaques mi vestido,
Y me paga la musa mi techado;
Cuatro libros me dan gusto crecido.
Y estando de fortuna mejorado,
Dicen en mi país que estoy perdido;
Pero mienten, que estoy muy bien hallado.

XIII.

Al ir á escribir, confiesa su desconfianza.

Sobre la mesa el codo, y acostada
En la siniestra mano la cabeza,
La pluma en ristre, que á tenderse empieza
Sobre plana no escrita y ya borrada;
Así estaba el ingenio en la estacada,
Cuando asaltó de presto á mi rudeza
De Calderon la gracia y la agudeza,
Y de Solís la musa celebrada.
Cogióme su memoria tan de susto,
Que ni con prosa ni con verso salgo;
Consulto el miedo, á sus ideas justo;
Y viendo que con éstos nada valgo,
Dejé la pluma, desmayóse el gusto,
Y eché las Musas á espulgar un galgo.

XIV.

El presente siglo.

Vale más de este siglo media hora,
Que dos mil del pasado y venidero,
Pues el letrado, relator, barbero,
¿Cuándo trajeron coche, sino ahora?
¿Cuándo fué la ramera tan señora?
¿Cuándo vistió galones el cochero?
¿Cuándo bordados de oro el zapatero?
Hasta los hierros este siglo dora.
¿Cuándo tuvo la córte más lozanos
Coches, carrozas, trajes tan costosos,
Más músicos franceses é italianos?
Todo es riqueza y gustos poderosos;
Pues no tienen razon los cortesanos,
Porque ahora se quejan de viciosos.

XV.

Habla con don Francisco de Quevedo en las sátiras á los cornudos.

¡Ah, señor don Francisco! ¡Si usted viera
El mundo cómo está desde aquel dia
Que vino aquella tal señora mia
Á cobrar en sus ánsias la postrera!
¡Ay, amigo, que no lo conociera!
Porque entónces, al fin, se distinguia
El animal del bruto, y así habia
Quien viese la funcion en talanquera.
Para cuatro cornudos vergonzantes
Que usté alcanzó en su siglo, ya perdido,
Hizo extremos y sátiras picantes.
Dé mil gracias á Dios no ser nacido,
Pues si hubiera alcanzado chichisvantes,
Antes fuera cornudo que marido.

XVI.

Infelicidad de las pretensiones.

Si yo hago el memorial, tiempo perdido;
Si lo hace el abogado, adios, dinero;
Si visita el agente, mal agüero,
Y si visito yo, quedo rendido.

Gasto en membretes, póngome fruncido,
Dame una sobarbada el consejero,
Viene el procurador por mi puchero,
Y luce el escribano mi vestido.
No ha de darme ninguno lo que importe
Al patrimonio y pasos excusados;
Pues fuera pretensiones, fuera porte.
Pero ¡es dolor que acuerden mis cuidados,
Cuando tengo mis cuartos en la córte,
Unos molidos, los demas gastados!

XVII.

Pinta lo miserable de sus conveniencias.

En una cuerna un celemin de sal (1),
Un san Onofre al óleo en un papel,
Un tintero, dos libros, un rabel,
Y un cántaro con agua elemental.
Estas alhajas tengo en un portal,
Que es mi casa, mi alcoba y mi dosel,
Donde sirve de cama mi buriel,
Y de sillon un duro pedernal.
Sobre un poyo de piedra está un candil,
Que me da luz hasta que sale el sol;
Ceno una sopa á veces del pernil,
Leo en Quevedo, célebre español,
Y alegre en mi tiniebla y su pensil,
No se me da del mundo un caracol.

XVIII.

Lo poco que debe al mundo.

No debo al Rey garnacha ni obispado,
Ni á mis parientes donacion ni herencia;
Como salí del vientre á la inclemencia,
Estoy de honras y deudas redondeado.
Treinta años de mi vida se han pasado,
Sufriendo el desabrigo y la carencia;
Pero, gracias á Dios, tengo paciencia,
Que de ruines deseos se ha burlado.
Manden otros, gobiernen sin medida;
Que yo me quiero estar en mi aposento
Con mi paz, del orgullo retraida;
Que por huir de mandas el tormento,
No he querido tener en esta vida
Ni trapos de que hacer mi testamento.

XIX.

Vida bribona.

En una cuna pobre fuí metido,
Entre bayetas burdas mal fajado,
Donde salí robusto y bien templado,
Y el rústico pellejo muy curtido.
A la naturaleza le he debido
Más que el señor, el rico y potentado,
Pues le hizo sin sosiego delicado,
Y á mí con desahogo bien fornido.
El se cubre de seda, que no abriga,
Yo resisto con lana á la inclemencia;
El por comer se asusta y se fatiga,
Yo soy feliz, si halago á mi conciencia,
Pues lleno á todas horas la barriga,
Fiado de que hay Dios y hay providencia.

XX.

Á un letrado que escribió un papel contra la astronomía.

Que sepa de las leyes un bolonio,
No hay que admirarse de eso, mi Talía;
Que al más tonto le sobra fantasía
Para cuentos de Cayo y de Sempronio.
Pero que quiera darnos testimonio
De la cierta formal astronomía
De un letrado la falsa abogacía,
No hizo tal intentona ni el demonio.
El judiciar del cielo y las esferas
No toca á Justiniano ni á Donelo;
Sus juicios son azotes y galeras.
Cuide usted de su *jus;* que es vil desvelo
Querer traer el cielo á sus quimeras,
Como si fuera malhechor el cielo.

(1) Consonantes forzados.

XXI.

Cuenta los pasos de la vida.

De asquerosa materia fuí formado,
En grillos de una culpa concebido,
Condenado á morir sin ser nacido,
Pues estoy no nacido y ya enterrado.
De la estrechez obscura libertado,
Salgo informe terron no conocido,
Pues sólo de que aliento es un gemido
Melancólico informe de mi estado.
Los ojos abro, y miro lo primero
Que es la esfera tambien cárcel obscura;
Sé que se ha de llegar el fin postrero.
Pues ¿adónde me guia mi locura,
Si del ser al morir soy prisionero,
En el vientre, en el mundo y sepultura?

XXII.

De repente, con consonantes forzados.

Sea ó no sea muy copioso el año,
Que se venga el Abril triste y risueño,
No es cosa que me quita el gusto y sueño,
Pues yo soy mi pastor y mi rebaño.
Yo duermo lindamente en un escaño,
Cómo lo que me sobra y sin empeño,
Yo me sirvo á mí mismo y soy mi dueño,
Me gusta todo porque nada extraño.
Las pretensiones desprecié con saña,
El amor no me ha dado ni un rasguño,
Trato con poca gente, porque engaña.
A la avaricia téngola en un puño,
Y así me estoy metido en mi cabaña,
Henchido con más glorias que un don Nuño.

XXIII.

De repente, con piés forzados, describe algunas cosas de la córte.

Pasa en un coche un pobre ganapan,
Mintiendo ejecutorias con su tren;
Pasa un arrendador, que en un vaiven
Se nos vuelve á quedar perafustran.
Pasa despues un grande tamborlan,
Llevando la carroza ten con ten,
Y pasa un simple médico tambien,
Parando el coche por cualquier zaguan.
Pasa un gran bestia puesto en un rocin,
Pasa como abstinente el que es ladron,
Pasa haciéndose docto un matachin.
Todo es mentira, todo confusion;
Yo me rio de todo, porque al fin
Los toros estoy viendo en mi balcon.

XXIV.

La mucha leccion de libros suele ser dañosa.

Consumí en la doctrina y agudeza
De los libros gran parte de mi vida,
Y he quedado peor; que está tupida
De ajenos desatinos mi cabeza.
Buscaba en los doctores mi rudeza
De cierta duda la mejor salida,
Y halló mil opiniones sin medida,
Pues uno el *sí*, y el otro el *no* me reza.
Más necio vengo á ser, más imprudente,
La razon natural está más ruda,
Pues ya por sí no asiente ni consiente.
Antes pudo opinar, ya quedó muda;
¿Quién dira la verdad? Dios solamente,
Y yo ¿qué haré? Morirme con la duda.

XXV.

Con los mismos consonantes que don Francisco de Quevedo desengaña á los soberbios de su vanidad.

Engulle el poderoso rica sopa,
Cuando á mí me contenta una zurrapa,
Y siendo el mundo dilatado mapa,
Le parece á su vicio estrecha copa.
Con bordada, sutil y blanda ropa
El barro humano diligente tapa,
Y á mí me envuelve miserable capa
Y un negro camison de ruda estopa.

Ostenta á todos la gotosa tripa,
Y puede ser el que mejor me sepa
A mí la sucia bota que á él su pipa;
De la humana miseria huyendo trepa;
Pero, por más que puja, anda y ahipa,
Todos somos racimos de una cepa.

XXVI.

Con ocasion de tener ya escrito el *Piscátor* del año 1726, y haber sacado el hospital de Madrid un privilegio para que no se imprima, escribe á su alteza el señor don Carlos, para que permita que se imprima en su cuarto, donde tiene por diversion una imprenta.

En medio del escollo, preso, atado,
Encallada la nave en que corria,
El remo roto y el timon sin guia,
Yace aquel pescador desventurado.
Ya dió á fondo, señor, lo trabajado,
Y calmó la volante fantasía,
Porque se dió á la vela la porfía
De un bajel enemigo disfrazado.
Á tí clamo, señor, que en esta esfera
Eres asilo de las ánsias cierto;
Líbrense mis trabajos, y yo muera.
Sea el nuevo cuidado campo abierto;
Que como asienten plaza en tu galera (1),
Con feliz rumbo llegarán al puerto.

XXVII.

Responde á una dama que le envió á preguntar qué hacia en su destierro.

Al fuego de un hogar estoy tendido,
Dando dos higas al invierno crudo,
Y envuelto en un talego pobre y rudo,
Estoy, si no galan, muy bien vestido.
Sobre un fuerte varal tengo extendido
De un pesado lechon el gran menudo,
Donde á las horas de mi gana acudo,
Gustoso, alegre, sano y comedido.
Euclídes, mi guitarra y el tintero,
Y el monte alguna vez, son mi cuidado;
Los que busco y arrojo cuando quiero.
Esta es mi vida, mi quietud, mi estado;
Si esto es vivir ausente y prisionero,
Góceme yo mil años desterrado.

XXVIII.

Escribe desde Amarante, lugar de Portugal, la miseria que padece en su destierro.

Á un acebuche tosco está arrimado
(Sombra triste no más de lo que ha sido)
Mi débil cuerpo, flaco y aterido,
De sus piés y sus culpas arrastrado.
Con un rudo sobeo anda ligado
Un angeo talar, que es mi vestido,
De las tres erres sólo guarnecido,
Que son: roto, raido y remendado.
Tal cual vez salgo (anatomía andante)
Á llorar mis desgracias ó mi yerro
Al rústico poblacho de Amarante.
Así vivo difunto en mi destierro,
Pues con mi horrible y pálido semblante,
Llamando á todos voy para mi entierro.

XXIX.

Á Filis.

Yo te adoro, mi bien, y es de tal suerte
Esta mi adoracion apetecida,
Que ya no tiene libertad mi vida
Para dejar de amarte hasta la muerte.
Estrecho lazo del amor más fuerte
Me tiene presa el alma agradecida,
Y el mismo cautiverio me convida
Á eternizar la gloria de quererte.
Filis divina, de admirar no acabo
Tu perfeccion, tu ingenio y tu hermosura;
En ella al cielo y á su Autor alabo;
Con tu luz va mi estrella muy segura;
Ruégote que me admitas por tu esclavo,
Y tendré de un monarca la ventura.

XXX.

Á Filis, encareciendo su adoracion.

Góngora, Lope y otros, que la idea
De las Musas siguieron altamente,
Por objeto del númen elocuente
Tuvieron su deidad, su Dorotea.
Yo, Filis, discretísima Medea,
Hechizo universal de lo viviente,
En tu belleza tengo reverente
Mi ejercicio, mi gloria y mi tarea.
Ellos con el donaire y la dulzura
Del plectro, que al espíritu se exalta,
De su atencion lograron la ventura.
Mi musa no es tan grave ni tan alta,
Mas para merecer á tu hermosura
Suple el amor lo que al ingenio falta.

XXXI.

Despídese de Filis.

Adios, Filis; adios, dueño adorado;
Mi sino quiere, en su rigor violento,
Que lleve mis suspiros otro viento,
Que de tu esfera hermosa está apartado.
A ser de tan feliz tan desdichado,
Á la rastra me lleva mi tormento,
Y aunque á veces me engaña el sufrimiento,
Voy de volverte á ver desconfiado.
Adios, adios, y canta alegremente
Al risueño Jalon, fértil, sonoro,
De mi amor y tu gracia lo excelente.
Miéntras yo triste en las arenas de oro
Del Tórmes caudaloso y elocuente,
Tu olvido temo y la distancia lloro.

XXXII.

Á Clori, habiéndola mandado sangrar.

¿Yo lo he de ver, y permitir que fiero
Bañe y toque, mi Clori, á fuer de sabio,
Adonde audacia fuera el limpio labio,
Con sus manos lavadas un barbero?
Mal haya, amén, el médico grosero
Que receta por bienes un agravio,
Y mal haya mil veces mi astrolabio,
Que no previno tan fatal agüero.
Mas, ya que vivas rosas desatadas
Han de salir de venas tan lucidas,
Haz, bárbaro, roturas abreviadas;
No fallezcan á un tiempo las dos vidas,
Pues á la proporcion de las picadas
Han de ser en mi pecho las heridas.

XXXIII.

Á Lesbia, estando para ausentarse.

La sagrada y formal filosofía
Fué el empleo hasta aquí de mi locura,
Pero despues que he visto tu hermosura,
Son mis libros tus ojos, Lesbia mia.
En tu gracioso cielo, noche y dia,
Alza mi amor su celestial figura,
Y en ella siento, cifra y conjetura
El bien, el mal, la pena y la alegría.
Cielo eres, cuya bella consonancia,
Con luz, con movimiento en mi existencia,
Su luz divina infunde en mí constancia;
Y ¿qué importa se mude tu presencia,
Si tierno miro que á cualquier distancia
No me puedo escapar de tu influencia?

(1) Es un instrumento de la imprenta.

XXXIV.

Pide á una dama su mano para decir la buena aventura.

Si á ese cóncavo riges soberano,
Si su luz por las tuyas iluminan,
De tí podré saber dónde me inclinan
Las estrellas que tienes tan á mano.
Permíteme que astrólogo y gitano,
Vea en tu diestra qué leyes determinan
Esas rayas y montes que dominan
Las supremas alturas de lo humano.
Esta línea *mensal* gozo me advierte,
La *láctica*, fortuna prevenida,
Ese *monte de Vénus* es mi suerte;
Mas ¡ay! que la *vital* es mi homicida,
Pues advierto que á costa de mi muerte
Va creciendo la raya de tu vida.

XXXV.

Á una señora impaciente de genio.

No te enojes, bien mio, no te alteres,
Vive entre mil deleites singulares,
Y deja los disgustos y pesares
Á la clase comun de las mujeres.
Tú eres deidad, y tan divina eres,
Que se van á tus piés y á tus altares
Las almas y las vidas á millares,
Á darte en sacrificio los placeres.
Tuyo es el mundo y tuyos, cielo mio,
Los singulares triunfos y blasones
Que te dieron tu gracia y señorío;
No deslustres, mi bien, tan altos dones;
Que para todo tienes albedrío,
Mas no para alterar tus perfecciones.

XXXVI.

Dice á Fílis lo imposible de pintar su hermosura.

Si deseas tu copia fiel y pura,
Fílis divina, celestial portento,
Me tienes que prestar tu entendimiento,
Que él solo puede hablar de tu hermosura.
No puede la más sábia criatura,
Aunque goce un angélico talento,
Describir una parte, un pensamiento
De tu bella y graciosa arquitectura.
Mi copia no sirviera de aplaudirte,
Pues aunque á mí me sobra lo obediente,
Me falta la virtud de definirte...
El cielo copie tu beldad luciente;
Que á mí me toca, hasta morir, servirte,
Y amar tu original eternamente.

XXXVII.

Á una señora, en dia de cumpleaños.

Si donde va mi pluma el alma fuera,
Tu salud, dueño mio, eternizára,
Y aunque el afecto fino me abrasára,
En tí para ser fénix renaciera.
Mi obligacion de estímulo sirviera,
Y de materia mi fineza clara;
Mi corazon amante fuera el ara,
Y mi cariño su inmortal hoguera.
Y si lograr pudiera de esta suerte
Tu salud, como víctima ofrecida,
Me arrojára al volcan con ánsia fuerte;
No se viera mi gloria destruida,
Dejando asegurada con mi muerte
Tu vida, que de todos es la vida.

XXXVIII.

Muéstrase agradecido á su desgracia, pues logra por ella haber caido en suerte con la más apacible beldad del Tórmes.

¡Dichosa enemistad! Feliz desvelo
De la rabiosa infame tiranía,
Pues que por ella goza el alma mia
La bienaventuranza de tu cielo.
Tranquilidades juro á todo el suelo,
En nombre de tu gloria, en este dia;
Porque con año tal, mi astrología
Siglos dará á la tierra de consuelo.
Como astrólogo no, como poeta,
Los altos juicios de mi númen fundo
En su esfera más breve y más perfecta;
Y por tí olvidará mi amor profundo
Cuantos imágen, luz, astro y planeta
Arden y ocupan el celeste mundo.

XXXIX.

Escribe á Fílis los ejercicios que tiene en la aldea en tiempo de su destierro.

Guardian soy de los cerdos y los patos,
Unzo los bueyes, á la burra apeo,
A los pavos apito y pastoreo,
Y los llevo á beber á los regatos.
Las cabras mamo, voy tras los chibatos,
La zorra ruto, al gavilan careo,
Remiendo las coyundas y el sobeo,
Las calzas, los sayuelos y los hatos.
Cuelo por el egido, apaño el rozo,
Y soy, Fílis hermosa, en una pieza,
Aperador, porquero, sastre y mozo;
Por tí vivo y padezco tal bajeza,
Y en ella hallára mi seguro gozo,
Si yo olvidar pudiera tu belleza.

XL.

Á una dama.

Nace el sol derramando su hermosura,
Pero pronto en el mar busca el reposo;
¡Oh condicion instable de lo hermoso,
Que en el cielo tambien tan poco dura!
Llega el estío, y el cristal apura
Del arroyo que corre presuroso,
Mas ¿qué mucho, si el tiempo, codicioso
De sí mismo, tampoco se asegura?
Que hoy eres sol, cristal, ángel, aurora,
Ni lo disputo, niego, ni lo extraño;
Mas poco ha de durarte, bella Flora;
Que el tiempo, con su curso y con su engaño,
Ha de trocar la luz con que hoy te dora
En sombras, en horror y en desengaño.

XLI.

Á Fílis, poseida de dolor.

Cruël dolor, que al dulce bien amado
Le robas el color y la alegría,
Ceba tu furia en la paciencia mia,
Pues estoy á tu saña acostumbrado.
Deja en paz á mi bien; y vivo, airado,
Rompe y trastorna toda mi armonía,
Porque quiero halagar su tiranía
Con sufrir tu rigor y mi cuidado.
Deja libre á la hermosa prenda amada,
Y vuélvele su gusto, su contento
Á costa de mi vida desdichada;
Vén á aumentar mi amante sufrimiento,
Pues poco importa ya que se le añada
Un dolor más á mi mortal tormento.

XLII.

Á Francisca de Castro, cómica y cantarina insigne.

Bella madre de amor, dádiva hermosa
Que hizo á la tierra Jove soberano,
Embeleso del chiste cortesano
Y reina del donaire poderosa.
¡Oh, mil veces felice la dichosa
Hora en que el cielo dió con larga mano,
Para deleite del linaje humano,
Al mundo tu belleza prodigiosa!
¡Oh, si fuese la voz de mi instrumento
Émula de los cantos más gloriosos,
Y no desagradable, ronca y triste!
Pasára yo mi vida (¡qué contento!)
Celebrando con himnos armoniosos
La fortunada aurora en que naciste.

XLIII.

Á Fernando VI, en la muerte de Felipe V.

Al pié de aqueste régio, triste, adusto,
Pálido monumento, en que se encierra
El mayor Rey que veneró la tierra,
Llora, noble Fernando, que es muy justo.
Llora, y lloremos en tu padre augusto,
Guerrero en paz, pacífico en la guerra,
El rigor con que incauto le destierra,
Siempre fatal decreto, nunca injusto.
Pero no llores, no; que en su partida
Mejora de fortuna, reino y suerte,
En premio á su virtud esclarecida.
Y á tí te deja, aunque en dolor tan fuerte,
Infinitos ejemplos en su vida,
Y todas nuestras vidas en su muerte.

XLIV.

La tierra, el polvo, el humo, en fin, la nada,
Al héroe más insigne y portentoso,
Es el único triunfo, el más glorioso,
Que robar has logrado, muerte airada.
La vida de su fama celebrada,
Fe, virtud y valor y celo ansioso,
Exentos de tu brazo pavoroso,
En lo eterno aseguran su morada.
Al honor, al aplauso, al ardimiento,
Á la piedad, al culto y á la gloria
Tocar no pudo tu furor violento.
Pues si de tantas vidas la memoria
Eterna vive en este monumento,
¿En qué fundas, oh Parca, tu victoria?

XLV.

Ruega á Filis que haga más comunicable su hermosa presencia.

No encubras, Filis mia, tus facciones,
Tus ojos apacibles y serenos;
Sólo en tus perfecciones se echa ménos
El no comunicar tus perfecciones.
¿No ves en las floridas estaciones
Las flores en los cuadros más amenos
Derramar su hermosura, y dejar llenos
Los sentidos, rompiendo sus botones?
Tú eres un cuadro que el Autor divino
Plantó del mundo en el jardin hermoso,
Dando al sentido gloria en su pintura.
No escondas, no, tu rostro peregrino;
Que le robas al mundo un bien precioso;
Mira que es bien ajeno la hermosura.

XLVI.

Salió el niño de Vénus más querido
Á su blanda conquista acostumbrada,
Y tardando en volver á su morada,
Dióle la bella madre por perdido.
Sale, corre, pregunta por Cupido,
Impaciente, solícita, asustada,
Mustio el color, el pelo desgreñada,
Le busca en Pafo, búscale en Egnido.
Búscale entre las ninfas que venera
Más hermosas la selva, el rio, el prado,
Búscale entre las ninfas que el mar cria.
Tocó del padre Tórmes la ribera,
Y hallóle aquí pendiente del nevado
Cuello de la hermosísima María.

XLVII.

No es agraviar á las deidades solicitar con los dones sus halagos.

Clori, solicitar con un presente
Inclinar la belleza que enamora,
El triste amante que padece y llora
Fugitivo desden, ira inclemente,
No es quererle comprar groseramente
La piedad y el amor á su señora,
Sino agradar á la deidad que adora,
Haciéndole una ofrenda reverente.
No es esto poner precio á las beldades
Supremas, si prudente lo reparas;
No es desaire, ni así llamarlo oses.
Dobla el dón las sagradas majestades,
No es agravio la ofrenda de las aras,
Las dádivas aplacan á los dioses.

XLVIII.

Estampaba Clorinda su figura
De un rio en el cristal resplandeciente,
Cuando el húmedo dios de la corriente
Sintió dentro del agua su hermosura.
Enamorado de la imágen pura,
Solicita abrazarla estrechamente;
El agua aprieta en vano, y luégo siente
De su amoroso error la desventura.
«Oh Dios (le dije), en tu desgracia veo,
Y en esa imágen que engañó tus lazos,
Representada la fortuna mia;
»Pues cuando todo es brazos mi deseo,
Así tambien se burla de mis brazos
Otra imágen que está en mi fantasía.»

XLIX.

Á Filis, enamorada de sí misma.

Filis, que armada de desden constante
Resistió siempre á la deidad de Egnido,
Y al salir de las lides de Cupido
Siempre la coronó laurel triunfante;
Viendo ayer su belleza en el brillante
Cristal de un arroyuelo suspendido,
De sí misma sintió su pecho herido,
Y con rabia lloró el dolor amante.
Miróla amor, y dijo: «¡Oh desdeñosa
Ninfa! Padece la venganza dura
Que corresponde á tu beldad ingrata;
»Pues contra tu hermosura poderosa
Es sólo poderosa la hermosura;
De hermosa muera quien de hermosa mata.»

L.

Á un viejo vicioso, maldiciente, que escribió una sátira contra el autor (1).

Despues que á tu arrastrada juventud
La enfermó tu viciosa ociosidad,
Entregas á la vil mordacidad
Tu débil y maligna senectud.
Á la boca estás ya del ataud,
Sin haber visto el rostro á la piedad;
Para hacer bien te falta actividad,
Para hacer mal te sobra la salud.
No es vida de eclesiástico civil
La que consumes, bárbaro, cruel,
En las operaciones de gentil;
Que ambos vivimos mal, verdad es fiel,
Yo lo que afirmas soy, y áun soy más vil;
Y tú eres lo que dice tu papel.

LI.

¿Cuándo vendrá la muerte? No sabemos,
¿El cómo y el lugar? Ni en conjetura.
¿El detener su curso? ¡Qué locura!
Sólo es cierto y de fe que fallecemos.
Pues ¿cómo la amenaza no tememos
Del Criador de toda criatura?
Deseche la maldad nuestra cordura,
Y el viaje del alma preparemos.
La muerte, aunque parece que se esconde,
Cada momento nos está acechando;
Dejémosla que siga y que nos ronde.
Ella va y viene, y nos está esperando,
Y ya que nos oculta cómo y dónde,
Estemos prontos para siempre y cuando.

(1) Consonantes forzados.

LII.

La rica Fílis de curarse trata,
Y un médico muy docto solicita;
Viene sin detencion, y deja escrita,
En papel poco, mucha patarata.
Viendo cuán doctamente aquel la mata,
Que venga otro doctor la dama grita,
Y acude en un caballo á la visita
Otro que puede andar en la reata.
Una dieta de médicos reputa
Preciso convocar, en la cual vota
Cada uno en apoyo de su seta.
Poco tiempo despues todo se enluta.
Murióse Fílis ya; pero se nota
Que se murió de ahita con la dieta.

LIII.

Un viejarron secajo en lo cecial,
Por desmentir lo flojo y lo senil,
A la sombra mugrienta de un candil,
Hace de su cuaresma carnaval.
Un estudiante, tonto sin igual,
Da opinion en el caso más civil,
Y un agarrante lánguido alguacil
Se mete á ser Donello y Carlebal.
Una beata se entra á coronel,
Una hormiga se mete á caracol,
Y un escriba debajo de un dosel.
Todos se esconden de la luz del sol;
Pero á la luz de la razon más fiel
Les alza este soneto el facistol.

LIV (1).

Un rico ya no tiene qué rascar,
Un caudillo no tiene qué regir,
Un picaron no tiene qué reir,
Ni tiene un envidioso qué rabiar.
Un logrero no tiene qué rapar,
Un valenton no tiene qué reñir,
No hay en un escolar qué resumir,
Ni ya un pirata tiene qué remar.
Un príncipe mitiga su rigor,
Un desleal la paz quiere romper,
Y en Africa vomita su rencor.
La América ya toca á recoger,
La Europa solamente oye el rumor,
Y el Asia tendrá un hueso que roer.

LV.

Anda soberbio y osco un charlatan,
Dando celos al mundo con su tren;
Mas presto la justicia de un vaiven
Le pondrá de espantajo en un zaguan.
Quiere otro majadero sacristan,
En la velocidad de un santiamen,
Meterse de rondon hasta Belen,
Profecías vendiendo á lo Balan.
Métese á consejero un arlequin,
Y á místico de pasta otro bufon,
Que áun no quiere cansarse de ser ruin.
Pero él y otro inocente tolondron,
De repente, llamados de un clarin,
Irán (donde yo callo) en procesion.

LVI.

Pasa por muy celoso á falsa luz
El que es más alcahuete que un tapiz,
Y porque va vestido de terliz,
Por gallego se cuela el andaluz.
Muy encubierto del sagaz capuz
Pasa el trompon pizpierno por nariz,
Y áun en el plato pasa por perdiz
El desabrido indómito avestruz.
Pasará por político el más soez,
Y por poco advertido el más capaz,
Y el desengaño tomará su vez.
Mas, como á mí me dejen en mi paz,
Y suene en mi cocina el almirez,
Arda Bayona y truene en Alcaraz.

(1) Este soneto pertenece al *Pronóstico* de Torres para el año 1739.

LVII.

Fabio en su calorosa juventud
Brinca por la mayor atrocidad,
Cuando en el curso medio de su edad
Los zancajos le pisa el ataud.
Fileno á la dulzura de un laud
Se acerca con vil serenidad,
Y la misma frecuencia á la impiedad
Es la que guarda el sueño á su inquietud.
Por trepar á más alto que fué el Cid,
Padece Felisardo mortal sed,
Que no puede apagar fecunda vid;
Mas la fortuna airada echa su red,
Y desploma con rabia y con ardid
Sobre tanto edificio su pared.

LVIII.

Gorra y rodilla en tierra un oficial,
Fruncido y escondido el oropel,
Hace sus arrumacos á un laurel,
Porque sirva á sus sienes de frontal.
Otro muy reverendo magistral
Atisba desde el fróntis de un cancel,
Y con lágrimas tiernas á un dosel
Una punta le pide en su sitial.
Otro engerto en prior y ministril,
Lleno de bascas ya del facistol,
Trucca por el baul el santo atril.
De la ronda por fin sale el farol,
Y descubre á su moco de candil
Cuanto no pudo ver de sol á sol.

LIX (2).

Marte airado, vestido de escarlata,
Con la espada en la mano al mundo reta,
Y al estruendo de caja y de trompeta,
Parte del mundo en furia se desata.
Los comercios trasudan oro y plata
Al tenor del poder que los aprieta;
La gente de las aguas anda inquieta,
La de tierra se aflige y se maltrata.
Un alto chapitel se precipita,
Desmorónase erguida una garzota,
Y un palacio eclesiástico se enluta.
Y la gran providencia clama y grita,
Porque ve que la oprime y que la azota
Sólo la gente infame y disoluta.

SILVA AMOROSA.

Tan grande es, Fílis mia,
El ánsia de adorarte,
Que sólo por amarte
Quiero la noche y solicito al dia...
El amarte es mi aliento,
Tu luz mi pensamiento,
Y si tal vez en calma
Dejo mi explicacion, es porque aspiro
A nombrarte mejor con un suspiro;
Que ésta es la frase principal del alma.
De noche miro al cielo,
Centro de mi consuelo,
Las estrellas admiran mi firmeza;
Yo todo soy amor, ellas belleza.
A su constancia excedo,
Pues amante me quedo,
Y ellas del alba á los celajes rojos
Se esconden á mis ojos.
Si me aprisiona el sueño,
Se vale de mi amor y de mi pena;
Préstale mi cuidado su cadena,
Mi memoria la imágen de mi dueño;
Mi vida y mi pasion equivocando,
Despierto duermo, porque duermo amando.
Deseo que madrugue el sol luciente,
Para que tenga la firmeza mia
Al exámen del dia
El crisol más flamante y reverente...

(2) Este soneto y el anterior pertenecen al *Pronóstico* de 1732.

Que es tanta tu hermosura,
Que la roca más dura
Abre su esquivo pecho,
O en lágrimas deshecho
De la preciosa fuente que lo deja,
U de la verde queja
Por donde halló su entrada
La siempre interesada
Nunca marchita hiedra,
Guirnalda inseparable de la piedra.
En cada arroyo tu beldad contemplo,
Y me sirve de ejemplo
Su fugitiva nieve
De cuán presto se pasa
De amor la dicha breve,
Y que un instante de dulzura escasa
Goza quien siglos de esperanza bebe.
No hay tronco que no sea
Papel donde te vea,
Por tu nombre, que escribo
Para tenerle vivo
Y abrazarlo constante;
A pesar de tus mudas esquiveces,
Si los árboles crecen, tambien creces,
Querida Fílis, pues de cada instante
Que el cuchillo los álamos penetra,
Va creciendo en los troncos cada letra.
En la humilde azucena
Tu modestia idolatro,
Y en el verde teatro
De la fragante escena,
No hay flor que se deseche,
Hoja que no aproveche,
O en cándido suspiro se resuelva,
O en lisonjeros átomos se envie
Al aire que la guie,
Y al eco que la vuelva.
Del fuego de la rosa
Soy vaga mariposa,
Pero son tus memorias mis cenizas,
Con que así me eternizas,
Fénix de las aromas,
De donde especies materiales tomas;
Para encender el rumbo de mis alas
Al jazmin me señalas,
Para templar ardores,
Menudo copo, nube de las flores.
Del clavel atractivo
Frases de amor aprendo,
Con el aliento vivo,
Lacónico lenguaje,
Enigmas bellos de tu luz derrama,
Pues siendo tan ceñido para el traje,
Va dilatando el garbo de mi llama
Las puras guijas que el arroyo muerde,
Sombras heladas que su espejo empaña,
Ojos de la montaña,
Que el valle gana y que la cumbre pierde.

A los años de Fílis, para introducir una cantada.

Para celebrar á Fílis,
Hoy mi musa juguetona
Me llama, me galantea,
Me pellizca y me retoza.
De oro fino son las cuerdas
De la cítara que toca;
Que el festejo de mi musa
Es fineza, y no lisonja.
Los números que derrama
Sigue mi voz orgullosa
De las glorias que consigue
Fílis en cantar sus glorias.
Las bellas ninfas del Tórmes
A mi acento se convocan,
Y al tañido de mi musa,
Danzan en tu obsequio todas.
Del sacro rio las aguas,
De la alameda las hojas,
Tu dulce nombre resuenan,
Festivamente armoniosas,
Porque todos te celebren,
Mi voz disonante, ronca,
Inculta, desapacible,
Así á los vientos informa:
Ninfas que las flores
En los valles del Pindo cortais,
Si de flores guirnaldas tejeis,
De mi Fílis la frente ciñais.
Dulces ruiseñores
Que los ramos del Pindo moveis,
Si de acentos elogios formais,
De mi Fílis el nombre canteis.
Ninguno al aplauso, al festejo resista;
Que el mismo Apolo á los cultos se apresta,
Apolo, que á Fílis ofrece, en su fiesta,
Las luces, los rayos que bebe en su vista.
Este dia á las glorias
De tu nombre se ofrece, bella Fílis,
Por quien el cielo jura á los vergeles
Verter la copia ya de los matices.
La flor de tu belleza,
Émula de claveles y jazmines,
Imite su esplendor tan felizmente,
Que de ellos sólo el esplendor imite.
Vive, Fílis hermosa,
Y tantos siglos de ventura vive,
Que se canse en medir tus duraciones
El alto móvil que los siglos mide.
Goza, pues, sempiterno
El círculo de dia tan felice,
Y vive sola tú todas las vidas
Que consume tu amor, tus ojos rinden.
Así sus votos explique
Mi espíritu á todas horas,
Formando para tu fiesta
Un templo de la memoria.

LIRAS FESTIVAS

á la segunda salida de los reyes nuestros señores, don Felipe V y doña Isabel Farnesio, y los infantes, acompañando al Santísimo desde el Retiro a San Sebastian, y dieron cien doblones al enfermo.

Si yo fuera poeta
De unos que tienen plectros y laúdes,
¡Qué linda cantaleta
Le diera, insigne Rey, á tus virtudes!
Pero me trata el Pindo con tal roña,
Que ni prestarme quiere una zampoña.
Si yo amistad tuviera
Con una de las ocho ministriles,
Maravillas dijera
Al sol de Parma; pero son tan viles,
Que porque sigue á Urania mi alborozo,
No las debo á las otras un retozo.
Si yo fuera ligero,
Al caduco Pegaso le montára,
Y por el orbe entero
Glorias de dos altezas pregonára;
Mas tiene para mí mañas atroces,
Y ya no fueran las primeras coces.
Pues yo, sin la Helicona,
Sin plectro, sin Parnaso y sin las leyes
De ninguna fregona,
He de hacer coplas á los mismos reyes;
Que para caso tan extraño y solo
No necesito de su dios, Apolo.
Mas que no escriba terso,
Escriba yo clarito y con simpleza;
Que en lo que toca á verso
Yo me las avendré con mi pobreza;
Sin el furor escribiré realmente,
Como Dios me ayudáre solamente.
Las dos personas reales,
Dueños ambos de muchas monarquías,
Y para más señales,
Aquellos mismos que pasados dias
Los llevó Dios gustosos y sin queja
A ser testamentarios de una vieja;
Segunda vez dichosos,
Los busca y los encuentra en el Retiro,

Le siguen afectuosos;
Pero de sus afectos no me admiro;
Que hasta los reyes en aquesta vía
Deben buscar el pan de cada dia.
Segunda vez más finos
Adoran los dos reyes soberanos
Sus reflejos divinos,
Y daba gusto verlos tan humanos
A los que á todo el orbe ponen guerra,
De paz postrados, á la paz en tierra.
Los príncipes amantes
Rinden á Dios su corazon por templo,
Le acompañan constantes:
¡Oh lo que pudo aquel primer ejemplo!
Y todos siguen con la fe divina
A la dulce del alma golosina.
Con devota alegría
Hijos y padres van en fila ó corro;
«Vamos con Dios, se oia,
A visitar enfermos y al socorro»;
Y cada cual se anima y no se empacha,
Pues lo hace el general de la capacha.
A dar vida á un paciente
Iba el divino Amor Sacramentado,
Y al mísero doliente
Ya le tuvo la muerte emperdigado;
Quitó Dios su guadaña, incorporóse,
Vió la cara del Rey, y libertóse.
El Rey al condolido
Con los ciento de marras satisface;
Se alienta el afligido;
¡Oh, cómo sabe Dios lo que se hace!
Pues si yo fuera á ver al desdichado,
¡Qué poco le dejára! Ni un cornado.
¡Oh tiempo venturoso!
Edad la más florida para España;
Todo es gusto y reposo,
Ya en la córte los males son cucaña,
Pues vemos que en aquestas ocasiones
Vale ya un tabardillo cien doblones.
A mí, pobre tunante,
Que estoy en esta córte pretendiente,
Bien podeis, Dios amante,
Enviarme otro socorro diligente;
Que por salir del infeliz estado,
Tomaré á buen partido un entripado.
Sufriré cien ventosas,
Y por los mismos cien, á cien lancetas,
Las zupias venenosas
Que da el arte de Apolo en sus recetas;
Todo lo tragaré sin ademanes,
Por ponerles cadena á mis desvanes.
Y si acaso sucede,
Que todo puede ser, Rey mio amante,
Vuestra grandeza puede,
Sin gastar ceremonias y adelante,
Entrar en esta choza pobre, escasa,
Como si fuera en vuestra propia casa.
Veréis en mis paredes
De telaraña y cal unos tapices,
Que hacen gustosas redes.
Y despues notaréis, pues sois felices,
La miseria que tiene en estos suelos
Quien se suele pasear por esos cielos.
Venid, pues, á mi casa,
Y no traigais la guardia ni valones;
Que aunque tan mal se pasa,
Por última señal de mis blasones
Y solar conocido de mi villa,
Mantengo todavía una guardilla.
Aquí estaréis un rato,
Contemplando la gloria de este empleo,
Y sin más aparato
Ni mayor agasajo que el deseo.
Os volveréis con Dios, con alegría,
Con su gran bendicion y con la mia.

ORACION

que dijo el autor, siendo presidente de la academia que se hizo en casa del señor Marqués de Almarza, con el motivo de haberse trasladado á su oratorio un santo Crucifijo, formado de un baston, para convertir á la fe cristiana á dos mahometanos esclavos de uno de los marqueses de Flores Dávila (1).

¡Cómo azotas en vano (2),
Precipitando auroras,
Melancólico anciano,
Los veloces caballos de las horas!
Huella, huella inclemente
Cuantos milagros de divina idea
Creó gloriosamente
Poder augusto, contumaz tarea;
Que en los hondos obscuros
De la region callada del olvido
Nunca respirarán aires impuros;
Pues al caliente rayo de los dias
De un nombre esclarecido,
Vida recobran las cenizas frias.
Del codicioso, del hambriento fuego (3)
El calor impaciente
El templo dirigió más excelente
Que encumbró á deidad falsa culto ciego;
Y aunque á columnas ciento
Confiaron del Asia tantos reyes
Su eternidad inmóvil, al violento
Imperio de sus leyes
Y á osadía tan loca,
Mucho nombre heredó ceniza poca.
De los años el bélico tormento (4),
Sorda pólvora siendo los instantes,
Batió muros excelsos, que constantes
A Babilonia el viento encarcelaron,
Y áun de su rayo á Júpiter armaron.
Los mármoles más puros (5)
Que trasparentó el sol en senos duros,
El árabe envió, cuya obstinada
Inculta solidez, rebelde en vano,
Domó cincel de artífice gitano.
Ménfis alzó de miembros tan hermosos
Una y otra pirámide elegante,
Monumentos gloriosos,
Donde urna fragrante
Entre aromas sabeos
Dió tumba á sus altivos Tolomeos;
Mas el tiempo insaciable
Devoró al fin tan claros panteones,
Aunque para esconder fábrica tanta
En la nada insondable,
Dilataron los siglos su garganta.
¿Qué diré de un trofeo (6)
Que levantó el amor soberbiamente,
Del culto mausoleo
Bellísimo occidente?
¿Qué del vasto coloso (7),
Aquel de Ródas cíclope eminente,
Que pretendió ambicioso
Tocar al sol con su espaciosa frente?
¿Y qué diré de aquella (8)
Torre que ilustró Faro,
Cuyo resplandor claro
Al alto Olimpo le aumentó una estrella?
¿Quién callará el divino (9),
De alto marfil brillante,
Dos veces simulacro peregrino,
En que más adorable
Se sintió, del artífice al desvelo,

(1) Publicamos algunos fragmentos de esta composicion alambicada y difusa, como testimonio de la fuerza que áun conservaba el *gongorismo* en la época del descenso de este contagio. El DOCTOR TORRES, que así escribia cuando queria levantar el estilo, blasona á cada paso de su amor á la sencillez y á la claridad.
(2) Conviértese la oracion al tiempo.
(3) El templo de Diana en Efeso.
(4) Los muros de Babilonia.
(5) Las pirámides de Ménfis.
(6) El sepulcro de Artemisa.
(7) El coloso del Sol,
(8) La torre de Faro.
(9) La imágen de Júpiter que hizo Fidas, de marfil.

La deidad del tonante,
Que empuñando en el cielo
Su poder soberano
El rayo formidable
Que forjaron las iras de Vulcano?
Tan ilustres milagros, tan famosos,
A velas desplegadas,
Tus mares espumosos,
Oh Saturno, corrieron,
Hasta que más hinchadas
Las ondas de Aquilon embravecido,
¡Qué angustia! descendieron
A tu seno profundo,
Mas nunca bajarán al del olvido...
Abra, pues, la memoria (1)
El pario mármol que celoso encierra
Al héroe excelente
Que coronó de flores á la tierra,
Y á sus sienes de gloria,
Zúñiga generoso (2),
Marte naval, cuyas hazañas sumas
Vió el reino de Neptuno temeroso
Por tantos ojos como tuvo espumas...
El insigne baston, el milagroso
Soberano estandarte,
Aquel que tremoló poder robusto
De brazo omnipotente,
Que á la caterva del estigio Marte
Temor helado fué, pálido susto,
¡Oh qué dichosamente!
Siguieron dos paganos,
Triunfos ya de tan rara maravilla,
Que á los solios profanos
De altares torpes ántes
Doblaron la sacrílega rodilla,
Dieron humos fragrantes;
Corrió el estadio todo de la vida
El héroe, y ganó el palio de la fama
A su valor debida:
Y como vencedor de tantas lides,
Sus sienes guarneció de aquella rama
A quien la frente consagró de Alcídes...
¡Oh tú, banda canora
De numerosos cisnes, cuyas plumas
Del Tórmes las espumas
Peinan del Tórmes, que si no atesora
Al sol desmenuzado en sus arenas,
Del árbol á Minerva consagrado
Su frente adorna, y por ocultas venas,
Con pié prolijo corre, enamorado
De la Castalia fuente,
Con quien mezcla su nácar trasparente!
¡Oh vos, nevadas aves,
A quienes Febo su calor inspira,
Por cuyos cuellos suaves
Dulcemente respira
De nuestro Manzanares la ribera,
Aun más que por su vária primavera!
¡Oh vos, que festejais por regalado,
Con tono lisonjero,
A las ninfas del Ebro dilatado,
Que orígen claro fué del nombre ibero!
A vos os solicita;
No pues milagro tanto
Ciegamente confunda en sus horrores
La sombra densa que el silencio habita.
Cantad esfuerzos de la fe sagrada,
Y á los locos ardores
Del infeliz Faeton vuestra templada
Garganta hurtad, y sólo
Aires festivos suene la palestra,
Y cada pluma vuestra
Peine, hiera la cítara de Apolo (3).

(1) El Marqués de Flores Dávila.
(2) General de la armada.
(3) La cítara se tocaba con una pluma llamada *peine*.

OCTAVAS.

En el dia de cumplir sus años mi señora doña Alfonsa Prieto, señora de Tamámes.

Antes que el sol de tu semblante hermoso
Naciese al mundo, dueño idolatrado,
Estaba el sol ceñudo y proceloso,
Y el aire desabrido y eclipsado;
El cielo aparecia nebuloso,
De forasteras sombras empañado,
Y es porque no bañaban sus cristales
Las luces de tus ojos celestiales.
Mustias las flores, áridas las fuentes,
Sin curso, sin color y sin frescura,
Yacian en sus centros impacientes
Antes que amaneciese tu hermosura;
Mas despues que tus rayos refulgentes
En el orbe vertieron su luz pura,
Todo quedó florido é ilustrado,
La flor, la fuente, el aire, el viento, el prado.
Los mares, en su orilla recostados,
Apénas perezosos se movian,
Porque en sus reinos graves, dilatados,
Tus divinos ardores no influian;
Sus conchas, sus espumas y pescados
Cuasi alentaban, cuasi no vivian;
Pero al sentir tu espíritu en su calma
Sintieron vida y duplicada el alma.
Naciste en fin, bellísimo portento,
Y hoy hace el sol memoria venturosa
Del dia en que le dió tu lucimiento
Mejor luz á su esfera luminosa;
Vive feliz, da vida y da contento
Al mundo que presides milagrosa,
Pues todo el orbe, á honor de tal ventura,
En este dia su deidad te jura.
Vive mil veces, vive, dueño amado,
Y mil veces recibe adoraciones
De cuanto has producido y aumentado
Del cielo y de la tierra en las regiones;
Vive, y admite de mi amor sagrado
Puras y venerables sumisiones,
Ya que merezco ser, por mis destinos,
Feliz esclavo de tus piés divinos.

Asegura á Filis lo eterno de su adoracion.

Antes que yo te olvide, dueño mio,
El más hermoso, amable y soberano,
Verás con flores al invierno frio,
Y con hielos y escarchas al verano,
Al sol sin luz, al alba sin rocío,
Al mar sin ondas, sobre el monte al llano;
Y lo que es más, verás en tal fortuna,
Faltarle al cielo estrellas, sol y luna.

El Príncipe en el retiro.

Dichosa soledad, monte sagrado,
Sosegada mansion de la grandeza,
En tí vivo gustoso y descuidado;
Aquí me sirves con mayor riqueza,
Dándome por alfombra el verde prado,
Por vistosos tapices la maleza,
Plata en los montes, en las guijas oro;
Pues ¿dónde hay reino con mayor tesoro?

A la brevedad de la vida, de repente.

Momentáneo el vivir, el morir cierto,
Corta satisfaccion y grande cargo,
Tormenta superior, difícil puerto,
Dulcísimo principio, y fin amargo;
Imposible el recurso, habiendo muerto,
Instante breve y contingente largo;
Con estas evidencias se apercibe
Quien muere en vida, y en la muerte vive.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

A una señora que se estaba peinando.

Con bella descompostura
Está tu dulce gracejo
Consultándole al espejo
Grandezas de tu hermosura;
Dichosa la criatura
Que goza, Filis, de tí;
Yo desdichado nací,
Porque vivo contemplando
Que aunque tú te estás peinando,
No te peinas para mí.

Llevóle un amigo á visitar á una señora, y dijo esta décima de repente.

A ver á vuestra deidad
Vine, Filis, todo mio,
Muy poltron con mi albedrío,
Suelto con mi voluntad;
Vi y adoré tu beldad,
Y le rendí en tierna calma
De mis desenidos la palma;
Perdí el sosiego en la lid.
Bien me estaba yo en Madrid,
Bien me lo dijo allá el alma.

A María Santísima, de repente.

Nace el cielo para vos,
Dios mio, al nacer María,
Con que en este mismo dia
Partis el cielo los dos;
María es trono de Dios,
Y Dios es la gloria de ella,
Y si él mismo pudo hacella,
Como quiso y como pudo,
Que es la gran Reina no dudo,
La más santa y la más bella.

Discordia de un congreso eclesiástico en la eleccion del Superior.

El rencor, la adulacion,
La asechanza, la porfía,
El ódio y la simpatía
Votan en esta sesion;
¡Qué tal será la eleccion
Donde hay tedio tan profundo!
Por cierto yo me confundo
De ver, en tal desconsuelo,
Que donde todo es del cielo,
Se encuentre tanto del mundo.

La ineptitud ambiciosa.

Un no sé cómo se llama,
Quiere con ánsia importuna
Escalar á la fortuna
Por las faldas de una dama;
Pero el pobre más infama
Con lo que intentó valer;
Que esto llega á merecer
Quien se llegó á persuadir
Que es camino de subir
Lo que es senda de caer.
Cierto hombron con inquietud
Pretende una dignidad,
Y hace de su necedad
Caparrota á la virtud;
Mas la suprema aptitud
Le desprecia con rigor;
Que el príncipe superior
Examina que el pobrete
Tiene de docto el ribete,
Y de avestruz lo interior.

Glosa en estilo aldeano la siguiente cuarteta, que fue asunto de una academia.

En este maldito mundo
De naide se ha de fiar,
Tú por tigo y yo por migo,
Y percurarse salvar.
Es el jastre un trapacero,
El hidalgo pegajoso,
El señor cura ambicioso,
Y ladron el abacero;
Todos son como el ventero,
Que es un hombre foribundo;
Pues con cuidado profundo,
Anton, guarda la tu casa,
Porque todo aquesto pasa
En este maldito mundo.
El alcalde mos arruina
Con daca, el Rey lo ha mandado,
Y el escribano y letrado
Ambos van á la mohina;
Sale á atisbar la vecina,
El dotor sale á matar;
Percurémonos librar
De tan infame ganado,
Y pues naide es abonado,
De naide se ha de fiar.
Todo es muerte, todo es guerra
En el cortijo villano,
Pues mos mata el cerujano,
Y el sacristan mos entierra;
No hay en toda nuesa tierra
Amigo para el amigo,
Cualquiera es un enemigo;
Y así, Anton, mira por tí,
Cada uno para sí,
Tú por tigo y yo por migo.
Y aunque hay tanto menistril,
Nuesa aldea es lo mijor;
Que está mil veces pior
Aquel mundo de Madril;
Por este vi jo carril
Hemos todos de pasar,
Y sólo hemos de cuidar,
Aquí para entre los dos,
De obrar bien; que Dios es Dios,
Y percurarse salvar.

Respuesta á la señora doña María Joaquina, mandándole esta señora que le de los dias en verso.

¿Yo darte dias? ¡Jesus!
¡Qué grosería tan necia!
¿No ves, Filis, que eso es
Hacerte en dos dias vieja?
Los que te dí hoy hace un año
Te quitára si pudiera;
Mira qué traza de darle
Más dias á tu belleza.
El dar dias no le toca
A mi atencion ni á mi ciencia;
Solo el sol es quien los da,
Que el astrólogo los cuenta.
¡Dar dias! lo hace la muerte,
Cuya condicion funesta
Con el golpe de las horas
Las edades atropella.
Mira cómo podré darte
Cosa con que tú perezcas,
Cuando sabes que mi estudio
Sólo en guardarte se emplea.
Tú, que los sabes hacer
Con los dos soles que ostentas,
Dámelos á mí; que yo
Poco importa que me muera.
No hay que esperar ni un minuto
De mi pluma ni mi lengua,
Porque yo no acierto á darte
Cosa que dañarte pueda.
Déte Dios los que mereces,
Pero con tal providencia,
Que el galope de los tiempos
Ni te canse ni lo sientas.
Déte Dios cuantas edades
Los futuros consideran,
Multiplicando deleites
Al gusto y la fortaleza.
Vive, mas con tal templanza,
Que á todo el mundo parezca
Que cada dia renaces
Más linda cuanto más vieja.
Celebrar tus dias, vaya,
Pero ¿darlos? quita, fuera;
Que es contra mi propia vida
Cargar con dias la vuestra.
Ya sé que cumples hoy años,
Y hacer mi debido es fuerza;
Que en dia de cumplimiento
Parece mal la llaneza.
Tambien sé que debo fino
Mostrar por precisa deuda
Mi númen ó mi locura,
Que en poco se diferencia.
Venga el fénix, que sin éste
No hay años; pero no venga;
Que el fénix es pajarrota
Que por todo el mundo vuela.
Venga el sol; pero no, no;
Que para quien sabe, cuerda,
Hacer las tinieblas luces,
Serán luces las tinieblas.
Fiero trabajo es que un hombre
No haya de usar de su ciencia,
Favor pidiendo á los cielos,
Y socorro á las estrellas.
Pero ¿á quién apelaré
Para salir de esta empresa,
Cuando tu copia ha dejado
A mi discurso por puertas?
Buzo al mar he de arrojarme,
Y de corales y perlas
Me tengo de abastecer,
Porque en mí lo fino veas.
Yo, ama mia, aunque algo torpe
Estoy por tener ya renta,
En dia, por tuyo, mio,
He de desatar la idea.
Mas no gastemos las horas
En digresiones molestas,
Y pues te he de dar los dias,
Allá van, escucha atenta.
Venturas, felicidades
Mi cariño te desea:
Pero quien hace dichosos
Es preciso que las tenga.
Todo linaje de bienes
La fortuna te conceda,
Pues no te negó los suyos
La hermosa naturaleza.
Del tiempo puedes burlarte,
Porque los años que cuentas,
Aun más que años, son florida
Sucesion de primaveras.
El que la edad por tí pase,
Ni te asuste ni entristezca,
Porque á tus dias, no dias,
Que juventudes aumentas.
Vive, porque mi amo viva,
Pues es tanta su firmeza,
Que alienta de que respiras,
Y respira de que alientas.
Y vive porque yo viva;
Mas por Dios que no enflaquezcas,
Porque pendiente de un hilo
Mi triste vida no tengas.
Pues ya acabé con mi empeño,
Adios, y no te haga fuerza
Que con tus dias acabe
El que mil almas te diera.

Festiva narracion de las fiestas y colocacion de san Isidro, patron de Madrid, en la ermita que mandó labrar el excelentísimo señor Marqués de Valero, etc.

Ya la musa que prestada
Me dió tu deidad lucida,
Apolo, rey de mi vida,
Está, de puro trillada,
Como una paja molida.
Ya, oh de Délos soberano,
Si tu garbo no me presta
Para que haga mi verano
Otra, bien sé que de aquesta
No podré sacar un grano.
No ha de ser muy reluciente,
Relamida ni zahareña,
Porque en la era presente
Necesito solamente
Una musa algo trigueña.
Pío me la ha de prestar
Tu aliento, si te complace;
Que la volveré á entregar
Tal cual me la quieras dar
Miéntras mi Agosto se hace.
Sea la más retirada,
Venga mi maestro y padre;
Que yo la haré mi abogada,
Pues si no fuere comadre,
Yo haré que sea mi ahijada.
Mas no sea muy lampiña;
Que necesito su maña
Para referir la hazaña
De un cierto que en la campiña
Hizo la mayor campaña.
Ya viene la tal; que ahora
La ha sentido mi furor;
Cuenta y ser trabajadora,
Porque usted viene, señora,
A servir á un labrador.
Bajó bizarra al sotillo,
Y el trabajo no rehusa,
Porque sin poner excusa,
Entonándose en el trillo,
Así cantó la tal musa:
Érase aquel labrador
Presumido de galan,
Con valona y con gaban,
Que se puso á cavador
Por sólo ser holgazan:
Aquel que de cuando en cuando
Hacia venir á los
Angeles bellos cantando,
Y por estar descansando,
Las afufaba con Dios;
Aquel que siempre pedia,
Y hoy á pedir nos enseña;
Mas con tan rara porfía,
Que nos consta que algun dia
Sacó jugo de una peña;
Aquel que el aconsejar
Con tal poder ejecuta,
Que para nuestro ejemplar
A la tierra más enjuta
Lágrimas le hizo saltar;
Aquel que cuando se casa,
A no ser marido empieza,
Pues sabemos con certeza
Que sólo fué de su casa
Su María la Cabeza;
Aquel que nunca creyó
Del mundo vana lisonja,
Y tanto se retiró,
Que, como si fuera monja,
De entre rejas no salió;
Aquel que en era lucida
Recogió en granos, contento,
La cosecha conseguida,
Pues la parva de su vida
Siempre la llevó á buen viento;
El que fué por virtud pura
En el orbe celebrado,
Y entre toda criatura
Fué, si no de gran altura,
Más que todos espigado;
Aquel que, si bien me acuerdo,
Del siglo entre las barajas
Vivió para todos cuerdo,
Pero para sí tan lerdo,
Que se dormia en las pajas;
Aquel labrador honrado,
De santo y justo denuedo,
Que guió siempre el arado
Hácia el puente de Toledo,
Como vamos á este lado;
Aqueste que se era, pues,
Vivia recogidito
Con otro santo bendito,
Que pienso se llama Andres,
Como dice el san Benito;
Santo de paciencia tanta,
Tan penitente y helado,
Que con celoso cuidado
Siempre hace semana santa,
Porque siempre se está aspado.
Pues en tu casa, Señor,
Que es la octava maravilla,
Habitaba este pastor,
Que es Isidro, un labrador
Que hoy es guarda de la villa.
Este mismo, va de cuento,
Que conoceis como á mí,
Tuvo una casa aposento
Muy vieja, caida y
De poco conocimiento.
Vos, mirándolo abatido,
Y sin casa á sus placeres,
Devoto, amante, advertido,
Como á pobre, habeis querido
Ahorrarle los alquileres.
En mejoría no escasa
Le autoriza vuestro ejemplo,
Pues logrando en corta basa
Un templo como una casa,
Le dais casa como un templo.
De limosna mandais dar
La casa á Isidro; y por tanto,
Con industria singular,
Os habeis venido á alzar
Con la limosna y el santo.
Vuestro celador Tamayo
Cuidaba de sus abrigos;
Pero Isidro, como es payo,
Apénas que sintió el Mayo,
Quiso echar por esos trigos.
El buen tiempo apénas ve,
Cuando, sin saberlo vos,
A casa se iba; porque
Este varon siempre fué
Así á la buena de Dios.
Por salir del aire infiel
Que en la córte sopla impuro,
Marchar quiso á su cuartel,
Cerca de Carabanchel,
Que de allí viene más puro;
Mas Ferreras, que notaba
Al Santo en tal calentura,
Y que si se descuidaba,
Sin sacramentos marchaba
Ni reverendas del cura;
Como es un médico bueno,
Que en crísis no se limita,
Su bendicion dió sereno,
No digo al Santo, á la ermita,
A la entrada del onceno.
Apénas sabe que está
Pronto el cuarto y dividido,
Para mudarse hácia allá,
Antes del catorce, ya
Isidro estaba vestido.
Salió, pues, al parecer,
Muy galana su persona,
Con tela de plata en muer,
Sin acordarse que ayer
Le vió ucencia con valona.
Salió (no es contra su fama)
Aun más bizarro que el Cid,
Lleno de amorosa llama
(Cosa comun en Madrid),
De escudero de una dama;
Pero su cielo mejora
Cuando en servir se embelesa,
Pues sin señal de traviesa,
Estaba la tal señora
Como una santa Teresa.
Los dos bienaventurados,
Que son uno, aunque son dos,
Y de un mismo sér formados,
Ambos iban apareados
Y con su Madre de Dios.
Muy amante y divertido
Iba el Santo en gran manera,
Y en señas de lo rendido,
Por una y por otra cera
Se miró lo derretido.
La córte se despobló,
Marcha la gente á millares,
Y como al milagro vió,
Más allá de Manzanares
Todo Madrid se pasó.
Habia en aquellos sotos
Del pobre rio sediento,
Con festivos alborotos,
Mil millones de devotos,
Y de botas era un cuento.
Con la santa procesion,
Cuando á la ermita llegaron,
Muchos hacen la razon,
Y los que esperan echaron
A rodar el bodegon.
Brindis habia á millares,
Y el que no bebió jamas,
Colaba copas á pares,
Y hasta el sobrio Manzanares
Bebió una gotica más.
Todo hombre, toda mozcorra,
Grandes, medianos y chicos,
Porque la alegría corra,
Uno hace lobo, otra zorra,
Y unos á otros se hacen micos.
Ni un tomillo al rededor
Se ve en estos horizontes;
Pero, segun el rumor,
Dudo si en el mundo hay montes
Con tanta caza mayor.
Colocado el peregrino
Allá en su casa bendita,
El concurso que sin tino
En tropa marchó á la ermita,
Despues que se fué, se vino.
Todo pobre se destina
A juguetes de esta casta,
Y en la noche, ya vecina,
Todos se festejan, y hasta
La pólvora anduvo fina.
Volaban á la eminencia,
Al derecho y al traves,
Cohetes de grande excelencia,
Y entre tanta diferencia,
Fuí yo solo el buscapiés.
Para que luzca la hoguera,
Hastillas se hacen y rachas;
Pero el gusto es de manera,
Que hasta de las mismas hachas
Hicieron pábilo y cera.
El aire cubren en esta
Funcion cohetes como abispas,
Y de la lumbre molesta,
Más de cuatro de la fiesta
Salieron echando chispas.
De lo que os he referido
Con mi musa impertinente,
Todo estuvo muy lucido;
Pero el fuego especialmente
Fué lo que metió más ruido.
Duró la luz hasta el dia,
Y el mundo se equivocaba,

Pues cuasi se distinguia
Si era sol el que venía,
O era fuego que alumbraba.
Y todo lo que tal cual
Os cuento en estilo payo,
Pasó á los trece de Mayo,
Que en su cuenta original
Lo dirá mejor Tamayo,
Que en el festivo alboroto
Hizo extremos muy veloz,
Y mayordomo devoto,
Como tiene vuestra voz,
Cumplió tambien con el voto.
El dia siguiente, pues,
Que si mal no lo confundo,
El catorce era del mes,
Salió el Dios de San Andres,
Que es el Dios de todo el mundo;
Y en la casa bien dispuesta
(Quien lo vió así lo asegura),
Sin reñir hasta la siesta,
Dios, san Isidro y el cura,
Dicen que tuvieron fiesta.
De las solfas el sentido
Suspende la procesion;
Pero al Santo, en conclusion,
Un palmito del oido
Le dieron bravo sermon.
Despues que todo pasó
Con la armónica alegría,
El tercero fué un gran dia,
Porque la archicofradía
A toda luz se portó.
La misma fiesta y juguetes
Hace en invenciones bellas;
Pero me causó querellas
Ver que volvieron los cohetes
A contarme las estrellas.
Es oficio que me toca,
Y por primera asentí;
La segunda me provoca;
Que ha sido quitarme á mí
Este cuento de la boca.
Todos con gusto felice,
Por adular al poder,
Adelantan el placer;
Y yo soy tan infelice,
Que no me dejan que hacer.
Y por si alguno complace,
Todos dirán maravillas
En prosa que satisface,
Pero ninguno lo hace,
Como Torres, en quintillas.
Con que en este rudo canto,
De mi chola mal trasunto,
Gracias os damos por tanto,
Por su obra las da el Santo,
Pero yo por el asunto.
Os pagará con aumento,
Porque celoso dispone
Llevaros al firmamento,
Y allá con Dios se compone
Para que se os dé un asiento.
Y entre tanto, quiere aquí
Daros de vida mil cuentos,
Porque Dios lo querrá así;
Que si consistiera en mí,
Os diera mil y quinientos.
Si al gusto del labrador
Ha sido en fiestas tan largas
El contento de esplendor,
Eso que lo averigüe Vargas,
Que fué su amo y señor.
Que recibais bien, sospecho,
De mi ignorante capricho
Corto el dón y sin provecho;
Que esto es, aunque mal dicho,
Lo que con el Santo han hecho.

A la señora doña Joaquina de Morales, dándola sus dias, y le remite unas ligas.

Ama de este mal criado,
Ama de este duro infante,
Que por lo mismo debieras
Despedirle y desterrarle;
Ama, á quien san Amador
Amára, amaria, amase,
Y amase, amaria, amára
San Gonzalo de Amarante;
Ama, gloria sempiterna,
Ama, vida perdurable,
Ama de Oriente á Poniente,
Y ama estante y habitante.
Llegó ya, señora, el dia,
La hora, el cuarto, el instante,
En que mi fe te Joaquine,
Y mi esperanza te Ane.
Llegó aquel crítico punto
De que ofrezca á sus altares,
Con mis números camuesos,
Sacrificio á tus *Morales*.
Con tu esposo *Salazar*
Tengan tus dias mil sales,
Y lleguen á tus narices
Por olorosos azahares.
Jilgueros y ruiseñores
Siempre *aleluyas* te canten,
Y nunca á tu oreja entonen
Sus kiries los sacristanes.
Sean para tí los tiempos
Siempre unos tiempos pascuales,
Todos los años te sobren,
Aunque los meses te falten;
Hallen tu casa los gustos,
Ignórenla los pesares,
Conózcanla los aciertos,
Y húyanla los disparates.
Tus dias, por venturosos,
Lleguen á ser singulares,
Y sean, por infinitos,
Tus dias más que plurales.
Gózalos en hora buena,
Muchos, buenos y abundantes,
Más fuertes que dos Galenos,
Más sanos que dos imanes,
Más felices que dos tontos,
Más largos que dos gigantes,
Más anchos que dos tontillos,
Más huecos que dos briales,
Más risueños que dos albas,
Más amenos que dos valles,
Más floridos que dos mayos,
Más alegres que dos bailes;
Templados como violines,
Corrientes como canales,
Gustosos como minuetes,
Desenvueltos como frailes,
Regalados como obispos,
Gordos como cardenales,
Cebados como capones,
Activos como ciclanes,
Tan lindos como tu genio,
Bellos como tu semblante,
Dulces como tus palabras,
Y airosos como tu talle.
Gózalos así; que yo,
Estando ausente y distante,
Es forzoso que los tenga
Tan malos como mis males.
Y así, yo me los prometo
Frios como mi romance,
Turbados como mi vista,
Secos como mi gaznate,
Pandos como mis orejas,
Podridos como mi sangre,
Retuertos como mis tripas,
Sucios como mis cuajares,
Mordidos como mis uñas,
Torpes como mis pulgares,
Negros como mi sotana,
Y crasos como mis guantes.
No habrás visto tales dias
Ni áun en los caniculares,
Ni se habrán visto mayores
Desde que há que hay colegiales.
Guárdalos, no se te pierdan;
Cógelos, no se te escapen,
Y agárralos, no los lien,
Porque éstos tocan y vanse.
Cuidado, que el tiempo es loco,
Y se muda á todos aires,
Y para con las hermosas
Tiene unas vueltas fatales.
Con sus dias torna y vuelve
A estropear á sus semblantes,
Ya llenándolos de arrugas,
Ya cubriéndolos de usagre.
No permitas que se suelten,
Permite sólo que pasen,
Y la señal de sus pasos
Ni te hiera ni áun te amargue.
Ellos son locos, y porque
No hagan algun disparate,
Te remito aquesas ligas,
Sólo para que los ates.
Lígalos y deja libres
Tus piernas para que salten,
Y con el tiempo y fortuna,
De andar á coces no pares.
Corre, brinca y zapatea
Las cortesanas deidades,
Vive y déjalas que mueran,
Rie y déjalas que rabien;
Que viviendo tú, es preciso
Que desairadas se hallen,
Porque tu cara á las suyas
Muy malas caras las hace.
Pero goza tú los dias
Que yo deseo que alcances,
Y haz feas cuantas bellezas
Quiere hacer lindas el arte.
Yo los doy, tú los acepta,
Para que con éste encaje
Lo de dimes y diretes,
Lo de dares y tomares.
Vive más que viven todos
De Vivanco los abades,
Vive todos los vivires,
Los víveres y vivares;
Y vive tanto, por fin,
Que en tu competencia se halle
El fénix con andadores,
Matusalen en pañales.

A una bruja que reventó chupando el aceite de una lámpara que daba luz á un santo Cristo. Asunto de Academia.

Que pinte una vieja bruja
La Academia me encarga,
Y aunque yo estoy de ese temple,
Al óleo quiero pintarla;
Pero no ha de poder ver
La copia que yo la haga,
Pues siendo vieja, es preciso
El que la saque arrugada.
Mas tomo la brocha y pinto,
Y como saliere salga,
Antes que se me despinte
Por chimenea ó ventana.
Era del siglo de antaño
Infernal carantamaula,
Toda cuerdas y pellejos,
Mucho andrajo y mucha falda;
Troglodita de aceitera,
Gomia de la sangre humana,
Heródes con toca y moño,
Y Saturno con enaguas;
Coroza es del Santo Oficio,
Hueca, penitente y larga,
Engrudo, carton, ungüento,
Mucho azufre y pocas llamas;

A la Inquisicion impresa
Tiene en su maldita cara,
Humo, carbon, chamusquina,
Calabozos, cruces y aspas;
Dos difuntas candilejas
Son de sus ojos las ascuas,
Que se encienden candelita
Cuando chupa ó se emborracha;
El pizpierno de un ahorcado
Es su nariz, que derrama
Por sus cañones ceciales
Las enjundias de la cara;
Es alquitara viviente,
Que moquea en verde barba
Hácia el borde de los labios
Dos badajos de campana;
Caldera de Lucifer
Es su boca belfa y ancha,
En donde hierven los pactos,
En soplando las palabras.
Esta, que á puros ungüentos
Tiene el cuerpo hecho una plasta,
Y si lo mueve, es porque
Le da el diablo muchas alas;
Volando de viga en viga,
Saltando de mata en mata,
Con los vuelos de sus culpas
Vino á buscar nuevas manchas.
Llegó á chuparle la vida,
Torpe lechuza nefanda,
A una luz que reverente
A un crucifijo alumbraba.
Hecha geringa la boca,
La devota aceite traga,
Y con aquestas unciones
Empezó á babear el alma.
Quiso Dios de un reventon
Aplanarle las entrañas;
Que si no, le chupa al Cristo
El costado de la llaga.
Voló la bruja, mas como
Iba ya tan bien untada,
Empezaron los demonios
Sin detencion á lardearla.
Al pié de una sepultura
Muerta yace, no enterrada;
Que al sacrílego la Iglesia
Ni lo sufre ni lo ampara.
Ojo alerta, fuera brujas,
Sanguijuelas desalmadas;
Que todas las que se pegan,
De aqueste modo la pagan.
Viejas, las que andais sorbiendo
Los niños y las muchachas,
Cuidado, que acaban fritas
Y en el aceite estrelladas.
Cuidado, que estas figuras
Padecen estas barajas,
Y solamente en el fuego
Se juega con tales cartas.
Que se gaste el óleo quiere
El esposo, pero que arda,
Para que siempre encendida
Esté la luz cuando llama.
Y pues ya pinté la bruja,
Su muerte é historia extraña,
Declárese que he cumplido
Lo que el certámen me manda.

PRONÓSTICO.

Autorcillos de pronósticos,
Que en lo etéreo y lo marítimo
Calzais escamas de sábalos,
Vestis plumas de cernícalos;
Y para el fogoso ámbito
Y para el terrestre círculo
Haceis juicios macarrónicos
Y escribis discursos frívolos;
Vosotros, que con los números
De algunos tristes versículos
Os introducis á cítaras,
Y nunca pasais de pífanos;
Vosotros, que tan famélicos
Porque os den mendrugos tísicos,
Buscais Mecénas magnánimos,
Y siempre los hallais míseros;
Vosotros, que por dos dátiles
Andais echando los hígados,
Y si acaso teneis párvulos,
Los sustentaréis pelicanos;
Vosotros, que brujuleándole
Las estrellas al zodíaco,
En los errores sois cónsonos,
Como en los aciertos dísonos;
Vosotros, que siempre inhábiles
Sois unos pobres esguízaros,
Que al principio comeis rábanos,
Y por postre mondais nísperos;
Vosotros, que sois murciélagos
Y al sol os remontais Ícaros,
Y con nada de Diógenes,
Quereis ser en todo cínicos;
Vosotros, que con la trápala
De vuestros versos ridículos
Dais que cantar á los jácaros
Y que reir á los pícaros;
Amainad, amainad, tábanos,
El zumbante inmundo espíritu,
Que parece diablo súcubo,
Que forzó demonio íncubo.
Yo os escribiré las fórmulas,
Con todos sus adminículos,
Para que sigais el método
De un pronóstico certísimo;
Aunque os confiesa mi oráculo
Que sin duda más verídico
Es aquel libro del *Éxodo*,
Y tambien el del *Levítico*.
Empiezo, pues, sin preámbulos,
Y aseguro que magníficos
Serán los Reyes Católicos
Y los Reyes Cristianísimos.
Precitos serán los bárbaros,
Y herejes contumacísimos,
No conociendo, estrambóticos,
Otro dios que su ventrículo.
Sucesos prometen bélicos
Los aparatos armígeros,
Y de que reciban tártagos
Se librarán los pacíficos.
Desde el Ártico al Antártico
El sol, planeta flamígero,
Calienta á todo paupérrimo
Que á él se está espulgando *ad libitum*.
La luna, dama sopílfera,
Muestra su aspecto cornígero,
De que se librará el célibe,
Y juntamente el presbítero.
Marte, que siempre es intrépido,
Explica el militar ímpetu,
Y en la bala y en la pólvora
Lleva veneno mortífero;
El señor Mercurio y Júpiter,
Planetas reverendísimos,
Uno tira por lo gálico
Y otro va por lo radífero;
Vénus reparte á las jóvenes
Sus incendios fogosísimos,
Con que les quema los tuétanos
Aun á los más eremíticos;
Saturno, en fin, melancólico,
Planeta es que vale *ad nihilum*,
Porque Júpiter acérrimo
Le rebanó los testículos.
Habrá inquietud en los tráfagos,
Habra sesion en los sínodos,
Aforismos en los médicos,
Como en los poetas dísticos;
En los españoles célebres,
Que hay romancistas mirificos,
Se verán versos esdrújulos
Y tambien endecasílabos;
Olor precioso en los árabes,
Delicia amena en los ítalos,
Campañas de óleo en los béticos,
Montes de arena en los livicos;
En hospitales perláticos,
En piscinas paralíticos,
Revoluciones en cárceles,
Y discordias en capítulos;
Controversia en los galénicos,
Oposicion en los químicos,
Raras modas en los áulicos,
Arte nuevo en los políticos;
Mucha sed en los hidrópicos,
Mucha ignorancia en los físicos,
Mucha opulencia en los príncipes,
Y vanidad en los títulos;
Mucho pez en el Océano,
Muchos cedros en el Líbano,
Mucho volcan en el Tártaro,
Mucho oro y plata en el Indico;
En los nacimientos júbilos,
En los parentescos vínculos,
Varios lances en los cómicos,
Hipérboles en los líricos;
Figuras en los retóricos,
Disparates en los críticos,
Mucho viento en los fantásticos,
Mucho escorpio en los satíricos;
En los tratantes empréstitos,
Depósitos en los síndicos,
Poca alegría en los pálidos,
Poco sueño en los solícitos;
Serán varones *totaliter*
Todos los que fueren íntegros,
Y descubriránse hipócritas
Los que se fingieron místicos;
El que niegue ha de ser ácido,
El que dé será dulcísimo,
Siempre el pobre será estólido,
Y el rico siempre científico;
A un poltron le será el tálamo
Gratamente suavísimo,
Como á un obstinado el túmulo
Pavorosamente horrífico;
En litigios se dan términos,
Con que se forman artículos,
Que por no ser apostólicos,
Los desprecian los jurídicos;
En los coros habrá clérigos,
Ladrones en los patíbulos,
Ambiciones en los présules,
Y en los potentados ídolos;
Tendrá buen humor el plácido,
Opaco semblante el tímido,
Cólera gastará el tórrido,
Y en flema abundará el frígido;
Ordinariamente en féretros
Se leerán geroglíficos,
Y en asuntos de certámenes
Habrá cosecha de equívocos;
Habrá entre los académicos
Mil argumentos sofísticos
Sobre el fruto del sicómoro,
Sobre la flor del junípero;
Sobre si el fénix es pájaro,
Ya incógnito ó ya rarísimo,
Y sobre si este monóculo
Es arábigo ó genízaro;
Sobre qué escritor es sólido,
Y sobre qué autor es líquido,
Cómo ha de lucir la cláusula,
Cómo brillar el período;
Habrá de libros artífices
Tan insulsamente insípidos,
Que se estancarán por zánganos,
Y ellos crecerán son Píndaros;
Pareciéndole en sus máximas
El que no le igualan ínclitos,
El Virgilio en su *Bucolica*,
Ni en sus *Epístolas* Cicero;
La más encendida púrpura
Polvo se hará funestísimo,

Que beba la Parca en búcaro,
Como el becerro israelítico;
Las cosechas serán fértiles,
Si es que se ligan manípulos
En tan abundantes cúmulos,
Como aquellos egipcíacos;
Proseguirán los desórdenes
De algunos usos gentílicos,
Que satiriza enigmático
Un nuevo poeta exíodo;
Sucesos se verán prósperos,
Y tambien infelicísimos,
Dando materia los piélagos
A lo de *Ponto* y de *Tristibus;*
Prosigue el vestir espléndido,
No pára el comer opíparo,
Guerra siempre entre los máximos,
Y victoria por los mínimos;
Del supremo por inválido
Padece opresion el ínfimo,
Y se cumple *ad pedem litteræ*,
Nadie contra el potentísimo;
Trabaja la tierra arándola
El buey, y no el betleemítico;
Cocea, pero le es áspero
Calcitrar contra el estímulo;
En el país etiópico
Padecerán calor íntimo,
Pero reinará el carámbano
En el bélgico y el scítico;
Los más presumidos Hércules,
En estrados odoríferos,
Trocarán la trompa horrísona
Por el violin placidísimo;
Cuando para el sacro cántico
Toque á maitines el címbalo,
En el sarao doméstico
Tocará á danzas el tímpano;
Atropellarán indómitos
Príncipes muchos lo lícito,
Sin tener hasta los últimos
Memoria de los novísimos;
En una provincia un pérfido,
Y á un tiempo en otra un carísimo,
Del antídoto hace tósigo,
Y del tósigo hace antídoto;
Con sus intervalos lúcidos
Habrá mil locos explícitos,
Que con el orbe lunático
Tendrán comercio recíproco;
Haránse juegos del tángano
Aquellos juegos olímpicos,
Y en los de las damas frágiles
Habrá conciertos ilícitos;
En atencion á sus crímenes
Mandará un rey celosísimo
Aniquilar los adúlteros
Y confundir los sacrílegos;
Amigos habrá mecánicos
Como poco fidelísimos;
Que fenecieron los Pílades
Y acabaron los Eurílos;
Amantes habrá en lo público,
Aunque no de amor finísimo,
Porque ya Tisbe es pretérito,
Y ya no es presente Píramo;
Por Faetonte frenético
Lágrimas corre el Erídano,
Cuando por Orfeo armónico,
Dulzuras resuena el Ismaro;
Debajo de una haya, músico
Bien toca la flauta Títiro,
Entre tanto que hecho acémila,
Carga con el canto Sísifo;
Ha de privar la farándula,
Que es de la mentira símbolo,
Y ha de volar otro Dédalo,
De todo el ingenio epílogo;
Un platicante de Hipócrates
Está sumamente rígido,
Porque halla cura á los síncopes
Un *quidam* moderno empírico;
Ha de causar grande estrépito
Cuando un potentado bígamo
Vuelva la casaca en hábito,
Y trueque la banda en cíngulo;
Y tambien, por caso súbito,
Habrá de admirar muchísimo,
Cuando vean que es insólito
Sobre el maestro el discípulo;
Vuelve á casa un hijo pródigo,
Perdónase á un deudor vílico,
Sube al cielo un pobre Lázaro,
Y baja un avaro *ad Inferos;*
Uno con alma malévola
Quiere parecer santísimo,
Dando á entender que es extático,
Y solamente es estítico;
Fórjanse morteros cóncavos
Para los polvos naríticos,
Que con el pulgar y el índice
Se verán entre dos dígitos;
Troya se abrasa, y no hay cántaro
Que apague el volcan terrífico,
Caliéntase al fuego Hécuba,
Y está tiritando Príamo;
Reinarán dolores cólicos
Y habrá accidentes nefríticos,
Que áun hay lobos Heleogábalos
Y áun duran tigres Antíocos;
Va contra el humano género
Moviendo guerra el lucífero,
Mas de su furor las ráfagas
Se las rebate el Altísimo;
Naval armamento náufrago
El puerto toca amenísimo,
Que pinta en oro un Protógenes,
Y canta en verso un Antímaco;
En un congreso despótico,
En que votos hay unívocos,
Contra el de todos los prácticos
Se sigue el de un metafísico;
Habrá un trofeo tan clásico,
Que para su panegírico,
Ni áun fuera elocuente Isócrates,
Ni áun fuera elegante Alcídamo.
Este, autores, es el cálculo
Por donde podréis diestrísimos
Inferir de lo astrológico
Lo extrínseco y áun lo intrínseco.
Daréte, lector benévolo
(Seas etíope ó nítido),
Para vivir, un catálogo
De consejos salutíferos.
El frio de Enero húyelo,
El hielo en Febrero evítalo,
El viento de Marzo arrópalo,
El rocío de Abril píllalo,
El olor de Mayo gózalo,
Calor de Junio abanícalo,
Bochorno de Julio siégalo,
Incendio de Agosto trillalo,
Pepino en Setiembre déjalo,
Pollo en Octubre emperdígalo,
El pavo en Noviembre ásalo,
Y el cerdo en Diciembre fríelo.
Con esto el deseo tácito
De tu heredero harás írrito,
Y remozaráste próvido,
Volviendo á tu estado prístino.
Lector, mi romance acéptalo,
En tu memoria percíbelo,
En tu voluntad estámpalo
Y en tu entendimiento línealo.

VILLANCICO
AL NACIMIENTO DE JESUS.

INTRODUCCION.

EL VALENTON.

Paso á paso, á lo penoso,
Un valenton del Barquillo
Viene á saber si son ciertas
Las maravillas del Niño.
Si no le dejan entrar,
Jura y perjura, mohino,
Que por el Hijo de Dios
Habrá la de Dios es Cristo.

CORO.

No ha de entrar el valiente,
Afuera vaya,
Deje barbaridades
Y baravatas;
Váyase fuera, vaya,
Porque encierra esta humilde
Pobre morada
Todo el poder del mundo,
Valor y gala;
Váyase fuera, y todos
Le demos vaya.

VALENTON.

Por vida del otro Dios,
Que he de entrar, sino...

CORO.

Fanfarria.

VALENTON.

Echaré mano á los Cristos,
Por vida de...

CORO.

Patarata.
Ya le han dicho se mude,
Y fuera vaya,
Si no quiere ver ruinas
Sus arrogancias;
Váyase fuera, vaya,
Porque en este sitio
No se da entrada
A quien padece dudas
Tan temerarias;
Váyase fuera, y todos
Le demos vaya.

VALENTON.

Por el Dios que adoro, que
Me escuchen una...

CORO.

Palabra.

VALENTON.

Y pues vengo á razonar,
Que valga la razon.

CORO.

Valga.
Diga, pues, lo que quiere,
Y afuera vaya,
Y desde afuera diga
Sus baravatas;
Y si son sus preguntas
De mala casta,
Pagará los arrojos
De su ignorancia;
Váyase fuera, y todos
Le demos vaya.

COPLAS.

VALENTON.

Se cuentan de aqueste Niño
Maravillas tan extrañas,
Que no es milagro que un hombre
Dude un poco, y...

ÉL Y CORO.

Santas pascuas.

CORO.

Y ésa es la gracia,
El que no es comprehensible
Su beldad rara.

VALENTON.

Dicen resiste á los fuertes,
Que á los humildes levanta,

Y siendo todo del cielo,
Que á tomar la tierra...

ÉL Y CORO.

Baja.

CORO.

Y ésa es la gracia,
Que el que todo es divino,
Tambien se humana.

VALENTON.

Se refiere que ha nacido
De una Vírgen soberana,
Que ántes y despues del parto
Es y ha sido...

ÉL Y CORO.

Pura y casta.

CORO.

Y ésa es la gracia,
Y que fué concebida
Tambien sin mancha.

VALENTON.

Dícese tambien que es hombre
Cuando de nacer acaba,
Que es uno, que es trinidad,
Que es esencia y es...

ÉL Y CORO.

Sustancia.

CORO.

Y ésa es la gracia,
Que dos naturalezas
En uno se hallan.

VALENTON.

Dícese que es poderoso,
Y que en cielo y tierra manda
Cuando está muerto de frio
Y durmiendo en unas...

ÉL Y CORO.

Pajas.

CORO.

Y ésa es la gracia,
Que teniéndolo todo,
No quiere nada.

OTRO VILLANCICO.
LA GAITA ZAMORANA (1).

INTRODUCCION.

Cantando llegó al portal
Un gaitero de Zamora,
Y oyéndolo los pastores,
Nuevamente se alborozan;
Se rien á carcajadas
Con las canciones que toca,
Y tienen una gran noche
Con su gaita y con su bota.

Estribillo.

CORO PRIMERO.

Hola, jau, ¿ah gaitero?

GAITERO.

Hola, jau, ¿quién me llama?

CORO SEGUNDO.

Amigos, amigos.

GAITERO.

¿Y qué es lo que mandan?

CORO PRIMERO.

Que pues esta noche
Es de bulla y zambra,
Chifle el tamborilillo,
Zumbe la gaita.

CORO SEGUNDO.

Y á la gloria del Verbo,
Que está en las pajas...

LOS DOS COROS.

Chifle el tamborilillo,
Zumbe la gaita.

GAITERO.

Por el Verbo, crean,
No cantaré nada,
Si no me remojan
Antes la palabra.

VOZ PRIMERA.

La bota está llena
De una carraspada
Más fuerte que Heródes,
Que los niños mata.

GAITERO.

Pues allá va, amigos,
Una gran tonada,
Que ahora cien años
Nueva se llamaba.
Arrojóme la portuguesilla
Naranjillas del su naranjal,
Arrojómelas y arrojéselas,
Y volviómelas á arrojar.

CORO.

Ga, ga, ga, gi, gi, gi, ga, ga;
Sopla, sopla, gaitero;
Sopla y soplemos.

VOZ PRIMERA.

Vaya un brindis al Hijo
Del Padre eterno.

CORO PRIMERO.

Gor, gor, gor, gor.

CORO SEGUNDO.

Gor, gor, gor, gor.

GAITERO.

Gor, gor, gor, gor.

CORO.

Viva, viva el Infante,
Gloria del cielo.

VOZ PRIMERA.

Vaya ahora á la nuestra.

VOZ SEGUNDA.

Gran pensamiento.

CORO PRIMERO.

Gor, gor, etc.

CORO SEGUNDO.

Gor, gor, etc.

GAITERO.

Gor, gor, etc.

CORO.

Vítor, vítor, vítor,
Vítor y medio.

COPLAS.

GAITERO.

Pues si se ha de festejar
Al Niño con tonos nuevos,
Allá va uno muy propio
De la noche, por lo fresco.
Todos me preguntan
Por la mi Mariana;
Esa fanfarrona
Conmigo no habla.
Tumbailá, mi Marianita,
Tumbailá, mi Marianá.

LOS DOS COROS.

Ga, ga, gi, gi, ga, ga.
Sopla, sopla, gaitero;
Sopla, sopla y soplemos.

VOZ SEGUNDA.

Pues brindis á María,
Madre del Verbo.

VOZ.

Vaya, venga y nos haga
Muy puen provecho.

CORO PRIMERO.

Gor, gor, etc.

CORO SEGUNDO

Gor, gor, etc.

GAITERO.

Gor, gor, etc.

DOS COROS.

Viva, viva el Infante,
Gloria del cielo.

GAITERO.

Pues es tambien de su agrado
Que esta noche nos holguemos,
Vaya otro, que vive Crivas,
Que vale cualquier dinero.
Al villano que le dan
La cebolla con el pan,
No le daban otra cos
Sino la mujer hermosa
Y cebolla con el pan.

LOS DOS COROS.

Ga, ga, gi, gi, ga, ga.
Sopla, sopla, gaitero;
Sopla y soplemos.

VOZ PRIMERA.

A José vaya un brindis,
Buen carpintero.

VOZ SEGUNDA.

Vaya, venga, y nos haga
Muy buen provecho.

CORO PRIMERO.

Gor, gor, etc.

CORO SEGUNDO.

Gor, gor, etc.

GAITERO.

Gor, gor, etc.

CORO.

Viva, viva el Infante,
Gloria del cielo.

GAITERO.

Recibe, pues, dueño mio,
Esta señal de mi afecto,
Pues para mostrar mi amor
No tengo más instrumentos.
Triste de Jorge,
Si el alcalde le prende ó le coge;
Triste de él,
Si el alcalde le llega á prender.

DOS COROS.

Ga, ga, ga, gi, etc.
Sopla, sopla, gaitero;
Sopla y soplemos.

VOZ PRIMERA.

Vaya un brindis á los reyes
Que vienen con el lucero.

VOZ SEGUNDA.

Vaya y venga, y nos haga
Muy buen provecho.

(1) Este villancico y el anterior los publicamos como muestra de poesía popular.

CORO PRIMERO.

Gor, gor, etc.

CORO SEGUNDO.

Gor, gor, etc.

GAITERO.

Gor, gor, etc.

CORO.

Viva, viva el Infante,
Gloria del cielo.

GAITERO.

Con esta cancion, pastores,
Darémos fin al festejo,
Pues ya con la carraspada
Estamos á medios pelos.
Tanto bailé con la gaita gallega,
Tanto bailé, que me enamoré de ella
Tanto bailé, tanto bailára,
Tanto bailé, que me enamoricára.

DOS COROS.

Ga, ga, gi, gi, ga, ga.
Sopla, sopla, gaitero;
Sopla y soplemos.

VOZ PRIMERA.

Brindis á que muera Heródes,
Rey carnicero.

VOZ SEGUNDA.

Vaya, venga, y nos haga
Muy buen provecho.

CORO PRIMERO.

Gor, gor, etc.

CORO SEGUNDO.

Gor, gor, etc.

GAITERO.

Gor, gor, etc.

CORO.

Viva, viva el Infante,
Gloria del cielo.

GOZOS Y DEPRECACIONES
á María Santísima,

que con el nombre de la Cueva Santa se venera en el reino de Valencia, en el obispado de Segorbe.

Hagan ecos dulces,
Oh Vírgen María,
En tu Cueva Santa
Nuestras agonías.
Cueva Santa eres,
Donde se eterniza
Aquel insondable
Pozo de aguas vivas;
Cueva, donde encuentra
Entrada y salida,
Por cueva de gracia,
El Sol de justicia;
Cueva, cuya entrada
Se ostenta benigna,
Brevemente en sola
Una Ave María;
Cueva siempre Santa,
Tan graciosa y fina,
Que nadie se queja
De la despedida;
Cueva eres, de donde
Nos vienen las dichas,
Gozos y consuelos,
Gracias y caricias;
Amparo, refugio,
Salud, medicina,
Remedio, socorro,
Luz, camino y guía;
Descanso á desvelos,
Alivio á fatigas,
Aliento á desmayos,
Ventura á desdichas;
Contra el enemigo
Escudo, loriga,
Greba, hielmo, lanza,
Arnes y cuchilla;
Puerta del Oriente,
Siempre cristalina,
Y puerta, de quien
Todo el cielo es silla;
Puerta que con ella
A la sierpe antigua,
Dándole en los ojos,
La condenó en vista;
Puerta que quebranta
Cervices altivas
Del dragon que horrible
Siete lenguas vibra;
Puerta soberana,
Que por diamantina,
A las del infierno
Destroza y desquicia;
Puerto eres seguro,
Pues todos publican
Que á buen puerto llega
Quien de tí se abriga;
Espejo luciente
De forma tan linda,
Que hace buena cara
Al que en él se mira;
Estrella del mar,
En cuya luz fija
Tiene buena estrella
Quien de ella se fia;
Eres casa de oro
Para el que mendiga,
Pues siempre en tí el pobre
Halla casa rica;
Matutina estrella,
Y tan matutina,
Que haces sol la sombra,
Y la noche dia;
Del Amor divino
Esposa querida,
De Dios Hijo Madre,
De Dios Padre Hija;
Madre siempre Vírgen,
Siempre pura y limpia:
Limpia concibiendo,
Pura concebida;
Corona de astros
En la córte empírea,
De luna calzada
Y de sol vestida;
Flor la más luciente,
Luz la más florida,
Que da resplandores
A las maravillas;
Vírgen tan prudente,
Que en vela contínua,
Nunca se vió en tí
La luz extinguida;
Aurora brillante,
Alba esclarecida,
En quien nada es llanto
Y en quien todo es risa;
Unica especiosa,
Real Margarita,
Que apuró en el precio
Al cielo sus Indias;
Esclava y Señora,
Pero tan divina,
Que á un tiempo te exaltas
Con lo que te humillas;
Reina tan humilde,
Que á las jerarquías,
Por humilde y reina,
Causas armonía;
Vírgen poderosa,
Vírgen escogida,
Vírgen excelente,
Vírgen peregrina;
Madre de clemencias,
Madre de delicias,
Madre de dulzuras,
Madre de alegrías;
Belona terrible,
Que rayos fulminas
Contra barbarismo,
Contra idolatrías;
Azote divino
De las herejías,
Que al Norte oscurecen
Y le descaminan;
En tí está de asiento
La sabiduría,
Por quien reyes reinan,
Potentes dominan;
Rosa en Jericó,
Palma en Cadés brillas,
Y bálsamo excelso
Nos aromatizas;
Suavidad esparces,
Como electa mirra,
Y el panal de grana
Tu labio es almíbar;
Fuente eres sellada,
Escala sin ruina,
Paloma sin hiel,
Rosa sin espinas;
Tierra sin tributo,
Torre defendida,
Arca sin naufragio,
Vaso sin acíbar;
Estrella sin noche,
Vara no torcida,
Espejo sin mancha
Y nave sin scilla;
Cipres elevado,
Singular oliva,
Exaltado cedro
Y fecunda viña;
Abigail bella,
Raquel aplaudida,
Ester soberana
Y Judit invicta;
Eres toda pulcra,
Celestial María,
De tu pelo una hebra
Dulce es de amor liga;
Ojos de paloma,
Que en quiebras anida
De tórtola amante
La hermosa mejilla;
Torre de David
La garganta indica,
Fragrancias de incienso
El vestido espira;
Africa y Europa
Tu imágen admiran,
Y América y Asia
Ya la solemnizan;
Concede te aplauda
La pluma, la lira,
El canto, la musa,
El rapto y la ritma;
Admite, Señora,
Esta rogativa
Que el amor te ofrece,
La fe te dedica;
Y tu devocion,
Permite se imprima
En los corazones
Con sangre por tinta;
Infieles convierte,
Cristianos auxilia,
Concordias ordena,
Reyes pacifica;
Fervores alienta,
Piedades excita,
Potencias inflama,
Pechos ilumina;
Incendios aplaca,
Vientos apacigua,

Piélagos serena,
Tierras fertiliza;
Destierra, destruye,
Aparta, aniquila,
Rebate, repele,
Impide y evita
Las hambres, las pestes,
Las guerras, las cismas,
Las muertes, los daños,
Los ódios, las iras;
Y en siglos eternos
Tu soberanía
Luzca, brille, alumbre,
Triunfe, reine y viva.

Medio mundo se rie
Del otro medio;
Yo soy solo, y me rio
Del mundo entero.
Por no ver de mi casa
La gran contienda,
Me retiro á ser loco
Por conveniencia.

Aunque de guardias ceñida
La vida de un soberano,
Es de la muerte roida,
Porque es la muerte un gusano
Que se engendra de la vida.

Á un príncipe la muerte
Cierra los ojos,
Porque á su desengaño
Los abran otros.
Su acaso importa;
Que alguna vez de luces
Sirven las sombras.

Mira qué rayos vibra
La desventura;
Sobre tí cae la rueda
De tu fortuna.
Teme el estrago;
Que aunque rayos de rueda,
Por fin son rayos
Ya suenan las trompetas
Y los timbales,
Ya del lecho de Vénus
Se arroja Marte.
Á un sordo tocan;
Que es menester trompetas
Para que oiga.
Las naves que del golfo
Se redimieron,
Miren que el puerto tiene
Tambien sus riesgos;
Que tal vez nacen
Peligros de las mismas
Seguridades.
En un plato ratones
Comen y gatos,
Mas luégo sacan éstos
Los piés del plato;
Pues los ratones,
Por fin y postre, sirven
De fin y postre.
Entrarás al molino,
Maquilon nuevo,
Probarás á qué sabe
Batir los pliegos;
Que al más bizarro
Los cuadernos le dejan
Descuadernados.
Gitanilla del alma,
Vén á la córte,
Yo robaré dineros,
Y tú atenciones;
Vén, que en las selvas
No habitan las hermosas,
Sino las fieras.
El chinel y el esbirro
Son mengues sueltos;
Guárdate de sus churres
Mi colovero.
¡Ay, que en el coime,
Por jamarte la bruña
La lumi corre!
El nudo de unas riendas
Enmarañadas
Finalmente se corta,
No se desata.
Ensuciando candores
De limpias honras,
Hoy camina una lengua
De boca en boca;
No hay quien lo aquiete,
Cuando va desbocado
Lo maldiciente.
Á que temple una lira
Ponen á un burro,
Y lo hará cuando un necio
Caiga del suyo;
Pues que se nota
Que es tan sordo de oreja
Como de cola.

COPLAS.

Á buen viento camina
La parva de los locos,
Porque si uno se agosta,
Mil salen de retoño.

ESTRIBILLO.

Antaño hubo locos,
Y hogaño los hay y todo.

Murióse un lisonjero,
Y ya renace un monstruo,
Que á la oreja persuade
Los hurtos por socorros.
Antaño, etc.
Si á un tirano ministro
Lo llevan los demonios,
De los infiernos viene
Otro peor que el otro.
Antaño, etc.
Si los gusanos hacen
De un mal juez refectorio,
De aquellas corrupciones
Nacen nuevos abortos.
Antaño, etc.
Si falleció un avaro,
Viven mil codiciosos,
Que hacen segundo entierro
De la plata y el oro.
Antaño, etc.
Si muere algun falsario
Del culto religioso,
Mil hipócritas salen
Á violar lo devoto.
Antaño, etc.
Si nos hizo en la horca
Un asesino cocos,
Más de ciento han quedado
Indomables al potro.
Antaño, etc.
Si un necio presumido
Falta en el consistorio,
Luégo vuelve á llenarse
De porras y de porros.
Antaño, etc.
Si la virtud asoma
Al político coro,
Nadie la da la mano,
Los más la dan de codo.
Antaño, etc.
Yo veo de año en año
Al siglo más furioso,
Y sólo sé que es juicio
Este: *Dios sobre todo.*
Antaño hubo locos,
Y hogaño los hay y todo.

Vean esta figura
Del mundo en estampas solas,
Los que para hacer cabriolas
Buscan la mayor altura;
Vean su descompostura,
Que entre burlas y entre chanza,
Buena va la danza.
Aquel de barbas lampiñas,
Que nos echa tantas piernas,
Fué paje de las tabernas,
Y hoy es señor como hay viñas;
Sus embustes y rapiñas
Han subido su balanza;
Buena va la danza.
Danzando va un motilon,
Que cuantos brincos ha dado,
Siendo pasos para ahorcado,
Han sido de exaltacion;
Y por aqueste escalon
Ha subido á la privanza;
Buena va la danza.
Allí se ve un paisano
Muy mamon de señorías,
Y porque danza folías,
Ya juzga que no es villano;
De rústico en cortesano
Le trocó aquella mudanza;
Buena va la danza.
Aquel que levanta el trote
Há poco que era alcahuete,
Y hoy es rufian de copete,
Muy erguido de cogote;
Ya se nos vende gigote,
Siendo un pobre Sancho Panza;
Buena va la danza.
Aquel, por el interes
Que le dió corto bolson,
Desconoce su nacion
Y se vende genoves;
Los más danzan al reves
En aquesta contradanza;
Buena va la danza.

Vengan á ver mis señores,
Porque es fuerza que les guste,
Los cofrades del embuste
Pasar por mis bastidores;
Escuchen á los clamores,
Pues ya suena el esquilon;
Dilin, dilon,
Que pasa la procesion.
Aquel viejo que porfia
En arrimarse al altar,
Pensando va en cómo echar
Á perder la cofradía;
¡Ay del pobre que confia
Su placer á su intencion!
Dilin, dilon,
Que pasa la procesion.
Ese que lleva el atril,
Tan devoto y halagüeño,
Aunque parece pequeño,
Desde su alcurnia es gentil;
Nunca fué su pecho vil
Devoto de la pasion;
Dilin, dilon,
Que pasa la procesion.
Allí va un par de figuras
De espadin y cabellera,
Que ahora se alumbran con cera,
Y ántes cenaban á obscuras;
Mezclados van con los curas,
Por coger la refaccion;

Dilin, dilon,
Que pasa la procesion.
Aquel de la falsa risa,
Que los engaños aprueba,
La sobrepelliz que lleva
La arrancó á cierta camisa;
Y ser cierto nos lo avisa
Lo maduro del faldon;
Dilin, dilon,
Que pasa la procesion.
Aquel de los ojos tiernos
Tan devoto y sin mirar,
Capaz es de enamorar
A un alma de los infiernos;
Y ha puesto y tiene más cuernos
Que pasan por Malagon;
Dilin, dilon,
Que pasa la procesion.

COPLAS DEL TITIRITERO.

Las figuras del *mundi novi.*

Mira los figurones
De más de marca;
El más ruin extranjero
Todo lo tapa.
Estarán escondidas
Siglos enteros,
Miéntras dure en la córte
Tu mundo nuevo.
Teme, pues, que algun dia
Se salga fuera;
Que éste es mundo, y el mundo
Da muchas vueltas.
Estas figuras siempre
Tienen mal pleito,
Pues reducen á voces
Su parlamento.
Desde el sólio, que sólo
Dió su fortuna,
Van y vienen palabras,
Sin obra alguna.
No agarres la corona,
Porque á su dueño
Desasirás lo firme
De su cimiento;
Y si tanto la palpas,
Habrá quien crea
Que es para que se ruede
De la cabeza.
Los reparos son sólo
Quien la derriba,
Pues la mano que llega
Su piedra quita.
Las vidas y las luces
Son tan hermanas,
Que un soplo las alienta,
Y otro las mata.
No se fie ninguno
De sus incendios,
Que á la hoguera más fuerte
La gasta un viento.
Miéntras burlan distancias
Vuestros deseos,
Vamos á hacer poblados
Otros desiertos.
Que en las dudas de un daño
Que está tan cerca,
Mejor va el que se parte
Que el que se queda.
Las usuras que ántes
Vivieron solas
Tienen autoridades
De muchas togas.
En los tuertos civiles
Tienen su apoyo;
Que hay Pandectas que tienen
Ley para todo.
Con un aire se mueve
Toda justicia,
Y el que corre en tu tierra,
Sopla en la mia.
Este que fuma y bebe,
Y el que hace el oro,
Tan borracho es el uno
Como es el otro.
Yo no gasto arbitristas,
Ni cónsules tampoco;
De lo que Dios me envia
Me soy el rey Palomo;
Antaño era bobo,
Y hogaño lo soy y todo.
En el crisol y el cuño
Me gusta más el oro,
Pero al destino dejo
Que lo azaranden otros;
Antaño era bobo, etc.
Al médico no hablo,
Del letrado me escondo,
Con dieta y con paciencia
Yo me sufro y me engordo;
Antaño era bobo, etc.
Cuanta riqueza traga
El uno y otro polo,
La tiene mi desprecio
En la salud que gozo;
Antaño era bobo,
Y hogaño lo soy y todo.

COPLAS DE LAS BRUJAS.

LA COLODRA.

Oiga el señor astrólogo
Ó Piscator hispánico,
Aquestos juicios sátrapas
De un femenino cántico.

TODAS.

Oigalos, llévelos
Por estaciones y ámbitos,
Porque son más verídicos
Que los que da su cámalo.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA SOPÍLFERA.

El Saturno decrépito,
Con su curso flemático,
Influirá pestífero
Venenos al Antártico.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA CORCHENA.

El Marte más intrépido,
Con el humor cismático,
Verterá entre políticos
Las discordias á cántaros.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA COLINDRES.

Una deidad ridícula,
Con gesto á lo seráfico,
De lágrimas hipócritas
No enjugará los párpados.

TODAS.

Oigalos, etc.

MARICACA.

El fúnebre presbítero,
Ensalmador camándulo,
Con balandran católico
Tapará lo mecánico.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA PIZORRA.

El religioso pérfido
Del halagüeño escándalo
Encontrará en un cólico
A la hora del tránsito.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA CORUJA.

El general jurídico
Alegará con Bártulos,
Y soldados frenéticos
Despreciarán sus párrafos.

TODAS.

Oigalos, etc.

MARÍA ANDRONES.

Vivirán muy solícitos
Demócrito y Heráclito,
Siendo contrarios lógicos
De físicos oráculos.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA PICAZA.

Junto al sólio patético
Ha de ensuciarse un sátiro,
Y con sorbos estíticos
Pondrá el órden estático.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA CHUPONA.

El botiquin más célebre,
Entre lo dulce y cáustico,
Aplica diaforéticos
A los cuerpos espárragos.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA COMINA.

El medicastro rórido,
Relleno de preámbulos,
Con recetas germánicas
Deja el humor más lánguido.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA CATUJA.

Aquestos juicios lúgubres
Diga, seor matemático,
Que los sopló una astróloga
Que calcula en el báratro.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA MEDELLINA.

Sirvan los versos líricos
De estos discursos mágicos
Para alimento pútrido
De holgazanes y zánganos.

TODAS.

Oigalos, etc.

LA PEDOTA.

La tropa de Justiniano,
Robadores de por vida,
Con licencia y sin medida
A todo alargan la mano;
Del doctor y el escribano
Guardaréis las faltriqueras.

TODAS.

Que los jueces y hechiceras
Todos chupamos,
Unas niños y otros cuartos.

LA PAJARILLA.

El médico de contado
Es juez y ladron muy fuerte,
Pues da sentencia de muerte
Despues que nos ha robado;
Con ellos tened cuidado,
Que son guadañas rateras,

TODAS.

Que los jueces y hechiceras, etc.

LA LIMONA.

Ojo avizor, cuenta, gentes,
Y cuidad de los bolsones;
Que los jueces y ladrones
Son más que los inocentes,
Y besan muy diligentes
A las caras peruleras.

TODAS.

Que los jueces y hechiceras, etc.

LA VILLODRES.

El letrado y cocinero
Guisan á don Interes,
Y el abogado lo es
Solamente del dinero,
Y el bufon y el lisonjero
Fabrican las ladroneras.

TODAS.

Que los jueces y hechiceras, etc.

LA CHAFULLA.

Chicos y grandes robamos
Por camino singular,
Y el tiempo nos ha de hurtar
Lo que todos nos hurtamos;
Vivamos, pues, y bebamos,
Guarde cada cual sus peras.

TODAS.

Que los jueces y hechiceras, etc.

PRIMAVERA.

¡Con qué soberbia levanta
Un verde laurel su copa!
¡Qué pocas son sus raices
Y qué muchas son sus hojas!
En las mismas que le sirven
A su esplendor y á su pompa,
Se escribirán algun dia
Los sucesos de su historia.
Sobre su verdor lozano
Sus esperanzas apoya,
Sin ver que la noche quita
Los colores á las cosas.
Resplandece con el sol,
Y se rie con la aurora;
Teme que se vuelva el aire
Jurisdiccion de la sombra.
Contra el tiempo se rebela,
Y á sus leyes imperiosas
Juzga hurtarse cuando al tiempo
Hasta los cedros se postran.
Los desprecios de la envidia
Son de su dicha carcoma;
Que en el puerto confianzas
Son escollos en las ondas.
¿Qué es lo que le ha dado en pren-
La fortuna vária y loca, [das
Cuya condicion dos veces
La padece quien la ignora?
El pié le besa un arroyo
Por adulacion forzosa;
¿A cuántos troncos, á cuántos,
Besa los piés la lisonja?
Mordiendo le va lo propio
Que con rendimiento toca,
Y en pasando le murmura
Aun lo mismo que le adora.
Su fin le avisa un nocturno
Pájaro, y su voz ahogan
Ruiseñores lisonjeros
Con cantadas armoniosas;
Despreciando éste los rayos
Que á Jove Vulcano forja,
Comi si á Jove faltáran
Otras armas poderosas.
Un huracan formidable
Desvanecerá sus glorias;
Que glorias que escribe el viento,
Es el viento quien las borra.

DEL ESTÍO.

Para componer un tres
Seis sacristanes están,
Seis que de música tienen
No más que lo sacristan.
El que más de estos cermeños,
Tiene tanta habilidad,
Que á una letra de *aleluya*,
Solfa de *requiem* pondrá.
Con muchas velas se alumbra
Aquesta comunidad,
Todas de cera, y á fe
Que no tiene colmenar.
Pondrán la solfa, porque
Saben de puntos no mal;
Que el menor de ellos ha sido
Zapatero en su lugar.
A las lámparas de un templo
Chupan el olio vital,
Y con música pretenden
Satisfacer la deidad.
Buen arrullo le disponen
Al inocente rapaz,
Su música de relinchos
Es buena para arrullar.
Al són de un órgano, que
Es de una capilla real,
Cantarán, mas esta tecla
No la quiero yo tocar.
Un descompasado antojo
Ha de llevar el compas;
Si no fuere lo que suena,
Lo que fuere sonará.
Todas tres voces iguales
Quieren poner, sin mirar
Que no hay armonía donde
Falta la desigualdad.
¡Qué bravos casamenteros
Hemos llegado á encontrar,
Que procuran neciamente
Desposar á Gil con Blas!
A cada punto que ponen,
Humedecen el tragar;
Apuran las vinageras,
Mas no la dificultad.
Sobre las voces del tono
Á las greñas andan ya;
Y metiendo el pleito á voces,
A tirar de un *muerto* van.

DEL OTOÑO.

Todo el mundo es desconcierto,
Desórden todo y baraja;
La mayor desdicha es, que
La fortuna se emborracha.
En una casa de oratcs,
Para loqueros señala
A un químico y á un poeta,
Ambos merecen la jaula.
Un facineroso insigne
Sobre un trono se levanta,
Y verás que da la ley
Aquel mismo que la agravia.
Coronados de laurel
Entran al són de una salva,
Con los bigotes postizos,
Un capon y una beata.
Cierto capitan parece
Con un plumaje en la plaza,
Y son plumas de gallina
Las que componen su gala.
Para la salud de un reino
Consultando está un monarca
A un mal galenista, que
Sangre de pobres derrama.
El mayordomo avariento
Pone, con ciega ignorancia,
Para una sardina sola
Doscientos gatos de guardia.
De remotas tierras viene
Un cocinero de fama,
Y viene desde tan léjos
Para hacer una ensalada.
Terrible incendio ocasionan
Las lágrimas de una dama,
Para que se vea un fuego
Que debe su oriente al agua.
La montaña está confusa,
Todo es ruido en la montaña,
Y se miran ya las cumbres
Inferiores á las faldas.
En el banquete ha propuesto
La discordia su manzana,
Y llega el tiempo de que
Se maduren las granadas.
Cañas buscan los morlacos
Para pesear oro y plata,
Y los más de los bastones
Se van convirtiendo en cañas.

DEL INVIERNO.

Carátulas quita el tiempo,
Que es quien todo lo revela,
A todos los que componen
Una mogiganga séria.
Un reverendo togado
El primero se presenta,
Oidor lo creyó el engaño,
Sordo la verdad lo encuentra.
Se descubre un estadista,
A quien la paz se encomienda,
Que con un fuelle por boca,
Sopla el fuego de la guerra.
Más bigotes que un tudesco
Cierto general ostenta;
Quítale el tiempo el embozo,
Y se descubre una dueña.
Uno que por justiciero
Se nos vende acá en la tierra,
Vende la justicia, sin
Que jamas justicia venda.
Por las pragmáticas que
Todos los puñales vedan,
De un protomédico ilustre
Se prohiben las recetas.
En plumas de secretarios
Duerme un señor sin cautela;
Quien ahora en plumas duerme,
Sin pluma despues despierta.
No hay que buscar los del tribu
En narices aguileñas;
Que una procesion de chatos
Se ve venir de Judea.
De Caton jura un ministro
De barba y de ropa luenga;
Síguele el tiempo, y lo ve
Entrar en una taberna.
A un príncipe negligente
Sus vasallos lisonjean,
En su persona lo escupen,
Lo adoran en su moneda.
Por el mar transporta el oro
La codicia marinera,
Y apuestan el mar y el hombre
A quién traga más riquezas.
Todo es chamusquina y humo,
Y á la misma chimenea
Yo tan sólo me caliento
Miéntras los otros se queman.

LETRILLAS SATÍRICAS.

I.

Del astro amante ó impío
A nadie el furor alcanza,
Porque todo el mundo danza
Al compas de su albedrío;
Nadie tiene señorío
En la humana libertad;
Porque nuestra voluntad
Se mueve sola por sí.
Y que vaya la danza
De aquí para allí,
¿Qué se me da á mí?
Marte con rara inquietud
Guerras influye y dispone,
Y nunca más se compone
La pacífica quietud;
Su actividad y virtud
Los príncipes desbaratan,
Y el capítulo que tratan
Cuasi cumplido lo vi.
Y que vaya la danza, etc.
El sol muy mal agestado,
Con un aspecto fatal,
Derribar quiere á un marcial,
Y él se está muy asentado;
Con el oro se ha fijado
En el trono más severo;
Que tambien vence el dinero
Todo solar frenesí.
Y que vaya la danza, etc.
Saturno y Marte precitos,
Con irrisibles desprecios,
Quieren que pasen por necios
Los sabios más eruditos;
Sus voces y sus escritos
Confunde Marte y ahoga,
Y á otros les viste de toga,
Sin saber á *quis vel qui.*
Y que vaya la danza, etc.
La luna allá se embanasta
En los soberbios palacios,
Y entre perlas y topacios
Chismes y cuentos engasta;
Con unos sus cuartos gasta
Con desórden singular,
Y á otros no les quiere dar
Un solo maravedí.
Y que vaya la danza, etc.
Mercurio, sabio en su oficio,
Varios sistemas produce,
Pero Vénus se introduce
A turbar todo su juicio;
Proseguia su perjuicio
Contra la córte más fuerte,
Mas se atravesó la muerte,
Y todo lo dejó así.
Y que vaya la danza
De aquí para allí,
¿Qué se me da á mí?

II.

En tono de judiciar,
A mil de juicio has sacado;
Bastante has pronosticado,
Ya no es tiempo de chistar;
Oir, ver y callar,
Y meterse en un rincon,
Y chiton.
Por seguir la rectitud
Un príncipe enfermará,
Y tanto, que se verá
Muy cerca del ataud;
Tú ruega por su salud
Con ardiente devocion,
Y chiton.
Por el modo más grosero,
Haciéndose ruin mendigo,
La ciudad al enemigo
Venderá el otro guerrero;
Tú guarda de él el dinero,
Y deja que sea ladron,
Y chiton.
Con el político traje,
Raspado de su corteza,
Hasta el trono de la alteza
Quiere trepar un salvaje;
Déjalo que suba y baje,
Que él dará algun tropezon,
Y chiton.
Verás al otro beato
Que hace como que se arroba,
Y al tiempo que sube, roba,
Quitando á todos el hato;
Huye tú de aquese gato,
No te dé algun arañon,
Y chiton.
Verás que el otro se encierra
A discurrir y á estudiar
En cómo ha de alborotar
Las quietudes de tu tierra;
Tú con nadie tengas guerra,
Enróscate en tu jergon,
Y chiton.

III.

Todo es hacer conferencias,
Y de discordias tratar,
Pero se ven menudear
Los palos y las pendencias,
Todas estas diferencias
Nacen de falta de fe,
¿Y el por qué?
Ese yo me le sé, me le sé.
Una armada deseada
Del puerto sale briosa,
Y la invasion cautelosa
Se la tiene bien armada;
Deshecha y aprisionada
Será de quien yo me sé,
¿Y el por qué? etc.
El que empieza á ser malquisto
Da de una traicion disculpa,
Y al diablo le echa la culpa
De lo que el diablo no ha visto;
Por burlar anda muy listo
La deidad que veneré,
¿Y el por qué? etc.
Arrancándole de cuajo
La fortuna y el caudal
A un infeliz mercurial,
Le tiene Vénus debajo;
La causa de su trabajo
A nadie revelaré,
¿Y el por qué? etc.
Muere un rico potentado
De un pesar terrible y fuerte,
Y otros, despues de su muerte,
Su país han desolado;
Conjuros esto han trazado,
Que no los descubriré,
¿Y el por qué? etc.
Uno por amigo pasa
Del más bravo de los Martes,
Y por todas cuatro partes
Le están quemando la casa;
Yo bien sé quién se la abrasa,
El motivo no diré,
¿Y el por qué? etc.
A pagar un negro yerro,
Que nunca podrá dorar,
Un presumido escolar
Sale á un cerrado destierro;
Vaya y coma el pan de perro,
Que yo tambien lo tragué,
¿Y el por qué?
Ese yo me le sé, yo me le sé.

IV.

De Vénus vencido, Marte
De caballero me armó,
Y por insignias me dió
Uniforme y estandarte;
Como bisoño en el arte,
Yo de casaca volví,
Y al reves me la vestí,
Y ándese así.
Mercurio, sol de la ciencia,
Me dió en sus doctos estrados
De políticos tratados
La física inteligencia;
Dióme amigable influencia,
Y al contrario lo aprendí,
Y al reves me la vestí, etc.
El sol con influjo experto
Serenidad me asegura,
Y de la paz y ventura
Me puso en el rumbo cierto;
Derecho guiaba al puerto,
Pero el camino torcí,
Y al reves me la vestí, etc.
Saturno guardó mi vida,
Aunque es planeta de muerte,
Y mi rebeldía fuerte
Fué tan sólo mi homicida;
Seguridad conocida
Me dió su guadaña á mí,
Y al reves me la vestí, etc.
Júpiter, compadecido,
Me estorbaba una traicion,
Pero mi ciega pasion
En la traicion me ha metido;
Tapó mi horror conocido,
Pero yo lo descubrí,
Y al reves me la vestí, etc.
Del planeta más furioso
Puedes burlar el poder,
Y su coraje vencer
Con la virtud y el reposo;
Modera el genio vicioso,
Porque no cantes así,
Y al reves me la vestí,
Y ándese así.

V.

¿Queria el hipocriton,
Lleno de astucia y miseria,
Que su malicia y laceria
Tragase por devocion?
Templado soy, no tragon,
Y no he de hacer tal exceso,
Y á otro perro con ese hueso.
¿Quiere el injusto en su audiencia,
Cuando agobia la balanza,
Que lo que es pura venganza
Lo mame por providencia?
¿Y quiere que á su conciencia
Sacrifique mi embeleso?
Y á otro perro con ese hueso.
¿Pretende el otro badea,
Afectando mil denuedos,
Que sus traiciones y miedos
Como máximas los crea?
No haré tal si lo desea,
Que en mi dictámen soy tieso,
Y á otro perro con ese hueso.
La del semblante lamido,
Que con sus dengues me muele,
¿Quiere que por honra cuele
La fealdad y el olvido?
No haré tal, que es conocido
De todos su poco seso,
Y á otro perro con ese hueso.
Otro gálico importuno,
Afectando elevacion,
¿Quiere que á su corrupcion
Se le pase por ayuno?
No creo en hombre ninguno,

Porque el más santo es travieso,
Y á otro perro con ese hueso.
¿Desea el otro malvado,
Que esconde la villanía,
Que pase por hidalguía
Lo soberbio y lo adornado,
Y que el papel que ha falseado
Lo engulla por fiel proceso?
Y á otro perro con ese hueso.

VI.

Andan muchos santurrones,
Que se elevan por arrobas,
Vendiéndonos sus corcovas
Por buenas inclinaciones;
Cuenta que sus invenciones
Tienen muy mal paradero,
Y Anton Perulero,
Cada cual atienda á su juego.
El arbitrista malvado,
De buen celo revestido,
Al celoso más erguido
De su honor ha derribado;
Lo que debia el menguado
Era estarse en su agujero,
Y Anton Perulero,
Cada cual atienda á su juego.
El cronista que jura
De manosear abolorios,
Se mete á hacer desposorios
Sin cruz ni arras ni cura,
Deje que toda osatura
Descanse en su podridero,
Y Anton Perulero,
Cada cual atienda á su juego.
El escolar, que es polilla
Del mendrugo y del zoquete,
Ya quiere que su bonete
Haga oficios de capilla;
No le ajusten la golilla,
Vuélvase al vade y tintero,
Y Anton Perulero,
Cada cual atienda á su juego.

VII.

Oye usted, señor letrado,
El de los códigos rotos,
No nos dispare alborotos
Desde su estudio malvado;
Mire que el fin depravado
El demonio lo revela,
Y á ti te lo digo, hijuela;
Entiéndelo tú, mi nuera.
Mire usted, señora hermosa,
Que su rostro y sus facciones
De arrugas y berrugones
Será una sima horrorosa;
No viva usted tan pomposa,
Que presto ha de ser abuela,
Y á ti te lo digo, hijuela;
Entiéndelo tú, mi nuera.
Sepa usted, seor militar,
El baladron con denuedo,
Que nadie le tendrá miedo
Hasta que lo vea pelear;
No se mata con parlar,
Aunque es su boca una azuela,
Y á ti te lo digo, hijuela;
Entiéndelo tú, mi nuera.
Mire usted, seor estudiante,
El de la lógica parda,
Que el empleo se retarda
Al que vive de tunante;
Estudiar, y Dios delante,
Es lo que ayuda y consuela,
Y á ti te lo digo, hijuela;
Entiéndelo tú, mi nuera.

COPLAS.

Contemplando está Floro,
Desde sus males,
Lo que puede el influjo
De las deidades;
Tarde ha llegado
A su juicio la dicha
Del desengaño.
Aquel rostro en quien lucen
Dos bellos soles,
Albergue es de finezas
Y de traiciones;
Huyan su trato,
Que en sus voces abriga
Luces y engaños.
Llora la ausencia Lesbia
De su Feniso,
Y sus males aumenta
Con sus suspiros;
Porque á la nave
Se le hinchan las velas
Con tanto aire.
El Alcion comienza
Su triste canto,
Y con él nos recuerda
Males de antaño;
Fiero profeta
Es de los desconsuelos
Que nos esperan.
Los argonautas roncos
Tambien dan voces,
Y ni el eco siquiera
Se les conoce;
Que sus suspiros
Ya cerrados encuentran
Todos caminos.
Guia con dulces pasos
Su lanza Marte,
Porque tambien sus furias
De amores saben;
Y así dispone
Añadir más aceros
A los arpones.
Con los leños ya rotos
El viento juega,
Y naufragios se pasan
Por mar y tierra;
¡Ay de quien fia
A inconstancias del viento
Todas sus dichas!
La hermosura que ha sido
Gozo de España,
Olvidada de todos
Su vida acaba;
Su cuerpo hermoso
Con los ojos enjutos
Lo miran todos.
Brindan muy atrevidos,
Y alegres hablan
Los que cogen las copas
Por ambas asas,
Y del convite
Salen pocos dichosos,
Mil infelices.
Cuidado con la plaza,
Soldado, alerta;
Que entre asechanzas viven
Las centinelas;
Porque el dinero
Suele dar más modorra
Que el mismo sueño.
Besa la parda arena
Una barquilla,
Que conduce á los puertos
Mucha alegría;
Un rey hermoso
Es quien en ella carga
Tanto alborozo.
Quieren los tagarotes
Ser abogados,
Y á doctores se meten
Los cirujanos;
Y estudian todos
En hurtarse el oficio
Unos á otros.
¡Ay libertad dichosa,
Y qué mal hacen
En andarte vendiendo
Tantos amantes!
Son unos bobos,
Y quien no te ha perdido
Te vende sólo.
Honra y hacienda pierden
Unas familias,
Y es porque unas arguyen
Y otras replican;
Y verán presto
La conclusion tan mala
De su argumento.
Muy contento Fileno
Con su ventura,
Ya no teme los ceños
De su fortuna;
Y es porque piensa
Con los clavos del oro
Fijar su rueda.
Un monstruo formidable
Nace en el Norte,
Pero á criarse viene
En nuestros montes;
Y es porque en ellos
Tiene á pasto los pastos
De su alimento.
Ya todo malcontento
Ni va ni viene,
Porque ya se declaran
Independientes;
Que su mal genio
No quiere á rey ni Roque
Vivir sujeto.
¡Ay hermosa Dorinda,
Que en tus luceros
Todos los regocijos
Se están sonriendo!
Pero á tu Floro
Esas risas le salen
Mucho á los ojos.
El año ya se acaba,
Pero mi pena
En el alma la tengo
Quéda que quéda;
Y es porque nace
De una causa que es causa
De muchos males.

COPLAS.

En un serio teatro,
Que el orbe admira,
La lisonja se viste
De la mentira;
Pero en su historia
El papel de las luces
Hacen las sombras.
Todas las existencias
Trueca el destino,
Y el mérito es la prenda
Del precipicio;
Todo se muda,
Pero no la desgracia
De mi fortuna.
Libio de Abeto puebla
Su gran marina,
Pero en el mar naufraga
De su codicia;
Y en esta empresa
Es lo que más le ahoga
Lo que le alienta.
Quiere el valor de Silvio,
Que el orbe asombra,
Coronar sus trofeos
Sin las coronas;

Mas á su arbitrio
Se oponen los empeños
De su albedrío.
La edad del oro acuerdan
Los militares
En los triunfos gloriosos
De sus alfanges;
Pero á su ahogo,
Ni áun de cobre se vuelve
La edad del oro.
Proseguir su dominio
Discurre Fabio,
Y sus años le privan
Aun de sus años;
Porque á la Parca
No es defensa el pellico
Ni la tiara.
Las naves que borrasca
Deshecha corren,
Porque el Norte buscaron,
Pierden el Norte;
Y el mar se ostenta
Cristalino teatro
De su tragedia.
Consuelo y pena Floro
Por su amor mide,
Y como el fénix, muere
De lo que vive;
Que su discurso
En sus ánsias fabrica
Cuna y sepulcro.
En la córte de Vénus
Marte preside,
Pero Mercurio opuesto
Le contradice;
Que es consiguiente
Oponerse á los triunfos
Los intereses.
En el bello hemisferio
De las delicias
La hermosura y la gracia
Forman su liga;
Y por más señas,
Que es cuidadoso estrago
De otras potencias.
Un palacio en centellas
Va se disuelve,
Y de que tanto luce
Se desvanece;
Sus piedras saben
Olvidar lo insensible
Para quejarse.
¡Oh! cómo los piratas
Crueles lidian,
Disfrutando en los robos
Mejores Indias;
Siendo voraces
De las canas espumas
Sangrientos sacres.
A un escolar pilongo
De letras gordas,
En lugar de la albarda,
Le dan la toga;
Pero su traza
Mejor es para recua
Que para sala.
De una plaza se baten
Los muros dobles,
Y es el oro el que usurpa
Su oficio al bronce;
Porque dorada
Es la llave maestra
De todas guardas.
Mucho mandas, Aurelio;
Fortuna quiera
No destruyan tus mandas
Una respuesta;
No mandes tanto,
Si es que en tu muerte quieres
Mandar en algo.
Aunque las existencias
Del año mueren,
Para mí está el destino
Siempre en sus trece;
Que su malicia
Eternidades jura
Para mi ruina.

SEGUIDILLAS.

Anda la muerte lista
Con su guadaña;
Aquí corta, allí trincha,
Y acá rebana;
Que es tan ceñuda,
Que ni cetros respeta
Ni caperuzas.
La malicia embozada
Con el descuido
Vuelve en pocas cenizas
Un gran castillo;
Muchos lo lloran,
Porque ven entre el humo
Que allí fué Troya.
Quéjanse, mas sin causa,
Los necios ricos,
Porque á ellos les piden
Lo que es preciso.
Justo es que paguen,
Que los pobres no tienen
Que dar á nadie.
Llora mucho un don Lindo
Porque trabaja;
¡Quién acá lo cogiera
Con una hazada!
Ya viera entónces
Lo que son los trabajos
De aldea y córte.
Una boda es el íris
De una pendencia,
Y una guerra se quita
Con otra guerra;
Pero se nota
Que es pendencia más larga
La de la boda.
A ministros y tropas
Les dan el pago
De todos sus servicios
Y sus cuidados;
Llegó la hora,
Porque el plazo más largo
Se cumple y cobra.
A buscar delincuentes
Sale un ministro,
Y los delitos tapa
Con sus delitos;
Y es el dinero
El que de juez le hace
Malvado reo.
Una remonta fuerte
Y una recluta
En el agua y el campo
Felices surcan;
Y en mar y tierra
Dan de sus ardimientos
Sobradas señas.
Si mi albergue se quema,
Se pierde poco;
Que con cuatro espadañas
Levanto otro.
¡Ay del palacio
A quien rondan los vientos,
Truenos y rayos!
Un tesoro escondido
Descubre un pobre,
Y al descubierto salen
Muchos ladrones;
Ellos lo pescan,
Y él encuentra en el oro
Mayor miseria.
Confiada en las fuerzas
Mal presumidas,
A la ley se resiste
Una provincia;
Y es destrozada,
Porque en la ley no puso
Su confianza.
Fuera de sus dominios
Enferma un grande,
Porque el mal sigue á todos
Y en todas partes;
Y convalece,
Porque no hay lisonjeros
Que lo contemplen.
Prenden allá en la córte
A muchas damas,
Porque diz que unas prenden
Y otras agarran;
Y si es por esto,
Cargar puede el alcalde
Con todo el sexo.
Los estudios profanos
Renuncia un docto,
Y aunque al moral se aplica,
No es virtud todo;
Que se ha notado
Que el beneficio quiere
Más que al estado.
Contristado se mira
Un gran ministro,
Porque ya son tragedias
Sus regocijos.
Padezca y sufra;
Que no puede ser todo
Buena ventura.
A hurtadillas pretende
Y en tiempo obscuro,
Y las claras visitas
Las hace oculto;
Más lo descubre
La linterna que ronda
A todas luces.
Reconcilian las damas
A malcontentos;
El medio es peligroso,
Pero es gran medio;
Porque las damas
Lo que quieren lo logran
O lo avasallan.
Un testamento alegra
A una familia,
Y la muerte mejora
Su triste vida;
Porque ella sólo
Es la que á los avaros
Hace garbosos.
Grande fortuna corre
Un ingeniero,
Y á sus obras exalta
Sólo su ingenio;
Que hay muchas obras
Que por genio y fortuna
Salen famosas.
Tápanse unos rateros
Con buena capa,
Y nuesas chozas dejan
Arrebañadas;
Ya no hay qué lleven,
Como no nos apañen
Nuesas mujeres.
Una flota navega
Por mediodía,
Pero el viento hace noche
La luz que gira;
Y en nuestra España
Son sus velas anuncios
De luminarias.
Los hijos de las casas
Son regocijos,
Y una grande se pierde
Por un mal hijo;
Pero la causa
De tan malos sucesos
Es la crianza.
La prision suelta Fabio,

Mas no los hierros,
Y en la libertad halla
Más cautiverio;
Que su delito
Le tendrá en todas partes
Preso y cautivo.
Unos hipocritones,
Que celo fingen,
Predicando pobreza,
Roban y piden;
Cuidado, que andan
En traje de palomas
Las abutardas.
Ya que el año se acaba,
Ojalá acaben
Los males que empezaron
Por nuesos males;
Pero me temo
Que estos males mos cundan
Hijos y nietos.
En fin, la triste vida
Vamos colando;
Que peor es morirse
Que el estar malos;
Y el que naciere,
Que vaya, y tome el mundo
Como lo encuentre.

SEGUIDILLAS.

Hablaré en seguidillas,
Verso de moda;
Que con eso me excuso
De gastar prosa;
Y así conviene,
Porque salga el suceso
Claro y corriente.
Dan en tierra, de un soplo,
Aulicos grandes,
Cuando el viento pensaron
Por saludable;
Todos engañan,
Y los más que saludan,
Soplan que rabian.
Lleva el agua unas puentes,
Y es muy costoso;
Contémplese si cuestan,
Cuestan los ojos.
Destrozo grande;
Si las puentes se pierden,
¿Qué harán las naves?
En la mar y en la tierra
Van en aumento
Las ánsias, las tormentas
Y los tormentos;
Y en una y otra
Hay trabajos como agua,
Puesto que ahogan.
El fuego á una gran casa
Quema y alumbra,
Y éste es el mejor modo
Con que la ilustra;
Y es lo más raro,
Que en la casa del fuego
Domine Acuario.
Arrogantes y fieras
Las medias lunas,
Quedan con un eclipse
Tristes y obscuras;
Mucho discurren
En ver si lucir pueden,
Pero no lucen.
Mudará de semblante
Toda la guerra;
Puede ser que su cara
Parezca buena;
Pero se abrigua
Que no es cara ni rostro,
Que es mascarilla.
En las córtes del Aries
Mudan gobierno;
Si es gobierno el mudado,
Sin duda es bueno;
Pero se teme
Ser gobierno que á todos
Los desgobierne.
Van y vienen las postas
Y postillones,
Y todos van y vienen
Poco conformes;
Y es el motivo,
Porque cada uno tira
Por su camino.
Várias congregaciones
Tiene un congreso;
Hay mucho congregado,
Nada hay resuelto;
De que se infiere
Que saldrá todo á salga
Lo que saliere.

En estas endechas,
Ni cultas ni claras,
Los sucesos vengan
Y los juicios vayan.
Mercurio revuelve
De príncipes casas;
¡Oh, qué de Mercurios
Hay en antesalas!
El Marte guerrero
Sus tajos dispara,
Cuando dan reveses
En otra batalla.
Los muros se arriesgan,
Los lienzos lo pagan;
Pero yo no digo
Santiago ni Holanda.
A un príncipe malo
Su doctor lo sana;
Váyase por otros,
Que por él acaban.
Con gran precipicio
Marcha una madama,
Y es una comedia
Ver esta jornada.
Una deidad sube
Porque la otra baja;
Fortunas ajenas
Son propias desgracias.
Un prelado grande
Por sus circunstancias,
De una erisipela,
Parte á mejor patria.
Prisiones de pobres
Habrá en abundancia;
El delito sobra,
Que lo pobre basta.
Unas bodas ricas
Se ajustan y tratan;
Se hace el casamiento,
Pero no se casan.
Habrá de alegría
Muchas luminarias;
Muchos ven que lucen,
Pocos ven que abrasan.
Y pues tengo dicho
Lo que el astro parla,
De sucesos sobra,
De delirios basta.

SEGUIDILLAS.

De un soldado valiente,
Lleno de heridas,
Hasta las cicatrices
Castra la envidia;
Porque no tenga
Ni la señal más leve
De sus proezas.
Un poderoso muere,
Y aunque es desdicha,
Suele haber muchas muertes
Que dan la vida;
Errar no puede
Dios, que sólo dispone
Lo que conviene.
Al uso se dedican
Ciertos mancebos,
Y los ancianos echan
Por esos cerros;
Y es porque notan
El que las novedades
Son peligrosas.
Una madama grita,
Y otra vocea,
Y no hay, aunque las oyen,
Quien las entienda;
Y es que los gritos
Son el mayor silencio
De sus designios.
Uno va y otro viene,
Y otro se queda;
Otros ni van ni vienen,
Ni andan ni llegan;
Y en esta danza
Tienen la mayor burla
Las esperanzas.
Unos rústicos andan
En cierta córte,
Sembrando como el trigo
Las desazones;
Y su cosecha
La zizaña maldita
La hace soberbia.
Háblase de unas paces
Por cosa cierta,
Y entre las paces mismas
Anda la guerra;
Porque un demonio
Echar ha conseguido
La paz del coro.
En el fuego un palacio
Corre borrasca,
Mas las aguas sosiegan
Las fieras llamas;
Pero las chispas
No pueden apagarse
Ni en muchos dias.
Unos enemiguillos
De tantos, tantos,
Nuevas adversidades
Me están trazando;
Y á carcajadas
De su traza me rio
Y áun de sus trazas.
Una dama preciosa,
De todo linda,
En su obsequio y su gracia
Se precipita;
Y es que el aplauso,
Aunque es bueno, da á veces
Muy malos ratos.
Suben y bajan muchos
De los soldados,
Y otros, ni alzan ni bajan,
Ni dan un paso;
Mas cierto empeño
Los hará andar á todos
Al retortero.
Los letrados recetan
A los enfermos,
Y los médicos juran
Y votan pleitos;
Con que así salen,
En vez de concordancia,
Mil disparates.
Un doctor sin doctrina,
Metido á docto,
Tiene el dón y la ciencia
De errarlo todo;
Y no se logra
Ni que le conozcamos

Ni se conozca.
Andase un arbitrista,
Como hacen todos,
Cambiando sus ideas
Por plata y oro;
Porque en su planta
Solamente la suya
Es la ganancia.
En el mar corre el fuego,
Por tierra el agua,
Y las llamas se inundan
Y el agua abrasa;
¡Raro portento!
Que truequen sus oficios
Los elementos.
Dos ejércitos fuertes
Se dan batalla,
Y los muertos son solos
Los que la ganan.
Nadie lo dude;
Que el campo es del que queda,
No del que huye.
A un privado dichoso
Por todos casos
Ya le priva la muerte
De ser privado:
Que su guadaña
Es quien pudo arrojarlo
De su privanza.
Rodeado de cautelas
Y desengaños,
Un infelice sale
De sus trabajos;
Que es gran maestra
De astutas prevenciones
Doña Miseria.
Hay en puerto y marina
Celebridades
Por las presas y presos
De algunas naves;
Unos se alegran,
Y otros, más que su estrago,
Lloran sus presas.
Venga lo que viniere,
Sólo me importa
Disponer que me toque
Lo que me toca;
Tenga yo gusto,
Y más que al mundo arrojen
Del mismo mundo.
Yo me conocí mozo,
Mas ya estoy viejo,
Y esto lo hacen los años
Y los sucesos;
Todo se acaba,
Pues se mueren los mismos
Que á todos matan.

ROMANCE.

Estaba Amarílis bella
En su tocador hermosa,
Y fué el polvo de sus rizos
Un momento de su aurora.
Quiere un togado subir
A la cumbre en una hora;
Pero le impiden las faldas,
Que es lo mismo en que se apoya.
En un instante se acaba
Todo su esplendor y pompa,
Quedando sus resplandores
Entre confusion y sombras.
A escribir vidas ajenas
Se introduce la lisonja;
Pero sabrá que es mentira
Quien supiere algo de historia.
El empeño y la pasion
Transmutan todas las cosas;
El heno sube á ser cedro,
Y el cedro á el heno se postra.
Un espíritu animoso
Se acobarda y se acongoja,
Porque le falta á su aliento
El motivo de su gloria.
Estas son mis profecías,
Que sólo el viento las borra,
Porque se las lleva el aire,
Que es el mismo que las forja.

SEGUIDILLAS.

Dicen que la fortuna
Es vária y loca;
Es mentira, que es cuerda,
Que aprieta y afloja;
Cuidado, alerta,
Que á muchos los ahoga
Si los aprieta.
Un soldado atrevido,
Y no en la guerra,
Sólo de un vara-palo
Pierde las fuerzas;
Que la justicia
Sabe postrar gigantes
Con la varita.
En el mundo que corre
Todo está vário;
No llega á ser comedia,
Todo es ensayo;
Y en esto encuentro
Que el galan es el oro,
Gracioso el tiempo.
Un triste en sus trabajos
Suspira y llora,
Y cuanto más suspira,
Más se acongoja;
Mas no sea necio,
Que el reirse de todo
Es el remedio.
A un enfermo recetan
Duerma en holanda,
Porque para el descanso
Es buena cama;
Y es que esta tela
Está urdida con trama
De adormideras.
Viendo que en esta vida
Todo se muda,
Un desdichado intenta
Mudar fortuna;
Pero no advierte
Que al que mucho se muda
Nadie lo quiere.
Una dama suspira
Porque su casa
Se mira ya desierta
Y abandonada;
Que en esta vida,
En faltando el dinero
No hay alegría.
En un puerto se miran
Naves y remos,
Y será la tormenta
El mismo puerto;
Que la codicia
Es piloto muy falso,
Que descamina.
Un leon se embravece,
Sañudo y fiero,
Y la humildad le quita
Todo su ceño;
Que un poderoso
A perdonar agravios
Siempre está pronto.
Allá léjos se pegan
Bravas porradas,
Y entre muchos aceros
Los plomos andan;
Pero á la postre,
Para tanta discordia
Se da buen córte.
Un estudiante pide
Le den la palma,
Y sólo logra el pobre
Una sotana;
¡Fuerte desdicha!
No se premian las letras
En esta vida.
El calor de un engaño
Mata á un ministro;
No es cosa ésta tan nueva,
Que no se ha visto;
Pero su celo
Vive en los corazones
De todo el reino.
A la sombra de un árbol
Se acogen muchos,
Y la fruta le quitan
Con disimulo;
Pero cuidado,
Que para los pardales
Hay espantajos.
Muy contenta está Fílis
Porque se casa,
Y en su boda lo grande
Es la desgracia;
Porque en un punto
Se le escapa el marido
Al otro mundo.
Un empleo vacante
Suspende á muchos;
A muchos los alegra,
Y á otros da susto;
Y es cosa fuerte,
No escarmienten con esto
Los pretendientes.
El sosiego y el ocio,
El juego y vicio
Tienen á un ganancioso
Pobre y perdido;
Y es consecuencia
El que se pierde todo
Cuando se juega.
En una grande córte
Se viste gala,
Y se ahuyentan las sombras
Con luminarias;
Porque un lucero
Se ve entre resplandores
Del firmamento.
En un convite vemos
Se sirven platos,
Pero en los brindis se hallan
Tragos amargos;
Y el disimulo
Es de vidas y honras
Cruël verdugo.
Unos quieren y piden
Lo que otros quieren,
Pero ninguno alcanza
Lo que pretende;
Que como es aire,
Huye de entre las manos,
Y áun se deshace.
Con horror y con susto
Se ve un incendio,
Que más quema y abrasa
Cuanto más léjos;
Y es cosa rara,
Que le enciende lo mismo
Con que se apaga.
A un poderoso empeño
Nadie resiste,
Y aunque se piden treguas,
No se le admiten;
Ríndese presto
La ciudad, porque teme
A un elemento.
Por la nieve caminan,
Sin sentir frio,
Los que de Marte heredan
Valor y brío;

Y en cada planta
Dejan todos con gloria
Fija una palma.

Por vida de Baco, que
He de echar por esta boca
Mil pestes, mil barrumbadas;
Fuera de ahí, que salen todas.
Sale un picaron de raza,
Que es una corrida zorra,
Sonsacando al mundo, y lleva
Por ganzúa la parola.
Entra un sopon muy hambriento,
Que es un lobo con su loba,
Y hacen los dos fuerte riza
En todo cuanto se rozan.
Sale la niña de mi alma,
Que es una niña bitonga,
Engañando ojos leales
Con sus lágrimas traidoras.
Entra lleno de galones
Un bergante capa-rota,
Y á lo angosto de su bribia
Quiere reducir la Europa.
Sale un hipócrita astuto,
Haciendo la pasmarota,
Y con su mon-diu delante,
Almas vende, cuerpos compra.
Entra un zángano á dar leyes,
Y sin Dios y sin ley roba,
Y son sus libros y manos
La polilla y la carcoma.
Sale la guerra del mundo,
Y así que la paz asoma,
Soldados y generales
Se tienden á la bartola.
Entra en la estrechez más triste
La damisela gloriosa,
Donde hasta el fin de su vida
Quiere hacer la vita bona.
Sale de madre tambien
Otra más linda matrona,
Desparramando á millares
Los consuelos y las honras.
Entra en fin y sale en fin
La avaricia y la lisonja,
Una haciendo de las suyas,
Y otra haciendo de las otras.
Chiton, y no hay que seguir
Estas raras quisicosas,
Que nunca podrá encontrarlas
La patrulla ni la ronda.

SEGUIDILLAS.

Pagarás tus maldades,
Mundo borracho,
Ya que á todos con ellas
Nos das el pago;
Pues ha venido
Quien castigue y quien cure
Tus desatinos.
No has de dar, mundo loco,
Sola una vuelta,
Porque habrán de ponerte
De vuelta y media;
Y así, cuidado,
Que han de andar los azotes
Siempre por alto.
En los blandos colchones
De su riqueza
Un ministro caido
Duerme y espera;
Y andando el tiempo,
Desde su cama toma
Más alto el vuelo.
Infinitos lechuzos
A oscuras quedan,
Porque se han derramado
Las aceiteras;
Y derramadas
Aprovechan y alumbran
Toda cabaña.
A su fin á otra parte
Ya van marchando,
Con algunas gabelas,
Muchos gabarros;
Con que los pobres
Nos verémos más libres
De comilones.
¡Ay! cómo estás soplando,
Cruël Febrero,
Al blandon más lucido
Del hemisferio;
Pero tu furia
No apagará sus luces
Ni su hermosura.
Sus rayos cuasi muertos,
A pesar tuyo,
Mejor luz, nueva gloria
Darán al mundo;
Porque los ruegos
Contra tus rabias todas
Mueven al cielo.
Con un nudo al pescuezo
Grita su arrojo
Un traidor y arbitrista
Todo en un tomo;
Mucho lo lloran
Otros dos que arrastrando
Llevan la soga.
Los correos, las postas
Y las espías,
Unas van, otras vienen
Y otras destinan;
Y aunque se encuentran,
No se ofenden, que sólo
La paz desean.
Allá en los gabinetes
De donde salen,
Todos por várias sendas
Van á una parte;
Y todos unos,
A un asunto resuelven
Muchos asuntos.
Grave estrago en las casas
Chicas y viejas
Hace el agua, y á muchas
Pone por tierra;
Y otras más grandes
Tambien tiene contrario,
Que las abate.
Unas bodas se ajustan
En una aldea,
Pero son sus personas
De estirpe régia;
Y sus tratados
Una guerra destruyen
De muchos años.
No hay hora en que descanse
La prenda hermosa,
No hay hora en que no llore
Por lo que llora;
Porque es su llanto
La templanza más dulce
De sus cuidados.
No ha de volver enjutos
A ver sus ojos,
Porque á un golpe faltaron
Sus gustos todos;
Y sus deleites,
Ni tendrán substitutos,
Ni equivalentes.
Muy pocas esperanzas
Da de una vida,
Preciada de profeta,
La medicina;
Mas miente mucho,
Como los que se arriman
A sus estudios.
A pesar de sus juicios
Y recetarios,
Vivirá su excelencia
Por muchos años;
Como infinitos,
Que hoy viven, y mataron
Sus aforismos.
Una nueva alianza
De mercaderes
Muchas utilidades
Al Rey ofrece;
Y no habrá duda,
Pues en tales ganancias
No entra la suya.
Unas naves fletaban
Con viento en popa,
Y su curso detienen
Vientos y rocas;
Todos perecen,
Soldados, pasajeros
Y mercaderes.
Yo creí que el dinero
Se habia olvidado
De poner en fortuna
Los mentecatos;
Mas su malicia,
Ni el rigor ni la astucia
Podrán batirla.
Ya se van deshaciendo
De la campaña
Los que en campos hacian
Fuertes murallas;
Unos llevaron
Corto premio, mas otros
¡Lo que han llevado!
Un señor, por el mundo
Gran viandante,
El postrero ha cumplido
De sus viajes;
Y esta jornada
La harán cuantos caminan
Y cuantos paran.
Premia el Rey las fatigas
De un gran soldado,
Pero no lo remedia
De los trabajos;
Porque la guerra
Le ha dejado la vida
Corta y enferma.
Ya es locura fiarse
De la fortuna,
Porque se acabó el rumbo
De sus locuras;
Que en tal gobierno
Sólo gracia y justicia
Darán los premios.
Un gran señor, que es honra
De la campaña,
Dichosísimo vuelve
De una embajada;
Dando á su reino,
Entre muchos aplausos,
Honra y provecho.
Con humildad fingida
Quiere un ministro
Volver á la soberbia
De ser temido;
Pero es un necio,
Porque conocen todos
Sus fingimientos.
Plumas y galas viste
Preciosa gente,
Y andan los regocijos
De plebe en plebe;
Y un nacimiento
Es quien produce tanto
Gusto y recreo.
No sólo en las audiencias
Se tratan pleitos,
Que tambien los escucha
Guerra y comercio;
Y con gran saña
Unos firma la pluma,

Y otros la espada.
Con una nueva liga
La paz se ata,
Y otra liga promete
De desatarla;
Pero no puede,
Porque el nudo primero
Es el más fuerte.
Con picardías logra
Un literato
Que ande su capirote
Por los estrados;
Pero muy presto
Capirote más fuerte
Le dará el tiempo.
En países remotos
Resuena Marte,
Y con rigor astuto
La guerra se hace;
Pero sus tiros
Tal cual vez los perciben
Nuestros oidos.
Nuevas enemistades
Dará esta guerra,
Y un soberano á otro
Se piden levas;
Mas los socorros
Antes de los embarcos
Se van á fondo.
Reducido á lo oscuro
De un calabozo
Está el hombre más claro,
Más libre y solo;
Y su desdicha
Será mayor si logra
La luz del dia.
Ojalá que durára
Siglos el año,
Mas el ánsia es amigo
Que ya ha espirado;
Pero ¿qué importa,
Si vive quien retiene
Las dichas todas?
Muchos años felices
Verán los mozos;
Que los que somos viejos
Verémos pocos;
Y Dios nos guarde
Al que tantas promete
Felicidades.

SEGUIDILLAS.

En el mundo, que siempre
Fué una baraja,
Una vez juega el oro,
Y otra la espada;
Y de esta suerte,
Lo que un dia se gana,
Otro se pierde.
Danzando en la maroma
De sus trofeos,
Un volatin del mundo
Cae en el suelo;
Y es tal el golpe,
Que hasta en lo más remoto
Los ecos se oyen.
Que cante dulcemente
Mandan á un asno,
Y á un ruiseñor encierran
En un establo;
Pero sucede
Que el borrico rebuzna,
Y el ave muere.
Bien sé que la paciencia
En esta vida
Hace ménos crueles
A las fatigas;
Pero me temo
Que falte para tantas
El sufrimiento.
Una junta se forma
Para una empresa,
Que pone á los discursos
En centinela;
Y si se logra,
Será feliz sin duda
La tierra toda.
En pobre tumba muestra
Cadáver tosco
Que está unido lo frágil
A lo pomposo,
Y que en lo bello,
Para no ser caduco
No hay privilegio.
Dos escolares tontos
Quieren meterse
A reformar el mundo
Con nuevas leyes;
Siendo su vida
La que de la reforma
Más necesita.
Esos cánticos suaves,
Dulce jilguero,
Mira que te anticipan
Tu cautiverio;
Porque tus silbos
Son reclamos que avisan
A tu enemigo.
En el amante lazo
De dos prodigios
Se aprisionan gustosos
Los albedríos;
Siendo felices
Los que á yugo tan suave
Los cuellos rinden.
¡Oh, qué lindos danzantes
De barbas luengas
En un teatro bailan,
Que se las pelan!
Mas sus mudanzas
Han de dar una vuelta
Algo pesada.
Al horroroso estruendo
De la campaña
Gimen unas provincias
Acobardadas.
Pero su llanto
Ni las libra del susto
Ni del estrago.
Una urraca ha salido,
Tan gritadora,
Que perturba las noches
Más silenciosas;
Mas cierto tiro
La molestia nos quita
De sus graznidos.
Encuéntranse dos guapos
Con un cobarde,
Que ha vivido, por serlo,
Sin enojarse;
Y á poco rato
Sale, con sus lecciones,
Hecho un Bernardo.
El intrépido filo
De la guadaña
Siega la más sonora
Dulce garganta;
Llenando á muchos
El repentino golpe
De llanto y luto.
Déjenme que me ria
Con gran gustazo,
Hasta echar carcajadas
Por los zancajos,
De ver que un sastre
Da una gran campanada
Con sus dedales.
Con la paz que procura
Solo un congreso,
Se abren todas las puertas
De los comercios;
Y la abundancia
Se rebosa donde hubo
Mayores faltas.
Ya publica la fama
Por las regiones
Las notables proezas
Del mayor hombre;
Y la noticia
Llena de regocijos
Muchas provincias.
Babilonia soberbia,
Guarda tus muros,
Para no ser trofeo
De hados injustos;
No te descuides,
Que hay quien corte los troncos
De tus pensiles.
En prision rigurosa
Llora afligido
Un culpado los yerros
De sus delitos;
Y las cadenas
Hacen con sus lamentos
Triste cadencia.
Cargada de despojos
Y de placeres
Una nave lucida
Al puerto vuelve;
Y con su arribo
Muchas playas se llenan
De regocijo.
Las máximas de Marte,
Que anda encendido,
Con mañosa cautela
Mudan designio;
Y á una provincia
Sus descuidos la ponen
En triste ruina.
Un discurso que siempre
Fué extravagante,
Se empeña en persuadirnos
Mil disparates;
Y lo que logra,
Es que todos se rian
De sus historias.
Brama el mar irritado,
Se enoja el Noto,
Formando mil peligros
En cada escollo;
Pero la industria,
De las ondas y vientos
Las fuerzas burla.
¿De qué sirven riquezas,
Puestos y fama,
Si con todos los bienes
La muerte carga?
Vamos viviendo,
Y atemos las locuras
De los deseos.
Ni los gustos nos muevan,
Ni los disgustos;
Que es una morondanga
Todo este mundo;
Y lo que importa
Es tener solamente
Paciencia y olla.

SEGUIDILLAS.

Un codicioso alumbra
Para que jueguen
Dos taures á un juego
Que entrambos pierden;
Y al fin se ha visto
Que el alumbrante queda
Tambien perdido.
En uno y otro mundo
Rebulle Marte,
Y á un mismo tiempo junta
Guerras y paces;
No es maravilla
Que acullá se acaricie

Y aquí se riña.
De un calabozo negro
Sale á la calle
Quien vivió entre las mismas
Obscuridades;
Y su conducta
En medio de las luces
Le tiene á obscuras.
A un palacio acomete
Voraz el fuego,
Y lo que más le abate
No es el incendio;
Que la codicia
En su buque ocasiona
Mayor la ruina.
A un pretendiente espera
Boda felice,
Que ya el hado le mira
Ménos terrible;
Y más ahora,
Que la luna no veda
Cosa de bodas.
En la cárcel concluye
Cierto tunanta
Con todas sus jornadas
Y corretajes:
Pero ha logrado
Vivir casa de balde
Por muchos años.
Un hipócrita quiere
Subir al trono,
Y se queda en el aire
Con sus arrobos;
Sin que se dude
Que ha de bajar rodando
Si arriba sube.
Para cierto edificio
Ciertos maestros
Hacen plan y perfiles
Y dan consejos;
Y es la desgracia,
Que lo hecho y lo dicho
Se queda en planta.
Al lamentable caso
De una tragedia
Sacristanes acuden
A echarle tierra;
Y el triste caso
Deja á muchos sopistas
Beneficiados.
Postas van, postas vienen,
Y quedan postas,
Y están las correrías
Muy silenciosas;
Mas poco á poco
Se divulga la idea
Del gran negocio.
Dos aspiran á un cargo
Con vigilancia;
Uno ligero vuela,
Y el otro nada;
Pero á su anhelo
Le contribuyen poco
Dos elementos.
La cautela y la furia
Sólo te animan;
¡Qué loco que te tiene,
Fabio, tu envidia!
¿De qué te sirve
Vivir, si tú no sabes
Lo que te vives?
Ya, Señor, llegó el tiempo
De que otro mande;
Paciencia, que son cosas
Que Dios las hace;
Y ahora cuidado,
Que en soltando el manejo,
Se suelta el diablo.
¿Para qué son embustes,
Fabio, ni dengues,
Si por trepar al mando
Los vientos bebes?
Mas no te canses,
Que ya te han conocido
Todos el baile.
Unos amigos falsos
Urden y tejen
Traiciones contra el mismo
De quien dependen;
Y sus maldades
Se descubren sin duda
Por ser cobardes.
Guarde usted su hermosura
De una desgracia,
Que vienen las viruelas
Borrando caras;
Cuidado, Fílis;
Que ser fea es lo mismo
Como morirse.
En fin, llegó la hora
De dar de bruces,
Claudio, con tus embudos
Y tus embustes;
Ya se acabaron
Los convites, los trenes
Y los saraos.
Nadie de los que sirven
Se queje ahora,
Pues anda, con el premio,
La paga pronta;
No faltan quejas,
Pero son por costumbre
Y áun por soberbia.
Pasquinistas, alerta,
Abrir el ojo,
Que la horca se engulle
A un sedicioso;
Ojalá tomen
De él escarmiento tantos
Murmuradores.
Con las levas y quintas
Que se disponen
Se asustan los honrados
Y los bribones;
Pero no teman
Que muerdan el cartucho
Quintas y levas.
Un estafador tonto
Y un lisonjero
En la trampa han caido
De medio á medio;
Y sus infamias
Se dirán por las calles
Acostumbradas.
A empujones y muerdos
Se crucifican
Un corvata, una gola
Y una golilla;
Y la pendencia
Durará hasta que el uno
De los tres muera.
Las paredes se arruinan
De ciertas casas,
Y una queda de honores
Más arruinada;
Esta se estrella,
Y las otras se ensalzan
Con cuatro piedras.
En el mar combatidas
Vagan las naves,
Y es porque están los vientos
De muy mal aire;
Pero en la tierra,
Porque algunas perecen,
Tocan á fiesta.
Gracias á Dios de Anfriso,
Que de su abuelo
Adelantadas logra
Honras y premios;
Pues sus acciones,
Más que premio, merecen
Castigo enorme.
Veinte y seis almanaques,
Con éste, llevo;
Pocos años me quedan
De almanaquero;
Porque la vida
Se va desmoronando
De dia en dia.
Mas, lector, no te aburras
Porque yo falte,
Que hay muchos que te adulen
Con disparates;
Que en todas éras
Se recoge de tontos
Larga cosecha.

SEGUIDILLAS.

Fabio, pues viento solo
Son las palabras,
No fabriques en ellas
Tus esperanzas;
Pues es preciso
Que hayan de dar en tierra
Tus edificios.
Médicos y letrados,
Antandra hermosa,
Mucho te galantean,
Dios te socorra;
¡Ay pobrecita,
En qué riesgo que tienes
Hacienda y vida!
Con lo que uno confirma,
Mil se conforman,
Y dan gracias que tome
Lo que les toma;
Y en la obediencia
El resguardo aseguran
De lo que queda.
Sobre un gran negociado
Postas se toman,
Y unos van por apuesta,
Y otros á posta;
Y este negocio
Al fin de la carrera
Correrá todo.
Viento en popa caminan
A los alivios
Todas las esperanzas
Y los designios;
Y en breve salen
A ser bienes modernos
Antiguos males.
Anda, beldad hermosa,
Tras de tu vida
La traicion con el nombre
De medicina;
Huye consejos,
Que las palabras llevan
Todo el veneno.
No te cojan, Anarda,
Falsas promesas,
Mira que el avariento
Nada respeta;
Y su avaricia
Arrollar quiere á un tiempo
Tu honor y vida.
Con los brazos cruzados
Marte descansa,
Miéntras los suyos juega
Belona sábia;
Pero no puede,
Porque son sus contrarios
Muchos y fuertes.
Tenga usted, señor mundo,
Cuanto usted tiene,
Para tener soberbios
Y pretendientes;
Ruede la bola,
Que á mí sólo me tañe
Lo que me toca.
Un cobarde á un valiente
Los premios quita,
Porque el cobarde tuvo

Buen coronista;
Que los papeles
De infinitos cobardes
Hacen valientes.
Por un chisme, que á un docto
Buscó la oreja,
Opiniones bien claras
Dudosas quedan;
Y es la desdicha
Que está el docto de parte
De la mentira.
Galas, joyas, libreas
Y coches ricos,
Todo luce en la boda
Del bello Anfriso;
Mas brevemente
Por un luto la pompa
Se desvanece.
Todavía aquel preso
De algunos años
Vive entre los cerrojos
Y los candados;
Pero en su causa,
Aunque todos la dicen,
Ninguno habla.
Regalos, reverencias
Y sumisiones,
Gran valimiento tienen
En toda córte;
Y estos ardides
Siempre hicieron dichosos
Los infelices.
Cabildos, consistorios,
Claustros, concejos
Hacen muy desunidos
Ayuntamientos;
Pero se observan
En las separaciones
Las obediencias.
El tiempo de la vida
Me empuja á coces,
Y al sepulcro me arrean
Sus fieros golpes;
Pero entre tanto,
De mí, de él y del mundo
Me estoy zumbando.
Venga el tiempo y la muerte
Cuando ellos quieran,
Que yo mondo y lirondo
Voy á la tierra;
Y voy riendo
Del chasco que se maman
Mis herederos.

SEGUIDILLAS.

Antes te coronabas
De flores, Fílis;
Ya la pálida nieve
Tus sienes ciñe;
Y es la desdicha,
Que á un tiempo se te acaban
Belleza y vida.
Huye de inciensos, Fabio;
Mira que en ellos,
Aun son más los bochornos
Que los inciensos;
Dichoso el que ántes
Conoce en estos humos
Los claros males.
En traje de beata
Vive la envidia,
Y por milagros pasan
Sus tiranías;
Y es porque hay necios
Que penetrar no saben
De ropa adentro.
Ya le cogió la murria
A un arbitrista,
Porque el crisol, por oro,
Le dió cenizas;
Y aquestos polvos
Lo atollan en un sucio
Perverso lodo.
Preso llora el más libre
De los esclavos,
Y conforma infortunios
Con los aplausos;
Mas siempre exceden
Los pesares y penas
A los placeres.
Un anciano que es honra
De nuestra España,
De sus graves cuidados
Feliz descansa;
Dejando á un tiempo
Gustosos y admirados
Los extranjeros.
Revoluciones andan
En un palacio,
Porque un duende lo vuelve
De arriba abajo;
Y la malicia
Tambien lo vuelve todo
Patas arriba.
Sus banderas bizarras
Marte enarbola,
Y á tomar sus fusiles
Gente convoca;
Mas todo pára
En conferencias, voces,
Y en amenazas.
Por malo te visitan
Muchos dotores;
¡Qué caro ha de costarte!
¡Ay pobre, pobre!
Yo no te entiendo,
Infeliz, pues aburres
Vida y dinero.
Un escolar que hace
De escrupuloso,
Busca el triste el infierno
A lo devoto;
Porque el malvado
Hurta, miente y engaña
De cabo á rabo.
Del polvo de la tierra
Un edificio
A ser casa se sube,
Y es obelisco;
Mas con la misma
Prontitud que es su entrada,
Es su caida.
A remedar las ciencias
Y facultades,
Unos van y otros vienen
De várias partes;
Nada hacen nuevo,
Que remiendos son todos
Y más remiendos.
Los cabellos se tira
Cierta madama,
Porque perdió la idea
De sus venganzas;
Y muchos dias,
Calva y con el coraje
Llora sus cuitas.
Hombres hay en un reino,
Y en otro hombres,
Pero todos sujetos
A sus errores;
No nos cansemos,
Que acá son ciertos solos
Los desconciertos.
Unos doctos, actores
De los delitos,
Cargan á la inocencia
Con los castigos;
Mas con el tiempo
Volverán los azotes
Tras de los reos.
Con la vela y el remo
La nave gira,
Y en el puerto descansa
De sus fatigas,
Y feliz cobra
En salvas y festejos
Sus ánsias todas.
Echa plantas y plantas
Un ingeniero,
Mas sus plantas no sirven,
Ni sus modelos;
Porque se ha visto
Que son más los plantones
Que los plantíos.
¡Qué presto dió de bruces
El que corria
Sin miedo á los tropiezos
Ni á las caidas!
Pero ¡qué presto
Otro corre que corre
Sin escarmiento!
Una córte risueña
Las córtes hace
A la córte que Anarda
Celosa aplaude;
Y es un contrato
Quien produce en las córtes
Gustos tan altos.
Por entrar al pillaje
Anda muy lista
Con sus adulaciones
La hipocresía;
Mas no halla logro,
Pues dió con quien se rie
De sus arrobos.
Hipócritas, bufones
Y petardistas
Se meten donde tienen
Mala salida;
Algunos salen,
Pero los más se quedan
En los zarzales.
Gabinetes y estrados
Pisan los gremios,
Y no es lo malo el piso,
Sino el asiento;
Porque se temen
Que si el banco retiran,
Por tierra queden.
De hora en hora la muerte
Me va atrapando,
Y en cada año la pongo
Para no errarlo;
Y es muy seguro
Acertar, sin que tenga
Remedio alguno.
Y ha de haber muchos tontos,
Cuando yo muera,
Que adivinanza llamen
La que fué treta;
Y darán gritos,
Sin querer acordarse
De lo mentido.

PASMAROTAS (1).

I.

El mundo, que há tiempo
Que es chocho y caduco,
Despues de sus años
Quiere echarse al mundo.

(1) El DOCTOR TORRES dió este extraño nombre de *Pasmarotas* á várias de sus letrillas satíricas. Publicamos las más de ellas á pesar de la desmedida vulgaridad de su estilo. Tienen cierto interes literario por el desenfado extraordinario con que está manejado el idioma, y ademas interes histórico, porque, así como otros versos populares de TORRES, están sembradas de alusiones políticas de aquella época.

Paciencia, que es loco
Y hace mil absurdos.
El es un fantasma
Tan cruël é injusto,
Que por leyes pone
Sus torpes abusos.
De paz diz que viene,
Cuando loco iluso,
Trae en revoltina
Vivos y difuntos.
De paz diz que viene,
Despues que nos trujo
Desde los Barberas
Hasta los Panduros.
¡Qué traza de paces,
Si sembrando insultos,
Alza allí un corrillo,
Hace acá un tumulto!
¡Qué traza de paces,
Si en todos concursos
El hacer derechos
Encarga á los zurdos!
¡Qué traza, si al rico
Repleto y ceñudo,
De gordas viandas
Le atesta el vandujo!
¡Qué traza, si al pobre
Hambriento y desnudo
De el buche le saca
Mordido el mendrugo!
¡Qué traza, si al noble
Honrado y sesudo
Lo rinde y sujeta
Al vil y al palurdo!
¡Qué traza, si al blanco
Lo aturde á estornudos,
Y gasta en Angola
Los cándidos cultos!
Para jueces rectos
Y ministros justos
Su cosecha toda
Le quita al verdugo.
Para casta honrada
Escoge á los putos,
Y encarga á ladrones
Que descubran hurtos.
Para guapos anda
Tras de los cornudos,
Y para oradores
Busca los cazurros.
El planta las borlas
A los guedejudos,
Y para maestros
Encaja á los burros.
No falta quien dice
Que es cuerdo y astuto,
Mas, por más que digan,
Aqueste es el mundo.
Vaya, torne y vuelva
Miéntras yo le sufro,
Y entre tanto sepa
Que tambien me zumbo.
Que aunque sé que tiene
Los brios robustos,
Sus porradas todas
Ya dan muy en duro.
Y cuando yo caiga,
Que caeré presumo,
No de sus golpazos,
Sino de maduro.
Paciencia, que es loco
Y hace mil absurdos.

II.

El mundo gobierna
La suerte imperiosa;
Bueno andará el mundo
Con ama tan loca.
Déjalo tú,
Y ruede la bola.
Aun lo caprichudo
Tiene de señora,
Que si ojos le faltan,
Antojos le sobran.
Revuelve los caldos
Y vuelca las ollas;
No hay casa con casa,
Ni cosa con cosa.
El que ves arriba,
De peluca blonda,
Que hoy camina á Flándes,
Vino ayer de Angola.
De pelos presumen
Los calvos ahora,
Y el sermon de ayuno
Predican los gomias.
Donde hablan de paces
Las guerras se forjan,
Se esgrimen las garras,
Se tiran las gorras.
Su derecho á voces
Cada cual pregona,
Y cada derecho
Tiene mil corcovas.
Uno una bandera
Juzga que tremola,
Y es su camison,
Lleno de palomas.
A Troya cercaron
Enemigas tropas;
Tardóse en ganar,
Mas ganóse Troya.
Muchos de la manta
Tiran, y ella es corta;
Romperáse al fin,
Si Dios no lo estorba.
Nunca hubo en el siglo
Ceguera tan loca,
Pues de lazarillos
Los ciegos blasonan.
No halla los calzones
Blas entre su ropa,
El Blas es Marica,
La Menga machorra.
No topa con ellos,
Y con todos topa,
Porque se los puso
La señora novia.
Una rota dieron
Los de la tizona,
Y en Roma se habla
Mucho de la Rota.
La filosofía
Está hecha una boba,
Y la tienen con
El dedo en la boca.
Llaman asamblea,
Y son (si se nota)
Pocos los doctores,
Y muchas las borlas.
Juegue la fortuna
Y ruede la bola;
Que un ollon de migas
Me espera en mi choza.
Déjalo tú,
Y ruede la bola.

III.

Entre los de el juicio
Hay, sin controversia,
Cien arrobas ménos
De lo que se piensa.
Oyelo tú,
Y siga la gresca.
Los puestos se ocupan,
Las plumas se emplean,
Y sede vacante
Están las molleras.
Aquella golilla,
Que el compas les lleva,
Jamas ha tenido,
Ni piés, ni cabeza.
Hombres de dos caras
Son los que se aprecian,
Porque semejantes
Son á la moneda.
Vénus el cortijo
Lo turba é inquieta,
Y hay por Mariblanca
La marimorena.
Concurren las partes
De aquesta pendencia,
Y al són de las cajas,
Se dicen las quejas.
Causó una fregona
Toda la refriega;
El Señor nos libre
De diablos con tetas.
Fué sobre la capa
La otra diferencia,
Y el que metió paz
Se quedó con ella.
Ya se abrió el mercado,
Y es tal la ceguera,
Que hasta las arañas
Despachan sus telas.
No hay cosa que no
Se compre en la feria;
El favor se vende,
La razon se venda.
Cuidado consigo
Los amigos tengan,
Porque vuelve Júdas
A poner su tienda.
La tela de el juicio
Tambien se varea,
Unos á pulgadas,
Los otros á piezas.
En otras edades
Fueron callejuelas,
Y ahora se han vuelto
Plazas las conciencias.
Por coger la carne
Que está en la espetera,
El gato de gatos
Maya que revienta.
Ya cayó el patron
De la barca luenga,
Y en suegra y mujer
Le aguardan dos suegras.
Faccion la nariz
Es de la prudencia,
Y más que la chata
Supo la aguileña.
Uno diz que tiene
Todo el mundo acuestas,
Y un tutilimundi
Es lo más que lleva.
¡Oh, edad fugitiva,
Cómo te me ausentas,
Que se van los años,
Y los daños quedan!
Oyelo tú,
Y siga la gresca.

IV.

Sin pizca de seso,
La loca fortuna
Por teatros corre,
Por palacios cruza.
Por mi, que se tienda,
Que baje ó que suba.
Con su bola en ristre
Se mete en la bulla,
Y á los chicos birla
Y á los grandes burla.
A unos destronca,
A los más estruja,
Y áun á los que halaga
Deja sin ventura.

En el rio Negro,
De su saña injusta,
A unos ahoga,
A otros chapuza.
Ella, por su antojo,
Y por huelga empuja
La tropa á desdichas,
A honores la chusma.
Al que con sus letras
Los reinos ilustra,
En vez de capelo,
Le da caperuza.
Al que con sus armas
De enemigos triunfa,
De otros enemigos
Peores circunda.
Al que al pié de el palo
Vió su sepultura,
Con sus mismos hombros
Al dosel lo aúpa.
Al que con inciensos
Bañó su figura,
Con un cuerno ahora
Su nariz perfuma.
Al que manejaba
Arado y coyundas,
Loriga le pone,
Bastones empuña.
Al que allá en los cuernos
Puso de la luna,
En los de un marido
Lo vuelca y bazuca.
Al que en gabinetes
Fué Nuño Rasura,
A santo, por fuerza,
Lo mete en las grutas.
A la señorita
Que manda y que triunfa,
La cierra la tamba
Y la abre la tumba.
Hace á doña Blanca,
De estéril, fecunda,
Mas la prole toda
Se le volvió amusca.
La dama que andaba
Por Anton tan mustia,
En Anton la mete
Y por Anton suda.
A un par de tiñosos
Por Pepas y pupas,
Cairel pone al uno,
Y al otro peluca.
Sobre todo truena
Su saña caduca,
Y á raro no coge
Su furiosa lluvia.
Dispare los rayos
Que quiera su furia;
Que á bien que en mi choza
Me meto si chuza.
Por mí, que se tienda,
Que baje ó que suba.

V.

A nadie en el mundo
Su alguacil le falta,
Y no hay parte en parte
Sin parte contraria.
Sábelo tú,
Y corra la zambra.
Engéndranse moscas,
Tejen las arañas,
Nacen los ratones
Y paren las gatas.
Agua y sal navega
La opulenta barca,
Y en el mar se vuelve
Todo sal y agua.
En el mar al viento
Quieren poner tasa,
Como si el mar fuera
Pellejo de gaita.
A pescar curatos
Fué la estudiantada;
Si fueron por peras,
Traerán calabazas.
Cuidado, que hay perros
De tan fiera casta,
Que al principio muerden,
Y á la postre ladran.
Está morriñosa
Toda la manada;
El hambre es el lobo,
Si es que lobos faltan.
Culpa el pastor tuvo
De aquesta desgracia,
Y á los rabadanes
Les echó las cabras.
Peces de rapiña
Vuelan lo que nadan;
Uno hay en el charco,
Y á fe que no es rana.
El que entró á ser mico
Ayer en la sala,
El teatro todo
Volvió en mogiganga.
La matraca suena,
Y los legos andan,
Unos con estoques,
Y otros con estacas.
Un diablo cojuelo
Es quien toca al arma;
En sabiendo el chasco,
Les dará matraca.
Los que en el festejo
Carátulas gastan,
Son tenidos por
Hombres de dos caras.
La riña se enciende,
Las luces se apagan,
Discurren á tientas
Y salen á gatas.
¡Oh, qué lindas piezas
Salen á campaña!
Y en un gabinete
Es donde disparan.
El que más confia
En volver con lana,
En cueros se vuelve
De esta encamisada.
Cásquense los cascos
Con las testaradas,
Cada dia quiero
Mas á mi calvaria.
Palacios habiten
Los que en otros mandan;
Que no habrá palacio
Como mi tinaja.
Sábelo tú,
Y corra la zambra.

VI.

Te ensanchas de cuerdo,
Amigo don Zoilo,
Porque allá en tus bragas
Lo murmuras todo.
Pues todos somos locos,
Los unos y los otros.
Pues yo tambien quiero
Decirte á lo tonto
Lo que yo me he visto
Por mis mismos ojos.
¿Ves aquel que cruza
Calles y contornos
En traje de oveja?
Pues ése es un lobo.
¿Ves al que gigante,
Y con tantos lomos,
Haciendo está de hombre?
Pues ése es un mono.
¿Ves al que maestro,
Con borlas de docto,
Se precia de Tulio?
Pues es un cotorro.
¿Ves aquel que gacho
Y fuera de el coto,
Mansedumbre afecta?
Pues ése es un toro.
¿Ves aquel que hace,
De erguido y de sobrio,
Reverencias tantas?
Pues ése es un zorro.
¿Ves al que presenta
Narigon de á fólio,
Por signo discreto?
Pues ése es un romo.
¿Ves al que severo,
Sesudo y juicioso,
Las suertes reparte?
Pues ése está rorro.
¿Ves al que relumbra
Con galones de oro?
Pues son las escorias
De el cobre y de el plomo.
¿Ves á aquel que firma
Don Carlos Osorio?
Pues es de el calvario
Caballero tronzo.
¿Ves á aquel rapado
Que parece mozo?
Pues tiene más meses
Que diez abolorios.
¿Ves á aquel que presta,
Haciendo el piadoso?
Pues un usurero
Es hasta los codos.
¿Ves á aquel que abraza
A unos y á otros?
Pues ése es un puro
Asesino á fondo.
¿Ves al penitente
Humilde y pilongo?
Pues la hipocresía
Es toda en un tomo.
¿Ves los dos que salen
Tan tiesos de el coro?
Pues uno es un burro,
Y el otro es un borro.
¿Ves aquel que gasta
Tanto requilorio?
Pues, para servirte,
Tercerote mondo.
Mi sentir te he dicho
En aqueste tono,
Porque no presumas
Que lo sabes todo.
Pues todos somos locos,
Los unos y los otros.

VII.

Aunque escribo á bulto,
Sin objeto fijo,
Escucha, que ahora
Quiero hablar contigo.
Oyelo tú,
Que á ti te lo digo.
Claro y sin rebozo
Diré lo que he visto,
Pues soy de tu vida
Un viejo testigo.
Yo te vi no há mucho
Con la hortera al cinto,
De puertas en puertas
Aullando bodigos.
Y vi que tus bragas
Sacaban al frio,
De tu nalgatorio
Tarazones vivos.
Y ahora te veo
Poderoso y rico,

Sin saber de dónde
Tanto bien te vino.
Aunque ahora me acuerdo
Que entónces se dijo
Que sin ver las Indias,
Lo encontraste en Quito.
Yo te vi en campaña
Petimetre y lindo,
Dando mil revueltas
Por dar un tornillo.
Y despues rodeado
De ajenos servicios,
Dieron las mentiras
Honras al delito.
Yo te vi en escuelas
Con bárbaro estilo,
En bárbara haciendo
Muchos barbarismos.
Y entónces hubiera
Cualquier bonetillo
En tu cabezorra
Mirádose indigno.
Y porque te acoge
Un diablo de asilo,
Mitras y capelos
Te parecen chicos.
En una mazmorra
Yo te vi captivo,
Y que por Diciembre
Te cantaban grillos.
Y ahora le canta
A tu despotismo
Música ambiciosa,
Dulces villancicos.
Yo de vejiguero
Te vi revestido,
Y el caga-la-olla
Fuiste de el campillo.
Guiabas la danza
Con tambor y pito,
Y á señor te has puesto
De golpe y zumbido.
Yo te vi en la cuerda
Hacer de arlequino,
Y ganar la vida
A corcovo y brinco.
Mira que se arruinan
Estos edificios,
Que estriban sus altos
En ruines principios,
Y que tu soberbia
Ha de dar de hocicos;
Que así te lo advierto
Y lo pronostico.
Oyelo tú,
Que á ti te lo digo.

VIII.

La camacha aquella,
Diabla de montilla,
Vuelve más maestra
A abrir su oficina.
Riete tú,
Y que ande la trisca.
Gramática parda
Sabe la maldita,
Y escribir pudiera
La pardomancía.
Semblantes adoba
Y figuras guisa,
Que es para los ojos
Arte de cocina.
Por sus recetarios
De nigromancia,
A unos remienda,
Con lo que á otros quita.
Ojos de repuesto
Tiene en su botica,
De los que le sobran
A toda vecina.
Guiado de un palo,
Un quídam se arrima,
Que se hallaba ciego
Por falta de vista.
Cien ojos le puso
En la frente misma,
Y ni uno, de ciento,
Le sobra, á fe mia.
A dos mil soplones
Que andan en gavilla
Los capó de orejas
Nuestra Celestina.
Repartiólas entre
Los de vara en cinta;
Una oreja sólo
Cada cual tenía.
De Platon los sesos
La sábia Merlina
Tiene reservados
Para medicinas.
Untóse con ellos
La soberanía;
De aquí empezó el juicio
A ser estadista.
Tantos saltimbánquis
Como se fatigan,
Llegarán muy tarde
Si van tan aprisa.
En la procesion
Que esta diabla mira,
Mucho se cojea,
Poco se camina.
De tanta cojera
La causa maligna
Buscan al zancajo,
Y está más arriba.
Las uñas le cortan
Esta vez á un quídam,
Que arpista parece,
Y no es sino arpía.
Aun le quedan garras,
Porque su malicia
Entre cuero y carne
Las tiene escondidas.
Si están de colmillos
Calvas las encías,
Presto habrá melenas
A la jabalina.
Bien la vejancona
Los miembros imita;
Que no ha de haber sólo
Pelucas postizas.
Riete tú,
Y que ande la trisca.

IX.

Ya suena y resuena
El tambor y adufe;
De gorja está el mundo,
Quiera Dios que dure.
Lo que no me toca,
Que suene y retumbe.
A la feria llama,
Y á la feria acude,
De raro gentío
Rara muchedumbre.
Llénanse los valles,
Los montes se cubren;
Allí se levantan,
Acullá se hunden.
Vienen á racimos
Y chorreando azumbres,
Muy abigarrados
Los señores chutres.
Con sus macarrones
Repletas sus ubres,
Panduros rechinan
Y barbetas crujen.
Sayos enterizos,
Bigotes albures,
Ladrando á manadas,
Jurando se escurren.
Con botas en ristre,
Bufando de duques,
Vienen derretidos
Los de los menjunjes.
En paños menores
Los gallegos cutres
Llegan, que así llegan,
Por más que madruguen.
Fritos en gazpacho
Vienen andaluces,
Metiéndose en jijos,
En jajes y jujes.
Con sus migas de ajo,
Hervídose los buches,
Los azafraneros
Por allí rebullen.
Toda baborrina
La campaña encubre,
Mucho cachivache,
Mucho zurriburre.
Las plazas se llenan,
Y van por las cumbres,
Chalanes abondo,
A pote taúres.
De todo se vende,
Lo bajo y lo ilustre,
Bastones, plumajes,
Gorras y capuces.
Por todo y en todo
Se cambia y reduce,
Y de la justicia
No se ve un vislumbre.
Corre por las filas
Un don Peranzules,
Que trueca, que cobra,
Que vende y que gruñe.
Por los muradales
Trueca los perfumes,
Y las bibliotecas
Las vende á los jurdes.
De los cortesanos
Cobra esclavitudes,
Y con los alegres
Cambia pesadumbres.
Prosiga la feria,
Dure lo que dure;
Que si yo allá fuere,
A mí que me emplumen.
Lo que no me toca,
Que suene y retumbe.

X.

Albricias, que el mundo
Sin duda está cuerdo,
Pues da con justicia
Castigos y premios.
Vaya usted á otro perro
Con aquese hueso.
Humildes ensalza,
Abate soberbios,
Liberales premia,
Castiga avarientos.
Socorre las viudas
Y guia á los ciegos,
Los huérfanos cria,
Y remedia enfermos.
Limosna da al pobre,
Al triste consuelo,
Captivos desata,
Y redime presos.
Ahorca asesinos,
Azota rateros,
Empluma alcahuetas
Y empala adulterios.
Mancebas recoge,
Encierra mancebos,
Niños adoctrina,
Y respeta viejos.

Ya las injusticias
Están por el suelo,
Y Dios sea bendito,
Porque ya era tiempo.
Ya los sabios tienen
Ventura y respeto,
Y el ocioso vano
Desgracia y desprecio.
Ya no tiene fuerza
Alguna el dinero,
Y el mérito sólo
Consigue los puestos.
Ya nadie pondera
Delitos ajenos,
Y todos conocen
Sus menores hierros.
Nadie se maltrata
Por lograr ascensos,
En su estado todos
Están muy contentos.
No hay interesados,
Ni avaros logreros;
Sólo se procura
El bien de los pueblos.
No corre el engaño,
La mentira ménos,
Y así no hay motivos
Para sentimientos.
Hay paz octaviana
En todo congreso,
Porque todo el mundo
Castiga su genio.
Ya en los pleitos nada
Compone el empeño;
Todo va arreglado
A ley y derecho.
Ya no hay robo alguno
En córtes ni puertos;
Que todos son fieles,
Hasta los venteros.
Ya son en la tierra
Puros los contentos,
Y así tiene el mundo
Remedos de cielo.
Todo es muy posible,
Así lo concedo;
Mas perdone el mundo,
Que yo no lo creo.
Vaya usted á otro perro
Con aquese hueso.

XI.

De guijarros traigo
Lleno mi bonete;
El que esté sin gorra
Que guarde sus sienes.
Y allá va ese morro,
Y dé donde diere.
En pedrea acaba
Lo que fué juguete;
Que acaban las burlas
Las más de esta suerte.
El que tira, tire,
Que he de defenderme,
O ya con la honda,
O ya á mantiniente.
Allá va un *cascote*,
Y pegue ó no pegue,
Asesto mi tiro
Al del sayo verde,
Que es un mercachifle,
Que hurta cuanto vende,
Y á todos encaja
El gato por liebre.
Vaya otro *morrillo*,
Y acierte ó no acierte,
Hago puntería
A don Turuleque.
Que es oficialazo
Y soplon solemne,
Ya de sacabuche,
Ya de saca-mete.
Esta *peladilla*
Va para don Pierres,
Aquel rompe-esquinas,
Aquel mata-siete,
Que al honor de Baco
Hace muchas veces
Muchas reverencias,
Con muchos traspieses.
Un *nuégado* vaya
Al señor don Lésmes,
Gorra perdurable,
Petardo perene.
Sarna y salpullido,
Que á pan y manteles,
En la mesa es gomia,
Y en la casa duende.
Vaya un *ladrillazo*
Al jaque escribiente,
Que en las honras hace
Rasgones de á geme.
Hombre que por pluma
Esgrime un machete,
Y en piojos y envidia
Berbenea y hierve.
Otro *ripio* vaya
Al griton rebelde,
Que asusta á chiflidos
El vulgo y la plebe.
Político burdo,
Si no mequetrefe,
Blasfemo arrogante
Con humo elocuente.
Y por fin va un *ñisco*,
Que disparo adredo
Al sacristanazo
Que me gorjeó el *requiem*.
Que ello ya está visto,
Que andarémos siempre
A pícame, Pedro,
Y yo picaréte.
Pero vengan rollos,
Como yo me quede
Con honda y pedrusco,
Por lo que viniere.
Y allá va ese morro,
Y dé donde diere.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL.

JORGE PITILLAS.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

(Como complemento de las curiosas noticias contenidas en el siguiente apunte autógrafo de Gallardo, véase lo que acerca de JORGE PITILLAS decimos en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII.)

I.

APUNTE AUTÓGRAFO
DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

HERVÁS (licenciado don José Gerardo de), 1742.—*Seudónimos de Hervás:* DON HUGO HERRERA DE JASPEDÓS; JORGE PITILLAS.

De la vida de este ingenioso y elegante escritor se sabe muy poco, y eso poco y su muerte consta por el testimonio de un amigo suyo, en carta de un anónimo, no sé qué reverendo de grandes campanillas, de que existe copia entre los manuscritos de la Biblioteca Real de Madrid (T-108).

El autor de la carta, presumo yo que ha de ser don Juan Martinez Salafranca; las señas que se dan de él son: que estaba empleado en un hospital; que tiene una tahona en la calle del Barco; item, que era administrador del hospital de la nacion francesa en Madrid.

Como quiera, la carta es curiosa; copio de ella, no ya sólo lo relativo á nuestro Hervás, sino lo tocante al autor de la carta y á várias personas ilustres de la Biblioteca Real, donde sirvió Salafranca.—Carta canta:

«*Madrid*, 26 *de Abril de* 1745.—Mon très-R. P., etc. Vuestra reverencia tuviera mucha razon de quejarse... Segun vuestra reverencia me da á entender, no recibió la carta en que le avisaba la muerte de mi querida madre, que murió el dia 15 de Junio de 1742...

Pocos dias despues murió un grande amigo mio, abogado, á quien usted trató algunas veces, que se llamaba don Josef Hervás; vestia hábitos largos y hablaba un poco frances...

Don Juan de Iriarte há cerca de dos años que es oficial de la secretaría de Estado, con retencion de su empleo de bibliotecario, y es tambien de la Academia de la Lengua Española. Está muy ocupado con sus empleos, muy gordo y muy rico, pero sin desconocer á sus amigos...

Su hermano há mucho tiempo que no escribe; pero se sabe que tiene un buen corregimiento en Indias, de donde, si vuelve, vendrá bien acomodado...

Don Blas Antonio Nasarre estuvo á principios del año pasado enfermo de mucho peligro; pero ya está restituido á su robustez, y aprecia mucho á vuestra reverencia, de quien hacemos muy frecuente memoria en nuestras conversaciones.»

En el mismo códice de la Biblioteca Real está original la sátira de JORGE PITILLAS, con esta nota:

19. «Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que en Groelandia las zorras son malditas,
Segun refiere Wanderlarchk el Romo;
20. »Con otras mil noticias exquisitas,
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar las *Memorias eruditas.*

»Estos dos tercetos se concibieron y escribieron primeramente así, y despues se reformaron, segun se lee en el cuerpo de la sátira (1), por las supervenientes atenciones de amistad y comercio estrecho entre PITILLAS y el autor de las *Memorias eruditas*, y porque, ante todas cosas, es justo respetar *illud amicitiæ sanctum ac venerabile nomen.—Madrid y Mayo* 8 *de* 1741.»—(Rubricado.)»

Quizá del autor mismo de la sátira.

Y á continuacion de esos tercetos, estampa otro el autor, en que confirma la especie, que toca Salafranca en su carta, de la aficion de Hervás á la lengua francesa, á saber:

Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta.

Me inducen á creer que esta carta sea de Salafranca, várias especies de otras cartas del mismo al erudito don José de Ceballos, escritas posteriormente, retirado y aburrido en Villel, su patria, pueblo de Aragon.

En una, fecha en Febrero de 1750, contándole su vida y trabajos, le dice: «Estudio la medici»na, primero, con el doctor Babia, clérigo y médico de profesion; despues, con los padres jesui»tas, las artes matemáticas, y los idiomas griego y hebreo, y otros, en mi cuarto; todo esto sin »faltar mañana ni tarde (sin pretender cosa alguna) á la librería del Rey.»

En carta del mismo al mismo, fecha en 16 de Octubre, le dice: «El papel de la *Derrota* (¿*de los* »*Alanos*, por el padre Isla?) le presté á un amigo, y sabiéndolo un comisario del Santo Oficio, »envió por él, y aunque tengo licencia de leer lo prohibido, se le remití.

»El de Rivera (?) tambien llegó por el correo. Es pluma de mejor aire y gala, y »de genio capaz de mayores empresas. Ya habrá reparado usted que descubre el misterio que yo »observé en el *Diario* (*de los Literatos*), para que quedase oculto nuestro famoso correspondiente »don Hugo de Herrera; cuya crítica, por su gran delicadeza, y por la fertilidad de las sales con que »supo disfrazar una oportuna y bien seguida ironía, se hizo preciso que la conservásemos oculta »por entónces, para que la envidia y la ignorancia no tuviesen objeto en que cebarse.

»Fuera de que don Hugo no quiso tampoco exponer su persona á los insultos que nosotros (los »redactores del *Diario de los Literatos*) padecimos; ni era justo hacerlo, en atencion á su carácter »é instituto. Y vea usted aquí cómo se nos vino á la mano la ocasion de satisfacer su curiosidad »en este asunto...

»De Soto-Marne (2), lo dicho dicho. Para escribir contra Feijóo, es menester otro Feijóo; y de »éstos entran muy pocos en libra...

»El padre confesor del Rey, ni me favorecia, ni me favorecerá, porque no soy de los chilla»dores...»

En otra de 24 de Mayo 1752, le dice: «El reverendísimo padre Burriel está en Toledo, traba»jando en la librería de la santa iglesia. Ha encontrado escritos admirables, pero le faltan copian»tes proporcionados.»

(1) Enmendados corren así, impresos la primera vez, en 1741, en el séptimo y último tomo del *Diario de los Literatos de España*, de que era uno de los redactores Salafranca:

Apunto en un papel, que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarchk el Romo,
Y allego de noticias un almario,
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar el *Mercurio literario.*

(2) Fray Francisco de Soto y Marne, uno de los vigorosos impugnadores de Feijóo.

A estas noticias tan originales, agregamos las que nos da el bibliotecario Pellicer, en nombre de su hijo Casiano, en la *Historia del histrionismo* en España, publicada el año de 1804. En el artículo de Petronila Jibaja (a) *la Portuguesa*, dice de nuestro don José Gerardo lo siguiente:

«Uno de los amartelados admiradores de esta célebre actriz fué don José Gerardo de Hervás.

»Este Hervás es aquel Jorge Pitillas, y aquel otro don Hugo Herrera de Jaspedós, que disfrazado con estos nombres, publicó en el *Diario de los Literatos de España*, la *Sátira contra los malos escritores* y el *Extracto del poema de San Antonio Abad*, por don Pedro Ocejo; en que manifestó tanto caudal de ingenio festivo, de ironía delicada y de estilo castizo castellano.»

Este ingenio, pues, malogrado, que murió en la flor de su edad, el año de 1742, escribió, el de 1736, una carta á la Jibaja, que se copiará aquí de su original (Biblioteca Real, estante M, códice 41), para acreditar el mérito singular de esta comedianta, y por confirmar el sazonado ingenio del autor...

El epígrafe dice así:

«Carta á la célebre comedianta Petronila Jibaja, llamada comunmente *la Portuguesa*, en ocasion de haber convalecido de una peligrosa enfermedad.»

La fecha de la carta es en Portillo y Abril 29 de 1736... *Don Hugo Herrera de Jaspedós.*

Véase si don José Gerardo nos quiso engañar con la verdad, fingiendo que escribia desde Portillo, que quizá sería su verdadera patria, la cual se ignora, al ménos por mí.

Don Hugo Herrera de Jaspedós es anagrama de *don Josef Gerardo de Hervás.*»

Véase si esta comedianta es aquella que, escapada á Portugal, dió luégo un manifiesto, escrito con indecible gracejo, y en estilo que me hace sospechar que su autor era muy digno de serlo del ingenioso *Gil Blas.*

A este apunte de Gallardo debemos añadir que, ademas de la célebre sátira sobre los malos escritores, y de la carta satírica, llena de agudeza, en que se burló del extravagante poema de don Pedro Nolasco Ocejo, titulado *El Sol de los anacoretas*, *San Antonio Abad*, publicó Hervás, en el *Diario de los Literatos* (tomo VII), otra carta burlesca sobre el *Rasgo épico, verídica epiphonema*, etc., del doctor don Joaquin Casses.

II.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE

(Manual de literatura.—Resúmen histórico de la literatura española.)

Descuellan tambien en aquel triste período (la primera mitad del siglo XVIII), y merecen citarse con aprecio, dos composiciones notables, que son *El Deucalion*, del Conde de Torrepalma, y la sátira conocida con el nombre de Jorge Pitillas, cuyo autor se dice fué don José Hervás. Esta última, sobre todo, merece ocupar uno de los primeros lugares entre nuestras composiciones del género á que pertenece, siendo una pintura bellísima del estado en que se hallaban entónces las letras españolas.

III.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

(Anotaciones á la *Poética.*)

Muy superior á todas las publicadas en época precedente (alude á las sátiras literarias) es la que se imprimió, en el siglo último, en el *Diario de los literatos de España*, encubriéndose su autor, don José Gerardo de Hervás, bajo el fingido nombre de Jorge Pitillas. Supónese en ella el poeta

irritado al ver el estrago de la literatura, y animado del deseo de desahogar su bílis. En todo el contexto de esta sátira reinan la viveza y la facilidad, y abundan la sal y el donaire. El poeta toma para sus pinturas una brocha cargada de color fuerte, y la maneja luégo con la mayor facilidad y desenfado. Amenaza el poeta con censurar, señalándolos con sus propios nombres, á tanto mal escritor, de la misma suerte que lo hicieron los mejores satíricos antiguos y modernos, con cuyo ejemplo se apoya.

POESÍAS.

CARTA DE JORGE PITILLAS,

ESCRITA Á LOS AUTORES DEL DIARIO DE LOS LITERATOS DE ESPAÑA (tomo VII, página 192 hasta la 214) (1).

MUY SEÑORES MIOS: Una larga mansion en esa córte, á dependencia de muchos ratos ociosos, me dió la oportunidad de emplear los más en la lectura de todo lo que salia nuevamente á la luz pública; y esta aficion, hecha ya costumbre, la continúo con ahinco áun en el retiro de mi casa, adonde há algunos meses que me he restituido. Los repetidos chascos que en el gusto y en la bolsa me ha acarreado esta imprudente curiosidad, me han puesto de malísimo humor contra casi todos los escritores de nuestro siglo, y en el ánimo de procurarme una honesta venganza, que sea compatible con el cristianismo y la racionalidad. De esta resolucion remito á ustedes una prueba en esa sátira, para que vean un efecto práctico de mis adversas disposiciones hácia los libros nuevos y sus autores, coadyuvadas de mi avanzada y achacosa edad, que me constituye naturalmente regañon. Espero deber á ustedes el favor de que la hagan lugar (el más humilde) en uno de sus diarios, avisándome á su tiempo de lo que resulte de su publicacion, para que junto su aviso de ustedes con las observaciones que yo tambien haré por acá, me determinen sobre el hacer igualmente públicas otras no pocas sátiras, en todo parecidas á la adjunta, y para que ya quedan muchos materiales aparejados. Interin, sepan ustedes que deseo servirles y que les soy su muy apasionado; porque aunque ustedes no son tan buenos como yo quisiera, son, empero, los ménos malos y los que ménos han ejercitado mi paciencia.

Nuestro Señor guarde á ustedes muchos años. Barcelona y Abril 29 de 1741.—*B. L. M. de ustedes su afecto y seguro servidor*, JORGE PITILLAS.

Señores don Juan Martinez Salafranca y don Leopoldo Jerónimo Puig.

(1) Esta carta, con la sátira que la acompaña, llegó á nuestras manos en 15 de Mayo del año 1741, con el artificio y embozo con que han llegado otras, cuyos autores quieren permanecer ocultos. Por esto no podemos servir al público, ni áun con la sospecha de quién pueda haber escrito uno y otro, bien que las tenemos muy fuertes para presumir que ni es fabrica de Barcelona, ni tiene su autor el nombre jocoso que ha querido apropriarse. Sea como fuere, la publicamos con gusto, así por la inmediata conexion que tiene con nuestro instituto, como porque estamos bastantemente persuadidos á que recibirán una no comun satisfaccion los inteligentes en este género de escritos, de que sin razon hemos carecido en nuestro siglo. No tenemos que añadir á lo que el autor de la sátira dice en su prólogo, en órden á su buena intencion y sinceridad, porque la creemos bastantemente probada, y áun creemos que á corta reflexion se conocerá que observó rigurosamente todas las leyes de la caridad cristiana y política. Y ya que el mismo autor, en su citado prólogo, apuró los convenimientos de que pudiera necesitar este punto, no hablamos nosotros en él, por lisonjear cuanto ántes el buen gusto de nuestros lectores. Para que éste se continúe, deseáramos que el público fuese del nuestro, y recibiese con aceptacion la sátira que le ofrecemos, con cuya condicion promete su autor enviarnos otras; y si lo cumpliere, serémos igualmente puntuales, sin perder ocasion, en publicarlas, como lo hacemos con ésta.

(*Nota de los autores del* DIARIO.)

SÁTIRA PRIMERA.

Contra los malos escritores de este siglo.

Por un anónimo, JORGE PITILLAS.

Irasci nostro, non debes, Cerilo, libello,
Ars tua, non vita, est carmine læsa meo.
Innocuos permitte sales, cur ludere nobis
Non liceat, licuit si jugulare tibi? (2)

Admonère voluimus, non mordère: prodesse, non tedere: Consulere moribus hominum, non officere (3).

Á QUIEN LEYERE.

Tengo muy creido que la calidad y áun la claridad de este escrito causará extrañeza á todos, escándalo á muchos, y mortificacion á algunos. Causará precisamente extrañeza á todos, porque siendo éste el único papel en su género que en nuestros tiempos se ha dejado ver en España, es consiguiente que una cosa tan absolutamente nueva sea recibida con maravilla universal. El escándalo tendrá lugar en aquellos espíritus flacos que se hororrizan de todo, y al solo título de sátira, con gesto ponderado y continente de Catones, declamarán altamente contra la corrupcion del siglo y malicia de los hombres. Ultimamente, será de no

(2) Martial, lib. III, epigr. XCIX
(3) Erasm.

pequeña mortificacion para los sujetos interesados y contra quienes se dirige, porque, á la verdad, no hay cosa que más aflija á los hombres que el verse asaltados por la parte que tienen más sensible, esto es, por sus obras y producciones de su entendimiento.

Pero contra estos siete vicios hay siete virtudes; quiero decir que contra estas tres dolencias hay tres antídotos, con que, supuesta la buena disposicion del paciente, se puede justamente esperar su restablecimiento.

La enfermedad de los primeros no es de cuidado, como no se complique con otra más peligrosa ó la acompañen algunos síntomas perjudiciales; porque en realidad, la extrañeza en este caso debe mirarse más como efecto de la novedad que como achaque; y así, á éstos bastará recetarles la consideracion de que no sólo en lo físico se debe admitir la renovacion de especies, que ésta tiene tambien lugar en otras materias, y que por eso el tiempo con su vicisitud repite en el teatro del mundo la representacion de algunas cosas que estaban sepultadas en la ignorancia ó en el olvido.

Los segundos son de más difícil curativa, ó acaso del todo incurables; y esto no tanto por lo pernicioso de su dolencia, cuanto por sus malas disposiciones, y lo poco que se ayudan para librarse de ella. Ciertamente no encuentro en toda mi botica cosa que bien les cuadre. Pero, valga por lo que valiere, hágoles presente que harto tiempo tienen para aspavientos y hazañerías; que procuren ante todas cosas examinar seriamente este opúsculo, y le verán rebosando buena fe é igual intencion, y sin que en todo él se descubra la menor seña de un ánimo depravado y que gusta de ofender:

.....Quod vitium procul abfore chartis,
Atque animo prius; ut si quid promittere de me
Possum aliud, verè promitto.

Y últimamente, que no perjudica á la conciencia ni al Estado el que halla un libro no escrito á su gusto, y le es lícito enfadarse muy de véras de su mala lectura.

Los terceros, en su indisposicion, tienen razon que les sobra; y así, yo les tengo mucha lástima, no sólo por la mortificacion que los desazona, sino tambien por el motivo que la produjo. Pero es preciso considerar (y sea más consuelo que receta) que desde que hicieron públicos sus trabajos, me dieron á mí y á todos un absoluto derecho de formar el juicio que á cada uno le pareciese; y de aquí nace que en caso de declararse, conviene hablar con ingenuidad; porque no por complacerles es cosa de abandonar el sentido comun. Fuera de que, lo que yo digo no es ninguna decision Rotal, ni el evangelio de san Márcos; y así pueden muy bien mantenerse en su amor proprio y hacerse toda la merced que quisieren. Bien que me temo que sean únicos en su dictámen, ó le siga quien no le autorice; sin que por esto presuma yo de voto de calidad, sino porque es consecuencia precisa de una notoria ineptitud.

Estas reflexiones, como naturalísimas, son convincentes, y debieran aquietar enteramente á los que son principal objeto de ellas; dudo, empero, del buen efecto, por lo arraigado que está en el mundo el tiránico dominio de la preocupacion y el capricho. No obstante, me ha parecido inexcusable el proponerlas (omitiendo otras que la recta razon influye), así para mi satisfaccion y de los indiferentes, como para mayor confusion de los tercos, y darles á conocer que en ellos se verifica con lastimosa propiedad lo de *video meliora, proboque, deteriora sequor.*

Pero advierto que no aprecio tanto la complacencia de divertirme y divertir á otros, que deje de observar cuidadosamente las resultas sérias que pueda tener mi proyecto. Por eso va esta primera sátira en figura de peregrino á sondear los ánimos. Si de su publicacion acaece que descubriéndose algunos inconvenientes (que por no alcanzarlos se hayan escapado á mi buena intencion), se me proponga un solo reparo racional ó algun calificado resentimiento, desde luégo cesaré muy gustoso en su prosecucion. Pero si sólo se me reconviniese con futilidades y necias quejas de hazañeros ó de interesados, que respiran por la herida, corre muy de mi cuenta el no hacerla de ellos, y continuaré en mi labor, produciendo á corta distancia de tiempo otras diferentes sátiras del mismo calibre y circunstancias que la presente, en que me ria y nos riamos á costa de escritores chapuceros. —VALE.

SÁTIRA PRIMERA.

..... Liberius si
Dixero quid, si fortè jocosius, hoc mihi juris cum venia dabis.

No más, no más callar, ya no es posible;
Allá voy, no me tengan; fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, oh Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de hogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras, que mil dias há que apaño,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros;
Que mendigar sufragios de la plebe (1)
Acarrea perjuicios harto caros.
Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.
Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los piés hasta el cogote.

(1) *Non ego ventosæ plebis suffragia venor.*
(Horat., lib. I, ep. XIX, v. 37.)

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos (1);
Que ya he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿Quieres que aguante más la turba ingrata
De tanto necio, idiota presumido,
Que vende plomo por preciosa plata?
¿Siempre he de oir no más? ¿No permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido? (2).
Tambien yo soy al uso literato (3),
Y sé decir *romboides*, *turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
Sabes con cuánto afan busco y aprecio
Un libro de impresion *elzeviriana*,
Y le compro (aunque ayune) á todo precio.
Tambien el árbol quise hacer de Diana,
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.
Voy á la biblioteca, allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.
Apunto en un papel, que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere *Wandenlarchk* el romo.
Y allego de noticias un almario,
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar el *Mercurio literario* (4).
Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta.
Y áun por eso me *choca* la leyenda
En que no *arriba* hallarse un *apanaje*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina, es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galván no entienda tal potaje.
¿Qué es esto, Lelio? ¿mueves la cabeza?
¿Que no me crees, dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razon; de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo (5).
La práctica de tanto error y vicio
Es, empero (segun te la he pintado),
De un moderno escritor sabido oficio.
Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.
Y si acaso otra pluma más dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bílis envidiosa.
Y en fornido volúmen, que construye
(Empuñando por pluma un varapalo),
Le acribilla, le abrasa, le destruye.
Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.
En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
Su ciencia sólo estriba en lo que ofende,
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon, ni la busca, ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.
No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
Fíjanse en las esquinas cartelones,
Que al poste más macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel azafranado,
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la *Gaceta* por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.
Caen en la tentacion los animales,
Y áun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.
Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean;
Al leer del fróntis el renglon postrero,
La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, *Sanz* ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro civil y chapucero.
Crecen á cada paso las mohinas,
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pié y medio (6), que al Mecénas
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Aténas.
No ménos arrogante é inmodesto,
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurcidos
Formas un libro engerto en porra ó sable;
Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras, sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribon, con ménos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla, como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo,
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.
Perdona, Lelio, el descortés arrobo;
Que en llegando á este punto, no soy mio,
Y estoy, con tales cosas, hecho un bobo.
Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Velloso geta ó rústico numida.
¡Y á éstos respeta el Tajo! ¡A éstos venera
Manzanares, y humilde los adora! (7)
¡Oh ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora,
Cuáles son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas
Cuando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.
Más claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? (8) ¿Tuerces el hocico.

(1) ..... *Aufer*
Me vultu terrere.....
Dum quæ Crispini docuit me Janitor, edo.
(Horat., lib. II, sat. 7, v. 43.)

(2) *Semper ego auditor tantum? Numquam nè reponam*
Vexatus toties? (Juven., sat. 1, v. 1.)

(3) *Et nos ergo manum ferulæ subduximus, etc.*
Idem, ibid., v. 15.)

(4) Alude JORGE PITILLAS á un periódico que publicaba *don Salvador José Mañer*. (*Nota del Colector.*)

(5) *Neque enim hoc studeo, bullatis ut mihi nugis*
Pagina turgescat, dare pondus idonea fumo.
(Pers., sat. 5, v. 19.)

(6) *Projicit ampullas, et sesquipedalia verba.*
(Horat., in *Art.*, v. 97.

(7) *Hos tu, Nile, colis! ¡Et hos tu Tibris adoras!*

(8) *Quid contraxistis frontem?*
(Plaut., in *Prol. Amphytr.*)

¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni borracos.
Sólo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.
Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente,
A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina (1).
De este modo han escrito otros más duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
En sus versos *Lucilio* no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero (2),
Y hace patente el vicio y la persona.
Ni Lelio adusto, ni Scipion severo,
Del poeta se ofenden, aunque maje
A *Metelo* y á *Lupo* en su mortero (3).
Cualquiera sabe, más que sea paje,
Que *Horacio*, con su pelo y con su lana,
Satiriza el pazguato y el bardaje.
Y entre otros á quien zurra la badana
(Por defectos y causas diferentes),
Con *Casio* el escritor (4) no anduvo rana.
Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto *Alpino*, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;
El que pintaba al Rin los aladares (5)
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.
Persio á todo un *Neron* tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza,
A ser escarnecidos y afrentados (6).
Juvenal su labor así comienza,
Y á *Codro* el escritor nombra y censura (7),
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No sólo la *Theseida* le es muy dura;
A *Télefo* y á *Oréstes* spiritado
Tambien á puros golpes los madura (8).
Con esto á sus autores hunde un lado,
Si á *Cluvieno* (9) le quiebra una costilla,
Y una pierna á *Mathon* el abogado (10).
Con libertad, en fin, pura y sencilla,
Observa en toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.
Cervántes el divino viajero (11),
El que se fué al Parnaso piano, piano,
A cerner escritores con su harnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á *Lofraso* (12) de la nave al Ponto,
Por escritor soez y chavacano.
De *Arbolanches* (13) descubre el genio tonto,
Nombra á *Pedrosa* (14) novelero infando,
Y en *criticar* á entrambos está pronto.
Sigue el *Pastor de Iberia* (15), autor nefando,
Y el que escribió la *Picara Justina*,
Capellan lego del contrario bando (16).
Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué habria si al *Alfonso* (17) áspero y duro
Le pillase esta musa censorina?
Otros más, con intento casto y puro,
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro.
Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza
Cuál es Garcilasista ó Timoneda (18).
Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque (como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza)
Cernícalos, que son lagartijeros,
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros (19).
Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias.
Y excusemos de dares y tomares;
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.
Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así, á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañér* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio liso y franco
Se emplëará tan sólo en la censura
Del escrito que cree cojo ó manco;
Con igual gusto, con igual lisura,

(1) *Ne nigram cito raptus in culinam*
Cordillas madida tegas papyro,
Vel thuris, piperisque sis cucullus.
(Mart., lib. III, ep, II.)

(2) *Primores populi arripuit populumque tribulim.*
(Horat., sat. I, lib. II, v. 69.)

(3) ..... *Num Lælius, aut qui*
Duxit ab oppressa meritum Carthagine nomen
Ingenio offensi? Aut læso doluere Metello,
Famosisque Lupo cooperto versibus?
(Horat., ibid., v. 65.)

(4) ..... *Amet scripsisse ducentos*
Ante cibum versus, totidem cœnatus: Hetrusci
Quale fuit Cassi rapido ferventius amni
Ingenium. (Horat., lib. I, sat. 10, v. 59.)

(5) *Turgidus Alpinus jugulat dum Memnona, dumque*
Defingit Rheni luteum caput. Hæc ego ludo.
(Idem, ibid., v. 56.)

(6) *Torva Mimalloneis, etc.*
(Pers., sat. 1, v. 99.)

(7) *Vexatus toties rauci Theseide Codri.*
(Juven., sat. 1, v. 2.)

(8) ..... *Impunè diem consumpserit ingens*
Telephus? Aut summi iam margine libri
Scriptus, et in tergo nondum finitus Orestes.
(Ibid., v. 4.)

(9) *Si natura negat, facit indignatio versum.*
Qualemcumque potest; Quales ego, vel Cluvienus.
(Ibid., v. 79.)

(10) ..... *Te consule dic tibi quis sis,*
Orator vehemens, an Curtius, an Matho.
(Idem, sat. 11, v. 33.)

(11) Miguel de Cervántes, en su *Viaje del Parnaso.*

(12) *Antonio de Lofraso*, poeta y soldado sardo, autor de la novela pastoril *Los diez libros de fortuna de amor*. La idea de arrojar á Lofraso al mar, por mal poeta, se refiere á este pasaje del *Viaje del Parnaso*, capítulo III:

Gritó la chusma toda: «Al mar se arroje,
Vaya *Lofraso* al mar sin resistencia.
— Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje »
(*Nota del Colector.*)

(13) *Jerónimo de Arbolanches*. Natural de Tudela, autor de una novela, á un tiempo caballeresca y pastoril, titulada *Los nueve libros de* Las Avidas (hijas del Príncipe Avido). A esta novela, fundada en una singular conseja, alude Cervántes cuando dice:

De verso y prosa el puro desatino
Nos dió a entender que de *Arbolanches* eran
Las Avidas pesadas de continuo.
(*Idem*)

(14) De *Pedresa* dice Cervántes:

De una intrincada y mal compuesta prosa,
De un asunto sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparo *Pedrosa*.
(*Idem.*)

(15) *El Pastor de Iberia* es una novela pastoril en verso y prosa de Bernardo de la Vega.—Sevilla, 1591. (*Idem.*)

(16) Este verso es de Cervántes, que al llamar burlescamente *capellan lego* al autor de *La picara Justina*, aludia tal vez á la circunstancia de haber sido escrita esta novela picaresca por Andres Perez de Leon, fraile dominico. (*Idem.*)

(17) Aquí alude sin duda Jorge Pitillas á *El Alfonso, ó Fundacion del reino de Portugal*, poema castellano del caballero portugues Francisco Botelho de Moraes y Vasconcellos, que compuso ademas otras obras, entre ellas el satírico é ingenioso libro *Las cuevas de Salamanca*. Fué individuo de la Academia Española.
(*Idem.*)

(18) Verso de Cervántes. *Viaje del Parnaso*, capítulo VII. (*Idem.*)

(19) Versos de Cervántes. *Viaje del Parnaso*, capítulo V. (*Idem.*)

Dará elogios, humilde y respetoso,
Al que goza en el mundo digna altura;
Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.
Pero, ¡oh cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama (1),
Y en quien mi saña crítica se frustre!
Ya ves cuán impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos,
Que escriben á la hambre, y no á la fama.
Y así, no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
Dias há que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
Si tú, en tus cobardías siempre fijo,
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
De aquí adelante pienso desquitarme;
Tengo de hablar, y caiga el que cayere;
En vano es detenerme y predicarme.
Y si acaso tú ú otro me dijere
Que soy semipagano (2) y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere,
Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,
La furia que me impele y que me ciega,
Es la que el desempeño más señala;
Que aunque es mi musa principianta y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos (3).

SONETO (4).

Oh tú, cuervo infeliz, cuyo graznido,
Con bronca voz, con destemplado aliento,
Al compas del más rústico instrumento
Intimas desazones al oido,
Di, ¿qué infernal Apolo te ha influido
Tan discorde, tan bárbaro concento?
¡Oh, quién nunca tuviera entendimiento
Para que nunca fueses entendido!
Deja la inculta lira; no presumas
Profanar, atrevido é insolente,
La noble ocupacion de nobles plumas;
Pues no conseguirás, aunque lo intente
Tu necia rustiquez con ánsias sumas,
Que el sagrado laurel orle tu frente.

(1) ..... *Pauci quos æquus amavit Jupiter.* (Virg., lib. VI, *Æneid.*, v. 129.)

(2) ..... *Ipse semipaganus Ad sacra vatum carmen affero nostrum.* (Pers., in *Prolog.*, v. 6.)

(3) *Si natura negat, facit indignatio versum.* (Juven., sat. 1, v. 79.)

(4) Este soneto fué estampado en la carta burlesca de JORGE PITILLAS contra don Pedro Nolasco Ocejo, autor de un perverso poema á san Antonio Abad. (*Diario de los Literatos*, tomo V, página 50.) No cabe duda en que el soneto es del mismo JORGE PITILLAS. Dice éste con sorna, en su carta, lo siguiente:

«No han dado ustedes poco motivo á don Pedro de levantar el »grito y lamentarse del poco miramiento con que se le trata, llamán»dole *poeta silvestre*... y esto con tanto empeño y acrimonia, que »no dudo le aplicarian (si de él tuviesen noticia) un soneto que »hizo cierto amigo mio á otro poeta de la misma estofa de que us»tedes injustamente nos quieren hacer á don Pedro, y que, pues »para entre mis manuscritos, le he de trasladar aquí.»

(*Nota del Colector.*)

FIN DE LAS POESÍAS DE JORGE PITILLAS.

DON IGNACIO DE LUZAN.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

MEMORIAS DE LA VIDA DE DON IGNACIO DE LUZAN,

ESCRITAS POR SU HIJO DON JUAN IGNACIO DE LUZAN, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE SEGOVIA.

La creencia en que estoy, con bastante fundamento, de que, sin embargo de ser tan conocida la *Poética* de don Ignacio de Luzan, por lo que toca á su persona sólo queda generalmente una noticia confusa y diminuta, me ha movido á escribir estas Memorias de su vida. Las dividiré en dos partes: en la primera trataré de su nacimiento, educacion, estudios, viajes y empleos; y en la segunda, despues de dar una ligera idea de su carácter moral y de sus talentos, y de referir algunas particularidades que manifiestan el juicio que de ellos hicieron sus primeros maestros y otras personas, y comprueban el mio, daré una noticia razonada de sus principales obras, tanto impresas como inéditas, con el juicio que he formado de cada una de ellas, ciñéndome cuanto sea posible y permita la materia, para no ser molesto á los lectores. Procuraré igualmente evitar la nota de apasionado; pero si enteramente no lo consiguiere, me servirán de disculpa los justos motivos por que lo debo ser.

Nació este caballero en Zaragoza, á 28 de Marzo del año de 1702, y le bautizaron en la Seo. Fueron sus padres don Antonio de Luzan y Guaso, señor de Castillazuelo, y gobernador entónces del reino de Aragon, y doña Leonor Perez Claramunt de Suelves y Gurrea. Sus abuelos paternos, don Jaime Teodoro de Luzan, señor de Castillazuelo, y doña Ana de Guaso y Coscón; y los maternos, don Gaspar Perez Claramunt de Suelves Fernandez de Luna, señor de Suelves y Artasona, y doña Benita de Gurrea y Turlán, hija de los señores condes del Villar. Ideaban los padres de don Ignacio darle desde sus más tiernos años la educacion correspondiente á una persona de tan distinguido nacimiento; pero no lo pudieron efectuar, tanto por la muerte inopinada de doña Leonor, como porque el estado que tenian las cosas en aquel reino puso á don Antonio en circunstancias que le obligaron á dejar su patria, y pasar con toda su familia á Barcelona, donde murió el año de 1706, dejando huérfano, de edad de cuatro años, á su último y más querido hijo; de suerte que estando tambien fuera de España todos sus tios y hermanos, vino á quedar don Ignacio sin otro arrimo que el de su abuela paterna, cuya situacion, avanzada edad y falta de salud, junto con la poca ó ninguna tranquilidad que se lograba en toda la Cataluña, y especialmente en Barcelona, acabaron de hacer impracticables todos los pensamientos que habian tenido sus padres en órden á su educacion. Sin embargo, aunque esta señora, á pesar de sus buenos deseos, no pudo darle aquella formal y metódica que se intentaba, hizo de su parte cuanto le sugirió su afecto y le permitieron las circunstancias en que se hallaba; y la buena disposicion natural de don Ignacio suplió en lo posible la falta irremediable de otros auxilios. Procuró la abuela instruirle en la verdadera religion, inspirarle amor á ella, y radicar en su alma las semillas de todas

las virtudes cristianas y políticas; manteniendo y fomentando al mismo tiempo aquella tenaz aficion á saber, que ya en sus cortos años manifestaba.

Así aprovechó el tiempo que residió DON IGNACIO en Barcelona, hasta el año de 1715, en que concluido el célebre sitio de aquella ciudad, pasó, en edad de trece, á Mallorca, donde se detuvo algun corto tiempo, en compañía de don José de Luzan, eclesiástico, tio suyo, que le llevó consigo á Génova, y luégo á Milan. Allí estuvo de asiento dicho tio cinco ó seis años, no se sabe con qué destino; y allí fué donde empezó el jóven IGNACIO á recibir de buenos maestros una enseñanza metódica; porque á poco tiempo de haber llegado á aquella ciudad, logró su tio colocarle en el seminario de nobles, llamado de Patellani, que sin duda estaba incorporado con el colegio Braidense de jesuitas, ó á su cargo en cuanto á los estudios. En él aprendió prontamente la lengua italiana, y despues estudió con el padre Perotto la gramática latina, y últimamente con el padre Cinnami la retórica. Más adelante aprendió con perfeccion la lengua francesa. Continuó en aquella ciudad, dedicado enteramente al estudio de las bellas letras, hasta que con motivo de estar su tio nombrado para una plaza de inquisidor en Sicilia, tuvo que dejar á Milan, y pasar en su compañía á Nápoles, donde se detuvo dos ó tres meses, que aprovechó estudiando la lógica de Aristóteles y las de otros autores modernos. Pasó despues á Palermo, y creyéndose ya de asiento en aquella isla, pensó seriamente en tomar carrera determinada, para proporcionar su acomodo. Su genio dulce y estudioso no era á propósito para la dura é inquieta profesion militar; y conociendo muy bien que para los empleos civiles ó eclesiásticos no hay otra puerta que el estudio de alguna de las facultades mayores, se dedicó al de la jurisprudencia, en que hizo más que regulares progresos. El año de 1727 se graduó de doctor en ambos derechos en la universidad de Catana; y ya ántes, en el de 1724, tal vez aspirando al logro de algunos beneficios para asegurar su manutencion si faltaba su tio, y en el ínterin se proporcionaba empleo correspondiente de toga ó de iglesia, se habia ordenado de prima y grados.

Pero aunque su principal estudio era éste, que abrazó por necesidad, no se contentó con la jurisprudencia de las aulas, sino que extendió su aplicacion al derecho patrio, y levantó su entendimiento hasta las partes más sublimes de esta ciencia, como son el derecho público, natural y de gentes, en los que sin duda debió de adquirir singulares luces, que conservó y manifestó muchos años despues en obras y papeles importantes, trabajados por gusto ó por comision superior, en los diversos graves negocios que estuvieron á su cuidado. Y no siendo áun bastante el estudio vasto y profundo que hacia en una facultad tan espinosa, para ocupar todo su talento y para satisfacer completamente á su natural curiosidad, y á aquella vehemente propension que siempre tuvo á saber y lograr una universal instruccion, sin ser dueño de sí mismo en esta parte, le fué preciso abrazar al mismo tiempo otros muchos de que voy á dar cuenta.

Dedicóse, pues, DON IGNACIO en primer lugar al estudio de la filosofía moderna, tanto sistemática como experimental, y al de las matemáticas, en que fué su maestro el padre Spedaleri, jesuita, profesor entónces de mucho crédito. En una de sus obras inéditas se ven bastantes indicios de su aprovechamiento en uno y otro; y por otra parte, asegurando él mismo en una carta á un amigo residente en Alemania, que hallaba particular deleite en las matemáticas, los que saben á fondo esta ciencia comprenderán desde luégo que debió tener en ella una inteligencia más que mediana. Con igual gusto y provecho emprendió el de la historia en todos sus ramos, y como tan inseparables de éste, el de la cronología, para el cual se formó él mismo un breve tratado, que aprendió de memoria; y el de la anticuaria, disponiendo á este fin dos tablas muy á propósito para adquirir gran facilidad y destreza en el conocimiento de las medallas, y en la inteligencia de sus leyendas é inscripciones. Con estos y otros medios consiguió ser peritísimo en la crítica de la historia, como lo acreditó en adelante en várias obras que escribió en España. Aplicóse con no menor cuidado á la teología moral y expositiva, y á la lectura de los Santos Padres. Aprendió la lengua alemana, que hablaba y escribia corrientemente. Se perfeccionó en la italiana, que manejaba con igual primor y propiedad que los más hábiles nacionales. No dejó de cultivar la latina, en que era muy diestro; y últimamente, estudió á fondo la griega, siendo su maestro el padre Jerónimo Giustiniani, jesuita, famoso profesor de ella, en que hizo tales progresos, que traducia y comentaba á Homero de repente. Aprendió casi de memoria los mejores poetas italianos, latinos, y algunos de los griegos; y áun extendió su aplicacion hasta dar algunos ratos á la música y al dibujo, y no sin aprovechamiento. Acaso pareceria increible todo esto, si no lo asegurase el mismo DON IGNACIO en la carta ya citada al amigo residente en Alemania; el cual, ad-

mirado y áun temeroso de que perdiese la salud, le respondió, procurando con razones y ejemplos persuadirle á que refrenase esta *bárbara curiosidad*. Pero le replicó DON IGNACIO, demostrando que lo que á él le parecia imposible ó muy perjudicial, no era sino muy fácil y útil á un hombre de talento, ejecutándolo con el método y la direccion que él mismo habia ideado y explica. Lo particular es, que al mismo tiempo, como si estuviera muy despacio, ó como si no tuviera otra ocupacion, no cesaba de escribir y componer poesías, discursos, traducciones y otras obras de que se hablará á su tiempo, ya por su gusto, ya por encargo de dos academias de Palermo, de que era individuo, y que se juntaban, la una en casa del señor Filingeri, príncipe de Santa Flavia, y la otra, llamada del Buen Gusto, en casa de un erudito canónigo de aquella iglesia, llamado don Agustin Panto.

Así vivia DON IGNACIO en Palermo, entregado enteramente á sus estudios y al trato contínuo de todos los eruditos de aquella ciudad, cuando en el año de 1729 asaltó la muerte á su tio don José, que le mantenia; por lo que le fué preciso volver á Nápoles para acogerse á la sombra de su hermano, el Conde de Luzan, que se hallaba de gobernador del castillo de San Telmo. La mudanza de domicilio en nada alteró el género de vida de DON IGNACIO. Estudiar, escribir y tratar con los sabios más célebres de Nápoles eran sus contínuas ocupaciones. Es verdad que alguna debilidad que empezó á experimentar en su salud, le obligó á moderarse en cuanto al estudio; pero esta misma necesidad, aunque le varió en el modo, le mejoró en la sustancia; porque tomando nuevo método, no tan fatigoso, pero más útil y seguro, meditaba más, aunque estudiaba ménos. Allí compuso várias obras, de que hablaré más adelante. El año de 1732, la nueva academia, titulada de los Ereinos, que se habia erigido el año ántes en Palermo, y en la que á porfía se habian alistado los ingenios más sobresalientes de toda Italia, le declaró por uno de sus individuos, con el nombre de Egidio Menalipo.

En fin, el año de 1733, informado el Conde su hermano del mal estado en que se hallaba la hacienda que poseia en Aragon, juzgó muy conveniente que volviese DON IGNACIO á España con los poderes necesarios para administrarla; lo que ejecutó prontamente, abandonando gustoso, por servir á su hermano y volver á su amada patria, todas las grandes proporciones y bien fundadas esperanzas de hacer una carrera brillante, con que le brindaba la fortuna en aquellos países. Desembarcó en Barcelona, y desde allí vino derechamente á Zaragoza, donde por entónces fijó su residencia, y más adelante se retiró á Monzon, por parecerle pueblo más acomodado para su vida filosófica y estudiosa. Tambien pasó algunas temporadas en la ciudad de Huesca, por los mismos motivos, y por otro más particular; pues por los años de 1736 á 1737 pensó en darse una compañera que le sirviese de consuelo en su poco próspera suerte, y manejase la economía casera, que de ordinario suele ser repugnante ó impracticable á los genios muy amantes del estudio. Gobernóse en este asunto por ideas muy propias de un filósofo, y fué á buscar en una pequeña aldea lo que, á mi ver, no creyó fácil de encontrar en las ciudades y pueblos de mucho gentío y bullicio. Buscó, digo, una mujer de buen parecer, prudente, honesta y hacendosa, y todo lo halló á medida de su deseo en doña María Francisca Mincholet, hija de don Jorge Mincholet, hidalgo hacendado del lugar de Añes.

Entregado enteramente hasta entónces DON IGNACIO al deleite que le causaba el estudio, y bastante ocupado, por otra parte, en el manejo de la hacienda de su hermano, aunque sin otro arbitrio para subsistir que las asistencias que éste le daba, no habia pensado en pretensiones, ó no habia tenido tiempo para ellas; pero despues de casado, viendo que ya tenía persona en quien poder con seguridad descargar el peso de su administracion, y echando de ver al mismo tiempo que se aumentaba su familia, y no su renta, conoció que ya podia y áun debia resolverse á pasar á la córte, y correr los ordinarios trámites de pretendiente. Con efecto, hizo varios viajes á Madrid, pero su natural encogimiento apénas le permitió acercarse á aquellas puertas que otros saben hacerse abrir casi al primer golpe. Y así, en cuantas veces se dejó ver en la córte no adelantó un paso para mejorar de fortuna, y sólo llevó el estéril consuelo de que los que le trataron le reconocieron acreedor á una muy distinguida.

Sin embargo, aunque por entónces nada logró de lo que pretendia, se puede decir que su mérito iba insensiblemente levantando el edificio; porque si no lograba premios y empleos, recibia públicas y no equívocas demostraciones de la estimacion que ya se hacia de sus talentos y literatura; pues en el año de 1741 fué elegido académico honorario de la Real Academia Española, el siguiente pasó á la clase de supernumerario, y un poco más adelante fué recibido en la de la Historia.

La precision de trabajar de contínuo en los asuntos á que con mucho ardor se dedicaban entónces ambas academias, y acaso la no infundada esperanza de que estos mismos trabajos literarios le abririan algun dia el camino á un establecimiento decente, le movieron á detenerse en Madrid, en su último viaje, por mucho más tiempo que en otros; y no le engañó su corazon, porque en el año de 1747, impensadamente, y sin haberlo pretendido, se halló nombrado para la secretaría de embajada de París, en ocasion de estar destinado por embajador á aquella córte el excelentísimo señor Duque de Huéscar, despues de Alba. Insinuaré de paso que, segun parece, no fué de mucha satisfaccion para los hermanos de DON IGNACIO este destino, particularmente para el conde don Antonio, que respondió á quien le dió la noticia, en términos que denotan no haberle creido correspondiente al cúmulo de circunstancias que concurrian en su hermano; pero éste, más bien enterado de la estimacion que logran en España y otros países tales empleos, le admitió gustoso, y pasó prontamente á la referida córte, donde residió con este carácter hasta Setiembre del año de 1749, en que, por haberse retirado á España el Embajador, se le dió el de encargado de negocios, que ejerció hasta que, nombrando el Rey nuevo embajador y secretario, se restituyó á España, por Mayo de 1750.

Sin embargo de las delicadas circunstancias en que se hallaban los negocios políticos entre aquella córte y la nuestra cuando se confirió á DON IGNACIO la secretaría, desempeñó las obligaciones de su empleo muy á satisfaccion de su majestad; y en prueba de ello, le confirió á su vuelta plaza del Consejo de Hacienda y de la Junta de Comercio, le hizo superintendente de la Real Casa de Moneda de Madrid, y poco despues tesorero de la Real Biblioteca.

Establecido ya con su familia de asiento en la córte, continuó sirviendo á su majestad en los referidos empleos, y trabajando en otros negocios y encargos secretos de la mayor importancia, que se le cometieron por los ministros, y especialmente por el señor don José de Carvajal, que no sólo tenía particular confianza en los talentos de DON IGNACIO, sino que le honraba con una íntima amistad. Esta misma le llevó á la academia *del Buen Gusto*, que tenía en su casa la excelentísima señora doña Josefa de Zúñiga y Castro, marquesa de Sarria, señora muy instruida y discreta; y con alusion á sus muchos viajes, tomó el nombre de *El Peregrino*, y compuso y leyó en ella várias poesías, que fueron recibidas con aplauso de los concurrentes.

El señor don Fernando VI determinó por entónces dar una insigne prueba de la proteccion con que queria honrar y fomentar á las tres nobles artes, elevando al título de Academia de San Fernando la junta preparatoria que para el cultivo de ellas habia establecido su augusto padre, y asistió DON IGNACIO como académico á la funcion de apertura, que se tuvo el año de 1752. En el mismo año acordó la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona admitirle por individuo suyo en la clase de honorario. Por último, en el año de 1754, parece que el Rey, persuadido á que nuestro DON IGNACIO era capaz de desempeñar cargos de mucha mayor entidad que los que ejercia, pensaba levantarle á uno de los primeros puestos del Estado; pues se sabe tuvo secreto aviso de un personaje que manejaba los principales negocios, de estar ya destinado para un grande empleo. Y á mi ver, á este aviso aluden sin duda unas expresiones vertidas en su elogio académico por el señor don Fernando de Magallon, que siendo sujeto de la mayor confianza de DON IGNACIO, pudo saber de su boca lo mismo que tambien han asegurado otras personas que tuvieron iguales motivos de estar bien informadas en el asunto. Pero la muerte le sorprendió aceleradamente, y ahogó al nacer las nuevas y agradables esperanzas de su familia; porque casi al mismo tiempo en que se le dió el aviso referido, cayó gravemente enfermo, y á los siete ú ocho dias, en el 19 de Mayo del mismo año de 1754, habiendo mostrado en toda su enfermedad, hasta el último instante de su vida, la mayor constancia, serenidad y resignacion, espiró, con mucho sentimiento de cuantos le conocieron y trataron. Se tiene entendido que áun el Rey, cuando le dieron la noticia de su muerte, manifestó con expresiones muy honoríficas la particular estimacion que habia hecho de DON IGNACIO; y en prueba de ella, nombró por su caballero-paje al hijo segundo, que es quien escribe estas Memorias. De allí á pocos dias concedió á la viuda una pension de nueve mil reales; y por muerte de ésta, acaecida año y medio despues de la de su marido, continuando su majestad sus piedades con la familia de DON IGNACIO, mandó repartir dicha pension entre sus tres hijos: dos mil y quinientos á cada uno de los dos varones; al primero, que servia en la marina, hasta que llegase á ser en propiedad capitan de fragata; y á mí, hasta que saliese de su real casa con el acomodo correspondiente; y los restantes cuatro mil á la hija, con calidad de vitalicios; circunstancias todas que denotan el superior concepto en que tenía su majestad á DON IGNACIO.

Fué este caballero tan amado y bienquisto en todas partes por sus prendas, como estimado por su literatura. Su bella índole, y la buena educacion moral que recibió desde sus primeros años, se correspondieron y ayudaron recíprocamente; y una sana filosofía, que fué el más precioso fruto de sus estudios, fortificó, arraigó y perfeccionó en su alma lo que la naturaleza y la enseñanza habian plantado en ella; de suerte que, áun en el ardor de la edad juvenil, jamas se le conoció vicio, ni otra pasion que la de estudiar y saber. Ni las várias fortunas de su vida, ni la infinita diversidad de costumbres y ejemplos, conversaciones y lecturas en los muchos países en que estuvo, jamas pudieron corromper su corazon, ni apartarle un punto de la práctica constante de todas las virtudes cristianas y políticas. Su ingenio era delicado, su imaginacion viva y áun fogosa, pero al mismo tiempo arreglada. Tenía memoria feliz y entendimiento claro, perspicaz, dilatado y capaz de comprender á un tiempo muchos y muy diversos asuntos, sin confundirlos. Estaba dotado naturalmente de juicio sólido y seguro, de gusto sano y de discernimiento fino; calidades que, perfeccionadas con la reflexion y el estudio, se advierten en todas sus obras. A estas prendas, tan apreciables y tan necesarias para estudiar con fruto y escribir con acierto, juntaba un ardiente amor al bien público, en especial de su patria, que fué siempre el principal objeto que se propuso en todo lo que escribió, como él mismo asegura en cierta obra de que luégo darémos noticia.

En prueba de su talento natural, no omitiré la noticia de que durante su estancia en Barcelona se dedicó á leer la *Historia de España* del padre Mariana, y que ántes de tener once años la sabía casi de memoria, y daba igualmente razon de la sagrada y de la mitología. Pero donde se ofrecen las pruebas más seguras de sus felices disposiciones naturales, es en los testimonios que recibió de sus maestros en los primeros estudios que hizo en Milan, que, como ya dije, lo fueron el padre Peroti, de latinidad, y el padre Cinnami, de retórica; quedando bien acreditada la justicia de las demostraciones que les mereció, con el juicio que de algunas poesías que compuso estando áun en el aula de retórica, hizo el padre Tomas Ceva, del mismo colegio, hombre de gusto muy delicado, gran filósofo y poeta. Estas poesías italianas y latinas existen todas ó la mayor parte en mi poder, y en ellas se ve confirmado lo que he dicho de su natural buen gusto; pues no teniendo, cuando las hizo, perfecta noticia de las reglas del arte, las observó como si las hubiera estudiado á fondo. Y esto mismo demuestra cuán conformes á la buena razon natural son las reglas fundamentales de la poesía. Así lo reconoció DON IGNACIO cuando despues leyó las obras del padre Le-Bossu y otras sobre la materia; y el haber hallado tan ajustadas las reglas de sus autores á las que su misma razon le habia dictado, fué, á mi ver, uno de los motivos más fuertes que tuvo para declararse celoso y constante defensor de esas mismas reglas.

En el corto tiempo que se detuvo en Nápoles, al paso para Palermo, entre otros libros filosóficos, leyó la lógica que comunmente llaman de Port-Royal, y la compendió en castellano con suma brevedad, claridad y exactitud. Estando ya en Palermo, y siendo de edad de veinte y dos años, poco más, á instancia de otro jóven amigo suyo, compuso un compendio de las cuatro principales partes de la filosofía: lógica, metafísica, física y moral; en el que se advierten dos circunstancias dignas de aprecio: una es la bella latinidad con que está escrito, y otra el haber omitido todo lo superfluo, sin que falte nada de lo esencial. Siguió en él comunmente las opiniones de Cartesio, aunque algunas veces le impugna; y áun sobre algunos puntos en que le siguió entónces, reflexionando algun tiempo despues, mudó de dictámen, y lo anotó así en el lugar correspondiente. Poco despues de haber formado este compendio ó tratado, escribió una epístola, dirigida al mismo jóven, con el título *De morte non metuenda*, en que se echa de ver bastante elegancia, erudicion y buena filosofía. Dirémos de paso que por entónces, y por encargo de una academia, de que era miembro en aquélla ciudad, compuso y leyó en junta pública un discurso en italiano, intitulado: *Rendimento de grazie à nostro Signor Gesù-Christo*, en que acredita estar bastante versado en la Sagrada Escritura y expositores. Defendió tambien en una carta española, con erudicion y solidez, á los filósofos modernos, en particular á Cartesio; y dió pruebas suficientes de sus progresos en el derecho civil y canónico, pues se halló capaz de escribir varios tratados sobre las materias de *dote*, de *substitutionibus*, *donationibus*, *et censibus*; y tambien compuso una especie de compendio de las instituciones, con notas, para las cuales le serviria de mucho auxilio el poder meditar originalmente los textos del código; pues al mismo tiempo que estudiaba jurisprudencia aprendió la lengua griega con la perfeccion que dije arriba, acreditándolo algunas poesías que compuso en este idioma, y las traducciones que hizo entónces de algunas odas

de Safo y de Anacreonte, y del idilio de Ero y Leandro de Museo, en octavas, que despues redujo á endechas de gusto muy delicado, y de los *Avisos* de Isócrates á Demónico.

Cuando DON IGNACIO se desocupó de los ejercicios facultativos, pensó en emplear á beneficio de la patria sus talentos y las muchas luces que habia adquirido en tanta diversidad de estudios. Para ejecutarlo mejor, le pareció preciso ponerse á aprender formalmente su nativo idioma, no sólo con el fin de saberle radicalmente, sino tambien porque, como habia salido de España en tan corta edad, habiendo ya muchos años que no tenía trato sino con extranjeros, y hallándose áun con poca proporcion de leer autores españoles, se explicaba en castellano con alguna dificultad é impropiedad, como él mismo confesó en carta escrita desde Palermo á otro paisano suyo. Por dicha acertaron á ir á Palermo algunos españoles eruditos, con quienes hizo amistad; y logrando por este medio todo lo que tanto deseaba, se dedicó al punto á trabajar en várias obras que hacia tiempo meditaba, pareciéndole podian ser muy útiles y áun precisas en España. Hablarémos ahora de dos únicamente. La primera consistia en extender en un tratado formal y metódico un pensamiento suyo original, y sin duda muy provechoso. Habia observado con grande atencion los muchos defectos en que ordinariamente caen los hombres en el modo de explicarse en las conversaciones de cualquier especie; é igualmente habia reflexionado sobre la necesidad en que se ven á las veces, no sólo los hombres de carácter y suposicion, sino todos en general, de hablar en público ó en particular con cierto género de órden y elocuencia, sin haber tenido tiempo de pensar lo que van á decir. Finalmente, habia advertido cuánto pierden de su estimacion, por esta falta, muchos que la merecen por otras prendas, y cómo dominan en todas las conversaciones, y arrastran á sí las voluntades los que saben hablar bien; y procurando indagar las causas de uno y otro, escribió esta obra, que intituló *Retórica de las conversaciones*, en la que propuso los medios que le parecian oportunos para evitar los defectos, y adquirir primor y pulidez en el hablar.

Lo segundo á que se dedicó al mismo tiempo, y con mayor teson, como cosa de más importancia, fué á juntar los materiales y echar los cimientos para el edificio de su *Poética*. A este fin iba estudiando á fondo las de Aristóteles y Horacio, en sus originales y en sus comentadores, y los mejores tratados que sobre esta materia se habian escrito. Leia con atencion los más famosos poetas, así españoles como forasteros, antiguos y modernos, apuntaba sus observaciones, extractaba sus obras, y hacia juicios críticos de todas ellas, así en general, como en particular, de los pasajes más célebres ó más notables. La mayor parte de estos trabajos existen en mi poder, y en todos manifiesta su buen gusto y fino discernimiento; y especialmente en los extractos que hizo de las *Lusiadas* de Camoens, y de la traduccion de Homero de madama Dacier, bien se puede asegurar que ya en aquella edad acertó á decir cuanto bueno han dicho despues sobre estas dos obras los mejores críticos, y áun algo más, fundándose en las mismas razones que ellos, y áun añadiendo otras mejores. No ménos inteligencia y gusto se advierte en la crítica que hizo del discurso que escribió sobre la égloga monsieur de Fontenelle, en que DON IGNACIO no se manifiesta muy inclinado á rendir adoraciones á aquel ídolo de los literatos franceses. En ella dirige todas sus líneas á probar que si desagradaron á Fontenelle varios pasajes de algunos bucólicos antiguos, fué por no tener idea justa de la naturaleza de la égloga, ni haberlos entendido bien; y así no pudo percibir en qué consiste su gracia y propiedad.

Por entónces no le fué posible llevar á la perfeccion que deseaba su obra principal; pero á últimos del año de 1728, presentó á la academia del canónigo Panto el resultado de todo su trabajo en seis discursos, que intituló: *Ragionamenti sopra la poesia*, que fueron la base principal de la *Poética* que más adelante publicó. Poco despues presentó á la misma academia un papel ingenioso, con el título de *Sogno d'il buon gusto*, en que hace una crítica recta y juiciosa de varios poetas y otros escritores. En medio de estas ocupaciones, no dejaba de componer poesías en varios idiomas, entre las cuales son notables dos en latin, una elegía á santa Rosalía, patrona de Palermo, con motivo del terremoto que sintió aquella ciudad en el año de 1726, y unos yambos en alabanza de su tio don José y de los otros dos inquisidores de Sicilia. Ambas composiciones son muy elegantes, especialmente la primera. Las italianas que hizo en la misma ciudad fueron muchas, y se publicaron las más en la coleccion que imprimió algunos años despues la academia de los Ereinos, que áun no se habia erigido cuando DON IGNACIO volvió á Nápoles.

En esta última ciudad continuó la lectura de varios poetas españoles, llevando adelante la idea de la *Poética*, sin dejar por eso de trabajar en otras obras. Allí compuso un tratado de ortografía

española, y despues, á instancia de una dama, tambien española, que deseaba entender el oficio parvo, que rezaba todos los dias, compuso una obrita intitulada: *Método breve para enseñar y aprender las lenguas;* por cuyo medio, en cuatro ó cinco meses logró la referida señora imponerse en el latin lo bastante para el fin que deseaba. Al gusto que le daban sus ocupaciones, se añadió el de contribuir á la buena educacion de un hijo del Conde, su hermano, para quien trabajó, en lengua italiana, un tratado completo de ética, con este título: *De' i principi della morale*, del que empezó á hacer una traduccion al castellano, que no acabó, segun parece.

En Nápoles compuso várias poesías italianas, entre las cuales merecen atencion un idilio á la Condesa Bagarotti, y una cancion en elogio del abate Pedro Metastasio, con quien tenía correspondencia. Ambas fueron muy estimadas y aplaudidas del mismo abate, y de los sujetos á quienes éste las leyó, como lo dice en su respuesta á la carta que DON IGNACIO le escribió remitiéndoselas, y lo confirma la que éste recibió de un caballero napolitano que se hallaba entónces en Viena. Tambien escribió algunas poesías españolas, y entre ellas me ha parecido tienen particular mérito dos canciones celebrando la conquista de Orán por el Conde de Montemar. El público puede haber hecho juicio de ellas, pues las ha visto impresas en el *Parnaso Español*. DON IGNACIO remitió estas dos canciones á un amigo suyo residente en Viena, que las mostró á varios españoles que á la sazon se hallaban en aquella córte, y las celebraron mucho, aunque al mismo tiempo no dejaron de hacer algunos reparos, que expuso el amigo en su respuesta; pero, segun parece de otra carta del mismo, la satisfaccion que dió DON IGNACIO fué tal, que no dejó lugar á réplica. En fin, poco ántes de salir de Nápoles, concluyó el plan que pensaba entónces seguir en su *Poética*, pero que varió despues en mucha parte.

Establecido en Zaragoza, luégo empezó á darse á conocer por su ingenio y erudicion. Allí escribió diversas poesías, y una de estas composiciones se imprimió en la misma ciudad el año de 1736, con el título de *Aplausos poéticos de* DON IGNACIO DE LUZAN *á las bodas de los excelentísimos señores doña Mariana Espínola y Silva y don Francisco Espínola, príncipe de Morfeta, dedicados á la excelentísima señora doña María Francisca de Moncayo, princesa del sacro romano imperio, marquesa de Coscojuela*. Son dos canciones, una en español y otra en italiano, tienen mérito seguramente, y lo reconocieron así cuantos las vieron. No parecerá fuera de propósito insinuar aquí que recien llegado á España, le cayó á las manos el nuevo Diccionario de la Academia Española, y como si previese ya que habia de ser con el tiempo individuo suyo, empezó á trabajar sobre él muchas anotaciones y adiciones importantes, de que usó, con utilidad de la Academia, despues que fué admitido en ella.

No habia perdido de vista DON IGNACIO la principal obra que traia ideada, y luégo que se vió establecido en Zaragoza, volvió á continuar su trabajo con empeño; de suerte que consiguió acabarla y publicarla en la referida ciudad, el año de 1737. Los diaristas de España (1) hicieron luégo extracto de ella, y la llenaron de elogios; pero tambien la pusieron algunos reparos, á que su autor satisfizo con modestia y solidez, en un discurso apologético que trabajó de acuerdo con su grande amigo don José Ignacio de Colmenares y Aramburu, oidor en la Cámara de Comptos del reino de Navarra, á quien le dedicó, y de quien son las eruditísimas notas que le acompañan, con el nombre de Enrico Pio Gilasecas Modenés, anagrama del suyo. Imprimió este discurso en Pamplona, en el año de 41, cuidando de su impresion y correccion el mismo señor Colmenares, encubriendo igualmente el nombre del autor bajo el de don Íñigo de Lanuza. Extractaron tambien y elogiaron dicha obra los diaristas de Trévoux, cerca de once años despues de publicada. Al tiempo mismo que daba la última mano á la *Poética*, no dejaba por eso de atender á otras obras, aunque no de tanto momento, pues por entónces tradujo en verso de romance la comedia del Marqués Maffei intitulada *Le Ceremonie*, que está en borrador, y no de última mano; y luégo, en el mismo género de verso, con la gracia y primor que se echan ménos en la antecedente, el *Artaserse*, ópera del Metastasio. Subsisten tambien de aquel tiempo fragmentos de un poema burlesco, muy gracioso, que empezó con el título de *La Giganteida*, en que, por el estilo que tiene, se conoce queria imitar el de Quevedo en las *Locuras de Orlando*, pero sólo en lo que merece ser imitado.

Luégo que DON IGNACIO se desembarazó de la impresion de su *Poética* y de su apología, se entregó á otros estudios más graves y útiles, empezando el borrador de una obra que intituló *Perspectiva política*, cuyos cuadernos ó pliegos remitia por el correo al mencionado ministro, para

(1) Alude al célebre *Diario de los literatos de España.*

que le dijese su dictámen; y con efecto, por su consejo, por el de otros sabios á quien la mostró más adelante, y por nuevas especies que vió y reflexiones que hizo, reformó en ella muchas cosas, y la concluyó, poniéndola en limpio. En esta obra se propuso significar el sistema de una sana política, en varios símbolos ó jeroglíficos. Me atrevo á decir, no sin fundamento, que esta es la mejor y más bien escrita de todas sus obras; y me persuado á que harian el mismo juicio todos los que la leyesen con conocimiento de la materia, y más sabiendo que mereció la aprobacion de los señores don José de Carvajal, duque de Alba, difunto, y don Benjamin Keene, embajador que fué de la Gran Bretaña en nuestra córte, amigo del SEÑOR LUZAN. Esta obra pudo ser una de las que más contribuyeron á su fortuna. En ella manifestó que su principal talento, y el que más le importaba cultivar, era el de que ménos caso habia hecho hasta entónces.

En el año siguiente de 1742, hallándose en la córte, y ya próximo á marchar á Aragon, le vino á las manos un tomo de las *Memorias de Trévoux*, correspondiente al mes de Marzo de aquel año, y en el artículo 22, página 474, de la traduccion de don José de Torres, tropezó con unas cláusulas, que le ofendieron en lo más vivo de su corazon, que era el amor de la patria, y le dieron motivo para escribir, apénas llegó á Zaragoza, una epístola latina, dirigida á los padres editores del referido diario. La envió á Madrid á algunos amigos, á quienes pareció bien, y determinaron imprimirla, como deseaba DON IGNACIO se hiciese; pero sobrevinieron tales estorbos, que, despues de un año, sólo pudo lograr se le restituyese el manuscrito, y el año de 1743 la hizo él mismo imprimir en Zaragoza, acompañada de otras dos cartas españolas, la primera de uno de aquellos amigos de Madrid, en que expresaba los motivos por que habian suspendido la impresion; y la segunda del mismo DON IGNACIO, en que procuró desvanecer todas las razones de la antecedente. No quiero graduar aquí el mérito de uno y otro escrito; pero diré como cierto que los padres de Trévoux, á cuyas manos, segun ellos dicen, no llegó esta obra hasta el Julio del año de 1747, dieron cuenta de ella con mucho elogio en el tomo correspondiente, y desde entónces mudaron enteramente de lenguaje en cuanto á la literatura española, y empezaron á extractar varios escritos de nuestros nacionales.

Hallándose DON IGNACIO en Monzon, el mismo año de 1742, compuso una comedia con el título de *La Virtud coronada*, para representarse en la casa de ayuntamiento, por várias damas y caballeros de la misma villa. En esta comedia, sin duda por condescender al gusto de los que habian de ejecutarla, no observó las reglas del arte con aquella exactitud que se debia esperar de quien las habia enseñado y defendido con tanta inteligencia y constancia. Sin embargo, tiene caractéres bien sostenidos, moralidad excelente, la trama y el enredo buenos, y la solucion bastante natural, aunque imitada, segun creo; la versificacion es flúida, fácil y libre de toda afectacion, y está bien guardado el decoro de las personas. Compuso tambien con el mismo objeto una loa ingeniosa, y despues otras várias poesías de algun mérito, entre las cuales parece la más apreciable una cancion de bello estilo, dirigida al señor don Manuel de Roda, sobre un cometa aparecido por entónces. Algun tiempo despues volvió á Madrid, y dedicado más que nunca á los trabajos académicos, escribió muchos discursos sobre todas las partes de la gramática, ortografía y demas objetos de la Academia Española, y para la de la Historia trabajó, entre otras cosas, dos disertaciones.

En la primera, que es *Sobre el orígen y patria de los godos*, dijo por incidencia una proposicion en que parecia dar por sentado haber sido Ataulfo el primer rey godo de España. Otro señor académico muy erudito presentó á la Academia una disertacion exponiendo las muchas dificultades que le ocurrian contra aquella proposicion. Entónces DON IGNACIO, por dos motivos tan urgentes como el de tener que dar su parecer por el oficio de censor de la Academia que ejercia, y el de ser el autor de aquel aserto, se vió en la precision de fundarle y rebatir las objeciones del otro académico. Este fué el asunto de la segunda, que tiene por título: *Disertacion en que se demuestra deberse contar á Ataulfo por primer rey godo de España*. La felicidad y el acierto con que desempeñó el asunto fueron tales, que desde entónces se mira este punto como una verdad clara é indubitable.

Por este tiempo don Lorenzo Santayana, oidor de Zaragoza, le remitió el original de la obra que escribió con el título de *Gobierno político de los pueblos de España*, manifestándole sus deseos de saber el juicio que formase de ella; lo que dió motivo á DON IGNACIO para responderle en una carta, donde, ademas de los grandes elogios que da á la obra, vierte multitud de noticias, que acreditan profunda erudicion en la materia. Por entónces se discurre fué cuando compuso un

papel bastante bueno sobre el catastro, y empezó á reformar en su *Poética* várias cosas, y añadir otras bastante esenciales, sin que dejase de continuar al mismo tiempo en el obsequio de las Musas, componiendo muchas poesías castellanas y latinas. Entre éstas merecen especial mencion unos *Epinicios al Delfin de Francia*, sobre la batalla de Fontenoy, ganada por los franceses el año de 1745, los que despues tradujo en tercetos; y unos elegiacos al señor don José del Campillo, sobre el recobro de su salud. Tradujo en diversos metros várias odas de Horacio y de Anacreonte, el salmo *Miserere*, el himno *Pange lingua*, y finalmente, con mucha elegancia y propiedad, en tercetos, la *Epístola de Medea á Jason*, de Ovidio.

El año de 1746, con motivo de la exaltacion del señor Fernando el Sexto al trono, ademas de dos sonetos impresos, aunque sin su nombre, compuso un poema con el título de *Juicio de Páris, renovado entre el Poder, el Ingenio y el Amor, en la entrada solemne que hizo en su imperial villa de Madrid, el dia 10 de Octubre de 1746, el Rey nuestro señor don Fernando el Sexto. Fábula épica de* DON IGNACIO DE LUZAN, *dedicada á la Reina nuestra señora doña María Bárbara de Portugal, por mano de la excelentísima señora Condesa de Lémos, su camarera mayor.* Está impresa en el *Parnaso Español.* En el año siguiente de 1747, por órden superior, y con tiempo muy limitado, hizo la traduccion de la ópera de Metastasio, intitulada *La clemenza di Tito*, que habia de representarse delante de sus majestades, en el carnaval del mismo año; y como era tan versado en la lengua italiana, y por otra parte tenía bien penetrado el espíritu del autor, le fué fácil trasladarle, aunque en breve término, á nuestro idioma y en buenos versos, notándose únicamente en ellos tal cual defecto ó incorreccion, disculpable en la precipitacion con que se hicieron. Últimamente, por encargo de un principal ministro, dió por escrito un dictámen sobre la colocacion de los collares del Toison y *Sancti Spiritus* en las armas reales; con lo que acabó de llenar la idea que el Ministerio habia formado de su capacidad. De allí á poco, como ya dije, se le destinó á la secretaría de embajada de París, donde prosiguió haciendo lo mismo que hasta entónces, en todo el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de su empleo. Allí compuso várias poesías en frances, italiano, español y latin. Entre ellas son notables unos dísticos latinos, elegantes y de mucha delicadeza, con este epígrafe: *De Ædibus marquionissæ Pompadeuri ad Fontemblavium*, y una epístola macarrónica, que cerca de un año despues de haber llegado á París, escribió á su grande amigo don Juan de Iriarte, en la que con chiste le da cuenta de várias cosas que habia visto en aquella córte, especialmente de la Real Biblioteca y del carácter del bibliotecario. Respondió el señor Iriarte, expresando el juicio que hacia de aquella composicion, en el siguiente dístico semimacarrónico:

Tam bona cum noris macarronica fingere, LUZAN,
Nœ tua Merlino plus quoque Musa sapit.

Los pensamientos y estilo, así de la epístola como de unas notas que la acompañan, son tales, que se puede inferir que DON IGNACIO, en medio de los más arduos negocios, conservaba aquel humor y despejo propios de un hombre enteramente desocupado. Luégo hizo una buena crítica de *Catilina*, célebre tragedia de Crébillon. Tambien empezó á escribir unas Memorias, en que pensaba hacer sincera relacion de los sucesos principales de aquel tiempo, y de las verdaderas causas de todos ellos, segun el conocimiento que logró por medio del manejo contínuo de los más secretos é importantes papeles, y de las negociaciones en que tenía tanta parte, juntando á la narracion las reflexiones y conjeturas que su experiencia y capacidad le sugerian. En esta obra se proponia dos objetos: el uno era poder tener siempre bien presentes todas estas noticias, para las ocasiones que se le pudiesen ofrecer en adelante, sin riesgo de que la variedad de otros negocios y de otras especies se las confundiesen ó se las borrasen de la memoria; y el otro, instruir á los jóvenes que entran en la carrera de la política. Tambien estando en París formó, por encargo de la Academia de la Historia, unas apuntaciones muy eruditas para la geografía de España, y poco ántes de salir de la misma córte, á imitacion de la obra que escribió el abate Girard, empezó á trabajar una sobre los sinónimos de nuestro idioma. Otras escribió en Francia, de más entidad y mérito que todas las que he referido; pero la calidad de los asuntos que en ellas trata, prohibe dar aquí noticia individual de ellas, como tambien omitiré la de una controversia literaria que tuvo con el señor Van-Hoeis, embajador de los Estados Generales en aquella córte.

En medio de estas ocupaciones, halló tiempo para buscar y juntar una porcion considerable de exquisitos libros, tratar y visitar con frecuencia á los principales sabios, é informarse menu-

damente de todo lo más importante y curioso de París, en especial de las ciencias y artes, y método de sus estudios y escuelas. Asistió á todo el curso de física experimental que explicaba el célebre abate Nollet; y si su vuelta á España se hubiera dilatado algo más, tenía ánimo de asistir tambien al de química y farmacia, que segun los principios de Becher, Boerhave y Sthal, abrió por entónces monsieur de la Planche.

No hacia todo esto por mera curiosidad, sino con el fin de apuntar sus observaciones, y recoger ideas y noticias, para producir despues obras útiles á su patria. Con efecto, restituido á España, volvió al instante á tomar la pluma para concluir las que traia ideadas ó empezadas, y para formar el plan de otras, que sus luces, celo y contínua aplicacion le sugerian. La primera que dió á la luz pública fué la que tiene por título *Memorias literarias de París*, que salió impresa en el mes de Abril de 1751. El objeto de esta obra, que está escrita con mucha erudicion y buena crítica, no fué otro que el de presentar á los ojos de los españoles, como en un lienzo, el estado de todo género de estudios en aquella córte, haciendo juicio exacto é imparcial de lo bueno y malo que habia advertido en ellos, para que sus compatriotas, estimulándose á abrazar lo uno, y sabiendo evitar lo otro, resucitasen la antigua gloria literaria de España.

Deseoso de contribuir por su parte, en cuanto le fuese posible, á tan digno objeto, y de aprovechar la ocasion que le ofrecian el celo y la amistad del señor don José de Carvajal, para promover pensamientos útiles al bien público, formó el plan de una academia general de Ciencias, Artes y Bellas Letras, que deseaba se fundase en Madrid, en el cual comprendió cuanto habia que prevenir en el asunto, como eran: los estatutos, número de académicos honorarios, numerarios, asociados y de otras clases; la renta que debia tener, y su distribucion; forma de la casa en que habian de ser las juntas; division de clases, y número de individuos que habia de tener cada una; y finalmente, lista de los sujetos que le parecian más á propósito para académicos, con expresion de la clase en que convendria poner á cada uno de ellos. No tuvo efecto esta idea; pero se puede asegurar dió motivo á otra muy plausible, aunque no tan vasta, que fué la de erigir solemnemente, como ya he dicho, en Academia Real, con el título de San Fernando, para el cultivo de las tres nobles artes, la junta preparatoria que existia, mandada formar por el señor don Felipe V, pues aunque DON IGNACIO no fué el único á sugerir este pensamiento, se distinguió en promoverle con el señor Carvajal. Siendo uno de los académicos de honor, recitó, el dia de la apertura, unas octavas alusivas al objeto; y el año siguiente, con motivo de la distribucion de los primeros premios, recitó tambien una cancion, un soneto italiano y un epigrama latino. Otro asunto no ménos importante excitó tambien su amor á la patria, y le movió á escribir un proyecto para precaver las carestías de trigo; el cual, si se llegase á poner en planta, sin más que alguna ligera variacion ó adicion, segun las circunstancias presentes, acaso produciria el efecto que deseaba su autor. En dicho año de 1751, con el fin de ir introduciendo el buen gusto en la dramática, dió á la prensa la traduccion de una comedia de monsieur Nivelle de la Chaussée, con el título de *La razon contra la moda*, que dedicó á la señora Marquesa de Sarria, en cuya academia la habia leido manuscrita, con mucho aplauso de los concurrentes. Los diaristas de Trévoux hablaron de esta traduccion con particular elogio.

Dedicóse luégo á dar la última mano á la correccion de su *Poética*. El trato contínuo que habia tenido en París, no sólo con los mejores poetas y con los eruditos más distinguidos de Francia, sino tambien con algunos de otras naciones, y al mismo tiempo la lectura de muchas obras que hasta entónces no habia podido tener á la mano, refinaron su buen gusto y dilataron sus luces, de suerte que juzgó necesario rever con cuidado la obra, reformar lo conveniente, y añadir lo que faltaba en ella. Los diaristas de Trévoux habian notado que, al parecer, el SEÑOR LUZAN no tenia noticia ó no apreciaba los poetas ingleses, pues no habló de ellos en su *Poética;* y esta fué una de las cosas que creyó necesario añadir, como lo hizo. Igualmente parece debió reconocer que la sátira es una especie de poesía que merece tratado aparte, como lo habian advertido los diaristas de España; pues con efecto le escribió, si no está equivocada la persona que me ha dado la noticia, refiriéndose á quien le aseguró haberle leido. Tambien añadió muchas cosas esenciales en la historia de la poesía vulgar; várias observaciones muy delicadas y nada comunes sobre algunas especies de metros castellanos, y sobre la mejor eleccion y más bella colocacion de los consonantes. Todas estas adiciones se conoce las trabajó de priesa, y que por lo mismo necesitaban aumento, más órden y más correccion, especialmente las que tocan á la historia de la poesía vulgar; pero le faltó el tiempo, no sólo para perfeccionar esto, sino para escribir otras que

tenía meramente apuntadas, y entre ellas un tratado del perfecto comediante, para añadir á la *Poética*, pareciéndole, con mucha razon, que el buen efecto de un drama depende en gran parte de su buena ejecucion. Sólo tenemos el plan y la distribucion de los capítulos, que seguramente abrazan todo lo necesario para conseguir la perfeccion en este arte. Es lástima que no pudiese poner en ejecucion una idea tan bella y tan útil y precisa, singularmente en España, donde los comediantes se forman sin estudio, y sólo por medio de una práctica harto defectuosa.

Entre las poesías que compuso por entónces, sobresalen, un poema jocoso, que intituló *La Gatomiomaquia*, escrito con gracia y pinceladas satíricas, alusivas al estilo de algunos predicadores que eran famosos en aquel tiempo; dos canciones, una á la primavera, y otra sobre su natural inclinacion á la poesía; una elegía latina al Conde de Perelada, cuando estaba para partir á Lisboa con el carácter de embajador, y un romance satírico, muy chistoso, con el título de *El Gacetero quejoso de su fortuna.*

El carácter que por lo general se advierte en las obras del SEÑOR LUZAN es un espíritu filosófico y metódico, con solidez y gusto, y un genio inclinado á profundizar y desentrañar las materias, tal vez con menudencia excesiva.

Algunos repararán, particularmente en la *Poética*, la frecuencia de citas y la copia de pasajes enteros de autores famosos; pero todo era preciso en aquel tiempo para entrar bien armado en la ardua empresa que tomó de hacer la guerra al mal gusto, y restablecer el bueno. Las que ahora son verdades llanas y corrientes, eran entónces opiniones extravagantes y nuevas, áun entre los que se preciaban de doctos. La razon sola debia bastar para el logro de su intento; pero conociendo que basta pocas veces, tuvo por preciso apoyarla con la autoridad; bien que si alguna vez las halló encontradas, procuró hacer patente la preferencia que se debia dar á aquella sobre ésta.

Su estilo prosaico es natural, sencillo, y en general corriente, aunque alguna vez se nota cierta sequedad é incorreccion. En sus poesías, en lo que permite la locucion poética, es semejante al de su prosa. En ellas hay más arte que númen, pero no le falta éste; aunque, á mi parecer, es más principalmente obra del arte lo primoroso y acabado de algunas de sus composiciones.

He dejado correr la pluma, sin poderlo remediar, más de lo que pensé al principio; porque tratándose de la vida de un hombre de talento, virtuoso, aplicado, laborioso, y no ménos digno de estimacion por sus prendas que por sus obras, por muy conciso que quisiera ser el historiador, y más siéndolo yo, es preciso tenga mucho que hablar. En fin, el juicio que á consecuencia de todo lo expresado deba formarse del mérito verdadero de DON IGNACIO DE LUZAN, se deja á los lectores discretos, sabios y desapasionados. Yo he cumplido por mi parte, del mejor modo que me ha sido posible, con el obsequio que debo á su memoria, y con el deseo de algunos amigos, en cuyo concepto merece aún mayores elogios.

II.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(Introduccion á la poesía castellana del siglo XVIII.)

El primer escritor que se presenta en el órden del tiempo, es DON IGNACIO DE LUZAN; no dejando de ser un fenómeno notable que el primer poeta de quien haya de hablarse sea tambien un maestro de poética. La suya, publicada en 1737, tiene el mérito de ser un libro muy bien hecho, y el mejor de los que en aquella época se publicaron. Sano y seguro en principios, oportuno y sobrio en erudicion y en doctrina, juicioso en el plan y claro en el estilo, presentaba unas dotes de seso, de arte y de buen gusto que no se reunian fácilmente en los talentos que á la sazon cultivaban las letras, unos depravados con el mal gusto que áun dominaba en la opinion vulgar, otros dados á un fárrago indigesto de noticias y discusiones, ya pueriles, ya importunas, y siempre fastidiosas. Notóse entónces que algunas cosas estaban ligeramente tratadas en este libro, y otras omitidas; notóse tambien la severidad excesiva con que eran juzgados algunos poetas espa-

ñoles, principalmente Góngora y Lope de Vega (1). El autor justificaria tal vez su rigor con la necesidad de oponerse á la licencia y abusos que la abundancia y abandono del uno y los delirios del otro, habian introducido en la poesía. Pero lo que, en mi opinion, desluce más esta obra, es la poca amenidad con que está escrita, y el poco interes que inspira. Al ver el tono seco y desabrido con que Luzan habla de una arte tan halagüeña y seductora, nadie le creyera penetrado de las bellezas del argumento que trata, ni ménos le tuviera por poeta. No es de extrañar, pues, que fuese poco leida entónces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto, ó más bien nulo. Las obras de crítica, en lo general, dirigen y no estimulan, enseñan y no inspiran; la *Poética* de Luzan, por el modo de su ejecucion, debia estar expuesta, más que otra alguna, á este efecto escaso y limitado; y útil á los maestros para enseñar, á los críticos para reprender, no podia servir mucho á los ingenios para producir.

A este fin era mejor el ejemplo, siempre más activo y poderoso que los preceptos: Luzan tiene la gloria de haberle dado tambien, y sus escritos poéticos, comparados con los versos desatinados que á la sazon se componian, tienen, por su invencion y disposicion, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente. Las dos canciones á la conquista y defensa de Orán, compuestas hácia los años de 1752, son dos exhalaciones hermosas en medio de una oscuridad muy profunda; y pocos ó ninguno estaban todavía en estado de igualarle, cuando veinte años despues hacia resonar estos acentos en la Academia de San Fernando:

Sólo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna.
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella,
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando más brama el aquilon y el noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer el plectro resonante,
Donde de vista la virtud se pierda,
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y más de estrago?

Parece que Luzan, en esta noble y grave poesía, daba el tono á su siglo, y señalaba al ingenio el rumbo que debia seguir para hacerse respetar. Pero sus versos, como los de casi todos los preceptistas, se recomiendan más por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginacion y la abundancia. Aun cuando tuvieran un carácter más ardiente y seductor, como no fueron muchos los que escribió, y esos inéditos en gran parte hasta mucho tiempo despues, resulta que no pudieron servir al público ni de estímulo ni de dechado. Para los pocos, sin embargo, que entónces cultivaban las musas, y eran todos ó amigos ó apreciadores de Luzan, no dejaron de concurrir á acreditar los principios de circunspeccion y de buen gusto que él observaba cuando escribia.

Puede contarse en este número á don Agustin Montiano, el cual corresponde más bien á la historia de la poesía dramática, por sus laudables esfuerzos para reformarla, y por sus tragedias, apreciadas mucho entónces, leidas despues muy poco, y creo que nunca representadas. A aquella época pertenecen tambien el supuesto Jorge Pitillas, escritor satírico, ingenio fuerte, despejado y agudo, de quien por desgracia no se conserva más que una composicion, publicada por primera vez, en 1741, en el *Diario de los literatos de España*, y reimpresa otras muchas despues; el Conde de Torrepalma, que en su imitacion ovidiana del *Deucalion*, hizo prueba de un eminente talento para versificar y describir; y en fin, don Josef Porcél, autor de unas églogas venatorias, aplaudidas mucho entónces, pero nunca publicadas (2).

(1) Puede verse en el tomo IV del *Diario de los literatos de España*, artículo 1.°, la crítica que aquellos juiciosos periodistas hicieron de la nueva *Poética;* la última parte del artículo es de don Juan de Iriarte, y es curioso en ella ver á un gramático tomar la defensa de Góngora contra un poeta.

(2) Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas para dar alguna idea de su mérito y su carácter, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas. Don Luis Velazquez, en sus *Orígenes de la poesía castellana*, hace

III.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(*Lecciones de filosofía, moral y elocuencia.*—Burdeos, 1819.)

Varios académicos imaginaron el proyecto de resucitar los buenos estudios de la sana literatura: escribió el apreciable LUZAN su *Poética*, en que corroboró los inconcusos preceptos de la antigüedad con ejemplos sacados de poetas españoles, y los partidarios del equívoco, que al culteranismo del siglo anterior habian sustituido Gerardo Lobo, la Monja de Méjico y un maestro Leon (1), que en nada se parece al maestro Leon coetáneo de Felipe II, se callaron, ó enmendados ó corregidos; siendo la publicacion de las poesías del cura de Fruime el postrer aliento de esta moribunda secta.

IV.

DE DON FERNANDO JOSÉ WOLF, SECRETARIO DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA.

(*Floresta de rimas modernas castellanas.*—París, 1837.)

Los primeros ensayos, aunque débiles y aislados, para introducir el gusto frances, los hicieron el Marqués de San Juan con su traduccion del *Cinna* de Corneille, que apareció en 1713, y Cañizares con su *Sacrificio de Ifigenia*. Mas estaba reservado el dar el primer paso decisivo en esta carrera á un poeta preceptista, que se habia formado en países extranjeros, y bebido la purísima agua del Parnaso frances á las orillas del Sena mismo. Este dogmatizador de la escuela galo-hispana fué DON IGNACIO DE LUZAN, que en su *Poética*, publicada por primera vez en 1737, trató de erigir un faro que, despues de tantas borrascas románticas, guiase sus compatriotas náufragos al seguro puerto del clasicismo.

De aquella *Poética*, harto conocida y decantada por los clasiquistas, baste decir que en cuanto á sus principios, es una mera copia de las de Aristóteles, Horacio y Boileau, escrita en un tono seco y desabrido (2). No es de extrañar, pues, que fuese poco leida entónces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó más bien nulo. Pero LUZAN no se contentó tan sólo con recomendar el nuevo gusto en sus preceptos, sino tambien con el medio más eficaz del ejemplo, en lo cual fué ayudado por algunos amigos suyos.

mencion de ellas dos veces, y siempre con particular estimacion; pero, como este escritor era demasiado indulgente en la aplicacion de la crítica á los casos particulares, no puede darse enteramente crédito á su recomendacion. Los *Orígenes* son un libro muy apreciable por su excelente plan y por las noticias que en él se encuentran, mas no por el gusto ni por el discernimiento crítico. (*Nota de Quintana.*)

(1) Este *maestro Leon*, que Marchena contrapone aquí á fray Luis de Leon, es el maestro don Manuel de Leon Marchante, que se hizo famoso en su tiempo por sus entremeses, jácaras, chambergas, relaciones de ciego, y otras poesías rastreras y conceptuosas.

Sorprende la ligereza con que el abate Marchena presenta aquí como de un mismo siglo los tres poetas que cita. Gerardo Lobo, mencionado el primero, nació un año ántes de la muerte de Leon Marchante. Este, como la Monja de Méjico, pertenece al siglo XVII; aquel al XVIII. (*Nota del Colector.*)

(2) Estas duras palabras con que Wolf califica el estilo de LUZAN, así como otras muchas del crítico aleman, están copiadas de Quintana, pero copiadas sin discernimiento. Quintana llama tambien *seco* y *desabrido* al *tono* de LUZAN; pero no aplica esta severa y, á juicio nuestro, injusta censura, al estilo general de la *Poética*, sino á la forma rígida con que habla *de una arte tan halagüeña y seductora* como la poesía. (*Nota del Colector.*)

V.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(*Manual de literatura.— Resúmen histórico.*— 1844.)

En aquel infeliz período (la primera mitad del siglo XVIII) se estableció la Academia Española, y no dejaron de hacer esfuerzos algunas personas distinguidas para resucitar nuestra muerta literatura, labrándose sordamente la revolucion que la habia de presentar bajo un aspecto nuevo, sujeta ya á los principios del clasicismo traido de allende los Pirineos. El primer síntoma que se advirtió de esta mudanza, fué la publicacion de la *Poética* de DON IGNACIO DE LUZAN, publicada en 1737; obra que al pronto no produjo sensacion alguna, pero que años despues llegó á ser el código literario de los mejores ingenios. Era esta *Poética* un libro compuesto con buen juicio y sana crítica, en que por primera vez en España se proclamaban los principios del buen gusto, aunque se deprimia quizá demasiado á algunos de nuestros poetas antiguos, entre ellos al inmortal Lope de Vega.

LUZAN dió, ademas, el ejemplo con algunas regulares poesías, aunque pocas, notándose entre ellas las odas sobre la toma y defensa de Orán. Tenía poco númen, y sus versos son correctos, pero faltos de animacion y de colorido poético; no obstante, podian considerarse como un prodigio en medio de los insulsos coplero que todavía abundaban, remedando las extravagancias de los pasados *cultos*.

VI.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana, en el siglo* XVIII.—Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid. — 1847.)

Antes, ó al lado de Feijóo, florecieron otros escritores de menor nota. Entónces hubo un DON IGNACIO DE LUZAN, á quien no puede dejar de nombrarse cuando se trata de nuestra historia literaria. Era LUZAN hombre entendido, escritor aventajado, pero, como suele decirse, usando de la comparacion trivial, aunque exacta, de la poesía con la pintura, falto de colorido; desmayado, sin bríos; hombre de conocimientos profundos, y que si no fué superior á su época, hizo más que lo que hacer suelen los hombres de todos los tiempos. Hubo de sentirse escandalizado al ver el estado en que se hallaba la literatura en nuestra patria, y aunque sabía algunas lenguas, y de las letras latinas tenía bastante conocimiento, hubo de dirigirse á Francia, como el país de donde venía entónces la luz que llamaba toda la atencion, y no permitia se llevasen los ojos á buscar guía en otra antorcha que la que resplandecia en la nacion vecina. Vió en aquella reinante la escuela clásica de Luis XIV; tambien habia estudiado la *Poética* de Aristóteles, con los comentarios que le habian puesto los escritores franceses; y tomando la teoría de un padre Le-Bossu, cuyo ensayo sobre el poema épico corria con mucha fama por aquellos dias, la puso en castellano, la exornó, la agregó á la de Aristóteles, y con sus preceptos dió á España un *Arte poética*, de que hasta entónces se carecia. Juzgó nuestro teatro, como parecia en otro tiempo, acertadamente, aunque, segun el dictámen de muchos críticos modernos, con algun desacierto. No fué, sin embargo, enemigo acérrimo de nuestro Calderon y demas autores dramáticos; pero al censurarlos, no supo darse razon de cuál era la clase de espíritu que animaba sus obras; no se cuidó de investigar cuál era el estado de la nacion en que escribian. La crítica de aquel tiempo, crítica en que sólo se miraba á la parte externa de los escritos, señalaba á éstos ciertas formas. LUZAN vió estas formas segun Aristóteles las bosqueja, segun las habian señalado con más vigor Horacio, y despues los críticos franceses; y pintado este cuadro, encontró que las obras de Calderon no se ajustaban perfectamente á aquel modelo, y las condenó. Por lo demas, hizo justicia

á nuestro gran dramático, celebró su fecunda imaginacion; pero, segun él, tenía el defecto de no haber observado las tres unidades de accion, lugar y tiempo; defecto que le encuentran tambien muchos críticos, de los cuales yo me aparto, venerándolos. Le encontró otros defectos mayores de lo que son en realidad, esto es, que tenía un estilo demasiado conceptuoso, y que se apartaba con frecuencia de la expresion verdadera de las pasiones, por usar el lenguaje del ingenio sutil, afeado ademas con la pedantería.

Don Ignacio de Luzan hizo un servicio y un daño á la literatura española. Los que dicen que hizo un servicio, y ésta ha sido una opinion que ha estado en boga durante largo tiempo, aciertan, porque, en verdad, él no destruyó nada bueno en nuestra patria. El gusto de nuestros escritores era pésimo: Luzan no quiso acudir sino á las fuentes en donde entónces se bebia: acudió, pues, á Francia, y restableció hasta cierto punto el buen gusto literario. Él mismo hizo justicia á la poesía sábia del siglo XVII; olvidó empero, y esto no se sabía entónces, que nuestra poesía tiene dos ramos: la poesía sábia, la poesía académica, que empezó, puede decirse, con Garcilaso, aunque ya se encuentra algo de ella en Juan de Mena, el Marqués de Santillana y otros autores más antiguos, y que en parte venía de la poesía italiana; y la poesía popular, la poesía del *Cancionero* (1), la de los romances del conde Cláros y del conde Dírlos; poesía de que Melendez y otros han hecho algunas imitaciones, á fines del siglo próximo pasado.

Asimismo no conoció nuestra literatura dramática nacida en España, y que era la verdadera hermana de nuestros romances; literatura que los italianos no habian conocido en sus tragedias; porque, aunque la comedia italiana tiene, de la escuela de Plauto y Terencio, composiciones de bastante mérito, pues en Plauto reluce particularmente la fuerza cómica, que el mismo Molière ha imitado muchas veces, algunas la ha igualado, y otras se ha quedado corto, y Terencio se recomienda por la intensidad de sus afectos, por la elegante sencillez de su lenguaje, y por ser el autor de quien se han tomado más sentencias: *Homo sum, humani nihil à me alienum puto.—Nam id arbitror adprime in vita esse utile, ut ne quid nimis;* y otras; á pesar de esto, áun la comedia latina, y más todavía la italiana, carecian de cierta fuerza; así que, ni las comedias de Maquiavelo ni las de Ariosto habian dado alma á la escena cómica. De las tragedias italianas antiguas nada se diga, valiendo poco todas ellas, áun la de Torcuato Tasso. Entónces apareció en España Lope de Vega; pero ántes los cómicos españoles habian dado alguna muestra de ciertas dotes, que habian de dar lustre á nuestra escena, y de los defectos que la deslustran. Luzan no conoció esto, ni el mérito, ó por mejor decir, ni la índole de los romances y de nuestro teatro; habló de la poesía española como poesía buena, pero imitadora, la cual algunas veces imitando se remonta mucho, y entónces es digna de admiracion; pero en donde, segun él, no hay nada original, no pudiendo por lo mismo ménos de desmerecer al lado de su hermana mayor, la hermosa poesía italiana.

Estos fueron los yerros de Luzan; pero los que dicen que erró completamente, y que desacreditó nuestra literatura, no se hacen cargo de que la literatura estaba en descrédito en aquel tiempo, de que estaba casi enteramente olvidada. No desacreditó la literatura antigua; no habló de la poesía académica, censurándola; dijo poco de la dramática; desaprobó en ella algunas cosas sin razon, pero no acabó con la literatura buena, sino con la mala que habia en su tiempo. Es verdad que siguiendo con demasiado rigor á Aristóteles y al clasicismo frances, pretendió hacer un marco dentro del cual se encajonasen, por decirlo así, todas las obras del ingenio; que siguiendo reglas demasiado severas, no conoció que los diferentes tiempos requieren diferentes especies de composiciones; que la diversidad de pueblos y de gobiernos hace variar el juicio que se forma de los cantos, y el espíritu que á éstos debe animar, y por eso es digno de censura á veces, aunque no por haber sido de la edad en que vivia.

Luzan fué asimismo poeta, y como á tal no debe dársele elogio alguno. Es verdad que no incurrió en las faltas en que cayeron los de su tiempo y del inmediatamente anterior; es verdad que no dió en las extravagancias mismas que procuró desterrar; que miró con horror los retumbantes metros de Ocejo (2), el *Polifemo* y las *Soledades* de Góngora; por consiguiente, fué muy dete-

(1) Aquí confunde Galiano, al parecer, la poesía erudita de los *Cancioneros* con la popular de los *Romanceros*. (*Nota del Colector.*)

(2) Alude Galiano á *El Sol de los anacoretas* (san Antonio Abad), poema en octavas, de don Pedro Nolasco Ocejo, que Jorge Pitillas ridiculizó con singular donaire en el *Diario de los literatos*.

(*Nota del Colector.*)

nidamente haciendo versos de once sílabas en lenguaje correcto y esmerado; imitó á los demas poetas en aquello de invocar á las Musas y demas temas comunes en que durante mucho tiempo ha consistido nuestra poesía, y que todavía sienten algunos no ver reproducidos, lamentándose de que hayan caido en desuso las imágenes que admiraban á los poetas de nuestros primeros años. Su *Oda á las artes* y *La conquista de Orán* son producciones que adolecen de los mismos defectos de frialdad elegante y contínua imitacion ajustada, ó reproduccion de pensamientos ajenos y corrientes.

MAS NOTICIAS SOBRE DON IGNACIO LUZAN Y LOS LITERATOS DE SU TIEMPO.

Cuando el erudito don Juan Agustin de Ccan Bermudez escribió la biografía de don Eugenio Llaguno, lo hizo con datos de las respuestas dadas á un interrogatorio, entre cuyas preguntas figuraban las siguientes: «¿Quiénes eran los concurrentes á la Academia del Buen Gusto, congregada en casa de la marquesa de Sarria?—¿Quiénes los que sucesivamente fueron concurriendo á la tertulia de Monitano?—Si don Juan de Iriarte, don Blas Nasarre, don Ignacio Hermosilla eran montianistas, y si el señor Campománes alcanzó estas juntas y concurrió á ellas.—Si entre la tertulia nocturna de Montiano y la vespertina del padre Sarmiento habia alguna relacion conocida, ó se componia de unos mismos sujetos.»—Muy en su lugar se hallaban todas estas preguntas, como que don Eugenio de Llaguno y Amírola habia sido paje de bolsa de don Agustin de Montiano y Luyando. Ahora va á dejar de seguir inédito lo que don Bernardo Iriarte contestó así á esta parte del interrogatorio: «Bernardo Iriarte tenía muy corta edad cuando algunos literatos y sujetos de várias clases concurrian en casa del Marqués de Sarria, hermano del primer secretario de Estado y del Despacho don José de Carvajal y Lancáster, para que pueda designar quiénes eran, y ménos calificar su mérito.—La tertulia de Sarria pudo ser abuela, mas no madre de la tertulia de Montiano. Se ignora si tuvieron algun parentesco ó conexion, ni si la de Montiano descendió de la del Marqués de Sarria.—Consta, sí, á Bernardo Iriarte que en casa de don Blas Antonio Nasarre, bibliotecario del Rey, se juntaban por las noches (don Juan de Iriarte no asistia, porque todas las pasaba, como las demas horas del dia, estudiando y trabajando, y obligando á su sobrino Bernardo á hacer lo mismo) varios literatos, y entre ellos DON IGNACIO LUZAN, y á veces don Agustin de Montiano y Luyando, algunos individuos de la Biblioteca y otras personas. —Luégo que falleció Nasarre, atrajo Montiano á su posada muchos de los asistentes á la tertulia de aquél. Progresivamente se fueron agregando varios eruditos y sujetos de buen gusto, ya de los avecindados en Madrid, ya de los que venian de las provincias del reino y hasta de América. Así llegó á ser bastante numerosa, y á veces tanto, que los literatos se disgustaban, porque, habiendo logrado, despues de muchas instancias, la mujer de Montiano, doña Josefa Manrique (habia sido camarista de la reina Farnesio), y su sobrina, doña Margarita, ser admitidas en la sala de la tertulia, acudieron á ella gentes indoctas, que incomodaban á la docta, y fué preciso, para desahogo de ésta y pasto del alma y cuerpo de aquellas, poner una mesa de biribís, donde tuviesen digna ocupacion, formando así ancho aparte los literatos.—De esta última clase, eran tertulianos constantes DON IGNACIO DE LUZAN, don Juan Iriarte, que ya salia por las noches, para descansar de su tarea diaria y distraerse; don Ignacio de Hermosilla y Sandoval, don Antonio Pison, lector de la princesa de Astúrias, hoy reina; don Luis Velazquez, marqués de Valdeflores; don Felipe de Castro, célebre escultor gallego. Campomanes concurrió pocas veces á la tertulia, á los principios, y despues no.—Bernardo Iriarte llegó á asistir tambien; don Eugenio de Llaguno, que era inmediato y perenne asistente, como que vivia en la propia casa de Montiano, llevó una noche al mismo Bernardo Iriarte á la tertulia, contra la voluntad de su tio, que preferia se entretuviese en casa, estudiando el sobrino; más hubo de ceder, y ya le llevaba en su compañía, mirando como equivalente de las tareas nocturnas en que le ocupaba, la amena, variada é indirecta instruccion que adquiriria oyendo las condenaciones, discursos y lecturas de los doctos é ingeniosos asistentes á la tertulia de Montiano. Los dias de fiesta llevaba el tio don Juan al otro sobrino Domingo, niño todavía, para que aprovechase algo allí y no hiciese travesuras en casa.—Ninguna relacion habia entre la tertulia de Montiano y la sociedad ó concurrencia de la celda del

padre fray Martin Sarmiento por las mañanas y tardes. Don Juan de Iriarte iba á ver al padre Sarmiento todos los domingos despues de misa, y llevaba á su sobrino Bernardo. Eran pocos los concurrentes, y entre ellos habia académicos.—Don Blas Nasarre no pudo asistir á la tertulia de Montiano, pues ésta, segun va dicho, no tuvo principio ni existió hasta despues del fallecimiento del mismo Nasarre.»

No hay mejor edicion de la *Poética* de Luzan que la hecha en dos tomos, el año de 1789, por Sancha, pues en ella intercaló don Eugenio Llaguno todas las adiciones y enmiendas del mismo don Ignacio, á quien habia tratado en la juventud, y cuyos consejos le fueron muy útiles en el resto de su vida.

POESÍAS.

JUICIO DE PÁRIS,

RENOVADO

ENTRE EL PODER, EL INGENIO Y EL AMOR (1).

FÁBULA ÉPICA.

En la entrada pública hecha por el señor don Fernando VI en Madrid, á 10 de Octubre de 1746.

No la ira del hijo de Peleo,
Ni los viajes del sabio Ulíses canto,
Ni el héroe que de Troya y fuego aqueo
Trajo á la Italia el gran cantor de Manto,
Ni al que de ilustre pluma ha sido empleo,
Gloria de Portugal, del moro espanto,
Ni las piadosas armas en Suría,
Ni hazañas de valor y cortesía.
Más dulce inspiracion, furor más blando
Á pacífico asunto el pecho inflama;
El triunfo cantaré con que Fernando
Entró en su leal villa, que le aclama;
Diré cómo en su obsequio disputando,
Poder, Ingenio, Amor ganaron fama
De su gran córte en el teatro augusto,
Y que en fin venció Amor, como era justo.
Bajad de vuestro monte á darme aliento,
Musas, que á todas nueve hoy os imploro:
Unas me templaréis para el intento
La dulce lira y el clarin sonoro;
Otras haréis que en delicado acento
Mi voz iguale á vuestro amable coro,
Para cantar del gran monarca glorias,
Esmeros de Madrid, de Amor victorias.
Y tú, María Bárbara, heroína
Por quien Iberia aspira á ser dichosa,
Dígnate de ilustrar con tu divina
Musa lo que la mia emprender osa;
Á perdonar la majestad inclina;
Que tu piedad merece generosa
Quien de tu esposo Rey, con alta idea,
Decir presume y acertar desea.
Quizá despues, si se permite un dia
Á humana voz asunto más que humano,
Alentada á tu sombra mi Talía,
Resonará tu nombre soberano,
Haciendo que obsequiosos á porfía,
En ecos le repitan monte y llano;
Que oigas en tanto humilde te suplico
Versos que respetoso á tí dedico.
En la estacion que el hijo de Latona
Por el signo de Libra el curso extiende,
Cuando el otoño fértil se corona
De hermosa fruta, que en el árbol pende,
Y en los dones de Baco y de Pomona
El hacendoso agricultor entiende,
Mirando alegre que ya premia el cielo
Su trabajosa vida y su desvelo;
Cerca de Manzanares, recostado
Á la sombra de un álamo coposo,
Miéntras mi ganadillo al verde prado
La yerba repastaba presuroso,
Por conceder al cuerpo fatigado,
Miéntras más hiere el sol, dulce reposo,
De la mansa corriente al blando ruido,
Suspendido quedé, si no dormido.
Entónces reparé que sus cristales
El rio por el medio dividia,
Y de su centro, hermosas, celestiales,
Agiles ninfas vi que producia;
De perlas y finísimos corales
Rico adorno cada una en sí traia;
Un anciano despues con urna al lado
Apareció, de juncia coronado.
Cual fabulosa antigüedad pintaba
Al padre Tibre ó al dardano Janto,
Cuando sobre las ondas se asomaba
A oir de algun mortal queja ó quebranto,
O como al dios Neptuno figuraba
Musa gentil en su fingido canto,
Cuando iba por el mar con Deyopea,
Cimodoce, Nerine y Galatea;
Tal Manzanares á mi vista ofrece
Espectáculo nuevo y agradable;
Crece mi suspension, mi pasmo crece,
Al ver que aquel anciano venerable
Conmigo desde el agua á hablar empiece
Con apacible voz y rostro afable.
Fielmente su discurso, no prolijo,
Conserva la memoria; así me dijo:
«Extranjero pastor, que en mi ribera
Buscas tranquilidad á tus fatigas,
Vite otra vez, no es ésta la primera,
Y sé tu nombre ya, sin que lo digas;
Las bellas ninfas de esta undosa esfera

(1) Para muestra del estado de nuestra poesía en el presente siglo (XVIII), publicamos esta pieza, que existia inédita con todas las demas de su erudito autor. El asunto está concebido con majestad y elevacion; la idea es muy ingeniosa y muy poética, y se halla felizmente establecida y desempeñada, singularmente en la conclusion y triunfo del *Amor* contra el *Ingenio* y el *Poder*, que es excelente; la erudicion es acendrada y exquisita, aunque no siempre se podrá reputar por oportuna; la versificacion es muy propia, y manifiesta el carácter de este poeta, en cuyas composiciones, por lo general, luce más el arte que la naturaleza. De esto nace que á sus versos les falte todavía algo de aquel espíritu, llenura, copia, facilidad y soltura que admiramos en los poetas del siglo de oro; prueba evidente del estrago que han hecho en nuestra poesía tantos años de corrupcion y decadencia, pues áun no han podido acabar de restablecer su robustez y antigua lozanía los más clásicos artífices de nuestro tiempo. Sin embargo, se ofrece al público esta ingeniosa composicion, no tan sólo por el gran crédito de su autor, como por sobresaliente entre cuantas hemos visto y leido sobre semejantes asuntos.
(Nota de Lopez de Sedano en su *Parnaso español.*)

Únicas son de tu zampoña amigas;
Zampoña y voz ántes de ahora oyeron,
Antes tambien á entrambas aplaudieron.
»Si tanto pudo tu infelice estrella,
Que por otras tu voz no fué atendida,
Bástete que conmigo tu querella
Tuvo suerte mejor, fué bien oida.
Premiar, agradecer, propio es de aquella
Piedad que en inmortal pecho se anida;
Por eso una ardua empresa te confio;
No temas, yo deidad soy de este rio.
»De tres émulos genios juez severo,
En disputas de gloria codiciosas,
Poder, Ingenio, Amor, que seas quiero,
Y juzgues sus contiendas generosas.
Recto el juicio ha de ser, el juez entero
Dádivas no recibe cautelosas;
Atiende á la verdad y á la justicia,
No la pasion te ciegue ó la codicia.
»No será nuevo que un pastor decida
Entre deidades grave competencia;
Páris troyano, allá en los valles de Ida,
Dió en la famosa lid fatal sentencia,
Y con áurea manzana apetecida
A Vénus concedió la preferencia;
Tú tambien, de los tres al que venciere
Esta palma has de dar, sea el que fuere.»
Dijo, entregando la triunfante rama,
De vitoriosas diestras honradora;
Luégo á su habitacion de ovas y lama
Sumióse entre las ondas, donde mora.
Nuevo prodigio, ya previsto, llama
Mi atencion, admirada en lo que explora:
Tres gallardos mancebos de improviso
En mi presencia aparecer diviso.
De los tres, el más alto y más robusto
De brillante diadema orna la frente,
Respeto inspira su semblante augusto,
Admiracion su traje refulgente.
Cuanto pesca en Ceilan el indio adusto,
Cuanto cria sin precio el rico Oriente,
Matiza, con primor nunca imitado,
El manto, el tonelete y el calzado.
El Ingenio el segundo (ya el primero
Que era el Poder estaba conocido),
Galan, fuerte, vivaz, pronto, ligero,
Pero casi desnudo ó mal vestido;
Alas tiene, con ellas altanero
Tal vez subir al cielo ha presumido;
Dos grillos á los piés duros le oprimen,
Que pobreza y desgracia al vivo exprimen.
El tercero un rapaz, que respiraba,
Al acercarse á mí, suave fuego,
Por las señas de arpon, arco y aljaba,
Que era el rapaz Amor conocí luégo;
No, cual en tiempo antiguo, se mostraba
Temible á hombres y dioses, aunque ciego;
Este sin venda en la halagüeña vista
Corazones cautiva, almas conquista.
Aunque tan desigual á mí se mide,
El primero el Poder á hablarme empieza,
Que cuando ha menester, anhela ó pide,
Sabe humillar con todos su grandeza;
La séria gravedad de sí despide,
Transformando en halago la entereza.
Tal César busca para el arduo empeño
De Amíclas á la puerta humilde leño.
«Noble pastor (así empezó alabando),
Sin duda al cielo tienes muy propicio,
Pues competencias de uno y otro bando
De tu capacidad remite al jüicio;
En la entrada feliz del gran Fernando
Cada uno de los tres cumplió su oficio;
No niego esta verdad, pero ¿quién puede
Disputar con quien tanto en todo excede?
»Mas, porque veas que á tu juicio dejo
Libre para que juzgue lo que sienta,
Y que de la justicia el puro espejo
Nunca mi autoridad manchar intenta,
Sirviendo á la razon sólo en bosquejo,
Te daré de gran suma breve cuenta,
Y en pocos rasgos te diré la mucha
Soberbia pompa de la fiesta; escucha:
»Con sombras salió el sol, haciendo alarde
De ceder á otra luz por la mañana;
Pero otro nuevo sol (que el cielo guarde
Sin ver ocaso hasta la edad más cana)
Ilustró el Oriente por la tarde,
Y á su lado la aurora lusitana;
Y así, con duplicados arreboles,
Vió aquel dia dos albas y dos soles.
»Ceda el Oriente á la felice puerta
Por donde éste salió desde su cielo,
Dando en sus luces esperanza cierta
De serena bonanza al patrio suelo;
Ocho caballos, cuya piel incierta
En tigres los disfraza con anhelo,
Tiraban la carroza coronada,
Llena de majestad, de oro cuajada.
»No extrañes que en silencio á tantos pase,
Que seguian al Rey, ó precedian;
Primero, si uno á uno los nombrase,
El dia y áun la voz me faltarian;
Ni es dable que ésta á referir bastase
El lustre, el esplendor con que lucian
Ramas (en la nobleza y en la tropa)
A cuyos troncos obedece Europa.
»De tan lucido séquito servidos,
Los Reyes al antiguo templo fueron
De la Almudena; allí, reconocidos,
A Dios y á su gran Madre gracias dieron;
Luégo entre mil aplausos repetidos
Por las dispuestas vallas se volvieron,
Viendo ya iluminado el ancho giro
De la gran plaza y calles, al Retiro.
»Por toda esta carrera arcos triunfales
En várias partes mi atencion dispuso,
De tanta magnitud y pompa, cuales
Ni á sus triunfales héroes Roma puso;
Allí de preciosísimos metales
Hizo pródigamente en todos uso,
Y por las calles paralela valla
Distingue el paso y forma su muralla.
»Las paredes allí se disfrazaron,
Vistiendo el mármol delicada seda
Y paños, en que belgas se esmeraron
Con arte tal, que á la pintura exceda;
El lucimiento con que se emularon
Nobles fieles vasallos, no hay quien pueda
Dignamente decir, sin que sea agravio
De su primor el no elegante labio.
»Del Monarca en obsequio hasta las fuentes
Su desnudez en nuevo traje mudan,
Adornadas por mí con eminentes
Máquinas, en que mil obreros sudan;
Luégo con mucha luz resplandecientes,
Murmurando entre sí, confusas dudan
Qué novedad contra su sér se fragua,
O si quieren que abrase y arda el agua.
»En la Plaza Mayor (la fuerza mia
Aquí supo ostentar adónde llega),
A pesar de la noche, el claro dia
Continuado, á su horror la entrada niega;
Y en mil cristales, en que resurtia
Multiplicada luz, admira y ciega;
Quejáronse las sombras asustadas,
De sus mismos dominios desterradas.
»En el siguiente el júbilo festivo
Prorumpe en diversion, alegre risa,
Monstruos y fieras imitando al vivo,
Y trajes con ridícula divisa;
Reina el placer en todos expresivo,
Y cuando ya es la luz sombra indecisa,
Con hachas la jovial tropa discurre,
A verla el pueblo de tropel concurre.
»En la tercera noche el aire aclara
Máquina artificial desde la tierra,
Y como si á sus hijos emulára,
Hace á los cielos inocente guerra:
Contra la azul region, miéntras dispara
Todo el incendio que en su seno encierra,
Con las continuas llamas que vomita,
Naval combate y ciudad fuerte imita.
»Medio desnuda el alba, en el postrero

Dia, desde el Oriente se apresura,
Por ver el espectáculo guerrero,
Donde el genio español su brío apura.
Del olímpico estadio el lisonjero
Aplauso general en vano dura;
Calle Aténas sus grandes juegos cuatro,
Y Roma su famoso anfiteatro.
»La gala, bizarría y gentileza
De los cuatro campeones animosos,
Su valor, su ardimiento, su destreza
En los casos y empeños peligrosos;
La ciega furia y natural fiereza
De los heridos toros recelosos,
Pintar no es dable, que el pincel se asusta
Con los mismos peligros de que gusta.
»Despues de tan magnífico aparato,
¿Quién se me atreve á disputar la gloria?
Es agravio á mi altivo genio innato
Solamente el dudar de la victoria.
¿Qué pudieran hacer, que fuese grato
Obsequio y digno de inmortal memoria,
En corto plazo, un niño y un desnudo,
Cuando todo mi esfuerzo apénas pudo?
»Si gloriosa ambicion tu pecho mueve,
Y mejorar deseas de fortuna;
Si del oro la sed acaso debe
A tus deseos atencion alguna,
Yo haré, pastor, que tu experiencia pruebe
Juntas muchas fortunas sólo en una;
Pide á tu arbitrio, mi poder ofrezco;
Pero la palma solo yo merezco.»
Calló el Poder, mostrando en el semblante
De enojo y de pesar no leve indicio,
Como que era agraviarle si un instante
A su favor se dilataba el jüicio.
Siguió el Ingenio vivo, penetrante,
Hecho de la elocuencia al ejercicio;
Y al empezar á defender su causa,
Hizo, mirando en torno, breve pausa.
Cual músico de Italia primoroso,
Antes de comenzar aria canora
Del Sasone, del Vinci ó del famoso
Escarlati, la voz primero explora,
Y en bajo són lo más dificultoso
Del no visto papel lee y decora,
Despues todo el raudal del dulce canto
Suelta á ser del oido amable encanto;
Así con arte, á la prudencia junto,
El Ingenio, algun tanto suspendido,
Veloz recorre ya uno, ya otro punto,
De elegante discurso prevenido;
Al fin empieza el meditado asunto,
Abriendo el dulce labio detenido,
Por donde un rio de elocuencia sale,
Que más que el mismo vencimiento vale.
«Si alguna vez pude llamarme (dice)
Venturoso, á mi ver, sin duda es ésta;
Antes el gusto ajeno satisface,
Sólo al mio mi lengua ahora se presta;
Todo concurre á hacerme aquí felice:
El mismo heroico asunto, y la propuesta
Palma, y el juez, cuyo inocente seno
De codicia y pasion contemplo ajeno.
»¿En qué mejor empeño sus primores
Mi misma habilidad emplear quiere,
Sino en probar que á sus competidores
En los obsequios de su Rey prefiere?
El noble ramo, honor de vencedores,
Estimaré, si mi valor le adquiere,
Sólo por este fin, con esta idea
De que mi obsequio superior se vea.
»Ni este blason podrá negarme alguno,
Sea el Amor, sea el Poder; los corazones
Encender, alentarlos pudo el uno,
Y el otro de Pluton verter los dones;
Ineficaz por sí, bien que oportuno
Medio uno y otro en tales ocasiones,
Si el Ingenio esos medios no dirige,
Ordena, perfecciona, une y corrige.
»Erigió excelsas máquinas costosas,
Fué pródigo el Poder de su tesoro,
No lo niego; alzó vallas primorosas,
Hizo la misma copia vil el oro,
No lo niego; excedió las más famosas
Fiestas de que hay memoria, no lo ignoro,
No lo niego; mas, dado que agotára
Su caudal, ¿sin el mio qué lográra?
»La proporcion, el método y el arte,
La simetría, el gusto, la belleza,
El haber superado en cada parte
A la rica materia la destreza;
El órden con que todo se reparte,
La novedad de ideas, la fineza,
La variedad, ¿debióse en algun modo
Al Amor ó al Poder? ¿No es mio todo?
»En vano entrambos sin razon pretenden
Disputarme la palma, á que se oponen;
Por vanidad ó por pasion no entienden
Las causas de lo mismo que suponen;
A la razon, á la justicia ofenden,
Cuando al Ingenio osados se anteponen,
Como ya de otros miembros la insolencia
Le negó á la cabeza la obediencia.
»En esta grande fábrica divina,
De su mismo Hacedor segun decreto,
El inmortal espíritu domina,
Lo corpóreo y mortal está sujeto;
Padece el uno lamentable ruina,
El otro eterno aspira á eterno objeto;
Y sus obras, si al mio se atribuyen,
A eternizar su nombre contribuyen.
»Así los dones que ofrecerte intenta
Mi justo empeño, á los demas exceden;
Mal con una pasion siempre violenta,
Mal con el oro compararse pueden.
Si crees á mi voz, de engaño exenta,
Diles que allá con lo que dan se queden;
Yo que seas feliz sólo pretendo,
Las causas de las cosas conociendo.
»Por mí de la virtud la excelsa cumbre
Pisarás fuera del vulgar abismo;
Heroico, imperturbable por costumbre,
Renovarás antiguo estoïcismo;
Siguiendo entónces la celeste lumbre,
Lograrás el imperio de tí mismo
Con mejor cetro que el que ya ganaron
Los que grandes ciudades conquistaron.
»Laurel febeo adornará tus sienes,
Como sigas mi voz, guía y maestra,
Atesorando no caducos bienes
De la docta Minerva en la palestra.
Haré yo que al materno, que ya tienes,
Pueda añadir por mí tu lengua diestra
El italo, el frances, el griego idioma,
Y el puro y terso de la antigua Roma.
»Por mí en tus labios, de dulzura llenos,
Tendrá su trono la divina Suada,
Y vencerá los ánimos ajenos,
Mezclando lo que instruye á lo que agrada.
Por mí del sacro Pindo en los amenos
Bosques resonará tu bien templada
Lira, de cuyo són pagado Apolo,
Pensará colocarla junto al Polo.
»Con mi favor entenderás profundo
De la naturaleza altos arcanos;
Cómo de huevos, en sazon fecundos,
Nazca todo viviente (áun los humanos);
Y cómo dentro de uno otros segundos
Incluyeron de Dios próvidas manos,
Para que de una en otra maravilla
Mil semillas encierre una semilla.
»Cómo de movimiento y de figura
Diversa todo cuerpo se fabrica,
Mostrando en su admirable arquitectura
Que es inmenso el saber que le edifica;
En amistad, que con la vida dura,
Una alma el cuerpo humano vivifica,
Que piensa, que discurre, ama, desea;
En vano inquirirás lo que ella sea.
»O bien cómo por todo el universo
Átomos crió Dios indivisibles,
Y movimiento en todos muy diverso
Para sus fines puso imperceptibles,
Uniendo por lograrlos el disperso

Conjunto de corpúsculos sensibles;
Y cómo es grave todo cuerpo, y trae
Por la fuerza que impele y la que atrae.
»Con qué presion del cuerpo luminoso
La luz hasta nosotros se propaga,
Movido con impulso vorticoso
El sutil éter, que en el aire vaga;
Y cómo en todo objeto no poroso
Resurta aquella, y los colores haga,
De lo encarnado azul, pajizo y verde,
Que en los poros del negro entra y se pierde.
»Y cómo entre dos nubes comprimido
Nitro y azufre, trueno y rayo exhala,
Y á la misma materia el encendido
Tardo betun del Mongivelo iguala;
Aunque excede en estrago y estallido
Cuando arruina ciudades, campos tala,
Y cuando á impulso del volcan etneo
Se estremecen Peloro y Lilibeo.
»Por mí sabrás cómo la tierra miden
Diez círculos celestes, no igualmente,
Que en cinco zonas toda la dividen,
Dos templadas, dos frias, una ardiente;
Uno en que signos seis y seis residen,
Calle es del Sol de Oriente hasta Occidente;
La tierra inmóvil su gran curso admira,
O bien voluble en torno á Febo gira.
»Cada planeta con distinto curso
A la tierra ó al sol rodea errante;
Su magnitud, sus pasos el discurso
Del hombre mide, á imitacion de Atlante;
Examina su aspecto, y su concurso
Averigua, ya próximo ó distante;
Su más pequeño movimiento apura,
Y futuros eclipses asegura.
»Cuando despues tu aplicacion destines
De pasados sucesos á lo serio,
El gobierno verás y los confines
Del asirio, romano y griego imperio;
Por mí sabrás en sus opuestos fines
Cuánto distaba un Tito de un Tiberio;
Por qué los reinos suban y florezcan,
Por qué caigan, enfermen y fallezcan.
»Todo esto y más mi gratitud promete
Por una sola palma que codicia;
Ni las dádivas mias interprete
Por soborno ó cohecho la malicia;
Cuando tu labio á mi favor decrete,
No á mí, sino á tí mismo harás justicia;
Tuyo es el interes; tú, como cuerdo,
Mira bien lo que pierdes, si yo pierdo.»
Así el Ingenio me seduce el alma,
Y con arte elocuente el pecho obliga;
Dudo entre mí si le daré la palma
Ántes que el otro sus razones diga;
Mas ya cobrado, en una breve calma,
Determino aguardar que Amor prosiga.
Al fin habló de Citerea el hijo;
¡Oh Musas! acordadme lo que dijo.
«¿Qué es esto, dioses inmortales? ¿Cuánto
Se ha de abusar de la paciencia mia?
¿Mortal Poder, mortal Ingenio, á tanto
Se atreve con sacrílega osadía?
¿Hay quien contra mi númen sacrosanto
Pretende disputar, vencer porfía?
¡Loca altivez de envanecidas gentes!
¿Y tú, divina madre, lo consientes?
»¿Por dónde empezaré? ¿Qué diré luégo?
Por la misma gran copia el labio duda.
El uno al humo de soberbia ciego,
Fiado el otro en su elocuencia aguda,
Uno y otro sujetos á mi fuego,
Desprecian mi razon como desnuda;
¿Y yo lo he de sufrir? ¿A mí desprecios
El Ingenio? ¿El Poder á mí? ¡Qué necios!
»Pero quiero templarme; el orbe admire
Que Amor á la razon hoy se sujeta;
Mi calidad, mi fuerza se retire,
No salga de mi aljaba una saeta;
Sólo á ganar esta victoria aspire
Mi mérito mayor, sin que prometa
Al juez, porque se atiendan mis razones,
Medios de la injusticia, inicuos dones.
»¿Dones dije? ¡Qué mal! Mejor dijera
Tósigos, inquietudes y tormentos.
¡Pobre pastor, si tu inocencia diera
Oidos al Poder y á sus intentos!
¡Qué presto el mando, el oro mismo fuera
El mayor torcedor de tus contentos!
¡Qué presto descarias tu majada,
Tu feliz libertad, tu choza amada!
»Pues ¿qué diré de las que da, halagüeño,
Dádivas el Ingenio seductoras?
Por ellas perderás el dulce sueño,
El ocio blando y las mejores horas.
Y despues de un penoso asiduo sueño,
¿Qué lograrás? Sólo saber que ignoras;
Y lo que es más, dejándote sin una,
Mil dichas dará á un necio la fortuna.
»Dirán tal vez que en la funcion pomposa
Que de nuestra contienda es el motivo,
Sólo el Poder lució con su ostentosa
Magnificencia, hollando lo excesivo;
O que sólo el Ingenio en la industriosa
Disposicion venció por discursivo;
Que Amor ignora lo que es pompa y arte...
¿Con que, no tuvo Amor en eso parte?
»Pues ¿quién el alma fué? ¿Quién fué el primero
Móvil de tantos júbilos y fiestas?
¿Quién, sino Amor, en todos fiel, sincero,
Dió pruebas de sí mismo manifiestas?
Al Amor se debió todo el esmero
De emulaciones noblemente opuestas;
Y á los tres, por quien todo se ordenaba,
¿Quién, sino un fino amor, los alentaba?
»Sólo el amor de los vasallos fieles
Los reinos, los imperios eterniza;
El artificio es de tiranos crueles;
La basa del poder es movediza:
De las augustas sienes los laureles
Del súbdito el afecto fertiliza;
Dulce de tiernas lágrimas tributo
Los colma de verdor, de hojas y fruto.
»¡Cuántas vertió por su Fernando España,
De gozo y de placer enternecida!
Al pronunciar el nombre amado, baña
De humor al rostro el alma conmovida;
En cada vítor, con ternura extraña,
Se exhala un corazon, vuela una vida;
Una vida, de quien en su servicio
Cada vasallo haria sacrificio.
»¿Por dónde equivaldrán reinos, ciudades
Ciencias, artes, ingenio, oro, riqueza,
Al cetro que en las finas voluntades
De los vasallos tiene su firmeza?
Pues ¡qué si del Monarca las piedades
Recompensan fineza con fineza!
Así reina Fernando, de que arguyo
Que ha de ser reino mio el reino suyo.
»Yo reinaré, y en su dominio vasto
Reinarán la áurea paz, las santas leyes;
Irán seguras al herboso pasto,
Sin las zozobras del pastor, las greyes;
Rozarán, para dar comun abasto,
Uno y otro erial uncidos bueyes,
Y á influjos de Himeneo y la abundancia,
Crecerá el pueblo en su tranquila estancia.
»Entónces sí que en españoles pechos
Entrará la amistad sin embarazos,
Y recíprocamente satisfechos,
Doblarán unos y otros los abrazos:
La blanca fe con nudos más estrechos
De la amistad apretará los lazos,
Renovando la edad de oro sencilla,
Y el candor de costumbres sin mancilla.
»Entónces con impulso peregrino
Mi llama sentirán fieras y troncos;
El lobo, el gamo, el ciervo montesino
Dirán su celo con ahullidos broncos;
Una palma á otra palma, uno á otro pino
Dirá que le ama entre gemidos roncos;
Al olmo amado abrazarán las vides;
Tú tambien amarás, árbol de Alcides.
»Mas ¿para qué me canso? Otros aleguen

Razones, pruebas, méritos sin tasa;
Humíllense á su juez, ofrezcan, rueguen;
Por tal abatimiento Amor no pasa.
A los que el ramo vencedor me nieguen,
Castigará mi ardor, que el mundo abrasa;
Dámele, y si áun le niega tu porfía,
Yo me lo tomaré; la palma es mia.»
Así diciendo, con violencia suma
El ramo de la mano me arrebata;
Luégo, moviendo la ligera pluma,
Sobre nosotros vuela, y la inmediata
Atmósfera cercana agita y bruma;
Y con burla cruel, que más maltrata,
Alegres tornos dando por el aire,
Se rie aleve del comun desaire.
Colérico el Poder, como agraviado
Contra el Amor, en vano se esforzaba
Por alcanzarle; en vano apresurado
A volar el Ingenio se probaba;
Alas tenía, sí, pero el doblado
Peso de los dos grillos le agravaba.
¡Oh duros grillos, que abatis su vuelo!
Por vosotros no sube al mismo cielo.
En tanto Amor, que desde cerca advierte
De uno y otro el pesar y el pasmo mio,
Gritando dice: «Locos, ¿de qué suerte
Pensó vencerme vuestro desvarío?
¿No sabeis que el Amor siempre es más fuerte,
Y que todo lo debe á su albedrío?
Pero cese el dolor, cese el enojo;
No es para mí esta palma, este despojo.
»A objeto más sublime y escogido
Destina el cielo esta triunfante rama;
Objeto en quien Poder é Ingenio ha unido
Con tierno Amor la verdadera fama;
Objeto á quien, con pura fe rendido,
Todo el pueblo de Hesperia admira y ama,
Y á quien, si en otro juicio parecieran,
Juno, Vénus y Pálas se rindieran.
»De María y de Bárbara eslabona
Los nombres en el suyo venturoso;
España y Portugal de ser blasona
Su trono aquella, éste su oriente hermoso;
A entrambos mundos, cuya real corona
La adorna al lado de su augusto esposo,
Puede hacerlos felices, si se digna
Mirarlos sólo con piedad benigna.
»Ved si tiene poder; pues igual luce
El ingenio en su espíritu divino;
Régia virtud en él guia y conduce
El coro de otras prendas peregrino;
De todas adornada, en sí produce
Mérito superior á su destino;
Cierran el coro excelso dos doncellas,
Música y Poesía, hermanas bellas.
»Vive en su pecho amor, pero el honesto,
El justo amor, que á la virtud complace,
Y de su esposo en la presencia puesto
(Con bella proporcion), de Anteros hace;
Junto con este amor bien manifiesto,
Para con sus vasallos otro nace,
Por quien, cual madre, con ternura rara
Los oye, los atiende, los ampara.
»Pues si Poder, Ingenio y Amor tienen
Sólo en Bárbara el centro de su esfera,
Sólo á su heroico mérito convienen
Cuantas palmas el mio, el vuestro adquiera.
¿Qué hacemos, pues, aquí? ¿Qué se detienen
Nuestros obsequios? Desde esta ribera
Vuelvo á darle el trofeo que he ganado;
El que pueda volar venga á mi lado.»
Dijo, y al punto el aire dividiendo,
Con vuelo ligerísimo se aleja.
El Poder, lo imposible conociendo
De volar como Amor, sólo se queja;
El Ingenio, á sí mismo recurriendo,
Pensativo medita; al fin despeja
Las nubes de la frente, y con semblante
Alegre al Poder dice: «Oye un instante.
»Justicia fué de Amor, y no violencia,
Dar la palma á quien tanto la merece;
Pero que él solo en la real presencia
Logre la dicha de ofrecerla, acrece
La pena, pues su injusta preferencia
Contra nuestras razones establece;
Mas si tú aquí me vales como amigo,
Que alcancemos á Amor luégo me obligo.
»Rompe estos grillos, que mi brío abaten;
Rómpelos con la fuerza de tu brazo;
Verás con qué vigor el aire traten
Estas alas, ya libre de su lazo;
Como los piés tus manos me desaten,
Entrambos juntos con estrecho abrazo,
De Amor el vuelo en breve alcanzarémos,
Y la gloria comun nos partirémos.
Persuadióse el Poder, y el hierro indigno
Del uno y otro pié con mano fuerte
Hace menudos trozos, y benigno
Del Ingenio feliz muda la suerte;
Éste, que ya vencido, ve el maligno
Astro que dominaba en él, convierte
En viveza, en vigor y en alegria,
El antiguo dolor que le oprimia;
Y cual ave que en jaula ó en pihuela
Largo tiempo se vió presa y cerrada,
Si tal vez de la mano que la cela
Puede escapar, de lazos libertada,
Alegre en giros mil vuela y revuela
Por celebrar la libertad cobrada;
Así la suya en giros de alborozo
El Ingenio celebra, absorto en gozo.
Y con nuevo valor y confianza,
Abrazando al Poder, se entrega al viento;
Rapidísimo vuela; á Amor alcanza
Ántes que pueda ejecutar su intento.
Al fin los tres lograron su esperanza,
Y al trono real, con fino rendimiento,
Donde Bárbara brilla, se postraron,
Y á sus plantas la palma consagraron.

CANCION PRIMERA.

Á LA CONQUISTA DE ORÁN.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto
Del infiel mauritano, al Marte ibero.
Ya ¿para cuándo quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuándo estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe,
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla;
Para henchir tanta vela faltó viento;
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla,
Pálido el africano y sin aliento;
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente,
De ovas coronada y de corales:
«Quién me agobia con tanta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?»
Así decia el dios. Las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma;
Humildes retirábanse las olas,
Céfiro por el cielo ya sereno
Batia en torno su ligera pluma.
¿Adónde irá la suma

De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el Océano profundo?
¿Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿Adónde ha de ir, sino es donde le llama
La santa fe, la verdadera fama?
Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas,
Del formidable vencedor á vista;
En vano á la mezquita erróneo celo
Trae madres y esposas, de horror llenas,
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el agareno
Probó, de susto lleno,
A un tiempo amago y golpe de su saña;
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.
Reconocen los bárbaros adarbes
El ya noto pendon que se enardola
Con armas de Castilla y celtiberas;
Gimen de pena y rabia los alarbes,
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.
De escuadras lisonjeras,
De alados paraninfos cortejada,
Entra la Fe triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas
Por el celo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,
Vuélvese á consagrar en mejor culto.
Estas ¡oh noble España! son tus artes:
Al cielo dirigir guerras y paces,
Pelear y vencer sólo por Cristo;
Del orbe entero ya las cuatro partes,
Siempre invencibles, discurrir tus haces
Por la sagrada religion han visto.
Por tí, desde Calisto
Hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Pluton se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada,
Con mejor luz la aurora
Del Gánges sale, y por tí da la entrada
A nuestra fe la más remota playa
Del Japon, de la China y de Cambaya.
Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,
El de Getulia y el feroz masilo
Dejarán la impía secta y ritos vanos;
Renacerán á más felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos,
Con tratos más humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entónces al morisco vasallaje,
Y párias y homenaje
Recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo traje
Aprenderá la Livia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.
Sulcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egeo,
Sin temor de mazmorra ó de grillete.
¿Si diré lo que mandas que ahora cante,
¡Oh Febo! ó dejaré que lo que veo
Claro en la edad futura otro interprete?
El andaluz jinete
Beberá del Cedron, el santo muro
Libertado será, y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.
Tendrá la España, más que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabeo aroma
Para las aras y el sagrado fuego;
Vén, oh dichosa edad, pero vén luégo.
De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres ejemplos, patria mia,
Léjos del ocio y de extranjera pompa;
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía,
Guste sólo del parche y de la trompa.
Ambos ijares rompa
Con la espuela el bridon; con pecho fuerte,
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte;
O aprenda á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria
Así se sube al templo de la gloria.
Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion ligera y pronta,
Vé de Orán á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero;
Y di en mi nombre al vencedor ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

CANCION II.

Á LA DEFENSA DE ORÁN.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,
Bien templada la lira y nuevo aliento,
Que alcance á referir nuevas hazañas:
Ya de Orán y de Ceuta las campañas
Ofrecen otra vez alto argumento,
Que á renovar aplausos nos obliga.
El Africa enemiga
Ya produce otras palmas y laureles
Para adornar del español la frente.
Tú, divina Piéride, consiente
Que del furor sagrado con que sueles
Grandes héroes cantar, y sus renombres,
A pesar del olvido, entre los hombres
Inmortales hacer, pida hoy no poco:
Es justa la razon por que te invoco.
Como la generosa águila altiva,
Sobre las vagas aves hecha reina,
Y que sirve al Tonante al pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz su furia aviva;
En vano ya cautiva
De la garra feroz, silba y forceja;
Que el ave, uñas y pico ensangrentada,
No suelta más la presa, y remontada
Por la region suprema, el vuelo aleja,
Hasta que el monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro, en tierra yace;
Lo demas en el aire su hambre pace.
Así la osada juventud de España
Contra el moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorío
La descendencia de Ismael pretende
Recobrar con la fuerza ó con la maña.
Veráse la campaña
De Marruecos, de Argel y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos;
Revolcará los bárbaros despojos
Al mar del Mediodía y al de Atlante,
Destinados juguete al Euro y Noto;
Cuando despues sulcáre algun piloto
Las playas hasta donde fué Cartago,

Conocerá en los huesos el estrago.
Es difícil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos,
Que honra sólo, valor y fe respiran:
Ya vulgares ejemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos,
Sin conducir la heroicidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura más el ocio y muelle trato:
Entre noble vergüenza y rabia lucha
Cualquiera de nosotros cuando escucha
El nombre pronunciar de Maurcgato.
Ya en defender circunvalado muro
Con vária muerte es del ibero duro
Propio, innato el teson, del cual arguyo
Que sería obstinado, á no ser suyo.
¡Oh Cantabria feroz! ¡Oh de Sagunto
Inflexible valor! ¡Oh gran Numancia,
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heroica indómita constancia,
Falta voz á la fama en tal asunto.
Cuando el extremo punto
Llegó del hado, el fiero numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dejando admiracion á los contrarios;
Trofeos no; que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Sólo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde;
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama pace.
¿Acaso alguno vió jamas que nace
Del águila feroz triste cuclillo,
Nocturno buho ó palomita tierna?
Como en cadena eterna
Se eslabona el valor, y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados,
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el mauritano;
Despues vendrán, y no lo espero en vano,
Emulándose en glorias y en efetos,
Los hijos de los hijos y los nietos.
Cancion, si yo pudiese, bien querria
Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente, la templada y fria;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,
A los de Arauco, Taura, Ida, Erimanto;
Pero no son tus alas para tanto.

CANCION III (1).

I.

Ya vuelve el triste invierno,
Desde el confin del Sármata aterido,
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto y faz rugosa,
Con que, á influjos de la Ossa,
Manda intratable en los rifeos montes
Y en la Zembla polar, donde temido
Señor de eterna nieve y hielo eterno,
Con tirano gobierno,
La entrada niega á todo trato humano;
El piloto holandes se atreve en vano,
Avido pescador del Ceto inmenso,
A surcar codicioso
El piélago glacial; el frio intenso
Pára su rumbo, y deja riguroso
En remota region, léjos del puerto,
La quilla inmoble, el navegante yerto.

II.

La hermosa primavera
Desterrará al invierno, coronada
La bella frente de jazmin y rosa,
Cual íris que en las nubes aparece;
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra, y olorosa
Recrea los sentidos, recobrada
La lozanía y juventud primera.
Poco ántes prisionera
La fuentecilla de enemigo hielo,
Ya entónces libre fertiliza el suelo,
Y nuevas yerbas alimenta y cria;
Robles, hayas y pinos
Vuelven á hacer la selva más umbría;
En tanto al aire mil suaves trinos
Esparcen las canoras avecillas,
Más agradables cuanto más sencillas.

III.

Sucederá el estío,
Y el Can fogoso y el Leon rugiente
Marchitará la verde pompa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales;
Así bienes y males
Mezcla próvido el cielo; moradores
Hay en la fria zona, hay en la ardiente,
Sufriendo extremos de calor y frio;
Su vário señorío
Ejerce en todo la inconstante suerte.
Nace sujeta á sucesiva muerte
Cada estacion; murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisonjera aprecia;
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los reinos y ciudades.

IV.

Sólo la virtud, bella
Hija de aquel gran padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna;
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella,
Como la fija estrella
Que el rumbo enseña al pálido piloto,
Cuando más brama el Aquilon y el Noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer su plectro resonante,
Donde de vista la virtud se pierda,
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y más de estrago?

V.

No, no; léjos aparte
Apolo del Parnaso error tan ciego;
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía y casto acento;
Con severo instrumento,
Calzado el gran coturno, el aire llene
De trágico terror *Leghinto* (2), el griego
Canto emulando en sencillez y en arte.
Yo cantaré de Marte
Las heroicas hazañas, que gloriosos
Acabaron los hijos generosos
De nuestra España, y llenaré la esfera
De aplausos de su fama;
Y sin ser por afecto lisonjera
Mi voz, creciendo la apolínea llama,
Me oirán remotos climas admirados
Celebrar nuevos hechos ignorados.

(1) Fué leida por el autor en la Academia de San Fernando, el 23 de Diciembre de 1753.

(2) *Leghinto Dulichio* es el nombre que la Academia de los Arcades de Roma ha dado á don Agustin de Montiano, director de la Real Academia de la Historia, académico de la Real Española y académico honorario de esta Real Academia de las tres nobles Artes; aquí se alude á sus tragedias *Virginia* y *Ataulfo*.
(Esta nota y las siguientes de la presente composicion son de LUZAN.)

VI.

Mas Febo en este dia
No me permite que de Marte airado
Cante las obras y el furor horrendo,
Ni estragos tristes de sus armas fieras.
Cedan palmas guerreras
A pacífica oliva, y el estruendo
Militar se convierta, mejorado,
En apacible métrica armonía.
A tí la lira mia,
Noble Academia, hoy se consagra solo;
A tí me manda celebrar Apolo,
Y que á tus bellas hijas floreciente
Corona teja amiga
La poesía para ornar su frente,
Premio no vil de toda su fatiga;
Lo que no puede el oro, el verso puede;
Que el dar eterna fama á todo excede.

VII.

La luz y sombras dieron
Feliz principio y sér á la Pintura;
Creció su gracia el vário colorido,
Y el arte del escorzo y perspectiva;
Sólo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Puede reconocer, y la estructura
Que artificiosas líneas compusieron.
Cuanto los ojos vieron,
Cuanto ideó la fantasía, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;
Y con arte que admira,
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;
Y si le falta hablar, la vista duda
Cómo tal perfeccion puede ser muda.

VIII.

Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual, sabes los duros
Mármoles animar, y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tú palacios augustos,
Oh grande Arquitectura, levantando,
Arcos, teatros y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del rodio coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la trajana
Coluna; áun vive el nombre de Lisipo;
Aun vive Apéles, claro
Amigo del gran hijo de Filipo;
Y viven, á pesar del tiempo avaro,
Praxitéles y Zéuxis, y el que quiso (1)
Todo el arte apurar en su Ialiso.

IX.

Pero ¿á qué fin la aquea
Fama me acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos, cuando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?
El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue, en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea (2).
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sus grandes reyes,
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obedientes hemisferios.
Aquí, al vivo esculpidos
Por el cincel de artífices hesperios,
Respiran reyes siempre esclarecidos,
Y el primero es Fernando, en cuya guarda
Ruge un leon (3) y su señal aguarda.

X.

Mas ¿cuál tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta,
Obra de docta mano? (4) ¿A quién dedica
Un magnífico celo (5) el nuevo templo?
De tan devoto ejemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso, y de la santa
Educacion los frutos adivina.
A aquel que de la alpina
Grey fué pastor celoso, al grande Sáles,
Consagra estas memorias inmortales,
De una gran reina la piedad profusa.
Permite que en tus sienes
Entrelace, señora, humilde musa
Esta hiedra á los lauros que ya tienes,
En tanto que con plectro más sonoro
Se ocupa en tí todo el aonio coro.

XI.

Sagrado evangelista,
Tambien tus aras renovadas veo
Por artífice diestro (6), que redujo
Lo hermoso y grande á limitado giro.
Allí igualmente admiro (7)
Al pincel español, cuyo dibujo
Ilustre hazaña y militar trofeo (8)
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista.
A Samuel y al salmista (9)
Rey al ungirse, otro pincel colora;
Y al santo Apóstol que la España implora
Por su patron, en la feliz orilla (10)
Del Ibero, y el sacro
Principio de la antigua alma capilla,
Y el Pilar y divino simulacro
Al fresco exprime, y como todo á vuelo,
Al suelo aragones se vino el cielo.

XII.

Nieto del grande Albano (11),
A quien Minerva y Marte belicoso
Guian de la virtud al arduo templo,
De claros ascendientes por las huellas;
Tú tambien á las bellas
Tres nobles artes con ilustre ejemplo
Amparas y proteges, y oficioso

(1) Protógenes, que empleó siete años en el cuadro de Ialiso, obra tan famosa, que por no interrumpirla, Demetrio levantó el sitio de Rodas, en cuyo arrabal estaba Protógenes pintando.

(2) El reverendísimo padre fray Martin Sarmiento, doctísimo benedictino, ha dado la idea de los adornos del nuevo real palacio, cuya planta y ejecucion ha corrido por don Juan Sacheti, maestro y arquitecto principal de su majestad, director honorario de la Real Academia de San Fernando por la arquitectura, etc.

(3) Se indica el leon marmóreo colocado en la fachada principal del nuevo palacio, entre las estatuas del Rey y Reina, nuestros señores; así el leon como las dos estatuas, y otras del mismo palacio, son obras excelentes de don Felipe de Castro, escultor de cámara de su majestad, director de la Academia de San Fernando por la escultura, académico romano y florentino, y entre los árcades llamado Gallesio Libadico; obtuvo en el Capitolio el primer premio de la primera clase de la escultura, el año 1739.

(4) La fábrica del nuevo real convento de religiosas de la Visitacion, obra de don Francisco Carlier, arquitecto y director honorario de la Academia de las tres nobles Artes.

(5) La piedad y el celo de la Reina, nuestra señora, hace edificar este magnífico convento y templo, para la educacion de niñas nobles segun el instituto de San Francisco de Sales.

(6) Don Ventura Rodriguez, teniente principal de arquitecto mayor del nuevo real palacio, director actual de la de San Fernando, etc., ha hecho la nueva iglesia de San Márcos.

(7) Don Luis Gonzalez Velazquez, pintor, académico de San Fernando, etc., que ha pintado la cúpula de la iglesia de San Márcos.

(8) Uno de los recuadros de la referida cúpula representa la batalla de Almansa, ganada por las armas del señor Felipe V, que está en gloria, el año 1707, dia de San Márcos.

(9) Cuadro de la uncion de David por Samuel, presentado á la Academia por don Antonio Gonzalez Velazquez, pensionado del Rey en Roma.

(10) El mismo don Antonio Gonzalez Velazquez ha pintado al fresco, este año, la capilla de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

(11) El excelentísimo señor Duque de Huéscar, mayordomo mayor de su majestad, académico consiliario de la Academia de San Fernando de las tres nobles Artes. Con el nombre de Albano se alude al gran Duque de Alba, uno de los abuelos de su excelencia, bien conocido por las historias, y por sus hazañas en los reinados de Cárlos V y Felipe II.

Tiendes en su favor la amiga mano.
Y tú, que pío, humano,
El imperio español en paz estable
Riges, Sexto Fernando, admite afable
Agradecidos votos que te ofrecen
Las artes decoradas;
A tí las ciencias, que á tu influjo crecen;
A tí invocan las musas, y alentadas
Con tu piedad, de flores de Helicona
Van tejiendo á tu frente otra corona.

Suspende aquí tu vuelo,
Cancion; no quieras remontarte tanto:
Es muy débil tu voz, inculto el canto
Para tan alto empeño. Al dios de Delo
Cede la empresa; él solo,
Con citara divina,
Sabrá esparcir del uno al otro polo
El nombre de Fernando, y celebrarle.
Tú con respeto humilde te avecina
A su real trono; y pues para elogiarle
Tu amor ni voces ni conceptos halla,
Póstrate á tu Señor, ámale y calla.

VERSION DEL HIMNO *PANGE LINGUA.*

Celebra, oh lengua mia,
El misterio inefable
Del sacrosanto cuerpo gloríoso
Del Hijo de María,
Y de la inapreciable
Sangre que el Rey de gentes poderoso
Vertió con larga mano
Por el linaje humano.
A nosotros fué dado,
Por nosotros nacido
De intacta vírgen pura y sin mancilla;
Y habiéndonos tratado
Él mismo, y esparcido
De su santa doctrina la semilla,
De admirable manera
Concluyó su carrera.
De la postrera cena
En la noche, maestro y presidente,
Con todos los apóstoles y hermanos,
Cumpliendo enteramente
Lo que en la ley mosaica se ordena,
Él mismo allí á los doce, por sus manos,
Con extraño portento,
Se entregó en alimento.
Allí el Verbo humanado
Con su eficaz palabra
Convierte el pan, por modo peregrino,
En su cuerpo sagrado.
Igual prodigio labra,
Su sangre haciendo lo que ya fué vino.
Si á tan altos prodigios el sentido
Desfallece oprimido,
Basta sólo la fe, cuya firmeza
Dará al pecho sincero fortaleza.
A tanto Sacramento
Postrados adoremos,
Y el anticuado infructüoso rito
Del viejo Testamento
Por el nuevo dejemos;
Y si el sentido falta en lo infinito
De obra tan rara y alta,
Supla la fe su falta.
Al todopoderoso
Padre, y al Hijo, que igualmente puede,
Cántese humilde aclamacion festiva,
Y al que de ambos procede,
Espíritu amoroso,
Iguales alabanzas con fe viva,
Iguales bendiciones
Tributen nuestros fieles corazones.

Traduccion de una oda de la poetisa Safo (1).

Φαίνεταί μοι κεῖνος ἴσος θεοῖσιν

A los celestes dioses me parece
Igual aquel que junto á tí sentado,
De cerca escucha cómo dulcemente
Hablas, y cómo
Dulce te ries: lo que á mí del todo
Dentro del pecho el corazon abrasa.
Mas ¡ay! que al verte, en la garganta un nudo
De habla me priva;
La lengua se entorpece; ya por todo
Mi cuerpo un fuego rápido discurre;
De los ojos no veo, los oidos
Dentro me zumban.
Toda yo tiemblo, de sudor helado
Toda me cubro; al amarillo rostro
Poco faltando para ser de véras,
Muerta parezco (2).

SONETO.

En el dia de la proclamacion del Rey nuestro señor, don Fernando VI.

En este sacro venturoso dia,
Sexto Fernando augusto, en que os proclama
Vuestro pueblo, y su padre y rey os llama,
En lágrimas bañado de alegría;
Voz por el aire oyó mi fantasía
De dos reyes, empleo de la fama,
De cuyo tronco sois excelsa rama,
Que proféticamente así decia:
«España tendrá Rey de nuestro nombre,
Que igualará, triunfando del olvido,
Del Tercero y del Quinto el gran renombre.»
Entonces dije yo: «Pues si ha subido
Fernando al trono, ¿qué hay de que me asombre?
Hoy mismo el vaticinio se ha cumplido.»

JUDIT.

Traduccion de un soneto italiano de Juan Bautista Zappi.

En fin volvió Judit, volvió triunfante,
Y el pueblo, «¡Viva, viva!» repetia.
El héroe, de mujer nada tenía
Más que el tejido engaño y el semblante.
Tropel de doncellitas anhelante
El manto, el pié besábanla á porfía;
La diestra no, porque áun miedo infundia
Por la muerte del bárbaro arrogante.
La voz de cien profetas lisonjera,
«Será ilustre, decia, tu memoria
Miéntras del sol duráre la carrera.»
Grande fué su valor en la victoria,
Pero mayor cuando volvió á su esfera,
Estaba toda humilde en tanta gloria.

(1) Esta composicion y las cuatro siguientes, hasta ahora inéditas, están sacadas de los papeles autógrafos de la Academia del Buen Gusto, que posee el señor don Pascual de Gayangos.
(*Nota del colector.*)

(2) Nos ha parecido oportuno copiar aquí la aplaudida traduccion que hizo de esta célebre oda don José del Castillo y Ayensa, para que pueda compararse con la de Luzan, la cual, si no nos engañamos, aventaja á la de Castillo en sencillez y en fidelidad:

ODA Á SU AMANTE.

Lesbia, las dichas de los dioses prueba
Este mancebo cabe tí acostado;
Este que goza de tu hablar suave,
De tu sonrisa.
¡Mírolo! triste el corazon entónces
Rindese opreso, de repente falta
Voz á mis fauces, mi trabada lengua
Tórnase muda.
Súbito siento que sutil discurre
Dentro mis venas ardorosa llama,
Huye la vista de mis ojos, zumban
Ya mis oidos.
Toda me cubro de sudor helado,
Más amarilla que la yerba quedo,
Tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo
Débil suspiro. (*Idem.*)

SONETO.

Cuando pienso, Señor, la repetida
Ofensa á tu deidad por mi pecado,
Te juzgo contra mí tan irritado,
Que me borres del libro de la vida.
La oveja me consuela que perdida
Volvió sobre tus hombros al ganado:
Misteriosa figura del cuidado
Que te cuesta la sangre redimida.
Esta oveja infeliz, hoy separada
De tu sacro redil, suspira ansiosa
El dulce pasto de tu fiel manada.
No permita, Señor, tu poderosa
Ardiente caridad, que prenda amada
Sea del lobo presa vergonzosa.

EL JUICIO DE PÁRIS.

ROMANCE BURLESCO.

Señora, el juicio de Páris
No es el juicio de París,
Ni el de París Montmartel,
O el de París Du Vernay.
Allá Páris fué un pastor
(Años há más de tres mil),
Hijo de Príamo el viejo,
Rey del troyano confin.
Ya sabeis que el ser pastor
No era oficio entónces vil,
Y que sabía ser cetro
Un cayado pastoril.
Páris, pues, gallardo jóven,
Galan, brioso y gentil,
Guardaba en los valles de Ida,
Con vida alegre y feliz,
El ganado de su padre;
Con esto solo, y servir
A Enone, una bella ninfa,
Que le amaba más que á sí,
Vivia mejor mil veces
Que Amurátes y Selim.
Dejemos á nuestro Páris
En este estado que oís,
Bien hallado con sus valles,
Con su Enone y su redil;
Y vamos á que en el cielo
(Esto sólo es referir
Fábulas de falsos dioses,
Que el griego quiso fingir);
Vamos, digo, á que allá arriba,
En el palacio turquí,
Donde solian los dioses
Comer, beber y dormir,
Habia una gran contienda,
Cual no la ha habido hasta aquí,
Entre tres primeras damas
De aquella farsa gentil,
Entre Pálas, Juno y Vénus,
Y el motivo de esta lid
Era una manzana de oro,
En quien el diestro buril
Esculpió este mote: *Dése*
A la más hermosa. Aquí
No extrañaréis que os acuerde
Cuán antiguo es el reñir
Por el oro y la hermosura,
Causas de discordias mil.
Cada una de las tres diosas
La queria para sí,
Por más bella que las otras;
Pero ¿quién sería allí
Tan loco ni tan grosero,
Que sin irle ni venir,
En disputas de hermosura
Se atreviese á decidir?
Júpiter, que era bellaco
Y de ingenio muy sutil,
Halló un medio el más al caso
Que se pudo discurrir,
Y fué echar aquellas cabras
A un pastor; mandó venir
A Mercurio, su volante,
Y le habló muy serio así:
«Véte con estas tres damas
Sin enaguas ni chapin,
Sin polvos y sin tontillo,
Sin quitarlas ni añadir,
Al valle de Ida, y á Páris,
Troyano, le has de decir,
De mi parte, que á las tres,
A las luces de un candil,
Si no bastan las del sol,
Muy despacio y muy en sí,
Las vea, las examine,
Las especule, y en fin,
A la que en conciencia juzgue
Más bella y más filiíí
La dé esa manzana de oro;
Y demos con esto fin
A quimeras y á disputas,
Que dan tanto que decir.»
Dicho y hecho, el buen Mercurio,
Por los campos de zafir
Volando con las tres diosas,
Se presentó vis á vis
(¡Que no hará ya un asonante,
Pues me hace frances á mí!)
Del pastorcillo, y en tono
De embajada muy civil,
Le dijo de esta manera:
«Todos estamos aquí;
Buenos dias, Parisito;
Esta manzana hesperil
Habeis de dar á una de estas
Muchachas, á la más ruin,
Que es decir, á la más bella;
Júpiter lo manda, ¿ois?
La sentencia y la manzana;
Garnacha sois, decidid.»
Quedóse absorto el mozuelo,
Sin voz, sin alma, sin, sin...
No sé sin qué se quedó.
Mas la reina Juno en sí
Le hizo volver, pues en letras
Contra un mercader de ofir
Le ofrece cuatro millones
De perlas y de rubís,
Diciendo que le hará luégo
Grande del Misisipí,
O virey de Filipinas,
O cura proprio en Madrid.
Resistió el juez al asalto,
Y Pálas entró en la lid,
Ofreciendo hacerle sabio
Más que al docto don Turpin,
Más guapo que á don Tristan,
Más esforzado que al Cid
Y más agudo de ingenio
Que una vara de alguacil.
«No ha lugar, dijo el Pastor,
Y hable Vénus.» ¡Ay de mí!
Si habla Vénus como suele,
Y él la escucha, allí dió fin.
«Páris mio (dijo Vénus),
Lo que ofrecen hasta aquí
Esas dos damas es una
Patarata para tí;
Tú no has de ser asentista,
Ni colegial, ni arlequin.
Deja el guerrear para un loco,
Para un niño el escribir,
Para un necio el ascender,
Y tú atente á un faldellin;
Y pues hijo eres de amor,
Sólo has de seguirme á mí.
En Lacedemonia hay una
Hermosura mujeril,
Fondo en leche y azucena,
Con pespuntes de carmin,
Que es alhaja para un rey
Cansado ya de parir.
A esta belleza la tengo
Prevenida para tí;
Si me das esa manzana,
Elena es tuya. ¡Elení!»
(El ta se quedó allá dentro
Atascado, sin salir).
«¿A Elena me ofreces (dijo
El Pastor), á Elena?—Sí,
Replicó Vénus.—Pues esto
Se acabó, no hay que decir,
Prosiguió Páris; tú toma
Y daca; vosotras id,
Y ved si os dan para peras
Algunos maravedís;
Que aquí ya no hay más manzanas,
Pues la que habia la dí.»
Ya os pinté el juicio de Páris,
Siendo Ovidio el maniquí,
De lo serio á lo jocoso
Sin discrepar en un tris.
A imitacion de este juicio,
En España me atreví
A escribir otro; no es nada
A qué asunto le escribí.
Era el asunto un Fernando,
Que... mas no os lo he de decir;
Vos le veréis en los mismos
Versos, que voy á incluir.
Sólo os diré que el Poder,
Ingenio y Amor aquí
Hacen el papel que Juno,
Pálas y Vénus allí.
Veréis á los tres por una
Palma tambien competir,
Rio, pastor, y otras cosas,
Que yo soñé sin dormir.
¡Qué versos leeréis, señora,
Que octavazas de aprendiz!
No las hiciera peores
Un sastre de Chamartin.
Pero mis versos, por malos,
Tal vez os harán reir,
Como los que de repente
Se dictan á don Joaquin.
Si esto siquiera no logro,
Me he de ir á ser alfaquí,
Por la posta, desde el Roul
Hasta la Arabia feliz.
París, Hôtel de Maison,
A diez y nueve de Abril;
Mal dije, que son de Octubre,
Pero algo se ha de suplir
A este maldito asonante,
Que me trae fuera de mí.
Madame, vôtre très humble,
Et très obéissant servi-
Teur: DE LUZAN. Ya acabé,
Pues yo mismo me partí.

LEANDRO Y HERO (1).

IDILIO ANACREÓNTICO (2).

Musa, tú, que conoces
Los yerros, los delirios,
Los bienes y los males
De los amantes finos,
Dime, ¿quién fué Leandro?

(1) Esta fábula es una de las mejores composiciones de este ilustre ingenio; está seguida con arte y concluida con todo acierto, á que ayuda no poco la especie del metro, para el cual tuvo nuestro autor gracia más particular. Así el estilo es más limpio y corregido, y la versificacion más dulce, armoniosa y corriente. Y aunque el argumento es tomado del *Griego Museo*, tiene meritos la obra para poder estimarse como original.
(Nota de Lopez de Sedano en su *Parnaso Español.*)

(2) Fué recitado por LUZAN (*el Peregrino*) en la Academia del Buen-Gusto. (*Nota del colector.*)

¿Qué dios ó qué maligno
Astro en las fieras ondas
Cortó á su vida el hilo?
Leandro, á quien mil veces
Los duros ejercicios
Del estadio ciñeron
De rosas y de mirtos,
Ya en la robusta lucha,
Ya con el fuerte disco,
Ya corriendo ó nadando,
Diestro, gallardo, invicto,
Amaba á Hero divina,
Bellísimo prodigio
Sobre cuantas bellezas
Sesto admiró y Abido.
Negro el cabello, ufano
De naturales rizos,
Realzaba del cuello
Los cándidos armiños.
En proporcion y gracia
De rostro, talle y brío,
Quiso ostentar el cielo
Esmeros peregrinos.
Pero en los ojos... ¡dioses!
¿Qué quiso, ó qué no quiso,
Para que fuesen obra
Digna de quien los hizo?
De ellos amor tomaba
Fuegos arrojadizos,
Cuando abrasar queria
Tierra, cielos y abismo.
Pero áun más que otras gracias,
Brillaba el atractivo
De una modestia humilde,
De un natural sencillo.
Tal, entre los celajes
De nubes escondidos,
Vibran del sol los rayos,
Ardores más activos;
Y tal entre las flores,
A gustos exquisitos
Más que una rosa agrada
Un cárdeno jacinto.
Vióla Leandro un dia
En los cultos festivos
Que á Vénus tributaban
De Sesto los vecinos
(Que era sacerdotisa
Del templo y sacrificio,
Y áun emulaba en todo
Al sacro númen ciprio).
Vióla en el gran concurso
De los solemnes ritos
Brillar único asombro;
Vióla, y quedó perdido.
Y á la deidad del templo
Con el nuevo excesivo
Ardor que le abrasaba,
Frenético le dijo:
«Gran diosa de Citera,
De Páfos y de Gnido,
Esta mortal belleza
Es tu traslado vivo.
»Perdona, pues, si á ella
Tus mismos cultos rindo,
Y si un traslado adoro,
Equivoco contigo.»
Oyó Vénus sus voces,
Oyólas el dios niño,
Y decretaron ambos
Venganzas y castigos.
¿Tanto el enojo puede
En ánimos divinos?
¿Un lenguaje del alma
Ha de ser un delito?
Dígame el que conozca
A Vénus y á Cupido,
Si es más cruel la madre,
O es más cruel el hijo.
¡Qué sé yo! Cruel la madre,
Cruel y vengativo
Es el hijo, que ejerce
Tiránicos caprichos.
Miró tierno Leandro,
Habló amante, instó fino,
Ya mudo, ya elocuente,
Con ojos y suspiros.
Oyóle Hero con pecho,
Ya tímido, ya esquivo;
Mas poco á poco un fuego
La entró por los sentidos;
Un fuego que es veneno,
Un fuego que es martirio;
Si es martirio y veneno,
¿Cómo es apetecido?
De una torre en la playa
El murado recinto,
De esta sacerdotisa
Era albergue y retiro.
Allí, cautos sus padres,
Del concurso y bullicio
Este bello tesoro
Guardaban escondido.
Mas contra amor ¿qué muro
Será seguro asilo,
Si todo lo penetran
Sus vencedores tiros?
Leandro, enamorado,
Resuelto y atrevido,
Los reparos allana,
Desprecia los peligros.
Pasar nadando ofrece
Del uno al otro sitio,
Prometiendo himeneos
Nocturnos y furtivos.
Mas sobre las almenas
De la torre, encendido
Quiere que un farol arda,
De sus bodas testigo;
Cuya luz para el nuevo
Peligroso camino
Sirva de norte y guía
En rumbos no sabidos.
Arde, farol; no ceses,
Astro de amor benigno;
Que astro serás de muerte,
Si se apaga tu brillo.
¿Quién podrá de un amante
Estorbar los designios,
Si el amor é himeneo
Los promueven unidos?
Lleno ya de esperanzas
Vuelve Leandro á Abido,
Y cuenta los instantes
Como si fueran siglos.
Aquel dia primero
Parecióle infinito,
La luz del sol odiosa,
Larguísimo su cielo.
Sólo impaciente anhela
Que se anticipe el giro
De la estrellada noche,
Las sombras de Cocito.
Llegó en fin de las sombras
El lóbrego dominio,
Oscureciendo objetos
Remotos y vecinos.
El jóven, en la playa
Arrojando el vestido,
A las ondas se entrega
Con intrépido brío;
Y alternando de brazos
Y piés el ejercicio,
Ágil y diestro rompe
El ímpetu marino.
Nereidas, que asustadas,
En vuestros cristalinos
Palacios admirasteis
Empeño tan no visto,
Decidme, ¿cómo pudo,
Imitador de Frixo,
Surcar el Ponto, siendo
Piloto de sí mismo?
Mas ya habia gran trecho
Del piélago vencido,
Y ya el cansado brazo
Rehusaba su oficio.
Clara, brillante luna,
Con rayos reflexivos,
De Anfitrite á los campos
Daba argentados visos.
Leandro, ya al extremo
Término reducido,
A su favor acude
En el fatal conflicto.
«Diosa triforme, dice
Con ánimo sumiso,
Protectora de amantes,
Propensa siempre á oirlos;
»Si los casos de Latmo
No has puesto aún en olvido,
Y sabes lo que puede
Un amor como el mio,
»Séame aquí tu númen
Favorable y propicio,
Y en la playa de Sesto
Dame el puerto que pido.»
Fuese el favor del númen,
O fuese el norte fijo
Del farol, que ya cerca
Vió arder con grato auspicio,
O fuese amor, que suele
Con prósperos principios
Atraer los amantes
A infaustos precipicios;
Cobrando nuevo aliento,
A esfuerzos repetidos,
Afierra de la arena
El suelo movedizo.
Allí, á aguardarle sola,
Su fina esposa vino,
Y al verle, tiembla toda,
De susto y regocijo.
«Vén, esposo, le dice;
Llega á los brazos mios;
Para exponerte tanto,
¿Cómo ha de haber motivo?
»Amor venció tan duro
Insólito camino.
¿Cómo vienes? ¿Qué númen
Tu conductor ha sido?»
Así diciendo, enjuga
Los restos del rocío
Salobre que del cuerpo
Corrian hilo á hilo;
Y á la torre le guia,
Aliviando el prolijo
Afan con oficiosos
Brazos entretejidos.
Entre tanto Himeneo,
Volando en torno, el vivo
Sagrado fuego enciende
De sus nupciales pinos.
Pero ántes que salicse
El astro matutino,
Ya volvia Leandro
A su confin nativo.
Así todas las noches,
Por el silencio amigo,
Iba nadando á Sesto,
Centro de sus cariños.
Tal ruiseñor amante
Vuela y revuela al nido,
Donde de su consorte
Le llama el tierno pico.
Pero en amor, ¿qué halago
Se vió jamas contínuo?
Movibles son sus dichas,
Sus escarmientos fijos.
En fin salió una aurora
Con ceño y desaliño;
Siguióse triste dia
En tenebroso Olimpo;
La noche añadió horrores;
Y para más cumplirlos,
Dió licencia á los vientos

Eolo, su caudillo.
Bóreas, Ábrego y Noto,
Con tropel improviso,
Turban las quietas ondas
Del Jonio y del Euxino.
Bramaba el mar airado
Con espantable ruido,
Y respondia á truenos,
Desgajado, el Empíreo.
Ardia el aire á rayos,
Cuyo esplendor maligno,
De la celeste saña
Era funesto indicio.
Siete dias pasaron
Sin mostrarse de Cintio
La luz, y siete noches
Sin luceros ni signos.
Leandro, en tanto triste,
Anhela ver tranquilo
El mar, y ya calmados
Los vientos enemigos.
Pero al fin, impaciente,
Cediendo á su destino,
Fuése á la playa, y de esta
Manera habló consigo:
«Corazon, ¿qué te espanta?
¿Qué importará que tibios
Huyamos de una muerte,
Si de otra nos morimos?»
Dijo; y de su arrestado
Amante desvarío
Impelido, se arroja
Al mar embravecido;
Y á pesar de su furia,
Contra los torbellinos
Lucha con fuerte brazo
Por no poco distrito.
Pero ya se redoblan
Del Aquilon los silbos,
Levanta el mar sus olas,
Aumenta sus bramidos.
¡Ay, mísero Leandro!
Ya con dolor te miro
Contiguo á las estrellas,
Y al Tártaro contiguo.
Agotadas las fuerzas,
Sin aliento, sin tino,
Y del farol amado
El claro norte extinto;
Viendo por todas partes,
Presente á los sentidos,
De la pálida muerte
El bárbaro cuchillo,
A las ondas se vuelve
Trémulo y semivivo,
Hallar piedad pensando
Donde nunca la ha habido.
«Ondas, si darme muerte
Es decreto preciso,
No á la ida, á la vuelta,
Matadme á vuestro arbitrio.»
Las crueles ondas niegan
Al ruego los oidos,
Y le sepultan dentro
De su profundo abismo.
Entónces, exhalando
El último suspiro,
Tres veces á Hero llama
Con lamentable grito;
Tres veces por el aire
Repitieron distinto
El nombre aquellas playas,
Aquellos altos riscos.
Vióle el alba otro dia,
Cuando dejaba al Indo,
Y tuvo horror del triste
Espectáculo indigno.
Al pié de la alta torre,
Del mismo mar traido,
Yacia el infelice
Yerto cadáver frio,
Cual suele quedar mustio
Cárdeno hermoso lirio,
Si le arrancó el arado
O deshojó el granizo.
Vióle Hero, y de la torre
Se arroja sobre el mismo
Cadáver, y allí logra
En la muerte su alivio.
Así tuvieron ambos
Igual fin indiviso,
Viéndose en vida y muerte
Hero y Leandro vivos.
Es fama que lloraron
De Sesto los sombríos
Bosques, y que se oian
Mil veces los gemidos.
Y al huésped extranjero,
Llorando compasivo,
Contaba el triste caso
El morador de Abido.
Y hasta en lejanos climas,
Con flébil tierno estilo,
El trágico suceso
Cantaba el *Peregrino*.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON IGNACIO DE LUZAN

DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA.

CONDE DE TORREPALMA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

Á pesar de los aplausos que en el siglo pasado y en el presente se han prodigado á *El Deucalion*, nadie ha intentado siquiera conocer la vida de su autor.

Ignorábanse hasta el año y el lugar del nacimiento y de la muerte de DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA; pero, á fuerza de investigaciones, y siguiendo algunas conjeturas que no han quedado defraudadas, el colector de estas poesías ha tenido la fortuna de dar con varios datos esenciales de la historia de este poeta, y entre ellos con su partida de bautismo (1). En ella consta que nació en la ciudad de Alcalá la Real, el dia 3 de Setiembre de 1706. Su padre, el Conde de Torrepalma, establecido en Granada, pertenecia á la alta nobleza de Andalucía (2). Era éste uno de los varones más ilustrados de su tiempo, y DON ALFONSO, aficionándose á las letras, no hizo más que seguir la senda que le habia trazado el paternal ejemplo. Así es que llegó á entrar gloriosamente en la *Academia Española* y en la de la *Historia*, y fué conciliario de la de *San Fernando*.

Los primeros pasos de la vida pública del CONDE, tal vez por la malevolencia de sus émulos, hubieron de acarrearle amargos sinsabores. De ello dan indicio unas octavas que le dirigió su hermana, sor Ana de San Jerónimo, como para infundirle aliento contra la adversidad. Mayor en

(1) Esta partida se halla en el libro décimo de bautismos de la santa iglesia mayor y colegiata de Santa María de la Mota, de la ciudad de Alcalá la Real (provincia de Jaen), y dice así:

«En veinte y cuatro dias del mes de Setiembre de mil setecientos y seis, el ilustrísimo señor Doctor don Diego Castell Ros de Medrano, Abad de esta Abadía, del Consejo de Su Majestad, y Calificador de la Suprema y General Inquisicion: baptizó en esta Santa Iglesia (*more Episcopi*) un niño que nació á tres de dicho mes, y le puso por nombre Alfonso, Ignacio: hijo legítimo del señor don Pedro Verdugo Albornoz, Caballero del Hábito de Alcántara, Conde de Torrepalma, Corregidor, Justicia Mayor que ha sido de esta ciudad y las demas de su partido, y al presente lo es de la de Granada: y de la señora doña Isabel María de Castilla, Lasso de Castilla, su legítima mujer. Fué su padrino el reverendo padre fray Juan Mexias, predicador actual en su Convento de Nuestra Señora de Consolacion de esta ciudad, con licencia que exhibió de su Provincial; y testigos los Licenciados don Juan de Aranda Pineda, Vicario; don Juan Antonio de Guelte, Notario de la Santa Inquisicion de Córdoba y Beneficiado propio de la Parroquial de Santo Domingo de Sílos de esta ciudad; don Cristóbal Cedillo y don Francisco Garrido Espinosa de los Monteros, Curas de esta Santa Iglesia.»

(2) Era señor de Gor, de Herrera, de Valdecañas, de Boloduy, de Santa Cruz, del Nacimiento; capitan perpétuo de la nobleza de la ciudad de Carmona, etc. Se casó dos veces. En primeras nupcias, con doña Josefa de Adorno, señora de Romanina, de la cual no tuvo sucesion. En segundas nupcias, con doña Isabel María de Castilla y Lasso de Castilla. Con esta señora tuvo numerosa prole; pero sólo llegaron á edad adulta un hijo varon, DON ALFONSO, y cuatro hijas, á saber: doña María Antonia, que en 1710 casó en Granada con el señor don Nicolas Alvarez de Bohorques, marqués de los Trujillos (con cuyo enlace, por no haber dejado sucesion el DON ALFONSO, se unió á la casa del Marqués de los Trujillos el mayorazgo de los Verdugos, condes de Torrepalma, y los mayorazgos de los Castillas, señores de Gor); doña Juana y doña Ana (ambas religiosas), y otra hermana menor, doña Isabel Sofía, la cual casó con don Juan de Cárdenas. (*Apunte sacado de los archivos de la casa del Duque de Gor.*)

edad, y acaso en fortaleza cristiana, doña Ana le da saludables consejos, y le excita á buscar la gloria imitando á su padre, al cual habian perdido recientemente:

Creced á ser blason de nuestra era;
De vos tambien se cuente enriquecida:
Vuelva á vivir en vos quien os dió vida.

Más adelante le dice que,

En la primera edad endurecido
Á sufrir de hado injusto la inclemencia,

sólo alcanzará palmas gloriosas en la virtud, asilo del corazon y el único bien de la tierra que es fácil conquistar, y que nadie puede arrebatarnos:

No la defiende tempestoso muro,
Ni en sí nos la escondió la tierra avara;
Bien es digno del hombre y bien seguro
¿Qué fuerza, si él no quiere, la separa?
Tiemble la tierra ó brame el aire impuro,
Ella sola le abriga y le repara:
En ella sola encuentra su decoro,
Su aliento, su descanso y su tesoro (1).

Andando el tiempo, se despejó el anublado horizonte de su vida. Despues de entrar al servicio inmediato de la Casa Real, como mayordomo de semana, fué nombrado, por decreto de Fernando VI, de 13 de Mayo de 1755, ministro plenipotenciario en Viena, donde ejerció este cargo hasta el año de 1760. De allí le envió Cárlos III, con el alto carácter de embajador, á la córte de Turin. En ella falleció el año de 1767. Gran parte de su correspondencia, como embajador en Cerdeña, se conserva en Simáncas, en el departamento de Estado (legajos números desde el 5,328 hasta el 5,334).

Se ha extraviado la mayor parte de las poesías líricas del Conde de Torrepalma, así como el poema *La libertad del pueblo de Israel por Moisés*, de que habla Porcél, en el *Juicio lunático* leido en la Academia del Buen Gusto, establecida en Madrid, en casa de la Marquesa de Sarria. Torrepalma era á la sazon presidente de esta academia. En ella leyó una oracion, que puede servir de muestra de la prosa de este insigne escritor (2). Las ideas son elevadas, pero el estilo adolece en sumo grado de artificial y de ampuloso. Las poesías inéditas que ahora publicamos están sacadas de autógrafos de Torrepalma, contenidos en las actas de la misma Academia, que, con ánimo franco y bondadoso, nos ha comunicado nuestro amigo el insigne bibliógrafo don Pascual de Gayangos, y de otros papeles, que con igual bondad nos ha franqueado el señor Duque de Gor, descendiente del ilustre poeta. Estas poesías, á excepcion de ciertos pasajes de *El Juicio final*, y de algunos bellos versos diseminados en ellas, son poco dignas de la pluma, casi siempre acendrada y briosa, del autor del *Deucalion* (3).

L. A. de Cueto.

II.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII.)

«Por el mismo tiempo (1741) salió á luz una obra que ha merecido elogios de don Manuel José Quintana, crítico á quien reverencio, si bien disto á veces de su opinion; crítico de la escuela

(1) Estas octavas fueron impresas con el siguiente epígrafe: *Á su hermano* don Alfonso Verdugo, *dia de San Ildefonso, despues de la muerte de su padre, y cercados de persecucion.* (*Obras poéticas de la madre sor Ana de San Jerónimo*, pág. 296.)

(2) Hemos leido esta oracion en un códice perteneciente al señor Marqués de Pidal.

(3) *El Deucalion* fué ya publicado en el tomo XXIX de la Biblioteca de Autores Españoles.

clásica francesa, pero privilegiado en esa escuela misma, y que, con todas sus faltas, pues confieso que, segun mi modo de juzgar, tiene algunas, todavía debe ser tenido por uno de los primeros entre cuantos ha producido España, y merece ser respetado por la generacion presente, áun en los mismos casos en que se desvie de sus opiniones. Don Manuel José Quintana dió grandes elogios al *Deucalion* del CONDE DE TORREPALMA, obra que, sin ser una produccion de alto mérito, es una composicion poética muy notable. Dice don Manuel José Quintana que tiene trozos de poesía descriptiva de los más animados y valientes que hay en castellano, aunque conserva algunos resabios del antiguo culteranismo. Es cierto; pero puede añadirse que quizá los resabios que conserva del antiguo culteranismo son una de las cosas que constituyen su mérito verdadero.

»*El Deucalion* no es más que una perífrasis de un trozo de las *Metamórfosis* de Ovidio. Sabido es que el diluvio de *Deucalion* está descrito por el poeta latino en su mejor obra; que Ovidio, escritor elegante y fácil, es uno de los poetas más agradables, aunque no debe ser tenido en tan alto precio cuanto otros poetas antiguos.

»El poeta castellano copió, tradujo, perifraseó al latino. Pero en sus octavas, muchas de las cuales son bellísimas por lo robusto de la expresion, y por lo sonoro de los versos y del período, hay asimismo pensamientos nuevos que presentan imágenes hermosas. Bella, natural, tierna es la de aquella madre que, arrebatada por las aguas y ya vencida por ellas,

Va al hijo entre las ondas levantando...

»Más hermosura de pensamiento y de expresion tiene todavía otra octava, donde se pinta á un hombre huyendo en su caballo del desatado torrente, y que en el punto mismo en que va á salvar á una persona de su afecto, montándola á las ancas, se encuentra con que ha ocupado aquel lugar su enemigo, terminando todo con decir que en aquella trágica escena

..... al dudoso
Trance que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

»Este último verso, sobre la belleza de su sonido, que, no obstante un tanto de dureza, le hace, con todo, por este lado de los mejores que hay en castellano, encierra un hermoso pensamiento, y el epíteto de funesta, dado con acierto en aquel lance, á la paz, es una de las antítesis mejores que pueden imaginarse, sin que peque de afectada, como las más veces sucede á esta figura retórica, ni que desdiga, por lo conceptuosa, de la triste majestad de la pintura.

»Basta de hablar de autores medianos, aunque, por desgracia, no es posible tratar con detencion sino de escritores de esta clase, refiriéndonos á aquella época.

POESÍAS.

Respuesta del SEÑOR DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA, CONDE DE TORREPALMA, retirado al lugar de Ciempozuelos, á divertir su justo sentimiento por la muerte de un hijo que amaba, á una carta que le escribió desde la corte su amigo don José Antonio Porcel (1).

ROMANCE.

Desde el desierto, y áun desde
Aquella encendida zarza,
De no embotadas espinas,
De no amortecidas llamas,
Que así punzante, que así
Voraz la memoria guarda
De una aguda ardiente pena
La incombusta pertinacia;
Desde este triste desierto,
Por donde las horas pasan
Del ocio y de la tristeza,
Torpemente dilatadas;
Desde este silencio, donde
Con medroso horror, sagradas
Las selvas, de mis gemidos
Los secretos ecos guardan;
Como al conocido acento
Despierta el que, en la turbada
Calma del sueño, obedece
Al imperio que lo llama;
Al grito, amigo, levanto
El postrado genio, y tarda
La mente, mal de las penas
Se despereza agraviada;
Mal de los libres suspiros
Intercepta, y agitada
La voz, tolera del metro
La compuesta consonancia,
Con todo, por no negarle
Su justo imperio á la santa
Ley de la amistad, mis penas
Sacrificaré en sus aras.
De las desechadas Musas
Las lozanías ingratas
Llamaré al servil oficio
De que inspiren, no escuchadas.
A este olmo negro se abracen,
Por vos, las verdes guirnaldas
De sus pámpanos y hiedras,
De sus mimos y sus chanzas.
Mas perdonad si tal vez
Me distraigo de su zambra,
A escuchar íntimo genio,
Que en silencio el pecho inflama.
Por más que ellas al antiguo
Siervo lascivas regalan,
Piadosamente molestas,
Fastidiosamente humanas,

(1) Véase esta carta en las poesías de Porcel.

Fiadas en que es tán débil,
Que no habrá en su moral flaca,
Contra ellas, como en Boecio,
Azotes de otra fantasma.
Y es verdad: ni ella, ni ellas
Saben ya templar el agua;
Que, como el cuerpo de Aquiles,
Báñase del sabio el alma.
A decir verdad, no sé
Cuál presuncion más engaña;
La razon puede muy poco,
El genio no vale nada.
Yo, que un tiempo estaba ufano
Con aquestas dos alhajas,
Desafiando á los hijos
Ilustres de Abdera y Mantua,
Ya reconozco que apénas
Pueden mantener mis barbas
El nombre de varoniles,
Si se les borra mojadas.
Toda la doctrina olvido,
Hecho un conde de Saldaña;
Que sólo el nombre de hijo
Tenaz la memoria guarda.
Ya, en vez de virtudes, tengo
De ellas las frias estatuas,
Que autorizan con la ruina
El golpe que las quebranta.
Mellados yunques ostenta
Mi un tiempo dura constancia,
Y yace mi fortaleza
Entre columnas quebradas.
Mas ¿por qué, necio, confieso
Verdades tan desgraciadas,
Que basta contradecirlas,
Para lograr falsearlas?
Oscura luz la de ciencia,
En cuyas verdades pasa
El conato de adquirirlas
Por la realidad de hallarlas.
Si es el vestir la persona
Ser persona en esta farsa,
Y basta el flaco albedrío
A obrar, si á pensar no basta;
Si vale la accion grosera
Para gradüar las almas,
Y no ha de haber quien distinga
Si somos María ó Marta,
Compongámonos el hombre
De sus mismas repugnancias,
Y la fuerza con que hace,
Sea virtud con que pasa.
El héroe lo forman dos
Cosas que le son contrarias;
Los casos da la fortuna,
Y las glorias la alabanza.
Obrar, el más flaco puede;
Que la ménos noble alma
El pié mueve hácia el peligro,
El pecho expone á la espada.
Sufre callando el gemido,
Y sin que á la frente salga
El polvo de la gran ruina,
O el humo de mucha llama,
De las inciertas virtudes
Basta para gloria falsa,
Para ornamento del héroe,
Para asunto de la fama.
Mas padecer la ruïna
Y al golpe de las desgracias
Estremecerse la vida
Sin violarse la templanza,
Si es humano, toca al ménos
La extrema sublime raya
Que á la deidad se avecina
Y sobre los astros manda.
Difícil, pero inmutable,
La suma virtud estampa
Su etérea imágen en todos
Los grados que hay en su escala.
No apuremos solideces;
Que infamarémos la causa
Que allá, en el funesto baño,
Mantuvo la sangre helada.
Autoricemos el siglo
Con virtudes bien contadas;
Que así hicieron Grecia y Roma,
Y así harán España y Francia.
Callad, por Dios, mis flaquezas,
Y áun, pues vuestra pluma sábia
A la eternidad escribe,
Inventadle mi desgracia.
Mas no hagais tal; que se corre
El juicio de oir que cambia
Una flaqueza que humilla
Por una ficcion que infama.
O yo soy muy verdadero,
O soy, amigo, un panarra,
O todos (y es más creible)
Nos baten moneda falsa.
Dichoso el que decir puede
Que es la condicion humana
Frágil, pero cada uno
Sabe, á su costa, que es *fracta*.
Dígalo yo, pues por eso
A esta soledad callada,
A remendarle los cascos,
Me traje mi calabaza.
Gran obra, aunque para ella
La naturaleza sábia
Hace en ruinas de caduca
Renovaciones de vária.
Todo se lo lleva el tiempo,
Y áun de los duelos que causa,
Borra, como en polvo impresas,
Las huellas y las estampas.
Reparables son las penas,
Fugitivas las desgracias,
Breves los daños, caducos
Los males, cortas las ánsias.
La vida más breve el fin
De muchas penas alcanza,
Que si inhumanas afligen,
Tambien fallecen humanas.
Por eso del tiempo espero
Que la alteracion tirana,
Que ejerce cuando destruye,
No niegue cuando restaura.
Miéntras me repara, elijo
La soledad, porque haga
Honesta, como de César,
La toga la oculta ánsia.
Para componer el hombre
Natural áun no se halla,
Ni el humor de la alegría,
Ni el pulso de la templanza.
El filósofo está hecho
Tantos añicos, que es nada
Lo que queda, aun siendo algo
Conocer lo que le falta.
El político ha perdido
La ambicion y la esperanza,
Y sin ellas anduviera
Mejor, pero nunca anda.
Del cortesano no encuentro
El buen gusto, ¡cosa rara!
Y se me convierte en necio
Por sola esa circunstancia.
Para el caballero envio,
Por dispensa necesaria
De ciertas lágrimas tristes,
Al fuerte Amadís de Gaula.
En rehaciendo las figuras
De aquestas carantamaulas,
Al gran teatro del mundo
Volveré á llevar mi farsa.
Si miéntras sigue el *difícil*
Intento de repararlas,
Se acabáre la comedia,
Silbad, ó batid las palmas.

Al incendio de Roma por Neron.

ROMANCE (1).

Aquella ciudad insigne,
Cuyo poder, cuyo imperio
Fueron las mayores obras
De la fortuna y el tiempo;
Aquella en que, con la humilde
Línea de un surco, ciñeron
Los hados soberbia planta
Al trono del universo;
A quien dió Rómulo forma,
Respeto á las leyes Remo,
Culto Numa, tierra Tulo,
Mar Anco, y Prisco gobierno;
A la que otros dos Tarquinos,
Con dichosa injuria, hicieron
Fuerte, sufrido el tirano,
Libre, arrojado el soberbio;
Cuyos duros hijos tantas
Veces alternar supieron
Los manejos desiguales
De la mancera y el cetro;
En su varonil austera
Parquedad, no pretendiendo
Más que engrandecer las almas
Y fortalecer los cuerpos;
Aquélla, dueña del mundo,
Que al incontrastable fuero
De poder y saber más
Fué granjeando su imperio;
Roma, cuyo augusto nombre
Reverencialmente oyeron
Los ardientes mauritanos,
Los erizados armenios;
Bajo el imperio infelice
De Neron, en quien unieron
Muchos siglos su esperanza,
Muchos siglos su escarmiento;
En quien prometió juntarse,
Por herencia y por afecto,
Con la piedad de los Julios
La virtud de los Eneos;
De la más ilustre casa
Digno y augusto incremento
Un tiempo, y un tiempo alumno
Del estoico más severo;
En fin, bajo del dominio
De Domicio Claudio, en fuego
Mandado, arde la gran Roma,
Y él, cantando, lo está viendo.
Desde la torre eminente
Que, para ménos funestos
Registros, labró aquel grande
Protector de los ingenios,
Mira la trágica escena,
Tan cruël, que el duro objeto
Que áun quebrantára la ira,
No le destempla el sosiego.
Con débil, mas no alterado
Espíritu, en dulce metro,
Aun le regala el oido
La memoria de otro incendio.
Aquella famosa ruina
De Troya, que en justo duelo
Llora el orbe, Neron canta,
Recreándose en su acuerdo.
Ambicioso de su vista
A Roma incendia, y el pecho,
Con furor nativo, copia
La venganza de los griegos.
Arden las antiguas casas,
Arden los sagrados templos,
Y derretidos los bronces,
Borran los nombres eternos.
Fluyen los ricos metales,
Y los bustos corpulentos
Líquido el bronce desata,
Deshace el oro disuelto.

(1) Fué leido por su autor en la Academia del Buen Gusto.

Corre liquidado un César,
Destila ardiente un Pompeyo,
Humea candente un Bruto,
Y cae un Caton deshecho.
Ya las altísimas ruinas
Forman horroroso estruendo,
Cayendo los chapiteles
A apagarse en los cimientos.
Tanto daño mal pudiera
Subordinarse á un recreo,
Si lo que odiaba cruël
No despreciára soberbio.
Tantos bienes, tantas vidas,
Puestas de un antojo al precio,
Más que aborrecer como hombre,
Fué malgastar como dueño.
En tanto, miéntras la enorme
Pira con rostro sereno
Ve, y los populares llantos
Mezcla en mímicos gorjeos,
Truena, no esperado, el polo;
Y roto del humo denso
El velo impuro, descubre
Celeste, raro portento.
Con terrible aspecto, Egeria,
Del tostado, del sangriento
Rostro inflamado apartando
La pavesa, el humo, el fuego,
«¡Oh! tú, dice, de los hombres
Baldon sumo, oprobio extremo,
Y de los fieros tiranos
Molesto y urgente ejemplo;
»Despierta, feroz, inicuo,
Del desvanecido sueño
De la majestad, y mira
Un Domicio en cada siervo.
»Apénas el buriel tosco,
O los criminales hierros,
Mano inflaman que no sea
Ménos indigna del cetro.
»Si la injusta sangre debe
Al castigo, al escarmiento,
La efusion funesta ¡oh cuánto
Corre por tus venas riesgo!
»¡Al inocente te atreves
A inquietar! Pues ¿á qué afecto,
Si no goza la tutela,
Ha de sufrir el gobierno?
»La sagrada paz del justo
Osas profanar; ¡ay, necio!
Que el pacto rompes del trono,
Y no te valdrán sus fueros.
»¿Qué miras en esas llamas,
A cuyo abrasador fuego
Y á sus caducos aplausos
Fueron pábulo primero?
»Si buscas á Troya, en Troya
Fué piadoso Enéas, Héctor
Fuerte, Priamo prudente:
Virtudes copia, y no incendios.
»Infiel imitas, pues dista
Mucho, al más fácil cotejo,
Un incendio que es victoria,
De un incendio que es denuesto.
»Aun quedan Troyas al Asia;
Ardan, en su oriental seno,
Los nunca domados partos,
Los siempre rebeldes medos.
»Ciudades baña el Danubio,
Donde los rayos severos
Del Jove romano vibren,
Su sacra llama venciendo.
»Mas no harán; porque Maborte
Desdeñára sus sangrientos
Laureles al delicado
Ornato de tus cabellos.
»No harán; que de la victoria
A las aras, los inciensos
Sudores son varoniles,
No femeniles ungüentos.
»No harán; que la civil sangre,
Vertida en el patrio suelo,
Venganza á los cielos pide,
Y la vengarán los cielos.
»Ya, ya se sincopa infausta
La edad fatal, sucediendo
Al trigésimo segundo
El septuagésimo sexto.»
Dijo; y fué más pavoroso,
Despues del grito, el silencio;
Porque quedó resonando
En el corazon el eco.

Madrid, y Enero 23 de 1749.

A César, mirando la cabeza de Pompeyo.

ROMANCE.

¿Tanto un solo trance, tanto
Una victoria consigue,
Que las campañas hemacias,
Del mundo el trono deciden?
Cede Pompeyo del campo
Y el imperio el comun linde;
¡Oh, en cada insignia que abate,
Qué de provincias que rinde!
Despojos son de Farsalia
Sordo el Nilo, undoso el Tígris,
Flechero el Aráxes, rudo
El Danubio, sacro el Tíber.
Venciste, César; ya cede
A tu fortuna sublime
Todo el orbe; ya domado
Te rinde el cuello: venciste.
Ya el imperio soberano,
Que partido no pudiste
Tener, tienes solo; ya
La paz el cansancio pide.
Ya Egeria sus duras leyes
A tus preceptos remite,
Y medrosos los augures,
Adulan cuanto predicen.
¡Gran dicha! Pero Pompeyo,
Solo, desterrado y triste,
Aun desde el séptimo cielo,
Defensa es grave del Tíber.
Aun grande en la ruina, toda
Tu fortuna contradice;
Que no ha cedido la suerte
Quien las virtudes compite.
Justa causa, si á los hados
Ingrata, mísero sigue;
Arcano suyo es tu duda;
Teme cuando se descifre.
Mas ya, traidor Tolomeo,
Tan justo temor redime;
Gran presente gran delito;
¡Qué mal hace! ¡Qué bien sirve!
Pues ¿qué es esto? ¿El mayor logro
Con lágrimas le recibes?
¿Será piedad? Es muy tarde.
¿Será amor? Es muy difícil.
Esa destroncada testa
La misma es que perseguiste;
Su estrago labró tu dicha,
Y porque ella muere, vives.
Presente es que el mundo todo
Te hace, porque vaticines
El lugar á que te exaltas,
El poder con que lo riges.
Su más soberbio presagio
Roma te cede; y repite
De su hadado Capitolio
Para tí el agüero insigne.
De la cabeza del mundo
Misterio igual te prescribe;
Cabeza, cuya voz tiemblen
Los indómitos Quirites.
¿Lloras las dichas? ¿O en otro
Llanto del griego aprendiste
A llorar que el mundo estreche
Tu gloria en sus anchos fines?
O mejor la grave muerte,
Que sus victorias consiguen,
A tan alto precio caras,
A tanta condicion viles.
Suspende, empero, del llanto
La accion dudosa, y percibe
Ronca voz, que tristes hados
Con ímpetu sacro dice:
«¡Oh tú, el más cruël alumno
De la más piadosa estirpe;
Torpe infamador del nombre
Del justo nieto de Anquíses!
»Oye el fatídico aliento
Que, porque su juicio intime,
Némesis firmó severa,
Dictó colérica Erinis.
»Mortal terror te conmueve
Al ver cómo se salpiquen
Tan mal eternos laureles
De bien caducos rubíes.
»En vano exentas sus hojas
Prometen inmarcesibles
Inmunidad de los rayos,
Si al acero no resisten.
»Donde Jove perdonára,
Por más iras que fulmine,
Al traidor, el traidor osa
No perdonar al felice.
»Présago el llanto, tu ruina
Y la de la patria gime,
Para quien ya de sus aves
La sombra es funesto eclipse.
»No temas que ya el Senado
Nuevo caudillo habilite,
Ni á suceder á Pompeyo
Haya en Roma quien aspire.
»Cadáveres son segundos
Los padres, que en este triste
Yerto labio respiraron
El último aliento libre.
»Ya el que otro tiempo Senado,
Panteon es sólo de efigies
Mudas, en que los oficios
Vanos títulos se inscriben...
»Duro imperio el libre Lacio
Sufre, y si su obsequio humilde
Es miéntras vives seguro,
Mal seguramente vives.
»La dulce libertad, que huye,
Te va dejando, al partirse,
En su indeleble memoria
Un enemigo invencible.
»Torpe fin á Apio y Tarquino
Ambas violencias consiguen;
¿Y á la libertad violada
No habrá en Roma quien vindique?
»Sí; que Brutos son é Icilios
Cuantos su muralla ciñe,
A defender valerosos
La antigua inmolada vírgen.
»La estatua que al viejo Mario
Furtivamente erigiste,
Teme que al fin, con los nuevos
Que previó Caton, se arruine.
»Teme el ejemplo que lloras;
Pues las virtudes sublimes,
Mal en tí serán tutela,
Si en Pompeyo fueron crímen.
»Quirino, en tanto, su diestra
Y áun su ejemplo te apercibe;
Que deidad anticipada
Hará que en los astros brilles.»
Dijo; y pertinaces ecos
Del César la mente oprimen,
Y entre su laurel eterno
Ruinosa hiedra se ciñen.

Madrid, 18 de Mayo de 1749.

A una señora muy aprensiva, que se ponia en cura sin necesidad, y tenia gran devocion á dos santos, médicos, de un cuadro colocado á la cabecera de su cama. Estando una noche durmiendo, entró en su alcoba, con los Sacramentos, el párroco. Los habian pedido para una criada de la casa, y el cura se equivocó, creyendo que eran para la señora, la cual se asustó, y saltó de la cama en camisa huyendo, y el cura la siguió algunos pasos, hasta que lo desengañaron.

ROMANCE (1).

¿Qué es esto, Amarílis mia,
Que de tu susto me cuentan?
Diz que te asaltan los santos
Sacramentos de la Iglesia.
Dicen que te quiso un cura
(No es mucho que te quisiera)
Dar (extraño es, pero... vaya)
La uncion: ¡eso es friolera!
Discúlpelo que en entrando
A brujulear la enferma,
Dos médicos, aunque santos,
Se encontró á la cabecera.
De más se enmienda el refran
Del perro, y diga á la letra
Que ha entrado el cura en la alcoba,
Porque halló la puerta abierta.
Yo no sé dónde fundó
La razon de congruencia.
¡Qué hallaria moribundo
Es lo que saber quisiera!
Tu hermosura está muy fuerte,
Muy sana tu gentileza,
Robustísima tu gracia,
Vivísima tu belleza.
Sólo hallar agonizando,
Podria, pasiones necias,
No discretas, porque mueren
En la infancia las discretas.
En fin, el susto á la fuga
Te previno tan ligera,
Que peligra lo decente
Donde hay sin puntos carrera.
Considere aquí el piadoso,
En mitológica idea,
De las ninfas fugitivas
Representarse la escena.
Una Dafne huyendo mire,
No tan vestida, y más bella,
Y Apolo, rezando salmos,
De sobrepelliz, tras ella.
Una Atalanta corriendo,
A quien detener intenta,
Cauto, Hipómenes, cambiando
Tres manzanas á una pera.
Diana segunda admire,
Pues hasta el nombre me suena,
De eclesiástico Acteon vista,
Y en rojo cendal envuelta.
De corrida y corredora,
Entre confusa y resuelta,
Sin aliento, mas con habla,
Dulcísimos hielos hecha,
Se me representa á mí,
¡Y bien que se representa!...
¡Oh, quién el susto y la fuga,
Dichoso, pintar pudiera,
Logrando en un cuadro solo
El primor de cuatro escuelas!
De miniatura tu cara,
Al fresco el desnudo, en medias
Aguadas tus ropas, y
Al óleo el cura pusiera.
El paisaje sería
De disposicion incierta,
Medio alcoba, medio templo,
Y por fin, botica entera.
Por allí colocaria
Otras imágenes bellas,
Con mucha atencion copiadas
Y con mucha injuria expresas.
Pintára en distancias várias
Tambien figuras diversas,
Y en la última lontananza
Escribiria el *faciebat*.
Este lienzo luégo, al culto
Que mi memoria reserva,
Grandísimo voto, en noble
Eterno templo pusiera...
Mas tú, que escarmiento logras
En un susto, de tí aleja
De la crüel medicina
Las costosas contingencias.
De falaces aprensiones
El vano temor desecha,
Y usa para tus congojas
Las pócimas de la huelga.
No es otra cosa el amago
Que terrible te amedrenta,
Sino es la postrimería
De emplastos y de recetas.
Deja á tu salud ser tuya,
Sin que á merced la poseas
De arte que el dárnosla cifra
En peligros de perderla.
Y si no, teme que el cura
Fantasma se te aparezca,
Y que, al pedir tú el sucino,
Acuda con la ampolleta.

(1) Fácilmente se echa de ver en el tono chancero y familiar de esta poesía y de las dos siguientes, halladas en los archivos de la casa de Gor, en Granada, que fueron escritas por el CONDE DE TORREPALMA en los años de su mocedad, sin pretension alguna literaria.

A una dama que sacó á bailar el CONDE DE TORREPALMA, y que representó en una pieza, haciendo él de *Númen*, y ella de *Armonía*.

DÉCIMAS.

Señora, aunque es osadía
Elogiaros, es accion
A que se obliga la union
Del *númen* y la *armonía:*
En este vínculo fia
Mi arrojo su desempeño,
Si vos del terrible empeño
Me sacais en que ya estoy,
Haciendo que os sirva hoy,
Pues de uno y otro sois dueño.
De puro feliz se corre
Hoy mi fe, entre dicha tanta,
Mirándoos Bárbara santa,
Con la palma y con la torre.
La propiedad no se borre
De los símbolos, por Dios,
Pues nos dejan á los dos
Bien puestos, partiendo aquí
El martirio todo á mí,
Y toda la gloria á vos.

Al retrato de la Marquesa de Espinardo, corregidora de Granada.

DÉCIMAS.

El primor mejor logrado
Del pincel y su destreza,
Fué de ver vuestra belleza
Ligada á perpétuo agrado;
Y así todo el mundo osado
Le intima el afecto fiel
Que oculta á vuestro crüel
Ceño; hallando entre los dos,
Todo lo hechicero en vos,
Todo lo apacible en él.
Porque es tan fiero el rigor,
Hoy, de vuestro esquivo trato,
Que desdeñoso, el retrato
Haceis por procurador.
Dejad, pues, que su esplendor
Logre perfeccion tan alta,
Pues cuando el pincel esmalta
Vuestro semblante apacible,
Le da (parece imposible)
La única prenda que os falta.
Del pincel la valentía
Con alma en la copia os muestra;
Pero no es el alma vuestra,
Es más bien el alma mia;
Pues no tiene antipatía
Con el amor ni el querer,
Y á mi genio viene á ser,
Pues la copia hermosa y rara
Sólo tiene el alma para
Ser de vuestro parecer.
Este tan constante sigo,
Que, llevado de él mil veces,
Tengo yo mis esquiveces
De parte vuestra conmigo;
Por él á tratar me obligo
Con rigor á los que escucho
Que os sirven, y segun lucho,
Imitándoos, con la fe
De cierta ánsia, pienso que
Debeis de quereros mucho.
Mas si habeis de examinar
Lo que mostrais entender,
Y se puede responder
Lo que gustais preguntar,
Dejad un rato apartar
El respeto superior
De vos, el duro rigor,
La altivez fiera, el desden,
Y veréis si queda quien
Os vaya á contar su amor.
¡Oh, cuánta pena callada
Mostraria en este caso
Que esos cortejos de paso
Eran triunfos de parada!
Pero no estéis engañada,
Creyendo que dejan vidas
Para huir vuestras heridas;
Sabed que los que se fueren,
Porque no riñais que mueren,
Van á morirse á escondidas.
No penseis que es nuevo el mal
Que llora tanto infelice,
Pues cuanto á la copia dice,
Lo calla al original.
Mas nuestro temor mortal
Nos tiene tan oprimidos,
Que si al retrato, atrevidos,
Declaramos la pasion
Con gritos del corazon,
Es porque no tiene oidos.

Á la Academia del *Buen Gusto* dedica su pobre númen *el Difícil* (2).

Cascado abeto, del sagrado mirto
Donde mi olvido te dejó pendiente
(Voto no ya del triunfo de mi canto,
Despojo de ocio inculto si) desciende.
Vuelva á pulsar la mano del sonoro
Leño las dulces cuerdas, si consiente
El polvo antiguo que al rozar el plectro,
Las primitivas cláusulas encuentre.
Si el ocio que el espíritu divino
De las celestes Musas entorpece,
O el áulico rumor que las ahuyenta,
Agilidad, serenidad conceden;

(2) Nombre que usaba en la Academia de la Marquesa de Sarria el CONDE DE TORREPALMA.

Si la agitada mente, breve espacio
La inquietud calma y el afan suspende,
Y dejando el estrépito profano,
Sólo á escuchar la inspiracion atiende;
No la antigua dureza, no la propria
Escasez, no la culta te amedrente
Oscuridad, que, grillos de mi ingenio,
De etéreo númen son prision terrestre.
Si ya, otro tiempo, la frondosa orilla
Del Dauro umbrío oyó en su estancia fértil,
Al sonoro susurro de sus auras,
Sencillo concertar mi canto alegre;
Si me miraron sus cristales puros,
Triste, tal vez, hurtar á su corriente
Poca luz en la sombra de mi bulto,
Mucho silencio en mi lamento débil;
Si me escucharon sus hermosas ninfas
Gemir amante; si áun sus troncos pueden
Eternas señas dar del duro estilo,
Y amargo ejemplo al que sus cifras lee;
Ménos compadecido Manzanares,
La viril voz escuche cuando aliente
El ronco pecho números ingratos,
Que en sus áridas márgenes resuenen.
Grave la voz, si disonante y ruda,
Al nuevo coro su concento agregue;
Si suspendida el alma, no conmuta
La accion que canta en la quietud que atiende.
A la heroica armonía se levante
La humilde voz, porque sublime anhele
De las ásperas cumbres del Parnaso
Pisar altiva las soberbias frentes.
¿Qué mucho, si más alto Olimpo es sólio
De protectriz deidad, á quien le deben
Nueva vida las Musas, nuevas luces
Apolo, nuevos cisnes Hipocrene?
No ya á su frente osados, á su planta
Se tejerán humildes los laureles,
Más vanos que de ser diademas ántes,
De ser ahora á su beldad tapetes.
Tan noble orígen el sagrado influjo
De estos dichosos números enciende:
Calle los de Calíope su Orfeo;
Lino los de su Febo no recuerde.
A este celeste fuego, el más grosero
Metal que concibió embrion rebelde,
La tierra, por dichosa crisopeya,
Oro correrá líquido y luciente.
Dignas voces serán cuantas module
Quien, ilustrando su armonía, puede,
En el obsequio de deidad tan alta,
Honrar con lo que invoca lo que ofrece.
Donde el precepto da la suficiencia,
Es grosero el temor, no reverente;
¿Qué importarán las leyes de los hados,
Si el destino imposibles no venciese?
Tú digna harás de tu atencion mi lira;
Y cuando, ennoblecida de esta suerte,
La escuche el orbe, entónces de tu aplauso
Fama será, que el tiempo reverencie.
Y así, vuelva á pender, pero en tu templo,
¡Oh deidad generosa! donde acuerde
Todo el poder de tu benigno influjo,
Cada vez que sonando no disuene.

Madrid, 9 de Enero de 1740.

Á la temprana muerte de una hermosura.

ELEGÍA (1).

Al doloroso oficio, Melpomene,
Desciende pía, y el amargo llanto
Turbe las claras ondas de Hipocrene.
Destemple á la suave lira el canto
El ronco aliento que el pesar exhala;
Sólo el sollozo es ritmo del quebranto.
Desnuda el arte áun de la oscura gala
Que permite la fúnebre armonía,
Y notas de dolor sólo señala.
Derrama aquella torpe melodía
Que el íntimo pesar al llanto tierno,
Al desolado suspirar confía;
Y entónces con mi canto el tuyo alterno,
Llorarémos de Fílida la muerte
Con inmortal sentir, con duelo eterno.
En quien edad, naturaleza, suerte,
Dichas acumularon y esperanzas,
Que hoy la ruïna en lástima convierte.
¡Oh del tiempo falsísimas bonanzas!
¡Oh veces infalibles de la vida!
¡De la suerte firmísimas mudanzas!
¡Que en vano nuestra fe, mal conducida
Del sentido, da incienso á la hermosura,
Si huye entre el humo la deidad perdida!
¿Cuál pudo nunca, humana compostura,
No digo vida, eternidad celeste,
Prometer, como en Fílida, segura?
¿Cuál habrá que la cólera no infeste
De las rabiosas parcas, y en los hados
La invidia de los númenes no honeste?
Sin duda, de este tósigo tocados,
Con torpe mano ofenden é insidiosa
El bien de los mortales desgraciados.
¿Pues qué? ¿Sufriera Vénus licenciosa,
De una casta belleza superada,
Perder del Ida la sentencia honrosa?
¿Sufriera Jove de la esposa amada
La dignidad vencida, ó Pálas viera
Su fortaleza y su prudencia ajada,
Sin que al impulso de la invidia fiera,
Estimulada la celeste ira,
A la inicua venganza se moviera?
Pero en vano sus cóleras conspira
Tonante Jove, y del humano coro
Quizá al divino á Fílida retira.
Que amor labrando con sus flechas de oro
Indelebles imágenes, en ellas
La guardan nuestros pechos con decoro.
El que sólo burlar de las estrellas
La potestad maligna pudo, quiere
Eternizar á Fili en sus querellas.
Miéntras duráre el tiempo; miéntras diere
Voces la fama, acuerdos la memoria,
Y el pecho humano afectos concibiere,
Con generosas lágrimas la historia
Llorará, aplaudirá su nombre, siendo
Pena á los siglos, cuando á Fílis gloria.
¡Qué mucho, si las señas repitiendo
Del gran sujeto, y del acerbo caso
Propagado el dolor, se irá esparciendo!
¿Celebró nunca el cantador Parnaso
Beldad, gracia, virtud ó prenda alguna,
Cuyo esmero no viese en Fili acaso?
Las perfecciones que ella sola auna
Hicieran celebradas y famosas
Mil gentiles bellezas cada una.
Aquellas trasparencias luminosas,
Que áun más que del bellísimo semblante,
Del alma son facciones generosas:
Aquella honesta risa; aquel brillante,
Si puro, fuego de sus bellos ojos,
Y de su tez la púrpura flamante;
Aquel herir, sin fulminar enojos;
Aquel rendir, sin conocer cautivos;
Aquel triunfar, sin adquirir despojos;
Aquellos de su espíritu nativos
Dotes, que la prudencia y la cordura
Ilustraron con fáciles cultivos;
El celeste esplendor de su hermosura,
De su ingenio la fuerza soberana,
De sus costumbres la inocencia pura,
Repugnaron, sin duda, de la humana
Dicha la breve miserable esfera,
Incapaz de tal bien, estrecha y vana.
Con causa; pues si el mundo contuviera
Astros de tanta luz, ¿qué vista ociosa
Los ojos al Olimpo divirtiera?
No es nuestro tanto bien. Sólo la ansiosa
Accion del llanto es nuestra, el sentimiento
De la pérdida triste y dolorosa.
En la trágica patria del tormento

(1) Leida en la Academia del Buen Gusto.

Quedamos, para dar, con nuestra queja,
Materia eterna á su inmortal contento.
Sólo de nuestro amor al cargo deja
La merecida fama, y del humano
Sér, indignada, su beldad aleja.
Vive nueva deidad; si el soberano
Jove su copa ya á tus labios bellos
Mejor concede que á la frigia mano,
O si entre los purísimos destellos
Del alto firmamento luz moderna,
Eres, como en la tierra injuria de ellos,
Virtud allá de su eficacia eterna.

Madrid y Febrero 8 de 1749.

ESTANCIAS (1).

Ya, Mercurio del Júpiter de España;
Ya, nuevo Páris, no entre la selvosa
Cumbre del Ida, sino en la que erige
El arte vencedor, más laboriosa,
Más regular, y no inferior montaña,
Las tres antiguas émulas suspiran
El premio de beldad suma á que aspiran.
¡Oh cuántas al certámen generoso,
Costosas glorias, ínclitos sudores,
Logradas ánsias cada cual produce,
Coronadas de tantos esplendores;
Cuántas gotas la frente al operoso
Conato exhala, cuando en justa norma
El lienzo, el edificio, el bulto forma!
Grave la una miro, y corpulenta
Digna esposa de Jove, que á su fuego
Debe tal vez sublimes producciones;
Autora de los dioses, que honra el ruego;
De piedras y metales opulenta;
Y si el diáfano viento no preside,
En él su verdadero espacio mide.
Otra, ya belicosa el brazo aplica
A las rígidas armas, ya la mente
A las ciencias veraces, y el estilo
De las doctas edades diestramente
En las ruinas magníficas explica;
Templos labra á los dioses celestiales,
Y morada inmortal á los mortales.
Otra la tersa tez al colorido
Fia lasciva, y al paterno cielo
Luces mendiga, trasparencias miente;
Alma del mundo, su fecundo anhelo
Formas produce ó muda, y repetido
De un lienzo opaco en el espejo inculto,
Mágica finge el cuerpo sin el bulto.
¿Qué espera ya tu arbitrio soberano?
Perdone en tanto el sabio Caduceo;
Y las suertes concede, que á más gloria
Multiplica felices, para empleo
De tanto genio, pródiga tu mano;
Pues al honor del premio que repartes,
Todas son Vénus las hermosas artes.
Todas abrigan en su blando seno
Turba de Cupidillos, si consiente
El amor de las artes este nombre;
Juegan cercanos con audacia ardiente,
Corriendo el campo del estudio ameno;
La competencia aumenta los esmeros,
Y émulo de la gloria nace Anteros.
Consagra al alto Júpiter hispano,
Con fausto auspicio, el templo prodigioso,
Honor de la nacion, gloria del orbe,
Logro de tu cuidado generoso;
Reciban de su gracia y de tu mano
El premio, aquí donde hizo en cada parte
La última pompa de su esmero el arte.
Ya será digna al ínclito Fernando
La morada, que hoy lustran á tu ruego
Sus reales virtudes, que ya encienden
En los recientes lares puro fuego;
Blanca llama, la infausta mejorando
Del incendio voraz, al cielo sumo
Levante la piedad, el voto, el humo.
La justicia, el amor y la clemencia;
La liberalidad, el premio justo,
Bien como el sol las matutinas aves,
Que viene, anuncian, ya su dueño augusto·
Ciertos anuncios dan de su presencia,
Clamando, cuando á verle se aperciben,
Que viva el Rey donde sus glorias viven.
Que viva más que al tiempo ruïnoso
Siglos despreciará el alcázar culto;
Que viva más que en los eternos bronces
Su nombre, ó en los mármoles su bulto;
Viva, siempre feliz y siempre esposo
De la que hace dichoso, sin segundo,
Al que es la dicha de uno y otro mundo.
Y vosotros, maestros excelentes,
Que dais vida á su imágen y ámplio espacio
A su trono real, los laureados
Instrumentos dejad, del gran palacio
En los frisos altísimos pendientes,
Para que logren de la edad futura
Tímida imitacion, gloria segura.
Y no ménos vosotros, turba ardiente,
Juventud en las artes iniciada,
Plantel de honor del siglo sucesivo,
Seguid la áspera senda comenzada;
Que desde el arduo fin benignamente
Os llaman, ostentando su belleza,
La virtud, el honor y la riqueza.

(1) Fueron leidas por el CONDE DE TORREPALMA, conciliario de la Real Academia de San Fernando, en la junta pública celebrada por esta misma Academia el 25 de Diciembre de 1753.

LAS RUINAS.

Pensamientos tristes.

Sobre las altas y desnudas rocas
Que del sagrado Tajo presuroso
Asombran las profundas aguas puras,
Ménos sentado que rendido y triste,
El infeliz Alfeo al sordo viento,
Al silencioso yermo, confiaba
Entre no mudas lágrimas sus males,
Y entre largos suspiros breve aliento.
Condoler hizo lastimosamente
El eco tierno los peñascos duros,
Y mil veces el nombre repetido
De Fili resonar los altos montes.
Ya declinaba á sus postreras horas
Mal conocido el dia, y el nubloso
Cielo de blanca nieve encanecia
Las vecinas montañas, dilatando
La ya dudosa luz en sus reflejos.
Cansado de llorar, levanta apénas
La macilenta cara, y el cercano
Boreal horizonte apénas mira,
Que, de negras agujas coronado,
Al cielo torres, majestad al suelo
De la antigua Toledo ofrece grave;
Cuando á la desolada fantasía
Da lamentable especie el cruel destrozo
Del alto alcázar; y la gran ruïna
Mirando, así entre lágrimas prorumpe:
«¡Oh suerte humana, áun á las piedras frias
De sus mortalidades contagiosa!
¡Oh suerte humana, que la eterna roca,
Burladora en su asiento de los años,
Apénas á su imperio condujiste,
Cuando, de frágil forma en sér segundo,
A duracion caduca la obligaste!
¡Oh suerte humana! ¿No le bastaria
Al ruinoso edificio el diente oculto
De un dia y otro, de uno y otro año,
Para que al paso de la edad medido,
Se fuesen desconchando y desluciendo
Los blancos muros, las almenas altas
Al golpe de los vientos; y las torres
Erguidas lentamente, desplomando
Su corpulencia grave, y que el embate
De muchos siglos, áun cruël entónces,

Postrase tanta máquina sublime,
Sin que de acerbos hados feneciese?
¿Rompe, tambien, intempestiva parca
A la impropia, á la vida artificiosa
De lo insensible, el nunca visto hilo?
Pero su dura ley nada perdona;
¡Oh suerte humana, á dura ley sujeta!
¿De qué sirvió que la juiciosa mano
Erija incorruptibles sus trofeos
A la inmortalidad, en jaspe y bronce?
¿De qué al arte sagaz dotar de eterna
Firmeza la robusta arquitectura,
Si no hizo inmune el que fundó constante?
En vano, en tu decoro repetidas
Vió nuestra edad las peregrinas señas
Que el pincel y el escoplo tradujeron,
Desde la arcana antigüedad del mundo,
De la desnuda Arcadia, de la austera
Esparta, de la triple marcia Roma,
Para que en tí viviesen nuevamente
Cuantas virtudes coronó la fama,
Ya en el candor de los primeros siglos,
Ya del adulto mundo en las fortunas.
Tu hermosura, que pudo al peregrino
Rémora dulce ser, y al ciudadano
Soberbia gloria y respetoso objeto,
Huyó en incendio breve, y solamente
El triste acuerdo á la memoria queda.
A la memoria, que en tu ruina grande
Mayor imágen con dolor percibe.
A la memoria, pasto venenoso
Del ánimo infeliz, que está royendo
Su mortal cebo con canino diente.
Ella de entre sus pórfidos caidos
Levanta ideas tristes, y en las señas
De una ruïna, otra ruïna copia.
Fábrica fué mejor, y la más bella
Que á la enemiga luz de infausto oriente
Dió el autor del pequeño y grande mundo.
Alcázar fué, que un tiempo dedicaron
El honor, la concordia y la fortuna
Para albergue y asilo venturoso
De la inviolada paz, de la fe inmune;
Y para conservar á las edades,
Aun más que las imágenes hermosas
De héroes felices, de infelices reyes,
De la austera virtud el duro ejemplo;
Ya en propria imitacion, ya trasfundido
En la aptitud dichosa con que nace
Quien la bondad á quien el sér le debe.
Templo fué inmaculado del más puro
Amor que llamas aceptó legales;
De cuyo fuego ardientes son cenizas
Los suspiros exánimes, que apénas
Durando en ellos, moribunda exhala
Mi vida, más de su dichoso fuego,
Que del fatal tizon la otra pendiente.
Ya ruina menor yace, que no deja
Tantos despojos del completo triunfo
La verdadera muerte, ni perdona
A las mudas reliquias, ni concede
Aun lo mismo que deja; y así, en tanto
Que en sus quebrados jaspes permanecen
La memoria y la lástima durables,
Lástima sólo, y sin fragmentos ruina,
Me permiten los hados, que supieron,
De las sangrientas furias irritados,
Destrozar más, con potestad inicua,
Que componer gratísimos pudieran.
Si no viene á su dura ley sujeta
La virtud santa, y del etéreo Olimpo
Merecida desciende al pecho humano,
¿Por qué, á su dura ley, la vida, el lazo
De la virtud y el hombre se disuelve?
¿Preserva de los rayos del tonante
Breve laurel; áun en la impía frente,
Que (más de temerarios pensamientos
Que de sagradas hojas guarnecida)
Su ira concita, y de la horrible parca
A la invisible flecha, no reserva
La luciente diadema de incorruptas
Virtudes, que se ciñen con respeto
Los dioses celestiales; domestica
La hermosura las fieras, y áun á verla
No se detienen los urgentes hados?
Mas, si ellos perfecciones respetáran,
Fuera nuestra fortuna diferente;
Tú, constante en el alto y firme asiento,
Contrastáras el tiempo; y yo, dichoso,
A los dioses la suerte no invidiára.
Viviera Fili, y en su vida sólo
Mayores bienes nuestra edad tuviera,
Que la credulidad supersticiosa
En el siglo feliz del oro admira.
Viera en su ánimo grande nuestro mundo
Familiares los dioses, si los dioses
Etéreas son virtudes; viera el suelo
Segunda vez la fugitiva Astrea
Su mansion habitar, y de un sencillo
Corazon admitir el trono humano.
Las dichas y los cándidos placeres,
Con las risueñas gracias, su belleza
En séquito cortés acompañando,
Felicidad vertieran y alegría
Delante de sus ojos celestiales.
Viviera Fili, y el corrupto siglo
Mirára renovar, con raro ejemplo,
La integridad sabina, la romana
Constancia, y de las griegas hermosuras
Casta censura, en superior belleza.
Pero tanto los dioses aborrecen
Al mundo inicuo; tanto indigna vive
La virtud en la tierra, que ella acorta
Al ánimo que adorna el vital plazo.
Oh digna causa de una prodigiosa
Muerte, cuyos principios ignoraron
La sábia medicina y la más sábia
Naturaleza, que admiró, confusa,
De sus leyes el órden profanado.
Lozana juventud, ¿dónde tenías
Tu robustez, tus fuerzas arrogantes,
Tu salud vividora? Mas ¡qué digo!
¿Cuando no están en brazos de la muerte?
¿Y tú, burlado amor; tú, de las parcas
Súbdito humilde, que á su imperio cedes
Tus más altos trofeos, dónde estabas?
Pero, ay, que estabas en mi incauto pecho;
Y aunque cruël, medroso como niño,
Viendo en mi corazon el trance duro,
De horror estabas tú tambien batiendo,
Asustado, las trépidas alillas;
Y las divinas flechas de la aljaba
Cayéndose sin órden, las entrañas
Con mil diversas puntas mil venenos
Me penetraban tormentosas, miéntras
Tímido tú temblabas del espanto.
¿Qué mucho, si al suceso lastimoso,
Temblar sensibles de piedad pudieran
Esas altas esferas cristalinas?
Decidlo, Musas, y al horrendo caso
Levantad, si podeis, el grito mio;
Despedazad en doloroso canto
El ronco pecho, y conceded al labio
Voz que convenga al triste pensamiento.
Cantad aquí; cantad, entre estas ruinas,
Como en sima funesta horrible y propia,
De mi eterno dolor la causa fiera.
Y tú, sagrado Tajo, á tus corrientes
El fragoso rumor embraveciendo,
Acompaña mi voz, y el Oceano
Mi llanto escuche en tus postreras ondas.
Tú, noche, que á mis cantos amorosos
Fresco silencio y atencion prestaste,
Por tus callados páramos dilata
En ecos pavorosos mi lamento.
Vosotras, blancas Dríades hermosas,
Que, tal vez más con vuestras rubias trenzas
Que no con la preciosa arena, hicisteis
Rica la amena márgen, las cabezas,
Del peñascoso albergue, mal enjutas,
Sacad piadosas, y llorad conmigo.
Miéntras el triste Alfeo arrebatado
Al llanto así de su dolor convoca
Las impropicias Musas, las nocturnas

Sombras y las corrientes espumosas;
El frio viento, con doblada fuerza,
De las espesas nubes desplumaba
Las blancas alas, y al absorto amante
Con no sentida nieve iba cubriendo.
Levanta al cielo, que nubloso áun niega
Sus luces bellas, los turbados ojos;
Y en su atencion la débil fantasía,
Objetos figurando, donde goza
Más verdadera luz el invisible
Espíritu dichoso, le descubre
La imágen de su Fili; ya los miembros
En invencible rigidez padecen
Mortífera quietud; el yerto labio
Ya el nombre amado apénas articula.
Fija la vista, y más el puro afecto,
En la celeste imágen, letal frio
Los últimos espíritus extingue,
Y en alta nieve yace.

A la procesion de rogativa que se hizo en Granada, el año 1734, por la falta de lluvias, en que salió Nuestra Señora de la Aurora.

SONETO.

Ya del eterno sol, divina Aurora,
A tu albor matutino, en nuevo dia,
Renace el pueblo, y de la noche fria
Huye el horror, y el cielo se colora.
Ya te saluda en tu primera hora
Tanta ave dulce, dulce ave María,
Compitiendo en tu agrado la armonía
Del que himnos canta y del que culpas llora.
Salude alba tan pura húmedo cielo
Con fecundo rocío, y tu semblante
Vivifique uno y otro campo adusto.
Vuelve, Señora, á ser nuestro consuelo;
Danos nube de lluvias abundante,
Como ántes diste de tu seno al *Justo*.

En elogio de las adiciones y correcciones que á la célebre *Raquel*, de don Diego de Ulloa, puso, de órden de una dama, don Juan Altamirano.

SONETO SATÍRICO.

Si en la hebrea hermosura, que desdora
La memoria de Alfonso esclarecido,
De España el hado infausto vió vertido
El encantado cesto de Pandora;
Si al copiar la beldad que lo enamora,
Ulloa, á mil desgracias ofrecido,
Vió inanimado el bulto apetecido,
Que con celeste ardor se informa ahora;
Ya, mejor Prometeo, á su hermosura
Da, con fuego apolíneo, sér segundo,
En luz, robada no, sino influida
De númen tal, que á su eficacia pura
Deben belleza, acierto, aplauso, vida,
Raquel la copia, Altamirano el mundo.

Reverso de la medalla antecedente.

SONETO SATÍRICO.

Al fuerte patriarca la primera
Raquel á larga senectud redujo;
Al victorioso Alfonso, torpe indujo
La segunda á manchar su gloria entera.
La mental, la canora, la tercera,
Al grande Ulloa duros hados trujo.
¡Oh hermosura nociva, cuyo influjo
Fatal aún en las copias persevera!
Mas ya de la beldad el hado infausto
Vence un ímpetu sacro y soberano,
Que en nueva copia el nombre antiguo emplea.
Jacob descanse, Alfonso viva casto,
Ulloa se asegure; Altamirano
Lo enmienda todo, haciendo á Raquel fea.

Al desposorio de la serenísima infanta de España doña María Teresa con el serenísimo Delfin de Francia.

INVOCACION DE HIMENEO.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo.
Del cielo luminoso,
Deseada deidad, grata desciende
Al tálamo real de vírgen bella,
Y al voto ardiente del amante esposo,
De nueva luz enciende,
No ya tea nupcial; fausta, sí, estrella,
Que corone de dichas el deseo.
Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo.

De aquella pura llama,
Nudo y vida del mundo, que produce
La amistad santa y la concordia fuerte,
La hacha legal en casta luz inflama;
Aquel fuego en que luce
La verdad, la virtud, la feliz suerte,
Se propague en tu antorcha por trofeo.
Vén, himeneo; vén, vén, Himeneo.

Desciende, númen bello,
Coronado de gracias y de amores,
Y con suave mano la coyunda
Enlaza en uno y otro tierno cuello;
Que ignoren los rigores
De la edad, y perpétua su fecunda
Juventud burle del senil Proteo.
Vén, himeneo; vén, vén, Himeneo.

El tálamo suave,
Como de frescas rosas Citerea,
Amor de lirios cándidos florezca;
Cándidos entre tanto que del grave
Metal el fulgor sea
Esplendor de sus hojas, y que ofrezca
Campo el cielo al blason de Clodoveo.
Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo.

Vén, pues, acompañado
De la Gloria, el Honor y la Fortuna,
A quien la Paz y la Victoria sigan,
Y etérea Astrea, en plaustro laureado,
Descenderá oportuna
De su celeste asilo, si la obligan
Altas virtudes en heroico empleo.
Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo.

De los felices hados,
Que reservan los astros misteriosos,
Al franco pueblo y á la hesperia gente,
A la voz de su madre áun no fiados,
Revela tú, gloriosos,
Los triunfos que preparas, si consiente
El nupcial coro trompas del Febeo.
Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo.

EL JUICIO FINAL (1).

Alma horrísona al duro bronce infunde
Alígero escuadron, á cuyo ruido,
La tierra, el mar, el viento se confunde,
Y el eco vuelve el miedo repetido;
Y miedo que antecede al que difunde
A cuanto yace pálido y dormido,
Tremenda voz, la que terror segundo (2)
Extendió por los ámbitos del mundo.
«Venid al juicio del tremendo dia,
¡Oh muertos! dice. Glorias y maldades

(1) Copiado de un manuscrito autógrafo del Conde de Torrepalma, que se conserva en la biblioteca de su ilustre casa, en Granada. Debemos esta copia á la bondad de nuestro digno amigo el señor Duque de Gor, descendiente del célebre poeta.

Todo indica que falta el principio del poema. No es verosímil que un poeta de aquel tiempo empezase sin invocacion un canto de esta especie. Puede conjeturarse ademas, por otras razones, que el autor no dió la última mano á esta obra. (*N. del Colector.*)

(2) Llama el poeta *terror segundo* al que ha de causar la destruccion del género humano *por el fuego*, aludiendo, al parecer, á la destruccion primera *por el agua*, que ya habia cantado Torrepalma en *El Deucalion*. (*Idem.*)

Sin velo están: se hundió la monarquía
Que eterna idolatraron las edades.
Robó el incendio, con igual porfía,
Los reinos, las provincias, las ciudades:
Ya una misma ceniza ha confundido
La humilde choza y el palacio erguido.
»La república alada de los vientos,
Pavesa ya, dejó su reino vago;
El prado y monte gimen, macilentos,
De su pueblo cuadrúpedo el estrago;
De las llamas los ímpetus sedientos
Se bebieron el rio, arroyo y lago...
Levantad, pues; que en trágica campaña
Ya ostenta el fuego su mayor hazana.»
Gimió la tierra al formidable acento,
Temblaron sus cimientos eternales,
Rimbombaron las ráfagas del viento,
Turbáronse los orbes celestiales;
El mar bramó, y en raudo movimiento
Subió á la esfera en montes de cristales,
Descubriendo entre tantos parasismos
Sus entrañas la tierra y sus abismos.
Cuando así lo insensible, portentoso
Del Juez se mira el enojado ceño,
Los sepulcros, que en lecho tenebroso
El último guardaban fatal sueño,
Rasgando ya su seno pavoroso
(Funesto asilo de su triste dueño),
Volvieron de repente al sér humano
Cuanto robó la inexorable mano.
Tornóse á concertar la artificiosa
Fábrica de los miembros destruida;
Buscóse una á otra parte cuidadosa,
Para otra vez cobrar la antigua vida;
Brotó la tierra, en fin, tanta copiosa
Organizada miés, por sí movida,
Que dejáran por vana su tarea
Las semillas de Cadmo y de Medea (1).
Pequeña escuadra es, ínfima parte
De copia tanta, en número infinita,
La inmensa multitud del persa Marte,
Que al licio Janto sus cristales quita (2);
No esfuerzos el valor allí reparte;
Los ánimos el miedo debilita;
Suplicios sí, no hazañas, belicosa,
La inerme tropa aguarda temerosa.
Levanta impío su fatal semblante,
Mas ¡qué informe! ¡qué pálido! ¡qué horrendo!
El miedo horrible del suplicio instante
Del pecho arranca el suspirar tremendo;
Batalla el corazon, late incesante,
Y encontrados impulsos confundiendo,
Se aíra, tiembla, fallece, y á horror tant
Se añade luégo inconsolable llanto.
Cuál, infeliz, en su conciencia mira
No haber razon que del castigo indulte,
E intenta, por huir del Juez la ira,
Que el mar en sus abismos le sepulte;
O de alto monte, en su dolor, suspira
Por bárbaro sepulcro que le oculte...
Su temor escondiera áun del infierno
En el profundo lago sempiterno (3).
Cuál, contra sí cruël, muerde incesante
La mano que á obrar mal le fué obediente;
Cuál maltrata su pálido semblante;
Cuál mesa sus cabellos impaciente;
Pero ya, bien que no la de Thaumante
Hija etérea (4), aparece refulgente
El arco hermoso, de colores ciento,
Que sustenta del Juez el alto asiento.
Rasgados ya los cielos á la saña
De la ardiente tonante batería,
Poblarse el aire, que de luz se baña,
De alígeras escuadras se veia.
El régio trono por la azul campaña
En las alas del viento descendia;
Anuncios de que viene ya cercano
El Dios de las venganzas soberano (5).
En medio, pues, de la ancha region clara
Más que los astros, aparece hermosa
Aquella de virtud divina vara,
Que de la alta Sïon baja gloriosa;
Porque ya viene á dominar preclara
De su enemigo entre la turba odiosa (6):
Sacro estandarte, cuyo signo dice
El mayor lauro, el triunfo más felice.
Ya en esto, con su córte, descendia
De sus sacros palacios paternales
El Rey de la más alta monarquía,
El Señor de los reinos inmortales,
A quien carro de fuego conducia,
Y á las bárbaras tropas desleales
Aumentaba las ánsias y desmayos
El horrísono estruendo de sus rayos.
Al pasar las regiones cristalinas
La ignífera carroza, los lucientes
Astros que luces ven más peregrinas,
Se retiran y ceden reverentes;
Elice y Cinosura en sus marinas
Vedadas aguas se entran diligentes;
Tiembla el Leon; huye Orïon lluvioso;
Corre de Europa el robador hermoso.
Con mortal palidez la luna errante
Callaba, envuelta en las tinieblas frias,
Por faltarle al tributo radïante
La luminaria eterna de los dias;
El aparato, en fin, llegó triunfante,
Y el tribunal dispuesto contra impias
Trasgresiones de su alto testamento,
Majestuoso el Juez tomó su asiento (7).
De las cavernas del eterno llanto
Nocturna infame tropa desmandada,
Para fiscalizar astuta cuanto
Humana libertad cometió errada,
Con odioso tropel asiste, en tanto
Que á piadosas defensas turba alada
Se previene, aunque frustran sus deseos
Muchos fiscales contra muchos reos.
Pasmosas atenciones previniendo
A la que última fué, bien que primera
Tragedia universal, el Juez tremendo
Mandó callar la turba plañidera;
Paran los cielos su sonoro estruendo,
La tierra su gemir, su saña fiera
El mar, su furia el viento, y áun callaron
Los abismos, que atentos escucharon.
Principia el acto, y al concurso inmenso
Vasto volúmen se abre, cuyas planas
Y caractéres hablan por extenso
Las acciones más fútiles humanas;
A éstas tal vez no se negó el asenso,
Y engañado dictámen juzgó vanas...
¡Oh! ¡qué error! pues en este libro toma
Un peso grave la ligera coma.
Lee cada cual allí cuanto obró errado,
Y áun más, de que él se glorïó inocente;
Cuanto recató en sombras; lo ignorado
Es ya noticia universal patente.
El sagrario del pecho, que al cuidado
Del corazon jamas fué inobediente,
Saqueado se ve; con vil desdoro
La fama desperdicia su tesoro.
¡Oh, qué metamorfósis, qué portentos
Los contenciosos actos descubrian!
Pública ya, de mil lobos sangrientos,
La candidez hipócrita exponian:
No ya de algun locuaz atrevimientos,
Culpas sí, ya patentes, convertian,
De infame cuervo en sombras atezadas
La blanca pluma de aves simuladas.

(1) Reminiscencia de los libros III y VII de las *Metamórfosis*, de Ovidio. Sabido es que el CONDE DE TORREPALMA imitó al poeta latino en *El Decaulion*. (*N. del Colector.*)
(2) Alude aquí, sin duda, el autor al innumerable ejército de Jérjes. (*Idem.*)
(3) *Quis mihi hoc tribuat ut inferno protegas me et abscondas me donec pertranseat furor tuus.* (Idem.)
(4) Hija de Thaumas ó Thaumante, sobrenombre de Iris. (*Idem.*)
(5) *Annuntiaverunt cœli justitiam ejus.* (N. del Colector.)
(6) *Virgam virtutis tuæ emitet dominus ex Sion dominare in medio inimicorum tuorum.* (Idem.)
(7) *In sede majestatis suæ.* (Idem.)

Ya ¡oh lujurioso vil! tu trato obsceno
Infamará la inmensa muchedumbre;
Tu corazon, ¡oh avaro! nunca lleno,
Cuantos vieron del sol la eterna lumbre.
Muerde ¡oh envidia! tus áspides, veneno
Que el feliz derramaba en su alta cumbre;
Que allí abominarán, áun delincuentes,
Alimento tan bárbaro las gentes.
Prosigue el juez, y su inflexible vara
Con igual discrecion segrega atenta
Del que vil lobo el crímen lo declara,
La que es oveja del delito exenta.
Así á aquél para el fuego lo prepara;
A éste á su diestra con amor lo asienta:
Convéncense los reos, y ¡oh, con cuánto
Dolor acerbo, interminable llanto!
¡Qué propicios patronos, qué abogados
Tendrás que te defiendan elocuentes,
Si áun aquéllos, de Dios grandes privados,
Los retira el temor de delincuentes!
¿De la más bella madre los sagrados
Ruegos allí se interpondrán clementes?...
¡Qué asombro! la dulcísima María,
Severa entónces, cuando siempre pía!
¡Oh, las que tiemblan, coronadas testas!
¡Oh, las sacras tiaras que allí gimen!
Las púrpuras al hombro son molestas;
Las diademas no ajustan, sino oprimen.
Ya, la soberbia y majestad depuestas,
Los ánimos reales se comprimen;
Ya siente Hostilio que su tosca lana
Se viese en el imperio augusta grana.
Confúndese Alejandro en sus victorias,
Y *el Grande* nombre lo publica injusto;
Pompeyo gime sus pasadas glorias,
Y César llora su laurel adusto.
Los Scipiones desprecian sus memorias;
A Octaviano desdórale lo *augusto;*
Decio infama á su saña las porfías,
Y el bárbaro Neron sus tiranías.
A Craso su opulencia no le adula,
Ni á Lúculo sus mármoles preciosos;
Aflige á Apicio (1) su execrable gula,
A Horacio sus falernos generosos.
Bias (2) su ciencia fatua la regula,
Y el de Arpino (3) sus labios prodigiosos;
El de Mantua condena sus loores,
Y Nason y Tibulo sus amores.
La virtud sola, con la faz serena,
Sin miedo asiste al tribunal sagrado;
No revuelve en su pecho mortal pena,
Ni la consume, tácito, el cuidado;
El Juez la mira, de sus gracias llena,
Con vista amante, con benigno agrado;
Convídala á su diestra, y ella sube
En rico trono de dorada nube.
«Vén, dice, y de coronas inmortales
Ciñe ¡oh mi amada! la sagrada frente;
Inmensos bienes tras pasados males
Te preparó mi Padre omnipotente;
Pasaron ya los ímpetus brumales
Del frio invierno; aurora más luciente
Las sombras borra de la noche fria:
Vén, pues, y goza ya de eterno dia.»
Sube, y con ella van al alto asiento,
Con el decoro igual, los que abatidos
El mundo despreció, y á su lamento
Retiró inexorable los oidos.
Sube Lázaro alegre, aquel que hambriento
Sólo canes halló compadecidos;
Sube, y ultraje ya no lo perturba,
El que fué innoble vulgo, pobre turba.
Llégasele tambien su feliz turno,
En tan sacro senado, al que, brioso,
Del tercer heredero de Saturno
Despreció el mayorazgo poderoso:
Fuera ya vasto esmalte á su coturno
Del Pactolo y Ceilan lo más precioso;
Ya se gloría en el felice aumento
De que, si uno dejó, le dieron ciento.
Al que inútil cubrió tosco vestido,
Rica gala ya adorna, honor luciente;
Todo el sol lleva en partes dividido
La preciosa diadema de su frente.
En sus propios diamantes va encendido
El collar de su cuello trasparente,
Y en la mano, que luces multiplica,
Gloriosa palma la victoria indica.
El que nunca gustó de Circe impura,
En fármaco (4) fatal, dulce veneno,
Ni del bastardo incendio llama oscura
Alimentó en sus venas ni en su seno;
Ahora del sacro néctar la dulzura
Gustoso liba, y de fatiga ajeno,
En el puro raudal de eterna vida
Dichas halla sin sombra y sin medida.
Se introducen é inundan el oido
Suaves olas de acorde melodía,
Que, á no ser inmortal, fuera el sentido
Náufrago en dulces mares de armonía.
Del Trisagio el aplauso repetido
En consonancia alterna competia,
Y al eco triste del siniestro llanto,
Sus cadencias anima el dulce canto.
La contraria caterva, que infelice,
Con torva faz y con sangrientos ojos
De los justos advierte lo felice,
Fomenta con su envidia sus enojos.
Blasfema de su Dios; torpe, maldice
Que en pos de los deleites haya abrojos;
Y por no ver del justo el gozo eterno,
Quiere que le anticipen el infierno.
La triste Erinnis (5) se entra ya en el pecho
Del tirano mayor que asombró al mundo (6);
Agítale impaciente su despecho,
Y contra sí revuélvese iracundo;
Ya del que á su crueldad blanco fué hecho
(Hijo de la paloma sin segundo)
Besa el pié sacro, y, bárbaro, áun le insidia,
Bebiendo celos, vomitando envidia.
A los mártires ve, que, astros brillantes,
Siete veces del sol vencen los rayos...
Nunca en ellos sus iras arrogantes
Hallar pudieron del valor desmayos,
Cuando sus santos cuerpos palpitantes,
De crueldad en sacrílegos ensayos,
De hambriento diente destrozaba el filo
O animaban los bronces de *Perilo* (7).
La ronca voz, envuelta en los gemidos
Que del ardiente corazon levanta,
«Yo á éstos (exclama) los hollé abatidos,
Cual suele á polvo vil grosera planta;
Yo los vilipendié con repetidos
Agravios, y hoy me ciegan, pues es tanta
De su esplendor divino la luz bella,
Que con ellos el sol áun no es estrella.
»Que, en fin, de Dios era Hijo verdadero
El que yo aborrecí crucificado;
Que es Él mismo, es Él mismo el Juez severo
Que á eterna mi ignominia ha condenado.
¡Felices Pedro y Pablo!... ¡Dolor fiero!
Merecí mi destino desdichado:
Ciego estuve aun con cuanta me previno
Luz verdadera Hiperïon divino (8).
»¿Dónde mis glorias y mi imperio fueron?

(1) Famoso gastrónomo romano del tiempo de Augusto. (*Nota del Colector.*)
(2) Filósofo; uno de los siete sabios de Grecia. (*Idem.*)
(3) Ciceron; nació en Arpinum. (*Idem.*)

(4) *Fármaco*, en su acepcion general, medicamento. Aquí está usada esta palabra en su sentido especial de medicamento hechizado ó filtro para conciliar el amor de alguno. (*Nota del Colector.*)
(5) Furia. (*Idem.*)
(6) Alude, como se ve despues, al emperador Neron. (*Idem.*)
(7) Famoso artífice, que para complacer á Fálaris, tirano de Agrigento, inventó como suplicio un toro de metal colocado sobre una hoguera. Los alaridos de la víctima en él encerrada se asemejaban á los mugidos del toro. Aquí alude el Conde de Torrepalma á los martirios que arrostraban impávidos los primeros cristianos. (*Idem.*)
(8) *Hiperion*, en la mitología griega, padre del sol, y áun el sol mismo. Torrepalma se vale de este emblema pagano para llamar *sol divino* á nuestro Señor Jesucristo. (*Idem.*)

¿Dónde mi alcázar y palacio rico?
Mas ¡ay! que á mi memoria se vinieron,
Y con ellos mis ánsias multiplico.
Si cual errante luna me lucieron,
Quedó la eterna sombra en que me implico;
Gusté de Babilonia el fatal vaso,
Y me dejó la sed en que me abraso.»
Estas y otras inútiles querellas,
Con afecto, ya triste, ya furioso,
Forma Neron, y le acompaña en ellas
El gemir de aquel vulgo lastimoso;
Pero el Juez no pretende socorrellas;
Es ántes, sí, su voz trueno espantoso,
Y á cada airado acento un rayo halla
En la sentencia la infeliz canalla.
No profano, sagrado sí, inflamante
Espíritu mi helado pecho encienda:
Respire llamas, y la voz levante
Que al mar y al viento la inquietud suspenda.
Parad, cielos, la máquina sonante,
Y escuchad con horror la voz tremenda
Que arroja el Juez, flamígero torrente
Que airado sale de su pecho ardiente.
«Caterva (dice), vástagos malditos,
Generacion fatal, infiel congreso,
¿Qué hicieron mis poderes infinitos,
Que de un inmenso amor no fuera exceso?
Cargando sobre mí vuestros delitos,
Dejé la vida al formidable peso;
Mas de mi amor y paternal halago
Olvido, iniquidad fué vuestro pago.
»Hambre cruël, que el cuerpo devoraba,
Pálido y débil me dejó algun dia,
Y la sed, que el humor me desecaba,
En las fauces la voz me detenia.
Tu gula entónces más se regalaba,
Y llegando á tu mesa mi porfía,
Quedamos, lleno tú, pero yo hambriento;
Embrïagado tú, mas yo sediento.
»Tal vez me viste en el Diciembre cano,
Cuando helado Aquilon furias levanta,
Sin abrigo temblar al frio tirano,
Y hollar la nieve con desnuda planta.
Tiro te dió la púrpura, y no en vano
Con ella hiciste resistencia tanta;
Te pedí la más rota, y ser no pudo;
Quedando tú vestido, y yo desnudo.
»Mis flacos miembros, que rendidos viste,
En medio del camino conculcastes;
Sin darme tú consuelo, estuve triste;
Enfermo, en mis dolencias me olvidastes;
Peregrino, tú, en fin, no me acogiste;
Antes el dulce sueño procurastes,
Hallándolo, de mí bien descuidado,
En blando lecho, en pabellon dorado.
»Luego si acusa á la justicia mia
La retardada pena á insulto tanto,
No he de daros la luz de eterno dia,
Mas la profunda noche del espanto.
Gemid allí en la horrenda compañía
De su bárbaro príncipe, y de cuanto,
De la virtud rompiendo la cadena,
Mereció en fuego eterno eterna pena.»
Así dijo; y al punto levantando
Su nueva comitiva y córte alada,
Volvió, regiones de cristal surcando,
De su alcázar eterno á la morada.
Oscura nube entónces, ocultando
El fulgor de la esfera iluminada,
Truena terrible, y con fragor envia
Fuego del cielo á la caterva impía.
Segunda vez el líquido elemento
Bramó, desamparando sus abismos;
Volvió á alterar sus ráfagas el viento,
Lucharon entre sí los cielos mismos;
Titubeó la tierra de su asiento;
Y gimiendo entre tantos parasismos,
Su faz rasgó, mostrando su rotura
La horrenda boca del averno oscura.
Volcan airado, llama tenebrosa
Por la lóbrega sima se dilata,
Cuyo incendio, con furia impetuosa,
En voladores humos se desata;
Bramando envuelve á la caterva odiosa
Y á las cavernas hondas la arrebata,
Donde en el ciego abismo que la oculta
A eternidad de horrores la sepulta.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA.

DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Poco más que su nombre se sabía hasta ahora de este poeta, tan respetado en el siglo último. Escasas son todavía las noticias que de él tenemos; pero bastan para formar juicio acerca de su situacion social y literaria (1). Nació en Granada DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL Y SALABLANCA, por los años de 1720. Se consagró desde luégo á la carrera de la Iglesia, y hubo de distinguirse en ella, pues no tardó en ser nombrado colegial del Sacro-Monte de Granada. Más adelante llegó á ser canónigo de la colegiata del Salvador de la misma ciudad, y pasado algun tiempo, de su metropolitana iglesia.

No conocemos todas las obras de este distinguido escritor. El difunto Marqués de Pidal poseia dos tomos manuscritos de ellas, que probablemente pertenecieron al mismo PORCÉL, pues contienen algunos apuntes autógrafos. Uno de estos tomos, señalado con el número IV, da motivo á presumir que se han perdido otros dos tomos cuando ménos. Nuestras exploraciones para encontrarlos han sido infructuosas. El primero de los tomos que conocemos contiene el poema *El Adónis, en cuatro églogas venatorias*, y unos apuntes encomiásticos de PORCÉL, escritos por don Antero Benito y Nuñez, discípulo y gran admirador del poeta granadino. El otro tomo, cabalmente el señalado con el número IV, contiene lo siguiente:

1.° Una *oracion* pronunciada por el Conde de Torrepalma en la *Academia del Buen Gusto*, que celebraba sus juntas en casa de la Condesa de Lémos, Marquesa de Sarriá (1749 á 1751).

2.° *Juicio lunático*, ó crítica burlesca de las producciones literarias que se habian leido en dicha academia. Este juicio, escrito con notable donaire, en prosa fácil y elegante, da idea del clarísimo entendimiento y de la no vulgar instruccion de PORCÉL. Como *fiscal* de la academia, tenía que cumplir con la obligacion, inherente al cargo, de juzgar las obras presentadas, y lo hizo en verdad de una manera ingeniosa, mezclando entre las agudezas, reflexiones de sazonada crítica. No sólo censura con bastante libertad á sus compañeros de academia; tambien esgrime ásperamente las armas de la sátira contra su propio poema, dando en ello testimonio de discernimiento y abnegacion.

3.° *Oracion gratulatoria* á la Real Academia Española, el dia 5 de Enero de 1752, en que fué recibido en ella por académico DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL, canónigo de la iglesia colegial del Salvador de Granada, siendo director de la academia por su majestad, el excelentísimo señor don José de Carvajal y Lancáster, ministro de Estado, gobernador del Supremo Consejo de Indias, etc. (Esta oracion equivalia entónces al discurso de recepcion de nuestros dias.)

4.° *Carta del difunto Rey de Prusia, padre, á su hijo reinante, Federico II, desde los campos Elíseos* (traducida del frances por DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL).

5.° Algunos versos de PORCÉL (firmados).

Don Antero Benito y Nuñez afirma que el Obispo de Santa Fe de Bogotá habia escrito la vida

(1) Casi todas estas noticias están tomadas de un códice adquirido, no mucho ántes de su fallecimiento, por el señor Marqués de Pidal, quien nos lo franqueó con su bondad acostumbrada.

del insigne poeta (1), y demuestra con sus palabras cuanto se lamentaban los eruditos, á mediados del siglo XVIII, de que no se diese á la estampa el *Adónis* de PORCÉL. «Su mérito, dice, ha colocado al autor entre los *cinco únicos poetas* de este siglo (2). Así lo caracteriza el sabio autor de los *Orígenes de la poesía española* (3). Muchas instancias han hecho los eruditos para publicar estas églogas, y á la verdad no es razon que la poesía española carezca de un primor que hasta ahora no le han dado sus más célebres escritores... Uno de los pocos que han logrado la fortuna de ver el poema, ha sido el ingeniosísimo Gerardo Lobo, que lo tenía ya dispuesto para la prensa, y á no haberle prevenido la muerte, no hubiera retardado respeto alguno su publicacion... Estoy esperanzado que no ha de faltar quien nos dé este gusto.»

Frustrada quedó esta esperanza. La poesía artificial de PORCÉL no encontró, por lo visto, editores que se decidiesen á darla á luz. Ahora, no hay por qué ocultarlo, hemos titubeado en ofrecer al público un poema que, á pesar de estar escrito con viva fantasía, dista mucho de merecer el ser tenido por modelo en las letras de nuestros dias. Consideraciones de historia literaria nos han movido al cabo á publicarlo íntegro en la presente coleccion.

DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL tradujo algunas obras francesas; entre ellas, en verso castellano, *La Dama doctora*, de autor frances anónimo, escrita contra los jansenistas (4), y en verso suelto *El Facistol* (*Le Lutrin*), poema satírico de Boileau.

PORCÉL no sólo fué individuo insigne de las reales academias Española y de la Historia, sino que resplandeció por su saber y por su estro poético en dos de las academias particulares más señaladas de su tiempo: la *del Trípode* de Granada y la *del Buen Gusto*, establecida en Madrid, en casa de la Marquesa de Sarria. En la primera tomó el nombre de *el Caballero de los Jabalíes;* en la segunda, el de *el Aventurero.*

El citado don Antero Benito Nuñez escribió algunos versos en honra de su esclarecido maestro. Entre ellos el siguiente, en que celebra con escaso númen las églogas venatorias de *El Adónis:*

¿Cuándo hablaron tan dulces los pastores?
¿Cuándo las bellas ninfas así hablaron?
¿Cuándo en conceptos tales se explicaron
Las finezas, los celos, los amores?
¿Cuándo de mitológia los errores
Con embelesos tales se escucharon?
¿Cuándo, suspensos, de cantar dejaron
Los parleros y dulces ruiseñores?...
Cuando una voz más viva, más sonora
Dió á las selvas PORCÉL en su instrumento;
Cuando la lira de PORCÉL canora
Pobló de acentos mágicos el viento;
Cuando su diestra musa encantadora
Á la ninfa (5) prestó su dulce acento.

L. A. DE CUETO.

(1) «El señor Caballero, cuyo mérito le ha elevado á la mitra de Santa-Fe de Bogotá, que actualmente goza, tiene escrita la historia literaria de nuestro poeta.» (*Nota escrita en uno de los tomos manuscritos, al parecer, despues de* 1770.)

(2) No es fácil atinar ahora con estos cinco poetas. Atendido el gusto entónces dominante, tal vez no sea aventurado suponer que estos ingenios, que tan privilegiados se juzgaban en aquella edad, sean, ademas de PORCÉL, Gerardo Lobo, Luzan, Torrepalma, y Montiano y Luyando. ¿Quién sabe? acaso era uno de ellos don José Villarroel, cuyas chocarrerías eran celebradas casi al igual de los chistes de Quevedo.

(3) Don Luis José Velazquez.

(4) Da esta noticia don Luis José Velazquez. No conocemos esta traduccion, y no podemos determinar cuál sea el verdadero original frances. Tal vez *La Dame médecin*, comedia en cinco actos, de Montfleury, representada en París, en 1678.

(5) Alude á la ninfa *Anaxarte*, que refiere á *Prócris*, en el poema, la historia de Adónis.

JUICIO SATÍRICO QUE LEYÓ DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL DE SU PROPIA OBRA, EL ADÓNIS, EN LA ACADEMIA DEL BUEN GUSTO.

(Finge el autor que Bartolomé Leonardo de Argensola pronuncia el juicio ante una academia fantástica de poetas difuntos, de la cual era presidente *Garcilaso*, secretario *Lope de Vega*, y portero *Rengifo*.)

«De *El Adónis*, poema en églogas venatorias, cuyo autor se llama aquí *el Caballero de los Jabalíes*, conocido por este nombre en su academia del Trípode de Granada, y por el de *el Aventurero* en la del Buen Gusto, en Madrid, se me ha cometido la crítica; confieso que me lastimó sólo el título de *églogas venatorias*, porque hasta ahora no se ha dado este género de drama, ni se puede dar; pues, como él mismo confiesa en su prólogo con la autoridad de Scalígero, es incompatible con el sosiego para el canto la fatiga de un cazador; pero, llevado tal vez de la ambicion de señalarse con la novedad, atropelló por la misma razon que conocia, y cargó la culpa á su academia, que así se lo mandaba; sin embargo, como las piscatorias no son ménos extrañas que las venatorias, y hubo un Sanazaro que emprendiese aquellas (aunque se disputa si con felicidad), concebí esperanzas de que nuestro *Aventurero* imitase á lo ménos en lo problemático del acierto, como en el arrojo, al Sanazaro Feadamenos. Dignamente se intituló *el Caballero de los Jabalíes*, como don Quijote *el de los Leones*, para ser el Quijote de los poetas, pues en él hallamos el juicio desconcertado y la imaginacion desarreglada que en aquel manchego puso el señor Cervántes.

»La obra es una quisicosa, un monstruo, un Proteo poético, que por cada aspecto tiene distinta figura, sin combinacion y sin tino. Si la consideramos égloga, la hinchazon del estilo, las contínuas metáforas y las transposiciones insufribles destruyen esta consideracion. Es de admirar la satisfaccion con que principia en las cuatro églogas la narracion de la fábula de Adónis en boca de Anaxarte; siendo doctrina sentada que todo principio de poema ha de ser sencillo, y se ha de ir elevando progresivamente (y áun esta elevacion progresiva de ningun modo se permite en la égloga, si ya no se introduce sujeto competente, como el *Síleno* de Virgilio), empieza la primera con una descripcion de Chipre, pomposa y altisonante, para decir despues que allí vivia Adónis y se entretenia en la caza. A la segunda da principio con otra descripcion de las selvas del mismo Chipre, tan cansada como redundante. A la tercera, con la pintura del rio Lico y sus riberas, tan impertinente como las demas. A la cuarta, finalmente, con la de la noche, que empieza, aunque afectada, más regular, pero despues, queriendo imitar la célebre del gran poeta, se hace fastidioso y vulgar.

»Si se mira el poema como venatorio, de nada tiene ménos; toda la cacería se reduce á las ninfas sentadas junto á las redes, aguardando allí las batidas fieras: pero las de Chipre sin duda eran alimañas muy advertidas (serian zorras las más), y los sabuesos tan amigos del descanso, que se vuelven las redes sanas, los perros satisfechos de dormir, las fieras se quedan en pacífica posesion de sus grutas, y solamente las cazadoras fatigadas, más que del cuerpo, de la cabeza (en especial la Anaxarte), por haberse estado una tarde entera hablando del cuento de Adónis. Yo creo que con más justicia pudo el Guarini haber llamado á su *Pastor Fido* poema venatorio, por aquel Silvio que apénas deja los bosques, ni piensa en otra cosa que en su Melampo.

»Da á entender el autor que ha dado en las églogas un poema trágico, separado de las introducciones de las ninfas; esto es, sin el drama. ¡Este es mayor monstruo! ¿Cuántas cosas quiere que sea este parto, que no lo acabamos de fijar en especie alguna del mundo poético? Pero sea poema trágico, y ¿qué tal? Como las pinturas antiguas, sin movimiento. Lo preciso para que logre alguno juntarlo con el drama de las ninfas, y entónces resulta, ó que la fábula del Adónis entra por episodio, y episodio seis veces mayor que el argumento, ó que sean cuatro acciones. ¿Qué le parece á la Academia? Aun hay más: que toda la obra es una fábula milesia; porque, ¿qué instruccion resulta de todo su fárrago? Que *No hay amor en las selvas con ventura;* digna verdad, y utilísima, para dejar el vicio como se estaba, pero hermoso título para una comedia de las muchas que hoy nos refieren que ocupan lastimosamente los teatros.»

Aquí llegaba el señor Argensola, cuando yo, atónito con lo que me estaba sucediendo, queria salirme, temeroso de que me dieran las bofetadas que á Cherilo, y me arrojasen de la sala con ignominia; pero el Ariosto, riyéndose de mis sustos, «Sosiégate, me dijo, y escucha; que ya ten-

drás qué agradecerme.» Proseguia mi rígido fiscal, cuando el Presidente, notando que se dilataba, ó que censuraba poco benigno, le interrumpió, diciendo: «Basta, basta; que hay otras muchas obras que ver; diga ahora el que quisiere defender al impugnado.» Levantóse entónces Gerardo Lobo y dijo: «Yo hiciera por defenderlo; pero, como quiera que está presente, y que aunque, por ser mortal, no se le permite que hable aquí, no se le quita el que escuche, y no me atrevo al riesgo de no llenar su espectacion, y más cuando creo que él está hecho cargo de todas esas objeciones, que no piensa indisolubles. — Pues suspéndase por ahora (dijo Garcilaso) el decidir del mérito de su obra.»

POESÍAS.

EL ADÓNIS,

EN CUATRO ÉGLOGAS VENATORIAS.

AL LECTOR BENÉVOLO.

Si estuviera cierto que este poema se habia de quedar en las manos de los amigos entre quienes se ha escrito, ocioso fuera mi prólogo; porque á cada uno de ellos les sobra erudicion para la poca que contiene esta obrilla, y hechos á favorecer mis producciones, perdonarán sin mi disculpa los yerros. Mas, como incidentemente (aunque no lo vulgarice la prensa) puede desligarse á manos de quien no tenga en mi favor aquellos antecedentes, me parece oportuno preocupar su atencion con algunas advertencias. Sea la primera decir la ocasion de esta obra.

El señor Conde de Torrepalma, en quien la más ilustre nobleza y la más culta erudicion igualmente han competido una admirable concordia, instituyó en sus casas, á las riberas del Dauro (banda de cristal que se ciñe la amenísima ciudad de Granada, mi patria), una academia, donde congregados algunos jóvenes hábiles, llevaban en bellos poemas logrados los ocios que permitian las tareas de más sérias facultades. Por haberse en su principio congregado sólo tres individuos, se llamó, y áun se llama, la *Academia del Trípode*, y para más chistoso sainete de la decente diversion, al estilo de las caballerías antiguas, las casas del señor Conde, donde nos congregábamos, se llamaron *el castillo de las Mutaciones*, y dejó cada académico su nombre por uno al estilo de los de aquellos caballeros andantes, por lo que á mí me dió la suerte el de *Caballero de la Floresta*, que, en atencion á la presente obra, mudé por el *de los Jabalíes*, bajo el cual soy autor de estas églogas.

Al principio de cada mes se celebraba la academia, presidida de su presidente, fiscal y secretario, los que, abriéndola con sus oraciones correspondientes, presentaba por su órden cada individuo su poema. Este se criticaba, quedando el autor elogiado en lo que merecia, y corregido en lo que disonaba. Ventilábanse siempre puntos de no vulgar erudicion, pues la variedad de materias que de los no comunes asuntos se deducia, abria la puerta al vasto país de todas facultades; de esta suerte se interesaba, no sólo el bello manejo y pureza del idioma (que era el principal y formal objeto), sino la habilitacion para más altas especulaciones (1).

(1) A estas noticias relativas á la *Academia del Trípode*, de Granada, podemos añadir las siguientes, que han sido comunicadas al Colector por disposicion de su ilustre y bondadoso amigo, el señor Duque de Gor (descendiente del Conde de Torrepalma), que conserva en su biblioteca de Granada algunas de las actas originales de aquella célebre academia.

A mediados del siglo anterior, por los años de 1740 á 1750, se celebraba en Granada una reunion literaria, llamada *Academia del Trípode*, á la que concurrian algunos poetas granadinos, y sostenia correspondencia con otros residentes en várias ciudades. Se reunia generalmente en juéves, ya en casa del Conde de Torrepalma, donde fué fundada, ya en la de don Rodrigo Velazquez de Carvajal ó en las de otros socios. Por algunas actas que se conservan manuscritas, puede formarse juicio de la organizacion de la academia y del método de sus tareas.

Habia un presidente, un secretario y un fiscal, elegidos por los socios. Éstos se reunian para elegir los asuntos ó temas de las composiciones que repartian entre los socios, los cuales debian leer las poesías en la sesion siguiente. El fiscal las recogia para hacer el juicio crítico de todas ellas, y despues de censuradas, el secretario proclamaba el nombre del que habia obtenido el premio de honor.

Los asuntos eran, ya serios, ya festivos, y solian señalar el número de versos ó de estrofas que habia de tener cada composicion.

Los socios tomaban seudónimos caballerescos, como los de *Caballero de la Verde Espada*, *Caballero de la Luenga Andanza*, *Caballero de la Cuita*, *Caballero de la Peña Devota*, *Caballero Acólito*, etc.; lo cual hace que sea difícil de averiguar el verdadero nombre de cada uno por las firmas de sus composiciones; sin embargo, el fiscal, en sus calificaciones, los designaba algunas veces por su nombre verdadero.

Los temas ó asuntos de academia eran la mayor parte serios y de carácter heroico ó religioso, pero ademas se leian las demas poesías que llevaban los socios, y eran tambien censuradas por el fiscal, recibiendo otros premios, si lo merecian.

Tambien eran leidas las composiciones de los corresponsales, á los que el secretario participaba la calificacion que habian obtenido.

A esta Academia acudia la ciudad de Granada, para la composicion de las loas, entremeses, autos y poesías que se acostumbraba leer en algunas fiestas religiosas y civiles.

En una, pues, de estas academias se me dió por asunto la fábula de *Adónis*, en églogas venatorias.

Más de lo que pareció entónces, fué difícil mi empeño, pues fué haber de penetrar un camino hasta ahora de otro no inculcado. Eglogas pastoriles, muchas; piscatorias, aunque pocas, se hallaban en nuestros poetas españoles; pero venatorias, en ninguno (1), á lo ménos que yo tenga vistos, como Garcilaso, Cámoens, Esquilache, Herrera y otros autores bucólicos. Verdad es que la segunda égloga de Garcilaso trae algo venatorio, pero accesoriamente, porque en lo principal es pastoril. De los latinos no tengo noticia de otro que de Sanazaro (que son piscatorias). Natalis Comes (Noel Conti) escribió *De Venatione*, pero no en estilo dramático.

Y lo más cierto es, que no admite la poética drama venatorio; y así justamente lo excluye Julio César Scalígero, porque se avienen mal la fatiga de seguir las fieras y el sosiego para el canto. *Venatores quidem* (dice aquel desenfrenado crítico), *quia sunt in motu minus ad verba propensi sunt* (2) *quin nec quam faustum putamus in venatu loqui, necdùm ut cantus aptus judicetur.* El pastor sí que, recostado á la sombra de una haya, miéntras que pace su ganado, con inalterable quietud maneja su albogue y hace resonar la selva.

No hallé, en fin, otro medio que suponer á los cazadores aguardando las fieras junto á las redes. Así Plinio el menor, libro v, epístola 6.ª, *ad retia sedebam;* y Sanazaro, aunque piscatorio, citado y enmendado por Scalígero,

Præcipitem lenta expectans ad retia Tymnum.

Aun desta suerte no se aquieta el escrúpulo, pues el canto puede ahuyentar las fieras, á no ser el de Orfeo, que las atraia. Sin embargo, como quiera que pude, me fué preciso obedecer la Academia, con la confianza de que para el yerro llevo anticipada la disculpa de haber caminado por donde no he hallado huella.

Sólo te pido, oh lector, no extrañes las prolijas narraciones con que una de las ninfas extiende la fábula de Adónis, pues si debe aplaudirse é imitarse el ejemplar de Garcilaso, lo tengo en su segunda égloga, donde Nemoroso, con la prosopopeya del rio Tórmes, describe (con bien prolijo discurso) las hazañas del Duque de Alba.

A alguno parecerá que el estilo no es bucólico ó de égloga, especialmente en la narracion del Adónis, llena de frases figuradas y algunas elevaciones del númen; pero debe advertir que si en lo bucólico obliga la ley á que las personas que se introducen en la égloga hablen sencillamente, es por suponerse que los tales interlocutores son pastores, de quienes fuera impropio é inverosímil otro estilo; pero siendo égloga venatoria, y los que hablan cazadores, que pueden ser, no meramente hombres del campo, sino áun reyes, príncipes y otras personas instruidas, no es impropia la erudicion ni frase elevada. Precaviendo esto, al introducir las ninfas digo:

Las dos envidia bella de Helicona;

suponiéndolas instruidas y eruditas, para que no se extrañe su estilo, no olvidando por esto el que en cuanto puedan hablen como en el campo, y que las comparaciones sean traidas de las mismas cosas de la caza; y así creo que, con no menor motivo que Góngora de la suya, podré yo de la mia decir que es

Culta sí, aunque bucólica, Talía.

He procurado imitar los mejores poetas latinos y castellanos; de éstos, á Garcilaso, y en especial al incomparable cordobes don Luis de Góngora (delicias de los entendimientos no vulgares), de quien te confieso hallarás algunos rasgos de luz, que ilustren las sombras de mi poema. Si me censurares, respóndate el gran poeta, copiando muchas veces, más que imitando, á Homero.

Si consideras la narracion de la fábula del Adónis separada de las introducciones y sucesos de las dos ninfas Anaxarte y Prócris, advertirás que procuré formar un poema trágico, con todas sus partes, y de este modo lo separas. Unirás muy bien los tres argumentos, si contemplas que toda la obra se dirige á persuadir que

No hay amor en las selvas con ventura.

A cuya conclusion sirven como de argumentos *ab exemplo* todas las fábulas; las más que me sirve la mitología, otras que yo invento ó aplico, como la Pirene, sus celos, su carro, su viaje á Tracia; la del sátiro convertido en piedra y fuente del desengaño, y las esparcidas por la mitología, ajustadas y conexas con la de Adónis. No ha sido éste el menor trabajo. Si fueres escrupuloso en la imposible cronología de las fábulas, acuérdate del célebre anacronismo de Virgilio contra la verdad de la historia de la Reina de Cartago, y disculparás el que yo lo cometa repetido en una fábula.

Llamo al poema *bucólico* por darlo en églogas, y *dramático*, que, ademas del diálogo que constituye la égloga, dice *acto*, *representacion*, que efectivamente se verifica, en especial en la cuarta égloga. Si te parece que se excluyen, vuelvo á remitirte á la segunda de Garcilaso, que es égloga y es drama, como lo advierte y vindica Herrera, en sus notas al mismo. Léelas, y depondrás en mi favor algun otro escrúpulo.

Si me fuera lícito comentarme (algunos se han tomado esta licencia), quitada la grosera corteza de las fábulas, te descubriera no pocas verdades morales, y áun teológicas; pero si

Oblectant adoperta etiam misteria mentem,
Ultrò objectorum vilius est prætium
(S. Prosper., epig. 51),

(1) Véase lo que se dice acerca de esto en el *Bosquejo histórico* que precede á esta coleccion.

(2) Scalígero (*Poetica*, lib. v, cap. iv.)

tenga en buen hora el entendimiento del que lea la delicia de encontrarlas; sólo prevendré que en la verdad que intento persuadir:

No hay amor en las selvas con ventura,

disfrazo otra más alta; ésta es aquella gran sentencia de san Gregorio: *Nec castitas magna est sine bono opere, nec aliquod opus bonum est sine castitate* (D. Greg., *Hom. in evang.*, 13), que quiero dar á entender cuando digo:

..... unirse mal procura
Lascivo el ocio á la fatiga honesta;

y así, introduzco á Anaxarte, casta, pero blasfema con sus dioses; á Prócris, aunque más religiosa, enemiga de la castidad, y ambas castigadas con trágicos fines.

Sólo resta, oh lector, advertirte que el callar mi nombre (1) no lo tengas por mera modestia.

¡Siglo fuera en que tuviera vanidad en publicarlo! Pero no soy tan hipócrita, que venda por virtud lo que solamente ha sido un ardid desultorio (2), para que algunos (no digo todos), literatos sólo en la facultad que profesan, sabiendo que la mia es de más sagradas ocupaciones, no desprecien abiertamente mi nombre con la obra, ó porque no distinguen que éstos son propiamente ocios, en cuya amenidad respira fatigado el ánimo de las arideces de otras ciencias, ó porque imaginan que el tiempo que se consume en ellos impide é inhabilita para los progresos en aquellas sérias ocupaciones; pero á los tales responde dignamente Julio César Scalígero en un pasaje singular (3).

Finalmente, si, demasiado tétrico, desprecias estos versos por flores inútiles, no te digo yo que sean frutos sazonados, y más de una juventud que cuando los produjo no contaba cinco lustros; pero si te avisaré que

Hæc, si displicui, fuerunt solatia nobis,
Hæc fuerunt nobis præmia, si placui.
(Martialis epig.

ÉGLOGAS VENATORIAS.

EL ADONIS.

EGLOGA PRIMERA.

ANAXARTE, PRÓCRIS.

Las selvas describia enmarañadas,
De estruendos venatorios impedidas,
No ménos que de amores fatigadas;
El vicio y la virtud en las reñidas
Deidades, si apacible, no molesta
La verdad en las fábulas mentidas.
Vencido aquel y victoriosa ésta
En el tiempo; que unirse mal procura
Lascivo el ocio á la fatiga honesta.
Poblada de escarmientos la espesura,
Porque, su casto límite violado,
No hay amor en las selvas con ventura.
Este, pues, ocio dulce, que ha alternado
Con más dignos afanes, solicita
Tu ocio, oh ilustre Conde (4), y tu sagrado;
Si ya no el que glorioso te ejercita
Afan en una y otra real escuela,
Humildes atenciones te limita;
Si ya no aplicas la dorada espuela
Al generoso bruto, que, obediente
A la maestra mano, el circo vuela;
Si ahora no bebes de la culta fuente
(Nieta de la cabeza de Medusa)
Que el laurel te retrata de la frente;
Si, en fin, el que la atiendas no te acusa
La musa heroica, que inmortal te aclama;
Oye esta vez mi venatoria musa,
Miéntras que llega el tiempo que á la fama
Dé yo de tu ascendencia gloriosa
El tronco real, sin olvidar la rama.
Óyela; que si en selva espaciosa
Mi *cerdoso animal* huirse pudo
De su acerada pluma, no dichosa,
Más felice será si en el no rudo
Bosque de tanto tronco esclarecido
Consigue el leon régio de tu escudo,
De su poder valiente defendido,
Blasones desdeñando, cuya gloria
Miéntras que soy mortal daré al olvido.
A mi enemiga suerte la victoria
Quitaré, y al rumor de tus piedades,
Escucharán los siglos mi memoria.
Las blancas desataba ancianidades
De los montes el sol, y renacia
A la primera de sus cuatro edades,
Nuevo fénix, el año, pues vestia,
Si várias plumas no, de hojas y flores
Vário esplendor, que dibujaba el dia;
Cuando en Chipre, mansion bella de amores,
Cuyas selvas Diana áun no perdona,
Seguian de la caza los errores,
Prócris, que de su dardo fiel blasona,
Y Anaxarte, que ilustre es por la aljaba,
Las dos envidia bella de Helicona.
Anaxarte los triunfos desdoraba
Del amor, su desden anteponiendo;
Las glorias del amor Prócris cantaba;
Cuando en la ardiente siesta, concediendo
Treguas á la robusta montería,
Bajaban dulcemente compitiendo,
Cuyo amebeo canto así decia:

PRÓCRIS.

A aquel que no desea
Del amor la suave tiranía,
No así le lisonjea
La llama en que se abrasa el alma mia;
La llama que saldrá del pecho tarde:
¡Tan dulcemente en sus cuidados arde!

ANAXARTE.

Tan cruelmente en sus cuidados arde
Quien de Amor atrevido
Fia, inocente, el corazon cobarde,
Que siente sin sentido.
Si las glorias de amor traen estos daños,
Mal hayan sus engaños.

PRÓCRIS.

Bien hayan sus engaños,
Si con ellos Amor dulce entretiene
El ocio de los años;
Pues generoso espíritu no tiene
Aquel á quien sus flechas no le inflaman;
Que arden los dioses, y los dioses aman.

ANAXARTE.

Que arden los dioses, y los dioses aman,

(1) Porcél intentaba publicar su poema con el seudónimo *El Caballero de los Jabalies*, que adoptó en la Academia del Trípode.
(2) *Desultorio*, que se denuncia á sí mismo.
(3) Jul. C. Scalig., *in prolog. ad Poetic., versus finem.* El pasaje empieza así: *Non sunt audiendi qui*, etc.

(4) El Conde de Torrepalma, don Alonso Verdugo y Castilla, á quien Porcel dedicó el poema.

Sacrilegio es, que lloro;
Cuando Amor en los brutos, que lo infaman,
Gasta sus flechas de oro.
¡Oh, no así, ciego dios, confundir quieras
Los dioses con las fieras!

PRÓCRIS.

Los dioses con las fieras
Reconocen de Amor el vasallaje,
Glorias suyas primeras,
Pues no es del alto Júpiter ultraje
Que pendan de sus leyes y estatutos
Las deidades, los hombres y los brutos.

ANAXARTE.

Las deidades, los hombres y los brutos,
De Júpiter veneran
El dominio, de cuyos atributos
Todo su bien esperan;
Pero de Amor ¿qué bien? Ansias, desvelos,
Agravios, rabias, celos.

PRÓCRIS.

Agravios, rabias, celos
Son del Amor preciosa pesadumbre,
Por cuyos desconsuelos
Se escala de la dicha la alta cumbre;
Porque ¿quién deberá á la suerte amiga
Dicha que no le cueste una fatiga?

ANAXARTE.

Dicha que no le cueste una fatiga
Ninguno juzga buena;
Que no es durable el bien que no se siga
Por premio de una pena;
Mas son de amor las sinrazones tales,
Que por un solo bien piden mil males.
Y así, pues tanto elogio cede en vano,
Y es justa contra Amor la queja mia,
Prócris, no ensalces más á ese tirano.

PRÓCRIS.

Neciamente obstinada en tu porfía,
Teme al Amor, que es dios; no su ardimiento
Castigue tu sacrílega osadía.

ANAXARTE.

Añosa encina, á quien en vano el viento
Agite, á las de Amor dulces querellas
Seré, ó roca en el mar, de eterno asiento.

PRÓCRIS.

Injurias el poder de las estrellas,
Si ya no es, oh Anaxarte, que el castigo
En tu dureza te previenen ellas.
Y si pisas de Chipre el suelo amigo,
Que da á Vénus altares, considera
Que es suyo, de su hijo el enemigo.

ANAXARTE.

Yo, aunque en Chipre bebí la luz primera,
Cual ninfa del Taigeto fatigosa,
De Diana la ley guardo severa.
Discurriendo las selvas presurosa,
No guardó fiera de mis leves puntas,
Por más que huyó veloz, la piel hermosa.

PRÓCRIS.

Si en opiniones no, en tareas, juntas
Chipre nos tiene, pues tambien ligera
Vago yo por las selvas amatuntas.

ANAXARTE.

Selvas de Chipre busque quien venera
A la hija del mar y al nieto alado;
No del sagrado Eurótas la ribera.

PRÓCRIS.

Yo por Chipre mi Aténas he dejado,
A Erecteo, su rey, á Critia hermosa;
Esta mi hermana, aquel mi padre amado.
Hasta las aras de la chipria diosa
El voto me condujo que poseo,
Pues de Céfalo soy amante esposa.
Ni injuria de Diana el voto creo;
Que amar no es de una oréade desdoro,
Si es casto, y no sacrílego, el deseo.
Y áun agraviada su deidad ignoro,
Pues para que á mi Céfalo le cuadre,
Me dió este dardo, cuyo extremo es de oro;
Y este manchado perro, cuyo padre
Fué en los montes de Creta celebrado,
Como en Lacedemonia fué su madre.
El uno y otro dón es envidiado:
El dardo es siempre inevitable; el perro
Es de nariz sagaz, de piés alado.
Ayer lanzó las sombras al destierro,
De la luciente aurora el fuego rojo,
Cuando una tigre en lo alto de aquel cerro
El sabueso me alcanza, el dardo arrojo,
Con él su muerte, y de la piel manchada
Mi espalda cubrirá el feliz despojo.
Ni há mucho que á una cierva, que alcanzada
No fué del viento, le aferró sus plumas,
En el lomo mi flecha atravesada.
Ligera huyó por eminencias sumas,
Y por si llega en su fatiga ardiente
A beberse su sangre en las espumas,
Dirigí el paso errante hácia esta fuente,
Que, de esos verdes troncos desatada,
Espejo es de ellos mismos transparente.
Conoce ya, Anaxarte, cuán errada
A las selvas de Chipre, maliciosa,
Me destinas, por verme enamorada.
Contra tí es tu opinion más injuriosa:
Selva de amor, á quien sus flechas de oro
Bárbaramente ultraja, es peligrosa.
Más digno de tí fuera y tu decoro
Por las cumbres del Ménalo ó Taigeto,
De Diana seguir el casto coro.

ANAXARTE.

No sé si de mis hados es secreto
Que ninfa, ni de Vénus, ni Diana,
Ofenda de ambas diosas el respeto.
De un Ifis, cierto jóven, cuya vana
Porfía dignamente se querella
De mi desden, si ya éste no le ufana,
Recibí aquel lebrel, á quien la estrella
Con negros rayos dora la ancha frente,
Como otras negras manchas la piel bella.
El dón precioso ponderó altamente;
Pero conmigo el celebrado perro
Ni acosa fiera, ni áun las ramas siente.
No proporciona tiro que no yerro;
Y ayer huyó, rompiendo los cordeles,
De un oso que bajaba de aquel cerro;
Cuando ántes, de mi puerta en los dinteles,
Sus años el venado descubria,
Y en mí la tigre sus manchadas pieles.
Bajo de aquel peñasco ayer dormia,
De vencer tanto monte fatigada,
Si ya para mí el monte fieras cria;
Y el sueño (¡oh contra mí deidad airada!)
Me mostró á mí sin mí (no sea el agüero
Constante), en el peñasco transformada.
Con todo, en tí mayor el riesgo espero;
Que en el precioso dón que ostentas vana,
Se puede disfrazar tu fin postrero.
No sé qué hado se envuelve. De Diana
Quien ajaba su ley, más merecia
Que los dones, la ira soberana.
Mas, pues el ruido de esta fuente fria,
Que al dia aplaude, si á la noche asombra,
Del viento y de las aves la armonía,
Y el blando suelo sobre verde alfombra
Descanso ofrecen, miéntras los sabuesos,
Carleando, buscando van la sombra,
Nosotras de estos álamos espesos
Gocemos, Prócris, el opaco frio;
Prevendré de tus hados los sucesos.
Ni será emulacion del genio mio:
El que tus dichas disuadir procura,
Es de tu mismo amor el desvarío.
Enamorada ninfa, ¿la espesura
Sacrílega frecuentas? ¿Quién tal osa?
No hay amor en las selvas con ventura.
Siendo los bosques de Diana hermosa

En sus jurisdicciones sin castigo,
No ha de admitir á Amor la casta diosa.
¿Presumes que piadosa fué contigo,
Y fué con Vénus inmortal severa?
Escucha; que á decírtelo me obligo.

PRÓCRIS.

Si es de Vénus y Adónis, bien quisiera
De su historia saber el triste cuento,
Que ignoro, como en Chipre forastera.

ANAXARTE.

Logrará tu atencion un escarmiento,
Y yo que no me acuses que infielmente
Maldigo á Amor, y sus aplausos siento.

PRÓCRIS.

De tus labios mi oido está pendiente.

ANAXARTE.

En Chipre, isla famosa, alegre asiento
De la hija bella de la espuma, donde
Tempe hermoso, que luce, Arabia, que arde
En humos suavísimos, esconde
Los que le erige Safo altares ciento,
Cuando del voto en repetido alarde,
Lascivamente religiosa, ofrece
Del Amor, que aborrezco, las fatigas,
Cuyas campañas Céres enriquece
De sus rubias espigas,
Y á cuyos amenísimos pensiles
Debe Amaltea todos sus abriles,
Coronada de bárbaros escollos,
Donde legitimó tal vez sus pollos
De Júpiter el ave,
Si toda ella no es escollo grave,
No de ruda aspereza,
Sino de la amenísima belleza
Que Narciso consulta, prodigioso,
Del mar Panfilio en las azules ondas;
En este, pues, hermoso
Recreo áun de los dioses inmortales,
Incendio Adónis de sus ninfas era,
Cuyo dulce gemido,
Que el ingrato garzon oir no espera,
Liquidaba en ternísimos cristales
Las duras piedras de sus grutas hondas;
Entónces, pues, exento
(Y nunca más feliz) de las injustas
Blandas fatigas del traidor Cupido,
Las del monte robustas
Solicitaba con gallardo aliento.
Un dia, que, de un can acompañado,
De rica aljaba y de venablo armado,
A sus redes los ciervos agitaba
(Si bien áun perdonaba
Los fieros peligrosos animales,
Cuyo encuentro, á pesar de su osadía,
Leucipe, su nutriz, le prohibia),
Llegó, de sus errores conducido,
A una floresta, cuyo sitio ameno,
Por la espesura opaca defendido,
Niega el calor y desconoce el dia.
Banda de cristal era transparente,
Que atravesaba el florecido seno,
Un arroyo, que, en lúbrico desvío,
Es arroyo, era fuente y será rio.
No bien el ignorado
Principio investigó de la corriente
El bello cazador, cuando, asaltado
De la mayor ventura, no prevista,
Rémora de sus pasos fué su vista.
A la márgen del músico arroyuelo,
Rústico pabellon, culto boscaje,
Hacia el licencioso maridaje
De las confusas hiedras con los troncos,
En cuya fresca estancia,
De donde ahuyenta las ardientes horas
La aura sutil con susurrante vuelo,
Tortolillas se esconden gemidoras,
Que con arrullos roncos
Alternan en confusa consonancia
De alegres pajarillos,
Que en sonoro tropel se competian;
Los que áun no enmudecian,
Solícitos alados cupidillos,
Con el dedo en la boca defendiendo
La quietud con que olvida penas graves,
A la apacible sombra, al sordo estruendo
Del cristal, de las hojas y las aves,
Durmiendo dulcemente
Ninfa hermosa (segun el jóven piensa),
Que el delicado cuerpo transparente
Deja, ó por más descanso ó más decoro,
Sobre un cojin de púrpura y de oro.
A Acteon temerario, nada expuesto
El sitio, y el calor, que le dispensa
Todo ropaje desechar molesto,
Verle permiten al garzon curioso
La mayor parte de su hermosa nieve,
Helado fuego que su vista bebe;
Cuya ambicion sedienta no saciada,
En el alma abrasada
Produjo un dulce afan, con que suspira
Cuanto más la contempla y más la mira.
Y en el pecho, hasta entónces orgulloso,
La herida del amor fué tan oculta,
Que, sintiendo el dolor, como no usado,
Hasta el nombre ignoró de su cuidado.
Viendo, pues, que el prolijo sueño indulta
El que él mismo condena atrevimiento,
De sitio se mejora, y más se llega;
Porque, cuanto es su voluntad más ciega
Y su vista más lince, inadvertido,
Dar quiere toda el alma en un sentido;
Pero al no comedido movimiento
(Que más que levemente
Las ramas sacudió), la ninfa bella
Despierta, y en el lecho incorporada,
Aun presa en soporífero beleño,
Con uno y otro dedo transparente
Tocó en sus ojos, ahuyentando el sueño.
Luégo al placer y al mundo recobrada
(Cielo animado y breve su hermosura),
En la una y otra luminosa estrella
Abrió dos soles, que al garzon amante
Deslumbraron, su vista no bastante
Al duplicado dia,
Con que se esclareció la selva obscura.
Miéntras que los amores convocaba,
Con las hermosas manos deshacia
Las rubias trenzas por el blanco cuello,
Que en varios giros sueltas poner quiso,
Perfiles de oro, en alabastro liso;
Y en el semblante bello
Mezclados los carmines y candores,
Flores daba á la luz, luz á las flores.
Adónis adoraba silencioso,
Con voto áun de su afecto no entendido,
La divina hermosura,
Que no juzga de ninfa semidiosa
Ni de aquel triste suelo;
Pues siendo de la esfera su luz pura,
Y su voz dando celestial sonido,
Bañado el aire en ambrosía del cielo,
Si no es la chipria diosa,
Vénus habrá de ser ménos hermosa.
De sacrílego entónces acusando
Su ardiente anhelo, que al respeto cede,
La fuga solicita, mas no puede;
Porque, la planta tímida luchando
Con los rebeldes ojos, que rehusan
Dejar el espectáculo suave,
Huir quisiera, pero huir no sabe.
Así temia, así dudaba, cuando,
A pesar de las ramas, que lo excusan,
El can, hasta allí mudo,
Contra incierto rumor embravecido,
Descubrió al cazador allí escondido.
Al improviso estruendo,
Guiar dejó sus pasos de su oido
La ninfa bella, y viendo
Al garzon, que no pudo,
A sus plantas rendido, encontrar modos,
O para sus excusas, si se piensa

Culpado, ó para declarar, amante,
Alguno, cuando no sus males todos;
Ella, con humanísimo semblante,
Que áun mayores delitos le dispensa,
De sus piés á sus brazos lo levanta,
Y deponiendo más lo soberano,
A la suya enlazó su blanca mano,
Y al sitio lo condujo delicioso
Que al jóven le guardó ventura tanta;
Donde sentados, ella confundiendo
Con afable esquivez el ceño hermoso,
Como quien para deponer lo esquivo,
Que áun fingir no quisiera,
El ruego sólo del amante espera;
Mañosamente al jóven fué motivo
De que, rudos temores desechando,
Redujese su amor de aquel secreto
En que lo acobardaba su respeto.
Ménos cobarde ya, más atrevido,
Era con dulces iras contenido
De la que, no negándose obligada,
Se iba ya confesando enamorada;
Hasta que olmo, feliz por lo abrasado,
Si Alcídes es Amor, á él consagrado,
Y ella vid, en halagos floreciente,
Para que estrechamente
Reciprocase los suaves lazos,
Pámpanos de cristal, le dió sus brazos.
Entónces los errantes
Licenciosos cupidos,
Dando al viento en sus alas mil colores,
El improviso tálamo coronan,
Y miéntras pajarillos ciento entonan
Dulces epitalamios, no entendidos,
De sus carcajes ellos á porfía
Flechan sobre los dos chiprios amantes,
De cuantas fértil aura engendró flores
En las selvas de Chipre deliciosas,
Alhelíes, mosquetas, lirios, rosas.
Así Adónis, que habia
Triunfado del Amor, fué el más dichoso
De su aljaba trofeo;
Pero, aunque así, vencido y victorioso,
Coronaba de gloria su deseo
El venturoso amante,
De su dicha mayor quedó ignorante,
Pues si bien sospechaba
Que era deidad sublime, porque en esta
Desconfianza ruda,
Áun lo hacia feliz la misma duda,
Casi á las evidencias se negaba.
Era, pues, la que ninfa juzgó hermosa,
O rústica deidad de la floresta,
La blanda madre del Amor tirano,
Que el coro de los dioses soberano
Dejó, del garzon chiprio enamorada,
Y quiso, con cuidado descuidada,
A aquel casual encuentro en la espesura,
Facilitarle su mayor ventura;
Pero, aunque digno al jóven considera,
Atenta á su decoro, le recata
Su deidad por entónces, pues humano,
Aunque la envidia de los dioses era,
Quizá de una vez sola no pudiera
Embeleso sufrir tan soberano;
Y así, el mayor indicio le dilata,
Que en sus dudas le alumbre,
Hasta que á sus favores se acostumbre.
De este modo tambien era trofeo
De su hijo la madre, tan rendida
A Adónis, que impaciente su deseo,
Con la edad detenida
En períodos precisos, su cuidado
Fué, y tormento prolijo,
Áun desde que nació póstumo hijo
De una desgracia y de un delito feo.
Nació hermoso, infeliz, bien que amparado
Del que le arrulló dulce, infante tierno,
Entre sus brazos, de las gracias terno;
Porque así de las ninfas granjeára,
Con la precisa lástima, el cuidado,
Que le educó fielmente;
Y áun el piadoso empleo
Diosa hubo que envidiára,
Pues con él (bien que entónces inocente),
Nació de Vénus el fatal deseo.
Niño, pues, en sus brazos regalado
Tal vez le tiene la Ericina diosa,
Y él con la tierna mano cariñosa
Y gestos halagüeños,
Vagando de su pecho por la nieve
Y por la cara hermosa,
En la boca, de dulce risa llena,
Tal vez la detenia,
Como que sus caricias pretendia.
Licencioso se atreve
Con los dedos pequeños
A asirle á Vénus los purpúreos labios;
Y ella, aunque diosa, de su mal ajena,
Con ambiciosos besos lo fatiga;
Porque así dulcemente lo castiga
Los atrevidos, que apetece, agravios;
Pero insensiblemente,
Aun con su madre fiero,
El otro hijuelo alado
(Si ya Adónis no pueda ser primero;
Más no pudiera ser tan insolente,
Si bien fué más hermoso);
Aquel, pues, engañoso
Produciendo en la madre iba un cuidado,
En cuanto blandamente
Leve en el corazon le puso fuego,
Que escándalo fué luégo.
¡Oh principio inocente
Del amor! ¡Cuánto así ha tiranizado
Tu engañosa osadía!
¡Oh, bienaventurado
Quien de tí no se fia!
Tú, monstruo lisonjero,
Del Nilo en las riberas
Te querellas primero
Con voces lastimeras;
Y el ménos descuidado caminante,
De tu llorosa crueldad (confusa
Con tu lamento fiero)
Aun se fia, ignorante,
Y de sus pasos la tardanza acusa;
Pero, despues que lastimosamente
De tu engaño su vida es inocente,
Maldice su piedad, que apresurado
A morir lo traia.
¡Oh, bienaventurado
Quien de tí no se fia!
Tú, engañosa sirena,
Con músicas halagas
Al inconsiderado navegante,
El que, para que tú, traidor, te hagas
De sus despojos, de su vida, dueño,
El veneno se bebe resonante
Con ambicioso oido,
Hasta que tarde llora, sumergido
Su lastimado leño,
Que en vano besa ya tu infiel arena;
Porque, monstruo de plumas escamado,
Nieto del mar, áun no te conocia.
¡Oh, bienaventurado
Quien de tí no se fia!
Tú, áspid entre flores escondido,
Que, de inocentes manos aprehendido,
Áun siendo nieve fria la que prende,
Con el veneno el corazon enciende,
Pues así, de los celos irritado,
Eres áspid que abrasa cuanto enfria.
¡Oh, bienaventurado
Quien de tí no se fia!
Tú, acero refulgente,
Con cuyo filo agudo
(Si breve rato pudo
Cualquiera, áun no sin miedo,
Probarte en duro cútis blandamente)
Al descuido menor se corta el dedo,
Y al verse ensangrentado
Maldice su porfía.
¡Oh, bienaventurado

Quien de tí no se fia!
Tú, en fin, tú, fuego aleve,
A quien blanca ceniza disimula,
Cuando el viento la mueve
(Que áun no la agita leve, si la adula),
De improviso se irritan sus centellas,
Y bárbaro, áun se atreve á las estrellas.
¡Tal fuego disfrazado
Por la ceniza fria!
¡Oh, bienaventurado
Quien de tí no se fia!
¡Oh, qué ciegos que sois, tristes mortales,
Que un bien solicitais que han infamado
Sinnúmero de males!
Yo no, Amor, porque ya te conocia,
Que eras, áun cuando halagas, lisonjero
Cocodrilo, sirena, áspid, acero
Y fuego simulado,
En quien la sacra esfera arder podia.
¡Oh, bienaventurado
Quien de tí no se fia!
Apénas se media
Con años seis, de Adónis la estatura,
Cuando logró con éstos
Edad de perfecciones su hermosura.
Los miembros bien dispuestos
Eran de hermosa, aunque robusta nieve,
En cuanto su pequeña edad le debe;
Blandamente robustos son sus brazos,
De los que el bosque aguarda ya mil lazos;
La orgullosa garganta
Del grueso y ancho pecho se levanta,
La que suben formando
Cándidas roscas de alabastro blando;
La barba, hermosamente bipartida,
Deseos incitaba,
Porque áun no es de la edad oscurecida;
Hojas, por donde el ámbar respiraba,
Eran sus labios gruesos,
Del carmin dos excesos;
Carmin que en las mejillas no excedia,
Porque la nieve no lo permitia,
Confundiéndose dulcemente en ellas
El carmin con la nieve;
Siendo duda no leve
Si es púrpura nevada,
O nieve purpurada;
Porque del vário rosicler confuso
Se encendiesen más bellas.
La nariz descendia, delicada,
Del intermedio de las dos estrellas
(Tales brillaban sus vivaces ojos),
Que de los arcos de oro de sus cejas
Flechaban contra las etéreas salas
Mil luces, si de Vénus mil enojos;
Y á Júpiter los dioses dieron quejas,
Porque á Cupido no quitó las alas,
Y en Adónis las puso,
O que á éste, áun en el bosque, niegue el uso
Del arco de marfil y flechas de oro
(Del ciego dios decoro),
O que su despejada alegre frente
Serenidades del amor no ostente,
Y más cuando sobre ella,
Preciosos embarazos,
De sus cabellos los dorados rizos
Tendieron tantos lazos,
Cuantos para una y otra ninfa bella
Prepararon hechizos.
Este, pues, de las selvas embeleso,
Cupido ya travieso,
Si Adónis no insolente,
En un valle apartado,
A su edad inocente,
Divertia con otros cupidillos,
Engañando los simples pajarillos,
Que de algun ramo de ellos agitado,
De un arroyo á la márgen se volaban,
Y en la liga falaz que puesto habian
Tenazmente se asian.
Chillan las avecillas, sacudiendo,
Por desasirse, las pequeñas alas;
Y al ruido corriendo,
A una pintada jaula encomendaban
Su trabajo sencillo.
De éstos, pues, un pintado pajarillo
Sujetó á un hilo Adónis, que ligero,
Si engañado, volaba
Cuanto la débil cuerda permitia.
Adónis se alegraba,
Y el hilo retraia;
Mas viéndolo en la yerba lastimero,
Segunda libertad le concedia
(Libertad engañosa);
Y cuando la avecilla, presurosa,
Segunda vez al viento se dilata,
Gavilan que la acecha, la arrebata,
Y en sus garras chillando, se la lleva.
Adónis se entristece,
Y en el semblante gemebundo crece
El sentimiento tanto,
Que, difundido en inocente llanto,
Corre con pié ligero,
Y á la náyade cuenta, que lo cria,
De su pájaro el caso lastimero.
«Amada (ella le dice) prenda mia»;
Y con la blanca mano le desvia
Los sudosos ricillos de la frente,
Y los llorosos ojos blandamente
Le enjuga cariñosa.
«A otra aurora la liga pegajosa
Te detendrá otros pájaros más bellos;
Y viniendo con ellos
(Perdona el tierno lloro),
En jaula que te guardo yo, de oro,
Estarán encerrados,
Porque libres del pájaro insolente
Halles, cuando tú quieras, tus cuidados;
Y si despues brioso,
Mucho más generoso
Ejercicio en las selvas juntamente
Con tu robusta edad venir se espera
(Esperanza no vana),
Ninfa que un tiempo fué mi compañera,
Y ahora el coro sigue de Diana,
Traerá entónces (así lo prometia,
A solicitud mia,
Y yo te lo prometo)
Tres veces dos sabuesos, que instruidos
En las fragosas cumbres del Taigeto
Serán, y desde luégo conducidos.
Yo con estudio, en que á Minerva imploro,
Porque nunca de Aracne temo el hado,
Variamente historiado,
Te bordo un cinto de oro.
Un venablo tendrás tambien luciente,
Que del grande Acteon fué dón precioso
A Oreade, que amaba;
De ésta tambien el arco sinuoso,
Que la flecha que arroja errar no sabe,
Y de marfil la aljaba,
Con las saetas grave.»
Y con tanta esperanza,
Que áun no advertidamente
Mil vaticinios de su edad alcanza,
Despues de dulcemente acariciado,
Y con traerle aprisa
Un pequeño carcaj que le ha enviado,
Hurtándolo á Cupido,
La alta deidad de Gnido,
Se alegró Adónis tanto,
Que interrumpió su llanto
Con inocente risa.
Si el hombre no pasára
Del primer lustro, Prócris, yo le amára,
Pues en sus breves años considero
Aquella edad dorada
Que vistió al mundo del candor primero.
Mas ¡oh engaño! ¡oh ficcion mal adorada
De las gentes! ¡oh hombre siempre fiero!
Tu inocencia mentida
Traidor es lecho, donde
Con la razon se esconde
La malicia dormida,

Porque cuando despierte sea homicida
Infame de la noble compañera.
Logras la luz primera
Del que trabaja para tí los dias,
Cuando triste y con lágrimas recibes
Lo que alegre debias;
Y es porque apénas vives,
Cuando ya eres ingrato
Al primer bien de tu primer fortuna.
Piadoso fué recato
Del que los brazos te ligó en la cuna;
Industrias no bastantes
A que el estorbo no rompieses, cuando,
De dulce leche y de coraje lleno,
Dividiste las rígidas serpientes
En un pedazo y otro, palpitantes,
Manchadas del mortífero veneno
Las fajas inocentes.
Defensa del valor fué, generosa
Sí, pero monstruosa;
Y quien fué monstruo para la defensa,
Monstruo podia ser para la ofensa.
Entre dulces caricias regalado,
Cual áspid crece en el florido lecho,
Fiero el hombre, de vicios escamado,
No un mundo, mil, de su ambicioso pecho
Despues no llenan el fatal vacío.
Alimentólo pío,
Y se produjo un enemigo el mundo.
Cuando ménos dañó, no de su mano,
Ménos de su altanero pensamiento
Redimir pudo el viento
Al ave que, plumado torbellino,
Subió á fijar en vano su fortuna
A las alternas astas de la luna.
Ni reservó contra el fatal destino
Su mudo cortesano
De Neptuno el palacio cristalino,
Que en sus alcobas defendido en vano,
De su gula mercedes
Cubrió sus mesas, si llenó sus redes.
Ni á cuantas, si de armas no desnudas
Fieras guardan sañudas
Las lóbregas cavernas de la tierra,
Privilegiaron de sangrienta guerra
Con el hombre, que bárbaro procura
(Para adornos crueles
Del triunfo que su mano le asegura)
Vestido horrendo de sus brutas pieles.
No ya contento con mandar tirano
La irracional tres veces monarquía,
Tal vez con sangre de su propio hermano
Manchó acero caliente
El que en la diestra impía
El hambre puso del metal luciente.
¿Qué mucho, si ella lo arrojó, insolente,
Al diáfano reino de Neptuno,
Conculcado hasta allí de otro ninguno,
Que del oro no fuese el ardimiento?
Este el mayor neblí formó de pino,
Que, despojado de las que bizarras
Verdes pompas le dió su padre, el bosque,
Tendidas alas le vistió de lino,
Y de los remos le adaptó las garras;
Porque con unas, del indócil viento
La hinchada cara fatigar presuma,
Y con otras, del líquido elemento
Rasgue la azul espalda,
Que contra el mismo que le hirió despide,
En vez de roja sangre, blanca espuma.
En éste, pues, veloz y fiero mide
Las distancias que apénas sabe el dia,
Desde que arrulla en la rosada falda
La tierna luz del sol la blanca aurora,
Hasta que, ya cadáver, lo atesora
Urna de cristal fria.
Tan bárbara osadía,
Hija de su ambicion, no temió luégo
Del toro fulminante
El tenebroso fuego,
Ni el dragon vigilante,
Que el pálido metal defendió en vano
De su avarienta mano.
Si este monstruo es el hombre, ¿quién adora
Su inocencia en su aurora,
Si en su cénit estrago furibundo,
No se redimen de su saña fiera
Los ignorados términos del mundo?
Y si el hombre es el bien que nos pondera
El amor insolente,
¿Qué bien de monstruo tal, Prócris, se espera?
Justamente áun su nombre
Desdeño, y justamente
A Amor ultrajo, y aborrezco al hombre.
El zodíaco todo,
Desde que Adónis vió la luz del dia,
Quince veces el sol lustrado habia,
Cuando ya de otro modo
Las selvas fatigaba,
No con dardo ó aljaba
(Vénus no lo consiente todavía),
Mas sí el bosque impedido
Con las sutiles redes bien prendidas
De los árboles altos,
Él perturbaba el valle con ruido,
Y despues en las ramas escondido,
Bandas de tordos, mirlos y zorzales,
En la red ya metidas,
Al recogerla él, daban mil saltos,
Enredándose áun más confusamente,
Cuyo infinito cuente
Cuando le alivie el hombro fatigado
Leucipe, que en su gruta le ha esperado.
No hurtaba, á su cuidado diligente,
El vago conejuelo
El de la tierra abrigo tortuoso,
Por más que lo resguarde temeroso.
No se huyó á su desvelo
La liebre corredora,
No el cervatillo tierno
Con el apénas pululante cuerno.
Mas cuando ya mejora
Su juventud un lustro más, quedando
No menor, más robusta su belleza,
A desdeñar empieza
El de las selvas ejercicio blando,
Y el peligro apetece.
A Leucipe le intima
Le cumpla lo que ofrece.
Negárase ella, pero no se anima
A ofender lo que amaba,
Pues en negarse ofende
A quien persuade en vano;
Y así, aunque renuente y oficiosa,
Cuando á su nuevo cazador instruye,
Al hombro le suspende
De agudas flechas la fecunda aljaba,
Cuya labor preciosa
De artífice elegante el seso arguye.
Para la, aunque robusta, blanca mano
El arco primoroso le previene,
Y por si el tiro continuado afloja
La extensa cuerda, el dardo le apercibe,
Donde el acierto de Acteon áun vive,
Si bien que ya le enoja
(Por si el agüero peso alguno tiene)
La injuria, á que se expuso, de Diana;
O ya le ajusta primorosamente
De la bien hecha pierna hasta lo alto
Los coturnos de grana,
Y el cinto, donde el oro sabiamente
Casos le proponia desgraciados
De jóvenes hermosos,
Nada en la selva ni en amor dichosos;
Obra prolija de su docta aguja,
Que aptamente ceñido,
Para que no embaracen la carrera,
Los mal sueltos vestidos arrebuja.
De éste, en fin, pende asido
El cuerno resonante,
Que al que le inspira aliento de su boca,
Si áun fieras no le expone,
A los canes provoca,
Que, en tanto que la ninfa lo dispone,

A la caza, que espera,
Gimen inquietos, ladran impacientes
En el cordon de seda,
Oribazo y *Dorceo*.
A éste, de la arboleda,
Que áun no registra el sol, nada se esconde;
Aquel las cimas consiguió eminentes.
Negro *Acbolo* y lanudo,
Que á su astuta ficreza corresponde,
Con el silvestre *Aileo*,
Cuyo horrendo ladrido
Más que todos turbar el monte pudo.
Agre, de agudo olfato, y distinguido
Con negras manchas, cándido *Melampo*,
Todos seis que de Acaya,
De Adónis á los ruegos importunos,
Traer hizo la Naya,
Y que en las cumbres del Taigeto unos,
Otros de Creta en el famoso campo,
Instruyó de Diana el vago coro.
La Aurora componia
Con frescas rosas las coyundas de oro,
Que con los tres aligeros Etonte
Ya recibia del luciente carro,
Cuando al monte salia,
Segundo sol del monte,
El cazador bizarro;
Tan bello Apolo la ribera amena
Deja del licio Xanto,
Y á la materna Délos se destina,
Pendiente al hombro suena
Con flechas ciento su carcaj bruñido,
Y en la mano divina
El arco de oro, en tanto
Que del Cintio las cumbres examina.
Lustraba, pues, la falda floreciente
Del monte (ya de engaños mil ceñido,
Con las nudosas redes extendidas)
Adónis, impedido
De la turba impaciente
De los que, á la traílla mal sujetos
(Bien los conduzca la maestra mano
De tres garzones bellos y briosos,
Que la fatiga parten oficiosos)
Sabuesos se enredaban inquïetos,
Y el paso interrumpian del que en vano
Acelerar procuran,
Retardándolo más que lo apresuran.
Llegado al sitio ya de las batidas,
Duro aliento dió al cuerno resonante;
Volvióle monte y valle repetido,
Y un can y otro anhelante
Doblaba la impaciencia y el ladrido;
Cuando por un ribazo
Un jabali cerdoso
El primero aparece
(¡Oh, el último sea éste que se ofrece,
Porque último no sea!);
Quita de la traílla el fuerte lazo,
Aun tirantes los cuellos,
Y uno y otro moloso,
Ligeros á la fiera parten ellos...

PRÓCRIS.

Los que el descuido nuestro, si avisado,
Libres dejó (entre tanto tú refrena
Los de Adónis), el monte han perturbado.

ANAXARTE.

Y con profundos ecos ya resuena,
Al molesto ladrido, el hondo valle.

PRÓCRIS.

A un oso precipita mi *Pemena;*
Preven la flecha : inermes no nos halle.

ANAXARTE.

Yo, por si á la red viene, aquí lo aguardo.

PRÓCRIS.

Yo hácia aquel risco voy por atajalle.

ANAXARTE.

La flecha yo le tiraré.

PRÓCRIS.

Yo el dardo.

EGLOGA SEGUNDA.

ANAXARTE, PRÓCRIS.

PRÓCRIS.

Amor, ya he conocido
(¡Oh tardo desengaño!)
El mal do me ha traido
Tu lisonjero engaño.
Canté tus flechas de oro,
Canté tus triunfos, y tus triunfos lloro.
Si pierdo mi ventura,
¿Por qué fatigo, fuerte,
Con flechas la espesura?
Flechas no han de ofenderte,
Que quizá fueron hechas
Para lisonjear á un dios con flechas.
El bien que áun no ha gozado
Le cobras en fatigas
A quien te ha conquistado
De gentes enemigas
Respetoso cariño,
Por mayor de los dioses y dios niño.
Contra infames querellas,
Que hablaban tu improperio,
Yo igualé á las estrellas
La gloria de tu imperio;
Yo arrastré por decoro
La vil prision de tus cadenas de oro.
Yo, pues, negué ¡oh insolente
Nieto de las espumas!
Que hiriendo dulcemente
Tus arrojadas plumas,
Do quiera que las tiras,
Siembras piedades y recoges iras.
Así mi fiel conato
Tu deidad defendia,
Y ahora me eres ingrato.
Mas ¡ay de aquel que fia
Que le ha de ser propicio
Dios ciego, que no mira el sacrificio.
Por un bien que me diste,
Si nombre tal merece,
Arde el corazon triste,
Y ama lo que aborrece.
¡Oh infelices desvelos!
No quiero amor si no hay amor sin celos.
¡Qué! ¿tan presto deshechas
Glorias, traidor, regalas?
¡Oh, mal hayan tus flechas!
¡Oh, mal hayan tus alas!
¡Mal haya quien te ignora!
¡Mal haya yo, que te conozco ahora!

ANAXARTE.

¿Cómo así, Prócris, al Amor infamas?
¿Sabes que estás en Chipre, y que es dios fuerte?

PRÓCRIS.

Dichosa tú, Anaxarte, que no amas;
Así te burlas de mi triste suerte.
Tú vives, y yo muero sin consuelos.

ANAXARTE.

¿Y Céfalo, tu vida?

PRÓCRIS.

Ya es mi muerte.

ANAXARTE.

¿Tan presto tus ardores fueron hielos?

PRÓCRIS.

Y hielos sin dejar de ser ardores.

ANAXARTE.

Monstruos compones,

PRÓCRIS.

Monstruos son los celos.

ANAXARTE.

Neciamente maldices sus rigores;
Que el Amor con fatigas ántes lucha
Que logre de la suerte los favores.

PRÓCRIS.

Así lo pensé yo; pero ya es mucha
La fatiga, y mayor que la propuesta
Fortuna.

ANAXARTE.

Luégo ¿ya no amas?

PRÓCRIS.

Escucha.
Ayer nos dividió en la ardiente siesta
El oso, de los canes agitado,
Yo el monte, tú inquiriendo la floresta.
Recibiéndolo, en fin, precipitado,
Término de su vida y su carrera
Fué mi dardo fatal, nunca evitado.
Religiosa, á la deidad severa
De Diana ofrecerle determino
Los sangrientos despojos de la fiera.
Clavé tres veces en el sacro pino
La formidable testa, y otras tantas,
Sacudida del tronco, al suelo vino.
La sangre toda me ligó á las plantas
El piadoso temor, sin saber dónde
Su agüero me dirán las selvas santas;
Cuando del alto pino la que esconde
Dríade, con el que murmuró acento,
De lo interior del tronco así responde:
«El sacrílego huye atrevimiento.
Diana y Vénus no han juntado altares;
Y ¡ay de tí cuando ninfa sea el viento!
»El término tú aquí de mis pesares
No juzgues, ni me acuses de importuna;
Que sucesos te esperan singulares.»
Diana airada, mi oblacion ninguna,
Olvidando sus redes y sus canes,
Sagrado solicito á mi fortuna.
De Vénus me conducen mis afanes
Al gran templo, que en medio se divisa
De aquel oscuro bosque de arrayanes.
La planta apénas sus espacios pisa,
Cuando cincel de Dédalo elegante
Mis ojos roba, mi atencion precisa.
Vestia la pared de oro brillante
Lámina firme, donde la memoria
De las cosas fijó lo vacilante.
Como triunfo de Amor, de Vénus gloria,
En el metal precioso se derrama
Cuanta la Grecia dió sutil historia.
Por el Egeo, aquí de Amor la llama
En Elena conduce el triste fuego,
Cuyas cenizas heredó la fama.
Allí, olvidando el laberinto ciego,
A la inventora del auxilio de oro
Teseo lleva, y desampara luégo.
Medea, de Jason con el tesoro,
Igual es hurto aquí, y allí el Tonante
Por Europa gentil navega toro.
En negro carro el infernal amante
A Proserpina roba aquí, y en vano
Ciane clama, y Céres gime errante.
Pero de docta, si moderna, mano,
Moderno robo en lámina reciente
Triunfo pendia del Amor tirano.
Su historia habló la línea siguiente:
Bóreas robando á Oritia de Erecteo;
Dudar podia lo que via ausente.
Pero en tanto que dudo lo que veo,
Nuncio hallo que mi duda absolvió vana,
Sabiendo lo que no quiso el deseo.
Bárbaro amante de mi cara hermana
El Bóreas, que en el Ismaro resuena,
Lo que no al ruego, á la violencia gana.
En tanto, pues, que en la ribera amena
Del transparente Iliso se divierte
La hermosa Oritia, de su mal ajena,
Un torbellino la arrebata fuerte;
¡Oh, qué bien del cincel el duro empeño
El caso imita, la violencia advierte!
En el metal el arrugado ceño
Del amante feroz áun no consiente
Ser con sus propias dichas halagüeño.
La hórrida barba, y por la ruda frente
El áspero cabello cano hacia
Nieve mucha del Cáucaso inclemente;
Pero entre tanta nieve áun parecia
Amante, y en su pecho congelado
De su bárbaro amor la llama ardia.
Me persuadí que del feroz cuñado
Al furibundo soplo se quejaba,
Ultrajada la selva, el mar hinchado.
La hermosa causa de su amor llevaba,
Segura bien, sobre sus alas frias,
Y ella triste sus males informaba.
Creí, oh dulce hermana, me reñias
Mi ausencia, de mi amor los desvaríos,
Y el *vale* lastimosa me decias.
Respuesta fueron ya los ojos mios,
De lágrimas copiosos, cuyo afecto
No perdonó los circunstantes píos.
En tanto, pues, que con el vano objeto
El alma padecia amargamente,
Y en llanto amargo respondió el efeto,
Finalizados ya solemnemente
Los sacrificios de la augusta diosa,
Cerróse el templo y excluyó la gente.
Salí con nuevos males pesarosa,
El pecho de temor y dudas lleno,
Y de explorar mis hados deseosa.
A la sagrada gruta de Sileno
Llegué á tiempo que Ifis (nunca oido
De tí) llegaba, de su mal ajeno.
Estaba el viejo sátiro tendido,
Con ebrio sueño, en las desnudas piedras,
De la una mano el tirso mal asido;
La otra vertiendo el frasco, con que medras,
Oh Baco, y en el suelo ajadamente
La corona de pámpanos y hiedras.
Entre los dos le asimos fuertemente,
Y cuando despertó, se halló impedidas
Las manos del adorno de su frente.
«Perdona las prisiones atrevidas
(Le decimos), y de uno y otro amante
Desenvuelve los hados y las vidas.»
El entónces, el pecho ya anhelante,
Con el alumno que encerraba, dice:
«Fíame lo futuro, ¡oh tiempo instante!
»Vuestro amor uno y otro es infelice.
A tí, oh jóven, un fatal desvío
El deseo y la vida contradice.
»Si tu razon no vence el desvarío,
Te estoy mirando fúnebre escarmiento,
Si infame gloria de un desden impío.
»Cuando en tí lidie el postrimer aliento,
Ni del cielo has de ser ni de la tierra;
Que á tí y á tu esperanza tendrá el viento.
»En tí, ninfa, el amor no ménos yerra:
Tiernamente tu Céfalo te adora;
Mas ¡oh envidiosa de los celos guerra!
»En sus brazos verás la blanca aurora;
Mas cuando en el cenit Apolo tuesta
Las altas cumbres, que en su infancia dora,
»Fatigado del monte, en la floresta,
Deliciosos, sin tí, hallará consuelos,
Que engañen, dulces, la abrasada siesta.
»Muy fatales, oh Prócris, tus recelos...»
Dijo; y áun suprimió «desdicha alguna»;
Mas ¿qué mayor desdicha que los celos?
Con ellos solos contra mí se aúna
Cuanto infelice corre derramando
En los tristes mortales la fortuna.
Venciste ya, Anaxarte, exagerando
Las traiciones de Amor, los mismos cielos
Contra mí tu opinion acreditando.
Yo de Diana los sagrados duelos
Nunca temiera, ni sangrienta muerte;
Fuera yo así feliz, mas no con celos.
¡Qué! ¿á Céfalo en la selva le divierte

De otros cuidados otro pensamiento?
¡Oh Amor! ¡que me engañases de esta suerte!

ANAXARTE.

Tan costosa experiencia, oh Prócris, siento
Te haya traido á mi opinion.

PRÓCRIS.

¡Y en vano;
Que áun he de amar la causa y el tormento!

ANAXARTE.

¿Ni de Cintia el enojo soberano,
Ni del sátiro viejo los recelos,
Ni el insulto del Bóreas tirano,
Te apartan del amor y sus desvelos?

PRÓCRIS.

Insistiré vagando la espesura
Hasta encontrar la causa de mis celos.

ANAXARTE.

Es desesperacion, más que locura;
Conoce ya que por Diana esquiva,
No hay amor en las selvas con ventura.
Aun contra mí, que no soy tan altiva,
A Ifis, si insiste (al voto del Sileno),
Si no de amor, de vida, se le priva.

PRÓCRIS.

Por tanto nuevamente te condeno.
Muere, ¿y resistes? ¡De Medusa fiera
Te hizo peñasco el rígido veneno!
Que Ifis ha de morir por tí se espera;
Mas tú tambien de Vénus el castigo
(Si no es tu sueño vano) considera.
Pero á Ifis lo comparas mal conmigo.
Él celos no padece, yo los siento;
Cura mi mal, y á aborrecer me obligo.
Miéntras en Prócris dure este tormento,
Contra el enojo de deidad severa,
Contra la muerte seguirá su intento.

ANAXARTE.

¡Ah Prócris, Prócris! no es la vez primera
Que por contrarestar los celos, hubo
Quien no pudo evitar la muerte fiera.
Nuestro Adónis no ménos necio estuvo...
Pero ya será bien suelte sus canes,
Que nuestra intermision ligados tuvo;
Y sujetos los nuestros, tus afanes
Celosos te perdonen por un rato,
Para que nuevos escarmientos ganes.

PRÓCRIS.

Segunda vez mi oido pende grato.

ANAXARTE.

Yace, á la parte donde muere el dia,
En la extendida falda de aquel monte,
Una selva ó un sitio, embarazado
De álamos altos, de gigantes pinos,
A quien muy pocos fia
De sus rayos divinos
El luminoso padre de Faetonte,
Por lo que perezoso se levanta
A dejar poco dia en noche tanta;
Y en lo más silencioso ó más sagrado
De su verde espesura
Estancia hay más amena,
De cuya opulentísima cultura
Amaltea su cuerno capaz llena,
Y á la tierra derrama sus abriles.
De sus siempre amenísimos pensiles
Huye el ardiente estío,
Huye el invierno frio;
Que á la una ni otra mano
Nunca obedecen sus floridas puertas,
A ellos siempre cerradas,
Para la primavera siempre abiertas;
Porque el ladron de Europa, soberano,
La piel vestida estrellas, blanco toro,
Las abre y guarda con sus cuernos de oro.
Las hiedras, que, á Líco consagradas,
Abrazan de su frente los racimos,
Lascivas enredando
Los no distantes árboles opimos,
Verde con ellos son dosel frondoso
Del prado delicioso,
Rey de la primavera,
A quien tapete blando
Pintó de mil colores
Flora, que, lisonjera,
Tantas en verde campo tejió flores,
Cuantas imitó en vano
Del babilonio la maestra mano.
El sitio, pues, aunque silvestre, culto,
No desdeñó Pomona,
Que dulce le corona
De extendidos parrales
Y de otros variados mil frutales;
En tanto que las náyades vecinas
Sobre el césped inculto
Desatan de sus urnas cristalinas
Arroyuelos errantes,
Que al romperse vidriosos y sonantes
Sobre las blancas guijas
(Limpios trastes del líquido instrumento),
Las errabundas, las pintadas aves,
En verde ramo ó verde márgen fijas
(Cuanto várias al canto, más suaves)
Llenan la selva umbría
De traviesa armonía,
Miéntras que suena perezoso el viento;
Toda la selva amena
Dulces delicias, dulce amor resuena.
Hasta los rudos troncos,
Las copas inclinando
Del céfiro al susurro ménos blando,
Le solicitan con suspiros roncos;
Y hácia la parte donde
Uno y otro cipres se ofrece altivo,
Ruda compaje de quebradas piedras,
Que bien se viste de lascivas hiedras,
Mal se corona de laurel esquivo;
Sagrada es gruta, que apacible ostenta
Cuanta luz soñolienta
En sombra amiga esconde;
Miéntras que por la parte más interna
El risco de la húmeda caverna
De entre el verde menudo *adianto* (1) vierte
Lágrimas una á una, que al aurora
Fueran más clara risa, cuando llora;
Y despues juntas en la urna avara,
Fuente las pierde dulce, fria, clara,
La que, parlera hija
De la callada gruta, se divierte
Hácia el ameno prado,
Hurtándose prolija
A la márgen florida y sus confines
De vïolas, de rosas, de jazmines.
A este, pues, amenísimo sagrado
Descendia frecuente,
Desamparando las etéreas salas,
La blanca Citerea,
Aun más hermosa que la luz febea,
Cuando en nubes de grana
Envuelve el blanco dia.
Emula de Diana,
Si en los desdenes no, vestido habia
De cazadora montaraces galas,
Pues sujetó aptamente
El precioso ropaje hebilla de oro,
El que no recataba
(Desnudo el pecho y muslo transparente)
La misma hermosa nieve que escondia;
Calzada los purpúreos coturnos,
Al hombro el arco permitió, y la aljaba,
Y al céfiro avariento
De sus rubios cabellos el tesoro,
Honroso vencimiento
De los rayos diurnos;
En torno la seguia
Escuadron faretrado
De alados cupidillos, que, traviesos,
Tal vez ella modera sus excesos;

(1) *Adianto* es voz griega, que corresponde al *culantrillo*.

Si bien que era guiado
De su traidor hijuelo,
Que en la amorosa, si fatal jornada
(Aun con su propia madre delincuente),
Antecedia con astuto vuelo;
Cuando ella, enamorada
De su Adónis, solícita regía
El carro de oro y de cristal luciente,
Del que tiraban hipocisnes bellos,
Los que, al sentir sobre los blancos cuellos
El encarnado azote, sacudido
De la alta mano de la amante diosa,
Desde las régias transparentes salas
Tienden bajando las conformes alas,
Por entre nubes de oro, nieve y rosa,
A la selva de Chipre deliciosa,
Término de su vuelo.
Este ya conseguido,
Porque su alta venida no se dude
Para cuando allí vuelva
(Bien que senda de luz su vuelo note),
Segunda vez sacude
Su blanca mano el rubicundo azote,
Cuyo crujido resonó en la selva,
Cuando ya al prado se permite leve,
Copia de flores de su falda llueve,
Que á sus estrellas el brillante suelo
Añadió, porque son flores del cielo.
El menor cupidillo ya desprende,
Oficïoso, del brillante carro
Al uno y otro tirador bizarro,
Que, libres ya de la fatiga suma,
El ala y pierna cada cual extiende;
Luégo sacuden los ajados cuellos,
Y con los picos bellos
Peinan la blanca pluma.
Sobre el que más la peina
Sube, oprimiendo, aunque con leve peso,
La blanda espalda el cupidillo avieso.
Mas el cansado cisne, sacudido,
El que ya Ganimédes ser queria,
Si no de Jove, de su chipria reina,
De sus pequeñas alas se confia,
Y el espacio (aunque breve) ya medido,
Que la diosa distaba,
Al que la antecedia,
Bello enjambre de amores, se amanera.
Vénus, pues, cuidadosa registraba
El sitio ameno, donde hallar espera
Su Adónis adorado.
Señas, y alegres señas, ya le han dado
Uno y otro sabueso, que, tendido
Bajo la sombra amiga,
Aun anhelaba en la anterior fatiga.
Mas su deseo entónces la ejecuta;
Pero le pagó en breve á su deseo,
Pues á la entrada de la amena gruta,
Dulcemente dormido
(Cuando más arde el luminar febeo),
Su Adónis ve, querido,
A quien fué (áun con su diosa obsequioso)
Pabellon verde el arrayan frondoso,
Galan de la corriente,
Y áun adorado de la amiga fuente,
Que con labio alternante cristalino
El pié le besa y sigue su camino.
La diosa, atenta al sueño,
O á la ocasion de contemplarle atenta,
Llegando silenciosa por la espalda,
Junto al garzon se sienta,
Y blandamente al arrayan negado
Lo acomoda con su falda.
Divertido su dueño,
El escuadron, en tanto, faretrado
De alados cupidillos se esparcia
Por el ameno sitio y selva umbría.
A los unos los llama
Junto arroyuelo manso,
Al que no perderán dulce descanso,
Bajo alta sombra la mullida grama;
Y entre tanto de la una y otra rama
Los arcos y carcajes suspendian,
Que al viento licencioso que los mueve
Lentamente respiran fuego aleve,
Ciego deseo de vulgares almas;
Otros que de sus alas se confian
Miéntras que de ellas penden, ó á las palmas,
Con dulces frutos graves,
Para su diosa usurpan los más bellos,
O los nidos inquieren de las aves,
Que áun á pesar del susto desamparan,
Y volando, se van quejando de ellos.
El arco otros preparan,
Los confines del bosque discurriendo,
Y á los faunos y dríades salvajes
Ahuyentan, prohibiendo
Que los verdes celajes
Les dispensen, curiosos,
De la diosa los hurtos amorosos,
Pero ella, al sosiego solamente
Del fatigado jóven atendiendo,
Con el dedo en la boca, mudamente
Silencio les vocea á los traviesos
Cupidos voladores;
Callen, pues, cuando duermen sus amores.
Entre los verdes árboles espesos
El viento duerma y calle;
Ni se alteren las fieras,
Ni al latido del can resuene el valle,
Ni las aves parleras
Sobre los verdes troncos,
Ni los cristales roncos,
Dulces murmuradores;
Callen, pues, cuando duermen sus amores.
A dos ó tres cupidos ya convoca,
Que, rodeando su dormido dueño,
Al ventilar de las pintadas alas,
Céfiros sean suaves;
Y aunque lo sientan sus cuidados graves,
A más delicias se dilate el sueño;
En tanto que ella, ó con la blanca mano,
O con el suave aliento
Del clavel bipartido de su boca,
Enjuga blandamente
Del bello jóven la sudosa frente.
Pero el amor tirano,
Con la prolija tregua mal contento,
El sagrado reposo
Con fantasmas altera,
Haciendo al jóven sueño fatigoso
Que su Vénus amada,
Impropiamente esquiva,
Plumas el pié calzada,
Se le hurta de sus brazos fugitiva,
Y él la sigue, atrevido,
Por la espesura verde;
Y así, con voz que en cada acento pierde,
Habla de esta manera:
«Vénus, aguarda, espera;
¿De tu Adónis querido
Así desatas los suaves lazos?
¿Así de donde alienta, un alma parte?
¿Son mejores los brazos
Del celoso marido,
Tanto deforme él como tú hermosa?
¿Son los del fiero Marte,
Afable tú, como él desapacible?»
Crece, pues, la fatiga mentirosa,
Hasta que el brazo perezoso tiende,
Y cuando juzga que los vientos prende,
De la que contemplaba en dulce lecho,
Enamorada diosa,
El blanco tiene, el regalado pecho,
Mezcla hechicera de jazmin y rosa,
En cuya dulce nieve
Sacude el sueño y los incendios bebe.
«¿Cuándo fuí de tus brazos fugitiva?
(La diosa dice al jóven suspendido).
Solamente huyo esquiva
Al deforme marido;
Huyo ese dios guerrero,
Por sañudo, por fiero;
Sólo á Adónis adoro:
Por tí me dejo las estrellas de oro

Y las eternas risas;
Que es mi cielo la tierra que tú pisas.
Y porque hoy, nuevo cazador bizarro
De fieras, á ejercicio más robusto
(Nada atento á mi susto,
Ni de la sábia ninfa á las porfías),
Vi que al monte salias,
En mi estrellado y cristalino carro
Bajé á ser (ya que ciego te resueivas)
Cazadora, contigo, de estas selvas;
Y solamente aguardo
(Con tus arrojos dulces paces hechas)
Me refieras hoy cuántas
Siguieron fieras tus feroces plantas,
Que, ó mancharon tu dardo,
O gastaron tus flechas.—
Amada gloria mia,
Gloria que, eterna como tú, no acabe
(El chiprio amante dice;
Del labio ella pendia,
Y al coloquio suave
Aun callaron, atentos,
Los arroyos, las aves y los vientos),
Nada he sido felice;
Si lo infeliz lo funda,
Cuando la suerte castigó primera,
No esperar favorable la segunda.
El sol daba principio á su carrera,
La noche áun detenida
En el opuesto umbral del horizonte,
Cuando yo salí al monte
(Cauteloso con redes su distrito),
Y á la primer batida,
Los cerros eminentes
Un jabalí producen animoso,
Contra quien á los canes, ya impacientes,
Del que los sujetó cordon celoso
Pronto la ansiada libertad permito.
No más ligera fué piedra pesada
Que de la, que alta gira, honda despide
Del diestro balear la fuerte mano:
Ni el cretense, que nunca libró en vano
De la tirante cuerda flecha alada,
Con más velocidad los aires mide,
Que de la inculta fiera
La distancia ganaron los seis perros,
Posponiendo los llanos y los cerros
(Mal se supiera el cuándo)
A su planta ligera.
Al bruto, pues, ladrando
Por una y otra parte, preocupaban;
No le muerden, morderle amenazaban;
Pues aunque lo intentan, sólo al viento muerden;
Cuando ya lo consiguen, ya lo pierden;
Porque la fiera, el cerro levantando,
Fuego los ojos, el marfil tajante,
El espumoso diente,
Con tal presteza á un can y otro anhelante
Revolvia bufando,
Que Aileo, porque fué más insolente,
En un brazuelo gravemente herido,
Cayó en la yerba con horrendo aullido;
Pero tanto lo agitan,
Que hácia donde yo estoy lo precipitan.
Ménos distante el animal tremendo,
Mi palpitante corazon insulta;
Inopinado susto, que no entiendo
(Si bien fué mortal susto);
La flecha al arco ajusto,
Y, ó fuese error de la turbada mano,
O que rencor alguno soberano
En esta fiera mi desdicha oculta,
Voló, y sobre los ojos de *Dorceo*,
Con mucha sangre rojos,
Perdió los que del lince fueran ojos.
Burló la red, los canes, mi deseo,
De todos el fatal bruto eximido,
Si de todos seguido;
La selva, el monte, el valle, la ribera
Fatigue tiempo tanto
(Vana fatiga), cuanto
Hasta el alto cenit de su carrera
Me fué dejando el luminar del dia.
Ménos cansado que confuso habia,
Si no la confusion, parte perdido
Del cansancio en aquesta estancia umbría,
Del más florido abril amena injuria,
Cuando con nueva furia
La no esperada ya, fiera enemiga,
Mortal horror de la sagrada selva,
Vuelve, porque yo vuelva
Al susto, al dardo, al puesto, á la fatiga.
No tu regazo hoy, fiera,
Suave olvido de fatigas tantas,
Si con veloces plantas
La naya de esta fuente no viniera,
Y á la cerdosa fiera
La alma feroz hubiera despedido,
Que á la una y otra penetrante pluma
Arrojó entre un bufido,
Envuelta en sangre y en bascosa espuma.
No bien reconocido
A la ninfa gallarda,
Noble restauradora de mi vida,
Sino con lisonjero rendimiento,
Pronto solicité agradecimiento
(Más noble cuanto ménos se retarda);
Cuando ella me convida,
Y oficiosa, lleva juntamente
Al remanso apacible de su fuente,
Llanto prolijo de su verde gruta,
La que al sol niega ardiente,
El enlace sombrío
De ese laurel y sus lascivas hiedras,
Que han trepado esas piedras
Por abrazar su tronco;
Yo á su apacible frio,
El cinto desciñendo y el pendiente
Carcaj sobre la yerba matizada,
Despedia el cansancio dulcemente,
Pero la blanca ninfa enamorada,
Por el auxilio pronto de mi vida,
El premio solicita de mis brazos,
Y con traviesos lazos,
Cual hiedra se me enreda impertinente,
Pero yo el laurel era de su fuente.
Pondera, pues, rendida,
Su amor, no entónces nuevo,
A cuyo antiguo trato
Más de una inquietud debo.
Yo, por no serte ingrato,
Si no grosero, ingrato fuí con ella;
¿Quién ha dejado el sol por una estrella?
La ninfa desdeñada
(Y áun la temo celosa),
Porque más sus desprecios no consiente,
Se caló á lo profundo de su fuente,
Hasta cuya caverna de cristales
La deprimia el peso de sus males.
Sosegado dormia,
Hasta que la fatiga mentirosa
(Dulce traicion de amor) dejó alterada
Mi quietud para suerte más dichosa,
Pues que tú, gloria mia,
Fuiste burlando todos sus engaños,
Dulce reparadora de mis daños.—
No en vano recelé (siguió la diosa
El sabroso decir; Adónis mudo
El labio, si los ojos, elocuente,
Dando á ellos; y la escucha, suspendido
Igual parte del alma que al oido);
No mi anterior recelo impertinente
Fué, Adónis mio, cuando,
Tierno cazador rudo,
Seguir quisiste las robustas fieras;
Tú harás mis persuasiones verdaderas,
Ahora experimentando
Que tu mucha belleza
(La que es mucho mayor que tu destreza)
No ha de rendir los fieros animales,
Si á la madre rindió del dios vendado.
Para ejercicios tales
(Que no me niego tanto á tu cuidado)
Llenen tu inclinacion y tu desvelo,

Tímido el conejuelo,
La liebre corredora,
El gamo temeroso,
La perdiz gemidora,
Y cuando más brioso,
Más noble quieras la fatiga, puedes
Ejercitar los ciervos en tus redes;
Y pues te fué contrario
El jabalí cerdoso,
Segunda vez no vuelvas, animoso,
A ser con mi peligro temerario.
Deja á garzones fuertes
Seguir las fieras con agudas muertes,
Y que solicitando
En su barbaridad vayan su fama;
Pero tú, Adónis blando,
Tu blanda Vénus ama.
Y en fin, cuando más ciego te resuelvas,
No ignores que los jóvenes hermosos,
Y más si amados son, ó son amantes,
Son infelices en las verdes selvas.
Del cinto los dibujos primorosos,
Con el oro brillantes,
Y que llenó no en vano
Con mil colores la prolija mano
De Leucipe, en la aguja la más rara
(Alta disposicion de mi cuidado,
Para que sus historias compulsára),
Te ciñan, oh mi Adónis, de escarmiento,
Que compongan tal vez tu atrevimiento.»
El cinto, pues, dorado,
Que á no ser ya del jóven propria alhaja,
Del cielo fuera la brillante faja,
Si capaz fuera de abrazar el cielo,
Alzó Vénus del suelo,
Y con dedo oficioso señalando,
Así prosiguó hablando:
«Atento estas historias considera;
Aquí del sacro Eurota en la ribera,
El hermoso Jacinto,
De los dioses amado,
De Apolo mayormente engrandecido,
¡Oh inevitable hado!
Ya de la amante mano yace herido;
Cuya sangre caliente
Por la menuda yerba,
Si el licio dios, que su desgracia siente,
Para flor de su nombre la reserva,
Aun se queja infelice,
Y áun en sus hojas su lamento dice.
Allí Orion, de triplicado padre,
Si de ninguna madre,
Cuando alegre se junta
Al coro de Diana fatigoso,
De improviso asaltada
La veloz planta de la corva punta
De escorpion venenoso,
Por la herida la vida desatada,
De sus hados injustos se querella,
Y ya con noche eterna oscurecido,
En vana luce estrella.
En aquel bosquecillo separado,
Del sol áun ignorado,
Aun cuando en la mitad del cielo prende,
La casta diosa con sus ninfas bellas
(De aquella luna estrellas),
Desnuda, con la blanca nieve enciende
El cristal del remanso que la baña;
Y Acteon, sin ruido
Las intrincadas ramas apartando
(Su silencio lo engaña;
Que es solícito mucho un casto oido),
La cabeza inclinando,
Lascivo arroja los sedientos ojos,
Que de la casta (allí) desenvoltura
Aun no se satisfacen; que es, mirando,
Hidrópica la sed de la hermosura,
La vió desnuda al fin, y no de enojos,
Que la vistió su ira,
Pues apénas lo siente,
Cuando él sintió en castigo, si no afrenta,
Los duros ganchos en la dura frente.
Racional bruto en cuanto se retira
Del obsceno cuidado,
Acteon ya se ausenta
De donde habia llegado
Hombre irracional ántes.
Los perros anhelantes,
Lealmente traidores
Al dueño, ciervo ya, lo despedazan;
Su muerte así se trazan
Los que su antojo á la razon prefieren;
Por eso á manos mueren
De sus mismos errores.
Más allá mirar puedes
Al incauto Narciso,
Que agitando los ciervos á sus redes,
Sordo se muestra al boreal aviso
Del eco, que, quizá porque le ama,
Y revocarle del peligro urgente,
Repetido lo llama,
Llega con él, y en esa clara fuente,
Cuando á su márgen breve flor lo llores,
No tú de tu dictámen te enamores.
Pero deja á Narciso;
Que otro jóven gallardo
Te ofrece hácia esta parte en Ciprés
Agil en la carrera y en el dardo;
Pero nada dichoso
En el dardo le arguyas;
Que éste, que se desangra, ciervo hermoso
(Delicias ántes suyas),
Del hierro amigo recibió la herida.
A dolor tanto el jóven da la vida,
Y ya adusto ciprés con sombra oscura
Viste de horror su misma sepultura.»
Al jóven así Venus suspendia,
Regalando su oido
Con las palabras de inmortal sonido;
Y el carro de la luz ya descendia
A encerrar en las ondas su tesoro;
Cuyos cuatro caballos anhelantes
(Fuego espumando las ardientes bocas)
En vano muerden la obediencia de oro,
Con que el rojo Titan los detenia,
Por ver más tiempo de los dos amantes
Los alternos dulcísimos abrazos;
Que, á pesar de los verdes embarazos
Del intrincado bosque, visto habia
No pocas veces ya, y veces no pocas,
Por estarlos mirando,
Llevó bien tarde á sepultar el dia;
Y, ó fuese envidia, ó ya venganza fuese
De la desgracia que por Vénus llora
En la que ya perdió Leucote amada,
Hizo á su casta hermana sabidora
Del amoroso hurto, que enojada
De que mortal, y áun inmortal, pudiese
Sus santas selvas profanar amando,
Así clamaba: «¡Oh Vénus! ¿hasta cuándo
De tus desenvolturas
Testigos han de ser mis espesuras?
¿Tan fácil la memoria no reservas
De las sutiles redes,
Risa del cielo, astucia de Vulcano?
Mas solamente tú vengarme puedes,
¡Oh padre de los dioses soberano!»
Dijo; y sus blancas ciervas,
A quienes dieron la primera cuna
Las cándidas cavernas de la luna,
A las coyundas trasparentes ata
De su carro de plata,
Donde sentada, dió el sonante azote
(Que el pronto vuelo note,
Y que al cielo la lleve)
A sus lomos de nieve,
Y por el vago viento,
Más que el viento ligeras,
Dejaron del Eurota las riberas.
La carroza de plata, que desdoro
Fué ya del estrellado firmamento,
Con las que luces dió, que, si no iguales
A las que desde el bello plaustro de oro
El rubio Febo envia.

Eran candores de nocturno dia,
Cercaban los molosos inmortales,
Por los cielos ladrando
Y las celestes fieras acosando.
Llegada á los palacios de diamante
(Morada de los dioses) la alta diosa,
De esta suerte habló á Júpiter, quejosa:
«¡Oh de los dioses Rey, Dios de los reyes,
Que con imperio eterno, altivo riges
Celestial y terrena monarquía,
Y que una y otra afliges,
Si levantas la diestra fulminante!
De las selvas en vano
Me concediste la soberanía;
Cuando ni mi dominio ni mis leyes
Su sagrado reservan del insulto
De Vénus, mi enemiga.
No en la tierra hay profano
Que tema mi rigor, ni á tanto obliga
El insolente indulto
De su lasciva diosa.
No al honesto recato, no á las puras
De mi castidad leyes, la sagrada
Selva ya se destina; toda arde
De pasion amorosa
En licenciosas mil desenvolturas.
Vénus, pues, torpemente enamorada
De Adónis, de Cinaras hijo y nieto,
De dominar mis bosques hace alarde.
No sólo contradice mi respeto,
Las selvas encendiendo en llama impura;
Tambien suele, atrevida,
La aljaba al hombro, y en la indigna mano
El arco de marfil (cual yo) ceñida,
Fatigar la espesura;
Y émula vana (¡oh Padre soberano!),
Cuando ya no me usurpe, me contrasta
Mis honestos afanes torpemente.
De mi honor, de mi nombre así me priva;
Pues, si no Vénus casta,
Diana ya lasciva
(Cuando en el bosque y en amor se emplea),
Con mi noble tarea
Su liviandad desmiente.
Pudo ella castigar el desacato
De Hipómenes, que, ingrato
Al que le prestó auxilio en su carrera,
Ruge en los montes, coronada fiera.
Yo de Adónis no puedo el exterminio.
¿Así me restituyes mi dominio,
Oh Padre? No ya en vano, si la santa
Justicia yace, Vénus, orgullosa,
Insigne triunfo de mi nombre canta.»
Dijo; y luégo el Tonante,
Con risa leve, aunque majestuosa,
Y con aquel semblante
Con que improvisamente
Las negras tempestades atropella,
Y serena los cielos;
Despues que levemente
Las honestas mejillas de la diosa
Con graves labios sella,
De esta suerte le habló, y escuchó ella:
«Tan indignos recelos,
Oh casta, oh integérrima Diana,
A abrigar nunca vuelvas.
Tuyas han sido, tuyas son las selvas;
Y aunque Vénus liviana
En ellas introduzca sus amores,
Tuyos serán, oh diosa, tus honores.
Permite tú entre tanto
A Vénus la espesura;
Que, si por ley de tu estatuto santo
No hay amor en las selvas con ventura,
De sus amores el fatal progreso
Traerá su desventura;
De esta suerte el exceso
Acusar no podrán de tus enojos,
Ni Vénus mi justicia rigorosa,
Por más que, lastimosa,
Lágrimas den sus ojos.
Así te venga el mismo que te agravia;
Que si tal vez mi providencia sábia
Permite á los mortales,
De mi justicia reos
(Y en cuya mente ciega
Se confunden los bienes y los males),
Precipitarse tras de sus deseos,
Y si tal vez la pena les dilato
(Que áun con el cojo pié, improvisa llega),
Es porque, si desato
De los sagrados de mi mente archivos
La cadena de acasos sucesivos
(Si son acasos los que ya previa
La eterna ciencia mia),
De entre sus mismos hierros sale envuelto
El castigo, y el númen queda absuelto
De la que cierta fué, si tarda, pena;
Así van arrastrando la cadena
Los míseros mortales
De su propio suplicio,
Que los prende en el mismo precipicio.
Tú, pues, oh casta diosa, los fatales
Sucesos que yo aguardo, aguarda atenta;
Que si Adónis ahora,
Seguro de su diosa en los favores,
Y nada temerosa de tus duelos,
Las dichas de su amor apénas cuenta,
Porque el número ignora
(Y áun ignora del hado los rigores),
Como nunca hay amor donde no hay celos,
Celos habrá algun dia,
Que acaben con su amor y su osadía.
Vénus en vano su desgracia sienta,
La selva de su amor desamparada,
Absuelta mi justicia y tú vengada.»
Dijo; y la diosa al infalible hado
Remite de sus quejas el cuidado,
Y vuelve á sacudir la doble rienda
Del carro, de esplendores mil ceñido,
Cándido honor de los azules velos,
Que, de las blancas ciervas conducido,
Del azote al crujido,
Que resonó en los cielos,
Segunda vez las vagas nubes riza
Tras sí, bajando luminosa senda,
Que orígen tuvo en el palacio eterno,
Y esclareció del Ménalo la cumbre,
Donde Diana al retorcido cuerno
Cuantas fieras esconde atemoriza...

PRÓCRIS.

Suspéndete, Anaxarte; que ligera
Baja de aquel collado la raposa
Que escándalo es fatal de esta ribera.

ANAXARTE.

¿Y qué, si la del dia luz dudosa
Seguirla impide ya?

PRÓCRIS.

De la campiña
Estrago es la vulpeja prodigiosa.

ANAXARTE.

Ella el más culto prado desaliña.
No ha de dorar ya Céres su esperanza,
Ni espera Baco liquidar su viña.

PRÓCRIS.

En Chipre peste tal será venganza
De tu diosa.

ANAXARTE.

La fama así lo dice;
Pues contra ella valor ni industria alcanza;
Pero, pues mi lebrel me contradice,
Tu *Lelapa* me entrega; que mañana
He de ver si feliz soy ó infelice.

PRÓCRIS.

Este es.

ANAXARTE.

¡Hermoso perro! Aplausos gana
Al can que late estrellas, luminoso.
Bien dice que su dueño fué Diana.
¿Tu dardo?

PRÓCRIS.

El dardo lo llevó mi esposo.

ANAXARTE.

Aun sobran flechas, que en la aljaba incluyo.

PRÓCRIS.

La noche baja. El dios más poderoso
Tuyo sea.

ANAXARTE.

Y Céfalo sea tuyo.

—

EGLOGA TERCERA.

—

ANAXARTE, PRÓCRIS.

ANAXARTE.

La santa paz y la amistad sencilla
Huyó á las soledades;
Yo, para conseguilla,
Solicité, buscando sus verdades,
Las selvas, que fatigo;
Mas si viene conmigo
El sagrado rencor de las deidades,
Discurrir será en vano
La selva, el monte, la ribera, el llano.

PRÓCRIS.

La selva, el monte, la ribera, el llano,
De mis celos seguida,
No perdoné, y la mano
Aun no sé de la flecha, y sé la herida.
Ni hallo, aunque no la ofenda,
Deidad que me defienda;
Y áun de tristes agüeros afligida,
Rien, cuando yo peno,
Amor, Vénus, Diana y el Sileno.

ANAXARTE.

Amor, Vénus, Diana y el Sileno,
O son falsas deidades,
O á injustas las condeno.
Si el engaño (¡sagradas son verdades!)
Proprio es del sér humano,
No de lo soberano.
Dios no elijas que es dios con falsedades;
Si no es que en él adores
Las envidias, las iras, los rencores.

PRÓCRIS.

Las envidias, las iras, los rencores
Si sufro de Diana,
Debió de sus rigores
Defenderme Ericina soberana;
Pero ajó el sacrificio,
Negando el beneficio;
Y si no pudo, adoracion fué vana,
Ocioso todo el culto,
La religion, el voto, el ara, el bulto.

ANAXARTE.

La religion, el voto, el ara, el bulto
Yo á Diana ofrecia;
Mi defensa, mi indulto
Contra el Amor en su deidad creia;
Mas, ó desechó el ruego,
O cedió á Vénus luégo;
La que ya contra mí con boca impía
A vengar sus injurias
La Némesis, las parcas y las furias.

PRÓCRIS.

La Némesis, las parcas y las furias,
Todo lo son mis celos.
Céfalo, si me injurias,
Así á la diosa vengarás de Délos,
Sin que Vénus lo vede,
Que ó no premia, ó no puede.
Estas no son deidades, ó en los cielos
Hay Dios que las exceda,
Que gobierne, castigue, premie y pueda.

ANAXARTE.

Que gobierne, castigue, premie y pueda,
Sólo á Júpiter nombres;
A éste el dominio queda
Universal sobre deidades y hombres.
Si de otro es excedido,
Aun Jove es dios mentido.
De estas verdades, Prócris, no te asombres.
No es Diana deidad que no oye el ruego;
No Vénus vengativa, no Amor ciego.

PRÓCRIS.

¿Cómo contra Diana eres osada;
Diana, aquella diosa en el fastigio
De tus adoraciones colocada?

ANAXARTE.

Ya cedió á Vénus en fatal litigio
Inferior su poder; y así, oye ahora
De mis tristes agüeros un prodigio.
Ayer salí cuando la blanca aurora
Su negro hijo con luciente llanto
Lustra, y las flores rien lo que llora.
Por la verde ribera me adelanto,
Adonde la raposa vil no aleja
La peste que vió un tiempo el Erimanto.
Tendida la nariz, la que le deja
Noticia, el viento recogió el moloso,
Y libre, parte á la fatal vulpeja.
Cierzo fué el can del llano polvoroso;
Y yo, por ver la singular disputa,
De un collado consigo lo imperioso.
Miro desde él que la vulpeja astuta,
Porque el *Lélapa* el ímpetu perdiera,
Su huida con mil vueltas ejecuta.
Huye al monte; él la sigue, y ya la asiera,
Si ella con giro incierto al prado verde
Segunda vez no hiciese su carrera.
Ya la erizada cola el can le muerde
Tres veces, pero veces tres lo engaña,
Y tres veces la alcanza, y tres la pierde.
Ladra el can generoso, pues su saña
Mal sufre que en las fuerzas no le iguale,
Y burle la astutísima alimaña.
Así el valor, que á la contienda sale,
Juntar lo heroico con lo astuto debe,
Pues donde no el valor, la astucia vale.
Cansada yo de la vulpeja aleve,
Doy una flecha al nervio retorcido,
Y el nervio al aire, que veloz la lleve;
Cuya acerada punta (conseguido
En la vil fiera el golpe) rechazada
Fué, como de algun mármol, con sonido.
Restitúyome al llano, apresurada,
Cerca registro lo que léjos via,
Y hallo lo que admiré, y miré asustada.
No se movia el can, no se movia
La fiera, que algun dios (y mi contrario)
Para jaspe á uno y otro endurecia.
Al *Lélapa* el manchado color vário
El suyo falta á la vulpeja, siendo
Figuras ambos ya de mármol pário.
Los que el cincel de Fidias estupendo
Fatigó, anula el dios que éstos construye,
Lo muerto en lo insensible desmintiendo;
Que aunque lo vivo en ambos se destruye,
De los dos jaspes frios, por el llano,
Creyeras que uno ladra, el otro huye.
Ya con tanto prodigio y tanto arcano,
De agüeros mil fecundo, noto ahora
Que aquel mi primer sueño no fué vano.
Y pues Cintia mis hados no mejora,
Temo que en mí, algun tiempo jaspe duro,
Su enojo escriba Vénus vengadora.
De los dioses la fe por esto abjuro;
Que en vano el culto solamente obligo
A este dios, si de aquel no me aseguro.

PRÓCRIS.

Si yo, Anaxarte, mis pesares digo,
Estimarás los tuyos, pues los cielos
Quizá más rigorosos son conmigo.

Cansada de inquirir mis propios celos
(Que hay quien busque tambien sus propios males),
A este soto bajé con mis desvelos.
Con distancias el sol pendia iguales,
Cuando, segun que fué comun aviso,
Te aguardé de esta fuente en los cristales.
Lisonjero entre tanto el sueño quiso
Rendirme dulcemente á la funesta
Sombra de este algun tiempo cipariso;
Mas no bien, engañada, la propuesta
Quietud le admito, cuando con ignoto
Agüero triste la quietud molesta.
De igual firmeza y hermosura noto
En la que me pintó florida esfera,
Dos árboles, honor del verde soto.
Exenta se juzgó su primavera
(Tanto la propia estimacion engaña)
De airado viento de segur grosera.
Si no de ésta, de aquel despues la saña
Repentina asombró, como furiosa,
Tras sí precipitando la montaña.
Su ronco silbo de la selva umbrosa
El silencio y las hojas sacudia,
Y ella, ultrajada, resonó quejosa.
Pero el fatal estrago padecia,
De los árboles dos, el uno solo;
Que el otro, inmoble, al viento resistia.
Al uno pues (que honrar pudiera Apolo)
Ya vacilante de su firme asiento,
Arrancó entero el furibundo Eolo;
Y envuelto en torbellino más violento,
No se vió más, pues lo llevó sin duda
A extraños montes el extraño viento.
A su violencia sucedió sañuda
El aura, que suave se mecia
Entre los brazos de la selva ruda;
La cual entónces ya se componia
De su pasado ultraje con el blando
Susurro, que las hojas le pulia.
Sobre los verdes troncos derramando
Favores iba el aura lisonjera,
Contra uno solo ruinas preparando;
Pues el que de los dos ya única era
Delicia de aquel bosque, con quien vana
Fué ya del viento la invasion primera,
Al impulso del aura más liviana
Desgajado cayó, cual si cayese
Al duro golpe de segur villana.
Solicité del sueño me advirtiese
El fin de los dos troncos misterioso,
Por si algo de mis hados envolviese.
Dudaba cómo el siempre delicioso
Del aura leve impulso conseguia
Lo que el viento no pudo más furioso;
Cómo con los dos árboles, que hacia
Una la especie y la hermosura hermanos,
Fué ominosa del viento la porfía.
Misterios recelaba soberanos,
Hasta que el sueño, porque mal advierta,
Y dudosa me aflijan sus arcanos,
Con mil fatigas, de mi mal incierta,
Confusa me dejó, y se fué volando
Con prestas alas por la ebúrnea puerta.
Segunda vez mis hados consultando
Al sátiro adivino con són triste,
Mis sueños, así hablaba, interpretando:
«Tú y Oritia, tu hermana, los que viste
Árboles sois: aquel con quien la airada
Fuerza del viento bramador embiste,
»*Oritia es, por el Bóreas robada;*
El otro, á quien del aura los consuelos
Ofenden, tú eres, Prócris desdichada;
»Pues tu esposo... tu engaño... Mas los cielos
Solo esto de tus hados me relatan:
Morirás si del aire tienes celos.»
Luégo si tanto mal mis hados tratan,
Más que tú infeliz soy, cuando no ignoras
Que ya los celos áun del aire matan.

ANAXARTE.

Desdichas lloro, si desdichas lloras.
Pero un rato á los males nos neguemos;
Que el sol enciende ya las blancas horas.
Los canes á estos troncos sujetemos,
Y en tanto que esperamos que á las redes
Vengan las fieras que batido habemos,
A esta sombra apacible escuchar puedes
De Adónis la desgracia, y la fortuna
Del mejor de las selvas Ganimédes.

PRÓCRIS.

Empieza.

ANAXARTE.

Tú perdóname importuna.
De aquella áspera cumbre, que no en vano,
Coronándola tantos obeliscos,
Nombre al Olimpo le usurpó y altura,
Fugitivo serrano
(Si bien que cuando más huir procura,
Morador es eterno de sus riscos),
El licor trasparente
Con apacible estruendo
De entre frios peñascos su corriente
Espumoso desata;
Hasta que, dueño ya de sus raudales,
Por la ribera amena
Con prolijos rodeos se dilata,
Líquida sierpe de sonora plata,
Que por escamas lúbricas rizando
La fria espalda de una y otra ola,
La cabeza tal vez vuelve, buscando
Su trasparente cola;
Pero nunca encontrada,
Manso despues recoge sus cristales;
Y si bien huye con quietud serena,
Parece que descansa en el arena,
O que en cama de jaspes fabricada
Se duerme bajo la alta sombra oscura
De frondosa alameda,
Que de una y otra orilla se levanta,
A ver en sus cristales su verdura.
En ésta pues, miéntras que vário canta
El que esconde en sus hojas dulce coro
De aves, deliciosísima arboleda,
A un tronco recostado
Adónis, olvidaba dulcemente,
No su Vénus, y ménos su cuidado,
Sí de la caza la fatiga ardiente,
Que templa frio el céfiro sonoro,
Cuando vió (ya el sosiego profanando)
Por el valle sombrío
Bajar, huyendo al rio,
De sátiro lascivo ninfa bella,
Que, exhalacion de nieve,
Alas al viento debe,
Voces el viento á ella;
Pero el amante feo,
Más veloz, porque es más precipitado,
Si bien con torpes alas, el deseo,
Copiando de la ninfa la carrera,
La tiene en la ribera,
Y á pesar de sus quejas, tenazmente
De ella se abraza osado.
Cual suele estrechamente
Ligar con verdes lazos
La hiedra, escollo altivo ó fuerte muro;
Tal el sátiro impuro
La ninfa anuda con los torpes brazos;
Siendo él hiedra lasciva, y ella en breve
Escollo de cristal, muro de nieve.
De la ninfa á la queja,
Que el coro de los dioses conmovia,
El ocio Adónis y el descanso deja,
Y al sitio va de la fatal porfía,
Donde con la una mano
Asiendo un asta á la bicorne frente
Del sátiro liviano,
Con la otra el hierro le escondió luciente
En la boca, de amarga espuma llena.
Con el duro bocado
(Freno ya de su bárbaro apetito)
Cayó descoyuntado
El corvo fauno en la menuda arena;
Pero, piadosos ya con su delito

Los justos dioses de la sacra altura,
Crecer le hacen en informe roca,
Que la inferior mitad de su figura
Esconde, la otra en piedra conservando,
Aun rudas señas de su audacia dando.
Mas la corriente larga
De negra sangre, que la fria boca
Entre gemidos despedia roncos,
Fuente caer se deja cristalina,
Que ya con lazos de espumosa plata
El verde pié guarnece de los troncos;
Y despues que ya el fauno, risco ahora,
Por la diforme boca, que áun conserva,
La escupe allí sobre menuda yerba,
Ella hasta el claro rio se dilata,
Trasparente, sonora,
Pero que la huye amarga
La más ardiente sed, que la examina;
Así, aunque lloren los pasados daños,
Amargos son los claros desengaños.
Vuelto á la ninfa el cazador valiente,
Y no á cobrar el agradecimiento,
A pagar, sí, obsequioso rendimiento,
Volvió ella más rendida.
Era ésta la ninfa de la fuente,
De la apacible gruta moradora,
Que al bello jóven, despreciada, adora;
Cuya costosa vida
Defendió ya del animal cerdoso,
Que murió de su dardo á los rigores;
Y ella á los ojos del garzon de amores,
Convidados del sitio delicioso,
Adónis, más que amante, cortesano,
La ninfa prende de la blanca mano
(Nunca ella el dulce lazo desharia),
Y á la márgen sombría
Del rio perezoso
Tomaron uno y otro verde asiento.
El jóven ya con su impaciencia lucha,
Mudo é inexcusable á las que aguarda
Oir quejas de la náyade gallarda;
La que, celosa, en tanto que él la escucha,
Divertido su amor, su oido atento,
Más que dél, estas voces fió del viento:
«No debo agradecerte aún, no, celosa,
¡Oh más duro que mármol á mis quejas!
La defensa gloriosa
(Tuyo sea el blason) por tí acabada.
Tambien yo defendí tu ingrata vida,
Y no es agradecida,
Y áun la que tú me cuestas me es negada.
Más que imaginas, dejas si me dejas,
Oh tú, envidia de cuanto,
Montaraz dios, la verde selva mora,
El ménos rudo mis desdenes llora,
Por más que, fuego líquido, su llanto
Mi cristal frio encienda,
Por más que de su culto, de su ofrenda,
Aras sean inmortales
Los rudos troncos hoy de mis umbrales.
Y si es que no me aprecias
Por ignorar lo que ninguno ignora,
Oye, sabrás quién es la que desprecias,
Quién es la que te adora.
Pirene soy: mi orígen fué divino;
No te diré que hermosa,
Sí que el cerúleo dios del mar salado
En lecho cristalino
En otro tiempo me abrazaba esposa.
De este áun furtivo tálamo, Cencreo
Fué hijo, que, cual tú, ahora la fatiga
Amaba de la selva, y su cuidado.
Tambien amó á Licaste, ninfa bella,
Que, del inculto bosque moradora,
Dió siempre grato oido á su querella;
Mas Diana, enemiga
De cuantos el dios niño citereo
Esclavos marca, aunque sus hierros dora,
Porque otro amor no vuelva
A profanarle la sagrada selva,
Señalar quiso un mísero escarmiento
En el gallardo hijo de Neptuno;
Y así, miéntras sediento
Mi Cencreo infeliz el oportuno
Buscaba alivio de una clara fuente,
La vengativa diosa,
Disimulando, siente
Entre las ramas la batida fiera;
Una flecha despide venenosa
(Si ya el veneno su rencor no era).
Cayó el mísero jóven, y arrojando
Sobre el cristal que estaba contemplando
El alma purpurante,
Dejó de ser viviente y ser amante.
Con llanto tan prolijo
La muerte recibí del caro hijo,
Que al verde umbral de mi profunda gruta,
En lágrimas deshecha, no vió enjuta
Mi dolorosa faz el claro dia,
No vió la noche fria.
Oyeron mis gemidos
Los altos dioses, y compadecidos
De mi copioso llanto trasparente,
Me derramaron fuente,
Con cuyas claras lágrimas ahora
Mi verde gruta su Cencreo llora.
Y el padre de las luces y las musas,
Porque á desdichas tantas
Fortunas correspondan, si no iguales,
Docta me hizo en cuantas
Ciencias, ó ya adquiridas, ó ya infusas,
Concedió á los mortales;
Privilegio tambien de mis cristales,
Pues el que á ellos el labio da oficioso,
Docta erudicion bebe;
Siendo indicio no leve
Del afan estudioso
El pálido semblante
Del que mis cultas aguas solicita;
Por cuyo efecto, y no porque permita
Ajarse mi hermosura, me conviene
El nombre de la pálida Pirene;
Pero entre todas, de la negra ciencia,
Con la que pude al fauno petulante
Castigar la insolencia,
Si medio no buscára en sus arrojos,
De que ahora escucháras mis enojos,
Pues ocioso es mi ruego,
Y de que la defensa que emprendiste,
En tus blasones pueda numerarse,
Y aumentarse mi fuego, si aumentarse
Puede ya más el fuego
Que el pecho abrasa triste.
De la magia, pues, tanto la estudiosa
Tarea logra los progresos mios,
Que á mis conjuros vieras
Retroceder los rios
A su fuente, admiradas las riberas.
Cuantas veces yo quiero, prodigiosa,
El sosiego alterar del mar profundo,
Lo altero, y lo sosiego furibundo.
El áspid á mi mágico sonido
Se rompe entre las flores, palpitante,
En vano defendiendo
La vuelta cola el soñoliento oido,
No de altas voces el confuso estruendo,
Y el del auxiliar metal sonante
A la paciente luna
Reservó vez alguna
De mi imperio violento,
Que áun á pesar de la calmosa noche,
Pude arrancarla de su blanco coche;
Y si clamo furiosa,
Con roncos silbos me responde el viento,
Confúndese la selva pavorosa,
Tiemblan los montes, y la dura tierra
Me arroja los cadáveres que encierra,
En cuyos manes frios
Estudio y hago los prodigios mios.
Pero con poder tanto,
Oh Adónis generoso,
Tu bellísimo encanto,
Más que todos los mios poderoso,
Me venció dulcemente;

Y como la deidad de Vénus bella,
Que superior conozco, reverente,
Te ganó á sus desvelos,
Para ganarte yo á mis desvaríos,
Ruda me encuentran los encantos mios;
Mas tan sagrados celos
No excluyen mi querella
Ni que yo llore mis amantes males;
Que, aunque inferior, en lo inmortal iguales,
Deidad soy yo tambien, si deidad ella.»
Calló la ninfa, y cortesanamente
Adónis le responde:
«Tu amor escucho agradecidamente,
Pues sólo es mio el agradecimiento,
Que en cuanto de otra deuda no es exento,
Lo que puede mi amor te corresponde.
De Citerea al amoroso trato
Tú me condenarás si soy ingrato,
Oh mi Pirene hermosa,
Como si á tu aficion no agradecido...—
Oh, si yo te dijera
(La ninfa luégo interrumpió, celosa)
Que todas sus caricias han nacido
De un ódio que inmortal ha merecido,
No tu fe verdadera,
Sí tu aborrecimiento,
Quizás arrepentido,
Más fácil en tí hallára acogimiento
Mi amorosa fatiga.
Tu Vénus es, oh jóven engañado,
Tu inmortal enemiga;
Alta disposicion te lo ha ocultado,
Y á pesar de los cielos,
Pues sufro tus rigores,
Has de sufrir sus odios de mis celos;
Y si escucharme quieres,
Pues supiste quién soy, sabrás quién eres.
En la gran Chipre, donde asiento fijo
Á Vénus dieron ya sus moradores,
Reinó Cinaras, hijo
De aquel Pigmalïon cuyo valiente
Cincel le dió igualmente
Prodigiosa hermosura
Y esposa merecida,
Pues debió á su escultura
Comunicarle Vénus dulce vida;
Porque en Cínaras, de ambos procedido
(Premio hasta entónces nunca pretendido
De sus fatigas fieles),
Descendencia consigan los cinceles.
Hija de éste fué Mirra, más hermosa
Que la animada abuela,
Pues si mano mortal tan prodigiosa
La formó y tan perfeta,
Divina mano á la divina nieta
Comunicó su esmero,
Quitó las luces del mayor lucero,
Y las puso en sus ojos.
Tan poderosos rayos mil despojos
A Vénus le usurparon, que, envidiosa,
Si ya no temerosa
De que le diese Chipre sus altares,
Consulta al blando hijuelo,
Que no agita su vuelo
Sino para traiciones y desdichas
(Que éstas son siempre del amor las dichas).
Promete, pues, de Mirra el exterminio,
Que asegure el dominio
A la envidiosa madre;
Saca una flecha, y en los dulces rayos
La templa de los dos luceros bellos,
Que áun él pudiera consumirse en ellos;
Y al corazon del descuidado padre
La arroja, que, abrasado
En el lascivo incendio preparado,
El veneno conoce
Y el veneno apetece;
Y como el bien no alcanza,
Tanto el anhelo crece
Cuanto se le minora la esperanza,
Hasta que con violencia,
Ociosa ya su bárbara ternura,
Esposo y padre fué de su hermosura;
Pero despues que sabe
Su infeliz descendencia,
Pues su hija y su esposa
Se iba sintiendo grave
Con el peso del que hijo y nieto espera,
Temiendo que su excusa descubriera
La infamia vergonzosa,
Con otro obscuro amante
Licenciosa la llama;
Fácil engaño, que llevó la fama.
Con bárbaro le intima atrevimiento
Su muerte, porque Vénus enemiga,
Porque el Amor tirano
Cantase el injusto vencimiento,
Y con minaz semblante,
En la trémula mano
El atrevido acero,
Sigue á la fugitiva, que ya en vano
Evita el fin postrero;
Porque una y otra delicada planta
(Piedad fué de los dioses soberanos)
Se le asen y retuercen en la tierra,
Que profundas raíces las encierra.
Los lisos brazos y las blancas manos,
Cuando mal defensiva los levanta,
A que en vano se esfuercen
Contra el bárbaro intento,
En la elevacion misma se retuercen,
De intensas ramas intrincados lazos,
Para que pueda con sus verdes brazos
Tal vez lascivo regalarse el viento.
Al viento, pues, le deja
Crespas y ásperas hojas sus cabellos,
Para que, dueño dellos,
La ántes dorada, verde ya madeja,
Ó Céfiro le peine enamorado,
Ó le enmarañe Bóreas enojado.
Dura siente corteza
El blando cútis de sus miembros bellos,
Que, ya ásperos y rudos,
En un derecho tronco se conforman,
Interrumpido de escabrosos nudos,
Y en fin de Mirra la fatal belleza
Se fué despareciendo
En el árbol frondoso
Que su nombre y sus lágrimas hereda.
El padre incestuoso,
Porque sin que el castigo en él suceda,
Verdugo sea él de su delito,
Del ni bien brazo, ni bien rama, asiendo,
Pues el que brazo asió, lo suelta rama,
Con espantoso grito
El acero clavó en el rudo tronco,
Que al golpe dentro se quejaba ronco.
Por lágrimas amargas vierte gomas,
Que fragantes aromas,
Del delito disfrazan los horrores,
Para que así, la fama desmentida,
Esparza sus hipócritas olores,
Si ya no es que las lágrimas que llora
Le acrediten de aurora,
Que de su nuevo sol trae la vida,
Pues de la grande herida
Un infante produce,
Que áun á porfía de los cielos luce.
Huye el improprio abuelo,
Y al nieto prodigioso
Lo deja encomendado al duro suelo;
Duro, pero quizá más que él piadoso;
Desde cuyas fragantes esmeraldas
Las náyades trasladan á sus faldas
El expósito bello,
Donde, cuando le abrigan cariñosas,
De su piedad á excesos,
El tierno llanto á sosegar se atreven,
Y con mil dulces é inocentes besos
Las lágrimas le beben.
Con las que deja el tronco lastimoso
(Ántes su madre), amargas, si olorosas,
Ungen el cuerpo hermoso;
Y viendo que, lloroso,

Rehusa obsequio tanto,
Los blancos pechos llena
De dulce leche, le ofreció Rumena,
Y con caricias le compuso el llanto.
Este fuiste tú, Adónis, que á las bellas
Ninfas debiste ya más de un cuidado;
Fuiste dellas criado,
Y regalado de ellas,
Y de mí desde entónces deseado.
Pero de la Acidalia (áun vengativos
Contra tu infeliz madre sus enojos)
En tí bebieron los incautos ojos
Los cariños, que, entónces no lascivos,
Ahora, á mi pesar, arden deseos,
Si ya no son de vuestro amor trofeos.
De las cenizas, pues, de sus fatales
Odios naciste tú, y nació contigo
Su amor, que es tu enemigo;
Porque si de los dioses inmortales,
Inmortales tambien fueron las iras,
Sus ojos te dió Amor cuando no miras;
Que son indignos de tu pecho ardores,
Que la llama alentó de sus rencores.»
Adónis respondiera,
Si el coloquio prolijo no atajára
Tropa de ninfas, cuyo empeño era
Un ciervo que ya herido descendia,
Huyendo á la ribera
De la ya entrada muerte
Que en la honda flecha al lado le seguia.
Adónis, que, á no haberla, deseára
La ocasion que ya advierte,
A otra siesta la naya remitiendo,
El arco previniendo,
Deja la molestosa compañía,
Y veloz sigue el venatorio estruendo.
Sin la vida inmortal quedó Pirene
Al ver tanto desprecio
Del que, ingrato, se aleja;
Ni voces halla, ni sentido tiene
Para la justa queja,
Que á lo ménos culpase su amor necio;
Si no es que en esta tormentosa calma
Se atropelló á los ojos toda el alma.
A los ojos, que vean
Huir lo que aborrecen y desean
(Contradiciones en amor posibles),
Sigue pues, áun vestida en mármol frio,
Con los que de la inmóvil planta hereda
Su veloz vista pasos invisibles,
Al que ántes de tocar del bosque umbrío
La próxima arboleda,
Se halla en los brazos de su amante diosa,
De cuya blanca mano
La flecha habia salido
Del animal herido,
Tras quien (más de su Adónis cuidadosa)
Bajaba entónces al florido llano,
Donde, despues que de la rematada
Fiera Adónis le ofrece los despojos,
A pesar de la naya y de sus ojos,
La diosa, enamorada,
A la mano del jóven concedida
La suya regalada,
Se escondió en la espesura,
Tálamo que ha de ser de su ventura.
Sintió Pirene la invisible herida
De la celosa flecha, y de la calma
A que el hielo la ató, despertó el alma,
Y el corazon vencido del despecho,
Que, con la inmortal rabia entumecido,
Aun más se irrita, en vano contenido
En la esfera brevísima del pecho,
Al que hubiera en cenizas desatado
El incendio voraz de sus enojos,
Si en lágrimas ardientes liquidado,
No suspirára el fuego por los ojos,
Y por la boca el humo articulado
Con extremos feroces,
En descompuestas voces,
Con que llamaba á los piadosos cielos
A la impía venganza de sus celos.
Sobre el escollo, así, á quien viste hiedra,
Serpiente en gruesas roscas abreviada
Se enciende en iras cuando, lastimada
De la improvisa piedra
Que acechadora mano ha despedido,
Desenvuelve feroz con sordo ruido
El volúmen de rígidas escamas,
Y el furor espumante
Por la boca despide sibilante,
Y por los ojos sanguinosas llamas,
Hasta que la mitad del cuerpo enhiesta,
Buscando á quien le agravia, cruel apresta
El veneno rabioso,
Que, agitándose, atrae, por vertello,
Al fauce hinchado y al cerúleo cuello.
Entre tanto los dos chípreos amantes
Llegaron, uno de otro conducido,
A un vallete florido,
Que con alta ciñeron celosía
Los olmos, que, gigantes
Para defensa del sagrado coto,
Eran verdes jayanes de aquel soto.
A su Adónis la diosa desceñia
Las armas montaraces,
Para que á aquella guerra que mentia
Treguas ponga el Amor con dulces paces.
Sentados ya bajo la intonsa greña
De mal cavada peña,
Testigo mudo de parlera fuente,
Vénus, en tanto que oficiosamente
Las Acidalias tres le desprendian
El pesado carcaj y flechas leves,
Y con fragrante néctar la rocian
El que recogen ya rudo cabello,
Que miéntras más inculto está más bello,
Suave abriendo los carmines breves,
Cuantas siguió en la selva enmarañada
Fieras le expone, y cuantos tuvo errores,
Cazadora al fin poco ejercitada;
Diana, mas Diana enamorada;
Pero el garzon de Vénus los favores,
Tibiamente amoroso,
Si no desestimaba,
Limitaba quejoso;
Porque el ódio, hasta entónces ignorado,
Contra la infeliz madre (tronco ahora)
Aquel amor de Vénus le acusaba;
Y aunque el jóven la adora,
Porque á su queja fuese más deudora,
Y él pareciese ménos obligado,
Le hablaba en el semblante su cuidado;
Mas la diosa, esforzando sus finezas,
Aunque no le mentian sus recelos
(Tanto temió á Pirene y á sus celos),
Las causas exploró de sus tristezas,
Las que el jóven expuso, y las que en todo
La diosa satisfizo de este modo:
«El amor que á tu Vénus mereciste,
Oh bello garzon mio,
No ha desacreditado
El ódio, no el castigo; el justo hado
Que de tu madre oiste,
Debióse á su soberbio desvarío,
Pues que naciendo humana,
Mi deidad insultaba soberana,
Y ella mortal, yo diosa,
En su dictámen fuí ménos hermosa.
Pagó su atrevimiento,
Y tú, inocente, no tan sólo exento
Fuiste de mis rigores,
Sino dulce ocasion de mis amores.
Los de la tierra si, que odios prolijos,
Trasfunden de los padres á los hijos,
En el cielo áun aquel que se castiga,
Si su culpa aborrece,
De quien la ira temió, el amor merece;
Que á la deidad, amiga ó enemiga
La hacen del hombre vicios ó virtudes;
Y para que no dudes
Cuál castigan, cuál premian las deidades,
Aprende de esta historia mis verdades:
Hubo en Chipre, de rústicas encinas,

Obscurísimo un boj, que, venerado
De antigua religion, por mudo asiento
De la noche y del sueño perezoso,
Aun lo ignoraba el viento;
Que áun al viento intimaba el sitio umbroso
Sacro terror, silencio religioso.
Del dodóneo bosque en lo ignorado
Aras fueron divinas
A Jove hospitalicio levantadas,
Pero que profanó el Cerasta indino,
Que, hospedando al incauto peregrino,
Con falso voto, víctima inocente
Lo hacia de su bárbara costumbre,
Salpicando de púrpura caliente
Las aras consagradas,
Manchando á un tiempo con infame culto
La religion, el sitio, el ara, el bulto.
De mi Chipre (si entónces era mia)
Quiso retroceder la hermosa lumbre
(Como la huyó otro tiempo de Tiestes)
El gran padre del dia,
Y áun la malvada tierra
(Digna ya estancia de infernales pestes)
Mi antiguo amor desamparar queria.
Desisto, porque el todo, que temia
Mis enojos severos,
Logre inmune la parte que no yerra.
Mas decreté, advertida,
Este castigo á los Cerastas fieros:
Cada cual de ellos de improviso tiente
Entumecerse la rugosa frente,
De la que, endurecida,
Salió una y otra punta retorcida.
La ya pesada testa
Los ojos inclinaba al triste suelo,
Indignos ántes del alegre cielo;
Las manos bipartidas,
Con los piés bipartidos confundidas,
Iguales forman pasos perezosos,
Y los miembros gravosos
Del cuerpo, que á otra forma ya se extiende,
Tostada piel se visten, que arrollada,
Parte no poca por el cuello pende.
En vano levantada
La torva faz (en esto no mudada),
El aire busca vago;
O á aquel que mira le amenaza estrago,
O al querer exclamar, enfurecido,
Lo que fué humana voz, suena bramido;
Y en fin, por la justicia soberana
Que de mi Chipre restauró el decoro,
Uno y otro Cerasta bramó toro;
Si bien que si la antigua forma humana
A distinta pasó naturaleza,
No la antigua fiereza,
Para que si ántes tanta
Humana sangre al ara sacrosanta
Salpicó por su mano,
Ahora en el que á Jove soberano
Hecatombe se aclame,
La suya largamente se derrame.
De uno de estos Cerastas (si ya fieras)
Fué hijo Pigmalïon, y tu ascendiente,
A quien digno creyeras
De mi primer horror al padre impío,
O que él, por desafecto, el culto mio
Negase irreverente;
Pero desecha el juicio, que te miente;
Que él me amó, yo le amé, y áun yo le hice
Tan del todo felice,
Que su dicha mayor, por más trofeo,
Fué posesion áun ántes que deseo.
El hueso de la fiera
Que para viva máquina de Marte
Alimentó del Gánges la ribera,
Materia fué, si dura,
Fácil, á la que forma dió excelente
Del gran Pigmalïon el culto arte.
Cedió naturaleza reverente,
Y engañada, adoró en la estatua fria
Mi imitada hermosura,
O simulacro mio, que aunque mudo,
A no saber de mí, yo misma dudo
Que mortal me dijera
Si yo ó aquella estatua Vénus era.
Entre tanto el artífice no humano
Ya el amor de su obra concebia,
No sé si porque suya ó porque mia.
Ardian en olores mis altares,
Y la devota mano
Los cargaba de dones singulares
En el tiempo que él su estatua ostenta,
Y cuando ya á mis aras la dedica,
La deidad que veneran multiplica.
Yo, al sacrificio atenta,
Despues de que tres veces crepitante
Hice subir la llama luminosa,
El alma le inspiré á la estatua fria,
Porque, si en ella yo me repetia,
No era bien que en su inánime belleza,
Pensase algun humano
Que morir pudo la Ericina diosa.
Duda el feliz amante,
Y ve, al curioso exámen de la mano,
Que del marfil se ablanda la dureza
En la parte que al tacto de la nieve
Siente absorto latir la vena leve.
Quedó inmóvil al súbito portento,
Miéntras que ella cobró más movimiento,
Porque juzgase en la dudosa calma
Que se animó la Vénus con el alma
Que á él faltó suspendida,
Como en callada noche mujer bella,
Dulcemente dormida,
Prestar á su quietud suele la vida,
Y en tanto que reposa,
Estatua muda es de nieve y rosa;
Mas si la deja el sueño,
Que fué aquel tiempo de su vida dueño,
El alma vuelve á su semblante, y ella,
Que la luz encontró que no tenía,
Sabe que vive, y agradece el dia.
Así despues que el simulacro hermoso
Se erigió del unánime reposo,
La luz aplaude, alegre se concita;
Y como el nuevo sér que goza, duda,
Para animarse luégo ménos ruda,
Con varios movimientos se ejercita.
Pigmalion, no ya del bien dudoso,
El primor de su mano ya viviente
Quiere que premio sea,
Cuando no de su amor, á Citerea,
De aquel arte excelente.
Concedí, y ella, con mi auspicio honroso,
Al que autor conoció saludó esposo.
De este singular tálamo Cinaras
Nació, el que fué tu padre,
Padre y esposo de tu hermosa madre,
Que para ser ahora tronco rudo,
Quiso escalar mis aras,
Y que, á haber sido ménos indiscreta,
Merecer todos mis favores pudo,
Si no por ella, por gloriosa nieta
De la que Prometeo mejor funda
Ebúrnea deidad, Vénus segunda;
Mas cuanto perdí amor por el respeto
Que á mi deidad debia,
Lo gané en tí, su más glorioso nieto.
Porque veas, oh Adónis mio, ahora
Que la que aborrecia
Al Cerasta sangriento,
Su descendencia en Pigmalion adora;
Que la que á ésta colmó de bienes ciento,
A su Mirra abrumó con hartos males;
Que la que á Mirra castigó severa,
Por su Adónis dejó la sacra esfera;
Así los dioses obran inmortales,
Castigando y premiando
Del modo que los va determinando
La libre ejecucion de los mortales;
Así en Pigmalion, tu ilustre abuelo,
Ningun estorbo fué para mi culto
El debido quebranto, el desconsuelo
Por el infeliz padre,

Cuya fortuna mereció su insulto;
Porque ha de malquistarme tus amores
La que apénas supiste infeliz madre,
Y más cuando te influyen los rencores
De una ninfa envidiosa.
¡Oh, el castigo le den sus mismos celos!
¿No eres, oh garzon bello, de tu diosa?
¿No soy la que antepuse, enamorada,
La triste tierra á los alegres cielos?»
Como hoguera cubierta
De la fria ceniza apénas arde,
O se alienta cobarde;
Mas si la agita el viento,
Despide el blanco polvo, y ya despierta
Se erige á tanta llama, que podia,
Trasladada al brillante firmamento,
Lucir pedazo del nocturno dia;
Del fuego, así, de amor, que no extinguido
En el jóven habia,
Aunque sí sofocado,
De la ninfa el celoso atrevimiento
La diosa con el aire articulado,
Que agitó el corazon por el oido,
Docta en insinuar tiernos amores,
Levantó á mayor llama los ardores.
Adónis, pues, con nuevo rendimiento
A su adorada Vénus prometia
La que ya no tenía
Alma del mismo amor merecedora;
Cuando cortando el viento
El dios de amor con sus ruidosas alas,
Llegó veloz, y de la amante diosa
Alteró el sosegado pensamiento.
«Oh madre, dice, ahora
Dejo alterado el Ericino monte,
Que á su Vénus infiel repetir duda
Los cultos reverentes
Con que otro tiempo embarazó sus aras
De aromas mil ardientes.
Dicen los desamparas,
Y que sólo de Chipre cuidadosa,
Sus selvas tiempo tanto te detienen,
Que ocioso el ruego ya, la fibria muda,
En vano al templo con los votos vienen;
Tu enemiga Diana
De la infiel gente los aplausos gana.
Aquel, pues, que de Vénus fué divina,
Ya de Diana es templo.
Si áun aprecias el nombre de Ericina,
Aparte de la tierra el vil ejemplo,
Porque así, desleales,
No te desprecien los demas mortales.—
«¡Ah ingratos ericinos
(Siguió Vénus), perdisteis la memoria
De aquella antigua gloria
(Mas ya sois de ella indinos),
Que os ganó Erice, del Amor hermano!
Mi enojo soberano
Hará... Pero será más oportuno
Con el suave iman de mis piedades
Atraer las erradas voluntades.
Mas no ha de conseguir rebelde alguno
Que yo tan presto de mi bien me ausente.
Insidioso rapaz, vuela, no pares;
Vuelve otra vez á la ericina gente,
Y en tanto que voy yo á que mi presencia
El disturbio componga irreverente,
Y ofreciéndome al voto en sus altares,
El amor les conquiste y la obediencia,
Tú, derramando arpones,
Destruye sus rebeldes corazones,
Y tú, mi garzon bello y gloria mia,
La edad que de la noche reste al dia,
Pues tu Vénus te tiene,
Sé de tu Vénus dueño,
Y deja que á Pirene
De azules sombras la circunde el sueño...»

PRÓCRIS.

Ya, oh Anaxarte, entre pálida vislumbre
Caduca el sol, ya apénas le verémos
En el azul cristal perder su lumbre,
Las redes y los canes retiremos;
Pues muere el sol, Adónis áun no muera;
No en un hora dos soles sepultemos.
De Vénus en el cielo áun luzca.

ANAXARTE.

Hiciera,
Siendo importuna más, tu atencion vana.

PRÓCRIS.

Pues adios; que mi Céfalo me espera.

ANAXARTE.

Vé sin celos, y adios, hasta mañana.

EGLOGA CUARTA

IFIS, CÉFALO, ANAXARTE, PRÓCRIS.

IFIS.

Gimo y lloro de Amor la indigna saña,
Y la queja escuchó y el llanto mio,
La fiera, el ave, el viento, la montaña,
El mudo tronco y el sonoro rio;
Sólo, Anaxarte, en toda la campaña,
Huye mis voces tu desden impío;
Los riscos culpan tus rigores bellos,
¡Insensible tú más que todos ellos!

CÉFALO.

Canto de Amor ternísimas piedades,
Y aplaudo sus dulcísimos ardores;
Alegres me oyen estas soledades,
Y viven porque viven mis amores;
Resuenan dulces mis felicidades,
Los pájaros, las fuentes y las flores,
Que esperan vida, oh Prócris, de tus huellas,
¡Oh, más suave tú que todas ellas!

IFIS.

Braman el mar y el viento, que propicios
Tal vez se rinden del piloto al ruego;
El fuego ardió en sublimes edificios,
Pero supo ceder al agua el fuego;
Pierde la tierra sus eternos quicios,
Pero en ellos se vuelve á afirmar luégo;
Sólo dura un desden, y excede en guerra
Al aire, al fuego, al agua y á la tierra.

CÉFALO.

La fluida del agua pesadumbre
Va hácia el mar, que su cuna fué primera;
El fuego anhela la celeste lumbre,
Fija la tierra al centro persevera,
El viento ama la silbosa cumbre;
Y cuando no, de Prócris aprendiera
Amor, y la firmeza de su intento,
La tierra, el fuego, el agua y áun el viento.

IFIS.

Mas si Tántalo áun dura en su fatiga,
Aunque el cristal del labio se le quite,
Si aunque fijar el risco no consiga,
El grave peso Sísifo repite,
Yo tu desden, oh dulce mi enemiga,
Sigo hasta que el infierno me limite;
Pero si tu desden me aflige eterno,
Muerto de amores, áun me sobra infierno.

CÉFALO.

La hiedra hecha pedazos, áun constante,
Al duro escollo arrima los pedazos;
Dividida la vid del tronco amante,
Aun le convida con los verdes brazos.
Yo, que feliz ya fuí, mis dichas cante,
Aunque no vuelva á repetir los lazos;
Que si Prócris anima mi memoria,
Vivo de amores, áun me sobra gloria.

IFIS.

¿Feliz Céfalo?

CÉFALO.

¿Ifis desdichado?

IFIS.

Mi envidia califica tu fortuna.

CÉFALO.

No fuera yo sin ella afortunado;
Y tu infelicidad fuera ninguna,
Si no envidiáras; condicion forzosa
Del que habita debajo de la luna.

IFIS.

¿Has visto acaso á mi enemiga hermosa?

CÉFALO.

Con mi Prócris la dejo en la ribera.

IFIS.

El que á Anaxarte junta con tu esposa,
Juntar á Vénus con Diana espera.

CÉFALO.

Juntas, si en los dictámenes no unidas,
El monte escalan con veloz carrera.
Y la abrasada siesta, divertidas,
Templan, historias largas refiriendo,
Los amores contándose y las vidas.

IFIS.

Aquella por quien yo vivo muriendo,
Más que de amores, de desdenes sabe;
Dígalo yo, que los estoy sintiendo.

CÉFALO.

Lastimado me ha tu pena grave;
Pero si el cazador porfia áun cuando
A las dos flechas yerra el bruto ó ave,
No dejes tú de porfiar amando;
Pide flechas á Amor, que aunque sea fiera,
Fieras se rinden á su tiro blando.

IFIS.

No puedo desistir aunque quisiera,
Pues cuando á más rigores me destina,
Amo yo más su condicion severa.
Seis veces por la selva cristalina
Siguió el sol todos los celestes brutos
Con las flechas de luz que les fulmina.
Y este tiempo mis ojos, nunca enjutos,
Un peñasco regaron; ¿quién espera
Cultivar un peñasco y que dé frutos?
La aurora muchas veces la primera
Vió en sus puertas la testa colmilluda
Que yo quité de la cerdosa fiera;
La del venado, de años no desnuda,
Y al fin cuantos mi dardo conseguia
Fieros despojos de la selva ruda.
De mis lebreles uno admitió un dia,
Y aunque el dón fué estimado, la fineza
Despreció su desden, porque era mia.
Tronco á tronco examina la maleza,
Y áun mudos, te dirán que á mi tormento
Fué, aunque dura, más blanda su corteza.
Viendo, pues, cuán en vano el sentimiento
Me tiene dia y noche á sus umbrales,
Siendo ella á mis gemidos roca al viento,
Al sátiro adivino de mis males
Cuenta doy, quien, terrible, me asegura
Oráculos, que no entendí, fatales.
Pero por más que se resista dura,
La he de seguir, amando sus desdenes,
Por llano, monte, valle y espesura.

CÉFALO.

Si tú contraria á la fortuna tienes,
Propicia yo; porque de amor iguales
En número á tus males son mis bienes.
Mas si es verdad que hay de efectos tales
Mortífera una planta que ingerida
Con nuevos jugos, pierde los fatales,
En mi pecho tu pena introducida,
Aun podrá ser que sea tu tristeza
Consolada, y así disminuida.
Y pues sé de tu dardo la destreza,
Hácia la fuente de los arrayanes
Penetremos ahora la maleza;
Que en ella ventearon mis tres canes
Una manchada tigre. Vén conmigo;
Vencéremos afanes con afanes.

IFIS.

Por si á Anaxarte encuentro, ya te sigo.

ANAXARTE.

Aunque Vénus cruel y Amor sangriento
Con prodigios asusten mi memoria,
Ni Amor ha de cantar el vencimiento,
Ni blasonará Vénus la victoria;
Y aunque en mí labre al mundo un escarmiento
La de los tiempos lamentable historia,
Verá el mundo que pasa, aunque ahora empieza,
Más allá de la muerte mi dureza.

PRÓCRIS.

Aun cuando Vénus, no compadecida,
El rencor de Diana no me indulta;
Aun cuando de presagios impedida,
El hado hallar mis celos dificulta,
Yo he de buscar la causa fementida
Do quiera que se esconda, y si se oculta
En la vaga region mi sentimiento,
He de buscar mis celos en el viento.

ANAXARTE.

¿Oh Prócris?

PRÓCRIS.

¿Oh Anaxarte?

ANAXARTE.

¿Apénas luce
El claro dia, cuando al monte sales?

PRÓCRIS.

Como á tí, mi destino me conduce.
Si nos desasosiegan tan fatales
Presagios, ¿cómo con el dulce sueño
Se han de avenir nuestros amargos males?
Tras de Céfalo vine, al duro empeño
De buscar mi desdicha.

ANAXARTE.

¿No ha advertido
Céfalo tus cuidados en tu ceño?

PRÓCRIS.

De su sospecha yo los he escondido;
Ternezas sí, no tímidos recelos,
De mí ahora más que nunca oye rendido.
Pues pudiera, sabidos mis desvelos,
Para culpar mis quejas cauteloso,
Frustrarme la evidencia de mis celos.
Del dardo de Diana prodigioso
Desde ayer le hice dueño, y cuantas fieras
Le postra me las rinde, obsequioso.

ANAXARTE.

Si él te obsequia tan fino, ¿cómo esperas
Evidenciar tus celos?

PRÓCRIS.

Como alguna
Espía que frecuenta estas riberas,
Llamarle ha oido por la selva á una
Ninfa á quién, repitiendo «Laura mia»,
Con amorosas voces la importuna.
Por lo tanto, le sigue mi porfía,
Y es que ántes á sus ojos que á su oido,
La causa de mis ánsias se confía.
Para que dé esta suerte convencido,
Mis quejas no desmienta.

ANAXARTE.

Así apresura
Su fiero golpe el hado fementido,
Así de Adónis fué la suerte dura;
El quiso en la espesura hallar sus celos,
Y halló su fiera muerte en la espesura.
Pero así falsifique mis recelos
Diana, y á tu Céfalo te vuelva,
Y conmigo piadosos sean los cielos;
Que pues que vagan hoy por esta selva
Los dos de cuyo encuentro huir queremos,

Antes que el sol ardientes nos devuelva
Las horas que templadas áun tenemos,
Oidos me concedas sosegados,
Y el triste fin de Adónis llorarémos.

PRÓCRIS.

Así, Anaxarte, engañas mis cuidados.

ANAXARTE.

Mi verdad así avisa tus excesos.

PRÓCRIS.

Que escuche sorda yo quieren mis hados.

ANAXARTE.

Por ahora sujetemos los sabuesos,
Y aquí, do el ser halladas de la gente
Dificultan los árboles espesos;
A esta peña, que herida blandamente,
Tanta sangre derrama cristalina,
Elige asiento y oye atentamente.

PRÓCRIS.

A tu voz toda Prócris se destina.

ANAXARTE.

Coronada del opio y el beleño,
La negra noche fria
Del carro perezoso desprendia
La mitad ya de las oscuras horas,
Que sobre toda la grosera tierra
Envueltas derramaba en dulce sueño;
En tanto, pues, que silenciosamente
Caian las estrellas brilladoras,
Desvanecida ya la dura guerra
Del Abrego y sus fuerzas auxiliares,
Admitian (por más que sordamente
Lo murmuraban las soberbias ondas)
Alto sosiego los profundos mares,
Muda en los montes la silbosa cumbre,
Caduca, hácia los valles inclinada,
Al parecer, del sueño más cargada
Que de su ponderosa pesadumbre,
Cada tronco en la selva enseñar pudo
Silencio á los peñascos, porque mudo,
Se esconde el viento en sus cavernas hondas.
Del sosegado campo en el ameno
Sitio callaban las parleras aves,
Las fieras descansaban en las grutas,
Los peces en las ovas nunca enjutas,
Y hasta los siempre tímidos tiranos
Al dulce soporífero veneno
Dan los cuidados graves;
Todo, en fin, bajo la alta sombra oscura
Sosiega, pero no admitir podia
En sus ojos la noche perezosa
Pirene, que á sus celos inmortales,
Sobre aras de sangrienta fantasía
Simulacros coloca, en que figura
Sus venganzas crueles;
Miéntras sus dos amantes envidiados,
En lecho que ofrecian blandas pieles,
Burlaban sus cuidados.
Precipitóla al fin su rabia ardiente
De un valle á lo profundo,
Donde, despues que religiosamente
(Desnudos pié siniestro y hombros bellos)
De negro lago (averno allí segundo)
Humedeció tres veces los cabellos,
Que por el rostro pálido dilata,
Nube que á luz ninguna lo recata,
Y despues que volviendo á las estrellas
Las etiopes suyas, aunque bellas,
Gritó tres veces con clamor horrendo
(El valle los asombros repitiendo),
Dijo así furibunda:
«¡Oh cáos, oh del Érebo cavernas,
Por cuya mansion lóbrega, profunda,
Tantas pálidas vagan sombras frias!
¡Oh deidades del Orco sempiternas!
¡Oh Némesis feroz! ¡Oh infame terno
De las negras hermanas, cuya greña
Rompe con silbos el silencio eterno!
¡Alto monte, hondo valle, selva muda,
Testigos ya de las injurias mias;
Y tú, triforme Ecate, que obediente
Me instruyes, y te instruyes en mi ayuda,
El hijo de Cinaras me desdeña,
Y no porque otros brazos no consiente,
Desprecia mis desvelos;
De Vénus es favorecido amante,
Y áun más allá de agravios son mis celos.
No para que él arrastre mis cadenas
Vengo, oh diosa, á impedir tus negras aras
De escogidas verbenas;
No las virtudes examino raras
Del masculino incienso,
Ni porque él arda, en mí quemar ya pienso
El laurel en tus llamas crepitante,
Ni prevendré ignorante
El engaño sutil de tres colores
A que enrede su amor en mis amores;
Ni para ahora estimo
Una y otra brevísima figura,
Que, ó ya de blanca cera ó negro limo
Su ingrato nombre escrita,
La una á mis incendios se derrita,
La otra para otro amor que el de Pirene,
Piedra se haga esquivamente dura.
No, pues, te invoco para oficios tantos;
Que si á su Vénus verticorde tiene,
Si el mismo Amor es el mayor hechizo,
En vano, Ecate, nuestra ciencia hizo
Contra Amor los encantos;
Y pues el nuestro á su poder no alcanza,
Su amor no pido, pido mi venganza;
Y para que la logren mis anhelos,
¿Qué mayores encantos que mis celos?
Mas porque contra mí (que, semidiosa,
Soy ménos que su Vénus poderosa)
Con su mayor poder no se defienda
Marte igual, igual haga la contienda,
Marte, que al Istro septicorne toro,
En rápidos cristales liquidado,
En sangre envuelve las arenas de oro,
Y de la diosa chipria enamorado,
A pesar de la red que lo destierra,
Arde áun más que en las iras de la guerra,
En su ausente cuidado.
Al dios pues, si en mis celos lo comprendo,
Si en mis iras lo enciendo,
Dos venganzas en una
Lograrán su poder y mi fortuna.
Sólo ahora me conviene, y sólo pido,
Un prodigioso carro, que, ceñido
De las furias que llevo
Y de los negros humos del Erebo,
A Tracia por los vientos me conduzca,
Aun ántes que del Indo mar reduzca
Despierto Apolo el luminoso tiro.»
Dice; y á sus deseos obediente
Cuanta estigia deidad el Orco encierra,
Debajo de sus piés tembló la tierra,
Y al tremendo suspiro
(La faz rasgando dura),
Desahogos abrió por nueva boca,
Que del averno á la garganta obscura
Pudo unirse, segun sus fauces toca;
Cuya rotura ingente
Arrojó, envuelto en humo pestilente,
Caliginoso carro, en cuyo adorno
(Con los silbos el valle estremeciendo)
Tortuosas sierpes ciñen en contorno,
Y tiran dos cerúleos dragones,
Fieras del Flegetonte exhalaciones.
La indigna maga, entónces recogiendo
La que el rostro ocultó esparcida greña,
Con desaliño, intrépida, la anuda
En larga azul serpiente,
Que con mano sañuda
Arrancó de su carro sibilante,
Y con la misma coronó su frente,
Concediendo el semblante
Feroz ya, y tan feroz, que lo desdeña
La que sin celos fué Pirene hermosa,
Y es con celos Erímis horrorosa,

Tanto en la mujer pueden, despreciada,
De su fiera venganza los anhelos,
Si ya no, en vez de encantos,
Que desdeñen sus iras, monstruos tantos
Produce la azul hidra de los celos.
Ya en el infame carro sublimada,
Segunda sierpe ocupa la alta mano,
Con cuyo azote sibilante en vano
Castiga los dragones, que violentos,
Viento añadido fueron á los vientos.
Tisífone, tan fiera,
Por las lóbregas salas
Suele batir las descarnadas alas;
Y la maga de Cólcos, tan ligera,
De no menores furias irritada,
En carro que tambien llevan dragones
Dejó de su Tesalia las regiones
Hasta Corinto, término á sus vuelos,
Donde en sus iras abrasó sus celos.
Del sol no ardia la primera lumbre
Para enjugar los frios horizontes,
Cuando del Hemo en la escabrosa cumbre
(Del Hemo, rey de los treïcios montes)
El dios sañudo de la guerra ardiente
Las armas se ceñia mal enjutas
De la sangre del scita inobediente;
Y Belona, entre tanto diligente,
Porque más fiero vuelve á devastallos,
De las del Aquilon lóbregas grutas
Sacaba los indómitos caballos,
Que al formidable carro resistian,
Cuando los dos dragones que traian
El de Pirene, humos respirando,
Y con los silbos roncos
El aire convecino lastimando,
Se dejaron caer sobre unos troncos
Que con la inculta greña
Las sienes coronaban de una peña.
El fatal espectáculo, el estruendo,
Este oido, aquel visto veces pocas,
Aun temiera el dios fuerte,
Si la horrorosa ninfa, previniendo
Mudo silencio á las silbantes bocas,
No hablára de esta suerte:
«Desciñe, oh Marte ínclito, desciñe
Las que fatigó Bronte armas lucientes,
Y cuantas del Araxes rudas gentes
Convocado han las bárbaras riberas
Beban, miéntras su sangre no las tiñe,
Seguramente ya sus aguas fieras;
Que ahora te armará de sus furores
La que cuantas azules sierpes ciñe
Contra tu pecho á una;
No yo de las Euménides soy una,
Bien me desmientan cuantos visto horrores;
Pirene soy, que ya fuí en tiempo alguno
Del Júpiter del mar cerúlea Juno;
Pero despues, rendida al amor necio
De un Adónis, que al fin jóven gallardo,
Ahora es de Chipre en las malezas
Más dichoso en amores que en el dardo,
Rico haciéndolo yo de mis finezas,
Sólo ha tenido para mí un desprecio,
Para otra las caricias.
Si es que temen tu saña
Los dioses cuando asombras las treïcias
Riberas, y has sabido ser amante,
Válete de tí mismo en este instante,
Que hay mayor enemigo en la campaña.
La blanca hija de la espuma, aquella,
No sé si tan mudable como bella,
Que fué, y áun ahora es, pero que en vano,
Alta solicitud de tus deseos
Y gloria de tus bélicos trofeos,
Y cuya blanca mano
Te quitó la celada de diamante,
Cuando al espejo dulce de sus ojos
Lo feroz componias del semblante,
Y haciendo dueño á Amor de tus despojos,
Vez alguna en sus brazos dulce calma,
Vida adquiriste, y te dejaste el alma;
Esta, pues, al olvido te condena;
Ya su memoria, oh Marte, substituye
A Adónis, tan indigno, que su madre
Fué su hermana, y de hijo no lo excluye,
Ni de nieto, el que fué su abuelo y padre.
De Chipre, en fin, en la espesura amena,
Jóven tan infamado,
Del dardo y de las flechas fatigado,
Dardo le quita y flechas tu enemiga,
Y el que en sus brazos deja la fatiga,
En el campo, que visten sombras verdes,
Logradas mil numera
Dulcísimas batallas, que tú pierdes,
Cuando ella lo que yo he perdido alcanza.
No lo permita más tu deidad fiera,
Oh Gradivo, y si iguales nuestros duelos
En mis celos has visto ya tus celos
Vea yo mi venganza en tu venganza.»
Dijo ella; y reducir pudiera nunca
Mortífero escorpion á furia tanta
A incauto cazador, á cuya planta
Comunicó punzante
Negro veneno por la cola adunca,
Pues si aquel vivo fuego lo enfurece,
Ya intensísimo frio lo entorpece,
Y á los disueltos miembros trepidante
Hórrida amarillez viste el semblante;
El grande hijo de Juno, el dios guerrero,
Aun más extremos siente,
Cuando con mayor furia
Señas dió de mortal al accidente,
Que lo inmortal le encubre,
Pues asaltado el corazon valiente
(Hoguera dulce de su amor primero)
De la celosa injuria,
Que cual nieve friísima le cubre,
Sin la amorosa llama palpitante,
La sangre toda le robó al semblante,
Que de nuevo lo enciende
En la venganza que sangriento emprende;
Unas veces del ódio al amor pasa,
Al ódio otras del amor apela,
Padeciendo así un hielo que le abrasa,
Un ardor que le hiela;
Que para ardores suscitar y hielos,
El essorpion picaba de los celos.
Sañudo pues, y nunca más sañudo,
Arrojó la celada de diamante,
Y sus vistosas plumas despedaza,
Pisa el sonante escudo.
Y el arnes reluciente desenlaza.
«Si de mí un jóven débil y áun desnudo
Se gloría triunfante,
¿Para qué (dice) son las fuertes mallas?
¿Para qué visto acero fulminante?
Si hay quien á Marte predomine fuerte,
¿Para qué es Marte dios de las batallas?
¡Ah, Vénus enemiga!
Mi confianza tu traicion castiga;
Mas yo castigaré el indigno amante,
Y sin más armas que mis manos fieras,
El corazon le sacaré á pedazos,
Para que en él, áun inmortal, tú mueras,
Para que con su muerte,
Del que tálamo han sido,
Túmulo sean tus infieles brazos.—
»En vano enfurecido
(Dijo Pirene) pierdes tantas iras,
Porque, aunque tu valor, oh Marte, es cierto,
Al que enemigo despreciable miras
No fácil vencerás á campo abierto;
Aun de tu pensamiento, si lo alcanza,
La guardará su diosa.
Permíteme tú á mí que insidïosa
Fie á un engaño la fatal venganza.
La industria, pues, que me dictó mi ciencia,
A mi intento ya hubiera obedecido,
Si no hubiera temido
Que Ericina, deidad más poderosa,
Mis esfuerzos venciese;
Y así, quise que hiciese
Igual poder igual la competencia.
Tú á Tracia dejarás por Chipre ahora,

Que si al poder de mi infalible arte
Entregas tu deidad, oh excelso Marte,
Tú serás vencedor, yo vencedora.—
»Tuyo es Marte, oh Pirene
(Dice el dios), aunque indigna la venganza
Sea del valor mio;
Que si las lides que el Amor alcanza
Con engaños mantiene,
Sustenta con ardides,
Dignas de mi valor no son sus lides.
Cual si fuese el menor de los mortales,
A tu alta ciencia mi deidad confio;
Para contiendas tales
No soy ya de las armas el dios fuerte,
Amante, sí, agraviado, y como vea
Sin el hijo de Mirra á Citerea,
Tú la ocasion, tú el modo, oh ninfa, advierte;
Y aunque me insulte la rebelde tierra,
Al ocio, entre esas peñas derribado,
Quede el sangriento carro de la guerra,
Miéntras que á pelear en otros duelos
El carro azul me lleva de los celos.»
Dice; y ligero sube
Al carro de la ninfa serpentino,
Que circundado de impalpable nube,
Penetró de los vientos el camino,
Hasta llegar de Chipre á la espesura,
Donde encubiertos por la nube obscura
Los recibió la cueva de Pirene,
Y un sátiro, que en ella los aguarda,
Por la ninfa instruido,
De la ausencia de Vénus los previene;
Díceles cómo ha ido,
Antes que el sol rayase al horizonte,
Al Ericino monte.
«Así no se retarda
La venganza, que ya segura tengo,
Pirene entónces dijo;
Entre tanto prevengo
Que tú, oh sátiro, espía de las selvas,
Luégo que á fatigarlas salga el hijo
Y nieto de Cinaras,
Con pronto aviso vuelvas.
Tú, dios, miéntras el hado se ejecuta,
Al transparente alcázar de mi gruta
Entra conmigo, donde
En bien culto jardin mi ciencia escond
Cuantas produce el Pindo yerbas raras,
Cuantas da el Apidano
Y el tésalo Peneo,
Las que alimenta Bebe en su laguna,
Y las que dió á mi mano
El venenoso monte de la Luna.
De éstas (si á mi deseo
Tu propósito insiste)
Confeccion se previene,
Que ajena forma viste,
Y que tú vestirás, porque Pirene
Y porque Marte vea
La celosa venganza que desea.»
Así los dos rivales, indignados,
Precipitaban los injustos hados
Del infeliz amante,
Que, ausente de su amada Citerea,
Tanto el corazon triste le fatiga
La amenidad de Chipre deliciosa,
Cuanto por un desierto y otro errante
Le fuera más amiga
Con su Vénus el Africa arenosa.
Tanto acusa la hermosa luz febea,
Cuanto le hiciera breve y ménos triste
La larga noche en la Noruega fria,
Solamente la luz de la que, bella,
Del cielo espuma es, del mar estrella.
Pero, como alternar sólo podia
Con sus afanes, miéntras Vénus vuelva,
El afan generoso de la selva;
Al robusto ejercicio prevenido,
Apénas llegó á un prado, á quien le viste
Mucho Alcides de frescas sombras pardas,
Cuando fué de Leucipe detenido;
Leucipe (que si no de Mirra al nombre,
Desde que Adónis era infante tierno,
A su cuidado sucedió materno),
Habiendo convocado
A la florida esfera
Cuantas ninfas gallardas
Del claro Lico ilustran la ribera,
Con el bello cliente
Sentada al verde márgen de su fuente,
Aun más que divertirle el fiel cuidado
De su adorada ausente,
Que olvidase queria
El venatorio empeño de aquel dia,
Pues de los celos y la infame ciencia
Que hacian á Pirene sospechosa
(No ya en vano) temia algun insulto,
Permitido de Vénus en la ausencia,
Por más que ántes hubiese sido indulto
La autoridad de la asistente diosa;
Y así, á las ninfas pide compañeras,
Que no remisas, cuanto
O de festiva danza ó dulce canto
Les enseña en el ocio de sus redes
La escuela, ruda no, de sus riberas,
Ostenten; porque al chiprio Ganimédes
Para ellas usurpen parte alguna
De la atencion con que á su afan suspira.
Compítense oficiosas; cuando una
Prestó el alma sonora
A la ninfa, sonante caña ahora,
Porque cuantos respira
Desahogos breves el prestado aliento,
Los dedos alternantes
Le hacen variar el modulado viento;
Las cuerdas otras hieren resonantes
De la zampoña, ménos ruda entónces;
De otras dos el espíritu impelido,
Sonando gime en los torcidos bronces
De la una y otra venatoria trompa;
Mas tan dulce gemia,
Porque á las fieras la quietud no rompa,
Que el que pudiera ser marcial ruido,
Era delicadísima armonía.
A éstos, pues, y á otros muchos más suaves
Instrumentos, en tanto que Nerina
(Sirena hermosa de las selvas) canta,
O el dardo y la carrera de Atalanta,
De Aretusa el desden, ó ya en más graves
Números Ericina
A nacer vuelve de la blanca espuma;
El escuadron que resta
De náyades festivas, ajustando
Al vário són el ágil movimiento,
Va numerosamente complicando
Con una y otra planta la floresta.
La vaga nieve, que si pisa el prado,
Honor le da fecundo,
Coros tejia tales
Sobre la yerba verde,
Que el que los siguió firme pensamiento,
O á pocos giros cede fatigado,
O confuso se pierde,
Tantos enreda laberintos bellos
De animados cristales,
Que Amor, Teseo segundo,
Felicemente se perdiera en ellos.
Aun el que al Euro ronco
Resistió, se moviera firme trouco,
A no tenerle suaves los reclamos
De cuantos se vistió músicos ramos,
Canoros ruiseñores,
Que de las ninfas al confuso acento
Competian, y el viento
(Bien que sonoramente), atropellado,
Huia de las hojas y las flores
A las rocas, de donde revocado
Por el eco suave,
Al fin con los arroyos se quejaba,
Porque ya en toda la floresta cabe.
Más fastidioso entónces acusaba
Entre sí el jóven el saltante coro,
La confusa armonía,
El teatro festivo, el sitio ameno,

Y aunque atento al decoro
De las gallardas ninfas obsequiosas,
Cortés las aplaudia,
El alegre bullicio juzga ajeno
De quien para sus ánsias amorosas
Sólo estima las selvas silenciosas;
Cuando siniestro el pájaro de Marte
Resonar hizo el más vecino tronco,
Que, sacudido de su pico bronco,
Despertó el eco de la hueca parte.
Suspéndense las ninfas, suspendida
Leucipe, á quien del pico las señales
Mil, aunque inciertos, vaticinan males.
«Oh ninfas (dice), enmudecer quisiera,
De especies que no entiendo confundida;
Siempre este ave mavorcia fué agorera,
Pero ahora más que nunca á mis cuidados
Inquietud trajo mucha.
Oh tú, Pirene, Circe de estas selvas,
Si es que, segundo Pico, tus amores
A Adónis siguen, no fatal resuelvas
Que le sigan los mismos tristes hados.
Si á precio de que deje mi porfía,
Quisieres que te instruyan mis temores,
Oh Adónis mio, breve rato escucha.»
Callaron todos, y ella así decia:
«Del gran padre Saturno hijo gallardo
Fué Pico, en otro tiempo rey ausonio,
Agil no sólo en manejar el dardo,
Con quien fueran inciertos los más fijos,
En instruir tambien los que el favonio
Cuadrepedes le dió fogosos hijos,
Y en lo valiente, en lo bizarro sólo
De Marte envidia, emulacion de Apolo,
Y cuidado de cuantas
La ribera coronan floreciente
Del Albula sagrado ninfas bellas;
Pero sólo, entre tantas
Dulces de Amor querellas,
Agradecida fué la de Canente;
Canente, hija del bifronte Jano,
A cuya gran belleza,
El terno de las diosas soberano
Separó, envidiosamente atento,
Y á su canora voz el mar y el viento.
En tanto que su armónica destreza,
Derramando la acorde melodía,
Músicas redes sobre el viento habia
Tendido, que suaves,
Las alas detuvieron de las aves.
Las fieras con las suyas detenia
En las selvas su amante
Sobre un manchado bruto, que anhelante,
Cuando impaciente gime
Al ronco són del cuerno retorcido,
Si la maestra mano lo reprime,
Con bizarra inquietud el campo oprime,
Y si de la carrera es advertido,
A la doctrina atento,
Padre debió de ser, no hijo, del viento,
Segun vuela; arrogante,
No por el que de plata le vestia,
Si bien que venatorio, jaez luciente;
No por el freno de oro,
Que argentaba la espuma que vertia,
Sino por la que siente
Majestad de su dueño, que envidiáran
Los que, del sol pisando luces bellas,
Al relincho sonoro
La tropa hacen huir de las estrellas.
Ufanos, pues, aquellos anhelaron
Bajo la mano augusta
Del real jóven bello,
A quien preciosa faja la que pende
Púrpura le sujeta, y por el cuello
Hebilla de oro ajusta,
Como las sienes, grave no, corona
(Si corona hay no grave);
La siniestra, que sabe
Ser diestra en el manejo, que blasona,
La rienda ocupa, á la que el bruto atiende;
Y en la diestra, gallardo
Vibra el luciente dardo,
Y por las selvas de Diana esquiva
Corre, de sus sabuesos precedido,
Y aunque en vano, ceñido
De su real venatoria comitiva,
A tiempo que la bella, si engañosa,
Circe, de quien fué padre el rubio Febo,
Dejado su maléfico horizonte,
Para la confeccion de sus rigores
Recogia oficiosa
Las singulares yerbas de aquel monte.
Esta, pues, miró al ínclito mancebo,
Y suspensa, en señal de que rendia
Al victorioso jóven los despojos
Dejó caer las venenosas flores,
Ociosas, pues el alma por los ojos
Aun más fuertes venenos recogia.
¿Qué mucho, si fué verlo, desearlo
Uno, y otro fué amarlo,
Y en aquel breve instante
En su pecho juntó siglos de amante?
Mas, como á la ocasion de su deseo
Estorbo era no poco, ya el febeo
Caballo, que á sus ojos lo arrebata,
Ya la que le circunda muchedumbre,
De la escabrosa cumbre
Un jabalí desata,
Cuyo bulto fingió su negra ciencia;
Y el garzon, que á distancia bien segura
Correr vió la verdad de su apariencia,
Tras ella el noble bruto precipita;
Ladran los canes, y la turba grita.
Corrió pues, engañado,
Hasta quedar cerrado
De toda la espesura,
Que, más enmarañada, niega el paso
Al sin alas Pegaso,
Cuyo aliento fogoso
Nieblas desata de su blanco pecho,
Si ya no es que en espuma lo ha deshecho.
Desampáralo Pico presuroso,
Y en seguimiento del cerdoso bulto,
Del bosque penetró lo más inculto.
En tanto ella, sus magias murmurando,
Tanta niebla á la tierra exhalar hizo,
Que, obediente al hechizo,
Su padre retiró el luciente coche,
Y el cielo, que arrastró la falda oscura,
Horror fué á los monteros, que, extrañando
La anticipada noche,
Cada cual, sin noticia, sin destino,
Vagaba por el campo laurentino.
Pico, empeñado más en la espesura,
Tras la que áun conseguir no desespera,
Imaginada fiera,
Dudaba á tiempo que la maga amante,
La alma feroz mintiendo,
En el bello semblante
El paso le detuvo, así diciendo:
«En vano vas siguiendo
A quien huye, y te dejas
A quien te sigue, oh Rey, con dulces quejas.
Hija soy del hermoso autor del dia,
Mi belleza á tus ojos se confia,
Mi poder tiembla el abrasado averno;
Si me enojo, la tierra se estremece,
El cielo me obedece;
Nada hay inasequible á mis encantos;
Ríndete á aquella á quien se rinden tantos.
Concédete de Circe al amor tierno,
Y saludará el sol su ilustre yerno.—
Tarde á ese honor me ensalzan soberano
(El jóven dice) rendimientos tales,
Seas ó no de las diosas inmortales;
Superioridad tuya no consiente
La altiva hija del glorioso Jano,
Mi adorada Canente,
A quien, para que dueño mio fuera,
El gran Saturno reconoce nuera.—
»No serás (Circe prosiguió furiosa)
Esposo suyo hoy, ni ella tu esposa,
Ni tanto atrevimiento

Verá el sol, que desprecias, sin castigo,
Porque aprendas, no dulce ya, enemigo,
A costa de tu vil racional vida,
Que soy mujer, amante y ofendida.»
Dice; y volviendo el pálido semblante
Veces dos á la parte donde muere
Y adonde nace el dia,
Con murmurado acento,
Que de violentas acompaña acciones,
Tres veces dice incógnitas canciones,
Y otras tantas al triste garzon hiere
Con la que ya no en vano prevenia
De oro mágica vara.
Pico, de su destino áun ignorante,
Del hechizo fatal huir pretende,
Por lo que pide al viento
Lo veloz, de que ya no necesita,
Pues los que á la carrera brazos tiende,
Al viento sacudió, improvisas alas,
Y el cuerpo, no ya grave,
Por las etéreas salas
La tierra se dejó, plumas vestido,
De hombre áun no del todo desmentido,
Cuando se desconoce, ágil se irrita,
Y de su pico bronco
Resonar hace el golpe en hueco tronco;
Cuyo enojo áun conserva.
El grande Pico, en fin, pequeña ave,
Con el nombre áun reserva
Señas de lo que fué, porque presuma
Su antiguo real decoro;
Pues cuanto le vestia augusta grana,
Viste encarnada pluma,
Y dorada la parte que en el cuello
Ocupó la preciosa hebilla de oro;
Como tambien la que en la forma humana
Corona le ciñó, le ciñe inhiesta
De plumas de oro rutilante cresta;
Pájaro, pues, tan bello,
Que lo consagra con su nombre Marte.
Cuando él, por su hado injusto,
Era ya leve morador del viento,
La venatoria tropa discurria,
Sin perdonar la tenebrosa parte
Del prodigioso monte,
Que les hurta el acento,
Que vago repetia
De su perdido rey el nombre augusto;
A tiempo que, aclarado el horizonte,
La maga restituye
El usurpado dia,
Y cuando veloz huye
Del escuadron errante, preocupada,
Y por el noble dueño preguntada,
Intrépida del caso les instruye.
Claman enfurecidos,
Y en confuso tropel la insultan, cuando
Ella, nuevos conjuros derramando,
Las rocas le responden con gemidos,
Las flores, palpitando,
Del centro brotan sangre pestilente,
Produce cada tronco una serpiente,
La tierra se abre, y por el aire vago
Vuelan los manes del estigio lago.
Atónitos los nobles laurentinos,
Huyen precipitados,
Pero no de su dueño; huyen los hados,
Que á los golpes ferinos
Del báculo terrible,
A cada cual prestó figura horrible
De varios brutos, que de aquel estrago
Huyendo (bien que ya el mayor no evitan),
Las cavernas del monte solicitan.
Despues la fiel Canente,
Errante por el rústico horizonte,
Llorando canta su perdido esposo;
«Pico», repite, y conmovido el monte,
«Pico», le vuelve en eco lastimoso.
Como en selva profunda,
Desde la seca rama
La simple tortolilla gemebunda
Al perdido consorte dulce llama,
Llenando á todas horas
La soledad de lástimas sonoras;
Así canta y suspira
La ninfa, que, doliente,
Blasonar pudo de animada lira
(Y hermosa lira de marfil viviente),
Pues si al herirle música su pena,
Acorde, aunque tristísima, resuena,
Canoro fué instrumento de sus males,
Y sus lágrimas cuerdas de cristales.
El Albula la oyó, y alzó la frente,
De laurel y de cañas coronada,
Y escuchándola atento,
De su corriente se olvidó ligera;
Miéntras que ella, en su márgen recostada,
Conducia al dulcísimo lamento
Cuantos produjo troncos la ribera;
Donde la vió constante,
Sin dejar de ser música y amante,
Seis veces al nacer el claro dia,
Y seis la noche fria,
Hasta que, atenuada,
Y en los dulces suspiros desatada,
Recibió el viento en sí (todo ya viento)
La música, la voz y el instrumento.
Tanta fué, Adónis mio, la venganza
De la ofendida Circe, hija de Febo;
Y si no olvidas que al real mancebo
No pudo defender el suegro Jano,
No Saturno, su padre, quizá en vano
Te aliente la esperanza
De que en sus justos límites contiene
El poder de tu Vénus á Pirene.
Témela pues, celosa y ofendida,
Cuando no temas su execrable ciencia;
Guarda, oh bello garzon, tu amable vida,
Cuando no para tí, para tu diosa,
Que, de su dulce Adónis deseosa,
Término ya pondrá á la amarga ausencia;
La que merecedora
No es ya de tanto duelo,
Pues no porque del cielo
Falte el sol, y á las trémulas estrellas
(Miéntras que en cama duerme de cristales)
Despedazadas dé sus luces bellas,
Creen eterna su ausencia los mortales,
Que presto vuelve, y apacible dora
Las ráfagas purpúreas de la aurora.
Y si áun en tí el cuidado de la selva
Insiste, es vana, Adónis, tu porfía,
Porque áun la media edad no resta al dia,
Y cuando ésta se acabe,
Quizá para tí vuelva
Más largo dia en la deidad que aguardas.»
Dijo Leucipe; y el garzon, atento,
Y á sus prudentes ruegos más suave,
Despues que confesó su rendimiento
A las ninfas gallardas,
A tanto noble obsequio agradecido
(Aunque no ménos triste),
Por entónces desiste
Del venatorio empeño pretendido,
Nunca por los temores persuadido
(Que indignos son de generoso pecho),
Sino por las que ha hecho
Instancias su Leucipe, á quien venera;
Y porque ya otro afan suyo no era,
Pues como el pié cautivo, que si excede
La distancia precisa
Que la dura cadena le concede,
Tirante ella, su prision le avisa;
El jóven así, triste, aprisionado
A la imaginacion puesta en su diosa,
Si va hácia otro cuidado,
Segunda vez lo vuelve á su tormento
La cadena que arrastra el pensamiento.
Así se suspendia,
Para sobrevenir más repentino,
Del hijo de Cinaras el destino;
Pero entónces Diana, que, insidiosa,
En la Amatunta selva se escondia,
Y atenta al menor paso

Del jóven infelice,
Traje y forma mintió de Doralice,
Del monte ninfa bella,
Y tambien noticiosa
El fiero Marte y la cruel Pirene
De la fatal venganza que previene,
Pues Júpiter, movido á su querella,
Lo que á Vénus negó, concedió á ella;
Viendo que si el garzon no se apercibe
A la fatal batida,
A pesar suyo se dilata el caso
Que el sacro honor de su esquivez decida;
Astucia tal concibe,
Que fué verdad y engaño,
Pues á él, jóven incauto, áun conocido
El daño á que se entrega,
Le hizo abrazar el daño.
Sobresaltada, pues, al sitio llega
Que las blancas náyades coronaban,
Y aunque en vano, el dolor lisonjeaban
Del amante afligido;
Y admitida, aparente Doralice
De aquel teatro atónito, así dice:
«Todo el monte, oh mi Adónis, he corrido
(Pues te encuentro, dichosa mi fatiga),
Aunque ahora, á mi pesar y el tuyo, diga
Que tu enemigo Marte
Discurriendo va el llano y la espesura,
Solicitando hallarte;
Y hallado, á las estigias aguas jura
Que han de admirar los cielos
La sangrienta venganza de sus celos.
Si ya en tí no me mienten
Las que registro venatorias señas,
Para salir al monte te apercibes;
¡Oh infeliz jóven! lo que tardas vives.
Si prudentes consejos no desdeñas,
Ellos no te consienten
Que á las selvas te arrojes temerario;
Que es poderoso, advierte, tu contrario,
Que es dios fuerte, y que tiene de su parte
Los celos para ser dos veces Marte.»
Dijo, y precipitado
El noble jóven de improvisa rabia,
Si ya no de las furias agitado,
O de los celos, que tambien son furias,
«Más que me obligas (respondió), me injurias.
No me instruye, me agravia,
Tu consejo, oh engañada Doralice;
No soy de tan vil pecho y tan cobarde,
Que lo que un ruego me debió prudente,
Me deba el miedo vil indignamente.
No quieren tus desvelos
Que yo en salir á la espesura tarde,
Cuando tu necia persuasion me dice
Que en la misma espesura andan mis celos.
La robusta tarea,
Atento de Leucipe á la porfía,
Hasta venir la hermosa Citerea,
Olvidado ya habia;
Pero perdone ya; porque, aunque vuelva
Mi diosa, en cuyos ojos arde el orbe,
Y con imperio, que amo, me lo estorbe,
Ahora he de fatigar la inculta selva,
Sin olvidar la más remota parte,
Por si me halla ese dios, terrible Marte.
Ni porque él sea dios, y dios tan fiero,
Yo mortal apacible, no guerrero,
La campaña me vedes;
Que mortal fué Diomédes,
Y de él ignominiosamente herido,
Huyó ese dios temido.
Si débil jóven soy, me hacen valiente
Dos veces, ya el ser yo favorecido
De la preciosa causa de estos duelos
(Cuya deidad espero que me aliente),
Ya mis rabiosos celos;
Por lo que en esta parte
Tambien vengo yo á ser dos veces Marte.»
Dice; y como el novillo más lozano
En el cerrado soto, al dulce abrigo
De la amiga vacada,
Si ha sentido en el llano
A la novilla amada,
Y oyó bramar al toro, su enemigo
(Que más que su rival, su padre fuera)
Celoso rompe, con la rabia fiera,
La valla de las madres defensiva;
Deshace la maleza enmarañada,
Y cuanto halla derriba,
Hasta verse en la rústica estacada,
Donde igualar intenta su fortuna
Con la crecida su áun creciente luna.
Así el infeliz jóven, engañado
De la que califica valentia,
Y era sólo un colérico despecho,
Que encendieron los celos en su pecho,
Ociosa de las ninfas la porfía,
Por todas atropella,
Las ramas desenlaza, estorbos huella,
Y de sus nobles canes rodeado,
Se hurtó á los ojos de la tropa bella,
Que en vano con clamores áun procura
Los oiga el que ya vaga en la espesura.
Miéntras que con el cuerno resonante
El bello cazador el monte altera,
El sátiro, que era
Espía vil, con el aviso viene
A la insidiosa gruta de Pirene,
La que ya prevenia en vaso de oro
La confeccion (de la que no era ajeno,
Proprio sí; porque el oro más brillante,
Y no el barro, esconder suele un veneno);
Tomando, pues, la mágica bebida,
De las insignes yerbas extraida,
«Oh Marte (dice), salva la que adoro
Deidad tuya; tus celos ahora imploro.
En vano ahora fluctúas
En lo que ya mi ciencia vió preciso;
Estos sus hados son: no impedir oses
El que es ya alto decreto de los dioses;
Muera ya el hijo aleve
De Mirra; la ocasion es nuestra, bebe.»
Bebió por fin el dios, y de improviso
Sintió cubrirse de cerdosas púas,
Miéntras que el cuello hinchado,
Que por los juntos hombros le crecia,
Con la alta cerviz áspera se unia;
Sobre los cortos brazos derribado,
Fácil la tierra toca
Con la espumante prolongada boca,
Que rayos vibra de marfil agudo,
A los que encender pudo
El fuego que reparte
De sus ojos; y en fin, el que era Marte,
Cerdoso es ya animal, jabalí fiero,
En quien del dios guerrero
Quedaron solamente
Los frios celos y la ira ardiente.
Entre tanto las selvas discurria
Adónis, de furor y sustos lleno,
Los que no conocia;
Pues, por más que salírsele procura
El palpitante corazon del pecho,
A su falso valor autor ha hecho
De lo que el triste corazon le advierte,
Présago ya de la vecina muerte,
Cuando cual suele el improviso trueno
Estremecer la bárbara espesura
Del sublime Ceraunio, castigado
Del rayo, que sus altas rocas parte;
Tal vió por un collado
Venir precipitado al que era Marte,
Y ya es cerdosa fiera, que bufando,
Y tras sí desgajando
La débil jara y la robusta encina,
La selva estremeció circunvecina.
En tanto que él intrépido lo espera,
Sordo al corazon noble,
La espalda dando á un roble,
Y el arco prevenido,
El escuadron de perros, atrevido,
Ladrando cercan la mentida fiera,
Que, las cerdosas púas esgrimiendo

De la cerviz valiente,
Y fulminando el espumoso diente,
Derriba por el campo
A Arbolo y á Oribazo y á Melampo;
Por lo que, Agre, aprendido el escarmiento,
Léjos le insulta con ladrido ronco.
Adónis, la distancia regulada,
La flecha entregó al viento,
Que, por el viento errada,
Aspid de acero, se clavó en un tronco.
Ligero acude al dardo,
Que, asiendo mal la mano trepidante,
Deja caer al suelo,
Y al inclinarse á recobrarlo tardo,
Llega el fiero animal, y á golpe cierto,
En el siniestro lado descubierto
Escondió todo su marfil tajante.
¿Cuándo, si ahora no, se eluta el cielo?
El jóven moribundo,
Caido ya sobre la yerba verde,
Preciosa copia de corales pierde,
Y de la grande herida
A pedazos saliendo va la vida;
A cuyo tiempo llegan presurosas
Cuantas de la ribera
Aun le buscan náyades, conducidas
Del sátiro, que, astuto,
Refirió (y omitió que cómplice era)
De Pirene y del dios la hazaña fiera.
Mas no bien solemnizan, lastimosas,
El fiero golpe del cerdoso bruto,
Que áun iba atravesando la espesura,
Cuando por la region del aire pura
Precipitaban el luciente carro
Las blancas aves de la chipria diosa,
Que desde el Ericino, cuidadosa,
Tornaba á ver su cazador bizarro,
Y asaltada del mísero lamento,
Cierta, aunque no informada, de sus males,
Juzgando tardo lo veloz del viento,
Dejó al viento su carro de cristales,
Y se fió de su ligera planta,
De cuya blanda fugitiva nieve
Sacó entónces aguda espina aleve
La púrpura con que hoy arde la rosa;
Pero, sorda al dolor la amante diosa,
Aun más veloz corrió á mayor tormento.
Afligida Leucipe se adelanta,
Y más bien que á la voz, al sentimiento,
La causa, el caso, el agresor reduce,
Y al sangriento teatro la conduce.
Llega, y la turba mísera apartando,
A su Adónis encuentra palpitando;
Porque el hado guardaba en fiel retiro
Para Vénus el último suspiro;
Y así, en señal de que entregarle quiere
Aun el alma angustiada con que muere,
Tres veces se afirmó sobre sus brazos,
Y tres se derribó, y otra su anhelo
(Miéntras que Vénus lo contempla tierna)
Porfió á abrir los moribundos ojos,
Que no sufriendo ya la luz del cielo,
Aman su noche eterna,
Hasta que, rotos los vitales lazos
(Que para unirse más, se habian unido),
Huyendo salió el alma con gemido.
Vénus, furiosa entónces, castigando
Su blanco pecho, y á las flores dando
Los dorados despojos
De su inculto cabello,
Aun abrazada del difunto bello,
Así clamó: «Decidlo, Melpomene,
¿Para qué son los dioses inmortales,
Si la inmortalidad no los redime
De cuanto triste al mundo sobreviene?
Felices los humanos,
E infelices los dioses soberanos,
A cuya dura suerte
No pondrá dulce fin la amarga muerte.
Ya mi dolor eternamente gime,
¡Oh hados fementidos!
Ó al abrigo ponedme de los males,
Ó dad mortalidad á mis gemidos.
¿Cómo, mi dulce Adónis, ha cortado
Láquesis de tu vida el hilo de oro,
Apénas comenzado,
Si Vénus inmortal en tí vivia?
¡Ay, mi bien deseado
Al tiempo que perdido!
¿Cómo ha desparecido
En tus mejillas bellas
La dulce paz, que hacia
Con la azucena cándida la rosa?
¡Cómo los rayos de tus dos estrellas,
Con cuya luz hermosa
Brillaba la deidad del tercer cielo?
Púsose el sol. Oh ninfas, vuestro llanto
No deje el mio, para que haga junto
Un mar, para urna de mi sol difunto.
Vuestro dolor sea tanto,
Que para eternizar mi desconsuelo,
Por sacrificio de anuales ritos
Deis á mis aras los dolientes gritos.
¡Ah fiero Marte, indigno áun de este suelo!
Vilísimo desdoro
Del sacro néctar y el celeste coro.
Inmortal yo no sea,
Ó con su Adónis pague Citerea
El mísero tributo,
Si á ver volviere tu semblante bruto.
¡Oh bárbara Pirene! ¡oh Circe infame!
Si aborreces cruel, si amas perjura,
Mi poder desde hoy hará que vean
La hórrida amarillez de tu hermosura;
Porque, ultrajados los colores vivos,
Que amó Neptuno, sean
Desprecio áun á los faunos más lascivos,
Y no porque el color triste se crea
Que efecto de tus aguas se derrama,
Sino tambien porque tu rostro afea,
Diga desde hoy la fama
Que es ya dos veces *pálida* Pirene.
En vano nuestros bárbaros desvelos
Duracion usurparon á la triste
Causa de mi dolor y vuestros celos;
Porque, si es la mitad del alma mia
Adónis, que áun asiste
Dentro del pecho, donde yo le abrigo,
Vuestros celos y él viven conmigo;
Y para que tambien viva su gloria,
Su rojo humor haré yo tan fecundo,
Que produzca á los siglos su memoria.»
Dice; y sacando el néctar soberano,
Que en una ampolla de oro contenia,
Lo roció con rostro gemebundo
Sobre los que en la rústica esmeralda
Se congelaban líquidos rubíes.
La sangre, pues, al prodigioso arcano
Obedeciendo, empieza á levantarse,
Y en partes diferentes á empollarse,
Hasta hacerse de hojas carmesíes
La anémona que acaba áun cuando empieza,
Y que para adornar su verde falda
Eligió desde allí la primavera.
Entre tanto la tropa lastimera
De ninfas echa con piadosa mano
Copia de flores sobre el cuerpo frio,
De quien el alma huyó, no la belleza,
Que entre el palor venusto se ha quedado.
Despues á un valle umbrío,
De funestos cipreses coronado,
Lo condujeron, donde
Preciosa tumba de cristal lo esconde,
En la que este letrero
Llamó con voces de oro al pasajero:
«Yace aquí reposando
Aquel para quien Némesis reparte
De Vénus la piedad, la ira de Marte.
¡Oh tú, que vas cazando!
Adónis fué la luz de este horizonte;
Pues murió, el sol se puso, deja el monte.»

PRÓCRIS.

Cuanta me referiste horrenda historia,

Aun cuando, dulce, mi dolor divierte,
Con asombros fatiga mi memoria.

ANAXARTE.

No á mí los dioses de tu triste suerte
Me instruyen; pero el hijo de Cinaras
Buscó sus celos y encontró su muerte.
Si en la prolija historia bien reparas,
Teatro en ella tal te he describido,
Que hacen sangriento sus tragedias raras.
Y aunque la tempestad yo haya traido,
Mira, Prócris, si el rayo evitar puedes
Cuando ya el trueno lastimó tu oido.
Vestidas de escarmiento las paredes
De su templo, Diana áun te asegura
Que con amor no vuelvas á sus redes.
Tus celos no profanen su espesura,
Pues por las iras de su diosa fuerte,
No hay amor en las selvas con ventura.

PRÓCRIS.

Si Adónis, no sin miedo de la muerte,
Buscó sus celos, yo los busco ciega;
Que, como es ciego Amor, riesgos no advierte.
Mas, ¿cómo, cuando tu consejo ruega
Que yo evite el enojo de Diana,
A tí de Vénus el temor no llega?

ANAXARTE.

Yo nunca temo á una deidad liviana.

PRÓCRIS.

La que esquiva áun veneras, algun dia
Fué con Endimion diosa y humana.

ANAXARTE.

Siempre esta rigidez ha de ser mia.

PRÓCRIS.

Yo he de seguir mis celos inquiriendo.

ANAXARTE.

¿Áun porfia tu error?

PRÓCRIS.

¿Tu error porfia?

ANAXARTE.

Pero ¿no escuchas venatorio estruendo?

PRÓCRIS.

Una tigre fatigan juntamente
Céfalo é Ifis, hácia aquí corriendo.

ANAXARTE.

¡Qué confusion de perros y de gente!
Prócris, que no nos hallen procuremos.

PRÓCRIS.

Tu Barcino ladrando está impaciente.

ANAXARTE.

¿Y tu Pemena?

PRÓCRIS.

No los libertemos
Sino del tronco que los ha tenido,
Y cada una con el suyo huirémos.
Ya el mio desaté.

ANAXARTE.

Prócris ha huido,
Sin que el sabueso yo reducir pueda.
Ahora ha de descubrirme su ladrido.
To, Barcino... Partió el cordon de seda
Por junto á la manilla, y en mi mano,
Miéntras que él huye, su prision se queda.

IFIS.

Ya te tengo; no huirás mi amor insano;
Siga Céfalo allá su chipria fiera,
Y yo á mi fiera hircana.

ANAXARTE.

Será en vano.

IFIS.

¡Ah ninfa ingrata! Ya se huyó ligera,
Dejándome el cordon con que la asia;
Seguirla el pensamiento áun no pudiera.
¿Hasta dónde los hados mi porfía
Conducen? Si ha de ser hasta la muerte,
Muera yo, y morirá la pena mia.
Si en vano, oh Anaxarte, ya se vierte
Por mis ojos un mar nunca bastante
A contrastar escollo que es tan fuerte;
Si eres áun más dura que el diamante,
Que á la sangre se rinde, y tú no al llanto,
Sangre que exprime el corazon amante,
Duro fin acredite teson tanto,
Y cuando allá me tenga, horror añada
Tu crueldad al reino del espanto.
Este despojo, que tu mano airada
En la mia dejó, que, aunque suave,
Prenda es tuya, á rigores enseñada,
Será instrumento que mi vida acabe.
Recibe el un extremo, oh tronco firme,
Porque el otro reciba el cuerpo grave.
Ya puedo todo al aire permitirme;
Oh sol, que en los dos vives de Anaxarte,
De tres soles á un tiempo he de partirme.

CÉFALO.

Huyó la fiera, y de Diana el arte
Burlará, y al más rápido sabueso...
Peró ¿qué es lo que cimbra hácia esta parte?
¡Ah, selvas santas! ¡qué fatal suceso!
¡Ifis, con la garganta ya partida,
De un tronco pende miserable peso!
No dudo que Anaxarte es la homicida,
Si con la mano no, con los desdenes,
Que ya no pudo consentir su vida.
¡Oh hermosura! Cruel imperio tienes,
Pues ya vida, ya muerte al mundo seas,
Para estrago del mundo siempre vienes.
Ya la última obediencia, que deseas,
Dió á tu bárbaro imperio su destino.
¡Oh ninfa! vén, porque tus triunfos veas.
Pero ella aquí se acerca.

ANAXARTE.

Hácia aquí vino
El sabueso, si no me engaño.—¿Viste,
Oh Céfalo, en el monte á mi Barcino?

CÉFALO.

Lo que yo veo es ese estrago triste.

ANAXARTE.

¿Ifis murió por mí? Mis dichas creo.

CÉFALO.

De algun escollo sin piedad naciste.

ANAXARTE.

En Chipre he de cantar este trofeo.
¡Oh, si con él pendiera el Amor mismo,
Y cuantos no infamaron su deseo!

CÉFALO.

El horrendo espectáculo al abismo
Estremece, y el cielo, que nos mira,
Recela de su luz el parasismo.
¡Y tú insultas, cruel! Mas no suspira
Un pecho que es de hierro. ¡Oh! no devuelva
Sobre tí Vénus la sagrada ira.

ANAXARTE.

No es poderosa, no, y aunque resuelva
Mi muerte, yo sabré que...

CÉFALO.

¡Dioses santos!
Toda es prodigios la Amatunta selva.
¿Qué querrán anunciarme monstruos tantos?
O Némesis se irrita, ó la espesura
Produce de Tesalia los encantos.
Apénas la cruel ninfa procura
Finalizar la voz blasfema, cuando
Cesa la voz, la lengua es piedra dura.
La planta, que hácia mí movió, parando,
Jaspe quedó, los ojos ya no mueve;

El color del semblante va faltando:
De mármol es el pecho, ántes de nieve,
Y sin que envidie de Medusa el arte,
El númen vengador, en punto breve,
De risco la vistió por toda parte;
Aunque peñasco rígido quedando,
Piedra es ahora, y piedra fué Anaxarte;
Porque, el corazon duro derramando
Por toda ella el rígido veneno,
Fué todo lo demas petrificando.
Huiré de tanto horror, y al sitio ameno
Que está en el centro de la falda umbrosa,
De toda la espesura verde seno,
Iré á olvidar la caza fatigosa,
Si no tragedias tantas. Vénus bella,
Guárdame á Prócris, y serás mi diosa.

PRÓCRIS.

Desde este que eminente se descuella
A hermosa vista risco formidable,
Que, aunque difícil, superó mi huella,
Se me descubre toda la agradable
Campaña, pero ni á Anaxarte veo,
Ni á Céfalo, ni á Ifis miserable.
Quizá los dificulta á mi deseo
La verde confusion; mas ya igualmente
Las horas parte el luminar febeo.
El venatorio estruendo antecedente
Cedió al silencio ya, y áun la espesura
Arde, á pesar del aura, mudamente.
¡Ni un can que late! pero á la llanura
Céfalo baja por aquel repecho,
Y hácia el valle de Adónis se apresura,
Donde dicen le aguarda en blando lecho
Esa Laura que tantos ya le cuesta
Fieros cuidados á mi triste pecho.
Sin duda solicita la floresta;
Porque en ella la ninfa á sus desvelos
Previene alivios de la ardiente siesta.
¡Oh, lo que me persuaden mis recelos!
Yo desciendo. Piedad, diosa enemiga,
Porque voy á morir ó á ver mis celos.

CÉFALO.

Aquí do el agua clara y sombra amiga
El verde prado bañan de frescura,
Dejar quiero el calor y la fatiga.
Ya que no pueda la memoria dura
Del triste caso, que aunque fuese ajena,
Me aflige propia aquella desventura.
Junto á este arroyo que apacible suena,
Y fuente al pié de aquella palma nace,
De entre la rubia bulliciosa arena,
Bajo del arqueado opaco enlace
De verdes hiedras con los troncos rudos,
Fresco sitial á mi cuidado yace.
Reclinado sobre él, miéntras los nudos
De la red doy al ocio, y mis tres canes
Bajo la tosca breña anhelan mudos,
Descanso dulce tengan mis afanes,
Que hoy no poco los tuvo ejercitados
Desde la fuente de los Arrayanes
Aquella tigre que precipitados
Nos trajo por la selva peligrosa,
Los venatorios tráficos burlados;
Pero, por si ella ó otra alguna osa
Alterar mi quietud, aquí prevengo
El dardo inevitable de mi esposa.

PRÓCRIS.

Aquí segura la ocasion ya tengo.
¡Aun está solo! ¿Si mi agravio piensa?
O á morir ó á vivir de una vez vengo.
Este intrincado sitio me dispensa
Ver sin ser vista, pues al más agudo
Lince las ramas son muralla densa;
Mas porque el sobresalto áun no sacudo,
Dríade ser quisiera de esta palma,
O con ojos y oidos jaspe mudo.
Aun la respiracion le niego al alma,
Temiendo me descubra su aire leve.

CÉFALO.

Toda la selva yace en muda calma.
Sólo murmura esta disuelta nieve
De que las verdes lenguas de los troncos
El lisonjero céfiro no mueve.
Silencio dieron los peñascos broncos
A la alta selva, ni las dulces aves
Se solicitan con suspiros roncos.
Todo arde y calla, y callas tú, que sabes,
Oh Aura, que en medio del ardiente dia
Haces tú leves mis fatigas graves.
Vén, Aura mia, vén; vén, Aura mia;
Dulce hielo serás del pecho ardiente.
Vén, Aura mia, vén; vén, Aura mia.
Pero si rumor vano no me miente,
Las ramas se han movido, y al estruendo,
Un can y otro ladrando va impaciente.
La fiera es; al dardo me encomiendo;
Desde aquí se lo arrojo ántes que huya.
Logré el golpe.

PRÓCRIS

¡Ay de mí!

CÉFALO.

Mas ¿qué estoy viendo?

PRÓCRIS.

Que será sin estorbos Laura tuya
Cuando, más que á este dardo, al sentimiento
De mis celos, mi vida se concluya.

CÉFALO.

Sobre mí caiga todo el firmamento.
Yo al aura, al viento, que el calor templára,
Llamé.

PRÓCRIS.

¡Ay de mí! Pues ya fué ninfa el viento.
No me puede, oh Diana, ser más cara
Tu dádiva fatal, cuando la admiro,
De tanta sangre como vierto avara.
Céfalo, adios; porque difícil miro
El dia, para mí ya noche oscura.
Aura es tambien; recoge este suspiro.

CÉFALO.

Faltó ya de la tierra la hermosura,
Faltó mi bien, faltó de toda parte,
Llegó mi mal, llegó mi desventura.
¿Cómo al dolor el monte no se parte?
¿Si al ver mi llanto, áun con su amante impía,
De ser peñasco dejaria Anaxarte?
¿No era yo aquel que cándido aplaudia
Mis gustos como eternos? ¡Qué cercano
Vive el triste pesar de la alegría!
¡Oh coro de los dioses soberano!
¿Que hubo de morir mi bella esposa,
Y de su esposo á la sangrienta mano?
¡Oh antelacion del hado rigorosa!
¡Prevencion fué muy corta para esta
Tanta tragedia horrible y lastimosa!
¿Qué furias hoy por toda esta floresta
Sembrando han ido fúnebres horrores,
Si para el amor dulce fué dispuesta?
Pero si es selva, y selva con amores,
Ya que la evite, mísero, me advierte
Adónis, muerto entre sus bellas flores,
De Cenereo infeliz la amarga suerte,
Del triste Ifis la desgracia fiera,
Y de mi Prócris la sangrienta muerte.
No me castigues; huyo, diosa austera.
Huid, huid, mortales, la espesura;
Porque por ley (que áun Júpiter venera)
No hay amor en las selvas con ventura.

COMPOSICIONES VARIAS (1).

Epitafio á una perrita llamada *Armelinda*.

Bajo de este jazmin yace *Armelinda*,
Perrita toda blanca, toda linda,
Delicias de su ama,
Que áun hoy la llora; llórala su cama,
La llora el suelto ovillo,
Como el arrebujado papelillo
Con que jugaba; llórala el estrado,
Y hasta el pequeño can del firmamento,
De Erígone (2) olvidado,
Muestra su sentimiento;
Solamente la nieve se ha alegrado,
Pues si yace *Armelinda* en urna breve,
Ya no hay cosa más blanca que la nieve.

Epitafio al sepulcro de un perro dogo, muy especial, que se enterró en el patio de los Naranjos del colegio de Santiago de Granada.

Aquí yace *Arrogante*,
Dogo hermoso; vivió para él bastante,
Poco para su dueño, cuyo anhelo
Lugar le diera con el can del cielo.
Sirvió siempre leal, y en ocasiones
Ahuyentó de su casa los ladrones;
Sólo su dueño, oh triste, noche y dia
Fué su solaz y fué su compañía.
Si sirves, caminante,
Mucho que aprender llevas de *Arrogante*.

Lloráras cuando supieras
Que dentro de un mes morias;
Y ¡es posible que te rias,
Y quizás mañana mueras!

Fábula de Alfeo y Aretusa (3).

Canto el amor del despreciado Alfeo,
Cuyas quejas dulcísimas, dolientes,
Por las amargas ondas de Nereo
Aun oyen de Aretusa las corrientes.
Pues tú, délfico dios, otro deseo
Siguiendo vas con círculos lucientes,
Haz que en estas mis cláusulas sonoras
Yo me corone del desden que lloras.
Tú, de Arellano honor, Mecénas mio,
Que aman las Musas y prohija Astrea,
Que el caudaloso Bétis, patrio rio,
Lleno de lustres saludar desea;
Este mi ocio escucha, si es que fio
Lo grave dividir de tu tarea;
Logre yo tus favores entre tanto
Que los desdenes de Aretusa canto.
Del dios rey de las aguas hija era
Ninfa de Acaya, á quien la esquiva diosa,
Cuando desde el Eurota va á su esfera,
Deja el dominio de la selva umbrosa,
Que en la tropa de Oréades ligera,
Siendo la más gentil, la más hermosa,
Aun ausente de Febo la alta hermana,
No desean las selvas á Diana.
No ilustró del Taigeto la escabrosa
Cumbre ninfa más bella, pues la frente
En cada estrella vence luminosa
Los ojos, que abre el cielo transparente;
De cuanto en sus mejillas mezcla hermosa
Hizo con el jazmin, clavel ardiente,
Queda uno, que en dos hojas se señala,
Que encierra perlas, y ámbares exhala.
Bajando al pecho de su blanco cuello,
Mucha nieve en dos partes dividia,
Sobre cuyo candor suelto el cabello,
Las hebras de oro el viento confundia;
Así inunda de rayos el sol bello,
Nevado escollo al despuntar del dia;
De sus manos, en fin, son los albores
Incendios de cristal, hielos de ardores.
Esta, de Vénus inmortal desdoro,
Dejándole á la espalda el peso leve
Del cbúrneo carcaj y flechas de oro,
Estas ajusta al arco, que las mueve;
Penetra el bosque, y el errante coro
Cede al aplauso que á Aretusa debe,
Porque usurpa á las glorias de Atalanta,
Lo cierto el tiro, lo veloz la planta.
Igualmente partiendo su carrera,
El sol las blancas horas encendia,
Cuando Aretusa, que corrió ligera
Los arduos montes y la selva umbría,
Fatigada desciende á la ribera,
Y en su encendida nieve permitia
Que en más bello cenit, con más auroras,
El sol hiciese las ardientes horas.
Por laberinto de álamos frondoso,
De verdes sauces por estancia amena,
Profundo un rio corre silencioso,
O se desliza con quietud serena;
De éste un remanso advierte delicioso,
Que no le esconde la menuda arena,
Pues contaba en sus senos transparentes
Uno á uno sus cálculos lucientes.
La calurosa ninfa, que procura
Término á sus afanes deseado,
Solícita registra la espesura,
Por si alguno la advierte Acteon osado;
La soledad el sitio le asegura,
Y habiendo sus despojos confiado
De un sauce, dió al cristal el blanco bulto,
Donde quedó cubierto, mas no oculto.
En el claro remanso, no lasciva,
O se abate, ó se eleva, ó se recrea,
Pareciendo en la espuma fugitiva,
Segunda de las ondas Citerea;
Sus brazos (blancos remos, en que estriba)
Cortan las aguas; y si lisonjea
El viento de sus hébras el tesoro,
Bajel es de marfil, con velas de oro.
En hondas grutas de cristal luciente
El dios Alfeo, entónces sosegado,
Oye turbar sus aguas, y la frente
Alzó, de verdes cañas coronado;
Mira la blanca ninfa, mira, y siente
Dulces incendios en su pecho helado;
Y suspensos sus rápidos cristales,
Así siente su amor, así sus males:
«Si piensas, ninfa bella, que no dura
Un instantáneo amor, y excusas fiera
El bien que me promete esta ventura,
Para crecer, amor tiempos no espera.
Si el ver y el adorar una hermosura
Son dos cosas, ninguna es la primera;
Yo te vi, yo te amé, y otros amantes
No te adoraron más, te amaron ántes.
»Calurosa y cansada, tus fatigas
Recibieron benignas mis arenas;
Dulcemente en mis aguas ya mitigas
El calor y el cansancio, y no mis penas;
Ya que en mi propia urna tú me obligas
A beber el veneno que en mis venas
Arde, recíprocamos los favores;
Mitiguen tus cristales mis ardores.
»Dueño soy (si soy tuyo ¡qué fortuna!)
De cuanto engendra la ribera amena;

(1) Estas composiciones, así como *El Adónis*, se imprimen ahora por primera vez. Algunas de ellas están copiadas de un códice de la escogida librería del señor Marqués de Pidal; las más, de los autógrafos del mismo Porcel, que forman parte de las actas de la Academia del Buen Gusto. (*Nota del Colector.*)

(2) Hija de Icaro. Descubrió la muerte de su padre por medio de una perra, que no cesaba de aullar sobre la sepultura de Icaro. (*Nota del Colector.*)

(3) Dedicó Porcel esta composicion al señor don Francisco Ramirez de Arellano, alcalde del crimen en la real audiencia de Barcelona. (*Nota del Colector.*)

Mil arroyuelos desde su alta cuna
Bajan su plata á mi dorada arena;
Contémplase en mí el sol, la errante luna
Aun no se mueve en mi quietud serena;
Mas ¿para qué numero bienes tales,
Si ya sólo soy dueño de mis males?»
Dice; y lascivo apénas se adelanta,
Cuando ella de sus ondas se le exime
Intrépida, fiando á veloz planta
Nobles defensas, que el amante gime;
Mas, como aunque á Aretusa en fuga tanta
Alas preste el desden, nunca reprime
Sus esfuerzos amor, que es dios alado,
Vuela ella esquiva, y él enamorado.
«Aguarda, espera (dice): oh ninfa, tente;
¡Oh, si el amor un muro te opusiera!
Teme de áspid dormido el mortal diente,
Cuando no el pomo de oro en tu carrera;
Mas ¡ay de mí! que ni el metal luciente,
Ni el veneno mortal te suspendiera;
Pues no detuvo ya tu pié divino
Mi pena más mortal, mi amor más fino.»
Sorda Aretusa, y más veloz que el viento,
Huye, y el dios, que en vano ya la nombra,
Tanto se adelantó en su seguimiento,
Que una vez abrazó la amada sombra;
Del fatigado pecho el recio aliento
El tierno oido de la ninfa asombra;
Y como el dios acuoso la seguia,
Creyó que húmedo el austro la impelia.
Así afligida con el riesgo instante
La casta compañera de Diana,
Contra el esfuerzo del insano amante,
A su deidad apela soberana.
«Oh diosa (dice), si guardé constante
Tus santas leyes, y si aplausos gana
Tu decoro, defiende de este impio
Mi honor por tuyo, cuando no por mio.»
La diosa, conmovida al justo lloro,
De opaca y densa niebla rodeada,
La oculta, y luégo la madeja de oro
Corre en hilos de plata liquidada;
No de coral, de aljófar es tesoro
La sangre de las venas desatada,
Y al deshacerse en los cristales puros,
Bullen la blanda carne y huesos duros.
Entre tanto, cual dando vueltas ciento,
En alta noche el can infiel dormido,
A espacioso redil el lobo hambriento
Aulla, y crece el mísero balido;
Tal gira en tornos, firme aún en su intento,
La opuesta nube el dios; y más rendido,
Por si su ingrata bella áun no se excusa,
«¡Oh mi Aretusa, clama, oh mi Aretusa!»
Desató el viento, en fin, la niebla fria,
Dejando descubierto al triste Alfeo,
Fuente ya, á aquella por quien su porfía
Torpes delicias prometió al deseo.
Vuelve á sus aguas, nunca á su alegría;
Aunque, por corto de su dicha empleo,
Le conceden que junte su corriente
De su amada Aretusa con la fuente.

Acteon y Diana (1).

Aquella que nos informa,
Que aunque tres formas vistió,
No querrá un hombre, y que no
Será de ninguna forma;
Pues si bien Pluton de un cuerno
La llevó por su querida,
De estos casados la vida
Vino á ser luégo un infierno;
Con quien de amoroso empeño
No hay quien acordarse cuente,
Y áun Endimion solamente
Se acuerda como por sueño;
Hija de Jove (un borracho)
Y Latona, que parió una
Muchacha como una luna,
Y como un sol un muchacho.
Fatigada ésta del uso
De las flechas un verano,
Pues siendo menor su hermano,
A abochornarla se puso;
Viendo entre unas espesuras
Que un mudo remanso habia,
Tan claro, que le decia
A cualquiera dos frescuras,
Dijo: «En bañarme convengo,
Ninfas, presto, á desnudarme;
Que, aunque casta, he de limpiarme,
Pues soy leona y manchas tengo.»
Desnudas todas, se fragua
El baño, y aunque temian
Si desnudas las verian,
Echaron el pecho al agua.
Y cuando en las aguas mudas
Las faltas que desmentian
Vestidas, las descubrian
Como verdades desnudas,
Acteon, hijo de Aristeo
Y Autonoe, llegó cazando
A la fuente, adivinando
Que allí habria un buen ojeo.
Aquí fué la fiesta brava,
Aquí el chillar, y agua echarle;
Pero el gato, al zapearle,
A la carne se acercaba.
«Vanos son esos trabajos,
Ninfas (dice); no grileis,
Ni vuestros tiples me alceis;
Que yo busco vuestros bajos.
»Mi brazo es de todas mangas,
Por feas no os aflijais;
Que yo, porque lo sepais,
Tambien suelo cazar gangas.
»Porque vea, no hayas pena,
Diana tus cuartos menguantes;
Que mis cuartos son bastantes
Para hacerte luna llena.
»Que seas casta no contrasta
Lo que á tu honor es debido,
Porque lo que yo te pido
Cosa es que te deja casta.»
Diana con ojos severos
Dice: «No te gloriarás,
Pues si en carnes visto me has,
Yo haré te vean en cueros.
»Y pues de verme los yerros
Te tengo de castigar,
Eso que me quieres dar,
Guárdalo para los perros.»
Dijo, y cornudo venado
Lo hizo; pero, si hacer pudo
La que dió en casta un cornudo,
¿Qué no hará la que no ha dado?
Huyendo, pues, por los cerros
Sus perros, que lo encontraron,
Fieles lo despedazaron,
Con que murió dado á perros
Para cofres recogieron
El cuero, y á la cabeza
Enterrada, esta simpleza
O esta discrecion pusieron:

«Hombres bobos, que al ver una hermosura,
Le entregais las potencias y sentidos,
Y áun poseeis las dichas, entendidos
Estad en que la dicha no es segura.
»Acteon escarmientos os procura;
Que á una casta deidad (si ennoblecidos
Deben los riesgos ser apetecidos)
Dió un sentido, y ya llora su locura.
»Sólo en la vista tuvo su delicia,
Y se vió, cual lo ves, muerto, deshecho,
Bruto y con astas; pero no lo dudo,

(1) Esta fábula burlesca, en verdad harto desaforada en su estilo, fué compuesta en las mocedades de Porcél, cuando áun llevaba éste en la Academia del Trípode el primer nombre que usó en ella, esto es, el de *El Caballero de la Floresta*. (*Nota del Colector.*)

»Pues cualquiera mujer que se codicia
(Sea la mejor), lo deja á un hombre hecho
Un pobre, un bruto, y lo peor, cornudo.»

SONETOS.

I.

Enviando unos dulces á una dama, que no gustaba de otros versos que los de Garcilaso, en ocasion de hallarse indispuesta (1).

Cerca del Dauro, en soledad amena,
Con tu memoria, oh Julia, divertia
Los males de mi triste fantasía,
De cuyo bien la ausencia me enajena;
Cuando por nuevo susto, nueva pena...
Ya no quiero más *culto*, Julia mia:
Digo en pluma corriente; que ayer dia
Me dijeron que no quedabas buena:
Que era el mal, resfriado, y yo en tal caso
Almendras, te receto, confitadas:
Prendas son de mi afecto en nada escaso,
Y con motivo de tu mal buscadas;
Cómetelas, y di, con Garcilaso:
¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!

II.

Al ilustrísimo señor don Pedro de Salazar, obispo de Córdoba, en ocasion de haber ordenado de presbíteros á unos eclesiásticos granadinos.

Constitues principes super omnem terram memores erunt nominis tui. (Psal. XLIV.)

A tí, oh príncipe, áureo candelero,
Que esplendores derrama indeficientes
Por el cordobes templo, reverentes
Dirige afectos corazon sincero.
De tu altamente señalado esmero
Las gratitudes guardarán presentes,
Hijos de aquella que entre muchas gentes
Sus rojos granos coronó primero (2);
Pues si tu mano los eleva á honores
Sobre la tierra, hallando en su alta gloria
De príncipes sagrados el renombre;
Dignamente previene á tus favores
El corazon afectos, la memoria
Veneracion eterna de tu nombre.

III.

En la muerte y sepulcro del doctor don Blas Antonio Nasarre y Ferriz, del consejo de su majestad, etc.

Yace aquí varon inclito; aquí empaña
Negro horror una pluma brilladora,
Aquí el ejemplo singular mejora
La virtud, que las ciencias acompaña.
Su alma aquella de esplendores baña;
Miéntras á la urna que éstas atesora,
Llora la amistad fiel, el honor llora,
Lloran las musas de la grande España;
Llora aún la envidia, pero llora en cuanto
Falta en su ilustre vida el mortal cebo,
Que ejercitó sus venenosos dientes;
Pero convierta ya su crüel llanto
En más feroz rugido; porque Febo
Su fama envia á las postreras gentes.

IV.

A la memorable hazaña de Alonso Perez de Guzman el Bueno, en el sitio de Tarifa.

Del fuerte rey el desleal hermano,
Más por traicion que por valor seguro,
Confie áun más que en el ariete duro,
En la vil saña, en el enojo insano.
Prevenga, pues, el bárbaro africano
Ultimo asalto al vacilante muro,
Y del metal del sol hijo más puro
La adusta frente coronarse ufano;
Que de tanta traicion, invasion tanta,
Oh Alfonso, triunfarás, cuando triunfares
De un amor paternal: ¡oh alta victoria!
En vano Ausonia su Torcuato canta;
Que harán tu hazaña, viéndola ambos mares,
En ambos mundos inmortal tu gloria.

V.

En el elogio del padre fray Bartolomé Rubio, religioso franciscano, que murió con fama de santidad, cuya vida compendió en el panegírico que le predicó el reverendísimo padre lector jubilado Mora, con la alegoría de piedras preciosas por virtudes.

Este que, dulce Tulio, ha desatado
Tesoro de elocuencia prodigiosa,
Preciosísimas piedras á tu ansiosa
Noble solicitud ha derramado.
Desenvolverá en ellas tu cuidado
Virtudes que en la noche tenebrosa
De nuestro mundo hicieron luminosa
El alma pía de varon sagrado.
Luce entre todas, como la más bella,
La caridad, rubí ardiente en cuanto
Rayos imita enardecida estrella.
Dejó cuanto fué suyo el varon santo;
Poco es, él mismo se entregó por ella.
Oh tú, que aquí la encuentras, da otro tanto.

VI.

La bella Anarda conducida era
Sobre un torpe cuadrúpedo, ¿no explico
Lo que era así? Pues era en un borrico;
Yo no quiero ser culto; ¿hay tal quimera?
Llegaba, pues, mi bestia á la ribera
De Aguas-Blancas, y dando de hocico,
Derribó la deidad, y por tantico
No se *aretusa* aunque su *Feo* muera.
Su cuyo acudió luégo, recibiendo
Al desmayado sol; mucho intentaron
Las mañas del burrillo porta-coles:
Pues si cuatro caballos, despidiendo
De sí un sol solo, al mundo lo abrasaron,
¿Qué no abrasára un burro con dos soles?

VII.

A Cristo crucificado (3).

El demonio, feísimo	*Arestruz,*
Puso al hombre más negro que la	*Pez,*
Y por cosa que no importa una	*Nuez,*
Perdió, Señor, tu soberana	*Luz.*
Pero siendo tu amor el	*Areaduz,*
Descendiste del cielo, y nuestra	*Hez*
Purificaste, cuando de una	*Vez*
Agua y sangre nos diste en esa	*Cruz.*
Blanca el hombre vistió	*Sobrepelliz,*
Y en el alma sonó perpétua	*Paz*
La que es del Padre Eterno eterna	*Voz.*
Pues tu muerte, Señor, me hizo	*Feliz,*
Para que yo con muerte viva,	*Haz*
Muera mi culpa en penitencia	*Atroz.*

VIII.

La nunca bastantemente celebrada musa de mi señora la Marquesa de Castrillo habia empezado un poema heroico, cuya materia eran las glorias de Salamanca, su patria, y ántes de concluirlo murió.

(Soneto, con alusion á la fábula de Orfeo y Eurídice.)

Canta en buen hora, afrenta castellana,
Del tracio Orfeo la patricia historia,

(1) Esta composicion y las siguientes fueron leidas en la Academia del Buen Gusto. (*Nota del Colector.*)
(2) Alusion alambicada á Granada.
(3) Este soneto con piés forzados fué compuesto en la Academia del Buen Gusto. (*Nota del Colector.*)

Y del oscuro tiempo la memoria,
A tu voz resucite la edad cana.
Canta, y venza tu lira soberana
Cuanta niebla Letea su alta gloria
Ofuscó por caduca y transitoria,
O mordió el diente de la envidia insana.
El reino del olvido, penetrado
De tu estudio, obediente á tu armonía,
La patria á esplendor nuevo restituye.
Mas cuando á mirar vuelves lo pasado,
Antes que salga á ver el claro dia,
Con tu luz, todo en triste sombra huye.

IX.

En elogio del sermon de honras al ilustrísimo y reverendísimo señor don Pedro de Castro Vaca y Quiñones, presidente que fué de la chancillería de Granada, arzobispo despues de esta ciudad, últimamente de Sevilla, y fundador de la iglesia colegial del Sacro Monte, etc., predicado por el reverendísimo padre Nicolas Calderon, de la Compañía de Jesus, etc. La idea del sermon fué; *Pedro, tres veces piedra.*

De mi insigne varon el alma pía,
Recta vara, cayado diligente,
Dificulté elogiase dignamente
Quien tanta mereció noble osadía.
Licurgo, el Dauro un tiempo lo temia,
Pastor despues, lo ama reverente,
Y áun el Bétis alzó la algosa frente
Al eco tierno que le oyó algun dia.
De ancianos siglos prendas sacrosantas
Monumento le deben generoso,
Siendo él la *Piedra* en quien hoy persevera.
Mas lo *Máximo* halló de glorias tantas
Quien, siendo Pedro *Máximo*, ingenioso
Pedro *tres veces grande* lo pondera.

X.

Epitafio de Felipe V.

En este esplendor, no de egipcio vano,
Régio túmulo sí, santo reposo,
El monarca se esconde más glorioso
Que triunfó del inglés, postró al germano.
De los Filipos del imperio hispano
Fué el quinto, y el primero en lo animoso;
Que el cetro, áun más que á su natal dichoso,
Debió al cielo, á su espada y á su mano.
Premió virtudes, castigó maldades,
De su fe y su justicia el celo santo;
Fué dechado de honor y de heroismo.
Murió para vivir en las edades.
¡No habrá en el orbe rey que sea tanto!
Pero todos vendrán á ser lo mismo.

A nuestros católicos reyes don Fernando el Sexto y doña María Bárbara felicita, en su exaltacion al trono de las Españas, un su ignorado pero leal vasallo, en esta afectuosa

CANCION HEROICA.

Cuanto la negra noche triste llora,
En procelosas lluvias desatada,
Las cenizas del padre de Faetonte;
Tanto al aparecerse coronada
De rosa y de jazmin la blanca aurora,
Se dilata sereno el horizonte,
Se rie el valle y regocija el monte.
¡Oh cisnes elocuentes!
¡Oh del más grande rey súbditas gentes!
Ya al sepultado sol digno tributo
De lágrimas rendisteis, bien que el llanto
Consumir no pudiera dolor tanto;
Ahora bañad el aire de armonía,
Los pechos desatad en alegría;
Que ya, á pesar del tenebroso luto,
Vuelve, de luz su esfera coronando,
Bárbara, aurora, con su sol, Fernando.
Soberbio el cortesano Manzanares,
No ya pobre, que al justo llanto pío,
Porque el Marte español voló á su esfera,
Dejó de ser arroyo y creció á rio;
Imponer piensa leyes á ambos mares,
Y márgenes pidiendo á su ribera,
Aquelóo segundo, brama fiera;
Brama, y para que rompa
Más dulcemente el aire, muda en trompa
El cuerno de cristal, con el que intenta
Cantar un tiempo las futuras glorias,
Que alma eterna han de ser de las historias;
Y en tanto, á su deseo iluminados
Los tenebrosos senos de los hados,
A la sagrada llama con que alienta
Febo su heroica trompa cristalina,
Así, oh gran rey, tus glorias vaticina:
«Levanta, España, la orgullosa frente,
Y en cada afecto préstame un oido;
Escúchame aclamar tu rey Fernando,
Tu rey *Fernando el Sexto* esclarecido,
Que el renombre juicioso de *Prudente*
Para sí, entre otros muchos, reservando,
Irá de los Fernandos renovando
Lo *grande* del primero,
La *santidad* heroica del tercero,
Del quinto lo *católico*, y de todos
Sus regios, sus gloriosos ascendientes,
Cuanto ilustres los hizo entre las gentes,
Logrando que á las luces de su historia
Lisonja vuelva á ser de la memoria
El esplendor antiguo de los godos,
Y que del sol en el afan diurno
El siglo se repita de Saturno.
»La hermosa frente, de laurel ceñida,
Y el cetro de oro ve en la blanca mano
De Bárbara, tu reina, astro luciente
Del firmamento augusto lusitano.
Esta, al real consorte parecida,
Es la que ha de aumentar gloriosamente
La piedad, el valor, el celo ardiente,
Ya de su Lusitana,
Ya de la Isabel nuestra castellana.
Bárbara, pues, y bárbara en la parte
Del nombre, es, por lo afable de sus hechos,
Idolo y culto de españoles pechos;
Si ya no sea que el afecto mismo
Discretamente suene á barbarismo
Cuando la adore de futuro Marte
Fecunda (si es que Febo no me engaña),
Juno del grande Júpiter de España.
¿Me engaño, ó del olimpo bajar veo,
Atropellando nubes de oro y nieve,
Seis blancos brutos, conduciendo ufanos,
En carro que del sol los rayos bebe,
La paz y la justicia, que al deseo
Feliz de nuestros reyes soberanos
Se abrazan dulces y se dan las manos?
Volando se adelanta
La sincera verdad, la virtud santa,
La felicidad sigue prometiendo
Quedarse con nosotros, y entre tanto
La traicion, la lisonja, el triste llanto,
Los pálidos cuidados y la guerra,
Que hizo en sangre y furor arder la tierra,
Al negro abismo de su luz huyendo
Precipitados, las espaldas vuelven,
Y como al sol las nieblas, se resuelven.
»Ahora sí que de Marte las violencias
Cerrado el templo, esconderá, de Jano,
Y abierto el de Minerva, en sus altares
Merecidos (y alguna vez en vano)
Exaltadas serán artes y ciencias;
Dando ya al viento velas por talares,
Mercurio fiel frecuentará los mares;
Ahora por otras lides
Coronarán los pámpanos á Alcides;
Y sin que el miedo, herido el parche, acuerde,
Cantará, miéntras pace su ganado,
El pastor á la sombra descuidado;
Hecho aguijon el hierro de la espada,
Contento el labrador verá dorada
De sus espigas la esperanza verde,
Y entre tanto en el yelmo enmohecido
Castas palomas compondrán su nido,

»Tanta, pues, en los dias de Fernando
Abundancia de paz y de justicia
Nacerá á sus vasallos oportuna;
Esta esperada paz será propicia,
Hasta que del gran padre suscitando
El ánimo, la espada y la fortuna,
Del sólio haga caer la media luna,
Cuando el leon glorioso,
El águila y el gallo generoso
Con fe se junten, con afecto puro,
Y sus armas católicas triunfantes
Cubran el mar de bárbaros turbantes.
Tu, oh Rey, á quien el cielo guarda tanto,
De Cristo librarás el mármol santo;
A tí te espera de Sion el muro,
Y el sagrado Jordan, que, expulso el moro,
La sed te templará en celada de oro.
»Oigame el cielo, oh gran monarca mio,
Y en tanto que mi anuncio no me engaña,
En feliz hora ocupa con tu esposa
El trono real de la invencible España.
Reinad; que en el menor vasallo fio
Que el corazon, cuando los ojos no osa,
Os envie con ánsia generosa;
Reinad, y tarde ó nunca
De Atropos corte la cuchilla adunca
De vuestras vidas el dorado hilo,
Porque goceis con prole dilatada
Larga paz, feliz cetro, invicta espada.»
Dijo el undoso dios, y el grave acento
Oyó el Ebro, y volvióla á dar al viento,
Hasta que lo escuchó el bárbaro Nilo,
Que iritado, arrojó contra las rocas
Rabiosa espuma por sus siete bocas.

Cancion, mucho presumes si procuras
A los siglos hurtar cosas futuras;
Di sólo que en el ínclito Fernando
La España logra un príncipe valiente,
Religioso, magnánimo y *Prudente*.

A la hermosura, pudor, susto y libertad de Andrómeda, expuesta al monstruo marino.

CANCION.

A un alto escollo rudo,
Del enojado mar eterna injuria,
Opuesta siempre á su encrespada furia,
Con uno y otro rigoroso nudo,
A la hija de Cefeo ligar pudo
La bárbara sentencia
De decretos fatales,
Que en el tribunal ciego de los males
Promulgó de sus hados la inclemencia,
Por exponerla así á la ardiente saña
Del que ya le previene muerte fiera
En la cerúlea líquida campaña,
Crüel monstruo marino,
Horror de la ribera,
Sin culpa que ocasione su destino;
Que para tanto mal, tanta fatiga,
Le basta una deidad por enemiga.
Al viento se esparcia
El rico ofir de su cabello undoso,
Juzgándose él entónces más dichoso;
Pues, como toda Andrómeda gemia
La una y otra prision que la oprimia,
El que solo quedaba,
Libre de estas crueldades,
Parece que ostentaba libertades;
Si ya, tal vez piadoso, no intentaba
Lo que, á ser libres las ligadas manos,
Procuráran, cubriendo el rostro bello;
De este modo á los cultos soberanos
De su honestidad pudo
Atender su cabello,
Pues el santo pudor, al ver desnudo
Su blanco bulto hermoso, bien quisiera
Que el escollo se abriese y la escondiera.
Aunque en el riesgo instante,
Del susto con los pálidos desmayos,
Las mejillas ajar debian sus mayos,
Al ver expuesto su recato amante,
Con el carmin cubrieron purpurante,
Vergonzosas, su nieve.
Largo el llanto corria
De sus ojos, que en perlas lo volvia
El nácar, concibiendo en concha breve
El copioso rocío de su cielo,
A tiempo que obsequioso el mar besaba
(Repitiendo en cada ola su desvelo)
Su presa planta bella,
Y áun deidad la adoraba
De sus aguas, si Tétis no, que al vella,
«Si es tan infeliz (dijo) como hermosa,
Poco es la muerte para no ser diosa.
»¿Por qué, oh tú, soberano
Rey de los dioses (tierna su voz dice),
Quieres que sea yo tan infelice?
¿Es la inocencia ya título vano?
Si de rigor armó tu excelsa mano
Mi madre Casiopea,
Vana con su hermosura,
Desprecien las Nereidas por locura
Lo que sólo dictó la altiva idea
De necia presuncion, y no envidiosas,
Infamemente ultrajen el decoro
De deidades, si no es que más hermosas,
Las haga una venganza,
Hija de un vil desdoro,
Y si suya la culpa, no la alcanza
La muerte, ya confiesan que es más bella,
Porque sea yo infeliz, y deidad ella.
»¿Que las iras dominen
Los ánimos celestes? ¿Que sea digno
En los dioses lo mismo que hace indigno
En los mortales que al rencor se inclinen?
Mas ¿qué me quejo? Contra mí fulminen
Y decreten ruïnas;
Dejaré de esa suerte
Lastimosa mi fama con mi muerte,
Y ellas, degenerando de divinas,
La suya dejarán ignominiosa,
Y de su impiedad odios inmortales.
Y pues de una deidad la accion gloriosa,
Que divina la arguye,
No propia de mortales
Y humanos, sér no humano constituye,
Deidades serán ellas, mas tan vanas,
Que sólo en la crueldad serán no humanas.»
Entre estas lastimosas,
Bien justas quejas, ya del monstruo horrendo
Prevenia en las aguas el estruendo
Terror á aquellas playas arenosas,
Cuando, ladron el susto, á las hermosas
Mejillas purpuradas
Robó cuanta riqueza
El pasado rubor dió á su belleza.
Huye á lo extremo por las no ignoradas
Sendas la sangre helada, y de su ayuda
El noble corazon destituido,
Su regulado movimiento muda,
Y la quietud altera;
Mas á su rey querido
La parte superior dió la primera
El socorro, y la ninfa quedó en breve
Inmóvil roca de cristal ó nieve.
Pero, aunque te publique
Humana, sin dejar de ser divina,
Oh Andrómeda, el temor que te domina,
Aunque en el feroz monstruo signifique
Alta envidia su saña, y multiplique
Contra tí su porfía,
Mano hay que lo escarmienta
Y que de lo mortal te deja exenta;
Castigada la bárbara osadía
Por fuerte jóven, que en el bruto alado,
Del triunfo de Medusa hijo valiente,
Victorioso se aclama, y su cuidado
De cuantas manchó espumas
El negro humor caliente
Del monstruo, hará nacer otro con plumas,
Parto noble á ser fama, que felice,
Por inmortal deidad te solemnice.

DIÁLOGO.

PEDRO, POETA.

POETA.

Si Pedro, en amar diestro,
Ignora á su Maestro,
De amante no se alabe;
Que el que lo que ama ignora, amar no sabe.

PEDRO.

Cuando en desconocerlo tuve empeño,
Entónces mejor supe amar mi dueño;
Porque sabio en amar siempre se llama
El que sabe guardar aquello que ama;
Yo lo negué, mas lo guardé, si pude,
Negándolo, librarme de la muerte.

POETA.

De qué suerte no entiendo.

PEDRO.

De esta suerte.
Por el amor en mí Jesus vivia;
Si me confieso suyo, no se dude
Que yo tambien moria;
Muriendo yo, dos muertes padeciera;
La de cruz y la mia, que sintiera;
Negándolo yo, vivo y me reservo;
Y así, aunque en el Calvario á morir viene,
Queda vivo en la parte que en mí tiene;
Luego, cuando lo niego, lo conservo
En la parte que puedo; esto es amarlo,
¿Qué tienes que dudarlo?
Si Pedro, por guardarlo, á Jesus niega,
Y por amarlo, que lo guarda alega,
Cuando en desconocerlo tiene empeño,
Entónces mejor sabe amar su dueño.

Carta al señor de Gor, conde de Torrepalma, retirado de la córte al lugar de Ciempozuelos, á divertir el quebranto por la pérdida de un hijo que amaba tiernamente (1).

Conde mio, ya no puedo
Sufrir ausencia tan larga;
Si es por probar mi cariño,
Ya está de prueba y de marca.
¿Los ocho dias son éstos?
O tenemos lo de márras;
Diómela por quince dias,
Tomála por tres semanas.
Mas, como contigo cuanto
Te es preciosísimo guardas
En mujer, hija y sobrino,
¿Qué Porcél ni qué alcaparra?
Consolárame el saber
Que tu musa conquistaba
(Como suele) el laurel sacro,
Que se enreda con tu *Palma*.
Pero áun no habrán los judíos
Tocado de Ethan la playa (2).
¡No sé por qué! pues tu musa
No se ahoga áun en más agua.
Y sí sé: tu flojería,
Que de la mia es hermana;
Y luégo riñes que duermo,
Y yo pregunto, ¿y tú pajas?
Dormirás muy lindamente,
Y á las diez de la mañana
Cuando más, con tus papeles.
Por juego, tomarás tabla.
La tarde la hará el paseo,
La noche buena, y no larga
La malilla, y me diréis
Que no la habeis hecho mala!
Pero la comida olvido;
Como con poeta hablaba,
Pensé que siendo lo ménos,
Era por demas nombrarla.
Mas tu mesa es más y más
Abundante, culta y franca;
Eres poeta, y tal poeta!
¡Oh, qué fueras si ayunáras!
Por acá muy lindamente
Se hace, y áun con ventaja
En lo caliente, sin moscas,
Y con más luz meridiana.
Se duerme ni más ni ménos,
Porque yo tengo esta gracia
Desde niño, y cuando duermo,
No me hablo ni con el Papa.
Pero, si tu huésped soy,
¿Qué quieres, señor, que haga?
Dar de mano á los cuidados,
Y de cabeza en la almohada.
¿Qué importa, pues, que mis pleitos
Me los metan á baraja,
Que la capilla del Rey
Del manteo no me asga;
Que la cámara no quiera
Purgar para mí una capa
De coro, ni que el Infante
Mande darme una sotana?
Tenga en tu casa un rincon,
Ocios, libros, mesa y cama;
Muérase el mundo, y que viva
Mi Conde de Torrepalma.
Tú mi Mecénas, mi *Comes Micenas* eres, y *Espartha*,
Y eres el *Deus nobis hæc Otia fecit*, si aquí encaja.
Mas, oh, que en vano porfio
En adobarte las chanzas,
Tú sin gusto para oirlas,
Yo sin genio para hablarlas.
¡Quién para ahora tuviera
La sal de todas las salsas!
¡Quién se *quevedoizase!*
¡Quién se *villarroelára!*
Por divertirte, á Talía
Galanteé, y la picaña,
Siendo una ninfa corriente,
Para mí se ha vuelto estatua.
Hubiérame sido Dafne,
Pues con su laurel lográra
Aderezarte un buen plato
De aceitunas ó alcaparras;
O, ya que quiso ser piedra,
Muchísimo enhoramala
Fuera una Anaxarte; que
Yo por eso no me ahorcára.
Pero, segun lo afligida
Que está su Carantamaula,
Una Niobe está hecha
Por yo no sé qué le falta.
Tú, que mejor que yo sabes
De aquella viril constancia,
Donde el sufrimiento pule
Lo que los pesares labran;
De aquel moral estoicismo,
Cuyas hojas, bien rumiadas,
Hacen de una rica seda
La tela de las desgracias;
De aquel socrático humor...
Mas todo esto es patarata;
Más llano y mejor: de aquella
Tu conformidad cristiana;
Podrás decirle mil cosas;
Que aunque yo diga otras tantas,
Valen más las que tú dices,
Y mucho más las que callas.
Y despues que la castigues,
Vuélvemela más humana,
Si es que se puede ajustar
Tu lira con mi guitarra.
Vaya ahora de noticias;
Que fuera delito, carta
De la córte y sin *Gaceta;*
Mas no te diré patrañas.
Tuvimos nuestra academia
Esta semana pasada,
Asistiendo ambas dos luces (3),
Que no consumen y abrasan.
Nuestro amable secretario,
Pues le amamos y nos ama,
La academia, en un soneto,
Abrió con llave dorada.
Tan dulcemente el *Amuso* (4)
Cantó del Genil las aguas,
Que lo pensé Garcilaso,
Viendo que en su vega canta.
El *Zángano* (5) en un romance
Tocó muy bien la pavana
A Catuja, á cuyo són
La risa en todos brincaba.
Yo saqué mi guapo Aquiles,
Aquel mi antiguo fantasma;
Pero (bien lo sabe Apolo)
Allí le tembló la barba...
Esto va malo, y cansado
El portador, ya me aguarda,
Cuando por despachar presto
Escribo en verso la carta.
Si son versos lo verás;
Ellos como vienen saltan,
Para que, pues son mis gozos,
En esos Ciempozos (6) caigan.
Mi rendimiento á los piés
De mi señora tocaya;
Si le ofende la llaneza,
El asonante lo causa.
Yo bien sé que eres su Cayo,
Su señoría tu Caya,
Que se *alfonsea*, y que tú,
Si no te *empepas*, te empapas.
A nuestro Marqués, que quedo
Suyo como ántes estaba:
Tu capellan, José Antonio
Porcél, desde esta tu casa.

(1) Véase la contestacion del Conde de Torrepalma en las poesías de éste.
(2) Alude al poema sobre *Moisés*, que á la sazon escribia Torrepalma.

(3) Alude sin duda á la Marquesa de Sarriá y á la Duquesa viuda de Arcos, cultivadoras ambas de las letras
(4) Don Blas Antonio Nasarre. Alude á la *Fábula del Genil*, que leyó Nasarre en la Academia del Buen Gusto, dándola por suya.
(5) Don Jose Villarroel, presbítero, poeta festivo, muy admirado entónces.
(6) Equívoco sobre *Ciempozuelos*.
(*Notas del Colector.*)

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL,

FRAY DIEGO GONZALEZ.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL PADRE FRAY JUAN FERNANDEZ (1).

El maestro FRAY DIEGO TADEO GONZALEZ tuvo por patria á Ciudad-Rodrigo, y por padres á don Diego Antonio Gonzalez y á doña Tomasa de Ávila García y Varela, no ménos recomendables por lo ilustre de su linaje que por sus virtudes morales, cristianas y civiles. Con el uso de la razon se descubrió en él la aficion á la poesía; la sublime armonía de esta ciencia divina era tan conforme con su alma, que bastaba que un escrito lo fuese en verso para atraerle á su leccion. Por esta causa leyó en los años primeros de su vida todo lo mejor que en poesía tiene la lengua española, proporcionándole libros su mismo padre, quien, sin ser poeta, conocia y estimaba todos los primores del arte. Era dificultoso que quien congeniaba tanto con los poetas, tuviese un corazon hosco y desamorado, y así sintió GONZALEZ las heridas de amor casi al mismo tiempo que los encantos de los versos. Esta dulcísima pasion, que ha sido, por lo comun, el primer ensayo de los poetas, lo fué tambien del nuestro, aunque sus versos no han llegado á nuestros dias. Se deja concebir que serian tan mal formados como oportunos para su intento, y así lo significa él mismo en la carta á Jovino, cuando dice que, *sin deber á Apolo númen ni inflamacion, cantó amoroso.*

Siendo de diez y ocho años (2) tomó el hábito de san Agustin, y profesó en el convento de San Felipe el Real de Madrid, dia 23 de Octubre de 1751. Hizo sus estudios en Madrid y en Salamanca, con aplicacion y aprovechamiento; pero sus mismos condiscípulos observaban en él un genio particularísimo para la poesía, y una aplicacion singular á todos los libros que trataban de ella. Horacio y fray Luis de Leon fueron sus autores favoritos; de uno y otro sabía las odas casi de memoria, y al último le estudió con tanto gusto y esmero, que se le pegó el estilo, hasta el extremo de imitarle con la mayor perfeccion. Una prueba de esta verdad son las adiciones ó suplementos que hizo de la traduccion de los capítulos de Job, que estaban incompletos, y se notan en la impresion de la *Exposicion de Job*, con letra bastardilla; particularidad capaz sola de hacer advertir cuál es obra de fray Luis, y cuál de FRAY DIEGO GONZALEZ, como lo confiesan los inteligentes.

Siguió la carrera escolástica con honor, no obstante que su genio moderado y pacífico aborrecia aquel ergotismo encarnizado que florecia en su tiempo, tanto como amaba los libros que con método y claridad trataban las materias teológicas. Tanto en la cátedra como en el púlpito era oido con gusto, y muchas veces con admiracion. En Salamanca predicó un sermon del Santísimo Sacramento con tal uncion y elocuencia, que, arrebatado el inmortal Batilo, uno de los oyentes, de su entusiasmo, escribió aquella oda que comienza: *Tal de la boca de oro,* etc.; una de las mejores de este grande ingenio, que á un mismo tiempo hace honor al orador y al poeta (3).

(1) Era grande amigo y admirador de Jovellanos. Cultivó la poesía con el nombre de *Liseno.* FRAY DIEGO GONZALEZ le profesaba entrañable cariño. En una carta le llama *consuelo de mis trabajos y alivio de mis tristezas.* (*Nota del Colector.*)

(2) Habia nacido en 1733. (*Nota del Colector.*)

(3) De este elocuente sermon, que llenó de fervoroso entusiasmo á sus oyentes y causó gran sensacion en Salamanca, dió noticia FRAY DIEGO GONZALEZ á Jovellanos en estos llanos y modestos términos, que ponen de

Luégo que completó los años de leccion que prescribe la religion, procuró ésta no tener ocioso un sujeto en quien se reunian las prendas más singulares para el gobierno. Era de un genio sumamente pacífico y suave; amaba tiernamente á sus semejantes, y con extremo á aquellos á quienes se unia con los vínculos de la amistad. El conocimiento de la fragilidad humana, y el ejercicio de una caridad verdadera, le hacian mirar las faltas de sus hermanos con tanta compasion, que jamas hubo delito que no encontrase para con él ó disimulo ó misericordia. Exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones, reprendia con el ejemplo más que con las palabras; siempre humano para con los frágiles, cariñoso con los observadores de la ley, y prudente, afable y justo con todos. Con tan bellas cualidades desempeñó á satisfaccion de los superiores los cargos de secretario de la Visita General de la provincia de Andalucía, el de prior de los conventos de Salamanca, Pamplona y Madrid, el de secretario de la provincia de Castilla, y de rector del colegio de Doña María de Aragon.

En medio de la severidad de las prelacías, no pudo jamas olvidar las musas, ni hacerse desentendido de la bondad y dulzura de su corazon, que le inclinaban á ellas. En su regazo encontraba la tranquilidad y consuelo que tal vez le quitaban sus empleos; y así, donde quiera que se hallaba, siempre hizo versos, que es decir, siempre se procuró un inocente descanso. La hermosura y la virtud no pueden ménos de hacer sensacion en los pechos más castos, ni de hacerse amar de los moralistas más severos. Su fuerza es irresistible, y cuando á sus naturales encantos se allega la acalorada imaginacion y entusiasmo de un poeta, presentan aspectos tan dulces y risueños, que no hay profesion, no hay institutos que puedan prevalecer contra su influencia. Toda la filosofía de Epicteto, todos los esfuerzos de la tristeza y el rigor se desvanecen y quedan inertes en presencia de un colorido virginal y de unos ojos brillantes, significativos y modestos.

El MAESTRO GONZALEZ no era de aquellos espíritus melancólicos y sombríos que desconocen lo amable de la virtud y lo maravilloso de las obras del Criador, porque se halle empleado en el sexo femenil. Amó cuanto conoció que era amable, porque era bueno, y procuró celebrar con sus versos los dones celestiales que admiró en alguna que otra belleza, pero en unos versos tan puros y castos como su alma. Dos señoras principalmente se advierten en sus poesías: una llamada con nombre poético *Melisa*, y otra nombrada *Mirta;* aunque es preciso confesar que esta última es la más celebrada, por causa de la famosa *Sátira contra el Murciélago*, tantas veces impresa. Entre las dos, se puede decir que partieron el estro de *Delio*, y que sus nombres y sus gracias alternaron al són de su dorada lira. Ambas viven actualmente, una en Cádiz y otra en Sevilla, y por esta causa no me atrevo á publicar sus nombres. Sentiria ofender su modestia, y no sé si la sombra del dulcísimo *Delio* se resentiria de que profanaba la amistad, haciendo patentes los objetos de su amor (1).

manifiesto el conflicto de un alma humilde y timorata ante arduos deberes y graves empeños:

«Me he hallado en el mayor apuro para disponer un »sermon, que es aquí de mucho empeño, y lo ha sido »mucho más para mí, por haber pasado algunos años »sin predicar, y haber, de consiguiente, perdido el nú»men de hacer sermones, que en otros tiempos eran »toda mi delicia... Ayer, dia 19, le eché de mí, y áun »no me he satisfecho de respirar de la opresion en que »me puso la dificultad que hallé en su composicion. »Creo que el oficio de prior, despues de haberme ro»bado mi natural dulzura, ha enervado todo el vigor »de mi espíritu, y es capaz de privarme del uso de la »razon. Enteramente me desconozco, y me admiro de »mi mismo. Me hallo tan desmemoriado, que se me ol»vidan los nombres de las cosas más comunes; cosa »que á veces me da risa, y á veces me causa el mayor »cuidado. ¡Ay, dulcísimo amigo mio! ¿Qué podré de»cir á usted acerca de *Las cuatro Edades?* Puedo ase»gurarle con toda verdad que miéntras no salga de »este quisquilloso oficio y tristísimas circunstancias, no »estoy capaz para comenzar siquiera una obra de tanta »dificultad para mí, y que pide infinito más sosiego »que el que yo puedo esperar... y que si hubiera »conocido que la intencion de usted, cuando me en»vió el plan, era que desde luégo habia de comenzar »á formalizarlo, me hubiera excusado con el mejor »modo, y en ninguna manera me encargára de lo que »no podia yo desempeñar.» (Carta autógrafa del MAESTRO GONZALEZ á Jovellanos, de 20 de Junio de 1778.— Coleccion del Marqués de Pidal.) (*Nota del Colector.*)

(1) Este amor fué siempre de la naturaleza más ideal y casta que imaginarse puede. Así lo declaraba siempre FRAY DIEGO GONZALEZ. Véase, por ejemplo, lo que escribia á Jovellanos con motivo de una broma dada al prior de Sevilla, fray Miguel de Miras, acerca de su entusiasmo por la *cándida Trudina:*

«No he conceptuado yo la inclinacion de nuestro »*Mireo* á *Trudina* de otro modo que como usted me la »expresa, ni siento de otro modo en la materia, ni qui»siera que otro conceptuára de otra manera la inclina»cion de *Delio* á la honestísima *Mirta*, á quien, más

En los últimos períodos de su vida pensó GONZALEZ que debia emplear sus versos en asuntos más serios y más propios de su sabiduría y de sus años. Fomentó este pensamiento una preciosa carta, en verso, que dirigió don Gaspar Melchor de Jovellanos, desde Sevilla, á *Delio* (el MAESTRO GONZALEZ), *Batilo* y *Liseno*, residentes entónces en Salamanca (1), en que les persuade á renunciar al amor, y á que empleen sus versos en objetos grandes, que traigan provecho á la patria é inmortalicen sus nombres. El público ha sido ya testigo del efecto que causó esta carta en *Batilo* (Melendez Valdés), y lo viera completamente en *Delio*, si una tristeza mortal, nacida de sus continuos achaques, le hubiera dado lugar á que continuase y diese fin al poema de *Las Edades*, que dejó solamente comenzado. Sin embargo, el libro primero y la égloga intitulada *Llanto de Delio y profecía de Manzanares*, prueban bien que tenía fondo, y esto para más que asuntos amorosos.

Concurrió á hacer estéril su deliciosa pluma una extraordinaria desconfianza que tenía de sí mismo (2). Jamas hubo hombre que se juzgase apto para ménos, ni tuviese más baja estimacion de los partos de su entendimiento (3); y esto era tanto más admirable, cuanto veia frecuentemente aplaudidas sus obras de personas inteligentes é incapaces de tributar lisonjas. Por este mismo principio era muy taciturno en las concurrencias; temia hablar delante de literatos, porque no se tenía en este concepto. Alguna vez, estimulado de los amigos, hablaba y decia su parecer, y entónces veiamos y admirábamos todos sus conocimientos, sus luces y su modestia. Con un semblante triste, meditabundo y macilento (4), poseia una sal ática para sazonar sus conversaciones familiares, que ponia admiracion. O no habia de tener una cosa ridículo, ó se lo habia de encontrar el MAESTRO GONZALEZ; y como poseia el conocimiento de la lengua y todas las gracias de la expresion, hacia amable y divertido su trato, y al mismo tiempo instructivo; pues bien sabida es la sentencia de Cervántes, que *el hacer reir no es sino de grandes ingenios.*

Sus poesías manifiestan, mejor que cuanto puede decirse, el carácter del MAESTRO GONZALEZ. En ellas se echa de ver un genio dulcísimo, una alma penetrada del amor, un talento claro y despejado, una inclinacion decidida á lo mejor, un tino particular para elegir lo más bello, y últimamente, un lenguaje tan puro y castizo, y una versificacion tan dulce y armoniosa, que, sin disputa, lleva en esto último ventaja al grande fray Luis de Leon. Sin embargo de tan altas cualidades, vivió casi desconocido, porque aborrecia la ambicion, y todos los medios infames de que se vale para elevar á los sujetos. Era franco, sencillo, ingenioso, sin aquella ostentacion ni fausto que suelen aparentar algunos para venderse por sabios; y con la mayor frecuencia le oí confesar sobre várias materias, sin rubor alguno, su ignorancia. *Yo no he leido ese libro; No entiendo esa*

»que la hermosura, le aficionó la natural modestia de »su semblante y cierta confrontacion de las dos al»mas. No era capaz *Mireo*, á quien tengo por de vé»ras virtuoso, de otra inclinacion ménos pura.» (Carta autógrafa de FRAY DIEGO GONZALEZ. — Coleccion del Marqués de Pidal.) (*Nota del Colector.*)

(1) Puede verse esta carta en las *Obras de Jovellanos*, tomo XLVI de la BIBLIOTECA, pág. 37. (*Idem.*)

(2) En la presente coleccion hemos incluido algunos versos inéditos del MAESTRO GONZALEZ.

No hemos querido dar á la estampa una *Cantilena á Mirta* y una *Sátira á una vieja*, que hemos encontrado entre los papeles de Jovellanos, por parecernos ambas composiciones indignas, por varios motivos, de aquel simpático poeta. (*Idem.*

(3) En una carta al padre Miras decia estas modestas palabras:

«Yo he compuesto muy pocas cosas con juicio, y en »todas ellas se echa bien de ver mi falta de instruc»cion.»

En otra carta, dirigida á Jovellanos el 19 de Octubre de 1776, le dice así:

«La desconfianza en todas mis obras me es tan con»genial, que las razones con que usía me arguye, fá»cilmente conseguirán de mí el que no la vuelva á »mostrar, ni ella me sirva de impedimento para em»prender lo que se ofreciere; mas creo que no alcan»zarán á desterrarla de mi espíritu. Y á la verdad, des»pues de haber enviado aquella carta, sentí mucho el »haber ponderado tanto mi desconfianza y deprimido »mis talentos, por el temor de que pudiese parecer »todo esto artificio del amor propio; que así como el »astuto médico suele ponderar mucho la gravedad de »la dolencia para acreditar más la curacion, así los »hombres suelen confesar con demasiada humildad su »insuficiencia, para que despues se estimen en algo sus »obras como superiores á la esperanza.» (Coleccion del Marqués de Pidal.)

En realidad era hombre instruido, y Jovellanos le llama el *sabio Delio.* (*Nota del Colector.*)

(4) Tuvo algunos sinsabores de familia. Refiere uno de ellos á Jovellanos en una larga carta, escrita en la Coruña, el 25 de Agosto de 1779. Le apesadumbraba de tal manera, que dice en su carta:

«Muy tristes imaginaciones agravan sobremanera »mis comunes pesares y la infelicidad que llevo dentro »de mí mismo adonde quiera que camino.» (*Idem.*)

materia; Me faltan principios para juzgar de tal ó tal cosa: tales eran sus expresiones cuando se le queria precisar á decir su parecer sobre algun asunto que no penetraba bien.

Vivió siempre como quien tenía que morir; pero cuando se convenció de que su muerte estaba cercana, avivó su espíritu, y procuró volver toda su atencion á Dios y á la eternidad. Entónces le entró algun escrúpulo por causa de sus poesías, y habiéndolas juntado con várias cartas y papeles inútiles, me encargó que lo quemára todo junto, sin advertirme nada. Yo sospeché el engaño que queria hacerme, del demasiado cuidado que ponia en ocultarlo; y como su suma debilidad no le habia permitido barajar bien los papeles, ántes de aplicar la llama conocí que estaban allí sus poesías. Apartélas con cuidado, y libré de un eterno olvido los felices partos de este ingenio español; pero él quedó muy satisfecho de que con su muerte perecian tambien todos sus versos. Esto fué cuatro dias ántes de morir, y desde entónces me clavaba con mucha frecuencia la vista, y me decia: *Esto es morir. En este momento no temo á la muerte: sólo temo mi vida pasada; pero Jesucristo murió por mí.* Agravósele el mal, recibió los santos sacramentos, y descansó en el Señor, dia 10 de Septiembre de 1794, con la mayor tranquilidad, dejando á sus amigos llenos de dolor, y á todos grandes ejemplos de conformidad, fervor y magnanimidad cristiana.

No quiero hacer análisis de sus poesías, ni referir ciertas particularidades, que serian tan estimadas dentro de dos siglos como importunas al presente. Una amistad de las más verdaderas me hacia testigo de todos sus secretos, y esto mismo le unia tan estrechamente conmigo, que nada hizo ó pensó en que yo no tuviese parte. Llegó esto hasta el extremo de usar de mis versos como si fuesen suyos, dándolos por tales á personas que se los pedian. Los que saben cuánto incomoda un hijo espúreo del entendimiento, conocerán á fondo en esta sola accion la fineza del MAESTRO GONZALEZ para con sus amigos. El público ilustrado no retractará el juicio que tiene, ya hace tiempo, formado de este grande hombre; ántes bien creo que ahora, que se le presentan todas sus poesías purificadas y netas, las estimará como es justo, y las colocará entre las de nuestros esclarecidos poetas, al lado de las de Garcilaso, de fray Luis de Leon y de Herrera.

El MAESTRO GONZALEZ tenía sus poesías sin órden alguno. Yo las he dado alguna coordinacion, clasificando las piezas segun su especie. Várias composiciones se me han remitido á la muerte del MAESTRO GONZALEZ. Ellas prueban que tenía amigos, y que no eran de aquellos á quienes las musas miran con ceño. ¡Ojalá que cualquiera de ellos se hubiera tomado el trabajo de escribir estas memorias del MAESTRO GONZALEZ! Mi amistad lo hubiera agradecido, ellos quedarian más satisfechos, el público mejor servido, y el MAESTRO GONZALEZ dignamente elogiado. ¡Jovino! (Jovellanos); ¡ah elocuentísimo Jovino! hé aquí el Lysippo que deberia sólo formar la estatua de Alejandro; pero conténtate, amado lector, con las desaliñadas cláusulas que ha dictado la verdad, y ha interrumpido muchas veces un dolor eterno, que durará tanto en mi alma y en mis ojos como la imágen del MAESTRO GONZALEZ en mi corazon.

(*Salamanca*, 1795.)

II.

DE M. G. TICKNOR.

(Historia de la Literatura española.)

«El MAESTRO GONZALEZ, como poeta, se adhirió más que Melendez a la antigua escuela castellana, aunque eligiendo uno de sus mejores modelos, pues imitó á fray Luis de Leon con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oir aún la solemne entonacion de su gran maestro. Sus poesías más populares, sin embargo, pertenecen al género festivo, tales como *El Murciélago alevoso*, que se reimprimió muchas veces; sus versos *A la quemadura de un dedo de Filis*, y otros juguetes semejantes, en que se mostró dueño absoluto de cuantos giros felices y gracias de estilo encierra el antiguo lenguaje poético de Castilla. Un poema didáctico sobre *Las cuatro edades del hombre*, que comenzó, dedicándolo á Jovellanos, quedó sin concluir. Sus poesías, que circularon con profusion durante su vida, parece haber sido para él de muy poca importancia.»

POESÍAS.

LLANTO DE DELIO
Y PROFECÍA DE MANZANARES.

EGLOGA

escrita con motivo de la temprana muerte del señor infante don Cárlos Eusebio, y del felicísimo fecundo parto de la serenísima señora Princesa de Astúrias.

DELIO, MANZANARES, POETA.

POETA.

El sol hácia su ocaso declinaba
Y entre nubes oscuras se escondia
Por no ver los desórdenes del suelo;
En calma el viento estaba,
Y el canto de las aves no se oia,
Á la vista negado el claro cielo;
Todo aumentaba el duelo
De Delio malhadado,
Que, miéntras su ganado
Pastaba junto al tardo Manzanares,
Lloraba sin alivio sus pesares.
Alzando al cielo el rostro lagrimoso
(¡Ah! ¡cuánto demudado de como era
Cuando los duros hados permitian!),
Lanzó un ¡ay! lastimoso,
Que del eterno asiento conmoviera
Los montes, que dolerse parecian;
Mas no correspondian,
Como otras veces; que ora
La ninfa habitadora
De los bosques tapaba las orejas,
Cansada ya de repetir sus quejas.
Tomó la lira, que á su lado estaba;
La lira, dón de Apolo, que victorias,
Amores y del campo la verdura
Algun dia entonaba
(¡Oh tristes, molestísimas memorias);
Mas ora, ya trocada su dulzura
En amarga ternura,
La arrima al pecho blando,
Y sus cuerdas sonando,
En triste són y lúgubre armonía,
Hablando con el rio, así decia:

DELIO.

Rehuye, oh Manzanares, presuroso
Del suelo que hasta aquí te fuera amigo,
Y retira del Tajo tu carrera;
Del Tajo, que despues de ser testigo
Inhumano del caso doloroso,
Que el horror esparció por su ribera,
La nueva lastimera
Va cruel publicando
Por donde va pasando,
Desde el extremo ardiente á Lusitania,
Diciendo en su corriente:
«Ya de Hesperia la luz resplandeciente
Faltó en la Carpetania.»
¡Oh triste hora! ¡Oh tenebroso dia,
En que del centro de la deliciosa
Selva, do están los lares más sagrados,
Salió la voz doliente y lastimosa:
«Murió Cárlos, murió nuestra alegría.»
Temblaron, al oirla, los collados;
Pastores y ganados
Lloraron de consuno.
¡Oh fracaso importuno!
¡Oh tierna flor! ¡Oh tela delicada,
Cuyo precioso hilo,
Torcido apénas, con agudo filo
Cortó la Parca airada!
¡Oh muerte injusta! ¿cómo nos robaste
De un golpe solo toda la hermosura
Y esperanza de nuestra amada gente?
La tierna edad ¿no te inspiró ternura?
¿Pudiste ver sus ojos? ¿No cegaste
Al ver la majestad, que ya en su frente
Rayaba claramente?
¿O acaso el nombre augusto
Te causó tanto susto,
Que el mismo miedo te infundió osadía
Para tan fiera hazaña,
Pensando que lograrla tu guadaña
No pudiera otro dia?
¿Posible es que en tu daño, niño hermoso,
Reservase Esculapio los secretos
Que le alcanzaron nombre y sér divino?
¿Acaso sus durísimos decretos
No los obedeciste religioso?
¿Por tu carne (¡ay!) no abrió el hierro malino
Doloroso camino?
¿Rehusaste, por ventura,
Probar el amargura
De la roja corteza peruana?
Y tras esto, ¿el dios crudo
Tuvo tanta dureza, que ver pudo
Finar tu luz temprana?
¿Ni bastó á detenerte, alma preciosa,
Del delicado cuerpo la hermosura,
Á tu sér celestial correspondiente?
¿Ni de tu dulce madre la amargura?
¿Ni del padre y abuelo la forzosa
Pena? ¿Ni el ver la plebe condoliente,
Que religiosamente
En uno congregada,
Por tu salud amada
Votos mil, con fervor y llanto, hacia
Al cielo? ¿Ni el temprano
Y rico sacrificio, por mi mano
Alzado cada dia?
Volaste al cielo, en fin; dejaste al suelo,
Miedo en el corazon, llanto en los ojos,
De tu ausencia eternal dignos legados.
La tierra fria cubre tus despojos.
Trocóse la alegría en triste duelo.
La madre, digna de mejores hados,
Por campos y collados
Corre sin ornamento,
Llenando de lamento
La horrible soledad, y tiernas quejas.
Y yo, de los pastores
Escándalo, por darme á mis dolores,
Olvido mis ovejas.
En la más retirada, más sombría
Mansion de esa enlazada selva umbrosa,
Do nunca penetrára el rayo ardiente
(Que sin tí hasta la luz me fué enojosa,
Y aborreciera toda compañía),
Allí me escondo y lloro largamente.
No hay quien atentamente,
Mirando tal tristura,
No la juzgue locura;
Mas yo, en vez de negarlo, lo confieso,
Pues forzoso imagino
Que quien te pierde á tí, Cárlos divino,
Pierda tambien el seso.
Si alguna vez al cuerpo fatigado
Regala con su bálsamo Morfeo,
Entredicho poniendo á mis querellas,
Al punto me parece que te veo

Con tus tiernas hermanas por el prado
Andar cogiendo de sus flores bellas,
Adornando con ellas
Tu dorado cabello,
Y que al verte tan bello,
Abrazos mil te da la dulce Luisa,
Te besa el padre amable,
Mirándolo el abuelo venerable
Con apacible risa.
Mas luégo, vuelto en sí del dulce engaño
El ánimo mezquino, cual torrente
Con grave impedimento detenido,
Que crece, rompe, y vuelve fuertemente
De las quietas azudas el tamaño
Sobre los secos ejes con gemido,
Poniendo en útil ruido
La aceña, que yaciera
Dormida en su ribera,
Así el dolor insano toma aumento
De la quietud pasada,
Y cuanto aflige al alma descuidada
Le pone en movimiento.
Mil medrosos portentos, no creidos
Entónces, tanto mal nos anunciaron;
Mis ovejas miraban tristemente
Adó el sol muere; súbito espiraron
Dos corderos á Cárlos ofrecidos;
La guerra ¡ay, Dios! la flor de nuestra gente
Devoraba inclemente,
Y Marte, ardiendo en ira,
Holló y rompió la lira
De Dalmiro, ¡oh dolor! la digna sólo
De celebrar la gloria
De Cárlos, extendiendo su memoria
Del uno al otro polo.
¡Oh Tajo! huye, y luengos giros dando,
Evita el cruel recinto, y su verdura
Trueca en árido yermo y pavoroso;
Crezca, en vez de la flor, la espina dura,
Ni vierta allí la aurora el llanto blando,
Y do amores cantaba el delicioso
Ruiseñor, el medroso
Buho mil quejas cante,
Para que el caminante
Diga, al ver tal mudanza: «¿Dó se ha ido
El verdor de este suelo?»
Y le digan: «Castigo fué del cielo,
Por lo que ha consentido.»
Desde que al mundo el sol su rayo encubre,
Comienzo aquí tendido el triste llanto,
Que no enfrena la noche temerosa.
Veo volver los cielos entre tanto,
Y el paso circular se me descubre,
Señalado por Juno recelosa
Á Calixto amorosa.
Aquí la aurora bella
Me encuentra en mi querella,
Aquí me halla, al comenzar su dia,
Apolo refulgente.
Todo pasa y se muda; solamente
Queda la pena mia.
Y tú, precioso rio, si aprendiste
Á ser piadoso de los régios lares,
Que bañas ledo, atiende á mi gemido,
Y apruebe la razon de mis pesares
El coro de las ninfas que te asiste.
Mas ¡ay! que en tus arenas divertido,
Me niegas el oido,
Ni curas de mis quejas,
Y sin pena te alejas,
Y me dejas en mísero lamento!
Pues lleva en tus cristales,
Para dulce testigo de mis males,
El débil instrumento.

POETA.

Aquí dejó el pastor su triste canto,
Y á las aguas echó la dulce lira,
Sin saber la virtud que en sí tuviera.
Sintió el rio el encanto,
Y miéntras Delio el nuevo caso admira,
Dió á conmoverse toda la ribera.
¡Oh, si dado me fuera
Referir como es digno
El caso peregrino!
Dilo tú, sábia Musa, ó dame aliento
Para que decir pueda este portento.
El rio, que yacia confundido
Con la menuda arena, de repente
Se incorporó en figura sobrehumana,
Y apareció vestido
De túnica sutil y trasparente.
Venerable su faz y soberana,
La barba luenga y cana
Y el cabello rizado,
De espadañas cereado,
Mostraba en la estatura y gentileza
Que era propia de un dios tanta grandeza.
Sobre el siniestro codo recostado,
Tres veces sacudió del crespo pelo
Las arenas, que lluvia parecian
De plata sobre el prado.
Alzó la poderosa diestra al cielo,
Los coros de las ninfas atendian,
Y en silencio yacian
Los faunos, que al ruido,
Del bosque habian salido.
Y el Dios, mirando á Delio, que estuviera
Sorprendido, le habló de esta manera:

MANZANARES.

¿Por qué te das tormento,
Pastor desacordado,
Y llenas de clamores mis riberas?
Cese ya tu lamento,
Y á són más elevado
Templa la dulce lira placentera,
Y á la celeste esfera
Levanta en este dia
Las santas bendiciones
Y soberanos dones
Que el cielo piadoso nos envia,
Y la extraña ventura
Que el bien de nuestros campos asegura.
Cárlos, de tí llorado,
Eterna luz habita,
Sentado entre los dioses inmortales,
De rosas coronado,
Que el tiempo no marchita,
Y abundoso de bienes celestiales.
Con manos liberales
A nuestra tierra amada
Ha tanto repartido,
Que parece ha subido
A robar la riquísima morada
Y tesoros del cielo,
Para verterlos sobre nuestro suelo.
Oye mi profecía
Con oidos atentos,
Que el tiempo venidero hará patente;
Guadarrama y Fonfría
Sus eternos asientos
Primero trocarán, que levemente,
En lo que aquí te cuente,
De la verdad sincera
Discuerden mis razones,
Ni se frustren los dones
Prometidos, que es justo te refiera.
Pues la razon precisa
Escucha ya. La amable y dulce Luisa...

POETA.

Apénas el augusto nombre oyeron
Ninfas y faunos, con alegre ruido
Tantos vivas al cielo levantaban,
Que al dios interrumpieron.
Y el un coro del otro dividido,
Los faunos dulces himnos entonaban,
Y las ninfas hollaban,
Con gracia y compostura,
Del suelo la verdura.
«Viva, viva», los unos repetian;
Las otras, «Luisa, Luisa», respondian.
Duró por largo rato el alegría

Y festin comenzado, que mirára
El númen complacido; y conociendo
Que nunca acabaria
Si á los coros silencio no intimára,
En los labios proféticos poniendo
El índice, y diciendo:
«Escuchad lo restante»:
Encendiendo el semblante,
Y el gozoso tumulto sosegado,
Siguió el dios el discurso comenzado.

MANZANARES.

La amable y dulce Luisa,
La más bella pastora
Que vió en su régia orilla el Eridano,
Y hoy nuestro suelo pisa,
En cuyo rostro mora
El coro de las gracias, y lo humano
Junto á lo soberano,
Y cuando mis orillas
Pasea airosamente,
Por verla solamente
Corren todos los pueblos en cuadrillas,
Ni cesan de alabarla,
Ni se hartan sus ojos de mirarla;
Aquella nuera amada
Del mayoral más bueno
Que nuestros valles rige cuidadoso;
De Vénus regalada,
En el fecundo seno
(¡Tanto nos es el cielo dadivoso!)
Siente el peso amoroso
Del duplicado fruto,
Que hará perpetuamente
Dichosa nuestra gente,
Y quitará á la Hesperia el triste luto,
Entregando al olvido
El llanto por el doble bien perdido.
El término cumplido
De nuevas fases puras,
Por Luisa dejará su bosque amado,
Y al Endymion dormido
Lucina en las alturas;
Y el mayoral, mostrando con agrado
Al pueblo allí ayuntado
Los dones superiores,
«Ve aquí, dirá, ¡oh preciada
Nacion! asegurada
La clara sucesion de tus señores.
La pena se disipe
De dos Cárlos con Cárlos y Felipe.»
Y con extraño gozo
La plebe religiosa
Loará por tal dón al cielo santo.
Correrá el alborozo
Por la tierra dichosa,
Y oiráse por do quiera el dulce canto,
Que beneficio tanto
En verso peregrino
Levante á la alta esfera,
Desde esta mi ribera,
Donde moran las Musas de contino,
Hasta aquellas majadas,
Por el mar de nosotros alejadas.
De flores olorosas
Las cunas rodeadas,
Las gracias mecerán suavemente;
Y asistiendo oficiosas,
Cantarán mil tonadas,
Con que toda tristeza y mal se ahuyente
Y el bien esté presente,
Y con susurro blando
Las amigas abejas
Adormirán sus quejas,
En tanto que las parcas, volteando
Los husos sin estruendo,
Los preciosos estambres van torciendo.
Mas luégo que pasando
Los años no sentidos,
A sus amados padres conocieren,
Y su luz explicando
La razon, los crecidos
Ejemplos de virtud heroica vieren,
Y cuando percibieren
La piedad del abuelo,
De la virtuosa madre
La dulzura, y del padre
El valor y otros dones mil del cielo,
Y ya en edad mayores,
Las historias de sus progenitores
Lean... y cómo trajo
Filipo el Animoso
Desde el Sena la sangre esclarecida
A nuestro amado Tajo,
Del cielo dón precioso,
Con que fué nuestra Hesperia enriquecida,
Y su gente regida
Por costumbres mejores;
Cómo pulió su traje,
Cómo fijó el lenguaje,
Y el canto acrisoló de los pastores,
Con otros claros hechos,
Cuya memoria dura en nuestros pechos...
Entónces nuestro suelo
Brotará nuevas flores,
Volverá al mundo la ofendida Astrea,
Y reinará sin duelo
Entre nuestros pastores.
Tornará el siglo de Saturno Rhea,
Y verterá Amaltea
Del rico dón sagrado
Los bienes sin medida.
La grama apetecida
Seguro pacerá nuestro ganado,
Y en las ociosas horas
Cantarán tanta dicha las pastoras.
Recibirá el arado
Facilidad, y el fruto
Excederá la rústica esperanza.
Mercurio con agrado
Percibirá el tributo
De la nave traida con bonanza.
Y á Minerva alabanza
Se dará cuando hiciere
Que en las hesperias partes
Sus tres amadas artes,
Y cuanto ya empezado bueno hubiere,
Por el doble talento
Llegue á su perfeccion y complemento.
Mas oye las señales
Que á tanta profecía
Acompañan, en fe de verdadera.
Con pactos inmortales
Se firmará algun dia
La paz más ventajosa y lisonjera
A toda mi ribera,
Despues que tremolados
Los soberbios leones,
Sean en tus pendones,
Castilla, en triunfo y ovacion llevados
Por el valor hispano,
Desde el seno balear al mejicano.
Y la ciudad alzada
En la africana orilla,
Donde la esclavitud fijó su asiento,
Al suelo derrocada,
Con la infame gavilla,
Verás por fin con ruina y escarmiento.
El ibero ardimiento
Con más razon temido
Será de aquella gente,
Y porque eternamente
Se extirpe, á tan humano intento unido,
El dueño soberano
De Africa y Asia nos dará su mano.
¡Oh Delio, si lográras,
Por raro dón del cielo,
Que tu edad se midiese por la mia!
¡Cómo ledo cantáras
Las dichas de este suelo,
Cumplida ya tan alta profecía!
Pero la muerte fria
Te ocupará, y tu canto
Con verso más ameno

Proseguirá Liseno,
A quien oye Compluto con espanto;
Y tal vez el Henares
Alzó el pecho, atendiendo á sus cantares.
Tambien con alto estilo
Ayudará al intento
El que en el Tórmes canta dulcemente,
Batilo, el buen Batilo,
A quien dió su instrumento
Dalmiro, que con voz desfallecientc
Le dijo: «Solamente
Á tí, zagal, es dado
Concertar esa lira,
Que destrozó con ira
Marte, y cantar del sig'o bienhadado;
Y será el canto dino
Si lo aprobáre el juicio de Jovino.»

POETA.

Dijo el rio, y tornóse al sér primero;
Faltó el grande auditorio de repente;
Volvió en sí Delio, y la vision tuviera
Por sueño lisonjero,
Si un gozo celestial, que dulcemente
Sintió, no la aprobára verdadera.
Y notando que era
El dia ya pasado,
Amenazó el ganado,
Y caminó seguro, á su alquería,
Del cumplimiento de esta profecía.
Dicebam certe: Vatum non irrita corrunt
Auguria...

(Statius, lib. v, sylvar. II.)

ÉGLOGA.

DELIO Y MIRTA.

MIRTA.

¿Qué tienes, Delio mio? ¿Qué accidente
En tu rostro el color ha demudado?
Ayer te vi gustoso y complaciente
Gozar de mis caricias; hoy, airado
El semblante, ojeroso y macilento,
El cabello sin órden desgreñado,
Muda la voz, turbado el pensamiento,
Y el lamento á los aires esparcido,
Publica ser extraño tu tormento.
¿Qué nueva pena, di, te ha poseido?
Cuéntame tu dolor, por ver si alcanza
Alivio el mal conmigo conferido.

DELIO.

¡Ay Mirta! Que el vivir sin esperanza
Ha causado este trueque tan extraño.
De tu mudanza nace mi mudanza.
Antimio me ha traido el desengaño
De que todo tu amor fingido era:
Antimio me ha sacado del engaño,
Luégo que á pacer vino esta ribera
Con su ganado, ayer. ¡Oh suerte impía!
¡Quién de tí tal mudanza presumiera
Antes de su llegada! Yo leia
En tu semblante toda mi ventura.
Tu mirar halagüeño me decia:
«Tuya soy, Delio mio»; y con dulzura
El fuego de tu pecho ponderabas.
¿Cuántas veces dejaste á la ventura
Los amados corderos que guardabas,
En medio de la siesta amarizados?
Y luégo de la mano me tomabas,
Y por los matorrales intrincados
Me llevabas, diciendo: «Vén conmigo
Tú solo, Delio mio; que sentados
»Donde el bosque se estrecha en lazo amigo,
En tanto que sestean los pastores,
Cantarémos á solas sin testigo,
»Con gusto y con placer, nuestros amores.»
Testigo es de aquel roble la rudeza,
Que al tiempo hará inmortales tus favores
Pasados; pues cediendo su dureza
De agudo pedernal al golpe fuerte,
De tu mano escribiste en su corteza
Un letrero que dice de esta suerte:
«Delio, mio has de ser toda la vida,
Y Mirta te ha de amar hasta la muerte.»
¡Ay! Cuántas veces, á mi cuello asida,
Dijiste: «Vén, pastor, hácia esta fuente
(Ya que el tiempo oportuno nos convida);
»Templarémos de amor la sed ardiente,
Más con el trato dulce y amoroso
Que con el frio raudal de su corriente.»
Juzgábame con esto venturoso;
Pero al llegar Antimio á esta ribera,
De mi pecho faltó todo el reposo.
¡Ay Mirta de mi vida! ¿quién creyera
En tu pecho mudanza semejante,
Para él alegre, para mí severa?
De Antimio no te apartas un instante;
En todo al triste Delio le prefieres;
Antimio mira afable tu semblante;
Él no vive sin tí; tú sin él mueres:
Tú le sigues do quiera que se ausenta;
El sigue por do quiera que tú fueres.
Si Antimio va zagüero, luégo inventa
Tu amor algun motivo no esperado
Para esperar á Antimio; ó desalienta
Tu pecho, de rendido y fatigado,
O tal vez imaginas que el cerdoso
Cordel de tus abarcas se ha soltado,
Y dices: «Corre, Delio, presuroso;
Que en el sembrado se entran las ovejas,
Y el ceñir esta abarca me es forzoso,
»En este breve rato que te alejas;
Pues ¿qué dirán los dioses si contigo
Te vieran esta vez?» Y así me dejas.
Yo en pos de las ovejas luégo sigo,
Y vuelvo, y hallo á Antimio en tu presencia,
De tu accion recatada fiel testigo.
¿Qué dirian los dioses, cuya ciencia
Siempre obstáculo fué de mi ventura?
Los dioses lo miraron con paciencia.
¿Y qué dijeron cuando en la espesura
De esa selva te vieron otro dia,
Recostada en su pecho, sin cordura,
Atendiendo á unos versos que leia
(Obra suya, que alaba á todas horas);
Versos que en toda métrica porfía,
Aunque los cante en voces muy sonoras,
Los escuchan con tedio los zagales
Y los oyen con burla las pastoras?
¡Ay Mirta! si los dioses inmortales,
De estos nuestros afanes caso hicieran,
Ellos piedad tuvieran de mis males.
Tu duro corazon enternecieran,
Tus mudanzas hubieran castigado,
Y mi amor al de Antimio prefirieran.
¿No me respondes, Mirta? ¿Te ha turbado
La justa relacion de mi tormento,
O no merece Delio desdichado
Consuelo en su dolor? ¡Ah! cobra aliento,
Háblame, más que digas que me engaño,
Y ojalá me dijeras que yo miento.

MIRTA.

¡Ay, Delio, Delio! ¡Cuánto ve en su daño
Un hombre de los celos afligido,
Lince al dolor y topo al desengaño!
A todas tus querellas he atendido,
Y á no ver que el amor te enajenaba,
Me hubiera de tus quejas ofendido.
¿No te dije bien claro que ya amaba
A Antimio cuando tú me descubriste
El incendio que el pecho te abrasaba?
En este caso, ¿tú no pretendiste
Tener en mi cariño alguna parte,
Sin perjuicio de Antimio? ¿No dijiste:
«Vivir me es imposible sin amarte;
Bien sé que Antimio á tí te amó primero,
Tú de su amor no puedes apartarte.
»Amanos á los dos, porque yo quiero
Ser amado de tí con fe sencilla,
Aunque tenga en tu amor lugar postrero.

»Entre los dos no habrá jamas rencilla,
Contento con su parte cada uno;
Serán de amor la nueva maravilla
»Dos pastores, que amaron de consuno
A una misma pastora con desvelo,
Sin que entre ellos hubiese duelo alguno»?
Tú mismo ves que Antimio sin recelo
Te ve participar de mis favores,
Sin que por eso forme queja ó duelo.
¿Y te puedes quejar que en mis amores
Logre Antimio la parte que le cabe,
Y á que son sus obsequios acreedores?

DELIO.

No fuera, á la verdad, mi mal tan grave,
Y mi tormento fuera más sufrible,
Si esto posible fuera; mas quien sabe
Lo que es amor, no tiene por posible
Que vivan dos amores en un pecho,
Por ser el uno al otro incompatible.
Yo fundo mi razon en mi propio hecho.
Desde que empecé á amarte, Mirta mia,
De todo el corazon te dí el derecho.
Las pastoras dejé que ántes queria
(Si bien que de ellas nunca fué sabido
Mi amor); la Inés, la Fabia y Rosalía,
La Arsenia, cuyo rostro es aplaudido;
La Julia y otras mil pastoras bellas,
Por tí sola vinieron en olvido.
Buen testigo son de esto las querellas
Contínuas de Fascinia, la envidiosa,
Que tú no puedes ménos de sabellas,
Pues sentida de mí, de tí celosa,
Te cuenta con voz triste y lastimera
Mis desprecios, y en esto no reposa.
Y yo, mi dulce Mirta, no creyera
Que te adoraba con amor sencillo,
Si en mi pecho otro amor caber pudiera.

MIRTA.

Mira, Delio: yo tengo un corderillo
Blanco, de rojas manchas salpicado,
Cuya madre, al dejarle en un tomillo,
Murió de un accidente no esperado;
Apliquéle á otra oveja, que criaba
Otro de blanco y negro variado.
Al principio la oveja le extrañaba;
Despues ya le criaba y le lamia;
Era, en fin, tanto ya lo que le amaba,
Que si por algun caso le perdia,
Ansiosa le buscaba con balido;
De manera que nadie conocia,
Ni tú, Delio, lo hubieras conocido,
Con tu mucho saber y tu experiencia,
Cuál era de los dos el más querido.

DELIO.

¡Ay triste! que aunque, estando en tu presencia,
Tal vez pueda creer que soy amado
De tí, ya llegó el tiempo de mi ausencia.
Pues Arsenio, á quien sirvo, ¡ah triste hado!
Me ha enviado á decir que sin tardanza
Amenace hácia el Tórmes el ganado,
Y temo, con razon, que esta mudanza
En tu pecho resfrie mis amores,
Y en el mio dé fin á la esperanza.

MIRTA.

Antes producirá el Diciembre flores
En los prados, y el Julio las corrientes
Suspenderá con hielo, y los olores
Del tomillo y romero florecientes
Huirá la docta abeja, y harán lecho
En las hojas del fresno las serpientes,
Y no florecerá el ingrato helecho
En esta nuestra selva umbrosa y fria,
Que falten tus amores de mi pecho.

DELIO.

Y ántes la liebre tímida á porfía
Siguiendo en pos del galgo irá con saña,
Y el Tíber, que por Roma el paso guia,
La córte bañará de nuestra España;
Y olvidando sus huertos y verdores,
El Ebro correrá por la Bretaña;
Y la cierva sedienta en los calores
Olvidará la cristalina fuente,
Que falten de mi pecho tus amores.
Y pues es ya forzoso que me ausente,
Este favor, por último, te pido
Que siempre en tu memoria esté presente.
Yo viviré muy triste y afligido
Sin tu dulce presencia; mas la pena
Con mis versos templar he discurrido;
Que tú, Mirta, no ignoras tengo vena,
Y no hay uno entre todos los zagales
Que me exceda en cantar con dulce avena.
Yo te los enviaré, porque mis males
Logren alguna vez enternecerte;
Y si place á los dioses inmortales,
Las veces que yo pueda, vendré á verte,
Y te traeré manzanas olorosas.
¡Ay! quiera el cielo que en dichosa suerte
En estas nuestras selvas deleitosas
Los tres vivamos siempre en lazo amante,
Gozando edades largas venturosas;
Que aunque á los dos yo en años adelante
La cana en mi cabello áun no es nacida,
Ni surca la honda ruga mi semblante.
Y si tú nos excedes en la vida,
Honra con un sepulcro nuestra muerte,
Bajo una losa, do será esculpida,
De acerado cincel á golpe fuerte
(Si es que tienes valor para escribilla),
Una letra que diga de esta suerte:
«Aquí yace de amor la maravilla:
Dos pastores que amaron de consuno
A una misma pastora con desvelo,
Sin que entre ellos hubiese duelo alguno.»

Á LAS NOBLES ARTES.

ODA.

Levanta ya del suelo
El rostro lagrimoso,
Virtud, hija del cielo, dón divino;
Y recobra el consuelo,
Que ciego y alevoso
Te robó el ya pasado desatino;
Que el áspero camino
Por do sigue á la gloria,
Y á tu morada guia,
Emprenden á porfía
Mil jóvenes, borrando la memoria
Del vil ocio indolente
En que yaciera la española gente.
De tu rara belleza,
Más que del prometido
Rico tesoro, el ánimo aguijado,
Sacude la pereza,
Y el siglo corrompido,
Que el honor de tus artes ha manchado
Con gusto depravado,
Condena, y redarguye
Los pasados errores
Con mil bellos primores,
Que el usurpado honor las restituye;
Y ofrece á los umbrales
De tu templo mil obras inmortales.
Bien como el pequeñuelo
Grano, que, cuando nace,
No bien el pico llena á la avecilla,
Y el palestino suelo
Robusto árbol le hace
Despues, do anida de aves gran cuadrilla
(¡Oh rara maravilla!),
Así las diseñadas
Obras menudamente
Por la asociada gente
En breve carta tienen encerradas
Grandezas, cuya suma
No la alcanza la lengua ni la pluma.
De la madre natura
Los seres desmayados

A más sublime estado los levantas,
¡Oh divina Pintura!
Y al lienzo trasladados,
Instruyes la razon, la vista encantas
Y así el aire suplantas
De la verdad que imitas,
Que con los coloridos
Por su mano ofrecidos,
Tambien el sér parece que la quitas,
Tanto, que si advirtiera
La usurpacion, colores no te diera.
En superficie lisa,
Sin que causen aumento
Colocar valles, montes, selvas, rios,
A distancia precisa,
Accion sin movimiento;
Fondos, léjos, alturas y vacíos;
La mar de sus navíos
Separar, y la tierra
Del globo refulgente,
Y sombra que la luz nunca destierra,
Jamas logró natura;
¡Sólo es dón tuyo, celestial Pintura
A golpes repetidos
De acero riguroso,
O al vivo fuego sueltos los metales,
Y en moldes oprimido
(Que al varon virtuoso
Sólo pueden labrar trabajos tales),
Obras tus inmortales
Efectos, ¡oh Escultura!
Por tí son conservados
Los héroes celebrados
De la virtud, cuando la muerte dura
Los reduce á ceniza,
Y tu diestro cincel los eterniza.
La ninfa desdeñosa,
En leño convertida,
Huyendo del amor de Apolo ardiente,
Con accion prodigiosa
Recobra nueva vida
Por la escultura, y mano diligente,
Que poderosamente
Tambien anima el bruto
Mármol con igual arte
En que un dia Anaxarte
Fué mudada, por ver con ojo enjuto
A su puerta colgado
Al mancebo de Cypro malhadado.
Bajo el olmo frondoso,
O en la caverna oscura,
O en choza humilde, el hombre habitaria,
Sin tu auxilio piadoso,
¡Oh sábia Arquitectura!
Tú le elevas al cielo, y la vacía
Region, que no podia,
Huella con firme planta.
Tú, fundando ciudades,
Fijas las sociedades,
Por tí el régio palacio se levanta
A dar cuidado al cielo
Y eterno peso al carpetano suelo.
Al Dios que tierra y cielo
Ni espacio imaginable
Pueden ceñir, en todo ilimitado,
Tú con devoto celo
Y mano infatigable
Eriges templo augusto, do adorado
Del pueblo, ante él postrado,
Recibe sacrificio;
¡Ah! el que en verdad le implora,
Le encuentra á toda hora
En él, tan amoroso, tan propicio,
Liberal y clemente,
Como si allí habitára solamente.
Incauta lira mia,
Sólo á humildes cantares
En la márgen del Tórmes avezada,
¿Quién te infundió osadía
Para que en Manzanares
Cantes cosa tan nueva y elevada?
¡Ay! deja la empezada
Locura; que no es dado
A tus débiles puntos
Tratar estos asuntos,
Y más, cuando hasta el cielo los ha alzado,
Con verso más divino,
De otras liras el canto peregrino.

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.

INVECTIVA.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna cancion, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.
Y estando divertida,
Un murciélago fiero, ¡suerte insana!
Entró por la ventana;
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó, por recogellos.
Y Delio, noticioso
Del caso que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido,
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumia,
Y así á la ave funesta maldecia:
«Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria,
¿Qué tienes tú que hacer donde está el dia?
»Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada dia á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.
»La lluvia repetida,
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sólo reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
»La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue, inadvertida,
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.
»Y luégo sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los piés apénas toque el suelo.
»Mas luégo recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento

Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.
»En fin, sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.
»Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.
»Entre con algazara
La pueril tropa, al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oirte chillar alcen el grito
¡Y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.
»Luégo por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas
»Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados
(De diversion y fiesta ya rendidos),
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
»Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.
»Y las supersticiones
De las viejas creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.
»Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan
Y otros, fingiendo veces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar más sucio y asqueroso;
»Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO.

»Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el dia,
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía:
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fria:
Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere á Mirta bella.»

Á MELISA.

SUEÑOS.

Soñaba yo, Melisa
(Ya que quieres saber lo que soñaba);
Soñaba yo que en un ameno prado
Andabas tú con prisa
Tejiendo de las flores que brotaba
Una guirnalda; y luégo con agrado
(¡Oh favor no esperado!)
Con ella frente y sienes me ceñias,
Y con rostro halagüeño me decias:
«A tí solo, entre todos los pastores,
Se deben los honores.
Yo, Delio, por tí muero,
Y en el amor á todos te prefiero.»
Con el extraño gozo,
El corazon del centro se salia,
Y al fin me despertó con su latido,
Bañado en alborozo.
Mas luégo me acordé que en cierto dia
Este favor á Antimio has concedido,
Y á mí le has preferido;
Pues le diste de Apolo los honores,
Por más que murmuraron los pastores.
Y apénas hube aquesto recordado,
Me volví de otro lado,
Y con cólera y ceño
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Volví á quedar dormido,
Y sentado me hallé junto á una fuente,
Mirando su murmullo muy atento;
Y estando divertido,
Allí llegaste apresuradamente,
Pidiendo de beber, y yo al momento
Un vaso te presento;
Y dices tú con risa y burla mia:
«No es ésa, Delio, el agua que pedia;
La sed que yo padezco es amorosa;
Y siempre codiciosa
De tus eternos lazos,
Sólo pueden templarla tus abrazos.»
Yo, viendo mi ventura,
Fuí á lograrla, los brazos extendidos,
Y cayó de mi mano el frágil vaso
Sobre una peña dura,
Y el golpe me reduce á los sentidos;
Y vuelto bien en mí por este acaso,
En mi memoria paso
Las veces que esta dicha repetias
A tu Antimio, y á mí te resistias,
De nueva faz de religion armada;
Y viéndote entregada
En brazos de otro dueño,
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Volví la vez tercera
A dormir, y soñé que con gran prisa
Tocabas con la aldaba á mi postigo,
Diciendo desde afuera:
«Abre, no temas nada; soy Melisa,
Que me vengo á vivir siempre contigo
En lazo eterno amigo;
Tendrémos ya los dos comun el techo,
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.
En uno juntarémos los ganados,
Que con bienes doblados,
Y con paz juntamente,
Pasarémos la vida dulcemente.»
Yo, de mi dicha cierto,
Dejo el lecho, dormido, apresurado;
Y destinando, ruedo la escalera,
Y en el zaguan despierto,
Bañado el rostro en sangre y maltratado,
Y vi que esta ventura (¡oh suerte fiera!)
Imposible me era,
Pues el lazo que á mí me prometias,
Tratado con Antimio lo tenías;

Y aunque quedé del sueño mal herido,
Más que de él, ofendido
De la verdad, con ceño
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Estas dichas soñaba
En una misma noche, interrumpida
Tres veces; y aunque el bien fingido era,
Ansioso deseaba
Que, ya que sólo el sueño fué mi vida,
Mi vida un continuado sueño fuera.
¡Oh si siempre durmiera!
Sólo el sueño me hiciera venturoso;
Mas, pues vivir velando me es forzoso,
Sufrir será preciso tus rigores;
Y al ver que en tus amores
Vanamente me empeño,
Maldigo la vigilia, alabo el sueño.

HISTORIA DE DELIO.

Á JOVINO.

Jovino, descendido
De claros y altos reyes,
Que del bárbaro yugo redimieron
Al fiel pueblo oprimido,
Y las sagradas leyes
Juntas con el imperio defendieron,
Y léjos lo extendieron;
Jovino, nueva gloria
Del cántabro animoso,
Del romano orgulloso,
Viejo enemigo de fatal memoria;
A servir no avezado
Y con tarda cadena domeñado;
Jovino, gloria mia;
Jovino, mi Jovino
(Nombre en mi boca, cual la miel, sabroso),
Si mi ofrenda tardía
Te puede hallar benigno,
Y el nombre de quien fué tan desidioso
Aun no te es enojoso,
Recibe su retrato
(Del tuyo, ¡ay! ¡cuán distante!),
Que explica lo bastante
De su orígen, sus prendas y su trato,
Y vida mal gastada,
Con eternales lágrimas llorada.
De los que en la ribera
Del Duero con fatiga
Rompen con corvo arado el duro suelo
(Ocupacion severa,
Que la culpa enemiga
Al hombre diera, con el llanto y duelo),
De tales plugo al cielo
Que fuese provenido
Mi padre bienhadado,
Civilmente empleado,
De bienes y virtud abastecido;
Tan dulce y bondadoso,
Que en él tuvo Temisa digno esposo.
Temisa, asombro raro
De virtud y hermosura,
Ninfa del Tórmes, aunque descendia
En donde el Ebro claro
Tiene su cuna pura
Y nace voluntaria la hidalguía;
Pero la Parca impía
Con temprana tijera
Cortó el hilo precioso;
Y miéntras el esposo
Dió al cadáver la honra postrimera
Con triste llanto y luto,
El hijo lo miró con rostro enjuto.
Así que, tierno niño
Temisa me dejára
Al cuidado del padre, en quien vivia
De la esposa el cariño,
Porque no me faltára
Cuanto á la tierna edad se le debia.
Y allí en la patria mia
Que los fuertes vectones
Mirobriga llamaron,
Los dioses me miraron
Con piedad, y de sus sagrados dones
Me dieron bien sin cuento,
Pero más voluntad que entendimiento.
Antes que el nuevo dia
De la razon rayase
Sobre el ánimo incauto, ya Cupido
Conquistado tenía
El pecho, en que reinase
Con más imperio que su madre en Gnido.
Y yo, cruelmente herido,
Al cielo alcé mi ruego,
Bañado en largo llanto,
Sin que diluvio tanto
Pudiera amortiguar el dulce fuego
Que la vista primera
De la honesta Melisa en mí encendiera.
La de los negros ojos,
La de luengas pestañas,
Sin par hermosa y á la par discreta;
Causadora de enojos,
De asaz duras entrañas,
Que de amor no domó cruda saeta.
A tal fiera sujeta
El ánima y rendida,
Amaba ardientemente,
Amaba tiernamente,
Amaba sin templanza y sin medida;
Amaba, en fin, de modo,
Que áun ahora al recordarlo tiemblo todo.
De tal fuego agitado,
Sin que á Apolo debiera
Númen ni inflamacion, canté amoroso,
Y á la sombra sentado
En la fresca ribera
Del Agueda Serrano cascajoso,
Cantaba sin reposo,
Y cantando juzgaba
Conquistar la sirena,
Que á triste llanto y pena,
Sin cantar ni áun hablar, me condenaba·
Y en tamaña tristura,
De mi edad pasó toda la verdura.
Mas vino un claro dia,
En que piadoso el cielo,
Se dignó poner fin á mi locura;
Y á la tierra venía
Con dulce y raudo vuelo
La comun hija llena de hermosura,
La santa Témis pura,
De mis daños cuidosa,
Que cual nieto me amaba;
Y junto adó yo estaba
Se llegó, y con voz todopoderosa,
Mirándome severa,
Me comenzó á decir de esta manera:
«¡Oh jóven sin sentido!
¿Cómo con torpe hecho
Resistes los decretos celestiales?
No te fué concedido
El amoroso pecho
Para centro de amores terrenales;
Huye de tantos males;
Mejor destino sigue;
La errada vida enmienda,
Y emprehende la ardua senda
Por do la gloria heroica se consigue.
Sús, acógete, Delio,
Al templo augusto del famoso Aurelio.»
Dijo, y alzó su vuelo,
Y mirándome afable,
Volvióse al seno de do habia salido;
Dejando de consuelo,
De gozo y paz durable
Y santo amor el tierno pecho henchido,
Y el fuego que Cupido
Con imperio tirano
Allí encendido habia,
Vuelto en ceniza fria.
Y yo, atento al precepto soberano,

De la diosa clemente
El oráculo cumplo prestamente.
¡Oh! ¡si no se entibiára
En el pecho mezquino
El alto fuego de que fué inflamado!
Quizá mi voz sonára
En cántico divino,
Sobre el Tabor ó el Gólgota sentado.
Pero aunque á són sagrado
De la cítara mia
Las cuerdas arreglaba,
Y á veces las mudaba,
Amores solamente respondia;
Y así, canté de amores,
Sin sentir de Cupido los rigores.
Ya el astro luminoso
En la sañuda frente
Del leon veinte veces ha tocado,
Y el rústico oficioso
Con acerado diente
Otras tantas su seca mies cortado
Desde que, recostado
En sus vastos oteros,
Me oyera el sabio Henares
Amorosos cantares,
Y celebrar los hijos de Cisneros
En su más alta gloria.
¡Ay! ¡cuánto me atormenta esta memoria!
Allí, aunque sin cuidado,
Canté la donosura
De Julia, ninfa humilde del Henares,
En quien Vénus ha dado,
Cifrando la hermosura,
Breve causa á larguísimos pesares.
Tambien en mis cantares,
De otras mil ninfas bellas,
Que aquel suelo habitaban,
Los nombres resonaban;
Pero la más loada en todas ellas
Era la Gumersinda,
Ninfa tan desgraciada como linda.
Despues bajo otro cielo
Canté de la divina
Mirta la honestidad y la fe rara;
Y así, por todo suelo
Mi cítara mezquina
Eternamente amores resonára,
Si ayer no la arrojára
Con ira de mi pecho
Al Tórmes, que iba hinchado,
Turbio y apresurado;
Justamente movido á tanto hecho,
De leer cuidadoso
De Jovino el ensueño prodigioso.
¡Oh sueño peregrino!
¡Oh asombro lastimoso!
¡Oh verdad disfrazada sabiamente!
¡Oh soñador divino!
¡Oh Josef misterioso!
Tú enseñas, tú reprehendes dulcemente;
Tú poderosamente
El sueño sacudiste,
En que siempre yacieran,
Y sin gloria murieran
Batilo, con Liseno y Delio triste.
Más sabes tú soñando
Que todos tus amigos afanando.
¡Oh, si la muy ligera
Rueda trajera el dia
Feliz en que los máximos honores
El gran Jove te diera
De nuestra monarquía,
Nacido para cosas muy mayores!
Entónces tus loores
En verso numeroso
Delio ledo cantára,
Y al cielo levantára
El nombre de Jovino, y el dichoso
Dia tan deseado
Fuera con blanca piedra señalado.
Cuando con soberana
Gloria, muy semejante
Al soñador divino del Oriente,
La gente carpetana
Te reciba triunfante
Y doble la rodilla reverente,
Tras el carro luciente
Siguiendo irán gozosos
Batilo, con Liseno,
Delio, de gloria lleno,
Conquista de tus versos poderosos;
Pues ¿qué mejor destino
Que ser los tres el triunfo de Jovino?

VISIONES DE DELIO.

CANCION (1).

Yo vi una fuentecilla
De manantial tan lento y tan escaso,
Que toda el agua pura que encerraba
Pudiera reducilla
Al recinto brevísimo de un vaso.
Del pequeño arroyuelo que formaba,
Por ver en qué paraba,
El curso perezoso fuí siguiendo,
Y vi que sin cesar iba creciendo
Con el socorro de agua pasajera,
En tal forma y manera,
Que cuando lo he intentado,
Ya no pude pasar del otro lado.
Siguiendo fuí, curioso,
Su márgen, hasta ver qué fin tenía,
Y vi que á corto trecho ya formaba
Un rio caudaloso,
Y tal, que vadearse no podia;
Más abajo los puentes dominaba,
Y más allá llevaba
Las naves sobre sí; más adelante,
En caudales le vi tan abundante,
Que al entregar al mar sus aguas bellas,
En vez de dar con ellas
El tributo debido,
Juzgára que á afrentarle habia venido.
Yo vi una centellita
Que por caso á mi puerta habia caido,
Y de su pequeñez no haciendo cuento,
Fuíme á dormir sin cuita;
Y estando ya en el sueño sumergido,
Á deshoras, ¡ay cielos! sopla el viento,
Y excita en un momento
Tal incendio, que el humo me despierta;
La llama se apodera de mi puerta,
Y mis ajuares quema sin tardanza;
Y yo sin esperanza,
Confuso y chamuscado,
Sólo pude salir por el tejado.
Yo vi un vapor ligero,
Que al impulso del sol se levantaba
De la tierra, do apénas sombra hacia.
No hice caso primero;
Mas vi que por momentos se aumentaba,
Y luégo cubrió el cielo, robó el dia,
Y al suelo descendia
En gruesos hilos de agua, que inundaron
Mis campos, y las mieses me robaron;
Y á mí, que en su socorro fuí á la era,
Me llevó la ribera,
Do hubiera perecido,
Si no me hubiese de una zarza asido.
En fin, yo vi en mi pecho
Nacer, Cádiz, tu amor, y fácil fuera
En el principio haberlo contenido;
Mas, poco satisfecho
Con ver su orígen, quise ver cuál era
Su fin, y de mi daño no advertido,
Hallo un rio crecido,
Que á toda libertad me corta el paso;
Hallo un voraz incendio, en que me abraso;

(1) En el manuscrito enviado á Jovellanos por el MAESTRO GONZALEZ, que tenemos á la vista, hay dos estrofas que fueron suprimidas en la edicion que hizo el padre Fernandez. De ellas reproducimos aquí una sola. La otra no lo merece.

Hallo una tempestad, que me arrebata
Y de anegarme trata.
¡Ay! ¡Con cuánta inclemencia
El amor castigó mi negligencia!
Cancion, vé y dile á Mirta, de mi parte,
Que se digne siquiera de leerte,
Y si acaso acertáre á interpretarte,
Vuelve á decirme tan dichosa suerte.

AL RIO GUADALETE.

CANCION.

Guadalete gracioso,
Que en repetidos tornos dividido,
El curso has suspendido,
Que hasta Arcos seguias presuroso,
Y en la pereza con que de él te alejas,
Das á entender que dejas
Con repugnancia su terreno bruto,
Retardando al Océano el tributo.
Escucha de un ausente
Del gaditano suelo las razones
Que de tus detenciones
Y rodeos arguyen lo imprudente,
Bien cierto que si tú las contempláras,
El paso acelerárias,
Por lograr mejor aire, mejor suelo,
Mejor sol, mejor luna, mejor cielo.
¿Qué tiene este terreno,
Que pueda parecerte delicioso?
Es áspero, fragoso,
Desigual, peñascoso, nada ameno,
Que verle, al corazon cubre de luto;
Y ser terreno bruto
Tu repetido torno lo asegura,
Pues con uno le formas la herradura.
Ni detenga tu paso
La vista (aunque parece apetecible)
De un pueblo inaccesible,
De toda sociedad y bien escaso;
Do casa sobre casa fabricada,
Una en otra apoyada,
Vinculan ciertamente su caida,
Por divino presagio prevenida.
¡Desventurada gente,
Que en punto de sus dioses dividida,
Será desatendida
Su ofrenda, como culto irreverente!
Pues nunca fué aceptable ni propicio
Á Dios el sacrificio
Que, en vez de unir las gentes en concordia,
Es inmortal orígen de discordia.
De tanto desacato
Retira, Guadalete, tus cristales,
Antes que tantos males
Mancillen su pureza con el trato;
Y ya de confusion y horror cubierto,
Sigue derecho al puerto,
De do parten alegres los bajeles
Al grande emporio de las gentes fieles.
De aqui á muy corto trecho
Te dará el Majaceite sus cristales,
Que, aunque pobre en caudales,
Va siguiendo su curso más derecho;
Y este nuevo socorro de agua pura
Te añadirá presura
Para que, huyendo de la gente fiera,
Llegues presto á la dicha que te espera
De amargo sentimiento
Mis lágrimas vertidas por presente
Agrego á tu corriente
Para hacer más veloz su movimiento.
Ni tu caudal, por dulce, con desvío
Desdeñe el llanto mio;
Que, aunque tiene en su orígen amargura,
La pierde en mis canales de dulzura.
Así que, enriquecido
Con tal caudal, corriendo presuroso,
Por puerto delicioso
Darás al mar tributo encarecido;
Y allí, con tus cristales confundidas,
Mis lágrimas sentidas
Podrán lograr la venturosa suerte
Que le es dada al triste que las vierte.
De Cádiz el hermoso
Besar podrán el muelle celebrado,
Donde Hércules osado
Á sus conquistas puso fin glorioso.
Ó tal vez de furiosos vendabales
Movidos mis raudales,
Podrán (¡qué dicha!) en olas encrespadas
Asaltar sus murallas deseadas.
Y el asalto logrado,
Da, Guadalete, al mar, como es debido,
El caudal recibido,
Pues con tal condicion te fué entregado.
Mis lágrimas irán más adelante
Á pagar un amante
Feudo á seno mejor que las reciba;
Que algo tiene de mar quien las motiva.
Y si en caso impropicio
No hallan en este mar buena acogida,
Juro que ya en mi vida
No alzaré en sus altares sacrificio
Á la sacra deidad que en Cipro mora;
Y mi lira sonora,
En vez de los primores gaditanos,
Cantará los blasones carpetanos.

Á VECINTA DESDEÑOSA (1).

CANCION.

¿Por qué tan desdeñosa
Miras, Vecinta bella,
Á Delio fiel, que tu ventana atiende?
Si de él estás quejosa,
Explica tu querella,
Y el fuego del enojo que te enciende,
Contra quien no comprende
En sí mayor pecado
Que el haberle Diana,
Con su sentencia inhumana,
A triste y dura cárcel condenado.
¡Ay! que de tu desvío
Sospecho mayor causa en daño mio.
Si fueran tus rigores
Para todos iguales,
Y eterno fuera el ceño de tu cara,
Sufriera mis dolores
Y callára mis males,
O sólo de mi suerte me quejára,
Ni el desden extrañára;
Que el haber siempre amado
A las Lices esquivas
O Dafnes fugitivas
Esta mi estrella, éste es mi hado.
¡Ay, que Vecinta hermosa
Tan sólo para Delio es rigurosa!
Dando al cielo alegría,
Alzas los bellos ojos
A Jualindo, que el alto techo mora
(¿Quién vió más claro dia?),
Y luégo con enojos
Los diriges á Delio sin demora
(¿Quién vió más triste hora?).
Y sólo en tu semblante,
Centro de amor y tedio,
Sin crepúsculo medio,
Se miran (¡qué prodigio!) en un instante
Juntarse en lazo raro
La trista noche con el dia claro.

(1) «Te he de deber el favor de que la cancion á *Vecinta desdeño-*»*sa*, por ningun título vaya á Cádiz, no sea que dé en las manos »de *Mirta*, y se desazone ésta, juzgando lo que no hay; pues *Delio* »no tuvo más asunto en componerla que los ruegos de sus amigos »matritenses, al ver que cierta señorita vecina sólo miraba con »agrado á cierto *tumbaollas*, y á los demas nos miraba con cierto »desden y ceño.» (Carta autógrafa de FRAY DIEGO GONZALEZ á un íntimo amigo suyo, que se hallaba en Sevilla.—Coleccion del señor Marqués de Pidal.)

Si buscas ser querida,
Hallarás en mi pecho
El Cipro y Pafo, donde Vénus mora;
Si á ser aborrecida
Te inclina tu despecho,
No desprecies, Vecinta, á quien te adora;
Déjate por ahora
De ese mirar esquivo,
Y el rostro desdeñoso
Convierte en amoroso;
¿No ves que del amor el fuego activo
En el desprecio prende,
Y el soplo adverso más la llama enciende?
A la noche funesta
Sucede el claro dia
Y torna á los mortales el consuelo;
La parda nube opuesta,
Que el aire entristecia,
En gruesos hilos de agua baja al suelo,
Y el ceño quita al cielo;
Y la mar, alterada
Del vendabal furioso,
Recobra su reposo;
Sigue á la guerra cruel la paz amada;
Sólo eterno percibo,
Vecinta, en tu semblante el ceño esquivo.
¡Ay, Delio fementido!
Quizá porque olvidaste
De Mirta gaditana la fe pura,
Al cielo has ofendido,
Las diosas enojaste.
¡Ay, Delio, Delio! vuelve en tu cordura;
Sufre la pena dura
A que te han condenado
Diana, enerudecida,
Y Vénus, ofendida;
Que es el morir de sed, porque has dejado
Las abundosas mares
Por la triste escasez del Manzanares.
¡Ay triste!... pero deja,
Cancion, y corta el hilo ya á la queja;
Que tras la luenga noche vino el dia.
¿No viste cómo el alba se reia,
Y que Vecinta hermosa
Comienza ya á mirarte cariñosa?

ODA.

¿Por qué tan riguroso,
Político severo,
Tuerces con ceño el rostro, y ofendido,
Repites desdeñoso
Con ademan grosero
El *coax* de la rana desabrido,
Porque Celia, cumplido
Un lustro solamente,
Para ser educada,
Del seno es separada
Maternal, y cual víctima inocente,
Llevada á la clausura,
Que tú juzgas eterna sepultura?
Eterna sepultura,
Donde en perpétuo olvido
Sus gracias yacerán; pues el estado
Del claustro por ventura
Le será persuadido;
O cuando deje el claustro, ¿qué ha logrado,
No habiéndola enseñado
La sábia economía,
Que á la mujer abona
Y la forma matrona,
A quien una familia se confia?
Difícil y útil ciencia,
Que sólo da el ejemplo y experiencia.
Y tal vez preocupada,
En nimias devociones
Coloca la esperanza de ser buena,
La carga abandonada
De sus obligaciones,
Lo que la pura religion condena;
O bien se desenfrena,
Y sigue sin medida
Los mundanales gustos
Y placeres injustos,
A que por tanto tiempo fué impedida;
Cual rio represado,
Que el obstáculo puesto ha derrotado.
¡Oh! cuán enormemente
De la razon te alejas,
Político, juzgando desdichada
A Celia, la inocente,
Que sin duelo ni quejas,
Del corrompido mundo separada,
Viene á ser cultivada;
Como oliva preciosa
Entre abrojos nacida,
Que de ellos dividida,
Y trasplantada á tierra deliciosa,
Paga despues tributo
Dando á su tiempo el sazonado fruto.
El fruto sazonado,
Merced de la cultura
Que en este santo asilo se propone,
Donde el primer cuidado
Es enseñar la pura
Religion, que es la regla que compone
El corazon y pone
Al apetito freno,
Y forma las matronas,
Que tú en vano blasonas,
Obra de un siglo de desórden lleno;
Que mal á otros arregla
Quien el propio interior tiene sin regla.
Maestras ilustradas,
Cual aquí se prometen,
A Celia dictarán en sus lecciones
Las acciones sagradas
Que al estado competen,
Condenando las falsas devociones
Con las supersticiones;
Y si allí persevera
Celia el tiempo bastante,
Será ejemplo constante
De que la piedad sólida y sincera
Siempre se ha conciliado
Con el bien verdadero del Estado.
Maestras permanentes,
Al sumo Bien ligadas
Con triple indisoluble ligadura,
A las tiernas clientes,
Para ser educadas,
El bien les fijarán de la cultura.
Ni la pasion impura,
Ni el interes grosero,
Ni el capricho variable
De libertad instable,
Tendrán jamas entrada en el esmero
De una sábia enseñanza,
Virtuosa, gratuita y sin mudanza.
Aquí halla la nobleza
Ventajosa acogida
A costa de un dispendio moderado,
Y la humilde pobreza,
Con amor recibida,
Es tambien educada con agrado.
Aquí logra el Estado
Seminario profundo
De maestras formadas,
Que despues separadas,
Esparcirán la fama por el mundo,
De un establecimiento,
Gloria de nuestro siglo y ornamento.

TERCETOS.

Delio, en la granja, da á entender á Mirta la preferencia que de ella hace respecto de Peria, bajo la metáfora de dos olivos.

En la amorosa estancia donde vivo,
De todo humano trato retirado,
Planté no há mucho tiempo un tierno olivo,
Puse en él mi aficion y mi cuidado;
Dos veces le regaba cada dia,

Y alguna vez estando recostado
A su pié, de mis ojos le añadia
El riego de un extraño sentimiento.
Mi cuidado y cultivo agradecia,
Y lo mostraba el prodigioso aumento,
Y como en tierra fértil y amorosa
Echó raiz profunda, esparció al viento
La hermosísima rama en pompa airosa;
Y yo, para que más prevaleciera,
Con mano diligente y cuidadosa
Del contorno arranqué cuanto pudiera
Impedir el aumento prodigioso;
Y con esto ha arraigado de manera,
Que aunque es árbol crecido y muy pomposo,
No ha podido arrancarle de mi estancia
El vendabal más terco y más furioso.
Del fruto que me da con abundancia,
Con sus hojas y flores aprensado,
Un bálsamo saqué de tal fragancia
Y virtud, que á mis llagas aplicado
(Aunque yo mortalmente estaba herido),
De todas las heridas he sanado.
Y otro olivo que, estando yo dormido,
Maro cerca de allí plantado habia,
Por más que su crianza ha promovido,
Y le regó abundante cada dia,
Jamas se vió crecido ni frondoso;
Y al ver que el otro más prevalecia,
Y á mí de que medrase cuidadoso,
Se ha ido marchitando lentamente,
Hasta que se ha secado, de envidioso.

EL TRIUNFO DE MANZANARES.

CANCION (1).

Precioso Manzanares,
Que entre arenas caminas, lento el paso,
Cuanto en aguas escaso,
Tan rico en virtudes singulares;
Dote que fué debido justamente
A tu estrecha corriente;
Que nunca en lo crecido y abundoso
Cifró naturaleza lo precioso.
A tí mi dulce acento
Se consagra esta vez; y si me es dada
La lira celebrada
De los Lesbios, tu nombre daré al viento,
Y el triunfo por tu medio conseguido,
Si fuere permitido
De los cisnes que pisan tus arenas,
De cuya grande fama al mundo llenas.
A tu márgen se dignan
Congregarse los dioses celestiales
Cuando de los mortales
Los negocios más graves determinan.
Por eso gracias mil te concedieron,
Y cuna te eligieron
De claros, poderosos, altos reyes,
Que en dos mundos dominan y dan leyes.
De tí, el muy extendido
Guadiana; de tí, el Ebro deleitoso
Y el Bétis abundoso,
El hondo Duero, el Tajo abastecido,
Y cuantos rios cortan en porciones
Las hesperias regiones;
De tí uno reciben sus raudales,
Leyes y direccion, si no caudales.
Por tí el apresurado
Genil al Bétis sigue en derechura,
Y lleva el agua pura
Cual en su blanco orígen se le ha dado.
Por tí es libre del Tiber turbulento,
Que con dañoso intento
Le quiso amancillar, y juntamente
Dar un extraño rumbo á su corriente.
Del Tiber, avezado
A hacer temer á todas las naciones
Con sus inundaciones,
De Pirra el siglo á Roma amenazado.
¡Ay, cuán entumecido y orgulloso,
Y su ímpetu furioso!
¡Ay, cuántas bellas tierras dejó aisladas,
De nuestro amado suelo separadas!
Del Tiber, que intentaba
Abolir las memorias aplaudidas,
A real nombre erigidas,
Que la bética gente veneraba;
Y el templo virginal invadir luégo
De la diosa del fuego;
Presidente, con cruel decreto airado
Del soberano Jove, no aprobado.
¡Ay, cuánta desventura
A la bética gente aconteciera,
Si Jove permitiera
Cumplir del crudo Tiber la ley dura!
¡Cuántos males sufrieran, cuántos daños
Pastores y rebaños!
Todo fuera trastorno y falta de órden,
Extraña confusion, ciego desórden.
Sobre el olmo pomposo,
Do sola la paloma asiento hiciera,
El torpe pez se viera,
Y como pez el gamo pavoroso
Surcára (confundida la natura)
La cristalina anchura,
Y llevára Proteo sus ganados
A los ásperos montes nunca hollados.
¿A cuál dios invocára
La confusa provincia, que á su ruina
Con presura camina?
¡Ay, y cuán vanamente fatigára
El coro femenil de las vestales,
Con himnos virginales,
De la dormida diosa las orejas,
Negadas á sus cánticos y quejas!
¿A quién cometeria
Júpiter soberano el rayo ardiente,
Que á la afligida gente
Vengase de maldad y alevosía?
A tí fué dado, Manzanares bello,
El poder contenello;
Y el buen Genil hallar pudo en tí solo
Marte, Vénus, Amor, Mercurio, Apolo.
Así los otros rios
Tanta parte te den de sus caudales,
Que sobre tus cristales
Crucen la Carpetania los navíos,
Como yo extenderé con mis canciones
Por todas las naciones
Tu nombre y fama, siempre agradecido
Al triunfo por tu mano conseguido.
Y tú, Genil dichoso,
Sigue al Bétis, y anima, de pasada,
La gente desmayada
Del habido temor, y victorioso
Vé cantando tu triunfo dulcemente,
Diciendo alegremente:
«No temais; libres sois de tantos males.»
Y da nueva presura á tus raudales,
A quien no detuvieron
Ni las amenas selvas, ni los prados,
De flores mil sembrados,
Ni su curso los hielos suspendieron,
Ni sus raudas orillas azotaron
Las ovas, ni escucharon
De las ranas el canto desabrido,
Ni vayon ni espadaña allí se vido.
Sigue, pues, con presura
Por do la sábia mano te condujo
Con poderoso influjo
Y santas leyes, llenas de cordura;
Hasta que, al verte raudo y victorioso,
El Bétis amoroso,
Extendiendo los brazos luengamente,
En su seno reciba tu corriente
Y luégo sosegando

(1) «Quisiera estar más desocupado de lo que me hallo, para enviarte una copia de la cancion titulada *El Triunfo del Manzanares*, que un tal *Delio* compuso con ocasion del decreto últimamente ganado en el Consejo contra otro que vino del Tiber sobre la Bética monástica, como tú sabes muy bien.» (Carta autógrafa de FRAY DIEGO GONZALEZ al padre Miras. Tormes, Febrero 15 de 1776.)

La presura, los brazos paternales
Tus hermosos cristales
Hácia el mar gaditano irán llevando
Por terrenos fecundos, deliciosos,
Y á los pueblos hermosos
Que en la apacible orilla fueres viendo,
La nueva de tu triunfo vé esparciendo.
¡Ay! guarte que el encanto
De márgen sevillana lisonjera
Detenga tu carrera;
Ni quieras escuchar el dulce canto
De las ninfas que forman mil cuadrillas,
Y en las frescas orillas
Hieren la blanda arena, que, aunque ufanas
Son envidiosas de las gaditanas.
Antes, cual sabio griego,
Tus oidos atapa prontamente,
Y á paso diligente
La lucarina playa ocupa luégo,
Y sin temer escollos peligrosos,
Entra en los abundosos
Y dilatados mares, ya vecinos,
Llenos de mil veleros ricos pinos.
Y luégo hácia Levante
Dobla la larga punta aguda y fiera
Del Can, do pereciera
Mil veces el incauto navegante,
Y descubre el emporio gaditano,
Y corre luégo ufano
A besar sus orillas reverente
Y saludar la hermosa y dulce gente.
Y si entre los millares
De ninfas, de hermosura y gracia llenas,
Que pisan sus arenas,
A la fiel y divina Mirta hallares
(Que ignorar no podrás aún entre tantas),
Besa sus bellas plantas,
Y dile de mi amor cuanto tú puedas,
Con que añadas que siempre corto quedas.
Dile que en la ribera
Del apacible Tórmes argentado
Apasta su ganado
El triste Delio, cuya suerte fiera
(Quizá por apagar su llama ardiente)
Lo tiene de ella ausente;
Pero ántes será el mundo piezas hecho
Que falte Mirta bella de su pecho.
Dile que noche y dia,
Con pastoril zampoña ó dulce avena,
Por divertir la pena,
El nombre de su Mirta al cielo envia,
Y olvidan sus ovejas los pastores
Por oir sus loores,
Y el pecho alzó tal vez del ancho asiento
El padre Tórmes, y atendió á su acento.
Dile que en la delgada
Arena, nunca hollado de la gente,
Graba continuamente
El dulce nombre de su Mirta amada,
Y crece y sube con el olmo alzado,
Y que siempre empleado
En formar de sus prendas larga historia,
Hará eterna de Mirta la memoria.

CÁDIZ TRANSFORMADO,

Y DICHAS SOÑADAS DEL PASTOR DELIO

CANCION.

Desde que vivo ausente
De la bella ciudad que fué la gloria
Donde hizo eterno asiento mi deseo,
Me está continuamente
Afligiendo de dia su memoria,
Y de noche me sirve de recreo;
Y aunque en sueños no creo,
Por ser regularmente necedades,
Tal vez fueron misterios y verdades,
Y he de contar con verso mesurado
Las dichas que he soñado
En una noche fria,
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé (como transforma
El sueño las ideas á su grado)
Que no era Cádiz lo que se pensaba,
Sino de humana forma
Una pastora, que de mi ganado
Los cándidos corderos apastaba,
Y Mirta se llamaba,
Llena de honestidad y de hermosura,
Centro de discrecion y de fe pura,
Y yo gozaba en suerte venturosa
De su vista graciosa
Las veces que queria;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que transformado
Cádiz en Mirta bella, así me habla:
«¿Con que, presto del Tajo á la ribera
Trasladas el ganado?
¡Triste la que nació mísera esclava!
Cierto puedes estar que si pudiera,
Con gusto te siguiera,
Hasta dejar los abundosos mares
Por la triste escasez del Manzanares;
Pero el alma, que es libre, irá contigo,
O quedará conmigo
La tuya en compañía.»
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que amarizadas
Mis ovejas dejaba en la espesura,
Y á la playa me fuí, sin curar de ellas,
Y noté unas pisadas
Bien estampadas en la arena pura,
Que juzgué ser de Mirta por lo bellas;
Siguiendo fuí las huellas,
Y vi que con el dedo habia formado
En la arena este indicio de su agrado:
«Quien me sigue será correspondido;
Delio lo ha conseguido.»
Y Mirta lo escribia;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que mis zagales
Me dieron una nueva lastimosa
De Cádiz, y yo en llanto me anegaba,
Llorando tantos males,
Y al punto llegó Mirta, presurosa,
Y vi que con un lienzo que tomaba
El llanto me enjugaba,
Y aplicando la mano al casto pecho,
«Vive, pastor (me dice), satisfecho,
Que en Cádiz vivirás eternamente.»
Y yo muy ciertamente
Mi ventura creia;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que Mirta bella
Me miraba, y decia con agrado:
«¿Por qué pasas, pastor, la vida triste?
Ya cesó mi querella;
Ya sé que tu caudal has retirado
Del banco genoves, donde perdiste
En lo que allí impusiste;
Y todo por entero lo empleaste
En nuestro Cádiz fiel, donde lograste
Tener inmenso lucro y muy seguro;
Yo, Mirta, te lo juro
Por toda la fe mia.»
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que el mar furioso
Habia sumergido una isletilla,
Do Mirta estaba entónces (¡dura estrella!),
Y estando yo lloroso,
Sintiendo tal desgracia, en una orilla,
Vi en las aguas formar su imágen bella;
Iba á arrojarme á ella.
Mirta, que estaba atras, sin yo sabello,
Los brazos dulcemente me echa al cuello,
Diciendo: «No te pierdas por hallarme,
Si quieres agradarme,
Pues vivo todavía.»
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que se acercaban
Unas abejas á los labios bellos
De Mirta, que dormia, que en lo rojo,
Bella rosa juzgaban;

Yo, incanto, al espantarlas, toqué en ellos;
Mirta, sobresaltada, abrió los ojos;
Yo temí sus enojos;
Mas vi que me miraba complaciente,
Y moviendo los labios dulcemente,
La miel que las abejas no lograron,
En mí la destilaron
Con lo que me decia;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que, embebecido
En un mapa que Arsenio me habia dado,
Miraba yo de Cádiz la belleza,
Y Mirta, que lo vido
(Juzgándolo de Génova traslado),
Le tomó de mis manos con fiereza
Y habló con aspereza;
Mas luégo, vuelta un poco en la cordura,
Viendo su engaño, dijo con ternura:
«No dudaré, pastor, eternamente
De tu pecho inocente,
Ni tú de la fe mia.»
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que, el diestro codo
Puesto en el verde prado, Mirta bella
Sobre la blanca mano reclinaba
El rostro, y de este modo
Conmigo conversaba cariñosa.
Vi que la vista al cielo levantaba
Y que me preguntaba:
¿Qué trecho habrá desde la tierra al cielo,
Pastor?» Y yo la dije sin recelo:
«Medido de tu mano diestramente,
Un codo solamente»;
Y ella se complacia;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que divertido
Estaba yo á deshoras de la noche,
Formando una cancion á mi pastora.
Sentí á mi puerta un ruido,
Como si allí parado hubiera un coche,
Y luégo se me dijo en voz sonora:
«Delio, llegó la hora
De que dejes las selvas y el ganado,
Pues no eres para rústico formado;
Vén, que en Cádiz te espera ansiosamente
Con quien eternamente
Gozarás de tu dia.»
Y era soñar el ciego que veia.
Yo, de mi dicha cierto,
Dejo el lecho, dormido, apresurado,
Y destinando, ruedo la escalera,
Y en el portal despierto,
Bañado el rostro en sangre y maltratado;
Y vi que en esta ventura (¡ah suerte fiera!)
Imposible me era,
Pues vi que áun subsistia irrevocable
De Diana el decreto formidable;
Y aunque quedé del sueño mal herido,
Más que dél, ofendido
De la verdad, con ceño
Miré la vida, y con placer el sueño.
Cancion, vé á Mirta, y di de parte mia
Que si de mi verdad y amor dudaba,
Sepa que si soñaba
El ciego que veia,
Era sólo soñar lo que queria.

A MELISA.

CANCION.

Andando yo cazando,
Vi una blanca paloma, que batia
Las alas con extraño movimiento,
Y luégo fuí notando
Que por línea derecha descendia
Hácia la boca de un dragon hambriento,
El cual con torpe aliento
Habia su vigor entorpecido,
Y hácia sí la traia sin sentido,
Con tal dulzura y suavidad tan rara,
Que si yo no llegára
Tan oportunamente,
Fuera despojo de su crudo diente.
Compadecido de ella,
Disparé mi arcabuz, y dividida
La columna de aliento que mediaba,
Cayó á mis piés la bella
Paloma, si no muerta, atontecida.
Yo la puse en mi pecho y fomentaba,
Por ver si en sí tornaba;
Mas ella, apénas se hubo recobrado,
Despues de haberme el corazon robado,
Hácia la fiera boca alzó su vuelo,
Y con tanto desvelo
Por ella se ha metido
Como pudiera por su amado nido.
Estando en mi majada,
Entregados al sueño los mastines,
Vi que un lobo sagaz acometia
A una cordera amada,
Que estaba del rebaño en los confines;
Yo, que más que á las otras la queria,
Tras el lobo, que huia
Con el robo, siguiendo fuí con priesa,
Y del hambriento diente hurté la presa,
Pero tan maltratada, que mirando
La sangre amancillando
Del vellon la blancura,
Me llenó las entrañas de ternura.
Con bálsamo oloroso
Sus heridas curé, compadecido,
Y desde entónces mucho más la amaba.
Mas, ¡caso prodigioso!
Apénas hubo bien convalecido,
Volvió el lobo fatal, que la buscaba,
Y el ganado acechaba,
Y luégo que lo vido la cordera,
De mis brazos saltó, ¡quién lo creyera!
Y fué siguiendo en pos del lobo hambriento
Con balido y lamento,
Y tan apresurada
Como pudiera tras su madre amada.
Viniendo de camino,
Vi un cazador astuto que tenía
En redes várias aves encerradas,
Cuyo arte peregrino
Con fingido reclamo las traia,
Y á un engañoso cebo aficionadas,
Del daño no avisadas,
Se entraban en las redes con anhelo,
Pensando hallar su paz y su consuelo;
Vi entre ellas una tórtola tan bella,
Que, enamorado de ella,
Deseando lograrla,
Dí todo mi caudal por rescatarla.
Llevémela en el pecho
A mi aldea, que cerca de allí estaba,
Y yo la regalaba con cuidado,
Y estando satisfecho
De que ella mis halagos estimaba,
Luégo que ya me vido confiado,
Con vuelo acelerado
Caminó hácia la red en derechura,
Y en ella volvió á entrarse sin cordura.
Yo en vano fuí á cobrarla presuroso,
Porque al hombre alevoso,
Por más que le decia,
No pude persuadirle que era mia.
Melisa, si entendieras
Lo que quieren decir estas visiones,
No fuera quien las vió tan desdichado;
Entónces conocieras
Las astucias, engaños y traiciones
De que Delio prudente te ha librado,
Y hubieras estimado
Su mucha diligencia y mucho celo;
Pero al fin la verdad quitará el velo
Al engaño, y verás que aquel amante,
A quien pagas constante
De tu amor el tributo,
Es dragon, lobo y cazador astuto.

A LISENO (1).

ODA.

¿Por qué te das tormento,
Liseno, si te da el cielo santo
El mirar el portento
Que al Tajo pone espanto
Y á sus labios renueva el sabio canto?
Dichoso y bienhadado
Quien logra ver de Lisi la luz pura,
Do con modo no usado
La gran madre natura
Cifró el númen, la gracia y la hermosura.
Ver el rostro halagüeño
Donde mora el agrado de contino,
Y nunca el negro ceño
Ni otro vapor malino
Alteró lo sereno y cristalino;
Y aquel hablar sabroso,
Entre carmin y perlas fabricado,
Correr cual el precioso
Raudal recien formado,
Sobre las puras guijas deslizado.
¡Oh! no ya ingrato al cielo,
Torna, oh caro Liseno, en tu cordura;
Recobra tu consuelo,
Y deja la tristura
Al malhadado Delio y sin ventura.
¡Ay! si entre tantos males,
Me fuese, como á tí te es, concedido
El ver los divinales
Ojos donde Cupido
Reina, más fuerte que su madre en Gnido;
Dejando mi ganado
Del Tórmes argentado en la ribera,
De el dulce bien llevado,
Por do quiera que fuera,
Como la sombra al cuerpo, la siguiera.
O ya por la espesura
Al ciervo con saeta fatigára,
O ya en la márgen pura
Del Tajo se sentára,
Y su voz en las aguas resonára.
Del canto suspendido,
Viviera de mis daños olvidado,
Puesto el atento oido
Al són de dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

TRADUCCION DEL SALMO VIII.

¡Cuán grande y admirable,
Oh Señor, en quien nuestro bien se encierra,
Es tu nombre adorable
En todo cuanto cierra
La redondez inmensa de la tierra!
Pues la magnificencia
Que en tus excelsas obras se ha mostrado,
En poderío y ciencia
Así ha sobrepujado,
Que más que el alto cielo se ha elevado.
Sacaste tu alabanza
De infantil boca, que áun enjuga el pecho;
La enemiga alianza
Confundida, y deshecho
El ódio vengador y su despecho.
Que si los cielos miro,
Esmero de tu mano omnipotente,
Y el desvelado giro
De la luna luciente,
Y de estrellas el coro refulgente,
Luégo digo, admirado:
¿Qué es el hombre, que tanto le encareces
Tu amor, ó el engendrado
Del hombre, que mil veces
Con tu visitacion le favoreces?
Poco ménos le hiciste
Que el ángel, y de honor le coronaste
Y gloria, y le pusiste,
Luégo que le formaste,
Sobre todas las cosas que criaste.
Y todo sometido
Lo dejaste á sus piés y á su mandado;
El rebaño vestido
De lana, el buey pausado,
Y cuanto pace yerba en monte ó prado;
Y las ligeras aves,
Que alzan el vuelo á la region vacía,
Y los pescados graves,
Que cruzan á porfía
Las sendas de la mar salada y fria.
¡Cuán grande y admirable,
Oh Señor, en quien nuestro bien se encierra,
Es tu nombre adorable
En todo cuanto cierra
La redondez inmensa de la tierra!
Al Padre poderoso,
Al Hijo sin fin sabio, y al supremo
Espíritu amoroso
Se dé el honor eterno
Ahora y siempre y por siglo sempiterno.
Amén.

TRADUCCION DEL SALMO X.

¿Para qué me decis (si en Dios confio):
«Sús, corre, aguija, vuela, y como el ave
Traspasa el monte y la encumbrada sierra?
¿No ves los muchos que con pecho impío
Aparejan el arco duro y grave
Aljaba, que saetas mil encierra,
Para herir en oculto al inocente?
¿No ves que han derrocado
Al suelo prestamente
Cuanto tú en luengo tiempo has fabricado?»
Mas ¿qué hice yo, cuitado?
Ni ¿de quién temeré, si desde el cielo,
El Señor, que en su santo templo mora,
Sentado como juez, mira piadoso
La causa de los pobres y su duelo,
Y de los hombres la conciencia explora
Con juicio riguroso,
Y pregunta imparcial á cada uno,
Al justo y al impío de consuno?
Que el que ama la maldad, aborrecida
Tiene á su misma alma; y Dios, airado,
Lloverá los peligros por do quiera
Sobre los pecadores; su bebida,
Á los malos, y suerte postrimera
Serán fuego y azufre, y al airado
Viento tempestuoso corrompido;
Porque es justo el Señor, y siempre amanfe
De la justicia ha sido,
Y á la equidad miró de buen semblante.

TRADUCCION DEL HIMNO *VENI, CREATOR.*

Vén, Criador Espíritu amoroso,
Vén y visita el alma, que á tí clama,
Y con tu soberana gracia inflama
Los pechos que criaste poderoso.
Tú, que abogado fiel eres llamado,
Del Altísimo dón, perenne fuente
De vida eterna, caridad ferviente,
Espiritual uncion, fuego sagrado;
Tú te infundes al alma en siete dones,
Fiel promesa del Padre soberano;
Tú eres el dedo de su diestra mano,
Tú nos dictas palabras y razones.
Ilustra con tu luz nuestros sentidos,
Del corazon ahuyenta la tibieza;
Haznos vencer la corporal flaqueza,
Con tu eterna virtud fortalecidos.
Por tí, nuestro enemigo desterrado,
Gocemos de paz santa duradera;
Y siendo nuestra guía en la carrera,
Todo daño evitemos y pecado,

(1) Su amigo, el padre Fernandez.

Por tí al eterno Padre conozcamos,
Y al Hijo, soberano omnipotente,
Y á tí, Espíritu, de ambos procedente,
Con viva fe y amor siempre creamos.
Toda gloria sea dada al Padre eterno,
Y al Hijo, de la muerte victorioso,
Y al soberano Espíritu amoroso,
Ahora y siempre y por siglo sempiterno.

TRADUCCION DEL CÁNTICO *MAGNIFICAT.*

Alaba y engrandece
A su Dios y Señor el alma mia,
Y en mi espíritu crece
El gozo y alegría
En Dios, mi Salvador, en quien confia.
Y porque se ha dignado
Mi baja condicion mirar clemente,
Mi nombre celebrado
Será de gente en gente,
Llamándome dichosa eternamente.
El poderoso y pío,
Que Santo es su renombre y ornamento,
Ha obrado en favor mio
Maravillas sin cuento,
Que exceden todo humano entendimiento.
Y su grande clemencia
Se extenderá propicia eternamente
A toda descendencia,
Con tal que toda gente
Le doble la rodilla reverente.
De fortaleza y brío
Armó su brazo excelso poderoso,
Y confundió al impío
Soberbio, presuntuoso,
En sus designios vanos orgulloso.
De la encumbrada silla
Derribó al poderoso y engreido,
Y á la plebe sencilla
Del estado abatido
Hasta el sólio de gloria le ha subido.
Colmó al necesitado
De bienes soberanos con largueza,
Y al rico, confiado
En su falaz riqueza,
Dejó vacío en mísera pobreza.
En gracia ha recibido
A Israel, recordando su clemencia;
Como hubo prometido
A la antigua creencia,
A Abraham y su larga descendencia.
Al Padre sea la gloria,
Al Hijo y al Espíritu, cantada
En eterna memoria,
Como siempre fué dada
Y será por los siglos tributada.

TRADUCCION DEL HIMNO *TE DEUM.*

A vos, Señor, por Dios os alabamos,
Y vuestro señorío
Sobre todas las cosas confesamos,
Padre eterno de inmenso poderío
Os venera la tierra
Y cuanto el orbe encierra.
Por angélicos coros sin reposo,
Los cielos y las altas potestades,
El querubin y serafin gozosos,
Con incesante canto
Os entonan el Santo, Santo, Santo;
Señor de los ejércitos terrible.
Cielo y tierra rebosan vuestra gloria
Y majestad; el coro glorioso
De apóstoles, el número plausible
De profetas y ejército invencible
De mártires triunfantes
Os alaban constantes.
La Iglesia, por el mundo difundida,
Os confiesa por Padre omnipotente,
Y á vuestro venerado
Unigénito Hijo coeterno,
Y al Espíritu Santo juntamente.
¡Oh ungido del Señor! ¡Oh Cristo amado!
Tú eres Rey de la gloria,
Hijo eternal del Padre sempiterno.
Tú, habiendo de tomar el sér humano
Para librar al hombre, que criaste,
Con ser inmenso, no te dedignaste
De la estrecha clausura
De las entrañas de una vírgen pura.
Tú, vencida la muerte, nos abriste
Con poderosa mano
Las puertas eternales,
Que la culpa fatal habia cerrado
A todos los mortales.
Tú á los cielos subiste,
Y á la diestra del Padre estás sentado,
Y vendrás, como juez justo y severo,
A juzgarnos el dia postrimero,
Dia terrible y triste.
Por tanto, ahora postrados,
Favor pedimos los que redimiste
Con tu sangre preciosa;
Haz que en suerte dichosa
Con tus santos seamos numerados.
Salva tu pueblo y la heredad preciosa
Que por propia elegiste,
Y hácia tí nos dirige eternamente
Con devota porfía.
Cada dia tu nombre bendecimos
Y por todos los siglos le alabamos.
Guárdanos sin pecado en este dia;
Piedad, Señor, piedad á tí pedimos,
Y así como de tí siempre esperamos,
Tu gran misericordia consigamos.
En tí espero, Señor, continuamente;
No seré confundido eternamente.

A UNA PINTURA CONFUSA DE LA GLORIA.

OCTAVA.

Una rara vision, que representa
Un conjunto de várias confusiones,
En color de azafran y de pimienta,
Donde, á costa de muchas atenciones,
Sólo nota la vista más atenta
Manos, patas, cabezas, piés y alones,
¿Por qué motivo se ha de llamar *gloria?*
¿No era mejor llamarla pepitoria?

A UN ORADOR CONTRAHECHO, ZAZOSO Y SATÍRICO.

SONETO.

Botijo con bonete clerical,
Que viertes la doctrina á borbollon,
Falto de voz, de afectos, de emocion;
Lleno de furia, ardor y ódio fatal;
La cólera y despique por igual
Dividen en dos partes tu sermon,
Que, por tosco, punzante y sin sazon,
Debieras predicárselo á un zarzal.
¿Qué prendas de orador en tí se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
El metal de la voz cual de sarten,
Tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
Para arador te sobran más de mil.

CENSURA DE UNOS SONETOS ACRÓSTICOS.

OCTAVA.

Esos versos que ves tan adornados
No son efecto, Mirta, de gran ciencia;
Por pintor, no poeta, son formados,
Más que obra de talento, de paciencia;
Y aunque, hácia várias partes ordenados,
Siempre tienen su cierta inteligencia,
Y forman con las letras mil juguetes,
No son sonetos, sino sonsonetes.

TRADUCCION

del epitafio latino que el Bembo hizo á Rafael:

Ille hic est Raphael, timuit, quo sospite, vinci,
Rerum magna parens, et moriente mori.

TRADUCCION.

Aquí yace Rafael,
De quien natura, admirada,
Receló por su pincel,
Viviendo él, ser superada,
Y morir muriendo él.

ÉGLOGA

con motivo de la exaltacion al trono y proclamacion de nuestro augusto soberano Cárlos IV (1).

BATILO, DELIO.

BATILO.

¿De dónde, Delio amado,
Tan extraña alegría?
Poco há que en este sitio recostado,
Arreglando tu lira á tono triste,
Con fúnebre elegía
A toda la ribera enterneciste,
Moviendo tu lamento
A tomar interes en tus pesares
Al ledo Manzanares,
Que el pecho alzó del arenoso asiento;
Y ora, de gozo el rostro trasportado,
De hiedra y arrayan recien cortado
Rodeada la frente,
Festivo, sin cesar, alegre cantas,
Y á tu celeste esfera el són levantas,
Y el nombre carolino juntamente;
El nombre carolino,
Que en la ribera suena de contino.

DELIO.

No te admires, zagal, si en este dia
Es mi gozo excesivo,
A tocar en locura;
Que es extraño el motivo,
Y á veces es cordura
Perder el seso. ¡Oh amada patria mia!
¡Oh felices edades,
En que la alma virtud es ensalzada
Y en trono real sentada!
Ya se ven humanadas las deidades
En medio de la plebe alborozada;
Ya torna el reino de Saturno y Rhea,
Y derrama Amaltea
Del rico dón sagrado
Los bienes sin medida.
¡Oh dichoso el zagal á quien es dado
El comenzar la vida
En tan feliz momento!
Paced, paced, pastores, libremente,
Seguros de invasion de lobo hambriento;
Cantad alegremente
Nuestras glorias futuras,
Y el nombre carolino juntamente.
¡Oh dichas! ¡oh favores! ¡oh venturas!
¡Oh Cárlos deseado! ¡oh dulce Luisa!
Venid, tiempos, venid á toda prisa.

BATILO.

Bien hiciste en decirme que no era
Locura consumada tu alegría;
Que por tal la tendria
Quien, como yo, te oyera
Decir cosas tan várias presuroso,
Sin proseguir alguna señalada
Ni hacer allí parada;
Cual en valle abundoso
Deja la hambrienta oveja mal pacida
La grama comenzada,
Del codiciado nácar atraida,
O cual la mariposa
Que toca en várias flores, desvelada,
Y en ninguna reposa.
¿De dónde, pues, tu falta de cordura?
¿Qué frenesí de nuevo te ha tomado,
Siendo pastor de juicio acreditado?

DELIO.

Pues qué, ¿no ves trocada la natura?
¿En el prado florido
No ves el resplandor, cuando á Diana
En diversion liviana
Detiene en Látmos el pastor dormido?
¿No ves por los oteros
Saltar las corderillas,
Retozar los corderos,
Volar los colorines en cuadrillas?
¿No escuchas el divino, no aprendido,
Canto del ruiseñor, que la celosa
Consorte reconoce desde el nido,
Donde en cama mullida
Fomenta cariñosa
La familia, en los huevos escondida?
¿No ves subir al cielo, bordeando,
La calandria parlera,
En justa proporcion la voz alzando,
Y luégo se descuelga á la pradera
Precipitadamente?
¿No es aquella que arrulla en nuestra estancia
La tórtola doliente?
¿Del monte en la ladera
No miras el almendro floreciente?
¿No sientes la fragancia
De las rosas que nacen por do quiera,
Y todo en medio del invierno crudo?

BATILO.

¿Tanto tu gozo enajenarte pu[illegible]
Que juzgues cosas tales
Las hogueras que en muestra de alegría
Encienden los zagales?
. . . . . .
. . . . . .

SATISFACCION DEL GENIL TRIUNFANTE

AL DARRO QUEJOSO (2).

¿Por qué te das tormento,
Darro, de que en el triunfo conseguido
Tu nombre no has oido?
¡Oh! deja la querella y el lamento,
Y torna á dar contento y alegria
A tu angostura umbría;
Que si yo llevo el nombre en la victoria,
Del triunfo llevas tú toda la gloria.
Aunque del seno frio
Los dos nacemos de esa madre cana,
Plugo á la soberana
Mano de hacer los dos un solo rio.
Para este fin el nombre tú perdiste,
Y gran caudal me diste;
Y yo el nombre te dí para el intento,
Corto caudal, y tardo movimiento.
No tú, como el Segura,
Que el triunfo celebró de la insolencia,
Y puso la inocencia
En cadena insoluble y cárcel dura.
Por eso condenaron sus raudales
Los dioses inmortales
A ser de cara madre distraidos,
Y en las movidas tierras consumidos.

(1) Fray Diego Gonzalez dejó sin concluir esta égloga.

(2) La hemos copiado del manuscrito autógrafo que envió Fray Diego á Jovellanos.

Á LA PAZ

ventajosamente concluida por Cárlos III.

SONETO.

La guerra por un caso inevitable
Invadió la española monarquía,
Juzgando que aceptada, acabaria
De una vez con la gente miserable;
Y rehusada, al monarca respetable
La gloria militar rebajaria.
El pueblo ofrece á Cárlos á porfía
Dones mil del tesoro inagotable
De su amor; y por Cárlos negociada,
Viene la paz con palma de victoria.
La guerra cruel, huyendo apresurada,
Tantos despojos deja en nuestra tierra,
Que Cárlos de la paz saca la gloria,
Y el pueblo la abundancia de la guerra.

ENDECHAS (1).

Á Mirta, ausente.

Por aliviar mis penas
Te escribo, Mirta hermosa;
Mas dudo del alivio;
Que la pena es mayor con la memoria.
¿Cuándo, mi dulce Mirta,
Cuándo será la hora
Que tu presencia amada
Alegre fin á mi amargura ponga?
¿Cuándo ahuyentarás, cuándo,
Tinieblas horrorosas,
Que á un inocente pecho
Entristecen, oprimen y sofocan?
Corre el tiempo á mis daños
Con planta voladora,
Y á mis placeres anda
Con planta lenta, torpe y perezosa.
¡Cuántas veces (¡qué dicha!)
A tu puerta amorosa
Llamo y digo: «Abre, Mirta,
Y ahuyenta con tu risa mis congojas!»
¡Y cuántas ¡dolor fiero!
Mirando tan remota
La esperanza de verte,
Lágrimas tristes de mis ojos brotan!
Ya fatigo los montes
Con voces lastimosas,
Pidiéndoles á Mirta,
Y tan sólo ecos tristes me retornan.
Ya de la cruel Diana
Me quejo; ya á la hermosa
Vénus suplico humilde
Que á mis amantes quejas corresponda.
Vén, pues, querida Mirta,
Y el mal que me devora
Truécalo en alegría
Con tu presencia dulce y amorosa.
Dios te guarde más años
Que hilos tienen las tocas
Del refulgente Apolo.
Tórmes, á dos de Enero.— *Quien te adora.*

A la noche funesta
Sucede el claro dia,
Y torna á los mortales el consuelo;
La parda nube opuesta,
Que el aire entristecia,
En gruesos hilos de agua baja al suelo,
Y se descubre el cielo;
Y la mar, alterada
Del vendabal furioso,
Recobra su reposo;
Sigue á la guerra cruel la paz amada;
Solo eterno percibo
De mi fortuna airada el ceño esquivo.

(1) Copiada de las poesías manuscritas que envió el MAESTRO GONZALEZ á Jovellanos.

LAS EDADES.

POEMA DIDÁCTICO.

LA NIÑEZ.

Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores,
Mobilibusque decor naturis dandus, et annis.
Reddere qui voces jam scit puer, et pede certo
Signat humum, gestit paribus colludere, et iram
Colligit, ac ponit temere; et mutatur in horas.

(Horatius, *Epist. ad Pisones.*)

ARGUMENTO DEL PRIMER LIBRO.

Núm. 1. Proposicion.
2. Dedicacion.
3. Recomendacion de la materia.
4. Admírase la providencia de Dios en la creacion del mundo y los entes que le ocupan, y sus designios en órden al hombre.
5. Complacencia del soberano Criador en sus obras.
6. Creacion del hombre, compuesto de cuerpo y alma, y cáos inmenso entre la materia y el espíritu.
7. Admirable providencia con que el Criador proporcionó estas dos compartes, para que compusiesen un todo.
8. Prerogativas y felicidad del hombre en el estado inocente.
9. Degradacion de la naturaleza por la desobediencia del primer hombre.
10. Males y miserias en que incurrió el hombre por su desobediencia.
11. Bienes naturales que quedaron en el hombre despues de su degradacion; sus excelencias, señorío, industria y talento para procurarse su felicidad por medio de la agricultura, comercio y descubrimiento de las artes y ciencias.

LIBRO PRIMERO.

1. Decir en verso grave, numeroso,
Del hombre vegetable, y las sazones
Por donde sin sentirlo es conducido,
En cada edad notando las pasiones
Que son propias, por dón raro y precioso
Concede, ¡oh sábia Musa! y al olvido
Entrega el verso blando que á mi lira
Dictaste en vida umbrátil. (¡Ay locura,
Con eternales lágrimas llorada!)
El verso didascálico me inspira,
Mezcla la utilidad con la dulzura;
La sola utilidad, que ni es tocada
Del fuego celestial la mortal gente,
Ni del sacro furor su pecho henchido
Para otro fin; ni fuera conveniente
Tratar asunto ménos importante,
Por mis años á tal sazon venido,
Que la cana en mi pelo ya ha nacido,
Y va á surcar la ruga mi semblante.
2. Y tú, sabio Jovino, mi ventura,
Gloria inmortal del legionense suelo,
A quien la más sincera, la más pura
Duradera amistad unió conmigo
(Dón, entre cuantos dones debo al cielo,
El más digno de prez); ora tasando
Estés á la maldad digno castigo,
Representando al Dios de la venganza;
Ora con tierno pecho consolando
De la viuda y el huérfano el lamento;
Ora examines en la fiel balanza
Que te confia la divina Astrea,
La dudosa razon con ojo atento
Y pecho libre de pasion malina;
Suspende por un rato la tarea
Forense, en que te tiene sumergido
El provecho comun, y determina
En el nuevo camino que has mostrado,
Mis pasos áun dudosos; lo torcido
Endereza, levanta lo abatido,
Tilda con negra tinta el verso errado;

Infúndeme valor, si desaliento
En la ardua vía por do va la gloria.
Yo extenderé del uno al otro polo
El nombre de Jovino, su talento,
Y de sus hechos la lucida historia.
Tuya es la idea, mio el verso solo;
Tus doctos pensamientos vé dictando;
Yo al dulce verso los iré acordando.

3. Así como un geógrafo erraria
Si mil reinos extraños describiera,
Al desprecio entregando el patrio suelo;
O como el padre, que curar debiera
De su casa la sábia economía,
Y la ajena mirase con desvelo;
Así nosotros (créeme, Jovino)
Erramos, ¡ay! erramos torpemente,
En objetos extraños consumiendo
De nuestro entendimiento el dón divino,
Que para el propio bien primeramente
Nos fuera concedido; ó discurriendo
Por las oscuras ciencias, comparemos
Unas cosas con otras vanamente;
O los ajenos hechos meditemos
En la historia, do el daño y el provecho,
La accion laudable con el torpe hecho
Confundidos están (el grande Apolo
Juzgue si ella es más útil que dañosa);
Sólo de nuestro sér, de nuestro solo
Vivir siempre olvidados, consumimos
La vida, sin saber cómo vivimos.
Como entre flores necia mariposa,
De objetos en objetos discurrimos,
Sin tomar, cual abeja diligente,
A nuestro propio bien lo conveniente.

4. Que muy de otra manera meditaba
Nuestro comun provecho aquel divino
Hacedor de las cosas que en su mente
Eternalmente concebido habia,
Y nada para sí necesitaba,
Rico, abundoso y en feliz destino,
Y todo el sér en sí lo contenia.
¡Oh dignacion! ¡Oh amable providencia!
¡Oh divino consejo, eterno y sabio!
¡Oh poder! ¡Oh bondad! del alto cielo
Envia la sagrada inteligencia,
Que purifique el torpe, inmundo labio
Con fuego de tu altar, para que pruebe
Decir tus obras santas y desvelo
Paternal hácia el hombre; confundido
El sacrílego error, que al necio ateo
Dictó en secreto el corazon aleve,
Y el sistema orgulloso, que el oido
Cierra, cual áspid sordo, el sabio encante
Del gitano pastor, del pueblo hebreo
Padre y legislador, que poseido
Del fuego celestial y sacrosanto,
Que arder, sin consumir la zarza, vido;
En la falda del Sina referia,
Prestándole atencion la ruda gente,
Cómo el mundo en eterno horror yacia,
Y en la nada yaciera eternamente,
Si el soberano Autor no le extrajera
Del no sér, cual si allí ya sér tuviera.
Y sonando la voz omnipotente,
La universal materia salió fuera,
Aunque inerme, vacía, informe, impura,
La faz ceñida de tiniebla oscura.
¡Ah! cuán desaliñada y diferente
De como fué despues que la adornára
Su espíritu divino, y la inspirára
Virtud, con luenguas alas cobijando
La inmensa mole de agua, cual fecunda
Sus huevos la paloma al calor blando!
¡Cuánta virtud, cuán vária, la infundia!
La luz clara salió de la profunda
Tiniebla, distinguiendo noche y dia
Para el trabajo y ocio virtuoso.
Lo más puro del líquido elemento
Alzó en inmensa altura, y extendido
Cual magnífica piel el firmamento,
Cubrió el resto del sér en giro airoso;
El resto, que áun yacia confundido
En el centro, do tuvo inmoble asiento
La tierra, que del agua separada,
Mostró la seca faz, y señalado
Fué el término en que el mar se contuviera,
Con ley eterna nunca traspasada.
Luégo abrió de la tierra el seno amado,
Y explicó las virtudes que la diera
Su fecundo calor, y de verdura
Apareció vestida, y prometia
En esperanza el fruto sazonado,
Que sus especies propagar debia.
¡Oh, cuánta variedad! ¡Cuánta hermosura!
¡Qué grande utilidad! ¡Qué muchedumbre
De cada vegetal! Allí fué hallado
Desde el humilde hisopo hasta el alzado
Cedro, que ostenta el líbano en su cumbre.
Despues adornó el cielo á competencia
Con lucientes estrellas, cuyo cuento
Sólo pudo saber su eterna ciencia.
El sol, padre del dia, rodeando
La tierra en desvelado movimiento,
Los dias numeraba, y declinando
Del Capricornio al Cáncer lentamente,
El año y sus sazones señalaba
La luna, de la noche presidente,
Sus luces recogiendo y dilatando,
Los tiempos y los meses anunciaba.
Entre tanto, del agua el seno blando,
Que el divino calor áun fomentaba,
Del sér un nuevo grado producia,
Capaz de movimiento y de sentido.
Los silenciosos peces por la fria
Cristalina region luégo giraron;
Y las canoras aves con ruido
Desde el agua tan raudo el vuelo alzaron,
Como si allí posadas estuvieran,
Y el trueno horrendo de arcabuz oyeran.
La madre tierra el nunca estéril seno
Abrió segunda vez, y en un instante
El anchuroso espacio se vió lleno
De animales en turba numerosa,
De cuerpo, astucia y sér desemejante,
Cual cierra la distancia prodigiosa
Del sutil arador al elefante,
Y del necio jumento á la raposa.

5. Como un sabio pintor, que concluido
El lienzo, largo tiempo meditado
Y con profundo estudio diseñado,
Atento lo contempla, y complacido
Nota lo definido en las figuras,
El cauto desperfil de los contornos,
Lo sinuoso y plegado en los dintornos,
El ameno follaje en las verduras,
De la luz á la sombra la insensible
Degradacion, la huella imperceptible
Con que el dulce pincel varió las tintas,
Que dan la suavidad y la belleza,
Y á veces contrapuestas y distintas,
Dando el claro y oscuro fortaleza,
Aumentan el relieve, y juntamente
Extienden las distancias luengamente,
Que al contrario suprimen á porfía
Los escorzos, con diestra economía;
Y mirando mil veces sus labores,
Observa cada vez nuevos primores;
Mira el todo, y se pasma; admira el arte
Llevado á perfeccion en cada parte;
Y tanta maravilla contemplando,
El semblante le baña el grande gozo,
Y en el pecho le bulle el alborozo...
Así el divino Artífice, mirando
De sus divinas obras la hermosura,
Orden y proporcion, se complacia,
Y en ver todo lo hecho tuvo holgura.
Cada cosa por sí le parecia
Buena, y mirado todo juntamente,
Le pareció acabado y excelente;
Tanto, que el Criador se envaneciera,
Si en un Dios vanidad haber pudiera.
Y todo lo bendijo afablemente,
Mandando á los vivientes que llenasen
La ancha tierra, y su sér multiplicasen.

6. Y en tanto que los ángeles cantaban
Mil acordados himnos, y alababan
El divino poder, cual si acabado
Hubiera ya sus obras, en el pecho
Reservaba el Señor nuevo cuidado
Hácia el hombre, pues sólo á su provecho
Ordenaba su amor todo lo hecho.
Y con voz majestuosa y resonante,
Rebosando bondad por el semblante,
«Hagamos (dijo) al hombre.» Cesó el canto,
Sobrevino á los coros el espanto;
Y vieron admirados que inclinada
La inmensa majestad al bajo lodo,
Tomaba una porcion, y separada
Del resto, en forma airosa la pulia,
Cubriendo con rosada piel el todo,
Que innumerables partes contenia,
Cada cual destinada al propio oficio.
¡Qué conexion, qué órden, qué artificio
En huesos, nervios, venas se guardaba!
¡Qué belleza, qué talle y simetría
En todo el exterior manifestaba!
Mirado el bello rostro, parecia
Que en apacible sueño reposaba.
Mas ¡ay! que eternamente careciera
De toda sensacion y movimiento,
Y como estatua inánime yaciera,
Si el Criador, con su divino aliento
Soplándole en el rostro blandamente,
Espíritu inmortal no le infundiera;
Espíritu inmortal, alma viviente,
Del mismo que la hacia imágen clara,
Que apénas llegó al cuerpo (¡oh maravilla!),
Abrió los ojos, cual si dispertára
Del sempiterno sueño, y prestamente
Doblando con respeto la rodilla,
Reconoció á su Dueño soberano,
Le amó con casto amor; agradecido
Besó la santa bienhechora mano,
Que le dió el noble sér, constituido
De materia y espíritu; porciones
De tan raras y opuestas condiciones,
Que de la una á la otra no se viene
Por graduacion, ni entre ellas se conviene,
Ni hay órden, proporcion ni analogía;
Que un infinito cáos interviene
Entre una y otra, más intransitable
Que el grande espacio que imposible hacia,
Desde el pobre feliz al miserable
Sediento rico, que en la llama ardia,
El corto refrigerio que pedia
Para templar la sed intolerable.

7. Y con haber entre ellas tal distancia,
Tanta contrariedad y disonancia,
Las ayuntó el Señor en amigable
Lazo con modo oculto y admirable,
Poniendo entre las dos tal dependencia,
Que á cualquiera impresion que recibiese
La materia, en el alma á competencia
Idea semejante se formase;
Y al contrario, si el alma precibiese
Tristeza ó alegría, resultase
Dolor ó gusto al cuerpo. Cual si viste
Alguna vez en lira resonante
Dos unísonas cuerdas, que si heriste
Una de ellas, la otra, aunque distante,
Hace el mismo sonido, alegre ó triste,
Sin ser herida; así las dos porciones
Humanas reciprocan sus pasiones,
Y se afligen ó gozan mutuamente,
Viendo que el daño propio ó el provecho,
Del de su compañera es dependiente,
Y á su cooperacion funda derecho;
De do viene el temor de separarse,
Y dulce precision de siempre amarse.

8. Mas, ¿quién podrá explicar el abundoso
Dote con que fué el alma enriquecida
Para este desposorio? En dón precioso
La original justicia fué añadida,
Que el órden y armonía conservaba,
Y con doradas riendas sujetaba
La inferior turba de apetitos varios,
Para que ni rebeldes ni contrarios,
Del racional deseo desdijesen,
Y siempre á la razon obedeciesen;
A la razon, que á todo presidia,
Cual sol en claro cielo, y procedia
Ilustrada con ciencia suficiente
Para poder vivir virtuosamente.
Ni allí el grosero error, ni la enemiga
Pasion ó enfermedad poder tuviera
Para impedir la concertada liga,
Ni el conocer y obrar lo que era justo;
Gozando el hombre libertad entera,
Propia del sano estado y ser robusto;
Pronto siempre el auxilio soberano,
Sin el cual, por su culpa no cayera,
Y queriendo, con él permaneciera,
Y obrára el bien con vigorosa mano;
Pues fácil le era el bien, que la traidora
Ley de los miembros contradice ahora.

9. Así vivia en venturosa suerte
El primer hombre, y nada perturbaba
La dulce posesion de su contento,
Libre de enfermedad y fiera muerte,
Que el perdido vigor le reparaba,
Y contra la vejez le aseguraba
Del vital leño el próvido alimento;
Y el rico patrimonio que gozaba,
Unido con la amada compañera,
A la futura gente transfundiera,
Si el precepto tan fácil como justo
Del supremo Señor no traspasára,
Y de tan alto bien no le privára
Del soberbio Satan el triunfo injusto,
Con astucia traidora conseguido;
El triunfo injusto, que con grave canto,
Interrumpido á veces con el llanto,
Y laud triste sábiamente herido,
Lamentaba con verso numeroso
En la orilla del Támesis nubloso
El religioso Milton; y al sonido,
Sus rubias ninfas la cabeza alzaban,
Y á la historia tristísima atendian,
Y con profundos ayes renovaban
La memoria del dulce bien perdido,
Mirando al Padre, cuya urna henchian
Con el copioso llanto que vertian.

10. Cual máquina exquisita, que el talento
Del exacto Elicot con lenta mano
Complicó sabiamente, y conformaba
Con la luz celestial su movimiento,
Y en breve espacio en órden soberano
De los celestes orbes limitaba;
Y tal vez roto el muelle de violento
Golpe, ú de mano rústica partida
La preciosa cadena, cesa el órden,
Y todo es confusion, todo desórden;
Así la mano de Satan grosera
Perturbó la armonía establecida
Por el Autor divino, quebrantando
La justa rienda, que enfrenar debiera
Al apetito bruto, que usurpando
Los ajenos derechos, tomó el mando;
Quedando la razon en suerte triste,
Ciega, débil, confusa, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.
¡Oh amarga culpa! ¡Cuánto mal trajiste
Al hombre en breve! Tú le derrocaste
Del no entendido honor en que vivia,
Y al jumento insipiente le igualaste;
Tú el sagrado derecho le robaste
De hacer con mano fácil, si queria,
El bien, que obrar en vano oia porfia,
Si el rayo celestial, nunca debido,
La razon tenebrosa no esclarece,
Y el corazon helado no enardece.
Tú con furor, con espantoso ruido
Corriste los cerrojos eternales
Del horroroso abismo, do cerrados
Tenía el soberano Autor los males,
A prision sempiterna condenados,
Si tú los duros hierros no rompieras,
Y el indulto fatal le concedieras.

Por tí en el mundo entró la muerte fria,
Por tí la enfermedad y la dolencia,
La vergonzosa desnudez, la impía
Siempre traidora infiel concupiscencia,
La ignorancia, el orgullo, la insaciable
Codicia, la hambre y sed, y la indigencia,
Y de otros monstruos turba innumerable,
Que de tropel salieron del profundo
Para dañar al hombre miserable,
Y establecer su imperio en todo el mundo.
Por tí sola fué el hombre desterrado
Del delicioso Eden, y condenado
A no volver á hallar el surtidero
Comun del que en Egipto corre undoso
Phison, y del Araxes sonoroso,
Del Eufrates alegre, y del ligero
Tígris. Por tí la tierra, que primero
De su grado los frutos produjera,
En posesion maldita fué trocada,
Que sólo diera al dueño la grosera
Espina y cruel abrojo, si no fuera
Con duro y corvo arado fatigada,
Y con sudor y lágrimas regada.
11. ¡Oh amarga culpa! ¡Tanto mal hiciste
Al mísero mortal! Mas no lograste
Acabarlo del todo; tú mudaste
Su estado y condicion; mas no pudiste
Mudar el noble sér, ni le quitaste
El dominio supremo, el poderío
Que ejerce sobre todo lo terreno,
Con que hace andar el cuello al yugo atado
Al novillo valiente, y doma el brío
Del altivo caballo con el freno.
Ni la astucia sagaz, con que, ó de grado
O por fuerza, al pez, ave y alimaña
Hace reconocer el señorío,
Que en vano huyendo van por la montaña,
O por el aire vago ú hondo rio.
Y salva quedó al hombre la inventora
Industria, que muy breve le condujo
Del perizoma humilde al refulgente
Oro y la blanda seda, con que ahora
El cuerpo cubre con soberbio lujo.
Y presto fué seguido á la astringente
Bellota el grano fértil delicioso,
Con mil dulces manjares y sazones.
Y luégo aspiró el hombre á la abundancia,
Y puso móvil puente al mar undoso,
Corriendo sin fatiga la distancia
Inmensa que separa las regiones,
Que nunca alcanzó á ver el carnicero
Buitre subido al cielo; y peregrinas
Especies mil tomó del extranjero,
Dándole lo sobrado. Y las divinas
Artes advirtió en sí, con que levanta
A un nuevo y alto sér el sér primero;
Y trasladando á un lienzo la natura,
Instruye la razon, la vista encanta,
Y fija á un sér la fugitiva historia;
Y cediendo al cincel la piedra dura,
O en moldes los metales desatados,
De sus héroes conserva la memoria;
Y del suelo se aleja, y la vacía
Region huella seguro, y en dorados
Techos habita, y junta en sociedades
Los hombres, que con sábias leyes guia
A su felicidad; y da tormento
Con máquinas, y obliga á la natura
A descubrir las causas y verdades,
Que oculta en seno oscuro y avariento;
O con activo fuego la depura,
Y en principios resuelve, y mil esencias
Destila de tal precio y eficacia,
Que le sirven de alivio en sus dolencias.

PINTURA DESEADA.

Si la efigie verdadera
De Mirta se ha de formar,
Debe el cielo aparejar
Todo el lienzo de su esfera.
Es preciso que el sol diera
Sus rayos para pinceles,
Color sus virtudes fieles,
Su grande prudencia el tiento,
Digna idea su talento,
La mano el supremo Apéles.

A UNA SEÑORA

que se quejaba de que hubiesen tratado á otra ántes que á ella.

Si un caminante penára
De sed, y junto al camino,
Por acaso peregrino,
Una fuentecilla hallára,
Y no siendo la más clara
El agua, bebiera aquí,
Aunque no léjos de allí
Otra mejor agua hubiera,
¿Extrañáras que bebiera?
Pues esto me pasa á mí.
Si un infeliz naufragára,
Y á una tabla que encontrase,
Gustoso la mano echase,
Y así la vida salvára,
¿Hubiera quien lo extrañára,
Ni juzgára frenesí
Porque tal vez por allí
Pasar un barco pudiera,
Que al puerto le condujera?
Pues esto me pasa á mí.
Yo soy aquel caminante
Á quien la sed desalienta,
Y en amorosa tormenta
Soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
En comparaciones dos:
Hablad, Señora, por Dios;
Que ese silencio me abrasa.
Eso es lo que á mí me pasa;
Decid lo que os pasa á vos.

A LA NOCHE,

PINTADA POR J. VERNET.

DÉCIMA.

¿A qué luz examinaste,
Gran Vernet, la noche oscura,
Que en tu famosa pintura
Tan al vivo la copiaste?
Si de noche la pintaste,
¿Qué luz tu pincel guió?
Si de dia, no sé yo
Cómo tanta oscuridad,
Juzgándola realidad,
Su luz no la disipó.

A DON BARTOLOMÉ VAZQUEZ,

HABIENDO GRABADO LA LÁMINA DE SAN AGUSTIN.

QUINTILLA.

Grabaste, ¡oh Vazquez divino!
Esta vez con tal primor,
Que en tu buril peregrino,
Con ser tan grande Agustino,
Parece mucho mayor.

AL PENSAMIENTO.

ODA.

Cesa ya, pensamiento,
Cesa siquiera un rato
De aumentar mis temores
Con proponer mis daños.
Deja de repetirlo;
Que ya tengo notado
Ser propia la mudanza
De todo bien criado.
Ya sé que el sol hermoso
Con círculo diario,
Si brilla en el Oriente,
Se ofusca en el Ocaso.
Ya de la luna bella
He advertido en los cuartos
Crecientes y menguantes,
Alientos y desmayos.
Sé que á la primavera
Sigue el seco verano,
Y la noche funesta
Al dia alegre y claro.
Y áun sé que aquestas cosas
(¿Cómo podré negarlo?)
Son imágen muy viva
Del bien que yo idolatro.
Mas ¿qué ventajas logras
De lo que yo te alargo,
Si las copia en lo bello,
No en lo mudable y vário?
Es sol, mas siempre fijo;
Es luna sin desmayo,
Es primavera eterna,
Es dia perpetuado;
Pues cesa, pensamiento,
Cesa siquiera un rato
De aumentar mis temores
Con proponer mis daños;
Que siendo de constancia
Mirta prodigio raro,
Ni ella puede mudarse,
Ni yo puedo pensarlo.

EN LOS DIAS DE LISI.

No sale tan gallarda
Por las doradas puertas,
Del Oriente la aurora
En las mañanas frescas,
Como hoy en las orillas
Del Tajo te presentas,
Oh bella Lisi mia,
A celebrar tu fiesta.
Al paso que los giros
De la celeste rueda
Tus bellos años forman,
Tus claros dias cuentan,
Con pasos florecientes
Tu verde primavera
Va caminando al grado
De juventud perfecta.
El tiempo, que grosero
Castiga otras bellezas
Con canas que envilecen
O con rugas que afean,
Va pintando en tu rostro,
Con mano sábia y diestra,
Mil gracias peregrinas,
Mil perfecciones nuevas.
Brilla en tu frente hermosa
La luz muy más serena;
Ni más resplandeciente
Su rostro al cielo muestra
La luna plateada,
Que el tuyo tú á la tierra
Do imprimen hoy tus plantas
La delicada huella.
Los ojos... Musa mia,
¿Cómo mi voz pudiera
Pintar los rutilantes
Ojos que en pos me llevan?
¿Quién me dará que junte
Del sol la luz inmensa,
La sombra de la noche
Y el fuego de la esfera,
Para pintar sus brillos,
Su gracia y su viveza?
Juegan sobre tu boca
Las risas halagüeñas,
Y en el eburneo pecho,
Tesoro de belleza,
Derrama su blancura
La cándida azucena.
¡Ay tristes, ay dichosos
Los ojos que te vean!
Dichosos si te agradan,
Tristes si los desprecias.
Aun en la ausencia dura
Mi alma los contempla,
Y su luz la embriaga,
Sus llamas la penetran.
Mil veces bienhadado
El jóven que merezca
El gozar para siempre
De tu amable presencia.
Logrado habrá en tí sola
(¡Oh venturosa estrella!)
Un cielo, un sol, un fénix,
Y un diamante en fineza.
Nunca tan claro cielo
Las nubes oscurezcan,
Y sol tan refulgente
Jamas ocaso tenga.
Tu vida á los diamantes
En duracion exceda,
Y la ficcion de Arabia
En tí verdad se vea,
Y tus amables padres,
Con tus hermanas, sean
Testigos oculares
De edad tan duradera.
Esto escribia Delio
A su pastora bella,
Y en verso lo escribia;
Que, como en tanta fiesta,
De gozo pierde el juicio,
Por eso dió en poeta.

EL DIGAMOS,

Ó EL AMOR, DE MIREO (1).

Digamos, blanda Musa,
Digamos de Mireo,
Digamos el fracaso,
Digamos el suceso.
De Mireo y Cupido
Digamos y cantemos,
Del uno la venganza,
Del otro el escarmiento.
De Mireo *digamos*,
Filósofo severo,
Que amar juzgó delito
Ajeno de hombre cuerdo;
De aquel que motejaba
Con risa el embeleso
De Batilo en Cipáris,
Y en Mirta el de su Delio.
Digamos cómo un dia
El dios alado y tierno
Tomó justa venganza
Del estoico Mireo,
Que en la orilla del Bétis
Andaba descubriendo
De la naturaleza
Los ocultos efectos.
Digamos que Trudina,
Por un casual encuentro,
Le dió materia hermosa
A su empezado intento.
Quiso advertir en ella
Cuál era aquel veneno
Que de los hombres turba
Los no acordados pechos.
Y como el otro sabio,
Observador protervo,
Que intentó del Vesubio
Comprehender el misterio,
Escaló la alta cumbre,
Y averiguar queriendo
Del incendio la causa,
Pereció en el incendio;
Así las perfecciones
Contemplando Mireo
De la sin par Trudina,
Notó un extraño cerco,
Sobre la frente hermosa,
De pelo corto y crespo;
Paróse á ver la causa
Del bello fenoméno.
¡Ay triste! que era el arco
De do el niño severo,
Que en pos de la pastora
Tiraba el crudo nervio,
Le disparó una flecha,
Y atravesado el pecho,
Sobre la verde grama
Cayó el triste Mireo.
Y el dios, no bien vengado,
Tomó un solo cabello
De la madeja hermosa
De la pastora, y presto
Le ató de piés y manos,
Y con burla y desprecio
Se lo entregó á Trudina
Como manso cordero.
Y dando carcajadas,
Volvióse el niño al cielo
A consolar la pena
Del corazon materno.
Y del vecino bosque
Sin número salieron
Pastores y pastoras
A celebrar el hecho.
Ellas forman mil corros,
De las manos asiendo,
Y airosamente danzan,
Hollando el prado ameno.
Los pastores cantaban
Muchos discretos versos;
No me acuerdo de todos,
Diré los que me acuerdo.
«Nadie el amor rehuya,
Ni burle de su imperio;
Quien presuma de estoico,
Téngasele por necio.
»Nunca digais, pastores,
Cuando no estais sedientos,
Y áun viendo el agua turbia:
De aquí no beberemos.»
Esto *digamos*, Musa;
Siempre *digamos* esto,
Y nunca más *digamos*,
Y no *digamos* ménos.
Digamos... Pero cesa,
Musa; que si Mireo
Tuviere más *digamos*,
Más *digamos* dirémos.

---

(1) Ésta es una de esas composiciones de poesía íntima y familiar que pierden el interes y una parte de su donaire, pasada la oportunidad. Está dirigida al padre Miras, á quien FRAY DIEGO GONZALEZ escribia casi siempre en tono chancero. La publicamos ahora, siguiendo, en parte, el manuscrito que envió el mismo FRAY DIEGO á Jovellanos.

A LA QUEMADURA
DEL DEDO DE FÍLIS.

El caso que ha pasado
Contigo, Fílis bella,
Por más que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.
¿Cómo podrá creerse
Tan extraña quimera
Cual es el que á la nieve
El fuego abrasa y quema?
Pues tanta repugnancia
El caso representa
De que á uno de tus dedos
La llama se le atreva;
Por más que negra cinta
Le ciñe y le rodea,
Y por la cruz del lazo
Lo jura y lo protesta,
Nunca creeré tal cosa
Miéntras que no te vea
Aprender de tus daños
A ser ménos severa
Con los que tus dos ojos
Abrasan y atormentan;
Que semejantes casos
Al mismo amor enseñan
A templar sus rigores
Y suavizar sus flechas.
Escucha, Fílis mia,
El caso que se cuenta
Del hijo de la diosa
Que en Pafo y Gnido reina.
Dejando á un lado el arco,
La aljaba y las saetas,
Cogiendo andaba flores
Cupido en una selva.
Vido una fresca rosa
Que la prision estrecha
Del capullo rompia,
Esparciendo bellezas.
Cortóla, y en su centro
Vió una oficiosa abeja,
Que dulce miel libaba
Y la dorada cera.
Tomóla por las alas
El niño incauto, y ella
El aguijon esgrime
Con tanta violencia,
Que en uno de sus dedos
Clavado se lo deja.
Con el dolor insano
El tierno dios se queja,
Turbando con sus lloros
Los cielos y la tierra.
Volando por los aires
Con voces lastimeras
Fué en busca de su madre;
Y puesto en su presencia,
Con tiernos pucherícos
Le cuenta su tragedia.
Mas la prudente diosa,
Entre tierna y risueña,
Le dice: «Aprende, hijo,
A usar de más clemencia
Con los flacos mortales,
Que imperioso atormentas.
»Pues si la leve punta
De una mosca pequeña
Te causa tanto daño,
Que el dolor te enajena,
»¿Qué sentirán los hombres
Cuando de tus saetas,
Del duro arco enviadas,
Penetrados se vean?»
Desde entónces Cupido
En su daño escarmienta,
Y hiere ménos veces
O con ménos fiereza.
Así tú, ó más piadosa
Ya desde hoy te nos muestra
Con los que de tus ojos
Abrasan y atormentan;
O el caso que ha pasado
Contigo, Fílis bella,
Por más que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.

A LISI, MALAGUEÑA.

Ni la rubia Calipso
Mostró mayor terneza
Cuando de la isla Ogigia
Ulíses se le ausenta;
Ni la famosa Dido
Hizo mayor fineza
Subiendo al alto techo
A ver partir su Enéas;
Como ha debido á Lisi,
Divina malagueña,
El malhadado Delio,
A quien la suerte fiera
Dió la dicha de amarla
Al tiempo de perderla.
Yacia en blanco lecho...
¡Oh Delio! ¡cuánto yerras,
Pues dices que yacia
La vida que te alienta!
En blando lecho estaba,
De mil cuidados llena,
Que el sueño de la noche
De sus ojos alejan.
El ruido del caballo
Lleva la triste nueva
A Lisi de que Delio
Para siempre se ausenta;
Y toda poseida
De singular fineza,
El frio despreciando
(Que otro fuego la quema),
Salta del casto lecho,
Sin buscar más decencia
Que la que al acostarse
Previene una doncella.
El cabello sin órden
Claramente demuestra
Cuánto aventaja al arte
La fiel naturaleza.
El cambray delicado,
Avaro y cruel, intenta
Cubrir el blanco pecho,
Tesoro de belleza,
Y en parte lo consigue,
Pero á la vista deja
Dos breves hemisferios
De nieve, que le afrentan.
De la breve cintura
Airosamente cuelgan
Los lienzos que á los ojos
Roban mejor Elena.
Nunca la fresca aurora
Se levantó tan bella
A desterrar las sombras
De la noche funesta;
Jamas la blanca Tétis
Cumplió su anual promesa
Al sepulcro de Aquiles
Con tanta gentileza;
Como por dar á Delio
La vista postrimera
Salió del lecho Lisi.
¡Oh Musa, si la vieras!
La cerrada ventana
Con presta diligencia
Abre, se asoma, mira;
No ve á Delio; ¡qué pena!
Mas ¿cómo era posible,
Si en una sazon mesma
El alba se levanta
Y la noche se ausenta?
Lisi se vuelve al lecho;
Delio triste se aleja,
Entónces ignorante
De tamaña fineza.
Mas luégo noticioso,
Siente al doble la ausencia,
Se queja de su suerte,
Blasfema de su estrella,
Y al aire vago esparce
Tristísimas endechas.
Vé á Málaga volando,
Mi dulce cantilena,
Y goza la ventura
Que á tu amor se le niega.
Y si logras la dicha
De llegar á las bellas
Manos de Lisi hermosa,
Mil veces se las besa;
Y vuelve luégo, luégo,
A traerme las nuevas,
Alegres, si te acoge,
Tristes, si te deshecha.

FIN DE LAS POESÍAS DE FRAY DIEGO GONZALEZ.

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

NOTICIA BIOGRÁFICA Y JUICIO CRÍTICO.

El descuido y abandono de los escritores en consignar las noticias históricas de los hombres distinguidos de su tiempo, es para los sucesores causa de justa reconvencion, sin hacerse cargo de que ellos mismos suelen usar con sus contemporáneos de igual injusticia, que les será igualmente echada en cara por los que vendrán despues.

Y este abandono, y esta dificultad de averiguar los sucesos, se hace sentir tanto más, cuanto más cercanos están á nuestros dias; de suerte que, tratándose de formar artículos ó noticias biográficas, nos es más fácil escribir uno de Cervántes ó de Lope, que otros de Iriarte ó de Cienfuegos, que murieron ayer. No parece sino que los hombres están convenidos en negar su atencion y desdeñar el estudio de los que vieron y trataron, para consagrar sus vigilias y diligencia en busca de tradiciones y recuerdos vagos de los que los siglos anteriores miraron con igual desden.

Estas reflexiones nos han venido naturalmente á la pluma al tiempo de querer trazar este ligero bosquejo de uno de los autores privilegiados del siglo anterior : del crítico audaz, cuyo carácter turbulento excitó á la vez el entusiasmo del público y el encono de los escritores; del autor patriota, que por un exceso de celo se dejó arrastrar á los más violentos extravíos en defensa de una causa noble y justa: la causa de la antigua poesía nacional.

Todos los libros que hemos tenido á la vista para trazar estas líneas, las obras de los señores Sempere, Signorelli, Buterveck, Sismondi, Bourgoing, Laborde, Martinez de la Rosa y Quintana, nos suministran diversidad de juicios críticos, más ó ménos extensos y razonados, acerca de García de la Huerta como autor; pero todos son harto escasos en proporcionarnos datos del hombre; es decir, de aquellas circunstancias en que le colocó la suerte, y que pudieron influir en su desmedido orgullo, su altiva independencia y su animosidad contra todo lo que le rodeaba. Faltos, pues, de estos datos, hemos recurrido á buscarlos á otras personas y á otros documentos más allegados á este escritor; pero desgraciadamente tampoco han podido satisfacernos tan cumplidamente como deseábamos, y únicamente hemos podido reunir algunas breves indicaciones biográficas, que expondrémos, juntamente con nuestro propio juicio, sobre el carácter y obras del autor.

Don Vicente Antonio García de la Huerta nació en la villa de Zafra, obispado de Badajoz, en 9 de Marzo de 1734, y fué hijo legítimo de don Juan Francisco García de la Huerta y de doña María Muñoz, personas ambas de calificada nobleza. Hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, y ántes de concluirlos vino á Madrid, donde contrajo matrimonio, en 10 de Abril de 1757, con doña Gertrudis Carrera y Larrea, natural de aquella ciudad.

Desde sus primeros años demostró con repetidas obras su inclinacion á la poesía; y entre otras de las primeras que contribuyeron á darle celebridad, puede citarse la *Egloga de los pescadores*, leida el 28 de Agosto de 1760, en la distribucion de los premios de la Academia de San Fernando. Estos versos, y otra multitud de composiciones que diariamente salian de su pluma; la arrogancia y osadía con que desde un principio se anunció como el restaurador del gusto nacional, fuertemente atacado en las obras de los Luzanes, Montianos y otros preceptistas á la francesa; su juventud, su belleza personal, el desenfado de sus modales, y la brillante posicion social en que muy luégo se colocó, como bibliotecario de la Real, oficial de la secretaría de Estado é individuo de la Academia Española, de la de la Historia y de la de San Fernando, atrajeron á Huerta el favor del público y el fácil acceso á la más elegante sociedad, á par que la envidia y encono de casi todos los escritores de su tiempo.

Pero Huerta, en vez de desarmar á éstos, y hacerse más y más digno de aquéllos con su estudio y adelantamientos, prefirió envolverse en la nube del incienso que quemaba en sus aras el vulgo admirador, y lanzar desde allí rayos acerados, continuos, indiscretos, contra todos los que osaban negarle el tributo de adoracion; protestando audazmente contra toda regla que no fuese su capricho, y convirtiendo en absurda una causa cuyo orígen era loable, á fuerza de indocilidad, de acrimonia y de jactancia.

Una desgracia doméstica, de la cual no tenemos datos suficientes para consignarlos aquí, pero que podemos atribuir tambien á la extravagancia y fiereza de su genio, le hizo decaer rápidamente del favor de la córte, hasta el extremo de ser privado de sus empleos, y confinado á la plaza de Orán, donde permaneció algunos años. Pero Huerta no por eso se desanimó ni cedió un punto de sus arrogantes pretensiones; y el público, interesado más y más por él á causa de su adversidad, continuó recibiendo con entusiasmo sus producciones líricas, en todas las cuales parecia afirmarse en sus extravíos, su obstinacion y su independencia.

Regresado despues á Madrid, no quiso volver á sus antiguos empleos, por no querer hacer para ello solicitudes que le parecian incompatibles con su honor ofendido y su inocencia; y créemos que por entónces estuvo únicamente ocupado en la casa del Duque de Alba, uno de sus más decididos favorecedores.

Durante su larga ausencia, las nuevas doctrinas literarias se habian desarrollado notablemente; el gusto del público, dirigido por hombres tan aventajados como Jovellanos, Iriarte, Forner y Moratin, habia cambiado casi del todo; y Huerta, en lo más vital de su carrera, en lo más encumbrado de sus manías, se veia atacado continuamente por hombres á quienes él habia mirado con desden, y que ahora volaban ya á su altura, á impulsos del aura popular.

No era hombre Huerta de ceder un punto en su sistema por este contratiempo. A las apreciables obras de sus contrarios respondia con amargas sátiras y afectado desden; á los punzantes epigramas que aquéllos le devolvian, contestaba con denuestos, y tratándoles poco ménos que de traidores á la patria por su manía en imitar las obras extranjeras. No contento con esta lucha interior, ni bastándole á desfogar su carácter procaz, promovió otra no ménos acre con los escritores franceses, italianos y de todas las naciones, que no confesasen y sostuviesen la infalibilidad de Calderon y de Góngora.

En sus escritos críticos, que por fortuna son hoy apénas leidos, se ve lo que puede extraviarse la razon de un hombre de talento cuando echa por el camino del orgullo y de la intolerancia. Allí se trata nada ménos que de imbéciles á Racine y á Corneille, se proclama altamente ignorante al público frances, se dicen mil desatinos de los escritores italianos, y hasta la figura colosal de Voltaire, que por entónces llenaba la Europa, queda acribillada á impulsos de los fieros dardos de nuestro poeta extremeño.

Deseando probar sus asertos en favor de la excelencia del antiguo teatro español, emprendió Huerta, en 1785, la publicacion de una coleccion de comedias de las que él creyó más perfectas de Calderon, Solís y otros autores; pero desgraciadamente, ni su gusto propio ni el de la época eran para hacer con buen juicio esta eleccion; por manera que si fuera posible achacar monotonía al magnífico y áun ignorado tesoro de nuestro antiguo repertorio dramático, sería buen documento la coleccion de Huerta, en que dió casi exclusivamente preferencia á las comedias de intriga, descuidando completamente los otros géneros, y mostrando parcialidad exclusiva con unos autores, al paso que afecta olvidar á otros, y entre éstos, nada ménos que á Lope, Tirso de Molina, etc.—Los juicios que hace de aquéllos y de sus comedias son igualmente apasionados, escasos de criterio; de suerte que esta coleccion ha llegado á desaparecer justamente, y únicamente hallamos de apreciable el tomo último, en que inserta un catálogo de más de seis mil títulos de comedias españolas.

Pero lo que hay que observar con sorpresa es, que este mismo hombre, que proclamaba tan alto su sistema, y que negaba á su siglo la facultad de tener un gusto distinto del anterior; que anatematizaba á los clásicos de allende y á sus imitadores de aquende hasta el extremo de ponerlos fuera de la ley del sentido comun, cediese luégo insensiblemente á la fuerza del gusto dominante, y se dejase arrastrar, á su pesar, en la práctica por un camino tan distinto del que trazaba en teoría.

Con efecto, las obras dramáticas de Huerta (las más notables y mejores de las várias que escribió) vienen de todo punto á dar razon á sus contrarios, y demuestran bien á las claras que

su talento era capaz de convencerse, aunque sin confesar ni creer él mismo en su conviccion.

Esta circunstancia envuelve tal contradiccion, y da tal carácter de extravagancia al personaje, que apénas podemos comprenderle los hombres de este siglo, cuando, despues de saber que ocupó la mayor parte de su vida en atroces diatribas contra los preceptistas y galomanos, vemos luégo en sus obras dramáticas una obra griega (*Agamenon vengado*), una traduccion del frances de ese mismo Voltaire, blanco de sus tiros (*Jaira*), y una tragedia española con las formas clásicas (*Raquel*).

Esta última, la más importante de las producciones de Huerta, y la única que hoy hace recordar su nombre con aprecio, en medio de su sujecion á los preceptos de Horacio, es, sin embargo, la expresion del pensamiento, noble en sí, aunque exagerado, que inspiró á Huerta toda su vida: el de restaurar la pompa, originalidad y bizarría de nuestro teatro nacional, contra el amanerado disfraz de que pretendian vestirle los críticos traspirenaicos. Y ¡ojalá que, más afirmado en su juicio, hubiera prescindido en su obra de ciertas reglas, que ahora se tienen ya por inútiles, como las unidades de tiempo y lugar! Entónces hubiera demostrado más y más la verdad que, ciego de pasion, acometia, y no adoleciera de los mismos defectos que pretendia combatir.

Esto no obstante, y aunque aprisionado en la complicada red que los críticos preceptistas se complacian por entónces en extender sobre toda obra del genio; aunque dominado, á su pesar, por la fatal condicion que el público de la época imponia con pesado hierro á su mano, ¡cuánto no campea en la *Raquel* el altivo pensamiento, la generosa independencia, la lozana imaginacion de aquel paladin de nuestras antiguas glorias literarias, de aquel imprudente defensor hasta de los extravíos del genio español.

Por muchos que sean los años trascurridos, por mucho que los sucesos y las alteraciones de la época hayan influido en nuestro modo de ver y juzgar las obras literarias, todavía no hemos perdido del todo el gusto español, y un cierto orientalismo en las ideas, que nos hace simpatizar con aquellos talentos que se nos revelan con cierto aparato de formas, pompa y magnificencia en la expresion.

La aparicion de *Raquel* en el teatro español, en 1778, fué para Huerta el apogeo de su triunfo; no de estos triunfos momentáneos y desabridos que hoy están en uso, y consisten en que cuatro amigos pidan á voz en grito que se les saque á las tablas al autor, sino triunfo tan espontáneo, inmenso y verdaderamente *nacional*, que acaso no tiene otro semejante en los fastos de nuestra gloria literaria. Baste decir que todos los teatros de España la pusieron simultáneamente en escena; que miéntras el autor preparaba su impresion, fueron sacadas á mano más de dos mil copias para las Américas, y que reproducida despues por la prensa hasta once veces en vida de su autor, llegó á poco tiempo á ser tan popular, que desde el Rey hasta el último manolo de Lavapiés repetian de coro aquellos magníficos versos de la exposicion:

Toda júbilo es hoy la gran Toledo; etc.

Ocasion era ésta para juzgar desapasionada y concienzudamente, á más de sesenta años de distancia, esta célebre y singular produccion; pero sería de nuestra parte sobrado atrevimiento, despues del exquisito análisis de ella que, con la suma de conocimientos, gusto y buena fe que le distinguen, consignó en sus obras críticas el señor don Francisco Martinez de la Rosa.

Las nuevas doctrinas literarias (que parece haber anticipado Huerta más de medio siglo) han venido, sin embargo, á justificarle, en términos que hoy los críticos más juiciosos, y entre ellos los señores Martinez de la Rosa y Quintana, parecen echarle en cara su docilidad á plegarse á las unidades de tiempo y lugar; docilidad involuntaria, que le fué impuesta, como queda dicho, por su época, y que realmente constituye el defecto principal de la *Raquel;* pues es bien seguro que con mayor amplitud para explayar su argumento que el angustioso término de un dia y el escaso espacio de un salon, hubiera Huerta podido desplegar más medios en la conduccion de la intriga y más verosimilitud en la catástrofe.

Pero, sea de esto lo que quiera, y disculpado de antemano por aquellos inconvenientes, todavía la *Raquel* es, á nuestro modo de ver, la tragedia más altamente española, en su esencia y conjunto, que ostenta nuestro teatro moderno; su expresion la más noble y espontánea, y su versificacion la más rica y armoniosa que jamas se oyó en nuestra escena.

Todavía hoy, despues de tantos y tan apreciables autores como han enriquecido ésta, es imposible desentenderse del encanto que produce su lectura; todavía, una vez leida, es imposible

olvidarla ni confundirla con otra alguna. Y decimos leida, porque los hombres del siglo actual no hemos podido tener el placer de verla representada en nuestros teatros; pues unas veces por causas políticas, fáciles de adivinar, y otras por los diferentes gustos literarios, no recordamos que haya sido ejecutada en nuestro tiempo; injusticia notoria con la primera joya de nuestra escena trágica, que estamos seguros sería vengada, en el dia, de aquel desden, por el entusiasmo del público espectador.

Nueve años despues de su ostentoso triunfo, víctima siempre de los continuados tiros de sus adversarios, aunque repeliéndolos con igual fuerza, murió Don Vicente García de la Huerta en Madrid, el dia 12 de Marzo de 1787, en la calle del Lobo, número 25, siendo sepultado en la parroquia de San Sebastian. Dejó un hijo, llamado don Luis, teniente de artillería.

La saña literaria (la más apasionada y duradera de todas), que tanto le habia molestado en vida, no perdonó siquiera su tumba, y todavía la tradicion nos conserva un burlesco epitafio, que se atribuye á Iriarte.

La posteridad, empero, exenta de la animosidad que inspiraba á sus contemporáneos por su carácter díscolo y altanero, debe apreciar justamente al gran poeta, sin hacer alto en las debilidades del hombre.

Ramon Mesonero Romanos.

POESÍAS.

ENDIMION.

POEMA HEROICO.

CANTO ÚNICO.

I.

Viva fuente de luz inmensa y pura,
Radiante autor del luminoso dia,
Deidad que en vano resistir procura
Del cáos nocturno la tiniebla fria;
A cuyo influjo debe su hermosura
Cuanto el terráqueo globo encierra y cria,
Pues os tributa obsequios reverente,
Por padre universal, todo viviente.

II.

Pastor galan, á cuyo nombre debe
Eterna fama el rústico cayado,
Desde que envidia, torpemente aleve,
El pellico os vistió no acostumbrado;
Divino director de aquellas nueve
Deidades que el tesálico collado
Hospeda fácil, porque en ecos diestros,
Himnos resuenen á los timbres vuestros.

III.

Númen de Cinto, tutelar de Delo,
Inspirad dulce acento al pecho mio,
Por desempeño del fogoso anhelo
Que á empresa tanta fuerza mi albedrío.
Así en Dafne logreis vuestro desvelo,
Calmando suave el áspero desvío,
Y así corone la amorosa llama
La pompa hojosa de su verde rama.

IV.

No de Marte sangriento belicosos
Conflictos dar al público pretendo;
Logros de amor, en todo venturosos,
Será el asunto que dudoso emprendo;
Quejas tiernas, suspiros amorosos,
Que, á los celestes orbes ascendiendo,
Abatieron con fuerza no importuna,
Entre los brazos de un pastor, la Luna.

V.

Desde el Meandro, en su corriente vário,
Hasta el Icario mar, siempre famoso,
A quien dió nombre el hijo temerario
Del fugitivo artífice ingenioso;
Dulce verdor, florido, extraordinario,
Vestido al campo da tan delicioso,
Que, aunque no su hermosura se exagera,
Dirás que nace de él la primavera.

VI.

Este hermoso país, á quien no ha dado
El rústico labor, ni el hierro insulto,
Pues liberal produce, de su grado,
Dobles cosechas de su seno inculto,
De los bárbaros Cáres habitado,
A Páles tributaba ardiente culto,
Siendo constantes de su celo indicios,
En cien aras perennes sacrificios.

VII.

Al pastoril oficio sólo dados
Eran los moradores de la tierra,
Y huyendo la prision de los poblados,
Vagos vivian la fragosa sierra.
No sujeta al aprisco sus ganados,
Cada res libre por el monte yerra;
Aquí canta un pastor entretenido,
Allá suena de la onda el estallido.

VIII.

Todo era libertad, todo bonanza;
Tal cual queja de amor se percibia;
Que no hay region remota que no alcanza,
Dulce rapaz, tu suave tiranía.
Nadie de amor evita la asechanza,
Por remedios que oponga á su porfía.
Vive desiertos, huye las ciudades;
Que amor te buscará en las soledades.

IX.

A este pensil hermoso, en que eslabona
Su copia Céres, Flora sus primores,
Inalterable alcázar de Pomona,
Dilatada república de flores,
Sirve al erguido Látmos de corona,
Adornando sus cumbres superiores,
Como señor de cuanto predomina,
De laurel verde y permanente encina,

X.

Humildes ganaderos sólo habitan
De la falda del monte las estancias,
En que tal vez sus bríos ejercitan
Oponiendo arrogancias á arrogancias;
Tal vez más quietos, con su canto imitan
De Orfeo y Amfion los consonancias;
Que áun en toscos y rústicos pastores
Muestra naturaleza sus primores.

XI.

Exceso de hermosura y perfecciones,
Adoracion del llano y la colina,
A Endimion tributaban sumisiones
Cuantos tocó su fama peregrina.
Cuantos produce el Látmos suaves dones,
Triunfos de su hermosura los destina.
Mucho alcanza el poder y la ventura,
Pero más avasalla la hermosura.

XII.

Cuantas pastoras son del monte umbroso
Gallarda admiracion, dulce embeleso,
Comparadas al jóven prodigioso,
De sus triunfos aumentan el proceso.
Cuál con arte y estilo laborioso
Pellicos labra, cuál con más travieso
Ingenio, matizando mil primores,
Hace cifras de amor las que son flores.

XIII.

Sordo el pastor hermoso á las querellas
De cuantas ninfas en su amor ardian,
Más fraguaba el desvío las centellas
Del volcan que en sus pechos encendian.
¡Oh influjo superior de las estrellas,
Cuán neciamente desmentir porfian
Tu impulso aquellos cuya resistencia
Hace de amor más dura la violencia!

XIV.

En los horrores lóbregos del monte,
Mortal habitacion de monstruos fieros,
Nuevo Marte, mejor Belerofonte,
Cebaba sus espíritus guerreros.
En cuanto circundaba el horizonte,
Despotismo gozaban los esmeros
De su esfuerzo, al amor siempre negado,
Cuanto más desdeñoso, más amado.

XV.

Por más que me desprecie el dueño hermoso,
A quien fatigo en vano con mi ruego,
Es precepto del hado riguroso
Que su desden avive más mi fuego.
¡Oh ley severa, parto escandaloso
De un tirano más bárbaro que ciego!
Este es del amor el fiero poderío,
Forzar á un imposible el albedrío.

XVI.

Desatendida sí, no despreciada
(Porque no es el desden descortesía),
Paró, en fin, en hoguera arrebatada,
La que centella leve parecia.
Fuerzas dió á la pasion, no limitada,
Del desden no remiso la porfía.
Fué amor solicitud, llegó á locura.
Tanto obliga el desden en la hermosura.

XVII.

Alma á los vientos, lengua á la maleza,
El dulce nombre repetido daba.
Endimion resonaba la aspereza,
Cuando *Endimion* el céfiro alentaba.
El risco duro, la áspera corteza
Eternos caractéres ostentaba,
Porque arguyesen sus grabados nombres
Ser á veces más blandos que áun los hombres.

XVIII.

No por eso más grato respondia
El hermoso zagal á cuantas quejas
El aura suave y vaga referia,
Porque el umbral pulsase á sus orejas.
Del globo azul la acorde simetría
Era su amor, cifrando en las reflejas
Luces de las estrellas su cuidado,
Idólatra del cielo, enamorado.

XIX.

Sola de Arcas hermosa descendencia,
Por todos atributos peregrina,
Reina de Caria, cuya augusta herencia
A sus méritos sólo se destina,
De Minerva gallarda competencia,
No perdido su amor logró Hipperina,
Aunque más bella, más afortunada
En no ser de Endimion tan desdeñada.

XX.

Altamente adoraba al prodigioso
Jóven galan, de todos adorado,
Aumentando su fuego impetuoso
Ser gratamente acepto su cuidado.
Al pecho más bizarro y generoso
Envidias dió su amor no despreciado.
¡Cuánto el bien se codicia y se desea!
¡Qué envidiado será quien lo posea!

XXI.

Cuando el albergue rústico buscando,
Pisando noche y confusion sombría,
La oscura soledad abandonando,
A su choza los pasos dirigia,
Centinela de amor atalayando,
La senda que era de su norte guía,
Hipperina á Endimion se presentaba,
Y de acaso su industria disculpaba.

XXII.

Penetraba Endimion el amor puro
Que Hipperina en su pecho fomentaba,
Y aunque no ménos libre, ménos duro,
Su innato desamor disimulaba.
Tal vez favorecida del oscuro
Horror de las tinieblas, declaraba
La ninfa sus deseos encendidos,
Logrados sólo en ser con gusto oidos.

XXIII.

Si alguna noche, desdeñando el rudo
Abrigo pastoril de su cabaña,
Quiso habitar aquel silencio mudo
Que de sombra y horror el monte baña,
De tristes quejas, que ocultar no pudo,
Hinche la soledad con ánsia extraña,
Y hasta encontrar su amor en la espesura,
No se tiene Hipperina por segura.

XXIV.

Sin que peligro su inquietud perdone,
Busca de su perdido bien indicio;
En cada fiera un riesgo se propone,
Y una desgracia en cada precipicio.
Halla á Endimion agradecido, y pone
Su gratitud por venturoso auspicio
De su pasion, que equivocada crece,
Como si siempre amára el que agradece.

XXV.

Con esto satisfecha la zagala,
Vida llegó á vivir tan venturosa,
Que ninguna delicia al gusto iguala,
Que concibe al mirarse tan dichosa.
Mas la vária fortuna, que resbala
Del bien al mal, obró tan poderosa,
Que en un punto trocó su ceño adusto
En tormento la dicha, en pena el gusto.

XXVI.

¡Oh inconsistencia vil y deleznable
Del teatro del mundo y sér humano,
Más que las ondas de la mar instable,
Mudable más que el viento y polvo vano!

Nada conserva el sér, todo es variable,
Indicios del imperio soberano,
Si árbitro de variar la suerte á todo
Principio universal del mismo modo.

XXVII.

Cuando llegó á juzgar la ninfa bella
Del todo su fortuna asegurada,
Lúgubre influjo de fatal estrella
Su dicha oscureció, no bien lograda.
Murió su amor, ensangrentando en ella
Celoso frenesí su fuerza airada.
Perdió á Endimion, halló la muerte dura;
Su cuidado causó su desventura.

XXVIII.

Yace una gruta, tosca arquitectura,
De que artífice fué naturaleza,
Del Látmos sacro en la suprema altura,
Que de estrellas corona su cabeza;
Seno apacible, que del Hibla apura
En fragrantes aromas la riqueza,
A las Gracias albergue delicioso,
Y á veces á Endimion dulce reposo.

XXIX.

Observatorio de las luces bellas
Del orbe azul al jóven divertia,
Examinando atento en todas ellas
La brillante simétrica armonía.
Apurar á los astros sus centellas
Astrónomo tenaz se prometia.
¡Oh dulce facultad, cuyos desvelos
Penetran los arcanos de los cielos!

XXX.

Atónito al mirar las perfecciones
De animados portentos luminosos,
Al discurso agotaba admiraciones,
Enajenado en éxtasis sabrosos.
De un letargo apacible á las prisiones
Cedian sus espíritus fogosos,
Y abandonando el cuerpo en quieta calma,
Entre los astros se hospedaba el alma.

XXXI.

La cítara de Orfeo prodigioso,
Sus suaves cuerdas, ya luces sonoras;
De Arion el asilo proceloso,
Sus escamas estrellas brilladoras;
El carro celestial que perezoso
Guia Boótes, por notar las horas;
El lascivo Orion, de Argos la popa,
Y el Can mayor, que guarda fué de Europa;

XXXII.

Dulce estudio, tarea peregrina
Eran al docto jóven, que entregado
A contemplar la máquina divina,
Quiso librarse todo á este cuidado.
Borró el intenso estudio de Hipperina
El tierno amor y albergue acostumbrado,
Ofreciendo la estancia y su recreo
Mayor cebo á su astrólogo deseo.

XXXIII.

Toldo de un robre de ropaje adusto,
En que Baco ostentaba su riqueza,
Hizo el pastor, y de su pié robusto
Arrimo, áun á pesar de su aspereza.
Lecho florido, hermoso más que augusto,
En el suelo mulló naturaleza.
Feliz desierto, en donde todo sobra,
Y los gustos se encuentran sin zozobra.

XXXIV.

El nocturno crepúsculo borraba
Las sombras que la luz formó del dia;
Lóbrego embajador, que adelantaba
La oscuridad, que el cáos conducia;
El monte sordo, sólo se escuchaba
De corrientes cristales la armonía,
Y en la espesura de las sombras graves
Roncos graznidos de agoreras aves.

XXXV.

De la cárcel eolia al duro abrigo
El Euro reducido tormentoso,
Ni combatia el áspero quejido,
Ni áun adulaba al álamo frondoso.
Cuanto á la noche su silencio amigo
Duró, no se elevó caliginoso
Vapor para ofuscar las luces bellas;
Que del sol participan las estrellas.

XXXVI.

Éstas, intensamente divertido,
El astrólogo jóven contemplaba,
Por eximir su nombre del olvido,
Que gallardos espíritus no acaba,
Cuando rápidamente sorprendido
De inmensa luz, que activa le abrazaba,
Incapaz del insulto luminoso,
Interrumpió su estudio y su reposo.

XXXVII.

Nunca de Febe, en el silencio quieto,
Resplandeció más clara la hermosura,
O fuese acaso en el divino objeto,
O del pastor antojo por ventura.
Ni en el éter, á sombras no sujeto,
Inundacion de luz brilló más pura
Que la noche feliz en que atendida
Rindió Febe á Endimion, siendo vencida.

XXXVIII.

Rayos ardientes imitaba el oro
Del delicado fúlgido cabello;
En su faz clara, del zafir decoro,
Aun más que lo divino era lo bello.
De resplandor orígen y tesoro,
Luz mendigan los astros á su cuello,
Retratando en su aliño compendiado
Todo el celeste cóncavo estrellado.

XXXIX.

Farol flamante, el carro luminoso
Dos animados Etnas conducian,
Que rayos, en su anhélito fogoso,
Aun más que respiraban, encendian.
De luceros concurso caudaloso
Eran las riendas, que su ardor regian;
Que creyeras por modos soberanos
Trasladada la eclíptica á sus manos.

XL.

En este aspecto, en todo peregrino,
Adorno igual á la mayor belleza,
Vió Endimion, ya halagado del destino,
De Febe la divina gentileza.
En vano el jóven contra amor previno
Del desamor antiguo la entereza,
Quedando en el insulto acelerado,
Ciego el discurso, y él enamorado.

XLI.

Fuego voraz, mortífero veneno
Prendió su corazon apasionado;
Torpe el sentido, de tinieblas lleno,
Desamparó el discurso á lo animado.
Perdióse la memoria, en cuyo seno
Sucedió eternamente su cuidado.
Murió el gusto, quedó la pena viva;
Así trata el amor á quien cautiva.

XLII.

Tendido estaba en el fragrante lecho,
Examinando la abrasada herida
Que amor tirano ejecutó en su pecho,
Que franca hiciese al alma la salida.
Y en suspiros y lágrimas deshecho,
Desesperaba de la triste vida,
Al mirar la distancia incomprensible,
Que hacia su remedio inaccesible.

XLIII.

De su fortuna el áspero suceso
En compasivos ecos lamentaba,
Motejando su ingenio, cuyo exceso
A estado tan mortal le condenaba.
Maldecia, irritado, el embeleso
Que en su estudio curioso le empeñaba;
¡Oh de Amor peregrinas invenciones,
Qué bien que disimulas tus traiciones!

XLIV.

Viendo casi imposible ya en lo humano
La medicina á su amoroso fuego,
Lo que fortuna pretendiera en vano,
Fió rendido el obsequioso ruego.
El ánimo esforzó, y al soberano
Númen hermoso dirigiendo luégo
La voz humilde, con acentos tales
Penetró las distancias celestiales.

XLV.

Portento luminoso de esa esfera,
Que á vuestra luz mendiga su hermosura;
Deidad triforme, cuya voz impera
Del reino de Pluton la estancia oscura;
Reina del monte, oid la postrimera
Voz de mi aliento, que mi vida apura;
Así idolatren vuestro imperio eterno
El empíreo, la tierra y el infierno.

XLVI.

Aunque, pastor humilde y abatido,
Me oscurezca mi tosco nacimiento,
No es así mi valor, áun excedido
Del ardor de mi espíritu violento.
Por mi poder, monarca me apellido
Del monte todo, haciendo mi ardimiento
Que le juren en su circunferencia,
Juntos hombres y fieras, la obediencia.

XLVII.

Adorno á mis umbrales horroroso,
Triunfos son de vencidos animales.
Ni al tigre libra el natural furioso
De pregonar mi ardor á mis umbrales;
Ni el leon por bravo, por tenaz el oso,
Evitan mis espíritus marciales.
Todo se rinde á mi poder altivo;
Guerra es la caza; de despojos vivo.

XLVIII.

Cuantas riquezas la abundante tierra
En plantas cria, en árboles florece,
Tributos mios son, que de esta sierra
El villanaje rústico me ofrece.
Ganado inmenso mi redil encierra,
Y tanto con mi haber mi fama crece,
Que en todo el Látmos y su reino hermoso
Me llaman Endimion el poderoso.

XLIX.

No hay pastora en el monte cuyo ruego
Correspondencia en mí no haya intentado.
De Clicie he desdeñado el amor ciego,
Y de Lisi el afecto he despreciado.
Sola Hipperina el amoroso fuego
Ne del todo perdió, pues su cuidado
Pudo lograr, sin ser correspondencia,
Equivocada, amor una apariencia.

L.

Vos sola sois, hermosa sucesora
Del músico pastor, padre del dia,
Idolo celestial, que el alma adora,
Quien quebrantó mi tosca rebeldía.
Vos, luz perenne, que el empíreo dora,
Fuerza disteis de amor á la porfía;
Por vos crece de amor la ilustre gloria,
A vos debe Cupido esta victoria.

LI.

Si ya triunfó de mí vuestra belleza,
Y de Cupido esclavo me apellido,
Obre conmigo vuestra gentileza,
Cual noble vencedor con el vencido.
Ni es accion clara, ni gentil proeza
La muerte dar al que se ve rendido;
Siendo infame quien obra de esta suerte,
Persiguiendo al rendido hasta la muerte.

LII.

Vos deidad sois, yo humilde ganadero;
Bien advierto la suma preferencia;
Mas, siendo todo amor, mi sér altero,
Sin conocer del vuestro diferencia.
No fué estorbo al troyano lo grosero,
A que en Vénus dejase descendencia.
Hechos emprende amor inaccesibles;
Vence una voluntad los imposibles.

LIII.

No severa querais que el amor puro,
Que anima el yerto, moribundo pecho,
Vilmente acabe en el martirio duro,
Que piadoso previene mi despecho.
Padron á vuestra gloria el más seguro
Será la accion que obreis en mi provecho.
Socorred á Endimion en mal tan fuerte,
O recibid por víctima su muerte.

LIV.

Sentidas, áun más bien que pronunciadas,
Tales razones triste referia
El hermoso pastor, más bien logradas
Que su mísero estado prometia.
Oyó Febe las quejas lastimadas,
Dejóse persuadir de su porfía:
Miró al pastor, notó su gentileza,
Y amó correspondida su belleza.

LV.

¡Oh violencia del ruego prodigiosa,
Cuánto alcanza y penetra tu desvelo!
La tierra haces esfera luminosa,
Y abates las deidades hasta el suelo.
Dígalo Febe, cuya luz hermosa,
A ruegos de un zagal, huyendo el cielo,
En brazos del pastor apetecible
Otra esfera encontró más apacible.

LVI.

Logró Endimion su intento deseado,
Que todas sus venturas coronaba;
Febe halló en su pastor enamorado
Amor, que áun á su amor aventajaba.
En este dulce delicioso estado
Cada cual su ventura exageraba,
En tanto que Hipperina presurosa
El monte penetraba recelosa.

LVII.

Viendo de noche ya cubierto el cielo,
Y que su dulce amor no parecia,
El monte todo, con mortal anhelo,
Celosa, más que amante, discurria.
Llegó á la gruta, en cuyo hermoso suelo
De su tragedia vió la tiranía.
Miró á Endimion, de Febe poseido,
Y en él su mal hallado y bien perdido.

LVIII.

Muerta quedó mirando en otros brazos
El dueño hermoso que ella idolatraba.
Celoso frenesí abrevió los plazos
Que á su tragedia el hado reservaba,
Cuando en más tiernos, más estrechos lazos
Sus esclavos amor aprisionaba;
Mas ¡oh dichas, de nadie bien logradas,
Siempre con la pension de limitadas!

LIX.

Era preciso que su curso hiciese
Febe y que á su Endimion desamparase,
Y más preciso que el pastor sintiese
La ausencia, que sus dichas retardase.

A Júpiter rogó que le atendiese;
Oyóle el dios, y porque no penase,
Piadoso le inspiró perpétuo sueño,
Que aliviase la ausencia de su dueño.

LX.

Hace Febe su curso refulgente,
Y al cabo de él, el Látmos visitando,
Feliz hace á Endimion, eternamente,
Si no entónces, rendido á un sueño blando.
Dichoso amor, premiado dignamente,
Que recompensa tal está gozando;
Feliz pastor, á quien eterna dura
En tal tranquilidad tanta ventura.

VERSOS CASTELLANOS

que sirvieron para adornar los principales sitios por donde pasó el rey don Cárlos III cuando hizo su entrada pública en Madrid, en el año 1760, compuestos por encargo de su ayuntamiento, é impresos en la relacion publicada en el expresado año.

CASTILLA.

Sus altivos homenajes
Hoy rinde Castilla á Cárlos,
Para mejor ensalzarlos.

LEON.

Emula de sus blasones,
Postra á vuestros piés reales,
Leon, en sus naturales,
Propagados los leones.

ARAGON.

En tantas aclamaciones
Y comunes parabienes
Ofrece Aragon por dones,
Para que orleis vuestras sienes,
El oro de sus bastones.

GALICIA.

Porque á Cárlos pruebas dé
Galicia de su aficion,
Orla su escudo y blason
De las armas de la fe.

SEVILLA.

Con los números terceros
Siempre fué feliz Sevilla;
Pues un tercero la ensalza
Si un tercero la conquista

GRANADA.

Siguiendo de amor las leyes,
Besa Granada tus piés,
Y alfombra de Cárlos es
La que fué sólio de reyes.

NAVARRA.

Hoy Navarra ofrece sola
Con sus cadenas, testigos
Con que su esfuerzo acrisola,
Sujetar los enemigos
De la nacion española.

CÓRDOBA.

Más hoy á Córdoba ilustra
Ser rica prenda de Cárlos,
Que cuanto la ennoblecian
Cónsules y califados.

TOLEDO.

Con los más rendidos modos
Da indicio de su terneza
Toledo, porque vean todos
Que está á tus piés la cabeza
Del imperio de los godos.

VALENCIA.

Valencia en su nombre ofrece
A Cárlos valor profundo,
Y tanto su industria crece,
Que en breve tiempo, parece
Le podrá ofrecer un mundo.

CATALUÑA.

Si al esfuerzo catalan,
Cárlos, la rienda soltares,
Arbitros de tierra y mares
Tus ejércitos serán.

MURCIA.

De la murciana opulencia
Hoy, Cárlos, pruebas teneis,
Dándoos su magnificencia
Timbres, con que coroneis
Toda vuestra descendencia.

JAEN.

Jaen ofrecer merece
Su valentía orgullosa,
Que al ilustre ejemplo crece
Que la memoria le ofrece
De las Navas de Tolosa.

VIZCAYA.

En Vizcaya, el hierro indicio
De aquí adelante será
Del acierto que tendrá,
Cárlos, en vuestro servicio.

GUIPÚZCOA.

En tanto cañon sañudo
Guipúzcoa os da, segun veo,
El implacable deseo
De añadir más á su escudo.

EXTREMADURA.

Si de Febo la luz pura
Nuevos mundos nos mostrára,
A Cárlos los conquistára
El valor de Extremadura.

MALLORCA.

Hoy, con su obsequio á tus piés,
Te ofrecen los baleares,
Con el amor más cortés,
El opulento interes
Del dominio de los mares.

ASTÚRIAS.

A Astúrias glorias duplica
Ser de dos Cárlos vasalla:
De Cárlos, príncipe nuestro,
Y de Cárlos, rey de España.

AL PRÍNCIPE DON CÁRLOS ANTONIO DE BORBON (1).

Renuevo heroico del varon glorioso
Que por rey nos da el cielo soberano,
Nieto del gran Felipe el Animoso,
Aníbal español, Numa cristiano;
Hoy príncipe es aclama generoso,
De Cárlos sucesor el celo hispano,
Y heredero tambien, porque así cuadre,
Del ínclito valor de vuestro padre.

FILIPINAS.

Del Asia noble porcion,
Las Filipinas os dan
Hoy, Cárlos, veneracion:
Que, aunque remotas, están
Prontas á su obligacion.

ISLAS MARIANAS.

Guirnaldas tejen lozanas,
En fe de su lealtad,
A Cárlos las Marianas,
Y ofrecen su amenidad
A sus plantas soberanas.

(1) Esta octava es una paráfrasis de una inscripcion latina, escrita, así como todas las demas, en prosa, latinas y castellanas, que sirvieron en los arcos y adornos de la carrera, por el ilustrísimo señor don Pedro Rodriguez Campomanes.

CHILE.

Si milagro del valor
Fué un tiempo Chile y Arauco,
Ya de Cárlos en obsequio,
Será del amor milagro.

PERÚ.

Más al Perú le enriquecen,
Cárlos, tus leyes divinas
Que el tesoro de sus minas.

NUEVA GRANADA.

Hoy en obsequio de Cárlos
Compite, por su fe heroica,
La Granada americana
Con la Granada española.

RIO DE LA PLATA.

Para que con más decoro
Demuestre su pasion grata,
Correrán á tu tesoro,
Cárlos, manantiales de oro
Desde el Rio de la Plata.

ORINOCO.

Dando de su amor señales,
Cárlos, si posible fuera,
De Orinoco los raudales
Dejarian su ribera
Por besar tus piés reales.

COSTA-RICA.

Nunca mejor Costa-Rica
Me podré llamar que cuando
De Cárlos adoro el mando.

LA ESPAÑOLA.

Si del valor español
Es dechado la Española,
No lo es ménos del amor
Con que hoy á tus piés se postra.

LA FLORIDA.

Para que, en fe de su amor,
A Cárlos más frutos rinda,
Será de hoy en adelante
Más florida la Florida.

NUEVA ESPAÑA.

Con esplendidez extraña,
Como á su amor le conviene,
Riqueza inmensa previene
A Cárlos la Nueva España.

NUEVA GALICIA.

De Cárlos la proteccion
Apellida con justicia
La rica Nueva Galicia.

NUEVA VIZCAYA.

En el valor singular
Y amor que á Cárlos ostenta,
Sólo la antigua Vizcaya
Competirá con la Nueva.

YUCATAN.

A Cárlos, de su fe pura
Finos testimonios dan
Honduras y Yucatan.

CALIFORNIA.

Perlas California ofrece
A Cárlos hoy, cuantas cria
El alba, al nacer el dia.

CANARIAS.

Nunca más afortunadas
Las Canarias habrán sido
Que desde que han merecido
Ser de Cárlos ilustradas,

PRESIDIOS.

Los presidios africanos
Ofrecen á tu albedrío
El antiguo señorío
De los pueblos transfretanos.

Á LA REINA NUESTRA SEÑORA Y REAL FAMILIA.

Ínclita Amalia, ilustre, generosa,
De Cárlos digna esposa, y reina nuestra,
Admitid la expresion más obsequiosa
Que hoy la española lealtad os muestra.
Y vos, progenie augusta, numerosa,
Creced feliz, porque en la estirpe vuestra
Goce el mundo en virtudes peregrinas
Multiplicados héroes y heroínas.

Á LA REINA MADRE NUESTRA SEÑORA Y SEÑOR INFANTE DON LUIS, HERMANO DEL REY.

Muestras os dan de su agradecimiento,
Magnífica Isabel, las expresiones
Con que en tan grande universal contento
España grata os rinde aclamaciones.
Y vos, glorioso Luis, cuyo ardimiento
Nuevo blason será de los Borbones,
Vivid feliz, para llenar de glorias
Vuestra vida, la España y las historias.

ÉGLOGA PISCATORIA,

leida en junta general celebrada por la Real Academia de San Fernando, en 28 de Agosto de 1760, para la distribucion de los premios á los discípulos de las nobles artes.

Interlocutores.

POETA, ALCION, GLAUCO.

POETA.

Bramaba el ronco viento,
Y de nubes el sol oscurecido,
Horror al mar indómito añadia;
El líquido elemento,
De rayos y relámpagos herido,
Contra su proprio natural ardia.
Huye la luz del dia,
Que el fuego interrumpido sostituye.
De sus cabañas huye
El pescador al monte más vecino;
Y sólo en tan violento torbellino,
Rotas quedan, del mar en las orillas,
Jarcias, entenas, árboles y quillas.
Objeto son funesto,
Y embarazo tambien de las arenas,
Náufragos leños y húmedo velámen,
Y en elemento opuesto
Truecan los hombres aguas de horror llenas,
Y las focas la seca arena lamen.
Con pavoroso exámen
Advierte destrozada su barquilla
En la trágica orilla
Alcion, y en el monte, áun mal seguro
Recela Glauco; porque el golfo duro
Abandonar su antiguo seno quiere,
Y huir del cielo, que le azota y hiere.
Cede la furia brava
Del Aquilon insano de repente,
Y el sol sus luces otra vez envia;
El mar, que traspasaba
Sus líneas, restituye al continente
Cuanto usurpado su rigor habia.
Renace la alegría
En los campos, y dobla su hermosura
La risueña frescura
Que llovieron las nubes á la tierra,
Y dejando el asilo de la sierra,
Pueblan la orilla humildes pescadores,
Y Glauco y Alcion competidores.
Y viendo que serenos
El mar y el cielo dan atento oido,
A cantar mutuamente se aperciben,
De sus rústicos senos

Cada cual saca un caracol torcido,
En que grabadas dos sirenas viven.
Blando asiento reciben
Del prado, mal enjuto todavía,
Y porque de dulcísima armonía
Se llenen aire, tierra y mar vecinos,
Con modos hasta entónces peregrinos,
Siendo asomo y recreo del ambiente,
Cantan y tañen alternadamente.

ALCION.

¡Con cuánta saña el cielo
Ha fulminado, oh Glauco, esta ribera!
Parece que su anhelo
Sólo vengarse de nosotros era.
Aun la lluvia destilan estas plantas,
Como que lloran desventuras tantas.
Quéjanse aquestas hayas
Que su verdor en luto han convertido
Las ondas de esas playas,
Con que el soberbio mar las ha batido,
Y el soplo de los céfiros veloces
Parecen sus suspiros y sus voces.
Repara en mi barquilla,
De torpes algas y desdicha llena,
Arrojada á la orilla
Y soterrada en la fatal arena,
Y que parece el trabucado leño
Infeliz monumento de su dueño.
Acuérdome de cuando
La muerte á todos nos llevó las vidas,
Llevándose á Fernando.
Pues miro las desdichas repetidas
Que entónces nos causó la muerte ingrata,
En esta tempestad, que las retrata.
En noche tenebrosa
Quedaron estas tierras sumergidas,
Y de muerte horrorosa
Amenazadas nuestras tristes vidas.
Todo quedó en su ruina vacilando;
Tantos males causó, muerto Fernando.
Negó la tierra el fruto
Del labrador al genio codicioso,
Y de funesto luto
Vistió la mar su ceño riguroso;
Que en tormento tan duro y tan terrible
Afectó sentimiento áun lo insensible.
Perdieron ciencia y arte
Asilo y premio; pues su larga mano
Distribuye y reparte
El galardon con celo soberano;
Logrando en breve tiempo, por preludio,
Excesos y milagros del estudio.
Testigo Mantua sea
De cuanto su favor ha promovido
La juvenil tarea,
Pues el primor miramos excedido
En mármoles, diseños y pinceles
De Fidias, de Vitrubios y de Apéles.
Juventud laboriosa,
Instruye, previniendo á los blasones
Y fama victoriosa
De Cárlos repetidas duraciones,
Porque ostenten sus glorias celebradas
Lienzos sus cuerpos, piedras animadas.
Pero, porque quiso el cielo
Darle reino menor, no será justo
Que mi imprudente celo
Renueve con memorias el disgusto.
Recoged, musa mia, el triste canto,
Y en alabanzas convertid el llanto.

GLAUCO.

Deja, Alcion, memorias
Que tanto al bien se oponen que gozamos,
Y las presentes glorias
Al cielo, como es justo, agradezcamos;
Que aquel que el bien que logra no agradece,
Da bien claro á entender no lo merece.
Repara en esa fuente,
Cuán pobre de aguas ántes discurria,
Y que ya su corriente
Frescura al suelo, al aire da armonía,
Deudora á la tormenta, que ha dejado
Con su raudal enriquecido el prado.
Repara en las arenas
Cuánto tesoro el piélago ha escupido,
Y mira cuán serenas
Las ondas de la mar se han suspendido,
Porque despues de tanto desconsuelo
El bien disfrutes que te ofrece el cielo.
De bienes semejantes
Colmó á España de Cárlos la presencia,
Cuando en naves triunfantes,
Contrastando del mar la resistencia,
Emulo de la luz que el orbe baña,
Tranquilizó la tempestad de España.
Así, piadoso el cielo,
Hizo que el bien al daño se siguiese,
Y que en tanto desvelo,
Dulce sosiego, dulce paz naciese.
Nuevo sér logró España y nueva vida:
Tan dulce fué de Cárlos la venida.
Parece que la tierra,
Para adularle, nuevos frutos cria,
Y este mar cuanto encierra
En sus entrañas á sus piés envia,
Y en su confuso y rústico lenguaje,
Parece que le jura vasallaje.
El ingenio y la ciencia,
A Cárlos por deidad reconociendo,
De su beneficencia
Están gloriosas pruebas recibiendo.
Hable Heráclea, asombro renacido
De enmedio del sepulcro y del olvido.
¡Cuántas felicidades
Se deben esperar de quien glorioso
Desentierra ciudades,
Porque pueda el ingenio laborioso
Seguir en los modelos soberanos
El primor de los griegos y romanos!
Por el orbe aplaudidas
Serán del grande Cárlos las memorias,
Y de ellas excedidas
Cuantas épocas tienen las historias,
Y cronista será de sus renombres
La admiracion y pasmo de los hombres.
Con Cárlos solamente
Cualquiera mal el cielo ha compensado
A España, cuya frente
Perpétuo ceñirá laurel sagrado,
Porque la admiren todas las edades
Como dechado de felicidades.

ALCION.

¡Oh, qué bien, Glauco, dices!
Cárlos la edad de oro ha reducido,
Y los dias felices,
Viniendo Cárlos, han amanecido;
Cárlos el monte, Cárlos el mar suena,
Y de Cárlos está la tierra llena.

GLAUCO.

Pinceles y buriles,
Cinceles y troqueles fatigados,
En líneas y perfiles
Ofrecerán sus hechos retratados,
Que en lienzo, cobre, piedra y bronce duro
Perpetúen su nombre en lo futuro.

ALCION.

Alcázares reales
La arquitectura formará, divina,
Elogios inmortales,
Que á sus victorias el amor destina,
Para que vivan sin mudanza alguna,
Contra el tiempo, la vida y la fortuna.

GLAUCO.

A enemigos insultos
Levantará castillos torreados
De corpulentos bultos,
Cuyas minas y fosos elevados
Al enemigo, que ofender procura,
Amenacen con muerte y sepultura.

ALCION.

Columnas cinceladas,
Que áun el mismo Trajano envidiaria,
Se verán levantadas,
De hermosa robustez y simetría,
Que, al paso que en el orbe se derrama,
La sirvan de puntales á su fama.

GLAUCO.

Coronará sus glorias
Con arcos á sus triunfos erigidos,
Que de ilustres victorias
Retratarán los hechos esculpidos,
Conservando en los siglos venideros
Del valor muestras y del arte esmeros.

ALCION.

Magníficas mansiones,
Del pueblo conveniencia y hermosura,
Serán las producciones
Que ofrecerá á sus piés la arquitectura,
Dejando, en prueba de su amor devoto,
En cada piedra consagrado un voto.

GLAUCO.

En alabastros finos
Ejercerá el cincel sus perfecciones,
Y en bustos peregrinos
Renacerán los fuertes campeones,
Cuyas hazañas el discurso admiren,
Y en el molesto material respiren.

ALCION.

De mármoles hermosos,
De pinta vária y consistencia dura,
Animará colosos
La docta aplicacion de la escultura,
Que copien tan al vivo el movimiento,
Que sólo se eche ménos el aliento.

GLAUCO.

Augustos medallones,
De Cárlos las victorias historiadas
Y bélicos blasones,
Ocuparán magníficas portadas,
Que á heroicos hechos la nacion alienten,
Y el esfuerzo de Cárlos representen.

ALCION.

El pirata africano,
Que tal vez infestó nuestra ribera,
Del esfuerzo cristiano
Sobrepujada su arrogancia fiera,
En duras piedras, que en su daño brillen,
Tendrá padrones que su orgullo humillen.

GLAUCO.

En el régio semblante
Del magnánimo Cárlos, valeroso
Delineará arrogante
Triunfos de su reinado venturoso,
Y de España pintando las victorias,
Renovará el pincel antiguas glorias.

ALCION.

De sus augustos hijos
Los heroicos alientos heredados
Ejercerán prolijos
Del orbe los pinceles afamados,
Franqueando materia á la pintura
Su valor, su constancia y su cordura.

GLAUCO.

Con hechos portentosos
De sus ínclitos nobles ascendientes,
Ostentarán gloriosos
Pinceles y colores á las gentes,
Ser privativo timbre de la España
Que en sus reyes no hay hecho sin hazaña.

ALCION.

De España las historias
Darán asunto grave á los pintores,
Y en dibujar sus glorias
Brillarán dignamente las colores,
Pintando que al esfuerzo sin segundo
De sus hijos se debe un nuevo mundo.

GLAUCO.

Adornen las paredes
De los regios magníficos palacios
De Cárlos las mercedes,
Y entre otros triunfos, ornen sus espacios,
En anchos cuadros, que guarnezca el oro,
La rendida cerviz del indio y moro.

ALCION.

En todos tiempos sea,
Para aumentar de Cárlos los blasones,
Aplaudida tarea
Las empresas copiar de sus pendones,
Porque renazcan á marciales lides
Carpios, Cortéses, Córdobas y Cides.

GLAUCO.

Eternice la historia,
Acorde con el lienzo y los pinceles,
De Cárlos la memoria,
Porque sus augustísimos laureles
Pongan sus descendientes, al mirarlos,
En el heroico empeño de imitarlos.

ALCION.

Duros bronces heridos
A líneas de buriles delicados,
O á puro ardor fluidos,
O del volante rígido apretados,
En estampas, en bultos y medallas,
Votos conservarán, triunfos y batallas.

GLAUCO.

Serán por todas partes
Las virtudes de Cárlos veneradas,
Y aquestas nobles artes
Con justicia de todos celebradas,
Cuando las gentes peregrinas vean
Cuán dignamente su primor emplean.

ALCION.

Los mismos marineros,
Que con las redes este mar fatigan,
En reinos extranjeros
Los primeros serán que elogios digan
Del ingenio español, y para muestras,
Obras comerciarán de manos diestras.

GLAUCO.

Verá el astuto China
Su primor en España mejorado,
Y el Africa vecina
Con envidia las glorias del Estado;
Que miéntras Cárlos tenga en él su asiento,
Irán, con sus influjos, en aumento.

ALCION.

La matritense escuela
Por todo el mundo ganará renombre,
Cuando tanto desvela
A sus alumnos ensalzar su nombre;
Conservando su fama y claros lustres
En las obras de artífices ilustres.

GLAUCO.

Y España, enriquecida
Con tan nobles y doctos ejercicios,
Premiará, agradecida,
El glorioso sudor de sus patricios,
Porque los premios más los estimulen,
Y glorias á sus glorias acumulen.

POETA.

Aquí llegaban, cuando
El piscatorio tráfago y estruendo
De remos y marítima algazara
Paró su acento blando,
Y los acordes puntos suspendiendo,
La red nudosa cada cual prepara,
Y su barca repara,
Remitiendo tan ínclita materia,
Tan sublime y tan séria,

A ingenio más fecundo y peregrino,
Que con estilo y número divino
De Cárlos en elogios rompa el canto;
Que á tanto héroe se debe númen tanto.

CANTO

recitado en la junta general celebrada por la Real Academia de San Fernando en 3 de Junio de 1763, para la distribucion de premios á los discípulos de nobles artes.

I.

Ninfas del Manzanares, si algun dia
El vulgo de sus faunos os vió atento,
Suspensas de la débil armonía
Del ménos que bucólico instrumento (1),
Hoy, que siguiendo más sublime via,
Renuevo el ántes aplaudido intento,
Renovad la atencion, porque ella sea
Inspiracion y elogio de mi idea.

II.

Hechos oiréis que excedan las ficciones
De las más elevadas fantasías,
Y ser mis decantadas predicciones
Sucesos ya que ilustran nuestros dias.
Si ocupan mundo y fama los blasones
Del grande Cárlos, á las rimas mias
Ofrezcan, en señal de amor profundo,
Su voz la fama, su teatro el mundo.

III.

Verde dosel, hermoso más que augusto,
Esmeros y delicias del verano,
Era el follaje de un laurel robusto,
Pulido del primor de culta mano.
Ni el helado Aquilon, ni el sirio adusto
Violar pudieron su verdor lozano;
La vez primera que la envidia impura
No se atrevió á insultar á la hermosura.

IV.

Acaso porque el dios del bosque ameno,
Su belleza mirando peregrina,
Hizo su albergue su copado seno,
O en él estableció su ara divina;
O que de glorias contemplando lleno
El español imperio, le destina,
Siguiendo el uso sus constantes leyes,
A coronar los triunfos de sus reyes.

V.

Sobre el húmedo césped descansaba,
Al pié de este hijo bello de la tierra,
Al blando silbo que entre guijas daba
Líquida sierpe, que nació en la sierra.
Morfeo, que de cerca me acechaba,
Declara á mis sentidos dulce guerra;
Rindióme, acreditándome vencido
Lo más noble del alma suspendido.

VI.

Al punto me ofreció la fantasía,
Coronado de excelsos torreones,
Si no el palacio del autor del dia,
Otro que ilustran más decoraciones.
De estrellas puras y oro puro habia
Labrado los augustos paredones
El artífice, uniendo con desvelo
Lo más precioso de la tierra y cielo.

VII.

El órden no de Jonia ni Corinto
En el noble edificio se ostentaba,
Ni en todo su magnífico recinto
El toscano ni el dórico brillaba.
Otro órden superior, otro distinto
La corpulenta máquina animaba,
Su primor aumentando y su decoro,
Luz á los astros, brillantez al oro.

(1) Alude el autor á la égloga piscatoria que hizo para la distribucion de premios de 28 de Agosto de 1760.

VIII.

Ser, al principio, imaginé el febeo
Alcázar, y que allí con pié profano
Me habia conducido mi deseo
A ser de su esplendor nuevo tirano.
Nuevo castigo al nuevo Prometeo
Vibraba sobre mi celeste mano,
Siendo áun en la ilusion el triste agüero
A culpa incierta susto verdadero.

IX.

Huir queria, y presuroso huyera,
Si, previniendo mi turbado intento,
Otro nuevo prodigio no acudiera
A poner en mi fuga impedimento.
De verde edad un bello jóven era,
Que, conducido por el leve viento,
Serenó con su vista mis enojos,
Prision del pié y asombro de los ojos.

X.

Un manto del color del claro cielo,
Al hombro con gentil aire terciado,
Era su adorno, y sobre el blondo pelo
Azul sombrero, de alas coronado.
Coturno alado para el pronto vuelo,
Y baston tambien de alas adornado,
Que la lid de dos sierpes dividia,
Del precioso metal que el Tajo cria.

XI.

«No temas, dijo con acento blando
El dios, y pues la suerte te ha traido
Al sagrado lugar que estás mirando,
A otro mortal ninguno concedido,
Irás á tu memoria confiando
Cuanto alcances con vista y con oido,
Porque despues su relacion extraña
Admire al mundo y engrandezca á España.

XII.

»Ese edificio excelso que reparas,
Cuya custodia á mi Minerva fia,
Sudor es de las tres deidades claras
Que imitan cuanto cielo y tierra cria;
Aquellas, digo, que en sus cultas aras
Venera la mantuana academia,
Y á quienes Cárlos, dando al orbe ejemplo,
Entre sus lares las consagra templo.

XIII.

»Ellas, en fe de cuanto lo agradecen,
Este padron erigen á sus glorias,
Donde á los siglos que vendrán ofrecen
Conservadas sus ínclitas memorias;
Aunque, si tanto sus blasones crecen,
Mal podrán comprenderse en las historias,
Ni será cuanto el orbe se derrama
Templo bastante á su gloriosa fama.»

XIV.

Esto dijo, y moviendo el caduceo,
El dorado dintel tocára apénas,
Cuando patentes hizo á mi deseo
Arcanidades de lo humano ajenas.
No pasma tanto en el undoso Egeo
Al piloto la voz de las sirenas,
Que á su muerte conspiran con su canto,
Como á mis ojos el divino encanto.

XV.

Era una suntuosa galería,
A cuyo extremo por ningun camino
La más aguda vista alcanzaria,
Cansada áun en lo vário y peregrino;
Un zafiro era el techo, donde heria
Del rubio Apolo el resplandor divino,
Y en él con tal viveza se copiaba,
Que un nuevo cielo con su sol formaba.

XVI.

Ricos despojos de pincel valiente,
Que del oro el valor sobrepujaban,
Y del docto cincel, promiscuamente,

Cubrian la pared ó entretallaban.
Gran lugar ocupaba dignamente
El buril, y los huecos que quedaban,
Con obras de arrogancia y hermosura,
De milagros llenó la arquitectura.

XVII.

Trasladó la escultura á un mármol pário
De Cárlos la real munificencia,
Las llaves franqueando de su erario
A la toga y la espada con clemencia (1).
Marte, no tan feroz ni temerario,
Y Minerva, sumisa con decencia,
Su gratitud al dón que recibian,
Con muda voz á Cárlos exprimian.

XVIII.

La disciplina militar expuso,
De la mano de Apéles auxiliada,
En un cuadrado lienzo, que dispuso
Su antigua brillantez acrecentada.
Bizarra tropa, ejercitando al uso
De mejor arte, ó el fusil ó espada (2),
En su gallarda muestra y movimiento
Llevaba sobrescrito el vencimiento.

XIX.

De allí no muy distante parecia
Un medallon, cuyo espacioso plano
El rubio bronce, que Corinto envia,
Relevaba con arte soberano.
En él la siempre humana cirugía,
Al pecho puesta la obsequiosa mano,
Rendidas gratitudes tributaba,
Y el coturno de Cárlos adoraba (3).

XX.

En otra parte el cobre suavizado,
Al oro compitiendo en pulimento,
A esfuerzos del buril más delicado,
Cómodo figuraba un pavimento (4).
Mostraba allí su aspecto abrillantado
Mantua, y con más decoro y ornamento,
Grata al nuevo esplendor que le debia,
Dosel más digno á Cárlos ofrecia.

XXI.

Más adelante se elevaba exenta
Una aguja, que obró maestra mano
Con los rayos que en lid sanguinolenta
Vibró Mavorte ó inflamó Vulcano.
El acueducto allí se representa
Con que á Segovia enriqueció el tebano,
Y una inscripcion, en donde se leia:
Nueva escuela real de artillería.

XXII.

Animado á merced de la escultura,
Reconocí de España el genio bello,
Con dobles alas, que á la esfera pura
Le elevaban, á ser de luz destello.
Hiedra, laurel, oliva, encina dura
Ofrecian corona á su cabello,
Y tapete á sus plantas los blasones
De almenados castillos y leones.

XXIII.

Reparé que en la diestra sostenia
Una fábrica antigua, cuyo seno
A la vista de todos se ofrecia,
De humanidad y de riquezas lleno.
Ser conocí una ilustre librería,
Que retratando un paraíso ameno,
Los deliciosos frutos que llevaba
Con dulce agrado á todos franqueaba.

XXIV.

Allí la aplicacion fogosa ardia
De sublimes ingenios laboriosos,
Haciendo con su estudio cada dia
Los blasones de España más famosos.
Sobre la puerta principal habia
De Cárlos un retrato, y en lustrosos
Caractéres decia un lema breve:
A ti, oh gran Cárlos, mi esplendor se debe (5).

XXV.

En el opuesto muro resaltaba
De oro una medalla primorosa,
Cuyo medio relieve retrataba
La accion ménos feliz y más gloriosa.
Armada formidable vomitaba
Gente feroz, escuadra numerosa,
Sobre los campos, que si el mar circunda,
El ejército nuevo los inunda.

XXVI.

Era la Habana, á quien la saña oprime
Del marítimo inglés, cuya fiereza,
Aunque al principio con valor reprime,
Triunfó la inmensidad de la braveza.
Ya estrecho cerco con rigor comprime
De pocos defendida fortaleza;
Pocos, que muchos deben presumirse,
Los que intentan morir y no rendirse.

XXVII.

Es su caudilllo aquel hijo de Marte,
Velasco, claro honor de las montañas,
Entrando de sus glorias á la parte
Gonzalez en la muerte y las bazañas.
Ya el hierro ardiente el aire turbio parte,
Rugiendo á su estampido las campañas,
Del fuerte siendo escándalo y fracaso,
Y de valientes vidas triste ocaso.

XXVIII.

Sin miedo á la contínua batería
Y estrago de morteros y cañones,
Mantiene la española bizarría
Los ya desmantelados torreones.
Ya apénas piedra sobre piedra habia,
Cuando uniendo los fuertes corazones,
Si bien del largo padecer deshechos,
Nuevas murallas forman de sus pechos.

XXIX.

Turbó al inglés la accion desesperada,
Llenándole la envidia de despecho,
Pero una mina, con furor volada,
Ruinosa puerta abrió por largo trecho.
Llevó el estrago á la feliz morada,
A recibir el galardon del hecho,
Las almas de españoles venturosas,
En coronas más dignas y gloriosas.

XXX.

Troncos cuerpos de espíritus altivos
Dejan los campos de pavor cubiertos,
Que con fieros semblantes, más que vivos,
Amenazan áun pálidos y muertos.
El muro aportillado ejecutivos
Entran los anglos, de su triunfo ciertos;
Pero les pone su defensa ruda
El daño en claro y la victoria en duda.

XXXI.

Quien, porque ya la municion faltaba,
Sobrándole el esfuerzo y valentía,
Del inútil fusil haciendo clava,
Los monstruos calidonios abatia;
Quien, ya sin armas, las que á la ira daba,
La ruina en sus peñascos impelia,
Siendo despojo, en su furor extremo,
Mil Accis á los piés de Polifemo.

(1) Aumenta su majestad comodidades á la tropa, y sueldos á los ministros togados.
(2) Mejora su majestad el ejercicio en toda la tropa.
(3) Establece su majestad un colegio de cirugía en Barcelona.
(4) Manda su majestad hacer el nuevo empedrado, y se consigue el aseo y hermosura de la córte.

(5) Aumenta su majestad la dotacion de su real biblioteca y el número de sus empleados.

XXXII.

Mas triunfando los hados injuriosos,
Y al sangriento rigor de las heridas
Muertos los capitanes valerosos,
Ultimo resto de las nobles vidas,
Entran los vencedores, que furiosos,
Buscando á sus espadas homicidas
Empleo, sólo hallaron en el fuerte
Repetida la imágen de la muerte.

XXXIII.

¡Oh tragedia feliz, que das á España
Aun en la adversidad perpétua gloria;
Nombres felices, cuya heroica hazaña
Tendrá en la voz del orbe viva historia!
Pues del olvido, contra el ódio y saña,
Monumentos previene á su memoria
Tierra y mar, y con muestra peregrina
El primor de una mano salmantina (1).

XXXIV.

Una columna en distinguido asiento,
Con singular esmero cincelada,
Al esfuerzo español, del Sacramento
La colonia figura sojuzgada.
Del ejército el brío y ardimiento,
Y del caudillo la gloriosa espada,
En Italia, otro tiempo conocida
Y de proprios trofeos guarnecida.

XXXV.

Más adelante el gran templo de Jano
Copió un pincel, en cuyo centro encierra
El grande Cárlos con potente mano
El espantoso monstruo de la guerra.
Brama, oprimido, dentro, é inhumano
Salir quisiera á perturbar la tierra,
A no ser freno de su furia insana
De Cárlos la presencia soberana.

XXXVI.

Una deidad del cielo se deriva,
De virginal pureza decorada,
Ceñida el pelo de brillante oliva,
Y el cuerpo de una túnica nevada.
Igualaba del sol la llama viva
El resplandor de la deidad sagrada,
Y á descubrirse entónces las estrellas,
Fueran ménos brillantes, ménos bellas.

XXXVII.

Sostenida en el aire con humano
Ademan, coronó á Cárlos la frente
La dulce paz, llenando el soberano
Aspecto de delicias el ambiente.
El reprimido orgullo lusitano
Del blason figurado en la serpiente (2),
Que domó Cárlos con robusta planta,
Respira libre y la cerviz levanta.

XXXVIII.

En medio de la excelsa galería,
Armado Marte á Cárlos representa,
Benignidad vertiendo y alegría
Sobre el ara de jaspe en que se asienta.
Cuanto el soberbio templo se extendia
Llena de majestad la efigie exenta,
Y el grave rostro del sagrado bulto
Inspira religion, provoca á culto.

XXXIX.

Obra era el busto de la docta mano
Que acrecentar honor á Grecia sabe,
Y restaurar con arte más que humano
Cuanto al cincel el tiempo menoscabe (3).
Al ver el simulacro soberano,
Bañóse el pecho de contento suave,
Y del afecto natural movidos,
Arrebató la vista los sentidos.

(1) Don Tomas Francisco Prieto, director del grabado, hizo una medalla, que representa esta accion.
(2) Es blason del escudo de Portugal una serpiente.
(3) Don Juan Pascual de Mena, director de escultura.

XL.

Volar quisiera á venerar postrado
Al monarca mayor y más glorioso,
Y en el augusto altar dejar grabado
Mi labio siempre humilde y obsequioso.
Arrójome veloz, y conturbado
Del movimiento al ímpetu furioso,
Despierto, y desvanécense en el viento
Sueño, palacio, altar y pensamiento.

XLI.

Lloré perder la vista deliciosa
Sin poder penetrar completamente
Cuanto la augusta casa misteriosa
Comprendia en su ámbito luciente.
Mas si la suerte ménos rigurosa
Algun alegre dia me consiente,
Me oirán cantar del Tajo las Napeas,
Homero á Aquíles y Virgilio á Enéas.

XLII.

Entre tanto, vosotros, generosos
Alumnos de la ilustre madre, á quienes
Hoy Astrea reparte victoriosos
Círculos, con que orleis las nobles sienes,
Esforzad los espíritus gloriosos
A empresas que más dignos parabienes
Os puedan merecer; que yo hasta tanto
Suspendo el plectro y finalizo el canto.

CANCION

que por encargo de la Real Academia de San Fernando compuso el autor, con motivo de haber remitido á ella el Príncipe nuestro señor y el señor infante don Gabriel dos diseños de arquitectura, delineados, sombreados y firmados de sus manos. Dijose en la junta general de 3 de Junio de 1763.

Dulce, canora Clio,
Róbate un breve rato al sacro coro,
Dejándote traer del leve viento,
Y pulsa, á ruego mio,
Los trastes de cristal, las cuerdas de oro
Del celestial dulcísono instrumento;
Que si proteges mi glorioso intento,
Lograrás que á la dulce melodía,
Suspendan las esferas
Su voluble porfía,
Las aguas sus corrientes lisonjeras,
Y el sol su curso pare,
Miéntras tu lira con mi voz sonáre.
Teatro suntuoso
Era un régio salon á circo grave
De ingenios de Minerva laureados.
Su recinto espacioso
Parece que archivó con rica llave
Los primores allí más delicados.
De piedras y de lienzos animados,
No cubrirse, formarse parecia
La magnífica pieza,
Y como el arte habia
En ellos apurado su destreza,
Engañado el discurso,
Los juzgó tal vez parte del concurso.
El acto presidian,
Bajo regios doseles elevados,
Todas las gracias sólo en dos matronas.
En sus ojos lucian,
Y en su vestido virginal sembrados,
Los astros más brillantes de las zonas.
Ostentaba una y otra seis coronas
A concurso de espíritus alados,
Que con graves tareas
A lienzos preparados,
Piedra y metal trasladan mil ideas,
Y compiten activos
Del laurel los honores siempre vivos.
Los mármoles molestos
Unos hendian; otros figuraban
Edificios, que á líneas dividian;
Otros los indigestos
Colores con fatiga quebrantaban;

Templar el duro hierro otros porfian.
Aquí el luciente cobre sacudian,
Haciéndole al buril más obediente;
Liquidaban metales
Allí con llama ardiente;
Y todos daban, en su afan, señales
Que su ingenio fecundo
Formaba el embrion de un nuevo mundo.
Sus obras ya ofrecian,
Del último primor acrisoladas,
Tímidos, al exámen riguroso.
Unos se prometian
Las coronas al digno reservadas,
Otro desconfiaba temeroso.
La expectacion del circo numeroso
Severidad al acto acrecentaba,
Y al tiempo que ya Astrea
El premio preparaba
Con que ilustrar la más feliz tarea,
Un extraño suceso
El acto suspendió, pasmó el congreso.
Las ajustadas puertas,
De fuerzas soberanas impelidas,
Con súbito rumor y comun susto
Parecieron abiertas;
Retrajo de las venas comprimidas
El rojo humor el pecho más robusto.
A todos ocupaba el terror justo,
Cuando, sembrando luces celestiales,
Con luminosa huella
Ilustró los umbrales
Una deidad, cuya presencia bella,
Cual Febo el claro dia,
A los ánimos trajo la alegría.
Torreada corona,
Como suele á Minerva atribuirse,
Su hermosa frente con honor ceñia.
Ornaba su persona
Un ropaje, cuya obra distinguirse
El celeste esplendor no permitia.
En la siniestra por blason regía
En vez de cetro, del metal precioso
Compas y escuadra, dando
Su ademan generoso
Muestras de majestad, y provocando
Con amable violencia
Su augusto aspecto á culto y reverencia.
La noble arquitectura,
Con real esplendor condecorada,
De todos conocida fué al momento,
Y con civil dulzura
De las caras hermanas saludada,
Llegó á ocupar el superior asiento.
Entónces, dando al aire el blando acento,
En delicadas voces y suaves,
Con notable energía,
Estas razones graves
Articuló, bañando la armonía
La region leve y pura,
Y el ánimo, el deleite y la dulzura.
En vano los laureles
En mi agravio destina vuestra mano
A triunfos que á mí sola se han debido;
Pues ni Fidias ni Apéles,
Ni cuantos por su ingenio soberano
Libertaron sus nombres del olvido,
Ni cuantos larga edad ha producido
En los climas de Europa venturosos
Disputarme pudieran
Sus blasones gloriosos,
Y cuando á empresa tanta se movieran,
Sería el vencimiento
Pena segura al ciego atrevimiento.
Sacó entónces del seno,
Sobre el terso papel delineadas,
Dos fábricas de dórico artificio,
En el blanco terreno
Con tan grande primor perficionadas,
Que el más severo dió de pasmo indicio.
No encontró el más escrupuloso juicio
Sino la admiracion en sus primores;
Primores que excedian
Los aplausos mayores
Que al numeroso circo merecian,
Cuyo asombro advirtiendo,
Así la diosa prosiguió diciendo:
«A mí se deben sola
Coronas del mayor merecimiento
Y premios de más alta jerarquía,
Pues el hado acrisola
Su influjo grato, á mi favor atento,
Colmándome de dichas y alegría.
¡Oh memorable, venturoso dia,
De mí con blanca piedra señalado
Y digno sacrificio!
En mi pecho obligado
Templo tendrás, y con humilde oficio
El ánimo devoto
Repetirá cada momento el voto.
»Pues noble empleo he sido,
De maestra gozando privilegios
Y honores que llegó nadie á lograrlos,
Y estudio ennoblecido
Del desvelo de dos jóvenes regios,
Digna progenie del glorioso Cárlos;
Dos jóvenes excelsos, que al nombrarlos,
El orbe todo con razon se humilla,
Y la dichosa España,
Doblando la rodilla,
Por cuanto el Bétis, Ebro y Tajo baña,
En floridos vergeles
Rinde á sus piés olivas y laureles.
»Aquestos monumentos,
Con que hoy enriquecernos han querido
Sus ilustres tareas venturosas
Y sublimes talentos,
Con dignidad y con honor debido
Logren veneraciones obsequiosas.
Vosotras, oh deidades generosas
Y genios á la gloria consagrados,
Depositarios fieles
De tan ricos dechados,
Alfombras prevenid, colgad doseles
Y construid altares
A vuestros nuevos dioses tutelares.
»Empresas que acreditan
Aun en la tierna edad maduros bríos,
En breve el orbe llenarán de glorias,
Cuando ya supeditan
Tan ancho campo á los elogios mios,
Y tan fértil materia á las historias.
Acumular victorias á victorias
A ser vendrá su más digno ejercicio,
Y adquirirse renombres
Del comun beneficio,
Siendo, por eso, eternizar sus nombres,
Blason de los pinceles,
Gloria de los buriles y cinceles.
»Los ingenios sutiles,
Que los néctares liban de Helicona
Y al Pindo huellan la cerviz sombría,
En sus cultos pensiles
A sus dos frentes tejerán corona;
Corona que á los siglos desafia.
Darán feliz asunto á su armonía
Las conquistas de bárbaras naciones,
Seguidas é imitadas
Las paternas acciones,
De la fama en el templo atesoradas,
La paz establecida,
Y Astrea al suelo ya restituida.
»Las ciencias obsequiosas,
Fomentadas tambien por todas partes,
Publicarán sus timbres igualmente,
Y con muestras piadosas
Favorecidas las sutiles artes,
Extenderán su fama al continente
Del nuestro más remoto y diferente.
Pasmo será y envidia al extranjero
La relacion gloriosa
Del paternal esmero
Con que las honren, y será famosa
En cuanto Febo baña,
Por tan heroicos príncipes, España.

»Aunque á tantos primores,
Con que hoy ilustran nuestro docto gremio
Y en permanentes sellos reduplican
Nuestras glorias mayores,
Podrémos prevenir en vano premio
Competente al honor que nos aplican.
Pero ya las esferas les dedican
En sus estancias plácidas y bellas
Premios más permanentes
En coronas de estrellas,
Cuando, felices hechas ya las gentes
De los dos hemisferios,
Trasladen á los astros sus imperios.
»Y en tanto, porque vea
El orbe de su amor claras señales,
A Cárlos y Gabriel el premio debe
La dichosa tarea,
Y el círculo de ramas inmortales
Con que el sudor ilustre se promueve.»
Esto dijo, y lloviendo el viento leve
Guirnaldas, en un punto coronadas
Las vencedoras sienes
Quedaron, y embargadas
Del súbito placer y extraños bienes
Del cuerpo las acciones,
Y hecho el sentido un mar de admiraciones.
La comun algazara,
Los dos amados nombres repitiendo,
Al cielo con estrépito subia;
La esfera pura y clara,
A las voces del suelo respondiendo,
El aplauso esforzó con su armonía.
Y yo, que parte fuí de la alegría,
Obedeciendo al superior mandato
Que me ilustra y apremia,
Perpetuar así trato
El suceso feliz, docta Academia,
Si por ventura Clio
No desdeñó el humilde ruego mio.

ENDECASÍLABOS

recitados en la Real Academia de San Fernando, en la junta general que se celebró para la distribucion de premios, el dia 25 de Julio de 1778.

¡Oh tú, que, alma del viento, tantas veces
Penetraste la esfera cristalina,
Osando competir la siempre acorde
Revolucion con que sus orbes giran!
Vuelve, voz mia, á ser en los elogios
Del grande Cárlos nuevamente oida;
Objeto capaz sólo de excitarte,
Por tantos años muda ó intermisa (1).
Y tú, oh lira, que diste á los albogues
De incultos bereberes (2) armonía,
Cuando, escuchando desusados tonos,
Admiró Orfeos la feroz Numidia (3);
Al peine de marfil el dúctil oro
Presta fácil, y pronta resucita
Del polvo en que has yacido, infelizmente
Envuelta de tu dueño en la rüina.
Pues si vosotras ayudais mi intento,
En el registro eterno de los dias
Consagrarán mis versos la memoria
De la ocasion feliz que los inspira.
Contra los cuales, ni voraz el fuego,
Ni el hierro, ni de Júpiter las iras
Podrán jamas, pues fuero de inmortales
De númen superior se les deriva;
De aquel cuyos benéficos influjos
Siente la humanidad, y el mundo admira,
Pues, como sol de más cercana esfera,
Fomenta, ilustra, alienta y vivifica.
Ostenta, oh Mantua, tú principalmente,
De las magnificencias con que brillas
Compendiado el catálogo prolijo,
A su desvelo paternal debidas.
Para que, retratadas por mi celo,
De su fama en el templo (4) excelso sirvan,
Continuando las series dilatadas,
A su historia inmortal de pruebas vivas.
Hablad vosotros, generosos lares,
En que concordemente se concilian
Naturaleza y arte (5), émulas sólo
En la acumulacion de maravillas;
No siendo la menor la prodigiosa
Trasformacion (6) que dignamente indica
Vuestro noble destino, y los sublimes
Genios que os embellecen y os habitan.
Hablad tambien vosotros, suntuosos
Edificios contiguos (7), en que cifra
La esplendidez sus profusiones todas,
La conveniencia todas sus medidas.
Habla igualmente tú, facilitada
Correspondencia pública (8), que afirmas
El principal comercio, y proporcionas
Del trato del ausente la delicia.
Hablad vosotras, al mantuano suelo
Trasplantadas hespérides divinas (9),
Verdaderos elísios españoles,
Nuevos, fragrantes y frondosos Hiblas.
Hablad, soberbios arcos (10), cuyas moles,
Minando el aire, al cielo se encaminan,
Y conducen de Cárlos la memoria
De la inmortalidad á la alta silla.
Hablad vosotros, genios laboriosos,
Que con franqueza próvida destina
A la instruccion de juventud ilustre (11),
Luz del Estado y esperanza altiva.
Habla, oh nuevo liceo matritense (12),
En que sobre las ya muertas semillas
De los héroes del Austria, el grande Cárlos
Replanta la piedad y la doctrina.
Y tú en particular, noble instituto
Del derecho español, que atento explicas,
Intérprete cabal de nuevo Numa,
Las sábias leyes que á sus pueblos dicta;
¡Instituto feliz! pues tus cimientos,
Puestos por mano tal (13), ya prometian

(1) En várias distribuciones de premios de la Academia ha recitado el autor diferentes composiciones poéticas.

(2) En el año 1772 escribió el autor una égloga africana, intitulada *Los Bereberes*, con motivo de haberse erigido en la plaza de Orán la estatua del Rey nuestro señor.

(3) Así se llamaba gran parte de la costa de Africa, principalmente en las inmediaciones de Orán.

(4) En la distribucion de premios del año de 1765 recitó el autor un canto heroico, en que se describe el templo de la Fama, dedicado á las beneficencias del Rey nuestro señor.

(5) En el año de 1774 se trasladó la Academia, del real palacio de la Panadería á las casas que hoy ocupa, en las que su majestad estableció, al mismo tiempo, el rico gabinete de Historia natural.

(6) Luégo que la Academia logró su actual residencia, derribó la antigua portada, y substituyó otra de buen gusto y arquitectura.

(7) Las reales aduanas, edificio grandioso, mandado hacer por su majestad, bajo la direccion del brigadier don Francisco Sabatini, académico de honor.

(8) Establecido el mejor órden en la administracion de los correos, se construyó, á costa de grandes sumas, el edificio de la Posta en la Puerta del Sol, que por su situacion es uno de los principales adornos de Madrid, bajo la direccion y diseños de don Jaime Marquet, académico de mérito.

(9) El excelentísimo señor Conde de Aranda, consiliario de la Academia, siendo presidente del Consejo, ideó y mandó formar el hermoso paseo del Prado, sin costo del público, por los diseños del capitan de ingenieros don José de Hermosilla, académico de honor, por cuyo fallecimiento continúa la direccion de la obra don Ventura Rodriguez, director de arquitectura.

(10) Los construidos en la puerta de los Pozos y en la de San Vicente, y especialmente el que se está construyendo en la de Alcalá, proyectado igualmente por el excelentísimo señor Conde de Aranda, y promovido con particular celo por el señor don José Antonio de Armona, corregidor de Madrid, consiliario de la Academia.

(11) El real seminario de Nobles, reducido á mejor órden en su administracion y enseñanza, por el plan del excelentísimo señor don Jorge Juan, consiliario de la Academia.

(12) Los estudios generales de San Isidro el Real, fundados por Felipe IV en el Colegio Imperial, construido y dotado por la emperatriz doña María de Austria, han recibido mayor lustre y aumento de la munificencia del Rey nuestro señor con los hábiles profesores que ocupan las cátedras, habiéndose al mismo tiempo trasladado á su magnífico templo la antigua capilla de san Isidro, con aumento de individuos y de sus dotaciones, para su culto.

(13) La real Academia de Derecho patrio, promovida en sus principios por el celo y sabiduría del excelentísimo señor Conde de

En tus mismos natales el brillante
Grado á que dignamente te sublimas.
Habla tú, circunspecta, ilustre, sábia
Córte de Astrea, que oficiosa miras
Como proprio el comun bien de los hombres,
Reglados por tu fiel distributiva;
Y mostrarán tus útiles aumentos (1)
Que á Cárlos debes la real fatiga,
La atencion propria de héroes, el desvelo
Próvido con que afirma la justicia.
Habla tambien del *mérito y esfuerzo* (2)
Señal y recompensa distinguida,
Al sujeto más digno consagrada
Por la causa mayor y más propicia.
Hablad vosotras, soledades yermas (3)
En pueblos numerosos convertidas,
Y vosotros, incultos peñascales,
Que ya habita Vertumno, y Céres pisa;
Monumentos eternos, que á la gloria
De Cárlos el amor grato dedica,
En cada piedra consagrando un voto,
Y una oblacion humilde en cada espiga.
Hablen tambien las dóciles corrientes
De los rios (4), que aprenden nuevas vias,
Y gloriosos de haberle obedecido,
Ufanos á morir al mar caminan.
Hablen, tratables ya, los altos montes (5),
Que el comercio y el tráfico impedian;
Soberbios obeliscos, que á su gloria
Alzó naturaleza preventiva.
Hablen tambien por boca de la fama
Las recientes victorias y conquistas,
Logradas por quien tiene sus proezas
En ambos mundos con su espada escritas (6).
Hablen... Mas ¿dónde arrebatada lleva
Mi amor la voz, que audaz y presumida,
En abreviado plan compendiar quiere
Materia incomprensible é infinita?
Quede á vosotros, oh felices genios,
A quienes hoy corona vuestra misma
Laboriosa virtud, por la alta mano (7)
Que el premio al repartirle multiplica.
Quede á vosotros, pues, el arduo empeño
De ocupar en su historia peregrina
Los nobles instrumentos con que el arte
Lienzos, bronces y mármoles anima.
Que si acaso á mi musa amaneciese,
Entre tantas tormentas, algun dia
Infausto ménos, y benigna estrella
Alegre influye y diestra me ilumina;
Trocada entónces en sonante trompa
La poco culta, si obsequiosa, lira,
Y en heroica epopeya convertidos
Los tonos de la débil elegía,
La tierra, el cielo mismo, sorprendido
De lo sublime de la accion que elija
Cuando con ellas eternice á Cárlos,
Repetirán asombros á mis rimas.

Floridablanca, tres veces electo presidente de ella; cuyo lustre prosigue bajo la direccion del señor don Miguel de Galvez, del Supremo Consejo de Guerra, con conocidos progresos.

(1) A representacion del excelentísimo señor Conde de Aranda, se aumentaron en el Consejo Supremo várias plazas para facilitar la expedicion de las causas.

(2) La nueva distinguida órden de Cárlos III, para premio del *valor y mérito*, fué instituida con motivo del nacimiento del Infante en 1771, bajo el patrocinio de María Santísima, en su Purísima Concepcion.

(3) Las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, la Parrilla y otros términos, que ántes estaban incultos, hechas á expensas del real erario.

(4) Los nuevos canales de Manzanares y Murcia, abiertos bajo el patrocinio de su majestad.

(5) Los nuevos caminos formados en lo áspero de Sierra-Morena para facilitar el paso á las Andalucías, y el comercio con los principales puertos de la carrera de Indias.

(6) El excelentísimo señor don Pedro Cevallos, capitan general de los reales ejércitos, acaba de conquistar con el que ha mandado en América, la isla de Santa Catalina y la colonia del Sacramento. En la última guerra de Italia dió muestras heroicas de su valor, y en la que despues se hizo á la corona de Portugal tomó, siendo capitan general de Buenos-Aires, la expresada colonia, de que ha triunfado por dos veces.

(7) El excelentísimo señor Conde de Floridablanca, primer secretario de Estado, protector de la Academia, repartió por sí mismo los premios, con la benignidad y agrado que le caracterizan.

AL REY NUESTRO SEÑOR,

en su venida á habitar el palacio nuevo, dia 1.° de Diciembre de 1764. La Real Biblioteca (8).

Entrad en hora buena, excelso Cárlos,
Del popular aplauso precedido,
En ese régio alcázar, que os previene
De larga edad felices vaticinios.
Entrad en hora buena, pues sus puertas,
Movidas por sí mismas de sus quicios,
En fe de ser su dueño, ya os franquean
En augustos salones sólio digno.
Aquí, donde Vulcano de los reyes
Consumió los alcázares antiguos,
Siendo retrato del troyano incendio,
Dorados techos, altos obeliscos;
Aquí, pues, donde el fuego impetuoso
Murallas derribó, torres deshizo,
Envidioso tal vez de los blasones
Del austriaco césar Cárlos Quinto,
A influjos de otro Quinto, el gran Felipe,
Primer Borbon á España concedido,
El que fué de cenizas monumento,
Cual fénix renació, noble edificio,
Tan corpulentamente artificioso,
Que tal vez le juzgaron los sentidos
Monte de mármol sólido, á que el arte
Dió ilustre forma con sudor prolijo.
Pues hierro y mármol solos, combinados
Contra el poder del tiempo y del olvido,
Unen su inmensidad, sin tener parte
Ni el duro roble ó cedro peregrino.
En vano así las lluvias importunas,
El furioso Aquilon, ni el fuego activo
Contra él conspirarán, y áun á la tierra
Inmoble la tendrá su peso mismo.
Los atrios interiores, que sustentan
Columnas mil de dórico artificio,
De esplendideces nobles y riquezas
Vasto tesoro son, capaz archivo.
Los mármoles y jaspes resplandecen,
Haciendo que resalten más sus brillos
El oro, que por todas partes viste
Muros, cornisas, bóvedas y frisos.
Su hermosa situacion nuevo realce
De su mérito es, y el extendido
Término delicioso que descubre
Por cualquiera seccion de su recinto;
Pues, sobre una colina edificado,
Goza de aires más puros y más limpios,
Con que alcanza la vista libremente
Cuanto comprende en sí largo distrito.
Por aquí su real palacio Febo
Descubre en los albores matutinos,
Y por allá lóbregas estancias
En que sepulta su esplendor occiduo.
Por esta parte más templado el Bóreas,
Por la otra sopla el Austro ménos frio;
De modo que por todos cuatro aspectos
Logra del cielo influjos más benignos.
Descúbrense de allí, por largo trecho,
Los campos abundantes y floridos
De que Céres y Baco á competencia
Disputan igualmente el señorío.
Al contorno tambien se ven los montes,
En tal forma dispuestos, que sus visos
Figuran un augusto anfiteatro,
De selvas florecientes guarnecido.
Vese el inmenso pueblo, que estrechando
El ámbito espacioso en mayor circo,
Acude á ver ansioso á su monarca,
De reverente afecto compelido.
Aquí, miéntras que España feliz fuere
En gozaros por rey, Príncipe invicto,

(8) Paráfrasis de unos versos latinos escritos por don Juan Oteo, oficial de la real biblioteca.

Seréis pasmo del orbe, acostumbrado
A ser regido de español dominio;
Pues supo España de su ilustre seno
Césares producir esclarecidos,
Sembrando por el orbe mil coronas,
Y áun hoy no olvida su anterior estilo.
Desde aquí contaréis en larga serie
Tantos ínclitos reyes como hijos,
Cuyos hijos, despues de muchos años,
Por maestro os tendrán y ejemplo vivo.
Y entre tanto esta régia biblioteca,
Que tanto vuestro amor ha merecido,
Y logra hoy de más cerca contemplaros,
Ultimo esmero de un feliz destino,
Al orbe extenderá vuestras grandezas,
Pues la suerte propicia la ha ofrecido
(Porque pueda elogiarlas dignamente)
La ventura de ser de ellas testigo.
Y en tanto que á esta empresa se dedica,
Porque conste, señor, el gran motivo
De la fe con que os ama, un monumento
En estos versos dejará erigido:
«Yo, ilustre hija de Filipo el Grande,
Que el quinto á España fué de los Filipos,
De Cárlos por la gran munificencia,
A ser del orbe la primera aspiro.»

LOS BEREBERES.

ÉGLOGA AFRICANA

á la ereccion de la estatua que dedicó á la memoria del Rey nuestro señor en la plaza de las armas de Orán, el dia 20 de Enero de 1772, el señor don Eugenio de Alvarado, etc., comandante general de aquellas plazas y fortalezas.

BASIR. SELEIMAN. AMAR. POETA.

POETA.

En la falda del Kar (1), cuya ardua cumbre
Atalaya es del mar Mediterráneo,
Que émulo del hispano Charidemo (2),
Contrapone el Atlante mauritano (3);
Allí donde las ruinas de Tagaste (4)
Ofrecen suntuosos desengaños
A la humana soberbia, y mil fragmentos,
Que el tiempo perdonó, de industria acaso;
Desde donde los altos homenajes
De los muros de Orán, blason preclaro
Del católico esfuerzo, resplandecen,
Cuando no asustan con tronantes rayos;
Allí donde la ramas enlazadas
Del fresno verde, del taray copado,
Al claro sol la entrada dificultan,
Y hermoso pabellon tejen al campo;
Basir y Amar, honor de la Numidia (5),
Ambos pastores, y soldados ambos,
En cuya mano un instrumento mismo
Tal vez es alcabuz, tal vez cayado;
Músicos y cantores, cuyas gracias,
Unidas á un espíritu gallardo,
Probado en lides mil, los acreditan
Martes de Libia, Orfeos africanos;
Guiados de unos mismos pensamientos,
Amantes igualmente y desdeñados,
Sobre el florido césped descansaban,
Si en quien ama se puede dar descanso;
Y viendo que tranquilos por el bosque
La verde grama peinan sus ganados,
Y á insultos militares prevenidos,
Tascan los duros frenos sus caballos;
Templados los nudosos albogones (6),
Con que Pan el primero trilló el labio,
De su amor y armonía el dulce duelo
Empiezan, voz y música alternando.
El vulgo de los árboles parece
Que atento escucha sus acentos blandos;
Que no es nuevo milagro en la armonía
Dar sentido á los troncos y peñascos.
Desdenes de Xelifa Basir llora,
Y Amar llora de Xaira el pecho helado;
¡Dichosos en llorar sólo rigores!
¡Infeliz del que llora desengaños!
Como un mismo dolor los afligia,
Ambos á un mismo tiempo suspiraron,
Siendo en los dos el aire del suspiro
Alma del instrumento, voz del canto.

BASIR.

Xelifa hermosa, que en su luz más pura,
Ofuscas su esplendor á las estrellas,
Como tu candidez á la blancura
De la leche apretada en las encellas;
Recibe el amor mio,
Envuelto en las querellas que te envio.

AMAR.

Envuelto en las querellas que te envio,
Xaira divina, un corazon amante
Consagro por trofeo á tu albedrío,
¡Oh tú, que al sol excedes rutilante
En gracia y en belleza,
Y á las palmas de Zahara (7) en gentileza!

BASIR.

Templa el desden y templa los rigores,
Gloria de Hulat-Alí (8), y el amor mio
Trata ménos cruel, porque minores
El insufrible mal de tu desvío,
Si no quieres que muera,
Oh más que el lince, más que el tigre fiera.

AMAR.

O más que el lince, más que el tigre fiera,
Blason de Jalfa (9), deja el inclemente
Ceño y no ultrajes mi pasion sincera,
Si no quieres que de una en otra gente,
Errante y peregrino,
Llore tu crueldad y mi destino.

POETA.

Aquí llegaban cuando, interrumpidos
Sus amebeos de rumor cercano,
El bravo Seleiman se les presenta,
Los frondosos canceles penetrando.
Seleiman, que de nobles bereberes (10)
Condujo un tiempo al más lucido bando,
Cuando con disensiones intestinas (11)
Ardió en tumultos el alarbe campo (12).
A cuyo solo nombre las murallas
De Tremecen (13) y Máskara (14) temblaron,

(1) Así llaman los naturales á un monte distante de Orán dos leguas, que extendiéndose por su falda hasta la que llaman *punta de la Aguja*, forma promontorio. Los españoles le apellidan *cerro de San Agustin*.

(2) En la geografia antigua se llama así el cabo de Gata, en la costa de España, distante cinco leguas de Almería, hácia Levante.

(3) La punta de la Aguja y cerro de San Agustin son los extremos del Atlante menor.

(4) Patria de san Agustin, cuyas ruinas permanecen hasta ahora.

(5) Conservan todavia los moros alarbes ó del campo el mismo modo de vida de los antiguos nómades ó numidas, habitando en tiendas.

(6) Usan los alarbes de unas simples cañas por flautas, con solos algunos taladros, y entre ellos es cosa de mucha habilidad y trabajo el tocarlas.

(7) Desierto en lo interior de esta parte de Africa, poblado de algunos aduares cuando huyen los alarbes por no pagar sus contribuciones. Se crian en él las más hermosas palmas, y con sus dátiles engordan los caballos que produce, los cuales son los mejores de Africa.

(8) Parcialidad ó aduar de caballeros, que conserva el nombre de un antiguo jeque.

(9) Parcialidad de moros caballeros bien conocida en las inmediaciones de Orán.

(10) Nacion antigua, que habitó la mayor parte de la costa ó rife de Africa, desde Tánger hasta *Bona*, que es la antigua *Hippona*. Del nombre *bereber* se formó el de *Bereberia*, que con poca alteracion conserva todavia esta costa.

(11) A la venida del actual bey de Poniente, bajo cuyo gobierno se comprende el campo de Orán, se rebelaron las principales parcialidades de caballeros.

(12) Los moros del campo, que viven en aduares, se llaman en su lengua *arbis*, que viene de la voz *arab*, que significa *campo*, y así *el-arbi* ó *al-arbi* es lo mismo que *moro campestre*, á distincion de los que viven en ciudades.

(13) Ciudad sujeta al Bey, distante doce leguas de Orán, hácia Poniente.

(14) Residencia del Bey, distante doce leguas de Orán, hácia Mediodia.

Y mal seguro en ellas, muchas veces
Su ruina y perdicion temió el tirano.
De una fogosa alfana se deriva,
Hija del Aquilon, á quien brindaron
De Mostagan (1) las abundosas selvas
Cuarenta lunas (2) sus sabrosos pastos.
Como el lazo del deudo los estrecha,
Y de antigua amistad tambien el lazo,
Con corteses palabras se saludan,
Y se reciben con amigos brazos.
Mas viendo Seleiman en sus semblantes
La estampa de su duda y sobresalto,
Segunda vez de la naciente yerba
Hecha alcatifa el natural estrado,
Por disipar su confusion y susto,
Así empezó: «Vosotras, del Parnaso
Diosas, á cuyos plectros se reservan
Héroes ilustres y sucesos claros,
»Lo que dijo cantad; que no es decente,
En los elogios del glorioso Cárlos,
Instrumento la voz de un infelice;
Baste ser mio el afecto y el conato.»

SELEIMAN.

De los reyes de España prenda digna,
O por conquista de su celo santo,
O por ser de sus ínclitas milicias
Palestra del valor y seminario,
Orán fué siempre aquel artificioso
Briareo de piedra, cuyos brazos,
Tantos como castillos le circundan,
Flechan perpetuamente horror y estragos.
Entre sus valerosos mogataces (3),
Lugar por su prudencia señalado
Goza Alí, desde el tiempo que Busláguen (4)
La abandonó, cobarde, á un solo amago (5).
Este, pues, una vez, entre otras muchas,
Que honró mi albergue, oculto y disfrazado (6),
Del parentesco á la amistad traido,
El postrer Ramadan (7) que celebramos,
Como sabio en los ritos nazarenos (8),
Y en las costumbres españolas sabio,
Tanto supo decirme, y su elocuencia
O su verdad conmigo pudo tanto,
Que depuesto aquel ódio interminable,
Que es, más que religion, razon de estado,
Con que aborrece el musulman su nombre,
Del cristiano las dulces leyes amo.
Amo la suavidad de su gobierno,
Y amo en su rey el más cabal dechado
De aquellas almas que la Omnipotencia
Destinó para el bien de los humanos.
Transportado el anciano venerable
En los elogios de su rey amado,
Y el corazon vertiendo por los ojos,
Mil veces anudó su voz el llanto.
Contaba del gran Cárlos las proezas
Desde su infante edad, en que imitando
El claro ejemplo de su heroico padre,
Fué una conquista su primer ensayo (9);
Cuando admirando á los famosos héroes
Que habian ántes al Africa asombrado (10),
Sobre su misma herencia y patrimonio
Se hizo un nuevo derecho por su brazo.
Contaba que en Veletri su denuedo
Tornó en feliz el más temible acaso,
Al águila arrancando del imperio
La victoria, con que iba ya volando.
Fuera temeridad, de su prudencia
Compendiar los efectos acertados,
Y áun inútil fatiga, cuando el orbe
Se hace á sí mismo honor de publicarlos.
De su justicia el *Fuero Carolino*
Monumento será, que propagando
Su nombre á las edades venideras,
Irá en las alas del comun aplauso.
Así las soberanas decisiones,
Que del hispano sólio dimanando,
Felicidades son á sus dominios,
Y admiracion y envidia á los extraños,
Oráculos serán en todos tiempos,
A que el ilustre gremio de los sabios
Templos erigirá de su memoria,
Y de su culto rendirá holocaustos.
El paternal amor y providencia
Con que, al comun provecho desvelado,
Concilia y une tan gloriosamente
Los títulos de padre y soberano,
Tantas dignas empresas los publican,
Y más bien la franqueza de su erario,
Recompensa dichosa de la industria,
Y abierto siempre al mérito y trabajo.
Accesibles los montes intratables (11),
Que ántes negaban al comercio el paso,
Son obeliscos que á su fama ilustre
Formó naturaleza de antemano.
Hechos ya poblaciones (12) los desiertos,
Y hecho fecundo el más estéril campo,
Estas espigas son sus oblaciones,
Y aquellas piedras votos consagrados.
Dóciles las corrientes de los rios (13),
Se mudan útilmente á su mandato,
Y ellos, de obedecer á tanto dueño,
Hasta el mar, donde mueren, corren vanos.
Su córte, embellecida á sus expensas
Hasta un extremo al parecer milagro,
Y vencidos aquellos imposibles (14),
Por la torpe desidia figurados,
De su celo y constancia monumentos
Serán eternos, inmortalizando
Las obras de su mano la agradable
Perpétua aclamacion de un pueblo grato (15).
Amedrentado ya por sus bajeles,
O rendido el furor de los corsarios,
Ara sin susto el labrador la costa,
Y el navegante el mar sin embarazos.
Su poder toda Europa reconoce,
Sus armas llevan el terror y espanto
Al más remoto clima, si hay alguno
De quien ántes su amor no haya triunfado.
Cuando el volcan de Cillia (16) por cien bocas

(1) Ciudad en la costa de Levante, á doce leguas de Orán, cerca de la marina.

(2) Los moros, como los demas árabes, cuentan los dias por los de la luna.

(3) Así llaman los moros de paz establecidos en Orán, y que sirven á su majestad en la guerra. Muchos de ellos descienden de alarbes, establecidos en la plaza ántes que se perdiese, el año de 1708; los que volvieron á ella, el de 1732, cuando se reconquistó. Otros son de los que se refugian del campo. Unos y otros sirven valerosamente, saliendo todos los dias á custodiar el ganado, á hacer la descubierta por la mañana y á batir la entrada á las demas tropas. De éstos se puede decir que comen siempre el pan bañado de su sangre, por la que derraman en las continuas escaramuzas que tienen con los enemigos.

(4) El bey Mustafá fué llamado *Buslaguen ó padre de los bigotes*, por usarlos muy grandes; de donde se infiere cuán impropiamente le llaman los españoles *Bigotillos*, haciendo diminutivo el aumentativo, que en árabe se forma de este modo.

(5) Apenas vio Mustafá Buslaguen nuestra armada, el año de 1732, cuando, lleno de un terror panico, abandonó la plaza de Orán.

(6) Los moros de paz suelen ir á los aduares donde tienen parientes á traer ganados, caballos y otras cosas. Van disfrazados y estan ocultos, por los terribles castigos que hace el Bey cuando coge alguno de ellos.

(7) Así llaman los árabes á su cuaresma ó ayuno, que es una cr luna entera.
mo (8) Los árabes llaman *nzara* á los cristianos.

(9) El glorioso padre de su majestad vino á conquistar los reinos de España, así como el Rey nuestro señor conquistó el de Nápoles y Sicilia.

(10) El Duque de Montemar, que mandó en jefe la expedicion y toma de Orán, mandó igualmente las tropas en la conquista de Nápoles.

(11) Alude al gran camino que se ha abierto en los montes de Sierra-Morena.

(12) Las que ha mandado su majestad establecer en Sierra-Morena y otras partes.

(13) Alude á los nuevos canales para facilitar el comercio y tráfico.

(14) Los que se tenian por insuperables para la limpieza de Madrid, conseguida tan venturosamente.

(15) Por las útiles obras hechas por su majestad para adorno y utilidad de Madrid.

(16) Así llaman los moros el monte y castillo de Santa Cruz, cuyo cañon, por la eminencia de su situacion, alcanza más que el de los demas castillos, por cuya razon le suelen llamar tambien *marjasu*, esto es, *tiro largo*.

Sobre los horizontes comarcanos
Fuego vomita, y con el ronco estruendo
Rimbomban hondas ramblas y barrancos;
Y cuando los aceros españoles,
Horror de Cresla y Grava (1), ensangrentados,
De cadáveres pueblan la campaña,
Y de dolor (2) nuestros albergues vagos (3),
Aquel grave sonido estrepitoso,
Y estos mortales golpes que lloramos,
Ecos son de su voz y de su aliento,
Meras ejecuciones de su amago.
El ardid y valor que de nosotros
Hacen que triunfen siempre los cristianos,
Inspiraciones son de su pericia,
O influjos de su esfuerzo derivados.
¡Cuántas veces Brahim (4) á nuestros ojos,
Siempre vencido y nunca escarmentado,
Su osadía pagó, perdiendo en ella
La flor de sus alcaides y soldados!
Mas ¿qué mucho que siempre la victoria
Corone la asta del pendon cruzado,
Cuando es un Alvarado quien le guia,
Lustre y honor del suelo americano?
Aquel que con domésticos ejemplos,
En la escuela de Marte alicionado,
Tuvo por preceptores de su brío
De sus mayores (5) los gloriosos fastos.
De aquellos campeones invencibles,
Que á su rey nuevos mundos conquistando,
Aun fueron sus inmensas extensiones
De su heroico valor corto teatro.
¡Cuántas virtudes! ¡Cuántas excelencias
De él referia el mogataz anciano,
Y cuán gustosamente embelesada,
Pendiente estaba el alma de sus labios!
Este, pues, igualmente de Belona
Que de Minerva alumno, ejecutando
No ménos vigoroso sus proyectos,
Que los medita, reflexivo y cauto,
Despues que de Brahim diversas veces,
Del grande Rezalcazar (6) en los llanos
Triunfar le vimos y ganar victorias (7),
Aun sin costa del riesgo y del cuidado;
Y despues que á los montes eminentes
Que á Orán dominan (8) y le son padrastro,
Cerró la entrada, que el descuido atento
Abierta conservó por tantos años;
Convertido su espíritu brillante
Al gobierno político, y llevando
De su rey las gloriosas intenciones
Por norte de su idea y de sus pasos,
El bien comun solícito promueve,
Sin que embaracen sus intentos altos
Inconvenientes, que constante allana;
Obstáculos, que vence despreciando.
Oráculo severo de las leyes,
Al bueno premia, si castiga al malo;
Siendo de su equidad igual elogio,
De uno la queja, y de otro los aplausos.

(1) Dos parcialidades de las afectas al Bey, y que más frecuentemente incomodan á Orán.
(2) Alude al duelo extraordinario de las moras en las muertes de sus parientes, y los grandes alaridos con que las lloran, convidándose unas á otras para este ministerio. Se arañan los rostros hasta sacar sangre de las mejillas, y repiten incesantemente la admiracion *matrahali*, por lo cual los españoles llaman á esto *hacer metralla*.
(3) Porque no tienen lugar seguro, mudándose de unas en otras, segun la abundancia ó escasez de pastos.
(4) Así se llama el actual bey del Poniente.
(5) El señor don Eugenio Alvarado, etc., es descendiente de las casas de Alvarado y Pizarro, tan conocidas en el mundo por sus gloriosisimas conquistas.
(6) Castillo ó ciudadela principal de Orán, que guarda las avenidas por la costa de Levante, y en cuyos llanos se presentan las tropas del Bey más comunmente.
(7) Alude á las dos felices funciones de los dias 6 y 7 de Febrero del año pasado de 1771, en que perdió el Bey mucha gente y caballos, por las buenas disposiciones del General, que atrajo al enemigo adonde nuestra metralla pudo hacer efecto.
(8) Este es el monte de la Meseta, que domina á Orán y todos sus castillos, cuya cortadura ha manifestado ya cuán útil y necesaria es para la conservacion de la plaza.

El pueblo con brillantes edificios
Mejora y pule, y los soberbios arcos (9),
Que parecen padrones de su fama,
Unen la conveniencia y el ornato.
El singular amor á su monarca,
Que arde en su pecho generoso y grato,
En cuantos rendimientos le tributa,
Dignamente se está manifestando.
Por todos hable el ínclito trofeo
Que, en los natales del Tercero Cárlos,
Erige á la memoria de sus triunfos,
Ultimo esmero de maestra mano (10).
Hable aquel mármol que de los cinceles
Aliento recibiendo, retratado
Conservará de un rey glorioso y justo
La memoria en su digno simulacro.
Hablen los jaspes, ya vanagloriosos
De su feliz destino, sustentando
Al númen tutelar de Mauritania,
Y hable ese hermoso Atlante de alabastro.
Hable el amor y esmero generoso
De aquellos celosísimos vasallos (11)
Que, á su ejemplo, á su amado rey consagran
Sudores, vigilancias y trabajos.
Hablen... mas ¿dónde transportarme dejo
Del amor que me inflama, retardando
El designio feliz que me conduce
A seguir las banderas del gran Cárlos?
Atravesando acaso esta espesura,
Oí vuestras querellas, y obligado
De la fina amistad que os he debido,
Quise de mis intentos avisaros.
Si seguirlos quereis, seréis dichosos
Con tan glorioso dueño; mas si acaso
Amor os aprisiona, prendas sean
De mi constante afecto aquestos lazos.

POETA.

Así acabando el bereber valiente,
Conmueve los espíritus bizarros
De Amar y de Basir, que ya en sus pechos
A más noble pasion lugar han dado.
Olvidados de Xaira y de Xelifa
(Afectos en amor no extraordinarios,
Que, como niño en fin, le desesperan
Tal vez las arpercezas y el mal trato),
Llevados de más altas esperanzas,
Y por la espalda el alcabuz terciado,
Siguen en sus caballos voladores,
Del presuroso Selciman los pasos.
Caminan por las sombras de la noche,
Y llegando á los fuertes avanzados,
Al rendir el *quién vive* el centinela,
Sintió ser moros, y avisó á su cabo.

CANCION

á las bodas del serenísimo señor Príncipe de Astúrias, nuestro señor, con la serenísima señora Infanta de Parma, que debian haberse efectuado en el real sitio de Aranjuez.

I.

«Del sol en la luz pura
Tu antorcha enciende, cándido Himeneo,
Alma deidad, que el orbe regeneras,
Y tu vuelo apresura
Sobre el suelo español, donde el deseo
Te apellida con ánsias verdaderas.

(9) Los pórticos fabricados sin costo del erario ni del público en la plaza de las armas.
(10) Sobre el modelo de Mateo Sanz, diestro escultor valenciano, se ha formado el retrato de su magestad, de un mármol durísimo, sacado de unas canteras desconocidas. Vicente de Larralde y Ignacio Basterrechea, vizcainos hábiles en escultura y cantería, han labrado el busto, la columna y demas piedras con el mayor primor.
(11) Don Joaquin Antonio Nario, guarda-almacen principal, á cuyo cuidado y cargo ha estado la obra, que ha desempeñado con tan notorio esmero.

Espíritus amantes,
De esas puras esferas
Dulcísimos alados habitantes,
De Himeneo volad en compañía,
A celebrar tan venturoso dia.

II.

»Yo, el Tajo, decantado
Por el oro que envuelvo en mis arenas,
Y más famoso desde aquí adelante,
Pues ha privilegiado
Mis florecientes márgenes amenas,
Amor para el teatro más brillante,
Donde se represente
La accion más relevante,
El mayor triunfo de su flecha ardiente,
Vuestras deidades llamo y solicito,
Y mis votos y súplicas repito.

III.

»Que no la vez primera
Será que hayais honrado aquesta orilla,
Defiriendo á mis justas peticiones;
Pues ya os vió esta ribera
Acumular blasones á Castilla,
Enlazando reales corazones (1),
Cuando los convecinos
Cerros adoraciones
Os rindieron por modos peregrinos,
Y cuando á vuestra vista reverentes
Inclinaron sus cumbres eminentes.

IV.

»Descended presurosos
Aquí, donde de Júpiter tonante
El ara antigua mi corriente baña,
O los muros famosos,
Ilustre alcázar, templo rutilante
Del poderoso Júpiter de España.
Atended á mi ruego;
Respire esta campaña
Dulces alientos de amoroso fuego,
Y cópiese por nueva maravilla
El cielo del amor á aquesta orilla.

V.

»Y vosotras, deidades
Que las corrientes presidis famosas
Que de España el terreno fecundizan,
Dejad las soledades
De las sonantes peñas cavernosas,
De donde vuestras aguas se deslizan.
Coronad con las ramas
Que triunfos solemnizan
La anciana frente, porque de las llamas
Que enciende amor en tantas ninfas bellas,
No os abrasen las plácidas centellas.»

VI.

Así el anciano rio,
Sobre un flotante césped apoyado,
Dijo; y apénas su oracion acaba,
Se caló al centro frio.
El vulgo de los faunos, asombrado,
Saber tantos arcanos anhelaba.
Quedóse suspendido
El viento, que escuchaba;
Las ninfas, que el discurso han entendido,
O de asombro ó de envidia se retiran,
Y hasta los troncos el portento admiran.

VII.

Todo era confusiones,
Mudo silencio y atencion dudosa,
Cuando nuevo suceso de repente
Duplicó admiraciones.
Bañó de nueva luz su faz hermosa
El aire puro, el campo floreciente
Vistió nuevos colores,
Y el rio, que presiente
Acercarse sus júbilos mayores,
Por mostrarse gozoso y satisfecho,
Líquido oro corrió por largo trecho.

VIII.

Cuanta digna belleza
Crédito á España da, cuanto brioso
Jóven ostenta alientos invencibles
En marcial gentileza,
Pueblan al bosque ameno y delicioso.
Ya anuncian los susurros apacibles
De Cárlos la venida,
Y ya con más sensibles
Muestras toda la selva conmovida
Le aplaude, al ver que su feliz asiento
Llena de majestad y de contento.

IX.

Y aquel jóven dichoso,
Cuyos triunfos corona adelantados
Tan dignamente la fortuna grata,
Y del padre glorioso
Imitando los hechos celebrados,
Más que el nombre, el espíritu retrata·
Ya su amable presencia
La alegría dilata
Por toda la festiva concurrencia;
Que en los votos y aplausos, que duplica,
Manifiesta su fe, su amor explica.

X.

Mas ¿qué nuevo contento
Conmueve los opuestos horizontes?
¿Qué luz no acostumbrada resplandece
Por todo el firmamento?
¿Por qué resuenan los excelsos montes?
¿Quién tanto obsequio y sumision merece?
¿Qué deidad soberana
Estas selvas florece?
Mas ¿qué dudo, si ninfa parmesana,
Honor del sacro Pó, Luisa divina,
Del Tajo los contornos ilumina?

XI.

Cuyo digno sujeto
Tanto esplendor incluye soberano,
Cuanto ilustra Farnesios y Borbones.
Grande y único objeto,
Capaz de llenar sólo con su mano,
De Cárlos las amantes ambiciones;
Prenda en quien asegura
Aumento á sus blasones
De España el trono, pues que de su altura
Derivarán gloriosos prototipos
De Alejandros, de Luises y Filipos.

XII.

Mas ya el dios oficioso,
Los nupciales adornos ostentando,
Desciende entre gozosos parabienes;
Ya con nudo amoroso
Los dos hermosos cuellos enlazando,
Orla de flores las felices sienes;
Venturoso tal dia,
Que tan colmados bienes
Predice á la española monarquía;
Feliz época, orígen de las glorias
Que han de aumentar sus ínclitas historias.

XIII.

El Tajo, alborozado,
Derrama en mayor copia sus tesoros,
Y del tiempo á pesar, rejuvenece.
Por el bosque sagrado
Danzas de faunos y de ninfas coros
Alegres vagan, con que el gusto crece,
Y en los cielos hiriendo
El aplauso, parece
Va respondiendo el agradable estruendo
Que forman, de los montes en los huecos,
De Luisa y Cárlos los amados ecos.

XIV.

Vuela la ninfa bella,
Sobre la alas del amor llevada,

(1) En este real sitio se han celebrado varios desposorios de personas de la casa real de España.

Al que el cielo la da dulce consorte.
Ya la gloriosa huella
De sus plantas espera alborozada
Con grato obsequio la mantuana córte;
El carro venturoso
Sigue como su norte
De amantes genios escuadron glorioso,
Sacudiendo Himeneo la divina
Antorcha, que los guia é ilumina.

XV.

Y yo, que tanta parte
Tuve, señor, en las aclamaciones,
Os consagro el suceso en copia breve,
Y aunque rudo y sin arte,
Me inspira Euterpe en todas ocasiones;
Si á que benigno la admitais os mueve,
Príncipe generoso,
Oiréis el tono leve
Convertido en aliento armonioso;
Que mi lira, que aplaude hoy himeneos,
Trompa sonante, entonará trofeos.

PROPÓSITOS Y DESEOS JUICIOSOS

DE UN DESENGAÑADO DE LAS APARIENCIAS CORTESANAS.

ENDECASÍLABOS.

¡Cuán sosegada, cuán tranquilamente
Los dias pasarán en el secreto
Retiro que prevengo por asilo
A los recios naufragios que padezco! (1)
¡Cuánto, ay de mí, retarda á mi esperanza
El Todopoderoso este consuelo,
Y entre cuántas zozobras fluctuando
El alma está con dudas y deseos!
Apresura tu curso, oh nueva vida;
Pues que nacer de nuevo me contemplo
Aquel dia que á mí me restituya,
Rotos de la ambicion los duros hierros.
Enteramente mio, ya olvidado
De la córte el estrépito y estruendo,
Empezaré á gozar vida gustosa,
A pesar del horror de los desiertos.
Falto de todo, viviré sobrado
Con mi conformidad, y más contento
Me dará el verme libre de la envidia
Que el ver aquí abundarme lo superfluo.
Este robusto brazo, á quien dió timbres
El marcial ejercicio y cruel denuedo,
Hecha azadon la así gloriosa espada,
A la tierra abrirá sus hondos senos.
Vendrán á ser mis campos mis estados,
Donde imperio despótico ejerciendo,
Serán sus frutos dulces y sabrosos
El tributo más grato y lisonjero.
Claras aguas de fuentes abundantes,
Formando, ya remansos, ya arroyuelos,
Refrigerio darán á mis fatigas,
Y tal vez me darán limpios espejos.
La acorde melodía de las aves,
Que coronan los álamos y fresnos,
Más agradable sonará á mi oido
Que los más concertados instrumentos;
Haciendo aquel susurro delicioso
Que entre las ramas forma el fresco viento,
Un agradable bajo, que realce
Aquel sencillo natural concierto.
Los campos florecientes, que matizan
Abril y Mayo con pinceles diestros,
Mis alfombras serán, más estimadas
Que las que teje Fez ó hila Marruecos.
El verde empavesado de los sauces,
Reparo contra ráfagas del cierzo,
Preferidos serán de mí á los dobles
Ricos tapices que varió el flamenco.
Luégo al robusto pié de árbol frondoso,
Cuando ya la fatiga exija el sueño,
Mejor que en pabellones de oro y plata,
Gozaré los halagos de Morfeo.
¡Oh dia venturoso! ¿cuándo llegas
A redimir mi duro cautiverio?
Precipítate, vuela; que notarte
Con piedra blanca juro y te prometo.

(1) Son muy reparables las impropiedades de lenguaje en que á veces incurre HUERTA. *Padecer naufragios* es frase peregrina, que reprueban la razon y el idioma

---

TRISTES EXPRESIONES

DE UN DESCONSOLADO.

ENDECHAS REALES.

Testigos son, bien mio,
Las lágrimas que vierto
Del dolor riguroso
Que las abre camino desde el pecho.
Mis ardientes suspiros
Esparcen por el viento
Las nuevas infelices
De que está el triste corazon enfermo.
La palidez del rostro
Es transparente espejo,
Por donde se trasluce
Mi vida reducida á los extremos.
Ni animo las palabras,
Ni articulo los ecos;
Tanto, que se equivocan
Con mis ayes las voces que profiero.
Mis ojos han cegado
Con el llanto sangriento,
Y escribo en mis mejillas
Con líneas de dolor mi mal acerbo.
El pasmo que me oprime
Me embarga el movimiento,
Y si acaso me animo,
Pienso que en cada planta un monte nuevo.
En fin, estoy de suerte,
Que á cada instante temo
El término infelice
Que acabe con mi vida y mi tormento.
Estos son, Lisi mia,
Los crueles efectos
Que en Fabio han producido
Los tósigos hechizos de tus versos.
¡Qué ajena estaba el alma
Del dolor que padezco,
Al tomar en las manos
La sangrienta sentencia de que muero!
Conduje á mi cabeza
El riguroso pliego,
Dándole con mis labios
De mi dichosa esclavitud el sello.
¡Cuán bien hiciste, Lisi,
En el mandato expreso
De que le abriese solo,
Estando ausente de tus ojos bellos!
Pues así te libraste
De verme ante ellos muerto,
Y ahorraste la fatiga
De tener compasion aquel momento.
Parece que el caballo,
Mi desdicha sintiendo,
Quiso con mil desvíos
Decirme le arrojase de mi seno;
Como quien conocia,
Más racional que el dueño,
Era mi diligencia
El camino de mi desasosiego.
Pero no era posible
Penetrar tal agüero,
Durando en mis oidos
Todavía recientes tus requiebros.
Mas ¡oh cuánto se engaña
Quien se fia indiscreto
De favores logrados
Sin el apoyo del merecimiento!
Con la presente angustia,
Tan torpe está el ingenio,

Que ni acierto á explicarme,
Ni puedo más que producir lamentos.
Mándasme, Lisi mia,
Que encierre en el silencio
Las abrasadas ánsias,
Vivas exhalaciones de mi pecho.
Bien conoces, bien mio,
Lo duro del precepto,
Querer que se repriman
De infinitos volcanes los incendios
Si yo no te adorára
Con aquel amor ciego,
Admiracion del mundo,
Ejemplar del amor más verdadero,
No fuera tan difícil
Acceder á tu ruego,
Siendo, como es, tu gusto
Norma áun de mis más leves pensamientos.
Pero encuentro imposible
Reprimir tanto fuego,
Por más que favorezcan
Tu voluntad mi amor y mi respeto.
Apagar, dueño mio,
No podrán mis deseos,
Ni el tiempo, ni tus iras,
Ni la muerte, que cada instante espero.
Aun despues de mi vida,
En mi cadáver yerto
Tomarán nuevo bulto
Y volarán á tí como á su centro.
Si yo condescendiera,
Bien mio, con tu empeño,
Indigno me juzgára
De haber dichoso sido en algun tiempo.
Porque es caso imposible
Que aquel que llega á serlo
No esté siempre anhelando
Glorias que son de tal valor y precio.
Y así, perdona, Lisi,
Si obedecerte niego
En cosas que me pueden
Acreditar de infame y de grosero.
Y si vengarte quieres,
Mi bien, puedes hacerlo,
Con sólo permitirme
Rondar las luces de tu hermoso cielo.
Amante mariposa,
Moriré en tus incendios,
Contento, Lisi mia,
Con ser tu amor el mal de que fallezco.
Esto te dice Fabio,
De tristezas tan lleno,
Como lo están probando
Los números forzados de sus metros.
Disculpa, dueño mio,
Al mal limado verso
El torpe desaliño,
Por la ingenua verdad de sus conceptos.
Y vive persuadida
Que el amor que alimento,
A pesar de la suerte,
Apuesta duraciones con lo eterno.

PONDERACION DE LAS PENAS

PADECIDAS EN UNA CORTA AUSENCIA.

MADRIGALES.

I.

Ausencias son, bien mio,
Eternas de mi amor consideradas
Las tristes horas que de tí me ausento,
Y con fiero desvío,
Aprensiones del vulgo autorizadas
Me apartan de tu vista y mi contento.
¿Qué rudo entendimiento
El nombre dió, á respetos tan tiranos,
De respetos humanos?
Debiéndolos llamar más propriamente
Necia vulgaridad impertinente,
O con más justos nombres,
Infierno repetido de los hombres.

II.

Publíquelo mi pena,
Que tanto, Lisi, al separarnos crece,
Con modos de rigor jamas usados,
Que de mí me enajena,
Y áun la dulce memoria desvanece
Del feliz galardon de mis cuidados.
Suspiros abrasados,
Lágrimas vivas de mis muertos ojos,
Desazones y enojos,
Temores, ánsias, sustos, desconsuelos,
Y por corona de desdichas, celos,
Son familia casera
Que al separarme de tu luz me espera.

III.

El mal mullido lecho,
En que mis penas aliviar solia,
Teatro de suplicios asemeja,
Y en contínuo despecho
Se escucha el eco de la pena mia,
Formado de una queja y otra queja.
Vanamente forceja
Contra el tropel de males riguroso
Mi espíritu fogoso,
Conociendo que á lid tan encendida
Término pondrá sólo el de mi vida,
Siendo por raros modos
Remedio á un mal el mal mayor de todos.

QUEJAS DE UN SENTIDO DE MALDICIENTES

QUE DESACREDITABAN SU FINO AMOR.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

¿No te bastaba, bárbara fortuna,
Para saciar tu condicion tirana,
Ensangrentarte en mi arrastrada vida,
Sino que áun quieres lastimarme el alma?
¿Qué más quereis, infames enemigos,
Si veis á la fortuna declarada
En favor vuestro, tanto, que parece
Interes suyo proprio mi desgracia?
¿Qué más podeis apetecer, villanos,
Cuando me veis ceder con mano franca
Altivas pretensiones, y contento,
Niego á la envidia y ambicion entrada?
¿Podeis más desear de mi ardimiento,
A quien ninguno, aunque soberbio, iguala,
Que haberle sujetado y abatido
Casi hasta lo vergonzoso de la infamia?
¿No pudierais, traidores, en mi pecho
Tomar satisfaccion de vuestra rabia,
Sin mostrar que el vengaros con la lengua
Es porque manos para hacerlo os faltan?
Si nobles sois, y si os preciais de honrados,
Bien pudierais buscarme cara á cara;
Mas ¿cómo ha de ser noble quien comete
La torpe bastardía de ocultarla?
Pienso que quereis mucho vuestra vida,
Cuando reñis con desiguales armas,
Y como os contemplais en descubierto,
La defensa poneis en la distancia.
Vive el cielo, que estoy avergonzado,
Más que de la calumnia, de que haya
Personas de tan viles pensamientos,
Que vivan solamente de fraguarlas.
Pero no importa que en perjuicio mio
El mundo se conjure; que su saña
No podrá oscurecer, ni su malicia,
La verdad inocente de mi causa.
Vive tú, idolatrada Lisi mia;
Que miéntras seas tú norte del alma,
Ni tempesad habrá que me atribule,
Ni naufragio en que no consiga tabla.

QUEJAS DE UN AUSENTE.

LIRAS.

I.

Amado dueño mio,
De cuyas celestiales perfecciones
Esclavo mi albedrío,
Adora ciegamente las prisiones,
Escucha, si te deja otro deseo,
El miserable estado en que me veo.

II.

No ya, Amarílis bella,
Cual otro tiempo, cantaré suave,
Cuando benigna estrella
Quiso mostrarme aspecto ménos grave.
Pues me ha dejado la pasion que siento
El númen torpe, ronco el instrumento.

III.

Todo soy confusiones
Cuando me acuerdo del dichoso estado
Y las satisfacciones
Con que me vió Cupido coronado,
Viendo ahora que muda adversa suerte
El bien en mal, y la ventura en muerte.

IV.

¡Oh cuántos envidiosos,
Mal contentos entónces con mis dichas,
Estarán ya gozosos,
Viéndolas convertidas en desdichas,
Y cuántos, sin tomar de mí escarmiento,
Renovarán su malogrado intento!

V.

El que ántes te adulaba,
Hablando bien de mí ó de cosa mia,
Porque en esto notaba
Que se cifraba toda tu alegría,
Mudando en trato alegre el vil engaño,
No mirará ya á más que á hacerme daño.

VI.

Los que ántes mis amigos
Gustaban de nombrarse, vuelta en ira
Su amistad, enemigos
Son declarados; pero más me admira
El ver alguno que con modo injusto
Celebra con donaires mi disgusto.

VII.

Pero el dolor más fuerte
Que me aflige en tan triste desconsuelo,
Es privarme de verte,
Porque así más se aumente mi desvelo.
¿Quién ha visto dolor más extremado,
Que separar á dos que se han amado?

VIII.

Ausente de tus ojos,
Bien á costa, Amarílis, de los mios,
Todo me causa enojos,
Y tales son mis necios desvaríos,
Que cuantos veo, cuantos hablo y trato
Me graduan de necio y de insensato.

IX.

Viene la noche fria,
Y cuando en ella hallar descanso espero,
Me aflige más que el dia,
Renovando las penas de que muero,
Y al alba suelo hallar, por más quebranto,
Humedecido el lecho con mi llanto.

X.

En cada accion que animo,
Siento mi mal, pues con modal grosero
Mi adorno desestimo,
Ni en nada pienso más que en mi mal fiero,
Esperando con ánsias inmortales
La muerte por remedio de mis males.

XI.

Quiera piadoso el cielo,
Alivio darme en tantas desventuras,
O con ligero vuelo
La Parca ataje mis desdichas duras;
Que es menor mal la muerte á que me ofrezco
Que el infierno de males que padezco.

XII.

Y tú, Amarílis mia,
Dueño querido, á quien el alma adora,
Cuida de tu alegría
Miéntras un desdichado gime y llora;
Que así será menor mi mal injusto,
Y se limitará, si tienes gusto.

SEGURIDADES DE UN AMOR VERDADERO.

ENDECASÍLABOS.

Los negros caractéres que matizan
Con el luto del alma el papel terso,
Puros raudales fueron en su orígen,
Que despues atezó el dolor violento.
Turbio vapor, que despidió á los ojos
El material adusto de mi pecho,
Corto raudal á mitigar la llama,
Pero bastante á publicar el fuego.
Lágrimas vivas son, si bien ajenas
Del cristal primitivo en que nacieron;
Milagros del dolor que me atormenta,
Que sabe convertir lo blanco en negro.
En ellos te traslado mis desdichas,
Estimadas por dichas de mi afecto,
Pues el ser tú la causa desfigura
La sangrienta impresion de los tormentos.
Repásalos siquiera, dueño mio,
Y ya que yo por mí no lo merezco,
Desengaño que debo á tu hermosura
Desde que el alma te juró por dueño,
Conviértate á piedad su porte triste,
En que van publicando abatimiento,
Cubiertos del color de mis quebrantos,
Y encadenados como mis deseos.
Mas ¡oh cuánto me engaña mi delirio!
Pues ¿quién puede llegar á ser tan necio,
Que espere compasion de una belleza
Que adorna de impiedades sus trofeos?
Aborréceme, pues; que no es posible
Que consigas con tu aborrecimiento
Que mi encendido amor ménos me abrase,
Ni mi ciega pasion me mate ménos.
Usa cuantos rigores te persuada
La airada sutileza de tu ingenio,
Pues para despreciarlos y sufrirlos
Tengo ánimo mayor que todos ellos.
Estudia en los horrores de estos montes
Nuevos rigores de sus monstruos fieros,
Lisonjas del amante pecho mio,
Ansioso siempre de sufrir de nuevo.
Que ántes el sol apagará sus luces
Y se hundirá la máquina del cielo,
Que Fabio deje de adorar á Lisi,
A pesar de sus iras y desprecios.
Pues fuera muy villano su cariño
Si le apartáran de su pensamiento,
Ni alegres esperanzas de otras glorias,
Ni el temor de los males más acerbos.

GOZOS DE UNA DICHA.

ENDECASÍLABOS.

¿Qué importan los infiernos repetidos
De que fué reducido centro el pecho,
Si tan altos favores galardonan
La fiel moderacion de mis respetos?
¿Qué importa haber penado y padecido

Ansias mortales y dolor violento,
Si ha sido el tolerar correr la posta,
Para llegar á descansar al cielo?
Corrido, dulce dueño de mi vida,
Me quedo cada vez que considero,
En tí tanta piedad para premiarme,
En mí la improporcion de merecerlo.
Como estaba tan hecho á desengaños,
Recelaba del sueño lisonjero
Hubiese dado bulto á mis venturas,
Para burlar mi amante devaneo.
Mas no ha sido lisonja de la idea
Esta vez, porque yo, Lisi, me acuerdo
Mariposa haber sido de tus luces,
Y pavesa encendida de mi fuego.
En dulces lazos confundió oficiosa
La madre del amor nuestros incendios;
¡Qué más dichas, que más satisfacciones,
Para quien debe enloquecer con ménos!
Envidia tuvo Amor de mis venturas,
Y al verme coronar tantos trofeos,
Por desquite y venganza de su enojo,
Segundos tiros asestó á mi pecho.
Nuevo incendio añadir quiso á mi llama,
Como si fuera fácil dar aumento
A una pasion que tiene traspasados
Los términos remotos de lo inmenso.
Yo vivo tan contento con mis glorias,
Que embebido mi amante pensamiento,
Sólo se ocupa en contemplar las dulces
Gracias imponderables de su dueño.
Consérvalas, amada Lisi mia,
Largas edades, siglos sempiternos,
Para que el mundo goce en tu hermosura
Tan alta prueba del poder del cielo.

INTRODUCCION PARA LA TRAGEDIA ESPAÑOLA INTITULADA RAQUEL, EN SU PRIMERA REPRESENTACION EN LA CÓRTE, AÑO 1778.

Madrid ilustre, cuyo noble seno
A España, al orbe siempre ha producido
Admiracion y envidia en tantos héroes,
Cuantos numera generosos hijos;
Gloria que califican los insignes
Fastos, que han conservado y transmitido
Blasones y virtudes de Gudieles,
Vargas, Lujanes, Dámasos é Isidros;
Hermosas damas, de este firmamento
Luz y esplendor, de cuyos dulces brillos
Aprenden lucimiento las eternas
Claras antorchas de los astros fijos;
Ordenes todas del feliz estado,
Que fuera enorme agravio distinguiros,
Cuando os iguala la suprema dicha
De ser de tan gran rey vasallos dignos;
De Cárlos, del cristiano Atlante, ilustre
Dechado de monarcas, cuyos píos
Paternales afectos serán pasmo
Al prolijo proceso de los siglos;
Hoy á escuchar los trágicos acentos
De española Melpómene os convido,
No disfrazada en peregrinos modos,
Pues desdeña extranjeros atavíos;
Vestida, sí, ropajes castellanos,
Severa sencillez y austero estilo,
Altas ideas, nobles pensamientos,
Que inspira el clima donde habeis nacido.
Escuchad de Raquel la desventura,
Copiada mal en los afectos mios,
Si bien llenos de obsequio y rendimiento
Y de un constante empeño de serviros.
Prestad oido grato á sus quebrantos;
Mas ¿qué teme, qué duda el conseguirlo,
Siendo hermosa, y vosotros españoles;
Infeliz, y vosotros compasivos?

AL BOMBARDEO DE ARGEL

POR LAS ARMAS ESPAÑOLAS

al mando del teniente general de la armada don Antonio Barceló (Agosto de 1783) (1).

La humilde pluma, que dichosamente
En los elogios del mayor monarca (2)
Logró aquel alto, aquel brillante vuelo
Que el mundo admira y áun la envidia ensalza;
Honor debido á la materia y númen
Que los nobles espíritus inflama
Cuando de las virtudes en obsequio,
Al mérito tributan alabanzas;
¿Recatará sus rasgos en el tiempo
Que del gran Cárlos las gloriosas armas,
Oprimiendo los mares de la Libia,
Fulminan la rebelde Mauritania?
¿Cuando atónito el orbe considera
El feliz logro de victorias tantas,
Que en el confin de América (3) empezando,
A Europa asustan, á Africa amenazan? (4);
¿Cuando su paternal pío desvelo
En las empresas que medita, labra
La dicha de sus pueblos, cuantas veces
Sigue la ejecucion sus reglas sábias?
¿Cuando, despues de una obstinada guerra;
De una guerra en que Marte de su saña
Los estragos condujo asoladores
A la América, Europa, Africa y Asia (5);
En vez de desarmar la heroica diestra,
Que dió al orbe la paz en que descansa,
Para castigo de quien no la adora,
Vibra rayos ardientes en su espada?
¿Cuando los fuertes hijos de Belona,
Que en su seno feraz produce España,
Añaden á los timbres heredados
Nuevas coronas y recientes palmas?
Y en fin, tú, oh musa, que en iguales casos
Celebraste los héroes de la patria,
Y en sus triunfos y glorias añadiste
Tu voz siempre á la trompa de la fama (6),
¿Podrás muda quedar cuando te ofrece
Tan gustosa materia, heroica y amplia,
El grande Barceló? ¿En el ocio y polvo
Te mantendrás tú, oh lira, sepultada?
No, porque aunque su nombre solamente
En laconismo enérgico le traza
El elogio más digno, recordando
De tanta insigne accion la serie larga,
Mal quedára con eso satisfecha
Mi aficion fina, mal desempeñada
Aquella obligacion que siempre tuvo
A la virtud, el bueno, de elogiarla.
Y áun pareciera hazaña de la envidia,
Siendo constantes sus virtudes raras,
Y comun el provecho que producen,
Dejar de concurrir á eternizarlas.
Llenen mis versos, pues, y sus elogios
La redondez del orbe que le aclama,
Y escúchense en mi voz las expresiones
De una nacion reconocida y grata.
Llevado ya del general aplauso,
Llenaba las regiones más extrañas
De Barceló el renombre, y mil combates
De coronas sus sienes adornaban;

(1) Esta composicion no ha sido impresa en las *Obras poéticas* del autor. Pocos rasgos encierra de la gallardia de estilo que tenia HUERTA en su mocedad. La publicamos en la presente coleccion por su carácter histórico y como muestra del estilo del autor en sus últimos años.

(2) El autor publicó varios elogios del rey Cárlos III en el *Templo de la Fama* y en otras várias obras.

(3) Las primeras conquistas hechas por las armas españolas en aquella guerra fueron las del conde Gálvez, en la Mobila, etc.

(4) Alude á la conquista de Menorca por el Duque de Crillon, isla cercana á Africa y frecuentada de los argelinos.

(5) En esta guerra se ha peleado en todas las cuatro partes del mundo.

(6) En el mismo *Templo de la Fama* se elogian varios españoles dignos de memoria, cuales son: Velasco, Gonzalez y otros.

Cuando encendido Marte, sus alumnos
Convoca al són de pavorosas cajas,
Y á la empresa más digna y decorosa
Alegre corre juventud bizarra.
Jactábase el inglés de inexpugnable
En las rocas que el mar Hercúleo baña (1);
Rocas que no es valor el defenderlas,
Y es gloria el solo intento de expugnarlas.
Gloria propia de aquel aliento y brío
Que recomienda á la nacion hispana,
A quien, por su carácter, toda empresa
Más agradable le es, cuanto es más ardua.
El registro perpétuo de sus triunfos
Lo publique en sus fastos la sagrada
Ancianidad, sus ínclitas memorias,
En que ejemplos mayores se señalan.
Así el héroe balear, á quien desvelan
De su patria las glorias, las ventajas
De tierra y mar que á Gibraltar protegen,
Por la naturaleza prodigadas,
Superar se propone; halla en su ingenio
Medios con que el feliz proyecto allana;
La sola idea al anglo atento asusta,
Tiembla la roca al verla efectuada.
Aparecen las máquinas sutiles,
La diestra arquitectónica se pasma
Al ver ejecutarse á un tiempo mismo
Buque, diseño, gálibos y escala.
Crece la admiracion á sus efectos;
Entran, salen, revuelven y disparan,
Y de su pequeñez misma al abrigo,
Flechan sobre el inglés lluvia de llamas.
Sienten los edificios más robustos
El estrago; destruyen, despedazan
La ciudad; el horror, la muerte, el pasmo
Vuela en los globos rápidos que lanzan.
La paz se muestra al suelo; evita al anglo
La ruina que ya teme, y las gallardas
Naciones que el empeño unió y peligro,
Emulas y concordes se separan.
Parte el héroe, dejando en indelebles
Caractéres de horror eternizada
Su gloria en la pirámide nativa,
Que abrumando la tierra, el cielo escala.
Descansa el reino en el gracioso seno
De la paz; pero Cárlos, á quien llaman
Atenciones de padre y soberano,
Nuevas felicidades le prepara.
El ánimo real turban y agitan
Altos cuidados; gime interceptada
La industria mercantil, inerme presa
De bandidos el mar, y de piratas.
Cubre el Mediterráneo el vil enjambre
Que aborta, á fuer de pestilente plaga,
Del seno inmundo Argel, á quien sostiene
Inhumana indulgencia y tolerancia.
Pasa las viudas noches en querellas
La infelice, la tierna desposada
Por su esclavo consorte; el padre, el hijo
Excita el llanto en sus familias caras.
El miedo del incurso del corsario
Desvela al pescador en su cabaña,
¡Y cuántas veces el insulto cierto
Al pastor ahuyentó de sus majadas!
Resuélvese asolar el nido infame,
De donde tantos daños se propagan,
Y cometida á Barceló la empresa,
Empieza la eleccion á asegurarla.
Apláudese el intento; los bajeles
Se aprestan, la victoria el pueblo canta
En presagio; áun el más tibio quisiera
Con sus alientos impeler la escuadra.
Admira Cartagena del caudillo
La actividad, el celo y perspicacia,
Y no ménos admira el ardimiento
De la brillante juventud que manda.
Pasa la fama el mar, la triste nueva
Consterna al pueblo, tiemblan las murallas
De la pérfida Argel, al solo nombre
Del General el más feroz desmaya.
Recuérdales el miedo los combates
De Barceló, recuérdales la amarga
Esclavitud de tanto arraez valiente,
Que vencido por él, cadena arrastra.
Parece ya la escuadra formidable
Pronta á zarpar, los aires se embarazan
De grimpolas, banderas, gallardetes,
Y del comun aplauso y algazara.
Del fondo del infierno, donde habita,
Sale la envidia entónces, y su rabia,
Alientos exhalando venenosos,
Al viento mismo el movimiento embarga.
Contra el curso ordinario de los tiempos,
Aprisionan los vasos muertas calmas,
Que el ánimo del héroe sólo agitan;
Del héroe, porque el triunfo le retardan.
Vence, en fin, su piedad; los homenajes
De Theutátes (2) parece se levantan
A saludar las conocidas velas,
Que más que el viento, impele la esperanza.
Irrítase de nuevo el monstruo horrendo,
Y en su auxilio convoca las borrascas;
Mezcla mares y vientos, que destrozan
Cascos, palos, velámenes y jarcias.
El seno illicitano (3) los acoge,
Combatida del mar la furia brava,
Y reparados, tientan nuevos triunfos
Del mar, del viento y de la envidia insana.
Del profundo canal las inquietudes
Superan ya; las costas africanas,
Al ver se les acerca su ignominia,
Parece se retiran y recatan.
Márcase Argel; á los veloces leños
Da el ánsia de la gloria nuevas alas,
Ya revasan la punta á quien dió nombre
El infame sepulcro de la Cava (4).
Ya llegan... Mas ¿qué digo? Allí la envidia,
De nuevas tempestades auxiliada,
A pesar del esfuerzo y de la industria,
Los buques precipita y arrebata.
Cediendo al huracan impetuoso,
Que las rocas marítimas arranca,
Corren la costa, á Mostagan descubren,
Arseo (5), Canastel, Orán y Almarza (6).
Entónces la deidad que de el empíreo
Al justo atiende y la piedad ampara,
Con sólo descubrirse ahuyentó el monstruo,
Templó los vientos, serenó las aguas.
Vuelven á Argel las proas; felizmente
Arriban, se aseguran y reparan;
Ni disimula el susto que la oprime
La prevenida bárbara arrogancia.
Entre tanto el caudillo, que desprecia
Riesgos y agüeros, en la misma playa,
En aquel mismo mar que fué teatro
De escenas mil gloriosas, pero infaustas,
Representa la accion más generosa
De que es capaz el heroismo; nada
Le turba, ni áun del orbe, que le atiende
La censura, que á todos acobarda.
Forma el ataque, distribuye, regla
Con oportunidad la más exacta,
Sin sujecion á inciertas teorías,
Movimientos, lugares y distancias.

(1) Llámase el Estrecho *hercúleo*, porque allí puso Hércules sus columnas, ó porque abrió esta comunicacion á los dos mares.

(2) El castillo viejo de Cartagena, fundado sobre un cerro en que hubo un templo dedicado á *Mercurio Theutates*.

(3) Puerto llamado de Santa Pola ó Lugar Nuevo, donde verosímilmente estuvo la antigua *Illici*, hoy Elche, que dió nombre á aquel mar.

(4) En las cercanías de Argel hay una punta y bahía que llaman de la *Mala Mujer*, porque se cree vulgarmente que está allí enterrada la Cava, ó porque desembarcó por allí cuando fué á pedir á su padre venganza del agravio que habia recibido. Sucesos inverosímiles y despreciados de la buena crítica.

(5) Puerto y bahía distante de Orán seis leguas al Levante, tan capaz, que muchos le tienen por el *Portus Magnus* de los antiguos geógrafos. Se halla abandonado al primero que le ocupa, cuya facilidad, y la de su defensa, puede incitar á esta empresa.

(6) Puerto y plaza inmediata á Orán, que tambien se llama *Marzalquivir*.

Que en un alma sublime las ideas
Que dan á otros las artes son innatas,
Y un genio criador, con el dominio
De quien las puede producir, las trata.
Describen larga línea los flotantes
Abreviados volcanes, cuyas alas
Forman tambien flotantes basiliscos,
Que horror vomitan y exterminio exhalan.
Los bóvedas azules de los cielos
Rimbomban al furor de las bombardas,
Y el estrépito sólo, á quien perdona
El tiro horrible, á dar la muerte basta.
Las excelsas colinas que circundan
Por todas partes la abatida plaza,
De temor de que el daño les alcance,
Se sumen, se contraen y anonadan.
Busca asilo en los campos, pavorosa,
La multitud del pueblo, y asombrada,
Olvida áun la codicia sus tesoros,
Sus lares abandona y desampara.
Ni por eso descuida su defensa
La Taifa (1) infame; la atmósfera cuajan
Innumerables tiros que despiden
Baluartes, fortines y topanas (2).
Repite tentativas vigorosas
Por el mar, que el hispano ardor rechaza,
Sin que el daño y oprobrio que recibe,
De hacerlas nuevamente la retraiga.
Desplómanse entre tanto las tronantes
Fortalezas, incéndianse las casas,
Y en humo, en llamas, en estruendo, en llantos,
El horror infernal Argel retrata.
Atento el héroe, á todas partes vuela;
Las ménos esenciales circunstancias
Previene y aprovecha; á su presencia
Todo es proezas, todo son hazañas.
Presiente su experiencia de los tiempos
La variacion, del viento la mudanza,
Y aprovechando los instantes, vuelve
Triunfante á ver los muros de Espartaria (3),
A gozar con los bravos campeones
Noble y gran parte de la accion preclara,
Los premios que la patria les previene,
El lauro que mi musa les consagra.

AL MISMO ASUNTO.

SONETO.

Del gran Cárlos la sábia providencia,
Al bien comun atenta, determina,
De Argel con el incendio y con la ruina,
Poner freno á la bárbara regencia.
La constancia, el valor y la prudencia
De Barceló á la grande accion destina;
Mas la fortuna, el viento, el mar se obstina
Contra su celo, esfuerzo y experiencia.
Vence los elementos y la suerte
El héroe balear; confunde, huella,
Abrasa á Argel. Adversidad ninguna
Intimida al varon constante y fuerte;
Que el valiente los riesgos atropella,
Y el prudente domina á la fortuna.

SONETOS.

I.

A una ausencia voluntaria de Lisi.

Parte á dorar con luces celestiales
De los floridos sotos los primores,
A dar nuevos alientos á las flores
Y veneno mortal á los zagales.
Yo quedo en el infierno de mis males,
Víctima del volcan de mis ardores;
Lastimoso ejemplar á los pastores
Que alcancen mis martirios infernales.
De nuevas flores tu belleza vista
Esas florestas, miéntras mi quebranto
Fúnebres flores á mi muerte alista.
Y no te cause mi expresion espanto;
Pues si tú las produces con tu vista,
Yo tambien con el riego de mi llanto.

II.

En la ausencia de Lisi.

Si es muerte, si es infierno, Lisi mia,
El punto que me roba á tu presencia,
Del vulgo la mordaz impertinencia
O de mi hado infeliz la tiranía,
¡Cuánta habrá sido, oh Lisi, mi agonía,
Mi confusion, mi pena y mi dolencia,
Considerada bien la eterna ausencia
De las eternas horas de este dia!
¡Ay dulce prenda mia! si el no verte
Un breve tiempo tiene tanta parte
De sentimiento, que me da la muerte,
¡Cuánta será mi pena al contemplarte
Capaz, por mi desdicha, de perderte;
Incapaz, por mi mal, de recobrarte!

III.

Si tu mérito, Lisi, conocieras,
Como la envidia disuadir procura,
Y estimáras en tanto tu hermosura
Cuanto estimarla por razon debieras,
Poco desconfiáras ni temieras
De un amor tan leal y fe tan pura,
Y viviendo en tu mérito segura,
Ménos motivos de pesar me dieras.
¡Cuál quedára la envidia, Lisi mia,
Al verte, como estás, desconfiada,
Desvanecida su mordaz sospecha,
Y en mí el deseo y pertinaz porfía
De verte de tu mérito pagada,
Por verte de mi afecto satisfecha!

IV.

Al desmayo de una dama, causado de un atroz suceso.

Hermoso y adorado dueño mio,
Copia y compendio del hermoso cielo,
Origen de mi mal y mi desvelo,
Norte de mi cuidado y albedrío.
Cobrad aliento, resucite el brio,
Que muerto yace en tanto desconsuelo;
No así, siendo su sol, negueis al suelo
La luz que eclipsa ese desmayo frio.
Libre del daño que esgrimió á mi vida
En vuestro riesgo mi contraria suerte,
Bien podeis ya alentar asegurada,
Si no quereis, dulcísima homicida,
Que en Fabio sea verdadera muerte
La que en vos sólo es muerte figurada.

V.

El amor reverente.

Si nadie puede verte sin amarte,
Dulce bien mio, y nadie puede verte
Sin que le abrasen con rigor de muerte
Ardentísimas ánsias de agradarte;
Quien logra tan de cerca contemplarte,
Y tanto como yo sabe quererte,
Difícil es que á contenerse acierte
En los límites sólo de mirarte.
Abrásome á tu vista, dueño mio;
Pretendo triunfos, pero al conocerte,
Repugnante, desisto en mis trofeos;

(1) Así se llama la guarnicion de Argel.
(2) Así llaman los moros las baterías con que tienen guarnecida toda su bahía.
(3) Cartagena se llamó antiguamente *Carthago Spartaria*, por el esparto, que es tan comun en sus inmediaciones, y para distinguirla de la *Africana* y de la que se habia fundado ántes en las costas de Cataluña.

Que á mi ciego furioso desvarío
Refrena más el miedo de ofenderte
Que le mueve el tropel de mis deseos.

VI.

El verdadero amor.

Antes al cielo faltarán estrellas,
Al mar peligros, pájaros al viento,
Al sol su resplandor y movimiento,
Y al fuego abrasador vivas centellas;
Antes al campo producciones bellas,
Al monte horror, al llano esparcimiento,
Torpes envidias al merecimiento,
Y al no admitido amor tristes querellas;
Antes sus flores á la primavera,
Ardores inclementes al estío,
Al otoño abundancia lisonjera
Y al aterido invierno hielo y frio,
Que ceda un punto de su fe primera,
Cuanto ménos que falte, el amor mio.

VII.

Un amante desconfiado de su mérito.

¿Qué es esto, amante corazon rendido?
¿De qué te sirve tan dichoso estado,
Si tus penas, parece se han doblado
De que empezaste á ser favorecido?
La imágen horrorosa del olvido
Turba mi gloria y crece mi cuidado,
Y áun al alma, confieso, ha penetrado
(No celos) un recelo mal nacido.
¡Ay Lisi mia, en qué mortal quebranto
Despedazado el corazon me siento,
De un temor á la rústica violencia!
Y si solo un temor me aflige tanto,
¡Cuánto será, bien mio, mi tormento,
Si á ser este temor llega evidencia!

VIII.

Disculpa de una justa desconfianza.

Perdona, Lisi mia, la extrañeza,
Si en dicha, que es mayor que la esperanza,
En idioma de mi desconfianza,
Lastima tus oidos mi fineza.
Que hiciera agravio á la mayor belleza,
Si tranquilo en mi torpe confianza,
No temiera en mis dichas la mudanza
Que tu mérito inspira y mi rudeza.
Disculpe tu gallardo entendimiento
Mis tiernos siempre apasionados modos,
Dialecto del temor más importuno,
Nacido de mi fiel conocimiento,
Que aunque gloria mayor logró que todos,
Tambien merezco ménos que ninguno.

IX.

A la hermosura de Lisi.

Es tan grande mi amor, oh Lisi mia,
Que no podré explicarle aunque más quiera,
Porque si en voces mi valor cupiera,
Ni de tí ni de mí digna sería.
A tu mérito, Lisi, y gallardía
Amor se debe de más alta esfera,
Y si acaso adorarte álguien pudiera
Como mereces, solo yo podria.
No es soberbia, mi bien, no desvarío
Del juicio perturbado al miserable
Estado en que hoy se advierte mi albedrío;
Verdad es cierta y hecho incontrastable,
Pues si bien se examina el amor mio,
Tan sólo á tu belleza es comparable.

X.

Amor verdadero.

Arde mi corazon, y su violento
Incendio por las venas se derrama,
Siendo pábulo noble de esta llama
Amor que en mis entrañas alimento.
Ardiente exhalacion es cada aliento,
Que el aire vago á su contacto inflama,
Si es que más propriamente no se llama
Bostezo del volcan de mi tormento (1).
Este es, Lisi, mi amor voraz y activo,
A quien es imposible hallar segundo;
Milagro que obró en mí naturaleza.
Superior al amor más excesivo,
Mayor que cuanto en sí comprende el mundo;
Sólo, Lisi, inferior á tu belleza.

PARÁFRASIS

de la oda XVI del libro II de Horacio, que empieza: *Otium divos*, etc.

Á GROSFO.

Hecho montes de espuma, el ancho Egeo
Oprime al navegante, mal seguro,
En el pobre bajel, que insulta el noto;
Vestida Febe del confuso arreo
De negras nubes, que en el cielo obscuro
Ocultan las estrellas al piloto,
Con duplicado voto
Invoca las deidades,
Y maldice, entre tantas tempestades,
La ambicion, que del ocio le retira,
Y más por él que por su mal suspira.
Los traces escuadrones belicosos,
Y los medos gallardos con su aljaba,
Cansados ya de la prolija guerra,
Suspenden de los troncos victoriosos
El arco y flechas, el escudo y clava,
Y anhelan por el ocio de su tierra,
¡Oh Grosfo! pues no encierra
La púrpura de Tiro,
El oro rubio y el azul safiro
Valor tan grande, que su premio iguale
La justa estimacion que el ocio vale.
Que las riquezas, que la sed aumentan
Al hidrópico avaro, y los lictores,
A cuya voz la plebe retirada
Despeja el paso al Cónsul, nunca ahuyentan
Del pecho el alboroto y los temores
Que afligen la memoria lastimada,
Ni espantan la pesada
Bandada de cuidados
Que por los techos de marfil labrados
Vuelan, y quitan, con pesar del dueño,
Sosiego á la alma, y á los ojos sueño.
Aquel, sí, vivirá sin competencia,
En cuya mesa, rica de contento,
Si pobre de manjares, aparece
Sabroso plato de paterna herencia,
Y hace del ocio su mayor sustento,
Al paso que regalos no apetece.
Y si al sueño se ofrece,
Ni la ambicion le incita,
Ni del oro la sed le solicita;
Antes en quieta apetecible calma
Descansa el cuerpo y se suspende el alma.
¿Qué nos cansamos, pues la vida es corta,
En codiciar con peligroso engaño
Cosas tan várias, pues nos bastan ménos?
¿Y para qué el mudarnos nos importa
De nuestro reino proprio al reino extraño,
Que así atrevidos, de codicia llenos,
Rompiendo al mar los senos,
Corre nuestra osadía
De donde nace adonde muere el dia?
Pues ¿quién, aunque camine á otras regiones,
Ha dejado en su patria sus pasiones?

(1) Este verso demuestra que, á pesar del adelanto de los tiempos, no estaba el gongorismo enteramente desterrado.

Lleva, cuando se embarca, el pasajero
El cuidado á la nave, y le acompaña,
Sin que de él se divida eternamente;
Sigue tambien al escuadron ligero
De caballos que corre la campaña,
No sé si más veloz y diligente
Que á la templada fuente
Huye herida la cierva,
Que apénas huella, de temor, la yerba,
O más que el euro, que con furia breve
Turbando el cielo, tempestades mueve.
Con los presentes bienes satisfecho,
El ánimo desprecie la esperanza
De los que han de venir y llegan tarde,
Y temple en dulce risa alegre el pecho
El llanto amargo, sin hacer mudanza
Ni sujetarse al mal como cobarde;
Porque no es justo aguarde
Siempre de la fortuna
Feliz suceso sin desgracia alguna;
Que no hay cosa mortal, por ningun modo,
Que se pueda llamar dichosa en todo.
Al claro Aquiles, aunque jóven fuerte,
Hijo de Tétis y de Troya espanto,
Alevosía arrebató traidora,
Y su prolija edad, si no la muerte,
A Titon consumió, estimado tanto
De la que por Memnon aljófar llora.
Y por ventura ahora
La voluntad divina,
Por vuestro mal, á mi favor se inclina,
Y con el tiempo, que volando llega,
Venturas me dará que á vos os niega.
Ahora para vuestro lucimiento
Braman las vacas de Sicilia, gruesas,
Y en cien manadas cubren los valdíos,
Y de cabras y ovejas otras ciento
Pacen el verde adorno á las dehesas
Y agotan los cristales á los rios,
Y con gallardos bríos
Y relincho bizarro
Tasca el caballo el freno á vuestro carro,
Y para que os vistais le da á la lana
Duplicado color la tiria grana.
A mí la suerte, que con todo puede,
Con mano cortamente dadivosa
Me dió un pequeño campo, que poseo,
Y un espíritu noble me concede
Para imitar la cítara famosa
De Píndaro, Simónides y Alceo,
Y un inmortal deseo
De despreciar no poco
El vulgo necio, maldiciente y loco,
Que no están de su lengua, si murmura,
Libre inocencia ni bondad segura.

TRADUCCION

de un pasaje de Ovidio en el libro XIII de los *Metamorfoses* (1).

¿De qué servia tu valor entónces,
Cuando, si bien mis hechos examinas,
Era mi diligencia y mi cuidado
El gobierno total de la milicia?
Uso de estratagemas, porque en ellas
Pereciesen las haces enemigas,
Y formando trincheras, se aseguran
Los campos nuestros por industria mia.
Con blando estilo, con palabras suaves
Reduzco á muchos que, de la fatiga
De la guerra cansados, proyectaban
Desamparar las destrozadas filas.
Mi astucia y arte con igual acuerdo
Víveres á las tropas facilita,
Formando ingenios y armas, con que puedan
Aventajarse á las troyanas iras.
¿Qué hace, pregunto, tu valor entónces?
Tan sólo pelear; pues tu osadía,
Sin arte y sin prudencia discurriendo,
Va por donde el furor la precipita.

1 *Quid tuus usus erat?* etc.

VARIAS TRADUCCIONES

DE FRAGMENTOS DE ALGUNOS POETAS FRANCESES.

FRAGMENTO I.

En sistemas sutiles
No malogres el tiempo,
Ni en brillantes discursos,
Que jamas te darán luz ni provecho.
Confiesa tu ignorancia
Sin rubor ni recelo,
Supuesto es á tí mismo
Arcano todo en tí, todo misterio.
¿Y queremos, osados,
Que á tan viles sujetos
El árbitro del mundo
Descubra sus designios y proyectos?

FRAGMENTO II.

De los misterios santos
La oscuridad augusta,
Dócil y humilde adoro,
Sin que esto me avergüence ni confunda.
Contra el Señor supremo
Jamas armo disputas,
Pues para conocerle
¿Quién me podrá alumbrar, si él no me alumbra?
El dice, y yo lo creo,
Que sin vergüenza alguna
De su Autor á las plantas
Se rinde la razon que más presuma.

FRAGMENTO III.

¿Ves aquel libertino
Que en público declama
Contra aquel Dios, que él mismo
Cree y reconoce allá dentro del alma?
Esta verdad que él siente,
Al punto pregonára,
Si el miedo de la mofa
De sus falsos amigos le dejára.
Y así, cuando á los cielos,
A Dios mismo amenaza,
De infame cobardía
Son movidas sus obras y palabras.

FRAGMENTO IV.

Gran Dios, son tus decretos
Llenos de equidad santa,
Y tu mayor delicia
Haces de ser propicio á nuestra causa.
Mas tantas son mis culpas,
Que si me perdonára
Tu bondad mis delitos,
Tu divina justicia quebrantáras.
Mi iniquidad enorme
La compasion aparta,
Y eleccion no te deja,
Si no es para el castigo que me aguarda.
A tu interes se opone
Mi dicha y mi esperanza,
Y tu misma clemencia
Parece exige mi total desgracia.
Truena, hiere, ya es tiempo;
Guerra á guerra rechaza;
Que yo, áun muriendo, adoro
La razon que te inspira la venganza.
Mas ¿sobre cuál paraje
Caerá el rayo que lanzas,
Que no se halle teñido
De Cristo con la sangre sacrosanta?

FRAGMENTO V.

Son, pecador, mis juicios
Llenos de equidad santa,
Y mi mayor delicia
Hago de ser propicio á vuestra causa.
Sin herir mi justicia,
Mi bondad se declara,
Por más culpas que tenga,
Por aquel que ha empezado á detestarlas.

Así de tus delitos
La más pesada carga
Asombrarte no debe, [da.
Ni el temor del castigo que te aguar-
Mi interes verdadero
De tu dicha se labra,
Pues nunca he permitido
Perezca aquel que arrepentido clama.
Contento, mis deseos
Y mi gloria se ensalza
Al verte tan contrito
Con el copioso llanto que derramas.
Concédote gustoso
La paz, más guerra no haya,
Y adora, como debes,
De mi severidad la justa causa.
Pues que sobre el rebelde
Solamente descargan
Mis iras, y en él vengo [ta.
Del Dios-Hombre la sangre sacrosan-

ROMANCE

leido por el autor en la junta pública de la Real Academia de San Fernando de 17 de Julio de 1784 (1).

En las orillas del rio
Que del Morcuera (2) desciende
A rendir tributo á Cárlos
En sus derretidas nieves,
Y rondando el alto muro
De su generoso albergue,
Por besarle el pié al Jarama
Va ufano, aunque va á su muerte,
Reposaba acaso Hortelio,
Aquel que en sus años verdes
Con su amor y su armonía
Solemnizó sus corrientes.
Aquel que, al cantar sus penas,
Por sentirlas y atenderle,
Oyentes tornó los troncos,
Vocales los aires leves.
Apénas, pues, de Morfeo
Disfrutaba los placeres
(Que pocas veces se niegan
Al que de ambicion carece),
Su vagante fantasía
Pulsa repentinamente
Sordo rumor, que de cerca
Algun portento previene.
Crece el estrépito, y cuando
Le hace el pavor que despierte,
Al extraordinario espectro
Más y más su asombro crece.
En un profundo remanso,
Que acaso ó próvidamente
Cavaron del rudo invierno
Las avenidas perennes;
Sobre el vegetable trono
Que forma un flotante césped,
Carro triunfal que las aguas,
Si no le arrastran, le mecen;
Se ostenta el anciano rio,
Apoyado en urna breve,
De cuyo seno el raudal
De fluvial linfa procede.
Undantes barba y cabello,
Espalda y pecho humedecen,
Y en fe de ser Manzanares,
Ciñe diadema sus sienes.
Juncos, mimbres y espadañas,
Enlazados diestramente
(Obra de sus ninfas bellas),
Natural dosel le tejen.
Túrbase Hortelio á su vista,
No porque el susto le aterre,
Sino porque á lo sagrado
Tal veneracion se debe.
Y previniendo el oido
Al grande oráculo, siente
Que del hondo pecho el númen
Tales voces desenvuelve:
«Hortelio, pues que los dioses
Me permiten que interprete
Las alegres esperanzas
De los arcanos celestes,
»Parte á Mantua, donde á Cárlos
Consagrando afectos fieles,
Exhala el pueblo en su gozo (3)
La llama leal que le enciende;
»Donde, á pesar del carácter,
Todo español enloquece,
Y áun no es al grande motivo
Demostracion competente,
»Cuando la divina Luisa,
La alta estirpe de los héroes,
Con duplicados renuevos
Replanta tan felizmente.
»Allí hallarás congregada,
De Minerva en los retretes,
A su más querida alumna,
La Academia Matritense,
»Que coronando sus triunfos
A buriles y pinceles,
A escuadra y cincel, á un tiempo
Sus lides dirime y mueve.
»Allí hallarás dispensando
A las artes excelentes,
A la nobleza y la ciencia,
Su favor concordes siempre.
»Allí hallarás al ilustre
Mecénas (4) que las protege
Por el augusto de España,
A cuyo influjo florecen.
»Aquel de quien al Segura (5)
Más el mérito ennoblece
Que las inmensas riquezas
Que él presta á Vertumno y Céres.
»Aquel que áun cuando á su estudio
El renombre no debiese
De sabio, que se ha adquirido
Tan comun y justamente,
»La proteccion que dispensa
Al sabio, es fuerza le diese
En el templo de los sabios
El lugar más preeminente.
»Hallarás, en fin, allí
Concurso ilustre, que ofrece,
En sus deseos curiosos,
Un premio de nueva especie.
»Diráslos, pues, cómo el cielo,
Propicio á España, promete
Por premio de las virtudes
Que en su gran Rey resplandecen,
»Abundancias y venturas,
Fijos y durables bienes,
Constante paz y victoria
De sus contrarios rebeldes.
»Dirás que del formidable
Naval armamento espere
A su acertado destino
Sucesos correspondientes.
»Que el mallorquin valeroso,
Cuyo esfuerzo y nombre temen,
Como el cándido britano,
Los tostados bereberes,
»Venciendo al viento lo adverso,
Menospreciando accidentes
Y atropellando peligros,
Que el temor abulta ó miente,
»Sulfúreos globos arroja,
Tempestad de rayos llueve
Sobre la pérfida Argel,
Que ya en sus ruinas se envuelve (6);
»Y nuevamente abrasada
La ladronera insolente,
Vuelve, dando al fresco viento
Los triunfantes gallardetes.
»Dirás que espere de Luisa
Hermosa y prolija serie
De benéficos monarcas
Y de guerreros valientes,
»Que al claro abuelo imitando,
De Borbon el nombre lleven
A los últimos confines
Donde el sol su luz extiende;
»Que los sublimes ingenios,
Que el premio ilustra y promueve,
De celebrar sus hazañas
A la grande obra se apresten:
»La pintura con colores,
La escultura con cinceles,
El grabado con buriles
Las eternice y conserve;
»Pues el cielo determina
Que sus altos hechos queden
Para ejemplo de los siglos
Y admiracion de las gentes.»
Dijo, y calándose al fondo,
La vision desaparece,
Pues removidas las aguas,
Perdieron lo transparente.
Vuela en las alas, Hortelio,
Del fino amor que le impele,
Y trasladando al papel
El gran suceso, obediente,
Le presenta á la Academia,
Porque así más se celebre
Con su afecto y númen, ménos
Dichosos que reverentes.

ROMANCE.

(Imitacion de don Luis de Góngora.)

Por cabo de cien jinetes
El noble Gutierre marcha
Sobre el campo de Gumiel
Desde la Fuerza de Aranda;
El más valiente caudillo
De cuantos ve la campaña
Desde el Duero al claro Tórmes,
Desde el Pisuerga al Adaja.
Monta una manchada yegua,
Que riberas del Riaza
Nació, á ser exhalacion,
Y asombro de las comarcas.
Lleva pendiente del hombro
Una berberisca adarga,
A Celin ganada, jeque
De Medina y Almenara.
En la vigorosa diestra,
Defensa ya de su patria,
Rige el animoso jóven
Un recio roble por asta.
Una ancha cuchilla ciñe,
En mil rencuentros probada,
Contra las vidas alarbes
Fatal segur de la Parca.
Sale, pues, tan orgullosa
La juventud castellana,

(1) Este romance no fué incluido, por ser de época posterior, en las *Obras poéticas* de Huerta, publicadas en 1778.

(2) Monte en la sierra de Guadarrama, en cuyas cercanías nace el rio Manzanares.

(3) Al tiempo que se escribia esto, se estaban solemnizando el nacimiento de los señores infantes Cárlos y Felipe, y la gloriosa paz con Inglaterra.

(4) El excelentísimo señor Conde de Floridablanca, protector de la Academia.

(5) Rio que pasa por la ciudad de Murcia, patria de su excelencia, con cuyas aguas se riega su famosa huerta y la de Orihuela, de asombrosa feracidad.

(6) La relacion inserta en la *Gaceta de Madrid* de 20 de Julio de este año (1784), confirma el acierto del *oráculo*, pues dice que el dia 12 encendieron nuestras bombas á Argel, cuyo incendio duró hasta las cuatro de la tarde desde las ocho del mismo dia.

Que á mirar su bizarría
Suspende el Duero sus aguas.
Los generosos caballos
Marcial música compasan,
Al són del hierro que imprimen
Y al són del hierro que tascan.
Ya descubren de Gumiel
Las ardientes atalayas,
Y en los cultivados campos
Las adultas mieses talan.
Sintiendo el rebato Hizán,
Presuroso se levanta
A los brazos de la muerte,
De los brazos de Daraja;
Daraja, deidad morisca,
De cuyo amor á las aras
Seis años fueron de Hizán
Servicios ofrendas vanas.
Al primer paso tropieza,
Y requiriendo las armas,
Herida la diestra mano,
Con sangre el estrado mancha.
Túrbase la bella mora
Con señales tan infaustas,
Y de tan tristes acasos
Tristes vaticinios saca.
Enmudécela el dolor;
Pero una sola mirada
Dijo de una vez más cosas
Que dijeran mil palabras.
Cadenas hace sus brazos,
Que el cuello de Hizán enlazan,
Y de sus lágrimas tiernas
Segundas cadenas labra.
Mas viendo el valiente moro
Que hace ya en el campo falta,
Sus lágrimas reprimiendo,
Así, al despedirse, la habla:
«No temas, Daraja bella,
Que á los enemigos salga;
Que á quien venció tus desdenes,
No habrá que resista nada.»
Salió al campo, y don Gutierre
Al encuentro se adelanta,
Y de los demas seguido,
La sangrienta lid se traba.

ROMANCE II.

El africano alarido
Y el ronco són de las armas
En los valles de Gumiel
Eran saludos del alba,
Que á ser testigo salia
De las victorias que alcanzan
Contra las infieles lunas
Las cuchillas castellanas.
Cuando el valeroso Hizán
Sobre una fogosa alfana,
Regalo de Hacén, alcaide
De Font-Hacén y la Adrada,
Desnudo el nervioso brazo,
Y el albornoz á la espalda,
Esgrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.
Crece la sangrienta lid,
Y el suelo de sangre empapan
Las azagayas moriscas
Y las españolas lanzas.
Bórdase el campo á colores,
Que ántes fué todo escarlata,
De turbantes y almaizares,
De aljaiduces y almalafas.
Los golpes de las cuchillas,
Cuando hieren ó reparan,
El vecino monte atruenan
Y el turbado ambiente inflaman.
Anima Hizán á los suyos
Con su ejemplo y sus palabras,
Y el valiente don Gutierre,
Cuanto Hizán anima, mata.
Y cada español presume
Que él solo por sí bastára
A derribar de Gumiel
Las enemigas murallas,
Y á coronar por sí solo,
Segun fia de su espada,
De cabezas berberiscas
Las almenas de su patria.
Ni el número superior
Sus alientos acobarda;
Que á contrarestar á muchos
Pocos con justicia bastan.
Llena de horror á este tiempo,
La bellísima Daraja
Con sus pensamientos tristes
Tambien, dudosa, batalla.
Deja el ya enfadoso lecho,
Y á una torre de su casa,
Más que el tierno amor la guia,
El duro temor la arrastra.
Descubre el sangriento campo,
Y las haces mahometanas,
Más que vencidas, deshechas,
Dan á la fuga las plantas.
Descubre al gallardo Hizán,
Que él solo la lid restaura,
Y cuanto con ignominia
Sus soldados desamparan;
Y en lágrimas y suspiros
Abre salida á sus ánsias;
Unos, cual su amor, ardientes,
Otras, cual su pena, amargas.
El corazon en el pecho
Con tanta zozobra salta,
Que parece pronostica
Las desdichas que le aguardan.
Al tiempo que don Gutierre
Entre todos se señala,
Y por largo trecho siembra
De víctimas la campaña;
Viendo ya que la victoria
Orlar sus sienes prepara,
Y que solo Hizán sustenta
La ya perdida batalla,
Por entre los enemigos
Cual rayo ardiente se lanza,
Y todo cuanto resiste
Atropella y desbarata.
Huye el rigor de su brazo
La berberisca canalla,
Y el que no huye de su vista,
Es que el temor le embaraza.
Entónces el bravo Hizán,
Con furia desesperada,
Al ver cómo don Gutierre
Tan reciamente le carga,
Feroz le sale al encuentro,
Mas con suerte tan escasa,
Que ántes de sentir el golpe,
Grabó en el suelo la estampa.
En el animoso pecho
Abrió el hierro puerta franca,
Y tan capaz como acaso
La abrió la envidia en el alma.
Las rotas calientes venas
Purpúreos raudales manan,
Que segunda vez tiñeron
Las rojas flores de grana.
Al espectáculo triste,
Un mortal desmayo embarga
De la amante mora bella
Las más envidiables gracias;
Y tanto el dolor creció,
Que no cabiendo su extraña
Pasion en todo su pecho,
La ahogaron sus mismas ánsias.
Murió, pues, dejando ejemplo
Que de amor la fuerza blanda
En el pecho más esquivo
Más profundamente labra.
Y los fuertes castellanos,
Gloriosos de su jornada
Y ricos de gozo, vuelven
A ver los muros de Aranda.

ROMANCE AMOROSO.

Bosques y selvas del Pardo,
Que con cristalinas aguas
El humilde Manzanares
Riega, fecunda y regala;
Arboles que tantas veces
Me habeis escuchado, y tantas
Ayudádome á sentir
Mis congojas y mis ánsias;
Frescos valles que albergais
En las floridas estancias
La causa de mis desdichas,
Si bien inocente causa;
Estadme otra vez atentos,
Si por ventura no os cansa
El escuchar tantas veces
Quejas que nunca se acaban.
A vosotras, mudas selvas,
Las fio, porque callarlas
Sabréis, si es que áun á los mudos
Se debe tal confianza.
Oidme, pues, así Lisi,
Deidad de aquestas comarcas,
Muchos siglos os florezca
Con su vista y con su planta;
Así de su sol hermoso
Goceis, y vuestras campañas
A sus ojos y á su pié
Deban primaveras largas.
Así adorne vuestros valles
Con su gentileza y gala,
Y así por ella os envidien
Esas altivas montañas.
Lastimaos de mí vosotras,
Y á fe que estais obligadas,
Si no quereis de esta vez
Acreditaros de ingratas.
Ya sabeis, selvas amigas,
Con cuánta pasion, con cuánta
Terneza tengo á los ojos
De Lisi rendida el alma.
Ocioso será pintaros,
Pues la habeis visto, sus raras
Perfecciones, su hermosura,
Su discrecion y sus gracias.
Baste deciros que no hay
Desde el Tajo al Guadarrama
Pastor que á su gentileza
No consagre ofrendas vanas.
Los más gallardos zagales,
Que de libres blasonaban,
Tienen ya de su esquivez
Las voluntades esclavas.
No se oyen en estos cotos
Sino las quejas que lanzan
Zagales enamorados
De finezas mal pagadas.
Los árboles, las arenas
En sus cortezas y playas
El dulce nombre de Lisi
Distintamente trasladan.
Los arroyos la enamoran
Y lascivamente labran
De su murmurio las voces,
Con que su amor la declaran.
Las ninfas, que de los fresnos
Viven las frescas moradas,
Aficionadas á Lisi,
La hacen dosel de sus ramas.
Y las que el anciano rio
Habitan, cuando ella pasa,
Del vado márgen, á verla,
La frente húmeda levantan.
El mismo céfiro blando,
A Flora la fe negada,
Viste, en obsequio de Lisi,
Nueva hermosura á sus alas.

Hasta los robustos robles,
Con blandura extraordinaria,
Cuando ven á Lisi, humillan
A sus piés la copa anciana.
Los inocentes corderos
Aprenden de quien los guarda
A publicar en balidos
De Lisi las alabanzas.
Todo, en fin, respira amor
Esta selva, sus cabañas
De amorosas invenciones
La humilde fábrica esmaltan.
En los gabanes belludos
Amantes cifras se enlazan,
Vistiéndose los zagales
Su misma pasion por gala.
Sola Lisi exenta vive
De este cuidado, y no basta
Tanto amor, tanta fineza,
A hacerla ménos tirana.
Si oye suspiros, la enojan,
Finezas la desagradan,
Sentimientos no la obligan,
Y elogios suyos la agravian.
¿Qué haré, pues, selvas amigas,
En confusion tan extraña?
¡Mas oh, qué ciegas locuras,
Pedir á un mudo palabras!
¿Qué me habeis de aconsejar,
Selvas, si, por mi desgracia,
Aunque compasion os sóbre,
La lengua, selvas, os falta?
Pero si bien interpretan
Vuestro silencio mis ánsias,
¡Cuánto, siendo mudo, enseña!
¡Cuánto dice cuando calla!
Ya, en fin, con vuestro silencio
Me respondeis que me valga
Del consejo de callar,
Invencion de amor tirana.
Ame fino, ame constante,
Sirva y merezca, y no salga
Al labio el volcan, el fuego,
Por más que se abrase, al alma.
Vea Lisi y vea el mundo
Que aquel que más la idolatra,
Por no ofenderla, reprime
El ardor en que se abrasa.
Y que ántes morirá Fabio
De amor á la ardiente llama,
Que importune por remedio
A quien tanto incendio causa.

IDILIO PASTORAL.

Ya que he quedado en donde
Podrá escucharme sólo
El profundo silencio
De estos bosques umbrosos,
Y donde son testigos
De los males que lloro
Solamente los sauces,
Las aves, los arroyos;
En tanto que de Lauso
Al dulce cuello logro
Ser, por fin de mis penas,
Lo que la hiedra al olmo;
Salgan al aire quejas
Que mi pecho amoroso
Ocultas ha tenido
Tan largo tiempo á todos.
Tirana suerte mia
(Mejor dijera monstruo;
Que bien merece el nombre
Tu ceño riguroso),
Ya estará satisfecha
Tu saña en los oprobios
A que me has conducido,
Atroces y afrentosos.
¿No te bastó traerme,
Despues de tan notorios
Desastres, infortunios,
Pesadumbres y ahogos,
Adonde, desterrada
De mi patria, áun no gozo
Seguridad siquiera
Del riesgo á que me robo?
Pensé que en estos bosques
Encontráran piadoso
Asilo mis desdichas,
Término mis sollozos;
Y apénas en su márgen
El pié mal firme pongo,
Y de pasados sustos
Apénas me recobro,
Cuando más riesgos siento,
Mayor peligro corro;
Hallando al que aborrezco,
Cuando busco al que adoro.
Anfriso y Lauso... ¡Oh cielos,
Con qué placer y enojo
El nombre de éste explico,
Y el nombre de aquél formo!
¡Qué extremos tan distantes,
Contrarios y remotos!
¡Qué grato y dulce el uno,
Qué aborrecible el otro!
¡En sueños me amenaza
(Aun ahora me asombro)
De Anfriso el duro acero,
Vengativo y furioso.
Y en medio de la dulce
Tranquilidad que logro
En esta amena selva,
Desde que en ella moro,
Me asalta la memoria
El pesar envidioso;
Que nunca son cumplidos
Del infeliz los gozos.
Si duermo, me interrumpe
La quietud y reposo
La imágen de mi muerte,
Que me amenaza en todo.
El bosque me amedrenta,
Pues por doblarme asombros,
Parece que produce
Anfrisos de sus troncos.
Ni á lamentar me atrevo
Mis males lastimosos;
Que la voz y la lengua
Anuda el miedo proprio;
Temiendo que, contrario,
El eco misterioso
Distintas lleve á Anfriso
Las cláusulas que rompo.
Si el céfiro se mueve
Entre el boscaje tosco,
Y como suele, forma
Estrépitos sonoros,
Huyendo amedrentada,
Me fingen mis antojos
Amenazas de Anfriso
Del céfiro los soplos.
Pero entre tantos sustos,
Que á cada paso toco,
Y á tantas desventuras
Que me cercan en torno,
Una dicha prefiero,
Un placer antepongo,
Estrella en los naufragios
En que gimo y zozobro.
Pues de Lauso la vista,
Que á tanta costa compro,
De penas y desastres
Minora mis ahogos
Con la dulce esperanza
De los fines dichosos
Que tanto amor merece,
Pues espero y conozco [me enojos,
Que no siempre han de ser, por dar-
Mi estrella adversa, el cielo riguroso.

IDILIO II.

Pues desde aquí descubro
La amada concha bella
En que se deposita
La más brillante perla;
Miéntras el sol ardiente
En la abrasada siesta
Recoge por las sombras
Rabadanes y ovejas,
Y miéntras las zagalas,
Temiendo las ofensas
Del ardiente solano,
Que en las flores se venga,
En los albergues frescos
Pacíficas sosiegan,
Y al robusto ejercicio
Dan apacibles treguas,
Y en tanto que en sus nidos
Descansan las parleras
Avecillas canoras
De aquestas dulces selvas,
Y hasta los mismos brutos
En sus hondas cavernas,
Del sol, que los abrasa,
Evitan la violencia,
Y miéntras que las aguas
De las fuentes risueñas
Con su rumor templado
Tambien del sol se quejan,
Que con activos rayos,
Haciéndolas que pierdan
Su natural frescura,
Las fulmina y calienta;
Cuando descansan todos,
Mi amor despierto vela,
Sin que á tomar descanso
El ejemplo le mueva
De ovejas, rabadanes,
Aves, fuentes y fieras;
Que no admite sosiego
Aquel que ama de véras.
Del dulce dueño mio
Amante centinela
(Que tambien se milita
De amor en las banderas),
Intentarán en vano
Del sol las iras fieras
Que desampare el puesto
Que amor guardar me ordena;
Que el pecho, endurecido
A tantas inclemencias
Con que el rigor me trata
De mi contraria estrella,
No recela intemperies;
Pues su valor se precia
De haberse endurecido,
De desdichas á prueba.
Ni el riguroso invierno,
Cuando con nieve densa
O densa niebla cubre
El orbe de la tierra,
O el Aquilon horrendo
En pueblos y florestas
Altas torres derriba,
Ancianos robles vuelca,
Y cuando el duro hielo
Con rigurosa fuerza
Abrasa y aniquila
Las más adultas yerbas,
Podrán de mis intentos
Hacer que un paso tuerza,
Pues no son poderosos,
Por más rigor que tengan,
Inviernos, aquilones,
Hielos, nieves y nieblas,
A que de intento mude
Aquel que ama de véras.
Testigos sois, oh bosques,
Si acaso se os acuerda,
De haberme visto el hielo
Inmoble á su fiereza;

Que el alma no sentia
Su grave rigor, hecha
Al helado destemple,
Lisi, de tu tibieza.
Tendido en tus umbrales
Pasé noches enteras;
Que hasta los mismos vientos
Burlaban mi paciencia.
La perezosa aurora
Me halló veces diversas,
Estatua de alabastro,
Al umbral de tus puertas,
Y cubierto de nieve
Desde el pié á la cabeza,
Me juzgo simulacro
De mi esperanza muerta.
¡Cuántas veces Melampo,
Compasivo á mis penas,
Mirando cuantas iras
Contra mí el cielo flecha,
Procuró con balagos
Hacer que me volviera,
Como quien dice: Fabio,
Basta ya de fineza!
Que á quien, como mi dueño,
Tiene el pecho de piedra,
No hay tiernas expresiones
Que ablanden su dureza.
El mismo bruto, el mismo
Melampo (¿quién creyera
Que irracionales brutos
Tan compasivos fueran?),
Mis lástimas oyendo,
Compadecido de ellas,
Parece acompañaba
Con ladridos mis quejas,
Respondiendo á mis ánsias
Con su muda elocuencia:
«En vano estos umbrales
Con llanto, Fabio, riegas,
»Si el corazon del dueño
Que en ellos se aposenta
Aun es, por tu desgracia,
Más duro que sus peñas.»
Pero estos desengaños,
Pero estas evidencias
Ni acaban mis desdichas
Ni mi pasion moderan;
Porque no hay infortunios
Ni males hay que puedan
Hacer mude de intento
Aquel que ama de véras.

ENDECHAS.

Alegoria de una esperanza bien fundada, y desgraciadamente desvanecida.

Barqueros de estas costas,
Que visteis algun dia
Al feliz leño mio
Surcar mares de dichas,
Ya están desagraviadas
Vuestras pobres barquillas,
Que con envidia vieron
Las glorias de la mia.
Ya la veis, encallada
Entre almejas y guijas,
Lástima ser y ejemplo
Aun de la misma envidia.
Los rojos gallardetes,
Que el viento á soplos riza,
Escarnio son del agua,
Que los hiere y salpica.
Que hasta las mismas ondas
Su infamia solicitan,
Escupiéndola al rostro
Espumas por salivas.
En las hinchadas velas,
Que el céfiro movia,
Ya el Abrego inclemente
Borrascas pronostica.
Y no en las velas sólo
Muestra su tiranía,
Las jarcias destrozando,
Las gumenas y trizas;
Sino que, conduciendo
Al extremo sus iras,
Con soplos y balances
La confunde y la silba.
La que ántes fué, barqueros,
Honor de estas marinas,
Ya ofrece desengaños
Tan sólo con su vista.
De macilentas algas
La ven ya oscurecida
Focas que la admiraron
Sirena fugitiva.
Los mástiles dorados,
Que entretejieron cintas,
Patíbulos funestos
Trágicamente imitan.
Los robustos costados,
Que en vano el mar fatiga,
Infame broma cubre
Desde el bordo á la quilla.
En vez de los delfines,
Que sus rumbos seguian,
Encuentra solamente
Con monstruos que la embistan.
Arenas que la varen,
Rémoras que la opriman,
Tormentas que la anieguen
Y calmas que la afligan;
Escollos que la rompan,
Ballenas que la sigan,
Piratas que la abrasen,
Corsarios que la rindan,
Son ya las esperanzas
Que al tráfico la animan.
¿Quién pensará con ellas
Desamparar la orilla?
Desechada é inútil
La scea playa pisa,
Ventajas que ha logrado
Al fin de sus fatigas.
Considerad, barqueros,
En mi infeliz barquilla
Los efectos contrarios
Del tiempo y de los dias.
Tomad de ella escarmiento,
Pues pueden sus desdichas,
Si bien las reflexiona
La mayor osadía,
Al mas desalumbrado
Dar luz que le dirija
Por los expuestos rumbos
Del golfo de la vida.
Pero áun tengo esperanza,
Miéntras Lisi divina
Estas costas habite,
Y el vivir lo permita,
Que vuelva el leño mio
A su ventura antigua,
Feliz y escarmentado
En sus desgracias mismas
Mas entre tanto, ¡oh barca!
Tu orgullo es bien reprimas,
Y será tu paciencia
La puerta de tus dichas.

RELACION PASTORAL.

Detras de ese altivo monte,
Cuya soberbia encumbrada,
Pesadumbre áun de la tierra,
Es insoportable carga;
Natural Babel de riscos,
Cuya frente, coronada
De peñascos por almenas,
Las esferas atalaya;
Monstruoso hijo del siempre
Turbulento Guadarrama,
Que por ocultar el vano
Fiero intento con que traza
Escalar del firmamento
Las sempiternas murallas,
De perpétua niebla cubre
Su erizada frente cana;
Yace un pueblo, y bien que yace
Se dirá, pues dos montañas,
A un valle la luz negando,
Entre lóbregas pizarras
Oscuro panteon le forman,
Funesta tumba le labran.
De pastorales albergues,
Si no de pajizas casas,
Se compone, donde asiste
La sencillez aldeana,
Más gustosa que en los altos
Palacios con que levanta
Hasta el cielo sus ideas
La soberbia cortesana.
Aquí nací, y tan contento
Desde mi primera infancia
Hasta la edad juvenil
Pasé las breves jornadas,
Que fué mi tranquilidad,
Viendo que amor no embaraza
Mi libre pecho, la envidia
De la juventud serrana.
Exento así, pues, vivia
De amor; ni me desvelaban
Más cuidados, más sospechas,
Más recelos ni más ánsias
Que el ejercicio robusto
De la caza, en que empleaba
El tiempo que los amantes
A su ciego error consagran.
Pero en este tiempo amor,
Sentido de que gozára
Exencion de su dominio
Mi voluntad, de la causa
Misma que de sus prisiones
Mi corazon libertaba,
Se valió para prenderme.
¿Quién creyera, quién pensára
Que hallára en su robustez
Su tirana industria traza
De asaltar mi libertad
Y comenzar su venganza?
Belisa, pastora bella,
Que era de aquellas comarcas
Páles y Vénus á un tiempo,
Fué la complicada causa
De mi bien y de mi mal.
¡Oh fementida, oh tirana
Ley de amor, que no permites,
Aun despues de ofensas tantas,
Que no la celebre hermosa,
Por más que la culpe ingrata!
Fatigando el monte un dia,
Perseguia entre unas jaras
Un cerdoso bruto, cuya
Fiereza de la montaña
Era horror, del viento asombro,
Pues una flecha lograda
En el erizado cerro
Huia con furia tanta,
Que le juzgó el monte, al ver
Su violencia, que volaba
Alada quimera, siendo
El mortal arpon las alas.
Huyendo así de la muerte,
Por lo espeso de las matas
Iba vertiendo la vida,
Envuelta en sangrientas bascas;
Cuando á Belisa asaltando,
Que de unas manchadas cabras
En aquellas espesuras
El rebaño apacentaba,
Tanta fué su turbacion
Al contemplar tan cercana
Su muerte al rigor violento
De su vengativa saña,

Que no la dejó el asombro,
Irresoluta y turbada
Con tan inminente riesgo,
Siquiera mover las plantas
Y remitir á la fuga
De su vida la esperanza;
A tiempo que interrumpido
Mi ardimiento de sus blandas
Voces, salvando peligros
De quiebras y de tajadas
Peñas, llegué donde vi
Sobre la menuda grama
Desmayada la mayor
Hermosura, desmayada
A Belisa. ¿Quién pudiera,
Sin que el pincel la agraviára
De mis torpes expresiones,
Como la encontré pintarla?
Sólo diré que á su vista
Sentí luégo tan no usada
Turbacion en los sentidos,
Que, sin penetrar las causas,
Advertí faltarme á un tiempo
Accion, aliento y palabras.
Mira tú cuánta sería
Su belleza, pues postrada
Al riguroso accidente
De un desmayo, fuerza alcanza,
La que juzgáras sin vida,
Para arrebatarme el alma.
Mas considerando en cuánto
Peligro la suya estaba
En tal lugar, hice esfera
Mis brazos de la eclipsada
Luz de sus divinos ojos,
Y atraido de la mansa
Armonía de una fuente,
Pudo, al auxilio del agua,
Recordar de aquel desmayo,
Lágrimas vertiendo tantas,
Que pareció pretender
Pagar á la fuente clara
La vida que la debia
Con las perlas que lloraba.
Segura ya del peligro,
De mí se ausentó, pagada
Mi diligencia con dulces
Expresiones cortesanas.
Parece que de este acaso
No sacó ménos llagada
De amor el alma Belisa,
Pues la vi responder grata
A mi declarado afecto,
Pagándola con tan raras
Muestras, que ya en nuestra aldea
Y en todas las comarcanas
Eramos los dos la envidia
De pastores y zagalas.
¡Cuántas veces contemplando
La hoguera del sol, juraba
Que ántes en el mar de Oriente
Moriria que faltára
Su fino amor! ¡Cuántas veces
El sol, con que atestiguabas,
Te acusará tu perjurio,
Viendo que su luz no falta,
Y que tú no te avergüenzas
De faltar á tu palabra!
¡Cuántas veces me juró,
Haciendo las fuentes claras
Testigos de su fineza,
Que ántes la altiva montaña
Mediria el hondo valle
Con su frente levantada
Que me olvidase! ¡Oh Belisa!
¿Así el juramento guardas?
Vivia en la aldea acaso,
Por mi mal y mi desgracia,
Anfriso, en toda la sierra,
De su poder y abundancia
Por fama más conocido,
Que de su valor por fama.
Dió en ser éste mi contrario,
Sacando tan á la plaza
Los favores de Belisa,
Que del vulgo la voz vaga
Luégo empezó, en mengua mia,
A votar ya por su causa,
Siendo la mucha riqueza
De Anfriso quien sobornaba
El espíritu ambicioso
De Sálicio, de mi ingrata
Belisa padre; pues viendo
Cuán bien á su intento estaba
El empleo de su hija,
Abreviando circunstancias,
Me usurpó prenda con tantos
Finos servicios ganada.
Decirte cuanto dolor
Me causó, con cuantas ánsias
Batallé, por más que astuta
Con lágrimas y palabras
Me aseguraba Belisa
Mis recelos, fuera larga
Detencion. Baste saber
Que cuando el dia llegaba
En que ya del rico Anfriso
Publica la dicha, daban
Señas de mi muerte, en vez
De tristes lutos, sus galas;
Huí del pueblo, diciendo
Y haciendo locuras tantas,
Que hasta los mismos peñascos,
A quienes me lamentaba,
Parece me respondian
Del eco con la voz blanda
A mis quejas, motejando
La correspondencia falsa
De Belisa. En fin, huyendo
La ingratitud de mi patria,
Y de la aleve Belisa
Las traiciones y asechanzas,
A estos bosques me destierro,
Por ver si en ellos descansan
Mis pesares, aunque mal,
Quien tiene tan lastimada
El alma, de descansar
Podrá tener esperanza,
Siendo, como son, eternas
Enfermedades del alma.

RELACION AMOROSA.

La mejor parte de España,
Donde olivas y palmares
Guirnalda triunfante tejen
Del Guadiana al sesgo márgen,
Por donde del castellano
Confin, ya opulento, sale
A dar undoso tributo
A los lusitanos mares,
Es mi patria. De sus selvas
Los florecientes boscajes
En pastoriles majadas
Oyeron los tiernos ayes
Con que pisé de la vida
Los peligrosos umbrales.
Ricos de gustos y haciendas
Eran por aquellos valles
Mis padres, más que de campos,
Dueños de las voluntades
De cuanto zagal brioso,
De su opulencia á los gajes,
O corvo cayado rige
O lino estalla sonante.
Diferencias y disgustos
De antiguas enemistades
(Que hasta las selvas penetra
La envidia) hicieron trasladen
Sus antiguos patrimonios
A las dulces y agradables
Riberas del claro Duero,
Cuyos hermosos raudales
Fueron el espejo en donde
Noté primero asomarse
Sobre el rojo labio el bozo,
Sutil y dorado esmalte.
El pastoril ejercicio
Seguí tambien, siendo Páles
Unica deidad, á cuyo
Obsequio mi fe constante
Fué en perennes sacrificios
El humo de sus altares.
Mas pareciendo á mi heroico
Espíritu estrecha cárcel
Los términos anchurosos
De aquellas frondosidades,
Guiado de mi ardimiento,
Que con rigidez notable
Parecia reprenderme
Mis torpes ociosidades,
Pasé al cristalino Tórmes.
Aquí quisiera pintarte,
Si para tan arduo empeño
Fuera mi ingenio bastante,
La amenidad de sus sotos,
La gala de sus zagales.
Segunda apacible Arcadia
Semeja el sitio agradable,
Donde residencia tiene,
Entre obsequiosas deidades,
La más divina zagala,
La hermosura más amable
De cuantas admira Febo
Desde que en Oriente nace
Hasta que en el mar sepulta
Sus rayos occidentales.
No te ofenda, Lisi mia,
Que así la elogie y alabe,
Si te digo que ella sola
Es de tu hermosura imágen.
Minerva es su nombre, y yo,
Que á heroicas dificultades
Nací inclinado, propuse
Seguir la empresa arrogante
De conquistar su belleza
Con rendimientos y afanes.
No digo que no fué oido
Mi amor, que no logré en parte
De mi fe correspondencias;
Que pienso fuera culpable
Hipocresía negar,
Lisi, lo que todos saben.
Mas como mi corazon
Mal satisfecho se hallase
Ya en el Tórmes, ó ya fuese
Que el cielo, más favorable,
Así me llamaba al logro
De tantas felicidades,
Del helado Guadarrama
Pisé la frente, sin darme
Asombro sus canas nieves,
Ni su aspereza pesares.
Llegué, en fin, á estas florestas,
Y el ameno Manzanares
Me recibió con lisonjas,
Convocando á cortejarme,
Como á huésped de sus sotos,
Cortesanos rabadanes.
En los rústicos albergues
Se celebró mi hospedaje,
Y en festivas luminarias
Vistió luz por gala el aire.
Concurrieron al festejo,
De los pueblos circunstantes
El valor y la belleza
En zagalas y zagales.
Mas como vemos que el sol,
Cuando de los brazos sale
De la aurora, da en sus luces
Ocaso á las más brillantes
Antorchas del firmamento,
Cegando sus claridades;
Así tú, divina Lisi,
Con tu hermosura dejaste

Sin valor ni lucimiento
Las que presumieron ántes
Suplir con sus resplandores
Del sol el fuego radiante.
Entraste tú al baile, Lisi,
Y yo tambien entré al baile:
Tú á dar envidia á sus ninfas,
Y yo á morir de mirarte,
Pues hizo tu vista en mí
Impresiones tan notables,
Que sobrescritas mis penas
En mi turbado semblante,
No faltó quien, condolido
De mi peligro, exclamase:
«¡Oh qué mal recibimiento,
Lisi, á nuestro huésped haces,
Pues tan brevemente en él
Se esmeran tus crueldades!»
Y es verdad, pues desde entónces
La vida que me dejaste,
Más que vida, muerte ha sido,
Llevándome mis pesares
Al desesperado extremo
De aborrecerme y matarme.
¡Cuántas veces á mi cuello,
Amenazado el infame
Cuchillo, de tus desdenes
Quise en mí mismo vengarme!
No porque mi fino amor
Tus desvíos desairasen
(Que en fin no eran importunas
Mis penas, aunque tan graves),
Sino porque contemplaba
Lo imposible de lograrse
En tu condicion esquiva
Mis rendimientos amantes.
¡Cuántas veces estos fresnos,
Que ahora testigos haces
De mis venturas, lo fueron
De mis desdichas y males!
¡Cuántas veces, conmovido
En tristes ecos el aire,
Indicó compadecerse
De mis congojas mortales!
¡Cuántas veces de sus grutas
El algoso Manzanares
Oyó mi voz, aumentando
Mis lágrimas sus raudales!
¡Cuántas veces de estas fuentes
Las cristalinas deidades
Lloraron tambien conmigo!
¡Cuántas las fieras, las aves,
Los sotos, prados y selvas,
Poblados y soledades
Pregoneros de mi amor
Se hicieron, por demostrarte
Que pudieran mis desdichas
Labrar indocilidades.
No hay corteza en roble ó fresno,
Ni peña en que no se grave
De mil eles coronadas
El repetido carácter,
Por mostrar que sola Lisi
Impera en las voluntades
De los hombres. Si reparas
Del rio en el claro márgen,
En él hallarás tambien
Mi amor, y á cualquiera parte
Adonde la vista vuelvas,
Encontrarás con señales
De mi pasion, de mis penas,
De mis ánsias y pesares.
Todo por mí te hablará;
Que aunque propuse callarte
Mi amor, quise por lo ménos
Mis desventuras y afanes
Decir á quien los oyese,
Ya que no los remediase.
Así he vivido, esperando
Que la suerte me mostrase
La deseada ocasion
De servirte y no cansarte.
Sean, pues, tan repetidas
Pruebas de mi fe constante
Mi abono, y supla tambien
Los méritos que me falten,
Adorada Lisi mia,
Saber que si dueño me haces
De tu divina belleza,
Dobles cadenas añades
A mi esclavitud dichosa,
Y que en este pecho amante
Tendrá el agradecimiento
Eternas seguridades.

JUSTA DESCONFIANZA
DEL FAVOR.

Presto celos llorarás.

GLOSA.

Fabio, cuya fe constante
Logra, por triunfo de amor,
Pocas horas de favor,
Despues de un siglo de amante,
Advierte el curso inconstante
De la fortuna, y verás
El gran peligro en que estás;
Y acuérdente otros mayores
Que si hoy disfrutas favores,
Presto celos llorarás.
Advierte en ejemplos tantos,
Porque no té cause sustos,
Que los fines de los gustos
Son principio de los llantos.
Escarmiento te den cuantos
Muriendo conocerás
De amor; y si no, verás
Tus desventuras notorias,
Y las que celebras glorias,
Presto celos llorarás.
Miéntras fuiste desdichado,
Sin logro de tu amor justo,
Vivias libre del susto
De perder el bien logrado;
Pero ya que has alcanzado
La dicha en que altivo estás,
Gózala, que ya hallarás
En ella pena más dura,
Y lo que ayer fué ventura
Presto celos llorarás.
En tu suerte viendo estoy,
Fabio, la inconstancia vana,
Y ser infierno mañana
La que gloria llamas hoy.
Duracion precisa doy
A las dichas en que estás,
Y si permanecen más
Las glorias en que te ves,
No te desvanezcas, pues
Presto celos llorarás.

Reflexiones melancólicas de un amante desgraciado en una noche aciaga.

ROMANCE.

Clamores tristes, con cuyo
Repetido desconcierto
Parece que prevenis
Las exequias á mi cuerpo,
No con vuestras disonancias
Temais alterar mi sueño;
Que no desvelan clamores
A quien siempre está despierto.
Proseguid miéntras la aldea
Yace en general sosiego,
Y miéntras yo con mis ánsias
Segundos clamores muevo,
Para que así se confundan
Mis ayes con vuestros ecos,
Y mis lástimas no sean
El escándalo del pueblo.
Que pues he sido en mis dichas
Tan reservado y secreto
(Dichas, en fin, conseguidas
Tras de tanto amor y tiempo),
En mis desdichas tambien
Debo serlo, porque temo
Publiquen éstas ahora
Lo que aquéllas no dijeron.
Oyeme tú, Lisi mia,
Si el dolor en que te veo
Te permite que distraigas
Un rato tu pensamiento.
Y suspende, dueño mio,
Por un instante el decreto
Que pronunció el pundonor
Con el lenguaje del miedo.
En tanto que mis suspiros,
Mezclados con mis lamentos,
Vuelan, Lisi, á tus oidos,
Arrojados de mi pecho,
Recíbelos, dueño mio;
Que si reparas en ellos,
Verás que son engendrados
Del mismo aire de tu aliento.
Cruel tirana fortuna,
Monstruo infame, pues no creo
Que deidad sea quien es
De tiranías compendio,
¿Por qué razon te ensangrientas
En mí con tan grande extremo,
Que pienso que el perseguirme
Tienes sólo por empeño?
Yo pensé que mi humildad
Me preservára del riesgo
De los tiranos vaivenes
Con que oprimes los soberbios;
Mas veo que me engañaba,
Pues, por mis desdichas, veo
Que persigues igualmente
A los grandes y pequeños.
¿Cómo he de vivir, fortuna,
En el infernal tormento
De ver la prenda que adoro
Arrancada de mi pecho?
Quien con el favor de Lisi
Se coronó de trofeos,
¿Podrá sufrir la sospecha
De las dichas de otro dueño?
Quien de sus divinos labios
Oyó una vez ecos tiernos,
¿Podrá descansar pensando
Los inficiona otro aliento?
No es posible, ni es posible
Que yo me acomode al tiempo;
Que mi pasion no distingue
Ni de tiempos ni sujetos.
Para mí siempre es mortal
Y enemigo verdadero
Quien, con derecho ó sin él,
Me roba un bien que poseo.
Ni admito leyes, ni miro
Inconvenientes ni riesgos,
Porque es mi amor mi abogado,
Y siempre fué el amor ciego.
Ya tengo determinada
La conclusion de mi pleito,
Y en causa que es tan sangrienta,
Será el decreto de hierro.
Con mi muerte se remedia
Mi mal. Muera, pues, sabiendo
Que con mi muerte se quitan
Inconvenientes de enmedio.
Y vive tú, Lisi mia,
Venturosa, pues con esto
Serán tambien para mí
Glorias los mismos tormentos.

Sentimientos tiernos contra los desdenes de Lisi.

REDONDILLAS.

Si pretendes por despojos,
Lisi, los alientos mios,
¿Qué has menester de desvíos,
Cuando te sobran tus ojos?
Si con mi muerte, mi bien,
Esperas tu libertad,
Mátame con tu beldad,
Pero no con tu desden;
Pues será doble rigor,
Cuando en tu mano lo tienes,
Que me mates á desdenes,
Pudiendo morir de amor.
Y nadie podrá ofenderte
Si lo hicieres con tal arte,
Porque yo, por disculparte,
Me achacaré á mí mi muerte.
Y áun te será más blason
Oir que tu amante Fabio
Ha muerto, no de tu agravio,
Sí sólo de su pasion.
Que se hace agravio á tu pura
Y poderosa belleza
En que usurpe la fiereza
Su poder á la hermosura.
Deja que mi amante fe
Me mate, pues de esta suerte
Tú consigues darme muerte,
Y yo lo agradeceré.
Pues logras de esta manera
Que á tu beldad peregrina
La idolatren por divina,
Y no la infamen por fiera.
Y es alivio á mi tristeza
Saber que, en lance tan fuerte,
Los que celebren mi muerte
Celebrarán tu belleza.
Y mis penas lastimosas
Harán, cuando más no puedan,
Que tu hermosura concedan
Hasta las más envidiosas.

Desconfianza de quien tiene experiencias de su poca dicha.

ROMANCE.

Adorado dueño mio,
¡Oh qué mal, Lisi, comienzo,
Adulándome con dichas
Que ni gozo ni merezco!
Y si áun para ser tu esclavo
Me faltan merecimientos,
Mira, mi bien, si conozco
Lo imposible de mi empeño.
Pero disculpa esta vez
Su rústico devaneo
A quien tu amor ha dejado
Desnudo de entendimiento;
Y escucha, si lo permiten
Tus esquiveces, mis ecos,
Que á luz salen de la oscura
Triste cárcel de mi pecho.
No respiran esperanzas,
Pues, aunque prendas de un necio,
Están ya desengañados
De la estrella de su dueño.
Bástalos que los admitas;
Que son tan humildes ellos,
Que con estar en tus manos,
Les sobra mucho de premio.
¡Infeliz de aquel que vive
En tan grande abatimiento,
Que le tienen envidioso
Sus papeles y conceptos!
Bien podeis estar gozosos,
Bien logrados pensamientos,
Pues llegais adonde yo
Ni áun con la esperanza llego.
Venturosos caractéres,
Cuyo bárbaro contexto
Me usurpa el premio que debe
Lisi al ánsia de que muero.
¿Quién no ha de tener envidia,
Que os viere pasar tan presto
Del infierno en que nacisteis
A la gloria en que os contemplo?
Ya en vosotros verifico
Aquel sabido proverbio:
Que deshace la fortuna
El partido del discreto.
Que no fuerais tan dichosos,
O tardárais más en serlo,
Si no anduvierais vestidos
De borrones y defectos.
¿Qué títulos colorados
Os honran, sino el sangriento
Humor que vierten mis ojos
En el llanto con que os riego?
Si noble orígen teneis
(Pues nacisteis de mi afecto),
Con vuestra humilde crianza
Perdisteis el privilegio;
Pues al punto que del alma
Dejasteis el noble centro,
Os dió vestido la oscura
Villanía de un tintero.
Pudiera vuestra ventura
Dar á mi esperanza aliento,
Si ella estuviera más viva,
Y yo fuera ménos cuerdo.
Mas ¿qué se yo si algun dia
(Que todo lo acaba el tiempo)
Podrá entrar mi voluntad
Por la puerta que mis versos?
No te desesperes, Fabio,
Pues por experiencia vemos
Que, áun cuando no la esperamos,
Muestra su piedad el cielo.

Celebridad y gozo de una solicitud bien admitida.

ROMANCE.

Dichoso puedes llamarte
De hoy adelante, amor mio,
Pues el fin de tus desdichas
Es de tus dichas principio.
Rendido idolatro á Lisi
Desde aquel instante mismo
En que la luz de sus ojos
Abrasó la de los mios.
Hidrópico de su llama,
Aun viendo mi precipicio,
Mi muerte ansioso buscaba
En cada abrasado giro.
Bien templára mis ardores
Tanto continuado esquivo
Desden, á nacer mi fuego
De deseos mal nacidos;
Mas siendo mi amor tan noble,
Se liquidaba más fino,
Cuantas más pruebas sufria
Del crisol de sus desvíos.
Y cual suele en miés adulta
Chispa leve, á beneficio
Del viento que inspira suave,
Causar incendios activos,
Del mismo modo en mi pecho
Causaba doblados bríos
Al fuego que le abrasaba,
Tanto rigor repetido.
En mi amante corazon,
A pesar del prototipo,
Templo fabriqué á su imágen,
Obsequioso, aunque no digno.
Continuamente en sus aras
Ardian, por sacrificios,
Humildes exhalaciones
De los afectos más finos.
Plegarias eran continuas
Mil continuados martirios;
Mas cuanto por sí lograban,
Desmerecian por mios.
Guardas mis sentidos era.
Del ídolo peregrino,
Sirviéndole mis potencias
De religiosos ministros.
Mirad si en templo de amor
Serian fieles los oficios,
Cuando eran sus operarios
Mis potencias y sentidos.
Sorda la deidad al culto,
Con airado ceño altivo
Mis rendidas sumisiones
Castigaba por delitos.
Muchas veces mis querellas
No llegaban á su oido,
Y si alguna vez llegaban,
Era su despacho indigno;
Hasta que cauto advertí,
Despues de tantos suspiros,
Que suelen desconfiados
Ser hasta los cielos mismos.
Pruebas fueron de mi amor
Sus afectados desvíos,
Y exámen de mi firmeza
Sus rigores vengativos.
Ya Lisi mi amor estima,
Pues ya sus ojos me han dicho
Que nunca fué mal pagado
Amor que fué conocido.
De dos tiernos corazones
Uno solo el amor hizo,
Y dos finas voluntades
Una sola han producido.
Dichoso yo, que despues
De males tan repetidos,
Veo logrados mis deseos,
Y mi amor correspondido.

ENDECHAS Á UNA AUSENCIA.

Montes de Africa adustos,
Cuyas cumbres soberbias
O escalan ó sostienen
Las celestes esferas;
Sierras de Mauritania,
Cuya inculta aspereza
Sus fieras y sus hombres
De horror y susto pueblan;
Deshechos edificios,
Mal conservadas huellas
De la opulenta Velez,
Que sois ruinas apénas,
Si bien justo retrato
En que se representan
Mis dichas arruinadas
A golpes de la fuerza;
Ignominioso escollo,
Cuya estéril dureza
El llanto de infelices
Inútilmente riega;
Habitacion confusa,
Donde á un tiempo se hospedan
Delitos y desgracias,
Malicias é inocencias;
Mar proceloso y vago,
Que de mi bien me alejas,
Y transparente muro,
Me aprisionas y encierras;
Cuyas ondas mil veces
Mis lágrimas aumentan,
Ordinario ejercicio
Del infeliz que pena;
Pues todos sois testigos
De las sentidas quejas
Con que he solemnizado
Los males de esta ausencia,
Escuchad nuevamente,
Si ya no os son molestas,

Mis quejas lastimosas,
Por repetidas, necias.
Veréis con qué ternura,
Dando á mi llanto treguas,
Anfion de estos montes,
Muevo árboles y peñas;
Pues es el mal que siento
De tal naturaleza,
Que á lo más insensible
Obligará á que sienta.
Y tú, divina Lisi
Mia, aunque más se ofenda
La que de tí me aparta,
Adversa inicua estrella;
Aunque á mi cautiverio
Se doblen las cadenas,
Eslabonando hierros
Que mi honor oscurezcan,
Y aunque contra mi vida,
Que es ya la sola prenda
Que, porque no la estimo,
La fortuna me deja,
Esgrime los rigores
Con que, cuando se empeña
En arruinar alguno,
Formidable se ostenta.
Al extranjero pliego,
Cuando tus manos bellas
Le colmen de la dicha
Que á su dueño se niega,
Compadecida rompe
La cifra que le sella;
Que será á un desdichado
Sobrada recompensa.
Y al leer sus expresiones,
Oscuramente impresas
(Porque lágrimas borran
Lo que la pluma huella),
Con derretido llanto
Tus ojos humedezcan
Segunda vez ya entónces
Las venturosas letras;
Que bien merecen serlo,
Siquiera porque llevan
Estampada consigo
Mi gratitud eterna;
Y aquellos sentimientos
Que en el alma se engendran
De quien sólo en tí vive,
En tí sólo contempla.
Cuando los vendabales
En borrascas deshechas
Los mares africanos
Revuelven y apropellan,
Y las hinchadas olas,
Embistiendo en la tierra,
En líquidas escuadras
Las altas rocas trepan;
Si entre todas alguna
Parece más exenta,
A quien espumas rizas
Penacho hermoso peinan,
Inadvertidamente
Articula la lengua,
Del corazon movida:
«Mi Lisi es como aquélla.»
Cuando los pescadores
Con sus barcas ligeras
Ensayan, por recreo,
Marítimas palestras,
Y ya en graves naumaquias,
Ya en volantes carreras,
Las fuerzas de sus brazos
En sus remos estrenan,
La más veloz barquilla,
Que atras las otras deja,
Cuando con algazara
La victoria vocea,
Porque al propuesto coto
Se abalanza y acerca,
Coronados los palos
De grímpolas de seda,
Me excita el ver su triunfo
Mil expresiones tiernas,
Alusivas á tantos
Triunfos de tu belleza;
Y á que exclame me obliga,
Sin que censuras tema
De tantos que lo escuchan:
«Mi Lisi es como aquélla.»
Los convecinos montes,
Que en torno nos rodean,
Y del menor Atlante
Son porciones inmensas;
Sus cimas eminentes,
Que los cielos penetran,
De erguidas palmas cubren
Por gala ó por soberbia,
Entre las cuales siempre
Alguna más descuella
Y aparece á la vista
Más hermosa y derecha;
Cuya bella ventaja
Tus gracias me recuerda,
Y á que exclame me incita
«Mi Lisi es como aquélla.»
Cuando los nortes frios
El ambiente despejan,
Y el cielo desentoldan
De las pesadas nieblas,
Y en las costas de España
Se ven las cordilleras
Que eslabonan los montes
De Estepona y Marbella;
La alta sierra de Mijas,
Que entre todas campea,
Haciendo á la Nevada
Ventaja ó competencia,
Cuantas veces la miro,
Reproduce en mi idea
Tu belleza, exclamando:
«Mi Lisi es como aquélla.»
Los rebaños de Fócas,
Que Proteo apacienta,
Riquezas de Anfitrite,
Dote de sus Nereidas,
Cuando en el seco estío
Estos mares alegran,
Tejiendo á flor del agua
Mil danzas placenteras,
Y las inmobles rocas,
Al ver su ligereza,
O de asombro ó de envidia,
Aun más inmobles quedan;
La que á las otras hace
Ventaja manifiesta,
O quieta sobrenade,
O se dispare flecha,
Me mueve con su exceso
Mil amantes ternezas,
Como que dice el alma:
«Mi Lisi es como aquélla.»
Advierte, Lisi, cuánta
Debe ser la fineza
De quien en todas partes
Con tu imágen encuentra.
Pero ¿qué es necesario
Recurrir á quimeras,
Cuando en el alma vives,
Como señora de ella?

VERSOS DE ARTE MENOR.

Á FÍLIS.

¿Quién, sin merecerlas,
Logra grandes dichas,
Que no desconfie
De sus dichas mismas?
¿Quién del valimiento
Pisó la alta cima,
Que no le atribulen
Sustos de caidas?
¿Quién al mar se arroja
En débil barquilla,
Que de vendabales
No tema las iras?
¿Quién será tan necio,
Dulce Fílis mia,
Que esté confiado
Por gozarte fina?
Quien logra sin sustos
Glorias excesivas
Y que sobrepujan
Aun su fantasía,
Si cuerdo no teme
Llorarlas perdidas,
O á su amor agravia,
O no las estima;
Pues quietud tan torpe
A un hombre acredita
Por de rudo ingenio
U de alma mezquina.
Quien sobre sí vuelva,
Por vano que viva,
Hallará defectos
Que le desconfian.
Ni al papel más terso,
Ni al agua más limpia
Quebraduras faltan,
Faltan arenillas.
A las blancas perlas
De mayor cuantía
Averigua tachas
Quien las examina.
El aire más puro
Tal vez se matiza
De oscuros vapores,
Que la tierra envia.
Al sol oscurecen
Nieblas atrevidas,
Y á la luna asombran
Sus manchas sombrías.
Pues si estas verdades
Vemos repetidas
En cosas que más
El mundo autorizan,
¿Cómo ha de gozarte
Con quietud tranquila
Quien tantos borrones
Ofrece á tu vista?
No te cause espanto,
Gloria de mi vida,
Que dichas y sustos
En mí se compitan:
Pues más imposible
Creí yo algun dia
La union venturosa
Con que amor nos liga,
Viendo las ventajas
Que lleva infinitas
A mi sér humilde
Tu soberanía.
Perdona, bien mio,
Mis necias porfías,
Por ser de mi amor
Reverentes hijas;
Que ésta es la pension
De glorias crecidas,
Logradas á influjos
Sólo de la dicha:
Vivir con temor
Que pueda algun dia
Darlas por el pié
El poder ó envidia.

Quejas contra el continuado desden de una hermosura.

ROMANCE.

Por si de esta vez me acaba
El dolor que me atormenta,
Atiende, mi bien, mis ánsias,
Ya que no las compadezcas.

Temeroso las traslado
Al papel desde la lengua;
Que pienso que han de ofenderte,
Por mias, si no por quejas.
Aunque si ellas te ofendieren,
Con despreciarlas te vengas,
Y será el mayor castigo
Que tú las des y yo sienta.
Repara bien, dueño mio,
De mi pasion la fineza,
Pues te inspiro la venganza
Cuando áun no pienso en la ofensa.
¿Quién creyera, Lisi mia,
Que despues de tus promesas,
Me hubieras de dar lugar
A requerirte con ellas?
¿Así las seguridades
Y las palabras sustentas
Con que eternas prometias
Mis dichas y tu firmeza?
¿Quién fiar podrá en mujeres,
Pues tú, que su excepcion eras,
La fe prometida ultrajas,
Tus palabras atropellas?
A pesar del mundo todo,
Juramos los dos eternas,
Yo mi fineza y amor,
Y tú su correspondencia.
Milagro es de mi pasion,
Cuando das de humana señas,
Que te idolatre divina;
Mas ¡ay, que es mi pasion ciega!
Y asi, mi amor te disculpa,
Y aunque á mi pesar, confiesa
Que tú no estás obligada
A ser constante en tu mengua.
Si títulos me adornáran,
Si honores me ennoblecieran,
Fueran ménos disculpables
Tu mudanza y tu tibieza.
Pues no hay en la aldea toda,
Con ser tan grande la aldea,
Pastor que no esté quejoso
De ver lo mal que te empleas.
No ha sido tu condicion
La que tus afectos trueca;
Sola ha sido mi fortuna;
De ella sola tengo queja.
Al mar de amor no se entregue
El que infeliz se contempla;
Que provoca á la fortuna
Quien se arroja al mar sin ella.
Rosas fueron mis venturas,
Gocé su fragancia bella;
Pero al fin se deshojaron
Dentro de mis manos mesmas.
Mira ahora, Lisi mia,
Si eran vanas mis sospechas,
Y si eran mis sentimientos
De desconfianzas necias.
Males que han de atormentarme,
Aun distantes me amedrentan,
Porque me ha hecho en mis desdichas
Adivino la experiencia.
Vanos fueron mis cuidados
Y vanas mis diligencias;
Que no bastan precauciones
A contrarestar estrellas.

ROMANCE.

Ya, Lisi, ha llegado el tiempo
En que es preciso quejarme,
Y que escalen del silencio
Mis sentimientos la cárcel.
No espero yo que mis quejas
En tu duro pecho labren,
Porque á un corazon de acero
No hay suspiros que le ablanden.
Quéjome por desahogo
Del voraz incendio que arde
En mi pecho, á cuya llama
Mi vida es pavesa fácil.
Escucha esta vez siquiera,
Si te lo permite el grande
Anhelo con que apresuras
El dejarnos y ausentarte,
Y ya que tus gustos llevas
A los sotos y á los valles,
Lleva tambien las memorias
De mis penas y pesares.
Desde que vi tu hermosura
Te dí culto y vasallaje,
Porque no hubo diferencia
Entre el verte y adorarte.
A lo más noble del pecho
Hice templo de tu imágen,
Recompensando lo fino
La humildad del homenaje.
Desde entónces he vivido,
Bien á costa de mis ayes,
Sacrificado al martirio
De disimular y amarte.
Pena es ésta tan tirana,
Que á el infeliz que la pase,
Ni áun los más altos favores
Son á compensarla parte.
Es verdad que algunas veces
Me sucedió despeñarme
A los torpes desenfados
De diversiones vulgares,
Y como el ciego que á impulso
De algun alevoso infame
Mide incauto el precipicio,
Sin conocer su desastre,
Así yo, ciego y confuso
Con tus luces celestiales,
No era mucho que anduviese
En despeños cada instante;
Mas como dentro vivias
De mi corazon amante,
No halló otra pasion lugar
Por donde al alma pasase.
Con esta especie de amor
He vivido tan constante,
Que no han podido los dias
Disuadirme ni apartarme;
Y aunque es cierto que no encuen-
Para una empresa tan grande, [tro
Ni méritos que me alienten,
Ni ventura que la allanen,
Y aunque á cada paso toco
Estorbos insuperables,
No es mi espíritu de aquellos
Que aterran dificultades.
Muchas veces con la envidia
He lidiado; pero es fácil
Vencer á los que pelean
Con solo incivilidades;
Hombres que se califican
Indignos, si no incapaces
De albergar en su vil pecho
La noble pasion de amarte.
Tu altivez y mi humildad
Tampoco han sido bastantes
Para divertir mi empeño,
Ni para desengañarme.
Al cielo deber quisiera,
Tan sólo por agradarte,
Las gracias de tu belleza,
Las perfecciones de un ángel;
De otro modo, ya conozco
El éxito lamentable
De mis tristes pensamientos,
Castigados por audaces.
Pero entre tantas desdichas
Hallo alivio al acordarme
Que las deidades tambien
Suelen tal vez humanarse.
La diosa de la hermosura
Amó á Anquíses, cuyo enlace
Dió á Enéas el noble timbre
De descender de deidades.
Mas ¡oh qué en vano me alientan
Ejemplos irregulares,
Pues no hay razones que valgan
Cuando la dicha no vale!

ROMANCE.

No os atropelleis, traidoras,
Mortales desconfianzas,
Pues para acabar conmigo
Ménos diligencia basta.
Si el humillar á un rendido
Teneis por heroica hazaña,
Bien puede ser que lo sea,
Pero más parece infamia.
Si ejercierais los rigores
Contra locas arrogancias,
Siempre fuera tiranía,
Pero fuera disculpada.
Pastores tiene la aldea
Llenos de soberbia tanta,
Que parece desafian
La fortuna cara á cara.
En éstos cebar pudierais
Vuestra condicion tirana,
Y perdonar á abatidos
Zagales de inferior laya;
Aunque, si bien considero
Vuestra terca pertinacia,
Tanto insistis en matarme,
Que parece que os lo pagan.
Asesinos sois, cobardes,
Que con astucias y mañas
Dormis de dia, y de noche
Redoblais las asechanzas.
Memorias tristes asustan
Mis dichosas esperanzas;
Que hasta mis proprias potencias
Se me han vuelto mis contrarias.
Si alguna vez salgo al soto,
Corrido al ver tanta gala,
Vuelvo lleno de temores
Y vergüenza á mi cabaña.
Pastores me atemorizan,
Cuya presuncion villana
Hace la guerra á los pobres
Con esplendidez bastarda.
Entre brillantes pellicos
Disimulan ó disfrazan
Las torpes aborrecibles
Cualidades de sus almas.
Ostenten ellos grandezas;
Que á mí, bien mio, me basta,
Para exceder sus aplausos,
La posesion de tus gracias.

A LA AUSENCIA DE LISI.

ROMANCE.

Bella pastora del Tajo
Cuya gala y gentileza
Dan más merito á sus ondas
Que el oro de sus arenas;
Flora de esos horizontes,
Que á influjos de tu presencia
En cada flor reproduces
Repetidas primaveras;
Pálos de esos verdes sotos,
A cuya rara belleza
Todo corazon es templo,
Toda libertad ofrenda.
Supuesto que de estos campos
Tiranamente te ausentas,
Donde llevas nuestras almas,
Lleva tambien nuestras quejas,
Si entre tantos mayorales
Como á tu deidad obsequian,
Tiene un humilde zagal,
Si no aceptacion, licencia.
De un corazon todo tuyo

Escucha expresiones tiernas,
Y ya que no compasiva,
Muéstrate esta vez atenta.
Dejástenos... Ya se explican
Bastante las ánsias nuestras,
Pues solamente en dejarnos,
Todos los males nos dejas.
Lutos viste Manzanares,
Y no se halla en sus riberas
Pastor que no se lamente,
Zagal que no gima endechas.
Por el pastoril avío
Que nos honraba las fiestas,
Sólo vestimos gabanes
Cortados de pieles negras.
No hay más música en los sotos
Que canciones lastimeras,
Quejas de tu tiranía,
Maldiciones á tu ausencia.
No se escucha en el contorno
Voz que lástima no sea,
Y hasta á el ganado parece
Que tiene el mal trascendencia.
Ya la inquietud bulliciosa
De las reses más traviesas
Es miserable balido,
Que adula al que las gobierna.
El recental más robusto
Enfermo pace la yerba,
Y más que el sangriento lobo,
Daña al hato su tristeza.
El can que en contínuas luchas
Hizo alarde de sus presas,
O yace enfermo en la grama,
O no hay hora en que no duerma.
Los gallardos rabadanes,
Ántes honor de estas vegas,
En la amarillez del rostro
Llevan de su mal las señas.
Y yo, á quien con razon
Tu ausencia infausta atormenta,
La acompaño con mis ánsias,
La sigo con mis querellas.
Escándalo de estos bosques
Y lástima de estas selvas
Son los términos mortales
A que mi furor me lleva.
Mis reses descarriadas
A porfía se despeñan,
Y han perdido la memoria
De las mas trilladas sendas.
Quizás, por lisonjearme,
Duelos entre sí fomentan;
Que el desatiento del dueño
Hasta á sus apriscos llega.
Para aplacar tus desvíos,
Oficiosas mis ovejas,
Y por ser víctimas tuyas,
Al sangriento hierro vuelan.
No hay quietud en los rediles,
Ni en nuestros cotos se encuentran
Más que rencillosas luchas
Y escandalosas contiendas.
Todo el campo perturbado
Por todas partes se ostenta,
Más que ominosos indicios
De los males que en él reinan.
Todo en contínuo desórden
Estará miéntras no vuelvas;
Vuelve, porque tantos daños
Se atajen con tu presencia.
Pero ¿para qué procuro
Engañar así mis penas,
Cuando han de volver contigo
Tus esquiveces primeras?

Satisfacciones á una calumnia.

ROMANCE.

Mal haya la infame lengua,
Hermoso dueño del alma,
Que á un mismo tiempo fomenta
Tus disgustos y mi infamia;
Mal haya el indigno pecho
En cuya envidiosa fragua
Dieron forja á tal mentira
Los celos ó mi desgracia;
Y mal haya mi fortuna,
Que me prodiga y recata
Las ocasiones de oirla
Y los medios de vengarla.
Parece que el mundo todo
En mi daño se declara,
Como que siente, bien mio,
Verte tan mal empleada.
Con ficciones y mentiras
Hacerme la guerra trata,
Por ser armas que él conoce
Que yo no sé manejarlas.
Sin apelar á invenciones,
La envidia en mí proprio hallára
Deméritos que me humillen
Y defectos que me abatan.
Y sin recurrir al torpe
Villano medio que abraza,
De indiciar de sospechosas
De mi fino amor las ánsias,
Quiera el cielo, Lisi mia,
Si acaso Fabio te agravia,
Que de tus hermosos ojos
Le falten las luces claras.
Las lágrimas con que riega
El terso papel que mancha,
En pena de su delito,
Le atosiguen la entrañas;
Estos ardientes suspiros,
Con que el ambiente se inflama,
Sirvan de hoguera en que el torpe
Vil corazon se deshaga.
En tus esquiveces, Lisi,
Te encuentre siempre obstinada,
Y oiga siempre de tu boca
Sólo ultrajes y amenazas.
El sol sus luces le niegue,
Su claro cristal el agua,
El aire puro su aliento,
Y la tierra su morada.
Vengativo hierro corte
Su fementida garganta,
Y en su mal nacido pecho
Se embote su misma espada.
Pero bien seguro vive,
Mi bien, de desdichas tantas,
Quien cifra sus glorias todas
En idolatrar tus gracias.
Inventen mis enemigos
Imposturas temerarias;
Que yo tengo en mi amor tierno
Mi inocencia acreditada.
Y entre tanto, dueño mio,
Desprecia aprensiones vanas,
Falsos partos de la envidia,
Producciones de la rabia;
Que primero al firmamento
Cubrirán del mar las aguas
Que un punto mi amor decline
Ni mi fe, Lisi, decaiga.
Y hasta despues de la muerte
Unidas nuestras dos almas,
Geroglíficos serán
Del amor y la constancia.

Consideraciones de un amante desconfiado.

ROMANCE.

¡Qué triste despierta el alba,
Qué funestas y qué graves
De las cumbres de los montes
Condensadas nubes nacen!
¡Qué poco alumbra la clara
Antorcha del cielo errante,
Impedido su esplendor
De nublos y oscuridades!
¡Qué mudas están las selvas
Y qué callados los valles,
Qué en silencio los poblados
Y cuán en quietud las aves!
Todo respira tristeza,
Todo en torpe sueño yace,
Todo es soledad y todo
Acompaña á mis pesares.
¡Qué mansas corren las fuentes,
Qué torpe susurra el aire!
No hay pastor que no sosiegue,
No hay despierto can que ladre.
Quieto el redil, no se escucha
Res que rumie ni que bale;
Duerme el recental, asido
Del tierno pezon que lame.
Sólo yo, en tanta quietud,
No sosiego ni me cabe
Más descanso que en suspiros
Deshacerme ó exhalarme.
¿Por qué, Amarilis divina,
Contra mí esgrimes crueldades,
Sabiendo que acá en mi pecho
Tiene adoracion tu imágen?
¿Qué motivo darte pudo
Mi fe para que la trates
Con desprecios y rigores,
Con desdenes y desaires?
No por ser deidad, presumas
De cruel y de fiera; que ántes
Es la piedad atributo
De las supremas deidades.
No dices que me aborreces,
Porque eres cauta; pero haces
Lo que no quisiera hicieses,
Sólo por desagradarme.
Tu misma boca me ha dicho
Que primero que olvidases
Mi fineza te darian
Muerte tus mismos pesares.
En mis manos muchas veces
Ser mia siempre juraste.
¿Cómo tu palabra ultrajas,
Sacrílegamente fácil?
Yo no creo me aborrezcas;
Que están mis fidelidades
Satisfechas de no haber
Quien más que yo te idolatre.
Haber puede más dichoso
Alguno, y que por mi ultraje,
Yo sea el primero en quererte,
Y él lo sea en agradarte.
Más ricos, más poderosos,
Más augustos y más grandes
Podrá haber, pero no habrá
Quien sepa más estimarte.
Yo soy un pastor humilde,
Tan sólo rico de males;
Mas tengo un ánimo noble
Y un amor inestimable.
No creo de tí mudanzas
Ni otras traiciones infames;
Que eres noble, y si me agravias,
A tí misma agravios haces.
Pero aunque tú me aborrezcas,
Me olvides y me maltrates,
Jamas en mí encontrarás
Más que una pasion constante;
Y lo poco que viviere
Desde el punto que me aparte
De tí, será suspirando
Por tormentos que me acaben;
Adorando tu hermosura,
Idolatrando tu imágen;
Que éste es en pechos honrados
El modo de despicarse.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

DON JOSÉ CADALSO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

Quien examine con crítica é imparcialidad la historia literaria de nuestra nacion durante el período que corrió desde el reinado de Felipe III hasta mediado el siglo XVIII, verá envueltos en la ruina del imperio español los conocimientos científicos, el buen gusto en la literatura y poesía, y la elegancia de la hermosa lengua castellana, que en los tiempos anteriores habia elevado la nacion al mayor grado de gloria y prosperidad. Ni podrá verse sin dolor y asombro tan lastimosa y precipitada decadencia, ni dejar de mirar con cierto linaje de gratitud y respeto el celo ilustrado y la constante laboriosidad de los sabios que procuraron restaurar los buenos estudios, combatiendo errores y preocupaciones ya muy arraigadas y envejecidas.

Despues de don Ignacio de Luzan, que con su *Poética* señaló el camino, y con sus obras propias dió un ejemplo del buen gusto en nuestra poesía, pocos han tenido mayor influjo en tan feliz revolucion como DON JOSÉ CADALSO. Si en los *Eruditos á la violeta* ridiculizó con graciosa ironía la hipocresía literaria de aquellos hombres presuntuosos y charlatanes que pretenden alucinar con una erudicion universal, tan superficial y vana como dañosa al progreso de las ciencias; si en las *Cartas marruecas* censuró con suma discrecion los vicios de nuestra literatura, de nuestra descuidada educacion y de nuestras desarregladas y perniciosas costumbres; si en otros escritos lució siempre el ingenio, la gracia y la delicada ironía para corregir las preocupaciones dominantes en su tiempo, en sus poesías se vió renacer el gusto anacreóntico de Villegas, la ternura de Garcilaso, la sublimidad de Herrera y la agudeza satírica de Quevedo y de Góngora.

A dotes tan singulares unió CADALSO un carácter franco y afable, un genio festivo y ameno, y un conocimiento singular de los principales idiomas vivos de las naciones cultas; y esto contribuyó á extender y estrechar sus relaciones de amistad y correspondencia con los más floridos ingenios de su edad, dirigiéndolos por los buenos principios al templo de la gloria, sin aquellas rivalidades y enconos que, por desgracia, suelen ser tan comunes entre los literatos. Justo será, pues, que procuremos honrar la memoria de este célebre escritor con algunas noticias de su vida, ilustrando de este modo un período muy principal de nuestra historia literaria.

Nació DON JOSÉ CADALSO en la ciudad de Cádiz, á 8 de Octubre de 1741, y fué bautizado el mártes 10 del mismo mes, en la catedral de aquella ciudad. Era originario de una familia antigua y solariega de Vizcaya, y por eso él mismo, en algunas partes de sus poesías, llama á este país su patria (1). Sus padres, don José de Cadalso y doña Josefa Vazquez de Andrade, despues de haberle dado una educacion doméstica muy esmerada bajo la direccion de los jesuitas, le enviaron á París, donde estudió con mucho aprovechamiento las humanidades, las ciencias exactas y naturales, y las lenguas latina, francesa, inglesa, alemana, italiana y portuguesa; en cuyos conocimientos se perfeccionó durante los viajes que emprendió seguidamente por Inglaterra, Francia, Alemania, Roma, Nápoles y Portugal.

Volvió á España á la edad de veinte años, cuando se habia declarado la guerra con Portugal; y habiendo tomado en Diciembre de 1761 el hábito de la órden militar de Santiago en la iglesia de clérigos agonizantes de la calle de Fuencarral de Madrid, entró á servir de cadete, en 4 de Agosto de 1762, en el regimiento de caballería de Borbon, que ya estaba en campaña. En ella

(1) Al fiero de Cantabria, patria mia.
(*Tercetos á la Fortuna.*)

hizo importantes servicios, hallándose en el destacamento de Villa-Bella cuando los enemigos pasaron el Tajo, y en el sitio y rendicion de Almeida. Es notable la ocurrencia que tuvo estando de centinela en una gran guardia, situada á la orilla de un rio. Hablando con mucha propiedad en inglés con un oficial de esta nacion, logró persuadirle era paisano suyo, y con este conocimiento pudo adquirir noticias importantes y prestar particulares servicios al general en jefe del ejército, Conde de Aranda, que le nombró edecan suyo y le manifestó desde entónces el mayor aprecio.

En 22 de Junio de 1764 recibió, en premio de estos servicios, el grado de capitan en el mismo regimiento de Borbon; en 15 de Setiembre de 1772 se le nombró capitan efectivo, sargento mayor en 11 de Enero de 1776, y comandante de escuadron en 21 de Abril de 1777.

Siguiendo á su regimiento, fué á Zaragoza, en donde, segun él mismo refiere, empezó á aficionarse á la poesía (1). Trasladado desde allí á Madrid, estuvo en 1767 en Alcalá de Henares, donde conoció al señor don Gaspar de Jovellanos, todavía muy jóven, recien llegado de Astúrias al colegio mayor de San Ildefonso. A su ejemplo, y acaso con sus consejos, Jovellanos cultivó despues la poesía con mucho esplendor, segun lo declara él mismo en una epístola en que describe á *Mireo* (el religioso de san Agustin fray Miguel de Miras) los sucesos de su vida (2).

Por estos años estuvo Cadalso embarcado, con tropas á sus órdenes, en la escuadrilla de jabeques que mandaba don Juan de Araoz en las aguas de Gibraltar. Tambien estuvo Cadalso en Salamanca desde 1771 hasta principios de 1774, donde mereció la mayor estimacion de los sabios y literatos de aquella célebre universidad, contribuyendo particularmente, con su natural afabilidad, á que los jóvenes que se distinguian por su talento y favorables disposiciones recibiesen aquella instruccion y delicado gusto que tanto habia de influir despues en la mejora de los estudios y en el restablecimiento de nuestra literatura y poesía. Así sucedió con don Juan Melendez Valdés. Cadalso encontró en este jóven prendas bastantes para presagiar que podia ser uno de los más insignes poetas de nuestro Parnaso. Tratóle con amistad, y llegó á amarle con tal ternura, que se lo llevó á vivir en su compañía, instruyéndole, no sólo con los buenos libros de la literatura extranjera, sino indicándole los excelentes modelos que debia seguir é imitar en sus composiciones poéticas. El mismo Melendez confesaba sinceramente cuanto debia á la compañía, trato y ejemplos de Cadalso, sin los cuales acaso hubiera seguido el mal gusto de otros copleros y versificadores despreciables (3).

Los que sepan apreciar el alto mérito de Melendez, y conozcan que ha fijado en la poesía castellana una nueva época, por el fondo de doctrina, por el carácter ameno y agradable, por los principios y estudio de la naturaleza, y cuánto influyó en los poetas de aquella edad, podrán calificar lo mucho que se debe á Cadalso en esta ventajosa reforma, y la justicia con que alababa á su jóven discípulo. Por estos mismos años mantenia con don Tomas de Iriarte, que le dedicó su traduccion del *Arte poética* de Horacio, una correspondencia epistolar en verso, como se infiere de las cartas que éste le escribió en 1774, 1776 y 1777, y se hallan publicadas en la coleccion de sus obras (4). Con igual franqueza y amistad trataba á don Vicente García de la Huerta, á don Nicolas Fernandez de Moratin, al maestro fray Diego Gonzalez, al Marqués del Mérito, á don José Iglesias, todos insignes poetas de su tiempo, celebrando sus obras, y estimulándolos siempre á cultivar la buena poesía y la pureza y hermosura del idioma. La primera obra que publicó fué la tragedia original, intitulada *Don Sancho García, conde de Castilla*, impresa en 1771 con el seudónimo de *Juan del Valle*, y reimpresa ya con el verdadero nombre del autor en 1784. Esta tragedia se representó en el mismo año de 1771, y de ella hizo entónces honorífica mencion el señor

(1) Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso,
Y, como en sueños, ví que me llamaban
Desde la sacra cumbre y me alentaban
Ovidio y Tasso. . . . . .

(2) Véase en el tomo XLVI de esta Biblioteca, página 6.

(3) «Si las musas salmantinas no tuvieran una justa vergüenza de parecer ante las hispalenses, yo osaria remitir á usía algunas composiciones ménos imperfectas que las que producia este desapacible terreno ántes de la venida de *Dalmiro* (Cadalso). Este ingenio, á todas luces grande, me animó á la poesía, y á él debo el tal cual gusto que tengo en ella.»—(*Carta autógrafa de Melendez Valdés.*—Salamanca, 30 de Marzo de 1776.—Es la primera que escribió á Jovellanos, sin conocerle personalmente y movido únicamente por las alabanzas que tributaba á este hombre insigne fray Diego Gonzalez, amigo íntimo de Melendez. Tenía éste á la sazon veinte y dos años.) (*Nota del Colector.*)

(4) Epístolas I, II, V y XI.

don Pedro Napoli Signorelli en su *Historia crítica del teatro* (1), diciendo que el argumento es trágico, que está tratado con juicio y buen estilo, y bien expresada la pasion de la Condesa, si bien nota y le desagrada la perpétua consonancia de los versos pareados, y el estar poco preparada la violenta propuesta del moro, que pretende de una madre, como prueba de su amor, la muerte de su hijo. Esta tragedia, que (segun Signorelli) es digna de alabanza en su conjunto, no debió ser objeto de la sátira de los copleros, y los cómicos no debian haber dejado de representarla. El mismo escritor nos da noticia de otra tragedia, inédita, de Cadalso, intitulada *Numancia*, que era muy aplaudida de los pocos que la habian leido (2). Este juicio sin duda recibirá algunas modificaciones en el tiempo presente, en que, apreciando el mérito de Cadalso como uno de los restauradores del teatro en esta difícil y sublime composicion, se han visto otros dramas del mismo argumento con mejor desempeño y mayor aceptacion. En el *Sancho García* de Cadalso se ha celebrado, entre otras, la pintura de las obligaciones de la grandeza, puesta en boca de don Gonzalo en la escena II del acto IV (3).

Al año siguiente de 1772 publicó los *Eruditos á la violeta*, sátira ingeniosa contra los que con cortos estudios y superficial doctrina aparentan saberlo todo; vicio que halló muy propagado en España, y que conoció era una de las causas de que progresasen tan poco entre nosotros los conocimientos útiles, que tanto adelantaban en las naciones extranjeras. Publicó esta obra con el nombre de don José Vazquez, y la aceptacion con que fué recibida del público ilustrado le estimuló á dar á luz en el mismo año el *Suplemento*, en el cual insertó várias traducciones de los poetas latinos, franceses é ingleses que habia citado en la leccion de poética de sus *Eruditos*, entre ellas la de la famosa relacion de la *Fedra*, de Racine, y la del *Funus Passeris*, de Catulo. Entre las cartas de sus discípulos, todas llenas de instruccion saludable, de excelente doctrina, del más puro y ardiente patriotismo, resalta la de *un erudito viajante á la violeta á su catedrático*, porque conocia bien Cadalso que de los viajes hechos por jóvenes superficiales, que no conocen todavía su país nativo, se introducen en él todos los vicios de fuera, y se propagan y autorizan las preocupaciones contra la propia nacion. En las *Cartas marruecas*, que dejó inéditas, y se han impreso despues tantas veces, campean el mismo amor patrio y los deseos eficaces de purificar á su nacion de aquellos vicios y preocupaciones que con sobrada malignidad sirven de ocasion y apoyo á las invectivas de los extranjeros.

Bajo el mismo nombre de don José Vazquez publicó, en 1773, sus poesías líricas, con el título de *Ocios de mi juventud*, agradecido á la aceptacion con que el público recibió las obras anteriores. Habia pensado publicar otros escritos sobre diversos ramos de literatura, y comenzó por la poesía, dando un modelo de ser en las materias amorosas modesto y afectuoso, sublime en lo heróico, y agudo y ameno en lo satírico, y presentando un dechado de la fluidez y armonía de la versificacion, y de toda la gala, la gracia y el colorido de la poesía, sin que para ello se valiese de las trasposiciones forzadas, ni del uso de palabras anticuadas, ni de aquel estilo cortado que obliga á veces á perder la fluidez y armonía; defectos, por desgracia, harto comunes en algunos de los que últimamente han enriquecido nuestro Parnaso. Ésta fué la última de las obras que vió publicadas durante su vida.

Entre tanto siguió los cuarteles y marchas de su regimiento, sin que las ocupaciones literarias le distrajesen de atender preferentemente al buen desempeño de sus obligaciones militares. Hallándose en el Montijo, el año de 1774, enseñó la táctica del célebre Inspector de caballería don Antonio Ricardos Carrillo, á quien debió siempre singular distincion y aprecio, especialmente despues que habiendo pasado revista al regimiento de Borbon en el Casar de Cáceres, lo encontró en el mejor estado de instruccion y de disciplina, bien provisto de armas y caballos, y con mucho órden y claridad en las cuentas de la caja. A este concepto de los jefes superiores correspondia el amor con que le miraban los subalternos y la tropa, que veian en él un padre, que sabía reunir la franqueza y dulzura de su buen trato al interes de corregir sus faltas, de mejorar sus costumbres y administrarles justicia. El mismo señor Ricardos (cuyo voto es de mucho peso en

(1) Conoció Cadalso á Signorelli en la célebre tertulia literaria de la antigua fonda de San Sebastian, adonde le presentó don Nicolas de Moratin, y en la cual leyó sus *Cartas marruecas*. (*Nota del Colector.*)

(2) *Storia critica di teatri ant. e mod.*, lib. III, capítulo VI.

(3) Sempere, *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Cárlos III*, tomo II, pág. 22.

el asunto) decia, á fines de 1776, en uno de sus informes, hablando de Cadalso: «Este oficial tiene valor sobresaliente, ilustrado talento, ha demostrado suma aplicacion en el desempeño de la sargentía mayor que obtiene, y remediada su conducta de las vivezas de mozo (1), se puede esperar mucha utilidad de su servicio.»

Así hubiera sido si los sucesos de su noble carrera no hubieran frustrado tan lisonjeras esperanzas. La guerra declarada á los ingleses en 1779 llevó á Cadalso con su regimiento al ejército que se formó para el bloqueo y sitio de Gibraltar. La nombradía y buen concepto de este sabio militar le captó la confianza y distincion del general en jefe, don Martin Álvarez de Sotomayor, despues conde de Colomera, quien le nombró desde luégo su edecan ó ayudante de campo, y recompensó su mérito proporcionándole, á fines de 1781, el grado de coronel; pero hallándose, por órden del mismo general, en una batería de cañones muy avanzada, llamada San Martin, frente á Gibraltar, en la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782, á las nueve y media se vió una granada, disparada de la batería enemiga denominada Ulises, que se dirigia al paraje donde se hallaba Cadalso. Advirtiéronle del riesgo que corria; pero despreciando el aviso con serenidad, y creyendo algunos que pasaba la granada por encima, un casco de ella, que le hirió de rechazo en la sien derecha, le llevó parte de la frente y acabó con su temprana vida. Su pérdida causó un sentimiento general en todo el ejército y en cuantos le conocian y trataban. El gobernador mismo de Gibraltar, que desde ántes de la guerra le apreciaba como su amigo, y muchos oficiales ingleses, que habian experimentado su buen trato, noble carácter y vária erudicion, hicieron un duelo muy honorífico en esta ocasion á la memoria de este digno militar español. Pocos sucesos desgraciados han lamentado las musas castellanas con versos más dulces y afectuosos. Don Juan Melendez Valdés (2), don José Vaca de Guzman, el maestro fray Diego Gonzalez, el Conde de Noroña (3), y cuantos eran favorecidos é inspirados de Apolo, entristecieron con acentos lúgubres nuestro Parnaso (4). Todos le reconocian por su maestro y por su modelo y amigo, y bajo estos títulos es difícil encontrar otro que, exento de emulaciones y rivalidades pueriles, haya sabido unir más á los grandes ingenios de su tiempo, dirigir sus pasos á la gloria de la nacion y á los progresos de la literatura, y abrir en España un nuevo campo á la poesía (5).

ADICION A LA NOTICIA BIOGRÁFICA DE CADALSO.

Sólo una tradicion confusa, y en el dia casi enteramente perdida, conservaba hasta ahora la memoria de la peregrina resolucion que tomó Cadalso de hacer desenterrar el cadáver de la interesante actriz Ignacia Ibañez, que llegó á inspirarle una pasion frenética. Aun más que acto de amorosa demencia, la exhumacion hubo de parecer en aquel tiempo criminal profanacion. Apénas bastó la influencia del Conde de Aranda para acallar el escándalo producido entónces. El tiempo y el silencio de los escritores han desvanecido la impresion y hasta la memoria del hecho. A él alude indudablemente Quintana en estas palabras: «Un lance funesto en los afectos juveniles de Cadalso le dió ocasion á exhalar su dolor en sus *Noches lúgubres.*» Quintana conocia las circunstancias del *lance funesto;* pero siguió la costumbre de ocultarlas por miramientos que hoy dia fueran intempestivos.

(1) Probablemente aludia aquí el Inspector á los ruidosos amores de Cadalso con la comedianta María Ignacia Ibañez. (*Nota del Colector.*)

(2) Sempere, en su *Biblioteca*, artículo *Melendez*, tomo IV, pág. 61, publicó algunas estrofas de esta cancion fúnebre.

(3) Elegía MS.

(4) Quintana escribe de Cadalso: «Él hizo revivir la anacreóntica, que estaba enterrada con Villegas siglo y medio habia.» En seguida aplaude algunas de sus odas eróticas, los bellos rasgos que se encuentran en su elegía *A la Fortuna*, y en general sus versos cortos.

El abate Marchena, á pesar de la intolerancia de su crítica, dice de Cadalso: «Este autor era indisputablemente hombre de talento.» (*Nota del Colector.*)

(5) Esta noticia, salvo algunas adiciones y modificaciones, que hemos juzgado indispensables, es la misma que se publicó en Madrid al frente de las obras de Cadalso (1803), escrita indudablemente por un contemporáneo del poeta. — La edicion de 1818 es más completa que la de 1803, y contiene todas las obras del autor. (*Idem.*)

Una feliz casualidad ha traido á nuestras manos la carta, que á continuacion publicamos, escrita, en 1791, por un amigo de CADALSO, la cual contiene explicaciones y pormenores curiosos. Esta carta fué copiada en Cádiz, el año 1824, por don Bartolomé José Gallardo. Tenemos á la vista la copia autógrafa de este eminente bibliógrafo. Su original existia entónces en la biblioteca del lectoral Triánes.

Don Leandro Fernandez de Moratin, en la *Vida* de su padre, da algunas noticias de las conexiones que existieron entre CADALSO y la mencionada actriz. Creemos oportuno reproducirlas aquí:

«Cultivaba por entónces don Nicolas Fernandez de Moratin la amistad del célebre CADALSO. Juntos frecuentaban la casa de María Ignacia Ibañez, sensible, modesta, hermosa, jóven actriz, á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y para honor de las que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apénas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la tragedia de *Sancho García* hasta que Moratin la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda*.

»Esta tragedia hubo menester toda la proteccion del Conde de Aranda para darla al teatro: tal era la oposicion que tenía la mayor parte de los cómicos á lo que llamaban *estilo frances*... Leyóse la tragedia en el vestuario del teatro del Príncipe. María Ignacia no opuso otra dificultad que la de creerse poco hábil para el desempeño de su papel. Vicente Merino, á quien llamaron *el Abogado*, galan de aquella compañía y amigo íntimo del poeta, repitió lo que habia dicho la divina *Filis*; los demas dijeron despropósitos, ó callaron entónces para murmurar despues.»

La *Hormesinda* fué representada en 1770. Al ver CADALSO el feliz éxito de la representacion, y los aplausos que recibia María Ignacia, ya no titubeó en dar al teatro su tragedia. «En el año siguiente de 1771 se representó el *Sancho García*, y don Nicolas Fernandez de Moratin celebró en elegantes versos el mérito del autor y el de la interesante actriz que desempeñó, ménos tímida con los aplausos de *Hormesinda*, el papel de la Condesa de Castilla.»

L. A. DE CUETO.

CARTA DE UN AMIGO DE CADALSO SOBRE LA EXHUMACION CLANDESTINA DEL CADÁVER DE LA ACTRIZ MARÍA IGNACIA IBAÑEZ.

Amigo mio: Su curiosidad de usted me ha puesto en la precision de indagar vidas ajenas, pues aunque tan amigo de nuestro CADALSO, jamas me confió semejante lance. Últimamente, con noticias de esta parte, presunciones de la otra, memorias de aquí, palabras de allá, y á costa de mucha impertinencia, he conseguido, atando inmensidad de cabos, poder informar á usted de toda la historia, para que, impuesto y hecho cargo del fundamento, pueda usted leer con más conocimiento y satisfaccion ese apreciable manuscrito, inimitable áun al mismo autor, como usted verá.

Concluidas las guerras de Portugal, benefició CADALSO una compañía de caballería en el regimiento de Borbon, á expensas de una crecida herencia, la que desechó, como su genio prometia. Marchó á Madrid por disposicion del excelentísimo señor Conde de Aranda. Entre los encantos de la córte, no fué otro capaz de arrebatarle sino el de la señorita Ibañez, cómica en aquel teatro. No le fué dificultoso el logro de su pretension, teniendo de su parte sus muchos talentos, y sobre todo, una buena prevencion de doblones, opositores á la verdad insufribles. Al fin consiguió su deseo, y con su deseo concluir su dinero, quedando reducido á harta estrechez. Es de advertir que en este tiempo á madama Ibañez la solicitaron el Conde de..... y otros de bastante suposicion; circunstancias para que el desplumado CADALSO parase su vuelo; pero no sucedió así, pues, contra el carácter voluble de su sexo, y á pesar del interes que predomina á las de esta clase, se revistió aquella heroína de un entusiasmo impropio de su estado, y singular en estos tiempos. Despreció los intereses y las interesantes ofertas de sus apasionados, manteniéndole una ejemplar constancia, y diciéndole que quien habia disipado con ella todos sus bienes, no merecia una recompensa cual él se maliciaba; que se desimpresionase de semejante error, y que se convenciese de que siempre sería suya. Tanto enamoró esta inesperable accion el corazon de CADALSO, tanto cautivó su voluntad, y tanto obcecó sus claras luces, que determinó casarse con ella, sin reflexionar las consecuencias de semejante absurdo. Pero ¿á qué no arrastrará una pasion, obligada de un proceder tan fino? Cuasi no pudieran apartarlo de estas locuras las persuasiones de don Juan de Iriarte y otros amigos, á no interponer su autoridad el señor Conde de Aranda. En esta crítica estacion, de resultas de un resfriado, cayó en cama la Ibañez, y su errada curacion ó complicacion de enfermedades motivaron que al tercer dia de cama espirase en los brazos de su amante. ¡Fuerte sentimiento para un pecho tan apasionado! (Ya da esta noticia en la *Primera noche.*) Le perturbó tanto este golpe, llegándole á embriagar de tal modo la reflexion, que casi terminó en demencia. Cierto que, en lo que cabe, admite disculpa su locura. La hermosura, gracia y buen proceder de la

Ibañez se unian á unos superiores talentos (pues parte de los *Ocios de mi juventud*, que intitula CADALSO, son escritos por ella) y á la fineza que le manifestó, esmerándose en manifestarla cuanto más abatido le veia, y áun ayudándole infinito. En mucho tiempo no salia CADALSO de la iglesia, sin moverse de la losa que cubria su memoria sino las horas que le precisaban los sacristanes á salir del templo. Su melancolía, poco alimento, miseria en que vivia á causa de sus muchos empeños, lo condujeron á unos términos deplorables, con indicios de seguir el mismo camino que madama, como deseaba. Últimamente paró su violento dolor en la extravagancia de desenterrar el cadáver; pasó al pié de la letra todo lo que describe en la *Primera noche*. En la *Segunda* diferencian bastante las noticias, pues aunque es evidente el lance de los asesinos y el reconocimiento de la justicia, no lo es la prision que supone en la cárcel. En esto están unánimes los votos, con bastante fundamento, pues su graduacion no permitia semejante tropelía. La *Tercera noche* de su capricho puso en ejecucion el irreflexionado intento, pero no llegó á efecto por la vigilancia de varios espías que con esta mira puso el Conde de Aranda, por los muchos indicios que tenía. Últimamente lo encontraron en la parroquia de San Sebastian de esta córte (teatro de esta tragedia); con el mayor sigilo, segun las instrucciones que tenian, lo sacaron, como tambien al sepulturero, de quien sólo he sabido que paró en un presidio, y que tanto á él como á su familia socorria CADALSO en todo lo necesario. Despues de unas sábias y bien fundadas reconvenciones, lo desterró el señor Conde de la córte (1), y recientes estos lances, compuso el papel que con tanto motivo usted aprecia. Un amigo de mi regimiento le estorbó que siguiese su composicion, advirtiendo que tenía su memoria fija en aquel irremediable sentimiento, y que su salud en nada mejoraba; lo consiguió, y disipada la melancolía, quiso concluir, á instancia de varios amigos, su obra empezada; pero le fué imposible seguir el mismo estilo, confesando que aquella obra era sólo hija de su sentimiento. Corren várias conclusiones de la *Primera noche*, pero todas diferencian del primer sentido. Ha de advertir usted que *Virtelio* era su barbero; en las poesías, *Dalmiro* es don Juan de Iriarte; muchos de los versos conocerá usted, por el asunto, se hicieron á la vida y muerte de la Ibañez.

Hasta aqui he conseguido indagar. Me parece haber llenado mi encargo, y así solicito la recompensa de usted, que será proporcionándome ocasiones de servirle, y no dudando de la verdadera amistad de su amigo y seguro servidor.—M. A.ª —Ag.º (*sic*) D.ⁿ Ca...

(1) El Juez de la *Noche tercera* es el Conde de Aranda. (*Nota del Colector.*)

POESÍAS.

REFIERE EL AUTOR LOS MOTIVOS QUE TUVO PARA APLICARSE Á LA POESÍA, Y LA CALIDAD DE LOS ASUNTOS QUE TRATARÁ EN SUS VERSOS.

Caro lector, cualquiera que tú seas,
Que estos mis ocios juveniles veas,
No pienses encontrar en su lectura
La majestad, la fuerza y la dulzura
Que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo:
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.
Sé que el mortal á quien benigno el hado
La morada de Pindo ha destinado,
Halla en su cuna la sagrada rama
Con que se sube al templo de la fama.
Tanta dicha á los cielos no he debido,
Bajo tan fausto signo no he nacido.
En falsas córtes y en malicia fiera
De mi vida pasé la primavera;
Jamas compuse versos hasta el dia
Que me dejó la estrella más impía
A mi pena y rigor abandonado,
Objeto débil del rigor del hado,
Y con amor y ausencia, mal más fuerte
Que cuantos he nombrado y que la muerte.
Entónces, por remedio á mi tristeza,
De Ovidio y Garcilaso la terneza
Leí mil veces, y otros tantos gozos
Templaron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato,
Que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
Sentado al pié de un álamo frondoso,
En la orilla feliz del Ebro undoso,
¡Cuántas horas pasé con los sentidos
En tan sabrosos metros embebidos!
¡Ay, cómo conocí que en su lectura
Derramaban los cielos más dulzura
Que en el divino néctar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelos convertia,
Y mis males yo mismo celebraba
Por la delicia que en su cura hallaba;
Así como se alienta el peregrino
Cuando encuentra con otro en el camino,
Y con gusto el piloto al mar se entrega
Si otro con él el mismo mar navega;
Como se alivia el llanto si un amigo
De nuestras desventuras es testigo;
Así los tristes versos que leia
Templaban mi fatal melancolía,
Hasta que en ellos me dispuso el cielo
De todo mi dolor total consuelo.
Así mi alma al Pindo, agradecida,
Cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso,
Y como en sueños, vi que me llamaban
Desde la sacra cumbre, y me alentaban,
Ovidio y Taso, á cuyo docto influjo
Mi númen estos versos me produjo:
Todos de risa son, gustos y amores.
No tocaré materias superiores;
De los supremos dioses y los reyes
La oscura voz y las secretas leyes;
Los arcanos, enigmas y misterios,
No digo con osados versos serios;
Antes con más sencillo y bajo tono
Celebro la cabaña y dejo el trono.

Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores;
Ya de un jardin que su fragancia envia
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro más furioso
Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva;
Ya canto de la abeja y su gobierno
Y el dulce tono del jilguero tierno.
No mido, con inútil osadía,
Cuánto anda el astro que preside al dia,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones.
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres,
Lleven al hombre al templo de la gloria,
Al toque de clarin de la victoria;
Pero jamas con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tiranos.
Y di, lector: ¿acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada,
O que, parado el sol, la tierra suelta,
Al rededor de Febo dé la vuelta;
Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navío, y que dispute si es posible
Hallarlos por el paso inaccesible
Hácia el norte de Asia no cursado,
O si es mejor el paso acostumbrado
Por donde los gigantes patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas,
Cuando surcan aquellas bravas olas?
No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea,
Ni ofenderé al pudor más recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Deje mi blando númen sus oidos.

DECLARA EL AUTOR SU AMOR Á FÍLIS.

No canto de Numancia y Sagunto
El alto nombre ni la envidiable gloria,
Que ninguna nacion tiene en su historia.
No elijo por asunto
El noble ardor del portugues famoso,
Que con el traje de infeliz villano
Puso freno afrentoso
Al grande orgullo del poder romano.
Ni de Pelayo canto las acciones
Con que domó las bárbaras naciones
A España conducidas,
Y en ella mantenidas
Por codicia africana,
Por venganza inhumana,
Y porque estaba España deliciosa
Sepultada en el lujo, desidiosa.
Ni tocaré con númen elevado
La prudencia, virtud, valor y saña
Del valiente extremeño
Que con glorioso empeño
Al terreno envidiado
Llevó las armas de la invicta España.
Ni canto á Cárlos Quinto, aquel guerrero
Que prendió de la Francia al Soberano,
Venció al frances y castigó al germano
Y al africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
Que en el mar de Lepanto,
Con grande estrago y susto,
Puso cadena al Turco, al orbe espanto.
Ni de Alvaro Bazan, de quien ingleses
Y turcos y franceses
Conservarán impresa la memoria,
Contando en cada accion una victoria.
Ni el brío más que humano
Del Cid Diaz, soberbio castellano,
Que con su lealtad, fuerza y prudencia,
Deteniendo la rueda á la fortuna,
Las armas de su rey puso en Valencia
Sobre la media luna.
Ni las hazañas y virtudes raras
De Córdobas, Navarros y Pescaras,
Carpios, Verdugos, Vargas, Mondragones,
Con la turba inmortal de otros varones.
Nobles abuelos nuestros, y soldados
En España nacidos,
En Italia y en Flándes conocidos
Y por el orbe entero respetados,
Sin que la envidia de la gente extraña
Pueda negar su gloria á nuestra España.
No fué á mi musa dado,
Con el horrendo són del bronce herido,
Cantar como sagrado
El guerrero rigor, grato al oido
Del que entre sangre, robo, rapto y furia,
A la infeliz humanidad injuria.
Mi lira canta la ternura sola;
Apolo me la dió, Vénus templóla,
Y áun ella preludió mi dulce acento,
Que al céfiro paraba por el viento,
A las aves sacaba de sus nidos,
Al hombre enajenaba sus sentidos;
A sus sonoras voces
Se amansaban los brutos más feroces,
Y las mismas deidades elevadas
Quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,
Familia docta del castalio coro;
Divinas nueve hermanas,
No os pido aquellas fuerzas soberanas
Con que Homero cantó del griego armado
Y del cielo en dos bandos separado,
Las iras y el rencor. Musas, no os pido
El númen escogido
Con que cantó Virgilio al pío Enéas,
Por entre incendios y horrorosas teas
Sacando padre, dioses, hijo, esposa
De Troya lastimosa;
Venciendo vientos, mares y enemigos
Hasta fundar á Roma.
Diverso vuelo toma
Mi pluma, que al amor he dedicado;
Porque en metro mezclado
De gusto y de tristeza
Celebro de mi Filis la belleza,
Y temiendo del hado los vaivenes,
Canto su amor y lloro sus desdenes.

FRUTO QUE DESEO SACAR DE MIS POESÍAS.

Horacio con sus versos aspiraba
De la inmortalidad á la alta cumbre;
En ellos fabricaba
Mansion para su nombre, y discurria
Que al tiempo venceria,
Y que la muchedumbre
De dias y de meses y de edades
De las posteridades
Sería, con su nombre comparada,
Lo que es la tierra, de hombres habitada,
Respecto de los astros que miramos
Y de los que ignoramos
En esa inmensa esfera.
Pero mi musa, ménos altanera,
Sin aspirar á que sus poesías
Sean doctos objetos
Allá en lejanos dias,
Cuando vivan los hijos de mis nietos,
Solamente desea
Que en estas hojas mi consuelo vea
En el mar de la suerte en que navego,
Cual pasajero ciego
Y tímido, ignorante
Del rumbo, de las costas y del viento,
Y del mudable y bárbaro elemento,
Temiendo á cada instante
Hallar segura muerte,

Sin que la aparte mi sollozo blando,
Y no como el piloto osado y fuerte,
Que á los cuatro elementos va burlando,
Porque las artes sabe
Del viento aleve y la ligera nave.

SOBRE SER LA POESÍA UN ESTUDIO FRÍVOLO, Y CONVENIRME APLICARME Á OTROS MÁS SÉRIOS.

Llegóse á mí con el semblante adusto,
Con estirada ceja y cuello erguido
(Capaz de dar un peligroso susto
Al tierno pecho del rapaz Cupido),
Un animal de los que llaman sabios,
Y de este modo abrió sus secos labios :
«No cantes más de amor. Desde este dia
Has de olvidar hasta su necio nombre;
Aplícate á la gran filosofía;
Sea tu libro el corazon del hombre.»
Fuése, dejando mi alma sorprendida
De la llegada, arenga y despedida.
¡Adios, Fílis, adios! No más amores,
No más requiebros, gustos y dulzuras,
No más decirte halagos, darte flores,
No más mezclar los celos con ternuras,
No más cantar por monte, selva ó prado
Tu dulce nombre al eco enamorado;
No más llevarte flores escogidas,
Ni de mis palomitas los hijuelos,
Ni leche de mis vacas más queridas,
Ni pedirte ni darte ya más celos,
Ni más jurarte mi constancia pura,
Por Vénus, por mi fe, por tu hermosura.
No más pedirte que tu blanca diestra
En mi sombrero ponga el fino lazo,
Que en sus colores tu firmeza muestra,
Que allí le colocó tu airoso brazo;
No más entre los dos un albedrío;
Tuyo mi corazon, el tuyo mio.
Filósofo he de ser, y tú, que oiste
Mis versos amorosos algun dia,
Oye sentencias con estilo triste
O lúgubres acentos, Fílis mia,
Y di si aquel que requebrarte sabe,
Sabe tambien hablar en tono grave.

Á LA FORTUNA.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del són del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina
Al aëreo templo de la diosa Fama,
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria, el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma débil de furor se llena;
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos más gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡Oh, cuántas veces se inflamó el deseo
En este pecho jóven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
¡Cuál crecia el incendio, qué imprudente
Propuse levantar al firmamento
Mi nombre del Ocaso hasta el Oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del jefe que las tropas disponia,
El ronco són del belico instrumento,
La clin del animal que Bétis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fiero de Cantabria, patria mia;
La pólvora, á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta,
Y de la horrenda guerra las acciones,
Parecíanme gloria, soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Sólo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solís la historia,
De Alejandro y Cortés aduladores.
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio y un monarca pío
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto vi la bélica fortuna
Del soberbio breton al lusitano
Dar contra España audacia no oportuna,
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises, y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte, por la dura España,
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con sus nombres complaciendo
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cozco y de Pavía,
De San Quintin, de Almansa y Camposanto,
De Roncesvalle y tanto crudo dia
Que en nuestros fastos con orgullo se halla
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas que la Lipe ordena
Huyesen de Lisboa á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena,
Para venir de Atocha al templo santo,
Que de himnos victoriosos siempre suena,
Y do ven las naciones con espanto
Banderas y estandartes y tambores,
Con nuestro gozo y con ajeno llanto;
Pero dias más gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores.
Y Cárlos, lastimado de los males
Que el mundo en tantos años padecia,
Le quiso repartir bienes iguales,
Y así como Neptuno volvió el dia
Quietud, y sol al triste mar turbado,
Por iras de la diosa que queria
Anonadar la gente á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra,
Así tambien al mundo, encarnizado
En una larga y horrorosa guerra,
Cárlos dió paz, y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado, colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano,
Con tono extraño y ademan forzudo,
Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala jóven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,
Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro cáos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
El marinero ya con la fiereza
Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo;
A los mortales la quietud ya viene,
Y la voz de los pueblos llega al cielo;
Con júbilos, con gozo y alegría,
El cielo esparce su bondad al suelo;
Y yo, sintiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia,

Vine á la córte, donde nueva vida
Nuevas lides ofrece y nueva pena,
Con colores de gustos bien fingida.
Allí arrastré la rígida cadena,
Tan dura, que áun despues de rescatado,
En mis oidos su ruido suena.
Sí, fortuna, yo vi (¡cuán espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido!),
Vi lo que nunca hubiera yo soñado,
Y por tus sacerdotes conducido,
Tus ritos vi, tus víctimas y templo,
Jóven audaz y nada apercibido.
Guióme de otros muchos el ejemplo,
Cuya vida juzgaba yo calmada,
Y ahora esclavitud triste contemplo.
Ya con rodilla ante el altar doblada,
Movió mi débil mano el incensario
Por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigo y del contrario
Mil veces vi con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.
En fin, vi con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad, y con pasiones
Del más horrible género mezclarse.
Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones
Tirana me pusiste, deseando
Llevarme más allá! ¡Cuántas me pones
Con rostro afable y con acento blando,
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ú ensalzando!
Lo sabes, y que yo sólo deseo
Huir de tí, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por más que me acaricies ó persigas.

Á UN HÉROE,

ADVIRTIENDO QUE APRECIE Á LOS POETAS, PORQUE ELLOS TRASMITEN Á LA POSTERIDAD LAS HAZAÑAS DE LOS HOMBRES GRANDES.

Los lauros que en la lid habeis ganado,
Á Marte no ofrezcais, agradecido;
Vuestro nombre y el triunfo conseguido
Quedará en pocos años sepultado
En el eterno olvido.
Mas si con esas victoriosas manos
Os despojais del ramo de la gloria,
Y á Febo dedicais vuestra victoria,
Las Musas á los siglos más lejanos
Llevarán la memoria.

PASATIEMPOS.

Sacó Fabio su libro de memorias,
En que todos los dias apuntaba
De su importante vida las acciones,
A la posteridad noticias gratas.
Leyó de la semana antecedente
La cuenta, que escribió con pluma exacta:
Lúnes me enamoré, mártes lo dije,
El miércoles me dieron esperanzas,
Juéves me amaron, viérnes fastidiéme,
El sábado dí celos, vi mudanzas,
El domingo inclinéme hácia otra parte...
¡Miren una semana bien gastada!

CARTA DE FLORINDA

Á SU PADRE EL CONDE DON JULIAN, DESPUES DE SU DESGRACIA.

Señor (pues ya no debe
Apellidarte padre aquesta triste,
A quien el astro aleve
Arrebató el honor que tú la diste),
Te envio con mi carta mi quebranto;
Mezcla tú mis renglones con tu llanto.
¡Ay! trémula mi mano
Borra los caractéres que escribia,
Porque el dolor tirano
Agita con temblor la pluma mia.
Mi mano, en infortunio tan deshecho,
Imita lo agitado de mi pecho.
Conozco por mi aliento,
Antes que aquesta carta ha de acabarse,
Tendrá nuevo tormento
Mi corazon en no poder vengarse;
Florinda morirá, sin que en Rodrigo
Vengues mi honor, castigues tu enemigo.
Cuando tan fuerte sea
Mi pecho, que á sus males no se rinda;
Cuando mi padre vea
Su honor entre desdoros de Florinda;
Muerto te quedarás, ¡oh padre amado!
Y nuestro honor marchito y no vengado.
Mas aunque no resista
Mi fuerza á la ignominia de expresarla,
Ni tu infelice vista
A la dura desdicha de mirarla,
A la posteridad estos renglones
Acaso servirán como lecciones.
Al jóven don Rodrigo
Hermosa parecí, llamóme hermosa.
¡Ay, sobrado te digo
En frase tan sencilla y azaroza!
Él era rey y jóven y era amante,
Y yo mujer, hermosa é ignorante.
¡Con qué tiernas miradas
Me declaró el amor que me tenía!
¡Qué voces, disfrazadas
Con estudiado estilo, proferia!
Sus ojos y su boca se ligaban
Contra mi corazon, y dél triunfaban.
Mi corazon, ajeno
De lo que amor se llama entre los necios,
Se tuvo tan sereno,
Que por halagos tiernos dió desprecios;
Pero de amor la inexplicable llama
A veces en el fuego más se inflama.
¡Qué fiestas no intentaba
Para lograr sus fines, suntuosas!
La córte se admiraba,
Ignorando las causas asombrosas;
Yo sola no ignoraba de esas fiestas
La causa y consecuencias; ¡qué funestas!
Mil veces al torneo
El mismo don Rodrigo se veia
Las alas del deseo
Mezclar con las del traje que vestia;
El traje, la divisa y la librea
Los fines me explicaban de su idea.
Mil otras se postraba
A su triste vasalla el Soberano,
Rendido me juraba
Pondria sus dominios en mi mano;
Alguna vez más bajo se abatia,
Diciendo que á mis piés todo pondria.
Las cargas del reinado,
Tan duras de llevar y tan precisas,
Dejaba, descuidado,
En manos ó malvadas ó indecisas;
¿Cuál podia mandar un reino entero
Quien era de otro reino prisionero?
Por fin, los maliciosos,
Á costa de desvelos y cuidados,
Supieron los dudosos
Motivos por él mismo declarados.
Comenzaron sus necios artificios
A preparar mayores precipicios.
Algunos, ignorando
Que el pecho femenino más entero
Suele rendirse blando
De la soberbia al tono lisonjero,
Quisieron deslumbrar el pecho mio
Con ideas de mando y poderío.
Decian que grandeza,
Palacio, España toda, el mundo entero
A mis piés su cabeza
Al punto rendiria con esmero,
Y que aceptase el lauro prodigioso
De ser reina del rey más poderoso.

A todos resistia
Tu hija, combatida de mil modos;
Solo se defendia
Mi honor, que se oponia contra todos;
Contra el amor, en artes abundante,
Solo el honor consigue ser triunfante.
Triunfé; pero Cupido,
Viéndose de mi triunfo avergonzado
Y viéndose vencido,
A todos los delitos arrestado,
A la astucia juntó y á la demencia,
Engaños, amenazas y violencia.
Un dia (¡con qué agüeros
Me lo predijo el cielo, con qué susto!),
Con aspectos severos,
Nublado el sol, no vió al rey injusto;
Un negro gavilan vi que seguia
A una tierna paloma, que le huia.
Yo vi que á una cordera
Un lobo devoraba ensangrentado;
Yo vi su saña fiera
Al pié de mi palacio desgraciado.
¡Necia de mí, que con agüeros tales,
No me temí los más atroces males!
En ese mismo dia
Rodrigo me llamó y así me dijo:
«Tu noble valentía
Venció, por fin, á mi fervor prolijo;
Admiro tu virtud y la venero,
Yo mismo envidio un pecho tan entero.
»Florinda, ya se acaba
De mi persecucion el necio empeño;
Aun mi alma se alaba
De humillarse á la fuerza de tu ceño;
Vive felice, sin temor ni susto;
Ya no aspiro á más gusto que tu gusto.»
Mis lágrimas siguieron,
Del gozo á la sorpresa de mi oido,
Como seguir se vieron
Al susto en otro tiempo conocido;
Y mi alma, con tan nuevas mutaciones,
Lloraba y aplaudia sus blasones.
Al fin, agradecida,
Á sus plantas postréme presurosa;
Juréle que en la vida
Olvidaria accion tan generosa
Y que la sangre toda de mi gente
Verteria en su obsequio reverente.
Iba mi entendimiento
Con lágrimas y voces á explicarse
En su agradecimiento,
Cuando mi corazon sentí turbarse,
Y con el nuevo gozo enajenada,
Caí entre sus brazos desmayada.
Mas ¡cielo! mi hermosura
Sin duda nuevo lustre en mi tristeza,
Y su osada locura
Nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza,
Y mi alma entre las sombras de la muerte
Dejó de ser, como en la vida, fuerte.
Volví del accidente,
¡Ojalá que á la vida no volviera!
Y Rodrigo, insolente,
Mirábame con complacencia fiera,
Diciendo: «¿Ves, Florinda, cómo el cielo
Favoreció mi ardor y mi desvelo?
»Lo que tú has resistido
Con tan ciego teson y tiranía,
El cielo ha permitido
En un instante; ya te he hecho mia.
Lo que ha empezado el cielo prosigamos
En dulce union el tiempo que vivamos.»
Al oirle y mirarme,
Rompí los nudos que su brazo hacia,
Y fiera al arrancarme
Cobré la voz, y al tiempo que él huia,
Dije: «¡Ay de tí, Rodrigo! tus maldades
Han de llorar las míseras edades.»
¡Qué necia! ¡Cuál sonaba
Mi voz por el palacio del delito!
¡Qué triste publicaba
El crímen de Rodrigo y mi conflicto!
«¡Venganza, sí, venganza!», repetia,
Y al cielo y á la tierra la pedia.
Viendo que tierra y cielo
Sordos estaban siempre á mis oidos,
Sólo pedí consuelo
A mis tristes potencias y sentidos;
¡Excesos son de la venganza insanos!
Quise matar al Rey con estas manos.
Pensé yo convidarle
Á mi jardin, con fácil fingimiento
Mi pecho presentarle,
Como cambiando en gusto su tormento;
Decirle que podia sin recelo
Contar con mi terneza su desvelo;
Y al tiempo que él, demente,
Con la amorosa llama deslumbrado,
Se llegase impaciente
Al pecho á quien creia conquistado,
Con un puñal lavar en su torpeza
La mancha derramada en mi flaqueza.
Mas sin duda los reyes
Son de tan superior naturaleza,
Que las humanas leyes
Humillan el rigor y fortaleza,
Y sólo puede castigar coronas
Quien maneja los astros y las zonas.
Ya me falta el aliento
Para la grave empresa meditada;
Un impulso violento
Me detiene la mano levantada,
Y en tan dudoso, obscuro y cruel abismo,
Vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.
Y al punto (¡quién creyera
Que faltára á Florinda valentía!)
Que lo emprendo, severa,
Tiembla, cobarde, aquesta diestra mia,
Y así á mi padre en mi desdicha apelo,
Por muerte, por honor y por consuelo.

EL PODER DEL ORO EN EL MUNDO.

DIÁLOGO ENTRE CUPIDO Y EL POETA.

Poeta. Tu imperio ya se acaba;
Guarda, niño, las flechas en la aljaba.
Cupido. Pues y los corazones
¿Cómo han de conquistarse?
Poeta. Con doblones.

Á LOS DIAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

CONDE DE RICLA.

Salid, ninfas del Ebro;
Á mis voces juntad vuestra armonía;
Cantad al que celebro
En su dichoso y deseado dia;
Salid, ninfas, cantando,
Y el eco suene con acento blando.
Una tropa ligera
De sátiros y faunos y silvanos
Impaciente os espera,
Venida de los montes más lejanos,
Para formar su danza,
Y lloran tristes ya vuestra tardanza.
Las aves lo supieron
(Sin duda de algun númen inspiradas),
Y más prontas unieron
Sus voces por los cielos concertadas,
Y con voz más sonora
Más presto despertaron á la aurora.
Apénas del Oriente
Abrió las puertas la rosada aurora,
Cuando el prado y la fuente
Vistió la mano de la diosa Flora,
Regando el verde suelo
Con el sonoro y líquido arroyuelo.
Pisad, ninfas del prado,
Con libre pié la rosa y azucena,
Y del pelo dorado
Caigan las perlas en la orilla amena,

Porque adorno más bello
A vuestra sien dará vuestro cabello.
¡ Egregio Villalpando !
Así cantaba yo con bajo acento
Y lira humilde, cuando
Sentí en mis venas un ardor violento,
Cual suele de repente
De Etna brotar un ígneo torrente,
Y así como se extiende
Por campo, valle, prado, selva y monte
La llama, y más se enciende,
Y parece abrasado el horizonte;
Así me sentí luégo
Todo encendido en un sagrado fuego.
No pisa más osada
La trípode, que anuncia lo futuro,
La Pítica inspirada,
A quien Febo abre el libro siempre oscuro,
Donde están estampados
Los divinos secretos de los hados;
Ni se le eriza el pelo,
Ni la voz se le turba en la garganta,
Ni mira osado al cielo,
Ni lleno ya de fuerza se levanta
Con el ardor y asombro
Que mi alma siente cuando yo te nombro,
Ni del vulgo profano
La turba ofrece reverente oido
Al tono más que humano,
Que el sacerdote pitio ha proferido,
Con más sagrado espanto
Que el mundo me oye si tu nombre canto.
Ya veo que del rio
Cuyo nombre ha tomado España entera,
Al fuerte acento mio,
Sale el anciano dios con faz severa
Y tridente en la mano,
Igual al de Neptuno soberano.
Ya aparta del cabello
Los juncos y las conchas y corales,
Y por el duro cuello
Lo esparce en largas trenzas desiguales
Con la nervuda diestra,
Y la ancha frente y sus arrugas muestra.
Con la siniestra aplica
Á su gran boca un caracol horrendo,
Que sus voces duplica,
Causando al eco un nunca oido estruendo;
Siete veces le toca,
Y siete tiembla la cercana roca.
Y mirándome adusto
(Sintiendo que un mortal alcance á tanto
Que conmueva á su gusto
Á las mismas deidades con su canto),
De envidia y rabia lleno,
Vuelve á sus ondas por su verde seno.
Detiene su corriente
El Ebro, y se sosiega la onda pura,
Y hácia el golfo de Oriente
Su curso, como suele, no apresura,
Y Neptuno, irritado,
Echa ménos el feudo acostumbrado.
Ya del tranquilo rio
Las ninfas y tritones van saliendo;
Éstos con grande brío
Las importunas olas van abriendo,
Porque salgan gustosas
Las ninfas en sus conchas primorosas.
Zagalas y pastores,
Que esperais en la orilla su llegada,
Decid si otras mayores
Bellezas vió jamas vuestra morada.
Decid, verdes orillas,
Si nunca visteis tales maravillas.
Apénas han salido
Del agua, cuando dan dulces acentos
Al eco suspendido,
Y su gozo se esparce por los vientos.
Decid, aves canoras,
Si nunca oisteis voces tan sonoras.
Ya la mansa corriente
Á la orilla feliz bien envidiada
Las lleva blandamente,
Y los tritones sienten su llegada,
Y sacando hácia fuera
Los brazos, cada cual la suya espera.
Uno, que más desea
La vuelta de su amada ninfa, dice:
«Vuelve, mi Galatea,
Vuelve al constante amor de este infelice;
Así la cipria diosa
Te haga cada dia más hermosa.»
Esto mismo repite
Cada cual á la suya con terneza,
Y sabroso convite
La prepara, en señal de su fineza,
De peces y de frutas
Que el rio cria dentro de sus grutas.
Pero ellas no se cuidan
De tanto anhelo y de dulzura tanta,
Viendo que las convidan
A herir el suelo con ligera planta
Pastores más hermosos
Y sátiros y faunos bulliciosos.
Témplanse los panderos
Y flautas y zampoñas pastoriles
Con los suaves jilgueros
Y zagales con voces juveniles,
Y con sus blancas manos
Tocan las ninfas sones más que humanos.
La más bella levanta
Al alto Olimpo tu eminente cuna,
Y con brío te canta
Superior al poder de la fortuna,
Y «viva Ricla, viva»,
Exclama el coro de la comitiva.
Otra su voz ofrece
Á lo benigno de tu noble pecho,
E igualarle parece
A los influjos del empíreo techo,
Y el coro junto exclama:
«Que Ricla viva con eterna fama.»
Otra dice que fuiste
Al reino últimamente del gran Cárlos;
Que á los indios pusiste
Bajo su amparo para rescatarlos,
Y el gran coro vocea:
«Viva el gran Ricla, venturoso sea.»
Otra ninfa te canta,
Venciendo con estrago á los germanos,
Y dice: «¡ Cuánto espanta
El hierro, si lo esgrimen esas manos !»
Y el coro, que lo ha oido,
Repite: «Viva quien triunfante ha sido.»
Otra dice: «Tu celo
Para las armas del hispano Marte,
La bóveda del cielo
Vuelve mayor su voz para alabarte.»
Y el coro escucha atento
Y dice: «Viva», con sonoro acento.
A cada ninfa hermosa
Que cantaba con celo tus loores,
La comitiva ansiosa
Ofrecia guirnaldas de mil flores,
Y ella se las quitaba,
Y en tu estatua de mármol las dejaba.
Y el tiempo, grave anciano,
Con hoz irresistible y destructora
Se aparece, y ufano
Mirando á la cuadrilla que te adora,
Dice: *Este será el solo*
A quien defienda de mi brazo Apolo.

TRADUCCION DE HORACIO.

Al constante varon de ánimo justo
Jamas imprime susto
El furor de la plebe amotinada,
Ni la cara indignada
Del injusto tirano,
Ni del supremo Júpiter la mano
Cuando irritado contra el mundo truena,
Ni cuando el norte suena;

Caudillo de borrascas y de vientos;
Si el orbe se acabára,
Mezclados entre sí los elementos,
El justo pereciera y no temblára.

DESDENES DE FÍLIS.

EGLOGA

ENTRE DALMIRO Y ORTELIO, PASTORES.

POETA.

Como la tortolilla en su retiro,
Con solitarios llantos y lamentos,
Triste se queja del rigor del hado,
Así en un bosque el infeliz Dalmiro
Sus quejas amorosas daba al viento,
De verse de su ninfa abandonado.
Léjos de su ganado,
De su cabaña ausente,
En su dolor demente,
De todos y de todas se ausentaba.
Lloraba y sus sollozos duplicaba;
Sólo la soledad apetecia,
Porque ella le imitaba
Con tanta natural melancolía.
¿Cuántas veces el sol, cuántas la luna
Sus concertados giros revolvian,
Y al pié del mismo tronco le encontraban?
El vecino arroyuelo y la laguna
Helarse y deshelarse se veian,
Y mudado á Dalmiro nunca hallaban.
Las aves que pasaban
Hallaban á Dalmiro
En el mismo retiro.
Las mismas voces, con el mismo acento,
Solia dar á la region del viento;
El eco de sus voces se cansaba,
Porque de su lamento
Lo mismo cada dia duplicaba.
Si alguno sin morir ha padecido
De celos y desdenes la aspereza,
Sabrá lo que Dalmiro padecia.
Ya estaba á tal estado reducido,
Que ni áun llorar podia su tristeza;
Falto de fuerza, estatua parecia;
Morirse se veia,
Y sin duda muriera,
Si algun dios no quisiera
Que en lo sereno de la noche clara
Con su rebaño Ortelio se acercára
Y conociera á su Dalmiro amado;
Pero no por la cara,
Que ésta se habia ya desfigurado.
Ortelio, por los aires conducido,
Al triste objeto que en los aires daba
Llegó, miró, y prorumpió en lamentos.
Por su antigua amistad enternecido,
Su pecho al de su amigo ya acercaba;
Ya le daba sabrosos alimentos,
Ya varios condimentos
De yerbas y de flores,
Por si con sus odores
Sacarle del letargo conseguia;
En vano con dulzura socorria
En sus brazos al triste moribundo;
Morir con él queria;
¡Ya no hay tales amigos en el mundo!
Dalmiro abrió los ojos lentamente
Y los fijó sobre su Ortelio amado,
Y al punto que le vió, sintió consuelo.
Esfuerzos hizo con su voz doliente
Para contar á Ortelio su cuidado,
Su llanto, su dolor, su desconsuelo,
Hasta que quiso el cielo
Que en tal amigo hallára
Consuelo que bastára,
Contándole con queja su quebranto.
En todo el mundo no hay consuelo tanto
Como contar á su leal amigo
El motivo del llanto,
Sin arte, sin respeto, sin testigo.
Este coloquio entre los dos pastores
Pasó; si lo oye alguna ninfa bella,
¡Cuál se envanecerá de su hermosura,
Al ver que al hombre matan los rigores
De la beldad más que los de la estrella,
Como prueba esta lúgubre aventura!
En la verde espesura
De este modo se hablaron
Y la historia trataron;
No se tenga por cuento fabuloso:
Es tan seguro como lastimoso.
Todo pastor de amores escarmiente
Lance tan horroroso,
Y escuche este coloquio atentamente.

ORTELIO.

¡Oh tierno amigo de este pecho mio!
¡Oh Dalmiro, el mejor de los pastores!
Dime la causa de tus graves males.
Te veo moribundo, yerto, frio
Y perdidos del rostro los colores,
Y tus ojos parados y mortales.
Alientos desiguales
Tu pecho da con pena;
La voz se te enajena.
¡Ay! sácame, te pido, del cuidado;
Si acaso mi amistad has olvidado,
Te pongo empeño superior ahora:
Dime lo que ha pasado;
Te lo pido por Fílis, tu pastora.

DALMIRO.

¡Ortelio, amado Ortelio! calla, calla;
Aumentas con nombrarla mi quebranto.
Si el verla me causó tanta alegría,
Este tiempo pasó; tan otra se halla,
Que si tú me la acuerdas, en el llanto
Verás el fin de aquesta vida mia.
¡En triste aciago dia
Miré yo su hermosura!
¡Oh cuánta desventura
Aquel funesto dia ha producido!
No sé cómo mi fuerza ha resistido.
¡Oh necia ceguedad de los mortales!
¡Cuántas veces ha sido
Un bien principio de increibles males!

ORTELIO.

¿Quién? ¿Fílis? ¿La que tanto me queria?
¿La que un amor sin fin te aseguraba
Delante de zagalas y pastores?
¿La que buscaba flores
Por el valle y el prado,
Y un ramo bien ligado
Con cinta del color de la firmeza
Te daba como prenda de fineza?
¿La que te permitia que llevase
Su falda tu cabeza,
Y la siesta de Agosto así pasase?

DALMIRO.

La misma, sí, la misma. ¿Quién creyera
Que la que fué tan buena se trocára
En exceso de fraude y tiranía?
Mas fácilmente imaginado hubiera
Que el céfiro borrascas abortára
Y la luna saliera por el dia.
Más fácil parecia
Vivir el tigre fiero
Con el manso cordero,
Salir los astros por el Occidente,
Volver un rio contra su corriente,
Dar los cipreses rosas olorosas
Y andar el inocente
Seguro por ciudades engañosas.
Lo que le parecia más posible
No ha sucedido al infeliz Dalmiro;
Lo que juzgué imposible me sucede.
Es céfiro como ántes apacible,
La luna por la noche da su giro,
Al tigre la cordera el puesto cede;
Ni el rio retrocede,

Ni ha mudado la aurora
Su antiguo curso y hora,
Ni del cipres se acaba la tristeza,
Ni en las ciudades fraude y sutileza.
El órden de las cosas no ha variado
En la naturaleza,
Y Fílis, sola Fílis, se ha mudado.

ORTELIO.

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho
Triunfaba ufano del rigor más fuerte
Que á veces te ofrecia tu pastora,
¿Ese valor acaso se ha deshecho,
Que tan triste y postrado llego á verte?
¿Para cuándo tu fuerza vencedora?
Alienta, pues, ahora,
Y suspende ese llanto;
No merecia tanto
La misma madre del rapaz Cupido;
La misma Vénus nunca ha merecido
El dominio de un alma generosa.
El mérito ha perdido
Por ser mujer, si le ganó por diosa.

DALMIRO.

Tienes razon... pero valor no tengo;
Ya muero, si, ya muero; ni un instante
Me queda de una vida tan cansada;
Si algun aliento... alguna voz mantengo,
Sólo es para pedirte que á mi amante,
Mal dije, que á mi ingrata, que á mi amada
Digas que está acabada
De Dalmiro la vida;
Que queda complacida;
Que muero, cual viví, suyo de véras.
Ya siento de mis ánsias las postreras.
Adios, Ortelio; ya me siento yerto
Entre congojas fieras.

POETA.

Esto dijo Dalmiro y quedó muerto.
Ortelio, del cadáver cuidadoso,
Una tumba erigió, como es debido,
Con ramas de cipreses enlazadas,
No de mirto, que á Vénus es gustoso,
Ni de hiedra, que es grata al dios Cupido,
Ni de otras yerbas al amor sagradas.
Dejólas coronadas
Con un corto letrero
(Y nada lisonjero,
Como otros epitafios que ha dictado
La adulacion); porque éste fué grabado
Para ejemplar de otros amores;
Yo le tengo copiado
Y así decia; escarmentad, pastores:

«Engañando está Dalmira
Al pastor que la enamora.»
Pero él responde: «Pastora,
¿Eso es verdad ó mentira?»

GLOSA.

Ella dice: «Dulce dueño,
Toda es tuya el alma mia;
En tí pienso todo el dia,
Contigo de noche sueño.
»Dime, pastor: ¿no te admira
La virtud de quien te adora?»
Pero él responde: «Pastora,
¿Eso es verdad ó mentira?»
Ella dice: «Si la suerte
Una corona me diera,
¡Cuán gozosa la perdiera,
Mi dueño, por no perderte!
»Tu pastora sólo aspira
Á que la ames cual te adora.»
Pero él responde: «Pastora,
¿Eso es verdad ó mentira?»

INJURIA EL POETA AL AMOR.

Amor, con flores ligas nuestros brazos;
Los mios te ofrecí lleno de penas,
Me echaste tus guirnaldas más amenas,
Secáronse las flores, vi los lazos,
Y vi que eran cadenas.
Nos guias por la senda placentera
Al templo del placer ciego y propicio;
Yo te seguí, mas viendo el artificio,
El peligro y tropel de tu carrera,
Vi que era un precipicio.
Con dulce copa, al parecer sagrada,
Al hombre brindas, de artificio lleno;
Bebí; quemóse con su ardor mi seno;
Con sed insana la dejé apurada
Y vi que era veneno.
Tu mar ofrece, con fingida calma,
Bonanza sin escollo ni contagio;
Yo me embarqué con tal falaz presagio,
Vi cada rumbo, que se ofrece al alma,
Y vi que era un naufragio.
El carro de tu madre, ingrata diosa,
Vi que tiraban aves inocentes;
Besáronlas mis labios imprudentes,
El pecho me rasgó la más hermosa
Y vi que eran serpientes.
Huye, amor, de mi pecho ya sereno,
Tus alas mueve á climas diferentes,
Lleva á los corazones imprudentes
Cadenas, precipicios y veneno,
Naufragios y serpientes.

RETRACTASE EL POETA DE LAS INJURIAS QUE DIJO AL AMOR, EN EL MISMO METRO.

Amor, yo te injurié, lleno de penas,
Cuando Fílis me hirió con sus rigores;
Pero ha vuelto á mi pecho sus favores,
Vuélveme á echar tus lazos ó cadenas,
Hechas de suaves flores.
El precipicio que pintó mi pena,
Su peligro y tropel me ofrece en vano.
Fílis me vuelve á amar, dame tu mano
Y llévame al placer; su senda amena
Es prado fresco y llano.
El vaso que arrojé cuando, afligido,
Su licor discurrí ser venenoso,
Vuelve á embriagar mi pecho ya gozoso;
Ya le vuelvo á gustar; ¡ay dios Cupido!
Es néctar delicioso.
Los vientos que en tu mar turban las aguas,
Y yo juzgué ser fieros septentriones,
Ya veo son ligeras mutaciones
O soplos con que enciendes más tus fraguas
Y nuestros corazones.
Las que llamó serpientes mi injusticia,
Y llevan la deidad de la hermosura,
Me han vuelto á deleitar con su blancura;
Palomas son sin hiel y sin malicia
Y llenas de ternura.
Vengan, amor, tu lazo y tu firmeza;
Llévame al templo, dame tu bebida,
Tu soplo aliente mi alma enternecida,
Y pon de las palomas la terneza
En mi Fílis querida.

A LA FORTUNA.

Fortuna, á quien el vulgo llama diosa
(Y tanto tu inconstancia lo desmiente),
Ni creas que tu ceño me amedrente,
Ni que por ver tu cara más gustosa
Inmute yo mi frente.
Con ella levantada te he mirado,
Despreciando tus males y tus bienes,
Y cuando de triunfar del orbe vienes,
Te venzo, y del laurel que tú has ganado
Corono yo mis sienes.

AL ESPEJO DE FÍLIS.

Cristal, como eres liso, puro y llano,
No sabes lo que importa el fingimiento;
A Fílis, enseñando su hermosura,
Igualaste lo altivo con lo bello.
Tan niña como Amor era mi Fílis,
Cuando te señaló por consejero,
Contigo consultando los designios
De encadenar á todo el universo;
Si entónces tú sus fuerzas la ocultáras
Mil daños evitáras á este pecho,
Primer cautivo que en él de ella tuvo
Encanto y cárcel con dorados hierros.
Pero tú claramente lo dijiste,
Que no igualaba el oro á sus cabellos,
Y que en ellos tenía mil tesoros
Para soborno del entendimiento;
Que no habia en el mundo tales dardos
Como los rayos de sus ojos negros.
Entró en campaña, y con tan fuertes armas
Miró y triunfó de todo el orbe entero.
De los ojos humildes y postrados
El lánguido bajar rendido y tierno,
Para templar las iras de un amante
Cuanto conviene para sus intentos;
El levantar los ojos enojados
Con aire majestuoso de desprecio,
Para enfrenar de algun osadò amante
En su pasion el atrevido afecto;
El inquieto volver con gozo ó susto
Los ojos por la tierra ó por el cielo,
Para encontrar errantes por el aire
Los de un amante fácil y ligero;
El pararlos tambien á un solo punto
Para fijar los de un amante inquieto,
Y las demas funciones de los ojos
Tú la enseñaste y todos padecemos.
Tu escuela la enseñó de las risitas,
Más ó ménos fingidas, los misterios,
Tapando con gracejo el abanico
Los dientes, que en la risa ya se vieron;
El asomar las lágrimas, si acaso
Han de causar algun terrible efecto,
Y el retirarlas cuando á la tristeza
Conviniese mezclar algun tormento;
Aquel llevar la mano á la cabeza,
Tomando flor ó cinta por pretexto,
Y siendo el enseñar la hermosa mano
El solo fin de tan sutil manejo.
Todos estos sabidos artificios,
Con muchos más, que para mí reservo,
Tú solo la enseñaste; mas no sabes
Cómo se vale de la fuerza de ellos.
¡Ay! no la digas más las perfecciones
Que en su hermosura deposita el cielo,
O pide á las deidades que de bronce
Pongan un corazon en este pecho.

FELICIO, NUEVO AMANTE DE FÍLIS.

¿Estás envanecido, oh nuevo amante,
De esta conquista que ántes era mia,
Pensando mantenerte eternamente?
Si discurres que tú la harás constante,
Te engaña tu infelice fantasía,
Como la mia me engañó inocente.
Un rápido corriente,
El más veloz venado,
El mar más encrespado
Es ménos imposible que detengas,
Que no que un solo punto te mantengas
En ese corazon, que me ha dejado,
Y es bien que te prevengas
A verte, cual me ves, abandonado.
Ni creas juramentos numerosos,
Por sus hermosos labios repetidos,
Y por sus bellos ojos confirmados;
En lances los más tiernos y amorosos
Los recibieron estos mis oidos,
Entre tan dulces voces encantados.
¡Ay! fueron quebrantados
Tan altos juramentos,
Y de los elementos
Ninguno me dejó de ser testigo.
Su falso pecho, pues fingió conmigo,
Has de temer, aunque insensato seas,
Que fingirá contigo,
Por más que entre fortunas hoy te veas.

TRADUCCION DE HORACIO.

Léjos, léjos de mí, vulgo profano;
Oidme, gentes, metros nunca oidos;
Que, como sacerdote de las Musas,
A las vírgenes canto y á los niños.
Los pueblos temen á sus sacros reyes,
Y los reyes tambien tiemblan, rendidos
Ante el excelso trono del gran Jove,
A cuyo ceño el cielo y el abismo
Se mueve obedeciendo, y cuya mano
Aterró á los gigantes atrevidos.

REMITIENDO Á UN POETA JÓVEN LAS POESÍAS DE GARCILASO CON ALGUNOS VERSOS MIOS.

Si mis ásperos metros yo te envio
Con dulces versos del divino Laso,
No juzgues que el orgullo necio mio
Me finja que le iguale en el Parnaso.
Lo hago porque juntas quiero darte,
Con prendas de mi amor, reglas del arte.

MUDANZAS DE LA SUERTE.

Es cosa natural
Trocarse el bien en mal;
Y sucede tambien
Trocarse el mal en bien.

EJEMPLO PRIMERO.

Con vengativa y poderosa mano
El padre y rey supremo
De hombres y dioses, Jove soberano,
Tantos rayos vibró como hay estrellas
En su mansion divina,
Y en uno y otro extremo
Del orbe estremecido
Cayeron las centellas.
Oyese el cruel ruido,
Temióse la ruina,
Y los hombres creyeron que reinaba
Aquél, cuyo furor los espantaba.
Los límites rompió del mar salado
El dios á quien fue dado
El imperio del mar y el gran tridente,
Y donde templo y gente
Y campo y monte habia;
Hasta aquel crudo y horroroso dia
Hicieron resonar con tristes sones
Sus retorcidas conchas los tritones.
¡Triste mortal! creyeras,
Si aquel estrago vieras,
Que de peces la inmensa muchedumbre
Del Guadarrama andára por la cumbre,
Que apénas pasan las ligeras aves,
Y áun más juzgáras que las grandes naves
(Como la que tremola
La bandera española,
Del nombre de Filipo guarnecida,
Y del inglés Matheus tan temida)
Pasáran por las ásperas montañas
De nevada cabeza,
Con que naturaleza
La Europa separó de los Españas.
Tambien soltó la rienda á su elemento
El que contiene uno y otro viento
En una cueva, cuya sacra puerta
Solamente fué abierta

Por complacer á la divina hermana
De Jove, que tirana,
Las naves del troyano perseguia;
Y Vulcano, á quien poco parecia
Forjar los rayos para el dios tonante,
Cien Vesubios produjo en un instante,
Y ardió la mar y cielo, y aire y tierra,
Y cuanto el orbe encierra.
¡Con qué terror los míseros mortales
Temblaron y lloraron
El cúmulo de males
Que juntos los cercaron!
¿Nada valió contra el peligro y susto
La ciencia al sabio, la virtud al justo?
¿Qué fin tuvo, decid, el dia aciago,
Oh Musas, que pintasteis este estrago?
Pasó la tempestad, calmóse el dia,
Y se trocó el terror en alegría.

EJEMPLO SEGUNDO.

Por industria de sabios profesores,
Y trabajo de esclavos bien premiado,
Está ya preparado
Con extraños primores
El soberbio salon para las fiestas.
Con lujo están dispuestas
Las mesas, con licores y manjares
Traidos por los mares
De cuanta tierra yace diferente
Desde el umbral del sol hasta Occidente.
Los vasos de oro y los de bronce (tales
Que el arte es superior á los metales),
Los de piedras preciosas
Y los adornos varios
(Despojo bien ganado á los contrarios),
Coronados de rosas,
Cubren las mesas, llenas las memorias
De batallas, trofeos y victorias.
La música de bélicos acentos,
Mezclados con suaves instrumentos,
Que alternan de la córte y la campaña
Los gustos y la saña,
O ya tierna ó ya grave,
Aplaude el nombre invicto del que sabe,
Guardando la memoria de la guerra,
Gozar los bienes que la paz encierra,
Junta con nuevo arte
Tus gustos, Vénus, tus venganzas, Marte.
¡Con qué bella arrogancia
Aguardan ya las ninfas el momento
Que ha de romper lo dulce de su acento
Por el aire ocupado con odores,
O ya de pomos de sutil fragancia,
O ya de suaves flores!
Unas á otras se miran,
Se envidian y se admiran,
No porque envidia rigurosa sientan,
Sino por el anhelo
Con que todas intentan
Levantar hasta el cielo
El nombre victorioso
Del héroe que en un carro primoroso
(Que fué de un grande príncipe vencido)
Llega ya rodeado, y conducido
De un séquito de nobles que á su lado
Habian noblemente peleado.
En medio de una turba de doncellas
De tierna edad y de beldad cumplida,
Que anuncian su venida,
Llega Flora, mayor que todas ellas,
Como en el fresco prado,
De flores esmaltado,
Se distingue la rosa.
Él llega, y ella presurosa...
Pero ¿qué es lo que admiro?
¿Si será realidad lo que yo miro?
Cuando creí que el gusto,
La pompa, la delicia, la hermosura,
Los placeres, la música, la danza...
¡Qué poco el gozo dura!
¡Qué súbita mudanza!
¡Cómo se trueca en susto
Lo que nos fué más grato!
Pues ¿qué fin tuvo el célebre aparato?
El héroe quiso hablar, y de repente
Le acometió feroz un accidente
Y se murió; gimió toda la sala
Y en luto se trocó toda la gala.

SOBRE NO QUERER ESCRIBIR SÁTIRAS.

Ciertos hombres adustos,
Llenos de hipocondria,
Que vinculan sus gustos
En desterrar del mundo la alegría,
Como amantes por otros despreciados.
Sabios empobrecidos,
Poderosos caidos,
Hijos malos ó padres mal casados,
Me dicen que dejando la ternura
Con que mi musa sabe
Cantar con tono suave
Tus gustos, Baco; Vénus, tu hermosura;
En vez de celebrar estos placeres,
Hable mal de los hombres y mujeres,
Sin reparar el labio enfurecido
De esta implacable gente
Que á todo hombre viviente,
En cualquiera lugar que haya nacido,
Sea iroques ó patagon gigante,
Fiero hotentote ó noruego frio,
O cercano ó distante,
Le miro siempre como hermano mio,
Recibiendo en mi seno,
Al malo con piedad, con gusto al bueno.
Léjos de contentarme,
Prosiguen con más fuerza en incitarme
A que deje los huertos y las flores,
Pastoras y pastores,
Viñas, arroyos, prados,
Ecos enamorados,
La selva, el valle, la espesura, el monte,
Y que no inste al dulce Anacreonte,
Al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
A Catulo amoroso, á Lope fino,
Ni á Moratin divino,
Que entre éstos tiene asiento en el Parnaso;
Sino que la tranquila musa mia,
De paloma que fué, se vuelva arpía;
Que los vicios pondere con fiereza
Y haga gemir á la naturaleza
Bajo los golpes de mi ingrata mano.
Con esto todos, á cual más ufano,
Me refieren los vicios de los hombres
Con horrorosos nombres,
Como astucia, rencores, inconstancia,
Bajeza, tiranía,
Codicia y arrogancia,
Traicion, ingratitud é hipocresía.
Pero así como tiemblan sorprendidos
Los villanos de un pueblo, acostumbrados
A su quietud, cuando la vez primera
Penetra sus oidos
La música guerrera,
Cuando llegan soldados
De rostro fiero y de extraños trajes,
Con estrépito horrendo
De hombres, de caballos y equipajes,
Y se dividen con igual estruendo
Por la pequeña plaza en cortos trozos,
Y los viejos refieren á los mozos
Que aquellos hombres matan á la gente
Y se comen los niños fieramente,
Y cada madre esconde y encomienda
A su dios tutelar la dulce prenda
Del matrimonio santo;
Pues así yo con no menor espanto
Oí los nombres y ponderaciones
De vicios y pasiones,
De que tal vez privados no se hallaban
Los mismos que en los otros los tachaban,
Y vi que el solo digno de censura
Es el que ponderarlos más procura,

Sin otro fin que el ostentar ingenio
En la mordacidad, ira y rencores;
Y así vuelvo á cantar, segun mi genio,
Tus viñas, Baco; Vénus, tus amores.

EPÍSTOLA DEDICADA Á ORTELIO.

Desde el centro de aquestas soledades,
Gratas al que conoce las verdades
Y la complicacion de los engaños
Del mundo, y aprovecha desengaños,
Te envio, amado Ortelio, fino amigo,
Mil pruebas del descanso que consigo.
Ovidio en tristes metros se quejaba
De que la suerte no le toleraba
Que al Tíber con sus obras se acercase,
Sino que al Ponto cruel le destinase;
Mas lo que de poeta me ha faltado
Para llegar de Ovidio á lo elevado,
Me sobra de filósofo, y pretendo
Tomar las cosas como van viniendo.
¡Oh, cómo extrañarás, cuando esto veas,
Y sólo bagatelas aquí leas,
Que yo, criado en facultades sérias,
Me aplique á tan ridículas materias!
Ya arqueas, ya levantas esas cejas,
Ya el manuscrito de la mano dejas,
Y dices: «Por juguetes semejantes,
¿Por qué dejas los puntos importantes?
¡No sé por qué capricho tú ya olvidas
Materias tan sublimes y escogidas!
»¿Por qué no te dedicas, como es justo,
Á materias de más valor que gusto?
Del público derecho, que estudiaste
Cuando tan sábias córtes visitaste;
De la ciencia de Estado y los arcanos,
Del interes de varios soberanos;
De la ciencia moral, que al hombre enseña
Lo que en su obsequio la virtud empeña;
De las guerreras artes que aprendiste
Cuando á campaña voluntario fuiste;
»De la ciencia de Euclídes demostrable,
De la física nueva deleitable,
¿No fuera más del caso que pensáras
En escribir aquello que notáras?
¿Pero coplillas, y de amor? ¡Ay triste!
Perdiste el poco seso que tuviste.»
¿Has dicho, Ortelio, ya cuanto, enfadado,
Quisiste á este pobre desterrado?
Pues mira, ya con fresca y quieta flema
Te digo que prosigo con mi tema.
De todas estas ciencias que refieres
(Y añade algunas otras, si quisieres),
Yo no he sacado más que lo siguiente:
Escúchame, por Dios, atentamente;
Mas no, que más parece lo que digo
Relacion que no carta de un amigo.
Si miras mis sonetos á la diosa
De todas las antiguas más hermosa,
El primero dirá con claridades
Por qué dejé las altas facultades,
Y sólo al pasatiempo me dedico;
Que los leas despacio te suplico,
Y si conoces que razon me sobra,
Calla, y no juzgues que es tan necia mi obra.
Pero si acaso omites este asunto,
Y la crítica pasas á otro punto,
Cual es el que contiene la obra mia,
Faltas contra la buena poesía.
Conozco tu razon, mas oye atento;
Con Ovidio respondo á tu argumento:
Si qua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis,
Excusata tuo tempore, lector, habe.
Exuleram; requiesque mihi non fama petita est;
Mens intenta suis ne foret usque malis (1).
Significa (y perdona la osadía
De interpretar de Ovidio la armonía,
Porque en la traduccion es consiguiente
Que pierda la dulzura competente,
Como sucede á todos los autores
En manos de mejores traductores):
El tiempo en que esta obra yo compuse,
Las faltas que hallarás, lector, excuse.
Quietud busqué, no fama, desterrado,
Por distraer á mi alma del cuidado.
Adios.

(1) Ovidio, lib. IV, *Trist.*, eleg. I, v. 1, 2, 3, 4.

INVOCACION DEL OVIDIO Á LA MUSA.

¡Oh musa, que de Ovidio condujiste
La pluma magistral en los amores!
Pues sentido he, como él, fieros rigores,
La gracia que á su pluma concediste,
A la mia concede sus ardores.
A Ovidio se parezca en esta gracia
Quien tanto se parece en su desgracia;
Aparta de mi pluma y de mi mente
Conceptos viles, bajas expresiones;
Destierra lo ordinario y lo indecente,
Frecuente en los comunes corazones.
Haz que mi pluma, ufana en lo eminente,
Esmalte en sus poemas sus blasones
Tanto, que, por el vulgo no entendida,
Sea sólo de sabios aplaudida.
Del español Olimpo muchas diosas
(Cuyas iras te juro son funestas),
Si mucho más que Vénus son hermosas,
Mil veces más que Pálas son honestas,
Mis obras en sus manos primorosas
Algun felice dia serán puestas,
Y viendo alguna voz torpe y oscura,
Convertirán en ceño su hermosura.
Ortelio, cuyo genio Apolo sabe,
Pues es del dios Apolo conocido,
Es de carácter noble, fino, suave,
Y Ortelio es el Mecénas que he elegido.
No creas que jamas su genio alabe,
Sino lo más sublime y escogido,
Y la serenidad de su semblante
Se ofuscará en lo torpe ó disonante.

LAMÉNTASE UNA PASTORA DE LA INJUSTICIA DE SU MADRE EN LAS SIGUIENTES SEXTAS Á LA CODICIA.

Si usurpas la justicia,
¿No basta á tus furores,
Sin querer tu malicia,
El dominio usurpar de los amores?
¿Por qué diste á mi madre un poderío
Que tú no tienes en el pecho mio?
Tu fuerza prodigiosa,
Con arrancar el mundo de sus ejes
Conténtese ambiciosa.
Como al amor en sus resortes dejes,
Todo el mundo te cedo como tuyo;
Pero tú deja á Vénus lo que es suyo.
¡Oh! ¿Cómo has permitido,
Vénus, que de una madre la codicia,
Del fruto de Cupido
No ofreciese á tí sola la primicia,
Reservándose, injusta,
La ley que sólo á tí sería justa?
Una tierna pastora
Con flores sus amores fina ostenta
Al dueño á quien adora,
Símbolo de su pecho le presenta;
Regalarte una flor mi alma medita,
Silvio, mas ¡ah mi Silvio, qué marchita!
Intacto está mi pecho,
¡Goza de su ternura, Silvio amado,
Seguro y satisfecho
De que nadie hasta ahora la ha logrado!
Esta prenda te pruebe mi terneza;
Que la otra, sin aquésta, no es fineza.

CARTA Á AUGUSTA,

MATRONA QUE, INCLINADA Á LA FILOSOFÍA, EMPIEZA Á FASTIDIARSE DE LA CÓRTE.

¡Egregia Augusta mia!
Me dices en tu carta celebrada
Que á la filosofía
Alguna vez te sientes inclinada;
Recíbela en tu pecho, persuadida
Que ella es el solo bien de nuestra vida.
Tristes son los mortales
Que fingen en su idea diversiones;
Sus fuerzas desiguales,
Al peso de sus males y aflicciones,
Con exteriores gustos y contentos
Ocultan lo interior de sus tormentos.
Al filósofo, Augusta,
En cada punto la naturaleza
Obsequia, sirve y gusta.
Todo es para él quietud, todo riqueza,
Ni se acaba el contento que recibe;
Vive feliz, y muere como vive.
El vulgo de los hombres
Vive entre pena, envidia, llanto y susto;
Su vida (no te asombres)
Apénas por mil penas logra un gusto,
Y áun ése acaba y pasa tan temprano,
Que áun no le goza el corazon humano.
Recibe, pues, prudente,
La luz que ya comienza á iluminarte,
Agradece el presente
Que quieren las estrellas regalarte;
El tiempo te dirá lo que has ganado,
Y la razon dirá lo que has dejado.
De la córte te ausenta,
El filósofo en ella es despreciado,
Pues ni finge, ni ostenta,
Ni adula, ni es ansioso, ni es osado.
Vénte á la aldea; su sencilla vida
A la naturaleza es parecida.
Por los campos el sabio
Usa de aquel derecho incontrastable
De que su justo labio,
Cual siente el corazon, se explique y hable:
Al malo llama malo, al necio, necio,
Y á cada cosa da su justo precio.
El pecho, sin el susto
De tanto respetillo, enajenado,
Concibe, como es justo,
Lo que el alma tranquila le ha dictado;
Y el alma, sin ficciones misteriosas,
Recibe las especies de las cosas.
Deja lo artificioso,
Desprecia la lisonja y la mentira,
Olvida lo estudioso,
Abandona ese fausto que te admira;
La córte y las locuras que eslabona
Deja, desprecia, olvida y abandona.
Aprecia lo apacible,
Busca lo que es sencillo y placentero,
Goza de lo plausible,
Experimenta un gozo verdadero.
Al campo y los placeres que presenta
Aprecia, busca, goza, experimenta.
Esos coches dorados,
Esos encajes, telas y diamantes,
Esos muchos criados,
Esos timbres, blasones arrogantes,
Olvida, pues no gozas de ellos nada,
Siendo ménos señora que encantada.
Esta alegre campaña,
Este bosque, vergel, jardin y prado,
Este arroyo que baña
Este tesoro para tí guardado,
Disfruta, pues, con pródiga franqueza
Toda la liberal naturaleza.
Verdad es que en la aldea,
De fatuos una turba bulliciosa
Que tu toaleta vea,
No puedes encontrar, Augusta hermosa:
Pero hallarás pastoras y pastores
Que te cubran el lecho con mil flores.
Ni el paje primoroso,
Ni la criada antigua y estimada
Un almuerzo suntuoso
Presentará en vajilla bien labrada,
Pero la leche blanca cual tu frente
Permitirás mi mano te presente.
Ni polvos, ni pomada,
Cintas compuestas, aguas ni alfileres
Te ofrece mi morada,
Ni espejo, consejero de mujeres;
Podrás en un arroyo divertirte,
Lavarte, poner flores y vestirte.
Los muchos ornamentos,
Que el lujo cada dia multiplica,
Son fuertes argumentos
De lo que el artificio fructifica;
Mas sólo pueden engañar al necio,
Como ellos acreedor á tu desprecio.
Aquí, que solamente
Tendrás que divertirte y recrearte,
Vestida lisamente,
Serán superfluos compostura y arte;
Agravio debe ser á la hermosura
El ofrecerla afeite y compostura.
Despues que estés vestida,
Visita no tendrás ni concurrencia
En que esté establecida
Murmuracion, mentira ni demencia;
Un sencillo pastor y su pastora
A saludar vendrán á su señora.
A la hora destinada
Para el preciso natural sustento,
La mesa preparada
Verás en un ameno *apartamento*
Con sazonado gusto y alegría,
Sin plata, sin primor ni simetría.
No esperarás sensuales
Mezclas de mil sustancias combinadas
De peces, de animales
Y de aves, con las salsas delicadas,
Que en un pequeño plato han reunido
Todo cuanto este mundo ha producido.
Pero hay los pichoncitos
Que en casa por mi mano he sustentado,
Los frescos pececitos
Que en las vecinas aguas he pescado,
Y un jabalí pretendo regalarte
Que en el bosque maté por obsequiarte.
Pues ¡qué de las sabrosas
Riquezas de los troncos que he plantado!
¡Qué peras tan gustosas!
¡Qué pero tan hermoso y colorado!
Tendrás en mi vergel melocotones,
Naranjas, brebas, limas y melones.
Despues que hayas comido,
Si buscas el descanso y el reposo,
Ya te tengo escogido
Un paraje encantado y delicioso
En una parte del jardin de casa,
Por donde el Ebro en miniatura pasa.
Los árboles, cargados
De flores olorosas, hacen techo
Con ramos enlazados,
Con que el furor del sol queda deshecho
Mil pájaros, gozando la frescura,
Se burlan de su ardor en la espesura.
Al pié de un mirto ameno
Te pondré con mis manos una cama,
No de pluma relleno,
Sino de azar, jazmin y verde grama;
A sus lados dos fuentes van tocando,
Que los van defendiendo y refrescando.
No temas los mosquitos,
Ni abispas, en los huertos tan frecuentes;
Habrá mil cefiritos
Que con sus alas anden diligentes.
No temas; dormirás tan descansada,
Que tu cama será bien envidiada.
De tantos cefirillos,
De tantas aguas claras y ligeras,
De aquellos arbolillos,

De las aves sonoras placenteras
Los trinos, el ruido y el mormullo
Te servirán de lisonjero arrullo.
No soñarás, te juro,
Y en caso que tú sueñes, dueño mio,
Será sueño seguro
De terror y fastidio;
Será agradable y dulce como el puesto
Que á conciliar el sueño te he dispuesto.
Despues, si tú quisieres
Dar un paseo, no he de conducirte
Adonde mil mujeres
Pretendan, envidiosas, maldecirte,
Y mil hombres, ansiosos de burlarte,
Empiecen con mentiras á engañarte.
A la córte dejemos
Ese que allí paseo delicioso
Llaman; acá busquemos
Otros cuyo placer sea gozoso;
Encontrar en el campo ameno, llano,
Uno por cada dia de verano.
De vuelta del paseo,
Teatro ni tertulia concurrida
No pida tu deseo,
Como en la córte se halla establecida;
Se juntan en mi casa mil pastores,
Y tratan várias cosas y áun amores.
Despues de esta asamblea,
En que ni la virtud ni honor se ofende,
Y el alma se recrea
Y por el campo de placer se extiende,
Cada uno se recoge á su cabaña
Con paz, que entre los grandes es extraña.
No pienses que se olvide
La dulce idea del amor, Augusta;
El campo nunca impide
Una pasion que al alma tanto gusta;
Antes con su quietud y diversiones
Se llenan más de amor los corazones.
Si es natural instinto
El principio de amor en nuestro pecho,
En el verde recinto
Siempre se halla gozoso y satisfecho,
Pues en el campo la naturaleza
Ostenta su primor y su grandeza.
Verás cómo el jilguero,
Entre los ramos de vergel, parece
Que obsequia placentero
A la jilguera que su amor merece;
Dulzuras la persuade cuando canta,
Su corazon anima á su garganta.
¡Si vieras cuál corteja
El eficaz pichon á su consorte!
¡Qué fino la festeja!
No hay tan finos amantes en la córte.
Verás cómo ella paga su fineza
Con gusto, con halago y con terneza.
El toro bruto, horrendo,
Feroz, precipitado y espantoso,
Se ve, ménos tremendo,
Que se despoja de su ardor furioso,
Y se llega á su vaca tan rendido
Como el galan más tierno y derretido.
Hasta las plantas tienen
Sus lances amorosos extremados;
Verás cómo entretienen
Las vides á los olmos abrazados;
Mil brazos de sus pechos van saliendo,
Y todos á los olmos ofreciendo.
Mil veces me he parado
Al ver cómo el imperio de Cupido
Más léjos ha llegado
Que el del conquistador más atrevido.
Filósofo yo soy... y te prometo
Que estuve por rendirte mi respeto;
Con que, si tú quisieres
Abandonar la córte, fausto y arte,
Y si no te atrevieres
A dejar del amor el estandarte,
Vén por acá, que aquí te buscarémos
Un amante tal cual como le hallemos.
Si ya (como se estila)
Tuvieres en la córte quien lo sea
En posesion tranquila,
Contigo le traerás á que esto vea,
Como sus artificios no adulteren
La sencillez de aquellos que lo vieren.
Pero si el tal amante
(No obstante que en la córte se ha criado)
Fuese fino y constante,
Discreto sobre todo y moderado,
Le nombrarémos rey de los pastores
Y juez de este distrito y sus amores.
Augusta, no te rias
De lo que va mi pluma á proponerte;
De tus coqueterías
Me temo contra mí quieras valerte.
Iba á decirte... mas... no digo nada,
Que te estoy viendo echar la carcajada.
Pero allá voy, no obstante:
Decia que si acaso no tuvieres
A estas horas amante,
Ni buscarle quisieres...
Aquí estoy yo, filósofo sin duda;
Mas piensa que el amor todo lo muda.
Del ciego dios alado
He visto más milagros prodigiosos
Que hay en el verde prado
Flores y pajarillos armoniosos;
Hace jocoso al serio, alegre al triste;
Y á su suave poder nada resiste.
¡Cuántos conquistadores
Perdieron de sus triunfos todo el fruto
Porque de sus amores
Marte ofreció á su Vénus el tributo,
Y marchito el laurel de sus proezas,
Con mirto coronaron sus cabezas!
¡Cuántas veces los jueces
De su recta justicia se olvidaron,
Y en injustos dobleces
Su vara á las beldades inclinaron!
¡Cuántas veces, de recta, la han torcido
En arco corcovado de Cupido.
¡Cuántas el marinero,
Insigne por el arte y valentía,
Se escapa del severo
Océano, que riesgo le ofrecia
En los golfos, escollos y en arenas,
Y viene á naufragar en las sirenas!
Más ejemplos citára
Si fuera necesario el ir probando
Una verdad tan clara,
Que todos pueden ir atestiguando;
Lleve su mano cada cual al pecho,
Los milagros verá que amor ha hecho.
Verás con qué presteza
Me quito aquesta barba respetada,
Verás esta cabeza
Con flores y con cintas adornada,
Y en un vestido alegre y primoroso
Trocado el sayo oscuro y espantoso.
De mi filosofía
Estos despojos juntaré, y haciendo
Una ara sacra y pía,
Irélos á mi Vénus ofreciendo
Con dos palomas, para que propicio
Su númen no desprecie el sacrificio.
Y luégo te aseguro
Que ayer á un arroyuelo me miraba;
Por Cupido te juro
Que un rostro regular representaba,
Y bien sea verdad ó bien deseo,
Yo me decia: «No, no soy tan feo.»
Mis ojos no se vieron
Ni chicos, ni llorosos, ni apagados;
Sabes que merecieron
Ser de otros (¡qué hermosos!) bien mirados;
Los dientes áun conservan su blancura,
Y el uno y otro labio su frescura.
Vamos claros: suspiran
Cada dia los hombres nada hermosos;
Las damas los admiran
Como prodigios raros y pasmosos;
No es el amor por cierto en las mujeres

El que distingue más de pareceres.
Yo mismo, cuando niño
(Pasé aquel tiempo alegre como sueño),
Fuí visto con cariño
De una deidad, que me llamó su dueño;
Tú puedes repetir lo que ha pasado
Mil años há, si sigues lo empezado.
Este es el campo ameno,
Éste soy yo, filósofo ó amante,
Éste el tiempo sereno
Que pasa en un retiro semejante;
Mas no lo creas, vén á ser testigo,
Augusta, y á gozar de ello conmigo.

Á LAS NINFAS DE MANZANARES,

OFENDIDAS POR UN LIBELO QUE SE LE ATRIBUYÓ AL AUTOR, CON CUYO MOTIVO SALIÓ DE MADRID LA NOCHE ÚLTIMA DE OCTUBRE DE 1768.

Ninfas de Manzanares,
Felices y adorables semidiosas,
Oid de mis pesares
Los ayes y las quejas lastimosas;
Tantas aguas no lleva vuestro rio
Como lágrimas vierte el llanto mio.
Madrileñas divinas,
Cuya dulzura, halago y genio afable,
Cuyas miradas finas
El genio ablandarán más intratable,
Si al cielo pide el hombre su consuelo,
Yo mi consuelo pido á vuestro cielo.
Algun astro, celoso
De la inmensa fortuna que gozaba
Mi corazon dichoso,
Mis indecibles dichas envidiaba,
Y por tanto, cortó con golpe airado
Mi vuelo, hasta los cielos remontado.
Y si fuisteis diosas
En el castigo acerbo que me disteis,
Y mujeres furiosas
Por el mal proceder con que lo hicisteis
(Pues por un crímen nunca comprobado,
Fuí, ántes que convicto, castigado),
Volved á ser deidades,
La bondad vuélvase á vuestro pecho.
¡Ah! cesen las crueldades,
Y unid el corazon que habeis deshecho;
Así como despues que el rayo aterra,
El íris une al cielo con la tierra;
Para que el corazon mio,
Sus penas olvidando y sus pesares,
Llegando á vuestro rio,
Las orillas besando á Manzanares,
Repita ya sin voces lastimosas:
«¡Cuán adorables sois, oh semidiosas!»

GUERRAS CIVILES

ENTRE LOS OJOS NEGROS Y LOS AZULES.

Ardia el reino entero de Cupido
En bandos y civiles disensiones;
El yugo del dominio sacudido,
Aspiran á cual más los corazones;
Todo mortal se puso enfurecido
Contra sus infalibles decisiones;
Alguna vez el hombre libre habia
De rechazar tan dura tiranía.
Vénus, acostumbrada eternamente
Á ser de todo humano obedecida,
Miraba con furor é impaciente
A la plebe mortal tan atrevida;
La plebe la insultaba, inobediente,
En clara rebelion, ya conocida;
El más humilde y pobre ciudadano
Hablaba con estilo soberano.
La diosa en vano amenazaba, fiera,
La rebelde ciudad castigaria;
En vano publicaba, placentera,
Las quejas de la plebe escucharia,
Y en vano de benigna y de severa
Su cara en dos semblantes componia;
El pueblo enfurecido no escuchaba,
Y más su desacato propagada.
El templo de la diosa (que solia
Contener á millares los pastores,
Que en dulce enamorada melodía,
De sol á sol cantaban sus amores),
Vacío y solitario, parecia
Jardin ya despojado de sus flores;
Hasta los sacerdotes desertaban
De las aras del númen que adoraban.
Y como son furiosos los excesos
Que Vénus en el hombre ha suscitado,
Cada dia el furor hizo progresos
En todo aquel imperio desgraciado;
Fueron tan horrorosos los sucesos,
Que estuvo el templo para ser quemado;
Ni áun lo sagrado intacto permanece
Cuando la plebe manda y no obedece.
Dejaban los pastores sus ganados,
Que libres se esparcian, sin gobierno,
Por valles, montes, campos y collados,
Teniendo otro cuidado más interno,
De su apacible genio enajenados.
A Chipre convirtieron en infierno;
Inferirás, lector, de estos renglones
Cuánto mudan al hombre sus pasiones.
Hubo amante muy fino y muy constante,
Que por ser de otro bando su adorada,
Fanático, en su amor se hizo inconstante,
Y su pasion primera fué inmolada.
Alguna dama abandonó á su amante
Por la misma razon tan ponderada;
En fin, nada era amor, todo era abismo:
Tanto puede en el vulgo el fanatismo.
Ya veo á mi lector, sobresaltado,
Querer saber la causa de este evento;
Al que en un punto se halla interesado,
La incertidumbre es el mayor tormento.
Perdóname ¡oh lector enamorado!
Si tardo en referirte aqueste cuento.
He visto algunos sabios recrearse
En ver al ignorante atormentarse.
Diré la causa atroz de este fracaso,
Y si quieres lograr tan alto objeto,
El secreto ocultar en todo caso,
Prométeme, lector sabio y discreto,
Tu lengua no camine un solo paso,
Pues no hay cosa más frágil que un secreto;
Lo mismo un confidente lo proclama
Que todas las cien bocas de la fama.
Con motivo de hacerse un templo ufano
En Chipre á la deidad de los amores,
La imágen encargó su soberano
Al más diestro de todos los pintores;
Y pues pintar deidades es en vano
Con los humanos débiles colores,
A la idea dejo lo inasequible;
Que ella suele alcanzar á lo imposible.
Guiado de su idea el nuevo Apéles,
Apura los primores de su ciencia,
Y nunca obedecieron los pinceles
Más sabios á copiar la inteligencia.
Jazmines, azucenas y claveles
Formaron una hermosa competencia;
Una parte alabar de este retrato
Sería sin razon, tras ser ingrato.
Pero el pintor, dudoso si pondria
Ojos negros ó azules á su diosa,
Materia que apurarse merecia,
Salia de su oficina primorosa
Para decir la duda que tenía
Al rey de aquella córte deliciosa,
Entró en palacio, su sentir propuso,
Y á tomar la respuesta se dispuso.
El Rey dijo, prudente: «Esta materia
No puede resolverse en un instante;
Quiero que en una junta grave y séria
Se trate una cuestion tan importante,
Pues de una luz humana la miseria
A decidir la duda no es bastante;

Cien matronas serán las congregadas,
En las materias de ojos afamadas.
Llegaron por encanto en un momento
Las ninfas que se habian convocado;
Se les pidió el debido juramento
Sobre un altar á Vénus consagrado;
Juraron el tratar sin fingimiento
Cualquier asunto que les fuere dado;
¡Qué poca fe nos ha quedado, digo,
Cuando se pone al cielo por testigo!
El tribunal severo, majestuoso,
Se estableció en un bosque en que naeia,
Ya la hiedra, ya el mirto voluptuoso;
Travieso un arroyuelo le ceñia
Su curso detenido, pues curioso
Oir este congreso pretendia;
Mil aves en los mirtos lo escucharon,
Y despues que lo oyeron lo parlaron.
Entraron las mujeres holandesas,
Más blancas que la nieve y más heladas,
Preciosas por su aseo las francesas,
Las turcas por los turcos despreciadas,
Hermosas en colores las inglesas,
De Italia las sirenas afamadas,
Casadas y doncellas (ó solteras)
Y viudas (reverendas embusteras).
Entraron las egipcias, las georgianas,
Asiáticos encantos las de Tiro,
Las altas y robustas circasianas,
Pero ¿qué es ¡oh Cupido! lo que miro?
¿Qué ninfas son aquéllas que cercanas
Al mismo altar de la hermosura admiro?
¿Qué ninfas son aquéllas, ó qué diosas,
Tan vivas, tan agudas y garbosas?
Apolo (cuyo curso cuotidiano
De todo el orbe la redonda esfera
Llena de los favores de tu mano),
Suspende lo veloz de tu carrera;
Dime: ¿qué parte del jardin humano
Produce aquesta flor tan placentera?
Tus rayos de los suyos son despojos,
Pues tanto fuego dejas en sus ojos.
Ya conoces que son las celebradas
Ninfas del Manzanares, Ebro y Tajo;
El que miráre atento sus miradas,
Conocerá su gracia y agasajo;
Distinguirá estas ninfas adoradas
Con el vestido noble ó con el majo.
Tienen un no sé qué... que quien las mira,
No le olvida jamas, y más le admira.
Dejad ¡oh ninfas! que las extranjeras
Presuman de un color más delicado;
Una mirada vuestra ¡oh lisonjeras!
Es rayo contra un pecho fulminado;
Vuestros hermosos ojos son esferas
Que inspiran con influjo declarado;
Aqueste rayo es tanto más temible,
Cuanto es, por ser de un cielo, irresistible.
Cese la digresion, al caso vamos;
Lector (la pluma se me fué), perdona,
Pues cuando de las ninfas conversamos
Toda dilatacion Vénus abona;
A nuestro asunto principal volvamos,
Que con el fin se logra la corona;
Estoy para empezar, con el mantuano,
Aquello de *Arma, virumque cano.*
Mas como del desórden es la fuente
La conjuncion, dispuso una britana
Que á la nobleza, en puesto preeminente,
La plebe no llegase, por profana,
Sino que en un paraje diferente
Se sentase la gente ciudadana,
Como en Lóndres (es fácil que repares)
Se apartan los comunes de los pares.
Las sultanas, cacicas y duquesas
En mullidos de rosa están sentadas,
Más allá las condesas y marquesas
Sobre alfombras de Tiro coronadas,
Hidalgas más allá se quedan tiesas
De verse entre señoras elevadas;
¿Orden entre mujeres quién creyera
Que todo el orbe junto consiguiera?
De diputadas de la plebe baja
La cámara comun se componia,
La cómica asistia con la maja,
La naranjera y la limera habia,
Y las del gremio atroz de la *naaja*,
Quinta esencia de majas se veia,
Y como en todas clases se enamora,
No hay clase que no dé procuradora.
Luégo que se tomaron los asientos,
Una matrona noble y elegante
Su arenga pronunció á los parlamentos
Y el punto declaró tan importante;
¡Qué tropos, qué figuras, qué ornamentos,
Hijos de la elocuencia altisonante!
Con atencion pasmosa lo escucharon;
Harto fué que el silencio conservaron.
Otra matrona fina y primorosa,
Sutil y delicada en estructura,
Alzó la voz y dijo artificiosa:
«¿Quién hubiera pensado tal locura?
¿Esta materia puede ser dudosa?
Supremo tribunal de la hermosura,
¿De este pintor no es rara la demencia,
Pretendiendo formar tal competencia?
»¿Quién duda que el azul, bello senado,
Es el color del cielo? ¿Quién ignora
Que cielo llama el hombre enamorado
Al dueño idolatrado á quien adora?
Consta que el negro es más adecuado
Al llanto, de quien huye el que enamora;
Ergo, quiten lo negro y su tristeza
Del rostro que convida á la llaneza.»
Dictámen tan horrible fué aprobado
De inglesas, holandesas y alemanas,
Con todas las del clima más helado;
Mas no de las que al sol estan cercanas;
De oji-negras doncellas un puñado
Contenian sus iras inhumanas;
Que alabasen lo azul les daba enojos,
Pues lo negro es la niña de sus ojos.
Una holandesa dijo: «Los cabellos
Rubios sin duda son los más hermosos,
Y ojos azules siempre andan con ellos
(Y no los negros, fieros y espantosos);
Con que, fuerza será reconocellos
Por dignos de los rostros prodigiosos.»
Del frio pecho la palabra helada
Carámbano del aire fué colgada.
Guiñándose con gracia las malvadas
Del oji-negro bando, se reian
De ver á las contrarias, que empeñadas
Estaban en probar lo que querian,
Y cómo despreciaban, enfadadas,
El color de los ojos que ofendian,
Ufanas en sus locos desvaríos,
¡Que negros os pusieron, ojos mios!
Hasta que una oji-negra toledana,
Cansada de escuchar tantos agravios,
Dijo: «Estarás ¡oh ninfa! muy ufana
De lo que acaban de decir tus labios
(Echando una mirada tan galana,
Que bastára á rendir siete mil sabios);
Vaya, ¡qué breve un pleito se sentencia
Cuando sólo á una parte se da audiencia!
»Los ojos negros ¡oh senado hermoso!
Toda la vida han sido conocidos
Por sabios en el arte primoroso
De saber hechizar nuestros sentidos.
Si el negro es tierno para el amoroso,
Es fiero para los envanecidos;
El ojo negro es arma tan segura,
Que su herida mortal no tiene cura.
»He visto ojos azules apagados,
Cuantos negros he visto son ardientes;
He visto ojos azules despreciados,
Los negros nunca son indiferentes;
Con fundamentos fuertes y sobrados
A los negros declaro preeminentes.
Alarde no he de hacer de mi elocuencia;
Apelemos, si os gusta, á la experiencia.»
Con júbilo aplaudieron las beldades
El discurso elegante, fuerte y vivo

De la dama oji-negra; á sus verdades
Sus ojos daban no sé qué atractivo,
Y hubiera persuadido falsedades
Con el mismo despejo persuasivo;
Retórica eficaz es, á fe mia,
La que funda en sus ojos la energía.
Muchas este dictámen apoyaron
Con dulces y agradables reflexiones;
Las del opuesto bando se irritaron;
Los gritos añadiendo á las razones,
Se opusieron; las otras impugnaron,
Y ardió su parlamento en confusiones;
Sobre materias ménos importantes
He visto yo disputas semejantes.
Esta descompostura en la nobleza
De la cámara egregia de los Pares,
Lector, habrá notado tu agudeza;
Te pido que á más iras te prepares;
Que escuches de la plebe la fiereza,
Y con la de los nobles la compares;
Sólo te advertiré que las mujeres
Son tercas en seguir sus pareceres.
De la cámara baja la elocuencia,
Con doble contoneo y remolino,
Una limera, maja de potencia,
Propuso el punto con primor ladino;
No hubo argumento en toda la majeneia,
Que no pusiese con pasmoso tino;
Los ojos y el hocico retorciendo,
Dijo: «¡Naranjas! ¡Pues! ¡Qué tal! ¡Ya entiendo!
»Aquí estamos, muchachas del Barquillo;
Habemos de firmar todas gustosas
Que no queremos ojos del soplillo.»
Dijo una maja de las más famosas:
«¿Los azules? por vida de Juanillo,
Queden á las usías melindrosas...
Mi cielo amado tiene por luceros
Dos ojos negros como dos tinteros.
»De una cara con ojos de baraja,
¡Qué casa haria yo con azulejos!—
Pues no faltaba más, dijo otra maja,
Con el dejo más majo de los dejos;
En vano por lo azul usted trabaja;
Que se sentencie el pleito por los viejos,
Dijo. No digo más, acábese esto;
Que me temo, por Dios, un fin funesto.»
Una chula, famosa naranjera,
De los ojos azules abogada,
Dijo, muy puesta en jarras: «*Anda fuera;*
No he visto lengua yo más bien colgada;
Descanse usted, que es lástima se muera,
De las voces ardientes sofocada;
Sobre que digo yo que nunca he oido
Jilguerillo de pico más pulido.
»¡Vaya, qué tamañica me ha *dejao!*
Pero yo tambien tengo lengua y pico,
Y ya que sus vocablos he *escuchao,*
Oiga usted el *aquel* con que me explico.
Defenderé el color tan agraviado
Por las bellas palabras de ese hocico;
Y si negais de mi razon lo fuerte,
Veréis cómo me explico de otra suerte.»
¡Bien! dicen unas, ¡mal! otras dijeron;
Razones encontradas ostentaron,
Todas hablaron y no se entendieron;
Las bocas en su fuerte se encontraron,
Mas de ellas lo superfluo conocieron,
Y las uñas al lance prepararon;
Del argumento en el oscuro abismo
No faltará doctor que haga lo mismo.
Con esta variedad de pareceres
Las voces á los cielos han subido;
En la sala comun de las mujeres
Nunca mayores gritos se han oido.
Yo te pido, lector, que consideres
Lo fuerte de la bulla y del ruido;
Mis pinceles no son asaz sutiles
Para pintar batallas mujeriles.
En vano de la sala respetable
Baja un recado justo á las del trueno;
Éstas al mensajero miserable
Despiden luégo, de baldones lleno,
«¡Toma! (dijo una maja venerable),
¿Nos quieren las usías poner freno?
Más valiera tambien que las usías
Gastáran entre sí más cortesías.»
De tanta gritería alborotados,
Los pájaros huyeron al momento,
Y fueron por las tapias y tejados
Contando lo sangriento de este cuento;
Habia mil pastores congregados
A oir la decision del Parlamento;
Uno dijo: «¡Mujeres! bien decia
Que en gritos y en arañas pararia.»
Luégo que por el pueblo hubo volado
Con alas, como el ave, cierta diosa,
A quien con tantas bocas ha pintado
La pluma de Virgilio artificiosa,
El vecindario, todo alborotado,
Hizo la controversia más furiosa.
¿Quién mete al necio vulgo en este punto,
Que es sólo para doctos digno asunto?
Curioso, y con motivo suficiente,
Deseas que te diga el paradero
De estrago tan fatal y tan ardiente;
Mas soy historiador y verdadero.
Deja que del archivo *fe faciente*
Saque algunos papeles que venero;
No sé cómo se escriben muchas cosas
Con aire de verdades fabulosas.
Prometo con prolijas narraciones
Decirte el fin del lance referido,
Luégo que logre las apuntaciones
Que espero del archivo de Cupido;
Añadiré profundas reflexiones
De crítica y moral, como es debido;
Haré erudito alarde de profundo
En todas las doctrinas de este mundo.
Un hombre que pronuncia misterioso,
Con cejas levantadas ó arrugadas,
En tono magistral y silencioso,
De las materias ménos elevadas,
Consigue ser tenido por pasmoso
Entre las gentes necias y engañadas,
Y el vulgo, que por necio se alucina,
Del grave necio admira la doctrina.
Pues si es tan fácil, musa, ser tenido
Por hombre sabio, docto é importante,
Yo no quiero quedarme deslucido,
Sino afectar un aire interesante.
Prepárame, lector, tu amable oido
Y admira de mi estilo lo arrogante
En estas discusiones, y ahora acabo
Gustoso con que digás: ¡Bravo! ¡bravo!

OCTAVA.

Con motivo de conocer al jóven Melendez, de exquisito gusto, particularmente en las composiciones amorosas.

Cuando Laso murió, las nueve hermanas
Lloraron con tristísimo gemido,
Destemplaron sus liras soberanas,
Que sólo daban lúgubre sonido...
Gimieron más las musas castellanas,
Temiéndose entregadas al olvido;
Mas Febo dijo: «Aliéntese el Parnaso;
Melendez nacerá, si murió Laso.»

OCTAVA.

Probando ser fábula la produccion de los cuernos en ciertas cabezas.

Moisés con cuernos pareció adornado,
Y no fueron sus cuernos verdaderos;
Dos cuernos á la luna han levantado
Los astrólogos, vanos embusteros;
Al demonio con cuernos han pintado,
Porque son los pintores majaderos;
Pues si todos los cuernos son fingidos,
¿Por qué han de creer en cuernos los maridos?

CANCION.

Al estilo magnífico de don Nicolas Fernandez de Moratin en sus composiciones heroicas.

El semidios que alzándose á la cumbre
Del alto Olimpo, prueba la ambrosía
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo néctar bebe
Al són de la armonía
De los astros, que en torno el cielo mueve;
Si desciende algun dia
Al mundo, le fastidian los manjares
Del huerto, viña, campo, monte y mares.
Desde que el Campo Elíseo al tierno Orfeo
Oyó cantar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo
De volver á lograr su dulce esposa
(Cuya lira amorosa,
Miéntras duró sonando,
De Sísifo y de Tántalo un momento
Paró todo el tormento),
Ya no se admirará cuando
Algun mortal, al verse en tal delicia,
Las gracias canta á su deidad propicia.
Quien vió surcado el mar, minas, gigantes,
Sangrientas amazonas, gente extraña,
Y límites distantes
(De humana audacia no, mas sí del mundo),
Y el piélago profundo
Hiende con ancha nave,
Volviendo rico á España,
En el tranquilo hogar vivir no sabe,
Desprecia la cabaña,
La barca y red que le ocupó primero,
Antes que fuese osado marinero.
El jóven que una vez del tracio Marte,
De pálidos cadáveres cercado,
Tremoló el estandarte,
Y en el carro triunfal fué conducido,
En su patria aplaudido con bélico trofeo
Y júbilo aclamado,
Por volver á la lid arde en deseo;
Ya desdeña el arado,
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho;
Sólo el guerrero honor le llena el pecho.
Y el que al divino Moratin oyere
Los metros que el tímbreo dios le inspira,
Y el brío con que hiere
La cítara de Píndaro sagrada,
Ya nunca más le agrada
La humana voz ni sones
De otra cualquiera lira,
Por más que suenen ínclitas canciones,
Que necio el vulgo admira.
Canta, pues, entre todos el primero,
Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homero.
Cancion, dile á mi amigo
Que me falta el aliento,
Y que cuando cantar su gloria intento,
Callo mil veces más de lo que digo.

ODA PINDÁRICA.

AL MISMO.

¡Ay, si cantar pudiera
Los hijos de los dioses lira de hombre,
Y cual trompa guerrera,
De altísona armonía,
Que ambos polos atónitos asombre,
Resonase la mia,
Hijo de Febo, jóven prodigioso,
Cuál se alzára mi númen orgulloso!
Se alzára por regiones,
Astros, esferas, mundos, y á su acento
Las célicas mansiones
Eco sacro darian,
Y los dioses del alto firmamento
A escucharme vendrian;
Anfion y Orfeo no triunfaron tanto
Del mar y hórrido reino del espanto.
Creyéndome inspirado
Para cantar tus loores dignamente,
Mandándomelo el hado,
Las musas castellanas
Con lauro coronándome la frente,
Vendrian más ufanas
Que las de Tébas, cuando el dios del dia
A Píndaro portentos influia.
La cítara lesbiana,
Que con marfil y pulso á trinar hecho,
Tañe tu diestra ufana,
En vano, dulce amigo,
Para cantarte aplico al blando pecho;
No resuena conmigo,
Como en tu mano armónica resuena,
De pompa, majestad y gloria llena.
Resuena cual solia
La de Salicio y Títiro, en lo blando,
La dulce lira mia;
Parezco, al imitarte,
Pastor que con su avena va imitando
La trompa atroz de Marte;
Que el céfiro se rie y se recrea
Y la purpúrea rosa se menea.
Con lascivos arrullos
Ya los pájaros juntan su armonía,
Y el rio sus mormullos,
Siempre manso y tranquilo,
Cuando el mundo de horrores temblaria
Del Orinoco al Nilo
Si las ruedas del carro resonáran
Y de Marte la trompa acompañáran.
Fatíganme en lo interno
Furias, trasgos y manes que aparecen
Del horrísono infierno
Y báratro profundo,
Y sol y luna y astros se oscurecen,
Y se anonada el mundo,
Rompiéndose ambos polos con estruendo,
Y el cáos primero, tímido, estoy viendo.
Euménides atroces
Su fuego en torno esparcen con silbido
Y horrendísimas voces,
Con víboras, serpientes
Y culebras el pelo entretejido,
Los brazos relucientes
Con lóbrega vislumbre tan siniestra,
Que sólo espectros y fantasmas muestra.
La envidia las conmueve,
Sacándolas del centro del abismo,
Y con ardid aleve
En mi pecho las hunde
Con fiero ardor contra mi amigo mismo,
Porque mil celos funde,
Cuando la fama te aclamó poeta
Con el són inmortal de su trompeta.
«¡Con que, permite el hado
(Me dice en ronco són la horrible dea)
Que perezca olvidado
Tu nombre con tu verso,
Y que de Moratin la musa sea
La que del universo
Haga sonar el uno y otro polo
Con cítara que envidie el mismo Apolo!»
Dijo; y su pecho, lleno
De áspides ponzoñosos y rencores,
Me arrojó su veneno.
Ardióse el pecho mio,
Cual seca miés, del rayo en los ardores
Vibrado en el estío;
Tu nombre aborrecí con triste ceño,
Cual esclavo la mano de su dueño.
Mas la amistad sagrada
Con su cándida túnica desciende
De la empírea morada;
De virtudes un coro
La cerca y con su manto la defiende;
Su carro insigne de oro
Deslumbra y ciega al monstruo que me irrita,
Y al centro del horror le precipita.

Mirándome la diosa
Con faz serena y lácida hermosura,
Dejó mi alma gozosa,
Cual esparce alegría
Rosada aurora tras la noche oscura,
Dando consuelo el dia,
Desde el lejano lúcido horizonte,
Al hombre, al bruto, al ave, al campo, al monte.
Mi frente, que arrugada,
De mi alma mostró el cruel tormento,
Con mano regalada
Alzó, diciendo: «Vive
Con amigo tan ínclito contento.
Como tuyo recibe
El justo aplauso y lírica corona
Que le da Olimpo, Iberia y Helicona.
Aquellos que yo he unido
Con mis vínculos gratos y celestes,
Despues que hayan cumplido
Los dias de sus hados,
Cástor y Pólux, Pílades y Oréstes,
A Olimpo son llevados,
Y Júpiter, llenando mi deseo,
Eternos viven Piroto y Teseo.
»Deja á las corvas almas
La sátira y rencor, y tus laureles
Junta á las sacras palmas
De Moratin divino.
No temen los amigos, si son fieles,
Las iras del destino,
Y al lado de sus versos asombrosos,
Se admirarán los tuyos amorosos.
»A él le ha dado Apolo
La cítara de Píndaro sonante
Para que cante él solo
De Cárlos las hazañas
(Oyendo desde el punto más distante
Américas y Españas
Coronado en cada una de las zonas),
Y sus virtudes más que sus coronas.
Y el hijo suyo digno
(Prole que á España dió próspero el cielo),
Y aquel rostro benigno
De Luisa parmesana,
De quien Castilla guarda su consuelo,
Belleza más que humana,
Y de Gabriel y Luis las prendas tales,
Que serán con sus versos inmortales.
»Y por probarse, á veces
Cantará de la patria y sus varones
Heroicas altiveces;
Escúchale entonando
Sagrados himnos, líricas canciones,
Y estándole escuchando
Suspenso el cielo, quedan sin empleo
Espada, rayo, lira y caduceo.
»Para él es digno asunto
Lo de Méjico, Cuzco y de Pavía,
Y Numancia y Sagunto,
San Quintin y Lepanto,
Y de Almansa y Brihuega el claro dia
(¡Feliz á España tanto!);
Pero tú... canta céfiros y flores,
Arroyos, campos, ecos y pastores.»
Dijo; y fuése volando,
Dejando mi alma llena de consuelo,
Y un rastro fué dejando
De clara luz sagrada
Desde la humilde tierra al alto cielo.
Su corona estrellada
En torno por el aire difundia
Etéreo olor de líquida ambrosía.

Á MELENDEZ VALDÉS,

SOBRE LA DULZURA DE SUS POESÍAS.

CANCION.

Sigue con dulce lira
El metro blando y amoroso acento
Que el gran Febo te inspira,
Pues Vénus te da aliento,
Y el coro de las Musas te oye atento.
Sigue, jóven gracioso,
De mirto, grato á Vénus, coronado,
Y quedará envidioso
Aquel siglo dorado
Por Lasos y Villegas afamado.
Dichosa la zagala
Á quien le sea dado el escucharte,
Pues tu musa la iguala
Con la diosa de Marte:
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.
Aunque más dura sea
Que mármoles ó jaspes de Granada,
Cual otra Galatea,
O sea más helada
Que fuente por los hielos estancada,
Al punto que te oyere,
Te admitirá en su cándido regazo;
Si tu voz prosiguiere,
Te estrechará su brazo,
Y amor aplaudirá tan dulce lazo;
Y las otras pastoras,
De envidia, correrán por selva y prado,
Y verá la que adoras
El triunfo que ha ganado
Por haber tus ternezas escuchado.
Mas ¡ay de aquellos necios
Que intenten competir con tu blandura!
Sólo verán desprecios
De aquella hermosura
Que una vez escucháre tu dulzura.
Dirán su rabia y celos,
En el bosque más lóbrego metidos,
Injuriando á los cielos;
Y oyendo sus gemidos,
Responderán las fieras con bramidos.
Entrada del averno
Parecerá aquel bosque desdichado,
Y do tu metro tierno
Hubiere resonado,
El campo que á los buenos dará el hado.
Pasó mi primavera
(Los años gratos al amor y Febo
¡Quién revocar pudiera!),
Y á juntar no me atrevo
Mi voz cansada con tu aliento nuevo;
Si no, yo cantaria
Al tono de tu lira mis amores,
Y al tono de la mia
Cantáras entre flores,
Como suelen acordes ruiseñores.
Sigue, sigue cantando;
No pierdas tiempo de tu edad florida;
Que yo voy acabando
Mi fastidiosa vida,
En milicia y en córtes mal perdida.
En alas de la fama
Tus versos llegarán á mis oidos;
Si la trompa me llama
A los mares vencidos
Y á los indios de Apache embravecidos,
O al Antártico polo
Llevando las banderas del gran Cárlos,
Diráme siempre Apolo
Tus versos, y á escucharlos
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.
Ni el estrépito horrendo
De Neptuno, que ofrece muerte impía,
Ni de Marte el estruendo
Turbará el alma mia
Si suena en mis oidos tu armonía.
Aun cuando dura parca
Mayores plazos á mi vida niegue,
Y en la fúnebre barca
Por la Estigia navegue,
Y á las delicias del Elíseo llegue,
Oiré cuando Catulo,
Á la sombra de un mirto recostado,
Con Propercio y Tibulo
Lea, maravillado,
Los versos que la musa te ha dictado.

Cuando acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
Repitiendo, envidiosos:
«¡Qué celestial portento!
¿A quién ha dado Apolo tanto aliento?»
Y yo, siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré: «Yo fuí su amigo,
Y por tal me queria,
Y en dulcísimos versos lo decia» (1),
Haránme mil preguntas,
Puesto en medio de todos: «¿De quién eres,
Y cuántas gracias juntas,
Y á qué zagala quieres,
Y cómo baila cuando el plectro hieres?»
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando le escuchan todos con agrado,
Responderé cantando
Tu nombre, patria, genio y poesía,
Y asombraránse cuando
Les diga tu elegía
A la memoria de la Filis mia (2).

SOBRE LOS PELIGROS DE UNA NUEVA PASION.

SÁFICOS-ADÓNICOS Á CUPIDO.

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Vénus, ciego amor tirano,
Con débil mano vencedor del mundo,
Dulce Cupido.
Quita del arco la fatal saeta,
Deja mi pecho, que con fuerza heriste
Cuando la triste, la divina Fílis
Me dominaba.
Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo;
Cuando constante con promesa justa
De que ella sola me seria cara
Aunque pasára las estigias olas
Con Aqueronte;
De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.
Sobre la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.
«Sacra ceniza, repetí mil veces;
Sombra de Fílis, si mi pecho adora
A otra pastora desde la tremenda
Lóbrega noche,
Haz que á mi falso corazon asombre
Cuanto las cuevas del averno ofrecen,
Cuanto padecen los malvados, cuanto
Sísifo sufre.
Júrolo, Fílis, por tu amor y el mio,
Por Vénus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el Padre
Omnipotente.»
Las losas duras, á mi acento triste,
Mil veces dieron ecos horrorosos,
Y de dudosos aires resonaron
Túmulo y ara.
Dentro del mármol una voz confusa
Dijo: *Dalmiro, cumple lo jurado;*
Quedé asombrado, sin mover los ojos,
Palido, yerto.
Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo,
Y otro castigo que el de ser llamado
Pérfido, aleve.
Entre los brazos de mi nueva amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño;
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dejarme.
En vano Clóris (cuyo amor me ofreces),
Y á cuyo pecho mi pasion inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.
Ante mi vista se aparece Fílis,
En mis oidos su lamento suena;
Todo me llena de terror y espanto;
Tímido caigo.
Lástima causen á tu pecho ¡oh niño!
Las voces mias, mis dolientes voces,
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.
La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazon respire;
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.
¡Ay, que te alejas y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

OTROS Á VÉNUS.

Madre divina del alado niño,
Oye mis ruegos; que jamas oiste
Otra tan triste lastimosa pena
Como la mia.
Baje tu carro desde el alto Olimpo
Entre las nubes del sereno cielo,
Rápido vuelo traiga tu querida
Blanca paloma.
No te detenga con amantes brazos
Marte, que deja su rigor al verte,
Ni el que por muerte se llamó tu esposo
Sin merecerlo.
Ni las delicias de las sacras mesas,
Cuando á los dioses, lleno de ambrosía,
Alegre brinda Jove con la copa
De Ganimédes.
Ya el eco suena por los altos techos
Del noble alcázar, cuyo piso huellas,
Lleno de estrellas, de luceros lleno
Y tachonado.
Cerca del ara de tu templo, en Páfos,
Entre los himnos que tu pueblo dice,
Este infelice tu venida aguarda;
Baja volando.
Sobre tus aras mis ofrendas pongo,
Testigo el pueblo, por mi voz llamado,
Y concertado con mi tono el suyo,
Te llaman madre.
Alzo los ojos al verter el vaso
De leche blanca y el de miel sabrosa;
Ciño con rosa, mirtos y jazmines
Esta mi frente.
Mi palomita con la blanca pluma,
Aun no tocada por pichon amante,
Pongo delante de tu simulacro;
No la deseches.
Ya, Vénus, miro resplandor celeste
Bajar al templo; tu belleza veo;
Ya mi deseo coronaste, ¡oh madre,
Madre de amores!
Vírgenes tiernas, niños y matronas,
Ya Vénus llega, vuestra diosa viene;
El aire suene con alegres himnos,
Júbilo santo.

(1) Hace referencia esta estrofa á la cancion de Melendez, dirigida á CADALSO bajo el poético nombre de Dalmiro, que empieza así:

Caro Dalmiro, cuando á Fílis suena
Tu deliciosa lira,
El rio, por oirte, el curso enfrena,
Y el mar templa su ira, etc.

(2) Esta elegía principia así:

¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio!

y es imitacion de la de Moratin á la muerte de la Reina Madre.

Humo sabeo salga de las urnas,
Dulces aromas, que agradarla suelen,
Ambares vuelen tantos, que á la excelsa
Bóveda toquen.
Pueblo de amantes, que á mi voz acudes,
A Vénus pide que á mi ruego atienda
Y que á mi prenda la pasion inspire
Cual yo la tengo.

CORO DE NIÑAS.

Reina de Chipre, diosa de Citéres,
Tú, que á los dioses y á los hombres mandas,
¿Por qué no ablandas á la dura Clóris?
Mándalo, Vénus.

CORO DE NIÑOS.

Reina de Páfos y de amores diosa,
Tú, que á los pechos llenas de placeres,
¿Por qué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo, Vénus.

PRIMERA NIÑA.

Como la rosa
Agradecida
Da mil aromas
De sus olores
Al amoroso
Céfiro blando,
Cuando la halaga
Y la rodea;

PRIMER NIÑO.

Haz que reciba
En su regazo
Clóris afable
Al que la adora.
Coro de niños, etc.

SEGUNDA NIÑA.

Como la hiedra
Halla en el olmo
Vínculo firme
Cuando le abraza;

SEGUNDO NIÑO.

Haz que á su amante
Plácido rostro
Ponga la ninfa
Cuando le vea.
Pábulo nuevo
Halle su llama
En su querida
Dulce zagala.
Coro de niñas, etc.

Á LA NAVE EN QUE SE EMBARCÓ ORTELIO EN BILBAO PARA INGLATERRA.

ODA.

SÁFICOS-ADÓNICOS.

Ya deja Ortelio la paterna casa,
Ya le recibes, navecilla humilde,
Ya queda léjos la jamas domada
Cántabra gente.
Nave que llevas tan amable vida,
Céfiro grato llévete sereno
Hasta que pongas á la amiga costa
Ancora firme.
Alce Neptuno el húmido tridente,
Abra las ondas para darte paso,
Salgan en coro ninfas y tritones
Para guiarte.
Ni toques costa ni movible arena,
Ni sople hinchado contra tu velámen,
Gúmena y jarcia, desde el alto polo,
Hórrido norte.
Las naves altas de cañon tremendo,
Con la bandera del amado Cárlos,
No te abandonen al atroz pirata
Que Africa cria.
Ni temas golpes de la suerte aleve;
Yo pido al cielo para tí bonanza,
Y al que le ruega por su dulce amigo,
Júpiter oye.

UN CURRUTACO EN 1770.

OCTAVAS.

En azul zapatillo su pié embebe,
De nevado liston ribeteado;
Media calada y de color de nieve
Cubre su pierna, á quien bordó el cuadrado
Torcida hebilla, si brillante y breve,
Su pié le ajusta con sutil agrado;
De oprimido el zapato se le queja,
Por eso le trae preso de la oreja.
Negro calzon de rico terciopelo,
Ancho de hechura, su garbillo afina,
Y segun de la moda el fiel modelo,
El boton del pernil á la pretina;
Esto con especial fino desvelo
Es de plata, de hechura la más fina;
La charretela igual, y me desvela,
Si aquésta es moda, verla en *charretela.*
Con más dijes que un niño, y campanillas,
Cuelga el reloj del traje primoroso;
Primores todos son, que á maravillas
Las ha elevado artífice ingenioso;
Divisas de su hechura son sencillas
Cuantas cuelgan de enlace artificioso;
Pero tal vez reloj con dijes hartos,
Horas suele tener, pero no *cuartos.*
Chupilla corta, azul y plateada
Abrocha de su talle el aire ufano,
Sobre quien, de los tiros de la espada
El ceñidor ajusta su fiel mano;
Verde cutó con vaina bien zarpada
Pende del tirò, en su tamaño enano,
Cuya hoja (si á mí no se despinta)
Vírgen la pienso, aunque la traiga en cinta.
Corbatin ajustado el cuello oprime,
Ó corbata de Holan, cuya lazada,
Si ya no es que á la nuez ella lastime,
La sangre tira al rostro, arrebatada;
El arcaduz vital opreso gime,
De mirar su canal tan sofocada;
Las venas saltan; moda no es muy buena,
De tal locura demostrar la vena.
De empolvadas sortijas erizada,
Adorna aqueste Adónis su cabeza;
Pelo propio es en fin, y acrisolada
Moda especial de la mejor majeza;
Mas siendo en lo exterior toda nevada,
Y en lo interior un fuego en la fineza,
Déjame que la llame Mongivelo,
Porque aquesta expresion la viene *á pelo.*

SONETOS.

I.

Sobre el poder del tiempo.

Todo lo muda el tiempo, Fílis mia;
Todo cede al rigor de sus guadañas:
Ya transforma los valles en montañas,
Ya pone campo donde mar habia.
El muda en noche opaca el claro dia,
En fábulas pueriles las hazañas,
Alcázares soberbios en cabañas,
Y el juvenil ardor en vejez fria.
Doma el tiempo al caballo desbocado,
Detiene el mar y viento enfurecido,
Postra al leon y rinde al bravo toro.
Sola una cosa al tiempo denodado
Ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
Y es el constante amor con que te adoro.

II.

De la timidez natural á los hombres.

¡A cuánto susto el cielo te condena,
Oh género mortal, flaco y cuitado!
Se espantan unos en el mar salado,
Y tiemblan otros cuando Jove truena.
Otros, si el eco del leon resuena;
Otros, cuando el magnate está irritado:
Otros, cuando en la cárcel han pasado
Dias y noches tristes con cadena.
Yo solo discurrí no temblaria
Al trueno, ni al leon, ni al poderoso,
Ni á la prision, ni á todo el orbe entero.
Mas se engañó mi débil fantasía:
El rostro de mi Fílis, desdeñoso,
Me cubre de terror, temblando muero.

III.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja para lograr su objeto.

Pierde tras el laurel su noble aliento
El héroe jóven en la atroz milicia;
Sepúltase en el mar, por su avaricia,
El necio, que engañaron mar y viento.
Hace prision su lúgubre aposento
El sabio por saber, y por codicia
El que al duro metal de la malicia
Fió su corazon y su contento.
Por su cosecha sufre el sol ardiente
El labrador, y pasa noche y dia
El cazador de su familia ausente.
Yo tambien llevaré con alegría
Cuantos sustos el orbe me presente,
Sólo por agradarte, Fílis mia.

IV.

Renunciando al amor y á la poesía lírica con motivo de la muerte de Fílis.

Miéntras vivió la dulce prenda mia,
Amor, sonoros versos me inspiraste;
Obedecí la ley que me dictaste,
Y sus fuerzas me dió la pöesía.
Mas ¡ay! que desde aquel aciago dia
Que me privó del bien que tú admiraste,
Al punto sin imperio en mí te hallaste,
Y hallé falta de ardor á mi Talía.
Pues no borra su ley la parca dura
(A quien el mismo Jove no resiste),
Olvido el Pindo y dejo la hermosura.
Y tú tambien de tu ambicion desiste,
Y junto á Fílis tengan sepultura
Tu flecha inútil y mi lira triste.

V.

Ya veis cuál viene, amantes, mi pastora,
De bulliciosos céfiros cercada,
La rubia trenza suelta, y adornada
Por sacras manos de la misma Flora.
Ya veis su blanco rostro, que enamora;
Su vista alegre y sonreir, que agrada;
Su hermoso pecho, celestial morada
Del çorazon á quien el mio adora.
Ois su voz y el halagüeño acento,
Y al ver y oir que sólo á mí me quiere,
Con envidia mirais la suerte mia.
Mas si vierais el mísero tormento
Con que mil veces su rigor me hiere,
La envidia en compasion se trocaria.

VI.

A la Primavera, despues de la muerte de Fílis.

No basta que en su cueva se encadene
El uno y otro proceloso viento,
Ni que Neptuno mande á su elemento
Con el tridente azul que se serene,
Ni que Amaltea el fértil campo llene
De fruta y flor, ni que con nuevo aliento
Al eco den las aves dulce acento,
Ni que el arroyo desatado suene.
En vano anuncias, verde primavera,
Tu vuelta, de los hombres deseada,
Triunfante del invierno triste y frio.
Muerta Fílis, el orbe nada espera,
Sino niebla espantosa, noche helada,
Sombras y sustos como el pecho mio.

VII.

Probando que la ausencia no siempre es remedio contra el amor.

Cuatro tomas de ausencia recetaron
A un enfermo de amores los doctores;
El enfermo sanó de sus amores,
Y los doctores sabios se mostraron.
Otros mil ejemplares confirmaron
De la nueva receta los primores;
Los astros conocieron mis dolores,
Y sin duda sanarme proyectaron.
Me dieron de receta tan divina
Cincuenta tomas (que tomé con tedio),
Pero más me agravó la medicina,
Pues tan opuesto al fin fué aqueste medio,
Que agonizando mi alma, se imagina
Me matará el remedio sin remedio.

ROMANCES.

El poeta habla con su obra, remitiéndola á un amigo suyo residente en Madrid.

Id, versos dichosos;
Id, consuelos mios,
A la excelsa córte
Del rey más benigno.
Desde esta cabaña
Del techo pajizo,
Que fué vuestra cuna
Y mi dulce asilo,
Llegad hasta donde
El humilde rio
Los cimientos baña
Del palacio altivo;
Mas no la inocencia
De ser hijos mios,
En llanto engendrados
Y en pena nacidos,
Os lleve engañados
Con afan contínuo,
Buscando un Mecénas
Entre los validos;
Que mal entre adornos
De dorados libros
Parecen las hojas
Del libro sencillo,
En que mi tristeza
Grabó mis suspiros.
Tampoco á los sabios
Llegueis atrevidos,
Pidiendo que os pongan
Al lado de Ovidio,
Boscan, Garcilaso,
Marcial y Virgilio,
Argensola, Lope
Y Homero divino.
No entreis tan endebles
En tanto peligro;
Que corren gran riesgo
En un golfo mismo
Las barcas pequeñas
Entre los navíos
Que llevan de Cádiz
A los mares indios
Las armas de Cárlos,
Su fe y su dominio.
Si acaso llegais,
¡Oh cuánto os lo envidio!
Llegad preguntando
Por un buen amigo,
De prendas completo
Y libre de vicios,
Con dulzura sabio,
Sin arte benigno.
Por estas señales,
A Ortelio os dirijo;
Ya esté con su padre,
De quien es alivio,
Ya esté, como suele,
Allá en su retiro,
Contando en los astros
Las fuerzas y giros,
O ya del teatro
En el noble circo,
Aplaudiendo gracias

O tachando vicios,
O ya con su Lísis
(Que tambien le he visto
Pagar el tributo
De gozo y suspiro
Al sexo amoroso
Con afecto fino),
Llegad á su pecho,
Archivo del mio,
Y decidle : «Ortelio,
Con paz recibidnos;
Venimos de parte
Del triste Dalmiro.»

CUENTO.

En el oscuro bolsillo
De un miserable avariento
Reinaba un sumo descanso,
Duraba un largo silencio.
Ni sol ni luna podian
Enviar sus luces dentro,
Para dar un corto alivio
A los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colegido
El lector, como discreto,
Y si no, como atrevido
(Que suele valer lo mesmo,
Y mil veces confundirse
Discrecion y atrevimiento);
Ya habrá, digo, discurrido,
Como digo de mi cuento,
Que los tristes habitantes
De aquel castillo tremendo
No veian los teatros,
Las máscaras, los paseos,
Los banquetes, las visitas,
Las tertulias y los juegos,
Ni tampoco iban á hablarles
Aquellos hombres molestos,
De estos que hay que por hablar
Irán á hablar con los muertos.
Solamente en él entraban,
Siempre de noche y con tiento,
Del dueño de la prision
Los largos y frios dedos;
Contábalos uno á uno
Cien veces y áun otras ciento.
Pues, señor, entre los tales
Tristísimos prisioneros
Los habia muy alegres
(O filósofos, ó necios,
Pues sólo en estas dos clases
Se ven penas con sosiego),
Y por no saber qué hacerse,
Se estaban entreteniendo
En contar las travesuras
Que los malvados hicieron
Cuando andaban por el mundo
Campando por su respeto.
Oyólos un ratoncillo,
Vecino de mi aposento,
Que en él suele comer libros,
Porque no halla pan ni queso,
Y todo me lo contó,
Prometiéndole el secreto,
Porque el raton y yo somos
Amigos y compañeros,
Y pasamos nuestras hambres
El y yo contando cuentos.
Así dice que decian;
Oigalo el sabio y discreto...
Pero no quiero decirlo,
Porque se oyeran enredos,
Culpas, delitos y fraudes,
Osadías y portentos,
Que prueban lo que es el hombre,
Y lo que puede el dinero.

Traduccion de Catulo.

De mi querida Lesbia
Ha muerto el pajarito,
El que era de mi dueño
La delicia y cariño,
A quien ella queria
Más que á sus ojos mismos.
Llórenle las bellezas,
Llórenle los Cupidos,
Llórenle cuantos hombres
Primorosos ha habido;
Porque era tan gracioso,
Y con tan bello instinto
Conocia á su dueño
Como á su madre el niño.
Ya se estaba en su seno,
Ya daba un vuelecito
Al uno y otro lado,
Volviendo al puesto mismo,
Su lealtad y gozo
Mostrando con su pico.
Ahora va el cuitado
Por el triste camino
Por donde nadie vuelve
Despues de haber partido.
¡Oh, mal haya, mal haya
Vuestro rigor impío,
Tinieblas destructoras,
Crueldad del abismo!
Que destruyendo al mundo,
Tambien habeis sabido
Arrebatar de Lesbia
El pájaro querido.
¡Oh malvados rigores!
¡Oh triste pajarillo!
Que causan á mi Lesbia
Duro llanto contínuo,
Quitando á sus ojuelos
Aquel hermoso brillo.

Carta escrita desde una aldea de Aragon á Ortelio (1), que habia adivinado la melancolía del poeta.

Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿Cómo has acertado
La vida que llevo?
¿Qué estrella te dijo
(Pues lees en los cielos)
La vida que paso,
Cargada de tedio?
Desde que del hado,
Conmigo severo,
La mano tirana
Firmó mi decreto,
No he visto la cara
Serena al consuelo.
El cielo se muestra
Airado y tremendo;
Las yerbas sus verdes
Matices perdieron;
Las aves no forman
Sus dulces conciertos,
Como acostumbraban,
De armoniosos metros.
Del sueño, no grato,
Cuando me despierto,
Sólo oigo la ronca
Voz del negro cuervo,
Murciélago triste,
Gavilan siniestro,
O de otros iguales
Para mal agüero.
Ni sueño gustoso
Cosas de contento;
Sólo se aparecen
(Si alguna vez duermo)
Imágenes tristes,
De horroroso aspecto;
Si salgo á los campos
A hablar con los ecos,
Los ecos se espantan
De mi devaneo,
Y nunca repiten
De tales lamentos
Las sílabas duras;
Con cuyo desprecio,
Andando en el aire,
Se las lleva el viento.
Ya de los ganados
Olvido el gobierno;
Se van mis ovejas
Por donde no quiero;
Ni sirve llamarlas,
Porque con desprecio
Al amo insensato
Perdieron el miedo.
Tal vez á la orilla
De algun arroyuelo
A llorar mis cuitas
Acudo indiscreto.
De verle tan libre
Y verme tan preso,
De verle cuál corre
Por el campo fresco.
Y ver cuál la suerte
Me tiene sujeto,
Me aparto más triste,
Y él se va más bello,
Habiendo tomado
Notable incremento
Con el llanto mio.
¡Oh, quieran los cielos
Que seas tú solo
Quien saque provecho
De esta ausencia,
Arroyo discreto!
Si acaso mi flauta
Entona algun metro,
Resuenan tristezas,
Que arroja mi pecho;
Si de otros pastores
Las danzas presencio,
Y como las temo
Del pecho que sabes,
El baile aborrezco.
Si llego á la mesa,
En vano el intento
De probar manjares;
Ninguno apetezco.
Los otros pastores,
Que advierten mi tedio,
Me ofrecen en vano
Algun alimento.
Entónces, amigo,
Comer plantas suelo,
O frutas del campo,
O leches ó quesos,
Porque son comidas
De poco aderezo,
Y son naturales,
Como mis afectos.
Del agua más pura
Alguna vez bebo
De una clara fuente,
Clara como el pecho,
Que á beber se inclina;
Y en su puro espejo
De horrores me espanto
Cuando considero
Mi cara ¡qué adusta!
Mis ojos ¡qué muertos!
Mi boca ¡qué triste!
Mis labios ¡qué secos!
Y en tantas mudanzas
Que padece el cuerpo,
Mi espíritu el mismo,
Y el mismo mi afecto

(1) Don Vicente García de la Huerta, grande amigo del autor.

Que cuando solia
Mirarme sereno
(¡Ortelio, deliro!)
En aquel espejo,
Tan límpio, tan puro,
Tan claro, tan terso,
En que yo veia,
De placeres lleno,
Alegres mis ojos,
Mi rostro halagüeño,
Mi boca chistosa,
Mis labios parleros,
Diciendo ternuras
Y dulces requiebros,
Que oia gustoso
Mi adorado dueño;
Su vuelo tomaron
Las alas del tiempo.
Cupido, las tuyas
No sigan tal vuelo.
Los dias felices
Se pasaron luégo,
Apénas sentidos,
Cual soplo ligero
De céfiro suave,
Que convida al sueño;
Y los tristes dias
Que al presente veo,
Son nortes furiosos,
Cuyo soplo adverso
Arranca las peñas,
Deshace los techos,
Destruye los campos,
Anuncia el invierno,
Destruye el rebaño
De tristes corderos;
En vano acostumbro,
Con piadoso celo,
Al ara de Jove,
El padre supremo,
Llevar la pregunta
De si este tormento,
Que así me aniquila,
Ha de ser eterno.
Más dudas suscita
Su oráculo incierto,
Hasta que en furores
Se convierte el tedio,
Y pido á los dioses
Fulminen del cielo
Centellas y rayos
De horroroso estruendo,
Que á negras cenizas
Reduzcan mi pecho
(Asunto bien fácil,
Pues ya lo está haciendo
De amor y venganza
Unido el incendio).
Ya pido á la tierra,
Más blanda que el cielo,
Que abriendo sus bocas,
Puertas del averno,
Me trague y sepulte
En su horrendo seno;
Ya, desesperado
De no hallar consuelo,
Al mar yo me arrojo
Con mortal intento;
Sus olas, que huyen
De mi ardiente incendio,
Me vuelven á echar
A la orilla luégo,
Sin siquiera darme
El corto consuelo
De que con sus aguas
Se apague mi incendio;
Ya busco á las fieras,
De quienes deseo
Ser víctima triste,
Y quieren los cielos
Se ablanden sus furias,
Y no mi tormento;
Ya suelen los dioses,
Inmortales dueños
De los corazones,
Templar mis desvelos
Por pocos instantes,
Y en ellos contemplo
La fuerza del hado,
Que así lo ha dispuesto;
Que el hombre no puede,
Por débil y necio,
Frustrar de los dioses
Los altos decretos.
Entónces, confuso
Y de dudas lleno,
Consuelo mis cuitas
Diciendo á mi Ortelio:
«Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿Cómo has acertado
La vida que llevo?
Escatro, el pastor
A quien tanto quiero,
Te envia expresiones
Dignas de su pecho.
Por Jove te juro
(Y debes creerlo,
Porque yo lo digo
Aun sin juramento)
Que tu amado nombre,
Que el nombre de Ortelio,
Que nombre tan caro
Será mi consuelo
Miéntras haya estrellas
En el firmamento,
Flores en el campo,
Frutas en los huertos,
Llantos en mis ojos,
Y en mi alma duelos.
Adios ¡oh mi amigo!
Otra vez y ciento;
Adios te repite
Mi corazon necio
En la despedida
De un amado objeto.

Con motivo de haber encontrado en Salamanca un nuevo poeta de exquisito gusto (1), particularmente en las composiciones tiernas.

Ya no verán... ¡oh Tórmes!
Tus áridas orillas
Los manes de Galeno
Y del Estagirita.
Alza la anciana frente,
Tanto tiempo oprimida,
Y esparce por el campo
Desde hoy jovial la vista.
¿No ves cómo se acercan
Con música festiva
A tus arenas sacras
El gusto y la alegría?
En torno de ellas vuelan
Los juegos y las risas,
Cerca vienen las Musas,
Del gran Febo seguidas.
En medio de aquel coro
¿No ves cómo camina
Un jóven, de quien tiene
Ganimédes envidia?
¿No escuchas que al acento
De su suave lira
Las nueve Musas cantan
Y el verde prado pisan?
Para adornar sus sienes
Y cabellos, que brillan
Más que el oro, tributo
De las lejanas Indias,
Tejiendo van guirnaldas,
Y de Flora las ninfas,
Para traer las flores,
Van y vienen aprisa.
Pues este mismo jóven
Es por quien tus orillas
Verán llegar las gracias,
El gusto y la alegría,
Huyendo de sus voces
Y célica armonía
Los manes de Galeno
Y del Estagirita.

(1) Melendez Valdés.

LETRILLAS.

Sobre los varios méritos de las mujeres.

Del precio de las mujeres
Son varios los pareceres;
Cada cual defiende el suyo.
Yo, que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
A todos doy la razon
Y con todas me contento;
Oid hasta el fin del cuento.
Unos gustan de que sea
Su dama hija de la aldea,
De sencillo pecho y trato,
Y que no les dé el mal rato
De artificiosos amores;
Que se salga á coger flores
Por el campo el mes de Mayo,
Con ligero y pobre sayo,
Que de sus abuelas fué...
Y tienen razon á fe.
Otros, de más alto porte,
Quieren damas de la córte,
Con majestad y nobleza
Aun mayor que la belleza,
Con adorno y compostura,
Que dé brillo á su hermosura,
Con fausto y ostentacion...
Y á fe que tienen razon.
Unos gustan de sabidas
(Que leidas y escribidas
El vulgo suele llamar)
Y que sepan conversar
Del Estado, paz y guerra,
Del aire, agua, fuego y tierra,
Con la gaceta y café...
Y tienen razon á fe.
Otros son finos amantes
De las que son ignorantes
Y que entregaron su pecho
Sin saber lo que se han hecho;
Que lloran al preguntar
¿Que cosa es enamorar,
Y dónde está el corazon?
Y á fe que tienen razon.
Unos aumentan su llama
Cuando es juiciosa la dama,
Circunspecta, séria y grave,
Y que la crítica sabe
Del vos, del tú y del usté...
Y tienen razon á fe.
Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieren
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien tan marciales,
Que de dos ó tres vaivenes
Entreguen, sin más desdenes,
Las llaves del corazon...
Y á fe que tienen razon.

LETRILLA SINCERA.

I.

El rayo severo
Que Jove vibró

Celébrele Homero,
Que no lo haré yo

II.

La sátira fiera
Que Persio escribió
Cultive el que quiera,
Que no lo haré yo.

III.

Ercilla con arte,
Que él mismo probó,
Celebre á su Marte,
Que no lo haré yo.

IV.

Del mar que el troyano
Llorando aumentó
Escriba el Mantuano,
Que no lo haré yo.

V.

Pero del dios ciego,
Que Vénus parió,
Callen todos luégo,
Que bastaré yo.

De amores me muero:
Mi madre, acudid;
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.

Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido Abril,
Y chicas y chicos
Me suelen decir:
«¿Por qué no te casan,
Mariquilla? Di.»
De amores me muero, etc.
Ya sé, madre mia,
Que allá en el jardin,
Estando á mis solas,
Despacio me vi
En el espejito
Que me dió en Madrid,
Las ferias pasadas,
Mi primo Luis;
De amores me muero, etc.
Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije, llorando:
«¡Ay pobre de mí!
¿Por qué se malogra
Mi dulce reir
Y tiernas miradas?
¡Ay niña infeliz!»
De amores me muero, etc.
Y luégo en mi pecho
Una voz oí,
Cual cosa de encanto,
Que empezó á decir:
«La niña soltera
¿De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es más feliz.»
De amores me muero, etc.
Si por ese mundo
No quisiereis ir
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí,
Que yo hallaré tantos,
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir.
De amores me muero, etc.
Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suele oir.
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone léjos
Si tambien venis.
De amores me muero, etc.
Me mira, le miro;
Si me vió, le vi
Ponerse más rojo
Que el mismo carmin,
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, etc.
En frente vive otro,
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver dónde llego
Me suele seguir.
De amores me muero, etc.
Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil,
Y á nuestra criada
La suele decir:
«¡Bonita es tu ama!
¿Te habla de mí?»
De amores me muero;
Mi madre, acudid;
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.

Letrillas satíricas, imitando el estilo de Góngora y Quevedo.

Que dé la viuda un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo;
Pero que ella no se ria
Si otro se ofrece en el dia,
No lo creo.
Que Clóris me diga á mí:
«Sólo he de quererte á tí»,
Ya lo veo;
Pero que siquiera á ciento
No haga el mismo cumplimiento,
No lo creo.
Que los maridos celosos
Sean mas guardias que esposos,
Ya lo veo;
Pero que estén las malvadas,
Por más guardias, más guardadas,
No lo creo.
Que al ver de la boda el traje,
La doncella el rostro baje,
Yo lo veo;
Pero que al mismo momento
No levante el pensamiento,
No lo creo.
Que Celia tome el marido
Por sus padres escogido,
Ya lo veo;
Pero que en el mismo instante
Ella no escoja el amante,
No lo creo.
Que se ponga con primor
Flora en el pecho una flor,
Ya lo veo;
Pero que astucia no sea
Para que otra flor se vea,
No lo creo.
Que en el templo de Cupido
El incienso es permitido,
Ya lo veo;
Pero que el incienso baste,
Sin que algun oro se gaste,
No lo creo.
Que el marido á su mujer
Permita todo placer,
Ya lo veo;
Pero que tan ciego sea,
Que lo que vemos no vea,
No lo creo.
Que al marido de su madre
Todo niño llame padre,
Ya lo veo;
Pero que él, por más cariño,
Pueda llamar hijo al niño,
No lo creo.
Que Quevedo criticó
Con más sátira que yo,
Ya lo veo;
Pero que mi musa calle
Porque más materia no halle,
No lo creo.

OTRAS.

Que un sabio de mal humor
Llame locura al amor,
Ya lo veo;
Pero que no se enloquezca
Cuando otro humor prevalezca,
No lo creo.
Que una doncella guardada
Esté del mundo apartada,
Ya lo veo;
Pero que no muera ella
Por salir de ser doncella,
No lo creo.
Que un filósofo muy grave
Diga que de amor no sabe,
Ya lo veo;
Pero que no mienta el sabio
Con el pecho y con el labio,
No lo creo.
Que una moza admita un viejo
Por marido ó por cortejo,
Ya lo veo;
Mas que el viejo en confusiones
No dé por cuernos doblones,
No lo creo.
Que un amante abandonado
Diga que está escarmentado,
Ya lo veo;
Pero que él no se desdiga
Si encuentra grata á su amiga,
No lo creo.
Que una vieja ya se asombre
Hasta del nombre de hombre,
Ya lo veo;
Pero que ella no quisiera
Ser de edad ménos severa,
No lo creo.
Que una mujer á su amante
Jure ser siempre constante,
Ya lo veo;
Pero que se pase un dia,
Y ella quiera todavía,
No lo creo.
Que de todas las mujeres
No importen los pareceres,
Ya lo veo;
Pero que de la que amamos
El parecer no sigamos,
No lo creo.
Que á la mujer, cual cristal,
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo;
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo.
Que al espejo las coquetas
Estudien mil morisquetas,
Ya lo veo;
Pero que sea el cristal
El objeto principal,
No lo creo.

Que bastante he murmurado
En lo que está criticado,
Ya lo veo;
Pero que mucho no pueda
Criticarse en lo que queda,
No lo creo.
Que la novia moza y linda
Al noble viejo se rinda,
Ya lo veo;
Pero que crea el barbon
Que ella rinde el corazon,
No lo creo.

Pero á mí ¿qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Llora el jóven heredero
Del padre anciano la muerte,
Porque no dejó más fuerte
El talegon del dinero;
Pero mira, placentero,
La comitiva llorosa,
Que al cuerpo cantando está;
Pero á mí ¿qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.
Aquel que en el coche ves
Mirar á todos con ceño
Dé gracias á un extremeño
Que hubo, por nombre Cortés;
Que si no, bien al reves
Su persona fastidiosa
Iria de lo que va;
Pero á mí ¿qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.
Dícele la hermosa al viejo:
«Llega, dulce prenda mia,
¡Qué dichosa me creeria
Si tú fueras mi cortejo!»
Y él, á pesar del espejo,
A la niña mentirosa
Casi creyéndola está;
Pero á mí ¿qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

ANACREÓNTICAS.

Al pintor que me ha de retratar.

Discípulo de Apéles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo,
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso,
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo;
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los moros;
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y rojo;
Ni tampoco me pongas,
Con vanidad de docto,
Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos,
Que honores solicitan
En los siglos remotos;
A mí, que sólo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Ciñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo;
El cabello esparcido,
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso;
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De jerezano néctar
O de manchego mosto;
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo,
O bien junto á mi Fílis,
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera,
Si tu pincel hermoso
Empleas, por capricho,
En este feo rostro.

Á la peligrosa enfermedad de Fílis.

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,
Los pájaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No bailan los pastores,
Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden...
Es que enfermó mi Fílis
Y está suspenso el orbe.

Dime, dime, muchacho,
¿Cuántas veces te he dicho
Que me des de lo añejo
Cuando te pida vino?
Anoche, en vez de darme
Del viejo bueno tinto,
Me diste malo y nuevo,
Y pagué tu descuido.
Apénas me llenaste
Doce veces el vidrio
Con que suelo, contento,
Brindar á mis amigos,
Cuando caí de espaldas,
Perdidos los sentidos,
Haciendo de mí mofa
Las chicas y los chicos,
Y sin duda quedára
En el suelo tendido
A no tocarme Febo
Con sus rayos divinos,
Cuando de su carrera
Llegaba al medio fijo.
Dame, dame del viejo;
A ver si con su brío,
Y la luna, que sale,
Me sucede lo mismo.
Y si tal sucediere,
Muchacho, te permito
Que en adelante traigas,
Cuando yo pida vino,
Del nuevo ó bien del viejo,
Del blanco ó bien del tinto.

Á un amigo, sobre el consuelo que da la poesía.

Mi dulcísimo amigo,
Á tí y á mí quitarnos
Los versos con que alegres
Esta vida pasamos,
Era quitar la yerba
Al fresco y verde prado,
El curso al arroyuelo,
Y á las aves el canto.
Y porque algunos necios
Desprecian al Parnaso,
¿Al dios que nos inspira
Hemos de ser ingratos?
¿Acaso su desprecio
Equivale al regalo
Con que suelen las Musas
Venir á consolarnos?
¿Qué triunfos, qué victorias
Ensalzan al soldado,
Qué empleo al ambicioso,
Qué moneda al avaro,
Como al ardiente pecho
Del poeta inspirado,
Cuando lleno se siente
Del dios del Pindo sabio?
De amor y de fortuna,
Que al corazon humano
Dan sustos á la vida,
Dan á la muerte estragos,
La musa nos defiende,
Apolo nos da amparo.
Cuando Fílis me ofende,
Poniendo un ceño ingrato,
Y cuando tu Dorisa
Te da un instante amargo,
¿Cuál cosa de este mundo
Pudiera libertarnos
De darnos cruda muerte
O de vivir penando,
Sino aquel desahogo
Que en la musa encontramos,
Sino aquella dulzura
Con que ella suele hablarnos?
Entónces en un verso
Dejamos mil enfados,
Y volvemos gozosos
En busca de otros tantos.
Pues de la ciega diosa
Los vaivenes aciagos,
Cuando castiga al bueno,
Cuando premia al malvado,
¿Cómo puede sufrirlos
Un corazon humano,
Sino como nosotros
Solemos tolerarlos?
Despreciando sus premios,
Su cólera burlando,
Y todo sin más armas
Que la pluma en la mano.

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al són de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas;
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

Devolviendo á dos amigos las coplas que ellos le habian enviado, y compuesto en una partida de campo.

Estos alegres metros
Devuelvo á vuestras manos,
Amigos de mi vida,
De Vénus y de Baco,
Con mil amargas quejas
De no haber presenciado
Los gustos de la mesa,
Los placeres del campo,
Y de que ausente y triste
No pude acompañaros,
Ya tomando la lira,
Ya tomando los vasos.
Y aunque sé que en los versos
Me venceriais ambos,
Os venciera bebiendo,
Y quedára vengado.

Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu estilo humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquíles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles,
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la córte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea,
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales,
Que con flores se visten,
Y adornan sus cabezas
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores,
Que deseosos viven
De escuchar tus canciones,
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes,
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquíles.

Á las bodas de Lesbia.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respeta de Lesbia
La mano, ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia,
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte,
Que ya la acompaña,
Y si tus intentos
A tanto llegáran,
Vencido, abatido,
Burlado quedáras,
Y nuevo trofeo
Sería tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No más me presentes,
Con lisonjas falsas,
Mudables cimientos
Para mi esperanza;
Que de sus virtudes
A la luz sagrada,
Huyen las ideas
Culpables y vanas,
Como en noche oscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras várias,
Hasta que del carro
De Febo las llamas,
Esparciendo luces,
Disipan fantasmas.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove
En las celestes mesas,
Convidados los dioses,
Suspensos los luceros
Y admirados los hombres;
Y yo dije á mi Fílis:
«Déjales que den voces;
El nombre nada importa,
Y del sabor, responde
Que será el que tú dejas
Cuando los labios pones
En la copa en que bebes
Los béticos licores,
Cuando contigo bebo,
Cuando conmigo comes;
Y déjales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove.»

De los amores de varios poetas.

Ovidio amó á Corina
Como Tibulo á Delia,
A su Cintia Propercio,
Y Catulo á su Lesbia,
Y á venideros siglos
Dijeron sus ternezas.
Tambien fueron amantes
Los modernos poetas;
Testigos son los nombres
Que en las frescas riberas
Del Támesis, del Tíber,
El Tajo, el Ebro y Sena
Llevan alegres nombres
De felices bellezas,
Amadas por los hijos
Del dios que en Délfos reina...
Y yo quiero á mi Fílis,
Y si ellos me superan
En la dulce armonía,
Mi alma se consuela,
Porque Fílis las vence
A todas en belleza,
Y lo que por mí pierdo,
Vengo á ganar por ella.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcon de Clóris,
Con lluvia, nieve y hielo;
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos;
Otros al campo raso,
Las distancias midiendo
Que hay de Vénus á Marte,
Que hay de Mercurio á Vénus;
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton ó Descártes
Los libros revolviendo;
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincon del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,
Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serian muy cuerdos
Si hicieran en la córte
Lo que en la aldea hacemos.

Pues Baco me ha nombrado
Virey de dos provincias,
Que de todo su imperio
Son las que más estima;
Pues ya siguen las leyes
Que mis labios les dicta,
De Jerez los majuelos,
De Málaga las viñas;
Cobremos los tributos
De las uvas más ricas,
Y mis alegres sienes
Con pámpanos se ciñan,
Y salgan en mi obsequio
Las cubas más antiguas,
Y que vengan bien llenas
Y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
Al són de las botijas,
De jarros y toneles,
Con sus voces festivas,
Zagales y zagalas
De toda Andalucía,
Y cuantos asistieron
A la última vendimia
Digan: «¡Viva el virey
Que Baco les envia!»
Y si acaso á su canto
Faltasen las letrillas,
Lo ya dicho cien veces,
Otras ciento repitan,
Y toquen las botellas
Y suenen las botijas.
Y si logro dormirme
Entre parras sombrías,
Bebiendo y escuchando
Tan dulce melodía,
¿Qué me importa que mueran,
Qué me importa que vivan
Con pobreza ó riqueza,
Con susto ú alegría,
Cuantos otros vireyes
La fortuna destina,
Los unos á la Europa,
Los otros á las Indias?

Por no sé qué capricho
Fílis juró olvidarme;
Pasados pocos dias,
Hizo otra vez las paces;
Pero fué tan gustoso
Aquel feliz instante,
Que la digo mil veces:
«Fílis, vuelve á olvidarme,
Con tal que á pocos dias
Vuelvas á hacer las paces.»

Me admiran en Lucinda
Aquellos ojos negros,
En Aminta los labios,
En Clóris el cabello,
La cintura de Silvia,
De Cintia el alto pecho,
La frente de Amarilis,
De Lisi el blanco cuello,
De Corina la danza
Y de Nise el acento;
Pero en tí, Filis mia,
Me encantan ojos, pelo,
Labios, cintura, frente,
Nevado cuello y pecho,
Y todo cuanto escucho
Y todo cuanto veo.

Cuando vuelvo de léjos,
Hallo á Fílis más linda,
Y cuando estoy presente,
Siento dejarla un dia.
Vénus, haz un portento
En esta Fílis mia,
Y es, que me ausente de ella
Sin perderla de vista.

Los que no saben, Baco,
Lo que abarca tu reino,
Juzgan que no pasastes
Los altos Pirineos,
Y piensan que en España
No tienes grandes templos,
Donde acudan gustosos
Los nobles y plebeyos.
Como en otros países,
Tu nombre es grato en éstos,
Sólo que con más bríndis
Se hace ménos estruendo.
Las horas que en su curso
Consume el dios de Délfos,
Con una sola copa
Gasta el bello flamenco,
Como el frances sociable
Y el aleman guerrero;
Pero los españoles
De otro modo lo hacemos,
Y como es taciturno
Y grave nuestro genio,
Bebemos y callamos,
Callamos y bebemos,
Y algunos, que desechan
Usos de antiguos tiempos,
Cantan tu nombre y beben,
Condenando el silencio.
Y tú viste á mi Fílis
(Sus primorosos dedos
Sosteniendo la copa)
Cantar tu nombre en versos
Que tal vez yo compuse
Por tí y por ella á un tiempo;
Por cierto que en sus ojos
Brillaban dobles fuegos,
Con los tuyos ¡oh Baco!
Los de la bella Vénus,
Y yo, que de uno y otro
Tenía el pecho ardiendo,
Repetia las copas,
Doblaba los requiebros.
¡Pues qué! ¿yo no cantaba?
¡Qué! ¿no cantaba Ortelio,
Ausente de su Lisi,
Por no aclarados celos?
¡Pues qué! ¿no repetia
Los báquicos acentos
La sala del banquete
Con sus nocturnos ecos?
Publica, pues, al mundo
Que tienes ara y templos
Desde el Pirene altivo
Hasta el Hercúleo estrecho,
Miéntras que yo publico
Tu gloria al universo
Con jerezanas cubas
Y castellanos versos.

Vivamos, dulce amigo,
Mirando con desprecio
Los aparentes gustos
De los ricos soberbios.
Dejemos que se miren
Con recíproco miedo,
Y con mutuas traiciones
Doren crudos venenos;
Que abunden en sus casas
La pompa y el recreo,
Miéntras abundan sustos
Y fraudes en su pecho;
Que el vínculo reciban
De un violento himeneo,
Que privará á sus almas
De amores verdaderos.
Tengan endebles hijos,
A quienes hagan necios
Lisonjas de criados,
Inciensos de vil pueblo;
Y mueran engañados,
Gozoso el heredero,
Que quiere, más ansioso,
Quitarles hasta el tiempo.
Diga despues el mármol
A siglos venideros
Lisonjas que no creen
Los del presente tiempo,
Y esta serie precisa
A los sabios dejemos,
Para que ufanos luzcan
Sus disgustos severos,
Miéntras humildes gustos,
Y por tanto más ciertos,
De nuestra corta vida
Ocupan los momentos;
Y la amistad sagrada
Hermane nuestros pechos,
Como hermanan las Musas
Nuestros gustos y versos.
En sencillos banquetes,
Que sazona el afecto,
Pase, sin ser sentido,
El carro del dios Febo,
Y prosigan los gozos,
La risa y el festejo
Hasta que vuelva Apolo
Segundo giro al cielo,
Guiándonos Cupido
A gozos más amenos,
Con Fílis y Dorisa,
Que ocupan nuestros pechos,
Y sin cuidarnos mucho
De que lejanos nietos
Transmitan á los siglos
Los apellidos nuestros,
Cantando nu stras obras,
Gozosos morirémos,
Cubriendo nuestras tumbas
Los buenos compañeros
Con pámpanos de Baco
Y con mirtos de Vénus,
Y en los vecinos troncos
Grabarán un letrero,
Que diga lisamente
Cosas que merecemos,
Versos que compusimos
Y que aplaudieron ellos.
Zagales y zagalas
De los vecinos pueblos
Vendrán á nuestra tumba
Con flautas y panderos;
No con lúgubres voces
Resonarán los ecos,
Sino con dulces tonos
Y con alegres metros,
Porque sabrán, sin duda,
Los que nos conocieron
Que nunca nos llenaron
Ambiciosos deseos;
Que no fuimos traidores,
Avaros ni perversos;
Esto cantará á todos
El respetable Ortelio,
De Vénus y de Baco
Sacerdote completo,
Y con su barba cana
Y con su grave aspecto,
Beberá grandes copas,
Dirá sabrosos versos,
Captándose de todos
El amor y el respeto,
Cual entre alegres faunos
Y sátiros traviesos
Sileno fué querido,
Aquel viejo Sileno
Que fué del mismo Baco
Admirado maestro.
Y despues que consuman
Los que al templo vinieron
La leche blanca y fria,
El vino tinto y viejo,
Se volverán cantando,
Así como vinieron,
Hasta que, doce meses
Pasados, vuelva al puesto
Con igual comitiva
Y con igual afecto
Ortelio, y que repita
A ninfas y mancebos:
«Cantad; que de Dalmiro
Y Moratin los cuerpos
En esta tumba yacen.
Detente, pasajero;
Que aquí yacen los hijos
Del muy suave Anacréon.»

Despues de haber bebido
Anoche (como suelo),
Dormido en tiernas parras,
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco,
Por dilatar su imperio,
Al Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,
Taso, Milton y Ercilia
No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros
De elevados asuntos
Y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimirán sus tirsos
Al són de sus panderos,
Y llenas de aquel jugo
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno,
Ya daban fieros gritos
Y amenazas al eco,
Y con forzudas danzas
Disponian los cuerpos.
Rodeado de faunos,
Vino el viejo Sileno,
Para más animarlos
Con su rostro y acento.
Dijo del dios del vino
Los animosos hechos,
Cuando triunfó del Indo
Con sus armas y estruendo,
Y á cada verso suyo

Ardía en nuevo fuego
La tropa, deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
Llegó al campo ligero;
Tiraban de él dos tigres
Feroces y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometieron,
Pero salió al camino
El anciano Anacréon,
Y mirándole Baco,
Detuvo á sus guerreros
Y les dijo: «Por éste
A todos perdonemos»;
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazaron
Y cantando se fueron.

Á la muerte de Filis.

En lúgubres cipreses
He visto convertidos
Los pámpanos de Baco,
Y de Vénus los mirtos;
Cual ronca voz del cuervo,
Hiere mi triste oido
El siempre dulce tono
Del tierno jilguerillo;
Ni murmura el arroyo
Con delicioso trino;
Resuena cual peñasco
Con olas combatido.
En vez de los corderos
De los montes vecinos,
Rebaños de leones
Bajar con furia he visto;
Del sol y de la luna
Los carros fugitivos
Esparcen negras sombras
Miéntras dura su giro;
Las pastoriles flautas,
Que tañen mis amigos,
Resuenan como truenos
Del que reina en Olimpo.
Pues Baco, Vénus, aves,
Arroyos, pastorcillos,
Sol, luna, todos juntos
Miradme compasivos,
Y á la ninfa que amaba
El infeliz Narciso,
Mandad que diga al orbe
La pena de Dalmiro.

Lamentos con motivo de la muerte de Filis.

Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!

GLOSA.

¡Oh musa! (si acaso
La hay tan infeliz,
Que esté destinada
Para presidir
El llanto y gemido),
Venid, influid
El tono más triste
Que se pueda oir.
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
Desde estos mis brazos,
En que yo la vi
En dias alegres
Mirarme y reir,
La muerte alevosa,
Con sorpresa vil,
Cortó de su vida
El hilo sutil.
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
Los labios, muriendo,
Procuraba abrir,
Para despedirse
Sin duda de mí;
Pero se secaron
Sin poder servir,
Cual rosa que muere,
Pasado su Abril.
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
Lo que no pudieron
Sus labios decir,
Quisieron sus ojos,
Volviéndose á mí;
Pero en aquel punto
Cerrarse los ví,
Y yo sólo pude,
Turbado, decir:
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
De su fino pecho
El blanco marfil
En pálida cera
Convertirse ví,
Y en tristes colores
Aquel carmesí,
Que de otras bellezas
Envidiado ví.
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
Decidme, deidades
Tiranas, decid,
Sin la que fué mi alma
¿Cómo he de vivir?
La molesta vida
Que me consentis,
Despues de su muerte,
Gastaré en decir:
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
Si vuestros rigores
Podeis convertir
En lástimas justas,
Mis quejas oid,
Y cual otro Enéas,
Que baje sufrid
Con la sacra rama
Al campo feliz.
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
De mi amada prenda
La sombra sutil
Podré con mis brazos...
Mas ¡necio de mí!
Su sombra queria
Con el brazo asir,
Cual si fuera cuerpo.
¡Ay qué frenesí!
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!
Cervero, Aqueronte,
Las furias en mí
No pondrán asombro.
Mi voz infeliz
Ablandará á todos
Si me oyen decir:
Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!

Sobre las *Noches lúgubres* que he compuesto con motivo de la muerte de Filis, imitando el estilo y los pensamientos de tristeza de las que compuso en inglés el doctor Young.

De la muerte de Filis
Tres noches he compuesto,
Tan tristes, que con nada
Comparártelo puedo...
Mas sí que son tan tristes
Como gustosas fueron
Las que pasamos juntos
Miéntras vivió mi dueño...

CUARTETAS.

Sencillas ponderaciones de un pastor á su pastora.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor:
«¿Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves al salir de la aurora
Cuánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves la nieve derretida
Cuánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves cuánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves cuántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Más veces te quiero yo.»

Cancion de un patriota retirado á su aldea.

Para defensa suya
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis
Y el fierro de Cantabria,
Y sangre antigua goda,
Que ansiosa se derrama
Si su patria lo pide
Y si su rey lo manda;
Y para su regalo
La fruta delicada,
Pescados de sus costas,
Que entrambos mares bañan,
Y tesoros de Baco
En Málaga y Peralta,
En Jerez y Tudela
Y en la vecina Mancha;
Pues ea, amigos mios,
Miéntras quieren las altas
Deidades, protectoras
De la feliz España,
Darnos la paz tranquila
Que gozan las labranzas,
Las viñas y los huertos,
Los rebaños y casas,
Vivamos y gocemos
Cuanto con mano franca
Nos da naturaleza,
En los otros avara.
Venid, venid alegres,
Zagales y zagalas,
Con castañuelas, tiples,
Panderos y guitarras;
Llegaos á mi choza,
Humilde, pero grata,
Donde faltan adornos,
Pero gustos no faltan.
De este lado los chicos,
Y de éste las muchachas,
Y aquí, junto á mi puerta,
Los ancianos y ancianas

Lloren de gozo viendo
A sus proles amadas.
Cantad alegres sones,
Bailad alegres danzas,
Miéntras que se disponen
Las rústicas viandas,
Y del vino más rico
Veinte botas se sacan;
Jamones de Galicia,
Cecina de Vizcaya,
Olivas de Sevilla,
Y de Aragon manzanas.
Cantad antiguas letras,
Sin justicia olvidadas,
Como á vuestras abuelas
Las suyas las cantaban.
Decid cómo Rodrigo,
El último monarca,
Pero el más infelice
De la goda prosapia,
Se perdió por amores
De la malvada Cava,
Y á manos de africanos
Dejó perdida España,
Quedando en cautiverio
Sus provincias cuitadas.
Decid cómo Pelayo
Salió de las montañas
Con la gente que tuvo,
Que era poca y honrada.
Cantad de don Alfonso,
A quien el Casto llaman,
Y que negó el tributo
De niñas desgraciadas,
Que al malvado rey moro
Los cristianos pagaban.
Decid cómo ellas mismas,
Con varonil jactancia,
Al lado de los hombres
Esgrimian las armas,
Y cómo todas ellas
A los hombres llamaban
Cobardes cuando huian,
Amantes si triunfaban;
Y así por varios trozos
Los fastos de la patria
Decid con voz acorde,
Al són de vuestra danza;
Que yo tambien quisiera,
Si no me lo estorbáran
Lo flaco de mi cuerpo,
Los años y las canas,
Juntar con vuestros tonos
La voz de mi garganta.
Pero en medio de todos,
En esta silla blanda,
Que fué de mis abuelos,
Y á mis bisnietos pasa,
Oiré vuestras canciones
Y veré vuestras danzas,
Y al que excediere á todos
En la voz más gallarda,
En baile más airoso,
Sin ser de envidia causa,
Daré el debido premio,
Y al cielo justas gracias
Porque sobre vosotros
Tales dones derrama.
Bailad, cantad contentos,
Si dura la paz santa,
Y si Marte os turbáre
Con su horrorosa saña,
Sonando sus trompetas
Y tocando sus cajas,
Dejad esos placeres
Y acudid á las armas;
Que para su defensa
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis,
El hierro de Vizcaya
Y sangre antigua goda,
Que alegre se derrama
Si su patria lo pide
Y si su Rey lo manda.

Quintillas de estilo y conceptos antiguos sobre yerros amorosos.

Los yerros que una pasion
Face sopitañamente
No son yerros, fierros son,
Que aferrojan á la mente,
Esclava del corazon.
De la misma guisa al duro
Saben prinder como al blando,
Ca su temple es tan seguro,
Que se va proporcionando
Sandio al sandio, puro al puro.
Ligazon tan apretada
Non desface la razon
Nin demedra contra él nada,
Sinon de tiempo la accion
Con lima sorda y tapada.
É solo el tiempo es asaz
Forzudo de prevenirlos;
Él es viejo, amor rapaz;
Ansi sabe bien asirlos
Por su fementida faz.

VERSOS PARA VÁRIAS ESTAMPAS QUE REPRESENTAN LOS PRINCIPALES AMORES DE LA FÁBULA.

Jove introduciéndose en la torre de Danae, convertido en lluvia de oro.

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible,
El oro la hizo factible;
Mil Joves conozco yo.

Boda de Vénus con Vulcano, asistiendo Marte con los demas dioses al banquete.

¡Vénus alegre y mocita,
Vulcano viejo y celoso,
Marte amigo del esposo,
Ay qué boda tan bonita!

El Juicio de Páris, que da la preferencia á Vénus sobre Minerva y Juno.

A Vénus el premio diste,
Y el buen gusto lo aprobó;
Tambien te lo apruebo yo,
Pues con las diosas que viste
Mi diosa no concurrió.

Enéas encuentra á su esposa Creusa en los Campos Eliseos, habiéndola perdido en la noche que salió de Troya.

Cuando me hubiste perdido,
¿Los dioses no me vengaron?
Sí, que al punto pronunciaron:
«La mujer pierda al marido»;
Y obedecidos quedaron.

Medea despues de haber facilitado á Jason la conquista del vellocino por medio de sus encantos.

Medea á Jason decia:
«¿Habrá quien más diestro sea
En mágica hechicería?»
Y Jason le respondia:
«Yo, que te hechicé, Medea.»

EPIGRAMAS.

I.

A un cuadro en que se ven Júpiter, Neptuno y Pluton con sus atributos, y Cupido volando más arriba.

Ufanos con el gobierno
Del infierno, cielo y mar,
Los tres dioses no han de estar;
Amor, con ser niño tierno,
A los tres sabe mandar.

II.

Sobre otro asunto.

En la cabeza le dió
Un palo Juan á Gines;
¿Y rompióscla? Al reves,
El palo se le rompió.
Gines era aragones.

EPITAFIOS

PARA PONER SOBRE LAS SEPULTURAS DE VARIOS AMANTES.

I.

De una mujer que murió de pura constancia.

Sólo murió de constante
La que está bajo esta losa;
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

II.

Al mismo asunto.

Tan al fénix parecida
Es la constante mujer,
Que si no vuelve á nacer
De su tumba, está perdida
La fineza en el querer.

III.

De un marido celoso.

Este difunto era esposo,
Y los celos le mataron;
De ejemplar tan horroroso
Los demas escarmentaron,
Pues ya ninguno es celoso.

IV.

De uno que murió porque no logró casarse con quien queria.

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse
Murió, de pena acabado;
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

V.

De un filósofo que murió desesperado porque la filosofía no le libertaba del amor.

Porque su filosofía
Contra el amor no bastó,
Este sabio se murió;
Dijo una que esto leia:
«¡No soy filósofa yo!»

VI.

De un amante tímido.

Viajante, te has de parar
Y mirar la sepultura
De uno que supo olvidar;
Que aquel que no se aventura,
Nunca pasará la mar.

VII.

De una vieja que murió de amores.

Una vieja ha fallecido
De amor, y aquí se enterró;
Considere el advertido,
Si enamorada murió,
Qué tal habria vivido.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JOSÉ CADALSO.

DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN
Y MANRIQUE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Doctor en ambos derechos, del gremio y claustro de la universidad de Alcalá, colegial por derecho de familia, llegó á ser rector perpétuo del colegio de Santiago de los Caballeros Manriques de Alcalá. Su mayor título de gloria es el canto épico titulado *Las naves de Cortés destruidas* (1). Fué premiado este canto por la Academia Española, en la junta que celebró el 13 de Agosto de 1778. Su incontestable mérito le granjeó el aplauso de nacionales y extranjeros. El *Journal de la Littérature* tributó grandes alabanzas á esta obra poética, que fué traducida en frances por monsieur Mollien, abogado del Parlamento de París.

«El editor del canto de don Nicolas Fernandez Moratin sobre el mismo asunto, dice Sempere, dió á éste la preferencia, con cuyo motivo publicó el SEÑOR VACA sus *Advertencias sobre el canto de Las naves de Cortés destruidas.*»

En 1789 imprimió VACA DE GUZMAN sus *Obras* en tres tomos, dedicándolas á la reina doña Luisa de Borbon. Contiene esta edicion, entre otras muchas poesías, el romance endecasílabo *Granada rendida*, premiado tambien por la Academia Española, en 1779, y *El Columbano*, égloga que alcanzó cierta fama, y fué impresa, con el seudónimo de *don Miguel Cobo Mogollon*, en 1784.

Encubierto con este mismo seudónimo publicó tres cartas literarias, y con el de *don José Rodriguez Cerezo* otra carta contra algunos «que habian intentado desacreditar sus poesías.»

Así estas cartas como las *Advertencias sobre el canto de Las naves de Cortés* están comprendidas en la edicion de 1789.

Son muy escasas nuestras noticias acerca de la vida de VACA DE GUZMAN. Puede inferirse de sus propios versos que estudió en Alcalá de Henares, y pasó de allí á Andalucía con un cargo en la magistratura:

Elfino (2), que de Henares
Dejando las riberas,
Al golfo gaditano
Llamado fué de Astrea...

Tambien puede creerse que fué natural de Sevilla y que pasó allí una parte de su juventud, á juzgar por los siguientes versos de la *Vida de San Leandro:*

Si el natural afecto
O el dulce amor que imprime
La patria en corazones
Preciados de sensibles,
En facundia del labio
Se trocára, y difícil
No fuera tanta empresa
De lira tan humilde,
Del sevillano reino
Sonára en los confines
Mi voz, engrandeciendo
Sus singulares timbres.
Metrópoli opulenta,
¿Cómo es posible olvide
Tu suelo, en que corrieron
Mis años juveniles?

En 1789 era del Consejo de su Majestad y Ministro del Crímen de la Real Audiencia de Cataluña.

L. A. DE CUETO.

(1) La BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES publicó ya este poema en el tomo XXIX.

(2) Seudónimo poético de VACA DE GUZMAN.

(*Notas del Colector.*)

POESÍAS.

Á LA MUERTE DE ARDELIA.

ELEGÍA.

Llore la triste lira
Con són enternecido
La más fatal desgracia
Que en muda escena representa el siglo.
No á Apolo, no á las Musas
Pido favor ó auxilios;
Cadencias son penosas;
Dícralas el dolor, yo las escribo.
Renuncio todo influjo
Y todo ardor divino;
Para expresar quebrantos
Númenes sobran donde estoy yo mismo.
Yo... Pero ¡qué dudosas
Las cláusulas animo
Cuando explicar mis penas
Aun no sé si es tormento ó es alivio!
La tierra está sin flores,
Sin astros el Olimpo,
Sin luces está el viento,
El mar sin perlas, sin coral los riscos;
Sin gracias está Vénus,
Sin arco está Cupido;
Hijo y madre conocen
Inútil su poder y su atractivo.
Todos de Ardelia sienten
El trágico destino,
Relámpago en su curso,
Que brilló antorcha, y humo se deshizo.
Al Bétis tributaban,
Monarca de los rios,
Tesoros mil los campos,
Llenos de flores, y de mieses ricos.
Ceñida la alta frente
De fértiles olivos,
A verlos salió un dia,
De algun suceso fúnebre adivino.
Confusa vino el alba,
Copioso fué el rocío
Con que piadoso el cielo
Llorando ostenta infaustos vaticinios.
El padre de las luces
Negó al orbe sus brillos,
No en vistosos celajes,
En atezadas nubes escondido.
Callaron de las aves
Los armoniosos picos,
Sólo de filomena
Se oye uno ú otro lastimoso trino.
Pájaros agoreros
Con lúgubres graznidos
Presagios dan fatales,
Que amedrentan el bético distrito.
No ya, como solia,
Ofrece Abril florido,
Vasallo de Amaltea,
El feudo de violetas y de lirios.
Las vides abundantes,
Los espaciosos trigos,
Los sabrosos frutales
No prometen sus dones exquisitos.
De maliciosas zarzas,
De estériles espinos,
De abrojos infecundos
Se puebla el pago, el bosque y el ejido.
No ya los arroyuelos,
Cual ántes fugitivos,
Con murmurio apacible
Son lisonjero encanto del oido.
Suspenden su corriente,
Se encharcan, detenidos,
Y olvidan, cenagosos,
De sus vertientes el cristal antiguo.
Genil y Guadalima
No adulan, expresivos,
La majestad del Bétis,
Depuesto de sus ninfas el bullicio.
El Jándula, el Guadiato
Y el Bembezar, remisos,
Apénas le conceden
El jurado tributo cristalino.
Inquiere del desórden
El lúgubre principio;
Nadie le da respuesta,
Sólo el viento le lleva los suspiros.
De la siniestra parte,
Que azota el noto esquivo,
Nace el caliginoso
Vapor, que empaña el globo de zafiros.
El claro Guadaíra
Y el Genil, que contiguos
Aquel paraje cercan,
Fueron para el exámen elegidos.
Al Bétis, obedientes,
Registran todo el sitio,
Que desde Oriente á Ocaso
Aprisionan los dos con blandos grillos.
Bajaba ya la tarde
Con pasos desmedidos,
Porque, del trance huyendo,
Sentido el sol, precipitó su giro.
En medio de sus campos,
Entre espantosos visos,
Con detestable aspecto
Les aparece indómito vestiglo.
Obscura piel, rugosa,
Cubre del monstruo altivo
Dura armazon de huesos,
Dislocados, enjutos y amarillos;
Cóncavas las mejillas,
Los ojos escondidos,
Arido y largo el cuello,
Todo el semblante lúgubre y cetrino;
La sien hundida ciñe
De beleños nocivos
Guirnalda venenosa,
Que la márgen tejió del lago Estigio.
Su diestra mano empuña
Segur de agudos filos,
Y en la siniestra lleva
El estambre en que ejerce el cruel oficio.
Vil tropa le circunda
De espíritus inicuos,
Parciales de sus iras,
De su averna deidad genios malignos.
Unos, articulando
Melancólicos himnos,
Unánimes aclaman
Su gran poder y universal dominio;
Otros con són molesto
De ronco parche herido
Y enlutadas sordinas
Acompañan los ecos mal distintos;
Otros la representan
Trofeos infinitos,
Desde el cetro al cayado,
Desde la régia púrpura al pellico.
Y arrancando la fiera
Del íntimo retiro
Del corazon dañado
Horrenda voz, que estremeció el recinto,

«Atropos soy, les dice,
¡Oh exploradores dignos
Del arrogante Bétis!
Atropos soy, que sé vuestros designios.
»Ni él duda, ni vosotros,
Mi potestad, mis bríos,
Pues fuisteis tantas veces
De la mortal ejecucion ministros;
»En el umbral del mundo
Obscuros padres mios
El Erebo y la Noche
Me infundieron las furias que respiro.
»Yo los Sansones postro,
Los Héctores derribo,
Venzo los Alejandros,
Los Scipiones, Augustos y Filipos;
»Pero hasta aquí de cortas
Victorias me glorio;
De poco me sirviera,
Si aquí parára, mi valor invicto.
»Este implacable acero,
Que con mi brazo animo,
Acaba en este instante
De darme nombre para eternos siglos.
»Mirad representados
En estos tiernos hilos
Los inocentes años
Que á Libitina airada sacrifico.
»A Ardelia, aquella ninfa,
A Ardelia, aquel hechizo,
Que parece que sólo
Nació para arrastrar los albedríos;
»Difuntas ya sus luces,
Ya su verdor marchito,
Si Vénus para envidia,
Yo para ejemplo á las bellezas pinto.
»De lustro y medio apénas
El tiempo se ha cumplido
Que Cloto, hermana mia,
El fatal copo de su edad previno.
»Láquesis oficiosa,
Cumpliendo su ejercicio,
Hilaba de su vida
El breve curso con afan contínuo,
»Y este acero, á los ojos
Humanos imprevisto,
Cortó la débil hebra,
De Ardelia la cerviz rindió atrevido.
»Este, que de su sangre
Aun no se hallaba limpio (1),
Hoy nuevamente en ella
Saciar su sed hidrópica ha querido.
»Este es el que persigue
El corazon de Elfino,
Por más que cisne cante (2)
Al Manzanares los estragos mios.
»Guerra á su estirpe toda,
Guerra campal publico;
No ya piadoso Antéros
Le suavice el dolor con que le aflijo;
»Sus párpados hinchados
No cierre compasivo,
Ni en agradable sueño
Trueque el fatal letargo padecido.
»De Vénus las palomas
Vuelvan al carro mismo
Que dejaron humildes
Por arrullar sus plácidos deliquios.
»No de la hispana córte
Corra callado el rio,
Ni ya con blando soplo
Le halague el austro, al descansar benigno.
»Con la sensible nueva
De aqueste sacrificio
El ábrego violento
Lastime la piedad de sus oidos.
»Bien entregado al útil
Manejo de sus libros,
De los legisladores
Interprete la mente ó el sentido;
»Bien entre las fragrancias
De nardos y jacintos
Su vergel le tribute
Aromático premio á su cultivo;
»Bien á la fresca orilla
Del Henares cristalino,
De su adorada Lisi
Cante el favor ó llore los desvíos;
»Penetren su constancia
Pesares repetidos,
Ya que, indomable y fiera,
Mi vanagloria en perseguirte cifro.
»Volved, volved vosotros;
Que absorto é indeciso,
Saber de horrores tantos
Guadalquivir anhela los motivos.»
Dijo la Parca, y luégo
Deshecho torbellino
La arrebató, furioso;
Tembló la tierra y bostezó el abism
Guadaíra asustado,
Genil sobrecogido,
Trémulos caminaron
A dar al sacro Bétis el aviso.
La catástrofe tierna
Le refieren unidos;
Lloró Bétis, las ninfas
Maltrataron su rostro peregrino,
Y yo, présago de este
Dolor tan excesivo,
Del Tajo á las riberas
Huigo la nueva, que saber resisto.
Mas ¡ay, que los pesares
Se expresan ellos mismos!
Se vienen sin llamarlos,
No es medio de evitarlos el huirlos.
Bebí, por fin, el cáliz
Que el hado me previno;
¡Ay, Elfino infelice,
Si habrá valor en tí para sufrirlo!
Ahogado de la pena,
Ni el llanto halla camino,
Ni hallan las quejas paso,
Ni lo que siento sé, ni sé si vivo.
De Ardelia la belleza,
Su anticipado juicio,
Su condicion afable,
No han de sentir la pena del olvido.
¡Oh qué funesta idea
Se ofrece á mis sentidos
De aquel postrer aliento,
Aquel soplo mortal, aquel martirio!
Antorchas macilentas
Arder desde aquí miro,
Que en llanto derretidas,
De su luz extinguida son testigos;
Del pueblo oigo los ayes,
Las exequias percibo,
A mis ojos se vienen
Aun las cenizas del sepulcro frio.
Despierto, á Ardelia veo,
A Ardelia hallo dormido,
Ardelia no me deja,
Ardelia á todas partes va conmigo.
Pero ¿adónde me llevan
Tan necios desvaríos?
¡Ay adorada Ardelia,
Tú gozas dulce paz y yo deliro!
Aqueste bien que logras,
Ese placer elisio,
Infiel si le lamento,
Indiscreto seré si no le envidio.
No ya tristes endechas,
Epitalamios finos
A tu feliz consorcio
Euterpe cante, solemnice Clio;
Florezca Abril de nuevo,
Cese el horror sombrío

(1) Alude al fallecimiento de algunos parientes del autor, entre los cuales, el de la que propone bajo el nombre de Floridiana en las odas del pastor Elfino. (*Esta nota y las que siguen son del mismo* Vaca de Guzman.)

(2) Esta y las cuatro estrofas siguientes aluden á las últimas de la oda primera.

Que enlutó al aire, y Febo
Disipe nieblas, brillador y activo;
Alegre corra el Bétis,
Y con vistoso estilo
Dancen sus ninfas bellas,
Coronadas de adelfas y tomillos.
Genil y Guadaíra
Imítenle festivos,
Y orlen el mausoleo
Con tiernos lazos de flexible vidrio.
En palacio de estrellas
Y de lucientes signos
Atropos la venere,
Exenta ya de su rigor impío;
Miéntras que yo del treno
Reformo el són prolijo,
Y á su dichoso estado,
Lira, dolor y pensamiento rindo.

Á LISI.

LIRAS.

Orfeo de las aves,
El ruiseñor canoro,
Al viento dando músicas suaves,
Como nunca sonoro,
Arrulla al hijo con su pico de oro.
En la fresca mañana
Le roba el pobre nido,
Y en él su prenda la aficion humana;
Entónces, dolorido,
El canto trueca en mísero gemido.
Despues le ve encerrado,
Y templa su lamento
Ver del dueño el solícito cuidado
Con que le expone al viento,
Donde á los padres deba el alimento.
Crece el pequeño hijuelo,
Su adulta edad advierte,
No su prision, el paternal desvelo;
Allí le da la muerte,
Y paga así la culpa de su suerte.
Hijo de amor he sido,
Lisi me ha cautivado,
De esperanzas amor me ha mantenido,
Amor muerte me ha dado,
Y pago así la sinrazon del hado.

AL INVIERNO.

CANCION FESTIVA.

Ya las cumbres del alto Somosierra,
Viejo, barbon, lanudo y cazcarriento,
Con el licor de la nariz colgando,
Llega en volandas de aquilon violento,
Y fiero el paso á las Castillas cierra
El caballero Invierno, tiritando;
Los montes coronando
Va ya de niebla opaca;
Copos de nieve saca,
Que hilen las sierras en la noche fria,
Dueñas caducas que en su casa cria;
Ya en Peña-Lara archiva los vapores
Que Julio en algun dia
Verá con luminarias y tambores.
Los árboles quedaron en camisa,
Del aire corpulentos escobones,
Cadavéricos, secos y arrecidos;
Solo el naranjo pretendió exenciones
(Y el mérito, por cierto, causa risa,
De ser naranjos para andar vestidos);
Los pagos divertidos
De viñas espaciosas,
Cuyas uvas sabrosas
Colmarán de sus dueños los lagares,
Ya muestran descarnados costillares,
Débiles brazos y caducas piernas,
En tanto que á millares
Sus efectos nos dicen las tabernas.
A los arroyos se hinchan las narices,
De las nubes corrientes orinales;
Las anguilas y barbos, uno á uno,
Alborotados dan en los cañales;
Resbalan en la nieve las perdices,
Los pastores se hielan, y oportuno
Los templa el desayuno,
Que en rústico dornajo
Sal, agua, aceite y ajo
Condimentaron, y el pimiento ardiente,
Plato que en lengua de la misma gente
(Poético desaire del lucero)
Trocó el nombre decente
De Vénus ó lucífero en *miguero*.
Incómodos espesos chaparrones
Hacen que anden las gentes con chapines;
Unos llevan diademas enceradas,
Otros se calzan botas ó botines.
Acechaban en tales ocasiones
Los antiguos viciosos si moradas
Llevaba ó encarnadas
Las medias una niña
Al alzar la basquiña,
Si olvidaba el recato con el lodo;
Pero aquesto en el tiempo fué del godo,
Y no debió el bigote ser eterno;
Se viste de otro modo,
Para los bajos ya siempre es invierno.
Aquel á quien *gaban* los españoles
Llamaron, y nosotros los franceses
Surtout decimos en mejor idioma,
Del cofre sale ya para estos meses,
En que vemos por brújula los soles;
La capa y su galon se pica y toma,
Porque si alguno asoma
Con ella, da disgusto,
Y no es hombre de gusto
Si su talle y sus piernas nos esconde,
Y el afeitado hocico mete adonde
De su lamida tez nos deje á obscuras,
Y aquesto corresponde;
Que ya no hay Nuños, aunque sí Rasuras.
Sufren los pajes el rigor tremendo
Del hielo, si acompañan la señora
A quien no ha dado coche la fortuna;
Su gentil cuerpo va luciendo ahora,
Miéntras triunfa del frio el reverendo
Padre fray Cabriolé, que lleva el ama;
Si no hay platos que lama,
Si la racion es chica,
Todo aquesto no implica
Con la fanfarrona que se ostenta,
Si él limpio y estirado se presenta,
Bien que quisiera más (si mal no atino)
Tener en buena cuenta
Por Navidades algo de cochino.
Cancion, deja tu curso;
No más garapiñarme,
Y trata de llevarme
Al brasero, que arrastra á mi albedrío.
Con Lisi, dueño mio,
Tostaré las castañas; verás cómo
Nos burlamos del frio
Con frasquillos de anis y cinamomo.

AL SUEÑO.

CANCION.

Descanso de la vida atribulada,
Dulce, sabroso y apacible sueño,
Deban á la virtud de tu beleño
Mis ojos esta tregua deseada.
A tí recurre, de vivir cansada,
Un alma noble, que sus males gime;
Pero en la tierra, dime:
¿Quién sin males vivió, quién sin fatigas?
No, sueño, no lo digas;
Muerte es la vida en penas tan fatales,
Y tú solo la tregua de sus males.
Cancion, á vivir voy hasta la aurora;
Mi suerte se mejora;

No es muerte el sueño, que es error advierte;
Vida es el sueño, si la vida es muerte.

SILVA.

Hijo de prado ameno,
Que á las ásperas sierras Seguntinas
Teje alfombras de heno,
Al que debe tu orígen, nombre y cuna;
Depósito de perlas cristalinas,
Claro espejo del sol y de la luna;
Henares sacro, de la prenda mia
Pacífico recreo en algun dia;
¡Oh venturoso Henares,
Oye mi voz doliente,
Y tu raudal se aumente
Con el cristal que vierten mis pesares!
¡Oh venturoso Henares!
Si de mi ausencia la expresion penosa
Imita Celia hermosa,
Si á Tajuña llevares,
Cuya márgen habita el amor mio,
Estas sentidas lágrimas que envio;
Si los llantos juntares,
¡Oh venturoso Henares!
Feliz te llamará mi triste acento,
Si te expresáre su fatal lamento;
Serás, cogiendo aljófar tan precioso,
¡Oh Henares! venturoso.
De Creso las riquezas adelantas,
Si en Tajuña heredares perlas tantas;
Gózate en ellas cuanto
Más las aumenta de ambos el quebranto;
Pero tan rica herencia
Lo ménos habrá sido;
Gózate más en ver en una ausencia
Pagada fe, y amor correspondido.

EL OLVIDO IMPOSIBLE.

CANTO.

Con fuga presurosa
Las estrellas del cielo
Llevó tras sí la noche silenciosa,
Que con mayor anhelo
Rasgó en los aires el opaco velo.
De Elfino desvelado
La penosa fatiga
El lecho deja en lágrimas bañado,
Y á abandonar le obliga
Toda quietud que á su dolor desdiga.
Furioso el can ardiente
De Erígone ladraba,
Miéntras la madre Céres, diligente,
De rubia miés colmaba
Los campos que propicia dominaba.
Rayaba el claro dia,
Y á ellos Elfino sale,
Porque hacerlos partícipes queria
De los ayes que exhale;
Mas no halla alivio que á su pena iguale
No léjos de Compluto,
De fresca grama lleno,
Y del raudal de Henares mal enjuto,
Yace un valle que ameno
Copia su gala en el cristal sereno.
De asiento sus orillas
Sirven al infelice,
Que en voces expresándose sencillas,
Porque así le suavice,
Las aguas mira y su dolor las dice.
«Pára, llorando exclama,
Pára, sagrado Henares,
A la voz que con lágrimas te llama;
Que al claro Manzanares
Suspendí alguna vez con mis pesares.»
Deten, undoso rio,
Tu curso acelerado,
Oyó decir al sentimiento mio;
Obedeció, y doblado
Fué su caudal habiéndome escuchado.
Tú, pues, que de mí oiste,
Cuando yo amar solia,
Porque á Celia en tu márgen divertiste,
Ser *de la prenda mia*
Pacífico recreo en algun dia;
Tú, que en quietud serena
Quisiste, á mis clamores,
Templar la activa sangre á Filomena,
Y en pasados ardores
Escuchaste de Lisi los amores;
Oye, que ya no canto
Las armas de Cupido,
No es ya la ausencia objeto de mi llanto,
Ni serlo han merecido
El desden ni los celos ni el olvido.
Más racional idea
Provoca mi lamento,
Más justos ayes mi cancion emplea,
Más digno sentimiento,
Oh Henares sacro, te procura atento.
Y pues benigno Apolo
Tan noble ardor me inspira,
Verás cómo del uno al otro polo
A lástimas conspira,
Cantando penas, mi funesta lira.
Tus álamos erguidos
Verás testigos de ellas,
No de Faeton, de mí compadecidos,
Ni de tus ninfas bellas
Oirás más himnos ya que mis querellas.
El ave que hace salva
Con majestad sonora
A los blancos crepúsculos del alba,
No ha de entonar canora,
Si oye el acento de mi pena ahora.
¡Oh, si como la siento
Explicarla supiera!
Fatigára las ráfagas del viento,
Los montes derritiera,
De horror llenára la celeste esfera.
No lloran ya mis ojos
Una temprana muerte,
No lloro ya sus míseros despojos;
Lloro, si bien se advierte,
El invariable ceño de mi suerte.
Lloro el que no mejoro
Del llanto la porfía;
Este rigor de su violencia lloro,
Aquesta fantasía,
Este teson de la memoria mia.
Lamento, jardinero,
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril con rigor fiero;
Pastor, mi muerte ensayo,
La voz suspensa á impulsos de un desmay
Aquella *tierna rosa*,
La más bella zagala,
Mi dulce bien, mi Floridiana hermosa,
Dió al ábrego su gala,
A la mortal segur su aliento exhala.
En el invierno helado
Dí al cielo mis clamores,
Trofeo fuí del hado,
Ejemplo, en sus rigores,
Lastimoso de amantes y pastores;
Y al ir el sol cayendo,
Pensaba en mi partida,
Venid, ovejas tristes, repitiendo
Con voz enternecida,
Que baja ya la noche denegrida.
¡Ah, si lograr pudiese
Que, sin que la olvidára,
Su triste fin de mi memoria huyese,
De aquella beldad rara
Su catástrofe tierna separára!
Y porque el contratiempo
Más á mi pecho abrume,
Sabe, Henares, que el tiempo,
Que todo lo consume,
Solo este mal eternizar presume.
Esas altas colinas,
Que tu corriente baña,

Manifiestan en árabes ruinas
Cuanto borró su saña
Triunfos de Alfonso y esplendor de España.
Con ímpetus extraños
Se atreve á la belleza,
Al valor noble, á los alegres años,
La pompa y la riqueza;
Solo este mal resiste á su fiereza.
Aquí llegaba Elfino,
Y acomodando el brazo
Entre su sien y el prado peregrino,
Fué un pequeño ribazo
Tregua á sus males y á su afan regazo.
Fresca ayudaba el aura
La empresa de Morfeo,
Y al infeliz que su quietud restaura,
Más que el sueño, el deseo,
Le conduce á la márgen de Leteo.
Honda caverna toca
Su paso temeroso,
De ol r ingrato y espantable boca,
Que ciñe, perezoso,
Obscuro lago y bosque tenebroso.
A la áspera bajada
La errante planta inclina,
Y del ánsia veloz precipitada,
Por ella se encamina
Al imperio inmortal de Proserpina.
No á su Euridice bella
Busca en la estancia obscura,
Que sabe que es del cielo fija estrella;
Remedios, sí, procura
Para olvidar tan grande desventura.
Sintió por sus confines
Las huellas el Cervero,
Clavó los ojos y erizó las crines,
Expidiendo primero
Por tres gargantas el ladrido fiero.
No á Elfino desanima
El eco que resuena,
Y al espantoso clima
De horror confuso llena,
Seña fatal de pavorosa escena.
Como al viador errante
Incierta la fortuna,
Del cielo oculta el resplandor brillante
Cuando noche importuna
Opone nubes densas á la luna,
Así entre obscuras nieblas
Por rumbos gira inciertos,
Y en confusion de pálidas tinieblas,
Palacios toca yertos
De aquellos reinos de Pluton desiertos.
Los primeros estrados,
Monstruos descomunales,
Habitaban el llanto, los cuidados,
La muerte y sueño iguales,
Miedo, pobreza, senectud y males.
Verse á otro lado deja
Con aspecto horroroso
El hambre, que maldades aconseja,
El trabajo afanoso
Y la guerra, enemiga del reposo.
Los deleites del siglo,
Que la virtud lamenta,
Y la loca discordia, infiel vestiglo,
Allí se representa,
Que sierpes por cabellos alimenta.
Briareo centimano
Y las Scilas biformes,
Los centauros, de medio cuerpo humano,
Las arpías disformes
Dan testimonios del horror conformes.
Incluyen triste via
Las infernales venas,
Que al negro márgen de Aqueronte guia,
Y de volcanes llenas,
Al Cocito vomita las arenas.
Guarda es Caron horrendo
De la turbia corriente;
Centellas de los ojos despidiendo,
Muestra ceñudamente
Barba prolija y arrugada frente.
Cual vemos selva ruda,
Que el piso de hojas cubre
Al tiempo que los árboles desnuda,
Y su aridez descubre
La fiera saña del penoso Octubre;
Como en los altos mares
Se ven alzar el vuelo
Los ejércitos de aves á millares,
Que huyendo el crudo hielo,
Buscan ansiosas más templado suelo;
Así de tanta sombra,
Residuos de la vida,
La prodigiosa multitud asombra,
Y á lástimas convida,
Del rio en la ribera detenida.
En la triste barquilla
Que Caron gobernaba,
Pasar pretenden á la opuesta orilla;
El los unos llevaba,
Y los otros á tierra rechazaba.
Luégo que á Elfino advierte
El pálido barquero,
Sin compasion de su infelice suerte,
Con aspecto severo
Así le dice, encapotado y fiero:
«¡Oh tú, que á aquestas ondas,
Viviendo, te presentas,
A quien las rige es fuerza que respondas,
Pues tal valor ostentas:
¿Quién eres, á qué vienes ó qué intentas?
»Sabe, aunque no te asombras
De ver prodigio tanto,
Que éste es el centro obscuro de las sombras,
Es la mansion del llanto,
De la noche, del sueño, del espanto.
»¿En dónde caber pudo
Tan bárbaro deseo
De penetrar por este campo mudo,
Sin que acobarde, reo
De igual empresa, el infeliz Teseo?
»Detente y retrocede;
Esa tu audaz locura,
Sin órden de los dioses ver no puede
La orilla que procura
Hasta dar á tus huesos sepultura.»
Dijo el averno anciano,
Y el bosque señalaba
Del tránsito felice con la mano
A los que ya aguardaba,
Y el paso de la Estigia preparaba;
Cuando desprevenido
Músico dulce acento,
Rumor extraño, allí jamas oido,
Embarazando el viento,
Pudo esforzar de Elfino el desaliento.
La estancia se ilumina
Con luces celestiales,
Como cuando la aurora está vecina;
Infalibles señales
De aparecer los dioses inmortales.
Sobre luciente nube,
Cual llama fulgorosa
Del sol, que á la mitad del cielo sube,
Su alegre faz de rosa
Muestra el rapaz de Citerea hermosa,
Y una acerada punta
De la aljaba extrayendo,
Grato á Elfino, «¿conócesla?», pregunta
Y ceñudo volviendo,
La voz dirige al portador horrendo:
«Basta, pues no aprovecha
Tu resistencia vana;
Esta es, Caron, la flecha
Que atravesó, inhumana,
El corazon de Elfino y Floridiana.
»Elfino reconozca
Su invicta fortaleza;
Mas juro por la Estigia que conozca
Que sabe á su terneza
Hacer Cupido la mayor fineza.
»Este ramo, que admite,

De oro brillante y puro,
La negra esposa del soberbio Dite,
Por ese lago obscuro
Le facilite tránsito seguro.»
Dice y desaparece,
El don fatal dejando;
Conócele Caron, la barca ofrece;
Los remos, á su mando,
Van la Estigia corriente fatigando.
Sus ondas atraviesa
Elfino, y finalmente
La opuesta orilla victorioso besa,
Que holló más fácilmente
Que tanto noble espíritu paciente.
Errante por los montes,
Los valles y cavernas
De tan desconocidos horizontes,
Corrió por las avernas
Mansiones de las penas sempiternas.
Ofrécele un paraje
Dos sendas, que divide;
Aquí, dudoso del incierto viaje,
Riesgos y dichas mide,
Y á su dios tutelar auxilio pide.
Este celeste influjo
Le da patentes señas
Al escuchar en la siniestra el flujo
De Flegeton por breñas
Con el contínuo choque de las peñas.
A su márgen divisa,
De tres muros cercada,
Soberbia fortaleza, que le avisa
De la gente malvada
Ser la estancia al castigo destinada.
La vereda desecha
De aquel horrible seno,
Y el paso dirigiendo á la derecha,
Llega á un lugar ameno,
Donde eterniza su ventura el bueno.
Yace un bosque en un valle,
Que del Bóreas promete
Resguardo en una y otra espesa calle,
Cuyo verde tapete
Lame halagüeño el silencioso Lete.
Al rededor del rio,
Por campiñas extensas,
Se reconoce popular gentío,
Grupos de almas inmensas,
Más que las nieblas de los mares densas;
Y así como á las flores
Del fértil prado, cuando
Las comunica Abril matiz y olores,
En numeroso bando
Cercan abejas con susurro blando;
De semejante modo
Por aquellas riberas
Se percibe sonar el campo todo,
Y hacen de estas praderas
Las almas sus eternas primaveras.
Elfino se enternece,
Conociendo gozoso
Las aguas del olvido que apetece,
Y corre presuroso,
De conseguir su objeto no dudoso.
«Huya de mi memoria
Tu imágen de esta suerte,
Oh Floridiana, de tu Elfino gloria;
Que olvidarte es quererte,
Si siempre he de vivir viendo tu muerte.»
Dijo; y no bien intenta
Gustar de los raudales
Con que le brinda la corriente lenta
Los postrimeros vales
De su dolor y síntomas fatales,
Cuando (¡asombro increible!)
En su accion impedido,
Violentado de fuerza irresistible,
Cual olmo allí nacido,
Se quedó inmóvil, á la tierra asido.
En la region umbrosa
Segunda vez resuena
La voz del hijo de la cipria diosa,
No blanda y de amor llena,
Sino de espanto, que el confin atruena.
«Mortal, dice, no piense
Tu presuncion la es dado
Que ese turbio caudal se la dispense;
A un tiempo quiere el hado
Que terminen tu vida y tu cuidado,
»Si á tan extraño polo
Bajé del alto asiento,
Si á él te condujo mi favor, fué sólo
Mi justo pensamiento
Hacerte ver lo inútil del intento.»
Frenético delira,
Los vientos embaraza
Elfino á su clamor, muertes respira.
Mal el ánsia disfraza,
Que al corazon opreso despedaza;
La sentencia que escucha,
Las fuerzas que oponia
Por desasirse con penosa lucha,
Y Febo, que ya ardia,
Le dispertaron y entre sí decia:
«¡Ah devanco loco!
¡Fantasía sin rienda!
Deja, deja que muera poco á poco.
Murió mi amada prenda,
Y no hay Leteo que mi mal suspenda.»
Fuése, y con doble lloro,
Tersos, lucientes, bellos,
Sacó los que guardaba hilos de oro,
Y embebecido en ellos,
Besó de Floridiana los cabellos.

GRANADA RENDIDA

Romance endecasílabo, premiado por la Real Academia Española, en junta que celebró en el dia 22 de Junio de 1779, y segundo concurso despues de la creacion de la Academia.

. . . . . Un ánimo constante
Es acreedor del cielo á los auxilios.

Desciende en mi favor del alto cielo,
Tú, que demuestras en el vate argivo
El verso digno de cantar las guerras
Y hazañas de monarcas y caudillos,
Y dime ¡oh musa! cómo conquistaron,
Siendo su tutelar el cielo mismo,
Los Católicos Reyes el emporio
En donde muere el Darro cristalino.
Apénas este númen á la tierra
Mostró serenos sus azules visos,
A los espacios del luciente Toro
Trasladando del sol el domicilio,
Y á la más fértil estacion del año
Comenzó á enriquecer con su rocío,
Tributando al Abril flores el prado,
Música el ave y danzas el ejido,
Cuando á España sus ecos dirigiendo,
«Tiempo es, prorumpe, ya de que tus hijos
Sacudan de una vez el torpe yugo,
Pues se cumplieron los decretos míos.»
Dijo el cielo, y España, á sus acentos,
Dando treguas al triste parasismo,
De sus hijos la cólera provoca,
Que ya en furor convierten el conflicto.
La córte de Boabdil sombras errantes
Alteran entre tanto, interrumpido
El nocturno silencio, y de sus muros
Se lanzan melancólicos suspiros.
«¡Ay, Granada, de tí!», se oye que dicen
Los agarenos manes, y al bramido
Del aquilon soberbio corresponden
De infaustas aves agoreros picos.
Todo es horror, y no de la tragedia
Se engañan los terribles vaticinios,
Cuando ya de la España sobre el moro
Brillan desnudos los aceros limpios.
Buscan los ricos-hombres, presurosos,
Al prudente Consejo, que advertido
Del celestial favor que los anima,
Su influjo ofrece unir con el divino.

Era el anciano de agradable aspecto,
Largo el cabello, cano y sin aliño,
Arrugada la piel, vivos los ojos,
Pronto á escuchar, y en resolver prolijo;
Ya tardo, ya veloz su movimiento,
Afable en trato y en hablar medido,
Un báculo una mano manejaba,
Otra una antorcha de esplendor contínuo.
Del pecho separó la inculta barba,
Y miró al cielo con fervor activo;
Sin desplegar los labios, se resuelve;
Parte y lleva los próceres consigo;
Entra en Sevilla, toca los umbrales
Del real palacio, llega al trono digno
De Isabel y Fernando y les acuerda
Sus alientos con ecos persuasivos.
«Príncipes, dice, padres de la patria,
Augustos siempre, triunfadores píos,
A cuyo esfuerzo la indomable Europa,
El mundo todo es ámbito sucinto;
»España, esa matrona portentosa,
Que todo el orbe suspendió á prodigios,
Terror del altanero Capitolio,
Embeleso del celta y del fenicio,
»Desde el dia que turbio el Guadalete
(Del cielo fué tan ejemplar castigo;
Él destruyó de España las riquezas,
Él redujo su fausto al precipicio),
»Desde el momento en que entregó á sus ondas
La libertad de la nacion y el brillo,
Que extinguieron las leyes de Witiza
Y sepultó el desórden de Rodrigo;
»Humilde, resignada, venerando
De la airada deidad los altos juicios,
Ante sus aras con perennes votos
Su corazon en lágrimas deshizo.
»No la engañó su tierna confianza;
Oyóla el cielo, y suscitó propicio
Los Pelayos, los Jaimes, los Alfonsos,
Los Fernandos, Ordoños y Ramiros.
»La discordia, de sierpes coronada,
Arroja en tanto su hálito nocivo,
Que á la matrona enflaqueció las fuerzas
En sus reinos opuestos y divisos.
»El justo cielo (por aquesta causa
Decretando pausados los alivios)
De la canalla vil que le oprimia
Permitió retardar el exterminio;
»Pero al volcan en que fabrica Lémnos
Las armas de los dioses vengativos
Corrió Himeneo y encendió la tea
Que á vuestro régio tálamo previno.
»Se aplaude del Moncayo al Guadarrama
El enlace feliz, corren amigos
El Ebro y Duero, el árabe se asusta
Viendo unirse á las barras los castillos.
»Domasteis su altivez, y una mañana
El claro Dios los ojos compasivos
Tendió sobre la España, y esforzado
Juró ampararla por el lago Estigio.
»Viendo, al iluminarla con sus rayos,
Que faltaba el reflejo peregrino
En la piedra mejor de su corona,
Empañada del pérfido enemigo;
»¿Hasta cuándo, deidad que así la afliges,
Exclamó al cielo, la hallarán mis giros
En triste esclavitud? ¿Caben acaso
Tantas iras en ánimos divinos?
»Ni hubo tardanza; condesciende el cielo,
É inspira á España; España acude al brío
De sus hijos; me buscan y conformes
A excitar vuestro espíritu han venido.
»Es tiempo de vencer; vuelve á Granada,
¡Oh Fernando! que ya contarse miro
De Bulhaxix (1) la casa en tus palacios,
Las montañas del Sol (2) en tus dominios.
»Sus ágatas el alto Charidemo (3),
Genil su plata te consagra fino,
Te ofrece el Darro sus arenas de oro,
Y Guadix sus ligeros hipogrifos.
»Tú á disponer el órden de la guerra
¡Oh nieta invicta del augusto Enrico!
En Alcalá te quedarás en tanto
Que gloriosa te avanzas al peligro.
»No importa, no, que el arrogante pueblo
Se envanezca de haberos resistido
Tantos años; *un ánimo constante*
Es acreedor del cielo á los auxilios.
»Valor, felicidad y confianza
Os han de acompañar; caiga ese altivo
Coloso mauritano, y en la Iberia
No suenen más del Alcoran los ritos.
»Clame Belona, y á su voz horrrenda
Se turbe el reino infiel desde el distrito
Que Almanzor baña hasta las sierras que orla
Guadalentin con lazos cristalinos.
»Vuestro el triunfo será, vuestra la gloria;
España va con vos, el cielo mismo;
El se interesa en vuestro vencimiento;
Yo, que con esta antorcha os ilumino...»
No acabó la razon. La confianza
Se deja ver en hábito distinto
Del que otras veces la encubrió, y Fernando
Conoce el don que al cielo ha merecido.
Apoyóse el Consejo silencioso
Sobre el cayado, y ella el pecho invicto
Tocó del Rey, diciendo: «En este centro,
Por órden de los númenes, asisto.»
Envuelto en una nube de humo y polvo,
Que dirige violento torbellino,
Todo cubierto de sudor y sangre,
Se presenta el Valor enardecido;
Fijó la vista en el marcial congreso,
Alzó el nervioso brazo denegrido,
Y asiendo la real mano, «De esta diestra
Yo haré que tiemble el universo», dijo.
Se transparentan los dorados techos,
Y aparece, del viento conducido,
Un carro victorioso, en que á las llamas
Imitaban carbunclos y zafiros.
Manifiéstase en él el sacro bulto
De la Felicidad, que de improviso
Depuso el caduceo y cornucopia,
Y así de todos la atencion previno.
Llevó la blanca mano con presteza
Al seno virginal, de cuyo archivo
Sacando con risueñas expresiones
Frondosos ramos de laurel y mirto,
«Tejed, dice del séquito á los genios,
Tejed coronas de marcial estilo
A Isabel y Fernando, cuyas sienes
Me manda orlar el soberano Olimpo.»
Así los tres hablaron, y Fernando
No esperó más. «El cielo obedecido
Sea, dijo, celtíberos valientes;
Que yo estoy con vosotros, y él conmigo.»
«Yo me pondré á la frente de mis tropas,
Isabel prorumpió; yo en el designio
Empeñaré á mis vándalos guerreros,
Yo armaré de furor mis numantinos.»
Llena en tanto las márgenes del Bétis
La hispana juventud, como en estío
Negro escuadron de próvidas hormigas
Corre á sus cuevas con el rubio trigo.
El valiente extremeño, el castellano
Se apresta, y de Cantabria lo florido,
Los que habitan del Júcar las orillas,
Los de Idubeda y Puerto Brigantino;
Murcia, abundante en piedras y metales,
Córdoba, rica en fértiles olivos,
Las comarcas del Turia y Grande Ibero,
Y la que riega el Tórmes fugitivo;
Y tú, del mar señora, que recibes
Nombre y sér del magnánimo Barkino,
Diste tambien á tus amados reyes
Soldados valerosos y escogidos;
Ni yo, ingrato á la cuna y monumento
De mis mayores, al silencio rindo
¡Oh madre de héroes, imperial Toledo!
El bélico furor de tus patricios.

(1) Rey moro de Granada, que edificó el palacio real de la Alhambra.
(2) Las Alpujarras.
(3) El cabo de Gata.

Al Consejo los Reyes y sus tropas
Siguen, y llevan al Valor consigo,
Que asistiendo á la diestra de Fernando,
Influye en todos vengador y activo.
Así volviendo á la ciudad de Alcídes
La espalda ufanos, en sus pechos mismos
Trocaba la apacible confianza
El horror de la lid en regocijo.
Corta los vientos y su furia enfrena,
Templa el extremo del calor y el frio,
Y abre sendas, con todos halagüeña,
La alma Felicidad por el camino.
Así encontró al ejército brioso
Tercera vez la aurora; mas no quiso
Volver al mar el hijo de Latona
Sin mostrarle el objeto apetecido.
De Granada se ven los chapiteles,
Y el gran Villena (1) dice: «Ya diviso
A Granada. ¡Granada!» Y por las tropas
Se oye «¡Granada!» repetir á gritos.
Llegaron á unos plácidos lugares,
Amenos prados, cuyo dulce hechizo,
Formado de placeres inocentes,
Es poderoso iman de los sentidos.
Imitando de la hija de Taumántes,
Opuesta al sol, mil varios coloridos,
Su suelo esmaltan la morada viola,
El clavel rojo y los azules lirios;
Febo aumenta su luz miéntras las auras
Se enriquecen con ámbares distintos;
Chupa la flor la abeja laboriosa
Y rumian los ganados el tomillo;
En los álamos verdes Filomena
Suelta la voz con delicados trinos,
Itis la escucha, y lloran igualmente
De Progne y de Tereo los delitos.
Hay una sierra á que la blanca nieve
Está siempre oprimiendo (los antiguos
Soloria la llamaron), cuyas puntas
Esconderse en la esfera han presumido.
Sus altas cumbres, célebre atalaya
Del mar de España y clima berberisco,
Demuestran dos lagunas insondables,
Cuna del más dichoso de los rios.
Nace de ellas Genil, y despeñado,
Rápido corre hasta amansar su giro
En esta vega deleitosa, en donde
Se ve de bellas náyades servido.
Filodoce, la ninfa más gallarda,
Salió acaso á su orilla y divertido
El pensamiento tuvo en los arroyos,
Que hácia ella corren entre grama y guijo;
Vió y conoció las armas españolas,
Y arrójase al cristal con el designio
De avisar á su dueño, más ansiosa
Que en otro tiempo el infeliz Narciso.
Suenan las aguas con el golpe y mueven
De tersa espuma blancos remolinos,
En tanto que Genil sacó la frente,
Ceñida de amarantos y carrizos.
Puso los piés en la cerúlea concha,
Que le sirvió de asiento, y conocido
El gran monarca que su márgen pisa,
Alzó al cielo las manos y así dijo:
«¿Veniste, en fin, conquistador famoso?
¡Oh causa digna del anhelo mio!
¿Veniste ya á vencer? ¿Que á tí triunfante
He de ver, y al alárabe rendido?
»Sí, Fernando; sí, rey; así lo ordena
El cielo santo, que su voz lo ha dicho;
Yo lo oí, que en mis sierras resonaba,
Y en las cuevas tambien de mi retiro.
»No más, no más que mis arenas puras
Manche la torpe huella, no el impío
Descendiente de Agar lave su cuerpo
En el cristal que te consagro limpio.
»Cantad, ninfas, tañed, y á manos llenas
Dad flores á tu huésped; no indecisos
Estén los lauros de mi fresca orilla;
Desgajadlos, oh ninfas, y rendidlos.»

(1) Don Diego Pacheco, marqués de Villena.

Bajaba ya la noche silenciosa,
Cerca estaba Granada, y para el sitio
Manda sentar sus reales el Monarca,
Del celoso Consejo persuadido;
Pero en lo más profundo de las sombras
Juzgó llenaba de esplendor divino
Una beldad su tienda y que le hablaba,
Ni bien despierto estando, ni dormido.
Era hermosa en extremo, aunque sus ojos
Cubre un cendal más blanco que el armiño,
Y en sus manos llevaba, misteriosa,
Ofrenda celestial de pan y vino.
«Yo soy la Fe, le dice, á quien conoce;
Yo cautivé tu religioso oido;
El cielo manda que en la heroica España
Acabe de tener mi trono fijo.
»De tí fia la accion; cúmplela, y funda
En este dichosísimo distrito
Una ciudad, que con mi nombre alcance
De su deidad el alto patrocinio.»
Desaparece, y de Titon la esposa
Apénas el ejército lucido
De las estrellas ahuyentaba, cuando
Así dió á su razon principio:
«Ya, vasallos, las órdenes del cielo
Fuerza es cumplir; la fe que he recibido
En la sagrada fuente me estimula
A hacerla de mi vida sacrificio.
»Bien que vuestro valor y confianza,
Si tan grandes promesas examino,
Nos están aclamando vencedores
Del fiero orgullo que á postrar venimos.
»Al arma, pues, y ocúpense los montes
Que á esta fértil llanura están vecinos;
Parte, oh Villena, y la altivez humilla
Que abrigan las entrañas de esos riscos.»
Dijo; y el gran Pacheco acelerado
Camina, y cual el lobo enfurecido
Turba el rebaño que en callada noche
Reposa descuidado en el aprisco,
Se avanza y de las pérfidas aldeas
Abrasa los humildes edificios;
Tembló la capital, abrió sus puertas
Y opuso sus alarbes vengativos;
Pero Fernando, en cuyo sacro escudo
Se rompen los alfanges enemigos,
Desbaratando la defensa débil,
La volvió á contener en su recinto.
Cunde el pavor en toda la comarca,
Y los soldados por el monte unidos
Queman los pueblos, y á las tiendas vuelven,
Llenos de honor y de despojos ricos.
Viene Isabela, del Valor llamada,
Y al hollar el terreno granadino,
«Salve, repite, centro delicioso
De dulce vida y de placer elisio.
»Ya ántes os vi; no es, campos de Granada,
Ésta la vez primera que os admiro;
Ya os vi cuando quedó con sangre humana
De vuestras fuentes el raudal teñido;
»Y aunque ahora con mis hijos, con mi esposo,
En no apartarme hasta triunfar insisto,
Premiando el cielo mi constancia, espero,
Sin llamar á las Parcas, conseguirlo.
»El cielo hará, piadoso con los hombres,
Que sin el duro córte de sus filos
Rinda el monarca bárbaro su imperio,
Y España vuelva en sí de su deliquio.»
Entónces el Consejo, diligente,
En alas de su esfuerzo conducido,
A Granada camina, donde expone
Así á Boabdil sus útiles avisos:
«Huye, hijo de Albohacen, huye de España;
A Africa busca y á los mares libios,
A las faldas te acoge del robusto
Atlante, coronado de altos pinos;
»O bien á esos dos héroes (respetando
Del cielo santo el inmortal edicto)
Cede el laurel y su favor implora,
Aquel favor que admiran los rendidos.
»Yo vi, yo vi al Valor siempre á su lado,
Yo á la Felicidad tambien he visto

Volver la espalda á tu infelice sólio;
Contra tí el cielo está, teme su juicio.
»El hizo descender la confianza
A las armas de España, y al presidio
De Santa-Fe se acogen, que en tus tierras
Levantan ya los españoles mismos.
»De allí no faltarán (que son constantes
Y religiosos son) hasta rendiros
A la penosa angustia del asedio
O al destrozo sangriento del cuchillo.»
Discurrió un sudor frio por los miembros
Del Monarca á esta voz; lloró cautivos
Sus vasallos en tráficas refriegas,
Y vió en sus torres ya á sus enemigos.
Ríndese á tantos males, y llamando
A Abuleacin, su alcaide, «Al fin perdimos
Nuestro reino, le dice, y nuestra patria.
¡Oh patria, oh compañeros, oh destino!
»¿Cobré para esto el usurpado trono?
¡Cuánto mejor, ilustres granadinos,
Hubiera sido que Abohardil (1) reinase,
Aunque perverso, aunque traidor é inicuo!
»¡Cuánto mejor que él, que manchó su fama
Con el crímen de injusto fratricidio,
Derramase, enemigo de su sangre,
Junta con la del padre la del hijo!
»¡Cuánto mejor... Mas ¡ay que ya no es tiempo
De tanta reflexion! Ya es desvarío
No ceder á la fuerza; el oponerse
Ya no será valor, sino delirio.
»Escucha, Abulcacin, lo que te manda
Tu señor y tu rey, Boabdil, tu amigo;
No lo perdamos todo; vé á Fernando
Y dile... me estremezco al proferirlo.
»Di á Isabel que á sus armas invencibles
Granada se rindió. Busca el partido
Más ventajoso á tu infelice patria;
El cielo es el autor, yo su ministro.»
Diciendo aquestas últimas palabras,
La cabeza inclinó, y por el vestido
Viendo correr las lágrimas amargas,
Se oyó de los vasallos un suspiro.
Parte el alcaide á Santa-Fe, y Fernando
Con blanda condicion, rostro benigno
Le recibe, y remite sus propuestas
A dos que la prudencia ha distinguido.
Hernan de Zafra, eterno á las edades,
Y Gonzalo de Córdoba el invicto.
Que de Gran Capitan alcanzó el nombre
Sobre Alejandros, Héctores y Pirros,
Trataron algun tiempo los conciertos,
Que al fin las partes juran por escrito,
Del vencedor precioso monumento,
Modelo de piedad con el vencido.
Alégrase Boabdil de los tratados,
Y los suyos con él; pero atrevido,
El insano Furor con torpe insulto
Amotinó los ánimos tranquilos,
Y puntas mil flechando envenenadas
Con zumo del eléboro nocivo,
Que la Nevada Sierra le aprontaba,
Su corazon en llamas convertido,
Turbios los ojos, pálido el semblante,
Los labios entre espumas mal distintos,
Erizado el cabello y rechinando
Los horrorósos dientes denegridos,
La ciudad corre en torno; ya blasfema,
Ya hiere el pecho á golpes repetidos,
Ya rasga las inmundas vestiduras,
Y así delira el bárbaro prodigio:
«¿Qué demencia, no ya moros valientes,
Torpes hijos del ocio, qué maligno
Espíritu os gobierna? ¿Qué letargo
Os pone de vosotros en olvido?
»¡Oh vil generacion! ¿y sois vosotros
Los fieros é indomables? ¿Producidos
Sois de aquellos varones generosos
Que rindieron de España el poderío?
»¿Vos sois de aquellos moros descendientes
Que Junquera admiró, de aquellos mismos
Que dieron muerte á Aznar, que á las iglesias
Quitaron sus Hermogios y Dulcidios,
»Destrozaron sus reyes, y á la Ceca
Con denuedo trajeron inaudito
De su apóstol los cóncavos metales,
Que en lámparas quedaron convertidos?
»¿Y tú, Boabdil, de la nacion afrenta,
Así tu patria entregas? No imagino
Que humanos pechos; ponzoñosa sierpe
Te convidó con su aliento á silbos.
»Los Ismaeles, Muleyes y Levines (2)
No así el trono trataron. Al indigno
Sucesor deponed, árabes nobles,
Que al nazareno vil quiere abatiros.
»¿Pensais que guarden los sagrados pactos?
¿No advertis su doblez, sus artificios?
¿Juzgais no vengarán su yerta sangre?
¡Oh, cómo os burlarán los fementidos!
»Os robarán esposas y tesoros,
Degollarán los inocentes niños,
Las agarenas vírgenes honestas
Víctimas han de ser de su apetito.
»Ya el espantoso són de las cadenas
Que os harán arrastrar, los duros grillos
Que á los piés llevaréis, vuestros lamentos
Escucho resonar en mis oidos.
»Veo la sangre mora derramada,
El baldon del Profeta (me horrorizo),
El oprobio, el infame abatimiento,
La infausta esclavitud, el cruel martirio.»
No habló más; contra el Rey clama la plebe,
La confianza le templó; imprevisto
Llegó el Valor, y al monstruo sedicioso
Lanzó al averno, del cabello asido.
«¿Quién eres, huésped? ¿Qué fatales casos
A la region del llanto te han traido?»,
La negra Juno preguntó, y él luégo,
Hablando así, sus dudas satisfizo:
«Pues el dolor, oh reina, inexplicable
Me mandas renovar de haber perdido
En la alta montaña, á impulso de los godos,
Las lunas africanas el dominio,
»Escucha en breve el último trabajo
Que van á padecer, aunque al decirlo
Se estremezca la mente, aunque tu imperio
Gima al horror que absorto le anticipo.
»Yace cerca de Iliberis, exenta
De los rayos del sol y sorda al ruido
De hombres y fieras, una cueva oscura,
Que cueva fué del nigromante antiguo;
»*Gar* en idioma arábigo se nombra,
Y los soldados de Tarif, unido
El vocablo al de *Nata*, patria suya,
Así al pueblo llamaron que describo.
»Poblároule y metrópoli erigióse
De un opulento reino; fué temido
El nombre de Granada por el orbe;
Fué, pero ya su pompa se deshizo.
»Está impreso en la mente soberana
Que abusó del poder, y el infinito
Distribuidor de bienes y de males
No olvida, aunque retarde los castigos.
»¡Oh, con cuánto pavor á la memoria
Se me ofrece la voz de un adivino,
Que en la invasion de Zahara ignominiosa (3)
El triste fin de la nacion predijo!
»Encendióse Aragon, ardió Castilla,
Rugió feroz, injustamente herido,
El leon de España, y vióse en aquel tiempo
Fernando de sus tropas por caudillo.
»Ríndese Alhama, y solicita en vano
Recuperarla el sarraceno brío;
Cayó por tierra el Septenil famoso,
Y destrozaron á Alora sus tiros.
»Se entregó Ronda, se entregó Marbella,
Cambil y Albahar postraron sus castillos,
Moclin, Illora, Loja, Zagra, Baños,
Bentome y Velez yacen oprimidos.

(1) Rey moro de Granada, tio de Boabdil, hermano de Albohacen.

(2) Reyes moros de Granada.
(3) Año de 1481.

»Ceden Vera, Guadix, Baza, Almería,
Salobreña, Almuñécar, donde el tirio
Ambicioso homicida de Siqueo
A Axis, ciudad antigua, dió principio.
»Ya los ásperos montes de Axarquía (1)
Las derrotas no ven del enemigo;
Ya Gibralfaro (2) á Málaga la excelsa
Mira ocupada, y al Zegrí (3) cautivo.
»Como en mar borrascoso la alta roca,
Contrastando el embate repetido
De altivas olas y furiosos vientos,
Inmóvil burla su teson contínuo;
»Así Granada resistió diez años
A esos reyes; mas ellos han sabido
Oponer á esta noble resistencia
La constancia, su heroico distintivo.
»Del cielo descendió la Confianza,
Y áun no ha corrido el sol los doce signos
Despues que de Sevilla nuevamente
Partieron, empeñados en el sitio.
»No levantarle hasta vencer intentan;
Mas ya el árabe (afrenta es referirlo)
La ciudad rinde, clamo yo, y me arroja
Aquí el Valor, porque á la plebe irrito.»
Dijo el Furor, y los tartáreos genios
A la espalda los brazos del vestiglo
Ligan con cien cadenas, aumentando
El infernal horror sus alaridos.
Boabdil en tanto con preciosos dones
De cimitarras, jaeces y castizos
Hijos del Bétis á Fernando aplaca;
Le llama y le recibe en el camino.
Arrójase á sus plantas; «Tuyos somos,
Tuya es Granada, dice; el cielo quiso
Hacerte vencedor, la Confianza
Me anunció tu clemencia, y á ella aspiro.»
Ya dos auroras el sañudo Enero
Numeraba, y los jeques (4) distinguidos
Del pueblo de Ismael borrar mandaron
De la egira (5) el fatal dia impropicio.
Las llaves tomó el Rey y entró en la Alhambra.
Acuérdame su triunfo esclarecido,
Caliope heroica, y más divino fuego
Deba á tu inspiracion el plectro tibio.
Rayaron cuatro soles, y ostentoso
El público aparato se previno;
Adornaron las torres los pendones,
Y creció en Bibarrambla el fiel bullicio.
El Rey, la Reina, el Príncipe, los grandes,
Los infanzones nobles y aguerridos,
Depuestas ya las túnicas de Pálas,
Visten de Adónis galas y atavíos.
Oro, perlas, crisólitos, topacios,
Diamantes, granas y plumajes rizos
A Ofir retratan, al Oriente copian,
Y desdeñan las púrpuras de Tiro.
Trocóse el són del parche en melodías,
Y la algazara pavorosa en himnos;
El cañon, ántes lengua de la muerte,
De salvas puebla el ámbito festivo.
En los templos el cielo los inciensos
Afable recibió; voló al empíreo
La Confianza, y coronó á los Reyes
El Valor con pacíficos olivos.
Enjugó España el llanto, bendijeron
Sus príncipes al cielo, agradecidos,
Y la Felicidad juró á este númen
No separar del trono sus oficios.
Cayó el cetro fatal de Proserpina,
Y al triste golpe retumbó el abismo;
Maltrataron las furias sus cabellos,
Ladró el Cerbero y se irritó el Cocito;
Rodó del hombro á Sísifo el peñasco
Sin subir á la cumbre, y miró Ticio
Sus sangrientas entrañas palpitantes
Del buitre detenidas en el pico.

(1) Montes de Málaga, que vulgarmente llaman aquellos naturales las Axarquías.
(2) Fortaleza célebre de la misma ciudad.
(3) Capitan moro.
(4) Los más ancianos y autorizados de cada generacion.
(5) Principio de la cuenta de los árabes.

Así, oh Reyes Católicos, triunfasteis;
Cuyo excelso renombre os dejó escritos
La sagrada ciudad de siete montes
En la memoria eterna de los siglos.

LA FELICIDAD.

Poema enviado á la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Granada, por comision de ésta, para que se leyese en ella, el dia 20 de Enero de 1781, en que se publicaron los premios distribuidos entre los profesores y discípulos de la escuela de diseño.

Non erit laboris fugitans vir
implet horreum.
(Hesiod., *Georg.*, lib. II.)

Yo, aquel que en otro tiempo, los triunfantes
Católicos Monarcas celebrando,
Canté los destrozados eslabones
De Agar en la metrópoli del austro (6);
De aquellos padres de la patria ahora
Al más ínclito nieto derivado,
El mismo influjo en el emporio mismo,
Feliz admiro y obediente canto.
Aparta, heroica musa, de mi oido
El marcial eco que áun parece alcanzo
Del ronco parche, y el metal horrendo,
Cuyos rumores trasladaste al labio:
Y con plectro más dulce y apacible
Haz ver al mundo el floreciente estado
Que ha merecido la inmortal Granada
A los auspicios del augusto Cárlos.
Gozaban de su eterna primavera,
En paz dichosa, los elisios campos,
A tiempo que oprimia á los mortales
La estacion dura del invierno cano,
Cuando de aquel afortunado clima
Las celestiales bóvedas sonaron,
Gimieron las cavernas, y poblóse
De resplandores el inmenso espacio.
Aquel monstruo de lenguas y de plumas,
De Titan y la tierra procreado,
Parando el vuelo rápido en las cimas
Que descollaban de los montes altos,
Tres veces animó trompa sonora,
Y otras tantas produjo el comun pasmo;
Todos á un tiempo aguardan la noticia
Del númen, su venida y aparato.
La Fama entónces separó, imperiosa,
A Apéles, Nicias, Zéuxis y Parrasio,
A Dinócrates, Dédalo y Vitrubio,
A Fidias, Praxitéles y Agesandro;
Y esforzando la voz, con que igualmente
Publica las proezas y los daños,
Circundada de nubes su cabeza,
Así captó la admiracion cantando:
Almas nobles, dichosos habitantes
De la inmortal region, ceda el espanto
De mi venida al júbilo que espero
De la nueva feliz que voy á daros.
De España timbres han de ser, oidme;
Pero séame lícito entre tanto
Pintar su decadencia, porque puedan,
En más oposicion, lucir más claros.
La alma Felicidad (7), aquella misma
Que al trono de Isabel y de Fernando,
De Granada expelido el sarraceno,
Su asistencia ofreció, juró su amparo,
De tal manera la dorada copa,
En cumplimiento del eterno pacto,
Llenó despues del néctar delicioso
Con que brindaba á reyes y vasallos,
Que la España, entregada á sus dulzuras,
Se adormeció al arrullo de este encanto.
Sólo la brillantez fué su atractivo,
Su iman el ocio, su ídolo el descanso.

(6) Romance endecasílabo del autor, con el título de *Granada rendida*, que consiguió el premio de poesía por la Real Academia Española, en el concurso del año de 1779.
(7) Personaje alegórico, introducido en aquella obra, el cual al fin de la accion jura no separarse del trono de los Reyes Católicos.

Fastidiada de lides y victorias,
El coral de sus venas derramado,
Sólo pensó en curar tantas heridas
Con el bálsamo suave del halago.
Viendo que al sol del español dominio
No era posible separar sus rayos,
Ni teme aborte ejércitos la tierra,
Ni que escuadras vomite el Océano.
Inútil ya juzgaba renaciesen
Los Colones, Cortéses y Pizarros;
Todo el mundo era suyo, y satisfecha,
Las lágrimas culpaba de Alejandro.
¡Con qué serenidad, con qué indolencia
Mira los extranjeros artefactos!
¡Con cuánta indiferencia detestable
Oye dicterios y tolera agravios!
Desde el sólio de su ínclita grandeza,
Insensible al contínuo menoscabo,
Sólo mirar correr, la divertia,
Arroyos de oro al clima más extraño.
¡Oh infiel Felicidad! Pero ¿qué digo?
Don eres de que abusan los humanos;
Del hombre esclavas han de ser las dichas,
No el hombre de ellas ha de ser esclavo.
¿Qué culpa tuvo deliciosa Capua
De que un famoso capitan incauto
Pudiese un tiempo, coronando á Roma,
Frustrar las esperanzas de Cartago?
Suele al favor seguir el devaneo,
A éste el orgullo, y al orgullo el fausto;
La inaccion, la pereza y el olvido
Constituyen la escala del estrago;
No las riquezas que el sediento Mídas,
Atabalipa y Creso acumularon,
Medran ociosas, pues *la trox no llena*
Varon, á la verdad, que huye el trabajo.
Así España, engreida, trató, ingrata,
A su felicidad; quitóla el mando,
Marchitóla el laurel, rompióla el cetro,
Rasgóla torpemente el régio manto;
Y así la casa de Borbon excelsa
La halló al pié de su trono, suspirando
Y humedeciendo con el llanto triste
A la España, embriagada entre sus brazos.
¡Cuán distinto á Felipe el Animoso,
Cuán distinto semblante presentaron
Estas, que en algun tiempo afrenta fueron
Del hábil griego y del egipcio sabio!
Ajada de sus rostros la belleza,
Mudo el aliento y el cabello vago,
Entregado el ropaje al desaliño,
Convertidos en silbos los aplausos,
Una al Monarca articular apénas
Puede *favor*, besando la real mano,
Y otra suplica al cielo reverente
La tenga siempre de Felipe al lado.
Resonaba el lamento en las entrañas
Del príncipe benigno, y al contacto,
España, de su mano poderosa,
Dilató el pecho y sacudió el letargo.
Del modo que aparece más hermosa
La faz luciente del planeta cuarto
Cuando disipa, de Eolo asistida,
El proceloso aspecto del nublado;
Así más bello se ostentó el semblante
De la Felicidad despues del llanto;
Restituido el color á sus mejillas,
A sus ojos devuelto el agasajo.
Felipe de Borbon, luégo que pudo
Cerrar el templo del bifronte Jano,
No perdonó desvelo ni fatiga
Para cobrar el esplendor ajado.
Ciencias, artes, comercio, agricultura,
Industria, poblacion, y todo cuanto
Puede ensalzar el nombre de un rey grande,
Plantel fué opimo de su augusto brazo (1).
Debió á Fernando su fecundo riego,
Y vuestras nobles artes los atrasos
Resarcir en sus cultas capitales
El celtíbero (2) vió y el carpetano (3).
Cárlos, en fin, que desterró de Iberia
El fiero horror de los malignos hados,
Dió el incremento á aquellas mismas artes
Que hoy se coronan de inmortales lauros.
No así en la flecha se equivoca el verse
Salir violenta al dispararla el arco,
Caminar por el viento, presurosa,
Y herir segura en el propuesto blanco;
Como Cárlos á un tiempo atiende amante
A la felicidad de sus estados,
Activo la destina á sus provincias,
Dichoso logra en ellas su conato.
Más ligera discurre que Atalanta
Por las regiones del dominio hispano;
No á recoger el oro de Hipoménes,
Sí á repartirle con afan contrario.
Industriosa descubre los tesoros
De Aristeo, de Céres y de Baco;
Promueve de Minerva el artificio,
La espalda oprime á Melicerta y Glauco.
Vióla Granada entrar en sus campiñas,
Vergel de Flora, de Vertumno ensayo,
Y de estas sacras fértiles estancias
Perfecto original más que retrato.
A la sazon estaba la Abundancia
Sobre un florido césped reposando,
Al són de las corrientes donde cede
Nombre y raudal el Genil al Darro.
El perezoso sueño descendia
De los Cimerios montes; con recato
Abre la puerta de marfil y baña
Los bellos ojos con licor sagrado.
Aun más hermosa cuando más dormida,
A la dulce violencia rindió el brazo,
Y el peso de la fuerte cornucopia
Fué de la amable sujecion tirano;
Cayó en la tierra la preciosa insignia,
Y en la cándida planta tropezando,
Despertó á la beldad, á quien sorprenden
Pérdida, novedad y sobresalto.
Vierais allí las deshojadas rosas,
Vierais las azucenas y los nardos
Llenar los aires de átomos fragrantes,
Poblar de nuevos ámbares los prados.
Sintió el jazmin, armiño de las flores,
Manchar su tez en cenagosos charcos,
Y pareció sonaba en los jacintos
El ay de su tragedia inveterado.
Surcan las ondas del Genil serenas
Desprendidos claveles y amarantos;
Las delicadas frutas se maltratan
Al tropiezo del tronco ó del peñasco;
Mas la Felicidad alzó del suelo
(Dándose á conocer) el rico vaso,
Y habló de esta manera á la Abundancia,
Saliendo al rostro el celestial agrado:
«Alma nutriz de Jove omnipotente,
Divina isleña, que del suelo patrio
Pasando á España, abandonaste á Creta
Y de Meliso el paternal regazo;
»Depon el miedo, y no de estos países
Solicites partir, ocasionando
Perpétuo luto á ninfas y pastores,
Triste clamor á sátiros y faunos;
»La vega de Granada eternamente
Será tu régia córte; no un acaso
Trastorne tu agitado pensamiento;
Depon el miedo y oye mis presagios.
»Si el granadino descuidó tu culto,
Si al sueño te entregó su desamparo,
Si el Genil usurpó, si llevó el viento
Las dulces prendas del verdor lozano,
»Tiende la vista y mira el campo lleno
De mieses, flores, árboles y pastos;

(1) Entre la variedad de objetos que tiene este cuarteto, y seria largo é importuno individualizar en estas notas, no debe omitirse que en 15 de Julio de 1744 admitió aquel monarca el proyecto de un estudio público de las tres nobles artes, creando, para que tuviese efecto, una junta preparatoria.

(2) En 18 de Setiembre de 1754 expidió el señor don Fernando VI su real órden para crear y autorizar en Zaragoza un congreso sobre los estudios de las tres nobles artes, el cual principio tuvo aquella real academia.

(3) Erigió este rey la de Madrid, en 12 de Abril de 1752.

Mira que á sus ilustres naturales
Todavía el terreno está brindando;
»A los cuales yo misma... mas ahora
Verás, absorta, el prodigioso caso;
Que es débil el oido, y por los ojos
El ánimo se enciende ménos tardo.»
Dice, y de la dorada cornucopia
Una granada del frondoso tallo
Asida saca, y por resquicio breve
Enseña los rubíes de sus granos.
El fruto apénas, cuya tierna vida
Fué preservada del comun fracaso,
A las auras mostró su flor hermosa,
Enrojecida por favor del Mayo;
Un enjambre de abejas por el viento
Vino á rondarla con susurro blando,
Y cada cual con émula porfía
El útil jugo laboriosa extrajo.
«Desoifra, exclama la beldad confusa,
Sacra Felicidad, estos arcanos,
Si no es que ya mi corazon pretenda
Vaticinar mi justo desagravio.»
«Así será, la nuncia del Monarca
Responde, y cobrarás tu antiguo ornato;
Ya á ver vuelves el reino de Saturno,
Ya ves el siglo de oro renacer dorado.
»Esta jurada reina de las frutas,
Siendo blason, es símbolo adecuado
De esa ciudad, soberbia sucesora
Del esplendor de Ilíberis preclaro.
»Esa ciudad, en nombre de su reino,
Promete auxilio á los designios vastos,
Que en la mente de Cárlos concebidos,
Es lo mismo que verse practicados.
»¿Ese escuadron ruidoso no reparas,
Que observó el mundo, por misterios altos,
Depositar sus obras en la boca
Del divino Platon, de Ambrosio el santo?
»¿No admiras esos voladores grupos
De sus almenas descender zumbando,
Pararse en la escarlata de estas hojas,
Y á sus lares volver ricos y ufanos?
»Geroglífico son de mil ilustres
Generosos patricios asociados,
Que infatigables en mi honor trabajan,
Tu mansion en su reino contemplando (1).
»Tú misma, sí, tú misma los incitas
Al lustre de la patria y del Estado;
Tú misma en tu dosel, á la real sombra,
Capaz eres de unirlos y empeñarlos.
»Fecundo el suelo en frutos y en ingenios,
A influjos de su celo y su cuidado,
Para captar la admiracion antigua
Se deja ver del mundo en el teatro.
»Apénas la puericia balbuciente
Deja las fajas, que ciñó llorando,
Cuando ya la destinan sus esmeros
A que se instruya en la invencion de Cadmo.
»¡La misma sociedad, oh cuán piadosa
La eleccion de maestros toma á cargo,
Que enseñen las más sólidas verdades
Para subir al inmortal palacio!
»Tú, de ambos sexos juventud briosa,
A aquel próvido cuerpo guia el paso,
Que promueve, que premia en hoz y torno,
Del dia y de la noche los trabajos;
»Sufre, robusto jóven, la inclemencia
Del Julio ardiente y del Diciembre helado,
Que de esos vegetales que cultivas,
La corona te labras con tus manos.
»Madruga, mujer fuerte, deja el lecho,
El útil lino y el vellon buscando;
Que en tí será plausible lo que ha sido
Ignominioso en Hércules tebano.
»Adorno, abrigo os deberá la tierra,
Y el mar de sus bajeles el resguardo,
O bien al ancla el cáñamo sujete,
O gire el lino por el aire manso.
»Vestiréis las domésticas paredes,
Poblaréis de tapetes los estrados,
Y para el más tremendo sacrificio
Cubriréis los altares sacrosantos.
»Sed envidia del china, el turco, el persa;
Volved á Holanda sus lucrosos fardos;
Sujetad en el Támesis las naves,
Con que intente surtiros el britano.
»Tisbe amorosa, en árbol convertida,
Pábulo apronte al hilador gusano,
Que esas mismas abejas que os retratan
Su *bombo* (2) enseñarán al reptil bando;
»Del carmin, minio, sil, cóccino y ocre,
Más que el asirio, el de Ceilan y el Afro
Sabréis usar, dictándoos los aciertos
Plinio, Vitrubio, Pólux y Filandro (3).
»Pero no queda aquí; pasa adelante
El celo fiel que con razon aplaudo;
Elevar quiere su esforzado vuelo
A la altiva cerviz del Vaticano.
»Emulo de sus glorias y primores,
Erige ya fecundo seminario,
Adonde logren de las tres hermanas
Eternizarse los primeros rasgos.
»La divina pintura, estatuaria
Y sábia arquitectura en igual lazo
Tejen guirnaldas en obsequio digno
De quien fomenta sus principios arduos.
»Tú, dibujo, que lo eres del buen gusto,
No de otra suerte que la luz de faros,
Las vas sacando al puerto apetecido,
Cuando temieron el fatal naufragio.
»Tú, el lápiz entregando á débil pulso,
La variedad siguiendo de tus ramos,
Inventas, circunscribes y bosquejas
Las figuras, los bustos y los atrios.
»Por tí florecerán la anatomía,
La geografía, hidráulica, astrolabio;
Por tí... pero por tí sabrán los hombres;
A tí este timbre sin igual fué dado.
»Publicarán los animados lienzos,
Al temple de las tintas resaltando,
La oposicion de luces y de sombras,
A honor de España, del pincel milagros.
»Serán emulacion esos alumnos
De los Zúcaros, Vincis y Ticianos;
Julios y Alesios callará Tarpeya,
Timántes y Protógenes Inacho.
»Alzará el Turia la cerviz algosa,
Dócilmente rendido al entusiasmo
De ver á sus Ribaltas y Riberas
Renacer á las márgenes del Dauro.
»Carreños, Menas, Céspedes, Morales,
Recos, Coellos, Valeros, Riccis, Canos
Verá Iliberia, por merced del cielo,
Repetirse en sus diestros ciudadanos;
»De Labrador imitarán las frutas,
Copiarán las florestas de Arellano,
Peces de Herrera, lides de Toledo,
Y de Murillo célebres retratos;
»Se gloriará la gran naturaleza
De ver sus cielos en pequeño espacio,
Cuanto la tierra cria, alienta el aire
Y respira en el piélago salado.
»Pero ni aquesos celestiales orbes
Con cinco zonas el poder ligaron
Del arte noble, ni el terráqueo globo
A los tres reinos suyos le contrajo.
»Las pasiones abraza, las sujeta
A su jurisdiccion, y en breve cuadro
Se retratan, se tocan y áun se excitan
Del alma noble movimientos varios.
»No así eficaz Demóstenes persuade,
No imita así facundo Homero, en tanto
Que Rubens, *gran poeta de los ojos* (4),

(1) Es la figura de la empresa de la Sociedad una granada, al rededor de cuya flor vuela un enjambre de abejas.

(2) Es voz griega; significa el zumbido de las abejas, y por ser parecido al murmurio que forman, al comer la hoja, los gusanos de seda, se dió a éstos el nombre de *bombyces*. Así lo sienta, entre otros, el erudito Francisco Cascales, en sus *Cartas filológicas*, decad. 2, epist. 8.

(3) Autores que prescriben á pintores y tintoreros las reglas para preparar la púrpura.

(4) Expresion de Lope de Vega.

Usurpa los derechos al Parnaso.
»¿A quién en viva imágen no estremece
La cabeza de Euríalo en un palo?
A vista de ella la doliente madre,
¿Qué compasion no excita su quebranto?
»¿Qué impulsos de amistad y de venganza
No representa con rencor bizarro,
Conociendo el cadáver de Patroclo,
El fiero vencedor de los troyanos?
»¿Quién, sino tú, oh pintura, en Macedonia,
Quién, sino tú, en España pudo darnos
Lo que naturaleza dar no puede,
Del hijo de Filipo un fiel traslado?
»Pero ya la escultura sus prodigios
Contraponerla quiere, y de su erario
Oficiosa la tierra la franquea
Plata, oro, bronce, jaspe y alabastro;
»El funesto cipres, el cedro umbroso,
Pórfido liso y reluciente mármol,
Blancos marfiles, negros azabaches
Son de su imperio humildes tributarios.
»Y al cincel obedientes, deponiendo
Su duro natural, ofrecen francos
Un corazon de cera al artificio,
Cuerpo á la idea de flexible barro.
»Así, del sol imágen, el coloso,
Del olímpico Jove el simulacro,
De metal rudo y de compacto hueso
Maravillas del orbe á ser llegaron.
»Verán así Albaicin y Bibarrambla
Que en busca de sus nuevos estatuarios
Se desentraña el granatense reino,
Presumiendo de estatuas los peñascos.
»Perpetuarán los héroes, los monarcas,
No sujetos á Láquesis sus años,
Ni aquéstos pasarán por la hermosura,
Que fué copiada en su verdor temprano.
»Ya en mi imaginacion la estatua vuela
De Perseo en las alas de Pegaso;
Ya me horrorizan las oscuras fauces
Del dragon que los mares abortaron.
»Andrómeda con vivos ademanes
Romper intenta á la coyunda el lazo;
Miente su sér allí la piedra, y sólo
Le manifiesta en el escollo infausto.
»Labrarán con tal alma y valentía
El robo astuto del infame Caco,
Que á no temer que despertase Alcides,
Hablar debiera el hijo de Vulcano.
»Vuelve, envidiosa antigüedad, los ojos
A la edad venturosa que gozamos,
Verá á su Agasias, á Lisipo, á Scopa,
El efesio, el argivo y el de Páros.
»Mas ¿Qué es esto? ¿Qué dulce fantasía...
¿Adónde estoy? ¿Qué misterioso rapto
Por régias galerías me conduce,
Salas suntuosas, apacibles llanos?
»¿Qué cúpulas, qué moles, qué trofeos,
Qué plazas llego á ver y anfiteatros?
¿Con qué obeliscos otra vez la tierra
Quiere turbar al celestial senado?
»¿Qué circos, termas, fosos, baluartes,
Qué frontispicios, pórticos y patios,
Seguros puentes, calles espaciosas
Me fingen la lisonja y el engaño?
»¿Qué bien distribuidas, niveladas
Fábricas miro, qué ciudades hallo?
Nuevas provincias son y nuevo mundo,
O me arrebata algun furor insano.
»No, me responde ya la Arquitectura,
No sueñas, no deliras; caminamos
Todas á un fin, y mi compas al reino
Dará hermosura, aumentos y resguardos.
»Estos ecos resuenan en mi oido,
Bellísima Abundancia, y el conato
Del granadino célebre congreso
Cumplirá lo que he visto y escuchado.
»Soberbio alcázar, religioso templo
Aquí Siloe (1) labró con diestra mano;
Portentos nacerán de sus cenizas,
De torres altas y triunfantes arcos.
»Tendrá por tí, oh escuela infatigable,
Timbres mayores el primor toscano,
Lucirá Jonia y brillará Corinto.
Crecerá de la Dórida el aplauso;
»Será cada columna monumento,
Cada arquitrabe testimonio claro,
Cada cornisa ejemplo memorable
Del sudor por la patria derramado.
»A Egipto, Media, Caria, Babilonia
Pirámides no envidies ni palacios,
No de Artemisa regios mausoleos,
De Semíramis muros encumbrados;
»Dispondrán las estrellas que á tus hijos
Al orbe den, con envidioso pasmo,
El noveno prodigio, como dieron
Herreras y Toledos el octavo (2).
»Y cuando el tiempo de sus obras triunfe,
Como el Vesubio sumerguió á Herculano,
Si á Cárlos guardó el cielo estas reliquias,
Reserve á su progenie aquel hallazgo.
»¡Oh! tal pérdida él mismo no consienta,
Ni que abusen mis ecos temerarios
De tu atencion, y más cuando ese cuerpo
Espera mis auxilios inmediatos.
»Vuelva el fruto á tus manos, oh Amaltea,
Que franqueó á la abeja dulce pasto;
Queda en paz.» Dijo, y penetró los vientos
Aun más veloz que desprendido rayo.
Cobró valor la hermosa semidea,
Y arrebatando á la Fortuna un clavo,
De los ramos de Dafne desdeñosa
Fijó un dosel en el dichoso campo.
No olvidaba su culto el granadino,
De su felicidad asegurado,
Y ya vió Abril en su estacion florida
Coronarse de premios los trabajos (3).
Todo esto supe entónces, y ahora á tiempo
Que Ganimédes, al Tonante grato,
Empiece á derramar las claras linfas,
De donde el cielo le apellida Acuario;
Cuando un invicto campeon sus flechas
En memorables, en gloriosos fastos
Recuerde á la milicia más heroica,
Triunfante del rencor de Diocleciano;
Cuando intente la España, amaneciendo
De Cárlos el horóscopo sagrado,
Ante las aras su preciosa vida
Eternizar con votos y holocaustos;
Aquesta sociedad la mejor prueba
De su placer dará; solemnes actos
Expresarán los frutos, al Monarca,
De sus dones, influjos y mandatos.
En los ricos metales el real busto
De su gran protector delineado,
Geroglífico de ella un sol naciendo,
Dice *que á más irá su esplendor* (4) raro.
Aplicados discípulos convoca
Segunda vez, y profesores aptos,
A quienes esta joya en los laureles
Prende que les tejió para premiarlos.
Cuál mi imágen dibuja en blanca nube
Sosteniendo de Cárlos el retrato,
A quien la misma sociedad dedica
De las tres nobles artes el trabajo (5);

(1) Don Diego de Siloe, á quien Juan de Arfe, en el tratado de *Vária comensuracion*, pone entre los primeros y más célebres arquitectos de la nacion, ideó y levantó la iglesia catedral y nueva fábrica del alcázar.

(2) El monasterio de San Lorenzo del Escorial, á que comunmente se da el elogio de *octava maravilla*, fué obra trazada, delineada y empezada por Juan Bautista de Toledo, por cuya muerte se continuó á direccion de Juan de Herrera.

(3) En 25 de Abril del año de 1779 se distribuyeron por la primera vez los premios á los profesores y discípulos de la escuela del diseño.

(4) Las medallas de los premios tienen en el anverso el busto del Rey nuestro señor, y en el reverso un sol brillante en su oriente, con el lema que se nota en el verso.

(5) Asunto del primer premio de pintura. Dibujado de aguada ó de tinta ó de lápiz, de cualquier color, gastado, plumeado ó esfumado, á eleccion del opositor; un grupo de nubes, y en él una fama ó un genio que sostenga un medallon con el busto del Rey;

Cuál al papel el natural modelo (1),
Cuál le traslada á los gredosos planos (2),
Cuál esculpe del Darro la urna y rocas (3)
Y cuál retrata al cordobes más sabio (4).
Cabezas en redondo modeladas
Se ven allí del natural tamaño (5),
Fachadas que arregló la arquitectura (6),
Ordenes que practica y sus ornatos (7).
Los próceres concurren, y el concento
De dulces sinfonías alternando,
Se publican, reparten, solemnizan
Galardones del mérito y cansancio.
Gózate, Apéles, que llegó ya el tiempo
De celebrar la edad de un soberano
Con coloridos, tablas y pinceles,
Que él premia, tú autorizas y yo ensalzo.
Formen, oh Praxitéles, tus alumnos
Medallones y bultos animados;
Mis lenguas les daré, porque publiquen
Del Monarca las glorias que yo callo.
Señalad, arquitectos, este dia
Con blanca piedra, y sigan tu dechado,
Oh Dédalo, en su honor, siendo su ingenio
Quien los remonte al apolíneo carro.
Con su felicidad y su abundancia
Le obsequien los ilíberos gallardos,
Y en colores, relieves y medidas
Vuestras artes le capten los agrados.
Así ha de ser, espíritus dichosos,
De la prision de vuestro cuerpo salvos:
Yo, que entre los mortales os dí nombre,
Yo soy quien igual suerte les preparo.
Volverán á escucharme estas campiñas,
Emulacion del Tempe tesaliano,
Una y mil veces me verán sus valles,
Ocuparé otras tantas sus collados.
Así podré de aquel plantel fecundo
Los ruidosos progresos noticiaros;
Allá mis propias alas me conducen,
Me llama la funcion; gozosa parto.
No bien articuló la voz postrera
La vigilante voladora, cuando,
Repitiendo el estrépito primero,
A los ojos se roba y al cuidado.
Zéuxis la llama, pero no su vuelo
(Como otro tiempo el de las aves trajo
A las pintadas uvas) con sus voces
Consiguió suspender al monstruo alado.
Protógenes, pintando su Jaliso,
De Ródas afligida en el asalto,
Detener pudo al sitiador Demetrio,
Y aquí esforzó sus súplicas en vano.
Todos ya sin efecto la vocean,
Alzan las palmas, corren exhalados,
Suben al monte, asirla solicitan,
Y al viento dan inútiles abrazos.

debajo un ara, y en ella esculpida la empresa que usa la Real Sociedad; sobre dicha ara varios trofeos pertenecientes á las tres nobles artes, y á un lado la figura de una majestuosa matrona, representativa de dicho real cuerpo, en accion de dedicar sus votos al Monarca.

(1) Del segundo de pintura. Dibujo del modelo natural en un pliego de marca.

(2) Del segundo de escultura. Copia del modelo natural en un plano de barro.

(3) Del primero de escultura. En un plano de barro esculpido el rio Darro en bajo relieve, figurado en un viejo desnudo, sentado sobre unas rocas y apoyándose en una urna grande ó vaso, de donde sale un manantial, que se despeña hasta llegar á un ameno prado, que fertiliza.

(4) Del tercero de pintura. Copia, en un pliego de marca, de la cabeza de la estatua del Séneca que está en la escuela, trasladada del pequeño que tiene al tamaño del natural.

(5) Del tercero de escultura. La cabeza de la estatua del muchacho que está en la escuela, modelada en redondo, del tamaño del natural.

(6) Del primero de arquitectura. En dibujo arreglado á medidas la portada principal de la parroquial de San Pedro y San Pablo de Granada, que tiene en su nicho las estatuas de estos santos apóstoles.

(7) Del segundo y tercero de arquitectura. Delineado en grande el órden corintio en un cuerpo suelto, con las plantas de las tres partes que le componen. Copia (segun el original presentado á este efecto) del ornamento del arquitrabe, friso y cornisa del órden compuesto.

Tanto su narracion los encantaba,
Que fué forzoso, su clarin callando,
Paréntesis de eternas alegrías,
La tristeza reinase por un rato.
Volvieron sobre sí; las auras puras
De los plácemes mutuos se llenaron,
Y de la oferta de verboso númen
Esperan ver el cumplimiento exacto.
Voló tambien la nueva á los mortales;
Y yo, á la adusta Témis entregado,
Fuí impelido á regar sus arideces
Con las vertientes del humor castalio.
Con vosotros, ilustres compañeros,
Nobles patriotas, con vosotros hablo;
A vosotros, si no plectro sonoro,
Mi fe, obediencia y voluntad consagro.
Recibid, entre tanto, en sacrificio
El sentimiento, á mis afectos grato,
De presentarse así, cuando yo amára,
Aun mejor que escribirlos, recitarlos.
Dia vendrá (¡su aurora se apresure!)
Que en busca de los montes Marianos,
Junto al ara de Júpiter, repase
Las ondas ledas del dorado Tajo;
Y despues de sellar del patrio Bétis
Las arenas con ósculos mis labios,
Reconozca la silla, ruboroso,
Que entre vosotros ocupar aguardo.
Del templo del honor haced repitan
Vuestros elogios los dinteles almos;
A la ignorancia vil, al ocio torpe
Juntos ahogad en el Estigio lago.
Crezca el desvelo, crezcan los afanes,
Cada vez más celosos é inflamados
Por el público bien; artes y oficios
No lloren ya su antiguo desamparo.
De las tres venturosas compañeras
Sea Granada digno santuario;
Baje á teñir sus ráfagas el íris
En las tintas del célebre gimnasio;
Baje la noche á verse en sus oscuros,
Venga el dia á ensayarse de sus claros,
El aire encienda allí sus arreboles,
Sus espumas Neptuno envidie airado.
Despues de embelesar con sus tareas
En indico marfil y mármol pario,
Suban escoplo y regla á colocarse
En los etéreos Cinosura y Plaustro.
Resucite, en obsequio del diseño,
El noble estudio de los dos grabados,
Y con buriles, tórculos y agujas,
No padezca del tiempo los agravios.
Aquesas aulas el sistema nuevo
Produzcan algun dia, que anhelamos;
Adóptenle los cultos españoles,
Envidienle los griegos y romanos.
Sabed que así la sociedad se ilustra,
Sabed que así Granada logra aplausos,
Sabed que España así se inmortaliza,
Se sirve así al augusto Soberano;
Sabed que del honor ésta es la puerta,
Sabed son éstos del favor los grados;
Finalmente, *sabed*, pues vienen juntos
Todos los bienes con la ciencia al sabio,
Para el sabio los premios se destinan,
Del sabio son los triunfos y los lauros,
Al sabio rendirá frutos la tierra,
El sabio, en fin, dominará los astros.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ CADALSO.

ODA (8).

Vuela al Ocaso, busca otro hemisferio,
Baje tu llama el piélago salobre,
Délfico númen, y á tu luz suceda
Pálida noche,

(8) Forman esta oda versos castellanos de artificio latino. Son unos sáficos, si no comun composicion de nuestros poetas, no desconocida de ellos, pero con la novedad del adorno de la asonancia, medio generalmente preferible á mi oido entre la vehemencia

Manto de estrellas el Olimpo vista,
Su gala oculten pájaros y flores,
Sombras y nieblas pavorosas cubran
Valles y montes.
Brinde Morfeo delicioso néctar,
Llene el silencio el ámbito del orbe,
No brame el Bóreas rápido ni el blando
Céfiro sople.
Voz embarace fúnebre los vientos,
Y de Heraclea la soberbia mole
Gima espantosa cuando los acentos
Eco redoble.
Muere Cadalso, atónita repita;
Las nueve hermanas tímidas entónces
Del ronco acento sigan asustadas
Las tristes voces.
Por la mejilla aljófares desciendan,
Nuevos suspiros el aliento forme,
Libre el cabello por la blanca espalda
Vague sin órden.
Cerquen despues el túmulo oficiosas,
Cúbranle luégo de fragrantes flores,
Bálsamos quemen, reverentes humos
Suban á Jove.
No en tiernos ayes Ericina Vénus,
Con mayor causa, espíritu más noble
Ni más angustia, sienta la temprana
Muerte de Adónis.
Que el clamor vuestro, Piérides divinas,
En són funesto, que las auras rompe,
Llore á Cadalso, á quien amaron siempre
Tanto los dioses.
Cántenle dulces miseras elegías,
O bien endechas lúgubres entonen,
O bien en nuevos sáficos cadentes
Digan acordes:
«Genio divino, cuya dulce lira,
Siendo embeleso de la ibera córte,
Del Manzanares náyades atrajo,
Márgen y bosques,
¿Adónde estás, que en soledades tristes
Yace el Parnaso, ni Hipocrene corre,
Ni Aonia florece, ni el Pegaso vuela?
Dinos adónde.
Pluma facunda, relucient acero,
A nuestras finas súplicas responde:
¿Qué hizo Minerva de tus altas glorias?
¿Que hizo Mavorte?
Calpe inhumana, rigurosa Calpe,
¿Cuándo diriges belicoso choque
Contra una vida que apreciar supieron
Númenes y hombres?
Parto de Juno, morador de Lémnos,
De Citerea tétrico consorte,
Nieve del Etna cubra tus incendios
Abrasadores.
Rey de los vientos, Eolo, que enfrenas
El Noto, el Euro, el rígido Apeliótes,
Pára en tu imperio la volante muerte,
Frustra su golpe.
Y tú, hija cruel del Erebo y la Sombra,
Haz que sus filos tu segur embote,
No el vital hilo, oh Atropos, tan pronto
Pérfida cortes.
Tristes anhelos, malogrados ayes,
Quejas sin fruto, inútiles clamores,
¿Qué rapto os lleva? ¿Qué furor os dicta
Tales razones?
¿Cuál es el rumbo que tomais en vano,
Si el mar airado, oscurecido el Norte,
Yerto el piloto, denegado el puerto,
Nadie nos oye?
Muere Cadalso. Decretólo el cielo,
El cielo manda á Láquesis le robe,
Y la divina voluntad no es fácil
Que se revoque.
Ya Libitina de cipres funesto
Ciñe la frente, y dirigido el órden
De marcial pompa, gime en uno y otro
Trágico mote.
Todas nosotras en coro apacible
Entonarémos su alabanza; cobre
Tales tributos el que dió á Castalia
Tanto renombre.
Dulces amores deban sus cenizas,
Que de Artemisa la fineza doblen,
A las que en la vida le debieron siempre
Dulces amores.
De sus estudios, de su rica vena
El tiempo nunca la memoria borre;
Tal no permitas, oh de la alma Vénus
Cándida prole.
Entonarémos en las altas cumbres,
Templos, convites, sacras lustraciones,
Muere Cadalso muerte de los héroes;
Triunfe su nombre.
Entonarémos que la amable vida
Dió por la patria; cuyo honor pregonen,
Emulos nuestros, alabastro, jaspe,
Mármol y bronce.

COLUMBANO.

EGLOGA.

¡Ay apacible y sosegada vida,
De vulgar sujecion libre y exenta,
Do el alma se sustenta
Con blanda soledad entretenida!
(ESPINEL, égloga IV.)

INTRODUCCION.

POETA.

Canto el rústico bien, dulce reposo,
Vida feliz, de muchos envidiada,
Libre del necio mundo y sus cuidados,
Como en mi mente la dejó copiada
Una mañana el conversar sabroso
De dos zagales que escuché en los prados,
Despues que por mis hados,
En lágrimas deshecho,
Dejé bañado el lecho,
Que los cansados miembros despedia,
Donde ni reposaba ni dormia,
Ni hallaba alguna apetecida calma
La triste pena mia,
Que tan tenaz se apoderó del alma.
Influye, Apolo, á quien tu auxilio implora,
Tus rayos en mi plectro se descubran,
Y mis tibiezas con tu fuego aviva;
Así de Admeto los ganados cubran
Los altos montes que tu luz colora;
Así Dafne otra vez su sér reciba,
Ni vuelva á serte esquiva,
Ni ya Faeton segundo
Quiera incendiar el mundo;
Así tu lira por el orbe suene,
Así los tiernos lazos de Climene
Paguen finezas de tu amor leales;
Llene tu númen, llene
El simple conversar de mis zagales.
Y tú, Madrid, asiento de Minerva,
En cuyo aplauso su metal sonoro
Consumirá la fama sin sosiego,
Guarda en tu seno de Talía el oro,
Que á tus hijos parece se reserva;
Arde facunda en el divino fuego

de la consonancia y disonancia de la soltura, la cual si por muchos ha sido desechada en nuestros metros originarios y en los oriundos de Italia, de todos cuantos he visto ó han llegado á mi noticia) ha sido adoptada en los sáficos, en donde la consideracion á su origen nos representa ménos necesidad de asonancia ó consonancia, y viene á ser el oido esclavo de la reflexion. Tambien prevengo á usted no tenga por versos sáficos á todos los que vea bautizados con este nombre; porque creen muchos, y creen mal, segun en esta carta he tocado, que lo son todos los endecasílabos; necesitan para serlo la buena disposicion de los tiempos de la pronunciacion, combinando la naturaleza de los acentos con la exigencia del contexto. He procurado cumplir con estas reglas, cuya transgresion es perceptible, no sólo al que entienda su economía y sepa explicarla con términos poéticos, segun los principios, sino al que tenga un oido medianamente arreglado, que seguramente distinguirá en el sáfico un sonido de que carecen muchos, aunque no todos los endecasílabos castellanos.

De su furor, y luégo,
En plácido descanso,
Del Manzanares manso
Mi voz escucha á la sagrada orilla,
Que de la trompa y lira á que se humilla
No compite el ardor ó la dulzura;
Oye mi voz sencilla,
Y ensalzaré á los cielos mi ventura.
Canten otros con númen elevado:
Hijos de Pálas, inelitos varones (1),
Conquistadores de la Nueva España;
Acrediten los bravos campeones,
Que dejaron su nombre eternizado
En la hermosa ciudad que Genil baña (2),
Cuando, en feliz campaña
A sus fuerzas terribles,
Sus armas invencibles
Granada se rindió (3); canten imperios
Arruinados en ambos hemisferios,
A pesar de Boabdil y Motezuma:
Tan altos ministerios
No son objeto de mi humilde pluma.
Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume y su saber ostenta (4),
Nuevo español Demócrito se ria,
Heráclito le siga, que lamenta
Cuando, entre mil poetas eruditos,
Cada cual del acierto se desvia (5);
Su crítica poesía
El Parnaso corone,
España galardone
Con aquel don que el mérito recibe,
Sacro laurel que eternamente vive,
Y la docta Academia su alta gloria
En sus fastos derive
Del tiempo venidero á la memoria.
Sombras de Archena, sacra y honda fuente (6),
Dominada del alto Verdeleña (7),
Genio más noble vuestro loor ajusta.
Cuarta gracia de Vénus halagüeña,
Copia gentil del jóven excelente (8),
De la Iberia esplendor, Carlota augusta,
La *complacencia* justa,
Que el poeta predijo,
El cielo en tí bendijo.
Los patrióticos cuerpos escucharon
Templados instrumentos, que entonaron
Los útiles progresos de las artes (9),
Los ramos que ensalzaron,
Prosperar vemos ya por todas partes (10).
Otro cante aquel arte que halagando
Mide y combina el tiempo y el sonido (11);
Otro haga ver del bárbaro pirata
Por el héroe balear deshecho el nido,
Que en vivo fuego se consume cuando
El infernal horror Argel retrata (12),
O el bien que no dilata
La mano poderosa,
Cuando más prodigiosa
Vierte sus abundancias Amaltea
Sobre el suelo español, su asunto sea
En uno y otro cándido gemelo (13);
Mi pluma no se emplea,
Oh Madrid sabio, en tan altivo vuelo.
Oye la voz de Floro y Columbano,
Mancebos ambos y en cantar iguales,
Léjos de la ciudad y de su estruendo,
Cuando, dejando perlas y corales
Del regazo de Tétis soberano,
Iba su luz al campo el sol volviendo;
Ellos, ya apeteciendo
Los delicados sones
De Mopsos, Coridones,
Olimpios, Tírsis, Tíiros, Alcinos,
Ya el trato honesto y los favores finos
De Fléridas, Nerinas, Galateas,
Coloquios peregrinos
Así entablan de rústicas ideas.

ÉGLOGA.

COLUMBANO, FLORO, POETA.

COLUMBANO.

Libre ya, Floro, de la noche fria,
Tregua gustosa del tragin humano,
Vengo á buscar tu dulce compañía.

FLORO.

El cielo aquestos ocios, Columbano,
Nos quizo conceder; ¡cuánto debieran
Estimarse los dones de su mano!
¡Oh, si sus propios bienes conocieran,
Una y mil veces rústicos dichosos!
Ira y envidia su quietud no alteran.
No hay aquí cortesanos mentirosos,
Ni la semilla vil de aduladores
Inficiona los prados abundosos;
Ni en aquesta república de flores
Mil corazones llenos de vileza
Son del oro y la plata adoradores;
Se desconoce el lujo y la torpeza;
Ni el vano funda torres en el viento,
Ni el pródigo disipa su riqueza,
Ni teme su caida el valimiento,
Ni es la impiedad escándalo del mundo;
Reinan soló el reposo y el contento.

COLUMBANO.

Yo desperté del sueño más profundo
Cuando dejé la córte y sus engaños
Por aqueste sosiego sin segundo.
¡Oh suerte injusta, que en pasados años
Me arrebataste el bien que idolatraba!
¡Oh esposa amada, oh pobres desengaños!
Cuando en tan dulce posesion estaba,
De todo lo demas vivi ignorante;
Que todo lo demas me fastidiaba.
A ella rendido el corazon amante,
Ni conocí otras leyes que su gusto,
Ni otro gusto encontré que ser su amante.
Mas ¡oh disposicion del cielo justo!
La Parca á su belleza soberana
Se atrevió, fiera, en su verdor robusto.
Cortó, cruel, aquella flor temprana,
Más hermosa que fértil primavera,
Más grata que el frescor de la mañana.
Yo me enajeno, y como el ave ó fiera

(1) Verso primero del canto de *Las naves de Cortés destruidas*, compuesto por el autor y premiado por la Real Academia Española, el año de 1778. Previénese no escrupuliza en las voces de *númen elevado*, que aquí usa, hablando de su obra, pues no hacen relacion al desempeño, sino á la materia; y mucho ménos pudo escrupulizar cuando en los años de 1784 y 1787 se dió á luz esta égloga, porque una y otra vez se estampó anónima, y sólo se expresaron los nombres de los editores; acomodando por entónces al autor disimularse, como lo comprueba la expresion *canten otros*.

(2) Don Leandro Fernandez de Moratin, en su romance endecasílabo de *La toma de Granada*, que obtuvo el *accesit* al premio de la misma Academia, en el año de 1779.

(3) El autor, en su romance endecasílabo de *Granada rendida*, premiado por la Academia, en dicho año de 1779.

(4) Don Juan Pablo Forner, en su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesia castellana*, premiada por la Academia, en el año de 1782.

(5) Don Meliton Fernandez, en su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesia castellana*, que sacó el *accesit* á dicho premio.

(6) Don Ignacio Lopez de Ayala, en su poema físico intitulado *Termas de Archena*.

(7) Monte de que hace mencion dicho poema.

(8) El mencionado don Ignacio Ayala, en su elegia intitulada *Complacencia de España*, con motivo del próximo parto de la serenisima Princesa de Astúrias, año de 1775.

(9) Don José Olmeda y Leon, en su romance en elogio de las discípulas de las escuelas patrióticas de Madrid, premiadas por la Real Sociedad, en el año de 1782.

(10) Don Miguel de Manuel, en su cancion al mismo objeto, en el de 1785.

(11) Don Tomas de Iriarte, en su poema de *La Música*.

(12) Don Vicente García de la Huerta, en sus endecasílabos *Al bombardeo de Argel*, año de 1783.

(13) El mismo, en su soneto al nacimiento de los serenísimos señores infantes gemelos don Cárlos y don Felipe, en el mismo año.

Aburre, sin sus hijos ó consorte,
El nido ó cueva que sus glorias era;
Así mi patria dejo por la córte,
Y libre allí del amoroso lazo,
Conozco al mundo y su maligno porte;
Conmigo me aconsejo, y luégo trazo
Huir sus peligrosas falsedades,
De un generoso espíritu embarazo.
Retírome, y en estas soledades
Me descubre tu trato, Floro amigo,
Un manantial copioso de verdades.

FLORO.

Ese celeste globo es fiel testigo
Del pesar que me dió la desventura
Que tu dolor comunicó conmigo.
Y juro á tu amistad sencilla y pura,
No sólo no romper su nudo santo,
Sino velar (mi fe te lo asegura)
En divertir tu mísero quebranto;
Mas tú con tu poética armonía
Recrearnos pudieras algun tanto.

COLUMBANO.

No es ya mi musa la que ser solia;
Preséntase tal vez con triste queja,
Me dicta alguna fúnebre elegía,
Gime, solloza, auséntase y me deja.

FLORO.

¡Oh lealtad inmortal! ¡Oh noble pecho!
¡Qué raro acá en la tierra te asemeja!
Diviértate observar desde el repecho
El planeta mayor del horizonte
Que se levanta del salobre lecho.
A calcular su magnitud disponte,
Y su asombrosa luz, que ántes se mira
En la cima de aquel opuesto monte;
El cielo que nos habla y nos inspira,
El curso de los astros, las templadas
Auras que el desahogo aquí respira;
Las aves que caminan á bandadas,
Las músicas que entonan diferentes
Cuando están en los árboles paradas;
El mormullo contínuo de las fuentes,
Que al sueño nos convidan apacible,
Deslizándose en rápidas corrientes.
¡Oh desierto feliz, bien indecible!
¡Cuánto, al que tus ventajas examina,
Es el fausto del mundo aborrecible!
El dia que á la caza se destina,
¡Qué grato es madrugar con el lucero
Cuando el alba risueña está vecina!
Los perros, que he criado con esmero,
Al mirar la escopeta, bulliciosos,
Con tropel nos rodean vocinglero;
A su deber se aprestan oficiosos,
Unos saltan, buscando la salida,
Por cima de los otros, presurosos;
Ya ponen con instancia repetida
Las manos en las sillas de las yeguas,
Ya las muerden la cola á la partida;
Juegan, y dando á su cansancio treguas,
Corren, se apartan y á nosotros vuelven,
Caminando en cada una muchas leguas.
Aquellos contra el viento se revuelven,
Y á perseguir con armas desiguales
Los pájaros que vuelan se resuelven.
Sus sencillos impulsos naturales
No sin alguna diversion miramos,
Aunque al intento son perjudiciales.
Por esta causa luégo los llamamos;
No oyen, se rinden, ladran y desisten,
Finalmente se vienen con sus amos.
Cruza el conejo tímido, y embisten
Tras él corriendo todos á porfía,
Y aunque se cansan, en seguirle insisten;
Uno le coge y salta de alegría,
Viénese, nos le entrega, y jadeando
Se aleja en busca de la fuente fria.
Quedamos entre tanto examinando
La presa con la suave piel mojada,
La vista triste, el pecho palpitando;
Luégo que es de comer la hora llegada,
Hacemos alto al lado de un arroyo,
Cuyo blando sonido nos agrada.
Si ser puede, buscamos algun hoyo,
Que el sudor del ambiente nos resguarde,
Y es un florido césped nuestro apoyo.
La vianda, allí, que en la pasada tarde
Silvio, mi anciano padre, nos previno,
De brindar hace al apetito alarde.
Tal es la fiambre vaca, el palomino,
La cecina y pernil curado al fuego,
El exquisito queso y rancio vino.
Tomamos un brevísimo sosiego,
Y dejando correr á los cristales,
Nos internamos por el monte luégo.
Entre jaras, estepas y zarzales
Atraviesan las yeguas lo fragoso
De peñascos y espesos matorrales.
Maltratamos al ciervo temeroso,
Seguimos á la liebre fugitiva,
Damos alcance al jabalí cerdoso,
Y hollando en la carrera más activa
La juncia, almoraduz, murta y cantueso,
Más fragrancia en el viento se motiva,
Hasta que carga de la noche el peso,
Y á nuestro domicilio nos tornamos,
Cargados de despojos con exceso.

COLUMBANO.

Corren á recibirnos como gamos
Tus hermanos pequeños; acabada
La cena, otro placer acaso hallamos.
Al pié del fresno que hay junto á la entrada
Se forma de zagales un corrillo
De destreza en tañer acreditada.
Mueve el árbol sus sombras y anda el brillo
Vagando de la luna y las estrellas,
Que deleitan el ánimo sencillo;
Tus hermanas, castísimas doncellas,
Mil cantares honestos entonando,
Afrentan las silvestres diosas bellas;
Bosteza Silvio con el sueño blando,
Despídese del circo y se retira,
Paso á paso á su lecho caminando.
La gracia natural allí se admira,
El recato en el baile y compostura,
Todo el conjunto honestidad respira.

FLORO.

Pues ¿qué dirémos si en la fresca hondura
De un valle ameno, de árboles cercado,
Cubrimos con las redes su verdura?
Todo el contorno á voces conturbado,
Sacudiendo los mimbres y retamas,
Hacemos huir al escuadron alado.
Mal seguros creyéndose en las ramas,
Van en la red los pájaros cayendo;
Yo en este ardid, en semejantes tramas,
Mas me divierto si al impulso atiendo
Del tordo, la oropéndola y el mirlo,
Que forcejan, las alas sacudiendo.
Aun nos complace sólo el referirlo,
Y tú, siempre leal, tórtola amante,
Llora el lazo, prevente ya á gemirlo,
Olvida antiguas penas un instante,
No al compañero sientas que perdiste;
Que siempre un mal del otro va delante.
¡Qué gusto es ver al jilguerillo triste,
Miéntras más desprenderse solicita,
Más el matiz ajar que hermoso viste!
Llega á pensar que la prision se quita
Rompiendo el hilo con su pico agudo,
Pero mejor le enreda que le evita.
Al rigor cede del difícil nudo,
Y con mostrar á gritos se contenta
Que pretendió eximirse y que no pudo.
Allá en casa la carga se presenta,
Y á los pájaros damos su destino,
Cuya distribucion el gozo aumenta.
Unos con el gorjeo y dulce trino,
En primorosas jaulas encerrados,
Embelesan el ámbito vecino;
Otros, perfectamente sazonados,

Diferenciar nos hacen de manjares,
Sirviéndonos de platos regalados;
Otros por los espesos encinares
Con su reclamo atraen á la liga
Los simples compañeros á millares.

COLUMBANO.

Algunas horas con menor fatiga
Entretener solemos en la pesca,
Que á la quietud y á la paciencia obliga.
Los dos gozamos de tu márgen fresca,
Almo Guadalquivir, undoso rio,
Miéntras tus linfas céfiro refresca.
Allí encontré, una tarde del estío
(En mí de este ejercicio la primera),
Tristes memorias del tormento mio.
Tu voz, porque la pesca no se huyera,
Rigoroso silencio me intimaba;
Pensaba yo en mi suerte lastimera,
Y entre mí mismo á ratos exclamaba:
«Ondas del Bétis, claras algun dia,
Cuando en vos el bien mio se miraba,
»Sentid su falta y desventura mia,
Que ya el bien mio en el cristal no veo,
Ondas del Bétis, claras algun dia.»
Yo las vi entónces (ó mintió el deseo)
Turbias, amargas, en su curso inciertas,
Y al llanto unidas que en su aumento empleo.
Yo las vi, sí, de légamo cubiertas,
Anhelar su sepulcro en Oceano,
Ya por mi bien sus márgenes desiertas.

FLORO.

Y yo entre tanto, con mi diestra mano
Teniendo firme la oficiosa caña,
Atiendo al grave peso y al liviano.
Sentado entre la adelfa y espadaña,
Puesto en el hilo todo mi desvelo,
Veo que pica el pez y que me engaña;
Renuevo el cebo con mayor anhelo,
Y cuando á asirle va con ánsia mucha,
Preso se ve del cauteloso anzuelo.
El grueso barbo y la pintada trucha
En vano el agua con la cola azotan
Por librarse del hierro en fiera lucha;
A los hambrientos peces alborotan,
Y la próxima arena removida,
Un grande espacio del caudal rebotan.
Otra vez en canal ó red tendida
El sollo cae ó sábalo gustoso,
Que á tierra sale á terminar su vida;
Con las últimas ánsias congojoso,
Salta, se encorva, se revuelca y hiere
Su propio cuerpo, cruel y riguroso.
La ágil anguila, que su fin difiere,
Respira acelerada por la agalla,
Pero á pesar de sus esfuerzos, muere.

COLUMBANO.

Aquí esta vida mil delicias halla;
No hay cosa alguna en tan dichoso estado,
Que no brinde á emprendella y no dejalla.
No hay bien que yo por tí no haya logrado;
¿Qué diversion á Silvio no he debido,
A Silvio, dignamemte venerado?
¿Quién mejor que él de la calandria el nido
Descubrir supo? ¿A qué rabel sonoro
Disteis, oh selvas, más atento oido?
¿En qué certámen del villano coro
No venció diestro, el recental ganando,
El vaso de acebuche ó blanco toro?
¿Qué juez prudente del campestre bando
Decidió tan feliz las competencias,
Tañendo los pastores ó cantando?
¿Quién supo con más arte y experiencias
De los tiempos el órden admirable,
Del cielo las diversas influencias,
Los vaticinios de la luna instable,
De cuadrúpedos y aves el acento,
De las yerbas el uso saludable?
A la naturaleza siempre atento,
¿Quién de la agricultura en las tareas
Pudo adquirir mayor conocimiento?
Conversó con las driadas, napeas,
Silvanos, faunos, sátiros, silenos,
Númenes sacros y apacibles deas.
Pomona, Clóris y Feronia llenos
Le dan de ramos, frutas y de amomo
Cestillos, que tejieron mimbres y henos.
Rindióle Páles oloroso aromo,
El mismo Pan le coronó de acanto,
Casia, violeta, nardo y cinamomo.
¡Oh celestial virtud, que puedes tanto!
¡Oh dichosa de Silvio la alquería,
Y cuánto en ella admiro y adelanto!
En el invierno el despejado dia,
Cuando está el sol en la mitad del cielo,
Al corazon dilata y da alegría;
Entre la fresca yerba el arroyuelo
Se ve correr, ufano de haber roto
Por la mañana la prision del hielo.
Nos deslumbran en término remoto
Sierras cargadas de rebelde nieve,
Que algun dia derrite el fiero Noto.
El ancho rio sus humores bebe,
Y el que manso lamió la verde orilla,
Guerra á los campos y ciudades mueve.
Tu suelo entónces, ínclita Sevilla,
No es ya plantel que enriqueció Vertuno;
Tumba es del lastre, del timon y quilla.
Del palacio salobre de Neptuno
Son tus suburbios lastimoso ejemplo,
Si erige el cuello el Bétis importuno;
Sus espumosas cóleras contemplo,
Que intentan con sus rápidos vaivenes
Saltar tus muros y arruinar tu templo.
Donde ántes la opulencia, el fausto y trenes
Pisaban grato suelo, difundidos
Se lloran ya los ricos almacenes.
Llegan de la piedad á los oidos
Los sollozos, los gritos penetrantes
De tantos ciudadanos afligidos;
Caminan las barquillas fluctuantes,
Y al socorro se apresta con los dones
Que salvaron en útiles instantes.
¡Gigante de cristal, que horror impones
No así te lleves el robusto puente,
Ni tu florida márgen abandones!
De Itálica, que mira tu corriente,
Escándalo eres ya, ya las arenas
Empañan tu cristal impunemente;
De jugo exhaustas y de broza llenas
Deja las tierras tu furor que cubre,
Y penetrando sus preciosas venas,
Donde su hacienda el labrador encubre,
El grano hinchado el trigo no nacido
Entre sus hilos fértiles descubre.
Cuando al dia el nublado ha obscurecido,
Cuando violento el ábrego ha soplado
Y la copiosa lluvia ha descendido,
Entónces es cuando el hogar cercado
De la familia la abundante leña
Arde y alumbra el campesino estrado.
Muchas veces tu padre nos enseña
Sus olivos y huertas bien pobladas,
El agua que las riega, de alta peña;
El valle en donde pacen sus vacadas,
Los surcos de los bueyes laboriosos,
Los gañanes con rústicas tonadas,
Ahuyentando los pájaros golosos,
Que buscan detras de ellos la simiente
Envuelta en los terrones esponjosos;
Ya ingiere ó poda el árbol diligente,
Planta la vid ó castra la colmena;
Ya va á ver el trabajo de su gente;
De sus rebaños el balido suena
Por todo el campo, y de sus reses vemos
La alta montaña coronada y llena.
¡Cuántas veces el tiempo entretenemos
Viendo al cabrito, al choto con delicia
Acudir de su madre á los extremos!
Le llama, le alimenta, le acaricia,
Y él luégo, con la lengua mal enjuta,
Tampoco el bien del prado desperdicia;
Despues que el néctar cándido disfruta,

Despuntando el orégano y tomillo,
Huye del altramuz y la cicuta.
Escogemos el tierno corderillo,
Que guardaron del lobo los mastines,
Para víctima hacerle del cuchillo.
Luégo que, coronada de jazmines,
Viene á esmaltar, fragrante y halagüeña,
La primavera selvas y jardines,
El ganado sujeto en red pequeña
Rinde al dueño sus útiles vellones
Y ubres fecundas, que el pastor ordeña.

FLORO.

Sí, Columbano; sus preciosos dones
Aquí el cielo sin límites derrama,
Nos enriquece en todas estaciones.
Cuando el sol con más fuerza el campo inflama,
Cubren mis eras pálidas espigas,
Mi cercado á gustar sus frutas llama.
Viene el Setiembre, templa las fatigas,
Y el licor dulce exprime de las vides
En el lagar con las robustas vigas;
Mi padre, atento á cuantos gustos pides,
Nos conduce por frescas arboledas;
Nunca al buscarle su labor impides;
Al monte vas por ásperas veredas,
En sus molinos ves el fruto nuevo
Desmenuzarse con pesadas ruedas,
O sostenido en el derecho acebo
Entre chopos, abetos y lentiscos,
El alto cerro á fatigar te llevo,
Y desde la eminencia de sus riscos
Dominas la cascada y sus orillas,
El valle, la cabaña y los apriscos;
Divisas las ciudades y las villas,
Bajo los piés las nubes divisamos,
Y las aves que vuelan en cuadrillas;
Por entre breñas, árboles y ramos,
Ágil el cuerpo, el alma dilatada,
Y vivo el apetito á casa vamos,
Donde la mesa hallamos adornada
Del tierno recental, manteca y leche,
Rubio panal y nata delicada.

COLUMBANO.

De ejemplos tan visibles se aproveche
El torpe paladar del poderoso,
Y banquetes espléndidos deseche.
Libre aquí de su trato peligroso,
Huiré de su antesala y sus umbrales,
Su mármol sepulcral me será odioso;
Me alejaré de pleitos y curiales,
No temeré del bravo mar las iras
Ni de la guerra lúgubres señales;
No escucharé lisonjas ni mentiras,
Amores y celosas competencias,
Falsas palabras y engañosas miras.
No veré afectaciones, indolencias,
Obsequios tan serviles al dinero,
Tantas obscenidades é insolencias.
El bufon de la córte, chocarrero,
De crítico preciado y literato,
Ya de hoy más á mi lado ver no quiero;
De frases pedantescas su aparato
Suele un circo embobar de gente ruda,
¡Y con esto se engrie el mentecato!
Arduas materias decidir no duda,
De todo quiere hablar y nada entiende,
El sabio le desprecia con voz muda.
¡Qué lastimosa escena al que pretende
Se ve representar! ¡Y qué bajezas
Al infeliz que del favor depende!
¡Qué de satisfacciones y franquezas
Se toma el fastidioso entremetido,
Creyendo sus frialdades agudezas!
Nota el vicio el que más le ha poseido,
Gobierna el reino, y áun el mundo todo,
Quien gobernar su casa no ha sabido;
Suelen ser descorteses de igual modo,
Cuando se miran en fortuna erguida,
El hombre bajo y el ilustre godo;
Porque la urbanidad anda perdida
Si el caballero de quién es se acuerda,
O si el villano de quién fué se olvida.
Aunque el juicioso la paciencia pierda,
Rompen afeminados los galanes
La gravedad que el sexo les recuerda.
Libre estoy ya de necios, charlatanes,
Ingratos, crueles, díscolos, avaros,
Inquietos, perezosos y truanes.
Léjos de aquí, profanos; que al trataros
Entre el horror de iniquidades tantas,
Hallo que los perfectos son tan raros,
Que apénas tantos se conocen cuantas
Las puertas son de la famosa Tébas,
O del fecundo Nilo las gargantas.
Tú solamente mi atencion te llevas,
Gloria del suelo, soledad dichosa,
Que en dulce paz el pensamiento elevas.
Corresponde á mis ruegos amorosa
Y haz que de un sol al otro el nombre suene
Por esas selvas, de mi amada esposa.
Mas ahora, porque así mi mal refrene,
Permíteme callarle, aunque grabado
En su corteza un álamo le tiene.
¡Oh hechizo amable cuando quiso el hado!
Siempre que pienso en el momento triste
Que último fué contigo, objeto amado;
Aquestos ojos, que á tu amor rendiste,
Dan á la tierra desatados rios,
Porque así me dejaste y te partiste.
Siente el ganado los pesares mios,
Ni le calienta el sol puesto en su altura,
Ni halla fresco en los páramos sombríos.
Te llora el soto, el valle, el aura pura;
Te ofrece el cisne su funesto canto;
Todos sienten el fin de tu hermosura.
Será ménos difícil entre tanto
Beba el frigio del Tajo la corriente,
Y el español la del remoto Xanto,
Que del alma tu imágen esté ausente,
Y que el devoto templo se desplome
Que á tu memoria ofrezco reverente.
Cuando el penoso dia al mundo asome
Que exequias te rindamos en el ara,
Rumbos diversos el ejido tome,
Y en justo obsequio de mi prenda cara
Se oigan endechas, fúnebre sordina
Haga el pastor de su zampoña clara;
Febo su luz oculte peregrina,
No divino rocío el suelo moje,
Cubra la niebla la region vecina;
El árbol de su gala se despoje,
Ni al olmo vid, ni al risco hiedra abrace,
Toda rosa su púrpura deshoje;
Con su infortunio mi infortunio enlace
La leona, de sus hijos separada,
Y á rugidos los vientos embarace;
Tristes los brutos por mi suerte airada,
El ruiseñor los venza en sentimiento
Con són doliente y voz acongojada.
Da al alto Jove el águila contento,
El ciervo es de Diana apetecido,
El gallo de Minerva es ornamento,
De Neptuno el delfin es escogido,
A Baco el fiero tigre consagrado,
A la paloma Vénus ha querido,
Fué de mi esposa el ruiseñor amado,
Al dulce ruiseñor ninguno iguale
En sentir á mi dueño malogrado.
Campos, si á veros Columbano sale,
Le adornarán cipreses y beleños,
No el trébol ó laurel que olor exhale.
Aves parleras, ágiles, sin dueños,
Divertidle sus míseras querellas,
Atraedle, fuentes, sosegados sueños;
Consoladle, del bosque ninfas bellas;
Ya no hay mal que agüerar, corneja, al mundo,
Todo el bien le robaron las estrellas;
Cubrió á la tierra el luto más profundo.

POETA.

Aquí llegaban los zagales, cuando
Juzgué que un globo el viento iluminaba,
Y á los celestes dioses sostenia.

Tanto el congreso allí se embelesaba
La amable vida rústica escuchando,
Que quedar solo Júpiter temia,
Y así á Mercurio envia
Por vagos horizontes
A los Cimerios montes.
Al sueño trajo, su licor ofrece,
Con él á las deidades adormece,
Va á cada cual el corazon ungiendo,
Y luégo desparece,
Por la alma puerta de marfil huyendo.
En tanto los mancebos repararon
Que de las hayas y elevados pinos
Iban las sombras ya siendo menores;
Por diversos senderos y caminos
Las ovejas y cabras divisaron
Llevar á la espesura los pastores;
Señas de que en ardores
El sol, entrando el dia,
Por instantes crecia,
Y de esta vida, de inquietud exenta,
En dulces amebeos dieron cuenta
A los vientos, que mansos los oyeron;
Eco respondió atenta,
Y entre sauces y robles se escondieron.

EL TRIUNFO SOBRE EL ORO.

Romance endecasílabo, leido en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, por encargo suyo, en su junta pública general de 24 de Diciembre de 1784, en que se publicaron y distribuyeron los premios correspondientes á las discípulas de sus escuelas patrióticas por el segundo semestre del mismo año, y otros pertenecientes á agricultura y artes.

Almas venales, improbos esclavos
Del vil metal, que á dichas aparentes,
Por vuestro mal, os llama, y halagüeña,
Sirena encantadora os adormece;
Orgullosos ministros de su imperio,
Sellad el labio alguna vez; no siempre
De la razon al eco persuasivo
Confundan vuestras locas altiveces.
Bien sé que el enemigo poderoso
En sus obscuras cárceles detiene
Las virtudes, cruel; pero algun dia
Verán del sol los puros rosicleres.
Enjuga, amistad santa, tus mejillas,
¡Oh bienhechora paz! el llanto cese,
Respira ya, benéfica templanza;
Alma prudencia, tu desmayo aliente.
No, invicta fortaleza, desampares
El corazon de los varones fuertes;
Rodará ese coloso desmedido,
Y vendrá á ser oprobrio de las gentes.
No dejes, no, justicia soberana,
La tierra, aunque enemiga te exaspere;
Mira que siempre inmaculado espejo
España ha sido de imparciales jueces.
Subalternos, indignos mercenarios,
En cuya lengua vil asiento tiene
La iniquidad, aquéstos os escuchan;
¡Que tal cicunspeccion no se respete!
Aquesa frente que ostentais tranquila
A la vista de un público, insolentes
Seductores de Astrea, estar debiera
Cubierta de rubor, á conocerle.
Yo partir la imagino transportado,
En vano el magistrado asirla quiere,
Sube veloz, y sus amados genios
De la fatal catástrofe se duelen.
Rásganse de dolor las vestiduras,
Con lágrimas los vientos humedecen,
Alzan al cielo los hermosos ojos,
Suspiros lanzan y las manos tuercen.
Penosa condicion será del prado
Que sus amenos ámbitos engendren,
Entre fragrantes flores, que deleitan,
Disimulados áspides, que muerden;
Que arrastrando su pecho por la tierra,
Llegue silbando la escamada sierpe
A emponzoñar las aguas saludables,
Ni es culpa del cristal ni de la fuente.
¡A qué no obligas los mortales pechos,
Malvada hambre del oro! ¡Cuánto puedes,
Hidrópica pasion! Mas nueva idea
En este instante el ánimo sorprende.
Escena triste, llena de amargura,
Aquí se me presenta: se estremece
El corazon, erízase el cabello,
Y un helado sudor por mí se extiende.
Si halla paso la voz, si el pecho acierta
A respirar algun aliento débil,
Mortales, escuchad; acaso el cielo
De un instrumento vil quiere valerse.
Llegó el dia fatal de las venganzas;
Siento crujir los sempiternos ejes,
Y el fuego descender; cielos y tierra
Con espantoso estrépito se mueven.
Elévanse las puertas eternales,
Levántanlas los príncipes celestes,
No para que éntre el Rey, para que al trono
Descienda, en que á los hombres residencia.
Lúgubres voces, en sollozo envueltas,
Parece escucho, que á decir empiecen:
«Montes, venid sobre nosotros; cubran
Nuestro sér los collados eminentes.»
A un metal ronco, que terror impone,
Los cadáveres yertos obedecen;
¿Adónde del semblante de las iras,
Delincuente infeliz, podré esconderme?
En los justos los réprobos avaros,
Viéndolos, más que el sol resplandecientes,
Triunfar del oro y de sus falsos brillos,
Clavan los ojos y á decirse vuelven:
«¿No son éstos aquellos que algun dia
Nos sirvieron de escarnio, y tantas veces
El blanco vimos ser del improperio,
De la sátira y sales maldicientes?
»Juzgábamos nosotros, insensatos,
Loca su vida, sin honor su muerte;
Ved que Dios los computa con sus hijos,
Y suerte entre los santos le previene.
»De la verdad erramos el camino,
No rayó en nuestras mustias lobregueces
Luz de justicia; el sol de inteligencia
Faltó para nosotros de su oriente.
»Por senderos difíciles vagando
Los de Dios ignoramos; la demente
Soberbia ¿qué aprovecha? la jactancia
De las riquezas ¿qué útil nos confiere?
»Todo pasó cual sombra fugitiva,
Mensajero que corre velozmente,
Nave que corta el agua fluctuante,
O flecha que del arco se desprende.
»Nuestro nombre sonó como las alas
Del ave, que azotando el viento leve,
Va diciendo con su vuelo el aire
Sin que señales del camino deje.
»Así nosotros, luégo que nacimos,
De ser dejamos, sin que al fin nos resten
Vestigios de virtud; ya nos consume
Nuestra malignidad y nos disuelve.
»¿Qué insano error, qué bárbara demencia
Nos poseyó? ¿Que espíritu rebelde
Nos obstinaba? Nuestro desengaño
Tarde lo llora, tarde se arrepiente.»
Así diréis; pero callad ahora,
Infelices, repito; no tolere
Más tiempo la razon publique el mundo
Que el infame interes todo lo vende.
Hay honor, hay virtud, hay heroismo,
Hay magnanimidad; de los dinteles
Del celestial Sion hácia la tierra
Ráfagas brilladoras se desprenden.
Espíritus, que á cargo habeis tenido
Dañar la tierra y mar, suspenso quede
El golpe hasta que vengan señalados
Los siervos del Altísimo en sus frentes.
Que yo en tanto á esos díscolos sectarios
De la avaricia, afrenta de la especie,
Conduciré donde su error conozcan,
Se convenzan, se humillen, se avergüencen.
En un salon consistorial el celo...

Pero aquí es fuerza que la lengua tiemble,
Se ofusque la razon, y la memoria
Con adecuadas cláusulas no encuentre.
No es el influjo que á las Musas debo,
Al empeño del dia suficiente;
Estas débiles fuerzas me acobardan
Y explica el natural sus timideces.
¡Oh, quién su cortedad de ajenos bríos
Vestir pudiera, porque de esta suerte
No tanta sangre al rostro se asomára
Y la voz ménos trémula estuviese!
Idólatras algunos de sí mismos,
Sólo el despejo apetecer me dejen;
Tiene tambien (conózcolos) sus necios
Fantásticos Narcisos Hipocrene.
Por lo demas, detesto y abomino
Jactanciosos espíritus perennes,
Que cuando piensan que lo saben todo,
Ni saben ser humildes ni corteses.
El padre es de las luces (á él recurro),
De cuyo seno todo bien desciende,
Quien aquello á los párvulos revela,
Que esconde de los sabios y prudentes.
En un salon consistorial el celo
Patriótico las máximas convence
De los ilusos, que al altar del oro
Retribuyen inciensos pestilentes.
No ya le llaman ídolo del hombre,
Móvil del mundo, ciencia de placeres,
Iman del corazon, juez de la tierra,
Terror de la virtud y de los héroes.
Este congreso, superior al vano
Sistema con que infiel se ensoberbece,
Sus decantados triunfos desestime
Y sus pomposos títulos desprecie.
¿Qué importará que estampe en sus memorias
El monstruo con brillantes caractéres
Que vence al mismo amor, que en todo el orbe
Tantas victorias á su aljaba debe?
A ese hijo débil del informe cáos,
Ciego rapaz, sus hierros encadenen,
Y ufano de estos míseros trofeos,
Sus invencibles fuerzas exagere.
Hay otro amor gigante, amor robusto,
Heroico amor, que su poder excede,
Llevando el vuelo rápido de donde
El Miño espira adonde nace el Bétis.
Dulce amor de la patria, que has sabido
El celo despertar, si el celo duerme,
Causa de aqueste ventajoso efecto,
España en sociedades te prospere.
Aquí, de la península en el centro,
Llega á esas puertas, y corrido advierte
Su desengaño el interes altivo,
Cuyos vanos parciales enmudecen.
Léjos de aquí los premios, los honores,
Tratos, riquezas, dulces alicientes
De la torpe ambicion, que de esta estancia
Con bramido feroz desaparece.
Arráncase el lucífugo vestiglo
Con una mano el corazon aleve,
Con la otra cubre la ofuscada vista,
Antes que el rayo de virtud la ciegue.
De la tierra los cóncavos penetra,
Las aldabas del báratro conmueve,
Y el eco las cavernas redoblando,
Hace que toda la mansion resuene.
Exenta de sus hálitos aquesta
Noble porcion, no es mucho que descuelle
Entre otros hombres, de ellos infestados,
Como entre los virgultos los cipreses.
La son desconocidos los idiomas
Del interes y la avaricia; indemne
Levanta la cerviz del torpe yugo
Con que á la tierra avasallar pretenden.
¿Adonde, pues, insignes ciudadanos,
Atesorais? Decid, ¿qué rumbo lleven
Los desvelos, impensas y fatigas,
Las sesiones y planes diferentes?
No están aquesos nobles corazones
Adonde está el tesoro; allí parecen
Vuestros talentos donde los dañosos
Insectos ni corrompen ni demuelen.
Nada es vuestro, del resto de los hombres
Sois áun vosotros mismos. ¿Y no es éste
El triunfo sobre el oro, que el poeta
Hoy hace objeto de su vena estéril?
¡Hacer el hombre bien al hombre! ¡Oh cuánta
Sublime gloria y dignidad envuelve,
Concepto que explicar mi torpe labio
No ha de poder! Mas si él enmudeciere,
Hablad vosotras, racionales almas,
Del alto Dios imágenes, en quienes,
Al infundiros, como en blanda cera,
Hizo impresion de sus eternas leyes.
Tú, Sinaí, publica que es secuela
De aquel precepto, cifra de los siete,
Y uno de aquellos dos de donde toda
La ley divina y los profetas penden.
A las luces pasando de las sombras
Aquella voz, que al universo mueve,
Oiga Jerusalen cuando prorumpe:
Bien á aquellos haced que os aborrecen.
Enjuga, amistad santa, tus mejillas,
Digo otra vez; renaces y floreces,
Bajo el amparo del augusto Cárlos,
En brazos de este cuerpo que protege.
El, respetando el vínculo sagrado
Que le une á su país, constante vence
Las finezas de Aquiles y Patroclo,
Los extremos de Pílades y Oréstes.
Esos renuevos de la dulce patria,
Tiernas alumnas, que en sus años verdes
Dan al trabajo el tiempo que otros muchos
Sacrifican á inútiles deleites,
Por el sordo transcurso de los siglos
Las primeras serán que se presenten
En el templo inmortal de la memoria
A imprimir sus elogios indelebles;
Y miéntras que los tiempos van cumpliendo
Mi vaticinio en sucesiva serie,
Desciendan á la arena, codiciosas,
Y arranquen por su mano los laureles.
Mas, esperad, atletas esforzadas;
Los olorosos ramos que el ardiente
Furor del rayo respetó, este dia
Se han desgajado y orlan vuestras sienes.
Ellos os buscan como premio digno
De vuestro afan, que por instantes crece;
Alumbre el sol ó campen las estrellas,
Abrase Cancro ó Capricornio hiele,
La lira que escuchais, y más sonoras
Las cuerdas que otros númenes moderen,
Ensalzarán el triunfo laborioso
Al halago de cláusulas cadentes.
En nuestros libros, cuyas hojas llenan
Empresas grandes, y estampado tienen
Tantas veces de Cárlos el real nombre,
Escritos ya los vuestros aparecen.
El sudor de la prensa, al repetirlos,
Es tambien recompensa del que vierten
Vuestros poros, si agitan la tarea
Las interiores fuerzas que le impelen.
Gozad la distincion, seguid constantes;
Logre la aplicacion colmadas creces,
No el lauro marchiteis, el desaliento
Vuestras cándidas almas no penetre.
Dignas así seréis de más honores,
Graciosas á los ojos de la plebe,
Y á Dios aceptas, que piadoso cuida
Del abrigo, el sustento y el albergue.
Volved el rostro al tierno simulacro,
Sagrada ostentacion de estas paredes,
Que del más obstinado iconoclasta
Está exigiendo cultos reverentes.
Y oiga la fe de su divina boca
Lo que expresar no cabe en los pinceles,
Cuando viendo al discípulo escogido,
Aguila excelsa que sus rayos bebe,
Y señalando á la que fervorosa
Le siguió hasta la cruz desde el pesebre,
A los hijos de Adan en su cabeza;
Ved vuestra madre, al espirar profiere.
Esta es María, aquella por quien quiso

Dios que los hombres todo lo tuviesen;
Contemplad la fineza al mismo tiempo
Que á ella acreedoras el trabajo os muestre.
Puede Marta solícita imitarse,
Y de esotra heroína penitente,
Que el leño abraza y lo mejor elige,
Los éxtasis amantes emprenderse.
Es una la virtud; á ella conducen
Diversas sendas: si implorais fervientes
Vuestra perfecta vocacion del cielo,
El cielo hará que la eleccion se acierte.
Alzad los ojos á esos tutelares,
Mirad en sociedad indeficiente,
Para honor de Madrid, poblar su reino
Las tiaras, estevas y talleres.
De éstos levanta el vuelo heroica vírgen,
Divísala su dueño entre canceles,
Y «sube», la repite, hermosa mia,
Que ya el invierno recogió sus nieves;
Y apareciendo há poco en nuestras aras,
Lirio entre espinas, que ostentó su frente,
Del incorrupto virginal cadáver
Besan el pié los príncipes y reyes.
Seguid sus huellas si quereis que blancas
Coronas de azucenas se os apresten;
Mas si otro rumbo os proponeis, atentas
Mirad del Manzanares la corriente,
Y él os dirá las que imprimió en su espalda
Milagrosa mujer, á quien sostiene,
Violentando su sér; que el cielo ordena
Que hasta las ondas la virtud respeten.
Ved á la mujer fuerte, cuyo precio
De los confines últimos procede;
Buscó la lana y lino, porque canta
La labor de sus manos la sustente.
Éstas, con oficiosa alternativa,
Toman el huso que la hilaza tuerce,
La vianda á los domésticos reparten,
Se abren al pobre y al hijuelo envuelven;
De su casa contínua centinela
No comió ociosa el pan. Cuánto os empeñe
Considerad, oh jóvenes premiadas,
El ejemplar que vuestra patria ofrece.
Así no necesita de despojos,
Que da la lid ó el piélago promete,
El esposo que, en ella confiado,
Con sus próvidas manos enriquece.
Tú la escogiste, sí, tú la alabaste,
Consorte digno; á tu virtud conviene
Premio tan singular, pues en la tierra
Sólo pudo María merecerte.
Mantuano Moisés, á cuyo imperio
Determinó el Señor omnipotente
Que en erupcion extraña de cristales
El duro pedernal obedeciese;
Isidro santo, labrador dichoso,
Los ángeles por tí la tierra hienden,
Los ángeles aquellos cuyas alas
El rostro cubren inmortal y fuerte.
¡Honrosa ocupacion, noble ejercicio!
Pasme el sentido, el pensamiento eleve
Que el Dios de los ejércitos, terrible,
De agricultor el nombre no desdeñe.
Afortunada clase, cuyo esmero
A los progresos útiles atiende
De tan bella nocion, ¡oh quién supiera,
Como supo elegirte, engrandecerte!
Pudiera yo expresar, á tolerarlo
Del tiempo y la ocasion las estrecheces,
Cuánto de ella las artes, los oficios,
Cuánto la industria popular depende.
Magnánimo individuo, que ocultando
Tu ilustre nombre y dignidad, promueves
Con noble pecho y mano generosa
La discusion y prácticas agrestes;
Los artículos ya de tu problema
Hay quien resuelva, explique y desempeñe,
Para que el campo así se beneficie
Y la pluma feliz se remunere (1).

(1) Habla del premio de agricultura, propuesto por la liberalidad de un socio de alto carácter, y diferido por la Sociedad á este dia.

Besad la tierra, vírgenes amables,
Que ha criado el Señor, que reverdece
A su voz, que produce á su precepto
Fruto que se eterniza en sus simientes.
A las manos del hombre las entrega,
Porque puesto en las suyas las disperse,
O bien las niegue el plácido rocío,
O bien en años fértiles las riegue.
Ellas os alimentan, y de aquella
Materia enmarañada os abastecen,
Cuyos iguales consistentes hilos
Del vencimiento son testigos fieles.
Al tejido prestad aquesas hebras,
Al bordado auxiliad; del templo cuelguen
Telas (2) que al tabernáculo de Cristo (3)
Acompañan, adornan y guarnecen.
A unos y otros, artistas aplicados,
La Sociedad esclarecida premie,
Ya retraten la rosa y azucena (4),
Ya dibujen corintios capiteles (5).
Ni olvidaré la máquina que exacta
De vuestro afan periodos numere,
Señalando las horas y los dias
Por la veloz carrera de los meses (6).
Lograd todos el premio. Y tú, benigno
Circo, á quien las piedades engrandecen,
Gózate en ellas mismas más que en cuantas
Perlas el Sur en nácares contiene.
Cante la fama el paternal desvelo;
Sus nuevos ecos los antiguos quiebren
Que al trabajo esparció de Babilonia
Y bárbaras pirámides de Ménfis.
Cantad vosotros, socios venturosos,
El horrendo suplicio que padece
La tirana ambicion en el averno,
Despues que hollasteis su cerviz, valientes.
De esta suerte por cada cual espero
En el Dador de los eternos bienes
Pueda la ilustre Sociedad gloriarse
Y prorumpir en cánticos alegres.
Feliz varon el que se halló sin mancha,
No corrió tras los viles intereses,
Ni esperó en las riquezas y tesoros.
¿Quién, y le alabarémos, es aquéste?
El que obró maravillas en su vida,
Y probado en el oro, donde el temple
Del acero más fino se destroza,
Se vió, no obstante, que perfecto fuese,
Alcanzará la gloria eterna, y puesto
Que no quiso, aunque pudo, corromperse,
Y pudiendo ser víctima del vicio,
Fué superior á estímulos aleves;
Por tanto en el Señor sus bienes todos,
Como en único objeto, se establecen,
Y todas las iglesias de los santos
El tiempo hará que sus limosnas cuenten.

ELFINO.

EGLOGA.

ELFINO, LAFINA, POETA.

POETA.

Elfino, que de Henares á la orilla
De cabras un rebaño apacentaba,
Donde tiene Minerva su alta silla;
Y Lafina, que ovejas gobernaba,
De Córdoba y Sevilla en los confines,
Cuando el Aries celeste publicaba
El bando de fragrancia á los jardines,
Y á obedecer su voz se disponian
Los narcisos, mosquetas y jazmines;
A sus solas su mal tristes gemian,
Como esposos futuros, cuyo pecho

(2) Alude al premio de bordado, que fué el segundo de los de dibujo.
(3) Al dibujo presentado por el que llevó el primer premio.
(4) A la prueba de repente del que llevó el segundo premio.
(5) A la del que llevó el primero.
(6) Al premio de relojería.

El amor y la ausencia á un tiempo herian;
Los dos uno del otro satisfecho,
No vulgares los dos, y lo encarece
Elfino así, sentado en un repecho.

ELFINO.

Ya torna Abril, el prado reverdece,
Ámbares da la flor, al ave alienta
El sol, que más solícito amanece;
Las esperanzas Céres alimenta
Del labrador, que al campo el grano fia,
Con que á la aldea y la ciudad sustenta.
Alegre salta la manada mia,
Sube y corona los floridos cerros,
No bien enjutos de la noche fria.
Halagan fieles los hermosos perros,
Que en su custodia silenciosas horas
Velan, armados de punzantes hierros.
Con danzas los pastores y pastoras
La fuga del invierno tenebroso
Celebran y las plácidas auroras.
Elfino solo, triste, querelloso,
Alterna los suspiros con el llanto,
Negado á la alegría y al reposo.

LAFINA.

¡Oh de naturaleza dulce encanto,
Risueña y apacible primavera,
Coronada de rosas y amaranto!
Tú llegas, te apresuras placentera,
Convoyada de céfiros sutiles,
Y por tí el llano, el monte, la ladera
Se convierten en rústicos pensiles;
Por tí, murmurador el arroyuelo,
Cuyo sonido alegra estos rediles,
Su cristal templa, fertiliza el suelo;
Tú en vegetable movimiento pones
Toda la orilla que bordó tu anhelo.
Sus encerrados fértiles botones
Los árboles ostentan, que adelante
Serán de otoño sazonados dones.
Coge violetas la zagala errante,
Que segregada del silvestre coro,
Ramos presenta á su pastor amante.
Parece renacer la edad del oro,
Todo brinda dulzuras, todo rie;
Yo solo triste amargamente lloro.
De los presentes bienes nadie fie;
Incierta es siempre del mortal la lucha,
Y mañana es dolor lo que hoy engrie.

ELFINO.

Aquí, mi bien, pues nadie nos escucha,
Aquí, Lafina, dulce hechizo mio,
Mi corazon y yo la pena mucha
Que siente mi cansado desvarío,
Dirémos á esas ásperas colinas
O á las claras corrientes de ese rio.
Ausente de tus prendas peregrinas,
¡Oh dulces prendas, por mi amor humanas,
Prendas de amor, por vuestro sér divinas!
Ausente de tus luces soberanas,
Velando paso la callada noche,
Paso llorando tardes y mañanas.
Sale y se oculta de Faeton el coche;
Yo insisto en mi dolor, ningun amigo
Encuentro á quien el pecho desabroche;
Cada estrella luciente es un testigo
De este fiero penar, de aquesta queja,
Este dolor que siempre va conmigo;
Esta tenaz memoria no se aleja,
Ni me deja vivir su grave peso,
Ni me deja morir, ni al fin me deja.
¿Qué haré sin tí, dulcísimo embeleso?
Tal eres para mí, bella serrana,
Cual es al cazador el bosque espeso,
A la agreste labor lluvia temprana,
Al segador la sombra en el estío,
Al gusanillo la purpúrea grana.
Ayes, si acaso en vano al aire os fio,
Tal no quieran los hados inhumanos,
Corre sin duelo, amargo llanto mio.
Vosotras de los montes Marianos
Puntas que pretendeis rasgar el cielo,
Paso franco les dad, y de estos llanos
Alcen ansiosos presuroso vuelo
Hasta llegar á más dichoso clima,
Y á Lafina dirán mi desconsuelo.
Si con su grey bajando de alta cima,
Oh suspiros, la hallais, á los balidos
Interrumpid, y tal dolor la imprima
Vuestro lúgubre són por los oidos,
Que á la tórtola imite solitaria,
Doblando en la enramada sus gemidos.
Sí, que el trastorno de mi suerte vária
Me los hace escuchar; al dueño veo;
No así me burles, sombra imaginaria.
Lafina está á mi lado, ú el deseo
Solicita adularme; ¿qué conjuros,
Qué sucos de las yerbas del Leteo,
Capaces de asaltar celestes muros,
Y de ellos desquiciar la blanca luna,
Me hacen mirar sus resplandores puros?
No es ilusion, verdad es mi fortuna;
Junto á mí está Lafina, y de este campo
Cogiendo va las flores una á una.
Ya con la cola la halagó Melampo;
Le acariciaron ya sus manos bellas;
Pues ¿en qué me detengo, que no estampo
El tosco labio en sus preciosas huellas?
Los Elisios te envidien, campo ameno,
Y á tus rústicas flores las estrellas.
Huéspeda amable, aquí, de sombra lleno,
Te ofrece Henares apacible soto,
Aquí descansas en alfombras de heno;
Aquí, ya el lazo de la ausencia roto,
A la luz que Himeneo dé á su tea,
Verás cumplir á tu pastor el voto.
Así, zagala, tu venida sea
Grata al *Campo Loable*, cual la aurora
Al que la noche en la vigilia emplea,
Como al prado el rocío que atesora,
Como al trabajador el mediodia,
El olivo á la cabra trepadora.
La rubia miel te serviré á porfía
Del sabroso panal de mi colmena;
Vén, dulce bien, á la cabaña mia.
Allí hallarás, de fresca leche llena,
Una vasija, allí la tierna fruta,
Que al favor merecí de Filomena.
De su vergel al mio, mal enjuta,
Trasplanté un dia la fecunda vara,
Y árbol es ya, que réditos tributa.
Si de él el fruto á tiempo no separa
La cauta mano, en su designio yerra,
Pues la sazon en casa se prepara.
Una medalla mi ajuar encierra,
Obra de Gil divino, con el busto
Del mayor soberano de la tierra.
En tersos rasgos de moderno gusto,
Crisol que purifica y abrillanta,
Yace el reverso del monarca justo.
Ganéla cual los pomos Atalanta;
Del Manzanares páramos umbríos
Corrió mi musa, que á otras se adelanta,
Y á los zagales compañeros mios
En público vencí cuando mi canto
El destrozo entonó de unos navíos.
En el baile, en la fiesta, en el disanto
Aumentará tu gala peregrina
Con cinta verde, que prefiero tanto.
Dirá toda zagala convecina:
«De Elfino el premio, el triunfo y la esperanza
Penden juntos del pecho de Lafina.»
Envidiará Amarílis tu privanza,
Clóris la lozanía de tus reses,
Filis tu amor, sin miedo de mudanza.
Cuando os congreguen los floridos meses,
Descollarán tu garbo y gentileza
Como entre los helechos los cipreses.
Depondrá la alimaña su aspereza,
Embebida en tu acento; si cantares,
Las aves dejarán su ligereza.
Sus ubres los corderos á millares,
Las próvidas abejas el tomillo,

Y el canto de sus náyades Henares.
Tú ganarás el jugueton novillo
Si á danzar desafias aldeanas,
El vaso de acebuche ó cabritillo.
Tuyas serán las rosas más tempranas,
Todos te ofrecerán los recentales
Y olorosos cestillos de manzanas.
No ofenderán tu planta los zarzales,
Embotarán sus puntas los abrojos
Y aumentarán su olor los romerales.
Detestarán el són de tus enojos
Y alegres trinarán los ruiseñores;
Todo el otero arrastrarán sus ojos,
Sin que jamas, á su pastor traidores,
Cuando sus rayos vibren halagüeños,
La cualidad olviden de señores.
Aspides y mortíferos beleños
Quebrantará tu aliento prodigioso,
Darán las auras apacibles sueños.
Pico-ocejon, escándalo fragoso,
Los que á su ocaso empina la cabrera
Somosierra con humos de coloso,
Toda esa encanecida cordillera,
Que desprendiendo nieves á torrentes,
A las campiñas amenaza fiera,
Hará ya lisonjeras sus vertientes,
Derritiéndose en mansas suavidades,
Que más parezcan deliciosas fuentes;
Se jurarán eternas amistades,
Con tu ejemplo, zagales y zagalas,
Y al Parnaso hollarán sus dos mitades;
Y tú, Gebel-Zulema, di que igualas
Al Ménalo de Arcadia, que á Cupido
Escucho siempre, y no á Minerva ó Pálas.
No mi zampoña entregaré al olvido,
Y en vez del apio amargo, me corone
El suave trébol y arrayan florido.
Mi feliz suerte Nemoroso entone
Al compas grato de su avena ruda,
Y de Lafina el mérito pregone.
Encarece mi dicha, oh selva cruda,
¡Dicha para tornar á Elfino loco!
¡Placer para dejar al alma muda!
Lafina de mi vida, espera un poco;
Que en esa tabla, donde mansa el agua
(Y tanto, que, segun su quietud toco,
Parece que en Jarama no desagua),
Álamos nuevos de su márgen pinta,
Nuevo Compluto en sus cristales fragua,
He de mirarme, por si bien distinta
De mi alborozo en mi semblante encuentro
La señal infalible, aunque sucinta.
Yo volveré; mas no, que de mi centro
Moverme, que eres tú, será imposible.
El sacro rio llamará de adentro,
Con bocina de nácar perceptible,
Una ninfa que al logro corresponda
De mi designio y del cristal movible,
Donde jamas profundizó la sonda,
La porcion me presente en concha lisa,
Que al rostro con imágenes responda.
Y tú, no en mis fortunas indecisa,
Calles, mi bien; despliega tus claveles,
Y aumente una hermosura esa sonrisa,
Que jamas copiaria el griego Apéles,
Ni bien pintada fuera del Ticiano,
Por más alma que diese á sus pinceles.
¿No me respondes? ¿Te importuno en vano?
¿Por qué enmudeces? ¿Qué pasion violenta
Te ha enajenado, ó qué rigor tirano?
Mas ¡ay! que mi admiracion se aumenta,
Y con ella el dolor que martiriza
Un alma que de penas se alimenta.
Ya Lafina las flores no matiza;
Esposa, aguarda, y no mi muerte ensayes.
Veloz el bulto hermoso se desliza
Por entre los carrizos y tarayes;
Lágrimas verteré de ciento en ciento,
Y lanzaré de mil en mil los ayes.
Forma nieblas el diáfano elemento,
Que me roban la luz; desaparece,
En fin, Lafina, convertida en viento;
Se eclipsa el sol, Henares ensordece,
Eterno luto visten las cabañas,
Sin tiempo y sin estrellas anochece.
Luégo sólo fantásticas extrañas
Sombras el devaneo me ha forjado.
¿En qué, Amor, te ofendí, que así me engañas?
Mentira ha sido mi dichoso estado,
Verdad es sólo la fatal ausencia,
Que tiene el corazon despedazado.
Ojos, constancia, corazon, paciencia,
¿Qué injusta ley de bárbaro destino
Fulmina contra un triste tal sentencia?
Ya no acierta la voz con el camino
De los labios, un hielo me ha cubierto,
El aliento me falta.

POETA.

¡Pobre Elfino!
Desmayóle el dolor, si no le ha muerto.
Recibe, Amor, la victoriosa palma
De un frio mármol ó cadáver yerto;
No con falsa piedad turbes su calma,
Si ha de volver, sellando las arenas,
Entre las voces á verter el alma.
Tú, que la sien de hisopos y verbenas
Ciñes, y á los pastores, oficiosa,
Dictas, oh Musa, humildes cantilenas,
Inspírame la voz con que llorosa
Y amante prosiguió la queja fuerte
De su duro penar Lafina hermosa.

LAFINA.

¡Quién creyera de tí, tirana suerte,
Que el bien en mal tan pronto me tornáras,
El júbilo en pesar, la vida en muerte!
¡Oh, nunca con tus luces, siempre claras,
Almo Febo, que todo lo iluminas,
Si no he de ver á Elfino, me alumbráras!
Me acuerdo que en las horas matutinas,
Cuando tus rayos abrasaban ménos,
Y en las que al vasto piélago declinas,
Cancro y Leon, los faunos y silenos
Nos vieron juntos por aquestas peñas
En paz tranquila, de disgusto ajenos.
Tú, que los cielos dejas por las breñas
(Segun me contó Elfino habia leido),
Y de amar á un pastor no te desdeñas,
¡Cuántas veces nos viste en el ejido,
Sacra Diana, del ardor diurno
Descansar con el fresco apetecido!
Por señas, que suspensa en el nocturno
Afan por escuchar nuestros amores,
Alterar una vez quisiste el turno.
Así lo sospecharon los pastores,
Aunque otras muchas con acento ronco
Despertó la corneja mis temores;
Pues de una encina en el asiento bronco,
Que no ya sudaria miel predijo,
Sino mirra amarguísima, su tronco;
Ella vaticinó mi mal prolijo,
Y desde entónces el fatal agüero
Quedó en mi oido y mi memoria fijo.
Verdadero fué el mal de que ahora muero,
Verdadero el dolor que me anunciaba;
¿Qué presagio infeliz no es verdadero?
¡Oh, qué bien mi pasion, qué bien pensaba
Cuando por no pasar el duro trance
De aquel *adios* que el alma me arrancaba,
Quise primero malograr el lance
De disfrutar las vegas españolas
De Pisuerga y Genil á tardo alcance,
Y sin temor de las soberbias olas,
Yendo contigo al polo contrapuesto,
Dejar mi patria y mis cabañas solas!
No me es contigo el piélago funesto,
Elfino, ni hay Caribdis, Scila ó Sirte
Que en mí no encuentre un ánimo dispuesto.
No hay regalo á mi oido sin oirte,
Lumbre para mis ojos sin mirarte,
Empleo á mis potencias sin servirte;
Aquel postrer *adios*, que por no darte
Con él, y darme yo, ponzoña fiera,
Me hizo correr á más oculta parte,

Siempre me estremeció, juzgando que era
Del breve curso de mis tiernos años
Aquel postrer *adios* la hora postrera.
¡Qué bien previa los presentes daños,
Y que á estos duros y empinados riscos
Habia de contar mis desengaños!
Tú, peñasco, que el valle y los apriscos
De la inclemencia de Aquilon resguardas,
Guarnecido de chopos y torbiscos,
A esos luceros, celestiales guardas
De la morada eterna, lleva el eco
De mis tristes suspiros; ¿á qué aguardas?
Diles que al penetrar el hondo hueco
De tus entrañas, de dolor heridas,
O las ablando en parte ó las derrueco.
Del cáñamo las hebras retorcidas
No obedecen, ni el báculo fundoso
Mis simples ovejuelas esparcidas,
Que con errante paso, temeroso
De haberse estremecido, dan indicio
Del són de su pastora, lastimoso.
El ciervo vividor, que de un solsticio
Al otro contra el tiempo las porfías
Numera en su enramado frontispicio,
Acrisolando más sus cobardías,
Teme, asustado, mis dolientes voces
Más que del cazador las correrías.
Cortan el viento pájaros veloces,
Atraviesan los brutos la montaña,
Huyendo van los mansos y feroces,
Los horroriza mi congoja extraña,
Y el Genil de estos campos se retira,
Oculto entre la juncia y la espadaña,
En el Bétis, buscando blanda pira,
Con más que nunca acelerado curso,
Por no alcanzar á oir á quien suspira.
Volved todos, volved, que ya el recurso
De mi mal hoy de más será callarle;
Sufriré de los tiempos el transcurso.
El andosco retoce, el ave garle,
Que yo sabré escribirle en las arenas,
Y en esos blancos álamos grabarle.
De la tierra con lágrimas las venas
Regaré porque crezcan, y con ellos
El fatal testimonio de mis penas.
Ningun mortal se atreverá á ofendellos,
Más que el laurel del rayo respetado
Será el follaje de sus ramos bellos.
Dirá el árbol á Alcides consagrado
El triste fin de mis alegres dias,
Dias dichosos del primer estado.
Ea, dejadme, locas fantasías;
Borrad de mi memoria los placeres
Y glorias breves porque fueron mias.
La más constante yo de las mujeres,
Haré que mi fineza al mundo asombre
Cuando eternos del sol los rosicleres
Escrita la hallen siempre con el nombre
De quien afirma no hay en todo el mundo,
Para la que bien quiere, más que un hombre.
Tú eres, Elfino, el solo, el sin segundo,
Y ántes la grey, por mi dolor dispersa,
Beberá al Tígris su raudal profundo,
La que apacienta el ganadero persa
Desfrutará la bética retama,
Y del Guadalquivir la linfa tersa;
Antes amor cruel contra quien ama
Tendrá de tiernas lágrimas hartura,
Antes de arroyos la sedienta grama,
O la golosa cabra de verdura,
O la industriosa abeja de cantueso,
Que yo de consagrarte mi fe pura.
Ausente estás; ¿qué importa? no por eso
Puede entibiarse quien de véras quiso;
Cobra en la ausencia amor mayor exceso.
Mas la Licisca desde aquí diviso,
Y áun un rabel escucho: clara seña
De que viene detras su dueño Anfriso.
Él es, y sus obsequios no desdeña,
Como en otro tiempo, la sin par Elisa;
¡A qué un rendido porfiar no empeña!
¡Venturosos pastores! Por la prisa
Con que caminan no podré ocultarme,
Ni es bien mezclar mi llanto con su risa;
Tampoco quiero nueva pena darme,
O bien verdad les diga ó los deslumbre,
Si llegasen la causa á preguntarme.
Que duermo fingiré, pues de la cumbre
De la frontera sierra superada
Llevan los dos la inmensa pesadumbre.

POETA.

Dijo Lafina, y luégo reclinada,
Profundo sueño á simular empieza,
No ménos bella cuanto más postrada.
Llegan, y exclama Elisa con presteza:
«Suspende el eco á nuevas maravillas,
Que duerme de Diana la belleza.
»¿Ojos cargados, humedas mejillas
Y acelerado respirar no adviertes?
¡Oh fuerza de pasion, que así la humillas!
»Lafina es ésta, y los pesares fuertes
De una ausencia, sin duda, la rindieron.
¡Desventurado amor! No la despiertes.»
Silencio mutuamente se impusieron,
Y con medidos pasos sigilosos,
Mudas las cuerdas del rabel, partieron.
Entre tanto los númenes piadosos
En verdadero el sueño transmutaron,
Fueron dosel los árboles umbrosos;
Mansamente los céfiros soplaron,
Sordo lamió el arroyo la floresta,
Los corderillos sin balar mamaron
Y el sol templó los rayos de la siesta.

LAS CORONAS DEL TIEMPO

Oda dirigida á la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Granada, por su encargo, para que se leyese en ella el dia 20 de Enero de 1788, con motivo de la distribucion de premios respectivos á las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura y á la del grabado.

Abrió con llave de oro
Jano las almas puertas
Del año en que la España
Decenios tres faustísimos numera.
Las cuatro de sus quicios
Perpétuas centinelas,
Por quienes otros tantos
Rige hipogrifos el mayor planeta;
Las *horas* ó estaciones,
Que el universo templan,
Su método abandonan,
Y por salir airosas se atropellan.
De Granada á la grave
Patriótica asamblea,
Cargadas de coronas,
Que al mérito previenen, se presentan.
De cipres el otoño,
De acónitos, adelfas
Y de mortal beleño
Compone y entreteje la primera;
Y los mejores rasgos
Galardona con ella
Que al triunvir del Oriente
En la accion más piadosa manifiestan (1).
Cuando el caudillo bravo,
Que más el ver exenta
La patria del real yugo
Que el favor de los césares aprecia,
Yace de Macedonia,
Cadáver, en la arena,
Del interes robadas
Las túnicas de Pálas opulentas;
Y Antonio, que á un amigo
Consagró su elocuencia,
Provocando á venganzas
Con la teñida púrpura de César,

(1) Asunto del primer premio de pintura. Encuentra Marco Antonio el cadáver de Bruto en el campo de batalla, desnudo por la codicia de los soldados, y lo cubre con su preciosa cota de armas. Al óleo, en un lienzo de cinco piés de alto y tres de ancho.

Con su enemigo ahora
Su humanidad demuestra,
Y á otro sangriento adorno
Sustituye la cota, que desecha.
La segunda corona,
Que vides hermosean,
Destina al que retrate
La víctima de Baco más tremenda (1).
Coreso, sacerdote
De la deidad lenea,
Arde, sin esperanzas,
En el amor de Caliroe bella.
Siente el dios el desaire,
Y á la nacion molesta;
Sólo la vida quiere
De Caliroe, ó quien por ella muera.
Va á ensangrentar del ara
Los jaspes la doncella,
Y Coreso es á un tiempo
Ministro amante y dolorosa ofrenda.
De sagrados laureles
Tercer corona apresta
Al que mejor dibuje
Del Apolino copia más perfecta (2).
Pablo apóstol, dejando
La pérfida Judea,
Predica á los gentiles,
Y el vaticinio de Isaías llena.
En Listra milagroso (3)
Con Bernabé se ostenta,
Y en éste imaginaron
Que Júpiter bajaba de la esfera.
Admirando del otro
La peregrina lengua,
Al nuncio de los dioses
Pensaron ver en su persona mesma.
Los toros y coronas
A sus umbrales llega
Idólatra ministro,
Que unido al pueblo, el sacrificio intenta.
La impía apoteósis
Intrépidos detestan,
Sus vestiduras rasgan,
Y así exclaman de Cristo los atletas:
«¿Qué intentais, licaonios?
Mortal, como la vuestra,
Es esta organizada
Forma, que al alma noble se sujeta.
»Pasad del triste estado
De vanas apariencias
A adorar al Dios vivo,
Que crió el mar, los cielos y la tierra.»
Tal es á la escultura
La histórica propuesta,
Que hábiles profesores
Y discípulos llama á la palestra.
Su diseño el estío
En distinguir se esmera
Con corona de espigas,
Que el más santo holocausto representan.
De pacífica oliva
Con otra lisonjea
Al que la accion heroica
De Alfonso el Quinto de Aragon modela (4).

Príncipe generoso,
Cuya real clemencia
No al rendido se ciñe,
A los rebeldes todos se franquea;
Y la vista apartando
De aquella infiel caterva,
Antes da que al olvido,
La lista al viento, dividida en piezas.
¡Qué bien á un tiempo mismo,
Oh Sociedad, fomentas
Del cincel los esfuerzos
Y la memoria fiel de las proezas!
Por última, frondosa
Guirnalda trae de hiedra,
Con que el mejor modelo
De la estatua de Baco se laurea (5).
Aparece el Invierno
Con otras tres diademas;
Así á la arquitectura
Galardona sus útiles tareas;
Y el alumno que diestro
Más digno plan ofrezca
De un santuario (6) en donde
Brillen del arte las seguras reglas,
Se eleve la fachada,
El atrio se engrandezca,
Y el sacerdote, el huésped,
De su cruda intemperie se defienda;
La que en sus largas noches,
A la luz de una hoguera,
Tejió de pinos y hayas,
Pondrá en las sienes con su mano yerta.
Destina la segunda,
De vástagos compuesta
De los álamos altos
Que cercan de la Alhambra las almenas,
Al que de Cárlos Quinto
Mejor el aula régia
Dibuje que á su falda
Muda ensalza del arte la excelencia (7).
En primorosos lazos
Construyen la postrera
Lozanas siemprevivas,
De prodigiosa duracion emblema.
Con este distintivo
Delineados premia
El que el órden compuesto
Cornisamiento y capitel enseña (8).
Con presuncion de hermosa
Y vanidad de reina,
De esotras estaciones
Se deja ver la fértil Primavera.
De su virgíneo seno,
La que de sus florestas
Guirnalda formó sola
De fragrantes y blancas azucenas,
Saca festiva, y dando
De sus beneficencias
Insignes testimonios,
Así sus labios de carmin despliega:
«Celosos granadinos,
Cuya aplicada escuela
Las innatas piedades
Del soberano Cárlos se granjea,
»A aquel que se aventaja
A cuantos desempeñan
Del buril el asunto,
Aquestos lirios dad á manos llenas.
»Considerada en ellos
La Providencia eterna,
A la que sola deben

(1) Del segundo. Al punto de ir á ser sacrificada Caliroe ante las aras de Baco, por su orden, para aplacarle, por no querer ésta corresponder á su sacerdote Coreso, éste vuelve contra su mismo pecho el cuchillo y muere víctima de su amor. De aguada ó de tinta ó de lápiz; de cualquier color, gastado, plumeado ó estufado, á eleccion del opositor, y en pliego de marca.

(2) Del tercero. Dibujar la estatua del Apolino en pliego de marquilla.

(3) Del primero de escultura. Previene en Listra el sacerdote de Júpiter los toros, coronas y demas instrumentos del sacrificio ante las puertas de la habitacion de los santos Pablo y Bernabé, teniéndolos por Jove y Mercurio; y los apostoles, rasgando sus vestiduras, desengañan y predican al pueblo. De bajo relieve, en un plano de tres piés de ancho y dos y medio de alto.

(4) Del segundo. Se arroja á los piés de Alfonso V de Aragon uno de los conjurados, confesando su delito y entregando una lista de todos los traidores; este príncipe la rasga sin querer leerla. De bajo relieve, en un plano de tres cuartas de alto y dos y media de ancho.

(5) Del tercero. Modelar en bajo relieve la estatua de Baco, en un plano de dos piés de alto y medio de ancho.

(6) Del primero de arquitectura. El plan de una ermita célebre, con su atrio, sacristía, habitacion del capellan, hospedería, etc. Su fachada y córte interior todo geométrico, y su explicacion por números, en pliegos de marca.

(7) Del segundo. Fachada principal del palacio de Cárlos V en la Alhambra, que está á la vista de la placeta de los Aljibes. En un pliego de marca mayor.

(8) Del tercero. Dibujar en grande, en planta y elevacion, el capitel y cornisamiento del órden compuesto.

Nutricion, incremento y subsistencia,
»La imágen de aquel héroe (1),
Ornato de Vicencia,
Premiad, que con su ejemplo
Los mundanos afanes menosprecia;
»Cuyo fiel prototipo
Paga en magnificencias
A un palacio decretos
Que adornaron de rayos su cabeza.
»Y vosotros ufanos
Estad de que á las vuestras,
Oh ilustres vencedores,
Las coronas del mérito desciendan.
»No aquellas de oro puro,
Que denotaban tersas
Vencidos embarazos
De fosos, estacadas y trincheras;
»Ni de silvestre encina,
Que orlaban en la guerra
Las sienes del que osado
La vida del patriota hurtó á las flechas;
»Ni de menuda grama,
Que el sitiador no huella,
Por el contrario esfuerzo,
Que levantó las opresoras tiendas;
»Ni ya las que alcanzaron
Marciales ligerezas
Que al muro y á la nave
El terror condujeron las primeras;
»No las desoladoras
Victorias os recuerdan;
Marte durmió, su hermana
Depuso el ceño y apagó las teas.
»Coronas son del tiempo,
Cuya perenne rueda,
Por órden de Saturno,
Agitamos las cuatro compañeras.
»Del tiempo en que no sólo
Cárlos la espada cuelga,
Y manda en sus dominios
Enmudecer las bélicas trompetas;
»Sino tambien de Europa
Los disturbios serena,
Y árbitro de los reyes,
Su poderosa decision respetan.
»Tiempo de paz y tiempo
En que admirarse dejan
Los visibles aumentos
Del comercio, las artes y las ciencias.
»Los cuatro señalados
Ramos que á tal empresa
Os conducen, testigos
Fieles serán de sus munificencias.
»Y aquestas diez insignias,
A futuras contiendas
Provocando aspirantes,
Producirán prosperidades nuevas.»
Dijo, y el sabio cuerpo
Dulcísimas cadencias
Opuso al plectro ronco
Con que el suceso refirió el poeta.

LLANTO DE GRANADA.

Elegía que, con motivo del fallecimiento de su augusto fundador, el señor rey don Cárlos III, se leyó en junta general, celebrada el 28 de Febrero de 1789 por la Real Sociedad de Granada.

Allá en los campos fértiles de Iberia,
Sobre los cuales orgullosa empina
Su mole colosal entre las otras
Pirámide grosera encanecida;
Sitios alegres de verdor ameno,
Donde las almas, se creyó algun dia,
De sus ligeros crímenes purgadas,
Gozar interminables las delicias (2);
Parece que una noche (noche horrenda,
Que así mis pensamientos intimidas,
El pecho hielas y la voz ahogas,
Turbas la mente y el cabello erizas,
Permíteme pintarte), oscuro el orbe,
Las luces de los astros escondidas,
Y su estacion, pesada más que nunca,
Envuelta entre las sombras de sí misma,
Yo no sé qué pronósticos fatales
Con mudas frases de silencio hacia
A Granada y su reino, que al descanso
Se entregaba forzoso de la vida.
Cuando para tocar en Amaltea
Faltaban ocho auroras á las bridas
De Etonte y de Flegon, cuyo retiro
De más horror su lobreguez vestia (3),
La dominante Alhambra veladora
Significó con pulsacion sencilla
De su metal, que de la larga noche
Daba principio la tercer vigilia.
El ave escarmentada de Minerva
Alzó la ronca voz, que prevenia
Brillante luz de nuevos resplandores
Y del planeta cuarto la venida.
Asústase la tierra al mismo tiempo
Que se la anuncian sus futuras dichas,
Dichas mezcladas con mortal quebranto,
Porque no hay nueva luz, si otra no espira.
No acabó de correr la primer hora (4),
Y el aquilon enfurecido silba,
Tiemblan las sierras, las esferas crujen,
Y de la España el corazon palpita.
Lúgubre voz, al parecer formada
Del labio funeral de Libitina,
Las peñas de los montes estremece,
De la region el ámbito horroriza.
«Murió el Rey de Granada», se la escucha
Articular, y luégo enternecida,
Entre el bramido de los roncos vientos
Se deja percibir lo que suspira.
Miedo y pavor, caballos desbocados,
Que rompiendo del dios de la milicia
Los tirantes, desierta la carroza,
De Belona el azote inutilizan,
Con cuádruple sonido de su planta,
De la famosa vega conmovian
El campo todo, y del torrente yerto
Hendido el hielo, en átomos rechina.
Tened, brutos indómitos; modere
Vuestro furor los bríos con que pisa;
Mirad que á los leales corazones
Que esa ciudad encierra atemorizan.
No á su rumor despierten, y escuchando
Desprevenidos la fatal noticia
De que no vive Cárlos, presurosos
A morir tras su dueño se aperciban.
Si no es que ya de tanta desventura
Ellos mismos el golpe vaticinan,
Y es inútil querer se les oculte
Lo que su propia turbacion les dicta.
Ya se me representa aquel emporio,
Que anima dolorosa fantasía,
Triste matrona sobre verde césped,
Sentada del Genil á las orillas;
Dando el cabello á las confusas auras,
Y hurtando al sol los rayos con que brilla,
Piensa volver del Darro á las arenas
El oro que le dieron y no estima.
De la tristeza símbolo, sus ojos
Levanta al cielo, y su bondad propicia,
Complacida del noble sentimiento,
Copioso dón de lágrimas la envia.
Aljófares preciosos se desprenden,
Y apoyada en su diestra la mejilla,
Por el marfil hermoso de su brazo
A humedecer la tierra se deslizan.
A impulso de sollozos, que la ahogan,
Rompe el collar de finas margaritas,

(1) Del único de grabado. En una lámina correspondiente á medio pliego de marca grabar en dulce la imágen de san Cayetano, segun la estampa que representa la estatua que está en el Vaticano.
(2) Es opinion que los antiguos colocaban en la vega de Granada los Campos Elisios.
(3) Murió el Rey en 14 de Diciembre, ántes de salir el sol.
(4) Y ántes de la una de aquella noche.

Y mezcladas las perlas con las perlas,
Enriquecer intentan la campiña.
Mas ¡oh qué de fantasmas, qué de sombras
Pueblan del viento la region vacía,
Que á la beldad acongojada inquietan,
Causando en ella la impresion más viva!
La enfermedad, espectro macilento,
Que á todas partes la cansada vista
Tiende, por si de léjos, temerosa,
La cruel tijera de Atropos divisa;
Las Hadas tres, con bárbara jactancia,
Más que por ser de Jove y Témis hijas,
Ufanas del rigor inexorable,
Y del triunfo mayor envanecidas;
La muerte, en fin, con pálido semblante
Presidiendo á las otras, se imagina
Granada que, en tropel acometiendo,
Confabuladas vienen á abatirla.
La pena, la opresion, el desaliento,
El sobresalto y la orfandad seguian,
Tribulacion, amarillez, angustia,
Afliccion y terror, duelo y desdicha.
Así estos monstruos en infausta escena
De la márgen opaca de la Estigia,
A superiores auras revocados,
Por funestas imágenes se explican.
A otro lado las ciencias desmayadas,
Las artes tras las ciencias doloridas,
Los oficios, la industria y el comercio,
Se dejan ver con lúgubres insignias.
Comun derecho, público, y vosotras,
Jurisprudencia patria y pontificia,
Lenguas, concilios, dogmas y liturgia,
Eclesiástica historia y disciplina,
Os presentais en traje de amargura
Por aquel protector que os eterniza,
Y en aulas, seminarios y academias,
Vuestra enseñanza y esplendor cultiva (1).
Habla tú ya, feraz naturaleza;
¿Qué crudo cierzo tu verdor marchita?
¿Por qué á esos tres teatros de tus reinos
Corres así la trágica cortina?
¿Temes que ya la tierra con sus flores
Deje de matizar las praderías?
¿Que bruto no la habite, ni ave al viento,
O que el bronce en sus venas se derrita?
¿A tus ojos, que alegran á los campos,
De llanto inundas, y la mano aplicas,
Por no ver el museo matritense,
Donde Cárlos tus dones deposita?
La botánica, esa arte que á tu diestra
Es eco de tus ayes, á quien digna
De revelarla hiciste tus arcanos,
Y tus ricos tesoros facilitas,
De hielo más tenaz cubierto el pecho
Que el que al hibleo á la sazon lastima
De Cárlos su erector en la real córte,
Con que labrarle piensa tumba fria,
Vénus de la lealtad, segun demuestra
Su palidez, parece que afligida
De la desgracia, que observó, en sus plantas
Siente de sus vergeles las espinas;
O que áspid en virgultos encubierto
Sus delicadas venas martiriza,
O á un natural descuido en sus tarcas
La sangre la dañó yerba nociva.
En la mineralogía á tu siniestra,
¡Cómo se ve la faz oscurecida
Del oro, el color óptimo mudado,
Como cuando su luz el sol eclipsa!
¿En dónde, pues, tristísima matrona,
En dónde tu atencion, Granada, fijas,
Que en el pesar ó el llanto no tropiece,
Halle al dolor, encuentre la fatiga?
Si de visiones tales conturbada,
Del aire embarazado la retiras,
En la tierra buscando el desahogo
Con la agradable variedad, que pinta,
En tus campos, suspensos los arroyos,
Ceñudo el monte, lóbregas las simas,
Mudas las aves, áridos los prados,
Las dríades del bosque fugitivas,
Ociosa, inmóvil, su labor desierta,
Mal entre densas nieblas distinguida,
La agricultura yace, abandonada
A la consternacion y á la desidia.
En tus calles y plazas... A mi númen
Dad ahora fuego, musas granadinas;
Esforcemos la voz; al pecho inflamen
De alto furor abrasadoras chispas.
Eso sí; descended, llenad mi plectro,
Y aunque embotado en fúnebre sordina,
Atraiga los peñascos, si es posible,
El triste són de mi cadente lira.
En tus calles, tus plazas, á millares
De juventud leal, tierna puericia,
Exhaladas por Cárlos las entrañas,
Subir quieren en humos donde habita.
De un parasismo en otro y tropezando
En su infelicidad, tres peregrinas
Trasportadas beldades en el centro
De la llorosa turba se registran.
La pintura, robados de su aspecto
Los colores, parece los destina
A la tersa, con trémulas acciones,
Tabla, que rompe, y los pinceles tira.
La estatuaria el cincel, que la distingue,
Arroja al Darro, por si amor la obliga
A labrar un real busto, cuya forma
La esté extrayendo lágrimas contínuas.
Y para dar canales á las suyas
La arquitectura en pena tan prolija,
Cuando ha faltado su columna en Cárlos,
En su rostro conserva las estrías.
¿Adónde, nobles artes, os conduce
Tanta enajenacion? De la perfidia
Quejaos, de esa comun, de esa implacable
De chozas y palacios enemiga.
Los ayes en los ángulos resuenen
De la estancia, en que al cielo se sublima
La fundacion de Cárlos (2), cuyos dones
Entre tantos objetos os alistan (3).
Allí los uniréis á los que aquella
Porcion celosa de la patria expida,
Que, auxiliada de gracias del Monarca,
Del bien comun y vuestro lustre cuida;
Aquella que, criada en los augustos
Brazos de Cárlos, sus piadosas miras,
Real ánimo, benéficos deseos
Sabe llenar con justa economía.
Amigos del país, los que incesantes
En su mayor felicidad vigilan,
Cuando en el trance huérfano le lloran,
Nunca mejor su estimacion le indican.
Faltóles su erector, faltó la mano
Bienhechora, que á expensas repetidas
Se abrió, y con ella el corazon, que pío
Se esmeró en privilegios y franquicias.
Publíquenlo industriosos artefactos
De esos vellones, que el ganado cria,
De esas semillas, que la tierra aumenta,
Y de esas hebras, que el gusano hila (4).
Mas ¿quién ha de callar? Europa toda,
El africano y el remoto china,

(1) Se harian estas notas difusísimas é improporcionadas á la concision del elogio fúnebre, si en ellas se individualizasen las fundaciones, dotaciones, decretos, cédulas reales, y en una palabra, el celo con que el difunto monarca promovió el lustre y adelantamientos de las letras; por esta razon se omiten semejantes citas, como tambien las pertenecientes al real esmero sobre los progresos de todas las artes, oficios, agricultura, industria y comercio, y á los establecimientos piadosos, con que hizo tan memorable su reinado.

(3) Erigióse la Real Sociedad de Granada en virtud de reales órdenes del señor don Cárlos III y su supremo Consejo de Castilla, y fué aprobada por real cédula, expedida en 28 de Noviembre de 1776.

(2) La escuela de dibujo establecida por la Sociedad, el año de 1777, y en que principalmente se atendia á los adelantamientos de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, se dotó por el Rey, el año de 1784.

(4) El mismo augusto erector y protector fomentó las elaboraciones de la lana, cáñamo, lino y seda, con diversas cantidades, que para dichos efectos se dignó conceder á la Sociedad.

El oriental y el indio de Occidente
Serán del grande Rey panegiristas.
De fogosos volcanes el Vesubio
De Nápoles y el Etna de Sicilia
Levantarán á su ínclito monarca
Sobre las nubes elevada pira.
Que no es posible, no, que Italia olvide
Al armado garzon, cuya pericia
Militar, cuyos bélicos alientos
De Montemar la cólera encendian,
Cuando aclamaron su valor, de Capua,
De Gaeta, de Bitonto las conquistas,
Y dispuesto le hallaron las coronas
A ganarlas primero que ceñirlas (1).
Fértil campaña de la altiva Roma,
Que elevas á Velctri, ni tú olvidas
Entre el denuedo horrísono de Pálas,
Del héroe las marciales bizarrías (2).
Ni ¿cómo borrará de la memoria
Neptuno al que en su espalda cristalina
Vino cogiendo de la aurora llantos,
Corrió del alba numerando risas?
Geroglífico aquéstas á su dueño
Los júbilos de España pronostican,
Y de los tristes reinos que le pierden,
Los otros son imágen expresiva.
Hasta que Barcelona alborozada,
Rindiendo á Cárlos de lealtad primicias,
A cumplir empezó los vaticinios
Al despedirle las cerúleas ninfas (3).
Y el númen tridentífero á su imperio,
Resonando de nácar la bocina
En sus algosos labios, las futuras
Ventajas que presiente, felicita.
No le engañó su corazon; por Cárlos
El floreciente pié de su marina,
Su táctica naval, sus pabellones
Respetaron los reinos y provincias.
Emula en sus ejércitos la tierra,
La disciplina recta encarecia,
En que unir lo mejor supo su acierto
De prácticas moderna y primitiva.
Ella admiró poblados sus desiertos,
Dócil al caminante la colina,
Nueva trasportacion en nuevas aguas,
Y nuevo paso sobre las antiguas.
Sus pantanos, sus ásperas malezas
Vió convertirse en deliciosas vias,
Cercadas de los árboles, en donde
Tórtolas lloran, ruiseñores trinan (4).
Uno y otro elemento los progresos
Y las utilidades preconiza
Del nacional comercio, cuya fama
Los cóncavos llenó de opuestos climas.
Pero volved en vos; algunas treguas
Dad á los ayes, artes afligidas;
El cielo (ni es lisonja del deseo)
Os mira afable, y el dolor suaviza.
De él viene aquella superior belleza
Con que el mustio recinto se ilumina,
Y como el sol los húmedos vapores,
El llanto fiel de la beldad disipa.
Risueño, aunque modesto, su semblante,
Que de azucena y de carmin salpica,
El velo hasta los ojos, y sagrada
Cruz de su diestra con respeto asida,
La religion se ofrece rodeada
De virtudes, haciendo que distingan
De cada cual el místico carácter,
El rostro, la aptitud ó las divisas.
Y la voz dirigiendo á la matrona,
«Oh Granada, no temas; tanto distan
(La dice) como el cielo de la tierra
Tus consideraciones de las mias.
»Murió Cárlos; es ésta, aunque terrible,
De la naturaleza ley precisa;
Un decreto comun á los mortales
De aliento á reyes y vasallos priva.
»Es verdad que en el tracto no pudiste
De mal prolijo ó de dolencia ambigua,
Beber, entre esperanzas y temores,
Más lentamente el cáliz del acíbar;
»Ni cometa fatal entre los astros
Se vió lucir, que hablase á la impericia
De los vulgares, que futuros males
De sus terrores pánicos fabrican.
»Yo sí, que de la boca del Monarca
El anuncio escuché; yo en la oficina
De su cristiano pecho aquellos justos
Sentimientos del alma construia.
»Apénas de la fiebre acometido,
De España un jóven leon se disponia
A penetrar la tierra, como en busca
De sus preciosas lusitanas quinas (5);
»Cuando Cárlos, la mole estremeciendo
De la española octava maravilla,
«Gabriel muere, repite resignado,
Y es tiempo de que yo sus pasos siga» (6).
»Fué así; se postra, agrávase; la córte
Se sobresalta, España se contrista;
Contúrbase la tierra; acude al cielo,
Llama á sus puertas, su piedad suplica.
»Y yo, presente al tiempo que á implorarla
Le persuaden, expongo las reliquias
Insignes de los santos, las venera;
Mas no á vivir, sino á salvarse aspira (7).
»Yo le imprimí las últimas ideas
Entre el afecto natural que abriga
Cuando al Príncipe llama, en cuyos actos
Mi entereza tambien se enternecia.
»¡Oh qué sabios consejos, qué cristianas
Reflexiones oí! ¡Cómo insistia
En mi guarda, en mi honor, en mi defensa,
Y en la inviolable fe de la justicia!
»¡Qué ternura, sin nota de flaqueza,
Cuando recomendó la real familia!
¡Qué amor cuando al vasallo! ¡Qué acendrada
Caridad cuando al pobre preferia!
»Basta, Cárlos; que es Cárlos quien escucha;
Cárlos quien á tu lado, reprimidas
Las fuentes de sus ojos, ha heredado
Primero tu piedad que tu real silla.
»Él te obedecerá; y á la pobreza,
Que por el pan en su indigencia grita,
Entregará las llaves de tu erario
Aun estando calientes tus cenizas (8).

(1) Antes de quedar el Rey, entónces infante de España, en la pacífica posesion de los reinos de Nápoles y Sicilia, animó con su presencia y valor al Duque de Montemar, conquistador de Orán y general de las armas españolas en Italia, el año de 1735, en que se apoderó de Nápoles, de Gaeta y de Capua, y en el de 1734, en que fueron derrotados enteramente los imperiales en las cercanías de Bitonto.

(2) El año de 1744, el Rey, que entónces lo era de Nápoles y Sicilia, en la invasion de Veletri por las tropas enemigas austriacas, puesto á la frente de los carabineros reales, los esforzó valerosamente á la defensa; y ocupando despues el centro del regimiento de guardias españolas, dando con la mayor presencia de espíritu, en medio de los contratiempos, las más acertadas órdenes, manifestó el valor de un verdadero soldado y el talento de un experto general.

(3) Desembarcó en Barcelona el señor rey don Cárlos III, el año de 1759, en que entró en su reinado, viniendo á tomar posesion del trono español.

(4) Son bien notorias, áun más allá de los límites de la Europa, las sábias disposiciones del Rey, felizmente desempeñadas, acerca de nuevas poblaciones, caminos, canales, puentes, y cuanto pudo conducir á la publica felicidad.

(5) Difunta la señora infanta doña María Ana Victoria de Portugal, en 2 de Noviembre del año pasado de 1788, fué notable el dolor que penetró el corazon de su esposo, el señor infante don Gabriel, hijo del Rey, y en el dia 12 del mismo mes le postró la última enfermedad.

(6) Inmediatamente profirió el Rey este oráculo: *Gabriel se muere, y yo le sigo.* Verificóse lo primero en 25 del mismo mes de Noviembre, y lo segundo veinte y un dias despues.

(7) Singular contestacion del Rey, cerciorado de su próxima muerte temporal, cuando el dia ántes, al presentársele, entre otras reliquias sagradas, el cuerpo de san Isidro, patron de Madrid, y los huesos de su santa esposa, María de la Cabeza, le persuadian á que pidiese á Dios su vida y salud por intercesion de aquellos bienaventurados.

(8) Nuestro augusto monarca reinante, en su real decreto, expedido en Madrid, á 18 de Diciembre del año próximo pasado, resolvió y mandó, por un efecto de su real benignidad y compasion á sus amados vasallos, particularmente los pobres, afligidos por el subido precio del pan, que, sin embargo de que la carestía de gra-

»Sé que perpetuará los que á mis aras
Obsequiosos, en tí me renacian,
Mis nuevos Constantinos y Teodosios,
Mis antiguos Davides y Josías.
»Él los respetos de ambas potestades
Hará guardar, sin confundir las líneas
De imperio y sacerdocio, que en tu escuela
Halló tan sabiamente distinguidas.
»Tus levantados templos, tus piadosas
Fundaciones, que tanto te acreditan,
Serán espejo, donde atento mire
La feliz senda que al empíreo guia.
»Sostendrá aquesos montes, erigidos
Por tu piedad á tantas desvalidas
Personas, y en hospicios y hospitales
Continuará tu propension benigna.
»Tal le dije. Del peso de dos mundos
En los hombros del Príncipe se alivia;
Su espíritu recoge, la hora llega,
Y le entrega al Criador en paz tranquila.
»Esta fué el don de Isidro y de su esposa,
Y del único bien que apetecia
Ante sus cuerpos santos el Monarca,
Envidiable católica premisa.
»Yo canto á Cárlos cuando tú le lloras,
Oh leal ciudad; le aplaudo con fe pía,
Ciñendo allá laureles, que respetan
Esos rayos, que Láquesis fulmina.
»Sí, Granada: aquel grande, portentoso
Cúmulo de virtudes me lo indica;
Está en el cielo el que ensalzó en la tierra
La Concepcion sin mancha de María.
»Esta Patrona allí, que á sus dominios
Señaló acá (1), y á la órden distinguida
Que fundó de su nombre (2), le ha llevado
Donde celeste zona eterna vista.
»Pero no es éste el único consuelo
Con que el mal de esta pérdida mitigas;
Casi no ha muerto un padre, que fecundo
Dejó despues de sí quien le asimila.
»Cárlos, su hijo primero, en cuyas sienes
Pronto el laurel, pacífica la oliva,
Presto el mirto, tejiéndole guirnaldas,
Sus más fértiles ramos depositan;
»Cárlos es ya tu rey; superfluo juzgo
De hipérboles usar; esta sucinta
Simple nocion de júbilos el alma
Colme, que así con sus pesares lidia.
»Léjos de tu comarca, emporio noble,
Los túmulos profanos, las vestidas
Aras de azules vendas, los cipreses,
Y el sexo que el cabello desaliña;
»Ni las negras ovejas de su sangre
Llenen en su contorno las vasijas,
Que despues en las hoyas se difunda,
Néctar con que á los manes se convida (3).
»Tú al Dios eterno, que por mí conoces,
Ofrecerás con ceremonias pías
La sangre del Cordero inmaculado
Cuando á reales exequias te apercibas.
»Tu Sociedad Patriótica á su templo
Hará arder en antorchas derretidas,
Y que en sus sacras bóvedas resuenen
Patéticas, devotas melodías.
»Despues impetrarán sus individuos,
Sin levantar del suelo la rodilla,
De Cárlos Cuarto prósperos sucesos,
A Aquel que quita y da las monarquías;
»Y compitiendo al fénix las edades,
Que en lazo régio por mi bien asista
A su lado, embeleso de españoles,
La majestad excelsa de Luisa.
»Así será; mis aujes, los del reino,
Los tuyos, los del cuerpo que á porfía
Te engrandece, serán de sus virtudes
Lenguas, que rompan en perpetuos vivas.»
Dijo la religion; Granada entónces
Entre el dolor y admiracion respira,
El llanto templa, y su lealtad consagra
Al Rey de las Españas y las Indias.

nos, dimanada de la continuacion de años escasos de cosechas, no permitia, segun cálculos y experimentos, venderse el pan con la deseada conveniencia, no teniendo el publico derecho a que abasto alguno se le suministre á ménos precio de lo que cuesta; en prueba de la consideracion que deben los necesitados á la piedad de su majestad, se supliese de cuenta de su real hacienda el importe de la pérdida que causase la baja de un cuarto en el pan de Madrid, de las dos clases de que por lo regular se abastecen los pobres, por el término de seis meses.

(1) Patronato de María Santísima, en el misterio de su Concepcion Inmaculada, á favor de España y sus Indias, concedido, á peticion del señor don Cárlos III, por la santidad de Clemente XIII, en 1760.

(2) La real y distinguida órden española de Cárlos III, que fundó en 1771, está bajo la proteccion de la misma Señora, en dicho misterio.

(3) Ceremonias de la antigüedad pagana, en las exequias por los ausentes.

ODA I.

A la temprana muerte de Floridiana.

Tirano dolor mio,
Que haciéndome tu esclavo,
Voz, libertad y juicio
A un tiempo me has quitado;
Mis penas te enternezcan,
Merezcan por un rato
Que desates piadoso
De mi garganta el lazo,
Y pues mi mal es fuerza
Que oculte á los humanos,
Permite que le sepan
Los montes y los prados.
Atiendan... pero ¡ay triste!
Parece que, turbados,
Los polos reproducen
Su primitivo cáos.
Sangre el Olimpo vierte,
Brota el abismo espantos,
Gime la tierra y brama
El piélago salado;
Aterroriza á silbos
El Aquilon insano,
Y á horrores fulminantes
El tétrico nublado.
Despareciose el dia,
Los pájaros callaron,
Desplegó sin estrellas
La noche el negro manto.
¡Ay, pastor infelice!
Disperso mi ganado,
Le llamo y no me escucha,
Le busco y no le hallo.
¡Qué susto! Yo fallezco;
Mas ¿dónde estoy? ¿Qué extraño
Frenético delirio
Me pone en tal estado?
¿No está sereno el cielo?
¿No halaga el viento manso?
¿No está la tierra inmóvil?
¿No esparce el sol sus rayos?
¿No pace, no retoza
Unido mi rebaño?
El simple corderillo
¿No acude á mi reclamo?
Es verdad; mas ¿qué gusto
Dará al palomo casto
Que rosicler hermoso
Dore los montes altos,
Si los hados á eterna
Noche le condenaron,
Robada su consorte
Del gerifalte airado?
La blanca tortolilla,
Quejándose en los ramos,
¿Qué consigue, aunque en ellos
Sople el favonio blando,
Si un huracan de penas
La turba su descanso,
Muerto al furor del plomo
Su compañero amado?
¿A la brava leona
Qué bienes trajo el Mayo,
Aunque á la tierra adorne
De coloridos varios,
Si muertos los cachorros
De su albergue al estrago,
Le fué la primavera
Invierno yerto y cano?
¿Qué importa que retocen
Los corderos lozanos,
De cándidos vellones
Las pieles adornando,
Si una ovejuela triste,
Cuando con más conato
Aplica el suave néctar
Del hijuelo á los labios,
A balidos penetra
Los hemisferios altos,
Porque la roba el lobo
Del alma los pedazos?
A todos éstos brinda

La diversion en vano;
Que el que de véras siente
No encuentra objetos gratos.
Luego ¿yo no deliro?
¡Plugiera al dios vendado!
¡Ojalá sueño fuera!
No es sueño mi quebranto.
Bien conoció tu márgen
¡Oh Manzanares sacro!
La más bella zagala
Del suelo carpentano.
De superiores fuerzas
Robóla infiel corsario;
Yo la busco, y las mias
Inútilmente canso.
Tropezando entre sombras
Por aquestos ribazos,
Ni el eco me responde
Cuando su nombre llamo.
Murió mi Floridiana.
¡Oh Parca, que has robado
La flor mejor al suelo,
Al cielo el mejor astro!
Deten, undoso rio,
Tu curso acelerado;
Mis ojos tus corrientes
Aumentarán, en pago.
Dime, ¿cómo me deja
Mi bien y mi regalo?
Mas no responde. Dime,
¿Cómo no la acompaño?
Ella muerta y yo vivo,
¿Cómo no va volando
Mi corazon tras ella
Por esos aires vago?
¿Es posible, es posible
Que dia tan infausto,
Cuando le miro triste,
No ciego de mirarlo?
Cruel piedad ofrece
Tan ponzoñoso vaso,
Que devora y no mata
Con tósigos amargos.
Crueldad piadosa ostenta
Puñal que taladrando
Está mi pecho y nunca
Acaba de pasarlo.
Aguarda, amores mios;
Pero ¡qué necio engaño!
Juzgo que está presente,
Y sombras mil abrazo.
No advierto ya en la arena
De aquellos breves pasos
Las delicadas huellas
Que ántes iba buscando.
Ya de aquestas alfombras,
Que la agradaban tanto,
No forman ramilletes
Aquellas blancas manos.
Su deliciosa risa
Ni alegra ya estos campos,
Ni incita de las aves
El agradable canto.
Parece que estoy viendo
Sus ojos soberanos
Flechando corazones,
Siendo sus cejas arcos.
¡De su rubia madeja,
Cómo en el alma estampo
Todo un ofir, de verde
Liston aprisionado!
¡Qué graciosa salia
Entre otras de sus años!
¡Ay gracias fenecidas!
¡Ay años malogrados!
¿Quién, pastora del alma,
Quién, hermoso milagro,
Quién, dulce esposa mia,
Quién eclipsó el sol claro?
¿Qué pavorosa nube,
Qué vapor atezado
Oscureció destellos
Que iluminaban tanto?
¿Qué sacrílego impulso
El ara ha profanado
Donde rendí á Cupido
Perennes holocaustos?
¿Qué homicida sangriento,
Qué bárbaro contrario
Rompió de nuestras almas
Tan firme estrecho lazo?
La tuya alegre pisa
Tapetes estrellados;
¡Ay triste de la mia,
Que en lágrimas la exhalo!
Ni duermo ni sosiego,
Y el sol en mi cuidado
Me halla, al nacer, lo mismo
Que me dejó en su ocaso.
Horror me da el bullicio,
La soledad enfado;
No hay cosa que me alegre:
Tan triste vida paso.
¿Cómo de Floridiana
Olvidaré los brazos,
En que el amor más puro
Cifraba sus halagos?
¿Cómo de la memoria
Podrá su esposo caro
Borrar la casta imágen
Del norte de su agrado?
Vuelve á correr, ¡oh rio!
Que en un ameno llano
Jarama caudaloso
Tu auxilio está esperando.
Llevad los dos, unidos,
Aquesta nueva al Tajo,
Y en la ciudad de Ulises
Sepulte el mar mi llanto;
Pues te será más fácil
Que en retroceso extraño
Te vuelvan á tu cuna
Los montes castellanos,
Que vuelvas á ver de este
Pastor tan desgraciado
Sin lágrimas los ojos,
La vida con descanso.
Riega á Aranjuez fecundo,
Y di al augusto Cárlos
Que igual la Parca mide
Las chozas y palacios.
Bien por su régio pecho,
De esta fiera asaltado,
Conocerá las ánsias
De un mísero vasallo;
Pues despues que en la España
Su nombre veneramos,
Madre, esposa, hijo y nieto
Cedieron á su estrago.
Magnánimas constancias
De este monarca sabio
A tolerar me enseñen
Tan lúgubre fracaso,
Y pues en mí conozco
Que ya el dolor tirano
Me quita el habla y vuelve
A su primer embargo,
Acabaré mis quejas,
Clamando al cielo santo
Y al ángel que allí asiste,
Del suelo trasladado,
Se duelan de estos ayes,
Que ya, de aliento falto,
Aunque sentirlos puedo,
No puedo pronunciarlos.
Las fauces se me anudan,
Y al ir articulando
Tu nombre, Floridiana,
Mi triste vida acabo.
Así en el tosco arrimo
De un césped recostado
Elfino, á las orillas
Del Manzanares claro,
De su adorada prenda
Lloraba el fin amargo,
Dictando Melpomene
Tan finos entusiasmos;
Cuando, el color perdido
Y el corazon helado,
Quedó la voz suspensa
A impulsos de un desmayo.
Anteros, viendo aqueste
De amor prodigio raro,
Capaz de herir al bronce
Y enternecer al mármol,
Cerróle, compasivo,
Los párpados hinchados,
Y en agradable sueño
Troco el fatal letargo.
A Vénus dos hermosas
Palomas de su carro
Pidió, que tan amantes
Deliquios arrullaron.
Por sus venas el rio
Se deslizó, callado,
Y le halagó, benigno,
Con blando soplo el austro.

II.

Amables soledades
De un desdichado jóven,
Ejemplo lastimoso
De amantes y pastores;
Paréntesis de un triste,
Treguas de un alma noble,
Benigno dón del cielo,
Que humilde reconoce,
Ahora, que no hay zagales
Que mi lamento estorben,
Pues léjos del ejido
Por esos cerros corren,
Pues sois á la noticia
De mi dolor conformes,
Penetraré la sacra
Piedad del cielo á voces;
Y para que sus penas
El pecho desahogue,
Las que estancó oprimidas,
Penosas aguas llore.
De tan estrecha cárcel
Salid, testigos pobres
De un justo sentimiento,
Que no es posible borre.
¡Oh lágrimas amargas!
Corred, corred veloces,
Aunque ajeis de los campos
Matices y colores.
Poco importa que al suelo
Todo el verdor se robe.
Si ha muerto Floridiana,
Marchítense las flores;
No encuentre valle umbroso
Mi llanto que no ahogue,
Ni selva que no abrase,
Ni prado que no agoste;
Si tropezáre en ellos,
Desgájense los robles,
Liquídense las breñas,
Disípense los montes;
La tierra á su contacto,
Con bostezos disformes,
Sus piadosas entrañas
Patentes haga al orbe,
Y en líquidos metales
Asombros mil aborte,
En dolorosa prueba
De que sus venas rompe.
¡Oh lágrimas amargas,
Corred, corred veloces,
Ahora, que no hay zagales
Que mi lamento estorben.
Me dicen que domine
Del hado los horrores
Y que en mi pecho reinen

Alegres impresiones;
Que faltando aquel dulce
Iman de mis amores,
Fueron los sentimientos
Muy justos por entónces;
Pero que ya del tiempo
Al duro imperio postre
De mis memorias tristes
El trágico desórden;
Mas, vive Amor, detesto
Tan pérfidos errores;
Ni es cuerdo su consejo
Ni sábias sus lecciones;
O es fuerza que sus almas
Lo que es amar ignoren,
O como yo, sin duda,
No aman los otros hombres.
No quiso al bien perdido
Quien tasa al duelo pone;
Que hay golpes á que eternos
Lamentos corresponden.
Como es tan imposible
Que su sistema adopte,
El pecho me atraviesan
Tan necias persuasiones,
Y tanto me impacientan,
Que temo qne destroce
Mi cólera algun dia
Sus tibios corazones;
Mas ¡ay! que es consolarme
Su fin, aunque me enojen,
Y culpas tan piadosas
Es fuerza que perdone.
Que el llanto, que las quejas,
Que áun las iras no asomen
Delante de ellos, manda
La ley que el cielo impone.
El pecho las encierra,
El labio las esconde;
¿Quién vió, cielos, tan grande
Desgracia de pasiones?
Sólo al semblante hallaron,
En tan furioso choque,
Testigo de sus ánsias,
Parcial de sus rigores.
Este ha sido el que siempre,
De adustas confusiones,
De lástima y espanto
Pobló los horizontes,
Ensordeció los vientos,
Horrorizó los bosques,
Estremeció las altas
Esferas y regiones.
Así me halló algun dia
La primavera en donde
Gozaba en otro tiempo
Delicias de la córte,
Y viendo tal quebranto,
No quiso que sus dones
Los humanos sentidos
En tierra y aire gocen;
Pues no hay flor en los prados
Que en tales aflicciones
No embote su fragrancia,
Su pompa no deshoje;
Haciendo á los jacintos
Que nuevos aires formen,
No su fatal contienda,
Sólo mi mal exponen.
Las nacaradas rosas,
Ajando sus primores,
A Floridiana sienten,
Y olvídanse de Adónis.
Ni celos de Tereo,
Ni desaires de Progne;
Sólo el pesar de Elfino
Lloran los ruiseñores.
De Céfalo no atiende
El aura ya las voces;
Que no halla á quién dar celos,
Si está difunta Pócris.
Tan lastimosa escena
Representó á los orbes
La desgraciada reina
De esotras estaciones.
Acuérdome que en ella
A una ovejuela pobre (1),
Cuando al hijuelo daba
Dulcísimos sabores,
Los lobos inhumanos,
En el cordero dócil,
Del alma los pedazos
Arrancaron traidores,
Y oyendo sus balidos,
Con tiernas expresiones
Prorumpí, detestando
Del Mayo los verdores:
Los corderos lozanos
¿Qué importa que retocen,
Las pieles adornando
De cándidos vellones?
¿Qué delicioso objeto
Será posible borre
De una inocente sangre
Los trágicos renglones?
Desde entónces parece
Que fiel mi grey dispone
Copiar los sentimientos
Que en su pastor conoce.
De verme se entristece,
Suspéndese y no corre,
Insípido halla el pasto,
Y el manantial salobre.
Ceñida en la fragosa
Ladera á que se acoge,
No hay que esperar que de ella
Las cumbres se coronen.
No hay voz que no la asuste,
Piedra en que no zozobre,
Zarza que no la hiera,
Vereda que no ignore.
Nunca advertí que tanto
Su timidez agobien
Los hielos de Diciembre,
De Julio los calores.
Tristes ovejas mias,
Perdido vuestro norte,
¿Qué puerto se os descubre?
¿Qué rumbo se os propone?
¿Qué me mirais atentas?
Ya vuestras suspensiones
Conozco que me dicen
Que á vuestro dueño os cobre;
Que os restituya aquellos
Dos peregrinos soles
Que siempre os merecieron
Tan finas atenciones.
Tal clamo yo á los cielos;
Pero ellos me responden
Que sus decretos justos
No es fácil se revoquen;
Pues si se concediera
Que tanta empresa logren
De las humanas artes
Las fuerzas inferiores,
¿Quién os ha dicho hubiera
Ni áun leves omisiones
Hasta verter la sangre
Que por mis venas corre?
Penar es el recurso,
Sin que rigor se note,
Siendo el que yo me tomo
Que el mismo os proporcione.
¡Ay pastora agraciada!
Tus ecos tan acordes
Fueron á sus oidos,
Que ya me desconocen.
Esposa de mi vida,
Desde aquesas mansiones,
Que eternamente gozas,
Escucha sus clamores.

(1) Oda primera: «Tirano dolor mio.»

Mas ya del sol las ruedas
Tiran Flegon y Etonte,
Donde su luz copiosa
Nuevo hemisferio dore;
Del Héspero luciente
Los rayos brilladores
Asoman por resquicios
De mustios arreboles;
Ya humean las cabañas
Que humildes nos recogen,
Y de los montes altos
Las sombras son mayores.
De ellos desciende Mopso
Con rústicas canciones;
Venid, ovejas tristes,
Que baja ya la noche.
Al són de la zampoña
Menálcas y él entonen
Los celos de Amarílis,
Las gracias de Licóris;
De las torcidas ondas
Que el cáñamo compone,
Respeten sus manadas
Las leyes superiores,
Y á su redil unidas,
Acójanse conformes
Adonde sueño y vida
Melampo las custodie;
Que yo os guiaré á vosotras,
Sin que á los dulces sones
Se adapten de mi avena
Más que funestos motes.
Tanto penar los cielos
Propicios nos mejoren;
Venid, ovejas tristes;
Que baja ya la noche.
En tanto que al imperio
Del rígido Boótes,
Escarchas vuelve el suelo
Del cierzo los humores,
Zagales y zagalas
Le templen ó soporten
Cuando al hogar ardiente
La seca leña arrojen.
Al rededor unidos,
Circo espacioso formen,
En que alegres mantengan
Simples conversaciones,
Así las largas horas
Engañen uniformes
Que el húmedo solsticio
Hurta de Febo al coche;
Que yo á sufrir camino
Nuevas cavilaciones.
Venid, ovejas tristes;
Que baja ya la noche.
Rústico plato brinde
A su apetito, y logre
Que le envidien las mesas
De reyes y señores.
Luégo que sus sentidos
Benigno sueño ronde,
Los nocturnos sosiegos
El lecho perfeccione.
Yo aceptaré en mi mesa,
Solo, sin mi consorte,
Lo que al melindre baste,
Sin que á la vida sóbre;
Y velaré en ausencia
Del sol, pues tanto golpe
Ni áun permite mi estrella
Que así desimpresione.
¿Qué hemos de hacer, Elfino?
Los cielos no me oyen.
Venid, ovejas tristes;
Que baja ya la noche.

AL MISMO ASUNTO.

La muerte de la rosa.

ODA.

Un jardinero triste,
Regando su pensil,
Al són de aquel rocío
Se lamentaba así:
«¡Ay mísero de mí,
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril!
»Llegó ¡penosa suerte!
La primavera, en fin,
Florida para todos
Y seca para mí.
¡Ay Mayo fementido!
Detesto tu matiz;
No le tejais ¡oh plantas!
Guirnalda del jardin;
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril.
»Abrió una tierna rosa;
Reina jurarla vi,
Con pompa y aparato,
Del cándido jazmin,
Del clavel nacarado,
Del pálido albelí,
Del turquesado lirio
Y encendido carmin;
Y ya marchitó el Mayo
La pompa del Abril.
»Pimpollo desplegaba
Sus hojas, y al abrir,
Las lágrimas del alba
Iba embebiendo en sí;
Guardóselas á este
Jardinero infeliz
Para cuando llegase
El tiempo de decir
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril.
»La sonrosada aurora
Por el globo turquí
Sus colores, celosa,
No osaba difundir.
Sufre este dia, ¡oh bella
Del sol embajatriz!
Mañana estarás libre
De tanto competir,
Rindiendo el Mayo toda
La pompa del Abril.
»Rayo apénas febeo
Llegó su tez á herir,
Cuando pobló de olores
Las auras del confin.
Apolo la enamora,
Y á Dafne olvida allí;
Mas deshaga la pompa
De su natal feliz;
Que el Mayo ajar presume
La pompa del Abril.
»Decidme, flores bellas,
¿Adónde está, decid,
La majestad jurada
De este verde país?
¿Qué habeis hecho de aquella
Suprema emperatriz?
Mas ¡ay de mí! ya mudas
Decis que en dura lid
Ha avasallado el Mayo
La pompa del Abril.
»¡Ay fragrancia exhalada!
¡Ay púrpura infeliz!
¡Ay, cómo equivocasteis
El nacer y el morir!
Fué entre la cuna y tumba
La línea tan sutil,
Que no sé distinguirla,
Aunque la sé sentir,
Al ver que ha hollado el Mayo
La pompa del Abril.
»Sosten, cipres funesto,
De quien se apoya en tí
La trabajosa vida,
Cansada de gemir;
Mis penas signifique
Tu verdor juvenil
Miéntras que de mis labios
No dejares de oir:
¡Ay mísero de mí,
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril!
¡Ay de mí! ¡Ay de mí!»

ROMANCE.

Hola, espera, serranilla,
La del faldellin de flores,
Graciosa envidia del prado,
Bella emulacion del bosque.
Parece que el andorrero
Embajador de los dioses
Las alas de sus talares
Ha prestado á tus talones.
Por tu vida, que si el sol
Tan ligeramente corre,
Pronto ha de acabar el dia,
Presto llegará la noche.
¿De quién huyes, zahareña?
¿Por qué tímida te escondes,
Si han de ser mis pensamientos
Más que tus pasos veloces?
Ellos son muy revoltosos,
Tus ojos muy juguetones;
No has de librarte de que
Siempre te los enamoren.
No obstante que advierto en ellos
Un no sé qué de señores,
Que infunden respeto á un tiempo
Y roban las atenciones.
Aunque tu rojo calzado
Corra la maleza indócil,
A semejantes perdices
No ofenden mis perdigones.
Aunque te ladran, se paran
Mis sabuesos cazadores;
Por Diana te han tenido,
Por astro te reconocen.
Apénas esta mañana
Se vistió el cielo de albores,
Cuando esta paloma en busca
Volaba de su consorte,
Y acaso porque de esquiva
Tú no la diste lecciones,
Rindió á mi plomo su cuello,
Pena fué de sus amores.
Por primicias de mi caza
Te la presento; mas ¿dónde
Te has ocultado, robando
A mi albedrio su norte?
Ojo alerta, compañeros,
Los que discurris el monte;
Allá van esos ojuelos;
Dios os libre de ladrones.

Pidiendo unas plantas de frutales de la huerta de la *Esgaravita* de Alcalá de Henares á su dueño.

ROMANCE MENOR.

Señora, si llega
A tiempo esta carta
Que el buen humor reine
Y estés para gracias,
No será, por cierto,
Cosa muy extraña
Que una me concedas,
Sobrándote tantas.
De tu paraíso
Las plantas lozanas
Con sus tiernas frutas
Brindan mi esperanza;
Mas por ningun caso
Pido las vedadas;
Sólo aquellas busco
De que hay abundancia.
Ni la golosina
De aquestas manzanas
Quiero sin el justo
Sudor de mi cara;
Porque á mi pomario
Siendo trasladadas,
Los favores tuyos
Cultiven mis ánsias,
Y si se lográre
Mi empresa arbolaria,
Saldrá por arrobas
Lo que entra por varas.
No envidiaré entónces
Pomos de Atalanta;
Tuyas las primicias
Serán, aunque al arma
Toquen las tres diosas
Del pastor de marras.
Sus fértiles hojas
Serán otras tantas
Lenguas que publiquen
Tu dón y tu fama;
Dejaré en sus troncos,
No sólo grabada
La voz de tu nombre,
Como con Anarda
Nos cuenta que hacia
Anfriso en Arcadia,
Sino las catorce
Líneas de esa alhaja,
Que me dió un poeta,
Unica en su casa.
Esto te suplico,
Señora, y si mandas
Que para este efecto
Me den puerta franca,
Verás cómo al punto
Me arrojo á tus plantas.

SONETO.

Verde renuevo, que regó Pomona
Con el cristal del caudaloso Henares,
Trasladado á mi huerto, no repares
Perder el poseedor que más te abona.
Aunque dueño mejor, bella matrona,
Dejaste en Filomena, á tus pesares
Rienda podrás poner si viva hallares,
Y presente en la mia su persona.
Crece del viento escándalo frondoso,
Y llega á estar de suave fruto lleno,
Que viniendo de dueño tan hermoso
A enriquecer, fecundo, mi terreno,
Ha de ser *para mi dulce y sabroso*
Más que la fruta de cercado ajeno.

Extraccion, jornada, trasplante y progreso de los frutales de la *Esgaravita*, ó carta de gracias en buen

ROMANCE.

Lleguéme á tu huerta un dia
De los pocos que madrugo,
Oh tú, la más generosa
Hespérida de Compluto;
Y como allí no hay dragon,
Sino unos cortéses chuchos,
Que en viendo un bulto de forma,
Saben respetarle el bulto,
No hube menester de Alcides
La maza ni los conjuros,
Ni hubo la de mazagatos,
Ni de mazaperros hubo.
El jaqueton mi tocayo,
De órden tuya, me propuso
Lo más rico y sazonado,
No obstante de ser tan crudo.

Mis operarios se aprestan,
Y con manejo forzudo
Cavan hondo, porque aquí
Aun los payos son profundos.
Aquellos rizados, bellos
Ramilletes de Vertumno,
Cuyas verdes lozanías
Despojó el Octubre adusto,
A tu precepto obedientes,
Salen, como troncos, mudos,
Tamañitos y en los labios
Aun con el materno suco.
Sobre los hombros los sacan
De tu recinto, á mi influjo,
Porque, siendo prendas tuyas,
Fué bien que entrasen en triunfo.
Luégo que al *Val* avistaron,
Que baña Henares fecundo,
Se humillaron ante el árbol
De quien es bendito el fruto.
Por los *Aburridos* pasan,
Senda que me da disgusto,
Porque soy hombre que no
De cualquier cosa me aburro.
Por la puerta de *Aguadores*
Entran libres, y es muy justo;
Que en tí no son contrabando
Dádivas, segun arguyo.
A su antigua compañía
Dejando el agreste sulco,
Por una calle de *Roma*
Entran tambien, como expulsos.
Abro las puertas de casa,
No las falsas; que era injusto
Entrase por cosa falsa
En mi casa un favor tuyo.
Entran, en fin; no reparo
Conjunciones, novilunios,
Ni me aconsejo de Plinio,
Ni á Columela consulto;
Sino, á Dios te la depare
Buena, les abro un sepulcro,
Que, por tener tierra tuya,
Ya relicario presumo.
Cada cual simbolizando
Nuestra amistad con sus nudos,
Perpétua paz establece
Entre uno y otro terruño.
En parangon de mi huerto,
Juzgo á todo huerto inculto;
Ningun árbol junto á estotros
Es árbol, sino arboluco.
Ni el de mi genealogía
Me gusta tanto, y no dudo
El andarme por sus ramas
Más que por las de Ataulfo.
Solo un escozor me queda,
Y es que entre todos, ninguno
Se ha anticipado al membrillo,
Y agrios sucesos barrunto.
Que asperezas me anticipes
Siento bastante, y á algunos
Es este fruto agradable,
Pero á mí se me hace duro.
Con este recelo en darte
Las gracias, como era justo,
Estar yo tan detenido,
Al membrillo lo atribuyo.
Ríndolas ahora á millares,
Ríndanme á millares frutos;
Partiré peras contigo,
Que en un estudiante es mucho.
Segun lo bien que han probado,
Ha de inferir el más rudo
Que son buenos mis arranques,
Y tus favores seguros.
Se cuidan exactamente,
Y si conveniente juzgo
Tal vez una rociada,
La llevan, aunque no gruño.
Sé que gustan de un arrimo
Contra el aire, y como hay gustos
Que merecen palos, éste
Se concedió á cada uno.
Con ceniza y otra cosa,
Que es caca y estiman mucho,
Cubrí sus pozas, y tanto
Lo aprecian, que con impulso,
Si un miércoles de Ceniza
Llené los hoyos impuros,
Que en un domingo de Ramos
Se llenen no dificulto.
Tienen sol, porque, á Dios gracias,
Segun en mi plan descubro,
Mayor despejo ningun
Entremetido le tuvo.
Miéntras algun religioso
No vierte con disimulo
Cierta dósis amarilla,
Respiran un aire puro.
En cuanto al agua, sabiendo
Te sirvieron, conjeturo
No sabrán de sequedades,
Y les riego el pié á menudo.
Y en fin, si el mudar de clima
Constipó su sér robusto,
Sabe que han tomado yemas
Despues de los pediluvios.

Á FILOMENA.

CANTILENA PRIMERA.

Henares fugitivo,
Que bullicioso rondas
La mansion apacible
De Filomena hermosa,
Mira que hacer pretende
Tapete de tus ondas,
Y en tu agradable márgen
Construye verde choza,
A que rindieron prontos
Los álamos su copa,
Los pájaros acordes
Con música sonora
Quieren hacer del baño
Las horas deliciosas.
Ruge el leon del cielo,
Y á la mayor antorcha,
Para templar tus linfas,
Fogosidades dobla.
Tan generoso huésped
En su seno recojan,
Llamándose felices,
Tus húmedas alcobas.
De tu bocina al eco
Las náyades convoca
Que á Filomena bella
Sostengan oficiosas.
Entretenga su vista
Aquesa verde copia
De juncos y espadañas,
Que tus orillas orla.
Los árboles robustos
La sirvan con su sombra,
Mansa discurra el agua,
El céfiro no corra,
Los peces la vereren,
Y aunque atentos conozcan
La beldad peregrina
Que en su estancia atesoran,
Tu indignacion merezcan
Curiosidades locas
Del que asustarla piense;
Que quiero en la penosa
Tormenta de esquiveces
Que contra mí se forja,
Ver si el sosiego amable
Que en tus raudales logra,
La templa aquella sangre
Activa y rigorosa.

II.

En una noche oscura (1)
Cantaba Filomena,
Raro en aquestos tiempos
Prodigio de destreza;
Todo en silencio estaba,
Porque hasta el aura, atenta,
Pára su curso y oye
Los ecos que embelesan;
Cuando unos descuidados
Ruiseñores se inquietan,
Que en celo están y tristes
Escuchan su voz mesma;
Filomena con esto
Quedó ufana y contenta,
Como el pintor antiguo
Que salió con la idea
De engañar á las aves
Con frutas que aparenta.
Mas fué tirana en esto;
Que, como vive exenta
De amor, y son los celos
Forzosa consecuencia,
Quien ignora sus glorias
No sabe de sus penas.
Deten aquese canto,
Dulcísima sirena;
Mira que de un celoso
Rival en las orejas
Las mayores dulzuras
Amargamente suenan.

III.

Cazaba Filomena
Por un bosque sombrío,
Dando á Diana celos,
Y á su memoria alivio;
Eran continuamente
Trofeos de su brío
El tímido conejo,
El dulce jilguerillo,
La oropéndola hermosa,
La tórtola y el mirlo;
Cuando un vencejo astuto
Miró desde aquel sitio
De humanos caminantes
Poblados los caminos,
Que por verla anhelaban,
De su beldad traidos;
Repara atentamente,
Y como siempre han sido
Del corazon amante
Los ojos sobre-escrito,
Leyendo aquél por éstos
A aquellos pajarillos,
Amados compañeros
(Sobresaltado dijo),
Huid de Filomena,
Que no malogra tiro.

IV.

A la prision del lecho
Con invencible fuerza
Rindiéronte tus ayes,
Hermosa Filomena;
Rindiéronte, crueles;
¡Qué victoria tan nueva!
¡Ah, si como los tuyos,
Mis ayes te rindieran!
Siempre triunfaste de ellos;
Ahora por tí mesma,
Si adviertes lo que pueden,
Verás lo que desprecias.
Del retiro de Elfino
En lance tal te quejas,
Ni sé si por cariño,

(1) Seguidillas que empiezan así.

Ni sé si por soberbia;
¿Quisieras que testigo
Fuese de tus dolencias?
¡Qué mal de Elfino, ingrata,
Conoces la terneza!
Para tan duro trance
Muy bien saber pudieras
Que corazon no tiene,
Si el tuyo no le prestas.

V.

Desde el sólio de Jove,
Que rige el alto Olimpo,
Hasta las tenebrosas
Mansiones del abismo,
Conquistador del mundo,
De Citerea el hijo,
¡Oh Filomena hermosa!
Dilata sus dominios.
¿Ves ese azul volúmen?
Contra los dioses mismos
Victorias mil estampa
Con letras de zafiro;
Iguales triunfos tienen,
En tierra y mar escritos,
Caractéres de flores
Y cláusulas de vidrio.
Vuelve, vuelve los ojos
A tu ameno recinto;
Verás allí los hechos
De ese gigante niño.
Ansiosos arroyuelos
Por entre grama y guijo
Buscan, enamorados,
Las ondas de este rio.
Rondar se ve en tu estancia
Del céfiro atrevido
Risueña fuente, en donde
Pudieras ser Narciso;
Escúchanse en tu bosque,
Con halagüeños trinos
De amantes ruiseñores,
Requiebros y cariños.
¡Qué ufano aquel palomo
Dueño se ve del nido,
Donde la fiel consorte
Regazo le previno!
Repara en uno y otro
Tornasolado hechizo,
Cómo encarecen dulces
Amores pico á pico.
La vid enlaza al olmo,
La hiedra abraza al risco;
No hay parte que perdonen
Las armas de Cupido.
No pises, no, la arena;
Tema tu pié el peligro
¡Ay enemiga ingrata!
De ese vergel florido;
Que ya Pomona y Diana
De ese dulce enemigo
Hicieron feudatario
Su imperio y señorío.
Solo amor allí reina
(Permíteme este aviso);
Extraños climas quiere,
Ver tu desden esquivo;
Advierta tu cautela
Que hubo deidad que quiso
Que el forastero incauto
Que arribe á su distrito
La rinda, á su llegada,
La vida en sacrificio.

EL TEMPLO DE LA VIRTUD.

Oda leida en junta general de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, por su encargo, en 10 de Julio de 1784, con motivo de los premios distribuidos en el primer semestre de aquel año á las discípulas de las escuelas patrióticas de los hilados.

¿Qué novedad, oh Mantua,
De tu apacible clima
Con nobles inquietudes
Trastorna la armonía?
De las esferas altas
Los ejes se desquician,
Los signos y planetas
Intrépidos se agitan.
Al sacro Manzanares
Sus náyades olvidan,
Olvida el claro rio
Las fértiles orillas.
Los bosques abandonan
De Océano las hijas,
Y hasta los mismos dioses
Olvidan su ambrosía.
Creyera que hoy la aurora,
Que aljófar desperdicia,
Formaba sonrosados
Crepúsculos aprisa.
Las sombras más que nunca
Corrieron fugitivas,
Madrugó de las aves
La grata melodía.
Curioso el mar, los rios
(Cancro y Leon lo riñan)
Descienden de las nubes
En lluvia intempestiva (1).
Sus rústicos preceptos
Anticipó Eleusina;
Triptólemo, más ágil,
Condujo las espigas.
Parto del mar, apénas
El Sol tomó las bridas,
Violento los azules
Alcázares corria,
A Madrid, cuidadoso,
Desde el zénit divisa
Y apresurado busca
Las horas vespertinas.
¿Qué novedad, oh Mantua...
Mas ya tus alegrías
El no vulgar objeto
Explican por sí mismas.
¿Qué mucho que llevando
La fama la noticia,
Tan general anhelo
A un tiempo se perciba,
Si en el perenne templo
Que á la virtud dedicas,
De esta deidad al rostro
Descorres la cortina?
¡Oh rostro amable! el cielo
De fuerzas atractivas
Te dotó, con las cuales
Eternamente brillas.
Léjos de aquí, profanas
Ceremonias inicuas,
No en víctimas impuras
Se manchen las cuchillas;
No infieles fanatismos
A un ídolo dirijan
Inútiles inciensos,
Injustas armonías.
Sus puros corazones,
Sus útiles fatigas
A la virtud ofrecen
Tiernas sacerdotisas.

(1) La extraordinaria lluvia que se verificó en toda la mañana y parte de la tarde de este dia dio ocasion al pensamiento.

El númen sacrosanto
Su aceptacion indica,
El ministerio premia
Y al ministerio anima;
Y cuando sus obsequios
Al ara sacrifica
De una de sus tres gracias
La hispana monarquía (2),
Matrona laboriosa,
A la sombra acogida
Del protector más alto,
Premios y honor publica.
No, musa, no propones
Difíciles enigmas;
Existen del bosquejo
Tiradas ya las líneas.
Cárlos, Amalia, socios,
Jóvenes elegidas,
Formais de vuestros fastos
Vosotros de este dia.
¡Ah sociedad excelsa!
¿Qué consonancias dignas
Hará de tantos timbres
La voz turbada mia?
Tú escuchaste á otros genios
Más dulces poesías (3);
Los envidio, y de alguno
Venero las cenizas.
¿Y habrá quien tus objetos
No tenga por divina
Materia de las cuerdas,
Que ecos al aire vibran? (4).
Piérides españolas,
Si alguno así delira,
Negadle vuestro rostro,
Desdeñosas y tibias.
Monarcas, héroes, guerras
Canta la trompa altiva;
La cítara los dioses,
La flauta las campiñas;
Los túmulos y manes
La fúnebre sordina;
La lira, dón de Apolo,
Tus obras diviniza (5).

(2) Se celebran á 10 de Julio los dias de la señora infanta doña María Amalia.

(3) Es bien notorio el mérito de los señores Moratin, Ayala, Olmeda y Manuel, que en semejante ocasion desempeñaron este ministerio.

(4) Los que saben el vastísimo campo que dominan las artes imitadoras, y cuán superior lugar alcanza entre ellas la poesía, no dudarán de esta verdad. Nuestro Luzan llama *infinito* el número de sus objetos, y en Muratori vemos que dividiendo todos los entes creados ó increados en tres mundos, celestial, humano y material, estos tres mundos ó reinos de la naturaleza contienen un infinito número de diferentes verdades, que todas son ó pueden ser objeto de la poesía ó de la imitacion poética, y que este arte abraza todas las cosas que caen debajo de los sentidos, esto es, las materiales y las que sólo pueden comprenderse por el entendimiento, como las espirituales, y las que participan de materia y espíritu, como las cosas y acciones humanas. Se ha escrito con extension por grandes poetas, sin excluir á los coríleos, de ranas y ratones, de mosquitos, de pulgas, y áun de la misma *nada*, como hizo el licenciado Tejada de los Reyes, en el poema tropológico á este asunto, inserto en su *Leon prodigioso*.

(5) La inteligencia poética sobre este punto consiste en aplicar á cada materia el correspondiente género de poesía. Acerca de éstos, y los instrumentos que los significan, hay diversas divisiones, más ó ménos generales, segun el más ó ménos estrecho significado de los miembros divididos. Como el presente no es un tratado didáctico, no se ha atenido el poeta servilmente en su enumeracion á doctrina alguna autorizada, bastándole para su intento aquellos ejemplos. Apenas se hallarán objetos más propios de

Dichosa tú mil veces,
Que á la fatal desticha
Del desvalido y pobre
Tu inteligencia aplicas.
Socorres enseñando (1),
Y el dia de las iras
La mano poderosa
Te librará propicia.
De la pereza infame,
Que ya aherrojada pisas,
En vano los bramidos
Los vientos horrorizan.
Ya el oprobrio, aquel monstruo
Que advenedizo habia
Contaminado á Iberia
Sus reinos y provincias,
Repasó, vergonzoso,
Los mares y colinas,
Sin que aliente esperanzas
De nuevas correrías.
A industria, artes, oficios
Y agricultura intimas
Formen cordon, que el paso
De tanto mal impida.
Por ellos las naciones
No ya cual ántes silban
Al español, trocando
Dicterios en envidias.
Declamadores fatuos
De falsas impericias,
España ha confundido
Vuestra insultante risa.
Por ellos destrozada
Se ve con ignominia
De la asquerosa Vénus
La pestilente silla.
Roto el cetro, y las hojas
De su laurel marchitas,
Hace á sus lupanares
Que eterno luto vistan.
¡Oh, cómo, cuerpo heroico.
Las sendas peregrinas
Descubres que al trabajo,
Sin que amedrenten, guian!
Tú, al paso que Citéres
Mentidas flores brinda,
Conviertes, prodigioso,
En flores las espinas.
Patrióticas escuelas,
Atestiguad festivas
Esta verdad, mostrando
Del fruto las delicias.
Soislo vos, laureadas
Discípulas que alista
El númen de este templo
En su eternal milicia.
Por vos aqueste cuerpo
Al cielo se asimila,
Negociante que busca
Preciosas margaritas.
Vosotras, digno empleo
De sus prudentes miras,
Vosotras sus designios
Colgais de granjerías;
Vosotras, triunfadoras
Del ocio y la desidia,
En cierto modo fuisteis
El freno de los dias.
Hablen de vuestro esmero,
Labores y vigilias,
Domésticas paredes,
De fábrica sencilla.
Al són de la tarea
Febo tal vez oia
Vuestros simples cantares
A honor de su venida;
Y cuando al horizonte
Su torno finaliza,
Al arrullo del vuestro,
En Tétis se dormia.
Culpabais la tardanza
Del nuevo sol, y herida
Del eslabon la piedra,
Se desentraña en chispas.
Dejad que el hijo oscuro,
Que á tantos amancilla,
Del Erebo y la Noche
Dilate sus conquistas.
Mandrágoras, beleños
Y adormideras ciñan
Las sienes del vestiglo
Que á Jove se atrevia.
Veloz volando á Grecia
Contra el zagal del Ida,
Belígeros proyectos
A Agamenon imprima.
A pesar de los celos,
Que tanto á Juno irritan,
En Argos solamente
Sujete cien espías.
A Alectrion las luces
Oculte matutinas,
Que anuncie transformado
Por su omision antigua.
La ciudad de dos puertas
A la márgen sombría
Del silencioso Lete
Tremole sus insignias.
Reine, en fin, entre tantos
Que á su poder humilla,
Y la mitad, al ménos,
Le entregan de su vida.
Blando lecho de plumas
A sus vasallos sirva,
Que en perpetuos cambrayes
Y holandas se afeminan.
Vosotras, superiores
A esas glorias fingidas,
Os remontais, buscando
Esfera al sol vecina.
Seguis la virtud santa,
Del mundo las mentiras
Abominais y al sueño
Burlais sus tiranías.
El apreciable lino,
Cuyas varas erguidas
En átomos de cielo
Parece que terminan,
Ansioso por buscaros,
Se siembra, se cultiva,
Se siega, empoza y rompe,
Se espada y se rastrilla.
El algodon sus blancos
Vellones os envia:
Cubierto don de flores
Purpúreas y amarillas.
Las mansas ovejuelas
Su propia estofa rica,
No para su provecho,
Sí para el vuestro, crian;
Porciones son informes,
Que á vuestra mano aspiran,
Y en delicadas hebras
Se tornan convertidas;
Por ellas los mortales
Su desnudez abrigan,
De la heredada culpa
Incómoda reliquia.
Las mesas de los reyes
Su cubren, se entapizan
Los palacios, y el suelo
Se adorna de alcatifas.
Las naves, de las aves
La rapidez imitan,
Venciendo de Nereo
Montañas cristalinas.
No con vosotras hablan
Las cóleras que en Lidia
Fulminó contra Aracne
Minerva vengativa.
Emulacion honrosa,
No loca altanería,
De las ligeras ruedas
Las vueltas multiplica.
Leo, por más que intente
El rubor confundirlas,
Líneas del vencimiento
En vuestra frente escritas,
Atras dejando tantas
Nobles antagonistas,
Como Atalantas diestras
Con pomos de oro os brindan;
Mas no para premiaros
Este metal, que anida
La tierra en sus entrañas,
Es dádiva precisa.
Del honor entusiastas,
Pensad como heroínas,
Cual símbolo apreciable,
Que más que vale explica.
Aquesto el respetable
Real cuerpo solicita,
Cuerpo que todo es ojos,
Puestos en vuestras dichas;
Pues (permítase aqueste
Donaire á mi Talía)
De estos ojos amantes
Vosotras sois las niñas.
Mirad en vuestro amparo
Unirse la milicia,
El clero, la nobleza,
Las togas y las mitras.
De la piedad ejemplos,
Que en bronce el tiempo escriba,
Los príncipes augustos
Nos honran y os alivian (2).
Profundo magistrado (3)
En junta, que adjudica
A cada cual lo suyo,
Es justo que presida.
Aquí el pastor primado (4)
Teneis que os autoriza,
Os apacienta, cela,
Custodia y gratifica;
Vice-gerente sabio (5),
Genios que suministran (6)
La luz á aquesas almas,
Teneis á vuestra vista.
El jefe de estos lares (7)
Asiste en compañía
De ilustres subalternos (8),
Atlantes de la villa.
En fin, vuestros sudores
Todo el Estado excitan:
Así la virtud lleva
Tras sí las jerarquías.
Está, pues, oh maestras
Oficiosas, benignas,
En la de esas alumnas,
Vuestra alabanza dicha.

la poesía lírica que las virtudes y las artes, que lo son igualmente de la Sociedad. Sentados los principios de esta nota y de las dos antecedentes, deberémos inferir que los inteligentes habrán hallado mucho que aplaudir en las composiciones anteriores.

(1) Segun el lema que tiene la empresa de la Sociedad.

(2) La Sociedad Matritense alcanza el singular honor de contar entre sus individuos al Príncipe nuestro señor y los señores infantes don Gabriel, don Antonio y don Luis.

(3) El señor don Pablo Ferrandiz Bendicho, del Real y Supremo Consejo de su majestad, director de la Sociedad.

(4) El excelentísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, individuo de la Sociedad.

(5) El señor don Alfonso Camacho, vicario eclesiástico de Madrid, individuo de la Sociedad.

(6) Los señores curas párrocos de Madrid, individuos natos de la Sociedad.

(7) El señor don José Antonio de Armona, corregidor de Madrid, individuo de la Sociedad.

(8) Señores regidores de Madrid, etc.

Gloriosos curadores,
Cuya inspeccion prolija
Es el timon de tanta
Feliz economía,
Decid adónde llega
El júbilo á que obligan,
Logrados los desvelos
De un padre de familias.
Benéfico congreso,
De las piedades cifra,
Alma del patriotismo
Y asombro de la envidia;
Columnas de este templo,
Que la virtud habita,
Sostened esa mole,
Que al cielo se sublima.
Y si Anteo de Alcides
Las fuerzas iludia,
Cuantas veces, cayendo,
Las suyas vigoriza;
Los triunfos de las vuestras
En la firmeza estriban;
No caigan y á los siglos
La duracion compitan.
Aumentaréis, constantes,
El bien, que ya se admira,
Ni extrañeis que mi númen
Oráculo os prediga;
Pues tales monumentos,
Que Cárlos eterniza,
Sólidos manifiestan
Difíciles ruinas.
Este es el lienzo, oh socios,
Que vuestros hechos pinta;
Disimulad del rudo
Pincel las groserías.
Con mano bienhechora,
De la virtud ministra,
Los dones repartisteis
Que tanto os acreditan.
Premiasteis el trabajo;
¿Qué resta pues? Unidas
Al pueblo vuestras voces,
Os expresad en vivas.
Miradle alborozado (1);
Mirad cómo á porfía
Alegre se empavesa,
Se adorna y regocija.
Del español monarca
La estable paz que firma,
La sucesion que logra,
Con fiestas solemniza.
Haced que á vuestras casas
Con bellas simetrías
Tiro y Sidon se asomen,
Damasco, Persia y China.
La invencion, el buen gusto,
Ingenio y fantasía
Luciente bronce mientan,
Bruñido mármol finjan.
Relieves, medallones,
Columnas y cornisas
Palacios aparenten,
Templos y galerías;
Emblemas, epigramas,
Geroglíficos, cifras,
Empresas, lemas, motes
Vuestros afectos digan.
No permitais que baje
La noche denegrida;
Pendiente esté su manto
De la region vacía.
Lenguas de fuego hermosas,
Que el ámbito iluminan,
Del corazon publiquen
Abrasadoras piras.
Del monstruo de la guerra
Cantad las excesivas
Fuerzas, que Cárlos rompe
Con majestad invicta.
Los ínclitos renuevos
De Cárlos y Luisa,
Que en su nacer sorprenden
Y en su crecer hechizan,
Serán de vuestro aplauso
La ocupacion más digna;
Por ellos vuestros votos
Fervientes se repitan.
Pedid Cárlos, Felipes
Y Fernandos que os rijan;
Detestad Mauregatos,
Rodrigos y Witizas.
Así será: los cielos
Bendicen, multiplican
Los frutos que produce
Nuestra fecunda Lia.
Dominarán la tierra
Sus tribus escogidas,
Raza de excelsos héroes,
Que de ellas se derivan.
A su cabeza todos
Doblarán la rodilla,
Católica progenie
Que el cetro inmortaliza.
Verá sus esperanzas,
En esta sucesiva
Órden de protectores,
La Sociedad cumplidas.
¡Oh tiempo, tiempo! el vuelo,
Con que los siglos giras,
Llenará cuanto ahora
Mi númen vaticina;
Que yo del árbol rojo
Que á Madrid simboliza,
Porque estrellas la guarden,
Cuelgo la débil lira.

(1) Se disponia la villa de Madrid para empezar á celebrar, tres dias despues, los beneficios concedidos á la monarquía en el nacimiento de los señores infantes gemelos, don Cárlos y don Felipe, hijos de los príncipes de Asturias, nuestros señores, y la ventajosa paz con Inglaterra.

SUEÑO ALEGÓRICO.

Oda dirigida á la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Granada, por su encargo, para que se leyese en ella, el dia 30 de Mayo de 1788, en que se publicaron premios distribuidos á los opositores de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura.

De aquel sagrado monte
A cuyas plantas yace
Granada, que las lava
Del Darro en los cristales,
Cuando mayor su sombra
Bajaba con la tarde,
Sobre la verde yerba
Sentado estaba Dáfnis.
Pronta esperaba Vénus
Que el sol iluminase
Con claros arreboles
Los últimos celajes;
Y el zagal que cantaba,
Su corazon constante
En lágrimas disuelto,
O enrarecido en ayes,
Celoso de Amarilis,
Deidad de aquellos valles,
Pidiendo hasta á los troncos
Venganza á sus desaires,
Puso fin á sus tonos
Bucólicos y amantes,
Cansado de dar quejas
Inútiles al aire.
Depuso el instrumento,
Y el céfiro suave
Le atrajo un dulce sueño
Por tregua de sus males.
Por la region oscura,
De esta en aquella imágen
Vagaban las ideas
Equívocas y errantes;
Hasta que á su presencia,
Con singular donaire,
Se constituyen cuatro
Bellezas celestiales.
El íris, que serena
Las negras tempestades,
A una de ellas servia
De trono rutilante.
Pincel y tabla ostenta,
Que acopia en variedades
Colores mil, que anuncian
Vistosos maridajes;
Sobre un airoso grupo
De pórfidos y jaspes
Otra el cincel llevaba
Con que admiró al labrarle;
Otra con las insignias
De reglas y compases
En basa de alabastro
Sentaba el pié brillante;
Y al del collado mismo
Que le sirvió de catre,
A otra las tres rendian
Gustoso vasallaje.
De una granada hermosa
La flor que asida trae,
Abejas oficiosas
Cercaban eficaces.
Del príncipe facundo
De los latinos vates
Copian lucientes letras
El pensamiento grave.
Los hábiles insectos,
Que el tenue humor extraen,
Darán de leves cosas
Objetos admirables (2).
A Dáfnis llegan todas,
Dejando sus lugares,
Y á consolarle aspiran
Con tiernos ademanes.
Esta su blanca mano
No duda franquearle,
Jurándole con ella
Eternas amistades;
Aquélla con la suya
Le toca el pecho amante,
Para sanar de un triste
Los síntomas fatales;
Cuál á enjugar se apresta
Sus lágrimas cobardes
Con los que se desprenden
Finísimos cendales;
Cuál le dice no fie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve (3),
Remedo de los mares.
Por si la horrible idea
De su pesar distraen,
Le arrebatan y ofrecen
Escenas singulares.
Un leon generoso (4),
Que hizo su voz temblasen
De Jaen á Sevilla,
De Cartagena á Cádiz,
Yace en tierra, á la sombra
De un árbol saludable,

(2) Lema de la empresa de la Sociedad: *Admiranda dabunt levium spectacula rerum.*

(3) Versos de Lope de Vega, en su *Dorotea*, hablando de las aguas.

(4) Asunto del primer premio de pintura. Al óleo, en un lienzo de dos varas de ancho y una y media de alto, el siguiente suceso: El santo rey don Fernando, á presencia de las personas reales y su córte, recibe de mano del Obispo de Segovia el santo viático, postrado en tierra, con una soga á la garganta y un crucifijo en las manos, haciendo sacar de su camara las insignias reales.

De cuyos fuertes ramos
Pendiente está un cadáver;
Intímale la fiebre
Que olvide los manjares
Que tributó á su aliento
Tanta africana sangre;
Y postrado á las plantas
De un pastor que á la márgen
Ejerce del Eresma
Su oficio vigilante,
Por último sustento
Aqueste llega á darle
Blanco pan, si á la vista
No mienten las señales.
Cuervo marino luégo (1),
Atento á las piedades
De la espumosa Tétis,
Saluda á sus umbrales.
Recíbele la diosa
Benéfica y afable,
Y espejos cristalinos
Ofrécele delante;
Mas cuando se juzgaba
Que en ellos se retrate
Su formacion, que adoptan
Los peces y las aves,
Volvió el cristal (extraño
Prodigio de explicarse)
Un jóven adornado
De púrpuras reales.
Como en pintado lienzo
Los términos distantes
Ocupan dibujados
Mujer, escollo y áspid;
Régulo, que acaudilla (2)
Rebeldes estandartes,
Camina por fragosas
Sierras piramidales.
Irresistible turba
De fieros capitanes
Intenta sorprenderle
Su brío inalterable.
Descuella entre sus hombros,
Cercada de turbantes,
Alta mole, cubierta
De negros tafetanes.
Intrépido el monarca,
Con arrojado avance
Descubre de la muerte
El pálido semblante;
Y con el propio velo
Cubriendo el suyo, el trance
Espera en que la Parca
La cruel segur levante.
La bárbara diadema
Cayó, sin que le espante
El que á su propia vista
A extrañas sienes pase.
El orbe, hecho pedazos,
Sobre él parece cae;
Pudo la ruina herirle,
Mas no atemorizarle.
Escollo encanecido (3)
Del tiempo á los embates,
Escándalo del viento,
Destrozo de las naves,
Arráncase al impulso
De recios vendavales,
Y en tierra desafia
Los árboles gigantes.
Al tronco más robusto
Propone su combate;
Choca con él y traban
Dudoso su certámen.
Dilacera el peñasco
Con fuerza superante
Los fuertes tegumentos
Del enemigo estable;
Pero las brechas mismas
Por donde el paso se abren,
El corazon buscando,
Los duros pedernales,
Cerrándose y formando
Prisiones vegetables,
Iluden y escarmientan
El temerario alarde.
Divísase á la puerta
De un edificio grande (4)
Matrona que unir supo
Lo serio con lo amable.
Concurso de ambos sexos
Se acerca; señal hace
Con recta vara, y luégo
Su habitacion reparte.
Del granadino emporio
Advierte presentarse
Soberbio frontispicio (5),
Raro primor del arte.
Debió así ser, cuidando
Su erector que al carácter (6)
De los grandes objetos
Del interior exámen,
Del tribunal no fuesen,
Causando impropiedades,
La majestad y pompa
Del todo desiguales.
Mil jóvenes activos
Escuela respetable
Componen, que en tres trozos
Distintos se comparte.
Miraban cuidadosas
Las dos primeras clases
De un mancebo desnudo
La formacion y carnes;
Y al terso papel unos (7),
Otros al barro frágil (8)
Trasladan las ideas
Por direccion del lápiz.
De un público edificio (9)
Formaban los restantes
En bien tiradas líneas
Sus respectivos planes.
Dáfnis, celoso jóven,
Pastor del Darro, en traje
De encantadas mentiras
Soñaba estas verdades.
Era de noche, y era,
Creciendo por instantes,
El fresco del favonio
Capaz de despertarle.
Fué así; mas inquietaban
A su aprension, no obstante,
Las que propuso el sueño
Curiosas novedades.
Halla á Damon un sabio
Anciano venerable,
Que, dado á los estudios,
Glorias huyó vulgares.
«Desciframe, le dice,
José de estas edades,
Lo que admiré dormido.»
Y así le satisface:
«Aquellos tres primeros
Hermosos personajes
Dieron indicios claros
De ser las nobles artes;
»La Sociedad de Amigos,
Que ocupa nuestros lares,
Fué el superior portento
Que supo embelesarte.
»De asuntos que propone,
Los hechos que notaste,
Geroglíficos fueron
O emblemas especiales.
»Los alumnos que viste
Con émulos afanes,
Al vencimiento han sido
Celosos aspirantes.
»Consulta cuidadoso,
Si mi verdad dudares,
Los manifiestos de ese
Congreso infatigable.
»En fin, Dáfnis amigo,
De tu patria triunfante,
Por la piedad de Cárlos,
Aquéstos son los anjes.»
Dijo Damon, y entrambos
Partiendo á sus hogares,
Dáfnis trocó las penas
En júbilos leales.

LA POESÍA VENGADA.

Oda leida en junta general de la Sociedad de Amigos del País de Madrid, por comision de ésta, el dia 12 de Julio de 1788, en que se publicaron los premios distribuidos á las discípulas de las escuelas patrióticas de los hilados, pertenecientes al primer semestre de dicho año.

Del alto monte Délos,
Cuya vestida falda
Guarnece el sacro Mélas
Con su corriente mansa,
Bajaba Apolo, imberbe,
De Julio una mañana,
O á copiarse en su espejo,
O á bañarse en sus aguas.
La fresca orilla apénas
Su planta delicada
Pisó, los cielos todos
En luces se desgajan.

(1) Del segundo. Al óleo, en un lienzo de cinco piés de alto y tres de ancho, este pasaje: Muere Hesperia de la herida de una serpiente, al ir huyendo de su amante Esaco; cuya desgracia enfurece á éste hasta el término de precipitarse al mar desde una roca.

(2) Del primero de escultura. Entran en Laujar Abenabó, Diego Alguacil y otros capitanes turcos y moriscos de la rebelion de la Alpujarra; sacan de su cámara, medio desnudo, al jefe de ella, Mahomed-Aben-Humeya, léenle cierta carta que le han fingido para colorear su traicion; eligen á su presencia á Abenabó por rey y sucesor suyo, y le dan muerte poniéndole una cuerda al cuello, tirando un verdugo de cada uno de sus cabos; acomódase él el dogal con una mano, y cubre con la otra su rostro para morir. En un plano de barro, de cinco cuartas de ancho y tres de alto.

(3) Segundo. El atleta Milon Crotoniata, siendo ya viejo, para hacer alarde de sus insuperables fuerzas, divide el grueso tronco de un árbol; pero, faltándole aquéllas, se vuelve á unir éste prontamente, dejándole aprisionadas las manos, por lo que, y estando solo en el bosque, es pasto de las fieras. En un plano de tres piés de ancho y medio de alto.

(4) Primer premio de arquitectura. Una casa de correccion, con la separacion debida para hombres y mujeres, todas sus oficinas y servidumbres, en un sitio de ciento sesenta piés cuadrados; dos planes, uno del cuarto principal y otro del bajo; su fachada y un córte interior, todo geométrico, y su explicacion por números; delineado en pliegos de marca mayor.

(5) Segundo. En un pliego de marca mayor, en dibujo arreglado á medidas, la planta y fachada de la real chancillería, con su escala y explicacion.

(6) Segun el pensamiento de la inscripcion que allí se lee, y empieza: *Ut rerum quæ hic geruntur magnitudini non omnino impar esset tribunalis majestas...*

(7) Asunto del tercer premio de pintura. En un pliego de marca dibujado el grupo del modelo natural.

(8) Del tercero de escultura. En un plano de tres cuartas de alto y una tercia de ancho, copiado el grupo del modelo natural.

(9) Del tercero de arquitectura. Una portada de órden toscano para un edificio público de dos cuerpos; planta, elevacion y córte geométricos. En medio pliego de marca mayor.

Radiante globo forman,
Y de Eolo en las alas,
Al númen de Minerva
Sirvieron de peana.
No el exquisito adorno,
No la reciente usanza,
No la extranjera estofa
Son de su pompa galas.
De láminas de acero
Brilladoras escamas
La cubren, y su diestra
Vibra sangrienta lanza.
De Medusa horrorosas
Serpientes enroscadas
Se ven en la siniestra,
Con que el escudo embraza.
Descubre por resquicios
De la marcial celada,
Corona de aquel árbol
Que su invencion declara.
Ni su feroz aspecto
Ni aquellas amenazas
De donde toma el nombre,
Ni la inminente saña,
Ni la espantosa egida
Que aterra en las campañas,
Temió el dios; que á los dioses
No alcanza su eficacia.
Cubiertos los semblantes,
De bien dispuesta traza,
Dos jóvenes de sexo
Distinto le acompañan;
Con ademan bizarro,
El uno de oro y plata
Dones muestra en diversas
Monedas y medallas;
La otra instrumentos varios
Lleva en sus manos blancas,
De la industria, las artes,
Oficios y labranza.
«¡ Oh Cintio! al punto dijo
La hija de Jove, extraña
Mi venida no juzgues;
Escucha mis palabras.
»Conócesme; no ignoras
(Es tuya) mi prosapia;
Mi propension conoces,
No dudas mis hazañas.
»Mi culto, mis inventos
Ni mis fortunas várias
Te son desconocidas;
La fama las propaga.
»El útil lanificio
De que las duras parcas
A tornar aprendieron
Veneno la triaca;
»Este que á los mortales
He dictado, hoy me llama,
Oh hermano, á tu presencia,
De la region hispana.
»Aquesta infatigable,
De su Rey fomentada,
Dechado el más completo
De padres de la patria;
Fomentada de Cárlos,
Que ya excede, ya iguala
De sus predecesores
Las prendas soberanas;
»Heredando á los Sanchos
La fortaleza brava,
Valor á los Alfonsos,
A los Jaimes constancias;
»Copia de los Fernandos
Que la virtud proclama,
Pelayos, Recaredos,
Hermenegildos, Wambas;
»Aquésta sus desvelos
Festiva le consagra
Como hija reverente,
Y fiel como vasalla.
»En su opulenta córte
Mis tiernas educandas
Consumen laboriosas
Materias de la hilaza.
»No el algodon ya guarde
Sus verdes avellanas
Para el regalo y uso
De las delicias blandas;
»Agótanle á porfía,
Y surten aplicadas
De consistentes hebras
Manufacturas patrias.
»Tanto en limpiar el lino
Los hierros se embarazan,
Que ha de aumentar Vulcano
Cíclopes á su fragua.
»Y tú, Apolo, si áun eres
Pastor de Admeto, guarda;
Que no están sus vellones
Seguros en Tesalia.
»Tan abundantes frutos
Debí á la vigilancia
De un cuerpo que celoso
Colmó mis esperanzas.
»Tiempo es de que al trabajo
Los premios se repartan,
A la virtud coronas,
Al vencimiento palmas.»
Dice; y á sus secuaces
Descubre y los señala;
Aquéste es el socorro,
Y estotra la enseñanza (1).
« Los dos, prosigue, unidos
Componen adecuada
Empresa, que al empeño
Por dos caminos llama;
»Y pues los seis primeros
Por esas cinco fajas
Corriste del Zodiaco
En carrozas de nácar;
»Tiempo es de que el proyecto
Tu Dafne transformada
Ayude, y de sus hojas
Las teja la guirnalda.
»No la aurora dilates
A mis alumnas grata;
La anhelan, y percibo
Que abrevias tus jornadas.
»Numerosa asamblea
Tendrá Madrid, y cuantas
Clases su estado forman
Verás allí alistadas.
»Unense en su provecho
Las letras y las armas;
Por eso soy Minerva,
Y al mismo tiempo Pálas.
»Nobleza, ministerio,
Clero, grandeza, tanta
Presencia respetable
Su triunfo y mio ensalza.
»Envia sus auxilios (2)
La que admiraron franca
Ya otras veces, de Iberia
La principal tiara;
»Por cuyo celo encubro
Junto á su silla sacra
Mis ciencias y mis hilos
En museo y alcázar.
»Ya del comun alivio
Que la piedad entabla
Se goza la ternura,
Y áun me parece saca
»Del director heroico (3),
Del rostro á las ventanas,
En lágrimas alegres,
Piedades encerradas.
»Influjos son de Cárlos,
De sus vasallos alma
Benéfica, que á todos,
Aun más que impera, arrastra.
»Aquella ilustre villa
Lo ve, conoce, alaba,
Por su jefe y vocales
Allí representada.
»¡Oh, si yo el digno elogio
De Cárlos presentára!
Mi voz, aunque divina,
No á tal empeño alcanza.
»¡Oh mil veces felices
Españoles! descansa
La mole de ese reino
En hombros del monarca.
»Las fuerzas de este Atlante
Os sostienen; él manda
Que un Hércules alivie
Dificultosas cargas.
»Y no tan sabio fuera
Si en la eleccion dudára;
Testigo Europa toda
Que Cárlos no se engaña.
»Columna de su estado,
Archivo de sus gracias,
Vara de su justicia,
De sus imperios baza;
»Aquel que, de su augusta
Vida importante guarda,
Le brinda vigilante
Las horas sosegadas;
»Y vuelto á la tarea,
Su ánimo real explaya,
Iris de paz, que siempre
Serena las borrascas;
»Aquel en quien consuelo
Los desvalidos hallan,
Y á todos accesible,
Las voluntades capta.
»Por señas, que á ocasiones
(No, Dios, lo imagináras),
Mártir le vi en obsequio
De la paciencia santa;
»Ministro consumado,
Cuya conducta sábia
Hacer el mejor uso
Sabe de su privanza;
»A un tiempo generoso (4),
Sus dádivas derrama
Y en movimiento pone
Al brazo que le exalta.
»Del bello sexo aquella
Porcion más elevada,
Envidia de las diosas
De las mansiones altas,
»Contribuye del mismo
Espíritu animada,
Y hace brillar sus luces
En peculiares actas.
»La paz en ellas reina;
Yo misma, á sus instancias,
Las dí de mis olivos
Las más frondosas ramas,
»La paz reina, aunque griten
Historias mercenarias,
Insulsas fabulillas,
Que al bajo pueblo agradan.
»Yerros de autor (5), en cuyas
Anécdotas extrañas,

(1) La empresa de la Sociedad comprende este lema : *Socorre enseñando.*

(2) El excelentísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, individuo de la Sociedad, la dirigió en este dia la cantidad de 1,000 reales para que se repartiesen entre las discípulas.

(3) El excelentísimo señor Marqués de Castrillo, segundo director, que presidió la Junta.

(4) El excelentísimo señor Conde de Floridablanca, primer secretario de Estado, individuo de la Sociedad, la remitió este dia 3,000 reales para que se repartiesen entre las discípulas.

(5) Monsieur Linguet, en sus *Anales literarios y políticos*, afirma falsamente que en la tercera junta que celebraron las señoras fue tanta la desunion, que no pudieron entenderse.

De ligereza sobra
Lo que de exámen falta.
»Era... No más; ¿qué mucho?
¿De España se trataba?
La verdad se oscurezca,
Profánense sus aras.
»Temor fué de, si hacia
Justicia más á España,
Que su nombre de un vasto
Catálogo borrárán.
»Tal impostura aquellas
Matronas ilustradas
Magnánimas perdonan
Con muda tolerancia;
»Así dan al extraño
(¡Oh, siempre aprovecháran!)
De bondad española
Lecciones sus entrañas.
»Yo en este mismo punto
Me siento transportada;
Yo las veo, ni ansiosa
Me canso de mirarlas;
»Yo las veo en el dia
Feliz que mis laureadas
Jóvenes, que ellas premian,
El vencimiento cantan.
»Yo juzgo que las digo:
—Gozaos, grandes almas,
En ver aquesos frutos
Y oir sus alabanzas.
»Bellas damas, en quienes
La Sociedad, ufana,
Cifra sus glorias, y hace
Alarde de cifrarla;
»Protesto que si al circo
Páris de juez entrára,
Arbitro de la antigua
Contienda decantada,
»Pospuestas las deidades,
Os diera la manzana;
Segunda vez (no importa)
Me doy por desairada.
»La hija de las espumas
Os la cede; tomadla;
Sus cascos de oro entre esas
Alumnas se deshagan.
»Ni ya de sus tres socias
Pondere la elegancia;
Ni la union exagere,
Ni el beneficio aplauda.
»Prendas son, que en vosotras
Se ven recopiladas
Mejor que en Eufrosine,
En Talía y Aglaya.
»¡Oh eficaz atractivo!
Si así á las diosas tratas,
¿Qué harás con los mortales
Aquesta tarde? Basta.
»Sus gracias, sus talentos,
Su virtud sobrehumana
Os hechizan, oh socios;
Distinguidlas, amadlas.
»Depositad sin miedo,
Aunque las veis bizarras,
En sus manos el timbre
Que os da renombre y fama.
»Aquel de los estados
Móvil, que los realza,
La justa economía,
De la opulencia escala,
»Su industria, su gobierno,
Su norma moderada
Al reino harán justicia,
Mostrando sus ventajas.
»El sexo siempre ha sido
Capaz de administrarla;
No á un dios, sino á una diosa,
Dió Jove su balanza.
»De las demas espejos,
Yo fio que estas damas,
No tan sólo la quieren,
La quieren por su casa.
»Volverán, si conviene,
A Inglaterra sus randas,
A la Francia sus telas,
Sus flores á la Italia.
»Veréis que, dando ejemplo,
No ménos os encantan
Que bien prendidas, cuando
De desprenderse tratan.
»Veréis... Pero ¿qué digo?
¿Qué ideas me arrebatan?
Apolo, Apolo, atiende;
Que empieza mi desgracia.
»¿Ves todo el aparato
Que te he pintado? ¿Aguardas
Que una funcion completa
Dé yo á Madrid? Te engañas.
»Tu hija, aquella hija
Que más que á Clicie amas,
Más que á Climene sigues,
Más que á Jacinto halagas,
»La dulce poesía,
No suena ya en mis aulas;
Abrir no quiere en ellas
Sus labios de escarlata.
»Estos en mis mejillas
Sus ósculos no estampan;
Ingrata desertora,
Me ha vuelto las espaldas.»
Iba á seguir. Entónces
Erato, que escuchaba
Detras de unos alisos,
Al pié de una montaña,
Como, por sus donaires,
Entre las nueve hermanas,
Del presidente Delio
Más consentida estaba,
Interrumpió á Minerva
Y dijo: «Yo actuada
Estoy de esos sucesos;
Sé tu empresa, y no es ardua.
»La Sociedad la aprecia,
Y al Buen Gusto, fantasma
Que anda conmigo y temo,
Acoge en su morada.
»Las damas, que en el mundo
(Lo sé desde mi infancia)
Hicieron más poetas
Que el númen á quien hablas;
»La memoria, mi madre,
Me acuerda que anhelaban
Sus ecos, que hasta ahora
No oyeron en su estancia.
»Volverá si empeñados
Partimos en buscarla,
Pues fué un acaso sólo
De su retiro causa.
»Más dulce es el cariño
Despues de ausencia amarga,
Tras los nublados Febo
Muestra su luz más clara.
»Yo, más veloz que el rayo,
Los horizontes vaga,
Si con tu fuego, oh númen,
Me agitas y me inflamas,
»Volaré hasta rendirme,
Porque logren mis ánsias
Evaporarse en humos
O enardecerse en ascuas.
»Penetremos, tomando
Veredas separadas,
El cielo estrella á estrella,
La tierra planta á planta.
»Tú deberás, Apolo,
Encaminarte á Arcadia;
Pregunta á sus pastores,
Registra sus cabañas.
»Y si allí de su avena
No oyeres consonancias,
De Júpiter al trono
Gira por sendas lácteas.
»Entonará sus himnos
Quizá, miéntras dorada
Copa de Ganimédes
Con néctar le embriaga.
»Tú en Selim, Pálas fiera,
Puedes blandir el asta,
Por si al ruido la abortan
Las márgenes del Sava;
»Donde acaso al impulso
De su trompa prepara
Sublimes epopeyas
A los héroes del Austria.
»Yo por la tierra toda
Recorreré las danzas,
Con que el trabajo alivian
Sencillas aldeanas;
»Por si entre ellas, ceñida
De sándalo y albahacas,
Levanta la cabeza
Al són de mis sonajas.»
Llegaba aquí la musa,
Cuando á breve distancia
Vieron á la Poesía
Cruzar unas cañadas.
Mutuos se felicitan;
Pero ella, que en la vana
Deidad de los hilados
La atenta vista clava,
Y cumplido el semestre,
Sus premisas repasa,
Sospecha, teme, corre,
La siguen y la llaman.
No el zueco, no el coturno,
Su pié divino calza;
Desnudo le lastiman
Las peñas y las zarzas.
Pobre, triste, aburrida,
Llorando sus desgracias,
Detesta los bullicios,
La soledad abraza.
Sin aliño, el desórden
Su belleza engalana
De una madeja de oro,
Que libre al aire daba.
De ella pretendió asirla
Minerva, y á quitarla
La accion acudió pronta
La piéride sagrada.
«No á la Poesía, dijo,
De los cabellos traigas;
Temo al Buen Gusto, y á éste
No hay cosa más contraria.»
De padre revestido,
Grita Apolo, la pára,
La acaricia y persuade
A que al Congreso vaya.
Mas ella, matizando,
Vergonzosa, cansada,
La nieve de su rostro
Con ráfagas de grana,
Torciendo de ambas manos
El alabastro, tarda
La voz, torpe el aliento,
Y en lágrimas bañada,
«¿Hasta cuándo, prorumpe,
Durará la edad larga,
Oh padre, en que los hombres
Inconstantes me agravian?
»Pasan siglos, mortales
Generaciones pasan;
Ya me hunden al abismo,
Ya al cielo me levantan.
»Me quieren, me aborrecen;
Me execran, me idolatran;
Cadáver me sepultan,
Fénix me hacen renazca.
»¡Ah! ¡Si del mar inquieto
Mi suerte, en que naufraga,
Salir pudiese asida
De bienhechora tabla!
»La Sociedad, que ha sido
Desde su luz temprana
Imán de mis delicias,
Delicias de Castalia;

»La Sociedad de Amigos
(No ya lo son) recata
De mí los agasajos,
Me olvida y desampara.
»¿Y de rubor cubierta,
Que á importunarlos parta
Mandas, oh dios? ¿Mis duelos
Hoy que renueve mandas?—
»No, Apolo encapotado,
No insistas, temeraria,
Repone, en excusarte;
Oye, obedece y calla.
»Parte, fatiga el viento,
Recobra sin tardanza
La lira, y aquel dia,
A quien elijas, dala.—
»Risueña satisface!
Tal libertad me adapta;
No falto á tu obediencia
Y logro mi venganza.
»Con ella á Madrid parto;
Pondréla destemplada,
Y en manos que, inexpertas,
No sepan manejarla.»

HIMNODIA, ó FASTOS DEL CRISTIANISMO.

PRÓLOGO DEL AUTOR, EN LA EDICION DE 1792.

No hay lectura que la piedad de los fieles tenga más á mano que la de los santorales, martirologios, *Flos-sanctorum* y otros catálogos de las vidas de los bienaventurados y de las fiestas de la Iglesia; sin embargo, esta considerable multitud de libros histórico-devotos no llena, por lo general, la piadosa curiosidad de las gentes: apetecerian un libro que por menor les hablase de los santos que leen en el calendario vulgar, el cual suele ser el norte para la imposicion de nombres en el bautismo; pero esto no se halla: los martirologios son incompletos, lacónicos y no comprehensivos de los santos modernos, que por lo comun se llevan tras sí la devocion; los restantes libros manuales, ó no llenan todos los dias del año, ó los ocupan con los santos nacionales y de particular fiesta ó rezo en el país en donde están escritos.

Un *Año sagrado ó cristiano*, en que se refiriesen las vidas de los santos conforme los coloca el calendario del arzobispado de Toledo, sería muy apreciable, principalmente para dicha diócesi y alguna otra que no le tiene distinto y peculiar, y despues para las restantes del reino, que en la mayor parte le siguen; mas no sería pequeño el trabajo del autor, que se veria obligado á desentrañar unas escasísimas verdades de los oscuros calabozos de la antigüedad, en donde yace sepultada la memoria de muchos invictos héroes de la religion, que nos anuncia; difícilmente podria en algunos adelantar las noticias fidedignas más allá de la simple cualidad de mártires, confesores ó vírgenes; inciertos en la patria, en el género y lugar de su muerte, natural ó violenta; apénas podrian otros ocupar el espacio de cuatro líneas.

Opinando yo de esta conformidad, me ocurrió, en el año de 1788, presentar al público un trabajo útil y deleitable á várias de las clases de gentes que le componen, reducido á unas odas encomiásticas sobre las principales circunstancias de los misterios de nuestra santa fe, virtudes y sucesos más notables de las vidas de los santos, por el órden de las festividades del año, con arreglo al referido almanak ó calendario vulgar que rige principalmente en el país entónces de mi residencia, que era la insinuada diócesi toledana; en cuyo campo poético pudiese la fantasía llenar con sus ideas ó imágenes los vacíos que por las razones expresadas habia de dejar forzosamente el historiador.

Púselo en ejecucion, proponiéndome formar una completísima himnodia, esto es, que no sólo abrazase todos los dias del año con sus fiestas fijas, sí tambien las dominicas, ferias y demas festividades movibles, conformándome con el dicho calendario hasta en el modo material de anunciar los santos, ménos en los casos en que sus anuncios contuviesen error en lo substancial ó accidental; trabajé é imprimí los elogios de los santos de fiesta fija en los meses de Enero, Febrero y Marzo; lograron una singular estimacion de los inteligentes, y aunque mis ocupaciones no me permitieron por entónces la continuacion del proyecto, no estoy remoto de ella en medio de las que han sobrevenido; pero como, áun en el caso de que éste no llegue, no creo desdoren la coleccion de mis obras de humanidad unos elogios breves de los santos ocurrentes en dicho trimestre, he deliberado formar con ellos el tomo tercero de la coleccion referida.

Me lisonjeo de que los críticos juiciosos (que es lo mismo que los verdaderos críticos) no tropezarán en algunas noticias particulares, con especialidad en materia de milagros, que puedan tener reparo de admitir, pues no ignoran la distancia que media entre la historia y la poesía. Es cierto que siendo histórica y sagrada la poesía de esta himnodia, se la ha de cercenar la amplitud poética de referir las cosas como pudieron suceder; pero tambien es verdad que como poeta

no deberé sufrir la rígida crítica, que deberia evitar como mero historiador; es decir que, sentados ambos principios, ni he de referir suceso que no esté apoyado en autoridad no vulgar, ni tampoco he de estrecharme en los rigorosos límites de los que se tengan en cierto modo por inconcusos ó que no hayan padecido contradicion alguna. De igual modo procederé con lo que nos hayan dejado cuestionable las divinas letras, en que tambien seré poeta, no expositor, atenido á la sentencia de algunos santos padres; y prescindiendo de la existencia ó no existencia de opinion contraria, abrazaré la que más se preste á la poesía y esté más recibida al mismo tiempo del comun de las gentes. Éstos fueron mis propósitos, y tales son mis designios de exponer á los lectores esta útil y dulce tarea.

DIA 1.º DE ENERO.

La Circuncision del Señor.

El niño Dios, que apénas
En un humilde establo
Oculta lo divino
Con señas mil de humano;
Pasadas ocho auroras
De su horóscopo sacro,
Allí las leyes cumple
Que él mismo ha promulgado.
Amor, que obligó al Padre
Su Unigénito á darnos,
Del profano destruye
Aljaba, flechas y arco.
De un penetrante filo
El Hijo mismo es blanco,
Para cargarse amante
Las culpas del amado.
El Señor en sí lleva
El hierro del esclavo,
De pecador la marca
El Santo de los santos.
De humillacion misterio,
De obediencia dechado,
Timbre con que autoriza
La religion sus actos.
Precepto doloroso,
Tristísimo presagio
Del duro sacrificio
Que al orbe dará espanto.
Su sangre purifica
La tierra, que ha regado,
Conduciendo la rastra
Del portal al Calvario.
De Jesus, si es posible,
El cáliz pase amargo,
Que sudar le hará sangre,
De sólo imaginarlo.
No su coral derramen
Ministros sanguinarios,
Que se deslice en rios
O se detenga en lagos.
Anas, Caifas, vosotros,
Del pueblo los ancianos,
Atajad á la envidia
Sus asombrosos pasos.
No el azote desgarre
Su cuerpo sacrosanto,
Ni esté el punzante espino
Sus sienes taladrando.
Y tú, que has conocido
Su inocencia, oh Pilato,
No en la injusticia incurras
De condenar sin fallo.
Indómitos plebeyos,
Su sangre derramando,
De vos y vuestros hijos
No la pongais á cargo.
Ni á vergonzoso leño
Afirmen piés y manos,
Aunque se denominen
Dulces despues los clavos.
Ni bárbaro designio
De intrépido soldado
Con lanza cruel el pecho
Traspase temerario,
Infames deicidas,
Tened el impio brazo;
¿Para qué tan copiosos
Arroyos desatados?
Basta porcion pequeña,
Herido el cútis blando;
Basta la que ha vertido
Jesus circuncidado;
Que es infinito el precio,
Y de todos sus daños
Puede una gota sola
Hacer al mundo salvo.

DIA 2 DE ENERO.

San Isidoro, obispo y mártir.

Antioquía soberbia,
Que con orgullo activo
Desdeñas los emporios
Del oriental distrito;
No tanto te envanezca
Con timbres adquiridos
Tu fundador Seleuco,
Primer monarca siro;
Ni tantos sucesores,
Que con igual designio
Te hicieron á porfía
De toda el Asia hechizo:
Ni haber de las naciones
En todos tiempos sido
Apetecido objeto,
Que á Marte velar hizo.
Vuelve á un pastor los ojos,
Que en tus amenos sitios
No duerme del Oróntes
Al plácido rüido.
Resuenan en la orilla
Sus amorosos silbos;
Las náyades le admiran
Velar sobre su aprisco;
Y va de sus bocinas,
Por cauces retorcidos,
La voz á las nereidas
Del ancho mar vecino.
De ovejas perseguidas
Recela el precipicio,
Si acaso se dispersan,
Siendo el pastor herido.
Cundiendo la ponzoña,
Procúralas, benigno,
Los pastos saludables
Y manantiales limpios.
Isidoro, cumpliendo
Su pastoral oficio,
No deja á la zizaña
Mezclarse con el trigo.
Combate, iluminado
De espíritu divino,
Los dogmas pestilentes
Del pérfido arrianismo.
Predica que existiendo
El Verbo en el principio,
Y en Dios el Verbo estando,
Dios era el Verbo mismo.
El reino tenebroso
Estalla, y á bramidos
Excita á sus parciales
El príncipe maligno.
Horrendas se desatan
Las furias del abismo,
Y dirigen al héroe
Católico sus tiros.
Inflaman en venganzas,
Con un teson contínuo,
De los heterodoxos
El pecho encruelecido.
Levanta sediciosa
Infame secta el grito,
Mas no el valor contrasta
De un corazon invicto.
Y desde el cielo el Padre,
Que al defensor ha oido
De la naturaleza
Consustancial del Hijo,
«No haya más: de trabajos
Basta, Isidoro, dijo;
El premio, que ganaste,
Vén á gozar conmigo.»
La bárbara herejía,
Gozosa del permiso,
Atropella al sagrado
Bravo campeon de Cristo.
Y al antioqueno suelo
Dejando enrojecido,
En sus manos coloca
La palma del martirio.
Aunque la tierra llore,
Piadoso el cielo, quiso
Que el que en ellas las glorias
De un hombre Dios ha escrito,
En ella, en cuanto hombre,
Siguiendo sus vestigios,
Vierta la sangre á manos
De agresores inicuos;
Y en él, *Santo*, le aclame,
Dios *Sabaoth* con himnos,
Santo, Santo, por todos
Los siglos de los siglos.

DIA 3 DE ENERO.

San Antero, papa y mártir.

Anteros, esperanzas
De Rómulo, su padre,
Delicias de la Grecia,
De Italia honor brillante,
Vida inocente vive,
Ofrécese delante
De los divinos ojos
En carne mortal ángel.
Con Dios son sus coloquios,
Sus ruegos y sus ayes,
Ya en interior retiro,
Ya al pié de los altares.
Sus lágrimas le fueron
De dia y noche panes,
En busca de su amado,
Ansioso de gozarle.
Desterrado hijo de Eva,
De ellas al triste valle,
Su planta huye las flores
Donde se oculta el áspid,

No huella sus caminos
De perdicion, y parte
Por estrechos, que guian
A vida perdurable.
Por estas rectas vias
Al justo el Señor trae,
Y así de Dios el reino
Se digna demostrarle.
A Anteros este tiempo
Se acercaba; mas ántes
Quiso el Señor viniesen
A su poder las llaves.
En la romana sede
Le sienta el Inefable,
Para que en breve de ella
Al cielo se levante.
Por muerte de Ponciano
Le fia el gobernalle,
En tiempos borrascosos,
De la angustiada nave.
Epoca, aunque terrible,
En que eran importantes
Deshechos torbellinos
Y negras tempestades.
La Providencia quiso
Con sellos de corales,
Del Testamento Nuevo
Testimoniar verdades.
De la efusion heroica
Anteros va á la parte,
Y este glorioso efecto
De aquella causa nace;
Pues redoblando esfuerzos,
Mandó formalizasen
Los notarios las actas
De aquellos capitanes.
Dejando un monumento
Eterno á las edades,
Dispuso que en la iglesia
De oculto se archivasen.
Ya de Dios los designios
Están cumplidos, baste;
Deja la silla, y á otra
Asciende, en que le alabes.
Sube; Fabian, espera;
Di al cielo no dilate
Que sobre su cabeza
Blanca paloma baje.
Piadosas colecciones,
Que de martirios hace,
De Máximo, prefecto,
Despiertan el coraje.
Rinde al cuchillo Antero
Su espíritu; ea, honradle;
Ya el colector, cristianos,
De mártires es mártir.
Su historia, á la cabeza
De esos legajos guarden
Los archivos; no en serie
De tiempos se repare.
¿Qué hariais si la tierra
Papel, si pluma el aire,
Si tinta de Petelia
Fuesen sus patrios mares?
Decid, y de sus venas
Con el licor se estampe,
Que por coger la ajena,
Vertió su propia sangre.

DIA 4 DE ENERO.

San Aquilino y compañeros mártires.

Grecia, que siete sabios
Levantas á los cielos,
E intentas de su fama
Llenar al universo;
De elogiar deja á Bías,
Aunque diga, saliendo
De Priena: *Mis haberes*
Todos conmigo llevo.
A Cleóbulo olvida,
Que de hacer bien un tiempo
A amigos y á enemigos
Te daba los consejos.
De Periandro borra,
Parto de su talento,
Políticas infames,
Que adopta Maquiavelo.
No á Pitaco pregones,
Claro blason de Lésbos,
Renunciando la régia
Corona de su premio.
Ni á Chilon, que difícil
Creyó guardar secreto,
Callar sufriendo injurias,
Y emplear con fruto el tiempo.
Ni á Solon engrandezcas,
Aquel que dijo á Creso:
Miéntras vive, á ninguno
Llamar dichoso puedo.
Ni á Tales, que en la fosa
Se precipita ciego,
Por contemplar las altas
Luces del firmamento.
Tu ciencia, la del mundo
Cubran oscuros velos;
Esos sabios delante
De la Deidad son necios.
Ya la tórrida zona
Emula tus progresos;
De ciencia de los santos
Te opone siete ejemplos.
Aquilino, Marciano,
Gémino, Quinto, Eugento,
Teodoto y Trifon vienen
Del africano suelo.
Huyen la tierra, y llevan
Al alcázar eterno
Todo el haber, consigo,
De sus merecimientos.
Por los justos viadores
A Dios, y áun por aquellos,
Piden allí, que en vida
Sus homicidas fueron.
El infalible Númen
Los vió desde su asiento
Guardar la fe y palabra
Que acá le prometieron.
La pompa renunciando
Del mundo pasajero,
Diadema inmarcesible
Reciben de su dueño.
Juntando la prudencia
Al varonil esfuerzo,
A su tiempo observaron
Las leyes del silencio.
Así se inmortalizan,
Oprobrios mil sufriendo,
Y haciendo provechosos
Los últimos momentos.
Así se constituyen
Dichosos verdaderos
Los que ántes de su muerte
Jamas pudieron serlo.
De dar en sima eterna
Se hallaron más exentos,
Cuanto más las alturas
Tuvieron por objeto.
A ellas suben formando
Escala de sus cuerpos,
En que sus iras ceban
Los vándalos sangrientos.
Los sabios, que á su patria
Tan ilustrada hicieron,
Las siete maravillas
Sean del orbe griego.
Los santos, que llenaron
De luz al mundo entero,
Serán las siete estrellas,
De Pátmos sacramento.

DIA 5 DE ENERO.

San Telesforo, papa y mártir.

Jesus del cristalino
Jordan en las riberas
Halla á Juan, que en su nombre
Predica penitencia;
Y con asombro hendida
La celestial esfera,
Retumba en el desierto
La voz de Dios tremenda.
Tú eres, en alto tono
De majestad expresa,
Mi hijo amado; en tí, añade,
Tuve mi complacencia.
Este acento del Padre
Contaba un siglo apénas,
Cuando la voz del Hijo
Los desiertos penetra.
Venerable habitante
De aquellas asperezas,
Siguió del grande Elias
Telesforo las sendas.
Su corazon parece
Que á percibir se apresta:
Tú eres vicario mio;
Da pasto á mis ovejas.
Del alto Paracleto
La inspiracion ordena
Que al sumo sacerdocio
Por su virtud ascienda.
Al punto que al precepto
Prestando la obediencia,
De todos los creyentes
Se pone á la cabeza,
Espíritu le inflama
Del celador profeta,
Y contra los impíos
Alza la espada mesma.
Valentino, que en Cristo
La carne humana niega,
Soñándole formado
De cierta masa etérea;
Marcion, que le propone
Desnudo de materia,
Y solamente cuerpo
Fantástico le presta;
Ejercitan del Santo
La noble resistencia,
Impenetrable á tantas
Envenenadas flechas.
En medio de los mares,
Encanecida piedra,
No teme que las olas
Hinchadas se embravezcan.
Y miéntras el Carmelo,
Que con su sangre riega,
Corresponde al fecundo
Cultivo de su diestra;
En tanto que futuras
Extiende ramas bellas
De Albertos á Sicilia,
Simones á Inglaterra;
De Angeles y Marías,
Eufrasias, Efigenias,
De Andreses, Anastasios,
De Juanes y Teresas;
Infatigable rige
La universal Iglesia,
Defiende su rebaño,
Le junta y apacienta.
Al santo sacrificio
Que acompañen decreta
Del angélico canto
Dulcísimas cadencias;
Que el pueblo, al ser testigo
De inmaculada ofrenda,
Oiga en el evangelio
La voz de la ley nueva.
Restaura el relajado
Ayuno de Cuaresma,
Con que el vicio comprime

Y el corazon eleva.
Así difunde á todos
Ventajas que en sí observa:
Pontífice establece,
Y ayuna anacoreta.

DIA 6 DE ENERO.

La adoracion de los santos Reyes.

El alto Rey de reyes,
Que á una choza pajiza
Desciende, sin dejarla,
Desde su eterna silla;
Aquel en cuyas manos
El corazon estriba
De los grandes monarcas,
Que exaltan ellas mismas;
Por quien los reyes reinan,
Los príncipes dominan
Y los legisladores
Decretan su justicia;
El que de astros brillantes,
Que los tiempos dividan,
Enriqueció los cielos,
Del mundo al cuarto dia;
Criando nueva estrella,
A Oriente la destina,
Porque á sus reyes sabios
Conduzca la noticia.
A un tiempo, misteriosa,
De luz les sirve y guía,
Saliendo de la córte
Del fiero Ascalonita.
Envuelto hallan en pobres
Pañales y mantillas
Al que no cabe en cuanto
Su Omnipotencia cria.
Póstranse, y en sus dones
Conocerle acreditan
Por Rey, por Dios, por Hombre,
Con oro, incienso y mirra.
Si Salomon un tiempo,
Su heroica fama oida,
Viajar hizo á la Reina
Del Austro muchas millas;
Aquí mayor prodigio
Que el monarca israelita
Encuentran tres monarcas,
Que verle solicitan.
Por ver á Dios, ¿qué mucho
Los hombres se aperciban
A hollar tierras y mares,
Sin perdonar fatiga,
Si Dios por ver al hombre,
Sin verle, cual le via,
Esclavo vil á causa
De original reliquia,
Con la que nos escucha
Velocidad propicia,
Espacios asombrosos
Mide, penetra y gira?
Vedle cómo desciende
De su mansion empírea,
Donde oye del trisagio
Eternas melodías.
Vuela, y el primer móvil
Pasa, cuya continua
Revolucion esferas
Inferiores agita.
Del alto firmamento
Corre las sendas fijas;
Deja á Saturno y Jove,
A Marte y al Sol pisa.
De Vénus y Mercurio
Los orbes peregrina,
Y el de la blanca Luna,
Que en alta noche brilla.
Regiones sublunares
Corta con igual prisa,
Y en Belen á la tierra,
Que fabricó, visita.
Sus cálculos ajuste
La sábia geometría;
Mida, pues, las distancias
Del cielo á Palestina.
No voy á engrandeceros
Con inspeccion prolija
Derrota que no excede
Los términos de un *fiat*.
Por redimir al hombre,
De Dios á hombre camina;
¡Ved ahora si ha vencido
Distancias infinitas!

DIA 7 DE ENERO.

San Julian, mártir.

¿Es ilusion, ó escucho
Del cielo dulce canto,
Que entonan placenteros
Aquellos cortesanos?
¿Es fantasía, ó suena
Del mundo en el teatro
Fúnebre voz, que al aire
Llena de horror y espanto?
Tales las impresiones
Son, que por modos varios
Motivan, cuando mueren,
Julian y Domiciano.
Julian, que de la Iglesia
En los primeros años
Llegó á ser en España
Dignísimo prelado;
A cuya vista olvidan
Los nobles carpetanos
Al hijo valeroso
De la adivina Manto;
Al nieto de Tiresias,
Famoso rey tebano,
Ciego al punto que mira
A Pálas en el baño.
Pues si á Bianor debieron
Los memorables carros,
De que tomaron nombre
Sus anchurosos campos;
Los pone en mejor ruta
Lucio Magno Juliano,
De la virtud subiendo
Los ásperos collados.
Juliano, que, de Pedro
Discípulo esforzado,
Es voz en Carpetania
Del Evangelio sacro,
Se ve por un decreto
Del César desterrado,
Venerado por otro
Del cielo soberano.
Domiciano, que en pluma
Del grande Tertuliano,
Porcion, por sus crueldades,
Fué de Neron malvado,
El mal de su profunda
Ceguera inveterado,
De celestial doctrina
Sufrir no puede el rayo.
Julian del Papa y César
Toca afectos contrarios:
A sí le allega el bueno,
De sí le aparta el malo;
Discípulo y maestro,
Obispo y papa, á entrambos
Separan de su vista
Neron y su sectario.
Julian con el martirio
Consuma sus trabajos;
Ayes Toledo exhala,
Castilla vierte llantos,
Arrastra España lutos,
La Iglesia ensalza el lauro,
Le cantan los celestes
Espíritus alados.
El sucesor de Tito,
E hijo de Véspasiano,
De Estéban fué despojo
Y de Domicia estrago;
Y cuando en Roma el César
Muere al furor del hado,
Apolonio publica
En Efeso el fracaso.
Grita, no sin asombro
Y admiracion de cuantos
Le oyen, que ya está el fiero
Tirano asesinado.
Se libra de opresora
Tirana tierra un santo,
Y la tierra oprimida
Se libra de un tirano.

DIA 8 DE ENERO.

San Luciano y compañeros, mártires.

Celoso el soberano
Pontífice Clemente
De que la fe por todo
El orbe se extendiese;
Consagrando á Luciano
Pastor belovacense,
A conquistar le envia
Tan belicosa gente.
No, aunque á vista de Parma
Idólatras le prenden,
Su expedicion impiden,
Librado por los fieles.
En Arlés, á despecho
De obstáculos, que vence,
Sobre la faz undosa
Del Ródano aparece.
Pasa á Beauvais, destino
Que el cielo le previene,
Donde de su doctrina
La cátedra establece.
Comienza revocando
A eterna vida infieles,
Que á la sazon dormian
En brazos de la muerte.
Detéstanse, á su esfuerzo
(De Dios prodigio es éste),
Confesados errores
De treinta mil franceses.
No las palabras sólo
Del Santo los convierten,
Aunque el cielo extremada
Facundia le concede;
Su ejemplo les predica,
Sus obras le engrandecen,
Su paciencia, su ayuno,
Su vida penitente,
Aquel amable trato
Y aquel semblante alegre,
Aquel lanzar demonios,
Aquel curar las fiebres.
Diácono Juliano,
Y Maximiano preste,
Por él al cielo suben,
Ceñidos de laureles.
¡Quién su abstinencia suma
Bien elogiar pudiese,
Franqueándose al agua
Y yerbas solamente!
Sustentado en Cuaresma
Del celestial banquete,
Observa á la semana
Sólo comer dos veces.
Antor, Jario y Latino,
Tres enemigos crueles,
Arriban con encargo
De que á Luciano arresten.
A un monte, que domina
Del rio las corrientes,
Suben, en donde encuentran
Sin resistencia al héroe.
La cabeza, inhumanos,
Del cuello le desprenden,

Que presenta gustoso
Con ánimo valiente.
Exánime se erige,
Con sus manos la aprehende,
Y con ella al sepulcro
Va, que elegido tiene.
Que á la muerte resiste
El cuerpo así, parece,
No obstante que ya el alma
En vida está perenne.
Hombre que se alimenta
Con el manjar celeste,
En símbolos, no es mucho,
De eternidad se exprese.
Pues Cristo, oyendo dudas
De la nacion rebelde,
Dijo: *El que este Pan come*
Vivirá eternamente.

DIA 9 DE ENERO.

San Julian y santa Basilisa, mártires.

Anastasio, despierta
Del mortal sueño; mira
Que Julian te ha llamado,
Julian te resucita.
Preven admiraciones,
Que te serán continuas,
Para la vida nueva
Que tienes concedida.
Verás cómo en tan graves
Trabajos y fatigas
Le acompaña su esposa,
La vírgen Basilisa,
A la que madre tantas
Vírgenes apellidan,
Cuando padre á su esposo
Monjes diez mil en Siria;
Porque de monasterios,
Con sus herencias ricas,
Ambos los municipios
Poblaron de Antioquía.
Verás cómo á él se acogen
De la ley perseguida
Los sacerdotes, que huyen
De las paganas iras.
Aprehenden grande tropa,
De que Julian es guía,
Y del juez á la audiencia
Él solo se destina.
Consúmense los otros
Con el fuego que aplican,
Por órden del caudillo,
A la mansion que habitan;
Donde angélicos coros
Su muerte solemnizan,
A tercia, sexta y nona,
Y á la hora vespertina.
Verás cómo del héroe
Las carnes se lastiman
Con varas, que crueles
Su constancia ejercitan.
Uno de los ministros,
Que con Marciano priva,
De un ojo entónces siente
La falta repentina.
Ora Julian, y al punto
Cobra la luz perdida;
Conviértese, y Marciano
Allí le martiriza.
Verás que por las calles
De la ciudad camina
Aherrojado, y su causa
Necio pregon publica.
Llega á la escuela, en donde
De Celso la puericia,
Hijo del presidente
Marciano, se adoctrina;
Ve el niño que á su lado
Blanco escuadron se alista;
Que á sus sienes corona
Brillante pedrería.
Inspirado, los libros
De sus maestros tira,
Presuroso á las plantas
De Julian se humilla.
Verás á casi toda
La ciudad conmovida
Correr, y entre el gentío
Marciano y Marcionila.
Marcionila, de Celso
Madre, que sus caricias,
Para apartar del Santo
A su hijo, inutiliza;
Y cuando voluntaria
Entra en la cárcel misma
Por convencerle, queda
De Celso convencida.
Verás, entrando al templo
Julian, que se aniquilan
Quinientos simulacros
En pálidas cenizas.
Siete hermanos y veinte
Soldados le visitan;
Los primeros al fuego,
Y éstos al hierro espiran.
Marcionila el ecúleo
Vence; la saña impía
Del afilado acero
Celso y Julian dominan.
Verás cómo los ojos
A tí y á Antonio quitan;
¿Qué verás, Anastasio,
Faltándote la vista?
Tú, que de vana creencia
Siguiendo las mentiras,
En la vida primera
Aun más ciego vivias,
Por Julian, que piadoso
Te llama á eternas dichas,
Viendo segunda muerte,
Verás tercera vida.

DIA 10 DE ENERO.

San Gonzalo de Amarante.

No hay que dudar; de un puente
La construccion, que entabla
Gonzalo en Amarante,
Del Támaga á las aguas,
Virtudes y milagros
A la silla romana
Tantos expondrá, y tales,
Que sobren á su causa.
No para la piadosa
Empresa han de hacer falta,
De su vida y su muerte
Más singulares actas.
Ejercite en buen hora
Su invicta tolerancia
La soberbia, el despecho
Del hijo de su hermana;
Aquel á quien el Santo
De su abadía encarga
El cuidado, en el viaje
Que hace á la tierra santa;
Vicario disoluto,
Que, infiel á su crianza,
Aquello que es del pobre
Da al lujo, al juego y caza;
Abad por la supuesta
(Con letras que suplanta)
Muerte de quien le busca
Incógnito en su casa,
Y peregrino pide
Limosna, que no alcanza.
Cuando el abad profano
De manjares se sacia;
E instando el pobre, hostiga
Los perros, que le avanzan
Y hieren, en cuyo acto
Gonzalo se declara,
Y acusando al ingrato,
Este al Santo maltrata
Con su cayado, y si osa
Descubrirse, amenaza.
Sea grande aquel portento,
Que de unas temerarias
Gentes á la grosera
Inteligencia adapta,
Pues siendo las censuras
Sólo proporcionadas
Para el alma del hombre,
Segun ley ordinaria,
Como que en lo terrestre
Sola es capaz de gracia,
Y á comunion se admite
O de ella se separa;
A ciertos libertinos,
Que semejantes armas
Burlaban de la Iglesia,
Mueve, intimida y pasma,
Cuando á unos blancos panes
Fulmina las palabras,
Y azabache aparecen
Con súbita mudanza;
Bien que, porque en su dueño
El daño no recaiga,
Agua lustral les vuelve
Su candidez primaria.
El puente es el compendio
De su mérito, basa
Su caridad, que evita
Del rio las desgracias.
Su humildad, su paciencia
Tambien con él se labran;
Sus milagros los mismos
Artífices proclaman.
El suficiente vino
Y agua perenne saca
De una piedra, en su auxilio
Herida con su vara;
Con la misma las ondas
Cubre de pesca; carga
Sobre sus hombros peñas
Con fuerzas más que humanas;
Limosna pide á un prócer
Que incomodarle traza,
Y á su esposa con breve
Cédula le despacha.
Va, y ella le despide;
Mas léese á su instancia
El papel, donde escritas
Tales razones halla:
«A ése, para su puente,
Darás limosna tanta,
Cuanto hallares que sea
El peso de esta carta.»
El cumplimiento exige
Gonzalo, y necesaria
Fué cantidad notable
Para contrapesarla.
Hubo culpa en las líneas
De aquel papel, y nada
Mejor que la limosna
Hay para la balanza.

DIA 11 DE ENERO.

San Higinio, papa y mártir.

¿Qué importa que Antonino,
A todo el mundo amable,
Con razon el renombre
De piadoso alcanzase;
Que mirase al vasallo
Con el amor de padre,
Moderado, benigno
Y á todas luces grande;
Que contra los cristianos
Los edictos infames
No sostuviese, y de ellos
La defensa tomase;

Si el imperio, engañado
De diabólico fraude,
Los creyó torpemente
Principio de sus males?
Por magos los tenía,
Sortílegos, capaces
De estremecer los polos
Y suscitar los manes;
Contrarios á sus dioses,
Y á éstos intolerables,
Que por ellos enviaban
Tantas calamidades.
Fué la causa esta vana
Opinion de tan grave
Persecucion, queriendo
La ira así aplacarles.
A la frente, en aquesta
Epoca lamentable,
El ateniense Higinio
Se pone del combate.
Sin dilacion ocupa,
Por general dictámen,
La cátedra, que deja
Telesforo vacante.
Revestido del sumo
Sacerdotal carácter,
Ciudad fué sobre monte,
Que no pudo ocultarse.
En alto candelero
Antorcha dominante,
La casa de Dios llena
De luces celestiales.
¡Cuán diferentes eran
Aquéstas, cuán distantes
Estaban del incendio
De fuegos infernales!
No Higinio de Medea
Se tema que las artes
Ejerza, ni inhumano
Sus hijos despedace;
Ni entonára espantosa
Cancion abominable,
Con que los montes tiemblen,
La luz del sol se empañe:
Ni en noche oscura, cuando
Dormido el orbe calle,
Extraerá de las yerbas
Los sucos eficaces.
Congregará á sus hijos,
Y en órden admirable
Constituirá que el clero
Por grados se separe.
En esos siete montes
Resonará incansable,
De un pastor parecida,
Su voz al silbo amante.
Con ella, y á su abrigo,
Las ovejas errantes
Desfrutarán unidas
Los pastos saludables.
Y si á un dragon horrible,
Terror de los mortales,
Adormeciere, haciendo
Inútiles sus fauces,
No será porque el monstruo
Rico tesoro guarde,
Por temor de que astutos
Robadores le asalten;
Sí por guardarle á costa
De su preciosa sangre,
Viendo al dragon astuto,
Que vela por robarle.

DIA 12 DE ENERO.

San Benito Abad, confesor.

¿Qué desercion, oh Marte,
Dios de la guerra dura,
Es con la que desmaya
Tu saña furibunda?
Un oficial sin nota
De vergonzosa fuga,
Con sus grados y honores
Tu profesion renuncia.
Del són del ronco parche
Huye, aunque no le asusta;
Burla de tus trompetas
El eco, que no escucha.
En la táctica experto,
Intrépido en la lucha,
Primero en el peligro,
Temible en la bravura,
Nortumberland ahora,
Que de Biscop la cuna
Le vió adornar de nuevos
Laureles, que la ilustran;
Oxûvin, su real córte,
Toda Bretaña junta,
Que en tan gloriosa espada
Sus esperanzas funda;
Le ve que los arreos
De Pálas se desnuda,
Y que á ellos sustituye
Monástica cogulla.
No del Estado olvida
Benito las fortunas,
Cuando al Dios verdadero
De las batallas busca.
Conmoverá su brazo,
Porque su patria arguya
Que mejor en las aras
Que en las campañas triunfa.
Y para que en los fieles,
Que á su oracion ayudan,
Más devoto, elevado
Espíritu se infunda,
En las magnificencias
Del templo santo estudia,
Como exteriores cultos
Del Dios de las alturas.
Los mármoles acopia,
Los alabastros junta,
Y de Roma excelentes
Artífices ajusta.
De Apéles los trabajos
Al temple y óleo sudan,
Y en los vidrios inventa
Históricas pinturas.
Sagrados ornamentos
De dia y noche ocupan,
En oro, plata y seda,
Lanzaderas y agujas.
Hábiles artesanos
Multiplicar no excusa,
Que las piedras engasten
Y los metales pulan.
Remedios celestiales
De Dios la casa escucha,
Allí jamas oidos,
De Orfeo en las dulzuras.
El gregoriano canto
Con religiosa industria
Al Támesis, del Tíber,
Hace que se introduzca.
Oficios, ceremonias,
Que cela, amplia, encumbra,
Todo fervor respira,
Modestia y compostura.
Así ensalzar dispone
La Majestad augusta,
Y que sus alabanzas
Más dignamente suban.
Y así en los dos Benitos,
Que hijo y padre se aunan,
Perfecciona Inglaterra
Lo que establece Nursia.

DIA 13 DE ENERO.

San Gumersindo, mártir.

Disputaban un tiempo,
Soberbios y empeñados,
El cetro de los rios
Guadalquivir y Tajo.
Llamó de Acesta el hijo
Los vientos en amparo
Del primero, que es padre
Nutricio de sus partos.
Cibéles, que al segundo
Concede más espacio,
A éste accedió, y el oro
Franqueóle de su erario.
¡Qué altanero al certámen
Guadalquivir, qué ufano
Su orígen y gloriosas
Antigüedades trajo!
Querer manifestaba,
A aquél que temerario
Contradecirle osára,
Ahogar entre sus brazos.
Ni omitia las sierras
Oróspedas, ingrato,
A cuyas venas debe
Su nacimiento claro;
Sus islas alegaba,
Sus apacibles llanos,
La célebre Tartesia
Y el Libistino lago;
Los pueblos que del tiempo
Cedieron al estrago,
Y los que subsistentes
Se eternizaban vanos;
Los héroes de su márgen,
De Céres y de Baco
Los dones, los tesoros
De Pálas en el árbol;
De espíritu fogoso
Magníficos caballos,
Sus aguas, que enrojecen
A los vellones blancos.
Así el Bétis; mas luégo
De las sierras bajando
De Molina, de piedras
Preciosas adornado,
El Tajo, y presumiendo
Con ruidoso aparato,
Bien de español Pactolo,
O Gánges castellano,
Se presenta; y «¿quién, dice,
No reconoce el mando
Que yo ejerzo en los rios
Desde Oriente hasta Ocaso?
»El imperial lo exprese
Emporio, que resguardo,
Semicírculo haciendo
Al pié, que undoso lavo.
»Mis álamos umbrosos
Contestan mis aplausos,
Mis ninfas, mis pastores,
Del ruiseñor el canto.
»Mis frescas praderías
Deleitan en verano,
Deleitan en otoño
Mis frutos sazonados.
»Por el centro de España
Corro, y á entrambos lados
Riego ciudades, patrias
De ilustres soberanos.
»Con mis arenas de oro
Rica corona labro,
Cuando espiro, á los grandes
Monarcas lusitanos.»
Iba á seguir; y el Bétis
A un héroe en el teatro
Presenta lastimoso,
Del Abderramén tirano,
De Córdoba monarca;
Solicita que cuantos
Sigan á Cristo sean
Víctimas de su brazo.
Ministro Gumersindo
Del Señor, que en sus años
Primeros con sus padres
Vino del suelo patrio,

Con un virtuoso monje,
Siervo de Dios llamado,
De Abderramén despojo,
De Dios es holocausto.
Rinde al acero el cuello;
De la Verdad al campo
Conducen su cadáver
Devotos los cristianos.
En sus cenizas Bétis
De Tajo ha superado
Las arenas; ¿de dónde
A Bétis honor tanto?
Toledo fué su cuna;
Y el Tajo, avergonzado,
Calló viendo que daba
Armas á su contrario.

DIA 14 DE ENERO.

San Hilario, obispo.

Musa, oh tú, la que tengas
En el castalio coro
A cargo las pinturas
De aspectos horrorosos,
Expresen tus oscuros
La mia, y dime cómo
Triste noche pudieron
Et rnizar los polos.
Sonando en las cavernas,
Crujieron espantosos,
Su pavor indicaron
Los astros con embozos.
Opuestos y feroces
Luchan con silbo ronco
El Euro embravecido,
Desenfrenado el Noto.
Relámpagos dispensan
Sulfúrea luz, que el polvo
Ver hace en densos grupos
Subir al alto globo.
A los árboles falta
Resistencia en sus troncos;
Arráncanse los unos,
Divídense los otros.
Las aves, de la noche
Lucífugos abortos,
Más que nunca amedrentan
Con su graznido bronco.
Silba la sierpe fiera,
Y con su cuerpo propio
Inútilmente azota
Al viento impetuoso.
La onza, de piel manchada,
Fulminando destrozos,
Sangrienta lid propone,
Y olvida sus cachorros.
Ruge el leon soberbio,
Brama el toro valiente,
Se irrita el elefante
Y se embravece el oso.
Horrísonos los mares
Se erigen espumosos;
Y oscurecido el norte,
Se oculta á los pilotos.
Parece que la tierra,
Hendida en su contorno,
Patentes ha hecho al mundo
Sus negros calabozos.
Las ovejuelas balan
Con ecos lastimosos,
Que su dolor explican,
Y claman por socorro.
¡Pobres ovejas! Pero
(Aquí el mayor asombro)
Muchos de los pastores
Se han convertido en lobos.
Hambrientos las devoran,
O á precipicios hondos
Las conducen por selvas
De pastos venenosos.
Preservan sus rediles
En tan fatal trastorno
Los buenos, y se eleva
Hilario sobre todos.
Tales fueron aquellos
Tiempos calamitosos,
En que de reino triple
Constancio ocupó el trono.
El corazon ganado
Teniendo de su esposo
Eusebia, arriana, gimen
Los dogmas ortodoxos.
Defiéndelos Hilario,
Aquel prelado heroico
De Poitiers, de la Iglesia
Lucero portentoso.
De Dios la causa sigue,
Atropellando estorbos,
Sin que jueces le aterren
Ni le intimiden solios.
Así de aquella noche
Vapor caliginoso
No le ciega, aunque intente
Cubrir al orbe todo.
¿Qué mucho, si ilumina
La Luz de luz sus ojos,
Que no hecha, si engendrada,
Propugna vigoroso?

DIA 15 DE ENERO.

San Pablo, primer ermitaño.

Detente, pasajero,
Que con errantes plantas
Las asperezas corres
De la inferior Tebaida.
Mayor en un sepulcro
Maravilla repara
Que aquella en que fué puesto
Mausolo, rey de Caria.
Ni las suntuosidades
De mármoles te atraigan
En treinta y seis columnas,
Más que la nieve blancas.
Ni las mensuras grandes
De fábrica elevada,
Ni el arte, que tan bella
Materia superaba.
Mira una piedra tosca,
Que sólo el tiempo labra;
Tu mente en ella lea,
Aunque epitafio falta.
No temas el asombro
Que encierra en las entrañas
Del monte; si te es dado,
Su pesadez levanta.
Mas espera; que un cuervo
Bate las negras alas,
Y en ella prodigioso,
Como en su centro, pára.
Al ver que al esqueleto
Que la caverna guarda,
El pan de cada dia,
De parte de Dios, traiga,
Sabrás que todavía
El cuerpo con el alma
Vive, pues de otra suerte
Cadáver le juzgáras.
Al peso de los años
Sostiénese, agobiada,
Sobre cimiento débil
Su mole centenaria.
Arida piel ostenta
Su penitente cara,
Del temporal custrida
Y de la edad arada,
Los ojos escondidos,
Cana y prolija barba,
Erguido el cuello, toda
Su fábrica señala.
En esa cueva oscura,
Que al pié de la montaña
Es tumba de hombre vivo,
Tranquila vida pasa.
Boca inculta es la puerta
De la grosera sala,
Guijo es el pavimento,
Y risco la muralla.
De una palma hacen techo
Entretejidas ramas;
Ella le viste, y ella
Le rinde la vianda.
Este es Pablo, aquel grande
Del yermo patriarca,
Que pobló cielo y tierra
De santos y de lauras.
Por él en los desiertos,
Siendo maestro y pauta,
Se han hecho familiares
Con la deidad las almas.
Por él contemplan y oran
En vida solitaria,
Y se oyen en las grutas
Divinas alabanzas.
Tiempo era en que el gozo
De su Señor entrára,
Y lleno ya de dias,
A su mansion le llama.
Su espíritu ve Antonio
Subir en lumbre clara,
Que apóstoles, profetas
Y ángeles acompañan.
Su cuerpo arrodillado,
Sus manos levantadas,
Más que humano cadáver,
Parece viva estatua.
Domésticos leones
Su sepultura cavan,
Y el manto de Atanasio
Le sirve de mortaja.
La túnica de Pablo,
De Antonio fué heredada;
Rindióla palma fértil,
Tejióla mano santa.
Piadoso el heredero
La guarda para usarla
En los solemnes dias,
Como preciosa alhaja.
De todo desprendióse
Pablo, y humildad tanta
No consintió dijesen
Que se llevó la palma.

DIA 16 DE ENERO.

San Marcelo, papa y mártir.

Ahora, que la tierra,
Escena que no vieron,
Representa á los siglos,
Asombraos, oh cielos.
Vuestros lucientes astros
Cubrid de opaco velo;
Ofusquen densas nieblas
La faz de los luceros.
¿Para cuándo las iras?
¿Por qué vapores densos
No suscitais, que unidos
Formen nublado negro,
Que por ardiente boca,
Avisos y escarmientos,
Publique al mundo en rayos,
Siendo la voz el trueno?
O ¿por qué endurecidos
El dia placentero
Dilatais del anuncio
De tiempos más serenos,
Cuando señal sagrada
Aparezca, escribiendo
Brillantes caractéres,
Líneas del vencimiento,
Y de monarca pío
Ponga el marcial denuedo
Límite á las crueldades

Del bárbaro Magencio,
Cuya infeliz derrota
Admire á Roma, siendo
El Tíber sepultura,
Y el Milvio monumento?
Dejo aparte que al vivo
Retrate los perversos
Nerones, Domicianos,
Veros, Septimios, Decios;
Que de los dos crueles
Colegas del imperio
A su persona pase
El ódio con el cetro,
Y presuma en sangrientas
Ondas de mar bermejo
Sumergir las reliquias
Del escogido pueblo.
Más desusada infamia
Proyecta, crímen nuevo
Propone á las edades;
Asombraos, oh cielos.
Sacrílego destina
A vil abatimiento
La sagrada persona
Del Vice-Dios, Marcelo.
Ultraja en ella, impío,
La cátedra de Pedro,
La religion ultraja,
Ultraja á Cristo mesmo.
Despues de malogrados
Inútiles esfuerzos
De que la fe renuncie,
Y dé al demonio inciensos;
Despues que del azote
Despedazado el cuerpo
Se presenta del santo
Pontífice supremo,
Le manda, de la Iglesia
Dispuesto al vilipendio,
Cuidar de sus caballos;
Asombraos, oh cielos.
¿Qué importa le disfrace
Del traje el desaseo,
Ni que así le destinen
A tan inmundo puesto?
Disipadores rayos
Descubre el sol en medio
De las nubes, y el oro
Sus brillos entre el cieno.
Los cielos, que asombrados
Le ven, al ministerio
Atento de las bestias,
Cuidar de sus arreos,
Despues que en ellos more,
Verán al impío dueño
Morder, avasallado
De Constantino, el freno.

DIA 17 DE ENERO.

San Antonio Abad.

Allá en la mustia orilla
Del rio que, inflamable,
Ardiendo en aguas corre,
Corriendo en llamas arde,
País de horror, morada
De llanto interminable,
Region de las tinieblas
Y centro de los males,
Sonó alta voz un dia,
Si dia puede hallarse
Allí donde los tiempos
En noche eterna yacen.
Temblaron del oscuro
Reino los baluartes;
Conmoviéronse todos
Sus tristes habitantes.
Rindiendo la soberbia
Forzoso vasallaje,
Luzbel oyó el decreto,
Que juzga favorable.
En él se le permite
Que al Cenobiarca grande,
Paciente en los trabajos,
Egipcio Job maltrate.
No así veloz la piedra
Que negra nube esparce,
Violenta se desprende,
Zumbando por los aires,
Sin que su impulso encuentre
Arbol que no desgaje,
Ni vid que no lastime,
Ni miés que no quebrante;
Como el comun contrario,
Que lanzan los volcanes,
Con fieros estampidos
De sus cavernas sale,
Revestido de tantos
Espíritus parciales,
Cuantos tras él siguieron
Rebeldes estandartes.
Las venas penetrando
De la tierra, al paraje
Arriba donde Antonio
Espera sus crueldades.
Atorméntale á golpes
Hasta rendirle, y casi
De su vital aliento
Faltaron las señales.
Recobra los sentidos
Horas despues; triunfante
Del enemigo, insiste
En sus austeros planes.
A Lucifer coartadas
Aquellas facultades,
Trama, maquina, ordena
Arbitrios de entibiarle.
De espectros puebla el viento,
Fantasmas formidables,
Visiones horrorosas,
Que á su valor espanten.
Escúchanse alaridos,
Feroces animales
Despedazarle indican
Con claros ademanes.
«Bien se conoce, Antonio
Les dice, sois cobardes,
Pues venis tantos contra
Un hombre miserable.
»En vano el duro techo
Solicitais se aplane
De mi cueva; en Dios fio,
De todo he de burlarme.»
Dijo; y la cruz formando,
Les hace desamparen
Los aires, y confusos
Para el averno parten.
Al cielo alza la vista;
Despréndese radiante
Globo de luz; su aspecto
Presente el Señor hace.
«Jesus, mi amado dueño,
¿Dónde estabais durante
El tiempo, le pregunta,
De aquestas tempestades?»
Sensible voz escucha,
Que así le satisface:
«Contigo, Antonio, estaba,
Mirando tu combate.
»Y pues tan fiel has sido,
En mí hallarás constante
La proteccion, y siempre
Victorias he de darte.»
No ignoraba el atleta
Que en las ganadas ántes,
Dios siempre le asistia,
Peleando por su parte.
Pero esta vez Antonio,
Cual satisfecho amante,
Por el gusto de oirlo,
Pregunta lo que sabe.

DIA 18 DE ENERO.

La Cátedra de san Pedro en Roma.

Cuando á la urna de Acuario
Se apresuraba Febo,
Y sobre el horizonte
Iba su luz subiendo;
Cuando estaba aún la tierra
Rendida al crudo hielo,
Y numeraba el dia
Décimooctavo Enero,
Cuadragésimo cuarto
Año del Nacimiento
Del Señor, y segundo
De Claudio en el imperio;
Despues que del sagrado
Pontífice primero
La Cátedra á Antioquía
Honró por un septenio,
Entró en Roma el Apóstol
Para fijarla, siendo
La santidad su triunfo,
Y su aparato el cielo.
Roma, de todo el mundo
Emporio el más soberbio,
Del impío paganismo
Supersticioso asiento,
Ya de eternas verdades
Es testimonio cierto,
Es de la fe maestra,
De su unidad es centro.
No tan glorioso ha sido,
Que el establecimiento
De la romana gente
Fuese de tanto peso.
Que huya de Troya Eneas;
Que sufra contratiempos;
Que arribe á Italia, y funde
En ella nuevos reinos;
Que de una loba fiera
Criados á los pechos,
Tiemble el mundo las iras
De Rómulo y de Remo;
Que gemela progenie
De Marte, dios guerrero,
El trono restablezca
De Numitor, su abuelo;
Que los sabinos queden
Por Rómulo deshechos,
Cuando vengar intentan
Forzados himeneos;
Que útil senado erija
Con justos reglamentos;
Que pueble el mar de naves,
De ejércitos el suelo;
A los celestes ceda
Todo blason terreno:
Débil el edificio
Es, que destruye el tiempo.
Pedro es la piedra firme,
Que sirve de cimiento
A la Iglesia, que rompe
Las puertas del infierno.
Sobre las vanas piedras,
Que á simulacros yertos
De ara sirven, levanta
De la cruz el trofeo.
A honor del Uno y Trino
Se queman los inciensos,
Y el Cordero se inmola
Que abrió los siete sellos.
Romanos invencibles,
Ahora decid, os ruego,
¿Cuál jefe os ha colmado
De lauros más excelsos?
La leche de la loba
Triunfos perecederos
Os da; corona eterna
La sangre del Cordero.

DIA 19 DE ENERO.

San Canuto, rey.

Dinamarques monarca,
Canuto esclarecido,
Modelo de virtudes
Y gloria de su siglo,
Príncipe tierno, apénas
Del bélico hipogrifo
Puede agitar los fuegos
O reprimir los bríos,
Cuando su gran talento,
Con su valor unido,
Le hace de los daneses
Ejércitos caudillo.
Al punto que esgrimia
Su brazo acero limpio,
Suyos eran los campos,
Las plazas y castillos.
Por él se vió en aquellas
Costas del Norte frió
Purgarse de piratas
Neptuno cristalino.
Refrenó á Sembia y fueron
Los Estones vencidos,
Perversos criminales
De infames latrocinios.
No el reino le vió ménos
Leal vasallo rendido,
Siendo de Heroldo hermano,
Que fué de Suenon hijo.
Quisieron las virtudes
Probarle en su ejercicio,
Y primero obediente
Verle que obedecido.
Curlandia, Samogitia
Y Estonia el paganismo
Olvidan bajo el yugo
De Canuto y de Cristo.
Cubierto de laureles,
No duerme en el benigno
Regazo que á su esfuerzo
La dulce paz previno;
Pues en él guerra nueva
Declara á los delitos,
Costumbres relajadas,
Desórdenes y vicios.
Los duques entonados,
En quienes vió, advertido,
Que la elacion andaba
A par del fanatismo,
El justo freno sienten,
Y ménos libertinos,
Observan de la Iglesia
Los reglamentos dignos.
Agota sus tesoros,
Del pobre en los alivios,
Y son sus fundaciones
De su piedad indicios.
Embelesado un dia
Al pié de un Crucifijo,
Prorumpe, desatando
De llanto tiernos rios:
«¿Qué es lo que ven mis ojos?
¿Dios pobre, el hombre rico?
¿Jesus por mí desnudo?
¿Yo ante Jesus vestido?
»¿Cómo en mi intento tardo?
¡Oh dulce Jesus mio!
Ya á tus llagadas plantas
La régia pompa rindo.»
Dice; y de las insignias
Se despoja, el designio
Mostrando de que animente
La religion sus brillos.
Alza, oh tú de Judea
Pretor contemplativo,
Aunque estés en el centro
Del Erebo escondido;
Alza la torva vista;
Representada al vivo
Verás aquí la horrenda
Maldad de tu delirio.
Y no la causa leas
Que escribes por ludibrio;
Las púrpuras y reyes
Mira á los piés divinos.
Mas si á Canuto quieres
Más dadivoso y fino,
Espera del aleve
Blacon al regicidio.
El corazon le busca;
Quizá hallarás escrito:
El Rey de los cristianos,
Al Rey de los judíos.

DIA 20 DE ENERO.

San Sebastian, mártir.

Piéride sagrada,
Que á heroicos entusiasmos
Conduces las cadencias
De los sublimes cantos,
Acuérdame los triunfos
Del capitan romano
Que bañó en luz divina
Al étnico palacio.
La religion de Cristo
La guardia ha penetrado
Con que su real persona
Defiende Diocleciano.
Sebastian, más que nunca
Cumpliendo con su cargo,
No sólo está la vida
Del dueño custodiando,
Mas tambien á discursos,
No ménos que á milagros,
Convenciéndole, intenta
Ponerle el alma en salvo.
Mas ¡ay! que no le escuchas,
Oh César, ¡desdichado
De tí! ¡Por él felices
Tus dóciles vasallos!
Ya Marcia y Tranquilino,
Que en el invierno cano
De su vejez detestan
Errores temerarios,
Sus nueras y sus nietos,
Nicóstrato, Cromacio,
Su familia, y tras ella
Setecientos esclavos,
De la cárcel alcaide
Maravillado Claudio,
Sesenta y cuatro presos
En ella de su cargo,
Por Sebastian, del cielo
Son frutos sazonados,
El agua que reciben
Rojo licor tornando.
Por él la idolatría
Dejando su teatro,
Con pasos presurosos
Camina hácia su ócaso.
Segunda vez Saturno
Por él es desterrado,
Fuego se vuelve Jove,
Monstruo Pluton tartáreo.
Fué Sebastian la aurora
De aquellos dias claros
En que el romano imperio
Volvió de su letargo,
Y en que la Iglesia santa,
De la piedad en brazos,
Fué de las diez deshechas
Tormentas respirando.
El rebaño escogido
En tanto crece, al paso
Que más en él se ceban
Los lobos inhumanos.
¿Qué mucho que á las iras
Del imperial mandato
Se expongan los alientos
Del *Defensor* más bravo?
¿Y qué mucho supere,
De Dios en el amparo,
De rígidas saetas
Densísimo nublado?
¿Qué mucho diga, herido
De superiores dardos:
«¿Para qué tanta flecha,
O para qué arpon tanto?»
Desnudo se presenta
Cupido en aquel campo,
Mas contra sí revoca
La direccion del arco.
Su dura fortaleza
Desaire fué del árbol,
Feliz por otra parte,
Que logra su contacto.
Y así, para el acierto
No discurrais, soldados:
Siempre daréis en tronco,
Aunque apunteis al blanco.

DIA 21 DE ENERO.

Santa Ines, vírgen y mártir.

Ines, de la hermosura
Más singular portento
Que Elena, amor de Páris,
Lucrecia, iman de Sexto,
Contaba en sus abriles
Tercero lustro tierno,
Siendo á sus compatriotas
Romanos embeleso.
Procopio, gentil jóven,
Por hijo del prefecto,
Juzgó envidia de muchos
Su venturoso empleo.
De enamorado loco
Arde en sus ojos bellos,
Y de lograr su mano
No desperdicia medio.
Las dádivas, billetes,
Nuncios, amigos, deudos,
La aceptacion buscando,
Encuentran el desprecio.
Rechazadas las tropas
Auxiliares, resuelto,
Nueva lid al contrario
Propone cuerpo á cuerpo.
Pero de sus mejillas
La heroína tiñendo
Con vetas de escarlata,
Copos de nieve tersos,
«Aparta, dice, incauto;
No dudes que á mi pecho
No labra tu porfía,
Prendado de otro dueño.
»Fe y palabra de esposo
Me ha dado, de gran precio
Joyas tambien, y anillo
Nupcial puso en mi dedo.
»De finas margaritas
Enriqueció mi cuello;
Dejó, por adornarme,
De oro al Ofir sediento.
»Su fragrancia, á que ceden
Los bálsamos sabeos,
Me hacen correr al suave
Olor de sus ungüentos.
»Sus órdenes escucha
El sol, á sus preceptos
Calla la luna, y tiemblan
Su voz los elementos.
»Ya el tálamo prepara,
Adórnanle sus siervos;
Sus esclavas gozosas
Me salen al encuentro.»
Corrido el jóven parte,
Y al rival inquiriendo
Su padre, le descubren
Los labios lisonjeros.
Del desposorio santo,

Que llama devaneo,
Sinfronio, juez, la arguye,
Y admírala suspenso.
Que á Vesta sacrifique
Pretende, y en defecto,
Que en lupanar infame
Desdore á sus abuelos.
La quitan los vestidos,
Clama la Santa, y luégo
Dios, para que la cubra,
Prolonga su cabello.
A la sentina inmunda
La conducen, y el cielo
La viste blanca ropa,
De su pureza premio.
Procopio allí la busca
Con torpe desenfreno;
Mas Lucifer le quita
Los últimos alientos.
Sinfronio, infeliz padre,
A tanto desconsuelo,
De Ines sólo en la gracia
Procura hallar remedio.
Ora Ines, y Procopio
Vuelve á la vida, haciendo
Confesion de que Cristo
Solo es Dios verdadero.
Irrítanse al prodigio
Ministros y agoreros;
Maga la creen, y tanto
Teme Sinfronio al pueblo,
Que á Aspasio, su vicario,
Comete aquel proceso;
Quien de una hoguera intenta
Que muera en los incendios.
Mas Dios, que el mortal golpe
Reservaba al acero,
En medio de las llamas
Deja á su cuerpo ileso.
¡Oh en Ines y Procopio
Cuán diferentes fuegos!
No ofenden los de Aspasio,
Y matan los de Vénus.

DIA 22 DE ENERO.

San Vicente, mártir.

Tiemble la débil pluma,
Que en describir se engolfa
Los más dificultosos
Caminos de la gloria.
Sendas de horror, y sendas
Para el valor más propias,
Que abrigan por carácter
Las almas españolas.
Vicente valeroso,
De la nacion antorcha,
Poderoso en palabras,
Como eficaz en obras,
A tantos asombrosos
Como el rigor apronta,
O la barbarie, inventos,
Intrépido se arroja.
Por estas asperezas
Con prisa prodigiosa
Camina la invencible
Constancia más heroica.
No, aunque me acompañára
La voz de horrenda trompa,
Y agotára los claros
Raudales de Beocia,
Bien explicar pudiera
Las sañas vengadoras,
Que las siembran crueles,
Las cubren espantosas.
La máquina estremece
En donde al cuerpo postran;
Van á saltar los miembros,
Los nervios se lo estorban.
Paréceme que escucho
Fiero crujir, que forman,
De la catasta al juego,
Los huesos, que disloca.
¡Con qué furor los garfios
Y uñas de hierro broncas,
Descoyuntadas carnes
Desgarran y destrozan!
Asoman las entrañas
Por brechas dolorosas;
Parece que mis ojos
Lo están mirando, y lloran.
El ánimo se aterra
Trayendo á la memoria
De los ardientes hierros
La cana abrasadora;
Parrillas, cuyos filos,
De aguda sierra en forma,
Hacen que á todo el suelo
Cubran lagunas rojas.
Planchas, por una parte,
Tuestan la carne toda,
Y la grasa el brasero
Derrite por la otra.
Sal aplica á las llagas
La cólera rabiosa
De verdugos, que fieros,
Violencia no perdonan.
¿Adónde tus cenizas
Están, Vicente, ahora?
¿Vives? ¿Cómo del cuerpo
Aun te ha quedado sombra?
Daciano, vil Daciano,
Rayo que airada forja,
Para probar de España
Las resistencias, Roma,
Despues que tu perfidia,
De tanto mal autora,
Ha horrorizado aquesas
Esferas luminosas,
¿Qué máximas concibes?
¿Qué nuevo plan adoptas?
¿Quién te influyó, ó qué ideas
Tu espíritu trasportan?
De atormentar rendido,
Ordenas se disponga
Blando lecho, que expida
Suavísimos aromas,
En el cual reclinada
Del Santo la persona,
No reste á los sentidos
Que apetecer lisonja.
¿Desesperas? ¿Intentas
Con artes cavilosas
Pervertirle ó cebarte,
Si nuevo vigor cobra?
Ya milagrosamente
Aquellas carnes rotas
Tornado Dios habia
Sanas, tersas y hermosas;
Y ve llevarle en triunfo
Valencia populosa;
Mas (¡oh prodigio!) espira
Luégo que el lecho toca.
Es propio de los justos
(Tirano, ¿qué te asombra?)
Que vivan entre espinas
Y mueran entre rosas.

DIA 23 DE ENERO.

San Ildefonso, arzobispo de Toledo.

Hay del Tajo á la márgen
Una ciudad antigua,
Obelisco que al cielo
Parece que se empina.
Metrópoli soberbia,
De los monarcas silla,
Que en otros tiempos fueron
Terror de la morisma.
En cuyos nobles hijos
Esfuerzan á porfía,
Belona sus sudores,
Minerva sus vigilias
De los cuales ¡oh cuántas
Yo alabanzas diria,
A no estar, como en propios
Labios, envilecidas!
Allí entre todos ellos
Descuella y se sublima
El ínclito renuevo
De Estéban y Lucía.
Bien España, áun el mundo
Pregona, solemniza
Las glorias de Ildefonso,
De Toledo las dichas.
Antorcha que temprana,
Porque con luces vivas
Ilumine á la Hesperia,
Supo encender Sevilla.
Espejo de prelados,
En que atentos se miran,
Inagotable pozo
De superior doctrina.
Para cuyos escritos
Dijera determinan
Dar el papel los cielos,
Los ángeles la tinta.
Mas callaré, y Helvidio
Y Joviniano digan
Su elogio, convencidos
Del sabio antagonista.
Aquestos, que la intacta,
Con plumas atrevidas,
Virginidad perpétua
Negaron de María,
Guardaban en sus yertas
Heréticas cenizas,
De aquel error proscripto
Pavesas escondidas.
Y arrojando á la España
Sus perniciosas chispas,
De la infestada Galia
Las góticas provincias,
Tres blasfemos en ella
Que prendan solicitan;
Mas de Ildefonso huyendo,
Sin fruto se retiran.
La Emperatriz del cielo
Tan inocente vida
Premia, y tales costumbres,
Y su defensa misma.
Al íntegro prelado
Así lo significa,
De ángeles escoltada,
De vírgenes servida.
A la vision postrado,
Recibe de rodillas
Sagrada vestidura,
Que lleve al ara limpia.
En ocasion que Alcides
Sacrificar queria,
Le viste fatal ropa
La incauta Deyanira,
Y el infeliz, lanzando
Mortales agonías,
Se abrasa en vivo fuego
Y el sacrificio olvida.
María viste á Alfonso;
Este en llamas divinas
Arde, y al sacrificio
Procede más aprisa.

DIA 24 DE ENERO.

Nuestra Señora de la Paz.

Despues que don Alfonso,
De aqueste nombre el Sexto,
Emperador de España,
Terror del agareno,
Cargado de despojos,
Restituyó á Toledo
A la fe y la obediencia
De sus antiguos dueños;

Entre tanto que ausente
De Leon en el reino
Le tienen los afanes,
Dura pension del cetro,
La Reina y Arzobispo,
Con indiscreto celo,
No rehusan del monarca
Faltar á los conciertos.
La principal iglesia
Oia, en fuerza de ellos,
Dictados á los moros
Del Alcorán preceptos.
Asáltanla con armas,
Purifícanla, y luégo
Las aras y las cruces
Erigen por trofeo.
Católico primado,
Deja sistemas nuevos;
No temas que á la misa
Falten lugar y tiempo.
La dominante torre,
A todos sorprendiendo,
Lo hace saber con nueva
Voz de metal al pueblo.
Cual suele chispa débil
En seca miés incendios
Levantar, avivada
Del ábrego violento;
Los ánimos alarbes
Así se enardecieron,
Vulneradas las leyes
Del juramento régio.
De Sahagun parte Alfonso,
Con la noticia ciego,
Y á su venganza siglos
Parecen los momentos.
Toledo se conmueve,
Y en triste luto envueltos,
Sus próceres humildes
Le salen al encuentro.
En tropas los vecinos,
En procesion el clero,
Para implorar clemencia
Muestran lloroso aspecto.
Su angustia el pueblo pinta,
Sacerdotes gimiendo,
Vírgenes sin aliño,
Y él de amargura opreso.
¿Qué más? Urraca misma,
La princesa, embeleso
En quien los reales ojos
Su padre tiene puestos,
Con lágrimas los suyos,
De ceniza cubriendo
Su cabeza y vestida
Del saco más grosero,
De Constanza y Bernardo
Pide el perdon; mas fueron
Inútiles clamores,
Estériles esfuerzos.
Entónces Dios, que ampara
De modos tan diversos,
Su corazon suaviza
Por imprevisto medio.
Magán, vecina aldea,
Vió á los contrarios mesmos
Intercceder, á Cristo
Su casa devolviendo.
Descubre entre las nubes
Su semblante risueño
La dulce paz, y á Alfonso
Entrega el caduceo.
La paz, aquella misma
Que á Claudio en otros tiempos
Debió, testigo Roma,
El templo más soberbio.
Los reos infractores
De aquel error absueltos,
Es t do regocijos
El toledano suelo.
El templo, á que aspiraban
Los moros descontent s,
Hace que al Señor suban
Pacíficos inciensos.
Y allí á la intacta Madre,
De quien su paz sin precio
Nos dió y dejó, se ensalza
Con anual recuerdo.
Templo á la paz ofrece
Claudio con real esmero,
Y Alfonso por María
Ofrece paz al templo.

DIA 25 DE ENERO.

La conversion de San Pablo.

Saulo multiplicando
Contra los que hostigaba
Discípulos de Cristo,
Mortales amenazas,
Pidió al gran sacerdote
Para Damasco cartas,
En que á la Sinagoga
Su comision mostrára,
Por la que aprisionados
A los fieles, si hallaba
Algunos, á la altiva
Jerusalen llevára.
Viajando le acontece
Que del cielo instantánea
Luz le rodea, cuando
Damasco cerca estaba.
Y cayendo en la tierra,
Oye que así le hablan:
Saulo, Saulo, ¿á qué efecto
Me persigues y agravias?
«¿Quién eres, Señor? dice.—
Yo soy Jesus, le explana,
Contra quien tú suscitas
Persecuciones tantas.
»Es aquésa que alientas,
Empresa temeraria;
Que al aguijon punzante
En vano el pié maltrata.»
Acobardado tiembla,
Temeroso se pasma;
«Señor, ¿qué es lo que quieres
Que yo ejecute? exclama.—
»Levántate, responde
El Señor; haz tu entrada
En la ciudad; en ella
Sabrás lo que es bien hagas.»
Asombrados los otros
Están, que le acompañan;
No ven persona alguna,
Y escuchan la voz clara.
Saulo obediente entónces
Del suelo se levanta,
Y aunque los ojos abre,
Les es la luz negada.
De la mano le llevan
A Damasco, y entabla
No beber en tres dias
Y no gustar vianda.
Entra á verle Ananías,
Que prevenido estaba,
Y aquesto, al imponerle
Las manos, le declara:
«Jesus, el Señor mismo
Que cuando caminabas
Te apareció, me envia,
Saulo hermano, á esta casa.
»El fin es que recibas
Las luces que te faltan,
Y el Espíritu Santo
Te llene de su gracia.»
Al punto de sus ojos
Cayeron como escamas;
Cobra vista, y renace
Del bautismo en las aguas.
¡Oh mil veces felice
Caida! Tu eficacia,
De un lobo carnicero
Hace una oveja mansa.
Ya nueva fortaleza
Es la que en Saulo se halla,
Aquella que acrisolan
Trabajos y desgracias.
Vengan ahora infortunios,
Expliquenle su saña,
Los rios á crecientes,
Los mares á borrascas.
La desnudez, sed y hambre
Sienta, y en sus espaldas
Descarguen cruel azote
Los nervios y las varas.
La pobreza le oprima,
Moléstenle en su estancia
Cárceles, lluevan piedras
Y truenen bofetadas.
En medio de estas penas
El cielo le regala,
Y hasta el tercero de ellos
El Hacedor le exalta.
Todo es fruto de aquella
Caida afortunada;
Fué siempre de los astros
La humillacion escala.
Por eso Dios, de Saulo
Postrando la arrogancia,
Antes le abate al suelo
Que al cielo le arrebata.

DIA 26 DE ENERO.

San Policarpo.

Resuene por los aires
Esta, que á Pátmos llega,
De Juan á los oidos
Voz como de trompeta:
«Al ángel que de Esmírna
La Iglesia rige, muestra
Mi mente por escrito,
Y di de esta manera:
»Esto dice el primero
Y último, el que en la tierra
Padeció muerte y vive:
Tu angustia sé y pobreza.
»Eres, no obstante, rico,
Y sufres las blasfemias
De aquellos que, sin serlo,
Se llaman de Judea.
»De Satanas componen
La sinagoga adversa;
Pero no te acobarden
Trabajos que te esperan.
»A muchos de vosotros
Veréis que el diablo arresta
Por tentaros, durando
Diez dias vuestras penas.
»Sé fiel hasta la muerte,
Y de mi mano mesma
Recibirás corona
De vida duradera.
»Aquello, pues, escuche
El que sentido tenga,
Que el Espíritu Santo
Propone á las iglesias;
»Todo aquel que esforzado
Venciere en la pelea,
De la segunda muerte
Dichoso se preserva.»
Su anuncio Policarpo,
Angel de Esmirna, llena;
Gentiles le persiguen,
Judíos le molestan.
Excita Marco Aurelio
Persecucion sangrienta,
Porque la grey cristiana
Sus númenes detesta.
Por órden del Procónsul
Echados á las fieras,
Esmirna vió á los doce
Héroes de Filadelfia.

Como los fortalece
De este ángel la presencia,
Se oye á la plebe infame
Clamar por su cabeza.
Ya en el anfiteatro,
Su religion confiesa,
Y grita el gentil pueblo
Que allí quemado muera.
Vióse tumultuario
Juntar porcion de leña,
Y colocarle en medio
De abrasadora hoguera:
Mas las llamas, no sólo
Piadosas le respetan,
Porque á Esmirna á prodigios
No Babilonia venza;
Sino que al punto en forma
De bóveda se elevan,
Brillando resplandores
De rayos, que le cercan.
Despiden juntamente
Fragancia, cual si en ellas
Inciensos se quemáran
De aquella pura ofrenda.
Con una espada entónces
El cuerpo le atraviesan,
Y extingue aquel incendio
La sangre, que le riega,
Como diciendo á tiempo
Que sale por las brechas:
«Superflua es ésta cuando
Le llevó á luz eterna.»

DIA 27 DE ENERO.

San Juan Crisóstomo, obispo.

¿Qué es lo que ves, Hesichîo,
Varon maravilloso,
Que habitas de Antioquía
Los ásperos c ntornos?
¿Qué vision portentosa,
Qué celestial coloquio,
De tu oracion ferviente
Te ofrecen los arrobos?
A un compañero encuentras
Divinizado en otros,
Volviendo al elocuente
Crisóstomo tus ojos.
El jefe de los doce
Y el predilecto Apóstol
Le muestran apacibles
Sus venerables rostros.
Dos misteriosas llaves
Pedro le da en apoyo
Del cargo que algun dia
Tendrá sobre sus hombros.
Juan le presenta un libro,
Con cuyas líneas pronto
De las Sagradas Letras
Descubra los tesoros.
Crisóstomo se postra,
Humilde, como absorto;
Créese indigno de aquellas
Promesas, ruboróso.
Hizo en su desempeño
La prediccion notorio
Que el cielo no es falible,
Como en la tierra somos.
Severo sin extremo
Que toque en rigoroso,
Indulgente sin nota
De adulador al trono,
De las llaves defiende
Los fueros, sin que el ódio
De Eudoxia le intimide,
Ni le acobarde Eutropio.
De *Boca de Oro* el nombre,
Leido el libro, más propio
Le fué que cuando Aténas
Le oia con asombro.
Díganlo las iglesias
De Asia, Tracia y el Ponto,
Pendientes de su labio
Científico y celoso.
Los discípulos de Arrio,
Los del secuaz Eunomio,
Que así santo convierte
Como convence docto;
Montanistas, que vedan
Segundos desposorios,
Y á comunion al frágil
No admiten, rigorosos;
Los que en el Paracleto,
Siguiendo á Macedonio,
Sacrilego practican
De la deidad despojo;
Marcionistas, que niegan
Que del humano polvo
Han de tornar los miembros
A sus lugares propios;
Paganos, que tributan
Inciensos al demonio;
Todos se rinden á esto
Lenguaje poderoso.
Con boca de oro prueba
Que hay una Iglesia sólo,
Y que la piedra es Cristo
Del edificio todo.
Si el oro con la piedra
Se prueba, de otro modo
En Juan la piedra vemos
Probarse con el oro.

DIA 28 DE ENERO.

San Julian, obispo de Cuenca.

Aquel hombre admirable,
En quien parece dieron
Los cielos á infelices
Universal remedio,
Amparo de viudas,
De huérfanos consuelo,
Salud de los dolientes
Y lumbre de los ciegos;
Julian, de Cuenca obispo,
De caridad modelo,
Que apura los raudales
De esta virtud inmensos,
Es el varon dichoso,
Que en el acatamiento
Fué del Señor hallado
Su inmaculado siervo;
El que jamas del oro
Siguió los embelesos,
Ni esperó en los nocivos
Tesoros y dineros;
Y de cuyas limosnas
Serán en todo tiempo
Los justos congregados
Gloriosos pregoneros.
Felices españoles,
¿Qué á Dios retribuirémos
Por Julian, en quien cifra
Los beneficios nuestros?
A la España han servido,
Por términos opuestos,
Rodrigos y Julianes
De antídoto y veneno.
Gózate, antigua Búrgos,
Más que en tus privilegios,
En que dichosa cuna
Has sido de los buenos.
Tu capitan, tu obispo
Conquistan tierra y cielo,
Que hacen perder á España
Los de sus nombres mesmos.
No importa que mi númen
Proponga al pensamiento
Del godo rey Rodrigo
Tristísimos recuerdos,
Ni de un Julian traiciones,
Cuyo despique horrendo
Introdujo en la Iberia
Las almas del averno.
Festivo la noticia
Lleva Arlenzon al Duero
De una invencible espada,
De un báculo supremo.
Los triunfos que consiguen
La religion y el reino,
Las lágrimas enjugan
De aquellos contratiempos.
Rodrigo, Cid famoso,
A Bucar, que ha depuesto
Del trono, y á él aspira,
Vence despues de muerto.
Si en medio de las tropas
A otros caudillos vemos,
Cadáveres vencidos,
Cadáver á él venciendo.
Julian sale prelado
Al mundo, y desde luégo
Le ve admirado el mundo
Cumplir su ministerio.
Pues al nacer, su mano,
Señal de cruz haciendo,
Dió bendicion á cuantos
Presentes estuvieron.
Que si previstos de otros
Los méritos han hecho
Que ellos nazcan benditos,
Él nace bendiciendo.

DIA 29 DE ENERO.

San Francisco de Sáles.

Mortales iracundos,
De condicion terrible,
Cuyo pecho no encuentra
Rencor que no vomite;
Hombres, cuya soberbia
Con Lucifer compite,
Fantasmas olvidados
Del primordial orígen;
De Jesus, oh altaneros,
Aprended, si es posible,
Que es manso y juntamente
De corazon humilde;
O buscad en la tierra
Al que por Él se mide,
A un corazon que en dulces
Piedades se derrite.
Porque á Saboya, al mundo
Tanto bien anticipe,
Da un septimestre infante
Francisca, de años quince.
Crece, y un amoroso
Carácter le distingue;
La humildad y blandura
Siempre á su lado asisten.
Despues que al penitente
La contricion imprime,
Saca un lienzo, que enjugue
Los llantos que destile.
Al ciego, de la mano,
Y al que su mal impide
Andar, en brazos lleva
Al celestial convite.
Despues de absuelto, al pobre,
Porque su pena alivie,
Socorre con monedas,
Segun su clase exige.
Entra en Tonon vertiendo
Verdades infalibles,
Donde al protestantismo
Espera á rostro firme.
Desprecia los insultos,
Los oprobrios permite,
Las befas é irrisiones
De los herejes viles.
Asesinos le asaltan,
Y á su mirar sensible,
Se vuelven de improviso

Domésticos los tigres.
Dios decretó, piadoso,
Que los principios tristes
De su mision tuviesen
Los más alegres fines.
Habla, convence, mueve;
Óyenle, y no resisten;
Del país los sentimientos
Católicos reviven.
Ger, Ternier, Gaillard vuelven
A la Iglesia, felices;
A su ejemplo y discursos
Todo el Chablais se rinde.
Beza, ¿qué más? el impío
Beza, aquel infelice,
Capaz de convencerse,
Mas no de arrepentirse,
Paréntesis haciendo
Su dureza al oirle,
Que asomen á los ojos
Sus lágrimas permite.
La gran sabiduría
De Francisco, decidme,
¿Qué auxiliares refuerzos
Lleva para estas lides?
Mas, ¿para qué evidencias
Pregunto? Ya lo dije:
La humildad y blandura
Siempre á su lado asisten.
Iracundos, soberbios,
¿Pensais que atribuirse
Debe al temperamento
De aquel varon insigne?
No á la naturaleza,
Dad á la gracia el timbre,
Propicia á quien su genio
Colérico reprime.
Tal era el de Francisco;
Reparad, al abrirle,
Su hiel petrificada,
Que en trozos se divide.
Por el contrario, entero
(Y esperad que áun palpite),
Por más que pasen años,
Su corazon subsiste.
Así parece, cuando
Genio y virtud compiten,
Que estando vivo muere,
Y estando muerto vive.

DIA 30 DE ENERO.

Santa Martina, virgen y mártir.

Martina, ilustre rama
De consular progenie,
Admiracion de Roma
Y honor del sexo débil,
Nacida para espanto
De las tartáreas huestes,
Que á veces los resortes
De muda estatua mueven,
Se presenta animosa
Ante gentiles jueces,
Su religion confiesa,
Y no el enojo teme.
Al templo la conducen
De Apolo, por si pueden
Lograr que intimidada
Al falso dios inciense.
Apénas se descubre
La fábrica, y ferviente
Martina al Señor ruega
Que su poder ostente.
Oyóla Dios, y al punto
La tierra se estremece,
Crujiendo formidables
Los subterráneos ejes.
Rechina el Capitolio,
Contúrbanse los siete
Montes, y al aire azotan
Los altos chapiteles,
De la deidad el templo
Por partes se desprende,
Y la estatua en menudos
Fragmentos se convierte.
Al demonio, que en ella
Moraba, «Tú me expeles
(Se oyó decir), Martina,
De esta mansion perenne.
»Mi engaño, oh de Dios sierva,
Al alto poder cede,
Que á aqueste imperio tanta
Calamidad previene.»
Efectos de la magia
Tales prodigios creen;
Azótanla, y su rostro
Desgarran hierros crueles.
Los verdugos á tantos
Portentos se convencen,
Y en mártires los trueca
Su venturosa suerte.
Mandan que de Martina
Las carnes alimenten
A las bestias, y acabe
Con dolorosa muerte.
Al catábulo luégo
La arrojan, y corteses
Los brutos más feroces,
Su natural desmienten.
La halaga el leon, y encuentran
Leopardos y lebreles
Sin facultad la garra,
Sin ejercicio el diente.
El Senado, vertiendo
Coraje, se encruelece,
Sin que las maravillas
Le sorprendan ó templen.
Contra su tierna vida
Voraz hoguera encienden,
Y apáganla las nubes,
Que espesa lluvia vierten.
En tanto las heridas
De Martina enriquecen
La tierra con copiosa
Dulce efusion de leche.
No la nocturna faja
Su candidez pondere,
Que forman de los astros
Unidas brillanteces;
Néctar que vierte Juno,
Por cuya senda emprenden
Su camino al Tonante
Los dioses obedientes,
Cuando dispone el cielo
Que Martina franquee
Raudal, que al sólio excelso
Conduzca invictos héroes.
Así fué; porque en muchos
Paganos, que lo advierten,
No encuentran resistencia
Prodigios tan patentes.
De Cristo la romana
Discípula valiente
Confunde las quimeras
Que el gentilismo ofrece.
Imita á su Maestro
Con su favor; conteste
Esta verdad Apolo,
Aunque al pagano pese;
Pues cuando Cristo nace,
En Délfos enmudece,
Y se destruye en Roma
Cuando Martina muere.

DIA 31 DE ENERO.

San Pedro Nolasco, fundador.

Canten otros los hechos
Que en sus años mayores
Graduaron á Nolasco
De admiracion del orbe;
Aquel orar contínuo,
Y hallarse en los loores
Del templo largas horas
Del dia y de la noche;
Aquel fervor y llanto
Con que en las tentaciones,
Confiado imploraba
Del cielo los favores;
Aquel constituirse
Padre, que reconocen
Los pobres, que le llevan
Los bienes y atenciones.
Aquella dulce idea
De soledad, que entónces
De Monserrate mudos
Desiertos le proponen;
Cuando el Señor, queriendo
Hacerle ver, dispone
Por tan diversos rumbos
Eternizar su nombre,
Ciudad le representa
De puertas mil, por donde
Percibe entrar personas
De todas condiciones.
Y aquesta voz divina
Distintamente oye:
En casa de mi Padre
Son muchas las mansiones.
Heroica trompa animen,
Y al lado de Monforte
Le pinten levantando
Católicos pendones,
En donde de María
Viendo la imágen, corre
La fiera muerte el campo
Del albigense indócil.
Su caridad publiquen
Los mármoles y bronces
Con que redime, y queda
Por otros en prisiones.
Yo... Pero intento es vano
Que su puericia elogie;
Apénas mis encomios
Serán admiraciones.
Si de un varon no ha osado
Cantar mi númen torpe,
De un niño me arrebatan
Los singulares dotes.
Nace profetizado
El hijo de oraciones,
Y al bello rostro cercan
Divinos resplandores.
Los ángeles del cielo
Con músicas acordes
Motivan en el aire
Sonoras impresiones.
Preséntale Teodora
En la Iglesia; que oren
Por la gran Hostia quiere
Decir el sacerdote,
Y dice: «Aqueste niño
Grande ante Dios se expone;
Defensa de la Iglesia,
Consuelo de los pobres.»
Dormido está en la cuna,
De Julio en los calores,
Y un enjambre en su mano
Panal sabroso pone;
Deja el materno pecho,
Y llora si conoce
Que al pobre se despide,
Que no se le socorre.
Va el pobre por la calle,
Y se le llama á voces
Para acallar á Pedro,
Que no en sus brazos llore.
¡Oh cuántas veces, cuántas,
Su tierna mano coge,
Y al pobre da los dijes,
Que no quiere le adornen.
Hable Pedro Duacense,
Y de este frances noble,
Cuanto ha de dar anuncie,

Fruto á los españoles.
Y si el leon generoso
Por la uña se conoce,
Las glorias de tal niño
Dirán quién fué tal hombre.

DIA 1.º DE FEBRERO.

San Ignacio, obispo y mártir.

Léjos de mí este dia
Elogios forasteros,
Cuando el amor del grande
Teóforo celebro.
Forme su elogio él mismo,
Poniendo manifiesto
Aquel ardor divino
Que le consume dentro.
Desembarcado Ignacio
En Esmirna, cumpliendo
Con su martirio en Roma,
Del César los decretos,
Encuentra á varios fieles,
Que á ella deben primero
Llegar, y á los romanos
Escribe así con ellos:
«A todas las iglesias
Digo que alegre muero
Por Cristo, si vosotros
No lo impedis, cual temo.
»No mis dichas estorbe
Vuestra piedad, os ruego;
Las bestias, que me aguardan,
Despedacen mi cuerpo.
»Es este sacrificio
El bien mayor que espero;
La víctima está pronta,
Y está el altar dispuesto.
»Dejad que pasto sea
De los leones fieros;
Porque de Dios soy trigo,
Y ser molido debo.
»Que el vientre de las fieras
Sea mi sepulcro quiero,
Sin que del cuerpo áun queden
Levísimos fragmentos.
»Que de feroces bestias
Es mi acompañamiento,
Desde Siria hasta Roma,
Decir con verdad puedo:
»Porque entre diez leopardos
Camino atado y preso,
Que peor me tratan, miéntras
Mejor se hace con ellos.
»Pero feliz me llamo,
Que por Jesus padezco:
Quiera Él que halle á mi arribo
Prontas las fieras luégo.
»Que acaso no me embistan
Es lo que más recelo,
Cual del Señor con otros
Discípulos han hecho.
»Yo irritaré á los brutos
Si remisos los veo;
Sé muy bien, perdonadme,
Que me conviene aquesto.
»Sí; intrépido lo digo;
Amo á Jesus; no anhelo
Por los caducos bienes,
Que tengo por estiércol,
»Ni males me amedrentan;
Las fieras, cruz y fuego,
Mis huesos separados,
Divididos mis miembros,
»Mi cuerpo aniquilado,
La furia del infierno,
Nada con Jesucristo
Podrá causarme miedo.
»Nada á mi amor desmaya,
Disminuye mi aliento,
Entibia mi fe pura,
Ni daña á mis esfuerzos.
»Los reinos de la tierra
Me causan descontento;
Si muero yo por Cristo,
Ser rey del mundo es ménos.
»¡Qué mal quien sirve al mundo
Servir afecta al cielo!
Yo para dar á Cristo
Mi vida estoy viviendo.»
Del deífero invicto,
Pontífice antioqueno,
Caminando á la muerte,
Tales las letras fueron.
Altamente se entiende
Que son estos afectos
De quien á Jesus lleva
En su interior impreso.
De Juan Evangelista
Discípulo perfecto,
Más en aquestos actos
Acreditaba serlo.
Divino amor, que inflamas
A Juan é Ignacio, advierto
Que entre los dos propones
Hermoso paralelo.
De Jesus se reclina
Sobre el pecho el maestro,
Y el discípulo lleva
A Jesus en el pecho.

DIA 2 DE FEBRERO.

La Purificacion de Nuestra Señora.

Nace Jesus, y el seno
Castísimo penetra,
Como el sol por el claro
Cristal, sin que le ofenda.
Concíbese sin padre
El Hijo en su pureza,
Y vírgen en el parto
La Madre, limpia queda.
De la una ley por esto
El Hijo se preserva,
Y de la otra la Madre
Tambien estaba exenta.
Pero el objeto que hubo
En que la Madre mesma
Desposada, y el Hijo
Circuncidado fuera,
Ese es el que hoy al templo
Al Hijo y Madre lleva;
La una se purifica,
Y el otro se presenta.
De sumision ejemplo,
Camina adonde encuentra
María complicados
Los júbilos y penas.
Simeon, un anciano
Que de Israel espera
El consuelo, habitaba
La córte de Judea.
Del Espíritu Santo
Tenía la respuesta
De que no moriria
Sin que al Mesías viera.
Recíbele inspirado,
En sus brazos le eleva,
Y prorumpe, endiosada
Su voz, de esta manera:
«Ahora, Señor, la vida
Terminará contenta,
Y en paz de tu fiel siervo,
Conforme á tu promesa;
»Porque mis ojos vieron
Al Salvador, que anhelan,
Y haces patente á todos
Los pueblos de la tierra.
»Luz, que disipa tantas
Gentílicas tinieblas,
Y gloria de tu plebe
De Israel sempiterna.»
Cantó el provecto cisne,
Que ya los ojos cierra;
Mas ántes en María
Los pone con vehemencia;
Y previendo la espada,
Que el pecho la atraviesa,
De su dolor futuro
Predice la tormenta.
Advierte, varon santo,
Que tú la paz te llevas,
Y dejas de María
Al corazon en guerra.
Goza el descanso mudo,
Miéntras el dia llega
Que de la tierra el Niño
Los calabozos hienda,
Cuando, habiendo cumplido
La ley y los profetas,
Al que venció en un leño,
En otro leño venza.
Porque despues, siguiendo
Triunfantes sus banderas,
Le acompañes cuando abra
Las celestiales puertas;
Y de tus plantas siendo
Tapete las estrellas,
De que á otros aventajas,
Allá la gloria tengas.
A Dios los demas justos
No ven sin que ántes mueran,
Y tú no ves la muerte
Sin que ántes á Dios veas.

DIA 3 DE FEBRERO.

San Blas, obispo y mártir.

En la cumbre de Argeo,
Aquel soberbio monte
Que, atalaya de Armenia,
Miedo á la esfera impone,
Hay en la selva oscura
Una caverna, adonde
Blas, de Sebaste obispo,
Inspirado se acoge.
Allí se le sujetan
Las bestias más feroces,
Parto de las montañas
O aborto de los bosques.
El lobo, que ántes era
Susto de los pastores,
Terror de las ovejas
Y espanto de la noche,
No ya voraz, templado
A sus plantas se pone,
Bésalas, y recibe
Sus santas bendiciones;
El pardo, que su cuerpo
Salpica de colores,
Por ver á Blas emprende
Carreras más veloces;
Aunque al leon valiente
Los brutos rey coronen,
De aqueste Adan segundo
Vasallo se conoce;
De la penosa fiebre
Le busca en los ardores,
Para que de su mano
La sanidad recobre;
El jabalí, que abriendo
Va el paso cuando corre
Por ásperas malezas,
Que su colmillo rompe;
La hiena, de brillantes
Ojos y cuello inmóvil,
Que humana voz fingiendo,
Maquina sus traiciones;
Todos á Blas visitan,
Y como orar le noten,
Le esperan, y entre tanto
Su oposicion deponen.
Con los armados toros
Concurren los leones,

Y están los elefantes
Con los rinocerontes.
Cumpliendo de Licinio
Sangrientas comisiones,
Intenta Agricolao
Borrar de Cristo el nombre.
Enfurecido manda
Que á las fieras arrojen
Los fieles que en Sebaste
Gemian en prisiones.
No, en busca de ellas, dejan
Los diestros cazadores
Selva que no penetren
Ni cueva que perdonen.
A la de Blas se acercan,
Y en ella reconocen
De las que hay á su entrada
La multitud enorme.
Miéntras de ellas cercado
El Santo, á Dios expone
Sus ruegos, centinelas
Le guardan veladores.
Al juez, maravillados,
Lo notician, y entónces
A Blas á su presencia
Conducen, de su órden.
En vano son los garfios,
Los palos, los azotes;
De él oblacion no esperen
Los fabulosos dioses.
Ni es fácil que prodigios
A Agrícola reporten,
Por más que á Blas las aguas
Sostengan y no ahoguen.
El que amansó á las fieras
Su natural indócil,
No puede, aunque los cielos
Le explican sus favores,
Domar los irritados
Humanos corazones,
Porque no hay una fiera
Tan fiera como el hombre.

DIA 4 DE FEBRERO.

San Andres Corsino, obispo.

¿Qué llanto, Andres, es ése
Que viertes compasivo?
¿Qué aljófares rebosa
Tu pecho enternecido?
¿Ahora que á los ruegos
Atiendes de un amigo,
Cuando á su hijo en las aguas
Reengendras del bautismo,
Lloroso así te ostentas,
Te afliges pensativo,
Al cielo alzas las manos,
Al aire das suspiros?
Del Todopoderoso
Revelacion ha sido;
Habla, y el que mereces
Conozcan dón divino.
Fué así; pues adorando
Su voluntad, rendido,
Violenta las palabras
A infaustos vaticinios.
¿Qué preguntais? ¿Qué os turba
Mi llanto intempestivo?
«Lloro el fin desastrado
De aqueste infante, dijo;
»De aqueste que, infelice,
Para ser, ha nacido,
Baldon de su familia
Y ruina de sí mismo.
»Cumplióse, padeciendo,
De su patria enemigo,
A manos de un verdugo
El último suplicio.»
Con el suceso crece
La fama de Corsino;
Toda Toscana busca
Su dulce patrocinio.
Nómbrale el pueblo todo
De Fiésoli su obispo;
La dignidad le asusta;
Tiembla de sólo oirlo;
Y parte de Florencia,
Corriendo fugitivo,
Cual acusado reo
En busca del asilo.
Recorren la comarca,
Solicitando, activos,
Desentrañar los montes,
Examinar los riscos.
En su busca malogran
Ardides exquisitos;
¿Qué mucho, si el hallazgo
Dios reservó á un prodigio?
Conocen, finalmente,
Frustrados sus arbitrios,
Y á la eleccion se aprestan
De sustituto digno;
Cuando un trienal infante,
Con ecos bien distintos,
Prorumpe en milagrosos
Impulsos repentinos:
«Andres es el prelado
Que Dios nos ha elegido;
Que oculto en la Cartuja
Orando está, os aviso.»
A Andres aclaman todos,
Y cede Andres sumiso,
Haciendo desde entónces
Cadenas los cilicios.
Fué singular aqueste
De Corsinis hechizo,
Timbre de carmelitas
Y honor de florentinos.
De un niño Andres anuncia
El infeliz destino,
Y el destino felice
De Andres anuncia un niño.

DIA 5 DE FEBRERO.

Santa Agueda, vírgen y mártir.

En vano, griega Elena,
Cuya belleza rara
Hechiza á Menelao,
Y á Páris arrebata;
En vano aumentas plumas
Y lenguas á la fama;
Ceda tu nombre á otra
Beldad extraordinaria.
Tú, perdicion de Grecia,
De Príamo y su casa,
Del príncipe troyano
El corazon inflamas.
Por esa tu hermosura,
De tantos héroes parca,
Incendios son de Troya
Los agravios de Esparta.
Agueda esclarecida,
La vírgen siciliana,
Cuyo mérito tantos
Corazones arrastra,
Al de Quinciano apénas
Agita, cuando apaga,
Al aire de su aliento,
La abrasadora llama.
Impuros lenocinios
De mi memoria aparta,
Oh musa, en que Afrodisia
Produce sus infamias.
Ministra vil de aquella
Pasion que dominaba
Al juez, fueron sus torpes
Provocaciones vanas.
Y la que vió el tirano
Andar sobre las ascuas,
Libra de los horrendos
Volcanes á su patria.
En este breve rasgo
Se ven delineadas
Las glorias de la excelsa
Heroína de Trinacria.
Ilustre sobre hermosa,
Sobre honesta hacendada,
Para conquistar hombres
Bastante la sobraba.
Gobernador pagano,
Rendido á una cristiana,
Quinciano sobre todos
Sus dioses la idolatra.
Su amor y sus deidades
A un tiempo se desairan,
Y aquél al ódio cede
El puesto que ocupaba.
Rompe su furia el freno;
Despojo de su rabia
Fueron las virginales
Carnes, que el impío rasga.
Ni perdona, inhumano,
Barbarie desusada;
Córtala el pecho, que ántes
Cruelmente la atenaza.
Mas sin flaquear un punto
De Agueda la constancia,
Reprendiendo á Quinciano,
Le dice: «¿No te espanta
»A una mujer, tirano,
Cortar la delicada
Parte con que tu madre
Te alimentó en tu infancia?»
Así, amazona, triunfas,
Cuando el pecho te falta,
Que Pedro te devuelve,
Del celestial alcázar.
Quinciano más se irrita,
Y rigoroso manda
Que encendidos carbones
Sean piso de su planta.
La ejecucion empieza,
Y luégo, de asustada,
Conmueve, ó de furiosa,
La tierra sus entrañas.
Se hunden los edificios,
Y á dos crueles matan,
Perversos consejeros
De iniquidades tantas.
Quinciano huye del pueblo,
Que amotinado clama;
Va á pasar el Simeta,
Llevado de la barca;
Y en ella dos caballos
Con este monstruo acaban:
Uno le muerde, y otro
Al rio le dispara.
De Agueda muerta siente
La proteccion Catania;
Manda al Etna, y fogosos
Torrentes le rechaza.
Así al bueno y al malo
Los elementos tratan:
Respeta á Agueda el fuego,
Mata á Quinciano el agua.

DIA 6 DE FEBRERO.

Santa Dorotea, vírgen y mártir.

Dotada de virtudes
Y de excelentes prendas,
Dorotea al teatro
Del mundo se presenta.
Lo era del cristianismo
La antigua Cesarea,
De toda Capadocia
Metrópoli soberbia.
Al tribunal de Apricio
La conducen, y estrechan
A que á los falsos dioses
Las víctimas ofrezca.
«Así, el juez la repite,

Los Césares lo ordenan,
Que los honores parten
De la imperial diadema.
Dijo; y del tierno labio,
Sin detencion, en esta
Católica pregunta
Escucha la respuesta:
«¿A cuál de dos monarcas
Querrás que se obedezca,
Cuando se contradicen
Con órdenes opuestas?
»¿Deberé al de los cielos
Servir, ó al de la tierra?
¿Será Dios, será el hombre,
Quien me hallará dispuesta?—
»Razonamientos necios,
Locas palabras deja
(Replica Apricio); al acto
O á morir te apareja.»
A vista de tan santa,
Tan noble resistencia,
La pone del ecúleo
En la tortura horrenda.
Allí fortalecida,
«¿Qué te detienes? Ea
(Prorumpe), agite luégo
La máquina sus ruedas.
»Preciosos los momentos
Son; tu cólera ceba
En mí; venga la muerte,
Y yo á mi Esposo vea.
»¡Cómo á su amada esposa
Presenta á manos llenas
Flores del paraíso
Y frutas siempre frescas!
»Allí, á cuyas delicias
Cedieron las hiblcas,
Nunca se ven marchitas
Las rosas y azucenas.
»Manzanas olorosas
Sus calles hermosean,
Y pueblan de fragrancia
Las auras placenteras.
»Con su murmurio blando
Al ánimo recrean
Las fuentes de aguas vivas,
Que allí jamas se secan.»
Nuevo rigor malogra
Apricio en cuanto inventa,
Hasta que al paraíso,
Veloz, la Santa vuela.
Teófilo letrado,
Cuando á morir la llevan,
Las flores y las frutas
La osa pedir por befa.
Dorotea lo ofrece;
Y la alta Providencia
A aquel perdido llama
Por tan extraña senda.
A la sazon contaba
Febrero la luz sexta,
Cuando á Pomona y Flora
La nieve hacia guerra;
Y en figura de hermoso
Niño, un ángel le entrega
Tres pomas y tres rosas
En primorosa cesta.
La Santa así le envia,
Cumpliendo su promesa,
En invierno los dones
De otoño y primavera.
Teófilo se abisma,
Su ceguedad detesta,
Y luégo del martirio
La palma se granjea.
¡Oh, cómo el sexo débil,
Cuando su empeño esfuerza,
De entrambos paraísos
Manzanas contrapesa!
Con una, que el terrestre
Produjo, de él destierra
A Adan esclavizado
La incauta madre Eva.
Con tres, que de el celeste
Han descendido, á él lleva
A Teófilo triunfante
La vírgen Dorotea.

DIA 7 DE FEBRERO.

San Romualdo, abad.

Di, oh tú, Jacob segundo,
Romualdo, que en los valles
Del Apenino sueñas
Extrañas novedades,
Enséñanos el modo,
Si ruegos son bastantes,
De subir por aquella
Escala que notaste.
Mas no lo digas; deja
Que yo de tu admirable
Vida, para saberlo,
Los trámites repase.
La pubertad apénas
Poblaba tu semblante,
Ya en la virtud la palma
Llevabas á los grandes.
La paciencia invencible,
La que los santos hace,
Formaba entre las otras
Tu principal carácter.
Del director Marino
Hablen severidades;
Testigos serán de esta
Verdad irrefragables.
Dígalo el monasterio
Que gobernaste en Bagni,
Y con igual motivo
Publíquelo el de Clase.
La perfecta observancia,
Que celoso entablaste,
A monjes imperfectos
Se hacia intolerable.
Y como de tu ejemplo
No fué á sus genios fácil
Sufrir las reprensiones
Mudas, pero eficaces;
De la primera casa
No dudan arrojarte;
De la segunda hicieron
Que el cargo renunciases.
Cristiano aquí paciente,
Aquí varon constante,
Toleras firme roca
Procelosos embates.
Ni el infierno tampoco
Sus testimonios calle,
Aunque juntos con ellos
Publique sus desaires.
¡Oh cuántas veces hizo
Satanas indomable
A tu extenuado cuerpo
Blanco de sus crueldades!
¡De ideas horrorosas,
De monstruos infernales,
Oh cómo el pensamiento,
Oh cómo impregna el aire!
Conjúrense enemigos;
Tu paciencia triunfante
Con las demas virtudes
De tantas luchas sale.
Ya de ellas, Romualdo,
Es tiempo que descanses;
Duerme, que de una fuente
Te brindan los raudales.
Vision divina el sueño,
Como jamas suave,
Te ofrece, apénas pisas
Sus lóbregos umbrales.
Escala misteriosa,
Que tu atencion atrae,
Toca de tierra y cielo
Los términos distantes.
Tus monjes, transmutado
En blanco el negro traje,
Por ella el cielo asaltan,
Católicos gigantes.
Así de ir á los astros
Tú, fundador y padre
De los camaldulenses,
Dar las lecciones sabes.
Transfigurado Cristo,
Como el sol es brillante
Su rostro, y sus vestidos
Son á la nieve iguales.
Con él Moisés y Elías,
En tan glorioso lance,
Hablan de los trabajos
Que ha de sufrir constante.
Trabajos y paciencia
Conducen á sus lares,
Donde las almas visten
Candores inmortales.
El Tabor y Apenino
Con luces celestiales,
Tal confirman en signos
De cándidos ropajes.

DIA 8 DE FEBRERO.

San Juan de Mata, fundador.

¿No te bastó, Cartago,
Que del tiempo á la saña,
Destruida el nombre solo
De tu ambicion quedára?
De Roma áun permaneces
Rival en la africana
Túnez, que de tu polvo
Soberbia se levanta.
Apasionada Roma,
Los ojos pone en Mata;
«Túnez por Mata», á efecto
De competirla, clama.
Mata, á quien un prodigio,
Columna de luz clara,
Al recibir el órden
Sacerdotal, proclama,
En Roma admira cuando
Intenta propagarla,
Y su obediencia al sumo
Pontífice consagra.
Emula entónces Túnez,
Hacerle suyo trata,
Y el corazon le hiere
La voz con que le llama.
De París cobra Roma
La empresa trinitaria,
Que ve Juan, y repite
Su aparicion al Papa.
Logra la fe en sus hijos
Huestes formar romanas,
Cuyo pecho la insignia
Roja y azul esmalta.
Túnez le espera ansioso,
Con toda su comarca,
Mas Roma le detiene
Su legado en Dalmacia.
Allí la disciplina
De la Iglesia restaura,
Y reforma celoso
Costumbres relajadas.
Rico de miés fecunda
Vuelve; mas no retarda
Por más tiempo Inocencio
El logro de sus ánsias.
Las cárceles de Túnez
Las del Limbo retratan;
Cautivos impacientes
Al Redentor aguardan.
Se esparce en las mazmorras
Que Juan los mares pasa,
Y en prision triste suenan
Alegres alabanzas.
Al jefe de las tropas,

Que el instituto abrazan
De librarlos, ofrecen
Agradecidas almas.
De Africa las arenas
Pisa de Juan la planta,
Y no con sus horrores
La Libia le acobarda.
Rodéale de infieles
La bárbara canalla,
Y entre ellos, del martirio
Suspira por la palma.
Redime á los cristianos,
Y libra de las garras
Del leon á los que, flacos
O tibios, vacilaban.
Lleno una vez de heridas
Le encuentran, é inundada
El alma en gozo, á tiempo
Que el cuerpo se desangra,
Jesus le fortifica;
Y tanta tolerancia,
Parece que del mismo
Los afectos arrastra.
Así Mata cautiva,
Su sangre derramada,
A Jesus, que vertiendo
La suya, le rescata.

DIA 9 DE FEBRERO.

Santa Apolonia, vírgen y mártir.

Hijas esclarecidas
De Jove y la memoria,
Que habitais de olorosos
Laureles á la sombra;
Divinizadas musas,
No fuisteis, no, vosotras
Las que al poeta infame
Sirvieron de lisonja;
A aquel que, conmoviendo
A Alejandría toda,
Contra la fe las turbas
Gentílicas provoca.
Ministros del averno,
En su blasfema boca,
Para que de ella cunda,
Vertieron la ponzoña.
La poesía divina,
Que así afrentada llora,
Con negro velo el rostro
Se cubre ruborosa.
Vosotras, para haceros
A la insolencia sordas,
La lira usais las unas,
La cítara las otras;
En tanto el impío mago
Irrita más que emboba,
Preciado de adivino,
La plebe sediciosa.
Gran desdicha en un tono
Enfático pregona,
Si en la ciudad el nombre
De Cristo no se borra.
Centellas sus palabras
Fueron abrasadoras,
Que en seca yesca prenden,
Volcan ardiente forman;
Recelándose aquella
Gente supersticiosa
Gravemente ofendidos
Los númenes que adora,
Y que nunca pudiera
Rendirles mayor honra
Que darles en los fieles
Víctimas dolorosas;
Cual rio en avenida,
Cuyas hinchadas olas
No hay campo que no arrasen
Ni muro que no rompan,
Furiosos se desatan,
De Dios la grey acosan;
Crueldad ni horror dispensan,
Sexo ni edad perdonan.
Y así como autoriza
El general las tropas,
A quien más embravece
Le senectud que agobia;
En años avanzados
Descuella valerosa
Apolonia entre todos,
Alejandrina Porcia.
Insúltala el vil pueblo,
Siendo su empresa loca
Que blasfemando á Cristo,
Sus dioses reconozca.
Mas luégo que la advierten
Incontrastable roca,
Sus cóleras atroces
En ella desahogan.
Al golpe de una piedra
Los dientes la destrozan,
Y con la misma luégo
Todo el semblante abollan.
Consumidora hoguera
A su presencia aprontan,
Para que delibere,
Y ó muerte ó vida escoja.
Traspórtase; á los cielos
Alza los ojos, ora,
La inspira Dios, y á ella
Intrépida se arroja.
Empédocles al Etna
Se lanza, por si logra
Que añada el paganismo
A sus deidades otra.
Precipítase al fuego
La vírgen Apolonia,
Por confesar no existe
Más que una Deidad sola.

DIA 10 DE FEBRERO.

Santa Escolástica, vírgen.

Dichosas soledades,
Que con muda elocuencia
Sois atractivo dulce
De tantas almas bellas,
De las que, superiores
A hechizos de la tierra,
A contemplar las glorias
Del sumo Bien se elevan;
No á los varones fuertes
Ciñais la resistencia
De los que al mundo vencen
Huyendo en la pelea.
Hay en el sexo débil
Heroica fortaleza;
Recoged las que ansiosas
Vuestro sagrado anhelan.
El mundo, ese tirano
Que os hace cruda guerra,
A Escolástica invicta
No alista en sus banderas.
Del cielo prevenida,
Desde su edad primera
Sus pompas desestima,
Su vanidad desprecia.
Ni alta cuna la engrie,
Ni enlaces, ni riquezas,
Ni su beldad la adula,
Ni el fausto la embelesa.
Esperanzas del mundo
Renuncia lisonjeras,
Consagrando al Esposo
Divino su pureza.
Con Benito, su santo
Hermano, se aconseja,
Y cerca de Casino
Construye pobre celda.
En su estrechez con una
Doméstica se encierra,
Trocando los bullicios
Por rudas asperezas.
Benito la prescribe
Para el retiro reglas,
Padre y hermano el que ántes
Hermano sólo era.
Con ellas gobernaba
La fundadora nueva
Las que su luz seguian
Santísimas doncellas;
Colonia poderosa
De aquella vida austera,
Que á Escolástica aclama
Su madre y su maestra.
Daba de sí y sus hijas
A su hermano anual cuenta,
Y en la última visita
Su gran virtud demuestra.
De un monje acompañado
Su director la encuentra
En la cercana granja
Donde acostumbra verla.
Concluidas del coloquio
Las piadosas materias,
Despedirse Benito,
Segun estilo, piensa.
Hasta el siguiente dia
Le pide se detenga
Para hablar de la suma
Felicidad eterna.
Pero la Santa, viendo
Que gracia tal la niega,
Ora, y sobre sus manos
Apoya la cabeza.
Estando claro el aire,
Turban su faz serena
Relámpagos y truenos,
Que el ámbito amedrentan.
La intempestiva lluvia,
Que casi al campo anega,
A que abandone obliga
Benito sus ideas.
A otro dia se apartan,
Dándola el Santo quejas,
Y la Santa mostrando
Del cielo la defensa.
Muere á los tres, y al alma
Benito por la esfera
Ve, en forma de aquel ave,
De sencillez emblema;
Pues del mundo calmando
La tempestad inquieta,
Despues de aquel diluvio,
Libre paloma vuela.

DIA 11 DE FEBRERO.

San Saturnino, presbítero y mártir.

Era el tiempo de aquella
Persecucion tirana
En que exhaló el imperio
Su venenosa rabia.
Los bárbaros edictos
De Diocleciano acaban,
Al parecer, con todas
Las reliquias cristianas.
El Africa no ménos
Pinturas sanguinarias
Presenta que el Oriente
Y la afligida Italia.
Vivia en Abitina
Saturnino, y llevaba
La voz en los oficios
Y ceremonias santas.
Celoso sacerdote
Se halló, por esta causa,
Tolerando invencible
Prisiones inhumanas.
Los que le acompañaron
En las funciones sacras,
Presos, por un penoso
Camino le acompañan.

Cantar, les era alivio,
Divinas alabanzas;
Que hay corazon y lengua
Donde ara y templo faltan.
Arriban á Cartago,
Donde Anulino aguarda,
Procónsul, y traerlos
A su presencia encarga.
Del cielo se hallan todos
Asistidos; malgastas
El tiempo, oh juez; tus fuerzas
Inútilmente cansas.
Pregúntales; repite
Las preguntas; en nada
Variarán; al exámen
Los junta ó los separa.
Una respuesta Danto
Y Emérito preparan;
Beredina la misma
Previene que Januaria.
Pelusios, Cecilianos,
Martinos, Honoratas,
Pomponias, Margaritas,
Por unos labios hablan.
Ni de Hilarion te asombre,
Tierno niño, la rara
Facundia en este idioma,
Que con la leche mama.
Por más que le atormentes,
De Ampelio en vano indagas
El sitio oculto en donde
Las Escrituras guarda.
De ellas Dativo y Félix
Las páginas sagradas
Confesarán que al pueblo
Leyeron en voz alta.
Así el gentil procónsul,
Por más que examinaba,
Sólo encontró en los fieles
Un corazon y un alma.
A Saturnino, jefe
De estos soldados, llama;
«Y ¿eras, le dice airado,
Tú el que los convocabas?—
»Yo con mis caros hijos,
Responde, celebraba
De la fe los misterios;
Así la ley lo manda.—
»Luego tú, le replica,
De Anulino la instancia,
Tal contra los decretos
Del César practicabas?»
Y en cada aliento fiero
Brotando muchas llamas,
Procede del verdugo
A estimular la saña.
Mas Saturnino sólo
Repite estas palabras:
«Así la ley lo enseña,
Así la ley lo manda.»
Y miéntras de la gloria
Sobre Cartago bajan,
De dos en dos, lucientes
Docenas de guirnaldas;
Feroces los sayones
Al cuerpo anciano avanzan,
Y entre la enjuta carne
Pálidos huesos hallan.
Fué fuerza, Saturnino,
Que no titubeára
Tu edad en los tormentos:
Así la ley lo manda.

DIA 12 DE FEBRERO.

Santa Olalla, vírgen y mártir.

Llamado de Morfeo
Al pabellon obscuro,
En brazos de la noche
Durmiendo estaba el mundo.
El ave vigilante,
Del rosicler futuro,
En medio del silencio,
Daba el primer anuncio.
Y su quinta dejando,
Con sigiloso estudio,
De padres y criados
Eulalia sale á hurto.
Camina á pié, venciendo
Con superior influjo
Fina crianza y años,
Que no llenan tres lustros.
Ya el nuevo sol las trenzas
De sus cabellos rubios
Se aliñaba en los claros
Espejos de Neptuno;
Y Eulalia, alborozada
Al divisar los muros
Altos de Barcelona,
Les dobla los saludos.
Vierte la ciudad sangre,
Viste la iglesia lutos;
Sólo se oyen de muerte
Tristísimos murmurios.
Nada intimida á Eulalia;
Entra, y por el concurso
Rompe, hasta que en el foro
Ver á Daciano pudo.
«¿Así en alto te sientas,
Que del Dios mio y tuyo
Altísimo no tiembles,
Oh juez, le dice, injusto;
»De aquel Dios verdadero,
Dios grande y Ente sumo,
Que manda en tí y en todos
Tus príncipes augustos?
»¿A aquellos que, á su imágen,
De la nada produjo,
Para que á Él solo sirvan,
La muerte das sañudo?—
»¿Y quién, osada jóven,
Eres tú, el juez repuso,
Que así en mi cara alientas
Tan inaudito insulto?—
»Olalla soy, responde,
De Cristo esclava; ni huyo
El rostro á tu persona,
Ni el cuerpo á los verdugos.»
Ya cruje el fiero azote,
Juega el fatal ecúleo;
Todo en Daciano es rabias,
Todo en Eulalia es triunfos.
Tiernas carnes, de tantos
Martirios al conjunto,
De cándida azucena
Van á clavel purpúreo.
Ardientes hachas puestas
A los costados, mudo
Su labio, dan informe
De un corazon adulto.
Manda el juez, porque de ella
No quede rastro alguno,
Se disperse en cenizas
O se disuelva en humos.
Quemarla intenta; y léjos
De que globos confusos
De llamas la consuman,
De ellas labró su escudo;
Pues en su centro ilesa,
Quedaron al impulso
Los ministros de tanta
Voracidad difuntos.
Muere en la cruz, y ordena
Daciano furibundo
Que permanezca el santo
Cadáver insepulto.
«Devórenla las aves,
Dice con ceño adusto;
De su cuerpo no queden
Aun átomos menudos.»
Pendiente del madero
Dejábanla, y al punto
Tersa porcion de nieve
Cubrió al virgíneo bulto.
Defiéndela, y por tanto,
Lo que en amparo suyo
Hizo primero el fuego,
Hacer la nieve supo.

DIA 13 DE FEBRERO.

Santa Catalina de Ricciis, vírgen.

Alejandro de Grecia,
Que reinos dilatados
Con su invencible espada
Unió al hereditario,
Conquistador del mundo,
Vierte ambicioso llanto
Por más mundos, queriendo,
A haberlos, conquistarlos.
Alejandra de Italia,
Que más gloriosos lauros
Aumenta á las familias
De Ricciis y Poncianos;
Heroína que penetra
Del mundo los engaños,
Si mundos mil tuviera,
Supiera despreciarlos.
De él huye, y con afectos
A aquel héroe contrarios,
Aun olvidarse quiere
Del nombre de Alejandro.
Ya Alejandría, Suecia,
Bolonia y Sena, el claro
De Catalina habian
Llevado hasta los astros.
Este Alejandra elige,
Transplantada del campo
Mundanal al florido
Vergel dominicano.
Porque, émula Florencia
Del próximo y extraño
Clima, autorice el nombre
Sus peculiares fastos.
En tanto Catalina
Aun del mundo los lazos
Teme en la estrecha celda,
Donde la encierra Prato.
De la caduca tierra,
Que la es gravosa tanto,
Se eleva por los aires
En prodigiosos raptos.
Y allí es toda su dulce
Conversacion y trato
Con Jesus y María,
Con ángeles y santos.
Hable la noche fria
De aquel natal sagrado,
Cuya memoria ensalzan
Gozosos los cristianos.
Ella dirá la hermosa
Reina que vió á su lado,
Vistiendo ropas de oro,
Que orlaba el gusto vário.
María, á quien asisten
Celestes cortesanos,
Destierra las tinieblas,
Circundada de rayos.
Y ántes que el fin llegase
De este destierro, trajo
A Catalina el fruto
Del vientre puro y casto.
En Jesus, tierno niño,
Del celestial erario
Riquísimos tesoros
Depositó en sus manos.
Ni terminan con este
Favor extraordinario
Las glorias de esta vírgen,
Delicias del Toscano.
Crucificada imágen
De Cristo rompe al árbol
De la salud humana
El sello de los clavos.

Amor de Catalina
La anima, y separado,
La abraza con ternura
De esposo soberano.
Así Jesus, muriendo,
Buscaba aquellos brazos
A que desde las fajas
Estaba acostumbrado.

DIA 14 DE FEBRERO.

San Valentin, presbítero y mártir.

Claudio, ¿qué temes? Alza
La vista tenebrosa;
Mira que forma rojos
Crepúsculos la aurora.
Mira que raya el dia,
Triunfante de las sombras,
Y el sol quiere en las piedras
Herir de tu corona;
Aquel sol sin ocaso,
Que Valentin adora,
Te ofrece un rayo; ¡ay! ¡triste
De tí, si le malogras!
No hagas tu noche eterna;
Su luz recibe ahora,
Que al vacilante pecho
Blando rocío moja.
Valentin es ministro
De la gracia, que ronda
Tu corazon; si á él oyes,
¿Por qué á ella no te postras?
¿Percibes la triaca,
Y el remedio no aprontas
Al mal? ¿Tan bien hallado
Estás con la ponzoña?
¿Te mueve su doctrina,
Y tibio no la adoptas,
Siendo á tu entendimiento
Tu voluntad traidora?
No, emperador, desprecies
Fuentes de vivo aljófar,
Cavando disipadas
Cisternas cenagosas.
¿Qué temes? Y aunque sientas
Amotinarse Roma,
¿Ménos que Roma, acaso,
Tu salvacion importa?
Mas tú la sacrificas
A una servil zozobra,
Cuyos brazos tus nobles
Sentimientos ahogan.
De nada te ha servido
Que la razon conozcas
Con que refuta el Santo
Deidades mentirosas.
Le entregas á Calpurnio,
Éste á Asterio, y le notan,
Como lo fué en palabras,
Maravilloso en obras.
Fué así; pues viendo Asterio
Que al César impresiona
El Santo, y de Calpurnio
Las cóleras provoca,
Cifraba en pervertirle
La hazaña más heroica,
Para el prefecto airado
Finísima lisonja.
Mas Dios, que dirigia
Sus juicios de otra forma,
A Valentin escucha,
Que por los otros ora.
Y aquella luz divina,
La malograda antorcha
En sí recoge Asterio,
Que Claudio de sí arroja.
De una hija ciega pide
La cura milagrosa,
Que de la verdad sea
De Valentin fiadora.
Aquel en cuyo nombre
Los montes se trastornan,
De su siervo al momento
La peticion otorga.
La afligida doncella
La antigua vista cobra,
Y á Valentin se humilla
Asterio, con su esposa.
La dicha, á sus clamores,
De bautizarse logra;
Con ellos, su admirada
Familia numerosa,
De ella la mayor parte
De Valentin las glorias
Imita, mereciendo
De mártir la aureola.
Luz material Asterio
Pretende en su hija sola,
Y halla celestes luces
En su familia toda.

DIA 15 DE FEBRERO.

Los Santos Faustino y Jovita, mártires.

Entraba Adriano al templo
Del Sol, en donde emprende
De Faustino y Jovita
Triunfar ó deshacerse.
Ufano estaba el Conde
Itálico, que entiende
Ser ésta del imperio
La decisiva suerte.
Llorábale arruinado,
Temiendo que aboliesen
El culto de sus dioses
Los dos atletas fuertes.
Previene el impío César
Que la oblacion presencien;
Necio, que en su mandato
Su confusion previene.
Alta, bruñida estatua,
De oro resplandeciente,
Era del metal gloria,
Y honor de los cinceles.
Cuando apénas sus plantas
El pavimento siente,
De la deidad mentida
La mole se ennegrece.
Cubriendo oscura sombra
Sus tersas brillanteces,
Carbon es abrasado
Lo que ascua fué luciente.
Manda Adriano que al punto
Los ministros se apresten,
Y á lavar cuidadosos
El simulacro llegnen.
Mas ¡caso portentoso!
No bien tocarle quieren,
Y á los piés de los santos
En polvo se disuelve.
Oh Sol, de Hiperion hijo,
Nieto ilustre del Eter,
¿Tu luz qué se hizo? ¿Cómo
Intrépido anocheces?
Este trastorno ¡oh cómo
Es signo suficiente
De cuanto con infamias
Tus rayos oscureces!
Hable Vénus á tiempo
Que hallada en isla fértil,
Lirios la tierra viste,
Y oro las nubes llueven.
Pasífae con Circe
Y Faeton lo comprueben,
Como frutos de Ncera,
De Perseida y Climene.
¡Cuán distinto es el oro
Que al alto Dios se ofrece,
En estos dos de Brescia
Esclarecidos héroes;
En éstos, cuyas bocas,
Cuyos costados sienten
El derretido plomo,
Las láminas ardientes;
Hermanos y consortes
Valerosos, en quienes
Se ve cuán más que el deudo,
La religion estreche;
Gozosos de que unidos
De ella en los intereses,
Entre los dos á un tiempo
La misma sangre vierten.
El oro, que en el fuego
Prueba el Omnipotente,
Es de los cielos oro,
Que eterno permanece.
El oro, á que los hombres
Divinidad conceden,
Es oro de la tierra,
Que en polvo se convierte.

DIA 16 DE FEBRERO.

San Julian y cinco mil compañeros, mártires.

De los hijos de Egipto,
Que nombre al país puso
Del africano suelo
Más laborioso y culto,
Se ofrece á la memoria
El trágico infortunio,
Herido por las hijas
De Dánao furibundo.
Dánao, de Egipto hermano,
Ensangrentar dispuso
De cincuenta himeneos
Los tálamos nocturnos.
Todas en los esposos
Cometen tal insulto,
Ménos Hipermenestra,
Que idolatraba al suyo.
Paréceme que miro
No sé qué entes adustos,
Y un singular coloquio
Paréceme que escucho.
Fiero espectro de huesos
Denegridos y enjutos,
En las egipcias playas
Reclinado descubro.
A las aguas arroja
De la segur el duro
Hierro, manchado en tantos
Homicidios injustos.
Iba á caer; mas luégo
Que entre cristales pudo
Verle, con el tridente
Le rechazó Neptuno.
El golpe, que estremece
Los ámbitos cerúleos,
Fué espanto de las focas,
De los delfines susto.
Y «¡Oh parca, parca, dijo
El rey del mar ceñudo,
¿Qué novedad á tanta
Demencia te redujo?
»¿Perdonas á la tierra,
Y todo el rigor junto
A mi imperio, oh vestiglo,
Conviertes iracundo?—
»Te engañas, dios, la Parca
Respondió; ya rehuso
Las muertes; mi ejercicio
En tierra y mar renuncio.
»Cansada estoy; que en esto
Sigo diverso rumbo
De ese ambicioso de ellas,
El cocodrilo astuto.—
»Intento es vano, el númen
De Ténaro repuso;
Del duro ministerio
No lograrás indulto.
»Recobra tu guadaña

Para mayores triunfos,
Y los hijos de Egipto
No te parezcan muchos.
»Ordena la barbarie
Que en los siglos futuros
Con horrible matanza
Se escandalice el mundo.
»Aquesta tierra misma
Será plantel fecundo,
Donde un Julian ofrezca
Al cielo inmensos frutos.
»Para cebarte en hombres,
Cuán pocos son, arguyo,
Cincuenta, destinados
A femenil impulso.
»Sin contar del caudillo
La víctima, te anuncio
Que en cinco mil consortes
Tendrás ciento por uno.»

DIA 17 DE FEBRERO.

San Julian de Capadocia, mártir.

Pánfilo, á quien prodigio
De santidad y ciencia
Los límites del Asia
Y el Africa veneran.
Orígenes segundo,
Luz de Fenicia bella,
Pasmo de Alejandría
Y honor de Cesarea,
Si en esta ciudad ántes
De Palestina enseña
Con la palabra, ahora
Con el ejemplo alienta.
Parece que á su impulso
Se ven abrir las puertas
Del cielo, y doce palmas
Se ven entrar por ellas.
Samuel, Daniel, Elías,
Jeremías se acercan,
E Isaías, de donde
Fecundo el Nilo riega.
Luégo que del martirio
Sus deseos expresan,
Firmiliano pronuncia
De muerte la sentencia.
Oyela imberbe jóven
Porfirio, que en la escuela
De Pánfilo, su dueño,
Aprende las proezas.
Y pidiendo, esforzado,
En alta voz licencia
Para enterrar sus cuerpos,
Al punto se le arresta.
El fuego le consume
Despues que le atormentan
Por la fe, y de las palmas
Consigue la primera.
A Seleuco, que al amo
Da en la cárcel la nueva,
Por cristiano dividen
Del cuerpo la cabeza.
Anciano venerable
De la familia mesma,
Del juez la palma octava,
Teódulo se lleva.
Amado por su mucha
Bondad y su prudencia,
De Firmiliano manda
Despues que en la cruz muera.
Diácono Valente
De la eliana iglesia,
Paulo de Jamnia, cuya
Virtud le recomienda,
Y Pánfilo, extraido
De su prision molesta,
Dando al cuchillo el cuello,
Hacen á Dios la ofrenda.
Mas dime, oh musa : ahora,
Desierta la palestra,
¿A quién la palma el cielo
Duodécima reserva?
¿Qué doce campeones
La alta mansion alegran,
Haciendo memorables
De Junio las kalendas?
Ya un jóven forastero,
Que escucha desde afuera
Del pueblo lo acaecido,
Llegó con la respuesta.
Ya cuando á ser testigo
De los combates entra,
Los cadáveres halla
Tendidos por la tierra.
Intrépido se avanza,
Abrázalos, respeta
Las reliquias; sus labios
Con ósculos las sellan.
Salúdalos, los vuelve
A saludar, y apénas
Hay fuerzas en los hombres
Que de ellos le desprendan.
¡Qué admiracion! ¿Quién, dinos,
Eres, glorioso atleta?
Julian de Capadocia,
Bien conocerse deja.
Éste es el que, besando
Los cuerpos con tal priesa,
El suyo da á las ascuas,
Que lentamente tuestan.
Un ósculo de Júdas
Quién es el maestro ostenta,
Para que tropa infame,
Que acaudilla, le prenda.
A Julian prenden, siendo
Sus ósculos de que era
De Jesus verdadero
Discípulo la seña.
Y el número de doce,
Luégo que entrambos besan,
Por uno se desfalca,
Por otro se completa.

DIA 18 DE FEBRERO.

San Heladio, arzobispo de Toledo.

Heladio, conde ilustre,
Que en la española córte
Autorizas la régia
Sangre de tus mayores,
Desde aquesas, que gozas,
De eternidad mansiones,
Haz que de luz un rayo
Descienda, que me informe,
Y diga á cuál aspecto
Es bien que un labio torpe
Tus justas alabanzas
Pronuncie en breves voces;
Inspire si es debido
Que aulico te pregone,
O monje te engrandezca,
O arzobispo te elogie.
Sé cuántos á Ildefonso,
A quien diácono escoges
En la tierra, diriges
Del cielo resplandores.
Quien sucesor te imita
Y discípulo te oye,
Te ensalza en elocuencias
Y en números acordes.
Alábente sus graves
Enérgicas razones;
Con su elevado númen
Tu sepultura se honre.
Yo seguiré á lo léjos
De tu virtud el norte,
Y admiraré que á nuevas
Empresas la dispones.
Así en el real palacio
De Gundemaro, prócer,
Arreglas del empleo
Difíciles gestiones.
En sus brillantes, lisos
Pavimentos, en donde
Resbalar es tan fácil,
El pié advertido pones.
Debajo de las galas
De cortesano Adónis,
Un alma generosa,
Que las desprecia, escondes.
Y para que lo sepan
Los hijos de los hombres,
Venid á ver á Heladio,
Piadosos españoles.
A vuestro magistrado
Mirad, que se conoce
Por las haces, que lleva,
No en manos de lictores,
Sino en aquellos mismos
Hombros que por entónces
Del Estado sufrian
La ponderosa mole.
Con los monjes se mezcla,
Que activos las recogen,
Porque pábulo al horno
Del Agaliense apronten.
Ensayo de la vida
Monástica, que escoge
Despues, como á su modo
De pensar más conforme,
Allí donde ya enjutos
Del mundo los sudores,
Con las benignas auras
Del solitario bosque,
A su Hacedor eleva
Altas contemplaciones,
Miéntras del Tajo trinan
Celosos ruiseñores;
En cuya vigilancia
Dispone el cielo tome
Para el futuro oficio
Santísimas lecciones,
Cuando Aurasio, postrado
De la guadaña al golpe,
Sucesor en la silla
Toledana se nombre.
A todo se anticipa,
Para que así se noten
Las que admiré en Heladio
Prévias disposiciones.
A ser monje primero
Empieza, desde conde;
Despues á ser principia
Obispo, desde monje.

DIA 19 DE FEBRERO.

San Alvaro de Córdoba.

Del monte Mariano,
En donde á horror apuestan
Las simas y las cumbres,
Los árboles y peñas,
Al són de las corrientes
Que se desprenden de éstas,
Y con cristal ruidoso
El pié de aquellos riegan,
La beldad despreciada
De Narciso, parlera
Ninfa de los collados,
Sonaba en las cavernas.
Oyóla acaso Elfino,
Cruzando sus malezas,
Por donde el Tercer Cárlos
Abrió costosa senda;
Elfino, que de Henares
Dejando las riberas,
Al golfo gaditano
Llamado fué de Astrea;
Elfino, que templando
Estaba ya las cuerdas
Para elogiar los justos
En odas que proyecta.

Y atento á aquellas voces,
Que trasformado en lenguas
El ábrego traia
Porque eco las volviera,
Halla que articulando
Prodigios, que la estrella
De Domingo produce,
Su pensamiento alientan.
De Alvaro son encomios,
Que Córdoba vocea,
Sin que de siglo en siglo
Jamas callarlos pueda.
No tanto de Cardona
La cuna y las grandezas
Publica, con que se honran
Magnates de la Hesperia;
Cuanto de un alma noble
La cándida inocencia,
Que guarda siempre intacta
Desde su edad primera;
Un celo porque tristes
Las otras no se pierdan,
Colmado de abundantes
Frutos de penitencia;
De cuyo sacramento,
Si los reyes, las reinas
Le hacen ministro, él huye
De honores que desprecia;
Una confianza suma
En la alta Providencia,
Con la cual á su pobre
Comunidad sustenta;
A la pasion sagrada
La devocion más tierna,
Por la que, cuando esparce
La noche sus tinieblas,
Visita de rodillas
Las cruces, que en la arena
Fija, con que el camino
De Gólgota asemeja.
En cuyos tiernos actos
Dios quiere que sus fuerzas
Angeles correboren,
Que á veces le sostengan;
Y que otras en su auxilio
Los mismos le precedan,
Removiendo del suelo
Más áspero las piedras;
Que al justo así estos fieles
Espíritus esfuerzan,
Y áun para el cuerpo evitan
Tropiezos de la tierra.
Finalmente, la patria
De engrandecer no cesa
La caridad, que Cristo
Maravilloso premia.
Conduce á su convento,
Porque aliviarse pueda,
A un pobre, que llagado
Y moribundo encuentra.
La carga, que le oprime,
Y va en su capa envuelta,
Noticiaba á los suyos,
Que examinarla esperan.
Cuando ¡suceso extraño!
La Majestad suprema
Hizo que un crucifijo
Los circunstantes vieran.
Jesucristo en sus hombros
Lleva nuestras dolencias;
San Alvaro en los suyos
A Jesucristo lleva.

DIA 20 DE FEBRERO.

San Leon, obispo.

Anhelaba Heliodoro
Le eligiesen prefecto
De Catania, sin torpe
Nota de pretenderlo.
«Tendrás cuanto apetezcas,
Le dice un mago hebreo
Que consulta, con esta
Cédula que te entrego.
»Con ella de los héroes
Irás al monumento,
Cuando esté más profundo
De la noche el silencio.
»Allí en menudas piezas
La entregarás al viento;
Ni tengas al que entónces
Se te aparezca, miedo.
»No, si bajar te manda,
Le obedezcas; con esto
Siempre en lo sucesivo
Sobre él tendrás imperio.»
Hízolo así, y al punto,
Sentado sobre un ciervo,
Al engañado jóven
Luzbel salió al encuentro.
«¿Qué es lo que solicitas
Aquí?», pregunta; y luégo
Le responde Heliodoro:
«Sólo en tu busca vengo.—
»Si á Cristo, Luzbel dice,
Recusas, de mis siervos,
A Gaspar obediente
Tendrás á tus preceptos.»
Admite los partidos
El infeliz mancebo,
Y agradecido besa
La diestra del espectro.
No bien, aunque me asistan
Cien lenguas, bocas ciento,
Y voz tremenda al temple
De resonante hierro,
Ponderaré los males
En que Heliodoro envuelto
Trajo con sus encantos
Al siciliano suelo.
¡Qué formas no transmuta
Diabólico Proteo!
¡Cómo á su mando tiene
Relámpagos y truenos!
Finge engañosos rios
En árido terreno,
Y en aparente nave
Halla en Bizancio puerto.
A Tírsis inocente,
Que es del prelado deudo,
Da mentirosas palmas
En los circenses juegos.
La silla catanense
Regía en aquel tiempo
San Leon, por divina
Inspiracion electo.
Sus reprensiones santas,
Su doctrina, su ejemplo,
Se frustraron, del mago
Empedernido el pecho.
Jactábase el impío
Alumno del averno
De burlar su carácter
Con irrisorios hechos.
De Leon Taumaturgo
Pensó que conduciendo
Fatuo coro, á la frente
Danzase de su clero.
El prelado, las artes
Tesálicas temiendo,
Buscó á los piés de Cristo
En la oracion remedio.
Cansóse Dios de agravios,
Si así decirlo puedo;
A Leon oye, y concede
A la ciudad consuelo.
El ilustrado obispo
Echó su estola al cuello
Del discípulo como
Rafael ligó al maestro.
Condújole á una hoguera,
Que, á su virtud sujeto,
Le consumió, quedando
Estola y brazo ilesos.
De Heliodoro las fuerzas
A la oracion cedieron
De Leon, cual fué vencido
Simon por la de Pedro.
Para irrogar las penas,
Que sirvan de escarmiento,
Valerse de prodigios
No necesita el cielo.
Las causas naturales
Surtiendo sus efectos,
Ni á uno sostiene el aire,
Ni á otro perdona el fuego.

DIA 21 DE FEBRERO.

San Félix, obispo.

La tenebrosa noche,
Antípoda del dia,
Capa de iniquidades
Y orígen de desdichas;
Aquella que de negros
Caballos conducida,
Desciende coronada
De adormidera estigia,
A destinos opuestos,
Por diferentes vias
A un tiempo á los dudosos
Mortales encamina;
No para los que duermen,
Para los que vigilan
Las glorias se reservan,
Los premios se destinan.
Mas las horas que al sueño
Roban los hombres, guian
A infaustos precipicios,
Si al vicio se dedican.
Aquel silencio, aquella
Quietud con que termina,
Al parecer, del mundo
La agitacion contínua,
Todo infunde retiro
Interior, todo brinda
A contemplar las altas
Perfecciones divinas.
¡Cuán diferentes usos
De su estacion hacian,
Félix, de Metz obispo,
Baltasar, rey de Asiria!
¡Cuán distintas empresas
Entrambos concebian!
Pero tambien de entrambos
Las suertes ¡cuán distintas!
Baltasar, aquel vano
Monarca á quien las iras
Del Señor con Nabuco,
Su padre, no intimidan,
Sucesor temerario,
Que el corazon no humilla
Al ejemplar que tiene
Tan trágico á la vista,
A espléndido banquete
Sus magnates convida,
En el cual cada uno
Segun su edad bebia.
Ya temulento ordena
Que los licores sirvan
En vasos de oro y plata,
De fábrica exquisita;
Los mismos que del templo
De Salomon habia
Nabuco trasportado
Con las alhajas ricas.
Los próceres en ellos
Bebieron á porfía,
Y el Rey con sus mujeres
Y torpes concubinas.
Infames alabanzas
Los dioses recibian,
Que de metales, piedras
Y leños se fabrican,

Aquí al fatal teatro
Corramos la cortina,
Y sigamos del tiempo
Las alas fugitivas.
Félix, tercer prelado
De Metz, que en compañía
Se señaló del grande
Dionisio Areopagita,
Las noches pasa insomnes,
Y de la suerte misma
La matutina le halla
Que la primer vigilia.
Y un celestial ministro
Dios, á quien loa, envia,
Que en la ciudad su nombre
Con letras de oro escriba.
Alaba á falsos dioses
El babilonio, y mira
Que mano escribe humana
Lo breve de su vida.
Aun la vision ignora,
Que Daniel le descifra;
Se inmuta, y le conmueven
Las trémulas rodillas.
Las del pastor metense,
Siempre en la tierra fijas,
Visiones celestiales
Al dueño facilitan.
Da corona á Darío,
De Baltasar transmigra,
Y Dios hace que eterna
Corona Félix ciña.

DIA 22 DE FEBRERO.

La Cátedra de san Pedro en Antioquía.

Ya el centurion Cornelio
De itálica cohorte
Habia recibido
Los celestiales dones,
Y Pedro, cerciorado
De la vision de Jope,
Bautizaba indistintas
A todas las naciones.
Metrópoli de Oriente,
La opulenta, la noble,
Populosa Antioquía
Por él á Dios conoce.
De Teófilo su celo
Excita los rencores,
Y previene al apóstol
Durísimas prisiones.
Hállale Pablo en ellas,
Exánime á rigores
Del hambre, y por sus rostros
Copioso llanto corre.
A Teófilo vuela,
A quien de Pedro expone
Tan admirables cuanto
Verídicos informes.
«Huyen por él, le dice,
Las fiebres y dolores;
No hay mal que á virtud tanta
Su actividad no postre.
»Y áun verás más prodigio,
Añade, como él ore
A Dios porque los muertos
A vida se revoquen.»
Concédele de Pedro
La libertad el prócer,
Como á un hijo difunto
De mucho tiempo cobre.
En Dios confía Pablo;
Ofrécelo en su nombre;
Va Pedro al monumento,
Y resucita al jóven.
De Teófilo el pasmo
Quiere estorbar que asomen
Lágrimas á los ojos,
Mas ya la valla rompen;
Y arrojándose á Pedro,
Pide allí mismo á voces
Que el bautismo sus muchas
Iniquidades borre.
Siguiéronle, y fundaron
Aquellos moradores
Una iglesia, y de Pedro
La Cátedra erigióse.
Época tan dichosa
Fué célebre en el orbe,
Tomando de *Viandas*
De san Pedro el renombre.
Pues dando el sol el cuarto
Círculo al horizonte,
Despues que ya llevaba
Corridos signos once,
Celebraba, poseido
De sus supersticiones,
Fiesta de los banquetes
El gentilismo torpe.
Sobre el sepulcro hacian
Poner, de sus mayores,
Manjar á las errantes
Sombras de Flegetonte;
Y la Iglesia en tal dia
Mandó desimpresione
La Cátedra antioquena
Los étnicos errores.
Hacíanse en su obsequio
Convites más conformes
A la razon, llevando
La caridad por norte.
Hasta que convertidos,
Por abusos enormes,
En gula la templanza,
Y el júbilo en desórden,
Motivaron aquellas
Santas disposiciones
De que á estos actos sólo
Los de piedad subroguen.
Estos los convenientes
Fueron, ó los acordes
A aquel pastor primado
De todos los pastores,
Que el lienzo de animales,
Que cielo y tierra coge,
Vió cuando voz celeste
Le dijo: *Mata y come.*
Glorificar á Cristo
Delante de los hombres
Son *Viandas de san Pedro,*
Que á los demas propone.

DIA 23 DE FEBRERO.

Santa Marta, vírgen y mártir.

No vengas, Himeneo,
Devuelve aquesas alas,
Que te prestó, á Cupido,
Y el curso veloz pára.
Léjos de Astorga, léjos
De la española rama,
Las rosas de tus sienes,
El humo de tus hachas.
Con él se desvanezcan
Los hálitos que esparza
Suadela, eficaz hija
De Vénus Acidalia.
Ni á Yugatino llames,
Ni á Domiduco traigas,
Que á la esposa introduzca
Del esposo en la casa;
Ni á Domicio, que en ella
De vigilante guarda
La sirva, ni anticipes
Gestiones excusadas.
Inútiles son esos
Oficios que preparas,
Futuros á Lucina
Y al númen de Diana.
No importa que ese impío
Aborto de Bubalia,
A quien contra Filipo
Los rebeldes proclaman,
Exterminar intente
Con fulminantes ánsias
La religion, que fija
Su sólio en las Españas.
No importa que el procónsul
Paterno, que te llama
En su auxilio, la empresa
Fomente temeraria.
Ya al judicial aspecto
Se presta la constancia,
Que admirarán los siglos,
De la invencible Marta.
Su adoracion pretende
Luzbel en las estatuas
Que el artífice forma
Del oro y de la plata.
Niégase á la propuesta,
Marta, del juez, que trata
Hallar en el ecúleo
La enmienda ó la venganza.
Allí violentos choques
De las nudosas varas
Sus virginales carnes
Sonrojan y maltratan.
Del rigor, que halla inútil,
A las caricias pasa
El juez, y á las promesas
Su apelacion instaura.
Pero á esta firme peña,
Parto de las montañas
De Leon, aunque lo intenten,
Dádivas no quebrantan.
La santa fe en su pecho,
De Cristo, radicada,
No ménos el halago
Que la crueldad desaira.
Huye, hijo de la diosa;
Las colinas repasa,
Que robles y castaños
Guarnecen á su falda.
No más te acerques; vuelve
De Océano á las aguas,
Y di á Citéres cuanto
Mi voz te desengaña.
Mas si acaso te fias
De estériles instancias
Con que eludir paterno
Tanta entereza entabla;
Si con su hijo el enlace
Que á Marta ofrece, aguardas,
Tarde ó nunca tus teas
Han de avivar su llama.
Marta, de Cristo esposa,
Ofreciendo á la espada
El cuello, con su sangre
Verás que las apaga.

DIA 24 DE FEBRERO.

San Matías, apóstol.

Despues que del dichoso
Monte de las Olivas
Para su eterno Padre
Se encaminó el Mesías,
Levantándose Pedro,
Así á la turba avisa
De casi ciento y veinte
Personas que allí habia:
«Varones, dijo, hermanos,
La Escritura divina
Del Espíritu Santo
Conviene sea cumplida;
»Aquella que, por boca
De David, profetiza,
De Júdas, que fué miembro
De nuestra compañía.
»Jesus al ministerio
Sagrado le destina,

Y él á los que atrevidos
Le prenden acandilla.
»Este poseyó un campo
En precio de su indigna
Traicion, y se hizo luégo
De sí propio homicida.
»Suspendióse de un lazo;
El suelo vió esparcidas
Sus entrañas (cansado
El cuerpo de sufrirlas).
»Supo la paga el pueblo
De tanta alevosía,
Y *Haceldama*, esto es, campo
De sangre le apellida.
»Está, pues, en los salmos
Esta sentencia escrita:
Su mansion quede á inculto
Desierto reducida;
»*No pueda en tiempo alguno*
Decirse que la habita
Criatura humana, y otro
Su obispado reciba.
»En su lugar, de aquellos
Ser debe el que se elija,
A quienes con su trato
Jesus colmó de dichas,
»Del bautismo empezando
De Juan hasta aquel dia
Que, elevado, una nube
Le hurtó de nuestra vista,
»Y que testigo sea
De aquella maravilla,
De haber, despues de muerto,
Tornádose á la vida.»
Tal razonó el Apóstol;
Y en dos ponen la mira,
Matias y Josefo,
Que el Justo denominan;
Y orando, así dijeron:
«Tú, Señor, que registras
El corazon de todos,
Cuál de éstos, nos inspira,
»Del apóstata Júdas,
Que aleve prevarica,
Para ir á su destino,
Ha de ocupar la silla.»
Danlo á la suerte, y ésta
Fué á Matías propicia,
Que luégo con los once
Apóstoles se alista.
Suerte del nuevo apóstol
Dichosa, dirigida
De Dios, tú del electo
El mérito acreditas.
Jerusalen escuche,
Con toda Palestina,
Su voz; por ella el cielo
Se colme de miés rica.
Las leyes propagadas
Del Evangelio, rinda,
Con piedras maltratado,
Su cuello á la cuchilla.
Suerte infeliz de Júdas,
Sacrílega codicia,
Tú eres la que á las negras
Sombras le precipitas.
¡Qué apóstoles diversos!
¡Qué suertes! ¡Qué caidas!
Cae Júdas por su suerte;
Cae suerte por Matías.

DIA 25 DE FEBRERO.

San Cesáreo, confesor.

¿Adónde estás, Nicea?
Nicea, ¿qué te has hecho?
¿Qué te has hecho? Te busco,
Nicea, y no te encuentro.
¿Dónde tus edificios
Existen? ¿Qué se hicieron
Tus calles y tus plazas,
Tus muros y tus templos?
Tu esplendor se ha apagado,
Tu pompa se ha deshecho;
Eres de lo que fuiste
Apénas esqueleto.
Del podador la herida
No lloran los sarmientos
De las célebres vides,
Que pueblan tu terreno.
Lloran al ver, de tanta
Catástrofe en efecto,
Del polvo de tus ruinas
Sus vástagos cubiertos.
Mas ¿quién es el que de ellas
De increible modo ileso
Se desenvuelve, y hace
Escala de los muertos?
Tembló la tierra, dando
Con espantoso estruendo
Pavor á los mortales,
Y ronco són al viento.
Las elevadas torres,
Frontispicios soberbios,
Ahora precipitados,
Son tumba de los cuerpos.
Aparece de aquesta
Desolacion en medio,
Cuestor de la Bitinia,
Cesáreo Nacianceno.
Parece que aunque el orbe
Sobre él caiga en fragmentos,
Ni las ruinas le hieren,
Ni le acobarda el miedo.
Con los demas airado
El elemento inquieto,
Respeta sus virtudes,
Su ciencia y nacimiento.
Ilustre en sus mayores,
De los que santos fueron
Hijo feliz, de santos
Hermano, y santo él mesmo.
Admiracion de cuantos
Le escuchan, ya exponiendo
De Hipócrates lugares
Y dogmas de Galeno;
Ya de Epicuro y Cleante
Refutando argumentos,
A Platon explicando
O á Pirron rebatiendo;
Ya con demostraciones
Iluminando diestro
Los escritos de Euclídes,
Heron y Ptolomeo.
Del apóstata César
Temido por su celo,
Que en Valente y su hermano
Produjo tanto aprecio.
Al fraternal cariño
Aparecido en sueños
De Gregorio glorioso,
Ilustre, claro, excelso;
Cual el teólogo santo
Le verá, añade, al tiempo
Que la voz del arcángel
Dé á la trompeta esfuerzos;
Que el cielo se trasforme,
Se desfigure el suelo,
Se mude el mundo, y vaguen
Libres los elementos.
Alábete, oh Cesáreo,
Tu hermano; yo enmudezco;
¿Quién entre los mortales
Podrá con tanto acierto
Loar en las humanas
Tu portentoso ingenio
Como aquel que en las letras
Divinas fué portento?
Mueres; y si un hermano
Santo perora el duelo,
Tu santa madre Nona
Te erige monumento.
El poder de la tierra
No te oprimió, á tu aliento
Sólo oprimió la muerte,
Porque es poder del cielo.

DIA 26 DE FEBRERO.

San Alejandro, obispo.

Murió Aquílas, y el cielo
Permitió que la tumba
De este patriarca fuese
Del arrianismo cuna;
Porque ambicioso el jefe
De esta secta futura,
La silla alejandrina
Inútilmente busca.
La eleccion de Alejandro
El cielo mismo alumbra,
Y sucesor de Aquílas
El pueblo le saluda.
Arrio, indignado, contra
La Iglesia se conjura;
Principio lastimoso,
Que tanto mal anuncia.
En su arenoso suelo,
Libia, su patria, nunca
Tan venenosa sierpe
Expuso á la luz pura.
Dice que el Verbo (y hace
Que la ponzoña cunda)
Es criatura, principio
De las demas criaturas.
Alejandro el Primero
Declara guerra cruda
A los nuevos errores,
Y al impío descomulga.
Presbítero no tantos
Trabajos le atribulan,
De los emperadores
Paganos en la lucha,
Cuantos obispo sufre
Por la fe, que propugna,
Y los heresiarcas
A la sazon perturban;
Pues miéntras en su iglesia
Tiránicas las furias
En las voraces llamas
Y el hierro se gradúan;
El cisma, que en Egipto
Melacio infame funda,
Ejercita su celo,
Y á su rebaño asusta.
Este de mansedumbre,
De erudicion, facundia
Y caridad portento,
Digno de mejor pluma,
Muere anciano; y moviendo
Su lengua Dios, pronuncian
Del sucesor el nombre
Las últimas angustias.
Atanasio, Atanasio,
Repite; uno lo escucha
De este nombre, y responde;
Mas nada le insinúa.
Otra vez *Atanasio*
Sus voces articulan;
Y calla el que con esto
Ya de su error no duda.
Entónces profetiza:
«Huir, Atanasio, juzgas;
Pero aunque más lo intentes,
Será imposible que huyas.»
Para Arrio y Atanasio
Fué abeja, cuya industria
Su aguijon guarda al uno,
Y al otro sus dulzuras.
Así de su alta silla
Es fuerza se reduzca,
Ocúpela ó la deje,
Cual dignamente usa.
A aquel que la apetece
Separa, si la ocupa,

Y llama, si la deja,
A aquel que la rehusa.

DIA 27 DE FEBRERO.

San Baldomero, confesor.

No más, no más Vulcano,
Falaz mitología,
Soñadas ilusiones,
Poéticas mentiras.
Dejad historias vanas
De esa deidad fingida,
Que Jove, por disforme,
Del cielo precipita.
Y de los moradores
De Lémnos, que á la hija
Coronó de Toante,
Recibe nueva vida;
Por cuyo beneficio
Allí su asiento fija,
Donde el uso del hierro
Y el fuego les explica.
Callad aclamaciones,
Que, del Egeo islas,
Tributan á sus yunques
Lipari y Estrongila.
Ni obra de su martillo
Pandora, en quien principia
Del bello sexo el órden,
Se ensalce peregrina.
Ni en su culto los griegos
Con hachas encendidas,
A los lampadoforios
Certámenes asista.
Las chalceas, vulcanales
Fiestas, que le dedican
Gozosos en Aténas
Y Roma, se supriman.
Discípulos nosotros
De la sana doctrina,
Las fábulas huyamos,
Pues la verdad convida.
Allá donde congregan,
De una montaña á vista,
El Ródano y Saona
Sus aguas cristalinas,
Baldomero, artesano,
Las venas beneficia
Que á su trabajo aprontan
Las subterráneas minas.
Casto, veraz, humilde,
Consigue que excesiva
Su principal carácter
La caridad distinga.
Herrero pobre, cuando
Le falta el oro, alivia
Al pobre con sus propias
Herramientas precisas.
Sin estos utensilios,
¿Qué es lo que determinas,
Artífice glorioso?
¿Qué intentas? ¿Qué utilizas?
El agua, que al invento
Su virtud suministra,
Siendo la hornaza inútil,
Para apagarla sirva.
Mas ¡ay! que en ese pecho
Escondes más activa
Fragua, y al cielo vuelan
Abrasadoras chispas.
Ellas de tus virtudes
Testigos son; publican
De un corazon amante
La inextinguible pira.
Tu religion ¡oh cuánto
De la pagana dista!
¿Qué efectos más diversos?
¿Qué causas más distintas?
Fingen que de los dioses
Vulcano, en su oficina,
Las armas, con que vengan
Su cólera, fabrica.
Del númen verdadero,
Contra nuestra malicia,
Tú en la tuya desarmas
Las vengadoras iras.

DIA 28 DE FEBRERO.

San Roman, abad.

Asia y África insignes
Contra el teson del tiempo,
No sólo en las ciudades
De numeroso pueblo,
Sino en los admirables
De la virtud modelos,
De que en épocas várias
Poblasteis los desiertos,
Bien es que la Tebaida
Gloriosa sus ejemplos,
Bien que engrandezca ufano
Los suyos el Carmelo.
Pero advertid á Europa,
Y creeréis estar viendo
Que á ella se han trasladado
Vuestros antiguos yermos.
Ese elevado monte
De la Francia, que al cielo
Robando está las luces,
Segundo Prometeo;
Jura, de cuya mole
El Aar va lamiendo
La planta, hasta que paga
Al Rhin undoso feudo,
Natural obelisco,
Promontorio soberbio,
De donde nobles artes
Tomaron lo grotesco,
A su raíz sustenta
Robusto y verde abeto,
A pesar de los duros
Rigores del invierno.
Densísimas sus ramas
Forman tejido techo,
Bajo el cual á Dios sirve
Roman, su amado siervo.
Aqueste, que la vida
Solitaria el primero
Introdujo en los fines
Orientales del reino,
Sobre sí, al entablarla
Las furias del infierno,
Siente con Lupicino,
Su hermano y compañero.
Lluvia espesa maltrata
De piedras á sus cuerpos,
Y la edad inmatura
Tuvo al peligro miedo.
Huyen, y en el camino
Retroceden, oyendo
De una desconocida
Mujer tales acentos:
«¿De dónde, pues, soldados
De Cristo?» Entónces ellos,
Admirados, confusos,
Descubren el secreto.
Responde la inspirada:
«Debierais al protervo
Enemigo mostraros
Fortísimos guerreros,
»Ni estar, varones justos,
La enemistad temiendo,
De quien por los amigos
De Dios vencido vemos.»
Dice; y á su flaqueza
Reprueban ellos mesmos,
Que, de la cruz armados,
Vuelven al choque fiero.
De piedras, que los hieren,
Vuelve el diluvio luégo,
Hasta que su constancia
El íris fué sereno.
Es para que venzamos
Los enemigos nuestros,
El modo en el bullicio
Y soledad diverso.
Cuerpo á cuerpo se puede
A Satanas el reto
Proponer, si al retiro
Estorba sus efectos.
Mas de Vénus y el mundo
Los santos conocieron
Que sólo es el huirlos
El modo de vencerlos.

DIA 1.º DE MARZO.

El santo Ángel de la Guarda.

Hombre, que del albergue
Materno producido,
Naces al mundo en este
Momento en que lo escribo,
Llora, pues al que vienes
Conoces, aunque niño,
Triste país cubierto
De abrojos y de espinos.
¡Cómo, si bien supieras
Los trances, los peligros,
Los males que te esperan,
Dobláras los gemidos!
Te pasmará el invierno,
Te abrasará el estío,
Te embestirán las fieras,
Te asombrarán los riscos.
Ni sólo los insultos
Receles de los mistos;
Los mismos elementos
Serán tus enemigos.
Peligros en la tierra,
Los mares y los rios;
Peligros en incendios
Y en recios torbellinos;
Peligros en los hombres
De corazon inicuo,
Como falsos hermanos
Y pérfidos amigos.
La enfermedad, la angustia,
El susto están contigo,
Y la muerte en el mundo
Concluye tu destino.
Mas logren dulce tregua
Tus llorosos principios,
Tributándote el sueño
Dulcísimos deliquios.
En este mismo instante,
Para tu guarda admiro
Descender por los aires
Un ángel del empíreo.
Porque Dios de tí ha dado
Encargo á sus ministros
Para que te custodien
En todos tus caminos.
Te llevarán en palmas,
Porque en los precipicios
No caigan, tropezando,
Tus piés inadvertidos.
Andarás sobre el áspid
Y el fiero basilisco,
Pisarás al leon bravo
Y al dragon, cruel vestiglo;
A aquel dragon ú horrenda
Sierpe del paraíso,
De ese llanto que viertes
Orígen primitivo;
Monstruo más insidioso
Del mundo al laberinto,
Que el que encerró el de Creta
Por órden del rey Minos;
Leon, que rodea toda
La tierra, y á rugidos
Busca á quien en su vientre
Tenga sepulcro vivo.
El ángel te liberta,

Busca su patrocinio;
Saldrás, si no le dejas,
Del intrincado sitio.
¿De Ariadna, si le rompes,
Qué te aprovecha el hilo?
Serás en este caso
La parca de tí mismo.

DIA 2 DE MARZO.

San Lucio, obispo.

¿Qué línea, monstruo horrendo
De la crueldad, admites,
Que, escándalo del orbe,
Tu insano furor pise?
¿Eres tú el que blasonas
De que de Augusto sigues
La norma, y en tí anhelas
La humanidad se cifre?
¿Eres aquel piadoso
César, que al exigirte
Que capital sentencia
Contra un magnate firmes,
Que ignorar deseáras,
Al senado dijiste,
El arte de la pluma
En lance tan terrible?
¡Qué bien, Neron, aquestos
Primeros que concibes,
Sentimientos benignos,
Con los siguientes dicen!
¡Todos los hombres quieres
Que en solo un cuello estriben,
Por ver así que á un golpe
De tu rigor espiren!
¡A principios tan bellos,
Oh cuán opuestos fines,
Que hacen que la doctrina
De Séneca así olvides!
De Séneca, tu maestro,
Tu director insigne,
A quien áun no perdona
Tu saña irresistible;
Y malogrado el lance
De la ponzoña, insistes,
Por favor, en que sufra
La muerte que él se elige!
Mas ¿qué mucho? Agripina,
De quien el sér recibes,
No quieres que de insulto
Tan bárbaro se libre.
Ni en Octavia y Popea,
Desapiadado tigre,
Que incruento se exima
Tu tálamo permites.
¿Son, tirano, los triunfos
Aquestos, son los timbres
Que en láminas de bronce
Y en mármoles escribes?
¿Cuáles serán? ¿Acaso
Son que indolente mires,
Cantando á Ilion batido,
Fuego exhalar el Tiber?
¿Que de incendiario á fiero
Calumniador camines,
Y reos á los fieles
Supongas de aquel crimen,
O que al fatal pretexto,
De este rebaño humilde
Tú las persecuciones
Gentílicas principies?
Cebándote en sus jefes,
Haces que al Maestro imite
Pedro, y que Pablo el cuello
Guarnezca de rubíes;
Que con su sangre á Roma
Y á la Iglesia amenicen
Proceso y Martiniano,
Con otros, que persigues;
Que á Gervasio y Protasio,
Nazario y Celso admire
Milan, y cuente Pisa
Sus mártires á miles.
España ha condenado
Tanta impiedad, y gimen
Las ásperas Astúrias
Porque á Britonia afliges;
Britonia, cuya iglesia,
Pastor segundo, rige
Lucio, que al Cebedeo,
Su maestro, en ella sigue;
Y al Capadocio, que huye
De la invasion, asiste
Y esfuerza, á cuya causa
Laurel de mártir ciñe.
Despues que en Cesarea
Siente su ausencia, al triste
Mensaje de su muerte,
En llantos se derrite.
Devota, á las cenizas
De Aristóbulo erige
Sagrado mausoleo,
Donde su afecto imprime.
A las del hijo excelso,
Patron de España, rinde
De gratitud perennes
Votos en sus confines.
Mas tú, que en las de Lucio
La impides se glorie,
Oh Neron, con Britonia
Cruel dos veces fuiste.

DIA 3 DE MARZO.

San Hemeterio y San Celedonio.

En una obscura cárcel
De Leon, insigne emporio,
Colonia del romano,
Córte despues del godo,
Por Máximo y Asterio,
Sus jueces rigorosos,
Con Hemeterio yace
Su hermano Celedonio,
En el bizarro pecho,
Más que en la sangre y rostros,
Prototipos fielmente
Copiados uno de otro;
Del centurion Marcelo
Renuevos, que frondosos
Imitan la inflexible
Fortaleza del tronco;
Civil muerte aherrojados
Padecen, sin que el sordo
Trascurso de los tiempos
Abrevie el fin dichoso.
La hoz de Saturno, que hace
Tornar con filo corvo
Al dórico edificio,
De hiedra armado escollo,
Ni acaba con los dias,
Que pasan numerosos,
Ni consume á quien sufre
Su cruel teson tampoco.
Testigos los cabellos,
Que á cubrir licenciosos
El cuerpo, prolongados
Descienden por los hombros.
Mas ya benigno el cielo,
Despues que del encono
A impulsos toleraron
Tormentos horrorosos,
Los lleva á Calahorra,
Que de su triunfo heroico,
Por voluntad divina,
Teatro fué glorioso.
El Ebro, que la baña,
Pretende que en el propio
Instante reproduzca
De la elocuencia al monstruo.
Renazca Quintiliano,
Y agote los adornos
De la oratoria, en digno
Obsequio de su elogio.
Escríbase indeleble,
Miéntras que de un arroyo
La orilla en los dos cuerpos
Encierra dos tesoros.
Tiempo vendrá en que el lazo
De la injusticia roto,
La militante Iglesia
Respire en sus ahogos.
Y la ciudad, que ahora
Intacto deja el polvo,
Les alce mausoleo
Y aclame sus patronos.
Mas ¡ay! que estos tiranos,
Corridos, vergonzosos
De tantas impiedades
Como les dicta el ódio,
Ni la prision horrenda,
Ni el trance lastimoso
De terminar dos vidas,
De una espada al destrozo,
Permiten que se escriba,
Y lo ya escrito al pronto
Estrago de las llamas
Borraron cuidadosos.
Pero ¡cautela inútil!
Más puede aquel Esposo
De las ilustres almas
Que suben á su trono.
Elévanse tras ellas
Dulces prendas al globo,
Que por su bien halladas
Fueron del alto polo.
De uno un pequeño lienzo,
De otro un anillo, asombros
Excitan hasta el punto
De robarse á los ojos;
Y harán anillo y velo,
Contra humanos estorbos,
Eterna la memoria
De aquestos desposorios.

DIA 4 DE MARZO.

San Casimiro, confesor.

Viajero que, llevado
De propension curiosa,
Córtes y capitales
Recorres de la Europa,
El Septentrion te llama;
Tu marcha presurosa
Dirige á los extensos
Estados de Polonia.
Del Vístula las ninfas
Entre las algas y ovas
Levantan la cabeza,
Que de verbenas orlan.
Alegres te conducen,
Te muestran oficiosas
Las más altas é insignes
Grandezas de Cracovia.
Aun no verás aquellas
Que espera suntuosas
Preseas el castillo,
Que el tiempo desmorona;
Las águilas de plata,
Que las armas denotan
De la nacion, pendientes
De la techumbre hermosa,
Que al impulso movidas
De manso viento, en ondas
Brillantes á los ojos
Escena grata expongan;
Y tanto, que se piense
Que aquellas conductoras
De la luna, que quiebran
En su cristal, las copian.
Sus bellas galerías
No existen, las famosas
Pinturas, los trofeos,
Que ensalzan las historias,

En la fecunda tierra
Aun yacen, piedras toscas,
Los mármoles, objeto
De tanta vanagloria.
Juan Sobieski, primario
Orígen de su pompa,
No ha nacido, ni el fuerte
Se reedifica ahora.
Pero acércate al régio
Palacio donde mora
El Cuarto Casimiro;
Pise tu pié sus losas.
Sus adornos te admiren,
Y los salones corra
Tu atencion, que con bustos
De Césares se adornan.
Las ninfas te introducen,
Validas de las sombras,
Del príncipe á la estancia,
Que el mismo nombre goza.
No inquieten á Morfeo
Tus plantas; silenciosas
Se acerquen hácia el rico
Lecho donde reposa.
Tus manos el brocado
Del pabellon descorran;
Verás dormir de Adónis
La gentileza propia.
Mas no; deten dudoso
El paso, pues le estorba
No sé qué fiel esclavo
Que guarda su persona;
Can, que á su augusto dueño,
Cuando á su pié se postra,
Sobre la dura tierra
Lealtades acrisola.
Pero... ¡qué pasmo! advierte...
Mira al esclavo... nota...
Por las señas es fuerza
Que al príncipe conozcas.
Ni mi primera idea
Mintió; pues ¿de qué forma
El noble Casimiro
Es siervo? ¿á quién custodia?
Sí; Casimiro es siervo;
María es la señora;
Custodia la pureza,
Que su atencion la roba.
Allí en cilicio envuelto,
Bizarro jóven doma
Los ímpetus impuros
De la balagüeña diosa.
Si de dia la escribe
Tierna cadente prosa,
En que sus fervorosos
Afectos desahoga;
De noche la consagra
La ofrenda más preciosa;
Así de Casimiro
Los triunfos se pregonan.
Las plumas de tus alas,
Oh fama voladora,
Agita miéntras yacen
Las de su lecho ociosas.

DIA 5 DE MARZO.

San Eusebio y compañeros, mártires.

Yo, aquel que en otro tiempo
Al coro de unos sabios
Expuse mis cadencias
Y merecí sus lauros;
De aquellos que á Filipo,
Su erector, obsequiando,
Limpian, fijan y brillos
Dan al idioma patrio;
Cuando entoné la hazaña
Del general bizarro
Que unió al de España el grande
Imperio mejicano (1);
En números más breves
El compatriota santo
Propongo á los dominios
Del nieto augusto Cárlos.
Señor, ó bien sujeto
Materias del estado,
O de la dura guerra,
O de tu real erario,
Te tengan; ó de Alcídes
Las columnas pasando,
Tu voz oigan las Indias,
Nereo tus mandatos;
O levante de Astrea
La balanza tu brazo,
E incansable te admiren
Ministros ilustrados;
O en graecias se deshaga
Tu corazon humano,
Al pobre socorriendo
O al mérito premiando;
O el jabalí á tus plantas,
O en su carrera el gamo
Se rinda á tus aciertos
O al fuego de tu rayo;
O bien airoso rijas
Noble hipogrifo, cuando
Pases al sitio ameno
Donde en estatua, ufano,
A competirte aspira,
Del cincel por milagro,
Cuarto rey, cuarto abuelo
De otro monarca cuarto;
O te brinde de Luisa
Dulcísimo regazo,
O á Fernando enrojezcan
Con ósculos tus labios;
Oye en breve á mi musa,
Que con afan diario
Reverente las losas
Pisa de tu palacio.
Medellin, que venera
Tu nombre soberano,
A Eusebio, á Hernando aclama,
Gloriosa patria de ambos.
Displicente el Guadiana
Se hundió en la tierra acaso,
En donde tuvo de ellos
Certísimos presagios.
Y á aparecer volviendo,
Su horóscopo esperando,
Flemático á su curso
Parece el de los años.
Y ¡oh extremeños! á tiempo
Que unos y otros llegaron,
A conquistar, decia,
El otro mundo vamos.»
Hernan Cortés, valiente,
Llevó á sus Alvarados,
Escalantes, Mejías,
Ordaces y Lezcanos.
Eusebio generoso
Se presta, acompañado
De heroicos palatinos,
Rústicos y firmanos.
Rompe Cortés la armada
Luégo que el suelo ha hollado
De América, á los suyos
Todo recurso obviando.
«Ninguno por la patria
Suspire; ea, soldados;
Si os brindan los bajeles,
Rompedlos ó quemadlos;
»Suspirad, dice, sólo
Por la gloria; acordaos
Que á ensalzar el real nombre
De *Cárlos* principiamos.»
Ante el juez y al peligro
Se presenta esforzado
Eusebio, con los otros;
Y con valor cristiano,
Para que no á la empresa
Se opongan embarazos,
Les está de esta suerte
Su corazon hablando:
«Por la patria, la gloria
Nosotros suspiramos;
Si es la vida el estorbo,
No más vivir; quitadlo.»

(1) Alude el autor á su poema *Las Naves de Cortés*, premiado por la Academia Española.

DIA 6 DE MARZO.

Los Santos Víctor y Victorino, mártires.

Llegaste en fin, oh dia,
Tú, que á mi númen pío
Mandas de la constancia
Encarecer los triunfos;
De la constancia, aquella
De los héroes de Cristo
Virtud, que puebla el cielo
De mártires invictos.
Aunque la cárcel calle
Nicomediense, indigno
Lugar donde arrestado
Yace el silencio mismo,
Aclamaciones grandes,
Despues de tantos siglos,
Todavía parece
Resuenan en mi oido.
Nombre de vencedores
Conviene á dos prodigios
De heroicidad cristiana,
Víctor y Victorino.
Apamia, de Bitinia
Ciudad, los ve afligidos
De tormentos, que fueron
De su pasion principio.
Acompáñanlos Claudio
Y Basa, á quienes hizo
La voluntad esposos,
Consortes el martirio.
A la prision camina
Con pié animoso Víctor,
Ni en Victorino el miedo
Pone á los suyos grillos.
Los que oyen á la entrada
Del lóbrego destino,
El ruido de cadenas,
El són de los rastrillos,
La misma horrible muerte,
Que al encuentro ha salido,
Representada en sombras
O distinguida en visos,
Ninguna imágen fiera
Hará, para abatirlos,
Que aquellos corazones
Agiten los latidos.
No el viador más alegre,
Cansado del camino,
Entra en el refrigerio
Del propio domicilio;
No más gozoso al puerto
Arriba el que vencidos
Deja entre sobresaltos
Del golfo los peligros;
Ni el que del Can celeste
Sufre los excesivos
Calores, mas ansioso
Entra en el valle umbrío,
Que de la fe los fuertes
Soldados aguerridos
Se prestan al sepulcro
Que ha de enterrarlos vivos.
Devóralos aquella
Garganta del abismo,
Que ignoran los tiranos
Ser senda del empíreo.
Su constancia acrisolan
En ella; los castigos

Se aumentan, y ser santos
Es todo su delito.
Allí se sabe apénas
Si la noche ha tendido
Su manto, ó si la aurora
Se opuso á sus designios.
Tres veces, entre tanto
Que así padecen, Cintio
Del Aries á los Peces
Corrió los doce signos.
Los oprobios, el hambre,
La desnudez, el frio,
Todos se confederan,
Parciales enemigos.
Impréguase el ambiente
En la hediondez del sitio
De pestilentes cuerpos
O de átomos malignos.
Hasta de los pacientes
Los alientos continuos
Al aire son de ménos
Salubridad motivo.
Al conjunto de tantos
Trabajos repetidos
Espiran, y hace el tiempo
Su natural oficio.
Pero mi musa torpe
Se equivocó cuando hizo
Cómplices los alientos
De aquestos homicidios.
Alientos superiores,
Que hollaron los caminos
De las estrellas, nunca
Pudieron ser nocivos.

DIA 7 DE MARZO.

Santo Tomas de Aquino.

Callen, deidad de Chipre,
Las que en los labios pones
De esclavos infelices
Aclamadoras voces.
Tus lides, tus victorias,
Tus triunfos no pregonen
Aherrojados mortales,
Avasallados dioses.
No llena de laureles
Al cielo te remontes;
Hay en la tierra, oh Vénus,
Quien tanto orgullo dome.
Vuelve, vuelve los ojos,
Preciados de traidores,
Que halagando las almas,
Cautivan corazones.
El hombre de su siglo,
El santo entre los hombres,
El grande entre los santos
A tu poder se opone.
Aquel hombre nacido
Para que al mundo asombre,
Abismo de la ciencia
Y oráculo del orbe;
El sol de las escuelas,
A cuya luz se ponen
En fuga densas sombras
De heréticos vapores;
Angélico maestro,
Que en voz sensible oye
Estar canonizados
Por Cristo sus sudores;
Eucarístico Atlante,
Que sostiene la mole
De aquel cielo, que extraños
Accidentes esconden.
Mírale bien; advierte
Del religioso jóven
Para la lid aquellas
Prévias disposiciones.
Bellezas tiene Italia;
Infúndete en el torpe
Vaso que á tus intentos
Juzgares más conforme.
Aspid, de sus halagos
Ocúltate en las flores,
Y tu veneno toda
La sangre le inficione.
Sirena encantadora,
Caricias mil proponle
Con halagüeños ecos,
Que eternamente llore.
Mas ya lo intentas; y entra
En su prision de golpe
La impureza sin freno,
Sin máscara el desórden.
Mujer lasciva astucias
No encuentra, que no adopten
Amantes sus palabras,
Obscenas sus acciones.
Tomas, atribulado
De su contrario indócil,
Clama porque desciendan
Auxilios superiores.
El cielo, que le escucha,
Le influye, y para el choque
De una encendida brasa
Las armas le propone.
Intrépido con ellas
Tras su enemigo corre,
Que del rival huyendo
Con pasos va veloces.
Este el tizon dirige
A la pared, en donde
Una cruz en la parte
Térrea, que oculta, forme.
Al templo, que instantáneo
Fabrica, los blasones
Lleva de los despojos
Que de la lid recoge.
Del que murió en el leño,
Que pinta, los amores
Le abrasan cuando extingue
Fogosas sugestiones.
De la naturaleza
Así invertido el órden,
Encienden las cenizas
Y apagan los tizones.

DIA 8 DE MARZO.

San Juan de Dios, fundador.

¿Quién es este que viene,
No de Edom, donde raya
Madrugador el dia
Y vigilante el alba,
Sino de las vecinas
Provincias lusitanas,
Donde el sol en su ocaso
De ver á Europa acaba;
Teñidos los vestidos,
Que de dolor se rasga,
No del coral de Bosra,
Que vencedor le aclama,
Sino de sangre propia,
Que al impulso derrama
De aquella conmovida
Plebe, que le maltrata?
¿Quién es, si acaso es dable
Su rostro, que encenaga,
Distinguir, cual no pudo
Alfeo al de Diana?
En él, de la bacante
Más fatua trasmigrada
El alma, si le viera,
Pitágoras soñára.
Repélase el cabello,
Arráncase la barba,
El pecho se golpea,
Derríbase y se arrastra.
Al ofendido cielo
Los ojos y las palmas
Eleva, y el benigno
Perdon á gritos clama.
Éste, si unas confusas
Memorias no se engañan,
Un rebaño en Castilla
Zagal apacentaba.
¿Le expuso acaso al lobo?
¿Faltó á la confianza
Del mayoral? ¿Qué evento
Le turba, ó qué desgracia?
Mas no; que es un soldado,
Que en defensa del Austria
Marchaba, porque huyera
El Turco de Alemania.
¿Qué novedad terrible
Fuera de sí le saca?
¿Qué deshonor? ¿Por suerte
Huyó de la batalla?
Pastor es, y con esa
Demencia extraordinaria
Que aparenta, del lobo
Tartáreo libra el alma.
Es soldado, que en medio
Está de la campaña;
Valiente así pelea
Y al enemigo ataca.
Ése es á quien esperan
Calamidades tantas;
Será su azote el mundo,
Será su cruz Granada.
Mas ¡qué suerte felice
Por Cristo tolerarlas!
Ni sólo á la otra vida
Reservará la paga.
Los ángeles del cielo,
Dejando su morada,
La suya y de los pobres
Cuidarán en su falta.
Con él en los incendios
Apagarán las llamas;
Será Rafael arcángel
Su compañero y guarda.
Disfrutará, por medio
De imágenes sagradas,
De María en sus preces
Visiones soberanas.
Al mismo Cristo en hombros
Conducirá, y las llagas
De sus piés, al lavarlos,
Descifrarán la carga.
Agotará los fondos
De caridad, primaria
Virtud, que entre las otras
Su carácter señala.
Aquéste de la enferma
Naturaleza humana,
Éste del desamparo
Será la dulce calma.
Este blanco de oprobrios
Y de irrisiones, cuantas
Bibataubin le ofrece,
Le opone Bibarrambla,
Este fingido fatuo
Los cielos arrebata;
Granada, que le aflige,
Se postrará á sus aras.
Juan, que es gracia, se nombra
De la gracia en las aguas,
Y *de Dios* le apellida
Dios, que es la misma gracia.

DIA 9 DE MARZO.

Santa Francisca, viuda.

Tras sí llevado habia
Los pámpanos Octubre,
Sin que esmaltasen verdes
Visos del cielo azules;
Y del romano campo,
Francisca, en quien se arguye
Que andaban á porfía
Lo humilde con lo ilustre,
En medio de las viñas

Áridas se descubre,
Rodeada de santas
Discípulas, que instruye.
Era el invierno, y Febo
Verticales sus luces
Enviaba, porque á la alta
Mitad del cielo sube.
Así del Bóreas frio,
Que de la excelsa cumbre
Soplaba del Tarpeya,
Las fuerzas disminuye;
Y en la orilla del Tíber,
Derritiendo destruye
Los que jactaba el hielo
Lazos indisolubles.
La singular maestra
De todas las virtudes
Allí de la pobreza
Los ejercicios cumple.
Trabaja y corta leña,
Que á la ciudad conduce
Y vende, cuyo precio
A pobres distribuye.
El cansancio á sus hijas
A grave sed reduce,
Y hace el sitio que el pronto
Remedio dificulten.
No hay fuentes, dista el agua,
Y es forzoso se juzgue
Peligroso que solas
Se alejen y la busquen.
De Dios la providencia
Apénas las induce
A esperar, cuando nuevo
Prodigio las confunde.
Las vides, que esperaban
Con tantas lentitudes
Al Mayo, que su hermoso
Verdor las restituye,
Porque su fruto luégo
Los ardores maduren
De Julio, y al Setiembre
Fértil cosecha anuncien;
De sabrosos y frescos
Racimos, que producen,
En la estacion del año
Más rígida se cubren.
No hay dudar; todas este
Don efectivo gusten;
No aquí Zéuxis revive,
Que á engaños estimule.
Templan aquel molesto
Ardor que las consume,
Y al trabajo se aprestan,
Que hacen así más útil.
¡Oh Providencia! (dijo
Francisca bien), tú acudes
Cuando sus dones niegan
Mar, tierra, cielo y nubes.
El don que en Caná falta,
Y en cuyo néctar dulce
Se vuelve el agua cuando
Los dos esposos se unen,
Difunto el de Francisca,
Porque no se atribulen
Las esposas de Cristo,
La falta de agua suple.

DIA 10 DE MARZO.

San Meliton y treinta y nueve compañeros, mártires.

Yace junto á Sebaste
Un lago, cuyo centro
A endurecer aspiran
Las sañas del Enero.
Jamas empedernido
Tanto se vió al violento
Rigor de su intemperie,
Desenfrenado el cierzo,
Como cuando le manda
Un bárbaro despecho
De cadalso y cuchillo
Servir al mismo tiempo.
Iban ya de los montes
Mayores descendiendo
Las sombras, y cobraba
Más consistencia el hielo.
Murió el sol, puso el agua
Fin á su movimiento,
Y fué sólido risco
Lo que era undoso espejo.
Aquéste de cuarenta
Fortísimos guerreros
En una larga noche
Fué el doloroso lecho.
De éstos, á quienes tanta
Reputacion debieron
Las armas imperiales,
Aquéste ha sido el premio.
Mas no el helado estanque
Del más cruel tormento
Lleve el nombre; que hay otro
Más horroroso y nuevo.
Más horroroso, cuando
Se ostenta lisonjero
Al paciente, á quien brinda
Con dulce refrigerio.
Tal la hoguera, y templado
Próximo baño fueron;
Lazo para que fuesen
Apóstatas cayendo.
Oh impiedad, tú sabías
Que aunque hay para romperlos
Un espíritu pronto,
Tambien un cuerpo enfermo.
Pero ignorabas cuántos
Presta el Señor alientos
Para que de ellos vuelen,
Dejándolos deshechos.
Tú, Agrícola, el más apto
De Licinio instrumento
Para acabar con todo
El cristianismo entero;
Tú, que en tormentos tales
Los expones al riesgo
De que el caduco eviten,
Y vayan al eterno;
Tú por tus propios ojos
Verás su vencimiento,
Y que inútiles casi
Las suaves termas fueron.
Ni en Meliton aguardes
El Benjamin, que entre ellos
Ultimo nace y muere,
Flaquezas de un momento.
Tiene una madre el jóven
De varonil esfuerzo;
Le exhortará, aunque muera
Entre sus brazos mesmos.
Madrugará la aurora;
Verásla cómo luégo
Al hijo, á quien dió vida,
Arroja entre los muertos.
Si un infeliz soldado
Deja á sus compañeros,
Quien tú ménos esperas
Reemplazará su puesto.
Fué así; pues en las sombras,
Velando el carcelero,
Globo de luz inmensa
Vió que ocupaba el viento.
Treinta y nueve coronas
Los ángeles trajeron
Al escuadron, que sufre
Dolores tan intensos.
Suspéndese al mirarlo,
Y queda más suspenso
Por no divisar una
Corona, que echa ménos.
El desertor, que al baño
Se pasa, y muere luégo,
Le hace ver del fogoso
Fenómeno el misterio.
Cristiano ya, su vista
La guirnalda inquiriendo,
Pasa aquella primera
Curiosidad á anhelo.
Y en la fatal laguna
Entra, como diciendo:
«La buscaré en la nieve,
Pues no la hallé en el fuego.»

DIA 11 DE MARZO.

San Eulogio, presbítero y mártir.

No ha sido, no, el caballo
Que produjo la tierra,
Con el tridente herida
Del dios de las tormentas;
No del tritonio númen,
Por más que la encarezca,
La siempre verde oliva,
Que el campo señorea;
No tales dones fueron
En los que dió halagüeña
El bien mayor al hombre
La gran naturaleza.
Tú, oh Córdoba, que en ambos
Excedes si presentas
Lo pingüe de tus hazas,
Lo fértil de tus dehesas,
No hagas alarde de estos
Frutos de la contienda,
Que sostuvo empeñado
Neptuno con Minerva.
No hay cosa que en lo humano
Más necesaria sea
Que el hombre al hombre; importa
La mutua dependencia.
El hombre, á quien reviste
De majestad Astrea,
Es quien conserva al hombre
La vida, honor y hacienda.
El hombre, en la campaña
Contínua centinela,
De su quietud velando
Está, para que duerma.
Abre la tierra el hombre,
Con su sudor la riega,
Para que de sus frutos
El hombre se mantenga.
Habitacion le labra,
En donde se guarezca
De la intemperie, y teje
Para vestirle telas.
Cuando la patria algunas
Que él apetece, niega,
Tierras corriendo y mares,
Se afana por traerlas.
¿Y qué, ciudad gloriosa,
Esta verdad atenta,
No tienes hombres? De ellos
El mundo se hace lenguas.
Tus Sénecas, Lucanos
Saliendo á la palestra,
Los filósofos callen,
Y callen los poetas.
Sepúlvedas, Toledos
Y Morales, perpétua
De Córdoba la fama
Harán que se grandezca.
Ni es lícito callarte,
Gran Capitan, que llevas
Su nombre y oscureces
Las lunas agarenas.
Pero al grande patriota
Eulogio todos cedan;
Véase en él cuánto el hombre
En el hombre interesa.
¿El universo mundo
Poseer qué le aprovecha,
Como, no obstante, el alma
Detrimento padezca?

Eulogio la conduce
Por las seguras sendas
Que van al reino en donde
Las dichas son eternas.
«Soy sacerdote, dice
Al moro juez; por ellas
Guiar debo á Leocricia,
Católica doncella.»
Era Leocricia dama
De singulares prendas,
Hija de padres nobles,
Aunque de errada secta.
Al abrigo de Eulogio,
Presbítero, encubierta,
Hallada de los suyos
Quiso el Señor que fuera.
De su castigo al Santo
Los instrumentos muestran;
Aterran á los otros,
Y Eulogio los desprecia.
Del rey Mahomad no teme
La cólera violenta,
Y en su consejo exclama
Contra el falaz profeta.
Degüéllanle, y su pasto
No ya Toledo espera,
Pues su primada silla
Por la del cielo trueca;
Por el prelado electo
La heroica cordobesa;
Diga si el hombre es útil,
Pues mártir tras él vuela.

DIA 12 DE MARZO.

San Gregorio, papa y doctor.

Señor, que así castigas
A la afligida Roma,
Ten piedad de ella, atenta
Tu gran misericordia.
De tus misericoncs
Segun la prodigiosa
Multitud, sus pasadas
Iniquidades borra.
Púrgala de sus culpas;
Más y más lava ahora
Su error, con el que vierte
Enternecido aljófar.
El siervo de tus siervos
(Como despues se nombra),
Gregorio el Grande, el llanto
La extrae, si la exhorta.
Como por él es fuerza
Que su maldad conozca,
El pecado, que siempre
Tiene á la vista, llora.
Pecó contra Tí solo,
Y en tu presencia propia
Ha obrado con malicia,
Para que de esta forma
Justificado quedes
En tus palabras todas,
Que de Gregorio escuchan
Por la elocuente boca;
Y salga tu tremenda
Justicia vencedora
Cuando en humano exámen
Permitas que se ponga.
Su madre, Silvia Rea,
En culpa concibióla,
Sin que cautelas basten
De Amulio á la zozobra.
Mares vertidos lleva
De sangre; á tanta costa,
¡Qué fúnebres conquistas!
¡Qué trágicas victorias!
No bien ahora entre aquellas
Espadas belicosas
Del longobardo fiero
Su pecho desahoga;
Cuando la que en tus manos
La rectitud coloca,
Más que ensangrienta, tala,
Más que hiere, destroza.
De su centro las aguas
Del Tíber licenciosas
Salen, al pueblo inundan
Y á la campiña asolan.
Del Océano imitan
A las hinchadas olas,
Y aparecen nadando
Serpientes venenosas.
Ni con su muerte el riesgo
Se evita; su ponzoña
En hálitos se esparce,
Y el aire se inficiona.
Cunde inguinaria peste,
Llevándose horrorosa
A millares y en pocos
Momentos las personas.
Extingue las familias,
Cierra desoladora
Las casas, ni al supremo
Pontífice perdona.
Muerto Pelagio, el clero
Y pueblo, nadie ignora
Que en Gregorio los tristes
Llorosos ojos pongan.
Huye de ellos, le siguen,
Se oculta; pero informa
De su retiro el cielo
Con nube luminosa.
Obedece, y del mismo
Cielo ferviente implora
Con públicas plegarias
La gran piedad, que logra.
Cesa el contagio, y halla
Vision, que misteriosa
Sobre la excelsa mole
De Adriano se remonta.
De Dios la espada un ángel,
De los estragos roja,
Con diligencia limpia,
Y á su lugar la torna.
Suspende aquí el destrozo
La que en Constantinopla
Acaba con Mauricio,
Siendo instrumento Fócas.
A Gregorio se opone
Mauricio; Gregorio ora;
Por Gregorio se afila,
Por Gregorio se embota.

DIA 13 DE MARZO.

San Leandro, arzobispo de Sevilla.

Si el natural afecto,
O el dulce amor que imprime
La patria en corazones
Preciados de sensibles,
En facundia del labio
Se trocára, y difícil
No fuera tanto empresa
De lira tan humilde,
Del sevillano reino
Sonára en los confines
Mi voz, engrandeciendo
Sus singulares timbres.
Metrópoli opulenta,
¿Cómo es posible olvide
Tu suelo, en que corrieron
Mis años juveniles?
No sucediera cuando
Pasar fuera posible
Aun más que hubiese arenas
En mil Guadalquivires.
La silla de Leandro
Fuerza es que al alma avise
Que ella la dió el aumento
Del sér que la reviste;
La silla de Leandro,
Por quien de Arrio se extingue
El error, y en España
Intacta la fe vive.
Tú, Leandro docto y santo,
Triunfaste, tú venciste;
Por tí en la fuerte Iberia
Los godos son felices.
Tu sangre, que en las venas
De Recaredo existe,
Y mártir, de las suyas
Hermenegildo expide,
Es estímulo al jóven
Monarca que diriges,
Para que en sus dominios
La herejía se extirpe.
Tu empeño en que Gregorio
El Magno á Job explique,
Hace descienda blanca
Paloma, que le dicte.
Tú, celoso del culto
Que la deidad exige,
Dispones que el divino
Oficio se coordine.
A los cánticos, himnos
Y salmos que reciten,
Más dulces melodías
Mandan se comuniquen.
Tu paternal agrado
Con fuerza irresistible
Te hace al súbdito amable,
Aun cuando más corriges.
Tu rectitud, al paso
Que las palabras mides,
Siendo tan parco en ellas,
El Arcópago envidie.
Tu caridad, tu ciencia,
Tu oracion se publiquen,
Y el rigor penitente
Con que á tu cuerpo afliges;
Miéntras que con Fulgencio,
Isidoro y la vírgen
Florencia, tus hermanos,
Corona eterna ciñes.
Y tú, Sevilla, esmero
De tu erector Alcides,
Iman de Julio César
Renovador insigne,
No en el grado de aquellas
Cenizas, que tuviste
En tu custodia, el oro
De Ofir y Arabia estimes;
Y en Hércules, que sólo
Columnas dos sublimes
Levanta á las estrellas,
No tanto te glories,
Cuanto en tus padres Leandro
É Isidoro, dos firmes
Columnas, que una sola
Iglesia al cielo erigen.

DIA 14 DE MARZO.

Santa Florentina, vírgen.

Ya se pasó el invierno,
La lluvia se ha apartado;
En nuestra tierra hay flores,
Y ya en la poda estamos.
Resonar hizo en ella
La tórtola el reclamo,
La higuera dió su fruto,
Su olor la viña ha dado.
Levanta, amiga mia;
Hermosa mia, vamos;
Vén, paloma, que moras
En cuevas y peñascos.
Muéstrame el rostro; suene
De tus preciosos labios
La voz en mis oidos;
Voz dulce, rostro grato.
Tal, Florentina, escucha
Tu corazon; volando
Preséntale á tu Esposo,

Que salta los collados.
Disipadas las nieblas,
Que á la estacion turbaron,
La primavera viene
Con paso acelerado;
Aquella primavera
De los etéreos campos,
En que jamas tuvieron
Jurisdiccion los hados.
Allá es donde conducen
Virtudes y trabajos
Al reino de las dichas
Y patria del descanso.
No la heredada, ilustre
Sangre de Severiano,
Ni las preciosas fajas
De Túrtura en los brazos;
No el fausto ó la belleza,
Ni ver avasallados
Magnates palatinos,
Ansiosos de tu mano.
Urania, tú, que há poco,
De Leandro en el canto,
Bajabas del Olimpo,
A fin de iluminarlo;
Tú, que el nombre derivas
Del cielo, en cuyo espacio
Dulces himnos entonas
Por sempiternos años,
Bien sabes los de aquella
Murciana vírgen cuánto,
Para oir tan acordes
Cadencias, madrugaron,
Y quién hizo (primero
La gracia venerando)
Que con la edad creciesen
De su virtud los grados;
Por quién tuvo tan grande
República á su mando,
De esposas del divino
Cordero inmaculado;
Por quién de austeridades
Fué singular milagro;
Por quién de la pureza
Ministra se ha llamado.
De Leandro, hermano suyo,
Acuérdame, en su aplauso,
Los dos, que la dirige,
Científicos tratados.
La institucion en uno
De vírgenes; el santo
Desprecio está en el otro,
Del mundo con su fausto.
Próxima á Dios explica
La integridad, rayando
Con la de aquellos puros
Espíritus alados.
Que es caduco demuestra
Cuanto existe debajo
De la region que habitas,
Perecedero y vano.
Ya que de allí el acento
Ha oido del amado,
Ya anhela el alma ansiosa
De su Señor los atrios.
Y miéntras que blasona
Por su natal Cartago
La Nueva, y de sus hechos
Ecija por teatro;
Miéntras que con el cuerpo
De Fulgencio, su hermano,
Va el suyo fugitivo,
De la piedad llevado,
Y al undécimo Alfonso
Reservan el hallazgo,
Deshecho el sarraceno,
Los extremeños campos;
Florentina en tus cielos
Triunfa, experimentando
Lo que en la tierra supo
Por pluma de Leandro.

DIA 15 DE MARZO.

San Raimundo, fundador.

Volando de Saturno
Las alas por el orbe,
La redencion humana
Contaba siglos doce.
Poco á poco iba España
Del moro el yugo torpe
Sacudiendo á porfía
De bélicos furores.
No los advenedizos
Es fácil la abandonen;
Defiéndense sitiados,
Ofenden sitiadores.
Marruecos numerosos
Ejércitos opone,
Que al español obliguen
A nuevas sujeciones.
El reino de Toledo,
Que herencia reconoce
Sancho del Rey, su padre,
Debida á los sudores,
Vacilante á sus plantas,
Teme el Monarca que orle
Otra vez los califas
De lauros, que recobren.
Pues la llave de tantas
Cristianas posesiones
Resiste mal las fuerzas
De multitud disforme.
Franca á las auras puras,
Permitida á los soles,
Calatrava, distante
De cerros y de montes,
De pastos abundosa
Y á la labranza dócil,
Es centro de oretanos
Y puerta de españoles.
¡Qué ufanos los alarbes
Soñados vencedores
Se jactan, y que al triunfo
Mucha pujanza sóbre!
Su bárbaro denuedo
Prevenga admiraciones,
Cuando desconocida
Tropa al castillo asome.
No veteranos busquen
Guerreros campeones,
No intrépidos soldados,
Sí valerosos monjes.
De las entrañas salen
De solitarios bosques,
A dar en la campaña
Belígeras lecciones.
¿Quién te influyó, Fitero?
¿Qué raros, brilladores,
Tu oscuro claustro, dinos,
Fenómenos esconde?
¿Raimundo, tu prelado?
¿Tu santo abad? ¿El noble
Diego Velazquez? ¿Tantos
Ascéticos varones?
¿En la lid el silencio?
¿La quietud en los choques?
¿El Cister en las fieras
Palestras de Mavorte?
¿Quién te influyó, Fitero?
¿Quién... Mas dirán tus voces
Que el Dios de las batallas
Tocó tus corazones.
Al de Raimundo elevan
Alientos superiores;
Sirve así á Dios, y alista
Desconocidos hombres.
Dispone con cruz nueva,
Que bordan rojas flores,
De la patria en obsequio,
Ilustres escuadrones.
Ni el fundador glorioso
De esta militar órden
Olvida de su estrecho
Estado obligaciones.
«Los vuestros, Sancho exclama,
De la campana al toque,
Oh Padre, son corderos,
Y al del clarin leones.—
»Es, señor, que éste llama,
Raimundo le responde,
A rechazar contrarios
De Cristo y vuestro nombre;
»Y la otra á dirigirle
Humildes oraciones
Por vos, y á que en su templo
Le alabemos acordes.»
Bien dijo aqueste atleta;
Que en variedad de sones,
Sin rendir los castillos,
Se rinde al de las torres.

DIA 16 DE MARZO.

San Julian, mártir.

¿Adónde acelerado,
Cristiano jóven, partes?
¿Adónde te conducen
Tus pasos envidiables?
Ya Anazarbo á perderte,
Cilicia á malograrte;
Mas tú, Julian, desprecias
Los transitorios males.
La sangre senatoria,
Que en esas venas late,
Desdeñas, si esforzado
Por Cristo no las abres.
Por tí clama la excelsa
Jerusalen triunfante,
En tanto que sepulcro
Te previenen los mares.
Del gentil en Egea
Te prende el ódio infame,
Donde del juez Marciano
Te expones al coraje.
Destinadas las reses
Están en los altares,
Su púrpura caliente
Esperan que derrames.
Ya aguarda tales triunfos
De tí Luzbel, y tales
De Luzbel en tí advierto
Los ángeles aguarden.
Sí; yo los imagino
Con atencion notable,
Por etéreos cancelos
Pendientes del combate.
Prevenid, oh del cielo
Dichosos habitantes,
Cánticos, que engrandezcan
Victorias singulares.
Julian de la edad tierna
Desmiente lo cobarde;
Mirad en pocos años
Un ánimo constante.
¿Y qué esperais, paganos,
Queriendo en este lance
Que con la madre el hijo
De aconsejarse trate?
¿Qué importa se conduzcan
De tropel á la cárcel,
En ordenadas huestes,
Afectos maternales?
Obrais contra vosotros
En lides semejantes;
Por Jesus los cristianos
De todo se deshacen.
Más y más fortalece
Al hijo allí la madre;
Perderle quiere al mundo.
Quiere á su Dios ganarle.
Frustrado el bien que anhelan,
Despídenla; mas ántes
La dividen de entrambos

Piés las extremidades,
Para que al hijo, cuando
Se la riegue con sangre,
La senda de la gloria
Su herida planta allane.
A ella Julian aspira,
Sin que su culto alcancen
Imaginarios entes,
Vestidos de deidades.
Su paladar violentan
Con el vino y las carnes,
Que ya sacrificaron
En ara detestable.
Fatuos, ¿qué os aprovecha
Que así se le profane
Por fuerza aquel sentido,
Si el pecho está inculpable?
Despues en saco estrecho
Arena y sierpes hacen
Que una abreviada Libia
Allí se le retrate.
De este modo le arrojan
Al piélago; ensalzadle,
Dulcisonas sirenas,
Con cítaras suaves.
Ufanas de tal huésped,
Finísimos corales
Buscad, para que de ellos
La tumba se le labre.
De losa trasparente
Le sirvan los cristales;
Caractéres de perlas
Este epitafio adapten:
«Aquí un ilustre jóven
Entre serpientes yace;
No porque así las leyes
Parricida le lancen,
»No porque muerte aleve
Al padre dar osase;
Sí porque no hizo ofensa
A la deidad del Padre.»

DIA 17 DE MARZO.

San Patricio, obispo.

De despertar es tiempo,
Dormidos irlandeses;
Disipadas las nieblas
De vuestros ojos queden.
Divina luz en esas
Cavernas resplandece,
Donde Luzbel las almas
Prisioneras os tiene.
La libertad va á daros
Un esclavo, que infieles
Apresaron un tiempo
En tierra de escoceses.
Patricio, ese mancebo,
A quien los mismos venden
En la vuestra, y en ella
Da pasto á inmundas reses;
Ese os libertá apóstol,
Ése es el que os defiende,
Primado de la Hivernia;
No una ilusion os miente.
Más puede Dios, y pudo,
Cuando en la cuna áun duerme,
Disponer que el abismo
De los milagros fuese.
Yo me confundo cuando
Me recuerda la mente
Que de las sacras aguas
Enjuto apénas viene,
Hace que aguas copiosas
La enjuta tierra apreste,
La cruz allí formando
Su diestra, que le impelen;
Y Górmas, que á los ecos
De alta voz obediente,
La mueve, cobra vista,
Bañado en las vertientes.
La maravilla inversa
Me pasma en sus niñeces,
Con su nutriz estando
Enferma inapetente.
Clama por miel aquélla,
En medio de la fiebre
Que á Patricio, en su infancia,
Prestó su blanca leche.
Al agua cristalina
Echando mano, quiere,
Lleno de fe, Patricio
Pagar lo que la debe;
Y aquel licor al punto
La cura el accidente,
Hecho miel, siu que afanes
A las abejas cueste.
Donde el agua faltaba,
Nacen por él las fuentes;
Y donde ántes la habia,
Por él desaparece.
En esta edad primera
Tales portentos pueden,
De mandar en las aguas,
Dar pruebas evidentes.
No lo dudeis, isleños;
Veréis estarle siempre
Sumisas las nereidas,
Las náyades corteses.
Aquéstas en el Sinnia,
Cuando pasarle intente,
Opondrán las arenas
Del centro á la corriente.
Y en sus brazos las otras
Las ponzoñosas sierpes
Ahogarán, que de un alto
Promontorio despeñe.
Así Moisés por mares
Senda á Israel previene;
Así al egipcio en ondas
Del mismo mar sumerge.
Este, que adulto al agua
Correr manda ó detiene,
Tambien de dura peña
La extrae, si la hiere;
Y una vez que el prodigio
Lo natural supere,
La sed penosa templa
Despues naturalmente.
Pero Patricio, infante,
Que con su mano débil
Hace que rompa el claro
Cristal de vena estéril,
Y da la vista á Górmas
Con agua solamente,
A la naturaleza
Supera por dos veces.

DIA 18 DE MARZO.

San Gabriel, arcángel.

Nuncio inmortal del cielo,
Invicta fortaleza
De Dios, ágil ministro
De su alta providencia;
Jefe de los celestes
Arcángeles, que á empresas
Las más arduas destina
De la importancia nuestra;
Gabriel, que en otros tiempos,
Midiendo las esferas,
Comunicabas claros
Destellos á la tierra;
¿Cómo es que ya en sus vastos
Espacios no resuenan
Tus voces, no desciendes,
Y tu semblante alejas?
Yo he visto testimonios,
Que no es posible mientan,
De tales ministerios
Irrefragables pruebas.
Daniel, al tercer año
Que en Babilonia reina
Baltasar, donde llora
Cautiva la Judea,
Los ojos levantando
De Ulai sobre la puerta,
A la vision atiende
De las armadas bestias.
Del profeta la mente
Atónita y suspensa,
De lo que está admirando
Busca la inteligencia;
Y de un varon el eco,
Que viene á su presencia,
«Dispon, Gabriel, exclama,
Que esta vision se entienda.»
Tú, Príncipe glorioso,
Sucesos le revelas
De reyes de los griegos,
Los medos y los persas.
Reinaba ya Darío,
Y tú de las setenta
Semanas le haces cargo,
Que Dios á Israel abrevia,
Cuando, muriendo Cristo,
Fin el pecado tenga,
Se borre el vicio, y reine
Justicia sempiterna.
Ya el tiempo se acercaba,
Y hallándote á la diestra
Del altar del incienso,
Que Zacarías presta,
La concepcion le anuncias
Del Precursor, que alegra
Su espíritu, y sus canas
Hace rejuvenecean.
De Isabel en el vientre
Santificado, miéntras
Juan los términos cumple
De la naturaleza,
A Nazareth desciendes,
Y de María esperas
Sólo un consentimiento
Para jurarla Reina.
El velo á tus ruidosas
Apariciones echas,
O á la comun noticia
Del mundo las reservas.
¿Qué mucho? El Dios tremendo
De las iras, si esfuerza
Su voz, hace que todo
El orbe se estremezca.
Cuando ántes de humanarse
Fuiste el órgano de ella,
Temblaban áun los justos
De la palabra eterna.
Al oirla en tí quedaban
Enfermos los profetas,
Mudos los sacerdotes,
Turbadas las doncellas.
Despues que de piedades
La redencion nos llena,
Es bien que fin dichoso
Los sobresaltos tengan.

DIA 19 DE MARZO.

San José, esposo de Nuestra Señora.

Si hay lágrimas de bienes
Y lágrimas de males,
Y así como las penas,
Los gozos las extraen,
Oh fieles, redimidos
Con la preciosa sangre
Del Hijo, ved al casto
Esposo de la Madre.
Si no os turba á respetos
Su dignidad, miradle,
Y en unas y otras fuerza
Será se le acompañe;
O tendréis, como en ellas
Vuestra atencion se pare,

El corazon formado
De duros pedernales.
Así como los rios,
Corriendo hácia los mares,
Regresan al undoso
Lugar de donde salen;
De José humedecen
Las lágrimas amantes,
Por sulcos de su rostro,
Su barba venerable.
Raudal copioso forman,
Y de ella al pecho caen,
Su orígen, que á los ojos
En fuentes las reparte.
Ved que en ellas se anega
Por el penoso exámen
De agravios imposibles
Y ciertas novedades;
O vedle en cruda noche
A los cielos quejarse,
Porque así desamparan
A su Hacedor, que nace;
O presenciar del mismo
Reciennacido Infante
Los primeros, que vierte,
Ternísimos corales;
U oir que en los futuros
Espada inexorable
De dolor la angustiada
Alma de dos traspase;
O dividida en ambos
La suya en dos mitades,
Salir de noche huyendo
De un bárbaro coraje;
Temer, difunto Heródes,
Que en Judea quedase
Archelao, heredero
De la crueldad del padre;
Al fin, perdido el norte
Divino en un viaje,
Creer le sumergiese
La altura de los mares.
Mas ved cómo producen
Segundos manantiales
Los gozos, que mezclados
Vienen con los pesares.
En vivir con María
Le dice no repare,
Revelándole en sueños
Todo el misterio un ángel.
Multitud oye de estas
Milicias celestiales,
Que en Belen, á Dios gloria
Y paz al hombre canten;
Al humanado Verbo
Pone, al circuncidarle,
Jesus, porque á hacer viene
Salvo al mortal linaje.
Simeon le reconoce
Mesías, y delante
Ana de los que esperan
La redencion, le aplaude.
Entra en Egipto aquella
Divinidad, triunfante
De las que precipita
Falsas divinidades.
José, á su regreso,
A Galilea parte,
De Dios asegurado
Que la tormenta calme.
Halla en el templo al Niño,
Sosteniendo constante,
Sentado entre doctores,
Científico certámen.
«¿Qué es lo que has hecho, exclama
La Vírgen, con tus padres?
Mira qué dolorosos
Estaban al buscarte.»
No más, José; hallado
Dios, de dolores baste;
Y da en emblema aquesta
Leccion á los mortales:
«Si pierde á Dios el hombre,
Conozca, en su desastre,
Que es el dolor el medio
Seguro de encontrarle.»

DIA 20 DE MARZO.

Santa Eufemia.

En aquel triste dia,
Cuando la ciudad santa
Pase de populosa
A sola y desolada,
Siendo tal el estrago
Que en las vidas humanas
Practique el enemigo,
Que apénas hombres haya,
Aprenderán, anuncian
Las páginas sagradas,
Siete mujeres uno,
Diciendo estas palabras:
«Nuestro pan de sustento
Nos servirá; la escasa
Porcion de nuestra ropa
Para cubrirnos basta.
»Invóquese tu nombre
Sobre nuestra desgracia,
Y éste, que padecemos,
Fatal oprobrio aparta.»
Jerusalen, sin duda,
A Paflagonia pasa,
Donde cristiana sangre
A arroyos se desata.
Maximiano imperando,
Con aflicciones várias,
Sin distincion de sexo
Ni edad, los castigaban.
En Amiso al Prefecto
Siete mujeres hablan
De religion con una
Vehemencia extraordinaria.
Eufemia se presenta,
Con Juliana y Eufrasia,
Con Claudia, con Matrona,
Teodosia y Alejandra.
Inspiradas del cielo,
Cristianas se delatan;
Cruel, injusto, enemigo
De la verdad le llaman.
Desnudas el azote
Toleran de las varas,
Y al filo del acero
Los pechos las separan.
Suspéndenlas, y á heridas
Las carnes las desgarran,
Hasta que hacer consiguen
Patentes las entrañas.
A un horno las arrojan,
Cuyas voraces llamas
Las consumen, y entregan
A su Criador las almas.
Eufemia victoriosa,
Seguida de Juliana,
Matrona enardecida
Con el valor de Claudia;
Alejandra, Teodosia
Y Eufrasia, verdes palmas
Encuentran en la seca
Materia de las brasas.
Cuando de los copiosos
Corales que derraman,
Jerusalen en lagos
Y Paflagonia nadan,
Allá siete mujeres
Aprenden asustadas
Al uno, y acá al otro
Sorprenden otras tantas.
De alimentarse aquéllas
Y de vestirse tratan;
Estas la muerte esperan,
La desnudez aguardan.
Unas por el amparo
De esposo humano claman;
Otras por el divino
Suspiran, endiosadas.
Y advierte el mundo, cuando
Sus anales repasa,
Cobardes las hebreas,
Valientes las cristianas.

DIA 21 DE MARZO.

San Benito Abad, fundador.

Abrahan de la ley nueva,
Que llenas con tus hijos,
De flores á la tierra,
De estrellas al Olimpo;
Tú, á quien Sublago labra
Entre escarpados riscos
Casa, cueva ó sepulcro
De un esqueleto vivo;
Y dejando aquel triste
Trasunto del abismo,
Triunfas en donde eleva
Sus puntas el Casino,
Y donde, del romano
Imperio ya expelido,
Sus últimas trincheras
Conserva el gentilismo;
Tú, que del rey descubres
Totila el artificio,
Con que el dón, que te ilustra,
Reconoce sumiso;
Y las reales insignias
Quitar mandando á Rigo,
Propones al Monarca
Seguros vaticinios;
Que estos lauros, y áun otros
Te aguardan, oh Benito,
Jóven que al mundo escondes
Tus años más floridos;
Dinos, pues, ¿por qué causa
Desnudo está, y teñido
Ese inocente cuerpo
De propia sangre? Dinos,
¿Qué novedad, qué extraño
Suceso, qué imprevisto
Accidente ocasiona
Tan singular designio?
Yaces en duro lecho
De abrojos y de espinos,
Enrojeciendo arenas
Y matizando lirios.
Mas ¡ay! que quiere el cielo
Piadoso descubrirnos
Lo que allá está pasando
Del alma en el retiro.
Una beldad romana,
Que pudo ser hechizo
Del corazon humano
Más descuidado y tibio,
Ausente está; no importa;
Sus flechas y sus tiros
Dirige á las potencias,
Si faltan los sentidos.
Imágenes hermosas
Impregnar han querido
Tu memoria; Citéres
Te insulta de improviso.
No en la robusta encina,
Abriendo el ronco pico,
Tal suceso la infausta
Corneja te predijo.
En torno de tu rostro
Las alas bate un mirlo,
Que da á la lucha fiera
Fantástico principio.
Penetra por tus miembros
Dulce veneno cíprio,
Y á tus entrañas tiernas
Perturban los latidos.
Ni hubo tardanza; al punto,
Depuestos los vestidos,

Encuentras en las zarzas
Antídoto benigno.
A la vencida diosa
Y á tí, jóven invicto,
Lastiman las espinas
Por términos distintos.
Si por Adónis Vénus
Vierte sangre, en su auxilio
Corriendo, tú en la fuga
De Vénus y Cupido.

DIA 22 DE MARZO.

San Deogracias, obispo.

Si alguno se empeñase
En contar cuanto ha obrado
El Señor por Deogracias,
Obispo de Cartago,
Primero (el Uticense
Víctor exclama) que algo
Dijese, faltarian
Las voces á sus labios.
Pues ¿adónde los mios
Se arrojan temerarios?
¿De dónde á ellos el logro
De los empeños arduos?
Pero el propuesto objeto
Fuerza es seguir, y cuanto
No puedan las razones,
Sabrá expresar el pasmo.
Tú, Geiserico, indigno
Del nombre de cristiano,
Que sacrílego manchas
Con los errores de Arrio;
Tú del Omnipotente
Fuiste instrumento; el brazo,
Por tí, de su justicia
Se armó contra el romano.
La capital del mundo
Se te rinde, y esclavos
Haces á los que todo
El mundo avasallaron.
Trasmigran las riquezas
Del mar al otro lado,
Que príncipes famosos
Y reyes acopiaron.
Los vándalos y moros
Reparten con el saco
Los cautivos, que pueblan
Los puertos africanos.
Sepáranse, afligidos,
Del padre el hijo amado,
La esposa del esposo,
La hermana del hermano.
El prodigioso siervo
Del Señor, el prelado
Cartaginense al punto,
Sensible á males tantos,
Inquiere, corre, vuela
En alas del cuidado
A rescatar, vendiendo
Los más preciosos vasos.
Viendo que domicilios
No bastaban, de Fausto
Las basílicas ámplias
Habilita y de Vario.
Allí á los infelices,
A quienes el cansancio,
El trabajo, ó la pena
Dolencia alguna atrajo,
Con médicos asiste
Y con sustento, hallando
Remedios el enfermo,
Morada y lecho el sano.
¡Cuántas veces perversos
Herejes conspiraron
Contra su santa vida,
Validos del engaño!
Mas el ave inocente
Con el divino amparo
Eludió de los sacres
Crueles los asaltos.
La devocion católica
Del católico bando
Fragmentos solicita
Del cadáver sagrado.
Y con cautela sábia
Fué fuerza, para obviarlo,
Darle á la tierra á tiempo
Que el pueblo estaba orando.
Muerto y vivo, Dios siempre
Cuidaba de él, é intacto
Quiso que le dejasen
Los buenos y los malos.

DIA 23 DE MARZO.

San Victoriano, mártir.

Vándalo rey, en estos
Dias, de muerte llenos,
Triunfan los africanos
Católicos esfuerzos;
Hunerico tirano,
Tú, que las pruebas de ellos
Emprendes, que te influye
La saña ó el despecho,
Deja el infructuoso
Teson de distraerlos;
Tu confusion previenes,
Fabricas tu desprecio.
A defender el dogma
Con su sangre dispuesto,
De la manera misma
Está el señor que el siervo.
Y si no, atentamente
Escucha al opulento
Cartagines, procónsul
Magnánimo y resuelto;
De Victoriano escucha,
De quien sostiene el peso
De tu reino, dictados
De Dios, tales acentos:
«Destíneme á la horrenda
Voracidad del fuego,
A las bestias, á todo
Género de tormentos;
»En vano, si á su vista
Cobarde titubeo,
Bautizado en la iglesia
Católica me encuentro;
»Pues cuando sola aquesta
Triste vida, que aliento,
Hubiera, y no existiese
Otra inmortal, que espero;
»Ni así me arrastrarian
Bienes perecederos,
A ser de fe tan pura
Ingrato contra el dueño.»
Esto expone el piadoso
Magistrado; ni empleos
Ni honores ni riquezas
Son rémora al intento.
Mas tú, pérfido, abrigas
En diamantino pecho
Venganzas, que encomiendas
A la crueldad y al tiempo.
Y al paso que Aguas-Regias
Nacidos ve á los cielos
Dos hermanos, á quienes
Dió el primer nacimiento,
Con piedras en las plantas
Todo un dia suspensos,
Destrozados con garfios
Y láminas ardiendo;
Y ensalza comerciantes
Tabuda á los Frumencios,
Como en el nombre, iguales
En el mejor comercio;
Del procónsul glorioso
Feliz cuna Adrumeto,
Quiere de nuestros cultos
Multiplicar objetos.
Porque á la Iglesia colmen
Los fuertes bisacenos,
Contra los de Vandalia,
De palmas y trofeos;
Y si del cargo ha sido
Proconsular, que el mesmo
Paraje que á los otros
Dé en la provincia ingreso;
Victoriano, las sendas
De los demas siguiendo,
Tambien por el martirio
Entra al celeste reino.

DIA 24 DE MARZO.

San Agapito, obispo.

¡Qué trastorno! ¡Qué espanto!
¿Adónde, fantasía,
Confuso pensamiento,
Adónde te encaminas?
Y aunque no se sonroje
De habitar mi Talía
Las selvas, ¿qué se hicieron
Las selvas, en que habita?
¿Adónde están los montes?
¿Adónde las colinas
O los gigantes riscos,
Que al cielo se oponian?
No teme el sol fragosos
Obstáculos, que eximan
De sus ardientes rayos
La faz de las campiñas.
La perezosa noche
No de ellos, cual solia,
Baja con negras sombras
En brazos de sí misma.
Los sátiros, los faunos
Y las silvestres ninfas,
Que el bosque vió á par de esos
Sus árboles nacidas,
Errantes más que nunca,
Apénas el pié fijan
En bronca tez de tantas
Malezas conocidas;
Y cuando nueva aurora
La oscuridad disipa,
Lucífugos los buhos
No encuentran las encinas.
La tímida paloma,
La simple tortolilla,
No hallando peña ó rama,
Cobardes se retiran.
Los brutos ni los vientos
Los cóncavos registran,
Donde unos se guarecen
Miéntras los otros silban.
Cuando las nemorosas
Oréades se admiran
De ver que los collados
Moviéndose trasmigran,
Las náyades se pasman,
Viendo que opuestas vias
Toman los anchos rios,
Dejando las antiguas.
Adonde el pez nadaba,
La sierpe se desliza;
Donde ántes el arado,
Los remos se fatigan.
Ni los hombres de tanta
Trasmutacion se libran:
Contra el comun decreto,
Los muertos resucitan.
La máquina del mundo
Ya es otra; ni se diga
Que *es la naturaleza*
Demonia, no divina.
Más alto es el principio:
Su Autor es quien practica,
Admirable en sus santos,
Aquestas maravillas.
Sinadense prelado

Agapito en la Frigia,
Es de ellas instrumento,
Que así las acredita.
Por su fe se trasportan
Los montes, si predica
Al que ha de hacer que tiemblen
En el postrero dia.
Los rios se trasfieren,
Que verán en la activa
Voracidad del fuego
Ardiendo sus orillas;
Y nueva vida cobran
Los que á la eterna vida
Despues verá el sepulcro
Salir de sus cenizas.

DIA 25 DE MARZO.

La Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios.

El grande sacramento
De piedad, que se ostenta
En la carne, en el alma
Justificado queda.
Al ángel aparece,
Al gentil se revela,
En el mundo es creido
Y á la gloria se eleva;
A todas las criaturas
Conveniente, y en que echa
Como el resto, empeñado,
Dios de su omnipotencia;
Misterio incomprensible,
Con que al hombre dispensa
Tesoros infinitos
Jehová de sus riquezas;
Basa de los misterios
De la fe, insigne prueba
De cuanto sus amores
Dios con el hombre estrecha;
En un supuesto solo
Permite que aparezcan
Unidas, no confusas,
Las dos naturalezas.
Porque ¿de qué otra suerte
Pudo en suma manera
Comunicarse al hombre,
No dándole su esencia?
Ya el hombre es Dios; á tanto
Ensalza su bajeza;
Dios es ya hombre; así humilla
Su dignidad suprema.
Y así la economía
Dios, en su mente eterna,
Dispone de las sumas
Felicidades nuestras.
Llegó el tiempo aplazado;
¿Qué falta al colmo de ellas?
En el limbo Isaías
Parece que resuena:
Concebirá una Virgen,
Parirá un Hijo; venga
Tanto bien de una intacta
Virginidad sin mengua.
Gabriel te lo ha anunciado,
María; tú eres ésa:
¿Qué te turbas? Los cielos
Aguardan tu respuesta.
A un *fiat* fabricados,
El de tu labio esperan,
Para que al punto de ellos
El que le dió descienda.
Los justos le suspiran,
Los ángeles le anhelan,
El orbe le ansía, y tienes
Al paraninfo alerta.
Dulcísima María,
Que eres de gracia llena,
El Señor, que es contigo,
Haz con nosotros sea.
Tú, bendita entre todas
Las descendientes de Eva,
Vuelve á nosotros esos
Tus ojos de clemencia.
Danos, pues, al Mesías;
La nube al justo llueva,
Y de tu vientre el fruto
Bendito nos demuestra.
Si el Padre así amoroso
Al Hijo nos entrega,
Tiempo es de que concibas
Al que Él sin tiempo engendra.
Ya del Señor, oh Vírgen,
Esclava te confiesas;
Ya, á su palabra dócil,
Tu voluntad sujetas;
Ya el Espíritu Santo
De tu sustancia mesma
Forma un cuerpo; ya un alma
Nobilísima crea;
Ya en él la infunde; ya une
El alma y cuerpo en mera
Hipóstasis al Verbo,
Que á hacerse carne llega.
Género humano, albricias;
Mas ¿qué preciosa ofrenda
Al personaje rindes
Que en Nazareth hospedas?
Es Dios; y ya que al huésped
Y á su mayor fineza
Es imposible que otra
Condigna se prevenga,
En las entrañas de una
Purísima doncella,
La mejor le tributas
Alhaja de la tierra.

DIA 26 DE MARZO.

San Braulio, obispo.

Juan te dejó: ¿qué dudas,
Doliente Zaragoza,
Que del Ebro á la márgen
Amargamente lloras?
Juan, tu pastor, el feudo
Mortal, por ley forzosa,
Rinde á los tristes hados,
Y huérfana te nombras.
Aquellas altas prendas
Recuerda tu memoria,
Que áun hoy tu afecto arrastran,
Y la atencion te roban.
¿En tanto desconsuelo
Te ostentas temerosa?
¿Vacilas de tu suerte?
¿Lo que has de hacer ignoras?
¿Ignoras que Sevilla,
Metrópoli famosa,
Llena de sus estudios
Los ámbitos de Europa?
¿Que allí el grande Isidoro,
De las Españas honra,
Ejemplares de letras
Y de virtud acopia?
¿Que no á tu iglesia de estas
Del cristianismo antorchas
Falta una luz, que activa
Disipe tantas sombras?
No, pues, á la extinguida
Brillante sucesora
En casa extraña busques,
Habiéndola en la propia;
Ni de familia ajena
Te valgas; no era sola
Aquella excelsa rama
De régia planta goda.
Pero si no me atiendes,
Atiende al cielo; adora
Su Providencia; mira
Qué ardiente globo forma,
Y cuando en la cabeza
De tu arcediano toma
Asiento, voz divina
Se escucha de la gloria.
Este es mi siervo (dice,
Y oirla el clero logra),
En quien, por mí escogido,
Mi espíritu reposa.
Braulio, de Juan hermano,
Ha sido á quien pregona
Nuevo pastor la esfera
Con señas prodigiosas.
A la carga sus hombros
Aplica; instruye, exhorta,
Como en quien los favores
Celestiales rebosan.
Blanca paloma en ellos
Se vió una vez, que apronta
La doctrina á su oido,
Que sale de su boca.
La dignidad Judea
De Hijo de Dios conozca
En Jesus, cuando al viento
Esta paloma corta;
Cuando de fuego bajan
Las lenguas brilladoras,
Su doctrina en los labios
Apostólicos oiga.
Aragon los favores
De las celestes zonas
Halle inversos en tales
Visiones misteriosas.
El encendido globo
La dignidad denota,
Y el dón de la palabra,
La cándida paloma.

DIA 27 DE MARZO.

San Ruperto, obispo y confesor.

La voz de Dios oyeron
Los bávaros cautivos
En los senos oscuros
Del torpe gentilismo.
Y no sus corazones
Dejar endurecidos
Quisieron á los ecos
Del superior aviso.
Teodon, su duque, llama
A Ruperto, á quien hizo
De su abundante viña
Dios operario digno.
Del rápido Danubio
Solícitos oficios
Los nácares llenaban
De su flexible vidrio.
En el Teodon reuace
A Ruperto sumiso,
Apóstol de Baviera,
Y de Saltzburgo obispo.
Los grandes, al ejemplo
Del Soberano, al limpio
Cristal anhelan, como
El ciervo en el estío;
Y alegre Ratisbona
Vió en apacibles visos
Amanecer el dia
Más grande de los siglos.
Jordan de la Alemania,
No sólo el ancho rio
Presta la cristalina
Materia del bautismo,
Sino que á las provincias
Que ameniza, al ministro
Conduce, en sus undosas
Espaldas sostenido.
Ruperto en las ciudades,
Aldeas y castillos
Destruye la zizaña,
Siembra el precioso trigo;
Y á la inferior Panonia
Penetrando el prolijo
Afan de las conquistas,

Que el cielo le previno,
Vuelve por tierra, y entra
En Lorch, donde al impío
Príncipe de las sombras
Quita su domicilio.
Diabólicos destruye,
Supersticiosos ritos;
Destruye del enfermo
Los síntomas malignos.
A este varon, colmado
De espíritu divino,
Próvido en el consejo
Y justo en el juicio,
Vió Germania, en el dia
Que nueva vida Cristo
Cobró de entre los muertos,
Partir de entre los vivos.
En él celebra á un tiempo
El santo sacrificio,
Y el Viático recibe,
Que se confiere él mismo.
Convoca á sus amados
Hermanos, á sus hijos
Hace venir, á quienes
Su fin habia predicho;
Dulcísimas doctrinas
De sus labios melifluos
Humedecen los ojos
Y hieren los oidos;
Mas aquellas dulzuras
De paternal cariño
Hasta el postrer instante
Cuidan de sus alivios;
Pues á Vital nombrando
Por sucesor, no quiso
Quedasen sin consuelo
Los últimos suspiros.

DIA 28 DE MARZO.

San Cástor, mártir.

Enmudeció, y en alto
Silencio eterno yace
La voz de Homero, oh Musas,
A su himno familiares;
Al himno en que os pedia
Influjos favorables
Para cantar á Cástor
Con dulces suavidades;
A quien sobre el Taigeto
Expuso á los umbrales
Primeros de la vida,
Leda, del cisne amante.
Mas ¿qué elogios pudisteis
Dictar al ciego vate
Y á cuantos de Aganipo
Bebieron los raudales?
Mejor que el cisne mismo,
El Sulmonense cante
A su hermana, nacida
Para hechizar á Páris.
A Cástor como á Pólux
Teócrito señale
A Júpiter supremo,
No á Tíndaro, por padre;
O domador famoso
De caballos le aclame
Apolonio, subiendo
De Jason á la nave;
Como Estaniso cuando
Los ojos perspicaces
De Linceo en la encina
Pudieron divisarle;
O muerto á manos de éste,
Maron nos le declare
Con su hermano, gozando
Honores inmortales;
O Píndaro, llevado
De blancos arrogantes
Hipogrifos, que venzan
La rapidez del aire;
O en las castóreas danzas
Honrado, cuando salte
De jóvenes armados
La multitud brillante;
O Eurípides su fuego
Util al navegante;
O el Venusino estrella
Los mismos fuegos llame;
O Teognis testifique,
Que por sus dioses grandes,
Gemelos los varones
Cefalenses jurasen.
No ya prestais influjos
A fábulas capaces
De borrar el orígen
De históricas verdades.
Entre el albor del brazo,
Luciendo de oro el mástil,
Pulsad del instrumento
Los arreglados trastes.
Y empleadas en hechos
Más dignos y constantes,
Cantad las alabanzas
De Cástor el de Társis;
Héroe cristiano, cuya
Violenta muerte á darle
Llegó corona eterna
De esclarecido mártir.
De él y su compañero
Doroteo el pié calce,
Ese signo de treinta
Estrellas boreales,
En que á Cástor y Pólux
Convertidos aplauden
Antiguos entusiasmos,
Poéticos dislates.
Más que ellas las dos almas
Resplandezcan; descansen
Los cuerpos en la tierra,
Y entiendan los mortales
Que al cielo trasladados
Serán, y si elevarse
A ver á Dios no pueden
Los ojos corporales;
Luégo que el postrer dia
De tierra se levante
Cástor, y el claro signo
De Géminis se apague,
Verá en las suyas propias
Al Verbo ya hecho carne,
Sin que jamas lo que una
Vez recibió dejase.
Consigo á Doroteo
Llevará, mas no el trance
Verán de que uno á otro
Cercene eternidades.

DIA 29 DE MARZO.

San Eustasio, abad.

Dulce es la vida, libre
De penas y quebrantos,
En aquellos momentos
Que puede dispensarlos.
¡Qué propio del viviente,
Qué natural, al paso
Que sufre tantos males,
El dilatar sus años!
Del vicio de la gula
No la templanza tantos
Triunfos como este anhelo
Saca entre los humanos.
A los contraventores
Reprendiendo llamamos,
Primero que del alma,
De la salud tiranos.
Ésta, como ministra
De la vida, el conato
Se lleva de los hombres,
O el superior cuidado.
Por ella y á rigores
De mal prolijo y largo,
El rico es pobre y feria
Afanes á descansos.
Préstanse á ajeno arbitrio,
Y pasan resignados
Durísimas molestias
Del arte de Esculapio.
El cuerpo, á que ofendia
El lecho ménos blando,
Al natural cauterio
O al potencial es franco.
Ni ménos que las carnes
Al cáustico inhumano,
Abre á aceros las venas
Y á pócimas los labios.
A operacion sus miembros
Terrible abandonados,
Se expone por la vida
Aun á abreviar sus plazos.
Pero Eustasio admirable,
Eustasio, el abad santo
De Luxeu, ¡á qué aspecto
La mira tan contrario!
Despues que la Borgoña
Le vió alistarse bajo
La recta disciplina
Del grande Columbano;
Despues que llevó sana
Doctrina á los varascos,
Y á Baviera las luces
Del Evangelio sacro;
Despues que su instituto
En Aquileya á salvo
Sacó contra los tiros
De Agreste, su adversario;
Dios de su santa vida
Le anuncia el fin cercano,
Y aumenta su constante
Fervor extraordinario.
Violenta y dolorosa
Enfermedad en tanto
Le asalta, y voz escucha
Del cielo soberano.
Morir á treinta dias,
Al síntoma postrado,
Padeciendo dolores
Intensos en su espacio,
A su eleccion propone,
O de ellos aliviado,
Diferir de su vida
A los cuarenta el tracto.
Al un lado dos males,
Dos bienes á otro lado;
¿Al comun de los hombres,
Qué punto ménos arduo?
Mas esto á los vulgares
Espíritus dejando,
Eustasio da del suyo
El más heroico rasgo.
Pide á Dios, y consigue,
Morir presto y penando;
Que el dilatar su vida
Tiene por más cruel daño.
Toleran indecibles
Dolores y trabajos,
Por vivir otros hombres,
Y por morir Eustasio.

DIA 30 DE MARZO.

San Juan Clímaco, abad.

Tres veces intentaron
Colocar á su arbitrio
El Osa sobre el Pélion
Gigantes atrevidos.
Así escalar quisieron
Alcázares divinos,
Terribles ó agraviados,
Soberbios ú ofendidos.
De la piel de Amaltea
Júpiter se previno

Para vencer, atento
De Témis al aviso.
Y luégo castigaron
De su poder invicto,
Rayos abrasadores,
El loco desvarío.
Tal forjaban algunos
Idólatras antiguos,
Fundando sobre un hecho
Torpísimos delirios.
Mas Sinaí, de Arabia
Monte, logró el designio,
Solo, que no pudieron
Los de Tesalia unidos.
Despues que los hebreos,
Del yugo fugitivos,
Dieron en el mar Rojo
Sepulcro á los egipcios,
Y donde aquel dichoso
Natural obelisco
Se eleva en la formada
Península del mismo,
Recibieron, dictados
Al heroico caudillo,
Por el Dios verdadero,
Preceptos positivos.
Aquella Providencia
Eterna, que al empíreo,
Por la observancia de ellos,
Subir los hombres hizo,
Dispuso que en el monte
A que del cielo vino,
La *Escala para el cielo*
Tuviese su pié fijo.
Juan Clímaco en aqueste,
Así llamado, libro,
La perfeccion enseña,
Facilita el camino.
Moisés, de virtud lleno,
En ella parecido,
No ménos que en el nombre,
De Jocabed al hijo,
Monje ejemplar, entre otros
Súbditos distinguidos
De Clímaco, ser puede
De esta verdad testigo.
De la obediencia santa
Cumpliendo el ejercicio,
Buscó materia para
Terraplenar un sitio.
En la mitad del dia,
Como jamas activo,
Doblaba el sol los fuertes
Rigores del estío.
Traidora fué la sombra,
Con que un peñasco quiso
Conducirle á la muerte
Por sendas del alivio.
Sensible á la voz muda
De extraño cocodrilo,
Del descanso, á que brinda,
Admite los partidos.
Reposa, al sueño llama,
Que en alas conducido
De un céfiro apacible,
Le embarga los sentidos.
Apénas duerme, cuando
Los ecos bien distintos
De Juan, que le llamaba,
Penetran sus oidos.
Despierta, el duro lecho
Abandona, y prolijo,
De aquella voz inquiere
Al dueño conocido.
Desplómase al momento
La peña, y al ruido
De su descenso tiembla
El ámbito vecino.
De aquesta suerte (el cielo
Librándole á prodigios)
Desde el Sinaí escala
Sus muros diamantinos.
Velar para esto es fuerza,
Oir por sus ministros
La voz de Dios atentos,
Y huir de los peligros.

DIA 31 DE MARZO.

Santa Balbina, vírgen.

La figura del mundo
Pasa como en escena,
Que en brevísimo tiempo
Los hombres representan.
¡Oh cuánto de fatigas,
Qué de sudores cuesta
Aquel indispensable
Pan que los alimenta!
¡De qué modo por rumbos
Diversos se atarean
Por guarecer sus carnes
Del frio y la inclemencia!
Pero ¡oh cuánto en las cosas
Que de esta vida anhelan,
Más que las necesarias,
Les cuestan las superfluas!
Se afanan por placeres,
Que al sentido deleitan;
Por la opinion, el mando,
Las honras y riquezas.
Dignidades, empleos,
Que tanto el hombre aprecia,
Su voluntad arrastran
Y su atencion se llevan.
Aquí el fatal orgullo,
La vanidad soberbia,
Y aquí del sexo frágil
La inveterada queja.
Doméstico gobierno
Se le concede apénas,
A su inspeccion negadas
Las armas y las letras.
De los demas arbitrios
Destituido, emplea
Su conato en que triunfe
El dón de la belleza.
Ésta al ingenio vence,
Ésta al valor sujeta,
Por ésta todo el mundo
Parece se gobierna.
Esta se ensoberbece
Así; mas como de ésta
No por igual á todas
Dotó naturaleza;
Y aunque en el rostro, donde
Más pródiga se esmera,
Es flor, que en breve tiempo
O se marchita ó seca,
Solícitas trabajan,
Y en estudiar se esfuerzan,
Contra uno y otro agravio,
Modos de contrahacerla.
Hermosa era Balbina,
Si no desvaneciera
Su perfeccion, del cuello
Incómoda apostema.
Roma la vió; mas ¡cuánto
Distaba ya de aquélla
Que de sus moradores
Divino encanto era!
El tribuno, su padre,
A la cárcel que encierra
A Alejandro, supremo
Pontífice, se acerca.
Y «¡Oh tú, que á Jesucristo
Tan constante confiesas!
Si quieres, le insinúa,
Que en Jesucristo crea,
»Haz salva á una hija mia,
Para que esposo pueda
Darla; que es bella, y una
Enfermedad la afea.—
»Condúcela, oh Quirino,
Responde, á mi presencia,
E imponla estas prisiones,
Que el cuello me molestan.»
Ejecutóse; y luégo
Garzon de las esferas
A Balbina aparece
Con encendida tea.
«Sé vírgen, y á tu Esposo
Yo haré, la dice, veas,
Que su preciosa sangre
Vertió por tí en la tierra.»
El nuevo sol hallóla
Libre de su dolencia;
Y Quirino, su casa,
La fe abrazó con ella.
Venid, venid; que ahora
Podeis ya sin vergüenza
Ornar su bello rostro,
Carmines y azucenas.
Y ved que al cuello hermoso,
Ya terso, en vez de perlas,
Ciñen, para sus bodas,
Prisiones y cadenas.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN Y MANRIQUE.

DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DE DON MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE.

(*Tesoro del Parnaso español.*)

Nació en la villa de La-Guardia, en la Rioja, á 12 de Octubre de 1745. Fueron sus padres don Félix Sanchez Samaniego y doña Juana María Zabala, natural de Tolosa de Guipúzcoa. Como hijo mayor, heredó los mayorazgos de su casa y fué señor de las cinco villas del valle de Arraya. Recibió de sus padres la primera educacion; estudió dos años de leyes en Valladolid; viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó despues á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del Conde de Peñaflorida (1) y del Marqués de Narros, sus parientes, y fundadores de la Sociedad Vascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué Samaniego uno de los primeros socios de número, desde el año de 1765, en que residia en La-Guardia. Vivió despues muchos años en Bilbao, por haber contraido allí matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número, concurria á las juntas generales que todos los años celebraba la Sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número, y entónces fué cuando comenzó á escribir sus *Fábulas*, acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Alava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el Ministerio; habiendo llegado á captarse de tal modo la íntima confianza del Conde de Floridablanca, que éste tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló, á su regreso, una vajilla de plata, tasada en cuatrocientos mil reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando una sola pieza, en señal de agradecimiento.

A instancia de su tio el Conde de Peñaflorida, coordinó sus *Fábulas* para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia, acompañando á la Marquesa de San Miguel, su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la Sociedad el tomo II, que se imprimió en Madrid, por Ibarra, en 1784. Entre tanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias*; habiense indispuesto los dos, y Samaniego imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las Fábulas literarias*, y otros folletos contra Iriarte; la parodia de su *Guzman*; las *Memorias de Cosme Damian*, contra el prólogo del *Teatro* de Huerta, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria, miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremamente aficionado á la música, tocaba con mucho gusto el violin y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion; improvisaba con chiste y oportunidad. Falleció en La-Guardia, á 11 de Agosto de 1801.

Escribió ademas, entre otras cosas, que han quedado inéditas, *El Desierto de Bilbao* y várias poesías familiares y no pocos cuentos festivos, cuyo desmedido desenfado no consiente darlos á la estampa.

(1) Su tio. Éste fué quien le estimuló á que escribiese las *Fábulas*.

II.

DE DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(*Manual de Literatura.*)

En el mismo género (las fábulas) sobresalió, y aventajó á Iriarte, otro poeta que este escritor habia contagiado con su prosaismo. Don Félix María Samaniego publicó una coleccion de fábulas, que han hecho su nombre popular en España. En otra clase de composiciones Samaniego hubiera sido el más infeliz de los poetas; en ésta se elevó á una altura á que nadie, ántes ni despues de él, ha llegado entre nosotros. No es un Lafontaine; pero tiene no pocas veces su naturalidad, su candor y amable filosofía. Su versificacion, si bien con frecuencia harto humilde, no desdice, sin embargo, de sus asuntos; es fácil, fluida, y no deja de adquirir en ocasiones la armonía que le conviene. Todos sus contemporáneos están hoy más ó ménos olvidados ó desatendidos; él solo conserva su reputacion intacta, y ha merecido que sus obras, reimpresas infinitas veces, corran en manos de todos.

III.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*Historia de la Literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo* XVIII.— Lecciones pronunciadas en el Ateneo.)

..... En las fábulas del poeta latino (Fedro) sólo hay las prendas de estilo en grado extraordinario, señalado por su concision elegante. No igualando en esto Iriarte á Fedro, se le acerca, con todo, hasta un punto no comun, al paso que le excede en la invencion y en la variedad y flexibilidad; pero de las dotes descriptivas, ensalzadas en el fabulista frances Lafontaine, carece, si no del todo, poco ménos; teniendo en este punto, en lengua castellana, un superior en un rival, que vino á disputarle la palma en el género de las fábulas, y que, si por un lado le excedió, por otro no quedó en una superioridad conocida...

Samaniego, rival de Iriarte, y en ciertos puntos su vencedor, dotado de algunas prendas poéticas como fabulista, pero de la escuela prosaica como crítico, al elogiarle, celebrando su desemejanza con Góngora, para ambos objeto de ódio, alaba en él que fuese

..... Por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que áun aquel que no entiende poesía,
Dice: *Eso yo tambien me lo diria.*
. . . . . .

(Despues de hablar de Iglesias y del Conde de Noroña.) Más crédito mereció Don Félix María de Samaniego, muy poeta en sus fábulas, así en las pocas que concibió originales, como en las muchas que tradujo ó imitó; chistoso, fácil y puro en general, aunque á menudo incorrecto, y en alguna otra obra suya, aunque no falta de mérito, muy desigual al que tiene como fabulista.

IV.

DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(*Introduccion á la poesía castellana del siglo* XVIII.)

PARALELO ENTRE SAMANIEGO É IRIARTE.

SAMANIEGO no puso en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecucion, igual mérito de invencion y de oportunidad que el que luce en las *Fábulas literarias;* SAMANIEGO procede con más abandono, y á veces con descuido y desaliño; pero ¡con cuánta más gracia, con cuánta más poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto más jugo y flexibilidad! Iriarte cuenta bien; pero SAMANIEGO pinta; el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra son igualmente oportunos y castizos; pero el uno los busca, y el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo; en fin, el colorido con que SAMANIEGO viste sus pinturas, y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamas al donaire, á la sencillez, á la claridad ni al despejo. Si en él hubiera algo más de candor é ingenuidad, si descubriera ménos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales, á que sabe remontarse á veces Lafontaine, sin dejar de ser fabulista; si diera, en fin, más perfeccion á sus versos cortos, que no corren, cuando los escribe solos, con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, sería difícil negarle el primer lugar entre los más felices imitadores del fabulista frances. Aun así, ¿quién se lo podrá disputar?

POESÍAS.

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO.

Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.
(Phedro, *Fáb.*, pról., lib. I.)

PRÓLOGO.

Muchos son los sabios, de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraido del arduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permítame el público protestar con sinceridad, en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona, en quien respeto unidas las calidades de tio, maestro y jefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educacion como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instruccion; y siendo, por decirlo así, el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños, las máximas morales, disfrazadas con el agradable artificio de la fábula, me destinó á poner una coleccion de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, segun deseó Platon, á lo ménos ántes de llegar á estado de poder entender el latin.

Desde luégo dí principio á mi obrilla. Apénas pillaban los jóvenes seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando lo leian y estudiaban á porfía con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo éste su ambiciosa condicion, desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y áun si es posible, entre los doctos; pero á la verdad, esto no es tan fácil. Las espinas, que de-

jan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son, en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán éstos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecucion de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Despues de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña librería de fabulistas; examiné, comparé y elegí para mis modelos, entre todos ellos, despues de *Esopo*, á *Fedro* y *Lafontaine;* no tardé en hallar mi desengaño. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida á este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á ésta le faltan para igualar á la latina en concision y energía? Este conocimiento, en que me aseguró más y más la práctica, me obligó á separarme de *Fedro.*

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra y la Hormiga*, *El Cuervo y el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podia, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narracion.

No obstante, en el estudio que hice de este autor hallé, no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano, Esopo y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar que apénas tuvo presente otro precepto en la narracion, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano: *Por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi obrita á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir, tomando en cerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algun moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narracion, sino áun en el variar rara vez algun tanto, ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad; quitando, añadiendo ó mudando alguna cosa, que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, segun mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan trasformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad, ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atencion, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprension de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo, no sólo humilde, sino áun bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndole incomprensible á los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo, en esta parte desconfio conseguir mi fin. Un autor moderno, en su *Tratado de educacion*, dice que en toda la coleccion de *Lafontaine* no conoce sino cinco ó seis fábulas *en que brilla con eminencia la sencillez pueril*, y áun haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una leccion. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi coleccion no se halla más de la mitad de fábulas que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa más trivial. Éste me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar á ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados á que llega la comprension de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad; no es esencial á la fábula, como no lo es al epigrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexion de uno á otro como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone á la vária armonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atencion. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos, adquirirán, con la repeticion de ellos, alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas á que por este medio acostumbren su oido.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de piés quebrados ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicacion de la sentencia, ó queda confuso y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusion, puedo perdonárseme bastante por haber sido el primero en la nacion que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasion de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instruccion y provecho. Miéntras así no lo hagan, habrémos de

contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Haydn*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.—FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

LIBRO PRIMERO.

Á LOS CABALLEROS ALUMNOS DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO.

Oh jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigis vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda
En que marchais, guiados,
A la luz de las ciencias,
Por profesores sabios.
Aunque el camino sea,
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agobiado,
El labrador sus bueyes
Guia con paso tardo;
Mas al fin llega á verse,
En medio del verano,
De doradas espigas,
Como Céres, rodeado.
A mayores tareas,
A más graves cuidados
Es mayor y más dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas,
La labradora mano
¡Con qué gusto recoge
Los racimos de Baco!
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva,
A recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
Que un jóven entre tantos
Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
Descansa enhorabuena;
¿Digo yo lo contrario?
Tan léjos estoy de eso,
Que en estos versos trato
De daros un asunto
Que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos
Os han de hablar en verso;
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos más sanos.
Deleitaos en ello,
Y con este descanso,
Á las sérias tareas
Volved más alentados.
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva,
A recibir el lauro.
Pero ¡qué! ¿os detiene
El ocio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
Mis jóvenes amados.

FÁBULA PRIMERA.

EL ASNO Y EL COCHINO.

Envidiando la suerte del Cochino,
Un Asno maldecia su destino.
«Yo, decia, trabajo y como paja;
El come harina, berza, y no trabaja:
A mí me dan de palos cada dia;
A él le rascan y halagan á porfía.»
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luégo que advierte
Que á la pocilga alguna gente avanza,
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo Cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el Jumento:
Si en esto pára el ócio y los regalos,
Al trabajo me atengo y á los palos.

FÁBULA II.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA.

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno;
Los frios la obligaron
A guardar el silencio
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveida
Del preciso sustento:
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo y sin centeno.
Habitaba la Hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones
De atencion y respeto
La dijo: «Doña Hormiga,
Pues que en vuestro granero
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste Cigarra,
Que, alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme;
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias,
Por el nombre que tengo.»
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero:
«¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen tiempo?—
Yo, dijo la Cigarra,
A todo pasajero
Cantaba alegremente,
Sin cesar ni un momento.—
¡Hola! ¿con que, cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora, que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.»

FÁBULA III.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A la orilla de un pozo,
Sobre la fresca yerba,
Un incauto Mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
«Insensato, despierta;
¿No ves que ahogarte puedes,
A poco que te muevas?
Por tí y otros canallas
A veces me motejan,
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna

Llamais á las miserias;
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

FÁBULA IV.

LA CODORNIZ.

Presa en estrecho lazo
La Codorniz sencilla,
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
«¡Ay de mí miserable,
Infeliz avecilla,
Que ántes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias,
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¡Por un grano de trigo!
¡Oh cara golosina!»
El apetito ciego
¡A cuántos precipita,
Que por lograr un nada,
Un todo sacrifican!

FÁBULA V.

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

Que me matan; favor: así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una Águila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo Escarabajo,
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror, exclama de esta suerte:
«¡Oh reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras,
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un borrico?»
Cuando el Escarabajo así decia,
La Águila con desprecio se reia,
Y sin usar de más atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del Águila altanera,
Halla solos los huevos, y arrastrando,
Uno por uno fuélos despeñando;
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El Águila sus huevos, y se fuese;
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
Y que, segun yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso,
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el Águila y llorosa
Aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio,
Como al Escarabajo,
Porque al más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

FÁBULA VI.

EL LEON VENCIDO POR EL HOMBRE.

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que, valiente,
Un Hombre tan solamente
A un horrible Leon venció.
Otro leon, que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: *Bien se deja ver*
Que es pintar como querer,
Y no fué leon el pintor.

FÁBULA VII.

LA ZORRA Y EL BUSTO.

Dijo la Zorra al Busto,
Despues de olerlo:
«Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso.»
Como éste hay muchos,
Que aunque parecen hombres,
Sólo son bustos.

FÁBULA VIII.

EL RATON DE LA CÓRTE Y EL DEL CAMPO.

Un Raton cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda,
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento,
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magnificamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan Primero.*
Sus sentidos allí se recreaban;
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, perniles y cecinas.
Saltaban de placer, ¡oh qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisonjera
Llega la despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
«¡Esto tenemos! dijo el campesino;
Reniego yo del queso, del tocino
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.»
Volvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho más de allí adelante,
Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.

FÁBULA IX.

EL HERRERO Y EL PERRO.

Un Herrero tenía
Un Perro que no hacia

Sino comer, dormir y estarse echado:
De la casa jamas tuvo cuidado;
Levantábase sólo á mesa puesta;
Entónces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil excesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
«He llegado á notar, le dijo el amo,
Que aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente;
En la fragua jamas te vi presente,
Y yo me maravillo
De que, no dispertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
Que el amo, hecho un gañan y sin reposo,
Te mantiene á lo conde muy ocioso.»
El Perro le responde:
«¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar debo al destino
Haber nacido perro, no pollino.—
Pues, señor conde, fuera de mi casa;
Verás en las demas lo que te pasa.»
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una.
Allí le hacen servir de centinela
Y que pase la noche toda en vela,
Acá de lazarillo y de danzante,
Allá dentro de un torno, á cada instante,
Asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera
Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.

FÁBULA X.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA.

Una Zorra se empeña
En dar una comida á una Cigüeña;
La convidó con tales expresiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
Pero encontró en la mesa solamente
Jigote claro sobre chata fuente.
En vano á la comida picoteaba,
Pues era para el guiso que miraba
Inútil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua y el hocico
Limpió tan bien su fuente, que pudiera
Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
Mas de allí á poco tiempo, convidada
De la Cigüeña, halla preparada
Una redoma de jigote llena;
Allí fué su afliccion, allí su pena;
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hidrópica redoma,
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la Cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que á conveniencia
Chupaba la del pico á su presencia,
Vuelve, tienta, discurre,
Huele, se desatina, en fin se aburre;
Marchó rabo entre piernas, tan corrida,
Que ni áun tuvo siquiera la salida
De decir: *Están verdes*, como antaño.
Tambien hay para pícaros engaño.

FÁBULA XI.

LAS MOSCAS.

A un panal de rica miel
Dos mil Moscas acudieron,
Que por golosas murieron,
Presas de patas en él.
Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina.
Así, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.

FÁBULA XII.

EL LEOPARDO Y LAS MONAS.

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan, cuando cazaba,
Un Leopardo; apénas lo veian,
A los árboles todas se subian,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: No están maduras.
El cazador, astuto, se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan á saltar; la más osada
Baja, arrímase al muerto de callada,
Mira, huele y áun tienta,
Y grita muy contenta:
«Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto, que empieza á oler el tal difunto.»
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquélla se le arrima,
Y haciendo mimos, á su lado queda;
Otra se finge muerta y lo remeda.
Mas luégo que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero,
Y más que nunca fiero,
Pilla, mata, devora, de manera
Que parecia la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.
Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.

FÁBULA XIII.

EL CIERVO EN LA FUENTE.

Un Ciervo se miraba
En una hermosa cristalina Fuente;
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente,
Pero al ver sus delgadas, largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.
«¡Oh dioses! ¿A qué intento,
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construir su cimiento
Sin guardar proporcion en la belleza?
¡Oh qué pesar! ¡Oh qué dolor profundo!
¡No haber gloria cumplida en este mundo!»
Hablando de esta suerte
El Ciervo, vió venir á un lebrel fiero.
Por evitar su muerte,
Parte al espeso bosque muy ligero;
Pero el cuerno retarda su salida,
Con una y otra rama entretejida.
Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
«Si me veo seguro,
Pese á mis cuernos, fué por correr tanto;
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos piés el cielo eternos.»
Así frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso:
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo más dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza:
El útil bien es la mejor belleza.

FÁBULA XIV.

EL LEON Y LA ZORRA.

Un Leon en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,

En vano perseguia, hambriento y fiero,
Al mamon becerrillo y al cordero,
Que trepando por la áspera montaña,
Huian libremente de su saña.
Afligido de la hambre á par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio, y deseaba
Ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba
Era un hambre voraz, tan sólo usaba
La receta exquisita
De engullirse al *monsieur* de la visita.
Acércase la Zorra de callada,
Y á la puerta asomada,
Atisba muy despacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El Leon la divisó, y en el momento
La dice: «Vén acá; pues que me siento
En el último instante de mi vida,
Visítame como otros, mi querida.—
¡Como otros! ¡Ah señor! he conocido
Que entraron, sí, pero no han salido.
Mirad, mirad la huella,
Bien claro lo dice ella;
Y no es bien el entrar do no se sale.»
La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV.

LA CIERVA Y EL CERVATO.

A una Cierva decia
Su tierno Cervatillo: «Madre mia,
¡Es posible que un perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente,
Siendo él mucho menor, ménos pujante!
¿Por qué no has de ser tú más arrogante?—
Todo es cierto, hijo mio;
Y cuando así lo pienso, desafio
A mis solas á veinte perros juntos.
Figúrome luchando, y que difuntos
Dejo á los unos; que otros, falleciendo,
Pisándose las tripas, van huyendo
En vano de la muerte,
Y á todos venzo de gallarda suerte;
Mas si embebida en este pensamiento,
A un perro ladrar siento,
Escapo más ligera que un venablo,
Y mi victoria se la lleva el diablo.»
A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado,
Pues por más que, al mirarse la armadura,
Piense, en tiempo de paz, que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa,
En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la Corza de la historia,
Más que el diablo se lleve la victoria.

FÁBULA XVI.

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA.

Un Labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solian hacer pasto.
Armó sin más tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las grullas y los gansos.
«Señor rústico, dijo
La Cigüeña temblando,
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados:
La diosa Céres sabe
Que, léjos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y víboras los campos,—
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.»
La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

FÁBULA XVII.

LA SERPIENTE Y LA LIMA.

En casa de un cerrajero
Entró la Serpiente un dia,
Y la insensata mordia
En una Lima de acero.
Díjole la Lima: «El mal,
Necia, será para tí;
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?»
Quien pretende sin razon
Al más fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el aguijon.

FÁBULA XVIII.

EL CALVO Y LA MOSCA.

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una Mosca insolente.
Quiso matarla, levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuese salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La Mosca prorumpió: «Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas á tu brazo,
Bárbaro ejecutor del tal porrazo?—
»Al que obra con malicia,
Le respondió el varon prudentemente,
Rigorosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
»Sabe, Mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condicion humana,
Segun la mano de donde ha venido»;
Que el grado de la ofensa tanto asciende
Cuanto sea más vil aquel que ofende.

FÁBULA XIX.

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos Amigos se apareció un Oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura;
El otro, abandonado á la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento;
Y así, se fué diciendo sin recelo:
«Este tan muerto está como mi abuelo.»
Entónces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende muy ligero,
Corre, llega y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesion alguna,
Y al fin le dice: «Sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido;
Estas dos palabritas al oido:
Aparta tu amistad de la persona
Que si te ve en el riesgo, te abandona.»

FÁBULA XX.

LA ÁGUILA, LA GATA Y LA JABALINA.

Una Águila anidó sobre una encina,
Al pié criaba cierta Jabalina,
Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata y sus crías aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Águila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
«¡Ay mísera de mí! ¡ay infelice!
Este sí que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa
Hozando los cimientos de la casa.
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos, los devora.»
Despues que dejó al Águila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la cerdosa: «Buena amiga,
Has de saber que la Águila enemiga,
Cuando saques tus crías hácia el monte,
Las ha de devorar; así dispone.»
La Gata, aparentando que temia,
Se retiró á su cuarto, y no salia
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La Jabalina, con tan triste nueva,
No salió de su cueva.
La Águila, en el ramaje temerosa
Haciendo centinela, no reposa.
En fin, á ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo víveres la Gata.
Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y así causan el mal sus añagazas.

LIBRO SEGUNDO.

Á DON JAVIER MARÍA DE MUNIVE É IDIAQUEZ, CONDE DE PEÑAFLORIDA, DIRECTOR PERPÉTUO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS.

Miéntras que con la espada en mar y tierra
Los ilustres varones
Engrandecen su fama por la guerra,
Sojuzgando naciones,
Tú, Conde, con la pluma y el arado,
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes,
Y haciendo venturosos has ganado
El bien que buscas y el laurel que huyes.
Con darte todo al bien de los humanos
No contento tu celo,
Supo unir á los nobles ciudadanos
Para felicidad del patrio suelo.
La hormiga codiciosa
Trabaja en sociedad fructuosamente,
Y la abeja oficiosa
Labra siempre, ayudada de su gente.
Así unes á los hombres laboriosos
Para hacer sus trabajos más fructuosos.
Aquél viaja observando
Por las naciones cultas;
Este con experiencias va mostrando
Las útiles verdades más ocultas.
Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias;
Y de diversos modos,
Juntando estudios, viajes y experiencias,
Resulta el bien en que trabajan todos.
¡En que trabajan todos! Ya lo dije,
Por más que yo tambien sea contado.
El sabio Presidente que nos rige
Tiene áun al más inútil ocupado.
Darme, Conde, querias un destino,
Al contemplarme ocioso é ignorante.
Era difícil; mas al fin tu tino
Encontró un genio en mí versificante.
A Fedro y Lafontaine por modelos
Me pusiste á la vista,
Y hallaron tus desvelos
Que pudiera ensayarme á fabulista.
Y pues viene al intento,
Pasemos al ensayo: va de cuento.

FÁBULA PRIMERA.

EL LEON CON SU EJÉRCITO.

El Leon, rey de los bosques poderoso,
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos lobos, que pusiesen grima.
Al oso le encargó de los asaltos;
Al mono con sus gestos y sus saltos
Mandó que al enemigo entretuviese;
A la Zorra que diese
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: «La liebre y el jumento,
Este por tardo, aquélla por medrosa,
De estorbo servirán, no de otra cosa.—
¿De estorbo? dijo el Rey; yo no lo creo.
En la liebre tendrémos un correo,
Y en el asno mis tropas un trompeta.»
Así quedó la armada bien completa.
Tu retrato es el Leon, Conde *prudente*,
Y si á tu imitacion, segun deseo,
Examinan los jefes á su gente,
A todos han de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿Habrá cucaña
Como no hallar ociosos en España?

FÁBULA II.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecia
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento,
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio.*
»Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña engordará sin tino;
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.
»Llevarélo al mercado;
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña,
Hasta el monte cercano á la cabaña.»
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasion! Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
¡Oh loca fantasía,
Que palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna;
Que vivirás ansiosa

Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro;
Mira que ni el presente está seguro.

FÁBULA III.

EL ASNO SESUDO.

Cierto Burro pacia
En la fresca y hermosa pradería
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entónces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba,
De centinela en la ribera estaba.
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen Borrico le conjura
Que huya precipitado.
El Asno, muy sesudo y reposado,
Empieza á andar á paso perezoso.
Impaciente su dueño y temeroso
Con el marcial ruido
De bélicas trompetas al oido,
Le exhorta con fervor á la carrera.
«¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera:
Que llegue en hora buena Marte fiero:
Me rindo, y él me lleva prisionero.
¿Servir aquí ó allí no es todo uno?
¿Me pondrán dos albardas? No, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda:
Siempre seré un esclavo con albarda.»
No estuvo más en sí ni más entero
Que el buen Pollino Amíclas el Barquero,
Cuando en su humilde choza le despierta
César, con sus soldados á la puerta,
Para que á la Calabria los guiase.
¿Se podria encontrar quien no temblase
Entre los poderosos
De insultos militares horrorosos
De la guerra enemiga?
No hay sino la pobreza que consiga
Esta gran exencion: de aquí le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

FÁBULA IV.

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS.

Apacentando un Jóven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
«¡Favor! que viene el lobo, labradores.»
Estos, abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia;
Segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entónces el Zagal se desgañita,
Y por más que patea, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.
¡Cuántas veces resulta de un engaño,
Contra el engañador el mayor daño!

FÁBULA V.

LA ÁGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA.

A una Tortuga una Águila arrebata:
La ladrona se apura y desbarata
Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, á picotazos.
Viéndola una Corneja en tal faena,
La dice: «En vano tomas tanta pena:
¿No ves que es la Tortuga, cuya casa
Diente, cuerno ni pico la traspasa,
Y si siente que llaman á su puerta,
Se finge la dormida, sorda ó muerta?—
Pues ¿qué he de hacer?—Remontarás tu vuelo,
Y en mirándote allá cerca del cielo
La dejarás caer sobre un peñasco,
Y se hará una tortilla el duro casco.»
La Águila, porque diestra lo ejecuta,
Y la Corneja astuta,
Por autora de aquella maravilla,
Juntamente comieron la tortilla.
¿Qué podrá resistirse á un poderoso,
Guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente;
Y así, por escaparse de esta gente,
Las descendientes de la tal Tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.

FÁBULA VI.

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
Un Lobo con un hueso atragantado,
Si á la sazon no pasa una Cigüeña.
El paciente la ve, hácela seña;
Llega, y ejecutiva,
Con su pico, jeringa primitiva,
Cual diestro cirujano,
Hizo la operacion y quedó sano.
Su salario pedia,
Pero el ingrato Lobo respondia:
«¿Tu salario? Pues ¿qué más recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?»
Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir *tus* ni *mus*, la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quién; pero es muy llano
Que no tiene razon ni por asomo:
Es menester saber á quién y cómo.
El ejemplo siguiente
Nos hará esta verdad más evidente.

FÁBULA VII.

EL HOMBRE Y LA CULEBRA.

A una Culebra que, de frio yerta,
En el suelo yacia medio muerta
Un labrador cogió; mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apénas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII.

EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA.

Un Pájaro inocente,
Herido de una flecha
Guarnecida de acero
Y de plumas ligeras,
Decia en su lenguaje
Con amargas querellas:
«¡Oh crueles humanos!
Más crueles que fieras,
Con nuestras propias alas,
Que la naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjais el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.
Pero no, no es extraño
Que así bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan, y no cesan.
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra,
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.»

FÁBULA IX.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoge un Pescador su red tendida,
Y saca un pececillo. «Por tu vida,
Exclamó el inocente prisionero,

Dame la libertad : sólo la quiero.
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin ; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme más grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
Sólo por otro tanto
A un hermanito mio
Un Señor pescador lo tiró al rio.—
¿Por otro tanto al rio? ¡qué manía!
Replicó el Pescador; ¿pues no sabía
Que el refran castellano
Dice : *Más vale pájaro en la mano...?*
A sarten te condeno ; que mi panza
No se llena jamas con la esperanza.»

FÁBULA X.

EL GORRION Y LA LIEBRE.

Un maldito Gorrion así decia
A una Liebre que una águila oprimia :
«¿No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera,
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerque sus narices á tu rabo?
Pues empieza á correr, ¿qué te detiene?»
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro gabilan y la arrebata.
El preso chilla, el prendedor lo mata;
Y la Liebre exclamó : «Bien merecido.
¿Quién te mandó insultar al afligido,
Y á más, á más meterte á consejero,
No sabiendo mirar por tí primero?»

FÁBULA XI.

JÚPITER Y LA TORTUGA.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados :
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni áun la reptil y más lejana oruga,
Cuando llega muy tarde y con paciencia,
A paso perezoso, la Tortuga :
Su tardanza reprende el dios airado,
Y ella le respondió sencillamente :
«Si es mi casita mi retiro amado,
¿Cómo podré dejarla prontamente?»
Por tal disculpa Júpiter tonante,
Olvidando el indulto de las fiestas,
La ley del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre acuestas.
Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso ;
Pero á su obligacion acuden tarde :
Viven como el raton dentro del queso.

FÁBULA XII.

EL CHARLATAN.

«Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes
O arroja de un tejado,
Y queda, á buen librar, descostillado,
Yo me reiré muy bien : importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito.»
Con esta relacion un chacharero
Gana mucha opinion y más dinero ;
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Más quiere á un Charlatan que á veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan, igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia, tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaria
A hablar discreto con fecundo pico,
En diez años de término, á un borrico.
Sábelo el Rey : lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un jumento ;
Pero bien entendido
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado ;
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano :
«Escuche, buen hermano ;
Su frescura me espanta :
A cáñamo me huele su garganta.—
No temais, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me rio.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el asno ó yo no morirémos?»
Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios ; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FÁBULA XIII.

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguia en vano ;
Mas él á todas horas
Servia de lacayo á estas señoras.
Un dia, en fin, hambriento é ingenioso,
Así las dice : «¿Amais vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia :
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luégo,
A tenerla con sosiego,
Sin que de garra ó pico tema agravio ;
Pues tocante á la paz seré un Octavio.»
Las sencillas Palomas consintieron;
Aclámanle por rey; *Viva*, dijeron,
Nuestro rey el Milano.
Sin esperar á más, este tirano
Sobre un vasallo mísero se planta ;
Déjalo con el *viva* en la garganta ;
Y continuando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro dias.
Quien al poder se acoja de un malvado
Será, en vez de feliz, un desdichado.

FÁBULA XIV.

LAS DOS RANAS.

Tenian dos Ranas
Sus pastos vecinos,
Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierto dia á ésta
Aquélla la dijo :
«¡Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,
Que vivas contenta
Entre los peligros,
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los piés y las ruedas
Riesgos infinitos!
Deja tal vivienda ;
Muda de destino;
Sigue mi dictámen
Y vénte conmigo.»
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga :
«¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
Vaya, ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
Darme el diablo ruido.

¡ Yo dejar la casa
Que fué domicilio
De padres, abuelos
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos !—
Allá te compongas;
Mas ten entendido
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.»
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.
Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos;
Recibir consejos
Es un desvario.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

FÁBULA XV.

EL PARTO DE LOS MONTES.

Con varios ademanes horrorosos
Los montes de parir dieron señales:
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos más fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos montes, que al mundo estremecieron,
Un ratoncillo fué lo que parieron.
Hay autores que en voces misteriosas,
Estilo fanfarron y campanudo
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, solo viento.

FÁBULA XVI.

LAS RANAS PIDIENDO REY.

Sin Rey vivia, libre, independiente,
El pueblo de las Ranas felizmente.
La amable libertad sólo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba;
Mas las Ranas al fin un Rey quisieron,
A Júpiter excelso lo pidieron;
Conoce el dios la súplica importuna,
Y arroja un Rey de palo á la laguna:
Debió de ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo;
Cada cual se zambulle en agua ó lodo,
Y quedan en silencio tan profundo
Cual si no hubiese ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rey, que aquél no es bueno.
El padre de los dioses, irritado,
Envia á un culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la mísera grey al punto obliga
A recurrir al dios humildemente.
«Padeced, les responde, eternamente;
Que asi castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.»

FÁBULA XVII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

«¡ Ah ! ¡ quién fuese Caballo !
Un Asno melancólico decia;
Entónces sí que nadie me veria
Flaco, triste y fatal como me hallo.
»Tal vez un caballero
Me mantendria ocioso y bien comido,
Dándose su merced por muy servido
Con corvetas y saltos de carnero.
»Trátanme ahora como vil y bajo;
De risa sirve mi contraria suerte;
Quien me apalea más, más se divierte,
Y ménos como cuando más trabajo.
»No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo.» Tal se juzgaba,
Cuando al Caballo ve cómo pasaba,
Con su jinete y armas, á la guerra.
Entónces conoció su desatino,
Rióse de corvetas y regalos,
Y dijo: «Que trabaje y lluevan palos,
No me saquen los dioses de Pollino.»

FÁBULA XVIII.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotones
Se erian, sin salir jamas al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
Así lo provocaba:
«Sepa usted, seor Lobo, que estoy preso,
Porque sabe el pastor que soy travieso;
Mas si él no fuese bobo,
No habria ya en el mundo ningun Lobo.
Pues yo corriendo libre por los cerros,
Sin pastores, ni perros,
Con sólo mi pujanza y valentía
Contigo y con tu raza acabaria.—
Adios, exclamó el Lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacia panza.
Cuando este miserable me provoca
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el cielo de ladrones.»
Así son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Más valentones cuanto más medrosos.

FÁBULA XIX.

LAS CABRAS Y LOS CHIVOS.

Desde antaño en el mundo
Reina el vano deseo
De parecer iguales
A los grandes señores los plebeyos.
Las Cabras alcanzaron
Que Júpiter excelso
Les diese barba larga
Para su autoridad y su respeto.
Indignados los Chivos
De que su privilegio
Se extendiese á las Cabras,
Lampiñas con razon en aquel tiempo,
Sucedió la discordia
Y los amargos celos
A la paz octaviana
Con que fué gobernado el barbon pueblo.
Júpiter dijo entónces,
Acudiendo al remedio:
«¿ Qué importa que las Cabras
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor ignominia
De su vano deseo,
Siempre que no igualaren
En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?»
El mérito aparente
Es digno de desprecio;
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.

FÁBULA XX.

EL CABALLO Y EL CIERVO.

Perseguia un Caballo vengativo
A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo, y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el Caballo airado
Sale con su jinete á la campaña;
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido;
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entónces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
El Caballo, que suelto y rozagante
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra;
Pasa tal vez la vida más amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

LIBRO TERCERO.

Á DON TOMAS DE IRIARTE.

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu númen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquélla en que tocaron dulcemente
Música y Poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que, digno solo tú, la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? Pues cuando ménos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera,
«*Góngora* que te siga», te dijera;
Pero si vas marchando por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que áun aquel que no entiende poesía
Dice: *Eso yo tambien me lo diria*,
¿Por qué no he de imitarte, y áun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las sirenas ni las musas,
Ni de númenes usas,
Ni áun siquiera confias en Apolo.
A la naturaleza imploras sólo,
Y ella, sábia, te dicta sus verdades.
Yo te imito: no invoco á las deidades,
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro númen cierto viejo,
Esopo digo. Dictame, machucho,
Una de tus patrañas; que te escucho.

FÁBULA PRIMERA.

EL ÁGUILA Y EL CUERVO.

Una Águila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa;
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que á ser Águila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente así me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza,
Con que arrebató el Águila su pieza,
Fué la que engañó al Cuervo, pues creia
Que otro tanto á lo ménos él haria.
Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento.
¡Ojalá que sirviese á más de ciento,
Poetas de mal gusto inficionados,
Y dijesen, cual yo, desengañados:
El Águila eres tú, divino Iriarte;
Ya no pretendo más sino admirarte:
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia!

FÁBULA II.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados,
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí, donde su córte el leon tenía,
Mirando cada dia
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
«Mis amados hermanos,
Exclamó el triste Rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga:
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel más delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros,
Y he sido, á fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto.—
Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla más exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna,
De los viles cornudos animales
Los sacros dientes y las uñas reales.»
Trató la córte al Rey de escrupuloso.
Allí del Tigre, de la Onza y Oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones:
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El Asno, sin embargo, muy confuso
Prorumpió: «Yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento y él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentacion: comí del trigo.—
¡Del trigo! ¡y un Jumento!
Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento!»
Los cortesanos claman: «Éste, éste
Irrita al cielo, que nos da la peste.»
Pronuncia el Rey de muerte la sentencia,
Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre y miserable.
Esto hallará en la córte quien la vea,
Y áun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FÁBULA III.

EL MILANO ENFERMO.

Un Milano, despues de haber vivido
Con la conciencia peor que un foragido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni á Galeno ni á Hipócrates leia,
A bulto conoció que se moria.
A los dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entónces sacrificios
Por medio de su madre, que, afligida,
Rogaria sin duda por su vida.
Mas ésta le responde: «Desdichado,
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia,
Ni áun perdonaste á víctima sagrada,
En las aras divinas inmolada?»
Así queremos, irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.

FÁBULA IV.

EL LEON ENVEJECIDO.

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido
Estaba ya postrado
Un viejo Leon, del tiempo consumido,
Tanto más infeliz y lastimoso,
Cuanto habia vivido más dichoso.
Los que cuando valiente
Humildes le rendian vasallaje,
Al verlo decadente,
Acuden á tratarle con ultraje:
Que, como la experiencia nos enseña,
De árbol caido todos hacen leña.
Cebados á porfia,
Lo sitiaban sangrientos y feroces.
El lobo le mordia,
Tirábale el caballo fuertes coces,
Luégo le daba el toro una cornada,
Despues el jabalí su dentellada.
Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando:
«Esto es doble morir; no hay sufrimiento,
Porque muero injuriado de un jumento.»
Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con mísera caida
Desde donde lo habia ella encumbrado,
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si áun de los viles llega á ser juguete?

FÁBULA V.

LA ZORRA Y LA GALLINA.

Una Zorra, cazando,
De corral en corral iba saltando;
A favor de la noche, en una aldea
Oye al gallo cantar: maldito sea.
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oido,
Marcha, llega, y oliendo á un agujero,
«Este es», dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, ménos una,
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la Zorra astutamente,
La pregunta: «¿Qué es eso, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita?
Habla; ¿cómo lo pasas, desdichada?»
La enferma la responde apresurada:
«Muy mal me va, señora, en este instante;
Muy bien si usted se quita de delante.
Cuantas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo;
Al oir su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento:
«Muy mal me va, señor, en este instante;
Muy bien si usted se quita de delante.»

FÁBULA VI.

LA CIERVA Y EL LEON.

Más ligera que el viento,
Precipitada huia
Una inocenta Cierva,
De un cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
Mas ¡ay! que un Leon sañudo,
Que allí mismo tenía
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.
Si al evitar los riesgos
La razon no nos guia,
Por huir de un tropiezo,
Damos mortal caida.

FÁBULA VII.

EL LEON ENAMORADO.

Amaba un Leon á una zagala hermosa;
Pidióla por esposa
A su padre, pastor, urbanamente.
El hombre, temeroso, mas prudente,
Le respondió: «Señor, en mi conciencia,
Que la muchacha logra conveniencia;
Pero la pobrecita, acostumbrada
A no salir del prado y la majada,
Entre la mansa oveja y el cordero,
Recelará tal vez que seas fiero.
No obstante, bien podrémos, si consientes,
Cortar tus uñas y limar tus dientes,
Y así verá que tiene tu grandeza
Cosas de majestad, no de fiereza.»
Consiente el manso Leon enamorado,
Y el buen hombre lo deja desarmado;
Da luégo su silbido:
Llegan el *Matalobos* y *Atrevido*,
Perros de su cabaña; de esta suerte
Al indefenso Leon dieron la muerte.
Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice, hablando del Leon, algun amante,
Que de la misma muerte haria gala,
Con tal que se la diese la zagala.
Deja, Fabio, el amor, déjalo luégo;
Mas hablo en vano, porque, siempre ciego,
No ves el desengaño,
Y así te entregas á tu propio daño.

FÁBULA VIII.

CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran *Zapiron*, *el blanco y rubio*,
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien más sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Rocqueso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparian de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno,
¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.
«Yo soy corto de vista. —Yo muy viejo.—
Yo gotoso», decian. El concejo

Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban: hacen otro. ¡Qué portento!
Pero ¿la ejecucion? Ahí está el cuento.

FÁBULA IX.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente;
Quedó con vida milagrosamente,
Mas inválido, al fin, y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia;
El hambre al mismo tiempo le afligia;
Pero, como cazar áun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.
Una Oveja pasaba, y él la dice:
«Amiga, vén acá, llega al momento;
Enfermo estoy y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.—
»¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la Oveja recelosa;
Dime pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
»Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.»
Así dijo, y se fué; si no, la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!

FÁBULA X.

EL HOMBRE Y LA PULGA.

«Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linaje humano;
Y si vos no lo haceis, Hércules sea
Quien acabe con él y su raleа.»
Este es un Hombre que á los dioses clama,
Porque una Pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter y Hércules consiga,
De éste, que viva despulgando sayos;
De aquél, matando pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y en los males;
Mas se suele abusar frecuentemente
Por lograr un antojo impertinente.

FÁBULA XI.

EL CUERVO Y LA SERPIENTE.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

FÁBULA XII.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un burro viejo,
Triste armazon de huesos y pellejo,
Pensativo, segun lo cabizbajo,
Caminaba llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga;
Todo, al fin, contra el mísero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado,
Viéndose de aquel modo
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Expresiones ajenas de sus canas;
Mas las vecinas Ranas,
Al oir sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oidos,
Las otras, que prudentes le escuchaban,
Reprendíanle así y aconsejaban:
«Aprenda el mal Jumento
A tener sufrimiento;
Que entre las que habitamos la laguna
Ha de encontrar leccion muy oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso,
Y á más de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni áun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y así nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada dia
La salud, el sustento y alegría.»
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal más amargo que la muerte.

FÁBULA XIII.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un Perro y un Borrico caminaban,
Sirviendo á un mismo dueño;
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.
El Borrico entre tanto aprovechado
Descansa y pace; mas el Perro, hambriento,
«Bájate, le decia, buen jumento;
Pillaré de la alforja algun bocado.»
El Asno se le aparta como en chanza;
El Perro sigue al lado del Borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.
«No seas bobo, el Asno le decia;
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esta suerte
El hambre más, mejor la compañía.»
Desde el bosque entre tanto sale un lobo:
Pide el Asno favor al compañero;
En lugar de ladrar, el marrullero
Con fisga respondió: «*No seas bobo;*
Espera á que nuestro amo se despierte;
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener, en mi conciencia,
Al ver al lobo que te da la muerte.»
El Pollino murió, no hay que dudarlo;
Mas si resucitára,
Corriendo el mundo, á todos predicára:
Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

FÁBULA XIV.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su majestad leonesa en compañía
De un Borrico se sale á montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo Leon una enramada,
Mandó al Asno que en ella se ocultase
Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
Como trompa de caza en el ojeo.
Logró el Rey su deseo,
Pues apénas se vió bien apostado,
Cuando al són del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetian,
A su selvoso albergue se volvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente,
Y en su cobarde huida,
En las garras del Leon pierden la vida,

Cuando el Asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: «Par diez, si llego más temprano,
A ningun muerto dejo hueso sano.»
A tal fanfarronada
Soltó el Rey una grande carcajada;
Y es que jamas convino
Hacer del andaluz al vizcaino.

FÁBULA XV.

EL CHARLATAN Y EL RÚSTICO.

«Lo que jamas se ha visto ni se ha oido
Verán ustedes; atencion les pido.»
Así decia un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto, quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinillo de tal modo,
Que el auditorio todo,
Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
Atumultuado grita: *Fuera capa.*
Descubrióse, y al ver que nada habia,
Con victores lo aclaman á porfía.
«Par diez, dijo un patan, que yo prometo
Para mañana, hablando con respeto,
Hacer el puerco más perfectamente;
Si no, que me la claven en la frente.»
Con risa prometió la concurrencia
A burlarse del payo su asistencia;
Llegó la hora, todos acudieron:
No bien al Charlatan gruñir oyeron,
Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen, al són de las palmadas.
Sube despues el Rústico al tablado
Con un bulto en la capa, y embozado
Imita al Charlatan en la postura
De fingir que un lechon tapar procura;
Mas estaba la gracia en que era el bulto
Un marranillo que tenía oculto.
Tírale callandito de la oreja:
Gruñendo en tiple el animal se queja;
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aquí se oia un *fuera*, allí un silbido,
Y todo el mundo queda
En que es el otro quien mejor remeda.
El Rústico descubre su marrano;
Al público le enseña, y dice ufano:
«¿Así juzgan ustedes?»
¡Oh preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO CUARTO.

EL AUTOR Á SUS VERSOS.

FÁBULA PRIMERA.

LA MONA CORRIDA.

Fieras, aves y peces
Corren, vuelan y nadan,
Porque Júpiter sumo
A general congreso á todos llama.
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel cuya prole
En hermosura lleve la ventaja.
El alto régio trono
La multitud cercaba,
Cuando en la concurrencia
Se sentia decir: *La Mona falta.—*
Ya llega, dijo entónces
Una habladora urraca,
Que, como centinela,
En la alta punta de un cipres estaba.
Entra rompiendo filas,
Con su cachorro ufana,
Y ante el excelso trono
El premio pide de hermosura tanta.
El dios Júpiter quiso,
Al ver tan fea traza,
Disimular la risa,
Pero se le soltó la carcajada.
Armóse en el concurso
Tal bulla y algazara,
Que corrida la Mona,
A Tetuan se volvió desengañada.
¿Es creible, señores,
Que yo mismo pensára
En consagrar á Apolo
Mis versos, como dignos de su gracia?
Cuando, por mi fortuna,
Me encontré esta mañana,
Continuando mi obrilla,
Este cuento moral, esta patraña,
Yo dije á mi capote:
¡Con qué chiste, qué gracia
Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la Mona
Cuánto el ciego amor propio nos engaña.

FÁBULA II.

EL ASNO Y JÚPITER.

«No sé cómo hay Jumento
Que, teniendo un adarme de talento,
Quiera meterse á burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde muy temprano
Cada dia cien cargas de verdura,
Vuelvo con otras tantas de basura,
Y para minorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es ésta; ¿qué será mi muerte,
Como no mude Júpiter mi suerte?»
Un Asno de este modo se quejaba.
El dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio le entrega de un tejero.
«Esta vida, decia, no la quiero:
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado, pero mal comido,
A Júpiter me voy con el empeño
De lograr nuevo dueño.»
Envióle á un curtidor; entónces dice:
«Aun con este amo soy más infelice.
Cargado de pellejos de difunto
Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo.»
Júpiter, por no oir tan largas quejas,
Se tapó lindamente las orejas,
Y á nadie escucha, desde el tal pollino,
Si le hablan de mudanza de destino.
Sólo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado;
Mas se tienen por míseros en suma
Remo, espada, cayado, estera y pluma.
Pues ¿á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca; pero sí al ajeno.

FÁBULA III.

EL CAZADOR Y LA PERDIZ.

Una Perdiz en celo reclamada
Vino á ser en la red aprisionada.
Al Cazador la mísera decia:
«Si me das libertad, en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo extenderé mi vuelo;
Juntaré á mis amigas en bandadas,
Que guiaré á tus redes, engañadas,
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.—
¡Engañar y vender á tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?
Respondió el Cazador; pues no, señora;
Muere, y paga la pena de traidora.»

La Perdiz fué bien muerta; no es dudable.
La traicion, áun soñada, es detestable.

FÁBULA IV.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un Viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mismo destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apénas levantarse ya podia,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces á la Muerte.
Armada de guadaña, en esqueleto,
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,
Trémulo la decia y balbuciente:
«Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero...—Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
—Que me cargues la leña solamente.»
Tenga paciencia quien se cree infelice;
Que áun en la situacion más lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El Viejo de la leña nos lo dice.

FÁBULA V.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO.

Un miserable Enfermo se moria,
Y el Médico importuno le decia:
«Usted se muere; yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano,
Si se hubiese acudido más temprano
Con el benigno clyster detergente.»
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico, diciendo:
«Señor Galeno, su consejo alabo.
Al asno muerto la cebada al rabo.»
Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.

FÁBULA VI.

LA ZORRA Y LAS UVAS.

Es voz comun que á más del mediodia,
En ayunas la Zorra iba cazando:
Halla una parra; quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendia.
Causábala mil ánsias y congojas
No alcanzar á las uvas con la garra,
Al mostrar á sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entónces fué cuando la Zorra dijo:
«No las quiero comer. *No están maduras.*»
No por eso te muestres impaciente,
Si te se frustra, Fabio, algun intento:
Aplica bien el cuento,
Y di: No están maduras, *frescamente.*

FÁBULA VII.

LA CIERVA Y LA VIÑA.

Huyendo de enemigos cazadores
Una Cierva ligera,
Siente ya fatigada en la carrera
Más cercanos los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algun seguro
Y vecino paraje
De gruta ó de ramaje,
Crece su timidez, crece su apuro.
Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
Continúa la fuga presurosa:
Halla al paso una Viña muy frondosa,
Y en lo espeso se oculta con presteza.
Cambia el susto y pesar en alegría,
Viéndose á paz y á salvo en tan buen hora.
Olvida el bien, y de su defensora
Los frescos verdes pámpanos comia.
Mas ¡ay! que de esta suerte,
Quitando ella las hojas de delante,
Abrió puerta á la flecha penetrante,
Y el listo Cazador la dió la muerte.
Castigó con la pena merecida
El justo cielo á la cierva ingrata.
Mas ¿qué puede esperar el que maltrata
Al mismo que le está dando la vida?

FÁBULA VIII.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS.

De Reliquias cargado,
Un Asno recibia adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo: «Yo infiero
»De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, señor Jumento,
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.»
Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo ó gran riqueza,
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza;
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
«Señor Jumento, no se engria tanto;
Que si besan la peana, es por el santo.»

FÁBULA IX.

LOS DOS MACHOS.

Dos Machos caminaban: el primero,
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al són de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada,
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante;
Él se defiende, ellos le maltratan,
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen, y dice entónces el segundo:
Si á estos riesgos exponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, á fe de Macho,
Dinero, cascabeles ni penacho.

FÁBULA X.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Mustafá, perro viejo,
Lebrel en montería ejercitado,
Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y á cuerno su pellejo,
Seguia á un jabalí sin esperanza
De poderle alcanzar; pero, no obstante,
Aguzándole su amo á cada instante,
A duras penas Mustafá le alcanza.
El cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja;
Y así, su resistencia no le deja

Cebar al Perro su cansado diente;
Con airado colmillo le rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El cazador, furioso,
Reniega del Lebrel y de su raza.
«Viejo estoy, le responde, ya lo veo;
Mas di: ¿sin Mustafá cuándo tuvieras
Las pieles y cabezas de las fieras
En tu casa, de abrigo y de trofeo?
»Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
¡Oh suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada,
Y mis robustos años en olvido.
»Mas ¿para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?»
Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.

FÁBULA XI.

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA.

Una Tortuga á una Águila rogaba
La enseñase á volar; así la hablaba:
«Con sólo que me des cuatro lecciones,
Ligera volaré por las regiones;
Ya remontando el vuelo
Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano al sol y las estrellas,
Y otras cien cosas bellas;
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil, delicioso modo,
Lograré en pocos dias verlo todo.»
La Águila se rió del desatino;
La aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La reina de las aves prontamente
La arrebata, la lleva por las nubes.
«Mira, la dice, mira cómo subes.»
Y al preguntarla, digo, ¿vas contenta?
Se la deja caer y se revienta.
Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.

FÁBULA XII.

EL LEON Y EL RATON.

Estaba un Ratoncillo aprisionado
En las garras de un leon; el desdichado
En la tal ratonera no fué preso
Por ladron de tocino ni de queso,
Sino porque con otros molestaba
Al Leon, que en su retiro descansaba.
Pide perdon, llorando su insolencia;
Al oir implorar la Real clemencia,
Responde el Rey en majestuoso tono:
No dijera más Tito: «Te perdono.»
Poco despues cazando el Leon tropieza
En una red oculta en la maleza:
Quiere salir, mas queda prisionero;
Atronando la selva ruge fiero.
El libre ratoncillo, que lo siente,
Corriendo llega: roe diligente
Los nudos de la red de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la fiera.
Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso;
Tal vez se puede ver necesitado
Del auxilio de aquel más desdichado.

FÁBULA XIII.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS.

Asustadas las liebres de un estruendo,
Echaron á correr todas, diciendo:
«A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará ménos disgusto.»
Llegan á una laguna, de esta suerte,
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver á tanta Rana que, asustada,
A las aguas se arroja á su llegada,
«Hola, dijo una liebre, ¿con que, hay otras
Tan tímidas, que áun tiemblan de nosotras?
Pues suframos con ellas el destino.»
Conocieron sin más su desatino.
Así la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.

FÁBULA XIV.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un Gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro,
Sobre un árbol oia las razones
De un Zorro muy cortés y muy atento,
Más elocuente cuanto más hambriento.
«Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra,
Que cruel repartia
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja; daré, para perpétuo sello,
Mis amorosos brazos á tu cuello.—
«Amigo de mi alma,
Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso,
En deliciosa calma,
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo.
»Pero aguarda un instante,
Porque vienen, ligeros como el viento,
Y ya están adelante,
Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles,
Y son, segun la traza, dos lebreles.—
»Adios, adios, amigo,
Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;
Luégo hablaré contigo
Para finalizar este tratado.»
El Gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:
Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador;
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.

FÁBULA XV.

EL LEON Y LA CABRA.

Un señor Leon andaba, como un perro,
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar una Cabra á lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al Leon que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano;
El cazador entónces cortesano
La dice: «Baja, baja, mi querida;
No busques precipicios á tu vida:
En el valle frondoso
Pacerás á mi lado con reposo.—
¿Desde cuándo, señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.»
Así le respondió la astuta Cabra,
Y el Leon se fué sin replicar palabra.
Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin exámen el consejo.

FÁBULA XVI.

LA HACHA Y EL MANGO.

Un hombre que en el bosque se miraba
Con una Hacha sin Mango, suplicaba

A los árboles diesen la madera
Que más sólida fuera
Para hacerle uno fuerte y muy durable.
Al punto la arboleda innumerable
Le cedió el acebuche; y él, contento,
Perfeccionando luégo su instrumento,
De rama en rama va cortando á gusto
Del alto roble el brazo más robusto.
Ya los árboles todos recorria;
Y miéntras los mejores elegía,
Dijo la triste encina al fresno: *Amigo:*
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FÁBULA XVII.

LA ONZA Y LOS PASTORES.

En una trampa una Onza inadvertida
Dió mísera caida.
Al verla sin defensa,
Corrieron á la ofensa
Los vecinos Pastores,
No valerosos, pero sí traidores.
Cada cual por su lado
La maltrataba airado,
Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
Unos á palos, otros á pedradas.
Al fin la abandonaron por perdida;
Pero viéndola dar muestras de vida,
Cierto Pastor, dolido de su suerte,
Por evitar su muerte,
La arrojó la mitad de su alimento,
Con que pudiese recobrar aliento.
Llega la noche, témplase la saña;
Marchan á descansar á la cabaña
Todos, con esperanza muy fundada
De hallarla muerta por la madrugada;
Mas la fiera entre tanto,
Volviendo poco á poco del quebranto,
Toma nuevo valor y fuerza nueva;
Salta, deja la trampa, va á su cueva,
Y al sentirse del todo reforzada,
Sale, sí, muy ligera, pero más airada.
Ya destruye ganados,
Ya deja los Pastores destrozados:
Nada aplaca su cólera violenta;
Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
El buen Pastor, por quien tal vez vivia,
Lleno de horror, la vida le pedia.
«No serás maltratado,
Dijo la Onza, vive descuidado;
Que yo sólo persigo á los traidores
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.»
Quien hace agravios, tema la venganza;
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FÁBULA XVIII.

EL GRAJO VANO.

Con las plumas de un pavo
Un Grajo se vistió; pomposo y bravo
En medio de los pavos se pasea:
La manada lo advierte, lo rodea;
Todos le pican, burlan y le envian,
¿Dónde, si ni los grajos le querian?
¿Cuánto há que repetimos este cuento,
Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FÁBULA XIX.

EL HOMBRE Y LA COMADREJA.

Así decia cierta Comadreja
A un Hombre que la habia aprisionado:
«¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto ni de queja?
»¿No soy la que desvanes y rincones,
Tu casa toda, cual si fuese mia,
Cuidadosa registro noche y dia,
Para que vivas libre de ratones?—
»¡Gran fineza por cierto!
El Hombre respondió. Pues di, ladrona,
Si tu glotonería no perdona
Ni á raton vivo ni á cochino muerto,
»Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los ratones? ¡qué locura!
No tendria yo malas tragaderas.
»Morirás»; *y el astuto que pretenda*
Vender como fineza lo que ha hecho
Sin mirar á más fin qué á su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien le entienda.

FÁBULA XX.

BATALLA DE LAS COMADREJAS Y LOS RATONES.

Vencidos los ratones,
Huian con presteza
De una atroz enemiga
Tropa de Comadrejas:
Marchaban con desórden;
Que cuando el miedo reina,
Es la confusion sola
El jefe que gobierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los soldados
Entrar á duras penas;
Pero los capitanes,
Que en las estrechas puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas,
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega,
Fueron las desdichadas
Víctimas de la guerra;
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las Comadrejas.
¡Cuántas veces los hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos á la tierra,
Antes que á las cabañas,
A los palacios y á las torres llegan.

FÁBULA XXI.

EL LEON Y LA RANA.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un Leon horroroso
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atencion y áun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldria
Aquella voz, que tanto más sonaba,
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡oh qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal bestia feroz, y era una Rana.
Llamará la atencion de mucha gente
El charlatan con su manía loca:
Mas ¿qué logra, si al fin verá el prudente
Que no es sino una Rana, todo boca?

FÁBULA XXII.

EL CIERVO Y LOS BUEYES.

Con inminente riesgo de la vida
Un ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente,

Dícele un Buey: «¿Ignoras, desdichado,
Que aquí viven los hombres? ¡Ah cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo
Como perdiz en boca de raposo.»
El Ciervo respondió: «Pero, no obstante,
Dejadme descansar algun instante,
Y en la ocasion primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.»
Oculto en el ramaje permanece.
A la noche el boyero se aparece,
Al ganado reparte el alimento,
Nada divisa, sálese al momento.
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco le encuentran.
Libre de aquel apuro,
El ciervo se contaba por seguro;
Pero el Buey, más anciano,
Le dice: «¿Qué? ¿te alegras tan temprano?
Si el amo llega, lo perdiste todo;
Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo;
Mas chiton, que ya viene.»
Entra *Cien-ojos;* todo lo previene;
A los rústicos dice: «No hay consuelo;
Las colleras tiradas por el suelo,
Limpio el pesebre, pero muy de paso;
El ramaje muy seco y más escaso:
Seor mayoral, ¿es éste buen gobierno?»
En esto mira al enramado cuerno
Del triste Ciervo; grita; acuden todos
Contra el pobre animal de varios modos,
Y á la rústica usanza
Se celebró la fiesta de matanza.
Esto quiere decir que el amo bueno
No se debe fiar del ojo ajeno.

FÁBULA XXIII.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes Pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena;
Mas el piloto estuvo muy sereno
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

FÁBULA XXIV.

EL TORRENTE Y EL RIO.

Despeñado un Torrente
De un encumbrado cerro,
Caia en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasajero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es comun en los hombres
Poseidos del miedo,
Para salvar la vida,
Exponerla tal vez á mayor riesgo.
Llegaron los bandidos,
Practicaron lo mesmo
Que ántes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.
Encontró el miserable
De allí á muy poco trecho
Un Rio caudaloso,
Que corria apacible y con silencio.
Con tan buenas señales,
Y el próspero suceso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearle sin recelo;
Mas apénas dió un paso,
Pagó su desacuerdo,
Quedando sepultado
En las aleves aguas sin remedio.
Temamos los peligros
De designios secretos;
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

FÁBULA XXV.

EL LEON, EL LOBO Y LA ZORRA.

Trémulo y achacoso
A fuerza de años un Leon estaba;
Hizo venir los médicos, ansioso
De ver si alguno de ellos le curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban á millones.
Todos conocen incurable el daño;
Ninguno al Rey propone el desengaño;
Cada cual sus remedios le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un Lobo cortesano
Con tono adulador y fin torcido
Dijo á su Soberano:
«He notado, Señor, que no ha asistido
La Zorra como médico al congreso,
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictámen en tan grave asunto.»
Quiso su Majestad que luégo al punto
Por la posta viniese:
Llega, sube á palacio, y como viese
Al Lobo, su enemigo, ya instruida
De que él era el autor de su venida,
Que ella excusaba cautelosamente,
Inclinándose al Rey profundamente,
Dijo: «Quizá, Señor, no habrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenia hecho;
Y para más provecho,
En mi viaje traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia.
Convienen pues los grandes profesores
En que no teneis vicio en los humores,
Y que sólo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero éste se recobra y vivifica,
Sin fastidio, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que vuestra majestad tiene en la mano.
A un Lobo vivo arránquenle el pellejo,
Y mandad que os le apliquen al instante;
Y por más que esteis débil, flaco y viejo,
Os sentiréis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.»
Convino el Rey, y entre el furor y el hierro
Murió el infeliz Lobo como un perro.
Así viven y mueren cada dia
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al degüello se tiran á porfía.
Tomen esta leccion muy oportuna:
Lleguen á la privanza enhorabuena;
Mas labren su fortuna,
Sin cimentarla en la desgracia ajena.

LIBRO QUINTO.

FÁBULA PRIMERA.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de Ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento;
Por delante de sí, de ciento en ciento
Les dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor, que mira al vaso;

Y ensanchando así más sus tragaderas,
Al fin los escogia como peras.
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero tarde ó temprano,
Al fin ya los Ratones conocian
Que por instantes se disminuian.
Don *Roepan*, cacique el más prudente
De la Ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
«Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
Que metidos nos tiene en llanto y luto,
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni áun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajará el daño solamente
Con no bajar allá de modo alguno.»
El medio pareció muy oportuno;
Y fué tan observado,
Que ya *Marramaquiz*, el muy taimado,
Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas
La de colgarse por los piés de un palo,
Haciendo el muerto: no era el ardid malo;
Pero don *Roepan*, luégo que advierte
Que su enemigo estaba de tal suerte,
Asomando el hocico á su agujero,
«Hola, dice, ¿qué es eso, caballero?
¿Estás muerto de burlas ó de véras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
Pues no nos contarémos ya seguros
Aun sabiendo de cierto
Que eras, á más á más de Gato muerto,
Gato relleno ya de pesos duros.»

Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida
Que puede algunas veces
El huir de sus trazas y dobleces
Valernos nada ménos que la vida.

FÁBULA II.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un Burro cojo vió que le seguia
Un Lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
«Amigo Lobo, yo me estoy muriendo;
»Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pié de que cojeo;
Si yo no me valiese de herradores,
No me veria así como me veo.
»Y pues fallezco, sé caritativo;
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.—
»¡Oh! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
»El caso es para mí una patarata,
La operacion no más que de un momento;
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen Jumento.»
Con su estuche moral desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado
Una coz que le deja sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
«¡Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
»Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnicero;
Pues si puedo vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curandero?»

Hablemos en razon: no tiene juicio
Quien deja el propio por ajeno oficio.

FÁBULA III.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Iban, mas no sé adónde ciertamente,
Un Caballo y un Asno juntamente;
Este cargado, pero aquél sin carga.
El grave peso, la carrera larga
Causaron al Borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. «Amigo compañero,
No puedo más, decia; yo me muero.
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.»
Dice el otro: «Revienta enhorabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga ajena?
Gran bestia seré yo si tal hiciere.
Miren y qué borrico se me muere.»
Tan justamente se quejó el Jumento,
Que espiró el infeliz en el momento.
El Caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado
Los fardos y aparejos todo junto,
Item más el pellejo del difunto.

Juan, alivia en sus penas al vecino;
Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda;
Si no lo haceis así, temed sin duda
Que seréis el Caballo y el Pollino.

FÁBULA IV.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un Labrador cansado,
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Beposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veia calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
«¿Por qué la Providencia,
Decia entre sí mismo,
Puso á la ruin bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?»
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
«Par diez, prorumpió entónces
El Labrador sencillo,
Si lo que fué bellota,
Algun gordo melon hubiera sido,
Desde luégo pudiera
Tomar á buen partido
En caso semejante
Quedar desnarigado, pero vivo.»

Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido;
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

FÁBULA V.

EL ASNO VESTIDO DE LEON.

Un Asno disfrazado
Con una grande piel de Leon andaba;
Por su temible aspecto casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado.
Pero quiso el destino

Que le llegase á ver desde el molino
La punta de una oreja el molinero.
Armado entónces de un garrote fiero,
Dale de palos, llévalo á su casa;
Divúlgase al contorno lo que pasa.
Llegan todos á ver en el instante
Al que habian temido Leon reinante:
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien más le respetó, más le desprecia.
Desde que oí del Asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y el sombrero,
Que le han de ver la punta de la oreja.

FÁBULA VI.

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO.

Erase una Gallina que ponia
Un huevo de oro al dueño cada dia.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en ménos tiempo más tesoro.
Matóla: abrióla el vientre de contado;
Pero, despues de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que muerta la Gallina,
Perdió su huevo de oro y no halló mina.
¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos,
Que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!

FÁBULA VII.

LOS CANGREJOS.

Los más autorizados, los más viejos
De todos los Cangrejos
Una gran asamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron,
A propuesta de un docto presidente,
Como resolucion la más urgente
Tomaron la que sigue: «Pues que al mundo
Estamos dando ejemplo sin segundo,
El más vil y grosero
En andar hácia atras como el soguero:
Siendo cierto tambien que los ancianos,
Duros de piés y manos,
Causándonos los años pesadumbre,
No podemos vencer nuestra costumbre;
Toda madre desde este mismo instante
Ha de enseñar andar hácia adelante
A sus hijos; y dure la enseñanza
Hasta quitar del mundo tal usanza.—
Garras á la obra», dicen las maestras,
Que se creian diestras;
Y sin dejar ninguno,
Ordenan á sus hijos uno á uno
Que muevan sus patitas blandamente
Hácia adelante sucesivamente.
Pasito á paso, al modo que podian,
Ellos obedecian;
Pero al ver á sus madres que marchaban
Al reves de lo que ellas enseñaban,
Olvidando los nuevos documentos,
Imitaban sus pasos, más contentos.
Repetian sus madres sus lecciones,
Mas no bastaban teóricas razones;
Porque obraba en los jóvenes Cangrejos
Solo un ejemplo más que mil consejos.
Cada maestra se aflige y desconsuela,
No pudiendo hácer práctica su escuela;
De modo que en efecto
Abandonaron todas el proyecto.
Los magistrados saben el suceso,
Y en su pleno congreso
La nueva ley al punto derogaron,
Porque se aseguraron
De que en vano intentaban la reforma,
Cuando ellos no sabian ser la norma.
Y es así; que la fuerza de las leyes
Suele ser el ejemplo de los reyes.

FÁBULA VIII.

LAS RANAS SEDIENTAS.

Dos Ranas que vivian juntamente,
En un verano ardiente
Se quedaron en seco en su laguna.
Saltando aquí y allí, llegó la una
A la orilla de un pozo.
Llena entónces de gozo,
Gritó á su compañera:
«Vén y salta ligera.»
Llegó, y estando entrambas á la orilla,
Notando como grande maravilla,
Entre los agostados juncos y heno,
El fresco pozo casi de agua lleno,
Prorumpió la primera: «¿A qué esperamos,
Que no nos arrojamos
Al agua, que apacible nos convida?»
La segunda responde: «Inadvertida,
Yo tengo igual deseo;
Pero pienso y preveo
Que, aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
La agua, con los calores exhalada,
Segun vaya faltando,
Nos irá dulcemente sepultando,
Y al tiempo que salir solicitemos,
En la Estigia laguna nos verémos.»
Por consultar al gusto solamente
Entra en la nasa el pez incautamente,
El pájaro sencillo en la red queda,
Y ¿en qué lazos el hombre no se enreda?

FÁBULA IX.

EL CUERVO Y EL ZORRO.

En la rama de un árbol,
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico,
Estaba el señor Cuervo.
Del olor atraido
Un Zorro muy maestro,
Le dijo estas palabras,
A poco más ó ménos:
«Tenga usted buenos dias,
Señor Cuervo, mi dueño:
Vaya que estáis donoso,
Mono, lindo en extremo;
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento;
Que si á tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro á la diosa Céres,
Siendo testigo el cielo,
Que tú serás el fénix
De sus vastos imperios.»
Al oir un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado,
Quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso;
El muy astuto Zorro,
Despues de haberle preso,
Le dijo: «Señor bobo,
Pues sin otro alimento,
Quedais con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas
Miéntras yo como el queso.»
Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.

FÁBULA X.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen Cojo un descortés
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente,
Continuando su carrera,
Cuando al són de la cojera
Dijo el otro: «Una, dos, tres,
Cojo es.»
Oyólo el Cojo: aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pié.
«Sólo el no poder correr,
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta;
Porque al hombre sólo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.»

FÁBULA XI.

EL CARRETERO Y HÉRCULES.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña,
Él á nada se mueve ni se amaña;
Pero jura muy bien: gran Carretero.
A Hércules invocó; y el dios le dice:
«Aligera la carga; ceja un tanto;
Quita ahora ese canto:
¿Está?—Sí, le responde, ya lo hice.—
Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar.» De esta manera,
Arreando á la Mohina y la Roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.
Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al cielo favor; ha de ayudarte.

FÁBULA XII.

LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una Zorra cazaba;
Y al seguir á un gazapo,
Entre aquí se escabulle, allí le atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando más la afligia su tristeza,
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal, por su fortuna,
Del Chivo padre la gentil cabeza.
«¿Que tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
—Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la Raposa,
Que en tal pozo estoy como encantada.»
Al agua el Chivo se arrojó, sediento:
Monta sobre él la Zorra de manera,
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.
Mas ¿quién podrá á la Zorra dar castigo,
Cuando el hombre, áun á costa de su amigo,
Del peligro mayor salir procura?

FÁBULA XIII.

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ.

Un Lobo se quejó criminalmente
De que una Zorra astuta lo robase.
El Mono Juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.
Enterado, pronuncia la sentencia:
«No consta que te falte nada, Lobo;
Y tú, Raposa, tú tienes el robo.»
Dijo, y los despidió de su presencia.
Esta contradiccion es cosa buena;
La dijo el docto Mono con malicia.
Al perverso su fama le condena
Aun cuando alguna vez pida justicia.

FÁBULA XIV.

LOS DOS GALLOS.

Habiendo á su rival vencido un Gallo,
Quedó entre sus gallinas victorioso,
Más grave, más pomposo
Que el mismo gran Sultan en su serrallo.
Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el gavilan lo advierte;
Le pilla, le arrebata, y por su muerte,
Quedó el rival señor del gallinero.
Consuele al abatido tal mudanza;
Sirva tambien de ejemplo á los mortales,
Que se juzgan exentos de los males
Cuando se ven en próspera bonanza.

FÁBULA XV.

LA MONA Y LA ZORRA.

En visita una Mona
Con una Zorra estaba cierto dia,
Y así, ni más ni ménos, la decia:
«Por mi fe, que teneis bella persona,
»Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar, como vos sola,
Y á no ser tan disforme vuestra cola,
Seriais en lo hermoso la primera.
»Escuchad un consejo,
Que ha de ser á las dos muy importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por zagalejo.—
»*Abrenuncio*, la Zorra la responde:
Es cosa para mí ménos amarga
Barrer el suelo con mi cola larga
Que verla por pañal bien sé yo dónde.»
Por ingenioso que el necesitado
Sea para pedir al avariento,
Este será de superior talento
Para negarse á dar de lo sobrado.

FÁBULA XVI.

LA GATA MUJER.

Zapaquilda la bella
Era gata doncella,
Muy recatada, no ménos hermosa.
Queríala su dueño por esposa,
Si Vénus consintiese,
Y en mujer á la Gata convirtiese.
De agradable manera
Vino en ello la diosa placentera,
Y ved á *Zapaquilda* en un instante
Hecha moza gallarda, rozagante.
Celébrase la boda;
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada;
La novia relamida, almidonada,
Junto al novio, galan enamorado;
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un ratoncillo de repente.
Al punto que le ve, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él y échale el guante.
Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstante nos mude la fortuna,
La propension del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre.

FÁBULA XVII.

LA LEONA Y EL OSO.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
Con un rugir contínuo y espantoso,

Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona á las fieras inquietaba.
Dícela un Oso: «Escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa
O qué sangrienta guerra,
Qué rayos ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado,
En el nombre de Júpiter airado?—
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo, la más infeliz de los nacidos,
¿Cómo no moriré desesperada,
Si me han robado el hijo, ¡ay desdichada!—
¡Hola! ¿Con que, eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas;
No nos quiten el sueño tus querellas.»
A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual, no obstante, le parece
Que de esta ley una excepcion merece.
Así nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es ajena.

FÁBULA XVIII.

EL LOBO Y EL PERRO FLACO.

Distante de la aldea,
Iba cazando un Perro
Flaco, que parecia
Un andante esqueleto.
Cuando ménos lo piensa,
Un Lobo le hizo preso;
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
«Decidme, señor Lobo,
¿Qué quereis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince dias
Casa á su hija mi dueño,
Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre;
Que pasado este tiempo,
Podréis comerme á gusto,
Lucio, gordo y relleno.»
Quedaron convenidos;
Y apénas se cumplieron
Los dias señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero,
Llamado Matalobos,
Mastin de los más fieros.
Salen á recibirle;
Al punto que le vieron,
Matalobos bajaba
Con corbatin de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos;
Y así, por no gastarlos,
Cedió de su derecho.
Huia, y le llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas:
«Piés, ¿para qué os quiero?»
Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano
Que por el aire ciento.

FÁBULA XIX.

LA OVEJA Y EL CIERVO.

Un celemin de trigo
Pidió á la Oveja el Ciervo, y la decia:
«Si es que usted de mi paga desconfia,
A presentar me obligo
Un fiador desde luégo,
Que no dará lugar á tener queja.—
Y ¿quién es éste?», preguntó la Oveja.
«Es un lobo abonado, llano y lego.—
»¡Un lobo! ya; mas hallo un embarazo:
Si no teneis más fincas que él sus dientes,
Y tú los piés para escapar valientes,
¿A quién acudiré, cumplido el plazo?»
Si quién es el que pide, y sus fiadores,
Antes de dar prestado se examina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.

FÁBULA XX.

LA ALFORJA.

En una Alforja al hombro
Llevo los vicios,
Los ajenos delante,
Detras los mios.
Esto hacen todos;
Así ven los ajenos,
Mas no los propios.

FÁBULA XXI.

EL ASNO INFELIZ.

Yo conocí un Jumento
Que murió muy contento
Por creer, y no iba fuera de camino,
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun despues de su muerte
Le persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luégo al punto
Para hacer tamboriles,
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado,
Al són de su pellejo baqueteado.
Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será. Pedro lo dice.

FÁBULA XXII.

EL JABALÍ Y LA ZORRA.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Jabalí en el tronco de una encina.
La Zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: «Extraño el verte,
Siendo tú en paz señor de la bellota,
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.»
La fiera respondió: «Tenga entendido
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Así como en la calma el marinero,
Yque vale por dos el prevenido.»

FÁBULA XXIII.

EL PERRO Y EL COCODRILO.

Bebiendo un Perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corria.
«Bebe quieto», le decia
Un taimado Cocodrilo.
Díjole el Perro prudente:
«Dañoso es beber y andar;
Pero ¿es sano el aguardar
A que me claves el diente?»
¡Oh qué docto Perro vico!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

FÁBULA XXIV.

LA COMADREJA Y LOS RATONES.

Débil y flaca cierta Comadreja,
No pudiendo ya más, de puro vieja,

Ni cazaba ni hacia provisiones
De abundantes Ratones,
Como en tiempos pasados,
Que elegia los tiernos, regalados,
Para cubrir su mesa.
Sólo de tarde en tarde hacia presa
En tal cual que pasaba muy cercano,
Gotoso, paralítico ó anciano.
Obligada del hambre cierto dia,
Urdió el modo mejor con que saldria
De aquella pobre situacion hambrienta;
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amontonada.
Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecucion del pensamiento.
Llega el Raton sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina.
Entónces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al hocico el diente.
Con este nuevo ardid tan oportuno
Se los iba embuchando de uno en uno,
Y á merced de discurso tan extraño,
Logró sacar su tripa de mal año.
Es feliz un ingenio interesante:
El nos ayuda, si el poder nos deja;
Y al ver lo que pasó á la Comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

FÁBULA XXV.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: «Yo extraño
Que estés de tan buen año
Como se deja ver por tu semblante,
Cuando á mí, más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.»
El Perro respondió: «Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado;
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afan ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.—
Acepto desde luégo tu partido,
Que para mucho más estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga,
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.»
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Varios puntos tratando en confianza,
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el Lobo, por algun recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando el Perro, dijo: «He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿Qué es eso? —Nada.—
Dímelo, por tu vida, camarada.—
No es más que la señal de la cadena;
Pero no me da pena,
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores,
Recíbenme á sus piés con mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada;
Este lo mal asado,
Aquél un hueso poco descarnado;
Y áun un gloton, que todo se lo traga,
A lo ménos me halaga,
Pasándome la mano por el lomo;
Yo meneo la cola, callo y como.—
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estás preso:
Jamas sales de casa,
Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.—
Es así. —Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos; porque al cabo,
No hay bocado en sazon para un esclavo.»

LIBRO SEXTO (1).

FÁBULA PRIMERA.

EL PASTOR Y EL FILÓSOFO.

De los confusos pueblos apartado,
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Del vivir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida,
Ni la extremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció; sus canas, su experiencia
Y su virtud le hicieron, finalmente,
Respetable varon, hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo;
Y llevado de nueva tan extraña,
Acercóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña,
Y preguntó al Pastor: «Dime, ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo á la candela?
¿A Grecia y Roma sábias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platon has tú medido,
O pesaste de Tulio el gran talento,
O tal vez, como Ulíses, has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?—
»Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano),
Discurrí por incógnitos países.
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisonjero
Se instruye en el doblez y en la patraña.
Con la ciencia que engaña
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un ódio firme al vicio me ha inspirado;
Ejemplos de virtud da á mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el dia de mañana.
Mi mastin, el hermoso
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante
Es el mejor modelo,
Y si acierto á copiarle, me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves áun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.
Sábia naturaleza, mi maestra,

(1) Advertencia. A excepcion de un corto número de argumentos sacados de Esopo, Fedro y Lafontaine, todos los asuntos contenidos en los apólogos de los libros VI, VII y VIII pertenecen al fabulista inglés Gay. El IX es original.

Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamas hablo á las gentes
Con aire grave, tono jactancioso,
Pues saben los prudentes
Que, léjos de ser sabio el que así hable,
Será un buho solemne, despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado.
El hablador molesto é importuno
Es digno de desprecio.
Quien escuche á la urraca será un necio.
A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ajeno daño,
Y usurpan á los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con milanos y halcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones.
Mas ¡qué dije! Los hombres tan malvados
Ni áun merecen tener estos aliados.
No hay dañino animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último, en el libro interminable
De la naturaleza yo medito;
En todo lo creado es admirable:
Del ente más sencillo y pequeñito
Una contemplacion profunda alcanza
Los más preciosos frutos de enseñanza.—
»Tu virtud acredita, buen anciano
(El Filósofo exclama),
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores;
En preceptos mejores
Nos da naturaleza su doctrina.»
Así quien sus verdades examina
Con la meditacion y la experiencia,
Llegará á conocer virtud y ciencia.

FÁBULA II.

EL HOMBRE Y LA FANTASMA.

Un jóven licencioso
Se hallaba en un estado vergonzoso,
Con sus males secretos retirado:
En soledad, doliente, exasperado,
Cavila, llora, canta, jura, reza,
Como quien ha perdido la cabeza.
«¿Te falta la salud? Pues, caballero,
De todo tu dinero,
Nobleza, juventud y poderío
Sábete que me rio:
Trata de recobrarla, pues perdida,
¿De qué sirven los bienes de la vida?»
Todo esto una Fantasma le previno,
Y al instante se fué como se vino.
El enfermo se cuida, se repone;
Un nuevo plan de vida se propone.
En efecto, se casa.
Cércanle los cuidados de la casa,
Que se van aumentando de hora en hora.
La mujer (Dios nos libre), gastadora
Aun mucho más que rica,
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo que el marido,
Más que nunca aburrido,
Se puso sobre un pié de economía,
Que estrechándola más de dia en dia,
Al fin se enriqueció con opulencia.
La Fantasma le dice: «En mi conciencia,
Que te veo amarillo como el oro;
Tienes tu corazon en el tesoro;
Miras sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladron enarbolado;
Las noches pasas en mortal desvelo;
¿Y así quieres vivir?... ¡Qué desconsuelo!»
El Hombre, como caso milagroso,
Se trasformó de avaro en ambicioso.
Llegó dentro de poco á la privanza:
¡El señor don Dinero qué no alcanza!
La Fantasma le muestra claramente
Un falso confidente:
Cien traidores amigos,
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caida.
Resuélvese á dejar aquella vida,
Y ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
En las flores y frutas diferentes.
¿Quieren ustedes creer, esto me pasma,
Que áun allí le persigue la Fantasma?
Los insectos, los hielos y los vientos,
Todos los elementos
Y las plagas de todas estaciones
Han de ser en el campo tus ladrones.
Pues ¿adónde irá el pobre caballero?...
Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FÁBULA III.

EL JABALÍ Y EL CARNERO.

De la rama de un árbol un Carnero
Degollado pendia;
En él á sangre fria
Cortaba el remangado Carnicero.
El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo, ni pacia ni balaba.
Un Jabalí gritó: «Cobarde gente,
»Que mirais la carnívora matanza,
¿Cómo no os vengais del enemigo?—
Tendrá, dijo un Carnero, su castigo;
Mas no de nuestra parte la venganza.
»La piel que arranca con sus propias manos
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen á los míseros humanos.
»Apénas nos desuellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores:
»*Mira cómo los hombres malhechores*
Labran en su maldad su propia ruina.»

FÁBULA IV.

EL RAPOSO, LA MUJER Y EL GALLO.

Con las orejas gachas
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un Gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta,
Al salir de su casa,
Juana la madrugnera.
Como una loca grita:
«Vecinos, que le lleva;
Que es el mio, vecinos.»
Oye el Gallo las quejas,
Y le dice al Raposo:
«Dila que no nos mienta,
Que soy tuyo y muy tuyo.»
Volviendo la cabeza,
La responde el Raposo:
«Oyes, gran embustera,
No es tuyo, sino mio:
Él mismo lo confiesa.»
Miéntras esto decia,
El Gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El raposo burlado
Huyó; ¡quién lo creyera!
Yo, pues á más de cuatro,
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar á destiempo,
Los vi perder la presa.

FÁBULA V.

EL FILÓSOFO Y EL RÚSTICO.

La del alba sería
La hora en que un Filósofo salia
A meditar al campo solitario,
En lo hermoso y lo vario,
Que á la luz de la aurora nos enseña
Naturaleza, entónces más risueña.
Distraido sin senda caminaba,
Cuando llegó á un cortijo, donde estaba
Con un martillo el Rústico en la mano,
En la otra un milano,
Y sobre una portátil escalera.
«¿Qué haces de esa manera?»,
El Filósofo dijo.
«Castigar á un ladron de mi cortijo,
Que en mi corral ha hecho más destrozos
Que todos los ladrones en Torozos.
Le clavo en la pared... ya estoy contento...
Sirve á toda tu raza de escarmiento.—
»El matador es digno de la muerte,
El Sabio dijo, mas si de esa suerte
El milano merece ser tratado,
¿De qué modo será bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devoran á infinitos inocentes,
Y cuenta como mísera su vida,
Si no hace de cadáveres comida?
Y áun tú, que así castigas los delitos,
Cenarias anoche tus pollitos.—
Al mundo le encontramos de este modo,
Dijo airado el patan. Y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos.»
El Sabio se dejó de reflexiones.
Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su orgullo y tiranía;
Miéntras por su sentencia cada dia
Muere, viviendo él mismo impunemente,
Por menores delitos otra gente.

FÁBULA VI.

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron,
Aquí y allí picando,
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la Pava
Decia á sus polluelos:
«Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengais recelo,
Que yo tambien las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos mios:
¡Oh qué dias los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
¡Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!
¡Oh glotones humanos,
Crueles carniceros!»
Miéntras tanto una Hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino
Y gritó con denuedo:
«¡Hola! con que los hombres
Son crueles, perversos:
¿Y qué seréis los pavos?
¡Ay de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
¡Qué digo! á todo el pueblo
Sólo por desayuno
Os le vais engullendo.»
No respondió la Pava
Por no saber un cuento,
Que era entónces del caso,
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roia
Un grano de centeno:
Viéronlo las Hormigas:
¡Qué gritos! ¡Qué aspavientos!
«Aquí fué Troya, dicen:
Muere, pícaro perro»;
Y ellas ¿qué hacian? Nada:
Robar todo el granero.
Hombres, Pavos, Hormigas,
Segun estos ejemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No más que pasatiempo.

FÁBULA VII.

EL ENFERMO Y LA VISION.

«¿Con que, de tus recetas exquisitas,
Un Enfermo exclamó, ninguna alcanza?...»
El médico se fué sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
«En todos mis contratos he logrado,
»No lo niego, ganancia muy segura;
Trabajé en calcular mis intereses:
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Más por felicidad que por usura.
»Sin rencor ni malicia
Hice que á mi deudor pusiesen preso:
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas, en fin, es un hecho de justicia.
»Si por cierto instrumento
Reduje una familia muy honrada
A pobreza extremada,
Algun dia leerán mi testamento.
»Entónces, muerto yo, se hará patente,
En la tierra lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.»
Una Vision se acerca y dice: «Hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno.
Una accion de piedad está en tu mano:
»Tus prójimos, segun sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones.—
»¡Cien doblones! No es nada.
¿Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
Sería caridad bien ordenada?—
»Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana.—
¿Me muero? Pues que esperen á mañana.»
La Vision se volvió sin un ochavo.

FÁBULA VIII.

EL CAMELLO Y LA PULGA.

Al que ostenta valimiento
Cuando su poder es tal,
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.
En una larga jornada
Un camello muy cargado

Exclamó, ya fatigado:
«¡Oh qué carga tan pesada!»
Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea, y dice arrogante:
«Del peso te libro yo.»
El Camello respondió:
«Gracias, señor elefante.»

FÁBULA IX.

EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA.

Poco ántes de morir el corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento,
Y es feliz hasta el último momento.
Así, cuando es el mal inevitable,
Es quien ménos preve más envidiable.
Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al Lechon de cierta historia.
Al mercado llevaba un carretero
Un Marrano, una Cabra y un Carnero.
Con perdon, el Cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
«¡Ésta sí que es miseria!
Perdido soy, me llevan á la feria.»
Así gritaba; mas ¡con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos
Hécuba la infelice.
El carretero al gruñidor le dice:
«¿No miras al Carnero y á la Cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?—
¡Ay, señor, le responde, ya lo veo!
Son tontos y no piensan. Yo preveo
Nuestra muerte cercana.
A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero á mí, que soy bueno solamente
Para pasto del hombre... no lo dudo:
Mañana comerán de mi menudo.
Adios, pocilga; adios, gamella mia.»
Sutilmente su muerte preveia;
Mas ¿qué lograba el pensador Marrano?
Nada, sino sentirla de antemano.
El dolor ni los ayes es seguro
Que no remediarán el mal futuro.

FÁBULA X.

EL LEON, EL TIGRE Y EL CAMINANTE.

Entre sus fieras garras oprimia
Un Tigre á un Caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un Leon acudió: con bizarría
Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
A su régia caverna. «Toma aliento,
Le decia el Leon; nada te asombre;
Soy tu libertador; estáme atento.
¿Habrá bestia sañuda y enemiga
Que se atreva á mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder, ó que lo diga
Esa pintada fiera despreciable.
Yo, yo solo, monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
¡Cuántas veces la onza y áun el oso
Con su sangre el tributo me han pagado!
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso
Dan el más claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.—
Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:
Los triunfos miro de tu fuerza airada,
Contemplo á tu nacion amedrentada;
Al librarme venciste á mi enemigo.
En todo esto, señor, con tu licencia,
Sólo es digna del trono tu clemencia.
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano;
Porque, señor, es llano
Que el monarca será más venturoso
Cuanto hiciere á su pueblo más dichoso.—
»Con razon has hablado;
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha ajena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una córte servil de aduladores.
»*Ellos me aseguraban de concierto*
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo;
Tú lo sabrás mejor; dime, ¿y es cierto?»

FÁBULA XI.

LA MUERTE.

Pensaba en elegir la reina Muerte
Un ministro de Estado:
Le queria de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
El Tabardillo, Gota, Pulmonía
Y todas las demas enfermedades,
Yo conozco, decia,
Que tienen excelentes calidades.
Mas ¿qué importa? La Peste, por ejemplo,
Un ministro sería sin segundo;
Pero ya por inútil la contemplo,
Habiendo tanto médico en el mundo.
Uno de éstos elijo... Mas no quiero,
Que están muy bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero.
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la Reina su importancia,
Y despues de maduras reflexiones,
El empleo ocupó la Intemperancia.

FÁBULA XII.

EL AMOR Y LA LOCURA.

Habiendo la Locura
Con el Amor reñido,
Dejó ciego de un golpe
Al miserable niño.
Venganza pide al cielo
Vénus, mas ¡con qué gritos!
Era madre y esposa:
Con esto queda dicho.
Quiéllase á los dioses,
Presentando á su hijo:
¿De qué sirven las flechas,
De qué el arco á Cupido,
Faltándole la vista
Para asestar sus tiros?
Quítensele las alas
Y aquel ardiente cirio,
Si á su luz ser no pueden
Sus vuelos dirigidos.
Atendiendo á que el ciego
Siguiese su ejercicio,
Y á que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, presidente
De la asamblea, dijo:
«Ordeno á la Locura,
Desde este instante mismo,
Que eternamente sea
De Amor el lazarillo.»

LIBRO SÉPTIMO.

FÁBULA PRIMERA.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,

A un Raposo quitó de dia en dia
Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte
Que él mismo conocia
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
«¡Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera,
»Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan;
Ahora, conjuradas en mi daño,
¿No veis cómo á mi lado se presentan?
»Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes,
Al furor de mis garras, divididos.
»Apartad esas aves que aquí veo,
Y me piden sus pollos devorados:
Su infernal cacareo
Me tiene los oidos penetrados.»
Los raposos le afirman con tristeza,
No sin lamerse labios y narices:
«Tienes debilitada la cabeza;
Ni una pluma se ve de cuanto dices.
»Y bien lo puedes creer, que si se viese...—
¡Oh glotones! callad; ya, ya os entiendo,
El enfermo exclamó; ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!
»¿No sentis que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran experiencia.
»Expuestos á las trampas y á los perros,
Matais y perseguis á todo trapo,
En la aldea gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del gazapo.
»Moderad, hijos mios, las pasiones;
Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganaréis opinion muy estimada.—
»Aunque nos convirtamos en corderos,
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del Raposo.
»Jamas se cobra la opinion perdida:
Esto es lo uno. A más, ¿usted pretende
Que mudemos de vida?
Quien malas mañas ha... ya usted me entiende.—
»Sin embargo, hermanito, crea, crea...
El enfermo le dijo. Mas ¡qué siento!...
¿No ois que una gallina cacarea?
Esto sí que no es cuento.»
Adios, sermon; escápase la gente.
El enfermo orador esfuerza el grito:
¿Os vais, hermanos? Pues tened presente
Que no me haria daño algun pollito.

FÁBULA II.

LAS EXEQUIAS DE LA LEONA.

En su régia caverna, inconsolable
El rey leon yacia,
Porque en el mismo dia
Murió ¡cruel dolor! su esposa amable.
A palacio la córte toda llega,
Y en fúnebre aparato se congrega.
En la cóncava gruta resonaba
Del triste rey el doloroso llanto;
Allí los cortesanos entre tanto
Tambien gemian, porque el rey lloraba;
Que si el viudo monarca se riera,
La córte lisonjera
Trocára en risa el lamentable paso.
Perdone la difunta: voy al caso.
Entre tanto sollozo
El ciervo no lloraba, yo lo creo;
Porque, lleno de gozo,
Miraba ya cumplido su deseo.
La tal reina le habia devorado
Un hijo y la mujer al desdichado.
El ciervo, en fin, no llora;
El concurso lo advierte:
El monarca lo sabe, y en la hora
Ordena con furor darle la muerte.
«¿Cómo podré llorar, el ciervo dijo,
Si apénas puedo hablar de regocijo?
Ya disfruta, gran rey, más venturosa,
Los Elíseos Campos vuestra esposa:
Me lo ha revelado, á la venida,
Muy cerca de la gruta aparecida.
Me mandó lo callase algun momento,
Porque gusta mostreis el sentimiento.»
Dijo así; y el concurso cortesano
Aclamó por milagro la patraña.
El ciervo consiguió que el soberano
Cambiase en amistad su fiera saña.
Los que en la indignacion han incurrido
De los grandes señores,
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores.
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo; pues es cierto
Que á más príncipes vicia
La adulacion servil que la malicia.

FÁBULA III.

EL POETA Y LA ROSA.

Una fresca mañana,
En el florido campo
Un Poeta buscaba
Las delicias de mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una Rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca,
La toma, y dice ufano:
«Quiero, Rosa, que vayas
No más que por un rato
A que la hermosa Clori
Te reciba en su mano.
Mas no, no, pobrecita;
Que si vas á su lado,
Tendrás de su hermosura
Unos celos amargos.
Tu suave fragancia,
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas
Y tus pimpollos caros
Entre estas florecillas
Pueden ser alabados:
Mas junto á Clori bella,
Es locura pensarlo.
Marchita, cabizbaja,
Te irias deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.»
La Rosa, que hasta entónces
No despegó sus labios,
Le dijo, resentida:
«Poeta chabacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardin de sus hechos
Has de cortar los ramos.
»*Por labrar su corona,*
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.»

FÁBULA IV.

EL BUHO Y EL HOMBRE.

Vivia en un granero retirado
Un reverendo Buho, dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte;

Al Gran Turco imitaba en esta parte.
El dueño del granero
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El Hombre le miraba y se reia;
«¡ Qué carita de pascua ! le decia;
¿ Puede haber más ridículo visaje?
Vaya, que eres un raro personaje.
¿Por qué no has de vivir alegremente
Con la pájara gente,
Seguir desde la aurora
A la turba canora
De jilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores?—
Piensas á lo vulgar, eres un necio,
Dijo el solemne Buho con desprecio:
Mira, mira, ignorante,
A la sabiduría en mi semblante:
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
Aun yo mismo lo admiro.
Si rara vez me digno, como sabes,
De visitar la luz, todas las aves
Me siguen y rodean : desde luégo
Mi mérito conocen, no lo niego. —
¡ Ah tonto presumido,
El Hombre dijo así; ten entendido
Que las aves, muy léjos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan,
Como yo á aquellos hombres que se alejan
Del trato de las gentes,
Y con extravagancias diferentes
Han llegado á doctores en la ciencia
De ser sabios no más que en la apariencia.»
De esta suerte de locos
Hay hombres como buhos, y no pocos.

FÁBULA V.

LA MONA.

Subió una Mona á un nogal,
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde:
Con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.
Así suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla, como la mona,
Al principio qué vencer.

FÁBULA VI.

ESOPO Y UN ATENIENSE.

Cercado de muchachos
Y jugando á las nueces,
Estaba el viejo Esopo
Más que todos alegre.
«¡ Ah pobre ! ya chochea»,
Le dijo un Ateniense.
En respuesta, el anciano
Coge un arco que tiene
La cuerda floja, y dice:
«Ea, si es que lo entiendes,
Dime, ¿qué significa
El arco de esta suerte?»
Lo examina el de Aténas,
Piensa, cavila, vuelve,
Y se fatiga en vano,
Pues que no lo comprende.
El frigio victorioso
Le dijo : «Amigo, advierte
Que romperás el arco
Si está tirante siempre;
Si flojo, ha de servirte
Cuando tú lo quisieres.»
Si al ánimo estudioso
Algun recreo dieren,
Volverá á sus tareas
Mucho más útilmente.

FÁBULA VII.

DEMETRIO Y MENANDRO.

Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumes
Que en el mundo te tengan por grande hombre,
Sin más que por tus galas y perfumes.
Demetrio el Faleriano se apodera
De Aténas, y aunque fué con tiranía,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman á porfía.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos;
Aun á los que en el ocio se embelesan
Y á la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento.
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó, sin conocerle,
Demetrio. Con perfumes olorosos
Y pasos afectados entra. Al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Archonte prorumpió, enojado:
«¿ Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado? —
Señor, le respondió la concurrencia,
Es Menandro el autor.» Al punto muda
De semblante el tirano:
Al escritor saluda,
Y con grata expresion le da la mano.

FÁBULA VIII.

LAS HORMIGAS.

Lo que hoy las Hormigas son,
Eran los hombres antaño:
De lo propio y de lo extraño
Hacian su provision.
Júpiter, que tal pasion
Notó de siglos atras,
No pudiendo aguantar más,
En hormigas los trasforma:
Ellos mudaron de forma;
¿Y de costumbres? Jamas.

FÁBULA IX.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

A las once y áun más de la mañana
La cocinera Juana,
Con pretexto de hablar á la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
A *Micifuf* y *Zapiron* hambrientos.
Al punto, pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambrecidos,
Se avanzan á probar de los cocidos.
«¡ Fú, dijo *Zapiron*, maldita olla!
¡ Cómo abrasa! Veamos esa polla
Que está en el asador léjos del fuego.»
Ya tambien escaldado, desde luégo
Se arrima *Micifuf*, y en un instante
Muestra cada trinchante
Que en el arte cisoria, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones á Villena.
Concluido el asunto,
El señor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum si se podia ó no en conciencia
Comer el asador. «¡ Oh qué demencia!
Exclamó *Zapiron* en altos gritos,
¡ Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y que, si bien la cosa se examina,
Entre la batería de cocina
No hay un mueble más serio y respetable?
Tu pasion te ha engañado, miserable.»
Micifuf en efecto
Abandonó el proyecto;
Pues eran los dos Gatos

De suerte timoratos,
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores á millones
(No hablo yo de las pollas), ó me engaño,
O no comieran uno en todo el año.

LA MISMA FÁBULA DE OTRO MODO.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapiron*
Se comieron un capon,
En un asador metido.
Despues de haberse lamido,
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No señor.
Era caso de conciencia.

FÁBULA X.

EL ÁGUILA Y LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES.

Todos los animales cada instante
Se quejaban á Júpiter tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El Dios, y con razon, amostazado
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez á las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De receptor envia desde el cielo
Al Aguila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó los animales,
Y expusieron en suma cosas tales.
Pidió el leon la astucia del raposo;
Éste de aquél lo fuerte y valeroso;
Envidia la paloma al gallo fiero;
El gallo á la paloma lo ligero.
Quiere el sabueso patas más felices,
Y cuenta como nada sus narices.
El galgo lo contrario solicita;
Y en fin, cosa inaudita,
Los peces, de las ondas ya cansados,
Quieren poblar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.
Despues de oirlo todo,
El Aguila concluye de este modo:
«¿Ves, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contento,
No se encuentra feliz ningun destino?
Pues ¿para qué envidiar el del vecino?»
Con solo este discurso,
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dió por convencido.
De modo que es sabido
Que ya sólo se matan los humanos
En envidiar la suerte á sus hermanos.

FÁBULA XI.

LA PALOMA.

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse á él tan violenta,
Que contra la tabla dió.
Del golpe, al suelo cayó,
Y allí muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

FÁBULA XII.

EL CHIVO AFEITADO.

»Vaya una quisicosa.
Si aciertas, Juana hermosa,
Cuál es el animal más presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavon, ni el gallo,
Ni el leon, ni el caballo;
Y así, no me fatigues con demandas.—
¿Será tal vez... el mono?—Cerca le andas.—
¿El mico?— Que te quemas;
Pero no acertarás: no, no lo temas.
Déjalo, no te canses el caletre.
Yo te diré cuál es: el *Petimetre.*»
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No pára en los adornos su locura;
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones;
De perfumes va siempre prevenido;
No quiere oler á hombre ni en descuido.
Que mire, marche ó hable,
En todo busca hacerse *remarcable.*
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto más se distingue, más desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo.
Un Chivo, como muchos en el mundo,
Vano extremadamente,
Se miraba al espejo de una fuente.
«¡Qué lástima, decia,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni áun bigotes los varones;
Pues ya cuentan que son los moscovitas,
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoy en tierra de barberos.»
La historia fué en Tetuan, y todo el dia
La barberil guitarra se sentia,
El Chivo fué, guiado de su tono,
A la tienda de un mono,
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño á la campaña.
Al ver una figura tan extraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian de manera,
Que no hay más que decir. ¡Quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO OCTAVO.

Á ELISA.

FÁBULA PRIMERA.

EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES.

En tanto que tus vanas compañeras,
Cercadas de galanes seductores,
Escuchan placenteras
En la escuela de Vénus los amores,
Elisa, retirada te contemplo
De la diosa Minerva al sacro templo.
Ni eres ménos donosa,
Ni ménos agraciada
Que Clori, ponderada
De gentil y de hermosa;
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
Huir en tu retiro los placeres?
¡Oh sábia, qué bien haces
En estimar en poco la hermosura,
Los placeres fugaces,
El bien que sólo dura
Como rosa que el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente
En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable con presteza,
O los males tal vez inopinados,

Se lleven la hermosura y gentileza,
Con lágrimas estériles llorados
Serán aquellos dias que se fueron
Y á juegos vanos tus amigas dieron;
Pero á tu bien estable
No hay tiempo ni accidente que consuma:
Siempre serás feliz, siempre estimable.
Eres sábia, y en suma
Este bien de la ciencia no perece.
Oye cómo esta fábula lo explica,
Que mi respeto á tu virtud dedica.
Simónides en Asia se enriquece,
Cantando á justo precio los loores
De algunos generosos vencedores.
Este sabio poeta, con deseo
De volver á su amada patria Ceo,
Se embarca, y en la mar embravecida
Fué la mísera nave sumergida.
De la gente á las ondas arrojada,
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan á tierra, afortunados,
Con las náufragas tablas abrazados.
Todos cuantos el oro recogieron,
Con el peso abrumados, perecieron.
A Clecémone van. Allí vivia
Un varon literato, que leia
Las obras de Simónides, de suerte
Que al conversar los náufragos, advierte
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce; le presta todo asilo
De vestidos, criados y dineros;
Pero á sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.

FÁBULA II.

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto dia,
Un pensador Filósofo decia:
«El jardin adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.
»Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo, en la playa envanecido,
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Sólo satisfacerle su deseo,
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay, prosigue el Filósofo profundo,
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
»Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis piés los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos,
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos y las fieras,
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene alimento
En la tierra, en el agua y en el viento,
Y digo finalmente: Todo es mio.
¡Oh grandeza del hombre y poderío!»
Una Pulga que oyó con gran cachaza
Al Filósofo maza,
Dijo: «Cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis piés aquel instante
Nada ménos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: Todo es mio.
¡Oh grandeza de Pulga y poderío!»
Así dijo, y saltando se le ausenta.
De este modo se afrenta
Aun al más poderoso
Cuando se muestra vano y orgulloso.

FÁBULA III.

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS.

Poco ántes que esparciese
Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la tierra,
De cazador armado,
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos conejos
Alegres se le acercan.
Uno del verde prado
Igualaba la yerba;
Otro, cual jardinero,
Las florecillas siega;
El tomillo y romero
Este y aquél cercenan;
Entre tanto al más gordo
Fabio su tiro asesta;
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que á muchos pareciera
Que, salvo el muerto, á todos
Se los tragó la tierra.
Despues de tanto espanto,
¿Habrá alguno que crea
Que de allí á poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?
Cosa extraña parece,
Mas no se admiren de ella.
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?

FÁBULA IV.

EL FILÓSOFO Y EL FAISAN.

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso
Que en un bosque frondoso
Las aves forman, saludando al dia,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana.
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia;
Interrúmpese el canto;
Las aves vuelan á mayor distancia;
Todos los animales, asustados,
Huyen delante de él precipitados,
Y el Filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con canto paso ocultamente;
Descubre sobre un árbol eminente
A un Faisan, rodeado de su cría,

Que con amor materno la decia:
«Hijos mios, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y halcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La oveja en leche y lana
Da abrigo y alimento
Para la raza humana,
Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja, que labra sus panales
Artificiosamente,
La roba, come, vende sus caudales,
Y la mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa, en suma,
Consigue al fin el ganso miserable
Por el precioso bien, incomparable,
De ayudar á las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprana el hombre ingrato,
Y hace de su cadáver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores
Que milanos y azores
Y que toda perversa criatura,
Huiréis con horror de su figura.»
Así charló, y el hombre se presenta.
«Ése es», grita la madre, y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡Oh cómo habló el Faisan! *Mas ¡qué diera*
El Filósofo exclama, *si supiera*
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FÁBULA V.

EL ZAPATERO MÉDICO.

Un inhábil y hambriento Zapatero
En la córte por médico corria;
Con un contraveneno que fingia
Ganó fama y dinero.
Estaba el Rey postrado en una cama,
De una grave dolencia;
Para hacer experiencia
Del talento del médico, le llama.
El antídoto pide, y en un vaso
Finge el Rey que le mezcla con veneno:
Se lo manda beber; el tal Galeno
Teme morir, confiesa todo el caso,
Y dice que sin ciencia
Logró hacerse doctor de grande precio
Por la credulidad del vulgo necio.
Convoca el Rey al pueblo. «¡Qué demencia
Es la vuestra, exclamó, que habeis fiado
La salud francamente
De un hombre á quien la gente
Ni áun queria fiarle su calzado!»
Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el charlatan su renta.

FÁBULA VI.

EL MURCIÉLAGO Y LA COMADREJA.

Cayó, sin saber cómo,
Un Murciélago á tierra;
Al instante le atrapa
La lista Comadreja.
Clamaba el desdichado,
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: «Muere;
Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela.»
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
Que él es raton, cual todos
Los de su descendencia.
Con esto ¡qué fortuna!
El preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,
No sé de qué manera,
Segunda vez le pilla:
El nuevamente ruega;
Mas ella le responde
Que Júpiter la ordena
Tenga paz con las aves,
Con los ratones guerra.
«¿Soy yo raton acaso?
Yo creo que estás ciega.
¿Quieres ver cómo vuelo?—
En efecto, le deja,
Y á merced de su ingenio
Libre el pájaro vuela.
Aquí aprendió de Esopo
La gente marinera,
Murciélagos que fingen
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses comadrejas;
Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.

FÁBULA VII.

LA MARIPOSA Y EL CARACOL.

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.
¡Qué! ¿te irritas? ¿Te ofende mi lenguaje?
«No se habla de ese modo á un personaje.»
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
Y escucha á un Caracol. Vaya de chiste.
En un bello jardin, cierta mañana,
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una reciennacida Mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcia;
Ella, á su luz, las alas extendia,
Sólo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
Al volver la cabeza,
Vió muy cerca de sí, sobre una rama,
A un pardo Caracol. La bella dama,
Irritada, exclamó: «¿Cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardin cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol de baja esfera?
O mátale al instante, ó vaya fuera.—
»Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
Respondió el Caracol, en mi conciencia,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que áun no hace cuatro dias
Que gustosa solias
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es tambien evidente
Que eres por línea recta descendiente
De las orugas, pobres hilanderos,
Que, mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejian
Un fardo, en que el invierno se metian,
Como tú te has metido,
Y áun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si éste fué tu orígen y tu casa,
¿Por qué tu ventolera se propasa
A despreciar á un Caracol honrado?»
El que tiene de vidrio su tejado,

Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.

FÁBULA VIII.

LOS DOS TITIRITEROS.

Todo el pueblo, admirado,
Estaba en una plaza amontonado,
Y en medio se empinaba un Titerero,
Enseñando una bolsa sin dinero.
«Pase de mano en mano, les decia;
Señores, no hay engaño, está vacía.»
Se la vuelven; la sopla, y al momento
Derrama pesos duros, ¡qué portento!
Levántase un murmullo de repente,
Cuando ven por encima de la gente
Otro Titiritero á competencia.
Queda en espectacion la concurrencia
Con silencio profundo.
Cesó el primero, y empezó el segundo.
Presenta de licor unas botellas;
Algunos se arrojaron hácia ellas,
Y al punto las hallaron trasformadas
En sangrientas espadas.
Muestra un par de bolsillos de doblones;
Dos personas, sin duda dos ladrones,
Les echaron la garra muy ufanos,
Y se ven dos cordeles en sus manos.
A un relator cargado de procesos
Una letra le enseña de mil pesos.
«Sople usted»; sopla el hombre apresurado,
Y le cierra los labios un candado.
A un abate arrimado á su cortejo
Le presenta un espejo,
Y al mirar su retrato peregrino,
Se vió con las orejas de polliuo.
A un santero le manda
Que se acerque; le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.
A un jóven desenvuelto y rozagante
Le regala un diamante:
Este le dió á su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto,
Item más sin narices y sin dientes.
Allí fué la rechifla de las gentes,
La burla y la chacota.
El primer Titerero se alborota;
Dice por el segundo con denuedo:
«Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
Pues no encierran virtud tan peregrina
Los polvos de la madre Celestina.
Que declare su nombre.»
El concurso lo pide, y el buen hombre
Entónces, más modesto que un novicio,
Dijo: «No soy el diablo, sino el vicio.»

FÁBULA IX.

EL RAPOSO Y EL PERRO.

De un modo muy afable y amistoso
El Mastin de un pastor con un Raposo
Se solia juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierto dia
El Zorro á su compadre le decia:
«Estoy muy irritado;
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda circumcirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera.. » En esto el Zorro calla,
Y erizado se agacha. «Soy perdido,
Dice, los cazadores he oido.
¿Que me sucede?—Nada.
No temas, le responde el camarada;
Son las gentes que pasan al mercado,
Mira, mira, cuitado,
Marchar haldas en cinta á mis vecinas,
Coronadas con cestas de gallinas,»
No estoy, dijo el Raposo, para fiestas:
Véte con tus gallinas y tus cestas,
Y satiriza á otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,
¿He de ser yo el ladron?— En mi conciencia,
Que hablé, dijo el Mastin, con inocencia.
¿Yo pensar que has robado gallinero,
Cuando siempre te vi como un cordero?—
¡Cordero! exclama el Zorro: no hay aguante.
Que cordero me vuelva en el instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada.—
¡Hola! concluye el Perro, camarada,
El ladron es usted, segun se explica.»
El estuche molar al punto aplica
Al misero Raposo,
Para que así escarmiente el cosquilloso,
Que de las fabulillas se resiente.
Si no estás inocente,
Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?

LIBRO NOVENO.

FÁBULA PRIMERA.

EL GATO Y LAS AVES.

Charlatanes se ven por todos lados,
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios ¡cosa rara!
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico excelente,
Cura á todo doliente;
Pero *gratis*: no se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis, por aficion, á cierta gente.
Verémos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algun engaño.
La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones,
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña.
En paraje sombrío,
A la orilla de un rio,
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El Gatazo callaba como un muerto,
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Miéntras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes; pues queria
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *Bravo, bravo.*
La turba calla: cada cual procura
Alejarse ó meterse en la espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos.
«No soy Gato montés ó campesino;
Soy honrado vecino
De la cercana villa:
Fuí Gato de un maestro de capilla;
La música aprendí, y áun, si me empeño,
Veréis cómo os la enseño,
Pero *gratis* y en ménos de una hora.
¡Qué cosa tan sonora
Será el oir un coro de cantores,
Verbigracia calandrias, ruiseñores!»
Con estas y otras cosas diferentes,
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entónces con más gracia
Y más diestro que el músico de Tracia,
Echando su compas hácia el más gordo,
Consigue *grátis* merendarse un tordo.

FÁBULA II.

LA DANZA PASTORIL.

A la sombra que ofrece
Un gran peñon tajado,
Por cuyo pié corria
Un arroyuelo manso,
Se formaba en estío
Un delicioso prado.
Los árboles silvestres
Aquí y allí plantados,
El suelo siempre verde,
De mil flores sembrado,
Más agradable hacian
El lugar solitario.
Contento en él pasaba
La siesta, recostado
Debajo de una encina,
Con el albogue, Bato.
Al són de sus tonadas,
Los pastores cercanos,
Sin olvidar algunos
La guarda del ganado,
Descendian ligeros
Desde la sierra al llano.
Las honestas zagalas,
Segun iban llegando,
Bailaban lindamente,
Asidas de las manos,
En torno de la encina
Donde tocaba Bato.
De las espesas ramas
Se veia colgando
Una guirnalda bella
De rosas y amaranto.
La fiesta presidia
Un mayoral anciano;
Y ya que el regocijo
Bastó para descanso,
Antes que se volviesen
Alegres al rebaño,
El viejo presidente
Con su corvo cayado
Alcanzó la guirnalda
Que pendia del árbol,
Y coronó con ella
Los cabellos dorados
De la gentil zagala
Que con sencillo agrado
Supo ganar á todas
En modestia y recato.
Si la virtud premiáran
Así los cortesanos,
Yo sé que no huiria
Desde la córte al campo.

FÁBULA III.

LOS DOS PERROS.

Procure ser en todo lo posible,
El que ha de reprender, irreprensible.
Sultan, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
Le encuentra con la presa encarnizado
Ojo al traves, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo.
«¿Qué cosa estás haciendo,
Desgraciado *Sultan?* Pinto le dice;
¿No sabes, infelice,
Que un Perro infiel, ingrato,
No merece ser Perro, sino gato?
¡Al amo, que nos fia
La custodia de casa noche y dia,
Nos halaga, nos cuida y alimenta,
Le das tan buena cuenta,
Que le robas, goloso,
La pierna del carnero más jugoso!
Como amigo te ruego
No la maltrates más: déjala luégo.—
Hablas, dijo *Sultan*, perfectamente.
Una duda me queda solamente
Para seguir al punto tu consejo:
Di, ¿te la comerás, si yo la dejo?»

FÁBULA IV.

LA MODA.

Despues de haber corrido
Cierto danzante mono
Por cantones y plazas,
De ciudad en ciudad, el mundo todo,
Logró, dice la historia,
Aunque no cuenta el cómo,
Volverse libremente
A los campos del Africa orgulloso.
Los monos al viajero
Rociben con más gozo
Que á Pedro el czar los rusos,
Que los griegos á Ulises generoso.
De leyes, de costumbres,
Ni él habló, ni algun otro
Le preguntó palabra;
Pero de trajes y de modas todos.
En cierta jerigonza,
Con extranjero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De lo más *remarcable* á los curiosos.
«Empecemos, decian,
Aunque sea por poco.»
Hiciéronse zapatos
Con cáscaras de nueces, por lo pronto;
Toda la raza mona
Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al decoro.
Un leopardo hambriento
Trepa para los monos:
Ellos huir intentan
Á salvarse en los árboles del soto.
Las chinelas lo estorban,
Y de muy fácil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo á su placer dos mil destrozos.
En Tetuan, desde entónces
Manda el senado docto
Que cualquier uso ó moda,
De países cercanos ó remotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse,
En junta de políticos, á fondo.
Con tan justo decreto
Y el suceso horroroso,
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarian de ser monos.

FÁBULA V.

EL LOBO Y EL MASTIN.

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponian
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querian
A un Lobo por el bárbaro delito
De no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara
Un Mastin con el Lobo de repente,
Y cada cual se pára,
Tal como en Zama estaban frente á frente,
Antes de la batalla, muy serenos
Aníbal y Scipion, ni más ni ménos.
En esta suspension, treguas propone
El Lobo á su enemigo.
El Mastin no se opone,
Antes le dice: «Amigo,
Es cosa bien extraña, por mi vida,
Meterse un señor Lobo á cabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,

Que mate al jabalí, que venza al oso.
Mas ¿qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?»
El Lobo le responde: «Camarada,
Tienes mucha razon: en adelante
Propongo no comer sino ensalada.»
Se despiden y toman el portante.
Informados del hecho
Los pastores, se apuran y patean;
Agarran al Mastin y le apalean.
Digo que fué bien hecho;
Pues en vez de ensalada, en aquel año
Se fué comiendo el Lobo su rebaño.
¿Con una reprension, con un consejo
Se pretende quitar un vicio añejo?

FÁBULA VI.

LA HERMOSA Y EL ESPEJO.

Anarda la bella
Tenía un amigo
Con quien consultaba
Todos sus caprichos:
Colores de moda,
Más ó ménos vivos,
Plumas, sombrerete,
Lunares y rizos
Jamas en su adorno
Fueron admitidos,
Si él no la decia:
Gracioso, bonito.
Cuando su hermosura,
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenía más brillo,
Traidoras la roban
(Ni acierto á decirlo)
Las negras viruelas
Sus gracias y hechizos.
Llegóse al Espejo:
Este era su amigo;
Y como se jacta
De fiel y sencillo,
Lisa y llanamente
La verdad la dijo.
Anarda, furiosa,
Casi sin sentido,
Le vuelve la espalda,
Dando mil quejidos.
Desde aquel instante
Cuentan que no quiso
Volver á consultas
Con el señor mio.
«Escúchame, Anarda:
Si buscas amigos
Que te representen
Tus gracias y hechizos,
Mas que no te adviertan
Defectos y áun vicios,
De aquellos que nadie
Conoce en sí mismo,
Dime, ¿de qué modo
Podrás corregirlos?»

FÁBULA VII.

EL VIEJO Y EL CHALAN.

«Fabio está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasion, que le domina;
Mas ¿qué importa, señor? Si se examina,
Se verá que es un mozo muy honrado,
Generoso, cortes, hábil, activo,
Y que de todo entiende
Cuanto pide el empleo que pretende.—
Y qué, ¿no se le dan?... ¿Por qué motivo?...»
Trataba un Viejo de comprar un perro
Para que le guardase los doblones;
Le decia el Chalan estas razones:
«Con un collar de hierro
Que tenga el animal, échenle gente:
Es hermoso, pujante,
Leal, bravo, arrogante;
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso...—
¿Goloso? dice el rico; no le quiero.—
No es para marmiton ni despensero,
Continúa el Chalan muy presuroso;
Sino para valiente centinela.—
Ménos, concluye el Viejo;
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entre tanto la cazuela.»

FÁBULA VIII.

LA GATA CON CASCABELES.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana,
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apénas divisarla se podia.
Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia:
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora,
Y se le puso á ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella.
A todos enamora,
Tanto, que en la gatesca compañía,
Cuál dice su atrevido pensamiento,
Cuál se encrespa celoso;
Riñen éste y aquél con ardimiento,
Pues con ánsia queria
Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
Levántase *Garraf*, gato prudente,
Y á los enfurecidos
Les grita: «Novel gente,
¡Gata con cascabeles por esposa!
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provision en los desvanes,
Miéntras ella, cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?»
Marchóse *Zapaquilda* convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran más que la apariencia!

FÁBULA IX.

EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO.

Una noche de Mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde, segun reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenia
Su habitacion Morfeo;
Cuando todo viviente
Disfrutaba de dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos celos.
Despues de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Teseo

Cuando, sin saber cómo,
Un cazador mochuelo
Al músico arrebata
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamas Pan con la flauta
Igualó sus gorjeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo;
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudian su muerte; yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese á despertarme
Miéntras que yo dormia en blando lecho,
En lugar de los *bravos*,
Diria: «Caballero,
¡Que no viniese ahora
Para tal ruiseñor algun mochuelo!»
Clori tiene mil gracias,
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FÁBULA X.

EL AMO Y EL PERRO.

«Callen todos los perros de este mundo
Donde está mi *Palomo:*
Es fiel, decia el Amo, sin segundo,
Y me guarda la casa... Pero ¿cómo?
»Con la despensa abierta
Le dejé cierto dia:
En medio de la puerta,
De guardia se plantó con bizarría.
»Un formidable gato,
En vez de perseguir á los ratones,
Se venía, guiado del olfato,
A visitar chorizos y jamones.
»*Palomo* le despide buenamente;
El gatazo se encrespa y acalora;
Riñen sangrientamente,
Y mi *guarda-jamones* le devora.»
Esto contaba el Amo á sus amigos,
Y despues á su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
Tenía al buen *Palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdices;
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narices.
Dentro de este retiro á penitencia
El triste fué metido,
Despues de algunos dias de abstinencia.
Al fin, ya su señor, compadecido,
Abre con sus amigos el encierro:
Sale rabo entre piernas, agachado;
Al Amo se acercaba el pobre Perro,
Lamiéndose el hocico ensangrentado.
El dueño se alborota y enfurece
Con tan fatales nuevas.
Yo le preguntaria: ¿Y qué merece
Quien la virtud expone á tales pruebas?

FÁBULA XI.

LOS DOS CAZADORES.

Que en una marcial funcion,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razon.
Pero el que por diversion
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera
O peligros no menores,
Sepa de dos Cazadores
Una historia verdadera.
Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente
Vieron venir frente á frente
Al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

FÁBULA XII.

EL GATO Y EL CAZADOR.

Cierto Gato, en poblado descontento,
Por mejorar sin duda su destino
(Que no seria Gato de convento),
Pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no léjos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el novel ermitaño
Probaria la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos;
Mas al fin, por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un Cazador lo advierte: le persigue;
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero;
Quiere darle la muerte;
El animal le dice: «Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito,
Metido en la prision, y sin delito.—
¿Sin delito, me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes?—
Señor, eran conejos y perdices,
Y yo no hacia más, á fe de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato.—
Ea, pícaro, muere;
Que tu mala razon no satisface.»
Con que sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer, si otro la hace?

FÁBULA XIII.

EL PASTOR.

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año,
Y por oirle el rebaño,
Se olvidaba de pacer.
Mejor sería romper
La zampoña al tal Salicio;
Porque si causa perjuicio,
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad,
En vez de virtud, es vicio.

FÁBULA XIV.

EL TORDO FLAUTISTA.

Era un gusto el oir, era un encanto,
A un Tordo gran flautista; pero tanto,
Que en la gaita gallega,
O la pasion me ciega,
O á Mison le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajas
Saludando á la aurora,
Y la turba confusa charladora
La canta sin compas y con destreza
Todo cuanto la viene á la cabeza,
El flautista empezó: cesó el concierto.
Los pájaros con tanto pico abierto
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el villano.
Al escuchar las aves tales cosas,

Quedaron admiradas y envidiosas.
Los jilgueros, preciados de cantores,
Los vanos ruiseñores,
Unos y otros corridos,
Callan, entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo grita: «Camaradas,
Ni saben ni sabrán estas tonadas
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos.
»Sabed que con un hábil zapatero
Estudié un año entero:
Él dale que le das á sus zapatos,
Y alternando, silbábamos á ratos.
En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver á las aves, de mi parte,
Lo que gana el ingenio con el arte.»

FÁBULA XV.

EL RAPOSO Y EL LOBO.

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un Lobo le dijo:
«Hola, buen hermano,
Diga, ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?—
¡Ay de mí! responde;
Un maldito rastro
Me llevó á una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Despues de algun tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.»
El Lobo le dice:
«Creible es el caso.
Yo estoy tuerto, cojo
Y desorejado
Por ciertos mastines,
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El Lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.»
¡Que el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos pase.
¡Pero á los humanos!...

FÁBULA XVI.

EL CIUDADANO PASTOR.

Cierto jóven leia
En versos excelentes
Las dulces pastorelas
Con el mayor deleite.
Tenía la cabeza
Llena de prados, fuentes,
Pastores y zagalas,
Zampoñas y rabeles.
Al fin, cierta mañana
Prorumpe de esta suerte:
«¡Yo he de estar prisionero,
Cercado de paredes,
Esclavo de los hombres
Y sujeto á las leyes,
Pudiendo entre pastores
Grata y sencillamente
Disfrutar desde ahora
La libertad campestre!
De la ciudad al bosque
Me marcho para siempre:
Allí naturaleza
Me brinda con sus bienes,
Los árboles y rios
Con frutas y con peces,
Los ganados y abejas
Con la miel y la leche;
Hasta las duras rocas
Habitacion me ofrecen
En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia,
¿Cuántas y cuántas veces,
Al són de dulces flautas
Y sonoros rabeles,
Oiré á los pastores
Que discretos contienden,
Publicando en sus versos
Amores inocentes?
Como que ya diviso
Entre el ramaje verde
A la pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pié de un olmo,
Una guirnalda teje.
¿Si será para Mopso?...»
Tanto el jóven enciende
Su loca fantasía,
Que ya en fin se resuelve,
Y en zagal disfrazado,
En los bosques se mete.
A un rabadan encuentra,
Y le pregunta alegre:
«*Dime, ¿es de Melibeo*
Ese ganado?—Miente,
Que es mio; y sobre todo,
Sea de quien se fuere.»
No respondió el buen hombre
Muy poéticamente.
El jóven, temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar más palabra,
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la pastora viese.
«¡Oh Nise fementida!
Exclama; ¡cuántas veces,
Siendo niña, querias
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes!»
Diciendo así, se acerca,
La moza se revuelve,
Y dándole un bufido,
En las breñas se mete.
Sorprendido el mancebo,
Dice: «¿Qué me sucede?
¿Son éstos los pastores
Discretos, inocentes,
Que pintan los poetas
Tan delicadamente?
A nuevos desengaños
Ya no quiero exponerme.»
Rendido, caviloso,
A la ciudad se vuelve.
Yo siento á par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre.
Por mi fe, que las migas,
El pastoril albergue,
El rigor del verano,
Los hielos y las nieves,
Le hubieran persuadido
Mucho más vivamente
Que es un solemne loco

Todo aquel que ereyere
Hallar en la experiencia
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

FÁBULA XVII.

EL LADRON.

Por catar una colmena
Cierto goloso Ladron,
Del venenoso aguijon
Tuvo que sufrir la pena.
«La miel, dice, está muy buena:
Es un bocado exquisito;
Por el aguijon maldito
No volveré al colmenar.»
¡Lo que tiene el encontrar
La pena tras el delito!

FÁBULA XVIII.

EL JÓVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un Jóven, educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo Filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto dia,
Entre civil y alegre compañía,
A una mesa abundante y primorosa.
«¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!»
El Jóven declamaba de esta suerte.
Al són de filosóficas razones,
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
«Si usted ha de vivir entre las gentes,
Deberá hacerse á todo.»
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de exquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
«Cuanto usted ha exclamado será cierto;
Mas, en fin, le decian, ya está muerto.
Pruébelo por su vida... Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.»
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y segun yo contemplo,
Yo no sé qué olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al Jóven persuadieron de manera,
Que al fin se lo comió. «¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!»
Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
Con más facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz á una becada,
Llegó el Jóven, al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.
De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
Pues ¿qué remedio?... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

FÁBULA XIX.

EL ELEFANTE, EL TORO, EL ASNO Y LOS DEMAS ANIMALES.

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la más pelada y alta roca
Un Asno trompetero los convoca.
El concurso ya junto,
Instruido tambien en el asunto
(Pues á todos por Júpiter previno
Con cédula *ante diem* el pollino),
Imponiendo silencio el Elefante,
Así dijo: «Señores, es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
Los árboles arranco con la mano (1),
Venzo al leon, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha. A la batalla
Llevo todo un castillo guarnecido;
En la paz y en la guerra soy tenido
Por un bruto invencible,
No sólo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo coleto y grave masa,
Que hace temblar la tierra donde pasa.
»Mas, señores, con todo lo que cuento,
Sólo de vegetales me alimento,
Y como á nadie daño, soy querido,
Mucho más respetado que temido.
Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
Las que haceis profesion de carniceras,
Y no hagais por comer atroces muertes,
Puesto que no seréis, ni ménos fuertes,
Ni ménos respetadas,
Sino muy estimadas
De grandes y pequeños animales,
Viviendo, como yo, de vegetales.—
Gran pensamiento, dicen, gran discurso»;
Y nadie se le opone del concurso.
Habló despues un Toro de Jarama:
Escarba el polvo, cabecea, brama.
«Vengan, dice, los lobos y los osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con qué donaire
Los haré que volteen por el aire.
¡Que! ¿son ménos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
Pues ¿por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yerbas, que alimentan
En los bosques y prados
A los más generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O si no, de la trompa al Elefante.»
La asamblea aprobó cuanto decia
El Toro con razon y valentía.
Seguíase á los dos en el asiento,
Por falta de buen órden, el Jumento,
Y con rubor expuso sus razones.
«Los milanos, prorumpe, y los halcones
(No ofendo á los presentes, ni quisiera),
Sin esperar tampoco á que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del borrico.
Ellos querrán ahora, como bobos,
Comer la yerba á los señores lobos.
Nada ménos: aprendan los malditos
De los chochas, perdices ó chorlitos,
Que, sin hacer á los jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra;
Y viva todo el mundo santamente,
Sin picar ni morder en lo viviente.—
Necedad, disparate, impertinencia,
Gritaba aquí y allí la concurrencia.—
Haya silencio, claman, haya modo.»
Alborótase todo:
Crece la confusion, la grita crece;
Por más que el Elefante se enfurece,
Se deshizo en desórden la asamblea.
Adios, gran pensamiento; adios, idea.
Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con más acierto
El Elefante y Toro? No por cierto.

(1) Buffon, en la *Historia natural*, artículo del *Elefante*, llama así á la trompa de este animal.

Pues ¿por qué solamente al buen Pollino
Le gritan disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.
Pues, amigo Elefante, no te asombres,
Por la misma razon entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡ Qué prëocupacion tan peligrosa !

POESÍAS VARIAS.

Se conservaban inéditas, en su mayor parte, entre los papeles del señor don Martin Fernandez de Navarrete, amigo y paisano de SAMANIEGO; papeles que vinieron á parar á manos de nuestro malogrado amigo el señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete, nieto de aquel ilustre escritor.

RIDÍCULO RETRATO DE UN RIDÍCULO SEÑOR (1).

DÉCIMAS.

Ahí va, que quieras ó no,
Mi retrato, y claro está
Que no lo conocerá
La madre que lo parió:
Está más feo que yo,
Más raro, más singular;
Y si gustas de mirar
Su figura atentamente,
Aprende primeramente
A signar y santiguar.
Segun probable opinion,
Soy en el ingenio zorra,
En parlería cotorra,
En el tamaño gorrion,
En la viveza raton,
Y aunque de todo blasone,
Siempre en duda se me pone
Qué especie de cosa soy;
Y, por esta duda, estoy
Casado *sub conditione.*
Mi cara, si se examina,
Verá el curioso en un año
Que es paje del Gran Tacaño,
Anuncio de hambre canina:
Ni bien es cara ni esquina;
Sólo, sí, es cosa tan rara,
Que á todo el que la repara,
A tal risa le provoca,
Que para tomarla en boca
No sé cómo tengo cara.
Si con maña ménos cuerda
Mis cabellos has mirado,
Creerás por mal de mi grado
Que soy animal de cerda;
No receles que se pierda
Tu gusto, si gustas de ellos;
Son fuertes, aunque no bellos,
Y así tu vida estuviera
Más segura si pendiera
De alguno de mis cabellos.
Lóbrega, oscura y fatal
Forma tal noche mi frente,
Que á tientas tan solamente
Encuentro el *por la señal:*
Es ella tan fea y tal,
Que me inquieta, que me irrita;
Negra, arrugada, chiquita,
Siempre de mal en peor,
Sin poderla hacer mejor
A fuerza de agua bendita.
Permíteme que me queje
Que siendo mis ojos bellos,
No gustes, Marica, de ellos,
Por más que yo me deseeje:
Son de mi hermosura el eje,
Son de Cupido dos grillos,
Y son dos medios anillos
De brillantes, cual se ve;
Mas nada sirve, porque
Nadie repara en pelillos.
Mis narices son mejores
Que las echizas (2) de palo,
Y si algo tienen de malo,
Es el meterse á mayores;
Mi cara con mil colores
Se avergüenza en su presencia,
Y huye con tal persistencia,
Que la deja sin cimientos,
Y como soplen los vientos,
No es obra de permanencia.
Mi boca es buena, y así
No digo más; punto en boca,
Que á mi boca no le toca
El decir bienes de sí:
Mírala muy bien, y dí
Sus elogios al instante;
Dí que no hay á quien no encante
Por lo pulida y graciosa,
Pues no le falta otra cosa
Sino un dedo por delante.
Mis negras barbas infiero
Qué tales que serán ellas,
Que sólo por no tenellas
Estoy pagando dinero;
Mas me consuela un barbero
Que se llama Juan Antonio,
Asegurando el bolonio
Que ellas dicen que soy hombre;
Mas, por vida de mi nombre,
Que es un falso testimonio (3).
Mi cuerpo por todas caras
Pigméa talla promete,
Y por eso no se mete
En camisa de once varas;
De esta falta que reparas
Bien se supo aprovechar
Mi mujer, que por ahorrar,
Cuando murió don Canuto (4),
Me hizo un vestido de luto
Del tafetan de un lunar.
Decentes mis piés están
En todo tiempo aliñados,
Pues descalzos ó calzados,
Son siempre de cordoban;
Los puntos que calzarán
Considera por tu vida,
Pues por cosa reducida
Y de tan poco aparato,
La horma de mi zapato
Es el pié de la medida (5).

(1) Habiéndole dicho una gran señora, en Madrid, que queria tener su retrato, le envió al poco tiempo estas décimas; por ellas se puede formar una idea de la figura del autor, que, aunque con exageracion, pinta sin falsedad sus defectos y cualidades físicas.
(Esta nota y las siguientes, relativas á los versos de SAMANIEGO, son del señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete.)

(2) Especie de trompo con que juegan los muchachos.
(3) Alusion graciosa á llevar muchos años de casado y no tener sucesion.
(4) Don Canuto, un tio del autor, llamado así. Ademas de la exageracion graciosa de la pequeñez de su estatura, alude en esta estrofa á la tacañería de su mujer, que, segun noticias, era de sobra económica y guardadora.
(5) Habla del pié pequeño en que regularmente termina la medida de los zapateros.

Á UNOS AMIGOS PREGUNTONES (6).

DÉCIMAS.

Para darme en qué entender,
Ofreceis á mi eleccion
Tres bellas cosas, que son
Sueño, dinero ó mujer.

(6) Habiéndole dicho unos amigos al autor qué es lo que preferia entre sueño, mujer ó dinero, por quejarse de que andaba desvelado, les contestó con estas decimas. Las publicamos para demos-

Oid, pues, mi parecer
En este ejemplillo suelto:
Su madre á un niño resuelto
Sopa ó huevo le ofreció,
Y el niño le respondió:
Madre, yo... todo revuelto.
Mas si acaso os empeñais
En que de las tres escoja,
La dificultad es floja:
A verlo al momento vais;
Espero no me tengais
Por grosero, si á decir
Me preparo, por cumplir,
La verdad sin fingimientos;
Que dicen los mandamientos:
El octavo, no mentir.
No será de mi eleccion
La mujer... porque yo sé
Que es ella de modo... que...
Los hombres... pero ¡chiton!
Le tengo veneracion;
Y por mí no han de saber
Que para mejor perder
El diablo á Job su virtud,
Le quitó hijos y salud,
Y le dejó la mujer.
Sueño sólo he de querer
El preciso á mi persona,
Porque á veces la abandona
Cuando más lo ha menester.
Cosa es que no puedo ver;
De todo forma una queja;
Por una pulga me deja;
Se va, y el por qué no sé;
Y me enfada tanto, que
Lo tengo entre ceja y ceja.
¡Oh dinero, sin segundo,
Resorte de tal portento,
Que pones en movimiento
Esta máquina del mundo!
Por tí surca el mar profundo
En un palo el marinero,
Por tí el valiente guerrero
Busca el peligro mayor...
Pues, pese al de Fuenmayor,
Yo te prefiero, dinero.

NUEVA RELACION Y CURIOSO ROMANCE DEL CASO MÁS RARO Y PRODIGIOSO QUE HA SUCEDIDO DONDE Y COMO VERÁ EL CURIOSO LECTOR EN LA SIGUIENTE DESESPERADA

JÁCARA (1).

Santo Cristo de la luz,
Señor de cielos y tierra,
Dad espíritu á mi voz,
Desatad mi torpe lengua,
Para que pueda cantar
Al són de las cinco cuerdas
De la barberil guitarra,
No las sabidas proezas
Del valiente Pedro Ponce
Y el guapo Francisco Estéban;
No los trágicos sucesos
De nuestra presente guerra,
Los de Orcilers en la Mancha,
Ni tampoco la refriega
De Lángara con Rodney,
Ni las batallas sangrientas
De la escuadra combinada
En Brest, devorando mesas (2);
Que áun estos horrendos casos
Son como niños de teta,
Si se comparan con este
Que contaré, si me presta
Cada cual de mi auditorio
Como dos cuartas de orejas.
En la villa de Bilbao,
En la hermosa primavera,
Dia diez y ocho de Abril
De setecientos ochenta,
Estando en Aries el sol,
Y en Libra la luna llena,
Amaneció... pero ¿cómo?...
¡Cosa rara! ¡Cosa nueva!
Por el balcon del Oriente
Febo asomó la cabeza,
Llenando de resplandor
Jardines, casas y selvas.
Saludáronle las aves;
Respondiendo á Filomena
Mirlas, calandrias, jilgueros
Con sus dulces cantinelas.
Reíanse los arroyos,
Que entre las guijas resuenan,
Acompañando á las aves,
Como Gurillon pudiera;
Dos mil flores sus perfumes
Al templado ambiente entregan,
Para que así el blando viento
A Céres su incienso ofrezca.
Estaba pues la mañana,
Dejémonos de parleta;
Estaba pues la mañana,
Una mañana de perlas (3),
Cuando de repente el cielo,
Cubierto de nubes densas,
Vistiendo de luto al sol,
En triste llanto se anega.
Lloraba á moco tendido
Cada signo, cada estrella,
Y hasta las siete cabrillas
Se llamaban Magdalenas.
Esta lúgubre mudanza
No la extrañará quien sepa
Que en esta misma mañana...
¡Dioses, dad voz á mi lengua!
Siendo los cielos testigos
De tan horrorosa escena...
Entre las siete y las ocho...
Se fueron... *doñas aquéllas.*
No se fueron para mí,
Pues para mí no son ellas;
Que se fueron para cuantos
Obsequiosos las rodean.
Lloren ellos con los cielos
Tal partida, tal ausencia,
Y maldigan á Zumaya (4),
Castillo do las bellezas
Van á vivir encantadas,
Hasta que haya quien por ellas
Haciendo de don Quijote.
A azotes y volteretas
Desencante á su señora,
Y á nuestro país la vuelva.
Entre tanto veo yo
Algunos que se pasean
Sin más vida, sin más alma,
Que aquel muñeco ó muñeca

trar en lo que se habria quedado SAMANIEGO si el eminente Conde de Peñaflorida no le hubiera hecho emprender sus fabulas. El coplerismo, que habia dominado sin competencia en la primera mitad del siglo XVIII, áun tenia muchos partidarios en la segunda, y para hombres del ingenio agudo de SAMANIEGO era un medio cómodo de lucirse con poco trabajo. El vulgo, y para el presente caso comprende esta denominacion á muchos doctores, cargados de leyes, cánones y teología, admiraba, como mejor poeta al que ensartaba una décima con pié forzado, que al cantor de las *Ruinas de Itálica.*

(1) Pasada la oportunidad, y desconocidas para nosotros las personas y alusiones, ha perdido su principal gracia este romance, que en su tiempo debió hacer reir á los bilbainos. Lo imprimimos, no obstante, porque nos da á conocer algunas costumbres vascongadas.

(2) Alusion satírica á la larga estancia de la escuadra combinada española y francesa en Brest, sin emprender ninguna faccion de guerra; lo que dió mucho que hablar en aquel tiempo.

(3) De dos copias de este romance que tenemos á la vista, en la una faltan estos cuatro últimos versos.

(4) En la villa de Zumaya posee la familia de Mazarredo una casa; y por aquí el lector que sea de las montañas vascongadas podrá venir en conocimiento de quiénes eran las señoras.

Que da vueltas en un cuarto
Despues que le dieron cuerda.
Sé tambien quien, al oir
Que cayó la más ligera,
Por pedir un vaso de agua,
Dijo, aturdido, á su dueña:
«Dame un vaso de *Isabel*,
Porque me muero de pena.»
Estos horrendos estragos,
Y otros mil que no se cuentan,
Aun no habrian sucedido
Si no fuera... si no fuera...
(¡Ay, cielos! ¿si lo diré?
¡Muda se queda la lengua!)
Porque se pasaba el tiempo
A los pavos y terneras,
A conejos y perdices
Y á la delicada pesca,
Y áun á los duros capones,
Salvo el novio, que protesta
Que esperaria gustoso,
Por más que todo se pierda,
Del médico desahuciado
Estaba un hombre en la aldea;
Previnieron el entierro
Y las funciones de mesa,
Porque el casarse y morirse
Todo es uno en esta tierra (1).
Púsose el enfermo sano;
Y la familia reniega
Del diablo de la salud,
Que tal petardo les pega;
Que un hombre debe morirse,
Si está la provision hecha.
¿No es mayor inconveniente
Que la novia se les muera,
Que se moje la Isabel,
Que sus cortejos perezcan,
Que el que se pudran los pavos
Y se pase la ternera?
Pues ¡qué! ¿no se halla un carnero
En la más mísera aldea?
Pues eso basta; que el resto
Todo es una friolera.
Así claman los amantes,
Heridos de aguda ausencia;
Así gritan por las calles
Con mil voces lastimeras:
Uno maldice á Cupido,
Otro de Vénus reniega;
Aquél, por no sentir males,
Dicen que á Baco se entrega;
Hay quien se va con Diana,
Y en los bosques se alimenta,
Llenándose de bellota,
Para convertirse en bestia.
Todos buscan y no hallan
Remedio para su pena,
Y entre todos hay alguno
Que al dios Apolo se llega,
Y en el coro de las Musas
Canta tal como pudiera
El más destemplado grajo
Entre dulces filomenas.
Cante, pues, éste mi copla;
Diga de su voz mi letra;
Que yo quedaré contento
Con que llegue á las orejas
De las ausentes señoras,
Y se queden ó se vengan;
Que entre tanto escribiré
Lo que pasáre en *la aldea* (2),
Y será segunda parte
De mi copla jacarera.

(1) En las provincias Vascongadas existe la costumbre de que acudan todos los parientes y amigos á las honras en casa del difunto. En las aldeas y caseríos esto es muy caro, porque se tiene que disponer comida para un numeroso gentío, y como es preciso llevar los comestibles de fuera, hay que prevenirse de antemano. Por lo regular, luégo que al enfermo se le da la uncion comienzan á hacerse las provisiones, entre las que no falta un pellejo ó pellejos de buen vino riojano ó navarro que les cuesta un sentido. Así, pues, un entierro trae el mismo dispendio y tráfago que una boda. *Económicamente* hablando, es un chasco que un enfermo cure despues de hechas las provisiones; porque unas honras que llevan esta coleta arruinan á una pobre familia, y es una triste gracia que el gasto se haga dos veces. El gran Conde de Peñaflorida, que siempre atendió á cuanto podia ser útil á su país, quiso abolir una práctica que, sin beneficiar al difunto, puesto que no es sufragio, arruinaba á los vivos; y como tenía que luchar con la preocupacion y hasta con la vanidad, apeló al ejemplo. Persuadió á su madre que mandára en su testamento se la enterrase de pobre y sin honras, con ánimo de cumplirlo. Esto ocasionó un pleito con el cabildo de Azcoitia, que el Conde ganó. Desde entónces, por deferencia al Conde y por su propia ventaja, mandaron otros que se les enterrase del mismo modo, y su ejemplo cundió á los caseríos, aunque no todo lo que conviniera al interes de los mismos caseros. Los vizcaínos todavía gustan de arruinarse en los entierros.

EPIGRAMAS.

Á IRIARTE (3).

Tus obras, Tomas, no son
Ni buscadas ni leidas,
Ni tendrán estimacion
Aunque sean prohibidas
Por la santa Inquisicion.

Quéjanse Horacio y Virgilio de la insípida traduccion con que don Tomas los puso en parodia, para darlos á conocer á los españoles.

Grandes alaridos dan
Horacio y el buen Virgilio;
Del sumo Jove el auxilio
Los dos implorando están.
«¡Júpiter! ¿dó están tus rayos?
¿Cómo permites que Iriarte,
Traduciéndonos sin arte,
Nos ponga en disfraz de payos?»

COPLAS PARA TOCARSE AL VIOLIN (4), Á GUISA DE TONADILLA.

Cantar la Música Iriarte
Se propuso en un poema;
Y en lugar de sinfonía,
Tocó la gaita gallega;
Las maravillas de aquel arte canto... (5)
¡Dios guarde, oh muñeira, tu gracia, tu encanto!
De Juan de Mena llegó
A la berroqueña oreja
Aquel estupendo verso
Con que el poema comienza,
Y dijo, asustado: «¿Qué música es ésta?»
Jamas otra tal me rompió la mollera.

(2) Los bilbaínos llaman aldea á todo lo que no es Bilbao. Zumaya, uno de los diez y ocho pueblos que tienen el privilegio de que la provincia de Guipúzcoa celebre las juntas en su recinto, es una linda villa marítima. Hoy la ha enriquecido la industria y tráfico de la cal hidráulica, que se elabora en su jurisdiccion de superior calidad; pero ya desde antiguo era notable. Valbuena, en su poema del *Bernardo*, al hacer una descripcion geográfica de España, recuerda á Zumaya, hablando del rio Urola, en estos versos:

«Las peñas de Motrico, que en su seno
La mar le cubre y le descubre en vano,
Sirven al rio de mojon y raya...
Y éstas son las mimbreras de Zumaya.»

Zumaya, en vascuence, parece que significa juncal.

(3) Esta quintilla, que por sí sola es un salado epigrama, formaba parte de várias que el autor imprimió (en Bayona, á lo que se cree) juntamente con otras composiciones burlescas sobre los Iriartes, y que éstos se dieron tal maña á recoger, que no hemos logrado ver un ejemplar.

(4) Iriarte pasaba por excelente violinista.

(5) Este verso, que en verdad carece de medida, es el primero del *Poema de la Música*. Cuéntase, y Quintana nos conservó la noticia, que Huerta, reconciliado con Iriarte y convidado por él á una lectura del poema, le preguntó por dos veces si aquel verso estaba bien, y como viese que el autor insistia en que no necesitaba correccion, escapó, dejando con la boca abierta á la concurrencia. Samaniego, á quien no creemos capaz de hacer otro tanto, tomó por su cuenta burlarse del verso que Iriarte, acaso por un exceso de amor propio, se empeñó en sostener.

Ni destemplados clarines,
Ni la zampoña perversa,
Ni en vil mercado el molesto
Gruñente animal de cerda,
Que hasta los perros y gatos ahuyentan,
Tan desapacible hirió mis potencias.
¡Señor Iriarte, ó don diablo!
Si más estilo y cadencia
No dais al verso, dejad
Vuestra profesion coplera,
O al versificar, ved ántes si os presta
El *Asno erudito* (1) sus tiesas orejas.

EL PASTOR MÚSICO.

FÁBULA.

En los campos de Arcadia
El pastor Melibeo
Sacaba diariamente
Primores mil del rústico instrumento.
Jamas tales canciones
Repitieron los ecos;
Porque no era muy fácil
Naciese al mundo tañedor más diestro.
Pastores y zagalas,
Llamados de su acento,
En bailes y retozos
Pasaban á su lado alegre el tiempo.
Y en tanto los ganados
Por los vecinos cerros
Se exponen, descarriados,
Al carnívoro lobo y otros riesgos.
Hoy faltan tres ovejas,
Mañana seis corderos;
Y al ver pérdidas tantas,
Todos maldicen al pastor funesto.
Los viejos reünidos
Tomaron el acuerdo
De arrojarle al instante,
Como perjudicial, léjos del pueblo.
Escuchó la sentencia
Con un desden soberbio,
Teniéndola el pedante
Por un agravio á sus talentos hecho.
Como Scipion romano
Salió, diciendo necio:
«Iréme ¡y para siempre!
Ingrata patria, no tendrás mis huesos.
¡Echarme de estos campos!
¡Al fin hombres groseros!
No merecen gozarme,
Pues desprecian el mérito que tengo.»
Diciendo así, orgulloso
Salió para el destierro,
A sus jueces mirando
Con el más soberano menosprecio.
Lo mismo de contínuo
Sobre la tierra vemos;
El orgullo insensato
Es vicio incorregible: esto no es nuevo.
Pero vamos á cuentas,
Amigo Melibeo:
El amo te tenía
Para cuidar sus cabras y corderos.
Si la hacienda le pierdes,
¿Qué le importa á tu dueño
Que las selvas encantes,
Músico superior al tracio Orfeo? (2).

(1) Don Juan Pablo Forner escribió contra Iriarte el papel que tituló de este modo, y que es á la verdad el que ménos le honra de sus escritos; un folleto de este género, que es una grosería que nada enseña, no pueden disculparlo ni los pocos años.

(2) En esta fábula desarrolla con ingenio el mismo argumento que expuso, compendiado en la fábula impresa:

«Salicio usaba tañer
Su zampoña todo el año», etc.

EL SOMBRERERO (3).

CUENTO.

A los piés de un devoto franciscano
Acudió un penitente.—Diga, hermano,
¿Qué oficio tiene?
—Padre, sombrerero.
—Y ¿qué estado?
—Soltero.
—Y ¿cuál es su pecado dominante?
—Visitar una moza.
—¿Con frecuencia?
—Padre mio, bastante.
—¿Cada mes?
—Mucho más.
—¿Cada semana?
—Aun todavía más.
—¿La cuotidiana?
—Hago dos mil propósitos sinceros...
—Pero dígame, hermano, claramente:
¿Dos veces cada dia?
—Justamente.
—Pues ¿cuándo diablos hace los sombreros?

LOS HUEVOS MOLES.

PARODIA DE EL MURCIÉLAGO ALEVOSO, DEL MAESTRO GONZALEZ (4).

Compuso Juana un dia
De huevos moles razonable fuente,
Sin saberlo su tia,
Que la hubiese reñido impertinente;
Con ella se promete
Obsequiar á Perico, un mozalbete
Con quien la niña tuvo un cierto acaso;
Mas esto no es del cuento. Al cuento paso.
Hecha la fuente ya, guardarla piensa
En lugar reservado:
En efecto, metióla en la despensa;
Y dejando cerrado,
A la labor se vuelve muy serena;
Mas el diablo sutil, que el mal ordena,
Desbarató de Juana el fino intento,
Eligiendo un raton por instrumento.
Esta vil criatura
Por todo el aposento discurria
Con tánta travesura,
Que agente de negocios parecia;
Buscando diligente
Manjar en que pudiera hincar el diente;
Y encontrando la fuente cara á cara,
Para el feliz asalto se prepara.
Jamas el griego acometió al troyano,
El Campeador á Muza,
A Bayaceto el Tamorlan tirano,
Ni en cruda escaramuza
Con tanta fuerza el godo poderoso,
Testigo de ello el cielo luminoso,
Acometió á los vándalos y suevos,
Como el raton arremetió á los huevos.
Allí, sin temer daño,
Trabado de palabra con la fuente,
La tripa de mal año
Saca, como se dice vulgarmente,
Sin que advirtiese que le estaba viendo
Un enorme gatazo reverendo,
Capon de hocico, si detras castrado,
Y de manchas el lomo remendado.
El animal, que mira
De su ama el descuido bien notable,
Salta al vasar intrépido, y se tira
Al raton miserable,

(3) Sacado de la *Coleccion de cuentos alegres*, de SAMANIEGO. (Por su excesivo desenfado familiar, no es posible dar á la estampa esta *Coleccion*.) (*Nota del Colector*.)

(4) De la *Coleccion de cuentos*. SAMANIEGO en esta parodia no iguala la riqueza de diccion del original, y se conoce que ni lo pretendió tampoco; pero agrada por su ligereza picaresca.

Cual húsar bravo ó capitan prusiano
Se tiran á un francés republicano;
Siendo el final del temerario duelo,
Fuente, gato y raton venir al suelo.
Al golpazo, medrosa
Acude prestamente la sobrina,
Y entrando presurosa,
La causa del estrépito examina;
Y viendo ya perdidos
Los huevos de Perico apetecidos,
El llanto empaña sus hermosos soles,
Justas exequias de los huevos moles.
Mas volviendo á Perico, que ignorante
Del catástrofe estaba,
Y de Juanita la expresion amante
Solícito esperaba,
Cuando fué noticioso del suceso
Estuvo á pique de perder el seso,
En tanto grado, que con rabia fiera
Reconviene al raton de esta manera:
«¿Por qué, monstruo malvado,
El infernal hocico allí metiste?
¿Por qué á mi dueño amado
Justo motivo de pesar le diste?
Ni ¿cómo impunemente
Pensabas asaltar la virgen fuente,
Dejándonos, en pena tan tirana,
A mí sin plato, sin consuelo á Juana?
»El cielo vengador, bestia disforme,
Ejecute contigo,
En pena de delito tan enorme,
Un horrendo castigo;
Persígante muchachos y criadas,
Caigas en ratoneras bien armadas,
Y los vivientes de la tierra todos
Te mortifiquen de distintos modos.
»Píquente, pues, saltones
Pulgas y garrapatas y ladillas,
Y chinches y moscones,
Moscas, mosquitos, tábanos, polillas,
Alguaciles arañas,
Con toda la caterva de alimañas,
Y el brevísimo cínife ligero,
De tu delito incauto trompetero.
»Emboscadas de gatos te aprisionen,
Te arañen y exterminen,
Te persigan, te acosen, te arrijinen,
Y nunca te perdonen;
En lazos corredizos, trampas, redes,
Huevicida sacrílego, te enredes,
Y sin poder parar en todo el mundo,
Raton Caïn, errante y vagabundo,
»Te muerdan, te maltraten,
Te ahoguen, despedacen, mortifiquen,
Te revienten, te maten,
Te descoyunten y te sacrifiquen;
Te ahorquen, te estropeen,
Te despeñen, te arrastren, te aporreen,
Te hieran, te desuellen, te mutilen;
Chillos, rabies, te mueras, te aniquilen.
»Con pena tan debida tu insolencia
Quedará castigada;
Yo contento, y en fin, por consecuencia,
Mi Juanilla vengada;
Mas porque á todos sirva de escarmiento
El fin de tu goloso atrevimiento,
Este epitafio, en tu sepulcro escrito,
Conserve el ejemplar de tu delito:

EPITAFIO.

»Aquel cuya voraz hambre rabiosa
No perdonó jalea, ni peradas,
En el vasar más alto reservadas,
Ni queso, ni manteca, ni otra cosa;
»El que burló mil veces la famosa
Vigilancia gatuna, y sus celadas,
Trampas y ratoneras celebradas,
Hoy, raton caminante, aquí reposa.
»Suspende, pues, el paso, y considera
Cuán cara le costó su golosina
Y el hacer que Juanita se afligiera,
»Así enmendar tu vida determina;
Advirtiendo que pena tan severa
Es el amor el juez que la fulmina.»

DESCRIPCION
DEL CONVENTO DE CARMELITAS DE BILBAO, LLAMADO EL DESIERTO (1).

FRAGMENTOS.

En el más sano clima de la España,
Una fértil colina
Hermosea y domina
El mar y la campaña.
Un rio tortuoso,
Con las aguas marinas caudaloso,
Le presenta sus naves y la baña.
Coronan su eminencia
Un templo entre cipreses, y á su lado,
En un bosque frondoso,
Un humilde edificio colocado,
Apénas á la vista descubierto;
De veinte y cuatro extáticos varones,
Grandes por su retiro y penitencia,
Esta es la habitacion, éste el *Desierto.*
Ni escarpados peñones,
Que forman precipicios espantosos,
Ni grutas habitadas por leones
Entre bosques umbrosos,
Ni aullidos de demonios y de diablos,
Como entre los Antonios y los Pablos,
Ni objeto que conspire
A que la soledad horror inspire,
Hay en este retiro penitente.
Aquí naturaleza hermosa y vária
Recomienda la vida solitaria;
Aquí cada viviente
Yace en reposo amable;
Un silencio se observa, comparable
A la noche más quieta;
Parece que de intento
Ni el rio corre, ni la mar se inquieta,
Ni los pájaros cantan,
Ni las hojas se mueven con el viento,
Y que en sueño profundo
Duerme tranquilamente todo el mundo.
Así, cuando se acerca algun mundano
A la colina santa,
Como pise, profano,
El duro suelo sin desnuda planta,
Sólo de sus pisadas el ruido,
Por el eco en la estancia repetido,
Le turba, le detiene;
Con silencioso paso se previene
A entrar en lo escondido del *Desierto:*
Todo se le presenta como muerto;
Duda si es panteon; pero ya escucha,
O freir una trucha,
O bien que el remangado cocinero
Alborota el cobarde gallinero.
El tímido mundano ya respira,
Entra; mas, sin embargo, cuanto mira
Le dice claramente:
«Muerto estoy para el mundo enteramente.»
En el seno profundo é ignorado
De la estrecha clausura
Habita cada monje sepultado
En una celda oscura.
Por su estrecha ventana,
Enemiga del dia,
Ni una sola mañana

(1) Sitio muy pintoresco, entre Bilbao y Portugalete, y que desmiente la idea que produce su nombre. Esta descripcion se imprimió en el tomo IV de la *Biblioteca selecta de literatura española*, que publicaron en Burdeos (imprenta de Lawalle jóven y sobrino, en 1819, en 8.° mayor) los señores P. Mendivil y M. Silvela; pero por un manuscrito tan inexacto y mendoso, que á veces apenas se percibe el sentido. El nuestro, aunque sacado del original del autor, es, sin comparacion, mejor que la copia que sirvió á la impresion, y ha sido coleccionado con otros tres.

Entró la claridad que el alba envia.
Mas en este momento (1) deleitoso,
En que naturaleza
Presenta nueva luz, mayor belleza,
En el lóbrego seno de su alcoba,
¡Cómo en sueño profundo y delicioso
El cenobita extático se arroba!
Con celestial consuelo
En espíritu ve que desde el cielo
La refulgente aurora
Con sus rayos el mar y el campo dora;
Ve que la sombra huye,
Ve que la luz naciente restituye
A la naturaleza sus colores;
Oye cantar las aves sus amores,
Y á la madrugadora golondrina,
De los pueblos vecina,
Que dice: «Labradores,
El dia se avecina;
Honrados profesores
De las artes y oficios,
Id á vuestros usados ejercicios»;
Ve que cada viviente se encamina
Donde su instinto ó menester le inclina;
Y ya en este momento
Ve la máquina toda en movimiento.
Alaba entónces al Señor, que ordena
Del universo mundo la colmena,
Cuyas abejas mira en los humanos;
Alaba con fervor á sus hermanos,
Que labran el panal con vigilancia,
Y alaba sobre todo la abundancia
Con que el enjambre próvido mantiene
Tanto zángano gordo como tiene.
Ya la campana por el aire suena,
Y en el hueco abreviado
De la escondida alcoba ya resuena
Con importuna voz, y al monje llama;
Al monje, que, arrobado
En el Tabor glorioso de su cama,
Está en sudor bañado.
Deja, deja, corista, al religioso
Que en éxtasis divino se recrea;
No saques de la mística pelea
Al que esgrime su brazo victorioso.
Mas el jóven corista, vigilante,
Toca, vuelve, se afana,
Y despues que abandona la campana,
Empuña una matraca horrisonante.
En ella emplean los membrudos brazos
Su monacal pujanza,
Porque suene ó se haga mil pedazos.
Lleva el horrendo són de puerta en puerta,
Y el mísero durmiente se despierta.
«Dios perdone al corista la venganza
De que en todo el *Desierto*
Sólo el de la matraca esté despierto;
Por ménos de otro tanto
Suelen llamar envidia al celo santo.»
Diciendo estas palabras se espereza,
Se incorpora, bosteza,
Se remueve, se viste... le fatiga
El peso de su mole... sin embargo,
Sale desde su místico letargo,
Con voluntaria tos limpiando el pecho,
Al frio coro, del caliente lecho.
Si á la señal primera
Del cañon, del tambor, de la bandera,
Marcha desde los brazos de su esposa,
Cercada de sus hijos y llorosa,
A las ondas alegre el marinero,
Y á la batalla intrépido el guerrero,
Es porque los profanos
Corren tras el honor y el pan hambrientos;
Tambien acuden, con perdon, contentos
Al són de la corneta cien marranos;
Tambien al són de la quebrada teja,
Abeja por abeja
Se congregan sin número al enjambre;
Así cuando el honor ó cuando el hambre
Es el móvil del hombre, lo confundo
Con todos los vivientes de este mundo,
Sujetos á las leyes del destino
Que la naturaleza les previno;
Mas no confundo á aquel que en la clausura
Su pan y sus honores asegura,
A quien jamas altera
El cañon, el tambor ó la bandera;
Y si grita la envidia, ni por eso;
Que el fraile es el raton dentro del queso,
O bien es la polilla dentro el paño;
Aplíquese la burla al ermitaño.
Mas ¡oh santa obediencia religiosa!
Que ya á la voz de la matraca odiosa
Los frailes uno á uno se congregan (2);
Y ya que á paso lento al coro llegan,
En la sagrada estancia
Cantan con estudiada disonancia
Al Todopoderoso
Un són lagrimoníaco y gangoso.
Cuando á solas contemplo
Que del gran Escorial en el gran templo
Los repletos y místicos varones,
Con sus gordos elásticos pulmones,
Rompen los aires, el recinto atruenan,
Y hacen temblar los vidrios de palacio
Cien frailes Polifemos, que rellenan
Del inmenso edificio el grande espacio,
Clama mi débil voz con santo celo:
¿A qué tanto gritar? ¿es sordo el cielo?
¿No escucha como grata é insinuante
Aquella voz sumisa y gangueante
Del que tiene las gafas por sordina?
Si un vicario de monjas se examina,
Nos dirá que es más dulce y penetrante
Una voz virginal y femenina;
Por esta regla harian los mundanos
De los cien Polifemos cien sopranos.
Grite, pues, de vosotros quien quisiere;
Y diga que en la vida sedentaria
El gloton que más grita más digiere.
Mas en esta colina solitaria,
Donde se comen truchas y salmones (3),
Diciendo (no lo creo, en mi conciencia)
Que es mayor penitencia
Que estarse alimentando un año entero
De grasientas tajadas de carnero,
¿A qué dar tanta guerra á los pulmones?
. . . . . .
. . . . . (4).
Hay una calavera
Enfrente del asiento
Del padre presidente;
Dije al refitolero: «Bueno fuera
Quitar esta costumbre por dañosa.
—¿Quitarla? me contesta: ¡linda cosa!...
Que está puesta de intento
Verá usted brevemente,
Y está muy bien dispuesto
Que esté la calavera en este puesto (5).
»Miéntras come el caballo su cebada,
El soldado dispara su pistola;
Esta costumbre sola
Le basta al animal para que luégo

(1) En varios ejemplares, *convento*, por falta de inteligencia de malos copiantes; el impreso en Burdeos está bien.

(2) En el impreso en Burdeos:

«Al són de la matraca clamorosa
Los frailes uno á uno al coro llegan;
Y en la sagrada estancia,
Do graves se congregan,
Cantan», etc.

(3) Estos versos se encuentran suprimidos en casi todas las copias; tal vez parecieron demasiado atrevidos, aunque el autor no habla sino de la gula y regalo que cabe en la comida de viérnes.

(4) Aquí dejó el autor sin concluir la descripcion, y no ha quedado de lo restante otro fragmento que el siguiente, en que describe el refectorio.

(5) Este primer párrafo falta en el impreso en Burdeos, y como no pone lo que sigue como fragmento aparte, carece de ilacion y hasta de sentido.

Ni el estruendo ni el fuego
Le causen impresion, y por fortuna,
Si le causan alguna,
Será para que el bruto acostumbrado
Haga memoria del pesebre amado.
Aquí de la espantosa calavera,
De la misma manera,
Cuando delante de ella penitente
Se ponga el presidente,
¿Le causará impresion? ¿hará memoria
Del infierno, del juicio ó de la gloria?
¿Acaso pensará en el purgatorio,
O en la dulce mansion del refectorio?
Verá entrar con la mente fervorosa
Por su puerta anchurosa
Los gigantescos legos remangados,
Cabeza erguida, brazos levantados,
Presentando triunfantes
Tableros humeantes,
Coronados de platos y tazones,
Con anguilas, lenguados y salmones;
Verá tambien, así como el primero
En la refriega el capitan guerrero
Entra por dar espíritu á su gente;
Verá, digo, que el mismo presidente
Levanta al cielo sus modestas manos,
Pilla el mejor tazon, y sus hermanos
Imitan como pueden su talante.
Y al són de la lectura gangueante,
Que es el ronco clarin de esta batalla,
Todo el mundo contempla, come y calla.
Verá cómo levanta el débil viejo
La blanca taza de licor bermejo,
Por su trémula mano nunca rota,
Ni vertida jamas la menor gota.
Verá...» Pero ya basta, señor mio;
De la tal calavera yo me rio,
Miéntras tiemblo ¡ay de mí! si considero
Los huesos de mi tísico puchero.

EL DIOS SCAMANDRO.

CUENTO Ó FÁBULA, COMO MEJOR LO QUIERAS, LECTOR (1).

Cuentan que un orador célebre en Grecia,
Mansion en otro tiempo soberana
De cuanta ciencia humana
El sabio mundo aprecia,
Quiso las ruinas visitar de Troya;
Simon, su amigo, el pensamiento apoya,
Que aunque no es anticuario,
Antes, por el contrario,
Tiene su si es no es de tarambana,
Le entró no poca gana
De ver tierra tambien, y suponia
Que el sabio ha de buscar su compañía.
Parten los dos, y al término del viaje
Llegaron sin trabajos é incidentes;
¿Qué vista para el sabio? ¡oh fiero ultraje
De la edad y barbarie de las gentes!
Donde Ilïon su altísimo homenaje
Alzaba á las esferas esplendentes,
Hoy hallaron tan sólo pobre aldea,
Que ni remota idea
Da del gran pueblo antiguo desolado.
El sabio, en sus recuerdos embriagado,
«¡Cómo! decia, ¿ni el menor vestigio
Veré de la ciudad que fué prodigio,
Por mano de los dioses levantado,
Y abatido tambien por las deidades,
Pero cuyo prestigio
Pudo sobrevivir á las edades?
¿Dó están las torres que Héctor defendia?
¿Dó los campos do Aquiles y Diomédes
Mostraban generosa valentía?
Erudito lector, suponer puedes
Que el que así se explicaba,
A la márgen estaba
Del Scamandro undoso,
Rio que entre sus ondas, sanguinoso,
Arrastró rotos petos y celadas,
A cabezas calientes arrancadas.
Simon, que en antiguallas no repara,
Y su imaginacion tiene en reposo,
A otros objetos dedicarse ansiára,
Propios de un hombre material y ocioso.
Llegó, pues, la ocasion. Fresca y sencilla,
Con una linda cara,
Que hasta la misma envidia enamorára,
Llegó del rio á la yerbosa orilla
Incauta jovencilla,
Que en traje y compostura
Parece una aldeana,
Lo cual no perjudica á su hermosura;
Al contrario, al viajante
Más impresion le ha hecho que si fuera
Remilgada y enclenque ciudadana.
La hora terrible de la siesta era;
Que en Asia hace calor sabe cualquiera;
Que el calor importuno
Excita las eróticas pasiones,
Y áun las encienden más las ocasiones,
Tampoco hay que explicárselo á ninguno.
Allí, no muy distante,
Habia entre el ramaje gruta oscura,
Asilo cierto contra el sol vibrante,
En donde la inocente criatura
Las calurosas horas
Quiso pasar, juzgándose segura.
Pero las seductoras
Ondas, que limpias á sus piés pasaban
Y á refrescarse en ellas convidaban,
El calor, la galbana,
De bañarse en la niña
Excitaron la gana.
El viajero se esconde y escudriña
Aquellas perfecciones,
Que atizan el volcan de sus pasiones.
¿Qué hará? Si mete ruido
Y espanta á la deidad, todo es perdido.
Mas de cómo rendirla, de repente,
Despues que meditó por breve rato,
Van á suministrarle un expediente
Las creencias del tiempo mentecato.
¿No gozó á Dánae, en oro convertido,
Júpiter atrevido?
¿No hay otros mil ejemplos
De dioses, venerados en los templos,
Que tras una mortal ciegos corrieron,
Y madres las hicieron
De ilustres semideos,
Que la tierra llenaron de trofeos?
Manos á la obra, pues; no hay que aturdirse;
Un dios de este jaez puede fingirse.
Toma entónces Simon los elevados
Aires de un dios acuático, ciñendo
Sus cabellos mojados
De césped y espadaña,
Y toda su persona componiendo,
Luégo con voz y entonacion extraña
Al gran Mercurio invoca,
Y á la deidad potente
A quien cuidar de los amantes toca.
La tímida muchacha, que lo siente,
Aunque sencilla ignora
Del mancebo la astucia disoluta,
Se atropella, se azora,
Y huye á esconderse en la profunda gruta.
«Huyes del dios, la dice, de este rio;
Vén, pues, nereide, vén, y no te escondas;
Que, con ser dueño mio,
Serás tambien la diosa de estas ondas (2).

(1) Es imitacion de La Fontaine; al principio el poeta español casi traduce; pero despues se cansa y se deja llevar de su genio. La obra del fabulista frances es más poética; la del español más sencilla, pero de moral más grave.

(2) Al escribir esta relacion, debió tener presente SAMANIEGO estos lindísimos versos del riojano Villegas:

«Vén, pues, serrana, vén, y no te escondas;
Serás, con ser esposa de este rio,

Por tí la forma de hombre
Me he gozado en tomar; nada te asombre.
Vuelva al rio, dichoso
En gozar de ese cuerpo delicioso,
Que áun más que su cristal, puro es mi pecho.
Vén á dejar mi anhelo satisfecho;
Y en pago estas riberas
Esmaltaré de flores,
Que huellen esos piés encantadores;
Y á tí y tus compañeras
(Siempre que á ser mi esposa te resuelvas)
Ninfas haré del rio ó de las selvas.»
Nuestra jóven, que estaba
Con la cabeza llena de otras tales
Hazañas de los dioses inmortales,
No dudó que era un dios el que le hablaba.
A ceder la deciden sin violencia
Su halagüeña elocuencia,
Su grato continente y rostro amable,
Y, á decir la verdad, que es bien palpable,
Un no sé qué de vanidad de moza,
Que en superar á las demas se goza;
Flaqueza mujeril disimulable.
En sus senos umbrosos,
Aquella gruta, al sol impenetrable,
Teatro fué dulce de hurtos amorosos;
Y él le dió, al separarse, la advertencia
De que á verle viniera con frecuencia,
Mas que á nadie su suerte revelára
Hasta que la ocasion se presentára,
Conforme á su deseo,
De anunciar á los dioses su himeneo,
Cuando el cónclave sacro se juntára.
Ella ¡cosa bien rara!
El secreto guardó con gran prudencia.
¡Qué mujer no se paga
De contar un secreto que la halaga!
Mas hagamos justicia á la heroína
De nuestra historia cierta;
Siguiendo fiel la insinuacion divina,
Calló como una muerta;
Y siempre que podia,
Esto es ménos extraño,
A la gruta venía
A verse con su dios, despues del baño.
Mas cuando vino el frio,
Cansado ya Simon de hacer de rio,
Poco á poco dejó la dulce gruta;
Que el amor se fastidia si disfruta,
Y veleidosos son, como traidores,
Los dioses del Olimpo moradores.
La mísera insensata,
Viéndose ya olvidada, triste y mustia,
Sus facciones maltrata,
Y á los cielos acude con angustia;
Recorre con afan la selva hojosa,
Parte á la cueva que la vió dichosa,
Mil veces sale y entra,
Y por más que se mueve, á nadie encuentra.
Simon, que desde el punto
Que dejó de ser dios le descontenta
Esta tierra de Troya,
Y tiene algun barrunto
De que puede salirle mal la cuenta
Si llega á descubrirse la tramoya,
Quisiera abandonar tales regiones;
Mas entre tanto el sabio compañero
Emprendió excavaciones
Por comprobar las fábulas de Homero;
Y héteme aquí con nuevas detenciones.
Mi hombre vivió encubierto,
Como que su conciencia está intranquila;
Mas ¿cómo no tener algun descuido,
Que en su contra aprovechen
Ojos que amor celoso despabila?
Y así sucede : el diablo, que es experto
Y tiene gran placer en meter ruido,
Cruzando él casualmente,
Dispuso que se halle
A la esposa endiosada en una calle,
En la cual de repente
Del pueblo se juntó la gente toda
A ver pasar una lujosa boda.
Héteme sin escape al pobre mozo;
Ella desde el momento
Que lo reconoció, con alborozo
Dijo, abiertos los brazos, y en su seno
Echándose llorosa:
«¡Scamandro, mi dios! si sois tan bueno,
¿Por qué dejasteis vuestra amante esposa?»
La gente que escuchó á la desdichada,
Luégo soltó sonora carcajada;
Pero cuando se entera
Del vergonzoso caso,
Al mal fingido dios del pueblo fuera
A palos arrojó más que de paso.
Él escapó; la incauta escarnecida,
En vista del engaño,
De cada lagrimal soltando un caño,
Lloró toda su vida
Ser juguete de un pillo,
Cuando creyó con ánimo sencillo
Que daba á un dios su mano y su persona.
¡Oh vil supersticion! ¿y hay quien te abona? (1).

PARODIA DE GUZMAN EL BUENO.

SOLILOQUIO Ó ESCENA TRÁGICO-UNIPERSONAL, CON MÚSICA EN LOS INTERVALOS (2).

O nos entregas la plaza, ó degollamos tu hijo, dijeron los moros á Guzman el Bueno, que mandaba á Tarifa. Este bravo soldado no les da otra respuesta que arrojarles su propio cuchillo desde el muro al campo. Retírase á comer, oye gritos, levántase de la mesa, acude al muro, ve el sacrificio de su hijo, y se vuelve á continuar la comida, diciendo con serenidad á su esposa : «Creí que asaltaban la plaza» (3). Éste es el *Guzman* de la historia; pero como en el soliloquio veo que el señor Guzman anda algo y áun algos remolon para arrojar el cuchillo,

Tétis feliz de las mejores ondas
Que bajan á dar lustre al mar sombrío;
Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvío.»

SAMANIEGO no dió á su imitacion tanta entonacion y poesía; no lo requeria el tono general de su obra.

(1) Sacado de una mala copia que poseia el señor Treviño, vicario de La Guardia, en la que á veces nos ha sido difícil comprender el sentido para restablecerlo. La moralidad que resulta es muy del gusto de aquel tiempo; hoy más falta hace escribir contra la incredulidad.

(2) Obra que don Tomas de Iriarte escribió en la convalecencia de uno de los ataques de la enfermedad de gota que padecia habitualmente. Compúsola á fines de 1789, estando en Sanlúcar de Barrameda, y se representó por primera vez en el teatro de Cádiz. (*Nota del Colector.*)

(3) Esta sencillez del suceso es una de las grandes dificultades que presenta semejante argumento en el teatro. Que Guzman, irritado de que se atrevan á hacerle una proposicion infame, con una amenaza más infame todavía, arroje, en un arranque irreflexivo de pundonor, su espada á los villanos para consumar el sacrificio, y que sorprendido despues por una accion que, bárbara é inverosímil, tal vez juzgó imposible, se resigne y con un dominio admirable sobre sí mismo ahogue todos los ímpetus naturales, hé aquí lo heróico; pero esta heroicidad lleva un tinte de lúgubre y austera, que no tiene nada de dramático. Si damos lugar á que ántes que perezca su hijo, Guzman piense, medite, discuta el pro y el contra de la accion que va á ejecutar, nos parece bárbaro que en esta lucha no venza la naturaleza; el sacrificio debe hacerse como cosa que no admite discusion; las quejas, los ayes, los momentos de debilidad desnaturalizan al héroe. Los poetas dramáticos que han tratado el argumento no han podido vencer esta dificultad. *El Guzman* de don Nicolas Fernandez Moratin sólo es apreciable por algunas escenas en que hay grandiosidad y colorido local; el de Gil y Zárate es un esfuerzo de ingenio, en que, para hacer dramático el asunto, ha tenido el autor que violentar los hechos; el monólogo de Iriarte es malo, no habiendo sabido hacer interesante á Guzman, ni vencer ninguno de los inconvenientes del argumento.

y que la serenidad con que volvió á la mesa se le convierte toda en tenderse sobre un banco y prorumpir en suspiros, ayes, lamentos, lágrimas y desmayos, me parece que no habrá inconveniente en que yo, con mis correcciones, variaciones y aumentos, haya hecho un Guzman á mi antojo.

Como es oficio nuevo este de hacer soliloquios, he querido instruirme en la materia, y he hallado en los libros que la palabra *soliloquio* está particularmente consagrada á la teología mística; que así llamamos á las meditaciones devotas, verbi gracia, los *Soliloquios de san Agustin;* que los de la escena deben llamarse *monólogos.* Yo quisiera que en la escena no hubiese ni el nombre ni la cosa, supuesto que los mismos libros que han hablado del soliloquio dramático nos dicen que no hay una cosa más contraria al arte y á la naturaleza que los tales monólogos.

Mas ya que está hecho el que yo acabo de corregir, léase enhorabuena, y sepa el curioso lector que los versos que llevan las dos comitas son los mios.

GUZMAN EL BUENO.

El teatro representa lo interior de un castillo, y en el foro un muro antiguo con almenas y escalones para subir en él, y áun para bajar de él, como en ello se contiene.

Introduccion de música marcial y ruidosa. Levántase el telon, y el estrépito de la orquesta va disminuyendo sensiblemente, hasta finalizar en un piano.

GUZMAN, con armadura completa de acero, se manifiesta pensativo y sentado en un banco de piedra, que se supone puede haber á poca distancia del muro. Luégo que cesa la música deja pasar un rato de silencio, verbi gracia, cincuenta y nueve segundos, y como quien va á desembuchar cosas portentosas, dice así con silencio y gravedad:

En el tropel confuso de encontrados
Afectos y de ideas con que lidio,
«Todos en mi mollera aposentados,
Y en roerme los cascos tan activos,
Que ya empiezo á dudar si mi cabeza
Es algun queso, de ratones nido»;
En las árduas y tristes circunstancias
Que más y más estrechan mi conflicto,
«Y me tienen lo mismo que un gazapo
Entre el huron y el cazador metido»;
Ahora que he logrado libertarme
De la importunidad de mil testigos,
«Cuyos descomunales bigotazos
Imponian silencio á mis quejidos»;
Esta parte del muro de Tarifa,
Ménos cercana al militar bullicio,
Por algunos instantes, aunque breves,
Sírvame ya de solitario asilo,
Donde alivio me den mis reflexiones;
«Y aunque sean ajenas de mí mismo,
Nadie oírmelas pueda; mas si acaso
Algun soldado escucha mis suspiros,
Al sentirlos, creerá sin duda alguna
Que son de una mujer, no de un caudillo.»

(Con voz más esforzada.)

¡Ah, Guzman infeliz! en tantos años
De bélicas empresas, de continuos
Afanes tolerados por tu patria,
¿Cuándo tal sobresalto has padecido,
Angustia igual, tormento semejante?
¿Cuándo tan débil tu valor se ha visto,
Que, peligrando la española gloria,
Temeroso procedas é indeciso?
«¿No eres tú el adalid por cuyo brazo,
Despues de mil victorias, han podido
Recoger tus soldados en despojos
Más orejas y piés de berberiscos,
Que de cerdosos animales juntan
En su mendicacion frailes franciscos?»

(Con abatimiento.)

Pero el trance es muy duro, sí, y él solo
Fuera capaz de entorpecer tus bríos.

(Con prontitud y energía.)

Urge el tiempo, urge el lance, y no permite
Efugios ni demoras: un partido
Se ha de abrazar... de dos extremos uno:
O mi afrenta ó mi honor hoy eternizo.
«Es decir, ¡ay de mí! ¡dioses eternos!
O la espada ó la rueca. ¿Cuál elijo?»

(Despues de una breve pausa, con admiracion.)

«¿Entre afrenta y honor, pones en duda
A cuál has de seguir?... Sí, me decido:
Fuera, fuera la espada; con la rueca
Alguna vez á Hércules se ha visto.
La armadura de acero reluciente,
Que en mi cuerpo aterraba berberiscos,
De aquí adelante servirá en un palo
De ahuyentar los gorriones de los trigos.»

(Despacio.)

¡Cielos! ¿Si mi afliccion me dará treguas
Para observar con ánimo tranquilo
Cuán graves son las causas, cuán difícil
Es el remedio de mi actual peligro?
¿Al bravo rey don Sancho no he jurado
Defender á Tarifa y su castillo?
¡Qué! ¿Sólo mi palabra está empeñada?
Aun más lo está mi crédito adquirido,
«Que monta mucho más para mi alcurnia
Que toda mi palabra y patriotismo» (1).
Soy en el mando de esta fortaleza
Sucesor del maestre don Rodrigo:
Prometí sostenerla á ménos costa;
¿Lo prometí una vez?

(Con santa resignacion.)

Pues á cumplirlo.

(Levántase.)

Las huestes marroquíes cada dia
Esfuerzan más el riguroso sitio;
Pero mis castellanos no las temen,
Ni dirán que las teme su caudillo.
Echa ya el resto el agareno infame
A su violenta saña, «ó yo me irrito
Si tarda un poco más, junto mi tropa,
Y cual nube preñada de granizo,
Que en las mieses descarga y las maltrata,
Así sobre el ejército enemigo,
Sorprendido su campo, haré que caigan
Golpes con tal acierto repetidos,
Que cubran la campaña sus cabezas
Y muelan con su sangre los molinos (2).

(Con tono compasivo.)

Y ¿quién comerá el pan si todos mueren?

(Con resolucion.)

Yo me lo comeré.» Pero ¿qué digo?
No el valor, no las armas hoy emplea
Contra Castilla y contra mí. Un arbitrio

(1) En la *Respuesta de mi tio*, crítica que escribió tambien SAMANIEGO del soliloquio de Iriarte, citando estos dos versos, dice: «Que sacrifique al hijo por la patria y el deber es aquí lo digno de alabanza; pero que el honor adquirido sea antes que este deber, y que por aquel más que por éste entregue al hijo al filo de la espada, lo vitupero y es un pensamiento falso, en que se conoce al cortesano.» Todas estas ideas falsas y declamatorias son hijas de la frialdad de la musa de Iriarte, que quisiera excitarse y entusiasmarse, y no sabe como. ¡Que diferencia del helado discurso de este infortunado padre y las voces de fuego de Pigmalion! Tenia razon Forner cuando, en su sátira contra las obras publicadas á fines del siglo XVIII, hace esta graciosa invocacion:

¡Oh vosotras, mis Piérides canoras,
Y tú, esplendido padre de los dias,
Que á Iriarte nunca inflamas ni acaloras!

(2) Cansado de tanta frialdad, SAMANIEGO levanta el tono en estos versos, que, aunque burlescos, tienen vivacidad y poesía.

Injusto, vil, sangriento ha meditado;
Me amenaza con él; pretende, impío,
Practicarle á mi vista; ya me estrecha
A resolver con plazo ejecutivo,
Y por la vez primera me intimida.

(Con ternura.)

Sólo así lo lográra... Cuando un hijo,
Un hijo idolatrado, «que áun no alcanza
De enana higuera los melosos higos;
Un hijo... me parece que le veo
Que, vestido de fraile, haciendo mimos,
Se limpiaba los mocos con la manga
Y la daba á besar á los vecinos»;
El que habia de ser dulce consuelo
De una madre amorosa, y fiel arrimo
De la vejez de su cansado padre,
Gime en poder de alárabes cautivo.
¡Infante desgraciado! ¿No bastaba
«Que postrado en la cama y perseguido
Por un Galeno, general en jefe
Del barberil ejército enemigo,
Armado de geringas y lancetas,
De drogas venenosas y de pistos,
Que la flebotomeya y la farmacia
Encierran en sus parques prevenidos,
Contra enginas, lombrices, pulmonías,
Viruelas, sarampion y tabardillo;
No bastaba que en guerra tan sangrienta,
Los unos y los otros encendidos,
Todos se conjurasen en tu daño
Y fuesen entre sí tus asesinos?»
No bastaba sin duda. El moro exige
Que hoy, ántes que termine el sol su giro,
«Al rededor del mundo calabaza,
Como macho de noria, exige, digo»,
Que ántes que el sol se ponga, yo le rinda
A Tarifa, ó tú rindas al cuchillo
«Tu inocente garguero y así mueras,
Hablando con perdon, como un cabrito.»
¡Fatal empeño! ¡Atrocidad horrible!
¿Y yo, por mi desdicha, no testigo,
No cómplice he de ser, sino autor de ella?

(Reflexionando.)

«¿Yo autor? ¡Qué disparate! yo deliro...
El moro es el autor (1), pues yo no tengo
Más parte en el cruento sacrificio,
Que cumplir con las leyes de vasallo
Y las de ciudadano, y es indigno
Quien...»

(Con vehemencia.)

No puedo eximirme de un delito:
O estas almenas sin honor entrego,
O sin piedad un hijo sacrifico,
Y para siempre han de infamar mi nombre,
O una fea traicion ó un parricidio.

(Arrodillado y exclamando fervorosamente.)

«¡Cielos! ¿No habrá por ahí un mal barbero
Que me sangre siquiera de un tobillo?

(Levántase como volviendo de su delirio.)

¡Guzman, Guzman! si loco no estuvieras,
¿Dirias por ventura que es delito
Que un padre por su rey y por su patria
Sacrifique la vida de su hijo,
Cuando ni las murallas de Tarifa
Ni las tapias humildes de un cortijo
Encierran en España ni un vasallo,
Anciano, pobre, débil, desvalido,
Que, á la señal primera de batalla,
No salte por las tapias al peligro,
Para dar por el rey y por la patria,
Con la suya, la vida de sus hijos?»

(Adagio triste.)

(Paséase Guzman entre tanto con lentitud; párase á cada dos ó tres pasos, como reflexionando, y poniéndose la mano en la frente, continúa.)

¿Con que, es indispensable que tremolen
En Tarifa pendones berberiscos,
Y que las africanas medias lunas
«Planten aquí sus cuernos? ¡Qué delirio!
¡No faltaba otra cosa! ¡Coronára
Bello blason mis méritos antiguos!»
¡Loable ejemplo diera á tantos nobles
Jefes, en cuyo brazo siempre invicto
Y en cuya lealtad confia España!
¿Todos ellos valientes, atrevidos,
A competencia alcanzarán el lauro
De quebrantar los afrentosos grillos
Con que el soberbio moro nos oprime;
Y Alonso Perez de Guzman, remiso,
«Como si fuera perro de convento,
Que en dia de gaudeamus, escondido,
Huye del asador? Antes perezca
Que perrunos ejemplos dé á mi siglo.»

(Más presto y más furioso, ó prestísimo y furiosísimo.)

Con todo vuestro orgullo y poderío,
¿Por qué no acometeis, cobardes tropas,
Estas murallas? Asestad mil tiros,
Apurad cuantas máquinas invente
El furor de la guerra destructivo;
Escalas aplicad, arda ya el fuego,
La sangre inunde fosos y rastrillos,
«Y rebosando, en fin, á borbollones,
En ondas llegue al mar hasta teñirlo,
De manera que dude el marinero
Si su bajel navega en agua ó vino.
Mas ¡ay que los pescados moririan
En el sangriento mar, y en tal conflicto,
Sólo habria en cuaresma caracoles.»
De este modo, vosotros, asesinos,
Rendir quereis el corazon del padre,
Ya que rendir no es fácil el castillo;
Pero es tan fuerte el uno como el otro,
Y temerario empeño el de abatirlos.
¡No triunfaréis!... La vida ha de costarme.

(En tono lastimoso.)

¡Ay de mí! Mas me cuesta la de un hijo...
¡Fallo tremendo!

(Con entereza.)

¿Y qué? ¿No es necesario?
¿No es glorioso? Pues bien; no me desdigo.
Hijo de un padre honrado morir debe,
No vivir hijo de un traidor indigno.
Y ojalá que tal víctima pudiera
Rescatar, no tan sólo este recinto,
Sino el último albergue en que subsista
De sarracenos el menor vestigio;
«Pues el que compra un huevo por un cuarto,
Tambien quisiera por el cuarto mismo,
No sólo rescatar, ya que lo gasta,
Todos los huevos frescos del recinto,
Sino el último huevo que se pudre,
Sin redencion, en Foncarral cautivo.»
Ya de ajeno valor no sigo ejemplos,
Antes dudo si habrá quien siga el mio.
«¿Qué es dudar? ¿En España habrá pobrete
Que tome por ejemplo á tal caudillo?»

(Andante sonoro y majestuoso con instrumentos de aire.— Pausadamente.)

¡Que en tan duros extremos precipite
La obligacion á un hombre bien nacido!
«Quiero decir, á un hombre sin joroba,
Que no es ni contrahecho ni enfermizo.»
¡Ay, que á veces tambien, si es excesiva,
Conduce la virtud al extravío!

(Con admiracion.)

«¡Excesiva... y virtud! Bendito sea
El padre que engendró tal adjetivo.»

(Con viveza y suma eficacia.)

Por no ser desleal, seré verdugo;
¿Y de quién? ¿De algun bárbaro enemigo?
¿De algun perverso delincuente? ¿Díme
De quién, padre inhumano, de quién? Dílo.

(1) Este morazo fué el infante don Juan. (*Nota del autor.*)

«¿Dílo, dílo de quién? ¿Y de quién, díme;
Díme, díme de quién? De mi chiquillo.

(Con pausa y ternura.)

Una vez quise serlo; ¡eternos dioses!
El llanto me permita referirlo.
De par en par abierta mi alhacena,
Muestra un tarro de almíbar exquisito;
Llega sobre él intrépido el infante,
Traspasado de gozo, y atrevido,
Cual hambriento leon, que de repente
Cae sobre un venado, y allí mismo
A la presa se arroja y la devora,
A pesar de las voces y latidos
De ardientes cazadores y de perros,
Que se arrojan intrépidos al sitio;
Así, ni más ni ménos, el gallardo,
Despreciando mis pasos y mis gritos,
Hizo del dulce tarro, á mi presencia,
El voraz y goloso sacrificio.
Entónces... yo ¡cruel, trágico lance!
Con despecho y furor... ¡arrojo inicuo!
Mi mano paternal alcé tres veces
Para darle otros tantos azotitos,
Y tres veces cayó la débil mano
Del duro padre sobre el blando niño.
Donde quiera que vaya, desde entónces,
Me acompaña la imágen de aquel hijo,
Puesto sobre mi bárbara rodilla,
Su pañal remangado... ¡padre impío!
Sus piés en agitado pataleo,
Su rostro boca abajo, sus gemidos
Mezclados con horrísonos azotes,
Su cárdeno y redondo... Mas ¿qué digo?
Si la sombra, la idea solamente
De los tres ya pasados azotitos
Me persigue cual furia del averno...»
¿Qué sería si acaso en el suplicio?...

(Con desaliento.)

Siento que ya mi espíritu se entibia;
No sé cómo inflamarle... Determino
«A la llama marcial tan solamente
Arrimar de mi honor el pucherillo.
¡Ah, que tambien se sobran los pucheros
Cuando el fuego á que están es excesivo!»

(Con afliccion y ternura.)

¡Mártir del pundonor! ¡Hijo inocente!
¿Para qué te dí el sér, si de él te privo?
«Te dí el sér, es verdad, pero ignoraba
Del hado incomprensible los designios.
Y si el que planta berzas en su huerta
Previese desde entónces que los chicos
Del pueblo le echarian á tronchazos
Con los tronchos criados por él mismo,
Plantaria espinacas, y no berzas.»

(Con lágrimas.)

Pero, al fin, te dí el sér, amado hijo.
¿Son éstos los halagos placenteros
Con que desde la cuna, dulce hechizo,
Mil veces á mis brazos te elevaba?
«Mil veces... ménos tres... ó ménos cinco.»
¿Para esto con tu risa y gracia ingenua,
Con tus juegos pueriles y sencillos,
De mi oficio en las ásperas fatigas
Fuiste la diversion y único alivio?
«Díganlo de papel las pelotillas,
Pendientes de tu mano por un hilo,
Con las cuales solian lindamente
Jugar á la pelota los gatitos,
Y dígalo tambien el alforjero,
Cuando el gato, á hurtadillas escondido
Debajo de su silla entre su ropa,
Atisbó que pendia un hiladillo,
A guisa de cordon de campanilla,
De lo alto de sus blancos calzoncillos.»
. . . . . .
¡Oh, nunca hubiera impreso el tierno labio
En las blancas mejillas de tal niño!

(Llora un poco, y despues con alguna serenidad y pausa.)

«Ya que para la guerra estaba armado,
Al tiempo de partir á mi ejercicio,
Intenté de los brazos de su madre
Pasarle algunas veces á los mios;
Mas no bien cariñoso me inclinaba,
Cuando del limpio acero al claro brillo,
Y el terrible penacho que agitaba
Sobre el morrion el viento á su albedrío,
Causábale terror, volvia el rostro,
Levantaba las manos, daba un grito
Y se arrojaba al seno de su madre.
¡Oh, permitan los númenes divinos,
Exclamaba yo entónces, que este infante
Mis pasos siga fuerte y atrevido,
Y que al volver triunfante del combate,
Trayendo del ejército enemigo
Los sangrientos despojos, grite el pueblo
Entre vivas, aplausos y bullicio:
Aun es más valeroso que su padre (1);
Y que un gozo secreto, pero vivo,
Penetre entónces á su tierna madre.
¡Aquéstos eran los afectos mios!
Mas ¡ay! que un furor por mi carrera
No me dejaba ver el claro indicio,
El agüero fatal que me decia,
Cuando de mi armadura huia el niño:
Apártale del campo de batalla;
Que aprenda el *musa musæ* con su tio;
No le metas soldado, ni lo sueñes;
Primero sacristan ó monacillo.»

(Siéntase en ademan de lánguido y consternado; permanece como absorto; viene á quedarse dormido; ronca al compas de un andante afectuoso; concluye éste con cuatro ó seis golpes fuertes, al compas de los cuales levántase Guzman, y luego prosigue en tono más animoso:)

Pero ¿qué es esto? ¿Dónde estoy? Yo sueño;
Me desconozco... se me turba el juicio...
¿Tan fácilmente revocar pensaba
Una sentencia en que mi gloria cifro?
¿El honrado español por mí ha de verse
De esa insolente raza escarnecido?
Entregaré á Tarifa, enhorabuena.
Mas ¿puedo yo ceder bien que no es mio?
Tarifa es de mi rey, es del Estado;
Entréguela quien goce su dominio,
Y no el depositario de sus llaves.

(Con pausa.)

«*Llaves* he pronunciado, y al decirlo
No sé qué me presenta mi memoria.
Acuérdome que tuvo, allá en lo antiguo,
El ama de gobierno de mi casa,
Sin tanta obligacion, más heroismo.
Las llaves le pedí de la despensa
Cuando era yo travieso y era chico:
Me las has de entregar, le dije airado,
O he de quitar la vida á tu perrito.—
Primero fuí criada de tu casa
Que fuese ama del perro, y pues hoy mismo
Uno y otro no puedo ser á un tiempo,
El perro muera, la despensa libro.»

(Alegro, porque se me antoja; pero el señor Guzman volverá á reflexionar con igual lentitud, sin hacer caso del aire que llevare la orquesta, que podrá tocar, si quisiere, con instrumentos de tripa, esto es, de cuerdas de intestinos.)

¿No me expondrá mi hazaña generosa
A un arrepentimiento bien tardío?

(Cobrando espíritu, con instrumentos de aire, como cornetas, cornamusas y serpentones.)

¿Arrepentirme yo? ¿De qué? ¿De un hecho
Que, pregonado en los futuros siglos,
Honra será de mi nacion valiente,
Blason de mi linaje esclarecido? (2).

(1) Obsérvese la hermosa entonacion de estos versos, por más que acaban en una frialdad que hace reir. SAMANIEGO parece que, cansado de parodiar versos insulsos y desgarbados, quiso dar ejemplo á Iriarte de cómo debe versificarse en los asuntos heroicos, y se lo dió excelente en estos pocos renglones.

(2) Con motivo del prólogo que precede á la traduccion de *La Muerte de César*, hecha por don Mariano Luis de Urquijo, se pu-

Pues ¿de qué sirve un varonil denuedo,
Sino para domar estos precisos (1)
Afectos naturales?— Si se opone
El pecho á los aceros enemigos,
Es proeza que el ínfimo soldado
A cada paso emprende (2). El gran caudillo
Algo más ha de hacer si á gloria aspira;
Cuéstele el nombre de héroe sacrificios.
«Mas ¿cuáles serán éstos? El soldado
Que, de su fiel esposa y de sus hijos
Tiernamente abrazado, se separa,
Y corre presuroso y atrevido
A ofrecer sin ninguna recompensa
Por la patria su vida, único asilo
De sus míseros hijos y su esposa,
Si bien lo contemplamos, es lo mismo
Que la perra de presa, que abandona
Sus amados cachorros y en el circo
Intrépida se arroja al bravo toro,
Sin contemplar primero en el peligro;
Mas el valiente capitan que aspira,
Cuando sirve á su rey, al heroismo,
Primero de emprender una fazaña
Se apartará del militar bullicio;
Como quien hace exámen de conciencia,
Pesará en la balanza de su juicio
La suma de los males ó los bienes
Que le han de resultar de positivo
De seguir el honor ó la ignominia,
De ser hombre de bien ó ser un pillo;
Y de tan nobles dudas contrastado,
Su palpitante corazon invicto,
Ya se cierra, ya se abre, ya se oprime,
Ya se ensancha, ya, en fin, lo mismo mismo
Que la tímida oruga, que se arrolla
Y se hace una pelota cuando un niño
Por juguete la toca y queda inmóvil
Hasta que al fin, cesando su conflicto,
Ya respira, se mueve, desenrolla,
Y sigue lentamente su camino;
Así, ni más ni ménos, ya pasado
El golpe de sus dudas, el caudillo
A la difícil cumbre de la gloria
Vuela, como la oruga á su destino.
Esto es lo que ha de hacer si á gloria aspira;
Cuéstele el nombre de héroe sacrificios.»

(Toma aliento y prosigue.)

Pero doy que vivieras, hijo amado,
¿Cuál sería tu suerte? El ejercicio
De tu guerrero padre seguirias;
«Y sin más que imitar su ardiente brío,
En el campo de Marte ganaria
Eterna fama tu valor invicto;
Los fastos de la historia contarian
Tus heroicos hechos á los siglos.
Mas ¡ay! que los poetas son los diablos,
Y estarias expuesto al gran peligro
De que alguno te hiciese un soliloquio.
Pues no, mono del alma, no, querido,
Mejor es que te maten, que te maten.»
Resuelto está.

(Con afliccion.)

Mas ¡ay! mueres cautivo;
Mueres en tierna edad, solo, indefenso;
«Y sería mejor, más divertido,
Que murieses en bulla entre nosotros,
Que apetecemos espirar contigo.»
Basta, no me enternezcas.

(Una pausa.)

(Dejando el tono de afliccion y ternura, se recobra y prosigue con serenidad, como si tal cosa no hubiera pasado.)

¿Cuándo pude
Pronosticarle tan crüel destino?
Esperaba aprendiese con mi escuela
A ser un adalid, de cuyo brío
Se estremeciese el Africa; y España,
«Tan sólo con la voz de Guzmanillo,
Consiguiese que, en fuga vergonzosa,
El miserable enjambre berberisco
Se arrojase á las aguas procelosas,
Hasta dejar el golfo levantino
Como taza de leche, que la cubren,
Ahogados á millares, los mosquitos.
Mas, en fin, el mosquito verdadero
Tú lo fueras sin duda, si tú mismo
No tuvieras valor de decretarte
Tal muerte, ó no serías hijo mio;
No serías Guzman, que los Guzmanes
Ya nos cuenta la historia que *ab initio*
Se han chupado los dedos por matarse
Por su patria y su rey con heroismo;
Y si ha habido Guzman que así no sea,
Era un Guzman de farsa.»

(Con ternura.)

¡Caro hijo!
¿Y podrá ver tu padre desde el muro
Derramada tu sangre? ¿Tuya, digo?
¿La suya propia cual si fuera ajena?
¿Quién? ¿El?... ¿Podrá ver eso y consentirlo?

(Con resolucion y entereza, aumentando por grados la fuerza de la voz.)

Podrá, si es noble, si es pundonoroso,
Si arrestado, si fiel, si buen patricio.

(Aumentando más y más la voz.)

«No podrá, si es plebeyo, si es infame,
Si cobarde, si infiel, si mal patricio.

(Aumentando la voz todo cuanto permitan sus pulmones.)

Sí podrá... ¡no podrá! Pueda ó no pueda,
Morirá si lo matan.

(Con voz desalentada.)

Mas ¿qué digo?
Aun cuando no lo maten; que la muerte
De tal modo vendimia los racimos
De la viña del mundo, que no deja
Maduro, verde, grande ni chiquito.

blicó en Madrid un *Discorso confutativo*, en el cual se defiende contra Urquijo la ópera italiana, y se critican algunas de las nuevas obras dramáticas, y entre ellas, el *Guzman* de Iriarte. El autor del *Discorso* dice, citando estos versos: «Aquí no veo sino un ambicioso que sacrifica su hijo por la fama que dará á la nacion semejante sacrificio y por la gloria que reportará á su descendencia. Esto quiere decir que si uno de sus antecesores hubiese hecho otro tanto, nadie hubiera podido aguantar su orgullo, haciendo lo que el grajo, que se vistió de las plumas del pavon, y con ellas andaba muy ufano.» Tiene razon el autor; el sacrificio es demasiado terrible, para que pueda legitimarlo otra idea que la idea santa del deber; consentir en él por cualquiera otra ménos grande ó ménos pura, es cometer una atrocidad. Ademas, no es éste, por fortuna, el modo de proceder de la naturaleza; un padre que por deber se ve obligado á sacrificar un hijo, en el primer arranque de su cariño paternal maldice un deber que tan caro le cuesta, aunque se resigne á cumplirlo, y no se está gozando de antemano en el renombre que le dará tal hecho. Y ¿qué le importan al que pierde un hijo de una manera tan trágica, todos los laureles de la tierra? El autor de *Guzman el Bueno* no tenia hijos ni tenia calor en el alma. Los versos que añade SAMANIEGO, criticando este pasaje, estan muy en su lugar.

(1) ¡Qué poesía de estilo! Esto de *precisos*, *precision*; tengo una *precision*; aguardenme ustedes, que voy á una *precision*... me huele... ¿lo diré? A lugar comun. (*Nota del autor.*)

(2) Prosigue en su carga el autor del *Discorso*, mal avenido con el tono de superioridad y distincion que toma en estos versos. La accion de Guzman, continúa, fué heroica; pero en el soliloquio del señor Iriarte es bárbara y ambiciosa. No es éste el modo de inspirar la virtud y el amor á la patria; no es éste el modo de arrancar, si es posible, la ambicion de los pechos humanos, de recordar á los poderosos que los hombres, segun la naturaleza, todos son iguales; de mostrar que cada cual debe dar á conocer sus propios méritos y no hacer ostentacion de los de sus abuelos; y de persuadir qui la verdadera gloria de la patria sólo reside en la felicidad de sus miembros. Estas deben ser las principales miras del que emprende instruir al pueblo: sin ellas, poco me importa ver en el autor un profundo erudito y un elegante poeta, puesto que no veo un filósofo. Aquí no veo un héroe que, amando con afecto paterno al propio hijo, prefiera, sin embargo, su deber; que más que cualquier otro objeto, domine en su corazon la patria, y que siga el dicho de Metastasio:

La patria è un nume
A cui sacrificar tutto si deve.

Por el contrario, veo un orgulloso, un *fantástico*, que trastorna con su moral la mente y el corazon. De otra manera se presenta en la tragedia francesa Bruto, que tambien sacrificó sus hijos á la patria.

Pues si de todos modos vendimiado
Habrás de ser, ¿qué importa que el cuchillo...
Sí importa; que las uvas, vendimiadas
Cuando están en agraz, hacen un vino
Que no hay diablos... Detente, pensamiento;
Que no sé donde estoy ni lo que digo.»

(Adagio grave.)

Hereda un hijo timbres con la muerte
De un padre ilustre; aquí con la del hijo
Un padre los granjea. «¿En qué consiste
Tan portentoso sin igual prodigio?
El caso es intrincado; sin embargo,
O soy un gran camueso, ó dí en el hito.
En que muere aquí el hijo ántes que el padre,
Y no muere aquí el padre ántes que el hijo.
Muere un hijo en la horca, *verbi gratia*,
Como el padre del muerto quede vivo,
Hereda los honores del difunto;
Y *mutatis mutandis*, es lo mismo
Del padre al hijo que del hijo al padre;
A no ser que uno de ellos en pollino
Pasee por las calles algun mártes,
Pues quedando en tal caso los dos vivos,
Ambos disfrutan del honor que queda,
Sin que se lo disputen los nacidos.»
Y pues esto es así, ¿qué me detengo?
¿Qué nuevas persuasiones necesito?
¿Qué dudo? Cuando espíritu me falte,
«Me alentaré pensando que yo imito
Al brazo de Balaan, y que su burra
Es la imágen perfecta de mi hijo.
Este, tan inocente como aquélla,
El golpe sufrirá no merecido;
Lo sufrirá mejor, no hablará tanto
Como ella habló despues de recibirlo;
Pero detente, lengua... no profanes...
Por imitar... (1). Ya basta, que es delito.
Ea, acabemos pues; y...»

(Suena dentro á lo léjos una trompeta; óyela Guzman sorprendido, y despues de una breve pausa continúa.)

¿Qué escucho?

(Otra corta pausa.)

¿Con que llegó el momento decisivo?

(Perturbado.)

No hay duda; esa trompeta que á lo léjos
Resuena...

(Casi convulso y manifestando en sus gestos y acciones que tiene la imaginacion más exaltada que hasta aquí.)

Esa llamada es un aviso.

(Muy apresuradamente.)

Nuevo mensaje... «de que sale un toro
Valiente, agarrochado y atrevido,
A decidir mis dudas con sus astas,
Por mandado tal vez de algun maligno,
Que atisbando esta escena, le parece
Que no ha de tener fin tan gran delirio»;
Pero si tal sucede...

(Con valor.)

«Mi pañuelo,
Mi arrojo, mi destreza con mis bríos
Se burlarán de la sañuda fiera.»

Vuelve á sonar la trompeta, y Guzman, espantado, hace un movimiento violento como involuntario, y mirando á todas partes ménos á los escalones.)

Otro recuerdo, ¡cielos! Confundido
En mis tardos discursos, no advertia
«Que estoy sin talanquera, sin asilo
Para salvar mi vida; si me aprieta
El toro en su carrera, no hay arbitrio;
Si furioso acomete, y yo, sereno,
Con una y otra suerte no le rindo,
Me llevará en sus astas por el campo
El feroz animal al enemigo,
Así como en la punta de la lanza
El soldado presenta á su caudillo
La cabeza del bravo sarraceno;
Y entónces, ¡ay dolor! ¿qué es lo que digo?
¿En la punta de un cuerno, por juguete,
Han de ver á Guzman los berberiscos?»

(Adagio con sordinas, y el teatro casi á oscuras. Guzman, lleno de terror, en voz baja y misteriosa, mirando á todos lados, continúa despacio.)

Las sombras de la noche se apresuran;
El sol ya en el ocaso... No hay arbitrio.
«Las gallinas se acuestan, y los gatos
Todos van á ser pardos. De sus nidos
Las lechuzas saldrán, y de los templos
Apagarán las lámparas... Los chicos,
En camisa, de pié sobre sus camas,
El aire azotarán con los vestidos
Por matar al murciélago que vuela
Dentro del aposento.»— Mas si el hijo
Entrego, de pesar muero igualmente,
Aunque con honra. ¡Sarraceno inicuo.
Si acaso á tu barbarie faltan armas,
La mia te las da (2), porque me indigno
De que mi sangre tiña y ennoblezca
Aceros viles.

(Desenvaina prontamente el cuchillo.)

Éste que yo ciño,
Enseñado á vencer, sea instrumento
De mi mayor victoria.

(Da algunos pasos hácia un lado del foro, y grita, haciendo seña con un pañuelo, de modo que ni le oigan ni le vean, por no dar lugar á que venga alguno y se pierda la unipersonalidad.)

¡Ah de los mios!
Corresponded á la señal del campo
Marroquí.

(Despues de un rato de silencio, suena un clarin tan cercano, que se conozca lo tocan dentro del castillo, precediendo á esta llamada, un redoble de atabales. Guzman corre mirando atras, trepa por los escalones, y cuando se contempla seguro dice:)

Firme estoy en mi designio.

(Con un súbito rapto de furia.)

Y ¿por qué, despechado, no convierto
Este hierro fatal contra mí mismo?
Terminarán mis ánsias.

(Dejando caer de la mano el cuchillo.)

¿Qué pronuncio?
Absurda sugestion... ¡Yo desvario!
Recurso de almas débiles. ¿Adónde
Me arrebata el furioso torbellino
De mis pasiones? «Mas ¿acaso tengo
Pasiones yo? Podré... podré decirlo,
Mas nadie lo creerá. Sobreviviendo
Al toro que yo mate, califico
Más bien mi intrepidez.» ¿Qué meditaba?
Un crímen más infame que el que evito (3).

(Recoge el cuchillo.)

Vamos; me sobra aliento... subo al muro.

(Miéntras se toca una marcha, continúa Guzman en subir los escalones del muro, y mirando desde lo alto, como á descubrir el toril, que se supone haber á poca distancia del muro, clama en tono fanfarron.)

Acércate y atiende: «Clarincillo,
Y seas quien quisieres», tu amenaza

(1) Lo de la burra de Balaan y esta frase no están puestos á numo de pajas. En este pasaje compara Guzman el sacrificio que hace con el de Abraham y el de Dios, que entregó su Unigenito por los pecadores. Realmente en el monólogo de Guzman no era del caso tanta erudicion escrituraria, y Samaniego, con su natural malicia, la sustituyó por la historia de la burra de Balaan. El autor italiano del *Discorso* critica esta inconsiderada confusion de lo sagrado con lo profano, que dice le sorprendió en el señor Iriarte.

(2) ¿Mi barbarie? No es esto lo que debió decir Guzman al arrojar el cuchillo. (*Nota del autor.*)

(3) ¿En qué quedamos, amigo Guzman? ¿es crimen dar un hijo por la patria? Pues entónces á entregar la plaza; puesto que con matarse no se evita que los moros maten al hijo, si les tiene cuenta. (*Nota del autor.*)

No rendirá mi esfuerzo ni mis bríos;
«Voy á dar ocasion en que desfogue
Su brutal furia tu animal bravío.»
Asómbrete mi accion, de ella colige
Si es cobarde Guzman, y si has creido
Que intimidarle era posible, pierde
Toda esperanza ya. «Echa, maligno,
Echa de ese toril, sin más tardanza,
El feroz animal, el más temido
De valiente andaluz»; y porque veas
Que nada en mi defensa necesito,
Y temas mi valor, toma en respuesta
«El estoque y pañuelo que te tiro.»

(Arroja el pañuelo y el estoque del muro al campo; luégo, al són de un adagio lento, baja algunos escalones, desalentado, con muestras de horror, y sin osar pasar más adelante, prosigue, desde una altura conveniente á su seguridad, variando de tonos, segun los diferentes grados de miedo ó de valor que le ocasione su locura y expresadas los versos.)

Echada está la suerte... ¡Ahora tiemblo!
¡Con razon, aunque tarde, me horrorizo!
¡Cómo! un pavor... (no lo creyera) un pasmo...
¡No soy dueño de mí!... ¿quién me da auxilio?

(Cobrando aliento.)

¿Tanto vigor, y ahora tal flaqueza?
¿Me pesa de mi arresto? No; le admiro (1),
Lo apruebo, y muy de véras. «Soy torero;
No digo bien, lo fuí; que desde niño
Todo español que con su sangre cumpla,
Ha de ser con los toros atrevido.
Pero ¿qué impulso es éste que me lleva
Hácia el muro? Tal vez estará listo
Para salir el arrogante toro.»
No sosiego hasta verle; yo me animo.
Apúrese el veneno.

(Vuelve á subir las gradas que bajó, entre tanto que la orquesta toca un *largo* muy triste con sordinas y flautas; desde allí, con los más expresivos indicios de miedo, observa lo que pasa en el toril. Baja algunos escalones atónito, y cubriéndose los ojos con ambas manos, déjase caer en uno de ellos, como postrado de la congoja, y con voz angustiada y palabras interrumpidas dice, acompañándose de la música:)

«¡Atroz brutazo!»
¡Curiosidad funesta! ¡Ay! ¿Qué he visto?
«¡Qué montaña de carne! ¡Qué fiereza!
¡Qué frente tan rizada! ¡Qué bufidos!
¡Cómo escarba la tierra! ¡Qué lomazos!
¡Qué ojos de Satanás! ¡Qué cerviguillo!
¡Qué par de horribles cuernos aguzados!
Yo los vi; sí, señores, ¿y áun respiro?
Esto ya no es vivir, Guzman cobarde,
Que tan de lleno el miedo te ha cogido;
Pide á nuestros dramáticos poetas
Que aspiren á ser gente de juïcio;
No imiten Pigmaleones ni Guzmanes;
Que al que charlaba á solas en lo antiguo,
Luégo que llegó el diálogo á la escena,
Lo arrojó del teatro, corregido.

(Con acento y ademanes de desmayo.)

Y que (la voz me falta) ¡oh teatro! ¡oh teatro!
Cedo al dolor de ver tus autorcillos.»

(Cae el telon.)

(1) Hé aquí estos períodos en el soliloquio de Iriarte:

«¿Me pesa de mi arresto? No; le admiro,
Le apruebo, y muy de véras... mas ¡soy padre!
(No he dicho bien; lo fuí); ¿por qué reprimo
El justo llanto? Con la sangre cumpla
Mi amor; que con la patria ya he cumplido.»

Ocasion era ésta de admirar él mismo lo bien que habia cumplido. Tenia razon el Confutator en decir que el Guzman de Iriarte era un fanfarron, que sacrificaba su hijo á la vanidad.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

Distinguióse el último tercio del siglo próximo pasado por el notable movimiento literario que se desarrolló, no sólo en la capital de la monarquía, sino tambien en otros puntos del reino, figurando entre ellos en primera línea la ilustre ciudad de Salamanca; que si es cierto que sus sabios no brillaban en los consejos de Europa, por haber descendido España del elevado rango que alcanzó en tiempos mejores, cuando era árbitra de los destinos del mundo, no lo es ménos que desde los últimos albores del siglo de oro de nuestra literatura, nunca hasta entónces habian resonado en las riberas del Tórmes acentos tan dignos del Parnaso castellano, y que recordaban sus dias más venturosos. Huella profundísima ha dejado en la historia literaria del siglo XVIII la célebre escuela poética salmantina, de la que fué fundador el coronel don José Cadalso, muerto gloriosamente en Gibraltar, y memorable, más que por el valor de sus escritos, por ser docto y feliz maestro de Melendez Valdés, que á su vez lo fué del grandilocuente Quintana y del elegante y castizo Gallego, principal ornamento los tres de su escuela, y á cuyo lado figuran, entre otros, aunque con diferentes merecimientos, fray Diego Gonzalez, don Nicasio Alvarez de Cienfuegos y DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, objeto de este artículo.

Pocas líneas consagró á su biografía el primer editor de sus obras; y esta sensible brevedad ha motivado que hasta hoy no se haya sabido con seguridad más que el lugar de su naturaleza y la fecha de su muerte, pues tambien se ha incurrido en error en la que se fijó el año de su nacimiento. Pero entre el riquísimo caudal de noticias y documentos inéditos que para escribir la historia de Salamanca reunió con admirable constancia el escribano DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, hermano mayor del poeta, hemos tenido la fortuna de hallar unas ligeras pero estimables noticias biográficas, escritas por el mismo diligentísimo compilador, que en tan ventajosa situacion se encontraba para darlas verídicas. Ellas nos han servido de guía para hallar las partidas de bautismo y defuncion de nuestro autor, como asimismo su testamento. Con tan fehacientes testimonios é irrecusables noticias, y las que nos suministren las mismas obras del moderno Marcial, trazarémos una breve reseña de su corta y no agitada existencia.

Nació DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA en Salamanca, el juéves 31 de Octubre de 1748, y el 17 de Noviembre fué bautizado en San Martin, por su párroco don José Rodrigo Tesso; siendo su padrino su tio segundo don José Alonso. Fueron sus padres José Iglesias Barrántes, natural de la parroquia de Santa María de la ciudad de Trujillo, y Teresa de la Casa, de la parroquia de San Julian y Santa Basilisa, de Salamanca; «ambos de noble linaje, aunque la pobreza les constituyó en estado humilde», como dice el hermano del poeta (1).

Segun el mismo, estudió su ilustre hermano «humanidades y teología en esta universidad, y se distinguió entre los profesores de su tiempo, que admiraban su raro y peregrino ingenio. Dedicóse á la poesía, y fué muy versado en las letras sagradas, en que hizo profundo estudio. Al mismo tiempo fué diestro músico, tuvo mucha invencion en el dibujo, y fué buen escultor en

(1) Fueron sus abuelos paternos Francisco Iglesias, natural de Montehermoso, obispado de Coria, y María de Rivas, de la villa de Zarzaquemada, del mismo obispado; y sus abuelos maternos, Blas de la Casa, de la villa de Frias, en las montañas, y Antonia Alonso, natural de la parroquia de San Julian y Santa Basilisa de Salamanca. (Véase el libro de bautizados de la parroquia de San Martin, fólio 44, que principia el 1.º de Marzo de 1744 y concluye el 30 de Mayo de 1784.)

plata, como lo demuestran várias obras que hizo, y entre ellas una pieza de la creacion del mundo y pasajes principales de la Escritura, que consta de setenta y dos figuras de medio relieve y existe en poder del autor. En el año de 1783 se ordenó en Madrid de presbítero, y conociendo su mérito don Felipe Bertran, obispo de Salamanca, inquisidor general, le dió el beneficio de Larodrigo y Carabias, y despues el de Carbajosa y Santa Marta; cuyas iglesias rigió como buen párroco, expendiendo con liberalidad la mayor parte de las rentas en alivio de sus feligreses. Las contínuas enfermedades que padeció, ocasionadas del demasiado estudio, y su temprana muerte, privaron al público de muchas buenas producciones que se esperaban de su aplicacion y talento.» A esto se reducen las noticias del poeta, escritas por su hermano. Deducimos de ellas que su instruccion no fué tan escasa como supone Quintana (*Poesías selectas*, pág. 420; París, 1838). *Ingenioso é instruido*, le llama don Antonio Alcalá Galiano, en la leccion XXII de su *Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana*, pág. 381; Madrid, 1845; y Ticknor, en la *Historia de la literatura española*, pág. 93, tít. IV, Madrid, 1857, dice que recibió su educacion bajo los más favorables auspicios.

Contínuas fueron, como hemos visto, sus enfermedades, y ya le aquejaba la que acortó prematuramente su vida, cuando, pocos meses ántes de su muerte, publicó el poema de *La Teología*, en cuyo prólogo disculpa el escaso mérito de la obra, «ya porque su talento no es de los más grandes, ya por lo poco que le favorece *su incómoda situacion.*» El editor salmantino dice que su última enfermedad fué larga y penosa, pero sin que nunca alterase la serenidad de su ánimo. No hallándose todavía en cama, otorgó su testamento, el 19 de Agosto de 1791, ante Felipe Santiago Bartolomé, y el 26 del mismo mes murió, á los cuarenta y dos años y nueve meses de edad, en casa de su hermano don José. El mismo dia fué enterrado en San Martin, segun él habia dispuesto, con el hábito de Nuestra Señora del Cármen, de cuya venerable órden tercera fué hermano profeso. Cuando acaeció su muerte era párroco de Carbajosa de la Sagrada, aldea á una legua escasa de Salamanca. Nombró por sus herederos á sus hermanos don José, doña Rita y doña Juana, mujer aquélla del librero don Francisco Tojar, y ésta del doctor don José Pando y Huelga, el cual casó despues en segundas nupcias con una dama de elevada cuna. Legó á éste las obras que eligiese de entre sus libros, y á Tojar *unos manuscritos de diversos asuntos*, de que, segun dice, ya estaba enterado; que indudablemente serian los de las poesías, cuya primera edicion hizo en 1793, y repitió, considerablemente aumentada, en 1798. Y á su hermano don José le legó *varios documentos de devocion, que él sabía*, como expresa el testador; cuyos manuscritos, segun hemos oido, muerto que hubo el legatario, dió ó vendió, entre otros papeles, su sucesor, á un confitero. Ignoramos si así fué; lo que sí es cierto, que de los referidos manuscritos hoy no tenemos noticia. Pérdida sensible, pues tal vez contendrian algunas obras originales del autor. De entre estos manuscritos debieron tomarse los *Himnos*, sacados del *Rezo eclesiástico inédito* de IGLESIAS. Fueron publicados en el *Semanario de Salamanca*, en los números correspondientes al 24 de Diciembre de 1795, al de igual fecha de 1796 y al del 22 de Abril de 1797. Ignoramos si en dicho periódico se publicaron más, por hallarse incompleta la coleccion del *Semanario* que hemos visto.

¿Fué el padre de IGLESIAS artífice platero, como el de su célebre paisano el músico Doyagüe? Así lo creemos, no sólo porque la fortuna le constituyó en estado inferior á su noble linaje, sino tambien por la destreza que en tal arte alcanzó su hijo, superior á la que suele lograr un simple aficionado, y que acaso adquiriria al lado de su padre. ¿Y quién sabe si IGLESIAS ejerceria esta profesion hasta los treinta y cinco años, época en que recibió las sagradas órdenes? Nosotros creemos que no tuvo carrera literaria con que poder atender á su subsistencia, pues aunque, segun nos dice su hermano, estudió teología, no indica que recibiese en dicha facultad grado alguno; y él, en el poema de *La Teología*, sólo se titula *presbítero*, y en el de *La Niñez laureada*, que publicó cinco años ántes que el anterior, se denomina *teólogo*, *presbítero*, y natural parece que si hubiese tenido algun grado académico en teología, lo expresase así. En el testamento no se le dan otros títulos que el de *presbítero, beneficiado, cura rector de Carbajosa de la Sagrada*; conjeturas más ó ménos fundadas, y á las que cada cual puede dar el valor que juzgue conveniente.

La casa en que falleció IGLESIAS se halla situada en la Plaza Mayor de Salamanca, señalada hoy con el número 19, y hace esquina al arco llamado del Toril; su puerta accesoria da salida á la plazuela de la Lonja, que ahora se denomina plazuela del poeta IGLESIAS DE LA CASA. Justo aunque modesto homenaje rendido á su memoria.

No conservamos noticia que durante su vida publicase más obras que los dos poemas mencionados, no incluidos nunca en la coleccion de sus poesías; reducido el de *La Niñez laureada* (1) á un solo canto en loor del salmantino don Juan Picornell y Obispo, que á la edad de tres años seis meses y veinte y cuatro dias fué examinado públicamente por los doctores y maestros de la universidad de Salamanca, en una de sus aulas, el dia 3 de Abril de 1785. Suceso tan extraordinario entusiasmó al *humilde cisne del Tórmes*, que escribió el poema en el mes que se verificó el exámen, como él mismo dice en la estrofa siguiente:

Ántes que el rubio sol con rayos de oro
En este mismo Abril abra las flores,
Bañando de fecundos resplandores
Los bellos cuernos del celeste toro;
En su laud sonoro
Saldrá á la márgen de su patrio Tórmes,
Con acentos conformes
Su humilde cisne, que en ligera pluma
Hará de tus prodigios grata suma.

Hácese en el poema la descripcion del exámen, y está escrito con la correccion y pureza de lenguaje que eran habituales al autor; siendo, bajo otros conceptos, escaso su valor literario, como sucede al de *La Teología* (2), que compuso *por divertir unos ocios que tal vez no podria evitar de otra manera.* Consta de ocho discursos y uno de introduccion; pensaba escribir una segunda parte, pero no pudo realizarlo por su temprana muerte. Es, si cabe, inferior al de *La Niñez laureada;* pues Iglesias generalmente es trivial y desmayado en las poesías sérias, en las que carece de elevacion y brío, como en sus églogas y romances, que, sobre ser monótonos, por no ofrecer novedad alguna, no hay en ellos cualidad que los haga estimables; llegando al colmo de la trivialidad sus canciones *Á la Soledad* y *Á la Vanidad terrena.*

Se ha dicho que Iglesias abandonó el género satírico desde que se ordenó de presbítero, ó sea durante los últimos siete años de su vida; así lo creemos, porque en este espacio de tiempo fué cuando publicó los poemas mencionados, y porque de sus mismas poesías se infiere que era muy jóven cuando escribia aquellos epigramas y letrillas en que habia de estribar su renombre literario. ¡Tan cierto es que las flores más espontáneas son las que en el Parnaso ostentan más lozanía! En comprobacion de los pocos años que tenía cuando escribió várias de sus producciones, copiarémos los siguientes versos:

Cuando yo canto mis sales,
Muchacho ágil me resuelvo.
(Epig. lxxvi.)

Óigame, que empiezo,
¡Hola! ¿con quién hablo?
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
(Let. i, satíricas.)

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
(Let. x, satír.)

Cúlpanme varios censores
Que *un muchacho* no es bien cante
En estilo mordicante
Ni acentos murmuradores...
(Let. xxiii, satír.)

Ticknor, en el lugar arriba citado, dice que indignado Iglesias de la inmoralidad de su ciudad natal, se entregó á la sátira; afirmacion completamente gratuita, que nada hemos hallado que la justifique; por el contrario, hemos visto un minucioso extracto, que abraza casi todo el siglo próximo pasado, de las relaciones manuscritas de Peñas y Nuñez, en que dia por dia se apuntan los sucesos de nuestra ciudad, y áun muchos puramente privados; y aunque hallamos, sí, la variada trama de acontecimientos que constituyen la vida de un pueblo, no encontramos esa supuesta inmoralidad de que habla sin fundamento alguno el escritor anglo-americano. Parécenos que Iglesias no hizo más que seguir la índole de su ingenio, y que el alcance de su sátira no se li-

(1) Imprimióse, con las licencias necesarias, en Salamanca, año de 1785, en la oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero, precedido de un prólogo, y al fin con una curiosa nota biográfica del admirable niño, que en los dias 7 y 11 de Marzo de 1787 volvió á sufrir otro exámen, cuyo programa poseemos.

(2) Consta de un tomo en 8.°, de 175 páginas; se imprimió por don Francisco Tojar, en Salamanca, año de 1790.

mitaba al estrecho recinto de su ciudad natal, como se patentiza con la lectura de algunos pasajes de sus letrillas:

Siglo friolera,
Vi en atisbo ocioso;
Érase que se era
Un cuento gracioso.
(LET. IV, SATÍR.)

Este *siglo* es pasmo
De virtud extraña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
(LET. VI, SATÍR.)

¡Qué enfermo y malo
Que se halla *el mundo!*
Quien no lo crea
Tómele el pulso.
(LET. IX, SATÍR.)

Una bola es este *mundo*,
Que harta está de mal rodar
Y los dos hemos de andar
A túndame que te tundo.
(LET. XXV, SATÍR.)

Yo quiero que sepa *el mundo*
Quién soy, y se desengañe;
Que el que las sabe las tañe.
(LET. XXVIII, SATÍR.)

Diz que de este *inferior globo*
La máquina está trocada;
No sé nada.
(LET. XXXI, SATÍR.)

Quintana, en el artículo cuarto de su *Introduccion á la poesía castellana del siglo* XVIII, hablando de IGLESIAS, dice en una nota: «Entre la confusion de papeles que dejó al morir, se encontraron centones de versos de diferentes poetas antiguos, unas veces descompuestos, otras literales, pero siempre combinados de manera que formasen un todo regular. De esta clase son algunas de sus odas, y la mayor parte de las villanescas de sus églogas y de sus idilios. Las principales fuentes donde bebia para este trabajo eran Balbuena y Quevedo. Ignórase el uso que pensaba hacer en adelante de estos estudios, y sus editores los publicaron conforme vinieron á sus manos. Lo más particular es, que en ellos lo raro y extraño de la ejecucion no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo, ni á la gracia de las letrillas, ni al fuego y expresion melancólica de la oda y de los idilios.» Lo que prueba, no sólo el completo dominio que tenía de la lengua castellana, sino una prodigiosa facilidad para versificar. En las odas *Al Dia* y *A la Noche*, y en el idilio *Al Desfallecimiento*, se hallan algunos versos de Balbuena, tomados de *El Bernardo*, copioso aunque informe tesoro de poesía.

Como escritor epigramático, DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA no tiene rival en nuestra lengua, y hechiza, no sólo por lo agudo del pensamiento, sino por la inimitable facilidad y soltura en la expresion; cualidades que tambien resaltan en las letrillas satíricas, donde cada estrofa es un epigrama. Quintana le reconoce para estos géneros un mérito eminente, que no cede sino á Quevedo, de quien dice que, si no tiene el raudal y la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto y las extravagancias. Es cierto que tambien carece de la acerba profundidad de Quevedo y la generosa abundancia de Góngora; pero no por eso deja de ser en ocasiones abundante y profundo. Profundísimo se manifiesta en el epigrama XX, cuyo último verso ha pasado á proverbio; verso admirable y que equivale á todo un poema, pues bajo aquél, al parecer chistoso y ligero pensamiento, se encierra la más profunda filosofía. ¡Quién, al leer aquella exclamacion final, no recuerda algunas de sus ilusiones más halagüeñas, desvanecidas al descender de las regiones del espíritu al mundo material que nos rodea! Hay poetas á quienes el dolor arranca carcajadas en lugar de gemidos, y nosotros, cuando leemos algun escrito satírico, á traves de su sonrisa, siempre creemos ver la huella de acerbísimos dolores. ¡Quién olvida á Quevedo y á Larra! Pero si fácil y festivo se muestra IGLESIAS en los epigramas y letrillas, es apasionado y melancólico en los idilios, en los que agrada hasta aquel amable abandono en la versificacion. ¿Y á quién no enamora la cándida malicia de las villanescas? ¿Quién no se encanta con la vivacidad y galano donaire de *La rosa de Abril*, *La salida de Amarílis*, y la hechicera entonacion de la anacreóntica VIII, digna del lírico de Teyo?

Ademas de las ediciones de Salamanca, se han hecho otras muchas de las poesías de nuestro autor; siendo las más conocidas las de Barcelona, de 1820 y 1837; la de Paris, de 1821; y la de Madrid, de 1840, en cuatro tomos en 16.°; en el último tomo de ésta se publicó un entremes titulado *El Pleito del cuerno*, que no creemos escribiese IGLESIAS, y ademas unos epigramas tomados del *Semanario pintoresco*, que á todas luces parecen de nuestro autor, como asimismo las demas poesías incluidas en el tomo IV, y que ya lo habian sido en la edicion de Salamanca de 1798. Por apócrifas las tienen Ticknor ó sus anotadores; nosotros creemos lo contrario, pues para conven-

cerse de su autenticidad, no se necesita un detenido exámen; tan grande es su semejanza con las reconocidas como de IGLESIAS, que basta leer, por ejemplo, el melancólico idilio primero del apéndice, para que se agolpen á nuestra memoria los de los tomos anteriores. Atendiendo, ademas, á que Tojar fué el editor de este apéndice, como tambien de otras poesías con que aumentó la segunda edicion, queda completamente justificada su autenticidad. En esta edicion manifestó que las traducciones de Horacio y otra de Safo no eran de IGLESIAS, á quien se atribuyeron por haber sido halladas entre sus papeles. Confesamos que sería grande nuestra sorpresa si algun dia se descubriese el verdadero autor de las poesías del apéndice, en cuyo caso no vacilariamos un solo instante en considerarlas como la mejor imitacion que existe en castellano. Que estas poesías no se incluyesen en la edicion príncipe, nada tiene de extraño, no sólo porque no llegarian á manos del editor todas las que circularon manuscritas en vida de IGLESIAS, sino porque tales omisiones casi siempre son inevitables en ediciones póstumas.

No habiendo publicado IGLESIAS, durante su vida, ninguna poesía satírica, se libró de los inconvenientes que por lo regular ocasiona este género de escritos; pero no se libró, en verdad, de que la edicion de 1798 fuese prohibida por la Inquisicion en el índice expurgatorio de 1805. Don Bartolomé Gallardo defendió en un folleto el libro prohibido; pero las especiales circunstancias del defensor, y lo violento de la defensa, fueron más bien perjudiciales que provechosas (1). Nosotros hemos oido, y lo reproducimos por lo que valer pueda, que la prohibicion fué originada por un émulo de IGLESIAS, al que, si odió vivo, no perdonó muerto; ofendiéndole tal vez la gloria y popularidad que alcanzaban sus escritos. Tan cierto es que la envidia siempre sigue al genio, como la sombra al cuerpo.

Para completar cuantas noticias hemos podido adquirir acerca de IGLESIAS y sus obras, tenemos una verdadera satisfaccion en anunciar que el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, individuo de la Real Academia Española, va á publicar las poesías del escritor salmantino, con las de los poetas del siglo XVIII, en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, glorioso monumento que el señor don Manuel Rivadeneyra levanta con plausible perseverancia á la literatura nacional.

Salamanca, 1862. MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

ADICION Á LA ANTERIOR NOTICIA BIOGRAFICA.

En la biografía de DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA hicimos mencion de un folleto publicado por don Francisco de Tojar, en defensa de las poesías póstumas de nuestro autor; vanas fueron nuestras diligencias para hacernos con el referido escrito, pero hoy podemos dar circunstanciadas noticias de él, gracias á la franca galantería de nuestro distinguido amigo y colaborador, doctor don Ramon Losada, pariente del poeta, que nos ha facilitado un ejemplar que perteneció al presbítero don Arcadio Iglesias, sobrino del escritor objeto de nuestras investigaciones. Titúlase el mencionado folleto: *Memoria en defensa de las poesías póstumas de* DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, *presbítero; dirigido al Santo Tribunal de Valladolid, por don Francisco de Tojar.* Año de 1805. Está impreso por él mismo, con las licencias necesarias, y consta de veinte y una hojas en fólio menor. Tojar comienza manifestando que el 24 de Mayo del expresado año se le notificó por el señor Lectoral de esta Iglesia de Salamanca, de órden del Santo Tribunal de Valladolid, suspendiese la tercera edicion, que anunciaba en el prólogo de la segunda, de las poesías de IGLESIAS, y se le preguntaba quién era el dueño y editor de ellas. Por esta causa, Tojar presentó el escrito con que comienza el folleto, manifestando ser él el dueño y editor de las poesías, y pidiendo al mismo tiempo al Tribunal la aprobacion para publicarlas con las correcciones que éste hiciese, y expresó que no habia dado principio á la nueva edicion, por estar solicitando en el Supremo Consejo de Castilla el privilegio exclusivo para que otros no las pudiesen reimprimir, como lo habian intentado. En vista de este escrito, fechado el 31 de Mayo de 1805, fué llamado Tojar el 17 de

(1) Un amigo nuestro recuerda haber visto en Zaragoza un folleto de más de cien páginas en fólio, publicado por Tojar, en defensa de la segunda edicion. Por esta ú otras causas la prohibicion parece que fué levantada. Si así sucedió, no creemos que este folleto sea el que escribió Gallardo, el cual fué rigurosamente prohibido.

Julio por el señor Lectoral, para decirle, de órden del Tribunal, que éste habia tenido á bien darle vista de las tres censuras que se habian hecho de las poesías de IGLESIAS. La última de ellas está fechada en Madrid, á 28 de Abril de 1802; las otras carecen de esta circunstancia, y en todas se halla omitida la firma del respectivo censor, sin que ninguna se distinga por lo atinado de la crítica, patentizándose en ellas ser sus autores ajenos ó completamente extraños á los estudios literarios, por más que sólo les incumbiese considerarlas bajo el aspecto moral. Harémos un brevísimo extracto de las tres.

En la primera, despues de decir el censor que *ha leido* y *releido* las poesías de *don Pedro* IGLESIAS DE LA CASA, las calificó de torpes y obscenas, no sólo las satíricas, sino áun las puramente amatorias, hallando en ellas, ademas de estas faltas, la de gentilismo, por sus alusiones mitológicas, y á unas las llama lascivas, á otras vinosas, y venenosas á todas; y concluye citando dos reglas de Natal Alejandro, y *algo de lo mucho que trae en su confirmacion* (lib. IV, *Theolog. dogmatica*, cap. VIII, art. 2.º). El segundo censor dice que no halla en ellas ninguna proposicion contra los dogmas de nuestra sagrada religion, pero sí contra las buenas costumbres; y que, podria volverse á imprimir entresacando todo lo que se halle en este caso; por lo que juzga la obra comprendida en las reglas 7.ª y 16.ª del *Expurgatorio*. Finalmente, el tercer censor concede que es lícito tratar materias de amor (el primero las tiene por obscenas), pero no como lo hace IGLESIAS, quien deja á otro la gloria de versificar sobre otros asuntos, puesto que él *es muerto por cantar los chistes de sus muchachas*; y en otras poesías dice que *se deja ver claramente que el autor tiene entre cejas* ciertas personas, ciertos cuerpos, ciertos estados, sobre los que descarga su saña. Por estas causas, y atendida la índole de la obra, la considera harto peligrosa.

A esto principálmente se reducen las censuras, y no deja de fij r nuestra atencion que el autor de la primera llame á IGLESIAS *don Pedro*, despues de haberle *leido* y *releido*. ¿Sería tal vez quien promoviese este asunto, y para evitar toda nota de parcialidad equivocase exprofeso el nombre, queriendo dar á entender con ello que no le movia pasion alguna personal al trazar la acerba censura que hizo de las poesías de un autor que le era completamente desconocido, puesto que así confundia su nombre? Cualquiera que lea original la primera censura, se convencerá de la pasion que mueve la pluma de su autor. Por otra parte, causa verdadera sorpresa que el Tribunal dejára pasar sin oponer obstáculo alguno la primera edicion de 1795, que contenia casi todas las poesías satíricas, pues apénas hay nada aumentado de este género en la segunda edicion de 1798, que fué agotada ántes de que nada se advirtiese al editor, esto es, durante cinco años, ó sea hasta 1803, en que se le mandó suspender la tercera edicion, anunciada en la segunda. ¿Cómo se dejó pasar tanto tiempo entre el anuncio y la órden de suspension de un libro que, á juzgar por la censura, era tan pernicioso? Se nos dirá que, de haber suscitado la prohibicion un émulo de IGLESIAS, no hubiera dejado pasar tantos años; pero ¿quién nos asegura que durante ese tiempo no trabajase para conseguirlo, aunque sin resultado alguno por entónces?

A los escritos de censura sigue el de defensa, con que termina el folleto, y del que copiamos los siguientes párrafos:

«No están de acuerdo los censores en calificar las *poesías póstumas* del presbítero IGLESIAS. Para el uno, no solamente hay en todas ellas torpeza, lascivia y obscenidad, sino tambien en el primer tomo cosas contra la fe; el otro confiesa claramente que nada ha encontrado en ellas que se oponga á los dogmas de nuestra sagrada religion; y el tercero limita su censura al segundo tomo, que contiene las poesías del género epigramático.

»En defensa del autor, nos harémos cargo de todos los reparos propuestos por los censores, satisfaciendo á cada uno de ellos con el órden y claridad posible, y perdonando aquellas injurias y ultrajes hechos á la buena memoria del difunto IGLESIAS, pues conocemos que no los ha producido la malicia, sino el celo de la religion, aunque falso é indiscreto.

»Convengamos en que las *poesías póstumas* no son un libro de oracion y meditacion, ni del órden de las que compuso despues. Pero, aunque sería lo mejor tener al hombre siempre ocupado en la contemplacion de objetos santos, no lo permite la condicion humana, ni esta sola es bastante causa para prohibir los libros que tratan de otros asuntos. Tampoco basta que un libro contenga materias que se tienen por jocosas y picantes; que hable, por ejemplo, de la pasion del amor, de los celos, de la paciencia de los maridos, etc. Es necesario que enseñe, que dogmatice. Por esta razon se han prohibido tantas comedias y novelas en que se ve un sistema ordenado y seguido, donde se aprende el vicio por principios; y por la misma razon se permiten

ó toleran muchos libros de agradable pasatiempo, especialmente de poesía, en que nada malo se enseña, en que el ánimo del autor no es dogmatizar, y en que, sin embargo, se encuentra alguna expresion poco decente, pero que no deja impresion alguna despues de su lectura. Y hé aquí tambien la razon por que el Santo Concilio de Trento, como consta en la regla 7.ª del *Expurgatorio*, citado en las censuras, prohibe solamente aquellos libros en que de *propósito* se cuentan, tratan y enseñan materias lascivas y obscenas.

» Sobre todo, están muy léjos de incurrir en semejante censura las obras y tratados que pintan las pasiones y el vicio con los colores más negros, que exponen sus fatales consecuencias, y en una palabra, en que el autor se propone el fin moral de corregir satirizando.

» En esta inteligencia, no hizo IGLESIAS más que usar, y con no poca parsimonia, del privilegio que tiene la *sátira*, no sólo de retratar al vivo los abusos, resabios y extravagancias de los hombres, sino de cargar tambien la mano en la pintura del vicio para que resalte su fealdad. Ridiculizar, éste es el principal objeto de la *sátira;* para ello no usa de otras armas que la fina ironía, las burlas y donaires, y en los casos extremos la invectiva eficaz y acre, segun que convenga dibujar el vicio, más como odioso que como ridículo. Los principios de este ramo utilísimo de poesía estriban en el íntimo conocimiento del corazon humano.»

Despues de manifestar que el género satírico ha sido cultivado siempre, pasa á justificar el decoro y parsimonia que brilla en IGLESIAS, y dice que todos ó la mayor parte de los poetas satíricos castellanos que le han precedido, han usado mucha más desenvoltura y libertad que él; y para comprobarlo copia versos del Arcipreste de Hita, de Quevedo, Góngora, Argensola y los Romanceros.

Cita á continuacion un pasaje del profeta Ecequiel (cap. XXII), donde en estilo enérgico se expresan los desórdenes de la carne y las abominaciones de los pecadores. Rebate despues las principales objeciones que se hacen á las poesías; y respecto á la inculpacion del censor tercero, sobre tener IGLESIAS animadversion á ciertos cuerpos, dice: « Un cargo semejante se convence de injusto con la simple lectura de los lugares citados (várias estrofas de las letrillas) y de todas las poesías de IGLESIAS; y ésta es una justicia que usía ilustrísima no me podrá negar. De ella resultará, sin género de duda, la sinrazon con que se le censura y la pureza de intencion de IGLESIAS, y ciertamente, de otro modo, y por los principios de los censores, no habria libro ni autor, en que se dijese algo contra la filosofía peripatética, contra el abuso del escolasticismo y el descuido ó desórden en que estuvieron ántes nuestros estudios y universidades, que no pudiese ser tachado de mordacidad; y los primeros y más fuertes de los escritos mordaces (permítanos usía ilustrísima este desahogo) serian los planes de reforma de dichas universidades, en que se hallan enunciados con la mayor claridad sus antiguos defectos. En las sátiras de IGLESIAS no se reprende otra cosa que los abusos introducidos en las escuelas; y así es que las dos veces que han sido censuradas sus poesías para su publicacion, lo han sido por dos doctores y catedráticos de cánones y leyes de esta universidad, los únicos que podian ofenderse de los chistes de IGLESIAS, porque habla con ellos señaladamente en la última letrilla citada» (*es la* XLIII, *estrofa* 1.ª).

Dice, respecto al cargo de gentilismo que le hacen por sus alusiones mitológicas, que el mismo pudiera hacerse al Tasso, Camoẽs, Fenelon, Quevedo, Sannazaro y otros, áun cuando tratasen asuntos religiosos; y que incurren en error gravísimo los censores al confundir las voces *amatorio* y *obsceno*, que para ellos son sinónimas, siendo en realidad tan diferentes. Y concluye el autor de la defensa alegando, en comprobacion de la acendrada piedad de IGLESIAS, no sólo los curatos que desempeñó, siendo el primero el del Guijuelo, que rigió por cinco meses, sino las numerosas poesías sagradas que escribió; diciendo que parafraseó todos los salmos de David, que compuso oficios en lengua castellana para todas las festividades del Señor, la Vírgen, los apóstoles, y para las demas fiestas principales del año, formando una *Lira sagrada*, superior á la de los Leones, Rebolledos y otros, y que en ella, siguiendo el autor la norma de la Iglesia en sus horas canónicas, adoptando muchos de sus himnos y antífonas, y poniendo otras de suyo, ha hecho una obra única en su línea, y un *Rezo eclesiástico con más de mil himnos*, en que todo respira uncion y la más sólida piedad, y del cual se *formarán siete tomos en* 8.°, que se están ya imprimiendo, cuya prueba se presenta á usía ilustrísima, en los oficios al Criador y á Nuestra Señora, impresos separadamente, junto con el poema de *La Teología* y las elegías ó *Llanto de Zaragoza.*»

Estas elegías las escribió IGLESIAS con motivo del incendio del teatro de aquella ciudad, y áun creemos que las imprimió entónces. No tenemos noticia que llegasen á publicarse los himnos

anteriormente citados; tal vez el editor suspendería la impresion, disgustado con los entorpecimientos que le ocasionaria la denuncia de las poesías póstumas, y que despues no podria llevar á cabo á causa de los sucesos de la gloriosa guerra de la Independencia, época en que la atencion de los españoles todos se dirigia, como era preciso, más á las armas que á las letras.

Ignoramos si Tojar mismo escribió este folleto, aunque nos inclinamos á juzgarlo obra de ajena pluma, pues supone algunos conocimientos literarios, que no es probable reuniese el editor de las obras del poeta; pero, sea quien fuere el autor de esta defensa, no parece que obtuvo resultado alguno si es cierto, como dice Ticknor, que las poesías fueron prohibidas en el *Índice expurgatorio* de 1805.

Para concluir, dirémos que en la historia de nuestra literatura, y principalmente en la de la escuela salmantina, á que pertenece IGLESIAS, podemos considerarle como uno de los escritores en que casi sin alteracion se conserva el espíritu y tradiciones de los poetas que le precedieron, y como uno de los últimos y más celosos guardadores de la pureza de la lengua castellana, pues en sus obras brilla siempre limpia de extrañas voces y giros, con que despues, y casi siempre sin razon, se ha enturbiado su caudal, y muchas veces empobrecido, creyendo tal vez enriquecerle. Entre los poetas de la misma escuela, iguales caractéres se observan en fray Diego Gonzalez, nimio imitador del estilo de fray Luis de Leon, pero nunca de su alto vuelo, pues no era posible. Y ademas de los dos mencionados escritores figura, como modelo de correccion y acendrada pureza, D. Juan Nicasio Gallego, aunque con más altas miras, mayores alientos y diferente espíritu. No es nuestro objeto hacer ahora el análisis de los poetas salmantinos, ni áun á grandes rasgos, como hoy se dice; pero sí indicarémos que si hubiesen sido tan castizos como los citados, todos los escritores de nuestra escuela, no merecerian algunos de ellos la nota de *galo-sentimentales* (porque tambien afectaron y exageraron el sentimiento), que les dió un adusto crítico, ni Moratin, para comprobarlo, hubiera hallado dónde copiar frases, giros y versos enteros de Melendez, Cienfuegos y Quintana, en su epístola titulada *La moderna Jerigonza*, donde traspasó visiblemente los límites de lo justo, como siempre acontece cuando se ponen los ojos más en las personas que en los objetos que se han de juzgar.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

CARTA ESCRITA AL EDITOR DE ESTAS POESÍAS (1).

Muy señor mio: Remito á usted el tomo manuscrito de *Poesías de* IGLESIAS, que me envió dias pasados, y le doy mil gracias por el gusto que he tenido en su lectura.

Yo no habia visto de este poeta más que tal cual epigrama y algunas letrillas satíricas. Habíanme parecido excelentes, y creia que su genio era propio solamente de estas composiciones. ¿Quién podria imaginar que la musa maligna, que azota con tanta libertad los vicios, preocupaciones y ridículas manías de los hombres, pintase tambien con ademan tan inocente los más delicados sentimientos del corazon humano? La diferencia de un género á otro es inmensa; pero áun es más grande la felicidad de la ejecucion en ambos; y yo estoy pasmado al ver que quien ha igualado á Quevedo, Góngora y Alcázar, en soltura, libertad y donaires, haya podido sobrepujar á Garcilaso, Torre, Esquilache y otros buenos poetas, en gracia, delicadeza y sentimiento.

Bien veo que la condicion del poeta era muy á propósito para ello. Destinado casi siempre á vivir en aldeas, tuvo oportunidad para observar y sentir la gracia que en ellas dan el desahogo del corazon, la simplicidad y la inocencia. Por el contrario, en las ciudades la corrupcion de las costumbres y la complicacion de intereses rebozan el pecho, y quitan á la naturaleza la ingenuidad de su expresion. Es verdad tambien que entre los paisanos parte de la gracia se pierde por la rusticidad y grosería; pero en la imaginacion del poeta todo se hermosea, la corteza grosera se desvanece, quedando sólo la verdad del sentimiento, adornada con los encantos de la poesía.

Para dar un aire de ternura y delicadeza mayor á las composiciones de esta clase, IGLESIAS las pone casi siempre en boca del sexo más débil, y de consiguiente más interesante cuando sufre. La inocencia y simplicidad tienen su asiento propio en el corazon de la mujer; y ella es quien habla en la mayor parte de las letrillas pastoriles, de las églogas, de las cantinelas, y en todos los idilios.

(1) Edicion de Barcelona, imprenta de Oliva, año 1837.

La Esposa aldeana es un pensamiento original, y una coleccion de villanescas que no tiene igual en castellano. Su estilo es gracioso y ligero: las imágenes sencillas y naturales, tomadas de la naturaleza del asunto; la versificacion flúida, sonora y armoniosa; cada coplita es un rasgo; cada letrilla un sentimiento.

El mismo fondo de imágenes y la misma frescura de colorido se advierte en las *Letrillas de estribillo* que la siguen; ellas se están cantando; y *La Zagala que viene del campo* y *La Rosa de Abril* son las más graciosas composiciones que de su género hay en nuestra lengua.

No se puede decir lo mismo de los *Romances*, que no tienen la soltura graciosa de los de Esquilache, ni la amena riqueza de los de Góngora. Yo siento, señor Editor, que IGLESIAS haya derramado en casi todos un aire de moralidad, que no parece el más propio de semejantes composiciones: bien es verdad que él las ha adornado con una infinidad de imágenes bastante bellas y naturales, de que es un buen ejemplo el último romance, donde afea á una zagala el vicio de la vanidad; el cuarto, donde pinta la salida de Amarílis al Zurguen, no debe nada á los mejores, sea en la dulzura de los afectos, ó en la riqueza de la imaginacion.

Las Delicias de Villegas son las primeras cantilenas que tuvieron crédito en castellano: nuestro poeta quiso ejercitarse en aquel género, y excedió á su modelo en la belleza y gusto de las imágenes, y principalmente en la dulzura y verdad de los sentimientos. Porque Villegas, si tuvo un corazon sensible, no supo derramarlo en sus versos.

Usted se espantará de verme tratar con tan poco respeto á un poeta de tanto crédito. Pero la fama de este autor es fama de tradicion, como la de otros muchos; fama no fundada en su mérito verdadero, sino en la decision de alguno que ha querido y sabido fascinar los ojos del vulgo de los lectores. Esta proposicion puede ser algo aventurada, si se atiende al tiempo en que don Vicente de los Rios publicó y elogió á Villegas: entónces acaso las poesías de éste eran un modelo de buen gusto; pero en tal caso, ¡cómo estaria nuestra literatura! ¿Qué se diria de un poeta cuyos versos estuviesen llenos de trasposiciones ridículas, metáforas oscuras ó hinchadas, palabras y expresiones bajas, de alusiones importunas, y de erudicion pedantesca, que fuesen escasos de imágenes, y faltos enteramente de afectos? Estos vicios están bullendo por todas partes en las obras de Villegas; y á pesar del nombre griego que tienen al frente, jamas se escucha en ellas el lenguaje del amor. Pero de nada sirve, amigo mio, saber griego y latin cuando falta el buen gusto. Yo apelo á los hombres que lo tienen; y que éstos digan si encuentran placer alguno en la lectura de sus odas mayores, de sus sonetos, de sus elegías y de sus idilios. Compárese á Villegas con él mismo cuando el gusto le sostiene: compárese la oda XIV del libro I, hecha en alabanza de Garcilaso, y la bellísima oda sáfica *Al Céfiro*, con las demas composiciones suyas, y se palpará la inmensa diferencia que hay entre ellas, y la justicia de esta censura. Desengañémonos: Villegas estuviera ya olvidado, sin la cadencia, número y armonía de sus versos cortos, y sin los graciosos remates de sus cantilenas; en estas prendas es excelente.

Disimule usted esta digresion, y volvamos á IGLESIAS, cuyas *Anacreónticas*, aunque no me atrevo á decir que sean las mejores de nuestra lengua, diré, sin embargo, que tienen toda la gracia y ligereza propias de este género de poesía. Una anacreóntica no es una égloga; y hé aquí la causa por que las más de las que han salido últimamente con este nombre no lo son. El genio de Anacreonte era muy diverso del de Theócrito; sus obras no son largas, y jamas se aplomó sobre las descripciones de la vida pastoril: un sentimiento risueño, vestido con algunas imágenes alegres y ligeras, es la materia de su poesía. Cualquiera, pues, que la saca de aquí, la estropea.

Rasgos de una sensibilidad profunda y exquisita, imágenes fuertes y atrevidas, hijas del delirio, y muchos versos felices, son las buenas prendas de los *Idilios* de nuestro poeta, muy superiores á los de Quevedo, donde no hay más que confusion y afectacion.

Las *Églogas* no son tan buenas; aunque tienen mucha belleza de estilo y muy buenos versos, la poca novedad en su objeto y disposicion les quita mucha parte de su mérito. Sólo advertiré de paso que aunque se ha dicho que la pesca, por ser una ocupacion poco aseada y muy laboriosa, no era buena materia para las églogas, IGLESIAS, sin embargo, ha escrito una égloga piscatoria, donde todo es noble y aseado. Yo creo, amigo mio, que la poesía es como el amor, que hermosea todos sus objetos.

Hay bellísimas odas de todos géneros en castellano. Las sublimes de Herrera y Rioja, las morales de fray Luis de Leon, y las amatorias de Torre, Lope de Vega y otros poetas, son iguales á lo mejor que tienen los antiguos y modernos. Las dos primeras y la última de nuestro autor honran igualmente que ellas la lengua española. Su expresion es enérgica y pintoresca, su diccion rica y poética, sus versos robustos y llenos, las imágenes valientes y nuevas, y el fuego del sentimiento siempre vivo. ¡Cuánta riqueza de imaginacion no brilla en la primera! El sol rodeado de las ninfas, que le desembarazan de los pertrechos de su lumbre; la noche cortejada de las estrellas, de las horas, de las sombras y del silencio; el sueño cubriendo con sus alas toda la tierra, y negándose á la compasiva plegaria del poeta:

Salen las negras horas, que en Leleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo espanto y derramando sueño
Por toda su carrera.

Esto se llama pintar poéticamente. ¡Cuán majestuosa y billante no es tambien la salida del sol en la oda II!

Sale el sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera;
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.
Los rayos crecen de la luz febea
Con más pujante aliento;
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

El objeto que pinta el poeta no es nuevo; pero el colorido, la expresion y el giro todo es suyo, todo bellísimo. Los remates de sus estancias son por lo comun muy graciosos; éste, por ejemplo, de la oda III, *A la Fuente:*

Admíranla las aves,
La admira el sol, admíranla las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos ruiseñores
Al són de su raudal cantan amores.

¡Qué inmensa diferencia de este tono animado y gracioso, á este otro, soberbio, lleno de fuerza y de entusiasmo!

¿No es éste el reino del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Cajas el són, y horrísonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo, rodante,
Descubro al dios horrendo,
Sus feroces cuadrigas impeliendo;
De pié á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza el membrudo
Brazo, blandiendo el fulminante escudo.

Así los buenos poetas saben dar el estilo conveniente á la diversidad de los asuntos que cantan; y es una leccion insigne para aquellos que olvidan que la variedad es una de las primeras fuentes de la belleza y del placer.

Recorriendo, pues, ahora todo lo dicho hasta aquí, se ve que IGLESIAS sabe plegarse perfectamente al nivel de todos los géneros que emprende, y que su genio domina todas las materias. Su imaginacion es siempre fértil, su expresion rica, su estilo animado y pintoresco. Es verdad que en sus *Romances* se advierte alguna sequedad, y poca novedad en las *Eglogas;* pero esto se compensa con la gracia inocente, armonía y dulzura de sus *Letrillas*, con la riqueza, afectos y rotundidad de sus *Cantilenas* é *Idilios*, y con la expresion valiente de sus *Odas*. He notado tambien, en parte, alguna negligencia en los versos y várias violencias de sentido; pero me hago cargo de que éstas son unas poesías póstumas, y de consiguiente, que no pueden tener aquella correccion que tendrian si su autor las hubiera preparado para la prensa.

He ejecutado, señor Editor, su encargo del mejor modo que me ha sido posible, y le he dicho ingenuamente mi sentir sobre los varios géneros de poesía, contenidos en este tomo de IGLESIAS. No dudo que en siendo publicado, los austeros filósofos, y los mentecatos que los remedan, lo mirarán con ceño y acaso con desprecio, por no contener, segun su estilo, más que miserables bagatelas. Pero usted dirá, y tendrá razon en decirlo, que estas bagatelas no se escribieron para ellos. Si entretienen los ratos perdidos y merecen la aprobacion de un hombre de gusto, si disipan el mal humor de otro, y si alguna dama las aprende ó las canta, la gloria del autor será satisfecha y la intencion de los editores cumplida.

Mas la prenda más apreciable de esta obra es la pureza y lo castizo del lenguaje. Usted me dice, y yo lo sabía, que IGLESIAS no leia ningun libro extranjero y que apénas sabía las lenguas italiana y francesa. Si la falta de lectura en los libros escritos en ellas le privó de unos conocimientos que hubieran adornado mucho sus composiciones, tambien le preservó, por otra parte, del contagio universal de no hablar ni escribir ni pensar de otro modo que en frances. Éste es ya un mal irremediable, y estoy por decir que necesario; porque quien no tiene lumbre en su casa, va por ella á la del vecino. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que IGLESIAS, que habia estudiado su lengua en los autores de nuestro siglo de oro, y que no manejó otros en toda su vida, no pudo viciar su estilo con la frase extranjera, y que su libro debe ser tenido y citado como un modelo puro de lenguaje; prenda que falta á los más, por no decir á todos los versos escritos de diez años á esta parte.

Ánimo, pues, amigo mio. Yo, en nombre de todos los hombres de gusto, le doy las gracias y el parabien por la publicacion de esta obra, y le animo á que se ocupe en tareas igualmente útiles y gloriosas á la literatura española.

Queda de V., etc. — A.

POESÍAS.

LETRILLAS.

LETRILLA PRIMERA.

AL DIOS PAN.

Rústico dios Pan,
Ruégote que asistas
A honrar mis cantares
Con tu melodía.
Tú, inventor primero
De la flauta amiga,
Que guardas del campo
Las tiernas delicias,
Así ufano goces
Las frescas mejillas,
Ternuras y abrazos
De tu bella ninfa.
Haz que con mi acento
La esquivez altiva
De un amante atraiga,
Que me desestima.
Por él te importuno,
Por él noche y dia
Canto mis amores,
Lloro mis desdichas.

LETRILLA II.

DE SUS CANTARES.

Selvas de esmeralda,
Rios de cristal,
Con atento oido
Mi lira escuchad.
Que si mi voz dulce
En dulce cantar,
Cual hiere del monte
La concavidad,
Así al zagal hiera
Tan duro en amar,
De arte que su pecho
Se mueva á piedad.
Faunos y silvanos
Los veréis llegar,
Y por estos llanos
Alegres triscar.
Vendrá el Amor niño,
Mil ninfas vendrán,
Y en rueda de lazos
Todos bailarán.

LETRILLA III.

LA SOLICITUD.

Cerrad, cerrad, ninfas
Del grato Aranjuez,
Cerrad las salidas
Del fresco vergel.
Por si las pisadas
O el rastro de aquel
Que el alma me abrasa,
Puedo hallar ó ver;
Pues la amena selva
Le ha de detener,
A mil pajarillos
Tendiendo la red:
O acaso siguiendo
Al Amor cruel,
Tras de otras zagalas
Al señuelo fué.
Y si vos le halláreis,
Guardadle, y sabed
Que él en mí, y yo sola
Mandar quiero en él.

LETRILLA IV.

DE SU PASTOR.

No alma primavera,
Bella y apacible,
O el dulce Favonio,
Que ámbares respire;
No rosada Aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matice;
No nube que Febo
Su pabellon pinte,
O álamo que abrace
Dos émulas vides;
No fuente que perlas
A cien años fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;
Al romper el dia
Son tan apacibles
Como el pastorcillo
Que en mi pecho vive.

LETRILLA V.

DE SU AFECTO.

Si yo en otro tiempo,
Simplilla rapaza,
Anduve sin pena,
Viví descuidada,
Y en guardar me avine
Mis ovejas mansas,
Quizá no era entónces
Dulce enamorada.
Mas hora yo pienso
Que diera de gana
El más gentil manso
De aquesta manada
A aquel que á mis ojos
Mirar les dejára
Los de un pastorcillo
Que mira con gracia.

LETRILLA VI.

JUGUETE SENCILLO.

Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo,
Por ver lo que hará.
Con mi cayadillo
Le doy por detras,
Y sin ver por dónde,
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar;
Callo, y por un rato
No vuelvo á chistar.
Le quiero y me huelgo
De hacerle bobear,
Buscándome en donde
No me halle jamas.
Y al fin, si me halláre,
Daño no me hará;
Que no, no es el hombro
Tan bravo animal.

LETRILLA VII.

EL SUEÑO Y EL DESEO.

Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me halaga
Mi pastor gentil.
Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo,
Cual en sueños vi,
De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado,
Que bala por mí.
El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mi lado
No le he dejar ir;
Pues casarnos hemos
Los dos por Abril,
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

LETRILLA VIII.

CONFIANZA.

El mi pastorcillo
Bien sé yo que suele
Por mí preguntaros,
Si estoy de él ausente.
Y que, aunque lo calla,
Llora muchas veces,
Porque á verle venga
Y su mal consuele.
Por otra zagala
No temo me deje,
Aun cuando enojado
De sí me desechе;
Pues sé que á la hora
Su amiga han de hacerme
De miel una orzuela,
Y un cuerno de leche.
Y si esto no le basta,
Con que yo le deje
Jugar cierto juego,
No podrá él valerse.

LETRILLA IX.

RESOLUCION.

No de árbol frondoso
La fruta primera,
De flor guarnecida
Al alba serena,
Me roba la vista
Y el alma me lleva,
Cual mi zagalejo
Cuando á hablarme llega.
Díceme si quiero
A la primavera

Con él desposarme,
Porque su amor vea.
Que sí responderle
Me causa vergüenza;
Que no replicarle
Me da mayor pena.
Pues un sí y mil síes,
A la vez primera
Que vuelva á decirlo,
Le doy por respuesta.

LETRILLA X.

SIMULACION AMOROSA.

Mi zagal me llama
Grosera amadora,
Más fria á sus ruegos
Que la helada roca;
Cuando hasta las flores
La llama no ignoran
De amor, en que me ardo
Turbada y medrosa.
Bien quisiera serle
Humana en la hora,
Sin darle yo cuenta
De mi aficion loca;
Mas ser atrevido,
Y hallar sazon propia
De vencer recatos,
Sólo al varon toca;
Que si él entre espinas
No la busca y corta,
De suyo á su mano
No se ha de ir la rosa.

LETRILLA XI.

DE UN BAILE.

Un dia en las danzas
Del Val de Zurguen
Me sacó á bailar
Damon muy cortés;
Y luégo en el corro
Al ir á volver
La rueda, de un lazo
Me besó el joyel;
Pero yo en los dientes
Un golpe con él
Le di, cuando quiso
Besarle otra vez.
Dolióle, y los labios
Se empezó á morder;
Me las juró, y luégo
Airado se fué.
El zagal, por dicha,
¿Qué me querrá hacer?
Quizá él lo sabrá,
Que yo no lo sé.

LETRILLA XII.

PROPENSION DEL AMOR.

Porque no le quiero,
Me quiere Damon,
Y Alexi no quiere
Que le quiera yo.
Muchas veces digo:
¿A cuál de los dos
Daré yo las llaves
De mi corazon?
Damon las merece,
Que no me gustó;
Y Alexi, á quien amo,
No las mereció.
Todo el gusto pierdo
Si á Damon me doy;
Si á Alexi, me abato
A un despreciador.
Pues aunque me humille,
Y sufra el baldon
De ser despreciada,
De Alexi es mi amor.

LETRILLA XIII.

OFERTA.

De buscar mi Alexi
Por un bosque espeso,
Niña tierna y sola,
Cansadita vengo.
Al que me dijere
En qué prado ameno
Sus ovejas pastan,
Brillan sus luceros,
De marfil un vaso
Yo le daré en premio,
Y á más de ello, encima
Un abrazo tierno.
Que si el zagal mio,
Picado de celos,
Tomalle quisiese,
Sintiese perdello;
Para uno que pierda,
Yo le daré ciento,
Y áun mil, hasta tanto
Que se canse de ellos.

LETRILLA XIV.

EL PRONÓSTICO.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á expensas de él viven.
Febo enardecido
Con su luz marchite
La pomposa gala
De rosa y jazmines.
Fiero el austro robe,
Cuando airado silbe,
Los amantes lazos
De álamos y vides.
Que si mi sol sale
Lleno de matices,
Serenando el cielo,
De los campos íris,
Fuerza es reflorezca
Cuanto toque y mire
Que enrame la selva,
Y el valle entapice.

LETRILLA XV.

LOS CELOS.

Aquel pastorcillo
Que en bosques y prados
Seguir amor me hace,
Travieso tirano,
Bien sé que se duele
Del mal que yo callo,
Por más que lo encubra,
Y áun borre los pasos.
Si á otro zagalejo
Hablo por acaso,
Calla, y se le muda
Su color rosado.
Enójase y vase;
Y aunque yo le llamo,
Me niega el oido
Y huye apresurado.
Ni para acallarle
Me han aprovechado
Querer regalalle,
Ni al fin regalallo.

LETRILLA XVI.

DONES SENCILLOS.

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexi en un nido
Se encontró á la aurora,
Me regaló fino.
De miel una orzuela
Yo en pago le envio,
Y más, si tuviera
Presentes más ricos.
Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Sólo es ver el rostro
De mi pastorcillo;
Y más cuando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas,
Llenas de rocío.
Luégo que en mis brazos
Ve que lo he cogido,
Se rie, y me dice...
Mas no, no lo digo.

LETRILLA XVII.

FUEGO AMOROSO.

Mañanita alegre
Del señor san Juan,
Al pié de la fuente
Del rojo arenal,
Con un liston verde
Que eché por sedal
Y un alfiler corvo
Me puse á pescar.
Llegóse al estanque
Mi tierno zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar:
«Cruel pastorcilla,
¿Dónde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?»
Yo así de él y dije:
«¿Tú tambien querrás?
Y ese peccillo
No, no se me irá.»

LETRILLA XVIII.

AFANES DEL AMOR.

Yo mi zagal tengo,
Soy su enamorada,
Y que él lo supiera
No poco me holgára.
Cuando llevar suelo
Mi ganado á casa,
Solo en el camino
Se sienta y me aguarda.
Se oculta, y de un grito,
Si voy descuidada,
Me asusta, y se burla
De verme turbada.
De hablar mis vecinos
Se huelga en el alma,
Por ver si entre tanto
Le ve su zagala.
Flores de contino
Me lleva, y enlaza
De ellas á mi puerta
Ramos y guirnaldas.

LETRILLA XIX.

DE SU PASTORCILLO.

El mi pastorcillo,
En su edad florida,
Del cielo y del prado

Beldad es y envidia.
De sólo adorarle
Vivo desde el dia
Que amor puso en ello
Mis mayores dichas.
Vile tierno niño,
Siendo áun tierna niña,
Cuando áun de él no supe
Lo que apetecia.
Y hora, que, travieso,
Amor me lo avisa,
Mi ventura pongo
En ser su cautiva.
El rey de mis gustos
Él será algun dia,
Y ojalá me llame
Su esposa querida.

LETRILLA XX.

EL DESVELO.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncos;
Las tiernas abejas
De la flor en torno,
Con susurro bajo,
Con murmullo sordo;
La tórtola, que hace
Su asiento en el olmo,
Y en silencio blando
Gime su divorcio;
El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fresco poleo
Se baña oloroso:
Todo me convida
Al sueño sabroso;
Y amor me desvela,
Niño inquieto y loco.

LETRILLA XXI.

DE UNA AUSENCIA.

Mi Alexi, que goza
De gentil donaire,
Doquiera que voy,
Va por escucharme.
¡Oh si tambien ahora
Mi voz escuchase,
Cuando de su ausencia
Siento más los males!
Todo en noche oscura
Me parece yace,
Y que pierde el campo
Su esplendor brillante.
Mas dando sus luces
Los ojos radientes
Del pastor que adoro,
Más que el campo amable,
El lirio despliega,
La azucena nace,
Brotan los jazmines,
Los claveles se abren.

LETRILLA XXII.

Á SU REBAÑO.

Corderillos mios,
El mal que teneis,
Cual el que yo siento,
No es de hambre ni sed.
Sólo os ven mis ojos
Con hueso y con piel;
No sé qué mal ojo
Mal os llegó á ver.
¡Qué mustio y mal sano,
Mi choto, te ves,
Por más que buen pasto
Te doy á pacer!
¡Ay mis corderillos,
Si el peso cruel
Que siento en el alma
Sentis vos tambien!
¡Ay, que á mi ganado
Y á su guarda fiel
El propio amor mata
Y ajeno desden!

LETRILLA XXIII.

LA LLAMA DEL AMOR.

Ya de mis zagales
El canto sonoro,
Y entre ellos las voces
De mi zagal oigo.
Las yuntas cansadas
Tornan al reposo,
Puesto el lucio arado
Sobre el yugo corvo.
La sombra extendida
Del traspuesto Apolo
Cubre las montañas
Con pié presuroso.
Mas la llama ardiente
De mi amor fogoso,
Ni cesar la advierto,
Ni menguar la noto.

LETRILLA XXIV.

LOS BRAZOS DE ALEXI.

¿Qué fuerza, mi madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexi,
Pequeño zagal?
Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto,
Me llegó á abrazar;
Y yo desde entónces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.
Ya del zagalejo
Me quiero vengar,
Ya me compadezco
Del tierno rapaz;
Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y hora en este fuego
Me quiero abrasar.

LETRILLA XXV.

EL CONSEJO.

Mi abuela me dice
Que si me enamoro,
Tendré grandes iras,
Pesares y enojos.
Que amor es un fuego,
A cuyo ardor solo
Nadie fijó lindes,
Nadie puso coto.
Mas la buena vieja,
Yo creo que chocho
Tiene ya el sentido,
Como el gusto boto.
Pues si con mi Alexi,
De amor ciego y loco,
Traviesa yo huelgo,
Festiva retozo,
Toda la vehemencia
Del amor fogoso,
Que se aplaca siento,
Que se endulza noto.

LETRILLA XXVI.

GRATITUD PASTORIL.

Vióme Alexi un dia,
Cansada, buscando
Dos tiernos corderos,
Que me habian faltado;
Y él sobre sus hombros
Me los trajo ufano
Hasta mi cabaña,
De flores ornados.
Bien sé que me quiere,
Y que bien cuidados
Serán mis corderos
Si con él me caso.
Para cuando él viva,
Si me da su mano,
Yo le cedo todos,
Todos mis ganados.

LETRILLA XXVII.

LOS OJOS DE ALEXI.

Miéntras mis corderos
Del ameno soto
Pacen la verbena,
Rumian los escobos,
A mis solas pienso
Qué iman poderoso
Tendrán de mi Alexi
Los alegres ojos;
Que á par de ellos vistos,
Oscuros y toscos
Juzgo los luceros
Del celeste globo.
El alma me llevan,
Y pienso que es poco
Valor cuanto valgo
Para su despojo.
Que el placer de verlos
Me sustenta sólo,
Y en cosa ninguna
Yo encuentro más gozo.

LETRILLA XXVIII.

EL PREMIO DE AMOR.

Mi florido huerto,
Por mí cultivado,
Ser testigo suele
Del pastor que yo amo.
La primer manzana,
Que áun no se ha pintado,
Será solamente
De mi enamorado.
Aunque para el gusto
Del zagal lozano
Más bellas manzanas
Yo conservo y guardo.
Dárselas he en premio,
Dárselas he en pago
De lo atento y fino
Que se me ha mostrado.

LETRILLA XXIX.

DE ALEXI.

Más grato es mi Alexi,
Y de más lindeza,
Que de Alfesibeo
Las blancas ovejas.
Entre acanto tierno
La fuente es amena,
Que sobre las flores
Derrama sus perlas;
Pero es mas amable
La vista halagüeña
De aquel que travieso

Junto á mí se sienta.
Sin que un solo instante
Dormir me conceda,
Me está entreteniendo
Las más de las siestas,
Contándome cuentos,
Cantándome letras,
Diciéndome amores
Y haciéndome fiestas.

LETRILLA XXX.

DESDEN FINGIDO.

Cuando bajo al rio
A lavar mis paños,
A que baje Alexi
Codiciosa aguardo.
Luégo por el monte
Se le va el ganado,
Y en verle perdido
Le suelo dar chasco.
Porque á mí no llegue,
Agua con la mano
Le arrojo, y deseo
Se acerque otro tanto.
Y él, como á porfia,
Más crecido rato
Suele estar conmigo,
Mi esquivez burlando.
De lo que me dice
Finjo que me enfado,
Y un deleite siento,
Que no sé explicarlo.

LETRILLA XXXI.

DE UN RAPAZ.

Oliendo yo un dia
Un fresco ramillo
De azucena y rosas,
Un rapaz me dijo:
«Mal olor es ése
Para el gusto mio;
Tus labios, zagala,
Dan olor más fino.»
Yo le dije entónces:
«Mientes, picarillo;
Que el olor que dices,
Yo no le percibo;
»Ni estotras pastoras,
Que duermen conmigo
Las más de las siestas,
Tal cosa me han dicho.—
»No te miento, hermosa,
Gritó el rapacillo;
Que para embustero
Ya ves que soy niño.»

LETRILLA XXXII.

DE UN REGALILLO.

Yo no sé con qué haga
A mi bello Adónis
Un gentil regalo,
Que á mi amor le torne.
Bien quisiera hacerle
Presente conforme
Al gusto del que ama
Con prendas tan nobles.
El queso, las natas,
La miel y otros dones
Que el campo produce,
Le causan ardores.
Mas ya se me ocurre
Darle hoy diez limones,
Y otros diez mañana,
Que el ardor le corten.
Que si tal vez fiebre
Padece de amores,
Para refrescarle
No creo le sobren.

LETRILLA XXXIII.

LA PALOMITA.

Una paloma blanca
Como la nieve
Me ha picado en el alma;
Mucho me duele.
Dulce paloma,
¿Cómo pretendes
Herir el alma
De quien te quiere?
Tu pico hermoso
Brindó placeres,
Pero en mi pecho
Picó cual sierpe.
Pues dime, ingrata,
¿Por qué pretendes
Volverme males,
Dándote bienes?
¡Ay! nadie fie
De aves aleves;
Que á aquel que halagan,
Mucho más hieren.
Una paloma blanca
Como la nieve
Me ha picado en el alma;
Mucho me duele.

LETRILLA XXXIV.

¿Qué me sirve, Tírsis,
Que aprecies mi amor,
Si contínuo sueles
Aguar mi pasion?
Cuando yo á la selva
Por tí á aguardar voy,
Tú sigues el curso
Del gamo veloz.
¡Plegue á Dios la suerte
Se cambie en los dos:
Mi llama en tu hielo,
Tu frio en mi amor!
Y cual la novilla
Que al toro buscó,
Doliente y cansada,
Solo halló rigor;
Así á mí me busques,
Y á tu ardiente amor,
Cuando me encontrares,
Desden te dé yo.

LETRILLA XXXV.

¡Oh infiel pastor crudo,
Crudo infiel pastor!
¡Oh de mármol duro,
Duro corazon!
¡Oh firme y seguro
En tu infiel traicion,
Cuanto instable y vano
A mi fino amor!
Que sobre la gala,
Gentileza y voz
De inmortal dulzura
Que el cielo te dió;
Que el bello semblante,
La gracia y valor
Que tantos contentos
Un tiempo me dió;
Sólo eres quien causas
Mi triste dolor,
Y tú de mis males
No haces compasion.

CON ESTRIBILLO.

LETRILLA PRIMERA.

Si el estilo en mis letras
Mucho se humilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Cantar, yo cantára
Los campos y flores,
La niñez y amores
Con que me criára;
Mas si es cosa clara,
Trivial y sencilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Si niña agraciada,
Un niño pastor
Cantaba á mi amor
Más de una tonada,
Y yo, de picada,
Más de otra letrilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Si á mi talle agrada,
Variado pellico,
Y á mi frente aplico
Guirnalda rosada,
Y ando recostada
En mi cayadilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Dicen que florido
Traigo mi cabello,
Y el seno y el cuello
De rosas guarnido;
Mas si he recogido
Tanta florecilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Morena me llama
Quien bien no me quiere,
Y á mil me prefiere
El zagal que me ama;
Si del sol la llama
Me trae tostadilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.

LETRILLA II.

Pues de amar amores
Leccion tomé en tí,
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
Mi rabel, que amores
Cantára hasta aquí,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.
Táñolo ¡ay! y sólo,
Sólo ¡ay! sé decir:
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
De mi amor testigo
Ves la fuente allí
Do la vez primera
La alma te rendí;
No mi verdad ella
Querrá desmentir;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
Tu sol me llamabas
Una vez y mil,
Tu amor, tu alba y rosa,
Tu espejo y pensil;
Y hoy nombre de esclava
No merezco en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

El amor ufano
Juzgué yo que allí
De tan dulce triunfo
Se empezó á engreir;
Y hoy pienso que el ódio
Le ha vencido en lid;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

LETRILLA III.

Llévame á Zurguen,
Do está quien yo quiero;
Anda acá, llévame, carretero.
De mi bien ausente,
Muero en esta aldea;
Quien no me lo crea,
La llaga reciente
Sienta, que otra siente,
Y muera cual muero;
Anda acá, llévame, carretero.
Llévame, zagal,
Donde está mi bien;
No sea que haya quien
Me le trate mal;
No otra dicha igual
Al verle yo quiero;
Anda acá, llévame, carretero.
Gloria del Zurguen
Es mi zagalejo;
Su gala y despejo,
Su hechizo y desden,
Son del querer bien
Iman verdadero;
Anda acá, llévame, carretero.
Por quien yo suspiro
Es bien más precioso
Que lo más hermoso
Que en los campos miro;
Si de él me retiro,
Se pone el lucero;
Anda acá, llévame, carretero.
Su voz regalada
Al són de su lira
Un ardor inspira,
Que ofende y agrada;
De él estoy tocada,
Y huirle no quiero;
Anda acá, llévame, carretero.
Al salir la aurora,
Mi bien saldrá al prado,
De aquélla buscado
Que muy más le adora;
Pues mi amor no ignora
Que de amarle muero;
Anda acá, llévame, carretero.

LETRILLA IV.

En vano á la puerta llama
Quien no llama al corazon.
Zagal, tus cantares deja:
No el dulce silencio alteres,
Ni te quejes á mujeres,
Que no han de escuchar tu queja;
Cesa de observar la reja,
Que rondas sin ocasion;
Que en vano á la puerta llama
Quien no llama al corazon.
De tu voz la melodía,
Por más que agrade al oido,
Si en el alma no ha podido
Hacer igual armonía,
Tenla por vana y vacía,
Y áun por disonante són;
Que en vano á la puerta llama
Quien no llama al corazon.
Los oidos que están llenos
De los ecos de otro amante,
Por gracias que tu voz cante,
Ni las aman ni echan ménos:
Al fin son ecos ajenos
Del cariño y aficion;
Que en vano á la puerta llama
Quien no llama al corazon.

LETRILLA V.

Cuando anuncia el lucero
La nueva aurora,
Orillitas del rio
Jacinta llora.
«Vén, Jacinto, vén;
No seas desdeñoso;
Corre presuroso
Donde está tu bien:
Al pié del Zurguen
Está quien te adora;
Que orillitas del rio
Jacinta llora.
En tí está pensando,
Pregunta por tí,
Y yo ayer la vi
Triste y suspirando:
Sé, zagal, mas blando
Con quien te enamora;
Que orillitas del rio
Jacinta llora.
De sus ojos perlas
Vierte, cual luceros:
Si en hilos enteros
Llegáras á verlas,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora;
Que orillitas del rio
Jacinta llora.
Llega á consolarla;
Que ella sin recelo
Sólo ama el consuelo
Que llegues á hablarla;
Di sin asustarla:
¡Salud mi pastora!
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

LETRILLA VI.

¡Triste de mí, que amo
A quien no lo estima!
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Cuando á ver á Alexi
Voy, de amor herida,
Curo de agradarle
Y hacerle caricias;
Y él, con todo, ingrato,
Mi amistad esquiva;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Los sus corderillos
Van á la sal mia,
Y de mis collares
Les pongo divisas;
Y él me desconoce,
Siendo su cautiva;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
A sus mansos chotos
Ato mis esquilas,
Sus cuernos ornando
Con mil clavellinas;
Y él, tal vez ceñudo,
Las flores les quita;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Panales le envio,
Mi leche y natillas,
En orzas labradas
Por mis manos mismas;
Y él los mis presentes
Siempre desestima:
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Jugueton su perro
Siempre me acaricia;
Rastréame y sigue
Por valle y colina;
Y él se va á otro cuento,
Si en éste me mira;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.

LETRILLA VII.

Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel,
Decir, zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.
Cantar á la aurora,
Que alegra el Oriente,
El agua sonora,
Que ríe en la fuente,
La rosa luciente,
Reina del verg l,
Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel.
Así que el despejo,
Belleza y agrado
De quien es espejo
El cielo y el prado,
Cantar no es vedado
A cuantos lo ven;
Que son, zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.
Decir que en tí vive
La vega florida,
Yerba y flor recibe,
Toma aliento y vida;
Que dejas vencida
La gala al clavel,
Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel.
Que al baile, por verte,
Van muchas pastoras,
Firmes en quererte,
Más bellas que auroras;
Con voces sonoras
Te canto, mi bien:
Que son, zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

LETRILLA VIII.

Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores
Y un ramillo de amar amores.
Galan de mis ojos,
Si á Miranda vas,
Seis claveles rojos
De allá me traerás;
Esto, y nada más,
Tu Elisa te manda;
Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores
Y un ramillo de amar amores.
Mucho hay que entender
En esto de flores:
Pues suele escoger
Tal vez las peores
Quien tras las mejores
Audaz se demanda;
Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores
Y un ramillo de amar amores.
En Miranda, dicen
Que se aprende á amar,
Y otros lo desdicen
Con me replicar
Que en cualquier lugar
Amor triunfa y manda:

Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores
Y un ramillo de amar amores.
La fuente y la flor,
El bosque y el prado,
Dicen que de amor
Allí está tocado;
¡Y á mí no me es dado
El ir á Miranda!
Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores
Y un ramillo de amar amores.

LETRILLA IX.

En la floresta un pastor
Su amor á Silvia contaba;
Pero ella le preguntaba:
«*¿Qué pajarito es amor?*»
El la dice: «Silvia hermosa,
Desde el punto en que te vi,
En el corazon sentí
Una flecha rigorosa;
Dicen que un niño traidor
Me la arrojó de su aljaba.»
Mas ella le preguntaba:
«*¿Qué pajarito es amor?*»
El dice: «Aunque por los ojos
Me ha entrado este crudo mal,
Yo jamas sentí otro tal,
Ni que me dé más enojos:
Cuentan que aqueste dolor
Clori á su zagal curaba.»
Mas ella le replicaba:
«*¿Qué pajarito es amor?*»
El dice: «Si tú gustáras,
Diérasme un remedio sano
Tan sólo con que tu mano
Al corazon me aplicáras;
Pero si usas de rigor,
Verás que tu Elisio acaba.»
Mas ella le importunaba:
«*¿Qué pajarito es amor?*»

LETRILLA X.

LA ROSA DE ABRIL.

Zagalas del valle,
Que al prado venis
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora,
Y al lado de mí
Mirad más florida
La rosa de Abril.
Su sien, coronada
De fresco alhelí,
Excede á la aurora
Que empieza á reir,
Y más si en sus ojos,
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
La rosa de Abril.
Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí
Do la vez primera
Sus lucros vi;
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,
Su dueño me llama
La rosa de abril.
La dije: *¿Me amas?*
Díjome ella: *Sí;*
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil:
El Amor, de envidia,
Cayó muerto allí,
Viendo cuál me amaba
La rosa de Abril.
De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin;
Que nadie más que ellos
Me oyera entendí,
Y oyéndome estaba
La rosa de Abril.
En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin;
Pero ella me dijo:
«Mira el tuyo aquí»;
Y el pecho mostróme
La rosa de Abril.
El rosado aliento
Que yo á percibir
Llegué de sus labios,
Me saca de mí:
Bálsamo de Arabia
Y olor de jazmin
Excede en fragancia
La rosa de Abril.
El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir,
No el hijo de Vénus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de Abril.

LETRILLA XI.

Pues ellos solos, niño,
Tanto herir saben,
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.
De ventura ajenos,
Llorais, ojos mios,
De luces vacíos,
De tinieblas llenos;
¡Y en esos serenos
Tanto esplendor arde!
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde (1).
Lo que yo más veo,
Nunca ver quisiera;
No ve mi ceguera
Lo que más deseo,
Pues tu vista creo
De ver hace alarde:
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.
En sombra importuna
Vi males presentes,
Con ojos patentes
Nunca hallé fortuna;
Mas porque halle alguna,
Aunque se retarde,
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

LETRILLA XII.

¿Qué beldad es aquélla,
Cielos, que miro,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo?
El hechizo hermoso
Sobre cuantos cria
La ribera umbría
Del Zurguen undoso,
Vi en juego donoso
Y ademan sencillo,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.
Vi más que el sol bellos
Sus graciosos soles,
Llenos de arreboles
Sus rubios cabellos,
Jugando con ellos
Galan cefirillo,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.
Con mirar piadosa
La agostada selva,
Fuerza es que la vuelva
Mas fértil y hermosa,
Y al jazmin y rosa
Dé su olor y brillo,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.
Decir el recreo
Que yo siento en vella,
Veloz me atropella
Mi ansioso deseo;
Si otra vez la veo,
Yo sabré decillo,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

LETRILLA XIII.

Tiende presto tu manto,
Medrosa noche;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.
Dar á un descreido,
Que mi vida lleva,
Muerte de amor nueva
Cual la que he sufrido;
Darme ha el más cumplido
Trofeo y renombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.
Dame de tu aljaba,
Dame, Amor, la flecha,
En matar más hecha;
Dámela, ¡ay! acaba,
Y en verme tan brava
No, mi bien, te asombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.
Tu flecha haga activa
Yerba ponzoñosa,
O si encuentra cosa
Más vehemente y viva,
Tu rigor reciba
Quien no ama tu nombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.
Pues esquivo ordena
Que muriendo viva
De quien soy cautiva
Presa en su cadena,
Muera, y en tal pena
No libre su nombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

SATÍRICAS.

LETRILLA PRIMERA.

Óiganme, que empiezo;
¡Hola! ¿Con quién hablo?
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Con diente y tenaza
Voy á caza al Pindo,
Y mi aspecto lindo
Sirve de añagaza;
Al tonto que caza
Pasa mi venablo;

(1) En esta estrofa falta un verso en las várias ediciones de *Iglesias* que tenemos á la vista. Puede suplirse en la forma en que aquí lo hacemos.

Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Del Sofí más grave
Yo á placer me vengo,
Que en mi pico tengo
De la sal la llave.
Él mil gracias sabe
Formar de un vocablo;
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Grandes señorones
Por docto me tienen:
Todos se entretienen
Con mis invenciones,
Y áun mil bendiciones
Dan á mi retablo;
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Yo sólo recibo
De un modo inconexo
Del más bello sexo
Lo más expresivo,
Con el dulci-esquivo
Sistema que entablo;
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
A nadie en el orbe,
De hoy más necesito,
Porque mi exquisito
Saber se lo sorbe;
Y no hay quien me estorbe
Nada de lo que hablo;
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

LETRILLA II.

Si el ser deslenguado
Tú, miron, me apodas,
Que lo has acertado:
¡Ahí me las den todas!
Si al són de un cencerro
Canto una letrilla,
Sin darme golilla
Nadie en el entierro,
Y al fin husmeon perro
Soy de todas bodas,
Ahí me las den todas.
Si hoy en los estrados
Se acredita cuerdo
Quien da más de un muerdo
A nuestros pasados,
Y hace sean loados
Los usos de Ródas,
Ahí me las den todas.
Si en vivir ocioso
Niña distraida,
Por galas perdida,
Le puso á su esposo
Signo indecoroso
De las prendas godas,
Ahí me las den todas.
Que incauto Narciso,
Se aniquile un hombre
De gran casa y nombre,
Por falta de aviso,
Porque así lo quiso
La ley de las modas,
Ahí me las den todas.
Si hay quien mi letrica
A mal me la tome,
Señal que ajos come,
Pues él se la aplica,
Y al fin si le pica
Con chuzos y escodas,
Ahí me las den todas.

LETRILLA III.

Mi númen parlero,
Al són del pandero,
Produjo este tono
De estilo asaz mono,
Que siempre repito;
¡Mira qué bonito!
Amiga Quiteria,
Sabrás que esta feria,
Mi cortejo amado,
De cristal dorado
Me regaló un pito;
¡Mira qué bonito!
Ayer don Mateo,
Yendo de paseo,
Me quitó el bonete:
Y me dió un billete
Con su sobrescrito;
¡Mira qué bonito!
Estando en visita
Con doña Pepita,
Este altiletero
Me dió el compañero
Del monje benito;
¡Mira qué bonito!
Ya sabes que viejos
Tuve seis cortejos;
Mas, de ellos cansada,
Sólo estoy prendada
De don Agapito;
¡Mira qué bonito!
Sabrás que don Diego,
Viéndome en el juego,
Como es tan garboso,
Me dió este donoso
Faldero perrito;
¡Mira qué bonito!
Una tarde fresca,
Estando de gresca
Con don Fructuoso,
A mi caro esposo
Le hicimos cabrito;
¡Mira qué bonito!

LETRILLA IV.

Siglo friolera
Vi en atisbo ocioso:
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Erase un vejete
Más blanco que cisne,
Que á fuerza de tizne,
A cuervo se mete;
Jordan se promete
Su tintero ocioso;
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Por matar ligero
El médico Naba,
Yendo caballero
Su mula mataba,
Y á cuantos pulseaba
Mató valeroso;
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Erase un letrado,
Que el buen parecer
Que halló en su mujer
Le dió un puesto alzado,
De frente elevado,
De barba velloso;
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Robusta mezuela,
Que á un viejo podrido
Mandó con su abuela
Un reciennacido,
Que el viejo ha admitido,
Y es su padre el coso;
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.

LETRILLA V.

A aquel que atencion
Me dé ú lo que diga,
¡Ay san Anton,
San Anton le bendiga!
Santucho piadoso,
Que osa regalarse
Por mortificarse
Con vino precioso,
De cuerpo monstruoso
E hinchada barriga,
¡Ay san Anton,
San Anton le bendiga!
Moza que se queja
Del mal que no tiene,
Y allá se entretiene,
Sin aspar madeja,
Con el que ella deja
Que le ate la liga,
¡Ay san Anton,
San Anton le bendiga!
Si muestra la frente
Armada un marido,
Que en valor ha sido
Cual toro valiente,
Y de asta luciente
Se adorna y loriga,
¡Ay san Anton,
San Anton le bendiga!
Cuando más se inflama
El jóven cadete,
Peinado el copete
A par de madama,
Y su asedio trama
A toda fatiga,
¡Ay san Anton,
San Anton le bendiga!
Musa, la mi musa,
De númen parlero,
Que á hablar lo que quiero
Jamas se me excusa,
Y á nadie rehusa
Dar más de una higa,
¡Ay san Anton,
San Anton le bendiga!

LETRILLA VI.

Este siglo es pasmo
De virtud extraña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Apártense á un lado;
Que quiero al instante
Hacerme adulante
Del siglo ilustrado;
Pues no es bien mirado
Ceño que se ensaña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Hoy es ser famoso
E invicto soldado
Andar muy soplado
Fílis y oloroso,
Ajeno y ocioso
De lid de campaña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Dicen mil bribones
Que hoy dia maestro
De aulas es ser diestro
En pujar cuestiones,
Con pata y pulmones,
Voceando con saña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Haciendo la rosca,
Diz que han visto juez
Ser blando al soez,
Si suena la mosca;

Mostrando faz hosca
Al que oro no taña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Gritan que afear
En comun el vicio
Es taimado oficio
Del vil murmurar;
Y no sofocar,
Neciva zizaña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

LETRILLA VII.

Yo, que nada bueno
En el mundo toco,
Hácia mi taberna
Me voy poco á poco.
Vaya el otro chibo
Tras la cauta dama;
Confiese que la ama,
Cual nadie expresivo,
Ya muerto, ya vivo,
Ya cuerdo, ya loco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase á embarcar
Corsario avariento,
Y sufra el violento
Combate del mar,
Muerto por sacar
Plata al Orinoco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase el señor,
Casero y lampiño,
A pasear su niño
Por el corredor,
Y con babador
A limpiarle el moco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase á la armada
El feroz guerrero,
Maneje el mortero
Cual yo la empegada;
Diga que á su espada
Todo el orbe es poco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Vaya otro imprudente
A sondear la vieja
Que vírgen no deja
Que astuta no tiente;
De niñas serpiente,
De niños el coco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

LETRILLA VIII.

Aunque del mundo
Cerquen la bola,
Cual mi fortuna
No verán otra.
Segun barrunto,
Nací en un hora
Que estaba el hado
De hocico y mosca.
Mil alti-bajos
Quizá su potra
Le cantó entónces,
Y hoy se le logran;
Cual mi fortuna
No verán otra.
Dióme una patria,
País de monas,
De tarariras
Maestra propia;
Donde, aunque viven
De jerigonzas,
Son sus colonos
Estafas sordas;
Cual mi fortuna
No verán otra.
Tuve un maestro
De letras gordas,
Que de ignorancias
Llenó mi chola.
Milagro ha sido
(Sea á Dios la gloria)
Que de sus uñas
Saqué memoria;
Cual mi fortuna
No verán otra.
Dióme un colmillo
Que, aunque no coma,
Si es que no muerde,
No hace otra cosa.
Mis mesmas faltas
No las perdona,
Las de los otros...
¡Rómpase Troya!
Cual mi fortuna
No verán otra.
Dióme una suerte
Frágil y astrosa,
Con más reveses
Que andadas ropas;
Por más que asiento
Fije en mis cosas,
Patas arriba
Me las trastorna;
Cual mi fortuna
No verán otra.
Más faltas tengo
Que cien pelotas;
Bienes no encuentro,
Males me sobran;
Los tontos me aman,
Los sabios me odian;
Y áun para malo
No valgo cosa;
Cual mi fortuna
No verán otra.

LETRILLA IX.

¡Qué enfermo y malo
Que se halla el mundo!
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
¡Qué de patrañas
Vi, qué de embudos,
Cuando tuviera
Mi razon uso!
Gran tren de polvos,
Afeites y untos,
Fué el primer mueble
Que él me propuso;
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
Vime en estrados
De pocos lustros
Con un don Mono,
Trasgo importuno;
Máquina que habla
Yo en mí le juzgo;
Palabras muchas,
Sexo ninguno;
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
Cada madama
Vi con su cuyo
Por cierto imperio
Vago é intruso;
Ante estos locos
Con gresca y gusto,
Ante sus dueños
Con rostros mustios;
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
No queda trapo,
Por negro y sucio,
Que allí no saquen
Al sol de Julio.
Se habla de faltas,
Hay gran murmullo;
Vense otros cuernos,
No ven los suyos;
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
Y estas urracas
De estos majuncios,
Son de la vida
Polos nocturnos.
Por ellas mandan
Mil zamacucos,
Por ellas solas
Padecen muchos;
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

LETRILLA X.

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
Si un sabio estudia
Jurisprudencia,
Gasta siete años
Para aprenderla;
Y en siete dias
La Violeta
Le embute á un tonto
Todas las ciencias;
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
Ve el mayorazgo
Raras lampreas,
Y por ser caras
Se va sin ellas;
Llégase un pobre
Lleno de deudas,
Y aunque sea á duro,
Compra la pesca;
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
Lleva la usía,
Noble y con rentas,
Una basquiña
De cómo quiera;
Y una infelice
Soez ramera
Con desden viste
Joyante seda;
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
Goza el caballo
Cuadra muy buena,
Regalo eterno,
Siempre de huelga;
Y el pobre burro
Anda diez leguas,
Lleno de hambre,
Palos y leña;
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
Vemos á un grande,
Que le molesta
Que le estén dando
Siempre excelencia;
Y si á la esposa
De un vende-esteras
Su-mercé omito,
No da respuesta;
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.
Los capitanes
Con diez pesetas

Dicen que casi
No hay para vueltas;
Y en siete cuartos
Quieren que tenga
Plato el soldado,
Juego y mozuela;
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.

LETRILLA XI.

Ve aquí la vida
Que los más pasan:
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Graves tribunos,
Que de la patria
Sois más padrastros
Que un juez de Holanda,
¿Qué haceis poniendo
Por nuestras plazas
Postura al nabo,
Ley á las habas?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Escribas fieros,
Que en vuestras causas
Armais más lazos
Que á un raton trampas,
¿Qué haceis llenando
Más hojas blancas,
Que tiene tiznes
La mala fama?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Sabios de escuelas,
Que en vuestras aulas
Entrais más anchos
Que diez tinajas,
¿Qué haceis pujando
Cuestiones vanas,
Más gritos dando
Que remo en playa?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Mis eruditos
De aire de Francia,
Postes eternos
Junto á madama,
¿Qué haceis mintiendo,
Máquinas que hablan,
De cuando en cuando:
Laran, larara?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Maridos francos
De esposas francas,
Que por milagro
Veis vuestras casas,
¿Qué haceis temiendo
Que encima os caigan,
Pues salis de ellas
Cual toro á plaza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Vos, letrilleros,
Poetas ranas,
Escarabajos
De ajenas faltas,
¿Qué haceis sacando
Coplas sin gracia,
Vano el celebro,
Floja la panza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

LETRILLA XII.

Aunque es difícil
Hallar fortuna,
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Tenebron númen
De negra musa,
Rey del Parnaso
Sé quien le jura,
Y es que no entiende
Su catadura;
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Reciente hidalgo
Brillante y lucia
Su ejecutoria
Tal vez promulga,
Cuando de moros
Sé que es su alcurnia;
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Yo sé marido
Sin renta alguna,
Que no trabaja,
Trata, ni estudia;
Mas come y viste,
Se huelga y triunfa;
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Monstruo se acuesta
De frente á nuca
Quien ángel bello
Despues madruga,
Por tener de ello
Receta oculta;
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Yo sé de bestia
(Bien que haya muchas)
A quien asisten
Gentes agudas,
Y que su ingenio
Claro le juran;
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.
A esposo inepto,
Falto de injurias,
Sus coadyutores
Tal vez le ayudan,
Y á costa de otros
Mece sus cunas;
Si ésta no es dicha,
No hay dicha alguna.

LETRILLA XIII.

¿Tú, que no sabes,
Me das lecciones?
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Porque de niño
Gozo aún los dotes,
Dice que cante
Dulces amores;
Mas ¡ay, qué poco
Mi humor conoces,
Acedo y lleno
De indigestiones!
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Dices que trato
Gentes de córte,
Que me enriquezcan
De ideas nobles;
Cuando aturdidos
De uno á otro coche,
Corre, vé y diles
Son sus pensiones;
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Dices no admito
Los ricos dones
Que hacerme quieren
Grandes señores;
Yo sé que al aire
Nadie da golpes,
Y lo que tengo
Creo me sóbre;
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Diz que el estudio,
Con sus tesones,
Mi tez de rosa
Fuerza es que robe;
Si tan bonito
Soy, que me arropen,
Sin que al sol vea
Dentro de un cofre;
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Dices, y dicen
(¡Dios os perdone!),
Que tengo en suma
Duro el cogote;
Si fuese estatua
Yo en él con goznes,
Fuera defecto;
Pero acabóse;
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.

LETRILLA XIV.

Faltando yo es cierto
Que habré nombradía;
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que mi gran musa
Heroica me llama
Con póstuma fama,
Sin tener excusa;
Vanidad intrusa
Del vulgo inexperto;
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
A hacer de las mias
Dicen que me aplique,
Que casa edifique,
Torre y galerías,
Sin ver que mis dias
No han instante cierto;
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que si yo falto
(¡Mi Dios me perdone!),
Harán se empadrone
Mi nombre tan alto,
Que llegue de un salto
Al polo más yerto;
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que otra Artemisa
Hará un mauscolo
Al funeral solo
De mi hora precisa;
Y morir de risa
Yo tengo por cierto;
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que mi retrato
(¡Qué cosa tan mona!)
Grabará Carmona
Con su buril grato,
De frente á zapato,
De laurel cubierto;
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!

LETRILLA XV.

¡Qué hechicero tono!
¡Cómo al gusto brinda!
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

Que un rapaz flamante,
Que el mirar lo alegra,
De Momo se plante
La máscara negra,
Mordiendo cual suegra
Cuanto se le alinda,
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!
Que una damisela
Pintadita al olio,
Con saber, nos muela,
Cuestion, texto y fólio,
Y en cualquier escolio
Singular prescinda,
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!
Ver á don Pancracio,
Guapeton de fama,
De cuidados lacio
A par de madama,
Si dice que la ama,
Más blando que guinda,
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!
Ver un rapaz tierno
Hecho una grajea,
Con dije de cuerno
En danza pigmea,
Fingir la jalea
Que en su edad no brinda,
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!
Si yo impertinente
Hablo una simpleza,
Notar que una gente
De seso y grandeza
Vuelva la cabeza
Y atencion me rinda,
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

LETRILLA XVI.

Que no tiene juicio
Quien mi musa extraña,
Yo me lo malicio,
O el juicio me engaña.
¡Afuera, que quiero
Vaciar cual puchero
Lo que hube tragado;
Que estoy infestado
De tanta zizaña!
O el juicio me engaña.
Hoy dia es ser rico
Acortarse el pico,
Prestar con ribete
Y estafar por siete
Con sutil maraña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia es ser maja
No darse una paja
Por la honradez goda,
Y hacerse por moda
De ninguno extraña,
O el juicio me engaña.
Hoy es ser muy mono
Mostrar grande encono
A nuestros estilos,
Y hacer mallas de hilos
Cual sutil araña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia es ser crego
Darse al ocio luégo,
Chupar lo asignado,
Y andar de sobrado
Cual hoja de caña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia el juzgado
Hacerse es del lado
Del que más presenta;
La ley es la renta,
El juzgar cucaña,
O el juicio me engaña.
Hoy es ser poeta
El zurcir con treta
De antiguos escritos,
Porque hay infinitos
Tontos de esta maña,
O el juicio me engaña.

LETRILLA XVII.

Si hablar mal es mengua,
Pues ponen hocico,
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si en boca cerrada
Diz que no entra mosca,
Y hay gente tan hosca,
Que luégo se enfada
Si la más cendrada
Verdad les predico,
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si un tal reverencia,
Grado tiene y borla,
Y un víctor con orla
Publica su ciencia,
Y yo, en mi conciencia,
Sé que es un borrico,
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
El vulgar concepto
Hoy tiene por sabio
Al que mueve el labio
En nuevo dialecto,
Chanfutre en aspecto,
Y en ademan mico,
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si no es bien que riña
Que un tal caperucho,
En vicios muy ducho
Por la socaliña,
Con faz no lampiña
Se finge santico,
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Pues es grande carga
Remendar mal viejo,
Y el ágrio consejo
A todos amarga,
Si con lengua larga
La murria espotrico,
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

LETRILLA XVIII.

Señor de encomienda,
Que no recomiendo,
A otro se las venda,
No á mí, que las vendo.
Hidalgo de á marca
Por papelería,
Que en genealogía
Mil padres abarca,
A Heródes Tetrarca
Su raíz haciendo,
A otro se las venda,
No á mí, que las vendo.
Pedantes visitas
De crudito vário,
Que en un Diccionario
Se entró de patitas,
Y alzára mil gritas
Sobre la voz *cuendo*,
A otro se las venda,
No á mí, que las vendo.
Consejo maduro
De algun calvo verde,
Que si el pelo pierde,
No pierde lo obscuro
Del unto venturo
Que lo irá tiñendo,
A otro se las venda,
No á mí, que las vendo.
Decir que al Parnaso
Va sutil poeta,
Y sigue cometa
El vuelo al Pegaso,
Y en el éter raso
Gira con estruendo,
A otro se las venda,
No á mí, que las vendo.

LETRILLA XIX.

Si yo, cuando á otros muerdo,
Mordido me hallo,
Es que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un baron mirado
Sube al magistrado
Y hace, cual magnate,
Más de un disparate,
No es mucho su fallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un viejo en visita
Con doña Pepita,
En dime y diréte,
Hielo hecho, arremete,
No hay por qué extrañallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un docto por grado,
En su aula sentado,
Pensando que explica,
Más y más se implica,
Callar y aguantallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Un novel cadete,
Pensando es jinete
Más que Gerifalte,
No es mucho que salte
Y brinque cual gallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si á un ruin miserable
Inés se hace afable
Cuando allá lo coge,
Que él la bolsa afloje
Por hecho contallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un cuerdo estadista
Cae en ser coplista,
Y enfada en sus versos
A cien universos,
No hay más que dejallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

LETRILLA XX.

Si me sale al paso
Lo que no quisiera,
Todo es friolera,
Vamos, pues, al caso.
Si el númen vinagre
Que airado me sopla
Se arma en cada copla
De mordiente usagre,
Por más que la almagre
Y vista de raso,
Todo es friolera,
Vamos, pues, al caso.
Si Paula y Fructuoso,
Merendando en gresca,

Una tarde fresca,
Brindan con reposo
A honor del esposo,
De cuerno en un vaso,
Todo es friolera,
Vamos, pues, al caso.
Si con falsas llaves,
Saliendo el marido
De su lecho y nido,
Aquel que tú sabes,
Que es de los más graves,
No es en dar escaso,
Todo es friolera,
Vamos, pues, al caso.
Si á risa provoca
Fingida beata,
Que á una patarata
Retuerce la boca,
Cuando por su toca,
De amor se ve un paso,
Todo es friolera,
Vamos, pues, al caso.

LETRILLA XXI.

Diz que un caballero,
Dicho don Dinero,
Pierde y atropella
La niña más bella,
De más pundonor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
El diz que minora,
Y áun de virtud dora
El crimen más grave,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
El diz que al anciano
En jóven lozano
Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
El al más ocioso,
Más vil y vicioso,
Colma de favores,
Y áun da de señores,
Un perpétuo honor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
El á un tonto ha dado
El premio colmado
Que hubo merecido
Un sabio entendido,
Pobre y sin favor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
El en la opulenta
Mesa en que se sienta,
Todo hace que sóbre,
Arrojando al pobre
Del hambre al rigor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Diz que él, pretendido,
O ya conseguido,
Siempre da cuidado,
Y de ayes cercado
Tiene al poseedor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

LETRILLA XXII.

Cada dia este mi númen
Sale con su extraordinario;
¡Canario!
Al són de mi castañuela,
Más que una pascua contento,
Diré verdades sin cuento,
Que mi gaznate no cuela;
Dehablar clarito en la escuela,
Soy pájaro voluntario;
¡Canario!
Yo sé que ántes solian ser
Indias bravas las que amaban;
Con un vidrio se engañaban,
Prendiólas un alfiler;
Y hoy un hombre ha menester
Para preludio un crarlo;
¡Canario!
Mirando á cierta ventana,
Que juzgué recoleccion,
Vi una Tais tras el doblon,
Más que la antigua liviana,
Que el beso de paz ufana
Da, si hay oro, á su contrario;
¡Canario!
Bien sé yo quién se embelesa,
Y en amor corre ó recula,
Hablando á un mozo de mula
La que con torno ó con rueca.
Si no en San Fernando, en Meca,
Debiera ganar salario;
¡Canario!
Yo, en fin, no sé qué remiendo
A este desbarate le eche,
Ni acierto con qué escabeche
En sazon se irá poniendo;
El pago que da, sí entiendo,
A quien le sigue ordinario;
¡Canario!

LETRILLA XXIII.

Cuanto más cachaza gasto,
Mi númen trae mayor prisa;
¡Ay, qué tentacion de risa!
Cúlpanme varios censores
Que un muchacho no es bien cante
Con estilo mordicante
Ni acentos murmuradores;
Que cante églogas de amores,
Hecho pastor de Belisa;
¡Ay, qué tentacion de risa!
Que en una conversacion,
Que un anciano no osa hablar,
Un mocoso descifrar
Se ofrece á todo un Newton;
Y de si es lo del cabron,
Lana ó pelo, nos avisa;
¡Ay, qué tentacion de risa!
Que de hidalgo en sí no quepa
Quien á Hércules da su orígen,
Y sus fincas no le exigen
Dos cornados de esta cepa;
Y por barruntos se sepa
Que, como él, muere en camisa;
¡Ay, qué tentacion de risa!
Si la gazmoña en rezar
Se arroba, ¿qué es necesario
Que yo entienda lo contrario?
Que tengo muy mal pensar;
Y para esto reiterar,
Arrumacos indecisa;
¡Ay, qué tentacion de risa!

LETRILLA XXIV.

De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne,
¿Qué se infiere?
De que tan caritativo
El otro esposo se muestre,
Que á cuantos van á su casa,
Cortés á todos la ofrece,
¿Qué se infiere?
De que los padres maestros
A predicar se presenten,
Citando autores gentiles,
Para instruir á las gentes,
¿Qué se infiere?
De que en casa del letrado
Se mantenga más la gente
Con el buen parecer de ella
Que no con sus pareceres,
¿Qué se infiere?
De que una niña se ponga
Opilada algunos meses,
Y nunca de nueve pase,
Y siempre á los nueve llegue,
¿Qué se infiere?
De que el sastre á su mujer
Diga que faltan quehaceres,
Y que busque ella por sí
Modo para mantenerle,
¿Qué se infiere?
De que haya tantos asuntos
De que habla bajo la gente,
Y siendo justificados,
Ninguno alzar la voz quiere,
¿Qué se infiere?

LETRILLA XXV.

Caiga el que caiga; y si el númen
Hoy su látigo enarbola,
Ruede la bola.
Una bola es este mundo,
Que harta está de mal rodar,
Y los dos hemos de andar
A túndame que te tundo;
Si digo lo que en profundo
Silencio tiene mi chola,
Ruede la bola.
Si un tonto debe gozar
De la tierra la abundancia,
Y en partos de su arrogancia
Sus productos disipar;
Y el pobre en brazos quedar,
Del hambre pálida y sola,
Ruede la bola.
Ver que un don Lindo soldado,
Olvidado del valor,
Del gótico pundonor
Y el español desenfado,
El rostro, ropa y peinado
Riza, pule y arrebola,
Ruede la bola.
Que un don Trasgo revoltoso,
Sin quien le tire la rienda,
Se porte en toda contienda,
Lenguaraz y sedicioso,
Sin que el juez, de temeroso,
Se atreva á su camisola,
Ruede la bola.
Que yo piense en reprender
Cosas que exceden mi brío,
Sin temer el númen mio
Lo mal que lo puede haber;
Pues no me hacen recoger
Entre las piernas la cola,
Ruede la bola.

LETRILLA XXVI.

Que quieran que no, mi númen
Vuelve á su antigua faena;
Dios te la depare buena.
Con gritos censuradores,
Allá vas, mi cartapacio;
Si das en algun palacio
Con tropel de aduladores,
Sé rival de sus humores,
Y si tienes mala estrena,

Dios te la depare buena.
Si un don Pelon, sin saber
Leer dos líneas con sentido,
Sin ver cómo lo han subido
Donde él no pudo creer,
Y no sabiendo juez ser,
El bien comun desordena,
Dios te la depare buena.
Si la que al gusto da coces,
Y la dicen que su rostro
Se lo ha quitado á algun monstruo,
Comienza en gritos feroces
A echar su mal pleito á voces
Con pícara cantilena,
Dios te la depare buena.
El que agarbado en su lecho,
De un ligero resfriado,
Llama á un médico afamado;
Quien juzgándolo á provecho,
Las venas le saja, y de hecho
En dos dias lo despena,
Dios te la depare buena.
Cabeza de gran bonete,
Sin natural entusiasmo,
Que á sí mismo ser el pasmo
De las Musas se promete;
Si al fin, fiero le acomete
Un flujo de árida vena,
Dios te la depare buena.

LETRILLA XXVII.

Con más sabrosito humor
Empiezo hoy la escarapela;
¡Canela!
Lo que hable la lengua mia,
A ninguno ha de amargar;
Que bien he de sazonar
Todo mi plato este dia;
Será dulce especería
La que mi mortero muela;
¡Canela!
Placer es ver retocada
La que es pasa como guinda,
A poder de polvos linda,
A fuerza de untos rosada,
Cuando no hay en su quijada
Memoria de que hubo muela;
¡Canela!
Gusto es ver cuán poco escasa
Tais es en baile y meneo,
Que á medirlo su deseo,
No tuviera fin ni tasa:
Y si ha de barrer la casa,
Necesita tanta espuela;
¡Canela!
Rio en ver que otra en quince años
Siempre está, y busca mancebos
Los más implumes y nuevos,
Que han de pelar sus engaños;
Y aunque cañones extraños
Crien, ella al fin los pela;
¡Canela!
Mas esto, vaya cual vaya,
¿A mí en ello qué me va?
Antes bien quien zurre habrá
A aquel que en zurrar se ensaya,
Haciéndole que esté á raya,
Y la cabeza le duela;
¡Canela!

LETRILLA XXVIII.

Yo quiero que sepa el mundo
Quién soy, y se desengañe;
Que el que las sabe las tañe.
Yo he llegado á ser muy necio:
A ninguno sé engañar,
Todos me la han de pegar,
Y me la pegan de recio;
De hoy más tan sólo haré aprecio
De aprender de quien me engañe;
Que el que las sabe las tañe.
Yo nunca sola una flor
Supe decir á una dama,
Como otro que las derrama
Con labio lisonjeador,
Y hace que en agua de olor
Se meta, revuelque y bañe;
Que el que las sabe las tañe.
Yo no me sé divertir,
Ni jugar cosa maldita,
Como el que de una garita
Ganoso suele salir,
Cargado de oro, y reir
Lo que otro ha perdido y plañe;
Que el que las sabe las tañe.
Yo no sé de caza ó pesca,
Ni en el bosque, ni en el rio,
Como el que al bochorno y frio
Anda con bulla y con gresca,
Cogiendo la pieza fresca,
Por más que se le enmarañe;
Que el que las sabe las tañe.
Yo sudo en hacer dos versos,
Y á mi ingenio no doy fama;
No como otro, que urde un drama
En cuatro horas, puro y terso,
Haciendo que el universo
Como ave rara lo extrañe;
Que el que las sabe las tañe.

LETRILLA XXIX.

Diz que de este inferior globo
La máquina anda trocada;
No sé nada.
Diz que hay cosas en el orbe,
Que no se pueden tragar,
Que obligan á provocar
Al que incauto se las sorbe,
Sin que justicia lo estorbe,
Porque está enferma y sangrada;
No sé nada.
La moza de mi vecino,
De las pascuas puso el nombre
A su madre, ¿y diz que al hombre
A jugar luégo se avino,
Y que ser, es su destino,
Cobertera autorizada?
No sé nada.
Diz que en falsa compostura,
Blas dió en hipócrita vano,
Sólo por respeto humano
Y lograr racion segura,
Y en contrahecha figura,
Es fantasma corcovada;
No sé nada.
Diz que es gusto ver la viuda,
Si la ruegan y hay quien cante,
Cómo el lloroso semblante
En baile y respingo muda;
Y esto es que á nada la ayuda
Ser tórtola retirada;
No sé nada.
Diz que un... (tente) que cogido
Fué en adulterio soez,
Se alzó de él con altivez,
Y con cerviguillo erguido
En un trabuco al marido
Le mostró la muerte airada;
No sé nada.

LETRILLA XXX.

Pues en zurrar mil picañas
Hoy mis musas se festejan,
¡Oste, puto, que retejan!
Merlo, vamos con cuidado,
Que diz que el diablo anda suelto,
Y en este rio revuelto,
En que á muchos han pescado,
Para el pico desmandado
Mordazas mil aparejan;
¡Oste, puto, que retejan!
Tú, tahur, que sin destino,
A la garita te vienes,
Y con otro tal te aviones
En pelar á un palomino;
Pues al que con pluma vino,
Implume tus uñas dejan,
¡Oste, puto, que retejan!
Tú, mozuela, que te huiste
De tu casa, y con gran porte
Te has puesto á dama de córte,
Sin saber lo que perdiste;
Pues tras tu bulto se embiste,
Y la jaula te aparejan,
¡Oste, puto, que retejan!
Tú, holgazan, que en breve rato
Socorrida arte aprendiste,
Flexible diestra extendiste,
Prendiendo cual garabato;
Pues hoy dia á un solo gato
Huestes de gatos aquejan,
¡Oste, puto, que retejan!
Tú, al fin, cualquiera que fueres,
El que á sombra de tejado,
Andas de un cuarto vedado
Mil ofreciendo alquileres;
Pues los vivos alfileres
Un minuto no te dejan,
¡Oste, puto, que retejan!

LETRILLA XXXI.

Pues de cantor traigo el nombre,
Y el arma en el vericú...
¡Alhajú, que más alhajú!
Que viendo ufano el delito,
Sin censor que le castigue,
Y á un rapaz su musa obligue
A alzar en su burla el grito,
Diga adulador maldito
Que le sopla Belcebú,
¡Alhajú, que más alhajú!
Ver la doncellita andante,
Horfanita y sin arrimo,
Que halla algun indiano primo,
A quien se arrima bastante,
Señora de guardainfante,
Con su terno de tisú,
¡Alhajú, que más alhajú!
Atolondrado doncel
Pierde las más ricas horas,
Emulo de las señoras,
De un espejo mirabel,
Puesto al ladito un clavel
Y un ramo de almoradú,
¡Alhajú, que más alhajú!
Que el otro, eterno holgazan,
Con casa que mantener,
Encomiende á su mujer
Este primitivo afan,
Miéntras robándole están
Las venas de su Perú,
¡Alhajú, que más alhajú!
Los que oyen mi escarapela,
Y que en sus cosas me meto
Sin guardar algun respeto,
Hincándoles tanta espuela,
Gritan: «¡Qué gran bagatela!
Habló el buey, y dijo ¡mú!»
¡Alhajú, que más alhajú!

LETRILLA XXXII.

De tí, oh musa, que en mi infancia
Me instruyes, saber deseo
A quién, de muchos que veo,

He de arrendar la ganancia.
Al jóven que con su niña
Vive en vicio encenagado,
Y al cabo se ve robado
De estas aves de rapiña,
Pegándosele cual tiña
El mal que vino de Francia,
No le arriendo la ganancia.
Al jefe que, ardiendo en ira,
Por vivir despues de muerto,
Muestra el pecho descubierto
Al contrario, que le tira;
Do á la menor bala espira
La más altiva arrogancia,
No le arriendo la ganancia.
Al maridillo impotente,
En quien manda su mujer,
Dejándose someter
A su dominio el paciente,
Mostrándonos en su frente
Símbolo de tolerancia,
No le arriendo la ganancia.
Al que, en su cuarto encerrado,
Enferma á puro estudiar,
Y muere por alcanzar
Lo que ninguno ha alcanzado,
Puesto que el más sabio ha hallado
Que es su saber ignorancia,
No le arriendo la ganancia.
Al que, cual camaleon,
Está al magnate adulando,
Mil sobarbadas pasando
Por lograr su pretension,
Sólo por necia ambicion
De ser hombre de importancia,
No le arriendo la ganancia.

LETRILLA XXXIII.

Que una mozuela en el prado
Se presente y deje ver
Con basquiña de moer
Y un reloj á cada lado,
Con su eminente peinado
Y remontada escoficta,
¡Buen dinero es la Gaceta!
Que blasone el militar
Que la furia de su espada
Se mira reverenciada
En la tierra y en la mar,
Y que él solo pudo entrar
Al fuerte de la Goleta,
¡Buen dinero es la Gaceta!
Que corteje el otro viejo,
Que no se puede tener,
Queriéndole dar placer
A su arrugado pellejo,
Sin querer que otro cortejo,
Donde él se mete se meta...
¡Buen dinero es la Gaceta!
Que el otro tras el venado
Ande, saltando bardales,
Picado con los zarzales,
De sol y frio quemado,
Miéntras de su esposa el lado
Ocupa el otro en paz quieta,
¡Buen dinero es la Gaceta!
Que llegándome yo á ver
Lleno de necesidad,
Piense mi simplicidad
Que he de llegar á valer
Porque versos sepa hacer
Como el más docto poeta...
¡Buen dinero es la Gaceta!

LETRILLA XXXIV.

Yo, Talía, en despedirte,
Y tú en que me has de querer,
Tijeretas han de ser.
No es espantajo estafermo
El ingenio que me asiste,
Y sabe morder con chiste;
Que, ya en poblado ó en yermo,
Ya con salud ó ya enfermo,
En morder y más morder,
Tijeretas han de ser.
El que ganar quiere á Creso,
Y avaro entró en su arqueton,
Sepultó más de un millon;
Por ser cual sin hondo vaso,
En juzgarse de oro escaso
Y estar sediento de haber,
Tijeretas han de ser.
Hueso y pellejo con ojos,
La vieja que da en ser maja,
Aunque esté seca cual paja,
Gaste palo y anteojos,
Como de usar de remojos
Para mejor parecer,
Tijeretas han de ser.
De Cupido en los afanes,
Gladiator amartelado,
Si en su hueste ha militado,
Riñe con los gavilanes;
Por más que los tafetanes
Sus heridas dejan ver,
Tijeretas han de ser.
El que se volvió gabacho
Y veces mil fué beodo,
Aunque con risa en el lodo
Le eche uno y otro muchacho,
En buscar el vino macho,
Y zorro permanecer,
Tijeretas han de ser.

LETRILLA XXXV.

Mi lengua, echada en remojo,
Cansada está de callar
Lo que no puede tragar.
¡Agua va! que allá lo arrojo;
Si alguien por delante cojo,
Sabiendo que hay quien ofenda,
Quien tiene tienda, que atienda.
Que un indiano, que las minas
Heredó del rubio Oriente,
Lascivo comprar intente,
Con costumbres peregrinas,
Con piedras falsas ó finas,
Del honor la mejor prenda,
Quien tiene tienda, que atienda.
Pues mil niñas bien criadas,
Sin pedirles yo favor,
Me hacen por mi bello humor
Sus caricias regaladas,
Y ellas se dan por pagadas,
Aunque yo lo desentienda,
Quien tiene tienda, que atienda.
Si osa el otro majadero
Buscar una hembra propicia,
Y le saja su codicia
Como al pobre el usurero,
Y exige un tributo fiero
Despues de una gran merienda,
Quien tiene tienda, que atienda.

LETRILLA XXXVI.

Pues es baldío el dominio
De escardar vidas ajenas,
De las malas y las buenas
Hagamos un escrutinio:
Acertado es mi desinio;
Y si dicen yerro en eso,
A otro can con ese hueso.
Que quieran tenga contigua
A mi bolsa y á mi lado
(En santa paz sea montado)
Una damisela antigua,
Con un rostro de estantigua,
Sin sentir el contrapeso;
A otro can con ese hueso.
Yo sé que el doctor Cazorla,
Como lo hubiera pagado,
Su mula hubiera graduado;
Y él piensa, por tener borla
Y un victor de oro en la orla,
Que á mí me aventaja en seso;
A otro can con ese hueso.
Que un viejo de vano casco,
De ajeno pelo vestido,
Más que corcho desabrido,
Más áspero que un carrasco,
Piense que no ha de dar asco
A quien llama su embeleso,
A otro can con ese hueso.
Que quiera el otro bellaco,
Que hace de hipócrita mueca,
Y á lo callantron lo peca,
En sus costumbres berraco,
Siendo más ladron que Caco,
Pasar por santo profeso,
A otro can con ese hueso.

LETRILLA XXXVII.

Que me sea ingrata Lucía
Porque soy un pobreton,
Y en entrando un señor don,
Le diga: «¿Qué manda usía?»
Y se le dé cortesía
Por no despreciar su ruego,
¡Fuego!
Que á Ines agrade aquel majo,
Siendo cual de Inés el tiesto,
En lo hediondo que le han puesto
Las quiebras de su trabajo,
Con que por cima y por bajo
Anda el zahumerio de esplicgo,
¡Fuego!
Que Juana, que cuando están
Sus padres dentro de casa,
Aun á hablar no se propasa,
Luégo que afuera se van,
Llame á solas á don Juan,
Y ande el baile, trisca y juego,
¡Fuego!
Que Beatriz, sin enfermar,
Diga que se está muriendo;
Que llamen á fray Rosendo
Que la venga á confesar,
Y él con ella haya de entrar,
Quedándose afuera el lego,
¡Fuego!

LETRILLA XXXVIII.

Préstame, Fabio, atencion
Para oir esta letrilla,
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
¿Admiraste del marido
Que sin renta y holgazan
Sale al Prado tan galan,
Como un Adónis lucido?
Pues mira, esto ha conseguido
Por ser manso de la villa,
O en buen romance, cabron;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
Preguntas que ¿por qué exceso
En el más triste lugar
A los frailes han de dar
Pan, vino, tocino y queso?
Pues créete que por eso
Nos llaman con campanilla
En la cuaresma á sermon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon,

¿Espántaste de la maja
Que, cuando sale á paseo,
Con sus galas y meneo
A la más chusca aventaja?
Pues mira, tanto trabaja,
Que por trabajar se humilla
Bajo de cualquier varon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
Pregúntasme que ¿en qué penda
Que otros con poco estudiar
Se atrevan hoy á sacar
De la córte una prebenda?
Pues mira, aunque no se venda,
O ya por faldas se pilla,
O ya por mucho doblon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
¿Lastímate el ver tomando
A don Martin las unciones,
Que quiebra los corazones
Verle amarillo y babeando?
Pues mira, para eso holgando
Con su amiga Mariquilla
Gozó harto tiempo el bribon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
¿Admíraste del letrado
Que á Juan, sin tener derecho,
Se lo hizo tener, y de hecho
Se ha en su favor sentenciado?
Pues sábete que ha logrado
Una lucida vajilla,
Y *ainda mais* un talegon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
Dices, por fin, que ¡cuán bruto
Es el que se pone á hacer
Versos sin echar de ver
Que no aguarda premio ó fruto!
Pues mira, yo lo reputo
Por la más quieta, sencilla
Y racional diversion;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

LETRILLA XXXIX.

Que quiera que yo haga cuenta
Que única en amarme ha sido
La que el corazon partido
Tiene (no es mucho) en ochenta,
Y que intente que mi renta
En sus caprichos se apoque,
No hay emboque.
Que quiera el otro ermitaño
Vivir eterno holgazan,
Y de mi bolsillo y pan
Mantenerse todo el año,
Porque me libre del daño
De peste el señor san Roque,
No hay emboque.
Que presuma de mí Ines,
Por ser muchacha bienquista,
Que la mantenga y la vista
De la cabeza á los piés,
Y vivir del interes
Sin que á sus faldas la toque,
No hay emboque.
Que pretenda el otro ganso
Que salió el barrio á correr,
Miéntras quedó su mujer
Con don Narciso en descanso,
Que yo no le llame manso,
Porque trae daga y estoque;
No hay emboque.
Que Beatríz, que hasta los huesos
El mal humor la ha pasado,
Piense que yo, enamorado,
Gaste en servirla mil pesos,
Por más que con mil excesos
A liviandad me provoque,
No hay emboque.
Que quieran que las hazañas
Cante del Cid campeador,
Y conociendo mejor
De los viciosos las mañas,
Me digan que estas patrañas
En mis versos no las toque,
No hay emboque.

LETRILLA XL.

En eso de que por tema
De no ceder á ninguno,
Sin esperar premio alguno,
Me ponga con mucha flema
A escribir un gran poema,
Como el pobreton del Taso,
Paso.
Mas en que por diversion
Se suelte mi tarabilla
En cantar una letrilla,
Donde saque á colacion
Tanto esposo chibaton
Como á cada paso encuentro,
Entro.
Que yo cual camaleon
Esté á un gran sofí adulando,
Mil sobarbadas pasando
Por lograr mi pretension,
Cautivo de la ambicion,
De sueño y de gusto escaso,
Paso.
Mas en que mis gustos ame
Donde hallo fortuna cierta,
Y cuando más me divierta,
Ningun cuidado me llame,
Pues buey suelto bien se lame
Por defuera y por de dentro,
Entro.
Que quieran que á una funcion
Vaya yo en Diciembre helado,
A beber, de convidado,
Aguas de agraz y limon,
Que dejen mi corazon
Tan helado como el vaso,
Paso.
Pero que con mi vecino
Y otros amigos, de broma,
Sentado en un corro coma
Buenas lonjas de tocino,
Y un gran pellejo de vino
Haya por copa en el centro,
Entro.
En que vestido de gala
Dance yo serio un amable,
Sin que toque y sin que hable
A las damas de la sala,
Pues me echarán noramala
Si á algo de esto me propaso,
Paso.
Mas en el ir á enredar
A los bailes de candil,
Donde pueda yo entre mil
Con las chicas retozar,
Apagar la luz, y andar
A ésta cojo, á la otra encuentro,
Entro.

LETRILLA XLI.

Al que por sola aprehension
De que perdió su mozuela,
U otra cualquier bagatela
De aqueste mundo bribon,
Se le llena el corazon
De mortal melancolía,
Le cayó la lotería.
Al militar que, impaciente
De lograr algun honor,
Se presenta con valor
Del enemigo á la frente,
Donde le coge en caliente
Un tiro de artillería,
Le cayó la lotería.
Al que por tener sospecha
De si está ó no resfriado,
Llama al doctor de contado,
Quien, juzgando que aprovecha,
Le manda sangrar y le echa
En la sepultura fria,
Le cayó la lotería.
Al que buscó, á su entender,
Por novia una mujer casta,
Y siendo él de buena pasta,
Y ella de buen parecer,
La que le hizo novio ayer,
Le hace novillo este dia,
Le cayó la lotería.
Al jóven que, sin saber
Qué cosa lujuria fuera,
Por sola la vez primera
Que visitó á una mujer,
Ve el triste que ha menester
Entrar en Santa María,
Le cayó la lotería.

LETRILLA XLII.

Dicen que soy displicente,
Que á todos enfado y muelo,
Que no debo formar duelo
De lo que no me contente;
Que con necios neciamente
Sea necio en su necio bando;
Ya voy, que me estoy peinando.
Quieren que el rostro estringido
Deje que suelo tener,
Que humano me deje ver
Con afeite el más florido,
No siendo yo su marido,
Con cualquier dama paseando;
Ya voy, que me estoy peinando.
Diz que la filosofía
De algun escolar no aprecio,
Que me debo dar de recio
A estudiar la algarabía
De tanta distincion fria
Que usa el sofístico bando;
Ya voy, que me estoy peinando.
Notan que dinero hacer
No sé, cual mil de mi estado,
Y que más que un obligado
Pudiera yo enriquecer,
Sólo con apetecer
Lo mismo que me están dando;
Ya voy, que me estoy peinando.
Porfian que á un impresor
Le dé á imprimir mis conceptos,
Y que, pues son tan perfectos,
Los publique con valor,
Pues gran provecho y honor
De ello me irá resultando;
Ya voy, que me estoy peinando.

LETRILLA XLIII.

¿Ves aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que *nemine discrepante*
Fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.
¿Ves servido un señoron
De pajes en real carroza,
Que un rico título goza
Porque acertó á ser varon?
Pues con su casa, blason,
Título, coche, y cochero,

Es un grande majadero.
¿Ves al jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flándes batallando?
Pues con su escuadron, su mando,
Su honor, heridas y acero,
Es un grande majadero.
¿Ves aquel, paternidad,
Tan grave y tan reverendo,
Que en prior le está eligiendo
Toda su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.
¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos pára?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.
¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,
Que no cede ni á Quevedo
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
Es mucho más majadero.

ENDECHAS.

PRIMERAS.

Esclavo inocente,
Del mar en la orilla,
Bello á maravilla,
Cual perla de Oriente;
De un corsario moro
Preso y aherrojado,
El que me ha apresado
La prision que adoro;
Con cadenas flojas
A tu humilde cuello
Cuando el rostro bello
Con mil perlas mojas;
Pareciste un dia
Cisne albo y hermoso,
Que un tronco nudoso
Preso en sí tenía.
Sin ser conocido
Tu precio y donaire,
Era en vil desaire
A pregon traido.
Por impía costumbre,
Quien más valor daba
Ya te amenazaba
Con vil servidumbre.
Allí blanda cera
Amor compasivo
Me hizo, y de un cautivo
Nueva prisionera.
De entre el brazo fiero
De aquel sarracino
A mi pecho vino
El arpon primero.
Aunque no cumplida
Tu desgracia, el susto
De temerla el gusto
Le quitó á mi vida;
Que el que es desdichado,
Siempre por cumplido
Tiene el más temido
Disfavor del hado.
Pródiga del oro,
Te dí, con mi vida,
Libertad querida
Del poder del moro.
Ver te hice queria
Sólo, en rescatarte,
Por libre dejarte,
Sin más demasía;
Y con pecho blando,
Que amor dulce engendra,
Lo cria y acendra,
Irte regalando.
Ya por mil maneras
Viste en mi recato
Que engaños no trato,
Sino amantes véras.
Que más apreciaba
Que el cetro del mundo,
En amor profundo
Ser tu nueva esclava.

SEGUNDAS.

Robé á robadores
El dueño de mi alma,
Que robó la palma
De los mis amores.
De un servil amago
Libré el cuello frio
Del que mi albedrío
Me ha quitado en pago.
Que quiera ó no quiera
El alma engañada,
Me dejó encantada
Tu gracia hechicera.
Un cabello rizo
Sólo me mantiene;
Que el esperar tiene
En su cebo hechizo.
Y la que dar sabe
Libertad entera,
Ya está prisionera
En prision más grave.
La cadena arrastro
De amor más estrecha
Que en su cárcel echa
Vengativo el astro.
Y tú, á quien cautiva
Ya el alma he rendido,
No has de mí aprendido
Piedad compasiva;
Pues te hizo de intento
El hado perjuro
A mi amor, más duro
Que peñasco al viento.
Trájete al arribo
De mejor fortuna,
Y sin causa alguna,
Siempre te hallo esquivo.
Que es ley decretada
Del niño Amor fuerte,
Que á servir no acierte
La que es desdeñada.
Así anhelo en vano,
De mal en peor,
A un solo favor
De tu ingrata mano.
¡Ay! que la dulzura
Que el amor confia
Suerte es, y la mia
No tuvo ventura.
Ni otra causa inquiera,
Si es aborrecido,
De lo que ha querido
Todo el que bien quiera.
Así, si yo fuese
De Oriente á la cumbre,
Y en su mayor lumbre
Al nuevo sol viese;
Tú, Febo encendido,
Mal quitar podrias
Las tinieblas frias
De este ingrato olvido.

TERCERAS.

Cautivillo exento
De alma libertada,
Prision regalada
De mi pensamiento;
Preso de alma altiva,
Que en trenzadas mallas,
A no rescatallas,
Mil almas cautiva;
Prisionero amado,
De color más fino
Que aire matutino
Da al clavel rosado;
Si esclavo te veo,
Y á cautivar almas
Te ensayas, mil palmas
Te daráu trofeo.
Si quien corazones
Así prender sabe,
Siente pena grave
En sufrir prisiones;
Ya libertad tienes,
Yo estoy sin ninguna;
Que así la fortuna
Trastorna los bienes.
Dí un perecedero
Precio por librarte,
Y por rescatarte
Diera un reino entero.
Al primer asalto
Cantó amor victoria,
Viendo ya mi gloria
Vuelta en sobresalto.
Fortuna inconstante
Del bien sumo asirme
Quiso, si amar firme
Lo es á un bello amante.
Díjote ternuras,
Blanda y halagüeña;
Que el amor me enseña
Todas sus blanduras.
Unas tus cuidados
Me disimulaban,
Y otras te causaban
Risa y desenfados.
Que tus perfecciones
Dirigen al justo
El reino del gusto,
Del amor los dones.
Y sólo quisiera
Que este collar bello
Me echases al cuello,
Por tu prisionera.
Que el placer más vivo
En ser sólo estriba
La bella cautiva
De un bello cautivo.

ROMANCES.

ROMANCE PRIMERO.

EL RAMO DE LA MAÑANA DE SAN JUAN.

La mañana de San Juan,
Cuando á los alegres campos
A coger verbena y flores
Salen los enamorados,
Entónces, cuando el lucero
Del alba sale bailando
Delante la deseada
Aurora mayor del año,
Toma á bien que en tu ventana
Te ponga, zagal, el ramo,
Ramo que en el Val de Otea
Mis niñeces cultivaron,

Tómalo á bien, mi señora,
Recíbelo de buen grado,
La vista pon en sus hojas,
Y á la sombra de él sentaos.
Primicia de mis amores,
De tu gran belleza lauro,
Regocijo de tu calle,
De tu mirador ornato.
Si te parece va pobre
De flores y hermosos lazos,
Arrímale á tu hermosura,
Y será él más adornado.
Tome él, como yo lo hiciera,
Los claveles de tus labios,
La azucena de tu frente,
Los jazmines de tus manos.
Entre sus hojas reciba
El rocío nacarado
De tu aliento, y la fragancia
De tu pecho soberano.
Que yo, zagala, le juro
Que él será rey de los ramos,
A quien salva harán, rendidos,
Ruiseñores y canarios.
Los que por mi mal te adoran
Con placer le irán mirando,
Y las que no te compiten
Lo verán con sobresalto;
Y yo, zagala, á su dicha
Esta letra iré cantando,
Que por si no la escuchabas,
Te la puse al pié del ramo:
¡Qué florido estáis!
¡Qué dicha teneis!
Ramito de flores
De mi dulce bien.
Decid á la rosa
De tan feliz ramo,
Es sólo la hermosa
Ventura que yo amo,
Y el dulce reclamo
Del niño amor es.
Ramito de flores
De mi dulce bien.

ROMANCE II.

LA ENEMIGA DEL AMOR.

De la muerte y de un pastor
Florindo vive envidioso;
Mucha tiene de la muerte,
Pero más tiene de Mopso.
Juanita, la malhadada,
De la hermosura pimpollo,
Que tanto al zagal queria,
La muerte cerró sus ojos;
Nunca le diera los brazos,
Mas sola la fe de esposo;
Que á lograrlos, no viviera
Mortal que llegó á tal colmo.
No vistió luto el cuitado,
De la doncella en abono;
Mas si es luto la tristeza,
Tres años se vió en su rostro.
En los bailes del ejido
Y en los pastoriles corros
Le pensaron, por su falta,
Estar ojeado del lobo.
Como á las sombras el alba,
Siguió á la pena del mozo
El nuevo amor de Crisalda,
Premio á su virtud bien corto;
Porque, como nunca viene,
Como dicen, un mal solo,
La que en un tiempo le quiso,
Le faltó, mudable, en otro.
Por respeto de fortuna
Casó Crisalda con Mopso;
Mopso, el rico de la aldea,
Pero el más simple de todos.
Naturaleza y fortuna
Son de la vida los polos;
¡Feliz el hombre que encuentra
En cualquier de ellos apoyo!
Pero á quien ambos persiguen,
Mal se llamará dichoso,
Si no ignora qué es desprecio,
O sabe de amores poco.
Esto le cantó Florindo
A Crisalda junto al soto,
Donde apénas ella pudo
Desentenderse á su tono;
Pero en señal de su enfado,
Torció la zagala el rostro;
Calló el pastor, y ausentóse
Por la selva sola solo.

ROMANCE III.

LA FIRME RESOLUCION.

Zagala hermosa del Tajo,
Lumbre de sus pastorcillas,
Alma real en cuerpo hermoso,
Tres veces de imperio digno;
Si sobre todos mis males,
Cruel el cielo determina
Que por corona de todos
En tu disfavor yo viva,
¿Qué culpa tendré, señora,
Que mi corazon opriman
Torrentes de desconsuelos,
Aguaceros de desdichas?
Si en cerco de los mis ojos
El sueño jamas se mira,
Ni muestra de bello riso
Aparece en mis mejillas;
Si soy doncel desdichado,
A quien el cielo castiga
Como á su mayor contrario,
Léjos de toda alegría;
No armes tu rigor, señora,
Contra aquesta alma mezquina;
Tu piedad merezca al ménos,
Pues es de tu amor indigna.
Que tambien á tí, cuitada,
Perseguirán algun dia
Saetas de desconsuelos,
Enherboladas de acíbar;
Bien como amanece ufana
La pomposa clavellina,
Y el granizo la destroza
O el aquilon la derriba.
No hay prosperidad durable
En esta inconstante vida;
Rápido vuela el deleite,
Pesado el dolor camina,
Por último desengaño
Mi corazon sólo aspira
A elevarse en su bajeza
Sobre el telar de la envidia.
Ya el bullicio no me agrada,
Ni la hermosura me inclina,
Ni el oro me lisonjea,
Ni me vale la mentira.
Sólo un alma pura y sana
Puedo decir que me hechiza;
Ésta busco hasta la muerte,
Y en ella haré mi manida.
Tal me contára Lisardo
Que sois vos, Lisi divina,
Alma do el saber se hospeda,
Pecho do el candor se anida.
¿Y querrás que no te adore,
Y dirás que no te siga,
Cuando lo que yo en tí veo,
A llanto y dolor me incita?
Opóngaseme la noche
De la ausencia de tu vista;
Opóngaseme la nube
De la pasion más temida:
Que siempre ansiaré por tí,
Luz de mis ojos querida,
Alma real en cuerpo hermoso,
Mil veces de imperio digna.

ROMANCE IV.

LA SALIDA DE AMARÍLIS AL ZURGUEN.

Venid, venid, zagalejos,
Que al Zurguen sale Amarilis,
Si es que el alba á media tarde
Ver alguna vez quisisteis.
Veréis triscar los corderos
Cuando á mi pastora miren,
Y que doquiera que vaya,
Balando por sal la siguen.
El canto veréis que esfuerzan
Alondras y colorines,
Y que nacen azucenas
Donde la sandalia imprime;
Que la senda por do pase,
Olor de casia despide,
Y que si los troncos toca,
Producen blancos jazmines.
Veréis cómo el arroyuelo
Por boca de perlas ríe,
Y saltar los peecillos
Cuando á su estanque se mire.
Salir veréis los zagales
Con flautas y tamboriles;
Los zagales, que en prisiones
De sus rubias trenzas viven.
Tristes veréis las pastoras
Cuando de ellas se retire;
¿Pues qué los tiernos zagales?
Los veréis mucho más tristes.
Y á mí, en fin, veréisme ufano,
Si es que «¡adios, zagal!», me dice;
Empero, si no me hablare,
De pena veréis morirme.
Así cantó Arcadio á tiempo
Que llegó al prado Amarílis,
Vergonzosa en ver que todas
Como á nuevo sol la miren.

ROMANCE V.

LA FINA SATISFACCION.

Guárdete Dios, zagaleja,
De los mis ojos aurora,
Deidad del zagal Arcadio,
Y de sus corderos gloria.
¡Oh! ¡cuán galana á mis ojos
Eres, mi dulce pastora!
¿De dó vienes tan ufana?
¿De dó sales tan graciosa?
Tus ojos despiden rayos,
Vierte dulce miel tu boca,
Tu seno vence la nieve,
Tus plantas producen rosas.
¡Ay! ¡cómo no puede Arcadio,
Aunque asaz fino te adora,
Corresponder al amor
Con que tú muy más le adoras!
Tus cabellos oro esparcen,
Tu frente el alba me asoma,
Tus mejillas me dan flores,
Tus labios me dan aljófar.
¿Sabes tú cuán dulce le amas,
O cuán tierna le enamoras?
¿Con cuáles luces le miras?
¿Con cuáles gracias le arrobas?
Así dijo amante Arcadio
En el dia de sus bodas
A Amarilis, que le escucha
Con aquel pudor de novia.
Bien sé que tu amor no pago;
Pero yo bien sé, pastora,
Que dejaré por tus brazos
Del orbe toda la pompa.
Y así, déjame, zagala,

Que en sazon tan amórosa
Te pague cuanto me quieres
Con un beso de mi boca.

ROMANCE VI.

LA ADVERTENCIA.

Quince años tienes, zagala,
Y áun dudo si son cumplidos;
Flor de hermosura, bien digna
De más honesto retiro.
No há mucho que te creia
Palomita, que del nido
Aun no sale temerosa,
Besando el materno pico;
Y ya á cuantos ves los quieres,
Como si fuera lo mismo
Solicitar tú á los quince
Que otras á los veinte y cinco.
La flor que á abrirse comienza,
Estima el boton nativo
Más que la atrevida mano
Que la arrancó del espino.
Con las pastoras de treinta,
Que aman falaces caminos,
En la mitad de su edad
Usas de aceites fingidos.
¡Oh! guárdate, que te llevan
A dar en un precipicio
De dulce entrada, y salida
Más amarga que torbisco.
Encontrarás mil pastores,
En las palabras muy finos,
Mas de tan dañados pechos
Como el áspid vengativo.
Perseguiránte cual lobos,
De ovejas blancas vestidos,
Hasta robarte la prenda
Que guardar no habrás sabido.
Harto te he dicho, zagala,
Si quien te dió tan divino
Rostro te dió entendimiento
Para estimar mis avisos.
Así á una simple serrana
Requirió Delio al oido;
Y al ver que el rostro apartaba,
Con más blandura la dijo:
«No fies de los hombres,
Niña, no fies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.
»La flor de tus años,
Graciosa Lisarda,
Como el oro guarda
De amantes extraños;
No de sus engaños
Tu candor confies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.
»Tu bien va contigo,
Échale mil llaves;
Si guardarlo sabes,
Yo seré tu amigo;
Mas no á lo que digo
El rostro desvies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.»

ROMANCE VII.

LA REPRENSION.

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora sus daños
Deja estar las altiveces;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando más hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entónces, deshecho en llanto,
A besarle el pié desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los cielos te conceden;
Pero ser altiva y sábia,
Quien te lo haya dicho miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo
Jamas alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, zagala, que pienses
Conseguirlo con tu orgullo,
Que ántes bien lo desmereces.
Del humo de las cabañas
A no ser altiva aprende,
Que cuanto más alto sube,
Más presto se desvanece;
Misterio de la humildad,
Que cuando así se envilece,
Entónces empieza á alzarse,
Orladas de honor las sienes.
Tal la planta que más honda
Echar la raíz pretende,
Alza la florida copa,
Corona de los vergeles.
Así que, zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendeciránte las gentes,
Daráte la aldea el nombre
Que tu modestia desprecie;
Y aunque se exceda en tu elogio,
No temas, no, que le pese.
Así cantaba Lisardo
A los umbrales de Fénix,
Que, cansada de escucharle,
Como quien se agravia, duerme.
Rogáronle otros zagales
Que el cantar en vano deje;
Y él de la ingrata pastora
Se despidió de esta suerte:
«Ser reina de la aldea
Quieres, zagala;
Pues ve que en ser altiva
No logras nada.
»Ser rey de las flores
El girasol quiso,
Y al sol adulando,
Encumbróse altivo;
Mas ya ves que ha sido
Su intencion frustrada;
Así que en ser altiva
No lograrás nada.
»La rosa, al contrario,
Que en un botoncillo,
De espinas cercada,
Amaba el retiro;
Es quien reina ha sido
Del campo nombrada;
Así que en ser altiva
No lograrás nada.»

ROMANCE.

En el anchuroso lago,
Cuyas ondas alborotan
De Orion y otro amago,
Cuando de la gran Cartago
La vecina playa azotan;
Zaide, huyendo de Aja bella,
Que más que á su alma le amaba,
Su amor constante atropella,
Y para huir mejor de ella,
Al ciego mar se entregaba.
Descubrióle sin cautela
Aja su ardiente pasion,
Cosa que al amante hiela;
Que al gusto da poca espuela
Gozar tan de balde un dón,
Y dando la vela al viento,
Deja la vecina playa,
Y en más crecido tormento
A Aja, que su crudo intento
Desde una torre atalaya;
El rostro en perlas bañado,
Cual la luz de la mañana,
De un medio color turbado,
A quien todavía no ha dado
El sol los vivos de grana.
Recogiendo allá en su pecho
El mal que su paz destruye,
Gozar quiere sin provecho
De un balcon al antepecho
El ver su amante cual huye.
Mirando huir al traidor,
Casi muerta su esperanza,
Si no la acabó el dolor,
Fué por dárselo mayor
De su amante la mudanza.
Viéndose de amor perdida,
Los recatos echó fuera
Del miedo, y con voz subida,
Del moro infiel no atendida,
Le dijo de esta manera:
«¡Oh valor, que siempre fuiste
Para todos de provecho,
Y sólo para mí triste
De tormento le volviste,
Saqueando mi amante pecho!
»Si en el tuyo un torpe intento
No oculta el engaño injusto,
¿Cómo, di, tan pronto al viento
Das la fe y el juramento
Que era el colmo de mi gusto?
»¿Qué se hizo el bien que nacia
De tu fama en mi memoria:
Que aunque ménos que es decia,
El contento que yo habia
No era menor que tu gloria?
»¿Cómo, di, de mi alborozo
Quedaré huérfana triste,
Bañada en queja y sollozo,
Sin la presuncion del gozo
Del amor que me ofreciste?
»Vén á gozar del descanso
Que mi puro amor te ofrece,
Miéntras su flujo y remanso
Muestra el fiero mar más manso
Que hoy contra tí se embravece.
»Ya habrás visto en suerte loca
Gente al viento confiada,
Cuando su ira provoca,
Darla en una oculta roca
Por el ancho mar sembrada.
»Ya que tan poco mi amor
Merece á tu ingrato pecho,
Que no ablande tu rigor,
No mires á mi dolor,
Sino á tu mucho provecho.
»Deja el mar hondo é incierto,
Vén á gozar mis jardines,
Su suelo de flor cubierto;
Hallarás descanso cierto
Entre rosas y jazmines.
»Vén, y á mi diestra sentado,
Goza del frescor ameno
De un sitio tan regalado,
De casia y azar nevado,
Mirto y cinamomo lleno.
»Aguarda, pues, que el deshecho
Viento aplaque su ira fiera,
Y ve si aunque yo en tu pecho
Me hallase, dón más estrecho
Y breve á tu fe pidiera.
»Sólo á tu partida pido
Un breve y pequeño espacio;
O di si en el mar ha sido
Más dulcemente acogido
Que en mi pecho y mi palacio.
»Vén á gozar del tesoro
Que en ricas mesas de alerce,

Con ricas vajillas de oro,
Para tu gusto y decoro
Me hace el amor que me esfuerce.
»Goza la tapicería
Que en bellos marcos de encajes
Te mostrarán á porfía
Fuentes, caza, montería,
Faunos, riscos y follajes.
»Aquí en tropa voladora
Cisnes verás que á las flores
Las dan música sonora,
Y cuál cantan á la aurora
Calandrias y ruiseñores.
»Si al fin el agua te es grata,
Aquí hay una dulce fuente,
Espejo hermoso de plata,
Que verás que al sol retrata,
Cuando te mire de frente.
»Préndate de la hermosura
Que con bellos arreboles
Febo hace en esta frescura,
Tejiendo en su linfa pura
Nunca vistos tornasoles.
»No la fe del casamiento,
Que tu amor me prometia,
Te pido, ni que en descuento
Dejes tu propio contento
Por sanar la pena mia.
»Pero ¿qué contento ¡ay cielo!
Puede á tu pecho causar
Del hondo mar el recelo,
Su grita y el desconsuelo,
Cuando se llega á alterar?
»Aquí en varios cenadores,
Sobre estanques cristalinos,
Verás estatuas de amores,
Burla y juego de pastores,
Y otros cuadros peregrinos.
»En pebeteros de Oriente
Gozarás sirios olores,
Y en un concierto excelente
Tus hechos, moro valiente,
Celebrarán mis cantores.
»¡Ea! vén; que fe tan pura
Cual la que Aja te ofrece,
No te dará tu ventura;
Mas alguna ingrata y dura,
Cual tu falsedad merece.
»Pero, en tu opinion altivo,
Sigues tu rumbo sonoro,
Y ¡ay, falso, infiel, vengativo,
Que huyes de mí fugitivo,
Porque ves cómo te adoro!
»Mas si el mar te place tanto,
Vén que mar más turbulento
Verás en mi amargo llanto;
Embárcate en él, que en tanto
Irás de mudanza exento.
»Vén y ve mi triste suerte,
Verdugo hecho de mi vida
Aquel placer de quererte,
Que está cerca de mi muerte
La ocasion de tu partida.
»Mas no dejes tu desvío,
Traidor, si no lo merezco;
Que para más pesar mio
Dieras nueva fuerza y brío
A esta vida que aborrezco.
»Ese mar, como tú instable,
De ciega fortuna asiento,
Ahora te protege afable,
Y con su soplo mudable
Ayuda tu falso intento.
»Mas yo espero que él mudado
Tus intentos desvanezca,
Y dé con tu barco airado
Contra algun risco escarpado,
Que en cruel se te parezca.
»Mas si, por ser placer mio,
Su estilo olvida fortuna,
Estos ayes que te envio
Ni de tí ni tu desvío
Dejarán reliquia alguna.
»Ellos, ¡ay traidor! te juro
Que de tí me den venganza;
Ni dará vuelco seguro
Tu barco, cual tú perjuro,
Si el menor de ellos le alcanza.
»Mas ¡ay suerte miserable!
Que el que mi amistad rehuye,
Por dón de fortuna instable,
Mis suspiros favorable
Viento le darán, cuando huye.
»Mas de tu favor ó daño,
Cual lo son, te los envio;
Que en amor nunca hubo engaño,
Y más en amor tamaño
Cual es el ardiente mio.»
Dijo, y mucho más dijera,
Si la pena más aliento
La diese en sazon tan fiera,
Y en un punto no perdiera
El habla y el movimiento.
Quedó marchita cual hoja
Del alhelí más pintado,
Y con la nueva congoja,
Pálida la color roja
Y yerto su albor rosado.
Desmayada así, en los brazos
De sus damas se arrojó;
Y el amante, que los lazos
Huye y sus dulces abrazos,
Su incierto rumbo siguió,

JOCOSOS.

ROMANCE PRIMERO.

LA RAZA POLTRONA.

En el archivo del tiempo,
Entre polvo y telaraña,
Hallé una genealogía
De una familia asaz larga.
Esto era un rollo bien grueso
De pergamino, que ataba
Cierto cordon sin herrete,
O agujeta esfilachada.
Sacudíle bien el tamo,
Plantéme al punto las gafas,
Y oprimiendo mis narices,
Leia con la voz ganga:
«Generacion de los necios»
(En paz sea dicho), empezaba,
«Y alcurnia que salió inmune
Del mordaz tizon de España.»
Despues de este titulon,
Pintado un árbol estaba,
Con góticos caractéres
Escritas estas palabras:
«El señor *Tiempo perdido*,
Primer tronco de estas ramas,
De nuevo volvió á perderse,
De amor de doña *Ignorancia*.
Casó con ella, y dos hijos
Dió á luz, timbre de su raza,
Que *Pensé-que* y *Entendí-que*
Los denominó la fama.
Pensé-que con *Poca-edad*
Se casó, mozuela incauta,
En quien tuvo á *Quién-creyera*,
No-di-en-ello, *Quién-pensára*.
Doña *Quién-creyera* luégo
Con el *Descuido* se casa,
Y tuvo *Ya-estoy-en-ello*,
Bien-está y *Se-hará-mañana*.
El poltron *Tiempo-hay* tomó
A *No-di-en-ello* por dama;
Casó en fin con ella, y madre
La hizo de un monton de maulas.
Éstas fueron: *Descuidé-me*,
Yo-me-entiendo, *No-me-engañan*,
No-se-miente, *Déjese-eso*,
Y Por-mi-nadie-lo-pasa.
Yo-me-entiendo casó luégo
Con doña *Presuncion-vana*,
En quien tuvo *Aunque-les-pese*,
Modas-quiero y *Muda-galas*.
La señora *Modas-quiero*
Con *No-faltará* se enlaza,
De quien *Comamos*, *Bebamos*
Y *Holguémonos* se propagan;
Y asimismo á la *Desdicha*,
Con *Poco-seso* casada,
Quien tuvo á *Bueno-está-eso*
Y *A-mí-no-me aturden-trampas*.
Tambien á *Preso-por-mil*,
A *Salga-por-donde-salga*,
A *Nadie-se-murió-de-hambre*
Y *A mí-no-se-me-da-nada*.
Viuda doña *Modas-quiero*,
A segundas nupcias pasa
Con *Preso-por-mil*, de quien
Dió á luz á *Qué-patarata*.
Tambien parió á *Tijeretas*,
Quién-en-pelillos-se-pára,
Yo-me-saldré-con-la-mia
Y á su Benjamin *Lilailas*.
Con tan buen ánimo, en breve
El dote y ajuar malgastan;
Y si uno dijo: *Paciencia*,
El otro dijo: *Cachaza*.
Tomemos este año á censo;
Y si en el otro nos falta,
Dios-proveerá y *Bien-pensado*
Dicen á lo que propalan.
Tomaron así dineros,
Segun se lo aconsejaba
Su tió *No-faltará*,
Hombre de buena esperanza;
Pero cumpliéndose el plazo
Para hacer su justa paga,
Como ellos al fin no hubiesen
Mas fincas que su fanfarria,
El *Engaño*, ejecutor,
Dentro una cárcel los zampa,
Donde *Dios-hará-merced*
Los visita y no regala.
Llevólos á un hospital
La *Pobreza-voluntaria*,
Donde el buen *Preso-por-mil*
Por sí mismo perdió el habla.
La señora *Modas quiero*
No sé si quiso mortaja;
Sé que murió y no la tuvo,
Y fué envuelta en una manta.
Y al fin, en un campo santo,
Que por serlo huesa franca
De muertos de mogollon,
Se les dió á los dos posada,
Donde es fama que yacia
Su quinta abuela, *Ignorancia*,
Tiempo-hay, su tercero tio,
Y otros así de su casta.
Ellos, en fin, muchos hijos
Y nietos dejaron, que andan
Hoy perdidos por el mundo,
En busca de la gandaya.

ROMANCE II.

Á ELISA, CONTRA MADAMA LAURA.

Dos ojos y medio tienes,
Elisa del alma mia,
Segun lo murmura Laura,
Ardiendo en celosa envidia.
Pero vale más el ojo
Que tienes ciego y sin vista
Que toda madama Laura,
Mirada de abajo arriba.
Porque este ojo chiquinin,

Que casi no tiene niña,
Parece que para alguna
Seña amorosa le guiñas;
Que, como es juego el amor,
Y tanto á jugar te inclinas,
La seña del basto haciendo
Estás á cuantos te miran.
Mas el otro ojo es más claro
Que el sol que en el cielo brilla,
Y como el sol, está solo,
Porque nadie le compita;
Y á mí por él más flechazos
El tirano Amor me tira
Que golpes en almirez
Se pegan en la cocina.
Y así, más que á siete Lauras
Te quiero, mi dulce Elisa,
Pues no compiten contigo
Diez Lauras en retahila;
Que son Laura y sus traseros
De revelada provincia,
Y tú cántabra y criada
En el riñon de Castilla.
Y si á tus ojos motejan,
Di que aquel que más te estima,
Con un ojo hácia el Poniente
Y el otro á Levante mira.

ROMANCE III.

Porterísima señora,
Señorísima portera,
A mi gusto más sabrosa
Que miel vírgen y doncella.
Tú, la charra más lozana
Que habita nuestras callejas,
Entre tantas riberanas
Como sus casas encierran.
Tú, la reina de las charras,
Y de mi deleite reina,
Como la sal de las sales
Que vino de la Ribera,
Así el más lindo zagal
Que se peináre en tu tierra
Goce tus hermosos brazos
Navidades más de treinta;
Y así te haga más arrullos,
Que el gorrion le hace á su hembra,
Y tú le paras más hijos
Que paren quince conejas;
Que escuches mis tristes voces,
Que des oido á mis quejas;
Que eso de ser sorda y muda
Es bueno para las peñas;
Que á tí no te hizo natura
Tan agraciada y tan bella,
Para no saber de amor
Y los gustos que acarrea.
Y el ser con el amor dura
Quédese para las feas,
Que fingen ser las más castas
Porque no hallan quien las quiera.
¿Juzgas tú que esos ojuelos,
Que se han de comer la tierra,
No ha de gozar de ellos ántes
Dulce agitacion venérea?
¿Juzgas tú que aquesos brazos
No han de ser amante hiedra
Del olmo de un buen muchacho,
Que cargue contigo á cuestas?
¡Ay, cómo llegará el dia
En que de estas cosas sepas!
Y á fe que te han de saber
Mejor que trucha y lamprea.
Pues ¡ea! no pierdas tiempo,
Ni tan dulce ocasion pierdas;
Que á quiéresme que te quiero,
Tendrás una vida buena.
Pero si acaso tan dura
A mis cariños te muestras,
Que yo no deba á tus labios
La más mínima respuesta,
Desesperado y furioso,
Me iré donde no me veas;
Pero será á emborracharme,
En tu nombre, á la aldehuela.

CANTILENAS.

CANTILENA PRIMERA.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado;
Busquéle congojosa;
¡Ay triste! ¡y no le he hallado!
Antes que el sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes,
Cercaré las cabañas
De los demas pastores,
Buscando á mis amores
Con un ánsia importuna,
Por si le esconde alguna
Zagala codiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa
Que mi pasion celosa
No la haya registrado,
Hasta que halle á mi amado,
Que en esta selva umbrosa
Anoche busqué ansiosa,
¡Ay triste! ¡y no le he hallado!

CANTILENA II.

Ya la rosada aurora
Por el balcon de Oriente
Descubre de su frente
La vista encantadora.
De un nuevo arrebol dora
Su azul celeste manto,
Y el viso de su coche
Ahuyenta de la noche
El adormido espanto.
Hurta á la luna el oro,
Y á los astros sus brillos;
Mil salvas le hace el coro
De pájaros sencillos.
Con blandos cefirillos
El prado en perlas cuaja
Y entolda de jazmines,
Y á abrir las flores baja
De todos los jardines.
El blando movimiento
De sus rubios candores
En luces baña el viento,
Y en bálsamo las flores,
Los dulces amadores
En llanto enternecicndo,
Y al pecho duro haciendo
Más blando y amoroso.
Tú, Alexi desdeñoso,
Aprende de la aurora,
Cual los otros amantes,
Y mira cómo llora
Aljófares brillantes,
En lágrimas deshechos
De sus cándidos pechos;
Mas si amas más despojos,
Vén, mírate en mis ojos,
Veráslos perlas hechos.

CANTILENA III.

Ahora, que suave
La primavera hermosa
Al año abre la llave
De su cancel de rosa,
¡Qué alma no está gozosa
Y ahuyenta sus martirios,
Viendo las azucenas
De aljófar y oro llenas,
Los claveles y lirios
En que el placer retoza,
Cuando la vista goza
Del tapiz más lucido
Y la alfombra más rica
De cuanto multiplica
Mayo y Abril florido?
Vén, Alexi querido,
Vén, vén á la floresta;
Porque ¿qué mayor fiesta
Ni qué mayor recreo
Hallar puede el deseo,
Que oir los ruiseñores
Cantar cabe las fuentes,
Y en campos florecientes
Coger hermosas flores?
¡Oh amor de mis amores!
Vén, vén al bosque ameno,
De todo placer lleno;
Verás cómo cantamos
Debajo de sus ramos
Tan alegres cantares,
Que los duros pesares
A su pesar burlamos.

CANTILENA IV.

Un tiempo inadvertida
Seguí la caza ufana,
Al rito de Diana
En todo prevenida.
La trenza mal prendida
De un lazo sin concierto;
Un pecho y otro abierto;
Debajo de él un cinto
De bello laberinto,
Que en pertrechos brillaba,
De Corinto la aljaba
Con las saetas de oro
A la espalda colgaba
Con un ruido sonoro;
Un venablo liviano
Y una punzante flecha:
Esta en la izquierda mano,
Y aquél en la derecha;
De esta arte satisfecha,
En soledad cerrada
Al jabalí seguia
Y al corzo noche y dia;
En este afan cebada,
De jabalíes y osos
Y vária montería
Con los despojos via
Mi casa coronada,
Hasta que, importunada
Por tus blandos suspiros,
Que son de amor los tiros,
Al cabo fuí rendida,
Y mi altivez vencida;
Cuando me fué mostrado
De pena y alegría
Un no sé qué mezclado,
Que nunca visto habia,
Y hacer amar podia
Los mármoles y bronces.
Arrepentida entónces
Del desabrido engaño
De aquel mi afan extraño,
A Cintia le decia:
«Toma desde este dia
Tu bocina, arco y cinto,
Y aljaba de Corinto;
Toma allá, si te agrada,
Tus lazos y tus flechas;

Que en redes más estrechas
Estoy de amor cazada.»

CANTILENA V.

Cual suele en aire oscuro
Centella amortiguada,
Rompiendo el azul muro,
Dejar de luz bañada
La bóveda estrellada,
Y á aquel que la columbra,
En su quietud sabrosa,
Le arrebata y deslumbra
La vista tenebrosa;
Tal yo la vez primera
Que vi el claro semblante
De mi adorado amante,
Turbada y pensativa,
Quedé en nueva ceguera,
De sus ojos cautiva.

CANTILENA VI.

Cual simple pajarillo,
Que en una fuente pura,
De una falsa hermosura
Le llama el reclamillo,
Acérease sencillo;
Cuando el vuelo atajado
Entre la liga siente,
Su prision no consiente,
Y se halla más ligado;
Hasta que, ya cansado,
Por más que audaz forcejа,
De vencido, se deja
Quedar en la red preso;
Tal siento yo que opreso
Tengo el suelto albedrío,
Sin ver por qué, sin brío;
Vencido y aherrojado
Se encuentra sin reposo,
A un sinsabor gustoso
El corazon ligado.

CANTILENA VII.

Pára, ruiseñor blando,
Pára tus dulces ecos,
Que de esos ramos huecos
La pompa está escuchando;
Párate, y treguas dando
A las vecinas selvas,
Hasta que á cantar vuelvas,
Serásme fiel testigo
Del disfavor, quebranto,
De la amargura y llanto
Que me dejó mi amigo.
Mas no; sigue tu canto,
Pajarillo sonoro,
No privas del encanto
De tu picuelo de oro
A estas selvas y fuentes,
Que aguardan impacientes
Oir tu lengua arpada,
De reyes escuchada;
Que si Silvio mi grato
Amor, mi fe y recato
A coronar no viene,
Disculpa propia tiene,
Por hombre y por ingrato.

CANTILENA VIII.

Vén, vén, Filena mia,
Que ya se pasó el dia;
Vén, vén á mi cabaña,
Que de aquilon la saña
Mil hielos nos envia.
Vén, vén, que los pastores
Sus hatos recogieron,
Y á descansar se fueron
Con sus zagalas bellas.
Vén, vén, sigue mis huellas;
Vén, llégate á mis brazos,
Donde en sabrosos lazos
Será mi amor eterno,
Y acabará el infierno
En que mi pecho pena
Desde zagal muy tierno.
Si noche tan serena
Amor nos ha dispuesto,
Llega á mis brazos presto;
Llega, llega, Filena;
Llega, y... cante otro el resto
De aquesta cantilena.

CANTILENA IX.

Muchacho inadvertido,
Toqué un dulce instrumento,
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oido,
Y apénas le hube herido,
Me atrajo su armonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro;
Cuando con melodía,
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el dia
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De rojo, azul y gualda
Los riscos esmaltando
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto, mi voz pinta
Del sol el señorío
Y majestad augusta,
Que no hay fanal que iguale;
Y cómo huyendo sale
Ante él la sombra adusta,
Medrosa de su brío.
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,
Y á su fogoso aliento,
Cuando más lo desea,
El bajo suelo humea,
Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no sé qué dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Cuando ella así me dijo:
«Muchachuelo prolijo,
Tu gracia lisonjera
Un poco mejor fuera
Que en tí la acomodáras,
Y no me avergonzáras.
No soy alba ó lucero,
Mas te adoro y te quiero;
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan sólo es bien que cantes,
Pues quizá en mil amantes
No le hay tan verdadero.»

CANTILENA X.

Un colorin hermoso,
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba,
Dormida en dulce sueño,
Luégo que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y así, regocijado,
Dulce la saludaba
Y halagos mil la hacia.
Ya en su halda se ponia,
Ya de ella se apartaba;
A su seno volvia,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba,
Parece que contaba
A mi bien su contento
No léjos de su oido.
Mas ella, con el ruido,
Abrió sus ojos bellos,
Y el pájaro, que de ellos
La hermosa lumbre vido,
Cayó en su falda herido.

ANACREÓNTICAS.

ANACREÓNTICA PRIMERA.

Siendo yo niño tierno,
Iba cogiendo flores,
Con otra tierna niña,
Por un ameno bosque,
Cuando sobre unos mirtos
Vi al Teyo Anacreonte,
Que á Vénus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Voyme al viejo y le digo:
«Padre, deje que toque
Ese rabel que tiene;
Que me gustan sus sones.»
Paró su canto el viejo,
Afable sonrióse,
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lira;
Toquéla, y desde entónces
Mi blanda musa sólo,
Sólo me inspira amores.

ANACREÓNTICA II.

¿Quién es aquella ninfa
Que por esos jardines
Viene, dando á las flores
Mil cándidos matices;
De púrpura vestida,
Con lazos carmesíes,
Que el aire y gentileza
Del bello dueño dicen;
Ceñidas sus garzotas
De rosas y alhelíes,
Y de ninfas cercada,
Que obedientes la sirven?
Sin duda será Vénus,
La gran deidad de Chipre;
Pues no, zagal, no es ella;
Que es mi pastora Nise.

ANACREÓNTICA III.

Al són de los rabeles
Que en estas selvas tocan,
Formando alegres danzas
Zagales y pastoras,
Echa, Bátilo, vino,
Y asaz llena las copas;
Brindarás tú á mi Nise,

Brindaré yo á tu Flora;
Y entrambas, coronadas
De mirtos y de rosas,
A honor de Baco bailen,
Que nos asiste ahora;
Que yo tomaré luégo
Mi citara sonora,
Y cantaré contigo
Letrillas mil graciosas.

ANACREÓNTICA IV.

Si alguna vez me veo
De tristezas cercado,
Que juntas á porfía
Me están atormentando,
Luégo, luégo á tus brindis
Me entrego, ¡oh padre Baco!
Y á fe que las tristezas
Huyen más que de paso.

ANACREÓNTICA V.

Durmiendo yo á la sombra
De unas frondosas vides,
Soñé que Egon los brazos
Gozaba de mi Nise.
Yo entónces entre sueños
Incorporarme quise,
A vengar con su muerte
Mis celos insufribles.
Pero desperté en esto,
Y al ver sola á mi Nise,
Reclinado en su seno
Volví luégo á dormirme.

ANACREÓNTICA VI.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas,
Y con él ambas manos
Me ligaba halagüeña.
Yo me reí, creyendo
Que fácil cosa fuera
Quebrantar las lazadas
Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré, ¡triste!
Cuando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

ANACREÓNTICA VII.

Corra el otro indignado
A las sangrientas lides,
Ansioso de algun triunfo
Que su nombre eternice;
Que yo, quieto en mi aldea,
Sólo correré al brindis
De aquel licor suave
Que á Baco dan las vides;
Licor que es muy sobrado
A hacer que el hombre triste
En sus mayores penas
Se aliente y regocije.

ANACREÓNTICA VIII.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas,
Donde las auras suenan,
Donde el favonio sopla,
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente sonorosa,
La mesa, oh Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino
Llena, llena la copa,
Y bebamos alegres,
Brindando en sed beoda,
Sin penas, sin cuidados,
Sin gustos, sin congojas,
Y deja que en la córte
Los grandes, en buen hora,
De adulacion servidos,
Con mil cuidados coman.

ANACREÓNTICA IX.

No busco de Alejandro
Los prósperos sucesos,
No envidio sus haberes
Al opulento Creso,
No á Adónis su hermosura,
No á Alcides el esfuerzo,
No, no á Platon su ciencia,
No, no su lira á Orfeo;
Sólo la dulce vista
De la que me ama quiero;
Que estimo en más sus ojos
Que todo el orbe entero.

ANACREÓNTICA X.

Bátilo, échame vino:
Llena el vaso, muchacho;
Mira que no le llenas;
Echale hasta colmarlo.
Echa otra vez; pues éste,
Lo mismo que el pasado,
De un sorbo le he bebido:
Con la misma sed me hallo.
Echame otra vez, que éste
Le consumí de un trago;
Que, ó bien mi sed es mucha,
O me han mudado el vaso.
Otra vez echa, ¡hay cosa!
Que en el vaso que acabo,
El anterior, y el otro,
Efecto no he encontrado.
Pues echa éste, otro y otro,
Y hasta mil sin contarlos;
Porque, ó mi sed es mucha,
O me han trocado el vaso.

ANACREÓNTICA XI.

Bebe, bebe, mi Nise;
Come, muchacha, come;
Porque sin Baco y Céres
Se hielan los amores.
Llena, llena la copa
De los dulces licores
Que el alma nos alegren,
Que el seso nos trastornen.
Come, come, no ceses;
Bebe, bebe, no aflojes;
Los vinos se varíen,
Los manjares se doblen.
Bebe esta copa y otra,
Y otra y otra; que entónces
Verás hervir tu pecho
De amorosos ardores,
Y que sin recatarse
Se unen los corazones,
Se doblan los abrazos
Y excitan los amores.

ANACREÓNTICA XII.

Bajaba por los vientos
Un rayo, despedido
De la suprema mano
De Júpiter divino.
Violó el Amor, y al punto
Hácia él se fué atrevido,
Y entre sus tiernas manos
Airado lo deshizo;
Y al fin se volvió ufano,
Dando á entender el niño
Que es el Amor más fuerte
Que el fuego más activo.

ANACREÓNTICA XIII.

Corte, corte en buen hora
El guerrero invencible
Laureles, que en su frente
Su esfuerzo y gloria indiquen;
Y á mí, muchacho, sólo,
Sólo córtame vides,
Y de sus frescas hojas
Mis rubias sienes ciñe;
Que esto á mí me es muy propio,
Que á Baco sirvo humilde,
Que me armo de su copa
Y triunfo con sus brindis.

ANACREÓNTICA XIV.

¿No ves, Nise, la envidia,
Murmurio y sobresaltos,
Y odios con que en la córte
Vivimos angustiados?
Pues léjos, léjos de ella;
Salgámonos al campo,
Que allí vivir podemos,
La dulce paz gozando.

ANACREÓNTICA XV.

Vuela, ruiseñor blando,
Vuela, y cuéntale á Nise
Las lágrimas que á Arcadio
Llorar por ella viste.
Dile que ovejas, flores,
Aves, fuentes y vides,
De su desden murmuran,
De mi dolor se afligen.
Dile cómo en su ausencia
Sólo su voz repite:
«Llorad, ojos cansados;
Salid, lágrimas tristes.»
Dile, en fin, que se acuerde...
Pero ya nada dile;
Di sólo, si gustáres,
Di que espirar me viste.

ANACREÓNTICA XVI.

En tanto que fuí niño
No supe de trabajos,
Ni el pago que dar suelen
La edad y el desengaño.
Burlábame, ignorante,
De ver á un cuerdo anciano,
Hecho un niño en sus risas,
Con el tazon de Baco;
Mas luégo que he sabido
Del mundo los engaños,
Que dan al que es más bueno
Pesares más amargos,
Tú ¡oh Baco! me enseñaste
El modo de hacer gratos
Los tragos que da el mundo,
Con tus alegres tragos.
Con ellos me alborozo,
Con ellos juego y danzo,
Con ellos mis pesares
Huyen más que de paso.
Así, bebiendo alegre,

Yo vuelvo á ser muchacho,
Siquiera se avergüencen
Las canas y los años.

ANACREÓNTICA.

DE LA FORTUNA.

Riámonos ¡oh Baco!
De la fortuna loca,
Pues rie de nosotros;
Que así se estila ahora.
Ya piensa que su alcázar
La esfera del sol toca
El que ántes por morada
Tuvo una humilde choza.
Ya brilla en puesto alzado
Aquel que obscura sombra,
Al rayo de una luna
Le dió un rastrojo alfombra.
Cual éstas, de Fortuna
Son siempre las tramoyas;
Riámonos, pues, de ellas;
Que así se estila ahora.

EPIGRAMAS (1).

EPIGRAMA PRIMERO.

Yo canto á aquella heroína
Que tanto mi patria alaba:
Doña María la Brava,
Valerosa salmantina.
Cosas diré de ella nuevas,
Que acaso nadie habrá oido...
Mas, lector, si lo has creido,
¡Qué bravo chasco te llevas!

EPIGRAMA II.

¿Si con trompa resonante,
Que oiga cuanto alumbra el sol,
Diré el esfuerzo español,
En ambos mundos triunfante?
No, que por cantar, soy muerto (2),
Los chistes de mis muchachas,
Y decir tambien sus tachas;
Que á uno y otro me divierto.

EPIGRAMA III.

Si es el festivo epigrama
Como la hermosa mujer,
Que cuanto más gentil dama,
Más comun se viene á hacer,
Yo, merced de Ines, tan vário
Seré en esparcir sus flores,
Que al gusto de mis lectores
Pique por extraordinario.

EPIGRAMA IV.

Riendo Ines con Anton,
De hito en hito le miraba,
Sin que supiese el simplon
Lo que esta risa indicaba.
Mas lo que de risas tales
Se le vino á originar,
No lo puede Anton negar,
Que áun se le ven las señales.

EPIGRAMA V.

¿Por qué traes, le dije á Ines,
Tanta pata descubierta,
Si están una y otra tuerta?
Tápalas por tu interes.
Respondióme: «No te azores;
Porque, como moda fuera,
Piernas al aire anduviera,
Aunque ellas fueran peores.»

EPIGRAMA VI.

Un dia en cierta pendencia
Me echó un alguacil la traba,
Y afianzado me llevaba,
Por más que alegué inocencia.
Que no me podia librar
De él ni el Papa pensé yo;
Mas llegó Ines, por mí habló,
Desatóme, y... eché á andar.

EPIGRAMA VII.

Contándole yo á Colasa
El cuento del almirez,
Que del mortero una vez
Concibió dentro una nasa,
«No eres tú muy mal mortero»,
Dijo ella; y yo: «Ni tú mala
Almirez...», cuando en la sala
Se nos entró el peluquero.

EPIGRAMA VIII.

Noche de Carnestolendas,
A Blas se le soltó un rizo;
Y él, parando el sarao, hizo
Exclamaciones tremendas.
Mi Ines paso le advirtió
Que no fuese impertinente;
Y él gritó: «Si usted no siente,
¿Qué culpa le tengo yo?»

EPIGRAMA IX.

Viendo una vieja á un balcon,
Yo ayer, torciendo el hocico,
Y viendo de frente á un mico
Remedar la misma accion,
De risa hube de morirme,
Y áun llegó á sobrevenir
De esto el tener que reir,
Y no dejar de reirme.

EPIGRAMA X.

Con palabras de grajea
Y otros mil confites más,
Me dijo Gregoria: «¡Ay Blas,
Cuánto el amor te desea!»
Mas al punto hice memoria
De cierta (áun no sana) herida,
En tal dulzura cogida,
Y la dije: «Agur, Gregoria.»

EPIGRAMA XI.

Sin crédito en su ejercicio
Se llegó un médico á ver,
Y él, por ganar de comer,
Ya se ocupa en nuevo oficio;
Mas tan poco se desvia
De la aficion del primero,
Que hoy hace sepulturero
El que ántes médico hacia.

EPIGRAMA XII.

Yo vi en París (3) un peinado
De tanta sublimidad,
Que llegó á hacer vecindad
Con el ala de un tejado.
Dos gatos que allí reñian,
Luégo que el peinado vieron,
A reñir sobre él se fueron,
Y abajo no los sentian.

EPIGRAMA XIII.

Hízome señas Teodora
Ayer desde su balcon,
Y dije: «¡Qué tentacion
De risa tan á deshora!»
Subí á ver lo que queria,
Salí á su balcon; y luégo...
Se puso á la puerta un ciego
A tocar la sinfonía.

EPIGRAMA XIV.

Buscó, á fin de no pagarme,
Un tramposo de por vida,
En un letrado salida
Para la deuda negarme.
Al fin consiguió su intento
Mi deudor, y de contado,
Pagó más al abogado.
¡Qué justo agradecimiento!

(1) Entre los papeles de Jovellanos que poseia el difunto Marqués de Pidal, hay una copia manuscrita de algunos epigramas de Iglesias.

Fué enviado este manuscrito á Jovellanos por el maestro fray Diego Gonzalez, para que formase idea del talento poético de Iglesias.

Estos epigramas, copiados en el manuscrito segun los produjo el ingenio festivo del poeta en la primera inspiracion, fueron corregidos y retocados más adelante por su mismo autor.

A pesar de que en la correccion ganó, por lo comun, en propiedad y limpieza el estilo de estos epigramas, juzgamos oportuno consignar aquí algunas de las variantes que advertimos en el manuscrito

Algunos epigramas de Iglesias, contenidos en el manuscrito, no fueron impresos en la coleccion de sus poesías.

Entre ellos los siguientes, y algun otro que no podemos reproducir por el exorbitante desenfado de su estilo:

Dijome uno: «En nuestra lengua
Una comedia escribir
Cosa es digna de aplaudir,
Mas un epigrama es mengua.»
Respondile: «¿A qué madamas
Se lo oyó usté, haciendo medias?
Por eso hay diez mil comedias,
Y apénas diez epigramas.»

Uno de los epigramas que no nos atrevemos á copiar aquí por su extremada procacidad empieza así:

En un cuarto retirado
Inés se puso á expulgar
. . . . . .
. . . . . .

(Nota del Colector.)

(2) Variante:

No con trompa resonante,
Que oiga cuanto alumbra el sol,
Canto el esfuerzo español,
En ambos mundos triunfante;
Que ántes por cantar soy muerto, etc.

(Nota del Colector.)

(3) Variante:

Yo vi en doña Ana...

(Nota del Colector.)

EPIGRAMA XV.

Preguntó á su esposo Irene:
«Blas mio, cuando te ausentas,
Sin que tú me dejes rentas,
¿Qué dirás que me mantiene?—
»No lo sé», respondió Blas;
Y ella le dijo: «Inocente,
Mira un espejo de frente;
Quizá en él lo advertirás.»

EPIGRAMA XVI.

Díjela á Beatriz: «Pues eres
La prenda que más adoro,
Y estás bella como el oro,
Presa con mil alfileres,
»Quiéreme; que yo sospecho
Que no lo sabrá tu tia.»
Y ella, «Sí, sí (me decia);
«Pero ¡qué maula te has hecho!»

EPIGRAMA XVII.

Jamas hallé en diccionario (1)
Ni otros libros que he leido,
Quien me declare el sentido
De la fe de un secretario.
Esta fe, unos, lo primero,
Dicen, verdad significa;
Otros, que mentira indica,
Y yo digo que dinero.

EPIGRAMA XVIII.

Paseábase Juana ayer
Con compas á la prusiana,
Y la dije: «¿Tienes, Juana,
Algun fuerte que vencer?»
Respondióme: «El mismo Marte
No saldrá bien de mis garras»;
Y añadió, puesta de jarras:
«O somos ó no del arte.»

EPIGRAMA XIX.

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme;
Mas ella, por aplacarme,
Cual quise me acarició (2).
No le debió de pesar
Del despique, á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo:
«Pepe, ¿te vuelvo á mojar?»

EPIGRAMA XX.

Un casado (3) se acostó,
Y con paternal cariño
A su lado puso el niño,
Pero sucio amaneció.
Entónces, torciendo el gesto,
Miróse uno y otro lado,
Y exclamó, desconsolado:
«¡Ay amor, cómo me has puesto!»

(1) Variante:
No he visto en vocabulario.

(2) Variante:
Cuanto yo quise me dió.

(3) Variante:
Un marido...

EPIGRAMA XXI.

Blas vió andar á los umbrales
De su puerta á Dorotea,
Y con labios de grajea
Dijo: «Mi bien, ¿dónde sales?»
Y ella con boca de mieles
Le dijo: «¿A qué vienes, Blas?»
Y no se dijeron más
Este par de mirabeles.

EPIGRAMA XXII.

Empinando una botella,
Luisa á placer me miraba;
Si yo los tragos doblaba,
Doblaba las risas ella;
Mas, de tanto risotear,
Con el taburete Luisa
Dió en el suelo, y yo, de risa,
Tambien me tiré á rodar.

EPIGRAMA XXIII.

De toda la vida mia
Los agüeros más siniestros
Fueron el tener maestros
De quien el buen gusto huia;
Y si bien de ellos me rio,
Si yo llego á tener fama,
Veréis cómo alguno exclama:
«¿Ese? es discípulo mio.»

EPIGRAMA XXIV.

Preguntó á su esposo Ines:
«¿Qué cosa es la que tropieza
Un marido con los piés,
Llevándola en la cabeza?»
Puesto el pobre á discurrir,
Respondió que no acertaba;
Y ella, echándose á reir,
Con dos dedos le apuntaba.

EPIGRAMA XXV.

Cediendo un dia un señor
A mi Ines el quitallueve,
La dijo de buen humor:
«¿Jesus, muchacha, qué breve
Es en sus versos tu amor!»
Díjole ella: «Cual el oro,
Señor, en poco lugar
Encierra mucho tesoro,
Tal es el númen que adoro;
Y usía ha de perdonar.»

EPIGRAMA XXVI.

Tocando ayer Luisa un pito,
«¿Qué avisas, di?», la pregunto;
Y dijo un su pajecito:
«Es que está un pájaro á punto
De caer en el garlito.»
Ella lo fué á desplumar,
Que era un pichon delicado,
Criado en buen palomar,
Y apénas lo hubo pelado,
Volvió su pito á tocar.

EPIGRAMA XXVII (4).

Luis pretendió acariciar
A Juana despues de siesta;
Y por su fuego probar,
Juana dijo, en jarras puesta:
«¿Tiene usted gana de holgar?»
Dijo él: «Quien á esto se atreve,
Quizás á más se atreviera.»
Y ella le respondió en breve:
«Voy por mi garapiñera,
Pues tengo cerca la nieve.»

(4) Este epigrama es uno de aquellos que corrigió Iglesias convirtiendo las redondillas en quintillas. Todos los que alteró de este modo han perdido una parte del desembarazo y espontaneidad que campean en los demas. El motivo de estas correcciones, no siempre felices, fué el haberse arredrado, con razon, el mismo Iglesias de la excesiva desnudez de las imágenes y alusiones. Así fué escrito en un principio el presente epigrama:

Yo empecé á Luisa á halagar
Ayer á la hora de siesta,
Y ella dijo, en jarras puesta:
«¿Tiene usted gana de holgar?»
Díjela: «El que á esto se atreve,
Tal vez á más se atreviera»;
Y ella saltó: «Ropa fuera,
Y holguemonos cual se debe.»

EPIGRAMA XXVIII.

A solas en su aposento
Preguntó Blas á Gregoria:
«¿Qué cosa á tu pensamiento
Le causa mayor contento,
Y más gusto á tu memoria?»
Ella toda se reia,
Sin dejarle de mirar,
Y halagüeña respondia:
«Bobon, yo te lo diria;
Pero voyme á merendar.»

EPIGRAMA XXIX.

Cierto poderoso echó
A un pueblo una estafa tal (5),
Que perdido lo dejó,
Y á sus expensas fundó
Un magnífico hospital.
Díjole uno: «¡Singular
Obra! mas no creo os sóbre,
Pues si á él se viene á curar
Todo el que está por vos pobre,
No hay casa para empezar.»

EPIGRAMA XXX (6).

Mostróme un su guardapiés
Ines, y echa una jalea,
Me dijo: «Juan, de aquí á un mes
Me casan.» Díjela: «Ines,
¡En hora feliz te sea!»
Mas ella se deshacia,
Y con gran sigilo á hablar
Comenzó, y canta decia:
«Mira, Juanito, aquel dia,
¡Oh...! y lo que hemos de bailar!»

(5) Variante:
A un pueblo un tributo tal.

(6) Este epigrama fué escrito así en un principio:

Ines, hecha una jalea,
Me dijo: «Anton, de aquí á un mes
Me casan.» Díjela: «Ines,
En hora feliz te sea.»
Ella me empezó á zumbar
De que el dicho no entendia,
Y es que cuanto ántes queria
El nuevo oficio ensayar.

(*Notas del Coleclor.*)

EPIGRAMA XXXI.

«¡Qué frio tengo!», decia
Luisa, y á mí se arrimaba,
No estando en casa su tia;
Pero yo la replicaba:
«Pues no está esta sala fria.»
De que yo no la entendiera
Ella se empezó á aburrir,
Y es que la Luisa quisiera
Que yo mismo la dijera
Lo que ella pensó decir.

EPIGRAMA XXXII.

Ayer un mendigo, viendo
Junto á un templo un coronel,
A pedirle fué corriendo,
Y le importunó diciendo
Rogaria á Dios por él.
Dióle un real que tuvo allí
El jefe, y le dijo así:
«¡Con linda flema te vienes!
Ten, y ruega á Dios por tí,
Que más necesidad tienes.»

EPIGRAMA XXXIII.

Por ver lo que respondia,
A una dama de teatro,
Que el papel de reina hacia,
Dije: «Déme, reina mia,
Esos brazos, que idolatro.»
Y ella, que ama su provecho,
Dijo: «Al instante, majito;
Pero pagadme el derecho;
Que sin tributo, á mi pecho
A ningun vasallo admito.»

EPIGRAMA XXXIV.

Viéndose puesta en olvido,
Beatriz á Blas dió mil quejas,
Diciéndole: ¡«Fementido!
Si en invierno me has querido,
¿Por qué en verano me dejas?(1).
Mas él, por darla más pena,
Dijo: «¡Paciencia, Beatriz!
Pues me eres, como el tapiz,
Sólo para invierno buena.»

EPIGRAMA XXXV.

Paula, con gana de holgar,
Le dijo á Blas una tarde:
«¿Quieres conmigo luchar?
Que yo he llegado á pensar
Que eres un poco cobarde.»
Blas luchó á más no poder;
Y aunque ella es moza fornida,
Fingió dejarse vencer;
Que es máxima en la mujer
Quejarse de ser vencida.

EPIGRAMA XXXVI.

Conmigo Ines se jugaba,
Y viendo yo que indecisa
En decir su amor estaba,
Decíala: «Ines acaba;
¿Qué temes, que estás remisa?—
»No, Pepe, dijo; que eso es
Dar poco indicio de casta»;
Y yo dije: «Basta, basta:
Ya estás entendida, Ines.»

EPIGRAMA XXXVII.

Juana me dió una pisada,
Y yo juzgué que era acaso;
Dióme otra no tan paso,
Tampoco la dije nada;
Ibame á dar la tercera,
Yo la dije (2): «¡Tente, Juana!
Que si yo tuviera gana,
Bastaba con la primera.»

EPIGRAMA XXXVIII (3).

»¡Qué malo que eres Ramon!
(Ramona me dijo á mí);
¡Vaya, chico! no creí
Que eras ya tan picaron.
»¡Ay chico! ya en picardía
Bien puedes echar el resto.»
Así me dijo, y... en esto
La empezó á llamar su tia.

EPIGRAMA XXXIX.

Un dia á Ines dije yo:
«¿Qué pones á que te olvido?»
Y ella replicó: «¡Ay querido!
¿Cuánto va que yo á tí no?»
Yo ántes no la vi jamas;
Mas de paso esta terneza
La oí; volví la cabeza,
Y no la he vuelto á ver más.

EPIGRAMA XL.

Ayer la suegra de Ruiz
Yo no sé lo que mascaba,
Que su barba á su nariz
Varios besos la pegaba.
«¡Oh edad (me puse á exclamar),
Que causas tantos excesos!»
Y al punto otros tantos besos
A mi jarro empecé á dar.

EPIGRAMA XLI.

Con sombrero de á tres picos
Iba un charro de mi tierra,
Llamando al són de cencerra
De un arrabal los borricos;
Y miéntras tres que lo vieron
Rieron de ver tal paso,
Los burros, no haciendo caso,
Tras el buen hombre se fueron.

EPIGRAMA XLII.

Contándome ayer Lucía
El cuento de los compadres,
Que oyó á Blas, cuando sus padres
Fueron á una romería,
Muchas veces le empezó,
Rió y volvió á proseguir,
Y en comenzarle y reir
La tarde se nos pasó.

EPIGRAMA XLIII.

Amaba el bien de la tierra
Un cirujano piadoso,
Y en rezar se halló dudoso
Si por la paz ó la guerra;
Mas al ver las ocasiones
Que le dan Vénus y Marte
De hacer lucrativo su arte,
Salió de estas confusiones.

EPIGRAMA XLIV.

Miramos desde un balcon,
De frente Ines y yo puestos,
A una vieja hacer mil gestos,
Comiendo un ágrio limon.
¡Oh, y qué risa! yo y Ines
Del balcon nos retiramos;
Mas en la pieza que entramos,
Mayor risa hubo despues.

EPIGRAMA XLV.

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó:
«¿Te acuerdas tú?»; y respondió:
«Esperen que haga memoria.»
Mi Ines, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
«Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.»

EPIGRAMA XLVI.

Por enero Ines se halló,
De su faldon en lo interno (4).
Una pulga, y exclamó:
«¡Qué! ¿áun hay pulgas en invierno?»
Blas, asiéndola la mano,
«No extrañes, niña, el encuentro,
La dijo; porque ahí adentro
Yo apostaré á que es verano.»

EPIGRAMA XLVII (5).

Mostróme Beatriz su lecho
Con colcha azul, fleco y randa,
Y yo, viéndola tan blanda,
Dije para mí: «Esto es hecho.»

(1) Esta quintilla fué en un principio una redondilla. Así empezaba el epigrama:

Beatriz me dio ayer mil quejas,
Diciéndome: «¡Fementido!», etc.

(2) Variante:

Mas la dije:

(3) En un principio escribió Iglesias este epigrama del modo siguiente:

«¡Qué malo que eres, Ramon!
(Ramona me dijo á mí);
¡Haya chico! No creí
Que eras ya tan picaron.»
Toqué á avanzar su pecho,
Y ella en tanto prorumpia:
«¡Ay chico! Yo bien decia
Que muy picaron te has hecho.»

(4) Variante:

De sus faldas en lo interno.

(5) Este epigrama fué escrito en un principio de este modo:

Mostróme Inesilla el lecho
Con sus sábanas de holanda,
Y yo, viéndola tan blanda,
Dije para mí: «Esto es hecho.»
Pero acordéme despues
De cierta áun no sana herida,
En tal blandura cogida,
Y dijela: «Agur, Ines.»

De este epigrama hizo Iglesias dos. Véase el señalado con el número x.

(*Notas del Colector.*)

Luégo aparte me llamó,
Y dijo junto á un baul:
«¿Ves, Pepe, esta colcha azul?
Pues seis duros me costó.»

EPIGRAMA XLVIII.

Majo de zapato blanco
A ciertos toros salió,
Y un zapato se manchó
Contra el puerco pié de un banco.
El alborotó el meson (1)
Por yeso para limpiarlo,
Y como no pudo hallarlo,
No salió á ver la funcion.

EPIGRAMA XLIX.

Dijo Paula á su velado:
«Si visto con tal primor,
Echo mano del valor
Del dote que yo he llevado.»
El la replicó: «¿Eso sabes?
Yo cerraré bien el cofre.»
Y ella dijo: «¡Ay pobre Onofre!
Lo que me sobran son llaves.»

EPIGRAMA L.

Motejaron á un soldado
De que con impropio alarde
Seguia á Vénus cobarde
Mas que al fiero Marte osado.
El replicó: «¡Linda charla!
Antes obro muy prudente;
Pues Vénus sabe hacer gente,
Y Marte sólo quitarla.»

EPIGRAMA LI.

Por cierto barrio pasaba
Noche estiva, y á una reja
Miré acaso, y vi una vieja
Que las pulgas se miraba.
Juzguéla infernal dragon;
Di un grito y la hice la cruz;
Y apagando ella su luz,
Despareció la vision.

EPIGRAMA LII.

De cierto amigo en la casa
Me puse á leer la gaceta,
Y por ser demas inquieta,
Me perturbaba Colasa.
Díjela: «Reportaté
Y ten por un rato seso.»
Y exclamó ella: «¡Bueno es eso!
Otra vez yo no querré.»

EPIGRAMA LIII.

Viéndola, dije á Malena (2)
No sé qué de su hermosura:
«Niña deja de ser dura,
Y dale alivio á mi pena.»
Respondióme: «Sí, al momento;
En eso pensaba yo.»

Mas la niña no mintió,
Que no gasta fingimiento.

EPIGRAMA LIV.

Ya al más sublime elemento
Los hombres se osan alzar,
Y en aéreo carro á volar
Sobre las alas del viento.
De quién la idea tomaron
No se sabe con certeza...
Mas sí que de la cabeza
De un poeta lo sacaron.

EPIGRAMA LV.

Un hijo de frágil madre
Del bajo linaje hablaba
De Gil y le preguntaba:
«Dinos, pues, quién fué tu padre.»
A lo que Gil respondió:
«Si á tí aqueso te pregunto,
¿Qué dirás, cuando ese punto
Tu madre no le aclaró?»

EPIGRAMA LVI.

Quejábase enamorado
Uno de su dama flaca,
Cuando en este tiempo saca
Verde librea á un criado.
Díjole uno: «¡Buena está
La librea! No se os pierde;
Que con este nuevo verde
Vuestra dama engordará.»

EPIGRAMA LVII.

Un médico en una calle
El santo suelo besó,
Es decir que se cayó
De su mula, alta de talle.
Empezábale á zumbar
La gente que anda allí;
Y él dijo: «Así como así,
Yo me iba luégo á apear.»

EPIGRAMA LVIII.

A una dama visitaba
Un caballero muy bruto,
Que siempre, sin sacar fruto,
Mil libros leyendo andaba.
Ella, habiéndole sondeado,
Dijo: «¡Ay! yo bien lo temia,
Que éste á su gran tontería
Añade el ser porfiado.»

EPIGRAMA LIX.

Al andaluz más valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces,
Cierta noche, á la una dada,
En el Conejal hallé;
Me miró, yo le miré,
Y... fuése sin decir nada.

EPIGRAMA LX.

Fingí quitarla á Leonor
Un anillito de un dedo,
Y gritóme: «Estáte quédo...
¡Que hombre tan enredador!»

Saqué yo otro singular,
Y á su dedo se le aplico,
Y entónces dijo: «Así ¡ay chico!
Yo te dejaré enredar.»

EPIGRAMA LXI.

Dorotea se sentó
Cerca de Táis, cortesana,
Y viéndola tan liviana,
De ella con gran prisa huyó.
Díjola Táis: «Dorotea,
No huyas con presteza tal;
Que no se pega mi mal
Sino es á quien lo desea.»

EPIGRAMA LXII.

El chiste más excelente
Que en mi vida pensé oir
Me contó Ines, y escribir
Se lo mandé á mi escribiente.
Fué el caso... (3) Mas él notó
Que iba el principio mal puesto,
Pensé enmendarlo, y con esto
El chiste se me olvidó.

EPIGRAMA LXIII.

Dije á Ines: «Harto lo siento;
Pero licencia te pido
Para ponerte en olvido.»
Y ella dijo: «Sí, al momento.»
No pensó lo que decia;
Mas luégo que lo advirtió
Dijo halagüeña: «Eso no,
Eso no.» Y se concomia.

EPIGRAMA LXIV.

Notó Ines que trastejaba
Cierto albañil con su hijo
Un pajar, y éste á aquél dijo
Que muy bueno no quedaba.
El padre á risa lo toma
Y dice: «Yo bien lo haré;
Pero, hijo mio, ¿de qué
Quieres que mañana coma?»

EPIGRAMA LXV.

En su huerto ayer Colasa
Cogió una naranja china;
Mas al picarla una espina
Gritó: «¡Fuego! y ¡cómo abrasa!»
Díjela en risa: «Mi bien,
Me alegro de la picada.»
Y ella, con la burla airada,
A mí me picó tambien.

EPIGRAMA LXVI (3).

Cierto alguacil que rondaba,
Solos á Táis y á otro halló,

(1) Variante:
Alborotóse el meson.

(2) Variantes:
Mostrándome ayer Filena,
. . . . . .
Dije: «Deja de ser dura...

(3) Variante:
Dice así... Mas él notó...

(4) Variantes:
Solos á Ines y á otro halló;
. . . . . .
Y ni á Ines...
. . . . . .
Ni al que con Ines estaba,
. . . . . .
Y yo digo que ambas cosas.

(Notas del Colector.)

Y ni á Táis presa llevó,
Ni al que con Táis solo estaba.
Dudan hoy gentes curiosas
Si en él esta accion propicia
Fué liviandad ó codicia,
Y yo juro que ambas cosas.

EPIGRAMA LXVII.

Díjela á Ines: «Tus mejillas
Dulces, tus dulces ojuelos
Y labios de caramelos
Me sacan de mis casillas.»
Ella, echándose á reir,
Dió cierto en un disparate,
Que fué... Pero tate, tate;
No todo se ha de decir.

EPIGRAMA LXVIII.

Supo Ines que un oficial,
De gálico muy lisiado,
En su casa habia mandado
Que en nada le echasen sal;
Y dijo en risa: «No entiendo
Cómo la sal causa enfado
A éste, que por más de un lado
Aprisa se va pudriendo.»

EPIGRAMA LXIX (1).

Mirándole frente á frente,
Díjole Blas á Teodora:
«Niña, tu rostro luciente,
Tus ojos, labios y frente
Y tu garbo me enamora.»
Mas lo que del caso sé,
Fué que, por no malograr
Tanto amor, ternura y fe,
Ella... donde iba se fué,
Y él no la ha vuelto á buscar.

EPIGRAMA LXX.

Al bosque fué Ines por rosas,
Una mañana de mayo;
Cogióla un cierto desmayo,
Divertida en ciertas cosas.
¿Qué desmayo éste seria?
Juguete acaso de amores;
Y es que cuando fué por flores,
Perdió la que ella tenía.

EPIGRAMA LXXI.

Paula á Andres mil fiestas hizo,
A quien cazar pretendia,
Y de condicion de erizo
Y frialdad de granizo,
Juguetona le argüia.
«Cállate tú, buena maula»,
Andres la empezó á decir;
Mas enternecióse Paula;
Andres lo llegó á sentir,
Y por fin cayó en su jaula.

EPIGRAMA LXXII.

Díjome Ines: «Esta tarde
Se va á Toro (2) mi marido.»
Yo la dije, comedido:
«¡Dios de ladrones le guarde!»
Ella se empezó á reir,
Como que no lo entendia;
Ahora bien, ¿qué me querria
La taimada Ines decir?

EPIGRAMA LXXIII.

Ayer Táis me guiñó el ojo,
Hablando yo con Leonor;
Y yo entre mí dije: «Amor,
¿Me traerás algun despojo?»
Mas saliendo Leonor fuera,
«¿Qué me quieres, Táis amada?»
La digo, y Táis dice: «Nada;
Sólo que Leonor se fuera.»

EPIGRAMA LXXIV.

Entrando en los Cayetanos,
Una dama á un charro vió
Y le dijo: «¿Se acabó
La misa de los villanos?»
Viendo él trazas tan livianas,
Respondió: «Se acabó ya;
Pero entrad, que ahora saldrá
Otra de las cortesanas.»

EPIGRAMA LXXV.

Con Ines salí á pasear,
Y ella poquito á poco iba,
Cuando con voz compasiva
Así me empezó á rogar:
«Blas, si no te da molestia,
Pues esta liga me aflige:
Aflójamela»; y la dije:
«Me cautiva esa modestia.»

EPIGRAMA LXXVI.

Cuando yo canto mis sales,
Muchacho ágil me resuelvo,
Y en una palabra envuelvo
La envidia de mil mortales.
Si hacen de mi humor desden,
No tienen más que gustallo,
Miéntras por tonto echo el fallo
A quien no le sepa bien.

ODAS.

LA LIRA DE MEDELLIN.

ODA I.

Tomé osado en la mano
La gran trompa de Homero,
Y aplicada á mis labios,
Siempre me sonó á cuerno.
Cantar quise á Paredes
Y su asombroso esfuerzo,
Y de un caracol bajo
No distinguí mi acento.
Arméme de paciencia,
Y en más bellacos versos
Canté, y al punto á oirme
Mil gentes se pusieron.
Yo quiero darles gusto;
Tú, valiente extremeño,
Para tus triunfos busca,
Busca cantor más cuerdo;
Que yo á fin tan glorioso
Ya preparé mi aliento,
Y una y otra vez y otra,
Siempre me sonó á cuerno.

ODA II.

En estas mis letrillas,
Que de madera al aire
Dispuse en nueva lira,
Cual en Medellin tañen,
No aquel profundo abismo
De que las causas nacen,
Lo sutil de las ciencias,
Lo ameno de las artes;
No una moral sublime
De apólogos notables;
No fábulas que roben
El tiempo á las verdades;
No arrojados asaltos
De bravos capitanes,
Ni trágicos sucesos
De muertes miserables;
No mímicas escenas,
Ni ternuras de amantes,
Ni sandez de pastores,
Miedo hayais que yo cante,
Sino aquel ronco estruendo
Que el hueco cuerno esparce,
Llamando á los sufridos
A ver pintar su imágen.

ODA III.

Dame, dame, muchacho,
Dame la lira, ¡ea!
Y guarda no la cambies
Con la de heroicas cuerdas.
Tráeme, sí, la que tiene
De Medellin la empresa,
Con dos torcidas trompas
En media luna puestas.
Que con esto, y la innata
Furia que me desvela,
Diré de los sufridos
Graciosas cantinelas.
Y si rehuye oirme
La humanidad modesta
Lo bajo del asunto
Que el númen me encomienda,
Oiganme los sufridos,
Que sobran por la tierra,
Si entretener ociosos
Virtud es manifiesta.

ODA IV.

De Arquímedes alumno
Fabrícame una copa
De plata, pero en ella
Lides de amor no pongas.
Guarda que de Lucrecia
Aquí grabes la historia,
Ni de ningun marido
Muerto por tener honra,

(1) Este epigrama fué escrito en un principio de este modo:

Díjele ayer á Teodora:
«Muchacha, tu faz luciente,
Tus ojos, labios y frente,
Y el tu garbo me enamora.»
Y ella, echándose á reir,
Dió al punto en un disparate,
Y éste fué que... Lengua, tate;
No todo se ha de decir.

Iglesias convirtió despues este epigrama en dos. Vease el señalado con el número LXVI.

(2) Variantes en los versos 2.°, 6.° y 8.°:

Se va á Madrid...
. . . . . .
Diciendo no la entendia...
. . . . . .
La bellaca Ines decir.

(Notas del Colector.)

Por su ornato la lira
De Medellin me forja
Cornetas, caracoles
Y silbatos de concha.
Si gustas, á Vulcano
Pon con su pata coja,
A quien Vénus y Marte
De hueso la sien ornan.
Tintero de muchachos,
Lucerna de luz tosca,
Mil higas y mil testas
De ciervos bien ramosas.
Esto no más te pido
Que en el tazon me pongas;
Que en dón tengo que darle
A un maridin de moda,
Y si á perderlo llega,
Razon es lo conozca
Por las señas, que es suyo
Más que su mujer propia.

ODA V.

Vender vi en una feria,
De ciervo un cuernecito,
Con su engaste de plata
Asaz mono y pulido.
Pedí al platero el precio,
Y él, liberal y fino,
Por lo que quise darle,
Darle sin tardar quiso.
Cogíle, y á mi casa
Llevé el dije conmigo,
Y á mi mujer la ruego
Le acepte por ser lindo.
Ella exclamó, riendo:
«¡Válgame Dios, marido!
¿Quién compra lo que tiene
De sobra en su recinto?
Si de vender hubieras
De aquestos dijecillos,
No bastára una lonja,
Ni un pueblo á consumirlos.»

ODA VI.

Notando sus aumentos
Cierto sufrido jóven,
Muy hueco en este apodo,
Hizo estas reflexiones:
«Pensé, cuando era niño,
Que ser cornudo un hombre
Fuera con mil pesares
Vivir, y sinsabores.
Mas despues, mozalvete,
Dorila encabrestóme,
Muchacha de tal gracia,
Que sin querer los pone.
Y hallé, desengañado,
Que aunque cuernos me sobren,
Tambien me sobra el vino,
Las truchas y pichones.»

ODA VII.

Por no estorbar un dia
En una oculta pieza,
A sí mismo un sufrido
Se habló de esta manera:
«Pues Jove me lo manda,
Venga, venga, paciencia;
Que es toro autorizado,
Y obedecerle es fuerza.
Verdad es que al principio
No le rendí obediencia
Por ignorar los daños
De la hambre dura y negra.
Y en ella me sostuve
Siete lunas y media,
Hasta que amor ser manso
Me señaló por renta.
Manso tengo vestidos;
Manso, comida y cena;
Y manso, no hay delicia
Que yo en el mundo pierda.»

ODA VIII.

Refiriéndole un sueño
A su esposa taimada
Su paciente consorte,
La dijo estas palabras:
«Durmiendo yo á la sombra
De cierta cornicabra,
Este bellaco sueño
Se me vino á mi cama.
Soñé que un don Pelote
Me puso una guirnalda
De pitones de ciervos,
De cornatos de vaca.
Y que con ella puesta
Me metí en una danza,
Donde con ciertas niñas
Muchos mozos bailaban.
Y que unos bien bebidos,
Con lengua desbocada,
De mi testa decian
Injurias y alharacas.
Quise vengarme de ellos;
Mas todos se me escapan,
Cuando de nuevo el sueño
A su quietud me llama.»
Dijera así; y su esposa
Respondió: «Caso no hagas,
Marido, de esos sueños;
Que todo es patarata.»

ODA IX.

La popular industria
Dió al hombre oficios propios
Con que ayudarse puedan
Los unos á los otros.
La invencion de las artes
Les inspiró á los doctos;
Los bélicos ardides
Dió al capitan heroico.
Enseñó al navegante
Poder surcar el Ponto,
Y al uso del viajero
Domar los duros potros.
Al labrador humilde
Le dió el arado corvo,
Y entregó al artesano
A oficios laboriosos.
Y á vueltas de mil otras
Que hilan delgados copos.
A Táis de su hermosura
La toleró hacer logro.
Mas nada de todo esto
Le concedió á su esposo;
Pues ¿qué le dió? paciencia,
Paciencia, y esto solo
Le adquirió más haberes,
Le amontonó más oro,
Que el trabajo, las artes
E ingenio de los otros.

ODA X.

Píntame, honor de Iberia,
Cópiame ¡oh gran Velazquez!
A un maridin de moda,
Cual yo te lo dictáre.
Delíneale ante todo
Los ojos penetrantes,
Negros, fogosos, vivos,
Que al más audaz espanten.
La faz rizada y fiera,
Que anhele por vengarse,
Y el espumoso hocico
Más negro que azabache.
Los cuernos, siempre agudos,
Crujir hagan los aires,
Y el ancho cerviguillo
Que rizos mil realcen.
El cuello alto y erguido,
El lomo hermoso y grande,
La piel en colerido
Al signo de Abril gane,
La mano de uña hendida,
Con que la arena escarbe,
Y una extendida cola,
Que casi al suelo arrastre.
Airosas banderillas
Le pondrás por remate,
Ya caigan al brazuelo,
Ya sobre el cerro se alcen.
Igual al mismo fuego
Su rubicunda sangre,
Aquel tiznado pelo
De trecho en trecho manche.
En cerco de mil gentes
Que tiemblen su semblante,
Ya de léjos le silben,
Ya de cerca le llamen.
Y él que en veloz carrera,
Atras deja los aires,
Como menuda arena
Tropas de gente esparce.
¿Qué más?... Pero sin duda,
En vez de muda imágen,
Me das vivo al que pido.
¡Ea, novillo, entradme!

ODA XI.

Cual la borla en bonete
Señal es de graduado,
O cual suele ser signo
De la taberna el ramo;
Yo así, luégo que veo
Algun marido manso,
Le reconozco y silbo,
Y á mi capa le llamo.
Porque Jove en sus frentes
Les pone por penachos
Las airosas señales
Que él por Europa trajo.

ODA XII.

Dicen que han de arrojarme
Al Sur ó helado Norte,
Si prosigo cantando
De los chibos barbones.
¡Y qué! en cualquier provincia
Que por dicha me arrojen,
¿No se han de dar chibatos,
Con que el númen desfogue?
El fértil suelo bético
Cria caballos nobles,
Y el campo salmantino
Los toros más feroces.
Castilla es quien produce
Los fuertes campeones,
Y en dar monarcas grandes
Su gloria Aragon pone.
Empero los sufridos
Que yo aturrullo á golpes,
Cualquier region del mundo
Los cria á cual mejores.

ODA XIII.

Paseábase un sufrido,
Lleno de franjas de oro,

Y ufano en sus arbitrios,
Hizo este soliloquio:
«Como lo hace el letrado,
Yo de lo que sé como,
Y él se rompe la testa,
Miéntras yo me la adorno.
Andese enhorabuena
El marido celoso,
De bestias coronadas
Comparándome apodos;
Que yo, miéntras paseo
Su calle, majo y gordo,
A su hambre y su miseria
Mayores higas pongo,
Y creo que mi patria
Me aplaudirá con gozo;
Porque ella es cual ninguna
Aficionada á toros.»

ODA XIV.

Viendo una gitanilla
A un novio horro de pelo
Las rayas de la mano,
Le aventuró todo esto:
«Cuanto más, calvo amigo,
Se te aumente el cabello,
Tendrán tanto más auge
Tu hacienda y tu dinero.
Pues cúidalo en buen hora,
Y da á tu frente aumento;
Que no más que las armas
Y renta te va en ello.
Que si el hado no miente,
Tú serás caballero...
De aquellos que señalan
Los chicos con los dedos.»

ODA XV.

La que á mí me criaba,
Mujer en grado sumo
Fanática observante
De encantos y conjuros;
Teniéndome en sus brazos,
A adivinar se puso
Mis hados, y agorera,
Dijo á un compadre suyo:
«No morirá este niño
A manos de verdugo,
Tósigo, acero ó bala,
Ni á tabardillo agudo.
Yo pienso que despojo
Será al fin de algun bruto;
Pero no, como Adónis,
De puerco colmilludo,
Pues quien ha de matarle
Será animal cornudo;
Pues todo se me altera
Con cuernos viendo alguno.
¡Hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! les grita
Con inquieto murmullo,
Y á su mandil los llama
Con ademan muy cuco.»

ODA XVI.

Pascaba por un monte
Cierto marido humilde,
Y oyó cómo allí un cuco
Sus cánticos repite.
Y al ver cómo le apunta
De su testuz el timbre,
Piensa que con él habla,
Y así responde y dice:
«Parlero cuco amigo,
Vuela á mi esposa, y dile
Que á deletrear mis armas
Gracioso te pusiste.
Dile que aquí las flores,
Aves, fuentes y vides,
De su estafar murmuran,
De mi paciencia rien.
Cuéntale que en su ausencia
No echo ménos sus dijes...
Mas no, dile tan sólo
Los cuernos que me viste.»

ODA XVII.

¿Por qué, di, te molestas,
Retórico enfadoso,
En persuadirme mude
De objeto, lira y tono?
Dícesme que es bajeza
Que á mi númen heroico
Dé asunto que sin miedo
Jamas pronuncia el tonto.
Y añádesme muy serio:
«No vale un cuerno solo
Tu númen malogrado.»
Al fin, yo te lo otorgo.
Que yo el valor de un cuerno
Ganar no me propongo,
Sino que con mi musa
Se quiten unos pocos.

ODA XVIII.

Un manso de los que hacen
Gala del sambenito,
Contando las sus cuitas,
A su mujer la dijo:
«Dícenme las mozuelas:
¡Qué lindo estás! ¡qué lindo,
Cornelio! y para verlo
Toma el espejo limpio;
Verás entre tus sienes
Cuál adornan tus rizos
Las ramas de los ciervos,
Del caracol los signos.»
Yo respondo: «Muchachas,
Cierto será: prescindo
De si otros me los plantan,
De si ellos me han nacido;
Lo bien que como y bebo
Sólo podré deciros;
Y que esa sobra, ó falta,
Jamas yo la he sentido.»
Oyérale su esposa,
Y respondióle: «¡Ay hijo!
¡Qué envidia que te tienen,
Viendo como te cuido!»

ODA XIX.

Yo vi á cierto sufrido,
Y á fe que de los guapos,
Decir tales fanfarrias,
Consigo mismo hablando:
«Manso soy; mas á todos
Los fieros, con ser manso,
Excedo en los despojos
Que en mi paciencia gano.
Mi renta es ser paciente,
Los cuernos son mi amparo;
Que yo de utilidades
No conozco otro ramo.
Quien quiera tener guerra,
Con guerra tenga el plato;
Y á mí dadme que coma
Y beba con descanso,
Que juegue, gaste y triunfe
A costa de otros francos,
Y si álguien lo fisgáre,
Para él será el trabajo.»

ODA XX.

Cierto marido franco
Pasar vió por su calle
Otro celoso y pobre,
Y así empezó á explicarse:
«¡Qué malo que está el año,
Y este pobrete amante
Sin duda va pidiendo
Por despedir al hambre!
Y es un gran mentecato;
Pues como se humanase
Cual yo, y fuese sufrido,
No hubiera tantos males.
Con no estorbar, ¡qué ciencia!
Se hallára en un instante
Con casa llena y mesa
Variada de manjares;
Pero pues no, que pene;
Que á mí, miéntras me hacen
Otros de plata el plato,
No hay mal que me amenace.»

ODA XXI.

Si prolongar pudiera
Mi vida con los cuernos,
Sin duda los buscára
Por ambos hemisferios.
Así de la atroz Parca
Templára el rigor fiero
Con una sarta de higas
A su forzoso tiempo;
Pero, ya que no es dable
Hacer del hado juego,
¿De qué sirven las puntas
Y ramos de los ciervos?
Pues ¡sus! venga mi lira;
Que yo juro de nuevo
Burlar del que los tiene,
De su estómago y pecho;
Y al sol todos los trapos
Sacar... pero callemos,
Que al sol, cual caracoles,
Los sacan ellos mesmos.

ODA XXII.

Yo vi cierto sufrido,
Que, porque le picaban
Dos amigos burlones,
Así exclamó con gracia:
«Amo á aquel que los tiene,
Amo á aquel que los planta,
Porque éstos me socorren,
Y aquéllos me acompañan.
Si apuntan ó no apuntan,
Sólo es aprension vana;
Lo cierto es que los cuernos
Moneda son contada.»

ODA XXIII.

¿Quién es aquel que viene
Con tanta gritería,
Por cima de la frente
Dos astas muy crecidas;
Al cuello una maroma,
De quien mil chicos tiran;
Al cerviguillo puestas
Un par de banderillas;
En cerco de él las gentes
Con regocijo silban;
De él huyen unos, y otros
Tras él corren aprisa?
¿Qué ha de ser? un novillo
Que corren en la villa.
Pues no, que es el marido
De la honesta Dorila,

ODA XXIV.

Salió Fabio á los toros
En un bayo de frisa,
Con su sombrero blanco
Y verde jaquetilla.
Volvió á casa bufando,
Lleno el frison de heridas,
Rota la blanca cofia,
La ala al sombrero hendida.
Háblanle y no responde;
Grítanle y no replica;
Pregúntanle qué tiene;
No hayas miedo lo diga;
Pues ¿qué le habrá pasado?
Su frente claro indica
Que en cuanto fué á los toros,
Le hizo toro Dorila.

ODA XXV.

Casadillo el más casto
Que en celibato eterno,
De tu mujer disgusto,
Marido eres mostrenco,
¡Oh, cuántos dió tu esposa
A luz pimpollos tiernos
Del jardin de Cupido,
De la granja de Vénus,
Que ni viste ni oiste,
Ni palpaste un momento,
Y por tuyos los traga
Tu gaznate no estrecho!
Siquiera la ballena
Tenga ancho el tragadero,
No es posible que iguale
Al tuyo, ¡oh gran Cornelio!

ODA XXVI.

Tú las guerras de Malta
Cantas, y aquél las turcas;
Pero yo, caviloso,
Las canto más agudas.
Porque no el blason de armas
Las testas que hay cornudas
Por inofensivas pierden,
Por indefensas frustran.
Y yo celebro frentes
Que ofenden con sus puntas
Al que no da, y defienden
A todo el que las unta.

ODA XXVII.

Noche en invierno obscura,
Sentadito á la lumbre,
Y aguardando á su esposa,
Así un simplon discurre:
«Pacientes nos portemos;
Pues entre las virtudes,
Siempre fué la paciencia
De grande estima y lustre.
Pacientes aguardemos;
Pues tonto es quien no guste
Que en casa le den ciento
Por uno que le apunte.
Pacientes...» Pero en esto
Por la escalera sube
Su esposa y un padrino
Que su tardar disculpe.
Los tres luégo en paz quieta
Cenaron unas ubres;
Brindáronse, y dijeron:
«¡Afuera pesadumbres!»

ODA XXVIII.

Estando con un canto
Machando yo almendrucos,
A mí se llegó un viejo,
Que fué sin duda brujo,
Y díjome: «Muchacho,
¡Parece que están duros!
Pues así en adelante
Lo han de ser tus asuntos,
Que luégo que su ingenio
Llegue á tener tres lustros
Por aficion innata,
Por natural influjo,
Mil huesos áun más fuertes
Con incesante estudio
Has de morder entónces,
Que éste es el hado tuyo.»
Así dijera el viejo;
Y que lo dijo juzgo,
Quizá porque sus armas
Machaco á los cornudos.

ODA XXIX.

Cantando yo una letra,
Un manso me escuchaba,
Y airado á mí viniendo,
Me tiró estas palabras:
«Dinos, ¿adónde apuntan
Los cuernos que les plantan,
A esos que tú sufridos
En tus cantares llamas?
Dinos, si tan pequeñas
De un manso son las astas,
Que á percibirlo apénas
El ojo humano basta;
Dinos si tienes lente,
O microscopio, ó maña
Que alcance á descubrirte
Lo que ninguno alcanza.
Si no, ¿por qué en cantarlos,
En balde el tiempo gastas?
Que al fin, si ellos nacieran,
Fe:jóo nos lo explicára.
Enfrena, pues, trastillo,
Tu lengua desbocada;
Que á ser por mí, tu lira
Ya estuviera quemada.»

ODA XXX.

«¿Qué será, don Hernando
(Me dicen muchas niñas),
Que siempre cuernos cantas,
Y nunca sus heridas?»
Pero yo las respondo:
«Bachilleras de Esquivias,
Hay los unos que hieren,
Y otros que no lastiman.
Los unos en los brutos
Son armas defensivas;
Los otros en no brutos,
Del hambre medicina.
Los bravos con los bravos
Allá tengan sus iras,
Miéntras que yo á los mansos
Me huelgo en poner higas.
Mas si éstos, como aquéllos,
Por alto ya me tiran,
Aprenderé paciencia
De su paciencia misma.»

ODA XXXI.

No quiero que la Fama
Fatigue al hueco bronce,
Mi débil són llevando
A incógnitas regiones.
Déjenme con mi lira,
Y nadie me lo estorbe,
De Medellin los ecos,
El armazon y el nombre;
Pues que sola ha cantado
De los chibos barbones,
Las gracias y desgracias
De la irrision del orbe.

ODA XXXII.

Con nueva voz, por nuevo
Estilo, en nueva lira,
Que alzada de la luna
Hasta los cuernos viva,
Vuestro ocio y conveniencia,
Vuestro timbre y divisa,
Vuestro carácter propio,
Con todas vuestras dichas,
Pacientes ya he cantado.
Pues ¡ea! á toda prisa
Pedid prospere Apolo
De Medellin la lira.

ANTES DE AMAR TUVE CELOS.

GLOSA.

Siendo niño, en nuestro prado,
Florinda hermosa, te vi
Dar abrigo á un alhelí
Entre tu seno nevado:
De verle tan regalado
Empecé á sentir recelos;
Y en mis años pequeñuelos,
Sin saber lo que era amor,
De aquella inocente flor,
Antes de amar, tuve celos.

PENSAMIENTO DE LA MENAGIANA.

En un templo un caballero,
Con su venera muy majo,
Estaba junto á la pila
De agua bendita arrimado,
Al tiempo que á tomar agua
Llegó, con su rico manto
Cubierta, una hermosa dama,
De gala, primor y ornato.
Viendo sus ricas sortijas,
Dióla agua y dijo muy ancho:
«Yo tomára los anillos
Y dejaria la mano.»
Mas ella respondió, asida
De la venera: «Seo guapo,
Pues yo tomára el cabestro
Y dejara libre el asno.»

IDILIOS.

IDILIO PRIMERO.

EL CLAVEL.

La madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma primavera, en mil olores
Adorna el verde manto, que ha bañado
Céfiro en mil olores;
Ya alzando al cielo frescas azucenas,
Nacidas al albor de la mañana,
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
De frescas hojas y de frutas llenas
De rosicler y grana;
En mi huerto produjo el más hermoso
Pundonor del jardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se excede el año presuntuoso:
El clavel encendido.
Sus edades se pasan de hora en hora,
Corto vivir le destinó la suerte,
Y sólo un sol solemnizarle advierte
En risa el alba, en lágrimas la aurora,
Su nacimiento y muerte.
Señuelo sea de tu amante lado,
O bello airon de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma que á tí te ha consagrado
Su afecto lisonjero.
Lógrese en tu beldad esclarecida;
Y pues del año fué pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
Y á tu lado consiga eterna vida
En un abril eterno.

IDILIO II.

LA AUSENCIA.

Mírote en noche del helado invierno,
Rotos tus cuernos, luna amortiguada;
Y entre negros celajes ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdeñada.
Tal yo ¡mezquina! entre una niebla oscura
Quedo al desden que el ánimo me hiela;
Sin luz ni gala mi cariño vuela,
Mísera, sola y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.
Sólo á tí he descubierto mis amores,
Sólo á tí he dado cuenta de mi vida,
Como á la secretaria más querida
Que el cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida.
Que si acaso el cruel, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegáre aquí á sazon que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada,
Cuéntale con dolor mi amarga nueva,
Y por corona de mi triste suerte,
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
Muy más su ausencia el ánimo me lleva,
Que el brazo de la muerte.

IDILIO III.

LOS CELOS.

Tú, ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces las selvas con querellas,
Su gravísimo daño lamentando
Al cielo y las estrellas.
Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado,
Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo arpado.
¿Quién te persigue? ¿Quién te aflige tanto?
Si acaso es del amor la tiranía,
Consuélate con la desdicha mia,
Que advirtiendo tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.
No me desprecies, cuando te acompaño,
Pensando que en dolor me aventajáras,
Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño,
Quizá el tuyo aliviáras.
¡Triste de mí! que en páramo apartado,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de celos, que derriba
El edificio amante que hube alzado
Sobre agua fugitiva.

IDILIO IV.

DURACION DE SU AMOR.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
Que os holgais con los céfiros serenos,
Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;
Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Ya veis cómo os retrata.
Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo,
Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza.
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,
Miéntras os diere su favor el cielo,
Ornándoos de belleza.
Siete años hace ya que en mi alma exenta
Con imperio unos ojos han reinado,
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.
Miro mil veces su beldad sin tasa,
No porque aumento, no, mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazon abrasa,
Y el fuego mortal dura.
Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

IDILIO V.

ILUSIONES DE LA TRISTEZA.

Descaminada, enferma y peregrina
La estéril tierra piso;
Ocúltase la luz que me encamina,
Y tiemblo de improviso.
Airado el Aquilon tronca las plantas,
Silbando en las cavernas;
Suspenden sus dulcísimas gargantas
Las avecillas tiernas.
Marchitanse estos prados cuando miran
El fuego de mis ojos;
Las florecillas de ellos se retiran,
Armándose de abrojos.
Copian mi rostro pálido las fuentes,
Y enturbian sus cristales;
Huyen de mí las fieras inclementes
Con bramidos fatales.
¿Quién les dijo mi mal? ¿Quién les dió cuenta
De mi dolor callado,
Cuando el ardor que el alma me atormenta,
Decir me está vedado?
¿No te basta, cuitada, el miedo extraño
Que dentro el alma sientes,
Sin que todas las cosas en tu daño

Se muestren inclementes?
Llora ¡ay mísera! llora, pues el llanto
Sólo á tu mal conviene;
Y ni en hombres ni en fieras tu quebranto
Remedio alguno tiene.

IDILIO VI.

DELIRIOS DE LA DESCONFIANZA.

Osé y temí, y en este desvarío,
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio donde no me guardo,
Sigo la senda, preso el albedrío,
Con pié dudoso y tardo.
Nuevo ardor me arrebata el pensamiento,
Discurro por el yermo con pié errante;
La actividad de un fuego penetrante,
Ni la inquietud que en mi interior yo siento,
Huyen de mí un instante.
Por el hondo distrito y dilatado
Del corazon, en fuego enardecido,
Se explayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.
Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantaron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inútil viento.
Los que en la primavera de sus dias
Temieron el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores,
Y fuego aprendan de las ánsias mias
Los finos amadores.

IDILIO VII.

LA AGITACION.

¡Ay! ¡cómo ya la alegre primavera,
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que ántes se vió aterida!
Suelta el raudal su risa armoniosa,
Y canta el ruiseñor con trino doble;
De púrpura se viste el clavel noble,
Y enlaza al olmo con la vid hermosa,
Y con la hiedra al roble.
¡Qué de veces me vió rosada aurora,
Mustia y débil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura!
Cae del cielo la noche tenebrosa;
Cubren sus alas negras todo el suelo;
Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste recelo.
Que despierto asustada, y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio;
Vuelvo en vano á dormir, y desconfio
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.
¡Triste de mí! que sigo temerosa
La luz escasa del funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego;
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego.

IDILIO VIII.

EL DESFALLECIMIENTO.

Delicioso vergel, fuente risueña,
Espumoso raudal que al prado esmalta,
Y de la peña que miró más alta
Al cóncavo enyedrado de otra peña,
Lleno de aljófar, salta.
En este soto un tiempo entretenido,
La flor mi breve pié pisó contento;
Vi aquí más verde juncia, allí más viento,
Acá hallé fresco, allá un balcon florido,
De mi delicia asiento.
Pues ya del sol la luz que al mundo alegra
Huye á mis ojos, que aman el retiro;
Y ciega del amor con que suspiro,
Y triste y sola entre una nube negra
La fiera Parca miro.
¡Cielos! ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
En tan nuevo rigor quiere que muera,
Y que ántes de gozarla, parca airada
Corte mi flor primera?
Del seno oscuro de la tierra helada
Llamarme con terribles voces siento;
Tristes sombras cruzar vi por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.
No me aterra la muerte, ni rehuso
El dejar de vivir de edad florida,
Ni he esquivado la muerte tan temida,
Que amaneció con mi vivir confuso,
De mi cuidado asida.
Siento haber de dejar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
Y yermo un corazon que tuyo ha sido,
Donde todo el amor reinó hospedado,
Y su imperio ha extendido.
No el morir siento, ¡ay Dios! siento el dejarte;
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraíso y gloria el verte,
¿Qué gozaré, dejando de gozarte,
Sino perpétua muerte?

IDILIO IX.

¡Qué tarde la triste alba ha amanecido,
Cubriendo en nieblas su rosada frente!
¡Qué turbio el bello sol su carro ardiente,
Entre una nube lóbrega escondido,
Nos muestra escasamente!
Ni el pastor canta, ni el ganado pace,
Ni se ve en fuentes y aves armonía;
La flor no rie. ¿Adónde la alegría
Huye con pié veloz? Así el sol nace,
Y así amanece el dia.
¡Ay! mira tu fortuna sin espanto,
Y prevente con alma diamantina
A la desgracia que ella te destina;
Que la prevista no acongoja tanto
Como la repentina.
Voy de mí misma, por mi mal, cargada,
Sola, por senda errada, con pié errante,
Y ante mí miro en pálido semblante
Muerte que me amenaza en la jornada
Con un puñal tajante.

IDILIO X.

¡Qué borrascas excita el mar hinchado,
Opuestos entre sí los elementos!
Hieren los montes rigurosos vientos,
Vibrando, en ira Júpiter armado,
Sus rayos violentos.
Marchita el austro con su soplo helado,
Abrasa Febo con su luz ardiente
El valle umbroso y prado floreciente,
Que, ántes de rojas flores coronado,
Ya es arenal ardiente.
Pero la dura causa de mi pena,
De la beldad del cielo siempre avara,
Más cruda lid, mayor furor declara
Cuando los rayos de su luz serena
Al pecho me dispara.
Siete años ¡ay! me trajo entretenida
El vano amor, y mil me entretuviera,
De un sutil pelo de una cabellera
Presa, que es la esperanza de algo asida

Dulcísima hechicera.
Llévame en pos de sí el amor tirano,
La cadena arrastrando más estrecha,
Que al más rebelde en su prision no se echa
De un mal en otro, procurando en vano
Soltar su ardiente flecha.
De amor en el altar en sacrificio
La prenda de mi honor le fué entregada;
Pensé acertar, mas ley es decretada
Del amor que no acierte á hacer servicio
Mujer que no es amada.
Esquiva de la gente, no me alegro,
Aborrezco del sol los rayos rojos,
El resplandor marchito de mis ojos,
Que deshechos en llanto amargo y negro,
Al mar doy por despojos.
La dulce voz de mi apacible canto
A los suspiros dí sin armonía;
La disonancia ocupa el alma mia,
Y el corazon de un temeroso espanto
Es triste monarquía.

IDILIO XI.

¡Ay, qué revuelta vas, corriente brava,
Desnuda de arboledas y frescura!
Ni quieres dar ni recibir cultura
Del bosque que á tu espejo se miraba
Conmigo en mi ventura.
No ya la vid al álamo sombrío
Sus brazos encadena dulcemente,
Ni de inmortal verdor orna su frente
A costa del humor del manso rio
El plátano luciente.
Sin duda como á mí adornaros quiso
La fortuna en sus círculos mudable,
Y ya os dió á conocer su sér variable,
Dándome en vuestra ruina triste aviso
De su firmeza instable.
Mas si ya el ofendido cielo ha sido
Quien, en venganza de mi intento vano,
A las garras quizá de tigre insano
El centro de beldad habrá traido
Que ántes me amaba ufano;
Si al paso de los bienes van los males,
Si al nivel del dolor se da el contento,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales
En todo experimento;
Véase en esto cuán activo y fuerte
Tormento siento en mí, pues he perdido
El bien mayor, y por el no cumplido
Gusto de amarte, dilatada muerte
De infierno he padecido.

IDILIO XII.

Paso llorando en el silencio mudo
La oscura noche y las calladas horas,
Cuando da en sueños sombras burladoras
El aire negro de color desnudo,
Lo que tú, amor, no ignoras.
¡Ay del que en sueños míseros se via
Al feroz seno de una tigre hircana,
Si ya despierto, entre la fuerza insana
De sus dientes se ve cuando del dia
La luz se muestra ufana.
Yo cuando de mi angustia lastimera
Vuelvo en mí á la inquietud de mi deseo,
Con palpitar del corazon me veo
Ante la imágen de la muerte fiera
Por despojo y trofeo.
«Justa venganza de mi amarga vida,
La digo, á quien remite cielo airado,
Abrevia tu victoria y mi cuidado,
Y déjame de un golpe concluida
En tan mezquino estado.
»Ya he visto, por mi mal, lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Y el más fundado bien cuán poco dura,
Cuánto á un breve placer la pena excede,
Eterna en amargura.»

IDILIO XIII.

¡Ay mi perdido bien, muerta alegría,
Mi lucero, mi amor, mi doble dueño,
Mi sin igual amor siempre halagüeño,
Por quien en Dios y en tí tu Elisa fia
Ver tu rostro risueño!
Contigo hube palabras regaladas
Cuando la fe del corazon me diste;
Y cuando por tu esclava me rendiste,
¿Por qué para unas horas tan menguadas
Por tuya me elegiste?
Alma dichosa, que en amor ardiendo,
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y del mal libre con graciosas plantas
Los campos de zafiro vas midiendo,
Y al cielo te adelantas.
Miéntras del tercer globo florecido,
Entre mil lirios, de mancilla exentos,
Cogiendo vas los castos pensamientos
Del puro afecto que á tu fe he tenido
Sin falsos fingimientos;
Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero;
Que ni yo pido, ni aunque pueda, quiero
Vivir ya sin estar en tu servicio,
Y estarlo al fin espero.
Que mi alma por seguirte estará ufana,
Suelta del cuerpo, que por tí padece,
Tú acoge ahora el dón que ella te ofrece,
Dón que el amor acendra, el dolor sana
Y el honor engrandece.
Y el cielo justo, pues que lo es, ordene
Que á pesar de la envidia siempre impura,
En honra de un amor y fe tan pura,
Los que apartados al morir nos tiene,
Junte una sepultura.

IDILIO XIV.

Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habrá de echar la noche oscura,
Y al lucero que al sol daba luz pura
Con un trágico ocaso deslustraba,
Fin dando á mi ventura.
Yo viera aquella noche sin estruendo
Salir, con manto de astros asombrando,
Y á la luna su curso acelerando,
Sus argentados cuernos ir creciendo,
Y mi vida menguando.
Si como esotras es mortal mi suerte,
Diérame con mi fin la Parca airada
Suerte más duradera y afianzada;
Que dar la vida á quien amó la muerte,
Crueza es solapada.
Éstas fueran las lágrimas postreras,
Son y serán, que en mísero lamento
Perdiera en este arroyo turbulento,
Que las hiela á la sed de tantas fieras
Con paso violento.
Mas si este bien, cual los demas, me veda
La estrella que á este punto me ha traido,
Por premio á la que en vano le he servido,
Este agrado á lo ménos me conceda,
Que al cielo vuelto, pido.
Que este aliento vital que me recrea
Se pierda donde el resto se ha perdido,
A los piés de un ingrato descreido,
En donde cada cual lo que desea
Mire de hoy más cumplido.
En mi fin dulce, yo su rostro amado
Veré, en verme morir grata y contenta,
Y en morir si sus gracias acrecienta,
Están con mi desden desenojado,
Tendré la mayor cuenta.
Que la ocasion por que hoy fallece Lidia
Ha sido tan hermosa, que no espero

Que compasion me tenga el pasajero,
Sino es emulacion y noble envidia
De morir como muero.

IDILIO XV.

¡Ay! por mi mal he visto en claro dia,
En aire raso y cielo descubierto,
El sol de un luto fúnebre cubierto,
Robando su esplendor la sombra fria,
Contra el comun concierto.
La luna, que preside en su creciente
Al flojo sueño, en húmedas centellas
La vi alegre salir con sus estrellas,
Y faltando su luz cuando luciente
Preside á todas ellas.
Acaso el cielo todo, condolido
De mi pasion y mi lamento triste,
El luto de mis lágrimas se viste,
Pues de sus galas se ha destituido,
Y en mi dolor me asiste.
¡Ay! que me dice ya vuestra tristeza
Que esa mudanza y ruina insoportable
Me ordena alguna cosa miserable,
Cuando mi vida á florecer empieza,
Y hacerse al mundo amable.
La poderosa mano despiadada
Que os robó ese bellísimo ornamento,
Como á mí la esperanza del contento,
De triunfos y despojos va cargada,
Sin ver nuestro lamento.
Sábelo el rio, el monte y la laguna,
Que está cansada y harta en sus victorias
De marchitar en flor mis dulces glorias,
Que arrebatára golpe de fortuna,
Si es que eran transitorias.
No viera yo cubierto de humo horrendo
Cielo que abierto vi, con luces bellas,
Cuando fortuna me halagó con ellas;
Que de una vez mis dichas concluyendo,
Fináran mis querellas.

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA.

EMILIA QUEJOSA.

En fuego ardiente Emilia se abrasaba
Por Narciso, un pastor que en gentileza
Ningun otro del Bétis le igualaba,
Mas lleno de rigor y de aspereza.
En vano la pastora le buscaba;
Que donde falta amor todo es crueza;
Y cuanto era mayor su desden frio,
Más la zagala siente su desvio.
Sólo Emilia, con solo su cuidado,
Siempre que Febo al mundo amanecia,
Sin esperanza al bosque más cerrado
A lamentar su mal se retraia;
Y volviéndose al cielo despiadado,
Y al pastor sin piedad que no la oia,
Cebada en su desden la llama fiera,
Cantó, cual si presente la tuviera:
«No te duele mi mal, Narciso amado,
Ni oyes mi voz, ni ves mis desventuras,
Ni de humana piedad un solo grado
Pienso que alberga en tus entrañas duras;
Yo en tu amor siento el corazon llagado;
Tú siempre en desamarme te apresuras,
Como si gloria á tu beldad le dieras
Cruel siendo á mis ánsias lastimeras.
»Mis corderillos buscan la guarida
De la sombra en los álamos mayores;
Entre las zarzas frígida acogida
Procuran los lagartos saltadores;
Náis da en sazon la rústica comida
Con mil hierbas de olor á los pastores;
Conmigo, por seguirte entre la arena,
Al sol abierto la cigarra suena.
»¡Ay triste! más valiera el zahareño
Desden de Alfesibeo haber sufrido;
Y pues me amaba con tan fino empeño,
Mi altivez loca á Tirsi haber rendido;
Bien que es el Tirsi de color trigueño,
Y tú como la nieve esclarecido;
Mas no fies, que siempre vi apreciado
Sobre la blanca flor clavel dorado.
»Soy el desden de tu altivez ingrata,
Y por tu antojo mis tesoros truecas;
Mis rebaños cubiertos de escarlata,
Y en miel colmadas mis colmenas huecas;
El queso, gruesa leche y fresca nata
No me faltan jamas, ni frutas secas;
Y canto cual Filena ya cantaba,
Cuando oyéndola el valle se pasmaba.
»Ni tan disforme soy, que en los cristales
Del rio, en una siesta sosegada,
Mi rostro viendo y placientes señales,
No temí ser con Clori comparada;
Ni temeré tu juicio en casos tales,
Ni pensaré de ti ser despreciada;
¡Así no despreciases la floresta,
Su sencillez y juego de la siesta!
»El perseguir con flecha enhorbolada
El ciervo corredor te venga en grado;
Regir de ovejas una grey nevada
Con el verde taray no te dé enfado,
Ni te pese morar la regalada
Estancia en que las diosas han morado;
Que cantando las selvas morarémos,
Y juntos al dios Pan imitarémos.
»El la pastoral flauta halló con arte,
Él de diversas cañas la ha arreglado,
La variedad de voces le reparte,
Y nos guarda solícito el ganado;
Mas no te pese, altivo, el adestrarte
Al uso de ella el labio delicado,
Que Alexi se perdia por sabello,
De mil zagalas siendo hechizo bello.
»Tengo yo un singular rabel sonoro
De marfil, con labores de corales,
Que hube por manda del gentil Lidoro,
Diciéndome, al morir, palabras tales:
«Tú sola herir podrás sus cuerdas de oro,
Cantando mis exequias funerales.»
Lidoro me lo dió, y quedó corrida
La simple Clori en verme preferida.
»Ofrécente del bosque las doncellas
Las rosas y azucenas de su falda,
Y en canastillos delicados, de ellas,
Las flores del anis, tomillo y gualda,
Del rojo acanto y de mosquetas bellas
Tributan á tu sien fresca guirnalda;
O entretejido en frescos mirabeles,
A tu sombrero un ramo de claveles.
»Y yo te cogeré rojas manzanas,
Teñidas de su flor, con deliciosas
Naranjas chinas, que en las soberanas
Hojas del lauro irán más deliciosas;
Y otras frutas, tardías ó tempranas,
Te daré, mas serán inoficiosas;
Que tu gusto en mis dádivas no pones,
Y Alcina no está falta de estos dones.
»Alcina... mas ¡ay locos frenesíes!
¿Qué hago perdida en mi dolor vehemente?
Fuego puse al rosal, que en caricias
Botones me dió el mayo floreciente;
En el agua lancé los alhelíes,
Turbando su cristal resplandeciente;
Mi rebaño olvidé; ¡la rabia ciega
De los celos de amor á tanto llega!
»La leona feroz por la colina
Tras el tímido lobo sigue ansiosa;
El carnicero lobo se encamina
Con tino tras la cabra revoltosa;
Y la traviesa cabra el paso inclina
En pos de la retama apetitosa;
Yo á tí te sigo, mi delicia amada;

Que arrastra á cada cual lo que le agrada.
»Sobre los yugos el luciente arado,
Los bueyes tornan ya de sus labores;
El sol huye con paso apresurado,
Las sombras van haciéndose mayores,
Y el fuego en que mi pecho está minado
No mitiga ni aquieta sus ardores;
Que place al ciego amor no dejar hora
De reposo á su llama asoladora.
»¡Ah Emilia! ¡Emilia triste! ¿qué locura
Te perdió, que en tu mal abandonada,
Dejas errar tu grey por la espesura?
¡Ay! torna ya en tu juicio recordada;
Teje algun canastillo con mixtura
De blanca y pricta mimbre delicada;
Que si Narciso te huye desdeñoso,
Otro amante hallarás más cariñoso.»

ÉGLOGA II.

CINTIA, POETA.

POETA.

Divina Euterpe, que en el blando coro
De los mancebos árcades presides,
Haciendo resonar tu plectro de oro
En valladares de frondosas vides;
Préstame, musa, espíritu canoro;
Diré con tu favor, no aquellas lides
De Marte insano, que fulmina horrores,
Sino tiernas endechas de pastores.
Amaba Cintia un sin igual mancebo,
A un pastorcillo, en quien el amor puso
El gusto de ella, y la fortuna el cebo
De mil cantares que él á ella compuso;
Aun no estaba florido, no, el renuevo
Que en su querer reverdeció confuso,
Y entre recelos sin sosiego estaba;
Ya fia en él, y en él ya no fiaba.
Y viéndole, como hombre al fin mudado,
Desdeñador de aquella fe primera,
Ella, en dolor el pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera,
Y en seco acento al paladar pegado,
La voz quebrada y la congoja entera,
El corazon mostrando por los ojos,
La causa así cantó de sus enojos.

CINTIA.

¿Cuál tigre fiero al eco no se mueve
De mi dulce cantar, sin el terrible
Desden tuyo sin par, porque se pruebe
Que á un monstruo no movió canto apacible?
Alza tu vista, porque más se cebe
En ver que tu crueldad, siempre terrible,
Respira un fuego en mí que va abrasando
Al frio hielo, más que tu amor blando.
El dulce canto un dulce iman ha sido,
Que basta á retener la luna llena;
De Ulises el ejército lucido,
Con el canto, mudó sagaz sirena;
Con el cantar el áspid mas temido
En medio el prado su furor serena;
Empero á ti, más fiero que las fieras,
No te atraen canciones hechiceras.
Enseñadas á oir amantes quejas,
Oye mi canto el coro de las Musas,
Culpando la impiedad con que me dejas,
Y aprobando mis lágrimas difusas.
En mi bien él no esquiva sus orejas,
Y tú en mi daño tu esquivez excusas;
Ellas aprueban el amor sincero,
Y tú desprecias mi querer primero.
Vino á escucharme el simple porquerizo,
El ovejero y el Menalca hinchado,
La honesta zagaleja, y «¿quién te hizo
Tan fiero mal, pastora?», han preguntado.
Apolo vino, y dijo: «¿Cuál hechizo,
Qué locura, zagala, te ha tomado;
Que aquel pastor por quien amante mueres,
De otra zagala sigue los placeres?»
¡Ay pastora infelice! tú perdida
Andas por la montaña y despoblado,
Tras de aquel de que Celia en la florida
Falda reposa con sosiego echado;
O bien ya la contempla enternecida,
O encendido la sigue enamorado,
Holgándose con ella en la floresta,
En el estío, en medio de la siesta.
Más duro y desabrido que alto roble,
Contra mí de aspereza te previenes,
Así, cual eres en valor más noble,
Más desigual crueza que otros tienes;
Que su obstinado corazon y doble
Guarde en sí tales odios y desdenes,
Que al despreciar mis lágrimas ardientes,
Cruel te llaman pájaros y fuentes.
Por tí sufro las iras y fiereza
Del crudo niño Amor, y en mi tormento,
Por tí en mi pecho siento una extrañeza,
Que ningun bien me place, ni contento;
Por tí transito sola esta aspereza;
Por tí á mi grey olvido, y no la cuento,
Cual hice un tiempo, cuando Dios queria
Que en tu memoria no estuviera Eulia.
Ni que aborrezcas pido con aquesto
A la que el ciego amor y suerte loca
Favorecen, ni espero, por supuesto,
El ablandar tu pecho, cual de roca;
Que esperar de piedad un breve resto
En tu crudeza, ya en locura toca;
Y locura es, en fin, pedirte nada,
Ni áun la muerte, que ya me tienes dada.
Tú, zagal, con tu amante afortunada,
Causa cruel del fuego en que me abraso,
En paz te queda, queda en paz amada,
Bien que en darla á mi pecho fuiste escaso;
Y en fin, porque no sientas la arrojada
Muerte de olvido en mi postrero paso,
En ver mi cuerpo puedes complacerte,
Por causa tuya condenado á muerte.

POETA.

Dijo, y dijera más, si la congoja
Más ánimo la diera y más aliento;
Empezando á perder la color roja,
Perdió á un tiempo la voz y el sentimiento;
Quedó cual de alhelí marchita hoja
Que de rocío baña el fresco viento,
Y cual la luz, quedó, de la mañana,
Cuando el sol no la dió color de grana.

ÉGLOGA III.

ARCADIO, POETA.

POETA.

La guirnalda de lirios
Deshecha por el suelo,
El cuerpo en una peña recostado,
El alma en mil martirios,
Los ojos en el cielo,
Y el triste rostro en lágrimas bañado,
Yace el más desamado
Zagal en las orillas
Del Tórmes cristalino;
Y miéntras sin destino
Erraban sus cuitadas ovejillas,
Sin dar al llanto pausa,
Así cantó de su dolor la causa.

ARCADIO.

Bellísima aldeana,
A mi dolor más fiera
Que roca hinchada al sonoroso viento,
Si no eres más insana
Que asiática pantera,
Yo sé que dolerte has de mi tormento;
La pena y sentimiento
Que Sísifo rabioso
Tolera en el abismo,
Y en fin, cuanto asimismo

Se padece en el tártaro horroroso,
Yo mejor pasaria
Que un desden solo de la ninfa mia.
Un desden solo, ¡ay ciego!
¡Ay, ay zagal cuitado!
Si un desden solo tanto te atormenta,
¿Cuánto será tu fuego
Al ver que se ha entregado
Al que de su amor tiene ménos cuenta?
No así tal vez revienta,
Opreso en fuego y agua,
De nublado espantable
El rayo formidable,
Como en el pecho, que arde como fragua,
Revientan desatados
Los celos, en bramidos levantados.
Llora, llora, cuitado,
Desde la noche al alba,
Regando en llanto el marchitado suelo,
Que en viéndose inundado
Hará crecer la malva
Y cañaheja inútil hasta el cielo;
Gozarás del consuelo
De que no ven tus ojos
Cómo ella favorece
A quien no lo merece;
De do nace el tropel de tus enojos:
Mora en el bosque á ciegas;
Pero ¿qué tienes, alma? ¿no sosiegas?
¡Ay triste! y cómo veo
Más ántes sosegado
Motin de populosa muchedumbre,
Y muy más ántes creo
Parar el alterado
Sillar que se desgaja de la cumbre,
Que no el amor, la lumbre,
La rabia y sobresalto
Del corazon celoso,
Del que un tiempo dichoso
De su ninfa gozó el favor más alto,
Y hoy, siendo su desprecio,
Ve que su pecho da al zagal más necio.
¡Ay zagal venturoso!
¡Con tal dolor te veo
Gozar los brazos de tu Silvia hermosa!
Plegue Amor que reposo
Tenga ese tu recreo,
Que te causa esa pérdida alevosa;
El su color de rosa,
Aquella su lindeza,
Sus ojos halagüeños
Y sus labios risueños,
Todo me aseguraba su firmeza;
Y ¡ay! que aunque faz no muda,
Muda su corazon de tigre cruda.
Pláceme la constancia
Que tuvo hermosa Filis,
Hasta morir, á su zagal Dalmiro.
Deléitanme en su infancia
Sileno y Amarilis,
A quienes juntó Amor con dulce tiro.
Y al fin, cuando esto miro,
Cupido me enamora,
Me al gra su delicia,
Y á buscar voy propicia
A mi gloria, mi bien y mi señora;
Mas viéndome olvidado,
Maldigo el tiempo en el amor gastado.
Maldigo las auroras
Que por verla salia,
Discantando su amor con dulce avena;
Maldigo aquellas horas
Que yo en su compañía
Estuve el baile de la Noche Buena.
Maldigo la verbena
Que juntos la mañana
De San Juan recogimos,
Y los rubios racimos
Que en la choza colgué de esa tirana;
Pues me es tormento hoy dia,
Cuando un tiempo me fué dulce alegría.
¿No me dirás, pastora,
En qué yo te he ofendido,
Para que así, mi bien, me desampares?
¡Oh Dios! en qué mal hora
Al mundo fuí nacido,
Si fué para sufrir estos pesares;
Plegue á Dios que si amares
Zagal que más te quiera
Que el que hora has desechado,
De un rayo disparado
Por la mano de Júpiter yo muera;
Empero si no le amas,
Los cielos te consuman en sus llamas.

POETA.

Más el zagal diria,
Si la implacable pena
Lugar le diera á proseguir su canto;
Y al ver que no podia,
Sobre la rubia arena
Soltó la rienda al lastimoso llanto.
La noche tendió el manto
De fúlgidas estrellas,
Y en el silencio el eco
Volvia el monte hueco,
Doblando las tristísimas querellas
Que el mísero arrojaba,
Si por dicha el dolor lugar le daba.

ÉGLOGA IV.

Era la noche, y en sereno vuelo
La tarda luna hácia el poniente huia,
En silencio escuchándose el desvelo
Del rio que en correr tenaz porfia;
Cuando el carro polar la vuelta al cielo
Daba, anunciando el ya vecino dia,
Y con mayor presura las estrellas
Desaparecen en húmedas centellas.
Cuando con débil mano sustentando
Un claro cielo de luceros rojos,
Silvia al seno lo inclina, perlas dando
Al prado los raudales de sus ojos,
Que en suspiros mezclados iba dando
A su amante, por últimos despojos;
Como la bella Clicie mustia queda
Cuando su hermoso rostro el sol la veda.
Vencida de un gravísimo tormento,
Al más duro peñasco enternecera,
Si en ellos consistiera el sentimiento
Que su amante falaz tener debiera;
Amante que, mudable más que el viento,
Faltó á la fe que conservar debiera.
Al fin muriendo, muerta su esperanza,
No ménos muertos ayes su voz lanza.
«Sal, ¡oh lucero! paje de la aurora,
Y su esplendor anuncia, cual lo sabes;
Sal ante la carroza brilladora
Del dia, de quien traes las rubias llaves;
Mira que ya con música canora
Te espera el dulce acento de las aves;
Y yo al sol mismo quiero por testigo
De la ingrata traicion de mi enemigo.
»Miéntras yo á ti, á la luna y al sol bello,
Y á todas las estrellas piedad pido,
Y de mi falso amante me querello,
En vil amor trocado el fementido;
Y aunque ningun provecho encuentre en ello,
A todos os descubro el pecho herido,
En esta postrer alba de mi vida,
No sé decir si dulce ó desabrida.
»¡Ay Silvio! ¿en quién pusiste tus luceros?
¿Por qué sin pundonor mi fe trocaste?
¿A quién, di, tus amores das primero?
¿De qué brazos el cuello te anudaste?
¡Ay primicias del alma, ay verdaderos
Amores mios! ¡Cómo los burlaste,
Dejándome en desprecio abandonada,
Cual hiedra de su arrimo destrozada!
»Silvio gentil á Mebia se ha entregado;
¿Qué se podrá dudar de hoy adelante?

¡Qué discordia el amor no habrá juntado,
Y qué no temerá el más firme amante?
La cordera paciente y lobo airado,
De hoy más en sí tendrán union constante,
Y la dulce paloma hará su nido
En el de sierpes de hórrido silbido.
»Disponte, ¡oh tosca! tuya es la ventura;
Tus dichas, Mebia, vayan adelante;
Cree que por tí sale de la oscura
Noche sale el lucero más brillante;
Mas ¡qué bien te está, oh Silvio sin cordura,
El que á todas burlabas arrogante,
Desdeñador de mi color quebrado,
Mi rabel dulce y mi gentil cayado!
»Yo te vi niño y de tu madre al lado;
De mi diestra llevéte á mis perales,
Do travieso mil piedras has tirado;
Y yo llevaba á bien niñeces tales:
Las bajas ramas ya con brazo alzado
Tocabas de tres lustros, no cabales,
Cuando mi alma fuera ya tu esclava,
Que tras tí presa engaño la llevaba.
»Ya bastante ¡oh Amor! te he conocido,
En triste hora y horóscopo tremendo,
Ni en nuestro sér, ni sangre ni sentido,
Ni, en fin, con nuestras señas procediendo;
Sólo tu duro orígen has traido
De crudos garamantes, del horrendo
Ródope ó bien del Ismaro fragoso,
Cuyas fieras azota el mar furioso.
»Por tí ya en sus hijuelos, insolente,
La Maga ensangrentó su mano fea.
Mas ¿quién fué de los dos más insolente?
¿Tú, fiero Amor, ó tú, feroz Medea?
Tú un rapaz fuiste de bastardo oriente;
Tú fuiste madre de infernal ralea.
¡Perezcan, pues, del mundo las edades,
Si caben en Amor tales maldades!
»Mas ya siquiera huyendo del pillaje
De mansa oveja el lobo atroz se vea;
El jazmin fino al roble dé homenaje,
Y negro cuervo al cisne el mundo crea;
Al Arion Menalca se aventaje,
Arion en bosque, Orfeo en el mar sea,
Y el orbe todo en desigual zozobra
Se anegue, pues á mí todo me sobra.
»Vivid, selvas, vivid tiempo dichoso,
Las que un tiempo placer me hubisteis dado;
Que yo de un risco al piélago espumoso
Precipitarme al fin he decretado;
Si no te fué servicio delicioso
El primero que te hice, oh Silvio amado,
Quizá, pues que te sobro, este segundo
Aceptarás, no viéndome en el mundo.»
Así dijera, y con el desvarío
Que á la gentil pastora iba cogiendo,
En las olas se echó de cristal frío,
El nombre de su amante repitiendo;
Turbóse al golpe el cristalino rio,
Un eco por su márgen esparciendo;
Al cual valles y montes resonaron,
Y la arboleda atónitos dejaron.

ÉGLOGA V.

La suavidad del céfiro amoroso,
Y del Abril la plácida venida,
El invierno ahuyentaban riguroso,
Dando á las flores nuevo aliento y vida;
Cuando tras sus ovejas sin reposo,
De su cruel Lidoro aborrecida,
Al valle salió Elisa, mi pastora,
Con las primeras luces de la aurora.
Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar á su zagal ménos altivo;
Mas ni este ni otro medio aprovechaba;
Que donde falta amor todo es esquivo:
Cuanto ella á su desden más se humillaba,
Le daba de esquivez mayor motivo;
Que es el varon, si amor con fuerza doble
Que á una mujer no hiere, áspero roble.
Y viendo cuál su pena se dilata,
Y la dureza de su crudo amante,
Y la inconstancia con que amor le trata,
Y su fatal estrella sin menguante;
De su desden, de su aspereza ingrata
Se querella con voz tan penetrante,
Que al cielo pára, enfrena al viento airado,
Detiene al rio y enternece al prado.
«Cruel canto, bellísimo Lidoro,
En tu beldad tan vano, que limitas
Que de humano pincel pueda el decoro
De Adónis copias dar más exquisitas;
Tú en negros ojos y en cabellos de oro
La libertad á mil serranas quitas;
Desentendiendo del estrago que haces,
Cuando en servir á Amor no te complaces.
»¡Ea, pastor, si engendra tu nobleza
Piedad hácia el Amor, gracioso niño,
Y grave no te fué de una belleza
Tener esclavo el singular cariño;
Así el cielo conserve la entereza
De tu grey, más nevada que el armiño,
Que á quien te busca tierno y amoroso,
No te muestres de hoy más tan desdeñoso!
»Sacrifico á tu gusto el alma mia
Para que de su fe te satisfagas;
Te ofrezco un corazon que en tí confia,
Lleno por tí de mil ardientes llagas;
Tú con despego anegas mi alegría,
Y el adorarte con desdenes pagas;
¡Ay, qué mayor tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera!
»Sabes que cuando niña llegué á verte,
Mi primer dicha fué rendirte el alma;
Tan poco ¡ay Dios! importa, que en quererte,
Ninguna otra á mi amor llevó la palma,
Y sólo el dulce bien de obedecerte,
Mi gusto por el tuyo tuvo en calma;
Pon, pues, tus ojos en mi amante pecho,
Si de mi amor no te hallas satisfecho.
»En él verás por mi querer pintada,
Aunque tal vez te pese, tu figura,
Tan gentil y con tal primor copiada,
Que se ve tu desden y tu hermosura,
Y á par de ella la mia trasladada,
Lamentando mi amarga desventura,
Mi mucha humanidad, y el poco aviso
De mi querer, que más que á sí te quiso.
»No con más lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Mostró detras del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en bien cercado huerto más seguro
Rebaño fué de sobresalto ajeno,
Que tu amor en mi pecho y en mis ojos,
Gozando mil dulcísimos despojos.
»Si con temor te sirvo y obediencia,
Y adoro tu donaire y apostura;
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi sol en cárcel tan oscura;
Calle yo, y en favor de mi firmeza
Hable tu cortesía y gentileza.
»Bien sabes que tus iras he temido,
Como batel pequeño al mar airado,
Y que entre estos recelos te he servido,
Cual por conjuro espíritu apremiado;
Y tú por eso me has aborrecido,
Cual á contrario tuyo declarado;
Y no lo soy; ¡pluguiese á Dios lo fuera,
Y que mi rendimiento en tí se viera!
»¡Ay! que entre penas vivo, y de esta suerte
Tu aspereza me está martirizando,
Mi esperanza en los brazos de la muerte,
El verdor de su pompa marchitando;
Muriendo por el gusto de quererte,
Que es en la ley de amor vivir triunfando;
Mas, muérta ó viva yo, tu altivez cierta
Puede estar que mi fe no será muerta.
»Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O adonde espira envuelto en tierna nieve;

Ponme al cielo que siembra ardiente brasa,
O al que la escarcha y el granizo llueve;
Por donde el dia con su carro pasa,
O la enlutada noche el suyo mueve;
Que en luz ó sombra, en tierra ardiente ó fria,
Por ser tuya, pastor, no seré mia.»
Dijo; y cual si de mármol blanco fuera,
Quedó sin alma, sin color, sin vida;
Sólo dió el llanto muestra verdadera
De estar el triste cuerpo al alma asida.
Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca más ceñida,
Y en Lidoro no obrára el sentimiento
Más que en el duro bronce airado viento.

ÉGLOGA VI.

LAURITA.

ÉGLOGA PISCATORIA.

POETA.

Entre unas duras rocas,
Que de la diosa Tétis
Tiene el teson contínuo socavadas;
Donde las ondas locas
Del cristalino Bétis
Entran en su furor arrebatadas;
Donde mil enramadas
Cabañas los barqueros
Tienen por sus orillas,
Y redes y barquillas
Atar suelen de rústicos maderos;
Laurita pescadora,
Niña en la flor de sus abriles, mora.
Amaba á un marinero,
En cuya gentileza
Todos los gustos de ella el Amor puso.
Mil cantares primero
El jóven con terneza,
Llenos de mil lisonjas, la compuso;
Reverdeció confuso
De amantes esperanzas
En ella algun renuevo,
Juzgando su amor nuevo
Libre ya de recelos y mudanzas;
Así que, sin sosiego
Se abandonaba al encendido fuego.
Mas el gentil mancebo,
Finalmente trocado,
La dejó, sin guardar su fe primera;
Ella, en dolor tan nuevo
El pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y á la barca ligera,
En que el garzon huia,
Con voz triste y quebrada,
Medio desesperada,
Con llantos y querellas maldecia,
Y en tono dulce y blando,
De esta suerte se estaba suspirando.

LAURITA.

Si el bien que adoro y temo,
Y mis fatales hados
Me guian á la más terrible pena
Y al más mísero extremo
Que dan astros airados,
A quien el cielo gran castigo ordena;
Por esta húmeda arena
Los tristes ayes míos
Muestren por boca y ojos
Sus mortales enojos,
Que abrasen los helados vientos frios,
Que tal vez vi amansados
Al són de mis acentos lastimados.
¿Cómo el valor se infama
Que siempre amanecia
De tu corazon grato en mi memoria?
Que aunque contó tu fama
Aun ménos que yo via,
No era menor que mi querer tu gloria.
¿Cómo en queja notoria,
Tirso, con tu mudanza,
Quedaré en este suelo
Huérfana y sin consuelo;
Huérfana ¡ay! de la célebre esperanza
Con que tuya me hiciste
Cuando del juego el premio me ofreciste?
Goza el placer dichoso,
En tanto, del descanso,
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el mar tempestuoso
Se muestra leto y manso,
Y en ménos olas su arenal fatiga.
Miéntras que no prosiga
En rios tumultuosos
El dar turbio tributo,
Y no se vistan luto
Del cielo los celajes luminosos,
Cubriéndose el lucero
Que conduce y deleita al marinero.
Ya, por mi mal, has visto
Gentes en suerte loca,
A los dudosos vientos confiada,
Dejarla el no previsto
Rigor de alguna roca
Por el áspero mar toda sembrada;
Pero, ¡ay de mí cuitada!
Si mi pasion penosa
Tan de léjos te hiere,
Que la que bien te quiere
Ni áun alcanza en tu bien ninguna cosa,
Ablande ahora tu pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
Ni yo la fe te pido
Del dulce enlazamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni por esto en olvido
Dejes cualquier contento
Por el remedio de la pena mia;
Sólo que la alegría
De esta ribera goces
En dulce pasatiempo,
Miéntras, trocado el tiempo,
Refrena el mar sus ímpetus feroces;
Que aunque yo en ti me hallára,
Ningun más grato dón te demandára.
Mas que de mí te alejas
Ya sé, barquero altivo,
Fiado de tu gala en el tesoro;
Y en soledad y quejas,
Cruel y fugitivo,
Huyes sólo de mí porque te adoro.
En este mar que lloro,
Con mil delirios ciega
En tempestad cerrada,
Pues tanto el mar te agrada,
Vuelve, y en él á tu placer navega;
Navega á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.
Vuelve, y verás el gusto
Que tuve de quererte,
Torcedor hecho de mi amarga vida;
Y cuán cerca al injusto
Cadalso de mi muerte,
Fué la vana ocasion de tu partida;
Mas la ocasion perdida
No vuelvas; retrocede,
Que sólo en verte el alma,
Que aborrecida en calma
De muerte está, por tuya cobrar puede
Nuevo rigor y brío,
Para pena mayor y agravio mio.
Que ese mar espantable,
Cual tú inconstante y vário,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ya para tí afable,
Cual para mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que violento
Vuelva á su estilo arisco
Que de ordinario coge,

Y tu barquilla arroje
Sobre la dura furia de algun risco,
En que ella y tú fenezca,
Y en lo duro y cruel se te parezca.
Que así se da el castigo
A las almas dolosas,
Que la fe y juramento no cumplieron;
Que es el Amor amigo
De vindicar sus cosas,
Con pena igual al mal que merecieron;
Pero si, porque vieron
Que es mia la venganza,
La dejan, yo la fio
A los ayes que envio;
Ellos no dejarán de tu mudanza,
En el soberbio charco,
Reliquia alguna, al anegar tu barco.

POETA.

Las lágrimas ardientes,
El ánimo del pecho,
Con las ánsias de verse desamada,
Mil sollozos dolientes,
Que á un corazon no hecho
Al amor dieran muerte atropellada;
La triste voz cansada,
Torpe el vital aliento,
La congoja nacida
Del alma entristecida,
Sin pulsacion alguna el sentimiento,
Tanto en ella labraron,
Que á la pescadorcilla desmayaron.

ÉGLOGA VII.

EN ALABANZA DE LA VIDA DEL CAMPO.

DELIO, SILVIO, ALEXI.

POETA.

Canto con voz suave
Del Tórmes dos galanes pastorcillos,
Y aquel contender grave
Que hubieron al vergel de los tomillos;
Holgándome de oillos;
Que tan dulces primores
Jamas pensé de rústicos pasteres.
Luisa, sin par graciosa,
Del gran blason de Astúrias ornamento,
De España lumbre hermosa,
Que envidia el estrellado firmamento;
Si alguna vez contento
Te dió el ameno prado,
Con la luz de tus ojos hermoseado,
O si te place ahora
Ser de sus dulces musas norte y guía,
Presta oido, señora,
Al tierno són de la zampoña mia;
Que aunque ronca solia
Sonar, si hoy la escuchares,
Vientos enfrenará, calmará mares.
Al tiempo que hacen salva
Los tiernos ruiseñores dulcemente
Al que en brazos del alba
Se levanta del tálamo de Oriente,
Y sacando la frente
Bañada de esplendores,
Nos da luz, cuaja perlas, abre flores;
De su choza salia
Delio, pastor de Tórmes regalado;
Delio, por la armonía
De su sin par zampoña celebrado;
Guiando su ganado
Por la más fértil vega
Que el Tíber español fecunda y riega.
Y el buen zagal, que estaba
El cielo y suelo hermosos contemplando,
Sacó el rabel, que daba
Alegría á las granjas con són blando;
Al cual acompañando
Voz del alma salida,
Así cantaba á la estacion florida.

DELIO.

Deja en buen hora, primavera alegre,
Deja de Cipro, deja los jardines;
Y á los confines de la madre Iberia
Súbito vénte.
Vén, ninfa hermosa, y por la verde alfombra
De nuestros valles siembra á manos llenas,
Siembra azucenas blancas, rojas flores,
Cárdenos lirios.
Tambien Favonio, de benigno aliento,
Para bien nuestro, dulce á silbar vuelvas;
Y de estas selvas vistas los erguidos
Álamos tiernos.
Tu frente bella de esperanza verde,
Inmensa madre, muestra coronada
Del cielo, ornada con tan regalados
Fértiles dones.
En vuestras cimas, amarillos montes,
Benigno hiera la apolínea lumbre;
De cuya cumbre leche y miel destile
Líquida vena.
Por bellos caños de variado jaspe
Viertas, oh fuente, perlas orientales,
Y en tus cristales los sedientos pechos
Néctares beban.
Cantad, ufanos pajarillos blandos;
Henchid la selva de amoroso acento,
Y el vago viento vuestros picos y alas
Rápidos corten.
Saltad alegres, corderillos mios;
Corred jugando tras las madres blancas;
Y sin carlancas, sueltos mis mastines
Júbilo muestren.
Vuestros contentos por los verdes llanos
Mostrad tañendo, dulces pastorcillos,
Los caramillos con que dais al bosque
Música alegre.
Deja tus urnas, regalado Tórmes,
Y á ver el dia sal del agua afuera,
Y en tu ribera discantando mira
Cándidos cisnes.
Tambien vosotros, amorosos Faunos,
Bellas Napeas, coro de Amadrías,
Y hermosas Drías, celebrad aquesta
Selva florida.
Vengan, pues, vengan las divinas Gracias
Al gozo ameno de la amiga selva;
Todo se vuelva dulcedumbre, y todo
Júbilo sea.
Quien quiera, siga, siga las pisadas
De los que ¡oh mundo! en grillos de oro pones;
¡Míseros dones, con que los adulas,
Míseros lazos!
Y tú, que un tiempo el desengaño viste,
Libre tu dueño, libre el són levanta;
Y alegre canta al inocente campo,
Cítara mia.

SILVIO.

Dime, querido Alexi, así tú goces
Del amor de tu dulce Galatea:
¿Quién hinche el valle de sonoras voces?

ALEXI.

Yo, mi Silvio, no sé cuál pastor sea;
Tan sólo sé que Delio, nuestro amigo,
Conduce su ganado junto á Otea.

SILVIO.

De eso puedo yo ser mejor testigo,
Que á mi padre sirvió; mas el que canta,
Si es él ú otro zagal, sólo te digo.

ALEXI.

Un poco más los pasos adelanta,
Y al cuento le verás de esa pradera;
Pues has por conocerle prisa tanta.

SILVIO.

Yo me holgaria, sí, que Delio fuera;
Pues con su ingenio y tono regalado

Quizás algun placer al alma diera.
Que este pastor, cual padre de mi amado,
Aunque en la grande Mantua no hace asiento,
Ni en las doctas Aténas se ha versado,
No es pastor, no, de ocioso pensamiento;
Que ántes goza de fértil fantasía,
Con una luz de raro entendimiento.
Que allá en mis hatos yo estudiar le via
De cielo y tierra las disposiciones,
Y hazañas de la hispana monarquía;
Desde el polar cruento á los Triones
(Cual si el pastor allá se hubiera hallado),
Noticia da de todas las naciones.

ALEXI.

Pues yo te apostaria de contado
El manso más gentil de mis ovejas,
A que no es otro el que hemos escuchado.
¿No te suena su voz en las orejas?
¿De su rabel no escuchas el sonido?
En vano en conocerle más te aquejas.

SILVIO.

No en vano para mí, que es muy debido
Que yo le busque y mi pasion le cuente;
Que al fin le quiero como me ha querido.
Mas hételo á la orilla de la fuente;
¡Ay Dios! cuánto me alegro de encontrallo
Por pasar esta aurora alegremente.

DELIO.

Amado Silvio, lustre de este valle,
Jóven Narciso de este bosque y rio,
En hora buena mi cariño te halle.
El cielo guarde ese ademan y brío;
Y como creces en edad florida,
Así dilates tu ámplio poderío.

SILVIO.

Gozar quisiera descansada vida;
Mas cruel le place á mi contraria estrella,
Cada vez me será más desabrida.

DELIO.

Vamos, zagal, tu primavera bella,
Dón celestial de mil venturas lleno,
Y tu beldad, que á todo el campo sella.
Date la comun madre de su seno
Sin repugnancia frutos y años tales,
Cuales á nadie en este campo ameno.
Bien querido de nuestros mayorales,
Tal vez de mil pastoras codiciado,
Y envidiado tal vez de mil zagales;
Y con todo, pretexto has encontrado
Que de tu sér feliz haga olvidarte,
Para ser con los míseros contado.

SILVIO.

Excusado es, mi Delio, ya contarte
Agravios de que no puedo guarirme,
Ni lo podré alcanzar por fuerza ó arte.
Intentaron los hados destruirme;
Y por más que á sus crudos golpes arme
El corazon, no puedo resistirme.
Así que estoy resuelto de ausentarme
De esta heredad á Mantua la famosa,
En donde espero de este mal librarme.
Jamas con pena el ánimo reposa;
Y pues fortuna dices me da el cielo,
Probar quiero hasta dónde es poderosa;
Porque yo al fin no tengo por bu n celo
El que mostramos á esta choza y prado,
Sin ver otro jamas que aqueste suelo.

DELIO.

¡Ay Silvio, cuánto vives engañado!
Y cuán cierto es aquel proverbio viejo,
Que nadie está contento con su estado.
Mas porque anticipado el buen consejo,
Tal vez al hombre suele ser amargo,
Y ódio cautela trae consigo anejo,
Yo te ruego, zagal, nos hagas cargo
De la ocasion que así vino á mudarte.

SILVIO.

Oid; que yo os prometo no ser largo.

DELIO.

Preparados estamos á escucharte.

SILVIO.

Ya veo que os espanta
Mi interior guerra y mis discursos raros,
Y que hay justa razon para admiraros
Con lo que mi voz canta,
Que sobre mi experiencia se adelanta.
Siéndome desabrida
La suerte, que parece que abrazaron
Mil sabios, que las selvas celebraron
Con voz dulce y subida,
Llamándola apacible y dulce vida:
Pláceme que este suelo,
Y montes coronados de lentiscos,
Y la extrañeza de estos altos riscos,
Y despejado cielo,
Den bastante ocasion al Dios de Delo.
Pero negar no debo
Que estando de las ciencias tan remoto,
Tiene al ingenio enrudecillo y roto,
Sin que cosa de nuevo
De un dia en otro muestre el mismo Febo.
Porque, ¿cuál noble idea
De la máquina hará del universo,
Más admirable cuanto más diverso,
Aquel que jamas vea
Más que los breves chozos de la aldea?
Que al fin cosa es pesada
Ver cuál pasamos los prolijos dias
En estas solitarias alquerías,
Sin que esta vida en nada,
Cual de Pluton el reino, sea variada.
Si el bosque reverdece
El azul lirio y los claveles rojos,
Aunque tal vez deleitan á los ojos,
Triste al cabo se ofrece,
Por la gran soledad con que aparece.
Y una vez observada
La amenidad de selvas, fuentes, prados,
El repetir fastidia sus cuidados;
Y queda de sobrada
La atencion más vivaz desconsolada.
Si mi juicio desdeñas,
¿Qué sacas, di, de oir las bulliciosas
Aguas correr, ó respirar las rosas,
Si responden las peñas,
O si el árbol parece que hace señas?
¿Qué en notar se adelanta
La variedad que ves en brutos tardos,
Ligeras aves, rápidos bastardos,
Diversidad que espanta,
O que puede alegrar fiereza tanta?
Pues la aldeana gente
Certa es de ingenio y llena de rudeza,
Y placer poco causa á la grandeza
De un ánimo valiente,
Que estrechez tan oculta no consiente.
¿Cuál razon no se enturbia
Sin salir de otro asunto ni palabras,
Que huertos cultivar, ordeñar cabras,
Si crece el ren ó alubia,
Si el ábrego promete viento ó lluvia?
Si alguno en la contienda
Pastoral ganó un premio sabiamente,
La soledad del sitio no consiente
Que su virtud se extienda,
Ni que otro que los rústicos lo entienda.
Si otro osa divertirse,
Seguirá sólo á la áspera Diana,
Cruel hallando alguna traza insana,
De la que perseguirse
O perseguir á otra ha de seguirse.
Y cuando esto no sea,
Abundan en sospechas y malicias
Contra el pastor que sigue las caricias

De zagala no fea,
Siendo por ello el cuento de la aldea.
Así, bien que esta vida,
En la mayor bajeza abandonada,
Fuese de muchos doctos celebrada,
Quizá no fué seguida
Ni con un querer libre apetecida.
¿Y quién dirá que ménos
Que entre estos rudos y agrios materiales
Pueden brillar las lumbres naturales
En los pueblos amenos,
De gentes, de artes y de ciencias llenos?
Cual Dalmiro decia,
Aquel que siendo jóven fué á la guerra
De Portugal, las córtes vió, y la tierra
En donde empieza el dia,
Y que portentos de ella referia.
Expuso la destreza
Con que á naturaleza vence el arte;
El órden con que todo se reparte;
La gala y la fineza,
Novedad grata y célebre grandeza.
Por esto el gran Carpento,
Cual te dije, pasar me determino,
Donde ver cosas grandes imagino;
Que, por más que esté atento,
Jamas las alcanzó nuestro talento.

DELIO.

Bien veo, noble Silvio, que has querido
Con tu voz y talento sin iguales
Dar pruebas de tu ingenio florecido,
Y mostrarnos, zagal, cuál bien te vales
De la enseñanza que en tus tiernos años
Te dió el mejor de nuestros mayorales;
Mas la falta de edad y desengaños
Tras de tu ardor te lleva, y arrebata
A padecer al fin duros engaños.
Y en no desengañarte fuera ingrata
Este dia mi voz, que en lo propuesto
Contradecirte en modo humilde trata.

SILVIO.

Pues muévela, que á oirte estoy dispuesto;
Demas que sin su luz encaminado,
Nunca pensára de partir tan presto,
Nunca dejára tu amistad y lado.

DELIO.

¡Oh tres y cuatro veces bienhadado
El primitivo siglo delicioso,
Que, de otro no envidioso,
A ser llegó de todos envidiado;
Cuando el supremo Artífice del cielo
Bendijo el suelo
Do verdad santa
Selló su planta,
Todo era hartura,
Todo dulzura;
Y el hombre ufano un libre sér gozaba,
Amando sólo al dueño que admiraba!
Amable sencillez, que los humanos,
Ignorantes del bien que poseyeron,
Por su culpa perdieron
Con su maldad y pensamientos vanos;
¿Adónde, zagal, piensas que se ha huido,
Léjos del ruido
De los tiranos,
Que nada humanos,
Ciegos é injustos,
Huyen sus gustos?
¿Adó, si no es á nuestras heredades,
Con quien hizo perpétuas amistades?
Puerto tranquilo, sosegado suelo,
Donde del mar del mundo el bajel roto,
Huyendo el alboroto,
Encuentra el alma celestial consuelo,
¡Cuántos ya de tus árboles frondosos
Los dolorosos
Tristes vestidos,
Humedecidos,
Que de él libraron,
Ledos colgaron,
De aquí mirando, como de atalaya,
Los que ahogados el mar lanza en su playa!
Dichoso el que de aquí no ve los techos
Y patios de magníficos señores,
Torneados corredores,
A emulacion de ajena pompa hechos;
Goza, sí, de más plácida morada
En sosegada
Fresca alameda,
Que vid enreda
Por prado ameno,
De flores lleno;
Que el rayo al más gentil torreon derroca,
Y al débil heno su poder no toca.
No del pastor los ojos se dirigen
A adorar oro, plata y falsas piedras;
Que con ajenas medras
Sobre el polvo en los pórfidos erigen;
Pero contempla en matizado suelo
Al raso cielo
Luces más bellas
De astros y estrellas,
Que hacen notoria
De Dios la gloria;
Pues solamente el cielo, y no el palacio,
Llenar puede del alma el ancho espacio.
Al rey no culpa con orgullo vano,
Ni su gobierno ó ley mudar quisiera,
Cual si Dios no tuviera
El corazon del rey siempre en su mano;
Que ántes le alaba con afecto puro,
Porque seguro
Le ha conservado
Su haber y prado;
Y á tardos bueyes
Sólo da leyes;
Que el que á sí propio no se ha gobernado,
Mal podrá dirigir ajeno estado.
Contento el pastor vive con su suerte,
Sin mayorazgos de avarientos padres,
Que de ellos y sus madres
Por gozarlos se alegren en la muerte;
Pues donde la bajeza de su estado
Nunca ha pensado,
Ni se asegura
Mayor ventura
Que la que hoy tiene,
Y le conviene;
Cuando ver á su padre es el contento
Mayor del que al trabajo vive atento.
Jamas nadie le vió que á hierro duro
Sus senos rompa á la primera madre,
Ni sus venas taladre,
Osando despojar su claustro oscuro;
Antes en su vergel sólo apetece
Lo que le ofrece
Abierto el pecho,
Y es de provecho
Para la vida
Bien bastecida;
Que la tierra tal vez sólo ha temblado
Del que avaro sus senos ha robado.
No sufre el ambicioso, que contento,
Presumió en un mortal fijar su suerte,
En cuya incierta muerte
Se desvanece su alto pensamiento;
Antes aquí más bien naturaleza
Le dió llaneza,
Y honras iguales
A otros zagales,
Con firme suerte,
Hasta la muerte;
Que junto á la ambicion, en cosa alguna,
Jamas juró estar firme la fortuna.
Ni se goza el pastor desvanecido
Con blason heredado, ni presume
Por ajeno perfume,
Tal vez dado á quien no lo ha merecido;
Empero á la quietud del alma atento,
Le da contento
Su fantasía;

Que es la que guia
Sus opiniones,
Dichos y acciones;
Que el cuerdo sólo á presumir se atreve
De obrar lo que le es propio y lo que debe.
No van sin lucimiento sometidos
Al mando del señor, que el mundo encumbra,
Y su virtud deslumbra,
Y aja su libertad desvanecido;
Sino libre en las juntas de pastores,
Goza favores,
No le desprecia
Soberbia necia,
Y es atendido
Con grato oido;
Que en la noche mejor la estrella luce,
Que á par del sol, que su esplendor desluce.
Ni como el vano, oido da engañado
A la música y voz de aduladores,
Aparentes loores,
Que si lo mira no le dan de grado;
Mas entre tanto que sus cabras pacen,
Libres le hacen
Las avecillas
Mil maravillas,
Con un sonido
Grato al oido;
Que aquello el hombre más siempre apetece,
Que con un querer libre se le ofrece.
Al ganadero su vianda y plato
Jamas ajena mano le dispone,
Donde ponzoña pene
Algun traidor ó servicial ingrato;
Mas estos huertos de maduro fruto
Le dan tributo
Con las tempranas
Legumbres sanas,
Y trasparentes
Aguas las fuentes;
Que jamas daño encubre la corteza
De lo que al hombre dió naturaleza.
Jamas el hombre aquí la voz atiende
Del que afectó ridícula cultura;
Cuya habla al fin oscura,
Ser alabada sin razon pretende;
Mas si en su pastoril y alegre bando,
Verdad amando,
Su amor declara
Con lengua clara
Zagal sencillo,
Gozo es oillo;
Que no es loable lo que no se entiende;
Sólo amando el mortal lo que comprende.
Ni la pastora á la naturaleza
Osó mentir con cauteloso afeite;
Ni hizo usura al deleite,
Usurpando á las flores la belleza;
Antes mostró con naturales dones
Propias facciones,
Faz limpia y pura,
Simple blancura,
Donaire bello,
Suelto cabello;
Pues que la gentileza más preciada
Sólo es gentil si simplemente agrada.
En fin, pastor, si es la virtud hermosa,
Y ella sola corona de la vida,
Y en el orbe no hay cosa
Que con tan soberano bien se mida;
En esta soledad, en este prado,
La han encontrado
Las almas puras,
Que á sus dulzuras
Se alimentaron;
Hasta que hallaron
Seguro paso á aquel eterno dia
Donde esta hermosa luz sus almas guia.
¡Oh silvestre mansion! ¡oh patrio nido!
Tú solo eres, en medio de los males
Que pasan los mortales,
Consuelo dulce al ánimo afligido.
¡Dichosa sencillez, de Dios querida,
Paciente vida,
Mansion preclara,
Libertad cara,
Tranquilo puerto,
Seguro, cierto,
O ampárame, ó recibeme en tus brazos,
Libre del mundo y sus astutos lazos.

SILVIO.

Los tuyos, buen zagal, los tuyos tiernos;
No el consejo, tus brazos sólo pido;
Serán de nuestro amor nudos eternos,
Que nunca el sueño al que veló afligido,
Tan dulce el alba fué, ni tan preciada
La fuente al que de sed se halló rendido,
Cual para mí tu célebre tonada;
Y yo por ella y tu cariño blando
Me apartaré de mi intencion pasada.
Y pues siempre hemos visto que cantando
Halla el mortal al vio de sus males,
Id, os ruego, algun tono concertando
Del campo, sí, del campo, mis zagales;
Ambos cantad en alternado coro,
Pues sois en letra y tono sin iguales.

ALEXI.

Pues ea, ántes que el sol sus rayos de oro
Ascienda á la mitad del firmamento,
Alexi, templa tu rabel sonoro;
Que embebecido en pos de nuestro acento,
Cual tiene de costumbre, irá el ganado.

DELIO.

Contento soy; da tú la voz al viento;
Que á responderte estoy aparejado.

ALEXI.

Sabroso campo mio,
Vida feliz, alegre y descansada,
Arboles, fuente y rio,
Do mora la verdad y es apreciada;
¡Triste del que carece
Del dulce bien que el cielo aquí le ofrece!

DELIO.

Desapacible vida
Para mí, donde faltan las verdades,
La inocencia es vendida,
Engaños hay, falacias y maldades;
¡Feliz aquel se cuente,
Que escapó de tratar tan doble gente!

ALEXI.

Dulces son los albores
De Febo al que en la noche erró el camino,
A la abeja las flores,
Y al ánade el arroyo cristalino;
Pero á mí más gustosa
Me es la vida del campo deliciosa.

DELIO.

Duro es el viento airado,
Que los pinos trastorna en las montañas,
El ladron no esperado,
Y el turbion que destroza las cabañas;
Mas para mí es más duro
El orgullo que encierra un alto muro.

ALEXI.

No al agua placentera
Así corre el corcillo fatigado,
Ni la blanca cordera
A su pastor, que pan con sal le ha dado,
Cual mi Lisi, prendada
De la vida del campo, á mi majada.

DELIO.

Nunca rehuye tanto
Paloma al alcotan que la ha seguido,
Ni el áspid al encanto
Del mago adulador tapa el oido,
Cuanto mi zagaleja

Del tumulto civil huye y se aleja.

ALEXI.

Ámeme mi pastora
Sobre los zagalejos más galanes;
Salúdeme á la aurora,
Y enguirnalde mi manso de arrayanes;
Que todo lo habré en nada,
Si del valle el placer la desagrada.

DELIO.

Si le place desprecio,
Muéstrese Fili ingrata á mis amores;
Prendese del más necio,
Corónele de rosas y favores,
Con tal que no la vea
Que á ver los ciudadanos ir desea.

ALEXI.

Al Mayo la flor ama,
La tórtola al verano, al sol el dia,
Los novillos la grama,
Y el verde campo la pastora mia;
Pues amen nuestros prados
El sol, las flores, tórtola y ganados.

DELIO.

No quiere el pez ambiente,
El gamo al mar, ni oveja al lobo insano,
Ni el ave á la serpiente,
Ni mi Fili al estruendo ciudadano;
Pues la ciudad no quiera
Ni ave, ni pez, ni gamo, ni cordera.

POETA.

Estas dulces canciones
Los dos tiernos zagales repitiendo,
Iban sus corazones
En el amor del campo enardeciendo;
Cuya armonía oyendo
El coro de las aves,
Correspondió con músicas suaves.
Cuando Febo explayando
Iba su luz de la mitad del cielo,
Las sombras acortando
Las altas hayas al florido suelo;
Así que, sin recelo
Se entran en la espesura,
A gozar de su plácida frescura.

ÉGLOGA VIII.

LÍCIDA, MONTANO, POETA.

POETA.

Yace un bosque del mundo más loado
Sobre el de Chipre, de beldad extraña,
Que el padre Tajo cerca recostado
De verde y oro sobre juncia y caña;
Donde con urnas de cristal sagrado
Riega el sitio mejor de la alta España;
Mansion dando, en la fértil primavera,
Al rey de cuanto el sol mira en su esfera.
Crece el fresco plantel sobre la playa,
A su frescura y amistad dispuesto;
Del quebrado cristal florida raya,
De la delicia humana alegre puesto;
Donde Vertuno su riqueza explaya,
Y el regalo mayor deja traspuesto;
Sembrando por sus cuadros y labores,
A medida del gusto sus primores.
Cuando entre estos pensiles placenteros
Se encontraron el Lícida y Montano;
Montano, el más gentil de los vaqueros,
Y Lícida, pastor tierno y lozano;
De laurel coronados sus sombreros,
Y cada cual gaban de piel galano;
Ambos del Aranjuez, ambos zagales,
Y en contender cantando sin iguales.

LÍCIDA.

Salud tengas, salud, Montano mio,
Y el cielo multiplique tu vacada;
Parte tengas del alba en el rocío,
Miel te dé el alcornoque regalada;
Las nubes te hagan sombra en el estío,
Y en tus dehesas no cuajen las heladas;
Y halles siempre en el campo tal contento,
Como yo ahora en encontrarte siento.

MONTANO.

Goces tambien, pastor, tu edad lozana,
Y guarde Dios del lobo tus corderas;
Como nieve tus mansos te den lana,
Perdone el año estéril tus praderas;
Cojas en la aridez fruta temprana,
Y aromas ricos broten tus laderas;
Y tan grato y feliz pases la vida,
Cual para mí lo ha sido tu venida.

LÍCIDA.

Tú, libre de pasion, entre estas ramas,
Zagal, te gozas de hayas y laureles,
Viendo la hiedra fiel, viendo las gramas,
Que enlazan con primor estos vergeles;
Y te place gozar en frescas camas,
Matizadas de lirios y claveles,
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre escaños de jazmin reposa.
Pero ¿cómo tan tarde en este asiento?...
¿El ver te ha detenido la guirnalda
De árboles tantos, que sacude el viento,
Jugando con sus hojas de esmeralda?
¿O te embelesa aquí el mirar atento
De rosicler de azul, de verde y gualda
Los variados esmaltes que la aurora
En prados, fuentes y árboles colora?

MONTANO.

En este sitio, de sin par belleza,
Y en sumo grado ameno y delicioso,
Tanto, que mi atencion lleva á la alteza
De un no sé qué divino y venturoso;
Que cierto aquí extremó naturaleza
Todo lo más suave y más hermoso,
Que mueve á contemplarla, como Elpino
Nos muestra con su ingenio peregrino.
Elpino, aquel pastor que de las cosas
Me enseña los principios que investiga,
Diciendo que en las selvas silenciosas
Cuanto hay, saber podemos sin fatiga.
Con él paso las horas más gustosas,
Porque el deseo de saber me obliga
A amar, con él, del campo el ejercicio,
Sobre el popular tráfago y bullicio.

LÍCIDA.

Pues ¡qué! ¿tanta instruccion el verde prado
Nos dará como Elpino te protesta?
¿Qué observacion, qué estudio, qué cuidado
En esta soledad te manifiesta?
¡Oh amigo, qué al reves que lo han pensado!
Y ántes de dar á tu razon respuesta,
Por diversion contarte quiero un cuento.

MONTANO.

Empiézale; que á oirte estoy atento.

LÍCIDA.

Mas hé la cueva aquí; mira, Montano,
Dónde decir he oido que dormido
Hallando los pastores un silvano,
Caida su guirnalda y muy tendido,
Con ella le asen una y otra mano,
Forzándole á cantar un ofrecido
Cuento, que te diré si acaso ignoras,
La frente y sien pintándole con moras.
Y él, riendo de la burla, les decia:
«¿Por qué me atais? Ya entiendo vuestro juego;
Yo os cantaré la dulce cancion mia;
Soltad, pues satisfago vuestro ruego;

Soltad, niños (en fin les añadia);
Que esa hermosa otra paga tendrá luégo.»
Y asiendo presto de un rabel sonoro,
Con diestro pulso hirió las cuerdas de oro.
Comienza, y á saltar faunos y fieras
Empiezan al iman de su armonía;
A su compas moviéndose ligeras
Las altas ramas de la selva umbría.
Nunca Febo y sus dulces compañeras
Hácia el Parnaso colman de alegría;
Ni el Ismaro jamas admiró tanto
Del sacro Orfeo el resonante canto.
Cantó cómo los árboles un dia,
Mirándose sin rey que les mandára,
Y que del campo la ancha monarquía
Jamas se vió sin cetro ni tiara,
Un justo rey á súplica pedia;
Quien, movido á su ruego, les declara
Que les deja á las plantas en su mano
El nombrar y elegir su soberano.
Con tan nueva ocasion no queda planta
Que no lo trate en popular corrillo,
Desde el cipres, que al cielo se levanta,
Hasta el más bajo y más rapaz tomillo;
Tan grande era el deseo, el ánsia tanta
De ver entre ellas un capaz caudillo,
Rey que en rienda de oro lo guiase,
Y en equidad sus causas sentenciase.
Cantó que al moral dicen que reciba,
Por cuerdo, el mando, y el no lo consiente;
Pues á su remision contemplativa
Le es estorbo el cuidar de tanta gente.
Van á buscar la vid, ménos esquiva,
Y ella, al ver de sus pámpanos pendiente
El licor que á los hombres alegraba,
Dijo que más que al mando lo preciaba.
Eligen al limon, como discreto,
Y él, en su bello fruto embelesado,
Del grave cargo dijo que, respeto
Ser tan medicinal, se halla excusado.
Nombraron al cipres, por ser sujeto
Sobre las altas cimas ya elevado,
Y él, por lo solitario y penitente,
Dice que el grave cargo no consiente.
Nombran por rey la oliva consagrada,
Quien, amando su paz, por grave exceso
Tuvo la aceptacion, pues ocupada
Se hallaba en liquidar su licor grueso.
Van á buscar la miés, quien, humillada
Confesó su flaqueza al grave peso,
Y es, que apreciaba más que todo nombre,
Darle el sustento principal al hombre.
La higuera, que doblado fruto coge,
Por él el ofrecido cargo arrima,
Y á cualquier persuasion el hombro encoge;
Que más aprecia su cosecha opima.
Al vano cardo, en fin, el vulgo escoge,
Y como el necio siempre en mas se estima,
Arrogante se encarga, y ambicioso,
Del seco mando estéril y espinoso.

MONTANO.

Jamas oí tan plácida conseja,
Ni que más mereciese aplausos tantos,
Ni que muestre mejor al que se aleja
De las cargas del mundo y sus quebrantos,
Que es mucho más feliz quien mas las deja,
Ulíses sordo siendo á los encantos
Del vulgo, que á los vanos acomete,
Y vez ninguna da lo que promete.
Pero, volviendo á nuestro agreste bando,
¿No ves cómo á los cielos dan mil párias,
En muestra de su júbilo, ordenando
Distintos juegos, diversiones várias,
Y cuál con secos mirtos aumentando
De trecho en trecho van las luminarias?
Y atiende bien, zagal, cómo sus fuegos
A los del firmamento dejan ciegos.

LÍCIDA.

Pues ¿tú no miras las serranas bellas,
Cómo cogiendo en sus honestas faldas
Mil rosas, que envidiaron las estrellas,
Tejen en cerco en forma de guirnaldas;
Y coronando sus cabellos de ellas,
Libres ondean sobre sus espaldas,
Donde cantaba Egon que amor travieso,
Revolando mil veces, quedó preso?
¿Ves que al árbol los jóvenes trepando,
Dan mil naranjas á su bien querido,
Y que otros, dulces tórtolas buscando,
A sus pastoras dan el preso nido?
Las que castañas de meollo blando,
Con amor, de su mano han recibido,
Gustando, cual la abeja entre las rosas,
El dulce queso y natas olorosas.

MONTANO.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
Varas que le han vencido en ligereza,
Y otros, corriendo por el verde prado,
Volar á un premio no pequeña pieza;
Y otros que en contender de amor han dado,
En mil versos luciendo su destreza;
Y en fin, seguir alegres cada uno
El juego á su placer mas oportuno.
Pero ¿qué corazon placer no siente,
Viendo sobresalir en aquel bando
Las pastorcillas, que graciosamente
En torno andan, bellísimas triscando
Su inocente candor, su faz luciente,
Su sencillo ademan, su pecho blando?
¿Qué libertad no roba, á qué contento
No eleva del pastor el pensamiento?

LÍCIDA.

Mas mira tú las aves amorosas,
Entre las verdes ramas asomadas,
Y las auras que vimos bulliciosas,
Cada vez las verás mas sosegadas;
Sin duda de las voces sonorosas
Que en sus dulces zampoñas alternadas
Los zagalejos vienen entonando,
Al dueño de estas selvas alegrando.

MONTANO.

Sí, pastor, dices bien; lleguemos breve,
Que de nuevo cantar han prevenido;
Y el gentil Tirsis, que á vencer se atreve
Aquel pastor de Venus tan querido,
Y Cintia, que en candor pasa á la nieve,
Bella cual cuentas de la hermosa Dido;
Cada cual templa ya su dulce avena,
Miéntras la danza pastoril se ordena.
¿Ves cual quitan los jóvenes del brazo
Las bandas, que zagalas van cogiendo,
Para tejer un lazo y otro lazo,
Tras las dos sueltas guías procediendo?
Verás con qué gentil desembarazo
Van de una rueda en otra revolviendo,
Y discurren del prado larga pieza.
Mas escuchemos; que el cantar empieza.

TÍRSIS.

Canta y sigue mi voz, pastora hermosa,
Galana cual la fértil primavera,
Gloria de este pensil, y más hermosa
Que en el bosque la palma placentera;
Y así á tu amor le seas más sabrosa
Que del pichon su dulce compañera,
Que acompañes el débil canto mio,
Celebrando el placer del bosque umbrío.

CINTIA.

Canta y vuelve á tu són, pastor donoso,
Lozano como el Mayo florecido;
De esta arboleda honor, y más garboso
A mis ojos que el plátano crecido;
Y así á tu bien le seas más gracioso
Que á la ovejilla el recental nacido,
Que prosigas tu tono comenzado,
Festejando el contento de este prado.

TÍRSIS.

Dichoso el que de aquí mira cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes del riguroso invierno yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y libre del pirata, alegre puerta
Abre al sol, con sus rayos fecundada;
Y con los dones de la dulce Flora,
Del pasajero el ánimo enamora.

CINTIA.

Pues feliz el que aquí ve de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dando con amorosa dulcedumbre
Los antiguos collados su fragancia,
Y de ellos ve con dulce muchedumbre
Destilar leche y miel en esta estancia,
Cuando el precioso cuerno de Amaltea
Al gusto humano todo lo hermosea.

TÍRSIS.

El laurel verde y arrayan preciado,
Que á Apolo enamoró, que Vénus quiso,
El pino de Cibéles estimado,
Y el bello trasformado Cipariso,
Y el limpio acebo y álamo copado,
Volviendo este lugar un paraíso,
Acá y allá los trae viento sereno,
Llenando de placer el sitio ameno.

CINTIA.

La hiedra de Lico al olmo prende,
La hermosa vid sus pámpanos dilata;
Romero, casia y cínamo trasciende,
De aljófar argentada cada mata;
Y de Céres la miés aquí se extiende,
Cual golfo hermoso de dorada plata,
Ensortijando cada hermosa arista,
Deleitan á el olfato y á la vista.

TÍRSIS.

De entre mármoles bellos de colores
Las regaladas fuentes se deslizan,
Y el ámbar usurpándole á las flores,
Su líquido cristal aromatizan;
O ya los arroyuelos trepadores
La blanca espuma con primor enrizan,
Y en blanda risa y plácido sonido
Al corazon alegran y al oido.

CINTIA.

La alfombra de este valle se enriquece,
De verde, azul y rojo engalanada;
El clavel rey, y reina rosa crece,
De cristalina aljófar coronada;
Jazmin y azar fragancia nueva ofrece,
Y el lirio y azucena nacarada;
Dando á cualquiera que á este sitio arriba,
Grata quietud, que el animo cautiva.

TÍRSIS.

Aquí el venado y corderillo corre,
Saltando entre las murtas y verbenas,
Libres de que los sigan, ni les borre
Otro paso los suyos en la arena;
Cuando á la oveja el corderillo acorre,
Y ella le abriga, de retozos llena,
Y coleando el cachorro lisonjero,
Dan al pastor su gozo placentero.

CINTIA.

Aquí las aves con sonoro acento
Cantan al són de las inquietas hojas,
El colorin su amor y su contento,
Filomena sus celos y congojas;
O ya en tropa veloz cortan el viento,
Encopetados de plumillas rojas;
Y de un ramo saltando en otro ramo,
Del alma son un celestial reclamo.

TÍRSIS.

Cuando el vecino Tajo celebrado
En caudal vence al líquido arroyuelo;
Cuanto por cima el trébol desmedrado
Se descuella el ciprés, alzado al cielo;
Tanto sobre el estrépito y enfado
De la ciudad me es grato el verde suelo
Y la vida del campo delicioso.
Cerrad, faunos, cerrad el bosque hermoso.

CINTIA.

Cual la aurora al perdido caminante,
O al prado lluvia que el Abril envia;
Cual al siervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel cria;
Así al mortal de su quietud amante
El vivir en el campo es alegría,
Y más en esta estancia regalada.
Guardad, faunos, guardad la selva amada.

TÍRSIS.

Venga el antiguo Pan de los pastores,
Su rostro de purpúrea mora ungido,
Ceñida en rededor su sien de flores,
De espadaña y de lauro florecido;
Y de Arcadia los jóvenes cantores
Con él lleguen al dulce apetecido
Juego y placer de sitio tan sabroso.
Cerrad, faunos, cerrad el bosque hermoso.

CINTIA.

¡Dulce bien con que el cielo nos convida!
Que alegre dures siglos dilatados,
Y en pastoril llaneza apetecida
Se alegren los pastores descuidados;
Del regocijo de esta dulce vida
Léjos, léjos huid, tristes cuidados;
Pues no hay cosa en el mundo más preciada.
Gozad, ninfas, gozad la selva amada.

POETA.

Así el gentil pastor iba cantando,
Y la zagala hermosa respondiendo,
A las estrellas con su són tocando,
Los álamos plateados conmoviendo;
Y el coro de zagales acabando
Los lazos que en las danzas van tejiendo,
La aurora, que por verlos madrugaba,
Las puertas del oriente purpuraba.

ZAGALES DE CARABIAS.

ÉGLOGA (1).

NOCHE PASTORIL Y FESTIVA EN LOOR DEL NACIMIENTO DE LOS DOS SERENÍSIMOS INFANTES GEMELOS, DON CÁRLOS Y DON FELIPE, Y DE LA CONCLUSION DE LA PAZ CON LA INGLATERRA.

ARCADIO.	BATILO.
CORO PRIMERO.	CORO SEGUNDO.

BATILO.

Salud tengas, salud, Arcadio mio;
El cielo multiplique tu vacada,
Parte tengas del alba en el rocío,
Miel te dé el alcornoque regalada;
Las nubes te hagan sombra en el estío,
Y en tus prados no cuaje cruda helada,
Y halles siempre en tus cosas tal contento
Como yo ahora en encontrarte siento.

ARCADIO.

Goces tambien, pastor, tu edad lozana,

(1) Entre los papeles de Forner encontramos esta égloga. Cualquiera que sea su valor poético, la publicamos con gusto por ser obra del simpático IGLESIAS.

Y guarde Dios del lobo tus corderos;
Como nieve tus mansos te den lana,
Perdone el año estéril tus praderas;
Cojas en la aridez fruta temprana,
Y aromas ricos broten tus laderas;
Y tan grata y feliz pases la vida
Cual para mí lo ha sido tu venida.

BATILO.

Tú, libre de pasion, entre estas ramas,
Zagal, te gozas de hayas y laureles,
Viendo la hiedra fiel, viendo las gramas
Que enlazan con primor estos vergeles;
Y te place posar en frescas camas,
Matizadas de lirios y claveles,
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre lechos de jazmin reposa.
Pero ¿cómo tan tarde en este asiento?
¿El verte ha detenido la guirnalda
De árboles tantos, que sacude el viento,
Jugando con sus ojos de esmeralda,
O te entretuvo aquí el mirar atento,
De rosicler, de azul, de verde y gualda,
Los tejidos colores, que la luna
Nos demuestra, á las sombras importuna?

ARCADIO.

¿Pues tú no ves arder flamantes teas,
Cual solemos quemar de cedro y nardo,
Que imitando á las ráfagas febeas,
Ilustran de la noche el rostro pardo?
Pues tropa es pastoril de esas aldeas,
Que al bosque viene en ademan gallardo,
A aplaudir de la paz el gran contento,
Que engrandece un augusto nacimiento.
A esto vine, zagal, y muy gustoso
(Quizá cual tú), despues que encomendada,
En un sitio abrigado y delicioso,
Dejé á *Damon* mi cándida vacada;
Y estoy ya de que lleguen deseoso;
Que dicen ha de haber nueva tonada
De aquella amable, aquella real pastora,
Hechizo de su España, que la adora.

BATILO.

¡Oh! ya me acuerdo: la gran Luisa es ésta,
Que el buen *Dalmiro* (1) tanto realzaba;
Y él, por haberla visto en otra fiesta,
Del *Zurguen* los aplausos se llevaba;
Y dijo ganó un premio en la floresta
Cantando su belleza, á quien pintaba
En lugar de la madre de las flores,
Que era el asunto dado á los pastores.
Pintóla de su córte idolatrada,
Que en multitud por verla discurria,
Cuando, en carro de oro reclinada,
A honrar el prado su beldad salia;
Por el cabello hermoso una lazada
Suelta de rosicler y argentería,
Su rostro vuelto un sol, con cuyos rayos
Sembraba abriles, derramaba rayos.
El gayo manto ondeando con plumajes
De corimbos y aljófares menudos,
Jugando por sus orlas y follajes
Erres de perlas y floreados nudos,
Y que así entre mil visos y celajes,
Se enseñoreaba de los vientos mudos,
Dando al rio cristal, leche á las fuentes,
Flores al campo, olor á los ambientes.
Y añadió cómo afable y comedida
Al mundo enseñó á amar con prendas reales,
Y no tan sólo á los que tienen vida,
Pero hasta á los más duros encinales;
Y que por esto se halla tan querida
Del gran dueño de todos los zagales;
Y en pago de su amor, le ha dado el cielo
Frutos de bendicion, gloria y consuelo.
Desde que á esta dulcísima princesa
Santo himeneo coronó de flores,
De dar su imperial tálamo no cesa
Del gran Pelayo invictos sucesores;
Y á un mundo y á otro y otro le interesa
El efecto feliz de sus amores;
Progenie real, que en todas las edades
Será grata á los hombres y deidades.

ARCADIO.

Pero como á la falda de la loma
Más cerca arden los hachos luminosos,
Y como el corro pastoril asoma
Entre los verdes ramos más vistosos,
Yo no sé que placer el alma toma
Al oir sus cantares deliciosos,
Que en ellos la novilla embebecida,
El regalo materno y puesto olvida.
Ellos como repican los rabeles,
La alzada pandereta y cerramillo;
Cual desgajan flexibles mirabeles,
Cinamomos de olor, casia y tomillo;
Como sus ropas de pintadas pieles
Adornan de él, con ánimo sencillo;
Siguiendo alegres por el verde llano
El placer de su augusto soberano.

BATILO.

Mas neta tú las aves amorosas
Entre las frescas ramas asomadas,
Y las auras que cimas bulliciosas,
Cada vez las verás más sosegadas;
Sin duda son las voces sonorosas
Que en sus dulces zampoñas alternadas
Los zagalejos vienen entonando,
Al dueño de estas selvas alegrando.

CORO PRIMERO.

Zagales, aplaudid en esta noche
La paz, que nuestros gustos lisonjea;
Brillad, oh gula del celeste coche,
Bella Adriadne y clara Casiopea;
Todo el cielo su gala desabroche,
Pues tanto con sus dones nos recrea;
Ya el suelo, como el cielo, en paz reposa;
Gozad, hombres, gozad la paz dichosa.
Venga el antiguo pan de los pastores,
Su rostro de purpúrea mora ungido,
Ceñida en derredor su sien de flores,
De espadañas y lauro florecido;
Y dando á nuestros jóvenes cantores
El beso de la paz apetecido,
Suene de hoy más su flauta sonorosa;
Gozad, selvas, gozad la paz dichosa.
Cuanto el vecino Tormes celebrado
En caudal vence al líquido arroyuelo;
Cuanto por cima el trébol desmedrado
Se descuella el ciprés alzado al cielo;
Tanto sobre el estrépito encenado
De la guerra, la paz es grata al suelo,
Y á las mismas deidades deliciosa;
Gozad todos, gozad la paz dichosa.

CORO SEGUNDO.

A las selvas venid, dulces pastores,
La noticia á aplaudir de más contento;
Que hoy de la augusta Luisa los amores
Han dado á nuestras ánsias complimento;
Dos infantes dió á luz, dos defensores
De nuestra patria, y su mayor aumento,
En quien su heróico ardiente más se mira;
Guardad cielos, guardad mi Luisa amada.
Regalo encantador, fruto fecundo
Del dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron, que nunca en el mundo
Adoró el sol y respetó la luna;
Princesa real, que en parto sin segundo,
De Borbon ilustró la regia cuna,
De hoy más sobre los astros encumbrada;
Guardad, genios, guardad mi Luisa amada.
Cual la aurora al perdido caminante,
O al campo lluvia que el Abril envia;
Cual al ciervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel cria;
Así cada nacido y bello infante,
Al Rey y al reino todo es alegría,

(1) Cadalso.

Y más en sucesion tan deseada;
Guardad gentes, guardad mi Luisa amada.
Venga en nuestra agradable compañía
La hermosa madre del amor hermoso;
Baje en alegres coros la alegría
A aplaudir nacimiento tan dichoso;
Pues con doblado bien torna en un dia
El que ya en muchos se perdió lloroso,
En placeres la pena retornada;
Guardad, bosques, guardad mi Luisa amada.
Cuanto el famoso risco alza su frente
Por cima de estos ínfimos oteros,
Cuanto aventaja el sol resplandeciente
En llama y claridad á otros luceros,
Tanto es sobre otras reinas excelente
La que á dos mundos da dos herederos,
La más feliz del orbe apellidada;
Guardad todos, guardad mi Luisa amada.

ARCADIO.

Escuche yo, Batilo, el dulce acento
De este cantar, que en nuestro bien resuena,
Y de la feroz guerra el cuello exento,
Goce la paz de aquesta selva amena;
Y el esforzado guerreador contento
Esté en su armada, de cañones llena;
Que yo por él mi suerte no trocára,
Si inestimables bienes me prestára.

BATILO.

Yo me imagino, Arcadio, que es bien cierto
Que si esos valerosos, que se han dado
A tan duro anhelar y logro incierto,
Con tantas turbaciones alterado,
Vieran la amenidad de nuestro huerto,
En honor de la paz tan festejado,
Sus lanzas y paveses quebrantáran,
Y el carro de sus triunfos abrasáran.

ARCADIO.

Sí, pastorcillo, sí; pero el anhelo
De servir á un rey justo puede tanto,
Que por él uno ya de humilde suelo
Cosas obró, que al orbe dan espanto;
La causa régia ó permision del cielo
A investigar yo nunca me adelanto;
Sólo sé que á uno y otro le debemos
Mil loas por la paz que poseemos.
Con su favor, seguro en sus majadas
Tendré el ternero y choto regalado,
Cogeré pan cual nieve en mis aradas,
De espigas y de gozo coronado,
Y en vendimias de Baco festejadas,
Espumante licor de oro bañado,
Y no habrá puesto en toda aquesta selva
Que caza en abundancia no me vuelva.

BATILO.

Pues mi Silena la sabrosa nata
Labrará, y queso y cándida manteca,
Frutos tiernos, teñidos de escarlata,
Y más dulce que la miel la fruta seca;
Labrarále la abeja, nada ingrata,
Panal nevado en la colmena hueca,
Y presa en su sedal, le dará el rio
La inquieta pesca de su albergue frio.

ARCADIO.

Así nos cuentan que la edad primera
De sencillos mortales fué vivida,
Cuando en el mundo la verdad sincera
Moró, de la alta Témis asistida,
Cuando el engaño, el arte y la ira fiera
No hallaba entre los hombres acogida;
Edad de muchas otras envidiada,
Por otra á nuestros tiempos trasladada.
Así era fama que esta paz amaba,
Cuando de ella su imperio carecia
El mayoral que nuestro bien buscaba,
Gran padre de la hispana monarquía;
Cárlos, cuyo valor todo hombre alaba
Desde el aurora al término del dia;
Por quien han hecho córtes en la tierra
Las virtudes que el alto Olimpo encierra.
Bravo entre los nacidos, y apacible,
Que de dos orbes todo el peso junto
Hacer no puede á su ánimo invencible,
Que de su majestad decrezca un punto;
Contrastar sus fortunas no es posible,
Pues de un Dios tutelar hecho un trasunto,
Quiere tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin él fueran perdidas.
Feliz el que de altísimas mansiones
La paz á coronarle hoy ha venido;
Que sólo entre otros ínclitos varones,
Copiar el siglo de oro ha merecido;
No sólo con los límites y dones
De Occidente y Levante enriquecido,
Mas dándole otro Oriente dos luceros,
Iris de paz tras mil combates fieros.
Pero viniendo á nuestro agreste bando,
¿No ves cómo á los cielos dan mil párias,
En muestra de su júbilo ordenando
Distintos juegos, diversiones várias;
Y cual con secos mirtos aumentando
De trecho en trecho van las luminarias?
Y atiende bien, zagal, cómo sus fuegos
A los del firmamento dejan ciegos.

BATILO.

¿Y tú no miras las serranas bellas,
Cómo cogiendo en sus honestas haldas
Mil flores, que envidiaron las estrellas,
Tejen en cerco, en forma de guirnalda;
Y coronando su cabello de ellas,
Libres ondean sobre sus espaldas,
Donde cantaba Egon que amor travieso
Mil veces revolando quedó preso?
¿Ves que al árbol los jóvenes trepando,
Dan mil naranjas á su bien querido,
Y que otras dulces tórtolas, buscando
A sus zagalas, dan el preso nido;
Los que castañas de meollo blando
Con amor de su mano han recibido,
Gustando, cual la abeja entre las rosas,
El dulce queso y natas olorosas?

ARCADIO.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
Varas, que le han vencido en ligereza;
Y otro corriendo por el verde prado
Volar á un premio no pequeña fiera;
Y otros que en contender de amor han dado,
En mil versos luciendo su destreza,
Y en fin, seguir ufanos cada uno
El juego á su placer más oportuno.
Pero lo que arrebata mis cuidados,
Es observar del olmo en la corteza
Grabada con cuchillos delicados,
De los nuevos infantes la terneza;
Y el ver cómo en sus lienzos, de oro ornados,
Las pastorcillas muestran la belleza
De su madre, que entre ellos cuidadosa,
Parece de dos soles alba hermosa.

BATILO.

Tus palabras cual miel para mí han sido,
Y tu conversacion me es tan preciada,
Que por ella, pastor, diera al olvido
La prenda de mi amor más estimada;
A tratar de estas cosas te convido
Mañana en este sitio, si te agrada;
Y ahora al pastoral corro lleguemos,
Y de la fiesta el fin observarémos.

ARCADIO.

Sí por cierto, zagal; lleguemos breve,
Que de nuevo cantar han prevenido;
Y el gentil Tírsis, que á vencer se atreve
Aquel pastor de Vénus tan querido,
Y Elisa, que en candor pasa á la nieve,
Bella cual cuentan de la honesta Dido,
Cada cual templa ya su dulce avena
Miéntras la danza pastoril se ordena.
¿Ves cuál quitan los jóvenes del brazo
Las bandas, que serranas van cogiendo
Para tejer un lazo y otro lazo,

Tras las dos sueltas guías procediendo?
Verás con qué gentil desembarazo
Van de una rueda en otra revolviendo,
Y discurren del prado larga pieza;
Mas escuchemos, que el cantar empieza.

CORO PRIMERO.

Salve, Cárlos, galan el más brioso,
Lozano como el Mayo florecido,
De esta arboleda honor, y más garboso,
A mis ojos, que el plátano crecido;
Así á tu bien le seas más sabroso
Que á la ovejilla el recental nacido,
Que alientes mi cantar debilitado,
Pues celebra tus dichas nuestro prado.

CORO SEGUNDO.

Salve, Luisa sin par, pastora hermosa,
Galana cual la fértil primavera,
Gloria de este pensil, y más airosa
Que en el bosque la palma placentera;
Así á tu amor le seas más graciosa
Que es al pichon su dulce compañera,
Que dés aliento al débil canto mio,
Pues aplaude tu gozo el bosque umbrío.

CORO PRIMERO.

¡Oh infantes tiernos, oh tempranas flores,
Luceros que otra aurora nos envia,
Dignos de nuestro amor, nuestros amores,
Delicia de la ibera monarquía!
Vuestros gracejos, vuestros resplandores
De vuestros padres son nueva alegría,
De los remotos siglos esperanza,
En donde el mayor cetro se afianza.

CORO SEGUNDO.

¡Oh hermosos niños, singular dulzura
De vuestra madre y padre generoso,
Objetos del amor y la ternura
Del grande abuelo, en todo ya dichoso!
Él en vuestra terneza se asegura
La sucesion del reino más glorioso,
Asombro de patricios y extranjeros,
Y embeleso á los siglos venideros.

CORO PRIMERO.

Con vosotros la paz se vió nacida,
La paz, de tantas gentes deseada;
Príncipes de la paz os apellida,
Del mundo la region más apartada;
Pues por vuestra bondad ahora encogida,
¡Cuánta cautividad será ahuyentada,
Quebrados de mil cárceles los hierros,
Y alzados con indultos los destierros!

CORO SEGUNDO.

No faltará de vuestra régia cuna
La paz, que por presagio os dan los cielos;
Y en su coro, las gracias, de una en una,
Cuidarán de adormir vuestros desvelos;
Que tiempo vendrá ya que á la importuna
Tiniebla darán luz vuestros ojuelos,
Y á los rebeldes monstruos obstinados
Hollarán esos piés tan delicados.

CORO PRIMERO.

¡Cuánto de vuestro padre será el gozo
Al ver á cada cual, gallardo y niño,
El caballo oprimir lozano y mozo,
Cuál bayo, cuál más albo que el armiño;
Y á porfía correr con alborozo
Por alcanzar el singular cariño
De vuestra dulce madre, que en sus brazos
Mil besos os dará con tiernos lazos!

CORO SEGUNDO.

¡Quién ya mayores veros consiguiera,
Cada vez más gallardos y briosos,
Cansar del bosque la irritada fiera,
Cuanto más fatigados más hermosos!
¡Quién los amigos y enemigos viera,
De vuestro esfuerzo y nombre temerosos,
Cuando al amor venzais, y á vuestra vista
Y á vuestra espada no haya quien resista!

CORO PRIMERO.

Pues, infantes, el campo, el campo amado
Sus primicias y dones os ofrece;
El laurel os presenta de su grado,
Y la oliva, que eterna reflorece;
Para vos el acanto nacarado,
El clavel rey, y reina rosa crece,
Tributándoos, en galas rozagantes,
Sus pinturas y olores más fragantes.

CORO SEGUNDO.

Las pastoras os rinden amorosas
Sus azafates, de azucenas llenos,
Con cidras y manzanas olorosas
Y cuanto dan los árboles amenos;
Que de hoy más no habrá plantas ponzoñosas
Que turben la inocencia de sus senos;
Antes yerbas darán para mil fines
De la humana salud vuestros jardines.

CORO PRIMERO.

Vosotros, al llegar la edad dichosa,
Que observeis la conducta de los hombres,
Cuando seais la historia portentosa
De aquellos que os han dado sér y nombres,
Con heroica altivez pundorosa
Adquiriréis clarísimos renombres,
Y del valor paterno rodeados,
Dos mundos regiréis no limitados.

CORO SEGUNDO.

A vosotros sin duda está guardado
Que en vuestro tiempo el orbe así florezca,
Que el amor, la lealtad en sumo grado,
La ciencia, la virtud y el honor crezca;
Y si algo de maldad nos ha quedado,
Vuestro ejemplo y poder lo desvanezca,
Dejando la ancha tierra asegurada
Del pavor de la guerra ensangrentada.

CORO PRIMERO.

Veráse en vuestros dias de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dándoos con amorosa dulcedumbre
Los antiguos collados su fragancia,
Y sus troncos con grata muchedumbre
Destilar leche y miel en nuestra estancia;
Comenzando los meses bienhadados,
Que para vuestro imperio están guardados.

CORO SEGUNDO.

Entónces miraréis toda cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes de una intemperie adversa yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y libre del pirata, alegre puerta
A la nave dará, que cogolmada
Con los dones de Oriente y de Occidente,
El valor premiará de nuestra gente.

POETA.

Así el gentil pastor iba cantando,
Y la zagala hermosa respondiendo,
A las estrellas con su son tocando,
Los álamos plateados conmoviendo;
Y el coro de zagales acabando
Los lazos que en la danza iban tejiendo,
La aurora, que por verlos madrugaba,
Las puertas del Oriente purpuraba.

El coro, al ver su luz, repitió «Viva
Cárlos con Luisa á par de sus candores,
Y de su gozo el parabien reciba
De parte de serranas y pastores»;
Alzan floridos ramos hácia arriba,
Y baten por entrambos derrederos;
Fin dando al dulce juego á aquella hora
Que Febo con su luz los campos dora.

CANCIONES.

CANCION PRIMERA.

LA VANIDAD TERRENA.

Cuando á su propia esfera,
Del peso mortal falto,
Mi espíritu se enlace en libre vuelo;
Pequeño en gran manera,
Veré desde lo alto
El ancho mar y dilatado suelo.
Cuanto más cerca el cielo
Suba, tanto más breve
Veré el punto profundo
De este globo inferior y bajo mundo,
Y el fantástico viento que le mueve;
Del cual siendo desnudas,
Todas sus pompas son cosas menudas.
Mirando estaré absorto
En todas estas várias
Regiones, que el sol ve y la noche ateza,
Con cuánto afan, cuán corto
Punto y cuán breves párias
Consigue la ambicion y la grandeza.
Vistos desde la alteza
Del cielo, ¡cuán estrechos
Son los fuertes torreones!
¡Qué leves escuadrones,
Qué limitado honor, qué humildes pechos,
La majestad exige
Del que en augusta paz un mundo rige!
En vano sus enormes
Cervices levantaron
A las nubes los broncos Pirineos.
Los colosos disformes
Que sobre el mar se alzaron,
Mirados desde arriba son pigmeos.
Ciudades, coliseos
Y alturas, que encarecen
Las humanas fatigas,
De débiles hormigas
Oficiosos ejércitos parecen;
Sus balcones y rejas,
Breves casillas de un panal de abejas.
¡Oh error! ¡sobre qué leve
Y endeble fundamento
Del hombre la ambicion camina y pára!
¡Por cuán ceñido y breve,
Por cuán instable asiento,
Te elevó, oh Jíges, la mayor tiara!
Mortal, ¿quién no repara
Cómo tu vano intento
En un punto de tierra
Desalumbrado encierra
Tan grandes lenguas de ambicion y viento?
¡Por cuán pobres razones
El ánsia de mandar forma escuadrones!
Tú, oh dulce edad primera,
A los niños prometes,
Segun la corta edad de su talento,
Gustos de tal manera
A sus leves juguetes,
Que de véras le sirven al contento.
Con sus ruedas de viento,
Caballejos de rasos y de cañas,
Libreas de oropeles
Y pintados papeles,
Hacen sus justas, toros y campañas,
Hogueras y castillos,
De que son lidiadores y caudillos.
Pasan sus tiernos años
Con fútiles muñecas,
Y allí fingen sus fiestas y sus bodas;
Y aunque de humildes paños
Y cañahejas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Ródas.
A esta reina de todas
La hacen hoy, y mañana
La quitan de su estado,
Y á otra que un despreciado
Sayal vistió, la dan púrpura y grana;
Variedad que les place
Y á su inocente antojo satisface.
¿No son estos ensayos que promete
Su edad al venidero
Tiempo, que veloz corre en curso blando?
Ser caballo y jinete,
Fingido ó verdadero,
¿Qué va á decir á quien le está mirando?
¿Ser castillos burlando,
O serlos de cañones guarnecidos?
¿Ser tambien sus soldados
Vivientes ó imitados?
¿Ser de papel pintado los vestidos,
O de oro y perlas llenos?
Todo es un poco más ó un poco ménos.
El mundo, bien mirado,
Es farsa de opiniones,
Que á unos entrista y á otros entretiene;
Y aunque de humilde estado,
Reparte estimaciones
Conforme el tiempo y ocasion le viene.
Al que hoy el orbe tiene
Por Salomon en ciencia,
Mañana no le vale;
Y hoy Belisario pobre á pedir sale,
El que ayer rebosaba en opulencia;
El gigante es enano,
Y muere rey el que nació villano.
¿Quién al hombre no advierte,
En su humilde supuesto,
Ser juguete inconstante de fortuna?
¡Cuán instable es su suerte,
Siempre en mudanza puesto,
Viejo en el ataud, niño en la cuna!
Ya al cerco de la luna,
Ya abandonado en un rincon sin gusto;
Ya en un palacio enfermo,
Ya robusto en un yermo;
Ya saltando de júbilo, ya adusto
Con triste sobrecejo;
Ya gorjeando, ya tosiendo á viejo.
Pues si los timbres mira
E inútiles blasones,
Que están en su altivez más altaneros,
De un mundo que delira
Notará las regiones
Quererse hacer millares, y son ceros;
Los reyes y escuderos
De un tamaño en su cuna;
Caballero y esclavo
Iguales, si su clavo
Fíjase con razon ciega fortuna;
Y no que, loca y vana,
A éstos presta sayal y á aquéllos grana.
Bien que estos varios juegos
De un monstruo tan odioso;
Lo que su rueda ensalza y lo que arruina;
Los que hay sobre los fuegos
Del orbe luminoso
Y lo que en nuestro limo se termina,
Todo es traza divina,
A quien en poderío
Ninguno llegar puede,
Sin quien no se concede
Que se mantenga un átomo sombrío,
Que hoja en árbol se mueva,
Ni una gota de más ó ménos llueva.
Mas ser punto abreviado,
Y asaz menudas cosas
Cuantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quién jamas lo ha ignorado?
¿Quién sus torres pomposas
No ha visto que son nido de pigmeos?
¡Oh encantados deseos
Del flaco inadvertido sér humano!
Quien vuestras altiveces
Frustrar vió tantas veces,
Confesará que sois un aire vano,
De cuya nube hinchada,
Quien más llegó á alcanzar, no alcanzó nada.

CANCION II.

LA SOLEDAD.

Estancias reales.

¡De qué apagado lustre, cuán pequeñas
Son las humanas fábricas, medidas
Con aquellas grandezas que perdidas
Tiene el desierto entre sus mudas peñas!
¡De alteza y esplendor cuán pocas señas
Tienen las más preciadas,
Con el arte adornadas!
¡Qué primor mendigado, qué pobreza,
Las de más precio y de mayor grandeza!
Los artesones de oro sustentados
En dóricas columnas, y á par de ellos,
De azules vetas y de lazos bellos,
Ricos jaspes y pórfidos preciados,
Si al principio admiraban, ya observados,
Enfadan á dos dias;
Cansan las simetrías
De cuadros y tapices, y el aseo
Del más pintado alcázar queda feo.
Son tibios los colores y pinceles
Que el mundo más celebra y solemniza,
Puestos junto los riscos que entapiza
Mayo galan de alfombras y doseles;
De sus lirios lo azul, de sus claveles
El rosicler variado,
Y aquel color dorado
De un ya maduro trigo, y aquel fresco
Con que su aliento bulle en lo brutesco.
Aquel confuso amontonar de cosas
Arrojadas acaso y diferentes;
Acá hiedra, allá espinas, allá fuentes,
Riscos, peñascos, rios, flores, rosas;
Unos léjos, que mucho más vistosas
Las cosas nos volvieron,
Que de cerca se vieron;
Un pedazo de playa, una montaña,
Que al cielo sube y á la vista engaña.
Vese la entrada de un pendiente risco,
De un bello mirador el corvo techo,
Alfombra dando rústico antepecho,
De alegres rejas un vistoso aprisco,
De hiedras entoldado y de lentisco,
Donde el jazmin, ventana
Teje á la vid lozana,
Y de sus grumos hace que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.
Pues subiendo á su cumbre y antepecho,
Y el campo que descubre registrando,
En lo que advierte absorto contemplando,
Muda estatua el más sabio queda hecho;
Del mar profundo un ancho y largo trecho
Los ojos ser no dudan
Espejos que se mudan,
Viendo en sus crespas olas, de aire llenas,
Los delfines cruzar, saltar ballenas.
Vese del tiempo y humedad cubierta
La hueca peña de menudas flores,
Parte en sombras y parte en resplandores,
Jaspeada aquí, allá verde y allá yerta,
Formando un todo de hermosura engerta
Sus metales lucidos
Y extraños coloridos,
Y esmaltando la tez que los remata
De granos de oro y escarchada plata.
El risco altivo de un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que en espantoso són al mar se arroja
Desde aquel desigual despeñadero;
Y de una peña en otra á lo postrero
Del monte en larga suma,
Hirviendo da su espuma;
Haciendo ántes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas y lentiscos.
Por otra parte el monte alza sus pinos,
Que al parecer se esconden en el cielo;
Cubren de rocas y boscaje el suelo
Entre tajadas peñas los espinos;
Trepa la hiedra, suben remolinos
De flores y de yerba
Por señuelo á la cierva
Y presto gamo, que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.
Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y jilgueros;
Las liebres y gazapos placenteros
Retozan por la grama y dan corcovos;
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras; sin recelos
Saltan los conejuelos
Y en las peñas se esconden, y en sus quiebras,
Pintadas roseas hacen las culebras.
Todo esto al són del bosque y el ruido
Del agua, que en cascadas se despeña
Del monte, que batió su crespa greña,
Y el canto de las aves, no aprendido;
De aquí se goza el ánimo embebido
Y lleno de dulzura
Con tan vária pintura,
Sin otras muchas nuevas maravillas,
Resacas de la mar y sus orillas.
Que el natural desórden con que puso
El tiempo experto estos rasguños bellos
Es el mayor primor y gala en ellos,
Bien que arrojados en monton confuso;
Y tanto los brutescos descompuso,
Y en tan distinta forma
Sus aspectos trasforma,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia,
Y sobre todo, donde de su dueño
El gran tesoro y gran caudal se infiere,
Es que se da de balde á quien lo quiere,
Grande sea, mediano ó ya pequeño;
No hay puerta ni cancel, desvío ó ceño,
Que en todas ocasiones,
Momentos y sazones,
Siempre está para el gusto y el provecho
Puesto el rico tapiz y el toldo hecho.
Ora cruzando vaya los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado,
Al frio escita ó al burnes tostado,
En mitad de los mares encubiertos,
O en el del Sur, sobre peñascos yertos,
Rompa de sus canales
Los helados cristales,
Cuyos tumbos la playa y el arena
De blanco nácar y mariscos llena.
O bien se baje donde el suelo ardiento
La línea equinoccial, midiendo el dia,
Su curso arranca, lleno de alegría,
Con alas de oro encima de su frente;
Que allí en aquellos páramos sin gente,
Si el mundo tiene hoy dia
Allí tierra baldía,
Sus solitarios y ásperos espacios
De los reyes humillan los palacios.
Que áun contemplando aquí el humor fecundo
Que sus anchos desiertos fertiliza,
Con medroso ignorar de que cenizas
Allí el rojo calor no vuelva al mundo,
O que en su ignoto piélago profundo
Las olas encrespadas,
En hueco tumbo alzadas,
Entre las rocas quiebre y se consuma,
Trocada su altivez en blanca espuma;
O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus alturas no tocadas
De humano pié jamas, siempre engastadas
En pastas de diamantes y amatistas,
Si áun fuesen más que el Agon tiene aristas
Mis curiosos cuidados,
Los hallará colmados
Del deleite que causan peregrino
Estos bosquejos del pincel divino.

CANCION III.

CANTO DE JUDIT.

Haced salva este dia,
Haced salva en el tímpano sonoro,

Y cantad al Señor con la armonía
De las címbalas de oro;
Variad la melodía
En uno y otro coro,
Y entonad á mi Dios un nuevo canto;
Ensalzadle, y llamad su nombre santo.
El Señor, vencedor de tantas guerras,
Jehová tiene por nombre;
Que en medio nuestras tierras
El real del enemigo no os asombre,
Cuando más de las manos
Nos pretendió librar de los tiranos.
Vino el insidiador desde la cumbre
Del áspero Aquilon; vino fiado
En la gran muchedumbre
De su ejército armado.
Su multitud cubria
A los arroyos sus undosas calles,
Y el hermoso verdor de nuestros valles
Debajo de los piés desparecia
De su caballería.
Dijo, y hizo promesa
De hacer en fuego arder nuestras regiones,
A degüello pasar nuestros garzones,
En la infancia hacer presa,
Y á su tirano imperio
Las vírgenes llevar en cautiverio;
Pero el Omnipotente soberano
Le dió su merecido:
Le entregó á una mujer, por cuya mano
Mortalmente fué herido.
Que no al potente bárbaro postraron
Mis mancebos pujantes,
No de Titan los hijos le llagaron,
Ni peleó con indómitos gigantes;
Mas Judit de Merari en la belleza
De su rostro rindió su fortaleza.
Quítase el luto triste
Que en su viudez traia,
Y una gala de júbilo se viste,
Que en otro tiempo usó su lozanía;
Por quien despues los hijos
Hicieron de Israel mil regocijos.
Su rostro ungiera en bálsamos fragantes,
Y en cerco de oro y piedras rutilantes
Entrelazó el cabello,
Y un ropaje esplendente
Se acomodára, en novedad tan bello,
Que bastó á seducir al gran tirano
Y á desarmar sus ásperos enojos.
Sus sandalias los ojos
Le arrebataron; su pasion altiva
Presa de su beldad quedó y captiva.
Y con su mismo alfange luminoso
La cerviz cercenó del orgulloso,
Altivo en su arrogancia;
De su heroica constancia
Los persas con horror se estremecieron,
Y los medos quedaron confundidos.
Entónces los asirios prorumpian
En ayes y alaridos,
Cuando los hijos de mi pueblo amado
En sed ardiendo se han manifestado.
Los hijos áun sin bozo
De las más tiernas madres los herian,
Y en ellos hacen trágico destrozo,
Como en infantes tímidos que huian;
Y en la lid perecieron ante el brío
Del poderoso Dios y Señor mio.
Cantar dulce entonemos;
Nuevo cantar á nuestro Dios cantemos.
Adonaí, Dios grande,
Tú eres Señor preclaro en tu pujanza;
Siquiera se desmande,
Ninguno á sostener tu esfuerzo alcanza;
Sirvan en tu alabanza
Todas las criaturas que formaste;
Dijiste tú, y se hicieron,
Y hechas de nada fueron
Al punto que tu espíritu enviaste;
Y no hay ninguno que tu voz contraste.
Los montes con sus aguas son movidos
Desde sus fundamentos eternales
Delante de tu rostro, y derretidos
Como cera los broncos pedernales;
Los que temen, empero, tu potencia
Grandes consiguen ser en tu presencia.
Mas, ¡ay de aquella gente
Que sobre el pueblo mio se abalance!
Que el Dios omnipotente
Armado de venganza irá en su alcance.
Él visitará luégo,
El dia de su enojo, á los tiranos;
Dará á sus carnes fuego,
Dará á sus huesos fétidos gusanos
Que á todos los abrasen,
Y en su castigo eternos siglos pasen.

CANCION IV.

CANTO DE DÉBORA POR EL TRIUNFO DE JAHEL.

Los que ofrecisteis espontáneamente
De Israel al peligro vuestras vidas,
Al Dios omnipotente
Las gracias dad debidas.
¡Oh! dadme vos oido,
Los poderosos reyes,
Y escuchad de mis voces el sonido,
Los príncipes que al mundo poneis leyes.
Yo soy, yo soy la que en sonoro canto
Ensalcé á Dios, y de Israel al Santo
Sujeto haré de las canciones mias.
Tú, Señor, de Seir cuando salias,
Y pasabas de Edon por las regiones,
Temblar la tierra hacias;
Los cielos destilar agua se vieron,
De Dios en la presencia
Las cumbres de Sinai arroyos dieron.
De Samgar en los dias
Y de Jahel en tiempo, descansaban
Las desoladas vias,
Los que en ellas entraban
En sus calles errantes vacilaban.
Los fuertes y arriscados
Del pueblo de Israel cesar se vieron,
Y quietos se estuvieron
Hasta que la gran Débora llegára,
Y de Israel la madre despertára.
El Señor nuevas guerras ha escogido,
Las puertas del Cortuar ha destruido.
¡Oh, si el escudo y lanza
De su Israel, dispuesto á la venganza,
En cuarenta mil viera,
De corazon amára yo, y quisiera
De mi pueblo á los fuertes.
Vosotros, pues, que á tan dudosas suertes
Con voluntad entera
Expusisteis los duros corazones,
Dad conmigo al Señor mil bendiciones.
Vosotros, los que al bélico ejercicio
En las bestias subis más arrogantes;
Vos que os sentais en tribunal de juicio,
Y vosotros tambien los caminantes,
Hablad todos, decid en altas voces
Que allí donde los carros, que en feroces
Caballos van unidos,
Y de nuestros contrarios destruidos
Fueron los escuadrones,
Allí en dulces canciones
La justicia de Dios, allí se cuente,
Y su piedad clemente
De Israel con los célebres caudillos,
Cuando de la ciudad á los portillos
El gran pueblo ha bajado,
Y consiguió del triunfo el principado.
Levanta el grito, ¡oh Débora! levanta
La dulce voz, y un nuevo cantar canta.
Levántate, Barac, levanta apriesa,
¡De Abinoem oh hijo!
Y de coger en presa
A tus contrarios ten el regocijo.
Los restos de tu pueblo se han salvado,

Y el Señor por los fuertes ha peleado.
Del tribu de Efrain los ha vencido
En Amalec, y luégo del querido
Benjamin ha sus tierras debelado.
De Maquen los caudillos han bajado,
Y los de Zabulon, que conducian
El batallon cuando á pelear salian.
Los de Issáchar á Débora se unieron,
Y las banderas de Barac siguieron;
Barac, que al riesgo, osado,
Como á un despeñadero se ha arrojado;
Ruben, entre sí en bandos dividido,
Gran contienda los fuertes han tenido
Porque entre dos extremos te has sentado
Para oir los balidos del ganado;
Ruben, entre sí opuesto,
En lid ¡ay! los magnánimos ha puesto;
Tras el Jordan Galaad en paz se via,
Con sus bajeles Dan en ocio estaba,
La orilla de la mar Aser tenia,
Y en sus puestos moraba;
Mas Zabulon y Neftalin las vidas
A la muerte ofrecidas
Tuvieron de Merome en las regiones.
Los reyes con sus gruesos batallones
Vinieron, y sus huestes asentaron,
Los reyes de Canaan, que batallaron,
En Tanae junto el agua de Magedo;
Pero ningun despojo se llevaron,
Sino dolor y miedo;
Que el cielo, sí, los cielos peleaban
Contra los insolentes;
Los astros en su curso permanentes
Contra el feroz Sisara batallaban.
Y de Cison el rápido torrente
Sus pálidos cadáveres llevaba,
Sus olas al corriente
De Cadumin los daba.
¡Oh! pisa tú, alma mia,
De los robustos la cerviz impía;
Los piés de los caballos se rompieron,
Que con sus caballeros
A rienda suelta huyeron,
Precipitados en despeñaderos
Nuestros rivales fieros.
¡Sea maldita de Meroz la tierra!
(Decir al ángel del Señor oyeron);
Maldecid los que encierra
Habitadores, los que no vinieron
A socorrer las gentes
Del Señor, ni á ayudar á sus valientes.
¡Bendita, Jahel, eres,
De Haber mujer, entre todas las mujeres;
De Dios las bendiciones
Colmen tus pabellones;
Al que agua te ha pedido,
Le diste de la leche la dulzura;
Y en real copa ofrecido
Su cándida grosura.
El acerado clavo en la siniestra,
Y el martillo tomó su mano diestra,
Y una lugar buscando
En su cabeza, y otra el golpe dando
Sobre el tirano valerosamente,
Entre sus piés cayó ruinosamente.
Cayó su cuerpo yerto,
Mil vuelcos dando entre su sangre fria,
Y desangrado y muerto,
Entre su sangre el bárbaro yacia.
Mas su madre desde el balcon mirando,
Su tardar lamentando,
A los que la escuchaban así dijo:
«¿Cómo se tarda el carro de mi hijo?
¿Qué es esto, que no viene?
¿De sus bravos caballos quién detiene
La innata ligereza?»
Una, que en agudeza
A las demas mujeres excedia,
Así la respondia:
«Acaso está despojos dividiendo,
Acaso una mujer de extraordinaria
Belleza le estarán hora escogiendo
De la gente contraria,
Ricas galas variadas de colores
A Sisara por presa le están dando,
O las joyas mejores
Para adornar su cuello están juntando.»
¡Así caigan, Señor, así perezcan
Todos tus enemigos!
Empero tus amigos,
Aquellos que en amarte permanezcan,
Así ¡oh Dios! en tu gloria resplandezcan,
Que el sol no les iguale
Cuando en trono de luz de Oriente sale.

ODAS.

ODA PRIMERA.

Á LA NOCHE.

Ya Febo en el Océano sonoro
Templó su ardiente carro,
Privando á los mortales del tesoro
De su esplendor bizarro.
Las rubias ninfas de su yugo ardiente
Las coyundas desatan
De rosicler, y en majestad decente
Le sirven y le acatan.
Cuál las riendas le toma de la mano,
De ardiente pedrería;
Cuál la guirnalda, cuál el manto ufano,
Que al mundo da alegría.
Quién entre tanto á la callada noche
De acero pavonado
Prepara apriesa el enlutado coche,
De estrellas mil bordado.
Salen las negras horas, que en beleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo espanto y derramando sueño
Por toda su carrera.
Pasa Bootes el cenit del cielo,
La vuelta al carro dando,
Con sus ejes de escarcha en todo el suelo
Frio licor sembrando.
Quietud callada en pasos descuidados,
Con silencio profundo,
Señorea los ánimos cansados
De todo el ancho mundo.
Las estrellas en viva centinela
Con luz más encendida
Aceleran el curso de la vela
Y el de la humana vida.
Reinan sólo las sombras, en reposo
La tierra sepultada,
La lid de los cuidados al sabroso
Silencio encomendada.
Yo, mísero, á quien roban el consuelo
Del sueño mil cuidados,
En vano, al cielo vuelto, me desvelo
Con pasos mal guiados.
Silencio voceador anda en batalla
Con mi sér temeroso;
Sin tregua de quietud mi pecho se halla,
Que llame mi reposo.
¡Oh sueño! entre el brocado y terso lino
Busco á tu paz el centro;
Por más que imploro tu favor divino,
Huella de ti no encuentro.
Al pastorcillo entre á peros terrones,
De tu cuello enlazado,
Tu beso ¡oh sueño! das, sin las prisiones
De algun mortal cuidado.
Tu cetro humilde al de los grandes trueca
La potestad; que en suma,
Mas bien acorres á la paja seca
Que á la mullida pluma.

ODA II.

AL DIA.

¡Qué apacible beldad el nuevo dia
En su rosado manto
Muestra, triunfando de la noche fria
Y su adormido espanto!
Con invisible y blando movimiento
De su tiniebla negra
Escombra y barre el ámbito del viento,
Y al cielo y mundo alegra.
Por el aire sereno en sosegado
Vuelo el aljófar baja,
Y la concha en su seno nacarado
Ardientes perlas cuaja.
Sale el sol con ardiente señorío,
Toda la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.
Crecen los rayos de la luz febea
Con más pujante aliento;
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.
Las montañas, heridas de su lumbre,
Se ven de oro bañadas;
Las aves en confusa muchedumbre,
Cantando alborozadas.
Las flores su capuz rompen aprisa
Y el verde prado esmaltan,
Y en el cristal que renovó su risa
Los peccillos saltan.
Mas toda esta beldad que al mundo place
No llena mi deseo,
Si luégo que la luz de Apolo place,
La de mi sol no veo.
Vén ya, lucero mio, pues te aguardo,
Y al pié de esta montaña
No hay rosa ni clavel, jazmin ó prado,
Que tu tardar no extraña.
Vén; que si el delio Dios no amaneciera
Con sus candores rojos
La luz del dia, el dia no perdiera
Con ver la de tus ojos.
Vén, mi lucero, vén; no desesperes
A un alma que te adora,
Si, cual muere de amor, de amores muere
Por su dulce señora.

ODA III.

Á UNA FUENTE.

En este fértil huerto,
Que á emulacion de Hesperio se colora,
De la beldad cubierto,
Con que al romper la aurora
Renueva su matiz la culta flora,
De una chinesca taza
En una y otra el artificio crece
De tan diversa traza,
Que el arte se envanece,
Y al mármol deja atras, que le obedece.
Por sus bocas cien ninfas,
En labor várias, forman las vertientes,
Y recogen las linfas
Cien faunos diferentes
En otras tantas urnas relucientes.
Vense tantos raudales
Por tanto caño, en proporcion distinto,
Que de agua y de cristales
En bien corto recinto
Se admira un trasparente laberinto.
Admíranla las aves,
La admira el sol, admíranla las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos ruiseñores
Al són de su raudal cantan amores.
Si su beldad te es grata,
Vén, Belidora, vén, pues te convida
Quien tu contento trata
Y en tí tiene su vida;
Vén, señora, á esta fuente apetecida.
Que no en balde ha pensado
Entre las más preciosas y caudales
Gozar el principado,
Con tal que sus cristales
Guste una vez tu labio de corales.

ODA IV.

¡Oh humana suerte, de inconstancias llena,
Con quien no vale gracia ni hermosura,
Ni en su opulenta majestad ni altura,
El cetro real que un mundo y otro enfrena,
Constante y firme dura!
No hay dia de esplendor tan refulgente,
Que no vista la noche en negros paños,
Ni alegre sangre en juveniles años
Que esté libre de riesgos ó se exente
De máquinas de engaños.
Ahora la beldad que el mundo admira
Las flores goce y esplendor luciente,
Y de su fama en el rosado Oriente
Suene su voz, y en cuanto Febo gira
Corra de gente en gente.
Ahora el cabello enlace en la garganta
Con las perlas que el mar de Arabia cria,
Y sobre tiria grana, en pedrería
Del rico monte Imabo, ostente cuanta
Riqueza á Persia envia.
Todo es sombras y fábulas y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que hasta donde la muerte está escondida
Discurre y vuela de uno y otro daño,
Y en el mayor se anida.
Ni del Tígris las ondas, que feroces
En rápidos raudales van bramando,
Ni las aves de Vénus, que, pasando
Los desiertos del Africa veloces,
Cortan el aire blando;
Ni otro curso mayor medirse debe
Al que el tiempo fugaz la humana vida
Lleva tras sí; la pena desabrida
Parece que es quien sólo no se mueve
Del pecho en que se anida.

ODA V.

EN LOOR DE LOS HÉROES ESPAÑOLES.

¿Cuál héroe invicto, oh sacra Melpomene,
Que hazaña portentosa
Del ibero valor querrás piadosa
Que en mi agitada cítara resuene,
Siquiera incauto celo
Me instigue, y la pasion al patrio suelo?
Hora mi acento al Ródope aplaudido
Del céfiro llevado
Se vea en donde Orfeo, el encrespado
Cabello de laurel y oro ceñido,
Cantando en docta lira,
Del oso y del leon domó la ira,
Cuando el cristal mil náyades rompieron
Por oir la hechicera
Música de su voz, y en la carrera
Las más rápidas ondas se tuvieron,
Y los vientos veloces
Enfrenaron sus ímpetus feroces.
Allí donde los plátanos mostraron,
Y fecundos olivos,
Dar aplauso á su són, cuando festivos
Sus pomposas guirnaldas reclinaron,
Los ramos extendian,
Y atentamente parecio que oian.
Mas ¿cuál furor mi espíritu levanta?
¿De cuál númen llevado,
Que en el globo inmortal, jamas tocado
De otros mortales piés, fijo la planta,
Y el mundo abandonando,
Por los campos etéreos voy vagando?
¿Qué no vista palestra, qué estandarte,
Qué bélico alboroto
De inmensos escuadrones miro y noto?

¿No es éste el reino del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Cajas el són y horrísonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al dios horrendo,
Sus feroces cuadrigas impeliendo;
De pié á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza, el membrudo
Brazo blandiendo el fulminante escudo.
La virtud militar su rostro hermoso
El fuego al sol hurtando,
Las garzas del morrion al viento ondeando,
Valor infunde al ánimo fogoso,
A sus atletas fieles
Mil triunfos prometiendo y mil laureles.
Seguida de varones esforzados,
A los demas, cual soles,
Los deslumbran los claros españoles,
En la sublime rueda colocados,
Y atónitos los miran
Los que los eternales cercos giran.
Mi pecho, enardecido en viva llama
Del antiguo deseo
De celebrar las glorias en que hoy veo
El ejemplo feroz que tanto inflama
La hispana valentía,
Con nueva agitacion así decia:
«¡Salve, ínclitos iberos no domados,
Cuyos fuertes pendones
Dieron del frio Sur á los Triones
Sombra, y asombro en pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del orbe al más oculto seno!
»A vos la tierra se postró rendida,
Sus límites abriendo;
Por hijos os juzgó de Jove horrendo,
Dejando su extension estremecida,
Y absorta en la pujanza
Con que mil rayos vuestra diestra lanza.
»Yo cantaré el primero
Al padre de la hispana monarquía,
Aquel feroz guerrero
Que de Roma al furor freno ponia,
Por quien nos vino todo
El pundonor y prez del valor godo.
»¡Oh Viriato! tu indómita constancia
Yo cantaré tras esto,
Cuyo invencible arresto
Burló del Capitolio la arrogancia,
Y subiré de punto
La gloria de Numancia y de Sagunto.
»Tu gran valor ¡oh noble Recaredo!
Decir ya determino;
Restaurador divino
De nuestra fe, de Francia y Roma miedo;
Y la feliz estrella
Que España consiguió en seguir tu huella.
»Mas ¿á tu gloria ¡oh triunfador Pelayo!
Cuál otra habrá tamaña?
Que á la ofendida España
Volver hiciste del mortal desmayo,
Sér nuevo dando y vida
A su esperanza y libertad perdida.
»La invicta espada y esgrimir sonoro
En celebrar ya tardo,
Del feroz leonés sin par, Bernardo,
Que al frances rinde, y doma al pueblo moro;
Cuyo valor y arresto
Será, por grande, un tiempo en duda puesto.
»Tambien diré el valor de un nuevo Alcídes,
De Hernan Gonzalez luégo,
Y en dulce són á la region del fuego
Haré subir las inmortales lides
De Lara, en siete infantes,
Del castellano honor astros radiantes.
»Pero, constante Cid, honor de España,
¿A cuál esfera alzado
Serás tú, á quien el moro ha respetado
En el frio ataud, ¡grandeza extraña!
Cuando con ceño altivo
Tan bien triunfabas muerto como vivo?
»Cuál despues de estos capitanes cante
Pensando estoy dudoso,
O al que para su triunfo al sol fogoso
Paró en la lid, ó aquel que al arrogante
Monstruo venció, que hacia
Indigno ultraje al ave de María.
»No callará mi musa el fiel caudillo
Que, en armas Marte insano,
Nunca vió tan leal, el castellano
Nuevo Abraham, el que arrojó el cuchillo
Para que á su hijo bello
El moro sitiador pase á degüello.
»Mas canta ¡oh musa! aquel que luégo halla
El ignorado mundo,
Sus naves rompe y echa al mar profundo,
Siete imperios ganando en la batalla,
Cuyos feroces reyes
Aborrojó y trajo á las hispanas leyes.
»O al que *Gran Capitan* nunca vencido
Llegó á alcanzar por nombre,
Cuyo esfuerzo y renombre,
No en padrones de mármol esculpido,
Dejó al mundo memoria,
Mas toda Italia celebró su gloria.
»O al que el reino rigió con feliz freno
De Neptuno espumoso,
Marqués de Santa Cruz, héroe famoso,
Quien si, despues de mil victorias lleno,
Atroz parca no cierra
Sus ojos, diera asombro á la anglia tierra.
»Del Marqués invencible de Pescara
Despues haré memoria,
A quien el cielo en singular victoria
Prometió un triunfo de grandeza rara,
Y á España un gran tesoro
En el rey preso de los lirios de oro.
»O al que bajo la anciana barba el claro
Toison pendiente muestra,
Que salió siempre con triunfante diestra;
El gran Toledo, de la patria amparo,
De leales amigo
Y de rebeldes áspero castigo.
»¡Quién de cien trompas de sonante bronce
Me concediera el eco,
Para cantar del Aguilar, Pacheco,
Cerda, Bazan, Giron, Davila y Ponce,
Cada cual aguerrido,
Famoso capitan nunca vencido.
»La fama de estos ínclitos varones
Veo crecer cual planta
Que al cielo con los años se levanta,
Dilatando sus lenguas y pregones;
Pero ya se me ofrece
Quien como el sol entre ellos resplandece;
»Esto es, el jóven de Austria, que en Lepanto,
Despues que de Granada
La morisma dejó desbaratada,
Al espanto del mundo puso espanto,
Y al turco imperio ciego
Arrojó al mar, deshecho en humo y fuego.
»Diré, en fin, de Filipo el animoso,
Aquel que de las guerras
Civiles é intestinas de sus tierras
Volvió á la España á un sin igual reposo,
Siendo entre tantas lides
Alejandro novel, hispano Alcídes.
»Mas tú, de este gran padre respetado
Gran hijo y heredero,
Cárlos, escudo del imperio ibero;
Tú del gran César eres el traslado;
Mandar dos orbes puedes,
Rey, césar y señor, que no lo cedes.
»A pesar de fortuna y de los hados,
Tus bélicos pendones
Del Sur á los Triones
Darán sombra en los pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del orbe al más oculto seno.
»Tú la tierra rigiendo,
A tí inferior, se postrará humiliada,
Y con el trueno horrendo
Guerra le harás, quedando escarmentada
Cuando el rigor la alcance

Del feroz rayo que tu diestra lance.»
Así yo enardecido prorumpia,
Absorto en los campeones
De nuestra patria, indómitos leones;
Cuando desfalleciendo mi osadía,
Advierto que oso en vano
Subir donde no osára orgullo humano.
Que si aquel globo altísimo defiende
En sus etéreos techos
La inmortal gloria de los altos pechos
Que en bélico furor Mavorte enciende,
En vano humana lira
A competir su eternidad conspira.
Y si una empresa tan difícil y alta
De bajo al númen culpa,
Sólo intentarla basta por disculpa,
Cuando la fuerza, y no el deseo, falta;
Y yo en haberla osado
Seré con gloria en otra edad nombrado.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

ODA PRIMERA.

Jam satis terris navis atque diræ, etc.

Ya el Padre omnipotente
Cubrió de nieve y de granizo el mundo,
Y con su mano ardiente
Batiendo el sacro alcázar sin segundo,
A Roma puso en un temor profundo.
En un espanto horrible
Y miedo puso á todos los vivientes;
Pensaba que el terrible
Siglo tornaba que ahogó á las gentes
En agua y copiosísimas corrientes.
Pirra se condolia
Viendo mil novedades prodigiosas,
Cuando allí conducia
Proteo el ganado y focas espantosas
A los montes y peñas cavernosas.
Y mil varios pescados
Se vieron de los olmos en la altura
Subidos y pegados,
Do fundó la paloma simple y pura
Bien conocida casa, y mal segura.
Los gamos y las fieras
Con un temor cobarde y sobresalto
Olvidan sus carreras,
Nadando sobre el mar tendido y alto,
Dando en el agua un salto y otro salto.
Vimos el agua roja
Del Tiber, que violento sus corrientes
Del mar Toscano arroja,
Retorciendo sus ondas y vertientes
Contra los edificios más potentes.
Parece que mostraba
Dar gusto el rio al mujeril deseo;
Que mucho se quejaba
Ilia, y el Tiber con atroz meneo
Le promete vengar el hecho feo.
Abre con desatino
Por el siniestro iado un ancho seno;
Talando va el vecino
Campo romano, de braveza lleno;
Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.
Los mozos descendientes
Tendrán memoria del cruel estrago,
Y afilarán las gentes
El hierro cortador, y un ancho lago
Dará de sangre á nuestro vicio el pago.
¡Ay! ¿cuánto mejor fuera
Volver el duro y riguroso acero,
Y el ódio y rabia fiera,
Contra el parto feroz, bravo guerrero,
O contra el duro scita y persa fiero?
¿A cuál deidad, pues, luégo
El pueblo invocará para el caido
Imperio? ¿Con qué ruego
Las vírgenes piadosas, y gemido,
Fatigarán de Vesta el sordo oido?
Y el Padre soberano
¿A quién dará el divino y santo cargo
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?
Vén, pues, ¡oh favorable
Apolo, anunciador de la alegría!
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un dichoso dia,
Vestido de una blanca nube, envia!
¡Oh tú, Vénus graciosa,
Si te place, demuestra el bello riso,
Donde el gozo reposa
Y do el amor alegre nacer quiso,
Que vuelve al mundo en dulce paraiso.
Y tú, ¡Marte encendido!
Los ojos vuelve al pueblo que engendraste,
Que despreciado ha sido,
En quien tu brava furia apacentaste;
Tan largo juego ya de espada baste.
A tí los alharidos
Y el confuso gritar, y las celadas
Lucidas y bramidos
Te agradan, y del moro las espadas
(Que puesto á pié es más fiero) ensangrentadas.
Tú, que de grande altura
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura,
En vuelo venturoso descendiste,
Y de este bello jóven te venciste.
Gustando de llamarte
De César vengador, ¡oh jóven claro!
Al cielo, que es tu parte,
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro
Des al romano pueblo eterno amparo.
Y algun ligero vuelo
No te nos quite, aunque los vicios nuestros
Te ofenden en el suelo;
Primero en él tus grandes triunfos diestros
Canten del sacro monte los maestros.
Ten por blason honroso
Ser dicho padre y príncipe extremado,
Y al miedo belicoso
No consientas correr en campo armado
Sin la pena debida á su pecado.

ODA II.

Quis multa gracilis te, puer, in rosa, etc.

¿Qué lascivo mozuelo,
Blando y con mil olores rociado,
¡Oh Pirra! sin recelo
Te tiene con sus brazos anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta y lecho ardiente?
Y tú, con tez sencilla,
Sin engañosa falsedad de afeite,
Una y otra mejilla
Le muestras, con que enciendes su deleite,
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.
¡Cuántas veces el necio
Mozo imprudente llorará su daño,
Tu falsa fe y desprecio,
Los contrarios amores y el engaño,
Y temerá los vientos
En el áspero mal de sus contentos!
Y él, fácil y creible,
Que de tu hermosura goza agora,
Seguro y apacible,
Piensa que nunca le has de ser traidora,
Y no ve el miserable
Que tu querer es viento deleznable.
¡Ay de los desdichados
Aquellos á quien tu lustrosa cara
Aplace, no enseñados
A conocer tu fe mudable y cara,
Que en tus serenas calmas
Anegan los contentos de sus almas!
Yo sufrí con afrenta
Naufragios en el mar de tus engaños;
Mas ya de la tormenta

Colgué los rotos y mojados paños,
Y al dios del mar amigo
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

ODA III.

Lidia, die per omnes, etc.

Por los dioses te ruego
Me digas, Lidia, cómo afliges tanto
Y quitas el sosiego
A Sibaris el mozo, que con tanto
Amor te quiere y ama,
Y tú lo abrasas en su ardiente llama.
¿Por qué aborrece, dime,
Sufriendo el polvo y sol sin pesadumbre,
Al campo Marcio, y gime?
¿Por qué, enseñado á militar costumbre,
No juega y arremete
Entre tanto y gallardo igual jinete?
¿Por qué ya no corrige
La feroz boca del frison brioso,
Ni con freno la rige
De brida, que es más duro y riguroso,
Ni su cabeza enhiesta
Con yelmo cubre y penachada cresta?
¿Por qué tanto rehuye
Tocar del Tíber las bermejas ondas?
¿Por qué más teme y huye,
Que á la sangre de víboras hediondas,
Al lucio aceite y grueso,
Que hace al luchador más fuerte y tieso;
Y de la dura malla
No viste al jaco, ni arma mano y dedos,
Y ya de la batalla
En los brazos nervosos y molledos,
No muestra cardenales
Ni de gloriosos golpes las señales?
Mil veces con gallardo
Semblante hizo en la contienda raya,
Tirando el fuerte dardo,
Y arrojando un gran peso y azagaya,
Con tiro muy derecho
Abrazó más del señalado trecho.
Agora está escondido
Y se hurta á los ojos de la gente,
Como el jóven nacido
De Tétis, ántes de la guerra ardiente
De Troya, á quien engaños
Y amor vistieron mujeriles paños.

ODA IV.

Vides ut alta stet nive candidum, etc.

¡Oh Taliarco hermano!
¿Ves el Soracte monte levantado,
Con honda nieve cano,
Y el bosque de gran carga trabajado,
Y en penetrable hielo
Cuajado el rio y apretado el suelo?
Templa con buen sosiego
El acerbo rigor del duro frio,
Echando sobre el fuego
Los leños que guardaste en el estío,
Y saca largamente
Del oloroso vaso el vino ardiente.
Y los demas cuidados
Entrega á Dios, que con prudencia sábia
De los vientos hinchados
Enfrena en el furioso mar la rabia,
Y guarda y asegura
Al ciprés alto y á la encina dura.
Con sutileza vana
No busques el futuro tiempo incierto,
Ni qué ha de ser mañana;
Y en cualquier dia que tuvieres cierto,
Haz cuenta que en el trance
Postrero echaste un provechoso lance.
Y pues la flor empieza
De tu verano corto y edad breve,
Y está de tu cabeza
Ausente la pesada y fria nieve,
Coge en las tiernas flores
Los dulces frutos de placer y amores.
Y agora frecuentado
El campo sea, y eras deleitosas,
Al tiempo concertado,
Las pláticas lascivas y amorosas
Entre silencio y risa
Hablando cuando la razon avisa.
Y aquel suave riso
Que del rincon más íntimo resuena,
Y da señal y aviso
De la mozuela oculta que allí suena,
Que se escondió á sabiendas
Para hallar más dulces sus contiendas.
La prenda arrebatada;
Digo sortijas, ó manillas de oro,
O lo que más te agrada,
Algun precioso y rico igual decoro,
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza, y están quedos.

ODA V.

Quem vivum aut heroa lyra vel acri, etc.

¡Oh Clio, musa mia!
¿A qué varon celebrarás agora
Con versos de alegría,
Con lira dulce ó flauta muy sonora,
A quien del valle hueco
En su alabanza me responda el eco?
O ya agora resuene
En las umbrosas faldas de Helicona,
O ya en el Pindo suene
Mi voz, á quien la dulce tuya entona,
O ya en el Hemo helado,
O en el Ródope monte celebrado.
De donde se movieron
Las selvas á la voz del tracio Orfeo,
Los rios detuvieron
Su curso rapidísimo y rodeo,
Y los ligeros vientos
Enfrenaron sus varios movimientos.
Y tambien las encinas,
Sonando el instrumento y voz, mostraron
Maneras peregrinas;
Por qué sus altas cumbres inclinaron;
Y con ramos tendidos
Parece que alertaban los oidos.
Pues ¿qué diré primero
Que las horas con más razon contadas
Del Padre verdadero,
Que con prudencia sábia gobernadas,
Y mando poderoso,
Las cosas tiene en órden amoroso?
Y templa el mar y tierra,
Y el mundo rige en tiempos diferentes;
Adonde no se encierra
Casa mayor, ni fuerzas tan potentes.
Tras de esto el alabanza
Pálas en trecho muy distante alcanza.
Y no olvidaré agora,
¡Oh Baco! en las batallas animoso,
Tu fuerza vencedora;
Ni á tí, Vírgen de brazo poderoso,
Que con flechas ligeras
Persigues en los montes á las fieras.
Tampoco callar quiero
¡Oh santo Febo! tu valor temido,
En el tirar certero.
Diré de Alcides el jamas vencido,
Y á los hijos de Leda
Diré, con tal que tanto decir pueda.
Al uno y otro hermano,
Cástor y Pólux, cada cual honrado
En arte sobrehumano;
El uno diestro en lucha, el otro osado,
A mil glorias triunfantes
Corriendo los caballos espumantes.
La estrella de los cuales,
Luégo que luce, al navegante alegra,

Destierra los mortales
Recelos tristes de la muerte negra;
Y al piélago revuelto
En paz lo deja, y en quietud resuelto.
Pierde su furia el viento,
Huyen las nubes su presencia santa,
Y el húmedo elemento,
Que en valientes escollos se quebranta,
Muestra con alegría
Sus ondas de luciente argentería.
Pensando estoy dudoso
Si tras de aquestos cantaré primero
Al bravo y belicoso
Rómulo, ó de Pompilio rey severo,
Pacífico y divino,
O el imperio soberbio de Tarquino.
O si del atrevido
Caton diré la honrosa y dura muerte;
Con pecho agradecido
Tambien la lastimosa indigna suerte
De Marco Atilio digo,
Que fe guardó y palabra á su enemigo.
Y cantarán mis versos
A los escauros graves y constantes
En mil casos adversos,
Y al cónsul Paulo en otros semejantes,
El cual con pecho ufano
Dió la vida al furor del africano.
A Fabricio y Camilo,
Y á Curio, de cabellos mal peinados,
Diré en el mismo estilo;
Los cuales fueron en la guerra osados,
Y sin temer bajeza,
Se honraron con el áspera pobreza.
La fama de Marcelo
Cual árbol en oculto tiempo crece,
Y de Julio en el cielo
La estrella entre las otras resplandece,
Como entre otras estrellas
La clara luna con sus luces bellas.
¡Oh hijo omnipotente
Del padre antiguo! ¡Oh padre, fiel reparo
De aquesta humana gente!
Tú del gran César tienes el amparo.
Gobierna pues el mundo,
Siendo rey, césar y señor segundo.
O ya los partos bravos,
Que están á Italia siempre amenazando,
Como á viles esclavos
Sujete al yugo de su fuerza y mando,
O ya de la india gente,
O de los seras triunfe en el Oriente.
Que rigiendo la tierra,
Será inferior á tí de buena gana,
Y tú moverás guerra
Con truenos de potencia soberana,
Y tú harás castigos,
Arrojando mil rayos enemigos.

ODA VI.

Pastor quum traheret per preta navibus, etc.

El pastor fementido,
Páris, al tiempo que iba el mar surcando,
Contento y engreido,
Con sus ligeras naves, y llevando
A Elena, hecho ultraje
A la debida fe del hospedaje;
Al inquieto viento
En este punto sosegó Nereo,
Y dijo el triste cuento
Y amargos fines de aquel hecho feo,
Y los funestos hados
A Troya por tan grande mal guardados.
«¿Cómo con mal agüero
Llevas á la mujer de ajena casa?
¡Ay! ¡cuánto griego fiero
Conjurado, sin número y sin tasa,
Te romperá el contento
Y deshará tu infame casamiento!
De Príamo el imperio
Antiguo, noble, rico y celebrado
Caerá con vituperio.
¡Ay! ¡qué sudor y aprieto está guardado
A muchos escuadrones
De caballos y de ínclitos varones!
Y ¡qué espantoso estrago
Mueves á la troyana triste gente!
De tu traicion el pago
Verás muy presto; que Belona ardiente
Ya apercibe celada,
Escudo y carro, y rabia ensangrentada.
En vano confiado
En el auxilio de tu Vénus fiera,
Ufano y descuidado,
Peinarás la cabeza lisonjera,
Y en lira blanca y verso
Darás solaz al tierno sexo adverso.
Tambien huirás en vano
Las muy pesadas armas inquietas
Al tálamo profano,
Y del cretense fiero las saetas,
Y el temeroso estruendo
De Ayax ligero, que te irá siguiendo.
Mas ¡ay! que al fin revueltos
Verás esos cabellos muy peinados,
Y en polvo y sangre envueltos!
¿No ves tantos ardides fabricados,
Y al hijo de Laerte,
Que será de tu patria total muerte?
¿No ves al prudentísimo
Néstor, y cómo el teucro Salamino,
Y el otro sapientísimo
Es Tenelo, en batallas peregrino,
Que el carro va guiando,
Que con redondas alas va bogando?
¿Te siguen con horrendo
Furor en triste y temeroso trance?
¿No escuchas el estruendo
De Merion, que ya te va al alcance,
Y al hijo de Tideo,
Rabiando por ganar de tí el trofeo?
A Diomédes digo,
Mas que su padre fuerte y más valiente,
Del cual bravo enemigo
Con pecho mujeril cobardemente
Huirás, cual tierna cierva,
Que viendo al lobo olvida pasto y yerba.
¿No prometias esto
A Elena cuando echabas mil blasones
Con amoroso gesto,
Y aùn que la armada y fuertes escuadrones
De Aquiles enojado
Dilatarán de Troya el triste hado?
Despues de nueve años
El fuego griego, á quien tu amor atiza,
Ardiendo por engaños,
A la alta Troya volverá en ceniza,
Y quedará desierta,
De negros humos y de hollin cubierta.

ODA VII.

Velox amænum sæpe lucretilem, etc.

De su dulce acogida,
Que en el Liceo monte el Fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fértil de Lucrétil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio y fresco viento.
Este lugar defiende
Mis cabras siempre del fogoso estío;
Tampoco les ofende
Aquí la fria escarcha ni rocío,
Ni los recios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.
Seguramente pacen,
Buscando aquí y allí las tiernas gramas
Que en este bosque nacen,
El cítiso y tomillo, y otras ramas,
Que á las cabras engruesan
Y de sustancia y leche las retesan.

Apriscos y rediles,
Do están los cabritillos encerrados,
No temen las sutiles
Mordeduras de sierpes ni pintados
Lagartos, ni los robos
Que hacer suelen los hambrientos lobos.
¡Oh Tíndaris hermosa!
Cuando mi dulce caramillo suena,
El valle y selva umbrosa
Y el monte Ustica en derredor resuena;
El monte á cuya cumbre
Se sube sin trabajo y pesadumbre.
Su gracia y alegría
Me aspira Dios, y mi piedad le agrada,
Y aquesta musa mia;
De aquí la copia gozarás colmada,
Que aquí derrama el cuerno
Benignamente flor y fruto tierno.
En este valle y flores
Huirás de la canícula el gran fuego,
Y cantarás amores
Con la sonora cítara del griego
Poeta Anacreonta,
Que entre amorosos cisnes se remonta.
Cantarás las pasiones
De Penélope y Circe, y los recelos
De entrambos corazones,
Y de una y otra los rabiosos celos;
Que cada cual muy fuerte
Trabaja por el hijo de Laerte.
A la sombra holgando,
Agotarás aquí los vasos llenos
Del vino lesbio blando,
Y el padre Baco y Marte, muy serenos,
Quietos, amorosos,
No mezclarán combates sanguinosos.
Ni celos inhumanos
De Ciro, tu protervo y duro amante,
Ni las violentas manos
Temerás del villano, que delante
Te quite la guirnalda,
Y airado rasgue tu inocente falda.

ODA VIII.

Mater sæva cupidinum, etc.

La madre cruel ufana
De los amores, y el mozuelo fuerte
De Sémeles tebana,
Y el ocio (que es de las virtudes muerte)
Me impelen vuelva luégo
Al amoroso ya dejado juego.
El rostro bello y claro,
Y la tez más bruñida y espejada
Que mármoles de Paro,
De mi Glícera dulce enamorada,
Me enciende en blanda llama,
Y en su veneno mismo amor me inflama.
Enciéndeme el sentido
Su gracia y natural desenvoltura,
Y el melindre atrevido,
Y del semblante tanta hermosura,
Que el que á mirarla empieza,
Con ojos, alma y corazon tropieza.
Dejó á su Chipre amada
Vénus, y edificar su templo quiso,
Y hacer su morada
En mi pecho, su antiguo paraíso,
Y tiéneme ocupado,
Ajeno de cualquiera otro cuidado.
No consiente que cante
Del indómito scita, bravo y fiero,
El osado semblante;
Ni al animoso parto, que ligero
Revuelve y espolea
Al caballo, y huyendo más pelea.
Ponedme, pues, las aras,
Aquí esparcidme rosas y verbenas;
Vaciad las copas claras,
De ardiente licor llenas,
Y dad incienso al fuego,
Que la víctima hecha vendrá luégo.

ODA IX.

TRADUCCION LIBRE DE UNA DE SAFO, ETC.

¡Salve, Vénus hermosa,
La más dulce maestra
De amor en la palestra,
De Jove hija preciosa,
Cuyo numen sagrado
En tantas aras siempre fué invocado!
¡Salve! y mi voz atiende;
No dejes que á millares
Me maten los pesares;
Antes acá desciende,
Cual un tiempo solias
Grata acudir á las plegarias mias.
Movida de mi ruego
Tal vez á mí bajaste,
Tal vez por mí dejaste
El celestial sosiego
Que del gran Padre amado
Gozastes en alcázar estrellado.
Yo vi en ligero vuelo
Tirar tu carro uncidas
Tus aves más queridas,
Y descender del cielo,
Cortando con sus alas
Del aire vago las etereas salas.
Y cuando á mí llegabas
Tú misma, ¡oh dulce diosa!
Con vista cariñosa,
Que risas de amor dabas,
La causa me pedias
Del dolor que en mi rostro conocias.
¿Por cuál razon demando
Tu auxilio sin sosiego,
Quien á mi dulce ruego
Quiera atraer más blando,
O á quien prender queria
En las amantes redes que tendia?
Acuérdome cuán grata
Me dijo allí tu boca:
«¿Quién tu furor provoca?
Mi bien, ¿quién te maltrata?
Si hubiere quien por caso
Huya de ti, tras tí volverá el paso.
»Si no recibes dones,
Los dará afectuoso;
Si es libre y desdeñoso,
Veráse en tus prisiones;
Si sin amor le vieres,
Luégo amará, y hará cuanto quisieres.»
Vén, ¡oh de amor princesa!
Vén, vén, como solias
En los antiguos dias,
Pues tu deidad no cesa;
Vén, y libra mi vida,
De insufribles tormentos oprimida.
Vén, y en tan fuerte instante
Tu auxilio en mí se vea;
Cumple lo que desea
Mi corazon amante;
Y en mi favor armada,
Conmigo mire tu deidad sagrada.

SILVAS.

SILVA PRIMERA.

Á LA PIEDAD.

¿Cuál otro digno objeto,
En la gran copia de gratuitos dones
Que ilustran la razon, llegó al respeto
Que tú, Piedad santísima, me impones?
Tú principio serás de mis canciones;

Tú, que de mis cuidados
Siempre fuiste el primero, virtud santa;
Pues tu eficacia es tanta,
Que ser á tí negados
Los hijos de la tierra mal podrémos.
Tú, entre todos los grados
De superior valor y de excelencia
Que en los mortales vemos,
A nuestros dulces padres mandas demos
Con frente humilde, honor y reverencia.
Pero ¿cuál elocuencia,
Cuál fuerte voz de cuanto les debemos
Pondrará un traslado?
Sér, vida, luz, crianza, amor, cuidado,
Arrimo, nombre y honra se les debe,
Que jamas les podrá ser bien pagado.
¿Y habrá quien, desalmado,
A no rendirles este honor se atreve?
No es mio, no, creer que por ventura
Se pudo autorizar tal desmesura.
Cualquier culpa en el hombre fuera leve
En comparacion de ésta,
Cual de eternales rayos coronada,
La divina razon lo manifiesta.
¿Cuál ley, cuál tradicion más propagada
Por una antigüedad de años prolijos,
El mundo usó en sus hijos,
Sin que en cada interior ser radicada
La nacion más remota,
Por su barbarie insólita, lo estorbe?
Ponedme, pues, del orbe
La más ciega é idiota,
Y si por caso duda se os ofrece
De que sin Dios ó ley á vivir llega,
No digais que el honor al padre niega;
Que á todos Témis santa con luz pura
Los guia y asegura;
Que como el que atesora, en bienes crece
Quien honra da á su madre,
Y el recibir la bendicion del padre,
La casa de los hijos fortalece,
Donde eterna es la gloria,
Y sin fin en los buenos su memoria.
Empero aquel cual humo desparece,
Y es siempre ignominioso,
Que ingrato los oprima;
Y en maldicion, el que los desestima,
En el cerco de nubes espantoso
Verá apagarse arrebatadamente
Su luz, quien fuere de ellos maldiciente.
Y ¡ojalá que los ojos que á su padre
Fisgan, ó miran torpes á su madre,
Arranquen fieros enervos, y sangrientos
Los coman pollos de águilas hambrientos!
Yo en el polvo mi labio
Pondré, noble Piedad, por respetarte,
Seguirte y pregonarte,
Pues bajo el cielo igual á tí no tienes,
Ni otra cual tú deudora á tantos bienes.
Bella virtud, ¿cuál sabio
Gentílico en tu elogio no se alarga?
¿Qué oráculo creido
A no ensalzar tu gloria se ha atrevido?
¡Qué! ¿por dicha no encarga
Tu guarda el inmortal? Quien resplandece
Sobre el más alto querubin, ¿no ofrece
Vida en retorno larga,
Vida que con sus dádivas bastece?
¿Quién, pues, te negará, virtud divina,
El sólido candor de tu doctrina?
¡Oh! vén, luz grata, ¡oh! séllate en mi frente;
Seré á quien debo más, más reverente.

SILVA II.

DE LA CONGRATULACION.

¿Qué bien hay que no iguales,
O sin tí, quién mejor las almas sella,
Congratulacion bella,
Que de un noble y divino pecho sales?
Tú eres, prenda feliz de los mortales,
La que has establecido
Que del próspero bien en que miremos
Otro hombre bastecido
Con muestras de placer nos alegremos.
Si á los miembros que vemos
A un mortal cuerpo unidos, nadie veda
Que el bien del uno en gozo de otro ceda;
Si el simple amor de ser conciudadanos
Atrae á los humanos;
Los que en virtud unidos
Por tí se ven con vínculo más fuerte,
¿Placer no habrán de la dichosa suerte
En que ven á sus prójimos queridos?
Así que este tu gozo es fruto amable
Del Sér sumo inefable;
Gozo, sí, gozo, y no del bien profano
Y sólo en la apariencia, que ése es vano;
Mas del que á un fin honesto se endereza,
Puro placer sin mezcla de tristeza
Ni resabio de envidia,
Falaz en persuadir que otra ventaja
Deslumbra nuestro mérito y lo ultraja,
Cual la piedra brillante
Ejemplo da, pues nunca se fastidia,
Ni se muestra con pálido semblante,
Por ver al rubio sol más claro que ella;
Que ántes se rie y lumbre da más bella.
Pero sin tí, ¡oh virtud! ¿qué no es la envidia?
Es pálido pesar del gozo ajeno,
Que en el pecho del malo siempre lidia,
Derramando pestífero veneno.
Crímen de abrojos lleno,
Y el más nocivo, pues que descontenta
Al alma que le abraza, y la atormenta.
Cuando naturaleza se complace
Con el ajeno bien, no al sol la luna
Envidia su fortuna,
Ni los rios al mar; que ántes les place
Gozar el bello grado
Que á cada cosa el Inmortal le ha dado.
Así, cuando otro gozo en tí no hubiera,
¡Oh divino placer! por el crecido
Gozo que das al ánimo abatido,
Solícito debiera
Templarse en tu alegría;
Que el gusano que cria
Dentro sí el leño, roe sus entrañas
Hasta que le destruye; así las sañas
Del envidioso son; tal fué la via
Del fratricida, que la tierra fria
Tiñó la primer vez de humor sangriento.
Pero, virtud graciosa, ¿qué tormento
Causaste tú, ó qué bárbaro destrozo
El que á tu beneplácito procede?
¿Quién tal pensó? Otro gozo,
Otra quietud más grata, otro alborozo
Por tí se le concede,
Que el malo y su maldad quitar no puede;
Gozo puro, sin mezcla de tristeza.
Así, ¡oh precioso dón! ¿quién tu nobleza
Podrá de hoy más no amar? ó ¿tú olvidada
Serás de mi deseo?
No, virtud; que en mis brazos ya te veo
Darme ósculos de paz. Venid, humanos;
Que la prenda del cielo más preciada
A ninguno es negada.
¡Oh! cante yo sus dones soberanos,
Y alégrense conmigo mis hermanos.

FRAGMENTOS.

VIRTUD MILITAR.

La *Virtud militar* aquí se advierte,
Su hermoso rostro ardiendo en vivas llamas,
Y las garzas del yelmo al viento ondeando,
Brillar su peto de ásperas escamas,
Asiendo de una mano el asta fuerte,
Y en la otra el pavés cóncavo embrazando:
Veloz discurre hácia uno y otro bando,
Y entrando por los gruesos batallones,
Los blandos corazones

Luégo, luégo á lid bélica movia,
Atizando el incendio que ya ardia
En las contrarias bélicas naciones.
Así que, en rencor, iras, odios, sañas,
De unos y de otros hierven las entrañas.

FUROR BÉLICO.

En esto el *Furor bélico*, indignado,
Sobre un carro agilísimo rodante
Las ligeras cuadrigas impeliendo,
De furias cruelísimas cercado,
De pié á cabeza armado de diamante,
Acá y allá furioso va corriendo;
Con jamas visto estrepitoso estruendo
Por entre los atletas gira agudo,
Y con brazo membrudo,
Que hace crujir el animoso viento,
Ora juega el estoque violento,
Ora rebate el fulminante escudo,
Ira y rabia infundiendo en las voraces
Y más que nunca ensangrentadas haces.

MUERTE.

¡A cuántos ¡ay! delante se le ha puesto
Entre una negra nube encapotada
La imágen de la muerte irrevocable,
De opio y adelfas mustias coronada,
Pálida la color, airado el gesto,
Medio arrastrando un luto miserable!
La cual con hoz sangrienta, formidable,
Más que nunca veloz, ha descargado
Su brazo no cansado;
Al que hiere, de horror se atemoriza,
Los dientes cruje, el pelo se le eriza,
Palpita el corazon, y al fin helado,
El curso de sus dias desparece,
Cual humo ante Aquilon se desvanece.

TROVAS.

ODA DE FRAY LUIS DE LEON.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:
«En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido
Oigo yo, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
»¡Ay, esa tu alegría
Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol en mal dia,
A España ¡ay, cuán llorosa,
Y al cetro de los godos cuán costosa!
»Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males,
Entre tus brazos cierras
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales;
»A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, ó Lusitaña,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien, para tu daño, no hay tardanza.
»Oye que el cielo toca
Con temeroso són la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
»La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere al viento;
Llamando á la pelea
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
»Cubre la gente el suelo;
Debajo de las velas desparece
La mar; la voz al cielo
Confusa y vária crece;
El polvo roba el dia y le obscurece.
¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves; ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.
»El Eolo derecho

TROVA PRIMERA.

EL BORRACHO.

Folgaba un buen mendigo
Con una bota hurtada en la ribera
Del Tórmes, sin testigo;
El rio sacó fuera
Su gaznate, diciendo con voz fiera:
«De malos tragos goces,
Injusto bebedor, que sin sentido
Al agua tiras coces,
Y con lo que has vertido,
De vergüenza y de zupia estás teñido.
»Tan sedienta porfia
Tendrá su acabo; y esa bota hermosa,
Que no verás vacía,
¡Para tí cuán llorosa
Será, y á tus costillas cuán costosa!
»Borrachez, iras, guerras,
Manta y vapulamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras
Con tus tragos mortales
A tí y á estas tus posas naturales.
»Una fuerte tollina
A tu espalda vendrá, y á lo que baña
La region convecina
Con humedad extraña
En aquella espaciosa y gran campaña.
»Que ya la tabernera,
De quien la bota ha sido, á la venganza
Llama una turba fiera
De pillos sin crianza,
En quien para pescarte no hay tardanza.
»Oye que un cuerno toca
Con temeroso són, cual trompa fiera,
Con que á la lid convoca
La tropa vil y fiera,
Que á buscarte y tundirte va ligera.
»Mira cómo vocea
La tabernera infiel, y hiere el viento,
Como bufa y patea;
Innumerable cuento
De pillos juntos miro en un momento.
»Cubre la chusma el suelo;
La piedad á sus piés desaparece;
La gritería al cielo
Confusa y vária crece,
Y como cuba cada cual se mece.
»¡Ay! que ya presurosos
Tienden las largas zancas; ¡ay! que extienden
Látigos rigorosos
A los aires, que encienden
Los vigorosos brazos con que hienden,
»Un pillo contrahecho

Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hercúleo estrecho
Con la punta acerada,
El gran padre Neptuno da á la armada.
»¡Ay triste! y áun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
»Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano;
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
»¡Ay, cuánto de fatiga!
¡Ay, cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!
»Y tú, Bétis divino,
De sangre aj na y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
»El furibundo Marte
Cinco veces las haces desordena,
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena
¡Oh cara patria! á bárbara cadena.»

MADRIGAL.

EL FIRME AMOR.

Miré, señora, la ideal belleza,
Guiándome el amor por vagarosas
Sendas de nueve cielos,
Y absorto en su grandeza,
Las ejemplares formas de las cosas
Bajé á mirar en los humanos velos,
Y en la vuestra sensible
Contemplé la divina inteligible.
Y viendo que conforma
Tanto el retrato á su primera forma,
Amé vuestra hermosura,
Imágen de su luz divina y pura,
Haciendo, cuando os veo,
Que pueda la razon más que el deseo.
Y pues por ella sola me gobierno,
Amor, que todo es alma, será eterno.

LETRILLA DE ESPINEL.

EL TEMOR.

Mil veces voy á hablar
A mi zagala;
Pero más quiero callar
Por no esperar
Que me envie noramala.
Voy á decirle mi daño;
Pero tengo por mejor
Tener dudoso el favor
Que no cierto el desengaño;
Y aunque me suele animar
Su gracia y gala,
El temor me hace callar,
Por no esperar
Que me envie noramala.
Tengo por suerte más buena
Mostrar mi lengua á ser muda;
Que estando la gloria en duda,
No estará cierta la pena;
Y aunque con disimular
Se desiguala,
Tengo por mejor callar,
Por no esperar
Que me envie noramala.

Tu bota tiene ya medio atisbada;
Para tí va derecho,
Y con la mano alzada
A los otros mostró la bota hurtada.
»¡Ay pobre! ¿y te entretiene
El garbo de esa bota, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acudes? ¿Circundado
No te ves de ese ejército malvado?
»Aprisa, bebe, cuela
Y pasa ese licor al vientre vano:
Bebe sin que te duela;
No des paz á la mano,
Y un trago en otro trago esconde ufano.
»¡Ay, cuánto de fatiga
La saña de esos pillos inminente
Causará á tu barriga,
Al opuesto occidente,
A cabeza y espaldas juntamente!
»Y tú, Baco divino,
En tu sangre purpúrea enalmagrado,
Dirás por el camino:
¡Cuánto jarro quebrado!
¡Cuánto cuerpo de zorros derrocado!
»El vino en toda parte
Todos cinco sentidos desordena;
No vale ingenio y arte,
Y todo lo condena
De un letargo á la estúpida cadena.»

TROVA II.

Miré, Juliana, tu sin par franqueza,
Guiándome el amor por sus astrosas
Calles, muerto de celos;
Y absorto en tu destreza,
Del *Conejal* las chulas mas famosas
Bajé ayer á mirar con Ciempozuelos,
Y en tu parte visible
Contemplé un acomodo el más plausible;
Y viendo que conforma
Tu trato de aquel barrio con la norma,
Cargué con tu figura,
Que mis aumentos más y más procura,
Y hace en lo que no veo,
Que más que la razon pueda el deseo.
Y así, si por tí sola me gobierno,
Todo el ascenso mio será *Cuerno.*

TROVA III.

Mil veces voy á apurar
Mi gran bota;
Pero más quiero parar
Que no mirar
Que al fin me quede sin gota.
Cuento á mi bota la grasa,
Y la sed que hay en mi pecho;
Mas me paro á mi despecho,
Y á mi beber pongo tasa;
Y aunque me suele animar
Que ella es grandota,
El temor me hace esperar,
Por no mirar
Que al fin me quede sin gota.
Tengo por suerte más buena
Beber agua tras pepino,
Que ver no me queda vino
Para despues de la cena;
Que ella, de tanto soplar,
Al fin se agota;
Y así es mejor ayunar,
Que no mirar
Que al fin me quede sin gota.

MADRIGAL DE LUIS MARTIN.

EL AMOR SATISFECHO.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba, por su bien, entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

CANTILENA DE VILLEGAS.

DE UN PAJARILLO.

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
«Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía.»
Y á mí, que respondia
El rústico: «No quiero.»

ENDECHAS DE FIGUEROA.

¡Bella zagaleja,
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento;
Gallarda trigueña,
De belleza extremo,
Ardor de las almas,
Y de amor trofeo;
Süave sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasajeros!
Desde que te vi
Tal estoy, que siento
Preso el albedrío
Y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos,
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos,

TROVA IV.

Iba mi Ines cazando
Las pulgas que en verano la dan brega,
Su blanca tez de púrpura pintando;
Mas primero las llega
Al cándido marfil de su uña fuerte,
Y con ambos pulgares las da muerte;
Y estaba, por su mal, en la costura
De su blanca camisa
Una redonda chinche, gruesa y lisa,
Y como en la apretura
De su uña la pilló, con gran denuedo
La mató, olióla mal, limpióse el dedo.

TROVA V.

Yo vi á un picaronazo,
La bota bajo el brazo,
En tanto que cenaba;
Y nunca la soltaba,
Que no le era embarazo.
Su mujer le rogaba,
Llorando de contino,
La dé á probar el vino,
Que toda se añnzgaba;
Y él bebia y callaba.
Ya por otro camino
Un trago le pedia,
Diciéndole que haria
Un grande desatino
Si no la socorria;
Y él callaba y bebia.
Ya dice, hecha una fiera:
«¿Quieres que haya quimera
Por tu bruta avaricia,
Y sea la vez primera
Que venga la justicia,
Y al ver tan grande exceso
Y al ver tal desaliño,
Te lleven, bribon, preso?»
Ya, en fin, con más cariño,
Coge en brazos el niño,
Que tiene de mantillas,
Y puesta de rodillas,
Los ojos en la bota,
Le decia devota:
«¡Por la Vírgen María,
Que me des una gota!
Por esta prenda mia
Y tuya, un trago espero;
Mira que, si no, muero
De pena tan impía.»
Pero la respondia
El pícaro: «No quiero.»

TROVA VI.

¡Llena y ancha bota
De color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento;
Archivo que encierras
El licor añejo,
Ardor de las almas,
Ardor de los cuerpos;
Que con tu olor solo
Darás vida á un muerto,
Y más si estan cerca
Friendo torreznos!
Desde que te vi
Tal estoy, que siento
Seca mi garganta
Y hecho esponja el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos,
Llenos de substancia,
De esperanza llenos,

Viendo que te ama
Más digno sujeto,
Dueño de tus ojos,
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fué,
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan;
Y quien fuere cuerdo,
En estando ausente,
Téngase por muerto;
Y pues vive el tuyo
En extraño reino,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos,
Antes que los tuyos
Se cubran de hielo,
Con piedad acoge
Suspiros y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Hiedras amorosas
De tu airoso cuerpo;
Que á tu fresca boca
Robaré el aliento,
Y en tí transformado,
Moriré viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno;
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos.
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos,
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

ROMANCE DE ESQUILACHE.

Una zagaleja,
Que nació en la Sagra,
Y dejó su pueblo,
De matar cansada,
Vino á Manzanares,
La fiesta de Pascua,
A probar venturas
Y á traer desgracias.
Como si faltasen,
Cuando todo falta,
Pesares sin cuento,
Desdichas sin tasa.
Yo la vi en el baile,
Que Anton la miraba
Aun con más cuidado
Del con que ella baila.
De estar tan torcidos
Dicen que es la causa
Que Anton se la jura,
Y ella se la guarda.
Cuando sueltos corren
Celos en el alma,
No hay humo tan fuerte
Ni mujer tan brava;
Y una condicion
Tan libre y tan vana,
Dejada se ofende,
Querida se cansa.

Viendo que te embiste
Más digno sujeto,
Dueño de tus tragos,
De tu gusto dueño.
Mas ya que se ha ido
Por los piés al suelo,
Sintiendo en su chola
Bien raros efectos,
A tu dueño olvida,
Pues le ves durmiendo;
Y el que un zorro coge,
Téngase por muerto.
Y pues está ahora
Con el santo al cielo,
Por ventura esclavo
De tu rico imperio,
Antes que se acabe
Tu licor selecto,
Con piedad acoge
Mi sed y mis ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Los empinadores
De tu airoso cuero;
Que á tu dulce boca
Robaré el aliento,
Y una misma vida
Los dos vivirémos.
El gran Baco haga
Este trago eterno,
Y vénganme ganas
De dormir corriendo;
Que tu virtud, bota,
Celebraré en sueños,
Sin que me lo estorben
Ni el frio ni el hielo.

TROVA VII.

Una bota llena
De leche de parras,
Que dejó su cuba,
De encierro cansada,
Llegó á la Aldehuela,
La tarde de Pascua,
A probar ventura,
Y ella á ser probada.
Como si faltasen
En tarde tan ámplia
Pellejos sin cuento,
Botijos sin tasa.
Yo la vi derecha,
Que Anton la miraba
Con mayor cuidado
Que un majo á su maja.
De echarla los ojos
Dicen que es la causa
Que Anton la acomete,
Y ella le aguardaba,
Y boca con boca
Los dos se agarraban;
Y diz que en la lucha
El Anton triunfaba;
Y aunque era una bota
Como una tinaja,
Probada se afloja,
Bebida se cansa.

SONETO.

Era invierno, y las horas del sosiego,
Cuando Fabio, durmiendo descuidado,
Soñaba que era estío, y que abrasado
Se vió de la canícula y su fuego.
Sueña que á un limpio estanque se va luégo,
Y de enojosa ropa despojado,
Se entra en el baño dulce y regalado,
Que le refrigeró con blando riego.
La frïaldad del agua placentera
Conoce que del pecho enardecido,
Poco á poco el calor le echaba fuera.
Despierta en esto, torna en su sentido,
Y ve que, á efecto de su borrachera,
En un gran lodazal se halla tendido.

APÓLOGOS.

—

EL ABUSO RANCIO, Ó EL CANGREJO.

Tambien, como en los hombres, en los brutos
Aquella que es de la ignorancia madre
Extiende sus dominios absolutos.
Yo no diré quién fué su abuelo ó padre,
Ni tomaré su alcurnia muy de léjos;
Mas solo un cuento que á su esencia cuadre.
Entre la turba vil de los cangrejos,
Que habitan en las húmedas guareñas,
Formando su república y concejos,
Cruzando arroyos y saltando peñas,
Aportó á un arroyon un celebrado
Cangrejo, gran viajero por las señas.
Era anciano de edad, rostro afilado,
De vivos ojos y mirar honesto,
Cetrino en el color y descarnado;
Cuidadoso, sagaz, sabio, modesto,
Amigo de ver mundo, y que solia
Viajar con tan solícito pretexto.
En cada lago estaba más de un dia;
Y éste por sus ojos fué testigo
De los abusos que en el vulgo habia.
Trató á un novel cangrejo como amigo,
Y á peticion del jóven inocente,
Para otras tierras lo llevó consigo.
Instruyóle en lo que era concerniente
Al rapaz, su talento y su nobleza,
Y á elegir lo mejor como prudente.
Díjole que era abuso y gran torpeza
El andar hácia atras, que repugnaba
Al uso que dictó naturaleza.
El cangrejillo jóven, que observaba
Del anciano el precepto, dió de codo
Al recular á que enseñado estaba;
Y andando hácia delante, de tal modo
A ejemplo se enseñó de su maestro,
Que andar atras se le olvidó del todo;
Y en el agua cortar salió tan diestro,
Que con facilidad, en pocas horas,
De un mar burlaba el ímpetu siniestro.
Pero en esto las Parcas, hiladoras
De nuestras vidas, la del sabio anciano
Robaron, y quedaron triunfadoras.
¡ Inesperado golpe ! ¡ hecho inhumano
Para el jóven cangrejo, su esperanza
Viendo burlada en tiempo tan temprano !
Pero ¿qué brazo á resistir alcanza
El decreto del hado? En tan gran pena,
Mares de llanto y de suspiros lanza.
En fin, viendose solo en tierra ajena,
En su patria pensó buscar consuelo
Al dolor que el sentido le enajena.
De un rio en otro, pronto más que un vuelo,
Segun para adelante ágil andaba,
Al regato arribó del patrio suelo.
Ya la nativa playa saludaba,
Cuando á su voz salieron sus paisanos;
Que ya su patria verle deseaba.
Alegráronse en verle sus hermanos
Cuerdo y sagaz, y en casa le metieron,
Dándose con placer las largas manos.
Pero á bien pocos dias advirtieron
Que hacia atras el cangrejo nunca andaba,
Y á encanto ó mal agüero lo tuvieron.
Uno y otro al principio le burlaba
Su recto caminar; y él, como sabio,
Juzgó que con callar los impugnaba.
Túvose en fin por un comun agravio
Su invencion nueva y recta, y en su ofensa
No quedó en su region cerrado un labio.
Quién acusarle al magistrado piensa,
Quién darle muerte, quién en su concepto
Piensa expelerle de la turba inmensa.
En fin se decretó para este efecto
La turba cangrejil se congregase,
Que del bien comun mira lo más recto.
Cada cual por sus canas y su clase
Se sentó en el augusto parlamento,
Sin que el jóven cangrejo en él entrase.
Su causa allí por via de argumento
Se trató con fárrago y distinciones
Frias y de poquísimo momento.
Pero como á las teses y razones
De que el reculon uso se guardára,
Nadie impugnó con gritos ni espolones;
El presidente juez, con leda cara,
Dijo que á burla el caso se dejase,
Y que al novel cangrejo se intimára
Que para atras, cual todos, reculase,
Sin osar replicar, ó que del lago,
Como á vil corruptor, se le arrojase.
El cangrejillo, viendo el fiero amago,
Sin uno en su favor, y que podia
Venir sobre él áun más terrible estrago,
Entre sí, «reculemos», se decia;
Y por más que con fuerza lo intentaba,
Volver atras un paso no podia.
De su sabio maestro se acordaba,
Y en invocarle ronco se fatiga,
Que, como muerto ya, no le escuchaba.
Así á quien todo un vulgo contradiga,
Y los que de él tenidos son por sabios,
Aunque uso más perfecto abrace y siga,
Descargará sobre él lluvias de agravios.

—

APÓLOGO II.

EL ÁGUILA Y LA ZORRA.

Viendo una vez el águila valiente
Que con su astucia la falaz raposa
Lograba aplauso en la plebeya gente,
Un chasco quiso darla: industriosa
La dijo: «Si tu humor lucir quisieres
En una fiesta sin igual pomposa,
»Y á los cielos conmigo te vinieres
A asistir á unas bodas, en su esfera
Por tu humor te han de hacer dos mil placeres.»
Respondió la raposa: «Bien quisiera;
Pero ¿cómo podré subir arriba,
Sin que un carro volante se me hiciera?»
El águila cual nunca compasiva
Se fingió, y dijo: «Fia en mi cuidado,
Si tu dificultad en eso estriba;
»Pues asida á mis hombros, ó á mi lado,
Verás que en ligereza á mí te iguales,
Y que el subirte queda á mi mandado.»
Dijo; y tendiendo las robustas alas,
Asió de la raposa, y altanera
Se alzó con ella á las etéreas salas.
Y estando de la luna ya en la esfera,
El águila acordóla los agravios
Que de la zorra recibido hubiera;
Y díjola con atrevidos labios:
«Si contigo, oh raposa, yo guardase
De maligna los ímprobos resabios,
»Sólo con que caer hoy te dejase
Desde esta altura quedaria vengada,
A no ser mi nobleza de otra clase.»
Entonces la zorrilla, amedrentada,
Empezó á maldecir su vano anhelo
De querer á otra esfera ser alzada;
Y entre sí dijo, llena de recelo:
«Si de este trance escapo con la vida,
No quiero, no, más bodas en el cielo.»

—

APÓLOGO III.

LA VERDAD VESTIDA.

Amable un tiempo, cuando Dios queria,
Reinando la Verdad con cetro de oro,
Rigió del orbe la ancha monarquía.
Con ella siendo en público decoro
Fiel esposa del claro Entendimiento,
Gozaba el mundo su mayor tesoro,

Era aquel siglo de malicia exento;
Pero al fin, corrompida la inocencia,
Vaciló de Verdad el firme asiento.
Del Fraude en esto, y pérfida Insolencia,
La mentira nació, vil seductora,
De inicuo pecho y hórrida presencia.
Su baja cuna conoció en la hora,
Y su deformidad, que aborrecida
Le habia de hacer en cuanto Febo dora.
De su malicia natural movida,
Su voz mintió, su aspecto y sus acciones,
Con un disfraz de máscara florida.
Con cebo de deleite y falsos dones,
En sus caprichos altanera y vária,
Comenzó á seducir los corazones.
Siendo de la Verdad atroz contraria,
Intentó derribarla de su trono,
Y hacerla de sus artes tributaria.
Para saciar el hipo de su encono,
Increible es cuán falsa y cuán artera
Doró sus voces y enmeló su tono.
Comenzó á lastimarse de que fuera
Tan necia la Verdad, tan desabrida,
Cuán falta de política y grosera:
Al tiempo que, en mentir ella instruida,
Se vendió por discreta, cortesana,
Apacible, bizarra y bien nacida.
Insinúose atractiva la tirana,
Con afeites y ornato subrepticio,
Aunque horrible de aspecto é inhumana;
Y adulando sus crímenes al vicio,
Poderoso en la tierra y arraigado,
Un vulgo inmenso á sí trajo propicio.
Con su favor logró que de su estado
La Verdad santa fuese derrocada,
Su imperio por la vil tiranizado.
Viéndose la Verdad menospreciada,
Expulsa, sin favor y perseguida,
Desde entónces de todos mal mirada;
Mendigando el sustento y la bebida,
Fué á parar á la choza de un desierto,
De mal secos troncones construida,
Y un mozo al lado halló, vivo y experto,
Apto para volar, mas aherrojado
Y de unas ropas míseras cubierto.
Reconocióla el preso, y lastimado
De ver á la Verdad errar mendiga,
Dolióse de ella áun más que de su estado.
Contóle ella su pérdida y fatiga,
Y su abandono en fin; cuando el mancebo
«¡Ay dolor! (exclamó); Verdad amiga,
»No me cogen tus lástimas de nuevo;
Que aunque el Ingenio soy, de alas dotado,
A salir de esta estancia no me atrevo.
»Pero, aunque en estos grillos amarrado
Me tenga el disfavor, préstame oido;
Pues mi industria á ninguno le he negado.
»Sabe que no hay manjar más desabrido,
En un tiempo en que nadie ya te ayuda,
Que un desengaño á secas ofrecido.
»¿Qué dije desabrido? Mi voz ruda
Anduvo; no hay bocado mas amargo
Que proferir una verdad desnuda.
»Así, Verdad incauta, sin embargo
Que dar el desengaño abiertamente
En la dorada edad tuviste á cargo;
»Hoy, si hiere la luz derechamente,
A los ojos del lince causa daños,
Cuanto más á la flaca y mortal gente.
»Por esto la experiencia halló, y los años,
El arte de dar de oro á las verdades,
Y en almíbar bañar los desengaños.
»Vivimos la peor de las edades,
En que es vilipendiada la inocencia,
Por falta de artificio y novedades.
»Empero si hallo en tí condescendencia
Y estimas mis sutiles invenciones,
Por tu estimacion misma y conveniencia,
»Volverás á tu estado y posesiones;
Serás como un oráculo buscada,
Y gran reformadora de varones.
»Deja de hoy más de andar desaliñada,
Cual niño sin doblez, pues de falaces
Mofadores la tierra ves poblada.
»Y puesto que política te haces,
La máscara te pon de la mentira
Y viste del engaño los disfraces.
»En su mismo artificio pon la mira,
Sin perdonar parábola ó emblema,
Cuando á ocultar tu desnudez conspira.
»Usa de la ficcion, valte de un tema
Tal vez extravagante, y su rodeo
Te hará vencer con docta estratagema.
»Así, la travesura y el floreo
De tu invencion verás que nadie excusa,
Y vuelves á alcanzar tu antiguo empleo.»
Abrió los ojos la Verdad confusa;
Aquella vez no fué al Ingenio terca,
Y empezó á acomodarse á lo que se usa.
Ya á vista de ojos con ninguno altera;
En lo pasado lo que pasa inquiere,
Y pinta léjos lo que está muy cerca.
Propone en un sujeto lo que quiere
En otro condenar, en éste apunta,
Y al otro el golpe da, sin que lo espere.
Sus flechas las enmiela ó las despunta,
Para engañar mejor cualquier afecto;
Y como quiere, los desparte ó junta.
Así que por un círculo perfecto,
Sagaz siempre, á parar al blanco viene
De su intencion, que siempre fué el más recto;
Y tal honor por su ficcion obtiene
La Verdad, que no sólo en los poetas
Profanos su disfraz cabida tiene,
Mas tambien en el Dios de los profetas.

EL LLANTO DE ZARAGOZA (1).

ELEGÍAS

AL INCENDIO DEL COLISEO DE ESTA CIUDAD EN 12 DE NOVIEMBRE DE 1778.

Plorans plorabit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus. (THREN., cap. I, v. 2.)

ELEGÍA PRIMERA.

¡Qué triste y angustiada
La ciudad imperial de Zaragoza,
Que tanta preeminencia entre otras goza,
Como viuda se ve desconsolada,
En lágrimas bañada,
De conhorte y solaz toda desierta!
Llámela dolorida,
Y más que viva, muerta,
Cualquiera que la viere en tal quebranto,
Tanta calamidad, pavor y espanto.
La esfera está anublada,
La tierra de ayes llena,

(1) Se imprimió en Salamanca en 1779, en la oficina de Santa Cruz, por Domingo Casero. Se han hecho muy raros los ejemplares de esta única edicion de *El Llanto de Zaragoza*, que no fué incluido en las obras de IGLESIAS. Sólo hemos llegado á encontrar un ejemplar, que tuvo la bondad de franquearnos el señor Marqués de Pidal.

Dedicó estas elegías al señor don Diego Ordoñez Villaquiran Fernandez de Córdoba, capitan de fragata, señor en Salamanca de la antigua casa de la Cadena. Conócese, en el tono de la dedicatoria, que creia IGLESIAS haber escrito una obra de la más elevada poesía. Acaba diciendo: «Esta y otras razones son las que me mueven á presentar á usía impresas estas breves elegías, libres, en cuanto me es posible, de impertinencias vulgares.»

Corre en lágrimas Ebro turbulento,
Funesto buho suena
Y en ecos de dolor se enciende el viento.
España, con el trágico portento,
Está toda asombrada;
Catástrofe padece no pensada
El pueblo, que en toda ella más se erguia,
Donde la lozanía,
La nobleza y placer halló morada.
¿De qué pantera hinchada
O sierpe habrá nacido
Quien no sienta su pecho enternecido
Habiendo tan gran lástima escuchado?
Yo, ¡ay de mi! á quien es dado
Decir (merced al cielo) la agonía
Y estrago inconsolable de aquel dia,
Mi corazon turbado
Vi en ánsias dolorosas,
Y en llanto mis entrañas amorosas
Derramarse quisieron
Cuando el incendio de aquel pueblo vieron;
Aquel incendio horrible,
Que miedo puso á todos los vivientes,
Pensando que el terrible
Dia se les llegaba
En que, con furia brava,
El fuego ha de acabar todas las gentes.
Estábase alegrando
El pueblo en el profano coliseo,
La música escuchando
Del ciego Amor, del fabuloso Orfeo,
Y Dios, á cuyo mando
La máquina del cielo se estremece,
Y el no ser le obedece,
Llamó al fuego y mandóle
Que á la ciudad castigue
Y que con su furor los amedrente
Y sus iras mitigue,
A su voz obediente.
Dijo el Señor, y diéle oido al fuego;
Mandóle Dios y obedecióle luégo.
¡Ay! esa tu alegría,
Esa fábula, oh pueblo, esa corea,
Que vistes en mal dia,
¡Qué lloro que acarrea
A toda esa ciudad! ¡ay! ¡cuán amargo
Para tus hijos! ¡cuán pesado y largo!
¿Que en el pueblo sagrado,
Por su bendita Madre visitado,
En donde el gran Patron de las Españas
Labró el templo primero,
Y donde muertos son por el Cordero
De Dios inmaculado,
Innumerables santos,
Se hayan visto ¡oh dolor! desastres tantos?
A esa estancia labrada,
Que otra igual no lo fué por sabio moro;
A esa vistosa entrada,
Esos jaspeados perfilados de oro,
¡Cuánto más acertáras
Si los ojos ¡oh pueblo! le cerráras!
A esa dulce armonía
De falaces sirenas,
En que te parecia
Hallar alivio á tus mayores penas,
Mejor hubiera sido
Te cubrieras, cual áspid, el oido;
Pues ¿quién te lo dijera
Que lo que has presumido
Ser paraíso, un crudo infierno fuera?
Mira, pues, que el Señor ya se ha indignado
Y el vaso de sus iras ha vertido,
Y al elemento más feroz mandado
Lo que temer quizá no has presumido.
Ni la triunfante hispana monarquía,
Ni los pueblos en ella florecientes,
Ni del orbe pensáran los vivientes,
Que en tan alegre dia
Zaragoza tranquila, en paz y fiesta,
A tan sin par peligro fuese expuesta.
Dios así lo ha ordenado;
Con furor no esperado
La gloria y la potencia
De Aragon ha cortado;
Y sin que resistencia
Humana les valiese,
A su rigor cediese
Que en ellos crudamente se ha encendido,
Halos circunvalado
Y vigorosamente destruido!
¡Oh, cómo ya en la loca y profanada
Casa del coliseo
El gran pueblo no veo
Con música acordada!
¿Dónde están los celajes
De trasparente viso y aparato,
Los dorados ropajes
Que imitan del pavon el rico boato?
¿Dó las aclamaciones
Que al diestro histrion hacian,
Y las palmas batian,
Y con jubilo en cerco le voceaban?
¿Dónde la blanca tez de sus doncellas,
El gallardo esplendor de sus garzones,
El placer de ellos y el contento de ellas?
Todo despareció: cambió la suerte
Sus gustos deleznables
En duelos lamentables,
Y sus pomos de almibar
En manojos de acibar;
El dejo del deleite alli probaron,
Rodeándoles las ánsias de la muerte;
Dolores del infierno les cercaron.
Salióles al encuentro
Un globo espeso de humo,
Que giró en torno y ascendió á lo sumo.
Todo el soberbio anfiteatro hinchado
Apaga las antorchas encendidas;
Sube el fuego á lo alto, revolviendo
Mil ráfagas de llamas extendidas,
Que á las claras estrellas van hiriendo;
Rechina con estruendo,
De sí exhalando gomas derretidas.
Cual enjambre de abejas susurrante,
Una á otra se atropella
Por salir de la corcha cuando en ella
El olor sienten del tizon ahumeante.
Así los que delante
A la salida estaban,
Unos con otros daban,
Y de tropel saliendo,
Escapaban la faz del humo horrendo.
Confusa voz de multitud salida,
Y tremendo alarido
De ayuda, fuego, ayuda,
En torno escuchan todos de su oido.
Quéjase en balde quien ansioso llama,
Que no hay quien por salvar al otro acuda;
Aprisa á fuego toca la campana
Y la cimbala aguda,
Cual en lugar de nuestra costa hispana
Que entro chusma agarena,
«Vela, vela, traicion, rebato», suena.
Dejan los sabios jueces
Sus puestos soberanos,
Los religiosos sus devotas preces,
Y juntas de las puertas los ancianos;
Olvidan los mancebos
Sus juegos, sus estrados,
Cantares y usos nuevos;
Que el terror los coge ya de repente
Y como en fiesta desapercibidos,
Como allá en tiempo á la troyana gente
Los fuegos por los griegos encendidos,
Como un ave del monte el doncel vuela,
Como un cerzo el adulto va ligero,
Lleva la madre en brazos á la hija,
Corre la virgen sin fingido empero;
Los que al culto de Dios son dedicados
Con mayor celo vienen,
Los que arte en atajar incendios tienen,
Todos giran, en fin, por todos lados,
Cual cohetes en castillo desatados.
Crece la voraz llama

Y el resonante estruendo;
Maderos esparcidos
Y espesos globos en violenta lumbre,
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Que amenazaban la celeste cumbre,
Y causan tal estrago
En la espaciosa estancia,
Cual un tiempo en Numancia
De fuego y humo el espantoso lago.
¿Quién vió al Ebro crecido,
Con sonoroso ruido
Inundando la plácida ribera,
Los muelles quebrantar de opuestos puentes,
Llevarse casas y tragarse gentes,
Espantoso y veloz en su carrera?
Pues poca furia es ésta, comparada
Con la llama en los míseros cebada.
¿Qué es aquesto, Dios santo,
Rico en misericordia?
Templa la espada en yerba de concordia
Y á tu pueblo te muestra más propicio.
¿Que pueda importar tanto
Resolver en ceniza este edificio,
Que el cielo y fuego y viento de tal modo
Hoy pongan contra él su impulso todo?
Aplácale, Señor; porque perece
La ciudad toda si este rigor crece.

ELEGÍA II.

¿Qué voz, aunque saliera
De bocina sonante,
O qué lengua, aunque fuera
De bronco hierro, pudo ser bastante
A referir las ánsias, gritería,
Confusion y rebato que allí habia?
Llorar, sólo llorar se nos concede;
Pero contarlo apénas nadie puede.
¿Quién el desórden dijo
De Babel confundida?
¿Quién el lloro prolijo
Cuando Jerusalen fué destruida?
¿O quién contó el estrago
Que la diestra de Dios hizo en Sodoma,
Cruel Neron en Roma
O Scipion de Cartago?
Pues no es ménos difícil á mi aliento
Decir aquel rebato turbulento.
La relumbrante llama descubria
El duro y desdichado acaecimiento;
La comun vocería
Y general lamento
El cielo con aguda voz rompia.
Gritar casadas, desmayar doncellas,
Era la cosa más terrible el vellas.
No con ménos extremos los varones
De la edad más robusta, amargamente
Daban de su dolor demostraciones
Con basca más vehemente:
Unos quedan de espaldas atronados,
Otros de la avenida atropellados.
Los pechos más osados
Corren con prisa y al remedio atienden;
Vese gente en ventanas y tejados,
Entran y salen, suben y descienden,
Sacando uno arrastrando, otro en los brazos,
Y otro (mayor pesar) hecho pedazos.
Los postigos golpean,
Los cerrojos quebrantan,
Las paredes gatean,
Osan, temen, recelan, se adelantan,
Acá y allá rompiendo y atajando,
Agua pidiendo y agua ministrando.
Los míseros que dentro padecian,
Todos salir querian,
Y ninguno el camino allí encontraba;
Mover los piés ligeros pretendian,
Y uno á otro se estorbaba;
Pues, cual con furia brava
Derriba el austral viento
Rojo golfo de mieses en verano,
Así caen con su propio movimiento
Y levantarse prueban bien en vano.
El pueblo desde dentro, suspirando,
El socorro comun solicitaba,
Y con las olas del morir luchando,
Entretener la vida procuraba,
Huyendo la fiereza
De aquella muerte que á morir empieza.
Con riesgo de la vida
Era la gente allí favorecida
A vista del peligro inevitable
Del volcan insaciable;
Salen y entran los nobles magistrados,
Los tránsitos los padres revolvian,
Y con agua cargados
Los más robustos jóvenes gemian.
Los que ventana hallaban,
El fuego en sus cabellos arder viendo,
Al bajo suelo se precipitaban
Mal su grado, eligiendo
El modo de morir que rehusaban,
Antes que, como flacos, encerrados,
Ser entre ardientes llamas abrasados.
El gobernador mismo,
Que el pueblo allí mandaba,
En tan confuso abismo
Por el mayor peligro atropellaba.
El pueblo en él fiaba
Remedio á desventuras tan fatales;
Mas ¿quién reparará súbitos males?
Cual nave sin timon ó rumbo andaba,
Y como ciegos en lugar incierto,
Los de afuera y de dentro vacilaban,
El vivo tropezando con el muerto.
A muchos voces daban
Para que se apartasen,
Temiendo tristes que si dentro entrasen,
El hijo no pensaba
Tornar á ver su madre,
Ni la hija imaginaba
Gozar su dulce padre.
Quién de lo alto clama, atribulado,
Diciendo con voz ronca y lastimera:
«Merced habed de mí, merced siquiera,
Vosotros, mis amigos;
Que Dios con dura diestra me ha tocado:
Sobre nosotros llueven sus castigos.»
Quedan mil por los tránsitos tendidos,
Que el miedo y susto todo lo embarazan.
Quién al que encuentra se ase, quién se abraza;
Que el ánimo más fuerte
Ve presente la imágen de la muerte.
Quién á Dios perdon pide,
Quién de su caro ausente se despide,
Haciendo el gran terror siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.
No tanto se estremecen
Aquellos que perecen
En garras de leones formidables
O tigres espantables,
A quien entre los ágiles colmillos
Devoran sus hambrientos cachorrillos.
Cuando los que cercados
De llamas dentro están por todos lados,
¿Quién será aquel que no temblase, viendo
Del mundo remedar la total ruina,
Tantas gentes á un tiempo feneciendo
En este incendio horrendo
Que en el etéreo cóncavo rechina?
La luna, que salió con faz sanguina,
Y todas las estrellas, su luz pura
Cubren con nube oscura
Por no mirar destrozos tan fatales
Como en el suelo pasan los mortales.
Deten, deten, tu fuerza,
Hoguera formidable,
Y haz que tu curso tuerza
Donde con ménos daño tu horror vibres.
¡Ay! deja salir libres
Con vida á los que tienes circundados;
Perdona al ménos la puericia amable;

Pues ¿en qué su inocencia
Se opuso á tu terrible violencia?
Al pequeñuelo infante
En brazos de su madre el humo ahogaba,
Y ella junta con él el alma daba.
Cuál con voz anhelante
A su esposo llamaba,
Que entre la multitud no le escuchaba,
Y los más regalados
En sus retretes eran asolados;
Los que en sillas de cedro descansaban
Entre negras pavesas espiraban.
Alguna infernal furia
El fuego allí atizaba;
Que ni su propia actividad bastaba
A causar tanta injuria.
Su llama tan veloz se dilataba
Como cometa de ligero vuelo,
Y persigue cual águila del cielo
Al triste que delante tropezaba.
De la hospitalidad el flaco enfermo
Escapa á la vehemencia
Del tiempo, sin abrigo,
Que áun le alcanzó del fuego la inclemencia.
Siendo sin culpa de este mal testigo,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando, aumentaba más el duelo.
Creció la llama, en fin, en tanto grado,
Que á las más altas torres excedia
Y las vecinas nubes encendia;
Y el humo de la esfera señoreado,
Espeso é insufrible,
Era cosa de ver lo más terrible;
Pues que los estallidos y el estruendo
Del fuego atroz que en sí va convirtiendo
La ciudad desdichada,
Bien como á quien no hay cosa reservada.
¡Ay del triste que á par de sí lo vido,
Que acechando el socorro deseado,
Sus ojos tristes han desfallecido,
Su esperar se ha frustrado
En gente que valerse no podia,
Que las ruinas los pasos les tomaron;
Y las comunes vias
Y sus últimos riesgos se acercaron,
No pudiendo jamas hallar camino;
Así que espiró el plazo de sus dias
Y su predestinado fin les vino.
El Señor, reducido
A hundir aquel lugar enteramente,
Con el lazo de muerte que ha tendido
A quien quizá á su voz fué inobediente,
Retirar su alma diestra no ha querido
Y mitigar aquella voraz lumbre
Hasta que, para nuevo desconsuelo,
La soberbia techumbre,
Forzada de su peso, vino al suelo.

ELEGÍA III.

¿Quién á mis ojos diera
De lágrimas dos fuentes inmortales,
Y en mi cabeza hiciera
De amargos rios urnas manantiales,
Para llorar los males
Y lamentar las tristes aflicciones
Que esta ciudad padece?
Oid ahora todas las naciones,
Considerad si lástima merece.
Mirad este espectáculo funesto
Y ved entre las ruinas sus garzones,
Que el fuego los ha puesto
Más negros que carbones.
Los afectuosos padres,
Por librar á sus hijos soterrados,
Las vividoras madres
Ahogadas con sus tiernas criaturas,
Y las doncellas puras
Como en lagar pisadas,
Y cual quemadas vides las casadas.
Ancianos, magistrados,
Sacerdotes, nobleza,
Entre la atroz fiereza
De fuego y ruinas todos devorados.
De negro ollin cubiertos,
De terrones de polvo sepultado,
Y de llagas el cuero todo abierto,
Su pueblo con horror los ha mirado.
Las horas de su edad se apresuraron
Con más veloz carrera
Que gira en el telar la lanzadera,
Y para no volver jamas pasaron.
¿Y los que se libraron?
Miradlos cuál venian,
De fuego y sangre y palidez teñidos,
Cual paño apolillados
O como de carcoma agujerados,
De pié á cabeza heridos,
Y por sus rostros no les conocian;
Del abismo parece que salian.
¡Ay Dios, y cuán mudados
De aquellos ricos hombres, cuán trocados
De aquellos infanzones,
Que airosos y esforzados,
En otras ocasiones
Por flor de España fueron venerados!
Ni hablan ni responden; elevados
Miran; despavoridos
A todos con los ojos rodeaban
Y más, callando, el daño declaraban.
Los roncos alaridos
El gran desastre más solemnizaban;
La discorde armonía
De una calle á otra calle respondia.
Los muchachos pequeños
Corren desalentados
Cual canes que alejados
Están de la reseña de sus dueños.
Doncellas temerosas,
Cual corderas perdidas,
Volaban, presurosas,
Por sus madres queridas.
Llóranse muertos padres y maridos,
Muertos hijos y hermanos;
Mujeres sin sentido
Tuercen las blancas manos;
Los niños, abrazados de sus madres,
Preguntan, llorando, por sus padres.
Los blancos rostros bellos
Eran de crudas manos ofendidos,
Manojos de cabellos
Por el suelo esparcidos,
Por mil partes, sin dueños, arrojados
Ricos vestidos, joyas y brocados.
Quién mira allí de sus conciudadanos
Los horrorosos bultos,
Que en copia inmensa yacen insepultos,
Y en trances de dolor tan inhumanos
Ni áun á mirarlos osa
El que es de corazon y entrañas tierno;
Que en sazon tan penosa
Sólo el amor paterno,
Filial ó conyugal, era bastante
A fijar en los muertos el semblante.
Otros por sus infantes preguntaban
Al tiempo que espiraban,
Y otros, que entre las ruinas no morian,
En vano le pedian
A la vida prorogue breves plazos;
Que niños en los brazos
Y adultos luégo espiran en los lechos
De sus padres, en lágrimas deshechos.
De casa en casa luégo
Corre la voz, y son enumerados
Los tristes que murieron en el fuego
Y los precipitados.
¿Quién dirá ahora los desentonados
Lamentos y alaridos
Que allí fueron oidos?
Quién, puestas manos y ojos en el cielo,
Clama desconsolado,
No sé decir si con culpable celo,
Que para qué vió luz ni gozó vida

Quien la tiene tan triste y afligida;
Y quién ha suplicado
Que le dé Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.
No tan léjos muchos la tuvieron,
Pues ¡cuántos de pesar solo murieron!
En el suelo postrados,
Los religiosos al Señor oraban,
Al cielo se volvian
Y sus pechos herian,
Y las vírgenes puras
Que á Cristo consagraban su entereza,
Llorando las comunes desventuras,
Postraban por el suelo la cabeza.
¿Qué golpe igual pudiera
En la rueda de siglos encontrarte,
Oh pueblo, que bastára á conhortarte,
Si eres tú la primera,
Oh ciudad angustiada,
Que á otra igual ser no puedas comparada?
¡Ay! ¿dónde hallaré medio
O buscaré remedio
Para templar tu llanto?
Que inmenso como el mar es tu quebranto.
Otra ciudad, otra sazon es ésta
De la que ser solia
En aquella gran fiesta
Que en blancos cirios y floridos ramos
El templo visitamos
Del Pilar de María,
Su divina alabanza repitiendo
La multitud en el festivo estruendo.
La ciudad toda ¡ay triste! agora clama,
Y cual ola abatida
De tempestad furiosa se derrama,
Y como cera al fuego se liquida.
Está como la oliva en flor cortada,
O como en agraz viña vendimiada;
Como barro cocido,
O cual heno cortado,
Su vigor se ha secado
Y al polvo de la muerte ha descendido.
Los que á verla han llegado
Desde remotas tierras,
Horror de ella tenian,
Y salen lo más presto;
Los que las altas sierras
De entrar en ella huian
De corazon la han puesto
Como á vaso perdido
O como á muerto en un perpétuo olvido.
La su voz así suena
Como en el otro mundo,
Y sale su palabra
Cual de pozo profundo,
Y á los que mira en cerco peregrino
Así dice, anegándose en su pena:
«¡Oh vosotros, que vais por los caminos,
Atended y mirad si habeis hallado
Dolor que á mi dolor se haya igualado!
Mi alma, en mí vertida,
Está de las congojas oprimida;
Sobre mí turbaciones concurrieron,
Cual viento me agitaron;
Mis dichas se acabaron
Y como nieblas se desvanecieron;
Clamé al Señor y no me ha respondido,
Manifestéme y verme no ha querido.
Con devorante fuego,
Rigoroso conmigo se ha mostrado,
Y me ha con dura diestra amenazado.
Hierven en un comun desasosiego
Todas las interiores partes mias;
Hanme alcanzado fatigados dias.
Ni de noche mis ojos se aquietaron,
Ni reposar mis venas me dejaron.
Multitud de violencias
La piel me ennegrecieron,
Que á los huesos cual túnica ciñeron.
Fallecen mis potencias;
En el lodo me he visto rebujada,
Con el polvo y ceniza
La lengua al paladar se me ha pegado;
Mi laud he enlutado,
Que en lúgubres acentos
Sólo respira fúnebres lamentos.
La ciudad llora, y crecen
Sus clamores prolijos;
No admite los consejos que la ofrecen,
Como no ve sus hijos.
En torno de ella aullaban
Brutos de razon faltos,
Las aves en su vuelo se paraban,
Los peces en el agua daban saltos,
Los montes de Moncayo el llanto oyeron
Y sus cóncavos valles respondieron.

ELEGÍA IV.

Estas ¡ay, oh naciones peregrinas!
Reliquias que aquí veis, este abrasado
Edificio, estas ruinas,
Vigas desmanteladas
Y piedras desgajadas,
Que un tiempo fueron patio del contento,
Del zueco vil morada,
Hoy son memorias del mayor tormento,
Por nuestro mal halladas,
Prendas que al pueblo ser le parecia
Dulces y alegres cuando Dios queria.
Ved míseros despojos
De su rica estructura,
Del oro hechizador y la pintura,
Ruina triste á los ojos;
De máquinas al viento levadizas
Volar cenizas;
De dulces instrumentos
Sólo quedaron ecos funerales;
De sus gradas y asientos
Apénas hay señales;
De la que le llenó bizarra gente,
Lastimosas exequias solamente.
No así se ve asolado
Viejo y marchito huerto,
Rota su tapia, á cielo descubierto.
Ni tan desamparado
El chozo que abandonan los pastores,
Destruidos del tiempo á los rigores.
El que ayer elevaba su grandeza,
Coronando de nubes su cabeza,
Cual monton de basura es hoy deshecho.
Dicen los que le miran ¿qué se ha hecho?
Como sueño ha volado,
No puede ser hallado,
Y cual fantasma en él se desvanece
Y nunca más parece,
Ni le verán los ojos que le vieron
Ni los que en su esplendor le conocieron.
Pero esto no lloreis; poned los ojos
En las plazas y calles despobladas
De placer, y colmadas
De míseros despojos;
De luto están cubiertas,
Y de galas desiertas;
Ya no son frecuentadas
Como otro tiempo fueron,
Las alegres moradas;
Que todos sus contentos fenecieron.
No hay público ó secreto regocijo;
Muerte lamenta el padre, muerte el hijo,
Trocado ¡ay tristes! todo lo miramos,
Y excesos solos de dolor hallamos.
El huérfano, clamando
A beneficio incierto,
Como los avestruces del desierto;
La viuda, lamentando,
Cual en nocturna hora
Lechuza endechadora;
El padre, que, sin hijos, desconsuela,
Cual pelícano solo, en despoblado,
Cuyos pollos serpiente ha devorado;
El esposo, en fin, vela
Como pájaro solo que ha perdido

De su consorte el nido.
Ved la ciudad á quien el cielo ha herido
Con ruinas que en mil siglos no acontece.
Los que mayor envidia la han tenido
Ven su desdicha y ya se compadece,
Y como sola en sí el castigo mira,
Ella gime y de todos se retira.
Quizá en aquel lugar ella tenía,
Donde siempre el desórden ha morado,
Oculta la maldad de su pecado.
¡Ay! ¿quién con tiempo prevenir podria
La gran caida que este pueblo ha dado?
¡Ay triste! que ni aquel Pilar sagrado
Que la Vírgen sin par puso las plantas,
Que humildes besan altos querubines;
Su imágen, su santuario, visitado
Del orbe entero y sus remotos fines;
Ni tanto templo ni reliquias tantas,
Ni aquellas masas santas
De tanto mártir en la fe triunfante,
Con que este pueblo está santificado,
Parece ¡ay de vosotros! fué bastante
Para bajar la espada
De la diestra de Dios, contra él alzada.
Tú, ¡oh gran ciudad! por tanto,
Vierte tu corazon en mar de llanto,
Lamenta tus enojos
Y no cesen las niñas de tus ojos,
Trae ante ellos al pueblo ninivita;
Del documento del ejemplo saca
Que quien á Dios con el pecado irrita
Con el pesar le aplaca.
Llora en la noche, llora,
El lecho con tus lágrimas regando;
Levántate á la aurora,
Levántate á dar gritos,
Y borra tus delitos
Tu amargura al Señor representando,
Y las manos tendidas;
En tanto desconsuelo
Vuélvete á Dios del cielo
Y ofrécele las graves desventuras
Con que pierden las vidas
De tu seno las dulces criaturas.
Mira que esta sentencia
En tablas de diamantes fué esculpida;
La suma Providencia
Nada hace acaso en nuestra mortal vida.
Pues ¿quién afirmará, desalumbrado,
Que hay algo que su diestra no ha ordenado?
Premio y castigo de su voz proceden,
Y á su poder todas las causas ceden.
No por la maldad nuestra
Indignamos á Dios omnipotente,
Y de su fuerte diestra
No dejamos se ahuyente
De su justo castigo el rayo ardiente.
Si por nuestros delitos
Padecemos trabajos infinitos,
Examinemos bien nuestra carrera,
Postrando, humildes, en la tierra el pecho,
Delante del Señor, que nos ha hecho;
Y pues somos su pueblo y su ganado,
Que El mismo ha apacentado,
Pidámosle con voces lastimeras
Del mal nos libre, y tan funestos fines
Para la Tracia bárbara los guarde.
Plagas, á los católicos confines
Nunca llegueis, y si venis, sea tarde.
¿Y querrás por ventura,
Oh juventud hispana,
La carrera seguir de la liviana
Gente que en pos del vicio se apresura?
¡Oh! que es gran desatino
Seguir con luz de nieblas el camino,
Y no poca locura
Ver del peligro el escarmiento ajeno,
Y proseguirle, estólidos, por bueno.
Vosotros, cualesquiera á quienes tiene
De esas sagas la voz embelesados,
Huid de sus pestíferos tablados,
Hurtaos el mal que en ellas sobreviene.
Oid la voz que os dice que hasta cuándo
Tendréis el corazon endurecido,
La vanidad amando
De un aparente bien que os ha vencido.
Tú, empero, Zaragoza, madre clara
De tanto hijo excelente, en quien se encierra
El tesoro mayor que hay en la tierra,
Enjuga el llanto de tu hermosa cara;
Que si de duras flechas,
Que dirigió el Señor á tí derechas,
Tanta parte á tus hijos les alcanza,
Ser de Dios en la vida castigado
Es verdadera bienaventuranza.
Lo que el Señor te ha dado,
El mismo lo ha llevado.
Di: El nombre del Señor bendito sea;
Que el que en toda fortuna así se emplea,
Cual Job, modelo de varones quietos,
Verá, lleno de bien, hijos de nietos.
Así que, ciudad mia,
Respóndate el Señor cuando te asombre
El tenebroso dia,
Y de Cristo Jesus te salve el nombre.
Tus ojos vuelva á tí de su santuario,
Del cielo te sustente,
Te auxilie de ordinario,
No olvide tu presente,
Todos tus desaciertos te perdone
Y en su vision de paz te galardone.

HIMNOS.

HIMNO PRIMERO (1).

A LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Cantemos al Señor, que victorioso
Rescató de prision su pueblo amado,
La majestad del Príncipe del cielo,
Y del rey sin piedad el fiero espanto.
De su sangre en la púrpura vestido,
De honrosos vituperios coronado,
Descendió al limbo el Redentor del mundo,
Que fué en la cruz, para vencer, clavado.
Lucifer y las huestes de tinieblas,
¡Oh qué grita del pecho desataron!
Los pálidos funestos estandartes
El miedo les quitaba de las manos.
Llegó Cristo glorioso en las insignias
De su pasion, y con invicto brazo
De majestad vistió los tribunales,
Donde execrables leyes dió al tirano.
Tembló el umbral debajo de la planta
Del Vencedor eterno, y los espacios
Reciben el candor de eterna lumbre,
Donde estaban los padres encerrados.
Despues aquel Rey fuerte y poderoso
Sacó consigo del profundo lago
Libres las almas de los santos padres,
Y las condujo al paraíso grato.
De eterna majestad siempre asistido,
Su cuerpo en el sepulcro está aguardando
Que resuene, lleno de esplendores,
Como está, al sol tercero, decretado.
Jesus, divino Rey, para que seas
Pascual gozo á las almas continuado,
Dalas vida, librándolas, piadoso,
De la muerte fatal de sus pecados.
La sempiterna gloria se dé al Padre,
Y al Hijo, cuyo triunfo celebramos,
Y al santo Amor, que de los dos procede,
Un Dios, que impera por eternos años.
Amén.

(1) Estos himnos están sacados del *Rezo eclesiástico*, inédito, de IGLESIAS.

HIMNO II.

Cantemos de los cielos
El público alborozo
Que muestra en la victoria
De Aquel que se salvó en su esfuerzo propio.
Angélicos ministros,
De ver hombres ansiosos,
Andaban revolando
Del ya desierto monumento en torno;
Y uno súbitamente
Causó un gran terremoto,
Alzando del sepulcro
La losa y velo al hecho prodigioso.
A su luz y estampido,
Con un mortal asombro
Quedaron los soldados
Unos sin vista, y desmayados otros.
Las guardias por el suelo
Ya son del Rey despojos,
Y alfombra de sus plantas
Morriones, picas y paveses corvos.
Que si á su muerte quiso
Que nadie fuese estorbo,
¿Quién se opondrá en su triunfo
Al Rey de los ejércitos glorioso?
La gloria se dé al Padre,
Y al Hijo victorioso,
Y al que de ambos procede,
Por círculos de siglos numerosos.
Amén.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA,

Y DEL TOMO PRIMERO DE POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

ÍNDICE.

Páginas.

BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO DE LA POESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.— Decadencia política de España al terminar la dinastía austriaca.— Postracion artística é intelectual.— Corrupcion de la poesía lírica.— Carácter análogo que toman los extravíos literarios en las decadencias nacionales.— Sor Juana Ines de la Cruz.— Montoro. V

CAP. II.— Advenimiento de la casa de Borbon.— Felipe V quiere, sin conseguirlo, identificarse con la nacion española.— En artes y letras prevalece en la córte el espíritu extranjero.— Influencia de la cultura del reinado de Luis XIV.— No llega por entónces al pueblo español. — Agonía del númen lírico.— Destellos de la entonacion antigua, perdidos entre los delirios del mal gusto reinante.— Enciso.— Bernaldo de Quirós.— Decadencia en la decadencia: últimos límites.— Poesía rastrera y familiar.— Salazar y Hontiveros. X

CAP. III.— Recuerdos del estilo encrespado y oscuro de Góngora.— Manifiéstanle aficion las clases ilustradas.— Leon y Mansilla.— La catedral de Salamanca.— Prevalece la poesía conceptuosa chabacana — Otros poetas de la extrema decadencia lírica.— Zamora.— Cañizares.— Bánces y Candamo.— Álvarez de Toledo (don Ignacio).— Enriquez Arana.— Benegasi y Lujan (don Francisco).— Mística poética.— Sor Gregoria de Santa Teresa.— Sor María del Cielo.— Prosadores poetas.— Torres.— Feijóo.— La poesía en las Indias.— Méjico.— El Perú.— El Virey Marqués de Castell-dos-Rius.— Monforte.— Peralta Barnuevo.— El Conde de la Granja. XV

CAP. IV.— Poetas malogrados.— Álvarez de Toledo (don Gabriel).— Gerardo Lobo.— Tafalla y Negrete.— Marqués de Lazan. XXXII

CAP. V.— Poetas con tendencias políticas.— El padre Butron.— Benegasi (don José Joaquin).— Fray Juan de la Concepcion. XLVI

CAP. VI.— Síntomas claros de cambio en el gusto literario.— Época doctrinal.— *Diario de los literatos.*— *Poética* de Luzan.— Iriarte (don Juan).— Artigas.— Sátira de *Jorge Pitillas.*— Índole francesa de su inspiracion.— Aclaracion del seudónimo. LV

CAP. VII.— Influencia de la *Poética* de Luzan.— Últimos esfuerzos de la moda conceptuosa.— Los reformadores mismos mezclan involuntariamente el gusto nuevo con el antiguo.— Porcél.— Exámen crítico de *El Adonis.*— Interian de Ayala.— Ferreras.— Quirós.— Velez de Leon. LXIX

CAP. VIII.— Época de Fernando VI.— Gana terreno la reforma doctrinal.— Torrepalma.— *El Deucalion.*— *El Juicio final.*— Sor Ana de San Jerónimo.— Paralizacion del espíritu poético.— Montiano.— Nasarre.— Academias corruptoras del gusto.— Academia *de los Arcades.*— Academias provechosas á la civilizacion literaria.— Academia *del Buen Gusto.* LXXVIII

CAP. IX.— Poetas indisciplinables.— Villarroel.— Nieto Molina.— Marujan. XCII

CAP. X.— Reinado de Cárlos III.— Continúa la resistencia instintiva del gusto nacional.— El cambio doctrinal triunfa al cabo.— Poetastros célebres.— Dos curas de Fruime.— Niño.— Primeros frutos sazonados de la reforma.— Moratin (don Nicolas).— Cadalso.— Escuela poética salmantina.— Fray Diego Gonzalez.— Huerta.— *La Raquel.*— Iglesias.. CII

CAP. XI.— Continuacion del reinado de Cárlos III.— Velazquez.— Trigueros.— Su supercheria poética.— Su *Riada.*— Sus parciales é impugnadores.— Jesuitas poetas.— Lasala.— Alegre.— Isla.— Diaz.— Ceris.— Montengon.— Muñoz. CIX

CAP. XII.— Continuacion del reinado de Cárlos III.— Sazon completa de la nueva era literaria.— Cuatro magistrados poetas.— Melendez Valdés.— Jovellanos.— Forner.— Vaca de Guzman. CXXXI

CAP. XIII.— Fabulistas.— Carácter poco poético del apólogo.— Impropiedad de su aplicacion á la enseñanza de la juventud.— Samaniego.— Iriarte.— Su poema de *La Música.*— Su prosaismo.— Su incontestable mérito.— Plaga de fábulas.— Rentería.— Pison. CL

CAP. XIV.— Consecuencias antipoéticas de la reforma doctrinal.— Prosperidad del prosaismo.— Olavide.— Salas.— Silva Bazan.— Meras.— Olmeda.— Pichó y Rius. — Imperio de la égloga.— Artificio de la poesía campestre.— Su desnaturalizacion.— Abuso de las clasificaciones doctrinales.— Poesía didáctica.— Rejon de Silva.— Moreno de Tejada.— Enciso.— Perez de Celis.— El padre Vanière.— Poesía fruslera.— El bachiller Bueñas.— El Marqués de Ureña.— El Marqués de Méritos. —Regimiento de la *Pasma.* CLVII

CAP. XV.— El prosaismo desciende de su apogeo.— El canónigo Huarte.— Rodriguez de Arellano.— Don Ramon de la Cruz.— Gonzalez del Castillo.— Poesía enfática. —Noroña.— Sanchez Barbero.— Cienfuegos.— Moratin (Leandro).— Quintana. CLXIX

CAP. XVI.— Copleros andaluces.— Muñoz de Leon.— Lopez de Palma.— Gonzalez de Leon.— Repiso Hurtado. — Jaen.— Escuela poética sevillana.— Su carácter meticuloso é imitador.— Su gran mérito relativo.— Miembros distinguidos de la escuela.— Pléyade poética.— Nuñez.— Castro.— Roldan.— Arjona.— Reinoso.— Lista.— Maiute.— Marmol.— Escuela granadina.— Alonso. — Escuela valenciana.— Martinez Colomer. CLXXXII

CAP. XVII.— Último período del siglo XVIII.— Efectos de la transformacion política y moral en la literatura.— El padre Fernandez.— La política absorbe la atencion pública, y daña á la cultura literaria.— Arroyal.— Extravíos de la pasion política en algunos poetas.— Marchena.— Blanco.— Otros, aunque arrastrados por el im-

Páginas.

pulso de las ideas de la revolucion francesa, conservan intacto el amor de la patria.—Villanueva.—Vargas Ponce.—Jérica.—Beña.—Mor de Fuentes. CC

CAP. XVIII.—Invasion francesa.—Límite moral del siglo XVIII.—Poetas nacidos y educados á fines del mismo siglo, que han escrito en el presente sus principales obras.—Arriaza.—Maury.—Solís.—Gonzalez Carvajal.—El padre Rogiero.—Gallego.—Búrgos.—Silvela.—Perez de Camino.—Somoza.—Navarro.—Hidalgo.—Gallardo.—Tapia.—Poetisas notables.—Poetisa anónima.—Doña Isidra de Guzman, doctora y académica.—Doña Maria de Hore.—Sor Maria Helguero.—Doña Rosa Galvez.—Fin del *Bosquejo histórico*. CCXIX

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

DON GABRIEL ÁLVAREZ DE TOLEDO.
Noticias biográficas y juicios críticos. 1
Poesías. 6

DON EUGENIO GERARDO LOBO.
Noticias biográficas y juicios críticos. 19
Poesías. 22

DOCTOR DON DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL.
Noticias biográficas y juicios críticos. 49
Poesías. 54

JORGE PITILLAS.
Noticias biográficas y juicios críticos. 87
Poesías. 90

Páginas.

DON IGNACIO DE LUZAN.
Noticias biográficas y juicios críticos. 95
Poesías. 111

DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA, CONDE DE TORREPALMA.
Noticias biográficas y juicios críticos. 123
Poesías. 125

DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL.
Noticia biográfica. 136
Poesías. 139

FRAY DIEGO GONZALEZ.
Noticias biográficas y juicios críticos. 177
Poesías. 181

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.
Noticia biográfica y juicio crítico. 204
Poesías. 207

DON JOSÉ CADALSO.
Noticias biográficas y juicios críticos. 245
Poesías. 248

DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN Y MANRIQUE.
Noticia biográfica. 277
Poesías. 278

DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.
Noticias biográficas y juicios críticos. 334
Poesías. 336

DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.
Noticias biográficas. 407
Poesías. 417

FIN DEL ÍNDICE.

CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.61

Biblioteca de autores
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY